Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

1 • PRÓLOGO
• INTRODUCCIÓN

Suplemento especial de
Página/12

PRÓLOGO

Esto es un ensayo. Es un libro sobre el peronismo. No es la desgrabación de un curso. Ni estará escrito como si el autor le hablara al lector y hasta dialogara con él. Esa experiencia ya fue ensayada con el proyecto anterior encarado desde este diario, los días domingo, cuando la gente quiere "cosas livianas" para leer después del asado o al borde de la piscina (pileta) o antes o después de jugarse un partido de fútbol o uno de tenis o jugar al truco o a la escoba de quince o a cualquier otra cosa. Esto es un libro con pretensiones desmedidas: historiar e interpretar al peronismo. No podemos seguir sin hacerlo. El peronismo sigue y hay que seguirlo de cerca. O retroceder y tomarle distancia. Tratarlo con frialdad. Como a un objeto de estudio, arisco y feroz. Lleno de sonido y de furia. Diferente, esquivo, no único, pero sin duda específico. Priva en él más la diferencia que el paralelismo con otros partidos de otros países. No es el varguismo. Todavía no es el PRI. No es –aunque tanto se empeñan en que lo sea– el fascismo. Ni menos aún esa pestilencia alemana que entre alientos nietzscheanos, invocaciones a la "bestia rubia" y a las "aves de rapiña", a la pureza de la raza, a la biología de los héroes o a la respuesta creativa del Dasein comunitario a la técnica como caída (en Heidegger) se llamó nacionalsocialismo. Hay grandeza y profundas miserias en el peronismo. Hay demasiados muertos. Hay un plus de historicidad. Hay una historia desbocada. Hay líderes (sobre todo uno), hay mártires (sobre todo una), hay obsecuentes, alcahuetes, hay resistentes sindicales, escritores combativos, está Walsh, Ortega Peña, está Marechal, están Urondo y Gelman, están asesinos como Osinde y Brito Lima, fierreros sin retorno como el Pepe Firmenich, doble agente, traidor, jefe lejano del riesgo, del lugar de la batalla, jefe que manda a los suyos a la muerte y él se queda afuera entre uniformes patéticos y rangos militares copiados de los milicos del genocidio con los que por fin se identificó, hay pibes llenos de ideales, hay más de cien desaparecidos en el Nacional de Buenos Aires, está Haroldo Conti, muerto, Héctor Germán Oesterheld, muerto, Roberto Carri, muerto, y hasta Aramburu, muerto, está la opacidad de una historia de opacidades, de odios, venganzas, horrores, está la OAS, Henry Kissinger, el comisario Villar, formado en la Escuela de las Américas, cana puesto y avalado por Perón, el gran indescifrable, el Padre Eterno, el ajedrecista genial, el que volvería en el avión negro y volvió viejo y volvió malo, y le dio manija a López Rega, de cuya paranoia asesina no podía decirse inocente, porque nadie desconoce lo que tiene tan cerca, y si a eso que tan cerca tiene le da espacio y le deja las armas, y encima se muere y sabe que se muere y lo deja fuerte, consolidado, porque de cabo lo ascendió, en acto macabro y doloroso, a comisario general de la policía, y si a la mediocre y manipulable y matarife del cabarute la deja de vice, sabiendo, como sabía, que ella no era ella, que Daniel, el Brujo umbandista, la dominaba, le susurraba los discursos porque era él el que los había escrito, porque era él el que habría de ponerle las listas, el que habría de decirle hay que matar a éste, Chabela, y a éste y a todos los infiltrados marxistas de la juventud y a los combatientes de la guerrilla, hay que dar palo porque el quebracho es duro, y si esto, al Viejo general, le deteriora el prestigio, le erosiona el recuerdo, la memoria de los mejores años, de los años felices, del 53% por ciento del Producto Bruto Interno para los pobres, de las nacionalizaciones, del artículo 40, del Pulqui, del Estado generoso, del Bienestar estatal, del keynesianismo desbordante, de los sindicatos, de los abogados de los sindicatos, del Estatuto del Peón, de las vacaciones pagas, de la entrega de Evita hasta el aliento postrero, mala suerte, general, usted se lo buscó, vino y no tenía salud para venir, al ajedrez se juega de afuera, en política al menos, el Mago para ser Mago de la Historia, para ser Mito y Esperanza tiene que estar lejos, manejar los hilos desde la distancia, desde arriba, manejar las contradicciones sin ser una de ellas, pero si el Mito regresa el Mito se historiza, ya no maneja las contradicciones, él, ahora, es una más y tiene que tomar partido, y la historia se lo come, mito que regresa pierde porque ya no puede ser mito, el avión negro regresó y llegó entre el estruendo de las balas y los gritos de los muertos y los torturados y aterrizó en Morón, lejos del pueblo, en medio de los asesinos, de los franceses de la OAS, de Osinde, de Favio: el que nada vio, el que nada supo aunque estaba arriba, bien arriba en ese palco colmado de hienas y de buitres y vampiros, de los pretorianos que afilaban sus cuchillos para una de las noches más negras de la Argentina, que si no fue la más negra se debió a la que vino después, a la de los militares de la Seguridad Nacional, que encontraron el terreno fértil, las víctimas fáciles, los perejiles abandonados y sofocados por el miedo, y se dieron todos los gustos, pusieron a los Martínez de Hoz, a los Walter Klein, a los Juan Alemann, a los que exigieron a fondo la limpieza para aplicar el plan que tenían, el de las privatizaciones, el del Imperio, el de la Escuela de Chicago, el de Milton Friedman y el del ingeniero Alsogaray y ni por asomo el de Keynes, y el país fue una timba y se llenó de argentinos del deme dos, y la ESMA fue un infierno que nadie, ni en su peor pesadilla, pudo prever, y ahí torturaron, empalaron, violaron mujeres, torturaron niños frente a sus padres, quemaron vivos a pobres pibes que sólo habían alfabetizado en una villa miseria o que en un pizarrón indefenso enseñaron el vocabulario a niños ignorantes que siguieron así, ignorantes, porque sus púberes maestros se fueron de la noche a la mañana, se fueron para no volver jamás, y esos vuelos y esos sacerdotes que bendecían a los asesinos, y les decían hijo mío cumples con la Patria, Dios te absolverá porque tu tarea es purificadora, el Evangelio está contigo porque está con quienes hacen justicia aunque, a veces, la justicia, que es ciega, se parezca al horror porque tiene que ser impiadosa para el triunfo del bien, para el triunfo del Señor que te mira, te juzga y te perdona por medio de mi palabra, que es la Suya, sigue con esta tarea porque es la de la Patria y la del Dios cristiano, y la mayoría de los que morían eran peronistas jóvenes, inocentes todos, porque cualquiera que muera así, como un perro, es inocente, porque nadie, hombre o mujer, miliciano o perejil de superficie o sacerdote del Tercer Mundo o sindicalista o simple vecino del barrio al que se lo chuparon porque estaba en una libreta de direcciones o porque sí nomás y para meter miedo, merece morir de ese modo, como un perro, y ni siquiera un perro lo merece. ¡Qué centuriones tan despiadados se escondían en los pliegues de la patria! Quién lo hubiera dicho. Aquí, en la Atenas del Plata, encontrarlo a Trujillo multiplicado hasta el espanto.

¿Dónde quedó la Patria de los cincuenta? La que conquistó el corazón amargo de Discépolo. La que le dio alegría. La que le hizo olvidar la tristeza y los barrios pobres de los tangos y elegir los umbrales, porque en ellos estaban los novios, el portland porque por ahí caminaban felices los postergados de siempre, la abundancia, la comida y el chamamé de la buena digestión, la patria de los cincuenta quedó lejos, el peronismo se alejó del peronismo, y lo mató a Troxler a quien ni los centuriones de los basurales de José León Suárez supieron hacerlo, y lo mató a Atilio López con más de ochenta balazos, y a Silvio Frondizi y al Padre Mujica y a Rodolfo Ortega Peña, en una noche cruel, en una emboscada sórdida, tan sórdida e inesperada que Rodolfo, al caer moribundo, alcanzó a decirle a su compañera la frase del asombro, de la incredulidad, del final: "¿Qué pasa, flaca?"

Eso, qué pasa. Qué pasó. Qué pasará. Porque esta historia sigue. Y contarla es aceptar el desafío de lo cósmico. Lo inabarcable. Lo infinitamente contradictorio. Una totalidad que no deja de destotalizarse y retotalizarse. De ganar un sentido y perderlo y engendrar –de pronto, entre alucinaciones– diez, quince, treinta sentidos. No digo que el peronismo sea incomprensible. Sólo digo que comprenderlo "en totalidad" es una tarea gigantesca, desaforada.

Hacia ella vamos.

INTRODUCCIÓN

Se trata de partir de un hecho primario, comprobable por todos, aceptado por muchos aunque no siempre por los mismos, rechazado por otros tantos o por otros menos y también no siempre por los mismos, con lo que tal vez podríamos acceder a nuestra primera aseveración en un tema que no se caracterizará por ellas, dado que las elude constantemente: el peronismo perdura pero quienes se encuadran bajo su rótulo o quienes se deciden a apoyarlo varían según las diversas coyunturas históricas. Podría verificarse un matiz importante: se han acercado al peronismo o han trabado excelentes relaciones con él personas o sectores políticos o económicos que escasamente se han arrogado tal condición. Tomemos dos "abrazos históricos". El dirigente radical Ricardo Balbín se abraza con Perón en 1972. Balbín fue un porfiado antiperonista a lo largo de su vida. Va a ver a Perón. Perón está en la residencia de Gaspar Campos. Al ser difícil el acceso, Balbín se encuentra ante la necesidad de "saltar" un muro. Lo hace. Luego se abraza con Perón. Tenemos dos acercamientos de Balbín a Perón: el "salto" del muro y el abrazo. Luego, muerto Perón, dice un discurso que él pretende sea "para la historia" y –aunque la historicidad de ese momento es de una densidad y un desbocamiento dramáticos, sofocantes– lo es. En el discurso Balbín dice: "Este viejo adversario hoy despide a un amigo". Si algo *no es* Balbín aquí es lo que fue toda su vida: un antiperonista. Pareciera jugar dentro del campo del peronismo. Sin duda, contribuye a su perdurabilidad, a su capacidad inagotable de *sumar*, que es parte sustancial de su *obstinación* en "la patria de los argentinos" como solía decir ese líder radical que no le hizo a la patria un solo mal aunque acaso no le haya hecho ningún bien remarcable. (*Nota:* Sin embargo, dos males serios le ocasionó a "la patria de los argentinos". Habló de "la guerrilla en las fábricas" poco antes del golpe del 24 de marzo de 1976. Y –cuando le dieron la cadena nacional de radiodifusión para que hiciera algo por frenar el golpe– acudiendo a ciertos aires de compadrito en que solía solazarse dijo "me piden soluciones" y contestó una burrada política fenomenal: "No las tengo". Los militares habrían de tomar esa frase como una confesión de la "dirigencia civil" y justificarían, con ella, la necesariedad de apoderarse del Estado. Ellos sí tenían respuestas. En otro de sus dramatizados discursos, también por televisión, se dirigió a los jóvenes de la guerrilla. Usó a uno solo como figura de todos. "Muchacho", le dijo, "contiene tu puñal. Y si yo no cumplo, entonces... clávamelo". Al día siguiente de la tragedia de Chile le preguntan qué opina: condena el golpe y lamenta que "el presidente Allende se haya suicidado". Le dicen que lo mataron. "No lo sé –dice–. Pero tenía un arma en las manos." Le preguntan qué habría hecho él en esa situación. Pone su mejor cara de "guapo del 900" y dice: "Ah, no: a mí no me hacen eso". "Eso" era el golpe de Pinochet. Regresa de un viaje y le preguntan por los desaparecidos: "Los desaparecidos están muertos", responde, dando por inútil la consigna central de las Madres de Plaza de Mayo: "Con vida los queremos". Le decían "Chino" porque –en sus mejores momentos– se parecía algo a Akira Kurosawa. Y "guitarrero" por su estilo oratorio.

Hoy, todo él, es pasado y olvido. Con todo, yo sería injusto si no dijera que –en 1973– lo habría preferido a él como vice de Perón en lugar de Isabel, con el Brujo atrás. Y que no era ni habría podido ser un carnicero como López Rega o Videla, aun cuando se haya equivocado gravemente un par de veces. En un país en que ha corrido tanta sangre, en un país tan colmado de asesinos corresponde decir esto de alguien si decirlo es la verdad.) El "otro" abrazo es más inesperado y fue impensable hasta el grado del delirio, la insensatez o la blasfemia. Sucedió en una época que contenía todos esos matices de la condición humana, añadiéndoles los de la falsedad, el robo, la befa, la farandulización de la existencia toda y el canallismo jocoso, circense: la "fiesta" menemista. Otra variedad de la "obstinación" peronista cuyo análisis requerirá espacio, tiempo y templanza, si es que deseamos apartar de nosotros el único modo de recordarlo: el de la ira, el de una insoslayable y fiera vehemencia. Trataremos de hacerlo. Buscamos tornar transparente hasta lo posible nuestro objeto de estudio. Será sensato advertir que parte de esa transparencia estará en las pasiones, en las broncas, en las heridas aún abiertas porque fueron hechas para sangrar sin perecer, de las que estamos hechos. Este ensayo se escribe buscando todos los rostros del objeto al que asedia, pero ese "objeto" (el peronismo) ha provocado, en todos nosotros, desilusiones, tristezas, derrotas, pérdidas sin reparo, muertes que no debieron ser, pavores sorprendentes, ilusiones luminosas, desengaños en los que aprendimos la resistencia de la realidad, la dureza de lo imposible. Una amiga no peronista, que se aferró a la esperanza-Alfonsín, me contó que el mayor dolor de su vida, su mayor tragedia, fue la pérdida de dos amigos que cobijó en su casa en algún mes del año 1976. Eran dos jóvenes peronistas, se los llevaron y no los vio más. Todavía, al hablar de ellos, al contar esa historia, los ojos se le humedecen, se pone pálida y hasta tiene miedo otra vez. Prometemos, sí, asediar a nuestro objeto y estudiarlo con rigor. Pero no lo haríamos si dejáramos de lado las ilusiones que ese "objeto de estudio" despertó en nosotros, las desesperanzas, los espantos, y la prolija, fría idea de la muerte y la tortura. Volvemos al "segundo" abrazo. Fue, dije, durante la "fiesta" menemista. Alianza entre el peronismo y el establishment agrícola-ganadero, el establishment empresarial y financiero y las corporaciones transnacionales. Carlos Menem, en algún ágape de esos años de jolgorio, se encuentra con el Almirante Rojas, el inventor de la línea Mayo-Caseros, el más puro símbolo del gorilismo nacional, el que ordenó, junto con Aramburu, los fusilamientos del '56 y las masacres de esa "operación" que narrará Rodolfo Walsh. El "Jefe" lo ve al Almirante y se le acerca con su sonrisa de plástico. El Almirante hace lo que siempre ha hecho: lo mejor para su clase social, la oligarquía, y el brazo vigoroso que la custodia, las Fuerzas Armadas. Se abraza con el peronista Menem. Ahí están, mírenlos: el masacrador del 16 de junio de 1955 y el caudillo del interior federal postergado, el caudillo riojano en que se encarna el otro, el que cantó Sarmiento, el feroz Facundo, el Tigre de los Llanos. Este Tigre –sin embargo– se ha olvidado de los Llanos. Se recortó las patillas. Se viste *alla* Versace. Gobierna para las clases altas, para el Fondo Monetario Internacional y hasta ha enviado un cascajo que flota a la Guerra del Golfo, una guerra de Estados Unidos pero que él hace suya dado que con el gigante del Norte quiere relaciones cercanas, a las que llama "carnales". Algunos dicen que no es peronista. Usan, para desautorizarlo, un concepto inesperado pero que hace historia: "menemismo". El "menemista" Menem no será peronista pero todo el peronismo lo respalda. Durante su Gobierno, Ubaldini, el sindicalista que vivía haciéndole huelgas a Alfonsín, pierde visibilidad; tanta, que casi se torna invisible. No: Menem *es* peronista. Y hace todo lo que no hizo Perón. O digámoslo con mayor propiedad: des-hace lo que hizo Perón. Qué cosa el peronismo, caramba. Cómo diablos será posible entenderlo. El que mejor desperonizó al país (una obsesión que compartieron durante años la oligarquía y la izquierda revolucionaria o académica) fue un peronista. Y no uno que vino de arriba, de algún planeta exótico para hacer la tarea. No: un peronista de verdad. Con historia, militancia y discurso peronista. Bastaba oírlo hablar y uno advertía que el tipo, al manual de *conducción política* de Perón se lo sabía de cabo a rabo. A comienzos de 2003, cuando se baja del ballottage para restarle a Kirchner los seguros y frondosos votos que cosecharía en una segunda vuelta, dice, por televisión y con el propósito de justificar su alejamiento, un discurso en que palabras como "arte de la conducción", "táctica", "estrategia", "información", "control de la situación" y hasta "economía de fuerzas" van de aquí para allá, incesantes. Había hecho los deberes del buen justicialista: conocer la doctrina. No los había hecho por casualidad. Carlos Menem, el político que desarmó sin prisa, sin pausa y sobre todo sin piedad el Estado de Bienestar que Perón había construido desde 1943 y que ni los militares de la Seguridad Nacional habían logrado llevar a cenizas, era un peronista de larga historia, un caudillo de la más federal de las provincias, la de Facundo Quiroga, la de Ángel Vicente Peñaloza, La Rioja. Nada de esto impidió su abrazo con Rojas. Era más fuerte aquello que lo tornaba posible: un nuevo rostro del peronismo, un peronismo neoliberal, construido al calor de la caída del Muro de Berlín, del triunfo global de la democracia neoliberal de mercado, de la hiperinflación alfonsinista, del golpe de mercado oligopólico y de una época que encarnó la "ética indolora" (el concepto es de Gilles Lipovetsky) de la posmodernidad. Hasta posmoderno fue el peronismo. Luego de ser, como había sido, el símbolo de los valores de la modernidad en la Argentina: Estado fuerte, política, enfrentamiento de clases, inclusión social de las clases postergadas, nacionalismo, primacía de la industria sobre los productos primarios. Ese abrazo Menem-Rojas disparó una frase de un peronista de también larga trayectoria, hombre que transitó de la JP en los setenta a la Renovación en el 84/85 y al menemismo en los noventa. La frase fue: "El abrazo Menem-Rojas equivale al abrazo Perón-Balbín". Le dije a otro peronista cómo era posible que Fulano dijera eso. Y me dijo: "Dejalo: dice eso y morfa un año entero". Esto, también, es un elemento teórico. Y hasta lo es en la elección de la palabra "morfar" en lugar de "comer". Un peronista morfa. Un oligarca come. Y esto, a los peronistas, los colma de

orgullo. (*Nota:* Que un oligarca"come" se puede observar en ese inmenso libro de chismes que se publicó recientemente bajo el nombre de Adolfo Bioy Casares. Parece que habitualmente Borges visitaba a Bioy para "comer" en su casa. Ahí –con una maldad clasista de viejas oligarcas y obviamente ociosas– le comentaba todo tipo de cosas a su amigo, quien, acaso asombrosamente, las anotaba con pulcritud. Más asombroso es que se hayan publicado. Todavía más es que se lean. Como sea, la fórmula que Bioy utiliza para abrir la narración de las veladas con su compinche de mínimas charlas de cajetillas aburridos es: "Borges hoy come en casa". O "Borges come en casa". O "Come Borges en casa". No sabemos si almuerza o cena. Ni lo sabremos, ya que es de mal gusto, de grasas y de negros peronistas, decir que alguien "almuerza" o "cena". La gente *comme il faut* "come". Algo similar a lo que ocurre con el "rojo" y el "colorado". Lo correcto es "colorado". Ha sido posible observar –desmintiendo esta modalidad– que cierta oligarquía no ha cesado de hablar del "trapo rojo" aludiendo a eso con que los "zurdos" pretenden reemplazar a la bandera de Belgrano. No hay nada como el odio para perder los modales.) A los peronistas nacional populares. A los que no fueron atrapados por eso que suele denominarse el "glamour de la oligarquía". Con todo, en esto los peronistas no han cedido demasiado terreno. Menem llenó su década de esplendor invitando a comer (o a "morfar") pizza con champán a sus más elegantes y rancios contertulios. Un peronista entrega a las clases dominantes el patrimonio nacional pero sigue citando a Jauretche. La izquierda ilustrada, en cambio, la izquierda –pongamos– "académica", compra los valores y los símbolos de la oligarquía como parte de su "conversión". La "socialdemocracia" de los ochenta, el alfonsinismo ilustrado incurrió en una incondicional adoración de Victoria Ocampo, Borges y Bioy, quienes fueron transformados en la cifra de nuestra cultura, el signo de su excelencia. He discurrido en otras ocasiones sobre estas modalidades de época.

Los dos abrazos exhiben la amplitud del peronismo. Esta "amplitud" ya había sido largamente ejercida y teorizada por el mismo Perón: "En el peronismo, en cuanto a ideología, tiene que haber de todo. Me dicen que Cooke era muy izquierdista. Pero también lo tuvimos a Remorino que era de derecha". El peronismo no es –entonces– una obstinación peronista. *Es una obstinación argentina*. Si la obstinación prosigue, si no se detiene, es porque todos la alimentan. Peronistas y no peronistas. No sólo los no peronistas que pactan con el peronismo o se le acercan en coyunturas en que "la patria lo reclama". Sino (y muy poderosamente) los antiperonistas. Estamos aquí ante un fenómeno marcadamente argentino. O sea, casi indescifrable: el peronismo ha sido una y muchas cosas más. Tal vez ya no sea nada. Tal vez la identidad peronista se haya disuelto en las borrascas de la historia que a partir de ella (de quienes reclamaban encarnarla) se han desatado. Lo que no desapareció es el antiperonismo. Es un argumento que usó cierta vez, en mi contra, el malogrado y querido historiador Fermín Chávez. Yo había escrito un texto demostrando que la identidad peronista ya no tenía existencia. Era tanto que era nada. El ser y la nada (en el primer capítulo de la *Lógica* de Hegel) se identifican, son intercambiables: cuando algo es el *todo* es la *nada* porque las cosas se definen por aquello que las diferencia de las otras. *El ser es diferencia*. Lo han dicho los postestructuralistas –basándose en el sistema de la lengua de Ferdinand de Saussure– y tienen razón. Todo elemento se refiere a otro del cual se diferencia. Una estructura es una totalidad de diferencias. Nada *es*. Todo ser es *diferencia*. Todo ser, en su ser, se refiere a otro. Seamos, ahora, precisos: si el peronismo es *todo*, cuál es su *diferencia*. Tiene que existir algo que *no sea* el peronismo para que el peronismo *sea* algo. Cuando propuse la fórmula: *El peronismo, al serlo todo, no es nada*, Fermín Chávez me refutó. Dijo: *Si el peronismo no es nada, si no tiene identidad, ¿cómo es posible que haya antiperonistas?* Perfecto: otra incógnita demoledora. Uno ya no sabe qué es el peronismo. O tiene que estar tres horas para explicáserlo a alguien. Sobre todo a un extranjero. Pero antiperonistas hay por todas partes: sacan diarios prestigiosos, escriben concurridas columnas de opinión, publican libros, dan conferencias para empresarios, y hasta no faltan quienes se sienten "mártires" o "líderes" de la prensa libre agredidos por el "peronismo". Incluso defienden a la "república" o a las "instituciones" que el "peronismo" agrede. Algo que ocurre porque –dicen– el gobierno que durante estos días gobierna es... peronista. Sin embargo, ese gobierno ha reducido a una expresión mínima los símbolos clásicos del justicialismo, las fotos de Perón, las de Evita o la ineludible entonación entusiasta de la marcha partidaria. Que sigue teniendo frases tan improbables como "combatiendo al capital" en un mundo en que nadie lo combate en ninguna parte. O afirma que la "Argentina grande con que San Martín soñó es la realidad efectiva que debemos a Perón" cuando, en rigor, los "grasitas" de Evita y los "negritos" de Perón andan por las calles pidiendo limosna o acarreando cartones y el pueblo de la Capital Federal votó al hijo de un empresario (que si no es peronista lo puede ser en cualquier momento) para que los limpie del paisaje urbano, los arroje a la periferia y arrase con esa villa, la 31, de la cual salen delincuentes y drogadictos (o delincuentes drogados) para alterar la placidez de la metrópoli opulenta. En suma, los antiperonistas son más obstinados que los peronistas. Entre unos y otros dibujan esa modalidad del ánimo (una modalidad subjetiva) con que se presenta el peronismo en nuestra historia: la *obstinación*. Hagamos, pues, la pregunta: *¿qué es una obstinación?*

La relevancia de la pregunta surge –en una instancia inicial– porque forma parte del título de este ensayo, que llama al peronismo "una obstinación argentina". Después, se afirma en que nadie dudará acerca de la persistencia del fenómeno en nuestra historia: nace con el golpe militar del 4 de junio de 1943 y todavía sigue fuerte y una mujer que proviene del riñón de su historia, de una de sus facetas más tormentosas y castigadas (la izquierda de los '70), acaba de ganar unas elecciones que la llevarán a la presidencia del país. Ella no luce excesivamente peronista: dio un discurso plural el día en que ganó, se reunió con un periodista del diario del establishment (un hombre que siguió día a día el gobierno de Néstor Kirchner con una obsesividad digna de algún prestigioso diván de la ciudad de Buenos Aires, desbordante de neuróticos y de psicoanalistas neuróticos que debieran mejorar a esos neuróticos o, en su defecto, medicarlos bien, y de todos los días en que anduvo tras él, criticándolo, encarnando odios, creando opiniones adversas, asumiendo el estrellato de su diario venerable, hijo dilecto de la pampa húmeda y de la Sociedad Rural, custodio de Occidente, de los capitales transnacionales, del ALCA, y ahora, a diferencia de otros irritables momentos de su historia en que reclamó hechos que –por el momento– olvidaremos, custodio de las libertades, de las de prensa sobre todo, y de las instituciones, y custodio, muy privativamente, de esa acuosa, impalpable entidad a la que se llama "la República" y en cuyo nombre se han cometido por estos lares las más horrendas tropelías, este periodista, decía, pasará a la historia como "el fiscal del kirchnerismo" pero –conjetura uno– al costo de haberle dedicado cuatro años de su vida al líder de esa tendencia, Néstor Kirchner, y al costo de verlo hasta donde no estaba o de encontrarlo, inesperadamente, en sus pesadillas, y en las peores) y citó escasa o nulamente a Perón y a Evita. De hecho, la presidenta Cristina Fernández pareciera haber elaborado mejor su relación con el peronismo que muchos antiperonistas, dado que en gran medida y no asombrosamente el peronismo vive más en el odio o el desdén o la obsesión de los antiperonistas que en la adhesión de los peronistas. Ocurre (y veremos intensivamente este aspecto) que en la mayoría de los antiperonistas, cuando se llega al fondo de ellos, al abismo de su repulsa, priva el odio al *diferente* encarnado en la figura del *grasa*, del *pobre* o del *negro* o del *groncho*. Y sus actuales manifestaciones: el *piquetero*, el *villero*, el *pordiosero*, los *cartoneros* y los *chicos de la calle*. Que, con el mero trámite de lanzarse a limpiar el parabrisas de los automóviles, arrojan al odio a sus conductores, al desborde y a la frase que la mayoría de la clase media de los "centros urbanos" destina al *diferente* cuando busca solucionar el problema que plantean a la serenidad, a la placidez, a la pulcritud de la polis: *hay que matarlos a todos*. En resumen, el antiperonismo es una obstinación argentina y esa obstinación alimenta al peronismo tanto (y a veces más) como él se alimenta a sí mismo.

No obstante, la palabra *obstinación* pareciera cargar con una cuota excesiva de *subjetividad*. Si uno dice que el peronismo es una obstinación argentina está diciendo *otra cosa* que si dice: el peronismo es una *persistencia* argentina. Se puede hablar de la persistencia de los hechos. Hablar de la obstinación introduce una direccionalidad subjetiva en el análisis. Rechazamos toda idea de una continuidad en la historia. No hay un tiempo lineal, una temporalidad homogénea, no hay sentido ni sujeto interno de la historia. Estas son ya viejas discusiones y las hemos zanjado. (*Nota:* Hemos escrito en otro lugar: "No queremos una historia de la *continuidad*. Pero no queremos una historia de la exaltación del azar y lo discontinuo. *Porque es cierto: no hay una historia de la continuidad. Pero hay continuidades en la historia. Hay persistencias en la historia.* Las tenemos que rastrear. Las tenemos que develar. Esas persistencias deberán ser conquistadas entre las miríadas de sucesos que exaltan los foucaultianos, pero no bien las conquistemos deberemos establecerlas, no cosificarlas, pero tenerlas presentes para la praxis. *No hay acción política que no se establezca sobre el develamiento de una continuidad*", JPF, *La filosofía y el barro de la historia*, suplementos publicados en este diario entre junio de 2006 y mayo de 2007. El libro completo y revisado aparecerá en abril del año próximo editado por Editorial Planeta.) Con todo, hemos elegido la palabra "obstinación" (y trataremos de hacer de ella un concepto) y no la palabra "persistencia". Bien cierto es que el peronismo es una *persistencia* en nuestra historia. No lo es menos que establece continuidades. Pero nuestro propósito es deliberadamente *humanista*. La historia del peronismo es una historia hecha por los hombres. Bajo determinadas circunstancias, como pedía Marx. Pero nos resulta imposible no ver en la trama histórica del peronismo la acción de sujetos prácticos, de sujetos enfrentados, de sujetos constituidos por la historia y constituyentes de ella. Hay una sobredosis de humanismo histórico en el peronismo. De aquí que nuestra posición acerca de la *filosofía política* del movimiento habrá de recurrir (no solamente, desde luego) a las posiciones de Carl Schmmit. Este genial teórico alemán (cuyos compromisos con el nacionalsocialismo nadie ignora) se pregunta, en uno de sus trabajos esenciales, por el "concepto de lo político", busca la especificidad de las categorías políticas, aquellos elementos por los cuales son "políticas" y no otra cosa. Y escribe: "Pues bien, la distinción específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de *amigo y enemigo*" (Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 2002, p. 56. Debe consultarse también el excelente ensayo de Chantal Mouffe: *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. El libro es un derroche de lucidez, de inteligencia. Sin duda alguna, recurriremos a él no bien sea necesario.) Sobre esa *Distinción* esencial, que se expresa ya como contradicción o conflicto o antagonismo o guerra, elaboraremos nuestra *filosofía política* del peronismo. Pero buscaremos –en la distinción amigo y enemigo– la praxis que anima a cada uno de esos grupos. Los grupos están constituidos por sujetos. Los sujetos tienen subjetividades. Las subjetividades generan conceptos aptos para dar cuenta de ellas. Una *persistencia* de la historia nos revela algo que ocurre en la historia. Una *obstinación* (y soy consciente también del riesgo *poético* o *literario* de la palabra, que, a mí al menos, no me disgusta) nos revela algo más: algo que los hombres hacen. Los hechos no se obstinan. Los sujetos sí. Podríamos plantearlo de este modo: los *hechos concretos* de la filosofía política del peronismo expresan una persistencia histórica alimentada por una obstinación de los sujetos que la protagonizan.

Volveremos sobre el tema.

PROXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE
Hacia el primer gobierno de Perón
Las migraciones internas:
Los "cabecitas negras" como sujeto político.

Peronismo

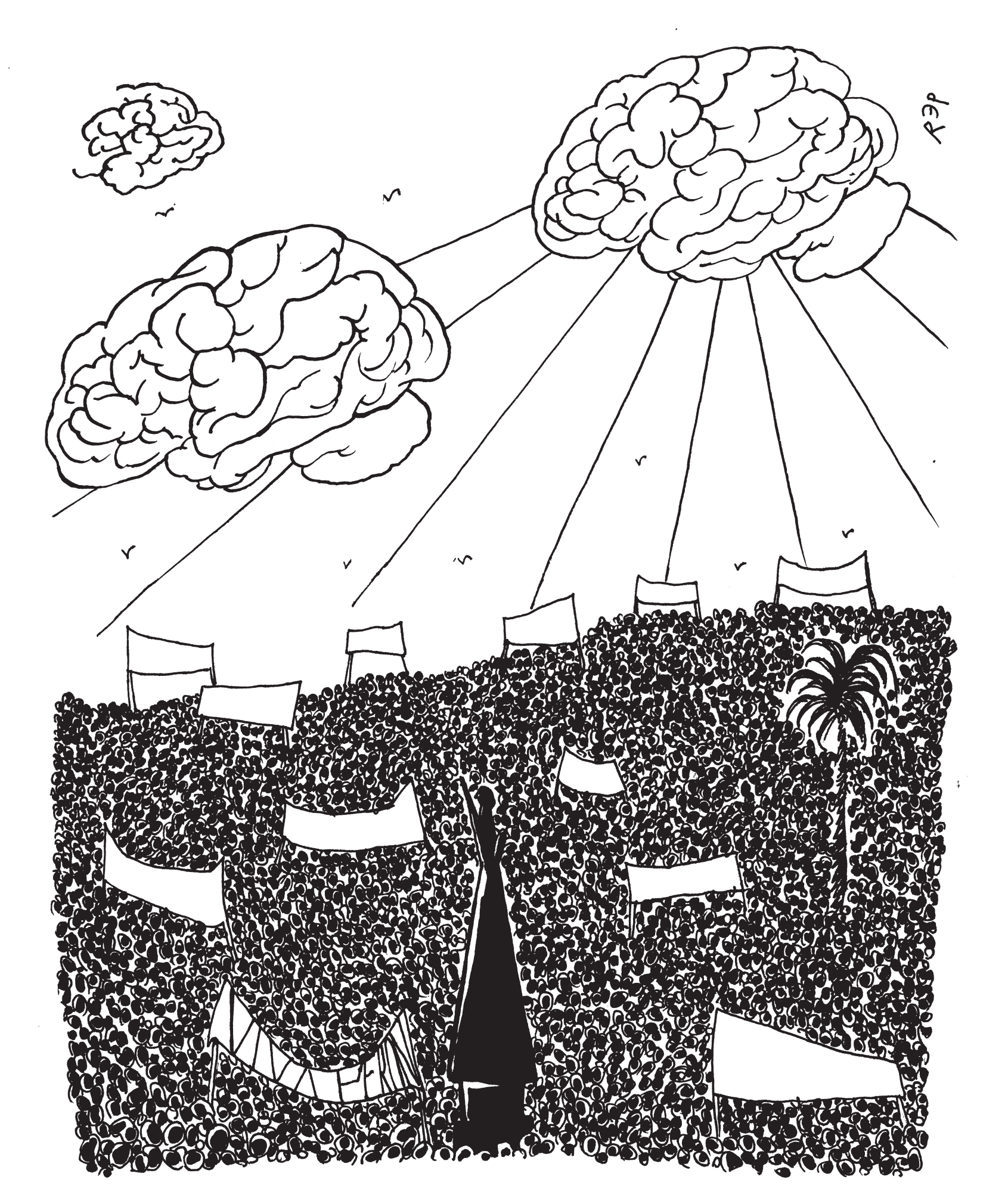
José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

2 PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón

Las migraciones internas: Los “cabecitas negras” como sujeto político.



Suplemento especial de
Página/12

LA PALABRA "OBSTINACIÓN"

Si rondamos brevemente en torno de la palabra obstinación nos encontraremos con sus sinónimos. Rondar en torno de ella implica también una recurrencia al Diccionario. No es fácil librarse del Diccionario. Uno apela a él. Lo convoca. Y, a veces, le suplica. *Obstinación* proviene de *obstinare* (obstinarse). No avanzamos mucho. Suelo concentrarme más en los sinónimos que en las etimologías. Al contrario de Heidegger, o a diferencia de él. Será porque mis conocimientos de griego se encuentran a distancias siderales de los suyos. Hay motivos conceptuales: no encuentro en los griegos todo lo que Heidegger (que, como veremos, fue un pre-peronista, y no estoy bromeando) encontraba: la patria del pasado o, mejor aún, la patria del principio, ese principio que "aún es", según se lee en el *Discurso del rectorado*. Busquemos nuestra palabra por el lado de la eminente María Moliner. Se sabe: si de un Diccionario se trata, ahí tiene que estar la señora Moliner. Que dice (no de *obstinación* sino de *obstinarse*, que sería, por decirlo así, la *puesta en práctica* de la obstinación): "Sostener alguien una opinión, actitud o decisión a pesar de razones que deberían disuadirle". No es muy buena la definición. Carece de muchos elementos. Traslademos nuestra inquietud al *Diccionario Salamanca de la Lengua Española. Obstinación*: "Actitud de mantener una idea a pesar de las dificultades o de otras ideas contrarias". Está mejor. Una obstinación es, entre muchas otras cosas que veremos, mantener una idea a pesar de las dificultades para darle fundamento o a pesar de todas las objeciones que se le hacen. Y éstas son –más que a menudo– las ideas contrarias que a las obstinaciones oponen los obstinados por otras obstinaciones. De tal forma (insistamos en esto) esas "ideas contrarias" son, a su vez, obstinaciones que sostienen otros tan obstinados como aquellos que lo eran. Tendríamos una historia tramada por las obstinaciones. Nos vamos acercando. Acudamos ahora a los sinónimos. Ahondan en el tema. *Sinónimos de "obstinación":* persistencia, porfía, terquedad. El concepto de *persistencia* vamos a dejarlo establecido desde ya. Una obstinación expresa una persistencia de los hechos históricos. Una obstinación no es teleológica. *No expresa un sentido interno de la historia*. Pero puede señalar una *persistencia*. El peronismo es una persistencia en nuestra historia y esa persistencia ha sido fruto de la obstinación de los grupos políticos actuantes en ella. Que quede claro: no sólo los peronistas se obstinan en el peronismo. Muy especialmente lo hacen los antiperonistas. Hay grupos, series, clases y sectores de clases que encuentran su identidad en el antiperonismo. Ellos asumieron la palabra *gorila*. Que –veremos– no es una palabra peronista. O no lo es solamente. En unas elecciones legislativas que dio Frondizi, los grupos de la Libertadora se presentaron bajo el lema: "Llene de gorilas el Congreso". Y se veía a unos abultados, corpulentos gorilas marchando hacia el Congreso. Los otros sinónimos nos entregan matices más cercanos a la pasión de los protagonistas, de los *obstinados*, que conceptos que puedan aplicarse a la historia: obsesión, testarudez, cerrazón y hasta chifladura, fanatismo y, desde luego, sectarismo. Pero: ¡grave error! (Tan grave como para señalarlo con signos de admiración, al modo de los viejos libros.) ¿Acaso no es la historia la historia de la pasión de sus protagonistas? Sí: la historia no es la historia del Ser, no es la historia de las fuerzas productivas, ni de las relaciones de producción, ni de las tramas de la estructura, ni del poder, ni de la resistencia al poder, menos aún es la historia del lenguaje, de los signos, de los significantes. O, en todo caso, no es eso *solamente*. La historia (aquí, para nosotros, y a los que no les guste pueden dejar ya este texto pero sepan que se perderán una de las historias más fascinantes de América latina) es todo lo que dijimos que no es pero sostenido, fundamentado por aquello que *esencialmente* creemos que es: la historia de los proyectos antagónicos por medio de los que *pasionalmente* se enfrentan los hombres, a medida que la hacen y son hechos por ella.

LA OBSTINACIÓN EN TANTO PASIÓN DE LA HISTORIA

Es entonces el momento de hablar de la pasión. Esta *obstinación* que venimos rastreando es pasional. Si *obstinación* se encuentra en su sinonimia con *obsesión* es porque ambas palabras, entrecruzadas, nos entregan al universo tormentoso de lo pasional. Pensar en Hegel no será –aquí– ocioso. Si todo lo grande se hace en la historia con pasión no podríamos negar que esta *obstinación argentina* debe leerse también como una *pasión argentina*. Ya veremos en el trazado de este relato colmado de estallidos, gritos, cánticos, bombas y cadáveres –incluso de cadáveres ultrajados, de un culto a la necrofilia como es difícil encontrar en otros ámbitos–, de este relato de fogosidades raramente contenidas por una racionalidad que funcionó más para la destrucción que para la construcción de la felicidad de un pueblo, relato que edificó enormes esperanzas, una, por ejemplo, *patria de la felicidad* que se destrozó luego entre el odio de enemigos inconciliables, un exceso de pasión, una pasión sobreactuada que se extiende desde los discursos postreros de Evita hasta la poética macabra de las zanjas camino a Ezeiza, generosas para cobijar cuerpos acribillados, desde los basurales de José León Suárez, desde esa matanza que narró Walsh hasta las pinturas candorosas de Daniel Santoro, con el Pulqui que sobrevuela la Ciudad de los Niños pero con la Evita castigadora, que le pega al niño gorila y al niño marxista-leninista, hasta el final del Perón de Favio, donde la mitología del líder lleva a confundirlo con un Moisés bíblico-militar ante quien las aguas de un océano caudaloso, incansable, se abren para permitirle su caminar sabio, fatigado pero inmortal, con el peso de la Historia sobre sus espaldas y el peso también del deber cumplido, hacia la Casa Rosada, lugar que le pertenece, en el que Él debe estar, dado que si Él está ahí, ahí está el Pueblo, y la felicidad del Pueblo y la grandeza de la Nación. Todo eso.

Lo que nosotros estamos proponiendo es una obstinación argentina. Pertenece a los peronistas en la modalidad de la adhesión. A los antiperonistas en la modalidad del rechazo. Con el paso del tiempo esa obstinación (insistimos: una *obstinación nacional*, no sólo peronista) se ha alimentado con aquellos sectores o grupos o agentes políticos cuya praxis se acerca al peronismo por encontrar en él el *espacio de la política*. Esto se expresaría diciendo: *No se puede hacer política fuera del peronismo*. En las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Cristina Fernández todos o se definían como peronistas o manifestaban su adhesión a sus figuras tutelares: Perón y Evita. La candidata de la Coalición Cívica, pese a nuclear el voto más antiperonista, se vio obligada a declarar su admiración por Perón y Evita. Un ex ministro de Economía, Lavagna, se erigió, en uno de sus discursos, en custodio de la pureza peronista. Ahí está: lo vemos blandiendo una foto de Perón y denunciando a los que quieren "vaciar" al peronismo por izquierda y por derecha. Rara afirmación. Para decir, en el siglo XXI, que el peronismo está siendo vaciado habría que definir antes *cuál es su contenido*. O por decirlo de otro modo: *de qué está siendo vaciado*. Tarea áspera, amarga si las hay. Otro político (Mauricio Macri, que pasó de ser un Isidoro Cañones de los boliches de los noventa a estadista de la "culta Buenos Aires" en el nuevo siglo, asombroso derrotero) es un peronista de pura cepa: presidente de Boca Juniors, populista, visitante algo patético pero no por ello menos entusiasta en su estética nac & pop de barrios laterales como Villa Lugano, con nenita oscurita y pobre incluida en foto incómoda), hombre capaz de hacer negocios y tratos o convenios políticos de coyuntura con quien se le aparezca, es, sobre todo por este último factor, un neto, purísimo peronista. En suma: hoy el país está inmerso en la obstinación peronista. Pero ya no se trata de testarudez, sectarismo, fanatismo. El peronismo es lo menos sectario que hay. Si usted quiere ser peronista o militar en sus filas, si usted quiere hacer en ese espacio-poder buenos negocios, lanzarse a la arena política, dialogar con hombres influyentes, el peronismo lo recibirá. No es una "chifladura". Al contrario, es el exceso de la *Realpolitik. El exceso de "peronismo" que se detecta en nuestra sociedad está en relación directa con el defecto de ideas, de ideologías diferenciadas, de proyectos nuevos*. La modernidad nacional popular del '45 y el posmilenio supramoderno del siglo XXI se conjuran en el peronismo. De él pueden salir desde un plan de viviendas populares hasta un pacto con los demócratas del Norte, que acaso exija la aprobación de la política exterior norteamericana (léase: permanencia en Irak o ataque nuclear restrictivo a Irán). De él puede esperarse una relación estrecha con Evo y hasta con Chávez. Una cooperación elegante con Bachelet. O medidas osadas en derechos humanos. ¿Distribución del ingreso, aumento de los subalternizados (los pobres) en el producto bruto interno, erradicación nacional de la pobreza extrema, plan intensivo de alfabetización declarado previamente "causa nacional"? No se lo ve empeñado en eso a este peronismo. Tampoco a ningún otro grupo político. Lo cual es obvio dado que *todos los grupos políticos*, de una u otra manera, participan hoy del espacio peronista para hacer política y ninguno, ni por asomo, se propone ir más allá en estas cuestiones. Al contrario.

¿Es la obstinación un *enigma*? Sí, en la medida en que el peronismo lo es. No es que desconozcamos cosas sobre él. Por el contrario: sabemos demasiadas. Esta sobreabundancia de hechos (de hechos de todo *signo ideológico*) es la urdimbre enigmática del peronismo. ¿Por qué tantos se obstinan en una *cosa* a la que dan el mismo nombre, a la que llaman de la misma manera o de la cual recuperan la misma historia a la que suelen envolver en algo tan vaporoso como lo nacional, o lo popular, o lo nacional popular. (Sus enemigos, que van y vienen, acuden con frecuencia al concepto de "populismo", de compleja definición a fuerza de lo excesivo, del manoseo y hasta de cierto matiz despectivo, elegante o clasista con que se presenta.) Como *hecho histórico* la obstinación es agente de dinamización y consolidación. Consolida una identidad pero la obstinación por consolidarla lleva a acciones con frecuencia beligerantes. Si la historia surge del antagonismo amigo-enemigo no hay como dos obstinaciones para entregarla al vértigo. La obstinación puede también instituirse, hacerse dogma. La obstinación se transforma en un *corpus*, el corpus en *dogma* y el dogma en *verticalidad y autoritarismo*. En 1973, en su discurso del 21 de junio, Perón declara la *etapa dogmática*: congela la doctrina. Congela la obstinación, que había tomado un camino guerrero que el líder quería frenar. Veremos que no pudo. La obstinación establece linealidades en la historia pero *no es una linealidad*. La filosofía política del peronismo –aunque la señalemos como una "obstinación argentina"– no es una linealidad. Hay, en ella, quiebres, rupturas, obstinaciones diversas, diferenciadas, bélicas, insurgentes y contrainsurgentes. La obstinación es identidad pero al obstinarse tanto en "algo" (el "peronismo") es también la ausencia de ella. La obstinación podría acaso darnos el sentido de la historia política argentina. Pero el peronismo se ha vaciado. Durante años lleva entregándonos más una ausencia de sentido que una presencia. Es un significante que no significa. Significa tanto

que no significa nada. Es –como bien dice Ernesto Laclau en una definición ya célebre– un *significante vacío*. Mientras vivió, lo llenaba Perón. Y ni siquiera vivo lo llenó. Ya que luego de Ezeiza los significantes se multiplicaron. Que el peronismo pueda serlo todo nos remite al último rostro de la obstinación: la obstinación como enigma. ¿Por qué tantos se obstinan por algo que ya no saben decir qué es? Porque en esa *poderosa indefinición* el peronismo se da el lujo de *serlo todo*. De contener en sí todas las obstinaciones. Parte de esa obstinación es este libro.

LOS MIGRANTES: EL NUEVO SUJETO POLÍTICO

La Argentina de 1943 era próspera y se mantenía alejada de las tormentas bélicas que sacudían a los europeos. La prosperidad había surgido de esas tormentas, como un fruto inesperado de ellas. Se suele decir: *Crisis en la metrópoli-prosperidad en la colonia*. O se solía decir. Como sea, lo que el esquema interpretativo dice se centra en que Argentina era una colonia o –sin duda– una *semicolonia*. Esto es parte del vocabulario nacionalista. Que, a esta altura, era el vocabulario que habían pulido los hombres de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Estas cosas debieran ser largamente conocidas pero sabemos cuánto se ha retrocedido y sobre todo hasta qué punto el pensamiento del nacionalismo argentino ha sido sofocado desde la dictadura militar y, muy especialmente, desde el surgimiento de la democracia. Si un joven de hoy supiera que el radicalismo levantó las banderas del nacionalismo popular se sorprendería. ¿Alguna vez el radicalismo habló de patria, colonia, coloniaje, imperialismo, soberanía popular, soberanía nacional? ¿No es ése el lenguaje pedestre y vulgar del peronismo populista? ¿No sabemos desde Alfonsín en adelante y desde las cátedras que respaldaron su gestión que la patria es la república, el pueblo el ciudadano, el Estado autoritario y toda la otra jerga cosa de peronistas nostálgicos? No, y no podemos detenernos mucho en esto ni siquiera solucionarlo: se ha avanzado en exceso y posiblemente sea ya tarde, imposible o –lo peor– innecesario. Si alguien quiere saber un par de cosas sobre ese grupo de *jóvenes radicales* (todos antipersonalistas, antialvearistas, yrigoyenistas) puede leer algún libro de Hernández Arregui o Arturo Jauretche. Ahora –luego de la fiesta democrática o la fiesta menemista– han aparecido (otra vez) algunos. Volvemos: hablábamos de la prosperidad argentina de 1943. Durante la década del treinta alguien –célebremente– había dicho que la Argentina era la joya más preciada de la corona británica. Cuando la corona británica vive estragada por la guerra, la joya más preciada tiene que abastecerse a sí misma. A esto se le llama "sustitución de importaciones". Se sigue exportando hacia la metrópoli en desdicha lo que ya se exportaba y no hay otra salida más que incurrir en una política industrialista. Fabricar en casa lo que nos venía de afuera. A esto –dijimos– se le llama sustituir importaciones. Todo proceso de producción genera empleos, dado que necesita obreros. Los obreros trabajan y cobran sus sueldos. Con esos sueldos consumen, algo que no sabían. Al consumir aumenta la producción fabril. Esa producción tiene asiento en las ciudades. Las que empiezan a llenarse de fábricas. Los peones del interior reciben la noticia. Hacen su bagayito y se van para la ciudad. Llegan y encuentran trabajo en seguida. La industria le quita hombres al campo. Nacen las primeras villas miseria. Pero son fruto de un desarrollo que beneficia a los nuevos obreros. Ya tienen trabajo, pronto tendrán hogar. Por ahora, la villa. Pero hay un horizonte: lo dibuja el humo de algunas chimeneas, el ruido de los tornos, el rechinar de las máquinas. Avellaneda, Munro, Berisso, ¡cuántos tallercitos aparecen por ahí! El tallercito crece y es ahora una fábrica. Los obreros ganan su dinero y de a poco salen de la villa hacia una vivienda escueta pero digna y siempre provisoria, porque el trabajo tiene eso: le da al obrero la certidumbre del futuro, el esfuerzo dará sus frutos. Esto venía ocurriendo desde al menos 1935. Cada vez con mayor intensidad. La década –políticamente– era ultrajante, una burla a los derechos civiles de los pobres. Era la década del fraude conservador. De los caudillos comiteriles. De Alberto Barceló. De Juan Nicolás Ruggiero (*Ruggierito*). De los que les decían a los humildes: "Vos ya votaste". Alguien le puso un nombre que perduró: *Década infame*. Ahí surge FORJA. Los jóvenes radicales. Buenos tipos, talentosos: Homero Manzi, Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche. Sin estar en FORJA, desde otras zonas, Roberto Arlt y Enrique Santos Discépolo narraron esos tiempos. La cuestión es ésta: previa al golpe de 1943 la Argentina se ponía próspera, había trabajo, nacían industrias y –¡aquí viene el sujeto!– un proletariado nuevo, joven, hecho de hombres que habían apenas dejado atrás la vida triste del peón, llegaba a las ciudades. Era los *migrantes internos*. Los que Eva Perón habrá de llamar "mis grasitas". Los que serán apodados "cabecitas negras". Por el pelo negro, cortón y áspero. Los tipos de las zapatillas. No tienen experiencia sindical alguna. ¿Quién habrá de darles cobertura política? ¿Quién los descubrirá como lo que eran: el sujeto nuevo de la nueva sociedad argentina? ¿Qué interpretación de la historia nacional e internacional era necesario poseer para poder *verlos*? Porque se trataba de eso: de verlos. Como en el arte, como en la narrativa o la pintura o la música se trata de eso: de ver lo nuevo. A veces, en el arte, ver lo nuevo es ver que no hay nada nuevo, que la vanguardia es insistir con lo que ya está porque aún restan ahí posibilidades inéditas. Pero, en la Argentina de 1943, había un nuevo sujeto. Nada menos que eso: *una clase social reclamaba un nuevo protagonismo*. Requería que alguien viera que estaba ahí, que había llegado del campo, que había llenado las villas, que había salido de ellas, que llenaba las fábricas, que consumía, empezaba a ir al cine, a comer mejor, a vestirse con alguna dignidad. Era el joven proletariado. Los migrantes internos. *No sabían nada de la guerra europea o, si lo sabían, no les importaba*. No entendían qué era eso. Europa era lo infinitamente lejano. Si alguien les decía "Europa" casi no tenían a qué referir la palabra. Sabían algo: ellos no

eran "Europa". "Europa" podía ser, acaso, la riqueza, lejanamente la cultura o el abecedario, el saber leer. Y era "la guerra". Algo que apenas podían imaginar. Buscaban sobrevivir. Habían dado el primer paso: escaparle al patrón de la estancia feudal y expoliadora. Llegar a la ciudad. Y, para colmar la dicha, trabajar. Apenas sabían que había, para ellos, sindicatos. Que tenían derechos políticos. Que, en algún momento, deberían votar. Nada de esto los atraía. No encontraban "dónde" poner esas cosas. No encontraban un partido político que los convocara, que supiera hablarles. Los sindicalistas tradicionales tenían para ellos las únicas palabras que tenían y que honestamente les entregaban, pero esas palabras eran tan tradicionales como ellos. "Socialismo", "comunismo", "anarquismo" no decían mucho para un cabecita negra del '43. Tampoco la palabra "líder" les era cercana. Eso fue, sin embargo, lo que encontraron: un líder. También el líder los encontró a ellos. Porque los buscó.

LOS DEL GOU

El 4 de junio es el día del golpe militar. Ese Ejército que sale a las calles tiene unos cascos que (sobre todo vistos desde hoy, en algunos noticiosos de la época) apestan de tanto que se parecen a los de los soldados alemanes. Era así: esos militares nacionalistas se habían educado con los textos de los grandes teóricos prusianos de la guerra. Sobre todo con Karl von Clausewitz, a quien también leerán minuciosamente los Montoneros, sobre todo en la peor etapa de su extravío: entre 1975 y 1980. Falta mucho para esto. Clausewitz nace en 1780 y muere en 1831, el año en que muere Hegel, Rector de la Universidad de Berlín para entonces, el gran cuadro intelectual de Federico Guillermo de Prusia. Clausewitz había leído al maestro de Jena y había estudiado las batallas de Napoleón. Nació en el momento justo. Dirigió la Escuela Alemana de Guerra. Escribió el voluminoso *Sobre la guerra*, cuya influencia en el campo de la estrategia y la táctica guerreras es inabarcable. Dijo que cualquier consideración de humanidad volvería a cualquier ejército más débil ante un enemigo más sanguinario. "¿No matarás?" El hombre no sólo mata sino que hace del supremo arte de matar –la guerra– una ciencia que se enseña en las academias militares. (*Nota:* Acaba de aparecer, editado por la Universidad de Córdoba, un grueso volumen que recoge todas las polémicas que giraron alrededor de una Carta inesperada, un grito sin esperanzas del filósofo Oscar del Barco. La Carta de Del Barco se refiere a la guerrilla de Jorge Ricardo Masetti, quien, al frente de un grupo de no más de veinte milicianos creó, bajo la inspiración del Guerrillero Heroico, Ernesto Guevara, un foco guerrillero en el monte salteño, bajo el nombre de Ejército Guerrillero del Pueblo. No hicieron ningún operativo, salvo que Masetti ordenó fusilar a dos jóvenes integrantes del grupo. Se habían quebrado, no daban más. Los mataron por cobardía. Del Barco escribe una Carta a la revista cordobesa *La Intemperie*. El planteo es extremo. Todos los que apoyaron las acciones guerrilleras en el país y en el continente son responsables de esas muertes, hayan o no hayan empuñado armas. Aclaremos: no de las muertes de los jóvenes que ordenó Masetti, sino de *todas* las muertes de los grupos guerrilleros. La Carta –editada en el libro *No matar*– parece el delirio culposo de un hombre abrumado: Del Barco anda por los ochenta años. Propone un imposible: "No matarás". Sabe que es un imposible pero sabe que es el único principio de una actitud responsable frente a la vida del Otro. Apela a Levinas. En su momento –en medio de esta historia de muerte en que se irá convirtiendo el peronismo hasta llegar a los picos de 1974/1975– nos ocuparemos de esa polémica. No se puede hacer una reflexión o una filosofía política del peronismo si no se asume el tema de la muerte violenta, de la muerte a manos de Otro. La recurrencia al pensamiento de Emmanuel Levinas se hará también insoslayable.) De esa ciencia se nutrieron los hombres del golpe del '43. También leían a Colmar von der Goltz que, incluso, solía venirse por aquí. Autor de *La nación en armas*, hay una foto que lo muestra cuerpo a tierra junto a soldados argentinos, ensuciándose el vistoso y ultracondecorado uniforme prusiano pero formando a ese ejército pro germánico y joven.

El 4 de junio cae el proyecto oligárquico y probritánico del fraude: se pensaba imponer como Presidente a Robustiano Patrón Costas. No: los milicos salen a la calle y toman el poder. ¿Quiénes eran? Habían abandonado el proyecto que encarnara en la década anterior (ésa a la que José Luis Torres llamó "infame") el general Manuel A. Rodríguez, ministro de Guerra de Justo. Un tipo, Justo, que siempre sonreía. Un gordito con pinta de general sosegado que veía una cámara y decía "cheese" o "whisky". Osvaldo Bayer dice que cuando a él le sacan una foto y quiere salir sonriendo dice: "anarquía". Para sonreír es lo mismo, pero sólo para eso. El general Manuel Rodríguez solía declarar cosas como ésta: "Desgraciado el país en que los militares puedan expresar sus ideas políticas; en él habrá de concluir la disciplina del Ejército". (*Nota:* Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-46)*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1968, p. 241.) Rodríguez pasa a la historia como "El hombre del deber". ¿Cómo no iba a ser fiel un liberal a los militares liberales si eran éstos los que gobernaban? Una farsa.

Nada que ver con el profesionalismo los oficiales del GOU. Ya que estamos: ¿qué significa GOU? Si lo dijimos, lo decimos de nuevo. La definición más usual es Grupo de Oficiales Unidos. Pero es demasiado sensata. La mentalidad germano industrialista y la tendencia al exceso de muchos de sus integrantes torna más verosímil la que propone Carlos Fayt en *La naturaleza del peronismo* (libro prescindible, avejentado): Grupo Obra de Unificación. Me inclino por la imperativa que propone Puiggrós en *El peronismo: sus causas* (creo que se ha reeditado recientemente: es un libro que conserva su valor): ¡Gobierno! ¡Orden! ¡Unidad! Los oficiales de escuela prusiana vivían entre signos de admiración. Imponen la violencia expresiva de las órdenes. "¡Atención soldados!" O si no: "¡Avancen sobre el enemigo!" (Que no es tal: son otros grupos de soldados que juegan a ser el enemigo: cuando el Ejército Argentino, no el nacionalista sino el mayormente liberal y genocida de la "guerra sucia", se encontró con un enemigo "en serio" –Malvinas– no se caracterizó por el valor ni la eficacia. Más bien sacrificó a sus tiernos, inexpertos, jóvenes soldados, muchachos de las provincias en su mayoría, cuyas vidas –en doloroso número– arruinó, conduciendo a muchos, a más de doscientos, al suicidio, a morir o a vivir con el dolor de una guerra sin gloria, una maniobra de una Junta malherida, desesperada y retirándose malamente, ensayando su último manotón de ahogado para legitimar un gobierno criminal que se caía irremisiblemente.) Volvamos a los soldados del GOU. Sus apellidos asombraron a la oligarquía cuando salieron a la luz: Ramírez, Farrell, Perón, Mercante, González. ¿Quiénes eran? "Eran los hijos de los inmigrantes de la laboriosa clase media yrigoyenista que los había introducido a la vida militar buscando la ansiada meta del ascenso social. Habían participado del golpe del '30, habían padecido los años de Justo, eran católicos, nacionalistas, simpatizantes del Eje más por formación profesional que por real identificación política" (JPF, *El peronismo y las Fuerzas Armadas*, revista *Envido*, Nº 9, mayo de 1973, p. 8). Los había enfurecido la defección de Uriburu, su traición incluso. Habían escuchado arengas de Carlés, discursos de Lugones y Carlos Ibarguren. Habrán incluso, el 6 de septiembre de ese año de 1943, de festejar el golpe del '30. Se sentían sus herederos.

EL CORONEL Y SU BERRETÍN CON LA CLASE OBRERA

Había entre ellos un tipo raro. No tenía el berretín de la siderurgia como sus compañeros de armas. Los hombres del GOU, en efecto, eran industrialistas. Buscaban la industria pesada. Se morían por los Altos Hornos. El tipo raro, no. Su berretín era la clase obrera. Los migrantes internos. Los negritos que llegaban sin cesar a la ciudad. Cuando sus compañeros le preguntaron qué quería contestó algo que sorprendió a todos: el Departamento de Trabajo, pronto trastrocado en *Secretaría de Trabajo y Previsión*. Los del GOU se asombraron y hasta sonrieron con cierto desdén: ¿qué le dio a Perón? (Así se llamaba el tipo raro; que era raro, desde el vamos, por el puesto que pidió.) ¿La Secretaría de Trabajo y Previsión? ¿Y qué podía hacer desde ahí?

Hablar con los migrantes. Saludar a los negritos. Sonreírles. El coronel tenía una sonrisa que ni la de Gardel. Cincuentón, pintonazo, entrador. Usaba un lenguaje pintoresco. Rosas le explicaba a Santiago Varela, representante del Uruguay, que se había tenido que hacer gaucho para ganarse el favor de esa clase, de esos hombres de la pampa. Perón les pone el cuerpo a los obreros. Les habla con palabras de ellos o decididamente nuevas. O no tanto: venían de FORJA, del radicalismo antialvearista. Dice *Década Infame, cipayos, vendepatrias, semicolonia, explotación*. Llama *compañeros* y *muchachos* a sus amigos, *contras* a sus enemigos, *bolichero* al comerciante, *peliagudo* a lo difícil, *queso* a lo que ambicionan los políticos, *cuento chino* a la mentira, *pan comido* a lo fácil, *bosta de oveja* a lo indefinido.

La situación es así: tenemos que analizar el *proceso de construcción de poder* al que se entrega Perón. Aquí, las categorías de "bueno" o de "malo" son insustanciales. Se trata de un análisis despojado de juicios morales. Los actores sociales de esa coyuntura histórica eran los siguientes: *A) La oligarquía*. Era aliadófila. La aliadofilia fue el gran obstáculo para descubrir al nuevo sujeto político de la etapa. Ser aliadófilo era mirar hacia Europa. La suerte del entero mundo se jugaba ahí: las democracias occidentales enfrentaban al Eje y de su triunfo dependía el futuro de la Humanidad. La oligarquía, además, no necesitaba *descubrir* al nuevo sujeto político. *Lo había explotado en sus estancias*. Ahora se le aparecía en las ciudades. Fue –como más tarde se dijo– un *aluvión*. Traducido al presente, a nuestra historicidad de hoy, a la oligarquía de los cuarenta le pasó lo que quieren evitar los porteños de hoy: que la chusma se les venga encima. Y no sólo los porteños: los ciudadanos de las grandes orbes del mundo también. Los parisinos que eligen a Sarkozy le requieren dureza con los musulmanes (aunque tengan tres generaciones de franceses detrás), dureza con la *Banlieue*, con la periferia, con la negritud que los rodea, con la barbarie. También el Muro de Bush cumple esa función: que los desastrados del mundo no vengan a comer de nuestro propio plato. Hay un temor de las ciudades y es un temor viejo, añoso: la invasión de los bárbaros. La oligarquía de los cuarenta mal podía elegir a sus peones súbitamente urbanizados como su sujeto político porque los odiaba. Los recibía con temor. Habría deseado mantenerlos bajo la égida del capataz, comprando víveres en el almacén de sus patrones, no con dinero sino con vales, con indignas papeletas. Ahora estaban aquí. Les violaban la ciudad. Esta oligarquía era, además, racista. Para la "negrada" sólo tenía un desdén patronal y racial. Desde esta óptica –aunque, es cierto, Perón trajo a muchos nazis– el peronismo careció del elemento esencial del nacionalsocialismo: el racismo biologista. El que recibió al "diferente", al racialmente detestado, denigrado, fue Perón. No le molestó la "negrada". La Sociedad Rural, en cambio, se comportaba con ellos como Alfred Rosenberg con los judíos. En agosto de 1944, ante una consulta que sobre salarios le hace la Secretaría de Trabajo y Previsión, responde: "En la fijación de salarios es primordial determinar el estándar de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente trae destinos socialmente poco interesantes. Últimamente se ha visto en la zona maicera entorpecerse la recolección debido a que con la abundancia del cereal y el buen jornal por bolsa, *resultaba que con pocos días de trabajo se daban por satisfechos, holgando los demás*" (*Nota: Anales de la Sociedad Rural*, agosto de 1944, cursivas nuestras). En resumen: al *nuevo sujeto* que asomaba en la escena política de la urbe portuaria la oligarquía creía conocerlo bien: venía del campo, era racialmente inferior y apenas juntaba unos pesos se dedicaba a la holganza. Un pésimo encuadre para captar su adhesión.

PRÓXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE
Hacia el primer gobierno de Perón
Perón, un estudio sobre la construcción de poder

Peronismo

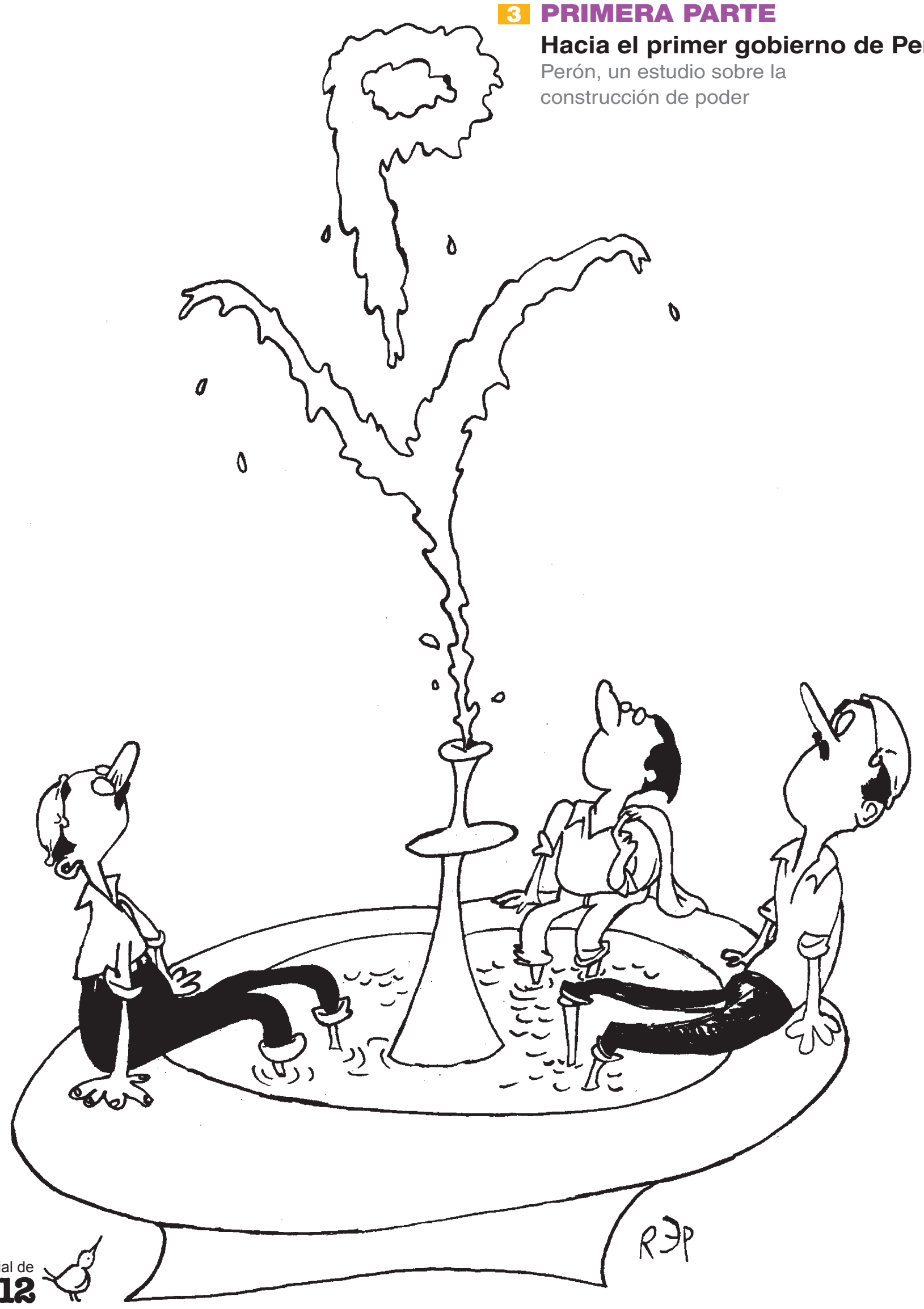
José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

3 PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón

Perón, un estudio sobre la construcción de poder



Suplemento especial de
Página/12

BORGES: EL "POEMA CONJETURAL"

Era parte de esa oligarquía. Sostenía su visión de la historia, señalaba sus linajes en ella (Laprida, dice, es pariente suyo), prefería a Sarmiento antes que a José Hernández y creía que elegir al primero y no al segundo (como cree que se eligió) habría cambiado el destino de la patria: tanto creía en el poder de los libros, odió toda su vida al peronismo, hizo de ese odio una estética, buscó siempre el *lugar* en que el odio estaba y ahí se puso, escribió, con Bioy, *El matadero* del peronismo y lo tituló *La fiesta del monstruo*, dijo, por fin, que los peronistas eran incorregibles. Lo eran tanto como lo era él: su pasión antiperonista sólo podía medirse con la pasión de los peronistas por sí mismos. Los odió tanto como ellos odiaron a la clase social que lo cobijaba y a la que defendió siempre. Expresó, como pocos, la hoy todavía vigente, todavía paralizante, todavía mecanicista, maniquea, toscamente dual, binaria y simplificante contradicción peronismo-antiperonismo. Con todo, en uno de sus poemas, fue más allá de sí mismo, de su ideología, de los códigos de su clase, de su amor por la Civilización *alla* Sarmiento, de su odio por los gauchos. Un poeta –como todo verdadero artista– se excede a sí mismo. Supera, en su arte, sus limitaciones conceptuales, sus odios ciegos, los condicionamientos lineales de su inserción de clase, los mandatos paternos. O, en el caso que nos ocupa, maternos, porque sólo a Ella solía escuchar y hasta obedecer, a Madre, como Norman Bates. Jorge Luis Borges –de él, se habrá ya advertido, estamos hablando– escribió ese poema que lo llevó más allá de sí mismo, que lo tironeó hacia la más honda comprensión de la patria a la que un argentino haya accedido, al punto exquisito en que la totalidad se constituye, en que la comprensión se conquista, en que el *todo* se torna traslúcido porque todas las partes confluyen en él, explicándose, en un poema que escribió el 4 de julio de 1943, puntualmente un mes después del golpe de junio, el del GOU, el que abre la senda tumultuosa que el peronismo habrá de transitar.

Se trata del "Poema Conjetural", que Borges publica en *La Nación*. Ocupaba la presidencia el general Pedro Pablo Ramírez. Una señora de la misma clase social de Georgie o a la que Georgie deseaba pertenecer aunque sólo fuera como un miembro de escaso patrimonio, con pocos campos, sin estancias ni peones pero sin duda con un deslumbrante talento, la señora María Esther Vázquez, que fue su amiga, entre tantas que tuvo este hombre que les temía a las mujeres pero no podía vivir sin ellas, escribió una especie de biografía en la modalidad entretenida, chispeante, liviana y rencorosa del chisme. En ella, del "Poema Conjetural", escribe: "Resultó, de un modo misterioso, profético en cuanto a la conducta que asumiría el posterior régimen fascista, encarnado en la figura de Juan Domingo Perón. Perón empezaría a asolar el país meses después, cuando se hizo cargo del Departamento Nacional del Trabajo, transformado en la Secretaría de Trabajo y Previsión, desde donde empezó a desarrollar una tarea demagógica que, entre otras cosas, llevaría al país a décadas de odio. Se puede considerar al 'Poema Conjetural' como una pieza 'política' en la que se denunciaba un pasado que –Borges no podía imaginarlo– sería una forma de futuro. Tras el advenimiento del peronismo se hizo consciente esta peculiaridad del poema, cada vez más próximo a nosotros, siempre acorde con el 'destino sudamericano' de incultura, de barbarie, de befa y de muerte que incluye, por supuesto, a la tristemente conocida época del Proceso, entre 1976 y 1983" (María Esther Vázquez, *Borges, esplendor y derrota*, Tusquets, Barcelona, 1996, p. 180). Se trata de una muy pobre interpretación del "Poema Conjetural". María Esther llama "régimen fascista" al gobierno de Perón y, al hacerlo, nos revela el sello que para las clases pudientes –por decirlo así– tenía ese gobierno. "Fascista" expresa también el esquema "aliadófilo" con que se empezó (y se siguió en la mayoría de los casos) interpretando al peronismo. La "tarea" que realiza Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión es "demagógica". Y lleva a "décadas de odio". El problema que plantea el esquema de Vázquez radica en la pobreza de su interpretación de la "barbarie". O de lo que Borges –y ella lo retoma– llama en su poema su "destino sudamericano".

Para Vázquez, el "destino sudamericano" expresa la incultura, la barbarie, la befa y la muerte. Su enfoque es cerradamente sarmientino. Cerradamente *Sur*, la revista donde se concentraba el odio al peronismo y a la "barbarie" del siglo XIX. Es notable que María Esther –en el fondo: una buena señora– extienda "a la tristemente conocida época del Proceso" la presencia del peronismo y de la barbarie gaucha. En septiembre de 1975, en la celebración que todos los años (ignoro si esto sigue ocurriendo) hacían de la Revolución Libertadora quienes habían luchado en ella o sus familiares o sus continuadores, está presente el Almirante Rojas, el mismo que en los noventa se abrazará con el caudillo federal peronista y bárbaro Carlos Menem. En 1975 todo era distinto. Había que alimentar el clima para el golpe militar. Había que liquidar al gobierno de la heredera de Perón, hombre de dejar herencias incómodas y hasta belicosas. Se reúnen, por tanto, los entusiastas de la Libertadora y el acto se lleva a cabo. Hay –coherentemente– vivas a Rojas, a Aramburu y hay también vivas a otro personaje que, si bien no participó de la Libertadora, pareciera haber actualizado su credo en otro septiembre, no un dieciséis sino un once. Repetidamente, a toda voz se grita: "¡Viva Pinochet!" El cronista del diario *La Opinión* (cualquiera puede verificarlo en la edición del 17 de septiembre del '75) escribe: "Eso revela lo que le espera al país si esta gente se adueña del poder". Sí: esa gente se adueñó del poder. El Proceso de Reorganización Nacional se llamó de ese modo por inspirarse en la Organización Nacional que el país emprende después del triunfo de las clases ilustradas en Caseros y de la consolidación de la misma en el ochenta, con Roca conquistando el desierto, eso que, muy acertadamente, David Viñas, para marcar a fuego el genocidio indígena, llama "la segunda conquista de América".

TIEMPOS INTERESANTES

Conducido por los misteriosos arcángeles de la poesía, Borges supera el odio de su clase, de su grupo de pertenencia, de Madre y de las señoras con que tomaba el té, y entrega la comprensión más honda (o, sin duda, una de ellas) de este indescifrable, fascinante país. (*Nota:* Digo "fascinante" porque ser argentino es, si no ser chino, padecer la más impecable de sus maldiciones. No hay nada peor que una "tortura china" o una "maldición china". De las "maldiciones" arriesgo que la más elaborada, sabia, esa que expresa más que todas un añoso y hondo conocimiento de la existencia humana, es la que dice: "Te deseo que vivas tiempos interesantes". A su autobiografía, Eric Hobsbawm la tituló: *Tiempos interesantes*. Son los peores. Los que no dan paz ni tregua. Los tiempos del sonido y de la furia. De la muerte. Sostengo que todos o casi todos los tiempos de este país que llamamos "nuestro" han sido *interesantes*. Que ninguno dio respiro. Que si de "primaveras" se habla uno recuerda dos: la de Cámpora y la de Alfonsín. Luego, el frío de las "crueles provincias". La estética del degüello. La mazorca federal. Los unitarios de Estomba y de Rauch atando a los enemigos a los cañones y ordenando disparar. La "guerra de policía" de Mitre. La Semana Trágica. La Patagonia Trágica. La Triple A: capucha y zanja. La ESMA: la tortura en tanto "tarea de inteligencia". Las contraofensivas montoneras que arrojaron a la muerte fácil pero infinitamente despiadada a tantos combatientes que debieron haber hecho otra cosa, ésa que decía Walsh: *acompañar el reflujo de masas*. Todo esto que desordenadamente digo es para decir que hemos vivido inmersos en una "maldición china": la de los *tiempos interesantes*. ¿Por qué uno está escribiendo sobre la historia del peronismo, indagando su filosofía política? ¿Por qué un diario la publica? *Porque la historia del peronismo es malditamente interesante*. De donde podríamos extraer nuestra primera definición del peronismo: todo él es, como el país, una maldición china. Sigamos.) El poema se plantea como un monólogo interior de Francisco Laprida, "asesinado el día 22 de septiembre de 1829, por los montoneros de Aldao" (Jorge Luis Borges, *Obras Completas II*, Emecé, Buenos Aires, 1996, p. 245). Es curioso: pero uno no puede sino pensar que todo es todavía más complicado de lo que es. Hoy, cuando los diarios se leen por Internet, imaginemos a cualquier extranjero en cualquier lugar del mundo con un razonable interés por la historia de este país. Luego de leer el párrafo de Borges que cité (ése: que Laprida fue asesinado el 22 de septiembre de 1829 por los montoneros de Aldao) el buen hombre se pregunta: "¿Cómo, los Montoneros ya mataron a un tal Laprida en 1829?" No, a Laprida lo matan los montoneros de Fray Félix Aldao, un "bárbaro" cuya biografía escribirá el "civilizado" Sarmiento, que se desvivía por las vidas azarosas de estos hombres que odiaba. Borges elige al perfecto protagonista que necesita para su poema: Francisco Narciso de Laprida fue quien declaró la independencia de esta patria tramada por los antagonismos. Y el montonero que lo derrota (un ex fraile, a quien también matarán) le entrega, a la vez, una certeza inesperada. Sarmiento, al narrar la muerte de Aldao, dice que alguien le reprocha las desgracias que le propinó a su patria. Y que Aldao responde: "También le di días de gloria". No podemos saber si uno de ellos fue el que culminó con la muerte de Laprida, pero es probable y hasta más que eso. "La victoria es de los otros", verifica Laprida en tanto "se dispersan el día y la batalla". Y añade: "Vencen los bárbaros, los gauchos vencen". Es el triunfo de la barbarie sobre la inteligencia. El colonialismo siempre se adjudicó el valor de la Razón. En la Argentina, los grandes textos colonialistas fueron escritos por la burguesía ilustrada. El mariscal francés Bougeaud conquistó Argelia y libró batalla contra todos los insurrectos que defendieron su territorio. Su lema fue: "Combatir a la barbarie con la barbarie". En una de sus acciones quemó vivos a quinientos argelinos. Sarmiento lo admiraba. En sus textos de viajes no dejaba de mencionar su crueldad y su decisión de batir a los bárbaros con sus propios métodos, algo que aquí, también para admiración de Sarmiento, hizo el coronel Ambrosio Sandes. No obstante, aquí no hubo algo similar al general Bougeaud. Se le hizo la guerra a la barbarie con la barbarie, pero el país había declarado su independencia. Es Narciso de Laprida, precisamente, quien lo hace. Al ser el país independiente la tarea de "conquistarlo", de erradicar a la barbarie, de hacerle la guerra "con la barbarie" cae en los círculos ilustrados, que son los que se ligan a Europa comercial y culturalmente. Nuestro general Bougeaud es Sarmiento, es Mitre, es Roca. O lo fueron los lugartenientes de Mitre que dirigieron y protagonizaron la "guerra de policía" que se les hizo a las provincias después de Pavón: Sandes, Irrazábal, Paunero. Un Edward W. Said, en la Argentina, no tendría que rastrear los textos colonialistas en los escritores del Imperio. Ni en Dickens ni en Jane Austen ni siquiera en la *Aída* de Verdi. Al ser, desde 1810, un país poscolonial, la Argentina dio a luz a sus propios escritores colonialistas. Seré, por el momento, breve: todos los escritos que justifican la necesariedad de la penetración de la razón europea en el país son textos colonialis-

tas. Esto no es "revisionismo histórico". Me refiero a otra cosa: la racionalidad europea –la que nace con Descartes y se consolida con la razón iluminista y se fortalece en Nietzsche en tanto *voluntad de poder*– ha sido puesta en el banquillo de los acusados por la mayoría de las corrientes de la filosofía. O como razón instrumental que se apropia de la naturaleza y lleva ese dominio, luego, al de los hombres. O en tanto sofocamiento de los instintos para crear una cultura del malestar. O en tanto razón que instaura la injusticia de clases. O el colonialismo. O (como dice Heidegger en su célebre párrafo final de *La frase de Nietzsche* "Dios ha muerto") como "la más tenaz adversaria del pensar". O, como en Walter Benjamin, la razón que ha construido una historia de ruinas, una historia-catástrofe ante la que se horroriza el Angelus Novus. O, como en la Escuela de Frankfurt, la razón capitalista burguesa que lleva de las certezas de la Ilustración a los campos de exterminio.

El *Facundo* de Sarmiento es el más grande de nuestros textos colonialistas. El más notable y hasta genial esfuerzo para demostrar que la racionalidad europea era el Progreso, la Civilización. Este esquema va a seguir y va a penetrar también a las interpretaciones del peronismo. No queríamos sino dejarlo planteado desde ahora. Desde aquí: en que tenemos a Laprida, el ilustrado, a punto de morir a manos de los bárbaros de Aldao, el montonero. "Yo –piensa Laprida–, que estudié las leyes y los cánones." El, el hombre de razón, el que representa los intereses de la cultura, que es, desde luego, la cultura de los cánones, de las leyes, huye sin esperanzas hacia el Sur, "por arrabales últimos". La palabra "arrabal" es anacrónica (no había "arrabales" en 1829) pero plenamente borgeana. Expresa la periferia, lo que se aparta de la civilización. En suma, el Sur. Este territorio es, en Borges, el territorio de la barbarie. Su mejor cuento (es sólo mi opinión) se llama así: "El Sur". Y la historia es también la de un hombre de la ciudad, un hombre de libros, tal vez el mismo Borges, un hombre llamado Juan Dahlmann que sale de una clínica luego de una larga postración y se dirige hacia el Sur. Entra en un Almacén y lo provocan unos muchachones. Un viejo, que es una cifra del Sur, le hace llegar un puñal, para que pelee. Dahlmann sabe que si agarra el puñal es hombre muerto: está, todavía, débil, no podrá pelear. Vagamente piensa: en la Clínica no habrían permitido que esto me pasara. Sin embargo, agarra el cuchillo y sale a pelear. Va a morir acometiendo y a cielo abierto. Va a morir inmerso en la cultura bravía del Sur. Borges, no tan secretamente como suele suponerse, sino con claridad, con lucidez, amaba el Sur. El Sur era lo Otro. Amaba su Otro. Su Otro lo completaba. No pretendo decir nada original con esto. También podría sugerir unas disculpas por si alguien se incomoda ante la palabra "Otro" escrita así: con mayúscula. Pero necesito desarrollar estos temas. Si la filosofía política que vamos a instrumentar se basa en el antagonismo amigo-enemigo acordemos que la palabra "Otro" tiene relevancia. El "amigo" es el Otro del enemigo. El "enemigo" es el Otro del amigo. Volvemos a Laprida: huye hacia el Sur, donde Dahlmann murió de cara al sol y sobre la tierra, en territorio ajeno. "Oigo los cascos/ de mi caliente muerte que me busca/ con jinetes, con belfos y con lanzas", piensa Laprida. Y su muerte, sabe, está cerca, ya sobre él. "Yo que anhelé ser otro, ser un hombre/ de sentencias, de libros, de dictámenes/ a cielo abierto yaceré entre ciénagas." Pero algo inesperado sucede: un hecho extraordinario. "Me endiosa –piensa Laprida– un júbilo secreto." ¿Cuál es? ¿Cuál es el "júbilo secreto" del hombre de libros, de dictámenes? "Al fin me encuentro con mi destino sudamericano." Como Dahlmann: pelear ahí, en la llanura, con un cuchillero que, sabe, lo matará, completa su figura, entrega densidad a su destino, dibuja su totalidad impensable sin ese duelo. "Al fin –piensa Laprida– he descubierto la recóndita clave de mis años. (...) En el espejo de esta noche alcanzo/ mi insospechado rostro eterno. El círculo/ se va a cerrar. Yo aguardo que así sea. (...) Pisan mis pies las sombras de las lanzas/ que me buscan. Las befas de mi muerte,/ los jinetes, las crines, los caballos,/ se ciernen sobre mí... Ya el primer golpe,/ ya el duro hierro que me raja el pecho,/ el íntimo cuchillo en la garganta". El "íntimo cuchillo" cierra el círculo. ¿Por qué ese cuchillo es "íntimo"? Porque ese cuchillo es el de la barbarie. Y ese cuchillo lo completa a Laprida. Totaliza su figura de sudamericano. Morir así, a manos de la barbarie, no le hace perder su condición de ilustrado, pero le señala el territorio en que vive: es un sudamericano como los gauchos que lo ultiman. No hay Civilización y Barbarie. Hay una geografía urdida por los cánones y los jinetes, las crines, los caballos. Este hombre culto, este hombre a la europea no es un europeo. Un europeo no muere así. "En arrabales últimos." El cuchillo es "íntimo" (*gran adjetivo borgeano*) porque *totaliza* su identidad. Como hombre de libros y sentencias Laprida era una parcialidad. El cuchillo de la montonera lo entrega a la historia áspera, bárbara del país que habita. El círculo se cierra. Ahora, él, Laprida, es una totalidad, la barbarie ha hendido, ha rasgado con su puñal el pecho del civilizado, haciéndolo suyo.

Como vemos, el *Poema conjetural* va más lejos del golpe del '43 y de todas las burdas interpretaciones sobre el antiperonismo de Borges y de su profética visión de la "barbarie peronista". Civilización y barbarie se diluyen en el poema, son categorías desleídas, moribundas o definitivamente muertas. Nadie ignora que Borges habrá de ejercer luego un apasionado antiperonismo. Aprobará los fusilamientos del '56. Hará todos los rituales del odio de clase. Pero –aquí– en este poema luminoso, la contradicción que estructura este país se conjura en una totalidad que las contiene a ambas. El *Poema conjetural* es el *aufhebung* a la contradicción Civilización/Barbarie. Su totalización superadora. Ser argentino es ser hombre de cánones y hombre de cuchillo y de cielo abierto. Si el cuchillo del montonero le es "íntimo" a Laprida es porque completa su figura. *No se es sudamericano sin incluir al otro, al bárbaro, al diferente.*

Algo cuya infrecuencia será agobiante. Aún hoy la contradicción está. Cuando la candidata de la Coalición Cívica habla del voto lúcido, ilustrado de los "centros urbanos" y propone marchar al rescate de "nuestros hermanos los pobres" apresados por el clientelismo peronista retrocede a los tiempos de "El Matadero" echevarriano. Sin el talento de Echeverría. El sistema de libremercado –que sigue funcionando– crea una y otra vez, sin cesar, espacios de "barbarie". El "bárbaro" es el que no pertenece a la centralidad, a la polis, a la civitas. El "bárbaro" es el que está afuera y su verdadera peligrosidad reside en su deseo de "entrar". La civilización es todo aquello que la barbarie no es. La barbarie es todo aquello que no es la civilización. Si Roma sucumbe ante la barbarie es porque ésta la ha penetrado. *No hay mayor amenaza para la civilización que la amenaza de la barbarie.* O la civilización elimina la

barbarie incluyéndola, es decir, incorporándola a la civilización. O la elimina por medio de la guerra, exterminándola. Actualmente la única medida que parece tomar el Imperio es destruir a los bárbaros, ya que no puede incorporarlos. Pero los bárbaros amenazan doblemente al Imperio: A) Quieren entrar en él. Sobrepoblarlo. Algo que el Imperio vive en el modo de la *invasión*. B) Los bárbaros atacan al Imperio por medio del terrorismo.

De esto estamos lejos. Volvemos a la sociedad argentina del cuarenta. Ahí, Borges escribe el *Poema conjetural*. No hay verdadera civilización si no se le entrega la complejidad de la barbarie. Un país como la Argentina tiene dos fuentes, dos brazos, dos rostros que deben fundirse. El rostro final de Laprida no es ni el del bárbaro ni el del civilizado. Tampoco es una suma de los dos. Es la compleja trama que origina una nueva figura: la del hombre sudamericano.

MILCÍADES PEÑA, LA INTERPRETACIÓN BASADA EN LA LUCHA DE CLASES

La mejor, la más impecable interpretación que el marxismo argentino ofreció del peronismo surgió de la pluma de Milcíades Peña. Milcíades nació el 12 de mayo de 1933 y murió, suicidándose, el 29 de diciembre de 1965. Fue un hombre de una inteligencia luminosa. Si, sobre todo, entendemos inteligencia en tanto rigor para seguir una teoría y aplicarla. Por medio –y esto es muy importante– de una escritura ágil, lúcida, irónica, precisa, *rigurosa*. Muy tempranamente descubrí a Milcíades en las viejas ediciones de Ediciones Fichas, a fines de los años sesenta, comienzos de los setenta. Uno elige sus contendientes y hay en eso, ciertas veces, una oculta admiración. Admiré a Peña hasta el plagio. De hecho, el primer trabajo que publiqué en la revista *Envido* –en 1970– se llamó *El extraño nacionalismo de José Hernández.* Había tomado la idea central de un texto –breve, tendría no más de una página y media– de Milcíades. Escribí un trabajo largo, fundamentado por otras fuentes. Dos cosas me llevaron a no reconocer mi deuda con él: 1) Mi inexperiencia. O mi joven vanidad: quería ser original. Me moría por ser original; 2) El mayor desarrollo que mi trabajo tenía sobre el tema que *ya* Peña había tratado. ¿Por qué reconocer como fuente una anotación suya casi fugaz? Grave error. Al salir, mi trabajo fue bien aceptado y recogí los reconocimientos que buscaba. Incluso el de la originalidad. A lo largo de los años me fueron señalando mi silencio: Peña había escrito antes que yo sobre las contradicciones o los fundamentos ideológicos de *Martín Fierro* y de su autor, Hernández. Esa crítica, sobre todo, la hizo Horacio Tarcus en un libro que dedicó a Peña y a Silvio Frondizi y cuya lectura recomiendo vehementemente. (*Nota*: Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996. Se verá que Peña jamás fue un marxista que yo haya olvidado. Incluso suelo intentar convencer a más de un editor acerca de la necesariedad de reeditar su obra. Mis alumnos saben el respeto con que lo trato en clase. Incluso este año –sin saber yo que estaba presente– me lo agradeció, al final de una larga exposición de *Masas, caudillos y elites*, su hijo Milcíades.) Aclaro que, en ese libro, Tarcus ataca duramente mi libro *Filosofía y nación.* Defiende a su biografiado. No importa si tiene o no razón. Quiero señalar otra cosa: si yo discutí con Peña en ese temprano ensayo (*Filosofía y nación*) fue porque lo admiraba. No me hubiera medido con otro. Hoy, tantos años después, lo elijo para ejemplicar una perfecta interpretación marxista del peronismo. Habrá acuerdos o desacuerdos, pero es el primer texto del que me ocupo. Está lleno de libros que diversos periodistas han escrito o escriben sobre el peronismo. Ninguno araña el rigor de Peña. Nada más saludable que encontrar alguien sólido con quien discutir. Eso fue y es Peña para mí: un contrincante de lujo. Y muchas veces un aliado.

Peña –en el citado *Masas, caudillos y elites*– inicia su análisis del peronismo en el capítulo *Un coronel sindicalista*. Perón, dice, ha venido a terminar con la lucha de clases. El Estado habrá de tutelar ese enfrentamiento y conciliará a obreros y patrones. La lucha de clases, escribe, no se dejará abolir. Pero, de esa lucha, habrá de aprovecharse el "coronel sindicalista". Señala el carácter virginal del nuevo proletariado. De los migrantes que llegaban intocados a la gran urbe. *Sobre ellos habrá de construir Perón su liderazgo.* "La mayor parte del nuevo proletariado (anota), de los trabajadores de origen rural recién ingresados a la industria, permanecía fuera de los sindicatos y era campo virgen para el proselitismo de los sindicalistas peronistas" (*Masas, caudillos y elites*, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1971, p. 61). Pero resulta apresurado hablar de "sindicalistas peronistas". Quien mantiene, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, un diálogo directo, abierto, con los migrantes es el propio Perón, cuya estructura, hasta el momento, es sólo la que le aseguró su pertenencia al GOU. Peña, a renglón seguido, lo reconoce: "Desde las oficinas de la Secretaría de Trabajo y Previsión se fue estructurando así una nueva organización sindical que culminaría en la CGT del período 1946-1955 y cuya primera y fundamental característica era depender en todo sentido del Estado que le había dado vida" (*Ibid.*, p. 61). El proceso es simultáneo: Perón forma *su* organización sindical en la medida en que atrae a quienes conforman el *nuevo sujeto político*, los migrantes. Acude a viejos sindicalistas de todo origen. Pero el *sindicalismo peronista* no estaba "esperando" a los migrantes. Se forma con ellos, se nutre de ellos. El proyecto es uno. Es paralelo. Perón capta al *sujeto* desde la Secretaría de Trabajo y, una vez realizada esta tarea o para completarla, para darle forma, encuadra al *Sujeto* en un sindicalismo que él, Perón, controla y habrá de controlar desde el Estado. Un Estado –señalemos ya esto– que la nueva clase obrera jamás dejará de ver, sentir o interpretar como *su* Estado, el Estado que habrá de darle trabajo, derechos, el Estado que habrá de estar ahí sobre todo y ante todo para beneficiarla. Claramente: desde el inicio la clase obrera peronista ve al Estado de Perón como *su* Estado benefactor. Sin haber leído a Keynes.

Peña señala que la Secretaría de Trabajo empuja a los obreros hacia los sindicatos que ella controla. Sugiere –o más que sugiere– que la "presión" llega a ilegalizar o condenar "a la clandestinidad" a los otros sindicatos. Un punto muy discutible sobre el que no abunda. Por el contrario, escribe: "Pero el énfasis no se puso en la represión, sino en las *concesiones reales* a la clase obrera efectuadas a través de los sindicatos estatizados" (*Ibid.*, p. 62. Cursivas nuestras). Pero, ¿terminarán esas *concesiones* beneficiando realmente al joven proletariado? En principio, son muchas: "Mejoras apreciables en los salarios y en las condiciones de trabajo, una marcada tendencia a favorecer a los obreros en los conflictos gremiales, el amparo concedido a los dirigentes y delegados frente a la tradicional prepotencia patronal en el trato con los obreros, *todo esto facilitó que los obreros se dejaran afiliar en los sindicatos estatizados*" (*Ibid.*, p. 62. Cursivas nuestras). Peña, aquí, habrá de señalar que este proceso debió tener un signo contrario. Con Perón (es apresurado hablar aquí de "peronismo"), los obreros no *fueron* hacia los sindicatos, no se *movieron* hacia ellos. Esto habría sido lo correcto: una clase obrera que, desde sí, organiza su propio sindicalismo. Digámoslo ya: *una clase obrera autónoma, no heterónoma*. Por el contrario, "los sindicatos –la Secretaría de Trabajo– fueron hacia los obreros. Así se creó la nueva Confederación General del Trabajo (CGT) que pronto unificó en su seno a la totalidad de la clase obrera" (*Ibid.*, p. 62). Se crea una *organización poderosa.* Pero ese poder es el poder de la organización, no el de la clase obrera. Esa CGT es fruto del proyecto de construcción de poder de Perón pero no es fruto de las conquistas obreras. Los obreros no conquistan nada. El Estado, por medio de la CGT, habrá de concederles las mejoras que necesitan y por medio de esas mejoras habrá de conquistar su respaldo político. Se plantea un problema: ¿qué grado de combatividad, de lucha, podrá tener una clase obrera creada en exterioridad, desde el Estado y los sindicatos del Estado? Lo esencial de la nueva CGT es que *no ha surgido de una movilización autónoma de la clase obrera*. Pudo ser creada porque el *sujeto político* que nucleó carecía por completo de experiencia política y sindical. Recién entraba a la industria. Recién llegaba a las ciudades. Aquí, los esperaba el "coronel sindicalista". Un astuto flautista de Hamelin que habría de seducirla con beneficios que les llegaban, a los silvestres, inocentes migrantes, verticalmente, desde el Estado. Tuvieron los beneficios pero no tuvieron que luchar por ellos. De este modo, se conforma un proletariado pasivo, que lo espera todo de la bondad de su líder, el "coronel sindicalista", y del Estado que el líder controla. Una clase obrera es *autónoma* cuando crea sus propias organizaciones. *Cuando conquista sus derechos*. Cuando sus organizaciones son controladas desde el Estado, cuando sus derechos se le conceden como "beneficios" es *heterónoma*. Algo es "heterónomo" cuando lo que tiene le ha sido dado. No lo conquistó desde la lucha. La "lucha" contra las clases que la oprimen es central para la clase obrera. Si hay un Estado que le "concede" beneficios sin impulsarla a luchar por conquistarlos, ese Estado la condena a la pasividad, a la mansedumbre, elimina en ella la "lucha". Al eliminar la "lucha" elimina el conflicto de clases. Es el Estado, entonces, el que se transforma en el árbitro entre las clases. A esto se le llama *bonapartismo*. (Volveremos sobre este tema.)

EL TAN INVOCADO "PUEBLO PERONISTA"

Sin embargo, Peña detecta que las clases propietarias están indignadas con "el coronel sindicalista". Lejos de agradecerle el evitar un conflicto de clases. Impedir que el proletariado luche por sus verdaderos derechos contra quienes lo explotan. Lejos de agradecerle a Perón el sagaz control del posible alzamiento obrero que habría provocado la concentración urbana creada por la industria, se le enfrentan, le dicen nazi y demagogo. "Por cierto (escribe Peña), las positivas mejoras que la clase obrera recibía fueron inclinándola poco a poco en favor de Trabajo y Previsión y muy particularmente del Coronel Perón. Pronto las organizaciones de la burguesía argentina –Unión Industrial, Sociedad Rural, Cámara de Comercio, etc.– comenzaron a indisponerse con el secretario de Trabajo y se empezaron a escuchar acusaciones de demagogia" (*Ibid.*, p. 63). Lejos de advertir que Perón les estaba haciendo el inmenso favor de frenar una "revolución social" o, sin más, "socialista", la oligarquía, aliadófila ella, veía al coronel como un fascista y cantaba "La Marsellesa" el día de la liberación de París, algo que llevará a Borges a decir una frase famosa: que una emoción colectiva puede no ser indigna. Como la oligarquía no suele equivocarse en sus odios, convendrá mantener entre paréntesis la teoría que hace de Perón el abortista maquiavélico de una revolución obrera. Pareciera, por el contrario, que el "control social" del líder obrerista implicaba un costo excesivo que la oligarquía no estaba dispuesta a pagar porque, sobre todo, lo consideraba innecesario. Si así fuera sería recomendable no insistir con una famosa bobería: que Perón impidió, frenó o controló un inevitable alzamiento revolucionario en la Argentina de los '40.

Aquí, con todo, se agita algo más importante. En un documental sobre la organización Montoneros, una ex militante desecha toda posibilidad de retornar a la violencia. Y, amargamente, dice: "¿Con este pueblo?" Acaso le había llevado tiempo conocer –*conocer verdadera, hondamente*– la naturaleza del tan invocado "pueblo peronista". Porque si el "pueblo peronista" surge a la historia nacional como Peña lo plantea, pedir, en los setenta, a ese "pueblo" que transforme sus casas en "fortines" (*A la lata, al latero, las casas peronistas son fortines montoneros*) implicaba un grave desconocimiento de su historia. Grave, porque se trabajaba con una *materia prima* inadecuada para el proyecto político revolucionario en que se la quería incluir. O grave –también– si se buscaba *construir* el mito de un *pueblo peronista* combativo, que si había estado, en los cuarenta y en los cincuenta, dispuesto a "dar la vida por Perón", estaría ahora, en los setenta, dispuesto a "dar la vida" por un proyecto socialista, emancipatorio. Un proyecto que formara parte de los movimientos de liberación del Tercer Mundo.

PROXIMO DOMINGO

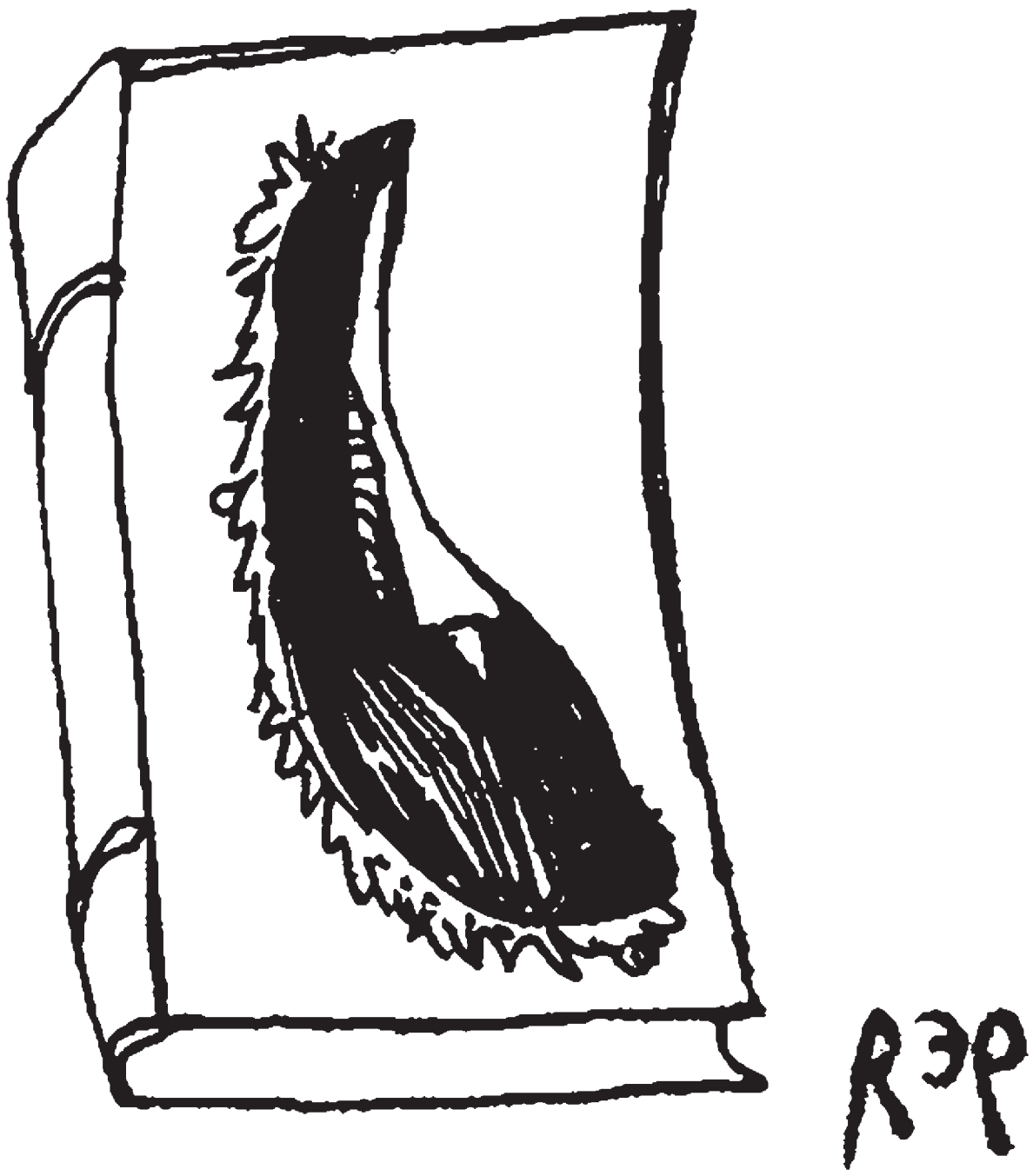
PRIMERA PARTE
Hacia el primer gobierno de Perón
Pueblo peronista y conciencia de clase

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

4 PRIMERA PARTE
Los libros sobre el peronismo



Suplemento especial de
Página/12

Quiero establecer otras características de Milcíades como escritor político. La distancia entre sus textos –que son fuertemente críticos con el peronismo– y el gorilaje (después voy a fundamentar el uso de esta palabra que irrita a algunos) que creció a la sombra del triunfo alfonsinista de 1983 y que se encarnó, en el mejor de los casos, en Juan José Sebreli (si éste fue "el mejor de los casos", imaginen los otros), quien publica con urgencia, para salir antes de las elecciones de octubre, su texto sobre los "deseos imaginarios" del peronismo, que formó parte de la campaña electoral del alfonsinismo tanto como *La república perdida*, de Miguel Pérez con guión de Luis Grégorich, o el film de Héctor Olivera *No habrá más pena ni olvido*, basado en la excepcional novela de Osvaldo Soriano (el film de Olivera era bueno), es decisiva. Milcíades analiza con rigor. Usa una metodología. Se maneja entre su formación trotskista y sus sólidos conocimientos del clasismo marxista. De aquí que lo elijamos. Está a una distancia gigantesca de los livianos textos de tantos periodistas que salieron a marcar antinomias irreductibles o a expresar sin más el rancio gorilismo de los sectores tradicionales del país. Félix Luna tiene derecho a deteriorar el que pudo haber sido un buen libro –excelentemente documentado– sobre la época del primer peronismo con sus opiniones de afiliado radical. Es un historiador. Ha escrito, además, *El '45, un año decisivo*, libro que, al ser publicado en los setenta, moderó las rabietas de comité que erosionan *Perón y su tiempo*. *El '45*, en contrario, es una herramienta indispensable para la intelección de ese "año decisivo". A ver si nos entendemos: el que quiera ser antiperonista, que lo sea. Digo, desde ya, que no es una actitud aconsejable a la hora de estudiar tan compleja y dilatada historia política, que es la de la Argentina de los últimos sesenta años. (*Nota*: En la que también se agitaron otros actores, nacionales y extranjeros. El genocidio de 1976-1983 no es protagonizado por el peronismo, sino por sus enemigos más tradicionales: la oligarquía agroexportadora y el establishment financiero, a los que el peronismo se aliará en la década del 90. Y el alfonsinismo de la primera etapa de la democracia abre ese espacio en tanto propio. Sin embargo, el peronismo está presente, como protagonista también, en esas dos etapas, que veremos.) Lo de Sebreli se conoce y, si bien supera a los aventureros del periodismo "ensayístico", nadie toma ya en serio sus arrebatos bravucones. Se ha dicho, y bien, que sus libros o sus declaraciones altisonantes sirven más para pelear que para pensar. Además, sus opciones políticas son, si no desconcertantes, a menudo risibles, aunque nunca llegan a indignar, para desgracia suya, que lo preferiría. El periodismo "ensayístico" puede alcanzar –cuando se acota a la sumatoria de fuentes, a la investigación: algo que los periodistas argentinos cada vez hacen mejor; con frecuencia mejor que los historiadores– alturas apreciables como Marcelo Larraquy en su *López Rega*, que, en su momento, habremos de utilizar. Tomaré, brevemente, como ejemplo del gorilismo pavo los dos tomos que Hugo Gambini, periodista de larga trayectoria, tan larga que hasta formó parte de la *Polémica en el bar* de Sofovich durante el menemismo, escribió sobre el peronismo, editados por una editorial que se inclina más bien por esos libros que lo mejor que pueden decir del peronismo es que ha sido una anomalía excrecente en la traslúcida historia de nuestro contitucionalismo liberal. Es como *La Nación* con el gobierno de Kirchner: todo malo, nada bueno. De algún modo, una patología. El libro de Gambini no es malo. Sencillamente no sirve. El hombre fue director de la Agencia de Noticias Télam durante Alfonsín. Que ésa fue época de gorilas, nadie osará dudarlo. La academia era de *El Club Socialista*. (¿Qué tenía de *socialista* el Club Socialista?) La ideología residía en el "Discurso de Parque Norte", que escribieron Juan Carlos Portantiero, Pablo Giussani y Juan Carlos Torre: un manifiesto democrático que hoy –a casi veinticinco años– resulta tristemente patético. Las radios y los programas de tele fueron entregados a gente del Partido. Todos habían olvidado la palabra "peronismo". Sin más, decían "fascismo". Cierta vez fui a un programa de Enrique Vázquez. Como tengo cierta facilidad de palabra y suelo pensar dos o tres ideas con algún rigor, Vázquez me dijo: "Vos no parecés peronista". Yo era peronista en esa etapa. Igual que en los setenta. Estaba en la Renovación Peronista. Queríamos "renovar" al peronismo para llevarlo al encuentro con la "democracia". Era un modo de "acompañar críticamente", es decir, del mismo lado, del de la democracia, al radicalismo, para obliterar cualquier posibilidad de golpe militar, algo que, en esa época, no dejaba de mencionarse todos los malditos días. Ahora bien, la Renovación Peronista la formaban Carlos Grosso, el llamado "chupete" Manzano (que se "chupeteó" todo en los noventa), Carlos Menem y Antonio Cafiero. Renuncié al peronismo (ojo, eh: al peronismo, no sólo al Partido) al año siguiente. Me fui. Escribí –en *Humor*, en mi recordable columna de esos años– un texto que fue muy leído: *La creación de lo posible*. Era una despedida. (*Nota*: Un fragmento importante del texto decía: "Lo reconozco: soy un intelectual. Lo reconozco hoy –creo– porque dejé de ser otras cosas. Un 'infiltrado', por ejemplo. Dejé de serlo desde la realización del *Congreso de la Unidad Justicialista* en Santa Rosa de La Pampa. Porque, aunque sea excesivo, tengo que decirlo una vez más: ni yo, ni ninguno de los que sienten y piensan al peronismo como yo, tenemos nada que ver con esas personas. Pueden seguir sin nosotros. Por otra parte, jamás han hecho otra cosa. ¿Somos nosotros entonces los que nos alejamos del peronismo? ¿O es acaso el peronismo el que, desde hace ya muchos años, ante nuestra impotencia y nuestra desesperanza, se aleja de nosotros? Hoy, el *Sistema de certezas* que significó para nosotros el peronismo está quebrado. Eramos la mayoría, ya no lo somos. Un líder de relevancia mundial, un hombre amado por los humildes, un mago de la política, estaba al frente del movimiento. Ya no lo está: ha muerto. Pertenecíamos al Tercer Mundo, nuestra meta era la unidad latinoamericana, hasta la ecología nos interesaba. Eramos el cambio, la revolución. Teníamos un discurso sobre el Estado, otro sobre la dependencia, la cuestión nacional y la cuestión social. Teníamos claros referentes internacionales: la China de Mao, Vietnam, incluso De Gaulle. Teníamos a Evita, a quien todavía tenemos pero cada vez más en el modo de la lejanía, porque, como los elegidos de los dioses, murió muy joven y demasiado pura. La quiebra de este sistema de certezas desalienta a los militantes peronistas. No podría ser de otro modo: es casi imposible sostener una militancia sin certezas. Pero guste o no, habrá que aprender a vivir así; somos militantes de la incertidumbre, de la duda, del tránsito. Porque ni siquiera sabemos si lo que está en juego, aquello que estamos abandonando, es el Orden del Justicialismo decadente y reaccionario o nuestra identidad como peronistas", JPF, *La creación de lo posible*, Legasa, Buenos Aires, 1986, pp. 260/261. Nos reuníamos casi diariamente algunos que pensábamos lo mismo. Los que ahora recuerdo son: Nicolás Casullo, Horacio González, Alvaro Abós –que habría de publicar durante esos días un texto bello e inteligente: *Adiós*–, Elvio Vitale, Mempo Giardinelli, Carlos Trillo, Jorge Luis Bernetti, Alcira Argumedo. Emitimos un documento, renunciando. Da bronca –una bronca que uno sabe moderar porque sabe que el *objeto* que la provoca vale poco– que libros como el de Gambini traten con tanta ligereza un proceso de tal complejidad. *El peronismo es más que Perón*. Es más que la historieta negra de los antiperonistas obstinados. Es más que la pasión acrítica de tantos peronistas también obstinados. Asombra que aún hoy algunos alumnos –con cara de políticos extraviados en las malas artes, en las trenzas oscuras de la realpolitik–, a la salida de alguna de mis clases, me digan: "Qué gorila se me ha puesto, profesor". Uno admite que la verdad es plural, es múltiple, es una miríada de sucesos que colisionan una y otra vez, por decirlo con Nietzsche y con Foucault, lo que no admite es la mediocridad, el juicio rencoroso, el odio de clase, la obsesión turbia, ese muro de acero que algunos levantan en su conciencia y al que nada nuevo puede entrar. Una *duda*, una sola duda los aniquilaría. De acuerdo, que sigan felices. Pero que no pretendan entender la complejidad infinita, la vastedad inapresable de lo real. De ahí en más busqué una independencia que –por fortuna– pude mantener. Pero quiero dejar algo muy claro: no me hice ni jamás me haría antiperonista. De aquí que para los campeones de los claros y los oscuros sea siempre una cosa o la otra. No importa.

Sigo con Gambini. La contratapa del libro es deleitable. Figuran las laudatorias críticas de los diarios. El cronista de *La Nación* dice: "*Historia del peronismo* reconstruye en su tomo inicial una época que merecía ser reflejada, como ocurre en este libro, con imparcialidad y altura. Para ilustración de quienes no la vivieron. O, más exactamente, no la padecieron". (¡Qué imparcialidad! ¡Qué altura!). El de *El Cronista* habla del ahogo que producía a quienes vivieron esos años el estar "sumergidos en un régimen en el que se apelaba de continuo a la grandeza nacional y a la felicidad de todos los argentinos, pero en un contexto viciado por la delación, la idolatría y el pensamiento único". Y el de *La Prensa* (¿qué podía esperarse de él?): "Describe con exactitud el costado más oscuro del primer gobierno de Juan Perón (1946-1952). La persecución, cárcel, tortura y exilio de sus oponentes políticos y gremiales, la suspensión de la libertad de expresión. La cesantía de profesores universitarios y el apaleamiento de estudiantes. Su segundo mérito es el de poner en evidencia la naturaleza militarista de aquel régimen". El libro de Gambini expresa otra modalidad que la de sus laudatorios críticos. Los textos de *La Nación* y *La Prensa* pertenecen a algo que se ha llamado recientemente *Gorila 55*. En efecto, está el Gorila 55 y hay otro: el Gorila 84. Es el gorila radical, o, más precisamente, el gorila alfonsinista. Algo que desmerece al propio Alfonsín, que nunca fue un político fervoroso en su antiperonismo. Tal vez por ser un político. Tal vez eso haya posibilitado que –en sus hazañas posteriores a sus méritos de los dos primeros años de gestión– haya protagonizado el turbio *Pacto de Olivos* con Menem, *la mancha venenosa.* Pero el Gorila 84 anda por todas partes. El gorilismo ha renacido en tiempos de Kirchner. Hay, incluso, un nuevo odio que había decrecido en épocas anteriores. Se odia el "setentismo" de Kirchner. Su política de derechos humanos. Aquí está lleno de socialistas o de trotskistas o de socialistas o de ex alfonsinistas que se desgarran las vestiduras por los treinta mil desaparecidos pero *odian a la generación del setenta*. Este país se empeña en ser difícil. Si tanto odian a la generación del setenta, acaso no debieran sufrir tanto por los desaparecidos. De acuerdo, son ustedes buenas personas, son humanitarios y están contra el horroroso terrorismo de Estado. Pero, ¡qué equivocada estaba esa generación! Y no se engañen, eh. Fueron ellos los masacrados. Los pibes de la Juventud Peronista. Los del Nacional Buenos Aires. Los que trabajaban en las villas. Los que alfabetizaban. Y si no, vayan al Parque de la Memoria. Miren los

nombres uno por uno. Miren las edades. Producen escalofríos: dieciséis, veintidós, veinticinco, diecinueve, catorce. Pero, ¡tan equivocados! Y sobre todo: tan ingenuos. Tan víctimas del "malentendido".

EL MALENTENDIDO

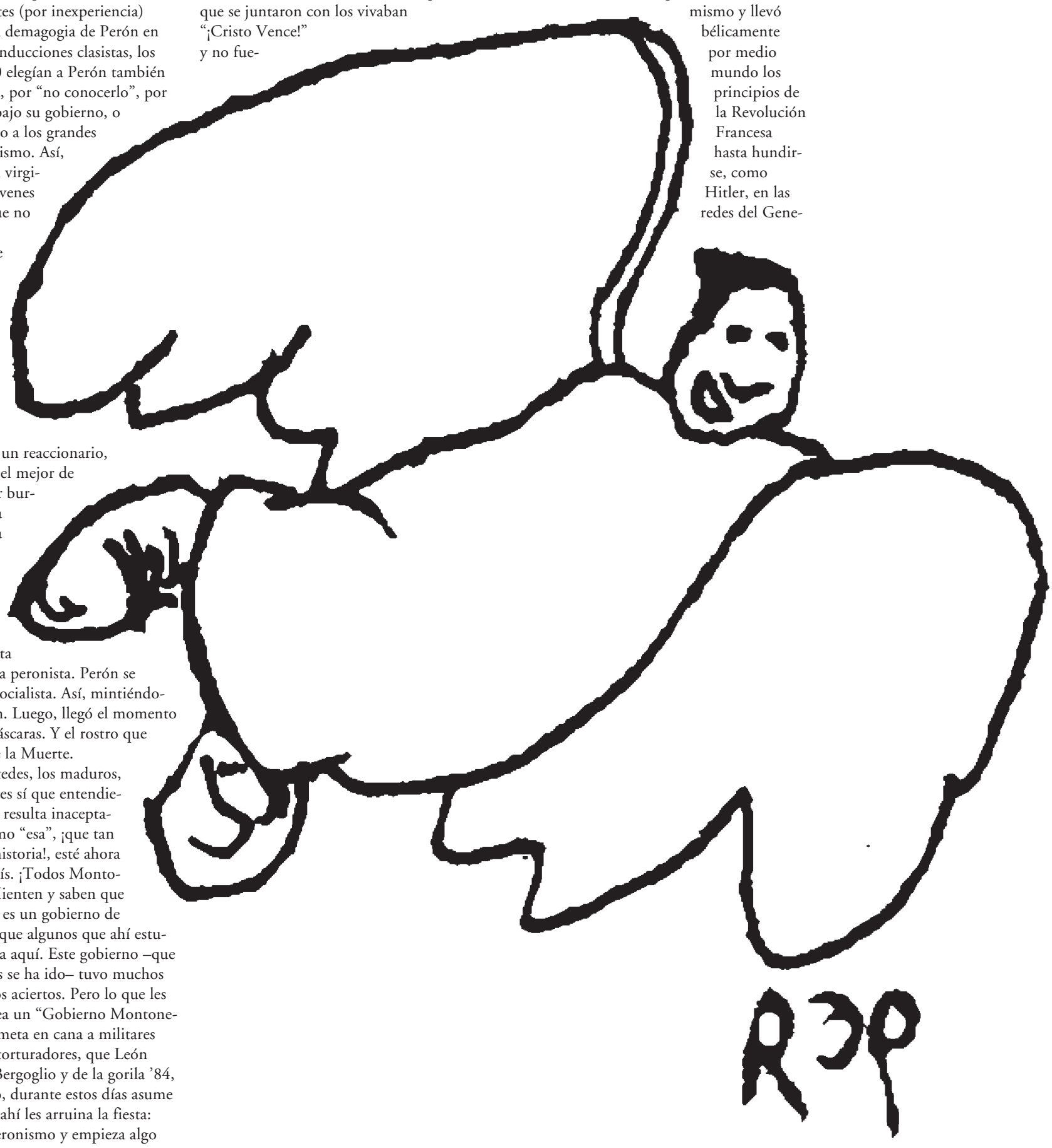
El que hizo célebre esa expresión (*malentendido*) fue el columnista de Alfonsín, Pablo Giussani. El "malentendido". Era muy simple y, creo, algo cruel; si no burlona, animada por el desdén: los jóvenes de los setenta (¡tan virginales e inocentes como los jóvenes obreros del '45, los migrantes!) se habían confundido con Perón. En gran medida no habían escuchado la vieja sabiduría gorila de sus padres. Ese coronel de socialista no tiene nada. Ese coronel es un fascista. Ustedes no entienden. Por el contrario, mal-entienden. Creen entender que el jefe que han elegido (por seguir un viejo error de la clase obrera argentina que se arrastra ya penosamente desde 1945, si no antes) es un revolucionario. Y no. Nosotros, que tenemos experiencia, lo sabemos. Nosotros, que somos verdaderos marxistas, lo sabemos todavía mejor. Los jóvenes, en suma, desoían los consejos de sus padres y los de los teóricos de la revista *Contorno.* O de otros teóricos clasistas que la tenían clara por conocer la ciencia de la revolución. Importa marcar lo siguiente: observemos que el malentendido en un aggiornamento de la teoría de la manipulación del '45. Así como los migrantes (por inexperiencia) habían seguido la demagogia de Perón en lugar de elegir conducciones clasistas, los jóvenes de los '70 elegían a Perón también por inexperiencia, por "no conocerlo", por no haber vivido bajo su gobierno, o por no haber leído a los grandes teóricos del marxismo. Así, tan ingenuos, tan virginales como los jóvenes migrantes (aunque no cabecitas negras, sino militantes de clase media, chicos del secundario o estudiantes de las universidades) creían (*malentendían*) que Perón era un líder revolucionario cuando era un reaccionario, un fascista, o, en el mejor de los casos, un líder burgués. No vamos a entrar ahora en la complejidad de esta cuestión. Pero –algo provocativamente– digamos: la izquierda peronista se puso la máscara peronista. Perón se puso la máscara socialista. Así, mintiéndose, se entendieron. Luego, llegó el momento de sacarse esas máscaras. Y el rostro que apareció fue el de la Muerte.

En cambio, ustedes, los maduros, los adultos, ustedes sí que entendieron bien. Por eso resulta inaceptable que gente como "esa", ¡que tan mal entendió la historia!, esté ahora gobernando el país. ¡Todos Montoneros, además! Mienten y saben que mienten. Este no es un gobierno de montoneros, aunque algunos que ahí estuvieron estén ahora aquí. Este gobierno –que durante estos días se ha ido– tuvo muchos defectos y muchos aciertos. Pero lo que les irrita no es que sea un "Gobierno Montonero", sino que les meta en cana a militares asesinos, a curas torturadores, que León Ferrari se ría de Bergoglio y de la gorila '84, Carrió. Con todo, durante estos días asume Cristina F, y por ahí les arruina la fiesta: termina con el peronismo y empieza algo nuevo. ¿A quién van a odiar?

¿Todo esto para qué? Para decir que no hay que tomar en serio a tanto pavo que anda por ahí metiendo ruido. Aquí, en este ensayo, nos vamos a ocupar de lo que del peronismo dijo Milcíades Peña. Porque ese tipo sabía pensar y porque lo que le reprochó a Perón no fue que agredió a las instituciones de la República, al estilo de vida argentino, a la prensa libre y al campo que es la natural fuente de riquezas de este país. Le reprochó que no les dio armas a los obreros en el '55. Que él y otros las fueron a buscar a los sindicatos (¡para defenderlo a Perón, él, Milcíades, que tanto y tan duramente lo había criticado!) y no las consiguieron. Porque si Milcíades fue a pedir armas en el '55 fue porque no ignoraba que, si Perón caía, no venían los "libertadores", los "republicanos", los "democráticos", sino lo que vino: los que persiguieron a los obreros, los que hambrearon a los pobres, los que fusilaron a Valle, los que escamotearon el cadáver de Evita (¿por qué le temían tanto?), los que inauguraron las matanzas clandestinas, la poética oscura de las zanjas, ahí, en José León Suárez, veintiocho cadáveres, los que prohibieron al peronismo, los "democráticos" que hasta prohibieron pronunciar el nombre de Perón, el de Evita, los que sellaron nuestra entrada al Fondo Monetario Internacional, la vieja oligarquía de la mano de la Iglesia y de la clase media ilustrada, de los intelectuales de izquierda que se juntaron con los vivaban "¡Cristo Vence!" y no fueron por los barrios, por las calles de tierra, no indagaron en el alma de los pobres y no supieron que para ellos ése fue un día de miedo y de dolor, una derrota. Tampoco para Milcíades ése fue un día de júbilo. Y eso que ni una le perdonó a Perón. Pero el día de la batalla –cuando la Marina masacradora del 16 de junio, cuando los nacionalistas católicos como Lonardi (que fue, de todos modos, el único honesto), cuando los Comandos Civiles de los niños bien, herederos de la Liga Patriótica– salieron a la calle a descabezar al régimen, Milcíades se puso del lado de ese Perón al que tanta bronca le tuvo, al que tanto criticó, cuestionó, al que tantas agachadas le echó en cara, porque sabía que lo otro era peor, y porque era un hombre de la izquierda revolucionaria, un teórico que sabía, como siempre hay que saber, dónde están los que más daño le van a hacer al pueblo, y ponerse enfrente.

EL NUEVO SUJETO POLÍTICO: "ALPARGATAS SÍ, LIBROS NO"

Peña insiste en aclarar su interpretación del *bonapartismo*. Se sabe: este concepto lo utiliza Marx en su texto *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Básicamente expresa el comportamiento de la pequeña burguesía francesa en los laberintos del *Coup d'Etat* por el que el descendiente del verdadero, del gran Bonaparte, del opulento emperador que se coronó a sí mismo y llevó bélicamente por medio mundo los principios de la Revolución Francesa hasta hundirse, como Hitler, en las redes del Gene-



ral Invierno, gran aliado de los rusos, se adueñó del poder en la París de 1851. Aclaremos que Bonaparte –pese a sufrir la misma derrota que sufriría Hitler en el invierno ruso– no era Hitler. En medio de su megalomanía, de su expansionismo rayano en el delirio, expresaba el avance de la burguesía capitalista. Bastó su derrota para que regresara lo peor, lo más rancio de la monarquía, la Santa Alianza, de la mano sagaz de Metternich. No es ésa, con todo, nuestra historia. ¿Qué uso, aquí estábamos, le da Peña al concepto de *bonapartismo* y por qué lo aplica al proyecto peronista? Afirma que el régimen surgido del golpe de junio del '43 era *bonapartista* "porque no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos de las diversas clases e imperialismos" (*Ibid.*, p. 68). La cuestión es así: la candidatura de Patrón Costas se elige en la Cámara de Comercio Argentino-Británica. La vieja oligarquía, por medio del fraude, se preparaba otra vez para gobernar. Nadie podría frenarla. La burguesía industrial era muy débil. El proletariado era muy joven y no tenía organización. Los militares deciden intervenir y *cubren el papel histórico que debió desempeñar la burguesía*. Nadie, sin embargo, ve con claridad el cuadro de situación. Los militares del GOU no son obreristas. *Celebran el aniversario del golpe uriburista del 6 de septiembre.* Sueñan con los Altos Hornos, con la siderurgia. Los comunistas son aliadófilos. La oligarquía es aliadófila. Los estudiantes son aliadófilos y sólo ven a una pandilla de nazis en el nuevo gobierno. *No podían ver otra cosa*. ¿Qué estudiantado era ése? Era el estudiantado de los patrones, que estudiaban para ser los abogados, los arquitectos, los ingenieros de los patrones. Los obreros no entraban a la Universidad, que se manejaba con los valores de *libertad* y *democracia* que los aliados defendían en Europa. Atención ahora: siempre, de un modo agobiante, irrecuperable ya, se ha señalado el carácter barbárico del peronismo porque los tempranos obreros que adhirieron a su causa lanzaron la consigna *Alpargatas sí, libros no*. El clasismo, el culturanismo de élite de nuestra oligarquía y de nuestras clases medias (que se mueren por el *ascenso social*, es decir, por ser oligarcas) ve en esa consigna un desdén por la cultura. Oigan, un obrero no entraba en la Universidad. En la Universidad están los libros. Los libros, por consiguiente, no eran para los obreros. Eran para los estudiantes, para los hijos de las clases acomodadas. Los libros los agredían. Los libros eran, para ellos, un lujo de clase, un lujo inalcanzable. Los negaron. Los negaron porque ellos, los libros, los negaban a ellos, porque estaban en manos de los estudiantes que vivando a la democracia y a la libertad y a los aliados los despreciaban como a negros incultos. Entonces dijeron: *libros no*. Por otra parte, ¿qué factor de *identificación* tenía el pobre migrante que acababa de llegar del campo, el cabecita que sólo recibía el desdén de los cultos? Lo suyo era la *alpargata*. Entonces dijeron: *alpargatas sí.* La consigna, en suma, decía: *nosotros sí, ustedes no*. O más exactamente: *Nosotros, los que usamos alpargatas, sí; ustedes, los que leen libros, no*. Quedó entonces eso que quedó: *alpargatas sí, libros no*. Era un enfrentamiento de clase y hasta de color de piel. Para colmo, para mayor irritación de los estudiantes (que, en esto, tenían razón), los torpes, filonazis militares del GOU, llenan las Universidades de profesores católicos, de ultramontanos, cultores trasnochados de esencias y de categorías aristotélico-tomistas. *Todo mal.* Nadie *veía* al sujeto que habría de protagonizar la *nueva historia*. "En septiembre de 1943 (escribe Peña), el Partido Comunista, que controlaba al gremio de la carne, cortó sus últimas amarras con la clase obrera, entregando al gobierno una gran huelga de los frigoríficos para no perturbar a las empresas anglo-americanas, aliadas de la URSS" (*Ibid.*, p. 70). Insiste Peña en la inocencia, en la condición virginal de los migrantes. Cae aquí en un lugar común de los análisis del período: a los migrantes, a los obreros nuevos, se los pinta tan inocentes que ciertas veces parecen abiertamente idiotas. La finalidad es demostrar que Perón se aprovechó de ellos. ¿Por qué no se aprovecharon los dirigentes comunistas? ¿Por qué no vieron Codovilla, Rodolfo Ghioldi, Américo Ghioldi o José Peter que ahí estaba la materia prima de la revolución socialista? No se lo pregunta Peña, aunque señala las falencias de aquéllos. Se obstina, sin embargo, es afirmar que "Perón hizo abortar". Oigamos bien: *hizo abortar*. "Canalizando por vía estatal las demandas obreras, *el ascenso combativo del proletariado argentino*, que se hubiera producido *probablemente* al término de la guerra. Porque es *evidente* que si Perón no hubiera concedido mejoras, el proletariado hubiera luchado por conseguirlas (...). El bonapartismo del gobierno militar preservó, pues, al orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista" (*Ibid.*, p. 71. Cursivas nuestras). Años más tarde, el ERP acusará a Cámpora (¡a Cámpora!) de entregar a la clase obrera a la patronal y al imperialismo e impedir su lucha por el poder. El texto es de mayo de 1973 y es (en lo que aquí atañe) el siguiente: "Si Ud. Presidente Cámpora quiere verdaderamente la liberación debería sumarse valientemente a la lucha popular: en el terreno militar armar el brazo del pueblo, favorecer el desarrollo del ejército popular revolucionario que está naciendo a partir de la guerrilla y alejarse de los López Aufranc, los Carcagno y Cía., que lo están rodeando para utilizarlo contra el pueblo; en el terreno sindical debe enfrentar a los burócratas traidores que tiene a su lado y favorecer decididamente el desarrollo de la nueva dirección sindical clasista y combativa que surgió en estos años de heroica lucha antipatronal y antidictatorial, enfrentada a la burocracia cegetista; en el terreno económico realizar la reforma agraria, expropiar a la oligarquía terrateniente y poner las estancias en manos del Estado y de los trabajadores agrarios; expropiar para el Estado toda gran industria, tanto la de capital norteamericano como europeo y también el gran capital argentino, colocando las empresas bajo administración obrero-estatal, estatizar todos los bancos de capital privado, tanto los de capital imperialista como de la gran burguesía argentina" (*Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir*). Esto era un delirio en 1973. Cuando Perón regresa lo hace dentro de un encuadre que la militancia de izquierda se empeña en negar: regresa condicionado. La condición es *ordenar* el país. Lo que significaba terminar con la guerrilla. (Que nadie se preocupe: veremos con tanta exhausitividad esta etapa –1973-1976– que nada quedará en eso que solía llamarse "el tintero".) En el '45 la clase obrera sólo podía organizarse creando sus propios líderes revolucionarios o remitiéndose a los de los partidos que la representaban, sobre todo el comunista. La creación de líderes revolucionarios habría sido demasiado lenta y la burguesía habría derrocado a Perón y contraatacado triunfalmente. No lo hizo porque los obreros respaldaron a Perón, que fue el único que supo verlos como lo que eran: *el nuevo sujeto político*. En cuanto a los líderes del Partido Comunista, dependían todos de la Unión Soviética, de Josef Stalin, a quien poco le habría interesado una revolución en el Cono Sur que perjudicara a su aliado norteamericano. Es hablar en el aire. Es diseñar lo imposible. No es ni siquiera "seamos realistas, pidamos lo imposible". Los migrantes habrían escuchado con una mezcla de asombro e incredulidad la poética consigna de los jóvenes franceses de la burguesía estudiantil, protagonistas de una revolución en la que nadie murió. (*Nota:* Ver el cuento memorable del peruano Bryce Echenique, "*La más bella muerte del Mayo francés*". El fue su testigo porque, en medio del caos de los jóvenes iracundos y para escabullirse de tanto barullo, se metió en un cine a ver *Madigan*, formidable film policial dirigido por Don Siegel y protagonizado por Richard Widmark, quien muere de un modo inolvidable, a lo grande. Esa es, para Alberto Bryce Echenique (1939, Lima), la más bella muerte del Mayo francés. Ver: César Aira, *Diccionario de autores latinoamericanos*, Emecé-Ada Korn, Buenos Aires, 2001, p. 102.) La historia se desarrolla por medio de las materialidades con que cuenta. Importa también la constitución de las subjetividades. Los migrantes, los negros, los cabecitas, habían encontrado en Perón al único que sabía dirigirse a ellos. Al único que los escuchaba. Que nadie se pregunte si Perón era bueno o era malo, si era generoso o si manipulaba a los migrantes. Yo no dudaría de la generosidad pasional de Evita, pero ella no era una estratega. Todo lo abordaba pasionalmente. Perón no. Había escrito un libro de estrategia y táctica militares. Se dijo: lo nuevo aquí, la palanca con que moveré el mundo, son estos obreros con nula o escasa experiencia sindical. Eso se llama *construcción de poder*. En una coyuntura histórica en que el único que no está devorado por el "aliadofismo" echa una mirada al país, una mirada virgen, sin anteojeras, una mirada que busca al sujeto con el que se pueda hacer avanzar la historia, gana. Ganó Perón. Y no es tan cierto que le hizo un favor a la burguesía, a las clases dominantes. Al contrario, las llenó de odio. ¿O por qué el imperialismo agredió tanto a Perón? Ya habían ganado la guerra. ¿En qué podían perjudicarlos las veleidades "fascistas" de Perón? ¿No veían en cambio que ese "fascista" les estaba haciendo, en la Argentina, el más grande de los favores, el que no les hacían las clases dominantes ni los buenos comunistas aliadófilos? ¿Por qué no vio el Departamento de Estado que Perón era el único que podía frenar una revolución obrera en la Argentina? Porque tal cosa era un dislate. Perón, en cambio, se proponía desarrollar algo, que si bien no era una revolución comunista, era altamente irritativo para los intereses norteamericanos: les estaba dando poder a esos malditos negros que habían colmado Buenos Aires. Peña lo confiesa: "En 1945 (escribe) llegó a su más alto grado la campaña que desde tiempo atrás llevaban contra el gobierno militar, y contra Perón en particular, la burguesía argentina toda, vastos sectores de la clase media y Estados Unidos (...). La prensa norteamericana rebosaba amenazas contra la Argentina y la gran prensa argentina las reproducía con satisfacción. La burguesía en pleno se sumaba a los Estados Unidos, *horrorizada por el obrerismo de Perón*. La oposición antiperonista más enérgica procedía de la burguesía industrial, y ello por razones fundamentales. La industria era el sector que más intensamente necesitaba el capital norteamericano. (...) Y *sentía verdadero terror ante la organización de las masas obreras, aunque fueran dirigidas desde la Casa de Gobierno*" (*Ibid.*, p. 75. Cursivas nuestras).

La industria que el peronismo habrá de desarrollar –por medio de su sagaz ministro de Economía, Miguel Miranda– habrá de ser la *industria liviana*. Esta habrá de adherir al proyecto peronista. Luego, durante mucho tiempo, se le reprochará a este primer peronismo no haber desarrollado la industria pesada. Pero el "coronel sindicalista" necesita nuclear y organizar a sus bases, a los jóvenes obreros. Necesitaba darles trabajo. La industria pesada no requiere mucha mano de obra. La liviana, sí. De modo que el desarrollo de ésta fue el instrumento político para dar inmediato trabajo a los migrantes. Y, con ello, cobertura política. Había que captar a ese contingente. No dejarlo a la deriva, "disponible". Los militares del GOU, los nacionalistas, los filonazis, habrían desarrollado la siderurgia. Pero habrían tenido algo inesperado: serios problemas obreros. No habrían podido darles trabajo a los migrantes. Habrían tenido que reprimirlos. Aquí habría surgido acaso esa "revolución" que –se dice– Perón controló. Vemos que de haber triunfado los filonazis, de haberse impuesto al obrerismo de Perón y crear altos hornos, siderurgia, acero, hoy viviríamos en una Argentina socialista. O, al menos, habría existido una experiencia revolucionaria, un asalto al poder o huelgas salvajes, incontrolables, en esa Argentina del '45. En fin, suena muy improbable este relato armado entre altos hornos y obreros sin trabajo y revolucionarios. Tan improbable que nunca fue. Por el contrario, Perón dio desarrollo a la dinámica industria liviana, creó miles y miles de puestos de trabajo y ahí estuvieron los migrantes, con sindicatos, abogados, delegados fabriles, aguinaldo, viviendas dignas y vacaciones pagas. Así, cualquiera se olvida de la revolución comunista.

PROXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE
La nación en armas

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

José Pablo Feinmann

5 **Cuestiones de método: el umbral de la conciencia política**

Suplemento especial de
Página/12

Hay algo muy delicado en todo esto. Requiere una rigurosa atención. El historiador marxista (célebre, colmado de prestigio) Eric Hobsbawm escribió un libro sobre los que llama *rebeldes primitivos*. Tiene algunos años y alguna vez, en otra parte, me ocupé de él. Pero se reedita como si sus verdades fueran eternas. Y, en verdad, no critico que se reedite. Sus verdades son dignas de ser siempre discutidas y analizadas, sean o no "eternas". Hobsbawm habla de los movimientos primitivos y encuentra en ellos una fase prehistórica de agitación social. Serían nuestros migrantes. Preguntemos: ¿por qué son primitivos? Porque no han traspasado "el umbral de la conciencia política". ¿Cuál es ese umbral? ¿Qué elementos lo constituyen? Tienen que ser tramados por relaciones de producción capitalistas. O sea, un movimiento deja de ser "primitivo" cuando el capitalismo se hace cargo de él. Toda rebelión social será ahora superior. El esquema sigue al de Marx. Lo moderno es la occidentalización. "En suma: los movimientos primitivos sólo pueden trasponer el umbral de la conciencia política en la medida en que sean penetrados por las fuerzas y relaciones de producción capitalistas y sus ideologías de avanzada" (J.P. F., *Estudios sobre el peronismo*, Legasa, 1983, Buenos Aires, p. 27). Lo que Hobsbawm llama "ideologías de avanzada" son, sin más, el socialismo. En Europa, el socialismo (el marxismo) es una "ideología de avanzada" del capitalismo pues éste lo produce. No habría marxismo o socialismo sin un desarrollo frondoso y suficiente del capitalismo que sea capaz de generarlo. La frase se presta a cierta confusión. Pero en esa "confusión" radica su más honda transparencia. El socialismo no es una "ideología de avanzada" *del* capitalismo. Es la ideología que viene a superarlo, a dejarlo atrás en ese movimiento dialéctico que Marx toma de Hegel y que es el *Aufhebung*: lo que supera conservando. *El socialismo es una "ideología de avanzada" del capitalismo pero ese "avance" significa que por él es que lo supera, lo reemplaza revolucionariamente*. De aquí se deduce que una sociedad que no haya desarrollado acabada, completa y totalmente su proceso capitalista no habrá de generar la ideología que, *surgiendo de él*, sea capaz de superarlo. He aquí la diferencia entre los movimientos políticos y los prepolíticos. Como los jóvenes migrantes del cuarenta recién llegaban del interior a formar parte de un capitalismo en cierne que los recibía para desarrollarse resulta claro que Hobsbawm y los rigurosos marxistas que habrán de manejarse con estos conceptos que Marx sistematiza tanto en el *Manifiesto* como en *El Capital* (no hay *corte* entre ambos libros dado que Marx cita textos del *Manifiesto* en *El Capital* dándolos como verdaderos y sin arrepentirse de ellos, motivo para el cual no tenía motivos) no podían sino ver en los "trabajadores nuevos" a protagonistas de un movimiento prepolítico, un mero pasaje del ámbito rural al ámbito urbano, que es la característica esencial de los movimientos populistas, que se distinguen por ser movimientos de *transclase*, tal como lo sería este peronismo de los inicios: de lo rural a lo urbano. De peones a proletarios. No poseedores aún de las ideologías de avanzada del proletariado moderno, estos migrantes primitivos no podían sino caer en manos del caudillo populista que los esperaba en la ciudad, con sus mejoras y sus sindicatos. He aquí –resumida y creo que bien resumida– la esencia de todas las posturas marxistas sobre el populismo peronista, que acabarán haciendo de éste una enajenación de la conciencia obrera por su inevitable carencia de conciencia de clase o por los resabios de *patronazgo* que, arrastrados del ámbito rural al urbano, los llevarían a entregarse a un *líder* en lugar de desarrollar una política autónoma. En suma, ideológica y políticamente es poco lo que cambia: se reemplaza al *patrón rural* por el *líder urbano*. No es que yo critique este esquema. Tiene puntos de verdad. Sobre todo aquel que nos permitirá explicitar la pasividad con que el Estado de Bienestar peronista constituye a su sujeto social. Esto lo veremos al ver los '70. El proletariado peronista ofrecía "la vida por Perón" *pero no le fue necesario arriesgar la vida ni por una sola de las cosas que el Estado peronista le dio*. El 1º de Mayo –fecha rigurosamente celebrada por el peronismo– se transformó en una *fiesta*. No en una jornada de lucha. No había nada por qué luchar bajo Perón o con Perón. *Perón cumplía*. La clase obrera recibía los frutos de su palabra verdadera.

O sea, en la medida en que se desarrollan las fuerzas de producción capitalistas crece la posibilidad del surgimiento y desarrollo de la conciencia política. Hobsbawm establece una linealidad histórica, muy de cuño marxista, una teleología, un necesario decurso histórico (algo que los posestructuralistas del estilo de Michel Foucault o, antes de él, Heidegger y luego los posmodernos se encargarán de aniquilar prolija y placenteramente). El decurso histórico que plantea Hobsbawm es el que sigue: *Desarrollo de las fuerzas productivas = desarrollo del capitalismo = desarrollo del imperialismo = surgimiento y desarrollo de la conciencia política del proletariado*. Esta conciencia política se estructura del siguiente modo.

ORGANIZACIÓN SINDICAL
Y COOPERATIVA

CLASE OBRERA INDUSTRIAL

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

PARTIDO DE MASAS ..... Programa
Ideología

Esta es la *estructura básica* de una clase obrera *autónoma*. No lo fue la peronista porque su Organización sindical y cooperativa fue organizada desde el Estado. También su organización política al reemplazar al Partido Laborista por el Partido Peronista. Su Programa y su Ideología, al ser una clase obrera heterónoma, constituida *desde arriba*, en exterioridad, no son los suyos. Son los de la estructura bonapartista que tiende a la conciliación de clases bajo la tutela del Estado. Esto habría sido el peronismo. Notemos que el análisis es similar al que Marx hace con relación a las colonias. Es la racionalidad europea (encarnada por el desarrollo del capitalismo) la que permite, penetrándolos, que los movimientos pre-políticos traspasen el umbral de la conciencia política. El problema de este esquema es que hace, legalizándolo, del capitalismo una fuerza histórica de "civilización" que, al penetrar a la "barbarie", hará surgir al moderno proletariado que se liberará a sí mismo y, consigo, a las otras clases. Con estos esquemas se han seguido manejando los marxismos argentinos. Si no los revisáramos, si no los cuestionáramos, nuestra tarea no iría en busca del punto más hondo de la cuestión.

Me permitiré insistir en un punto teóricamente central: ¿estaban los migrantes del '43 capacitados para transformarse en el proletariado revolucionario que diseña Hobsbawm como fruto maduro del desarrollo capitalista? Hobsbawm habla del proletariado británico. Ahí, el capitalismo llevaba siglos de desarrollo. Ahí podía surgir un Marx y escribir –a pedido de la Liga de los Comunistas, en 1848– un *Manifiesto comunista*. Pero los migrantes recién llegaban a la urbe desde el interior rural. Recién salían del mundo feudal y llegaban al ámbito urbano. El que los recibió, el que les habló, el que los respaldó, el que les dio apoyo político fue Perón. Es verdad, los obreros no lucharon por sus conquistas. Se las dio Perón y por eso lo ungieron su líder. Pero todos los otros sujetos de ese país del '43/'45 –y si hacemos, creo que lo hemos hecho, un corte sincrónico de esa estructura, se ve más que claramente– estaban incapacitados para *inteligir*, para *comprender* a los migrantes. Para darles cobertura política. Se los ganó Perón. Que el "pueblo peronista" haya conquistado su identidad como un pueblo más acostumbrado a recibir sus conquistas del Estado benefactor que a luchar por ellas en contra de un Estado patronal burgués es *indubitablemente* cierto. Y tendrá enorme importancia siempre. Pero el coronel sindicalista no le arruinó la fiesta a nadie. No derrotó a ningún nucleamiento revolucionario, no le restó bases sociales a ningún encuadramiento clasista que tuviera una ideología de reemplazo al capitalismo agrario y ganadero de la oligarquía. ¿O la tenían Codovilla, Ghioldi o José Peter? No, esperaban órdenes de Stalin. Y Stalin se habría cortado un brazo antes de hacerle a Estados Unidos –su aliado– una revolución comunista en la Argentina. Así, los migrantes sólo lo tuvieron a Perón. De esta forma nació la clase obrera peronista. Con ese nacimiento nacieron –también– sus alcances y sus límites. Que la izquierda peronista ignoró en la década del setenta al creer que había ido más allá de ellos. Esos límites habían permanecido. El pueblo peronista buscó siempre el amparo del Estado, la conducción de su líder y –tal como Perón se lo señaló aun en medio de las coyunturas más terribles– sus *espacios de identidad y pertenencia* fueron siempre el trabajo y la casa. La consigna –dirá Perón en las jornadas más terribles del '55– es la de siempre: "De casa al trabajo y del trabajo a casa". También el 21 de junio de 1973, al día siguiente de la tragedia de Ezeiza, habrá de exigir (dirigiéndose muy claramente a la izquierda peronista): "Es preciso volver a lo que en su hora fue el apotegma de nuestra creación: 'De casa al trabajo y del trabajo a casa'. Sólo el trabajo podrá redimirnos de los desatinos pasados" (Roberto Baschetti, compilador, *Documentos 1973-1976, De Cámpora a la ruptura*, volumen 1, Ediciones de la Campana, La Plata, 1996). Es difícil no verlo. En la historia mundial de la clase obrera esa consigna (que pide a los obreros que solamente vayan al trabajo y luego a sus casas) no permanecerá entre las más revolucionarias. "Todo el poder a los Soviets", sin ir más lejos, la supera. Pero –más allá de las ironías– la consigna de Perón era la del pueblo peronista, al que Perón conocía muy bien. "De casa al trabajo y del trabajo a casa" expresaba lo que Perón había conseguido para el pueblo y lo que habría de garantizarle siempre: un trabajo digno y una vivienda digna. Hoy, por ejemplo, ése es un ideal imposible. Hoy es impensable la clase obrera peronista porque es impensable el Estado de Bienestar. Un Estado que –entre 1946 y 1955– aumentó la participación de los obreros en el Producto Bruto Nacional un 33%. Para hacerlo hoy habría que hacer una revolución completa, absoluta, sangrienta. Porque desde la caída de Perón las clases hegemónicas lucharon por disminuir esa participación *escandalosa* de la clase obrera en las ganancias del país. Finalmente, para conseguirlo, tuvieron que matar treinta mil personas e instaurar el Estado neoliberal de Martínez de Hoz que Menem y Cavallo llevaron a su más perfecta expresión. Esta historia, como vemos, es complicada. Expresar esta complicación es *exactamente* nuestro propósito. La experiencia del primer peronismo pueda acaso parecerse a la del varguismo, pero aun así es distinta. De lo que difiere por completo es de los procesos de adaptación del proletariado europeo a la economía capitalista. Pretender estudiarla según esos parámetros es condenarse al error. O a la diatriba. O a interpretaciones que hacen de un Perón un demagogo o un hábil manipulador y de los obreros un material virgen, fácilmente manejable por ese astuto "coronel sindicalista" que captó a los obreros para la "causa de la burguesía". Ni hablemos de la torpeza teórica que implica tomar al marxismo como la ratio occidental que, en la medida en que penetra a los movimientos pre-políticos, los eleva hacia la luz de las verdades del proletariado auténtico. ¿Qué razón es la razón occidental? Es la que condenaron Nietzsche, Freud, Adorno, Horkheimer y Heidegger. Marx creyó que ella llevaría a los obreros a la liberación de los hombres y los llevó hacia nuevas formas de sometimiento. Los socialismos del siglo XX hirieron de muerte esta idea generosa de la historia, pero ella llevaba el germen de la destruc-

ción al haberse incluido en el desarrollo de la racionalidad burguesa poniéndola cabeza abajo. Lenin vio que el desarrollo del capitalismo no encaminaba al surgimiento del "proletariado enterrador de la burguesía" sino al proletariado de las *trade-unions*, de los sindicatos que, en tanto parte del sistema capitalista, sólo deseaban no cambiarlo, sino negociar dentro de éste sus mejoras. Haber "importado" a la Argentina la teleología del *Manifiesto* llevó a malentender el siglo XIX y a ver en el peronismo un movimiento anti-obrero.

OBRERISMO Y CONCIENCIA ANTIPATRONAL

El peronismo no fue anti-obrero. Fue obrerista. No le dio a la clase obrera una conciencia de clase pero sin duda le dio una *conciencia antipatronal*. "Mañana es San Perón/ Que trabaje el patrón", se gritaba a voz en cuello en la Plaza de Mayo. (*Nota*: Es notable el carácter antipatronal del decálogo que se les entregó a los peones de campo para las elecciones de febrero del '46: "No concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones el día 23 (...) Si el patrón de la estancia (como han prometido algunos) cierra la tranquera con candado, ¡rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado y pase a cumplir con la Patria! Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles ni camiones, concurra a votar a pie, a caballo o en cualquier otra forma. Pero no ceda ante nada. Desconfíe de todo: toda seguridad será poca". Aquí, en este señalamiento al poder embaucador de los patrones ("¡desconfíe de todo!") está lo irritativo de este primer peronismo. Todo tenía que enfrentarse a semejante actitud. Los Estados Unidos, la oligarquía, la burguesía industrial, los estudiantes cajetillas y el ilustrado grupo *Sur*, con la inefable Victoria, con Georgie y con Bioy, atónitos ante este coronel nazifascista que venía a soliviantarles a los negros. "Amalia, los negros están ensoberbecidos". Largo es el brazo de esa frase de Mármol. Comprendo a los que se opusieron al primer Perón porque el personaje surgía con un ropaje terrorífico para los que andaban con su corazón y su bandera aliadófila y sus amores por la Francia humillada y las glorias guerreras de Gran Bretaña, la dignidad de su Reina y los rugidos de su magnífico león de la batalla, de la sangre, del sudor y de las lágrimas, el espléndido Churchill. Pero, al margen de sus anteojeras aliadófilas, odiaron a Perón porque odiaban desde los orígenes de la nación a la clase social a la que Perón entregaba poder, desdén, insolencia, irrespetuosidad, altanería ante sus amos: a los negros, la chusma, a los que habían nacido para servir y obedecer. ¿Qué era eso de sublevarlos contra sus naturales patrones?) Y los industriales asistían atónitos a los nuevos hechos que ocurrían, a las desobediencias, a las altanerías, a las bravuconadas de los obreros. Un obrero llevaba una carretilla y le faltaban diez metros para depositar su carga en el lugar de destino. Sonaba la sirena del descanso, del almuerzo o del regreso a casa y el obrero dejaba la carretilla en el punto exacto en que se hallaba. "¡Es el colmo!", exclamaban furiosos los patrones. "Ni siquiera son capaces de recorrer diez metros más y terminar su tarea. Hacen su trabajo como si nos lo regalaran." Este era el famoso "odio de clases" que Perón había inculcado. Cuando la señora María Esther Vázquez dice que Perón desarrolló una tarea "demagógica" que llevó al país a "décadas de odio" articula correctamente la visión de la oligarquía. Perón les soliviantó a la negrada. Evita les sublevó a las sirvientas. Y la tarea era "demagógica" porque se aprovechaba de los ignorantes obreros en beneficio de los inconfesables intereses del coronel fascista. Interpretación que en muy poco difiere de la que ha dado la "izquierda" con algo más de sofisticación.

Esa *conciencia antipatronal* fue el más alto punto de conflicto que el peronismo estableció con la oligarquía. Nunca pretendió reemplazarla como clase, expropiarla. No habría podido, pero tampoco se lo propuso. Una cosa, sin embargo, condicionó la otra. ¿Con qué iba Perón a expropiar a los Bemberg? (Crítica que la izquierda alegremente le hará durante años.) No los expropió, pero los obligó a lidiar con una clase trabajadora insolente, insumisa y delatora. El tema de la delación es constante entre los "demócratas" que critican al peronismo. Claro que había "delación". Puede estudiarse el fenómeno en la *Amalia* de José Mármol. (Libro, por otra parte, indispensable para entender al peronismo y al país en que vivimos.) El joven romántico Daniel Bello le susurra a Amalia: "Oye, Amalia (...) en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de malhumor, se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. *Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mazorca* (...) los negros están ensoberbecidos" (José Mármol, *Amalia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967, tomo I, p. 29). Más adelante, María Josefa Ezcurra, dibujada por Mármol como un insecto enorme y maloliente, dirá: "Ahora somos todos iguales. Ya se acabó el tiempo de los salvajes unitarios, en que el pobre tenía que andar dando títulos al que tenía un frac o un sombrero nuevo, porque todos somos federales (...). Y ser todos iguales, los pobres como los ricos, eso es Federación, ¿no es verdad?" (*Ibid.*, p. 312). Luego, al describir a un federal, descubrirá en su rostro (o en su "fisonomía"): "El repugnante sello de la insolencia plebeya" (*Ibid.*, p. 348). Este odio racial y de clase volveremos a encontrarlo en *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy, una reescritura de *El matadero*. Retornemos a la delación. Se acrecentó en las postrimerías del gobierno de Perón con los desdichados "jefes de manzana", medida torpe, sin duda fascista, que ponía al barrio en manos de un capataz arbitrario. Penoso. Pero hubo un miedo muy anterior a ése. En mi casa, que estaba en Belgrano R, en Echeverría y Estomba, en diagonal a la iglesia San Patricio, y que fue, para mí, niño de los "años privilegiados", el hogar más cálido que jamás haya tenido, había una joven de nombre Rosario. Rosario era lo que se llamaba "la sirvienta". Era muy buena. Era la cocinera. Otra señora se encargaba de la limpieza. Mi vieja, que recuerde, limitaba su laboriosidad a indicarles sus tareas. Mi viejo era médico pero había largado la medicina (jamás sabré bien por qué) y ahora tenía una fábrica de metales, mediana, nada del otro mundo, pero próspera. Bien, voy a esto: el 26 de julio de 1952 se muere Evita. Rosario estaba en la cocina. Dan la noticia por la radio. Rosario se pone a llorar. Yo estaba jugando a no sé qué juego de la época en el comedor. Creo que armaba un *Mecano* o asaltaba un fuerte con unos soldaditos. Mi madre andaba por ahí. De pronto, no sé por qué alternativa del juego, yo me largo a reír. Y se oye la voz de Rosario: "Que no se ría. ¡Que no le falte el respeto a la señora!". Mi madre me pegó un mamporro durísimo y, en voz baja pero imperativa, dijo: "¡Callate!". Salió corriendo para la cocina. Me acerqué, paré la oreja y escuché el diálogo. Rosario lloraba y a la vez decía: "Su hijo se está riendo, señora. Evita se murió y él se ríe. Se está burlando". Mi madre, con miedo, trataba de calmarla: "Es un chico, Rosario. Está con sus juguetes. No sabe lo que pasa". La "patrona" tenía que darle explicaciones a la "sirvienta". Eso era nuevo en el país. El miedo de las clases poseedoras se acentuó con los jefes de manzana. (El de mi barrio resultó un buen tipo que nos ayudaba a remontar barriletes y hasta se prendió en un partido de fútbol en el potrero de la vieja iglesia, porque aún no habían construido la nueva. Que es, sí, la iglesia en que mataron a los curas palotinos. Ni el barrio de tu infancia te dejaron sin sangre los militares de Videla, impecables servidores de la oligarquía y de los grupos financieros que tiraron a Perón. Ya veremos mejor todo esto.) Pero había rituales que cumplir. En la fábrica del viejo (yo, a veces, iba de excursión, a curiosear un poco) recuerdo las fotos de Perón y de Evita. Y mi viejo no era peronista. Pero esas fotos eran obligatorias. Y algo inolvidable. Esto sí fue el miedo. Era el 31 de agosto de 1955. Con tres amiguitos jugábamos al *Estanciero* en la mesa del comedor. Un poco más allá, sentados en los sillones, mis padres y mi hermano mayor escuchaban el discurso de Perón. Fue ése en que dijo que un peronista podía matar a otro que no fuera peronista ahí donde lo encontrara. Y que por cada uno de los nuestros que caiga caerán cinco de ellos. Terminó el discurso y mi padre nos reunió a todos alrededor de la mesa. Yo no entendía mucho, pero entendía que algo grave había sucedido porque papá estaba muy serio, preocupado. Por fin dijo una frase que nunca olvidé: "Escuchen bien: a partir de hoy somos todos peronistas". Desde ese día todos tuvimos miedo. Pero no sólo por lo que Perón había dicho. Por los otros, por sus enemigos también. Habían bombardeado la Plaza de Mayo. Ese día, papá tardó mucho en volver. Siempre que regresaba del centro tomaba el 76 en Chacarita y llegaba, por avenida Forest, hasta Echeverría. Ahí se bajaba y caminaba una cuadra hasta casa. El 16 de junio de 1955 me senté en el cordón de la vereda de Avda. Forest y Echeverría y lo esperé durante horas. Tenía doce años. Y ya no era un niño de esa "patria de la felicidad" que pinta Daniel Santoro.

EL TECNICOLOR DE LOS DÍAS GLORIOSOS

Sigamos con Peña. Sostiene la tesis de la revolución que Perón hizo abortar desde la Secretaría de Trabajo y que, fatalmente, se habría producido si el joven proletariado hubiera tenido que luchar por ellas, arrancárselas al Estado burgués, en lugar de recibirlas de éste como una dádiva, como un beneficio de un Estado al que nosotros (no Peña) llamamos "benefactor" para unirlo a la imagen keynesiana, dado que sostenemos que Perón fue un militar keynesiano y que ese keynesianismo hizo lo mejor que se podía hacer en ese momento por los obreros *pero* los modeló con una –digamos– materia prima que les habría de quitar combatividad. Lo veremos en las *Charlas de Mordisquito* de Discépolo. Con su frescura, su talento, el poeta le dirá a su adversario *Mordisquito*, en quien había dibujado al perfecto *contrera* de la época, que el peronismo estaba ganado una

guerra y la ganaba para él, porque también él, el contrera, ganaba esa guerra: "Y la estás ganando mientras vas al cine, comés cuatro veces al día y sentís el ruido alegre y rendidor que hace el metabolismo de todos los tuyos. *Porque es la primera vez que la guerra la hacen cincuenta personas mientras dieciséis millones duermen tranquilos porque tienen trabajo y encuentran respeto"* (Las cursivas me pertenecen). Y más adelante estampa una frase fenomenal, en la que resume lo que muchos sentían, lo que era cierto para la mayoría de los humildes: "Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos". Si se quiere captar la esencia más honda de este texto no hay que pronunciar técnicolor. Menos todavía (como todos saben hoy) technicolor. No: Discépolo decía "tecnicolor". Así se decía en esos años. Nadie "traducía" nada. Las palabras exóticas se pronunciaban como las decía el pueblo. "Firestone". "Colgate". ¡Coca Cola y no Coke! No había Citiphone Banking por ejemplo. ¿Qué era eso? La Farmacia era la Farmacia y hasta la Botica. Pero no Pharmacity. No Open 24 hs. En fin, esto ya se sabe. Discépolo y el peronismo de los cincuenta no estaban globalizados. Pero los textos del vate de la tristeza de los '30 tornado optimista irredento en los '50 (en una radio en que *nadie* podía contestarle, algo que Discépolo debió medir) son trágicos: expresan la *pasividad* del pueblo peronista. La "guerra" la hacen cincuenta personas: el Gobierno, desde luego. Y, en tanto esas cincuenta personas hacen la guerra, dieciséis millones duermen tranquilos. Pocas veces se expresó más clara y drásticamente la diferenciación entre un Gobierno y un pueblo que en algún momento acaso debiera defenderlo, ya que tan suyo era. El pueblo "duerme tranquilo" porque "tiene trabajo y encuentra respeto". ¡Duerme tranquilo! ¿Ese era el "pueblo peronista" al que la JP salió a pedirle la revolución en los setenta? Y no digo esto para validar el foquismo de la guerrilla. No: si tenés ese pueblo te adaptás a él. Te das una política que contemple esos factores. Precisamente las condiciones de posibilidad de constitución de la entidad "pueblo peronista" se ignoró por completo. Se creyó que las masas eran revolucionarias porque iban a la plaza a gritar "la vida por Perón". Era una frase retórica. Nada las había preparado para "dar la vida por Perón". Si esta frase se hubiera tomado en serio la formación de cuadros del peronismo debió apuntar a lo que tardíamente intentó Evita: *las milicias populares*. Hubo atisbos. Hubo barricadas obreras durante el golpe de Menéndez en el '51. Pero fueron atisbos, excepciones. El "pueblo peronista" fue un pueblo feliz. De aquí que esa frase de Discépolo tenga tan elevado valor teórico: *"Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos"*. He visto un bello film (tan hondo, tan bello que habré de retornar sobre él) que lleva por título *Pulqui, un instante en la patria de la felicidad*. Es la cosmovisión que del peronismo tiene el notable (o más que notable) artista plástico Daniel Santoro. El peronismo fue la "felicidad". Fue una etapa de plenitud. Esa temporalidad que también se describe en el *Martín Fierro*, en la que el gaucho tiene casa, prienda y hacienda. Como estamos empezando esta enorme saga, este *gran relato* que es el peronismo nos podemos plantear provisoriamente estas cuestiones que irán logrando, densidad (tragedia, sangre, dolor, cadáveres) a medida que ahondemos en ellas. Pero verlas desde ahora nos permite saber hacia dónde vamos y proponer a la reflexión temáticas que necesariamente habrán de desvelarnos, sorprendernos o paralizarnos por la angustia y la visión intolerable del horror. Los días gloriosos del tecnicolor terminaron. Ese proletariado peronista no estaba listo para la guerra que le hicieron. Pero, hagamos la pregunta: esos migrantes, ese proletariado joven, esos muchachos y chicas de piel oscura que tenían por primera vez casa, trabajo, vacaciones y hasta orgullo, ¿no tenían derecho a vivir esa etapa antes de pasar a la otra, a la que no pasaron, a la de la combatividad para defender lo que el Estado les había concedido? Y otra más: ¿se habría puesto Perón al frente de una revolución o de una insumisión popular? ¿Habría vencido al hombre de orden, al militar que siempre latía en él, al soldado que se había educado en la disciplina, en el respeto al orden, en el odio a la anarquía?

CONSTRUCCIÓN DE PODER Y NUEVO SUJETO POLÍTICO

Creemos que no. Creemos, también, que esto no lo condena. No era un líder revolucionario. No quería darles el poder a los obreros. Quería, sí (y esto era una dura blasfemia en la Argentina que lo recibió en el '45), que los obreros fueran parte del poder. Gobernó, incluso, para ellos. Les dio lo que nadie les había dado. Y lo que nadie les habría dado si no hubiera aparecido él, con su esquema de *construcción de poder* ligado a beneficiar a los pobres, a darles todos los derechos que les dio y que tanto odio despertaron. Hubo dos errores ante este hecho: 1) El de las concepciones clasistas (tipo Milcíades Peña) que le reprochan preservar el "orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista" (*Ibid.*, p. 71). 2) El de la izquierda peronista que creyó que ese "pueblo peronista" pelearía por el socialismo, algo que le era totalmente ajeno. Además –y esto se olvida con excesiva frecuencia– ¿alguien imagina a Perón y a la clase obrera argentina derrotando al orden burgués y a la propiedad privada capitalista en 1945/46/47 cuando Estados Unidos ya había salido de la guerra? ¿Qué piensan que habrían hecho los Estados Unidos? Tenían ya elaborada la doctrina de la lucha contra el nazismo. La Argentina –sostuvieron siempre– era una cueva de nazis. Poco les habría costado esgrimir este aspecto de la cuestión para intervenir directa o –sobre todo– indirectamente armando a quien hubiera que armar, respaldando con dinero o con una acción diplomática feroz a los sectores oligárquicos, conservadores, radicales y comunistas que se habrían alzado ante una revolución nazifascista en la Argentina. Ni hablar del aislamiento diplomático que tal intentona habría padecido. No sólo por parte de Estados Unidos, sino por parte de todo el mundo "libre". ¿Una revolución encabezada por un coronel "filonazi" en 1946? Esto es trabajar en el aire. El primer peronismo hizo lo que hizo. Su jefe era un coronel. Raro que un coronel encabece una revolución proletaria. Pero fue el único que vio al *nuevo sujeto* de la Argentina de los cuarenta. En efecto: verticalmente, desde el Estado les dio todos los beneficios que tuvieron. Así consolidó su poder y convocó el amor de esa clase. Creó los sindicatos. A esos sindicatos (por ausencia de experiencia sindical) fueron los migrantes y no a los sindicatos socialistas que no tenían figuras con carisma ni discurso adecuado para captarlos. De modo que habrá que poner entre paréntesis si fue por "inexperiencia sindical" que no fueron a los viejos sindicatos (lo que carga la responsabilidad en los obreros jóvenes) o por la falta de lenguaje, por el stalinismo y la ausencia total de figuras nuevas, al tono con los nuevos tiempos de los sindicatos tradicionales (lo que les carga la responsabilidad a los viejos socialistas). Transformó al Partido Laborista en Partido Peronista. El coronel era autoritario. Le gustaba concentrar poder. El Partido Laborista no era una creación suya, su héroe era Cipriano Reyes, al que castigó luego duramente. (*Nota*: El destino de este buen cuadro sindical fue particularmente penoso. No hubo golpe de Estado antiperonista que no lo utilizara. La Libertadora lo llevaba por las fábricas para que mostrara a los obreros cómo la policía peronista lo había castrado. También lo usó Onganía y también Lanusse. Y hasta Alfonsín. En 1983, la revista *Superhumor* sacó otra triste nota a Cipriano titulada: "La picana no la inventó el Proceso". Era parte de la campaña radical que optaba por aliviar las culpas de la dictadura con tal de atacar electoralmente al peronismo. Ahí, en esa nota, un viejo Cipriano Reyes –que sólo en estas coyunturas volvía a cobrar una notoriedad que sin duda algún dolor le mitigaba– cumplía una vez más con narrar cómo había sido torturado por la policía peronista. Ahora su relato se ponía al servicio de la campaña de Alfonsín. Todo muy triste. Sin duda, el peronismo lo torturó. Pero el uso que hicieron de él fue lastimoso.) No podía tolerarlo: debía ser peronista. Fue una modalidad del régimen. Dado que, a no dudarlo, se trató de un régimen. Las libertades democráticas fueron erosionadas. Los diarios opositores acallados. *La Prensa* –que era el órgano de la vieja, rancia, rencorosa, desbordante de odio clasista, oligarquía, eso que los muchachos de los setenta llamaban, muy expresivamente convengamos, "la puta oligarquía"– fue cerrada y expropiada. Una medida, qué duda cabe, profundamente antidemocrática, pero que cualquier revolucionario de izquierda habría tomado a lo sumo antes de la media hora de tomar el gobierno. La policía peronista no era amable con esta gente. El 20 de agosto de 1945 la policía allanó el local de la Sociedad Rural. La noticia produjo espasmos entre los redactores de *La Prensa* que dieron la noticia entre el estupor y la indignación ante este manotazo fascista. "Desde 1930 (escribe Milcíades Peña con tono gozoso), los gobernantes conservadores, criaturas incubadas en la Sociedad Rural y el Jockey Club, habían hecho la apoteosis del sable policial, y ahora el sable policial mandaba sobre ellos. Habían perseguido a la prensa opositora, y ahora era perseguida su propia prensa. Sometieron a las asambleas populares a la vigilancia de la policía; (ahora) sus salones se hallaban bajo la vigilancia de la policía. Decretaron el estado de sitio, y el estado de sitio se decretaba contra ellos (...). Habían sofocado todo movimiento de la clase obrera mediante el poder del Estado; el poder del Estado sofocaba todos los movimientos de su sociedad. Se habían rebelado, llevados por el poder de su bolsa, contra los políticos yrigoyenistas; sus políticos fueron apartados de en medio y su bolsa se veía saqueada" (*Ibid.*, p. 76). No pocos problemas les traía el peronismo a la Sociedad Rural y al Jockey Club pese a la condición militar de Perón y a esa clase obrera cuyo rostro el Estado burgués bonapartista había diseñado. De aquí el odio sin límites que aflorará en las jornadas de junio y septiembre de 1955. La izquierda, entre tanto, todos esos dirigentes "socialistas" que figuran en el *Diccionario* de Horacio Tarcus (¡hasta Federico Pinedo figura!), festejaba, en la palabra de Rodolfo Ghioldi, la reorganización del Partido Conservador. Con estos "dirigentes" se iba a llevar a cabo la "revolución" que el peronismo frenó o controló. No hay que perder más tiempo: con el primer peronismo el joven proletariado argentino gana su dignidad, sus derechos, su ideología antipatronal y el sentido de ser parte de la nación con el mismo derecho con que lo eran quienes habían sido sus dueños "naturales". Ya no lo eran. Un obrero valía tanto como un oligarca. Y hasta valía más. Porque el obrero tenía al Estado de su parte. Ese Estado era *su* Estado. Un obrero, además, la tenía a Evita. Aún no hemos hablado de ella porque le dedicaremos el espacio que merece, que requiere para que el peronismo pueda ser explicado. Sin Evita, el peronismo no se entiende. Evita es la que rompe con todos esos esquemas fáciles de ver en el peronismo una mecánica traslación del fascismo italiano. No es que no fuera autoritaria. *Era más autoritaria que Perón*. Ella habría fusilado a Menéndez. Ocurre que era una mujer. Una actriz. Que Perón comete el más transgresor de sus actos (acaso el único verdaderamente "revolucionario") al "meterse" con ella. Llevarla al Palco del Colón. Refregarla en la nariz fruncida de la oligarquía. De los militares machistas. Ni Clara Petacci ni Eva Braun (por darles el gusto a los que quieren que hablemos de las mujeres de los dictadores nazifascistas) hicieron política. Fueron figuras de salón o de dormitorio. Eva fue un cuadro político de excepción y Perón no le puso frenos. Eva fue amada por los humildes como nadie en esta tierra. Como ninguno de los grandes machos de la Argentina. Ni como Rosas, ni como Facundo, ni como Sarmiento, ni como Yrigoyen, ni como Perón. Nadie fue tan amada por el pueblo, nadie fue tan odiada por la oligarquía. Ese hecho –indiscutido– tuvo raíces profundas, motivos racionales, emocionales y hasta religiosos. Pero –no vamos a negarlo *justamente* en este texto– que la oligarquía la haya odiado (¡hasta el punto de escribir "Viva el cáncer" en tanto agonizaba, en tanto se moría sufriendo!) y que el pueblo la haya amado es un atributo, un privilegio que ningún político combativo o contestatario ha tenido tan honda, tan soberanamente, en este país.

PROXIMO DOMINGO

La caída de Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

6 La caída de Perón

Suplemento especial de
Página/12

Sabemos que las narraciones no tienen por qué ser lineales. Al contrario, el quiebre de la linealidad otorga prestigio a tantas narraciones que sobran los escritores que creen recibirse de genios por medio de ese mero artilugio que ya Walter Benjamin reclamaba en sus *Tesis sobre filosofía de la historia* (1940). Y que aún antes de esa fecha varios escritores habían impulsado. Pero los ensayos suelen ser lineales. ¿Para qué ser lineales con el peronismo? No estamos haciendo su historia. Ni su historia política, ni su historia social, ni su historia económica. Estamos haciendo su filosofía política. Estamos tratando de pensarlo. Pongamos, entonces, que por el momento me he hartado de Milcíades Peña y (sin abandonarlo) incursiono en otros autores. Cada uno de ellos ha dado su visión sobre el peronismo. ¿Dónde está la verdad? ¡Ah, la verdad! Ese sí que es un tema. El que crea tenerla no sabe qué es la verdad. *La verdad no es.* Establecer la verdad sobre algo sería matarlo, cosificarlo, darle un sentido definitivo entre los infinitos sentidos que sin duda tiene. El 17 de octubre hubo gente en la calle y al final de la jornada un coronel de nombre Perón dio un discurso a una multitud reunida en la Plaza de Mayo. ¿Esto es una verdad? No, esto es un hecho. Una verdad *no es* un hecho. Célebremente –en una de esas *frases martillo* que tantas cabezas reventara– Friedrich Nietzsche dijo: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Iba a escribir, irónicamente por cierto: "Nietzsche se despertó una mañana y dijo". Me habría referido a esa modalidad antisistemática de su pensamiento. Nietzsche es el pensador menos sistemático de la historia de la filosofía. Pero esa frase vale oro: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Todos sabemos más o menos qué ocurrió el 17 de octubre. Sabemos los hechos. Pero, ¿qué interpretación les damos? El pensamiento es la lucha de las interpretaciones. Las verdades colisionan. No hay verdades inocentes. Las verdades representan intereses. La verdad es la cristalización de la interpretación. Su estatuto en tanto sistema. Pero el hecho es mudo. El hecho no dice nada o dice lo apenas elemental. El mero punto de partida. Ahí empieza esa tarea que llamamos hermenéutica. Ahí empieza la lucha de las interpretaciones. De aquí que deje por el momento a Milcíades y me concentre en otros autores. Busco lo diferente, lo alternativo, lo contradictorio. Digo: atención, veamos el espectáculo de la diferencia. Por ejemplo: Milton Eisenhower llega a la Argentina de Perón. Para todos –para la mayoría– viene a integrar al peronismo al sistema económico del capitalismo de libre empresa norteamericano. ¡Perón se traiciona!, gritan alborozados señores que luego apoyarán gobiernos pro norteamericanos hasta la náusea. Pero no importa. Perón había jurado que se cortaría un brazo antes de pedir un crédito a un banco extranjero. La llegada de Milton Eisenhower es la desmentida de esa afirmación. Sin embargo, Juan José Hernández Arregui afirmará: "EE.UU. ensayó el recurso de bloquear económicamente a la Argentina hasta que no tuvo más remedio que 'capitular' mandando a Milton Eisenhower" (Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Hachea, Buenos Aires, 1970, p. 415). Hernández Arregui hizo aquí un uso extremo de la hermenéutica. No hay hechos, hay interpretaciones. Pero esto no significa que se pueda interpretar cualquier cosa. Hay interpretaciones que se vuelven contra el interpretador. Decir que Milton Eisenhower vino a "capitular" es tener una fe a toda prueba sobre un peronismo que, en ese momento, empezaba a exhibir aristas de cansancio, de cambio de rumbo, de negociaciones con sus enemigos. Pero Hernández Arregui lo dijo. Ya veremos a Peña señalar en la visita del señor Eisenhower la otra cara de la moneda: la claudicación del régimen. Algo que tampoco es así. Estas cuestiones –en algún aspecto– benefician a Perón. Porque luego de su caída el país se suma al Fondo Monetario Internacional. Los "Milton Eisenhower" llegan en manadas a dar "instrucciones". Y en cuanto al Contrato con la petrolera California (que fue un caballito de lucha de la oposición), ¿cuántos contratos decididamente peores se hicieron a partir de su caída? Hasta el "héroe" de la defensa de nuestro petróleo ante la "entrega" del peronismo, Arturo Frondizi (que había escrito como parte de esa lucha un célebre libro, *Petróleo y política*), suscribió durante su malhadada presidencia concesiones petroleras que lo entregaron al escándalo y a la melancolía de la clase ilustrada que lo apoyó creyendo ver en él al político brillante que enterraría al "populismo" peronista. En suma, eso que durante el gobierno peronista era *escandaloso* fue natural durante los gobiernos que lo sucedieron. Que el Contrato con la California desatara un escándalo bajo el peronismo revela la existencia de un gobierno que cuidaba los recursos primarios, la existencia del artículo 40 de la Constitución del '49. Luego, esos contratos se firmaron a espaldas de todo el mundo, sin debates, casi sin resistencias. Frondizi es el mayor exponente de este engaño, de esta palabra que se ofreció y fue luego burlada. (*Nota*: ¡Cuántos dolores han causado en este país a los sufridos intelectuales sus adhesiones generosas a políticos en los que creyeron! Digámoslo sin vueltas: habrían merecido mejor gente. La generación de *Contorno* habría merecido algo mejor que al sinuoso Frondizi. Los jóvenes peronistas del '70 no merecieron al Perón que se vino con Isabel y el matarife de López Rega, al Perón que lo puso a Alberto Villar (siniestro agente de contrainsurgencia formado por la OAS y la Escuela de las Américas) al frente de la Policía Federal, ni al Perón que se les burló en la cara diciéndoles que era "un buen policía" como si no supiera quién era, como si no tuviera su foja de servicios, el listado completo, implacable de sus hazañas de "matazurdos". ¡Es un buen policía! Los tiempos de Frondizi y los muchachos de *Contorno* son –de todos modos– tiempos idílicos o no de barbarie, no de muerte, al lado de los tiempos de Perón y los jóvenes peronistas. Porque sería muy unilineal referirse sólo a los desatinos o a las francas aberraciones de Perón para entender una época que no nos entregaría algo de su inteligibilidad si no incluyéramos en ella las aberraciones de la izquierda peronista. Tampoco Perón ni la ciudadanía argentina (que acababa de elegirlo democráticamente con el 62% de los votos y esperaba un futuro menos macabro) se merecían el alevoso asesinato de José Ignacio Rucci con veinticuatro balazos, en el perfecto estilo de la Triple A. "Fuimos nosotros." "Fue la orga."

"Fue la M." "Fue una apretada al Viejo." "Hay que poner el mejor fiambre en la mesa de negociaciones." ¡Cuánta locura! Una pregunta incómoda que recién responderemos mucho más adelante: luego del asesinato de Rucci, quienes tenían acceso a la conducción de Montoneros, ¿no sospecharon en manos de quiénes estaban? Porque nosotros –los tipos de superficie– no le habíamos visto la cara a esa conducción. En el acto de Atlanta lo vimos a Firmenich dar un discurso. Pero de lo de Rucci nos enteramos por la increíble frase: "Fuimos nosotros". Recuerdo mi estupor: "¿Nosotros?". Y el de un par de compañeros. Uno sobre todo. Dijo lo que todos queríamos decir: "Disculpen, pero yo no maté a Rucci. Así que ese 'Fuimos nosotros' que la Orga se lo meta en el culo. Yo no fui". Bonasso cuenta que Firmenich explica: "Oficialmente que Rucci fue ejecutado por la Organización. Lo explica en términos estratégicos: la lucha contra el vandorismo como aliado del imperialismo en el movimiento obrero y su responsabilidad personal en la masacre de Ezeiza. No estoy de acuerdo y lo digo. Rucci era un burócrata fascista y su gente torturó compañeros en Ezeiza, pero su asesinato es una abierta provocación a Juan Perón". Debió agregar: y a todos los que fueron a votar por un país que en medio de ese desastre trataba de buscar un camino democrático y acababa de lograrlo. Sigue Bonasso: "El Pepe recién se impacienta cuando argumento que una organización revolucionaria no puede producir un ajusticiamiento sin asumirlo públicamente, porque si no, equipara sus acciones a las de un servicio de inteligencia. *La frase, me parece, conspira contra mis posibilidades de ascenso*" (Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, Planeta, Buenos Aires, 2000, pp. 141/142. Cursivas mías). Se trata de un texto notable. Bonasso ve todo con claridad: la Orga actúa como un servicio de inteligencia. Sin embargo, ¡decide seguir en ella y lamenta que ese señalamiento fundamental que hizo conspire contra sus posibilidades de ascenso! A ver, ensayemos una expresividad inusual. Bonasso, yo te conozco, vos me conocés. Sos un tipo bárbaro. Seguís peleando, no te quebraste, estás en causas valiosas para el país. Escribiste libros importantes. Con perdón, seré franco (para eso es la amistad y el respeto hacia vos): ¿tanto te sedujo, te engañó, te encegueció ese conductor de esa Orga que, según vos veías con claridad, actuaba como un servicio de inteligencia? ¿Por qué mierda tantos tipos valiosos como vos, Gelman, Urondo, ¡¡¡Walsh!!!, se comieron la conducción de Firmenich? Ahí hay un punto negro. ¿Por qué se comieron a Galimberti? Perón no se equivocaba cuando decía que el problema estaba en el horizonte directivo. No sé si –de haber dado un paso al costado ese "horizonte directivo"– habría integrado a los militantes de la JP porque nadie puede saber nada de esa época sangrienta e incierta, a veces impenetrable. Pero ustedes, que los veían, ¿estaban ciegos? ¿No les bastó con el asesinato de Rucci? ¿No advirtieron el delirio? ¿Quiénes eran? ¿Los marineros del capitán Ahab, fascinados, como ellos, por la locura del jefe? (*Subnota*: en cuanto a los que hacen circular por la Red repulsas o juntan firmas por mis críticas a la conducción de Montoneros no se molesten más por ahora. Esperen: ni siquiera empecé con Firmenich.)

HERNÁNDEZ ARREGUI, MILTON EISENHOWER VIENE A RENDIRSE

Vamos a ocuparnos –no extensamente– de Hernández Arregui, Murmis y Portantiero y Tulio Halperin Donghi. No necesito aclarar ciertas cosas a esta altura. No haré una exposición "pedagógica" de sus textos. Andaremos un poco alrededor de ellos y veremos qué pueden decirnos de nuevo o qué reflexiones nos pueden provocar. Son bien distintos: Hernández Arregui es un más que convencido peronista. Murmis y Portantiero buscan la precisión académica. Y Halperin Donghi es inefable, qué les puedo decir. Sus libros son apuntes algo elementales, las memorias de un gorila sarcástico, lleno de arbitrariedades, de olvidos. Y pasa por ser el mejor historiador argentino. Ya veremos cómo ha logrado esto. Siempre es atrayente revisar un texto suyo pues tiene ligereza, entretiene y es tan alta la autoestima del personaje que sus líneas, cree él (y uno se divierte observándolo ejercer esta creencia), son la mismísima, incuestionable, verdad de la historia.

Juan José Hernández Arregui fue un símbolo de los '70. Era parte de la llamada "corriente nacional". Algo heterogénea: Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, José María Rosa, Fermín Chávez, Arturo Jauretche y el mencionado Arregui. *La formación* tardó en reeditarse. Aparecía en fascículos de los centros de estudiantes. Por fin, un luminoso día, aparece. Helo aquí: ¡*La formación de la conciencia nacional*! Si los jóvenes de los '70 querían ser peronistas el libro les contaba la historia que necesitaban. Se agotó en días o, a lo sumo, en una semana. Un best-seller revolucionario. Todos lo leían. Todos lo comentaban. Hernández Arregui era un buen tipo. Le pusieron una bomba. Hirieron mal a su mujer, él se salvó. (Esto fue antes del '73.) Y se murió, como Jauretche, en el '74. Alguna generosa mano divina los salvó a los dos. De lo contrario, eran boleta o se tenían que ir en menos de tres horas del país. Bien, Hernández Arregui respondía todos los cuestionamientos que la derecha o la izquierda le hacían al peronismo. Era fundamental para la militancia. ¿Cómo era la cosa? Por ejemplo, en un barrio a un militante le decían: "El peronismo no impulsó la industria pesada. Eso acentuó la dependencia del país". El militante tenía dos libros. Uno, el de Hernández Arregui. Y otro –muy usado– el de dos personajes de la época que se perdieron en la noche de los tiempos o en alguna empresa multinacional (la Coca Cola según parece, ¡qué destinos hay en este país!). Este libro se llamaba *Peronismo* y no recuerdo qué cosa más. Sus autores eran Fernan-

do Alvarez (hermano de Chacho, si no me equivoco y creo que no) y Juan Pablo Franco, bajito, con anteojos, muy inteligente, vanidoso. Era el *Manual de respuestas del buen militante JP.* Si de la industria pesada venía la mano, el militante buscaba y ahí estaba la cosa y así con todo. ¿Crisis agraria? ¿Que la crisis agraria demostró la debilidad de la economía peronista? Arregui escribía: "Y la 'profunda crisis agraria' lo fue tanto que una sequía natural sin precedentes de dos años, no logró disminuir el nivel de vida del pueblo argentino" (*Ibid.*, p. 399). Juan José Hernández Arregui es un Discépolo del ensayo. Se me permitirá una cita extensa. Pero quiero que se vea el entusiasmo discepoliano de sus textos. Alguno, por ahí, se identifica con ellos. Otro los encontrará excesivos. Otro los va a odiar. Pero tienen una transparencia en su fervor que acaso trasmitan tanto como una pintura de Daniel Santoro. "Ese pueblo, en los dos primeros años del gobierno de Perón, vaciaba los almacenes, las carnicerías, las rotiserías. Ese pueblo no ahorraba. La razón era sencilla. Tenía hambre. Bien pronto comenzaría a comprar la casita, el aparato de radio, la heladera" (*Ibid.*, p. 405). En esta memoria colectiva, en este inconsciente perseverante, en esta inercia histórica, en esta memoria que nadie logró borrar, se entiende la persistencia del peronismo. Sus triunfos electorales. El pobre mete la boleta del peronismo en la urna y siempre espera que *algo* de lo que de allí surgió una vez, durante los años dorados, vuelva a surgir. Sigue Arregui: "Durante la 'década infame' (...) Los mendigos pululaban en las calles de Buenos Aires. En las escalinatas del subterráneo, mujeres jóvenes y desharrapadas imploraban la caridad pública con el tétrico muestrario de sus criaturas hambrientas. En el interior se robaban de noche las gallinas para comer. Los empleados de comercio llegaban a la vejez sin jubilaciones, los obreros eran vejados o desatendidos por los organismos del trabajo (...). En la Argentina sólo veraneaban las clases pudientes. *Todo esto terminó en 1946*. La vida de los argentinos se modificó. Semejante cambió trajo sus trastornos. Los cines llenos, los estadios llenos, las confiterías llenas. Los comercios, hasta entonces desiertos, no daban abasto. Se desatendía al público y los empleados se mostraban insolentes. Pero el público podía comprar. Se viajaba con dificultades. Pero los lugares de veraneo estaban abarrotados. Las clases privilegiadas protestaban. *Pero las capas bajas de la población conocieron derechos a la vida que les habían sido negados bajo el inexorable dominio material y político de la oligarquía* (...). La Argentina ofrecía el más alto nivel de vida de América Latina y uno de los más altos del mundo. El Estado financió espectáculos de cultura popular durante una década, como los mundialmente famosos conciertos de la Facultad de Derecho, con los mejores directores del orbe y enteramente gratuitos. (Algo totalmente cierto, JPF.). El Teatro Colón, tradicional lugar de la oligarquía, fue abierto a los sindicatos obreros. Este efectivo elevamiento de la vida material y cultural de la población argentina tenía una base real. A saber, una política nacional en gran escala que por primera vez se ensayaba en la Argentina" (*Ibid.*, pp. 405/406. Cursivas nuestras.)

Lo del Teatro Colón no tiene desperdicio. Se sabe que los conchetos de este país (personajes pasionalmente aliados al ridículo) no dicen "ir al Colón" sino "ir a Colón". Bien, ahora tenían que "ir a Colón" a escuchar, no a Beniamino Gigli o a Toscanini, sino a "Marianito" Mores. Que, como era muy jovencito, no era aún "Mariano". Desde luego, no iban. Que fuera la grasada, ellos no se iban a mezclar con esa gente. Pero, con Perón, Marianito Mores mete su orquesta sinfónica de tango en el Primer Coliseo. Mores es un gran compositor de tangos, ojo. Ha trabajado con Discépolo. Escribió *Uno, Una lágrima tuya, Cafetín de Buenos Aires, Cuartito azul, El patio de la morocha, El firulete, Adiós, Grisel, Adiós pampa mía, Tanguera* (obra maestra instrumental que incluye un tema de Schubert y que fue parte destacada de la película *Moulin rouge*, bailada por Nicole Kidman.). Y una joya, una obra maestra del ritmo, de la lujuria pianística, del lucimiento milonguero: *Taquito militar*. Que estaba dedicado (algo que Marianito, que no sufrió como Hugo Del carril, supo tachar no bien se vino la Libertadora) a Franklin Lucero, jefe de Estado Mayor del Ejército del General Perón. Además actuó con intensidad en el cine peronista. Como las Legrand. Y ahí fue nomás: a injuriar al Colón. Horror, espanto, vergüenza. La chusma nos ocupa nuestros santuarios. Para colmo, Marianito les toca *Taquito militar*, dedicado a Lucero. Y hasta se manda con uno de esos horrorosos mamarrachos sinfónicos a lo Rachmaninoff: *Poema en tango*. En fin, después, ya viejo, con ese peluquín escarlata que se ponen los tangueros (Salgán, conmovedor, se pinta el bigote que ya no le crece: no deja de ser un artista sublime por eso), Marianito habrá de tocar para casi todos los gobiernos. Lo recuerdo en una de esas fiestas de Punta del Este con Menem, Geraldine Chaplin y Catherine Deneuve. Marianito acaba de tocar y saluda a Menem con una inclinación veloz y algo impersonal. Debe haber cobrado un vagón de guita.

Y dice Arregui: "Cualquiera sea el juicio sobre el régimen de Perón, los *hechos* están allí" (*Ibid.*, p. 408). No tenían ninguna duda: los hechos lo avalaban. ¿Quién podía discutir esos hechos? ¿Milcíades Peña? Pero, ¿qué era esa charlatanería sobre la conciencia de clase, las conquistas autónomas de la clase obrera y las que el Estado le entregaba sin que luchara? ¿Para que iba a luchar? Era feliz. Era la patria del bienestar. La patria en el pueblo tenía lo que nunca había tenido. Lo que siempre se le había negado. El "chamamé de la buena digestión", como dirá Discépolo. Y entonces lo de Milton Eisenhower: vino a "capitular" al país de la abundancia. ¿Quién nos iba a gobernar de afuera si aquí estaban Perón y las masas? Y la izquierda, ¡¿la izquierda!? Rodolfo Ghioldi, en 1957, declara orgulloso en *La Nación* que un abuelo suyo había visto al general Mitre. Caramba, qué orgullo, qué se le puede pedir a la vida después de eso. Arregui no es mezquino en cifras. Se le podrán refutar, pero habrá que tomarse el trabajo. Sus cifras son fuertes, aplastantes, las cifras de la prosperidad, de la felicidad. Admito que Arregui era más amigo de las estadísticas que yo. Sin embargo, Perón cae. ¿Por qué? Porque el pueblo se había "ablandado" con tanto bienestar. Los sindicalistas de la CGT se volvieron burocracia. Y la "propia y dominante personalidad de Perón" asumió en sí lo que debió transformar en "combatividad revolucionaria de las masas y de sus dirigentes" (*Ibid.*, p. 427). Concluye Arregui sintetizando sin mayor orden ni rigor la tarea devastadora de la Libertadora con las conquistas que el pueblo peronista había conseguido en diez años de Gobierno. Nos ocuparemos de esto.

TULIO HALPERIN DONGHI, "LA SEÑORA NO ERA ASÍ"

Llegó el momento de la antítesis de Arregui. Así como el pobre Juan José estuvo borrado (pero borrado, eh) durante la primavera alfonsinista, Tulio Halperin Donghi fue declarado el *gran historiador argentino*. Yo –como tantos otros– fui alumno de él en la calle Viamonte 430, donde, según Ernesto Laclau, "empezó todo". Halperin era más bien gordito de joven, hablaba muy fuerte en sus teóricos y hasta una vez se quedó sin voz de tanto que la esforzaba. Era adjunto de un profesor sin muchas luces de nombre –si no me falla la memoria– Luis Aznar. Dictaban *Introducción a la Historia*. Hice una exposición de Collinwood y me fue muy bien. Luego vino el golpe de Onganía y Tulio se fue a Estados Unidos. Un exilio de lujo. No bien el país se le puso incómodo, se fue. Se podían hacer muchas cosas en la Universidad todavía. De hecho, a mí, que no estaba recibido aún, me pusieron al frente de una comisión de trabajos prácticos que tenía doscientos alumnos. Era muy sencillo. *Psicología* no se dictaba y todos los tipos de esa materia se anotaban en *Antropología filosófica* para no perder el cuatrimestre. Conrado Eggers Lan, que estaba al frente de la cátedra, me llamó: "José, ¿podría hacerse cargo de una comisión de trabajos prácticos? Tenemos ochocientos inscriptos". Le dije que sí. Le pregunté qué daba. Él me dijo que pensaba dar Marx. "¿Qué texto le gustaría dar a usted?" "Los *Manuscritos del '44*, Conrado. Estoy trabajando eso." "Bueno, dé eso." "Ah, me olvidaba", recordé. "Yo no cursé ni aprobé esta materia." "Bueno, pero necesito gente. Y usted se las va a arreglar." Así las cosas, en 1966, bajo la dictadura de Onganía, cursillista, fascista, apaleador de universitarios, dicté en el segundo cuatrimeste de 1966 –mientras todos decían que nada se podía hacer en la Universidad– los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* de Karl Marx, editados por Fondo de Cultura Económica con unas horribles anotaciones de Erich Fromm que evité por completo. Tenía doscientos alumnos, tenía veintitrés años y la vida me parecía llena de infinitas posibilidades, un horizonte tan lejano que su fin no se veía, que acaso no lo tuviera.

Pero Halperin Donghi se fue. Natural: tendría muy buenas ofertas y habrá llegado con la aureola del exiliado. Lo encontré recién en noviembre de 1984. Era un Congreso en la Universidad de Maryland organizado por Saúl Sosnowsky. Eran los inicios de la democracia, el tiempo de Alfonsín. El sarcasmo de Tulio llegó a sus más altas cumbres. En cierto momento, burlándose abiertamente de la Juventud Peronista ("Esa generación que marchaba alegremente al desastre") contó una anécdota. Algunos militantes de la JP iban a ver a la vieja actriz peronista Delia Parodi y le hablaban de Evita. Le hablaron con fervor. Le habrán hablado –en suma– de esa concepción que la JP construyó de Evita: su guevarización. Un Che con faldas. Y de otras cosas. De su militancia. De la inspiración que era para ellos. Entonces Tulio Halperin Donghi –burlándose de esos jóvenes, la mayoría, posiblemente, desaparecidos– dijo: "Y Delia Parodi les dijo: 'Vean, chicos: la señora no era así'" Como diciéndoles "no sean ingenuos, no se hagan ilusiones, yo la conocí, no tenía nada que ver con eso que ustedes están imaginando". La carcajada de los eminentes intelectuales que ahí estaban fue abrumadora. Acaso algunos no rieron. El chiste, de todos modos, era bueno. Y era el momento

de burlarse de los jóvenes peronistas, reyes del "malentendido", que se habían inventado todo, que habían sido ingenuas marionetas en manos del manipulador fascista que siempre se negaron a ver y que ellos, viejos antiperonistas (gorilas), conocían de memoria. Me guardé la bronca. Eran tiempos de derrota. Se marcaba a fuego a los culpables del desastre y parte esencial del mismo había sido la ingenuidad, el "malentendido" de esos jóvenes que no escucharon a sus padres, quienes les habrían advertido que Perón era un nazifascista y no el líder revolucionario que ellos, a causa de su juventud, de su inexperiencia, creían que era. Se trataba de un discurso de viejos resentidos. Habían perdido durante años el centro de la escena. ¿Quién leyó a Halperin Donghi en los setenta? Habían quedado a un costado, esperando, rumiando su ausencia de protagonismo. Ahora podían volver dando cátedra. ¡Ah, si nos hubieran escuchado! Ese es el costo de desoír la voz de los mayores. Nosotros podríamos haberles dicho que Delia Parodi tenía razón. Que Evita era la señora anodina del retrato de Manteola y no esa "pasionaria" que había dibujado Carpani. (Esto, suponiendo que conocieran a Carpani o a la CGT de los Argentinos, de donde ese dibujo había sido originario. Ya veremos que Halperin parece no haber tenido noticias de Rodolfo Walsh.) Les habríamos dicho también que la señora usaba trajes de Dior, que era amiga de Franco, que lucía la Orden de Isabel la Católica y que era, como su marido, fascista. Pero ustedes no escucharon a sus mayores. Alicia Dujovne Ortiz lo dice: "chismes de viejos", refiriéndose al "nazismo" de Perón. Y en esto no se equivoca. Los pibes de la JP no eran teóricos del peronismo. Yo, que tenía ya treinta años en 1973, sí. Era profesor desde hacía años y había escrito unas cuantas cosas. Una vez llegué a dar una charla en Salta. Se me acerca un compañero de la JP, un morocho preocupado: "Che, José, vino un tipo del FIP y nos dijo que Perón era un burgués nacional. Y nada más, dijo. ¿Cómo? ¿Perón no fue un líder revolucionario?" ¿Y qué le iba a decir? Si le decía que Perón había sido un burgués nacional le debilitaba su fe, la fe que necesitaba para su praxis, ahí, en Salta. Estas cosas no las saben ni las supieron Halperin Donghi o aun Sebreli porque ya eran viejos en esa época. O, al menos Sebreli, tenía los años suficientes como para no ser joven. De aquí, pienso a veces, su resentimiento, su bronca visceral: *Se la perdió*. Se la perdieron, señores. *Se perdieron la experiencia revolucionaria más importante que tuvo este país*. ¿O alguien duda que fue precisamente eso? Y si no, ¿por qué mataron a todos los que mataron? Se la perdieron. Ahora junten bronca. Hablen del malententendido. Digan que todos los pibes de la JP eran una caterva de boludos meloneados por un viejo nazifascista. Se la perdieron. Porque ni esto pueden entender. Sólo pueden arrojar injurias. Entender la enorme complejidad de los hechos, nunca. O de otro modo. Como uno comprende las campañas de Napoleón. O la batalla de Caseros. O el asesinato de Facundo. *Pero no estuvo ahí*. Hay un olor de los hechos. Hay un clima espeso de la historia en el momento del acontecimiento. Hay caras, hay sonrisas, hay llantos, hay abrazos. Yo nunca voy a claudicar de mis convicciones esenciales porque *todavía veo* las caras de tantos compañeros que mataron, torturaron o tiraron al Río de la Plata. Es así. Los veo en el triunfo. En la derrota. En el miedo. En la incertidumbre. En el dolor. Los veo en la plaza del 25 de mayo de 1973. Y tengo sobre esa plaza una certeza de hierro: *Esa fue la jornada más gloriosa de la izquierda argentina.*

No voy a disculparme por estos desvíos que se relacionan con experiencias mías. Este texto se publica en entregas. Será un libro y conservará este aliento. Es el aliento de eso que la "entrega semanal" posibilita: *Ir descubriendo cosas sobre la marcha*. Ahora veo algo que acaso ustedes ya hayan visto hace rato. Esto es un ensayo. Participa del universo teórico. Pero tiene mucho de narración. *Esto es, entonces, una novela teórica*. Así desearía que se lo lea y así pienso seguir escribiéndolo. Si algún teórico piensa que esto le resta rigurosidad al texto, que se olvide. Al contrario. El más grande ensayo escrito en nuestra patria es una novela teórica. Lo saben: es el *Facundo*. No creo estar escribiendo el *Facundo* del peronismo. (Además, conociendo esta jungla, ni loco lo diría.) Pero no me pienso privar de lo narrativo en una historia tramada por las pasiones más desmedidas, los odios más extremos, por la vida y por la muerte. Creo que puedo arriesgarme. Publiqué mi primera novela en 1979. Sé que soy un buen novelista, sé que no soy el mejor y Dios me libre de ocupar ese espacio. Pero, por si no lo saben, voy a decirlo: me he ganado algunos derechos en la ficción y en el ensayo. También escribí guiones cinematográficos que muchos conocen. Justamente el de *Eva Perón* (que tuvo esa gran actuación de Esther Goris, que en buena medida lo ha tornado insoslayable: no habrá otra Eva como ella) será utilizado cuando nos ocupemos de Eva. Esto es, entonces, una novela teórica. Entre la precisión del concepto y la narratividad literaria se tramarán muchos de sus pasajes.

UN CALÍGULA BONACHÓN

Volvemos a Halperin Donghi y partimos de un pasaje en que se ocupa de Eva Perón. Sin sarcasmos, con toda seriedad, THD analiza el "renunciamiento" de Evita. Notable lo que ocurre con Eva. Aun los peores gorilas la respetan. Será por su muerte dolorosa y temprana o por algo de su temple pasional, pero es así. "La candidatura de la señora de Perón" (escribe THD) "fue vetada por el ejército y su esposo se inclinó ante ese veto" (Tulio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*, Ariel, Buenos Aires, 2006, p. 134). Observemos ahora el señalamiento que hace THD: la pasión de Eva es genuina. Si el régimen se hubiera tomado en serio como ella lo había hecho otra habría sido su historia: "La mujer de rostro tenso y afilado" (escribe), que había surgido de la alegre y exuberante Evita de los primeros tiempos de grandeza, era en parte el producto de una enfermedad implacable, que fue resistida con temple admirable, en el que se mostraba una recia autenticidad. Ese valor y esa consagración figuraron, junto con la devoción tan firme de las grandes masas populares, entre las pocas cosas serias de una época que no pareció advertir del todo que la obra de transformación social que le estaba históricamente fijada era digna de ser tomada en serio" (*Ibid*., pp. 134/135). Señala, entonces, THD que sólo Eva Perón asume la seriedad de la tarea que debía realizarse. Todo lo demás no tomó en serio su papel histórico. Suponemos que sería arduo encontrar demasiados ejemplos de tal cosa entre los años 1946 y 1951. Pero Halperin da un salto notable y se concentra en un período que –en efecto– resulta arduo de explicar. A partir de 1954, el Gobierno empieza a organizar a los grupos juveniles mediante la U.E.S. secundaria y la C.G.U. universitaria. Perón se pone con fervor al frente de tal tarea. "Luego de la muerte de Eva Perón (escribe Halperin Donghi), su esposo, lejos de mostrar la reserva dolorida que hubiese sido decente, se lanzó con frenesí a actividades que hacían de él una suerte de Calígula bonachón. Estas etapas finales del régimen que mostraron al jefe del Estado capitaneando por las calles céntricas de la capital a una muchedumbre de morrudas adolescentes, esas etapas que rodearon a la silueta deliciosamente absurda de la motoneta de un equívoco aire erótico, esas etapas en que el 'Líder de los Trabajadores' agregaba a múltiples y sonoros apelativos el extrañamente familiar de Pocho, esas etapas acaso no pueden explicarse sin tomar en cuenta el hecho, más patético que grotesco, de que el general estaba atravesando, en posición demasiado expuesta a la curiosidad pública, el delicioso y angustioso verano de San Juan de su vida erótico-sentimental" (*Ibid*., pp. 140/141). El texto de Halperin Donghi es preciso, pega donde tiene que pegar, su sarcasmo tiene esta vez dónde herir y la expresión *Calígula bonachón* puede ser considerada un hallazgo literario de alta eficacia.

La foto en cuestión aparece (¡cómo se la iban a perder!) en la tapa del segundo tomo del libro de Gambini. Parece más Menem que Perón. Se lo ve sonriente y el gorrito (al que se le llamaba "pochito", por el simpático apelativo "Pocho" con que ya todos llamaban al "coronel sindicalista") cubre el rostro de Perón hasta los ojos. Tiene una campera blanca y encabeza una caravana. Pero no se ven chicas. Lástima para Gambini y sus editores. ¿Qué pasó? ¿No consiguieron una con chicas de la UES? Porque había a montones. Fue toda una época. Fue la tonalidad del Perón de su última etapa en la Presidencia. Aquí, lo acompañan unos señores que se ven tan patéticos como él. Sucede con la llamada *motoneta* que no es una moto ni un auto. No tiene otra entidad que la del ridículo. Tiene algo de juguete frágil y bobo. Si uno recuerda esos Mercedes Benz negros, brillosos, en que se exhibía Hitler, advierte que, de eso, la motoneta nada. La cuestión –aún misteriosa para mí– es la causa del exhibicionismo bobo. No faltarán peronistas jurásicos que hablarán de la importancia del deporte y de otras pavadas por el estilo. Políticamente, Perón le entregaba a la oposición un material de burla inapreciable. Ya en el '55, el cómico Adolfo Stray, en el teatro de revistas *El Nacional*, cruzaba el escenario, de izquierda a derecha, manejando una motoneta, con el gorrito pochito, seguido por una serie de coristas que le gritaban "¡Pocho! ¡Pocho!". Stray les decía: "¡Vamos, chicas!" y desaparecía por derecha. La clase media y alta que asistía al espectáculo reía a carcajadas. También en *El Nacional* se hizo célebre el monologuista Pepe Arias. Todos iban a escucharlo. Arias no se privaba de nada. Me ha dicho un amigo gorila que tengo –y al que quiero mucho– que, luego del golpe, la gente fue a *El Nacional* y cuando salió Pepe Arias a decir su monólogo lo aplaudieron de pie durante diez minutos. ¡Qué momento, don Pepe, la Historia lo acarició! ¿Lo imaginan? Todos de pie, aplaudiendo. ¿Qué aplaudían? Al monologuista que había ayudado a que la libertad y la democracia retornaran al país. Volvía el país de nuestros padres y de nuestros abuelos. El tirano se había ido.

Pero la Historia tiene sus vueltas. Ese gorro pochito, ese gorro que Perón usaba para ir en la llamada "pochoneta", se transformaría, diecisiete años después, en un símbolo de la transgresión, de la burla a los modos solemnes de la oligarquía, a las formalidades de tantos presidentes fraudulentos, a las rigideces cuarteleras de los militares, al sistema entero del país burgués, en el encuadre que le dio la Juventud Peronista. La cosa fue así: al día siguiente del primer regreso de Perón, el del 17 de noviembre de 1972, toda la militancia fue a verlo a Gaspar Campos, residencia en la que el líder esperado durante todos esos años se había instalado. Yo iba en tren con mi amigo Arturo Armada: él dirigía *Envido*, yo era miembro del Consejo de Redacción. Suben unos cuantos militantes ruidosos. Muchachos de alguna villa, con bombos, con mucha alegría. Se ponen a cantar *la marcha de Los muchachos peronistas*. Yo sabía su letra por los actos de la época y por haberla cantado en quinto y sexto grado del colegio primario. Pero siempre tenía problemas con esa estrofa sobre la Argentina grande con que San Martín soñó. Como me trabé, Arturo me miró y dijo: "Tenés tus buenos problemas con la Marcha vos, eh". Era decir: vos sabés más de Hegel que del peronismo. Algo de eso había. Muchas cosas las habíamos tenido que aprender de pronto. Hubo que *hacerse* peronista. Ya vamos a ver el tema de las 20 verdades después de Ezeiza. Llegamos a Gaspar Campos. Era impresionante. Había pibes de la JP hasta arriba de los cables de luz. La consigna era: *La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ está en Vicente López/ por orden de Perón*. A esto se le llamaba *doble poder*. El poder del régimen estaba en la Casa Rosada (Lanusse). Y el poder del pueblo en Gaspar Campos (Perón). De pronto, un griterío infernal. Todos gritan: "¡Perón! ¡Perón! ¡Perón!". Y ahí estaba el Viejo. Asomado a una ventana. Vestía un piyama claro y saludaba con los brazos abiertos, como él, como Perón. A un lado, López Rega. Al otro, Isabel. Ni idea teníamos aún de lo que esto significaba. Abrevio: al rato, alguien grita "¡El pochito!". Y todos empiezan a gritar: "¡El pochito! ¡El pochito!". Ignoro de dónde lo sacaron, pero en breve tiempo Perón, muy divertido, se ponía el célebre, el injuriado, el parodiado hasta el insulto y la carcajada soez, *pochito*. Para qué. Fue el delirio. Perón saludaba y tenía puesto el pochito. A mi lado (lo juro), alguien dijo: "¿Se reían del pochito? Ahora se lo van a tener que meter en el culo".

PROXIMO DOMINGO

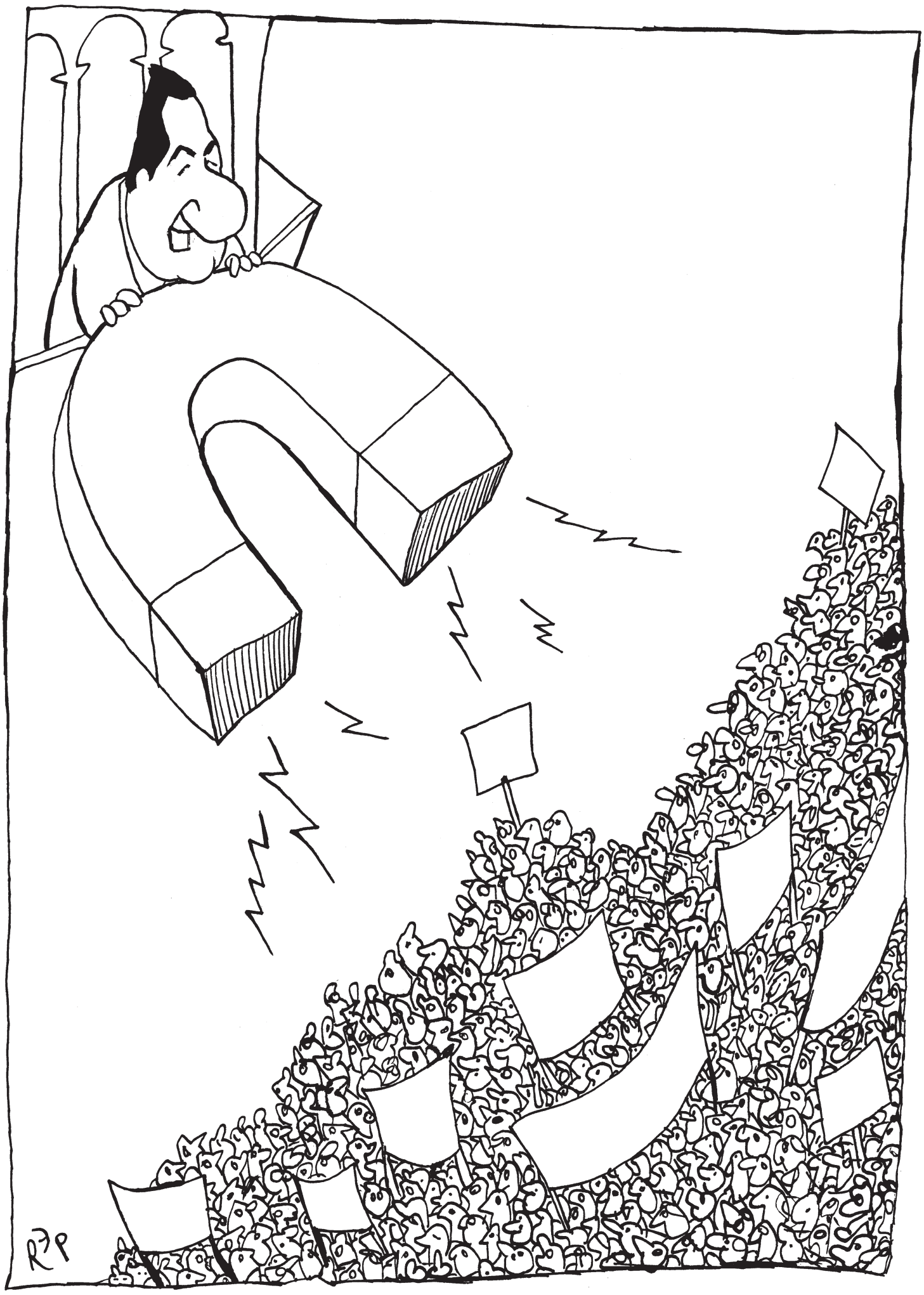
La vida por Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

7 **Peronismo y catolicismo**

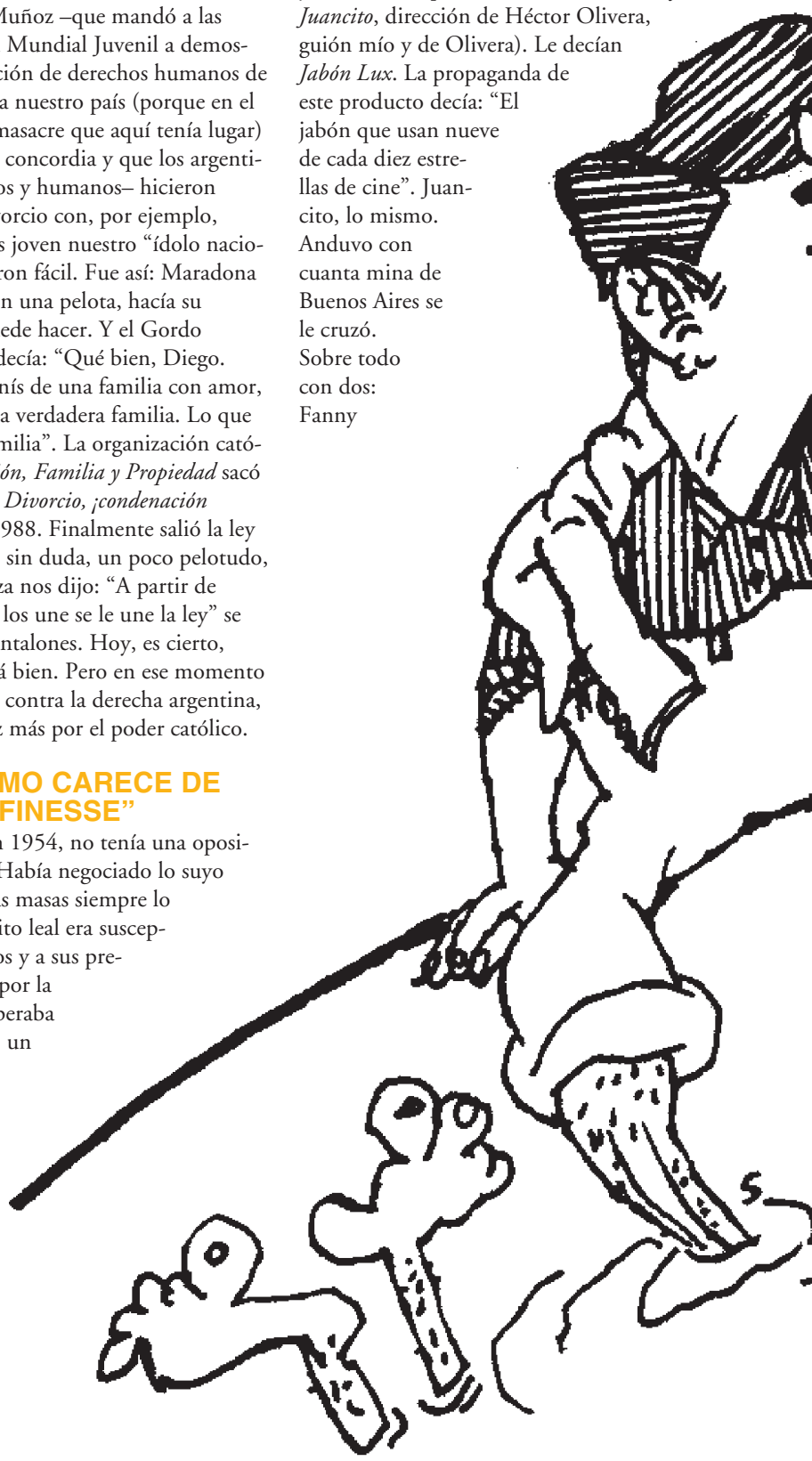


Suplemento especial de
Página/12

No pareciera haber sido la inesperada o sorpresiva aparición del presidente de la República en motoneta por las calles de Buenos Aires (seguido por las deportivas chicas de la UES) la que impulsó a la Iglesia Católica a entrar en conflicto con él. ¿Cuál fue el motivo del choque en que se enmarcó la embestida final de todo el país antiperonista contra el gobierno? Halperin Donghi da por aceptado que el peronismo había decidido implementar una "política conservadora" (*Ibid.*, p. 141). Esta cuestión admite distintos puntos de vista. Sin duda, hechos como el meneado Congreso de la Productividad, la radicación de capitales extranjeros, la llegada de Milton Eisenhower y el contrato con la petrolera California marcan tendencias del Gobierno a manejarse cautelosamente con quienes –no lo ignora– son y serán sus enemigos. Perón quiere hacer –bajo su control– lo que luego harán desbocadamente los héroes liberales del '55, que, en esta coyuntura, eran todos defensores de la soberanía nacional, enemigos del capital extranjero, de incentivar la productividad del proletariado y hasta, si hiciera falta, irritados adversarios de los intereses de Estados Unidos. No encuentro en las tan cacareadas, señaladas y censuradas "concesiones del régimen" algo que sea esencial en el debilitamiento del peronismo. *El debilitamiento del peronismo venía de antes y tenía que ver con la ausencia de una organización revolucionaria de las masas más que con su "claudicación" ante el capital extranjero o el contrato con la California.* Aclaremos, de todos modos, que todos los que se desgarraron las vestiduras por la California, los dólares de los yanquis o la incentivación de la productividad de los obreros fueron, en su mayoría, una caterva de hipócritas que luego harían concesiones infinitamente peores a las tibias medidas que estaba impulsando el peronismo en una encrucijada en que debía negociar con el Imperio o pedirles a los obreros mayor productividad. Si de esto se tratara, además, nadie más autorizado que el gobierno nacional y popular para pedirles a los obreros un esfuerzo para respaldar una economía que muchas veces había sido puesta, sin más, al servicio de ellos. Nada de esto llega a configurar "una política conservadora". En todo caso, los tibios intentos del peronismo de negociar con el Imperio norteamericano están a una distancia inmensurable de la relación de complementariedad o pertenencia que vino después. El problema que acabó con el peronismo se enmarcó en un problema con la Iglesia Católica. "La obra del régimen (escribe Halperin, quien, a no dudarlo, jamás les diría "régimen" a los gobiernos de Frondizi o de Illia, elegidos con el peronismo proscripto –por más buen tipo que fuera Illia–, o a la mismísima Libertadora, a la que opta por llamar "gobierno revolucionario") invadía el campo asistencial, y sin privarlo totalmente del sello católico que tradicionalmente había tenido el país, lo marcaba, aún más vigorosamente, con su signo político" (*Ibid.*, p. 141). Cierto: la Iglesia Católica apoya levemente al peronismo de los inicios y luego ve que el movimiento le roba protagonismo. La Iglesia requiere de la pobreza como del pan. Si hay pobres tiene que haber sacerdotes que den esperanzas, que den consuelo, que digan que Dios sanará toda enfermedad, dará sosiego a todo dolor, comida a los hambrientos. ¿Qué son si no hoy las multitudinarias peregrinaciones a San Cayetano? Apena ver a tantos ir en busca de nada, de la manipulación, de la compasión cedida desde un poder que no hizo nada en este país por frenar la más grande matanza de su historia. Si los hombres de Dios de 1976 lo querían, si viajaban en busca del Papa y le decían la verdad y si conseguían una sola, aunque fuese mínima condena papal, *se habrían salvado miles, miles de vidas en la Argentina. Pero no: el Ejército luchaba contra el marxismo, enemigo de la Iglesia, y esa lucha era justa*. El catolicismo argentino –que es parte del Estado y vive a su amparo, dado que el Estado lo subsidia– sabe siempre muy bien dónde está el enemigo. Ante la falta de cohesión de los enemigos del peronismo vio la posibilidad de unificar la lucha. Perón, decidido, les declara la guerra: propone reabrir los prostíbulos, suprime la diferencia entre hijos legítimos e hijos extramatrimoniales, ¡autoriza a los blasfemos divorciados a volverse a casar! Elimina la educación religiosa en las escuelas del Estado, medida que no se llegó a implementar. Suspende los aportes del Estado a la enseñanza privada religiosa. Y se lanza a un camino que –se sabe– busca llegar a la separación de la Iglesia del Estado. Halperin Donghi admite que estas reformas "estaban lejos de ser innecesarias" (*Ibid.*, p. 142. Si el gobierno actual de Cristina Fernández tomara alguna de estas medidas lograría lo que logró Perón en 1955: la "oposición" entera, con la ultracatólica Carrió a la cabeza, se le iría encima acusándola de extremismo montonero, de buscar erradicar las creencias religiosas fundamentales que dan identidad a nuestro país. Así estamos, todavía.) ¿Alguien recuerda la lucha que hubo que llevar en 1988, bajo el gobierno de Alfonsín, para promulgar la ley de divorcio? Yo, de sobra. Recién ahí me pude casar con una mujer que era mi amada compañera desde hacía ocho años. ¡Teníamos que vivir en pecado por los sacerdotes argentinos! Seres detestables como José María Muñoz –que mandó a las muchedumbres del Mundial Juvenil a demostrarle a la organización de derechos humanos de la OEA que visitaba nuestro país (porque en el mundo *se sabía* la masacre que aquí tenía lugar) que aquí reinaba la concordia y que los argentinos éramos derechos y humanos– hicieron publicidad anti-divorcio con, por ejemplo, Maradona. Era más joven nuestro "ídolo nacional" y lo manipularon fácil. Fue así: Maradona hacía "jueguito" con una pelota, hacía su magia, lo que él puede hacer. Y el Gordo Muñoz aparecía y decía: "Qué bien, Diego. Cómo se ve que venís de una familia con amor, con unidad. De una verdadera familia. Lo que sos lo sos por tu familia". La organización católica fascista *Tradición, Familia y Propiedad* sacó afiches que decían: *Divorcio, ¡condenación maligna!* Esto, en 1988. Finalmente salió la ley de divorcio. Y seré, sin duda, un poco pelotudo, pero cuando la jueza nos dijo: "A partir de ahora, al amor que los une se le une la ley" se me aflojaron los pantalones. Hoy, es cierto, nadie se casa. Y está bien. Pero en ese momento hacerlo era un acto contra la derecha argentina, encabezada una vez más por el poder católico.

EL PERONISMO CARECE DE "ESPRIT DE FINESSE"

El peronismo, en 1954, no tenía una oposición cohesionada. Había negociado lo suyo con los yanquis. Las masas siempre lo apoyaban. El Ejército leal era susceptible a sus beneficios y a sus prebendas y el debate por la California no prosperaba demasiado. Cooke, un por entonces brillante diputado, lo había atacado con más fundamentos que los Frondizi o los Alende. Pero había dos extremos: Perón se detenía ahí y lejos de construir poder –como lo había hecho magistralmente entre 1943 y 1945– boludeaba con la pochoneta (nombre que definitivamente adquirió el aparatito de la derrota por medio de una conjunción entre "pocho" y "motoneta"), se distraía en la UES, organizaba los campeonatos "Evita", recibía a Gina Lollobrigida, a Nicola Paone y lo peor, lo que no tiene perdón ni retorno: se dejó invadir por todo tipo de alcahuetes, obsecuentes, corruptos, aventureros, chantas. La figura que encarnó todas estas calamidades fue Juan Duarte, el hermano de Evita, el secretario del General. (*Nota:* Veremos, al hablar de Eva, ya que largamente nos ocuparemos de su figura pasionaria, las irritantes boberías, zalamerías, las infames adulaciones ilimitadas que una Cámara de Diputados presidida por Cámpora diría sobre ella a propósito del Monumento que le preparaban. Dan asco: si ése era el peronismo en 1952 –y Perón no arrasaba con él poniendo a cuadros de la jerarquía de John William Cooke– iba, como fue, al derrumbe inglorioso.) Juancito, así le decían, era un Isidoro Cañones cuyo padre no era el Coronel Cañones sino el Coronel Perón, que lo "apadrinaba". Mientras vivió Evita ella le dio carta blanca para lo que quisiera. "Estamos robando, Juancito", le decía su socio. "Yo no puedo robar. ¿Cómo voy a robar si todo es mío? Soy el hermano de Evita y el secretario privado de Perón" (Cfr: *Ay Juancito*, dirección de Héctor Olivera, guión mío y de Olivera). Le decían *Jabón Lux*. La propaganda de este producto decía: "El jabón que usan nueve de cada diez estrellas de cine". Juancito, lo mismo. Anduvo con cuanta mina de Buenos Aires se le cruzó. Sobre todo con dos: Fanny



Navarro y Elina Colomer. Fanny era arrabalera, peronista brava. La siguió de cerca a Evita y filmó películas importantes bajo la protección de Juancito. *El grito sagrado*, por ejemplo. La Colomer era más fina, se cuidó más, se supo esconder a tiempo. De aquí el destino diferenciado de ambas luego de la caída de Perón. A Fanny la borraron de todas partes. Murió sola, olvidada y miserable. La Colomer llegó a protagonizar *La Familia Falcón*, una comedia televisiva de los sesenta, hecha bajo los tiempos furiosos del antiperonismo. Ella era la madre ejemplar. Y el otro... Se habían dicho siempre dos cosas de Pedrito Quartucci: una, el tamaño privilegiado de su miembro viril. Otra: que había sido amante de Evita, antes de que ella conociera a Perón, durante los años de la radio. Quartucci, cauteloso, siempre negó la versión. Lo notable de esto es que el padre y la madre ejemplares de la familia Falcón, los Ingalls de la Argentina gorila de los sesenta, uno, Quartucci, decían que se había volteado a Evita y la otra, Colomer, había sido clamorosamente la amante oficial de Juan Duarte. ¿Por qué los destinos tan dispares de Colomer y Navarro? Navarro se ideologizó, se hizo militante, filmó –con Pedro Maratea– cortos de propaganda, habló en Ateneos Eva Perón, fue la actriz del "régimen". La otra se cuidó. De todos modos –aunque se cuidara, el odio de la Libertadora calaba hondo–, siempre me sorprendió la buena fortuna que tuvo. No fue la de Hugo Del Carril ni la de muchos artistas más. La Libertadora, en esto, no hacía más que continuar lo que el peronismo había hecho. Lo absurdo era que hacía de la democracia y de la libertad sus banderas.

Hay un elemento que aún no he introducido y sin el que nada puede entenderse a fondo. No se basa en las estructuras económicas, en las clases sociales, o en las relaciones de producción. Por mencionar algunos elementos de "lo concreto". No se basa en nada de eso pero lo expresa todo. Para sus enemigos, *el peronismo carece de "esprit de finesse"*. Tanto la oligarquía como la izquierda culta comparten este desdén. Hoy, por ejemplo, este elemento está muy presente. No en vano tantos "progresistas" se vuelcan a las páginas de *La Nación*. Es sacar patente de "culto", de "fino". También otorga este halo la relación del intelectual con la academia argentina pero, sobre todo, con la academia norteamericana o francesa o, desde luego, la alemana. Si se observa la bibliografía de los ensayos actuales se verá que se cita –siempre que se puede– en cualquier idioma que no sea el español *aun cuando el libro citado tenga edición española*. A lo sumo, el autor, benévolo, pone: "Hay edición en español. Véase... tal cosa". Con frecuencia, esta atención hacia el lector no bilingüe o trilingüe *comme il faut* corre a cargo del editor, dado que el ensayista ni se molesta en tal aclaración. Aun cuando se mencione la edición en español, el autor no cita de ella, de modo que es trabajoso encontrar esa cita. Si ustedes consultan los suplementos de filosofía que publiqué durante 2006 y 2007 en este diario verán que los libros citados están en español. Y eso que se trata de filosofía. Sólo cuando definitivamente no existe el texto en nuestro idioma uso una edición extranjera. Esto –que a muchos bobos les sonará a populismo– es, en efecto, carecer de "esprit de finesse". Ser "nacionalista". Hoy, para un intelectual, querer ser comprendido y ayudar al lector a comprender entregándole los medios más accesibles para ello es ser "nacionalista" o "populista". Carecer de "esprit de finesse". El peronismo carece por completo de tal cosa. Pensemos seriamente la cuestión: ser peronista es ser grasa. El peronismo, al ser grasa, al no tener "finesse", carece de todo eso que la "finesse" conlleva: las instituciones republicanas, el Parlamento, la democracia, el liberalismo, el constitucionalismo, el academicismo, la alta cultura, el dominio de los idiomas extranjeros, el grupo "Sur", Borges, Bioy y Victoria. La Sociedad Rural le fue siempre incómoda al "progresismo" pero ella ponía por sobre todas las cosas el "esprit de finesse". Todavía en el Jockey Club está la puerta de la antigua sede injuriada por la barbarie. Esa herida aún se exhibe. De todos modos, va poca gente por ahí. Y durante la década del noventa se metieron tanto en la escoria menemista que demostraron –para toda la eternidad– que, si de los buenos negocios se trata, la oligarquía manda al diablo el "esprit de finesse". *No hubo peronista más grasa, guarango, ajeno por completo a los "idiomas extranjeros", no hubo peronista que más haya entrado a los salones tropezando con los muebles (como decía el patricio Miguel Cané de los advenedizos), no hubo peronista más impresentable, más ajeno al "esprit de finesse" que Carlos Menem*. Y la oligarquía se le unió entusiasta. Hizo miles de negocios infinitamente rentables con él y su pandilla. *Porque la oligarquía argentina y los empresarios del capital financiero nacional y transnacional viven obsesionados por la rentabilidad. Y por ella se pueden aliar a lo más groncho del peronismo o colaborar activamente en un proyecto criminal que requiera la vida de treinta mil personas*. De aquí que haya sonado tan grata a nuestros oídos la frase de Cristina F. Porque dio en el clavo: la *rentabilidad*. De la cual, les dijo a los empresarios, no piensa convertirse en gendarme.

LA IGLESIA COHESIONA A LA OPOSICIÓN

Si tomo la cuestión en este exacto punto es porque en 1955 toda la reacción contra el peronismo se organizó en torno del "esprit de finesse". A ver si soy claro: en 1955, Perón estaba extraviado y cometía todo tipo de errores. El principal fue lograr (porque fue obra de su torpeza) que la oposición se nucleara alrededor de la Iglesia, esa fuerza eterna del alma argentina, imperecedera. Félix Luna trata bien el tema. "El 5 de noviembre casi todos los diarios oficiales anunciaron con gran dedicación de espacio que se había descubierto un grupo de pervertidos en Rosario, y a través de perífrasis se daba a entender que estaban vinculados al cardenal Caggiano" (Félix Luna, *Perón y su tiempo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993, p. 847. No creo que muchos lectores tengan recuerdos amables del cardenal Caggiano, unido luego a todas las persecuciones de la Libertadora, a las conspiraciones militares y a los golpes de Estado. Pero eso no justifica lo que hace el peronismo en ese momento. Sobre todo por su torpeza inenarrable. Además, "pervertidos". ¡Qué época! Pobrecitos los homosexuales de los cincuenta. Tremendamente lejos de ser "gays" debían cargar con el mote de "pervertidos". Entre otros tanto o más injuriantes. Pero esto no le pertenecía sólo al peronismo. Era la sociedad machista de la eterna Argentina patriarcal, hecha por los varones guerreros, por los hombres de coraje. En fin, por toda esa ralea que cubre con su iconografía y sus estatuas y los nombres de las calles el ámbito visual –además del conceptual– de nuestro país. En cuanto al cardenal Caggiano me he quedado un poco corto. Importante personaje de nuestras luchas políticas, nace en 1889, es el primer obispo de Rosario y el 15 de agosto de 1959 el papa Juan XXIII lo lleva hasta la cima del Arzobispado de Buenos Aires. Fallece el 29 de octubre de 1979 luego de haber denunciado valientemente ante las autoridades vaticanas las violaciones a los derechos humanos en la Argentina. ¿Alguien se creyó esto? No, ¿por qué será? ¿Por qué sonará tan absurdo, imposible, por qué sonará como un sombrío, doloroso chiste? No, señores: el cardenal Caggiano siempre tuvo clara su misión terrenal, la defensa de los valores eternos en esta tierra de pecados. En julio de 1971, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (¡cuántas esperanzas había despertado este Encuentro!) emite un documento en el que adhiere al Movimiento Peronista, al que considera "revolucionario" por su potencial de masas (este "potencial de masas" era el *valor de verdad* que seducía a todos y los llevaba a sumarse al peronismo, para alegría del Perón madrileño, que manejaba todos los hilos: ya veremos su interpretación de la "conducción" como arte). Pero aquí es donde se hace oír la voz potente del

cardenal Caggiano. El mismo 11 de julio, el mismo día en que los Sacerdotes para el Tercer Mundo publican su Documento, el Cardenal ya señala su carácter "marxista". Los marxistas están infiltrados en la Iglesia argentina y trabajan para desunirla, para disociarla. En una furibunda homilía afirma: "La libertad desaparecerá con el marxismo y vendrán los campos de concentración hasta para los escritores de fama mundial". ¿Lo habrá dicho para proteger a Borges? Porque otro "escritor de fama mundial" no teníamos por aquí. Sabato era una figurita nacional que iba de un lado a otro buscando ubicarse en alguno sin que lo confundieran con un peronista, con un marxista o con un cura del Tercer Mundo. Difícil lo suyo. Caggiano, por fin y por esas cosas de la historia, es quien celebra la Misa de cuerpo presente cuando muere Perón antes de que el féretro fuera trasladado al Salón Azul del Congreso. Pero no fue un "descuido" ni "un cambio de actitud luego de una larga reflexión" ni una respuesta a algún mandato divino. El Perón para el que el cardenal Caggiano oficia misa en 1974 le era muy cercano al viejo luchador antimarxista. Había tratado, vanamente, de erradicar un "Mal" al que otros pondrían fin. Pero lo había intentado. Había hecho lo suyo. Veremos qué fue lo que hizo y cómo lo hizo. Veremos por qué se ganó una Misa de su viejo enemigo, uno de los baluartes de la caída de su primer gobierno. Es notable aquí la transparencia de los hechos históricos, que suelen ser tan poco lineales. No creo que la relación Perón-Caggiano sea lineal, ni mucho menos. Pero expresa ciertas persistencias que entregan claridad a dos situaciones complejísimas: 1955 y 1974. En 1955, Perón era, para Caggiano, un peligro para la Iglesia, su "régimen" podía degenerar en un estallido de masas dada la conflictividad política reinante. Hemos visto, además, los otros factores "irritativos". En 1974, Perón era, para Caggiano, un aliado en la lucha implacable de la iglesia contra el marxismo ateo. Sobre esta temática es altamente recomendable el libro de Horacio Verbitsky *Cristo vence*. Sobre todo su tomo primero.) Perón reúne a sus gobernadores y les pide informes sobre los sacerdotes de sus provincias. ¡Para qué! En medio de la alcahuetería reinante cada uno se esmera en contarle todo tipo de historias en que los "hombres de fe" quedan mal parados. No se sabrá jamás si Perón necesitaba estos informes para el discurso que dio. ¿Tendría la cuestión con el catolicismo la gravedad que le dio? *Porque su enfoque es impecable, al menos en el planteo inicial.* Denuncia que la cuestión *no es* con los estudiantes católicos ni con la Iglesia, sino que se está en presencia de la revolución con que soñaban sus enemigos desde hacía diez años y que ahora había encontrado su epicentro en la Iglesia. En otras palabras (o en palabras parecidas), la oposición –que no había logrado nuclearse– encuentra en la Iglesia su bandera, su centro de fe, su misión cuasi evangélica. Anotemos similitudes notables con nuestro presente. A los dos días de asumir su mandato, la presidenta Cristina F recibe al cardenal Bergoglio, una figura que tiene un poder difícilmente explicable en la Argentina. O no. Bergoglio había colisionado ya con Néstor Kirchner. Ahí, algunos grupos de la desmembrada oposición que tiene este Gobierno recordaron el conflicto tradicional peronismo-Iglesia. La cosa no pasó a mayores. Asume Cristina y ya hay una foto en que le extiende la mano a Bergoglio y se la estrecha. No sé por qué (o sí sé) pero Cristina ha de estrechar una mano con más firmeza que el susodicho cardenal, quien debe entregar la suya como una esponja resbaladiza. He sido amigo de muchos curas en mi vida. O de unos cuantos. Fueron –¡por supuesto!– casi todos sacerdotes del Tercer Mundo u otros que lo siguieron siendo en años posteriores aunque ya no se definan así, dado que *también eso* fue aniquilado en la Argentina. Respeto a los hombres de fe. Y hasta diría que soy –contradictoria, dificultosamente– uno de ellos. Pero pocas veces vi a un cura con más cara de cura que el cardenal Bergoglio. De cura-vaticano, claro. ¿Por qué este hombre es tan poderoso en la Argentina? Porque representa el poder del Vaticano. Y porque late en su figura *la posibilidad de reunificar a la oposición si este "gobierno de montoneros" comete errores graves*. Esta situación –que Cristina F trata de controlar recibiendo al escurridizo (eso: se lo ve escurridizo, de modales cautelosos, de palabras elegidas con circunspección, de intrigas silenciosas, de asechanzas) Bergoglio– fue la que Perón manejó pésimamente entregándole a la oposición, que andaba a los tumbos, la bandera de la fe, la causa de Cristo. En un pasaje de su discurso, Perón se manda una de esas compadreadas que han sido parte de su estilo: "¡Déjenlos que formen lo que quieran! Si quieren formar el Partido Demócrata Cristiano o Demócrata Católico a nosotros no nos importa. Ahí tienen: que vayan, que presenten su plataforma y lo inscriban y que se presenten después a las elecciones. ¡Vamos a ver cuántos votos sacan!" (Luna, *Ibid.*, p. 177). Importa señalar (para ver las *permanencias* en el estilo de hacer política de Perón y, sobre todo, cuando, haciendo política, perdía los estribos) las semejanzas entre el discurso contra la Iglesia y el célebre "reto" televisivo (que fue un golpe bajo, cruel y altanero) a los diputados peronistas (de la Juventud Peronista) que se opusieron a las Reformas al Código Penal que implicaban reflotar toda la legislación represiva. Esto fue en enero de 1974. Perón les dice a los jóvenes diputados: "Nadie está obligado a permanecer en una fracción política. El que no está contento, se va (...) Lo que no es lícito, diría, es estar defendiendo otras causas y usar la camiseta peronista (...) El que no esté de acuerdo, se va. *Por perder un voto no nos vamos a poner tristes*" (Baschetti, *Documentos 1973-1976*, volumen I, ed. cit., pp. 400/401. Bastardillas mías). Esta última frase se torna inolvidable por el modo en que la dijo: sonriendo de costado, guiñando un ojo y levantando el dedo índice de la mano derecha. Un voto. Veremos qué le costó la guapeada de 1974. Ahora veamos los resultados de la de 1954. "Con su agresión –escribe Luna– había conseguido, nada más ni nada menos, que inventar una oposición nueva, una oposición no política sino apoyada en una mística trascendente, una oposición que antes podía ser latente y estar en una actitud pasiva pero desde ahora se lanzaría a la lucha con todo el fervor de las convicciones religiosas. Y, además, brindaba a los partidos políticos y a la *contra*, en general, una formidable trinchera que no tardarían en aprovechar" (Luna, *Ibid.*, p. 853). Resulta interesante lo que Luna señala a propósito de este discurso. *Le resulta inexplicable*. Convengamos que un historiador que le dedica tres tomos (así era la edición original) a Perón (y su tiempo) raramente confiesa que no hay "explicación racional" para esta actitud de Perón. Lo único que ensaya es que Perón se haya sentido molesto por las críticas de los sectores a la UES. Estas críticas, sin embargo, no sólo provenían de la Iglesia. Gran parte del país (incluso muchísimos peronistas) hacía chistes acerca de la UES. Era un deporte nacional. Yo tendría diez años en ese entonces y –en mi imaginación esponja de niño de los cincuenta– la UES era sinónimo de pecado. Luna, en rigor, se pregunta con honestidad el tema. Y llega a concluir que "el poder absoluto corrompe absolutamente". Sin embargo, todo provenía de algo más grave y menos psicologista. No quiero decir que no incida en todo esto la "psicología" de un tipo tan complejo (tan difícilmente descifrable) como Perón, sino que habrá que buscar las causas de esos dislates por otras partes. Por la ausencia de una verdadera organizatividad popular, por la burocratización de los sindicatos y del Partido Peronista, por la adulonería de la Cámara de Diputados y por los serviles de los que Perón se rodeaba. Del modo que sea, el peronismo había tomado y *se proponía tomar* medidas muy perjudiciales para la Iglesia. Las hemos visto: la Fundación Eva Perón asumía la ayuda caritativa desde el Estado (más profunda y generosa que esa a que la Iglesia acostumbraba), se establecía el divorcio vincular, se eliminaba la educación religiosa en las escuelas estatales, los aportes a la enseñanza religiosa privada y se buscaba el camino hacia una separación de la Iglesia del Estado. Era la más grande blasfemia al Crucificado que jamás hubiese tenido lugar.

BORLENGHI Y LA POLICÍA

Lo innegable es que la "cuestión con la Iglesia" galvanizó a la oposición. Es notable cómo se puede observar cuándo la iniciativa política se desplaza de un actor social a otro. Aquí, el peronismo, ya está derrotado. Si tiene al Ejército no lo tiene por convicciones sino por los buenos tratos con que lo seduce. No hay militares peronistas. Hay militares leales a Perón que lo seguirán en tanto éste pueda seguir abriéndoles puertas que les solucionen problemas o les permitan desarrollarse en determinadas cuestiones nada ligadas a intereses estratégicos importantes. El sindicalismo cumple con sus funciones de garantizar a los obreros lo que luego se les negará durante décadas: un buen sueldo, una buena vivienda, vacaciones, salud. Pero lo que uno nota –desde la lejanía de los años, no quiero decir nada más que esto: una *lejanía* que nos permite cierta visión equilibrada y no conformista en absoluto de los hechos– es que se tenía lo que se tenía *pero no se hacía nada para conservarlo*. O se hacía mal: Borlenghi, por ejemplo, decide que la policía no puede ser apolítica. Que la policía tiene que ser peronista. Pero una medida de este tipo no se decide para defender a un régimen (creo que, en este momento, el peronismo es un "régimen": ha perdido su vitalidad histórica y ha afianzado solamente su estructura autoritaria) sino para desarrollar un proceso revolucionario. Por otra parte, Borlenghi sólo sinceró una verdad que cualquiera sabe: *la policía es siempre la policía del poder*. ¿O Ramón Falcón era un policía de toda la sociedad argentina? ¿O Leopoldo Lugones (hijo) no usaba la picana al servicio del gobierno de Uriburu? ¿O la policía de Aramburu no era la policía de Aramburu? Lo que Borlenghi dijo fue que la policía no podía pasar de un gobierno a otro y ser la policía de todos. Que la de ellos tenía que ser peronista. Pero la policía siempre fue ideologizada. Y siempre tuvo valores básicos que fueron –por supuesto– los que instauraron el país de la oligarquía: respeto a las jerarquías, defensa de la propiedad, castigo a las clases inferiores, respeto a las superiores, palos a los huelguistas, adhesiones a las patronales, catolicismo, clericalismo, nacionalismo, antisemitismo, anticomunismo, etc. ¿Habrá querido Borlenghi cambiar esa policía? Los pequeños historiadores del gorilaje (me resulta risueño y hasta tierno por su ingenuidad el libro de Gambini: no falta nada, hasta lo de Nelly Rivas está, creo que se le quedó en el tintero que Perón era amante del boxeador negro Archie Moore, ¿o no lo sería?) se horrorizan con el discurso de Borlenghi, pero *siempre fue así*. Ocurre que cuando el peronismo hace algo que las clases dominantes hicieron *siempre* no se lo perdonan, pero lo dan por naturalmente aceptado cuando las mismas medidas, con otro plumaje, con otra elegancia, otro glamour, otros personajes más cultos y más distinguidos, vienen de manos del eterno poder que ha dominado este país. Como sea, luego de tanta historia que ha corrido tomada de la mano compleja del peronismo, luego de tanta obstinación en mantenerlo a flote, no deja de ser cierto que siempre que jugó claramente del lado "correcto", del lado del poder, del lado de las clases dominantes, de las clases hegemónicas, se le aceptó todo y hasta se lo vio hermoso. ¿O no fue bello Menem para esos infalibles miembros del establishment que fueron Alvaro Alsogaray y su hija, la niña del tapado de visón, de las piernas largas y los negocios turbios?

PROXIMO DOMINGO

La vida por Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

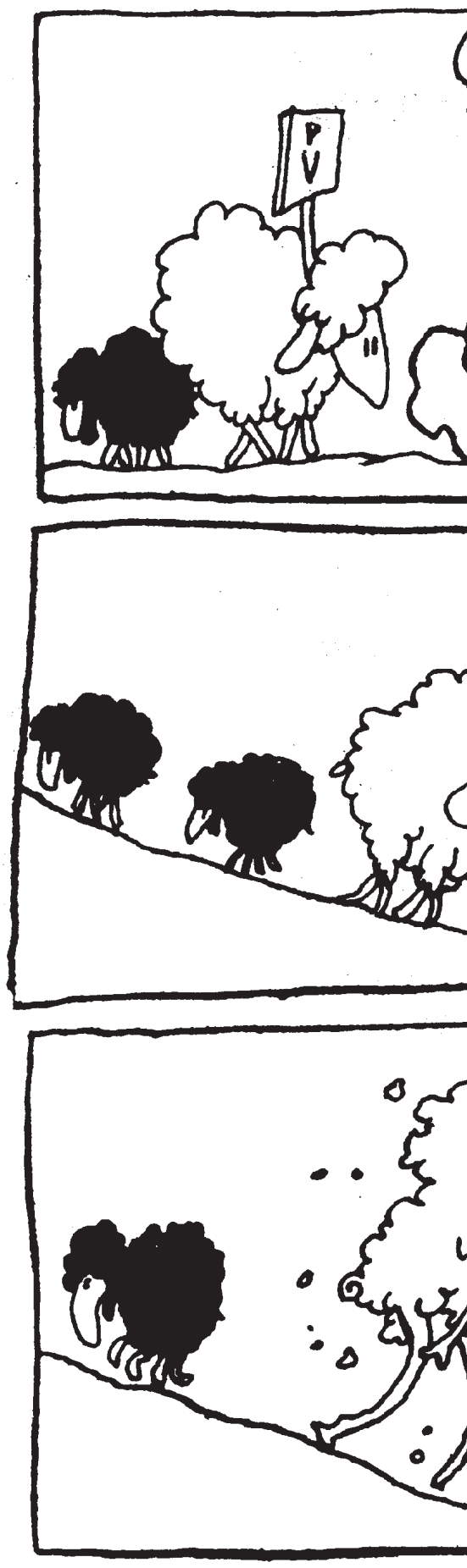
8 **El bombardeo del 16 de junio**

Suplemento especial de
Página/12

Es ahora el 11 de junio de 1955. La oposición al régimen vive sus días de mayor dinamización política. Perón –que debió advertirlo– nada hace. Pone gente en cana, lo cual acentúa su imagen represiva, crea mártires y crea también torturadores y hechos aberrantes como la muerte de Ingalinella. Que fue el *único muerto* del régimen peronista. Notable hecho de este gobierno autoritario y nazifascista. Mató a un solo tipo. A una excelente persona, sin duda. Pero los de la Libertadora –a menos de un año– ya fusilaban a Valle y los suyos y ya llenaban de cadáveres el barro de José León Suárez. Nada de qué asombrarse: era Ramón Falcón que volvía, era el coronel Varela, era Justo, eran –antes que ellos– los asesinos paranoicos Ambrosio Sandes, Irrazábal y Wenceslao Paunero. Ramón Estomba y Rauch. ¿O desde cuándo los defensores de la democracia y la república tuvieron buenos modales? En cuanto a la tortura, torturaron diez veces más los de la Libertadora que los "famosos" hermanos Cardozo, tornados célebres por la literatura antiperonista. Es ahora, decíamos, el 11 de junio de 1955. Se hace "una gigantesca y belicosa procesión de Corpus Christi" (Halperín Donghi, *Ibid.*, p. 143). Se produce un episodio lamentable porque no sirvió para nadie: la quema de la bandera argentina. Todavía veo la foto de Perón en *Noticias Gráficas*. Mira con aire consternado la bandera chamuscada. Todo se estaba poniendo muy espeso. Yo, a esa edad, sólo recordaba a Perón como Presidente. Les preguntaba a mis viejos: "¿Y si lo echan a Perón, ¿quién va a ser presidente?". Ingenua frase infantil que revelaba un cándido respeto por el orden institucional. ¿Cómo lo iban a echar a Perón si él era el presidente? Después seguía jugando con mi *Mecano* o leyendo *Rayo Rojo* o *Misterix*. Escribe Halperín Donghi: "El 16 de junio a la protesta desarmada siguió la tentativa de golpe militar: una parte de la Marina y la Aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares céntricos de Buenos Aires. Esa noche, sofocado el movimiento, ardieron las iglesias del centro de la ciudad, saqueadas por la muchedumbre e incendiadas por equipos especializados que actuaron con rapidez y eficacia: en San Francisco, en Santo Domingo, el fuego se llevó todo, hasta dejar tan sólo el ladrillo calcinado de los muros; las cúpulas, levantadas y rotas por la presión de los gases de combustión, dejaron paso a llamaradas gigantescas" (*Ibid.*, p. 144). Acabamos de leer un texto indigno de cualquier historiador. Es posible que yo sea demasiado directo en algunas opiniones y eso me reste "distancia académica" ante los hechos. Lo siento. Academia, a mí me sobra. Eso no me preocupa. Me eduqué en Viamonte 430 con los mejores profesores de la primavera de Risieri Frondizi. El plus que tengo sobre los académicos es que soy un escritor. Y un escritor es un tipo que se maneja con imágenes. Más aún si es también un guionista cinematográfico. Alguna vez Jorge Lafforgue me contó, con buen humor, que al eminente Halperín Donghi lo único que le gustaba de mi obra era el guión del policial *En retirada*. A mí, por ejemplo, cada vez se me caen más de las manos sus libros tan exaltados por algunos de sus seguidores. Escuche, Halperín Donghi: usted no puede despachar la jornada del 16 de junio diciendo "una parte de la Marina y la Aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares céntricos de Buenos Aires". Este texto es una ofensa a los derechos humanos en la Argentina. Tampoco puede escribir –como escribe sólo unas páginas más adelante– "El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso" (*Ibid.*, p. 155). Porque, ante todo, está ignorando la obra maestra de Rodolfo Walsh, que llevó las matanzas de ese año de "rumbo político impreciso" a hecho literario, a obra maestra de nuestras literatura. (Dejo de lado la cuestión de la creación del periodismo de ficción y de la precedencia de Walsh sobre Truman Capote.) Vamos por partes. Analicemos el primer texto. (Como verán, tengo frialdad académica.) ¿De qué nos habla? De "una parte" de "la Marina y la Aviación" que se alzó contra el gobierno. Este alzamiento habría implicado –para tan escueto texto– *solamente* un bombardeo y ametrallamiento de "lugares céntricos". Cualquiera se preguntaría: ¿"lugares céntricos"? ¿No hay "personas" en los "lugares céntricos"? Parece que no. Parece que *justamente* en el momento en que los aviones de la Marina *bombardean los lugares céntricos ahí no hay nadie*. Raro, pero tal vez posible. Sigamos. Halperín, en cambio, nos detalla la obra de la barbarie. Es de noche. Arden las iglesias. Son saqueadas por las muchedumbres. (Las "muchedumbres", qué palabra tan precisa para señalar el descontrol, la anarquía, la siempre retornante barbarie de un país que no acepta nunca regirse sabiamente por su constitucionalismo liberal.) Las "muchedumbres", además, "saquean". Son muchedumbres delictivas. Son hordas. Luego interviene el "factor régimen". Surgen unos "equipos especializados". Especializados en quemar iglesias. Asombrosa especialización. Actúan "con rapidez y eficacia". Sigue la descripción de la catástrofe. El fuego lo barre todo, "hasta dejar tan sólo el ladrillo calcinado de los muros". Se conduele mucho el gran historiador argentino. No se pregunta por qué ocurrió este hecho –injustificable, claro–, qué lo provocó, qué provocó la furia, qué despertó el fuego. El fuego vino del cielo. Un periodista –que he criticado más de una vez– es en esto más sincero que el rey de nuestros historiadores serios: "Al caer la tarde, en los policlínicos y en las comisarías se amontonaban los cadáveres que media docena de camiones habían recogido en las calles. El espectáculo más tétrico lo ofrecía un trolebús semidestruido por una bomba, la que estalló en su interior cuando pasaba por la Casa Rosada: casi todos los ocupantes murieron en el acto. La cantidad de víctimas –según el recuento de los diarios– habría sido de 200 muertos y más de 800 heridos. Algunos de éstos fallecieron después" (Hugo Gambini, *Historia del peronismo, la obsecuencia (1952-1955)*, Vergara, Buenos Aires, 2007, p. 365). También Félix Luna narra la masacre con honestidad: "Pero todo salió mal y el saldo fue una tragedia que desde entonces quedó fijada en la memoria colectiva con la dimensión macabra de una injustificada masacre (...) un panorama horrible: cuerpos destrozados, charcos de sangre, heridos y mutilados por todos lados" (*Ibid.*, pp. 236/238). Pero falta algo: "Parecía que todo había terminado, pero a las 17.40 sobrevino el último ataque, casi una salva, producido por una única máquina que, después de sobrevolar la zona céntrica, se fue alejando rumbo a Montevideo: una especie de 'yapa' insensata, que no respondía a ninguna necesidad bélica" (*Ibid.*, p. 238). Este avión llevaba la inscripción bélica, la insignia que daba unidad a las luchas de la época en su fuselaje: "Cristo Vence". No aterrizó en ningún lugar de la Argentina. Siguió hasta el Uruguay donde fue amablemente recibido. Uruguay era un país tan jugado contra Perón que se hizo cómplice de una de las peores matanzas de nuestra historia. Que se aguanten entonces a todos los insoportables, fanfarrones turistas que les mandamos a Punta del Este, localidad ya conquistada por lo más vulgar de la clase media argentina, rastacuerista de alma. Recíbanlos bien. Como a ese avión de la Marina que mataba gente al grito guerrero de "Cristo Vence".

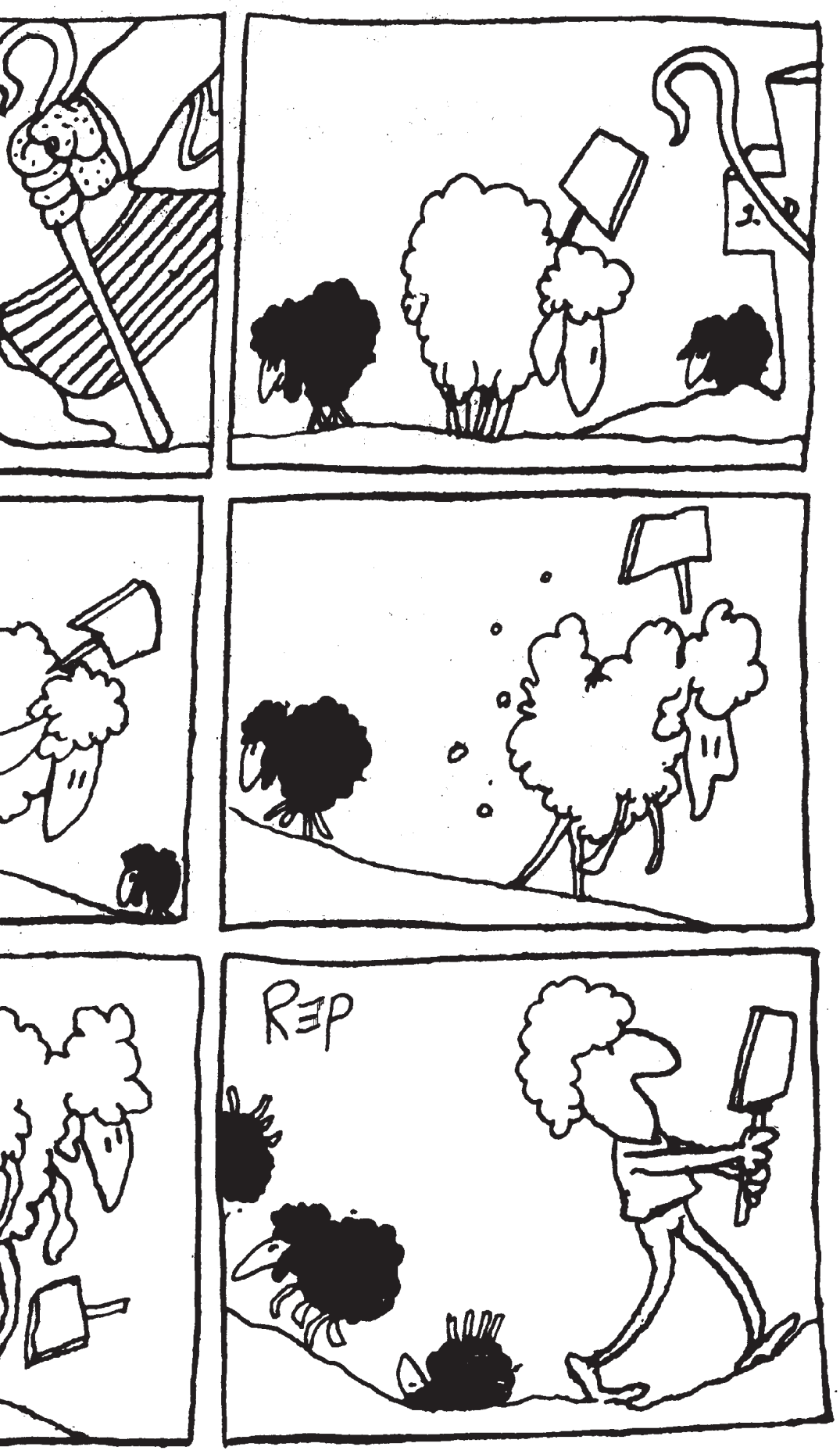
Pero volvamos a Halperín. ¿Cómo ha sucedido esto, Tulio? ¿Vale más una cúpula, algunas iglesias (o muchas, las que usted y el antiperonismo incansable quieran) que doscientas vidas? ¿Cómo pudo olvidarse de algo así? ¿Qué seriedad tiene *Argentina en el callejón*? ¿Cómo puedo tomar seriamente un libro que recorta tan brutalmente la realidad? Y no dudo de que se trató de algo inconsciente. Usted quiso olvidar los muertos de Plaza de Mayo y hablar de la barbarie peronista incendiando las iglesias. Pero eso que acaso haya sido inconsciente mientras escribía este libro de ligeras anotaciones expresa lo que finalmente tuvo más peso en la sociedad argentina. Hablar de la quema de las iglesias es hablar contra la barbarie, la incultura de los peronistas. Siempre "alpargatas sí, libros no", al fin y al cabo. Hablar de las víctimas del bombardeo a Plaza de Mayo es cosa de peronistas. Increíble: el 16 de junio es una fecha de dolor que sólo le corresponde al peronismo. Es un "hecho partidario". La quema de las Iglesias es una injuria a la casa de Dios, a nuestras creencias, a la fe católica de este país de conciencias religiosas, las que dan, al fin y al cabo, verdadera unidad a la institución familiar, base de nuestra sociedad... y todo eso.

Hay que decirlo claro y fuerte: el 16 de junio de 1955 la Marina argentina bombardea una ciudad abierta, hace fuego frío y deliberado, criminal, sobre personas indefensas. Asesina (que se entienda: asesina) a doscientas personas y a otras que mueren después. No importan las estadísticas. Ya se sabe:



no bien empiezan las estadísticas es porque cada una de las vidas perdió su valor. El 16 de junio de 1955 (y ésta es una tesis que pertenece sobre todo a Guillermo Saccomanno y que, supongo, aparecerá en su próxima novela: *77*) es el prenuncio de la ESMA. La Marina muestra hasta dónde pueden llegar su odio y su ensañamiento criminal.

Importa señalar que salieron obreros a dar "la vida por Perón". La CGT, a cuyo frente estaba Di Pietro, los convoca a la defensa de "su" gobierno. No fueron muchos. Convendrá analizar de *otro* modo la célebre consigna peronista. Sobre todo luego de haber estudiado el tipo de "pueblo peronista" que moldeó el Estado de Bienestar que implantó Perón en su década de gobierno. La fórmula Estado de Bienestar no es de la época. Pero la utilizo igual. Es ese Estado peronista que ya hemos estudiado pero seguiremos estudiando (falta aún): el Estado generoso que protege al obrero y lo libra de luchar por las conquistas sociales, concediéndoselas. Dentro de este encuadre: ¿qué significa "la vida por Perón"? Sé que a algunos les parecerá arbitrario mi enfoque, pero me interesa abrir una nueva punta, sólo eso. Si seguimos a León Rozitchner y distinguimos el "no matarás" paterno del "vivirás" materno, ¿no estaría ese proletariado peronista de los años de júbilo animado por la presencia femenina de Evita como gran madre, animado por el "vivirás" materno? Si así fuera, tendríamos dos significados de la frase "la vida por Perón". El que siempre se entiende, el más literal: "Damos la vida por Perón" (que se liga a la muerte). Y el otro, el



del "vivirás" materno: "Tenemos la vida por Perón" (que se liga a la vida). Esto permitía abrir algunos cauces para entender los numerosos motivos de la caída del peronismo. Un líder que no había formado cuadros combativos. Pero para pelear hay que matar. Y el pueblo peronista nació ligado a la vida antes que a la muerte.

En mi relevamiento de textos importantes sobre el peronismo he dejado de lado el célebre *Estudios sobre los orígenes del peronismo* de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero. Siempre resultó algo misterioso para mí el secreto prestigio de este libro. Se editó primero en el Instituto Di Tella. Y luego, supongo, el prestigio de militante de la izquierda de, sobre todo acaso, Portantiero lo tornó de lectura insoslayable. Lo que dice es mínimo: que los migrantes no aparecen en el '43 sino que ya había una afluencia de los mismos desde la época de la Concordancia con la supresión de importaciones. Hay por ahí algunos gráficos de esos que parecieran dar seriedad a algunos libros y que a mí en general me importan poco, creo que reemplazan la capacidad de pensar por cifras que siempre, finalmente, tienen que pasar por la rigurosidad de la hermenéutica, de la interpretación. Y, por fin, el verdadero aporte teórico radica en que al transformarse el Partido Laborista en Partido Peronista los obreros pierden su organización de clase autónoma y pasan a formar parte del aparato peronista. No mucho más. Portantiero es una figura paradigmática en nuestra cultura. Recuerdo un notable artículo suyo de 1974 defendiendo, ante la ofensiva fascista del isabelismo, con los Ottalagano y los Sánchez Abelenda, el "desorden" de la Universidad del '73 como un desorden creativo, como un fervoroso campo de ideas que daba vida a los claustros. También –y esto lo recuerdo con enorme nostalgia y afecto– me mandaba a sus ayudantes de cátedra cada vez que yo daba una clase en alguna cátedra de la JP para que me rompieran lo que ustedes pueden imaginar, pero con nivel teórico, de frente, con ideas. Buenos tiempos. Luego Portantiero se exilio y volvió de México hecho un "conservador y de centro", palabras suyas. Dio un seminario sobre Gramsci que pudo haber incomodado a algunos. Pero, cada vez más, se iba para la derecha. Una vez, en un bar, allá por el '88, el entrañable piantado de Pancho Aricó se puso a cantar "La Internacional". "¡Atrás, burgués, atrás!", exclamaba. Portantiero me miró con gesto de "qué piantado está, por favor". Pero lo quería de corazón a su amigo. Y de pronto lo imperdonable. Hacía un buen tiempo que no sabía nada de él. Eran los '90. Los malditos '90. Portantiero era un más que importante profesor académico. Y alguien le pide que le presente un libro. Alguien que la jugaba de gran demócrata durante esos años. Y el Negro acepta. Le presenta el libro. El autor era Mariano Grondona. ¡Caramba, Negro Portantiero, qué trayectoria! ¡De defender el "desorden" revolucionario de la Universidad del '73 contra todos los fascistas que el peronismo arrojaba sobre ella a presentar en los noventa un libro del autor de *Meditación del elegido*, abominable texto de Grondona del año '74 en que defiende a López Rega y a la Triple A! Terminanos, así, con los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Si hay ahí algo más que lo busque otro.

LA CONDUCCIÓN NO CONDUCE

Milcíades Peña, en cambio, no se traicionó nunca. Se dirá que murió joven. Pero ésta es una teoría miserable. Supone que los hombres se traicionan, se entregan con los años. Y lo que tiene de miserable es que justifica a quienes lo hacen. No: nadie tiene por qué abjurar de sus pasiones tempranas. Cambie la historia para el lado que cambie, siempre habrá convicciones personales que dieron sentido a nuestra vida, y de las que no vamos a renegar. Juro, por ejemplo, que los canallas de este país siguen siendo los mismos de siempre. Los vamos a ir señalando sin vueltas, hasta, diría, sin demasiada cortesía, y hasta con cierta falta de educación. Peña, decía, es un tipo bárbaro. "Hacia 1954 es convocado por esta organización (la del trotskista Nahuel Moreno) para colaborar en la edición del periódico *La Verdad*, que edita la corriente morenista mientras funciona como fracción interna del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). Desde este periódico, Moreno y Peña escribirán una serie de artículos con los cuales resisten las tentativas cívico-militares que desembocan en el golpe de 1955 y llaman desde entonces a la resistencia. Peña recapitula, dos años después, esta experiencia en el folleto "¿Quiénes supieron luchar contra la 'Revolución Libertadora' *antes* del 16 de septiembre de 1955"?" (Horacio Tarcus, *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Emecé, Buenos Aires, p. 501, 2007). El folleto es de 1957. En otro texto que publica en *Fichas* narra cómo él y otros fueron a pedir armas a los sindicatos y no obtuvieron nada. ¿Qué podían obtener? Sólo podían transformase en figuras heroicas, de enorme dignidad (*porque no eran peronistas*), pero patéticas porque pretendían luchar por un líder que ya había puesto violín en bolsa: cañonera paraguaya y a rajar. Luego vendrían las interminables justificaciones. Pero Milcíades y los que fueron a pedir armas tenían su visión de la Historia. Se jugaban a una que bien pudo ser. Y que habría sido interesante de observar. Con un Ejército con mayor poder de fuego, con los sindicatos dispuestos a la lucha (al menos los que armaron las barricadas obreras contra el golpe de Menéndez), con los sectores del pueblo peronista no ablandados por el Estado de Bienestar o con los que descubrían que los que venían, que los jovencitos del Cristo Vence, la clase media gorila, que los estudiantes de las clases acomodadas, que los izquierdistas dispuestos a barrer contra la demagogia populista, con los engaños a la clase obrera y sus genuinos intereses, que con los comandos civiles herederos de la Liga Patriótica, que con la Iglesia, la Sociedad Rural y la aristocracia de la Marina, perderían años de conquistas, serían perseguidos, volverían los días de la soberbia de los patrones, la falta de trabajo, la baja de los sueldos y todo ese mundo que había odiado al peronismo porque era obrerista, porque representaba a la negrada, a las sirvientas, a los delegados fabriles y porque, aunque robaba como habían robado todos los gobiernos de la Argentina, aunque sus dirigentes se corrompieran, aunque le pusiera el nombre de Perón al buzón de la esquina, siempre sería más de ellos que la vieja Argentina que se venía, rencorosa, vengativa, oligárquica y oligárquicamente burguesa. Contra todo esto se jugaron Milcíades y los suyos. ¿Dónde estaban los fusiles? Querían pelear. No querían caer sin dignidad, mansamente. Pero la foto que tenemos del último acto de Perón en el país que requería su conducción es la de ese hombre que se mete inseguro en una cañonera de un país dictatorial, bananero aunque no tuviera bananas. No es la última imagen de Salvador Allende. Con el casco de guerra, la metralleta y mirando hacia el frente esperando a los asesinos. Se dirá: a Allende lo mataron, de nada sirvió su última foto heroica. Pero hay en un líder revolucionario algo de los comandantes de los barcos que se hunden. Son los últimos que abandonan la lucha. ¿De qué sirvió la huida de Perón? Nadie puede tener una respuesta clara para esto. Pero es hora de hacer todas las preguntas. Acaso no sea eso de la "versión definitiva" del peronismo con la que, desde luego, no estoy de acuerdo porque nunca la habrá, la que esté muy lejos de expresar estas desmedidas preguntas, o las que no tenga por qué evitarlas, ya que nos hemos

animado a hablar de la "locura" de una versión definitiva no habrá tema que quede afuera. Volvió viejo. Rodeado por un clown sanguinario y una cabaretera perversa (hay cabareteras que son dulces, espléndidas mujeres, pero ésta era ponzoñoza) que regaron de sangre el país ayudados por tipos siniestros como el comisario Villar, el héroe cordobés Navarro (el de la "desobediencia histórica", parapolicial comparado con San Martín), con Osinde, con paras franceses y luego con un Ejército al que cada vez permitió más y más participar en una represión que paulatinamente perdía sus límites. ¿No habrían sido preferibles a estas catástrofes y a todos los años de persecuciones que sufrió la clase obrera luego de la huida de su conductor una lucha abierta y franca en 1955, cuando se tenían todas las posibilidades de ganar? ¿Quién puede decir que habría sido imposible? Sólo hacía falta un líder decidido. Lo demás estaba. A ver si nos entendemos: el Ejército leal era más poderoso que el rebelde y habría aplastado el golpe. Milcíades Peña y muchos otros como él no eran suicidas. Fueron a pedir armas. Fueron a defender a un gobierno para el que tenían muchas críticas pero lo sabían querido por el pueblo. Y sobre todo: ¡conocían la vieja ralea que se venía! "Poco antes del 16 de septiembre, la CGT había hecho como si estuviera dispuesta a formar milicias obreras" (Peña, *Ibid.*, p. 127). Pero el líder de la clase obrera no se hacía presente. Esto enfriaba a la CGT y al Ejército Leal. Este Ejército (y éste es un punto muy delicado) temía la formación de milicias obreras. El problema de un Ejército burgués y de un orden burgués como el del Estado de Bienestar Peronista es que si arma a la clase obrera no sabe dónde ésta se va a detener. Curiosamente o no, durante las jornadas de septiembre aparecieron muchos obreros dispuestos a la lucha. Esto no desmiente la teoría del pueblo de las conquistas "concedidas" y no "conquistadas". Pero –ante la desesperación y cabe suponer que este factor tuvo importancia, es decir, la certeza de que se estaba a punto de perder todo lo conquistado en diez años– más obreros de los que esperaban los sindicatos y el Ejército salieron en busca de armas. ¿Por qué los sindicatos aflojaron su combatividad, por qué la aflojó el Ejército? *Porque la conducción se hizo humo aduciendo la transitada excusa del bien de la patria, de su unidad y para no desatar una guerra civil.* Entregó así al proletariado argentino a años de persecuciones, proscripciones y desamparos. Pero no hubo guerra. Milcíades habrá de escribir un texto terrible. Figura en él la palabra *afeminado* aplicada a Perón y esa palabra era una palabra del gorilaje de la época. Porque la Libertadora se solazó, además, en zaherir la valentía de Perón. Perón se defendió y ya veremos cómo. Voy a citar el texto de Milcíades porque es impecable, lúcido. Quien quiera quitarle la palabra "afeminado" se la quita. Yo prefiero obviarla. Es innecesaria. Pero lo demás, hay que leerlo, pensarlo largamente y estudiarlo y discutirlo. Escribe Milcíades Peña: "Quedaba definitivamente claro que el afeminado general don Juan Domingo Perón no era el tipo de caudillo capaz de ponerse al frente de sus hombres e imantarlos con el ejemplo de su coraje personal. Generales insospechables empezaron a pasarse a los rebeldes, y finalmente el lunes 19 a las 13 se anunció al país la renuncia de Perón, que cedía el poder al Ejército (...) Sin embargo, las fuerzas 'leales' eran militarmente más poderosas que las insurrectas, controlaban la capital y contaban con la simpatía total y activa de la clase obrera y el pueblo trabajador. Militarmente, los rebeldes no habían aniquilado, ni siquiera debilitado a los 'leales'. Habían derrotado su lealtad (...) Perón declaró en el exilio que en sus manos estaban los arsenales y que no quiso dar armas a los obreros que las pedían insistentemente, para evitar una matanza (*El Plata*, de Montevideo, octubre 3, 1955)", Peña, *Ibid.*, p. 128.

Ahora bien, lo que seguidamente dice Peña es su tesis central. Se cree en ella o no. Se la discute. Se la acepta. Se la rechaza. Escribe: *"En verdad, no fue la matanza lo que Perón trató de evitar, sino el derrumbe burgués que podría haber acarreado el armamento del proletariado. La cobardía personal del líder estuvo perfectamente acorde con las necesidades del orden social del cual era servidor (...) La caída ingloriosa del régimen peronista dio lugar, pues, a gérmenes de una insurrección obrera. Diez años de educación política peronista y el ejemplo de la dirección peronista se encargaron de que esos gérmenes no prosperaran"* (Peña, *Ibid.*, pp. 128/129).

LA DECISIÓN DE DAR LA BATALLA

No es fácil responder la cuestión. Por una parte sabemos que el peronismo –tal como se organizó– no lo hizo para desatar una rebelión obrera armada aunque fuera en defensa de su gobierno. La única que planteó seriamente esta cuestión fue Evita. Compró armas al príncipe Bernardo de Holanda y las entregó a la CGT. Los generales leales Lucero y Solari denunciaron el hecho a Perón. Perón reprime duramente a Espejo, le dice que Evita, por su enfermedad, ya no puede tomar decisiones, y envía las armas al arsenal Esteban de Luca. De este arsenal tomarán estas armas los "libertadores" para usarlas contra Perón en septiembre de 1955. ¿Creía Evita en la posibilidad de una defensa popular armada del gobierno de Perón? ¿Era eso el peronismo? La cuestión es así: ¿se había formado a sí mismo el peronismo como para enfrentar su lucha final armando a la clase obrera a la que había educado con la consigna que aconsejaba "de casa al trabajo y del trabajo a casa"? Este enfoque es fácil de resolver. Es la vulgata de la cuestión. Una vulgata que viene tanto de la izquierda como de la derecha. También del peronismo. Todo está claro. Un Estado de Bienestar no es un Estado revolucionario. Si cae, no evitará esa caída apelando a la lucha armada. Hay, incluso, en ese peronismo cuasi místico de Favio una visión de Perón como ángel de la paz y de la vida, como un general bueno que no llevará a su pueblo por las sendas de la muerte. En fin. Pero hay otro punto de la cuestión. No es el tradicional.

Nadie puede controlar *hasta dónde* llegarán los obreros cuando se les empiezan a conceder mejoras. Cuando se los incita contra los patrones. Cuando se les hace ver que si vienen los de antes volverán los años de miseria y persecución. El peronismo tiró mucho de esta piola. Los discursos de Evita fueron incendiarios. Y ni hablemos de los últimos discursos de Perón. Seamos claros: un líder no puede decir el discurso que dijo Perón el 31 de agosto de 1955 y meterse en una cañonera de otro país ("¡tomarse el buque!") dos semanas más tarde. El discurso del 31 de agosto no tiene otra opción más que asumirse. El líder que lo dijo se pone al frente de esas palabras, no las niega y huye. Esas palabras incendiaron los ánimos de los obreros y es posible que hayan llevado a muchos *más allá* del esquema del Estado de Bienestar. Por primera vez Perón reclamaba *la acción directa* de su pueblo. "A la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente." Pero es otro el párrafo *totalmente nuevo* en el lenguaje de Perón. "Establecemos (dice) como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas o en contra de la ley o la Constitución, *puede ser muerto por cualquier argentino*". Esta conducta, insistió, debía ser seguida *por todos los peronistas*. Y luego lanzó la célebre consigna del "cinco por uno". Señalemos hasta qué punto se estaba escribiendo una historia para ese momento y para los largos años que vendrían en nuestra patria. La frase que habrá de decir Perón tiñe de sangre la argentina contemporánea ya que habrá de ser recogida por distintos sectores armados. La guerrilla recogerá el "cinco por uno". Y los militares del Estado genocida la transformarán en "cincuenta por uno". Si calculamos los muertos de la guerrilla en aproximadamente seiscientos la cifra de "cincuenta por uno" nos da la de los treinta mil desaparecidos. Esta proyección tiene la frase que Perón lanza el 31 de agosto: "La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. ¡Y cuando uno de los nuestros caiga caerán cinco de ellos!". Recién en 1973 volvería a hablar desde los balcones de la Rosada: con un vidrio de protección que la derecha le había puesto para indicar que los "zurdos" querían matarlo. El sol daba sobre el vidrio y se hizo muy difícil verlo a Perón.

"Parece que cuando Perón abandona el balcón –es la noche del 31 de agosto– le dice al jefe de Policía:

–¡Por favor, Gamboa, saque toda la policía a la calle! ¡No sea cosa que pase algo!" (Luna, *Ibid.*, p. 943).

Rara frase. ¿Quería que no pasara nada luego de ese discurso? Di Pietro se entusiasma y empieza a armar milicias populares. Las milicias no se arman por una locura de Di Pietro sino porque hay muchos obreros que se desbordaron de los esquemas del Estado de Bienestar. ¿Está claro? *El discurso de Perón rompía con el Estado de Bienestar*. Era un discurso de guerra. Reclamaba la acción de cada peronista. No es casual que si el líder llama a la lucha muchos obreros rompan el cerco ideológico y organizativo establecido hasta entonces. Una cosa es pedir a esos que el conductor conduce que "vayan de casa al trabajo y del trabajo a casa" y otra –distinta– es pedirles que maten a cualquiera que intente alterar el orden. "Contestar una acción violenta con otra acción violenta". *¿Cuál es el ámbito de esta acción? ¿Dónde tiene lugar? ¿En el trabajo? ¿En la casa?* No, en la lucha, en la política hecha guerra, a lo sumo: en la política organizada desde los sindicatos adonde habría que ir a buscar las armas y defender al gobierno del pueblo. No fueron *todos* los obreros: muchos siguieron dentro del esquema del Estado que proveía y ellos que recibían. Tenían miedo –posiblemente– y este esquema les permitía seguir siendo peronistas sin arriesgar la vida. Pero hubo otros que entendieron el nuevo encuadre: *el Estado los reclamaba*. Ese Estado que siempre les había dado concesiones, no podría dárselas en el futuro *si ellos no lo defendían ahora*. De casa a la CGT y de la CGT a la guerra. Muchos lo interpretaron así y así estaban dispuestos a actuar. Por otro lado, los hombres de armas –pese a que son naturalmente renuentes a las milicias armadas– no abandonan a Perón. Que quede claro: Perón se va con un Ejército que le sigue siendo leal y es superior al enemigo. Con una CGT decidida a la lucha. Y con los obreros que se habían olvidado de los amparos del Estado de Bienestar y se la jugaban por él. Lo que falla es la conducción. Es difícil saber quién habría ganado. (Todo parece indicar que habría sido Perón. La clase media estaba aterrorizada, los jovencitos del Cristo Vence paralizados y los comandos civiles habrían sido un aperitivo para el Ejército de Lucero.) Cuando la situación se plantea de este modo lo que la resuelve *es la decisión de dar la batalla.* El Ejército leal, la CGT y los obreros movilizados pierden la conducción. No la tienen. La conducción huye. Nada puede desalentar más a los que están decididos a pelear. Los rebeldes, en cambio, estaban decididos a todo. ¿Perón quiso evitar una guerra civil? ¿Fue víctima de sus condicionamientos de clase? ¿Había perdido energía vital, creatividad? ¿Toda esa parafernalia de la UES, la pochoneta, la adulación, los bronces, los monumentos, la alcahuetería lo habían deteriorado como líder combativo? Si fue un líder combativo, ¿no tenía esa combatividad los límites de la coalición militar, empresarial, burguesa y proletaria que le dio textura? Todo esto es posible. Una cosa fue real: en septiembre de 1955, a todos los que salieron a pelear, el conductor los dejó solos. Pero tampoco los había preparado. Perón organiza a los obreros desde el sindicalismo controlado por el Estado Peronista. Se trata de una organización estatal. Nunca hubo una organización de cuadros preparados para luchar en una coyuntura como la del '55. Los que salen en las jornadas de septiembre lo hacen por las suyas. Recorren las calles. Gritan "¡La vida por Perón!" Van hacia la CGT. No existía una sola estructura organizativa de cuadros políticos que pudiera sostener al gobierno ante un ataque armado. Sólo el Ejército. Era así: *tampoco el Ejército habría tolerado una organización de cuadros leales*. Cuando se forman barricadas contra el golpe de Menéndez son los leales Solari y Lucero quienes se quejan ante Perón. Lo mismo con las armas que hace traer Evita. "Nos tiene a nosotros." Lo terrible de septiembre de 1955 es que *no los había perdido*. Ese Ejército burgués, institucional, profesional, insistía en su lealtad al líder. De modo que Perón no necesitaba una estructura de cuadros que saliera a defenderlo. Por decirlo todo, en 1955 el Ejército leal estaba dispuesto a hacer sentir su mayor poder de fuego sobre el rebelde, los obreros que habían roto los marcos conceptuales del Estado de Bienestar pelearían por Perón como siempre lo habían proclamado, la CGT se movilizaría en totalidad. Todos querían pelear, pero el jefe los abandonó.

PROXIMO DOMINGO

La economía peronista

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

9 **El concepto de aniquilamiento**

Suplemento especial de
Página/12

LAS VEINTE VERDADES

El 21 de junio de 1973, al día siguiente de la masacre de Ezeiza, Perón da un célebre discurso en el que declara inaugurada la "etapa dogmática" del peronismo. Era una clara opción en favor de los que hacían de la *patria peronista* su bandera contra los de la *patria socialista*. En ese discurso (y es, ahora, a esto a lo que apuntamos) Perón –que busca congelarlo todo para frenar la dinámica política y movilizadora de su ala izquierda– habrá de referirse a las famosas y muy olvidadas "veinte verdades justicialistas". ¿Quién se acordaba de ese catecismo de museo? ¿Cuándo el líder revolucionario madrileño que decía que con el Che había muerto "el mejor de los nuestros", que la violencia de abajo es consecuencia de la violencia de arriba, que al enemigo ni justicia, que el hambre es violencia y que esto lo arreglan los jóvenes o no lo arregla nadie, se había ocupado de hablar de esa charlatanería del pasado, del viejo peronismo, el que todos, y sobre todo Perón, habíamos dejado atrás? Pero no. Impávido, seguro, prepotente, el líder dice: "Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen". ¿Qué eran las veinte verdades, quién las conocía? Cuando llegué a la Facultad, a eso de las 4 de la tarde, ya una agrupación había hecho un colgante con las "veinte verdades". Serían de Guardia de Hierro o de los Demetrios, el "peronismo mogólico" como se les decía. Pero se sabían las "veinte verdades", sabían dónde encontrarlas y ahí estaban ellos: mostrando en su orgulloso colgante el "nuevo" credo. Al diablo con el socialismo nacional, la actualización doctrinaria y el trasvasamiento generacional. Ahora, apréndanse las "veinte verdades", imberbes. Un pibe que se llamaba Ernesto y que era de una organización de la "tendencia", no bien me vio me preguntó dónde estaban. Todavía lo veo: Ernesto era jovencito, tenía cejas muy pobladas, era muy serio y conducía a los suyos con eficacia. Esa tarde estaba desesperado. Todo lo que dijo fue patético, ya que revelaba las sorpresas que la Tendencia empezó a pegarse con Perón no bien el "león herbívoro" aterrizó en la patria –ahora *peronista*– que lo recibía en medio de los tiros, la furia y el miedo. "Che, José", me dice. "¿Vos sabés qué son las 'veinte verdades'? Decime: ¿qué mierda son las 'veinte verdades'?" Acaso una historia de la Juventud Peronista podría escribirse con este título: *¿Qué mierda son las veinte verdades?* Estaban por todas partes. Pero estaban en los viejos libros del justicialismo. En el viejo pasado que los jóvenes –aun bajo la conducción del líder revolucionario, del amado por la clase obrera– habíamos venido a "actualizar". Nada. Nadie tenía nada de eso. Ni un libro de lectura de la época. Recordé, sin embargo, que en *La fuerza es el derecho de las bestias*, Perón las transcribía. Al rato había un nuevo colgante. Un colgante de la izquierda revolucionaria con las "veinte verdades". Pero, ¿eso íbamos a hacer? ¿Plegarnos a cualquier cosa que el Viejo dijera? Por el momento, sí. ¿Veinte verdades? Veinte verdades, general. Las veinte verdades fueron leídas por Perón, desde "su" balcón de la Casa Rosada, el 17 de octubre de 1950. Parecieran ser un fruto tardío del peronismo. Venían a decir cosas que Perón venía diciendo desde los lejanos años de 1943. Si en 1950 parecían un fruto tardío, en 1973 parecieron un fruto podrido o una tontería trasnochada sólo traída a flote para frenar el vértigo de la militancia, a bajar banderas, a abrirles paso a los ortodoxos. Eran, con total precisión, eso. "Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento (...) Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen." Veamos, ¿qué decían? Se trataba de un ideario popular, nacionalista, cristiano, estatista y entregaba algunas consignas para manejarse dentro del movimiento. La democracia estaba al servicio del Pueblo (siempre escrito con mayúsculas) y defendía sólo su interés. El justicialismo es popular y todo círculo político es antipopular, por consiguiente no es justicialista. El justicialismo reconoce una sola clase de hombres: los que trabajan. Según recuerdo de mi larga infancia de "niño privilegiado", esta "verdad", la de reconocer sólo como hombres a los trabajadores, incomodaba a las clases medias. "¿Cómo? ¿Y nosotros no trabajamos?", era la queja. Algo que entrega un elemento certero: Perón siempre se dirigía a los trabajadores. Aun cuando le hablara al "Pueblo", su interlocutor era el pueblo trabajador de la nación. Esto mantenía siempre vigente, siempre en pie las divisiones en las que persistió el movimiento: pueblo/antipueblo, patria/antipatria, leales/contreras, peronistas/antiperonistas. O sea, amigo/enemigo al más puro estilo Carl Schmitt. La cuestión es densa. No se marcan inocentemente antagonismos tan fuertes. La oligarquía argentina había grabado a sangre y fuego el más poderoso de todos: Civilización/Barbarie. Pero los del peronismo se extendían a otros enfrentamientos. Decir "La vida por Perón" era decir "Perón o muerte". Y éste es un antagonismo que ya señala la posibilidad cercana de la guerra, de la violencia. "Los conceptos de amigo, enemigo y lucha (escribe Carl Schmitt) adquieren su sentido real por el hecho de que están y se mantienen en conexión con la posibilidad real de *matar físicamente*. La guerra procede de la ene-

mistad, ya que ésta es una negación óntica de un ser distinto. La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad. No necesita ser nada cotidiano ni normal, ni hace falta sentirlo como algo ideal o deseable, pero tiene desde luego que estar dado como posibilidad efectiva si es que el concepto del enemigo ha de tener algún sentido" (Schmitt, *ob. cit.*, p. 63. Bastardillas mías). Se trata de un texto luminoso: no bien se plantea un antagonismo en que uno de los dos elementos antagonizados sea entendido por el otro como *enemigo* y viceversa lo que se ha planteado es la guerra y, con ella, "la posibilidad real de matar físicamente". De aquí que la verdad N° 7, que establece que para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista, sea modificada por el Perón del '73. Aquí, ya que a él le interesaba, no regía la "etapa dogmática". Si el líder decidía cambiar, se cambiaba. Perón advierte lo que señala Schmitt: si para un peronista no puede haber nada mejor que otro peronista, queda todo un sector de la sociedad enfrentado al peronismo. No hay un esquema amigo/enemigo fuerte, pero hay un reconocimiento de segundo grado. Primero reconozco a los peronistas: ellos, para mí que lo soy, son los mejores. Los demás, no sé. Sobre ellos cae la sombra de una sospecha. Pues si fueran decididamente buenos serían peronistas. Por consiguiente, lo mejor para mí. Pero no lo son. ¿Por qué? No puedo saberlo, o sí. Pero lo que sé es que, al no ser peronistas, no pueden ser "lo mejor" para mí. Perón, en el '73, tiene que cambiar. Quiere aglutinar a toda la sociedad tras su proyecto y no quiere que nadie, por no ser peronista, se sienta excluido. De aquí la nueva formulación de la séptima verdad: "Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino". Es el Perón que plantea un único antagonismo: el que se produce entre el tiempo y la sangre. Volveremos sobre esto, pero digamos que ésta es la formulación más densa, más tramada del Perón del '73. La que dice: venimos de la primacía de la sangre, ahora es la del tiempo. Otra de las caras que llevó a la tragedia es la respuesta sincera que muchos dieron a ese encuadre: "Corrió demasiada sangre. Ya no nos queda tiempo". O también: "Corrió mucha sangre como para que ahora nos pidan tiempo". Toda la tragedia que se desarrolla desde 1955 a 1976 radica en la imbecilidad gorila. Si no hubiese sido tan difícil traer a Perón, si no hubieran sido necesarias tantas luchas, tantas vidas, tanta sangre, acaso se hubiera podido frenar el desastre.

EL ODIO GORILA

Lo que Perón no pudo frenar en el '73 no es (como le reprochan sus enemigos) lo que él desató. Es lo que desató el odio gorila. Perón, es cierto, alentó a las formaciones especiales, a la violencia. Tiene su responsabilidad en eso. Pero a la guerrilla la creó la necedad del país antiperonista. La torpeza miserable, clasista, racista, antidemocrática y represiva de la oligarquía, del empresariado, del catolicismo y del Ejército. ¡Si hasta el santo viejito Illia, el intocado de nuestra historia, tiene una enorme responsabilidad en esto! ¿Por qué no se jugó por la Ley, por la Justicia, por la Libertad, por el Derecho y dejó que Perón retornara en 1964? Vamos a darle la palabra a una honesta, seria historiadora radical: "En noviembre del '64, cuando todavía no se habían extinguido los ecos del Plan de Lucha, el gobierno de Illia enfrentó otro grave problema: el día 12 se anunció que Perón, Jorge Antonio, Vandor, Framini y Delia Parodi habían tomado pasaje en Madrid y se dirigían a Buenos Aires en un vuelo de Iberia. La opinión nacional se dividió en peronistas deseosos de reencontrarse con su líder y antiperonistas para quienes se corporizaba el fantasma del regreso de Perón. En los últimos meses había recrudecido la campaña 'Perón Vuelve', cuya sigla 'PV' se escribía con tiza en las paredes de los barrios. La marcha peronista cantada insistentemente en las tribunas populares de los estadios de fútbol señalaba que el recuerdo de Perón estaba vivo (...). El retorno de Perón se frustró en Río de Janeiro a pedido de la Cancillería argentina" (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 611). ¿Quién estaba al frente de la Cancillería argentina? O mejor: ¿pertenecía esa Cancillería al gobierno del doctor Illia? Entonces el buenazo del doctor Illia impidió un regreso que habría salvado infinidad de vidas en este país. Por decirlo todo, si Perón hubiese podido regresar en 1964, Aramburu no moría. Salvo de un infarto, de un cáncer o de un resfrío mal curado. No veo, con sinceridad, qué cosas peores habrían podido sucederle al país si se le permitía a Perón regresar en esa fecha, cuando, indudablemente, lo intentó. Pero se le temía. "El fantasma del regreso de Perón." Lo que era una esperanza para los peronistas era una pesadilla para los antiperonistas. ¿Qué era lo que se temía? Estaba ahí: en los estadios de fútbol. En los sectores populares que cantaban, con furia, la marcha peronista. Para mal o para bien, nadie despertó tanto el fervor popular en este país como Perón. Y esto horroriza a los militares, a la Iglesia ("¡nos roban al pueblo!") y a la oligarquía ("¡otra vez los negros!"). Esas muchedumbres de los estadios eran la verificación de algo: si Perón volvía a la Argentina podría presentarse a elecciones, arrasando. *Aceptar el regreso de Perón era aceptar entregarle el país*. ¿Cómo no lo iban a parar los radicales en Río de Janeiro? Si no lo hacían, los echaban a patadas. ¿O quiénes se creían que eran? ¿En serio creían que *ellos* gobernaban? El buen viejo Illia debió, sin embargo, jugarse entero. Señores, si yo no gobierno con la ley, no gobierno. Si para gobernar le tengo que prohibir a un argentino su derecho de volver al país, me voy. Debió haber hecho eso. Lo echaron de todos modos. ¿Qué ganó obliterando el regreso del Maldito? Pero una simple, serena reflexión sobre *este* retorno nos lleva a establecer que la imbecilidad, el canallismo, la *verdadera generación de la violencia*, estuvieron *antes* en los gorilas que en Perón o en las formaciones especiales. Frustrado el regreso de 1964, las opciones para forzar el regreso del líder proscripto (del líder popular que las masas reclamaban desde los estadios de fútbol y desde cualquier lugar en que mínimamente se concentraran) debían ser mucho más drásticas. Aquí –*exactamente aquí*– se abre la posibilidad histórica de la muerte de Aramburu. ¿Quiénes abren esta posibilidad? Los que dejan bien claro que para traerlo a Perón va a ser necesario mucho más que un vuelo a través del océano y un aterrizaje en el país. Porque Perón *no puede* volver. Porque *no puede* haber democracia ni la habrá en tanto las masas sigan detrás de Perón asegurando su triunfo en cualquier elección democrática. Los que así pensaron fueron quienes hicieron fuego sobre Aramburu, aunque en última instancia haya sido Fernando Abal Medina quien lo hizo. *Ellos eligieron la sangre*. Perón, en el país, en 1964, no era la sangre. *Era el tiempo*. Una temporalidad sin duda agitada. Y un tiempo en que el peronismo habría vuelto al poder. Con Perón diez años más joven. Sin formaciones guerrilleras en acción. Con militantes duros y políticos dialoguistas. Con el vandorismo. Con lo que sea. Pero, todavía, no daba para la tragedia. Lo que siguió armando la trama final de la tragedia fue la prohibición de Perón. El miedo infame del poder tradicional. La vigencia todavía absoluta del artículo 4161. A Perón, ni nombrarlo. (*Nota:* Se trata del decreto-ley 4161 del 5 de marzo de 1956. Se llamaba: "Prohibición de elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista". Se publicó en el Boletín Oficial del 9 de marzo de 1956. Vamos a citar íntegramente su artículo primero, ya que se trata de una pieza imperdible: Art. 1º Queda prohibida en todo el territorio de la nación: a) La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o la propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter, o pudieran ser tenidas por alguien como tales, pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo. Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones "peronismo", "peronista", " justicialismo", "justicialista", "tercera posición", la abreviatura P, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales "Marcha de los muchachos peronistas" y "Evita capitana", o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa, o fragmentos de los mismos. b) La utilización, por las personas y con los fines establecidos en el inciso anterior, de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina, artículos y obras artísticas que pretendan tal carácter, o pudieran ser tenidas por alguien como tales, creados o por crearse, que de alguna manera cupieran ser referidos a los individuos representativos, organismos o ideología del peronismo. c) La reproducción por las personas y con los fines establecidos en el inciso a), mediante cualquier procedimiento, de las imágenes, símbolos y demás objetos señalados en los dos incisos anteriores.) El miedo a las masas. La jactancia de clase. El racismo. "Somos superiores. Las masas son brutas. Son ignorantes. Perón es un fascista. No volveremos al régimen peronista." O la humorada tan festejada de Borges: "Los peronistas son incorregibles". Bien, desde este preciso instante de la historia en que estamos, noviembre de 1964, el gobierno de Illia prohibiendo (con, desde luego, enormes presiones militares y eclesiásticas y oligárquicas) el regreso de Perón, se podría decir: "Los antiperonistas no son incorregibles, son brutos". Con menos imbecilidad, con algo de inteligencia, con menos odio, con menos miedo, habría corrido mucha menos sangre. No fue Perón el que, engañándola, le hizo creer a la izquierda peronista de los '70 que él era un líder revolucionario. *Fueron los antiperonistas*. Que Perón era lo intragable para el régimen se leía en el odio de los militares, en el odio de la Sociedad Rural, de la Iglesia, de los sectores académicos, del periodismo ilustrado (la *Historia del peronismo* que se escribe en *Primera Plana*, la revista política de elite de los '60, es totalmente gorila), en las clases medias, *en todas partes menos en la clase obrera, en los sectores populares*. ¿Cómo diablos iba a creer la juventud que se preparaba para buscar al sujeto revolucionario en el peronismo y en el maldito, el expulsado Perón, las leyendas satánicas de sus padres? "Era un nazi. Los hermanos Cardozo. Lombilla. El boxeador Lowel. La UES, centro de depravación. Los jefes de manzana. La afiliación obligatoria. La adolescente Nelly Rivas." Pero, sobre todo, lo que los padres gorilas o gorilizados por la impresionante máquina de propaganda antiperonista que se montó a partir de 1955 les decían a sus hijos era: "Fue un nazi". ¿Qué habríamos tenido si los jóvenes de la izquierda peronista hubieran creído en esas letanías de sus padres? La generación-Uki Goñi.

Las restantes verdades peronistas expresaban el ideario del primer peronismo. Perón regresa a ellas en 1973 porque son la garantía de un capitalismo popular, que era lo que buscaba. Y aquí el rechazo del peronismo combativo es unánime. ¿Dieciocho años de lucha para un capitalismo popular? ¿Para darles la manija a los sindicatos conciliadores, amigos de la burguesía? ¿A Gelbard y a la CGE? Acaso sí. Pero era difícil aceptarlo. Los Montoneros hicieron un encuadre típico de su modo de pensar: *cambiamos sangre por poder*. Nosotros pusimos los muertos para que el líder regresara/ nosotros queremos compartir la conducción con el líder. Conducción, conducción/ Montoneros y Perón. Y si no, lucha interna. Asesinato de Rucci.

LOS "APUNTES DE HISTORIA MILITAR"

Apuntes de historia militar es el libro que Perón escribe para sus alumnos de la Escuela de Oficiales. Pretende entregarles una ayuda práctica para que puedan profundizar los conocimientos que adquieren en las clases. En cuanto a la existencia del libro no hay otra cosa que la explique mejor. Se hizo para eso y para eso sirvió. Sin embargo, *tuvo* y *tiene* una vigencia importante en la historia argentina. Toda esa jerga que los peronistas utilizaron acerca de la estrategia y la táctica. Todo el

tema de la conducción y los cuadros auxiliares. La famosa frase del bastón de mariscal que cada soldado debe llevar en su mochila está ahí. Perón habla y sabe de lo que habla. Se trata de un militar culto. De un militar que forma oficiales. De un militar que ha leído a Clausewitz y a los otros principales teóricos de la guerra.

Uno de los conceptos centrales que utiliza Perón, y al que habrá de retornar en el manual de Conducción Política, es el de *economía de fuerzas*. Perón parte de un texto del mariscal Ferdinand Foch (1851-1911). Foch es un mítico militar francés, héroe de la guerra franco-prusiana y director de la Escuela de Guerra francesa entre 1907 y 1911. Cuenta un encuentro entre dos militares. Uno de ellos, casi nada, es Napoleón Bonaparte. El otro es Moreau. Napoleón le dice que desde hace ya tiempo deseaba conocerlo. Moreau no parece sentirse muy orgulloso ante Napoleón, pues su última campaña guerrera no le ha sido favorable. "Llegáis de Egipto victorioso", le dice a Napoleón. "Yo, de Italia, después de una gran derrota" (Mayor de E.M. Juan Perón, *Apuntes de historia militar*, Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1951, p. 42. La primera edición es de 1932. Hubo otra en 1934. Y esta de 1951 ya es parte del aparato propagandístico del peronismo. A Perón le editaban hasta los estornudos.) Moreau ofrece algunas explicaciones acerca de su derrota y concluye diciendo: "Era imposible que nuestro valiente ejército no fuera abrumado por tanta fuerza reunida. Es siempre el número mayor el que bate al más pequeño". ¡Ah, torpe Moreau, qué tontería has dicho delante de un genio como Napoleón, la pagarás cara! Bonaparte le dice que tiene razón, que es siempre el número mayor el que bate al más pequeño. "Sin embargo, general –dice Moreau–, con pequeños ejércitos habéis batido a grandes." Napoleón dice que es cierto. Pero que aun en esos casos ha sido el *mayor número* el que batió al menor. Crea planteado el problema que asombra a Moreau y que Perón buscará explicar: ¿cómo puede un ejército *inferior en número* vencer a otro superior y precisamente por ser *superior en número*. En suma, cómo es posible ser más que el enemigo cuando se es menos. Más aún: cómo es posible tener más soldados cuando el otro tiene más. Napoleón –su genio militar– tiene la respuesta. Dice: "Cuando con fuerzas inferiores me encontraba en presencia de un gran ejército, concentrando con rapidez el mío, me dejaba caer como un rayo sobre una de sus alas y la desbarataba. Aprovechaba en seguida el desorden, nunca dejaba de producir en el ejército enemigo para atacarlo en otra parte, siempre con todas mis fuerzas. *Lo batía así en detalle* y la victoria que resultaba era siempre, como usted lo ve, el triunfo del mayor número sobre el más pequeño" (*Ibid.*, p. 43. Bastardillas mías). He aquí el *principio de economía de fuerzas*. Se trata de más numeroso en el lugar en que se decide la batalla. "He aquí el arte de la guerra, según Napoleón", dice Perón, cuyo apellido afortunado, que rima con tantas cosas, rima también con el del glorioso cautivo de Santa Elena. Y anota: "He ahí la teoría del arte en su enunciado y la tarea del artista en su ejecución" (*Ibid.*, p. 42). La teoría del arte es el principio de economía de fuerzas. *La tarea del artista –el artista es el conductor– radica en aplicar la teoría*. Según vemos, para los teóricos de la guerra, la guerra es un arte y el conductor es el artista que aplica la normativa de ese arte: la teoría de la guerra. Luego Perón inicia su exposición de Clausewitz. Toma del teórico prusiano su principal concepto (aunque los clausewitzianos traten de negarlo): *El aniquilamiento del enemigo*. Si Clausewitz es o no el teórico del *aniquilamiento* tal vez lo veamos más adelante. Para Perón, lo es. El fin de la acción guerrera es el "aniquilamiento del enemigo" (*Ibid.*, p. 108). "Recalco bien (escribe) esta finalidad y cada uno de los que inicien el estudio de la guerra debe ser guiado por esta premisa. Ella encarna en las operaciones estratégicas el objetivo militar o estratégico. *Sólo el aniquilamiento del enemigo es en la guerra moderna el objetivo que guía a la conducción superior*. El olvido de este objetivo (...) llevó a una deformación de la acción guerrera, hasta que Napoleón los llamó a la realidad con sus operaciones y batallas que tenían un sello de aniquilamiento. Es, pues, la guerra moderna, eminentemente de aniquilamiento" (*Ibid.*, p. 108. Bastardillas mías). Ignoro si el general Justo José de Urquiza había leído a Clausewitz, pero sé que luego de la batalla de *Vences* (o, al menos, no dudo en afirmarlo) aplicó el principio de aniquilamiento del enemigo. Cierto es que eso le valió el incómodo apodo de *El carnicero de Vences*. Ya lo tenía de una batalla anterior: *India Muerta*. Vamos a tomar la narración que hace la historiadora entrerriana Beatriz Bosch, apasionada defensora de Urquiza, en su voluminoso *Urquiza y su tiempo*. Si ustedes me lo preguntan o, de lo contrario, me lo pregunto yo, no coincido con Beatriz Bosch, acaso porque no soy entrerriano. Pero por algo más también. Urquiza fue un militar sanguinario y el más grande traidor a la causa del federalismo. Gran parte de nuestra historia tiene su momento de quiebre en esa retirada miserable de Pavón en la que cede a Mitre la posibilidad de arrasar las provincias. Las decisiones de los individuos forman parte de la trama histórica. Porque Urquiza fue Urquiza nuestro país fue como fue. Pudo haber sido de otro modo. No todo hombre se vende. Buenos Aires tal vez no habría podido comprar a otro general. Si menciono a Urquiza (y si volveré a mencionarlo) es porque a partir de 1973, algo secretamente, se elabora una teoría que une la figura de Urquiza a la Perón: *dos traidores*. Urquiza, al federalismo. Perón, a las ilusiones de izquierda que había apoyado desde su exilio. Incluso David Viñas publica en ese mismo año o en el siguiente una novela que se llama *General muerto* y que establece esa incómoda simetría. Volviendo, ahora, a la teoría del aniquilamiento. Bosch narra el final de batalla de Vences y la tarea de aniquilamiento a que se entregan los hombres de Urquiza y Urquiza mismo. "Aplastante triunfo del ejército federal. Cinco jefes, setenta y un oficiales y mil doscientos cuarenta individuos de tropa quedan prisioneros, según el parte del día siguiente de la victoria. Banderas, estandartes, armas y carruajes integran el copioso trofeo. *Al descalabro sigue la inmediata persecución. Urquiza mismo corre a lo largo de tres leguas a los fugitivos, que buscan los montes*" (Beatriz Bosch, *Urquiza y su tiempo*, Eudeba, Buenos Aires, 1980, p. 119. Bastardillas mías). A continuación la señora Bosch estampa una frase definitiva: "Cruento matiz caracteriza la jornada" (*Ibid.*, p. 120). Urquiza, en Vences, guerrea como hombre de Rosas. Su enemigo es el gobernador Madariaga, hombre de los unitarios. El 23 de diciembre Urquiza dice: "La Justicia Divina no ha permitido que por más tiempo quedasen impunes los horrendos crímenes con que estos malvados han hecho gemir a la humanidad. (¿A la humanidad? Era un conflicto entre Entre Ríos y Corrientes, JPF.) Otros cabecillas empecinados y famosos salteadores también han sido fusilados en los Distritos donde fueron aprendidos, quedando en consecuencia esta Provincia limpia de malvados y sin el más mínimo germen de rebelión" (*Ibid.*, p. 120). Esta última línea de Urquiza es de notable justeza: *sin el más mínimo germen de rebelión*. En suma, la guerra de aniquilamiento persigue que *no quede vivo ni un solo germen de la rebelión que se ha querido sofocar*.

EL CONCEPTO DE "ANIQUILAMIENTO" APLICADO A LA GUERRILLA

Sigue su análisis Perón: se concentra en Clausewitz. Antes, cita una frase de Foch que siempre me resultó más que divertida: "No hay victoria sin batalla". Es posible sacar las frases más disparatadas de este esquema. "No se llega al centro sin tomar el subterráneo." O "no hay resfrío sin bacteria". O "no tendré los pantalones húmedos si no me meo encima". Creo que ésta es la más inspirada, aunque deteriore la seriedad de este texto. Ahora bien, Perón sabe por qué cita la frase de Foch. Y luego lo sabrá cualquier peronista. O cualquier guerrillero. O cualquier revolucionario. "No se toma el poder sin lucha armada." "No se gana una elección sin lograr el apoyo del pueblo." En suma, "no se gana un partido sin jugarlo", sería la expresión futbolera de este axioma del glorioso mariscal Foch. Pero (según dijimos) en quien desea concentrarse Perón es en Clausewitz. Tengamos algo por cierto: Perón leyó atentamente al gran teórico de la guerra y sus *Apuntes de historia militar* son excelentes. Más adelante, en *Conducción política*, dirá, sin más, que pueden aplicarse a la política. Si es así, ¿es entonces el peronismo un movimiento que surge de la aplicación a la política de un manual de *historia militar*? Habrá que responder a esta pregunta.

Clausewitz es implacable. Toda la dureza que se le achaca, toda la inhumanidad que se le reprocha y de la que intentan defenderlo sus apasionados adherentes es real, cierta. Perón cita una de sus frases centrales, o acaso la que vertebra su obra: *"La victoria es el precio de la sangre; debe adoptarse el procedimiento o no hacer la guerra. Todas las consideraciones de humanidad que se pudieran hacer valer os expondrían a ser batidos por un enemigo menos sentimental"*. El comentario que Perón ofrece de este texto es también de gran precisión, de gran contundencia, y si agita algo en quienes lo leemos es porque estamos pensando qué papel habrán jugado estas durísimas concepciones en el Perón político, en todos los "perones" que tuvo el país (el del primer gobierno, el del segundo, el del exilio, el del regreso, etc.). "Las guerras (escribe, comentando a Clausewitz) serán cada vez más encarnizadas y en los tiempos que corren sólo el aniquilamiento puede ser el fin. Los medios para conseguirlo pueden variar en forma apreciable , pero la finalidad de la guerra se ha cristalizado en este precepto: *'Aniquilar al enemigo para someterlo a nuestra voluntad'"* (*Ibid.*, p. 130). Lo espinoso de este tema radica en que no es posible imaginar a dirigentes peronistas de primera línea que no conozcan este texto de Perón. No digo los de ahora. Ahora, época en la que el peronismo puede ser cualquier cosa y cualquiera puede ser peronista, ya que el peronismo se define más por su aparato que por alguna ideología (en una época, es cierto, en que así funcionan las cosas: no hay ideas, hay líneas de fuerza), el que se hace peronista ni idea tiene de las veinte verdades o (menos aún) de los *Apuntes de historia militar*. Pero cuando se firma el decreto de "aniquilamiento" de la guerrilla *los peronistas que lo firmaron debían saber que los militares que recibían esa orden, esa orden expresada por esa palabra, sólo podían entender una cosa, ya que conocían los textos prusianos en los que se teorizaba sobre el aniquilamiento como función final de la guerra*. Eso es lo que habían estudiado en las escuelas de guerra. *Todo militar pasa por Clausewitz*. No creo que el general Acdel Vilas –el primero en comandar el *Operativo Independencia* en 1975– no supiera qué significaba "aniquilamiento". No me estoy agarrando de *una palabra*. No es, además, una palabra: es un concepto. El concepto viene de Clausewitz (es el *concepto fundamental* de su poderosa obra *De la guerra*), lo retoma Perón porque sabe que hablar de Clausewitz es hablar del *aniquilamiento* y lo retoma el gobierno de Luder al firmar la orden para liquidar a la guerrilla, *sin que quede vivo ni un solo germen de la rebelión que se pretende sofocar*, por decirlo con las palabras de Urquiza, el carnicero de la batalla de Vences. Esa palabra, en suma, está puesta en ese decreto con clara deliberación, con el completo saber de lo que ella significa. Y –en la práctica del *Operativo Independencia*– significó lo que se proponían que significara quienes la esgrimieron: el aniquilamiento total del enemigo. Hay diferencias y son importantes. Cuando Clausewitz habla de *aniquilamiento* habla de aniquilamiento en batalla y de acuerdo a las leyes de la guerra. Urquiza no: era, justamente, un carnicero porque el aniquilamiento incluyó la persecución feroz del enemigo y la muerte de cientos de hombres indefensos, inermes. Pero, sobre todo, Clausewitz habla de *batallas entre ejércitos, entre ejércitos de distintas naciones*, no de un Ejército persiguiendo a un grupo de civiles armados, connacionales. *Esto no es una guerra*. Además, si Karl von Clausewitz hubiera presenciado las atrocidades que los hombres de Vilas y luego los de Bussi hicieron en el monte tucumano, las habría desaprobado con indignación, asqueado.

PRÓXIMO DOMINGO

Conducción política y economía peronista

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

10 **Conducción política y economía**

Suplemento especial de
Página/12

La palabra "estrategia" se ha transformado en una palabra peronista, algo nada imprevisible ya que proviene del léxico militar de Perón. Para el mayor de la década del '30 estrategia es un *modo de la conducción*. Hay una conducción central, una conducción que dispone de la distribución de todas las restantes fuerzas. Su responsabilidad es total y –además– a esa conducción, a la *estratégica*, se someten todas las otras conducciones. El estratega es el que conduce al conjunto de las fuerzas. A la totalidad de ellas. Así, dice Perón: "*Conducción estratégica*: Es la que se refiere a la conducción del total de las fuerzas puestas en juego" (*Ibid.*, p. 135). La *conducción táctica* no se refiere a la conducción de la totalidad de las fuerzas, sino que "conduce en detalle". Lo estratégico se realiza a través de lo táctico. Lo táctico es la instrumentalización de lo estratégico. Pero lo táctico nunca debe sustantivarse. La sustantivación de lo táctico crearía una nueva conducción estratégica. Como se ve, por medio del hegeliano Clausewitz entra Hegel en el peronismo. La relación táctica y estratégica es la relación que la dialéctica hegeliana establece entre la totalidad y las partes. La estrategia se refiere a la totalidad. Pero la totalidad está tramada por todas las líneas tácticas que le dan contenido. Un conductor estratégico sin elementos tácticos sería un estratega de la nada. Hay una estrategia porque hay una táctica. Porque hay muchas tácticas. La estrategia consiste en dar un orden a todas las líneas tácticas, *en conducirlas a todas hacia un mismo fin*. Tarea que el *Perón de Madrid* llevó adelante con éxito. Movió todas sus fuerzas en la dirección que la estrategia planteaba. El desarrollo del arte de la conducción se exhibió con brillantez desde Madrid. No pudo constituirse un *peronismo sin Perón*. Tomemos un ejemplo: el vandorismo intentó ser la sustantivación de una línea táctica. Toda línea táctica que abandona la totalización que impone la conducción estratégica, deja de ser táctica. Ya no puede ser una táctica de nadie. Debe convertirse en estratégica para seguir adelante. Podríamos decir entonces que *el vandorismo fue la estrategia de instaurar un peronismo sin Perón*. También, en los setenta, los sectores combativos del alternativismo, al desconocer la conducción de Perón, se apartaban de la estrategia totalizadora del conductor. Inauguraban una línea estratégica: la del peronismo sin conducción de Perón. La pregunta es: si se seguía aceptando la identidad peronista, ¿se podía desconocer la conducción de Perón? La respuesta planteaba complicaciones. No respondemos a la conducción de Perón, pero sí a la identidad del pueblo peronista. El pueblo peronista, sin embargo, sólo se movilizaba por la gran consigna de la época: *Perón vuelve*. Esto galvanizaba a todas las fuerzas del movimiento. Era difícil plantear una lealtad al pueblo y una no lealtad a Perón. De aquí que el vandorismo, en los sesenta, fracasara. Vandor no era Perón. Vandor no era la figura maldita. Las masas no esperaban su regreso en un avión negro.

En cuanto al alternativismo de los setenta tuvo que ir girando cada vez más hacia lo que ya era cuando se proclamó alternativista: a la oposición a Perón. No sólo a la no aceptación de su conducción estratégica, sino a la abierta oposición a ella. La lógica de la conducción es de hierro: si el conductor estratégico conduce a la totalidad, las líneas tácticas tienen que aceptar la conducción estratégica. De lo contrario, salen de la estructura de totalización y tienen que *totalizar a partir de ellas.* Aquí, ya estoy usando los conceptos del Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*. Digámoslo así: el que totaliza es el conductor. Las partes de la totalidad son totalizaciones en curso, totalizaciones parciales. Pero (a diferencia del magistral juego de la dialéctica sartreana), la conducción estratégica quiere *totalizar desde un esquema de poder*. El que totaliza es el conductor estratégico. No hay un juego de totalizaciones y destotalizaciones y retotalizaciones. En la conducción de la guerra no hay la libertad que Sartre encuentra en la praxis dialéctica. Perón asume la estrategia jerárquica del *conductor*. Él es quien decide cuándo totaliza, o cuándo no, a qué línea táctica otorga prioridad, cuál avanza, cuál retrocede. y hasta cuál muere por no tener ya el respaldo, el reconocimiento de la conducción estratégica. El conductor asume el papel de la astucia de la razón hegeliana. La totalidad requiere de lo particular porque es a través de él que se realiza. Pero lo particular desconoce el rumbo de la totalidad. Sólo la Historia sabe su secreta teleología. Los particularismos actúan sin saber qué sentido final tendrán sus acciones. Ponen la pasión. Es la *astucia del conductor* la que conduce las infinitas pasiones hacia el mismo fin. El único que conoce el fin es el conductor *porque él lo establece con su conducción*. De este modo, el peronismo, como la Historia en Hegel, ha hecho la historia con la pasión de sus conductores tácticos, de sus militantes, que, aun cuando pudieran encontrar consuelo en la frase célebre que proclama que todo el que es conducido tiene un papel en la conducción o que todo soldado lleva en su mochila el bastón de mariscal, han sido arcilla en los designios de la conducción estratégica, que ha hecho con ellos su plan teleológico, el sentido final de la conducción. El fracaso de toda esta trama se produce a partir de Ezeiza. Ezeiza es el estallido de las conducciones tácticas. Por decirlo algo locamente, el peronismo, a partir de Ezeiza, pasa de Hegel a los posestructuralistas y aun a los posmodernos. La Historia estalla en mil pedazos. Lean al Foucault de la *Microfísica del poder* o de *La verdad y las formas jurídicas*. Por ejemplo, volvamos nuestra atención hacia ese notable texto de 1971 que es *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Escribe Foucault: "El gran juego de la historia es quién se adueñará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quien introduciéndose en el complejo aparato, lo harán funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas" (Michel Foucault, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Buenos Aires, 1992, p. 18). Se trata de un texto de excepcional riqueza para entender la tragedia que se extiende desde el regreso de Perón hasta su muerte. Sobre todo, digo, *este* período. El de la relación de enfrentamiento, de discusión y apropiación de la doctrina y de la conducción que se da entre Perón y la izquierda peronista, ya ahí claramente hegemonizada por Montoneros. Observemos cómo el texto de Foucault nos permite ver el fracaso de la dialéctica conductor/conducidos, totalidad/particularidad que Perón estaba acostumbrado a desarrollar triunfalmente desde Madrid.

LO UNO Y L0 MÚLTIPLE

El peronismo establece un gran relato. Todo gran relato requiere de una visión lineal de la historia. El *relato* le entrega a los hechos históricos un sentido, una racionalidad de la que carecen. Pero –en ciertos momentos– se ve un sentido en la historia. Esto lo vieron los peronistas desde el mismísimo 1955. Ni siquiera era necesario demostrar cuál sería el sentido de la historia en los años por venir: el regreso de Perón. Se establece entonces un relato: *1) Paraíso; 2) Pérdida o expulsión del Paraíso; 3) Tránsito por la tierra del dolor. Lucha por la reconquista del Paraíso*. Acaso esto no fuera perceptible por quienes se movían por fuera del peronismo. Pero todas las luchas, desde la Resistencia hasta el peronismo combativo de Ongaro, el padre Mujica, Rodolfo Ortega Peña, los referentes de la "corriente nacional" (Jauretche, Hernández Arregui), García Elorrio y el grupo de *Cristianismo y Revolución*, los sacerdotes del Tercer Mundo, Cooke, etc., se dirigían hacia un mismo objetivo. Algo que se decía así: *el regreso incondicional del general Perón a la patria*. Esta frase dio sentido a dieciocho años de lucha militante en la Argentina. Sí, es cierto que quienes miraban de afuera no se incluían en este relato. Pero era imposible no hacerlo: se incluían en tanto eran quienes no lo hacían. Tarde o temprano, todos los que se oponían al Régimen fueron viendo que la imposibilidad de éste para consolidarse, que el fracaso de todos sus intentos era la figura indigerible de Perón. Fueron, en alguna medida, años de felicidad. Todo estaba claro. El pueblo peronista, todos los grasitas que esperaban a Perón, era lo que el marxismo llamaba "las masas". No era el proletariado británico, lo hemos dicho. Pero eran las masas. Marx también hablaba de "las masas". Las "masas" eran peronistas y esperaban a Perón: había que traerlo. En lo que –no explícita pero sí claramente– se difería era en la concepción de la *recuperación del Paraíso*. Para muchos, y, sobre todo, para las "masas peronistas", para "el pueblo peronista" por todos invocado, recuperar el Paraíso era volver a "los años felices". Favio fue tal vez el que mejor interpretó siempre a este pueblo peronista. El peronista simple que sólo quería vivir bajo el amparo del general Perón. Quería sentir que el Estado volvía a cuidar de él. Ya se sabía: el peronismo no era el capitalismo ni era el marxismo. Era una tercera posición humanista y cristiana. Los que luchaban para que la vuelta de Perón se pusiera al servicio de las luchas revolucionarias en la Argentina, las luchas del socialismo latinoamericano, del Che, de la Cuba de Castro, no veían que la recuperación del Paraíso

se lograra sólo con el regreso de Perón. Ése era un punto de partida. Hubo incluso una llamada "teoría del primer mes" que circuló profusamente entre la militancia juvenil. Apenas volviera Perón había que tomar el poder en el primer mes aprovechando el desconcierto del enemigo. La que tomó el poder en el primer mes terminó por ser la derecha del movimiento. Fascista y violenta, asesina.

Vamos al texto de Foucault. Contra toda visión de la historia como expresión de un *decurso lineal*, Foucault se propone que "el gran juego de la historia" reside en quién se apropiará de las reglas". Hasta su regreso, las reglas (la estrategia) las tenía Perón. A partir de su regreso, los Montoneros empiezan a disputárselas. "Quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan". Es decir, si Perón ocupa la Plaza de Mayo porque utiliza las reglas a partir de su reconocimiento como conductor habrá que disputarle la plaza desconociéndole ese papel, el de poseedor de las reglas. Y el siguiente texto de Foucault es luminoso: quién se *disfrazará* para pervertir las reglas, para "usarlas a contrapelo", para usarlas "contra aquellos que las habían impuesto". El que no quiera entender el juego de máscaras de la izquierda peronista a través de este texto e insista en el malentendido o en la ingenua generación engañada, entiende poco de lo que pasó. La izquierda peronista "se disfraza" de peronista para "pervertir las reglas". Era necesario "disfrazarse de peronista" para llevar las reglas del peronismo, pervirtiéndolas, es decir, negando su sentido originario, pero ya primitivo, hacia los valores revolucionarios de la época que se vivía en América Latina. Esto implicaba utilizar las reglas "contra aquellos que las habían impuesto". Implicaba introducirse "en el complejo aparato" (en el movimiento peronista) y hacerlo "funcionar de tal modo que los dominadores se encontraran dominados por sus propias reglas". Este pasaje de Hegel a Foucault (a quien sería impropio llamar "posmoderno" pero ha sido quien les dio lo mejor de los materiales con que habrían de trabajar: la discontinuidad, la multiplicidad, el choque de las diferencias dentro de la trama histórica, la ausencia de un *centro*, la ausencia de un sujeto trascendental, de un sujeto constituyente de esa trama, su decurso no lineal sino quebrado, caótico, el "disparate" nietzscheano) es el pasaje del Perón conductor estratégico hasta el 20 de junio de 1973 al estallido de las contradicciones que se produce a partir de esa fecha, de un modo *evidente*. Lo que estaba oculto en las sombras, conjurado por el conductor, estalla. Observemos esto: Perón, en tanto conductor estratégico, juega el papel del sujeto trascendental de las filosofías de la llamada "metafísica del sujeto". Es *desde* Perón que el peronismo se constituye. Luego de Ezeiza, la consagración de lo múltiple. De esta forma, Ezeiza implicaría el pasaje de una filosofía de lo *uno* a una filosofía de lo *múltiple*. Perón quiso mantener su filosofía de lo *uno*: todos deben acatar la voluntad de la conducción estratégica. No se hizo así. Los elementos de la totalización –que hacía del movimiento la máxima forma de lo *uno*, y es coherente que Perón declare la *etapa dogmática* el 21 de junio, pues *lo dogmático es lo uno*– se desgajan de la totalización, la destotalizan. La totalidad ya no controla a la destotalizaciones ni nadie espera que se llegue a una nueva totalización. Quiero decir: cada fracción lucha por ser ella la que, por fin, totalice. *La que logre totalizar a las demás habrá triunfado*. Pero no estamos en un esquema epistemológico, sino que estamos en presencia de una epistemología de guerra. La particularidad que logre ocupar el espacio de la totalización habrá liquidado, por la fuerza, por la violencia, a las otras. Busco apoyo en Foucault: "Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento, algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...) Solamente en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que las cosas se oponen entre sí, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder unos sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento (...) Cuando Nietzsche habla del carácter perspectívico del conocimiento, quiere señalar el hecho de que sólo hay conocimiento bajo la forma de ciertos actos que son diferentes entre sí y múltiples en su esencia, actos por los cuales el ser humano *se apodera violentamente de ciertas cosas, reacciona a ciertas situaciones, les impone relaciones de fuerza. O sea, el conocimiento es siempre una cierta relación estratégica en la que el hombre está situado*" (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, 2003, pp. 28/39. Bastardillas mías). Notable texto cuya última línea Sartre habría suscripto.

LO UNO EN TANTO SIGNIFICANTE VACÍO

Conceptualmente (también en este plano), el período que va de 1955 hasta 1973 y –sobre todo– el que se dilata trágicamente entre 1973 y 1974, en vida de Perón, y luego sigue hasta el golpe, es el período más rico, más sobredeterminado del peronismo. El Perón hegeliano *de siempre*, el Perón de lo *uno*, el Perón de la conducción estratégica, se ve cuestionado por la *multiplicidad* a partir de Ezeiza. O algo peor aún para su poder estratégico: la conducción estratégica trabaja *por afuera* de las conducciones tácticas. Cuando, en *Conducción política* –que es un libro muy importante–, Perón se asume como el Padre Eterno lo hace porque, como bien dice, siempre que se forman dos bandos peronistas él no se embandera con ninguno. La función del conductor estratégico es estar con todos. Pero, a partir de Ezeiza (y aquí reside la *tragedia* de Perón), la conducción estratégica tiene que hundirse en el *desorden* de las conducciones tácticas. Al hacerlo, ya no puede conducir a la totalidad. Vamos a recurrir al excelente trabajo que Ernesto Laclau ha hecho sobre esta cuestión. Escribe Laclau: Perón, en Madrid, "intervenía sólo de modo distante en las actividades de su movimiento, teniendo buen cuidado de no tomar parte en las luchas fraccionales internas del peronismo" (Ernesto Laclau, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, p. 101). Aquí, según vimos, Perón es el momento de la totalización. Para serlo, tiene que enunciar de tal modo que sus enunciaciones valgan para todos. Perón es el significante. *El único significante del movimiento peronista hasta Ezeiza es el significante "Perón"*. Laclau lo va a decir desde una posición más cercana a la semiología y al lacanismo (disciplinas que no son excesivamente ni medianamente de mi agrado, pero, como decía Foucault cuando le reprocharon que conocía poco del positivismo lógico: *Nobody is perfect*), no obstante –contrariamente a lo que suele suceder–, este hecho no le restará transparencia: "En tales circunstancias (Perón en Madrid, Perón en el exilio, Perón *afuera*, JPF), él estaba en las condiciones ideales para pasar a ser un 'significante vacío' que encarnara el momento de universalidad en la cadena de equivalencias que unificaba al campo popular" (*Ibid.*, p. 111). El campo popular está fraccionado. Todos saben quiénes son y quiénes serán cuando llegue el momento de la lucha, el momento en que cada una de las fracciones busque imponerse en tanto totalidad, en tanto momento universal en la cadena de equivalencias. Volviendo: si el campo popular está unido es porque el campo de equivalencias se remite a *una instancia de universalidad*. En suma, al conductor estratégico. A Perón. Perón es un *significante vacío* porque encarna el momento de universalidad. Sólo él puede encarnarlo. Una vez en el campo de operaciones, en tierra argentina, el significante ya no expresa lo universal, deviene una particularidad más dentro de la lucha de particularidades. No hay, a partir de Ezeiza, totalización. No hay momento de universalidad. Hay lucha. Fragmentación. Choques de lo múltiple. Todos los elementos de lo múltiple remiten *a un nuevo momento de universalización*: la Muerte. Si todos matan, es la Muerte la que totaliza. A partir de Ezeiza y a partir de la muerte de Perón (aunque Perón, en tanto significante vacío, en tanto de elemento de universalidad, *ya había muerto en Ezeiza*), lo *múltiple* se enfrenta en la modalidad de la violencia. El conocimiento que cada praxis diferenciada adquiere de sí misma y de su enemigo es ese conocimiento que, según Foucault, Nietzsche veía como lucha, odio, relación de poder. Si de definir se trata, recordemos que definió al conocimiento como "relaciones de poder". "Solamente (reiteramos la cita) en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que las cosas se oponen entre sí, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento". ¿Cuál es el nuevo universal

que se establece? ¿Cuál es el nuevo significante vacío que da unidad a todas las praxis en la medida en que todos remiten a él: la Muerte. *Lo uno es la muerte*. Sospecho que algo parecido han hecho Verón y Sigal en *Perón o muerte* pero no tengo a mano ahora ese libro; excelente, sin duda.

Volviendo. En la etapa anterior a Ezeiza, cuando Perón es el momento de universalidad del peronismo, su significante vacío, aquél al cual todos remiten y el *único enunciador* de las acciones del movimiento, el único que puede validarlas, reconociéndolas, ¿cómo se planteaban las cosas? Las particularidades acataban a Perón, pero ese acatamiento, ¿era sincero o era una máscara que todos se ponían porque no se podía hacer política sino en nombre del peronismo y en nombre de Perón?

Mi novela *La astucia de la razón* plantea este tema en un diálogo ficcional que trama entre René Rufino Salamanca, el líder obrero de los mecánicos cordobeses, y John William Cooke. Voy a vulgarizar un poco la novela transcribiendo sólo los diálogos. Estos diálogos, en ella, se mezclan con bloques narrativos, algo que los torna complejos en su lectura. Ahorrémonos eso aquí. Cooke había ido a Córdoba para dar una conferencia sobre el fallido regreso de Perón de 1964, abortado por la Cancillería del gobierno de Arturo Humberto Illia y todo el país gorila. Ahora, Cooke y Salamanca están en la calle 27 de Abril, en la casa de los mecánicos, y ahí tienen un diálogo trascendente. Salamanca dice a Cooke:

–Mirá, Gordo, el problema es éste: los obreros son peronistas, pero el peronismo no es obrero.

Cooke responde:

–Si el peronismo fuera obrero como los obreros son peronistas, la revolución la haríamos mañana mismo.

–Y sí, claro –dice Salamanca–. Tenemos que conducir a la clase obrera al encuentro con su propia ideología. Que no es el peronismo.

–Estás equivocado –dice Cooke–. Eso es ponerse afuera de los obreros. Eso es hacer vanguardismo ideológico, Salamanca. Recordá el brillante consejo de Lenín: hay que partir del estado de conciencia de las masas. ¿Está claro, no? La identidad política de los obreros argentinos es el peronismo. No estar ahí, es estar afuera.

Salamanca, muy firme, dice:

–Bueno, compañero. entonces nosotros estamos afuera. Afuera del peronismo y sobre todo afuera de la conducción de Perón.

Cooke, irónico, sonríe. Se siente seguro. Sabe que tiene algo sorpresivo para decirle a Salamanca (y probablemente a todos nosotros). Antes, lo agrede un poco. Siempre con estima, con respeto, pero no deja de decirle lo que duele de los tipos como Salamanca, de la izquierda obrera argentina. De los cordobeses combativos.

–No hay caso entre ustedes y Perón, ¿eh? Cómo les jode, che. "Bonapartista." "Nacionalista burgués." A veces, "fascista". Pero esto, menos. Se lo dejan a la derecha. Pero todo lo que le dicen, también "populista" y algo más que seguramente olvido, son distintas formas de decir lo mismo, Salamanca. Que Perón no representa los verdaderos intereses de la clase obrera. Que la clase obrera argentina tiene un líder y una ideología burgueses. Bueno, mirá, escuchame bien. –Y aquí dijo su frase sorpresiva. La frase más inesperada de la noche. Ahí, en la calle 27 de Abril, la calle de los mecánicos. Dijo Cooke–: Yo me cago en Perón.

Salamanca responde:

–Nosotros también nos cagamos en Perón. Parece que estamos más de acuerdo de lo que creíamos.

–No –dice Cooke–, no estamos de acuerdo. Porque ustedes se cagan en Perón de una manera y yo y los peronistas como yo de otra. Porque, para ustedes, compañero, cagarse en Perón es quedarse afuera. Afuera de Perón y de la identidad política del proletariado. Mientras que para nosotros, cagarnos en Perón es rechazar la obsecuencia y la adulonería de los burócratas del peronismo. Es reconocer el liderazgo de Perón, pero no someternos mansamente a su condición estratégica. Para nosotros, Salamanca, para mí y para los peronistas como yo, para los peronistas revolucionarios, cagarnos en Perón *es creer y saber que el peronismo es más que Perón*. Que Perón es el líder de los trabajadores argentinos, pero que nosotros, los militantes de la izquierda peronista, tenemos que hacer del peronismo un movimiento revolucionario. De extrema izquierda. *Y tenemos que hacerlo le guste o no a Perón*. Porque si lo hacemos, compañero, a Perón le va a gustar. Porque Perón es un estratega y un estratega trabaja con la realidad. Una realidad que, más allá de sus convicciones que son muy difíciles de conocer, Perón va a tener que aceptar. Porque Perón, Salamanca, ya no se pertenece. Quiero decir: lo que no le pertenece es el sentido políticó último que tiene en nuestra historia. Porque Perón va a tener que aceptar lo que realmente es, lo que el pueblo hizo de él: el líder de la revolución nacional y social en la Argentina. Ésa es, entonces, compañero, en suma, mi manera de cagarme en Perón".

EL ARTÍCULO 40 DE LA CONSTITUCIÓN DEL '49

La Constitución de 1949 tiene la explicitación y fundamentación de los elementos centrales de la economía peronista. Es notorio que pocos recurren a este texto. Los antiperonistas lo relegan argumentando que sólo tenía el propósito de posibilitar la reelección de Perón. Escrita en gran medida y pensada casi por completo por un jurista de talento como Arturo Sampay, ese texto tiene una vigencia revolucionaria en más de uno o dos y más aspectos. Tampoco los peronistas lo citan muchos pues lo consideran impracticable y no desean comprometerse con un corpus jurídico e ideológico salido de las entrañas de lo mejor del primer peronismo, hecho que los comprometería como peronistas y los llevaría a la encrucijada de hacerse cargo de él en épocas como ésta, en que cuestiones como la "función social de la propiedad privada" suenan a subversión pura. Y, en efecto, lo son. Nadie desconoce el atraso que las mejores causas que podrían dibujar el rostro de una nación autónoma han sufrido en tantos años de masacres, retrocesos o triunfos mundiales del pensamiento de derecha.

El artículo 38 de esa Constitución que, es razonable decirlo ya, fue uno de los elementos centrales de la cultura del peronismo que la "Libertadora" prohibió, se asume desde una polémica con la concepción alberdiana de la Constitución de 1853 que proponía, como era esperable, la inviolabilidad de la propiedad privada. Hegel decía que la propiedad privada es la *expresión objetiva de la libertad de los sujetos*. La Constitución del '49 desmiente a Hegel y a Alberdi. El texto de Sampay llena de cierta nostalgia al ser leído hoy, al recordarlo a él como el gran jurista que fue y cómo se puso codo a codo con un gobierno cuestionado por los "doctores", clase a la que pertenecía. Leemos en el artículo 38: "La propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común". El concepto es éste: *la función social de la propiedad privada*. Que la propiedad privada tenga una *función social* implica erosionar toda la concepción burguesa acerca del poder. Es un avance del Estado sobre el poder individual. Sobre uno de los dogmas sagrados del liberalismo constitucional. Veamos cuál es el papel del Estado: "Incumbe al Estado fiscalizador *la distribución y la utilización del campo* e *intervenir* con el objeto de desarrollar e incrementar su rendimiento en interés de la comunidad y procurar a cada labriego *la posibilidad de convertirse en propietario de la tierra que cultiva*". Se dirá que es charlatanería demagógica. Ningún obrero leía este texto. Era el avance de una línea, dentro del movimiento, que buscaba avanzar sobre el poder del capitalismo agrario. Esa línea era la de Sampay. Esa línea fue la que los enemigos del peronismo siempre vieron como la presencia de una peligrosidad que, al margen de los retrocesos del peronismo del '52 al '55, siempre podía *actualizarse* en el curso de los hechos. Quiero decir: un Gobierno que redacta un texto así *nunca* va a ser confiable para la oligarquía argentina, para los defensores extremos de la propiedad privada. El Partido Peronista, en uno de sus mejores aportes al constitucionalismo argentino, explicita, justificándola, defendiéndola, los alcances que el concepto de *propiedad privada en función social* tiene: "La modificación del artículo 17 es una de las más trascendentales en orden a las proyectadas. La Constitución del '53 declara que la propiedad es inviolable (...) *la propiedad no es inviolable ni siquiera intocable* sino simplemente respetable a condición de que sea útil no solamente al propietario sino a la colectividad. *Lo que en ella interesa no es el beneficio individual que reporta sino la función social que cumple*" (todas las bastardillas son nuestras). La Constitución del '53 es cuestionada por la indiferencia ante las conmociones en que la nación puede verse envuelta: "Ni las necesidades militares en tiempo de guerra podían ser atendidas en gracia a la inviolabilidad de la propiedad. Este tabú trágico podía hacer morir a los ejércitos de la patria antes de permitir una requisación salvadora. Ni en la paz ni en la guerra se conmovía el concepto de la propiedad ni la sensibilidad de los propietarios".

El más célebre de todos los artículos de la Constitución del '49 es el artículo 40. Hay, con él, una paradoja que señala la compleja historia del peronismo. Fueron los peronistas quienes más a fondo aniquilaron este formidable artículo. En 1971, el Gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, lo incorpora al artículo 10 de la *Constitución política del Estado*: "El Estado tiene el dominio absoluto, exclusivo, inalienable e imprescriptible de todas las minas, las covaderas, las arenas metalíferas, los salares, los depositos de carbón e hidrocarburos y demás sustancias fósiles, con excepción de las arcillas superficiales". El artículo 40, en su pasaje más definitorio, afirma lo que vino a negar la gavilla del doctor Carlos Menem, todos los aventureros que acompañaron esa política entregada a la enajenación de los resortes esenciales que hacen que un país lo sea, que una nación exista, que un Estado no se someta a los capitales extranacionales o a los oligopolios que trabajan en complicidad con el empresariado nacional, pues, precisamente, lo que afirma el artículo 40 es lo que sigue: "Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, *son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación*" (*Nota:* Fuentes consultadas: Arturo Enrique Sampay, *"La reforma constitucional debe favorecer a la modernización de las estructuras", La Opinión*, 6/5/1972. *Anteproyecto de reforma de la Constitución*, Partido Peronista, Buenos Aires, 1949, y el libro de Arturo E. Sampay *Constitución y pueblo*, Cuenca Ediciones, Buenos Aires, 1973, p. 209).

PRÓXIMO DOMINGO

Síntesis del primer gobierno peronista

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

11 **Discurso en la Bolsa de Comercio**

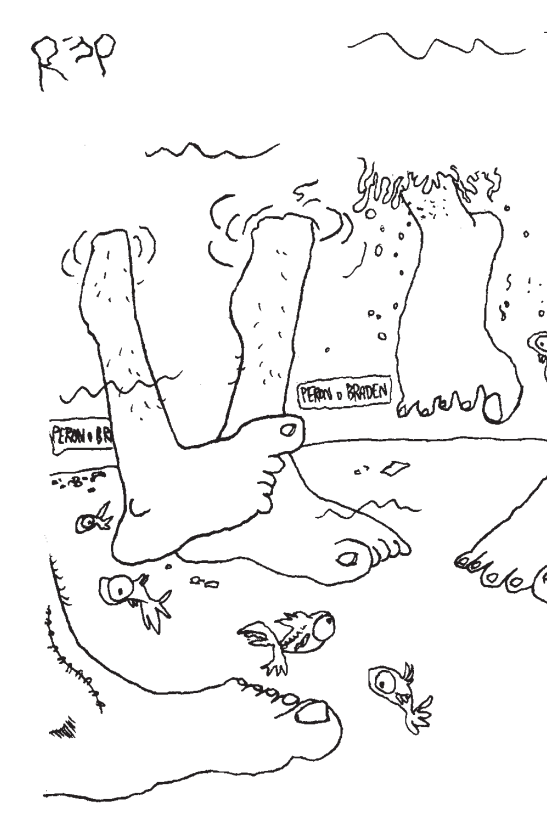
Suplemento especial de
Página/12

Hay un célebre discurso que Perón da en la Bolsa de Comercio. Es de 1946. ¡Lo que se ha discutido acerca de este discurso! En él, Perón afirma que no es enemigo del capital, sino que se verá en el futuro que es su verdadero amigo. Otros tiempos: se discutía si el peronismo había sido anticapitalista o no. Se le cerraba la boca a un militante de un barrio, por ejemplo, hablándole de este discurso. Incluso me han dicho que en cierto video sobre el peronismo Ismael Viñas refuta la consigna de Cooke sobre el peronismo como "hecho maldito del país burgués" diciendo que es absurda porque el peronismo "es burgués". El peronismo integró a cierto sector de la burguesía en el frente de 1945. ¿Quién podría negar esto? ¿Quién podría negar y para qué a esta altura de los tiempos que la economía peronista no buscó romper con el capitalismo sino ejercer una de sus modalidades? Lo dice una de las veinte verdades: el peronismo busca "humanizar el capital". El que diga que no hizo tal cosa en su primer período no quiere ver algo bastante claro, bastante evidente. Al lado del capitalismo de estancia, del capitalismo agrario y oligárquico que se venía ejerciendo en un país sin inclusión social, el peronismo inaugura un período de *inclusión social ampliada*. A nadie se le podría ocurrir que eso era el socialismo. Era imposible que lo fuera. Pero –en esa etapa– era lo mejor que podía ocurrirles a los sectores humildes. Si Ismael Viñas –desde el Estado socialista en que eligió vivir, el de Israel, cuyo gobierno ha sido un permanente aliado de ese otro país socialista y antiburgués que es Estados Unidos– no ve el papel in-integrable que jugó el peronismo entre 1955 y 1973, jamás podrá entender la frase de Cooke. Creo que no puede entender nada. Pero la estructura de ese razonamiento sirvió para atacar al peronismo desde la izquierda. En el curso que di el año pasado sobre *Qué es el peronismo*, alguien levanta la mano y, como si yo fuera un perverso que voy a dejar de lado algo fundamental, pregunta: "¿Usted va a hablar del Discurso en la Bolsa de Comercio?" Creo que se trata de fetiches. Porque cuando estaba terminando la exposición acerca del Perón del '73 y del '74, que era bastante crítica, bastante dura, un peronista levanta su imprescindible manito y pregunta: "¿Usted va a decir algo del Discurso del 12 de junio?" Es ese discurso, el último que dio un Perón ya moribundo, con López Rega e Isabel a sus flancos, en que el líder, que había demostrado que no podía "conducir el desorden" (¡todavía no hice una exposición de *conducción política*!), afirma que no se va a dejar influir ni por los que tiran de la izquierda ni por los que tiran de la derecha. Y dice su afortunada frase final. Digo que la frase es afortunada porque justo resultó ser la última que dijo. Lo que estaba en la plaza en ese momento no era el "pueblo", sino un adecuado rejunte que apresuradamente había hecho el sindicalismo. No importa: un político, si junta más de cincuenta personas, ya cree que le habla al "pueblo". Y la frase de Perón, muy conocida, es la de la "más maravillosa música" que lleva en sus oídos, "la palabra del pueblo argentino". Para el peronista-bobo como para el izquierdista-bobo, esos dos dircursos son pruebas de verdad. La cosa funciona así: si Perón dijo en la Bolsa de Comercio que no era enemigo del capital sino su verdadero amigo, Perón era un representante de los intereses de la burguesía y punto. El problema es que *Perón no dejó cosa por decir*. Porque, si de citar discursos se trata, si quieren ustedes un *discurso anticapitalista* de Perón, hay a patadas. Lean el del 1º de mayo de 1952, desde el balcón de la Casa Rosada: "Que nadie se engañe". Aclaración: cada vez que un político dice esto (*Que nadie se engañe*) no lo duden: el que está engañando es él. ¡Todavía hoy usan ese viejo modismo! Volvamos: "Que nadie se engañe: la economía capitalista no tiene nada que hacer en nuestro país. Sus reductos todavía en pie serán objeto de implacable destrucción (...) por una natural evolución de nuestro sistema económico, los trabajadores adquirirán progresivamente la propiedad directa de los bienes capitales de la producción, del comercio y de la industria". Tiembla, Lenin. ¿Quién dijo que Perón era el verdadero amigo del capital? A párrafo seguido, el general añade su genialidad para el matiz, para abrirle la puerta a la contradicción del día siguiente: "Pero el proceso evolucionista será lento y paulatino". Pero el peronista-bobo no cita esa parte. Interrumpe en "de la industria". A su vez, el izquierdista-bobo, el que cree que el discurso en la Bolsa de Comercio lo aclara todo, no siguió leyendo el famoso discurso. Y otros –los hay a montones– que aclaran la cuestión, o especifican qué pensaba Perón sobre el tema: "Es menestar discriminar claramente lo que es el capitalismo internacional de los grandes consorcios de explotación foránea (para tener en cuenta: ningún presidente de este país usó tanto la palabra "foráneo" como Perón, JPF), y lo que es el capital patrimonial de la industria y el comercio. Nosotros hemos defendido a estos últimos, y atacado sin cuartel y sin tregua a los primeros". En el de la Bolsa de Comercio decía: "Se ha dicho, señores, que soy un enemigo de los capitales y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado" (Perón, *Discurso en la Bolsa de Comercio*, 25 de agosto de 1944. Está en varias partes, pero se puede encontrar en: Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 2001, p. 135). Bien, seamos francos: ¿alguien cree que Perón les iba a decir algo distinto a los empresarios de la Bolsa de Comercio? No habría sido Perón, quien siempre supo muy bien qué auditorio tenía enfrente. Además, ¡el Discurso es del 25 de agosto de 1944! (Es hora de volver un poco a los signos de los viejos libros. A ver si nos sacudimos la modorra, el letargo intelectual que abruma a este país. Si la pasión por las ideas se nos mete por algún lado. No es por "antiguo" que el *Facundo* de Sarmiento está lleno de signos de admiración. Es porque el sanjuanino se desbordaba, tenía un país por hacer y lo iba a hacer entre grandes pasiones: la literatura, el ensayo, los discursos, las matanzas, las decapitaciones y las escuelas. De modo que seamos escritores de la vanguardia y escribamos: "¡El Discurso es del 25 de agosto de 1944!".) Uso, además, los signos de admiración porque me admira la necedad de las interpretaciones que se le han dado. Perón, en 1944, si les decía a los tipos de la Bolsa de Comercio que iba a redactar el Estatuto del Peón, que iba a dar vacaciones pagas, abogados sindicales, o lo peor, la pesadilla de los empresarios: *que iba a aumentar en un 33% la participación de la clase obrera en el ingreso nacional*, no había elecciones en febrero de 1946. ¿Se entiende esto? Sé que el izquierdista-bobo seguirá diciendo (no sé si todavía hoy, tendría que ser extremadamente bobo) que no hizo la reforma agraria, que mantuvo la estructura capitalista del país y que la clase hegemónica del frente del '45 fue la burguesía. Bien, cualquiera puede decir lo que se le antoje. Pero no creo que un Marx –hoy– se mostrara tan inhábil, tan intelectualmente tosco. De aquí que he otorgado –lo confieso– a muchos izquierdistas-bobos el mote de "marxotos". Y a muchos peronistas-bobos el de "peronachos". Aclaro lo de "marxotos" porque cierta vez un importante escritor había sido informado acerca de mi habitualidad (basada, aclaro, en un buen conocimiento de Marx) de llamar "marxotos" a los que ofendían con sus boberías al gran hombre de Tréveris, al genio del *Manifiesto* y de los *Gründrisse*. Lamento su enojo. No lo nombro porque ya he nombrado a su hermano. Pero es paradójico admirar a una persona que nunca ha tenido un gesto de acercamiento con uno. Como sea, el tema del amor no correspondido ha alimentado al melodrama literario y cinematográfico largamente. Debe tener sus fundamentos en la realidad. Éste es sólo un caso más. En suma, no es sensato centralizar la reflexión acerca del peronismo en los discursos de Perón. Menos aún transformarlos en fetiches. En lugares comunes de la discusión. Lugares comunes que son obliterantes porque impiden seguir pensando. Si uno cree que con el Discurso de la Bolsa de Comercio entendió al peronismo, allá él. Si otro cree que el discurso postrero que da Perón el 12 de junio lo libra –por poner *una sola* cuestión– de haber puesto a Alberto Villar, un profesional de la contrainsurgencia formado por los paras de Argelia y los comandos de la Escuela de las Américas, al frente de la Policía Federal, *fingiendo ignorar* que ese tipo era un "mata-zurdos", un paranoico, un represor sádico y sanguinario, allá él. Los dos *cubren* con las palabras de un discurso cuestiones sobre las que hay que pensar seriamente. Además, un discurso de Perón es un discurso de Perón. *Por decirlo sin vueltas: no hay discurso de Perón que no encuentre en algún otro su contracara*. Esta era, por lo demás, la concepción que Perón tenía del "movimiento" peronista. *En un movimiento como el peronista en cuanto a ideología tiene que haber de todo*, célebremente dijo. No lo dijo una, lo dijo varias veces. Si *hay de todo*, Perón deberá elegir un discurso para cada uno de esos actores sociales y políticos. Así se manejó el *Padre Eterno*. Hasta que tuvo que bajar del Cielo a la Tierra. O más precisamente: del Cielo al Infierno, que lo esperaba en Ezeiza.

POLÍTICA Y ECONOMÍA / ECONOMÍA Y POLÍTICA

Sobre la economía peronista creo honesto decirles que consulten los notables fascículos que está sacando **Página/12** sobre *Historia de la economía argentina del siglo XX*. Ahí están Alfredo Zaiat y el laborioso Mario Rapoport, que, además, tiene una *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)* de más de mil páginas que publicó Emecé. Si alguien se quiere ahorrar esos pesos (es, como sea, una inversión cultural necesaria) puede remitirse a los fascículos de **Página**, sobre todo los dedicados a la economía peronista que son espléndidos. No me desligo de las cuestiones económicas, pero siempre advierto que mis análisis tienden hacia la filosofía política. Con todo, un tipo que se formó en los sesenta cuando Althusser y los suyos decían que la economía era la determinante "en última instancia" de toda estructura, no dejará jamás de lado esa disciplina. Perón, por otra parte, tenía una frase que hablaba de su visión dura, materialista y probablemente cierta de la condición humana: "La víscera más sensible del hombre es el bolsillo". Admitamos que tal vez no sea la más sensible, pero si un tipo no tiene para comer será improbable que pueda leer a Proust o escuchar una sinfonía de Mahler. Ni para Charly García en una mala noche le da.

Pensemos lo siguiente: así como durante los noventa (con Menem) se produce una subordinación de la política a la economía, Perón (siempre) va a subordinar la economía a la política. Para Perón, la economía sólo existe en tanto es orientada por un proyecto político nacional. *Si hay política, hay economía*. Si no hay política, la que se adueña de todo es la economía. Y como la economía la dominan los países centrales, las metrópolis, son ellos los que se adueñan del país cuando el país carece de un proyecto político que los enfrente. ¿Qué requiere un proyecto político que haga de la economía uno de sus resortes, pero no su fundamento? Requiere un Estado fuerte. Un Estado que no se someta a los arbitrios de las empresas. Si gobiernan las empresas, gobierna el "libre" mercado. No hay mercado libre. El mercado es de los oligopolios. El mercado no distribuye, concentra. Si el poder insiste tanto con la libertad de mercado es porque sabe que ésa es la libertad de las empresas. La palabra "libertad" (salvo en la genial concepción



sartreana, en su filosofía, que le arrebata ese primordial, fértil concepto a la derecha) es una palabra de la derecha, pero de la derecha económica. La derecha política no concede la "libertad". Habla de la democracia, pero siempre que ésta ha interferido en sus negocios la ha negado. Hoy esa derecha se enmascara. Pero sabe que sus intereses son los de los Estados Unidos. Siempre va a optar, por ejemplo, por el *ALCA* y no por el *Mercosur*. Con el ALCA se impone el imperio. Con el Mercosur se *unen* los países debiles, a los que esa derecha no quiere unidos. El ALCA es el libremercado. Por eso la derecha lo defiende. Si el mercado es libre es de la derecha. *Es del verdadero poder*. Ataca, entonces, al Mercosur. El Mercosur implica llevar a primer plano la política: unidad de los países de América Latina. Un mercado común latinoamericano. Eso es intervencionismo, para la derecha. Lo es: es la política frenando la voracidad de la economía imperial. Los países de América Latina no dominan sus propias economías. Esas economías están en manos de una oligarquía agraria y de un empresariado no nacional sino supranacional, ligado por completo a intereses externos. El poder, en América Latina, no lo tienen los gobiernos. Lo tienen los grupos económicos. De aquí que resulte gracioso (y un poco irritante tal vez) que algunos periodistas jueguen a que enfrentan al "poder" cuando critican al gobierno de turno, más aún si ese gobierno se juega en la política de derechos humanos y amenaza con algunos gestos de proteccionismo, estatalismo y distribución de la renta. Que el diario *La Nación* diga que está "en la oposición" se puede entender. Pero, ¿en la oposición a qué está? Algunos de sus periodistas y otros medios del establishment que carecen por completo de cierta elegancia que *La Nación* conserva, afirman estar en la oposición "al poder". ¿Cómo va a estar opuesta al poder *La Nación* si el poder es ella, si en ella y en los intereses que representa está el poder? *La Nación*, desde el poder, enfrenta a un gobierno. Ese gobierno tiene que manejarse con enorme cautela y –si se atreve– desnudar ese malentendido. No hay periodista en la Argentina que no se jacte de haber recibido "llamadas" del gobierno de Kirchner. Es posible. Acaso se haya llegado a esa torpeza. Pero se equivocan o mienten (o no entienden nada y dicen cualquier cosa, o sea, lo que les conviene) cuando se victimizan diciendo que han recibido llamadas "del poder". No, ustedes, si las recibieron, recibieron llamadas de un gobierno. El poder está en los diarios en los cuales muchos de ustedes trabajan. El amable y democrático periodista de *La Nación* con el que uno se encuentra y conversa civilizadamente debe tener en claro que el poder es *él*. Lo es en tanto esté en ese diario. **Página/12**, medio al que tanto se le reprocha su acercamiento al gobierno, ahora, de Cristina F, no representa al poder, a lo sumo *está de acuerdo con un gobierno*. Después hay otros poderes. Hay miles de poderes. El sindical. El de la Iglesia. El militar. El de los periodistas. El de los medios. El de los intelectuales. El de las patotas de todo tipo, etc. Pero el poder, el poder concentrado, el que está en línea directa con los Estados Unidos, con las grandes empresas imperialistas (sí: escribí esa extraña palabra que usted leyó, "imperialista"), es uno solo: el del empresariado, el de la Unión Industrial, el de IDEA, el de la Sociedad Rural y el de su diario de toda la vida, *La Nación*, que, según todos saben, fue fundado por Bartolomé Mitre, que seguramente habría hecho malas migas con el Menem de la etapa "caudillesca", el Menem-Facundo Quiroga, y muy buenas migas, muy buenos negocios, con el Menem de la etapa libremercadista, neoliberal. Ese poder, ahora, está a la espera. Negocia, critica, no critica. Sabe que no tiene validación política alguna. Algo que nunca le importó porque siempre esa validación le vino por el lado del Ejército Argentino. Si Georgie Borges decía que la democracia era un vicio de la estadística, lo decía porque así lo creía, por gorila y por saber que su clase jamás habría de llegar al gobierno por métodos democráticos. Hoy, esos sectores de la derecha neoliberal no tienen Ejército. No tienen tampoco quién los represente políticamente, ya que la oposición a este gobierno es inexistente, salvo en el caso de Macri, quien, en efecto, representa al poder neoliberal. Ese poder cuya piel se erizó cuando Cristina F dijo que no se convertirá en gendarme de su rentabilidad. ¿Cómo se atreve? Eso es peronismo del viejo cuño. Generar poder desde la política. No subordinar el Estado al poder tradicional. Eso hizo Perón y por eso todavía el peronismo tiene resto.

LOS PAÍSES POBRES NO TIENEN ECONOMÍA, LA ECONOMÍA LOS TIENE A ELLOS

No reniego de lo que escribí en el pasado. Mi historia intelectual no empieza a partir de un año que yo determino aunque haya escrito montones de páginas antes. Hay libros que forman parte de la historia de uno, ya no son uno, ya no lo representan. O por decirlo con más claridad: no representan tal vez lo que uno piensa hoy, pero representan lo que uno ha pensado y ha sido. Con todo, hay certezas del pasado que perduran. En octubre de 1972 salía el número 7 de la revista *Envido*, "Revista de política y ciencias sociales", y en la tapa llevaba un título que decía: *Perón vuelve.* "Ustedes están locos", nos decían. A veces, en lugar de *locos*, nos decían *en pedo*. Pero era lo mismo: nosotros entendíamos. ¿Qué quería decir eso? Que nadie sabía si Perón regresaba o no. El régimen lo decía que no. Lanusse decía que no le daba el cuero. Nadie se jugaba por nada. Todos eran la cautela misma. Nosotros pusimos: "Perón vuelve". En la tapa, bien grande. Era una imprudencia o, sin más, una locura. (*Nota: Envido*, que dirigió Arturo Armada, fue la revista teórica de la Juventud Peronista hasta que dejó de salir, para mí, en mayo de 1973, aunque hubo un número posterior hacia fines de ese año. Este número ya no nos nucleaba a todos. Fue fruto de ingratas, terriblemente fogosas discusiones que tuvimos. Montoneros pidió la revista y algunos nos opusimos a regalársela. "Si se la quieren ganar que se la ganen desde adentro", dijo Miguel Hurst, "Que pongan a alguien en el Consejo de Redacción". Discutíamos con tanto alboroto que cierta vez Jorge Luis Bernetti dijo: "¡Esta es la peor reunión de JP en la que estuve!" Pero fue Carlos Gil, del Consejo de Redacción, el que graficó todo de un modo, para mí, memorable. Pidió silencio. Milagrosamente lo obtuvo y entonces dijo: "Esto es puterío".) En ese número de *Envido* salía una larga nota mía. Uno de sus títulos decía: "Los países dependientes no tienen otra posibilidad que la política". Si ustedes se bancan la palabra defenestrada por la academia de los '80, la palabra *dependencia*, les aseguro que suscribo todavía hoy esa afirmación. Y cito: "Dijimos que en los países dependientes la región política era dominante. Y esto se debe, en lo esencial, a que son países pobres, económicamente débiles. Pero no son dependientes porque son pobres, sino al revés. Y esta dependencia les ha sido impuesta por las naciones imperialistas, *quienes han realizado su política de dominación con la más poderosa de sus armas: la economía*. ¿Por qué el librecomercio de Smith y Ricardo? ¿Por qué esa confianza en la *mano invisible*, en las leyes objetivas de los procesos? Porque ahí ganaban ellos, los dueños de la economía. Lo dice Canning cuando festeja la liberación de Hispanoamérica: "Si llevamos bien los negocios es nuestra". Nada de cañonazos ni soldados, *la economía se encargará de la política de dominación* (...) ¿Qué les queda a los países dependientes? Solamente la política (...) Sólo quienes poseen la economía pueden hacer de ella su arma de combate y confiarle sus proyectos políticos. *Pero los pueblos sometidos no tienen economía, la economía los tiene a ellos*" (JPF, *"Sobre el peronismo y sus intérpretes"*, revista *Envido*, octubre de 1972, Nº 7, pp. 30/31. Algunas bastardillas son de entonces. Otras las añadí ahora).

Jamás renegaría de esa frase. La escribí hace treinta años. La encuentro saludable y útil todavía. *Los pueblos sometidos no tienen economía, la economía los tiene a ellos*. No es que un país pobre, un país del Tercer Mundo o un país del Mercosur *no tenga* economía. La tiene. Mas la economía que tiene es la economía del dominador. La economía que tiene es el instrumento por medio del cual el dominador ejerce su dominación. *La economía que tienen los tiene, los sujeta, los aprisiona*. La economía del dominador *tiene* la economía de los países subalternos. Esta *tenencia* se ejercita por medio del *poder* interno de esos países, cuyos intereses son aliados de los intereses del dominador. Los grupos más concentrados del poder de nuestro país quieren el ALCA porque quieren seguir los lineamientos que dicta la potencia hegemónica de la región, que es, desde luego, Estados Unidos. Morales Solá, que es un periodista coherente y que expresa con claridad lo que piensa y los intereses que representa, jamás apoyaría el Mercosur. Su diario es un aliado central de la política exterior de Estados Unidos en América Latina. Lo es también ese señor de la sonrisa un poco boba pero que también puede leerse como burlona, esa sonrisa que te dice: "Nunca serán libres, idiotas. Serán patio trasero y aditamento más o menos digno de la gran potencia del Norte hasta que se pudran como podrida está una manzana cuando los gusanos han hecho de ella su cómoda vivienda". Ese Oppenheimer, sí. Esos tipos están bancados por el Imperio. ¿Qué dicen todo el tiempo? Dicen: "Libremercado y democracia". Lo de la democracia es una farsa porque se han burlado de la democracia impunemente siempre que lo han querido hacer. Pero lo del libremercado, ¡ése es el mensaje del señor Oppenheimer! Abran sus puertas, déjennos entrar, es el modo en que entrarán a la supramodernidad imperial siglo XXI. ¿Para qué el Mercosur? Esa es una idea del siglo XIX que costó la vida de Sucre y Bolívar y que ahora impulsa ese histriónico de Hugo Chávez, a quien ya le hicimos un golpe y no bien tengamos una brecha le haremos otro. En suma, quieren entrar con la economía porque la economía sigue siendo su principal arma de dominación. El verdadero poder de la Argentina lo sabe. Si Estados Unidos *entra*, entra para darles poder a ellos. Para ejercer la dominación económica vehiculizada por medio de sus socios locales, que son sus socios supranacionales, dado que no existe una "burguesía nacional". Eso murió. La globalización globaliza el poder de la economía y lo disemina por el mundo. De aquí que la consigna que comento tenga todavía fuerza de respuesta antiglobalización: *queremos que nuestra economía sea nuestra*.

Pero si no se afirma en una política que pueda enfrentar –en lo posible desde el Estado y la movilización de las masas, del contrapoder, de la multitud, de lo que quieran pero *de alguna forma de participación popular que haga del pueblo el sujeto de la política*– los resortes de la economía que el poder maneja ocurrirá lo que ocurrió en la década del noventa. El Estado es sometido a desguace, se lo desmonta o, si quieren, se lo deconstruye (de donde vemos qué bien le viene el posmodernismo a la fragmentación que propone el mercado y a la aniquilación del Estado en tanto elemento totalizador o *totalitario*, marxista y dialéctico) y nada queda para enfrentar el asalto de la economía al poder. No hubo política en los noventa. La política se hizo por medio de la economía. La política la hicieron los grupos de poder. El Estado se la entregó. Las clases sociales admitieron la marginación, la exclusión de inmensos contingentes de ciudadanos y vivieron la euforia del "uno-uno". Denle un dólar barato al argentimedio y votará a Belcebú. Denle poder adquisitivo y comprará mercancías a destajo, y le vendrá el pánico porque tiene mucho y no hay Estado. Con lo cual le pedirá al Estado que le asegure lo que tiene. Pero lo que tiene lo tiene porque no hubo Estado. O porque las mafias se apoderaron de sus resortes. Pedi-

rá seguridad a cualquier precio. Se sentirá interpretado por la frase de Ruckauf: "Hay que meter bala". Que lo pone a Rico al frente de la Policía Bonaerense. Todo esto no sirve para hacer un país.

LA ECONOMÍA DEL PRIMER PERONISMO

Reconózcamosle al primer Perón el intento de hacer política. Fortalecimiento del Estado. El Estado se fortalece por la movilidad social de los migrantes. El Estado redistribuye el ingreso en beneficio de ellos. Les da sindicatos y tiene poder frente a la oligarquía. Va creando una clase burguesa industrial por medio del acceso al crédito. *La pequeña industria vive del crédito y del apoyo estatal*. Perón hizo lo siguiente: nacionalizó el Banco Central y los depósitos bancarios. Le dio un sentido al ahorro interno. Valía la pena ahorrar. ¿Qué era el Banco Central? Servía a los intereses de la banca particular e internacional. Controlaba los cambios y el crédito bancario y decidía la política monetaria. Esto –y he aquí lo grave– se hacía con total indiferencia por las políticas que el país debía desarrollar para su beneficio. *La canalización del crédito no es económica, es ideológica. Responde a un proyecto*. O yo le doy un crédito a una empresa que responde a la banca particular e internacional. O se lo doy a un pequeño agricultor. A un pequeño industrial de Avellaneda o Munro. Y a ese agricultor y a ese pequeño industrial *no se le pide nada en garantía*. El Estado invierte en él. No quiere ganar plata con él. Sabe que ganará soberanía. Voy a contar un episodio de una gran película del nacionalismo norteamericano. Esos tipos podrán gustarnos o no. Pero nadie les negará que hicieron un país poderoso. Bien, Fredric March vuelve de la guerra (la segunda) y consigue un empleo en un Banco. Viene un pequeño agricultor a pedir un crédito. (No se pierdan esto. Les aseguro que vale la pena.) March le quiere dar el crédito. El tipo tiene una cara de honesto que conmueve. Sólo necesita un crédito del Banco para comprar instrumentos de labranza. March (recordemos: acaba de llegar de la guerra) le dice que el crédito es de él. Y le pregunta: "¿Qué garantía tiene usted para cubrir este crédito?". El pequeño agricultor se sorprende. "Nada, no tengo ninguna garantía. Mi trabajo nada más. Por eso vengo al Banco. Si tuviera garantía tendría dinero y no lo tengo. Sólo tengo mi trabajo." "Espéreme aquí", le dice March. Va a hablar con el Gerente. No, dice el Gerente, si no ofrece una buena garantía, no hay crédito. March regresa y le dice al pequeño agricultor que no le puede dar el crédito. El tipo se va. March sigue en el Banco y se desempeña muy bien. Como ha sido héroe de guerra y ahora es tan eficiente banquero, el Banco hace una cena en su honor. March asiste bastante borracho, bastante furioso. Le llega el momento de hablar. Dice que les va a contar un episodio de la guerra. "Teníamos que tomar una colina que dominaban los alemanes. Nuestro teniente ordenó: 'Vayan, tómenla'. Entonces yo pregunté: 'Teniente, ¿qué garantía tenemos de tomar esa colina?' El teniente se sorprendió: 'Ninguna', dijo. 'Pero tienen que tomarla.' 'Ah, no', dije yo. 'Tenemos que tener una garantía. Si no, nos pueden matar. Y no queremos que nos maten.' Y no pudieron darnos ninguna garantía. Entonces no tomamos la colina. ¿Y saben qué? Perdimos la guerra." Este es el nacionalismo norteamericano. Lo que les niegan a los otros países ellos lo ejercen puertas adentro. March llama al pequeño labrador y le da el crédito. La película, la célebre, gran película se llama *Los mejores años de nuestras vidas* y está dirigida por el gran William Wyler.

El Estado, entonces, tiene que jugarse por los pequeños productores, por las fábricas que surgen, por los que piden para invertir en el país y dar trabajo a su gente. Eso hizo Perón. (Si hoy no se puede hacer estamos liquidados y tal vez lo estemos.) El 25 de mayo de 1946, por decreto-ley Nº 8503 se nacionaliza el Banco Central. La banca privada no puede manejar el crédito. En el Boletín Oficial del 5 de abril de ese año se dice: "El interés privado no constituye una garantía de coincidencia con las necesidades del interés general". La nacionalización de los depósitos bancarios se produce el 24 de abril de 1946. Es el decreto-ley Nº 11.554.

El otro elemento fundamental de la economía del primer peronismo es el IAPI (Instituto Argentino Promotor del Intercambio). Para los antiperonistas y la propaganda de la "Libertadora", el IAPI fue una cueva de ladrones. Como si ellos no hubieran robado. Se apropiaron del país simplemente. Se lo apropiaron desde 1852 en adelante. ¿Esto significa que era de ellos? Lo construyeron de acuerdo con los intereses de Gran Bretaña y para los beneficios de la pampa húmeda, clase ociosa, improductiva, desagradable, petulante, con profesoras francesas, racista, con odio al negro y al indio, al que masacraron. ¿Quién puede dudar de que hubo corrupción en el IAPI? Los funcionarios del peronismo por primera vez arañaban el poder. Sabían, por la larga experiencia de los conservadores, que el poder era propiedad de quien a él llegara. Y sí: afanaron. Pero el sentido del IAPI igual se mantuvo. Fue la nacionalización del comercio exterior. ¡Una injuria! Le quitaron a la oligarquía de la bosta la potestad de negociar *directamente* con el comprador externo. El IAPI llega a cubrir el 75 por ciento de las expotaciones argentinas. Y lo que recauda no es para el agro, es para la industria. *Buena parte de la historia económica de la Argentina puede explicarse por la transferencia de ganancias del agro a la industria o de la industria al agro*. Veremos, con la Libertadora, al ministro de Hacienda, Eugenio Blanco, propulsar, con emoción agraria, el regreso de la industria al campo, que siempre fue el fundamento de la riqueza nacional. La patria de nuestros padres y abuelos. Los de ellos. Y unir nuestros destinos al Fondo Monetario Internacional. Gran medida de la Libertadora. Con el IAPI se derrota a los poderosos trust cerealeros. Como Bunge y Born y Dreyfus. El IAPI deriva sus exorbitantes ganancias a los sectores de la economía que más le interesa dinamizar. Estamos siguiendo aquí un libro excepcional de un militante comunista: Juan Carlos Esteban: *Imperialismo y desarrollo económico*, Editorial Palestra, Buenos aires, 1961. Se trata de un libro escrito por un no peronista pero no por un gorila, ni mucho menos. Búsquenlo. Debe estar en alguna parte. Si lo consiguen hay que reeditarlo. No olvidemos la decadencia turbia, triste de los tiempos. Gambini al lado de Esteban es Paulo Coelho (¿se llama así este tipo?) hablando de la economía de un país del patio trasero del Imperio. Claro, Gambini es un periodista ultragorila que sigue la línea de Mary Main (*La mujer del látigo*): "Digamos del peronismo lo que sólo dicen los gorilas". En tanto Juan Carlos Esteban es un notable ensayista. Bué, no importa. El IAPI opone al comprador multinacional, que es Uno, un vendedor único.

Incidencia del IAPI en las exportaciones:
99% en 1949.
70,5% en 1950.
68,6% en 1951.
60,5% en 1952.
Y 70,4% en 1953.

¿Qué sentido político tenía este proceso?

El peronismo implica una clara transferencia de recursos financieros, técnicos y humanos, del sector agrario al sector industrial. Aplica el poder financiero del Estado a la promoción del sector industrial por dos motivos:

Primero) Porque era el el sector más dinámico de la estructura económica y, en consecuencia, el que más iba a contribuir a fortalecerla y posibilitarle independencia ante cualquier avance de la oligarquía ligada al agro, la más poderosa en ese entonces, los verdaderos enemigos del peronismo.

Segundo) Porque una dinámica política de industrialización forzosamente movilizaba hacia el sector industrial a la mayoría de la población trabajadora, consiguendo, de este modo *restarle bases de sustentación social al poder de los terratenientes*. Esta política más el importante *Estatuto del Peón* fue todo lo que se arrimó el peronismo a una refomra agraria que no hizo, que no podía hacer. Y que es un disparate teórico exigirle que la haya hecho. (Volveremos sobre esto.)

"El peón de campo (supo decir Perón) ha estado sujeto a la omnímoda voluntad del dueño del establecimiento. El *patrón* supo reeditar todos los privilegios del feudalismo medieval pero tuvo la habilidad de eludir los compromisos que el *señor* estaba obligado a guardar con sus *mesnadas*. La técnica industrial enseñó a nuestros feudales del siglo XX que podían servirse a su antojo del peón y su familia con sólo pagarle un salario al término de la quincena o del mes. *No importaba la cuantía del salario con tal que alcanzara el límite justo que le impidiera morir de hambre*" (Juan Perón, *La reforma social*, Buenos Aires, 1948).

En suma:
1º - Estatuto del Peón.
2º - Nacionalización bancaria.
3º - IAPI.
4º - Acumulación del capital en la industria.

Vienen luego los grandes renuncios que se le reprochan al peronismo. El pedido del crédito extranjero. Para colmo, Perón, en una de esas compadradas a las que tan afecto siempre habrá de ser, había dicho que se cortaría un brazo antes de pedir un crédito al exterior. ¿Ustedes lo vieron baldado? Ni por asomo. Lo de las manos fue cuando estaba plácido en su tumba y vaya a saber qué sentido tuvo esa indudable injuria necrofílica. Pero no se cortó el brazo y pidió créditos al exterior. Se lo reclamaba el Plan Económico del '52. Que era un plan de crisis. Pero Juan Carlos Esteban –a quien aconsejo creerle más que a todos– escribe: "El crecimiento del capital extranjero en la Argentina desde 1949 a 1955 es de 282 millones de dólares, a valores corrientes, cifra exigua que no llega a representar un aumento del 20 por ciento sobre el capital existente en 1949. En general se produce este crecimiento partiendo de las grandes dificultades económicas de 1952 que paralizan las nacionalizaciones y hacen que *el sector conciliador de la burguesía nacional gane posiciones en el gobierno peronista*" (*Nota:* Juan Carlos Esteban, *Ibid.*, p. 83). Se sanciona entonces la maldecida –por el antiperonismo– ley Nº 14222 de radicación de capitales. Es de 1953. ¡Si habré escuchado esgrimir esta ley como la prueba de oro del cipayismo de Perón! Como el abandono de sus banderas proteccionistas. La Ley 14222, señores: la prueba de la infamia. Veamos. La ley establece límites a la remisión de utilidades. "Por primera vez (escribe Esteban, que era, lo recuerdo, comunista, aunque ignoro cómo habrá podido llegar a serlo en este país y ver la economía del peronismo con la ausencia total de gorilaje con que logra concebirla) un gobierno argentino ataca justamente en sus bases a la penetración imperialista al regular y reducir la salida de utilidades. Debe quedar bien en claro que no es lo mismo la reinversión que la remesa de beneficios. Este es el rasgo típico, genuino, el objetivo final del capital financiero." Y cita luego un informe de la CEPAL que reprueba "los topes anuales uniformes impuestos a las repatriaciones por la ley 14222" (Esteban, *Ibid.*, pp. 89/90). Los elementos fundamentales para la elaboración de este breve esbozo de la economía peronista están tomados de mi libro *El peronismo y la primacía de la política*, de 1974, y, obviamente, del libro de Juan Carlos Esteban. A él corresponden los mejores señalamientos. Si los hubo, ya que sospecho que Perón ha quedado demasiado bien parado en este análisis. Con todo, quedará todavía mejor parado cuando analicemos la vileza antipopular y vengativa del plan económico de la Libertadora.

PRÓXIMO DOMINGO

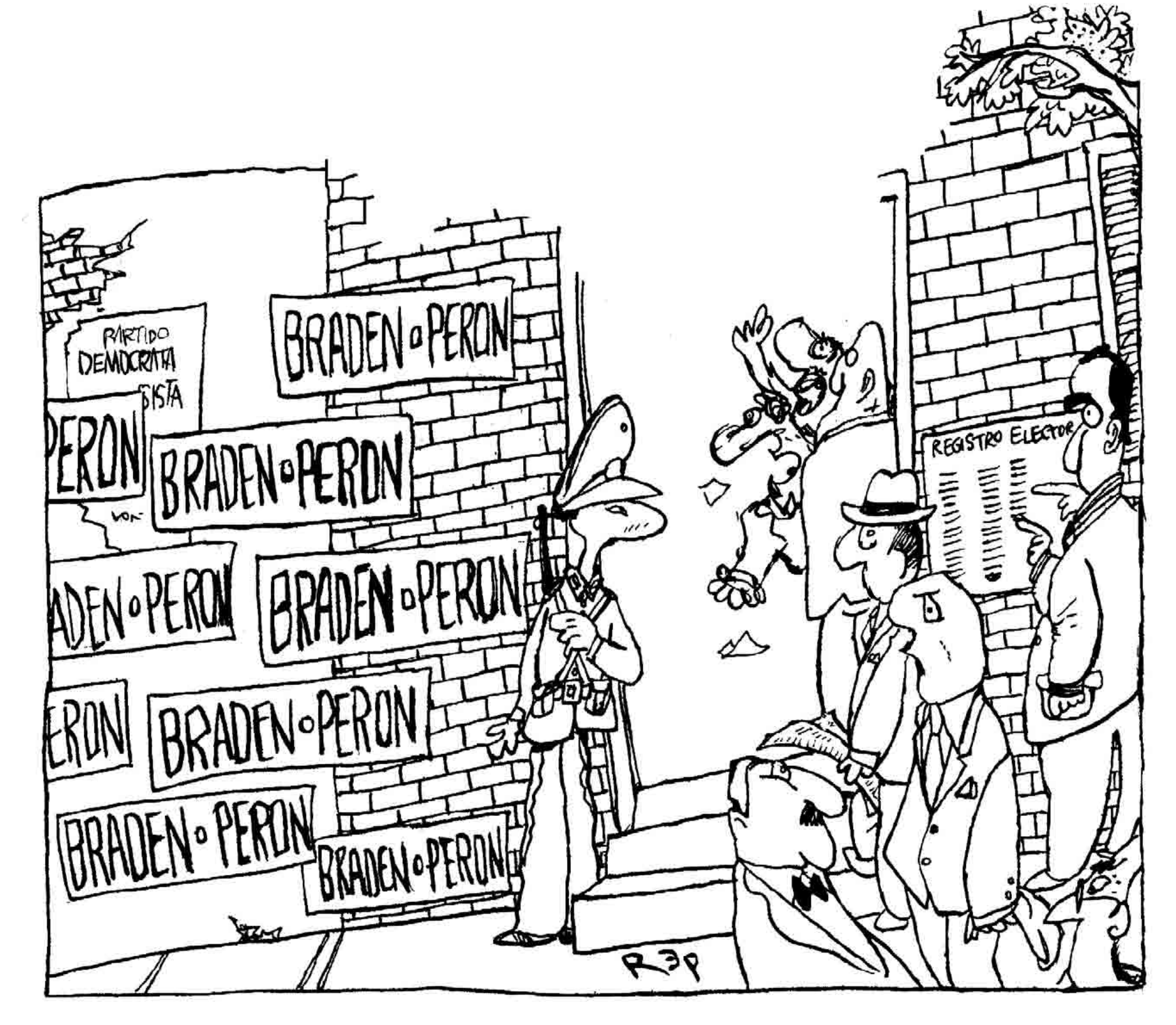
Personajes del peronismo: Discépolo, Alberto Castillo, José María Gatica, el padre Virgilio Filippo, Raúl Mendé

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

12 **La distribución del ingreso**



Suplemento especial de
Página/12

Será adecuado llevar a primer plano otra vez a nuestro criticado y, a la vez, admirado Milcíades Peña. ¡Ah, Milcíades, cuánto ha hecho por ti el descalabro teórico de la Argentina! No es que Milcíades no fuera bueno, pero no parecía *tan* bueno en los sesenta. Cuestiones como el nazismo de Perón ni merecían ser tratadas para Peña. No, lo que él le criticaba al peronismo era, por ejemplo, que no había cambiado la estructura del poder de clases en la Argentina, que el Segundo Plan Quinquenal respetaba la propiedad privada capitalista, que en 1950 se suscribiera un empréstito con el Export Import Bank de Washington. Pero no perdía el tiempo tratando de demostrar que Perón era nazi. Eran tiempos en que el ensayo no se deterioraba por los intereses electoralistas. Cuando analiza la consigna "Alpargatas sí, libros no", no exclama, como los radicales, siempre acompañando al establishment y a la oligarquía por ese gorilismo que no pueden contener ni elaborar bien (hay quienes sí lo han hecho, pocos), ¡ahí está la prueba de la barbarie peronista, su odio a la cultura! Milcíades dice que la consigna aludida buscaba, por parte del peronismo, eludir consignas anticapitalistas o antiimperialistas. Grave error: la principal consigna del peronismo para las elecciones de 1946 es, según nadie ignora, "Braden o Perón", que, hasta donde creo ver, es una consigna antiimperialista de cabo a rabo. Pero dejemos eso. Peña dice que en lugar de darles a los obreros consignas clasistas se les da consignas de "odio al cajetilla y al pituco". De aquí deduce el origen de "Alpargatas sí, libros no". Y escribe algo formidable: "En verdad, los profesionales de los libros y la política, experimentados ex ministros y diputados, rectores de universidades e intelectuales de nota, demostraron que políticamente no valían el precio de una alpargata" (*Ibid.*, p. 87). El lema de la Unión Democrática era batir al "naziperonismo". Y escribe Milcíades: "A los peones agrarios, que por primera vez en la historia del país habían recibido una serie de elementales mejoras económicas y sociales, a los arrendatarios a quienes Perón prometía darles la tierra en propiedad, se les ofrecía como candidatos a los terratenientes de la Sociedad Rural Argentina" (*Ibid.*, p. 87).

¿FUE NAZI PERÓN?

Pero veamos la bendita cuestión del nazismo peronista. Parece una bobada incurable. En mi curso del año pasado invito, según es mi costumbre, a los asistentes a dialogar conmigo a partir de los últimos quince minutos de la exposición. Todo iba bien hasta que (¡cuándo no!) aparece el personaje inesperado. Yo ya había expuesto la temática sobre el nazismo de Perón. Pero el fulano se largó una perorata para terminar diciendo que Perón era un nazi y que él y los del GOU mataron a todos los sindicalistas socialistas que habrían hecho una revolución en 1944. Le pregunté si era la primera conferencia a la que asistía (yo ya llevaba ocho) y dijo muy tranquilamente que sí. Bien, es el típico tipo que vaya donde vaya, va para hacerse oír él. Pero esto revela que hay todavía cierto otariaje que impide pensar algo tan complejo, tan difícil y delicado como el peronismo insistiendo con el asunto del nazismo de Perón. Creo que Sebreli también toma esos caminos –para satisfacción del electorado radical y del buen señor judío de clase media que se traga cualquier cuento que le diga que alguien es antisemita– y no lo han llevado a buen puerto. El gorilismo no es buen consejero. Así se lo ha podido ver a Sebreli con López Murphy o con Carrió. O sea, la cosa es así: díganme dónde está el peronismo así yo me pongo en la vereda de enfrente, aunque esté, pese a definirme como "hombre de izquierda" o "filósofo de tradición existencialista y marxista", junto a José Claudio Escribano o Massot o la siempre combativa Lilita o la Sociedad Rural y la UIA. Milcíades no era así. Milcíades pensaba. Escribía: "Por otra parte (viene hablando de las acusaciones sobre "nazismo" que los "aliadófilos" de los cuarenta le hacían a Perón), era falso de raíz llamar 'nazi' al peronismo. El nazismo es la guerra civil de la pequeña burguesía dirigida por el gran capital contra la clase obrera. Perón se apoyaba en la clase obrera contra el gran capital y la pequeña burguesía" (*Ibid.*, pp. 87/88). Si se lo busca llamar "nazi" por su indudable política autoritaria, Peña dirá: "El bonapartismo peronista tendía al totalitarismo, pero no llegaba a serlo. Era un semitotalitarismo. Perón centralizó fuertemente el poder en sus manos, eliminó a los competidores políticos, los sometió a un control severo y los redujo a una mínima expresión mediante el uso intensivo del aparato represivo. Pero no los eliminó completamente de la escena política (...) La oposición estuvo controlada y sojuzgada por los órganos del poder estatal, pero existió, sin embargo, y pudo actuar. Al lado del Estado peronista, al lado del grupo que detentaba el monopolio del poder y de la administración, existían los elementos de una sociedad legal. Pese a sus intentos en tal sentido, el peronismo estuvo inmensamente lejos de alcanzar la estructura totalitaria, que hace desaparecer a la oposición entre el Estado y la sociedad y realiza el ideal de un gobierno que no conoce ninguna limitación" (*Ibid.*, p. 107).

Vamos a aclarar este punto: ¿era nazi Perón como insisten en decir muchos gorilas de tercera o cuarta línea? Perón visitó la Italia de Mussolini, es probable que haya estado un tiempo en el Reich de Hitler antes de la guerra. Pero, ¿dónde se habría expresado esto una vez que llegó al poder? Sin duda, en la estructura autoritaria de su gobierno, que comparada con el nazismo era Suiza o Bélgica. Los muertos del peronismo incluyen al doctor Ingalinella. Que se torturó, se torturó. Pero los torturadores del peronismo son célebres. No fueron tantos. Todo esto, comparado con la "libertad" y la "democracia", es poco, es realmente escaso y sobre todo teniendo en cuanta el desarrollo propagandístico que se le dio. Volvamos a lo del nazismo. Cierta vez, haciendo zapping, paso por un canal y veo a un tipo joven, muy serio, que dice con seguridad absoluta y hasta algo de irritación: "Nunca en Estados Unidos entró un nazi en la Casa Blanca". O sea, lo que venía de decir el personaje es que Perón había recibido nazis en la Casa Rosada. Puede ser. Aquí llegaron nazis a montones. Fueron todos los que después manejaron los campos de concentración que armó Perón. Ah, ¿no hubo campos de concentración? Claro, sí los hubo bajo el gobierno de Videla, apoyado por todo el establishment antiperonista que luchó gloriosamente durante los días de la Libertadora. "Sé que en aquellas albas de septiembre (...) lo hemos sentido" escribió Georgie en *Sur*, refiriéndose a Sarmiento. ¡Qué emoción intransferible, Georgie Borges! ¿Así que usted sintió a Sarmiento el 16 de septiembre de 1955? Las clases populares sintieron que las cosas se les venían muy duras de ahí en adelante. María Seoane me contó una anécdota. Creo que era así: cae Perón y su padre se le acerca. Se le acerca y le dice: "Cayó Perón, hija. Los pobres estamos jodidos". Pero no nos desperdiguemos. Estoy con este personaje al que veo en un canal de la tele y dice eso: que nunca entró un nazi en la Casa Blanca. Este personaje, del que lo único que sé es que vive dedicado a demostrar que todos los nazis del mundo vinieron a la Argentina traídos por el GOU y por Perón, se llama Uki Goñi, que, para mí, da nombre de esquimal. De raro que es, digo. Veamos: Perón fue milico a morir. Le gustaba usar esas capas largas ultramilitares, fue autoritario, buscó edificar una doctrina, se hizo llamar líder, silenció a la oposición. De acuerdo. Pero el elemento fundamental de nazismo, su biologismo racista, estuvo por completo ausente de la ratio peronista. Alfred Rosenberg, en *El mito del siglo XX*, escribe que Francia es un atolón de África manejado por judíos. Perón, por el contrario, dio reconocimiento a la única raza (por decirlo así, yo no creo en las cuestiones "raciales") denegada en la Argentina. Los postergados eran los "negros". La oligarquía los odiaba, así como a los judíos. Sería aliadófila, pero era antisemita y maldecía a la negrada, de donde extraía sus "sirvientas" tucumanas o santiagueñas. Esa cuestión del "aliadofismo" es un cuento chino. Todo el bloque occidental era aliadófilo. Victoria Ocampo era tan aliadófila como el senador McCarthy. Estaban en favor de la "democracia occidental" contra el fascismo de Hitler y Mussolini. Por supuesto, defendían sus intereses. No querían que Hitler se comiera el mundo. Después, la democracia se les acababa. Les aparecía el odio de clase y el furibundo anticomunismo. Los "aliadófilos", siguiendo a Estados Unidos, reemplazan su "aliadofismo" por el rencoroso, brutal anticomunismo. McCarthy lo demuestra en Estados Unidos. Se sabe: Patton quería seguir la guerra y no detenerse hasta llegar a Moscú, incorporando a lo mejor de los batallones SS. Se sabe: no era necesario tirar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. Lo ha dicho el hiperhalcón Curtis LeMay: él hacía vuelos rasantes todas las noches por las ciudades japonesas y las incendiaba. Morían cien mil (leyeron bien: cien mil) civiles por día. Curtis LeMay es quien dice que no era necesario tirar las bombas. Que él arrasaba con todo Japón en menos de un mes. Pero las bombas se tiraron contra el nuevo enemigo: contra la Unión Soviética, buscando amedrentarla. Los rusos, como respuesta, hicieron sus bombas y empezó la maldita Guerra Fría, cuyos lugares calientes estuvieron en el Tercer Mundo, en Corea, en Vietnam, en América latina por medio de las feroces dictaduras como la de Videla, instruida y avalada por el señor Henry Kissinger, criminal de guerra y Premio Nobel de la Paz simultáneamente. Aquí, fue por completo coherente que la "aliadófila" revista *Sur* se volviera macartista, con su musa Victoria Ocampo a la cabeza, y castigara a José Bianco por viajar a Cuba, ese país comunista. Victoria Ocampo entraría en 1977 en la Academia Argentina de Letras. Las Madres de Plaza de Mayo ya hacían sus rondas. Pero ella habló del feminismo. Qué valentía: hablar del feminismo. Pero ni mencionó a las Madres. Ahí estaba el feminismo pidiendo por la vida de sus hijos. Mas Victoria clamó por el feminismo de Virginia Woolf, no por el de esas madres que habían parido subversivos. (Guillermo Saccomanno es quien me ha instruido en este tema, que maneja muy bien y es parte, creo, de su próxima novela, *77*, que será, qué duda cabe, potente y muy buena.)

LA INCREÍBLE HISTORIA DE WERNHER VON BRAUN: DE LAS SS A PONER AL HOMBRE EN LA LUNA

Queda claro, supongo: Perón trajo a cuanto nazi quiera Uki, pero no les dio poder. No condicionaron su ideología ni actuaron en la sociedad argentina. Salvo si uds. dicen que ellos hicieron autoritario a Perón (¡como si Perón lo necesitara!) y que hay en la ideología peronista (en la idea de la "comunidad organizada", como se suele decir) algo de nazismo. Pavadas. En cambio, señores, los norteamericanos, quienes acaso no hayan llevado

nazis a la Casa Blanca, sin duda los llevaron al Pentágono y les dieron *enorme poder*. Todos han visto o debieran ver esa formidable película de Stanley Kubrick que lleva por título *Dr. Strangelove*. Llamada por aquí *Doctor Insólito o Cómo aprendí a no preocuparme y amar la bomba*. Film de 1964, presenta a un científico en una silla de ruedas que sostiene todo el tiempo su brazo derecho con su brazo izquierdo. Siempre que el brazo derecho se le escapa hace el saludo nazi y el Dr. Strangelove exclama: "Heil Hitler!". El éxito del film de Kubrick tapó injusta y tristemente otras dos formidables películas. Una es *Fail Safe*, también de 1964, dirigida por Sidney Lumet e interpretada por Henry Fonda. Y la otra es más conocida por aparecer habitualmente por las pantallas de televisión, por cable o por aire, desde hace varios años. Es *The Bedford Incident* (ridículamente traducida como *Al borde del abismo*, que es la traducción del célebre film de Hawks con Bogart y Bacall). El film es de 1965. Es la historia de un paranoico halcón norteamericano que comanda una destroyer con carga atómica. Se larga a perseguir a un submarino ruso en aguas de Groenlandia. Todo termina en un desastre. Pero el detalle es éste: el asesor del macartista, paranoico y casi demente conductor de la nave (Richard Widmark) es un nazi. Sí, tal cual. Esto habla bien del cine norteamericano. No necesitan que vaya Uki Goñi a decirles que pusieron a nazis en puestos importantes. No, ellos solitos se dan cuenta y hacen muy buenas películas sobre el tema. Lo notable del film es que el nazi (Eric Portman) termina siendo más sensato que el Capitán Widmark, quien acaba por hacer volar todo y presumiblemente desata una Tercera Guerra Mundial. Estas tres películas forman un corpus sobre la Guerra Fría de alto valor cinematográfico. Pero hay algo peor. ¿No entraron nazis a la Casa Blanca? ¡Por favor! Los yankis fueron mucho más vivos que Perón. Si Perón se mandó ese papelón con su sabio nuclear Ronald Richter, los yankis se importaron al más brillante científico nazi, al tipo que casi le hace ganar la guerra a Hitler. Nada menos que a Wernher Magnus Maximilian Freherr von Braun. O más sencillamente: Wernher von Braun. Con respecto al tan sonado affaire Ronald Richter, a quien Perón importó para que le hiciera la bomba atómica y el tipo resultó siendo un fiasco, cosa que el gorilismo explotó hasta niveles extremos, recuerdo a un militante de la JP que decía perplejo: "No entiendo. Se equivocó, ¿y qué hay? ¿Qué quieren demostrar? ¿Que Perón era boludo?". Impecable razonamiento. Porque o Perón era el demoníaco nazi que hundió a la democracia argentina o frenó a la revolución social que ya estallaba en el '45 o era un boludo porque había traído a Richter. Las pavadas del chiquitaje gorila son asombrosas. Sí, Richter era un tarado recalcitrante. Sí, Perón se comió un buzón. ¿Y? Perón habrá sido muchas cosas: un político sagaz, maquiavélico, pragmático, un tipo de corazón frío, un tipo del que nunca sabremos si quiso o no verdaderamente a alguien, ni siquiera a Evita, un tipo al que con todas esas características no precisamente maravillosas le alcanzó para ser el caudillo de masas más poderoso de la Argentina y para crear un partido que hoy, aunque afortunadamente descafeinado, todavía gobierna. Pero, ¿un boludo? No, la acusación se revierte contra quienes pretenden demostrar eso basándose en el affaire Ronald Richter. Esos, de boludos, todo. Volvamos a Wernher von Braun. Por decirlo rápido: *es el tipo que le inventó a Hitler las bombas V2 con las que asoló la ciudad de Londres y es, al mismo tiempo, el tipo que les puso a los yankis al hombre en la Luna.*

De a poco. Veamos: Wernher von Braun nace en Alemania en marzo de 1912. Siempre le apasiona la cohetería espacial. Es eso que los yankis llaman un *rocket scientist*. Un científico de aparatos a reacción. Entra, de joven, en las filas de las SS. Se enrola luego en el Ejército Alemán. Quiere desarrollar misiles balísticos. Entró en las SS, aclaro, antes de que Hitler llegara al poder. Trabajando para las SS obtuvo un doctorado en ingeniería aeroespacial. ¡Miren a las SS! Y todo el mundo sólo se fija en que montaron campos de concentración y mataron a seis millones de judíos. Pues no: también le permitieron obtener a Von Braun un doctorado en ingeniería espacial. Que se sepa, acaso el mundo lo ignore o lo haya olvidado. Sigue su carrera brillante Herr von Braun. El alto mando alemán le encarga la elaboración de un cohete capaz de atacar territorio enemigo. Wernher von Braun, indignado, huye de Alemania y se refugia en la patria de la libertad y la democracia, Estados Unidos, donde... No, no es así. Wernher se queda en Alemania, como buen nazi que era. Wernher von Braun diseña los modelos A3 y A4 que entusiasman al Führer. Hitler le ordena la producción masiva de los mismos. Wernher les pone el nombre de V2. Hitler, con ellos, se dispone bombardear a Londres. No es sencillo construir masivamente los V2. Werhner von Braun reclama entonces más contingente humano. Y emplea obreros-esclavos que le son enviados de los campos de concentración y exterminio, algo que Werhner, siempre concentrado en lo suyo, ignora por completo. De lo contrario, humanitariamente se habría opuesto. ¡El tipo era un miserable! Hacia el fin de la guerra se habían arrojado 1155 bombas V2 contra Inglaterra y 1625 contra Amberes y otros objetivos del continente. No hay experto militar que ignore un hecho fundamental: si Von Braun hubiera empezado *antes* la producción en masa de las bombas V2, Alemania habría ganado la guerra. Los aliados bombardearon los laboratorios de Peenemünde, donde trabajaba Von Braun con sus obreros-esclavos, pero no mataron a Von Braun, que ya se había ido en busca de los yankis. Mataron a todos los que hacían trabajo esclavo. Wernher, entre tanto, iba en busca de la libertad. Los norteamericanos habían organizado la operación Paperclip destinada a capturar científicos alemanes y ubicarlos bajo su dirección. Wernher von Braun se entrega junto con otros *quinientos científicos de su equipo*. Los rusos se lo pierden. También lo quería para su equipo Sergei Korolov. A papá Stalin también le importaba un reverendo rábano que Wernher hubiera sido SS, que haya utilizado obreros-esclavos de los campos de concentración, que sus bombas V2 hayan arrasado buena parte de Europa, nada. Lo quería para él. La guerra que se iniciaba era otra y los cerebros alemanes eran muy codiciados. Ni hablemos de lo que Alemania misma hizo con los nazis, a los que integró masivamente a su resurrección. Pero sigamos con Wernher. Falta lo mejor. Lo más espectacular. ¡Es tanto lo que el mundo y todos nosotros le debemos! Wernher se hace ciudadano norteamericano. Algo que ocurre el 14 de abril de 1955. Es un héroe. Su cohete V2 es la base de toda la cohetería que desarrollan los rusos y los yankis en la carrera espacial. En 1960, encontramos a Wernher en la NASA. Se le encomienda la construcción de los gigantescos cohetes *Saturno*. Pero antes, en la década del '50, Wernher ya era muy conocido por sus artículos en la publicación semanal *Cullier*, la más importante de ese momento. Y aquí viene el dulce "toque" Disney: Wernher participa en tres programas de televisión divulgando temas de exploración espacial. Patrocina la Walt Disney Corporation. No sean amargos: ¿no es esto conmovedor? El SS y Mickey Mouse juntos, dejando atrás sus diferencias, acaso mínimas, y divulgando la ciencia de la cohetería para los niñitos americanos. Aún, dije, falta lo mejor. Wernher tiene en sus manos la fabricación de los cohetes Saturno. Se convierte entonces en el director del Centro de Vuelo Espacial Marshall de la NASA. Diseña, así, el Saturno V. Que el tipo era un genio, lo era. Que había sido un SS, también. Que había reventado a bombazos a los ingleses y a los belgas y a otros países, también. Que había utilizado obreros extraídos de los campos de concentración y exterminio, también. Pero eso, ¿qué importaba? ¿Qué podía importar si Wernher von Braun, durante los años 1969 y 1972, con el cohete Saturno V... ¡lleva al Hombre a la Luna! Caramba, lo que es la historia humana. El hombre llegó a la Luna de la mano de un SS. ¿Recuerdan ustedes esas jornadas maravillosas de 1969? Yo sí, porque soy un veterano y serlo tiene sus grandes ventajas. A veces sentís que la Historia se te entrega en totalidad y la podés ver desde un lado que siempre se te negó, porque, sencillamente, eras joven. Es cierto, estás más cerca de la Parca, estirás la pata en cualquier momento, pero disfrutás de la posibilidad de un saber más añejo, más totalizador. Bien, se acabó el interregno sentimental. Wernher nos sigue reclamando. Las jornadas de 1969, decía. Fueron así: el mundo entero estaba fascinado por una conquista, no de los norteamericanos, sino del Hombre. Era el Hombre el que había llegado a la Luna. Igual, los yankis clavaron ahí su banderita, alevosamente. Todos miraban la tele. Todos exclamaron extasiados cuando ese Armstrong dio unos saltitos en el suelo ceniciento del planeta de los enamorados. Aquí manejaban la transmisión de TV Mónica Mihanovich, creo que así se llamaba en ese entonces, y el más que agradable Andrés Percivale. De pronto, ¡aparece Nixon! ¡Y se pone a hablar con Armstrong! Increíble: el hombre habla desde la

Tierra con el hombre que está en la Luna. Durante esos días, Nixon había ordenado un ataque masivo de sus poderosos bombarderos B52 sobre Vietnam del Norte para terminar de una buena vez con esa maldita guerra que no podían ganar y les arruinaba esta fiesta espacial. También durante esos días se hace el Cordobazo en la Argentina. Pero es el mundo el que festeja. ¡Hemos llegado a la Luna! Se ha cumplido el sueño de Herbert George Wells, ese visionario. El film de Georges Méliès es realidad. El Hombre, así, con mayúscula, ha escrito una de las páginas fundamentales de su Historia. Todo gracias a Wernher. Que ya sabemos quién había sido. Amigo de Hitler, pudo haberlo llevado a ganar la guerra si disponía de un poco más de tiempo. En ese caso, habría sido el bueno de Adolf quien hablara con algún Armstrong alemán, y bien nazi, sobre la gran hazaña del género humano. ¡Y el nazi era Perón!

LA FAMOSA VISITA DE MILTON EISENHOWER

Que entraron nazis en cantidad es imposible negarlo. Perón les abrió las puertas. Creía que le traerían materia gris. Tenía, posiblemente, simpatía por alguno de ellos. O no, no sé. Piedad, de ninguna manera. No sé si Perón conoció un sentimiento tan delicado, tan cristiano como el de la piedad, el de la compasión. Sentimientos odiados por Nietzsche. (Cualquiera que lea el primer libro de *La genealogía de la moral* podrá comprobarlo. Nietzsche detestaba los valores sacerdotales. Muy especialmente el ideal ascético de la vida.) Pero, sobre todo, Perón les habrá sacado mucho dinero. Hay, sin embargo, algo definitivo: ninguno de los nazis que vino influyeron en la política obrerista de Perón. Perón no fue en absoluto antisemita. Borlenghi era judío. Reconoció en seguida al Estado de Israel. Persiguió al catolicismo, no al judaísmo. Y su autoritarismo ni puede (remotamente) compararse con el autoritarismo nazi. De modo que terminen con este cuento porque –para entender el peronismo– no sirve para nada, estorba y confunde. Ahora, para propaganda radical electoralista, funciona. Estados Unidos es el gran impulsor de la teoría del nazismo peronista. Braden la inició empujado por los partidos de la Unión Democrática, desde los conservadores hasta los socialistas. Y Braden tenía sus motivos para odiar a Perón. Cuando asume como embajador le lleva un pliego de condiciones. Más o menos como José Claudio Escribano con Kirchner. Braden le dice: "Si usted cumple con todo esto, será muy bien considerado en mi país". Y Perón, célebremente, le contesta: "Vea, no quiero ser bien considerado en su país al precio de ser un hijo de puta en el mío". Tal cual, brillante. Braden se va tan furioso que olvida su sombrero. Un ordenanza se lo alcanza cuando está por subirse al auto de su embajada. Ese sombrero es un legítimo trofeo que Perón conquista en sus enfrentamientos con el imperialismo.

Wernher von Braun habría de morir en junio de 1976. De cáncer. No logró inventar una bomba contra esa maldita enfermedad. Pero, en el colmo de los colmos, "América" haría una película laudatoria sobre él. Se llamó *I aim the stars*, algo así como *Yo apunto a las estrellas.* Aquí se estrenó bajo el título de *Mi meta son las estrellas*. Very touching. La dirigió un distinguido director: J. Lee Thompson, quien habría de dirigir ese peliculón que sería *Los cañones de Navarone* (*The Guns of Navarone*, 1967, 157 minutos), con Gregory Peck, David Niven, Anthony Quinn, la italiana Gia Scala, la trágica griega Irene Papas, los notables actores ingleses Anthony Quayle, Stanley Baker y Richard Harris, a quien todos conocen, espero. Bien, este formidable director dirigió a Curd Jurgens, un actor de moda en esa década del cincuenta, que haría *La posada de la sexta felicidad* junto a Ingrid Bergman, *El zorro del mar* junto a Robert Mitchum y *Lord Jim*, junto a Peter O'Toole. Entre muchas otras. No le faltó nada a Wernher von Braun. Estados Unidos le dio todo. También la Unión Soviética se llevó miles de científicos alemanes. ¿A qué jugamos, Uki?

Como vemos, vamos despejando las interpretaciones bobas del peronismo. Son las más difundidas. Una vez aclarado que Perón *no fue* nazi, nos concentraremos en otros pecados del peronismo. Vino, en efecto, Milton Eisenhower. Pero no vino sólo a la Argentina. ¡Ni vino a rendirse según el supremo disparate de Hernández Arregui! Hizo una gira por toda América latina que pensaba hacer su hermano Dwight, quien había sido el comandante general supremo de las fuerzas aliadas que desembarcaron en Normandía. Dwight asume en noviembre de 1952 como Presidente republicano. Sabemos que los republicanos representaban más que los demócratas el despiadado poder de Wall Street y de las grandes corporaciones. La lucha era, para ellos, "Free World and Communism". Comienzan las actividades del turbio senador Joseph McCarthy. El 1º de noviembre de 1952, días antes de asumir Eisenhower, Estados Unidos, a las siete de la mañana, detona en el atolón de Eniwetok, en las islas Marshall, Océano Pacífico, la *primera bomba de hidrógeno*, con diez megatoneladas y media. *Seiscientas veces más poderosa que las que destruyeron Hiroshima y Nagasaki* (Fuente: Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, Grupo Editorial Norma. Libro de lectura imprescindible para entender nuestro país y el entero mundo). Milton es enviado por Dwight para una visita de "inspección" por América latina. Perón escribe en *Democracia*, bajo su seudónimo "Descartes", un texto laudatorio. Toda la izquierda se indigna. Sin embargo, Perón sabía más que todos juntos quién venía a visitarlo: Dwight Eisenhower, Joseph McCarthy, Curtis LeMay, siniestro halcón del Pentágono, que mataba cien mil civiles japonés con sus aviones incendiarios y dijo que si lo dejaban seguir a él unos días más no serían necesarias las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, y, por fin, también visita a Perón el poder nuclear de Estados Unidos. Esa bomba de hidrógeno, de diez megatoneladas y media.

Como vemos, la visita de Milton Eisenhower no fue la de un amable embajador que venía en visita de buena voluntad. Ahí, en 1953, Perón sanciona una ley de inversiones extranjeras que asegura un trato favorable al capital internacional. Vimos que Juan Carlos Esteban lo niega. Veremos que Milcíades Peña lo condena.

LA CLASE OBRERA PERONISTA SUPERA EL 50% EN LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA

En cuanto a Peña, escribe dos frases definitivamente equivocadas. Lo eran porque ni Perón ni nadie podía llevarlas a cabo. "El peronismo (dice) no modificó la estructura tradicional del país, es decir las relaciones de propiedad y la distribución del poder existentes (*Ibid.*, p. 96). Y también condena a los *planes quinquenales* porque su punto de partida "era la propiedad privada capitalista" (*Ibid.*, p. 98). Desde este punto de vista, todo lo que hizo el peronismo en beneficio de los necesitados, de los peones de estancia, de los obreros era nada. Peña pensaba como un marxista de los sesenta y pensaba en la Revolución Cubana. En suma, le pedía a Perón, en los cuarenta, ser el Fidel Castro de 1959. Imposible petición, exagerada, ajena a todo contexto histórico, a toda relación de fuerzas. Cuando, en mi curso sobre peronismo, leí el resumen que hace Milcíades de la "revolución peronista", el auditorio estalló en una carcajada. Veían, desde el presente, desde este presente oprobioso para los humillados, los excluidos, los marginados, los condenados a la prostitución, a la delincuencia o al trabajo esclavo, las exigencias de un marxista que escribía desde los sesenta, desde la post Revolución Cubana. Porque el texto final de Milcíades es el siguiente: "Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el Estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la 'revolución peronista'" (*Ibid.*, p. 130). ¿Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional? Milcíades, hoy, eso, sería más que el Palacio de Invierno.

Sumados al porcentaje que ya penosamente tenía la clase obrera, obtendríamos que, con el primer peronismo, el ingreso de los trabajadores en el ingreso nacional superó el cincuenta por ciento. Nunca en su historia, ni remotamente, los pobres tuvieron tanto. Si, como decía Perón, la víscera más sensible del hombre es el bolsillo, no cabe duda de que esa sensible víscera fue muy bien tratada a partir de febrero de 1946. Y muy maltratada a partir de entonces, por los "libertadores" y los que luego vinieron. Hasta llegar al colmo con el peronismo de Menem, que los expulsó del sistema de producción hacia el barro de la indignidad, condenándolos a ser delincuentes o mendigos. Desde entonces, hasta los tímidos intentos del gobierno de Kirchner por redistribuir la riqueza, sólo se ha pensado en solucionar ese problema por medio de la represión, y así lo exigen las clases sociales incluidas en el sistema, las medias y las altas. Buenos Aires, según se sabe, es una sociedad opulenta, y el resto del país un territorio de desposeídos ante quienes los satisfechos porteños piden, votando al señor Macri, por ejemplo, seguridad, es decir, represión. Represión y no inclusión, ni educación, ni trabajo con salarios dignos, no asistencialistas. Buenos Aires, que siempre quiso ser la París de América latina, lo será con más similitud que nunca cuando los marginados, los excluidos, los escupitados por el sistema de concentración de la riqueza se arrojen sobre la ciudad opulenta como los musulmanes de París se han arrojado, salvajemente, quemando todo con su furia, sobre la Ciudad Luz. Entonces la población capitalina clamará por un Sarkozy o, de acuerdo con las modalidades nacionales acostumbradas a pedir medidas extremas cuando tienen mucho miedo, un Le Pen. De la sagacidad de Cristina F, de quien hemos, recuérdese, tomado muy en serio su brillante discurso de asunción, sea acaso posible esperar que el país no se desbarranque por ese abismo. El problema desesperante de la pobreza se agudiza en un país que tuvo la experiencia del bienestar, de "los años felices". Un país en que los pobres superaron el cincuenta por ciento de la renta nacional. Aunque haya pasado mucho tiempo, ese recuerdo en alguna parte todavía está y alimenta la indignación, la conciencia de la ignominia. Pese a que la TV basura, los caños, las mujeres objeto, las mujeres-culo y el lumpenaje radial trabaje para adormecer, para idiotizar el surgimiento de ese reclamo por el decoro, la integridad moral de la vida, por lo mejor que un gobierno peronista –de acuerdo con su más genuina tradición– les pueda dar a los pobres: trabajo digno, vivienda digna, educación digna. Derechos humanos básicos. Porque juzgar a los represores del genocidio está muy bien, y si lo está es porque ese genocidio se hizo para implantar este sistema de injusticia estructural. Pero los derechos humanos deben contemplar también las penurias de los hombres y las mujeres de hoy. Si alguien se considera peronista, debe saber que el peronismo todavía sigue vigente, no por una *obstinación irracional del primitivismo de los pobres*, sino porque, bajo ese peronismo de los albores, la renta, formidablemente, superó ese 50 por ciento en favor de los relegados de siempre.

Qué bien parado salió Perón en estas temáticas, ¿no? Si alguien se siente incómodo, en principio que se aguante. (Uno es educado y no dice otra cosa. Que se joda, por ejemplo.) Sin embargo, ya lo veremos al general con sus agachadas bien expuestas. No se puede decir, por otra parte, que no hayamos señalado un montón hasta aquí. Era frío, fue distante con Evita durante su muerte, fue excesiva, innecesariamente agresivo con la Juventud Peronista y bajo su mirada aquiescente López Rega, Villar y Osinde organizaron todo el aparato de la Triple A. No obstante, sea lo que haya sido Perón (cuesta, por otra parte, encontrar políticos "intachables"), siempre quedará eso a su favor. Dos cosas fundamentales: fue el que más irritó, incomodó, metió su más duro y grueso dedo en el trasero de la oligarquía. Y fue el que más les dio a los pobres. Que por eso lo recuerdan como a su querido "general". Y al que no le guste, que haga algo mejor. Se agradecerá.

PRÓXIMO DOMINGO

Cercanías de Eva Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

13 **Discépolo y el peronismo**

Suplemento especial de
Página/12

Era un poeta de excepcional talento. Era un tipo frágil, con un sentido trágico de la existencia. Se podría decir que era un pesimista, pero un escritor que escribe, aunque escriba acerca de la falta absoluta de sentido de todo lo que existe, aunque sienta que Dios es una ausencia y que el amor se ahogó en la sopa, no es pesimista. Si lo fuera, no escribiría. No escriben los desesperados. Escriben los que creen en decirles a los demás las cosas en que creen, lo que les pasa, sus desengaños, o hacerles saber que todavía hay hendijas por las que se filtra una alegría inesperada, sorpresiva, que da aliento y permite seguir. Una hendija como esas por las que Benjamin decía que el Mesías se hacía sentir en la Historia, que no vendría al final, sino que estaba siempre, que entraba por los quiebres, por esos quiebres que impedían la linealidad de la historia, pero abrían la posibilidad del mesianismo, esos tipos, en suma, no son pesimistas. Creen en algo poderoso. Creen en el arte para el que están dotados. Nuestro poeta era sí. Además, dominaba como pocos el arte de la palabra, hablaba y seducía, hablar era un don con el que encandilaba, con el que encantaba, hablaba rápido, se le atropellaban las palabras, las ideas, pese a la velocidad de su habla, eran más veloces, sólo su gestualidad lograba el empate, entre sus palabras y los malabarismos de sus manos se hacía entender, comunicaba el volcán que él era, porque era eso: un flaco volcánico, un torbellino que duró poco, que se quemó pronto, que se creyó fuerte, puso la cabeza y, en un tiempo de odios extremos, se la cortaron.

No tiene prestigio académico por dos cuestiones: escribió tangos y se hizo peronista. En el *Diccionario de autores latinoamericanos* de César Aira, se mete por la ventana en el apartado que corresponde a su hermano, Armando. Sé que Aira admira a Alejandra Pizarnik, yo también la admiro. Y creo que su talento no era superior al del autor de *Quevachaché*. Era distinto. No sé si el peronismo se merecía semejante poeta, aunque también lo tuvo a Manzi. Pero él, en el mediodía de su esperanza, se hizo peronista, y peronista militante, porque agarró la radio y empezó a desparramar sarcasmos, ironías, un humor corrosivo, que hería demasiado y más todavía en una época de esas que suelen llamarse "electorales", donde todo se pone al fuego, cada palabra bien puesta es un voto. Se trata de Enrique Santos Discépolo. Confieso que hay poemas de este vate popular que admiro hasta la envidia. Que, al leerlos por primera vez, siendo muy jovencito, me quitaron la respiración. Que la certeza del paso de los años, de la decadencia incontenible y la cercanía de la muerte, la encontré antes en Discépolo que en cualquier filósofo que haya estudiado hasta cierta altura de la carrera en Viamonte 430, donde, según una dedicatoria de Ernesto Laclau, si no recuerdo mal, "empezó todo".

FIERA VENGANZA LA DEL TIEMPO

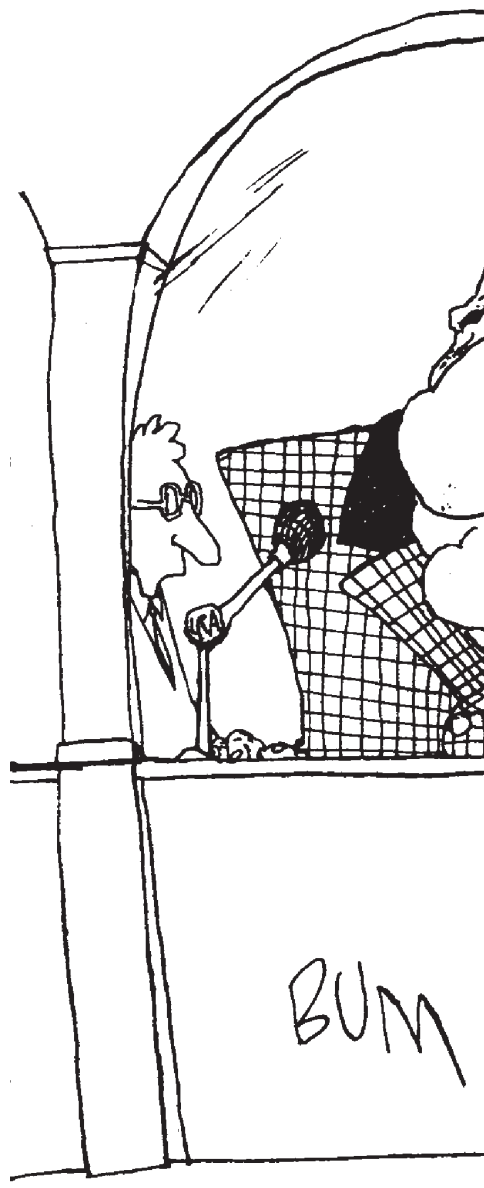
Tal vez deba aclarar que meternos con Discépolo es una tarea imprescindible en un estudio sobre el peronismo. Porque habrá que ver cómo este vate sombrío, este cantor de los más terribles desengaños, este poeta del fango del arrabal, se enamoró del portland de las casitas peronistas, de los días soleados que el movimiento reclamaba como propios ("un día peronista") y del "chamamé de la buena digestión". Ni Discépolo fue Heidegger, ni Perón fue Hitler. Pero no puedo evitar la comparación. El sombrío Heidegger de *Ser y tiempo*, el filósofo de la República de Weimar, encuentra en el nacionalsocialismo la solución del problema entre el hombre y la técnica, que la Modernidad había inaugurado con Descartes. También encuentra su día sin nubes. Hay una esperanza y él habrá de adherir a ella. No hace mucho, un serio, profundo pensador argentino me decía que Heidegger había sido sólo "otro boludo" que se había prendido a uno de esos tentadores tranvías de la historia. Fue su ruina. O, al menos, sus adherentes tienen que vivir defendiéndolo. Discépolo también se prendió a "uno de esos tentadores tranvías de la historia". Más cómodo le habría sido seguir hablando de los amores imposibles, de las manos que no se extienden, de los que ven que a su lado se prueban las pilchas que está por dejar. Se permitió la exaltación, la vehemencia, la alegría. Acompañó la alegría del pueblo pobre. Es una de las caras más fascinantes de la gran novela peronista.

Esta noche me emborracho (1928) plantea el paso del tiempo como destrucción de los sueños. Y el tiempo como camino ineludible hacia la muerte a través de la decadencia física, que expresa también la muerte del amor. El tipo ve a su "dulce metedura", a la mujer que lo volvió loco diez años atrás, salir de un cabaret. La ve hecha "un cascajo". Un cascajo, para mayor desdicha, patético, ridículo. La ve "chueca, vestida de pebeta, teñida y coqueteando su desnudez". La ve como "un gallo desplumao". La ve con "el cuero picoteao". Raja "pa'no llorar". Recuerda las cosas que hizo por ella. Porque ella era hermosa. Lo era diez años atrás. El tipo se "chifló por su belleza". Entra, entonces, el tema recurrente de la madre. La máxima deshonra es haberle quitado "el pan a la vieja". Aquí radica el mayor dolor. Le hizo pasar hambre a la vieja para darle a este cascajo lo que sus caprichos pedían. Pero es la estrofa final la que revela lo que podríamos llamar "el revés de la trama". Lo no dicho en el poema. El tipo dice: "Fiera venganza la del tiempo/ que nos hace ver deshecho/ lo que uno amó". Sin embargo, ¿sólo en ella ve la fiera venganza del tiempo? ¿Y si la imagen de la mina vencida lo remite a sí mismo? Él, ¿cómo está, cómo se ve, es o no es otro cascajo? La fiereza del tiempo los tiene que haber atrapado a los dos. Acaso el terror del tipo es haber visto en ella lo que no quería ver en él. Que el tiempo pasa, destruye, se venga. ¿De qué se venga el tiempo? De lo que uno amó. Es como si el tiempo disfrutara destrozando lo que uno se permitió amar porque no se está en el mundo para amar o porque el amor es imposible. Quien se atrevió a hacerlo verá destruido su sueño. "Este encuentro me ha hecho tanto mal/ que si lo pienso más/ termino envenenao". El encuentro es un encuentro-espejo. Ve en ella lo que también es él. ¿Qué hace él, solo, porque es evidente que está solo, a la salida del cabaret, de madrugada? ¿Qué buscaba ahí? ¿Entraba o salía del cabaret? Raro que pasara de casualidad. No se anda de casualidad por esas geografías. Además, lo confiesa: "¡Mire, si no es pa'suicidarse/ que por este cachivache/ sea lo que soy...!" No sabemos qué es. Pero es muy posible que sea una ruina como ella. Que el tiempo les haya cobrado a los dos la insolencia de amarse. "Fiera venganza la del tiempo" es una de las líneas más excepcionales de Discépolo. El tiempo se venga de todo. El tiempo nos quiebra. El tiempo nos mata. El tiempo es la Muerte que nos llama. Por eso es fiero. Es feroz, encarnizado, es violento. Nada se puede hacer contra eso. "Este encuentro", dice el tipo, "me ha hecho tanto mal". ¿Cómo no lo va a trastornar ese encuentro si en él vio el sinsentido de la vida aquello en que se transforman las cosas que se amaron, que se creyeron eternas, eternamente bellas, eternamente jóvenes, como él, como el tipo? No quiere pensar más. ¿De qué sirve pensar? Pensar es envenenarse. "Si lo pienso más, termino envenenao". Sólo queda la negación, el olvido momentáneo del alcohol, que será el olvido de una noche, la esperanza de que no pase al día siguiente, que se quede atrás, en la madrugada, en ese cabaret. Quién sabe, por ahí ocurre eso. El alcohol todo lo puede. Y el poema termina proponiendo la curda, último refugio del tanguero, antesala del "cachá el bufoso y chau", el sueño, el sueño pesado, el sueño sin sueños, el de la entrega: "Esta noche me emborracho bien/ me mamo bien mamao/ pa'no pensar". Excepcional es la identificación del "pensar" con la obsesión. No hay que pensar. Pensar es torturarse. Pensar llevará a ver la verdad y verla será intolerable. El dolor supremo. Se trata de calmar ese dolor. O mejor: de sofocarlo, de tornarlo imposible. Por eso se va a emborrachar "bien". Se va a mamar "bien mamao". O sea, no como cualquier otro día, sino con una eficacia trabajada, profesional. Pondrá toda su sabiduría de curda para frenar con el alcohol todo cuanto pueda filtrarse de la realidad. Que nada entre. Que nada me obligue a pensar. Porque no quiero saber lo que sé, lo que descubrí: ese cascajo, ese gallo desplumao, ese cachivache, que hoy vi en la madrugada, a la salida del cabaret, soy yo.

Discépolo, como muchos artistas de su generación, era un apasionado lector de los novelistas rusos. Se nutre de ellos y, aunque no lo hayan leído, anticipa muchos de los temas de las filosofías de la existencia de los años cuarenta en Europa. En 1925 escribe su tango más decarnado, más negro. El que nunca pasa, el que siempre dice lo que hay que decir de cada época, algo que habla de la destrucción de toda teoría del progreso en la historia del hombre. Los tiempos, hoy, son duros. Y todavía está Discépolo para narrarlos. No en *Cambalache*, tango por el que no tengo mayor estima, sino en esa temprana reflexión nihilista que es *Qué vachaché*. "En Buenos Aires (escribe Horacio Salas) lo estrena Tita Merello en la revista *Así da gusto vivir*. Resulta un rotundo fracaso. Un nuevo intento en Montevideo tiene el mismo resultado. Recién el éxito de *Esta noche me emborracho* en 1928, en la voz de Azucena Maizani, le permite exhumar *Qué vachaché*, que se graba ese año" (Horacio Salas, *El tango*, Planeta, Buenos Aires, 1986, p. 200). Discépolo está orgulloso de este tango. Hasta se permite decir que mira "por otras ventanas el tremendo panorama de la humanidad" (*Ibid.*, p. 200). ¿Cuál era ese "tremendo panorama"? En 1925 gobernaba en Argentina el radicalismo. Hitler no había llegado al poder. Mussolini recién empezaba a mostrar las garras. Pero el mundo, al lado de lo que vendría, no ofrecía todavía un "tremendo panorama". Aquí, entonces, la sospecha: ¿no estaba en el propio Discépolo el "tremendo panorama"? ¿No era más metafísico que histórico? ¿No era más cerradamente existencial? ¿No era ese "tremendo panorama" el de su propia conciencia, atormentada por siempre? También vale otra hipótesis: el poeta se adelanta a su tiempo, ve lo que los otros no ven. O ve lo que siempre ha de estar, lo eterno en la historia.

VENDER EL ALMA, RIFAR EL CORAZÓN

No hay otro modo de entender *Qué vachaché*. Porque, en 1925, la cosa no era para tanto. Los buenos revisionistas o los historiadores peronistas dicen que Discépolo se anticipa a la descripción de la llamada Década Infame. En verdad, se anticipa a todas las épocas, dado que ese tango prenuncia poderosamente la década argentina de los noventa y el mundo mercantil, cósico del presente. ¿Qué es lo que hace falta, qué hay que hacer para sobrevivir en el universo de los humanos? Como diría Marx: hay una mercancía a la que remiten todas las otras pues la han aceptado como el equivalente de todas. Una silla no es el equivalente de todas las mercancías. Ni un tren. Ni un zapato. Estaríamos, ahí, en un sistema de trueque. Lo que establece el capitalismo es que tanto el tren, como la silla o como el zapato remitan para establecer su valor a una mercancía que habrá de representarlas a todas, expresando sus distintos valores. Esa mercancía es la mercancía *dinero*. De aquí que sea la mercancía esencial del

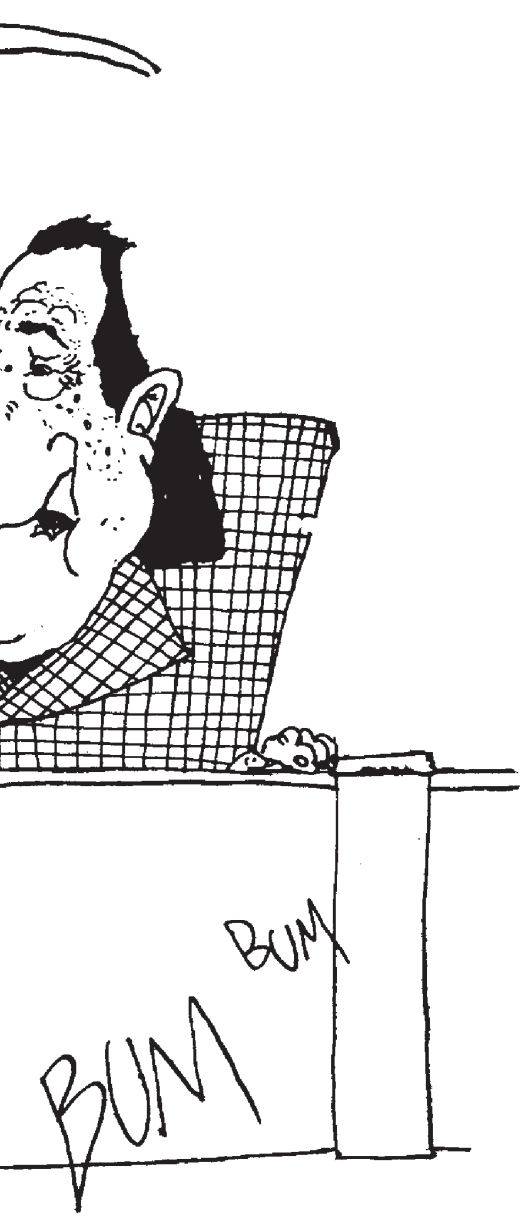


capitalismo. *Con el dinero uno compra cualquier cosa*. Una silla la podrá canjear por una mesa o por un sillón. El dinero puede entregarnos lo que se nos antoje, si es que lo tenemos en cantidad suficiente. De aquí que haya que tener *mucho dinero para poder tener muchas cosas*. Si la puerta a la conquista de las cosas (y el capitalismo es un sistema de cosas) es el dinero, todo radica entonces en tenerlo en cantidades suficientes como para que nada nos esté vedado. "Lo que hace falta (escribe Discépolo) es empacar mucha moneda/ vender el alma, rifar el corazón/ tirar la poca decencia que te queda/ plata, plata y plata... plata otra vez.../ Así es posible que morfés todos los días/ tengas amigos, casa, nombre... lo que quieras vos./ El verdadero amor se ahogó en la sopa,/ la panza es reina y el dinero Dios". Hay pocos textos que definan la pragmática capitalista como éste de Discépolo. No era un desesperado. No era un pesimista. Acaso hoy lo comprendamos mejor que nunca. Hoy, cuando *no hay nada más* que capitalismo. Cuando el mundo se ha transformado en un campo de guerra. Cuando la potencia capitalista más poderosa de la Tierra anuncia que buscará lo que necesite ahí donde esté. Cuando no sólo no hay ideales, no hay ideas. Cuando la política desapareció ahogada por los arreglos entre aparatos. Cuando un tipo que está aquí, mañana está allá y pasado mañana volvió a cambiar. ¿Qué quiere decir esto? Simple: no hay ideas, hay intereses. *La verdadera política se ahogó en la sopa*. En cuanto a las aristas morales de este mundo de intereses, Discépolo es bien claro. Sus consejos valen oro: tenés que vender el alma, rifar el corazón, tirar la poca decencia que te queda. Si hacés eso, triunfás. Si no, te pisan. Te pasan por encima. Sos "un gilito embanderado". A este personaje se dirige Discépolo. A un "gilito embanderado", un pobre tipo que todavía cree en algunas causas, en algunas banderas. No hay causas, no hay banderas. Sólo hay guita. Si sólo hay guita, ¿dónde está la verdad? Eso que decíamos "tener razón". Fulano tiene razón porque Fulano tiene la verdad. O al revés: Fulano está en lo cierto, tiene razón. Había algo, en los hechos, que permitía establecer una verdad. Tenía razón el que podía demostrar que él había actuado bien y el otro mal. Pero eso podía ocurrir porque existían en el mundo el Bien y el Mal. No existen más. Lo que existe es el dinero. Por eso: *"La razón la tiene el de más guita"*. Porque a "la honradez la venden al contado".

Y las dos líneas que siguen son las más descarnadas del poema. No sé cuántos poetas de nuestro país o de otros han llegado a una síntesis más poderosa de la relación entre moral y dinero. Al ser el capitalismo el sistema de, justamente, el capital, es el sistema del dinero. La ética que intentó establecer desde sus orígenes, desde Adam Smith, fue la del egoísmo. Si triunfó, triunfa y seguirá triunfando hasta que posiblemente se destruya destruyéndolo todo es porque expresa lo más sombrío del hombre, que es su verdad. Todos los otros sueños que buscaron realizarse terminaron entronando otra versión del capitalismo. El capitalismo expresa lo que el hombre es y no se hace ilusiones sobre eso. El dinero es su razón y la razón es dinero. La verdad, como sobradamente lo demostró Foucault, es la verdad del poder. Y el poder se relaciona con la posesión del dinero. Discépolo sabía todo esto cuando escribió: *"No hay ninguna verdad que se resista/ frente a dos mangos moneda nacional"*.

¿A dónde voy con todo esto? Clarísimo: Discépolo es uno de los más distinguidos peronistas y es uno de nuestros más grandes poetas. Como todo está olvidado, como nada se recuerda, me permito repasar algunos de sus temas. Y vendrá el contraste. *Porque las charlas de "Mordisquito" son impensables desde "Qué vachaché"*. Sigamos con el poeta de la desesperanza. *Yira yira* postula, no ya que la verdad la tiene el de más guita, sino que "todo es mentira". Pero por el mismo motivo. No creas en nada. Todo es mentira porque el que te dice que tiene razón la tiene porque la compró, compró la razón, compró la verdad. *Todo es mentira*. Niega toda posible solidaridad: *"No esperes nunca una ayuda, ni una mano, ni un favor"*. En *Tres esperanzas* llega a otra de sus cimas. Un hombre desesperado, un hombre que no entiende el mundo en que vive o uno que, simplemente, no aguanta más, siempre se sorprende de un hecho. Él está destruido, no puede más. Llega, por fin, el momento en que se dice: *"Cachá el bufoso y chau... ¡vamo a dormir!"*. Sin embargo, hasta llegar a ese momento, momento al que se llega con enorme dolor, con miedo, hay algo que le resulta asombroso: todo sigue igual, todo sigue su rumbo, él se puede pegar un tiro mañana y nada habrá de ocurrir. *"Pa' qué seguir así, padeciendo a lo fakir, / si el mundo sigue igual... Si el sol vuelve a salir."* Sólo un tipo con un fuerte metejón con la angustia, con la desesperación plena, con el dolor, escribe algo así: que "el sol vuelve a salir". Que todo va a seguir igual. Que su sufrimiento infinito es nada en la inmensidad del todo. Que es sólo infinito para él. Pero sólo eso. Cachá el bufoso y chau, hacé lo que quieras, matate... no por eso va a dejar de salir el sol.

Una vez, a partir de cierto día, un día en que el sol volvió a salir, este gran poeta metafísico sintió que también salía para él. Era increíble, pero le nacía algo por completo desconocido: la esperanza. Habría de transformarse en un "gilito embanderado". En un tipo que se había "piyao la vida en serio".



EL COMPROMISO POLÍTICO

Algo que ha perjudicado a Discépolo ha sido cierto empecinamiento de los peronistas por hacer de él el Borges del peronismo. "Los gorilas tienen a Borges, nosotros tenemos a Discépolo." Y peor todavía. Lo que más disminuye todo es que han aportado razones. Discépolo sería el "poeta de la calle". El "poeta del pueblo". Y Borges, "el ajedrecista". El tipo frío. Al que "le falta calle". Estos disparates han perjudicado a Discépolo. No a Borges. Borges goza de una consagración universal que no se verá deteriorada porque varios o muchos peronistas rencorosos, ultrapopulistas, le arrojen piedritas pueriles. Que un escritor tenga o no tenga calle no es la medida de su grandeza. Además "tener calle" es una expresión literariamente lamentable. ¿Qué significa? ¿Hay que recorrer calles para escribir? ¿Hay que vivir la vida intensamente? ¿Hay que salir de la Biblioteca de Babel? Pavadas. Borges, además, es un escritor hondamente argentino. Ha escrito sobre gauchos, sobre malevos, sobre el tango, sobre el *Martín Fierro* sobre el *Facundo*. Se podrá o no estar de acuerdo. Pero si uno recuerda que se le decía en los sesenta y los setenta (sobre todo en un librito de Jorge Abelardo Ramos sobre literatura argentina) "el escritor angloargentino", hará bien en señalar que todo eso es un dislate. Borges y Discépolo no tienen por qué oponerse. Hay cosas que uno encuentra en Borges y no en Discépolo y viceversa. Es cierto, además, que uno era un letrista de tangos y el otro un hombre de la más alta literatura, uno de los más grandes estilistas del siglo pasado. Porque por más que Barthes hable de la "muerte del autor" (siguiendo a Foucault y su "muerte del hombre"). Y por más que, al hablar de la muerte del autor y del "grado cero de la escritura", una escritura sin marcas, sin señales del sujeto, que es lo que el posestructuralismo vino a negar, niegue la posibilidad del estilo, lo siento, señores, *Borges es la apoteosis del estilo*. Y bien orgulloso estaba de serlo. Y nosotros de reconocerle ese estilo y de embriagarnos con él, pese a los adverbios repetidos y al exceso de adjetivos.

De modo que no perdamos tiempo. Discépolo no es una herramienta para demostrarles a los gorilas que los peronistas tienen escritores. Borges, además, no es el escritor de los gorilas, aunque él lo haya sido y de un modo, para mí al menos, bastante tonto y, por eso mismo, irritante y hasta penoso. Borges es un escritor plenamente argentino. Tramado por la historia de su país. No es de los gorilas. Es de todos. Porque su literatura, además, salvo en algunos notorios momentos, no es gorila o no gorila. Es tan metafísica como la de Discépolo. Más cercana a lo fantástico. A un juego en que la erudición se unía a los pliegues de la realidad, a una concepción personal del mundo, de un mundo que podía centrarse en un solo punto, el Aleph. En fin, lo mejor que he dicho sobre Borges lo dije en un guión de cine del que estoy muy satisfecho pero que nadie vio. O dijeron que les gustaba el guión pero no la película. La película se llama *El amor y el espanto* y creo que es un valioso aporte a los enormes materiales que se le han destinado a Georgie. Un aporte más, en todo caso. Pero hecho desde el cine y con un trabajo formidable de Miguel Ángel Solá. Si la quieren ver, tal vez descubran algo que una crítica demasiado centrada en ese momento en la exaltación del "nuevo realismo argentino" les obliteró.

Discépolo encuentra la luz del mediodía, su militancia, en la campaña del peronismo para las elecciones de 1951. Se acabó el metafísico oscuro. El hombre que no creía en nada. El tipo que decía "la razón la tiene el de más guita". No, porque la guita la tenía la oligarquía, y no tenía la razón. El peronismo venía a discutírsela. Y él lo iba a decir. Ya lo saben: con el verso no le ganaba nadie. Apold le pide que le ponga el hombre a la campaña peronista. Al fin de la misma, Perón habrá de decir: "Gracias al voto de las mujeres y a 'Mordisquito' ganamos las elecciones de 1951". Aquí tenemos al vate, al tipo de Buenos Aires, al flaco loco, genial, creativo. Al tipo que no se iba a andar con caricias. Que iba a golpear fuerte. No sabía que eso le costaría la vida. Lo llevaría a una muerte solitaria, dolorosa. Pero no nos adelantemos. Ahora se planta frente al micrófono y –sin que nadie pueda responderle desde ninguna otra radio, porque así el peronismo, era autoritario a rabiar– empieza a decir verdades incuestionables y que nos servirán para ver cómo un tipo como Discépolo visualizaba con honestidad y con una gracia inigualable las conquistas que se habían derramado sobre el país desde el 17 de octubre de 1945. Discépolo era flaquito, no era un tipo como para agarrarse a las piñas con nadie. "Pero, ¡discutir! ¡Claro que vamos a discutir!" Aclaro: la edición que tengo es la primera que salió. Reúne las primeras charlas de Discepolín y no tiene pie de imprenta ni el sello de la Secretaria de Prensa y Difusión que era, sin duda, la que lo había editado. O sea, el siniestro Apold. Figura nefasta, desagradable, tachadora, fanática, que el peronismo sostuvo sin vacilaciones, encontrando en él, a no dudarlo, un elemento valioso, necesario. Un Gobierno que tiene un Apold no puede ser democrático. Salvo que se diga, como en los setenta, que el peronismo era democrático porque expresaba al pueblo. Pero esto es muy discutible. Porque los socialistas, los radicales y hasta los conservadores eran el pueblo. Y los comunistas, a quienes tanta alergia les tuvo el peronismo, también. La oligarquía era la clase golpista de siempre, aliada a lo más reaccionario del Ejército esperando el momento de asestar el golpe. De democrática nunca tuvo nada. También es cierto que muchos políticos golpeaban "las puertas de los cuarteles". También es cierto que el peronismo los encarcelaba. Y a algunos los torturaba. Nada es sencillo en esa historia. Pero para Discépolo todo estaba claro. Se inventó un personaje para discutir con él. Era "Mordisquito". Era el típico "contrera". Discépolo le decía que antes los pibes "miraban la nata por turno" y ahora "pueden irse a la escuela con la vaca

puesta". Si el contrera se quejaba por algunos problemas de desabastecimiento, por ejemplo, el queso, Discepolín decía: "'¡No hay queso! ¡Mirá qué problema!' '¿Me vas a decir que no es un problema?' Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez... y vos no decías ni medio". Y luego esa concepción de la guerra hecha por cincuenta tipos en tanto los demás duermen tranquilos porque tienen trabajo y encuentran respeto. Insiste: "Cuando las colas se formaban no para tomar el ómnibus o comprar un pollo o depositar en la caja de ahorro, como ahora, sino para pedir angustiosamente un pedazo de carne en aquella vergonzante 'olla popular' (...) entonces vos veías pasar el desfile de los desesperados y no se te movía un pelo". Y todas las charlas terminaban con un: "¡No, a mí no me la vas a contar!" Y seguía, y era implacable, y tenía razón, no decía mentiras, decía verdades, cosas ciertas, verdaderas conquistas: "Y yo levanto una lámpara, sabés; la levanto para iluminar las calles de mi patria... ¡y mostrarte una evidencia que no está! Los mendigos, ¿están? ¿Vos ves los mendigos?". Habla de una correntada de dignidad, de bienestar que se llevó a los mendigos. Y esa correntada se los llevó para bañarlos y traerlos de nuevo, limpitos, con la raya al medio "cantando, no el huainito de la limosna, sino el chamamé de la buena digestión (...) ¿Dónde están los mendigos?". Y sigue: "El mendigo era en este país una vergonzosa institución nacional (...) Y los pobres se te aparecían en los atrios de las iglesias, en las escaleras de los subtes, en la puerta de tu propia casa, famélicos y decepcionados (...) con la dignidad en derrota (...) Ahora las manos se extienden, no para pedir limosna, sino para saber si llueve". Frase de un notable talento, de una gracia discepoliana, sólo él podía decirla. Y sigue: "Acordate cuando volvías a tu casa, de madrugada, y descubrías en los umbrales, amontonados contra sí mismos, a los pordioseros de tu Buenos Aires". Y un cierre perfecto, penetrante, sentimental pero fuerte y poderoso: "Ahora la exclusividad de los umbrales han vuelto a tenerla los novios". Y esa frase candorosa, pero que expresaba lo que sentían millones de pobres que habían encontrado en el peronismo lo que el vate decía: *"Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos"*. Recuerda al Discépolo del pasado: "Yo era un hombre entristecido por los otros hombres". Habla de una patria dirigida por tenedores de libros que hablan en todos los idiomas menos en el nuestro. "Pensá en esa misma patria ahora contabilizada con números criollos." Y sigue: "Porque vos sos opositor, pero ¿opositor a qué? ¿Opositor por qué? La inmensa mayoría vive feliz y despreocupada... y vos te quejás. La inmensa mayoría disfruta de una preciosa alegría, ¡y vos estás triste!". Y hasta llegar a querer olvidar "el barrio de tango". Sí, basta de "la esquina del herrero barro y pampa". Basta de barro. Se acabó ese tango de la pobreza. "Yo me meto en el barrio, corazón adentro, y, después de recorrerlo, te pregunto: ¿está el conventillo? Y no, no está. Yo no quería encontrar más el conventillo y no lo encuentro. ¿Cómo? ¿Que a vos te gustaba más aquello? No. El suburbio de antes era lindo para leerlo, pero no para vivirlo. Porque a mí no me vas a decir que preferías el charco a la vereda prolija... *Y que te resultaba más entretenido el barro que el portland*". Se acabó el conventillo: "Un mundo donde el tacho era un trofeo y la rata un animal doméstico". Y antes: "Acaso en el momento de la letra de tango hablemos literariamente del catre, pero llega el momento del descanso y cerramos el catre y dormimos en la cama". Y sigue: "Porque la nueva conciencia argentina pensó una cosa. ¿Sabés qué cosa? Pensó que los humildes también tenían derecho a vivir en una casa limpia y tranquila, no en la promiscuidad de un conventillo que transpiraba... ¡indignidad!" Y voy a concluir citando un texto descomunal, de una conciencia humanitaria, de un fervor por lo que hoy llamamos "derechos humanos" que asombra. Quizá no sea una gran frase. De hecho, es breve. No dice mucho. Sólo se trata de saber leerla. De pensarla. Detenerse en ella. Habla del hambre. ¿Cuánta gente padece o se muere de hambre en el terrible mundo de hoy? Discépolo, muy sencillamente, dijo: "Y como todo el drama del mundo empieza en el hambre, supongamos que toda la felicidad del mundo empieza en la abundancia".

DISCÉPOLO Y EVITA DIALOGAN

Como vemos, en sus charlas no mencionaba ni a Perón ni a Evita. Sólo en la última menciona a Perón. Estaba muy solo y preocupado. El odio gorila no le perdonó nada. Lo mataron. Es cierto que no tuvo quién le respondiera. Pero no dijo mentiras. Podría haber dicho que había persecución a los opositores. Autoritarismo. Que se había cerrado *La Prensa*. Pero creo que eso le importaba poco. *Que veía en la oposición a ese peronismo de estómagos llenos, del chamamé de la buena digestión, al viejo país de la oligarquía mentirosa, represiva, fraudulenta y antipopular*. Igual, lo mataron.

En el film *Eva Perón*, con Esther Goris y Víctor Laplace, dirigido por Juan Carlos Desanzo, escribí un encuentro ficcional entre Evita, en la cama, moribunda, y Discépolo, también moribundo, ya que moriría antes que ella, en 1951, destrozado por los ataques de sus enemigos.

Evita: Bueno, ¿y qué te pasa? Hasta al miserable de Apold lo tenés preocupado. Me llama por teléfono: "Discépolo no da más. Véalo un rato. Ayúdelo" ¿Qué te pasa, Arlequín.

Discépolo: Perdí a todos mis amigos, señora. Estoy más solo que un perro. Tengo enemigos. Me llaman por teléfono a las tres, a las cuatro de la mañana. Me amenazan.

Evita: Qué más.

Discépolo: Esto.

De un pequeño maletín saca unos pedazos de varios discos de pasta. Son discos destrozados.

Discépolo: Son los discos de mis tangos, señora. Me los mandan así, destrozados. Me mandan cartas injuriosas. Y ahora... el que está destrozado soy yo.

Evita: ¿Y qué esperabas? ¿Flores? Los atacaste, te odian. Son así. No perdonan. Y odiar, saben odiar mejor que nadie. Te lo aseguro.

Discépolo: Pero hay algo en lo que tienen razón, señora.

Evita (casi indignada): ¿En qué?

Discépolo: Yo tuve la radio. Yo pude hablar. Ellos no. No pudieron responder. Apold no les dio un solo espacio. Y usted lo dijo, lo acaba de decir: Apold es un miserable. Y yo me dejé manejar por él.

Evita: Y sí, es un miserable. Pero una revolución no se hace sólo con ángeles como vos. También se hace con miserables. *(Pausa.)* Oíme, Arlequín: es muy simple: o hablan ellos o hablamos nosotros. Apold es un canalla, pero nadie como él para impedir que los contreras hablen. Lleva en el alma la pasión de silenciar a los otros.

Discépolo: Entonces me equivoqué, señora. La democracia...

Evita: Mirá, no me pongas de malhumor. La democracia somos nosotros, los que estamos con el pueblo. Los demás son la antipatria. *(Pausa.)* Oíme, Discepolín, no te voy a mentir ahora. Mirate, mirame. Los dos nos estamos muriendo. ¿Cuánto pesás?

Discépolo: No sé. Pero las inyecciones... ya me las tienen que dar en el sobretodo.

Evita (muy convencida, muy firme): Enterate, Discépolo: esto es una guerra. Y una guerra no se gana con buenos modales. *(Parodiando)* "Vengan, señores. Usen las radios. Digan las mentiras de la oligarquía, las mentiras del antipueblo, las canalladas." ¡No! ¡Ustedes se callan, señores! Mientras yo pueda impedirlo ustedes no hablan más. *(Pausa.)* Decime, ¿qué pensás que van a hacer con nosotros si nos echan del Gobierno? Pensás... ¿que van a ser democráticos, comprensivos, educados? Nos van a perseguir, a torturar, a prohibir... a fusilar. Ni el nombre nos van a dejar, arlequín. *(Pausa.)* Andá y morite en paz. No te equivocaste. Las cosas son así. Algunos lo pueden tolerar. Otros no.

Discépolo: Pero las cosas... no tendrían que ser así, señora.

Evita (chasquea la lengua, fastidiada): No me vengas con mariconadas de poeta.

(*Nota:* José Pablo Feinmann, *Dos destinos sudamericanos, Eva Perón, Ernesto Che Guevara*, Editorial Norma, Buenos Aires, 1999, pp. 122-123. Hay más reciente y accesible edición de bolsillo.)

¡Pobre Discépolo si no llegaba a morirse cuando se murió, temprano, dolorosamente, pero a tiempo! No habría podido trabajar ni de acomodador ni de boletero. Eso, ni lo duden. La venganza de los "libertadores" no perdonó nada. Sin duda, el peronismo fue duro en sus prohibiciones. Muy duro y ahí estaba la mano jacobina de Evita. Pero nadie puede decir en esta tierra que el peronismo inventó las prohibiciones. La oligarquía vivió prohibiendo, excluyendo, haciendo elecciones fraudulentas. ¿O no eran prohibiciones los fraudes de la Concordancia? Así se hizo el país. Pero la Libertadora repugna por su cinismo. En un corto de la época aparecía un locutor de entonces, Carlos D'Agostino, esos tipos que se agarran a un momento histórico y dicen "ésta es la mía". Carlitos D'Agostino hacía lo siguiente. Se oían muchas voces de la calle. Y él, muy sonriente, fingía taparse los oídos. Luego retiraba sus manos de ahí y feliz decía: "No, ¡si es el ruido de la democracia! ¡Hoy, todos hablan, todos opinan, porque vivimos en libertad!" Qué descaro. Perón no prohibió a ningún partido. Subió al gobierno en elecciones libres. Y los "democráticos", los "libertadores" prohibieron al partido mayoritario en nombre... ¡de la democracia! Y todo se veía muy lógico en ese entonces. Los vieran a los radicales, a los socialistas, a los democrataprogresistas. ¡Todos de acuerdo! El patriarca del socialismo, don Alfredo Palacios, a quien vi dar una conferencia en Necochea, ¡de acuerdo! Habló todo el tiempo de la libertad. Y hasta recitó un poema que la exaltaba. Había que prohibir al peronismo. ¡Era un peligro para la democracia! Canallas, pequeños, miserables hombrecitos, el peligro para la democracia era precisamente el contrario: era prohibir al peronismo. Pero si no lo prohibían el peronismo volvía. Porque la paradoja era que habían expulsado del poder al partido que tenía el abrumador apoyo del pueblo. Ahí empezó la tragedia argentina. Ahí, la necedad gorila decretó la muerte de Aramburu. La historia tiene sus persistencias. Los hechos no se desvanecen en el momento en que surgen. Quedan. Perseveran. Y un día aparece un jovencito con un revólver y le dice a Aramburu que lo va a matar porque asesinó al general Valle. Palabra *(asesinato)* que Valle utiliza en su Carta y con la que sella el destino de Aramburu. La tragedia argentina viene de lejos, es compleja, opaca, difícil de entender, y trágica. Parte de esa tragedia fue haberse devorado a Enrique Santos Discépolo, notable, puro, acaso ingenuo poeta argentino. Orestes Caviglia, que había sufrido lo suyo, lo escupió en plena calle. Arturo García Bhur, actor (oli)garca, que haría una torpe película propagandística de la Libertadora, de la que hablaremos, lo insultó. Le llegaban infinidad de anónimos agraviantes. (*Nota:* Consultar la excelente biografía de Sergio Pujol, *Discépolo*, Emecé, Buenos Aires, 1996.) Enrique era un flaco sensible, frágil, charlatán, jodón, pero chiquito y pura sensibilidad. No pudo aguantarlo, lo liquidaron en unos pocos meses. Quienes le enviaban los discos despedazados eran sin duda quienes luego integrarían los "comandos civiles", niños de la oligarquía, de la alta clase media. Balbín, en un acto de campaña, lo definió como a un "mantenido del peronismo". Le llegaban paquetes con excrementos. Entró en un profundo cuadro depresivo, llegó a pesar treinta y siete kilos. "Buenos Aires es una hermosa ciudad (dijo), para salir de gira." El 23 de diciembre de 1951 se murió. No todos lo odiaban. Aníbal Troilo llegó al sepelio y lloró, desesperado, largamente sobre el cuerpo del poeta. Se dice que llegó una ofrenda floral de Evita que decía: "Hasta pronto". Homero Manzi –desde un sanatorio en que se moría de cáncer– le dedicó unos versos a los que Aníbal Troilo les puso música. Así nació el tango *Discepolín*. Que terminaba diciendo: "Vamos que todo duele, ¡viejo Discepolín!" El poeta de la desesperación, cuando creyó, lo hizo con tanta vehemencia como cuando decía que creer en Dios era dar ventaja, no aduló a nadie, no nombró a Perón ni a Evita, sólo en la charla final hay una mención a Perón, sólo ahí, lo que dijo fue lo que alegraba su corazón: la dignidad de los pobres, las casitas de ladrillos, el portland, las vacaciones, el pleno empleo. Se equivocó porque tal vez debió exigir que le pusieran a alguien que le respondiera. Difícil saber si eso hubiera amainado el odio que se lo comió. Después del '55, a tipos infinitamente menos talentosos que Discépolo, no hubo nadie para responderles, ni siquiera un perro que les ladrara un poco.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

14 **Eva Perón**

Suplemento especial de
Página/12

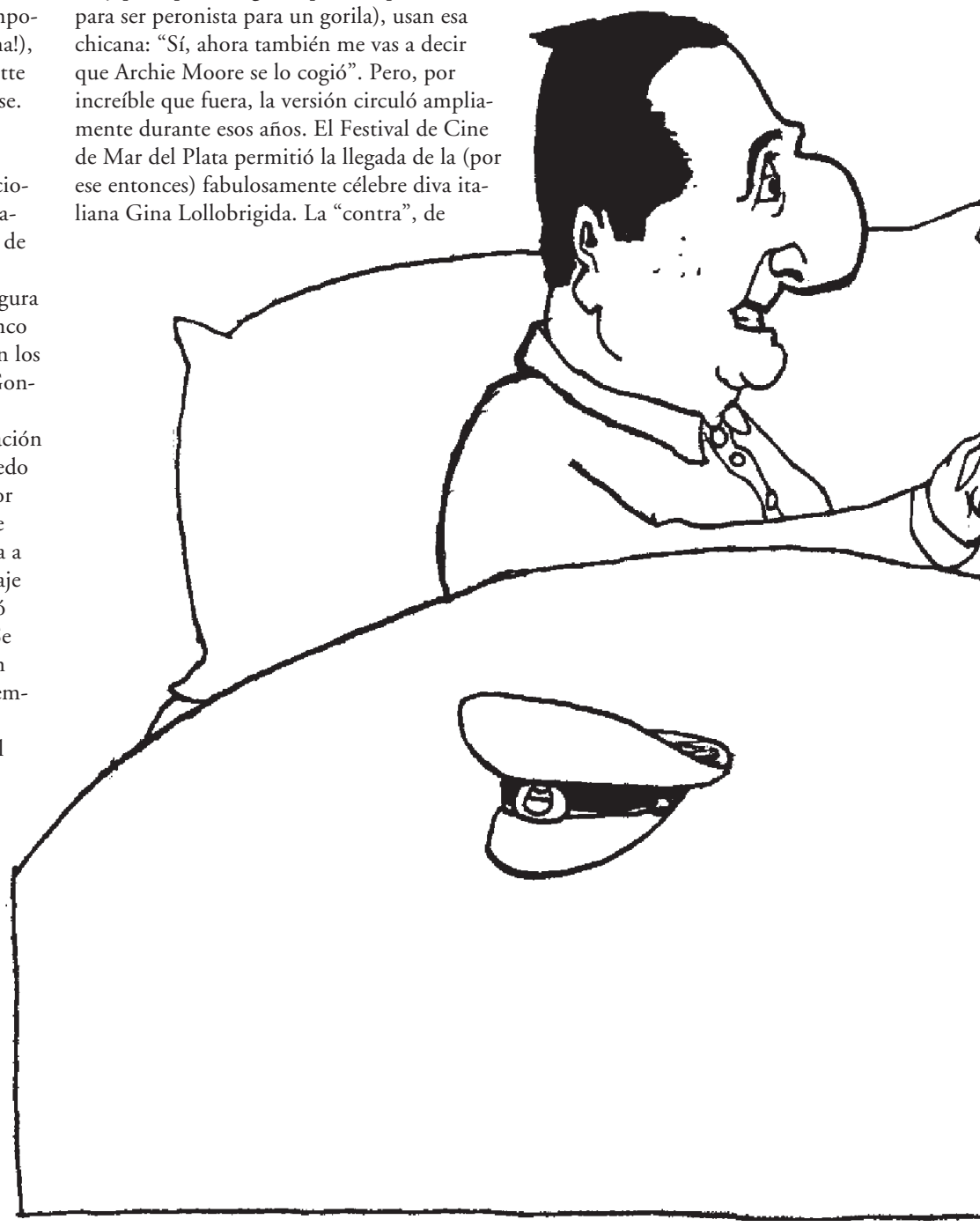
PERSONAJES DEL PERONISMO

Otras caras importantes del primer peronismo provinieron del espectáculo o del deporte. El Racing Club, por ejemplo, era apoyado por el ministro Cereijo, al punto de recibir el apodo de "Deportivo Cereijo". En la final con el pequeño equipo de Banfield, en 1951, todo el país estaba en contra de Racing porque había puesto su corazoncito en el que tenía las mayores posibilidades de perder, el que no era el equipo del gobierno, el que no estaba protegido. Sin embargo, Evita prefería un triunfo banfileño precisamente para dar el ejemplo de la laboriosidad de un pequeño team y el triunfo del más débil. La final conmovió al país. Todos con Banfield. La cuestión se solucionó de un modo semejante a como lo haría Racing, muchos años después, frente al Celtic de Escocia, llevándolo a apropiarse de la codiciada Copa Interclubes y darle al país su primer título mundial. Es decir, un zapatazo impresionante. Aunque la expresión "zapatazo" es injusta. Porque se le dice así al balinazo de un delantero que "la encuentra" y le pega un poco a ciegas y la mete en la red. No fue así el gol de Boyé. No fue así el de Cárdenas. Boyé decidió, contra Banfield, el triunfo de Racing con un tiro desde el lateral derecho que se metió en el segundo palo del excepcional arquero de Banfield, Graneros. Ganó el más fuerte, "el caballo del comisario". Y Evita se quedó con las ganas de ver triunfar al más débil, al equipo "proletario". El gol de Cárdenas fue un tiro de casi media cancha. Un zurdazo del número nueve de Racing que dio tiempo a que todos vieran la trayectoria, hermosa, de la pelota hasta clavarse en el palo derecho del arquero celta que se tiró más para la foto que por creer que alcanzaría esa pelota imposible. Años después (¡qué país la Argentina!), el gol de Cárdenas, que la compañía Gilette había pasado durante años, dejó de pasarse. Durante la decadencia del menemismo y durante el catastrófico gobierno de De la Rúa, en medio del enorme desaliento nacional de esos años, surgió un chiste memorable: "¿Saben por qué no pasan más el gol de Cárdenas? Porque ahora lo erra".

En el automovilismo es excluyente la figura de Fangio, con la Mercedes Benz y sus cinco campeonatos mundiales. También estaban los hermanos Juan y Oscar Gálvez, Froilán González y el cordobés Marimón. En el box, quién no lo sabe, Gatica era la personificación del peronismo y el elegido de Perón. Alfredo Prada, su rival, era su antítesis: el boxeador pulcro, medido. Era el elegido por la clase media. Gatica era el atorrante que gustaba a las clases humildes. Se trata de un personaje notable, a quien Leonardo Favio le dedicó una película. Gatica era un desbordado. Se vestía de modo extravagante. Boxeaba con poca técnica pero con mucho corazón, siempre iba para adelante y era fanáticamente peronista. Se dice que, en el Luna Park, al saludar a Perón le dijo: "General, dos potencias se saludan". Osvaldo Soriano cuenta una anécdota muy divertida. Parece que Gatica llega a un pueblo en un auto enorme. En la parte delantera había un cartel: "Aquí llegó Gatica". Y en la trasera otro: "Ya pasó Gatica". Favio lo toma como emblema del peronismo. Mientras Gatica gana, la Argentina es feliz, todo va bien. Cuando cae el peronismo, Gatica empieza a perder porque pasaron los años dorados. Hasta que termina penosamente bajo las ruedas de un colectivo. Prada le dio una mano y lo puso de socio en un restaurante que se llamó: "Prada y Gatica". Llegó a pelear en Estados Unidos con el boxeador negro Ike Williams. Ver ese fragmento noticioso es toda una experiencia. Suena la campana y Gatica sale a guapear, a llevárselo por delante al negro. Ike Williams le da una sola piña, una sola, y lo noquea. Se dice que Perón lo retó fieramente. Se dice que empezó diciéndole: "Gatica, ya me tenés podrido". Otro que fue a pelear a Estados Unidos fue el excelente Eduardo Lausse. El que transmitía la pelea era Luis Elías Sojit, que era un peronista de aquéllos. En un momento en que Lausse se liga una piña muy dura, le empieza a sangrar la nariz. Y Luis Elías (como le decían sus colaboradores), exaltado, profiere una frase memorable: "¡Cae sangre de la nariz de Lausse! ¡Sangra Lausse! ¡Es sangre peronista!". En su relato, con no excesivas intermitencias, decía: "¡Perón cumple, Evita dignifica!". Por ejemplo: "Ataca Lausse con una derecha violenta al plexo solar... ¡Perón cumple, Evita dignifica! ... Ahora Lausse retrocede". El adversario de Lausse, aunque no ideológico, era Rafael Merentino, bien peronista, nunca llegaron a enfrentarse. Todo deportista que ganaba decía: "Dedico este triunfo al general Perón". No había quien no le dedicara el triunfo a Perón. Fue realmente increíble que Perón lograra tantas cosas desde el '46 en adelante. A otro le hubiera llevado treinta años. Todo era peronista. Hasta la policía, como decía el ministro Borlenghi en un discurso bastante peligroso, debía ser peronista. Se vivía una especie de júbilo. También llegaban figuras del extranjero. Los boxeadores negros Sandy Sadler y Archie Moore. Sadler amargó una noche de Perón y Evita moliendo a trompadas a Prada, ganándole por paliza en cuatro rounds. Sobre Archie Moore la oposición echó a rodar un rumor curioso: que había sido amante de Perón. Todavía los peronistas, cuando lo acusan a uno de gorila (hace falta muy poco para ser gorila para un peronista o para ser peronista para un gorila), usan esa chicana: "Sí, ahora también me vas a decir que Archie Moore se lo cogió". Pero, por increíble que fuera, la versión circuló ampliamente durante esos años. El Festival de Cine de Mar del Plata permitió la llegada de la (por ese entonces) fabulosamente célebre diva italiana Gina Lollobrigida. La "contra", de inmediato, hizo circular una foto en que Gina caminaba junto a Perón, sonriente, suelta, feliz... y desnuda. Era un truco, pero se le atribuía a Perón el haber logrado que saliera desnuda en la foto, de puro perverso que era. Había una canción que decía: "Gina, Gina, Gina, mucho se habla de ti en la Argentina". Y un chiste memorable sobre el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé. Lo cargaban por su ignorancia. Que era muy, muy bruto, ésta era la afrenta. Que había escrito un libro: "Cómo pienso". Y que, luego de estar conversando un rato con Gina, se acerca a Perón y le dice: "La Lollobrigida es muy linda. Pero, pobre mina, está muy enferma". "¿Por qué?", pregunta Perón. Y Gobernador iletrado responde: "Porque yo le hablo todo el tiempo y ella siempre dice 'Nunca piyo, nunca piyo'". Sin duda, la ingenuidad de la época es también la que le confiere una aureola de *edad de la inocencia*.

EL "CARNAVAL" PERONISTA

Un personaje se destacó por su originalidad y su modo de abordar el tango: Alberto Castillo. Era el Gatica del tango. Sus presentaciones radiales empezaban siempre igual: "Yo soy parte de mi pueblo/ y le debo lo que soy/ Hablo con su mismo verbo/ canto con su mismo son". Y también: "Cien barrios porteños / cien barrios de amor/ cien barrios metidos/ en mi corazón". La leyenda lo presentaba como médico: el doctor Alberto Castillo. En el film de Juan José Campanella, *Luna de Avellaneda*, su figura está bien trabajada. Castillo canta en un club de barrio y, de pronto, avisan que una mujer está a punto de dar a luz. ¿Quién acude en su ayuda? El doctor Alberto Castillo, que hace nacer a la criatura. Todos felices. Castillo, se vestía de un modo estrafalario. "Vistió trajes azules de telas bri-



llantes, con anchísimas solapas cruzadas que llegaban casi hasta los hombros, el nudo de la corbata cuadrado y ancho, en contraposición a las pautas de la clase media elegante, que lo aconsejaba ajustado y angosto. El saco desbocado hacia atrás, y un pañuelo sobresaliendo exageradamente del bolsillo. El pantalón de cintura alta y anchas bocamangas completaba el atuendo, que era más desafío que vestimenta" (Salas, *Ibid.*, p. 261). Es perfecta esta acotación que hace Salas: Castillo vestía para desafiar. No sería equivocado ver en ese *desafío al buen gusto* una característica fundamental de este primer peronismo. Todo resultaba intolerable para la oligarquía. Todo era un mamarracho de mal gusto. No en vano Bioy declararía, al explicar por qué escribió con Georgie *La fiesta del monstruo*: "estábamos llenos de odio con el peronismo". Durante uno de sus sesudos comentarios futboleros, el mítico Dante Panzeri, el que inventó la frase que definía el fútbol como *dinámica de lo impensado*, metió, en medio del análisis de un partido, la siguiente frase: "A partir de 1945, el país perdió la personalidad ética y estética que lo había definido". De la estética, ni hablar. Los "contreras" vivían escandalizados ante el alegre carnaval de "la negrada". Fue una canción de Alberto Castillo la que, justamente, les habría de entregar el concepto de *carnaval*: "Por cuatro días locos/ que vamos a vivir/ Por cuatro días locos/ te tenés que divertir". David Viñas, en su guión para la película *El Jefe*, la expresión más inteligente del cine antiperonista de los años de la Libertadora, encontraría en esa canción una de las caras esenciales del peronismo. Hasta Milcíades Peña, sin aludir a la canción de Castillo, escribe: el "alegre carnaval denominado 'revolución nacional'" (*Ibid.*, p. 101). Castillo era la expresión de ese carnaval. No en vano suele presentarse con un montonazo de negros camdomberos "que bailaban y lo acompañaban con el sonido de los parches cada vez que entonaba un tema del folklore africano en su versión rioplatense. En estas interpretaciones, sus movimientos pélvicos de vaivén eran muy festejados por el público y provocaban las quejas de la clase media puritana" (Salas, *Ibid.*, p. 266). Entre tanto, en medio del candombe, Castillo cantaba otra de sus estrofas de *doble lectura*: "Siga el baile, siga el baile/ de la tierra en que nací/ la comparsa de los negros/ al compás del tamboril". ¡Siga el baile! Ahí estaba el secreto. El peronismo era un Carnaval. El peronismo era esto: 1) Perón se había encontrado con el Banco Central lleno de oro; 2) el mismo Perón lo había admitido: "Camino por el Banco Central y me tropiezo con las barras de oro"; 3) en lugar de destinar esas barras de oro al desarrollo de industrias de base, de la industria pesada que daría solidez al país, a su economía, Perón las destina a la captación de las masas, a la demagogia (para la derecha), a la manipulación y a la heteronomía de clase, al bienestar fácil de los obreros, a no dejar que luchen por conseguir sus conquistas sino a dárselas "desde arriba", verticalmente (para la izquierda); 4) todo esto lleva a "un banquete asiático" (Juan Carlos Torre, revista *Los libros*, año II, N° 14, diciembre de 1970), a un derroche fácil, que entrega una alegría inmediatista al joven e inexperto proletariado. Peña, al analizar la transformación del Partido Laborista en Partido Peronista, llega a escribir: "Las masas ovacionan a Perón y *celebran alegremente la destrucción del primer intento de organización autónoma del nuevo proletariado argentino*" (Peña, *Ibid.*, p. 184). Notable texto: las masas "celebran alegremente" una medida que las perjudica, que va contra sus verdaderos intereses de clase. ¿Por qué "alegremente"? ¿Por qué "celebran"? Por el Carnaval, señores. Porque el peronismo es eso: un Carnaval. Y las masas, cuando Perón les dice: "Ahora el Partido Laborista es de ustedes, porque se ha transformado en el Partido Peronista, el Partido del Pueblo", las masas empiezan a cantar: "Por cuatro días locos que vamos a vivir/Por cuatro días locos te tenés que divertir". Y si Perón hubiera dicho: "Nada de industria pesada, señores. Necesitamos ese dinero para que el pueblo esté bien, se divierta, cante y baile al compás del tamboril", las masas, incultas, irresponsables, irracionales, manipulables, inmediatistas, instinto puro, habrían cantado: "Siga el baile, siga el baile/ de la tierra en que nací". De aquí que la interpretación del peronismo como alegre Carnaval penetre tan hondo. Fue muy inteligente la elección del estribillo del doctor de los pobres, del cantor del pueblo, de los cien barrios porteños. Héctor Olivera, que es mi amigo desde hace muchos años, desde que lo conocí en 1981 porque empezaba a producir *Ultimos días de la víctima*, y con el que haríamos más de una película, me contaba que el hallazgo de la canción de Castillo, su puesta sobre la mesa como clave interpretativa del peronismo, fue esencial, conceptualmente hablando, para plasmar la historia de *El Jefe*, película que analizaremos en su momento. Para el antiperonismo, decir que el peronismo fue un Carnaval es una de sus claves más importantes. Las barras de oro del Banco Central se rifaron en una política fácil que no en vano logró la rápida adhesión de los masas. El resto fue sencillo.

¡QUÉ SABEN LOS PITUCOS!

El tango que más definía a Alberto Castillo era también desafiante: *Qué saben los pitucos, lamidos y shushetas/ qué saben lo que es tango/ qué saben de compás/ aquí está la elegancia, qué pinta, qué silueta/ qué porte, qué arrogancia, qué clase pa' bailar*. El tango llevó por título *Así se baila el tango*. Y es muy bueno. Y Castillo lo cantaba muy bien. Se ponía la mano derecha del lado izquierdo de la cara, un gesto tan suyo, tan innovador que cuesta definirlo, pero que tiene mucho del gesto del secreteo, de la confesión, "vení, acercate, que te digo algo entre vos y yo", de lo compartido, compartido entre él y su pueblo, y con ese gesto, y con otros también notables, cantaba ese tango irreverente. Porque esa estrofa define también al peronismo: *¿Qué saben los pitucos?* Supongamos que un peronista quiere refutar la interpretación del peronismo como Carnaval: empezaría diciendo ¿qué saben los pitucos?, ¿de qué hablan?, hablan de rencorosos, porque los amarga que el pueblo haya sido feliz aunque sea una vez, ¿quién en este país se ocupó alguna vez de la industria pesada?, *nadie, señores, nadie*, si otro, que no fuera Perón, se encontraba con el Banco Central lleno de barras de oro, ¡ni una iba para el lado del pueblo! El pueblo llevaba décadas sufriendo hambre y postergaciones. Había que distribuir, había que dar mejoras, había que hacer una industria liviana que no teníamos, y que menos la tenía el pueblo, que ahí tuvo heladeras, cocinas, estufas, agua corriente, electricidad, casitas proletarias. ¿O no lo escucharon a Discépolo? Él lo dijo clarito: *Estamos viviendo el technicolor de los días gloriosos*.

Suele decirse que Perón, en lugar de dar dinamismo a la industria liviana, debió convocar el sacrificio del pueblo en 1945 en lugar de hacerlo en 1952. De haberlo hecho, no habría existido el peronismo. La industria liviana, ya lo hemos explicado, implicaba la posibilidad de dar trabajo a los migrantes internos, ya que reclama mucha mano de obra. La industria pesada, no. De aquí que Castillo diga: "¿Qué saben los pitucos?". Era una contraseña. Los pitucos no saben nada. No pueden saberlo. Porque el verdadero saber está en el pueblo. En 1954, sin embargo, en el inicio, y más que eso, de la decadencia del peronismo, ya muerta Evita, Castillo incluye otros temas que no agreden a nadie, sino que festejan la alegría que, aparentemente, cunde en el país: "Yo llegué a la Argentina/ en una noche divina/ del cincuenta y cuatro/ En Buenos Aires/ todo el mundo se divierte/ todo

el mundo se divierte/ porque aquí la gente/ sólo sabe amar". El colmo de la pavada pasatista y mentirosa. Su decadencia, como la de Gatica, llega con la caída del peronismo. Filmó algunas películas recordables, *La barra de la esquina*. Y se mantuvo a lo largo del tiempo como una figura querida. En sus años de gloria imitarlo era casi un deporte nacional.

EVA PERÓN

Deliberadamente demorada su aparición, aguardando tener entre manos todos los elementos necesarios como para aproximarnos a ella con trabajado rigor, el máximo posible al menos, nos concentraremos en la figura de Eva Perón. Trataremos de demostrar algunas tesis esenciales. Serán tan discutibles como las tantas que sobre su figura se hayan enunciado. Trataremos de ir más allá de lo meramente biográfico o colorido, abominaremos el odio gorila, y tampoco nos habremos de sumar a la aceptación fácil de su figura a partir de la entereza con que afrontó su muerte, que es la versión piadosa del odio gorila tal como la vimos en ese texto de Halperin Donghi (*Argentina en el callejón*) o en la película oportunista y boba de Alan Parker-Madonna, en la que, luego de haber demostrado de un extremo al otro que era una prostituta, se la absuelve con un beso que esa especie de Juan Pueblo alcahuete y tortuoso que hace Antonio Banderas, deposita sobre su féretro. Postularemos, ante esto, que la dignidad, la fuerza con que Eva Perón asumió su muerte y luchó contra ella, está presente en casi todos los pasajes de su vida, y probablemente sea uno de los rasgos más propios de su personalidad. Primero: La bastardía de Eva es constitutiva de su modo de ser en el mundo. No me preocupa decirlo a lo Heidegger. La bastardía de Eva sería, por usar la terminología heideggeriana, uno de sus *existenciarios*. Esa bastardía la arroja al mundo en la modalidad de lo inauténtico. No había nada más inauténtico, en la Argentina de los treinta, que una hija ilegítima. Segundo: Su carrera hacia el poder expresa una ambición poderosa. También, si hablamos ontológicamente, expresa su deseo de darse un *ser*. La bastarda quiere ser algo para dejar de serlo. Sólo siendo un *ser* (sólo siendo algo) dejará de ser una bastarda, una ilegítima. Tercero: El casamiento con Perón es el primer paso de ese intento. En cuanto a Perón, su casamiento con Eva es el acto más revolucionario que realizó en su vida. Y acaso sea el único. No debe serle excesivamente reprochada esta carencia, pues ningún presidente argentino realizó un acto revolucionario. Cuarto: Su etapa Dior es su etapa preparatoria. La etapa del viaje por Europa. Su relación con el diseñador de vestuario Paco Jamandreu es relevante en su vida. Quinto: La Fundación "Eva Perón" es un intento que une dos cosas. Su amor por los otros bastardos (la clase obrera) y un paso decisivo en la superación de su propia bastardía. Tiene una Fundación. Esa Fundación lleva su nombre. Sexto: Mientras vivió, fue el adversario político más importante que tuvo Perón. Es cierto que los otros no valían demasiado. De aquí que ella los superara holgadamente. Pese a todos los elogios a su marido, fue ella quien más lo exigió y quien le hizo saber que estaba decidida a ir más lejos que él en la defensa de los trabajadores. Séptimo: El traje sastre que le diseña Jamandreu y el peinado con el rodete marcan un cambio decisivo. Ya no es la mujer del Presidente, es una militante. Octavo: Sus elogios desmesurados a Perón expresan una táctica que empleó para exigirlo. Noveno: Esa táctica la hemos de encontrar en un texto de Ernesto Che Guevara. El Che dice que Castro es una fuerza de la naturaleza y que fue la única excepcionalidad de la Revolución Cubana. El Che no podía convivir en Cuba con Fidel. Eran demasiado los dos para estar en el mismo lugar. Evita tiene un problema semejante con Perón. Que veremos. Décimo: Su búsqueda de la vicepresidencia es la búsqueda de la conquista total de su ser. *Ser la vicepresidenta de la Argentina era dejar de ser para siempre una bastarda*. Undécimo: A su vez, ese puesto le entregaba un poder que requería, al que no quería renunciar. Duodécimo: Su renuncia a la vicepresidencia es la mayor derrota política de su carrera. Influyen en ella los militares: los leales a Perón y los no leales. La Iglesia Católica. Los empresarios. Todo el poder agrario y ganadero. Y Juan Perón, que no la respalda. Decimotercero: Si Perón no la respalda es porque su proyecto político es diferente al de Eva. Veremos esta cuestión central. Decimocuarto: Su enfermedad es su otra gran derrota política. Todo el país patronal respira aliviado cuando sabe que va a morir. Aunque de otro modo, también Perón. Ahora será él mismo quien se imponga sus tiempos políticos, sus metas estratégicas y la decisión definitiva sobre el papel del proletariado en el proyecto peronista. Decimoquinto: Luego del golpe de Menéndez, en 1951, le pide a Perón el fusilamiento de los cabecillas. Decimosexto: Importa armas de Holanda para armar milicias populares. Decimoséptimo: Entraremos en un terreno conjetural. No vamos a privarnos de esto con una figura tan rica y fascinante como Eva Perón. Nuestras conjeturas principales serán: a) si no hubiera estado débil y enferma habría conseguido los fusilamientos de Menéndez y su grupo de alzados; b) si hubiera vivido no habría tolerado que se usara a Juan Duarte como chivo expiatorio; c) si hubiera vivido, le habría dado a Perón una reverenda patada en el culo (con perdón) si le llegaba a mencionar algo como la creación de la UES. Tampoco Perón habría hecho su Carnaval de viudo alegre con las pochonetas y las corriditas por la ciudad de Buenos Aires seguido por sus chicas; d) habría aceptado la visita de Milton Eisenhower. Habría sabido que no era un desatino recibirlo. Que la relación con Estados Unidos era frágil y había que manejarla con cautela; e) se habría unido a Cooke, o, mejor dicho, lo habría respaldado, en negar la firma del contrato con la California; f) habría preparado cuadros políticos, militantes, al ver el endurecimiento del campo opositor; g) acaso no hubiera podido evitar pelearse con la Iglesia, a la que odiaba, pero habría advertido que no era conveniente, que era favorecer a la oposición y darle un núcleo de unidad; h) habría aumentado el autoritarismo; i) ese aumento del autoritarismo habría estado en relación con el aumento de la agresividad golpista. De no existir ésta, no habría aumentado el autoritarismo; j) nunca le habría devuelto *La Prensa* a la familia Gainza Paz; k) habría requerido un compromiso de los militares leales al gobierno que obedeciera más a razones políticas e ideológicas que a las abundantes prebendas con que se los beneficiaba; l) le habría hecho saber a Perón que el poder lo compartía con ella y que las decisiones también; ll) y por fin: si, a pesar de todo esto, se producía un bombardeo como el del 16 de junio, habría contraatacado de inmediato. Con todo el poder de fuego que tenía el Ejército leal que comandaba Franklin Lucero. Habría movilizado a las milicias. Habría agredido militarmente las bases desde donde salieron los aviones. Habría roto relaciones con el Uruguay. *Le habría demostrado a Perón que la única manera de impedir un futuro golpe era pelear ahora, cuando las bombas todavía resonaban en la Plaza de Mayo y los muertos recién empezaban a ser retirados.* En esa circunstancia, es difícil saber qué habría hecho Perón. Pero negarse a pelear le habría resultado mucho más difícil con Eva que sin ella. Si se respondía al golpe de junio con la energía despiadada con que Eva podría haberlo hecho, no había golpe de septiembre; m) atinadamente, la izquierda peronista recupera su figura como la de una militante combativa, tramada por un odio hacia la oligarquía, la Iglesia y el Ejército, que le impedía negociar, entregarse.

Estas tesis, que guiarán nuestro itinerario teórico, enunciadas previamente al trabajo de su fundamentación, sonarán más irritantes para algunos, más llevaderas para otros, imposibles o delirantes. Es un riesgo que corremos. Hemos elegido entregarlas, por decirlo así, en frío, para trazar un programa teórico-político que informe al lector sobre el rumbo que seguiremos. También la explicitación de este programa nos compromete. Pues no hay quien ignore que en el desarrollo de cualquier tesis uno puede sorprenderse a sí mismo y tenga que cambiar determinadas variables de importancia. Puede suceder. Como sea, queda claro algo: la importancia que otorgamos a Eva Perón dentro de la gran novela del peronismo (a la que ella entregó algunos de sus momentos de mayor tragicidad) es enorme. Fue una llamarada. Fue el ejemplo más impecable de esa frase que suele decirse: *Vive intensamente, muere joven y serás un magnífico cadáver*. Si nos arriesgamos a trazar tantas conjeturas es por un deseo de ficcionalizar sobre ella. Es un gran personaje literario. También porque es sobre ella más que sobre cualquier otro protagonista de nuestra historia que esas conjeturas se tejieron. "Si Evita hubiera vivido, no caía Perón" es una frase que escucho desde niño. Luego la retoma la JP con su consigna: *Si Evita viviera sería montonera*. Es, para el peronismo, lo que el Che para la Revolución Cubana. Su rostro más extremo. Su rostro jacobino. Una jacobina con faldas. Tiene la pureza del que muere joven. También en esto se parece al Che. Y a otros iconos del siglo XX. En el cine, Marilyn Monroe o James Dean. Morir joven es ser joven eternamente. Nadie podrá poseer nunca una foto de una Evita vieja. La decadencia, que a todos nos azota o amenaza, le es ajena. No la erosiona el paso de los años. No puede traicionar su pasado porque no tiene un futuro para hacerlo. Pero pierde esa densidad que la madurez entrega a los seres humanos. Duró, su presencia, seis años en nuestra historia. Hoy es una figura mundial. Conocida o mal conocida, amada u odiada, es parte de la iconografía del siglo XX. El peronismo, por tenerla en su historia, acaso solamente o sobre todo por eso, adquiere una densidad de la que carecen todos los otros partidos políticos argentinos y hasta los de América latina.

El que muere joven queda joven para la eternidad. Siempre se lo recordará joven. Pero hay una incompletud que lo hiere. Y es la ausencia de una temporalidad más trabajada, más arriesgada, más puesta a prueba. Trágicamente, pasa esto con algunos grandes músicos. Mozart, Schubert, Gershwin. Murieron tan jóvenes. De no haber sido así, pensamos a menudo, nos habrían entregado inapreciables obras maestras. Sin embargo, no. También es posible que, como tantos otros, se hubiesen secado o repetido. Pero no es esto lo que solemos pensar. Entramos en un sueño impotente y desesperado: ¿por qué tan jóvenes, justamente ellos? Si tantos cretinos o mediocres viven hasta los noventa años, ¿por qué murió George Gershwin a los treinta y ocho? Suelo llegar a una conclusión: Dios no existe. Y a otra: si existe, no le gusta la música.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

15 **Eva Perón (II)**

Suplemento especial de
Página/12

"General Viamonte (estación Los Toldos) es un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, con casas chatas y calles arboladas que muy pronto se pierden en caminos de tierra. Como muchas otras poblaciones de la República Argentina, Viamonte nació alrededor de una estación. Fue inaugurada en 1893 y en aquel entonces se la llamó Los Toldos por hallarse próxima la toldería del famoso cacique Ignacio Coliqueo", escribe Marysa Navarro en la mejor biografía con que seguimos contando sobre Eva Perón. (*Nota*: Marysa Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1994, p. 19). Evita, por decirlo de modo directo y acaso brutal, nace en medio de la nada. Nace en un pueblito ignorado, insignificante, lejos de cualquier centro urbano que pudiera tener alguna importancia en la república, en el país que habría de gobernar, junto a su marido, con mano de hierro. Nacer en Los Toldos es ya nacer bastarda. El que nace en Buenos Aires nace en una gran ciudad. Una ciudad con historia. Con linaje, prosapia. Con esa palabra ampulosa que nombra a quienes, no bien vienen al mundo, tienen asegurado el Ser: *abolengo*. Esta es la primera marca de su bastardía. Haber nacido en un lugar también bastardo. Que nada tenía detrás, salvo algunas historias de malones, indiadas bárbaras, algunas cautivas. "¿De dónde sos, nena? ¿Dónde naciste?" "En Los Toldos." "¿Dónde queda eso? Nena, ¡nacer en Los Toldos! Ahí se nace para sirvienta." Sólo las sirvientas nacían en lugares así. Las que estaban condenadas, en el mejor de los casos, si tenían el coraje de hacerlo, a emigrar a Buenos Aires, ciudad que las recibía con gesto áspero, orgulloso, y las destinaba a oficios subalternos: sirvientas, prostitutas, trabajadoras en algún tallercito textil si sabían algo de corte y confección. De esta forma, en Los Toldos, "pueblito similar a tantos otros de la República, nació una madrugada de mayo de 1919, Eva Perón –así por lo menos lo aseguran los vecinos del lugar–, aunque la partida de nacimiento de María Eva Duarte, hija de Juan Duarte y de Juana Ibarguren indique que nació en Junín, el 7 de mayo de 1922. Algunas fuentes señalan que tanto el mes como el año consignados en esta partida son erróneos, pues en realidad Evita habría nacido el 26 de abril de 1919". Otra vuelta de tuerca sobre su bastardía. Otra señal de impureza en su frente, en su carne. Otra marca. Otro dato que no podrá ofrecer. Ni siquiera se sabe exactamente cuándo nació. Cualquiera sabe el día de su nacimiento. Cualquiera celebra su cumpleaños. El bastardo, ni siquiera eso. No vamos a entrar en el análisis detallista sobre el porqué de las distintas fechas. Puede que más adelante veamos algo a raíz de su casamiento con Perón. Aquí es otra cosa la que nos interesa. El tema de la bastardía. Y decimos por qué. La bastardía es el eje central para entender la vida de Eva Perón. La de Evita es la aventura deslumbrante de una pequeña chica de provincias que busca darse el Ser. Ser algo. Tener entidad ontológica. Derrotar su bastardía. Ella, que nació en un lugar que era nada, que tuvo un padre ausente, que no la reconoció, ella, la bastarda, buscará a lo largo de su vida lo que nunca poseyó: la densidad del Ser.

Para tratar esta cuestión no puedo sino basarme en la gran obra de Sartre sobre el tema: *San Genet, comediante y mártir.* No es algo que no haya hecho. Todo el guión que escribí para la película *Eva Perón*, de 1996, está centrado en el texto de Sartre. O acaso no todo, pero sí muchos de sus aspectos esenciales. Tengo que decir algo sobre ese guión. Creo que es uno de los mejores textos que escribí. (Que nadie se preocupe: decir que es uno de los mejores textos que escribí no significa que sea bueno. Puede que sólo sea menos malo que otros. ¿Está bien así?) Tuve la buena fortuna de contar con una actriz que se encarnó en él, que lo hizo suyo, que buscó a Eva a través de esas palabras y la encontró como nadie en este país y dudo de que en otros. La dirección de un director como Juan Carlos Desanzo incidió mucho en el resultado final. Nunca un director de cine me respetó tanto un guión. Nunca una actriz tuvo la libertad de Goris para entregarle al personaje su dolor y su tragedia. Llegó a pesar los treinta y tres kilos que pesaba Evita. Destaco lo de Desanzo porque es un director minusvalorado por una crítica que lleva a las nubes a directores verdes como esos higos que, si te los comés, te dan una diarrea de una semana. Desanzo es un gran técnico. Tiene una gran escuela. Nadie le dijo que era un genio, un cineasta autor que tenía que filmar sus propios guiones. No bien juntó la plata para hacer el film, me llamó y me pidió el guión. Lo demás salió fácil. La película tiene defectos, pero todo veintiséis de julio, invariablemente, es la película que se pasa para recordar a Eva Perón. Tardará mucho en aparecer, si es que aparece, una que la supere. Que el guión esté lleno de premios no es un mérito que deba ser tomado en serio. El cine es un arte del show business y está organizado para el barullo. Hay muchos, demasiados, festivales y en todos se dan premios y se consagra a directores y a actores para una eternidad, que, salvo en el caso de los realmente talentosos, dura poco. ¿Saben por qué? Porque se la creen. Tanto les dicen que son "autores" y, peor, que son autores "geniales", que, inexpertos, jóvenes, consagrados demasiado rápido, se la creen. Bien, este guión, en el que me voy a basar tanto como en el texto de Sartre, tuvo demasiados premios. Algunos importantes. Uno, por ejemplo, en un Festival de Boston, con un jurado exigente y que no está en mis manos. Se lo quedó el productor, pero tal vez le sirva a él más que a mí. Y otros patéticos. Tengo un premio de la Honorable Cámara de Diputados. Es de 1996 y se trata del "Premio Eva Perón a la verdad revelada". La película se le entregó en consideración al director del Instituto de Cinematografía de ese entonces, el señor Julio Maharbiz. Los productores ansiaban que fuera enviada al Oscar. Según fuentes certeras, todo parece indicar que el señor Maharbiz la derivó al presidente de la República de ese entonces, Carlos Menem, con el siguiente lapidario juicio: "Es basura montonera". Yo había puesto en boca de Eva muchos discursos sobre lo que, para ella, era el peor peligro del peronismo: "El surgimiento del espíritu oligarca en el corazón de los dirigentes peronistas". Se trataba de las clases que ofrecía en la Escuela Superior Peronista, lugar en el que simultáneamente Perón dictaba sus visiones clausewitzianas sobre la conducción política. Algunos los había modificado para que apuntaran más certeramente al plexo de la perversión menemista: "Yo, compañeros, ya casi no le temo a la oligarquía que derrotamos el 17 de octubre. Lo que a mí me preocupa es que pueda retornar en nosotros el espíritu oligarca (...). Y para que eso no suceda he de luchar mientras tenga vida (...). Para que no sean los peronistas los que entierren al peronismo" (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 1999, pp. 54/55). Esto, pensaba, le va a caer pésimo al menemismo. Menem lo absorbía todo. Le llevaron la película, esa "basura montonera". La vio y dijo: "A mí me gusta". Y la enviaron al Oscar. No entró en la selección. No habían seleccionado la de Alan Parker con Madonna, menos iban a darnos importancia a nosotros. Pero no importa. Lo del Oscar es un albur que se corren los productores. Lo notable es cómo no había discurso ideológico-político que pudiera hacerle cosquillas al cinismo de Menem. Al menos, Maharbiz tenía fresco su odio y sabía qué detestar y qué no. No sé si el film era "basura montonera", pero sin duda era la visión de la izquierda peronista, que, lo digo una vez más y lo voy a decir muchas veces todavía (pues ni entré en ese tema), no se agotaba en Montoneros. Era la Evita combativa, la que se quemaba en el fuego de la militancia. A esa Evita la construimos todos en los setenta. Lo raro era traerla en los noventa. Beatriz Sarlo escribió en alguna parte: "Volvió la Evita montonera". No sé. Si todos quieren regalarles la Evita de la pasión, del amor por los pobres, la Evita del traje sastre y el rodete a los Montoneros, desde aquí nos vamos a oponer. Evita no puede ser reducida a los Montoneros. *Y mucho menos esa imagen de Evita que es, precisamente, la verdadera.* Porque ella no fue lo que sugería había sido la burla de Halperin Donghi en Maryland, en 1984, cuando chismorreó que los jóvenes de la JP, siempre tontos, engañados, malentendiendo todo, visitaron a Delia Parodi y le hablaron de Eva y la vieja Parodi les dijo: "Vean, lo siento, pero la señora no era así". *La Señora era así*. Y ya vamos a ver por qué *necesitaba* ser así.

EL LENGUAJE DE LA OLIGARQUÍA

Evita no es la del retrato de Manteola, el que ilustra la portada de la edición Peuser de *La razón de mi vida.* Tampoco es la Evita vociferante de Carpani, aunque respeto más la visión de Carpani. Ahora, en esta pictorialidad, interviene la Evita excepcional del artista Daniel Santoro. Tal vez sea ella. No sé. Cuando veo la Evita de nuestro film me cautivo y me emociono. Creo que ella es ésa. Que Goris hizo un milagro de encarnación. Se metió en el cuerpo de un personaje, se adueñó de todas las palabras que yo había escrito y las dijo con una justeza, una pasión inigualables. Ahora ya está. Si tantos consideran, en todos los 26 de julio, que es nuestro film el que deben proyectar, quizá

no nos equivocamos. Más aún: probablemente dimos en el corazón del asunto, en el corazón de Eva.

Lo que vamos a tratar es la cuestión de la bastardía. Si la vida de Eva fue la búsqueda de un ser, de ser algo, de dejar de ser una nada impecable, una bastarda nacida en un pueblo inexistente, el punto más arriesgado de esta lucha estuvo en su ambición por la vicepresidencia de la República. Veremos el análisis que Sartre hace de la bastardía en su *San Genet* y veremos los más que atinados análisis que desarrolla Juan José Sebreli en el que (para su infortunio y su posible desagrado) es, para mí, el mejor de sus libros: *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* El mejor, quiero decir, *lejos*. Durante el año 1996, en medio del auge de la película de Madonna-Parker, le ofrecieron reeditarlo. Deben haber sido varias las ofertas. Se negó. Era tan poderoso el antiperonismo que había crecido en él desde 1966 hasta entonces, que se negó, rechazó todo. Cualquiera hubiera reeditado un libro que es, en rigor, excelente. Con una simple aclaración: "Yo pensaba eso entonces. Ya no pienso así. Pero creo que ese libro enriquece el debate". Pocos, hoy, lo conocen. Menos lo han leído. Hay que admitir que Sebreli fue fiel a sí mismo: "No quiero ni oír hablar de ese libro". Pero, ¿tenía razón? ¿Por qué no aceptarlo como un libro que, si bien no reflejaba su presente, era parte de su historia? ¿Tanto quería negar esa historia? Sarlo se le parece cuando dice que nada de lo que escribió antes de 1984 (espero no equivocarme en esta fecha) o de 1980, no le pertenece. Somos también lo que hemos sido. No podemos dejar de serlo. Lo somos aun en el modo de no serlo. A uno le duelen muchas de las cosas que ha escrito. Pero el motivo de ese dolor no es sólo porque ahora haya cambiado de opinión. A veces ocurre que la historia nos ha castigado tanto que nuestros escritos del pasado se han tornado patéticos. En mi libro de 1974, *El peronismo y la primacía de la política*, luego de analizar el discurso del ministro de Hacienda de Aramburu, Eugenio Blanco, que terminaba diciéndoles a los jóvenes a los que se dirigía que habrían de asistir, ahora, con la caída del "régimen depuesto", "al retorno de la Argentina de vuestros padres y abuelos, que vieron crecer a este país en una atmósfera de libertad, de decoro, de decencia y de austeridad republicana" (*Ibid.*, p. 158), yo había escrito un texto que suele estremecerme por su candidez, por su esperanza inmediatista, excesivamente joven, no trabajada por el desconsuelo ni por los fracasos, por nada, sólo nacida al calor de la esperanza, de las ilusiones tempranas. Era el que sigue: "No volvió, sin embargo, esa Argentina. Un 17 de noviembre de 1973, el líder de los trabajadores pisaba nuevamente el suelo de la Patria: volvía, traída por la lucha del Pueblo, la Argentina de Perón" (*Ibid.*, p. 158). Carajo, ni sospechaba yo cuál habría de ser la Argentina de Perón que volvía. Imaginaba un país más justo, con un pueblo feliz, un líder viejo y sabio y una juventud impetuosa. Regresaba, en cambio, algo nuevo. Algo que no regresaba. Que aparecía brutalmente por primera vez. La Argentina de los aparatos represivos del peronismo manejados por el cabo sanguinario, por Lopecito. Y un Perón duro, que le dio la espalda desde el primer día a la juventud maravillosa y dejó hacer a los mercenarios. Que los mantuvo quietos, en parte, mientras vivió, pero les permitió organizarse ante sus propios ojos complacientes. El pueblo, lejos de ser feliz, se retiró, asustado, espantado a sus casas, que no eran "fortines montoneros", eran simples hogares de trabajadores que sólo sabían ganarse el pan de cada día para la mesa familiar en un clima de paz, como el peronismo les había enseñado. ¿Qué podía yo hacer con mi texto patético, burlado por una historia de sangre, de cadáveres, de zanjas clandestinas? Durante años lo escondí. Saqué otra versión retocada, en la que textos como ése no estaban. No quiero que sea así. Que se lea. Ahí está. Yo tenía treinta años. Todo me ruboriza. Escribir "Patria" y "Pueblo" con mayúsculas. Creer que a Perón lo traía la lucha del pueblo y no sospechar siquiera que si volvía era porque había pactado con los militares frenar a la guerrilla y manejar un gobierno basado en el empresariado nacional y los sindicatos. No estoy seguro de muchas cosas. O sí, pero luego de varios quebrantos. Pienso que hablar de "la lucha del Pueblo" es excesivo. El pueblo peronista no era un pueblo de lucha. La que peleó fue la militancia y las formaciones especiales que enfrentaron a un régimen ilegal, anticonstitucional, al régimen de la "Revolución Argentina" de Onganía y los cursillistas ultracatólicos, que empujaba a la rebelión y a la violencia por negarse a autorizar algo tan simple como que Perón regresara y punto. ¡Cuántas vidas se habrían evitado! Aun en 1972 no era todavía tarde. Menos lo había sido en 1964, ahí estuvo el error que hace caer sobre el gorilismo militar y político (la cancillería radical del gobierno de Illia) la responsabilidad de haber frenado el retorno político al líder que los trabajadores reclamaban. ¡Tanto hubo luego que luchar para traerlo que nadie pudo frenar nada! Canallas, todo por no perder unas elecciones. Por seguir prohibiendo dictatorialmente al peronismo, que reclamaba simplemente su legalidad. Entonces, en 1972, escribí eso: que a Perón lo traía la lucha del Pueblo, con mayúscula. Eramos casi todos peronistas en esa encrucijada porque Perón *tenía que volver alguna vez*. Pero, ¿qué lo había impedido? Analicen todo el estiércol gorila y conservador y milico que tiene el final del discurso de Eugenio Blanco, pronunciado en noviembre de 1956 en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. "Vosotros, jóvenes (...) vais a asistir al retorno de la Argentina de vuestros padres y abuelos, que vieron crecer a este país en una atmósfera de libertad, de decoro, de decencia y de austeridad republicana." ¡Cuánta basura junta! El estilo del discurso: "vosotros", "vosotros vais", "vuestros padres y abuelos". ¿A quién le hablaba Blanco? No a los obreros, desde luego. Les hablaba a los universitarios del Cristo Vence y de los comandos civiles. A los niños universitarios de una universidad para ricos, para pocos. ¿Qué palabras usaba? ¿Qué palabras nos enseñaron a odiar estos gorilas represores, conservadores jurásicos que se adueñaron del poder luego de echar a Perón, con el cual uno también tiene sus buenas broncas porque no los enfrentó como era necesario? "Atmósfera de libertad." "Decoro." "Decencia." Y la cifra perfecta del lenguaje reaccionario argentino: "austeridad republicana". Esta es la *república* que yo conocí desde niño. La república austera de los golpistas, de la derecha, de los conservadores, del poder, de la oligarquía, de la Sociedad Rural y de los militares. Caramba, voy a reeditar ese libro ingenuo de 1974. Porque entre mis ingenuidades acerca de la "lucha del pueblo" y la postulación de Perón como el "líder de los trabajadores" que esa lucha permitía regresar a la patria y las palabrotas viejas, gorilas, golpistas, que todavía se oyen, porque estamos hartos de unos cuatro o cinco años a esta parte de volver a oír a hablar de la "austeridad republicana", me quedo con mis ingenuidades. Y bueno, es cierto: no se me hizo. Ni a mí ni a la mayoría de todos los de mi generación. *Pero no hablábamos el lenguaje de Eugenio Blanco ni propugnábamos el regreso de la patria de nuestros padres y abuelos.* Porque esa patria no existía. Porque muchos de nosotros *no teníamos abuelos argentinos*. Ese lenguaje de Blanco es terriblemente oligárquico porque establece el linaje del poder. Y aquí es donde volvemos a la bastardía de Evita. Ella nunca podría decir "la patria de nuestros padres y abuelos" porque sus padres no eran sus padres o no la habían reconocido. Sus abuelos no existían. Y, *sobre todo, nunca la patria había sido de ellos.* Ahí está mi texto de 1974. Salió el libro en esa fecha, pero yo lo escribí en 1973. En pleno auge de nuestras patéticas esperanzas, de nuestra desgarrada historia, cuando, en rigor, no creíamos que volvía ninguna historia, sino que volvía el líder de los trabajadores para que, entre todos, hiciéramos una nueva. Se sabe cómo terminó todo. Otra vez volvió la patria de los padres y los abuelos de la oligarquía. Esta vez con más furia que nunca. Venían también a defender a la república. Cierta vez, en San Juan, una tarde de terrible calor, en pleno 1977, vi un enorme cartel, ya ni recuerdo qué hacía en San Juan, ni importa, vi, decía, un enorme cartel, un afiche pegoteado en toda una pared. Exhibía la Pirámide de Mayo. Era la República, sí. Y debajo de ella había unos sables que la sostenían. Y arriba, bien visible, con letras enormes, una leyenda: "La venimos salvando desde 1810". Y abajo, al pie, también con letras enormes: "La volveremos a salvar ahora". Ahora esa república reaparece defendida por una caterva de periodistas (periodistas, no teóricos ni ensayistas ni académicos) que se enfervorizan atacando a un gobierno al que llaman "montonero", "terrorista", "autoritario". Debo confesar que esa "República", cuya defensa y cuya excusa como arma para atacar a sus supuestos agresores viene desde Mitre y Sarmiento, tiene hoy defensores de poca clase, de poca credibilidad, de excesivo hambre de visibilidad mediática.

EVA Y JEAN GENET

Supongo que Sebreli se va a incomodar conmigo porque retome, me haga cargo, busque materiales valiosos en ese libro, que él se negó a reeditar. Supongo que hay frases, enteros pasajes de ese libro que hoy, de la mano de López Murphy o de la señora Carrió, le fastidiarán en grado extremo. Por ejemplo: "Las relaciones entre el Ejército y Eva Perón muestran al desnudo la mentalidad castrense: su prejuicio de clase, su espíritu de cuerpo, su patriarcalismo, su misoginia y el moralismo hipócrita típicamente pequeñoburgués. La supuesta inmoralidad de Eva Duarte era el modo inconsciente de ocultar el verdadero

contenido social que ella implicaba: su identificación con la clase obrera. *El hecho de que Perón haya logrado superar los prejuicios de su clase y de su profesión al casarse con Eva Duarte, está indicando su capacidad revolucionaria.* Un escritor poco simpatizante del peronismo, como Luis Franco, debió reconocer que la muerte de Eva Perón "fue una pérdida para el proletariado en su sorda puja con el Ejército..." (Juan José Sebreli, *Eva Perón, ¿aventurera o militante?*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1966, p. 106/107. Bastardillas mías). Coincidimos en que –según ya he dicho– el casamiento con Eva es el acto más revolucionario de Perón. Y yo agregué: quizás el único. Hay más textos que hoy serán intolerables para Sebreli: "Todos estos episodios sentimentales y pintorescos no deben servir para ocultar lo principal: las efectivas conquistas sociales logradas por los trabajadores en el período peronista. ¿Qué quedaría de la 'influencia magnética', de la 'sugestión' de Perón y Eva Perón sin los aumentos efectivos de salarios, la rebaja de alquileres, las indemnizaciones, las jubilaciones, los aguinaldos, las vacaciones pagas, la asistencia social, el voto femenino, las huelgas apoyadas por el Estado contra la patronal?" (*Ibid.*, p. 97). Y también: "De la figura de Eva Perón y el peronismo en general pueden extraerse algunos argumentos como para colocarlos en la línea de la reacción, *pero la oligarquía nunca se equivoca, los ha considerado irremisiblemente como sus peores enemigos y eso es suficiente para reconocer su verdadero significado histórico*" (*Ibid.*, p. 119. Bastardillas mías). Dejaremos por el momento al compañero Sebreli y volveremos al tema de la bastardía de Evita, del que él se ha ocupado brillantemente en su libro, pues ha seguido también el *Saint Genet* de Sartre. En 1966, cuando publica este libro, Sebreli era el súper exitoso autor de *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Era, como lo soy yo todavía, un hegeliano, marxista-sartreano. No un peronista, sino alguien que analizaba el fenómeno del peronismo desde ese universo categorial. El fenómeno de la izquierda peronista, que lo agarró grande y ya un poco viejo, le amargó bastante la vida. Ahí empezó a transformarse en el campeón del anti-populismo. Y embiste contra las categorías centrales del peronismo juvenil. El Tercer Mundo, por ejemplo. Publica, en pleno año 1976, cuando todos se rajaban, o buscaban seguridad, un libro lleno de bronca con la JP titulado: *Tercer Mundo, mito burgués*. ¿Tan limpio estaba como para publicar un libro en 1976? ¿No temía asomar la cabeza en un momento en que todos se guardaban? ¿Qué pasó ahí? Los militares habrán advertido que era un libro contra la ratio montonera y habrán decidido darle carta blanca. Pero el libro hablaba de un "mito burgués". O Sebreli era excepcionalmente valiente o su odio contra el populismo de la izquierda peronista lo llevaba a desafiar todo riesgo. Y también: ¿no era un poco hijoputesco sacar un libro contra la izquierda peronista en un momento en que la estaban sacrificando en los campos de concentración de la dictadura?

Volvemos a la bastardía de Evita. El bastardo no tiene nada atrás. Es la antítesis del hombre de bien, del señor burgués, del oligarca. Estos tienen "padres y abuelos", como memorablemente ha dicho el ministro Eugenio Blanco. El bastardo no tiene nada. Ni padres tiene. Al no tener nada, él no es nada. Tiene que inventarse. Estamos, aquí, en pleno sartrismo, otro abominado por la academia. ¿Qué pasa con la academia? ¿Qué significan estos desprecios? Un joven de veinte años me acaba de enviar un mail, lo hizo, precisamente, hoy: "Cuando crecí, leí más aún de Foucault. Me decepcioné mucho cuando entré en la academia y descubrí, en medio de una crisis, que era un autor que no solamente no se estudiaba, sino que además era mala palabra (como su apellido, creo que lo sabe, también es mala palabra en la FFyL y he tenido grandes discusiones por declarar que leía sus novelas o sus fascículos)". No sé mucho de la llamada "academia". Pero, ¿qué les pasa? Vean, si me quieren negar a mí, háganlo. No me van a entristecer demasiado. Olvídense de mí. Y de muchos otros. Pero, ¿de Foucault? Eso es realmente grave. ¿En qué se basa ese desdén? Ninguno de ustedes es digno de haberle lustrado los zapatos a Foucault. Calma, señores. Pierden alumnos así. O los forman para el diablo. ¿Qué están enseñando? ¿Wittgenstein? ¿El viejo andamiaje del positivismo lógico? ¿La línea Heidegger-Lacan-Derrida? En fin, hagan lo que les parezca. Alguna vez habrá que hacer un debate serio y *analizar en manos de quiénes está el conocimiento y su enseñanza en la academia. En el país*.

Otro negado por los aparatos del poder académico es el filósofo que hemos elegido para acercarnos más hondamente a la esencia del personaje que tratamos. Sartre. Es (según Eduardo Grüner en su Prólogo al *San Genet*) eso que Marx decía de Hegel: *un perro muerto*. "Ha superado hasta el infundio y la denostación, para ser arrojado por 'los otros' al peor de los infiernos: el de la indiferencia" (Sartre, *Ibid.*, p. 27). *Ninguna cátedra importante de una universidad argentina lo tiene hoy en su bibliografía.* "Lo cual, escribe Grüner, quizá sea una buena señal: la de que todavía *molesta*" (Sartre, *Ibid.*, p. 27). Sin duda, molesta. Sartre es el último y el más lúcido representante de una filosofía comprometida con la historia. De una filosofía que salga del ámbito sofocante de la academia y se juegue en otras situaciones, encrucijadas. Nunca le importó el segundo Heidegger, ni el tercero ni todos los que todavía puedan inventar. Jamás podrá ser instrumentado por la derecha, a la que le robó la palabra *libertad*, la central de su pensamiento. En fin, ya hemos tratado esta cuestión. Sartre cayó con el Muro de Berlín. Hoy, que se levantan muros por todas partes, acaso podamos abrir unas cuantas puertas para su necesario regreso. Pero seremos pocos. Es posible que nunca regrese Sartre. No a la academia, al menos. Se tiene mucho miedo de perder los cargos. El poder impone lo que hay que decir, lo que hay que pensar, lo que hay que escribir. Eso es lo que se enseña.

Corre el año 1952 y Sartre publica *Saint Genet, comédien et martyr*, en ediciones Gallimard. Es un *Prólogo* destinado a las *Obras completas* del poeta Jean Genet. Según se sabe, Sartre era un escritor que se desbordaba. John Huston le encargó un guión cinematográfico sobre Freud y él se le apareció sólo un par de días después con un texto de ochocientas páginas. El *San Genet*, en tanto *Prólogo*, es más extenso que las *Obras completas* Jean Genet. Es un estudio sobre la condición del bastardo. Un estudio sobre la búsqueda del Ser. El bastardo, al no provenir de un padre o una madre, como la sociedad burguesa ha establecido, no tiene Ser. *No Es*. El bastardo no tiene nada detrás. Pero habrá de luchar por *Darse el Ser*. "Ni durante un instante se imagina que está condenado a la pobreza y la bastardía" (Sartre, *Ibid.*, p. 47). El bastardo, para superar su bastardía, debe actuar. Actuando se elegirá a sí mismo. Decidirá lo que habrá de ser. Irá en busca de su Ser. Se hará Ser. Será lo que haga de sí. La condición del hombre es, para Sartre, la de un *agujero en la plenitud del ser*. Porque el hombre es una *nada*. El hombre *No Es*. Tiene que hacer*Se*. Ese hacer*Se* es su proyecto. El hombre, por medio de su proyecto, se arroja hacia sus posibles para darse el Ser. La búsqueda del bastardo es la búsqueda ontológica de la densidad del Ser. Lo han hecho bastardo. Ha nacido bastardo. "¿Quién es tu papá, Evita?" "No tengo papá." Juan Duarte, el padre de Eva y sus hermanos (que son tres mujeres y un varón: Elisa, Blanca, Juan y Hermida), el habitante ocasional de la casa y de la cama de Juana Ibarguren, la madre de todos, muere el 8 de enero de 1926 en Chivilcoy, entre los suyos, entre su familia legal. La *otra* familia era la que tenía en Los Toldos. No era algo inusual en la época. Viajante de comercio, Juan Duarte (cuyo nombre heredará el famoso Juancito, el Isidorito Cañones del peronismo, el cabeza hueca, "Jabón Lux" porque lo usaban nueve de cada diez estrellas de cine) tenía dos familias. Pero la legal, la honesta, la familia en cuyo seno él había elegido morir era la de Chivilcoy. Era la que había formado con Doña Estela Risolía. El día de su muerte, Juana Ibarguren carga a sus cinco hijos y se va al velatorio de Chivilcoy. Se produce una escena memorable. Las dos familias del difunto se enfrentan. Doña Juana quiere entrar. Quiere que sus hijos vean por última vez a su padre. Pero, al principio, le impiden la entrada. Este hecho habrá de marcar duramente a Evita.

Hombre de negro (a Doña Juana): Señora, no ensombrezca la memoria de don Juan Duarte, por favor. Ahí dentro está su verdadera esposa (*algo solemne*:), Doña Estela Risolía. Ella es la única que tiene derecho a llorarlo como viuda.

Doña Juana: Yo no seré su viuda. Pero fui su mujer. Y éstos son sus hijos. Los cinco hijos que tuvo conmigo, señor. Y tienen derecho a ver a su padre por última vez... y a besarlo en la frente.

(...)

Hombre de negro: Estos *no son* los hijos de don Juan Duarte. Los hijos de don Juan Duarte están allí, señora, en esa casa, llorando a su padre. Estos niños son hijos de la lujuria y el pecado. Son bastardos, señora. Y los bastardos no tienen padre. Váyase, por favor (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, ed. cit., p. 19).

Bien, si obviamos que para el guionista resulta evidente que el representante de la familia Risolía ha leído el *San Genet* de Sartre ya en 1926, la escena ha de haber ocurrido de modo semejante. En serio: la palabra *bastardo* es muy común y pertenece más al rico vocabulario de las provincias que al de los "centros urbanos". Es muy probable que la pequeña Eva la haya oído aplicada a ella o a sus hermanos más de una vez. Seguimos con el bastardo. El no se ha hecho ese ser que no es. Ser bastardo es no ser. Pero él puede hacer algo con eso que han hecho de él. Si de él han hecho alguien que *No Es*, él habrá de conquistar su Ser. Habrá de ser alguien que *Es*. "No somos terrones de arcilla (escribe Sartre) y lo importante no es lo que hacen de nosotros, sino lo que nosotros mismos hacemos de lo que han hecho de nosotros" (*Ibid.*, p. 85). Esta frase, que es de 1952, reaparecerá en el célebre Prólogo de Sartre a *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, que es de 1961. Era, qué duda cabe, axial en su pensamiento. Porque, en Sartre, la bastardía es lo que define la condición humana. El hombre es bastardo porque es una nada arrojada hacia sus proyectos. Veremos esto con más detalle. Aun Victoria Ocampo, por remitirnos a la otra mujer célebre de la Argentina, la elegida por la derecha y por la izquierda ilustrada y antiperonista, tiene que hacer algo con lo que han hecho de ella. Y Ocampo es la antítesis de la bastarda. La oligarquía tiene el Ser como posesión. Lo tiene naturalmente. No necesita luchar por él, ni ganárselo, ni comprarlo. "Los campos no se compran, se heredan", es la frase que define al oligarca.

PRÓXIMO DOMINGO

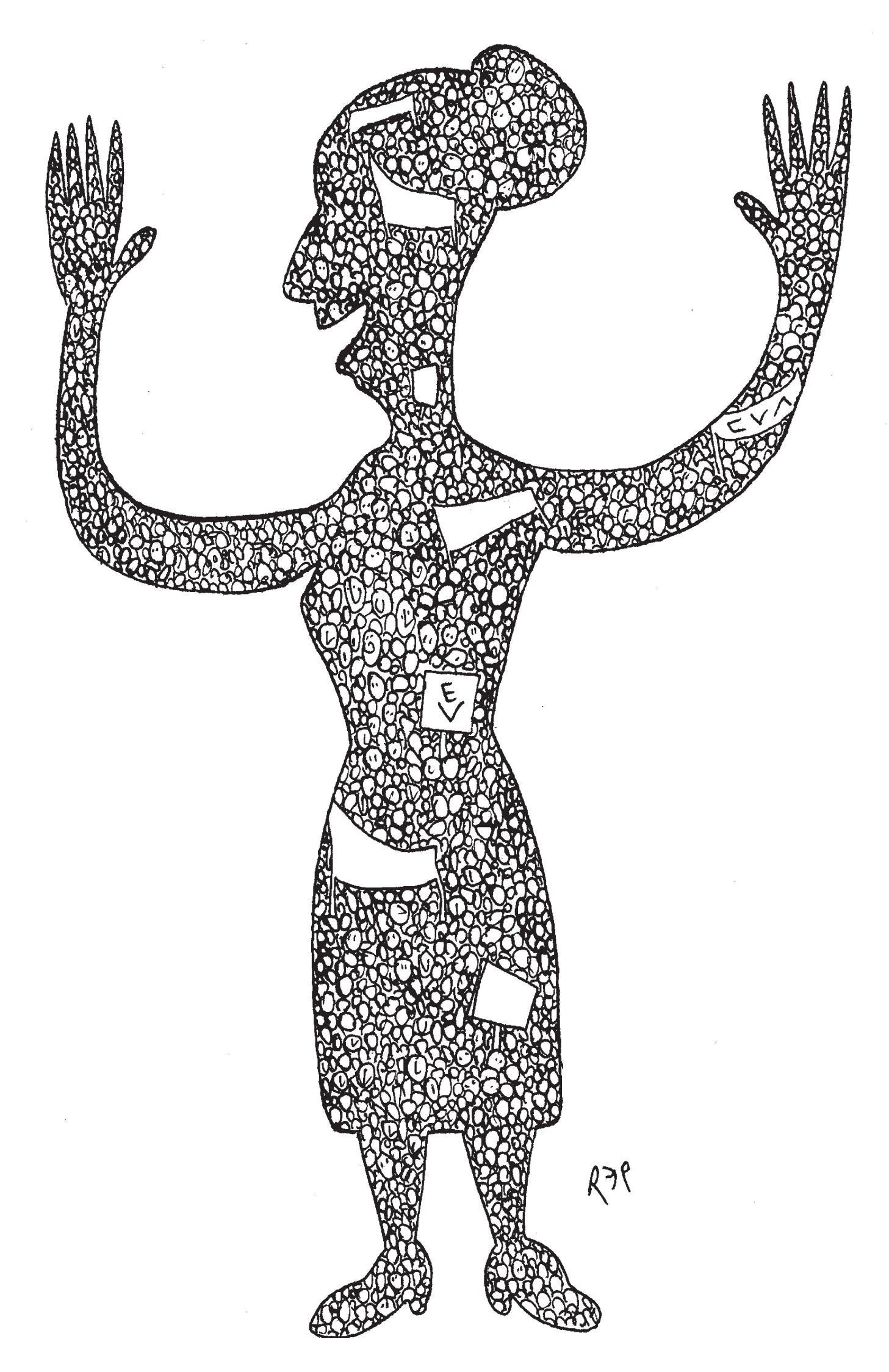
Eva Perón (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

16 **Eva Perón (III)**



Suplemento especial de
Página/12

La oligarquía es incestuosa

Siguiendo el derrotero existencial de Genet, Sartre lo atrapa en esos intentos por darse el Ser, por ser Algo. "Sí: *hay* que decidir; matarse es también decidir. El ha elegido vivir, ha dicho contra todos: seré el Ladrón" (Sartre, *Ibid*., p. 85). Para Genet, robar no es *sólo* robar. Robar es *ser* el Ladrón. Si robo es porque quiero darme la densidad de ser *algo*. En este caso, *ladrón*. Si tomamos el vocabulario de esa conferencia que pronuncia Sartre en 1946 y a la que titula, muy expresivamente, *El existencialismo es un humanismo,* diríamos que el bastardo empieza por existir, porque no tiene nada detrás de sí. Nada que lo justifique. *No tiene esencia*. En él, de modo ejemplar, la existencia precede a la esencia. Victoria Ocampo, la oligarquía, tiene *todo* detrás de sí. No tiene nada que justificar. Vive por derecho de linaje. Los sinónimos de *linaje* son muy ilustrativos. O, al menos, ilustraremos algunos. Estirpe, alcurnia, prosapia, abolengo. Nos detendremos (aunque, no olvidar esto, son todos sinónimos) en *abolengo* y *sangre*. El abolengo indica algo cerrado, algo vuelto sobre sí. De aquí que entre sus sinónimos figure *cuna*. "Pertenecemos a la misma cuna." "A la misma prosapia." "A la misma estirpe." En resumen, "a la misma sangre". No es casual que en el cuento de Cortázar, "Casa tomada", que luego habrá de ser interpretado como una metáfora de la oligarquía invadida por la *barbarie* peronista, los protagonistas sean dos hermanos entre quienes hay relaciones, apenas insinuadas, incestuosas. *La oligarquía es incestuosa.* Lo es en tanto sólo se reconoce a sí misma. Sus miembros comparten una *raíz*. Un tronco. La oligarquía es jerárquica. Hunde sus raíces en la tierra. Y esa tierra, además, le pertenece. Para los deleuzeanos: la oligarquía es arborescente, no rizomática. Si el rizoma crece en el modo de la horizontalidad, si cada rizoma vale tanto como el otro, si el rizoma no tiene su centro en ninguna parte sino en *todos* los rizomas, la oligarquía es, por el contrario, *arborescente*. Tiene raíces. Esas raíces se hunden, ¿dónde? En el pasado, en la Historia. La oligarquía tiene detrás de sí toda *su* historia. Y *su* historia es la historia de la patria. Si la historia de la patria es la de la oligarquía es porque la patria le pertenece. Ella la ha hecho. A veces, cuando se la cuestiona, la oligarquía, o sus defensores, no necesariamente oligarcas, dicen que *ella* ha hecho este país. *Que, mal o bien, lo ha hecho.* Este "mal o bien" justifica cualquier cosa. Pero arroja sobre nuestros rostros la certeza oligarca: ustedes no hicieron nada. Nosotros –*mal o bien*– hicimos este país. Y aunque uno les diga que lo hicieron *mal*, nada cambiará: "Lo hicimos. Ustedes están aquí por el país que nosotros hicimos". Resulta claro que "ellos" hicieron el país porque impidieron, casi siempre por medio de la violencia, que pudiera hacerlo cualquier otro grupo, al que rechazaron no bien le vieron alguna intención hegemónica. Tratar de hacer "otro" país del que hizo la oligarquía es precisamente la máxima subversión. Quien lo haya intentado y quien lo intente probará el frío puñal de los elegidos.

Me permitiré insistir con el concepto deleuzeano de *rizoma*, dado que, creo, resulta aquí bastante útil. El rizoma tiene el valor de anular el esquema jerarquizante. Se puede pensar desde él la política. De hecho, durante los intentos de democracia directa y durante el asambleísmo de fines del 2001 se empleó con notable riqueza. Deleuze y Guattari elaboran el concepto a partir de la botánica. El rizoma, en tanto tallo subterráneo que se ramifica en múltiples, diversas direcciones, *no tiene centro*. Abomina del concepto de *origen.* Hay una anulación de las jerarquías. Donde es imposible fijar un centro es imposible establecer una verticalidad. Deleuze y Guattari aplicaron el rizoma al psicoanálisis de modo brillante: "Tomemos una vez más al psicoanálisis como ejemplo: no sólo en su teoría, sino también en su práctica de cálculo y tratamiento, *El psicoanálisis somete al inconsciente a estructuras arborescentes (...) A órganos centrales, falo, árbol-falo.* El psicoanálisis no puede cambiar de método: su propio poder dictatorial está basado en una concepción dictatorial del inconsciente. El margen de maniobra del psicoanálisis queda así muy reducido. Tanto en el psicoanálisis como en su objeto, siempre hay un general, un jefe (el general Freud)" (Deleuze, Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia, pre-textos*, Valencia, 2002, p. 22). Como vemos, lo que de aquí se puede deducir es que la oligarquía es *falocéntrica*. El falo oligárquico es el tronco que más profundamente horada la tierra de la patria que sólo se deja penetrar por él. La Patria es de la oligarquía, pues ella ha hundido ahí su falo desde el inicio y no ha dejado de hacerlo. *Todo aquel que intente hacer lo mismo será cercenado*. El árbol (al que la oligarquía llama *arbol genealógico* pues la traslada hasta el origen, que es el de la Patria) es, en el imaginario sexual oligárquico, tronco y este tronco no sólo ha penetrado a la Patria, hasta tal punto lo ha hecho que es su columna vertebral. En suma, *la columna vertebral de la patria es el falo oligárquico*.

Todo rizoma se relaciona con otro y, en este sentido, cada rizoma es su propio centro pero no hay centro del rizoma. *Ningún rizoma puede hacer de su propio centro el centro del rizoma*. Si lo hiciera, el rizoma ya no sería lo que es. Hay una democratización por medio de la cual el centro está en todas partes y se carece de raíz y de tronco. Este esquema, el de *tronco* y el de *raíz* –al que estamos más acostumbrados– es el esquema arborescente. En el que hay una raíz y de esa raíz crecen las distintas ramificaciones que tienen en común un hecho decisivo: *todas remiten a la misma raíz*. De aquí que la oligarquía sea arborescente y no rizomática.

(Sobre el concepto de rizoma: Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia, 2002. Sobre todo la *Introducción*.) La palabra *raíz* es casi sinónimo de *oligarquía*, de *grupo*, de *casta*, de *familia*, de *cuna*. ¿Por qué *cuna* es sinónimo de estirpe o linaje? Porque *toda* la oligarquía pertenece a la misma cuna. Si digo que la oligarquía es *incestuosa*, si Cortázar lo insinúa en su cuento, es porque la oligarquía comparte la raíz (la tierra, su posesión), la sangre y la cuna. Otros sinónimos de *linaje* retornan sobre el concepto, clarificándolo: *casa, hogar, nacimiento.* O también: *raza* (por eso la oligarquía es racista y detesta a la "negrada", que no tiene su color, que no pertenece a su casa, que tiene *otro* nacimiento, un nacimiento bastardo, pues todo nacimiento que no remita a un origen común de casta implica *bastardía*) y *familia*. El otro sinónimo es *origen*. Del concepto de *origen* la oligarquía extrae el de *origen absoluto. El origen de todas las cosas*. Es decir, *Dios*. Con lo cual hemos formado la conocida fórmula de la derecha oligárquica o ultracatólica, que es también la simple oligarquía, ya que es imposible diseñar una *derecha* oligárquica, *toda la oligarquía es de derecha.* La conocida fórmula queda ahora al desnudo: *Dios, Patria, Hogar.*

La oligarquía es causa; el bastardo: efecto sin causa

David Viñas tiene el mérito, entre otros, de haber sido el primero en llevar al análisis un texto imprescindible de Miguel Cané, el tierno autor de *Juvenilia*, texto obligatorio que *todos* hemos debido leer en nuestras escuelas (pues la oligarquía, *antes que el peronismo*, impuso sus libros de lectura), el despiadado impulsor de la Ley de Residencia, a la cual llamaba "dulce ley de expulsión", paranoico grave, que escribió, a uno de su *casta*, acerca de su horror por la "invasión" cosmopolita que la política inmigratoria de Buenos Aires había provocado. Cané se sentía obsesionado por el peligro que corrían las mujeres del círculo oligárquico. Se proponía impedir "que el primer guarango democrático (la oligarquía detesta la *democracia*, su mundo es *jerárquico*, recordemos que Borges calificaba a la democracia como "un vicio de la estadística", J. P. F.) enriquecido en el comercio de suelas se crea a su vez con derecho a echar su mano de tenorio en un salón al que entra tropezando con los muebles (el "invasor" tropieza con los muebles porque desconoce el "hogar" oligárquico, ningún oligarca haría eso porque todos conocen los hogares de todos, de aquí el incesto, J. P. F.). "No tienes idea de la irritación sorda que me invade cuando veo a una criatura delicada, fina, de *casta* (bastardilla mía, J. P. F.), cuya madre fue amiga de la mía, atacada por un grosero ingénito, cepillado por un sastre, cuando observo sus ojos clavados bestialmente en el cuerpo virginal que se entrega en su inocencia (...). Mira, nuestro deber sagrado, primero, arriba de todos, es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido (sinónimo de *híbrido* es *heterogéneo*, antónimo de *híbrido* es *puro*, J. P. F.), que es hoy la base de nuestro país. ¿Quieren placeres fáciles, cómodos o peligrosos? Nuestra sociedad múltiple, confusa, ofrece campo vasto e inagotable. *Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio; cada día los argentinos disminuimos.* Salvemos nuestro predominio legítimo, no sólo desenvolviendo y nutriendo nuestro espíritu cuanto es posible, sino colocando a nuestras mujeres a una altura a que no lleguen las bajas aspiraciones de la turba. Entre ellas encontraremos nuestras compañeras, entre ellas las encontrarán nuestros hijos" (David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Sudamericana, Buenos Aires, p. 173. Bastardillas mías). Y el final del texto es plenamente revelador: "*Cerremos el círculo y velemos sobre él*" (Viñas, *Ibid*., p. 173). Sartre dirá de Genet: "Niño sin madre, efecto sin causa, Genet realiza en la rebelión, en el orgullo, en la desdicha, el soberbio proyecto de ser la causa de sí mismo" (Sartre, *Ibid*., p. 107). *Efecto sin causa*. Genet es la antítesis de la prosapia oligárquica, esa clase social que es la dueña del Ser. Y Evita los odiará desde lo más hondo de su corazón, de su desdicha, de su bastardía fundante. Ella no pertenece a ningún círculo. Ella, llegando a Buenos Aires, sólo con su bello cuerpo como arma, como lanza de conquista, será parte de "la invasión tosca" de los ajenos al grupo patrio. Pero el odio de Cané, su sexualidad paranoica, defenderá al círculo, velará sobre él, no lo entregará. A esa clase vino a odiar Evita. Esa clase la odió. La acusó de arribista, prostituta, demagógica, trepadora. Victoria Ocampo, sólo una niña desobediente, una feminista avant la lettre, intentará enfrentársele. Y la izquierda ilustrada creerá, o fingirá creer, en ese enfrentamiento, en esa absurda patraña. Creerá que se enfrentaban ahí las dos grandes mujeres de la historia argentina. No vale tanto Victoria. Evita es un icono de la historia universal. Victoria es una activista cultural del Río de la Plata. Cané era un enfermo. Pero siempre que la oligarquía reprime, y acostumbra a reprimir brutalmente, lo hace desde el odio de Cané. Seguiremos todavía un poco más navegando en esas aguas profundas, reveladoras. No pretendo contar la historia de Eva Perón. El propósito es bucear en su alma, el laborioso trabajo de entenderla. Laborioso y delicado. Laborioso y deslumbrante, deslumbrante porque ella lo es. También Sartre y Jean Genet continuarán junto a nosotros, ayudándonos.

Cané, la paranoia sexual de la oligarquía

Del texto de Cané queda algo más (y seguramente mucho más que algo) que diremos. ¿Qué secreto de clase revela o expresa esa obsesión de Cané por proteger la virginidad de las mujeres de su clase? ¿Es la Patria una mujer? Así se la representa. Salvo, hasta donde yo sé, los duros alemanes, las bestias rubias de Nietzsche, los que veían en las aves de rapiña, en los guerreros, en los vikingos, el espejo de su estirpe, llevaban la identificación de la patria, más que con el padre o la madre, con el hombre de acción. Junto a esto hay algo que nos interesa más: no sólo *Vaterland* significa *patria* en alemán. Hay otra expresión más cálida, más ligada al ámbito natal. Es la que usa Heidegger: *Heimat*. Significa, también, *tierra*. La *tierra natal*. El lugar en que se nace, el lugar en que se debe permanecer. En los existenciarios auténtico/inauténtico Heidegger señala como una de las formas de la *inautenticidad* eso que habrá de llamar la *errancia*. La *errancia* es la no-permanencia en ningún sitio. Heidegger la asimila a la *avidez de novedades*. A eso que nos lleva de una cosa a la otra y nos impide reposar en ninguna. La *avidez de novedades* es la esencia del *shopping* siglo XXI. Pero hay algo más profundo en Heidegger y que se relaciona con Eva Perón y la bastardía. El bastardo carece de *Heimat*. Carece de raíces. Carece de tierra. Carece de solar natal. El bastardo, al no tener dónde estar, dónde reposar, dónde permanecer, en suma, dónde *SER*, es un ser *errante.* La definición de *errante* que ofrece María Moliner refiere a alguien que carece de "residencia o emplazamiento fijo". La tierra, la patria, la *Heimat* siempre está en el mismo lugar, y en ese lugar encuentra el hombre su autenticidad. Por el contrario, el "saltar de una cosa a la otra", eso que Heidegger llama "la errancia" y que es uno de los existenciarios que más duramente señalan la existencia *inauténtica*, no se detiene en nada. Nada, entonces, le pertenece. No tiene raíces. Se ha visto, con razón, en estos severos pensamientos heideggerianos, una punta de su antisemitismo. *El judío es el ser errante por excelencia.* (*Nota*: No hoy, desde luego. Hoy, el judío somete a la errancia, a la carencia de solar patrio, de lugar natal, de *Heimat*, al pueblo palestino. No es, ahora, nuestro tema. Bastará con señalarlo. Bastará, también, con señalar esa dolorosa paradoja: quien fue el pueblo errante por esencia, hoy, cuando posee un Estado, somete a otro pueblo a la errancia que él padeció. El sufrimiento, lejos de haber entregado la lección de no infligirlo a los otros, pareciera haber entregado el imperativo contrario. Lo cual es otro motivo para nuestro cada día más hondo cansancio, para nuestro desaliento, que viene de lejos, de Dostoievski, de Freud, de Kafka o de Benjamin, ante las bondades de la condición humana, tan poco visibles, para colmo, durante los años que corren, durante esta primera década del siglo XXI, en que la tortura es moneda corriente y los Estados la reivindican con total desparpajo.) Esta errancia del judío, que *Ser y tiempo* no plantea de modo explícito, pero cuya lectura es clara, es la cara de su bastardía. El pueblo judío es un pueblo bastardo. No tiene patria. No sabe de dónde proviene. No sabe dónde habrá de asentarse. Y ahí donde lo haga lo hará provisoriamente. No por su voluntad (algo que Heidegger y los antisemitas, incluso Marx, se han negado a ver), sino porque está siempre bajo el arbitrio del pueblo en que se refugiado, en el que ha buscado esa patria que no tiene. La única forma de tener poder es tener dinero. La relación del judío con el dinero no es una relación de *ser*. Es una relación de sobrevivencia. El judío debe volverse usurero para tener poder sobre quienes naturalmente lo tienen, los naturales de la patria en que está. Al no tener patria, debe tener dinero. Al tener dinero puede controlar a quienes lo controlan. Ese control es la usura. El judío no nace usurero. Los demás lo hacen usurero. Le obligan a serlo. Para peor, los otros adoptan ante él la pose de la pureza, del desinterés. El judío no tiene alma, no tiene espíritu. Sólo lo material, sólo la materialidad del dinero le interesa. Esto se puede ver en la obra adecuadamente antisemita de Shakespeare, *El mercader de Venecia*. Shakespeare crea a Shylock, el judío usurero. Errancia y usura son dos caras de una misma carencia: la carencia de patria. La bastardía. Se equivoca Marx cuando dice que con la desaparición del judío desaparecerá el capitalismo. O viceversa. Encuentra en la mercancía *dinero* aquella a la cual todas las otras se remiten. (*Nota*: Ver el capítulo sobre el fetiche de la mercancía en *El capital*.) Por consiguiente, todo se remite al poseedor del dinero, que es el judío. Eliminado el dinero se elimina la mercancía madre de la sociedad capitalista. Eliminar el dinero es eliminar al judío. Pero no estamos ahora para arreglar esta

situación con un texto poco afortunado de Marx y, por otra parte, excesivamente juvenil. Conservó estas ideas pues en sus análisis sobre la Comuna de París llama a los acreedores de Francia, o sea, Austria, "el Shylock austríaco".

Importa lo siguiente: Eva Perón comparte con el judío la errancia de la bastardía. Se puede recordar aquí el expresivo título de un viejo libro del escritor francés Eugenio Sue, *El judío errante*. ¿Tenía Eva el dinero que poseía el usurero judío para defenderse? No, ni por asomo. Era bastarda, carecía de solar patrio, era errante (de Los Toldos a Junín, de Junín a Buenos Aires, aunque hablamos aquí de una errancia más honda, no geográfica sino existencial, es la errancia del bastardo cuya patria no está en ningún lado, cuya patria es *nada*).

Volvamos a Cané. Cerrar el círculo, dice, y velar sobre él. Velar sobre él es velar sobre la patria. "Los argentinos cada vez somos menos." Los bastardos cada vez son más. Con todo, hemos sido nosotros, los argentinos que cada vez somos menos, los que hemos traído a esos bastardos (a esos *errantes*) para poblar este país. Somos así porque así nos hemos hecho. Nosotros los hemos traído y aceptado. Pero hay *un lugar* sobre el que no deberán poner sus rugosas manos: *el cuerpo de nuestras mujeres.* Ese cuerpo es el de la patria. Esas manos son rugosas –debe tomarse nota de esto– porque los errantes que han llegado lo han hecho para hacer las cosas que la oligarquía detesta hacer: *trabajar*. El trabajo, que es honrado, no les debe abrir ninguna puerta. Trabajarán y buscarán entre los de su clase a sus mujeres, vulgares como ellos. Se da el caso, lamentablemente, de algunos *rugosos* que se enriquecen y tienen el descaro de entrar en los salones, aunque tropiecen con los muebles, y mirar "bestialmente" (porque el trabajador bastardo, aunque enriquecido, sigue siendo una "bestia") "el cuerpo virginal" de una "criatura delicada, fina" que "*se entrega en su inocencia*". Aquí el texto de Cané llega a la cumbre de su enfermiza paranoia. Ya da por hecho el coito entre la "bestia" y la "criatura delicada, fina" y "virginal". ¿Por qué la niña "se entrega en su inocencia"? ¿Tan "inocente" es una niña que se entrega a una "bestia" rugosa? La patria está en peligro. Más aún de lo que Cané pensaba. Porque la patria, en su expresión más pura, más joven y virginal, se siente atraída por las bestias del populacho. Acaso Cané ya debía sospechar que "el círculo íntimo" era poco atractivo para las "jóvenes virginales". Que la "invasión", que el "afuera" atraía a las niñas ya aburridas de los ademanes lánguidos de la oligarquía. Que las "niñas" se morían por entregar sus "cuerpos virginales" a esos "bestias" que habían llegado allende el Atlántico. En esto, se ve al bastardo invadiendo el solar oligárquico. El errante *penetra* sexualmente a la patria. Y la patria, aburrida de sus viejos custodios, gozosa, va en busca de los nuevos, más fuertes, más brutales y, para decirlo todo y enloquecer a Cané, más viriles.

En Perón, la bastardía conduce al Ejército. Ahí se detiene, ahí termina, ahí calma su sed. No es azaroso que, no bien regresa a la patria, en junio de 1973, exprese en primer término el deseo de ser re-incorporado al Ejército. Para él, el amor del pueblo no lo arranca de su bastardía, no le es suficiente. No es el punto en que ha depositado su sed de *ser*. Para Perón, *ser es ser soldado*. Ser militar. Lo diga o no, la militancia de los setenta tuvo que tragarse, entre tantas otras cosas que se tragó de su "conductor estratégico", este berretín con el uniforme de milico. Perón, además, exige su ascenso. De general a teniente general. Lo exige él. Y cómo no habrían de dárselo si su misión era una misión del Ejército de la patria: frenar la guerrilla. Frenar el foco marxista que –según veremos en un discurso del general Sánchez de Bustamante– preocupaba no sólo al Ejército, sino a "los hombres de orden" del mismo justicialismo. Cuando los radicales, en 1984, le ceden la calle Cangallo a Perón, la nombran Teniente General Juan Domingo Perón. ¡La bronca que les dio a los peronistas! Habrían preferido "Presidente Perón". No obstante, si nos preguntamos qué habría preferido Perón, no hay duda posible: habría preferido ser recordado como teniente general. Durante su presidencia abusaba de las grandes capas militares. Y en una circunstancia excepcionalmente delicada, es decir, cuando tuvo que expresar, y lo hizo de modo extremo, su disgusto por el asalto a la Guarnición de Azul por parte del ERP en 1974, lo hizo muy deliberadamente con sus galas de teniente general. No habría de ser Perón quien rechazara el uniforme militar. El Ejército le había dado el Ser. Y en el Ejército es donde él lo había buscado. Nunca lo abandonó.

Eva Perón, Jean Genet, la obsesión ontológica

Uno es, sin duda, lo que se hace. Esta ya no es una frase del viejo existencialismo. Es más que eso. Si es una clave para entender a Eva Perón, insisto, es más que eso. También uno es lo que las condiciones materiales de existencia hacen de él. Desde luego: Marx tenía razón. Uno es lenguaje. Recibe una lengua que no dominará. Hablará un lenguaje que él cree hablar cuando, en rigor, es ese lenguaje el que lo habla. De acuerdo. Tiene razón, aquí, Lacan. Pero uno, sumergido en su contexto histórico, en su condicionamiento de clase, sometido por el lenguaje que ha penetrado en él, decidirá sobre sí a partir de todos esos condicionamientos. Si no, no hay moral. Si no, nadie es culpable. Nadie es inocente. Uno, como Jean Genet, busca ser algo. Uno, como Eva Perón, también. Todos buscamos la plenitud del Ser. Todos queremos ser y ser reconocidos en nuestro ser. La condición humana (en tanto esa aventura que el hombre emprende para ser sí-mismo) es una aventura ontológica. Una aventura por la cual el hombre busca darse el Ser. Esa aventura se expresa como nadie en el bastardo. Se expresa también en el judío. Y acaso se exprese hoy, en tanto terrible paradoja, en el palestino, que busca el Ser en lucha contra quienes nunca lo tuvieron, y ahora que lo tienen se lo impiden tener a él.

La búsqueda de Eva Perón es una lucha por hacerse *objeto*. Pero no objeto carente de conciencia. No objeto sin sujeto. Quiere ser *algo*. Tener entidad ontológica: "Quiere hacerse ser y conciencia de ser al mismo tiempo (como escribe Sartre de Genet); el ser es su deseo (...) su vida no será sino una aventura ontológica" (Sartre, *Ibid.*, p. 100). Eva, como Genet, tiene una *Obsesión ontológica* (Sartre, *Ibid.*, p. 110). Escribe, con precisión, Sebreli: "Por medio de Eva Perón, los trabajadores exiliados en su propio país hasta entonces comenzaron a sentirse como en su casa, en las fábricas donde debían ser respetados por el patrón, en la calle y hasta en la administración pública, la solidaridad de la acción política los liberaba de la soledad y la tristeza que es la característica de la condición obrera (...). *Eva Perón, la desclasada, la desarraigada, también encontraba por primera vez una clase de la cual hacerse solidaria*" (Sebreli, *Ibid.*, p. 84. Bastardillas mías).

Esta unión entre la clase obrera y Eva Perón es la unión de los malditos por la oligarquía. La oligarquía trajo al inmigrante y lo puso a trabajar pero le hizo sentir, desde el primer día en el Hotel de Inmigrantes, que el país al que llegaba tenía "ganadores y perdedores". Nunca le reconoció dignidad. Siempre fueron los negritos, las negritas, los tanos, los gallegos, los judíos. Del otro lado, "el círculo íntimo". Los *naturalmente* destinados a mandar. No es casual que el odio de Eva se haya concentrado en la oligarquía. Afirmaba su Ser afirmando su odio. Yo *soy* esta que odia. Odio a los que pretenden poseer el Ser. A los que nada hicieron para tenerlo. Ella, por el contrario, se dio el Ser luchando a dentelladas. Con uñas y dientes se hizo, por fin, lo que era: Eva Perón. Le faltaba algo. Le faltaba ese uniforme que con tanta arrogancia lucía Perón. ¿Qué es un uniforme militar? Es un ropaje institucional. Uno se pone ese uniforme y pasa a ser parte de la institucionalidad de la patria. Eva, entonces, busca lo absoluto. Su *obsesión ontológica* tiene una meta. Esa meta es el Estado. Ser parte esencial del Estado argentino le hará dejar atrás, para siempre, su bastardía de provinciana pobre, de piba de pueblo, de iletrada.

Te casaste con una mina, Juan, que tenía un cuerpo y sudores y olores de mujer

(Eva y Juan Perón están en el comedor de la residencia presidencial. El come temprano. Se levanta temprano. Cena siempre lo mismo. Un bife, un vaso de vino, algo de dulce de leche. El come. Eva lo mira y espera que él la mire para hablarle.)

Evita: ¿Por qué no me preguntás de una buena vez lo que querés preguntarme?

Perón: ¿Y qué vendría a ser eso, chinita? (*La mira fijamente.*) ¿Que vendría a ser lo que te quieropreguntar y no te pregunto?

Evita: Por qué quiero la vicepresidencia. Eso es lo que nunca me preguntaste de frente.

Perón: Tu candidatura es una jugada política de la CGT.

Evita: Mi candidatura es una jugada política mía, Juan. Una jugada política y personal. Sobre todo personal.

Perón: Está seco y duro este bife. El presidente de la Argentina cena un bife seco y duro. (*La mira.*) ¿Por qué "personal"?

Evita: Comé tu bife seco y duro y dejame con-

tarte algo. (*Pausa. Luego:*) Tenía siete años cuando murió mi padre.

Perón: Ya me lo contaste.

Evita: No te conté todo. Mi madre nos llevó al velorio. Y no nos querían dejar entrar. Y apareció una mocosa, una hija legítima de mi padre. Y se puso a gritar como una loca. Y gritaba: "¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho?". Siempre fue así conmigo. ¿Con qué derecho? ¿Con qué derecho esa actriz de mierda anda con el coronel Perón? ¿Con qué derecho lo acompaña al desfile del 9 de Julio, al Teatro Colón el 25 de Mayo? Y después, todavía peor: ¿Con qué derecho se reúne con los ministros? ¿Con qué derecho opina sobre las cuestiones de Estado? ¿Con qué derecho armó esa fundación, le puso su nombre y ayuda a los pobres? (*Pausa.*) Siempre fui una ilegítima, Juan. Una bastarda. Nunca tuve derecho a nada. Bueno, se acabó. Quiero ser parte del Estado. Quiero tener ese derecho. No quiero que ningún hijo de puta vuelva a preguntarme "Con qué derecho". Quiero la vicepresidencia, Juan. Ese derecho quiero.

Perón: (*Como distraído*) ¿Habrá dulce de leche? (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, *Ibid*., pp. 52/53.)

Esta fuga de Perón hacia el tema del dulce de leche señala la actitud que habrá de tener a lo largo de toda la cuestión de la vicepresidencia de Evita: ambigüedad, que sí, que no, hacé tu 17 de Octubre, tirate a la pileta, ¿te va a respaldar la CGT, Espejo, Armando Cabo?, la cosa está peliaguda, al Ejército no le gusta nada, a la Iglesia tampoco, no sé, chinita, no sé. Finalmente hará levantar el acto en la 9 de Julio. Hasta Espejo se anima a contradecirlo: tanto respaldaba la CGT a Eva. El tema del cáncer solucionará la cuestión. Perón, que ya se lo había dicho a sus militares leales, se lo dice a ella la noche del acto.

Perón: Hubo demasiada resistencia.

Evita: ¿Quiénes?

Perón: Los militares, sobre todo.

Evita: Vos te enfrentaste antes a tus (*con ironía*) "compañeros de armas". Te juntaste conmigo. Con una mina. Y se lo tuvieron que tragar. Conmigo, Juan. Una actriz, una mujer de verdad. No un florero, no un adorno estúpido como fueron siempre las mujeres de los presidentes. ¡Conmigo, Juan! Que tenía un pasado, un cuerpo y sudores y olores de mujer. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué no te jugaste por mí esta vez?

Perón: Porque no pude, chinita. Porque vos no podés ser vicepresidenta. Y no por los militares, ni por los curas, ni por los oligarcas. Vos sabés por qué. Yo te lo voy a decir... pero vos ya me lo dijiste. Vos ya lo sabés.

Evita: ¿Qué es lo que sé? ¿Qué es lo que te dije?

Perón: Me dijiste que odiabas tu cuerpo. Que te estaba traicionando. Dijiste que era el mejor aliado de tus enemigos. El que estaba consiguiendo lo que ninguno de ellos había conseguido: derrotarte.

(*Pausa. Perón apaga su cigarrillo. Mira a Evita.*)

Perón: Tu cuerpo te abandonó, te traicionó, te derrotó. Estás enferma, chinita. (*Pausa. Casi con furia*) ¡Tenés cáncer, carajo! ¡Tenés cáncer!

(*Evita, luego de un largo momento, agarra un pote de crema y lo arroja contra el espejo que se rompe en infinitos pedazos.*)

Evita: No quiero más espejos en esta habitación. No quiero verme morir. (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, *Ibid*., ps. 109/110).

La muerte no le daría el Ser que tanto buscó. Célebremente, Heidegger dice: *La muerte no totaliza al Dasein. Cuando el Dasein muere no es, deja de ser*. La sed del bastardo no se cumpliría ni con la muerte. Al fin soy. Soy eso: soy un muerto. No, la muerte no totaliza. El bastardo, cuando muere, no es por fin para siempre un cadáver. Con la muerte, el bastardo no *es*. Con la muerte, el bastardo sólo *deja de ser*. El bastardo y todos nosotros. La muerte no cierra el círculo. No *somos* por fin cuando morimos. Sólo dejamos de ser. *Somos cuando vivimos*.

Seguiremos con Eva. Tenemos que analizar todavía un texto fundamental como *Mi mensaje*. Ahí –refiriéndose a la oligarquía– habrá de decir: *Yo fui la única que me di el gusto de insultarlos de frente*. Tan irritante era su figura, tanto la odiaban (mucho más que a Perón), que es arduo conjeturar qué habría ocurrido si "su cuerpo no la traicionaba, no la derrotaba". A veces uno piensa que la consigna "Si Evita viviera sería Montonera" era irrealizable, no sólo por las opiniones diferenciadas que sobre ella podamos tener, sino porque, si Evita hubiera vivido, esos a los que se dio el gusto de insultar de frente, y que fueron los mismos que después matarían treinta mil personas en este país, la habrían matado antes a ella. Es una hipótesis. Pero no la desechen. Merece ser pensada y discutida. Exige su reflexión.

Evita y el tango

Evita –y posiblemente sea éste uno de sus perfiles más profundos, más ricos– no es como la mujer del tango, que se ha ido del barrio para el centro. No es "la Margot". "Eras mi Margarita, ahora te llaman Margot" o "Milonguita, las luces del centro te han hecho mal/ y hoy darías toda tu alma por vestirte de percal". Lo digo porque hay muchos que interpretan el peregrinaje de Eva (Los Toldos, Junín, Buenos Aires) como el de la piba del tango, que pasa del barrio (con toda su carga de verdad, de autenticidad, de solar materno, de barro, de pampa, de perfumes de yuyos y de alfalfa: "la esquina del herrero, barro y pampa", dirá Homero Manzi) al centro, donde están las luces, la vida fácil en la que fatalmente se extraviará. La piba del tango hace su peregrinaje en busca del ascenso social, la ambición que la empuja es la del dinero, la del lujo, ese lujo que le darán los "morlacos del otario", la de trepar. Ningún tango expresa esta situación de áspera, de velada traición, como el que, en 1924, estrena Gardel con letra de Celedonio Flores. La Cenicienta del tango no quiere unir su destino al de los pobres. Viene huyendo de esa pobreza. Viene en busca del centro, donde está el poder, los autos caros, el champán. Si antes "gambeteaba la pobreza en la casa de pensión" ahora es toda una bacana y a una bacana la vida le ríe y canta. El que está junto a ella, ya no es el muchacho que la amó en el barrio, es un "otario", calificativo que ese muchacho le entrega y que expresa, más que desdén, su resentimiento, su bronca de perdedor. No tiene cómo discutirle al "otario" lo que hoy quiere la percanta. No tiene con qué. El se quedó en el barrio y en el barrio no hay morlacos. Sólo hay ahí la poesía de los arrabales. Que es pintoresca para los ricos, pero es sufrimiento para los pobres. De aquí que Discépolo le diga a Mordisquito que él ya no añora la pobreza triste de los tangos. Que el portland será menos poético, pero hace vivir mejor, con más dignidad. Discépolo, así, es el tanguero que cambia el ladrido de los perros a la luna, los grillos, el misterio, los rumores de milonga, el fuelle que rezonga, la quieta luz del farol, el alma del gorrión sentimental, la esquina del herrero y, sobre todo, el barro y la pampa, por las casitas para los pobres, para los que trabajan, para los malevos que ahora son proletarios, para el puñal que ahora es martillo o pala o torno metalúrgico. Si el tanguero le dijera a Mordisquito "ya nunca me verás como me vieras, recostado en la vidriera, esperándote" (como dice, tan hermosamente, Homero Manzi), Mordisquito le diría que no espere más, que se vaya a laburar, que sea la novia la que lo espere a la salida de la fábrica o en la casita del nuevo barrio, donde ya no hay calles de barro, donde no hay inundación, donde el obrero hizo olvidar al guapo, de qué, le diría, tenés nostalgias, ¿tanto te gustaban los años que han pasado, cuando los pibes, en lugar de tomar leche, hacían cola para ver la nata?, vamos, Manzi, esa arena que la vida se llevó se la llevó para bien, no te apesadumbrés por los barrios que han cambiado porque han cambiado para ser mejores, porque hoy a Pompeya no la alumbran las estrellas sino el alumbrado público, ¿de qué zanjón me hablás?, ¿qué le veías de lindo al zanjón?, al perfume de los yuyos y de la alfalfa, se acabó, Homero, todo ese mundo rural y miserable de los tangos fue derrotado por el trabajo para todos, por la vida honrada, por el derecho a la vivienda digna, a las vacaciones, al chamamé de la buena digestión, como ya te dije antes.

De esta forma, el "barrio de tango, luna y misterio" queda en manos de los poetas cultos, como Borges, que lo reinventan desde una estética del coraje, del cuchillo, del suburbio, del Sur. Alguien dijo, y dijo bien, que el peronismo mató al tango. Es cierto. Ya Alberto Castillo, hacia 1954, cantaba más canciones festivas que tangos melancólicos. "Por cuatro días locos". "Yo llegué a la Argentina/ en una noche divina/ del cincuenta y cuatro." El tango reo, el tango de la poetización de la pobreza, o de su negación absoluta y brutal en la figura de la mina que se pianta, que va en busca del centro, pero para perderse porque perdió la verdad, la autenticidad del barrio, porque los hombres le "han hecho mal", porque hoy daría toda su vida "por vestirse de percal", a ese tango lo mató el portland del peronismo, y esa canción la cantó Discépolo, justamente él, que había cantado como nadie el tango de la desesperanza, del suicidio, del "cachá el bufoso y chau". No es incongruente con esto que digo, sino que lo confirma con una mezcla de barroco y tango reo, de Ginastera y Troilo, de Shostakovich y Pugliese, de Gerry Mulligan y Horacio Salgán, que el tango del post-peronismo se deposite en el fuelle de Astor Piazzolla, que ya no les canta a "las calles de Pompeya" (que se mete, también, con el jazz, con esas novenas disonantes, con esas quintas ásperas), sino a Buenos Aires, a la ciudad, a la locura urbana, al caos y a esa poesía quieta que invade las calles cuando el gentío duerme, cuando sólo hay una brisa que arremolina papeles, volantes políticos, diarios de ayer, a Buenos Aires que es, para él, lo que fue para George Gershwin Nueva York, la neurosis urbana, la gente apurada, la rapsodia en remaches, el mundo que no espera, el tiempo que se ha transformado en velocidad, la luna plateada que ya no ilumina al barrio, sino que va "rodando por Callao".

Pero Eva (y veremos esto con más detalle) no es como la mina del tango. Su viaje de Junín a Buenos Aires se le parece. Pero ella no vino por los "morlacos del otario". No es (como dice Tim Rice, el guionista de la ópera *Evita*) "la más grande trepadora después de la Cenicienta". Grave error, señor Rice. Evita no vino a probarse ningún zapatito, no vino a levantarse al Príncipe que se levantó para vivir siempre en Palacio jugándola de Reina, aprendiendo los buenos modales de la monarquía para ser aceptada por ella. Vino para insultarlos de frente. Trepó para descender hacia los pobres y compartir con ellos lo que había conquistado. Evita no es la Cenicienta ni es la Margot. Con su traje sastre, con su rodete que se cierra como un puño que golpea, vino para no traicionarse. Para no abandonar su resentimiento. Del que vivirá y morirá orgullosa. Porque la piba de barrio se hace amante y mantenida de los ricos. Porque la Cenicienta sólo busca al Príncipe para reinar junto a él cuando el momento, que llegará, llegue. Porque la tan trinada rebeldía de Victoria Ocampo sólo exhibe la historia de la niña rica y traviesa, de la alborotadora, de la pre-feminista a lo sumo o de la incorregible de la familia oligárquica, pero nunca cambió su destino de clase, siempre reposó en la más honda densidad del Ser, fue previsible, tanto en su aliadofismo antifascista de los cuarenta como en su macartismo pro-norteamericano de fines de los cincuenta, tanto en su antiperonismo elitista, tramado por el odio de clase y el desdén cultural, como en su discurso de 1977, al ocupar su esperable, totalmente previsible, lugar en la Academia de Letras, en el que defiende un feminismo abstracto en tanto las Madres de Plaza de Mayo se jugaban la vida en un feminismo concreto que desde el alma misma de la mujer y de la mujer madre, algo que Victoria tampoco fue, pedía por la vida de los hijos ausentes, por los cuerpos que les habían sustraído. Evita, contrariamente, vino para desmentir lo lineal, lo previsible, los caminos trillados de las trepadoras. Si no la única, ha de ser una de las muy escasas perdedoras que triunfó sin olvidar ni negar su origen. Eso, muy pocas.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón (IV)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

17 Eva Perón (IV)

EVITA SI SOLO HUBIERA SIDO EVA DUARTE.

REP

Suplemento especial de
Página/12

LOS LAMENTABLES ESCRIBAS DEL PERONISMO

Muy segura de sus ideas, más segura aún de lo que buscaba conseguir con ellas, Eva Perón dejó algunos textos en que su pensamiento puede ser analizado seriamente. Entre esos textos no figura el más célebre, el que lleva por nombre *La razón de mi vida*, y que, no sólo por su torpeza, su ingenuidad, su falta de garra, la ausencia total en esas páginas del fanatismo, de la ira o del resentimiento en los que Evita basaba sus acciones, su existencia toda, resulta irrelevante para un análisis serio de sus opciones políticas, de sus proyectos y, sobre todo, de su personalidad. En sus textos ella se pone por entero, se juega, lleva las cosas al extremo a que solía llevarlas y suelen alterar los nervios de cualquiera, o por la exaltación que provocan en algunos o por el odio que despiertan en otros. Lejos de esto, el ñoño, simplón, ese texto huero que es *La razón de mi vida* fue el que el peronismo implantó autoritariamente en la enseñanza, el texto que fue instrumentado como el que en verdad expresaba a Evita. Se sabe que el libro fue escrito por un periodista español de nombre Manuel Penella da Silva, a quien posiblemente haya contactado Raúl Mendé, un tipo muy cercano a Perón, una de esas tantas figuras de las que solía rodearse y que tanta admiración y respeto nos despiertan, aunque, a veces, por el contrario, nos sorprendemos a nosotros mismos, que no somos gorilas, murmurando o diciendo francamente en voz alta, a raíz justamente de esos personajes, que el general debía tener facetas francamente oscuras (voy a ser preciso, los militantes peronistas lúcidos no decían ni dicen *facetas francamente oscuras*, dicen otra cosa, dicen: *El viejo era un flor de turro*), ya que, de otra forma, no se explica que mantuviera junto a él a ciertos personajes que poco le reportaban. Y eso que aún no habían hecho su aparición espectacular en la gran novela del peronismo esos dos adalides del ridículo, de la infamia y del crimen alevoso que fueron Isabel Martínez y el cabo (y luego súbito comisario general de la Policía) José López Rega. Raúl Mendé, cuyo primer opus es un libro de poemas de 1944 titulado *Con mis alas*, era, al lado de ellos, San Francisco de Asís. En 1948 publica un libro que se titula: *Tercera posición: justicialismo*, y cuyo Capítulo Primero empieza diciendo: "El problema del mundo es problema de justicia y de amor. Al decir 'el problema del mundo' se entiende que nos referimos al problema de la sociedad humana" (Raúl A. Mendé, *Tercera posición: justicialismo,* Castelvi, Santa Fe , Argentina, 1948, p. 11. *Castelvi* era una prestigiosa editorial y librería de la ciudad de Santa Fe). Como hubiera dicho la notable revista cordobesa *Hortensia*: "No, si hai de referirte al problema del cultivo de la zanahoria en la Quebrada de Humahuaca". La frase de Mendé exhibe la bobaliconería de los textos del autor. Algo que no sería grave si no hubiera sido, además, el que le redactaba a Perón los artículos que publicaba en *Democracia* bajo el seudónimo de Descartes. Ese hecho es notorio porque Perón se ve más inteligente y más que eso también en sus discursos y, sobre todo, en sus clases sobre Conducción Política en la Escuela Superior Peronista. Pero el protagonismo intelectual y literario de Mendé es todavía más discutible, más problemático, si se piensa que, en ese momento, Perón podía contar con Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Leopoldo Marechal y, más tempranamente, Homero Manzi para que le escribieran textos. Pero el general solía elegir, en el campo intelectual y universitario, sencillamente basura. O era porque no admitía que alguien le hiciera sombra o era también por eso.

"LA ARGENTINA DE PERÓN", LIBRO DE LECTURA DE CUARTO GRADO

El tema al que nos conduce *La razón de mi vida* y la pertenencia de "literatos" como Mendé en el primer peronismo es el de los famosos textos redactados para la enseñanza. Se sabe que *La razón de mi vida* fue sofocantemente impuesto en todas partes. Esto, desde luego, desataba la ira de las clases medias no peronistas. Nuestro tema final, del que éste es un rodeo, es analizar los verdaderos textos de Evita, que en nada se asemejan a *La razón de mi vida*. Pero, al tratarse de un tema tan irritante y que tanto se le ha cuestionado al peronismo, detengámonos en él seriamente.

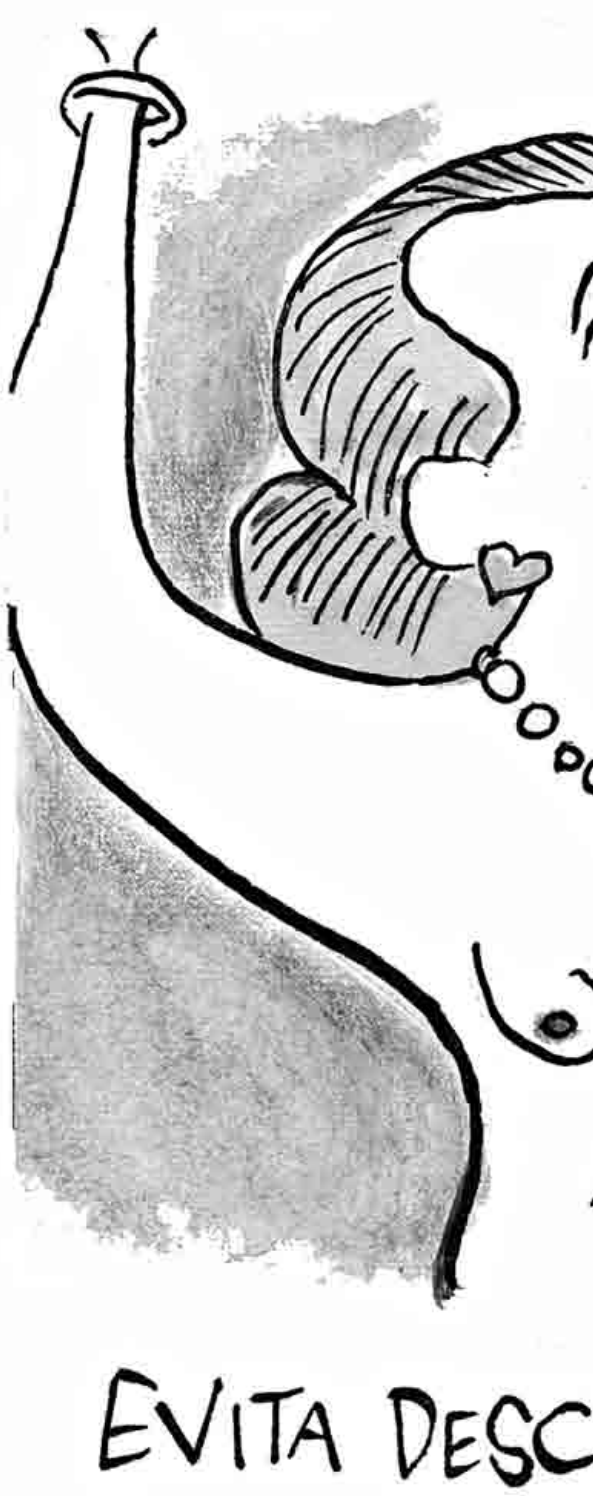
Peña cita un fragmento del libro de lectura para Escuela Primaria, *Alelí*. Luego de enumerar algo que ya hemos hecho, es decir: "el campeón de box, o el de automovilismo, o el forward más goleador, se acercan fatigados al micrófono para dedicar a Perón sus triunfos, sus records o sus goles", Peña ironiza sobre los textos "eminentemente pedagógicos" con que los escolares aprenden a leer: "Viva Perón. Perón es un buen gobernante. Manda y ordena con firmeza. ¡Viva el líder! ¡Viva la bandera argentina! El líder nos ama a todos. ¡Viva el líder! ¡Viva la bandera Argentina! ¡Viva el general Perón!" (Peña, *Ibid.*, p. 102). Nos detendremos en el libro de Angela C. de Palacio, *La Argentina de Perón*, editado por Luis Laserre SRL, Buenos Aires, en los talleres de Kraft Ltda. el día 15 de marzo de 1954. Se trata de un libro de lectura para cuarto grado. Está lleno de esas ilustraciones que expresaron una estética del peronismo y que, con excepcional talento, recrea, durante nuestros días, el artista Daniel Santoro. En su página catorce hay un poema titulado *Tu obsequio.* Lo voy a citar íntegramente porque, en general, estos textos se citan de modo fragmentario. Por ejemplo: resulta evidente que el de Peña está armado con distintas frases. No se procedía a una acumulación tan extremadamente grosera, aunque con frecuencia se anduviera cerca de eso. No, los libros proponían una visión dulce y tierna de la vida, esa ternura tenía lugar en un país maravilloso que se llamaba Argentina y todos se la debían al General Perón y, en este libro de cuarto grado que analizaremos, a la "querida Evita", pues su muerte ya ha tenido lugar. Este hecho transforma a *Tu obsequio* en una especie de relato de ultratumba, pero era ya aceptado que Evita, aun muerta, seguía presente. Dice así: "He recibido el obsequio/ que mandas, querida Evita/ Desde aquí yo te bendigo/ mi segunda madrecita/ Eres mujer, eres ángel/ con un corazón hermoso/ que miras por los ancianos/ para que sean dichosos/ Con Perón y con Evita/ desde este humilde rincón/ ¡que Dios bendiga a esos seres!/ lo pido de corazón/ ¡Evita! ¡Evita querida!/ siempre estoy pensando en ti/ Si no fuera por tu amparo/ hoy ¿qué sería de mí?". La ilustración presenta a una niña de cabellos rubios, que tiene a una muñeca, también rubia, en sus brazos y un perrito Terrier se alza en dos patitas para mirarla. La niñita ha de pertenecer posiblemente a una clase acomodada; no a la oligarquía, pero menos al proletariado. En la página siguiente vemos a la mamá, también rubia, depositando su voto en la urna, lo que expresa la máxima conquista de Evita para las mujeres. Más adelante leemos: "No has querido los honores/ ¡Has preferido la lucha!/ ¡La historia no tendrá nombre/ para exaltar tu figura!/ Has preferido quedarte/ –señora del sufrimiento–/ velando en las noches largas/ de todos los desconsuelos" (*Renunciamiento*). Después, en la página cuarenta y cinco, un niño, también rubio, le pregunta a su padre, que está en un sillón, con un traje de hombre elegante, cabello sabio y gris y leyendo el diario, *Qué es la autoridad*. Le cuenta que, esa mañana, él y sus hermanos se tiraban con almohadones y no querían vestirse ni tomar el desayuno. Pero apareció "la mamá" y, de inmediato, el bullicio cesó. El padre toma este ejemplo para explicarle al niño su pregunta: "Fue muy sencillo. Una mano fuerte se les impuso. Tu madre dictó leyes, no leyes escritas, sino leyes orales, leyes familiares y el orden se restableció. Lo que pasa en pequeño en una familia pasa en grande en un país. La autoridad es necesaria para que pueda reinar el orden". El niñito pregunta: "Papá, hay autoridades para que los hombres no hagan lo que quieren sino lo que deben, ¿verdad?". El padre le dice que así es, de lo contrario "reinaría la anarquía más completa". El niñito vuelve a preguntar: "La autoridad mayor de este país es nuestro presidente, ¿no es cierto, papá?". El padre responde: "Sí, hijo mío: nuestro Presidente, el General Juan D. Perón".

Salvo la exaltación de las figuras de Perón y Evita, el libro de lectura –*todos los libros de lectura del peronismo*– no alteraba la versión de la historia impuesta por la oligarquía. Hay una anécdota según la cual se le preguntó a Perón por qué no innovó en esto. Algún matiz o algo más que eso debía introducir un movimiento, que se asumía como revolucionario, en la glorificación de algunos y la condenación de otros, de acuerdo a sus intereses, que impuso la oligarquía. Perón habría respondido con una de sus frases de tipo pícaro, de Vizcacha que se las sabe todas: "Bastantes problemas tengo con los vivos, ¿me voy a meter también con los muertos?" Una manera de esquivar el bulto, y también una manera de decir que ese tipo de preguntas las formulaban los que no tenían ni idea de las cuestiones del poder. "Un otario de los tantos otarios que hay por ahí", dice en *Conducción política*. Es posible, pero creer que el otario, por más otario que sea, se va a tragar la respuesta que dio revela no sólo un desprecio profundo por el otario, sino una soberbia no escasa, lo suficientemente importante, al menos, como para considerar un poco boludos –con perdón– a todos los demás que no fueran él. Ya veremos cómo funcionó este aspecto en futuras encrucijadas. Si no se deseaba cuestionar a los próceres tradicionalmente impuestos, acaso se hubiera podido abrir otras puertas, incorporar otros personajes, exaltar otras gestas. Se hubiera podido dar una versión menos negativa de los caudillos federales. Hacer una lectura más realista de la guerra con el Paraguay. O de los empréstitos rivadavianos. No, la página noventa y tres de *La Argentina de Perón* está prolijamente ilustrada por un retrato de Bernardino Rivadavia. Texto a pie de página: "Bernardino Rivadavia. Primer Presidente Constitucional Argentino". El dibujo muestra a Rivadavia, que era mulato, con un extraño pelo casi-casi rubio. Al lado, Belgrano. El texto es: *El Día de la Bandera*. Se dicen las obviedades de siempre. Lo que siempre se ha dicho. O sea, la versión que la oligarquía impuso en la enseñanza. Pero se concluye poniendo a Perón en el nivel de Belgrano: "Todos nuestros próceres han tenido a mucho honor izar la bandera. También el líder de los trabajadores suele izarla con amor y devoción, dando así ejemplo a los niños argentinos de cómo debe reverenciarse esa enseña sagrada, por la que debemos estar dispuestos, ciegamente, a morir" (p. 92).

SARMIENTO, EL DULCE MAESTRO Y EL MARISCAL BOUGEAUD DEL COLONIALISMO DE BUENOS AIRES

Pero el punto más alto de la obsecuencia con la historiografía institucional oligárquica, o liberal, llega con el texto dedicado a Sarmiento, a quien uno admira y discute, pero no lo reduce a esa estampita bastante aberrante, incluso para la enorme complejidad del personaje, para su contradictoria grandeza, del *maestro de escuela, del creador de escuelas* o, la más patética, del niño que *nunca faltó al colegio un solo día*. José Luis Busaniche, por ejemplo, historiador serio, el historiador que más admiro, cuyos libros he devorado por la apasionada búsqueda –que palpita en ellos– de una verdad compleja de nuestra historia, alejada de los condicionamientos de clase, de las imposiciones que dan los triunfos, alejada de la historia de los vencedores, de la historia escrita por y para Buenos Aires, la búsqueda de una historia ardua, tramada por las contradicciones, no lineal, de la que estuvo más cerca Alberdi que Mitre o Sarmiento, de la que se expresó en las conferencias de David Peña sobre Juan Facundo Quiroga, Busaniche, digo, acusaba a Sarmiento de practicar un "progresismo homicida", sabía por qué y no debiera haber quien no lo sepa. También hay que saber el resto, que escribió libros admirables, que fundó escuelas, que, en el final de su vida, estuvo muy cerca de abominar por completo de la clase para la que siempre trabajó, esa a la que Alberdi llamaba la oligarquía del Puerto y de la Aduana y a la que él llamó "esa oligarquía con olor a bosta de vaca".

Busaniche cita la carta de Sarmiento a Mitre, fechada el 18 de noviembre de 1863, y en la que se refiere al asesinato de Angel



Vicente Peñaloza, a su decapitación y al hecho, certeramente abominable, de haber clavado su cabeza en una pica: "*Yo he aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses*" (José Luis Busaniche, *Historia argentina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969, p. 730. Bastardillas mías). La viuda de Peñaloza fue "escarnecida y robada" por los vencedores. Y, escribe, Busaniche: "Pedía protección... ¡a Urquiza! arrumbado como estaba el caudillo en su estancia de Entre Ríos" (Busaniche, *Ibid.*, 731). Y luego: "La civilización cumplía su obra. Los bienes de aquella pobre viuda habrán aumentado el patrimonio de algún hombre de frac y *principios*" (Busaniche, *Ibid.*, p. 731. Bastardilla del autor). Sarmiento, él mismo, hombre que no se andaba con vueltas ni ocultando lo que hacía sino que lo exaltaba con orgullo de guerrero vencedor, escribe en un texto, que con precisión se llama *Mi defensa*, y, con frecuencia se transforma en su acusación: "Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política; ¡verá al militar, al asesino!" (Sarmiento, *Mi defensa* en *Civilización y barbarie*, texto que reúne las biografías de Quiroga, Aldao y El Chacho

junto a *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia*, editado por El Ateneo, Buenos Aires, 1952, prólogo de Alberto Palcos, p. 552). Sarmiento fue nuestro General Bougeaud, más que Mitre aún, pues sus acciones militares fueron más efectivas y poderosa su importancia ideológica. Escribe: "En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para segársela de un golpe" (*Mi defensa, Ibid*., p. 559). Sarmiento, durante sus viajes de la década del cuarenta, estuvo, en Africa, nada menos que con el conquistador de Argelia, héroe de la Francia colonialista, el mariscal Bougeaud, del que, seguramente, ha de haberse bebido sus palabras. Bougeaud tiene, entre otros méritos que seguramente su país le reconoce con orgullo, el de estar citado, no casualmente, en el *Prólogo* de Sartre al libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, que protagonizará en nuestro relato un momento esencial. Sarmiento señalaba el agrado con que Bougeaud había compartido sus puntos de vista con él, pues finalmente se hallaba frente a alguien que comprendía y aprobaba con entusiasmo el modo innovador con que combatía a los jinetes árabes, los cuales, dice Sarmiento, tenían la misma movilidad que la montonera. Bougeaud le explicó que, para combatir a los bárbaros, hay que hacerse más bárbaro que ellos. El

coronel Ambrosio Sandes, en la *guerra de policía* que Mitre declara a las provincias luego de la batalla de Pavón, que Urquiza, traicionando la causa federal (de aquí la ironía de Busaniche ante el triste, desolado pedido que la viuda de Peñaloza le acercara al héroe del Palacio San José), le cede el triunfo, marchaba en busca de los gauchos levantiscos con caballos herrados, al modo de Bougeaud contra los árabes. El mariscal y sus tropas no ahorraban medios para derrotar a los bárbaros ejerciendo una barbarie superior a la de ellos. En un episodio, los franceses queman vivos a quinientos argelinos, algo que sirve para dinamizar el entusiasmo guerrero de sus aliados nativos. Bougeaud, hecho gobernador de Argelia, no vacila en arrojar sobre los nativos una guerra de masacres y devastaciones. Durante buena parte del siglo XX, con sinceridad y jactancia, con inocultable vanagloria, los manuales escolares franceses narraban el entusiasmo con que Bougeaud tornaba cenizas, incendiándolos, los aduares (o sea, las tiendas de campaña o los barracones que dan forma a un poblado) de los beduinos en esos duros pero gloriosos tiempos de la conquista de Argelia, y justificaban o parangonaban los triunfos de Bougeaud con los de los oficiales ingleses en la India, quienes, dictando cátedra guerrera, ataban a los hindúes y musulmanes a la boca de sus cañones durante la rebelión de los cipayos, en 1857. Esa modalidad, sin embargo, ya había sido ejercida por los coroneles Estomba y Rauch en sus campañas por la provincia de Buenos Aires luego del fusilamiento de Dorrego. Mi novela *El ejército de ceniza*, que es la ficcionalización de la locura del coronel Ramón Estomba, quien parte en busca del enemigo y, al no encontrarlo, empieza a extraviarse y a extraviar a sus soldados con arengas cada vez más demenciales, narra uno de esos episodios. Estomba, que en la novela lleva el nombre de Ramón Andrade, culpa del fracaso de la campaña a su rastreador: no sabe o no quiere, dice, llevarlo al encuentro del enemigo. Ordena que lo aten a la boca de un cañón. "Los soldados no demoraron en cumplir la orden. Trajeron una cuerda, alzaron a Baigorria por los brazos y las piernas y lo apoyaron contra la boca del cañón. El rastreador aún respiraba" (J. P. F., *El ejército de ceniza*, Editorial La Página, Buenos Aires, 2007, p. 95). Herido por un balazo que antes el general le había propinado, Baigorria aún conservaba su lucidez, pero sólo para su desgracia, pues le permitía no perder la conciencia de lo que estaba por ocurrirle. Andrade, en su desvarío, en su paranoia incontrolable, cree que Baigorria lo ha perdido en búsquedas sinuosas, por ser, sin más, un traidor, un aliado de sus enemigos. "Nada se oía: ni el viento. Sólo la voz del coronel, que ahora proclamaba: 'Morirá despedazado. Morirá así, porque quiero que él, y sobre todo los suyos cuando lo encuentren, sepan que no sólo habremos de vencerlos por la dignidad de nuestra causa, sino también porque, en esta guerra, hemos decidido ser aún más crueles, más inhumanos que ellos'. Entonces encendió la mecha y disparó el cañón. El estallido fue tan poderoso y mortal como lo había sido su voz. Cuando el humo de la pólvora se hubo disipado, de la boca del cañón manaba sangre" (J. P. F., *Ibid*., p. 96). La novela se publicó en 1987 y las sombras del horror militar estaban muy cercanas aún en nuestro país. Estomba actuó durante el mes de febrero de 1829. Lo hizo, como Rauch, bajo directivas de Juan Lavalle, el que luego de fusilar a Dorrego, ordenó a estos valientes militares, todos héroes del Ejército Libertador, limpiar de indios y federales la frontera sur. Dio, de esta forma, tareas de policía interna al ejército sanmartiniano. Lavalle asumió la tarea sucia que se le pidió a San Martín, y que San Martín se negó a realizar, conociendo, sin duda, los costos que tendría. En este punto, creo, hay algo importante que debemos llevar a primer plano. Es por completo coherente que el Ejército Libertador haya actuado como ejército represor de las fuerzas que se oponían al plan de Buenos Aires de organizar el país según el modelo liberal y con el apoyo de Gran Bretaña. Se conoce sobradamente la frase de George Canning: "América Latina es libre. Y si llevamos bien nuestros negocios es nuestra". La única diferencia entre el Ejército Libertador y las tropas del mariscal Bougeaud radica en que éste no tenía detrás una potencia extranjera apoyándolo. Le alcanzaba con el apoyo de su propio país imperial. Los Bougeaud de la Argentina fueron, con Juan Lavalle al frente, los libertadores de la colonia. Una vez libre del colonizador extranjero se produjo en el país un complejo proceso de colonialismo interno. La culta ciudad de Buenos Aires, informada por completo sobre el papel que la Civilización, entendida como progreso y cultura, debía jugar en los territorios bárbaros, llevó contra las provincias y luego contra los indios la misma guerra que Bougeaud impuso en Argelia y los ingleses en la India. Lo excepcional del caso argentino, y de América latina en su casi totalidad, es que estos territorios se habían independizado de su opresor colonial, dado que éste los mantenía en un atraso que les impedía sumarse a las fuerzas de la Civilización y el Progreso. Liberada de España, Argentina debía modernizarse. Debía hacer la guerra contra los "beduinos" de su propio país. Francia colonizaba la Argelia en busca de mercados y de expansionismo militarista. Pero Argelia no estaba *en* Francia, estaba en Africa. Buenos Aires, que asumía en el país el papel de Francia en Argelia, tenía a Argelia *en* su propio territorio. De aquí que la guerra que tuvo que llevar a los "bárbaros" se transformó en una "guerra civil". Y acaso hasta no sea totalmente correcto llamarla así. Se trataba de la guerra del Ejército de un país invasor que buscaba colonizar a un país tan sumido en el atraso, según el país invasor, como la Argelia o la India. Sarmiento, que fue el brillante teórico, el hombre impecablemente lúcido de esta tarea, observando las banderas de los países del mundo, detecta que, en muchas de ellas, predomina *el color colorado*. Ese predominio se da en los países bárbaros. Lejos de esto, sólo en un país europeo existe tal preponderancia. En su estilo altisonante, se pregunta entonces: "¿Qué vínculo misterioso liga todos estos hechos? ¿Es casualidad que Arjel, Túnez, el Japón, Marruecos, Turquía, Siam, los africanos, los salvajes (...), el verdugo y Rosas se hallen vestidos con un color proscrito hoi día por las sociedades cristinas i cultas?" (*Nota*: Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, edición crítica y documentada de la Universidad de La Plata, La Plata, 1938, prólogo de Alberto Palcos, p. 147. Palcos conservó la grafía original del texto sarmientino. Tomo la cita de mi libro *Filosofía y nación.* En ese entonces, yo –demasiado joven aún– no me habría sentido un intelectual si no citaba el *Facundo* por la edición erudita y consagrada de Palcos. Luego utilicé la de Ediciones Estrada, que tiene modernizada la grafía y es muy buena.) Tal vez no sea arbitrario. Pero la que es simétrica –con la importante salvedad que haremos– es la guerra que llevan las potencias europeas en sus colonias y los ejércitos de Buenos Aires en las provincias. Sarmiento no deja de advertirlo: "Las hordas beduinas que hoy importunan con su algazara y depredaciones la frontera de Arjelia, dan una idea exacta de la montonera arjentina (...) La misma lucha de civilización y barbarie, de la ciudad y el desierto, existe hoi en Africa; los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estratejia indisciplinada entre la horda y la montonera" (Sarmiento, *Ibid*., p. 209). Se trata de un texto excepcional. Hay algo que Sarmiento, sin duda deliberadamente, pasa por alto. El mariscal Bougeaud guerreaba en territorio extranjero. No quería colonizar, desde París, al resto de la Francia. Arjelia se convierte de inmediato en colonia francesa. Bougeaud coloniza el país de otros. Africa, India son países coloniales. Deben aún realizar su guerra de independencia. De aquí que teóricos como Edward W. Said o Gayatri Spivak o Homi K. Bhabha se autodenominen *teóricos poscoloniales.* No lo son. Son teóricos neocoloniales. En sus países, la colonización ha cambiado un rostro por otro, una modalidad por otra. Argentina, por remitirnos sólo a nuestro país, era un país independiente. Sin duda había establecido con las potencias metropolitanas un nuevo trato colonial, menos directo, que nos permitía tener ejército, bandera y hasta orgullo de nación autónoma. Pero la descolonización, que tardíamente realizaron Argelia y la India, se hizo aquí en 1810. La hizo el Ejército Libertador: echó a los españoles. Luego, ese mismo Ejército Libertador, bajo la figura de Lavalle, se pone a las órdenes de Buenos Aires para realizar la colonización interna de su territorio. Lavalle fracasa y viene el interregno de Rosas, sobre el que no entraremos aquí. Caído Rosas, expulsado Urquiza de Buenos Aires, la ciudad metrópoli no tiene dudas. Aquí es donde aparece el Sarmiento soldado, militar, el asesino, como él dice en *Mi defensa*. Buenos Aires, por decirlo con entera claridad, tiene en su propio territorio a los beduinos. Francia los tenía en Argelia. Los teóricos colonialistas de la Argentina no hay que buscarlos en la literatura de las metrópolis, como hace Edward Said en *Cultura e imperialismo*. Said, en ese libro, rastrea el colonialismo en Jane Austen, en Dickens, en Conrad. Por supuesto, los beduinos no tenían teóricos. La teoría colonialista se hacía en la metrópoli. En la Argentina, al ser un país independizado del colonizador directo, del colonizador que se establece en el territorio de la nación colonizada, la literatura colonialista estuvo en manos de los mismos argentinos. No de todos, sólo de su clase ilustrada. Sólo de los hombres cultos de la metrópoli (Buenos Aires) que llevaba a cabo la colonización interna. De aquí que no tengamos que remitirnos a escritores extranjeros como lo hace Said. No, el gran texto colonialista argentino es –ante todo– esa obra maestra, ese libro titánico de un hombre titánico, el *Facundo* sarmientino. Ahí está todo. Costaría, incluso, encontrar, aun cuando se encuentre, un ensayo tan lúcido acerca de la colonización de un territorio bárbaro por medio de la razón ilustrada. Pues lo que define al colonialismo burgués, a diferencia del que llevó a cabo el Imperio Romano en nombre, meramente, de la *grandeza de Roma,* o, antes, Alejandro en nombre de su propia gloria, es que acompaña a sus empresas colonizadoras con valores civilizatorios, racionales: el Progreso, las luces de la Razón, la Civilización ilustrada que conquistará a la barbarie para el mundo del hombre. No se equivocan aquí Adorno y Horkheimer cuando ven en esta razón instrumental, que encuentran en los pensadores de la Ilustración, una razón destinada a someter a los hombres. Menos todavía se equivoca Heidegger cuando señala que la razón de la Modernidad, que nace con Descartes, es la razón de la *técnica*, la que olvida al Ser y se consagra al dominio de los entes. Es, sin duda, esta civilización capitalista de la técnica la que lleva a cabo los procesos, sanguinarios, de colonización. Los sometidos, los masacrados, de no haberlo sido, pudieron haber entregado, si no la conducción del país, una *Expresión lateral* que lo enriqueciera. Heidegger, un pensador de derecha, ha visto el problema de la técnica en tanto sometimiento del hombre y de la naturaleza más hondamente que Marx, ya que Marx, llevado por la dialéctica hegeliana de la superación, valoraba los procesos de colonizadores pues introducirían modernas relaciones de producción capitalistas en los territorios coloniales, que habrían continuado siglos en el atraso. *Así continuaron*. Y la razón técnica arrasó con ellos, porque no tuvo piedad alguna. La *guerra de policía* que Sarmiento y Mitre desatan en las provincias después del triunfo de Pavón ya se lleva a cabo con cañones Krupp y fusiles Remington. El gauchaje es sacrificado. La colonización interna tiene lugar. Sarmiento es nuestro general Bougeaud. Mitre lo es. *Son los que conquistaron la argentina para Buenos Aires*. Los lugartenientes fueron Wenceslao Paunero, Ambrosio Sandes, Irrazábal y otros carniceros de la civilización, que los requería, porque requería matar a quienes se le opusieran en nombre de los valores que portaba: las luces de la razón, el progreso, las relaciones con Europa. "Si Sandes mata gente, déjenlo", decía Mitre, "es un mal necesario." Quisiera decir claramente –porque es hora de que hablemos claro en la Argentina– que no hago juicios morales sobre estas cuestiones. Es toda una civilización la que así se conducía. Lo que Heidegger vio y lo que todavía hace su gloria entre sus infinitos seguidores fue que esa civilización llevaba al desastre, como, en efecto, está llevando. Lo que Marx equivocadamente creyó es que de la civilización del capital podía emerger un proletariado victorioso que estableciera *otra*, una más libre, sin explotación, sin ignominias.

No fue así. Los regímenes socialistas fracasaron porque tuvieron que adoptar la civilización de la técnica para sostenerse. Porque tuvieron que tornarse capitalismos autoritarios, estatales, para subsistir. Y, sobre todo, porque se realizaron en países inadecuados para hacerlo. La Rusia atrasada, campesina y no proletaria. La China arcaica. La Cuba tercermundista. En ninguno de estos países existía lo que Marx había puesto como condición de posibilidad del proceso revolucionario: el proletariado industrial moderno. Que sólo existió en las metrópolis, a las que les fue sencillo incorporarlo al universo de la técnica por medio del sindicalismo, en buena medida por su plusvalía externa, por sus enormes ganancias coloniales o neocoloniales. Lenin sabía todo acerca de esto. Sabía que el proletariado, si se desarrolla bajo el capitalismo como lo pedía Marx, devenía tradeunionista. Socio menor de la burguesía. Ya Engels, en una de sus cartas tardías, le respondía a un amigo: "¿Me pides que te diga lo que piensa el obrero inglés? Pues lo que piensa la burguesía".

SARMIENTO, LAS "GUERRILLAS" ESTÁN FUERA DE LA LEY

Volviendo a Sarmiento: él fue nuestro mariscal Bougeaud. No en vano fue quien lo conoció. Quien habló con él. Hay textos sarmientinos que todavía estremecen, que tan poderosamente resuenan, que tan cercanos están de nosotros, que, por esa razón, tal como lo dije, estremecen. Sucede que Sarmiento, como Nietzsche, *escribía a martillazos*: "El idioma español ha dado a los otros la palabra 'guerrilla', aplicada al partidario que hace la guerra civil fuera de las formas, con paisanos y no con soldados (...) La palabra argentina 'montonera' corresponde perfectamente a la peninsular 'guerrilla' (...) Las 'guerrillas' no están todavía en las guerras civiles bajo el palio del derecho de gentes (...) Chacho, como jefe notorio de bandas de salteadores, y como 'guerrilla', haciendo la guerra por su propia cuenta, murió en guerra de policía en donde fue aprehendido y su cabeza puesta en un poste en el teatro de sus fechorías. Esta es la ley y la forma tradicional de la ejecución del salteador (...) Las 'guerrillas', desde que obran fuera de la protección de gobiernos y ejércitos, están fuera de la ley y pueden ser ejecutados por los jefes de campaña. Los salteadores notorios están fuera de la ley de las naciones y de la ley municipal y sus cabezas deben ser expuestas en los lugares de sus fechorías" (Sarmiento, *Vida del Chacho,* en *Proceso al Chacho*, Caldén. Buenos Aires, 1968, pp. 119/126. Una edición más "respetable", con menos tinte setentista, puede ser la de El Ateneo, Buenos Aires, 1952, con prólogo del insospechable Alberto Palcos, un serio historiador de la alta burguesía argentina).

Sobre la grandeza de Sarmiento como escritor no voy a extenderme. En 1971, en *Envido* N 3, publiqué *Racionalidad e irracionalidad en "Facundo"*, ahí concluía el trabajo con un canto a la genialidad literaria del sanjuanino. (Ese texto, extenso, formó luego parte de *Filosofía y nación*.) Se trata de un titán, de un tipo que se propuso hacer un país y, en efecto, tal como dice el Himno que le escribieron, lo hizo con la pluma, con la espada y la palabra. Su enormidad histórica deja muy atrás a Mitre. Y acaso sólo Roca lo iguale en lucidez, en tanto tipo que sabe lo que hay que hacer para hacer un país. Roca, el Bougeaud de la Patagonia. Siempre se trata, para la razón burguesa, de conquistar el desierto. También para Sarmiento, Facundo y sus jinetes eran la pampa, la planicie, el desierto: había que conquistarlos para la civilización. Se hizo una ciudad, no un país. Una bella ciudad que disfrutó una oligarquía rastacuerista, sin visión histórica, entregada al goce fácil y a la policía de Ramón Falcón y los fusiles del coronel Varela.

Pero el peronismo honra a los héroes de la oligarquía a la que ha llegado para combatir. El general fascista, nazi, el dictador, no cambia el panteón de los héroes de la oligarquía. "Bastantes problemas tengo con los vivos, para qué me voy a meter con los muertos", dice el supuesto Führer argentino. *La Argentina de Perón* dice de Sarmiento: "De todos los nombres con que la posteridad honra la memoria de aquel gran argentino que se llamó Domingo Faustino Sarmiento, uno sobre todo lo vuelve especialmente querido a los niños de su pueblo: el de *maestro*" (*La Argentina de Perón*, *Ibid*., p. 114). Sarmiento, insiste, fue escritor brillante, estadista y presidente de la República. "Pero sobre todo fue maestro." Y aquí viene el revolucionario cambio que el peronismo introdujo en la enseñanza argentina: *No sólo Sarmiento fundó escuelas.* Sarmiento fue superado por la tarea que se realiza desde 1943. ¿Quién la realizó? "El héroe de nuestra triple independencia, social, económica y política, y su nobilísima esposa" (*Ibid*., p. 115). Y por fin: "Porque si bien Sarmiento, el 'maestro', fue el fundador de la escuela argentina, sus propulsores máximos, no menos geniales por la amplitud de sus miras ni menos 'maestros' por su amor a la infancia, han sido Juan Perón y Eva Perón" (*Ibid*., p. 115). Todo el libro es así. Y así es también el folleto que escribió el español Manuel Penella Da Silva, *La razón de mi vida*. En suma, se aceptaba por completo la visión oligárquica de la historia. A esto se le sumaba un aparato propagandístico torpe que irritaba a los padres de los niños. Porque sonaba raro –salvo para peronistas de corazón, que eran muchos pero no todos– que Perón y Evita fueran "no menos geniales" que Sarmiento. Perón no recurrió a los hombres de *Forja*. Ni menos a Arturo Jauretche, a quien dio un puesto absurdo de bancario. Raro nazi que respeta a todos los héroes de la patria liberal. Los héroes cuyas pancartas eran las de la Unión Democrática en sus desfiles. ¿Todo para qué? ¿Para que se leyera en clase el *Acróstico de los niños a Eva Perón*? "Entre todas fuiste buena/ Valiente, noble y querida/ A todos nos faltan lágrimas/ Para llorar tu partida/ ¡Evita somos tus niños!/ Rosa de fuego dormida/ ¡Oh, no poder contemplarte/ Ni devolverte la vida!" Que el libro sea para niños de cuarto grado no lo justifica. Quizás, al contrario, lo condena más pues es en esa edad temprana cuando las verdades, aun en su complejidad, suelen llegar con mayor calado. ¿Qué tuvieron de Sarmiento? La estampita liberal-oligárquica del Sarmiento-maestro.

LA LÍNEA ROSAS-PERÓN LA CREA LA OLIGARQUÍA SETEMBRINA

¿Qué habría podido hacer Perón? Meterse un poco con los muertos. O, al menos, jugársela por algunos muertos injuriados por el Buenos Aires de la venganza, del rencor, de la maldición de José Mármol: "Ni el polvo de tus huesos la América tendrá". Cuando Perón cae, la oligarquía publica *El libro negro de la segunda tiranía*. Recuerdo mi asombro al escuchar las primeras proclamas de la Libertadora. "¡Ha sido derrocada la segunda tiranía!" ¿Cuál era la primera? La de Rosas. Tenía yo doce años el 16 de septiembre. A Rosas, como todo pibe inquieto, lo admiraba muchísimo. Me atraía porque era el malo de la película y siempre me gustaron los villanos. Porque tenía una pinta bárbara de caudillo, de jefe, de tipo duro. Porque su época era colorida, llena de sucesos. Porque me había devorado los libros de Manuel Gálvez, los que publicaba la *Colección Austral: El gaucho de los cerrillos, Tiempo de odio y angustia* y *Así cayó Don Juan Manuel*, en ese orden. Porque había leído la fascinante biografía que Gálvez le dedicara: *Vida de don Juan Manuel de Rosas.* ¡Hasta había empezado a escribir una biografía del gaucho de Los Cerrillos, del Restaurador de las Leyes! De pronto, resulta que Perón había sido el segundo Rosas. Observemos cómo las clases dirigentes de la Argentina en seguida fijan su línea histórica. Lo único que hizo el peronismo fue glorificar a Perón y a Evita y a las conquistas del movimiento. Hay pasajes de exaltación popular, de ayuda a la vejez, de las nacionalizaciones, etc., etc., etc. Pero todo permaneció intocado. La Libertadora en seguida planteó que el movimiento se hacía en nombre de la línea Mayo-Caseros. Hasta un historiador menor como José Campobassi escribe un libro que se llama: *Urquiza y Mitre, hombres de Mayo y de Caseros*. Si Perón no quería traer a Rosas porque la oligarquía le arrojaría con todo: ¡el segundo tirano trae al primero! De donde vemos hasta qué punto está impuesto el dogma liberal. Debió, al menos, incorporarlo en los libros de lectura. Al cabo, la oligarquía se lo adosó a él. La línea Rosas-Perón fue un invento oligárquico.

En 1973, cuando todo parecía posible, cuando José María Rosa iba a ser ministro de Educación y Cultura, tuvimos una reunión con él, y Don Pepe, con su barba gris, con esa sonrisa tan linda que tenía, exclamaba entusiasmado: "¡Lo primero que hacemos es mandar un barco a Southampton y traerlo al Restaurador!" Minga. Ni Pepe Rosa fue ministro de Educación y luego de la llegada del Viejo, luego de Ezeiza, ¡como para pensar en traerlo a Rosas! Con Perón, Rosas no volvía. ¿Alguien recuerda cómo volvió Rosas al país? Para injuria de semejante figura histórica, de ese tipo lleno de contradicciones, que despertó el odio suficiente como para provocar obras maestras de nuestra literatura, *El matadero, Facundo, Amalia*, su regreso fue oprobioso. *Lo trajo Menem para preparar el indulto a Videla*. Y llegó Rosas y a nadie le importó nada. Ni una discusión hubo. La era de las ideas había pasado. Las polémicas habían muerto. Los noventa empezaban a deteriorarlo todo.

Pero, ¿tiene derecho la historia oficial argentina que se enseña en los colegios a indignarse tanto con el peronismo? Es cierto que se utilizaron los libros de texto para propaganda del "régimen". Pero no sean cínicos: ustedes hicieron lo mismo. Nuestros alumnos primarios y los secundarios estudiaron durante años la historia de un tal Grosso o la de Astolfi. Leyeron todos los libros de los héroes que trabajaron en favor de Buenos Aires o de los provincianos, muchos, que también lo hicieron. ¿Por qué hay que deglutirse un texto de la *Historia argentina* de José C. Ibáñez como el que citaremos? Dice así: "La campaña de Roca contra los indígenas fue coronada por el éxito, lo que le permitió al gobierno nacional ejercer su soberanía en unas quince mil leguas cuadradas de nuestro territorio e iniciar sin tardanza su obra civilizatoria" (José C. Ibáñez, *Historia argentina*, Troquel, Buenos Aires, 1979, p. 459). 1979: en ese año la Junta Militar festejaba su derrota de la "subversión" como la segunda conquista del desierto. Siempre la Civilización conquistando el desierto. Y el *desierto* es el Otro, el inintegrable, aquel a quien no hay más remedio que matar.

¿Por qué debimos leer *Juvenilia*? ¿Por qué debimos leer la obra de un paranoico, de un enfermo, del redactor de la Ley de Residencia que aterrorizaba a los inmigrantes, quienes sentían la posibilidad de ser expulsados en cualquier momento, más aún cuando su creador la llamaba "deliciosa ley de expulsión". En la *Introducción* del libro, Cané escribe: "Pero mientras corregía y pensaba en todos mis compañeros de infancia, separados al dejar los claustros, a quienes no he vuelto a ver y cuyos nombres se han borrado de mi memoria (...) ¡Cuántos desaparecidos!" (Miguel Cané, *Juvenilia*, Colección Robin Hood, Acme, Buenos Aires, p. 15). Sí, cuántos desaparecidos. "Allí está el cuadro (escribe Ricardo Rojas) de nuestra Buenos Aires y de nuestra vida intelectual tal como fueron de 1863 a 1870" (Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*, tomo ocho). Esa generación se formó para conducir el país. Luego lo condujeron sus hijos. Hubo una continuidad. Porque la oligarquía no se traiciona, se prolonga. Luego apareció *otro* libro. Se llama *La otra Juvenilia, historia y represion en el Colegio Nacional de Buenos Aires*. Sus autores son Santiago Garaño y Werner Pertot. Y es la historia de otra generación del Nacional Buenos Aires, no la de aquella elegante elite que educó el sabio y sereno Amadeo Jacques. Esta juvenilia quiso hacer otro país, uno diferente al de Cané. Entre 1976 y 1977 más de 105 de ellos fueron desaparecidos. Sus edades son mayoritariamente las que siguen: 18 años, 20, 19, 21, 17, 25, 22, 23, 27, 24, 16 (¡dieciséis años!), 18, 15... 15 años. Nadie ignora la participación de ideólogos, economistas y periodistas que apoyaron a la dictadura y militaron activa, entusiastamente en ella. Provenían de lejos. De esa generación privilegiada, de argentinos de clases altas, que se educaron bajo el manso Amadeo Jacques, luego crecieron, tuvieron hijos, crecieron sus hijos. La primera juvenilia y los cuadros ideológico-políticos que formó mató a la segunda. A la *otra* juvenilia. ¿Quién escribirá su historia? Ya lo hicieron Garaño y Pertot. Pero, ¿por qué tuvimos que leer la de Cané? ¿Por qué la publicó la Colección Robin Hood como un libro inocente, con las mismas tapas amarillas de Salgari o Jack London o Luisa May Alcott? Porque nos engañaron. Nos metieron su visión del mundo desde niños. Y lo hicieron con más sagacidad, con menor torpeza, con más inteligencia y mejores plumas que las de Mendé, la Sra. Angela C. de Palacio y el lamentable Penella Da Silva.

Eva Perón irá infinitamente más lejos que *La razón de mi vida.* Será en su escrito postrero. Lo dictó desde su lecho de muerte. Un mes, a lo sumo, antes de morir. Se llama *Mi mensaje* y de él nos ocuparemos en la próxima entrega.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón, "Mi mensaje"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

18 Eva Perón, "Mi mensaje"

Suplemento especial de
Página/12

"¡PERÓN... Y ASUNTO ARREGLAO!"

No podemos completar el cuadro de los propagandistas o los escribas del peronismo sin una referencia a un personaje poco conocido, para nada recordado, pero relevante en el armado conceptual, siempre agresivo del movimiento. Era un gobierno que usaba, para sus fines, todo lo que tenía a mano, todo lo que navegaba en la dirección de sus vientos. Algunos, incluso, creaban esos vientos. Siguiendo siempre los de Perón, el huracán que agitaba las aguas. Esos propagandistas dispusieron de los medios de comunicación para expresar un ideario con el que el justicialismo coincidía en totalidad o disentía a lo sumo en matices, a los cuales agregaba, en una actitud muy de Perón, otros matices de otros conversadores mediáticos o "escritores obedientes", que son la negación del escritor, pero que siempre sirven a los regímenes de turno. He empleado la palabra régimen con relación al peronismo. Creo que sería arduo desmentirla. Con admirable velocidad y con escasas vacilaciones, el primer peronismo organizó el país a su imagen y semejanza. No hubo un lugar en que su presencia no se hiciera sentir. Esta omnipresencia se unía al silenciamiento de toda voz disidente. Lo que finalmente dibujaba la fisonomía de un régimen, de un sistema político ampliamente abarcativo, que imponía su visión del mundo en todos los ámbitos y, a la vez, en todos ellos silenciaba la de los otros. El peronismo, en lo cultural, en lo universitario, en lo mediático, fue claramente autoritario. Para los jóvenes de los setenta éste era uno de sus rostros más claramente revolucionarios. Se había atrevido a silenciar a la oligarquía. Recuerdo la sorpresa o ironía de algunos jóvenes de los '80 cuando uno les informaba que en los '70 (irritantes para ellos), al discutir con el antiperonismo de izquierda, se utilizaba el cierre de *La Prensa* como un elemento sin duda *revolucionario* del primer peronismo. "¿No ven? Cerró el diario de la oligarquía."

Tal como –*es absolutamente cierto*– la oligarquía había silenciado siempre a sus adversarios, que apenas si tenían medios para sacar un pasquín, y, si lo sacaban, la policía de Ramón Falcón o del hijo de Leopoldo Lugones, con esa picana cuya invención le pertenece, tomaba cartas en el asunto. La democracia no era un asunto argentino. Zoilo Laguna, a quien soy el único que cita, tiene un folleto (que, aquí está el misterio, también tal vez sea yo el único que lo tiene) cuyo nombre es *Se vienen las votaciones*. Y habla de lo que el pasado era para los pobres. Habla de la palabra *Libertad* con la que tanto se llena la boca el liberalismo oligárquico: "¡Libertá!/ Si habrán hablao d'ella en otras ocasiones/ ganando las elesiones a garrotazo pelao/ libertá de andar tirao/ sin techo pan ni trabajo/ Ésa era pa'los de abajo la libertá/ del pasao". Y Laguna decía qué era lo que había que hacer en las *votaciones* que se advenían, las de febrero del '46: "Sin asco a darle cruazo/ que en esta tierra el destino/ tiene ya un nombre argentino/ ¡Perón... y asunto arreglao!" Asoma aquí esa faceta fundamental del pueblo peronista. La que dijimos: las cosas bajan desde la conducción. El pueblo las recibe con alegría. Pero no es formado ni para defenderlas ni para luchar por ellas. Esa tarea se deposita en Perón. Zoilo Laguna lo dice: "¡Perón... y asunto arreglao!" Siempre fue así: "¡Perón... y asunto arreglao!" Hasta que no alcanzó. Hasta que Perón se fue y el asunto ya no tuvo arreglo. En el momento de entrar a analizar la sombría figura del padre Virgilio Filippo –es de él de quien empezamos a hablar– retorno sobre algo: esa picana eléctrica que todos esos libros gorilo-periodísticos se abisman en ubicar en las manos de los hermanos Cardozo o el Comisario Lombilla la inventó –como muy bien se sabe, por otra parte– el hijo del poeta Lugones. Una relación interesante entre este padre y este hijo. En 1924, en Lima, celebrando el centenario de la batalla de Ayacucho, que culminó la liberación de América latina bajo la espada, bajo la conducción del glorioso Mariscal Sucre, una de las figuras más puras de nuestra independencia, asesinado vilmente, cuando volvía casi sin custodia, para su casa por los enemigos de la unidad latinoamericana, Leopoldo Lugones dijo su célebre discurso: "Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada". Y aquí, en Buenos Aires, en tanto su padre desenvainaba la espada en Lima, el hijo ideaba su propia espada, la picana eléctrica "para bien del mundo". Lugones (hijo) no justifica a los Lombilla o a los Cardozo, pero no se hagan los distraídos: son muy pocos los horrores argentinos no inventados por el eterno poder de la oligarquía o las masacres llevadas a cabo por ese mismo poder e insuperadas por las famosas "tiranías".

VIRGILIO FILIPPO: EL REINADO DE SATANÁS

Pero tenemos que detenernos en la figura del Padre Virgilio Filippo. Eva Perón murió con la cercanía de dos clérigos. Uno, el fascista Filippo. El otro, Hernán Benítez, que, en los setenta, habría de salir a pedirle a Perón que no desautorizara a la guerrilla. Cierta tarde lo fuimos a ver con algunos compañeros de *Envido* y nos largó una larga parrafada sobre la cuestión: si Perón le hacía caso a la dictadura de Lanusse y desautorizaba a la guerrilla, estaba liquidado. Filippo, otra cosa. Era fascista, pero en serio: fascista, fascista. Y era peronista. Y peor: Perón, a poco de asumir su gobierno, en 1946, lo nombra... *¡Adjunto Eclesiástico a la Presidencia de la Nación!* Entre tanto, los muchachos de FORJA, los Scalabrini, los Jauretche, los Manzi o el más que talentoso, probablemente genial, autor del *Adán Buenosayres*, no eran convocados. Perón elegía escritores, intelectuales cortesanos. A los otros, les desconfiaba. Después de todo, con él, para pensar, ya nada más se requería. Marechal languidecía en puestos no deleznables pero poco eficaces del ámbito educativo. La Universidad era tierra tomada por Santo Tomás, por las esencias, por el catolicismo ultramontano y los grupos falangistas. No es posible evitar a Virgilio Filippo. Además sería incorrecto. Que lo haga un peronista que quiere contar la historia rosa de su movimiento, vaya y pase. Pero se equivoca: una historia, aunque uno esté con una parte de su corazón puesta en ella, se cuenta con sus luces y sus sombras. Hay un riesgo. *Todo relato es un viaje*. Al final es posible que seamos otros. O se acepta ese riesgo o uno no se mete en el relato.

Horacio González da en el clavo cuando detecta la pasión de lo conspirativo como eso que consituía a Filippo: "No creo ser inexacto si digo que Filippo actuó lunáticamente y que en su papel de exaltado guerrero de la fe había en él algo de 'crasa teología absurda' tal como el cineasta Glauber Rocha llegó a ver en el militante católico brasilero Gustavo Corcâo (...) Su especialidad era la denuncia de la *gran conspiración* y sus reclamos de represión hasta podrían ser un añadido baladí en la providencialista tarea del cruzado. Ciertamente, el cura de Belgrano fue un hombre prolífico y combatiente, atrabiliario maestro conspirador y a la vez caprichoso detector de conspiraciones" (Horacio González, *Filosofía de la conspiración, marxistas, peronistas y carbonarios*, Colihue, Buenos Aires, 2004, p. 156). ¿Cómo no habría de encontrar un tipo como Filippo, que estaba un poco loco, por decirlo claro, pero lo estaba de un modo peligroso, es decir, lo estaba para los demás, una conspiración feroz en el *comunismo internacional*?

Retrocedamos pero para regresar con más fuerza, más datos. Virgilio Filippo (1896-1969) empieza a arrojar por medio de los micrófonos de *Radio Sarmiento* de Buenos Aires la preocupación de *su* Iglesia Católica acerca de la trágica situación que se vivía en el plano internacional, y de la que Argentina, siempre lejana a todo, debía sentirse preocupada. A ello la impelía el prelado. El libro *Habla el Padre Filippo* tiene 352 páginas de fobias, de paranoia, de antisemitismo, de nacionalismo ramplón, pero altamente peligroso. Al cabo, el nacionalismo suele ser ramplón, soez (ésta es la palabra: *soez*) y cuando se centra en esta modalidad expresiva más peligroso se torna. Filippo encuentra de inmediato el mal que el mundo padece. *Es el comunismo*. Escribe el periodista y escritor Germán Ferrari: "Son elocuentes las menciones a 'el judío Lenín' (páginas 8, 23), 'el judío Marx' (55, 255, 279, 296, 344), 'el judío Sigmund Freud' (16), 'la España Roja' (123, 144, 208, 222), 'la infame Revolución Francesa' (23), 'la inquina roja argentina' (102). Desde su catolicismo, Filippo embiste contra las bases ideológicas del sistema soviético, con una mezcla de datos irrefutables y contundentes, y visiones apocalípticas e intencionadas. Cuestiona el 'totalitarismo destructor', los 'asesinatos en masa llamados depuraciones', los ataques hacia la familia, pero no hace ni una sola mención del nazismo y el fascismo. Ni Hitler ni Mussolini son nombrados en sus discursos radiales. Franco es elogiado en un breve párrafo referido a la defensa de la religión" (Germán Ferrari, *"Habla el padre Filippo"*, *Todo es Historia*, N° 451, Buenos Aires, 2005.). Sigue Ferrari (que es uno de los pocos en preocuparse de este siniestro personaje que, se sepa o no, fue asesor espiritual de Eva Perón y, a partir de 1946, como ha sido dicho, *Adjunto Eclesiástico a la Presidencia de la Nación*, nombrado por el general de las infinitas y con frecuencia agobiantes contradicciones): "Filippo es un pionero en usar la radio con fines político-religiosos: a partir de 1935 publica *Conferencias radiotelefónicas*, *El reinado de Satanás*, *Sistemas genialmente antisociales* y *El monstruo Comunista*. Pero, ¿es un simple propagandista más del nacionalismo católico? Autor de más de treinta libros, folletos, traducciones y hasta piezas musicales, este presbítero –párroco de Villa Devoto y de Belgrano– es uno de los primeros integrantes del clero en expresar sus simpatías por Juan Domingo Perón, cuando el militar aún era un ascendente miembro de la dictadura que triunfó en 1943. Con la victoria electoral de la fórmula Perón-Quijano, esa adhesión incondicional es premiada y en 1948 se incorpora a la Cámara de Diputados por un período de cuatro años. En otro de sus libros, *El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo* (1948), Filippo reafirma su compromiso con el ideario justicialista, al que considera seguidor de la doctrina social cristiana, y aprovecha para profundizar su predicación anticomunista" (Ferrari, *Ibid.*).

El libro en que el cruzado anticomunista y, a la vez, ferviente justicialista y asesor espiritual de profesión, la emprende contra el comunismo es: *El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo*. En la tapa vemos a un joven y viril Perón que enarbola una bandera argentina y pisotea el célebre "trapo rojo del comunismo". Hoy, el libro es una fiesta. Pero no tanto lo es si se piensa que tuvo peso en su época y que en él abrevaron católicos como el doctor Ivanissevich, quien, en los setenta, cuando Isabel-López Rega lo nombran para que normalice las Universidades, el tipo se saca una fotografía blandiendo un pico con el cual destruye las paredes de la Facultad de Filosofía y Letras, que se erigía, en esos momentos, en la calle Córdoba. Ahí yo daba *Historia del pensamiento latinoamericano*, una materia subversiva pues apuntaba a ideas tan aberrantes como la unidad de América latina "contra el imperialismo". No, nada de eso. Asume Ottalagano, ese hombre que, según Mariano Grondona, en una nota de corte criminal que escribirá en 1974, es de "la estirpe de los Lacabanne y los López Rega". Lacabanne era el sanguinario jefe de la Triple A en Córdoba. Son los hombres de esa estirpe, "los que hacen la tarea", según la frase de Grondona, los que ahora, con Ottalagano, se ponen al frente de la Universidad. Ivanissevich es su efigie más pestilentemente anticomu-

nista, fascistoide, es colocado, por López Rega, al frente de la tarea. Se dispone a destruir el edificio de Filosofía y Letras con un pico. No creo que haya destruido mucho porque era un viejo decrépito y patético que apenas si podía mantenerse en pie. ¡Pero había asistido a Evita en sus últimos momentos! Imaginen la escena: el opa viejo, desvencijado pero fascista hasta el fin, fervoroso lector de Filippo, les dice a los fotógrafos: "Tomen la foto cuando yo pegue con el pico en la pared". Así salió nomás: destruyendo personalmente ese antro de perdición, ese antro anticristiano, esa cueva de criaturas del Anti-Critsto. A la noche, para colmo, da un discurso por Radio en cadena. Y se le caen gruesas lágrimas cuando pregunta: "¿Es que no son hijos de madre cristiana estos muchachos?" Honestamente, poco pensábamos en nuestras madres cristianas cuando hacíamos lo que hacíamos. ¿En qué lenguaje venía a hablarnos este troglodita que apenas si podía balbucear alguna que otra huevada? ¿En qué lenguaje pretendía hablarles a los militantes de la JP? Horrible, patético, duro, desalentador para la imagen que teníamos del peronismo. ¿Esos tipos había tenido a su lado Eva Perón? ¿Este imbécil se había permitido la arrogancia trágica de curarla de su cáncer? Era cierto: el doctor Ivanissevich por ahí había envejecido mal. Pero se puede envejecer mal *para el otro lado*. Uno ha encontrado en su vida a muchos viejitos republicanos de la Guerra Cívil Española. Y eran mejores personas que Ivanissevich. Pero éste había envejecido para el lado del anticomunismo troglodita, era un macartista paleolítico. Dardo Cabo escribió en *El Descamisado*: "Los peronistas podemos perder millones de votos con el discurso del doctor Ivanissevich". También era una frase rara: en 1974, a los montos, no les importaban mucho los votos. No, los que perdimos fuimos nosotros. ¿Ésos habían sido los protagonistas del primer gobierno de Perón, nacional, popular y hasta revolucionario? Tendríamos que trabajar mucho sobre el movimiento y su sistema de ideas si había estado en manos de gente como Ivanissevich. Que, en gran medida, había aprendido del Padre Virgilio Filippo. Y aquí volvemos a él. Su *opus magnum*, con Perón en la tapa, de frente al futuro, bandera argentina en mano, y trapo rojo pisoteado, era la imagen consumada, lapidaria del panfleto anticomunista, del panfleto torpe, barato.

"EL MONSTRUO COMUNISTA"

¿Por qué leerlo? Porque no se leyó en los setenta. Estos textos no se leían. Yo lo tenía guardado en algún rincón de mi biblioteca porque, desde 1969, me iba a la *Librería Platero*, que no está más, de la calle Talcahuano, el tipo me dejaba bajar al sótano y ahí encontraba estas joyas. "Y bueno –decíamos encogiéndonos de hombros–, eran las contradicciones del peronismo. Perón juntaba todo pero lo unía por vía de conducción." *¡Por vía de conducción!* Qué frase: Perón había acostumbrado a medio país a ceer en ella. Porque estaba en Madrid y manejaba todos los hilos. Bien, a meternos un poco con Filippo. Y no crean que me estoy rajando de Eva Perón. No, Filippo dio la última misa antes de su muerte. La dio a pocos metros de su lecho de muerte. En la calle. Ante miles de dolorosos morochos peronistas que sufrían la muerte de Eva Duerte, que era, para ellos, una tragedia. Y que era, para Perón, un hecho político.

El libro está dedicado al "señor Ministro de Guerra, Gral. D. Humberto Sosa Molina". Y también "a los jefes y oficiales de las fuerzas armadas de la Nación Argentina que (...) arbólanlos ideales de nuestra gloriosa tradición, contra las ideas exóticas" (Virgilio Filippo, *El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas*, Editorial Lista Blanca, Buenos Aires, 1948, p. 5). ¡Lo de los "infiltrados" venía de lejos! La idea del "infiltramiento" que Perón maneja contra la JP es una idea tradicional de la derecha. La derecha, al ser la dueña de la patria, considerará "infiltrados", gente de "ideas exóticas", a los que se aparezcan con algo distinto a lo consagrado por el poder de un país. La tradición castiga. La tradición señala a los traidores. La tradición denuncia a los infiltrados. Los denuncia porque traen "ideas exóticas", y si estas ideas son tales es porque no son las de la tradición. ¿Cuál era la "tradición" de Filippo? Había tenido, desde joven, diversos y godzillianos enemigos. (*Nota:* Sí, el adjetivo *godzilliano* responde al monstruo *Godzilla*, un invento de los japoneses que veían en él a derivado mutante de las bombas de Hiroshima y Nagasaki. De aquí el dulce placer de venganza con que ellos han de haber visto el film norteamericano, el más perfecto, y el más caro, y el más expectacular de la serie, como una secreta venganza, una autovenganza que los propios yankis se infligían. De hecho, poco tiempo después, y a raíz de los atentados a las Twin Towers, al ver correr a los ciudadanos de Nueva York, los aplicados cinéfilos, que nos vemos todos estos engendros norteamericanos, gritáramos: "¡Mírenlos, corren igual que cuando Godzilla se los quiere morfar!" Así era.) En 1936, Filippo da una serie de conferencias radiales tituladas, no sin cierta moderación o sutileza, *El reinado de Satanás*. En 1938, publica un libro, y no creo que a favor, que se titula *Los judíos*, y que tiene sus buenas 210 páginas. En 1938, cuando la Unión Soviética se preparaba para el Pacto Molotov-Ribbentrop (esa pestilente canallada de Stalin: la de Ribbentrop va de suyo) Virgilio, el Cruzado, escribe *El monstruo Comunista*. Y, en efecto, en 1948, publica *El Plan Quinquenal de Perón y los comunistas*, del que se agotan cinco ediciones que suman 26.000 ejemplares. Esto, insistamos, en la Argentina de 1948. Imaginen si no es para pensar que alguna influencia habrán tenido sobre las cabezas abiertas a las ideas generosas, a los sentimientos puros, no alimentados por el odio, como los del doctor Ivanissevich.

Como habrán imaginado, uno no se lee, por cuidarse la salud, 335 páginas de este energúmeno, pero hay un apartado exquisito. Filippo trata de demostrar cómo el comunismo se infiltra en todas partes. ¡También en Hollywood! Pareciera raro imaginar a semejante prelado meterse en ese ámbito de estrellas voluptuosas, galanes viriles y fiestas bullangueras, pecaminosas, apologías del triunfo de la carne sobre el espíritu, aquelarres indómitos. Pero aquí está Virgilio, cricifijo en mano, dispuesto a separar la paja del trigo. Lo único que hace el prelado es trasmitir, de segunda mano, algunas de las noticias que el macartismo hace correr por el mundo durante esos días. Cita al actor Adolph Menjou: "Hollywood es uno de los principales centros de la difusión comunista en Estados Unidos" (*La Razón*, 16 de mayo del cuarenta y siete. Filippo, *ob. cit.*, p. 105). Menjou era una perfecta basura. Un tipo que denunció a montones de colegas. Y hasta dijo que reconocía a los comunistas "por el olor".

Virtud que Virgilio no reclama para sí. Por último (el tema es encantador por su idiotez, por su bobada inexpresable, invencible), Virgilio cita un hecho patético y divertido de la industria de Hollywood en su aspecto más miserable. En plena guerra, Estados Unidos, para llevar a su plenitud sus buenas relaciones con la Unión Soviética, su aliado (¡oh, señores de la Unión Democrática, vean los peligros del aliadofismo!), deciden hacer una película que exprese la bella espiritualidad del pueblo ruso, al que los alemanes han invadido en 1941, y que se encuentra, en esos momentos, librando feroces combates contra las fuerzas de Hitler. La película (esto es importante) intenta ser para la Unión Soviética lo que *Rosa de abolengo* (*Mrs. Miniver*, con Greer Garson y Walter Pidgeon, dirigida nada menos que por William Wyler y de 1942) fue para Gran Bretaña, que, por ese entonces, encarnaba tanto el Bien como los soviéticos, hasta tal punto éstos eran bendecidos por Hollywood. Se hace la película. Y el galán Robert Taylor interpreta a un director de orquesta que viaja a Rusia para dirigir la parte orquestal (¿de qué?) del Concierto Nº 1 para piano y orquesta de Tchaikovsky, adorado en ese entonces (siempre, en verdad) por los aficionados a la música clásica y muy accesible a los grandes públicos. O sea, si tú tienes en tu oreja un habano y te escuchas el Nº 1 de Tchaikovsky y, aun de ese modo, sigue sin gustarte la música clásica es que estás muerto. Llega Robert Taylor y empieza a trabajar con la orquesta. Falta el solista, el encargado de la muy complicada parte del piano. El solista es... una solista. Y muy bonita. Sí, todo es previsible. El director y la brillante pianista se enamoran. Pero se desatan las sombras de la guerra. La película se llamó en inglés *Song of Russia*, pero en la Argentina se conoció bajo el más expresivo título de *Sombras sobre la nieve*. (Ya termino con esta pavada, no se preocupen.) Las sombras de la guerra se expresan en la invasión alemana a territorio soviético. El director y la joven pianista rusa (que es una actriz que responde al muy eslavo nombre de Susan Peters) se angustian mucho. Pero alguien ocupa toda la pantalla. El solo ante un micrófono les hablará a todos los que habitan la Santa Tierra Rusa, esa madrecita que a todos contiene. ¿Quién es este señor? ¡Stalin! Aparece Stalin en esta pelícua yanqui de 1943 y se lo ve como a un campesino bueno que anuncia a su pueblo la llegada del invasor nazi y le pide sacrificios para luchar contra él. En 1950, en pleno macartismo, el senador McCarthy acusa a la Metro Goldwyn Mayer, productora de la película, y al actor Robert Taylor de rojos, inmundos rojos. ¡Pero si los rusos eran nuestros aliados cuando la hicimos!, reclaman con justicia los perjudicados. Nada, persecución, difamación, enemigos de la libertad y la democracia americanas. El actor Robert Taylor se salva porque delata hasta a su perrito. Prácticamente, no hay en Hollywood alguien que no sea comunista, menos él. El padrecito Virgilio se enfurece contra *Sombras sobre la nieve* y la denuncia también como la infiltración del comunismo en Estados Unidos. Y escribe: "Los libretistas son en gran número *comunistas infiltrados.* El partido comunista domina absolutamente la Unión de escritores cinematográficos" (Virgilio Filippo, *El Plan Quinquenal de Perón y el comunismo*, Lista Blanca, Buenos Aires, 1948, p. 106). Todo esto sería por completo insustancial si Filippo no hubiera sido quien fue. Durante los días finales de Eva Perón su figura ocupa un lugar altamente protagónico. ¿Cuántos curas, curitas, tipos humildes, no cavernícolas, habrían rezado, junto a los obreros, junto a los humildes, por quien, en efecto, tanto los amó? Sin embargo, ahí, al frente, estaba Virgilio Filippo, fascista, falangista, nazi, macartista, enemigo de Satanás y de todas las formas que éste asumiera sobre la Tierra. Hasta enemigo de la Metro Goldwyn Mayer, a la que consideraría un Imperio de judíos. Escribe Marysa Navarro: "El 20 de julio, la CGT patrocinó una misa de campaña en la avenida 9 de Julio. A pesar de la lluvia fría que caía ese día, millares de personas se arrodillaron frente al altar erigido al pie del Obelisco para rezar por la salud de Evita y seguir la misa que oficiaba el diputado peronista padre Virgilio Filippo" (Marysa Navarro, *Evita*, Planeta, 1994, p. 314). A metros de Filippo, por micrófono, nada menos que Hernán Benítez, uno de los seres más cercanos a la santidad que hayan podido existir, hablaba del sufrimiento de los hogares obreros, porque era ahí, en ellos, donde agonizaba Evita, que ella, decía, amaba a los obreros porque no les importaba la lucha por el dinero, por la abundancia, que no adoptaban los vicios "de aquellos a quienes la vida no les ha enseñado la lección de la sobriedad, del ahorro y del sacrificio" (Marysa Navarro, *Ibid.*, p. 314).

INTRODUCCIÓN A "MI MENSAJE"

También del *Plan de Operaciones* de Moreno se ha dicho que es falso. Que no lo escribió el exaltado, el jacobino que estaba al frente de la Junta de Mayo. *Si el texto de Moreno es falso, si el*

texto de Moreno no es de Moreno, la Revolución de Mayo se queda sin voz. Probablemente sea más sencillo no atribuirle el *Plan de Operaciones* a Moreno que no atribuirle *Mi mensaje* a Evita. Se sabe: *La representación de los hacendados*, por el tono, por las ideas, poco o muy poco tiene que ver con el *Plan*. Para encontrar simetrías entre el *Plan* y otros textos morenianos hay que remitirse a las *Instrucciones a Castelli* o, no a textos, sino a órdenes, a decisiones extremas: el fusilamiento de Liniers en Cabeza de Tigre. "La junta –escribe José Luis Busaniche– derramaba así la primera sangre de hermanos en el Río de la Plata y la primera víctima era el héroe de la Reconquista y de la Defensa" (Busaniche, *Ibid.*, p. 309). Durante estos días ha sucedido un hecho editorial inesperado y altamente positivo. La Editorial Peña Lillo y Ediciones Continente han reeditado el libro de un hombre simple, de bajo perfil, un negado, un silenciado, el anti-Halperin Donghi, un historiador formidable que pagó muy cara su adhesión al peronismo, a un peronismo alejado del militarismo montonerista y del fascismo y de la burocracia del sindicalismo y del partido: fue silenciado por la dictadura y luego por la academia que se constituye bajo el alfonsinismo y cuyo poder, su sombra, todavía llega hasta el presente. Es Salvador Ferla. Autor de dos libros notables, suficientes para asegurar su presencia entre los mejores historiadores argentinos, que dan solidez a su obra: *Historia argentina con drama y humor* (cuya edición corrió a cargo de Granica en 1974) y *Mártires y verdugos, la insurrección de Valle y los veintisiete fusilamientos*. La actual reedición –la del primero– es de 2007. Si todo se cumple, será presentada en la Feria del Libro de este año y se me pidió que actuara de presentador. Que la presentara, en suma. Tengo una deuda con Ferla. Cuando murió no escribí nada sobre él. Yo tenía mi columna en *Humor* y era bastante leído. Habría podido hacer un gesto que rescatara su muerte del anonimato. No lo hice. Acaso me enteré tarde, o por otra causa. No recuerdo. Recuerdo, sí, que alguien que me detesta, y con quien, lejos de tener ese sentimiento, me gustaría reunirme, tomar ese café que tomamos los porteños para dialogar como amigos y buscar las razones de tanta bronca, me lo reprochó duramente desde la revista *Unidos*. El texto decía que nadie se había ocupado de escribir sobre la muerte de Ferla, "ni los humoristas". Eso era para mí. Porque escribía en *Humor*. Uno no sabe por qué algunas personas le tienen tanta bronca. Me refiero a Arturo Armada, que fue el director de *Envido*. Cierto es que nos peleamos en 1973. Pero estamos ligados, nada menos, que por los años juveniles y la militancia de esos años, embellecida sin duda porque ocurrió en esa etapa: cuando éramos jóvenes. Como fuere, Ferla está entre nosotros. Y se acerca mucho a Busaniche: él también es duro con Moreno, él también detesta el asesinato de Liniers y el capítulo primero de *Filosofía y Nación* le debe algunos tópicos importantes. Y cuando digo eso no estoy diciendo otra cosa. Digo: *importantes*. Espero saldar mi deuda con Ferla, que me pesa, presentando esta nueva edición de su libro, que lo rescata del olvido y que llevara a que lo lean los que hoy, todavía, leen libros. No pocos, después de todo.) No hay un *libro* que respalde el *Plan*. Pero están las feroces *instrucciones* que Moreno da a su amigo, también jacobino, Juan José Castelli, protagonista excluyente de la novela de Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno*. Busaniche, que no le tiene la menor simpatía a Moreno, como Ferla, cita al jefe de la Junta: "En la primera victoria que logre dejará que los soldados hagan estragos en los vencidos para infundir el terror en los enemigos" (Busaniche, *Ibid.*, p. 309). Se centra Busaniche en el *Decreto de Honores* y escribe: "Pero lo verdaderamente grave, era que el *Decreto de los Honores*, de una acerbidad enfermiza, de una mordacidad extrema, produjo una profunda escisión en la opinión pública, y la parte más popular y numerosa, la que no vestía de fraque y levita, se inclinó hacia el lado de Saavedra" (Busaniche, *Ibid.*, p. 315). No importa aquí Saavedra ni lo corto de luces ni la falta de grandeza o de coraje con que asumió ese respaldo de "la parte más popular y numerosa". Aquí nos importa señalar que el *Plan de Operaciones* está dentro del espíritu moreniano. Insisto: si no es de Moreno, ¿de quién es? ¿Quién si no Moreno pudo escribir eso? ¿Qué *Plan* tuvo el movimiento de Mayo si el de Moreno es falso? No perdamos el tiempo. Como tampoco con el texto de Evita, *Mi mensaje*. Con ella, incluso, hay cantidad de textos con los cuales relacionarlo. Lo que terminó por recibir el título de *Historia del peronismo* y son las clases que Eva dictó en 1951 en la Escuela Superior Peronista, en tanto Perón dictaba las que darían forma a *Conducción política*, tienen casi todo lo que se encuentra en *Mi mensaje*: la pasión, el fanatismo, el odio a las jerarquías, eclesiáticas, a los militares, a la oligarquía. Lejos de *La razón de mi vida*, que empieza a gestarse por medio de la pluma de Manuel Penella Da Silva y que sirve a los gorilas periodísticos, como el buen Gambini o como Osiris Troiani, que forjó la *Historia del peronismo* que publica *Primera Plana*, esa revista que ha permanecido entre las glorias del periodismo argentino y que preparó, en complicidad con los militares, el golpe de Onganía (qué pena: unos señores tan cultos, tan educados, tan buenas plumas, corriendo, al final, detrás del culo del bruto de Onganía, ultracatólico, cursillista, que habría de consagrarle el país a la Virgen; víctima, esa inteligente muchachada, de su antiperonismo feroz, que advertía, y aquí aparece su lucidez, que el bueno de Illia no frenaba el pesadilleco regreso de Perón –que llevaría a la negrada otra vez a las cumbres del desprecio, y al insolente desparpajo–, sino que lo haría el bravuconazo de Onganía, de aquí que la *intelligentzia* se atara al carro militar: ser tan, pero tan gorila siempre termina teniendo su precio) que describen a un Penella Da Silva leyéndole a Eva el manuscrito de *La razón de mi vida* y a ella húmeda de llanto en tanto exclama: "¡Así fue, así mismo!" Como si se embobara porque un ultraoceánico señor con denso acento español le escribiera páginas sentimentales ante las que su alma simple se rendía en lágrimas de radioteatro. Ni por asomo, señores.

"YO NO ME DEJÉ ARRANCAR EL ALMA QUE TRAJE DE LA CALLE"

Eva había sido clara en sus clases sobre *Historia del peronismo*. Hay que buscar ahí la verosimilitud de *Mi mensaje*. En cuanto a la veracidad del texto valdrá con que diga que lo conocí de manos de Fermín Chávez, cuando lo fui a ver para que me ilustrara sobre algunos pasajes de la vida de Juan Duarte, que yo ignoraba, para el film *Ay Juancito*. Ahí estaban: *79 páginas y cada una llevaba la firma de Eva Perón*. De modo que no perdamos más tiempo y metámonos en texto. Es Evita en estado puro. Lo escribe desde su cama de moribunda. Lo escribe cuando sabe que se muere. Que tal vez no tendrá tiempo de escribirlo. *No lo escribe, lo dicta. Pues no le quedan fuerzas*. Es el texto de una mujer que se muere y se va de este mundo sin dejar de decir nada. Con precisión, escribe Tomás Eloy Martínez (un notable escritor antiperonista, que llega a sus cimas cuando escribe sobre aquello que sitúa en sus antípodas, menos en *Santa Evita*, en la que cede, gozoso y fascinado, ante la grandeza del personaje) escribe: "El lenguaje escrito de Eva aparece allí (en *Mi mensaje*, JPF) por primera vez sin ningún encubrimiento. *Hasta el modo de ver a Perón es otro en este libro*. Perón aparece como un cóndor que vuela en soledad, tal como sucedía en *La razón de mi vida*, pero esta vez Evita, 'a pesar de mi pequeñez', decide acompañarlo (...) Eva se sitúa por primera vez en un plano superior: ella es la que cuida de Perón y del pueblo, ella es la que desenmascara a los enemigos, por primera vez reivindica su fanatismo (...) Hay una declaración incesante de rebeldía, de sublevación contra la injusticia. Y en ese campo, *el pueblo aparece como valor supremo, por encima de Perón* (...) En *Mi mensaje* no hay lugar para la representación, para el simulacro, para la confusión de papeles. *Eva es ella misma, sin mediadores*" (Tomás Eloy Martínez, *"El libro secreto de Evita"*, Nº 328, revista *Humor*, octubre de 1992).

Mi mensaje se escribe ante la presencia de la muerte. La situación tiene algo de teatralidad shakespereana. La Muerte, en penumbras, espera. Le ha cedido, generosa, un tiempo a esa mujer para que se exprese por última vez. Pero las dos se ven y saben que comparten la misma habitación. Eva ve a la Muerte. Y la muerte espera por ella. *Mi mensaje*, según dije, fue dictado a un par de amanuenses, de escribientes, a un par de laboriosos Bartlebys que sí, que prefirieron hacerlo (*Nota:* Ver la notable edición de *Bartleby, el escribiente* de Editorial Pre-textos, Valencia, 2005, con textos adicionales de Gilles Deleuze, Giorgio Agamben y José Luis Pardo). Se dictó entre marzo y junio de 1952. Eva pesaba 38 kilos.

"Durante las horas de mi enfermedad (...) tengo que escribir una vez más" (Eva Perón, *Mi mensaje*, Futuro, Buenos Aires, p. 31). ¿Por qué una vez más? Porque no ha escrito nunca. Pueden tomarse como textos sus clases en la Escuela Superior Peronista o sus discursos. Pero éste, *Mi mensaje*, es un texto *escrito*. Lo dicta porque sus fuerzas no le dan, pero, dictándolo, lo escribe. "No quiero recibir ya ningún elogio. Me tienen sin cuidado los odios y las alabanzas de los hombres que pertenecen a la raza de los explotadores (...) Quiero decirles la verdad que nunca fue dicha por nadie, porque nadie fue capaz de seguir la farsa como yo, para saber toda la verdad. Porque todos los que salieron del pueblo para recorrer mi camino no regresaron nunca. Se dejaron deslumbrar por la fantasía maravillosa de las alturas y se quedaron ahí para gozar de la mentira" (*Ibid.*, p. 32). No quiere recibir *nada* de los que pertenecen "a la raza de los explotadores". Sólo se ha hecho Cenicienta principesca para seguir la farsa, para conocer *desde adentro* la verdad de lo que ahora se prepara a denunciar. Y, con toda claridad, lúcidamente, pero sin referenciarse a ninguna Cenicienta, establece su diferencia con todas ellas. Todas las *trepadoras* (tal como las ve la célebre *ópera-rock*) se fueron para no volver. Cenicienta no regresará, no sólo a la casa en que la explotaban, sino al espacio existencial de los explotados, para ayudarlos. Esa frase, perdón por insistir en ella, es una joya, define por completo al personaje que tratamos: sabe que salió del pueblo, sabe que todos los que salen de ahí (desde las humildes niñas de los tangos hasta los políticos y, muy claramente, los sindicalistas) salen para no volver. En Eva hay un viaje de ida (ascenso) y un viaje de vuelta (retorno hacia la pobreza, para unirse al destino de quienes la sufren y ayudarlos). Ella no se queda en lo alto. Ahí se cumple la fantasía "maravillosa" del trepador. Ella no lo es. Quedarse en lo alto es "gozar de la mentira". Hay dos niveles en que la realidad (o el Ser) se escinde: está el arriba. Arriba hay fantasías. Hay maravillas. Las fantasías se realizan. Pero son vanas. No son auténticas. Son frágiles, de papel. "De una noche", como dice el tango. Y está el abajo. Abajo está la pobreza, el dolor de la escasez. O, por decirlo con la excepcional categoría de la *Crítica de la razón dialéctica*, abajo está la *rareza*. No hay para todos. Lo raro, entendido como escaso, como ausencia, como carencia (no *alla* Lacan), es, sin más, *lo que no hay*. Lo que constituye a los pobres en tanto víctimas de la *rareza* es que *no hay para todos*. El viaje de Evita "hacia abajo" tiene el sentido de emprender una lucha contra la *rareza*. Derrotarla: *tiene que haber para todos*. O, por lo menos, tiene que desaparecer la *rareza*. Aquello de lo que se carece debe ser posible. No es lo absolutamente raro, escaso. Es lo que *aún* no se tiene. Pero se tendrá. La posibilidad de su tenencia está abierta. El viaje de descenso de Eva cobra el sentido de una búsqueda de la plenitud para los otros. Es un viaje hacia los pobres y hacia la pobreza. Un viaje para derrotar la pobreza y para hacer de los pobres *otra cosa*. No hombres hundidos en el mundo de lo escaso. Tampoco habitantes del territorio de la abundancia. (Recordemos las palabras del padre Benítez: Eva ha enseñado "la lección de la sobriedad, del ahorro y del sacrificio".) Sino hombres pertenecientes al universo de la justicia social. Es la justicia social la que erradicará a la rareza. Ya no será *raro* tener una plancha, una heladera, una máquina de coser, una casa propia. La *rareza* retrocede. Hay una lucha: tanto retrocede la rareza como la justicia social avanza. Como parte de esa lucha Eva se constituye. Deja de ser una bastarda. Ahora *es*, definitivamente, lo que buscó ser. Ahora pertenece a los pobres y su fin es sacarlos de la pobreza. Para eso *deberá ser parte de ellos*. Eva encuentra el *ser* en el *ser* de los que quiere ayudar y, para hacerlo, se torna como ellos, se hace parte de ellos. *Es* como ellos. Si lo es, es porque no se dejó tentar por las alturas. Porque no se quedó ahí, maravillada, para gozar de la mentira. *No:* "Yo no me dejé arrancar el alma que traje de la calle (...) Por eso nunca me olvidé de las miserias de mi pueblo y pude ver sus grandezas" (*Ibid.*, p. 33). Esta última frase es perfecta, tiene una precisión inusual. Discépolo la habría firmado.

PRÓXIMO DOMINGO

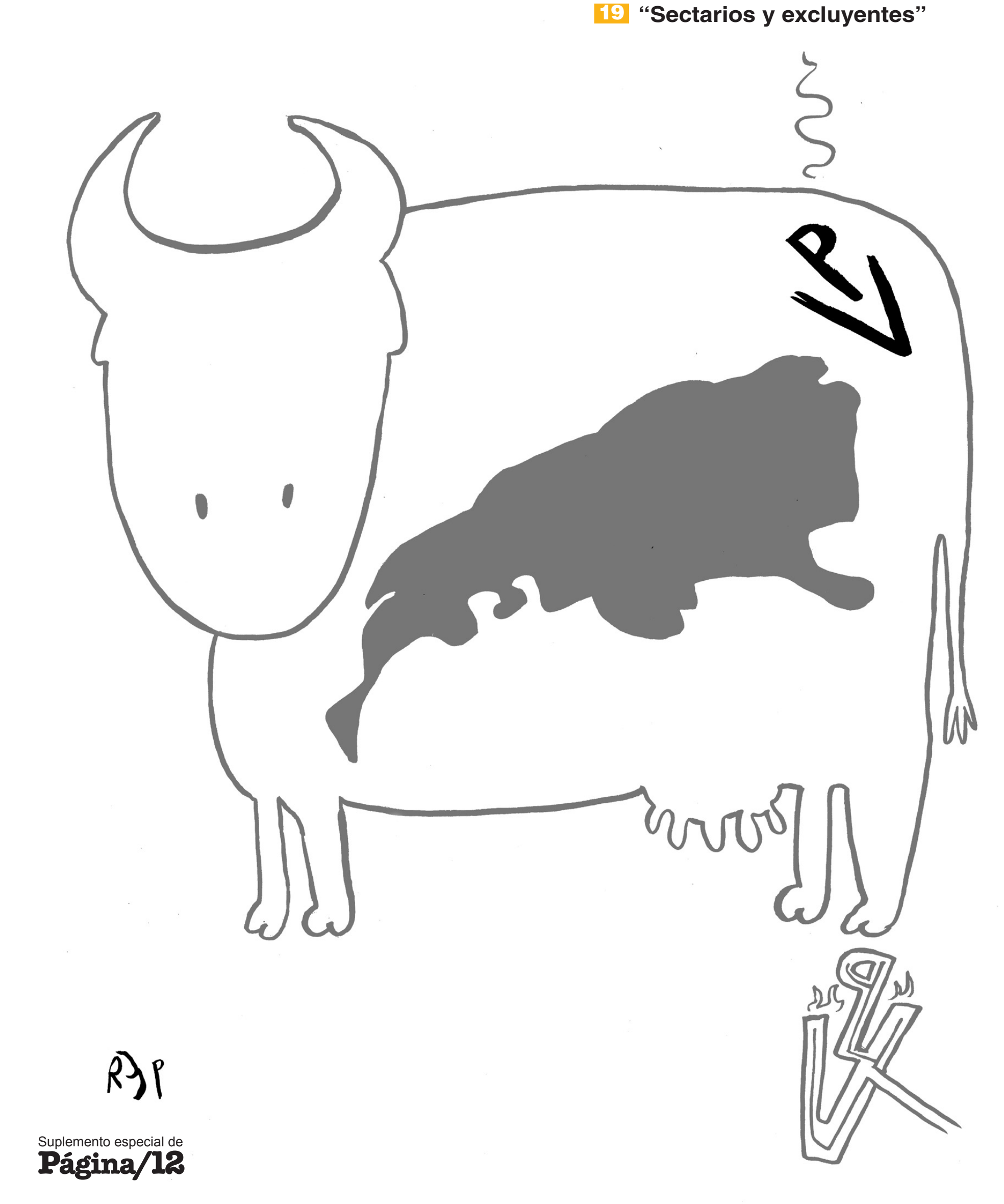
Sectarios y fanáticos

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

19 **"Sectarios y excluyentes"**



Suplemento especial de
Página/12

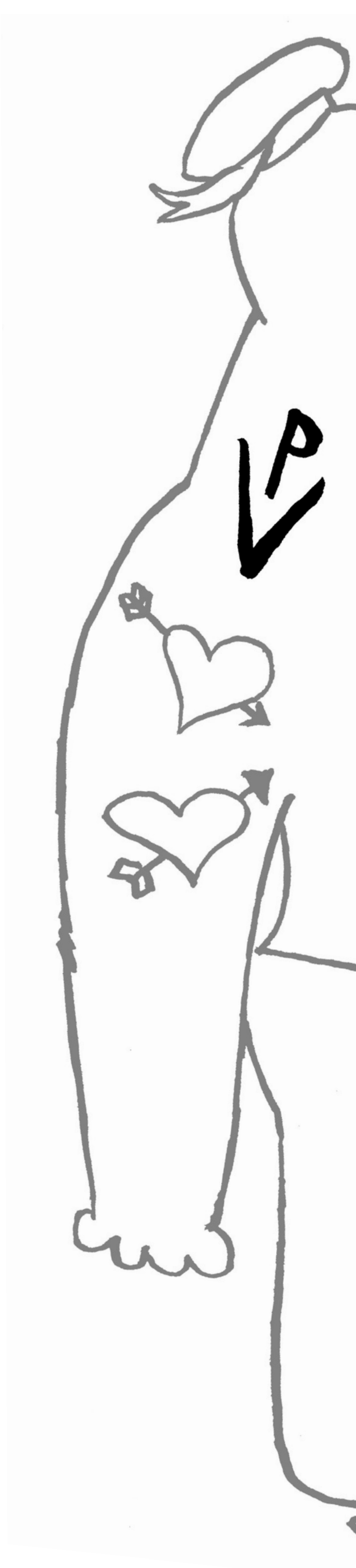
"LOS TIBIOS ME DAN NÁUSEAS"

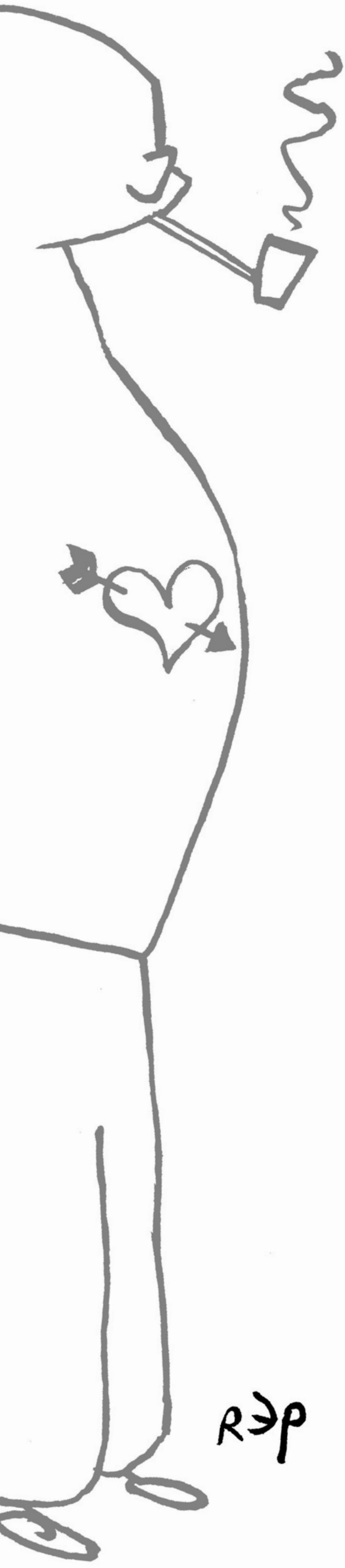
No hay ruptura entre *Mi mensaje* y las clases de Eva en la Escuela Superior Peronista, de las que sale, como ha sido dicho, su *Historia del peronismo*. Coincido con lo que Horacio González dice en uno de los varios textos que acompañan a la edición de *Mi mensaje* de la Editorial Futuro: "No se les puede atribuir a estos póstumos documentos el valor de un *giro jacobino y plebeyo*, pues pertenecen a la misma alma de un mito de salvación por parte de quien ha sabido recorrer los opuestos extremos de la fortuna social" (*Ibid.*, p. 67. Bastardillas mías). No en *La razón de mi vida*, texto en el que –al menos yo– noto la mano ajena, periodística, la mano que aquieta el fuego, que le pide calma al desmadre, del señor Penella Da Silva. Pero es en su *Historia del peronismo* donde, por ejemplo, Eva dice: "Los mediocres son los inventores de las palabras prudencia, exageración, ridiculez y fanatismo. Toda idea nueva es exagerada. El hombre superior sabe, en cambio, qué fanático puede ser un sabio, un héroe, un santo o un genio, y por eso lo admira y también lo acepta y acepta el fanatismo". Calma: sé que la palabra *fanatismo* tiene hoy referentes temibles. Uno dice *fanatismo* y ve caer las Torres Gemelas. Dice *fanatismo* y surge en su memoria el atentado a la AMIA. También –y no en menor medida– dice *fanatismo* y sabe que ése es el estado espiritual que anima al Presidente del Imperio Bélico-Comunicacional. Bush dice: "Dios está con nosotros". Eso es fanatismo. Eso es lo que también dice Osama. Pero en el momento en que Eva habla nada de esto estaba dentro de las posibilidades de interpretación de esa palabra y –en caso de que lo estuviese, en caso de que remitiera a, supongamos, Torquemada o Hitler– lo que importa aquí es el sentido que ella le da. Para Eva ser fanático es entregarse por completo a una causa. Es una mujer desmedida. Dice: "Yo prefiero al enemigo de frente a un 'tibio', será porque los tibios me repugnan, y voy a decir aquí algo que está en las Escrituras: *Los tibios me dan náuseas*". Eva hace un uso muy libre de las Escrituras, pero importa saber que lo que les atribuye es lo que ella quiere decir. En este sentido deben ser interpretados esos pasajes. Es, también, en la *Historia del peronismo* donde figura un notable pasaje sobre la escritura de la historia, que citaré completo: "Porque la historia ha sido escrita no para las masas, sino, en general, para los privilegiados de todos los tiempos. Y esto nos lo explicaremos muy fácilmente, porque cuando alguna vez la historia nos habla de esas luchas es solamente para mencionar la generosidad de algún filósofo, político o reformador, y por eso sabemos cuál era la triste condición en que vivían antes. Así es alabado Solón en Atenas, porque prohibió que los acreedores vendiesen a los deudores, y *por eso sabemos que antes de él los acreedores vendían a los deudores*. Pero no se habló de escarnio antes de Solón, porque lo que han querido en la historia es exaltar la generosidad de un hombre y no descubrir la situación de un pueblo". No es posible poner en duda la autenticidad de *Mi mensaje* a la luz de estos textos de *Historia del peronismo.* Con todo, hay algo que en la *Historia* se da y se reduce mucho en *Mi mensaje*. Son los elogios a Perón. En *Historia* puede leerse algo tan extremo como: "Por eso, nosotros no tenemos más que a Perón; no vemos más que por los ojos de Perón; no sentimos más que por Perón y no hablamos más que por boca de Perón". Frases así, pronunciadas en una Escuela de formación de cuadros, no podían sino dinamizar la obsecuencia de los dirigentes, el culto a la persona del líder. Hay otras: "Unicamente los genios como Perón no se equivocan nunca". Pero el motivo sobre el que gira todo el discurso de Eva en estas charlas es el de la *ética peronista,* así la nombra ella. La ética la centra en la conducta de los cuadros auxiliares de conducción, si usamos el lenguaje de *conducción política*. Los cuadros auxiliares de la conducción, si se extravían, tornan ineficiente a la misma conducción, ya que sus indicaciones, sus órdenes, llegan deformadas al pueblo, o no llegan. El cuadro auxiliar que se corrompe arruina la dinámica del movimiento. ¿Qué es lo que corrompe a un cuadro auxiliar de conducción? Lo que corrompe a todos: *el dinero*. La búsqueda inescrupulosa del poder que va siempre acompañada por la acumulación inmoral de riquezas. Eso que hoy llamamos *corrupción* y que ya pareciera ser sinónimo de *política*, como si la política fuera algo que no puede funcionar sino dentro de un marco en que esa *cualidad negativa del alma, de la condición humana* deba ser, con resignación, aceptada. "Todos afanan. No se puede hacer política si no se afana. O se afana o se compra a los otros. Para comprarlos hay que tener dinero y mucho. Para tenerlo, hay que afanar", dice el político realista, el que se las sabe todas, el que sabe cómo funciona "la cosa".

"LA PATRIA DE LA FELICIDAD"

El que se deja comprar lo hace por el mismo motivo: para cobrar el dinero de su *venta* y para, después, afanar desde el lugar de poder en que, primero, lo pongan, y desde el que, luego, empiece a trepar. De aquí que, para Eva, la *ética peronista* (y, en verdad, podríamos decir: *la ética política*) radica en ese preciso punto: no robar. Ella lo expresa así: "(Me) preocupa, sobre todo, que todavía haya peronistas que, por su afán de obtener privilegios, más bien parecen oligarcas que peronistas (...). Yo ya sé que la oligarquía (...) ya no volverá más al gobierno, pero ésa no es la que a mí me preocupa que pueda volver. *Lo que a mí me preocupa es que pueda retornar en nosotros el espíritu oligarca* (...). Vamos a dar un ejemplo del espíritu oligarca, aunque ya he dado muchos: *El funcionario que se sirve de su cargo es oligarca*. No sirve al pueblo sino a su vanidad, a su orgullo, a su egoísmo y a su ambición". En cuanto a la cuestión del capitalismo, la *Historia* termina con otra de esas frases anticapitalistas usuales en Eva. Por eso digo que de nada vale seguir insistiendo con el discurso de Perón en la Bolsa de Comercio. Que hay otros –y son muchos, ya de Perón, ya de Evita– que expresan una opción anticapitalista. Hay que remitirse, pues, a otros elementos, no a los discursos, los cuales, no obstante, tienen mucha importancia, porque hay cosas que se dicen y hay cosas que no. Evita, en los textos finales de su *Historia del peronismo*, dice: "¿Por qué Perón y el pueblo argentino decidieron unirse para tomar el gobierno de la Nación? Para librarse del imperialismo y del fraude (...), para lograr sus justas reivindicaciones, pero también para librarse de la oligarquía, del imperialismo y de los monopolios internacionales (...). El peronismo no puede confundirse con el capitalismo, con el que no tiene ningún punto de contacto. Eso es lo que vio Perón desde el primer momento. Toda su lucha se puede reducir a esto: en el campo social, lucha contra la explotación capitalista". Notemos que Eva acota la lucha contra "la explotación capitalista" al campo social. El texto es impecablemente peronista. Pese a impresionar con su fraseología dice lo que el peronismo hizo y no va más allá: 1) librarse del imperialismo y el fraude significa la superación de los gobiernos conservadores y lo que la consigna Braden o Perón explicitó desde un comienzo: una relación de conflicto con Estados Unidos; 2) librarse de la oligarquía: derrotarla políticamente y deteriorarla en lo económico. No hay algo que se acerque a un replanteo de la tenencia de la tierra. Evita podría decir: "Digo lo que podemos decir ahora, y eso hemos hecho. Si avanzamos, se podrá decir más"; 3) la lucha contra los monopolios estaba expresada en la nacionalización de la economía que ese primer peronismo llevaba a cabo; 4) la lucha contra el capitalismo en el campo social era la conquista más exitosa del régimen. De aquí que se acote a lo social. La lucha contra el capitalismo en lo económico era más dura. Desde el punto de vista de Evita se podría decir que debilitar al capitalismo en lo social era debilitarlo en lo económico. Desde otro punto de vista sería legítimo averiguar *hasta dónde* se pensaba llegar. Es decir, si el anticapitalismo peronista implicaba una *expropiación* del poder económico de la oligarquía. Aun cuando fuere a largo plazo.

Los signos que arroja Eva, tanto en *Historia del peronismo* como en *Mi mensaje,* no son claros. Nunca el peronismo se ha caracterizado por su precisión ideológica. Me refiero a esto: si bien acabamos de ver textos de considerable dureza es posible encontrar, a la vez, algunos que dan una idea exacta de ese obrero peronista que se conforma con la vida simple, con las necesidades básicas satisfechas y un gobierno que atienda a sus intereses. Uno sabe, hoy, que ése sería el sueño dorado de una sociedad como la Argentina, que el siglo XXI se define por ser la negación de la patria para los humildes que caracterizó al primer peronismo. Pero no podemos sino plantear otra vez lo siguiente: ¿qué clase de proletariado constituyó el peronismo? Y es doblemente importante si encontramos esa expresión en los textos de Eva, la figura dura, jacobino-plebeya del movimiento. Creo que el texto que me propongo citar revela muchas cosas. El alcance de la rebelión (uso, con cautela, esta palabra) peronista, la ternura de Eva por los suyos y las realizaciones que se lograron y que, a la luz de los días que vivimos, son algo así como eso que Daniel Santoro llama *la patria de la felicidad*. Veamos: "Los argentinos, en esta hora incierta de la humanidad, tenemos el privilegio de soñar con un futuro mejor". En seguida añade que ese privilegio se le debe a Perón: en *Historia* no son escasos los reconocimientos, algunos desmedidos, a Perón. Sigue Eva: "¿Quién en el mundo puede soñar? ¿Qué pueblo en el mundo, en este momento, puede soñar un futuro mejor? El mañana se les presenta incierto. Y aquí los argentinos están pensando en su casita, en sus hijos, en que se van a comprar esto o aquello, en que van a ir a veranear. Es que el nuestro es un pueblo feliz". No parece el texto de una jacobina. ¿Hasta dónde llegan los sueños? Esta es la cuestión. Lo que dice Eva es que el privilegio del pueblo argentino es soñar con un futuro mejor. ¿Cuál es ese futuro? 1) La casita propia; 2) los hijos; 3) comprar esto o aquello; 4) ir a veranear. Concluye, así, que "el nuestro es un pueblo feliz". Si a uno –en el desdichado, canallesco mundo en que vivimos, si en este jolgorio de la riqueza obscena y de la marginación, la exclusión, el hambre, la





mortalidad infantil– le dibujan la sociedad que ha dibujado Eva, ¿qué puede sentir, cómo puede recibir un discurso de algo que alguna vez fue y hoy es imposible, es una utopía inalcanzable que ni figura en los planes de quienes llevan adelante las cuestiones esenciales de este mundo? Sólo puede sufrir o deprimirse o llorar lágrimas de amargura y de bronca por lo que alguna vez tuvo este pueblo (y los pueblos en general, porque son todos los que, de una u otra manera, han sido sumergidos con el triunfo del neoliberalismo) y lo que tendrá que luchar para recuperar *algo* de eso que tuvo. Pero no podemos limitarnos a ver y estudiar el primer peronismo desde el abismo social del presente. Desde un mundo que es consecuencia de la derrota de todos los esfuerzos de los que buscaron algo mejor, desde un capitalismo humanitario hasta la sociedad sin clases del socialismo. Desde un mundo en que la conflictividad histórica se ha resuelto en favor de una derecha bélica, despiadada, que acecha con miles de trampas, de recursos de intimidación (cualquiera en cualquier parte puede ya ser acusado de terrorista, o de favorecerlos, o de simpatizar con ellos o de ceder su territorio para formarlos) que conllevan todos al fortalecimiento de la economía de mercado. Se aproxima, creo, un simposio de ideólogos de este capitalismo de la creciente asincronía en la distribución de la riqueza. Ya he visto (hemos visto todos, posiblemente) las fotos del eterno Vargas Llosa, el gran propagandista de este sistema de creación doble: de ricos y de pobres. Ya se verá quiénes adhieren a él. Si adhiere el señor Macri, cosa casi segura, sería interesante que vieran tantos progres a quién votaron el año pasado. El hombre es coherente: nunca mintió. Si no mintió, entonces los que lo votaron lo hicieron por Vargas Llosa y las corporaciones multinacionales. Ahora hay tantos que lloran por los talleres culturales que Macri desarma. No lo admitirán: pero muchos de esos lo votaron. Y bueno, por ahí querían eso. Lo que ahora tienen. Y recién empieza.

LAS SUPERGANANCIAS AGRARIAS

Mejor volvamos a Eva. Nosotros estamos en 1951. El panorama era otro. La Argentina, también. Creo que el texto que cité marca hasta dónde el peronismo quería llegar. No quería darles el poder a los obreros. No quería reformar el régimen de tenencia de la tierra. No quería expropiar a los patrones. Acaso –es una hipótesis– Eva pensara que habría de ser posible presionar y negociar y siempre habría de poderse obtener lo que los obreros necesitaban. Seamos claros: para que la clase obrera hiciera realidad los sueños que Evita planteó no era necesaria (en 1951) ninguna revolución. *Hoy sí*. Hoy, y no digo nada que no sepa cualquiera, para aumentar más allá de un 30% la participación de los obreros en la renta nacional, para que todos puedan educar a sus hijos, tener casa propia, comprar "esto y aquello" e "ir a veranear" *hay que hacer una revolución*. ¡El universo agrario le declara la guerra a este gobierno por unas retenciones! ¡Por unas retenciones! Imaginen si viene una Eva Perón y les plantea que hay que poner plata para construir viviendas para los obreros. O para que tengan casa propia. O puedan ir a veranear. *¿Cuánto habría que retener de las superganancias agrarias para poder construir viviendas para los pobres y asegurarles la educación de sus hijos*? Hoy, esa medida sería considerada una simple y llana *expropiación*. Los diarios de la derecha perderían su rostro democrático y denunciarían un complot comunista que no demoraría en transformarse en apoyo a los planes del terrorismo internacional. No, señores: lo único que habría que hacer son casitas para los pobres. ¿No les sobra algo de guita para eso? ¿No pueden ganar un poco menos? Pedirle a un capitalista que gane menos es como pedirle a Jack el Destripador que deje de matar. Jack, en efecto, dejó de matar, pero desapareció. El capitalista (agrario, sobre todo) diría: si nosotros dejamos de ganar también. *No, no se les pide que dejen de ganar, se les pide que ganen menos.* Si ganan menos se podrían hacer las casitas que tanto amaba Eva haber dado a los suyos y las escuelas. Los propietarios de hoy, los poderosos señores de la Argentina, el verdadero poder de este país, diría: si nosotros ganamos menos las ganancias (que cedemos) se las queda el gobierno y no hace las casitas ni las escuelas. La plata, al final, se la queda la corrupción. Y es cierto: no es un argumento baladí. En suma, si hubiera una cesión de las superganancias para posibilitar planes de vivienda y educación para los carenciados, la utilización de esos fondos debiera ser controlada por entes o personas ajenos a cualquier gobierno. Se dirá: el gobierno los compraría. Puede ser, pero así la cosa no tiene fin. Podríamos concluir que la creatura humana es detestable y dejar todo como está.

Volvemos: Eva plantea *educación, vivienda propia, veraneo, crianza eficaz de los hijos y comprar una que otra cosa, nunca nada insuficiente ni excesivo: lo necesario*. Ese es el *sueño peronista* en las palabras de Eva Perón. Que este país (en 1951) sueñe ese sueño le parece la más grande de las felicidades. Y en seguida la desmesurada invocación a Perón: "Eso sólo bastaría para que todo el bronce y el mármol del mundo no nos alcanzara a los argentinos para erigir el monumento que le debemos al general Perón". Eva, convengamos, solía desbordarse cuando se le daba por elogiar al general. Le brotaba todo el radioteatro que llevaba encima. (Hoy que, creo, andan a las vueltas con el monumento a Perón, recuerden la frase de Eva: no alcanzan ni todo el bronce ni el mármol del mundo. Ante la imposibilidad de semejante tarea acaso haya que desistir de la idea. ¿No son horribles los monumentos? El tipo queda ahí, petrificado en una pose o en un gesto. Como si sólo hubiese hecho *eso* en su vida. Condenado a la cosificación extrema. Pasa a ser un mero punto de referencia geográfico: "Te espero en el café que está frente al monumento a Florencio Porlenes". O parte de un paisaje que ya nadie ve. Uno no "ve" un monumento. Sabe que está ahí. Y si lo "ve" no piensa en el tipo que está ahí enchapado. Si uno ve el monumento a Alberdi no piensa en Alberdi. Para mí, por ejemplo, Alberdi es una presencia *viva*. No es un cacho de fierro que adelanta una pierna, atrasa la otra y tiene una mano en gesto de "te estoy hablando". Además, se sabe, está la cuestión cruel de las palomas. Que las palomas lo caguen a Roca me parece un acto de justicia histórica. Cagó a tantos Roca que es justo que las palomas ejerzan ese acto de venganza. Pero me duele verlo todo cagado a Alberdi, que no cagó a nadie. Y hasta a Sarmiento, que cagó a medio mundo pero fue un grande. Desde este punto de vista, acaso Perón se merezca el monumento. Habría que ver hasta qué punto las palomas lo respetan o no: sería un juicio histórico no desdeñable.)

El punto teórico central que tenemos que elucidar es: ¿llegaba hasta ahí (en 1951) el proyecto peronista? Insisto: no hay que juzgarlo desde hoy. Hay que analizarlo desde las posibilidades que tenía la sociedad argentina en 1951 y, sobre todo, analizar el tipo de obrero que fue el *obrero peronista que forjó.* El texto de Eva (y es más decisivo por ser ella la que representaba las exigencias "de máxima", el ala jacobino-plebeya del movimiento) define al peronismo como un movimiento que se propone negociar con el poder pero no tomarlo, no expropiarlo. Un movimiento capitalista humanitario y distribucionista. Y al obrero peronista como el feliz destinatario de esa negociación. *Se negociaba para la felicidad de los obreros.* Todo el fuego de Eva, toda su furia, toda su fraseología antioligárquica apuntaba a eso: el bienestar de la clase obrera, su dignificación, su respeto dentro de la sociedad capitalista. Seguridad en su trabajo, abogados, sindicatos, estatuto para los peones de campo, vacaciones, *felicidad*. "Es que el nuestro es un pueblo feliz", dice.

Notemos cómo arma el razonamiento: pone dos polos, la Argentina y el resto de los pueblos. Nuestro pueblo puede soñar. Los otros viven en una "hora incierta de la humanidad". Importa señalar que para conseguir esto (que, desde una perspectiva clasista, trotskista o marxista-leninista, sería totalmente precario, dado que el peronismo habría dejado en pie "todas las estructuras que habrían de voltearlo") fueron necesarios enfrentamientos terribles que despertaron un odio feroz. Pocos gobiernos fueron tan odiados como el primer gobierno peronista. Ningún gobierno hizo más en beneficio de los humildes. De modo que si esa visión de Eva, que puede parecer bucólica, ingenua, poco jacobina, poco combativa, despertó los enfrentamientos, la sangre, los bombardeos y hasta determinó la proscripción del partido peronista y de su líder durante 18 años, ¡qué no habría despertado algo más combativo! Creo que sólo la dictadura militar de los 30.000 desaparecidos reveló a los argentinos que quieran verlo el verdadero odio de los sectores dominantes de este país. Ese odio siempre estuvo. Ese odio se condensó en la frase "Viva el cáncer". Pero incluso ahí sólo mostró una de sus caras. Mostró una más real el 16 de junio de 1955, con los bombardeos. Eso costó hacerles casitas a los obreros, permitirles que educaran a sus hijos o que fueran a veranear o compraran algunas cosas. ¿Fue necesario entonces el aparato autoritario peronista? A Eva le decían "dictadora" sus enemigos de clase. Le decían de todo en las tertulias, desde ya. Sobre todo *yegua y puta,* palabras que surgían del infinito machismo de la sociedad argentina y del infinito machismo de las damas de la oligarquía. Y de su odio y de su resentimiento. Pero, ¿fue una dictadora? ¿Y si ella respondiera que tuvo que serlo para darles a los obreros lo que les dio, tan exagerado para la oligarquía, tan escaso para la izquierda no peronista? Para ilustrar esta cuestión voy a citarme de nuevo. Sé que algunos consideran muy inadecuado esto de citarse uno a sí mismo. No lo veo así. ¿Cuál es el problema? Si uno reescribe lo que ya escribió le dicen que se repite. Si lo cita le dicen que es un petulante autocomplaciente. Y bueno, si uno escribe buscando que lo quieran o que lo odien, se equivoca. Nunca va a dar en el clavo. Y va a escribir en exterioridad. Lo que está *más allá* de mi escritura es lo que la escribe, no el escritor. Uno nunca sabe si da en el clavo o no. Ante todo, porque no sabe dónde está ni

cuál es el clavo. Después, un escritor escribe para sí. Porque le gusta. Porque es su profesión. Lo que ama. Y hasta lo único o, al menos, lo mejor que sabe hacer en la vida. Luego viene lo demás. Pero si uno toma en serio eso que dicen que dijo García Márquez: "escribo para que me quieran", ¡mejor que olvide escribir sobre el peronismo!

El texto es –una vez más– un fragmento del guión de *Eva Perón*. También tiene una función estética. Es el momento en que vamos al cine. Propongo verlo así: el ensayo se detiene, se apagan las luces y se proyecta el fragmento de una película. El tema, ahora, es la dialéctica entre revolución y autoritarismo. El peronismo siempre podrá decir: fuimos autoritarios para poder hacer lo que hicimos. Y siempre se le podrá responder: ¿era necesario ese autoritarismo sólo para ciertas reformas necesarias que no configuraban una revolución? ¿O el autoritarismo estuvo al servicio de la ambición de poder, del silenciamiento de los otros, de la pasión represiva? ¿Cuándo se justifica el autoritarismo? ¿O tal vez no se justifique nunca? Si se lo ejerce, ¿a qué causa deberá servir, a una mera reforma o a una revolución? Escuchemos:

EVITA Y COOKE: DICTADURA Y REVOLUCIÓN

(El tema alrededor del autoritarismo que se aprestan a tratar Evita y John William Cooke se desata a raíz del cierre del diario *La Prensa*. Evita arregla con Apold que se haga un pacto con los distribuidores y se consiga que éstos no distribuyan más ese diario. Pero hay que defender la medida en el Congreso de la Nación. Para eso lo convoca a Cooke –a quien Apold califica de "comunista"–. El 16 de marzo de 1951, Cooke realiza una exposición magistral acerca del poder de los medios en un país sometido a los poderes internos de la oligarquía y a los externos del imperialismo y, sobre todo, de sus empresas. Tomé el texto de un libro que el Sindicato de Luz y Fuerza habrá publicado alrededor de 1972. Su título: *"La Prensa": cien años contra el país*. Se leyó impetuosamente en esos días. Yo lo voy a citar del guión de *Eva Perón*, en el que figura más extensamente que en el film: si se filmaba todo lo que dice Cooke en el guión publicado se iba media película. La publicación de ese guión no tuvo sólo una finalidad cinematográfica, para estudiantes de cine, sino también ideológica. Por este motivo el texto de Cooke se publicó con mayor desarrollo. Hoy contamos con una muy buena edición de Colihue: *John William Cooke: Obras completas,* Buenos Aires, 2007. La compilación es de Eduardo Luis Duhalde, el compañero de lucha y militancia de Rodolfo Ortega Peña, con el que escribió varios libros que publicó en la Editorial Sudestada. El primer tomo se centra en la acción parlamentaria de Cooke y el discurso en favor del cierre de *La Prensa* figura en la p. 397 del tomo I.

18. Interior Cámara de Diputados – Día

John William Cooke está en posesión de la palabra. Se lo ve apasionado, con algún sudor, gordo y excepcionalmente vital.

Cooke: El diario *La Prensa*, el diario de la United Press, de la Sociedad Rural, el diario de la vieja, obstinada y rencorosa oligarquía argentina ha impedido o demorado todas las reivindicaciones proletarias en América latina. Este es nuestro planteo, el único, el planteo revolucionario. No nos interesan las cuestiones gremiales. Nosotros con los nuestros, con la clase obrera, y *La Prensa* con los suyos: con sus aliados de adentro y de afuera del país. ¿Y quiénes son, señores, los aliados de *La Prensa*, quiénes son los que hoy se rasgan las vestiduras en nombre de la libertad de prensa? Son las grandes cadenas periodísticas, las agencias noticiosas capitalistas, ¡los diarios que están en manos de los propietarios de minas de cobre o de estaño, de las grandes plantaciones, de todas las compañías imperialistas con ramificaciones en América latina!

Murmullos en las distintas bancadas. Cooke sabe que su discurso es "fuerte", pero se lo ve absolutamente convencido de lo que dice.

Cooke: La "prensa grande", señores, la prensa poderosa está en el mundo de los trusts. Está en manos de unos pocos propietarios vinculados a las altas finanzas y a los grandes negocios. De este modo, señores, cuando ellos invocan y claman por la libertad de prensa, claman solamente por el derecho del imperialismo a acentuar la monstruosa desigualdad que existe entre países opresores y países oprimidos. Nosotros creemos, sí, en la libertad de prensa, en la libertad de la prensa independiente, de la equivocada y de la que está en la verdad, pero en lo que no creemos es en el derecho de las empresas mercantiles capitalistas para procurar que los resortes del Estado se pongan al servicio de sus intereses. Y no creo, señores, que la cadena Hearts sea una cadena de prensa libre o que la cadena Scripps Howard con sus 19 diarios y todas sus filiales constituya una expresión del pensamiento libre en materia periodística. ¡Es la libertad de ellos la que defienden cuando hablan de libertad de prensa! ¡La libertad de los monopolios! El diario *La Prensa*, señores, es apenas un secuaz nacional del mercantilismo capitalista, de los monopolios que nos oprimen. Por eso, señores, y para terminar, voy a ser absolutamente claro: nosotros estamos contra *La Prensa*. Sea cual sea la resolución legal del conflicto en nada variará esta cuestión: somos enemigos de *La Prensa* y *La Prensa* es nuestra enemiga. Nada más.

No se oye ningún aplauso. Cooke sabe que su discurso ha sido intolerable para sus enemigos y sabe, también, que los peronistas no se atreven a asumirlo.

Corte.

Evita cita a Cooke en su despacho de la Fundación. En broma le dice que es más comunista que Stalin. ¿No tendrá razón Apold? Luego le da las gracias. "Nadie lo hubiera hecho mejor." Volvemos al guión.

Cooke (defendiendo la libertad que le permitió armar su discurso, sin la supervisación de nadie): Para ser claro: no creo que sea bueno pedirles permiso todo el tiempo a los que mandan. Ni siquiera alguien como usted, señora, a quien yo respeto tanto.

Evita: Tenés una idea rara del respeto vos.

Cooke: A veces lo identifico con la desobediencia. Nunca con la sumisión.

Evita: Te va a ir mal en el peronismo entonces. Es un movimiento de adulones y alcahuetes. Y yo tengo mucho que ver en eso. Me revienta que no piensen como yo. (*Con alguna ironía.*) ¿No tendrán razón los contreras? ¿No seré una dictadora?

Cooke: Nuestros enemigos se llenan la boca con la palabra democracia, pero si nos llegan a derrocar... no creo que sean muy democráticos con nosotros.

Evita sonríe. Cooke continúa fumando, como si pensara cuidadosamente lo que está por decir.

Cooke: Señora, la noche que cenamos en el Pedemonte le dije que su amigo Apold y yo tenemos poco en común. Quiero dejar algo muy en claro sobre la cuestión de *La Prensa*. Apold y yo coincidimos en querer cerrar *La Prensa*. Pero Apold quiso hacerlo porque quiere que el peronismo sea una dictadura. Yo quiero que el peronismo sea una revolución. Ahora usted me pregunta si no será una dictadora, como dicen sus enemigos. Escúcheme bien, señora: si una dictadura es una revolución... se justifica. Si no es una revolución..., entonces es una dictadura y nada más. Apenas eso.

Evita lo mira. No responde. Cooke apaga su cigarrillo.

Primer plano de Evita: ha recibido hondamente la frase de Cooke.

"TENDRÍAN QUE MATARNOS A TODOS"

Se trata de la única escena del film que Evita no cierra con alguna frase suya. Cooke la deja en silencio. El planteo es rigurosamente marxista-leninista. Marx decía que su único aporte era el de la "dictadura del proletariado". Lenin, en *El Estado y la revolución,* dice que la *Comuna de París* fue la dictadura del proletariado en acción. Sobre esto insistirá Engels. Cooke es terminante: si usted está dispuesta a llegar hasta el final, a hacer una revolución, con todo lo que esto implica (un cambio en la tenencia de la tierra, sobre todo) se justifica la dictadura. Si no, la dictadura es sólo eso y queda en mano de los Apold.

Pareciera que en su último texto, cercana a morir, Evita entiende el planteo de Cooke. "Existen en el mundo (escribe) naciones explotadoras y naciones explotadas (...). Detrás de cada nación que someten los imperialismos hay un pueblo de esclavos, de hombres y mujeres explotados" (Eva Perón, *Ibid*., p. 40). Recurre a citas de las Escrituras que modifica de acuerdo con lo que quiere expresar: "Ellos, que hablan de la dulzura y del amor, se olvidan que Cristo dijo: 'Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero si no que arda'" (*Ibid*., p. 38).

Ataca a la oligarquía (además de las jerarquías eclesiásticas y las Fuerzas Armadas): "Es necesario que los hombres y mujeres del pueblo sean siempre sectarios y fanáticos y no se entreguen jamás a la oligarquía (...). Con ellos no nos entenderemos nunca, porque lo único que ellos quieren es lo único que nosotros no podremos darles jamás: nuestra libertad" (*Ibid*., ps. 61/62). Y por fin este texto con tantas resonancias actuales: "El arma de los imperialismos es el hambre. Nosotros, los pueblos, sabemos lo que es morir de hambre. El talón de Aquiles del imperialismo son sus intereses. *Donde esos intereses del imperialismo se llamen "petróleo" basta para vencerlo con echar una piedra en cada pozo. Donde se llame cobre o estaño basta con que se rompan las máquinas que los extraen de la tierra o que se crucen de brazos los obreros explotados*. ¡No pueden vencernos! (...) Ya no podrán jamás arrebatarnos nuestra justicia, nuestra libertad, nuestra soberanía. *Tendrían que matarnos a uno por uno a todos los argentinos y eso ya no podrán hacerlo jamás*" (*Ibid*., p. 42. Bastardillas mías). Moriría pocos días después. Sus funerales serían imponentes. El pueblo la lloraría con una devoción que nadie, hombre o mujer, convocó en este país. Más allá del "circo" y del "show" con que la ópera rock califica sus funerales, más allá de la obsecuencia, de la grandiosidad fascistoide de esos hombres en camisa blanca arrastrando la cureña, el pueblo pobre sintió que le arrancaban algo entrañable de su alma. Que se les iba una defensora feroz de sus derechos. Que ahora les sería más sencillo a sus enemigos avasallarlos. Que se quedaban solos.

Esa frase de Eva, *tendrían que matarnos a uno por uno a todos los argentinos,* se cumplió. No mataron a todos. Porque muchísimos, demasiados, fueron sus asociados civiles, sus cómplices o los que pasivamente aceptaron, ignoraron, festejaron el Mundial, se volvieron patriotas con Malvinas. Los que no quisieron saber aunque sabían: un ejercicio psicológico notable. Pero sí, Eva tenía razón: *mataron a uno por uno*. Vale decir, a todos los que pudieran expresar un proyecto diferenciado al de la oligarquía agraria, al de los grupos financieros, al de casta eclesiástica. Los mataron los militares. *Uno a uno*. Los buscaron. Buscaron a los milicianos y a todos los perejiles de superficie que habían soñado, basándose en la vieja utopía del primer peronismo y en la figura combativa de Eva Perón o de hombres como John William Cooke, y los hicieron desaparecer. Eva ni imaginó una catástrofe semejante. Conocía el odio oligárquico-militar. Pero nadie, *ni ella ni nadie*, imaginaba la amplitud, la furia vengativa, castigadora y cruel de ese odio. "Todo es militar en este mundo nuestro (escribe). Yo no diría una sola palabra si las fuerzas armadas fuesen instrumentos fieles al pueblo. Pero no es así: casi siempre son carne de la oligarquía" (*Mi mensaje, Ibid*., p. 46).

PRÓXIMO DOMINGO

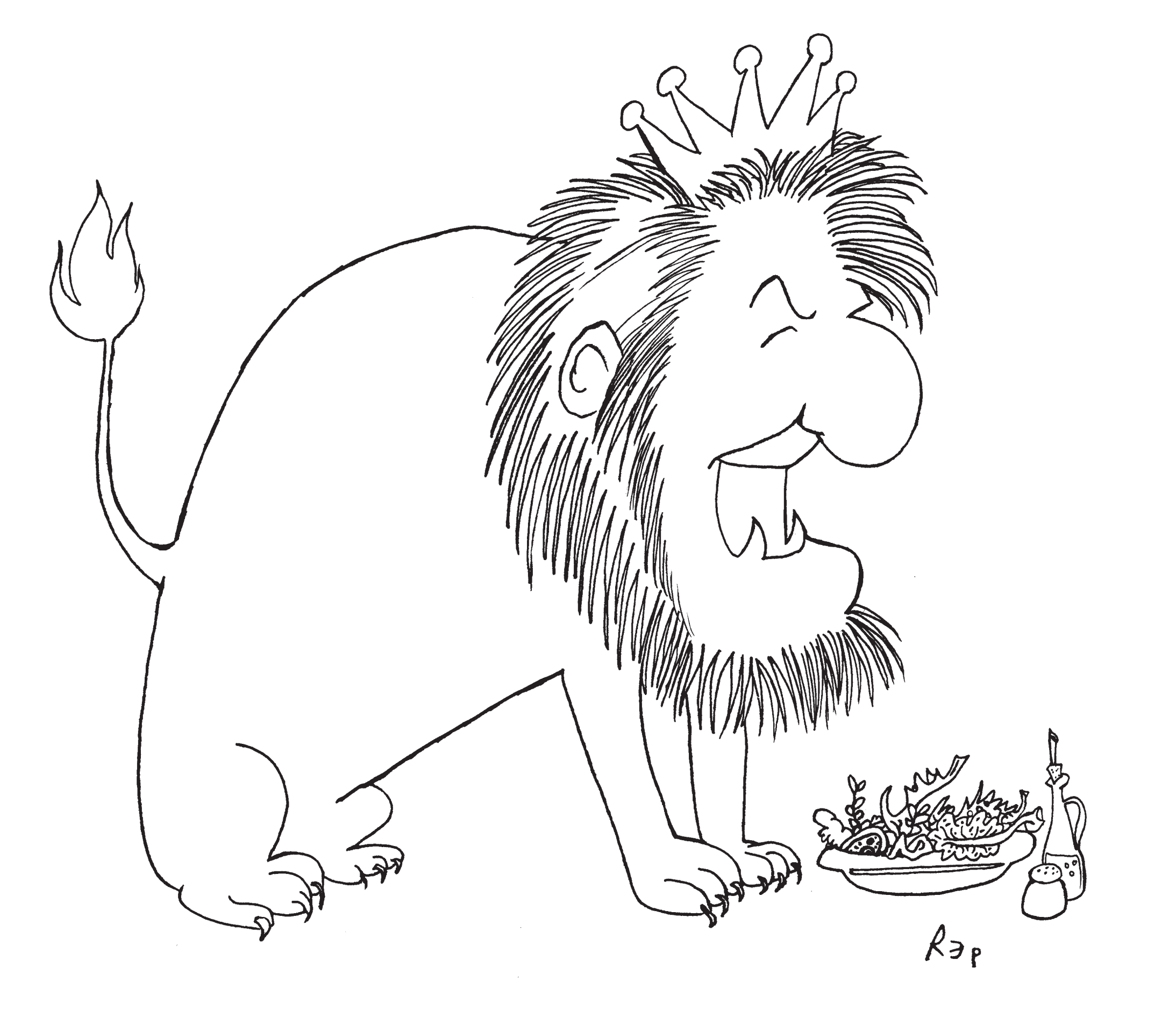
Ideología del golpe de 1955

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

20 **Ideología del golpe de 1955**



Suplemento especial de
Página/12

ALGO SOBRE EL PARO AGRARIO DE ESTOS DÍAS

Siempre suelo citar una frase de Borges, que también cita Abelardo Castillo y será porque es magnífica, que dice: "A la realidad le gustan las simetrías". Teníamos que entrar en la trama histórica desatada por los hechos de septiembre de 1955 y nos sorprende esta trama actual, la de estos días, con chacareros, medianos y, sobre todo, grandes productores agropecuarios al frente de algo que llaman lockout y que ha sido habitualmente el prefacio de un golpe de Estado. La relación del campo con el peronismo es una relación de abierto antagonismo, de insalvable odio de clase. La oligarquía de los campos y las mieses contra un gobierno que busca restarle recursos para favorecer (claramente en el caso del primer peronismo) a los sectores de menos ingresos. (*Nota*: Dejo de lado el tema de "los pequeños productores", los que tienen "sólo veinte vacas". Pero se me ocurre: los que tienen que diferenciarse de los grandes, si *realmente* son distintos de ellos, son ante todo ellos mismos. Es una tarea de cualquier gobierno hacer esa diferencia. Pero si los pequeños productores se me vienen encima con su tractorcitos junto a los tanques Sherman de los grandes, pues para mí son lo mismo, señores. Y uno sabe cómo es la situación de lo que, en la Argentina, suele "estar en el medio": tienen terror de bajar y enorme ambición de subir. Son capitalistas, tan capitalistas como los grandes productores. Ergo, quieren trepar en la escala del dinero y el poder. Se atan al tren de los poderosos. Que se espanten las telarañas entonces los que cacarean con la diferenciación "de los pequeños productores". Si marchan junto a los grandes son tan (oli)garcas como éstos. No es desde *afuera* que tiene que producirse la diferenciación. Es desde *adentro*. ¿Que hay que *captarlos*? ¿Alguien cree que se los puede captar? Sólo el dinero, que es poder, capta a los productores. Alguien (muy preocupado, no un peronista, ¡ni por asomo!, sino un viejo militante del Partido Comunista, un gran personaje del teatro argentino, no sé si te gustará que te nombre Manuel Iedbavni, pero ya lo hice) me dijo: "Me dijeron que a este gobierno no lo van a poder tumbar porque tiene 50.000 millones de dólares en reservas". Y sí, ahora se entiende ese afán acumulativo de este gobierno. Está muy solo. Buscan jaquearlo ahora haciendo punta con "el campo". Si cede, los medios –que son su principal y más eficaz enemigo– arreciarán y en poco tiempo tendremos una coalición encabezada por Duhalde, con Macri y vaya a saber qué exitoso empresario de la Sociedad Rural y que nadie empiece a llorar porque se cierran los Talleres de Teatro. Bien, aquí no puedo desarrollar más esto). Si menciono al primer peronismo es porque, a partir de la estructura del IAPI, llevó adelante una transferencia de ganancias del agro a la industria que le permitió fortalecer su poder político y llevar a cabo una redistribución de la renta que, hemos visto, trepó a su más alto índice histórico. Con ese antecedente, el agro está contra el peronismo. Salvo durante el largo mandato de Carlos Menem, en que la oligarquía y los grupos financieros y especuladores tuvieron un jolgorio de fáciles superganancias que los condujo no sólo a aceptar y apoyar al peronismo, sino a deglutirse la poco aristocrática figura de un hombre como Carlos Menem, más ligado a la farándula en su expresión Sofovich, que al *esprit de finesse* de la oligarquía, que se guardó, en algún lugar a la mano para resucitarlo no bien hiciera falta, ese *esprit*, y toleró de muy buen grado los desplantes del nuevo rico, del provinciano, del muñeco deportista, descendiente de árabes, condición detestada por Sarmiento, quien, en el *Facundo*, los asemeja a lo peor de los gauchos improductivos de las pampas o a las montoneras gauchas a las que asimila a beduinos de Argel. Ese presidente, Carlos Menem, era el perfecto ejemplar que Cané describía entrando en los salones de la oligarquía "tropezando con los muebles". Menem debe haber tropezado con todos los muebles, no sólo con algunos, pero los oligarcas deben haber levantado esos muebles y le habrán pedido perdón por la torpeza de haberlos colocado en su camino, porque así son de hipócritas (y lo han demostrado) si se encuentran con "un gronchito", "un negrito del interior", "un peronacho", que les hace ganar fortunas. Por primera vez sus sueños se veían realizados sin necesidad de apelar al golpe de Estado. Aunque un golpe habían hecho. *Menem es el resultado del golpe de mercado que las clases propietarias le hacen a Alfonsín*. De esta forma, viene para aceptar lo que le digan. Total, el célebre pícaro sólo quería gobernar para hacer la gran fiesta que hizo, esa fiesta que enriqueció desquiciadamente a él, a los suyos, a los propietarios y a todo el aparato del justicialismo que jubiloso lo acompañó, le aprobó las privatizaciones y todas las restantes medidas de desnacionalización y venta de la soberanía que puso en práctica.

Tengo cierto apuro (a raíz de los días agitados que corre el país) en tratar la Revolución Libertadora. Ustedes se encargarán de trazar las semejanzas. O, al menos, trataremos de dibujar el rostro de la eterna clase golpista de la Argentina, la que no faltó a ninguno, la que los promovió o los respaldó. Los buenos hombres del campo, esos tipos orondos, corpulentos, que usan alpargatas caras y finas, que suelen tomar mate con sus peones para mostrarles que son uno más de ellos, que son patrones gauchos y que aman sus mismas costumbres. Suelen acercárseles a compartir un costillar. Y, generosos, les tiran unos pesos de más para tenerlos contentos. En la tierra del oligarca, gauchos y patrones suelen confundirse. Los oligarcas se definen, orgullosos, como "hombres de campo". Durante estos días, han sido directamente "el campo". Fabio Cáceres, el protagonista, junto con *Don Segundo*, de la excelente novela de Güiraldes, se transforma en estanciero y potentado. Lo asedia el temor de dejar de ser gaucho. Don Segundo lo tranquiliza: "Si sos gaucho endeveras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina'e tropilla" (J. P. F., *Filosofía y nación*, Legasa, Buenos Aires, 1982, p. 183). También, en *Don Segundo*, aparece ese patrón que hoy se ha visto en los paros campestres. Tipo generoso con los suyos: "El patrón era joven y aunque medio mandón pa' el trabajo, es servicial cuando quiere (...). Sabe abrir la mano grande y es fácil que se les resfalen unos patacones" (J. P. F., *Ibid.*, p. 183). Algo así habrá dicho, seguramente, en algunos de sus avatares el venerable Tío Tom.

LA DESPERONIZACIÓN

Por decirlo con cierto aire posestructuralista, derrideano, si de algo podemos estar seguros es que la Revolución Libertadora vino a deconstruir el peronismo. Sin embargo, esta deconstrucción remitía más fuertemente a los orígenes de la palabra en Heidegger: *Destruktion*. Heidegger dice –cómo no habría de decirlo– que *Destruction* no significa llanamente *destruir*. De acuerdo. Pero si los de la Libertadora leyeron a Heidegger lo entendieron mal: ellos, al peronismo, vinieron a destruirlo. El prefijo *des* puede ser tomado como la bandera esencial de los libertadores. María Moliner dice: "Su sentido fundamental es el de inversión del significado de la palabra primitiva". Y ejemplifica con: deshacer, des-andar. Los hombres de septiembre partieron de una palabra primigenia: *peronismo*. Y se propusieron invertir el significado de esa palabra. Hacer todo para que en el país esa palabra encontrara en todas partes su antagonismo o lo que no remitiera en absoluto a ella. Las dos cosas eran esenciales y marcaban el rumbo de esa revolución.

Voy a decirlo claro: voy a escribir Revolución Libertadora tal como ese movimiento de sedición se presentó. Ya se ha usado todo lo demás. Podría escribirlo con minúsculas. Podría escribirlo con comillas. Podría escribir "la llamada revolución... etc." Y hasta podría escribir "la fusiladora". No, escribiré Revolución Libertadora o la Libertadora. Yo no estoy de acuerdo con el fraude electoral y a los partidos conservadores de los treinta los llamo Concordancia. Escribo Revolución del 6 de septiembre. O golpe de Estado. Escribo unitarios, escribo federales. Y hasta a veces escribo Proceso. O el Proceso. Se supone que es "el autoproclamado" o "el llamado". Aclarado el punto.

Seguimos. Los de la Libertadora se pusieron una meta: desperonizar a la Argentina. El país se llenó de metas semejantes. Eran tantas que admitían algo que no debieron admitir: la *Argentina* era peronista. ¿Por qué no, dirían? Perón había *peronizado* la Argentina. Lo había hecho por medio de su sistema demagógico-autoritario. Los obreros, por él, eran peronistas. La economía, por medio del intervencionismo estatal, era peronista. La cultura, por medio de la manipulación del movimiento, era peronista. Y así, *todo*. Se trataba de empezar de nuevo. Se trataba de des-peronizar el país. Para la derecha, la cosa se basaba en la reconquista de las instituciones democráticas. Había que des-peronizar a los peronistas para incluirlos en el sistema democrático de un modo racional. Este planteo lo hacía Gino Germani, a quien veo que todavía se toma en serio. Germani decía que el peronismo había integrado a los migrantes a la estructura política con una metodología *irracional*. Se trataba de educar a esas masas e incorporarlas a la vida democrática con una metodología racional. La izquierda, desde el PC a los intelectuales que desde *Contorno* irían girando hacia el frondicismo, se proponía la des-peronización de la clase obrera. Lo cual era sencillo. Si uno toma los ejemplos que hemos dado puede trazar ese proyecto:

Primero) La clase obrera peronista no tenía experiencia política. El peronismo, aprovechándose de ese estado virginal, le había dado una; la suya, la peronista. Se trataba ahora de darle otra, la socialista.

Segundo) La clase obrera no había aprendido a luchar por sus conquistas sino a recibirlas del Estado. No tenía un partido propio ni una organización sindical propia. Era *heterónoma*. ¿Cómo entregarle o cómo luchar por conseguir que la clase obrera tuviera una identidad y una organización autónomas? Des-peronizándola.

Tercero) La clase obrera era conducida por líderes carismáticos (Perón, Evita) y no tenía a sus propios representantes, por causa también de la burocracia peronista. Debía establecerse una democratización sindical. ¿Cómo? Des-peronizando a la clase obrera.

Cuarto) La clase obrera –a causa de recibir todos sus beneficios de manos del Estado Peronista– había perdido toda su combatividad. Era pasiva. Había que devolverle esa combatividad. Los obreros debían empezar a pelear por sus propios objetivos, desligándose de la burguesía a la cual el peronismo la había atado. ¿Cómo se lograba esto? Des-peronizando a la clase obrera. Que, en este caso, significaba:

Quinto) Había que llevar a la clase obrera a la certidumbre de que sus metas no podían alcanzarse bajo la hegemonía ni del Estado capitalista ni del capitalismo. Que su verdadera liberación dependía de su lucha contra el sistema que la explotaba. Que el peronismo había obliterado esa explotación de clase por medio de su capacidad conciliadora. El Estado peronista, al ser un Estado distributivo, condujo engañosamente al proletariado argentino a la certidumbre de que sus metas podían conseguirse bajo el sistema capitalista. Ese había sido el mayor perjuicio que había causado a la clase que decía representar. No la representaba: representaba al capitalismo, al sistema de producción que Marx había condenado, y había, para daño casi irreparable de su formación combativa, integrado al proletariado al proyecto burgués-capitalista. Se trataba, también aquí, de des-peronizar la clase obrera.

Sexto) Era una tarea de educación. Pero –en los pocos y mejores cuadros de la izquierda, pienso siempre en un Milcíades o en los más brillantes y políticamente talentosos hombres de *Contorno*– esa tarea no era similar a la que la oligarquía con sus libros de *Educación democrática* (materia impuesta en los colegios tan compulsivamente como *La razón de mi vida*, sólo que se asumía como su antítesis democrática) impulsaba. Es decir, educar a las masas para incorporarlas al nuevo proyecto burgués, basado ahora en la oligarquía. La izquierda más lúcida, si pensaba en alguna pedagogía de masas, lo hacía para llevar al proletariado peronista al encuentro con su verdadera ideología: el marxismo, el socialismo revolucionario. Lamentablemente esto implicaba acercarse a los obreros, no como antiperonistas, no como compañeros de ruta del Carnaval Gorila, sino como revolucionarios que, comprendiendo la etapa peronista, comprendiendo sus avances pero señalando las limitaciones que habían determinado su fracaso, querían ir más allá. Esto implicaba –con gran valentía, lucidez y capacidad de hacerse entender– llegar a la demostración más extrema, la que más le habría costado aceptar a un obrero peronista: que su líder había huido porque no quería –con un enfrentamiento duro y frontal– deteriorar al sistema que representaba. Era, insisto, lo más difícil y doloroso para un obrero peronista: aceptar que Perón, al ser, en última instancia, un representante del capitalismo, de la burguesía, no quiso dar la lucha final porque sabía que el que corría el riesgo de ser vencido, al armar a los obreros, no era él o solamente él, sino el sistema en el que creía y dentro del cual se había acostumbrado a conducir a los capitalistas y satisfacer a los obreros: *el capitalismo distributivo.* Antes de poner en riesgo el fundamento de todo capitalismo, aun del distributivo, es decir, los medios de producción, el respeto a la propiedad privada, la pasividad de las masas y la fuerza de las armas sólo en manos de esa fundamental institución del Estado burgués que es el Ejército, Perón había preferido borrarse de la lucha. Huir para salvar al capitalismo argentino.

LOS LIBERTADORES Y SU FE CATÓLICA

No creo que este último punto estuviera muy claro en la izquierda de entonces. No había tantos que pensaran con la lucidez de un Milcíades o con la claridad con que hoy uno puede enunciarlo luego de las décadas que han pasado y del conocimiento de las acciones del *Tercer Perón* que retornan sobre el primero permitiendo una mayor inteligibilidad sobre él. No había una izquierda que tuviera la lucidez de todo el programa que acabo de explicitar. Y es muy sencillo entender por qué no la hubo y es inevitable lamentar que no la hubiera: la izquierda (sobre todo el Partido Comunista, pero *todos* en general) se sumó al Gran Carnaval Oligárquico. Se sumó a la des-peronización del país. Acompañó a las "masas" que salieron a la calle a vivar a Lonardi y a Rojas y a los revolucionarios antiperonistas no bien éstos anunciaron que saldrían al balcón de la Rosada. *Hacia ahí fueron todos*. Yo tenía doce años. Un chico de doce años en 1955 no era lo que hoy es. Era un niño aún. Sobre todo si se había criado en Belgrano R. La pobreza lleva más rápido hacia adelante, hacia los años, porque la pobreza hace crecer, obliga a crecer de golpe, y a golpes, la pobreza se roba la niñez y sobre todo la adolescencia que, según todos célebremente sabemos, es un lujo burgués. Pero desde mis doce años de Belgrano R recuerdo la fiesta "popular". Recuerdo el clima de alegría, de "alivio", de festividad, de "patria recobrada", de "democracia" retornante que cundía por el país. A mí me sorprendía: no sabía que era tanto lo que la Argentina se había sacado de encima. Luego, asombrado, vi una caricatura del dibujante del diario socialista *La Vanguardia,* Tristán, al que todos recordarán, sus caricaturas antiperonistas fueron célebres, desde la época de Braden se venía burlando de Perón y dibujándolo con rasgos, por decirlo con mesura, horripilantes. Tristán había dibujado a un hombre que abría enormemente su boca y vomitaba. Debajo del dibujo se leía: *La gran náusea*. No había puesto *vómito*, por la época supongo. Esa castidad de los cincuenta. Pero era eso: *El gran vómito*. El vómito era *grande* porque era la Argentina que vomitaba al peronismo. Había de todo en ese vómito: picanas eléctricas, joyas, manoplas, pieles carísimas, revólveres, etc. Lo que más recuerdo eran los elementos de tortura. Sobre esto, sobre la tortura, regresaremos. Ahora quiero mencionar la Gran Fiesta. La lideraba la oligarquía católica, la alta clase media católica, la clase media de profesionales, empleados y empleados del aparato del Estado católicos. Eran todos católicos. Aun cuando

se insista en que había otras fuerzas, otros partidos, otros hombres, la Revolución del '55 fue hegemonizada por el catolicismo. Fue una revolución que surgió de un enfrentamiento muy duro con la Iglesia, enfrentamiento que no se resolvió y llevó a un golpe de Estado. Todos los protagonistas dieron ese golpe en nombre de Dios, del Dios de la Iglesia argentina cruelmente agredido por el "tirano" y por sus "huestes". En algún momento analizaremos narrativas ejemplares de este momento. Digamos: el cuento *"La noche de 'la alianza'"* de Félix Luna. A esta altura de la historia la revolución del '55 –y perdón si exagero– es similar al menemismo: fue tan torpe todo, tan clasista, tan católico, tan agresivo con los pobres, y fue, sobre todo, tan lamentable lo que siguió que quienes actuaron y dieron sus entusiastas testimonios durante esos días quedaron poderosamente escrachados. ¿Cuándo suceden estas cosas? Cuando se juzga que los procesos históricos son definitivos. El 23 de septiembre de 1955 la ciudad de Buenos Aires recibió al general Lonardi, que venía de Córdoba, como a un nuevo y más glorioso general San Martín. Pese a que Félix Luna se empeña en marcar que el movimiento insurgente no era tan marcadamente católico, lo era su conducción. Por supuesto que no todos los que adherían eran católicos. ¡Si adhirieron todos menos los pobres, todos menos los obreros peronistas, la negritud de la periferia! Arturo Frondizi, el presidente del radicalismo, no era ni nunca fue, que yo sepa, un cuadro militante del catolicismo, y adhirió, como adhirieron los socialistas, los jóvenes de las universidades, ni hablar los de los colegios católicos o las universidades católicas. El santo y seña de la revolución fue: *Dios es justo*. La "*Marcha de la libertad*" se grabó en el sótano de la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro. Córdoba, ciudad católica e hispánica si las hubo (Sarmiento en *Facundo*: "Córdoba es un claustro encerrado entre barrancas"), fue el centro del movimiento. Y célebre fue su radio rebelde: *La Voz de la Libertad*. (Véase: Horacio Verbitsky, *Cristo Vence*, Sudamericana, Tomo I, Buenos Aires, 2007, Tercera Parte: *Dios es justo*). Videla Balaguer era un católico implacable. La radio cordobesa que conducía y que bajaba la línea de los días de la revolución decía: "No en vano en los pechos de soldados y civiles, en las alas de los aviones, en las baterías de artillería, se vio lucir un nuevo lábaro, una cruz y una V = Cristo Vence" (Verbitsky, *Ibid*., p. 338). Copello lo espera a Lonardi en la Casa de Gobierno y luego le pone la banda presidencial. En el movimiento están también Angelelli y De Nevares. Tres meses después, otro cura, Miguel Ramondetti, y otros "que habían participado con entusiasmo en la procesión de Corpus Christi" recorren la ciudad y advierten que la Av. Rivadavia es el límite entre dos países: "En la zona norte todo es algarabía. En el sur la gente llora. ¿Para esto trabajamos nosotros?", se preguntó Ramondetti. A conclusiones similares llegarían luego Angelelli y De Nevares... (Verbitsky, *Ibid*., p. 340). Cuando un diario chileno le pide a Lonardi que se defina, el general responde: "Soy católico" (Verbitsky, *Ibid*., p. 340). El periodista habría esperado otra cosa. Pero hay respuestas así: sorprendentes. En *Casablanca*, un jerarca nazi, sentado a la mesa del *Rick's Caffe Americain* junto al mismísimo Rick Blaine, le pide que se defina políticamente. Rick Blaine (Bogart) lo mira impasible y dice: "Soy un borracho". Pero durante los días de la Libertadora decir: "Soy un católico" era decirlo todo. Era decir: soy un hombre de bien, un hombre decente, enemigo de ese tirano que agredió a nuestra Iglesia y, en ese agravio, agravió a nuestro Dios, soy un hombre que, en nombre de ese Dios, arriesga su vida por la libertad, por la moral de la República, por la educación y por sus ilustres tradiciones. Pese al clima de claustro que destiló el golpe contra Perón, la bulliciosa alegría de la oligarquía, de las clases altas, de las señoras "bien", del grupo Sur, de la señora Ocampo, y pese a la tristeza de los pobres, de las sirvientas de las casas que no escondían su tristeza y hasta, si se atrevían, lloraban abiertamente, a nadie le pareció no pertinente ir el 23 de septiembre a transformar la Plaza de Mayo en *otra* Plaza, la Plaza de la gente culta, de la gente bien, de la libertad, de la educación, de la caída de la tiranía, de los felices tiempos por venir. Con mis doce años escuché todo el Carnaval Católico-Democrático por radio. Y luego, al día siguiente, los diarios. Había tipos que se presentaron con motonetas y llevaban carteles colgados al cuello que decían: "Me la compré yo". Y todos reían felices. Había empleados. Estaba toda, *pero toda*, la clase media argentina.

EL ARGENTINO QUE MIRÓ HACIA LA COCINA

Estaban *todos* los partidos políticos. *Sólo un argentino desvió su generosa mirada hacia la cocina.* Acaso, luego de intentarlo por tantos medios, el empeñoso Ernesto Sabato logre su inmortalidad por este gesto insólito, único, en ese momento de exaltación del país oligárquico, católico, radical, socialista y clasemediero de ese día de septiembre de 1955: "Aquella noche de septiembre de 1955 (escribe), mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos (la escena transcurre en la ciudad de Salta, lugar en que reside una oligarquía poderosa, J.P.F.) ruidosamente en la sala la caída del tirano (sic), en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas. Y aunque en todos aquellos años yo había meditado en la trágica dualidad que escindía al pueblo argentino, en este momento se me apareció en su forma más conmovedora. Pues, ¿qué más nítida caracterización del drama de nuestra patria que aquella doble escena casi ejemplar? Muchos millones de desposeídos y de trabajadores derramaban lágrimas en aquellos instantes, para ellos duros y sombríos. Grandes multitudes de compatriotas humildes estaban simbolizadas en aquellas dos muchachas indígenas que lloraban en una cocina de Salta" (ver: Joseph A. Page, *Perón*, Segunda Parte, Javier Vergara, Buenos Aires, 1984, p. 84. Volveremos sobre el texto de Sabato que es *El otro rostro del peronismo*. Aún no lo conseguí. Pero sé que mis colaboradores ya lo tienen. La bibliografía de la Revolución Libertadora no tiene desperdicio. Es un momento en que se concentra acaso más que nunca la totalidad de la derecha argentina y el fervor con que gran parte del pueblo, sobre todo sus clases medias, lo festeja. Nadie salió a festejar el golpe de Videla. Había demasiado miedo. Ni tampoco el de Onganía. ¡Pero el de los católicos del lonardismo fue un solo grito alborozado! ¡Volvían los días felices! La patria "de nuestros padres y abuelos". Que era, de pronto, la de todos.) Ahí estaban, la mirada del "escritor sensible" las había descubierto: *dos indias*. Estaban en la antecocina y lloraban. Sabato sabe también –lo descubre ahí– que son "millones" los "desposeídos" y los "trabajadores" que derraman lágrimas en ese momento. Mas no tiene dudas: la revolución debió hacerse porque Perón era un "tirano". Esto le revela la "trágica dualidad" del país, en la que tanto ha meditado "durante todos aquellos años". Sabato siempre ha tenido o ha querido ofrecer la imagen de una sensibilidad tramada por la tragedia. Sin duda leyó el libro de Leon Chestov, célebre durante sus años tempranos, *La filosofía de tragedia*. Pero se le podría decir que esa "trágica dualidad" no es tal. Que lo que él vio esa noche fue, sencillamente, la lucha de clases. Que lo que festejaban sus

amigos era el triunfo de una clase sobre otra. Que él, Sabato, llamó correctamente "desposeídos" a los "trabajadores". Porque, en efecto, lo que caracteriza al trabajador es eso: es un desposeído. ¿De qué está desposeído el desposeído? El desposeído desposee de capital. El poseedor lo tiene. El desposeído sólo tiene una posesión: su fuerza de trabajo. El poseedor se la compra y lo pone a trabajar para él. Esta "dualidad" puede ser calificada de trágica, pero Marx evitó hacerlo así. A esa "dualidad trágica" la llamó, con mayor precisión "lucha de clases". Que es la que se da entre los poseedores y los desposeídos.

1955: LA LUCHA DE CLASES AL DESNUDO

Lo que había ocurrido en la Argentina en septiembre de 1955 era un hecho de clase. Era la resolución de una situación de clase. Los desposeídos, que se sentían protegidos por un Estado que los nucleaba a través de sindicatos creados para ellos, que habían recibido notables mejoras de ese Estado y sabían, por los relatos de sus padres, que los Estados anteriores los habían explotado y estafado, sentían que habían perdido a ese Estado que los cuidaba, que estaba del lado de ellos, a ese político que les hablaba y los hacía sentir, sin duda alguna (*porque esto es indudable*), no sometidos a la arbitrariedad patronal, no carentes de derechos, no material descartable, sino argentinos de primera, tuvieran la piel que tuviesen, y, sobre todo, si la tenían tirando a oscura, ellos eran, bajo el Estado peronista, ciudadanos argentinos y no negros de mierda, ni maltratados peones, ni siquiera peones que debían tolerar la generosidad del patrón, porque no necesitaban ya a los patrones buenos que habían pintado Hernández y Güiraldes, sino que tenían un gran patrón, El Estado Nacional, que los trataba bien, no sólo igual que a los otros, los oligarcas, sino mejor, todo eso, los desposeídos, esa noche de septiembre veintitrés de 1955, sabían que acababan de perderlo y que se les venían encima años duros, de injurias, de revanchas, de pérdida de derechos. Los otros, en cambio, la oligarquía, los cultos (a los que el régimen peronista, todos lo saben, no había sabido tratar, aunque habría que ver qué hubiera ocurrido si se les acercaba, qué hubiera ocurrido si Perón les tendía una mano a Martínez Estrada o a Borges o a Bioy o a Victoria o a Sabato), los radicales, la clase media, los socialistas, los comunistas, la parte "racional" de la sociedad, la parte "democrática", los que estaban con la "libertad", festejaban. Pero ésta no era "una trágica dualidad" que incomprensiblemente escindía al pueblo argentino. Así se habla cuando no se quiere hablar claro. O cuando no se sabe un pito de algunas cuestiones. El '55 fue la expresión desnuda de la lucha de clases en la Argentina. Los poseedores asaltaron un Estado que protegía a los desposeídos. Así lo sintieron los desposeídos de entonces. Y si algún sabio de la Revolución hubiera ido a decirles que lloraban a un gobierno que no representaba sus verdaderos intereses históricos, no habría salido del barrio tal como entró. Sólo algo más deteriorado. Y si hubiera insistido en decirles que lloraban a un demagogo, a un dictador, le habrían explicado que *eso* lo tenían muy claro. *Que Perón era un demagogo con ellos (porque les daba cosas, les hablaba lindo, y hasta les ofrecía vacaciones y abogados que los defendieran de los patrones) y que, para conseguirles todo eso, tenía que ser un dictador con los oligarcas, porque si no, no hay modo.*

Descabezado Lonardi, quien dura muy poco, asume el ultraliberal y ferviente gorila Eugenio Aramburu. Así, la revolución del '55 sigue el derrotero de los cuartelazos en la Argentina. Los dan los nacionalistas y los copan los liberales. Luego de Uriburu viene Justo. Luego de Lonardi, Aramburu. Luego de Pedro Pablo Ramírez viene Rawson, pero ahí se produjo otra cosa: Perón, y el movimiento obrero que ya lo respaldaba, frenan el golpe liberal el 17 de octubre. En enero del '76 el peligrosísimo y ultranacionalista brigadier Capellini se levanta en armas, pero los liberales, con Videla a la cabeza, lo frenan: todavía no, brigadier. Lo de Capellini les servirá luego a los militantes del Partido Comunista para amenazar con su presencia: apoyemos a Videla, porque detrás de él se viene el golpe de Capellini, el golpe de los nacionalistas, que será más cruento. ¡Más cruento que Videla! Recuerdo a un buen tipo que creía en estos artilugios ideológicos para apoyar a Videla y proponer el pacto cívico-.militar: "Cuidado, José, no se equivoque. Videla es la línea blanda, la línea liberal. Los nacionalistas, los Vilas, los Saint-Jean, los Capellini, son la línea nacionalistas. Son más asesinos". "Pero, Gerardo (así se llamaba, lo juro), son lo mismo." "No son lo mismo. Hay diferencias. Tenues, de acuerdo. Pero, José, es por esas diferencias que todavía estamos vivos." Como argumentación era fuerte.

LEGITIMIDAD E ILEGITIMIDAD DE LA VIOLENCIA

El caso es que se viene el liberalismo con todo. Y procede a desmantelar todo el aparato estatal peronista. ¿Saben algo? *Igual que ahora*. Todo lo que están haciendo los gorilas de hoy, con el lumpenaje de las radios, el ímpetu golpista de *La Nación* y la pluma incisiva del fiscal del Gobierno (que tendrá su lugar en la Historia, que lo busca con pasión, por estas notas desestabilizantes) Joaquín Morales Solá, junto a dinosaurios como Grondona, o aventureros como los que se han metido en las páginas del diario de los ganaderos, del campo, de los consorcios internacionales y de los intereses de Estados Unidos para la región, de los panfletos como *Perfil* lleno de conversos como Sarlo, Sebreli y hasta el educado y amable Kovadloff es atacar a un Gobierno que osa retener las superganancias del campo y que cometió el error garrafal de no distinguir entre pequeños y grandes propietarios y no retenerles a éstos o retenerles menos, y esa clase media rubia, elegante, que sale a cacerolear, mientras apuesta a la división del peronismo y a que Duhalde derrote a este gobierno que jode una y otra vez con los derechos humanos, gobierno al que califican de montonero, revanchista y subversivo, al que odian con un odio que traspasa límites que uno no se explica y que se acrecienta con los abrazos impolíticos de Cristina a Hebe de Bonafini, busca lo mismo. *Nota:* Hebe ha cometido errores serios como elogiar a la ETA o alegrarse con lo de las Torres Gemelas o viajar a Irán o andar con ese freak de Schoklender. Hebe, nosotros los respetamos. Y todos los desaparecidos merecen nuestro apoyo y nuestro dolor, pero los mocos que se mandaron son inaceptables. Son mis compañeros y merecen mi piedad y hasta mi amor porque no debieron morir así. Pero ojo: su lucha fue la mía hasta cierto momento. Y no estoy diciendo esto *ahora*. Yo ya pensaba y discutía esto en los setenta. Hebe, si usted quiere compartir los ideales de los que mataron a Rucci a dos días de que Perón asumiera con más del 60 por ciento, perdonemé, pero yo no. Si usted comparte los ideales de los que asaltaron la Guarnición de Azul permitiéndole a Perón, calzándose su uniforme de milico, de teniente general, descabezar a Bidegain, perdonemé, pero yo no. Si usted comparte la voladura del microcine de la policía, que fue una masacre que dolorosamente contribuyó a planear Rodolfo Walsh, yo, que admiro a Walsh como no admiro a ningún otro escritor argentino, perdonemé, pero no. Si usted cree en los que asaltaron la guarnición de Monte Chingolo, jactándose Santucho (que luego, pero tarde, se arrepintió) de ser la "operación miliciana más importante desde el Moncada", perdonemé, pero yo no. Ni ahora ni en esa época. Discutimos con ardor. No con los conductores, porque eran inhallables, sino con los militantes de superficie. *La violencia se legitima hasta la llegada de Cámpora al poder, porque es la violencia que el pueblo debe (debe) ejercer contra un régimen dictatorial. El pueblo tiene el derecho constitucional de alzarse contra la tiranía. Y Aramburu había sido el artífice, el disparador de la tiranía, el que dormía cuando Valle le manda su carta.* Yo odio la violencia. Sólo trato de entenderla. Soy incapaz de matar a nadie. Ni nunca tuve un arma en mis manos. Pero los gobiernos torpemente dictatoriales que prohibieron neurótica, paranoicamente, al peronismo, los que no dejaron retornar a Perón en 1964, recogieron los vientos que sembraron. Recogieron la nacionalización del estudiantado, el surgimiento de las guerrillas, el Cordobazo. Ahí, la guerrilla podía argumentar que no había modo de arrancarles a los militares el regreso de Perón que todo el pueblo, todos los desposeídos, todos los que amaron ese gobierno popular deseaban. Fue lamentable, pero *esa obstinación, ese odio militar, oligárquico, eclesiástico y de las clases altas arrojaron a las armas a una juventud que no lo habría hecho de haber regresado Perón en 1964. Lo impidió Illia, presionado, sin duda, por todo el establishment argentino, que no quería otra vez a la negrada en el poder*. El odio de clase en la Argentina es un odio racista. Civilización y barbarie. Educados contra negros brutos. Durante esos años escuché a muchos estudiantes *(sobre todo de abogacía)* pedir el voto calificado. Esta situación produce la muerte de Aramburu, ¿es una venganza o es un arreglo de cuentas con uno de los símbolos más poderosos de la Argentina intransigente, gorila, que impediría hasta morir el regreso de Perón? Además, ¿quién lo mató? Aramburu buscaba ser el líder de una salida negociada. ¿En serio quería eso? Si lo quería, desvariaba. Él, justamente, sobre quien pesaba la Carta del General Valle, que tiene el tono acusatorio, catilinario de la de Walsh, ¿prenda de paz? La guerrilla, en la Argentina, se valida por 18 años de proscripciones, de represión, de marchas militares, de Onganía entrando en carroza a la Sociedad Rural, de las Universidades avasalladas, del catolicismo cursillista del general del labio leporino, ¡de la consagración del país a la Virgen de Luján!, de elecciones prohibitivas para el peronismo, ¡de la elección como Presidente de la República del general Levingston, un torpe con cara de perro, que venía de Estados Unidos, y a quien conocimos por televisión!, de la abominación del líder al que el pueblo reclamaba, por la masacre de José León Suárez, por el asesinato de Felipe Vallese, por las detenciones de Ongaro, por las prohibiciones de las películas que queríamos ver, ¿qué éramos, idiotas?, ¿niños de la Acción Católica?, prohibieron una película metafísica, ontológica, desesperada, trágica, por una escena en que el protagonista tenía un tristísimo coito anal con su amante, una película inmensa de Bernardo Bertolucci con una actuación memorable de Brando, ¿y por qué no podíamos ver eso?, porque se formaban Comisiones de Calificación de Películas integradas por viejas de la oligarquía, frígidas, idiotas, chupacirios, por abogados cursillistas, por tipos de Dios, Familia y Propiedad, por reprimidos, por neuróticos que si veían una teta veían al Maligno, estábamos hartos, no dábamos más, y apareció la guerrilla, y todos la recibieron bien, y nadie lloró demasiado la muerte de Aramburu, y, para colmo, Onganía declara la pena de muerte, que lee un locutor odiado por todos, cuyo nombre olvidé, y aparecen los curas del Tercer Mundo, y el Ejército, que es el que gobierna, se desgasta cada vez más, y Perón les dice: sigan dándole duro, muchachos, y los militares no aflojan. Bien, hasta ahí, agredidos, silenciados, proscriptos, la guerrilla, como parte de la furia y la negación de todo un pueblo por dictaduras oligárquicas, militares y católicas, *como parte de ese pueblo, insisto, no como vanguardia*, se podía legitimar. El 11 de marzo gana Cámpora y se acabó la violencia. Todo lo demás, no. Ya llegaremos a estos temas que trataremos con extremo cuidado. Con espíritu abierto. Pero yo pienso *exactamente* lo que pensaba en los setenta. La violencia *solo* si es *parte* de un gran movimiento popular. Sola, aislada, sin amarras con las masas (*Repito: sin amarras con las masas), no, nunca. Así, sólo sirve a los propósitos de la derecha violenta, justifica su contraataque que toma como blanco a los perejiles porque los heroicos milicianos están en la clandestinidad y las conducciones fuera del país*. Y si quieren odiarme, háganlo. Pero no voy a cambiar este punto de vista. Todos los desaparecidos son mis compañeros. También los que eligieron los fierros: no debieron morir así, como bestias, torturados, humillados, empalados, masacrados, arrojados vivos de los aviones. Pero no compartí ni comparto la modalidad de la lucha que llevaron a cabo. Desde el 11 de marzo, la violencia sin masas, sin bases, solitaria, con uniformes (después del 24 de marzo) y rangos militares, sólo servía a la contrainsurgencia, que, por lo demás, aniquiló a la guerrilla con relativa sencillez, y se ensañó con toda la población (del centro a la izquierda) bajo el pretexto que toda acción miliciana de los luchadores solitarios le entregaba.

Colaboración especial:
Germán Ferrari - Virginia Feinmann

PRÓXIMO DOMINGO

Ideología del golpe de 1955 (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

21 Ideología del golpe de 1955 (II)

Suplemento especial de
Página/12

LA RENTABILIDAD DE LOS EMPRESARIOS

Si bien es cierto que el *Plan Económico de 1952* que impulsó el peronismo apelaba al esfuerzo obrero, no se rehuía el sistema económico de dirigismo estatal keynesiano en que se basaba desde sus orígenes el movimiento. Además, el esfuerzo era para todos. Si había que comer pan negro, lo comían todos. Si había escasez, la sufrían todos. Evita, por ejemplo, toma la difusión del Plan como una tarea militante. Pese a que su mito de jacobina pareciera impedir visualizarla en esta tarea, la encarnó con fervor. El Plan lo lanza Perón el 18 de febrero de 1952 en un su célebre discurso sobre los precios de la cosecha. Eva, por su parte, como Presidenta del Partido Peronista Femenino, reúne a las mujeres y les entrega las siguientes orientaciones militantes: "1) Cada mujer peronista será en el seno de su hogar centinela vigilante de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción; 2) Las mujeres peronistas vigilarán en el puesto o tarea que desempeñen fuera de su hogar el fiel cumplimiento de las directivas generales del plan del General Perón; 3) Cada mujer peronista vigilará atentamente en sus compras el cumplimiento exacto de los precios que se fijan; 4) Todas las unidades básicas femeninas realizarán permanentemente, durante los meses de marzo y abril, reuniones de estudio y difusión del Plan económico del General Perón y las unidades básicas deberán informar a la Presidencia del Partido acerca de la labor cumplida y de los resultados obtenidos. Eva Perón, Presidenta del Partido Peronista Femenino" (*Habla Eva Perón*, publicación del Partido Peronista Femenino, febrero de 1952, pp. 5-7).

¿Por qué hoy es imposible una medida de este tipo? Porque no hay formación de cuadros. Porque el peronismo que encarna Cristina F, que no exhibe símbolos del pasado, ni retratos de Perón ni de Eva ni menos aún el Escudo Peronista, que no canta la Marcha sino el Himno Nacional, que trata de mostrarse como lo que desea encarnar: un peronismo nuevo, con un giro, si es posible, hacia una moderna democracia de centroizquierda, carece, sin embargo, de cuadros que recorran los supermercados con el escándalo consiguiente que los medios, en manos de adversarios que ellos armaron cediéndoselos, harían en favor, por supuesto, de los propietarios, porque, lo acepten o no, para ellos trabajan. Pero esas mujeres a las que Evita podía todavía decirles: "Cuiden lo suyo. Vigilen los precios. Vayan ustedes mismas y no dejen que las estafen", hoy serían consideradas cuadros de la anarquía, de la subversión, de la violación a la propiedad privada. Y no sólo por las patronales más poderosas, sino por las clases medias que tienen tal desorientación, como tantas veces ha ocurrido, que juegan a favor del poder financiero del establishment. Esas clases medias, en lugar de velar por sus intereses, prefieren odiar a la Presidenta, con insultos tomados del arsenal de los machos de la Argentina. Arsenal, por otra parte, infinito. No es un signo de los tiempos. Es una realidad de la Argentina. Tenemos una clase media que va exactamente en un rumbo contrario a sus intereses, de cola de la oligarquía y que, como siempre, se verá impiadosamente despojada cuando la venda caiga de sus ojos y vea que la prédica que va desde el lenguaje vulgar y cascado de Chiche Gelblung hasta las plumas elegantes de *La Nación* apuntaban a una misma finalidad: liquidar a un gobierno intervencionista, estatal y tibiamente popular (lo que es algo o tal vez mucho) y reemplazarlo por el viejo neoliberalismo de los noventa. Hay esa lucha. No hay que negarla. O el Estado keynesiano, intervencionista y tibiamente distributivo del gobierno de Cristina F o el retorno a la economía de exclusión, de concentración extrema de la riqueza que se explayó durante la década de los noventa. Más alineamiento con Estados Unidos, respaldo abierto a la Guerra de Irak, muerte del Mercosur e imposición del ALCA, posible rompimiento de las relaciones con Chávez, apoyo al Plan Colombia. Pero pareciera que la clase media ignora esto. Que le han metido demasiadas cosas en la cabeza y –como suele ocurrir– se las ha creído: ahora parece que Cristina F "irrita" a todo el mundo. Es la última novedad. Lo que "irrita" es un proyecto político que da primacía a la unidad de los "populismos" latinoamericanos. Un proyecto que apoya el Mercosur. Un proyecto que habla de redistribución del ingreso. Y una presidenta que, en su discurso inaugural, dijo que no se iba a transformar en "gendarme de la rentabilidad de los empresarios".

NO HAY NARRACION INOCENTE DE LA HISTORIA

Vamos a estudiar con cierta extensión la Libertadora porque en ella está todo lo que vendrá después, incluso el presente de la Argentina de esta primera década del siglo. En esta temporalidad se escribe este texto, si sirve para ir más allá de ella no podemos saberlo. Pero, al menos, tiene que servir para ahora. No leemos el pasado para fortalecer o debilitar líneas en el presente. No podemos proponernos algo que –nos lo propongamos o no– sucederá de todos modos. Eso es *inevitable*. La asepsia de los historiadores profesionales es imposible. Además, no puede existir la figura del historiador que sólo estudia el pasado y lo estudia con un distanciamiento que le permite contarlo desde los hechos y tal como fue. *No hay una narración inocente de la historia.* Ignoro si Halperin Donghi considera que *Argentina en el callejón* es un libro de historia o una mera colección de recuerdos de un señor de cierta edad. Pero si lo tomo como un texto de narración de la historia, no puedo ignorar que la ausencia en él de un acontecimiento como los fusilamientos y los asesinatos de José León Suárez ("El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso") es una ausencia determinada por la ideología del historiador. Esa ideología le ha obliterado la visión de un hecho. O lo ha borrado inconscientemente o no le ha dado importancia, o decidió que no convenía para sus propósitos *pedagógicos* o para sus compromisos e intereses de clase. Preferiría que ciertos historiadores dijeran: "Escribimos sobre el pasado condicionados por nuestro presente, por nuestra propia historia, por nuestra ideología, por nuestros intereses y hasta por nuestro inconsciente". Hay personas, por ejemplo, que le dicen a uno: "Yo soy antiperonista porque a mi viejo la ley de alquileres de Perón lo arruinó". O "yo soy peronista porque Evita nos dio la primera casa que tuvimos". Pero sucede que una *elección política que va a formar parte de nuestra conducta en tanto individuos históricos* no debiera definirse a partir de *un hecho* del pasado, me haya pasado a mí o a mi viejo o a mi mejor amigo o al perro de la familia.

Nada *es. Todo es interpretable.* La nuestra es una interpretación. Hay y habrá otras. La Libertadora, precisamente, al producir un hecho de poder produjo también su visión de la realidad. La impuso *en* ella. El 16 de septiembre de 1955 ganaron una batalla y el derecho de imponer *su* verdad como *la* verdad. Eso es lo que hace el *poder. El poder es aquello que permite a un grupo o fracción o incluso a una nación entera (si se trata de una guerra) imponer su verdad como verdad para todos. Y hasta, si es necesario, matar desde esa verdad a los que la niegan*. En José León Suárez, en sus basurales, la Libertadora, fusilando, lo hizo en nombre de *la* verdad. Los muertos eran el *error*. Y hay algo muy poderoso en esta afirmación, algo que requiere y deberá ser pensado una y otra vez: *los muertos no tienen razón*. No la tienen porque los hombres consideran que la *verdad* es un fruto de la *razón*. El que muere, el que es baleado en un basural, es el *error mismo*. Al día siguiente, la noticia será dada o (algo mucho más probable) será escamoteada al conocimiento de la sociedad por los triunfadores, que harán con la verdad lo que se les antoje. En este caso, negarla, esconderla, no decirla. Esconder la verdad es un atributo de los triunfadores. Escondo la verdad del Otro. Negar al Otro (matarlo) es quitarle la posibilidad de todo enunciamieto. Al no poder enunciar *su* verdad, el Otro, por estar muerto, no tiene verdad. No tiene nada. Sólo yace en un basural. Los asesinados del 9 de junio de 1955 en José León Suárez nada podían enunciar. La primera enunciación de *esa* verdad es tan clandestina como el hecho que la produjo: son las notas de Rodolfo Walsh que darán cuerpo a *Operación Masacre*. Que saldrá, de todos modos, en medio de un silenciamiento tan enorme del *poder* que apenas si iniciará el largo camino de construir la verdad acerca de esos hechos.

PROYECTO ECONOMICO DE LA LIBERTADORA

Voy a entrar a analizar el *proyecto económico* de la Libertadora. Y –según es ya una costumbre que no puedo evitar– pasaré a enunciar hacia dónde se dirige ese análisis. Y también: qué relación tiene con el presente argentino. *La Revolución Libertadora fue hecha por la Marina (en primer término) y por el Ejército en beneficio de la oligarquía agrícola-ganadera*. Fue un golpe de lo que hoy tan obstinadamente se llama *"el campo"* contra un gobierno que, como el de Cristina F, maneja un concepto intervencionista de la economía vehiculizado desde el poder estatal. Simplificando, para decirlo con brutal precisión, descarnadamente, pero con todos los elementos necesarios como para fundamentarlo, enunciamos que el golpe de 1955 *fue un golpe del agro contra la concentración del capital en la industria que el gobierno de Perón realizaba por medio del IAPI*. En esa ocasión, *el agro* contaba con el Ejército de la oligarquía. Esto le facilitó la sedición. En verdad, y pese a la poderosa importancia del Ejército en el triunfo del golpe, la que marcó la *ideología oligárquica* del mismo fue la Marina. Hasta tal punto es así que durante una filmación –corría la década del ochenta– llevada a cabo en la casa de Victoria Ocampo en las Barrancas de San Isidro, en *Villa Ocampo*, el asistente de ambientación se le acerca fascinado (no hay nada más exultante para un asistente tal que dar con una *locación* perfecta, con la *locación* "soñada" que el guión del film requiere) a la escenógrafa de la producción y le dice que ha encontrado en la casona, guiado por la generosa *ama de llaves* que permanece en ella como guardiana de la misma, años después de la muerte de Victoria, un último piso, o, más precisamente, un piso abohardillado, donde estaban las que fueron las habitaciones de la servidumbre. La casona había sido construida por el padre de Victoria a comienzos de siglo, y durante esos tiempos la "servidumbre" era muy nuemerosa. El baño era de dimensiones considerables y tenía un piso de

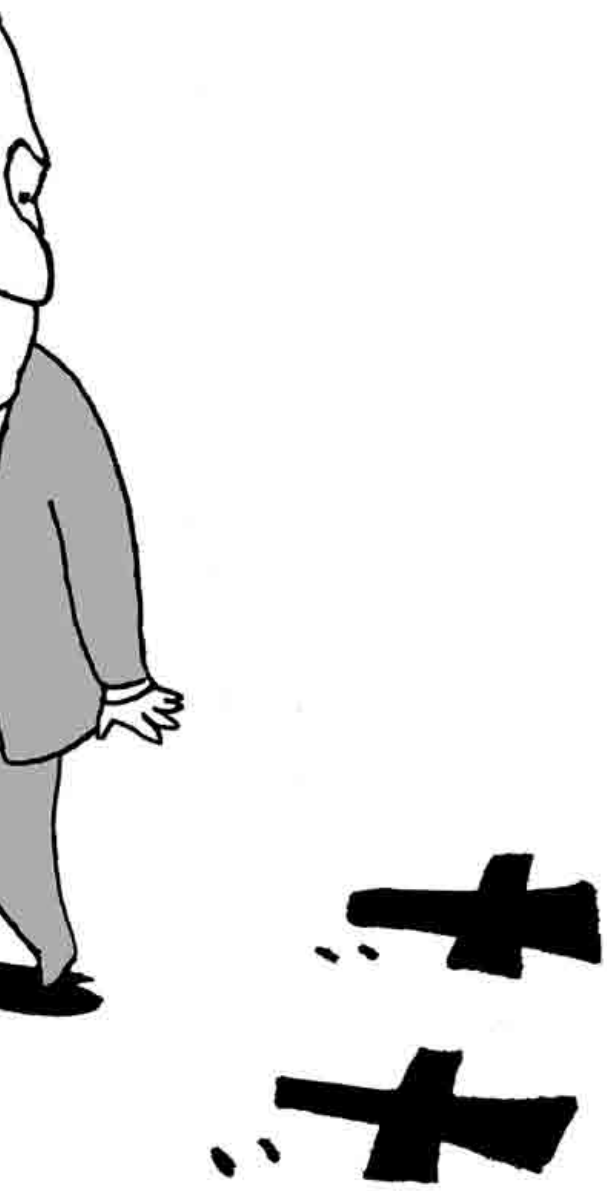
entramado de madera que había resistido el paso del tiempo. La casona tenía un primer piso destinado a lo social y una cocina en que se preparaba la comida para los banquetes. Un segundo piso privado: los dormitorios para la familia. Y un tercer piso o bohardilla para la servidumbre. Guiada por el *ama de llaves*, que exhibía todo eso con gran orgullo, la escenógrafa buscaba sus locaciones con avidez y profesionalismo. Llegan a la bohardilla, que era muy grande porque la servidumbre, a comienzos de siglo, era numerosa. En determinado momento, el *ama de llaves* abre una puerta, una puerta más, y la escenógrafa se deslumbra ante lo que encuentra: una bellísima y muy grande mesa de madera clara, tallada a los costados, con un lustre satinado. Extasiada por tan hermoso objeto (los escenógrafos aman los objetos con que construirán sus escenografías: desde un reloj hasta una enorme mesa de la oligarquía argentina), la escenógrafa exclama:

–¡Qué hermosa mesa!

El *ama de llaves* se siente halagada. Ella es, ahora, el custodio de esas venerables reliquias. Con un manifiesto, traslúcido orgullo, como si todo hubiera ocurrido ayer, dice:

–Ja, ahí se sentaba el almirante Rojas cuando planeaba, con los suyos, la Revolución Libertadora.

La Libertadora se estructura con la oligarquía agraria en lo económico, el grupo *Sur* en lo cultural y la Marina en lo bélico. No es para sorprender a nadie esta unión entre el almirante Rojas y Victoria Ocampo. También, desde Montevideo, Borges y Bioy escribían su texto *La fiesta del monstruo* que buscaba ser a Perón lo que *El matadero* de Echeverría había sido a Rosas. No importa la efectividad que hayan tenido ambos textos. El de Echeverría se leyó entre los unitarios de Montevideo. Y el de Bioy y Borges entre los antiperonistas de la misma ciu-



dad. Importa que se hayan escrito. Señalar la especificidad de clase que expresaban.

EL INFORME PREBISCH

Un hombre fue presentado como el salvador de la economía del país, que, según decían los propagandistas de la Libertadora, estaba al borde del desastre. Ese hombre fue Raúl Prebisch (1901-1986). Había sido miembro de la comisión signataria del Tratado Roca-Runciman de 1933, el que célebremente fue llamado "estatuto legal del coloniaje". Tipo inteligente, brillante, llega a ser Presidente de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), que pertenecía a las Naciones Unidas, en tanto uno de sus organismos. El que lo convoca es Lonardi y Prebisch presenta un *Informe* que hoy es célebre. Pero yo no escribo solamente para aquellos que conocen su celebridad y, conociéndola, la constituyen. Imagino, a veces, a jóvenes lectores que ignoran estas cuestiones y a los cuales tomar contacto con ellas va a ayudarlos a entender las de hoy. Prebisch empieza invocando a Avellaneda. Siempre que, en nuestro país, alguien invoca a Avellaneda, ¡tiemblen! Se viene el hambre. Avellaneda fue el que dijo que pagaría nuestras deudas "sobre el hambre y la sed de los argentinos". Prebisch dice que la situación que él aborda es aún *peor* que la de Avellaneda. Peor que la del '90 y peor que la de la depresión mundial de fines del veinte e inicios del treinta. Una pregunta: si había tanta miseria, ¿por qué los pobres lloraban la caída de Perón, por qué esas dos indias a las que miró desde la mesa de la oligarquía salteña el sensible Sabato, tenían la cara surcada por el llanto del miedo, de la derrota, de la certeza de la indefensión? Si la miseria era tal, ¿por qué no había huelgas? Por más que el peronismo las hubiera prohibido, por más dominio que la CGT tuviera sobre sus afiliados, si la miseria fuera de tal dimensión, habrían existido protestas obreras. Al contrario, cuando cae Perón, según hemos visto, son los obreros, los pobres quienes lo lloran y saben que quedan en manos de sus patrones. Porque era así: *la Libertadora era el triunfo de la patronal.*

En 1956 se publica un pequeño folleto que lleva por nombre *Informe preliminar Prebisch acerca de la situación económica*. El *Informe* dice: "Para poder dar más mercaderías y comodidades a cada habitante no basta con darle más salario. Esto crea la ilusión de poder comprar más cosas, pero cuando vamos a comprarlas nos encontramos que el precio sube por la inflación y al final tenemos menos que antes". No, falso de toda falsedad. En su obra maestra de 1936, John Maynard Keynes, *que sigue teniendo razón*, escribe: "El argumento (el que acaba de explicitar Prebisch, J. P. F.) consiste sencillamente en que una reducción de los salarios nominales estimulará, *ceteris paribus* (de modo semejante, J. P. F.), la demanda al hacer bajar el precio de los productos acabados, y aumentará, por tanto, la producción y la ocupación hasta el punto en que la baja que los obreros han convenido aceptar en sus salarios nominales quede compensada precisamente por el descenso de la eficiencia marginal del trabajo a medida que se aumente la producción" (John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p. 227. Página exacta en que el libro se me desgajó por no estar cosido como deben estar los libros y ya, en medio de la decadencia irreversible de la cultura de Occidente, podemos olvidarnos de que eso ocurra. El libro no toleró ser leído hasta ese punto y me estalló entre las manos. Así va la cultura). Y Keynes es terminante: "Difiero fundamentalmente de este tipo de análisis" (Keynes, *Ibid.*, p. 228). Nosotros también. *En economía diferimos de todo planteo que proponga como punto de partida la reducción, la baja de los salarios, y adherimos, con total certeza, a todo planteo que tome como punto de partida una reducción, lo más considerable posible, en las superganancias de los propietarios, de los patrones, de las oligarquías de todo tipo, agrícolas, industriales, financieras. Son ellas las que tienen márgenes para hacerlo. Dinero de sobra para comprar alimentos. Ningún sacrificio les reportará una reducción de las ganancias que determine un aumento de los salarios. Es sólo la perversión, la acumulación insaciable de ganancias exorbitantes, el desprecio por el interés del país en el que lucran y de sus ciudadanos con estrecheces económicas, lo que los lleva a defender con uñas y dientes su rentabilidad. Creen que si ellos ganan, gana el país. Que cuanto más ganen ellos más fuerte será el país y, en algún momento, esa ganancia caerá hacia abajo, hacia el lugar de los desposeídos.*

Los restantes ciudadanos padecen la escasez. Se nos dirá que la economía es la ciencia de la escasez. Aunque, ¿habrá alguien tan torpe como para decir eso? Es cierto: podemos definir a la economía como la ciencia de la escasez, pero no para consagrarla, no para hacer de ella un tema teórico. La economía es el proyecto de la eliminación o de la disminución de la escasez. O, sin duda, debería serlo. A las clases propietarias nada les importa la escasez de los necesitados, sino que viven para *el crecimiento de su rentabilidad.* Nada –la Historia lo ha probado– se puede esperar de su sensibilidad para un país más justo. *Su sensibilidad social, su participación en la justicia distributiva del país en el que lucran es inexistente, sólo les interesan sus márgenes de rentabilidad. Llevan en su corazón un libro de ingresos y egresos. Los ingresos tienen que superar –y cuanto más, mejor– a los egresos. Y si entre esos egresos están los salarios, pues entonces: cuanto más bajos, mejor. Cuanto menos se gaste en salarios, más rentabilidad habrá.*

TODO PARA LA OLIGARQUIA GANADERA

Con mil argumentos, las oligarquías de todos los tiempos han intentado justificar esta ideología de acumulación. No hay diálogo. Si lo hay es porque tienen tanto poder interno y externo que hambrean al país y gozan de sus fabulosas ganancias. Compran periódicos que los defienden. Periodistas que propalan sus sofismas. Que asimilan sus tierras primero al "campo" y luego a "la patria". Observemos la facilidad con que se arma este sofisma. Uno, a la patria, la llama *su* tierra. Uno dice: "Amo a mi tierra o amo a mi país". El folklore ha abusado de esta identificación entre tierra y país. "De la tierra de uno". O también: "Quiero morir en mi tierra". O "regresar a mi tierra". *Pero la tierra no es de uno*. Cuando Atahualpa dice "Las vaquitas son ajenas" está diciendo lo mismo. "Nuestra" tierra es, en todo caso, el lugar en que tenemos las penas. Pero uno no ama a su tierra. No va a morir en su tierra. Y si regresa no regresará a su tierra. *La tierra –identificada con la patria– no es de usted ni es mía ni es de la inmensa mayoría de la gente que vive en ella.* Usted va a morir en la tierra de otro. Si quiere amar algo, no ame a su tierra, porque está amando algo que no le pertenece. Puede amar a su país, en todo caso. *Pero la tierra, como las vacas de Atahualpa, es ajena*. La falacia se viene construyendo desde tiempos inmemoriales. Si la patria es la tierra, la patria es "el campo". Volveremos sobre esto.

Cuando le cortan la cabeza a Lonardi, Prebisch tiene que hacer sus valijas e irse. Aramburu tenía un buen reemplazante: Eugenio Blanco. Supongo que lo recuerdan: el de "la patria de nuestros padres y nuestros abuelos". Aquí está. Ministro de Hacienda de Aramburu, se presenta en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (en el corazón de la economía) y se dispone a exponer el definitivo *plan económico* de la Libertadora. Este *plan* es un *plan ideológico*. La economía "pura" no existe. No es una ciencia que nada tenga que ver con la política. Al contrario, es siempre el resultado de un choque de intereses. O de una guerra. Aquí, es el reflejo de la derrota del peronismo. La revancha de una clase. Y más también: de una burguesía financiera que quiere atarse a los grandes organismos que manejan el dinero en el mundo. El proyecto económico que va a exponer Blanco es el resultado de la derrota peronista de 1955. Ese plan favorecerá a los poderosos y castigará a los derrotados, a los que tuvieron la "osadía" y hasta la "infamia" de apoyar al régimen del tirano. A ellos, les ha llegado el turno de pagar sus culpas. En 1976, en la Cámara Argentina del Cobre, un industrial severamente dijo: "El pueblo se equivocó, ahora que pague". Como vemos, la economía no es pura, no es una ciencia, es un arma, una bandera, una herramienta de odio de clase, de venganza.

Sigamos a Eugenio Blanco en su exposición. Establece algo para todos indudable, para todos quienes lo escuchan en ese sagrado recinto de una Facultad, la de Economía, a la que están regresando –como a todas las otras– los mejores profesores que muchos alumnos han tenido jamás, pues los que el peronismo puso eran adeptos partidarios, genuflexos, fascistas, tomistas o cualquier otra cosa menos algo que tuviera que ver con la inteligencia, el saber, así, entonces, Blanco puede decir que el golpe del '55 trae otra vez a la Argentina "el imperio del honor y la dignidad" (Eugenio A. Blanco, *Realidad económica argentina*, Ministerio de Hacienda, Buenos Aires, 1956. Insisto: prestemos oídos a la exposición de Blanco porque es una pieza perfecta del pensamiento oligárquico en lo económico). Fueron, dice, diez años de oscuridad y de silencio. Cuando veamos el cine de la Libertadora veremos que una de sus películas centrales se llamó *Después del silencio*. No hubo silencio. Sólo ocurrió que *otros* –los que jamás habían *tomado* la palabra– fueron los que hablaron.

Lo primero que tiene que hacer Blanco es atacar el intervencionismo de Estado: "La crisis de 1930 trajo la caída de uno de los primeros gobiernos populares que tuvo el país bajo el auspicio de la Ley Sáenz Peña, iniciándose un período de *intervencionismo estatal que iba a adquirir características totalitarias bajo el régimen depuesto*". Los golpes de Estado, en la Argentina, hacen magia para no nombrar lo innombrable. Perón era el tirano, su gobierno "el régimen depuesto". Para Videla, el ERP era "la organización prohibida en primer término"; los Montoneros, "la organización prohibida en segundo término".

Y ahora, atención, señores: ¡se viene con todo la oligarquía agraria, la principal impulsora y la gran favorecida por el golpe de 1955! Lo digo claro: a Perón lo tiraron para liquidar la supremacía de la industria sobre el campo. Toda la hojarasca sobre la democracia y el autoritarismo fue eso: hojarasca. Si Perón hubiese sido autoritario y dictatorial, pero defendiendo los valores de la oligarquía habría sido Aramburu, y, con él, ningún problema. Si las dictaduras favorecen nuestra rentabilidad, adelante. Así razona y así miente el agro. Dice Blanco: (Durante los gobiernos peronistas) "La producción agropecuaria disminuyó, la industria compensó ese menor ritmo productivo y los servicios del gobierno aumentaron en forma significativa. *Fue así cómo el país empezó a sentir los efectos de la vulnerabilidad exterior, pues constituyendo la producción agropecuaria el elemento fundamental en la creación de divisas, fue imposible mantener el ritmo ascendente de la producción industrial debido a la sangría de reservas monetarias que se hizo cada vez más sensible a medida que dicho proceso avanzaba en su curso*" (Las cursivas me pertenecen). Blanco no se andaba con vueltas. De aquí la importancia de este discurso. En el fragmento que acabamos de citar, el ministro de Hacienda de Aramburu le dice claramente al sector industrial (que, para "el campo", era "el peronismo") que el papel hegemónico en la economía tenía que volver a ser del sector agropecuario. ¿Cómo salir del marasmo peronista, se pregunta? Dice: Tratando de crear el factor favorable para el incremento del país que en los momentos actuales no puede ser otro que la producción agropecuaria. Sólo de este modo será posible seguir importando y crear las condiciones aptas para la expansión industrial (...) *Dicho planteamiento implica de modo incuestionable el sostén del agro como elemento principal para la estabilización industrial y su progreso ulterior*" (Siempre, de aquí en adelante incluso, cursivas mías). Pero no alcanza con el agro. Necesitamos algo más: "Resulta evidente la necesidad de completar el esfuerzo nacional con el proveniente del exterior. *La radicación de capitales extranjeros es a este respecto imprescindible para enfrentar la actual situación económica*". La llegada del capital extranjero siempre funcionó como metáfora de la "entrega del país". Se sabe: Perón había jurado cortarse un brazo antes de pedir un dólar de afuera. Y cuando, en 1973, lo hace, en la revista *El Descamisado* sale una tapa que dice: "Ya llegan los dólares. ¿Los yankis nos financian la liberación?". La pregunta era lúcida y le pegaba fuerte a ese Perón que enfrentaban con tanta dureza. Si durante 18 años un tipo se pasa

diciendo pestes contra los yankis y alentando a los jóvenes en la lucha antiimperialista diciendo que el Che es el mejor de los nuestros y que él, Perón, pudo haber sido "el primer Castro de América", y apenas sube pide un préstamo a Estados Unidos, la tapa del *Desca* era impecable. Aunque la conducción que estaba detrás de esa tapa no lo fuera. Salvo el que firmaba el editorial: el alevosamente asesinado Dardo Cabo.

Adelante con Blanco: el país ha vendido mucho oro, ya no hay barras en el Banco Central (lo que le permitió, según la versión gorila de la historia, hacer a Perón su distribucionismo "demagógico"; ¿qué habría hecho Robustiano Patrón Costas con esas barras de oro?, ¿que habrían hecho Tamborini-Mosca, "la fórmula de la bosta"?), por lo tanto, "mientras no se ofrezcan al mercado internacional el fruto de las próximas cosechas, que prometen ser muy satisfactorias, (será necesaria) *la utilización de los créditos que a breve término suministrará el Fondo Monetario Internacional, que, según es sabido, es uno de los organismos mundiales al que se ha incorporado recientemente la argentina*". Pero hay todavía obstinados que dicen que el país tiene recursos propios que, fortalecidos por el ahorro interno, le permitirán salir adelante sin recurrir a la ayuda externa. Blanco pierde la paciencia: "Se trata, como es fácil deducir, de un claro razonamiento xenófobo". Y sigue el aguerrido Ministro de Aramburu, un hombre sin dudas, que no ignora el poder que lo avala: "La Argentina, en los momentos difíciles que ha tenido que enfrentar después de la década del desgobierno dictatorial, ha buscado en la cooperación internacional y en la confianza de los inversores del exterior los complementos indispensables de sustentación de la recuperación, *que iniciada en los sectores agropecuarios, por ser los gestadores de divisas que requiere el país, se desparramarán luego a los sectores fabriles que constituyen un todo armónico en la estructura productiva del país"*. Mentira, consciente y detestable mentira: el golpe se daba para centrar *absolutamente* la economía en el sector agropecuario, *el único que generaba divisas*. "Del agro vivimos, señores. Como siempre hemos vivido. El campo es la patria de nuestros padres y de nuestros abuelos", habría dicho, si no lo acabara de decir yo, interpretándolo, el señor Blanco, que, con ese apellido, era totalmente el llamado a hambrear a la negrada peronista. Hacía falta un Ministro de Hacienda "Blanco" porque era la hora de blanquificar la Argentina. Basta de negros altivos, de sirvientas delatoras, de obreros que tiraban la carretilla no bien sonaba el timbre del descanso. No, señor; no, negro de mierda, suene o no ese timbre, usted me lleva la carretilla hasta donde la tiene que llevar, y después, recién después, y sólo si el patrón no le indica algo extra para hacer, descansará un rato y volverá al trabajo. Queremos su plusvalía, ¿sabe? Esa palabra marxista, esa palabra que inventó ese judío de mierda, que si a usted se le pasa por la cabeza lo pondremos de una patada en la calle. Total, hambrientos nos sobran. En *La Patagonia rebelde*, una vez que los rebeldes pierden la huelga, los que no son masacrados por la furia homicida del coronel Varela, desfilan ante un comisario que los anota, piadosamente, de puro buenazo que es, para los nuevos empleos de peón. A uno le dice: "Y ahora, si tu patrón te dice que sos un perro, te ponés en cuatro patas y ladrás".

LA LIBERTADORA Y EL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

Sigue Blanco (y ya nos estamos por librar de su jerga, de su sermón liberal, patronal) y dice (aunque no lo cito textualmente): El Fondo Monetario Internacional y el Eximbank, en especial el primero, pasan a desempeñar el oscuro papel que el Banco Central había jugado durante la década del '30. (Que, para los setembrinos, ha sido otra, la que acaban de liquidar: la de 1945 a 1955.) Oigan esto, no lo pierdan: "Durante el régimen depuesto se hizo alarde de una mejora en las retribuciones a los trabajadores mediante aumentos masivos de salarios que no correspondían a crecimientos correlativos en la productividad. *Más pesos y menos bienes fue la realidad de la dictadura. Más pesos con emisión monetaria y menos bienes por el estrangulamiento de la actividad agropecuaria, que, al disponer de menos divisas, dificultó los abastecimientos del exterior y atascó la producción industrial*". ¿Cómo se podría solucionar esto que no parece tener solución posible? ¿Avellaneda otra vez? No, el campo otra vez. Esta patria tiene la tierra. La tierra es próspera. La tierra tiene sus poseedores: la oligarquía terrateniente, ella dará de comer al país y garantizará su crédito. Sólo se trata de volver al campo, señores. Restablecer, ahí, las jerarquías que el peronismo vino a erosionar. Se trata de derogar el Estatuto del Peón. Nunca más se aceptará un libelo como el que el Tirano Depuesto entregó a los peones de campo antes de las elecciones de febrero de 1946. Ese *Decálogo* iba contra el orden que la Patria siempre había tenido. Soliviantaba el orden del campo. Establecía el odio entre patrones y peones obedientes y mansos. *"No concurra a ninguna fiesta que inviten los patrones el día 23 (...) Si el patrón de la estancia (como han prometido algunos) cierra la tranquera con candado, ¡rompa el candado o la tranquera o corte el alambrado, y pase a cumplir con la patria! Si el patrón lo lleva a votar, acepte y luego haga su voluntad en el cuarto oscuro. Si no hay automóviles y camiones, concurra a votar a pie, a caballo o en cualquier otra forma pero no ceda ante nada, desconfíe de todo: toda seguridad será poco"*. Entre tanto, esa izquierda de la que aún dicen algunos, más que despistados, bobalicones de alto vuelo, que el peronismo le impidió en el país una revolución o su desarrollo, el de esa izquierda, se expresaba por medio de Rodolfo Ghiodi, Américo ("Norteamérico") Ghioldi, Nicolás Repetto y el jefe de todos ellos, el de las grandes relaciones con Moscú, el obediente de las directivas de Stalin, Vittorio Codovilla, que escribía en su periódico *Lucha Obrera* y en todos los que manejaba el Partido el siguiente disparate: *"Estamos frente al fascismo, no lo olvidemos en ningún momento"*. Lo mismo que creían los refinados de *Sur*.

En *Memoria del Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora (1955-1958)*, Presidencia de la Nación, Servicio de Publicaciones, una importante publicación del aramburato, se lee: "Siendo de urgente necesidad restaurar la confianza exterior en las finanzas del país, a fin de evitar el perjudicial aislamiento de la economía argentina". Bueno, ¿a causa de esto, qué? "A tal efecto, el Decreto Nº 7.013/56 dispuso la iniciación de gestiones para obtener el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Logrado el objetivo perseguido y consideradas las condiciones prefijadas por los organismos aludidos, fue dictado el Decreto-ley Nº 15.970 del 31 de agosto de 1956, *aprobando el ingreso de la República Argentina al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento*".

NACE EL HECHO MALDITO

Mario Rapoport ha manejado impecablemente algunos temas en un ambicioso libro de 1037 páginas: *Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2003* (Emecé, Buenos Aires, 2007). Después del '55, los Libertadores definen al suyo como un gobierno "provisional". Aplastan el levantamiento de Valle (que veremos con detenimiento). Implantan la Ley Marcial. "Se fusiló a treinta y ocho civiles y militares" (Rapoport, Ibid., p. 422). En 1957, convocan a una *Convención constituyente*. Excluyen el artículo 40 y el famoso 14 bis, que prohibía las huelgas. Evita les decía a los ferroviarios cuando los enfrentó:

Evita: –Escuchen bien, compañeros: el que le hace una huelga al peronismo es un carnero de la oligarquía (...) Hacerle una huelga a Perón es no querer trabajar por la patria. ¡Es trabajar para la antipatria! (...) ¿Qué pasa? ¿Se olvidaron ya? ¿Quién les dio todo eso? ¡Se los dio Perón! ¿Y a Perón le hacen una huelga? ¿Qué tendrían si en el '45 hubiera ganado la Unión Democrática? ¡Tendrían menos salarios y ninguna conquista social! ¡Comerían mierda, compañeros! ¡Mierda de la oligarquía!

Obrero: –Eso es cierto, señora. Pero en el '45 ganamos nosotros. ¡Más derecho a reclamar tenemos! De la oligarquía no esperamos nada. Pero de usted y Perón esperamos todo, compañera. Por empezar, algo más que 340 pesos.

Evita: –También Perón y yo esperamos cosas de los peronistas. Ante todo, que no nos hagan huelgas. ¡No hay nada más dañino que el ejemplo equivocado! ¡No queremos huelgas en la Argentina de Perón! ¿Está claro? ¡Nosotros les dimos las leyes, arrinconamos a la oligarquía! ¡Nosotros le metimos miedo, le enseñamos a respetar a los obreros! ¡Y ustedes nos hacen una huelga! ¡Por doscientos pesos de mierda!

Obrero: –Para un obrero doscientos pesos no son una mierda, señora.

Evita: –¡Sí, lo son! ¡Doscientos pesos al lado de toda la política social del peronismo, del amor de Perón por su pueblo... son una mierda! (*Exhortativa. Con enorme autoridad y firmeza:*) ¡Esta huelga tiene que levantarse! Esta es una huelga de la Unión Democrática y del diario *La Prensa*. ¿Qué pasó, se volvieron socialistas los de *La Prensa*? Esta no es una huelga obrera. Responde a intereses de la oligarquía, juega a favor de ellos. (*Durísima:*). Por última vez, compañeros: ¡levanten esta huelga! No digan que no les avisé. Porque si hay que dar leña, ¡vamos a dar leña! Caiga quien caiga y cueste lo que cueste. (J. P. F., *Dos destinos sudamericanos*, *Ibid.*, pp. 31/34. Texto del film *Eva Perón*).

En 1957, la Libertadora convoca a una convención constituyente. "La segunda minoría (la primera había sido la de la UCR del Pueblo, aunque superada por los votos en blanco de los peronistas, J. P. F.), expresión del radicalismo frondicista, impugnó la Asamblea, convirtiéndose en portavoz del voto en blanco. Por su parte, los partidarios del gobierno, durante la asamblea, rivalizaron entre sí formulando propuestas destinadas a captar al electorado peronista . El objetivo de 'desperonizar' al país estaba a punto de fracasar" (Rapoport, *Ibid.*, p. 423). Por fin, luego del pacto entre Perón y Frondizi, éste ganaría las elecciones presidenciales del 23/2/1958 con los votos peronistas.

UCR Intransigente: 4.070.875 votos
UCR Del Pueblo: 2.618.058 votos
Comunistas: 264.746 votos
Socialistas: 147.498 votos
En blanco: 838.243 votos

Si tenemos en cuenta que la mayoría de los votos de Frondizi habían llegado a él por orden de Perón y por medio de la gestión de Cooke y que los votos en blanco eran peronistas, la Libertadora había fracasado: el país seguía siendo peronista. Y durante dieciocho años le impediría organizarse excluyendo al peronismo. Que era, en efecto, el "hecho maldito" que impedía esa organización del empresariado y de los agricultores y los ganaderos. Ahí es donde "prende" la frase de Cooke que señala al Peronismo como el "hecho maldito" del país burgués.

En la próxima entrega nos meteremos con los libros del golpe de 1955 y también con el cine: Martínez Estrada y *¿Qué es esto?*, Mary Main y *La mujer del látigo*, libro que utilizó (ése y ningún otro) Tim Rice (el guionista de la *Evita* de Andrew Lloyd Weber y, sí, de Tim Rice), *ayer fue San Perón* de Mario Amadeo, *El otro rostro del peronismo* de Ernesto Sabato, *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy Casares, *El mito de Eva Duarte* de Américo Ghioldi, *El Libro Negro de la segunda tiranía* y, si llegamos, con los films *Después del silencio* de Lucas Demare y *El Jefe*, guión de David Viñas y realización de Fernando Ayala. Seguiremos, de este modo, con lo emprendido hasta aquí: una tarea *heurística* de búsqueda de las fuentes y una muy delicada *hermenéutica* de las mismas. *Ésta es, para nosotros, la tarea fundamental*. Entenderemos por *hermenéutica* lo que se ha interpretado del *Organon* de Aristóteles. Evitaremos, de este modo, las complicaciones que tiene luego el término en filósofos como Nietzsche, Heidegger o Hans-Georg Gadamer. *Hermenéutica* será, para nosotros, eso que los traductores al latín del tratado de Aristóteles han establecido: *De interpretatione* o, sin más, *hermenéutica*. La disciplina que tiene a su cargo la interpretación de los hechos. Tarea infinita y definitiva si, sobre todo, recordamos la formidable fórmula de Nietzsche: *No hay hechos, hay interpretaciones*.

Colaboradores: Virginia Feinmann, Germán Ferrari.

PRÓXIMO DOMINGO

Ideología del golpe de 1955 (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

22 Ideología del golpe de 1955 (III)

Suplemento especial de
Página/12

PASADO Y PRESENTE DE LAS BATALLAS ENTRE EL INTERVENCIONISMO ESTATAL Y EL LIBRE MERCADO

En el plano económico (que es imposible aislar del político), la Libertadora busca destruir el intervencionismo de Estado que aplica el peronismo. Son liberales y lo que buscan los liberales es la libertad del capital. Esa libertad se expresa en el mercado. El mercado, para ser libre, no debe sufrir la intervención estatalista. La disyuntiva entre liberalismo y populismo es la disyuntiva entre *mercado* y *Estado*. Para el populismo, la única posibilidad de derivar las ganancias de las empresas hacia los sectores populares es que el Estado intervenga en la economía, regule el mercado e impida que esas empresas se apropien de él. Las empresas defenderán la libertad de mercado y dirán que la intervención del Estado la distorsiona. De la distorsión del mercado se pasará a decir que el Estado es autoritario. (Autoritario por el mero hecho de intervenir, *con autoridad*, en el mercado, frustrando su libertad. Nada más autoritario o, incluso dictatorial, que "frustrar la libertad".) El paso siguiente será decir que las ganancias de las que se apropia el Estado por su intervencionismo no van a los sectores "pobres", no van al "pueblo" que el Estado populista dice proteger, sino que se las queda el propio Estado. A lo que se le llama "corrupción". En suma, si el Estado interviene en el libre juego del mercado será: autoritario y corrupto. Al ser autoritario también será necesariamente antidemocrático. Al ser antidemocrático herirá las instituciones de la República, los distintos poderes por medio de los cuales la democracia se expresa: el Legislativo, el Judicial y el Ejecutivo. Será, así, antirrepublicano. Enemigo de los valores de la República y sus instituciones democráticas. Todo este bien armado aparato conceptual busca un solo fin: que el mercado quede en manos de las empresas. Un periodista obediente de esas empresas promocionaba su programa precisamente afirmando que lo respaldaban porque les interesaba "el país". Es famoso el lema: "Estas empresas a las que les interesa el país". A las empresas no les interesa "el país". A las empresas les interesa la rentabilidad. Hay muchas personas de buena voluntad en las empresas. Gente que cree que este sistema puede funcionar. Pero luego de una larga meditación junto a alguno de ellos (recuerdo una charla en Mar del Plata promocionada por una multinacional), el buen tipo, el capitalista con corazón, llega a decir: "Yo puedo tomar aquí, en el país, todas las decisiones que quiera. Pero la verdadera decisión la toma alguien, a quien no conozco, en Suiza".

¿Qué buscó decir? Las empresas que se disputan el mercado argentino no tienen su célula central aquí. De aquí retiran sus ganancias. Y raramente las vuelven a invertir. Si se las deja entrar (lo cual, a esta altura del desarrollo del capitalismo y de la catástrofe de todas sus alternativas, es inevitable), competirán con las empresas nacionales que están en el mercado. Con enorme facilidad las dominarán. Comprarán todo su paquete accionario o la mayoría de él hasta tener el control de la empresa. El mercado libre no es libre. El mercado tiende a la oligopolización. Lo que soñó Adam Smith no era esto. Pero no es menos cierto que no encontró una verdadera herramienta teórica para impedirlo. Smith sabía que los monopolios eran inevitables (y pensaba en los países ricos, no pensaba en lo que, para él, eran "las colonias") y no pudo encontrar nada que pudiera impedirlo. Salvo ese célebre pasaje de la "mano invisible". Convengamos que si un teórico de la talla de Adam Smith tiene que apelar a algo tan teológico o metafísico como la "mano invisible" para explicar por qué el mercado se regula por sí mismo es porque no, *porque no se regula por sí mismo*. No sólo no lo hace sino que la política de las grandes potencias se ha desarrollado a lo largo de los dos últimos siglos protegiendo los intereses de esas empresas. Cuando Kissinger dijo: "Los intereses de la General Motors son los intereses de los Estados Unidos" dijo una frase tan histórica como cuando le dijo a Videla "Maten a todos pero antes de Navidad", que es otro modo de asegurar el buen funcionamiento de las empresas.

El liberalismo, en los países de la periferia, se encuentra impedido por el surgimiento de los populismos. A los populismos los respaldan las masas, porque los gobiernos populistas, por medio de la intervención estatal y pese a la corrupción que, en efecto, los corroe, *distribuyen el ingreso*. De este modo, al hacerlo, logran la adhesión del *popolo minuto*. Del pueblo pobre. Tienen, en resumen, a las masas de su lado. El liberalismo, al no tenerlas, debe, en nuestros países pobres, fortalecer al Estado. Debe poner en funcionamiento un Estado poderoso que está al servicio de la represión. Aquí sus postulados colisionan. Un Estado poderoso (un gendarme de las empresas) altera el esquema liberal, que requiere sólo un Estado atento a las necesidades más elementales de la sociedad. El célebre *laissez faire, laissez passer* del liberalismo clásico no ha dado paso a ninguna fórmula nueva ante el Estado. Los liberales siguen exigiéndole lo mismo. Que sólo administre. Nunca pudo lograrlo el liberalismo argentino porque siempre llegó al poder por medio de golpes militares. Los militares, por torpes y por necesariedad de esa torpeza para matar gente, es decir, para la represión, gastaron desmedidas sumas de dinero en armamentos y todo tipo de cosas para fortalecer el Estado. Crearon sus propias empresas e intervinieron en la economía. Por otra parte, un liberalismo represivo debe contar con un Estado gigantesco. Ese Estado invade el mercado y le resta libertad, espontaneidad, en suma: interviene en él. Siempre los liberales terminaron desilusionándose de los militares. O porque compitieron con ellos o porque crearon un Estado bélico al que destinaron reservas desmedidas. El liberalismo, en la Argentina, sólo llega al poder con los votos del peronismo en su expresión menemista. Aquí, obedeciendo a la corriente de la época, el gobierno de Carlos Menem le entrega el poder al llamado *capitalismo salvaje* o *capitalismo de mercado* o *neoliberalismo*. No hay demasiadas diferencias. Menem entrega los votos, el aparato justicialista y pone a sus órdenes a un sindicalismo cómplice. En cuanto a los militares, también es cierto que, al apoderarse del Estado, la corrupción los penetra con tanta facilidad como a cualquier político. Por lo que terminan deviniendo socios y hasta jefes de las empresas en lugar de sus meros protectores.

El IAPI fue el arma más genuina que el populismo impulsó en América Latina. Es la cifra perfecta del intervencionismo de Estado. En 1950, el IAPI cubría el 75 por ciento de las exportaciones argentinas. Al reemplazar a los monopolios como Bunge y Born que intermediaban entre los productores y el mercado internacional, el IAPI se apropiaba de capitales excedentes que derivaba a: 1) Beneficiar los intereses de los sectores postergados de la sociedad; 2) Promocionar el desarrollo industrial. De aquí que –en el plano económico– la diferencia fundamental entre el peronismo y la Libertadora y el motivo fundante del golpe del '55, más allá de toda la hojarasca "democrática", fue el pasaje de una *economía que centralizaba el capital en la industria y en los sectores populares a una economía que centralizaba el capital en los sectores tradicionales de la ganadería y la agricultura ligados a los trusts cerealeros, a la tradicional oligarquía vacuna argentina.*

Los antiperonistas (los liberales de este país) le objetaron al IAPI que fomentara la corrupción. ¡Claro que fomentaba la corrupción! Toda concentración estatal fomenta la corrupción y la burocracia. Pero, ¿qué importaba un Jorge Antonio al lado de las superganancias que se les extraían a los monopolios? La corrupción está en todas partes. Y la mayor corrupción, en última instancia, es que la tierra de la patria sea propiedad de familias o de grupos económicos. En fin, pero estas cosas se eliminan con algo más drástico que un Estado nacional popular intervencionista. Si a éste ya se lo considera el Maligno en persona, ¿qué se puede esperar de la suerte que correría una reforma verdadera de la propiedad de la tierra? Han logrado meter en la cabeza de todo el mundo que eso sería matar a Dios, a la Propiedad Privada y al Orden Natural de las Cosas.

Los problemas del populismo son también graves. La concentración del poder en el Estado (todo Estado intervencionista es un Estado poderoso) genera no sólo corrupción, sino personalismo y autoritarismo. En suma, desdén por los valores de la democracia. El liberalismo *siempre* es antidemocrático. Sólo lo fue en el caso excepcional del menemismo que le posibilitó no *asaltar el Estado por medio del Ejército*. El Estado nacional popular corre el *riesgo* de no ser democrático. Y acaso deba aceptar ese riesgo. ¿Cómo iba Perón a instaurar algo como el IAPI, algo que tocaba profundamente el corazón del sistema ganancial de las grandes empresas cerealeras, sin la fuerte autoridad de un Estado intervencionista? ¿Cómo un Estado nacional popular va a beneficiar al pueblo sin convocar su adhesión entusiasta? ¿Cómo esta adhesión entusiasta no va a generar un caudillo que la convoque? ¿Cómo este caudillo no degenerará, muy posiblemente, en un político personalista, en un líder de masas o en un dictador? La Historia es compleja. De aquí que estas cuestiones no tengan arreglo y haya pensadores como Hegel y Clausewitz que reflexionaron sobre la inevitabilidad de la guerra. Hay un momento en que entre liberales e intervencionistas *la política no alcanza*. Perón tuvo que ser autoritario. No lo fue por su pasado nazi, según veremos que abundantemente dicen los ideólogos de la Libertadora. No lo fue por haber visitado la Italia fascista. No lo fue por haber sido miembro del GOU ni por esperar, junto a sus compañeros, la victoria de Alemania para representarla en el Sur de América Latina. El autoritarismo de Perón tiene una explicación racional, clara: no podía instaurar el Estado que instauró democráticamente. El IAPI es una *medida de fuerza*. Es meterles la mano en los bolsillos a los ganaderos, a los agricultores. En suma, a la oligarquía. El Gobierno de Perón (y el de Eva) fue antioligárquico y, por medio de esta política, derivó parte de las superganancias de la oligarquía hacia el Estado y desde el Estado las derivó hacia la clase obrera aumentando su participación en la renta nacional en más de un 30 por ciento. ¿Se habría podido hacer esto sin una política autoritaria? ¿Se puede extrarles dinero a los grupos de poder sin un poder semejante o mayor? Recordemos el nombre nada casual que se le da a ese proceso, al de la derivación de ganancias de los propietarios o de los monopolios hacia el Estado: *exacción*. Recordemos, ahora, eso que, para Milcíades Peña, desde la perspectiva de un marxismo con toques de trotskismo, y en 1956, *sólo* había sido el peronismo: *"Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la 'revolución peronista'"* (Peña, *Ibid.*, p. 130). ¡Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional! Eso (que –de acuerdo, Peña– lejos estuvo de ser la Reforma Agraria o la Revolución Socialista) provocó el bombardeo a la ciudad de Buenos Aires, la definitiva identificación de Perón con el nacionalsocialismo, la furia de todas las clases propietarias, de la Iglesia, de los intelectuales. Eso se logró por medio del autoritarismo peronista. Del *indudable* autoritarismo peronista. ¿Qué habría sido necesario para lograr lo que Peña le reclamaba, por insuficiente, al peronismo? ¿Qué habría sido necesario hacer para que Peña no ironizara sobre la "revolución peronista", para que no escribiera esa frase entre comillas desdeñosas? Una revolución, desde luego. Hay un texto célebre de Friedrich Engels que lleva por título *De la autoridad.* Discute contra los enemigos de ella. Y sostiene que no se puede cambiar nada sustancial, nada que implique un cambio drástico en la *posesión de las cosas*, en la *propiedad*, sin un fuerte autoritarismo. De esta forma, escribe: "¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, sin duda, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?" Esta escasez en el *autoritarismo* de la Comuna se expresó en su incapacidad para expropiar al poder bancario. Luego, es cierto que las burguesías de Francia y Prusia, que estaban en guerra, se unieron para liquidar el peligro socialista. ¡Dejaron de lado su "honor nacional", su "guerra patriótica", para aniquilar a los insurgentes socialistas! Es decir, antes está la propiedad privada y su defensa, luego los conflictos nacionales. Vaya lección. En cuanto a Engels, cabe subrayar que su idea de *revolución* era la de la Revolución Francesa, y que ésta fue la revolución de la burguesía capitalista contra la monarquía de derecho divino que residía en Versalles. Pocas revoluciones fueron más sanguinarias que la gran revolución del capitalismo. Ahora los republicanos y los libremercadistas vienen con sus tersos modales democráticos, pero cuando tuvieron que hacer "su" Revolución no se detuvieron hasta llegar al Terror. Por otra parte, el actual Imperio Bélico Comunicacional Americano asegura su poder global, su autoridad como gendarme del nuevo universo único, del mercado de mercados, por medio de una guerra colonialista que amenaza no detenerse. El concepto de "guerra preventiva" cubre a todos, desde China hasta Brasil. Ahí donde el Imperio se vea cuestionado, donde sus empresas deban retroceder, algo aparecerá para que intervengan de la manera que sea necesaria. El democrático mercado está vigilado por un Big Brother temible y artillado hasta los dientes. Toda otra versión es idílica, utópica y, en última instancia, propagandista.

LA PALABRA CLAVE DE LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO: "RETENCIÓN"

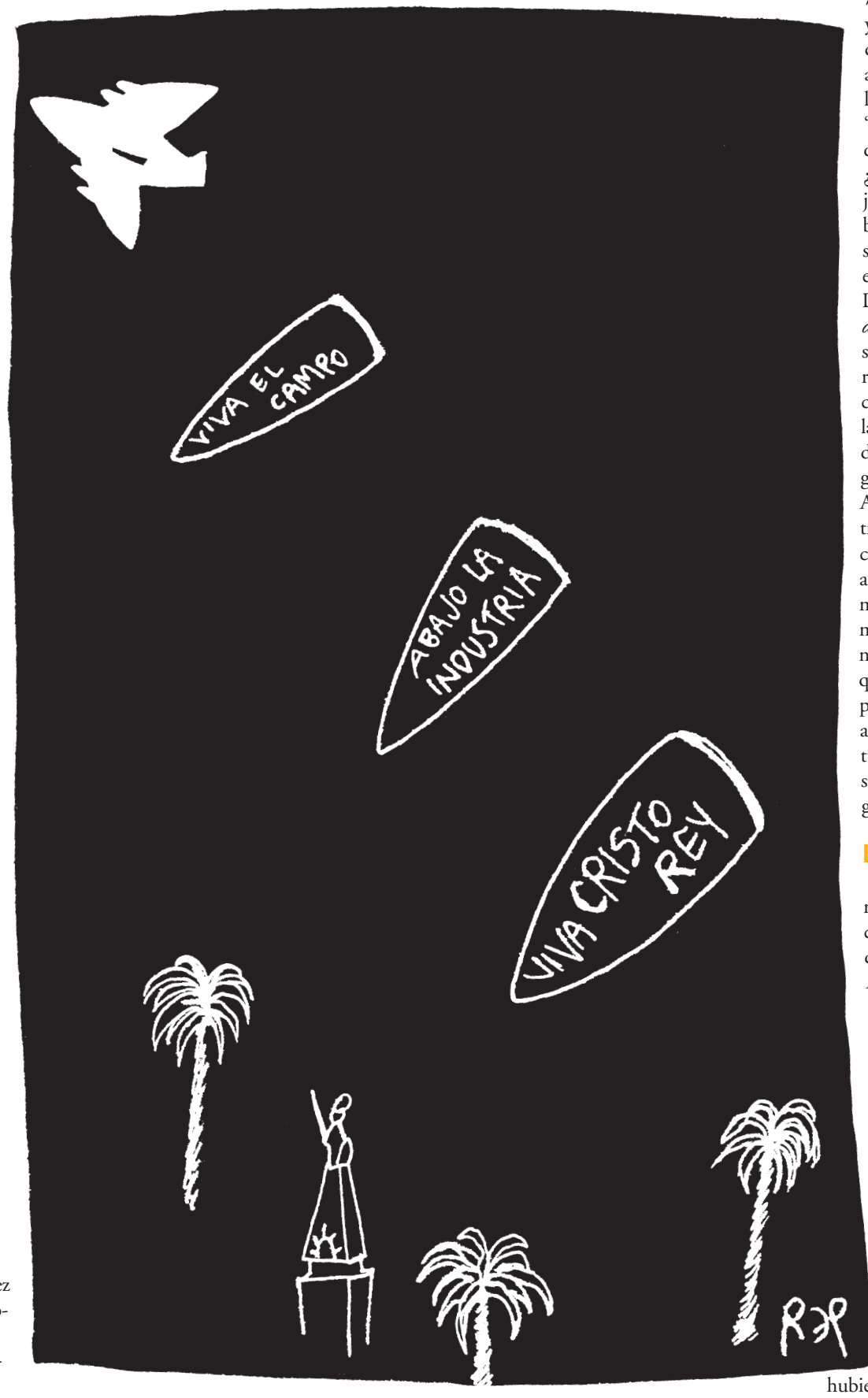
Lo que Peña le reprocha a Perón es lo que Engels a la Comuna: *no haber utilizado aún más la autoridad para llegar a resultados más profundos*. Convengamos que con el autoritarismo que usó para llevar desde los bolsillos de los ricos (reteniéndoles sus ganancias descomedidas) a los de los pobres el 33 por ciento de aumento en la participación de la renta nacional, le bastó para que intentaran asesinarlo bombardeando la Casa Rosada, que lo acusaran de todo lo que se puede acusar a alguien, desde amante de Archie Moore hasta nazi, que le revelaran sus amoríos con una adolescente, que lo expulsaran del país, que lo arrojaran al exilio, que su nombre fuera prohibido, que toda una generación de escritores lo lapidara con escritos que demostraban que era un agente nazi, un abusador de menores, un enfermo neurótico obsesivo y otras cualidades que ya veremos.

¿Cómo se logra en el primer peronismo ese *traspaso* del porcentaje de la renta nacional de los sectores propietarios a los no propietarios? El IAPI juega en esto un papel fundamental. ¿Qué hacía el IAPI? Se convertía en el exportador de la producción nacional. Es decir, era el Estado el que exportaba y el que retenía una importante suma de la renta agropecuaria para derivarla hacia los sectores no propietarios. (Que había, en medio de eso, corrupción, de acuerdo. Pero, ¿quién puede arrojar la primera piedra? ¿O no eran corruptos los muchachos de la Escuela de Chicago, Martínez de Hoz y su gang?) La derivación de la renta patronal hacia la clase obrera se producía por medio de un ente estatal destinado a retenerles ganancias a los productores. Hoy, en 2008, el intento del gobierno de Cristina Kirchner de impulsar algunas leves retenciones a lo que se ha dado en llamar "el campo" genera casi una alteración de graves consecuencias institucionales, cuyo desenlace aún no hemos visto.

Vayamos a la palabra. La palabra es *retener*. Toda *distribución del ingreso implica retenerles ganancias a los sectores propietarios*. Sin eso *no hay posible distribución del ingreso.* Observemos, ahora, cómo hasta el lenguaje ha sido moldeado por los propietarios a lo largo de la historia. La palabra retención es sinónimo de exacción. Que es sinónimo de coacción, imposición, coerción. Es también

sinónimo de abuso. Cuyos sinónimos son: injusticia, arbitrariedad, atropello, estafa, robo y, también, retención. Sinónimo de retención es coacción. Cuyos sinónimos son: requerimiento, exigencia, imposición, coerción, presión. Detengámonos en *coacción*. ¡Qué palabra terrible! ¿Por qué magia del lenguaje hemos llegado de retención a coacción? ¿No serán altamente *incómodos* los sinónimos de *coacción*? ¿Qué les está tratando de hacer este gobierno a los propietarios rurales? Sinónimos de *coacción*: imposición, violencia, apremio (¿legal o ilegal?), compulsión, exigencia, amenaza, chantaje, intimación. Otro sinónimo de coacción es tiranía. Cuyos sinónimos son: opresión, ahogo. Y ahora prestemos atención: hemos llegado de la palabra "retención" a la palabra "tiranía". ¿Cuál es el *antónimo* de "tiranía"? *Libertad*. El lenguaje, señores, es de los patrones. El lenguaje es de los propietarios. *Retenerles ganancias a los propietarios es un acto tiránico y todo acto tiránico es un acto contra la libertad*. El lenguaje, en suma, es liberal. Habrá que inventar nuevas palabras. O acaso decir cautelosamente que la derivación por sinónimos extrema demasiado ciertos actos. Sin embargo, observemos cómo, para quienes "sufren" las retenciones, el hecho implica un acto contra la libertad, un acto "tiránico". Y es que toda "retención" agrede una libertad: la del mercado. Y explicita otra: la del Estado como órgano de distribución de la riqueza. De modo que todo queda claro: no hay retención posible sin intervencionismo del Estado nacional popular. Este intervencionismo agrede, en efecto, la llamada "libertad de mercado", pero es el único instrumento que posibilita derivar ganancias del sector de los propietarios al sector de los no propietarios. Hacerlo por un monto del 33 por ciento le costó inmensamente a Perón. Desencadenó una guerra contra él y contra los pobres que lo apoyaron. ¿Hasta qué monto podrá hoy hacerlo Cristina F sin que las iras de los que derrocaron al primer peronismo se despierten nuevamente, con sus viejos odios siempre renovados, porque nunca murieron?

Sólo algo más. Vimos que, pese a ser una clase obrera acostumbrada a recibir sus ventajas del Estado Benefactor y no a conseguirlas por medio de su propia lucha, los obreros peronistas, convocados por los sindicatos, salieron a defender a Perón. ¿Cómo pudo Menem desvalijar al país y a su clase obrera, cómo pudo arrojar a millones de peronistas, de peronistas pobres, desposeídos, a la marginalidad más completa sin haber despertado casi ninguna protesta? Porque el terror estaba en el corazón de la sociedad argentina. Porque Videla y Martínez de Hoz asesinaron treinta mil personas. Eso permitió desmantelar el Estado nacional. Eso, todavía, posibilita que una pequeña retención a los sectores agrarios sea hoy un escándalo, un atropello vandálico cuyo fin aún no se ve.



LA LIBERTADORA: PERÓN ES HITLER

Los libros del golpe de 1955 forman un corpus nada desdeñable, sobre todo porque expresan la instrumentación de los conceptos de democracia y de libertad como armas esenciales de su construcción ideológica. Sin embargo, el punto de partida que a todos unifica es explicitar que el régimen que han derrocado era similar al de Hitler, al del nazismo.

Sólo –para el lector de hoy– si se logra internalizar que Perón, para toda la ratio gorila del '55, había sido un nazi, se podrán comprender las medidas extremas que se tomaron contra él y el movimiento. Ya veremos, en el film *El Jefe*, que se estrena el 23 de octubre de 1958, algo tardíamente, que el protagonista (interpretado por el actor Alberto de Mendoza, un exitoso en esos años) se llama Berger, pero él no quiere que lo llamen así. Así, cómo. Como en francés: *Beryer*. Eso da flojo, dice el tipo. Exige que le digan: *Berguer*. Suena más duro, explica. Suena, claro, alemán. Era una de las formas más elegantes de decirle nazi a Perón, ya que Berger era un reflejo de su figura. Pero no todos tenían la sutileza de Viñas y Ayala. La mayoría fue directamente al grano: se había derrocado a una dictadura de similares características de la alemana. El célebre Decreto-Ley Nº 4161, en sus *considerandos*, lo dice con todas las letras: "*Considerando:* Que en su existencia política, el Partido Peronista, actuando como instrumento del régimen depuesto, se valió de una intensa propaganda destinada a engañar la conciencia ciudadana, para lo cual creó imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina, artículos y obras artísticas; Que dichos objetos, que tuvieron por fin la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo argentino (...) Que, en el campo internacional, también afectan el prestigio de nuestro país, porque esas doctrinas y denominaciones simbólicas, adoptadas por el régimen depuesto, *tuvieron el triste mérito de convertirse en sinónimo de las doctrinas y denominaciones similares utilizadas por las grandes dictaduras de este siglo, que el régimen depuesto logró parangonar*..." Por todo esto, en fin, se lo prohíbe por completo. Ni se lo puede nombrar. El que nombra a Perón va preso. Pues "se considerará especialmente violatoria de esta disposición (...) el nombre propio del presidente depuesto... etc". Hemos citado ya este célebre decreto. Si ha permanecido como expresión extrema del odio habrá que entender el andamiaje ideológico que lo tornó posible. ¿No habían hecho eso los aliados con Hitler, con Mussolini? A este último, no lo habían colgado de los pies, exhibiendo su cadáver y el de su amante Clara Petacci a la contemplación de la multitud. ¿Había quedado *algo* en Alemania de los símbolos del régimen hitleriano? Nada. ¿Por qué habría de ocurrir algo diferente con Perón si se trataba de un régimen semejante? Nadie se animó a preguntar qué países había invadido el peronismo, dónde se habían instalado los campos de concentración, qué grupo social o étnico había sido elegido para ser masacrado de a miles, de a millones como los nazis masacraron a los judíos. Bastó la semejanza del autoritarismo peronista para realizar la sinonimia: Perón=Hitler. Perón ni siquiera había cerrado el Congreso, no había prohibido a los partidos políticos y su política represiva, que había utilizado la tortura, la cárcel y la persecución de disidentes, no parecía haber ido mucho más allá de la de Uriburu o no haber tenido su antecedente más que claro en la Sección Especial de Justo. Y los radicales, ¿de qué hablaban? ¿Bajo qué gobierno se hicieron los primeros pogroms en la Argentina? Bajo un gobierno radical. ¿Quiénes lo habían hecho? Los niños garcas de la Liga Patriótica. Si había chistes a montones sobre Perón, no hubo un solo chiste antisemita, que yo recuerde. En cambio, durante la Semana Trágica de 1919, cuando los garcas de la Liga Patriótica tenían cercado un barrio judío y un judío intenta regresar a su casa, es detenido por los niños bien que, a todos los sospechosos de pertenecer a la raza de "los asesinos de Dios", les exigían que dijeran la palabra *nueve*. Si el pobre judío decía *noive* le daban una paliza y lo tiraban por algún basural. Enterado de tal técnica de develamiento, un judío practica con un esmero y aprende a decir: *nueve*. Retorna a su casa y lo detienen los de la Liga. Un matoncito high class le dice: "Diga 'nueve'". Y el judío, bien entrenado, dice: "Nueve". Lo dejan pasar. Pero ven que lleva una canastita. "Oiga, ¿qué lleva en esa canasta?" "Goivos", responde el pobre judío. Nada de esto importa. Lo que importa en montar bien el aparato que justifique las acciones a emprender: se había derrocado al nazismo. Las medidas debían ser extremas. Además, esto del nazismo lo creían todos. Desde la oligarquía hasta los furibundos de *La Vanguardia* con su implacable dibujante Tristán. Perón había sido un nazi. La Argentina había padecido una dictadura fascista. ¡Otra vez el aliadofismo! Igual que en el '45, cuando Braden encabezó la Marcha de la Constitución y la Libertad, ahora toda la sociedad bienpensante estaba de acuerdo. Todos estaban *aliados* contra el nazismo. La guerra había terminado. El Plan Marshall levantaba a Alemania. La Fox filmaba una película mostrando el rostro heroico de Rommel y su participación en el atentado contra Hitler de junio de 1944. James Mason, un terso actor británico, se consagró haciendo el papel. ¿Qué significaba esto? *Había existido una Alemania buena*. Los norteamericanos levantaban a los germanos porque los necesitaban para la Guerra Fría. Pero aquí, en el Sur, quedaba el último reducto del Führer. Ese Führer de las pampas había sido Perón. Él había recibido a Eichmann, a Mengele y a todo el oro nazi. Como Hitler, había torturado. Como Hitler, había impuesto el culto a su personalidad. Como Hitler, había perseguido a sus enemigos. ¿Qué otra prueba hacía falta?

EL VENTUROSO FUTURO

Yo estaba en sexto grado. Muy metido en otras cosas más importantes para mí: escribir novelas de piratas, ir al cine *Edén* en Villa Urquiza o al *Cabildo* y al *General paz* de Belgrano, leer muchas historietas, leer *Misterix*, *Puño Fuerte*, *Rayo Rojo*, *El Tony*, *Patoruzito*, coleccionar las maravillosas revistas mexicanas, con todos los personajes de los films de las matinés o de los dibujos animados, todo eso que pasaba era un barullo poderoso que me llegaba amortiguado. El día del bombardeo del 16 de junio esperé durante horas sentado en el cordón de la vereda de Avenida Forest y Echeverría que mi papá regresara en el colectivo 76. Esa espera fue muy angustiosa. Pero volvió. No había visto nada del bombardeo. Me preocupaba que lo tirarán a Perón: desde que había nacido gobernaba Perón, ¿quién iba ahora a ser presidente? Una mañana, en el Colegio, el Colegio José Hernández de Pampa, entre Forest y Estomba, entra en el aula nada menos que el señor Director. Nos ponemos de pie y él, muy amigable, muy feliz, nos dice que nos sentemos. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Ese hombre vivía un gran momento, su alegría era tan plena que la quería compartir con nosotros, que éramos los más grandecitos del Colegio y ya partíamos para el Secundario. El maestro se quedó de pie y el Director ocupó su silla. Se llamaba Grassi. Nos habló larga y entusiastamente. Usó todas las palabras que se usaban durante esos días: libertad, democracia, tirano prófugo, horizonte, bandera, honor, próceres, próceres que nos miran con orgullo desde el pasado, Himno Nacional y agregó lo suyo: "Este es un gran momento en vuestras *(sic)* vidas jóvenes. Vais a iniciar una nueva etapa, el Colegio secundario, y la vais a iniciar bajo un clima de libertad y de austeridad republicanas". Algo que dijo me asustó bastante: "Aquellos que se esfuercen seguirán por la senda de la vida hacia el futuro venturoso. Los que no, quedarán en el camino, a un costado. Pero el futuro se les abre y una nueva época se inicia para que marchen hacia él. No la desaprovechen". Yo era bastante burro en el primario, porque odiaba las matemáticas y la geometría y me la pasaba escribiendo novelas de piratas o de cowboys y hasta de gauchos o una biografía de Rosas (¡sí, el maldito de la primera tiranía!), porque me devoraba los libros de Manuel Gálvez que salían en la Colección Austral (cosa que ya dije) y porque vivía más para ir al cine que para estudiar *logaritmos*, algo

horrible que nunca logré entender. En suma, era un burro. Era un mal alumno. ¡Seguro que me quedaba en el camino, a un costado! ¡Seguro que ni por joda seguiría por la senda de la vida hacia un futuro venturoso! Se lo comenté a mi vieja al volver a casa. Y me dijo que sí: "Si sos un vago, no estudiás nada. O escribís novelitas de piratas o vas al cine o escuchás la radio!" Alentadora la vieja. ¿Cómo no iba a escuchar la radio? Todos lo saben. Era maravillosa esa experiencia. ¿Cómo iba a hacer los deberes, perder el tiempo haciendo logaritmos en lugar de escuchar a *Tarzán*, con César Llanos y Mabel Landó y Oscar Rovito, "Tarzanito", *Sandokán*, *Poncho Negro*, *Hormiga Negra*, el *Glostora Tango Club* y los *Pérez García*? Bueno, pero no era éste el tema. El tema es el señor Director Grassi: el tirano había huido y él se había llegado prestamente hasta nuestra clase, sería el diecinueve de septiembre, y nos había arengado. Consideró que ése era su deber. Fue mi primera clase de Educación Democrática. Lo recuerdo como a un hombre que me hablaba de algo que yo no entendía. Belgrano R, en los cincuenta, estaba lejos de todo. Yo había sido feliz durante esos años. ¿Tan terribles habían sido entonces? Bueno, pues recién me enteraba. Pero el señor Grassi vivía sus días de mayor exaltación republicana, la libertad se desbordaba en nuestro país, la aurora, el futuro, el bienestar, todo, ahora, derrocado el Tirano, sería posible.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: "¿QUÉ ES ESTO?"

Martínez Estrada escribió *¿Qué es esto?* Título que revela el pasmo del propio escritor y –supone él– el de muchos otros que, enterados de las atrocidades del régimen peronista, se preguntan cómo ha sido posible *eso*. Se trata de un título inusual para un libro. Más aún proviniendo de la pluma de quien se asumía como el gran ensayista del siglo XX y que había acuñado títulos tan severos y ambiciosos como *Radiografía de la Pampa*. Pero pareciera ser que, en esa *Radiografía*, no figuraba la posibilidad de *esto*, que *esto* fue sorpresivo, como un ataque extraterrestre al país, algo cuya comprensión se tornaba tan difícil que desde el título debía ser manifestada. Se trata, también, de una *Catilinaria*. En la que Martínez Estrada es Cicerón y el Tirano Prófugo, Catilina, que ha largamente abusado de la paciencia de la República.

¿Qué decir de Martínez Estrada? ¿Qué puede decir sin desmerecerse –salvo al costo de no decir la verdad– alguien como yo que, habiéndome dedicado a la Historia del Pensamiento Argentino y desempeñado funciones en esa cátedra desde 1969 en adelante (hasta el huracán Ottalagánico de 1975, en que, por otra parte, dictaba no esa materia, sino *Antropología Filosófica*), nunca logró tomar en serio a este hombre, a este autopropuesto Sarmiento del siglo XX, a ese ensayo que venía a develarlo todo, su *Radiografía de la Pampa*. Ya es tarde. Sería injusto para conmigo decir que, profesionalmente, no intenté la lectura del libraco pomposo y, al parecer, ineludible, pero nunca pude con él. Ya no importa mucho lo que yo pueda decir, ni ya importa mucho Martínez Estrada, melancólica pieza de museo que nada, pero nada, tiene que ver con la Argentina de los tiempos del cincuenta en adelante, aun cuando su *catilinaria* fuese de 1956. Aun cuando haya viajado a Cuba y declarara su pasión por Castro, que no la correspondió. Siempre fue, para mí, un hombre sobreactuado, sin autoironía, incapaz de no tomarse, por un rato al menos, en serio. Se dice que visitó la Unión Soviética, que entró en la casa de Dostoievski, se inclinó largamente, religiosamente, y besó el suelo. Si yo hiciera algo así me reiría de mí mismo y me regalaría algunos epítetos referidos a mi condición de bobo irredimible. Supongo que me emocionaría tener en mis manos algún manuscrito de Faulkner o alguna partitura original con anotaciones de Brahms. Pero trataría de no babosearlas. Pero exagero y acaso falto el respeto a una gran figura de la argentinidad. "Si hay ensayo argentino (escribe Horacio González), en una gran medida es porque existen los escritos de Ezequiel Martínez Estrada" (Horacio González, *Restos pampeanos*, Colihue, Buenos Aires, 1999, p. 168). Pero esa afirmación queda atenuada porque en seguida empieza a hablar de las *exaltaciones* del personaje. Era un *exaltado*. Era alguien que disfrutaba con la figura del *incomprendido*. Era un profeta solitario y, como todos los solitarios, era un profeta postergado, nunca debidamente reconocido por sus contemporáneos. Está lleno de tipos así. Juegan a ser perdedores con la fe puesta en un futuro que los reconocerá y hará de ellos mártires de pasiones no compartidas. Aspiran a eso como la inmortalidad. Este concepto atenuó la desdicha de tantos escritores que acaso debiera ser restaurado. Pero no es posible. No hay inmortalidad. Nadie sabe si será reconocido, ignorado, olvidado o escupido por las generaciones que vendrán. ¿Para qué pensar en ellas? Nadie tiene su justicia asegurada en el más allá, en el futuro. Además, y es hora de que quienes aún la buscan lo entiendan de una buena vez: *no hay inmortalidad porque nadie, ni siquiera Shakespeare, ha presenciado la suya, ha vivido para verla*. Habría inmortalidad si hubiera un Paraíso o incluso un Infierno desde el cual el inmortal pudiera observar los sucesos que aún el mundo provoca y decirse: "¡Qué alegría poder verlo, aunque más no sea desde aquí, desde el Infierno! ¡Soy inmortal! No se olvidan de mí. Me recuerdan. Mi paso por la Tierra no ha sido en vano. Aún me odian". Frase que podría pertenecer a un hipotético Hitler inmortal. O, como diría Martínez Estrada, a un Perón. Pero no: tampoco, además de inmortalidad, hay Paraíso ni hay Infierno. Si hoy te tratan mal, tendrás que sufrir. Algo habrás hecho: o no te manejaste bien o no tenés el talento que creés o, tal como pensás, vivís en un mundo de idiotas que no entiende a los tipos como vos. Pero Martínez Estrada no puede quejarse. Mi edición de su *Radiografía de la Pampa* es una joya editada en París, con respaldo de la Unesco, Universidades de San Pablo, Río de Janeiro, el Fondo Nacional de Cultura de México, en fin, tanta gente que uno no sabe a quién atribuir la edición. Y es de 1996. Ha realizado su sueño. Ese ambicioso libro pareciera empeñarse en permanecer. En su *Liminar*, dice de él Gregorio Weinberg: "Constituye *Radiografía de la Pampa* –junto al *Facundo* y al *Martín Fierro*– uno de los libros fundacionales de la literatura argentina" (Martínez Estrada, *Radiografía de la Pampa*, Impreso No-Sé-Dónde –de tantos lugares que figuran–, 1996, p. XV). No creo que sea así. Weinberg solía excederse en algunas afirmaciones. Sea como sea, alguien puede decir algo semejante del texto y no suena *demasiado* absurdo. Sólo bastante absurdo. Al leerlo a Weinberg descubre que lo que detestaba de Martínez Estrada era esa pretensión tan visible en él, esa ambición que no podía escamotear, de ser el Sarmiento del nuevo siglo o el autor de un texto tan paradigmático como lo fuera el *Martín Fierro*. Escribió excesivamente. Escribió de todo. Y fue un tipo extraño.

Bien, no perdamos más el tiempo. *Radiografía* no es el texto del que nos vamos a ocupar. De él se ha ocupado Sebreli en un buen ensayo al que acaso convendría remitirse: *Martínez Estrada, una rebelión inútil*, Catálogos, Buenos Aires, 1986). Nuestro texto es *¿Qué es esto?* Busquemos su génesis. EME (Ezequiel Martínez Estrada) había nacido en 1895. Tenía cincuenta años en 1945, cuando se produce el 17 de octubre. En 1946 era corresponsal de la revista *Sur*. Pero se produce un hecho misterioso. No bien se afianza Perón en el poder –digamos 1946–, EME se enferma de un mal de difícil diagnóstico. Se le podría llamar *peronitis*, y es posible que se tratara de él. Pero no estaba por entonces conocido ni se conocía su tratamiento. Ignoro si se ha avanzado en ese terreno. Lo cierto es que EME sufrió *realmente* mucho. Esa enfermedad lo tuvo en diversos hospitales, internado, sometido a cuidados médicos y lo llevó al olvido. Sólo Victoria Ocampo solía visitarlo. "Siga enfermo nomás, don Ezequiel", le decía. "Aún no hemos volteado al nazi." (Fue sólo un chiste. Remito al juicio de los otros tanto su calidad como su posible falta de respeto hacia tan eminente y padeciente figura. Sin duda, don Ezequiel no habría hecho algo así en su *Radiografía de la Pampa*. Pero lejos está este panfleto publicado en un diario oficialista de un peronismo que también habría sorprendido a Don Ezequiel, de pretender alcanzar las ambiciones de su gran ensayo, que reclama para sí la gloria de Sarmiento. Este ensayo sobre el peronismo ni siquiera reclama la gloria de prolongar las altas cumbres que lograron Julio Mafud o Sebreli o el periodista Gambini en este tema.) EME no se curaba con nada. El diagnóstico era *neurodermatitis*. Le decían, para colmo, que era de origen *psicosomático*. Cuando a uno le dicen algo así lo dejan cargado de culpas. Porque un cáncer o una apoplejía difícilmente sean psicosomáticos. O sea: *uno no tiene la culpa*. Pero de un mal psicosomático uno sólo tiene la posibilidad de echarse la culpa a sí mismo. El caso es sorprendente. Cae Perón y Don Ezequiel... se cura. Lo dicho: padecía *peronitis*. Se enfermó diez años para no ver *nada* del peronismo. Un caso único, excepcional. Apenas sale a la luz empieza a escribir sobre el peronismo como si lo hubiera padecido y pensado día tras día. Las cosas que hizo después de escribir este libro son también un poco complejas, algo extrañas. Se autoexilia en 1959 y anda de un lado a otro. Hasta escribe sobre el colonialismo y recala finalmente en la caliente isla de Cuba, circa 1960, nada menos. Se torna un revolucionario. Admira a Castro, quien no obstante no le devuelve ese sentimiento que, con frecuencia, lleva a ciertas personas a someterse a otras. Castro, definitivamente, no admiró ni convocó ni tomó en cuenta a EME. De todos modos, estudia la vida y la obra de Martí, edita dos libros de discursos de Fidel Castro (dos discursos: un libro para cada uno) y escribe un mamarracho espectacular: *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba*. Mezcla, con indudable imaginación, a los indígenas de Cuba con los indígenas de la *Utopía* de Thomas More y hace de la Cuba de Castro el ideal realizado de la Cuba de Martí. Su adhesión creativa y fervorosa por la Revolución Cubana no parece haber sido comprendida por los intelectuales que rodeaban a Victoria (recordemos: esa amable señora que lo visitaba en los hospitales durante los duros años de su *peronitis*), quienes, por otra parte, ya habían ejercido esta incomprensión con José Bianco. Con lo cual acaso pueda deducirse una indudable cláusula secreta, por todos compartida, de los miembros de la revista *Sur*: si uno, como José Bianco o Ezequiel Martínez Estrada, se entusiasmaba con Castro, ¡a la calle con el zurdo! Esta actitud, que algunos llaman macartismo sólo por enlodar a semejante revista y a su directora, debe entenderse como una prolongación de la actitud antifascista y aliadófila de la revista: ahora, al ser aliados de Estados Unidos e Inglaterra y al haberse extraviado el rumbo democrático y Occidental de la Unión Soviética, *Sur* debía luchar denodadamente contra el comunismo dentro y fuera del país. Don Ezequiel permanece olvidado. Acaso por su reticencia a acercarse a otros grupos literarios, como, por ejemplo, *El Escarabajo de Oro* o *Nuestra Palabra*. Muere el 4 de noviembre de 1964. Algunos dicen que su silenciamiento aún perdura y que esas razones son difíciles de comprender. Escribió también un libro sobre Nietzsche, que ignora todas las problemáticas que –desde la lectura que Heidegger hiciera de él a partir de 1936 hasta 1940– se desataron en torno de ese filósofo.

¿Debería sorprendernos que Martínez Estrada se ubique ante Perón como Sarmiento ante Facundo? Voy a citar dos pasajes. Uno, de *Facundo*. Otro, de *¿Qué es esto?* Son excesivamente similares. Escribe Don Ezequiel: "En la figura de Perón y en lo que él representó y sigue representando *he creído* ver personalizados" (E. M. Estrada, *¿Qué es esto?*, Lautaro, Buenos Aires, 1956, p. 16. Bastardillas mías). Escribe Sarmiento: "*He creído* explicar la revolución argentina en la biografía de Juan Facundo Quiroga porque creo que él explica suficientemente" (Sarmiento, *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, 1940, P. 14). El mismo tono, el mismo método, casi las mismas palabras: otra vez EME se "viste" de Sarmiento y se decide a develar la *sombra terrible* de Perón. El *método* es el de interpretar la historia a través de lo que Hegel llamó *individuo histórico universal* (partiendo de la figura de Napoleón) y que radica en rastrear las tendencias de la historia (su decurso necesario, como dirían los posestructuralistas o los posmodernos, su *teleología*) encarnadas en una figura excepcional, en ese individuo que la razón histórica ha elegido para realizarse a su través. Nada menos que ese papel (el que Sarmiento le confirió a Facundo) le confiere Martínez Estrada a Perón. Y pensar que, cada vez más, y en especial los mismos peronistas, le dicen "viejo de mierda" al mítico hombre que levantó a un pueblo entero un cierto día de octubre del año 1945.

PRÓXIMO DOMINGO

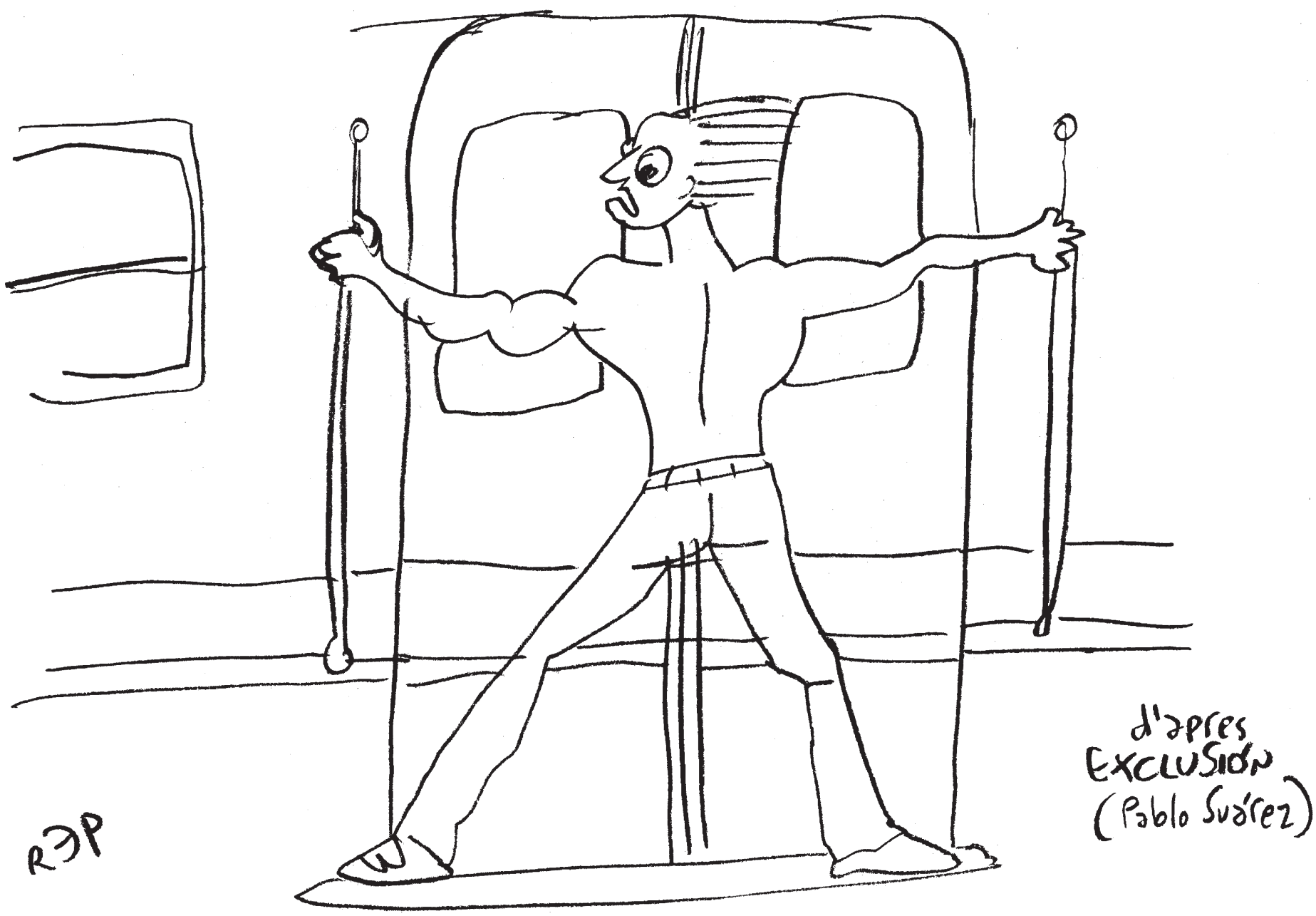
"Libro Negro de la Segunda Tiranía"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

23 **"Libro Negro de la Segunda Tiranía"**



Suplemento especial de
Página/12

EL PERONCHUELO

La ideología de la Libertadora no necesitaba inventarlo *todo* para señalar errores, desvaríos, prohibiciones o actos típicos de los totalitarismos en el gobierno de Perón. Todos los que fueron a la Plaza de Mayo a vivar a Lonardi no eran gorilas ni odiaban al pueblo. Estaban cansados de algunas cosas que –en rigor– eran enervantes. Los nombres de Perón y Eva Perón estaban por todos lados. Y nadie dirá que uno no tiene derecho a vivir en un país cuyo gobierno –al que puede adherir o no– no le exhiba la imagen omnipresente de la pareja gobernante en todo lugar donde vaya. Por más que el pueblo la ame y tenga esas imágenes en su casa, ¿por qué imponérselas a todos? ¿No alcanzaba con la sinceridad del pueblo proletario que, auténtica, genuinamente, con unción, las colocaba en su casa? ¿Por qué desparramarlas por todo el país? Sólo Rosas había hecho eso. Había conexiones desagradables con las exuberancias del Restaurador como para no darles pie, a los Libertadores, a hablar de la Segunda Tiranía. Hay un chiste de la época que explicita esta situación. Llega un tipo del interior del país y se dirige a un policía. Le dice: "Perdón, señor, pero conozco poco Buenos Aires. Yo vengo de la Provincia de La Pampa". El policía se encrespa, altisonante le dice: "¡Cómo 'Provincia de La Pampa'! ¡Esa provincia, ahora, se llama 'Eva Perón!'". El humilde forastero se disculpa y pregunta por una avenida a la que necesita ir. Dice el nombre. Todavía más malhumorado, el policía responde: "¡Usted está equivocado! Esa avenida, ahora, se llama 'Presidente Perón'". El provinciano pide otra vez disculpas. Insiste en preguntar si, en lugar de ir por la Avenida Presidente Perón, para llegar al barrio en que vive su hermano, al que ha venido a visitar desde la Provincia Eva Perón, no le convendrá tomar un colectivo que lo lleve por la calle..." Dice el nombre de la calle. Peor, cada vez de peor humor el policía dice: "¡Cómo se atreve! Esa calle, ahora, lleva el nombre de Eva Perón, la Abanderada de los Humildes. ¡Salga de mi vista!". El provinciano obedece. Entristecido, se dirige hacia un puente debajo del que corre un río. Es el Riachuelo. Arrepentido por su dureza, el policía se le acerca. "Vamos, amigo. No se me ponga triste." "No, no estoy triste –dice el provinciano–, miraba el Peronchuelo nomás."

¿A qué obedecía esto salvo a una torpe, ingenua, copia de los autoritarismos europeos, sobre todo el mussoliniano? La obsecuencia llegó a niveles demenciales. Y ni Perón ni Eva hicieron algo por detenerla. En tanto Eva está muriendo se trata, en la Cámara de Diputados, el tema de la estatua que el país deberá erigirle.

EL MONUMENTO A EVA PERÓN

Vamos, otra vez, al cine:

Interior Cámara de Diputados - Día

Montaje de diversos diputados:

Cámpora (Presidente de la Cámara de diputados): Esta Honorable Cámara de diputados declara al General Perón "Libertador de la República" y a la señora Eva Duarte de Perón... "Jefa Espiritual de la Nación".

Atronadores aplausos

Corte a:

Diputado peronista: No hay ni puede haber ni habrá un libro más sublime que *La razón de mi vida*. ¿Qué otra voz en el mundo ha despertado igual resonancia en el alma del ser humano? Solamente la de Jesús. Porque solamente la voz de nuestro redentor puede parangonarse a la voz de nuestra redentora, de nuestra santa, ¡de Eva Perón!

Corte a:

Cámpora: Hoy, 17 de julio de 1952, es un día histórico en la historia de la educación argentina. Esta Honorable Cámara de Diputados dictamina que el libro de la señora María Eva Duarte de Perón, *La razón de mi vida*, sea impuesto como texto obligatorio en todos los establecimientos de enseñanza del Estado.

Atronadores aplausos y vítores a Eva Perón.

Corte a:

Diputada: Propongo que se nombre a la señora Eva Duarte de Perón "Abanderada de los Humildes".

Corte a:

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados nombra a la señora María Eva Duarte de Perón... "Abanderada de los Humildes".

Corte a:

Diputada II: Propongo un proyecto de ley para que se entregue a la señora María Eva Duarte de Perón, Jefa Espiritual de la Nación y Abanderada de los Humildes, el collar de la Orden del Libertador General San Martín por sus invalorables servicios prestados a la patria y a la causa de los humildes.

Atronadores aplausos.

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados confiere a la señora María Eva Duarte de Perón el collar de la Orden del Libertador General San Martín.

Atronadores aplausos.

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados propone que se trate ya mismo el impostergable tema de la construcción del Monumento de la señora María Eva Duarte de Perón, Jefa Espiritual de la Nación y Abanderada de los Humildes, galardonada con el collar de la Orden del Libertador General José de San Martín. Tema del día, señores diputados: monumento a Eva Perón.

Aplausos.

Corte:

Diputada III (fervorosamente): Eva Perón reúne en sí lo mejor de Catalina la Grande, de Isabel de Inglaterra, de Juana de Arco y de Isabel de España, pero todas estas virtudes las ha multiplicado, las ha elevado a la enésima potencia, al infinito número mayor, porque para engrandecerse engrandeciendo a su pueblo y a su patria sólo supo hacer uso del amor, del cariño, de la generosidad y de la inmaculada pureza de su corazón.

Corte a:

Diputada IV: ¡No, señor presidente! Yo no acepto, señor, que a Eva Perón se la compare con ninguna mujer, ni con Isabel de Inglaterra, ni con Juana de Arco, ni con Isabel de España, porque todas ellas, señor presidente, tuvieron eminentes escritores que magnificaron sus historias. En cambio, ¡no hay ni habrá escritor, por inteligente que sea, que pueda trazar fielmente la historia de las realidades de Eva Perón!

Atronadores aplausos y vítores a Eva Perón.

Cámpora: Esta Honorable Cámara de Diputados da por aprobada la Ley 14.124 por la cual se establece que el Monumento a la señora María Eva Duarte de Perón sea erigido en la Plaza de Mayo o en algún lugar cercano. *(Conteniendo los desaforados vítores):* ¡Habrá réplicas del monumento en la capital de cada una de las provincias argentinas! (*Nota:* JPF, *Dos destinos sudamericanos*, *Ibid.*, pp. 136/141. Tal vez alguien piense que todo esto se trata de las exageraciones de un guión cinematográfico y la realidad no fue así. Falso de toda falsedad. Un guión cinematográfico es, en efecto, literatura. *Literatura en tránsito*. En tránsito hacia la imagen. Puede ser muy buena literatura, o mediocre. Se necesita, creo, un buen guión para hacer un buen film. La tontería de desdeñar el guión trabajado, férreo, viene de una *boutade* de Godard quien dijo que él, cuando iba a filmación, llevaba su guión anotado en el boleto del colectivo. No importa. Los que lo siguen, que lo sigan. El resultado final será siempre el film y él será el testimonio de si el sistema funcionó. Hay una tendencia, en los cineastas –este título es, en algunos, un exceso o apenas un modo de nombrarlos– argentinos de los últimos ocho o diez años a desdeñar el guión o a no sentirse "autores" de sus films si no lo escriben ellos. No importa. Las que hablan siempre son las películas. El guión que utilizo para esta exhibición de la adulonería peronista fue largamente trabajado y esta parte, que aquí transcribo, se basa, sobre todo, en la biografía de Marysa Navarro, la mejor que existe sobre Eva. Navarro recopiló todos los discursos que se dieron el Cámara de Diputados durante esos días, los últimos de la vida de Eva. Los textos pueden encontrarse entre las páginas 309 y 313 de la citada edición de Planeta, de 1994. Estas escenas, en el film que dirigió Desanzo y protagonizó Esther Goris, encontraban un fuerte contrapunto con otras de tenue intimidad en que Eva, moribunda, hablaba con Paco Jaumandreu. Las de la Cámara de Diputados, lamentablemente, no se pudieron filmar, de aquí que no se encontrarán en el film. En las escenas crepusculares, en los diálogos tristes, privados, entre Eva y Jaumandreu yo buscaba, en 1996, mostrar que Eva se moría y era ajena al carnaval de la adulonería. Acaso lo fuera en ese momento, pero no la desdeñó en vida.)

¿Por qué la afiliación obligatoria, una medida típica del fascismo? (*Nota:* En el film italiano *Días difíciles*, que la Libertadora, por supuesto, estrenó apenas pudo, el protagonista, Massimo Girotti, era obligado a afiliarse al partido fascista para poder trabajar en la fábrica en que anhelaba hacerlo. Una vez derrocado Mussolini, las nuevas autoridades lo echan a la calle por "fascista". El tipo dice que lo obligaron. Nada. Saben que hasta usó, en cierta oportunidad, una camisa negra. Argumenta que si no la usaba perdía el trabajo. Nada. A la calle. Afuera, todavía dura el festejo por la caída del Duce. Un alegre soldado norteamericano se le acerca con una camisa negra. Le dice: "¿Qué le parece? La compré por (dice una cifra en dólares). ¿Cree que me salió cara?" Massimo Girotti sonríe con amargura: "Más cara me salió a mí", dice. Fin de la película.) ¿Por qué la obligación de poner la foto de Perón y Evita en todas partes, en los talleres, en las fábricas, en los negocios? ¿Por qué los jefes de manzana, aunque no tuvieran finalmente la práctica temible que se esperaba de ellos?

LOS JEFES DE MANZANA

Todo esto lo usó la Libertadora. El peronismo se lo dio servido en bandeja. Lo que uno no entiende es para qué sirvió. ¿Qué significa, un afán incontenible

de copiarlo a Mussolini? ¿No se advertía que la clase media temía u odiaba esas imposiciones? ¿No se advertía que la sola idea de los "jefes de manzana" le metía miedo a la gente? ¡Jefes de manzana en los barrios de la Buenos Aires de 1950! ¿A quién iban a denunciar, a Bómbolo, a Avivato, a los Pérez García? No es *ahora* cuando hacemos estos señalamientos. Los hicimos también en los setenta, cuando la *democracia* no era un valor, dado que la palabra "democracia" pertenecía al lenguaje autoritario de los golpes de Estado, del liberalismo y de los militares, que siempre que asaltaban el poder lo hacían en nombre de la "democracia y las instituciones". La "democracia" era una palabra enemiga, propia del autoritarismo, del golpismo. Veremos esto con detalle más adelante. Pero, para los jóvenes de los '70, la democracia había sido ensuciada por los dictadores, desde el '55 en adelante. De todos modos, la amenaza indiscernible que yacía en la concepción de los "jefes de manzana" nunca nos gustó. La cosa dio comienzo con algo que, desde el gobierno, se llamó *Operativo Cruz*. "Cierta mañana, varias casas de la Capital aparecieron pintadas con cruces: era la señal con que los jefes de manzana designaban a los opositores de las zonas a su cargo" (JPF, revista *Envido*, mayo de 1973, Nº 9, p. 19). Era una medida que inevitablemente producía miedo o terror, porque se estaba en manos de la arbitrariedad de personajes que nadie conocía. "Otros habitantes, sin embargo, que no eran gorilas y que hubieran podido y debido ser captados por el peronismo, también se aterrorizaron. Y no sin alguna razón: el poder de los jefes de manzana fue a menudo personalista y arbitrario. Gorila o no, solían pintarle la casa a quien más bronca le tenían" (JPF, *Ibid.*, p. 19). Que el jefe de manzana de mi barrio resultara ser un gordo campechano que se pasaba el día jugando al billar en el Club Castelli, ahí, a una cuadra y media de casa, en Avda. Forest entre Juramento y Echeverría, no disminuye la cosa. Belgrano R era todavía un paraíso lejano o, en todo caso, tuvimos suerte. En 1954, yo tenía once años y frecuentaba el Club Castelli para jugar al básquet con otros amigos. Caía la noche y seguíamos jugando. También el jefe de manzana, pero al billar. Un día entré en la amplia habitación o galpón en que jugaba y le pregunté: "¿Es cierto que usted es el jefe de esta manzana?" El tipo me miró y pudo contener la risa. Quiso asustarme: "Sí, pibe. Así que portate bien o te mando en cana". Lo consiguió: me volví a casa con un julepe bárbaro.

Será el *tercer Perón* proyectando su sombra sobre el *primero* el que acaso nos aclare las tendencias represivas de un hombre que nunca las pudo contener. En los años en que las usó –los "años felices" del primer peronismo– sólo sirvieron para ganarse la bronca de ciudadanos objetivamente beneficiados por su gobierno como nunca antes lo habían sido por otro.

LOS ASOMBROS DE MARTÍNEZ ESTRADA

Otra vez con Don Ezequiel Martínez Estrada y su acercamiento a Perón desde la actitud que tomara Sarmiento ante Facundo: considerarlo como el *individuo histórico universal* hegeliano (tema que Hegel desarrolla, sobre todo, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*). Ese hombre en el que se condensan las contradicciones, los antagonismos, las esenciales características de un tiempo histórico al que él le ha dado espesor, consistencia. Veamos, primero, cómo lo aborda Sarmiento en *Facundo*, libro que, profundamente, Don Ezequiel ha leído, como todos nosotros, salvo que él lo ha querido emular. Conociendo mejor nuestras limitaciones, jamás hemos emprendido esa tarea. Acaso otras, pero ponernos a la altura del *Facundo*, no, clara, lúcida, dolorosamente no. Sarmiento se acerca a Quiroga porque "es la figura más americana de la revolución" (Sarmiento, *Ibid.*, p. 14). Veía, como Echeverría en la *Ojeada retrospectiva*, la posibilidad de una literatura nacional en el abordaje de estos personajes de nuestras pampas, azarosos, aventurados. Lo he dicho muchas veces. Nunca aquí: con lucidez evitó las biografías de los próceres de la Civilización. Le fascinaban más los beduinos que el Mariscal Bougeau, aunque después, como éste, les cortara la cabeza y festejara la salvaje acción. En esto se parece a Borges y su hechizo por los cuchilleros del Sur, los hombres de las milongas, de los puñales veloces, de la muerte fácil. Les creo a los dos. Sarmiento se presenta ahora como un cientista, como el riguroso filósofo de la historia que aplica un método totalizador. Hegeliano, sí. Porque había conocido a Hegel por medio de sus lecturas de Victor Cousin. No olvidemos, por si alguno cree que me estoy desviando, o se aburre con estas menciones a *Facundo*, que Borges, en un poema publicado en *Sur* en 1955, dice: "Sé que en aquellas albas de septiembre (...) lo hemos sentido". Para los antiperonistas es *también* Sarmiento el que derroca a Perón. O es en su nombre, en su memoria, al amparo de su persistencia histórica, que cae sobre su rostro el Tirano. Escribe sarmiento, refiriéndose a Facundo Quiroga: "He creído explicar la revolución argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular" (Sarmiento, *Ibid.*, p. 14). No encontrará Sarmiento una figura de igual potencia en la otra "fase". Ni en Rivadavia, ni en Paz, ni en Urquiza verá la potencia histórica de Facundo, su capacidad para explicar la totalidad. Porque se traiciona cuando dice que, para él, Facundo revela "una de las dos fases". No: *Facundo revela el todo*. Hay que deconstruirlo, hay que destotalizarlo para entender "la lucha de los campos argentinos". Sin Facundo, nada se entiende. Él conjura todas las determinaciones en juego. Facundo es la *sobredeterminación* montada a caballo, al frente de la montonera. "En Facundo (escribe Sarmiento) no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina, tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno (...) un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que el espejo en

que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia. Alejandro es la pintura, el reflejo de la Grecia guerrera, literaria, política y artística; de la Grecia escéptica, filosófica y emprendedora, que se derrama por sobre el Asia, para extender la esfera de su acción civilizadora" (Sarmiento, *Ibid.*, p. 15). Pero, si bien es Alejandro, por lo que expresa de la esencia de la Historia, de su teleología, el que lleva la Civilización de los griegos donde su caballo se posesiona del suelo, será Facundo, en un plano no menos *universal y necesario*, el que encarnará la barbarie, al hombre de los campos, el fiero vencedor de Lamadrid y el derrotado por el científico, por el artillero formado a la europea, por el general Paz. Esto no lo tornará menos eficaz para explicarlo todo. Incluso sus derrotas a manos de Paz explican la *verdad* de las campañas del Interior que la Civilización debe vencer, aniquilar. Esas derrotas fueron causa de su condición de hombre de a caballo, de jefe de bandas montoneras que nada podían hacer ante la inteligencia de Paz, que resuelve una batalla como un teorema por ecuaciones cuya incógnita es la victoria.

EL LUMPENPROLETARIAT

¿Qué hace con Perón Don Ezequiel? Leamos: "En la figura de Perón y en lo que él representó y sigue representando, he creído ver personalizados, si no todos, la mayoría de los males difusos y proteicos que aquejan a mi país antes de su nacimiento. Como los ácidos que se usan en fotografía, reveló y fijó muchos de esos males que sería injusto atribuirle, pero que ciertamente magnificó y sublimó, hasta llegar a convertirlos en bienes para el juicio de muchos incautos" (EME, *Ibid.*, pp. 16/17). La tendencia incontenible hacia la desmesura anima los textos de *Eze*. Luego de ver "personalizados" en Perón tantos incontables males, sigue elevándolo a la categoría de clave explicativa única, central del drama argentino: "El papel providencial de Perón, si bien se examina, ha sido más que el del rey que pidieron a Zeus las ranas, el de Judas Iscariote. *Dostoievski profetizó que el pueblo ruso sería el nuevo Cristo para una nueva redención del género humano, y acertó en cuanto el destino de todos los pueblos es el de ser crucificado para ser redimido*" (EME, *Ibid.*, p. 17, bastardillas mías). Caramba con Perón. Quién lo hubiera dicho. Sin embargo, no le crean. Don Ezequiel empezará su ataque a Perón por la *materia* con que éste trabajó. "Materia" a la que Don Ezequiel definió, al igual que los socialistas de *La Vanguardia*, con el despectivo nombre de *lumpenproletariat*, palabra que viene de Marx, menos de *El capital* que de sus concretos estudios sobre la historia de la Francia revolucionaria. Perón será el *fanfarrón* que describe en *Radiografía de la Pampa*. A diferencia del *compadre*, más noble, más complejo, el *fanfarrón* tiene, como los seres anómalos, "su lugar en la barraca, donde no desfiguran su monstruosidad: que ella es su arte. En la barraca, que es todo lo contrario del teatro" (*Radiografía de la Pampa*, *Ibid.*, p. 123. Acaso en estos pasajes de su obra más sobresaliente, Don Ezequiel prefigurara, sin sospecharlo, lo que habría de pensar, por fin, de Perón: un fanfarrón, en el barrial de una barraca, hablándole a un pueblo degradado, a un *lumpenproletariat*.) Su primera intención con esa masa envilecida es de generosa pedagogía: "Espero que han de ser un día los peronistas quienes mejor me comprendan y me den la razón. Eso indicaría que el espíritu del Señor habría descendido sobre mi pueblo. Nunca he aspirado a nada más" (*¿Qué es esto?*, *Ibid.*, p. 19).

¿Recuerdan a los migrantes? Para Don Ezequiel, en la línea del diario *La Vanguardia* (los dibujos de Tristán era agraviantes para el pueblo al que dibujaba como una banda de patibularios, sucios violentos), los migrantes era "un sector numeroso del pueblo, el de los resentidos, el de los irrespetuosos (...) Sector de individuos sin nobleza, con una opinión peyorativa de los grandes hombres y de los sectores intelectuales en general y en bloque" (EME, *Ibid.*, p. 23). Qué energúmeno, realmente. "Sin nobleza." ¿Qué podemos pensar de esta caracterización luego de nuestros desarrollos de la clase obrera como una clase bastarda que, desde su bastardía, debe crearse a sí misma? Sigue: "A este populacho (...) se dirigió Perón. Se ofreció en mangas de camisa a que lo manosearan; y al *noli me tangere* opuso el 'mano a mano' de los villanos" (EME, *Ibid.*, p. 23). También Rosas, el día de la asunción de su primer gobierno, le explica a Santiago Vázquez, representante de la Banda Oriental: *Tuve que hacerme gaucho como ellos. Para entenderlos y para que me entendieran*. Pero, si para entender a la "negrada" hay que tolerar que la "negrada" lo toque a uno, no, señor, eso que lo hagan los "tiranos". Veamos, ahora, esta joya, este texto que revela lo que sintieron las clases dominantes cuando vieron a los cabecitas del 17 de octubre. Ahí se ve todo: el odio racial, el desdén de clase, la altanería del "educado". Dice Don Ezequiel: "El 17 de octubre Perón volcó en las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie había reconocido" (EME, *Ibid.*, p. 31). ¡Claro que nadie lo había reconocido! Ni la oligarquía, ni los radicales, ni los comunistas, nadie. Sigue: "Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos" (EME, *Ibid.*, p. 31). ¡Marte ataca! Gentes de otro país, ¿de otro planeta? Sí, extraterrestres que venían, curiosamente, de la tierra. Ellos, los intelectuales y la oligarquía, los habían ignorado. Pero tuvo "la habilidad de sacarlo a la superficie y de exhibirlo sin avergonzarse de él" (EME, *Ibid.*, p. 31). Eran el *lumpenproletariat*. "Palabra técnica", para Don Ezequiel. "Era asimismo la Mazorca, pues salió de los frigoríficos como la otra salió de los saladeros. Eran las misma huestes de Rosas, ahora enroladas en la bandera de Perón, que a su vez era el sucesor de aquel tirano" (EME, *Ibid.*, p. 32). Mentira: el proletariado del 17 de octubre no fue La Mazorca, que era un grupo de choque. Fue pacífico. Sólo en la mentalidad deforme, en el odio racial y de clase de sus enemigos se transformaba en la Mazorca. "El 17 de Octubre salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol, y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con una San Bartolomé del barrio norte" (EME, *Ibid.*, p. 32). ¡Pobre, Don Ezequiel, cuánto miedo al pueblo pobre! Este hombre pareciera poder vivir sólo entre lencería fina, brocatos y libros de Goethe y Sarmiento. "Sentimos escalofríos viéndolos desfilar" (EME, *Ibid.*, p. 32). Y bueno, viejo, embromate, hacé el ridículo con ganas, jodete, por decirlo claro. Cita a Vicente Fidel López: "Entre las clases bajas donde Rosas era un Mahoma, es digna la atención de los negros, que hoy ha desaparecido por completo como del aspecto de la capital" (EME, *Ibid.*, p. 41). A los negros los reventaron mandándolos a las guerras como carne de cañón y los liquidó también la fiebre amarilla, que era, como todos sabemos, terriblemente racista. Y luego recurre a Cicerón cuando describe la composición turbia, deleznable, baja, de las "tropas de asalto de Catilina". Se detiene en el slogan *alpargatas sí, libros no*. Y escribe: "Tenía todas las características de los libros que hicieron circular los nazis" (EME, *Ibid.*, 49). Dice que nuestro país ha engendrado una *cultura bárbara*. Que no ha producido a nadie que pueda compararse con Groussac, Borges, Banchs y Victoria Ocampo" (*Ibid.*, p. 51).

Y ahora: atención. Como no podía ser de otro modo, Eva Perón fue acaso más agredida que el propio Perón por los ideólogos setembrinos. Se arrojaron sobre ella con un odio irrefutable. Bajo todo lo que dirán yacerá un concepto esencial, despectivo, sexista: *puta*. Fue puta, llegó por serlo y lo siguió siendo: *una puta resentida*. Los hombres –las clases dominantes, es decir, también las mujeres– no toleran a una mujer con poder. El machismo aparece en las mujeres con un poder asombroso. Durante estos días de conflicto con el agro, con la Sociedad Rural, volvió a aparecer esa mano infame que imprime la leyenda más criminal con que puede injuriarse a una pared y a un ser humano: *"Cristina, vas a morir como Evita"*. El odio a Eva es esencial para entender el golpe de 1955 y el odio que seguirá al mismo. Don Ezequiel se lanza exultante a la tarea: "Todo lo que le faltaba a Perón, o lo poseía en grado rudimentario (...) lo consumó ella o se lo hizo consumar a él. En este sentido, era también una ambiciosa irresponsable. *En realidad, ella era la mujer y él el hombre*. Pues hubo en esa conjunción de efectos mágicos, lo que en los amores de Marlene Dietrch con Gary Cooper" (EME, *Ibid.*, p. 245). Lo que impuso Marlene en el cine y en la vida fue la imagen de una mujer libre, dueña de sí y de su sexualidad. Gary Cooper, a su lado, parecía sometido por el poder de sus encantos pero, sobre todo, por su energía, su abierta desinhibición sexual. Claro que sí: una puta. ¿Cómo se le iba a permitir eso a una mujer? Notable cómo los machos de la oligarquía no toleraban mujeres inteligentes a su lado. Las mujeres a criar los hijos, a manejar la servidumbre y a cuidar el hogar. Con ella, el sexo era cosa secundaria, infrecuente. El macho oligárquico desahogaba sus instintos con las prostitutas, con las mejores. Pero jamás se casaría con una ni permitiría que su mujer se comportara, en lo más nimio, como tal, que tuviera sus modales, su libertad, sus movimientos cadenciosos, sus miradas, la sexualidad a flor de piel. Lo hemos dicho: ni les permitían mamar sus vergas patronales porque con esa boca besarían a sus hijos y debía ser intocada, aun por ellos, los maridos. Esas "porquerías" se recibían de las putas, las que, además y por serlo, las ejercían insuperablemente. Y, sobre todo, no besarían a sus vástagos, a sus puros herederos, con esas bocas mancilladas.

Hasta aquí hemos llegado. Trataremos de no agobiar tan excesivamente (como solemos hacerlo) al lector con el despliegue de una prosa que cubre las páginas como una mancha voraz. De aquí que, habiéndonos propuesto llegar hasta el *Libro Negro de la Segunda Tiranía*, ni siquiera hemos terminado con Don Ezequiel, aunque poco falta. Porque el tema de Eva Perón es tomado por todos los libros setembrinos. No hay uno que no haga fuego sobre ella. Lo veremos también en el libro de la *Segunda Tiranía*. Insistimos: el '55 es fundamental. Ahí se instalaron los motivos del odio antiperonista que perdurará... hasta estos días. Porque el peronismo es "una obstinación argentina", en la poderosa adhesión y en el feroz rechazo. El peronismo, aunque, en sus postulados, proponga la armonía de las clases, ha promovido o ha despertado siempre el odio entre ellas. Muy simple: los pobres adhieren a él y eso es, en este país, insoportable para muchos, para demasiados. Así, la lucha de clases le es inalienable. Lo contrario de lo que dijo, negociando, Cristina F en uno de sus recientes discursos: "El peronismo no propicia la lucha de clases". Hoy tiene, sin embargo, a toda la oligarquía en contra. Y a muchos de sus propios sectores esperando armar una nueva alianza para jaquear a su gobierno. La oligarquía, las empresas transnacionales buscan un peronismo más afín, más dócil, más liberal. Algo parecido a Menem. Un tipo que controle a las masas, a los sindicatos, que no moleste con la maldita cuestión de los derechos humanos, que no haga retenciones al campo ni a la industria ni a nadie, que deje ganar mucho y, en ese caso, importará poco si también es mucho lo que roba. Total, es más lo que permitirá ganar. ¿Quién se pondrá al frente de ese proyecto? ¿Scioli, Duhalde, Macri? Hagan sus apuestas. Pero el proyecto del "apriete" oligárquico y comunicacional es ése: echar a los setentistas, "a esta banda de terroristas, de montoneros revanchistas" del Estado. Y poner "a los hombres de orden" del movimiento.

Seguiremos un poco con Martínez Estrada. Y entraremos en el *Libro Negro* y luego en otros hasta cerrar por completo la etapa del primer peronismo, en la que hemos incluido, según se ha visto, a la Revolución Libertadora, a sus hombres y a sus libros.

Colaboración especial: Virginia Feinmann - Germán Ferrari.

PRÓXIMO DOMINGO

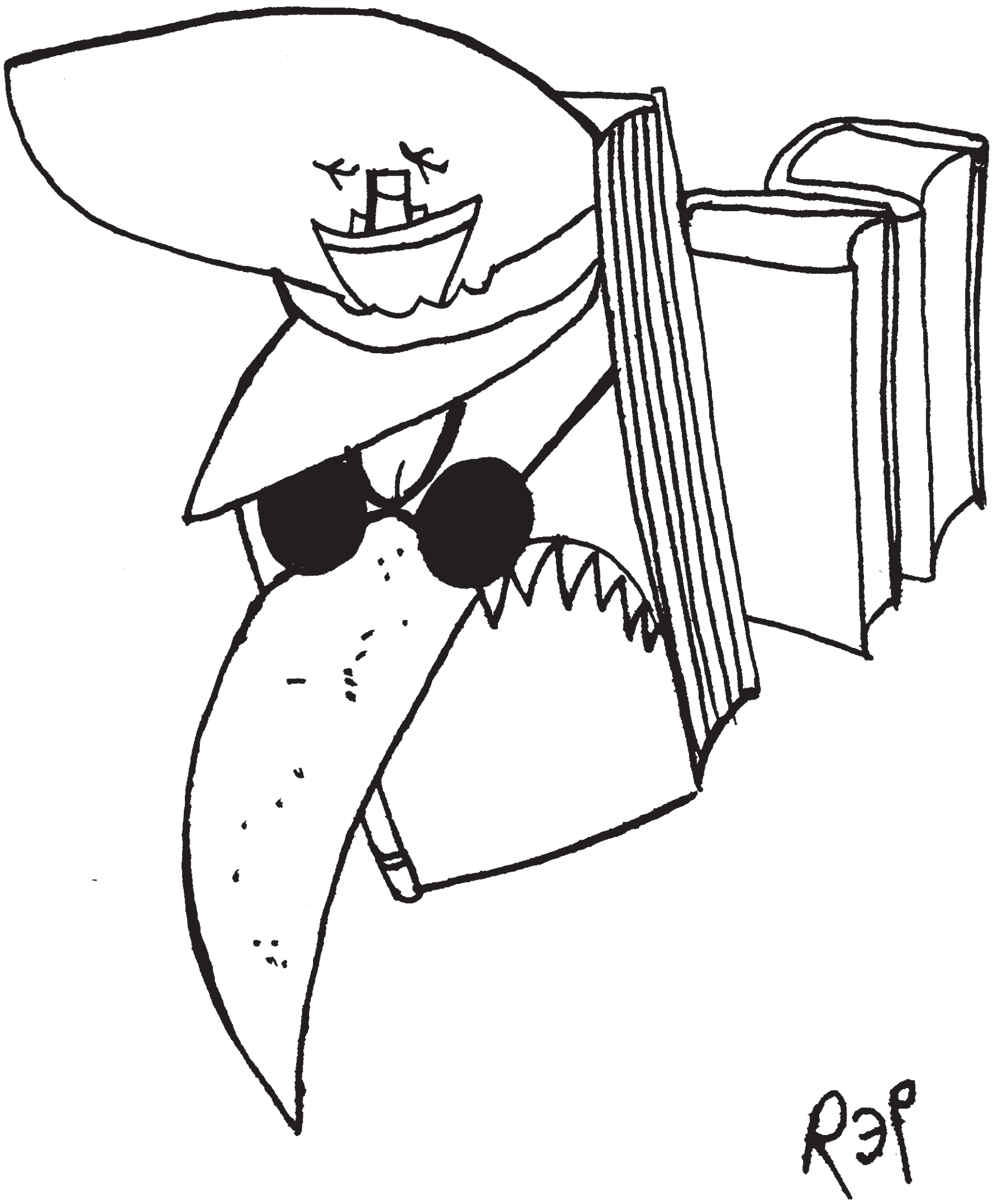
Los libros de la Libertadora

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

24 Los libros de la Libertadora



Suplemento especial de
Página/12

LOS ATRIBUTOS DE LOS DIOSES INFERNALES

Martínez Estrada se empecina en el análisis de la pareja Perón-Eva, quienes, decide, son una pareja demoníaca. No podría haber sido de otro modo, pues "un ingrediente demoníaco hizo posible el milagro peronista" (EME, *Ibid.*, p. 245). Son, ese hombre y esa mujer, "dos aspectos alotrópicos de Satanás" (*Ibid.*, p. 245). Lo alotrópico –por si alguno de los que esto leen no alcanza a la erudición de don Ezequiel– significa que un mismo cuerpo puede presentar más de una forma, hay en él un alboroto de átomos y moléculas y de ese alboroto resulta un cuerpo complejo, con distintas propiedades químicas. Pareciera ser que Perón y Eva eran algo semejante. Porque: "No es que podamos decir que ella era el mal y él el bien, pues los dos eran aspectos alotrópicos de Satanás" (*Ibid.*, p. 245). Pese a que –como todo escritor profesional– no habría de ignorar que una desmedida acumulación de adjetivos suele deteriorar la calidad de una prosa, don Ezequiel elige encenegar su prosa pero dar rienda suelta a su desborde, que, a esta altura, ya podríamos calificar de dionisíaco, fruto perfecto de la embriaguez del odio. Escribe sobre Eva Perón: "Ella era una sublimación de lo torpe, ruin, abyecto, infame, vengativo, ofídico y el pueblo vio que encarnaba atributos de los dioses infernales" (*Ibid.*, p. 245). Me gusta ese adjetivo: *ofídico*. Don Ezequiel lo trajo del griego: *ophis*. Específicamente se les dice así a los reptiles que son serpientes. Tienen una epidermis escamosa. No satisfechas nunca con ella, la cambian todos los años. Evita cambiaba a cada rato sus vestidos Dior. Lucía un vestuario ofídico. Nunca una misma epidermis, siempre otra. La imagen de la falsedad, de la inconsistencia, de la mentira. "Su resentimiento contra el género humano (sigue EME), propio de la actriz de terceros papeles, se conformó con descargarse contra un objeto concreto: la oligarquía o el público de los teatros céntricos" (*Ibid.*, p. 245). Pero de lo ofídico y del resentimiento y del odio a lo superior (la oligarquía) no podemos sino trasladarnos a lo prostibulario. ¿Es que nadie lo advierte? Esta mujer fue, por sobre todas las cosas, una cortesana. EME narra algo que le dijo un amigo que lo visitó cuando aún estaba en el hospital. El amigo, que no parece haber sido peronista, no en vano era amigo de EME y hasta lo visitaba, le dice que lo que ocurre con Eva Perón es que tiene una muy mala experiencia del ser humano. Que trató a muchas figuras de la alta burguesía "en la conyugalidad del tálamo" (*Ibid.*, p. 245). Y fue eso lo que despertó en ella un odio ilevantable "por el hombre, por el macho humano" (Todavía: p. 245). ¿Qué era este odio? ¿Qué expresaba? Expresaba "el desprecio de toda cortesana por su cliente incógnito, del que no le queda después sino el recuerdo de unas monedas" (*Ibid.*, p. 246). El odio sigue creciendo. Admito que más de uno dirá: ¿por qué perdemos tiempo con semejante extraviado? No, no perdemos tiempo: se trata de Ezequiel Martínez Estrada y está expresando el odio de la entera sociedad de los machos argentinos (de ellos y de las mujeres que son tanto o más machistas que ellos, y que odian más y mejor y hasta insultan con mayor encono) por una mujer que, desde un gobierno, desde una posición de poder, encarnó intereses que los agraviaron, que pusieron en peligro sus fortunas, sus superganancias, que son la perdurabilidad de las mismas, ya que para el macho oligárquico perder diez pesos implica no ganar treinta, y ellos no están en el mundo para "no ganar dinero", están para ganarlo, imaginen hasta qué punto podrán odiar a quien los entrega al contradestino de perderlo, ese contradestino al que los entregó Eva Perón. Además, Martínez Estrada no es torpe ni está loco. A Eva Perón se le decía *yegua, puta, perona, prostituta* con una ligereza total. EME era, por el contrario, más refinado. Lo decía mejor que los carajeadores de los studs, de los cascos de las estancias, del Jockey Club y hasta de la casa de los socialistas, porque ahí estaba Américo Ghioldi y el hombre le dedicó un entero libro que caerá también bajo nuestra mirada tan curiosa, caramba, tan obstinada en traer al presente cosas de "tiempos felizmente superados". (¿Será así? ¿Estará uno señalando antinomias que ya no existen o las estará señalando en los días de su gloria injuriosa porque todavía circulan, y hasta se escuchan en voz alta, en los tacho-gorilas, los tacho-fascistas, en el lumpenaje mediático, en las reuniones del poder, del empresariado, en las frescas galerías de las estancias de esa "oligarquía con olor a bosta de vaca", como supo definirla Sarmiento, que tanto ayudó a su triunfo, y terminó, conociéndola, por detestar?)

HOMBRE PÚBLICO Y MUJER PÚBLICA

No, sigamos con EME. ¿Quién sino él podría escribir una frase tan contundente como la que ahora citamos? Lean, así piensa un argentino culto, que ha leído a Goethe y a Nietzsche, en 1955: "Tenía no sólo la desvergüenza de la mujer pública en la cama, sino la intrepidez de la mujer pública en el escenario" (*Ibid.*, p. 246. No diré nada nuevo, pero ¡qué destino el de las mujeres! Si un tipo es un "hombre público" es una figura relevante de la sociedad. Ahora el concepto ha sido erosionado por los propios "hombres públicos". Y significa más ladrón, charlatán, payaso de la tele basura, periodista corrupto del lumpenaje radial, intendente, político de pactos entre las sombras, sindicalista jetón, etc. Pero en el '55 –y ya desde mucho pero mucho antes– un "hombre público" era sinónimo de esa otra figura con que la burguesía nombraba el honor: "un hombre de bien". Un hombre de estatura moral. Un reconocido por sus pares. La fama no era sinónimo del barullo fácil y mediático de hoy. Nada tenía que ver con la "farándula". No, un "hombre público" era Mitre. Era Mansilla. Era Alvear. Era Robustiano Patrón Costas. Era Nicolás Repetto. Era Alfredo Palacios. Era Federico Pinedo. Una "mujer pública" era, sin hesitación posible, una mujer que vendía su cuerpo por dinero. Al hacerlo, ese cuerpo devenía público. Ella era, entonces, una puta. Una puta era una mujer cuyo cuerpo era conocido por muchos hombres, quienes habían pagado para poseerlo sexualmente. El conocimiento de los hombres que lo habían rentado momentáneamente tornaba público a ese cuerpo y pública a la mujer que lo había entregado, cedido. Como la castidad es el recato, el hogar, lo privado, lo burgués, la notoriedad de la mujer pública, la notoriedad de su cuerpo, la alejaba del ideal de "lo decente". Hacía de ella una puta. Hay un título de un gran film de Alfred Hitchcock que, con frecuencia, ni los propios cinéfilos entienden: *Notorius*, con Cary Grant, Ingrid Bergman y Claude Rains. Aquí, absurdamente, se conoció como *Tuyo es mi corazón*. Es la historia de una mujer que debe entregarse –por pedido del contraespionaje norteamericano– a un nazi para quitarle sus secretos y delatarlo. Quien la guía en la tarea es el hombre que ha sido su amante. El sufre por tener la orden de facilitar la operación: conseguir que ella intime con el nazi, entre en su vida, en su alcoba y en esos códigos que acaso representen un peligro para "América". El, Cary Grant, sufre. Pero si el film se llama *Notorius* es para señalar que ella, Ingrid Bergman, al haberse entregado a *dos* hombres, al que amaba y al nazi (Claude Rains), se ha tornado una "mujer pública", una mujer "notoria". *Toda mujer notoria es una puta*. Eva Perón fue la más *notoria* de todas. Así razona el machismo, aquí y en todas partes. Pero muy especialmente aplicó sus códigos crueles y agraviantes a Eva Perón.) Su predecesora –sigue nuestro ilustrado autor– no fue Agripina sino Sempronia. Y recurre a *La conjuración de Catilina* de Cayo Salustio. El que nos hace saber que Sempronia era una mujer de muchos excesos, que los mismos exigían un "arrojo varonil" (*Ibid.*, p. 247). Y que no sólo era lasciva, sino que tanto lo era "que más veces solicitaba a los hombres que era solicitada" (*Ibid.*, p. 247). A ver si entendimos bien: Sempronia era tan excesiva que desbordaba lo que conocemos como conducta habitual en una simple puta. Una puta es una mujer que acepta con facilidad y por dinero la solicitud que los hombres hacen de su cuerpo público. Sempronia, por el contrario, no aguardaba la solicitud de los hombres. Ella era lo peor que puede ser una mujer: era activa, se adelantaba a las intimaciones, a las exigencias de los hombres. Era ella la que intimaba, ella la que exigía. "¡Hazme tuya!", era su orden. Buscaba más de lo que era buscada. Buscaba por puro goce pues ni dinero requería. Evita era así: era Sempronia. ¡Pensar que algunos se indignaron con la ofensa de la ópera rock de Rice y Webber o con la película de Madonna! No: fueron argentinos los que con más odio y hasta con más hojarasca cultural insultaron a Evita. Hay una explicación: era imposible que Rice y Webber hubieran podido odiarla como ellos. *No les había metido la mano en los bolsillos*. No les había soliviantado a las masas. Nunca habían encontrado, como Ezequiel Martínez Estrada y tantos otros, expresiones religiosas de adoración popular dedicadas a ella. Habían oído hablar de eso. Pero no lo habían visto. Don Ezequiel lo vio. Dijo que *La razón de mi vida* era un catecismo. Dijo que Evita tuvo el poder de un enviado carismático sobre las masas simples, ignorantes. Que la adoraron con un misticismo inédito. Que gozó de ese poder "como nunca antes ningún otro mistagogo político sudamericano" (*Ibid.*, p. 253). "En Córdoba (dice) he visto, en casas humildes, altarcitos con el retrato en colores de Eva Perón, dos velas encendidas y un ramito de colores. Era para arrodillarse a rezar con la familia" (*Ibid.*, p. 253). Y si alguien cree que, como a Sabato, esto va a perturbar a Martínez Estrada, que le hará ver, como a Sabato, el aspecto dual y contradictorio de la criatura humana, de la patria argentina, que lo atormentará, como a Sabato, que los humildes lloren a Eva Perón en tanto los argentinos de la cultura la odian, ni ahí.

UNA MISTAGOGA

EME lo tiene todo claro: los que pusieron ese altarcito son ignorantes, lúmpenes, adoradores de una deidad pagana, infernal. Son víctimas de una *mistagoga*. Qué palabra, caramba. Si le hubieran dicho a Evita que era una mistagoga posiblemente se habría reído. Un mistagogo es un sacerdote pagano. ¿Cómo se forma semejante palabreja? Con "mystes" (el iniciado en misterios) y "agogos" (el conductor). Eso era ella: una diosa pagana para el culto pagano de los negros brutos de la Argentina. De los de Buenos Aires, de los de Córdoba, de los de todos lados. Confieso que ya terminaba con Martínez Estrada pero me atraía esa palabra: mistagogo. El mistagogo ejerce la mistagogia. Eva, además, era una mistagoga puta. "Naturalmente el altar de esa diosa tiene que ser el lupanar y ya Perón había anunciado que convertiría a su patria en un gran prostíbulo" (*Ibid.*, p. 256. Interesante frase de la que EME, sin embargo, no indica la fuente. Lástima: habría sido más funcional, comprensible y directa para atacar a Perón que el Discurso en la Bolsa de Comercio. Del cual el mago de los movimientos pendulares ofreció otras facetas, frases o cartas alternativas, anticapitalistas y antiimperialistas).

No es casual que el ensayo de Martínez Estrada esté signado por lo desmedido. Era un escritor nietzscheano. Tanto odió al peronismo que estuvo enfermo e internado casi para no verlo, no padecerlo. No pertenecer a la vida civil en tanto el movimiento gobernara. No pretendo decir que sus exasperaciones no fueran compartidas por los otros gorilas que publicaron libros durante esos tiempos, pero estas apelaciones al Maligno tienen una fuente más erudita, y si aparecen es por el bagaje cultural de EME, que es, sin duda, mayor del de los escribas del *Libro negro de la segunda tiranía* o el de Mary Main, que no es desdeñable. El nietzscheísmo de Estrada lo lleva a los extremos. Da una interpretación dionisíaca del peronismo. Ve en el peronismo un hecho dionisíaco. Su *Nietzsche* no es un mal libro. Queda fuera de las polémicas de hoy, que toman más a Nietzsche como parte de la destrucción de la metafísica que emprende Heidegger. Pero es un libro sesudo, bien trabajado. En él, EME dice que el loco de Turín expresa el lenguaje estético anterior a Heráclito, Empédocles y Pitágoras. Que usa "el muchísimo más profundo lenguaje de los poetas ditirámbicos, que ya Aristófanes en *Las ranas* añora como para siempre perdido. *Es la sabiduría de los silenos que vivían, sentían y razonaban en contacto pavoroso u orgiástico con la naturaleza y las divinidades desconocidas de la vida*" (Ezequiel Martínez Estrada, *Nietzsche, filósofo dionisíaco*, Caja Negra, Buenos Aires, 2005, p. 39). Y a renglón seguido (según suele decirse) sintetiza lo esencial que le debemos a Nietzsche y que, cree-

mos, es el origen del aliento desmedido que impulsa su *Catilinaria* sobre el peronismo: "Sin duda merced a la aventura inaudita de Nietzsche estamos hoy mucho más cerca de la concepción trágica de Esquilo y de Eurípides (...) que de la concepción no menos ingenua pero ya sin *pathos* de Aristóteles" (*Ibid.*, p. 39). Y más adelante (aunque lo hace a lo largo de todo el ensayo) torna a explicitar lo que Nietzsche le entrega, lo que él encuentra y admira en el genio de *La genealogía de la moral: "La problemática de Nietzsche en gran parte proviene de que ha considerado como un deber moral de su inteligencia no prohibirse deliberadamente ningún extremo a que su pensamiento pudiera conducirlo*. Se consideró a sí mismo como explorador, como revelador de temas incógnitos. Sus referencias a esa situación, casi siempre expresadas en un lenguaje poético, alcanzan alturas de belleza luminosa" (*Ibid.*, pp. 46/47. Cursivas mías). Qué duda cabe: Don Ezequiel escribió *Qué es esto* sin prohibirse ningún extremo a que su pensamiento pudiera conducirlo. Sólo que, al final de ciertos extremos, no está la embriaguez de Dioniso, sino el ridículo.

LA MUJER DEL LÁTIGO

Todo el mundo, todas las agencias noticiosas, todos los medios del espectáculo, mencionaron su nombre en 1996. Madonna filmaba el musical *Evita* dirigida por Alan Parker. El primer señalado para dirigir el proyecto había sido Oliver Stone, quien le había ofrecido el papel a Michelle Pfeiffer, pero la Susie Diamond de *Los fabulosos Baker Boys* y la *Gatúbela* de *Batman vuelve* rechazó el papel. Una lástima. Madonna estuvo apenas correcta. Se embarazó justo cuando tenía que morir de cáncer y por más make up pálido-muerte que le metieron en su jeta-pop, se la vio demasiado gordita para alguien que se muere, y más si uno recuerda a la Evita de los últimos días. El nombre al que hacemos mención no es el de ella. Por supuesto que estuvo en todas las bocas y en todos los medios y acaparó reportajes por medio mundo. Pero no: hubo otro nombre que volvió a primer plano con la filmación de *Evita*. Ella se llama Mary Main. Y es la autora de la primera biografía seria, documentada y bien escrita que se

hizo sobre la mujer que los humildes amaron y lloraron. Muchos se asombrarán de estas afirmaciones. Caramba, luego de tratar con tanta desatención a Ezequiel Martínez Estrada, alias el autor de *Radiografía de la pampa*, viene uno a decir que el libro de la señora Main (odiado por los peronistas y hasta por buena parte de los argentinos) es una biografía seria, documentada y bien escrita. Ocurre que es así.

Vayamos por partes. El libro de Mary Main, *La mujer del látigo,* salta a la fama mundial cuando Andrew Lloyd Webber y Tim Rice adaptan su libro para el musical *Evita*, que se monta en Broadway en 1978, y que narra, según Leonard Maltin, "el ascenso de Eva Perón desde su ilegítima infancia hasta su casi-deificación como Primera Dama en la Argentina de los años cuarenta". (*Nota*: Leonard Maltin es un célebre estudioso del cine norteamericano, mediocre, conservador, pero ingenioso y tremendamente exhaustivo en su trabajo, el cual se expresa, sobre todo, en una *Movie guide* que saca año tras año y en la que el curioso o el cinéfilo puede encontrar casi todas las películas que Hollywood filmó y también las extranjeras que en Estados Unidos se estrenaron, con sus casts, sus directores y su año de filmación. Sus juicios, como los de todos, son arbitrarios, pero nada deteriora la utilidad de su trabajo, que es serio y responsable.) Ahí se habló mucho de Mary Main. La versión de 1978 inició lo que sería un éxito descomunal y pondría a Eva Perón –haya sido o no agradable para nosotros la interpretación de los hechos– en el lugar de icono de la historia universal, un lugar para el que estaba bien equipada, pues era formidable el material que tenía para ofrecer: belleza, pasado incierto, bastardía, ascenso hacia el poder, conquista del poder, relación con un "dictador sudamericano", relación de amor con el pueblo, su Fundación, su renunciamiento y su muerte lenta, dolorosa, hecha casi pública, casi visible en ese terrible discurso del 1° de mayo de 1952 en que termina llorando y buscando cobijo en los brazos de su marido, su entierro espectacular, de clara inspiración mussoliniana y, por eso mismo, grandilocuente, desmedido, una ópera macabra con un coro de humildes que lloran y despiden a la que era su abanderada, y a la que sería la única y la última que habrían de tener, mujer u hombre. La ópera rock tiene una intérprete excepcional, la mejor: la actriz de Broadway Patty Lupone. La inclusión –que, desde luego, no figura en el libro de Main– de Ernesto "Che" Guevara como relator y crítico de los hechos reveló un ingenio innegable por parte de los creadores y algo digno de pensarse: Ernesto Guevara, socialista, tercermundista, guerrillero, pero hijo de una familia de clase alta, hombre y ya icono cuasi despolitizado de la rebeldía, era asumido positivamente, era valorado por el "Imperio Americano", en tanto que Eva Perón, bastarda, pobre, mujer de "oscuro pasado", enemiga ardiente de los Estados Unidos, pasionaria de un gobierno que, para los yankis, había sido pro-Eje, que había cobijado a todos los nazis que huyeron de Alemania, que había injuriado a su embajador Braden y que era despreciado por las clases altas, por la oligarquía agraria y ganadera, Eva Perón, decíamos, era repudiada y reprendida como prostituta, como mujer que ha usado su cuerpo para trepar de "cama en cama", camas de cantantes, camas de actores, camas de empresarios del espectáculo, camas de militares, hasta llegar a sus amores con Perón, un coronel nazi que le permite todo, sus ambiciones desmedidas, su manejo demagógico de las masas, su ayuda interesada, su enriquecimiento con los fondos de la Fundación, etc. (*Nota*: Ha surgido, un poco tarde tal vez, pero no hay por qué suponer que todo aparecerá en su debido momento en un trabajo que nos proponemos hacer incluyendo todos sus desvíos, todas sus sorpresas, el tema de Perón, Braden y la injuria que Estados Unidos y la oligarquía argentina reprochan al hombre de la Secretaría de Trabajo y Previsión haberle propinado a tan importante figura de la diplomacia. Hay una anécdota exquisita que pinta al Perón del '45, el más inspirado, como pocas. Spruille Braden presenta sus credenciales el 21 de mayo de 1945. Nadie ignora lo que hizo: participó en rumbosos, opulentos banquetes oligárquicos. Y se reunió con socialistas, comunistas y sindicalistas de la vieja guardia. "Sabrás que Braden fue visitado por una delegación obrera (dice un personaje de una novela de Manuel Gálvez, escritor excesivamente olvidado, pero leído con fervor en su tiempo y muy popular: será por eso que lo olvidaron). Los comunistas nos ayudan enormemente. Y tanto han hecho que ya nadie tiene miedo al comunismo" (Gálvez, *El uno y la multitud*, Alpe, Buenos Aires, 1955, p. 237). Con quien aún no se ha reunido Braden es con el coronel Perón, la figura poderosa cuya estrella brilla incesante. Braden lo visita varias veces. Hay tanteos iniciales, frases corteses pero frías. Nada que importe. Cierto día, Braden (un poco como J. C. Escribano con Kirchner) le dice abiertamente todo lo que tiene que hacer si quiere ser bien estimado en los Estados Unidos. Perón le contesta una frase que, con justicia, hizo historia: "Disculpe, embajador: pero yo no quiero ser bien estimado en su país al costo de haber sido un hijo de puta en el mío". Perón tuvo grandes aciertos, cometió grandes errores y hasta grandes hijoputeces, pero se dio sus gustos. Haberle dicho *eso* a un embajador de los "Estados Unidos de América" debe ser un galardón que comparte con muy pocos. Ese mismo día, la CIA y el Departamento de Estado ya sabían con quién habrían de lidiar en

el lejano sur, aumentaron la cifra de nazis que entraron a la Argentina y decidieron hacer, para la eternidad, de Perón un nazi y de Evita una puta. Hasta hoy perdura ese relato.)

LA LECHE DE LA CLEMENCIA

Pocos se han ocupado de leer el libro de Mary Main y la versión que circula entre nosotros es que se trata de una obra pérfida que meramente recopila, aumentándolos si cabe, los peores chismes que el gorilaje oligárquico decía de Eva Perón. Main, sin embargo, hizo más que eso: hizo la primera biografía seria, documentada, de Eva Perón. El libro se publica en Estados Unidos en 1952 y Main lo firma como María Flores, porque, dice, tenía miedo por sus amigos de Buenos Aires. Se llama *The Woman of The Whip (La mujer del látigo)*. En su tapa se lee: "La primera y objetiva biografía de la glamorosa y peligrosa (*the glamorous and dangerous*) mujer que controló la Argentina, la finada Eva Perón". Lo publica una editorial de Nueva York. Main escribió su libro antes de la muerte de Eva. Aquí, coherentemente, se edita en diciembre de 1955, a pocos días del golpe setembrino, como si hubieran estado esperando. Main ya no firma María Flores, sino que lo hace con su propio nombre. La editorial es *La Reja*. En 1956 dice haber editado ya cinco ediciones: 26.000 ejemplares, cifra que, para la época, era fenomenal. También lo sería hoy. En la tapa se lee el título y una leyenda propagandística: "Exito mundial, ahora en Argentina".

Main era argentina, de padres ingleses. Vivió muy poco tiempo en el país. Antes de Pearl Harbour emigró con su familia a la ciudad de Toronto y luego se instaló en New York. La *maldición de Evita* pareciera haberle dado de lleno. Mary Main, a lo largo de su vida, fue enceguecieno cada vez más hasta perder por completo la vista. El éxito de la ópera-rock llevó su libro a un éxito que no esperaba y eso alegró sus días postreros.

Lejos está de ser el escritor o el político que más despiadadamente trató a Evita. Su libro, al ser publicado en la fecha en que lo fue, forma parte planeada, instrumentada, de la Libertadora. Pero Main, en el agravio y en el odio, fue superada por los argentinos. Ella no escribió textos que se leen en el libelo de Américo Ghioldi, personaje al que todos dicen "Norteamérico Ghioldi", y que ha pasado tristemente a la historia porque luego de los fusilamientos de 1956 dijo una frase que, en su momento, habrá agradado a muchos, a Borges y Bioy, a la gente de *Sur*, a los comandos civiles, a las clases dominantes, pero, con los años, repele a todos pues lleva en sí una carga tanática, un cruel desdén por la vida, que desagrada aun a los antiperonistas: *Se acabó la leche de la clemencia*. (*Nota*: Se lee en el *Diccionario biográfico de la izquierda argentina* de Horacio Tarcus: "Otra vez al frente de *La Vanguardia*, ahora desde Buenos Aires (y hasta fines de 1956), es el autor del célebre editorial en que, avalando la represión al levantamiento peronista encabezado por el general Juan José Valle, en junio de 1956, afirma: "Se acabó la leche de la clemencia" (*La Vanguardia*, 14/6/1956)". El *Diccionario* de Tarcus es un valioso esfuerzo y una auténtica herramienta de trabajo. Y aunque figuran Ghioldi y Francisco Pinedo, no faltan los hombres de izquierda que adhirieron al peronismo como Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, o peronistas de izquierda como John William Cooke o también Rodolfo Walsh, que escribió en *Noticias*, el diario de superficie de *Montoneros*, que dirigió Miguel Bonasso, un escueto pero respetuoso epitafio de Perón, y que discutió con la soberbia, iluminista, vanguardista sin bases, militarista conducción de *Montoneros* en el exilio, desde el país en que perdería su vida, que la acción revolucionaria no puede escindirse de la organización de las masas, de su apoyo, de su participación en la lucha. Esa era la concepción originaria de la izquierda peronista: trabajar desde *adentro del peronismo* porque se trabajaría *con* las masas y no en exterioridad a ellas. Walsh insistirá en el repliegue de la lucha armada porque el repliegue de las masas así lo requiere. *Montoneros* seguirá con su política aislada, militarista, fierrera, solitaria, una vanguardia iluminista girando en el vacío. Volveremos a fondo sobre estos temas. Porque el camino es largo y agotaremos todas sus instancias.) Una frase digna de Videla o del general Camps, lo que señala el linaje entre aquellos fusilamientos y el golpe de 1976, cuyos fanáticos adherentes civiles, Jorge Luis García Venturini, Jaime Perriaux, Jaime Smart, Martínez de Hoz, Walter Klein y tantos, tantos otros, también habrán dicho: *Se acabó la leche de la clemencia*. Con una sola diferencia: esa "leche" ya se había acabado no bien el asesino Alberto Villar fue ascendido por Perón a jefe de la Policía Federal, cruentos tramos de esta historia, sus lodazales, en los que aún no hemos penetrado. Main, por ejemplo, no escribió: "En sus discursos incitó a la violencia y al crimen. Los diarios registran sus peroratas incendiarias que se suceden desde el comienzo de su actuación hasta un mes antes de morir, cuando desde las escalinatas de la Casa presidencial lanzó el incendiario evangelio de la destrucción: pidió encendamos la Argentina, pero defendamos a Perón; no he venido a traer paz sino a incendiar la tierra. No podría hablarse de imprecaciones, pues su vocabulario no alcanzó nunca dignidad formal. Pusieron en sus labios una oratoria exterminadora que ella, poseída, manejó gustosa. La 'bellatrix' del régimen sólo conocía palabras de furia y violencia" (Américo Ghioldi, *El mito de Eva Duarte*, Montevideo, octubre de 1952, pp. 47/48. *No figura nombre de casa editora alguna*. Sólo figura el lugar desde el que se escribió el libro: Montevideo, refugio caro a los exiliados de las "tiranías" argentinas. Los de las otras tiranías –la de 1976, por ejemplo y sobre todo– no pudieron ir al Uruguay, pues el país trabajaba dentro de la llamada *Operación Cóndor* formada por, precisamente, Uruguay, Argentina, Paraguay, Chile. Los exiliados de la tiranía de Videla –que sí, *sin duda alguna*, fue una tiranía– tuvieron que buscar en horizontes más lejanos su salvación y algunos ni ahí la encontraron.) Notemos el desdén de Ghioldi por la ausencia de "dignidad formal" en el lenguaje de Evita. Siempre late el tema de la barbarie. La mujer del tirano ni siquiera sabe hablar correctamente, como hablan ellos, los profesores como Ghioldi, los socialistas como él, buena gente, culta, de modales. Y sigue: "En el poder reveló un amor desmesurado al lujo; en joyas y ropas debe haber invertido no menos de cien millones de pesos" (Ghioldi, *Ibid.*, p. 49).

NIÑAS REBELDES Y PUTAS AZAROSAS

Si Evita hubiese sido una señora de la oligarquía, ninguno de estos machistas, de estos tipos llenos de odio por los que llegan desde abajo, por los que ocupan los lugares que no deben, le habría dicho nada. Lo mismo con Cristina Fernández y sus carteras o sus relojes. ¿Alguien imagina posible que se le cuestionara a Victoria Ocampo tener una casona tan opulenta en las Barrancas de San Isidro? ¿Alguien le dijo algo a Marcelo T. de Alvear por las joyas de su suntuosa mujer, Regina Pacini? Lo que suyace es lo siguiente: la oligarquía tiene lo que tiene porque tiene *derecho* a tenerlo. "Los campos no se compran, se heredan", le dice Elina Colomer a Juan Duarte en *Ay Juancito*. Y no sólo derecho, también sabe cómo usarlo. A la oligarquía le cae bien ser rica, rumbosa. A los otros, a los que carecen de linaje, el lujo sólo sirve para revelar su ambición. *Quieren ser lo que no son*. Escribe Ghioldi: "¿Este furioso e incontenible amor al lujo pone al descubierto el escondido móvil que condujo su vida azarosa?" (*Ibid.*, p. 49). Qué perfecto canallita: lo de "vida azarosa" significa "puta". Una señora "bien" no tiene vida azarosa. Y si Victoria Ocampo la tuvo fue por su "rebeldía". Las niñas de las clases altas si son "azarosas" es porque son "rebeldes", "curiosas", "inquietas" y, por fin, "poetas". Si Evita es "azarosa" es porque anduvo pasando de una cama a la otra, no de Roma a París y de París a Londres. ¿Por qué nunca se ha dicho nada de Regina Pacini de Alvear? Era, al cabo, una *prima donna*, era portuguesa, pero era una cantante lírica. Una cosa son Verdi, Puccini y Wagner y otra una chica de Los Toldos que apenas si cantaba *La cumparsita.* Pero tampoco es lo esencial. Lo que importa es esto: "Su figura (la de Alvear) respondía a 'una cierta idea del país' agropecuario, grandioso, bucólico, pacífico, que debía proyectarse al ritmo de las grandes repúblicas democráticas que él había conocido y admirado en sus largas residencias en Europa" (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 478). Alvear era un sibarita, le gustaba la buena vida, la vida de la noche, fue presidente del Jockey Club, hizo deportes, fue el perfecto *bon vivant* y, como buen enamorado del amor que era, se casó con la *prima donna*, con Regina Pacini. "Esto fue juzgado como una nueva locura de Alvear por la pacata sociedad tradicional, que perdía con esta boda a un soltero codiciable. Ella dejó su profesión. Formaron un buen matrimonio dentro de los cánones de la época; residieron mucho tiempo en París y se vincularon con gente refinada" (Sáenz Quesada, *Ibid.*, p. 479). ¿No es un cuento de hadas? No creo que nadie le haya cuestionado a doña Regina Pacini de Alvear nada de lo que se pusiera encima. A lo sumo, las conchetas solteras le recriminaron que les robara a "un soltero codiciable". Hay cosas que repugnan. Hay un odio de clase tan profundo en este país. Hay un siempre renovado cholulismo por la gente bien, por la aristocracia, por los dueños de la tierra o por las señoras de clase. Y si acaso eso ha disminuido (se me dirá que la oligarquía no está en su apogeo y es cierto), lo que no disminuyó es el resentimiento contra el que vino de abajo, con el que usa lo que *por naturaleza* no le pertenece. Si alguien quiere criticar a Cristina F que critique su política pero que no utilice para hacerlo la cartera o los zapatos que usa. Lo hicieron con los vestidos Dior de Evita, aunque, se sabe, después los cambió por el traje sastre y el rodete de la militante. Pero, ¿por qué no les ofende la riqueza de los herederos? Al cabo, los que llegaron a lo alto algún esfuerzo tuvieron que hacer. *Tuvieron que ganárselo*. Por eso se les dice *ambiciosos, trepadores.* O, como dice el miserable Ghioldi de Evita, "furioso e incontenible amor al lujo". Los que vienen de abajo no heredaron nada: se lo tuvieron que ganar todo. A los otros les cayó de arriba. Si viene la reina Mariana o la princesa de donde sea les rinden tributos y hablan de su elegancia. A Lady Di nadie jamás le dijo que se vestía lujosamente: admiraban su buen gusto. Nadie le dijo que revolvía demasiadas camas con demasiados amantes: le gustaba ser libre, ser la rebelde de la Corona. Puta, jamás.

Concluye Ghioldi: "Corta de inteligencia, deficiente de cultura y sensibilidad femenina, ignorante de las relaciones morales y civiles de los hombres, sin autocrítica, sin carga de escrúpulos de conciencia, falta de gusto, Eva Perón ingresa a la historia como una leyenda plantada en el mentidero argentino" (Américo Ghioldi, *Ibid.*, p. 49). En cambio, Mary Main, la autora del libro que inspiró la ópera-rock que indignó al país, termina su libro diciendo: "Por otra parte, aquellos que inicien la tarea (de recuperar al país, JPF) no deberán subestimar la influencia que 'Santa Evita' ejerce en los corazones simples y las almas sencillas, influencia que puede ser fortalecida y no debilitada por la muerte y que desaparecerá, *no por medio de leyes y decretos*, sino con ilustración, esperanza y libertad" (Mary Main, *Ibid.*, p. 199. Cursivas mías). A Evita y al peronismo, en cambio, los libertadores los quisieron desaparecer con el decreto 4161 y a Evita, sin más, la desaparecieron. Tanto miedo le tenían a su cadáver. Sabían que el pueblo la amaba. No el lumpenproletariat de Ezequiel Martínez Estrada. No la "chusma" de la oligarquía. O los obreros incultos, barbáricos de Ghioldi. Sino eso que Mary Main, cálidamente, llama "los corazones simples y las almas sencillas". O sea, las almas y los corazones que amaba Tolstoi.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann y Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Sabato, el hombre sensible de la Libertadora

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

25 **Los asesinos de escritorio**

Suplemento especial de
Página/12

JAIME SMART: CÁRCEL PARA EL PRIMER REPRESOR CIVIL DE LA DICTADURA

Supongamos que uno tiene el delirio de escribir una historia exhaustiva sobre el peronismo, una "historia para la historia", supongamos que decide seguir un plan que posea cierto rigor expositivo, que no sea rígido porque con el peronismo si uno se pone rígido elige alguno de los tantos bandos, se aferra a él y ya no entiende nada, pero uno busca un plan expositivo claro y, de algún modo, creciente, que vaya acumulando los hechos en un orden que siga al de los *sucesos*, aunque sepa que esos hechos no le van a entregar ni la historia ni la interpretación del peronismo, acontecimiento que tendrá miles de posibilidades de ser narrado e interpretado. Pero, de pronto, ocurre algo, ocurre mientras uno está escribiendo esta filosofía de esta obstinación, el peronismo, y uno se dice: "No, aquí tengo que detenerme". Lo que ocurrió hoy merece que deje, por el momento, de ocuparme de algo que tanto me fascina (y, creo, también a los lectores) como los libros de la Libertadora, y dar cuentas de este hecho.

El hecho es el siguiente: arrestaron al primer represor *civil* de la última dictadura militar. Lo que, hoy, leí, y lo leí porque me lo envió mi hija que, junto a su hermana, pasaron gran parte de su infancia ensombrecidas por tener un papá tan loco, tan amargo, que nunca reía y que vivía pendiente de noticias que ellas no sabían de qué trataban, aunque, percibían, tenían que ver con el miedo, hasta el punto de que la menor, que tenía tres años en 1976, inventó algo, una amenaza que ella llamaba "los ladrones" y nos decía que iban "a venir los ladrones" y hasta, a veces, llorando, preguntaba: "¿Por qué existen los ladrones?" y la mayor dibujaba una y otra vez, con lápices de colores, militares y policías, una de esas hijas, la mayor, sin agregar una palabra a su mail, me envió esta noticia: "Martes 06 mayo 2008, 13:35: Detuvieron al ex gobernador bonaerense de la dictadura Ibérico Saint Jean. Lo había ordenado esta mañana la Justicia de La Plata en el marco de la causa que investiga el secuestro de Jacobo Timerman. También fue detenido su ministro de Gobierno Jaime Smart. El ex gobernador militar bonaerense durante la dictadura Ibérico Saint Jean y su ex ministro de Gobierno Jaime Smart fueron detenidos hoy por orden del juez federal de La Plata, Arnaldo Corazza. Ambos están acusados de violaciones a los derechos humanos perpetradas en el marco de la denominada 'causa Timerman'.

"Según informó el abogado querellante Alejo Ramos Padilla a la agencia DyN, ambos se presentaron esta mañana ante el juzgado de Corazza, quien los notificó de sus detenciones y les concedió la prisión domiciliaria debido a que ambos son mayores de 70 años.

"El ex militar Saint Jean y el abogado Smart, defensor entre otros de Albano Harguindeguy, están acusados de múltiples privaciones ilegales de la libertad, secuestros, aplicación de tormentos y desaparición forzada de personas. En la causa por la que fueron detenidos, están imputados por los hechos que derivaron en el cierre del diario *La Opinión* y el secuestro del periodista Jacobo Timerman.

"Héctor Timerman, actual embajador argentino en Washington e hijo del periodista, es el principal querellante en el expediente.

"Con su detención, Smart se convirtió en el primer miembro civil del gobierno de facto detenido por presuntos delitos de lesa humanidad.

(Fuentes: Télam y DyN)".

No voy a contar una historia que está ya narrada largamente en una de las mejores novelas que escribí y que creo, si no es la "novela de la dictadura", es, sin duda, una de ellas, sobre todo la que trata la suerte de los que quedaron viviendo bajo el horror pero en superficie, los que sabían que habían hecho bastante pero quizá no tanto, que podían quizá no irse, quizá no ser víctimas, o porque no habían estado "dentro" de ninguna orga o porque no habían agarrado un chumbo en su vida. El doctor Jaime Smart, *el primer civil detenido por crímenes de lesa humanidad*, se encargó, al menos para mi personaje Pablo Epstein, que, los que han leído mis novelas y los que se las salteron con todo derecho y no hay drama, saben o sabrán ahora que es un cierto *alter ego* mío, pero igualmente un personaje de ficción. Si uno no escribe una autobiografía y elige escribir una novela y en lugar de ponerse uno pone a un personaje es porque o no quiere contar todo, o porque quiere contarlo de otro modo, agregando o quitando cosas y, definitivamente, con la excepcional libertad de creación que da la literatura. Pero el doctor Jaime Smart, tanto para Pablo Epstein (el protagonista atormentado de *La astucia de las armas* y *La crítica de la razón*) como para mí, siempre fue un personaje temible, un hombre que, como ideólogo que era, fanáticamente creía que la culpa de todo residía en los ideólogos, en los que habían mancillado el alma de los jóvenes argentinos. Pablo Epstein, en diciembre de 1976, tramaba huir finalmente del país, pero tenía dos contras: había sido intervenido, un año atrás, de un cáncer muy agresivo, *que mata en los dos primeros años*, un cáncer de testículo, que se da sobre todo en hombres jóvenes, de aquí su agresividad inmediata. Si superaba los dos años y seguía vivo podía tener esperanzas. Durante los dos primeros meses de 1976 lo radiaron intensivamente. Los médicos le decían que no se fuera del país porque no podría pagarse el tratamiento adecuado afuera (y era cierto) y, ahí sí, era certero que la enfermedad se agravaría, algo que, en este caso, era morir, sin más. La otra contra para huir era que estaba "loco". Que el hecho sencillo pero pavoroso de correr el doble peligro de morir por dentro o morir por fuera, o por las células que harían metástasis en el pulmón (que es donde hace metástasis el tumor de testículo) o como parte de las células "subversivas", como "cómplice" o "ideólogo" que había adoctrinado a quienes las formaron, determinó una neurosis de tipo obsesivo compulsivo, hoy conocida como TOC, Trastorno Obsesivo Compulsivo: leía durante todo el día las declaraciones de los militares y memorizaba los textos que había escrito para "resolver" si él era inocente o no, si debían buscarlo o no. Una vez que las había leído las volvía a leer casi hasta memorizarlas, cosa de la que nunca quedaba seguro. Por lo cual volvía a leerlas. Esa era la pesadilla. No poder detenerse. Igual que el alcohólico. El drogadicto. O el compulsivo sexual. O el que se lava las manos treinta veces por día hasta encontrar que, en lugar de jabón, lo que ahora tiene en las manos es sangre. El trastorno obsesivo compulsivo de Pablo tenía lugar en la recurrencia de pensamientos obsesivo-paranoicos que no podía controlar. (*Nota*: No había medicación apropiada para esta neurosis durante esos años. Vagamente se daba Halopidol o Anafranil, que no conseguían casi nada. Recién con la aparición del *Prozac* –y sus varios hermanos o primos o sobrinos– la cuestión mejoró. Hoy es bastante controlable, sus "recurrencias" son muy espaciadas y no tienen la agresividad anterior al avance notable de los psicofármacos a partir de fines de la década del '80. O sea, Epstein tuvo que esperar muchos años.) Pero la explosiva mezcla que se había producido en la psiquis de Epstein tenía que ver con una noción muy candente acerca de la *culpa*. La propaganda agobiante de la dictadura había logrado –en quienes estaban en el país y la recibían cotidianamente– crear una conciencia de culpa: todo aquel que hubiera hecho algo cercano a ese concepto indefinible (y en esta indefinibilidad radicaba su terror) llamado *subversión* era culpable. ¿De qué? De la destrucción del país. De la guerrilla. De los asesinatos. De la penetración ideológica. Pablo vivía tratando de decidir (éste era el mecanismo más *preciso* de su obsesión compulsiva) si era inocente o culpable. Lo cual, trasladado a su cuerpo, era lo mismo: si era inocente, habría de vivir; si era culpable, moriría de esa metástasis en el pulmón. Sabía que estaba inmerso en la categoría de "ideólogo de la subversión". Pero conseguía, a veces, serenarse creyendo que la cosa era sólo con la "subversión armada" o que lo suyo tal vez no hubiera sido tan grave. Aquí es donde aparece el doctor Jaime Smart, ministro de Gobierno de Ibérico Saint Jean. Aparece para aclararle definitivamente las cosas a Pablo. Saint Jean, antes, había dicho una enormidad del terror represivo, que hizo huir a muchos, en un discurso en que afirmó (hoy ese discurso es célebre, es una pieza maestra de la paranoia genocida) que primero matarían a los subversivos, después a los cómplices, después a los familiares, luego a los indiferentes y por fin a los tímidos. (Trataremos estos temas más adelante: al llegar a la dictadura.) Pero la desmesura de Saint Jean era tan abarcante que no consiguió aterrorizar tanto a Pablo como la precisa, fría, acotada, sentencia del doctor Smart. Está, como dije, narrada en *La crítica de las armas*. Paso, pues, a citar el pasaje de la novela, escrita en 2002, mucho antes de que imaginara yo que, alguna vez, el doctor Smart sería detenido. A partir de la p. 101 de la edición que **Página/12** hiciera en 2007 se describe a Pablo deteniéndose en un kiosco, leyendo el titular de la noticia de las declaraciones de Smart, comprando el diario, metiéndose en la confitería *Mignon*, que estaba entonces en Cabildo y Juramento, y leyendo en una mesa las palabras de ese abogado poseído por lo que Adorno había llamado "el principio persecutorio". He aquí el texto: "Era *La Nación* del 12 de diciembre de 1976. El título del importante artículo (ocupaba casi media página del diario) era: *Desenmascarar a quienes armaron a la subversión*. *La Plata (NA)*.- Tenemos el deber de desenmascarar a quienes armaron a los delincuentes subversivos, porque si no corremos el riesgo de que dentro de unos años vuelvan de las sombras". El ministro de Gobierno había hablado por LS11 Radio Provincia de Buenos Aires. Con entusiasmo, se había referido al reequipamiento de la policía bonaerense, "manifestó que en los últimos ocho meses se invirtieron más de 1500 millones de pesos, y que se aumentó el plantel de la dependencia en 30.000 hombres". Las cifras, pensaría Pablo, el horror de las cifras. Varias veces encontraría, por uno u otro motivo, esa cifra en las declaraciones cívico-militares de los purificadores de su país: treinta mil. "En el Ministerio de Gobierno (seguía el doctor Smart, seguía leyendo Pablo) hemos tenido siempre presente la necesidad de volcar todos los recursos en la lucha contra la subversión". De acuerdo, piensa Pablo. Eso ya lo sé, ustedes luchan muy duramente contra la subversión, contra el ERP y contra los Montoneros, contra la guerrilla que agredió las sagradas instituciones de la República, pero nosotros, ciudadanos que jamás agarramos un arma, ni un revólver ni una honda ni un cortaplumas, nosotros podemos vivir tranquilos, ¿no? Y el doctor Smart descargaba sus frases más terroríficas, qué te pensás, idiota, todo eso ya se sabe, yo vengo a ampliar la cosa, a señalar, no lo obvio, lo evidente, sino aquello que subyace, lo soterrado, lo que está entre las sombras de la cobardía y lo que expresa, sin embargo, la mayor de las culpas, el origen mismo del pecado, a vos y a los tuyos vengo a desenmascarar... Lo cierto (sigue el doctor Smart, lee Pablo) que esa subversión no es la subversión meramente armada. Muchas veces se equivocan los términos cuando se limita exclusivamente el de subversión al combatiente que es abatido por las fuerzas del orden. En la subversión debemos incluir a quienes armaron a esos combatientes, pues si nos ponemos a analizar creo que son más responsables que los mismos combatientes." Se invertía la relación valorativa combatientes guerrilleros-militantes de superficie. De pronto, los militantes de superficie eran los más culpables, y hasta los combatientes guerrilleros eran sus víctimas, sus primeras víctimas, ya que habían sido lanzados a la subversión por los "profesores de todas las categorías de la enseñanza". La ratio represiva del doctor Smart daba vuelta la valoración que se tenía entre guerrillero y militante de superficie. Este último era el más peligroso. Cuando los Montos y toda la Tendencia voceaban "Si Evita viviera sería Montonera" no decían eso, sino lo contrario: que Evita estaría en el lugar más avanzado de la lucha, entre los combatientes armados, en el fragor del combate. No, para el doctor Smart la cosa era distinta. Para él, si Evita viviera habría sido maestra de primer grado inferior, o monja del Tercer Mundo, o periodista o, desde luego, profesora universitaria y habría introducido textos de Marx en sus programas, en sus bibliografías y habría sido peor que la Evita combatiente que pregonaban los jóvenes marxistas, también en esto equivocados, habría sido la Evita que escribiera *Educación y Liberación*, ese libelo que fuera secuestrado en una escuela de Coronel Pringles, ya que "el gobierno de la Pro-

vincia (sigue el doctor Smart, lee Pablo, en la Mignon, en una mesa contra la pared, meado en las patas, con el culo, según se dice, a cuatro manos, ¿por qué se dirá así?) conoce perfectamente que la subversión es ideológica y se desenmascaran estos casos. La prueba está que en esta semana se tomó una decisión drástica contra un establecimiento educacional" en, sí, en Coronel Pringles, y se secuestró (palabra aplicada, según vemos, a las personas y a los libros, o, más exactamente, a ciertas personas que leen ciertos libros y peor aún a esas personas que hacen leer esos libros a la juventud argentina, defendida siempre por sus Fuerzas Armadas y por todo el país sano) un libro llamado *Educación y Liberación*, pura basura marxista, pura expresión de la peor de las subversiones, la ideológica, porque sepan, señores, si Evita viviera sería ideóloga, he aquí la verdad, y si quieren decirlo de otro modo, si quieren unir a Evita con esa materialidad, con esos objetos maléficos que más putricionan el alma de nuestros jóvenes, digan sin hesitación alguna: Si Evita viviera sería librera. ¿Dónde están ahora todos esos canallas que envenenaron el alma argentina? "Ahora (dice Smart, lee Pablo, a cuatro manos su culo estremecido), ellos, que en su momento los armaron, han dado un paso atrás tratando de pasar desapercibidos. Una de las mayores preocupaciones es cuidar que en el ámbito de la cultura no se infiltren nuevamente, o por lo menos que no tengan como en otra época la posibilidad de accionar fácilmente y llevar a la subversión armada a tantos jóvenes universitarios y secundarios que, día a día, caen en distintos enfrentamientos."

Pablo, pensaría Pablo, sabría que, en caso de tener que citar alguna vez el texto del doctor Smart, lo haría con indebida extensión. Que, si lo hacía en una novela, detendría el ritmo del relato. Si en un ensayo, la línea del razonamiento. Pero desde ese 12 de diciembre en que lo leyó se dijo a sí mismo que no lo olvidaría y que si alguna vez debía citarlo (si vivía para hacerlo) lo haría extensamente, desordenadamente, sin preocuparse por el ritmo del relato, por la línea de la exposición ensayística o por la maldita estética en cualquiera de sus formas. Un texto de Adorno vendría en su ayuda: "El autor fue incapaz de dar el último toque a la redacción del artículo sobre Auschwitz; debió limitarse a corregir las fallas más gruesas de expresión. Cuando hablamos de lo horrible, de la muerte atroz, nos avergonzamos de la forma (...). Imposible escribir bien, literariamente hablando, sobre Auschwitz; debemos renunciar al refinamiento si queremos permanecer fieles a nuestros instintos" (Consignas, Prefacio). Latía un supuesto en la recurrencia al texto de Adorno: que la masacre argentina resignificaba Auschwitz. Claro que sí. Fue Primo Levi, el escritor que más hondamente reflexionó sobre la experiencia extrema concentracionaria, el que estableció esa simetría, esa relación inevitable: "No tengo tendencia a perdonar, nunca he perdonado a ninguno de nuestros enemigos de entonces, ni me siento inclinado a perdonar a sus imitadores en Argelia, Vietnam, la Unión Soviética, Chile, la Argentina, Camboya, o Africa del Sur" *(Los hundidos y los salvados)*.

La lógica persecutoria del ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires se expresaba en las acciones de represalia. Con el culpable de superficie, con el subversivo ideológico sucedía algo distinto que con el militante clandestino: estaba a la mano, fácil, regalado. ¡Qué festín para las fuerzas represivas! Los verdaderos culpables de la subversión no eran clandestinos, vivían en sus casas, con sus hijos, sus mujeres. De modo que cuando la "subversión armada" cometía un acto miliciano, el poder militar descargaba su golpe, ante todo, sobre los verdaderos responsables, los ideólogos, los que habían envenenado las almas, y también sobre los obreros que pedían mejoras, o sobre los opositores políticos, los escasos opositores que aún no se habían arrodillado ante los señores de la muerte, algún periodista díscolo, algún director teatral que ponía una obra cuestionada, cualquiera. Era tan fácil: eran los más culpables y no se escondían. Estaban en las sombras, se habían retraído, pero seguían en sus casas, accesibles, ingenuos, creyendo que la cosa no era con ellos, que el castigo habría de ignorarlos. Grave error. (*Nota al pie*: Esa desaforada ampliación de la figura del subversivo determinó que, siempre que la guerrilla golpeaba, los primeros en pagar fueran los perejiles de superficie. Muchos ya presos. Rehenes, carne de represalias. "Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, cincuenta y cinco en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, treinta por el atentado en el Ministerio de Defensa, cuarenta en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, diecinueve tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1200 ejecuciones en trescientos supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos (...) muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales, familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos" (Walsh, *Carta a la Junta*). Para la lógica del doctor Smart, no. Eran los que habían "armado" a la subversión, los más culpables de los culpables. El origen mismo de la culpa.)

Pablo dobló el diario, pagó y salió a la calle. Volvió a cruzar Juramento, evitando esta vez que el Sesenta lo aplastara o su conductor lo cubriera de puteadas, y fue en busca de su coche, su Taunus de empresario próspero. Regresó a su casa. Llamó a su psicoanalista, Enrique Tessio. Le contó todo. "Pablo, no es así. Ese hombre tuvo un exabrupto, una explosión irracional. Además, son líneas internas. Usted lo sabe mejor que yo. En la Provincia de Buenos Aires está el ala dura. Aquí no, aquí la cosa está centralizada en los cuadros armados de la subversión." "No le creo", dijo Pablo. "¿Está en su casa?", dijo Tessio. Pablo contestó que sí. "¿Qué medicación tiene a mano?" "Lexotanil de 6." "Tómese dos y trate de dormir", dijo Tessio. "Eso, pensaría Pablo, diferenciaba a un perejil de superficie de un guerrillero. Acorralado, el guerrillero se tomaba una pastilla de cianuro. El perejil de superficie, un Lexotanil de 6 mg.

Igual, no pudo dormir" (J. P. F., *La crítica de las armas*, Buenos Aires, Página 12, pp. 101/105).

¿DE QUÉ HABLAN LOS QUE HABLAN DE LOS DOS DEMONIOS?

¿De qué hablan quienes hablan de los dos demonios? ¿Qué clase de demonio era la autora de *Educación y Liberación*, ese libelo que fuera secuestrado en una escuela de Coronel Pringles? Y no tenga nadie ninguna duda: a esa profesora, si no había logrado huir del país, la detuvieron, la torturaron, la violaron y la tiraron al Río de la Plata, todo por haber escrito un libro llamado *Educación y Liberación*, que era, la palabra "Liberación", una especie de comodín que se le ponía de título a tantas, tantas cosas. Como "dependencia" o "Tercer Mundo". Las palabras del doctor Smart reve-

lan hasta qué punto la represión se desató contra civiles desarmados, contra "profesores de toda la enseñanza". La paranoia decía: "Ellos plantaron en sus mentes la semilla de la subversión". Esto de la semilla de la subversión era también el justificativo para matar chicos de catorce o dieciséis años: en ellos ya estaba la semilla de la subversión. O niños, que la heredaban.

Se dice del doctor Smart que presenciaba personalmente las torturas. No lo sé. No me consta. Pero una de las técnicas de la contrainsurgencia argentina era comprometer a todos los oficiales en los actos de torturas y también a muchos civiles, la mayoría empresarios del establishment. Era un sadismo que los militares ejercían sobre los hombres de negocios por los cuales luchaban y quienes les facilitaban las listas de las comisiones internas que debían liquidar. Era como si los militares dijeran: "Lo hacemos, pero vengan a presenciar el espectáculo. No se queden cómodos en sus casas en tanto nosotros hacemos la tarea sucia. Vengan y miren. Esto es lo que hacemos para defender sus negocios y, también, el estilo de vida argentino, el ser nacional, el estilo de vida occidental y cristiano". Lo dice el más grande historiador de los tiempos modernos en un libro que escribió a sus gloriosos noventa años (no todo habla en favor de la denigración de la condición humana): "El ascenso de un colosal terror a lo largo del último siglo no es reflejo de la 'banalidad del mal', sino de la sustitución de los conceptos morales por imperativos superiores (...) en los regímenes militares de América latina en la época en que podía obligarse a *todos* los oficiales argentinos de una unidad participar en actos de tortura a fin de que recayera sobre ellos, en conjunto, lo que de este modo quedaba admitido como una *infamia compartida*" (Eric Hobsbawm, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 139).

El doctor Smart es lo que Theodor Adorno llamaba "asesinos de escritorio". Adorno establecía que era la sociedad de competencia, con la consagración de la mónada social, la que llevaba a la insensibilidad de las conciencias ante la suerte del otro, del perseguido. Cuando se pregunta por qué tantos callaron, por qué nada hicieron quienes escucharon los gritos en la noche, habrá de responder que el terror es una explicación, pero que la sociedad que se basa en el individuo y diluye la idea del vínculo es también responsable de los silencios ante el dolor de los otros. Hay una incapacidad de identificación.

¿En qué se basa y cómo se combate contra ella? Quienes no se identifican con los perseguidos lo hacen desde dos vertientes: 1) Sólo los perseguidos serán perseguidos. Ellos, al no estar dentro del grupo perseguido, están a salvo. 2) Los perseguidos algo han hecho para serlo. Lo que remite a nuestro célebre "por algo habrá sido" o "algo habrán hecho". Adorno tiene un par de cosas para decir sobre esto.

EL GRUPO PERSEGUIDOR

El grupo perseguidor –dice– es insaciable. Hay una "insaciabilidad propia del principio persecutorio". (*Consignas*, Amorrortu, Barcelona, p. 94). Y luego escribe: "Sencillamente, cualquier hombre que no pertenezca al grupo perseguidor puede ser una víctima". Este es realmente un razonamiento poderoso. Adorno dice que hay que apelar a él (siempre en la busca de impedir la repetición de Auschwitz o de la ESMA, agregamos nosotros, argentinos) porque hinca el diente en el principio egoísta de las personas. "He ahí un crudo interés egoísta al que es posible apelar" (*Ibid.*, p. 94). Sabe que es ingenuo e insuficiente apelar a la generosidad, sobre todo en una sociedad que se basa en el egoísmo smithiano. Sería entonces necesario decir (decirles por ejemplo a los argentinos): "El principio persecutorio es insaciable. Entre nosotros, lo expresó ese general que proponía fusilar progresivamente hasta, por último, fusilar a los 'tímidos'. Ese personaje expresó como nadie –como casi ningún hombre del régimen hitleriano– lo que Adorno llama 'insaciabilidad del principio persecutorio'. (*Ese general fue Ibérico Saint Jean,* detenido ahora junto a Jaime Smart.) Que nadie se considere a salvo. Se comienza persiguiendo a una minoría y se termina por perseguir a todos, ya que el principio persecutorio se alimenta de sus propios crímenes y, así, no puede detenerse. Para impedir que Auschwitz o la ESMA se repitan hay que apelar, en la educación, a los instintos egoístas de preservación. Quienes piden que maten a los otros para vivir en una sociedad segura están instaurando el régimen que puede devorarlos. Un orden que mata termina eliminando la seguridad. Cuando una vida pierde su valor, la pierden todas. Sólo están seguros quienes pertenecen al grupo persecutorio, y ni ellos, ya que el terror puede devorarlos con cualquier excusa". La propuesta adorniana de instituir en la educación el concepto de la insaciabilidad del principio persecutorio es fundamental en la Argentina, un país que siempre encuentra culpables, y pide, por consiguiente, mano dura para ellos.

Adorno se pronuncia luego contra la "razón de Estado". Escribe: "Cuando se coloca el derecho de Estado por sobre el de sus súbditos, se pone ya potencialmente el terror" (*Ibid.*, p. 95). Luego diferencia entre los ejecutores y los asesinos de escritorio. Cree que la educación podría menguar el número de hombres dispuestos a transformarse en verdugos. Pero: "Temo que las medidas que pudiesen adoptarse en el campo de la educación, por amplias que fuesen, no impedirán que volviesen a surgir los asesinos de escritorio". La conclusión es pesimista, ya que si vuelven a surgir los asesinos de escritorio habrán de retornar los verdugos, que son muy dóciles a sus razones.

Y, por último, y sé que esto me va a ganar odios feroces, pero no puedo de dejar de decir *todas* las verdades aunque sean terriblemente incómodas, ¿cómo llamarían ustedes a un tipo que, desde un escritorio, lejos, en México, seguro, creyendo manejar una "guerra" que no es tal, entregándoles a los militares la coartada de la "guerra sucia" al afirmar que pelea una "guerra", al incurrir en un accionar sin masas, en un vanguardismo que gira en el vacío, que encuentra su razón más profunda en su propia soberbia y en el pequeño grupo que lo rodea, ese tipo, desde un escritorio, ordena "contraofensivas" que mandan a la muerte segura a cientos de jóvenes desalentados, con pocas esperanzas, mal equipados, pasto fácil para las fuerzas de contrainsurgencia y sus inenarrables crueldades. ¿Cómo lo llamaría Adorno a ese personaje? Lo llamaría como lo que es: *un asesino de escritorio*. No es alguien que mató, pero es alguien que envió a la muerte. Por cierto que su responsabilidad no es la misma que la de Smart, quien tenía todo el poder del Estado y, casi seguramente, presenció torturas y asesinatos. Pero éste carga sobre sí muchas vidas que debieron salvarse, muchas vidas a las que envió al tormento por su vanagloria triunfalista e irresponsable. Smart y Firmenich no son dos demonios. Uno tenía el Estado y no mandó a nadie *de los suyos* a morir, salvo quizás a algún milico muerto en combate, en los pocos verdaderos enfrentamientos que hubo. Pero Smart enviaba –desde el poder del Estado– a milicianos que sabía iban a destrozar a sus oponentes. *No los mandaba a morir, los mandaba a vencer y luego a matar a los derrotados*. Firmenich, desde el escritorio del exilio, los mandaba a morir. También a matar, pero sabía que no matarían a nadie o a muy pocos. Y si no lo sabía, estaba extraviado. Era claro que esas acciones servirían sobre todo para enfurecer el revanchismo militar y provocar más muertes, muertes de cautivos o de pobres tipos de superficie, hacia los cuales, a causa de cada delirio miliciano del Pepe, se ampliaba el espectro represivo, que no pensaba incluirlos, pero que, ahora, el revanchismo los requería como pobre carne de venganza. Qué horror, qué injusticia, qué atrocidad, qué falta total de conocimiento de la verdadera relación de fuerzas, qué modo de desconocer el reflujo de las masas o qué modo de cagarse en ellas, como lo hizo. ¿Vamos a seguir demorando la discusión de estos temas? ¿Que se le hace el juego a la derecha? De ningún modo: nos deterioramos los tipos de izquierda, los que siempre apostamos a las masas y que, por ellas, por el peronismo de masas, nos metimos en él.

Pero –en esta historia de la obstinación peronista– aún no llegamos a ese punto. Llegaremos en el punto titulado: *Peronismo y violencia: levantar la mano sobre el otro*. El título se inspira en uno del poeta Jean Améry, que fue detenido por los nazis en Bruselas, en 1943, y trasladado a Auschwitz. Améry escribió un libro sobre el suicidio: *Levantar la mano sobre uno mismo (Levantar la mano sobre uno mismo, discurso sobre la muerte voluntaria*, Pre-Textos, Valencia, 2005). En un hotel en Salzburgo, en 1978, se suicidó.

Hoy, ahora, nos alegra que Jaime Smart responda por sus crímenes. Y que Ibérico Saint Jean confiese a cuántos subversivos, amigos de subversivos, familiares, indiferentes y tímidos mandó a fusilar tal como, con descarada transparencia, lo dijo en 1976, públicamente, en el colmo del reino de la impunidad, que ya no lo protege porque se está derrumbando.

Confieso que solía decir que no saldaba lo esencial que Videla fuera preso. O Massera. Que estaba bien, claro. Pero nada podría sosegar la catástrofe que habían descargado sobre una entera generación, la enfermedad mental de Pablo Epstein, que se curó definitivamente de su cáncer pero siempre temerá –cada día menos, es cierto, porque hay gente que lo quiere y sabe bien cómo protegerlo de sus "recurrencias" cada vez menos "recurrentes"–, siempre temerá, decía, alguna recurrencia, algún avance de ese mal adormecido. Sin embargo, la prisión para el cruel doctor Jaime Smart, que tanto daño hizo a su salud mental porque dio justo en el clavo de su enfermedad, porque lo llenó de culpa, porque dijo "ustedes, los ideólogos, son los que armaron a la subversión, son los más culpables de todos, más culpables que el combatiente al cual abaten las fuerzas de seguridad", esa prisión calmó su sombría, oculta, sensación del daño irreversible. Tienen razón las Madres: el castigo de los culpables es reparador. Entrega una cálida certeza: la historia, en algún momento, castiga a los malvados, a los asesinos. No todos logran zafar. No a todos cubre la impunidad. No le deseo ningún mal al doctor Smart. Sólo pido para él, como piden las Madres y las Abuelas, justicia. Que se lo juzgue como lo que fue: posiblemente el más lúcido y fanático adherente de la dictadura asesina. Sólo José Luis García Venturini, que murió antes de la llegada de la democracia, probablemente sintiendo que se venía una época que no podría tolerar, se le iguala. Smart fue un fanático, un hombre en que el odio llegó a los extremos, ahí donde se transforma en la necesidad incontenible de matar al Otro, en todas las formas en que él dictamina su culpabilidad ilevantable.

Seguiremos con la Libertadora en el próximo suplemento. Me disculpo si personalicé esta cuestión excesivamente. Me habría sido muy difícil evitarlo. Pero acaso este texto de Smart (que logré recuperar por una gestión que hizo una de mis hijas en el CELS) sirva para aportar en algo a su enjuiciamiento.

Quiero, por último, aclarar que trataremos sobre Ernesto Sabato en el Suplemento N° 26, y que de Sabato uno podrá decir cosas a favor o en contra, pero es un hombre que está en los antípodas de Smart. Es un acto de sincero respeto alejarlo de semejante monstruo, ya que, al ocuparse de él el suplemento que sigue, podría llevar a pensar que esa cercanía es más que un hecho expositivo. Que quede claro: no. Este suplemento (el de hoy) está fuera de la cadena expositiva (o de la que intentamos establecer pese a sus evidentes quiebres) de nuestro relato. Sabato viene en el suplemento siguiente al de Smart, pero es nuestro deber despegarlo absolutamente de un personaje tan sombrío, de un asesino.

PRÓXIMO DOMINGO

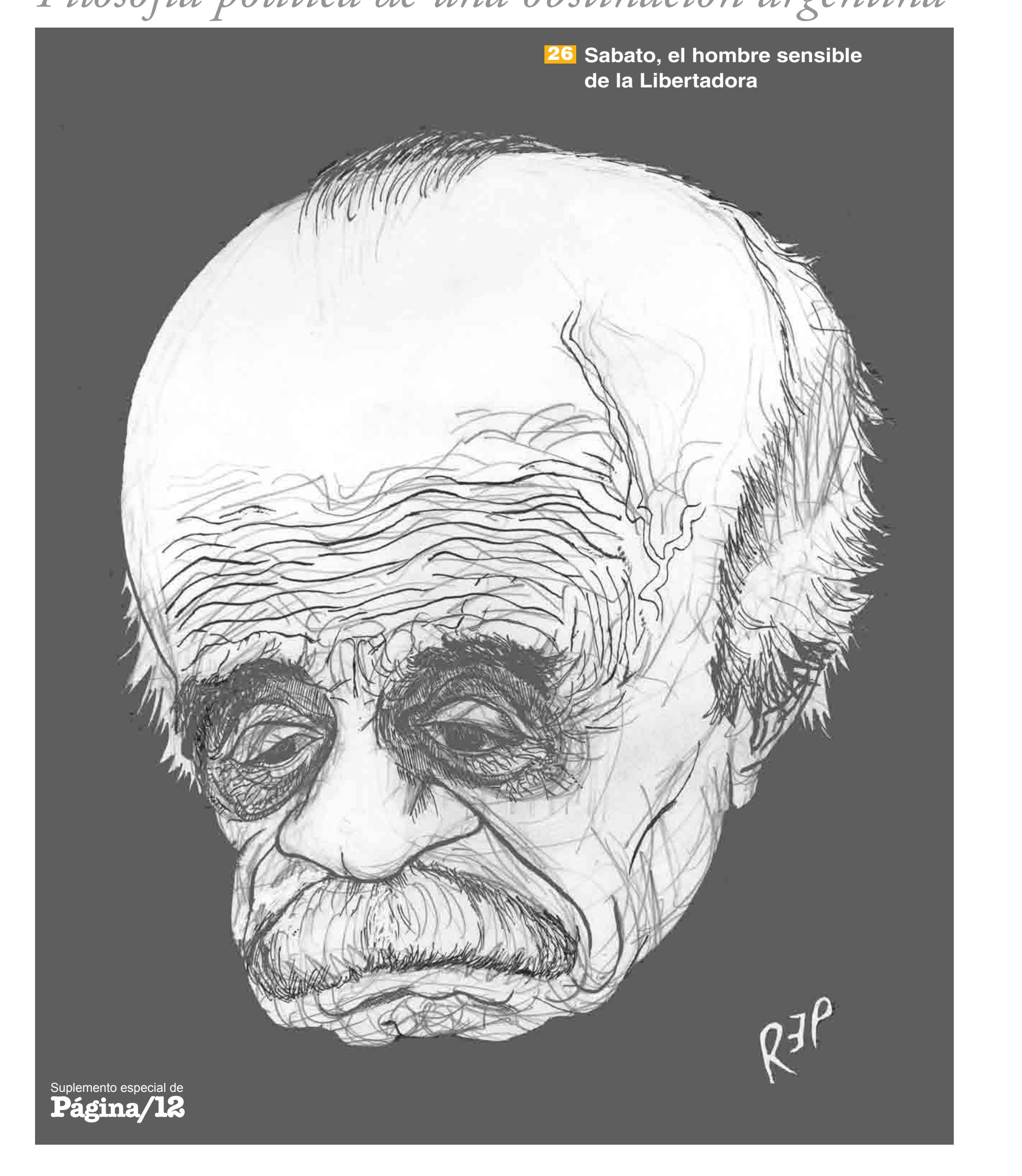
Sabato, el hombre sensible de la Libertadora

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

26 Sabato, el hombre sensible de la Libertadora



Suplemento especial de
Página/12

SOBRE LA PARANOIA GORILA

Pese a considerar, con lucidez, que al peronismo no se lo habría de aniquilar con decretos, sino con "ilustración, esperanza y libertad" (nada de lo cual fue recibido por las masas peronistas de manos de los antiperonistas triunfantes), Mary Main centra la efectividad de su libro en trazar la atmósfera de una Argentina sometida por el peronismo al miedo: "Eva tenía también sus informantes, el mozo, la mujer sentada en la butaca próxima en el cinematógrafo, el conductor del taxímetro, la mucama, la manicura, en fin, cualquiera podía ser espía y podían estar en cualquier lado: en las oficinas públicas, en las escuelas, en las facultades, en las residencias de los particulares y en los lugares de diversión" (Main, *Ibid*., p. 123). El inicio de su relato es literariamente efectivo: "Abandoné Buenos Aires poco después de que Perón fuera elegido para su primera presidencia y regresé a la ciudad en 1951" (Main, *Ibid*., p. 9). Su descripción de Buenos Aires es similar a la que presenta Mordisquito: "sosegada forma de vida", "próspera", "en casi todas las manzanas los escombros que anunciaban nuevas construcciones", "las gardenias continuaban comprándose en las calles por unas escasas monedas", "la calle Florida cerrada al tránsito desde el mediodía", "colmada de gente como si fuera la pista de baile de una 'boîte'", "la vida social (...) se vinculaba siempre con 'cocktails parties' y vestidos de fines de semana en los 'country club' o en alguna estancia, mientras las conversaciones giraban alrededor del alza de los precios, de los enriquecimientos rápidos, de los scores en golf, de la escasez de manteca y de los viejos y buenos días en que las cocineras ganaban ochenta pesos por mes y lavaban toda la ropa de la casa" (Main, *Ibid*., p. 9). El texto –riquísimo– de Main revela qué clase social frecuentaba: la oligarquía. De aquí extraía su versión del peronismo. Porque si se encontrara con Discépolo el vate le diría que todo eso que vio: la gardenias, la calle Florida colmada de gente, la prosperidad, las nuevas construcciones, era el peronismo, "el tecnicolor de los años felices". Y si le escuchaba la queja por la falta de manteca le habría dicho lo que sabemos: "Leche hay, leche sobra; tus hijos, que alguna vez miraban la nata por turno, ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta". Cuando citamos este texto por primera vez (al ocuparnos de Discépolo) olvidamos esta simetría fascinante: El niño peronista iba "a la escuela con la vaca puesta", tal como, antes del peronismo, se iba a Europa la familia oligárquica. El peronismo había logrado un traslado de la vaca (sin quitársela a la oligarquía, lo que habría significado "expropiarla", hipótesis que ya tratamos) de la oligarquía viajera al niño que iba al colegio. También ahora los niños tenían "la vaca atada". Volviendo al tema de la escasez de manteca (típico del sonsonete oligárquico que siempre –o casi siempre, demasiado casi siempre– la clase media copia), Discépolo respondía: "¡No hay queso! ¡Mirá qué problema! Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez... y vos no decías ni medio".

Lo que retrata Main es, sobre todo, el bienestar de la oligarquía y sus pequeñas quejas. Algunas paradigmáticas: el horror de que las cocineras ya no ganaran ochenta pesos por semana, sino mucho más y, para peor, no lavaran la ropa de la casa. Como sea, todo parece bastante idílico. Hasta que entramos en el fragmento *paranoico* del relato. Como todo relato paranoico tiene elementos de verdad. Ya se sabe: lo temible del paranoico es que siempre tiene razón. Al menos, él lo cree así. Main, con mano segura, desliza que hay, en las conversaciones, silencios inesperados, o se pasa con brusquedad a temas triviales, hay pequeños indicios: el dedo sobre los labios, una señal, si dos señoras comparten un taxi, hacia el chofer: puede estar escuchando y delatarlas, las cruces rojas sobre ciertas puertas, "una ciudad casi a oscuras" (se contradice con la pintura anterior, el contraste se transforma en contradicción, JPF), hay dos nombres que no deben pronunciarse en alta voz, se vive una vida "de callados y secretos temores", no hay quien no tenga un amigo en la cárcel, no hay quien no sienta amenazados "sus bienes y su vida", en esa existencia "llena de pequeños acontecimientos sociales y de diarios negocios o inversiones" el miedo tiene las cualidades temibles de lo próximo y real, en la intimidad se habla de actos de violencia, de revueltas futuras, y, por fin, todas las conversaciones giran en torno a "ella", lo que revelaba el miedo que todos le tenían, "ella" estaba; "de cada temor (...) y la energía desplegada para disimular su influencia y su poderío no servía para otra cosa que para probar hasta qué punto se había transformado en una obsesión colectiva" (Main, *Ibid*., p. 10).

Mary Main dice haber regresado a Buenos Aires en 1951. ¿Qué dejó detrás? Un país estragado por la paranoia. Sería fácil marcar todas las contradicciones que tiene su texto, lo clasista que es, lo patéticamente ingenua que resulta la queja sobre el cambio de actitud y la mejoría del sueldo de las cocineras o la delicia sobre los buenos argentinos que temen, no sólo por sus vidas, sino "por sus bienes", respuesta que da Main, desde el corazón de la oligarquía, a quienes sostienen que el primer peronismo no planeaba expropiarla. La señora Main dice: sí, se temía eso. Se trata de un texto paranoico escrito en el preciso momento en que McCarthy perseguía a todo el mundo en Estados Unidos. Main trasladó el mecanismo a la Argentina. Hay un gran film de 1956, *La invasión de los usurpadores de cuerpos (Invasion of The Body Snatchers)*, basado en una novela de Jack Finney y dirigido magistralmente por Don Siegel e interpretado (algo que pocos dicen) con enorme convicción por un actor entrañable de la clase B norteamericana que, precisamente, tenía el mismo apellido que el senador Joseph Raymond McCarthy, nacido el 14 de noviembre de 1908 en el estado de Wisconsin, es decir, se llamaba McCarthy, Kevin McCarthy. Seré breve: el film narra un ataque alienígena (*Marte: Planeta rojo*) de horrorosas características. Unos habitantes de la pequeña localidad de Santa Mira empiezan a revelar conductas extrañas. La cosa es que ellos ya no son ellos. Alguien o algo se ha apoderado de sus cuerpos y de sus mentes. Pongan ustedes aquí lo que quieran: pero si un film les cuenta esto en 1956 y pasa en Estados Unidos, que está en medio de una Guerra Fría con los comunistas, está claro que los que se están apoderando de los cuerpos y las mentes de los buenos ciudadanos de Santa Mira son... los comunistas. Es la visión del Otro que se apodera de "lo mío" o de "lo nuestro". Aquí, en Argentina, cuando los militares del Proceso, a las diez de la noche o más tarde también, preguntaban desde los televisores "¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?", buscaban introducir el mismo pavor. En vez de los comunistas, la subversión, que era la forma argentina de los comunistas. Pero la pregunta decía: "Sepa bien dónde está su hijo ahora, porque si usted no lo sabe es posible que algún *subversivo* se esté apoderando de él introduciendo en su cabeza ideologías extrañas a nuestro estilo de vida occidental y cristiano". Entre "ideologías extrañas" y "alienígenas" no hay diferencias. El film de Siegel tiene un cierre poderoso. Sin esperanzas, luego de haber besado a la única persona que seguía a su lado, su novia, Becky Driscoll (Dana Wynter), Kevin McCarthy aparta sus labios de los de ella, la mira y se da cuenta. *Ella ya no es ella, es un alien*. La escena es la cumbre del cine paranoico. La cumbre del macartismo. No te fíes ni de aquellos que te aman. Ni de aquellos a quienes amas. Todos pueden ser Otro en cualquier instante. Porque Ellos se apoderarán de Todos. Kevin, desesperado, huye en busca de la autopista. Y aquí viene el gran cierre del film de Siegel. Kevin llega a la autopista, con cara de loco, los ojos muy abiertos, transpirado, y, a los gritos, a los manotazos, intenta detener a los automóviles, en tanto grita: "¡Usted puede ser el próximo! ¡Usted puede ser el próximo!". Mira a la Cámara, *nos mira* y, por última vez, a todos, nos dice: "¡Usted puede ser el próximo!" (*Nota*: Este esquema de los cincuenta, que utilizó el macartismo y que Mary Main aplicó al peronismo y que Videla utilizó contra el "enemigo subversivo", gozó de enorme desprestigio durante años. Sobre todo su creador, Joseph McCarthy. Pero Estados Unidos, desde la ya lejana aparición de *El choque de civilizaciones* de Samuel Huntington, vive una nueva experiencia paranoica, más concreta a partir del acontecimiento de las Torres Gemelas. Por otra parte, la caída del Muro y de la Unión Soviética parecen haber autorizado a algunos investigadores a decir que recién ahora tienen los documentos necesarios, los de la KGB sobre todo, como para poder decir, sin hesitación alguna, ¡que McCarthy tenía razón! A veces uno agradece seguir sobre este mundo frecuentemente desalentador a causa de las hilarantes sorpresas que presenta. Juro que jamás pensé (ni se me pasó por la cabeza) que alguien se atrevería a reivindicar a McCarthy. Pero no quiero equivocarme: si la cosa ha empezado, no se detendrá. Estados Unidos está acaso tan paranoico o más que en los tiempos de McCarthy. No es casual que aparezcan los que luchan por rescatar su nombre y su lucha. El tipo es un español. Cuando vi el libro y le dije a mi amigo librero cinéfilo que me lo llevaba me dijo: "Pero mire que es a favor de McCarthy". "Mejor", le dije. "Soy muy curioso. Quiero ver cómo se hace para defender a McCarthy." Le pregunté más o menos qué decía el tipo. El librero me dijo que él no aguantaba leerlo. Yo no: me lo tomé como una obligación. Más aún: como un signo de los tiempos. La cosa es un poco como el poema de Brecht: "Primero empezaron por reivindicar a McCarthy... etc.". El libro se llama *McCarthy o la historia igno-*

rada del cine. Lo escribió Fernando Alonso Barahona y lo editó en Madrid la editorial Criterio Libros. Alonso Barahona dice que McCarthy conoció años de gloria pero luego fue condenado al desprestigio. Que se inventó el adjetivo *macartista* como sinónimo de *persecución* o *caza de brujas*. "Pero la historia sigue su curso frío y de vez en cuando toma sus venganzas" (*Ibid.*, p. 10). ¿Por qué la historia, después de la Guerra Fría, habría de seguir teniendo un "curso frío"? ¿De qué tiene que vengarse la historia? ¿De los que acusaron a McCarthy? Sí, respondería Alonso B. Conclusión: la historia hace justicia. Juzga. Claro: ¿o no se habla del Tribunal de la Historia? Además, del modo en que Alonso B. lo escribe, pareciera que "la venganza" se la ha tomado "la historia". ¿A *ella* entonces se la ofendió al atacar durante años a McCarthy? Ergo, si al atacar a la historia se atacó a McCarthy, la historia es macartista. Que es lo que quieren todos los paranoicos. Que es lo que hace Mary Main con el peronismo. Porque su "historia" es la historia de los temores y, por consiguiente, de los odios desmedidos y hasta de las injurias de las clases poseedoras. Que, según parece, sintieron que el peronismo les quitaba sus "bienes". Lo cual, IAPI, mediante, era cierto. La paranoia se les confirmó. El peronismo les quitó ese 33% de la renta que deslizó hacia el proletariado. Durante estos días, otra vez la oligarquía siente que un gobierno "alienígena", heredero de quienes en el pasado usurparon las mentes de muchos jóvenes con "ideologías extrañas a nuestro ser nacional", les está "reteniendo" los ingresos para "distribuirlos" hacia las cocineras que ya no se conforman con ochenta pesos. No sé, espero terminar estos suplementos y que la oligarquía –esa que la Juventud Peronista, y no D'Elía, que se apropió del término, llamaba "puta"– se sosiegue un poco, respete el orden constitucional y podamos, al menos, seguir pensando seriamente este país antes de agarrarnos a patadas otra vez. Si se llega a eso que sea luego de haberlo pensado con rigor, serenamente.

SABATO: "EL OTRO ROSTRO DEL PERONISMO"

El pequeño texto de Sabato que pasamos a analizar se presenta como una respuesta al dirigente nacionalista Mario Amadeo. No es un texto que Sabato haya querido mantener vigente pues poco es lo que retornó a él, y no lo volvió a publicar, hasta donde yo sé. De todos modos, es muy representativo de su pluma y sirve para abultar un poco su bibliografía, de por sí muy escasa. Pero aquí evitaremos la "cuestión Sabato". Trataremos de ver solamente su visión de los hechos en este cuasi panfleto de militancia que fecha en Santos Lugares, en junio de 1956, el mes de los asesinatos de la Libertadora a los que no hace mención en su texto probablemente porque lo escribió antes de que éstos se produjeran.

Si bien Sabato incurre en todos los tics de la época, se observa en él la búsqueda de una posición equidistante de las pasiones, de los extremos, actitud muy de su estilo que no habrá de abandonar. En plenos años setenta, cuando le hacía reportajes más que a menudo la revista *Gente* y él, muy tranquilo y, al parecer, halagado, los aceptaba, declaró: "Hacia el socialismo, pero en libertad". Con lo cual quedaba bien con todo el mundo. Con los jóvenes rebeldes socialistas. Y con los liberal-democráticos que ya conversaban con las Fuerzas Armadas para frenar el accionar subversivo de la juventud socialista que militaba masivamente por el retorno de Perón. Su voz, en junio de 1956, suena, no obstante, más comprensiva que la de otros. Aunque no merece el respeto de un Milcíades Peña. Porque Sabato festejó el golpe del '55 y hasta confiesa, en su pequeño texto, haber llorado junto a su amigo Orce Remis en Tucumán. Milcíades, por el contrario, un hombre infinitamente más lúcido que Sabato, pese a estar en muchísimas cosas contra el peronismo, tal como hemos analizado exhaustivamente, advertía que el movimiento que se preparaba para derrocarlo era antiobrero, derechista católico y abiertamente reaccionario. De aquí que haya ido a pedir armas a la CGT para defender al gobierno de Perón en lugar de emocionarse con la voz de Puerto Belgrano que llegaba, lejana y pasional, y provocaba lágrimas de emoción en Sabato, como en la oligarquía, los ardientes católicos del Cristo Vence y la aviación de la Marina que había masacrado la Plaza de Mayo en junio de ese año. Era difícil sostener a Perón, porque su desgaste era muy grande y no parecía tener deseos ni fuerzas ni el más mínimo entusiasmo de encarar una lucha a fondo. Pero de ahí a sumarse a un movimiento que, a un analista de izquierda lúcido, no podía sino revelarle su rostro vengativo y clasista, antiobrero y antipopular, había un gran trecho que muchos, demasiados, dieron.

Sabato empieza por aclarar (como si hiciera falta) que la Argentina se encuentra en una gran encrucijada histórica. Pero no habrá de ser padecida por quienes él piensa. Sino que ellos actuarán como verdugos. La compara con la de 1853, con lo cual adhiere al eslogan de la Libertadora: Mayo-Caseros y Tercera Tiranía. "Sarmiento, Echeverría y Mitre son ejemplos que hoy debemos invocar" (Ernesto Sabato, *El otro rostro del peronismo*, sin pie de imprenta, Buenos Aires, 1956, p. 10). Promete luego que habrá de publicar un ensayo bajo el título de *La sombra de Facundo,* cosa que nunca hizo (*Ibid.*, p. 11). De inmediato habla de "la insuperable corrupción del absolutismo peronista" (*Ibid.*, p. 17). Y luego se refiere a sí mismo, a cierto aspecto de su historia, algo que también habrá de acostumbrar hacer en el futuro. Onetti confesó que había dejado de leer *Abbadón, el exterminador* cuando leyó: "Sabato estaba punto de cruzar la calle cuando...". Escribe el autor de *Sobre héroes y tumbas* (novela de fulminante éxito cuando apareció): "De mi propia experiencia de estudiante comunista, entre los años 1930 y 1935, recuerdo que nos daba vergüenza emplear ya grandes palabras como patria y libertad, sobre todo si iban con mayúscula, hasta tal punto las habíamos visto prostituirse en las bocas de los ladrones políticos. Y ese sentimiento de pudor fue tan persistente que hube de llegar hasta la revolución de 1955 para volver a pronunciarlas" (*Ibid.*, p. 18). Dice que eran las masas trabajadoras las torturadas salvajemente en la Sección Especial contra el Comunismo. Que el paso por la Sección Especial era "trágico". Le reconoce a Perón (pero sólo por su paso por la Italia fascista) que advirtió que había llegado para el país "la era de las masas". Así, "las masas populares (...) fueron con el primer aventurero que supo llegar a su corazón". Luego dice obviedades: que los socialistas (a los que llama "puros") no sabían cómo llegar a las masas. Dice lo mismo de los comunistas, de los

conservadores y los nacionalistas. Compara a Perón con Hitler, pero encuentra a Hitler más sincero: "Porque, a diferencia de nuestro tirano aborigen que nunca dijo la verdad, el sombrío dictador alemán la dijo casi siempre" (*Ibid.*, p. 23). Y desenmascara el secreto proyecto de Perón y el GOU: "No debe cabernos duda de que el propósito inicial de este coronel, y de muchos de los oficiales que lo rodeaban, era el de regir una satrapía del imperio alemán, si Hitler triunfaba en Europa" (*Ibid.*, p. 23). Habla luego de un esquema que habrá de manejar siempre: el hombre niega, por medio de la razón, su naturaleza dual, contradictoria. Cita a Dostoievski, cuyas *Memorias del subsuelo* son el libro axial de su concepción binaria de la condición humana: racionalismo versus condición trágica del hombre. Abreva también en León Chestov y Nicolás Berdiaeff, representantes en esos años de una especie de "filosofía de la tragedia", atractiva para adolescentes con exaltaciones demoníacas. Dadas las *características personales* de Perón, dice luego, su gobierno no podía concluir sino "en la tiranía más execrable, en la megalomanía y en la corrupción, en el peculado y la amoralidad" (*Ibid.*, p. 26). Vuelve a Dostoievski, a quien simplifica, y esa doctrina acerca de la dualidad esencial del ser humano: "Fedor Dostoievski afirma que Dios y el Demonio se disputan al ser humano, y que el campo en que esa dramática lucha tiene lugar es el corazón del hombre" (*Ibid.*, p. 28). Luego (para buscar lucir su erudición) refuerza la tesis con Pascal: "Que, como todos nosotros, también era ángel y bestia". Condición que no parece haber tramado el alma de Perón: sólo bestia. Pero sí la de Sabato porque, a partir de este momento, el texto entra en su etapa angélica, comprensiva, el alma bella del escritor que entiende el alma simple del pueblo al que ha engañado ese coronel mentiroso, falaz, más insincero que el mismísimo Hitler, del cual Sabato ha extraído la certeza un tanto absurda de la verdad (aunque siniestra) de sus palabras. Confiesa que "era un error pensar que a Perón sólo lo apoyaban los desclasados" (*Ibid.*, p. 31). Con esto ya supera a Martínez Estrada en comprensiva piedad por el peronismo. Convengamos que para superar los energunismos de Martínez Estrada no hacía falta demasiado. (¿Les gustó esa palabra? ¿Energunismos? Energúnicos, al menos, hubo a montones entre los intelectuales que dieron lustre a la Libertadora.) Que, continúa S., no sólo "la chusma" apoyaba a Perón. Que él estaba en contacto con los obreros y los que estaban junto a él sabían "que aun gremios tan políticamente avanzados como los ferroviarios eran, en su inmensa mayoría, partidarios del nuevo líder" (*Ibid.*, p. 31). Insiste, retorna, sin embargo, a hablar de la "pesadilla peronista" en un apartado que se titula *Aquella patria de nuestra infancia*. ¿Cuál había sido? ¿La de Figueroa Alcorta? ¿La de Quintana? ¿La de Sáenz Peña? ¿La de Uriburu? Para la oligarquía setembrina, sí, por supuesto. ¿Y para Sabato? ¿Yrigoyen? No lo dice. Pero la frase está demasiado cerca de esa del ministro de Hacienda de Aramburu, el doctor Blanco, que finalizaba su discurso diciendo que ahora, en 1955, retornaba la patria "de nuestros padres y nuestros abuelos". Sabato, insistiendo con los escritores rusos, habrá de narrar una anécdota, por decirle así, que narrará luego muchas, inmoderadas veces: que Pushkin "exclamaba con lágrimas en los ojos, después de oír las cómicas historias de Gogol: '¡Qué triste es Rusia'" (*Ibid.*, p. 35). ¿Las historias de Gogol son "cómicas"? ¿*El capote* es un relato cómico? Sé bastante sobre los narradores rusos, como todo escritor argentino, pero, si tengo alguna duda, requeriré la ayuda de mi amigo Saccomanno antes que la de Sabato. Luego viene lo de Puerto Belgrano, que ya comenté. Es un texto, qué sé yo, decidan ustedes: "El tucumano Orce Remis y yo, que en ese momento estábamos solos frente a la radio, nos miramos y vimos que los dos estábamos llorando en silencio y que nuestras lágrimas venían de la misma y lejana y querida y añorada fuente: las ilusiones de nuestra común infancia de argentinos" (*Ibid.*, p. 39). Insisto: ¡cuán superior fue Milcíades! En el momento en que Sabato lloraba de emoción por su infancia de argentino por fin recuperada, imagino a Milcíades pidiendo armas en la CGT y puteando furioso contra Perón, pero desde el lado de la lucha. Diciendo: "Maldito general, se raja justo ahora cuando hay que luchar contra toda esta avalancha catolicoide, oligarca, liberal, pro-yanki, con malditos comandos civiles formados por los niños bien. ¡Queremos armas, carajo! ¿Dónde está ese general que no se pone al frente de la lucha?". Estoy seguro de que esto pasaba con Milcíades (con palabras menos melodramáticas de las torpes que puse en su boca) y muchos otros que sabían muy bien lo que se venía, lo que habría de suceder a Perón, a ese Perón que él había cuestionado pero salía a defender en su caída porque era preferible al régimen clasista, oligárquico e "ilustrado" que venía a reemplazarlo.

EL OTRO SABATO

Sabato, entre tanto, lloraba de emoción. Y aquí aparece el otro Sabato: el del corazón abierto, el de la comprensión: "Si en el peronismo había mucho motivo de menosprecio o de burla, había también mucho de histórico y de justiciero" (*Ibid.*, p. 40). Y todavía sigue: dice que los antiperonistas hicieron todo lo posible por fortalecer a Perón, agraviándolo una y otra vez, en tanto las masas lo amaban. Y escribe páginas sensatas. Escuchen: "Con ciertos líderes de izquierda ha pasado algo tan grotesco como con ciertos médicos, que se enojan cuando sus enfermos no se curan con los remedios que recetaron. Estos líderes han cobrado un resentimiento casi cómico –si no fuera trágico para el porvenir del país– hacia las masas que no han progresado después de tantas décadas de tratamiento marxista. Y entonces las han insultado, las han calificado de chusma, de cabecitas negras, de descamisados; ya que todos estos calificativos fueron inventados por la izquierda" (*Ibid.*, p. 42). La izquierda se enfrentaba con dos proletariados: "Un proletariado platónico, que se encuentra en los libros de Marx, y un proletariado grosero, impuro y mal educado que desfilaba en alpargatas tocando el bombo" (*Ibid.*, p. 42). Recuerda a Cristo: "*Eran esclavos y descamisados los que en buena medida siguieron a Cristo y luego a sus apóstoles*" (*Ibid.*, p. 43. Cursivas mías.) Los peronistas adhirieron con "genuino fervor espiritual, (con) una fe pararreligiosa (a) un líder que les hablaba como a seres humanos y no como a parias. Había en ese complejo movimiento –y lo sigue habiendo– algo mucho más profundo y potente que un mero deseo de bienes materiales: había una justificada ansia de justicia y de reconocimiento, frente a una sociedad egoísta y fría, que siempre los había tenido olvidados" (*Ibid.*, p. 43).

Abre un nuevo apartado al que llama: *Doctores y pueblo*. Dice que los doctores no sólo han incomprendido el fenómeno peronista sino también el fenómeno de nuestros grandes caudillos" (*Ibid.*, p. 44). Y sigue con sus obsesiones trágico-teológicas: "Un pueblo no puede resolverse por el dilema civilización o barbarie. Un pueblo será siempre civilización y barbarie, por la misma causa que Dios domina en el cielo pero el Demonio en la tierra" (*Ibid.*, p. 45).

Por fin, se lanza a establecer *las bases de la conciliación nacional.* El primer punto se llama "comprensión del pueblo". Reconozcamos que en el momento en que la Libertadora se proponía reprimir y ahondar la miseria del pueblo (como venganza a su adhesión al peronismo, pues si hubo un movimiento revanchista fue el de la Libertadora, sólo superado por el revanchismo asesino y cruel de la dictadura que encabezó Videla), Sabato pedía *comprensión*. ¿En qué consistía? No hubo sólo demagogia y tiranía entre 1943 y 1955, dice, "sino también el advenimiento del pueblo desposeído a la vida política de la nación" (*Ibid.*, p. 48). El segundo punto: "Un nuevo sentido para la palabra libertad". Escribe: "¿Cómo podían creer los trabajadores en la palabra Libertad, que a cada instante pronunciaban los dirigentes políticos, si al menor intento de huelga eran perseguidos y encarcelados? (...) Y les asiste todo el derecho al descreimiento, si esa sagrada palabra no aparece respaldada por el concepto de justicia social. (...) Porque es por lo menos sospechoso que la palabra libertad sea invocada por los grandes empresarios y los capitanes de las finanzas. Los obreros saben, amargamente, que para esas personas 'libertad' significa la libertad de sujetar al asalariado mediante la sola, dura ley de la oferta y la demanda, y la entrega de la riqueza nacional a los consorcios internacionales" (*Ibid.*, p. 50). ¿Quieren saber algo? Yo suscribiría esta frase de Sabato. Y dicha en el anclaje histórico supragorila de 1955 más valor tiene. Es cierto que en seguida escribe una tontería como: "Pero cuando decimos justicia social no queremos decir demagogia, pues la demagogia es a la democracia lo que la prostitución es al amor" (*Ibid.*, p. 50. Pero éste es el juego de un escritor que, como Perón, fue siempre pendular. Que quería armonizar todos los contrarios y mostrar un rostro distinto al de aquellos que, en última instancia, eran los suyos, pero no puede desconocerse que si se hubieran aplicado sus concepciones habría existido más piedad para los desdichados obreros peronistas). El tercer punto se titula: *Los sindicatos a los trabajadores.* Y es un título muy antipático para los "libertadores". "Los sindicatos deben ser entregados a los trabajadores. (...) Mientras la ardua cuestión de los sindicatos no se resuelva no habrá paz social y no existirá la más remota posibilidad de reconstruir la economía del país" (*Ibid.*, p. 51). Luego, la responsable, profunda aceptación de la culpa: "Todos somos culpables, de alguna manera o de otra" (*Ibid.*, p. 53). ¿Lo imaginan al "socialista" Américo Ghioldi diciendo algo así? ¿A Rodolfo Ghioldi, a Codovilla? ¿*A la izquierda argentina*? Era más lúcido y abierto y comprensivo un francotirador como Sabato que todos ellos. Incurre luego en un par de conceptos gorilas típicos de la época, es como si se asustara de lo que dice y de inmediato quiere enmendarlo con insultos al tirano ("Perón, lleno de odio por los valores espirituales", *Ibid.*, p. 58), pero luego pide ¡convocatoria a elecciones! Reconciliación nacional. Escribe: "El fervor multitudinario que Perón aprovechó no será liquidado mediante medidas de fuerza ni apoyándose en políticos que malhumoradamente las solicitan. No se desmoronará así la maquinaria peronista: sólo se logrará reforzarla hasta convertirla en una tremenda, incontenible y trágica aplanadora" (*Ibid.*, p. 61). Que fue lo que logró el odio del golpe del '55. Y así termina el breve texto.

¿Por qué hemos acaso flagelado a los lectores con el texto de Sabato? Porque pareciera exhibir la actitud de un hombre que busca diferenciarse del odio de la Libertadora. Creo que lo fue. Rechazó los fusilamientos. No tuvo el odio de Martínez Estrada, ni de Borges, ni de Bioy, ni de Bonifacio Del Carril (*Crónica interna de la Revolución Libertadora*), ni de Américo Ghioldi, ni de la revista *Sur*, ni de *La Vanguardia* (con los agraviantes dibujos de Tristán), ni de Raúl Damonte Taborda, que publicó un libro con un título imaginativo: *Ayer fue San Perón*. Sabato buscó comprensión y sensibilidad en su corazón. ¿Fue sincero? No sé. Ahí, en esa encrucijada, eligió ese modo de compromiso, un modo que lo diferenció del odio general reinante. Sólo se sabe que, luego, apoyó a todos los golpes militares que vendrían.

Terminamos aquí con los libros de la Libertadora. Ojalá hayan encontrado algo en ellos. Yo creo que hay mucho y que mucho de esos odios permanecen. Como permanecen las clases que dieron el golpe del '55 y la misma Iglesia Católica que los acompañó.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Borges y la Libertadora

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

27 Borges y la Libertadora

Suplemento especial de
Página/12

"LA FIESTA DEL MONSTRUO"

Hay un cuento (poco conocido y nunca acabadamente estudiado) que Borges y Bioy escriben o, al menos, fechan en noviembre de 1947. Como sea, lo habrán escrito durante esos días, días en que gobernaba Perón y ellos se erizaban de odio ante el espectáculo desaforado del populismo. ("Este relato –dirá años después Bioy a Matilde Sánchez– está escrito con un tremendo odio. Estábamos llenos de odio durante el peronismo", *Clarín*, 17/11/1988.) Rodríguez Monegal ofrece algunos datos más: "Uno de los textos clandestinos de Borges fue escrito en colaboración con Adolfo Bioy Casares y sólo circuló en manuscrito durante el primer gobierno de Perón. Pertenece a la serie de relatos atribuidos a H. Bustos Domecq, pero a diferencia de la mayoría de aquéllos, éste es radicalmente político, lo que explica que haya sido publicado (por mí, en Montevideo y en el semanario *Marcha*) después de la caída de Perón" (*Ficcionario, Antología de textos de Borges*, FCE, p. 458).

El cuento es "La fiesta del Monstruo" y está encabezado por una estrofa del poeta unitario Hilario Ascasubi. El poema de Ascasubi se llama "La refalosa" y narra, por medio de un mazorquero, el martirio y degüello de un unitario. La estrofa que utilizan Borges-Bioy dice: "Aquí empieza su aflición". Ya Echeverría, en *El matadero*, había descrito los horrores del degüello federal: "Tiene buen pescuezo para el violín. Mejor es la resbalosa". Hay, así, una trilogía: *El matadero* (Echeverría), "La refalosa" (Ascasubi), "La fiesta del Monstruo" (Borges-Bioy). "La fiesta..." toma el naturalismo brutal de Echeverría y recurre a la narración en primera persona de "La refalosa". Tanto en Ascasubi como en Borges-Bioy quienes narran son los bárbaros: un mazorquero en Ascasubi, un "muchacho peronista" en Borges-Bioy.

Así como en un texto anterior (*Conjeturas de Borges*) expuse la delicada y profunda concepción de la barbarie que Borges explicita en el "Poema conjetural", corresponderá aquí la visión cruel, unidimensional, sobrepolitizada que, junto con Bioy, presenta del Otro, del "bárbaro", en "La fiesta del Monstruo". El narrador, queda dicho, es un militante peronista. Le narra a su novia, Nelly, los avatares de una jornada en la que irán a la plaza a escuchar un discurso del Monstruo, nombre que, en el cuento, se le da a Perón. "Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma." La noche anterior el "muchacho" descansa como se debe: "Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. (...) No pensaba más que en el Monstruo, y que al otro día lo vería sonreírse y hablar como el gran laburante argentino que es". (Borges intenta recrear el lenguaje popular pero se acerca más a Catita que a los obreros peronistas.) En suma, hay que ir a la Plaza: "Hombro con hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón la marchita del Monstruo. (...) No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo. (...) Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur". Otra vez la presencia del Sur como el territorio de la barbarie. Pero éste no es el Sur de Juan Dahlmann, el Sur en que Dahlmann descubre que el coraje es superior al miedo y la enfermedad, que el Sur es la llanura, el cielo abierto, la muerte heroica; tampoco es el Sur en que Narciso Laprida descubre su destino sudamericano, un destino que se trama entre los libros, los cánones y la intimidad del cuchillo bárbaro, es otro Sur. Es el Sur del odio clasista. Un Sur absolutamente irrecuperable para Borges. Un Sur injuriado por la jauría fiel y desastrada del Monstruo.

El Sur de los muchachos que marchan hacia la Plaza. De pronto, dice el narrador a Nelly, encuentran un inconveniente: "hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba". A este "sinagoga" los muchachos del Monstruo lo dejan seguir; tal vez por la barba. "Pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil." ¿Cómo es este sinagoga? Sólo los panfletos del Reich habrán ofrecido una descripción tan horrenda de un judío (pero éste era el propósito de Borges: ya que el Monstruo era, sin más, nazi, nazis debían ser sus adictos, o comportarse como tales): "Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio". El "sinagoga" es algo torpe: "Se registró como un distraído, que cuasi se llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola". Los muchachos le exhiben la figura del Monstruo: "Bonfirraro le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara la figura del Monstruo". (El símil con *El matadero* es clarísimo: también, la "chusma del Restaurador" le exige al unitario el uso de la divisa punzó, que éste, con valentía y soberbia, abomina.) El "sinagoga" se niega: "El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con una mano. (...) Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared sensa finestra ni ventana". Así, "el pobre quimicointas" queda acorralado. Lo que sigue es un despiadado asesinato callejero. Tal como el unitario de Echeverría era aniquilado por los federales del Matadero, el judío de Borges cae destrozado por los muchachos de Perón. "El primer cascotazo (...) le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanadas de Monserrat se cayó porque ya estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un poco más con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. (...) Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. (...) Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas lo escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena" (cfr. *Ficcionario*, ed. cit., pp. 259/269).

"¡PERO ESE CONCURSO LO ORGANIZAN LOS COMUNISTAS!"

Por desdicha, las opciones políticas de Borges fueron impulsadas por el odio unidimensional, racial y clasista, de "La fiesta del Monstruo" y no por las honduras conceptuales del "Poema conjetural". Si no hubiese sido así, escasamente habría adherido, como lo hizo, a las dictaduras militares que devastaron nuestro país. Sobre todo a la más horrenda, la de Videla. Si no hubiese sido así, el Premio Nobel, como lo deseaba, habría sido suyo. O no se le habría tornado imposible, no por el cuento "La fiesta del Monstruo", sino por las consecuencias del odio que latía en él: adherir a Videla (cuando buscó diferenciarse –porque se

lo dijeron– era tarde) y haber aceptado una condecoración de Pinochet, un glorioso combatiente anticomunista, a quienes los hombres de *Sur* admiraban al abominar rabiosamente del comunismo. Hemos mencionado ya los casos de expulsión del ámbito de la cultura ocampista que sufrieron Bianco y Martínez Estrada. Para colmo, cuando Borges acepta la condecoración del matarife chileno se le ocurre acudir a su ingenio, frondoso sin duda, y declara que admira a Chile porque tiene la forma de una espada. Así, del Nobel, olvidarse, Georgie. Esa gente piensa de otro modo, la juega distinto, no premia a fascistas ni a tontos. Algunos se indignarán que uno le diga "tonto" a Borges. Me refiero al ámbito político. Cierta vez, hace muchos años, entraba yo en el edificio de Filosofía y Letras de Viamonte 430 y lo veo venir a Borges conversando con una dama, esas de las que solía rodearse. Recuerdo lo que dijo, el tono de su voz, el miedo de señora gorda, la paranoia de pequeño macartista, cuando pasó a mi lado y le dijo a su acompañante: "¡Pero ese concurso lo organizan los comunistas!". Había un concurso literario durante esos días y lo organizaba el Cefyl, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras que eran, en efecto, comunistas y muy antiperonistas, algo que a Borges no le solucionaba el problema, porque, para él, se trataba de ser las dos cosas: anticomunista y antiperonista. Siempre hubo cierta confusión en sus opciones políticas. Porque tampoco era democrático. "La democracia es un vicio de la estadística" es una de sus frases más conocidas y es, también, muy ingeniosa. Después está la otra, que tanto ha seducido a los bobos que se arrojan incondicionalmente a sus pies: que se afilió al Partido Conservador por escepticismo, algo así. Pero será en un pasaje de *El Libro de Arena* donde nos entregará, digamos, su módica *filosofía de la historia*. El cuento se llama "El otro", tema recurrente en Borges, y es él, ante un espejo suyo, el que dice: "En lo que se refiere a la historia... Hubo otra guerra, casi entre los mismos antagonistas. Francia no tardó en capitular; Inglaterra y América libraron contra un dictador alemán, que se llamaba Hitler, la cíclica batalla de Waterloo. Buenos Aires, hacia 1946, engendró otro Rosas. (...) El '55, la provincia de Córdoba nos salvó, como antes Entre Ríos. Ahora las cosas andan mal. Rusia está apoderándose del planeta; América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio. Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído, como si cerrara los ojos. No me sorprendería que la enseñanza del latín fuera reemplazada por la del guaraní" (Jorge Luis Borges, *Obras completas*, tomo III, Emecé, 1996, p. 15). Es un texto muy rico, Están todas las obsesiones políticas de Borges. Yo, lo juro, le creo todo porque, ese día, en Viamonte 430, cuando le escuché decir, con aire de viejo oligarca preocupado, de propietario medroso, que "ese concurso lo organizan los comunistas", supe, para siempre, que ese gran escritor era también un hombre tramado por temores banales, por las tilinguerías de su clase, por la admoniciones de su madre omnipresente, por la ideología macartista del grupo *Sur*, de cuyos miembros, uno, Victoria, tenía mucho más carácter que él. A él lo asustaban los comunistas. Ella los hubiera metido presos. O hacía algo similar: los echaba de la revista. Volviendo a su *Weltanschauung* notaremos que cree en una visión cíclica de la historia: la batalla de Waterloo se repite de tanto en tanto. Esa visión cíclica cualquiera puede sostenerla, si lo desea, pero no hay modo serio de fundarla. Son esos artilugios bonitos de Georgie de los que tuvo la fortuna que se enamoraran los escritores europeos. Algunos son fascinantes, otros no, son simplemente los balbuceos de un hombre que ignora acerca de qué habla, aunque lo haga con ingenio. Niega la democracia: es bueno que lo sepan quienes deben saberlo. Le pide a "América" (¡cómo no iba Georgie a decir "América" a los Estados Unidos!, nos acusaría de "indigenistas" si le dijéramos que nosotros decimos "Norteamérica", o también de "bolcheviques") que se transforme en un imperio. Hoy estaría satisfecho comprobando que eso ha ocurrido. Además, cuando él escribe o publica su *El Libro de Arena*, "América" era un imperio hacía ya mucho tiempo. Pero un hombre asustado a tal punto por el comunismo nunca se siente protegido si el país que está al frente de su lucha no extrema sus elecciones, no arriesga todo su arsenal. Sigamos: que Buenos Aires haya engendrado otro Rosas es el lenguaje y la ideología de la Libertadora, de la cual Borges es un hijo dilecto. Cuando se discuten los fusilamientos del '56 habrá de decir: "Todos hablan de los fusilamientos, pero nadie de las torturas". Como si las torturas del régimen peronista justificaran los fusilamientos. El, por su parte, ignoraba las torturas de la Libertadora. Ver en Perón una encarnación de Rosas es también incurrir en esa visión cíclica de la historia. Y en el clásico sonsonete ultragorila de la *segunda tiranía.* Pero hay algo que lo aleja a Borges de sus preocupaciones acerca del peronismo. Hay algo a lo que le teme aún más. Sí, Georgie, es cierto, es posible: "¡Usted puede ser el próximo!", como grita y advierte Kevin McCarthy en la *Invasión de los usurpadores de cuerpos*. "Las cosas andan mal", preocupado, dice. "Rusia está apoderándose del planeta." Georgie habría visto *Los boinas verdes*, el film de John Wayne de 1968. Creo que se trata de una inferencia indubitable, apodíctica. Pues esa es la película que Wayne hizo sobre Vietnam y en la que, todo el tiempo, dice que los rojos están ahí, en esas selvas húmedas, impenetrables, para apoderarse del planeta. ¡John Wayne piensa lo mismo que Borges! El brutazo de Wayne comparte sus ideas con el exquisito poeta de los laberintos, de los espejos, de las simetrías y de los países con forma de sable. Voy a citar un texto sobre John Wayne. Es parte de una novela mía que está sin editar porque aún no ha llegado su momento. Está escrita y hablada un poco en el lenguaje de traducción de los pulp fiction y su protagonista es Joe Carter, de quien he publicado algunos cuentos o citas en este diario. Aquí, Carter relata una escena de *Los boinas verdes* que los comandantes de la guerra contra el Vietcong le han hecho ver a él y a sus compañeros. He aquí el texto:

"Sólo algo me interesó. Ese gran actor, ese buenazo de David Janssen, tú sabes, el que hace al doctor Richard Kimble en la serie *El fugitivo*, el inocente acusado de un crimen que no cometió y es perseguido hasta el fin por ese odioso policía de Gerard, en fin, ése, David Janssen, le pregunta al *Duke* qué tenemos que hacer en Vietnam los americanos. Qué hombre paciente es el gran Duke. Pues yo le descerrajo tres tiros ahí mismo. Dejémoslo pasar. El periodista insiste: por qué nuestros muchachos, dice, tienen que ir a morir a ese suelo remoto, tan lejos de la patria. Y concluye: '¿Es esa guerra nuestra o se trata solamente de un conflicto entre vietnamitas?'. Obtuvo lo que buscaba el muy cretino. El sargento que está junto a Wayne arroja sobre una mesa (tan cercana al pobre Janssen que casi se la tira encima) una caja de balas secuestradas al enemigo. Y grita:

–¡Yo le diré al amigo periodista por qué estamos en Vietnam! ¿Ve estas balas? ¡Son checoslovacas! –Luego le tira una enorme ametralladora–. ¡Es de fabricación china! –Le tira un fusil desme-

dido. Nunca vi algo así. Menos aún se lo vi a un Charlie–. ¡Es de fabricación soviética! –Se planta sobre sus dos piernas separadas y pone sus manos en la cintura, satisfecho. Y dice–: ¿Qué hacemos en Vietnam? ¡Nos defendemos contra el intento comunista de apoderarse del mundo!

¡Oh, mi Dios! ¡Cómo aplaudieron aquí nuestros muchachos! ¡Dales duro, Duke!, gritaban. ¡Bravo por ese sargento! ¡Nos quieren quitar todo! Algún gracioso gritó: "¡El mundo es nuestro, no de los comunistas!". O quizá no fue un gracioso, fue un patriota" (JPF, *Carter en Vietnam*, novela inédita).

Borges, en su libro de 1975, está tan preocupado como Wayne. Pero ya lo estaba en 1963, fecha en la que me crucé con él justo en la venerable entrada de Viamonte 430. Lo juro: era la voz de uno de esos personajes asustados de la oligarquía que provocan nuestra risa cuando se les destina el chiste, ya muy viejo pero no por eso menos real, sobre el comunismo y la estancia: "Si viene el comunismo, yo me voy a la estancia". "Pero (su voz balbuceante acentuó el cariz de temor que la frase conllevaba) ese concurso lo organizan los comunistas". En el número 273 de *Sur* habrá de publicar un poema dedicado a Sarmiento. La revista lo presenta en su página de apertura, donde aparece la palabra *Sur*, en el número noviembre-diciembre de 1961. Todas sus opciones políticas están ahí, más una adhesión que atraviesa los años y ancla en el gran sanjuanino, que les pertenece a ellos, a las clases dominantes de la Argentina, pues ha sido su Mariscal Bougeaud, el vencedor de la barbarie.

EL POEMA A SARMIENTO

Es así:

No lo abruman el mármol y la gloria.
Nuestra asidua retórica no lima
Su áspera realidad. Las aclamadas
Fechas de centenarios y de fastos
No hacen que este hombre solitario sea
Menos que un hombre. No es un eco antiguo
Que la cóncava fama multiplica
O, como éste o aquél, un blanco símbolo
Que pueden manejar las dictaduras
Es él. Es el testigo de la patria,
El que nuestra infamia y nuestra gloria,
La luz de Mayo y el horror de Rosas
Y el otro horror y los secretos días
Del minucioso porvenir. Es alguien
Que sigue odiando, amando y combatiendo.
Sé que en aquellas albas de setiembre
Que nadie olvidará y que nadie puede
Contar, lo hemos sentido. Su obstinado
Amor quiere salvarnos. Noche y día
Camina entre los hombres, que le pagan
(Porque no ha muerto) su jornal de injurias
O de veneraciones. Abstraído
En su larga visión como en un mágico
Cristal que a un tiempo encierra las tres caras
Del tiempo que es después, antes, ahora,
Sarmiento el soñador sigue soñándonos.

El poema concluye en la página 2 de la revista y, a su pie, en mayúsculas, el lustroso nombre de su autor: Jorge Luis Borges. Se trata del poema de la Libertadora, escrito seis años más tarde. Pero Borges, siempre, habrá de ser un hombre de la Libertadora. Tal vez su idea más valiosa sea la última: Que alguien está vivo en tanto existan quienes lo injurian. Por lo demás, repite sus lugares comunes. Sarmiento, dice, es inmanejable por las dictaduras. (*Nota al pie*: Falso: vimos que el peronismo lo puso en todos los libros de lectura. Que no lo usó de ariete, pero no cesó en su culto, en su adoración. Porque, en esos tan aborrecidos libros de lectura, lo aborrecible era que no se transgredía nada, que sólo se incurría en la exaltación de las figuras casi santas de Perón y Evita y en las realizaciones del régimen, el cual, con esta clase de libros compulsivamente impuestos, se constituía, en efecto, en un régimen, pero no para cambiar una visión de la historia. Cuando una dictadura impone una nueva visión de la historia niega las otras y quema sus libros. Por eso el nazismo quemó libros. Perón no. Añadió al viejo y consagrado panteón oligárquico el panteón peronista. Una revolución lo habría reemplazado. De modo que sólo se incurrió en un personalismo propagandístico que alcanzó, de todos modos, para irritar a los sectores de poder de la Argentina. Que son excesivamente irritables. Por lo cual una medida no puede ser juzgada como revolucionaria a partir de la abominación de unas clases dominantes que jamás estuvieron dispuestas a cambiar nada. Sólo le dejaron a Menem traerlo a Rosas e imprimir los billetes de veinte pesos. Pero a cambio de hacer los más formidables negocios de su historia, sólo comparable a la masiva apropiación de las tierras bajo Roca.) Que Sarmiento fue el horror de Rosas. Lo que le permite hablar del "otro horror". Y confesar que: "En aquellas albas de setiembre lo hemos sentido". Qué gorilada más boba: ¡Oh, sí, pensaban en Sarmiento los hombres del Almirante Rojas! Pensaban en el campeón de la enseñanza laica, en el ideólogo de la ley 1420 los nacionalistas católicos de Lonardi. A las "albas de setiembre" nadie las olvidará ni nadie las podrá contar. No parece haber sido así. Casi no hay quien no las haya contado. Y, a esta altura de los hechos, no parecieran tener ese carácter cuasi místico, totalmente inefable que Borges quiere darles. En cuanto a ese final del Sarmiento soñador que sigue soñándonos tomarlo en serio sería excesivo. ¿Habrá sido la Libertadora parte del sueño civilizatorio de Sarmiento? Claro que sí: es lo que piensa Borges. El poema a Sarmiento cubre esa finalidad. Unir al guerrero que batió a las hordas bárbaras del siglo XIX y enfrentó a Rosas con los héroes que derrocaron la tiranía del siglo XX, bárbara también, enemiga de la Civilización, de los libros, de las clases de linaje. Si Sarmiento el soñador sigue soñándonos es porque la Libertadora es una prolongación de sus sueños, una herida en el corazón de la barbarie que él derrotó. Somos parte del sueño de Sarmiento. Seamos chicaneros: las bombas del 16 de junio de 1955 son también parte del sueño de Sarmiento. Del mismo sueño: el que soñó la decapitación de Peñaloza. Ese Sarmiento siempre nos seguirá soñando. No estamos siendo chicaneros. Es así: Borges no lo dijo, pero sin duda también lo sintió así el 24 de marzo de 1976. También ahí lo sintió a Sarmiento. También ahí una nueva barbarie estaba injuriando en el país a aquellos a los que sólo respeto se les debe. Acaso haya sido Videla también un sueño del soñador Sarmiento. Todo esto es pésima ideología y peor literatura, porque el tema del soñador que es soñado por Otro es tan abusivo en Borges que uno lamenta volver a encontrarlo. Digamos que repetía sus recursos.

Supongo que alguien pensara que se le está faltando excesivamente el respeto a nuestro gran escritor nacional. No, yo lo respeto a Borges. Mi primera novela toma algunos de sus temas predilectos: el del Otro, sobre todo. Pero si me preguntan qué opino de este poema a Sarmiento confieso que me parece más que endeble. No carece del tono pomposo y patético del acto escolar: "Es él. Es el testigo de la patria". Y luego, lo de siempre: ¿hasta cuándo dejaremos sin señalar los adjetivos de Borges? Sé que alguno dirá: "Es el colmo. Sólo le faltaba decir que Borges no escribe bien y ya lo está diciendo". Supongamos que meramente me remito a este poema. Acaso se me permita señalar un par de cosas. "Acaso", por otra parte, es un giro hipotético borgeano, sinónimo del adverbio "quizá". Uno lo usa y ya le dicen que está plagiando a Borges. Borges pareciera ser un terrateniente del lenguaje. Palabra que él usó, palabra que es suya. Conjetura, argüir, rencor, espejo, laberinto, unánime. Ha llegado, así, a escribir, sobre todo cuando antecede el sustantivo por un adjetivo antojadizo o "borgeano", cosas horribles como: "unánime noche". Pero si uno escribe "unánime" está plagiando a Borges. Como si escribe "acaso" o "conjeturó". Volvamos al poema a Sarmiento. La adjetivación de Borges es agobiante y reitera su mecanismo: adjetivo-sustantivo, adjetivo-sustantivo, adjetivo-sustantivo. Echemos una rápida mirada al poema: "asidua retórica", "áspera realidad", "aclamadas fechas", "cóncava fama", "blanco símbolo", "secretos días", "minucioso porvenir", "obstinado amor", "larga visión", "mágico cristal" y hasta aquí llegamos porque hasta aquí llega el poema. Los escritores argentinos, advertidos de este mecanismo del padre del estilo, han invertido –con relevantes resultados– el mecanismo. Raramente anteceden al sustantivo de un adjetivo, sino al revés. Observemos hasta qué punto pierden su aire de poema escolar las palabras adjetivadas por Borges si les aplicamos este recurso: "retórica asidua" no es lo mismo que "asidua retórica". "Símbolo blanco" no es lo mismo que "blanco símbolo". Pero creo que es sobre todo en "obstinado amor" donde la deriva hacia otra acentuación es más notoria. "Obstinado amor" da novela rosa, folletín, novelita de los años veinte. "Amor obstinado" bien puede ser parte de una tragedia. Un "obstinado amor" señala la permanencia de un sentimiento cálido que persevera en su ser, para decirlo con Parménides. Un "obstinado amor" es una tierna exaltación del alma, el exceso de un corazón que busca entregarse sin condiciones. Por el contrario, un "amor obstinado" bien puede mentar los celos de Otelo. Un "amor obstinado" puede llevar a la paranoia. A la posesión enfermiza. Y hasta al crimen. No puedo continuar con esto aquí. Se sabe que exagera las enumeraciones. Y que repite sus adjetivos: en una página puede escribir "inagotable llanura" y en la otra "innumerable llanura". También, admirablemente, puede iniciar un cuento con la frase: "Una cicatriz rencorosa le cruzaba la cara". Pero aquí no ha escrito una "rencorosa cicatriz" sino "cicatriz rencorosa", de ahí el efecto poderoso de la frase. Como sea, todos lo sabemos: un gran escritor. Pero no un dios. Los dioses no pertenecen a la literatura. Ni a la historia. Se conoce la frase que Heidegger, hundido en la desesperación por el triunfo de la técnica planetaria, dice en el reportaje de *Der Spiegel*: "Sólo un dios puede salvarnos". Pero ese dios pertenecía al universo de la mística o a las tramas de la filosofía zen, espacios de los que nada puedo decir. Y en los que nunca pude penetrar. Como la gran mayoría de las personas de este mundo sin Dios y con infinidad de dioses invocados e inventados por esa certidumbre que el hombre pareciera no poder tolerar: la certidumbre de la gran ausencia, la certidumbre del silencio de Dios o, peor aún, la que nos dice que ese silencio es el de su inexistencia, el de su irrelevancia o el de su total desinterés.

PRÓXIMO DOMINGO

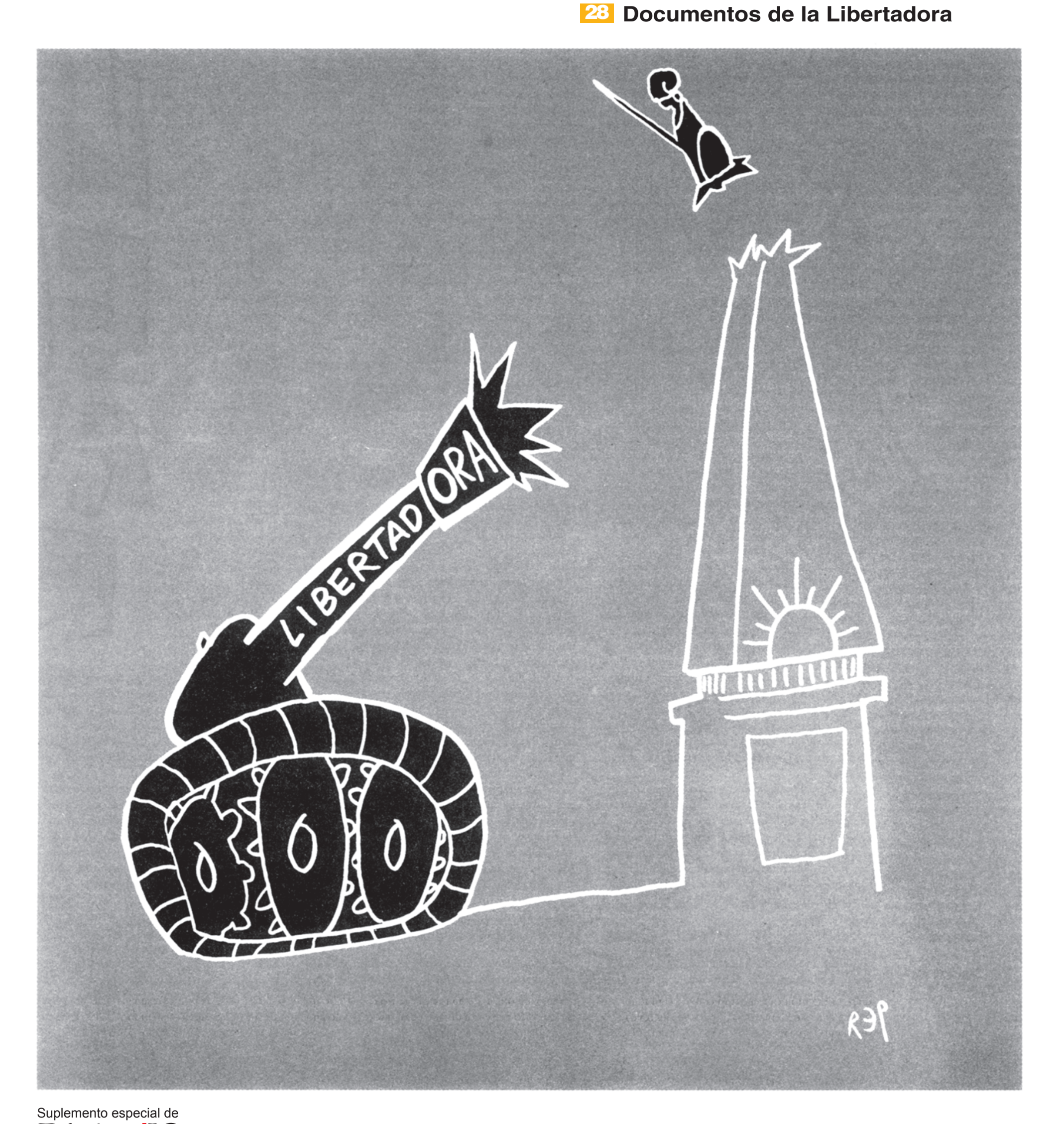
Documentos de la Libertadora

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

28 Documentos de la Libertadora



Suplemento especial de
Página|12

Jorge Luis García Venturini, desde sus artículos publicados en el diario *La Prensa*, fue uno de los más activos ideólogos del golpe del 24 de marzo. Puso sobre el tapete político una palabra que entró en el corazón de la clase media que anhelaba ese golpe: *kakistocracia*. En su libro *Politeia*, que compila esas notas y otros trabajos suyos, publicado en plena dictadura, aclara el concepto: "Se nos ha dicho que *kakistocracia* es sinónimo, o sería lo mismo, que *chantocracia*. (...) El *chanta* es esencialmente un embaucador, un embustero, un trepador, alguien que habla mucho sin decir nada" (Jorge Luis García Venturini, *Politeia*, Editorial Troquel, Buenos Aires, 1978, p. 319). Pero el *chanta* es un inocente. "En cambio, *kákistos*, en griego, es el superlativo de *kakós*. *Kakós* significa 'malo' y también 'sórdido', 'sucio', 'vil', 'incapaz', 'innoble', 'perverso', 'nocivo', 'funesto', y otras cosas semejantes. Luego si *kakós* es lo malo, *kákistos*, superlativo, es *lo más malo*, es decir, *lo peor*. Plural de *kákistos* es *kákistoi*, es decir, *los peores*. De ahí que se nos ocurriera *kakistocracia*" (J. L. Venturini, *Ibid.*, p. 320). El término pasó de boca en boca: *kakistocracia*. El "gobierno de los peores". Era ése el gobierno de Isabel Perón. El golpe se empezó a pedir en griego. Venturini termina su artículo afirmando un lugar común entre la gente bien que quiere echar abajo a un gobiernos de bárbaros: "Porque la *kakistocracia* no sólo es un atentado contra la ética –ya de suyo infinitamente grave–, sino también contra la estética, una falta de buen gusto" (*Ibid.*, p. 320).

Entregamos ahora una joya de Jorge Luis García Venturini, escrita en pleno Proceso, en la que se lanza a un elogio emocionado, patriótico, de la Revolución Libertadora. Su texto marca la unión de los dos golpes. Venturini habrá de señalar que la Libertadora surgió para entregar al país la luz que debe iluminar a los hombres de Videla.

JORGE LUIS GARCÍA VENTURINI - ARTÍCULO PUBLICADO EN "LA PRENSA" EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1979

"Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Y lo hacemos no con lejanía ni desgano, sino con mayor fuerza que nunca, por la sencilla razón de que en el transcurrir del tiempo –en rigor, quienes transcurrimos somos nosotros, hacedores del tiempo– esas vísperas y esos días ganan en significación y trascendencia. Cada año, cada día, cada minuto de reflexión, nos muestran agigantado el relieve histórico de aquellas jornadas de coraje sin pausa y desconocida alegría. Y a esos días de guerra siguieron otros meses de increíble fecundidad. Porque aunque en el país se persista en ignorar o tergiversar la historia más reciente, en algún lugar del universo, o fuera de él, se hará inexorablemente el balance de la gestión de aquel gobierno, y entonces los argentinos sabrán –aunque ya sea tarde– lo que verdaderamente le deben, sin atenuantes.

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para que nuestro hilo de voz atraviese el aire y llegue a tantos oídos sordos –o simplemente se quede en el aire– porque nada se pierde y todo se transforma, incluida la energía histórica y los destinos consumados. Para que en el desierto de convicciones, algunos, al menos algunos, recuerden aquella gran convicción, aquella gigantesca convicción, que cubrió nuestras conciencias hasta la superficie, desbordándolas.

Fue la gran posibilidad argentina, porque fue el triunfo del valor ante la cobardía, de la honradez ante la corrupción, de la hidalguía ante la mezquindad, de la moral frente a la venalidad, de la estética frente al mal gusto, de la libertad ante el sometimiento. Fue una maravillosa pirueta del espíritu creador, de ese espíritu que da sentido a la historia, es decir a la biografía de los hombres. Fue una afirmación del Espíritu de Occidente.

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para que los veteranos la recuerden aunque sea un instante tan sólo; los que le fueron leales retemplarán el espíritu, y los traidores tendrán un minuto de arrepentimiento en el último repliegue de sus conciencias. Y para que los jóvenes sepan que –no hace mucho– hubo un momento argentino de esperanza en la desesperanza, confíen en la razón ante la sinrazón; y ante la infecundidad de los populismos y los totalitarismos, adviertan que existe otra alternativa, la que nos marcan las palabras y los gestos de aquel septiembre inolvidable.

Para que los jóvenes averigüen, indaguen en todos lados y se informen acerca de lo que pasó y por qué pasó al filo de una madrugada. Para que sepan lo que es una actitud de rebeldía y aprendan a distinguirla de la contraactitud de la subversión. Porque la subversión es destructora y estéril, mientras la rebeldía es creadora y motora de la historia. No hay historia sin rebeldía.

Y no hay juventud sin rebeldía. No se puede concebir una juventud apoltronada, arrebañada, seguidora de déspotas y tiranías o entregada a conformismos fatalistas. Hubo multitud de jóvenes rebeldes en 1955; luego hubo jóvenes subversivos que destruyeron lo reconstruido entonces. Aquéllos estuvieron del lado de la libertad y de la ley; la esclavitud y la arbitrariedad. Sepan los jóvenes de hoy distinguir entre la esclavitud y la arbitrariedad. Sepan los jóvenes de hoy distinguir entre ambos, aunque rara vez se les hable de ello. Es una elección decisiva. La neutralidad no sirve, no sólo para los jóvenes; no sirve para nadie. ¡Y hay tantos neutros! (¿neutros?).

Sí, otra vez recordamos y rendimos homenaje a la Revolución Libertadora. Para no cometer un acto de injusticia. Y, como dijimos una vez, es bueno recordarla ahora, porque es un acto libre, desinteresado, que no busca dividendos políticos, ni adhesiones apresuradas. Como deben ser los verdaderos homenajes, la verdadera comunicación. Para nada. Ante la herrumbre de las ideas, ante la claudicación de las convicciones, ante la amnesia decretada, ante la sangre derramada.

Sí, otra vez te recordamos, Revolución Libertadora, para que fecundes la aridez de la tierra, para que verifiques la pereza del mar, para que humanices la dureza del asfalto; porque no pasaste sino que nos pasaste, a los unos y a todos, especialmente nos liberaste y los liberaste del miedo.

Te recordamos, para que no hablen de derechos humanos sus empedernidos violadores.

Te recordamos, para suplir el olvido de tantos que tanto te deben.

Y te recordamos, para que no muera toda esperanza."

■■■

CONCENTRACIÓN CÍVICA ACLARA ASPECTOS DE LO OCURRIDO EL 9 DE JUNIO DE 1956

(Publicado en *La Voz del Interior*, 9 de diciembre de 1972)

"Con el objeto de aclarar algunos aspectos de los episodios vinculados al frustrado levantamiento del 9 de junio de 1956, la mesa directiva de Concentración Cívica dio a conocer la siguiente declaración:

En la audición de Televisión transmitida por el Canal 11 el domingo 3 de diciembre a las 21.30, por interrupciones propias de este tipo de programas, quedaron sin la debida aclaración algunos importantes aspectos de lo ocurrido el 9 de junio de 1956. No es nuestro propósito reabrir antiguas heridas, por todos lamentadas, pero ante las preguntas formuladas y en nombre de la verdad histórica, nos sentimos obligados a completar las necesarias respuestas.

El 9 de junio de 1956 –tal vez porque Dios quiso salvar a la Nación de males mayores– en la quinta de Sarrabayrousse, en Moreno, explotó una bomba, en manos de quien la estaba fabricando. La providencial alarma motivó la intervención policial, pero si bien los implicados lograron escapar en un automóvil, el vehículo debió ser abandonado en una barrera de ferrocarril, lo que permitió encontrar una valija que contenía, entre otros documentos, las fichas donde figuraba, con todo detalle, la conformación de los grupos de ataque a los objetivos que también se indicaban. Se nombraban, además, las personas del gobierno, de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos que tenían que ser ejecutadas junto con sus familiares, los lugares de la matanza y el destino de los cadáveres, al crematorio, en general. Posteriormente, toda esta información fue exhibida al periodismo en reunión de Gabinete. Pero hay mucho más:

1) En la estación de Ringuelet un tren fue asaltado por grupos armados, los pasajeros obligados a vivar al tirano, y un oficial de policía que se negó a hacerlo fue asesinado en presencia de su esposa, que luego declaró que podía reconocer al matador.

2) En Rosario se cortaron los cables de L.T. 12 y se empalmó un micrófono, desde el que se propalaron proclamas revolucionarias de cuyo origen no podía dudarse.

3) En la ciudad de Santa Rosa, los revolucionarios difundieron por Radio del Estado una proclama revolucionaria que no era precisamente un llamado a la conciliación.

4) A las 23 hs. se produjeron tres hechos simultáneos: un grupo asaltó la estación transmisora del Automóvil Club Argentino, cuya red cubre todo el país; el intento fue rechazado pero en la refriega murió un cabo de la policía federal. La estación de autobuses Cóndor fue asaltada para apoderarse de vehículos que, según los planes descubiertos, debían transportar los grupos de ataque establecidos en las fichas antes mencionadas. Se asaltó al Arsenal de Guerra Esteban de Luca, intentándose penetrar en una ambulancia. La guardia resistió y rechazó el ataque.

5) Escuela de Mecánica de la Armada. Por despacho de las 23.40 hs. del 9 de junio, al ser detenida una persona, sus autoridades se enteraron de que tanto la Escuela Raggio, que está al lado, como el edificio de la Comisión Nacional de la Energía Atómica, serían ocupados por grupos especializados, y a continuación la Escuela sería atacada con el auxilio de ómnibus cargados de bombas incendiarias y camiones-tanques nafteros. En el estadio de River Plate se debían concentrar grupos de civiles a los que se les entregarían armas. La Escuela Raggio y Energía Atómica fueron neutralizadas y se tomaron prisioneros.

6) En los cuarteles de los Regimientos 1º y 2º de Infantería de Palermo. Grupos de suboficiales, cubierto el uniforme con un abrigo piloto civil, reunidos en las inmediaciones de los puentes del ferrocarril y los terraplenes, debían entrar en los cuarteles y capturar los armeros. Fueron detenidos por oficiales de los regimientos.

7) En Campo de Mayo fueron sofocados dos intentos de levantamiento.

8) En la zona de La Plata. Aquí ocurrieron los sucesos más graves. Al anochecer fue capturada la comisaría de Ringuelet (Teniente Abadie). Más tarde, el Regimiento 7º de Infantería de La Plata se sublevó y atacó la casa de gobierno, cuyo titular, el coronel Bonnecarrere, se atrincheró en la jefatura de policía, resistiendo valientemente durante la noche, con el apoyo de fuerzas de la Infantería de Marina de Río Santiago, hasta que con las primeras luces del día 10, la llegada de fuerzas del Ejército y de la Fuerza Aérea terminó con la rendición de los sublevados.

Por lo tanto, no puede argumentarse, como lo afirmara un periodista en la audición, que la mayoría de las sublevaciones del 9 de junio fueron 'inventos y novelas de la policía'. Lo antes señalado puede ser confirmado por numerosas personas, entre ellos los oficiales superiores de las tres armas que constituían el estado mayor conjunto que tuvo intervención.

Por otra parte, las autoridades del Gobierno Provisional no reimplantaron la pena de muerte establecida por la tiranía y derogada por la Revolución Libertadora, como ha afirmado un periodista; en la emergencia establecieron la ley marcial, en defensa de la vida y hacienda de la población, teniendo en cuenta que ellas estaban real y gravemente amenazadas por las consignas del tirano ausente repetidoras fieles de las siniestras órdenes impartidas desde los balcones de la Casa de Gobierno en la noche del 31 de agosto de 1955. En dicha oportunidad el tirano pronunció un macabro discurso de 'San Bartolomé' vociferando entre otras tremendas amenazas, esta incitación criminal: 'Aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades puede ser muerto por cualquier

argentino. Esta conducta, que ha de seguir todo peronista (fue una orden), no solamente va dirigida contra los que ejecuten, sino contra los que conspiren e inciten'. Nunca, antes, en esta patria argentina se había tocado a rebato para la matanza general, desde los balcones de la Casa de Gobierno. Nunca, antes, un Jefe del Estado argentino había ordenado a sus seguidores hacer justicia por sus propias manos con cualquier excusa. No recordamos que en América se haya llegado a semejante grado de esquizofrenia despótica y delirante. El mundo entero quedó atónito.

La sangre se heló en las venas de los mismos peronistas, y el horror envolvió a todos, amigos y adversarios, pues estaban frescos los recuerdos de los incendios y otras profanaciones de los templos ocurridos en la fatídica noche del 16 de junio, que ejecutaron turbas regimentadas al servicio vil del déspota. En el propio balcón presidencial todos los rostros se demudaron de espanto. Pero nadie renunció ni adelantó una palabra de moderación al servicio de los sentimientos humanos y de la paz ciudadana. Después de la execrable blasfemia todos siguieron en sus puestos, aun cuando el tirano agregó: 'Que sepan que esta lucha no ha de terminar hasta que los hayamos aniquilado y aplastado'. Esta fue la gota que colmó el vaso; la culminación dramática del proceso de justificación histórica de la Revolución Libertadora que tenía el deber de terminar con la máscara aberrante de 'democracia constitucional', como ahora llaman algunos desmemoriados a la ominosa tiranía peronista. Es entonces cuando nacen los "gorilas", resueltos a restablecer la dignidad de la República y a devolver la libertad a sus compatriotas.

Esta mancha, que ensombrece la Historia Argentina, no puede ni debe ser olvidada, aunque parece que así ha ocurrido a quienes, en una pretendida representación de la ciudadanía, han ungido al tirano visitante como su jefe o albacea en el restaurante Nino, versión local de la célebre 'Cervecería de Munich' donde fue encumbrado Hitler."

Por Concentración Cívica: Dr. Marcelo Aranda, Sr. Alberto Benegas Lynch, Dr. Eduardo Busso, Sr. Norberto L. Carca, Dr. Estanislao del Campo Wilson, Sr. Rodolfo A. Fitte, Sr. Floreal González, Brig. My (RE), Medardo Gallardo Valdez, Brig. (RE) Jorge Landaburu, Escrib. Carlos Macchi, Dr. Alberto Mercier, Sr. Adolfo Morano, Alte. (RE) Jorge Julio A. Palma, Dr. Oscar Rebaud Basavilbaso, Dr. Manuel Río, Alte. (RE) Carlos A. Sánchez Sañudo y Cnel. (RE) Francisco J. Tizado.

■■■

PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE PRIMERO DR. VÍCTOR A. GUERRERO LECONTE, EN EL ACTO DE RECORDACIÓN DE LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA, EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 2002, EN EL CENTRO NAVAL

"16 de septiembre de 1955: Una gesta histórica de un movimiento cívico-militar y no de una asonada ni un golpe de Estado. La ciudadanía argentina de pie contra la dictadura disfrazada de gobierno constitucional.

Al conmemorar los veinte años del pronunciamiento dijimos como acto inquebrantable de fe en los altos ideales que inspiraron la Revolución Libertadora, esencia pura del alma argentina y como imperativo de la dignidad nacional:

Ninguna fuerza, ningún error, ninguna de las penosas vicisitudes que el *país ha* conocido en los últimos tiempos ha valido para confundir sobre los móviles de la gesta de 1955, más evidentes hoy que nunca, cuyo propósito principal y casi único fue la reconciliación de la República, con los principios que son su base histórica y moral inexcusable. Se luchó para restablecer la vigencia de la libertad, a la que estuvo la Nación consagrada desde los días de Mayo, sin la cual no hay paz, ni orden ni justicia ni progresos posibles. *Se luchó* para restablecer la dignidad cívica de los argentinos, destruida por la demagogia, la masificación y el sometimiento irracional a jefaturas providenciales. *Se luchó* para restablecer en el Estado y en la comunidad las normas de decoro y de moral legadas para siempre por los fundadores. *Y se luchó* para restaurar las instituciones republicanas en su verdadera función de instrumentos sustantivos de la vida social regulada por el derecho, haciendo que dejasen de ser el disfraz y amparo de la arbitrariedad y la corrupción. Un esfuerzo supremo para volver a las fuentes prístinas de la nacionalidad.

Son los valores simples y sublimes por los cuales se *luchó y triunfó*. Veintisiete años después volvemos a repetir los mismos principios.

Hoy la República vive una profunda crisis no sólo económica, sino moral, política, social e institucional que nos coloca al borde la anarquía. Y hay miedo en el País por falta de seguridad personal y jurídica.

Vivimos un estado de subversión, es decir corrupción, de vicios, de depravación y de sobornos. Y se pretende destruir las Fuerzas Armadas que son la reserva moral de la República.

La crisis institucional abarca a los tres poderes del Estado. La ciudadanía no cree en ellos, según todas las encuestas que se realizan sobre el particular. Los partidos políticos se preocupan más por las elecciones y la obtención del poder que sobre las soluciones a los grandes problemas argentinos.

Y hay miedo en la República, pues, como consecuencia de la impunidad manifiesta, los vándalos han ganado la calle, constituyéndose en verdaderas asociaciones ilícitas que cortan caminos y rutas, atacan residencias particulares, secuestran, roban y matan.

La solución está en volver a los fines de la Revolución Libertadora, a ocupar tribunas y sembrar las ideas de Mayo y Caseros, de la generación de 1837, restablecer la vigencia de la Constitución de 1853/60 y, como bien lo dijo el Dr. De Tomas, citando a Eduardo J. Couture, debemos tener fe en la libertad, sin la cual no hay Derecho ni Justicia ni Paz.

Señores Tte. Gral. Lonardi, Tte. Gral. Aramburu, Almirante Rojas, descansad tranquilos, que los hombres de la Revolución Libertadora consideran que en la hora actual *marginarse es cobardía*, sin que ello signifique sumarse a cualquier aventura."

■■■

LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA (EDITORIAL PUBLICADO EN "LA PRENSA" EL 14/09/1980)

"Lo que ocurrió en la República Argentina durante el período que se inicia el 4 de junio de 1943 y se prolonga hasta el 16 de septiembre de 1955 ilustra cabalmente sobre la inestabilidad de las formas superiores de la convivencia, la frecuente debilidad de las instituciones democráticas, el riesgo que asedia a la libertad y la facilidad con que en nuestra época puede desvanecerse una cultura secular y perderse los más altos valores. Todo lo que parecía definitivamente incorporado al acervo moral y espiritual de la Nación, por obra de los grandes estadistas del pasado y el esfuerzo de varias generaciones, fue agraviado y amenazado y estuvo a punto de desaparecer.

Todas las malas pasiones del alma se exhibieron por el dictador durante su paso por el poder, pero de ellas, la que mostró con más pertinacia en todos los actos y en todas las circunstancias, y que más resplandece es el odio, el odio al pasado histórico; el odio a cualquier forma de superioridad moral o intelectual; el odio a la verdad y la justicia; el odio a los enemigos leales y a los abyectos servidores; el odio a las multitudes atraídas por la demagogia y la corrupción y usadas como meros instrumentos para la conquista del poder. El odio es además una nota tan esencial del régimen que impuso que sin él lo que sucedió carece de lógica y explicación. La clave de la época, lo que ilumina los personajes y los acontecimientos, la razón última de las contradicciones y los fracasos, es el odio. Hechos tan inauditos como el de la quema de bandera, de los templos, de la sede de los partidos, las bibliotecas y los palacios, son expresión de odio que sin duda el dictador sentía por sí mismo, en la intimidad del abismo moral que se debatía.

El daño que causó al país fue inmenso y se extendió tanto a lo espiritual como a lo material. Practicó la demagogia y la corrupción en escala gigantesca; cultivó la envidia y el resentimiento en todos los estratos sociales; impuso la obsecuencia y el servilismo en su partido, los gremios y las organizaciones empresarias y los exigió a la mayoría parlamentaria y a los miembros del Poder Judicial; sojuzgó el periodismo de este diario; degradó la instrucción pública y falsificó la historia; consumió el ahorro nacional y dilapidó las ingentes reservas de oro y divisas acumuladas por anteriores gobiernos; provocó la caída de las exportaciones y desalentó las actividades agropecuarias obligando al pueblo a consumir pan de inferior calidad; utilizó el crimen político, las delaciones y las torturas; ostentó favoritos a los que benefició con dineros públicos; gozó con la morbosa adulación de que fue objeto aceptando que calles, plazas y aun provincias se designaran con su nombre y el de su segunda esposa, y ésta convertida en símbolo de los abusos del régimen, fue utilizada por él despiadadamente para sus fines electorales hasta el momento mismo de su muerte; dividió a los argentinos y enconó a unos ciudadanos contra otros. Afrentó a obispos y sacerdotes, por lo que fue excomulgado, y cuando estalló la Revolución Libertadora huyó cobardemente abandonando a sus seguidores. Se enriqueció en el poder en inaudita medida, utilizando para ello la extorsión hasta la influencia oficial.

La Revolución Libertadora ha quedado incorporada a los fastos de la República, no sólo por el heroísmo de quienes la hicieron y haber clausurado el período más triste de nuestra historia, sino por la obra de reconstrucción moral y material que inició y que, en muchos aspectos, logró realizar y consolidar. Por medio de los generales Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu dio un alto ejemplo de dignidad y responsabilidad en el sucesivo desempeño de la presidencia de la Nación, en la época particularmente difícil y compleja que hubo que afrontar. La memorable creación de la Junta Consultiva, organismo concebido para limitar el poder revolucionario, permitió que se le sometieran proyectos y decisiones para que tuvieran el significativo respaldo político de una adecuada deliberación. En ella se encontraban representados los partidos democráticos por medio de sus hombres más eminentes, presididos por el vicepresidente de la Nación, almirante Isaac F. Rojas. Este dirigió los debates con ecuanimidad y autoridad que emanaban, más que de su cargo, del servicio que había prestado a la Nación durante las jornadas revolucionarias y de su indiscutida jerarquía moral.

El 7 de diciembre de 1955, casi ochenta días después del triunfo de la Revolución Libertadora, el presidente Aramburu y el vicepresidente Rojas, con la firma de todos los ministros, sancionaron directivas básicas en que formularon los principios que inspiraron la acción del gobierno. En ella se dijo que 'la finalidad primera y esencial de la Revolución ha sido derrocar el régimen de la dictadura' y que resultaba necesario 'suprimir todos los vestigios del totalitarismo para restablecer el imperio de la moral, de la justicia, del derecho, de la libertad y la democracia'. Se afirmó que 'cumplidas las condiciones que permitan a la ciudadanía expresar su voluntad, ella decidirá sobre sus destinos', que 'este gobierno es un gobierno provisional y sus hombres carecen de toda pretensión de continuismo'. Se aclaró que su programa podía sintetizarse así: Enaltecer el prestigio internacional de la República; asegurar el orden y consolidad la paz interior respetando la dignidad de los derechos del hombre; recuperar el equilibrio de la armonía y del mutuo respeto entre los distintos grupos sociales y políticos; desmantelar estructuras y formas totalitarias desintegrando el estado policial; restablecer la austeridad republicana y procesar a los que hubieran delinquido; afianzar la independencia del Poder Judicial; dignificar la administración pública; mantener el respeto a la libertad de cultos; establecer la libertad sindical y la vigencia de una efectiva justicia social; reorganizar la enseñanza con sentido democrático; fortalecer y afianzar el federalismo y las autonomías comunales; sanear la economía y suprimir las trabas que trababan su actividad; procurar una plena ocupación y el acrecentamiento del bienestar social y la solución de los problemas económicos y sociales fundamentales; estimular la industrialización y

la prosperidad del agro y el aprovechamiento de los recursos energéticos, y lograr que los sacrificios económicos sean soportados proporcionalmente a las posibilidades de cada uno; por último, crear las condiciones propicias para la inversión de capitales extranjeros que complementen y estimulen el esfuerzo de la producción argentina y sanear la estructura electoral de la Nación.

Este programa fue fielmente seguido en la medida en que las circunstancias lo permitieron, con honradez y buena fe.

Pero, sin disputa, el acto más importante del gobierno de la Revolución Libertadora fue la proclama del 27 de abril de 1956, en la cual, después de alejarse de la constancia de que la reforma constitucional de 1949 había sido fruto de la opresión que impidió pronunciarse a varios sectores de la opinión y que resultaba imperativo devolver al pueblo el pleno goce de las instituciones libremente escogidas y menguadamente alteradas, se declaró vigente la Constitución de 1853 con las reformas anteriores a 1949, sin perjuicio de los actos y procedimientos definitivamente concluidos el 16 de septiembre de 1955.

El país volvió así a gozar de su auténtica y respetada Constitución inseparable de las formas superiores de convivencia. Además del valor de su contenido jurídico, y de su estilo literario, ella es, sobre todo, un instrumento de gobierno, producto de la dolorosa experiencia y la claridad de juicio de los constituyentes.

Haberlo comprendido así y haberla restablecido es, en consecuencia, el título más alto que la Revolución Libertadora puede invocar ante la Historia. Y aun su gobierno se preocupó de obtener la ratificación de lo resuelto por una convención libremente elegida por el pueblo, que el 23 de septiembre de 1957 recibió con prolongados aplausos e incontenible emoción, la declaración solemne de su presidente sobre la sanción adoptada.

La notable obra cumplida por la Revolución Libertadora fue posible también por la gestión de los integrantes de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, a los que tocó la difícil tarea de velar por la constitucionalidad y legalidad de los actos de un gobierno de origen revolucionario, de modo que pudieran desmantelarse las estructuras totalitarias heredadas y cumplirse la vindicta pública pero respetándose las garantías y derechos de la Ley Fundamental. Solamente la sabiduría y la experiencia de jueces, que además supieron ser verdaderos hombres de Estado, permitieron que los objetivos pudieran alcanzarse. Y cuando la Revolución Libertadora presidió elecciones inobjetables y entregó el poder a los nuevos gobernantes consagrados en los comicios.

El posterior holocausto del general Aramburu, consumado por los enemigos del país, confiere una aureola de trágica grandeza a la Revolución Libertadora, cuyo gobierno él presidiera con tanta dignidad. Las vicisitudes que el país padeció después fueron consecuencia de cálculos interesados o de una deficiente comprensión de los conflictos que surgieron. Culpas y errores, ambiciones y egoísmos, incapacidad y temor causaron que el país nuevamente ensayara el retorno a concepciones totalitarias impuestas por el gran responsable de la frustración nacional. No es ésta la oportunidad de hacer el análisis de lo que sucedió después de la Revolución Libertadora, de adjudicar méritos y responsabilidades y de esclarecer el curso fatal de los acontecimientos, que visto después que se produjeron parece que pudieron ser previstos y evitados. En cambio corresponde, a veinticinco años de la patriótica empresa encabezada por dignos jefes militares y civiles eminentes, recordar que en la crónica de los conflictos que se han suscitado entre los argentinos nunca hubo un pronunciamiento de más alta inspiración previa y más desinteresada ejecución en el gobierno. Porque nuestro pueblo requería una acción saludable que tuviera fuerza suficiente para recuperarlo de su terrible caída, se explica la deslumbrante jerarquía moral de la Revolución Libertadora."

■■■

Jorge Luis García Venturini, en diciembre de 1978, veía con horror la posibilidad de una "apertura política" que, con la salida de Videla, encarnaría el general Viola. Esto lo condujo a llamar la atención de la República otra vez, como en los tiempos anteriores al golpe de marzo 24: *Volvía la kakistocracia*. El texto que transcribimos a continuación señala la ira de uno de los más furiosos hombres del Proceso. No habría de volver la *kakistocracia*. (Suponiendo que, tal como ocurría, no fueran ellos la tan meneada por el ideólogo, *kakistocracia*.) El odio de García Venturini, en concordancia con la revista *Cabildo*, se condensaba en un solo propósito: *militares para siempre*. Nada de retorno a la política. Acaso fuera excesivamente consciente de las atrocidades cometidas hasta ese momento y necesitara que el tiempo transcurriera para tapar todo y negociarlo mejor. No olvidemos que García Venturini muere en 1983, antes de llegar la democracia. En una entrevista radial, un periodista que ya se sentía con coraje como para hacerlo sufrir le preguntó:

–¿Quién fue más democrático: el doctor Illia o el general Videla?

García Venturini, desdeñoso, como si eso tuviera alguna importancia, contestó:

–El doctor Illia.

Poco tiempo después abandonaba este mundo otra vez caído en manos de la *kakistocracia*. El siguiente artículo es el que publica en *La Prensa*, su diario, su trinchera, el 23 de diciembre de 1978, poseído por la angustia de una posible apertura política del régimen militar.

EL RETORNO DE LA KAKISTOCRACIA

"No nos sorprende, simplemente, nos angustia. Se veía venir. En estas mismas páginas lo hemos advertido desde el principio del proceso que había llegado la 'hora de la verdad' –y en lugar de la hora de la verdad lo que se vuelve a oír es la 'hora del pueblo'. En un artículo que se llamaba 'Voz calmante o las causas y los efectos', hace algunos meses atrás, volvemos a reiterar que hay oídos sordos a las advertencias y que por favor, no se nos diga de nuevo que 'todos somos responsables', ni de lo que pasó ni de lo que va a pasar. Advertencias no han faltado, ni faltan. Ahí están los últimos de Abdal, de Sánchez Sañudo, de Alicia Jurado, para citar los más recientes y elocuentes. Pero uno se pregunta: ¿o son la voz solitaria del desierto ciudadano que se estrella contra los muros anónimos de la ciudad adormilada y termina derramándose en los desagües municipales como el agua limpia de la lluvia, que vertida en barro, o como aquella voz de San Juan Bautista, que clamaba ante oídos inexistentes, aunque estuviera rodeado de multitudes?

¿Es posible que, en esta nueva oportunidad la amnesia y los lugares comunes se hayan dado tan rápidamente? ¿Será otro ejemplo de aceleración de la historia? La increíble restauración de 1973, caso único en el mundo civilizado, de retorno al poder de un sujeto de las condiciones psicomorales del gran corrupto (para no abundar en detalles, véase el decreto de degradación firmado por un Tribunal Superior constituido por cinco tenientes generales, para haber impedido que por decreto montonero se le restituyera grado, uniforme y dineros: también podría recordarse la excomulgación cuyos términos absolutorios nunca se conocieron): en fin, esa vergonzosa restauración vino dieciocho años después; ahora las cosas parecen acortar plazos y si bien el titular de la hecatombe argentina ya no está en este mundo, no faltan, más bien sobran, los herederos de supuestos electorados vacantes.

Aquella afrenta comenzó en un restaurante –Nino ha sido un nombre para la historia de la infamia–, y ahora han vuelto las comidas increíbles, entre cuyos comensales se cuentan jefes montoneros (que alardearon de serlo y no se han rectificado), firmantes de la ley de amnistía, destacadas figuras del submundo político argentino y, en el mejor de los casos cómplices y complacientes, de todo eso. ¿Cómo se explica tal incongruencia? ¿Cómo se explica que compartan la misma mesa los que vinieron a moralizar y los que vinieron a destrozar el país, y que había que sancionar y no invitarlos a comer?

Vuelven a poblar el aire las palabras 'diálogo', 'propuesta política', 'unidad nacional', 'salida democrática' y otras por el estilo. ¿Qué significa todo esto? El diálogo es una cosa buena, más aún, indispensable, y de hecho se ha venido haciendo desde antes del pronunciamiento de marzo y durante estos años. Se ha dialogado con mucha gente. Los militares abrieron sus bases y guarniciones a muchos civiles. Debe entenderse, entonces, que cuando se dice que se va iniciar el diálogo es con otra gente, es decir, con los responsables del desastre. Y entonces el diálogo de bueno se convierte en malo, en acto sencillamente suicida.

¿Y qué decir de la 'unidad nacional'? ¿Con quién, para qué? Todos juntos somos más, decía el oficialismo antes del 24 de marzo. ¿De nuevo ahora? ¿Todos juntos? El peligro está en quedarse sin billetera. ¿La 'salida democrática'? No vamos a explicar –lo hicimos ya muchas veces– qué debe entenderse por democracia. Pero tal cual se usa aquí el vocablo es volver al concepto inadmisible –jamás sostenido por teoría alguna desde Platón y Aristóteles en adelante– de que democracia es un mero mecanismo electoral en virtud del cual triunfa el que obtiene la mitad más uno de los votos y luego hace en el poder lo que se le dé la gana.

Desde las altas esferas se vuelve a hablar de los partidos tradicionales. Los hay, y en principio, a pesar de la claudicación de tantos políticos, en cuanto partidos son respetables. La Unión Cívica Radical, por ejemplo, expresión tradicional de liberalismo argentino durante varias décadas, es un partido tradicional, y ha prestado servicios a la República, a pesar de la traición de los últimos años. Y otras agrupaciones políticas. Pero incluir entre los 'partidos tradicionales' a esa masa viscosa e informe creada por una mente diabólica, que nunca fue por propia definición, un partido político, sino un 'movimiento' cuya columna vertebral es la estructura sindicalista totalitaria (aún intacta), y que sólo ha dado al país corrupción, corrupción, corrupción, es realmente una cosa increíble, incomprensible, inadmisible. Es, sencillamente, el retorno de la kakistocracia.

Los culpables directos del desastre están sueltos, o con 'arresto domiciliario' o no se sabe bien en qué condiciones jurídicas. Lo único claro es que no hay nadie sancionado. ¿Con qué autoridad moral se podrá condenar a un ladrón común que asalta un banco, por ejemplo, arriesgando la vida y haciendo un mal muy limitado, si los que han demolido los valores morales sin contemplaciones, los que han informado y han armado la subversión, los que han afrentado –por segunda vez– a la República no sólo no están sancionados, sino que se sientan en torno a áulicos banquetes, preparando su retorno triunfal para un nuevo festín de los corruptos. Uno se pregunta, entre otras cosas: ¿Para qué retiran los cuadros de dos subalternos de un recinto del Congreso, cuando el busto de jefe corruptor permanece en la Casa Rosada? Una editorial de este acaba de señalar claramente esta incongruencia. ¡Y uno se pregunta tantas otras cosas!

Lo hemos dicho otras veces. Todo problema bien planteado es un problema moral. Y el orden moral no se viola impunemente. La primera prioridad argentina –así creíamos al menos– era reparar los valores pisoteados, volver a recrear la fe perdida, sancionar el delito, reinstaurar la majestad de la justicia.

Y si había que sentarse a la mesa, hacerlo con otros comensales, que los hay todavía en el país. El orden moral es primera y absoluta prioridad. Nada hay por sobre él, porque está establecido por Dios y no por los hombres o las circunstancias. Y ningún problema tendrá verdadera solución sin un orden moral que la sustente.

¿Se podrá tener una 'democracia fuerte' con hombres moralmente débiles? ¿Una 'democracia estable' con los hombres mentalmente inestables? ¿Una 'democracia moderna' con los artífices de las peores mañas que recuerda la historia? ¿Con quiénes se va a hacer la democracia que se anuncia? Las frases no alcanzan a cubrir la realidad. Lo mismo se dijo en 1972-73, y así terminamos.

Ya afirmaban los griegos que repetir el mismo error dos veces era cosa de tontos; repetirlo tres veces sería de locos. Y el Eclesiastés nos recuerda que 'cuanto hace Dios permanentemente, y nada se le puede añadir, nada quitar, y es bueno el temor a Dios. Porque tiene siempre presente lo que pasó' (3,14).

Dios se apiade de nuestro país o impida nueva restauración de los peores. Sería ya una dosis mortal."

PRÓXIMO DOMINGO

La resistencia peronista

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

29 **Fenomenología del fusilamiento**

Suplemento especial de
Página|12

"UNA REVOLUCIÓN ES UN JUEGO DE AZAR"

Se conoce la frase que larga Lonardi no bien se adueña del poder: "Ni vencedores ni vencidos". La había dicho ya Urquiza, quien, no obstante, ya se lo había cargado al general Chilavert en el mismo campo de Caseros. Hay otra frase que palpita en la política argentina: "Cuando se dice: 'ni vencedores ni vencidos, ¡pobres los vencidos!'". Pese a ello, Lonardi parecía ser sincero. Lo que asegura esa sinceridad es que lo voltearon al poco tiempo y murió demasiado pronto. Aramburu y Rojas representaban el antiperonismo extremo que animó el golpe de Benjamín Menéndez en septiembre de 1951, que determinó que Perón declarara el Estado de Guerra Interno. Según los "antis", para ganar las elecciones del mes de noviembre. En todo caso, el golpe lo habían dado y eran los antiperonistas de peor calaña quienes lo dieron, los precursores de Aramburu y Rojas, los precursores y autores de los asesinatos de junio de 1956. Lonardi fue invitado a participar del golpe de 1951 y se negó. Como suelo decir: "Vamos al cine". (Algunos lectores se disgustan cuando cito algún texto mío y me acusan de "autorreferencial". Sé que existe esa concepción. Pero estoy en contra. Si uno escribió algo, ¿por qué habría de estar invalidado para citarlo? ¿Qué pecado hay? ¿Por qué la prohibición de hacerlo? ¿Por qué uno habría de ser un ególatra por un acto tan lícito? Sólo significa decir: "Esto ya lo escribí y creo que hoy no lo podría hacer mejor. De modo que lo transcribo". En épocas en las que el plagio arrasa, transcribir un texto propio tiene una transparente inocencia que merecería no ser condenada y entregarnos a pensar en cosas más importantes. Tampoco creo que alguien se transforme en un adalid de la modestia por escribir "según la opinión de este periodista" o "nosotros creemos que" o "nos atreveríamos a decir". A veces, se notará, escribo en plural: "creemos que", por ejemplo. Es cuando la visión es menos personal. Cuando uno busca una distancia. Una prudencia cautelosa. Pero si no, ¿por qué no citar lo que se escribió ayer si sirve hoy, por qué no recurrir a la primera persona si uno quiere arriesgar con fuerza una opinión, por qué no contar la propia vivencia de un hecho si se siente que ella entregará un irremplazable clima, la cercanía de una experiencia, el calor que sólo alguien que tuvo la suerte o la desgracia de *estar ahí* nos puede dar?)

DEL GUIÓN DE "EVA PERÓN"

20. Exterior - Ruta solitaria - Atardecer

Un Chevrolet 1951 se detiene lentamente a un costado de la carretera. Un edecán abre la puerta y desciende el general Lonardi.

Sobreimprime: julio de 1951

Reunión Lonardi - Menéndez

Lonardi se dirige con pasos quedos hasta un Mercedes Benz que está detenido, también, a un costado de la ruta.
Un edecán le abre la puerta. Lonardi entra.

21. Interior Mercedes Benz - Atardecer
Dentro del Mercedes Benz está el general Menéndez, quien hace un leve saludo militar a Lonardi, que responde.

Menéndez: –Voy a ser breve. Estamos por levantarnos en armas contra el gobierno de Perón y la Yegua. Varios civiles están con nosotros. Algunos quieren saber si usted desea ser de la partida.
Lonardi: –No están dadas las condiciones.
Menéndez: –¿Eso vino a decirme? Nunca están dadas las condiciones. Una revolución es un juego de azar: nadie sabe el resultado. Lo que cuenta es la decisión de vencer.
Lonardi: –Acláreme el siguiente punto: si usted, como cree, vence, ¿qué piensa hacer?
Menéndez: –Derogar la Constitución del '49. Reimplantar la del '53. Destruir todo el aparato peronista. Aniquilar ese régimen de matones y corruptos.
Lonardi: –¿A qué llama el régimen peronista?
Menéndez: –Usted lo sabe bien: a la censura, al cierre de los diarios independientes, a la delación, a la insolencia de la plebe... y a las torturas, general Lonardi. ¿O necesito decirle que la policía peronista tortura?
Lonardi: –No, estoy perfectamente al tanto de los casos de tortura. Usted sabe que odio a Perón y odio a su régimen. Pero no estoy de acuerdo con usted.
Menéndez: –¿Cómo... cómo?
Lonardi: –Hay que derrocar al régimen peronista... pero hay que mantener sus medidas sociales.
Menéndez: –Todas fueron fruto de la más descarada demagogia.
Lonardi: –No se puede retroceder en ese aspecto. Lo que hizo el peronismo en el terreno social hay que mantenerlo. Si no, el país no se arregla.
Menéndez: –El país no se arregla si dejamos en pie una sola de las medidas que el peronismo implantó.
Lonardi: –No estamos de acuerdo, general. Los dos queremos derrocar al régimen peronista. Pero usted quiere reemplazarlo por otra dictadura. Por una dictadura rencorosa y vengativa. Yo no. (*Pausa.*) Buenas tardes.
Abre la puerta y desciende del Mercedes.
Menéndez lo observa alejarse. Lonardi se aleja sereno, con pausada dignidad.
Menéndez (*rabiosamente*): –Peronista de mierda.
Corte.

Quiero señalar el cierre de la escena. Para Menéndez, Lonardi es un "peronista de mierda". Cualquier acercamiento, cualquier tipo de comprensión, cualquier intento de conciliar, de dialogar con el peronismo, hacía, del que lo intentaba, un "peronista de mierda". Así se expresaba el odio gorila. Fue ese odio el que se apoderó por completo del poder con la separación de Lonardi, con su caída. Aramburu fue el hombre que encarnó la figura del general Menéndez en el esquema de la Libertadora. Decir que Rojas era "peor" es discutir más o menos cuántos ángeles entran en la cabeza de un alfiler. Aramburu, y los suyos, expulsan a Lonardi para impulsar esa "dictadura rencorosa y vengativa" que Lonardi rechazaba. Extraña figura la de Lonardi: uno de los pocos tipos que salen parados en la historia argentina. De algún modo, pese a sus infinitas diferencias, juega el papel que luego habrá de jugar Héctor J. Cámpora, el hombre de la "lealtad" al líder, el que buscaba integrar, dialogar, negociar con la Juventud Peronista, no aniquilarla, no responderle, como hizo Perón, "levantando a la derecha para que barra a la izquierda", según frase célebre de la época que señalaba un error que fue siniestro y que costó demasiado.

La reunión entre Lonardi y Menéndez es ficcional. No está basada en ningún documento, porque no lo hay. Acaso por su carácter ficcional sea más rica para el planteo político de una postura o la otra. En cuanto a esa frase que dice Menéndez –"una revolución es un juego de azar"– está cuidadosa y deliberadamente tomada de una carta que Salvador María del Carril, unitario, doctor de luces y leyes, fusilador de alma, le escribe a Juan Lavalle instándolo a que mate a Dorrego. Como nos aproximamos a los fusilamientos de la Libertadora (llamada por este motivo "Fusiladora") es interesante recordar a Salvador María del Carril. Derrotado Dorrego, el siempre atormentado Lavalle, que mereció la glorificación de la pluma de un Sabato ya lejano, ese Sabato de los primeros años de la década del sesenta, cuando publicó *Sobre héroes y tumbas* (una novela hoy casi ilegible, pero no es nuestro tema), recibe cartas y recomendaciones de varios consejeros civiles. Esas cartas pasan a la historia. La versión oficial no las oculta como suele hacer con otras pruebas que le incomodan. Simple: buscaban salvar a un militar de la indepedencia condenando a un grupo de unitarios que actuaban desde las sombras. Así, este Lavalle,

"espada sin cabeza", "cóndor ciego", hombre trágico de la campaña de 1840 contra Rosas, es la figura atormentada pero firme que asume el primer golpe militar de la historia argentina. Utilizando las tropas que regresan de la guerra con el Brasil derroca al coronel Dorrego, legítimo Gobernador de Buenos Aires. Dorrego queda preso en Navarro. Las cartas de Salvador María Del Carril son de una brillantez conceptual fascinante. Razona sobre la revolución y sus causas como lo hubiera hecho un Saint Just, como lo hará un Lenin. Ese concepto de "revolución" será exactamente el que anime el espíritu de la Libertadora, con lo cual el movimiento se adscribe no sólo a "Mayo" y a "Caseros" como pretende, sino (y acaso *sobre todo*) al golpe contra Dorrego y a su fusilamiento basado en los motivos impecables que ofrecen Del Carril y Juan Cruz Varela.

"EL ASESINATO DE DORREGO"

El 11 de diciembre de 1828, Dorrego habrá de ser fusilado el día 13, Del Carril envía a Lavalle la primera de sus cartas: "General: yo tenía y mantengo una fuerte sospecha, de que la espada es un instrumento de persuación muy enérgico, y que la victoria es el título más legítimo del poder". Estas cartas fueron seleccionadas en tiempos muy pasados en que estas cuestiones se discutían con mucha pasión y era necesario poseer estos documentos a la mano. Fueron publicadas en un libro cuyo título era toda una toma de posición desde la cual sus autores ejercían su militancia (palabra que no es raro acuda a mí en este momento en que me preparo a citar a Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde). La cita de Salvador María del Carril es el *Documento Nº 23* con que acompañan a su pequeño pero denso y brillante libro *El asesinato de Dorrego*, editado por el hoy anciano y entrañable editor y, claro que sí, patriota don Arturo Peña Lillo en 1973, luego de una primera edición de 1965. El libro –hay una coherencia compleja, tramada por la vida y por la muerte en esto– está dedicado a Juan José Valle y a Felipe Vallese, "mártires del Movimiento Nacional Peronista". Y está dedicado a Juan José Hernández Arregui. Palpita aquí un dato de una poderosa precisión sobre el alma de esa época. Ortega Peña y Duhalde dedicaban su libro sobre el mártir del federalismo, Dorrego, asesinado por unitarios desalmados, a dos mártires del peronismo. A su vez, ellos, que eran tan lúcidos y corajudos, dedicaban también su libro a un maestro al que veneraban, Juan José Hernández Arregui, también peronista. El editor del libro, el admirado Peña Lillo, peronista como ellos. Nosotros, que éramos más jóvenes, empezábamos a decirnos (o ya lo habíamos hecho antes): si esta gente es peronista es imposible no serlo, porque ellos son los mejores. Como Ongaro, como Walsh, como todos los militantes de la CGT de los Argentinos. Ahí latía algo poderoso. Y siempre sentimos que eso que latía iba *más allá* de Perón. Que era un movimiento de rebelión social que encontraba su base real en el peronismo pero que apuntaba hacia donde tienen que apuntar las bases para realizar una revolución: hacia el socialismo. Por Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Hernández Arregui, tantos otros y, sobre todo, la *versión de la historia* que se estaba dando en libros como *El asesinato de Dorrego*. Era un desafío elegir a Dorrego, figura de segunda línea en el panteón de la oligarquía (que había establecido ese panteón en su esquema ideológico-educativo), hombre del que pocos se ocupaban porque su fusilamiento era una mancha, un momento de extravío difícil de explicar. Además, Ortega Peña y Duhalde no decían *fusilamiento* decían *asesinato*. Volveré sobre esto. Dorrego había sido desdeñado por Sabato en su exitosa novela de inicios de los sesenta, que todo el mundo leyó, que desplazó a *Dar la cara* de David Viñas, porque era infinitamente menos irritativa, porque eran preferibles las "dudas existenciales" de Sabato, sus vacilaciones "metafísicas" a los duros señalamientos clasistas de Viñas, y Sabato elige al fusilador, elige a Lavalle. Era, al cabo, un escritor del establishment, muy apoyado, para su buena suerte, por la típica revista de izquierda de la época, *El Escarabajo de Oro*, que siempre amó a Sabato, que jugaba incesante y algo ya patéticamente al escritor sufriente, que había desdeñado a Dorrego para elegir a Juan Lavalle en su marcha por la quebrada, que le importaba más contar la tragedia del *cóndor ciego* que la del federal ilegalmente derrocado y fusilado en la localidad de Navarro, luego de haber padecido la traición de sus subordinados Acha y Escribano, que lo entregaron. Dorrego, asesinado por Buenos Aires, no por federales, como Lavalle, a quienes los jinetes de Oribe balearon de lejos y le dieron a través de una puerta en situación poco gloriosa para "el cóndor ciego", pues estaba revolviendo sábanas con una señorita, algo que cualquiera puede hacer pero que no da imagen como para morir con gloria, el bronce y el sexo no se llevan bien.

VALLE: EL DORREGO DE LA LIBERTADORA

Esa visión de la historia que palpitaba en las páginas de Ortega Peña, esa dedicatoria al general Valle, el Dorrego de la Libertadora, era un mensaje para los tiempos que corrían. *Porque seamos claros: la historia se hacía así, se hacía para develar el pasado y para inteligir el presente. Se hacía para la lucha política, como en verdad se hace siempre, se lo niegue o no.* Si Ortega Peña se ocupaba de Dorrego era para ocuparse de Valle. La historia (como les horroriza a los académicos) se transformaba en política. ¿O alguien cree que Halperin Donghi hace otra cosa cuando escribe esa frase sobre el año 1956, que transcurrió "con un rumbo político impreciso"? Es eso que Althusser llamaba "horizonte problemático" lo que le impide ver ese hecho. El andamiaje ideológico con el que trabaja transforma en un *punto ciego* los fusilamientos de Valle y de José León Suárez. La historia no es inocente, sino que es política e ideológica. Expresa siempre una verdad: la del que la escribe. El historiador está sometido a una ley que Sartre establece en las *Cuestiones de método* de su *Crítica de la razón dialéctica: "El experimentador forma parte del sistema experimental"*. Nadie que haya leído con algún rigor a Nietzsche y a Foucault puede ir por ahí abonando la teoría de la historiografía como ciencia de la objetividad. El objeto no existe, existen las interpretaciones sobre él. Esa "interpretación" que ofrecía Ortega Peña llevaba a los jóvenes de fines de los sesenta hacia el peronismo. Dorrego y Valle y Felipe Vallese eran una misma bandera. Dorrego había sido "peronista". Y las cartas de Salvador María del Carril, que Ortega Peña y Duhalde, feroces investigadores, publican, confirman ese certeza. Por si fuera poco, el título del libro de los dos jóvenes autores era de una agresividad inusitada: hablaba del *asesinato* de Dorrego. Jamás habíamos leído eso en otros textos. Dorrego había sido una víctima de acontecimientos que se excedieron. Una víctima de los malos consejeros de Lavalle. O aun de la personalidad "trágica" de Lavalle que vivió luego atormentado por esa muerte, algo de lo que no teníamos prueba alguna. Pero la palabra *asesinato* relacionaba a Dorrego con Valle y en la segunda edición –la de agosto de 1973– hacía ya tiempo que lo relacionaba con Aramburu: cuya muerte era, para el régimen, un "asesinato" y para, la militancia peronista, un "ajusticiamiento", tema sobre el que, desde luego, volveremos, ya que es crucial.

Las frases de Del Carril son perfectas, durísimas, lúcidas. Una frase como "la victoria es el título más legítimo del poder" sólo puede ser leída desde la conferencias que Foucault pronunció en Brasil acerca de las relaciones entre *Verdad y poder*. Escribe Foucault: "Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento, algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...) Es claro, pues, que un análisis como éste nos introduce de manera eficaz en una historia política del conocimiento, de los hechos y del sujeto de conocimiento" (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 18). Observemos ahora cómo explica Foucault, a través de Nietzsche, la poderosa frase de Del Carril: "Cuando Nietzsche habla del carácter perspectívico del conocimiento, quiere señalar el hecho de que sólo hay conocimiento bajo la forma de ciertos actos que son diferentes entre sí, múltiples en su esencia, *actos por los cuales el ser humano se apodera violentamente de ciertas cosas, reacciona a cier-*

tas situaciones, les impone relaciones de fuerza" (Foucault, *Ibid.*, p. 30. Cursivas mías). De aquí una frase famosa que Foucault estampa en otro libro suyo: "La verdad es de este mundo" (*Microfísica del Poder*, Ediciones La Pipeta, 1992, Madrid, p. 198). De aquí que cuando Salvador María del Carril establece que "la victoria es el triunfo más legítimo del poder" está diciendo también que la "verdad" lo es. La "victoria" y la "verdad" son sinónimos. Una requiere a la otra. Hay "verdad" porque hay "victoria" y toda "victoria" establece una "verdad". De aquí que en nuestros días la lucha por la "verdad" sea la lucha por los medios para imponerla. Para imponer la propia verdad como verdad para los otros. Cuando lo he logrado, la victoria es mía. *La victoria reside en lograr que los demás crean que la verdad es lo que yo creo que la verdad es*. No es otro el enorme valor que hoy tienen los medios de comunicación. Jean Baudrillard tenía razón: "La Guerra del Golfo no ha tenido lugar". La de Irak, sí. El Imperio no puede controlar la información. Se le escapa por todas partes. Sólo puede obliterarla produciendo un vértigo de verdades incesante. Es *verdad* que se tortura, es *verdad* que el rating de Susana subió, es *verdad* que bombardearon una escuela palestina, es *verdad* que Angelina Jolie adoptó otro hijo, es *verdad* que el "campo" tiene razón, es *verdad* que no la tiene, es *verdad* que el campo es proto-golpista, es *verdad* que cristina irrita, es *verdad* que nadie sabe de dónde viene la guita que financia ciertos diarios inusitados que afloran de un día para otro, es *verdad* que el "Grupo Clarín" negocia con el Gobierno presionando con sus noticias a favor o sus críticas demoledoras, es *verdad* que se dice "dame lo que te pido y hablaré a favor tuyo", es *verdad* que el aparato peronista está lleno de alacranes, es verdad que es casi el *corleonismo* en su máxima expresión, es *verdad* que no se puede gobernar sin pactar con él, es *verdad* que hacer política es "luchar por la verdad", pero no por la "verdad" de la ingenuidad casta de los buenos modales, sino por *la posesión de la verdad*, es *verdad* que toda lucha es la lucha por la posesión de la *verdad* y el poder que esa posesión implica, es *verdad*... El vértigo de la información produce una desinformación constante en la que todo termina por ser igual. La realidad desaparece. La virtualidad termina por abarcarlo todo. Pero alguna victoria tiene que haber. O se obtiene por lograr un mayor consenso. O por la "victoria" de algún acto que implique un cierto nivel de fuerza, de violencia. Para Del Carril, la "victoria", en tanto "verdad", autorizaba a ciertas acciones. De lo contrario se había actuado en vano. En otra carta a Lavalle, es del 12 de diciembre de 1828, un día antes del fusilamiento (*asesinato*, dicen inquietantemente Ortega Peña y Duhalde) de Dorrego, le pide un "escarmiento". Le aconseja prescindir "de los sentimientos" y considerar a todos los actos como *medios* "que conducen o desvían de un *fin*" (*Ibid.*, p. 118, cursivas mías). El *fin* es, en principio, el *escarmiento* (palabra que será *muy* importante en el vocabulario de Perón), pues un acto así no se ha producido aún en 18 años de nuestra historia. (*Nota al pie:* Olvida, evidentemente, a Liniers y sus adeptos quienes fueron, sin duda, escarmentados por el jacobinismo morenista. Un jacobino con un desdén tan implacable por las masas como habrá de exhibir la conducción montonera a partir de la muerte de Rucci. Moreno, desde su gabinete, ordena el asesinato del héroe de la resistencia a los ingleses, Liniers, que tenía un hondo arraigo popular. Pero, ¿qué importaba esto? ¿Qué importaba lo que pensaran los brutos godos de las provincias interiores? Alberdi, sobre todo en sus *Póstumos V*, analiza la cuestión con claridad. Buenos Aires establece con Moreno un colonialismo interno que seguirá luego en Rivadavia, en Rosas y en Mitre. La relación entre el "ejecutivo restringido" de Moreno y la conducción de Montoneros en la clandestinidad será analizada: la política sin pueblo, la vanguardia jacobina que gira sobre sí misma, creyendo ser la verdad, creyendo representar a unas masas que apenas si conocen su existencia, que ignoran la lucha de esos guerreros solitarios que invocan una y otra vez su representación, creyendo tenerla sin siquiera averiguar si la tienen. Volveremos sobre esto. Entre tanto me permito recomendar *fervorosamente* la lectura imprescindible del libro de Salvador Ferla, *Historia Argentina, con drama y humor*, editado por ese héroe civil que es don Arturo Peña Lillo. El análisis de Ferla es inapelable y yo lo tomé con total consciencia en *Filosofía y nación.* Sabía que, desde su interpretación de Moreno, podría discutir la estrategia de vanguardismo solitario que impulsaban los montoneros, pero ni ellos ni el Ejército querían ya discutir. El 24 de marzo no dejó espacio para una sola idea. Sólo para la guerra.)

TRES FUSILAMIENTOS: DORREGO, VALLE, ARAMBURU

Que algo así, que ese *escarmiento*, no haya tenido aún lugar es, para el doctor unitario, una "impureza" de nuestra vida histórica" (*Ibid.*, p. 118). Es aquí donde Salvador María del Carril escribe uno de los textos más importantes de nuestra historia. Aramburu lo leyó o lo recordó cuando mató a Valle. Los montoneros lo sabían de memoria cuando mataron a Aramburu. Tenemos aquí tres fusilamientos y un gran ideólogo. *1) Fusilamiento de Dorrego; 2) Fusilamiento de Valle; 3) Fusilamiento de Aramburu.* El texto de Del Carril es el que sigue: "La ley es". Observemos la potencia de esta frase: "La ley es". Qué es "la ley": "Que una revolución es un juego de azar, en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de este principio de una evidencia práctica, la cuestión me parece de fácil resolución. Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no, yo habré importunado a usted; habré escrito inútilmente, y lo que es más sensible, habrá perdido usted la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra y no cortará usted las restantes; entonces, ¿qué gloria puede puede recogerse en este campo desolado por estas fieras?... Nada queda en la Argentina para un hombre de corazón" (*Ibid.*, p. 119).

La densidad del texto se desborda a sí misma. Es conocido y lo hemos analizado varias veces. No hay historiador que no lo conozca. Pero su rigor teórico siempre conmueve, incomoda o despierta una admiración que surge ante tanta coherente maldad, tanta frialdad de cálculo, tanta inteligencia al servicio de la muerte. Del Carril se contradice. Había dicho: "Ahora bien, general, prescindamos del corazón en este caso". Nada tiene que hacer el corazón cuando se le propone que fusile a Dorrego. El corazón, esa metáfora de la piedad, del amor, debe ser sofocado. Hay que matar. Pero luego, cuando anuncia su posible desolación ante la ausencia de grandeza en su jefe, apela al corazón y dice: "Nada queda en la República para un hombre de corazón". El, que recomienda a los otros prescindir del suyo, resulta que tiene uno, que tiene un corazón para sufrir su soledad de hombre solitario en una República de mediocres, de hombres sin grandeza, que no tienen el coraje patriótico de matar.

Pero antes ha dicho cosas aún más densas. Identifica a la revolución con un juego de azar. Aquí debemos entender "revolución" en tanto "guerra", en tanto enfrentamiento de intereses (de *verdades*) divergentes. En ese "juego de azar" unos ganan, otros pierden. El que gana, gana también la vida de los vencidos, si quiere "disponer de ella". O sea, aquí el *poder* (el triunfo) no sólo es la *verdad*, es también, en tanto se trata de una *guerra*, la *verdad* (en tanto *decisionabilidad*) sobre la vida de los otros. Tengo razón. Pero tengo algo más que razón: tengo la razón suficiente como para asesinar a los otros. A los vencidos. Del Carril habrá de introducir aún otro concepto central para un fusilamiento (no olvidemos: es exactamente eso lo que le pide a Lavalle): la *sangre fría*. Dice que "la cuestión" es fácil; que su resolución, sencilla. Al costo de abordarla con *sangre fría*. Un fusilamiento es un acto de sangre fría. Para matar a otro en medio de reglas, de medidas pautadas, de cierto ceremonial, hay que tener sangre fría. En un film genial de Josef von Stenberg, un film de 1931, Marlene Dietrich hace el papel de una espía que actúa durante la Primera Guerra Mundial bajo el nombre de X-27. La descubren. Se aprestan a fusilarla. Un joven oficial se le acerca con un paño de seda para cubrir sus ojos, no ver cuando apuntan contra ella y hacen fuego. La espía mira con pena al oficial. Toma el paño de seda y le seca las lágrimas. El oficial se retira. Aquí, todo el ceremonial del fusilamiento se subvierte. El que debe fusilar a sangre fría, o participar del fusilamiento, de ese acto que debe hacerse así, sujeto a reglas heladas, a sangre fría, es el que llora y el que secará sus lágrimas con el pañuelo que el fusilado (la fusilada, en este caso) rechaza y utiliza, además, para apiadarse de uno de sus verdugos. (*Nota:* Como posiblemente usted se sienta tan cautivado por esta escena como yo o cualquier otro ofrezco un par de datos más de este film maldito. Josef Von Sternberg es el director de *El Angel Azul*. El construyó a Marlene Dietrich, lo que no es poco. La película es escasamente anterior al ascenso de Hitler, ante el cual Sternberg y Dietrich huyeron de Alemania continuando en Hollywood una relación creativa notable. El film de 1931 tiene por título: *Dishonored* (*Deshonra*). Acompañan a Dietrich, Victor McLaglen y Warner Oland, quien tiene una escena memorable: a punto de hacer el amor con X-27 –encantador nombre para la Mata-Hari que hace Dietrich– escucha los pasos de los soldados que vienen a arrestarlo por traición. Termina su copa de champagne y le dice a Dietrich: "Qué pena, señora. Si yo no fuera un traidor y usted una espía habríamos pasado una noche inolvidable". Huye por una ventana.)

No era lo que proponía Salvador María Del Carril. *Sólo se puede disponer de la vida de los otros, si uno lo hace a sangre fría*. Si no, se pierde la oportunidad de "cortar la primera cabeza de la hidra". Observemos ahora: *Ya no alcanza con el primer fusilamiento*. Del Carril está pidiendo más. Por ahora pide el de Dorrego. Pero *este* fusilamiento abrirá el camino de los otros. ¿Qué es una *hidra*? ¿Por qué se la invoca tanto cuando de trata de matar, de defenderse de una invasión, por qué todos los paranoicos se alimentan de su imagen, por qué algunos ven hidras en todas partes? Se sabe: se trata de un monstruo de la mitología griega. Tiene forma de serpiente, tiene siete cabezas. Pero si se las cortan, vuelven a crecer. El padre Filippo publicaba sus libros contra el comunismo con la serpiente de muchas cabezas y dientes enormes y venenosos: eso era el comunismo. El comunismo pintaba así a los cerdos capitalistas. De Wall Street salían las cabezas de la hidra. En suma, cuando se pide *un* fusilamiento aparece la figura de la hidra y empiezan a pedirse otros. Eso le pedía Del Carril a Lavalle. Lavalle cumplió. Hubo cientos, miles de fusilamientos. Rauch y Estomba salieron a campaña a matar indios y federales y arrasaron con todo bicho que caminaba. Ataban a los desdichados a las bocas de los cañones y daban la orden de fuego. Eso hacían con los pobres gauchos. O con los indios. Según el delirio de Del Carril y Lavalle, eran la hidra cuya cabeza era la de Dorrego. En cierto momento, se pierde la *sangre fría*. El motivo es complejo: *ya no se sabe por qué se mata*. Cuando alguien sabe *por qué* mata puede hacerlo con sangre fría, sujeto a normas, a estatutos convenidos. Cuando alguien *no sabe* por qué mata sólo se dedica a matar y aquí no mata a sangre fría, mata con crueldad, mata indiscriminadamente, ninguna vida vale más que otra, lo que importa es matar. La teoría de la hidra termina con frecuencia en estos procesos de crímenes colectivos. O de persecuciones colectivas. La hidra tiene tantas cabezas para el grupo perseguidor que todas las cabezas terminan por cabezas de la hidra, hasta las del propio grupo persecutorio.

Tenemos, entonces, tres fusilamientos y una historia que se escribe con la pasión, pero, abrumadoramente, con la pasión de la muerte, aunque se le reclame *sangre fría* a los ejecutores. Lavalle asume el papel del atormentado. Aramburu asume el de la *sangre fría*. Le van a pedir por la vida de Valle y hace informar que está "durmiendo". Dormir requiere serenidad, tranquilidad del alma, conciencia plácida. Fernando Abal Medina exhibe *sangre fría*. También –en el momento de su ejecución– Aramburu. Uno, fríamente, anuncia que va a proceder. El otro, fríamente, le dice que sí, que proceda.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

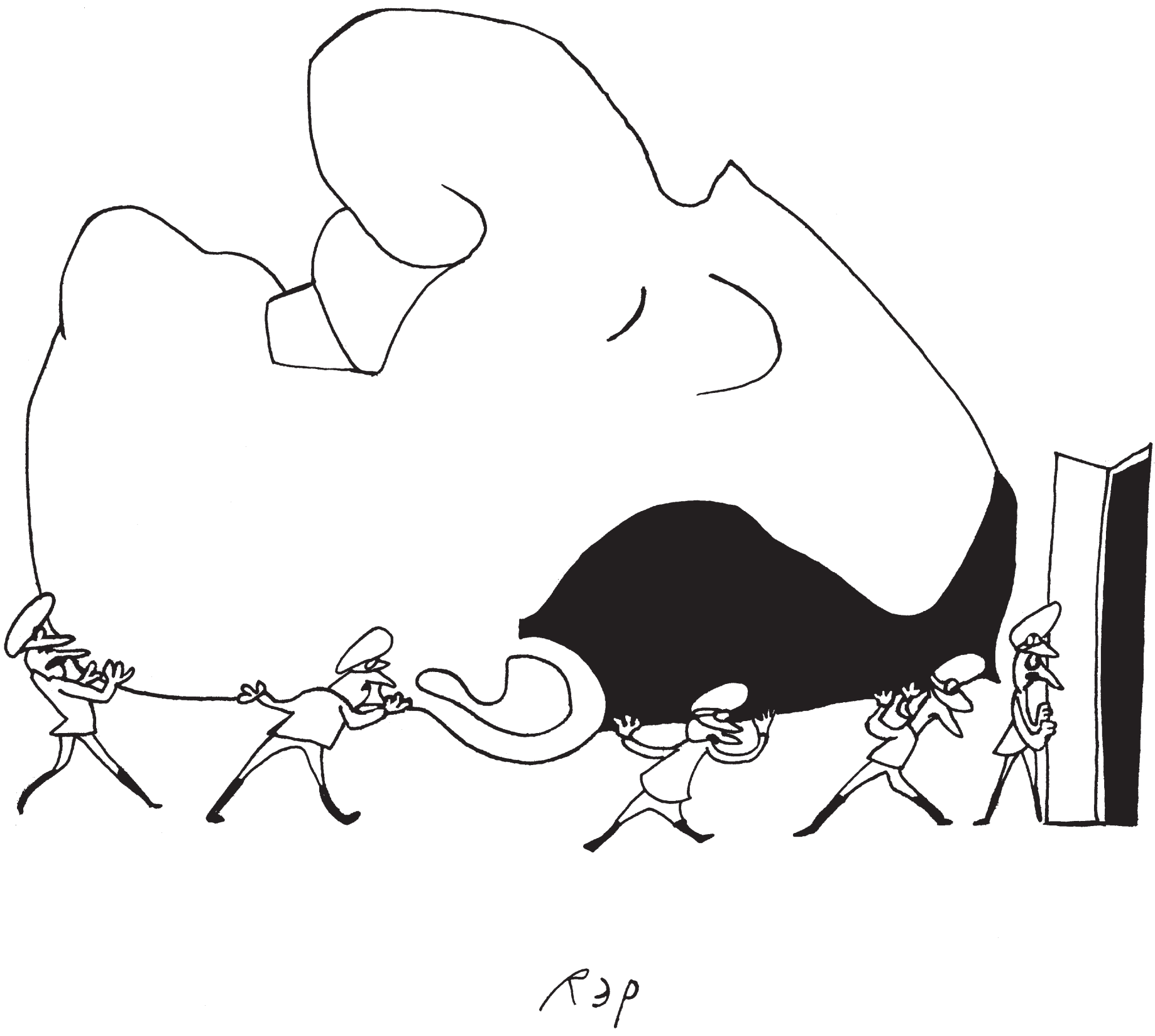
El horizonte de la desperonización

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

30 El horizonte de la desperonización



Suplemento especial de
Página|12

FILOSOFÍA DE LA CATÁSTROFE: ¿POR QUÉ NO SE PUDO EVITAR LA ARGENTINA DE LA MUERTE?

Suponemos que la hipótesis de trabajo que venimos utilizando estará ya casi totalmente establecida: el golpe de 1955 prenuncia el de 1976. Es distinto al de los militares católicos, cursillistas de Onganía. A Illia lo sacan del gobierno porque es un ineficaz negociador con el peronismo. Ineficaz en el modo de la debilidad. Ese hombre que habían colocado para suceder al más que mínimo Guido (que había sido arrojado al sillón de Rivadavia con una urgencia totalmente desprolija) no puede enfrentarse con el peronismo y su ambición de retornar al poder. O, al menos, de participar de la vida democrática del país. Porque si bien es cierto que los veteranos tienen esto claro, muchos jóvenes acaso deban pensar con toda la hondura que merece esta cuestión: *Todo lo que ocurre entre 1955 y 1973 se debe a la negación del establishment argentino (Fuerzas Armadas, Sociedad Rural, empresariado industrial y financiero, Iglesia Católica) de aceptar que el peronismo participe en elecciones libres y democráticas llevando a su frente al líder que ese partido ha elegido y sigue eligiendo: Juan Domingo Perón.* Desde este punto de vista, la situación de *ilegalidad política* que el odio de la Argentina gorila establece es la que crea todas las condiciones que harán surgir una y otra vez la violencia. Cualquiera sabe que si en un país se excluye de la "vida democrática" al partido mayoritario y a su líder, no hay "vida democrática" posible. La torpeza, el odio gorila carga sobre sí las culpas y la responsabilidad del surgimiento y de la exasperación de la violencia. Aramburu es una víctima de sí mismo. Aramburu había sido compañero de Juan José Valle cuando eran jóvenes estudiantes del Colegio Militar. Compartían el mismo banco. Luego, sus familias habrán de ser amigas. De aquí que la esposa de Valle le pida tan esperanzada por la vida de su marido. Aramburu actúa con crueldad porque todo él ansía asumir la figura del vengador. Los vengadores se vengan. Que nadie le pida a un vengador piedad para un culpable. El vengador no la tendrá. O matará él mismo al culpable. Lo matará con su propia mano. O dará la orden y mirará para otro lado, con desdén. La frase "El Presidente duerme" que recibe la esposa de Valle significa: el Presidente no dialoga sobre el destino de los culpables, vinimos a limpiar el país de peronistas, vinimos a vengarnos por todo lo que nos hicieron, hagan fuego.

Seguramente insistiremos en rondar estas temáticas: ¿de dónde surge la violencia? ¿Cuándo una situación histórica se resuelve por la violencia? Si Aramburu decide actuar por "escarmiento" es para que nadie, nunca más, se atreva a levantarse en armas contra él. La decisión del "escarmiento" extrema las decisiones: para escarmentar sólo cabe la muerte. El *escarmiento* de Valle requiere su vida. El *escarmiento* sirve para mostrar a los otros, por medio del *escarmentado,* lo que habrá de ocurrirles si hacen algo semejante. El *escarmentado* sirve de ejemplo. El castigo que se le aplique debe ser ejemplar. *Todos* serán así castigados si osan enfrentar al poder constituido. Al *escarmentar* a Valle, fusilándolo, Aramburu se incluye en el espacio de la venganza. La *venganza* no es el escarmiento. La venganza no se dirige a todos. No es un mensaje para todos. El fusilamiento de Valle era instalar el miedo en la sociedad: que a nadie se le ocurriera no sólo atentar contra el poder, sino contra nada. Que todos se quedaran donde debían estar. Que a nadie se le ocurriera ser peronista ni tratar con peronistas ni ser sospechoso de serlo. La venganza (aunque puede aplicarse a grandes grupos, como veremos) se focaliza más. Aramburu es *responsable* de la muerte de Valle. Ha cometido un acto que no necesariamente reclama venganza, pero puede suceder que sí, que la reclame. Sobre todo si no se destraba el esquema político que llevó a Valle a la muerte: la dictadura, la ilegalidad del peronismo, su obstinada prohibición. Que Aramburu encuentre la muerte en Timote a manos de unos jóvenes que dicen matarlo por la muerte de Valle no expresa un hecho necesario de la historia, un decurso dialéctico inexorable. Todo pudo ocurrir de otro modo. Pero una vez establecido el *acontecimiento* de Timote el único modo de explicarlo es buscar, a partir de él, su propia teleología. Nada llevaba necesariamente a Timote, pero una vez establecido *Timote* podemos establecer con precisión todo lo que condujo hacia ahí. Y habremos de sostener que la persistencia histórica que produce "Timote" es el odio gorila. Es la decisión gorila de no integrar al peronismo a la democracia argentina. Algo que los gorilas no podían hacer sin dejar de ser gorilas. Este punto es sustancial. Los militares gorilas (y el establishment: la renta agraria que había sido afectada por el peronismo, al que no habrían de perdonar jamás la injuria del IAPI) no puede aceptar la legalización del peronismo salvo negando su identidad. Un gorila es un gorila (al menos durante los 18 años que van de 1955 a 1973) porque no puede aceptar que el peronismo forme parte de la vida político-democrática del país. No es sólo una actitud política. Es un hondo odio cultural, racial, político y económico. El peronismo es la barbarie. Es: 1) La negrada en lo racial; 2) Las zapatillas y no los libros en lo cultural; 3) El autoritarismo en lo político; 4) Es, en lo económico, la concentración de la economía en el Estado, la distribución del ingreso, el intervencionismo, el traslado de la renta agraria al sector industrial y el aumento de los jornales de los trabajadores. Es, también, la demagogia y el personalismo agraviante del líder del movimiento. Todo esto –para el gorilismo– conduce a una imposibilidad: integrar al peronismo y a Perón. Onganía echa a Illia por ineficaz. O acaso porque Illia permitirá (se hace sospechoso de eso) acceder al peronismo a elecciones libres. Aunque difícil que aceptara la candidatura de Perón. No creo que Illia pensara algo de eso. Como fuere, al diablo con él. Había hecho un buen trabajo (para el gorilismo más tenaz) frenando a Perón en el aeropuerto de El Galeao, acto de la cancillería de Illia que –para mí– es de un peso, de una densidad histórica, escasamente valorado. Onganía asume para integrar al peronismo *sin* Perón. Y Lanusse, por fin, lo trae. A esa altura era tarde. A esa altura, traerlo a Perón era matarlo. Matarlo era entregar el país al caos. (Con gran ayuda del propio Perón y del siniestro entorno que trajo.) El caos fue la antesala del Infierno. Todo, en suma, se hizo mal. De acuerdo. Pero el origen de esos males fue el odio gorila. *Ellos pudieron evitar la masacre.* Si Perón volvía antes, más joven, sin Aramburu muerto, sin un gran desarrollo de la guerrilla, acaso el país se podría haber estabilizado democráticamente y la tragedia (porque de esto se trata: de haber evitado la tragedia, de haberle ahorrado al país 30.000 muertos) tal vez se eludiera, o no tuviera tantas excusas para ejercer un poder tan extremo, porque existían partidos, Parlamento, Justicia. Si pudieron barrer con todo, fue porque todos se habían enfrentado entre todos, se habían debilitado y nadie pudo frenar al monstruo.

El inicio es el odio gorila. El día del incendio del Jockey Club (del que nadie se olvida), a la tarde, en una pacífica concentración peronista, unos "comandos civiles", esos niños conchetos de las familias agraviadas por la "incultura y la barbarie", esos niños herederos de los de "La Patriótica" de Manuel Carlés, pusieron una bomba en el subterráneo. ¿Nadie se acuerda? ¿Tan efectivo resultó lo del Jockey Club como bomba de humo? Sí, metieron una bomba en el subterráneo. Un acto terrorista. De los de *hoy*. Terrorismo es *violencia indiscriminada*. La guerrilla no es terrorismo: siempre ataca puntos determinados, objetivos que ha elegido. No busca matar inocentes, aun cuando pueda ocurrir alguna torpeza que lo provoque. Pero la guerrilla (y ojo: *esto no es una justificación*) ataca blancos elegidos: un militar, un empresario, un policía, una empresa multinacional. El terrorismo mata indiscriminadamente. Le importa la cantidad. Cuanto más mata, más efectivo es el ataque. El día que se recuerda como el del incendio al Jockey, los niños bien de los comandos civiles metieron por ahí nomás una bomba en el subterráneo: *mataron a siete personas e hirieron a una*. Siete muertos. Despues, es cierto, los peronistas quemaron la biblioteca del Jockey Club. ¡Ah, señores, qué dilema! ¿Qué vale más? ¿Cuánto valen siete vidas humanas? ¿Cuánto vale una biblioteca? Aquí, ganó la biblioteca. Porque esa jornada quedó en la memoria del país como el día en que la barbarie quemó la biblioteca del Jockey Club. ¿Que murieron siete en un subterráneo? Y bueno, serían negros peronistas.

Podríamos pensar esa historia que va del '55 al '76 por medio de una pregunta: *¿Qué fue lo que se hizo, qué fue lo que no se hizo para evitar el golpe de 1976?* O también: ¿por qué la historia argentina termina por conducir a un imperio de la muerte que establece en el país más de trescientos campos de concentración? ¿Cómo fue posible ese horror? Es perfectamente correcto plantear la cuestión de este modo. Y no es la primera vez que se propone. No sé si se ha propuesto en nuestro país, pero, teóricamente, el antecedente que tenemos es el modo en que la filosofía piensa Auschwitz o el nazismo. Por ejemplo: un libro como *Dialéctica del Iluminismo* de Theodor Adorno y Max Horkheimer encuentra un devenir incontenible entre las luces de la Razón que encarna la filosofía del Iluminismo y la racionalidad instrumental (el concepto eje que establecen Adorno y Horkheimer) que encuentra en los campos de la muerte su aplicación impecable. Walter Benjamin, en las *Tesis de filosofía de la historia*, describe al Angelus Novus, al Angel de la Historia, mirando hacia

atrás y horrorizándose: no ve en ese páramo de horrores el desarrollo de la racionalidad, de la cultura, sino un paisaje de ruinas, una catástrofe, *la historia como catástrofe.* Si uno se detiene lo necesario en un libro tan notable como *La historia desgarrada, ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, de Enzo Traverso, verá que el autor ya encuentra en Kafka la prefiguración del horror. Kafka no es responsable del horror, desde luego, pero ya en él late algo, algo que nos dice que cualquier ciudadano puede ser condenado sin que conozca de qué se lo acusa, típica situación que se vive en el Estado Terrorista. En cuanto a la configuración del horror en la cultura alemana, el trabajo se ha hecho cuidadosamente. Desde el Hegel que dice que lo Absoluto pasó entre los judíos y éstos lo desconocieron, o los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, o el primer Tratado de la *Genealogía de la moral* de Nietzsche con su descripción de la bestia rubia germánica, hasta Bismarck y su ímpetu prusiano, el fracaso de los espartaquistas, el Tratado de Versalles, la República de Weimar, los extravíos de la socialdemocracia, la inflación, la desorientación de los comunistas, todo parece llevar a la entronización de la catástrofe en 1933. No queda casi nadie que no cargue con su culpa. Y, de hecho, Karl Jaspers ha hecho un estudio sobre la *culpa alemana* que comentaremos más adelante. Sólo quiero, por ahora, decir: algo tiene que haber fracasado *muy profundamente* en un país para que se lleguen a implantar en él trescientos campos de concentración. Todos sabemos quiénes levantaron esos campos. Pero depositar *todo* el horror ahí sería muy fácil. *Algo hicimos mal todos para que eso ocurriera*. Objeción inmediata, casi mecánica: ¿no implica esto reemplazar la teoría de los dos demonios por la de los muchos demonios o por la del enano fascista que todos llevamos dentro? Rechazo esto. Es simplista y, sobre todo, lleva a la cómoda situación de librarse de la búsqueda de la propia responsabilidad en una catástrofe. No se trata de *equilibrar* la culpa. Entre el general que instrumentando el poder del Estado arma un campo de concentración y el guerrillero que es torturado en él *no hay equivalencia alguna*. Dicho esto, quiero decir otra cosa: la *Teoría de los dos demonios* suele terminar por transformarse en una traba, en una amenaza y hasta en un chantaje cuando se piensan estos temas. Nadie tiene camisa de protección en esta historia. Perón, basándose en sus ideas de la comunidad organizada, solía decir: "Nadie se realiza en una comunidad que no se realiza". Es correcto. También lo es que en una comunidad que no se realiza, todos han hecho algo para que eso ocurriera. No han hecho lo mismo, sin duda. Pero el análisis debe partir de esa certeza: ¿por qué, entre el desarrollo histórico que va de 1955 a 1976, no se pudo evitar el país concentracionario, el país de la Muerte?

EL ESQUEMA TRIUNFALISTA DE LA REVOLUCIÓN DE VALLE

El asesinato de Juan José Valle es –sin lugar a ningún tipo de duda– uno de los actos más importantes en ese devenir de nuestra historia hacia la instauración de la Muerte, del *lager* argentino. (*Lager* es "campo" en alemán. Primo Levi, en sus textos, utiliza esta palabra, que, dentro de la bibliografía sobre el Holocausto, se utiliza para mencionar a los campos de concentración de la Alemania nazi.) El asesinato de civiles y los fusilamientos de los militares del levantamiento contra el gobierno

ilegal de Aramburu-Rojas figuran entre los hechos más crueles de nuestra historia.

Vamos a seguir la clásica narración de los hechos que surge de la pluma comprometida, obsesiva, de Rodolfo Walsh. Rodolfo encuentra aquí su gran libro y su auténtico destino literario. El libro es una obra maestra. Es cierto que se adelanta al de Capote en el estilo de mezclar ficción y no ficción. O ficción y periodismo. Pero Rodolfo incluye un análisis, un compromiso político que no está en Capote. El de Rodolfo es el texto que habría escrito Sartre de meterse en esta historia. Pero Sartre no era un irlandés obstinado, un ajedrecista talentoso, un matemático. Escribo esto y pienso en Lilia, su compañera. Siempre pienso en ella cuando escribo sobre Rodolfo porque ella lo acompañó hasta el final. Y, una vez muerto él (que, por suerte, no llegó vivo a la ESMA), ella, con un coraje inaudito, anduvo por Buenos Aires repartiendo la *Carta a la Junta*. Una vez entra en un bar, va hacia la barra y ya se prepara a dejar unos ejemplares de la *Carta* cuando entra una patrulla de milicos dispuesta a investigar a todos. Lilia pone la *Carta* en la cartera amplia que lleva, da media vuelta y se dirige a la puerta. Se abre paso tranquila, serenamente entre los milicos y sale a la calle y se va. "Yo era invisible", me dirá. "Estaba segura de serlo y creer eso me hacía lo que yo quería y necesitaba ser: invisible."

Walsh era un irlandés que escribía novelas policiales de enigma. Escribía en *Leoplán*, en *Vea y lea*. Escribía cuentos breves, ingeniosos. *Tres portugueses bajo un paraguas (sin contar al muerto)*, por ejemplo. Llueve. Hay cuatro portugueses, cada uno con su sombrero, bajo un paraguas. Muere uno de los portugueses. Quedan tres. Dos tienen seco el sombrero. El otro lo tiene mojado en la parte de atrás. Quién mató al primero. El que tiene mojada la parte de atrás, porque tuvo que darse vuelta para asesinar a su víctima. No sé si a ustedes les parece una obra maestra esto, pero yo lo leí de niño en *Leoplán* y me gustó mucho. Era como un bombón. Un juego. Una exquisitez. Pudo haber sido el John Dickson Carr argentino. También publica, en la mítica *Serie Naranja*, sus *Variaciones en rojo.* Son cuentos británicos. Con el muerto, el enigma, los sospechosos y el detective que resuelve el caso con su ingenio imbatible. Este hombre estaba un día jugando al ajedrez: "La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó de forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez" (Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, Ediciones De la Flor, 2007, p. 17). En ese mismo lugar, seis meses antes, le había llegado algo del estruendo de la asonada de Valle. Se va a su casa. En la madrugada, escucha a un locutor que anuncia que dieciocho civiles han sido ejecutados en Lanús, que hay una ola de sangre en el país, que se ha fusilado a Valle. "Tengo demasiado para una sola noche. Valle no me interesa. Perón no me interesa, la revolución no me interesa. ¿Puedo volver al ajedrez?" (*Ibid.*, p. 18). Estos son los destinos fascinantes. Los de los tipos que se encuentran con una coyuntura que los da vuelta, que los cambia para siempre: no, ya no volverá al ajedrez. Además, y no olvidemos que Rodolfo era un cartógrafo de primera línea, le llega una noticia que no puede resistir: hay un fusilado que vive. "No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa, lejana, erizada de improbabilidades. No sé por qué pido hablar con ese hombre, por qué estoy hablando con Juan Carlos Livraga" (*Ibid.*, p. 19). Pero esto no es lineal. No sólo Walsh va a conducir nuestro relato. En 1964, un peronista de la rama nacionalista, un hombre de una sencillez conmovedora, de quien recién en estos días don Arturo Peña Lillo está editando sus libros, se ocupará también de la revolución de Valle. Es Salvador Ferla, que morirá humilde, sobrio, viviendo de un kiosco en un barrio del Gran Buenos Aires. Ferla es autor de esa joyita que es *Historia argentina, con drama y humor*. Un buen tipo, no son todos malos en esta historia triste. "Al decir 'pueblo' (dice Ferla) nos referimos en especial a la clase trabajadora, pues si bien 'todos' somos pueblo, no se puede negar que la clase obrera lo es de un modo particular. También utilizamos el término como equivalente de 'mayoría'" (*Ibid.*, p. 18). Ferla no quiere eludir el bombardeo del 16 de junio. Parece que eso no se despacha con tanta facilidad como hacen algunos, esos que dicen que la CGT convocó "irresponsablemente" a los obreros a la Plaza. ¿Y qué hay? ¿Por eso había que acribillarlos? Además ahí murieron hombres y mujeres de todas las condiciones: ricos, pobres, peronistas, antiperonistas, viejos, niños, etc. "Este episodio criminal (dice Ferla), este acto terrorista comparable al cañoneo de Alejandría y ciudades persas efectuados por la flota inglesa también con propósitos de escarmiento, no tiene antecedentes en la historia de los golpes de Estado. Porque hasta en la lucha entre naciones está proscripto el ataque a ciudades indefensas y porque la guerra aérea, con el bombardeo a poblaciones civiles, ha sido una tremenda calamidad traída como novedad por la última guerra mundial, que ha merecido el repudio unánime universal" (*Ibid.*, p. 27). *Claro que sí: el bombardeo del 16 de junio fue nuestro Guernica*. Luego Ferla se concentra en Perón. Atención, este hombre sereno, que sabe mucho, es digno de ser escuchado: "Desde hace tres años –tiempo que coincide sugestivamente con la muerte de su esposa– (...) no sabe si profundizar la revolución –ni cómo hacerlo– o ponerle fin (...). Hay momentos en que piensa armar a los obreros y otros en que desea abandonar la política. Planteadas las cosas en términos de violencia, que no le permiten su propio juego de masas, Perón se siente desconcertado, confuso, abatido" (*Ibid.*, p. 27). El antiperonismo toma el poder más por obra del desarme espiritual del peronismo que de una victoria militar propiamente dicha... (*Ibid.*, p. 35) *Esto justifica fuertemente la intentona de Valle*. Si en 1955 hubo "desarme espiritual", ellos, en 1956, están dispuestos a todo y las masas los seguirán: será otro 17 de octubre. Sobre la derrota de Perón (cuya causa Valle conocía y se proponía subsanar), Ferla es contundente: "Perón no fue vencido militarmente (...), las fuerzas leales dominaban por completo la situación (...). La psiquis de Perón no la resistió. La gran confusión lo había envuelto también a él. El peronismo cayó vencido espiritualmente. Su adversario esgrimía un arma de la que carecía en ese momento: había logrado crear una mística. A esa mística, el peronismo sólo ofrecía la mística del líder, *algo sumamente frágil como para embarcarse en una guerra*" (*Ibid.*, p. 35). Franklin Lucero, el jefe del Ejército, empuja a Perón hasta último momento. Nada consigue. Sólo los castigos que le caerán encima después y que relatará en su libro *El precio de la lealtad*. ¿Sabía Perón que al irse dejaba aquí a sus leales, quienes deberían, tal como lo dice Lucero, pagar por el precio de esa lealtad? Sí, lo sabía. Pero estaba vencido interiormente. Valle comprende esa situación. Comprende el cansancio del líder. Pero sabe que en septiembre ellos eran más. ¿Por qué no habrán de serlo ahora? Sólo les falta Perón. Pondrán ellos la cuota de fe y de fervor y de ganas de luchar que al líder le faltó y luego lo traerán, porque no desconocen su liderazgo. Saben que las masas lo quieren a Perón. En ningún momento Valle quiere reemplazarlo. Sólo quiere ser el soldado leal que lo traiga de nuevo a la patria.

La gesta de la rebeldía se hace en cautiverio. Todos los jefes leales a Perón están presos en el barco *Washington.* Luego los trasladan al *París*. (¡Ya veremos quiénes van a recalar también en el *París*!) Luego, a otros confinamientos más tolerables. Valle va a una quinta en General Rodríguez, que es de su suegra. Aquí crea un *Movimiento de recuperación nacional*. "Va en busca de la solidaridad de sus camaradas, los 'leales' de septiembre, quienes experimentan sus mismos sentimientos y tienen sus mismas opiniones" (*Ibid.*, p. 44).

La cuestión para la gente de Valle es sencilla, pero tal vez no lo sea tanto. La evaluación que hacen es la siguiente: a) Las masas siguen siendo peronistas. Siempre han tenido una vocación movilizadora. Lo demostraron el 17 de octubre. Ahora se trata otra vez traer a Perón. Irán hacia la Plaza de Mayo; b) Si en septiembre eran superiores militarmente también lo son ahora; c) Y ahora tienen lo que les faltó en septiembre: *la mística del triunfo*. Todo parece "cerrar" muy bien. Aquí estamos, por ahora. Lo que ignora Valle es que la mística de los golpistas del '55 sigue siendo más fuerte que antes. Y que están decididos a todo. Como, trágicamente, se verá. Tal vez Valle pensara en un paseo masivo como una demostración de fuerza y punto. Entre tanto, Aramburu y Rojas redactaban decretos de pena de muerte.

EL MACARTISMO DE LA LIBERTADORA

Al hablar del confinamiento de los militares peronistas leales en los barcos *Washington* y *París* me reservé la carta de esta otra obsesión de la dictadura: *los comunistas*. Quienes pensaban pasarla bien con Rojas y Aramburu ya que habían hecho correctamente sus deberes democráticos. No: se lanzó una razzia contra ellos que fue patética y brutal. "Los comunistas sufrieron la persecución de la Revolución Libertadora luego del alivio inicial que les produjo el derrocamiento de Perón. La desconfianza se acrecentó con la profundización de la línea política impuesta por Aramburu-Rojas, con la prédica anticomunista coherente con los tiempos de la Guerra Fría y el alineamiento argentino a los dictados provenientes de Washington" (Germán Ferrari-Santiago Senén González, "El Ave Fénix", "El sindicalismo entre la 'Libertadora' y las '62 organizaciones' (1955-1958)", a editarse en Editorial Corregidor). La Libertadora era abiertamente macartista, como sus adherentes culturales de *Sur. Al fin de cuentas, terminaban identificando al peronismo con el comunismo.*

"El momento de mayor tensión entre el PC y el gobierno (siguen Ferrari y Senén González) se produjo a comienzos de abril de 1957, con la ilegalización del comunismo y una serie de razzias contra sus militantes que llevaron a la cárcel a varios centenares de adherentes de todo el país, entre ellos, el poeta chileno Pablo Neruda, que por esos días había arribado a Buenos Aires. Esas acciones, que se denominaron 'Operación Cardenal', culminaron con un hecho grotesco: decenas de comunistas y 'camaradas de ruta' fueron encerrados en el vapor *París*, varios kilómetros adentro del Río de la Plata, bajo la amenaza de la Marina de hundir el buque, que se encontraba para el desguace. Algunas de las personalidades encerradas fueron los políticos Héctor P. Agosti, Rodolfo y Orestes Ghioldi, el abogado Rodolfo Aráoz Alfaro, el músico Osvaldo Pugliese y el escritor Leónidas Barletta, director del semanario *Propósitos*". (*Ibid.*, inédito aún). No es posible dudar: los presos comunistas de la Libertadora eran hombres de prestigio y meterlos presos era una burrada fenomenal. Juan L. Ortiz y José Portogalo. El gran escenógrafo, maestro de los más grandes escenógrafos del teatro argentino, el mítico Saulo Benavente y... ¡Pablo Neruda! Eso es tener nivel para meter en cana. En cuanto a los políticos del PC, apena que tan poco le hayan servido a Rodolfo Ghioldi sus defensas de la oligarquía, del diario *La Prensa* y *La Nación*. Basta: los tiempos habían cambiado. Eran los de la Guerra Fría y los comunistas... a la sentina.

Volvemos a Walsh. Se ha encontrado con "ese fusilado que vive". Con Juan Carlos Livraga. "Livraga me cuenta su historia increíble; la creo en el acto. Así nace aquella investigación, este libro. La larga noche del 9 de junio vuelve sobre mí" (*Ibid.*, p. 19). Su vida cambiará, abandonará su casa, su trabajo, cambiará de nombre, tendrá una cédula falsa, cargará con un revólver "y a cada momento las figuras del drama volverán obsesivamente: Livraga bañado en sangre caminando por aquel interminable callejón por donde salió de la muerte, y el otro que se salvó con él disparando por el campo entre las balas, y los que se salvaron sin que él supiera *y los que no se salvaron"* (Walsh, *Ibid.*, 19. Cursivas mías). Continuará.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Operación Masacre

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

31 **Operación Masacre**

Suplemento especial de
Página|12

WALSH, EL NARRADOR DE LOS HECHOS

La violencia del 9 de junio de 1956 debe entenderse –entre otras cosas, pero en un plano central– como una consecuencia del desplazamiento de Lonardi por Aramburu. Cuando los subordinados que cargan armas saben que en la cúspide la que ganó es el *ala dura*, los gatillos se vuelven fáciles. Lonardi, que proponía el diálogo con el peronismo, no hubiera abierto el paraguas político que pudiera dar cobertura a los asesinatos de junio, Aramburu sí. Una política de diálogo erradica la violencia, porque no la alimenta el odio ni la venganza. Fueron estas dos características las que ganaron al perder Lonardi. Rojas fue el que se encargó de trazar la línea Mayo-Caseros. Colocaba al peronismo en la "barbarie". Aramburu hizo lo que hizo siempre el liberalismo con los bárbaros: atacarlos sin piedad. Si es necesario, como tantas veces lo fue, liquidarlos. Este es el encuadre político-conceptual de los episodios del 9 de junio: mano dura, peronismo=barbarie, la línea Mayo-Caseros encarna lo más puro y noble de la patria, no hay diálogo posible con los herederos de la línea histórica de los déspotas de la primera y la segunda tiranía. Y algo más, definitivo: castigo ejemplar, escarmiento.

Lo tenemos a Walsh preparado para narrar la historia del 9 de junio. "Ésa es la historia que escribo en caliente y de un tirón, para que no me ganen de mano" (Walsh, *Ob. cit.*, p. 20). Hace muchos años, en los comienzos del '84, en el retorno de la democracia, hablaba con dos escritores, dos colegas del arte de la soledad, y veíamos el endiosamiento que se venía alrededor de Walsh. Uno de ellos dijo algo cierto: que no había que perder de vista que era un tipo alegre, jodón, que le gustaba el ajedrez, trazar mapas, imaginar la búsqueda de El Dorado y que con *Operación Masacre* pensaba ganarse el Premio Pulitzer. Lo cual era cierto. También en "Esa mujer" el protagonista lo tienta al Coronel con los beneficios de publicar la historia que sólo él sabe y guarda como una tumba.

El periodista dice:

"–Hay que escribirlo, publicarlo.

–Sí, algún día.

Parece cansado, remoto.

–¡Ahora! –me exaspero–. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia y usted queda bien para siempre, Coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

–Cuando llegue el momento... usted será el primero...

–No, ya mismo. Piense. *Paris Match. Life.* Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera". (Rodolfo Walsh, "Esa mujer", en *Perón vuelve*, Compilación de Jorge Lafforgue, Norma, 2000, Buenos Aires, P. 135.)

Es cierto que lo del Pulitzer lo decía un poco en broma, un poco en serio, pero lo decía. No era "Walsh" aún, estaba saliendo de la policial de enigma hacia el género negro. Buscando en esa historia se buscaba él mismo. Se estaba haciendo. Hay frases como latigazos: "Muchos pensamientos duros el hombre se lleva a la tumba, y en la tumba de Nicolás Carranza ya está reseca la tierra" (*Operación Masacre*, *Ibid.*, p. 29). Le gusta anticipar algunos hechos, como si no quisiera perderse al lector, advertirle: "Guarda, lo mejor está por venir". Por ejemplo: "El barrio en que van a ocurrir tantas cosas imprevistas" (*Ibid.*, p. 36). O también: "La casa donde han entrado Carranza y Garibotti, donde se desarrollará el primer acto del drama y a la que volverá por último un fantasmal testigo" (*Ibid.*, p. 37). Es el recurso de decirle al lector algo de lo que va a pasar, sin contárselo, para meterle la intriga, tironearlo para que siga. Un recurso clásico sería: "Se despidieron en la esquina de Superí y Monroe. No volverían a verse". ¿Por qué? ¿Alguno de los dos va a morir? ¿Lo van a matar o simplemente se va de viaje? Además, si no vuelven a verse, ¿cómo se resuelve el lío en que están metidos? Y el lector da vuelta la página y sigue adelante.

"¿DÓNDE ESTÁ TANCO?"

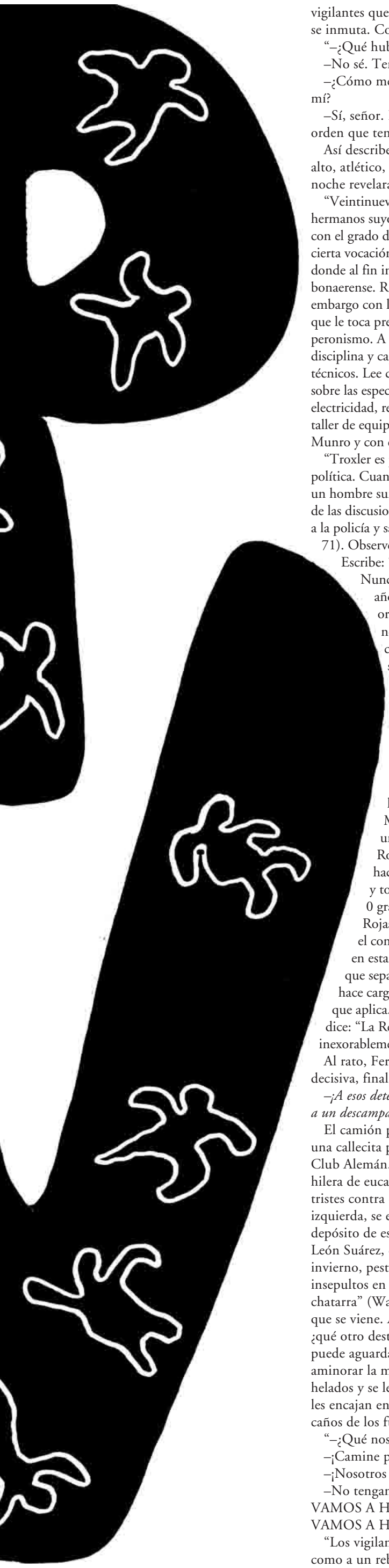
Esa noche, la del 9, trasmiten una pelea: Lausse contra el chileno Loayza. Lausse viene de lucirse en Estados Unidos. Pero bajo "el régimen depuesto". La Libertadora igual lo trata bien. Pese a que Luis Elías Sojit hubiera dicho esas frases inolvidables, entre cómicas, patéticas y hasta trágicas cuando transmitía esas peleas: "¡Lausse sangra de la nariz! ¡Es sangre peronista!". No, con Lausse todo bien. El país boxístico espera, además, que se enfrente con Rafael Merentino, lo que sería la pelea del año. Un grupo de amigos –la noche es muy fría– se reúne para escuchar la pelea Lausse-Loayza. Esta es la historia que cuenta Walsh. En la investigación lo acompaña Enriqueta Muñiz, a quien le dedica el libro. También dice: "Donde escribo 'yo' debe leerse 'nosotros'". Es la historia de un grupo de tipos que escucha una pelea la noche del levantamiento de Valle: Carranza, Livraga (el sobreviviente que Walsh contacta para que le cuente los hechos), Garibotti, Díaz, Lizaso, Gavino, Torres, Brión y Rodríguez. Entra la cana y se los lleva por participar en la revolución. El que entra a los gritos y como una fiera desenfrenada es el jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, teniente coronel (R) Desiderio A. Fernández Suárez, el más despiadado del relato, el mejor hombre de Aramburu, el más perverso, el asesino por delegación y por convicción. Entra gritando: "¡Dónde está Tanco!" Tanco era, con Valle, la cabeza de la Revolución. No lo iban a encontrar ahí. Ahí encuentran a esos pobres tipos que querían escuchar la pelea de Lausse, que andaba tan bien, mirá vos, que hasta a los yanquis les había dado piñas fieras, ¿cuándo peleará con Merentino? Para ellos, nunca. Nunca pelearon, de todos modos, pero, saber eso, no habría consolado a ninguno. Caen, en la casa de Florida, también a escuchar la pelea otros dos: Troxler y Benavídez. De Troxler nos vamos a ocupar extensamente.

Anota Walsh, lo anota en cursivas para que quede bien claro, para que nadie pierda el dato: "*A las 24 horas del 9 de junio de 1956, pues, no rige la ley marcial en ningún punto del territorio de la nación*. Pero ya ha sido aplicada. Y se aplicará luego a hombres capturados antes de su imperio, y sin que exista –como existió, en Avellaneda– la excusa de haberlos sorprendido con las armas en la mano" (*Ibid.*, p. 69). ¿Qué sucedió en Avellaneda? Fue desbaratado el intento de rebelión de los hombres de Valle. "La represión es fulminante. Dieciocho civiles y dos militares son sometidos a juicio sumario en la Unidad Regional de Lanús. Seis de ellos serán fusilados: Yrigoyen, el capitán Costales, Dante Lugo, Osvaldo Albedro y los hermanos Clemente y Norberto Ros. Dirige este procedimiento el subjefe de Policía de la provincia, capitán de corbeta aviador naval Salvador Ambroggio. Los tiros de gracia corren por cuenta del inspector mayor Daniel Juárez. Con fines intimidatorios, el gobierno anunció esa madrugada que los fusilados eran dieciocho" (Walsh, *Ibid.*, p. 68). Todo esto, antes de ser promulgada la ley marcial. Se trata de asesinatos. Es a la 0.32 cuando por Radio del Estado se da lectura a un comunicado de la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación. El artículo primero declara la ley marcial en todo el territorio de la nacional.

Cuando Troxler, junto a Benavídez, llega a la casa de Florida, donde lo arrestan, Walsh hace de él una minuciosa descripción. Apelando a su efectivo recurso anticipatorio digamos que nuestro interés en Troxler es, por supuesto, existencial, casi entrañable, pero también teórico: *Nadie expresa como Julio Troxler, con su tragedia personal, la tragedia del movimiento nacional peronista. Que es también, por supuesto, una tragedia argentina.*

LOS FUSILAMIENTOS

Se abre la puerta de la casa de Florida y Troxler se encuentra con un sargento y dos



vigilantes que lo apuntan con sus armas. Apenas se inmuta. Conoce al sargento.

"–¿Qué hubo? –pregunta Troxler.

–No sé. Tengo que llevarlos.

–¿Cómo me vas a llevar? ¿No te acordás de mí?

–Sí, señor. Pero tengo que llevarlo. Es una orden que tengo" (Walsh, *Ibid.*, pp. 71/72).

Así describe Walsh a Troxler: "Es un hombre alto, atlético, que en todas las alternativas de esa noche revelará una extraordinaria serenidad.

"Veintinueve años tiene Troxler. Dos hermanos suyos están en el Ejército, uno de ellos con el grado de mayor. El mismo siente quizá cierta vocación militar, mal encauzada porque donde al fin ingresa como oficial es en la policía bonaerense. Rígido, severo, no transige sin embargo con los 'métodos' –con las brutalidades– que le toca presenciar y se retira en pleno peronismo. A partir de entonces vuelca su disciplina y capacidad de trabajo en estudios técnicos. Lee cuanto libro o revista encuentra sobre las especialidades que le interesan –motores, electricidad, refrigeración–. Justamente es un taller de equipos de refrigeración el que instala en Munro y con el que empieza a prosperar.

"Troxler es peronista, pero habla poco de política. Cuantos lo trataron lo describen como un hombre sumamente parco, reflexivo, enemigo de las discusiones. Una cosa es indudable: conoce a la policía y sabe tratar con ella" (Walsh, *Ibid.*, p. 71). Observen otro rasgo del estilo de Walsh. Escribe: "Veintinueve años tiene Troxler". Nunca: "Troxler tiene veintinueve años". El primer modo de armar la oración la torna más dura. Más novela negra. El otro es demasiado correcto, como escolar. Troxler era, sí, un tipo alto, de pocas palabras, de pocas expresiones, y de poca suerte, aun cuando pareció haberla tenido toda de su parte la noche de José León Suárez.

Al grupo que escuchaba la pelea que Lausse le ganó al chileno Loayza lo meten un colectivo y lo llevan a la Unidad Regional San Martín. Es la 0.45. El jefe de la unidad es el inspector mayor Rodolfo Rodríguez Moreno. Los hacen sentar en unos bancos. Son las 3 y todavía están ahí. Hace mucho frío: 0 grado. A las 2.53, el contraalmirante Rojas habla por la cadena nacional. Lee el comunicado Nº 2. Lo lee él. ¿Qué hay en esta elección? ¿Por qué lo lee él? Quiere que sepan que él es un duro, un tipo que se hace cargo de sus actos, que son los castigos que aplica. Duro, con una arrogancia feroz, dice: "La Revolución Libertadora cumplirá inexorablemente sus fines".

Al rato, Fernández Suárez le da una orden decisiva, final, a un subordinado:

–¡A esos detenidos de San Martín, que los lleven a un descampado y los fusilen!

El camión policial con los prisioneros llega a una callecita pavimentada que conduce a un Club Alemán. "De un lado la calle tiene una hilera de eucaliptus, que se recortan altos y tristes contra el cielo estrellado. Del otro, a la izquierda, se extiende un amplio baldío, un depósito de escorias, el siniestro basural de José León Suárez, cortado de zanjas anegadas en invierno, pestilente de mosquitos y bichos insepultos en verano, corroído de latas y chatarra" (Walsh, *Ibid.*, p. 90). Ya presienten lo que se viene. Ahí, caminando por ese baldío, ¿qué otro destino sino el peor, el de morir, puede aguardarles? Si intentan detenerse o aminorar la marcha es porque tienen los pies helados y se les hace difícil caminar, los canas les encajan en los riñones, en la espalda los caños de los fusiles. Llegó el momento.

"–¿Qué nos van a hacer? –pregunta uno.

–¡Camine para adelante! –le responden.

–¡Nosotros somos inocentes! –gritan varios.

–No tengan miedo –les contestan–. NO LES VAMOS A HACER NADA. ¡NO LES VAMOS A HACER!

"Los vigilantes los arrean hacia el basural como a un rebaño aterrorizado. La camioneta se detiene alumbrándolos con los faros. Rodríguez Moreno baja, pistola en mano.

"A partir de ese instante el relato se fragmenta". (*Nota:* Walsh revela en esta frase que había leído –como todos nosotros– atentamente a Borges. Que, en su cuento "El muerto" de *El Aleph*, escribe: "Aquí la historia se complica y se ahonda", Jorge Luis Borges, *Obras Completas*, Tomo I, Emecé, Buenos Aires, p. 548.) La frase completa de Walsh es más impresionante, va más allá de la mera técnica narrativa: "A partir de ese instante el relato se fragmenta, estalla en doce o trece nódulos de pánico". (Walsh, *Ibid.* p. 91. También es notable que tenga un aire impecable de relato posmoderno.)

"Carlitos, azorado, sólo atina a musitar:

–Pero, cómo... ¿Así nos matan?

(...)

–¡Alto! –ordena una voz.

Algunos se paran. Oros avanzan todavía unos pasos. Los vigilantes, en cambio, empiezan a retroceder, tomando distancia, y llevan la mano al cerrojo de los máuseres.

(...)

–¡De frente y codo con codo! –grita Rodríguez Moreno" (Walsh, *Ibid.*, p. 92). Luego habrá de vociferar:

–¡Tírenles!

"Sobre los cuerpos tendidos en el basural, a la luz de los faroles donde hierve el humo acre de la pólvora, flotan algunos gemidos. Un nuevo crepitar de balazos parece concluir con ellos. Pero de pronto Livraga, que sigue inmóvil e inadvertido en el lugar en que cayó, escucha la voz desgarradora de su amigo Rodríguez que dice:

–¡Mátenme! ¡No me dejen así! ¡Mátenme!

"Y ahora sí, tienen piedad de él, y lo ultiman" (Walsh, p. 94).

Y ahí termina la masacre de José León Suárez.

CÓMO SE SALVA TROXLER

¿Qué ha sido de Julio Troxler. "Julio Troxler se ha escondido en una zanja próxima. Espera que pase el tiroteo. Ve alejarse los vehículos policiales. Entonces hace algo increíble. *¡Vuelve!* Vuelve arrastrándose sigilosamente y llamando en voz baja a Benavídez, que escapara con él del carro de asalto. Ignora si se ha salvado.

"Llega junto a los cadáveres y los va dando vuelta uno a uno –Carranza, Garibotti, Rodríguez–, mirándoles la cara en busca de su amigo. Con dolor reconoce a Lizaso. Tiene cuatro tiros en el pecho y uno en la mejilla. Pero no encuentra a Benavídez" (Walsh, *Ibid.*, p. 100. Benavídez se salvó. Tomándolo como punto de partida, como base del relato también, la directora Cecilia Miljiker hará su documental *Los fusiladitos*, narrado por Malena Solda, del que ya hablaremos.)

Troxler se va. Se mete en una cola de colectivos cuando teme ser reconocido. Pero no lo ven ni sube al colectivo. Empieza a caminar. (*Ya lo harán caminar otra vez. Pero todavía falta.*) "Está exhausto y aterido. Desde la noche anterior no prueba bocado. Camina once horas seguidas por el Gran Buenos Aires, convertido en desierto sin agua ni albergue para él, el sobreviviente de la masacre.

"Son las seis de la tarde cuando llega a un refugio seguro" (Walsh, *Ibid.*, p. 102).

Así se salvó Julio Troxler, peronista, de los fusiles de la Libertadora. Otros fusiles, en un futuro que era imposible prever ni soñar ni alucinar, lo esperaban.

Escribe Walsh: "Dieciséis huérfanos dejó la masacre: seis de Carranza, seis de Gariboitti, tres de Rodríguez, uno de Brión. Esas criaturas en su mayor parte prometidas a la pobreza y el resentimiento, sabrán algún día –saben ya– que la Argentina libertadora y democrática de junio de 1956 no tuvo que envidiar al infierno nazi" (Walsh, *Ibid.*, p. 126). ¿Qué habrían dicho Victoria, Borges y Bioy y Manucho y tantos, tantos otros si hubieran sabido que un irlandés implacable le decía *nazi* a la revolución de la libertad, de la democracia, de la cultura, de la restauración de la Civilización, de la derrota de la Barbarie, del fin del régimen del tirano depuesto, del segundo tirano? ¿Que podrá decir el decano de nuestros historiadores que escribió su frase memorable,

inmortal: "El año 1956 transcurrió así con un rumbo político impreciso"? ¿En serio, Halperín Donghi, le parecen "imprecisos" los acontecimientos que acabamos de narrar?

En cuanto al jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires, Fernández Suárez, la situación puede tornarse delicada: "Ha detenido a una docena de hombres antes de entrar en vigor la ley marcial. Los ha hecho fusilar sin juicio. Y ahora resulta que siete de esos hombres están vivos" (Walsh *Ibid.*, p. 131).

En el *Epílogo* dice Walsh: "Tres ediciones de este libro, alrededor de cuarenta artículos publicados, un proyecto presentado al Congreso e innumerables alternativas menores han servido durante doce años para plantear esa pregunta (la de los fusilamientos, JPF) a cinco gobiernos sucesivos. La respuesta siempre fue el silencio. La clase que esos gobiernos representa se solidariza con aquel asesinato, lo acepta como hechura suya y no lo castiga simplemente porque no está dispuesta a castigarse a sí misma" (Walsh, *Ibid.*, p. 174). Y luego: "El 12 de junio se entrega el general Valle, a cambio de que cese la matanza. Lo fusilan esa misma noche.

"Suman 27 ejecuciones en menos de 72 horas en seis lugares diferentes" (Walsh, *Ibid.*, p. 75). El texto que continúa es *Aramburu y el juicio histórico.* Por razones de narración de los hechos nos volcaremos sobre él más adelante. Podríamos hacerlo ahora, dada la íntima conexión que tienen. De todos modos, cuando narremos los sucesos que culminaron en Timote necesariamente retornaremos a reflexionar sobre la tragedia de José León Suárez, así de entrelazados están estos acontecimientos.

"EL PRESIDENTE DUERME"

Ahora es la mañana del 10 de junio de 1956. Y una muchedumbre "se aglomera frente a la Casa de Gobierno. En la plaza prohibida, oficialmente prohibida, como que existe una disposición vetando las reuniones públicas en ese lugar; allí donde nuestra clase obrera ya no puede vivar, saltar y cantar, una multitud gorilizada, exultante de odio va a alentar al gobierno en la macabra tarea que está ejecutando. Gritan desaforados estribillos como este: *¡Dale Rojas! ¡Dale leña!... ¡Aramburu, dale duro! ¡A la horca! ¡Ley marcial!*

"Gran parte de ese público, un año antes precisamente en junio de 1955, se había sumado a la santa procesión de Corpus Christi, caminando compungido, detrás de la Cruz, nada más que para darle a la procesión un sentido político y probar si con la Cruz le *movían el piso* a quien entonces no se lo habían podido mover por la espada" (Salvador Ferla, *Ibid.*, p. 101).

La mujer de Valle va a Campo de Mayo. Junto a ella, van sus cinco hijos, que quedarán huérfanos si su padre es fusilado. Le dijeron que Aramburu es el único que puede apiadarse de su marido y salvarle la vida. ¿Para qué fusilar a Valle? ¿Fusiló Perón a Menéndez? ¿Fusiló el feroz tirano depuesto a alguno de todos los hombres que le hicIeron la Revolución de 1951? Pero la decisión de la Libertadora es la mano dura, el escarmiento, que no se vuelva a repetir un acto así, cueste la sangre que cueste. La mujer de Valle, desesperada, llega a Campo de Mayo. Su marido ha sido su amigo. Compartieron reuniones de familia. No puede creer que no haya piedad. No puede creer que la crueldad llegue a tal extremo. Pero recibe una respuesta *histórica*. Pide, imperiosamente, hablar con Aramburu y le responden: *El presidente duerme y ha dado orden de no ser molestado*. De modo que la mujer de Valle se va de Campo de Mayo con esta respuesta: *El presidente duerme*. "José Gobello (escribe Ferla) eternizó ese instante en su verso *El presidente duerme*" (Ferla, *Ibid.*, p. 115).

Sí, claro que sí. José Gobello, gran lunfardista, que fue, nada menos que presidente de la Academia del Lunfardo, escribió este bonito poema que inmortaliza esa respuesta de Aramburu. No lo podemos dejar pasar. Gobello expresa la complejidad patética, a veces carnavalesca, que es el peronismo. Su poema a Valle es sincero y no está del todo mal. Pero lo malo lo hizo después. Si bien un peronista puede hacer casi cualquier cosa sin que nos sorprenda. Por ejemplo: que le escriba un poema al sacrificado general Valle y años después sea un matazurdos desde la revista nazi del diputado Rodolfo Arce comprometida con las acciones de la Triple A en la modalidad del entusiasmo incontenible.

Aquí va el poema:

El presidente duerme...

Por José Gobello

La noche yace muda como un ajusticiado,
Más allá del silencio nuevos silencios crecen,
Cien pupilas recelan las sombras de la sombra,
Velan las bayonetas y el presidente duerme.

Muchachos ateridos desbrozan la maleza
Para que sea más duro el lecho de la muerte...
En sábanas de hilo, con piyama de seda
El presidente duerme.

La luna se ha escondido de frío o de vergüenza,/
Ya sobre los gatillos los dedos se estremecen,
Una esperanza absurda se aferra a los teléfonos,
Y el presidente duerme.

El llanto se desata frente a las altas botas.
–Calle mujer, no sea que el llanto lo despierte.
–Sólo vengo a pedirle la vida de mi esposo.
–El presidente duerme

Reflectores desgarran el seno de la noche,
El terraplén se apresta a sostener la muerte,
El pueblo se desvela de angustia y de impotencia/
Y el presidente duerme.

De cara hacia la noche sin límites del campo,
Las manos a la espalda, se yerguen los valientes,/
Los laureles se asombran en las selvas lejanas
Y el presidente duerme.

Tras de las bocas mudas laten hondos clamores.../
–¡Cumplan con su deber y que ninguno tiemble de frío ni de miedo!
En una alcoba tibia
El presidente duerme.

–¡Viva la patria! Y luego los dedos temblorosos,
Un sargento que llora, soldados que obedecen,/
Veinticuatro balazos horadando el silencio...
Y el presidente duerme.

Acres rosas de sangre florecen en los pechos,
El rocío mitigó las heridas aleves,
Seis hombres caen de bruces sobre la tierra helada/
Y el presidente duerme.

¡Silencio! ¡Que ninguno levante una protesta!
¡Que cese todo llanto! ¡Que nadie se lamente!
Un silencio compacto se adueñó de la noche.
Y el presidente duerme.

¡Oh, callan, callan todos! Callan los camaradas.../
Callan los estadistas, los prelados, los jueces...
El Pueblo ensangrentado se tragó las palabras
Y el presidente duerme.

El Pueblo yace mudo como un ajusticiado,
Pero, bajo el silencio, nuevos rencores crecen.
Hay ojos desvelados que acechan en la sombra/
Y el presidente duerme.

(*Nota:* El poema de Gobello figura en el libro de Ferla con la lista de los 27 fusilados del 9 de junio de 1956.)

En la revista *El Abasto*, de agosto de 2005, Nº 68, le preguntan al vate nazifascista, defensor, sin embargo, de Valle y su revolución contra los de la Libertadora, por qué adhiere tan fervorosamente a Jorge Rafael Videla. Gobello responde: "Yo antes de ser peronista y argentino soy católico. A mí la Iglesia no me la toquen. Ni Perón, ni Kirchner, ni nadie. No sé si está bien o mal, pero soy así. Yo soy antizurdo y antifidelista porque creo que eso es una gran farsa.

"Te explico simplemente por qué dejé de ser peronista. Cuando salió el proceso militar, ¿vos vivías en el '76, te acordás de la guerrilla y los asesinatos? Ahora la gente tiende a olvidarse..."

En otro reportaje dice: "Los milicos vinieron a poner orden y se les fue la mano. Pero en toda guerra se cometieron atrocidades. Mirá, en Vietnam: también tiraban gente desde los aviones".

Este hombre estuvo en el peronismo, se entusiasmó con Evita, con Perón, le escribió un poema a Valle, un poema que era un riesgo, y estuvo en la revista de Rodolfo Arce corriendo zurdos con agravios que despertaban la furia de las bandas. Caramba. Qué arduo es todo esto. Gobello, usted que fue presidente de la Academia del Lunfardo, ¿cómo no le puso a su poemita *El presidente apoliya*? ¿No hay una incongruencia ahí?

En cuanto a Aramburu, lo indignante (en medio de todo lo inaceptable que tiene esta historia macabra) fue no recibir a la mujer de Valle. *Porque un presidente que ordena responderle a la mujer de un hombre que está por ser fusilado, a una mujer que le ruega por la vida de su marido, por una vida que depende de una decisión suya: "El presidente duerme", es un mal tipo, alguien que desdeña la vida humana, que no tiene piedad, al menos que no la tuvo en ese momento y, si no la tuvo ahí, con un viejo compañero de estudios, casi con un amigo, se hace sospechoso de no haberla tenido nunca.*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

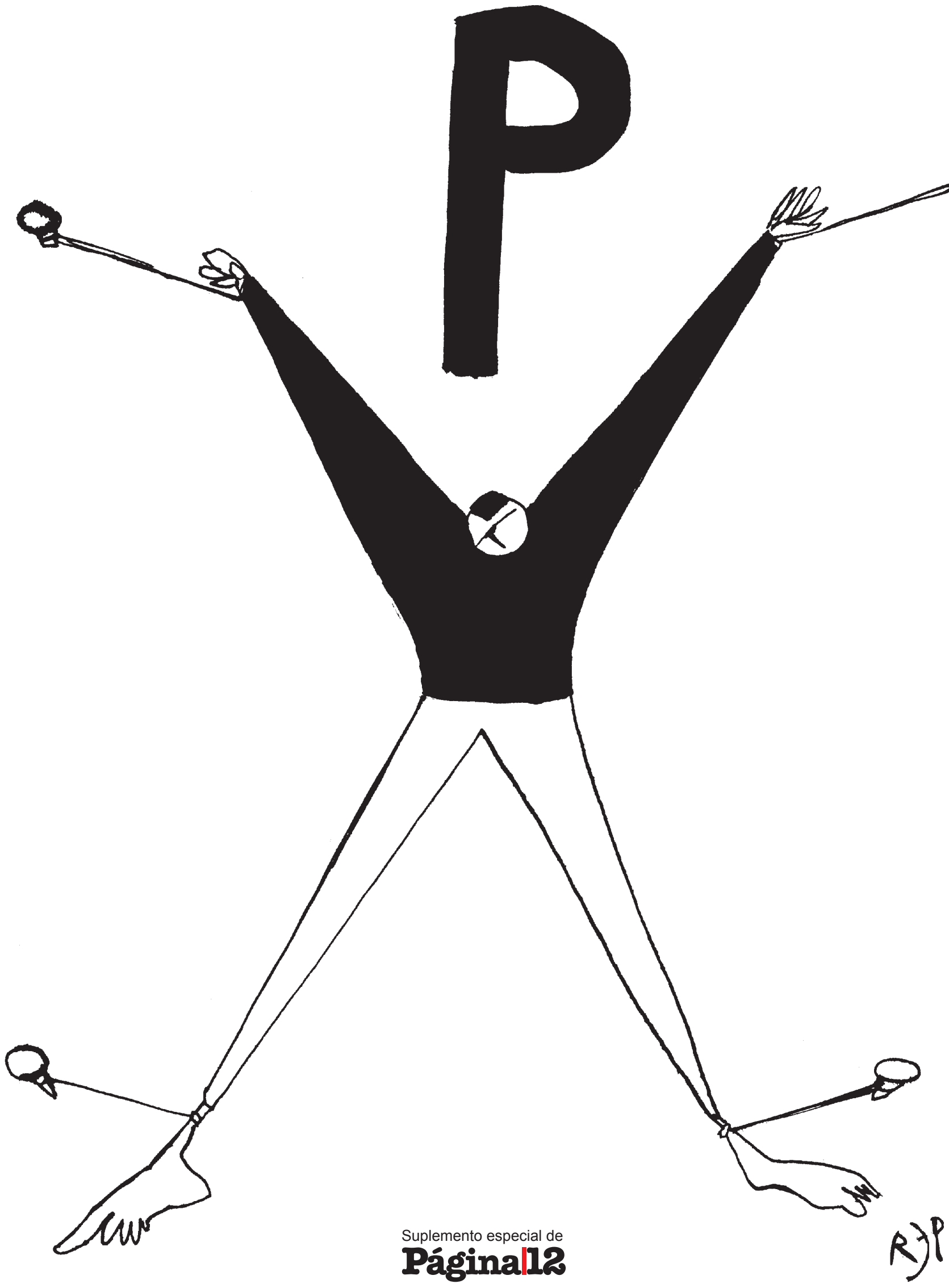
Julio Troxler, una tragedia argentina

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

32 Julio Troxler, una tragedia argentina



Suplemento especial de
Página|12

LA INGENUIDAD DE VALLE

Hay ingenuidad en la revolución de Valle. En él mismo sobre todo. Pareciera no haber puesto en la balanza la adhesión poderosa de las clases medias y de los sectores intelectuales y académicos para con la Libertadora. Si Valle pensaba que una masa incontenible de obreros peronistas se sumaría a él, ese error era mayúsculo. En junio de 1956 era más probable que se movilizaran los sectores ligados al catolicismo, al Cristo Vence, los empleados que esperaban prosperar en el nuevo gobierno, los que estaban hartos del estilo agobiantemente personalista de Perón, los intelectuales, los radicales, los socialistas, los comunistas, que las masas peronistas que permanecían en la misma desorganización en que Perón las había mantenido. No era el momento de una revolución a la luz del sol. No era el momento de un paseo triunfal hasta la Plaza de Mayo (al estilo del de Uriburu y sus cadetes), tampoco el de una simple proclama que arrancara de sus barrios oscuros, humillados, sometidos a la persecución de la policía aramburista, a los obreros beneficiados por el régimen peronista. Siempre conocedor de los hombres y las coyunturas, siempre zorro y, más aún, viejo, el general se había opuesto al intento de Valle. Van al muere, era su pronóstico. Valle y los suyos pensaban que Aramburu y Rojas eran unos cobardes, que no afrontarían una sublevación, que el golpe del '55 era fruto del coraje de Lonardi. Era increíble que desconocieran el odio del antiperonismo. El desplazamiento de Lonardi abrió paso, justamente, al odio gorila, que no es para desdeñar. Ha tenido y tiene una fuerza poderosa en la Argentina. Sobre todo cuando identifica al peronismo con esa fuerza maligna a la cual suele asociarlo: el peligro comunista. El odio gorila razona así: si el peronismo se mantuviera en sus posiciones podríamos contenerlo, incluirlo, no reprimirlo. Pero, al ser un movimiento de masas, al representar a la negritud de este país, aun cuando siempre contemos entre sus filas con fascistas que adherirán a nosotros en un enfrentamiento definitivo, el peligro de este maldito movimiento que tanto persevera es que surja de él el comunismo. O, en nuestros días, el populismo latinoamericano, enemigo de Estados Unidos, partidario de los juicios contra los "héroes de la lucha contra la subversión" e, incluso, partidario de una investigación sobre la Triple A (y esto viene de parte del mismo peronismo) que podría llegar a tocar la intocada e intocable figura de Perón. Créase o no, es a la derecha argentina en totalidad a la que no le interesa que se "toque" a Perón. Los trabajos sucios que hizo la Triple A y que podrían involucrar (en principio en su faceta permisiva) a Perón involucrarían al Ejército Argentino, pues todo lo que la Triple A hizo estuvo avalado por el establishment. Basta recordar (ya nos detendremos sobre esto en su momento) la *Meditación del elegido* con que Mariano Grondona fundamenta públicamente las acciones terroristas de López Rega, hacia fines de 1974 en *Carta política*.

Valle estaba muy lejos de conocer ese odio. Debió haberlo conocido luego del bombardeo del 16 de junio, pero parecía creer más en la movilización *instantaneísta* de la clase obrera que en los que sostenían las banderas de la Iglesia, el Ejército, las clases medias y el resto del país que había tirado a Perón y que todavía mantenía la sensación de su triunfo, la convicción de sostenerlo y el odio con que lo había llevado a cabo. Era impensable un "paseo" hacia la Plaza de Mayo, concentrarse ahí y exigir el regreso del líder. Se habría producido un nuevo y más sanguinario 16 de junio. En el diario *La Prensa* del 13 de junio se recogían las declaraciones que, la noche anterior, ante un grupo de periodistas, *en el mismo momento en que Valle era fusilado*, había formulado el ministro de Ejército, general Arturo Ossorio Arana: "El asesinato, incendio o destrucción de vidas, iglesias y otros bienes de la colectividad, señalan el camino a un estado anárquico total con estrecha semejanza al propugnado *por la revolución social comunista*. La represión firme, ecuánime y serena de las fuerzas armadas y en particular la noble reacción del ejército anularon el movimiento. La objetividad con que fue informada la institución y la opinión pública sin deformaciones, hablan de una confianza absoluta en los valores morales del ejército y de la ciudadanía consciente y libre" (*La Prensa*, 13/6/56. Citado por Ferla, *Ibid.*, p. 135, cursivas mías.) Lo cual situaba a un católico como Valle del lado del ateísmo marxista-leninista soviético.

Valle también ignoró que la Libertadora manejaba todos los medios de difusión, o, sin duda, los decisivos. Que en los teatros se daban obras satíricas sobre el peronismo, Perón y Evita. Que se exponían al público joyas, tapados de piel, medallas, todo tipo de objetos de lujo que se atribuían al despilfarro, al robo descarado de la pareja presidencial. Que se hablaba sin cesar de los hurtos de Juan Duarte (muchas veces veraces). Que actores como Leonor Rinaldi y Pepe Arias eran ídolos nacionales. Que en *La Revista Dislocada*, "la gran creación cómica de Delfor", en la que colaboraba el humorista rabiosamente antirrojo Aldo Cammarota, que terminó viviendo en Miami, los chistes se descargaban sobre el "régimen depuesto". La clase media y la clase alta vivían envueltas en un clima de júbilo y hasta de exaltación que probablemente las hubiera llevado a una defensa activa del gobierno de facto. Valle no pensaba que esta posibilidad era más viable que el alzamiento de unas masas obreras desalentadas, agredidas, que recibían el desdén de los poseedores y la burla sobre todo aquello en que habían creído en los últimos años. Además, ¿cómo sabía Valle que Perón habría de volver? No es casual que Perón se haya opuesto al golpe. No estaba repuesto aún. Necesitaba elaborar su derrota y juntar coraje para ponerse de nuevo al frente de un movimiento, el que Valle ponía en sus manos, que esta vez enfrentaría a adversarios temibles y sanguinarios a los que Perón respetaba en su justa medida y todavía un poco más.

Valle se despide de su hija Susana y se dirige hacia el pelotón de fusilamiento. Lo fusilan en la cárcel de la Avenida Las Heras, donde ahora hay un espacio verde en el que algunos chicos juegan y algunos mayores hacen jogging para bajar de peso o para escaparles a los infartos. Citemos la prosa emocionada, algo cándida (en medio de tanto terror, de tanta crueldad) de Salvador Ferla: "Así pasa Valle a la inmortalidad. Así entra este héroe y mártir, esta gloria auténtica del Ejército Argentino al reino de Dios, allí donde no existen la crueldad ni el odio ni la calumnia. Hermano de Dorrego y Peñaloza, representante de una Argentina ¡por centésima vez vencida!" (Ferla, *Ibid.*, p. 134).

Sin embargo, ese reino de Dios en el que Ferla

asegura entrará Valle era propiedad de los Libertadores. La Iglesia no hizo nada por impedir los fusilamientos. "Aramburu y su ministro del Interior informaron que habían secuestrado instrucciones de los rebeldes para tomar casi todas las iglesias y colegios religiosos del país y fusilar a los sacerdotes y monjas que se resistieran (...) El arzobispo de La Plata, Antonio Plaza, participó de la 'ceremonia patriótica' organizada frente al Departamento de Policía para agradecer 'la ejemplar conducta' de sus tropas durante la sublevación. En Rosario, Caggiano visitó al comandante del Cuerpo de Ejército, general José Rufino Brusa, en cuya sede aún había personas detenidas. Si fue a pedir clemencia, no lo hizo público ni se conocen documentos que lo indiquen" (Horacio Verbitsky, *La violencia evangélica*, Tomo II, "De Lonardi al Cordobazo (1955-1969)", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 45/46). El Reino de Dios es de quienes poseen el poder. Ellos no desean entrar a ese reino sino que envían ahí a quienes son sus enemigos. Lo hacen con suma frecuencia en nombre de ese Reino, de ese Dios, de ese Culto. Dios no pareciera decidirse a ser justo como lo creía Lonardi. Notable cuestión: Aramburu creía que Dios era justo porque él fusilaba a Valle. Valle creía que Dios era justo porque lo acogería en su Reino y echaría una eterna maldición sobre sus asesinos. La Iglesia, como siempre, consideraba que Dios era justo, pero a veces con unos y a veces con otros, de acuerdo con sus propios intereses. Cuando Dios favorecía a los que la Iglesia apoyaba –como en el caso de Aramburu al fusilar a Valle– Dios era justo con los amigos de la Iglesia. Cuando no lo era, lo sería pronto. O habría que luchar para lo fuera. Pues "Dios" es una formidable rúbrica que suelen ponerse a sí mismas las revoluciones de base clerical, oligárquica, que han triunfado. Para desgracia de Valle, Dios no estaba en la Penitenciaria de Las Heras la noche en que lo fusilaron. (*Nota*: En la película que Richard Brooks hizo sobre la *nonfiction novel* de Truman Capote, *A sangre fría*, en la escena final están por ahorcar a los asesinos de la familia de farmers. A uno lo suben al cadalso, le ponen la cuerda alrededor del cuello y el tipo ya siente la trampa que se abrirá bajo sus pies. Hay un sacerdote, a su lado, que reza. El hombre lo mira. El frío es cruel. Le pregunta: "Padre, ¿está Dios en este lugar?" ¿Estaba cuando fusilaron tan indecentemente a Valle?)

LA CARTA DE VALLE

Pero los crímenes no suelen quedarse en el pasado. Siempre hay algo que los arroja hacia el futuro. Valle, para desgracia de Aramburu, escribe una Carta. También las había escrito Dorrego, cuando esperaba los fusiles de Lavalle en los campos de Navarro. Las de Dorrego le sirvieron a Rosas para imponer mayor dureza a su régimen. Respondía a la dureza con la dureza. Las cartas de Dorrego habían pedido que esto no ocurriera. Escribe a su hija Angelita: "Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué; mas la providencia divina, en la cual confío en este momento crítico, así lo ha querido. Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí". Otra carta: "Mi querida Angelita: te acompaño esta sortija para memoria de tu desgraciado padre". Otra: "Mi querida Isabel: Te devuelvo los tiradores que hiciste a tu infortunado padre". Otra más: "Sed católicos y virtuosos, que esa religión es la que me consuela en este momento". Otra: "Mi vida: Mándame hacer funerales y que sean sin fausto. Otra prueba de que muero en la religión de mis padres". Y la última, fechada en Navarro en 1828, y dirigida al Señor Gobernador de Santa Fe, Don Estanislao López, es de notable importancia: "Mi apreciable amigo: En este momento me intiman morir dentro de una hora. Ignoro la causa de mi muerte, pero de todos modos perdono a mis perseguidores. Cese usted por mi parte todo preparativo *y que mi muerte no sea causa de derramamiento de sangre*" (cursivas nuestras).

La Carta de Juan José Valle no será tan magnánima. Es dura. Algo está pidiendo. No le augura a su verdugo un futuro de felicidad. No tiene el aire calmo, pleno de bondad y de religiosidad de Dorrego. Es una Carta conocida pero añadiremos algo: la Carta de Valle se liga con la Carta de Walsh. Las liga el arbitrio del crimen aleve, la falta de juicio, decidir fusilarlo *antes* de que estuviera proclamada la Ley Marcial. Basura. La Historia pasa por los patios húmedos, nocturnos de las penitenciarias, la muerte es clandestina.

La Carta de Valle será, a la vez, la Carta de Valle y la condena de muerte de Pedro Eugenio Aramburu, su ejecutor, que no dudó un instante, que buscó el escarmiento, demostrar la dureza de la Libertadora y que nadie más se atreviera a lanzarse a una aventura revolucionaria como Valle. La Carta dice: "Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. Debo a mi Patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y militares, movidos por ustedes mismos, son los únicos responsables de lo acaecido. Para liquidar opositores les pareció digno inducirnos al levantamiento y sacrificarnos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta. Así se explica que nos esperaran en los cuarteles, apuntándonos con las ametralladoras, que avanzaran los tanque de ustedes antes de estallar el movimiento, que capitanearan tropas de represión algunos oficiales comprometidos en nuestra revolución. Con fusilarme a mí bastaba. Pero no. Han querido ustedes *escarmentar* al pueblo, cobrarse la impopularidad confesada por el mismo Rojas, vengarse de los sabotajes, cubrir el fracaso de las investigaciones, desvirtuadas al día siguiente en solicitadas de los diarios y desahogar una vez más su odio al pueblo (...) Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas, verán en mí a un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonríen y los besan será para disimular el terror que les causan". Ahora leamos cuidadosamente los párrafos que siguen. Late en ellos el reclamo de la venganza, o el vaticinio del seguro asesinato de Aramburu, Rojas y los victimarios de junio: "Aunque vivan cien años *sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos bajo el terror constante de ser asesinados* (...) Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria. Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. *Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos las*

dicta el odio, sólo el odio de clases o el miedo. Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror (...) Pero no taparán con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes". Valle concluye con una frase de unidad que más suena a forma que a sincera convicción: "Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos. Viva la Patria. Juan José Valle, Buenos Aires, 12 de junio de 1956". Entre tanto, Aramburu metía en la cárcel a miles de trabajadores, reprimía con ferocidad cada huelga que pugnaba por producirse y torturaba en todo el territorio de la República.

Las figuras de Valle y Tanco serán retomadas tanto por el catolicismo que dará origen a Montoneros como por la izquierda marxista, que se incluía en la tradición de John William Cooke (un gran lector de la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre y amigo del Che y hasta miliciano de la Cuba revolucionaria). Esta condición bifronte de la JP se inclinará hacia su cara socialista. Sobre todo cuando los chicos católicos del montonerismo temprano se relacionen con las FAR y empiecen a enterarse de las ideas esenciales del marxismo. Pero Valle y Tanco eran católicos. En la Carta del primero se lee claramente la frase "un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país". De este modo, los primeros que se apropian de Valle y Tanco son los muy belicosos muchachos de Tacuara. En el comedor de la Facultad de Derecho, hacia 1961, entra una pandilla de jóvenes con cadenas y manoplas al grito de "¡Vivan los generales Valle, Tanco y Cogorno!" Bajo este grito se consagran a moler a cadenazos a todos los "zurdos" que había en el lugar, a los cuales tenían bien ubicados. Eran los tiempos de Tacuara, un grupo numeroso de jóvenes de las clases altas, nacionalistas, antisemitas, vagamente peronistas y claramente nazis. Temibles, brutales, solían poner bombas en sinagogas. Cierta vez dialogué, muy tensamente, con uno que tenía un muñón envuelto en cuero. Le había explotado una bomba en la mano. Era un fanático ultracatólico, peinado a la gomina, admirador frenético de don Juan Manuel de Rosas, de la Alemania nazi, antisemita cruel y ya cerca de un peronismo que daría como figura más notoria al aventurero Joe Baxter, de quien nos ocuparemos. Estas pandillas se peinaban con mucha gomina, el pelo bien tirante hacia atrás, saco azul y pantalón gris. Durante esos días, la gomina *Glostora* sacó por la tele un comercial que los aludía: un tacuarita, sonriente, se pasaba la mano por el pelo brillante, bien peinado a la gomina y hacia atrás y el locutor del comercial decía: "*Glostora*, como te gusta a vos, Juan Manuel". Se fueron raleando en pocos años, entraron en los sectores católicos del peronismo, pero fueron superados por los jóvenes socialistas, que impusieron sus lecturas y sus consignas. Es cierto que el socialismo de la JP estaba alimentado por lecturas del revisionismo histórico –también asumidas por los de Tacuara–, pero ellas convergían hacia una unidad con el socialismo tercermundista. Como sea, todo esto contribuye a la multiplicidad ideológica del peronismo, a sus mil caras posibles, que Perón alimentó siempre. Salvo a partir de junio de 1973, cuando optó por la derecha, por una derecha violenta, contrainsurgente y parainstitucional cuya trágica historia tenemos por delante. Aunque, a partir de aquí, y para narrar el triste asesinato de Julio Troxler, tendremos que acudir a ella.

HABLA JULIO TROXLER

De la matanza de José León Suárez –según vimos– se salvaron varios. Entre ellos, Julio Troxler. En 1971 lo encontramos colaborando con Rodolfo Walsh y Jorge Cedrón en el film *Operación Masacre*, que se basa en los hechos de José León Suárez que Walsh narrara. "La filmación (escribe Walsh) se realizó en condiciones de clandestinidad que la dictadura de Lanusse impuso a la mayoría de las actividades políticas y a algunas artísticas (...) La película se terminó en agosto de 1972. Con el concurso de la Juventud Peronista, peronismo de base, agrupaciones sindicales y estudiantiles, se exhibió centenares de veces en barrios y villas de Capital e interior, sin que una sola copia cayera en manos de la policía (...) En la película Julio Troxler desempeña su prolijo papel. Al discutir el libro con él y con Cedrón, llegamos a la conclusión de que el film no debía limitarse a los hechos ahí narrados. Una militancia de casi veinte años autorizaba a Troxler a resumir la experiencia colectiva del peronismo en los años duros de la resistencia, la proscripción. Y la lucha armada.

"La película tiene pues un texto que no figura en el libro original. Lo incluyo en esta edición porque entiendo que completa el libro y le da su sentido último" (Walsh, *Ibid.*, p. 181/182).

Troxler es el narrador de *todo* el film. Y hace su propio papel. Al final, se planta frente a cámara y dice un largo texto de gran riqueza, de gran patetismo, de gran dolor. Dice Troxler:

"Yo volví de Bolivia, me metieron preso, conocí la picana eléctrica. Mentalmente regresé muchas veces a este lugar. (Troxler habla en José León Suárez, durante un amanecer, JPF.) Quería encontrar la respuesta a esa pregunta: qué significaba ser peronista.

"Qué significaba este odio, por qué nos mataban así. Tardamos mucho en comprenderlo, en darnos cuenta de que el peronismo era algo más permanente que un gobierno que puede ser derrotado, que un partido que puede ser proscripto.

"El peronismo era una clase, era la clase trabajadora que no puede ser destruida, el eje de un movimiento de liberación que no puede ser derrotado, y el odio que ellos nos tenían era el odio de los explotadores por los explotados.

"Muchos más iban a caer víctimas de ese odio, en las manifestaciones populares, bajo la tortura, secuestrados y asesinados por la policía y el ejército, o en combate.

"Pero el pueblo no dejó nunca de alzar la bandera de la liberación, la clase obrera no dejó nunca de rebelarse contra la injusticia. El peronismo probó todos los métodos para recuperar el poder, desde el pacto electoral hasta el golpe militar. El resultado fue siempre el mismo: explotación, entrega, represión. Así fuimos aprendiendo.

"De los políticos sólo podíamos esperar el engaño, la única revolución definitiva es la que hace el pueblo y dirigen los trabajadores. Los militares pueden sumarse a ella como individuos, pero no dirigirla como institución. Porque esa institución pertenece al enemigo y contra ese enemigo sólo es posible oponer otro ejército surgido del pueblo.

"Estas verdades se aprendieron con sangre, pero por primera vez hicieron retroceder a los verdugos, por primera vez hicieron temblar al enemigo, que empezó a buscar acuerdos imposibles entre opresores y oprimidos. La marea empezaba a darse vuelta, las balas también les entraban a ellos, a los torturadores, a los jefes de la represión.

"Los que habían firmado penas de muerte sufrían la pena de muerte. Los nombres de nuestros muertos revivían en nuestros combatientes. Lo que nosotros habíamos improvisado en nuestra desesperación, otros aprendieron a organizarlo con rigor, a articularlo con las necesidades de la clase trabajadora, que en el silencio y el anonimato va forjando su organización independiente de traidores y burócratas, la larga guerra del pueblo, el largo camino, la larga marcha, hacia la Patria Socialista" (Walsh, *Ibid.*, p. 183/ 184).

Troxler ha enunciado las bases programáticas de la izquierda peronista. El pueblo protagonista hegemonizado por la clase trabajadora, la organización de base, la reivindicación del "aramburazo" ("los que habían firmado penas de muerte sufrían la pena de muerte"), la guerra popular prolongada ("la larga guerra del pueblo") y la Patria Socialista. Observemos algo sustancial: en ningún momento, en el texto, se nombra a Perón. Ni siquiera se menciona como consigna de lucha "el regreso incondicional del general Perón a la patria", que era una frase que decían todos, que se decía sola, que no había quien no la incluyera en un programa revolucionario. Es un vacío estridente. En la fecha en que el texto se escribe ningún grupo (ni siquiera el peronismo de base, que manejaba una alternativa independiente a la conducción de Perón) habría obviado la mención del regreso de Perón pues era la más movilizadora de las consignas. *Era lo que quería el pueblo peronista*. Lo quería traer a Perón. Este punto, en un texto que seguramente escribió Walsh pero con Troxler y Cedrón muy cercanos, es una rareza. El "Perón Vuelve" seguía siendo la consigna que daba unidad a *todo* el peronismo.

"SALUD, COMPAÑERO TROXLER"

Cuando asume Cámpora, Oscar Bidegain llega a la gobernación de la provincia de Buenos Aires y pone a Troxler como jefe de Policía. Bidegain era un tipo más que cercano a la Tendencia Revolucionaria, de modo que la provincia de Buenos Aires podía ser considerada como uno de esos territorios que el sector juvenil del Movimiento Justicialista tenía bajo su comando. Cuando a fines de julio la JP organiza una enorme movilización para ir hasta la Quinta de Olivos y rodearla con el propósito manifiesto de "romper el cerco del brujo López Rega", es Troxler el que asegura el orden, el que les da a los militantes de la Tendencia la seguridad de que no serán atacados por los grupos del matonaje de la derecha peronista, sobre todo el Comando de Organización de Alberto Brito Lima. La certeza era: el compañero Troxler nos cubre. Sólo algunos señalamientos sobre esa jornada: la JP rodea la Quinta y durante cerca de media hora o más, rabiosamente, ruge la consigna: "Perón/ Perón/ el pueblo te lo ruega/ queremos la cabeza del traidor de López Rega". Fue un acto dionisíaco. Muy especialmente si tenemos en cuenta que lo dionisíaco –tal como Nietzsche lo entiende– es la osadía de perder la individuación en la embriaguez del grupo. Eso pasó en el operativo Gaspar Campos. (Acaso alguien sonría. O diga: qué locos estaban esos pendejos. Puede ser. Pero, ¿usted nunca se volvió loco por nada? ¿Nunca perdió la individuación en un acto colectivo de características dionisíacas? Qué pena.) Perón recibió a la conducción de la Tendencia y les prometió una serie de cosas que, desde luego, no pensaba cumplir. Al día siguiente, haciendo gala de un cinismo impecable, lo nombró a López Rega como enlace entre él y la Juventud Peronista. Pero no es ésta la cuestión. Cuando la militancia se retiraba por la parte de atrás de la Quinta apareció un tipo alto, al que apenas se veía porque ya era de noche. Pero todos supieron quién era. "Salud, compañero Troxler", le dijeron. Troxler saludó haciendo la V peronista. Luego, todo siguió su curso. La derecha peronista esperaba descabezarlo. A él y a Bidegain. Pero no era fácil. Bidegain había ganado bien en la provincia de Buenos Aires. La derecha ya quería reemplazarlo por Victorio Calabró. Pero algún motivo tenía que tener. Ese motivo se lo dio uno de los personajes que más daño le ha hecho a la causa popular en la Argentina. El que atacó el cuartel de La Tablada en plena democracia. Enrique Gorriarán Merlo. Que, en enero de 1974, también en plena democracia, en la provincia de Buenos Aires, donde se contaba con un gobernador adicto al que era muy difícil deponer, ataca la Guarnición de Azul. ¡Qué festín para la derecha! ¡Qué excepcional regalo! ¡No podían esperar nada mejor! Acababan de recibir en bandeja el motivo para descabezar a Bidegain y a Troxler. Ese motivo se lo había entregado la torpeza, la soberbia, el desdén absoluto por la política de masas de Gorriarán Merlo.

El error de Gorriarán hará posible (o acelerará) el asesinato de Troxler. En tanto era jefe de Policía de la Provincia estaba cubierto. Al menos no había recibido la bofetada histórica que Perón habrá de pegarles a él y a Bidegain, poniéndose para la ocasión y por primera vez el uniforme de teniente general. Troxler, con la desautorización de Perón, que lo acusa de "desaprensión" ante los "grupos terroristas" que vienen actuando en la provincia de Buenos Aires, queda devaluado como peronista, señalado, además, como colaborador de la guerrilla. No habrá de ser casual que la Triple A lo ponga entre los primeros lugares de sus listas. ¡Salvarse de los gorilas en José León Suárez y venir a morir a manos de los fachos del peronismo en una calle de Barracas! Pobre Troxler. Pobre país.

Colaboración especial: Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

33 **John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso**

Suplemento especial de
Página|12

EL ATAQUE A LA GUARNICIÓN DE AZUL

La acción la emprende la Compañía Héroes de Trelew. Se supone que quieren robar armamentos y municiones. El resultado es que matan al centinela de guardia, el soldado Daniel González (*un soldado, un perejil que posiblemente estuviera haciendo la colimba*), y al coronel Camilo Gay y su esposa. Vale anotar, como detalle, que Gorriarán no tomó en cuenta que el matrimonio Gay estaba acompañado por su hija Patricia, que tenía apenas catorce años. Se suicidó el 5 de octubre de 1993. (La Pando te lo agradece, Gorriarán.) La Compañía Héroes de Trelew tomó como prisionero al teniente coronel Jorge Roberto Ibarzábal. Luego se retiraron sin haber logrado ninguno de sus objetivos. El fracaso cubrió de desprestigio a Gorriarán dentro de la organización. Lo sacaron del Estado Mayor y jamás llegó al grado de comandante. En cuanto al coronel Ibarzábal, el ERP lo tuvo preso diez meses y luego lo asesinó. ¿O vamos a hablar de justicia popular? ¿Consultaron con, al menos, algún sector del pueblo para ultimar a Ibarzábal? Hoy, desde luego, es una bandera de la derecha de los dos demonios. El sábado 21 de junio apareció en *La Nación* una carta de una hija o algún cercano pariente de Ibarzábal. Yo no leo *La Nación* porque los artículos de Morales Solá tienen un odio tan desmedido, casi irracional, que me resultan intolerables. Además, me resulta intolerable una distorsión tan belicosa de la verdad que alienta un proto-golpismo evidente. Sin embargo, al tratar el tema del ataque a la Guarnición de Azul (que, quiero ser insistentemente claro, me parece un hecho abominable que, en buena medida, determina el asesinato de Troxler al facilitarle a Perón destituirlo como jefe de Policía de la Provincia y dejarlo al descubierto) me acercaron la carta de esta señora. Su fin es claro: detener los juicios de lesa humanidad o incluir en ellos a los muertos por la guerrilla. La señora es hábil. Acaso sepa que cuando se habla de "derechos humanos" se menciona a las víctimas del terrorismo estatal. Para eso, en todo el mundo, se han creado los "derechos humanos": para defender al ciudadano, inmerso en el Leviatán estatal, de los posibles crímenes de éste. Para juzgar los delitos cometidos por grupos civiles está el propio Estado. Los miembros de la institución estatal no necesitan organismos de derechos humanos pues son miembros del Estado y es éste el que debe protegerlos. El problema es cuando el propio Estado se convierte en una máquina de matar, como ocurrió en la Argentina. Ibarzábal fue una víctima de un grupo civil que empuñó las armas. Las organizaciones de derechos humanos se encargan de la defensa y justicia de todos aquellos asesinados por el terrorismo estatal. No obstante, la señora Ibarzábal –pareciera conocer este tema– se maneja con habilidad pues le exige coherencia a la Presidenta en nombre de "todas las víctimas" de la Argentina. El caso de Ibarzábal es ideal para este tipo de reclamo. La derecha puede justificar *todo* desde ahí. O, sin duda, intenta hacerlo. ¿Para qué se lo tuvo prisionero diez meses? ¿Por qué luego de un tiempo tan prolongado se lo ultimó? Este trabajo que desarrollamos buscará ahondar en el tema de la violencia (*Teoría de la violencia: levantar la mano sobre el otro*, y tomará como punto de partida la polémica que desató la carta de Oscar del Barco), pero no es el momento de hacerlo. Reproduzco la carta de la señora Ibarzábal para que se juzgue cuán funcional es a la derecha, que buscará, siempre, identificar los muertos por el terror estatal con los muertos por la guerrilla. La carta dice así:

"Memoria. Señor Director: "Escuché con atención el discurso de la Presidenta el 17/6, en conmemoración de las víctimas del bombardeo a la Plaza de Mayo, en 1955. "En él hizo referencia al 'recuerdo que todos los argentinos deberíamos tener de todas las víctimas en la Argentina'. En su alocución mencionó: víctimas del bombardeo de 1955, víctimas de la Guerra de las Malvinas, víctimas del proceso militar de 1976.

"Pero omitió hablar sobre las víctimas del terrorismo de la Argentina. Es decir que la Presidenta se olvidó de las víctimas de Montoneros, ERP y afines.

"Respecto de su permanente reclamo de memoria en la mayoría de sus discursos, como ciudadana me ofrezco a colaborar en el ejercicio de aquélla, para que incorpore en su agenda toda la temática que este capítulo de la historia merece.

"Señora Presidenta: nosotros, las víctimas del terrorismo de la Argentina, también sufrimos la intolerancia. También añoramos vivir en democracia."

Silvia Ibarzábal

BAJATE, TROXLER

Perón actúa con reflejos rápidos. Habla por la cadena nacional de radiodifusión. *Y por primera vez* se pone el opulento uniforme de teniente general del Ejército. (En una medida no desdeñable, sino de peso, verdadera, había regresado para eso. Para humillar a quienes lo degradaron. Para que fueran éstos quienes tuvieran que ponerle de nuevo los oropeles de militar con los que quería morir.) O sea, el que le habla a la ciudadanía es un militar indignado. El que habla es un militar que comparte la desgracia de sus compañeros. Un militar que habrá de condenar con extrema dureza los acontecimientos producidos. Un militar malhumorado, poseído por una indignación temible. Un militar que dice: "Me dirijo a todos los argentinos frente al bochornoso hecho que acaba de ocurrir en la provincia de Buenos Aires, en la localidad de Azul, en el Regimiento de Tiradores Blindados C-10, donde una partida de asaltantes terroristas realizara un golpe de mano, mediante el cual asesinaron al jefe de la unidad, coronel don Camilo Gay, y a su señora esposa, y luego de matar alevosamente a soldados y herir a un oficial y suboficial, huyeron llevando como rehén al teniente coronel Ibarzábal.

"Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades. El Gobierno del Pueblo, respetuoso de la Constitución y la ley, hasta hoy ha venido observando una conducta retenida frente a esos desbordes guerrilleros que nada puede justificar en la situación que vive la República."

Hay una frase letal para el gobierno de Bidegain y para Troxler, como jefe de policía. Perón dice: "Hechos de esta naturaleza evidencian elocuentemente el grado de peligrosidad y audacia de los grupos terroristas que vienen operando en la provincia de Buenos Aires ante la evidente desaprensión de sus autoridades". Se acabó. Bidegain viaja a Buenos Aires, se entrevista con Perón y renuncia. Lo ponen a Calabró. La Provincia queda en manos de la derecha. Troxler queda a la deriva. Queda marcado. Es casi el primero de la lista. O uno de ellos.

Empieza a trabajar en la Facultad de Derecho. Pero luego de la muerte de Perón, el accionar de la Triple A se desboca. Ya veremos la responsabilidad de Perón en estas cuestiones. Como sea, a Alberto Villar lo pone él como jefe de Policía. Y Rodolfo Almirón era parte íntima de su custodia. López Rega, su secretario privado. A su muerte es que los asesinatos empiezan a sucederse ininterrumpidamente. La maquinaria que se armó bajo su mirada empieza a actuar con un vértigo imparable. Así, el 20 de septiembre de 1974 (fecha que debe unirse en la historia del peronismo, si queremos asumir toda su complejidad, con la del 9 de junio de 1955), desde un Peugeot negro se llevan a Julio Troxler. El Peugeot se detiene en el Pasaje Coronel Rico, en Barracas. ¿Qué habrá sentido, que habrá sufrido o alucinado Troxler? ¿Cómo? ¿Otra vez esto? Si yo me salvé. Si los gorilas de Aramburu no me mataron. Pero éstos dicen que no son gorilas, dicen que son peronistas y que yo soy un traidor, un zurdo de mierda. O no, por ahí Julio la tenía bien clara: éstos son fachos, son bien fachos, porque el peronismo es facho y nunca lo quisimos ver. Porque el Viejo es facho. Por eso se vistió de milico para tirarlo a Bidegain y bajarme a mí. Hicimos bien con Walsh y con Cedrón en no nombrarlo al final de *Operación Masacre*. Mirá vos, va a tener que escribir otro libro Walsh. Otro *Operación Masacre*. Porque estos fachos ahora me dicen que después de mí van a liquidar a Sandler, porque rima con Troxler, a Ortega Peña, Curuchet, Atilio López, Silvio Frondizi, Sueldo, Bidegain, Cámpora, Laguzzi, Betanín, Villanueva, Caride, Taiana, Añón, Arrostito. Qué masacre van a hacer. Y el Viejo ya no los puede parar. Se murió el Viejo. ¿Por qué no los paró antes? ¿O estaba ciego, o boludo? ¿O no veía lo que estos tipos estaban preparando? ¿Para qué mierda lo trajimos al Viejo? ¿Para esto?

Le atan las manos a la espalda. Llegan a una calle que limita con un terraplén ferroviario. Están en Barracas. Estos te matan a la luz del día. No les importa nada. Los gorilas te mataban de noche. En un basural. Estos, así nomás. Hay que tener libre el territorio para hacer estas cosas. Bien libre. Carajo, mirá cómo vengo a terminar. Yo, que me salvé de los gorilas. Que me les fui de las manos esa noche, en José León Suárez. Salvarse así y venir ahora a morir contra ese paredón. Asesinado por fachos peronistas. Por fachos que el Viejo, desde el mismísimo día de Ezeiza, cubrió, les dio manija, les dio sus mejores jefes, Villar, Margaride, ese hijo de puta de López Rega. Carajo, qué puta suerte, venir a morir así. Como un perro.

–Bajate.

Troxler se baja y le dicen que camine hacia adelante. La calle por la que camina se llama Suárez. Se acabó todo. Esta vez, sí. Los fachos, por fin, me alcanzaron. Porque éstos no son peronistas. Son fachos. Igual que los gorilas de José León Suárez. Fachos todos. Pero si los gorilas son fachos. Si éstos son fachos, nos equivocamos fiero, irlandés. Todo el país es facho. Lo borra una ráfaga de ametralladora.

El que muy posiblemente haya dirigido el operativo se llama Rodolfo Almirón. Un subcomisario de la Policía Federal. En 1974, el año en que asesina a Troxler, había custodiado al General hasta la muerte. Hay una foto clarita, clarita. Se lo ve a Almirón, de bigotazos negros, mirando hacia un costado, atento, no vaya a ser que algún zurdo quiera matar al General. Y delante de él se lo ve al General. Hay mucha más gente en la foto. También están, desde luego, Isabel y López Rega. Perón se ve malhumorado. La foto es en blanco y negro, bien de la época. Almirón, tenso, va detrás del General. Pero cerca. Uno diría *demasiado* cerca.

JOHN WILLIAM COOKE,

DELEGADO DE PERÓN

Cooke es una de las figuras más enigmáticas del peronismo. Fogoso diputado, es el que no se calla una en esa Cámara, el que se opone a la visita de Milton Eisenhower, el que apoya con fervor militante y revolucionario la clausura de *La Prensa* (para un *revolucionario* no hay nada más coherente que cerrar un diario burgués: para eso es un revolucionario, las revoluciones no son democráticas), se opone al Contrato con la California y logra que ese Contrato no se firme (*Nota:* Bajo el Gobierno de Perón el Contrato con una empresa del Imperio desató un escándalo institucional, después se firmaron a montones y nadie se opuso seriamente, se había perdido el carácter *nacional* que tenía el gobierno de Perón pese a sus aflojadas) y no hay medida nacional, popular, de carácter irritativo para las clases dominantes que no cuente con su apoyo. Era querido por los peronistas, era joven y los veteranos le decían el "Bebe" Cooke. Este apodo se lo seguirán dando, pero jamás para los que siguieron su línea, para los siguieron su obra no fue el "Bebe"

Cooke, sino John William Cooke, el tipo que inventó la izquierda peronista.

Cuando el gobierno peronista se derrumba, en 1955, Perón lo nombra al frente del Partido Justicialista, una medida más que apropiada a causa de los momentos de claudicaciones, rajes varios y terrores de cuanto burócrata y adulón formaba parte del movimiento, que sumaban muchos y a los que Perón había permitido crecer. De aquí que la medida de poner a Cooke fuera correcta, pero tardía. Del modo que sea, siempre me sorprendió esta medida porque iba más allá de lo que el líder –en la intimidad de su conciencia, si es que alguien alguna vez supo qué había ahí: Perón era impenetrable– estaba dispuesto a ofrecer en términos de lucha. La lucha no se produce, pero –aun así– Perón, ya desde el exilio, insiste en mantener la conducción de Cooke y redacta un documento por el cual delega en el joven dirigente toda posible representación. Es uno de los documentos más sobreinterpretables del peronismo:

"Al Dr. D. John William Cooke, Buenos Aires.

"Por la presente autorizo al compañero Dr. D. John William Cooke, actualmente preso, por cumplir con su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En ese concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía.

"En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y sus decisiones tienen el mismo valor que las mías.

"En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke el mando del Movimiento.

"En Caracas, a los 2 días de noviembre de 1956.

Perón.

Perón se murió en el peor momento para él y para el país. En 1974 ya estaba manchado por las acciones parapoliciales en Córdoba, por su reflotamiento de toda la legislación antirrepresiva, por el nombramiento de un matarife como Alberto Villar al frente de la Policía, por su terrible amonestación a los diputados de la JP y, para no seguir, por dejar a Isabel y a López Rega como herederos. Este último aspecto es ilevantable. No tiene perdón. El anciano líder (como suele decirse) sabía más que bien que sus días estaban contados. Los doctores Cossio y Taina se lo habían dicho, aunque se emitiera un documento público que lo negaba. Lo sabía: moriría pronto. ¿Cómo no hace un cambio? ¿Cómo le deja el país a Isabel Martínez que –él lo sabe mejor que nadie– es arcilla fácil en manos de López Rega, el fanático impulsor de la Triple A? ¿Cómo le deja el país a un asesino? ¿Ignora que dejarle el país al sanguinario Lopecito es dejárselo a los escuadrones de la muerte? Nadie tiene una explicación para esto. Se lo dice de puertas adentro. Pero se acabaron las "puertas adentro". Ha pasado demasiado tiempo y ya nada puede no problematizarse. Se muere en el momento en que peor queda su imagen. En el momento en que sus herederos son una tonta sin formación de nada y un matarife que estará dispuesto a hacer la matanza, a lanzar a la calle a los escuadrones de la muerte, a "hacer la tarea", según dirá notablemente Mariano Grondona, que avalará al asesino desde su revista *Carta Política*.

Supongamos que Perón muere en 1964, volviendo al país, siendo detenido por la Cancillería de Illia, el Gobierno brasileño y la Embajada de Estados Unidos en El Galeao. Muere como un héroe. Como un líder que regresa a su país a luchar, a enfrentar la historia, a que lo arresten (algo que desencadenaría una pueblada genuina, poderosa) o a ponerse al frente del Movimiento para presentarse en elecciones democráticas. Pero, ¡he aquí lo impensable! Supongamos que se muere en Caracas, el 3 de noviembre de 1956, luego de haberle cedido todos sus derechos a Cooke. Luego de haber dicho: *"Su decisión será mi decisión y su palabra la mía"*. Luego de haber dicho: *"En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. D. John William Cooke el mando del Movimiento"*.

Cooke asume la conducción del Movimiento. La Resistencia no demora en convertirse en lucha abierta para la toma del poder. Cooke extrema la lucha. El Movimiento ya no pendulea. Elige ser la extrema izquierda que Cooke luego propondría al General. En 1959, Cooke viaja a Cuba y establece una férrea unión con el castrismo. Regresa con el aval de Fidel. La burocracia partidaria y el sindicalismo pactista se le resisten. Cooke moviliza a las masas. Les exige que abandonen las ilusiones de Estado de Bienestar. Ya no hay Estado de Bienestar. Ahora hay que luchar para conquistarlo. Todo esto es impensable. Estamos en plena *Ucronía: ¿Qué habría ocurrido en la historia si no hubiera ocurrido lo que ocurrió?* Pero volvamos al tema que intentamos sugerir: ¿cómo lo dejaba a Perón este final? Como el líder que había delegado el mando en un combativo que (Perón no lo ignoraba) llevaría al Movimiento a la lucha por la verdadera toma del poder, por el socialismo, por la unión con otros movimientos libertarios de América o con los que pudieran surgir (en 1956 el castrismo no existía), ese líder quedaba en la Historia como el hombre combativo que, lejos del que rehuyó la lucha en el '55, la reiniciaba (advirtiendo que no había otro camino) en el '56 por medio del más fogoso de sus cuadros políticos. La otra posibilidad es la que más sencillamente habría podido darse: que Perón muriera sin volver. Es la más sencilla. No necesita una coyuntura especial. Ni ser detenido en El Galeao. Ni haber designado a un combativo en su reemplazo. No, quedarse allá en Puerta de Hierro. Morirse ahí, en Puerta de Hierro, custodiado por esos dos monstruos *que no habríamos llegado a conocer*, Isabel y Lopecito. Morirse en la lejanía, morirse sin quebrar el mito, sin matarlo. Desde este punto de vista –se sabe– la jugada de Lanusse habría logrado un triunfo perfecto. Lo obligaron a volver y las contradicciones de todos los demonios que había desatado lo liquidaron en pocos meses. Volver, para Perón, fue una catástrofe. Y otra para el país. El país podría, al menos, haber conservado un símbolo, un mito, un hombre anhelado por el pueblo que la injusticia del régimen impidió volver. Es cierto que el peronismo sigue vivo y que a los peronistas les repugna, les desagrada y les da mucho miedo meterse con las aristas del Perón del regreso. Ahí está esa pintada. Se pintó no bien la Justicia decidió ocuparse de la Triple A: "No jodan con Perón". La pintada ya admite que empezar por Rodolfo Almirón, asesino de Troxler y Silvio Frondizi y Ortega Peña, no puede terminar más que, primero, en López Rega y, después, en Perón. Por eso apenas lo arrestan a Almirón aparece esa pintada, la de no joder con Perón. Es una amenaza, claro. ¿Qué van a hacer? ¿Una Triple A para amenazar a los jueces que lleven la causa de Almirón y no sepan dónde detenerse, no puedan hacerlo y lleguen hasta las mismas puertas del dormitorio de Perón? Veremos cómo sigue esto.

Pero volvamos a 1956. Se forma la Resistencia Peronista. Perón pone a su frente al más combativo de sus cuadros. ¿Sabemos bien quién es John William Cooke? Vean, somos muchos los que queremos a Cooke. De toda esta historia llena de sonido y de furia son muy pocos los que habrán de salir sin mácula, sin errores graves, *con una moral incuestionable*, con una pasión verdadera, sin haber transado nunca, con las ideas intactas, con la vida puesta en las propias creencias y con la

vida en riesgo permanente por ellas. Uno de esos excepcionales tipos (un tipo del valor moral, de la estatura militante, de la pureza Julio Troxler) es John William Cooke, el Bebe Cooke, el Gordo Cooke. Detengámonos en él.

HABLEMOS DE JOHN WILLIAM COOKE

Cooke nace en La Plata el 14 de noviembre de 1919. De origen irlandés como Rodolfo Walsh, es el primer hijo de Jauna Isaac Cooke, abogado y dirigente radical. Sigo para esta biografía la entrada que le dedica Horacio Tarcus en su *Diccionario de la izquierda argentina*. La entrada es larga, dilatada, de las más extensas del *Diccionario*. Bien, Tarcus: Cooke fue uno de los más grandes militantes de la izquierda argentina. Y fue peronista porque veía en el movimiento político creado por Juan Perón la *sustancia*, hablando en lenguaje hegeliano, por medio de la cual se desarrollaba la dialéctica histórica, en la cual Cooke creía fervientemente. Casi podríamos decir que Cooke veía en el peronismo la materia prima de la Historia Argentina cuyo necesario e inmanente desarrollo dialéctico llevaría a las masas al poder. El régimen estaba condenado. Aunque, en una de sus frases más célebres y contundentes, habrá de decir: *"Un régimen nunca se cae, siempre hay que voltearlo"*. John está habituado a las discusiones políticas desde su infancia: su padre fue funcionario del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. "Se afilia a la Unión Cívica Radical y participa en la agrupación antifascista y analiadófila Acción Argentina, frente integrado por figuras del socialismo, el radicalismo, el liberalismo, y el conservadurismo. Cooke percibe inicialmente el golpe de junio de 1943 como otro cuartelazo, pero su actitud cambia cuando el coronel Perón asciende posiciones en el nuevo régimen" (Horacio Tarcus (director). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976), Emecé, 2007, Buenos Aires, p. 148. Insisto en lo valioso de esta obra. Hay ausencias y hay algunas presencias que apestan. Pero es un trabajo sólido. Un gran trabajo de equipo. Una herramienta que los ensayistas precisábamos). Observemos por qué Cooke es Cooke: no se deja arrastrar por toda esa alharaca del nazismo de Perón. Ve enseguida en él al líder obrerista. Lo diferencia de los otros milicos del GOU. Perón viene a otra cosa. El padre de Cooke es designado ministro de Relaciones Exteriores desde agosto de 1945 a junio de 1946. Se convierte en un fiero contrincante de Spruille Braden. Cooke está a su lado, y ahí aprende a resistir a las presiones de los Estados Unidos. Estas presiones han seguido ininterrumpidamente. (¿Alguien cree que, hoy, en estos días dramáticos y repugnantemente reaccionarios, en esta fiesta de la oligarquía respaldada por una clase media chillona y atildada en su vestimenta y en sus elementos estridentes de cocina, no se encuentra la mismísima Embajada de los Estados Unidos?) Cuando Perón gana las elecciones del '46 Cooke es elegido diputado. Tiene sólo 25 años y se convierte en uno de los diputados más vehementes, más rompebolas del Congreso, porque le temen al Bebe Cooke como se le teme a la sangre joven, a las ideas frescas, a los modos nuevos, a las palabras nuevas y francas. Cooke es joven, pasional, insobornable. Hasta sus iras se desatan contra el gobierno que representa. Se opone al Acta de Chapultepec y a la Carta de las Naciones Unidas porque, como sabemos todos, fueron dos aflojadas de Perón. Bien, *Cooke las rechazó*. En 1951 lo expulsan de las listas partidarias. Está lleno de enemigos dentro del peronismo, es movimiento de alcahuetes y adulones, según, célebremente, lo definiera Perón. Se opone al Congreso de la Productividad. No quiere que las crisis del gobierno se solucionen con una mayor plusvalía de los obreros. Si no hay guita, que la pongan los que tienen y no el esfuerzo de los trabajadores en jornadas extraordinarias. Se viene el Segundo Gobierno Peronista. Evita está enferma. Se eclipsa, agoniza. Pero lo llama.

–Oíme, Bebe, te necesito como editor del diario *Democracia*. Tenemos que tener ahí un bastión fuerte contra los contreras.

–No puedo, señora.

–¿Por qué?

–Primero, tengo una cátedra como profesor de Economía Política en la Universidad de Buenos Aires.

–Pero, ¿vos me estás cargando? ¿Por un puesto de mierda en la Universidad vas a abandonar un diario? ¿Un puesto de batalla día por día, minuto a minuto? Un lugar desde donde un tipo con tu inteligencia les puede contestar sus canalladas a los contreras?

–Tengo otro proyecto también. Y éste es bueno, señora. Una revista. Como a usted le gusta. Dura, pero satírica, socarrona. Pegándoles a los contreras donde más les duele. Se va a llamar *De Frente* y la dirijo yo.

–Dale. Pero recordá algo. Los gorilas no son sólo ruines y pancistas. También son crueles. No te caigas, porque te patean.

–No me voy a caer, señora.

En *De Frente*, Cooke no sólo se la agarra con la oligarquía, también "critica a los sectores burocráticos del sindicalismo y algunas medidas del gobierno, como la firma del contrato con la empresa norteamericana Standard Oil de California, transformándose en una figura destacada en la línea más radical de dentro del peronismo. *Es la primera persona a la cual Perón convoca después de los bombardeos aéreos de 1955, ofreciéndole un puesto como secretario de Asuntos Técnicos*. Cooke rechaza sosteniendo que 'no es tiempo de la técnica sino de la política' y es nombrado interventor del Partido Peronista en la Capital Federal, encontrándose con una estructura corrupta y burocrática" (Tarcus, *Ibid.*, 148).

FENOMENOLOGÍA DEL BURÓCRATA: LA ANTÍTESIS DE COOKE

¡Qué pelotas tenía Cooke para rechazarle puestos a Perón! El rechazo de la Secretaría de Asuntos Técnicos es ejemplar. Ésa es la estampa de un militante. "No es tiempo de la técnica sino de la política." Pero no bien es nombrado interventor del Partido Peronista en la Capital, Cooke habrá de toparse una vez más con un adversario del que jamás se librará: la burocracia peronista, que terminó por ser, a lo largo de los años, sin más, el peronismo. Pero en la época de Cooke esta batalla no estaba saldada y él estaba dispuesto a dar la lucha. Fijemos un punto: ¿qué es un burócrata? (Y ojo: burócratas no sólo hay en el peronismo, están por todas partes.) Evita decía que era un nombre dispuesto a servirse de su puesto y no ponerse al servicio de él. Eso es, sí. Pero también es un traidor. Es un tipo que está para negociar. Y se negocia para ganar dinero. Hablemos, yo le doy esto, ¿qué me da usted? El burócrata tiene una visión financiera de la política. Lo que tiene, lo que logró, el cargo del que se ha adueñado lo hace sentir superior a los hombres del pueblo. Desde ahí puede hacer negocios. Un burócrata es un tipo al que la política sólo le interesa en tanto mantenga el statu quo. Porque él lo es. Si nada cambia, yo estoy aquí para siempre. Y si algo cambia, será para que yo trepe. Es un tipo que se la creyó. Que tiene muchas secretarias. Que hace sentir a los demás que es inaccesible. Que hace negocios en los mejores restaurantes de la ciudad y con los mejores vinos. Que tiene una familia para la formalidad tediosa de los actos públicos, pero se divierte desatinando sábanas con las mejores minas que sus subalternos le consiguen. Hace del sexo una fanfarronada constante. Cuenta sus hazañas en las mesas de la burocracia y las calla en las de los negocios serios. No es de buen gusto hablar de polvos clandestinos con los altos jerarcas del Chase Manhattan Bank. Sabe contar chistes. Sabe cantar tangos. O le gustan mucho. Idolatra a Perón. Adora a Evita. Él es el peronismo. El verdadero. Esos pibes que en el pasado quisieron llevarlo a la izquierda no entendieron al pueblo. El pueblo peronista ama a los hombres como él. Siempre es fanático de algún club de fútbol. En su oficina tiene la foto de Perón, de Evita y la de algún crack del club de sus amores. Se lo puede ver con alguna puta de lujo, de alta jerarquía, pero nadie dirá nada a su familia. Además, si la boluda de su mujer se entera, no hay drama. Porque –aunque se piense lo contrario– no es boluda y sabe que lo que tiene lo tiene gracias a los choreos de su marido, de modo que si quiere ponerla en otro lado y no en el lecho conyugal que lo haga nomás. Ella tiene bastante con el coche carísimo que le compró, con la casa, con los hijos, con las cenas a las que la lleva, con el infinito, orgásmico placer de conocer al Presidente, con enviar a los chicos a buenos colegios. El burócrata bromea con su secretaria y de tanto en tanto le toca el culo, porque él es así: jodón. La secretaria se le hace la púdica y dice: "Ay, señor Argañaraz, qué cosas tiene usted". El burócrata la pasa bien. Total, mientras dure hay que aprovechar y forrarse bien por si después la cosa se complica y alguien le pide cuentas. Ahí, un buen abogado y a otra cosa. "No jodamos, muchachos. ¿A mí me van a joder? Miren que si yo hablo se caen por lo menos cincuenta, por lo menos, digo, ¿está claro?, cincuenta, ochenta, ¿quieren la lista?" Es que el aparato es el aparato. El corleonismo es el corleonismo. Y el periodismo entra en la cosa también. "O nos dan la Planta de Pico Ladeado o seguimos puteando contra ustedes durante toda la eternidad."

Contra todo esto, en una época en que aún el menemismo no las había llevado al extremo de la indecencia apocalíptica, estaba Cooke. Quien, antes del golpe del '55 visita sindicatos y unidades básicas en un intento ganar apoyo para su estrategia de movilización integral y resistencia armada. Esta política crea una fuerte oposición entre los militares y la dirigencia peronista, *"que solicitan su detención antes del golpe de Estado de septiembre de 1955"* (Tarcus, *Ibid.*, p. 148/149). Cooke coincide con Milcíades en que la resistencia popular era posible y en que había que armar a las masas. Todo parece indicar que no se encontraron. Lástima. Se habrían potenciado. Lo de Cooke, en el '55, fracasa, pero su recurrencia a las armas se encarnará en las actividades desarrolladas durante la resistencia a los regímenes militares en la segunda mitad de los años '50 y los '60" (Tarcus, *Ibid.*, p. 149). Pero hay que aclarar algo: *Cooke, en 1955, quiere armar a las masas*. Quiere recurrir a la violencia pero con las masas como protagonista. No busca el grupo guerrillero que habrá de surgir de la equivocada y fatal teoría del foco guerrillero guevariana y el poder galvanizador de la guerrilla. Cooke tiene a las masas peronistas. Milcíades también. Y cuando, en el '55, buscan armas esas armas no son para ellos. Son para crear milicias obreras. No son jóvenes de clase media dispuestos a salvar a la clase obrera. *Trabajan con la materia prima de la clase obrera*. Este punto es fundamental. Si lo enuncio aquí es porque este ensayo, esta novela teórica, no es lineal, según ha sido exhaustivamente comprobado, y el lugar para diferenciar un intento armado de un grupo burgués que dice representar a la clase obrera y un militante de años como Cooke, y otro como Milcíades, que piden armas porque saben que los obreros están en condiciones de agarrarlas y defender a un régimen *más allá de su líder*, el cual, ante esa defensa, masiva, proletaria, genuinamente peronista, podría regresar y ser la bandera que la resistencia armada requería convocar a la clase obrera, a los sindicalizados, que superarían a sus conducciones burocráticas o que contarían con ellas porque las mismas verían que sólo podrían sobrevivir al costo de sumarse a la lucha.

Lo notable aquí era que Perón –en un gesto notable y que expresa su decisión de pelear, aunque él esté lejos– decide que el único dirigente capaz de conducir la hosca, dura, lucha que se avecina es el Gordo Cooke, por una razón muy sensible: era el más bravo, el más fiel, el más combativo y el que nunca haría lo que ya estaban haciendo la mayoría de los canallas del peronismo: hablar con los de la Libertadora, acomodarse dentro de las estructuras del nuevo régimen, mostrar buenos modales, negociar, conciliar, porque estos Libertadores vinieron para quedarse, se decían. El ejemplo más patético y público de esta conducta fue el marino Teisaire, vicepresidente de la República, que se puso a hablar hasta por los codos. Yo era niño, iba al cine, aparecía el noticiario y aparecía Teisaire y hablaba pestes del movimiento al que pertenecía. Sólo consiguió que el humor popular le pusiera un nombre inolvidable: "El cantor de las cosas nuestras".

Continuará.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

34 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (II)

Suplemento especial de
Página|12

PARTIDO Y MOVIMIENTO

Tempranamente empieza Cooke a recibir señales de Frondizi tendientes a un acuerdo con el peronismo. "Cooke no tenía ilusiones políticas respecto a Frondizi y dudaba especialmente de sus promesas nacionalistas, aunque al parecer creía, al mismo tiempo, que un acuerdo podía dar un respiro al movimiento peronista en un contexto fuertemente represivo. Viaja a Caracas para obtener la palabra final de Perón sobre el asunto y en febrero de 1958 *es el signatario del pacto secreto celebrado con Perón, Frondizi y Rogelio Frigerio*" (Tarcus, *Ibid.*, p. 149. Cursivas mías. Será correcto mencionar aquí que el excelente trabajo sobre Cooke del *Diccionario* de Tarcus corresponde a su colaboradora Victoria Basualdo). Con la elección de Frondizi, muchos peronistas de la "línea blanda", de esos que durante la época combativa solían ser llamados "dialoguistas", "pactistas" o "conciliadores" (el concepto de "burocracia pactista" es importante en Cooke y será uno de los que con más intensidad se apropiará la JP) se adueñan de posiciones de poder dentro del Movimiento. Coherentemente, intentan desplazar "a Cooke y a los sectores más radicales del peronismo. Perón reacciona frente a esta confrontación garantizando la autonomía de los diferentes grupos, lo que debilita la posición de Cooke y su puesto de jefe de la División Operaciones (...). Cooke intenta fortalecer la tendencia revolucionaria buscando convocar a trabajadores y miembros de la 'línea dura' del movimiento" (Tarcus, *Ibid.*, p. 149).

Tenemos planteadas ya las diferencias fundamentales entre Perón y Cooke, antes aun de haber analizado la *Correspondencia* que mantuvieron. En la distinta respuesta a esta situación está todo. Perón tiene una concepción *sumatoria* de la política. Hay que sumar fuerzas. Cuantos más seamos, más fuertes somos. Pero no somos todos iguales ni pensamos lo mismo, se le podría decir al conductor y, de hecho, Cooke se lo dirá varias veces. Pero Perón suplanta la ideología por la conducción. En el peronismo –dirá una y otra vez– en cuanto a ideología tiene que haber de todo. *No importa la ideología de los que se incorporan, lo que une a todos es la conducción del líder*. Hay aquí un núcleo poderoso de la personalidad y del estilo de conducción de Perón que funcionó siempre... hasta el 20 de junio de 1974. Ahí se produjo la gran sorpresa hasta para el propio Perón que, además, estaba físicamente deteriorado para resolverla. Pero el pensamiento de Perón radicaba en la posibilidad del conductor de conducir a todos. La unificación *no la daba la ideología, la daba la conducción*. "¿Usted es fascista, usted es zurdo?, entren los dos. Pero si acatan mi conducción." Es un pensamiento militar. Importa más la disposición de las fuerzas que el pensamiento que las mueve. Además, *las fuerzas no tienen por qué pensar*. Tienen que acatar a la conducción. Es cierto que Perón decía esas cosas que solía decir: que hasta el último que es conducido tiene un papel en la conducción. O ese otro célebre macanazo: que todos llevan en su mochila el bastón de mariscal. Para Cooke, todo es distinto. *Cooke es un ideólogo*. Cooke tiene una ideología. Es, sí, un tipo de izquierda. De una izquierda amplia. Que lleva adelante el pacto con Frondizi. Que ve el papel *objetivamente revulsivo* que tiene la figura de Perón en las masas, no sólo argentinas sino latinoamericanas. Pero, para Cooke, un fascista es un fascista. Y la política no es el arte de *sumar a todos. Es el arte de sumar a los propios.* De lo contrario, lo que se organiza es una mermelada, ese gigante invertebrado que siempre fue el peronismo. De aquí la actitud diferenciada que ambos tienen ante la inclusión de los "blandos", de los "dialoguistas" en el Movimiento. Cooke no los quiere. Se dan vuelta en cualquier momento. Un "blando" es un tipo siempre preparado para la traición. El "dialoguista" también. Tanto dialoga, que al final lo convencen los otros y traiciona. Sucede que Cooke no se ve a sí mismo como un gran conductor estratégico que puede "conducir el desorden", como se jactaba Perón. No se creía "el Padre Eterno". *Para Cooke, la conducción era la praxis más la teoría revolucionaria o la teoría revolucionaria más la praxis.* Perón impulsó una teoría para el peronismo. La teoría la hacía él. Plasmó, dibujó una doctrina adecuada a un movimiento. Un movimiento es un concepto tan amplio que en él entra todo. *Porque el peronismo es un "movimiento" resulta posible que los peronistas de la Triple A asesinen al peronista Troxler*. No es –hablando con precisión– eso que la izquierda llama un movimiento "policlasista". Desde luego que es "policlasista". Tampoco vale la pena discutir qué clase tiene la hegemonía. La hegemonía la tiene Perón. Que para algunos representará a la burguesía y, por consiguiente, el peronismo será un movimiento burgués. Pero aquí hay que salir de estos venerables conceptos. El peronismo podrá representar todo lo que se quiera que represente. Pero –mirando las cosas desde el año 2008– lo que el peronismo ha terminado por representar para la clase media y para la oligarquía o para las corporaciones financieras no es la burguesía. Aunque la represente. Aunque ella haga sus negocios por medio de sus políticas. Aunque siempre esté lejos de proponerse una revolución. El peronismo (y si no pregúntenle al establishment) representa a la negrada, a los grasas, a los gordos de los sindicatos, a los gronchos y, como siempre, al mal gusto. Y ése es su peligro latente. De aquí que aunque se empeñe en hacer buena letra, nunca los Estados Unidos lo mirarán con buena cara. El peronismo es popular. O "lo popular" se empecina en ser peronista. De este hecho, la responsabilidad de la torpeza política y organizativa de la izquierda argentina es enorme. *El peronismo no tiene "la culpa" de que los obreros no sean socialistas, la culpa la tiene el socialismo.*

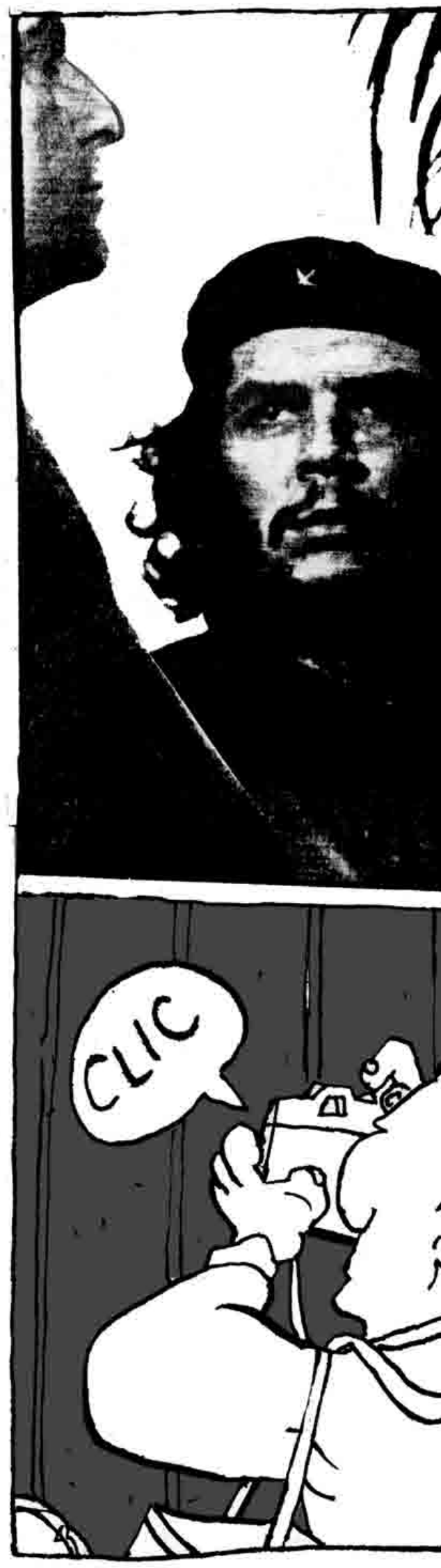
Perón podría reprocharle a Cooke desear *solamente* la creación de un partido revolucionario de vanguardia. Cooke le reprocharía querer fundar un movimiento de masas, un movimiento del pueblo con un líder que ejerza sobre él una conducción práctica y teórica. Se trataría, tal vez, de una discusión entre Lenin y Mao. Y mucho de ello lo veremos al analizar la *Correspondencia* que mantuvieron.

En enero de 1959 encontramos a Cooke entremezclado con la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, uno de los más altos momentos de la *Resistencia peronista*. Pero aquí es donde arremeten contra él quienes creen que es un comunista metido en el peronismo, que Perón ha confiado demasiado en él y tiene una peligrosa tendencia a hacerlo y que hay que sacárselo de encima. Los conciliadores, los dialoguistas, los macartistas (los que dicen, como Frigerio, que la huelga del Lisandro de la Torre está manejada por un sector comunista del movimiento) acorralan a Cooke y consiguen desalojarlo de los niveles de conducción y, aún más, intentan expulsarlo del peronismo. Recordemos, aquí, la fecha en que se lanza la huelga del Lisandro de la Torre: enero de 1959. Es el momento en que, gloriosamente, entran en La Habana Fidel, el Che, Raúl Castro y Camilo. Era un momento de exaltación para la izquierda latinoamericana. No sé si a Cooke le habrán importado mucho sus retrocesos en la conducción del peronismo. Su horizonte, ahora, estaba puesto en la Cuba de Castro. Quería ser parte de esa experiencia.

En efecto, los blandos, los conciliadores, lo destituyen. Pasa a la clandestinidad y, al poco tiempo, junto con su mujer, Alicia Eguren, se exilia en Cuba. "Una vez allí, profundamente impactado por la revolución que había triunfado en ese país, empieza a considerar la posibilidad de la guerra de guerrillas como un medio para resolver, a largo plazo, las contradicciones dentro del peronismo y de la sociedad argentina. Ejerce influencia sobre la primera iniciativa de guerrilla rural en la Argentina denominada *Uturuncos*, de filiación peronista, que operó brevemente en la provincia de Tucumán hacia fines de 1959" (Tarcus, *Ibid.*, p. 150). Lleva jóvenes a Cuba para iniciarlos en las prácticas de la guerrilla, pero rechaza a los del Partido Comunista *porque sostenían una postura antifoquista. (Que Cooke, en sus más profundos desarrollos teóricos, no avalará en modo alguno.)* Se produce Bahía de Cochinos y se pone el uniforme de miliciano. Hay una foto entrañable en la que lo vemos así vestido: gordo, realmente con mucho sobrepeso, sonriendo, con su gorra, su fusil, con todo lo que tiene que tener menos pinta de combatiente. Es el Gordo Cooke de todas las encrucijadas: un tipo que nació para pensar, para discutir, para dar discursos, para escribir, no para agarrar las armas. Es la antítesis del soldado. Conmueve igual que lo haya intentado: él era así, nunca dejaba de hacer las cosas en que creía. Y en la invasión de Bahía de Cochinos había que defender a Cuba. (A propósito: la novela *Rosa de Miami*, de Eduardo Belgrano Rawson, es una joya de nuestra literatura que narra, precisamente, la invasión a Cochinos. Pocos como Belgrano son capaces de narrar –con una prosa brillante y precisa– un hecho histórico y llevarlo a los niveles del arte literario. Ya lo ha hecho con la guerra del Paraguay en su notable *Setembrada*.)

LA VIOLENCIA Y LA TEORÍA DEL FOCO

El texto mítico que produce (el que buscábamos o celosamente custodiábamos si lo habíamos conseguido) es *Informe a las bases*. Se constituye en el gran teórico del peronismo revolucionario. "Cooke es elegido de manera unánime para conducir las delegaciones de la Argentina a las Conferencias de la Tricontinental (a la que envía Guevara, desde Bolivia, su célebre texto sobre la creación de los muchos Vietnam en América latina, que estudiaremos, JPF) y OLAS en 1966 y 1967 por parte de las organizaciones miembros, en las que se considera válida la vía de la lucha armada y la guerra revolucionaria prolongada" (Tarcus, *Ibid.*, p. 150). Funda la Acción Revolucionaria Peronista. Es muy influido por el pensamiento de Guevara sobre el foco guerrillero. Algo que no está del todo definido en su pensamiento, pues si Cooke adhiere tan persistentemente al peronismo es porque considera que las masas peronistas pueden y deben ser la base de todo hecho revolucionario, lo que se opone a la teoría del foco, que parte del grupo guerrillero y del carácter galvanizador de la guerrilla. Nunca emprendió una acción guerrillera propia. Posiblemente porque no estaba físicamente preparado para tal cosa. O por alguna vacilación de tipo teórico que acaso vayamos descubriendo. Pero no es correcto hablar de un Cooke foquista. Cooke, por el contrario, es el ideólogo del peronismo revolucionario porque es el ideólogo del *entrismo* en las masas. Seamos peronistas porque las masas lo son y debemos llevarlas hacia la lucha por la liberación nacional. No dejó, además, de usar nunca estos conceptos: liberación nacional. Encontraba en el peronismo "lo nacional" y no quería perderlo.



Muere de cáncer el 19 de septiembre de 1968. Tenía 48 años de edad. Un enorme signo de interrogación se abre aquí. ¿Qué habría hecho Cooke ante el regreso de Perón? ¿Qué habría hecho Cooke después de Ezeiza? ¿Se habría unido a los Montoneros? ¿Se habría unido al ERP, posibilidad nada desdeñable? ¿Habría creado una organización propia? ¿Habría sacado una revista, como hizo Ortega Peña con *Militancia*? ¿Habría, antes, aceptado las negociaciones con Lanusse, la salida electoral? ¿Y si su jefatura, su poder como figura mítica del peronismo, se imponía sobre la de Firmenich y la Galimberti, cuando

la Juventud Peronista se transforma en la Tendencia? ¿Y si directamente abría él el espacio del peronismo revolucionario y confluían ahí todas las corrientes de izquierda? Es impensable. Era demasiado fuerte su presencia como para que, incluyéndola, podamos no pensar que los cambios habrían sido importantes. De todos modos, cabe pensar también que se murió a tiempo. Que nada habría podido protegerlo de las bandas asesinas que se desatan después de la muerte de Perón. Que el aparato parapolicial montado en vida de su viejo líder, del hombre en el que tanto confió, al que tanto esperó y del que esperaba tanto, lo habría asesinado con tanta saña como a Troxler, como a Ortega Peña.

Pese a su experiencia cubana y pese a sus transitorios (o no) deslumbramientos con la teoría del foco insurreccional, debidos, en gran medida, a su admiración por el Comandante Guevara, el punto que más sigo admirando de Cooke es el de la relación que establece entre la lucha (armada o no) y las masas. La violencia sólo se legitima cuando hunde sus raíces en el pueblo. Cooke es peronista porque en el peronismo encuentra la sustancia de la lucha. Y esa sustancia es para él el pueblo peronista. Si no, no habría andado tanto tiempo detrás de Perón. Si Cooke lo requiere a Perón es porque quiere una *verdadera violencia revolucionaria.* La que surge como respuesta de un pueblo en lucha contra una dictadura. Para colmo, la situación argentina era todavía más injusta: el pueblo reclamaba por un líder. Por un hombre al que había tal vez idealizado (sin duda ayudado por la maldición de los poderes ilegítimos) pero al que genuinamente quería. Con ese líder, con esas masas, no hacía falta foco guerrillero alguno y se eludían los eternos peligros de las vanguardias. En marzo de 1973, en el N° 8 de la revista *Envido*, en un artículo que llevaba por título: "Cooke, peronismo e historia", buscaba yo desarrollar esta concepción ante el escozor que me producía el iluminismo de grupos armados como el ERP (al que la relación con las masas no le importaba en modo alguno) y las posibilidades de Montoneros de seguir en la lucha armada una vez instalado el gobierno democrático peronista. Esta posibilidad, atinadamente, Montoneros la había declinado ante el triunfo electoral, un triunfo por el que mucho había hecho, ya que la campaña la llevó adelante la Tendencia, los muchachos de la Patria Socialista. Cito el texto: "Desde que Lenin, en 'Qué hacer', citó a Kautsky y aceptó aquello de que la conciencia socialista debía ser introducida como 'elemento externo' en la clase obrera, la cuestión se ha vuelto a plantear una y otra vez: ¿cuáles son las relaciones entre la teoría revolucionaria y las masas? Rosa Luxemburgo, oponiéndose a las tesis de Lenin, no tuvo dudas: la teoría revolucionaria estará determinada por el movimiento espontáneo de las masas. Para Althusser, sin embargo, éste es un típico error teórico 'izquierdista'. Aquí va: 'La ciencia marxista-leninista (...) no podía ser el producto espontáneo de la práctica del proletariado: ha sido producida por la práctica de intelectuales que poseían una alta cultura, Marx, Engels, Lenin, *y fue aportada 'desde afuera'* a la práctica proletaria, a la que modificó de inmediato al transformarla profundamente" (Louis Althusser, *La filosofía como arma de la revolución*, Pasado y Presente, Córdoba, 1968, p. 38) (...) Lo que aquí está en juego, y lo que realmente hay que definir, es el concepto de *vanguardia*. Si bien es cierto que la auténtica conciencia revolucionaria es aquella que puede conectar las luchas parciales con una estrategia global de poder, no lo es menos que esa conciencia no puede ser patrimonio de un grupo de elegidos consagrados a introducirla como "elemento externo" en las masas. Acabarían, fatalmente, condenados a generar una conciencia abstracta y suprahistórica, una especie de burocratismo iluminista. Y Cooke no dejó de ver claro en esto: "La política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas" (Cooke, *La lucha por la liberación nacional,* Papiro, Buenos Aires, 1971, p. 42). La vanguardia revolucionaria, en suma, nada tiene que ver con los grupos minoritarios de científicos de la revolución consagrados a elaborar teorías sin pueblo... (J. P. F., *Cooke, peronismo e historia,* revista *Envido*, marzo de 1973, Buenos Aires, N° 8, p. 23). Y luego citábamos otro texto en el que Cooke decía que no era posible conocimiento alguno exterior a la práctica de las masas. Que el conocimiento revolucionario es la experiencia directa de esa lucha enriquecida por el pensamiento crítico. Estas cosas las publicábamos en *Envido* en marzo de 1973. Firmenich leía nuestra revista, pues días después la pidió para la organización. (*Nota*: Los que nos opusimos a tomar esta medida –reclamando la libertad que la revista siempre había tenido– perdimos la partida. Pero sólo un número más salió de *Envido* y al supremo jefe no le agradó. *Envido* no era proclive a la violencia y menos aún luego del triunfo del 11 de marzo. Además, nunca adhirió a la teoría del foco, por considerarla ajena a la experiencia de masas del peronismo.)

LA VIOLENCIA Y LAS MASAS

O sea, la idea central que da origen al nacimiento de la izquierda peronista, es decir, que hay que estar *en* el peronismo porque ahí están las masas y sin las masas no hay revolución posible, sino que se genera el vanguardismo sin pueblo que termina girando en el vacío (algo que luego habrá de decirles, tarde, Rodolfo Walsh), estaba bien expuesta por todos los miembros de *Envido*. No había uno que no pensara eso y que, de una u otra manera, no lo hubiese escrito en la revista. La política de superficie de Montoneros responde a esta precisa concepción teórica. Le dura hasta el asesinato de Rucci. Ahí prescinde de las masas.

Pero el texto de Cooke que valía oro para mí y en el que me basaba para desarrollar la teoría de las masas como base de toda acción política y como único elemento que, bajo la proscripción dictatorial y ejerciendo el derecho de los pueblos a sublevarse contra la tiranía, podía justificar la violencia, era el que he citado ya en mi trabajo (lejano) de 1973: *La lucha por la liberación nacional.* Sobre él trabajaremos ahora para desarrollar los temas centrales del pensamiento de Cooke. Se comprenderá que no utilice el texto de Papiro de 1971 porque ignoro en qué encrucijada de la vida (y del terrorismo de Estado) se me extravió.

El texto célebre de Cooke que inicialmente todos empezamos a leer fue el *Informe a las bases*. Se trataba de un análisis revolucionario del regreso de Perón en 1964. Cooke desarrolla ahí sus principales puntos teóricos. Es necesario señalar que conocía muy bien la *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre, libro que desarrolla de modo brillante y contundente la temática del *Grupo en fusión*. Si hay, por otra parte, un texto que no toma en cuenta el concepto de vanguardia es el de Sartre, pues todo su esfuerzo se concentra en mostrar la totalización dialéctica que va del individuo al lugar de la historia.

El texto de Cooke surge de una conferencia que dio en Córdoba a la FUC (Federación Universitaria de Córdoba) el

4 de diciembre de 1964. Habla del fracaso de la operación retorno: Perón, en efecto, fue detenido en el aeropuerto de El Galeao y regresado a Madrid. Ante este fracaso hay varias reacciones, varias propuestas. Cooke, al describir, las de los super-violentos lanza una de sus frases más penetrantes. Los super-violentos "proceden como poseedores de las recetas infalibles para la revolución perfecta, trazada con escuadra y tiralíneas" (John William Cooke, *La lucha por la liberación nacional,* Editorial Quadrata, Buenos Aires, 2007, p. 35). Si hemos de reflexionar sobre la violencia, lo mejor es hacerlo desde ya, pues esta historia es violenta de cabo a rabo y si es Cooke quien nos acerca sus reflexiones en uno de sus textos más notables, más importantes, hay que escucharlo más que a muchos, no digo más que a nadie, pero más que la mayoría de los que han desvariado en torno al tema fundamental de la condición humana: ¿hay que matar?, ¿por qué mata el hombre?, ¿hay una violencia legítima?, ¿cuáles son sus condiciones? A veces creo que el tema de este ensayo (un ensayo en torno de un movimiento político urdido por la violencia) es precisamente éste. De modo que escuchemos la voz lúcida, el pensamiento de un tipo arrasadoramente inteligente. "La no-violencia (escribe Cooke) corresponde a una manera de ser, a una modalidad intrínseca de la burocracia reformista; la violencia sin fundamentos teóricos suficientes es también una simplificación de la realidad, que supone un expediente –el de la violencia– sacado del contexto revolucionario, desvinculado de la lucha de masas, *es la acción de una secta iluminada*. Ambos tienen la misma falla respecto de la realidad. Uno la acata tal cual es: mide la correlación de fuerzas y como, evidentemente, el enemigo tiene la máxima concentración de fuerza material, los tanques, las armas y el dinero del imperialismo, se resigna y busca que el régimen le dé entrada con alguna porción de poder compartido; es el neoperonismo y todas las variantes de la burocracia reformista. Al mismo tiempo, violento porque sí, el que se proclama exclusivamente como 'línea dura' *cree que esa correlación de fuerzas puede ser modificada por el mero voluntarismo de un grupo pequeño de iniciados; no aspira a un movimiento de masas en que la salida revolucionaria sea la consecuencia lógica y la dirección revolucionaria se convierta en la única posible, sino que aspira a constituirse como vanguardia del movimiento caído de la estratosfera para venir a decirle las verdades reveladas de esa revolución sin fundamento doctrinario, sin base en la realidad*" (Cooke, *Ibid*., p. 36. Cursivas mías.) Este *voluntarismo* es constitutivo de la vanguardia. Con la voluntad todo es posible. La voluntad revolucionaria puede vencer los escollos de la realidad, siempre débiles ante ella. La voluntad revolucionaria puede suplir el respaldo de las masas y, con su poder, convocarlo. No es azaroso que el libro de Anguita y Caparrós lleve por título *La Voluntad*. La voluntad es un concepto nietzscheano y la voluntad de poder es, para Nietzsche, aquello que permite el devenir de la vida. Para el revolucionario abstracto, iluminista, su voluntad no necesita asideros en la realidad, los crea. Su voluntad es, también, pura, es la voluntad del iluminismo revolucionario que tiene que vencer necesariamente al vil mercantilismo del mercenario. Hay una valoración moral de la voluntad. Nuestra voluntad es pura, es limpia, se rige por ideales. Nuestros enemigos son mercenarios. O soldados recogidos del pueblo que se nos unirán en el momento del combate. La voluntad, a la vez, me permite conocer la realidad y se nutre con ese conocimiento, que es, ni más ni menos, que la *teoría revolucionaria.* Cooke, por el contrario, escribe: "La política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas" (Cooke, *Ibid*., p. 38).

¿Se comprende el valor que le damos a este texto, el aura mítica que tenía para nosotros cuando sólo podíamos conseguirlo en mimeógrafo? La derecha peronista nunca lo aceptó. Amelia Podetti, brillante teórica, notable filósofa, detestaba a Cooke. Hicimos juntos en 1969 un seminario sobre los procesos de cambio en la Argentina. Amelia decía: "El teórico del peronismo no es Cooke, es Perón". Era la posición de los intelectuales de derecha. De los mejores cuadros de Guardia de Hierro. De los Demetrios. Se conocían de memoria *Conducción política* y *La comunidad organizada*. Estudiaban cada uno de los filósofos citados en este último texto. Agotadora tarea, ya que Perón no dejaba uno sin citar. La izquierda peronista les decía "el peronismo mogólico". Cuando Perón llega (en su primer regreso y se instala en Gaspar Campos) rodean la manzana, pasan la noche ahí, custodiándola, y cuando sale el sol cantan: "Buenos días, general, su custodia personal". Eran profundamente antimarxistas. Profundamente anticookistas. Detestaban a la guerrilla aunque no se le opusieron hasta que Perón se les enfrentó. En 1973, en medio de ese enfrentamiento, Podetti empezó a dar unos cursos sobre ortodoxia peronista en el Teatro San Martín. La encontraron muerta, en plena dictadura, de un paro cardíaco, dijeron. Salvo que haya sido algún ajuste de cuentas de la derecha peronista, los militares no tenían motivo alguno para liquidarla. Había sido una ferviente enemiga de la guerrilla. Y había odiado a Cooke desde Perón y atacado la importancia que nosotros le dábamos a nuestro Gordo querido.

LOS FUNDAMENTOS DE LA VIOLENCIA

Cooke, en su *Informe a las bases*, escribe textos dignos del Prólogo de Sartre a Fanon: "El obrero (...) sujeto para sí, es objeto para quienes lo explotan, carente de bienes materiales y también de los bienes espirituales a los que se accede por medio de la cultura y el desenvolvimiento de la personalidad. El primer paso para dejar de ser objeto no es la cultura, que los regímenes de trabajo extenuantes no le permitirán formarse, sino la acción revolucionaria" (Cooke, *Ibid*., p. 50). De este modo, la misión del verdadero hombre de izquierda es incorporar al obrero a la praxis, no hacerla solo, como el vanguardista iluminado, porque incorporando al obrero lo incorpora a la cultura, que sólo le puede venir de la acción revolucionaria. Esta es la única acción *pedagógica* válida del intelectual sobre el obrero: sumarlo a la lucha revolucionaria, ayudarlo a encontrar su identidad en la lucha. Luego Cooke dirá otra de sus frases como latigazos: "Un régimen nunca se cae, siempre hay que voltearlo". Notemos que la potencia de estas fórmulas responde al poder de su pluma eximia, como el caso de Sartre.

Y ahora el anteúltimo parágrafo de este texto deslumbrante. Su título: *Los fundamentos de la violencia.* Detecta una carencia en el peronismo revolucionario: una adecuada teoría de la violencia. "La teoría revolucionaria comprende la teoría de la violencia" (Cooke, *Ibid*., p. 65). Vamos a citarlo extensamente. Lean con detenimiento el texto. Luego, con ese mismo detenimiento, nos consagraremos a analizarlo. Cooke empieza con el argumento que extiende la violencia a la *injusticia social*: "Pero el que algunos tengan mucho y otros no tengan nada, ¿acaso no es un hecho de violencia? (...) La opresión no es una fatalidad que nos llega del cielo: la opresión es algo que unos hombres les hacen a otros hombres. No es una situación de la que nadie sea responsable: es responsable el régimen, son responsables los hombres del régimen (...). Si en el Noroeste hay una mortalidad infantil altísima (...) eso no ocurre porque sí, sino porque hay hombres que han creado las condiciones para ello, y hombres que son cómplices porque las aceptan" (Cooke, *Ibid*., p. 66). Ese es el aspecto existencialista de Cooke. Su hondo humanismo sartreano. Si Levinas puede decir que los filósofos existencialistas se equivocaron al reducir el Ser al ente antropológico, Cooke lo mandaría al diablo. A mí me importa el hambre, la miseria y la explotación del ente antropológico, si eso es el Ser o no lo es, no me preocupa, entreténgase usted con esas cosas. Observemos con qué obsesividad Cooke marca la responsabilidad de los hombres en la iniquidad de la historia. El mecanismo de la explotación no viene de las estructuras, *Son los hombres quienes lo sostienen*. Se dispone a luchar contra la degradación de los hombres con todos los medios que tenga. Y si no es elegante, no le importa. "*Nosotros somos peronistas, no caballeros*" (Cooke, *Ibid*., p. 66). Y atención ahora: "Condolerse por la condición de los niños norteños es lo que viene haciendo la oligarquía desde hace cien años. El que realmente lo sienta, que tome parte de la lucha. *No con llamados a la buena voluntad de los opresores, sino armando el brazo de los oprimidos, dándoles conciencia de su opresión y de las causas y despertando su voluntad para buscar la libertad*" (Cooke, *Ibid*., p. 66). Aquí resuena la poderosa frase de Marx: "Hay que hacer la opresión real aún más opresiva, agregándole la conciencia de la opresión; hay que hacer la ignominia aún más ignominiosa, publicándola" (Es la *Introducción a la filosofía del derecho de Hegel*, 1843). O del mismo texto: "La crítica no es una pasión de la cabeza, sino la cabeza de una pasión. No es un bisturí sino un arma. Su objeto es su enemigo, a quien no quiere refutar, sino aniquilar". Y sigue Cooke: "Es falsa la elección entre violencia y no violencia: lo que se debe resolver es si se ha de oponer a la violencia de los opresores la violencia libertadora de los oprimidos" (Cooke, *Ibid*., p. 66). Pero esto es muy complejo. No es cuestión de venir a hablar así nomás de la "violencia de los oprimidos" y de pronto aparecen cuatro locos con metralletas al grito de "¡Aquí están los oprimidos!" Eso le hace un daño irreversible a la revolución. Escribe Cooke: "Por eso los que vienen con revolucionarismos abstractos, anunciando baños de sangre y declarando la guerra civil porque sí y ante sí, también están lejos de la violencia revolucionaria, *que presupone la moral*. El revolucionario no desprecia la moral: desprecia la ética del régimen para sustituirla por la ética de la solidaridad revolucionaria" (Cooke, *Ibid*., p. 67). La violencia revolucionaria, dirá, es distinta a la del régimen porque tiene una base ideológica y moral. "Porque no se puede exponer a un ser humano a la cárcel –y tal vez a la muerte– sino conmoviéndolo como conciencia, *como parte de la conciencia colectiva*. Es violencia contra los enemigos de los seres humanos; o sea, es amor a los hombres que se traduce en odio a quienes causan su desgracia" (Cooke, *Ibid*., p. 67. Cursivas mías).

Considero que la exposición que acabamos de ver en este luminoso texto de John William Cooke es una de las más sólidas e inteligentes que se han formulado desde la izquierda. Si tenemos en cuenta que el texto es de 1964 no podemos sino concluir que es posterior a todo cuanto Guevara le haya podido decir acerca del foco insurreccional en Cuba. Bien, en este texto no hay una sola mención a ese foco. ¿Cuál es la diferencia? El foco insurreccional plantea: primero el foco, después las masas. Es lo que cantaban –muy equivocadamente– los pibes de la JP, los foquistas: "Ayer fue la Resistencia, hoy Montoneros y FAR, y mañana el Pueblo entero en la lucha popular". Lo que causaba el estupor de muchos, pero muchos, eh, muchos, que habíamos "entrado" en el peronismo por otros motivos. Justamente por el contenido masivo del movimiento. Oigan, ¿cómo *mañana* el pueblo entero? ¿Para eso nos metimos en el peronismo? No, muchachos: Y *por siempre el pueblo entero en la lucha popular.* La concepción de Cooke no es la de Guevara, por más amigos que hayan sido y por más que, según la leyenda, haya seducido el Guerrillero Heroico al gran lector de Sartre y de Marx. Para Cooke la cosa no es primero el foco, después el pueblo. No es primero una minoría y después las masas. Una minoría sin masas se extravía sin remedio. No existe revolución sin masas. El verdadero revolucionario es aquel que trabaja con y desde las masas. Por eso valoraba tanto a Perón. Lo que Perón le daba: las masas peronistas. Lo veremos todavía con mayor profundidad en nuestra próxima entrega. Cuando analicemos la *Correspondencia Perón-Cooke*, una joya del pensamiento político. También una imposibilidad de entendimiento que se vislumbra desde el principio y que será cerrada por Cooke cuando escriba: "Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética".

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

35 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (III)

Suplemento especial de
Página|12

LA SUSTANCIA DE LA REVOLUCIÓN SON LAS MASAS

Ni siquiera se requiere ser un buen lector de Marx para saber algunas cosas. Alcanza con leer el *Manifiesto comunista*. Ahí, Marx expone, de un modo tal vez algo directo pero con pasajes brillantes, la dialéctica histórica. Si le canta un Himno a la burguesía (*la clase más revolucionaria de la historia humana*) es porque de las revoluciones burguesas, que implican la destrucción de todos y cualquiera de los sistemas de producción anteriores a ella, habrá de surgir el proletariado, *la clase obrera*. La violencia se encarna en esta clase y es ella la que la realiza. La idea del foco era por completo ajena a Marx. En América latina es el Comandante Guevara el que la impulsa, *sin partir de ninguna experiencia empírica*. Tal como lo dije. Porque la Revolución Cubana no es la huevada esa de los doce heroicos guerrilleros que vencieron al ejército batistiano. Fidel contó con la adhesión fervorosa del campesinado cubano y sin él (y sin el deterioro del ejército de Batista, más la pasividad de los Estados Unidos *que apoyaron o toleraron de buen grado la revolución de "los pintorescos barbudos"*) no habría existido la Revolución Cubana. Pero Fidel trabajó todo el tiempo, sin desmayar un instante, con el campesinado que se pondría masivamente de su parte. *Y se puso*. En Bolivia, al Che, los campesinos lo delataban. ¿Cuál era la diferencia? Fidel hacía la Revolución desde el corazón de la Cuba sometida. Fidel era cubano. Conocía a los cubanos. Hablaba y sólo escucharlo era escuchar a un cubano. En Bolivia, el Che tenía que aprender quechua. Inti Peredo reunía a unos indios azorados y les hablaba de un hecho incomprensible y mágico: la Revolución Cubana. Esto no lo pretendemos dejar liquidado aquí, pues estas cosas son delicadas, no sólo teóricamente sino por las sensibilidades que hieren. El Che es, hoy, el símbolo más puro que los hombres rebeldes tienen de la rebelión. No es cuestión de tirarlo abajo. Pero yo no trabajo ahora sobre símbolos. Yo llevaría una pancarta del Che en una movilización, como cualquiera que no sea un garca de esos que pululan en la Argentina de hoy, que, si nos descuidamos, llevan la pancarta con más entusiasmo que cualquiera de nosotros. Pero el Che, como creador de la teoría del foco, dio un paso equivocado en las luchas revolucionarias, que tuvo un saldo trágico y lo sigue teniendo. Para Marx, que sabía de teoría revolucionaria y de politología más que el Che, la violencia sólo es revolucionaria cuando se encarna en las masas. Como bien dice al final del *Manifiesto*: los comunistas no ocultan sus propósitos, voltearán al régimen burgués por la violencia, pero esa violencia tiene un sujeto de clase: el proletariado, las masas. Y si el "proletariado" suena a "proletariado británico", reemplacemos el concepto por el de "masas". ¿Cómo se hace la revolución con las masas? El trabajo es mayor que el que requiere la teoría del foco. Pero apuntemos esto: no hay revolución sin la participación activa de las masas. La tarea de las vanguardias es la de acompañar a las masas. En todo caso irlas ideologizando *en el curso de la lucha*. Pero no bien la vanguardia va *más allá* de las masas se aísla. Cae en la soberbia. Pierde *sustancia*. *La sustancia de la revolución son las masas*. De aquí que el peronismo se presentara tan tentador. *Con un empujoncito más hacemos de este pueblo un pueblo revolucionario y el líder no tendrá más que aceptarlo.* No se trabajaba sólo para obedecer a Perón y aceptar su conducción linealmente. No, señores, *No*. Se trabajaba para que el pueblo peronista diera hacia adelante el paso que aún lo alejaba de las consignas de lucha socialistas. Una vez producido esto, Perón no tendría más remedio que aceptarlo. *El que entiende esto entiende todo el complejo fenómeno de la izquierda peronista*. Las guerrillas formaban parte de esa tarea global jaqueando al régimen, pero no tenían la conducción de la lucha. Perón no se equivocaba en llamarlas *formaciones especiales*. (*Volveremos sobre esta conceptualización. Pero el concepto de "especiales" expresa que, para Perón, no eran lo natural de la lucha, no eran el medio por el cual el pueblo acostumbraba a enfrentar a las dictaduras*. Eran "especiales". Los muchachos tenían que golpear, decía Perón, y no dejar de golpear, pero la lucha era la del pueblo todo. El gran error de la Juventud Peronista fue encandilarse con la guerrilla. Que ya dejaron, para ella, de ser "formaciones especiales" para pasar a ser vanguardia. Se incorporó también una sobrevaloración de la Muerte que sólo podía producir lo que produjo: cadáveres. "Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor", se cantaba en el acto de Atlanta del '73 con un entusiasmo festivo, abiertamente festivo.)

MUSULMANES: ¡VIOLEN A CARLA BRUNI!

La conducción era, de acuerdo, la de Perón pero, sobre todo, la de los militantes de superficie que hacían trabajo ideológico y de formación de cuadros, pues de ahí saldrían las masas que llevarían al peronismo al encuentro con la ideología de los tiempos que corrían: el socialismo. Cuando –en 1974– la historia se redujo al enfrentamiento entre aparatos armados todo esto fue destruido y la tarea terminó. El motivo por el cual habíamos entrado al peronismo fue liquidado por las balas de la clandestinidad montonera y de la barbarie de la Triple A. El motivo por el cual habíamos entrado al peronismo era (en gran medida) Perón. Con Perón muerto, con las masas en reflujo por la balacera de las orgas, había (ya) que retroceder. Toda la segunda mitad del año '74 y todo el año '75 es guerrilla sin pueblo. Los que estuvieron en eso se equivocaron. O no entendían a Marx o no entendían la esencia de la izquierda peronista. El momento del reflujo no fue el del '76. Ahí ya estaba todo perdido. Fue apenas muere Perón. *Ahí había que frenar*. Lejos de ello, la guerrilla pasa a la clandestinidad, deja al descubierto a todos sus cuadros de superficie y la Triple A se hace un festín. Marx había escrito: "*La fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas" (Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*). Si decimos esto ahora no es sólo para esclarecer puntos teóricos que llevaron al desastre en el pasado (porque, ¿se llegó al desastre o no?, ¿no es hora de preguntarse seriamente por qué sin importar a quién se cuestiona?) sino para hacer política hoy. Un grupo que va armado a una movilización se equivocó de práctica. Los delirantes que le reventaron la cabeza al miserable de Fernando Siro le hicieron un favor a la policía y victimizaron a una persona detestable como Siro, a quien nadie jamás habría compadecido. Además, la hora de la violencia, si llega, nunca llega para un grupo, nunca llega para cuatro o cinco. Una piña del señor D'Elía arruina una concentración de cuadros o aun de lúmpenes dándoles pasto a las cámaras y a las fotos del periodismo canalla que está esperando *exactamente eso*: una piña de D'Elía para decir lo que necesita decir, *ahí está la barbarie peronista.* Un cuadro políticamente formado no hace eso. Una piña, en política, no la pega un solo tipo. O se entiende o no. Pero si no se entiende es grave, es peligroso, el fracaso está al alcance de la mano. Y cada vez es más difícil retornar de los fracasos.

Mi posición final sobre la violencia acaso sea un delirio utopista, un imposible poético, una huevada bíblica. Pero ahora no estoy hablando de eso. Hablo de la diferencia entre la violencia de masas y la teoría del foco insurreccional. Para ser claro: si mañana 150.000 musulmanes invaden París e incendian todo, destruyen la columna Vendôme (como hicieron los comuneros de 1871), tiran abajo la Torre Eiffel, lo apuñalan a Sarkozy, a todos los nazis de Le Pen y violan repetidas veces a Carla Bruni, bien: que se jodan los franceses. Se buscaron esa rebelión masiva. El racismo, el desdén, la soberbia, la exposición de la riqueza en las narices de los miserables posibilitaron todo eso. La exclusión, el no admitir como ciudadanos a personas que hace rato ameritan tal reconocimiento. *Todo eso hizo posible la violencia*. La violencia vino después. La *Resistencia peronista* fue violencia de masas. Había un pueblo proscripto, un partido mayoritario prohibido, un líder enviado al exilio y el cadáver de la mujer que había amado a ese pueblo y que ese pueblo amó permanecía vilmente escamoteado, los que metieron caños, los que hicieron sabotajes actuaron con todo eso como base. Cuando se dice *las bases* se dice eso. No es sólo una clase. Sino una situación histórica. La *base* de la Resistencia Peronista era lo que acabamos de describir. Ahora bien, para representar a esa base hay que surgir de ella o estar en contacto permanente con ella. *Hay que conocerla*. Yo no puedo ser un boludo de clase media que ni idea tengo de la clase obrera y poner un caño en su nombre. Para Marx y Engels el ejemplo de violencia de masas fue la Comuna. Quien no leyó los trabajos de Marx, Engels y Lenin sobre ese hecho histórico que lo haga ya antes de decir zonceras sobre algunas cosas que se dicen en este trabajo.

LA LUCHA DE CLASES, ¡HOY!

Sigamos con Cooke. Abordamos un trabajo de 1967, *La revolución y el peronismo*. En él, Cooke aclara sus consignas más célebres: *El peronismo es el hecho maldito del país burgués y la contradicción peronismo/antiperonismo es la expresión de la lucha de clases en la Argentina*. No podemos posar de científicos de no-sé-qué y eludir el momento histórico en que se escriben estas páginas. Hoy es el día en que en la plaza Sarmiento se reunió toda la Argentina garca (me encanta esta palabra que usan inconteniblemente los de la revista *Barcelona*) y en el Congreso el peronismo que se nuclea alrededor de la figura de Néstor Kirchner. La asistencia a los dos actos fue pareja. El país está dividido en dos. Por un lado, un movimiento destituyente (perfecta expresión acuñada por un grupo de intelectuales) encabezado por la Sociedad Rural, los periodistas progres, la izquierda jurásica y el PCR liderado por un personaje que pasará a la historia (no sé a qué historia: si a la universal, a la nacional o a la del lumpenaje agrocomunista, sospecho que a ésta) de nombre tanguero: Alfredo De Angeli, sobre el que ya están escribiendo libros. Por el otro, el peronismo *alla* Kirchner, que no puedo analizar aquí. Notable es que muchos antiperonistas están del lado peronista. Es cierto: el otro extremo apesta a gorilismo, a derecha, a reacción, a golpismo. Pero es bueno ver a Cossa, Viñas, Rozitchner, Jitrik de un lado que no pudieron o no supieron elegir en 1955. Acaso era también imposible que lo hicieran. Era mucho más difícil, es cierto. La cosa es: aquí están. Y cerca de 300 intelectuales más, peronistas o no. Queda claro que no se trata del apoyo a un gobierno, ni al peronismo (que vaya uno a saber qué es hoy, está lleno de peronistas del lado garca, ¡Barrionuevo está!), sino de la defensa del orden institucional ante el ataque poderoso de las fuerzas más retrógradas del país.

Las cámaras de televisión se meten entre las "masas" del acto de la Sociedad Rural y aparece una fauna que nosotros (los tipos como nosotros, porteños de la Gandhi, del San Martín, de *Chiquilín* o *Lalo*, universitarios, intelectuales, tipos que no tenemos programas de radio, que no escribimos en los grandes diarios, que todavía polemizamos sobre el foco guerrillero o nos interesan los derechos humanos y el castigo a los genocidas) apenas si conocemos: todo el garquerío estaba ahí. Impresiona la nitidez en la diferenciación de clases. *Si esta no es la lucha de clases, la lucha de clases ¿dónde está?* Cuatro terratenientes que hablan en nombre de Anchorena, Pérez Companc, Gómez Alzaga, Blaquier, Pereyra Iraola, Wertheim, Bunge y Born, Bemberg, Bullrich y Ledesma por no seguir, son los líderes de un movimiento que busca erosionar a este gobierno de base peronista. Medio país está con ellos. Hasta algunos que solían jugarla de progres. Ocurre que son periodistas y el periodismo, en la Argentina como en todas partes, es un poder que se ha concentrado notablemente: el que trabaja en un diario trabaja en un grupo que abarca tanto que el tipo siente que si lo tachan no labura más. Ergo, obedece a los patrones. Hay situaciones risibles. Un día, el periodista agrede al Gobierno, sostiene con fervor sus ideas, desarrolla argumentos con pasión. Al día siguiente le dicen: "Che, nuestro Grupo arregló con el Gobierno". Con la misma pasión el periodista empieza a hablar bien del Gobierno, a encontrarle aristas positivas, etc. Esta mercantilización de las personas, esta, en última instancia, humillación a que se las somete, se relaciona con que los pools periodísticos no tienen ideología, tienen intereses. Si los intereses cambian, cambia lo que se enuncia. Y es el periodista el que da la cara y el que tiene que hacer malabares para travestir su discurso. A veces hasta resulta divertido ver estos pasajes.

En suma, pareciera que la frase de Cooke *La antinomia peronismo/antiperonismo es la expresión de la lucha de clases en la Argentina* tiene vigencia hoy como la tuvo en épocas pasadas. Los teflón-boys y las teflón-girls poco tienen que ver con la gente de las villas o los obreros de los sindicatos, quienes, desde luego, todos, pero todos, han sido llevados al acto. Por un choripán o por cien pesos. En cambio, los teflón-citizens van por su propia voluntad, en sus propios coches y haciendo ejercicio de su lucidez, de su clara y valiente visión de las cosas. Como sea, estos acontecimientos están todavía en juego y no es nuestra tarea analizarlos aquí. Menos aún cuando están todavía por ocurrir. Pero lo que decimos, lo que analizamos, el estudio que hacemos es para entender este presente. La historia argentina sigue latiendo en el peronismo y en el odio al peronismo. Pocas veces como durante estos días. Peor si se trata de un gobierno que juzga a los genocidas del pasado a quienes pronto la derecha va a proponer canonizar. O al menos se encuentra a punto de exigir el juicio a los "subversivos" de ayer como asesinos de lesa humanidad. Error, señores: ya se los juzgó. Las Fuerzas Armadas, al servicio de los intereses que ustedes encarnan, los mataron a casi todos. ¿Quieren un juicio más terminante? Además, quién no lo sabe, no se trató de un juicio, sino de ejecuciones sumarísimas, antecedidas de torturas a cuyo nivel de racionalidad y eficacia ni los nacionalsocialistas alemanes se acercaron. En Alemania se torturó menos que en la Argentina. Los nazis no necesitan obtener información de los judíos, deseaban exterminarlos. Aquí, como en Argelia, se hizo lo que se llama "tarea de inteligencia", que es la tortura al servicio de la información. En un reciente film un miembro de la CIA atormentado (personaje improbable si los hay) le dice a un superior que ha presenciado torturas en Irak. El superior responde: "Estados Unidos no tortura. Obtiene información".

CONTRA LOS ADMIRADORES DE MITOS Y FETICHES

La célebre máxima de Cooke ("el peronismo es el hecho maldito del país burgués") sólo encuentra su transparencia situándola entre los 18 años que van de 1955 a 1973. Durante ese interregno el país no puede encontrar ninguna forma de organización institucional porque, no bien ceda a cualquiera de ellas, el peronismo habrá de imponerse. El peronismo y Perón. No olvidemos que el odio de los militares gorilas estaba muy focalizado en la figura

de Perón. Y el temor de su regreso era el de una pueblada incontrolable. Pensaban: vuelve Perón y el país peronista se subleva. Tenemos que matar a miles (*después lo hicieron*) o entregarle el país. La opción para los militares era: carniceros o peronistas. No deseaban ninguna de las dos. Hay que comprender con claridad qué significa un desborde de masas para un militar: *lo inaceptable*. El miedo a Perón era el miedo a lo inaceptable. Si volvía, ¿quién contenía a las masas? Todavía no existía –seriamente– la guerrilla y ya imaginaban pueblada incontenibles. *Era el país burgués que se asustaba ante el regreso del líder del enemigo de clase*. Haya sido Perón lo que haya sido: burgués, pequeñoburgués, milico, fascista, lo que se quiera. Era *objetivamente*, inscrito en el orden de las cosas, de los hechos, inalienable al sentido que la historia durante esa etapa había adquirido en la Argentina, *Perón era el líder de las clases peligrosas.* Por eso, al final, se encontró en él al único que podía pararlas. La decisión fue tardía. Cuando vuelve el problema de Perón no es parar al pueblo peronista, acostumbrado a su conducción, sino a las fuerzas que la lucha por su retorno hizo necesario desencadenar. Ya era (y fue) más difícil.

Cooke define bien al peronismo en un trabajo de 1967 (*La revolución y el peronismo*): "El peronismo fue el más alto nivel de conciencia al que llegó la clase trabajadora argentina. Por razones que sería largo explicar aquí, el peronismo no ha reajustado su visión y sigue sin elaborar una teoría adecuada a su situación real en las condiciones político-sociales contemporáneas (...). Por eso es que hemos sido formidables en la rebeldía, la resistencia, la protesta; pero no hemos conseguido ir más allá porque, como alguna vez lo definimos –con gran indignación de los admiradores de mitos y fetiches– seguimos siendo, como Movimiento, un gigante invertebrado y miope" (Cooke, *ob. cit.*, p. 72. Se trata del trabajo *La revolución y el peronismo* incluido en *La lucha por la liberación nacional*). Como vemos, también a Cooke (*nada menos que a Cooke*) le granjeaba la indignación de muchos atreverse a escribir con libertad y con la mayor audacia posible y necesaria sobre el peronismo. La indignación no sirve de nada. El que se indigna es porque no está seguro de lo que piensa. Siente que si le sacan dos o tres de sus creencias el mundo se le viene abajo. Pero uno siempre tiene que estar abierto a esto: ¿cuántas veces se nos vino el mundo abajo? ¿Cuántas veces descubrimos que eso nos ayudó a pen-

sar, a pensar de otro modo, desde otro ángulo, que le dio vida y novedad a lo que ya teníamos anquilosado, a lo que nos empobrecía? Es cierto, no se puede pensar y vivir seguro. Ni siquiera la fe en Dios es un anclaje seguro. Si alguien cree verdaderamente en Dios, esa fe debe estar jaqueada por la duda, alimentada por ella, fortalecida por ella. La llamada "fe del carbonero" es sólida pero es siempre la misma. Admiro la fe de los hombres simples, pero prefiero elegir la de los tipos que aceptan los quiebres, las rupturas. Si yo creo *ciegamente* en Dios me disuelvo, me desbarato en él. Es Dios quien se apodera de mí y yo me pierdo en su inmensidad. Pero si mi fe se cuestiona a sí misma, si se pregunta por la bondad divina, por la existencia del Mal, por la ausencia, por el silencio de Dios, por su palabra que quisiera más audible, por mis palabras que requeriría saber si son atendidas, por el pecado que late en mí, por la fascinación con que el Mal me posee a veces con más pasión que la fe en la bondad del Señor, entonces esa fe está abrumada, agobiada por la duda. La fe y la carencia de ella, la fe y su cuestionamiento doloroso, la fe que no es un refugio, que no es una certeza cálida, tranquilizadora acerca de todo lo creado, esa fe *es* la fe. ¿Qué quiero decir con esto? Que en esta historia nadie es incuestionable. No hay un Dios ni hay dioses. Todos tienen matices, facetas, caras. Esas caras pueden llegar a ser desagradables. Aquí, "los adoradores de mitos y fetiches", como los llama Cooke, tiemblan. Como tiemblan los hombres simples cuando el Dios que atempera todas sus preguntas, todas sus angustias, se debilita. En esta historia hay hombres y mujeres. Como todos, llenos de contradicciones.

LOS PELIGROS DE LA DIALÉCTICA

Cooke veía en el peronismo (en 1967) un momento necesario en la dialéctica de la revolución. Escribe: "El peronismo será parte de cualquier revolución real: el ejército revolucionario está nucleado tras sus banderas, y el peronismo no desaparecerá por sustitución sino mediante superación dialéctica, es decir, no negándoselo sino integrándolo en una nueva síntesis" (Cooke, *Ibid.*, p. 73). Esta era la creencia de la época. Todo cuadro militante de la JP, con su Marx aceptablemente leído y, cómo no, con su Cooke bien incorporado creía lo siguiente: el peronismo había sido una profunda experiencia popular en la década de 1945/1955. La historia avanza y avanza dialécticamente. Es decir, superando sus momentos anteriores pero no negándolos sino integrándolos en una nueva síntesis, como bien dice Cooke, que ha dicho Hegel y ha dicho de nuevo Marx. Hay aquí una creencia en el avance de la historia. Y más aún: en el *sentido* de la historia. Hegel y Marx le entregan un *sentido* a la Historia. Ese *sentido* es un desenvolvimiento, un *avance* de formas nuevas que dejan detrás formas superadas, pero sin destruirlas. Lo esencial de lo dialéctico es que integra a lo superado en una nueva síntesis. De esa nueva síntesis lo superado es parte esencial. Entonces todo era claro: el peronismo del 45/55 se incluía en la dialéctica histórica como un momento esencial que era *superado* pero *incluido* por las nuevas formas que adquiría la Historia en su desenvolvimiento dialéctico. Ese movimiento era inmanente y necesario. Si la Historia es dialéctica es porque viene de algún lado y se dirige a otro. El horizonte de la dialéctica, en los sesenta, era el socialismo. Nada más razonable que pensar que el peronismo, *necesariamente*, debía desaparecer para incluirse en una nueva totalización que lo contuviera en tanto negado. La nueva totalización era la síntesis que el pensamiento hegeliano establecía por medio de un concepto célebre en la historia del pensamiento. El *aufhebung* del maestro de Jena significa, a la vez, superar/conservando. El peronismo, de esta forma, era superado pero conservado por el socialismo, que era la nueva forma que adquiría el avance histórico. Todos los supuestos de este pensamiento son claros y si los miramos –como no podemos evitar hacerlo nosotros– desde el siglo XXI han sido negados sin piedad. A) La historia no es lineal; B) No sabemos si avanza; C) No sabemos, si es que avanza, hacia *dónde* avanza; D) Los hechos no tienen una relación interna de necesidad; E) El componente de azar en la Historia es tan poderoso como el principio de incertidumbre que Heisenberg encuentra en la materia; F) De ninguna forma histórica surge necesariamente otra; G) Hay, como genialmente demostró Sartre, totalizaciones parciales, destotalizaciones constantes y retotalizaciones, pero *no hay* una totalización final, conciliatoria, que contenga a los contrarios en una síntesis superior que provenga necesariamente de un proceso llamado "dialéctico".

Pero en los sesenta se estaba muy lejos de pensar esto. Y acaso dentro de unos años se retorne a pensar en cierta necesariedad de la historia, pues el concepto de azar y el de indeterminación no son fáciles de tolerar. Como sea, en los sesenta, para Cooke y los cuadros que empezaban a integrar la juventud peronista, el peronismo era el corazón de la dialéctica. Y su superación *necesaria* por el socialismo estaba inscripta en la *lógica de los hechos*. Porque los hechos tenían una lógica y esa lógica era *dialéctica*. Si en 1945/55, Perón había sido tan osado, tan desafiante, si había convocado con tanta pasión la voluntad movilizadora de las masas, ahora, luego, *sobre todo*, de la Revolución Cubana, el peronismo pasaría a su etapa dialéctica siguiente, el *socialismo*. Además, el socialismo era la fe de ese tiempo. Una de las frases fetiche era: "el mundo marcha al socialismo". Se decía con la naturalidad con que se decía que América latina debía unirse, que el Tercer Mundo debía llevar adelante su proceso de liberación nacional, que el imperialismo caería porque ya estaba cayendo en Vietnam ante una guerrilla inasible, que, con el solo artilugio de mimetizarse con su entorno selvático, enloquecía a toda la maquinaria imperialista. Cuando Perón lanza el concepto de *socialismo nacional* lo hace para dar satisfacción a este espíritu que latía en sus bases juveniles. Nadie pareció advertir que, en un número de la revista *Las Bases*, José López Rega había dicho que el socialismo nacional era el nacional socialismo. O que Perón –hablando de su experiencia europea– había dicho que en Alemania e Italia habían existido "formas" de socialismo nacional. No importaba. O eran boludeces del "Viejo". Distracciones. O eran payasadas de ese sirviente que tenía. Lo que se imponía (y con razón) era lo otro: el socialismo nacional era la meta porque el peronismo realizaría la síntesis entre el socialismo y lo nacional. Dejando atrás los pésimos recuerdos de los socialismos internacionalistas. ¿O no había sido socialista Américo Ghioldi? Había que agregarle algo al concepto de socialismo para que no se confundiese o para que se diferenciase del socialismo del que habían hablado todos esos viejos gorilas: los hermanos Ghioldi, Repetto y la vieja ésa, ¿cómo se llamaba?, ésa: la Victoria Ocampo de la izquierda, ah, sí: Alicia Moreau de Justo. Gran figura de la Libertadora. Además lo "nacional" de este socialismo entroncaba con el pasado argentino: con los caudillos, con el federalismo, con las montoneras del interior. Era el socialismo de la patria. Si se quiere: era el socialismo peronista.

"EL HECHO MALDITO DEL PAÍS BURGUÉS"

Con gran brillantez continúa Cooke: "El régimen no puede institucionalizarse como democracia burguesa porque el peronismo obtendría el gobierno" (Cooke, *Ibid.*, pp. 73/74). Aquí está la postulación del peronismo como hecho maldito. El régimen no puede consolidar su democracia burguesa. Hacerlo sería llevar el peronismo al gobierno. Al impedir esa consolidación burguesa el peronismo funciona como "hecho maldito". Los llamados por la militancia "18 años de lucha" son los fracasos del régimen por integrar al peronismo. "Sin Perón, nada" era una consigna de rigor conceptual e importancia movilizadora. Basta de peronismo sin Perón. Basta de neoperonismo. Vandor estaba liquidado. No había negociación con el régimen que no incluyera a Perón. Y Perón era inintegrable para el régimen. Tal vez los jóvenes que hoy lean esto tengan que hacer un esfuerzo de inmersión en una historicidad que no es la suya, pero sólo al costo de hacerlo comprenderán los motivos de lucha de una generación alrededor de una figura política poderosa. Todo el establishment giraba en torno de evitar el retorno de Perón al gobierno. Ese fue el *sentido* de la historia argentina durante 18 años. No era un sentido que tuviera resuelta su culminación, pues esa culminación dependía de la lucha del pueblo. A Perón lo traía el pueblo. Pero ninguna lucha se emprendería al margen de esta conquista: Perón debía volver a encontrarse con su pueblo. Si uno se concentra en el ardor y en la esperanza de *este* momento se entenderán mejor las desgracias posteriores, la dimensión de las tragedias por venir. La Argentina era una fiesta. *De todos los países de América latina éramos el único que aguardaba a un líder cuya sola proximidad con las masas, cuyo solo encuentro con ellos garantizaba una situación más que prerevolucionaria*. ¿Era poco? Era, para la militancia revolucionaria, una dádiva de la historia que había que aprovechar. Además todos los militantes de las villas y de las fábricas y de los barrios lo decían: el pueblo lo espera a Perón y nos quiere a nosotros porque sabe que peleamos por traerlo. Se entraba en las casas. Se hablaba con las familias. Se hacía militancia barrial. *Todo militante tenía un barrio detrás.*

Cooke sabe que hace falta más. Que el peronismo tiene que ir más allá de sí mismo: "El peronismo (...) jaquea al régimen, agudiza su crisis, le impide institucionalizarse, pero no tiene fuerza para suplantarlo, *cosa que sólo le será posible por medios revolucionarios*" (Cooke, *Ibid.*, p. 74, cursivas mías). Esos "medios revolucionarios" son el socialismo. Nos acercamos a la dramática correspondencia Perón-Cooke, en la que Cooke le pide a Perón que dé los pasos necesarios para incluirse, él, como líder de masas, latinoamericano, en esos "medios revolucionarios". Y Perón responde esgrimiendo razones que habrá que escuchar. Cooke quería hacer del peronismo un partido de extrema izquierda, y el viejo zorro Perón sabía que, poniéndose al frente de un partido de esas características, no regresaba nunca al país. O regresaba con diez o veinte militantes. Y lo derrotaba. Y, señores, lo más importante, lo que el Viejo Perón, que conocía mucho a "su" pueblo, posiblemente más que Cooke, sabía que ese pueblo, el que lo quería de vuelta, no lo quería como un líder socialista, algo que, en ese momento histórico, sólo podía hermanarlo con el barbudo cubano, *lo quería como Perón*, como el general del caballo pinto, como el general de los días felices, como el único que habría de pensar en los pobres, y darles otra vez un Estado generoso y sindicatos para ellos y acabaría con la violencia. Volverían los días felices. Perón volvería, para el pueblo peronista, como el líder de siempre, sin *aufhebung* hegeliano, ¿qué mierda era eso?, volvería como el general campechano, generoso, duro con los gorilas para defender a los pobres, haría casitas, hospitales, aumentaría los sueldos, y volvería a hablar desde los balcones de la Casa Rosada, acto que constituía tal vez el acto simbólico más anhelado por ese pueblo.

Nos acercamos a los choques irresolubles entre Perón y Cooke. ¿Qué pasaba con Cooke? ¿Tanto desconocía a Perón? ¿Tanto desconocía al pueblo peronista al que había representado desde joven en el parlamento peronista? Porque si hay alguien del que no puede decirse que fue un infiltrado es de Cooke. El querido Bebe, antes de volcarse al socialismo, había sido un peronista de Perón y de Evita. Tanto, que Perón le delega *todo su poder*. ¿Qué responderemos a esto? ¿Se equivocó ingenuamente un hombre de una inteligencia excepcional? No, no se equivocó. Hizo lo que tenía que hacer. Ya veremos cómo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (IV)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

36 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (IV)

Suplemento especial de
Página|12

PERÓN LO LLORA AL CHE

Uno de los puntos más brillantes en la ensayística de Cooke es el que se centra en el concepto de *burocracia*. Pocos como él lo analizaron con tanto rigor. No fue casual: pensaba que la burocracia era el cáncer del peronismo. Algo muy parecido pensaba Evita. Solía decir: el burócrata es el que se sirve de su puesto para beneficiarse a sí mismo, no para beneficiar al pueblo. Hay aquí una diferencia entre la mujer pasional y el ideólogo formado por Marx y por Sartre. Evita, para definir al burócrata, centrará el tema en la ambición. Lo cual es indiscutible. Pero Cooke lo centrará en la *ideología*. Lo burocrático es una categoría ideológica. El burócrata se empeña en definir al peronismo como *policlasista.* Insiste, así, en que no debe ser *clasista*. Cooke señala que hay aquí una deliberada, perversa confusión: el Movimiento peronista tiene una *composición* policlasista. En un frente de lucha, o, por decirlo más claramente, en la lucha antiimperialista que emprende el Movimiento, el policlasismo funciona, pues suma a todos aquellos sectores *objetivamente* enfrentados al imperialismo. Pero no hay que confundir el policlasismo del Movimiento como frente de lucha con su ideología. El burócrata cree que hay ideologías policlasistas o neutras. Ideologías en las que entra todo lo que políticamente entra en un frente táctico de lucha. No es así. El Movimiento puede ser policlasista pero su *ideología* no. La ideología del Movimiento es: 1) O la ideología reaccionaria o reformista de la burguesía; 2) O la ideología revolucionaria del proletariado.

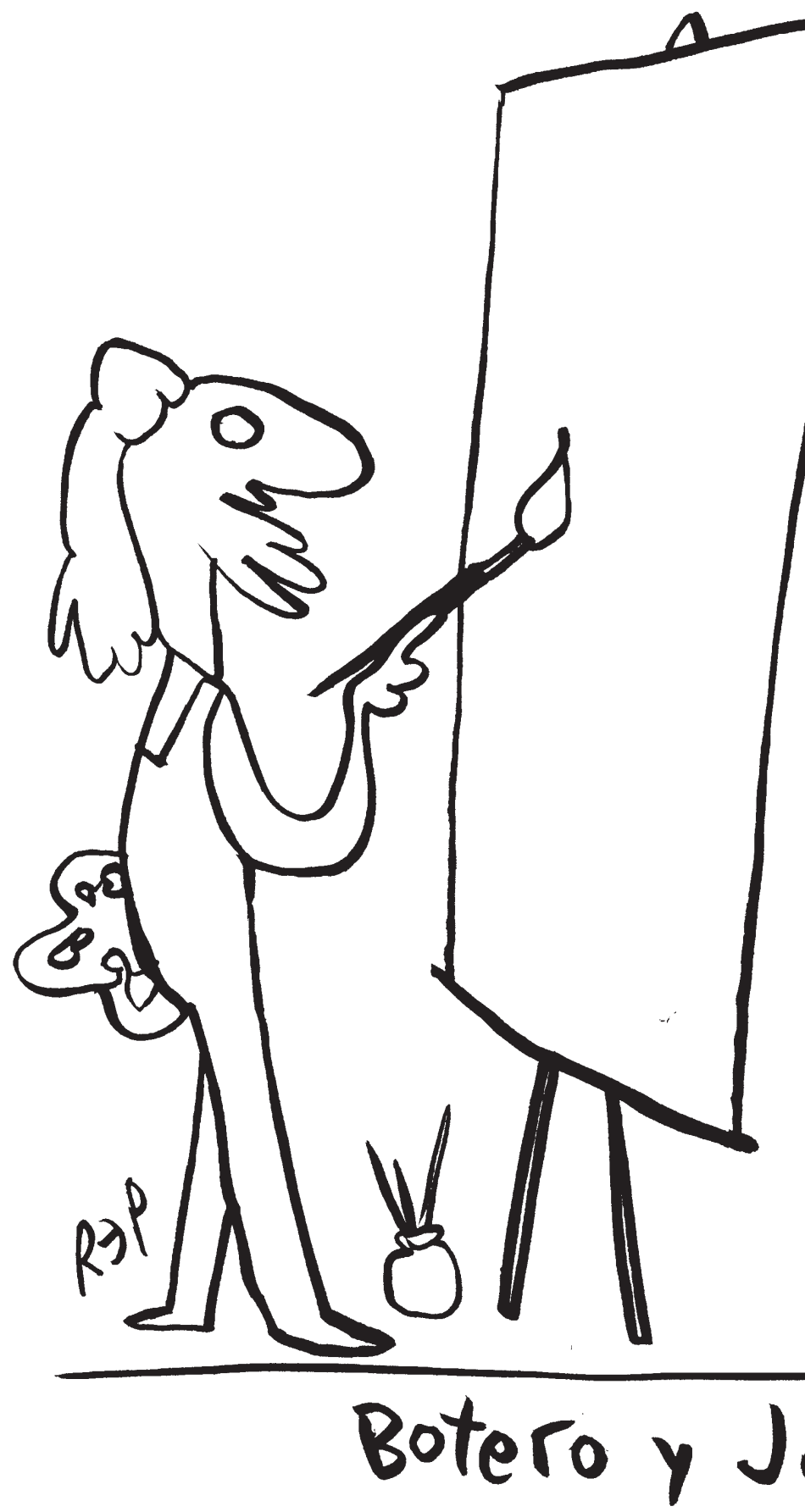
Lo que Cooke busca demostrar (sobre todo en un texto brillante como *Peronismo y revolución*) es que lo que define al burócrata es negarse a hacer del peronismo un movimiento revolucionario. Para lograrlo, busca identificar la composición policlasista del Movimiento con su ideología. Una ideología policlasista no es revolucionaria. Es una ideología "neutra" destinada a expresar a todas las clases que actúan en el Movimiento, al intentar expresar a todas no expresa a ninguna y menos aún a la ideología del proletariado, cuya diferenciación de la burguesía debe ser muy clara. Este es un punto de excepcional importancia en lo que diferenciaba a Cooke de Perón. Perón tiene lo que para Cooke es la ideología del burócrata. Perón jamás le daría al peronismo "la ideología revolucionaria del proletariado". Al criticar al burócrata Cooke critica la orientación ideológica que Perón da al Movimiento.

Lo que aquí *centralmente* sucede es que Perón está al frente de un Movimiento, y Cooke le está pidiendo que ese Movimiento tenga la ideología de un partido de extrema izquierda. Perón podría decirle: "Con lo que usted me propone yo sólo armo un partido de izquierda. No armo un movimiento". Cooke le diría: "Si el peronismo expresa a la clase obrera argentina tiene que tener la ideología revolucionaria del proletariado". Perón le diría: "Pero esa ideología, para usted y para cualquiera, es el marxismo. Y yo quiero que el peronismo sea un movimiento nacional, no un partido marxista". Perón está siendo fiel a la tradición y a la historia del peronismo. A Cooke le irrita esa indefinición ideológica. Quiere para la clase obrera peronista la ideología de esa clase. Pero (y he aquí la cuestión), ¿es el marxismo la ideología de la clase obrera peronista? Lo es de la clase obrera. Pero Perón no puede darle a la clase que define el rostro de su Movimiento una ideología marxista porque él, que es el líder de ese Movimiento, no es marxista. Cooke busca presionarlo y producir el ansiado "giro a la izquierda" del peronismo. Pero Perón sabe que la masividad del peronismo, su componente nacional, lo es porque él ha sabido no ser "sectario ni excluyente". Hay que sumar. "Si llego sólo con los buenos, llego con muy pocos." Cooke habrá de pensar que será mejor tener claridad ideológica, ser menos pero ser buenos y saber claramente lo que se quiere que continuar siendo el gigante invertebrado y miope que, para él, es el peronismo.

Estas posiciones diferenciadas se explicitan en un corpus notable y único en la literatura política argentina. La *Correspondencia Cooke-Perón*. La editorial Granica la publica en 1972. El impacto sobre la militancia es enorme. El libro se transforma en un best-seller. Pese a ser tan abundantemente leído, no hay mayores debates sobre él y pareciera que las conclusiones que se desprenden de él no pudieran ser asumidas sobre los militantes de la Tendencia. Más claras no podían estar las cosas. Todo lo que se venía estaba en la Correspondencia entre Perón y Cooke: *Perón se negaba al giro a la izquierda*. Había dado señales, bien en su estilo, porque necesitaba mantener cautivos a sus aguerridos militantes de izquierda. Con ellos, golpeo. Con los otros, con los políticos, con los sindicalistas, negocio. Con respecto a "los muchachos", el proyecto de Perón es que él se ha aggiornado. Que el peronismo ha cumplido una primera etapa entre 1946-1955, que en ella él pudo "haber sido el primer Castro de América" y que fracasó ese intento. Jamás explicitó muy bien Perón por qué. Pero, para haber sido el primer Castro de América, tendría que haber hecho lo esencial *que Castro hizo para ser, él sí, el primer Castro de América: declararse marxista e iniciar un proceso revolucionario*.

Perón hace los gestos necesarios para fortalecer esta imagen del populista que se ha aggiornado, del mero intervencionista de Estado que ahora sabe que es el momento del socialismo, y da todo tipo de señales, que los combativos asumen con entusiasmo y los conciliadores, los burócratas entre la cautela, la desazón y la incredulidad. Conocen al Viejo y saben que es una máquina de emitir significantes. O mensajes que incluyan a todo el mundo. Lo patético entre Cooke y Perón es que éste quiere aglutinar a todos y tiene, en efecto, una carta, una cinta grabada para que nadie se quede sin su cobertura política y Cooke quiere un partido marxista revolucionario. Con una ideología revolucionaria que, en ese momento, en los años sesenta, no era otra que el socialismo. Y, en América latina, el socialismo cubano. Anticipándonos: Cooke lo quiere a Perón en Cuba. Eso le importa más que cualquier lucubración ideológica. Ese acto poderoso barrería con todas las vacilaciones ideológicas. Igualmente (aunque se obstina en no viajar a Cuba), escribe cartas memorables con motivo de la muerte del Comandante Guevara. El texto que vamos a leer es muy posible que Perón se lo haya dictado a López Rega y que el monje umbandista lo haya copiado fielmente, con el entusiasmo que ponía en todas las tareas que le daba el general. La carta dice así: "Compañeros: Con dolor profundo he recibido la noticia de una irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación. Quienes hemos abrazado este ideal, nos sentimos hermanados con todos aquellos que en cualquier lugar del mundo luchan contra la injusticia, la miseria y la explotación (...). Hoy ha caído en esa lucha, como héroe un héroe, la figura más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica: ha muerto el comandante Ernesto 'Che' Guevara".

"Su muerte me desgarra el alma *porque era uno de los nuestros, quizás el mejor* (...). Su vida, su epopeya, es el ejemplo más puro en que se deben mirar nuestros jóvenes, los jóvenes de toda América Latina (...) El Peronismo, consecuente con su tradición nacional y popular y con su lucha, como Movimiento, Popular y Revolucionario, rinde su homenaje emocionado al idealista, al revolucionario, al Comandante Ernesto 'Che' Guevara, *guerrillero argentino* muerto en acción empuñando las armas en pos del triunfo de las revoluciones nacionales en Latinoamérica." *Juan Domingo Perón*. En otro fragmento afirma: "Las revoluciones socialistas se tienen que realizar". Soplaban estos vientos. Perón se sumaba a ellos. La izquierda del movimiento, feliz. La derecha



preocupada, ¿qué le pasa al general, se volvió comunista? Y los militares y los curas cerraban filas: "Ese loco aquí no vuelve más".

ESPAÑA O CUBA

Cooke, por su parte, desde por lo menos 1962 y antes, desde el estallido de la Revolución Cubana, hecho que marcó su vida, le pide a Perón que regrese a América latina. Que abandone la España de Franco. Que Castro lo recibirá y su presencia en el continente dinamizará la Revolución, tal como lo había iniciado la Revolución Cubana. Perón lo escucha.

Cooke precisa los puntos de diferencia: "Lo cierto es que con la mira puesta en distintos objetivos, existe una bifurcación de pensamientos en cuanto a los medios de alcanzarlos. Y que se debe a la distinta ubicación geográfica: *Las conclusiones son distintas según el ángulo de visión sea España o Cuba*. ¿Acaso porque es usted 'occidentalista y cristiano', como dicen los manijeres de la claudicación? Aparte de que ese infundio no tiene fundamento, Ud. se ha ocupado expresamente de difundir la mendacidad de los slogans 'occidentalistas'" (Perón-Cooke, *Correspondencia*, tomo II, *Ibid*., p. 551. Cursivas mías). Y aquí viene la arremetida más poderosa de Cooke: "Cada vez que Ud. analiza la situación del mundo, demuestra que el estar en España –con los consiguientes perjuicios de la falta de informaciones, de tener que manejarse con datos parciales y deformados– no le impide seguir perfectamente la evolución histórica contemporánea y ubicarnos en la coyuntura actual. *Como político –y hasta como experto en estrategia– está seguro sobre cuál de los bloques mundiales tiene una correlación de fuerzas favorables y cuál va derechito a la liquidación" (Correspondencia, Ibid*., p. 551, Cursivas mías). "Derechito a la liquidación": era la fe de la época. Cuidado: que nadie se sienta superior a Cooke porque no adivinó el futuro o porque se equivocó en las tendencias de la historia. Todos se equivocaban por ese entonces. Y en gran medida *porque confundían el desarrollo de los hechos históricos con el desarrollo de sus deseos.* Nadie puede luchar, arriesgar la vida y hasta morir sin una esperanza sólida que lo impulse. Yo no me considero más sabio que Cooke porque escribo desde el 2008 y tengo todo el fracaso, toda la catástrofe ante mi vista. *Los perros vivos no pueden sentirse superiores a los leones muertos.* Cooke trabajaba sobre una hipótesis de hierro, una hipótesis fundamentada por los tiempos: *el mundo marcha hacia el socialismo*. Pocas veces el desarrollo necesario de un proceso histórico se había instalado como entonces. Pocas veces se instauró en la Historia un devenir tan lineal y necesario: nada podía impedirlo. Estaba en la dialéctica interna de los hechos. Es más: *eso era la dialéctica.* Que la Historia no se detenía y que avanzaba hacia el socialismo negaría la etapa capitalista e iría instalando en cada país los sistemas socialistas de liberación. Esa lucha era hegemonizada por el Tercer Mundo. Sartre, en el Prólogo al libro de Fanon (que aún no hemos estudiado), decía: "La descolonización está en marcha. Lo único que pueden hacer nuestros mercenarios es demorarla" (cito de memoria). No frustrarla, no impedirla, no aniquilarla. Sólo demorar un proceso que estaba inscrito en el corazón de los hechos. Nada podía detener la revoluciones del Tercer Mundo. Se ignoraba que el imperialismo tenía total conciencia de estos hechos. Que sabía que las luchas calientes de la Guerra Fría se libraban en la periferia y que estaba dispuesto a impedir las ambiciones del Tercer Mundo. Pero, ¿qué podría hacer si se empantanaba en Vietnam? Si, además, la Unión Soviética ganaría la Guerra Fría, ¿de dónde sacaría fuerzas para frenar un proceso que respondía al avance de la historia? Esta certeza en el *avance de la historia* fue un error teórico grave. Lo alimentaba la idea de la dialéctica: la dialéctica es una lógica de la finalidad. Todos los hechos que se producían se encadenaban dialécticamente y llevaban a un mismo fin, a una misma totalización, a la superación revolucionaria de todas las contradicciones burguesas. *Era una metafísica de la historia.* Hegel y Marx había anunciado esa necesariedad de los hechos, la inmanencia de su desarrollo dialéctico. Hegel había divinizado la Historia. Y Marx aceptó el esquema por el cual el proletariado victorioso suplantaría a la burguesía. Lo que él y Engels, en sus escritos finales, complejizan y ven mucho más arduo de lo que parecía, no es tomado por los revolucionarios del siglo XX. A la izquierda le era sustancial la idea de progreso. Más rápido o más lentamente, el capitalismo habría de caer y la lucha de los pueblos era fundamental para que eso ocurriera. Porque si algo tuvo claro la izquierda latinoamericana fue que no era cuestión de sentarse a esperar que estallaran las contradicciones del capitalismo. No: la praxis militante y la praxis armada era fundamentales. Y si no, ahí está esa frase de Cooke que levantaba el ánimo combativo de los jóvenes militantes: "Un régimen nunca se cae, siempre hay que voltearlo".

En medio de todo esto, desde Madrid, Perón, que no quería una revolución socialista sino un proyecto nacional y popular que integrara a la mayor cantidad posible de argentinos a un país más justo, más distributivo, con un Estado que velaría por los pobres, lejos estaba de proponerse medidas socialistas de expropiación de la tierra, de enfrentamientos inconciliables con Estados Unidos y con una acción coligada con la Cuba de Castro, algo que implicaba una adhesión inmediata al bloque soviético del cual Cuba era parte evidente y que había provocado las iras del Che. Acaso Perón (al ser el Gran Estratega que Cooke le reconocía que era) no veía para nada que el Imperio Norteamericano fuera "derechito a la liquidación" y no quisiera alinearse bajo la égida cubana. Por otra parte, ¿por qué habría de subordinarse a La Habana el líder del movimiento de masas más numeroso de América latina? Cooke llevaba una lucha perdida y probablemente equivocada. Aunque, es cierto, él hacía lo que tenía que hacer. Ya era un revolucionario cubano. Su misión (y lo que seguramente le había prometido u ofrecido a Fidel) era llevarlo a Perón al frente latinoamericano. Pero no tenía sentido. Perón se enfrentaba al poder en la Argentina. Ese poder era muy superior al que Castro había volteado. Necesitaba una tropa mucho más poderosa y variada, que atacara en muchos frentes. Perón, en Cuba, habría tenido que decidirse por una sola opción. Por la extrema, por la radical. Por la que Cooke le pedía: "El peronismo debe convertirse en un partido de extrema izquierda". Perón, en Madrid, era un líder latinoamericano en el exilio europeo (aunque fuera la muy poco prestigiosa España de Franco) y eso lo mantenía alejado de todas las facciones. Le daba la distancia que él necesitaba. En la que se sentía cómodo. Seamos claros: Perón, en Cuba, al primero que habría sorprendido sería al propio pueblo peronista. ¿Cómo, no éramos peronistas nosotros? ¿Ahora somos castristas, comunistas? ¿Qué le pasa al general? ¿A la vejez viruela? Nosotros lo esperamos y lo queremos porque es Perón, porque es peronista, como nosotros. Porque es el general del caballo pinto. El general al que no se le cae la sonrisa. El que alza los brazos a lo campeón. El que dice "Compañeros" desde el balcón de la Rosada. A ese Perón, Cooke quería ponerle una barba cubana.

EL PRISIONERO DE PUERTA DE HIERRO

Sin embargo, es necesario tomar en cuenta –con toda seriedad– el punto de vista de Cooke. No lo quiere a Perón en Europa. Le pone un nombre a lo Alejandro Dumas: *El prisionero de Puerta de Hierro*. Aunque Cooke no sabe hasta qué punto está en lo cierto, aunque en esta calificación ni piensa (porque lo ignora) lo que realmente implica esa cárcel en la que ve al líder de los trabajadores, es bien cierto que

pareciera una premonición estremecedora la de su definición. Cooke le dice al general que es el *prisionero de Puerta de Hierro* porque ese exilio europeo lo aleja de una visión cercana, concreta, vivencial de los sucesos revolucionarios de América latina. Cierto. Pero (maestro, Cooke: ¡si usted lo hubiera sabido!) la verdadera prisión era otra. El prisionero de Puerta de Hierro era preso de carceleros más mínimos, domésticos, mediocres, miserables y sanguinarios. Perón no está preso por acontecimientos de un continente que le impedían ver los de otro, los del suyo. Estaba preso en las mazmorras de López Rega, de Isabel, de Lastiri, de la P-2, de una derecha que nadie sospechaba. Que nadie imaginaba. Ante tan grotesca, penosa realidad, los análisis de Cooke son de un refinamiento excepcional, no sólo porque en sí mismos lo son, sino porque, al contrastarlos con la realidad pavorosa, macabra y farsesca que vivía Perón, semejan a un brillante teórico de la política escribiendo desde América latina cartas dignas de Montesquieu o de Maquiavelo o de Rousseau a un general que vive inmerso en un drama cuya trama esbozó Corín Tellado, cuya sangre y cuya crueldad introdujo el Marqués de Sade, cuyos laberintos secretos, cuya estética esotérica y de puertas cerradas añadió Rasputín encarnado en un clown paranoico y asesino, un Eusebio sanguinario que divertía a un Rosas cansado, viejo, demasiado sensible a sus bromas, incapaz de discernir que no lo eran sino que eran planes de masacre, o capaz de hacerlo pero sin fuerzas para impedirlo ni demasiadas convicciones. A este general, desde Cuba, desde la isla que expresaba en América, en ese momento, a poco tiempo de Bahía de Cochinos, los sueños de toda la izquierda revolucionaria, Cooke le escribía: "Esta es la manera que se me ocurre para definir su situación actual. No le estoy diciendo nada que ignore, pero la estrechez de su encierro es todavía mayor de lo que me parece, y justifica que emplee lo que parece un título para novelas para Alejandro Dumas".

"El nudo de la diferencia entre su modo de ver las cosas y el mío está aquí, de que mi angustia y la pasión con que hablo de renovar totalmente nuestra política no es por desacuerdo con lo que Ud. hace sino porque considero que estamos dejando de hacer todo lo que es posible y necesario para acercarnos a nuestros objetivos".

"Ud. hace maravillas con las cartas que tiene, sabiendo que son formas tangenciales de apoyo a una tarea que no puede ser sino insurreccional. Mi pregunta es: '¿Y no hay otras cartas de verdadero valor, cartas que sean de verdadero triunfo para la revolución nacional?' (Perón-Cooke, *Ibid*., p. 555/556). Salga de su encierro, clama Cooke dramáticamente. Y aquí hay elementos muy importantes que empiezan a jugar a su favor. Cooke no habla solamente de Argentina y las masas peronistas, educadas en el Estado de Bienestar. Está hablando de todo un amplio movimiento insurreccional que se está dando *internacionalmente* y del que Perón (inmerso en el ajedrez argentino y la conducción de sus burócratas) no tiene la menor idea. Escribe: 'Hay en el mundo nuevos movimientos, nuevas relaciones entre pueblos y partidos, nuevos líderes que surgen y vienen perfilándose en el seno de sus naciones. *El conocimiento que Ud. tenga será siempre indirecto y no reemplaza, ni cuantitativa ni cualitativamente, la aprehensión viva, directa, permanente que sólo le puede dar la relación inmediata con el proceso y sus actores*" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 556, cursivas mías).

Observen la desesperación del siguiente texto de Cooke. Pensemos si no tiene razón. ¿Sólo al general del caballo pinto quieren las masas argentinas? Pero, caramba, la historia está yendo más allá de ese pintoresquismo. La liberación de los pueblos no pasa por un paternalismo de estampita. Que al general se lo viera pintón arriba de un caballo no va a llevar a los pueblos a romper con sus ataduras ni a participar de las revoluciones que están en camino en el resto del mundo: "¿Y cómo es posible que el líder de las masas argentinas no conozca en forma directa –personal, si es posible– el pensamiento de Ben Bella, de Sekú Torué, de Nkruma? ¿Que no esté en relación directa –no formal ni protocolar– con Nasser, con Tito (...). Pero Ud., que dirige un sector vital de ese frente revolucionario *extendido en todo el planeta*, está aislado, segregado (...). Por eso le digo que es el prisionero de Puerta de Hierro. Está limitado en sus elementos de juicio, obligado a descifrar la realidad de entre un aluvión de falsedades, a extraer la verdad desde indicios parciales e informes fragmentarios (...). Está limitado, en fin, en su libertad para operar. Tiene que ver el mundo por una ventanita, actuar desde una reclusión, permanecer como rehén" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 557). Pensemos, aquí, la *otra* reclusión de Perón: la de su círculo íntimo. A López Rega adueñándose cada vez más de su persona. Recibiendo y hasta abriendo su correspondencia. Apropiándose del poder de decidir quién habría de ver al general y quién no. Y algo que pocas veces hemos mencionado, algo que pareciera indigno de entrar en los límites de la reflexión, de ser tomado en serio al pensar la historia: el mísero Eusebio, el aprendiz de Rasputín, Lopecito era quien le hacía los masajes de próstata al general. De esta cárcel era también prisionero Perón. Una de las frases que le destina Cooke lo resume todo. Tiene la potencia con que escriben los que saben y los que saben pensar: "*Porque Ud. no está en Occidente, sino en Santa Elena*" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 557). Y continúa: "No crea que le estoy haciendo un escrutinio psicológico. Ya he señalado que el medio ambiente no le embota las facultades intelectivas ni la sensibilidad. No dejará Ud. de comprender el problema de los argentinos, de los cubanos o de los indonesios. Lo imposible es que capte la 'vivencia', que sólo da el contacto concreto, el intercambio con hombres y partidos. Es como si Eisenhower hubiese dirigido y planeado el desembarco de Normandía desde un campo de concentración alemán" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 558). Brillante. Qué escritor era Cooke. Dónde están estos tipos. Nos hemos ido al demonio, a la mismísima mierda. Hoy es inimaginable un pensador político de la talla de Cooke en la Argentina. Hay dos o tres pensadores políticos para tomar en cuenta. El resto es basura de cagatintas que creen saber pensar. Un barullo fascistoide y petulante y sometido a poderes fácticos poderosos. El mundo de Cooke se hizo añicos. Hoy vivimos en medio de los restos patéticos de ese mundo que él describe, que le despertaba esas esperanzas y alimentaba esa prosa. Le escribe a Perón: "Ud. no es un exiliado común: es un doble exiliado. Exiliado de su Patria y exiliado del mundo revolucionario donde se decide la historia y donde tiene sus hermanos de causa" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 558).

PERÓN-COOKE: EL FIN

Cooke escribía inmerso en una certeza hoy perdida: la historia todavía podía ser decidida. Se podía *hacer algo* con la historia. La visión del futuro no era sólo la del apocalipsis, o principalmente. Había pueblos que se rebelaban y lo hacían en busca de su dignidad. De aquí que él propusiera el encuentro del peronismo con la lucha de esos pueblos. *Como esa lucha era una lucha de la izquierda revolucionaria Cooke le pide, coherentemente, a Perón un "giro a la izquierda" del peronismo*. "Lo que la prensa llamó 'giro a la izquierda' no es más que el desenvolvimiento lógico de nuestros presupuestos teóricos y de nuestra acción práctica. El programa de Huerta Grande (que ya analizaremos, JPF) compendia, en un abanico de soluciones, un pensamiento central coherente. En lo internacional esto se complementa para afianzar los vínculos con el campo socialista" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 560).

Ese afianzamiento, para Cooke, sólo puede realizarse por medio de la unión con Cuba. Cuba está en América. Perón necesita a Cuba. Y Cuba necesita a Perón. Escribe Cooke: "Cuba es el único país de América donde al peronismo se lo respetó y no sufre campaña de propaganda en contra. Los discursos de Fidel nos mencionan elogiosamente, la televisión y la prensa difunden nuestro mensaje y nuestros triunfos. *Los equívocos iniciales desaparecieron por completo y se nos valora como corresponde*" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 570, cursivas mías). Cooke, ya hacia el final de la correspondencia, pareciera apresurarse. No hay tiempo que perder. La historia no espera. Perón tiene que estar ya en América latina. Porque, sencillamente, no ha concluido su obra: "La adversidad hizo que quedara a mitad de camino en 1955; la fortuna quiere que, en 1964, todavía cuente con las masas capaces de acompañarlo en la liberación nacional que no tiene otro abanderado posible" (*Perón-Cooke, Ibid*., p. 582).

Aquí se presenta un problema. *Perón retorna hacia fines de 1964*. La carta de Cooke que acabamos de citar es de agosto. Faltaban un par de meses. Perón es interceptado en El Galeao y difunde algunos de sus comunicados más virulentos. Cooke, poco después, dirá su discurso en Córdoba, a la FUC, y escribirá su célebre *Informe a las bases*. El, sin duda, lo quería en la isla de Castro. Pero Perón vuelve a la Argentina. Este es un punto misterioso en la historia del peronismo. ¿Volvía a ponerse al frente de la lucha? ¿A que lo tomaran preso, tal como iba a ocurrir? ¿A exigir elecciones libres? ¿Sabía que habrían de detenerlo en El Galeao y fue un gesto de apriete? ¿Una compadrada histórica? ¿Se habían organizado comisiones para recibirlo? ¿Se había movilizado al pueblo? La conmoción interna que provoca "este" retorno nada tiene que ver con la que provoca el de 1972, que obliga a un impresionante despliegue militar y a una pueblada que pone el pecho a las balas de goma y cruza el río Matanzas. ¿Por qué Cooke no se da por satisfecho con este retorno? La cuestión es que, dos años después, desde La Habana, desde el lugar al que no había dejado de insistir tenía que emigrar Perón, le escribe las frases de la ruptura, las que dan fin a la correspondencia: "Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto: Ud. procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética. Pero aunque Ud. sea invulnerable a mis razones, lo que indudablemente me reconoce es que no tengo reservas en exponerlas, que soy claro en mis puntos de vista y que, las pocas veces que le escribo, comienzo por demostrarle mi respeto al no hacerme el astuto, disimular propósitos o disfrazar concepciones. Lo mismo ocurre con mi conducta política" (*Perón-Cooke, Ibid.,* pp. 622/623).

El retorno por El Galeao no era el que Cooke quería. Era apresurado y sería, como lo fue, sencillamente abortado. Cooke tenía otro sueño: imaginaba a Perón en Cuba porque juzgaba que el prestigio del general argentino que tenía detrás al más grande movimiento de masas de América latina consolidaría la obra de Castro. Además –y atención a esto– Cooke siempre consideró que Perón estaba mal informado. De hecho, cuando Perón por fin regresa el maldito 20 de junio de 1973, dice, en su discurso del día siguiente: "Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que crean lo contrario se equivocan" (Baschetti, *Ibid*., volumen I, p. 106). Esta "atajada" es sospechosa. ¿Para qué aclarar que conocía lo que pasaba en el país si no fuera porque muchos pensaban que no sabía nada o sabía poco por su largo exilio. Cooke pedía que se diera un *baño de realidad latinoamericana* pero desde Cuba. Lo quería inmerso en las luchas de América latina y en las del Tercer Mundo.

Hemos dado tan largo desarrollo a este tema porque John William Cooke es una de las más puras personalidades que el peronismo ha dado. Porque Perón le otorgó una importancia excepcional: delegado absoluto, delegado personal, jefe del Movimiento en la Resistencia y ese inmenso epistolario que con nadie, ni remotamente, mantuvo. ¿Qué lo llevó a cambiar tantas cartas, durante tanto tiempo, con un hombre que era tan distinto a él? Desde el comienzo se veía ya la divergencia de los dos pensamientos. Cada carta, se decía en 1972 cuando Granica editó el libro, es una clase de política. Si no es así, no le anda lejos. Hay grandes textos en ese epistolario. Y es la historia de un desencuentro. Cooke, dijimos, muere en 1968. Su compañera, Alicia Eguren, muere en la ESMA. Cooke, conjeturamos, habría sido una de las primeras víctimas de la Triple A. ¿Dónde se habría tomado la decisión de su muerte? Si en vida de Perón, cerca de él. No la habría tomado él. Pero el aparato parapolicial que se había armado bajo su mirada (bajo su "desaprensión", como él había dicho de Bidegain y Troxler ante las acciones del ERP) actuaba impunemente en sus cercanías. De modo que, probablemente, Perón, algo alejado, leyendo el diario del día o algún libro, escuchara surgir de una reunión que, ahí nomás, tenían Almirón, Villar y López Rega, un nombre, alguna vez, querido: "Cooke". Y no dijera nada.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

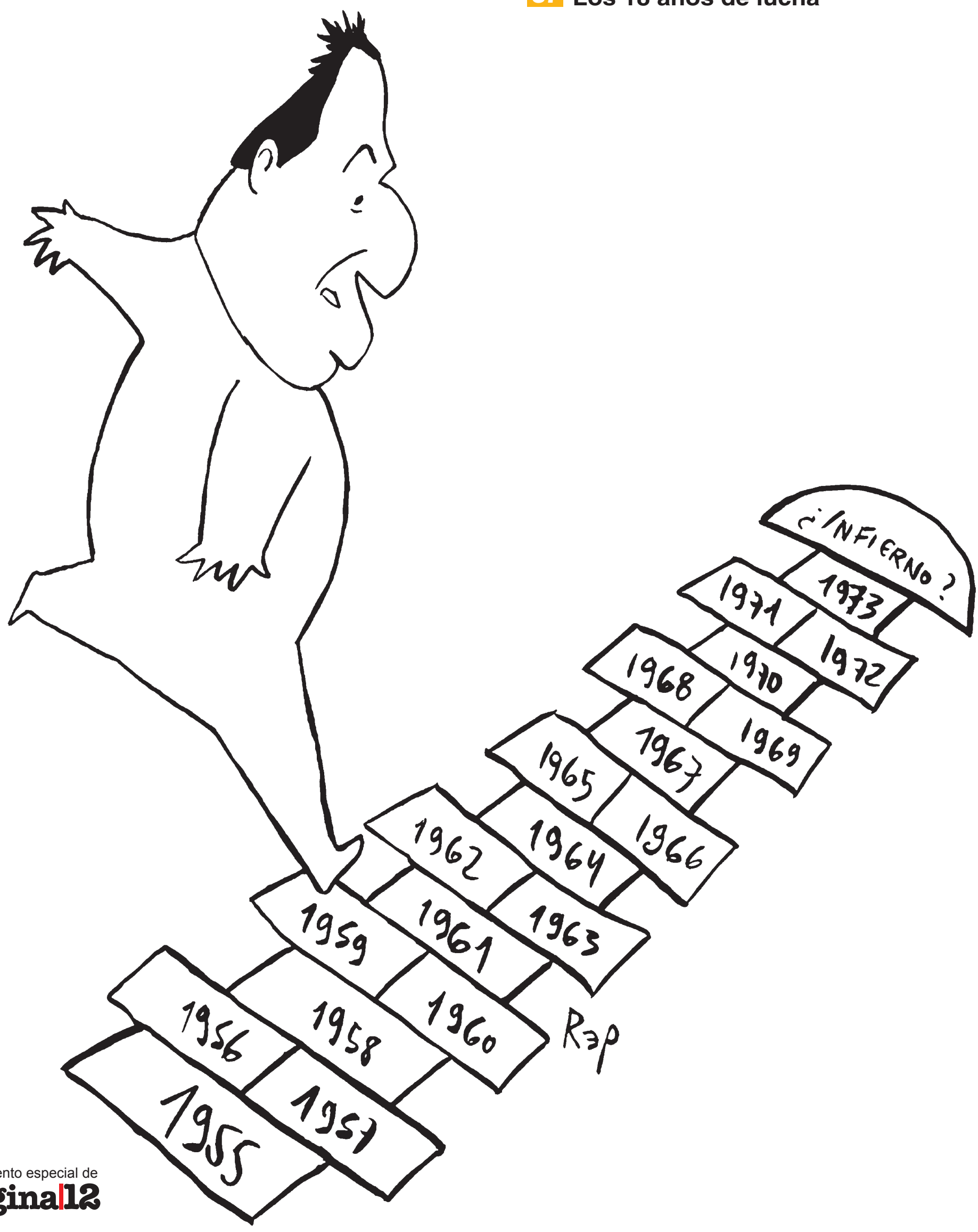
Los 18 años de lucha

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

37 Los 18 años de lucha



Suplemento especial de
Página|12

LA PROSCRIPCIÓN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA VIOLENCIA

El concepto "18 años de lucha" pertenece a la militancia juvenil de los '70. Los otros ámbitos de los que pudo haber salido eran el Partido Justicialista o el sindicalismo, que hegemonizaba a ese partido de un modo a veces sofocante. Pero no fue raro que no saliera de ahí. A partir del golpe de 1966 la verdadera oposición al régimen gorila irá surgiendo cada vez más de las filas de la juventud. El Partido es anodino y no se aleja demasiado del funcionamiento burocrático de cualquier partido. Y el sindicalismo es una organización que remite ante todo a sí misma, a sus burócratas, a sus capitostes y a su poder. Ese poder está en constante negociación con el régimen, de modo que mal puede existir un enfrentamiento agresivo. El comportamiento de los sindicatos será de gran cautela y no es escasa la manija que Perón le dio a ese comportamiento: el poder justicialista descansaba en sus organizaciones gremiales, las que no debían agotarse en una lucha frontal. Así lo entendían los burócratas, personajes más dispuestos a servirse de sus puestos que a servir desde ellos, según la frase célebre de Evita, que los odiaba. El "burócrata sindical" es una figura que se hace célebre en el folclore político de la década del '60 (*la gran década gorila*). Es el tipo que está al frente de un gremio o en alguna posición de privilegio y vive como un personaje de la clase alta. O de la alta clase media. En *El avión negro* (1970), obra de teatro de Cossa, Halac, Somigliana y Talesnik, autores de distintos niveles de talento, hay un sketch, que protagonizaba Oscar Viale, en que se ve a un sindicalista negociando ladrillos para su casa en tanto hace una compra para el sindicato. Los espectadores asistían al sketch como participantes de un lenguaje compartido con los autores. *Todos sabían que un sindicalista era eso.* Al que más se dibujaba en el retrato que hacía Viale era a Rogelio Coria. Como la obra se daba en el Teatro Regina, de la calle Santa Fe, el público era casi todo clase media. Pero era clase media la que se estaba peronizando también y la que sabía que *ese* sindicalismo era una lacra que debía ser erradicada. Y que además no era responsabilidad del peronismo (o no solamente) que existiera, sino del poder militar que lo sostenía para conciliar con él y contener a Perón y a las bases justicialistas.

Veremos la conducta sindical desde el protagonismo durante la Resistencia hasta su actitud conciliadora, sus negociaciones con el onganiato y luego sus reservas ante el regreso de Perón. Nadie va a encontrar al sindicalismo peronista jugándose por el regreso de Perón (el paraguas de Rucci es sólo el aprovechamiento de una coyuntura a la que poco habían colaborado) ni activando durante la campaña electoral. El eje de la campaña electoral de 1973 (que se dio durante el inolvidable verano de ese año) fue la militancia juvenil. Los sindicatos mostraron una vez más su cautela. Este protagonismo habría de llevar a la Tendencia (o sea: la militancia juvenil ya hegemonizada por Montoneros) a equívocos serios en su relación con Perón. De todos modos, todo lo que empieza luego de esa campaña y luego del triunfo de Cámpora es una tragedia llena de opacidades para su intelección, algo terriblemente difícil de entender, de interpretar. Acaso algo ininteligible, lo cual se juzgará excesivo decir de una etapa de la historia y a 25 años de su acontecer, pero tenemos la certeza de la complejidad, de la sobredeterminación, de la infinitud de hechos oscuros que harán esa tarea, si no imposible, sí altamente ardua.

Había afiches de la JP que mostraban a un gendarme arrastrando de los pelos a un joven y la leyenda decía: *18 años así*. Los militantes radicales hacían oír sus quejas: durante el gobierno de Illia las cosas habían sido diferentes. Ningún cartel se retiró a causa de esas quejas. El mito oficial del "viejito bueno" (instalado sobre todo durante la campaña alfonsinista de 1983) no existía entonces: Illia sólo era otro gorila que había aceptado presentarse a elecciones con el peronismo proscripto. Lo cual era rigurosamente cierto. Uno adoraría vivir en una democracia manejada por el "viejito bueno" Illia, pero eso sólo podría ocurrir en la dimensión desconocida. Illia no era un "viejito bueno". Fue parte de los 18 años de exclusión del peronismo. Como todos, dijo que sí, que aceptaba la proscripción del movimiento de masas. Es posible que pensara variar esta posición y esto le costó el golpe del '66. Pero, ¿qué habría ocurrido si Illia (o más claramente: *el radicalismo*) dejaba de jugar como alternativa institucional de los milicos gorilas y decía que no, que no aceptaba concurrir a elecciones con el peronismo proscripto? Ah, señores: ésas son las causas de la violencia. ¿Cómo se iba a perder el radicalismo la oportunidad de gobernar? Imaginen todos los canallitas que le habrían objetado a Illia una decisión negativa. ¿Está loco este viejo? ¿Tenemos el gobierno a la mano y no lo quiere agarrar? Pero Arturo Umberto Illia, como todo ser humano, era libre para tomar una decisión libre: si decía que no el país se habría visto en una alternativa de hierro. O permitirle al peronismo participar del juego democrático o adelantar el golpe de 1966. En dos oportunidades el radicalismo se presta a la infamia institucional del Ejército Gorila: con Frondizi y con Illia. Dejemos de lado a Guido. La tragedia argentina se incuba en esos 18 años. Los años de la prohibición. Los años del gorilaje extremo. No, ante todo, a Perón. No al peronismo. Y (*muy especialmente*) no a la devolución del cadáver de Evita. Era tan irritativo el peronismo de esos 18 años que no fue posible resolver ni lo de Evita. A ver si se entiende un poco esto: un país que proscribe a su partido mayoritario durante 18 años y ni siquiera es capaz de enterrar en su territorio el cuerpo de la mujer de un ex presidente por el terror que le despierta la reacción de las masas es un fracaso, sólo puede gobernar por medio del autoritarismo, de la violencia, de la inconstitucionalidad, del antirrepublicanismo, del desprecio a las instituciones. ¿Qué genera esto? *violencia*.

LEVANTARSE EN ARMAS CONTRA LA TIRANÍA

Y los gobiernos que colaboraron con ese esquema del militarismo gorila (que era un bloque) son cómplices de toda esa tragedia. Cómplices de toda esa época de ilegalidad que hizo surgir la violencia. De modo que el "viejito bueno" acaso lo haya sido, pero eso no lo llevó a tener un gesto de grandeza: no me presento sin el peronismo, no voy a limpiarles a Uds. una situación institucional injusta, no les voy a lavar la cara, me niego a ser el pelele "democrático" de un país que no lo es. ¿Qué habría pasado? ¡Que nadie venga a justificar lo que pasó! Porque nada puede haber sido peor que lo que pasó. Seamos más claros aún: la proscripción del peronismo impide el ejercicio de la democracia en el país. Se vive entre gobiernos civiles ilegítimos (Frondizi, Illia) o dictaduras militares (Aramburu, Onganía, Lanusse). Este sofocamiento institucional lleva a la violencia. *La guerrilla nace el día en que se dicta el decreto 4161.* La frase "la violencia de arriba genera la violencia de abajo" no la inventó Perón. Pertenece al corpus de múltiples análisis sobre las distintas revoluciones en la historia. Si se da por sentado lo de la frase de María Antonieta y su influencia sobre la Revolución Francesa, podemos ver ese esquema interpretativo en funcionamiento. Si no fue María Antonieta quien dijo esa frase, alguna otra habrá dicho u otro idiota de Versalles habrá largado la suya. La cuestión es que el pueblo bajo era agredido por el lujo y el desdén versallesco. Y por la violencia represiva del orden tiránico de la monarquía. María Antonieta dice: "Si el pueblo no tiene pan que coma pasteles" (violencia de arriba). El pueblo hace la revolución y le corta la cabeza (violencia de abajo). Pero lo más importante es que *el pueblo hace la revolución*. Esta es la verdadera violencia de abajo, mucho más que la ejecución de la reina. La frase de la reina tiene el poder de conducir al pueblo a ejercer el más legítimo de sus poderes: *levantarse en armas contra la tiranía*. Este derecho de los pueblos no ha sido negado y forma parte de la concepción liberal democrática de la política.

Vayamos a los 18 años de lucha. ¿Dónde está la violencia de arriba? No deja de existir un solo instante. Se vive en la ilegitimidad como si fuera normal que así sea. Se da por aceptado que el peronismo no puede participar de la vida política. La revista cool de la década, *Primera Plana*, es una publicación tramada por los más elegantes gorilas de ese entonces. La leían todos. Se morían por salir en *Primera Plana*. Y la revista publicaba una Historia del Peronismo escrita por ¡Osiris Troiani y Hugo Gambini! En ella publicaba Mariano Grondona. Gorilas irredentos como Ramiro de Casasbellas. Y era la exquisitez, la elegancia, el éxito. El peronismo recién empieza a tener una publicación de prestigio con el periódico de la CGT de los Argentinos. Este fue un gran paso. Ongaro y Rodolfo Walsh. Walsh no escribía en *Primera Plana*. En 1968 éramos muchos los estudiantes que repartíamos por las aulas de Filosofía el periódico de Ongaro y Walsh. (No repartíamos *Primera Plana*: la revista éxito de la clase media gorila.) Y en otras facultades sucedía lo mismo. Pero sólo eso. Todo lo demás era rabioso antiperonismo. También en el estudiantado. Hasta que se produce la "Revolución Argentina" y la Noche de los Bastones Largos. Ahí comienza la nacionalización del estudiantado. Hubo, en ese entonces, una frase célebre. La dijo una vieja compañera (hoy un poco enredada en las telarañas agrarias pero va a zafar, no lo dudo) y tiene una notable precisión: "Hizo más Onganía por la nacionalización del estudiantado que cincuenta años de Reforma" (Alcira Argumedo dixit).

El caso es que los 18 años de ilegalidad en que el país vivió, los 18 años de dictaduras cubiertas o encubiertas, justifican la figura de *la legitimidad de los pueblos de levantarse contra la tiranía*. Pero tienen que ser los pueblos. Habrá que analizar delicadamente la relación entre pueblo y violencia que se dio en la Argentina. Cuándo se dio. Cuándo no se dio.

EL PACTO PERÓN-FRONDIZI-COOKE-FRIGERIO

No es mi propósito analizar aquí la figura de Arturo Frondizi. Todavía despierta tibias adhesiones en intelectuales valiosos, en economistas. Busca hacerse de Frondizi casi una figura trágica, tramada de buenas intenciones o de buenos intentos que no pudieron ser. Vamos de a poco. Es cierto que "el caballo del comisario" para las elecciones de febrero de 1958 no era Frondizi sino Balbín, su viejo compañero de lucha. La pintada "Balbín-Frondizi" era la expresión máxima de la oposición durante el populismo autoritarista de Perón. Había "aventuras nocturnas" que residían en salir a pintar "Balbín-Frondizi". Sin embargo, la separación fue irreparable. Balbín expresa la opción militar gorila. Había que gobernar con la proscripción del peronismo. Esta había sido la conclusión de la Libertadora y, también, la toma de conciencia de su fracaso: había sido imposible desperonizar el país. Notable suceso: ¡todo lo que se había hecho desde 1955 en materia de propaganda y de injuria y los peronistas seguían siendo peronistas! Por ejemplo: hubo exposiciones de las "joyas y los vestidos" de Evita. De las fotos de Perón en la UES. De Gina Lollobrigida desnuda por el famoso truco fotográfico. Todo eso se montaba en un lugar amplio y se invitaba al público. A la salida ponían un gran tacho con la leyenda: "Usted puede arrojar aquí su carnet de afiliación al Partido Peronista". Bien, aunque esos tachos eran luego exhibidos llenos hasta el desborde el país no se desperonizó. Ni los chistes de Pepe Arias. Ni las comisiones investigadoras. Ni las comedias de Leonor Rinaldi. Nada. Ergo, hay que recurrir a una salida electoral, pero el empeño de los peronistas (que son, además, tantos, demasiados, innumerables, maldición) en no desperonizarse obliga a bloquear su participación en las elecciones. Se harán, pero sin el peronismo. Sin embargo, empieza a ocurrir algo notable. Los partidos no tienen votos propios para ganar. Ganará el que cuente con los votos peronistas. Pero para contar con esto necesitan garantizarle a ese partido que, si gana, lo legitimarán. Sólo que si hacen esto los militares lo tiran abajo. Es una especie de patética comedia de enredos en la que –trágicamente– se va tejiendo el camino al horror. La resolución de la Libertadora es: *no hemos podido ni se podrá desperonizar al país, prohibamos para siempre al peronismo*. Como vemos, esta imposibilidad del régimen para estabilizarse a causa de la existencia del peronismo es lo que expresa la frase de Cooke acerca del "hecho maldito del país burgués".

Lo notable de la situación es que se trabajaba sobre un malentendido: *para mantener la continuidad de la democracia era necesario proscribir al peronismo*. Esto era tan naturalmente asumido por la sociedad que nadie parecía ver su costado negro: ¿de qué continuidad democrática se hablaba? ¿De qué

democracia se hablaba si las mayorías y el partido que las representaba sufrían la proscripción, vivían fuera de la vida "democrática"? Había calado muy hondo en la farsa que se representaba que la negación de la democracia era el peronismo. Si lo era, la democracia debía abjurar de él, negarlo. *Sólo podría haber democracia sobre la base de la proscripción de la gran fuerza antidemocrática del país: el peronismo.*

Pero la Libertadora no puede manejar las cosas como quiere. Les sale eso que los norteamericanos llaman *a pain in the ass* ("un grano en el culo") y ese grano se llama Arturo Frondizi. Frondizi es el primero en decirse: aquí, si alguien quiere ganar tiene que arreglar con Perón. Con lo cual se transforma en "el traidor de la República". Siendo un pibe, en Necochea, en un veraneo de esos, mi viejo, orgulloso, me llevó a escuchar una conferencia del venerable Alfredo Palacios, socialista. ¡Lo que no dijo Palacios de Frondizi! "Tenemos que denunciar a los que arrojan sus convicciones por la borda y hacen arreglos con el tirano. A los que traicionan sus ideas de ayer y caen en el contubernio." ¡Contubernio! Esta fue la palabra de la época. Se la escuché de pibe al socialista Palacios. Mi viejo lo respetaba. Me solía relatar una anécdota que le merecía una gran admiración: don Alfredo Palacios estaba preso. Preso por el fascismo peronista. Y les gritaba a sus carceleros: "¡Vengan a atender a un hombre libre!" No estaba mal. El Gran Hombre dio su conferencia y luego le hicieron preguntas. La primera fue: "¿Qué es la libertad?". Y Palacios, para responder, recitó un poema. No había quien no hablara de la libertad. Pero Frondizi los jodió a todos. Le dijo a Frigerio: arreglemos con Perón. Nos vamos de la UCR, hacemos otro partido, hablamos con el general y le pedimos sus votos, a cambio le ofrecemos normalizar la CGT, la CGE, los sindicatos y nos comprometemos a que los candidatos peronistas, si hay elecciones provinciales, puedan presentarse, que fue, este último ofrecimiento, el que lo liquidó. Ya llegaremos. Arreglan con Perón y la palabra escandalizada que todo el país gorila pronuncia es ¡*contubernio*! Las palabras que hace surgir el gorilaje argentino. Yo recuerdo que no entendía qué mierda quería decir "contubernio". Imagínense las bases peronistas. ¿Qué está haciendo el general con Frondizi? ¡Contubernio! ¿Y eso qué es? En realidad, significaba que Frondizi quería ser más vivo que Perón y usarle los votos y después hacerle un corte de manga. ¿Saben qué es contubernio? Sí, pero igual veamos sus sinónimos: confabulación, componenda, complicidad, conjura, complot. Casi nada.

El Pacto Perón-Frondizi es un hito en la historia del peronismo. Perón acepta apoyar a un candidato extrapartidario y (aunque algunos queridos amigos ex desarrollistas o aún desarrollistas se enojen conmigo) sinuoso. Un tipo que jugaba a demasiadas puntas, creyéndose el más hábil de todas ellas y terminando por perder en todas. No hubo error que no cometiera Frondizi. Aunque le vamos a dar a Héctor Valle, por el respeto que le tenemos (es uno de nuestros más relevantes economistas y un economista que está del lado del que los economistas no suelen estar: el lado de los intereses populares), amplio espacio para que defienda ciertas políticas de Frondizi, algo que abrirá el espectro problemático. No es ésta una historia de ángeles y demonios precisamente. El Pacto Perón-Frondizi se firma en febrero de 1958. Algunos de sus párrafos: "De asumir el Gobierno, el Doctor Arturo Frondizi se compromete a restablecer las conquistas logradas por el pueblo en los órdenes social, económico y político". Deberá, luego, adoptar una serie de medidas: revisará todo lo impuesto en materia económica por la Libertadora. Que ha sido totalmente lesivo para la soberanía nacional. Deberá anular todas las medidas tomadas por el régimen militar "con propósitos de persecución política". "Devolución de sus bienes a la Fundación Eva Perón". "Reconocimiento de la personería del Partido Peronista". "Por su parte, el General Juan Domingo Perón se compromete a interponer sus buenos oficios y su influencia política para lograr el clima pacífico y de colaboración popular indispensable para llevar a cabo los objetivos establecidos en el presente Plan". Lo firman Perón-Frondizi-Cooke-Frigerio (Cfr. *Correspondencia Perón-Cooke*, *Ibid.*, pp. 656/657).

EL GOBIERNO DE FRONDIZI: HAGAMOS LO QUE PODAMOS

Fue Rogelio Frigerio el ideólogo de Frondizi y lo hizo desde la legendaria revista *Qué.* La posición de *Qué* era la defensa de la industria pesada contra la concentración del capital en el sector agrario, lo que daba poder a los sectores reaccionarios del país. Por el contrario, derivar el capital hacia el desarrollo de la industria pesada nos arrancaría de nuestra eterna existencia pastoril y pondría al país en la modernidad capitalista. *Qué* planteaba, además, temas muy afines al peronismo: política proteccionista centrada en el Estado, debilitamiento de los sectores oligárquicos, amnistía a los presos políticos, retorno a la legalidad sindical y levantamiento de la intervención a la CGT (Mario Rapoport, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003), Ibid.*, p. 424). Pero empezaron las aflojadas. Y una de ellas fue fatal para el Gobierno: "En el área educativa, logró la aprobación de la ley sobre enseñanza libre. Se anulaba así el monopolio estatal que existía en la enseñanza superior con respecto a la Iglesia (...). El entonces rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, se opuso a la nueva ley en una etapa relevante de la universidad pública argentina (...). Por otro lado, renegando de su pasado socializante y antiimperialista, Frondizi se convirtió a la libre empresa; librepensador y laicista, declaró su fe católica y apoyó la enseñanza libre. Severo antiperonista, resultó electo por los votos peronistas. Sus equívocos no tardaron en enajenarle el apoyo de sus electores y en enardecer a sus opositores (Rapoport, *Ibid.*, p. 425). ¡Para colmo Frondizi tuvo a su Julio Cobos! Pareciera destino de los vicepresidentes radicales el ejercicio de la traición. Muchos habrán recordado a Alejandro Gómez durante estos días. "Pero fue en el propio gobierno que se produjo la principal crisis cuando el vicepresidente, Alejandro Gómez, en desacuerdo con la política de Frondizi, se aproximó a la oposición para provocar una ruptura dentro del oficialismo. *La dimisión de Gómez fue el primer éxito de la oposición política sobre el gobierno*" (Rapoport, *Ibid.*, p. 425. Cursivas mías). A Frondizi le encajaron el apodo de "Maquiavelo" como un falsario de la política, que apelaba a cualquier metodología para realizar sus planes. (Era una interpre-

tación muy mezquina del gran pensador florentino. Pero así es la política argentina. Dispara con todo. Como sea.) En las luchas callejeras por "Laica" o "Libre" los estudiantes se agarraban a piñas. Los de la Libre llevaban unos brazaletes verdes que lograban, a veces, intimidar. Eran todos garcas de los colegios católicos, desde luego. Pero pelearon bien. Los "laicos" pintaron en una pared: "Donde hay un libro hay una vela que se enciende... y un cura que sopla. Victor Hugo". Qué importaba. Para los niños católicos ese Victor Hugo habría sido un comunista y acaso un peronista totalitario. ¿O van a decir que en los colegios católicos estudian a Victor Hugo?

Frondizi seguía retrocediendo. Quiere ahora sosegar a los milicos en el plano económico y acepta poner en su gobierno a uno de los personajes más nefastos de nuestra historia política: ¡aparece el inefable Alvarito! Rabioso anticomunista, guerrero de Occidente, hombre de contactos con la CIA y con los grupos de contrainsurgencia norteamericanos, enceguecido anticastrista, sospechoso de haber colaborado en la captura del Che en Bolivia, el tipo que aconsejó, en febrero de 1976, no dar "todavía" el golpe porque convenía dejar desgastar aún más al gobierno de Isabel Perón y luego tendría el caradurismo de decir que él se había opuesto al golpe por haber dicho eso, peronista pragmático con Menem, padre de una dirigente corrupta, de una mujer con un desparpajo y un desprecio total por las formas políticas, súbita, inesperada vedette que se hacía fotografiar con pieles mostrando sus piernas porque estaba convencida de la belleza de las mismas, fracasada y ridícula limpiadora, desinfectadora del Riachuelo, María Julia Alsogaray fue la digna hija de su padre. Los males que don Alvaro le ha hecho a este país tal vez no puedan ser contabilizados. Cuando Frondizi lo pone de ministro (esto sólo sería imperdonable para un político: haber puesto a Alsogaray es para Frondizi como para Perón haber puesto a Alberto Villar, cada uno arrasaba al país en su esfera), Alsogaray se adueña de la televisión. Demuestra una capacidad histriónica admirable y es uno de los primeros en advertir que los medios, en efecto, comunican. Pone pizarrones, traza líneas, líneas que suben, líneas que bajan, hasta que, por fin, dice la frase que lo inmortalizará: "Hay que pasar el invierno".

PUDIMOS HABER REPRIMIDO AL EJÉRCITO GORILA

El gobierno de Frondizi está acabado. Los militares controlan cada cosa que hace. Los planteos son casi diarios. Son, casi, payasescos. ¡Treinta planteos le hicieron los milicos a Frondizi! Por cada planteo, otro gorila al gabinete o a algún puesto de poder. "Cada concesión del presidente se tradujo en un nuevo avance del poder militar sobre el poder civil" (Rapoport, *Ibid.*, p. 426). Luego vendrá el Conintes. La concesión de las elecciones, con participación del peronismo que Frondizi, acaso en su ceguera final, creía que sería derrotado. Triunfa Framini en la provincia de Buenos Aires y se acaba todo. Volveremos sobre esto. Quiero dejar espacio para la carta de Héctor Valle. Que dice así: "Para un país como la Argentina de los '60 (o el Brasil de Quadros, sin ir más lejos), sin condiciones políticas objetivas para expropiar a los terratenientes y descartando la viabilidad de aumentar el grado de explotación del trabajo, carentes de desarrollo tecnológico autónomo pero con una capa no desdeñable de empresarios y científicos nacionales en condiciones de integrarse a un proyecto de desarrollo, quedaban pocas opciones a la hora de sintonizar con la fase que en ese momento histórico preciso vivía el capital multinacional. No pecamos de ingenuos (...). Pero admitamos que restaban pocas opciones, en tanto se asumiera que era vidrioso encontrar algo parecido a la Sierra Maestra. A partir de esa consideración no puede ignorarse que: 'Durante esa malhadada presidencia' (¡¡), la Argentina dio un paso decisivo en su modernización, e ignorarlo, particularmente con la perspectiva que dan los años es ya, por lo menos, un anacronismo. Apenas sirve para no desentonar en los medios que uno frecuenta, donde la crítica a los desarrollistas es algo tan políticamente correcto e infaltable como usar la camiseta con la foto del Che. ¡Si lo sabré!".

"Finalmente, todo lo reseñado no supone ignorar ni desdeñar la importancia de los errores, que no fueron menores y quizá más decisivos que los supuestos males de sustituir importaciones petroleras cagándose en el ya famoso libro *Petróleo y Política*. Desde mi punto de vista, el gobierno del '58 adoptó por lo menos dos decisiones estratégicas de graves y quizá de no previstas consecuencias, las que tuvieron gran potencia desestabilizadora: una fue la ley de enseñanza libre y la otra esa permanente negativa inclaudicable a reprimir al Ejército gorila, cuando tenían las condiciones militares suficientes para, por lo menos, intentarlo. ¡Cuántos menos tecnócratas al servicio del liberalismo hubiéramos sufrido sin la UCA! y cuánta menos sangre se hubiera derramado cortándole las alas a tiempo al ejército colorado y al azul también. Creo que fueron políticas fatales –y no me vengan con el viejo verso de que una cosa explica la otra para por esa vía juzgar el autobastecimiento petrolero– que generaron en algunos un desánimo profundo y en otros un odio ciego, que han impedido evaluar adecuadamente otras decisiones que fueron realmente transformadoras, no solo como las del programa energético o el siderúrgico sino también los grandes cambios progresistas operados en la Universidad, el desarrollo de organismos públicos de investigación como el INTI o encarar tantas grandes obras públicas que luego maduraron, todas de origen desarrollista."

"Pero si algo no se puede seguir repitiendo, a esta altura de los acontecimientos, es que los hombres y mujeres, pocos o muchos, comprometidos con aquel proyecto, con esas ideas y con aquellos dirigentes (por entonces o más adelante) éramos o somos una manga de boludos ('sufridos intelectuales' a tu decir) o ventajeros, que adherimos a políticos en quienes creímos, mientras los 'lúcidos intelectuales' nos observaban con carita de reproche desde una mesa del café La Paz, y ahí siguen" (Carta al autor de febrero del 2008).

De esta Carta hay dos postulaciones que analizaremos en la próxima entrega y que son prioritarias. ¡Cuántos menos tecnócratas al servicio del liberalismo tendríamos sin la UCA! Y la otra, la más

trascendente: debimos haber derrotado al Ejército gorila, al azul y al colorado ahí mismo. Debimos haberles cortado las alas, dice. Eso, ¿habría sido posible? Valle dice que se tenían los medios militares necesarios como para, por lo menos, intentarlo. Es impensable cuántos aliados habrían sumado. Qué otros sectores del Ejército (de un Ejército formado por los hombres que habían mantenido la fidelidad al peronismo) habrían deseado repetir la intentona de junio de 1956, ahogada en sangre y aún muy cerca.

Esto de Héctor Valle asombrará a los mismos desarrollistas: ¿cuántos se lo habrán planteado? ¿Frondizi? El "Maquiavelo" de la UCRI no hizo más que ceder ante los planteos militares. Pero apretado por sus cuadros más decididos –que debían buscar apoyo en el peronismo–, el planteo es que no habría sido excesivamente ilusoria una ofensiva contra el Ejército gorila que llevó al país a la catástrofe. La reflexión sobre la historia incluye lo impensado. Y hasta requiere reflexionar sobre lo imposible. Ocurre que es un rostro demasiado extremo de lo imposible imaginar a cualquier sector del Ejército aceptando la jefatura de Frondizi para reprimir a otro. Porque, en caso de –como dice Valle– haber contado con medios militares suficientes como para al menos "intentarlo", ¿quién habría sido el comandante en jefe de esa represión? ¿Alguien imagina a Frondizi asumiendo el rol de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas que le correspondía en tanto presidente, ordenar la represión del Ejército azul y del colorado? Difícil.

ILLIA: LOS QUE LO ECHAN SON LOS MISMOS BANDIDOS QUE LO PUSIERON

El problema con Frondizi (más allá de las cuestiones económicas y del autoabastecimiento energético) es, desde luego, político. Era, como lo fueron todos, un presidente ilegítimo. Sus votos no eran suyos. De aquí que tampoco uno lo imagine al frente de los milicos antigorilas. Estos, en todo caso habrían obedecido a Perón. Pero Frondizi era por Perón que estaba donde estaba. Lo que en verdad maniató a Frondizi fue el esquema del "dame y te doy y después hago lo que quiero, pero no lo puedo hacer porque no me dejan". Veamos: 1) *Dame*: dame tus votos, Perón; 2) *Te doy*: todo lo que te firmé. Hasta te autorizo a que se presenten tus candidatos en elecciones provinciales; 3) *Hago lo que quiero*: Ahora que estoy en el Gobierno el que manda soy yo. Actúo como si me hubieran votado a mí los que me votaron. O en el caso de Illia: soy un presidente democrático. Soy la institucionalidad. (*Nota*: Lamentamos informar a la mitología radical sobre el "viejito bueno" que la frase –tan utilizada durante la campaña de 1983– que Illia le dirige al general Julio Alsogaray cuando éste va a relevarlo del mando es totalmente absurda: "Yo soy [habría dicho Illia] el presidente de la República y usted es un bandido que se rebela contra las instituciones". Todos aplaudían a rabiar en los cines durante la campaña de Alfonsín. Pero no. El general Julio Alsogaray, serenamente, le debió haber respondido [acaso lo hizo]: "Se equivoca, doctor Illia. Yo no soy un bandido que se rebela contra las instituciones. Yo soy el bandido que lo puso aquí. Si no fuera por bandidos como yo y mis compañeros de armas usted no sería presidente de la República. Así que marche preso".); 4) *Pero no puedo hacer nada*: ¡Claro que no! No eran presidentes legítimos. Y los primeros en saberlo eran los militares. Apenas Frondizi o Illia querían salirse del libreto los tiraban. Los dos caen por el mismo motivo: autorizar la participación del peronismo en la vida política. Al ganar Framini en la provincia de Buenos Aires cae Frondizi. *No es un golpe contra Frondizi, es un golpe contra el peronismo*. No es a Frondizi al que voltean, voltean a Framini, impiden que el peronismo se adueñe de la provincia de Buenos Aires. Y con Illia lo mismo: no lo voltean por la ley de medicamentos. Esa es una ilusión para creer que a Illia lo voltean por "militante antiimperialista" o por algo que hizo él. Que es a él a quien voltean. Y no. Illia (y aquí sí tiene funcionalidad el concepto de "viejito bueno") es, en efecto, un tipo con sensibilidad democrática y todo indica que cada vez más va a ir abriéndole puertas al peronismo y le permitirá participar en las próximas elecciones presidenciales. Este mérito suyo, este auténtico espíritu democrático, tal vez más valioso que el asunto de la ley de medicamentos, esta actitud por la cual limpiaría su origen espurio y se legitimaría democráticamente, determina su caída. Los militares, que lo han puesto, no lo pusieron para que legitimara al peronismo. Es como Frondizi abriéndole las puertas de la provincia de Buenos Aires a Framini. No, señor: no lo pusimos para eso. Y a Illia lo mismo. *El golpe contra Illia no es contra él. Es un golpe contra la posibilidad de la participación del peronismo en elecciones presidenciales*. Es cierto que esa posibilidad la estaba tornando posible el propio Illia. Pero no podía. Porque quería realizarla con un poder que no era suyo. *Con un poder que le habían dado precisamente para bloquear esa posibilidad.* ¿Cómo, ahora te querés hacer el vivo, te hacemos presidente y vos nos querés meter adentro al peronismo? Bueno, los bandidos que te dieron el poder te lo van a sacar. Porque vos, te guste o no, sos fruto del bandidaje. Fue un acto de bandidaje presentarse a elecciones con la proscripción del partido mayoritario. ¿No lo pensó Illia? Cuando él le dice a Julio Alsogaray: "Usted es un bandido que se levanta en armas contra las instituciones, contra la democracia, contra el orden instituido" (contra todo lo que se quiera), Julio Alsogaray, con total coherencia, le puede decir: "Y usted es un bandido que llegó a la presidencia de la República en medio de una ilegitimidad democrática profunda. Llegó apadrinado por bandidos a los que recién ahora, cuando se vuelven contra usted, denuncia. Cuando le sirvieron, nada dijo. Los utilizó y se puso la banda". De donde vemos que el "viejito bueno" tenía unas cuantas aristas oscuras. Tenía la ilegitimidad profunda de todos los gobiernos que les servían a los militares de careta institucional y democrática. Su frase a Julio Alsogaray no tiene sentido. El milico gorila se habrá dicho: "Pobre viejo: se la creyó". Y lo metió preso.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Onganiato y Cordobazo

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

38 **Onganiato y Cordobazo**

Suplemento especial de
Página|12

HACIA UNA FENOMENOLOGÍA DE UNA HUELGA EJEMPLAR

Hay un encuadre político del que no pueden salir los militares ni los partidos no peronistas. La Libertadora se había autodenominado "Gobierno Provisional". Lo hizo cuando creía que despacharía sin mayores problemas al peronismo. Que la desperonización del país sería sencilla. También la izquierda apostó a algo similar: hay que desperonizar a la clase obrera para que gire a la izquierda y se encuentre por fin con su verdadera ideología de clase, que es la que sostienen los partidos de izquierda. El problema es que el socialismo argentino participa de los enjuages de los "libertadores" para suprimir al peronismo. Reforma de la Constitución, Junta Consultiva Nacional, disolución del Partido Peronista, intervención de la CGT, etc. Un engendro como la Junta Consultiva Nacional, por ejemplo, estaba presidido por el almirante Rojas y se proponía la consolidación de los principios liberales del Gobierno y la desperonización del país, que había quedado en situación de catástrofe democrática luego del peronismo. Para esto serviría la Junta Consultiva Nacional. Era un organismo *asesor* de la Libertadora. En esto se anotaron José Aguirre Cámara, Horacio Thedy, Miguel Zavala Ortiz y Oscar Alende (cuya evolución todos conocemos), muchos otros radicales y los socialistas Nicolás Repetto, Américo Ghioldi y Alicia Moreau de Justo, la Victoria Ocampo de la izquierda, cuyo nombre engalana una avenida importantísima de Puerto Madero, hoy. No había forma de desperonizar el país ni a su clase obrera. Por consiguiente, los "libertadores" conceden elecciones "libres". Y aquí empieza la farsa. A la cual se prestan *todos los partidos políticos*. Ninguno es capaz de decir "mientras el peronismo esté prohibido no puede haber elecciones democráticas". Todos esperan llegar al gobierno y, desde ahí, negociar con el peronismo y controlarlo. Los militares abren la farsa pero permanecen como los "patrones de la vereda". Controlan todo. Ponen y sacan. Hemos visto ya la experiencia de Frondizi y la de Illia. Los militares los ponen para que el país tenga una máscara democrática. Ellos aceptan. Llegan y empiezan a negociar con el peronismo. Cuando estas negociaciones llegan a un punto peligroso, los militares los sacan.

La historia argentina transitaba otros carriles, tenía experiencias más auténticas, totalmente genuinas, y vendrían del propio peronismo. Nuestro propósito –aquí– es hacer la fenomenología de una huelga. ¿Qué entendemos por fenomenología? Ir describiendo sus hechos, enumerándolos, mostrándolos en exterioridad y concluir que esos hechos son, a la vez, la esencia de lo que buscamos. Los hechos nos narran su historia y nos dicen a la vez qué significa esa historia, qué puntos conceptuales afirma, cuáles niega. *La pregunta es: ¿qué es una huelga obrera?* Como más adelante –bastante más adelante– nos preguntaremos *¿qué es el foco insurreccional?*, queremos ahora exhibir el mecanismo ejemplar (paradigmático, es decir: el ejemplo perfecto) de una huelga obrera. Ese ejemplo lo dio la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre. Fue uno de los grandes momentos de la clase obrera argentina. Y fue el ejemplo de lo que una huelga *es*.

Tempranamente Perón apela a la lucha violenta. Una lucha violenta que se encarna en los militantes del peronismo. Poner caños, bombas de plástico, recurrir a sabotajes. En carta a Cooke del 3 de noviembre de 1955, firmada en Caracas, le dice: "Algunos 'angelitos' piensan en la posibilidad de la 'pacificación' (...) Yo también era pacifista hasta el 9 de junio pero, después de los crímenes cometidos por los tiranos, apoyados por los partidos políticos, *ya no tengo esperanzas que esto se pueda solucionar sino en forma cruenta* (...) Cuanto más violentos seamos mejor: *al terror no se lo vence sino con otro terror superior* (...) Algunos idiotas temen el caso de que se produzca un caos. Las revoluciones como la nuestra parten siempre del caos, por eso no sólo no debemos temer al caos sino tratar de provocarlo (...) Se trata de no dar escape a la dictadura por ningún lugar y menos por la solución política. Ahora los que queremos guerra somos nosotros, pero guerra a nuestro modo, no al de ellos. Vamos a ver si podrán gobernar cuando el pueblo llegue a la resistencia sistemática. Veremos también quién será el que pierda con la ruina general. *me daría un gran placer si algún día, en la obra en que yo trabajara, tuviera a los oligarcas y a los 'petiteros' acarreándome baldes de mezcla*" (*Perón-Cooke, Correspondencia*, Volumen II, *Ibid.*, 46/47/49). Qué tipo este Perón. Cómo sabía decirle a cada uno lo mejor para tenerlo de su lado. Observemos que el texto tiene una potencia notable y que sin duda a Cooke le habrá revuelto la cabeza. Así dirigía Perón la Resistencia Peronista. Ése era el lenguaje preciso. Observemos que la frase: "Al terror no se lo vence sino con otro terror superior" anticipa a la que dirá "A la violencia del régimen opondremos una violencia mayor", que será ofrecida a los cuadros combativos de los setenta. Ahora, le dice a Cooke, somos nosotros los que queremos guerra. Pero (aclara) "a nuestro modo". O sea: nada de fusilamientos, nada de matanzas clandestinas, de crímenes en basurales. ¿Cuál es el modo que Perón considera "nuestro", es decir, de los peronistas? Ese modo estará plasmado cuando el pueblo llegue a la resistencia sistemática. *Es el pueblo el que ejerce y el que encarna la resistenca sistemática*. Ese es "nuestro modo", dice Perón. Perón ni pensaba en la guerrilla en estos años. Sólo incorporará este concepto luego de la aparición de los Montoneros. Pero es muy sugerente el modo en que nombra a los grupos guerrilleros: *formaciones especiales*. ¿Por que son *especiales* estas formaciones? Porque actúan individualmente. Forman parte de la lucha del pueblo, pero no luchan como el pueblo. Luchan de un modo *especial*. Luchan fuera de la masa. Colaboran con la masa. Pero no surgen de ella ni pelean desde ella. Son "especiales". Son "formaciones". Cuando estamos diciendo que son "especiales" estamos diciendo que estas "formaciones" matan, matan gente. Trabajan con la muerte. La masa trabaja con la masividad. El pueblo trabaja con el número. Si se organiza, transforma su número en fuerza. Pero no una fuerza organizada para matar. Las "formaciones especiales" no trabajan con la masividad, aunque adhieran a ella. Trabajan con formaciones reducidas. Estas formaciones llevan incluida en todas sus acciones la decisión de matar. Su lucha es *armada. La lucha de las formaciones especiales es la lucha armada*. La lucha genuina de la clase obrera no es la lucha armada. Su arma esencial, el arma que define el ser de la clase obrera en su faz combativa, es la *huelga*. De aquí que nos detengamos a analizar la gran huelga de los obreros peronistas: la del Frigorífico Lisandro de la Torre.

LA HUELGA, EL ARMA GENUINA DE LA CLASE OBRERA

Sólo algo respecto de la relación de Perón con la violencia. Lo sabemos: Perón es un político de múltiples facetas y muchas de ellas están determinadas por sus estados de ánimo. El texto que vamos a citar, y que le dirige a Cooke, es un Manual lapidario sobre las acciones que puede tomar un pueblo resistente ante un gobierno dictatorial: "El sabotaje, el boicot a las compras y al consumo, el derroche de agua, las destrucciones de las líneas telefónicas y telegráficas, las perturbaciones de todo orden, las huelgas, los paros, las protestas tumultuosas, los panfletos, los rumores de todo tipo, la baja producción y el desgano, la desobediencia civil, la violación de las leyes y decretos, el no pago de los impuestos, el sabotaje a la administración pública, solapada e insidiosa, etc., son recursos que bien ejecutados pueden arrojar en pocos días a cualquier gobierno (...) Yo creo que la eficacia de los pequeños métodos es temible (...) Por eso creo que la resistencia no ha sido bien llevada, porque la gente se ve más atraída por las bombas y los incendios, que son efectivos si no se olvidan las cosas más pequeñas, pero que ejecutadas en millones de partes resultan mayores y más efectivas que hacer volar un puente o incendiar una fábrica" (*Perón-Cooke, Correspondencia,* tomo II, 1970, p. 39. Esta cita corresponde a la edición de Granica que es la citada por Alonso, Elizalde y Vázquez, que son los autores de un más que excelente libro: *La Argentina del siglo XX*, Aique, Buenos Aires, 1997, p. 129). El texto de Perón es formidable: traza todo un plan de resistencia de sabotaje destructivo

sin actos violentos de envergadura. También era consciente de esa posibilidad. La guerrilla se le impone a Perón. Como se le impone a la sociedad. La mayoría de la sociedad la acepta. Nadie parece entristecerse demasiado por el asesinato del gorila fusilador Aramburu. Más aún en mayo de 1970, después del Cordobazo, cuando la idea del regreso de Perón, traído por la lucha del pueblo *en todas sus formas, empieza a vislumbrarse como una posibilidad*. Lo que está claro es que la muerte de Aramburu se incluye como un hecho más de una lucha que es mucho más que eso, que es la lucha de todo un pueblo por el retorno de su líder proscripto. Muchos jóvenes y los propios Montoneros se empezaban a visualizar como vanguardia de la lucha porque eran los que "más arriesgaban" en ella. "Si Evita viviera sería Montonera" es porque, ella, la más combativa figura del peronismo,

hoy estaría en el lugar más arriesgado de la lucha, en su vanguardia armada. Ahí empieza al deterioro de la opción por la masas y su reemplazo por la opción por los fierros, que llevará al fracaso.

Ahora sí, vayamos a las jornadas masivas, proletarias, de la huelga del Lisandro de la Torre. Sólo obreros ahí. Esgrimiendo su arma esencial: la huelga revolucionaria. El libro más adecuado para estudiar este complejo hecho histórico es el de Ernesto José Salas, *La Resistencia Peronista, la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre*, la gente del portal [Humano Buenos Aires, *http://humanobsas.wordpress.com*] lo ha comentado con notable rigor. Voy a utilizar el trabajo de ellos. Es el que sigue y es totalmente confiable:

"Durante la segunda mitad de enero de 1959 la ocupación del frigorífico 'Lisandro de la Torre' y su posterior desalojo por fuerzas militares y policiales desencadenó el estallido insurreccional del barrio de Mataderos y el inicio de una

huelga general nacional que puso en jaque la fragilidad institucional del gobierno de Arturo Frondizi. Hoy, estos hechos son poco conocidos para muchos argentinos, pero en las dos décadas inmediatamente posteriores serían parte de los relatos transmitidos oralmente y un antecedente de los estallidos urbanos de finales de la década de 1960. En los primeros días de enero, el presidente Arturo Frondizi ajustaba los detalles de su visita a los Estados Unidos; sería el primer mandatario argentino en visitar oficialmente la potencia dominante de la posguerra. Su política reciente había dado muestras sobradas de alineamiento: los contratos petroleros, la Ley de Radicación de Capitales y, a fines de diciembre de 1958, el anuncio al país de la aplicación del primer Plan de Estabilización elaborado a partir de las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional".

"En este contexto, el 10 de enero de 1959, el Poder Ejecutivo envió a las cámaras un nuevo proyecto de Ley de Carnes que contemplaba la privatización del frigorífico nacional que, situado en el barrio de Mataderos, abastecía el consumo de la Capital Federal. El objetivo manifiesto era venderlo a la CAP (Corporación Argentina de Productores), un ente mixto controlado por los ganaderos. El interés de éstos en la posesión de establecimientos frigoríficos era reciente, pues el mercado internacional para las carnes argentinas había decaído y el mercado interno era el destino obligado de las mismas."

DEL ESPACIO DE LA FÁBRICA AL ESPACIO DE LA MILITANCIA

Hasta aquí tenemos: pocos recuerdan hoy la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre. No hay sorpresa en esto. Se recuerda poco, se sabe menos y se sabe mal. O se sabe con mala fe. Durante la década del '60 la huelga del De la Torre fue símbolo de la lucha obrera del peronismo de la Resistencia. Durante la primera mitad de enero de 1959 los obreros ocupan el Frigorífico. Esto no se hace fácilmente. Han tenido mucho que hablar los militantes más activos con los obreros menos politizados. *Es* un diálogo entre compañeros. Es un obrero que habla con otro. Comparten la misma situación. La única diferencia: uno está convencido de tomar el Frigorífico, el otro aún no. Cuando el otro tome conciencia de la necesidad de la medida estarán totalmente identificados. La relación que se establece en la fábrica es central. De aquí la importancia del trabajo para la clase obrera y también la importancia del neoliberalismo en haber reducido los centros de trabajo. En la fábrica los obreros se relacionan en tanto compañeros y en tanto artífices de la producción. Dentro de este capitalismo de la producción la *huelga* es posible por la identificación y la cercanía que el trabajo produce. Si desaparece el trabajo, los obreros pasan a ser marginados y su unidad ya no se da por medio de la producción. En el Lisandro de la Torre eran todos compañeros y eran los que hacían la tarea. Se identificaban de modo inmediato: compartían, ante todo, el espacio de la fábrica. *Se pasa del espacio de la fábrica al espacio de la militancia.*

Frondizi quiere venderle el Frigorífico a la CAP (Corporación Argentina de Productores). Al vendérselo a la CAP lo *privatiza*. La CAP está en manos de los grandes ganaderos, que advierten, en ese momento, posibilidades concretas en el mercado mundial. Los del Lisandro de la Torre entienden que esa cesión que hace Frondizi es otro regalo para la oligarquía de las vacas y las grandes extensiones de tierra. Deciden no entregar el Frigorífico. (Esto ocurrió en 1959. Tal vez los obreros no habían madurado y aún no entendían que la oligarquía ganadera es una clase revolucionaria que merece el apoyo de la izquierda y del periodismo progresista. Además del ya tradicional del establishment. En esa época, no. Entregarle el Frigorífico a la oligarquía era –para los obreros– una maniobra reaccionaria. Se usaban todavía estas viejas palabras.)

Sólo unos meses atrás los obreros habían elegido una nueva comisión interna. La mayoría eran peronistas. La comisión interna expresa el funcionamiento de la democracia en el interior de la fábrica. Son los obreros los que eligen sus comisiones. Ellos se conocen y saben a quiénes eligen. Son elegidos los más combativos, los más fieles a los intereses de clase, los que poseen mayor formación ideológica, algo que les permitirá negociar mejor con los patrones. La lucha común fortalece los lazos comunes: todos son compañeros que resisten una medida que perjudica, también, a todos.

Se trata la ley en el Senado. Dos mil obreros acuden a presionar, a hacer sentir su presencia. Llevan con ellos a un ternero. Le han colgado un cartel. El cartel dice: "Señores diputados: no me entreguen. Quiero ser nacional". Se trata de un hecho remarcable: en tanto el Frigorífico es del Estado los obreros consideran que es "nacional". Por ser "nacional" sienten que ese ternero *es de ellos, los expresa a ellos*. Pero la ley se promulga en Diputados y en Senadores ni necesita ser debatida por tener el oficialismo una mayoría absoluta. El parlamentarismo les ha dado un duro golpe a los obreros del Lisandro de la Torre y ha legislado, una vez más, en beneficio de los patrones, de los poderosos. Se produce entonces la resistencia obrera. El 15 de enero de 1959 todos van a trabajar y toman el Frigorífico. *No se van del edificio*. Se convoca a una asamblea general. Asisten a ella 8000 obreros. Se decide mantener la toma del Frigorífico y se declara la huelga por tiempo indeterminado. En la lucha colaboran los familiares: padres, madres, hijos, hermanos. Toda la gran barriada está conmovida, alerta y sabe que puede desatarse la represión. Frondizi, apurado por los grandes ganaderos de la CAP, no puede demorar esta medida. Un Estado no puede permitir que unos obreros se apropien de un frigorífico. Los obreros se manejaban con un esquema optimista: si el Frigorífico es del Estado es, entonces, *nacional.* Si es nacional tiene que ser de los obreros. O son ellos quienes tienen que luchar para que no sea *privado*. Para que no se entregue a manos de las familias de siempre, los dueños de la tierra y del ganado que pasta sobre ella. Destaquemos esto: en el momento en que se está por desatar la rebelión los obreros no están solos en la lucha, se han incorporado sus familias y hasta el entorno barrial.

LA REPRESIÓN: 2000 SOLDADOS

El gobierno declara *ilegal* la huelga. Los obreros habían dado un paso de más no tolerado por la legalidad burguesa: *habían ocupado el Frigorífico*. Y el Frigorífico no es de ellos aunque sea del Estado. El Estado actúa como un ente de representación de los sectores dirigentes. A ellos les pertenece todo. El Frigorífico podrá ser estatal. Pero el Estado no es *nacional*. El Estado frondicista –por referirnos solamente a él– era un Estado de dominación de clase. Su función era expresar políticamente a los grandes empresarios y a las Fuerzas Armadas, que veían en los obreros del Lisandro de la Torre a una gavilla de peronistas y comunistas subversivos, alteradores del desarrollo normal y racional de la sociedad. Se hallaban claramente dispuestos a reprimirlos en nombre de los valores de Occidente. La cuestión es clara: si el Estado expresa a las clases hegemónicas (a la vieja oligarquía y a los empresarios unidos a ella, o sea: *a las clases dominantes*), el Frigorífico Lisandro de la Torre pertenece al ámbito inviolable de la *propiedad privada*. En suma, los obreros se han adueñado de una propiedad que no les pertenece. Que les ha sido privada porque es de otros. De quienes es el país. Y adueñarse de una propiedad ajena es el más escandaloso delito de una sociedad basada en el orden del capital. Los obreros del Lisandro de la Torre han subvertido ese orden y deben ser severamente reprimidos. Se ordena desalojar el establecimiento el día sábado.

Como la orden no se obedece se desata la represión. Se movilizan contra los obreros fuerzas que jamás se habían reunido para reprimir una huelga obrera. Este es uno de los momentos más notables, más genuinos en la historia del peronismo. Fue, si se quiere, nuestra Comuna de Mataderos, porque la participación de las barriadas adyacentes al Frigorífico fue importante. Pero la represión fue desmedida. Expresaba también el miedo de los poseedores, la presión de la oligarquía, el odio de clase, el odio a la soberbia de la chusma, el eterno "¿cómo se atreven?", el eterno "hay que enseñarles", "ahora van a ver quiénes mandan en el país", el eterno "negros de mierda, se han soliviantado, hay que bajarles el copete". Los piquetes de guardia en las esquinas del frigorífico fueron los primeros en dar la alarma. Lo que vieron fue una poderosa fuerza represiva que avanzaba hacia el establecimiento: "22 ómnibus cargados con agentes, carros de asalto de la Guardia de Infantería, camiones de bomberos, patrulleros, cuatro tanques Sherman del Regimiento

de Granaderos a caballo y varios jeeps con soldados provistos de ametralladoras, estos últimos al mando del Teniente Coronel Alejandro Cáceres Monié". La fuerza así reunida era de unos dos mil hombres. A las cuatro de la madrugada llegaron refuerzos de Gendarmería y un tanque ocupó posición frente al portón. Los obreros, en grupos, se treparon a los muros y a la puerta de entrada. Ricardo Barco, delegado comunista que observaba la escena la cuenta así: "Avanzan los tanques. Estábamos colgados de los portones, porque un poco en la bronca y otro poco de inconsciencia, lo que pensamos es que iban a meter la arremetida pero que lo iban a parar [...] Yo, desde el portón, cuando el portón pegó el cimbronazo, pasé por arriba de los árboles y fui a caer en un cantero allá como a cinco o seis metros... y todavía allí cayeron otros [...] En medio de eso, que el tanque entra, avanza, la gente se da vuelta, se para en el mástil y empieza a cantar el Himno Nacional... no hay palabras para decir lo que siente uno en ese momento".

"La resistencia duró tres horas, aunque la mayoría de los obreros saltaron los muros y se refugiaron en su barrio. Desde el cuarto piso, un grupo tiraba con todo lo que tenía al alcance. A las siete de la mañana, la policía retomó el control: 95 obreros fueron detenidos y nueve resultaron heridos. El plenario de las 62 Organizaciones reunido esa noche declaró un paro por tiempo indeterminado que apoyaron los otros dos nucleamientos sindicales.

"La indignación por lo ocurrido recorrió el barrio. Durante varios días obreros y vecinos libraron duras batallas contra las fuerzas de seguridad. Mataderos se convirtió en el barrio de las barricadas, se hacían con adoquines sacados de las calles, vías del tranvía, cubiertas de ómnibus de líneas incendiadas y clavos miguelitos aportados por la Juventud Peronista. Por la noche los activistas cortaron el alumbrado y la policía fue recibida a pedradas desde las azoteas. En tanto, el gobierno allanó varios sindicatos y detuvo a varios dirigentes, entre ellos al "Lobo" Vandor, John William Cooke, Susana Valle y Felipe Vallese. Además, declaró 'zona militar' a las ciudades de La Plata, Berisso y Ensenada y ordenó su custodia con tropas militares. Entre tanto, Sebastián Borro y otros dirigentes de gremios chicos, como Jorge Di Pasquale, organizaban la huelga. Desde los Estados Unidos, Frondizi declaró: "*La conducción del país la tiene el gobierno y no los gremios*". Luego de tres días el movimiento de fuerza se debilitó: los colectiveros trabajaron el martes y los nucleamientos comunistas y 'democráticos' abandonaron la huelga. El miércoles 21, las 62 Organizaciones decidieron el cese de las medidas de fuerza" (Ver: *http://humanobsas.wordpress.com*).

HUELGA OBRERA Y GUERRILLA

Un movimiento como éste deja plasmados documentos importantes, dado que busca explicar los fundamentos de su acción y denunciar aquello contra lo cual lucha. El *Comando Nacional Peronista* emite un documento interno con fecha 3 de enero de 1959. Sus líneas centrales son las siguientes:

"a) El Paro General:

1.- "El paro general realizado por todo el Pueblo argentino los días 18 y 19 de enero de 1959, ha sido la más formidable expresión de repudio a un gobierno que se conoce en nuestra historia.

2.- Desde el punto de vista de la lucha por la Liberación Nacional, el paro general ha confirmado la ubicación de las masas trabajadoras como *vanguardia combatiente e indiscutida* de la Nacionalidad. Una vez más los trabajadores han demostrado que su fuerza, su unidad y su homogeneidad constituyen la única garantía real para la emancipación de la Patria" (Roberto Baschetti, *Documentos de la Resistencia Peronista, 1955-1970*, *Ibid.*, p. 150. Cursivas mías.) Cuando el delegado Ricardo Barco dice que no tiene palabras para expresar la emoción que le produce ver a sus compañeros cantar, unidos, el Himno Nacional ante los tanques del gobierno, lo que dice es que esos compañeros están conduciendo la lucha del pueblo, *aun en la inminente derrota*. Lo que dice el documento del Comando Nacional Peronista es de enorme valor. Es un texto teórico. Dice: la vanguardia de la nacionalidad, la vanguardia combatiente e indiscutida *son las masas trabajadoras*. No hay nada que enorgullezca más a la clase obrera que sentirse vanguardia de su propia lucha. Jamás, legítimamente, debe delegar esa vanguardia en ningún grupo que no haya surgido de ella, que no sea parte de su estructura organizativa y exprese su lucha.

Sigamos con el documento:

"3.- Desde el 17 de octubre de 1945 –en que por primera vez las masas laboriosas irrumpen en el campo político y deciden el destino auténtico del país– hasta esta gran huelga de enero de 1959, sólo las masas trabajadoras se han mantenido fieles y consecuentes a los principios y objetivos de la argentinidad, en una forma clara, definida y continua.

4.- Y al mismo tiempo, desde el 17 de octubre de 1945, sólo el Movimiento Peronista, por encima de la incapacidad y el temor de muchos de sus dirigentes, ha probado que es capaz de jugarse entero (...) en defensa del destino del patrimonio y del Pueblo Argentino (...) Somos los primeros en propugnar la unidad de todos los sectores nacionales contra la Oligarquía venal y el imperialismo extranjero, pero afirmamos que el Movimiento Peronista, consustanciado con los trabajadores, se ha ganado el derecho innegable a conducir la lucha de todo el Pueblo, hasta liquidar al Gobierno entreguista y restaurar la vigencia de la Soberanía y de la Dignidad argentina" (Baschetti, *Ibid.*, p. 150/151). El punto (2) lleva por título "La heroica actuación de la barriada de Mataderos". Dice: "El segundo hecho relevante que demuestra la eficacia de la fuerza popular ha sido el comportamiento de la barriada de Mataderos, significativamente silenciado por los cronistas de la Oligarquía y del Imperialismo. Durante cinco días consecutivos un enorme sector de la ciudad, comprendido entre Avenida Olivera y la Avenida General Paz y abarcando los barrios de Mataderos, Villa Lugano, Bajo Flores, Villa Luro y parte de Floresta, ha estado ocupado por el Pueblo, ofreciendo una tenaz, entusiasta y exitosa resistencia a los organismos de represión" (Baschetti, *Ibid.*, p. 154). Y el 17 de enero de ese año de 1959 (justamente cuando Fidel Castro y los suyos entraban triunfalmente en La Habana acompañados por todo el pueblo que se les había reunido a lo largo de la lucha, sobre todo el pueblo campesino) será nada menos que John William Cooke quien fije algunas de las consecuencias conceptuales más importantes de la huelga del Lisandro de la Torre. Refiriéndose a las acciones populares, dice: "Si los medios de lucha que ha usado no son del agrado de los personajes que detentan posiciones oficiales, les recordamos que los ciudadanos no tienen la posibilidad de expresarse democráticamente y deben alternar entre persecuciones policiales y elecciones fraudulentas (o sea: entre el plan CONINTES –CONmoción INTerna del EStado– que impulsa Frondizi y las elecciones amañadas con la proscripción del partido mayoritario, el fraude descarado, infame, que nadie, ningún partido debió aceptar, JPF). No es posible proscribir al pueblo de los asuntos nacionales y luego pretender que acepte pasivamente el atropello de sus libertades, a sus intereses materiales y a la soberanía argentina. *No sé si este movimiento nacional de protesta es 'subversivo', eso es una cuestión de terminología, y en los países coloniales son las oligarquías las que manejan el diccionario*. Pero sí puedo decir que el único culpable de lo que pasa es el gobierno, heredero en esta materia de la oligarquía setembrina. Por ello el pueblo está en su derecho de apelar a todos los recursos y a toda clase de lucha para impedir que siga adelante el siniestro plan entreguista" (Baschetti, *Ibid.*, pp. 160/161. Las bastardillas son de Cooke).

LO QUE COOKE PLANTEABA: UN PUEBLO SOFOCADO ESTÁ CONDENADO A LA VIOLENCIA

Plantea Cooke algo sensato, sencillo: apartar a un pueblo de las decisiones del país lo arroja a un estado de orfandad cívica y social que lo conduce a la violencia o a la huelga revolucionaria. Calificar a estas actitudes de "subversivas" es de un cinismo elemental. Es el que prohíbe la manifestación del pueblo quien ejerce la subversión. En este sentido, *todos los gobiernos que actuaron entre 1599 y 1973 fueron subversivos pues subvirtieron el funcionamiento de la democracia*. Cuando el movimiento obrero (siempre dentro de ese esquema que le impide desarrollar en democracia su identidad política) emprende una huelga en defensa de sus intereses, el Estado ilegítimo (Frondizi, los militares gorilas) le envía una fuerza represora descomunal. Repasemos la composición de la fuerza represiva. Semejaba el deseo de tomar una colina inexpugnable en medio de la más feroz de las guerras. 1) 22 ómnibus cargados con agentes de policía; 2) "Carros de asalto de la Guardia de Infantería, camiones de bomberos, patrulleros, cuatro tanques Sherman del Regimiento de Granaderos a caballo y varios jeeps con soldados provistos de ametralladoras, estos últimos al mando del Teniente Coronel Alejandro Cáceres Monié"; 3) Eran cerca de 2000 hombres. A las 4 de la mañana llegan refuerzos de Infantería y plantan, en posición de tiro, un tanque frente al portón de la fábrica. Esto expresa la brutalidad del régimen y también su temor.

Pero los obreros habían ganado (ya) muchísimo. Se sentían unidos. El compañerismo de clase se había afirmado. Las acciones se visualizaban más poderosas si eran colectivas. A nadie se le pasó por la cabeza organizar comandos de guerrillas. Y, en caso de hacerlo, habrían sido elegidas en asamblea y habrían surgido de las entrañas de la clase obrera. ¿Qué habría hecho un grupo miliciano externo que hubiera decidido arreglar la situación? Habrían apuntado sus armas hacia la Corporación Argentina de Productores. Ahí todos eran tipos importantes de la oligarquía. El gobierno estaba en sus manos o, al menos, debía servir decididamente a sus intereses y eso estaba haciendo. Si el grupo miliciano secuestra a dos personajones de la CAP y dice que anulan la medida de privatizar el Lisandro de la Torre o los matan, quizá (sólo quizá) Frondizi y los militares gorilas habrían negociado con más cautela. Había vidas en juego. Supongamos lo extremo. El triunfo total del grupo miliciano. El gobierno quiere salvar la vida de los personajones con apellidos sonoros y tradicionales, bien oligárquicos, y se suspende la medida de la privatización del Lisandro de la Torre. ¿En qué benefició esto a la clase obrera? Los superhéroes de la guerrilla se presentan en el Frigorífico y les dicen les traemos la solución. Los obreros debieran decirles: "Váyanse a la mierda. La solución la queríamos conseguir nosotros. No queremos salvadores, queremos fortalecer la capacidad de lucha de la clase obrera que, ella sí, es la vanguardia de la lucha revolucionaria". De aquí que sea muy difícil que un grupo miliciano pueda sumarse a una huelga obrera. Los obreros no amenazan con matar a nadie. Su arma es *paralizar la producción*. Y esa posibilidad, a raíz de su anclaje en las masas, era genuinamente peronista. Sé que estos textos traerán discusiones y para eso están escritos. Para que se discutan. Para tirar "miguelitos" o poner uno que otro caño los obreros no necesitan milicianos. El miliciano actúa individualmente. Al margen de la organización de la clase obrera. Con frecuencia no pertenecen a ella. Son tipos con cierta cultura, atosigados de lecturas del Che, de Fanon y de Giap. El obrero sabe que en su unidad con sus compañeros está su camino de lucha. Si le mandan 2000 soldados, tanques y morteros, lo derrotarán. Pero también al grupo miliciano.

Veo que no he podido tratar el tema que había anunciado. No había medido la importancia que le daría a la huelga del Lisandro de la Torre y a sus consecuencias teóricas. Trataremos, desde luego, el onganiato y el Cordobazo. Pero más adelante. Tenemos que explicitar los planes de La Falda, Huerta Grande y CGT de los Argentinos. Y desarrollar las principales tesis de los teóricos que influyeron en las guerrillas de América Latina y en las de nuestro país.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann y Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

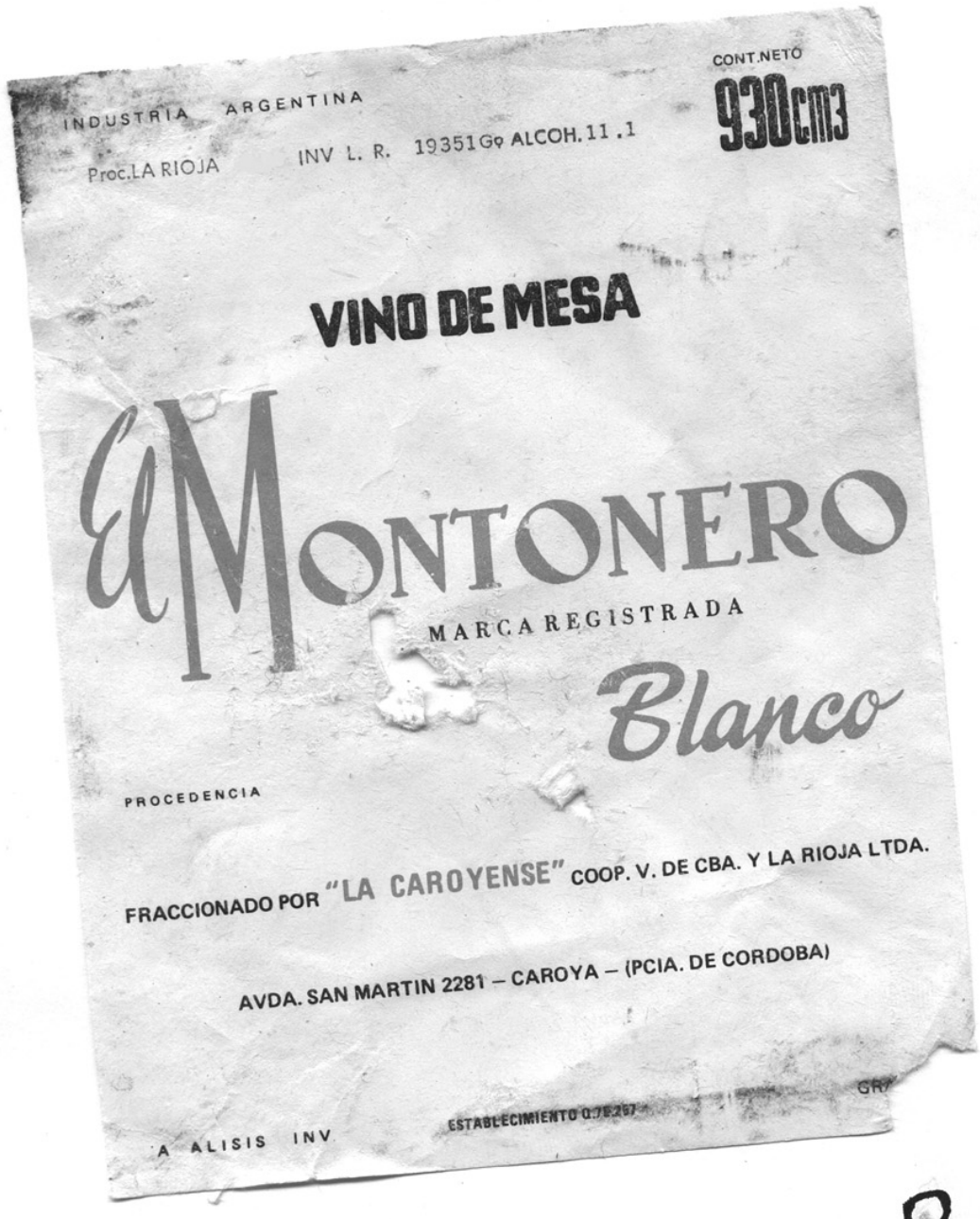
El ajedrez madrileño de Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

39 El ajedrez madrileño de Perón



Suplemento especial de
Página|12

LA HUELGA TRANSFORMA EL NÚMERO EN FUERZA

La huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre queda en nuestra historia como uno de sus momentos más genuinos. En verdad, podríamos llamar a ese episodio "La Comuna de Mataderos". Fue derrotado. Sí, la Comuna también. El capitalismo ha derrotado todos los esfuerzos que hizo la clase obrera para arrancarle mejoras o para obtener poder. Si así no fuera, el mundo actual no sería ese canto macabro a la injusticia, al avasallamiento, a la planificación del hambre, al odio al inmigrante que hoy es. Si así no fuera, sería impensable que la Sociedad Rural fuera saludada como una clase progresista en este país arrasado por el neoliberalismo en los '90, lleno de excluidos, de hambrientos, de sindicatos burocráticos y con marcadas tendencias mafiosas. La etapa 1956-1959 es la etapa gloriosa de la Resistencia Peronista donde no sólo sucedían cosas como la Comuna de Mataderos, sino también otras. Lo del Lisandro de la Torre fue incluido en estas páginas como herramienta conceptual: queríamos mostrar una huelga obrera en la cual no había participado ninguna guerrilla. Ante todo, porque no había guerrillas. No había teoría del foco. Lo que había era la certeza de que la herramienta de lucha de la clase obrera era su masividad. Esa masividad era su múmero. Bien, *la huelga es lo que transforma el número en fuerza*. (Parafraseo aquí una gran frase de Cooke.) El arma de los obreros es que son muchos. Al serlo, su número es alto. Pero aunque el número sea infinito, si no se organiza jamás se transformará en fuerza. En cuanto al tema de la violencia, la huelga es una clase de violencia. Impide la producción. Frena la dinámica del sistema capitalista. Pero los obreros de la Comuna de París empuñaron las armas. Yo (creo que esto lo he dicho) estoy contra la violencia. Pero tampoco puedo ser boludo. Si se vienen dos mil soldados artillados hasta los dientes y con la orden (emitida por el gobierno) de aniquilar a los obreros, éstos tienen la obligación de sobrevivir, de proteger a sus familias, a sus mujeres, a sus hijos. ¿O a qué mandó Frondizi 2000 soldados? ¿A preguntarles a los obreros si necesitaban comida, ropa, a anunciarles que los patrones habían cedido a sus reclamos? No, los enviaron para que los hicieran, sin más, mierda. A esta agresión hay que responder. Pero una cosa son las armas en manos de la clase obrera agredida por el régimen. Una cosa es que los obreros (que eligieron, ante todo, la metodología desarmada de la huelga masiva) respondan violentamente a la violencia represora del régimen y otra es que una orga mate a un policía o a un empresario. O que cien tipos se vayan al monte, lo declaren primer territorio libre de la patria, y preparen acciones desde allí. Por el momento no hagamos valoraciones. Es muy difícil hacerlas cuando uno también sabe que esos cien tipos (equivocados) fueron asesinados al margen de todo juicio, de toda ética, de todo comportamiento mínimamente humano, como bestias, torturados, animalizados por un poder tan brutal y arbitrario como jamás hubo en este país y en muchos otros. Se trata de señalar cuál es la conducta genuinamente obrera, lo que nos permitirá también analizar *qué esperaba el pueblo peronista del regreso de Perón por el que había sido el primero en luchar.* Porque la Comuna de Mataderos puede ser llamada así porque participó en ella el pueblo. Las mujeres cocinaron alimentos, entregaron ropa, fueron una retaguardia inestimable. Y sabían en qué lucha estaban sus hombres. Y muchas también se mezclaron con ellos. ¿Qué gobierno pedían? ¿Qué otro podían pedir? El de Perón. Querían que volviera Perón. Con ese gobierno se habían sentido amparados. No creo (estoy seguro que no) que pensaran instalar soviets en la Argentina. El peronismo les había dado una *conciencia antipatronal*. Esto lo comprobaban una y otra vez. Para ellos era muy simple: lo *otro* eran los patrones. Ellos eran los que se quedaban con la gran tajada de la torta. Los que no les aumentaban los salarios. Los que les quitaban (junto con los gobiernos que los servían) sus derechos sindicales. Contra ellos era la huelga. Hace poco –en estos tristes días– el lumpen-dirigente piquetero Raúl Castells le pidió al héroe de las recientes jornadas Don Luciano Miguens: "Don Luciano, ¿no me daría unas vaquitas para los pobres de mi provincia?" "Pero, cómo no", dijo el generoso terrateniente. Creo que ese –como símbolo– es el momento de mayor bajeza de lo que haya quedado hoy –si es que algo quedó– de la clase obrera. Los pobres andan por ahí, mendigando. Y los otros son presa de los sindicatos. En la Comuna de Mataderos no habrían podido creer este diálogo. Un obrero no le pide nada a un patrón. Un obrero nunca pide solo. Se reúne con sus compañeros y deciden qué hacer. Un obrero forma parte de un sindicato y el sindicato tiene que expresar las luchas obreras. Viene de lejos la consigna: "Con los delegados a la cabeza o con la cabeza de los delegados". El sindicalismo de la Resistencia surgía de la misma desdicha que la clase a la que representaba: el gobierno de la "Revolución Fusiladora" como empezaron a llamarlo después de los fusilamientos de 1956.

LA RESISTENCIA: UN TESTIMONIO DE OCTAVIO GETINO

"Los casi tres años que duró el gobierno dictatorial –escribe Germán Ferrari–, manchado de fusilamientos, persecuciones y resquebrajamiento de la economía, mostraron al sindicalismo peronista con antiguos dirigentes encarcelados y exiliados, otros alejados de la actividad pública y con participación activa en la 'resistencia', y una nueva camada que comenzaba a hacer sus primeras experiencias en las luchas gremiales" (Germán Ferrari, *Sindicalismo y "Libertadora"*, revista *Nómada*, N 6, p. 9). Quien también hacía estas primeras experiencias era un muy joven Octavio Getino, el codirector de *La hora de los hornos*. Su testimonio tiene un valor documental, pero también es muy emotivo. Habla del fervor de otras épocas. Cuando había obreros, fábricas, dirigentes honestos, un horizonte por el que valía la pena pelear, traiciones que aún no habían sucedido, menos muertos, menos masacres, ni un genocidio. Había cosas que encolerizaban y unían a los obreros: pocos días después de la llegada de Aramburu al poder, la Marina (¡ah, la Marina en nuestro país!, sus aviones bombarderon Buenos Aires el 16 de junio, su gran jerarca Massera, con el apoyo de todos, hizo la ESMA, iniciaron la metodología procesista con los sanguinarios hechos de Trelew y, antes, lo que a continuación narramos:) secuestró el cadáver de Eva Perón y lo hizo desaparecer. (Ya usaba esa técnica: hasta con cadáveres embalsamados.) Se lo llevó de la CGT intervenida por un tipo célebre entonces que se llamaba Alberto Patrón, cómico apellido para alguien que interviene una central obrera. Igual que Robustiano Patrón Costas, al que habían elegido presidente en la Cámara Argentino-Británica antes de que el GOU diera el golpe del '43. Pero Alberto Patrón se dio cuenta y se agregó Laplacette. ¿No tenía algo mejor? Porque "Laplacette" suena jodido también para los obreros. "Laplacette": "el palacete". El "palacete" del "patrón" O sea, ahora la CGT, intervenida, era "el palacete de Alberto Patrón", o de Alberto Patrón Palacete. Como sea, la Marina se lleva el cadáver de Evita. ¿Tanto miedo le tenía a una muerta? Sí, porque los obreros la amaban y habría un lugar de encuentro y de lucha en cualquiera en que la hubiesen enterrado. Pero que hayan desaparecido a Eva siguió siendo un factor de unión, un motivo de lucha, de bronca, de conquistas. Volvamos al testimonio de Getino. Vivamos el clima de lucha genuina, de fervor, que transmite: "Recuerdo, por ejemplo, las asambleas y congresos de delegados que tuvieron lugar en los gremios más combativos y politizados de esa época –metalúrgicos, textiles y carne– donde junto con tratar la defensa de la industria y el patrimonio nacional (la "nacionalidad") crecía el debate sobre los caminos a desarrollar para "subvertir" la política de la dictadura y de sus cómplices clasemedieros, libertadores y "democratistas" (radicales, socialistas, demócrata cristianos, etc.) e imponer una salida nacional y popular (la palabra "democracia" no resultaba popular ni confiable ya que quienes la invocaban aparecían como cómplices de la proscripción política, los fusilamientos, las represiones, el Conintes, es decir, la más explícita y salvaje antidemocracia).

"Los congresos de delegados que se sucedían periódicamente, en las sedes de la Unión Obrera Metalúrgica en ese período –al igual que en muchos otros sindicatos y agrupamientos (las 62, los 19, etc.)– eran verdaderas asambleas políticas donde se debatía la conveniencia o no de la 'huelga general revolucionaria' y en los que los distintos sectores (peronistas, comunistas, trotskistas, etc.) estrechaban filas, cada uno en su sector claramente definido, para mocionar a favor de una u otra alternativa, con debates tan lúcidos, pasionales y democráticos, como, al menos yo, nunca volví a encontrarlos en el movimiento sindical ni en los partidos políticos.

"Hubo en esa época, marcada por algunas inéditas ocupaciones fabriles, como la de la textil Bernalesa (con control obrero de la producción) y la de CARMA-SIAM de Monte Chingolo –ver *La hora de los hornos*, parte II– que no sólo sirvieron de valioso antecedente a Sebastián Borro y a los compañeros del Frigorífico Municipal, sino que se inscribían además en un proyecto de 'emancipación de la Patria', dentro del cual se había programado una sucesión de huelgas escalonadas por tiempo indeterminado que culminarían –tema del cual J. W. Cooke no estaba ausente– en una huelga general de ese mismo carácter. Primero, los metalúrgicos, luego los textiles y tras ellos la carne, en acciones superpuestas, serían el factor desencadenante de lo que se proyectaba como movimiento nacional dirigido a subvertir efectivamente el poder de la dictadura militar y de sus cómplices en el campo político seudodemocrático.

"Así lo vivíamos en encuentros de cientos de delegados, por ejemplo de la seccional Avellaneda de la UOM –yo integraba la comisión interna, rama empleados de SIAM Monte Chingolo–, cuando estábamos convencidos en apasionadas sesiones que transcurrían desde las 7 u 8 de la tarde hasta pasadas las 5 de la mañana del día siguiente (había que marcar tarjeta antes de las 6) de que dicho proyecto era absolutamente necesario y, por encima de todo, viable. Y no sólo para los trabajadores, sino para la emancipación de todos los argentinos, o lo que es igual 'de la Patria'". (Octavio Getino, mail dirigido al autor. El mail no fue retocado por mí. No hizo falta para nada. Así lo escribió, de un tirón, Getino. Como vemos, circula buena prosa en los mails. Y no todo es basura, insultos, obras maestras del racismo, agravios asqueantes como en esos foros que se abren para que el anonimato cloacal dé rienda suelta a sus diversas patologías. Gracias, Octavio.)

Quiero detenerme brevemente en esto: "Apasionadas sesiones (escribe Getino) que transcurrían desde las 7 u 8 de la tarde hasta pasadas las 5 de la mañana del día siguiente (había que marcar tarjeta antes de las 6)". ¿Cómo no iban a ser "apasionadas" esas sesiones? No dormían con tal de discutir, de planear, de organizar las acciones de resistencia o de planear una huelga. ¿No es hermoso estar desde las 7 u 8 de la tarde hasta más allá de las cinco de la mañana (porque a la seis tenían que fichar) discutiendo con compañeros de clase? Eso fue también, legítimamente, el peronismo. Esa pasión de la resistencia. Esas luchas contra la patronal. Esa furia por el robo del cadáver de Evita. Por las medidas antiobreras de Alberto Patrón Palacete. Por los compañeros en cana. Por la proscripción del Partido. Por la de Perón. Por la imposibilidad

de decir “Evita” o “Perón” en voz alta. Lo decías y te metían en cana. Todo ese ardor, esas ganas de luchar, esa certeza de oro: nuestra lucha es para todos, para la emancipación de todos los argentinos, para la emancipación de la Patria. Hoy decís “patria” y sacás patente de boludo o peor: de facho, de nacionalista, de populista. Hoy es la oligarquía la que dice “Patria” y todos aplauden. Obreros hay pocos, los tienen cautivos los sindicatos. Y a los otros –los marginados, los excluidos, los de las villas, los arrojados al camino sin retorno de la delincuencia o de la droga– mejor no les digas “Patria” porque te escupen, y con razón. Pero hay que seguir. Y una forma de hacerlo es recordar a estos obreros de otros tiempos. Porque no todo está terminado. Y acaso unos nuevos tiempos puedan reclamar nuevos protagonistas y vuelvan a aparecer las sombras de ayer en los luchadores de hoy. Difícil, pero quién sabe. Ni siquiera esta historia –que parece inmodificable en su camino al apocalipsis– está decidida para siempre.

EL TIEMPO Y LA SANGRE

Sobre la “resistencia”, en *¿Quién mató a Rosendo?*, escribirá Rodolfo Walsh: “Nace entonces una etapa oscura y heroica, que aún no tiene su cronista: la Resistencia. Su punto de partida es la fábrica, su ámbito el país entero, sus armas la huelga y el sabotaje. Las 150.000 jornadas perdidas en la Capital en 1955, suben al año siguiente a 5.200.000. La huelga metalúrgica del ’56 es una de las expresiones más duras de esta lucha. Empieza la era del ‘caño’, de los millares de artefactos explosivos de fabricación rústica y peligroso manejo, que inquietaron el sueño de los militares y los empresarios. Domingo Blajaquis era uno de los hombres que vivieron para eso, y como él hubo muchos, convencidos de que a la violencia del opresor había que oponer la violencia de los oprimidos: al terror de arriba, el terror de abajo. Era una lucha condenada por falta de organización y de conducción revolucionaria, pero alteró el curso de las cosas, derrotó las ilusiones del ala más dura de la revolución libertadora y facilitó el triunfo de su ala conciliadora y frondicista” (Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, p. 138). El texto de Walsh es muy rico: admitir que la condena de la Resistencia fue su falta de conducción es reclamar una “conducción” para las luchas obreras. La Resistencia no habría tenido ni organización ni conducción. No es *exactamente* así. En sus luchas zonales la Resistencia tuvo conducciones. Sin duda, no tuvo una Conducción Nacional. Pero en la huelga que hemos analizado, la del Lisandro de la Torre, el 7 de diciembre de 1958 los obreros eligieron una comisión directiva sindical nueva. ¿Qué mérito insoslayable tiene? Surge del corazón de la clase obrera. Surge del corazón de la lucha. Era, esa conducción, peronista en su casi totalidad y estaba encabezada por el hoy mítico dirigente Sebastián Borro, que se había forjado en los años de la Resistencia. Se sumaron a Borro delegados comunistas. Y Héctor Saavedra, un cuadro valiosísimo que acababa de regresar al país luego de su exilio por participar en los comandos peronistas. Lo que no hubo, en la Resistencia, fue una conducción centralizada en Perón ni en eso que los Montoneros, posiblemente de acuerdo con Walsh, llamaban una “conducción revolucionaria”: un grupo que asume, en exterioridad, la dirección de la lucha porque tiene el diagrama de la estrategia de esa lucha. Cuando Perón vuelve al país, la consigna que larga, entre muchas otras, Montoneros es: “Conducción/ Conducción/ Montoneros y Perón”. Aparte de la arrogancia y del franco enfrentamiento con todos los otros sectores del Movimiento que la consigna implicaba, queda claro que un grupo como Montoneros se creía legitimado para ejercer una conducción sobre las masas peronistas con el mismo derecho que Perón. “Nosotros pusimos los muertos, nosotros queremos compartir la conducción.” No importa hasta qué punto es verdadera la afirmación “nosotros pusimos los muertos”, lo que revela la frase de los Montoneros es que le negociaban a Perón un trueque de *sangre por poder*. Quienes más sangre pusimos más poder nos merecemos. Para desilusión de este esquema, Perón, no bien regresa, establece uno de sus apotegmas más inspirados: *La pri-*

macía del tiempo sobre la sangre. "La lucha (dirá en agosto de 1973, ante los gobernadores de provincias) ha finalizado por lo menos en su aspecto fundamental. Esa lucha enconada, difícil, violenta en algunas circunstancias, ya ha terminado; y comienza una lucha más bien mancomunada, de todas las fuerzas políticas en defensa de los intereses y objetivos nacionales" (2/8/73). Esto hace una conducción, que se la acate o no es otra cosa. Pero supongamos que Perón les dice: "Estoy de acuerdo: ustedes pusieron la sangre. Pero esa etapa terminó. Y con ella terminaron ustedes. Lo digo en este sentido: no pueden ocupar la vanguardia de la nueva etapa. ¿Y si se me han acostumbrado demasiado a la sangre? Tengo que dejarlos reposar. Ahora viene la etapa de la primacía del tiempo. La *sangre* ha sido para conquistar el gobierno. El *tiempo* lo necesitamos para gobernar. Ustedes, que fueron la vanguardia de aquella etapa, no pueden ser la vanguardia de ésta". Que nadie lo dude: Perón les dijo esto a los Montoneros. Ellos insistieron en su esquema: riesgo = poder. Riesgo = Conducción. Perón buscaba otros tiempos. Otros tiempos reclamaban otros hombres. (Admitamos que la mayoría que puso Perón fueron abiertamente repulsivos. ¡La derecha para que barriera a la izquierda!)

TEORÍA DE LA VANGUARDIA

Pero el esquema de la Conducción que manejan los Montoneros es el del grupo de iluministas que conoce la teoría de la revolución y sus caminos y debe, por consiguiente, "bajarla" a los trabajadores. Desde este punto de vista, la clase obrera jamás podría tener una conducción obrera. Los obreros no son ilustrados, no conocen las teorías de la revolución y no pueden trazar las grandes líneas estratégicas. La teoría de la vanguardia que introduce *desde afuera* la teoría revolucionaria en las masas es de cuño leninista. Está en el *¿Qué hacer?* Si bien es cierto que Lenin la diseñó para las particulares encrucijadas con que se encontró la revolución soviética, no es menos cierto que raramente se abjuró de ella. Tiene un gran atractivo: la clase obrera es reformista *per se*. Es parte del sistema de producción capitalista. Siempre, por fin, termina por generar una conciencia trade-unionista. Una conciencia sindical. Hasta –por qué no– podríamos decir una conciencia peronista. El peronismo es un movimiento que desde su base sindical forma parte del sistema capitalista, con el que negociará permanentemente los intereses de los trabajadores. Lenin busca otra cosa. Se propone eliminar el sistema capitalista. Pero la conducción no la pueden tener los obreros. El destino de la clase obrera en cuanto logra mejoras es integrarse al sistema capitalista. *No tiene una ideología de cambio, una ideología revolucionaria*. ¿De dónde habría de venirle? Pues del Partido Revolucionario de Vanguardia, el cual estaría formado por un grupo de elite que conocerá las leyes de la historia, la ideología revolucionaria del proletariado, y la hará penetrar en las masas. Pero la conducción queda en manos de la elite ilustrada. *En esta etapa del pensamiento marxista leninista (fortalecido por el castrismo) se afirmaron los Montoneros*. Ellos serían el Partido de Vanguardia que pedía Lenin. Son conocidas las críticas de Trotsky y de Rosa Luxemburgo a estos trágicos planteos de Lenin que llevarán vertiginosamente al culto a la personalidad, a Stalin. Trotsky dijo lo evidente: el aparato del Partido sustituye al Partido. Surge un Comité Central conducido por una burocracia altiva, soberbia y corrupta. Esta burocracia consagra a un dictador que sustituye la conducción del Comité Central por la propia. Y se acabó: lo que viene después de esto es la lamentable historia de la Revolución Rusa, Stalin. Rosa Luxemburgo hace un planteo entrañable, conmnovedor y posiblemente el más atinado: "Señores, el espontaneísmo de las masas no es irracionalismo. Es la acción directa de las masas. Si ustedes creen que esa acción está privada de conciencia revolucionaria es porque son unos miserables pequeñoburgueses, con pretensiones intelectuales y ambición de conductores. No les diré que el pueblo tiene razón porque de inmediato me acusarían de populista. Pero les diré, con toda la firmeza de la que sea capaz, *que la razón no es exterior al pueblo*". (El texto no es de Rosa L. Me tomé el atrevimiento de "hacerla hablar" pero juro que no la he traicionado.) En suma, la enorme soberbia de la vanguardia es que cree que posee algo que la clase obrera no, algo de lo que la clase obrera, completamente, carece: *el conocimiento científico de las leyes de la historia*. Esto es una enorme falacia. Una mentira interesada. Hoy, lo es más. Hoy, el marxismo no puede presentarse como *un conocimiento científico de las leyes de la historia*. Pero en la época del castrismo, del guevarismo y de los Montoneros, sí. Pero aun entonces era una falacia. La vanguardia posee una teoría exterior a las masas y esa teoría no puede ser aplicada del mismo modo en todas partes. Cada proceso revolucionario debe forjar sus propias armas teóricas. Y no será la vanguardia, que trabaja en exterioridad, la más autorizada para "crear" la teoría revolucionaria. Deberá hundir sus raíces en las bases si desea hacerlo. Y serán las bases las que elijan su conducción. Las masas no merecen que se les niegue la real posibilidad de un nivel de instrucción. (Esto le conviene a la vanguardia.) Y la vanguardia niega también la democraticidad de la organización de las bases y la legítima representatividad de los dirigentes. Esto, por ahora.

Pero el peronismo –a partir de su caída en 1955– no requirió vanguardia alguna. Todos se subordinaron a la conducción del líder del movimiento, Juan Perón. Perón tenía un esquema militar de conducción (que ya hemos estudiado) y consideraba que la cabeza del movimiento era el conductor y luego los conductores auxiliares. Sabía atemperar esta centralización diciendo que todo conducido ("hasta el último hombre que es conducido") tiene un papel en la conducción. Y que todos llevan en su mochila el bastón de Mariscal. Pero, sobre todo una vez instalado en Madrid, su ajedrez demuestra una precisión excelente. Para Perón se trata de mantener unido al Movimiento. De sumar a él a todos los que quieran sumarse. De tener un ala dialoguista. Un ala conciliadora en lo político. Un ala dura en lo sindical. Y un ala blanda. Y cuando aparezca la guerrilla ("los muchachos") les dará el nombre de "formaciones especiales", tolerará que se conduzcan por su cuenta, acaso porque no había otra posibilidad. El caso es que todos los caminos conducen a Puerta de Hierro y Perón pasa a ser el general de las cartas y de las cintas grabadas. Este sistema valida a todos. No hay grupo que no tenga una carta o una cinta grabada en la que Perón lo confirma como parte del Movimiento. "Si llego con los mejores, llego con muy pocos." Grande y verdadera frase de Perón. Pero se le podría haber dicho: "General, si llega con todos llega con el caos".

CONDUCCIÓN: ENTRE EL AFUERA Y EL ADENTRO

Perón, en Madrid, comienza a sufrir un equívoco feroz. Algo que no advierte. Desde afuera, en exterioridad, se puede manejar el Todo. Desde adentro, en interioridad y como parte de la misma historicidad que todos, no. Perón, en Madrid, vive en otra historicidad. Es lo que le decía Cooke: "Usted es el prisionero de Puerta de Hierro". Perón creía otra cosa: creía ser el gran ajedrecista de Puerta de Hierro. El conductor estratégico. El que dirige el montón. Y el que dirige el montón no puede formar parte de la batalla. Napoleón no formaba parte de la batalla. La conducía en lejanía para poder ver el *todo*. Si se hubiera metido en la batalla habría visto sólo el lugar en que estaba metido. Si yo me meto en la conducción táctica (reflexionaba Perón) voy a terminar dirigiendo a un conjunto, no al Todo. Cooke le pedía que se impregnara de los olores revolucionarios de América Latina. Pero Perón sabía que él, en Cuba, habría estado a la sombra de Castro. Se habría transformado en un castrista. En un marxista. Y en un completo inasimilable para los militares de Argentina y para los Estados Unidos. Sobre todo, creo, Perón rechaza la invitación de Cooke a La Habana por orgullo. Y no le faltaba razón: él mandaba sobre las masas de un enorme país como la Argentina. ¿Para que iba a ir a ponerse a la sombra del prestigio revolucionario de Castro? Además, un Perón en Cuba era un Perón marxista. Esto era *restar* del Movimiento a todos quienes no lo eran. No, Cooke. Me quedo en Madrid.

Madrid es la lejanía. Y la lejanía alimenta el mito. El mito crecía día a día y era la prohibición la que lo hacía crecer. Políticos y sindicalistas habían negociado ya un "peronismo sin Perón" (en el fondo, el propósito montonero era el mismo: al heredar a Perón, hacer un peronismo sin Perón, que sería revolucionario), pero las masas detestaban ese intento. Aparecían en seguida carteles que decían: "Nada sin Perón". El vandorismo fue el intento más poderoso dentro del campo sindical. Y el paladinismo (Jorge Daniel Paladino) lo buscó en el político. Paladino era el representante de Perón ante Lanusse, aunque pronto empezó a decirse que era el de Lanusse ante Perón. Esto le costó el puesto. Como ejemplo de la política sumatoria de Perón veamos una carta al Movimiento Sacerdotes del Tercer Mundo, Movimiento que acabaría sumándose a la Tendencia. Escribía Perón: "O la Iglesia vuelve a Cristo o estará en grave peligro en el futuro (...) De estos simples hechos fluye la admiración y el cariño que siento por los Sacerdotes del Tercer Mundo a los que deseo llegar con mi palabra de aliento y encomio porque ellos representan la Iglesia con que siempre he soñado" (Baschetti, 1955-1970, Volumen I, *Ibid.*, 613). Los religiosos se ponían muy contentos: compartían la lucha del pueblo. Una vez llevaron a varios en cana. Sueltos, uno de ellos nos dijo: "Cuando íbamos en los celulares cantábamos cánticos religiosos". Los muchachos de la JP les decían: "¿Y por qué no cantaron la marcha peronista?" Eran chicanas. Buscaban decir: "Cómo les cuesta ser peronistas a ustedes, ¿eh?" Reflexionemos algo más sobre la política sumatoria. Cierta vez –durante su primer regreso– le preguntan (era un reportaje televisivo) a Perón: "¿Qué opinión le merece John William Cooke?" Perón, muy seguro, responde: "Era un eminente argentino". Y luego, con esa sonrisita canchera, socarrona, esa sonrisa que decía "soy el más piola de todos" y más lo decía si, al decirlo, guiñaba un ojo, añade: "Cierto, algunos dicen que era demasiado izquierdista. Pero también había otros que eran demasiado derechistas, como (Jerónimo) Remorino". Esto lo basaba en frases que había dicho en 1951, en la Escuela Superior Peronista: "En cuanto a ideología, en el Movimiento Peronista tiene que haber de todo". Por decirlo claro: *Perón confiaba tanto en su poder de conductor de masas y de hombres que creía llevar hacia un mismo fin a la derecha y a la izquierda.* Todos se someterían a sus dictámenes porque ellos expresaban su conducción. *La palabra de Perón era el "plato" de Perón*. O se estaba con los pies *dentro* del plato o afuera. Si se estaba afuera no se era peronista. Este sistema de conducción le dio grandes réditos durante su primera experiencia de Gobierno. (*Nota:* Aquí no había tenido un grupo armado como Montoneros que le disputara la conducción. El mayor rival de Perón durante su primer gobierno, el cuadro político que más trabajo le dio conducir, si es que lo logró, fue Evita.) Pero ahora había alimentado demasiadas fuerzas antagónicas y todos sabían que estaba viejo y pronto moriría. No era el Perón de 1945-1955. Nadie se le atrevía entonces. Y eso que el gran ajedrecista formaba parte del juego. Hasta 1973, desde la distancia madrileña, ocurrió esto. Hasta que regrese nos sometemos. Cuando vuelva, *se verá.*

Entre tanto, en 1966 asume la presidencia del país el general Juan Carlos Onganía. Perón no derrama ni media lágrima por la caída de Illia. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por un nuevo fracaso de la democracia argentina? ¿Illia era la democracia argentina? Para Perón era otro más que mantenía las prohibiciones vejatorias sobre su persona. Ahora venían los militares a mostrar la jeta directamente. Basta de farsas electorales. Basta de poner en el gobierno a partidos sin fuerza que eran presa fácil de los sindicatos, de Perón, de las huelgas, y de los milicos desconformes. Ahora, ellos, los mismísimos milicos daban la cara. Y tenían labio leporino.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

El Cordobazo, pueblada y organización

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

40 El Cordobazo, pueblada y organización

Suplemento especial de
Página|12

EL PROGRAMA DE LA FALDA

En un documento trascendente publicado en mayo de 1973, luego del triunfo eleccionario de Cámpora, la JP Regionales emite un documento de importancia. Se llama *Compromiso con el Pueblo.* Por ahora, lo que de él nos interesa es que reconoce como antecedentes de la lucha obrera en el plano sindical a tres documentos que se elaboraron anteriormente. Ellos son: el de La Falda (1957), el de Huerta Grande (1962) y el de la CGT de los Argentinos (1968). Será necesario pegarles una mirada que nos dirá las posiciones del Movimiento Obrero en cada uno de esos momentos y por qué la Tendencia (en 1973) los recupera como antecedente válido y combativo de sus proyectos.

El Plenario Nacional de Delegaciones Regionales de la CGT y de las 62 Organizaciones emite en La Falda, en 1957, un programa de gobierno que se diferencia plenamente del que aplica el gobierno dictatorial de la Libertadora. El Programa se inicia con un repaso de las luchas sindicales en lo que se llama la Resistencia Peronista y pasa luego a enumerar las medidas que un gobierno verdaderamente peronista debiera adoptar. La primera sección habla del Comercio Exterior. Punto 1: "Control estatal del comercio exterior sobre las bases de un monopolio estatal". Punto 3: "Control de los productores en las operaciones comerciales con un sentido de defensa de la renta nacional". Punto 6: "Planificación de la comercialización teniendo presente nuestro desarrollo interno". Es claro: sólo un control estatal del comercio exterior puede planificar la comercialización teniendo en cuenta el desarrollo interno. De lo contrario, la comercialización que por sí mismos hacen los productores beneficia primordialmente sus propios intereses y los de sus socios monopolistas internacionales. Plantear el desarme de este esquema (que fue el que hizo a la Argentina desde 1880) significa la posesión de un Estado popular intervencionista, un "control estatal del comercio exterior".

La segunda sección habla de la situación interna. Punto 1: "Política de alto consumo interno; altos salarios. Luego: desarrollo de la industria liviana, desarrollo de la industria pesada". Punto 4: "Nacionalización de las fuentes naturales de energía". (Se recurre aquí al artículo 40 de la Constitución del '49.) Nacionalización de los frigoríficos extranjeros "a fin de posibilitar la eficacia del control del comercio exterior, sustrayendo de manos de los monopolios extranjeros dichos resortes básicos de nuestra economía". Punto 8: Programa agrario sintetizado en: "Expropiación del latifundio y extensión del cooperativismo agrario, en procura de que la tierra sea de quien la trabaja". Propuestas para la Soberanía Política. Punto 2: "Fortalecimiento del Estado nacional popular, tendiente a lograr la destrucción de los sectores oligárquicos antinacionales y sus aliados extranjeros, y teniendo presente que la clase trabajadora es la única fuerza argentina que representa en sus intereses los anhelos del país mismo".

EL PROGRAMA DE HUERTA GRANDE

El Programa de Huerta Grande es de 1962. Se redacta durante los días del derrocamiento de Frondizi. Sus antecedentes históricos toman la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre como el hito de la lucha obrera a la que habrá siempre que remitirse y recuerdan que, luego de esa huelga, Frondizi larga el Plan Conintes, que los peronistas no olvidan jamás y los desarrollistas llevan en su mala conciencia. Frondizi concede esas elecciones que llevan al triunfo del peronismo en la provincia de Buenos Aires. La conducción peronista –no bien se sabe legalizada para competir en elecciones– saca un slogan que era totalmente verdadero: "Ya hemos triunfado". Lo pasaban por televisión y la imagen principal era la de unos gauchos y unos indios que galopaban tumultuosamente por la pampa. Los gorilas se extasiaban (creían que los negros peronistas iban a perder): "¿No ven?", decían. "Ellos mismos admiten que son salvajes." El comercial peronista era asumir esa representación de la barbarie. Eran, sí, los bárbaros: lo que los cultos, los patrones, no pueden asimilar. Los gorilas asumen, para las elecciones de 1963, este mote que hoy enoja a algunos. Pero los más tradicionales lo asumieron sin más en esos tiempos. El volante decía: "Si gorilismo significa..." Y aquí venía toda la larga enumeración de los horrores peronistas según la oligarquía... entonces "llene el Congreso de gorilas". En cuanto a Udelpa, su slogan no era muy sutil: "¡Vote *Udelpa*... y no vuelve!" Toda la ideología programática de un partido político sostenida en impedir que un político regrese al país. ¡Eso sí que es darle importancia a alguien! Un tipo que no entendiera nada de este país (como tantos y como tantos de nosotros en tantos aspectos) diría: "Pero... ¿a quién le tienen tanto miedo? ¿Quién es ese monstruo que todos tiemblan si vuelve? ¿Cuál es su poder?"

El Programa de Huerta Grande (en su sección de Antecedentes Históricos) relata que el 18 de marzo de 1962 las urnas de la provincia de Buenos Aires revientan de votos peronistas. Pese a la actitud de "colaboracionistas" como Augusto Timoteo Vandor, a quien ya se tiene bien fichado: el líder del sindicalismo blando, dialoguista, conciliador, el sindicalismo sin Perón, el peronismo sin Perón. Al reventar las urnas de votos peronistas los milicos lo echan a Frondizi. Se hace entonces el Plenario de las 62 Organizaciones en Huerta Grande. Presentan su documento en una coyuntura que consideran favorable para la lucha de los pueblos: "Los procesos de Cuba y Egipto están muy presentes". Y dicen (atención): "En un Plenario de las '62 Organizaciones' realizado en Huerta Grande (provincia de Córdoba), se aprueban como objetivos programáticos a imponer al gobierno los puntos que constituirán una profundización de los contenidos antioligárquicos del Peronismo, de acuerdo con el 'giro a la izquierda' alentado por el General Perón desde Madrid". Como vemos, lo del "giro a la izquierda" ya lo manejaba Perón en 1962 y desde antes también. Señalo esto porque uno se ha encontrado a lo largo de estos años con tantos otarios que le han dicho que la izquierda peronista se tragó el cuento del "aggiornamento" de Perón. Hasta recuerdo que en 1984 el periodista Pablo Giussani, en *La Razón*, sacó una nota que se llamaba "El Malentendido" y buscaba demostrar que la JP había "malentendido" a Perón. Que se había comido el cuento de que había girado a la izquierda y no advertía que era un fascista. (Como, durante esos años, todo el furioso antiperonismo que desató el alfonsinismo y sus aliados en la política y la universidad lo decía abierta y sonoramente.) Vean, en todo caso el cuento del "giro a la izquierda" ya se lo comían los obreros reunidos en Huerta Grande que posiblemente merezcan más respeto y hayan sabido más de política que todos los piolas que hablan de los boludos que se tragaron los cuentos de Perón. Estos obreros de la combatividad de la Resistencia necesitaban, reclamaban, "el giro a la izquierda" del peronismo. Y si Perón largaba la consigna *se la tomaban*. Le creemos, general. Cómo no. Porque Perón no podía decir otra cosa en ese momento. Cuando después le cambió el panorama (en 1973) y tuvo que "girar a la derecha"... ¡giró a la derecha! ¿Qué le vamos a hacer? Carecía de la pureza intachable y de la firmeza de principios esencial de todos los otros políticos argentinos, hecho fácilmente comprobable con sólo repasar un poco nuestra historia.

El *Programa de Huerta Grande* proponía las siguientes medidas:

1. Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.
2. Implantar el control sobre el comercio exterior.
3. Nacionalizar los sectores clave de la economía: siderurgia, electricidad, petróleo, frigoríficos.
4. Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.
5. Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.
6. Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.
7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.
8. Implantar el control obrero sobre la producción.
9. Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.
10. Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la Nación y el Pueblo Argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo topes mínimos y máximos de producción (Roberto Baschetti, *Ob. cit*. Volumen 1, p. 228).

Sólo tantos años de derrotas, tantos muertos y todo el cinismo y la desesperanza que se acumuló durante la década del '90 nos llevan a ver con cierta piedad este Programa de los obreros de Huerta Grande. Sólo este mundo de hoy en que los obreros son excluidos, hambrientos, "inmigrantes indeseables" y no obreros, en que tienen que arriesgar sus vidas para llegar a los países ricos a mendigar algo, en que tienen que saltar muros, cruzar aguas peligrosas, mortales, en que al llegar a los países en que esperan salvarse son agredidos por leyes que los expulsan, por grupos vandálicos que los persiguen y los matan. Sólo en estos días en que esa "oligarquía terrateniente" a la que pensaban "expropiar sin ningún tipo de compensación" se da el lujo de manejar el país, el periodismo, de arrear a pequeños productores que debieran diferenciar sus intereses (y que no debieran depender de una evidente torpeza de un gobierno para unirse al traste de los poderosos, de los que se los van a comer no bien tengan ganas, ¿o no saben pensar por sí mismos?), podemos sentir y creer que esas reivindicaciones obreras son absurdas. Es bueno leer ese documento para ver la profundidad de la derrota. Para saber por qué se mató a tanta gente. *Esos obreros eran peronistas.* El mismo Perón los hubiera mandado al diablo si le hubieran ido con ese programa en 1973.

EL PROGRAMA DE LA CGT DE LOS ARGENTINOS

El *1º de mayo de 1968*, la CGT de los Argentinos, el núcleo duro y combativo de los trabajadores que se opone a la CGT de Azopardo manejada por el Lobo Vandor emite su Programa. En uno de sus pasajes resume los puntos que la clase obrera ha establecido en programas anteriores y que ellos piensan retomar. Son los siguientes:

-La propiedad sólo debe existir en función social.

-Los trabajadores, auténticos creadores del patrimonio nacional, tenemos derecho a intervenir no sólo en la producción sino en la administración de las empresas y la distribución de los bienes.

-Los compromisos financieros firmados a espaldas del pueblo no pueden ser reconocidos.

-Los monopolios que arruinan nuestra industria y que durante largos años nos han estado despojando deben ser expulsados sin compensación de ninguna especie.

-Sólo una profunda reforma agraria, con las expropiaciones que ella requiera, puede efectivizar el postulado de que la tierra es para quien la trabaja.

-Los hijos de los obreros tienen los mismos derechos a todos los niveles de educación de que hoy gozan solamente los miembros de las clases privilegiadas (Baschetti, *Ibid*., pp. 517/518).

En el *Compromiso con el Pueblo* que lanza en mayo del '73 el Consejo Superior de la Juventud Peronista, un senador nacional, diputados nacionales, diputados provinciales, concejales municipales, consejeros escolares e intendentes municipales, en su sexto punto se lee: "Impulsar el cumplimiento y la profundización del programa del Frente Justicialista de Liberación, atendiendo especialmente las propuestas programáticas surgidas del seno de la clase trabajadora en La Falda, Huerta Grande y el programa del 1º de mayo de la CGT de los Argentinos" (revista *Envido*, Nº 9, mayo de 1973, p. 6).

Perón, al leer esto en Madrid, habrá pensado que la pendejada estaba loca y que habría que ponerla en vereda no bien él regresara a la Argentina porque con esos locos no se podría gobernar. No desearía detenerme todavía en esta cuestión. El tema es revisar los programas surgidos "del seno de la clase trabajadora" (como bien se dice en el "Compromiso con el Pueblo") y que, en su momento, Perón habrá aceptado y reflexionar por qué han quedado tan lejos y hasta parecen patéticos, cuando, en verdad, constituyen una de las expresiones más puras de los sectores pobres de la Argentina.

No debieran ser tirados al canasto de los trastos viejos o de los sueños imposibles o, peor, absurdos, estos programas de La Falda, Huerta Grande y CGT de los Argentinos. Es posible que hayan sido sólo sueños. Lo fueron. Fueron los sueños que daban sentido a las luchas de los obreros en esas encrucijadas de la historia argentina. Sabemos que célebremente se ha planteado que para ser realista hay que pedir lo que no es posible. Sin embargo, quiero poner un ejemplo: en la contratapa del libro de Baschetti sobre la Resistencia peronista hay una foto. Se trata de una pintada popular, militante, sobre un portón metálico de una fábrica cerrada. Es una pintada de los luchadores de la Resistencia, y más aún: de los resistentes barriales, zonales, de esos que llevaron a casi pueblos enteros a resistir la agresión gorila contra los sectores populares. La pintada dice: "*Los yankis los rusos y las potencias reconocen a la Libertadora. Villa Manuelita no*" (la pintada no tiene signos de puntuación. Así la reproducimos. Sólo "Villa Manuelita" está escrito al pie, como si fuera una firma, un compromiso. Que, por supuesto, lo es).

Se podría decir qué le importa a la Libertadora que Villa Manuelita no la reconozca si la reconocen los yanquis, los rusos y las potencias. Sin duda, es posible decir eso. Se puede decir de todo: que los de Villa Manuelita son patéticos, que no tienen noción de las relaciones de poder, que nada significa que ellos reconozcan o no algo. He aquí el punto exacto: "Señores, que ustedes reconozcan o no algo no cambia nada". Falso: cambia a la gente de Villa Manuelita. Una cosa sería Villa Manuelita si reconociera a la Libertadora. Otra si, como ocurre, no la reconoce. De algo podemos estar seguros: aunque el mismísimo Dios se pronunciara desde los Cielos y dijera: "Yo reconozco a la Libertadora", no ocurriría eso *en* Villa Manuelita. La Libertadora, en Villa Manuelita, no será reconocida jamás. Y esto, ante todo, sirve para todos los que viven en Villa Manuelita. Si sirve para algo más, no podemos saberlo. Acaso no importe. O no sea lo más importante. De ese material están hechos algunos de los más grandes mitos de la historia. Era absurdo que Ernesto Guevara se fuera a Bolivia a desafiar a los Estados Unidos y a la estrategia de la URSS para América latina con un par de escopetas y otros pocos más como él. Hoy es el símbolo universal de la rebeldía.

El golpe del 28 de junio de 1966 intentó un sinceramiento. Los únicos que podemos hacer esto somos nosotros, se dijeron los militares. Basta de cederle el gobierno al radicalismo, en sus distintas formas, para que luego ande tironeando en quedar bien con nosotros y con el peronismo. Frondizi, tan denostado y "maquiavélico", había abierto la posibilidad eleccionaria al peronismo. Creía, muy equivocadamente, que no ganaría en la Provincia de Buenos Aires. Al ganar, el peronismo se le pudre todo. Illia, que tuvo una modalidad de gobierno más democrática que Frondizi, que no puso en marcha ningún Conintes, tenía planes aún más peligrosos para los militares. Ese espíritu democrático que anidaba en el "viejito bueno" lo llevaría sin duda a levantar casi todas las proscripciones. ¿Y si levantaba la de Perón? No era impensable. Tal vez la osadía, la grandeza que lo frenó en 1964 fuera asumida a lo largo de su experiencia presidencial. Aquí es donde Illia se vuelve sospechoso, donde empieza a implicar un peligro. Es cierto que su actitud ante la Ley de Medicamentos ya lo puso ante la mira del establishment argentino y los Estados Unidos. Pero no fue por eso que lo voltearon. Se habló mucho de un golpe preventivo. Pero, si usamos esta categoría, convengamos que el de Frondizi también fue un golpe preventivo. Un golpe preventivo se expresa como *anticipación.* Hagamos esto antes de que nuestros enemigos hagan aquello. Illia pasa a ser enemigo de los militares cuando se propone hacer algo antes de que aquéllos se le anticipen. Lo que se propone hacer es legalizar hasta el extremo que le sea posible (cualquier extremo era, en rigor, *imposible*) al peronismo. Los militares se le *anticipan.* En este sentido el golpe de 1966 es *preventivo.* Usted nos va a traicionar –es el subtexto de los milicos–. Lo pusimos ahí para que le ponga una careta democrática al país y, a la vez, proscriba al peronismo, *y usted se tomó en serio lo de la careta democrática* y nos lo quiere traer a Perón, o nos quiere meter a su pandilla en la próxima contienda electoral.

LOS POBRES: "CAYÓ PERÓN, ESTAMOS JODIDOS"

Lo repugnante de esta historia es que no sólo fueron los milicos los que quisieron echar a Illia. Fue casi todo el país. Que Perón no haya movido un dedo para defenderlo se comprende, creo. Illia había proscripto como todos al peronismo y le había inferido al líder una herida política tan profunda que muchos lo dieron por terminado luego de ese episodio, sobre todo en Estados Unidos. Y los sindicalistas del peronismo sin Perón, los vandoristas. Además, los peronistas no creían en nadie. Habían sido traicionados varias veces y los radicales (aliados genuinos de la Libertadora, salvo el "traidor", el "maquivélico" Frondizi) no tenían por qué serles confiables. Pero, ¿y el resto del país? Nadie defendió a Illia, de cuyo gobierno, por ejemplo, Guillermo O'Donnell califica como el más democrático de la historia argentina. Calificación siempre cierta y siempre manca. Porque es cierto que Illia respetó las libertades públicas y hasta diría más: es muy posible que haya sido una de las mejores y muy pocas buenas personas que gobernó este país. Pero sobre los cimientos de una enorme base de su población sin cobertura política. Sé de radicales que se emocionan con Illia y dicen con sinceridad que Illia se habría legalizado en poco tiempo más, y que su democracia habría sido completa. Ese día ya no sería presidente de la República. Tendría el honor, que no es poco, de haber luchado como nadie por la transparencia de su democracia. Pero aparecieron las tortugas en la Plaza de Mayo. Supongo que en la Argentina hay tanta maldad como en cualquier país, pero nunca menos. "Manos anónimas" arrojaron tortugas en la Plaza de Mayo para decir que el presidente era un lento, un provinciano, en fin, un tarado. Y algo más. Por decirlo claro: que le faltaban pelotas. ¿Saben ustedes dónde estaban las pelotas que eran necesarias para gobernar el país y poner en vereda al peronismo en 1966? En los cuarteles. Este país culto, que hacía gala de su vanguardia en el Di Tella, que tenía pilas de revistas literarias y editoriales nacionales que editaban a escritores argentinos y a muchos extranjeros, este país que editaba libros que los españoles no podían leer, pero, a la vez, este país de mierda, de milicos cuadrados, de empresarios cavernícolas, de oligarcas brutos, te obligaba a viajar a Montevideo para comprar *La ideología alemana* de Marx y Engels, pero el país del Lorraine, de *El Escarabajo de Oro*, el país de los '60, estaba vivo, aunque más vivo y poderoso era el otro, el país de *Primera Plana*, revista que todos leían, semanario de izquierda en lo cultural (o de centroizquierda) y abiertamente militarista en su sección política, con gorilas imbatibles, con golpistas rabiosos como Mariano Grondona y Mariano Montemayor, y el país en que Francisco Manrique hablaba por televisión (tenía un microprograma a mediodía) y afirmaba enfático, serio, con ceño *muy* fruncido: "Hoy, las Fuerzas Armadas son un bloque monolítico"; este país tiró tortugas en la Plaza de Mayo: que se vaya ese viejo de mierda, queremos a un hombre para que gobierne este país, queremos a un milico que las tenga bien puestas. Y apareció Onganía que, poco después, le consagraría el país a la Virgen. Y antes habría de entrar en carroza (una carroza entre colonial y monárquica) en el predio de la Sociedad Rural, donde fue ovacionado como nunca en su vida.

Los militares le habrán dicho a Illia que no lo habían puesto para que fuera "democrático" sino para que fuera todo lo democrático posible con el peronismo (el enemigo de la democracia) prohibido. Usted se tomó en serio esto. Nosotros no queremos una democracia completa. Queremos una democracia sin el peronismo. Por eso lo pusimos a usted. Illia habrá argumentado que eso nunca sería una verdadera democracia. Y los militares y todos los gorilas le habrían dicho la verdad. Gran parte de la verdad era ésta: se intentaba demostrar que el peronismo en la Argentina era como el nazismo en Alemania. El gran enemigo de la democracia. Era eso: era "el régimen peronista". No se podía incluir en la democracia a quien la negaba. Igual que los alemanes con Hitler. ¿O de estar vivo le habrían permitido presentarse en elecciones? (Si no lo hací-

an puré los rusos o no lo colgaban en Nuremberg.) El peronismo era el nazismo. Se habían hartado de decirlo. Nadie imagina el nazismo dentro de la democracia alemana. Así como los alemanes prohíben el nazismo, nosotros prohibimos el peronismo, que es la expresión argentina del nazismo.

Sí, pero hay una diferencia. En 1966 no había un alemán que fuera nazi. Y Hitler había dejado a Alemania destruida. Y estaba muerto. En la Argentina, la mayoría del pueblo era peronista. La democracia es el gobierno de todos, por todos y para todos. En Alemania funcionaba. No había nazis. Si los había, eran pocos o estaban escondidos. En la Argentina, los peronistas amenazaban siempre con desbordar las urnas. Ese esquema no funcionaba. *Alguna diferencia tenía que haber existido entre Perón y Hitler para que esta situación tuviera lugar*. Ergo, el argumento gorila era un sofisma. Ante todo porque fingía ignorar algo esencial: Hitler había perdido una guerra y había dejado a Alemania en ruinas, al pueblo hambreado, aterrorizado ante la entrada de los rusos y luego dividido por la potencias triunfadoras. Hitler había resultado una catástrofe para Alemania. El Reich que iba a durar mil años (ya hará su paráfrasis Felipe Romeo en la siniestra *El Caudillo*: "Por mil años de nacional-justicialismo"), duró algo más de diez. Pero Juan Domingo Perón era arrojado de su gobierno elegido democráticamente con un pueblo que no había perdido su fe en él. Por los barrios se decía: "Cayó Perón. Los pobres estamos jodidos". Por más Congreso de la Productividad, por más pan negro (además, si había pan negro en el peronismo, había pan negro *para todos*), por más Contrato con la California, por más que el líder paseara en la pochoneta (algo que le ponía en contra de la clase media, pero no de los pobres, que se divertían viendo a Perón en su caballo pinto y en la pochoneta), a Perón los pobres lo seguían queriendo y sabían lúcidamente eso: "Cayó Perón, estamos jodidos". De aquí la infamia gorila de la equiparación con el nazismo. Fue una infamia de todos los militares, de las clases altas y medias. (*NOTA*: Es cierto que las universidades, por ejemplo, mejoraron notablemente con la Libertadora. Y que Aramburu se tomó un interés personal en la cuestión. Se fueron todos los fascistas, los neo-tomistas, los católicos ultramontanos que Perón había amontonado ahí. Y vinieron excelentes profesores de gran prestigio. También es cierto que eran hondamente antiperonistas y que no habrían aceptado cargos bajo Perón, de modo que –sin intentar justificar una política nefasta– algo de cierto hay en que Perón no tenía demasiada materia prima. De ahí a apelar a la peor hay un paso que no debió darse. Pero facultades como, por ejemplo, Arquitectura y Filosofía tuvieron un renacer auspicioso. Que cortó, como veremos, el gorila Onganía, que veía marxistas y peronistas en todas las universidades. Volveremos, por supuesto, sobre esto. Sobre "La noche de los bastones largos".) Como el mote de *nazismo* o de *fascismo* le había sido adosado al peronismo desde sus orígenes, fue sencillo reflotarlo para justificar su expulsión de la vida democrática, "tal como hicieron los alemanes". Pero ocurría una paradoja fatal para los antiperonistas: el partido que era la negación de la democracia era, a la vez, el que representaba a la mayor parte del pueblo. O había que adoptar el voto calificado (¡Si habremos oído esto los que tenemos algunos años!) o había que gobernar a espaldas del pueblo. Yo no quiero, dice Illia. Una democracia debe ser verdadera. Quiero llegar a eso. ¿Ah, sí? Bueno. Tortuga y a los caños. Aquí hace falta un hombre. Se necesitan pelotas para gobernar contra el pueblo. Onganía estaba seguro de tenerlas. Todos juraban que las tenía. Un verdadero hombre en la Presidencia. Empezaba una nueva etapa. Ahora verían esos peronistas. Vendrían al pie. Qué duda podía caber.

POSIBILIDADES E IMPOSIBILIDADES

Toda época histórica crea sus posibilidades y sus imposibilidades. Nadie se pregunta por qué hoy es imposible aplicar el Programa de la CGT de los Argentinos. Está en el inconsciente colectivo. No se puede porque no se puede. Sólo la izquierda a la que todos llaman "jurásica" o "cavernícola" habla de Reforma Agraria. Por eso es "jurásica". Porque no entiende que eso no se puede hacer. ¿Por qué no se puede? Porque no se puede. Porque no hay un solo punto de la realidad desde el que sea posible partir para hacer algo así. No hay ninguna *fuerza* histórica que abra ese campo de posibilidad. Un campo de posibilidad se *abre* en el campo histórico cuando hay un sujeto que pueda protagonizarlo. Cuando ese sujeto ha crecido por la fuerza de los hechos o porque ha sido creado por una voluntad histórica. Cuando ese sujeto no existe, tampoco existe, como posibilidad, el proyecto que debería protagonizar. Algo así ocurría con Perón. Nadie se preguntaba: ¿por qué no vuelve Perón? ¿Por qué no permiten que el peronismo participe en elecciones libres? Porque no se puede. En este caso, había un motivo obsesivo y fijo: *porque los militares no quieren.* La vida política argentina desde 1955 hasta el advenimiento de la democracia gira alrededor de los militares. Es mentira –según la historia oficial de los radicales– que lo haya hecho desde 1930. El gobierno de Perón no fue un gobierno de base militar. No fue un gobierno militar y fue tirado por los militares y la Iglesia como punta de lanza. Y a partir de 1955 son absolutamente los militares quienes gobiernan el país. Quienes lo ordenan. Lo diseñan. Bien, todos sabían esto. Nadie se preguntaba entonces por qué no volvía Perón. Era parte del inconsciente colectivo de la época. Si es que aceptamos llamar "inconsciente" a algo que todos saben pero jamás cuestionan, ni someten a problematicidad alguna. "Eso" –que Perón volviera– estaba totalmente internalizado como un imposible del que ni hablar tenía sentido. Como hoy la Reforma Agraria. Así y todo, la piden los sectores de la izquierda "jurásica". Pero es pedir por pedir. Si a estos tipos a los que habría que sacarles la tierra (según esa izquierda), les quisieron meter (torpemente, de acuerdo: si el Gobierno hubiera hablado de entrada, aparte, con la Federación Agraria, algo mejor se habría conseguido) unas retenciones y se largaron en una embestida brutal a barrer con todo y hasta a proponerse hacerlo a la brevedad otra vez, ¿qué sentido tiene ocupar un lugar de nuestro ser consciente en el tema de la Reforma Agraria? Eso era Perón. De aquí que su regreso definitivo llevara a Ezeiza casi 2 millones de personas o más. ¡Era un acontecimiento inverosímil! Un acontecimiento imposible. No era posible que Perón volviera. No era posible que hablara otra vez desde *su* balcón en la Rosada. Había ocurrido algo impensado en la historia. Quizás, entonces, algunas otras cosas fueran posibles. Y no me refiero sólo a cosas políticas como, por ejemplo, la revolución. No, algo más simple, algo que la gente sintió durante esos días de hechos imposibles que se tornaban reales: ser felices, por ejemplo.

EL ONGANIATO Y EL CORDOBAZO

Entre tanto, el César leporino empezaba a pagar caro la cantidad de dislates solemnes que se había mandado. Hubo pocos dictadores con menos gracia que Onganía. Cuando aparecía en los noticiosos le ponían música de Elgar, el autor inglés de "Pompa y circunstancia", música destinada a la reina de Inglaterra. Interviene brutamente (era un soberano bruto, ¿de qué otro modo podría hacerlo?) las universidades. ¿Por qué? Por la Doctrina de la Seguridad Nacional, ese resultado nefasto de la Guerra Fría: basta de doctrina nacional, de nación en armas, de seguridad para la guerra, basta de la "única forma de mantener la paz es prepararse para la guerra". Para la guerra "exterior" están los Estados Unidos. Para la "guerra interna", los ejércitos nacionales, que muy orgullosos pasan a ocupar el papel de policía interna, como el de Juan Lavalle y los de Mitre. El primero, barriendo la provincia de Buenos Aires luego de liquidar a Dorrego, atando a gauchos e indios a los cañones y ordenando hacer fuego; el segundo, limpiando las montoneras de Peñaloza y Varela, luego de Pavón (batalla de la inconmensurable traición de Urquiza, nunca superada hasta los días recientes) y declarando la "guerra de policía" que les permitía matar a los gauchos fuera de las leyes de las naciones. En su papel de "policía interna", Onganía emprende su gloriosa batalla contra un enemigo poderoso: la Universidad de Buenos Aires. Pero se sabe que para los zapallos cursillistas y católicos a ultranza en la universidad se acumulan los peores comunistas que sea posible ubicar en el país. Así, la policía del onganiato viola la autonomía universitaria y revienta a palazos a los profesores y alumnos sobre todo de Ciencias Exactas, y luego de Filosofía. Los que estudiaban Descartes en *Historia de la filosofía moderna* se preguntaban cómo demostrar la existencia de la "realidad externa". Se lo demostraron los simios de la policía de Onganía. Durante esos años, para un militar cagar a palos a un estudiante era algo orgásmico. ¡Aquí estamos, se acabó "la isla universitaria", "la isla democrática", al fin podemos reventarlos a palazos, inmundos marxistas, judíos de mierda! Esos eran los gritos de triunfo en tanto formaban una doble fila, hacían pasar por ella, como ganado, a los estudiantes y les descargaban palazos cargados de rencor, palazos que durante años habían soñado descargar. Se llamó al hecho, como se sabe, "La noche de los bastones largos". Entretanto, el ministro de Economía, Adalbert Krieger Vasena, de cálido recuerdo en el corazón del pueblo, modifica la Ley de Indemnizaciones por despidos (¡bajándola, por supuesto!) y aumenta la edad para jubilarse. Si no la puso en cien años fue porque alguien le dijo que a esa edad usualmente la gente no llega, y la jubilación no tendría sentido. Eran brutos, fachos, trogloditas y violentos. (*NOTA*: En 1972, Krieger Vasena estaba prudentemente fuera del país. Rodolfo Ortega Pena inicia un trámite para repatriarlo y juzgarlo. Lo vi a Ortega en una mesa de un café frente a Tribunales con tres compañeros más. Le brillaba la pelada y derrochaba energía y entusiasmo y juventud. Tal vez ayude a entender la suerte de este país que Ortega Peña fue acribillado por las balas de la Triple A y Krieger Vasena siguió asesorando a grandes corporaciones como el talentoso técnico que era, como el protegido hombre del establishment que también era y al cual se le debían tantos, pero tantos favores. Krieger podría haberse excedido en lo de la jubilación –no hasta el punto en que yo lo dije–, pero era una pieza de oro para las corporaciones.)

¿Qué más hace Onganía? Crea un organismo impecablemente macartista al que da el nombre de *Dirección de Investigación de Políticas Antidemocráticas* (DIPA). Todo esto dentro de la *Ley de Represión del Comunismo* que le imponía la Doctrina de la Seguridad Nacional. Disuelve los partidos políticos, cierra el Congreso y toda actividad política es declarada ilegal. Antes de morir, este hombre de fe, "que consagró a la Virgen un país rematado al imperialismo", según frase de la época, tuvo el descaro de presentarse a elecciones en democracia y declaró, muy suelto de cuerpo, que la suya había sido una "dictablanda". ¡Al lado de Videla, Idi Amin parece Sor Juana Inés de la Cruz! O no tanto. Pero el leporino se comparaba –claramente– con Videla. Desde ahí se atrevía a hablar de la suya como una "dictablanda".

Entretanto aparecía –en las jornadas del Cordobazo– el *Periódico de la CGT de los Argentinos* dirigido por Raimundo Ongaro y Ricardo de Luca, situado a Paseo Colón 371, valía 50 pesos y éste era el Nº 46. Su título principal: *La unidad se logró en la calle.* Y luego: "Los generales fusiladores de 1956 son los padres de 1969". ¡Qué presentes estaban los fusilamientos de 1956! En esa memoria implacable se dibujaba ya la suerte de Pedro Eugenio Aramburu.

En tanto, entre la organización de los mecánicos, la combatividad de Sitrac-Sitram, se va abriendo la figura de un sindicalista notable: Agustín Tosco. Habría de decir o ya había dicho: "No hay, evidentemente, posibilidad de llevar adelante una tarea revolucionaria sin una conciencia, sin una ideología revolucionaria". Y también: "Yo no represento a una persona sino a la posición colectiva de todos mis compañeros" (Nicolás Iñigo Carrera, María Isabel Grau, Analía Martí, *Augusto Tosco, la clase revolucionaria*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2006, pp. 5 y 7). Continuará.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann y Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Ernesto Che Guevara. La teoría del foco insurreccional

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

41 Ernesto "Che" Guevara, la teoría del foco insurreccional

Suplemento especial de
Página|12

EL ONGANIATO Y LAS UNIVERSIDADES

Al tosco, adusto y muy católico, y fanático anticomunista, general Juan Carlos Onganía se le otorgaba la condición de ser algo que acaso a él le gustara, pero que el país no terminó de aceptar. Se le decía "El Franco argentino". ¡A las cosas que llegaba la Argentina gorila 1955-1973! Los eficaces militares, los comandos de la Libertadora, los marinos de Rojas, los socialistas de Ghioldi, de la señora Moreau de Justo, los oligarcas de Victoria Ocampo habían expulsado gloriosamente al general nazifascista para entronar ahora a un "Franco argentino". Es que en 1966 ya se habían hecho muchos intentos para frenar al peronismo, para hacer un país que no lo incluyera. Ahora se apelaba a una figura un tanto absurda. ¿Necesitaba el país un Franco? Sí, si se trataba de frenar a Perón y a los peronistas, bienvenido sea un Franco. Además, no hay ninguna sorpresa. (*Nota:* "Que nadie se llame a engaño", como decían los políticos y los militares de esa era y de otros años que siguieron también. Habría que hacer un mural con esta frase. Es la frase del idiotismo que ha animado a tanto fanfarrón que se ha subido a un podio para hablarle al país. Reflexionemos un cacho: ¿qué significa "que nadie se llame a engaño"? ¿Qué quiere decir con eso el que lo dice? Que nadie se equivoque. No digan que no se los advertí. Estoy siendo absolutamente claro. Los que crean algo distinto de lo que yo creo "se llaman a engaño". Los que "se llaman a engaño" se equivocan. O peor: se quieren equivocar. O se equivocan a propósito. Se "llaman a engaño" porque no advierten la gravedad de la situación. Se pierden en artilugios engañosos. O creen en "ideologías foráneas", que siempre llaman "a engaño". Sin duda, llamar a Engaño era una de las peores cosas que un argentino podía hacerles a los tipos que advertían qué debía hacerse y qué no. Además, uno "se" llamaba a Engaño. Acaso esta reflexividad, este pronombre que remite a uno mismo terminara por señalar que Engaño era uno mismo. Lo cual era peor que "llamarse a engaño", era ser el engaño mismo. Es lo que querían decir: los que "se llamaban a engaño" eran engañadores. Fingían llamarse "a engaño" para engañar la buena fe de los buenos ciudadanos.) ¿Por qué habría de ser sorpresivo que Mariano Grondona, Mariano Montemayor y la Iglesia y el gorilismo ilustrado pidieran un Franco? Se habían equivocado mucho con Illia. ¿A quién iba a frenar el viejito? El peronismo requería mano dura. No se lo podía manejar de otra manera, no se lo podía *impedir* de otra forma. Un psicoanálisis del pasaje que el gorilismo hace de Illia a Onganía sería regocijante. ¡No queremos a ese viejito impotente! ¡Queremos a un macho! No bien asume Onganía o al poco tiempo, la revista popular cachivachera *Ahora* –que editaba Héctor Ricardo García, fervoroso adherente al golpe del '66, algo que no hacía de él un tipo original, por otra parte– publica en tapa una enorme foto de Onganía en uniforme de gala. Y al pie sólo dos palabras, también en gran tamaño: "Un Hombre". Sólo eso: "Un Hombre". ¡Todo lo que decía ese título! Señores, al fin encontramos a un milico que las tiene bien puestas, a un Franco nacional, a un tipo que va a terminar a palos con el peronismo si es necesario. Teníamos a un viejito de mierda. Ahora tenemos a "Un Hombre". Que tiemblen los peronistas y los comunistas también. Porque este "Hombre" es, por sobre todas las cosas, un custodio de Occidente. Lo cual era perfectamente cierto. Onganía venía como alumno de la *Escuela de las Américas*, ese lugar siniestro donde los norteamericanos formaron a los dictadores de su patio trasero. Onganía, además, venía como parte del esquema de la Guerra Fría. Era el representante de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Esta Doctrina otorgaba a los ejércitos de los países latinoamericanos el papel de *policía interna*. Estados Unidos se encargaría de defender todas las fronteras. ¿Qué significaba esto? Que Estados Unidos defendía a todos los países de la órbita occidental del *enemigo externo*. Básicamente: el comunismo. Dijo, entonces, a los países de lo que se llamaba Tercer Mundo que sus ejércitos debían reprimir al *enemigo interno*. Hay, así, en la Argentina como en muchos otros países, una *internalización del enemigo*. A este enemigo interno que acecha constantemente se le da el nombre de *subversión*. "Durante la Guerra Fría (escribe Samuel P. Huntington), la política global se convirtió en bipolar, y el mundo quedó dividido en tres partes. Un grupo de sociedades, en su mayor parte opulentas y democráticas, encabezado por los Estados Unidos, se enzarzó en una rivalidad ideológica, política y económica y, a veces, militar generalizada con un grupo de sociedades comunistas más pobres, asociadas a la Unión Soviética y encabezadas por ella. Gran parte de este conflicto tuvo lugar fuera de estos dos campos, en el Tercer Mundo, formado por lo general por países pobres, carentes de estabilidad política, recién independizados y que se declaraban no alineados" (Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 21). *La "Guerra Fría" fue una guerra que no se libró en ninguno de sus dos bloques, se libró en países ajenos a la centralidad. No hubo una sola batalla en Estados Unidos. No hubo una sola batalla en la URSS. El campo de batalla fue el Tercer Mundo*. De aquí que nuestras tragedias desde 1955 en adelante, pero, mayormente, desde 1966 en adelante, con la instauración de la Teoría de la Seguridad Nacional a partir de Onganía, son *episodios* de la Guerra Fría. Nuestra gran tragedia de 1976, la masacre, la tortura, los empalamientos, las desapariciones, son un "episodio" de la Guerra Fría. Cuya característica era librarse *fuera* del territorio de los polos que se enfrentaban. Uno de esos "episodios" fue el que es llamado La Noche de los Bastones Largos a causa de los bastones con que la policía molió a palos a profesores y estudiantes. Se los hizo salir en dos filas de las facultades y se los castigó con toda la furia que una policía desatada puede desplegar el día en que (¡por fin!) puede entrar impunemente a la Universidad, ese refugio de zurdos. El bruto leporínico de Onganía creía que el "monstruo comunista" habitaba en ese espacio. Los alumnos de Historia de la Filosofía Moderna, sin embargo, estaban estudiando el *Discurso del método* y se preguntaban, con Descartes, acerca de la posibilidad de demostrar la existencia de la "realidad externa" (la *res extensa*), la cual se les hizo presente con inaudita ferocidad.

Se detuvo a un número significativo de personas. Cerca de 400. A partir del hecho se inició una polémica interna que (creo) es poco conocida. Muchos profesores optaron por el exilio. Renunciaron a sus cátedras y se fueron. El argumento era: no colaborar con la Universidad del onganiato. Otros decidieron quedarse. Si no los echaban no iban a renunciar. Este esquema de enfrentamiento es conocido: *entrismo y salidismo*. Los que se fueron llegaron al número de 300. Se ubicaron en universidades de Estados Unidos y Canadá, o en Europa o en Venezuela y Perú. Lo paradójico es lo de Estados Unidos. Se trata, sin duda, de un país de contrastes. Por un lado, la CIA o el Departamento de Estado promueven y aprueban una dictadura fascista en Argentina para frenar el avance del comunismo. El bestia de turno rompe todo, entra a caballo en las universidades. Hace cagar a palazos a los profesores, a los alumnos, a toda esa basura zurda. Por otro, las liberales, democráticas universidades "americanas" dan asilo a los "sabios" que han emigrado. "Caramba, vean lo que les han hecho en ese país de salvajes en que Uds. viven. Quédense entre nosotros y vivirán seguros."

LOS "MANUSCRITOS" DE MARX EN LA UNIVERSIDAD DE ONGANÍA

Onganía no avanzó con lo de las Universidades. En Filosofía muchos nos quedamos y nuestra consigna fue: *Pelear desde adentro*. No

se necesitó demasiado coraje para hacerlo. A ver si me explico: en 1966 yo tenía apenas 23 años. Ahora tengo muchos más, pero los que tengo me permiten hablar de ese episodio y hasta contar los colores, los olores, las sombras, las luces y los matices que tenía, luego del asalto de Onganía, la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Independencia. Por ejemplo: el enorme mono que colgaba en el hall de entrada no sé de dónde y que tenía un cartel que decía *Fuera yankis de Vietnam* no colgó más, lo tiraron a la mismísima. De todos los afiches, carteles, pancartas, declaraciones que inundaban las paredes *no quedó uno*. La Facultad era un prodigio de limpieza. Tal como Onganía lo soñaba. De la carrera de Psicología –una de las más agredidas– no se dictó casi ninguna materia en el segundo cuatrimestre. Porque recién ahí empezaron a funcionar de nuevo las casas de estudio. Entre tanto habían pasado unos meses y todo el mundo se reunía y discutía qué hacer. Yo aproveché el interregno y me di el gusto de rajarme a la literatura, olvidar la filosofía por un rato. Escribí una novela que se llamaba *Moishe* y era malísima. Una horrible copia de esos cuentos

en que Abelardo Castillo se metía con el tema judío. De pronto, nos enteramos de que Víctor Massuh iba a ser el interventor en Filosofía. En 1963 tuve dos maestros (tenía veinte años): Víctor Massuh y Conrado Eggers Lan. Massuh era brillante, trágico y antimarxista. Eggers era un católico fascinado por el marxismo y un estudioso del tema. Que Massuh aceptara ser interventor de Onganía abrió un interrogante y una brecha en una relación que para mí, en 1963, había sido muy valiosa y nunca dejaré de agradecer. Con pocos, luego, pude hablar de Kierkegaard, de Dostoievski y de Chestov como con él. Pero era terriblemente antimarxista y un antiperonista furibundo, de esos que te cuentan la quema de las iglesias, el incendio de la biblioteca del Jockey Club. Este último hecho había marcado a Massuh: "Yo miraba atónito a los bomberos llevándose los libros". Cierto día, lo inesperado: me llaman de parte de Eggers Lan, la Facultad de Filosofía empieza a funcionar y Eggers se hace cargo de la materia Antropología filosófica. Nos reunimos cuatro alumnos con Conrado. Nos dice que la materia tiene 700 inscriptos. ¡Setecientos inscriptos en una materia de nuestra carrera! Era imposible. No, explica Eggers. Pasaba que en Psicología (que tenía muchísimos inscriptos) no se dictaban materias ese cuatrimestre (o una que otra, no recuerdo esto) y los alumnos, para no perder el cuatrimestre, se habían inscripto en Antropología filosófica, que les serviría como materia optativa. El problema que tenía Eggers era que la carrera de Filosofía no tenía suficientes ayudantes de trabajos prácticos para cubrir tantas comisiones. Entonces había decidido convocar a sus alumnos más cercanos, aunque no tuvieran título, aunque no se hubieran recibido. Se dicta la materia. ¿Qué dicta Eggers? Su obsesión de esos años: Marx. ¿Qué texto de Marx tenía más relación con los temas de una materia como Antropología filosófica? Los *Manuscritos económico-políticos* de 1844. Que se leerían en las comisiones de trabajos prácticos. Pero yo no sólo no me había recibido, lo cual habría sido un tema menor porque en esos tiempos los ayudantes de trabajos prácticos dictaban clases sin haberse todavía recibido, ¡tampoco había cursado y aprobado aún la materia! A Conrado no le importó. Y aquí quería llegar: en medio de la dictadura del Franco argentino, a dos meses y medio de *La Noche de los Bastones Largos*, yo, insólitamente, me presentaba en un aula con más de 200 alumnos para dar clases... ¡sobre Marx! A la vez cursaba la materia. Pero no di el examen final. Eggers me dijo: "Tengo que tomarles examen a 700 alumnos, no voy a perder tiempo con usted. Váyase a su casa y déjeme su libreta". Me puso "sobresaliente". Fue *incorrecto*, pero ¿qué era correcto en esos días? Como fuere, la experiencia de dar los *Manuscritos* del inmenso pensador de *El Capital* en plena dictadura de Onganía fue para todos apasionante, insólita, absolutamente argentina. Esto resultó impensable en la dictadura de Videla. Ahí reventaron en serio a la Universidad. Ottalagano (agente fascista de López Rega e Isabel) entró con la espada y la Cruz. Declaró a Buenos Aires "la cuarta Roma" y nadie entendió por qué y no quedó un solo ente que oliera a algo que no fuera catolicismo ultramontano. Ahí me rajaron de la Facultad. Curiosamente dictaba Antropología filosófica, y también el titular era Eggers y yo era profesor adjunto, ya recibido.

Pero el episodio revela que el ambiente universitario era muy complejo. Que tal vez la frase "luchar desde adentro" sea jactanciosa, efectista. Es cierto. En seguida advertimos que se podría "luchar desde adentro" porque no nos iban a matar, una variable que siempre complica las cosas y las torna temibles. Pero será difícil que pierda la certeza de que algo hicimos. Que se pudo dar parte de la obra de Marx a 700 alumnos. Que se pudo dictar la materia. Y que luego se pudo seguir.

Los principales que se exiliaron fueron: Rolando García, Sergio Bagú, Manuel Sadovsky, Tulio Halperin Donghi, Risieri Frondizi, Gregorio Klimovsky, Telma Reca y varios más. Algunos –como Rolando García– volvieron y se comprometieron con nuevas causas. Otros no volvieron más. O encontraron muy buenas oportunidades o estaban hartos de la Universidad argentina. Era cierto: el período 1955-1966 había sido brillante. Uno de los grandes períodos de la Universidad. Pero insisto: a partir de 1966 se pudo seguir. En octubre de 1966, 200 alumnos, la mayoría de Psicología, recibieron clases sobre Marx de un pendejo de veintitrés años que, por otra parte, era la primera vez que lo hacía. Nunca he dejado de pensar que los que se fueron en esa oportunidad lo hicieron apenas el país empezó a resultarles incómodo. Esa incomodidad se agravaría tanto, se haría tan extrema que la Universidad del onganiato (que no tuvo la cara horrible que presagiaba la famosa Noche de los Bastones Largos) quedaría como el recuerdo de un tiempo en que el peligro todavía no era en serio. Nuestras tareas siguieron siendo el estudio y la docencia. A pocos días del golpe, junto con mis compañeros de estudio Jorge Lovisolo y Ariel Sibileau, lo fuimos a ver a Andrés Mercado Vera, que, en Historia de la Filosofía Contemporánea, nos había enseñado Hegel para siempre. Le preguntamos qué teníamos qué hacer. Y nos dijo: "Seguir leyendo a los grandes maestros del pensamiento filosófico: a Hegel y a Marx". Eso no nos aclaró mucho qué debíamos hacer políticamente ante el onganiato. Pero Mercado Vera estaba devorado por Hegel y Marx (tenía un enorme conocimiento del tema) y nos entregó el consejo que para él era el mejor que podía darnos.

LAS "CÁTEDRAS NACIONALES"

Pero el onganiato posibilitaría algo mucho más fuerte que nuestras clases sobre Marx en 1966. El estudiantado, muerta la "isla democrática", muerta la Universidad de la Reforma, se politiza *nacionalmente*. En lugar de *Fuera yankis de Vietnam*, los nuevos carteles, las nuevas pancartas dirán: *Patria sí, colonia no*. En un trabajo que contiene una frase histórica, y que nadie se ha ocupado de recuperar, que nadie conoce, sencillamente porque ninguna institución, ninguna Facultad, ninguna editorial ha logrado todavía sacar la colección completa de la revista *Envido*, Alcira Argumedo escribía su famosa frase: *Onganía hizo más por la nacionalización del estudiantado que cincuenta años de reforma*. En el número 3 de *Envido*, en abril de 1971, Argumedo escribía su texto *Cátedras Nacionales: una experiencia peronista en la universidad*. Decía: "Las Cátedras Nacionales de la Facultad de Filosofía y Letras no son sino expresión de un fenómeno más amplio que se desarrolla a partir de la intervención a las universidades nacionales. Esta medida rompe con la tradicional 'isla democrática' y la política del país penetra los claustros universitarios: como el pueblo desde 1955, los estudiantes entran en la proscripción. El año 1966 marca el comienzo de un camino de confluencia de los sectores estudiantiles con el movimiento popular, que alcanzará su primera expresión masiva en los sucesos que a partir de mayo de 1969 se producen a lo largo de todo el país. Este fenómeno aparece como algo totalmente nuevo si se tiene en cuenta el papel jugado por las mayorías estudiantiles desde 1945. *Paradójicamente, el gobierno de Onganía había hecho más por una politización real del estudiantado que los 50 años de reforma*" (Alcira Argumedo, revista *Envido*, Nº 3, abril de 1970, p. 55. Cursivas mías.) El texto marca la aparición de la llamada *cuestión nacional* en los ámbitos del Saber. Se trata de ir en busca de una *realidad nacional* a la que la Universidad siempre dio la espalda. Sigue Argumedo: "Una ciencia social sólo es posible cuando, explícitamente identificada con un proceso de liberación –que en nuestro país tiene su eje dinámico en el movimiento peronista– intenta recuperar la riqueza de significados que gestan los sectores populares en el desarrollo de sus luchas. Tomar la historia real como *fuente de las categorías que permitan su inteligibilidad* es la propuesta que se enfrenta a la concepción de los 'científicos sociales' que, en sus diferentes corrientes academicistas, intentan la adaptación distorsionadora de la realidad a teorías 'universalmente' establecidas. Sólo a partir de este marco consideramos fructífero incorporar críticamente los aportes realizados por los grandes teóricos revolucionarios. Porque la teoría revolucionaria en el Tercer Mundo, que necesariamente se desarrolla desde una experiencia común de lucha por la liberación, debe ser capaz de recuperar la particularidad de este proceso en cada país (...), en nuestro caso el trabajo universitario sólo constituye un aspecto parcial de un compromiso más amplio con el movimiento de masas" (Alcira Argumedo, *Ibid.*, p. 55. Cursivas mías). Lo que señala el texto de Argumedo es una paradoja o una secreta dialéctica entre la aberrante invasión a la Universidad reformista y el resultado no previsto, un *acontecimiento*, del hecho. Los estudiantes de la Universidad reformista vivían en la "isla democrática". Aclaremos esto: ¿cómo era posible que en un país donde no había democracia brillara en sus claustros la libertad y seguridad de profesores y estudiantes? Esto creaba una ilusión y esa ilusión les cerraba a los estudiantes la expe-

riencia de vivir las experiencias del pueblo. Esto se veía *desde* las Cátedras Nacionales. Hoy se tiene escasa idea de estas cuestiones. Se ha hecho todo por olvidarlas. Al peronismo no le interesan. Y a los antiperonistas menos. Lloran la pérdida de la Universidad de la Reforma. Incluso fueron premiados, en el 2005, 70 profesores que renunciaron en 1966. De acuerdo: cualquiera tenía motivos para renunciar en 1966. Cualquiera tenía motivos para no hacerlo. El planteo de Alcira incluye una opción por el peronismo que hace el estudiantado a partir de La Noche de los Bastones Largos. "Caramba, ya no nos respetan. Qué horror. Qué agresión a la cultura. Que prohíban a los negros, a los peronistas. Pero a nosotros, profesores, investigadores, cerebros que nos fugaremos si nos tratan mal, cómo se atreven." La otra versión es la siguiente: "Caramba, ya no nos respetan. Se acabaron nuestros privilegios. Vivimos en la ilegalidad democrática desde 1955. Ningún gobierno gobernó con el voto libre de toda la ciudadanía. El país está viciado de ilegalidad. Pero nosotros vivimos en un mundo aparte. Gobierno tripartito. Libertad de temas. Nada se prohíbe. ¿Hasta cuándo nos proponíamos vivir al margen de la suerte del país? ¿No es hora de admitir que la universidad que queremos es un lujo que no podemos permitirnos? Nos gobiernan los militares. Inventan gobiernos civiles. Después los tiran y ponen a otro y lo tiran y ahora se ponen ellos y son lo que han sido siempre: brutos. Ven en el Saber a un enemigo. Ven en la libertad de pensamiento el camino al comunismo. Quieren prohibir libros. Quieren prohibir todo lo que pueda entrañar un peligro al Occidente cristiano. Si asaltaron el Estado, ¿por que no habrían de asaltar la Universidad? ¿Qué hay que hacer? Muy simple. Ahora que hemos visto que nuestra suerte es la de los otros, unirnos a ellos". El problema para muchos es que "ellos" son peronistas. Ergo, ese problema no tiene solución. Pero las Cátedras Nacionales surgieron de una respuesta creativa, original y valiente al problema supuestamente insoluble: ir en busca del pueblo. Es como dice Argumedo: "En nuestro caso, el trabajo universitario sólo constituye un aspecto parcial de un compromiso más amplio con el movimiento de masas". Hay una foto que recuerdo pero no tengo. Un cartel cuelga de una ventana de la Facultad de Filosofía y Letras. El cartel dice: "Facultad tomada por las Cátedras Nacionales". La mayoría de estos profesores venían de Sociología. Estaban seriamente formados por Marx y por Weber. No venían de Tacuara ni del catolicismo. Señalo esto porque la versión vigente hoy sobre la izquierda peronista es que esa izquierda fueron los Montoneros, quienes, sí, venían del catolicismo y algunos de Tacuara. De esos peronistas, nosotros ni idea. Los que buscamos la "cuestión nacional" a partir del golpe del '66 creíamos en la unión entre el marxismo y las luchas nacionales contra el imperialismo. Las luchas que se habían dado en la Argentina bajo el federalismo, el yrigoyenismo y el peronismo. Veníamos de las entrañas de Hegel y Marx. También de Lenin y del Che. Con ese bagaje, los profesores de las Cátedras Nacionales buscaron la sustancialidad, la materialidad del sujeto revolucionario en los obreros peronistas. Alguien solía decirles a los marxistas gorilas: "Les guste o no, nuestro *proletariado británico* son los negros peronistas". El sujeto de la revolución, la clase obrera, aquí, tenía una identidad, el peronismo. Hacía ahí nos dirigíamos. Con Marx. No con Tacuara ni con Joe Baxter, que nos parecía un aventurero fascistoide. A otros no. Y a la mayoría no le importaba Joe Baxter, ni suponía que teníamos algo que ver con Tacuara, que, para mí, era un grupo de choque con ideología nacionalsocialista. Los pibes de Tacuara aparecieron a comienzos de los '60. Eran bastante siniestros. Se reunían en lugares semiclandestinos. Hacían el saludo nazi. Cierta vez, voy a la peluquería en Pampa y Superí (en Belgrano R abundaban los Tacuara) y, cortándose el pelo, hay un pendejo de 17 años con un muñón donde debía estar su mano izquierda y el muñón estaba cubierto por una capucha de goma negra. Se va y el peluquero me dice: "Fue a poner una bomba y le explotó en la mano". "¿Dónde puso la bomba." "Se la puso a unos judíos", me dijo. Buenos pibes. Unos revolucionarios de la gran siete. Las Cátedras Nacionales no surgieron de ahí. No tuvieron ningún contacto con los Montoneros. Se enteraron de la muerte de Aramburu por los diarios. Pero surgió la "cuestión nacional" y la lectura de Cooke, Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche, Abelardo Ramos y el revisionismo histórico. Corriente en la que se diferenció al nacionalismo oligárquico (que confundía a la patria con la estancia) del nacionalismo antiimperialista: FORJA y los autores que cité. Y luego se leyó apasionadamente a Frantz Fanon. Llegaremos a esto. Los jóvenes que estaban al frente de las Cátedras Nacionales pertenecían a la carrera de Sociología. Eran Roberto Carri, Alcira Argumedo, Fernando Alvarez, Juan Pablo Franco, Gunnard Olsson (posiblemente estoy escribiendo mal su nombre, me disculpo), Horacio González y otros. Los de *Envido* los respaldábamos. Nos sentíamos parte de ese acontecimiento.

EL PENSAMIENTO CRÍTICO NO DEBE PLANTEARSE LÍMITES

El tema que empieza a debatirse es el de la lucha armada. Se lee al Che. Se analiza la teoría del foco insurreccional (que es título de este suplemento y, como otras veces, no llegaré a tratar). Se lee a Giap. Se ve *La batalla de Argelia*. Y muy pronto: *La hora de los hornos*. Antes, sin embargo, Córdoba arrebata las pasiones de la militancia. Estalla el *Cordobazo*. Podemos entrar en él a través de la pluma de Rodolfo Walsh, que, en el periódico de la CGT de los Argentinos (prolija y cuasi religiosamente repartido por todos nosotros en nuestra Facultad de Filosofía y Letras) publica su *fiction/non fiction "¿Quién mató a Rosendo?"* y entrega una crónica notable del Cordobazo, que sólo su talento literario y periodístico podía tornar posible. Es la siguiente:

Cordobazo, por Rodolfo Walsh:

"Trabajadores metalúrgicos, del transporte y otros gremios declaran paros para los días 15 y 16 de Mayo, en razón de las quitas zonales y el no reconocimiento de la antigüedad por transferencias de empresas.

"Los obreros mecánicos realizaban una asamblea y son reprimidos, defienden sus derechos en una verdadera batalla campal en el centro de la ciudad el día 14 de Mayo.

"Los atropellos, la opresión, el desconocimiento de un sinnúmero de derechos, la vergüenza de todos los actos de gobierno, los problemas del estudiantado y los centros vecinales se suman.

"Se paraliza totalmente la ciudad el 16 de Mayo. Nadie trabaja. Todos protestan. El gobierno reprime.

"En Corrientes es asesinado el estudiante Juan José Cabral. Se dispone el cierre de la Universidad.

"Todas las organizaciones estudiantiles protestan. Se preparan actos y manifestaciones. Se trabaja en común acuerdo con la CGT.

"El día 18 es asesinado en Rosario el estudiante Adolfo Ramón Bello. Se realiza con estudiantes, obreros y sacerdotes tercermundistas una marcha de silencio en homenaje a los caídos.

"El 23 de Mayo es ocupado el Barrio Clínicas por los estudiantes y son apoyados por el resto del movimiento estudiantil.

"El 26 de Mayo el movimiento obrero de Córdoba resuelve un paro general de las actividades de 37 horas a partir de las 11 horas, para el 29 de Mayo, con abandono de trabajo y concentraciones públicas de protesta.

"Los estudiantes adhieren en todo a las resoluciones de la CGT. Los estudiantes organizan y los obreros también. Millares y millares de volantes reclamando la vigencia de los derechos conculcados inundan la ciudad los días previos.

"El 29 de Mayo amanece tenso. Los trabajadores de Luz y Fuerza son atacados con bombas de gases a la altura de Rioja y Gral. Paz. Una vez más la represión está marcha.

"Las columnas de los trabajadores de las fábricas automotrices llegan a la ciudad y son atacados. El comercio cierra sus puertas y la gente inunda las calles.

"Corre la noticia de la muerte de Máximo Mena, obrero mecánico. Se produce un estallido popular, la rebeldía contra tanta injusticia, contra los asesinatos, contra los atropellos. La policía retrocede. Nadie controla la situación.

"Es el pueblo. Son las bases sindicales y estudiantes que luchan enardecidas. El apoyo total de la población.

"Es la toma de conciencia contra tantas prohibiciones. Nada de tutelas ni usurpadores del poder, ni de cómplices participacionistas.

"El saldo de la batalla de Córdoba, 'El Cordobazo', es trágico. Decenas de muertos, cientos de heridos. Pero la dignidad y el coraje de un pueblo florecen y marcan una página histórica argentina y latinoamericana que no se borrará jamás" (Rodolfo Walsh, periódico de la CGT de los Argentinos).

¿Por qué nos proponemos el estudio de las teorías de Ernesto Guevara sobre el foco insurreccional? Porque fueron acogidas por la izquierda guerrillera latinoamericana. Porque vamos a fundamentar que están lejos de las tradiciones de lucha de la clase obrera y recurren a una teoría de la vanguardia que no ha sido beneficiosa y ayudó al distanciamiento de los milicianos y aun de los militantes con las bases populares. Como fuere, el tema es delicado y polémico. Y apunta hacia la gran discusión que permanece sobre los años setenta. *La discusión entre la política y los fierros*. La discusión honesta, abierta, sin concesiones sobre la violencia política. Una discusión que debe darse en el ámbito de la izquierda. En el ámbito de los derechos humanos. Sin darle armas a una derecha que –hoy– en nuestro país reivindica desvergonzadamente, es decir, sin tapujo alguno, algo que ha sido universalmente condenado como uno de los grandes genocidios del siglo XX: las matanzas de los militantes del '76. Los crímenes de *lesa humanidad*. Los crímenes cometidos desde el aparato del Estado. Sabemos que están ahí. Que podrán utilizar las reflexiones críticas que llevemos a cabo. Pero nadie puede impedirse pensar por lo que la derecha pueda o no hacer con lo que uno piensa. Eso de "no darle armas a la derecha" funciona como un freno al pensamiento, a la crítica. Tenemos que revisar todo. Una historia crítica del peronismo (o sea: un estudio acerca de los alcances y límites que tuvo y tiene ese movimiento, si es que aceptamos el concepto como definitivo, el de *movimiento*) no puede ya frenarse por la advertencia de "no darle armas a la derecha". Tampoco puede frenar la tarea reflexiva, al pensamiento crítico, la "teoría de los dos demonios". No bien se critican los errores de la guerrilla se recibe la advertencia: "Guarda que eso está cerca de la 'teoría de los dos demonios'". Uno se apichona, se julepea y piensa: "No, eso nunca". Y no piensa más. Se trata, por el contrario, de pensar. Dejémonos de joder: ¿cómo no vamos a pensar críticamente, descarnadamente, dolorosamente o como se quiera, pero *a fondo*, una historia que terminó en una *catástrofe humanitaria*? Cuando Baschetti (en su notable tarea de recuperación de documentos) escribe la cronología de los años 1974-1975 la titula: *Cronología de un desastre*. Un *desastre* tiene muchas causas. No todas están del lado del Estado criminal. Analizar un desastre no es fácil. Hay que tener el coraje de ir hasta las últimas causas. Y eso suele doler.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

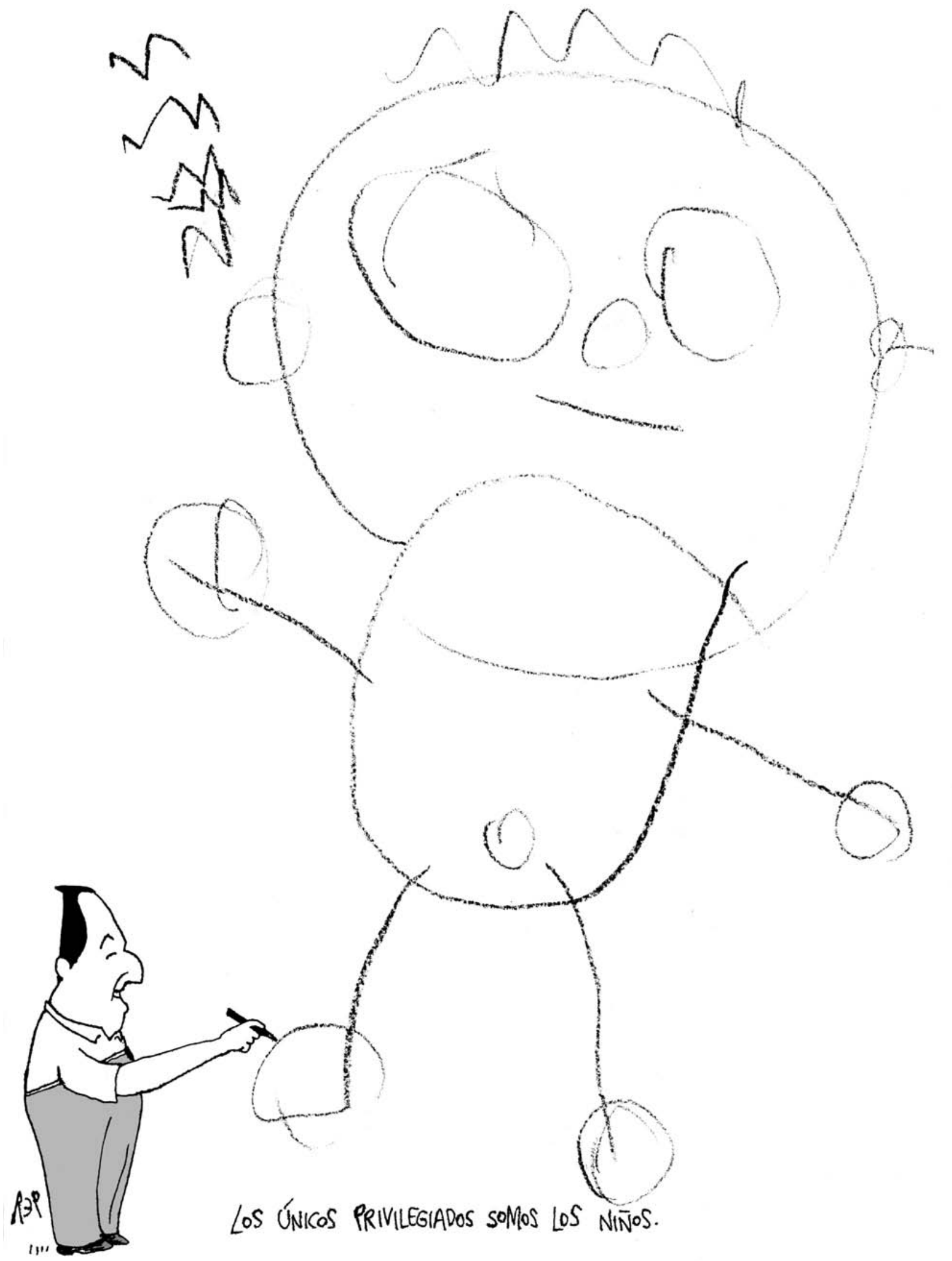
El foco y el movimiento de masas

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

42 El foco y el movimiento de masas



Suplemento especial de
Página|12

UN PROLETARIADO UNIDO Y CONSCIENTE

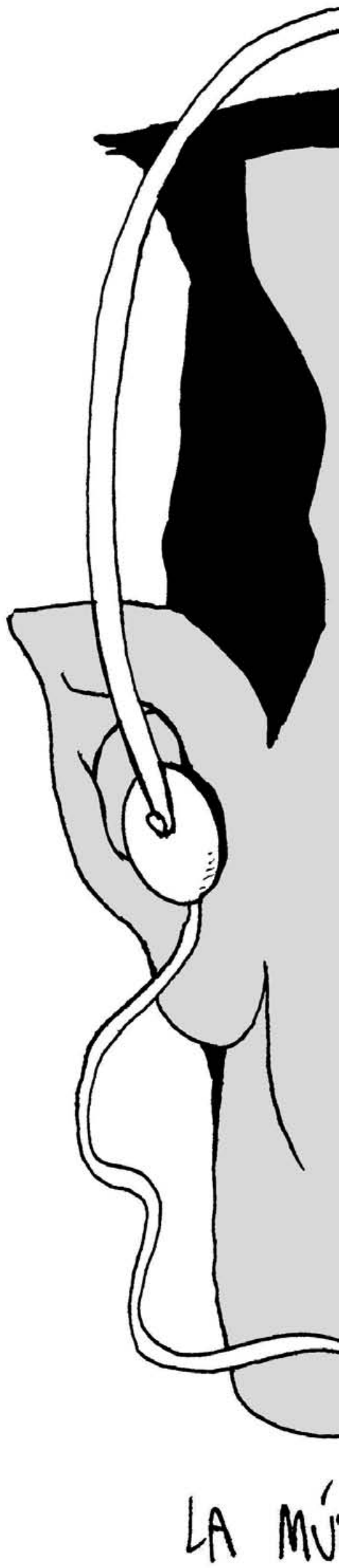
El Cordobazo es el mayor hecho de *combatividad de masas* de la historia argentina. Se sabe que las afirmaciones tajantes tienen sus riesgos. Por ejemplo: no digo que el 17 de octubre no haya sido fundamental. Se sabe de sobra. Pero no tuvo la agresividad, el alto nivel de participación obrera y estudiantil del Cordobazo. Además, el 17 de octubre, los estudiantes, los grupos ilustrados, hasta –por ejemplo– el Teatro Independiente (que provenía del PC y tenía a la URSS como referente), no se unieron a la protesta popular. Que no era exactamente obrera. No eran obreros encuadrados en sindicatos clasistas, eran los obreros jóvenes de escasa experiencia sindical y una clase media que quería cambios en el país. El Cordobazo es otra cosa. Se tiene clara conciencia de lo que se quiere. *Córdoba es una ciudad con industrias de importancia, sobre todo la automotriz, y esto genera un proletariado unido y consciente*. Si se planteara aquí el tema de la conciencia de clase habría que responder afirmativamente: hubo conciencia de clase en el Cordobazo, hubo conciencia de que los reclamos eran obreros, de que los obreros tenían conducciones y pertenecían a sindicatos que los representaban. Es notable, además, cómo a partir de la gesta obrero-estudiantil se afianza la necesariedad de seguir adelante con las comisiones internas en las fábricas. Sitrac-Sitram son los sindicatos autónomos de Fiat-Concord y Fiat-MaterFer. Surgen, del seno de la lucha, las grandes figuras sindicales: Agustín Tosco, Gregorio Flores, José Francisco Páez y René Salamanca. Y de esta misma lucha surgen también las organizaciones guerrilleras que –hasta ese momento– sienten que forman parte de una *lucha generalizada,* de un gesto de rebeldía que empieza a cubrir todo el país. En el Cordobazo –a partir de él– toman su decisión de dar la lucha y de darla junto a las masas los Montoneros (los que más plantean una participación *dentro* de las luchas del peronismo) y el ERP y las FAR, que tendrán modalidades distintas. (Sobre todo al no aceptar la conducción de Perón. Algo que luego harán las FAR en su unión con Montoneros.)

El Cordobazo se expresa también en muchas provincias. Una de las más grandes sorpresas fue el Mendozazo, dado que Mendoza había sido una provincia tradicionalmente conservadora. El Rosariazo golpea fuerte. Ya empieza a ser hábito ver a las multitudes ganando las calles, a los obreros y a los estudiantes emprendiendo una lucha común. "Se llegó a una situación que ha sido caracterizada como 'toma de la ciudad', en la cual la actuación de la policía fue totalmente superada, habiéndonse quedado sin gases y sin nafta. Según el cálculo de Tosco, hubo unas *cincuenta mil personas peleando en la calle*. A las cinco de la tarde intervino el Ejército, que intentó controlar la situación desplazando tropas en la ciudad. A las ocho de la noche, cumpliendo la previsión del sindicato, los encargados de hacer saltar los tapones de la usina central dejaron a Córdoba a oscuras, apagón que duró más de cuatro horas. A la noche fueron tomadas comisarías y sedes de la policía en la periferia" (Carrera, Grau y Martí, *Agustín Tosco, la clase revolucionaria,* ed. cit., p. 117). Nadie, según parece, había previsto la llegada del Ejército. Acaso se pensó que la debilidad del régimen no se arriesgaría a una represión militar. O también se pensó que precisamente por estar acorralado Onganía habría de arrojar zarpazos rencorosos, irresponsables. Como fuere, se siguió luchando. Hubo un desplazamiento a la periferia de la ciudad, la lucha se siguió dando desde los barrios. "Finalmente el Ejército logró desalojar el centro haciendo fuego indiscriminadamente" (Carrera, Grau, Martí, *Ibid.*, p. 117).

En enero de 1971, el llamado "Clan Stivel", un grupo que formaron David Stivel, Bárbara Mujica, Emilio Alfaro, Norma Aleandro y Carlos Carella (que hicieron en televisión un éxito que se llamó *Cosa juzgada*) presentaron una obra teatral en Mar del Plata. No recuerdo de quién era. No era buena. El esquema central radicaba en demostrar que en el país todo estaba pésimo entre las personas (sobre todo entre las parejas: se cogía muy mal, era el ejemplo) porque la situación del país era agobiante, porque se vivía bajo una dictadura, no había libertad, etc. Estaba claro: al no haber libertad las mujeres no tenían orgasmos. A los hombres no les importaba porque el autoritarismo militar les impedía hablar francamente con sus mujeres. Y ellas no les decían nada porque –también– no había libertad. Ergo, no podía haber sinceridad. Pero la obra entusiasmaba al público que estaba harto de Onganía. Voy a esto: en una escena entra Stivel a su casa, deja su saco y el televisor está encendido. De pronto, el tipo se transforma. "¡Vení, flaca", grita. "Vení, mirá esto." La mujer se pone junto a él y miran la tele. Y él, exultante, feliz, dice: "Mirá cómo los hacen rajar. Mirá cómo se cagan los milicos. Con piedras los hacen rajar." Veían, sí, la famosa escena en que jóvenes del Cordobazo arrojan piedras sobre la milicada y la milicada retrocede. En verdad, se les habían terminado los gases lacrimógenos (una versión). Y también es cierto que estaban sorprendidos los milicos. No lo podían creer. La fogosidad de la militancia era fuerte. Y los caballos empezaron a ir para atrás. Era una escena inédita en la Argentina. Una manifestación popular hacía retroceder a los temibles policías antichoque. Y el flaco de clase media que hacía Stivel se ponía loco de contento. Algo iba a cambiar. Los milicos retrocedían. Pronto el país sería otro. Esa llama de esperanza prendió el Cordobazo en tantas almas. La gente que miraba la obra –de vacaciones en Mar del Plata– estallaba en aplausos. También, a esa altura, la clase media empezaba a entusiasmarse con la guerrilla. No sólo cuando el ERP repartía comida en las villas miseria, sino hasta cuando "boleteaban" a alguien. Eran cosas de "los muchachos". Se habían cansado. Estaban hartos y habían agarrado los caños. "Los muchachos" pasaron a formar parte del imaginario entusiasta de la clase media: se los vio como la cara combativa, juvenil, valiente y justiciera de un país agobiado por militares, empresarios y curas como Caggiano.

LA VANGUARDIA ES LA CLASE OBRERA Y SU ORGANIZACIÓN

Hay algo irrepetible en el Cordobazo. El Cordobazo es el fruto maduro de una sociedad industrializada. No en vano se le dice el Mayo cordobés. Habría que ver con qué grado de precisión, pues en el Mayo cordobés el sector hegemónico de la lucha es la clase obrera. No desvalorizamos el aporte estudiantil, pero el Cordobazo es una rebelión del proletariado. En el Mayo francés fueron los estudiantes el sector más dinámico. Esto se nota en el ingenio, es la calidad literaria de las consignas. Ni Tosco ni los suyos habrían de escribir: "Debajo de los adoquines está la playa". Creo que se habrían reído de tal exceso poético. Incluso hasta lo de la imaginación al poder les habría resultado extraño. No, la imaginación no. Son los obreros los que están luchando por el poder. Es la clase obrera la que quiere el poder o la que discute el mayor poder que desea para sí. Por decirlo de un modo contundente: *El Cordobazo es hijo de la industria automotriz*. Marx se habría sentido satisfecho con esto. Es el moderno proletariado de la rica provincia que ocupa la centralidad de la República Argentina la que se rebela eligiendo su arma esencial: la paralización de las actividades. Córdoba era un espacio tramado por la industria de fabricar automóviles. Sus obreros *recibían los mejores salarios del país*. Lo que demuestra que la pobreza no lleva a la rebelión. Lleva al embrutecimiento. A la marginación. El obrero industrial con buen salario y asociado a su sindicato es el que puede alcanzar una visión más totalizadora de su lucha. Esto es cierto. No lo es –ya lo hemos visto sobradamente– el uso que ciertos teóricos de "izquierda" le dan a la carencia de estos elementos. No por carecer de buenos sueldos ni sindicatos los obreros están condenados a la heteronomía y a ser manipulados por un proyecto burgués. El Cordobazo es muy distinto del 17 de octubre. Aquí no hay un líder que rescatar. No hay un proletariado virgen de experiencia sindical. No hay migrantes. También los estudiantes son otros. Dan su lucha junto a los obreros. Los que tienen, sin duda, mayor experiencia sindical. Tienen una ya larga experiencia en la fábrica. Saben organizarse entre compañeros. Tratar con los dirigentes. Que irán a la lucha con ellos o ellos irán a la lucha con sus cabezas. Si digo que el Cordobazo lo hizo la industria automotriz es porque es hijo de la urbanización industrial. Las comisiones internas sacan la gente a la calle. Elpidio Torres, Agustín Tosco y Atilio López lideran la protesta. *Hoy, el Cordobazo es imposible.* Córdoba ya no es una provincia industrial. La industria automotriz se desmanteló y se fue de Córdoba y de la Argentina. El neoliberalismo aniquiló al capitalismo productivo. Al morir la burguesía de la producción mueren los grandes centros industriales. Los obreros se quedan sin fábricas. Se quedan en la calle. Ya no son obreros. Son marginados, excluidos y, por fin, delincuentes.



En la sociedad de la exclusión se ha suprimido la protesta del obrero sindicalizado. Muerta la industria, sólo quedan los peones de campo fieles a la palabra de sus patrones. Los hemos visto "hacerles número" durante los días de confrontación entre el gobierno de Cristina Fernández y "el campo". La industria genera "centralidad en la fábrica". La "centralidad en la fábrica" genera delegados, comisiones internas, abogados y afiliación masiva al sindicato. Entre todo esto serpentea la línea ideológica. ¿Fue clasista el Cordobazo? Sí. ¿Fue peronista? Se inscribía, sin duda, dentro del peronismo combativo que jaqueaba al régimen desde la prohibición del movimiento y de su líder. Hubo muchas pintadas en la época: "El Cordobazo es peronista". Para otros era de la izquierda. Tosco no era peronista. Pero Atilio López sí. Y sería acribillado por el peronismo del Estado mafioso y criminal de López Rega e Isabel. Ochenta y un balazos, a Atilio López. Fue, si se quiere, del trotskismo. Fue de la izquierda. Fue del clasismo. Pero el Cordobazo se inscribe dentro de la lucha del peronismo por traer a Perón. Dentro de la tradición de lucha que el peronismo venía desarrollando desde la Resistencia. El Cordobazo encuentra sus antecedentes en hechos como la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre. Nada tiene que ver con el sindicalismo vandorista. Pero sí con la lucha de todos los otros. La de Ongaro, la de los cuadros juveniles, la de la naciente guerrilla que golpeaba aquí y allá *dentro de un esquema popular y masivo de asedio al régimen, no dentro de la soledad de los "elegidos" (por nadie)*. En Córdoba estaba la Fiat, estaba la Renault. La Renault había comprado la mítica Industrias Kaiser Argentina (la IKA) que se había radicado en la ciudad mediterránea desde 1955. *El gran triunfo del liberalismo de mercado fue desmantelar la estructura industrial y, con ella, la posibilidad de la rebelión obrera.* Donde ahora está el hambre, antes había fábricas, obreros, delegados, sindicatos e ideas generadas desde el seno de la clase obrera. *El Cordobazo, por último, fue el movimiento de masas en acción. Fueron las masas, fue el pueblo, fueron los obreros los que asumieron la vanguardia de la lucha*. Es cierto que hubo francotiradores, pero no tuvieron relevancia. Más bien "contaminaron" la gesta. El Cordobazo no necesitaba francotiradores, los cuales, como siempre, dieron argumentos a la derecha. El Cordobazo es la pureza de la rebeldía obrera, en que la vanguardia son los cuadros, la clase social, las ideas generadas en la "centralidad de la fábrica" y los líderes sindicales que se ponen al frente de las columnas, no como iluminados que tienen la verdad, sino como obreros que tienen la responsabilidad que sus compañeros les dieron, la de la conducción, la de estar al frente con todos los otros detrás, apoyándolos y, si es necesario, empujándolos. ¿Vieron las fotos de Agustín Tosco al frente de las columnas obreras del Cordobazo? Esa es la violencia de la clase obrera. Su masividad, su número. Pero su número transformado en fuerza, como decía Cooke. Porque no alcanza con que sean muchos. Tienen que ser muchos, saberlo y organizarse. Así, la cantidad adopta la cualidad de la fuerza. Cualquier otra violencia sólo podrá legitimarse –dentro de un régimen no democrático, dentro de una dictadura como la de Onganía– subordinándose a ésta. *La vanguardia es la masa, es la clase obrera y su organización*. ¿Qué creen que les habrían dicho Tosco o Atilio López el 29 de mayo de 1969 cuando abandonaban las plantas fabriles y marchaban en busca del centro de la ciudad? "No, muchachos. Aquí, al frente, vamos nosotros. Los obreros y sus dirigentes. Esta es la lucha de una clase social. Es una lucha de masas. No tiene nada que ver con el 'foco' del compañero Guevara ni necesitamos que nos galvanicen los compañeros de la pequeña burguesía que han agarrado los fierros. Cuando haga falta, si hace, los vamos a llamar. Hasta entonces, en el mazo, muchachos." No descarto que, en los días previos, algún diálogo de este tipo haya sido posible.

LA MUERTE DE LA ARGENTINA DEL CORDOBAZO

Esa Argentina –trágicamente– murió. La mató, primero, el golpe del '76, que arrasó con todo y que se produjo ante la urgencia de frenar los movimientos obreros de Villa Constitución, denunciados por el radical Ricardo Balbín al hablar de "la guerrilla en las fábricas". Y la mató después el peronista Carlos Menem, desde el neoliberalismo, con todo el Partido Justicialista respaldándolo, festejando en el Congreso las privatizaciones como si fueran goles de la selección argentina, con el sindicalismo en silencio y con todo el establishment frotándose las manos: ya no tenían que llamar a los militares para tener poder, para frenar a las masas. Ahora, eso se lo daba el peronismo. Nunca un partido político traicionó hasta tal punto sus orígenes. La Argentina que Perón y Evita habían construido la destruyeron los mismos peronistas. Como decía Eva: "Yo no le temo a la oligarquía que derrotamos el 17 de octubre, le temo a la que pueda nacer en el corazón de los dirigentes peronistas". En suma, fue Carlos Menem, desde el peronismo, el que dio el impacto brutal y final a la Argentina del Cordobazo. Falta para llegar a esa infamia.

Hace tiempo que cualquier escritor sabe que no debe escribir "los acontecimientos se precipitaban". Menos luego del prestigio que la palabra "acontecimiento" ha cobrado a partir de su uso por Foucault y Deleuze, quienes, basándose en el Heidegger de *Beiträge zur philosophie (von ereignis)*, cuya traducción en la Argentina apareció como *Acerca del evento*, la hicieron suya y desarro-

llaron algunos puntos valiosos a partir de ella. Ya utilizaremos (y ya trataremos de justificar por qué) la palabra *acontecimiento.* No exactamente como Foucault, menos aún como Deleuze y mucho menos como Heidegger. Pero se nos tornará indispensable para inteligir el *acontecimiento* acaso más complejo de todo cuanto venimos tratando: *el acontecimiento Aramburu*. Podemos, entonces, si cautelosamente dejamos de lado el concepto de *acontecimiento,* y sin ignorar lo transitado de la frase, decir: "los hechos se precipitaban". Antes del Cordobazo, el ambiente ya venía caldeado. En abril (1969) un grupo de las FAL ataca un puesto de la guarnición de Campo de Mayo. (Nota: Sigo, a partir de aquí, la rigurosa cronología trabajada por Andrew Graham-Yool en *Tiempo de tragedias y esperanzas*, Cronología histórica, 1955-2005, Buenos Aires, Editorial Lumière, 2006). El cardenal Antonio Caggiano critica a los sacerdotes rebeldes. Dice que la Iglesia se encuentra ante una crisis de fe. Asalto a una armería de Buenos Aires. Por supuesto: se llevan armas. Conferencia de obispos en San Miguel. Se manifiestan de acuerdo con los obispos de la Conferencia de Medellín. Elementos guerrilleros atacan puestos militares en Magdalena, Salta y otros lugares. El 3 de mayo es detenido Raimundo Ongaro. Lo liberan dos días después. Juan José Cabral, de 22 años, que estudiaba medicina en Corrientes, es asesinado por la policía. La muerte se produce a raíz de la participación de Cabral en una manifestación por el aumento de precios en el comedor universitario. En Córdoba los metalúrgicos declaran una huelga de 48 horas. El asesinato de Cabral caldea el ambiente del país. Es una de las causas del Cordobazo. Hay manifestaciones en casi todas las ciudades. En una de ellas, en Rosario, un oficial de policía hiere a Alberto Ramón Bello, de 22 años. Bello muere al día siguiente. Su sepelio se hace en Rosario. Se clausura la Universidad de Córdoba. Al día siguiente, en Córdoba, Elba Canelo queda ciega de un ojo por una granada de gas. El 21: marcha de silencio en Rosario. El pueblo toma la ciudad. Un joven de 15 años muere de un balazo en la espalda, Luis Norberto Blanco. El general Fonseca se adueña del territorio y hace retroceder a quienes habían tomado la ciudad. Onganía ordena la ocupación militar de Rosario. Sepelio del joven Blanco. Se confirma, en Washington, a John Davis Lodge como embajador en la Argentina. Lodge declara que Onganía llegó al gobierno en forma democrática. Día 29: el Cordobazo. Al día siguiente, el Ejército entra al Barrio Clínicas, donde se concentra la población estudiantil. 14 muertos en los dos días del Cordobazo. Se establecen tribunales militares: Elpidio Torres, de Smata, es condenado a cuatro años de prisión. Agustín Tosco ("el hombre del Cordobazo") a ocho. Y así sigue la cosa: el 26 de junio se queman 15 supermercados Minimax, pertenecientes a la cadena de la familia Rockefeller.

30 de junio de 1969: balean a quemarropa a Augusto Timoteo Vandor, el cruzado del "peronismo sin Perón", el enemigo de la CGT de los Argentinos, lugar en el que ni se lo nombraba, se le decía "el traidor". La CGT estaba dividida en la "de los Argentinos" y "la de Azopardo". Esta, que llevaba su nombre por estar en esa calle, tenía la orientación pactista que le imponía el Lobo Vandor. Para los de Ongaro eran "los traidores". La muerte de Vandor no entristeció a nadie. Se lo veía como un tipo sinuoso, un maestro de la negociación perenne y un traidor a su clase y a cualquier otro compromiso que pudiera tomar. Sigue la cosa: asume un nuevo ministro de Economía, José María Dagnino Pastore. Refiriéndose a un famoso libro de *geografía* que todos habíamos tenido en el secundario se dice que, de geografía al menos, algo sabrá. Juan García Elorrio, el director de *Cristianismo y revolución*, muere, el 27 de febrero de 1970, embestido por un automóvil. Conmoción entre la militancia. García Elorrio era un hombre muy respetado, había buscado unir el cristianismo y el marxismo con las luchas nacionales. Nadie quería creer que simplemente lo había matado un auto. Pero no hubo forma de demostrar que no fuera así. Una muerte absurda. A lo Barthes: semiólogo que no vio el semáforo y lo aplastó un camión de lavandería. Las FAP toman el destacamento de la Prefectura de Tigre. Se llevan quince ametralladoras, doce fusiles y pistolas. La guerrilla actúa: el 26 de abril asalta una comisaría en Rosario; el 28, una en Córdoba; el 29, una en Villa Devoto. Onganía pierde la paciencia: nuevos poderes a la policía para combatir a la guerrilla. El 27 se reúne con Lanusse y 52 generales en actividad. Les dice que la "Revolución Argentina" tiene aún por delante quince o veinte años más. Con él a su frente, claro está. Lanusse mira de reojo a uno que otro general y ya está: los días de Onganía están contados. 29 de mayo de 1970: *Es el Día del Ejército, y el primer aniversario del Cordobazo y será el día del secuestro de Aramburu*. Es un día verdaderamente *sobredeterminado*. Pocos años antes, en sus libros *Lire Le Capital* y *Pour Marx*, Louis Althusser, que había criticado la *linealidad* de la concepción hegeliana de la historia, toma, sin embargo, de éste, el concepto de *determinación*. Una *determinación*, en Hegel, es un punto de la historia o un elemento del pensamiento lógico. Althusser creía en el concepto de *sobredeterminación*. Ese *punto* de la historia presenta tal complejidad, son tantas las líneas que en él confluyen, que estamos ante una *sobredeterminación*. Esas tres poderosas líneas que se cruzan ese 29 de mayo de 1970 hacen de ese día uno de los más *sobredeterminados* de la década que se inicia: Día del Ejército, primer aniversario del Cordobazo y secuestro de Pedro Eugenio Aramburu. Hasta aquí queríamos llegar. Antes de seguir deberemos volcar nuestra atención hacia el comandante Ernesto "Che" Guevara, hoy, en pleno siglo XXI, nada menos que el rostro casi universal de la rebeldía.

"¿TÚ CREES QUE SOMOS IGUALES A ELLOS?", DIJO EL CHE

En 1997 se publican varias biografías sobre Ernesto Guevara. La de Anderson, la de Paco Taibo, la de Pierre Kalfon y la de Jorge Castañeda. Se cumplían treinta años de la muerte del Che en la Escuelita de La Higuera. Luego del buen suceso que nuestra película sobre Eva Perón había obtenido, unos productores nos convocan a Desanzo y a mí, al director y al guionista del film, para que hiciéramos una sobre Guevara. La primera tarea será viajar a Cuba y ver y preguntar y olfatear. Desanzo estaba afónico por el esfuerzo de la filmación del film sobre Evita, de modo que la tarea de hablar con los entrevistados me correspondía. Durante una semana pregunté, desde Froilán González hasta Roberto Fernández Retamar, si el Che tenía algún defecto. Ninguno. Yo alegaba que no podría escribir un guión de cine sobre un personaje que no tuviera un quiebre, alguna zona oscura, en contradicción con su cara diurna, con la más conocida, la más célebre. De lo contrario saldría un caramelo, no un hombre. Quería la cara del cuadro de Alberto Korda, sí. Pero tenía que existir *otra*. Nada. Cierta tarde (no recuerdo por qué no estaba Desanzo), el coronel del Ejército Revolucionario que nos habían amablemente puesto como chofer me dice: "Venga, lo llevaré a un lugar donde no va nadie". Me llevó a la fortaleza de La Cabaña, donde se había instalado el Che a comienzos del '59 y donde se iniciaron los juicios de los tribunales revolucionarios. El coronel me mostró el célebre "paredón". Era enorme. La fortaleza era una bellísima construcción española del siglo XVI. El paredón estaba lleno de agujeros. "Si se pregunta por qué no hay más –dijo el coronel–, es porque la mayoría de las balas pegaban en el blanco." Para Guevara las revoluciones se hacían a lo Saint Just. Los que allí fusiló habían cometido atrocidades. Eran soldados batistianos o tipos de la policía secreta. Osvaldo Bayer, sin embargo, vio juzgar a dos jóvenes soldados (dos terribles, brutales asesinos o torturadores sin duda) con una velocidad que le pareció –digamos– demasiado veloz. El Tribunal los condenó a ser fusilados. Bayer se preguntó largo tiempo si, dada la corta, muy corta edad de esos soldados, no podían ser enviados a un campo de rehabilitación, permitirles una segunda oportunidad. (Si Bayer desmiente esto o da otra versión, que nadie dude: la verdad estará de su parte y yo habré recordado mal y citado imprudentemente.) Pero la justicia revolucionaria es veloz y no da segundas oportunidades. Ni a un anciano ni a un joven de dieciséis años o algo más. Pero aquí no nos proponemos hablar de esto. El esquema de la revolución sangrienta, de la revolución que castiga y limpia el panorama de enemigos dominaba el espíritu de los cubanos. El número de fusilados que se maneja va de 600 a 1500. Posiblemente ninguna de las dos cifras sea verdadera. Posiblemente ninguna de las dos importe. Lo que importa es que se establecieron juicios revolucionarios sumarísimos y el paredón se hizo famoso en el entero mundo. "Al paredón", fue una frase célebre. O "Paredón, paredón, para todos los traidores, que vendieron la nación" fue una conocida consigna de la JP. Bien, el paredón era ése. Era enorme y estaba lleno de agujeros.

Cuando regresé a Buenos Aires escribí el guión. Guevara no era San Ernesto de La Higuera. Era un personaje contradictorio, en ebullición casi permanente, conté los hechos de la fortaleza de La Cabaña, la aventura desesperada de Bolivia, un martirio crístico, una lucha contra la humedad de la selva (que el asma del Che no resistía) y contra las delaciones de los campesinos. El Instituto de Cine Cubano, al mando de Alfredo Guevara, un personaje que solía andar con un sobretodo sobre los hombros, y que no tenía relación familiar con el Che, rechazó el guión y dijo que si el guionista insistía en participar del proyecto Cuba no facilitaría las locaciones. Me apartaron amable pero culposamente del proyecto y escribí poco después una obra de teatro para darme el gusto. Pero los aspectos oscuros del Che eran intocables. Mi posición era la contraria: sólo el coraje de meterse con esos aspectos posibilitaría una gran película. ¿Qué salió? La peor película de Desanzo. El Billiken de Ernesto Guevara. Un héroe inmaculado. Una película en la que se veía todo lo que ya se sabía. El santo de la Escuelita de La Higuera. Incluso Desanzo le dio unos "toques Favio" por los cuales el Che, al ser elevado por un helicóptero su cadáver, parecía ascender a las alturas.

Pierre Kalfon se anima a insinuar o más que insinuar una teoría temible. "Los guerrilleros (escribe) derribaron un régimen más frágil de lo que parecía, desgastado por la corrupción y la ineficacia de su personal" (Pierre Kalfon, *Che, Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1997, p. 268). Lejos de tratarse de una controversia universitaria estamos en presencia de un punto decisivo en la interpretación de la Revolución Cubana. Esta interpretación llevará a la muerte a muchos que en América optarán por la praxis del "foco insurreccional". "El Che (escribe Pierre Kalfon) basa su teoría revolucionaria en el modelo matricial de una guerrilla de campesinos que prevalece sobre un ejército profesional. Pero si no fueron los guerrilleros los que ganaron sino el régimen carcomido de Batista el que se hundió, *entonces el malentendido es inmenso, y la pasmosa hazaña de trescientos campesinos venciendo a un ejército de cincuenta mil hombres* se reduce a un accidente de la historia" (Kalfon, *Ibid.*, p. 268). En Santa Clara (único aporte totalmente propio del Che a la revolución, lo demás: jefatura de Fidel), Guevara gana una batalla contra un ejército sin disciplina, cuyos soldados no quieren pelear.

Pero hay un episodio que muestra al Che en un gesto notable. Un miliciano que no se quiere identificar con la crueldad, con la inhumanidad del enemigo contra el que se ha alzado en armas precisamente *para no ser como él.* Orestes Colina, un combatiente fiel de la revolución, se encuentra con el Che, quien viene con un teniente del ejército batistiano al que lleva preso. Orestes Colina, en un ataque de furia, le dice: "Lo que tenemos que hacer es matar a éste". El Che responde la respuesta adecuada, la respuesta que resume todos los valores que el siglo XX pisoteó: "¿Tú crees que somos iguales a ellos?".

Prometo entregar una extensa bibliografía en el próximo suplemento.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

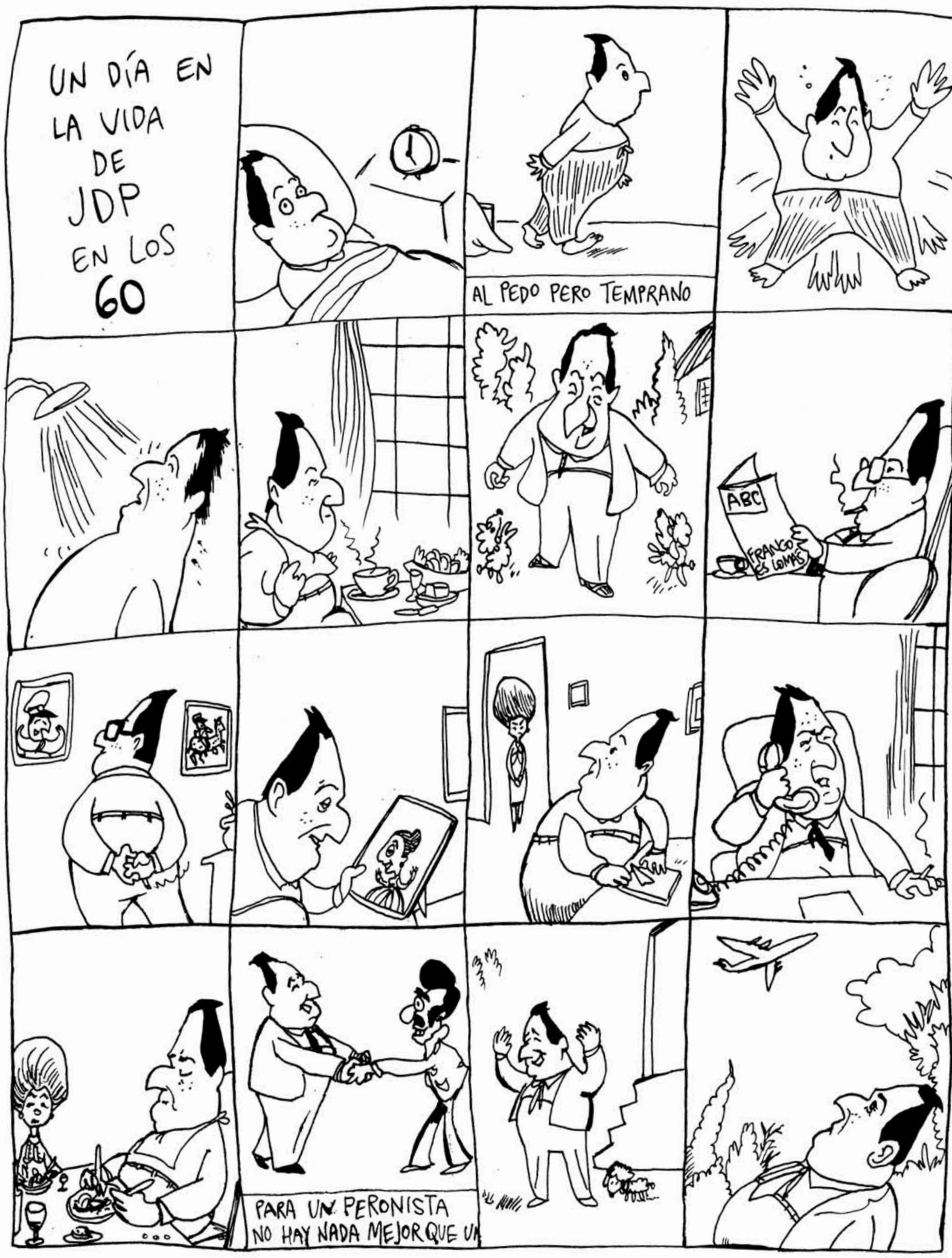
El acontecimiento Aramburu

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

43 El acontecimiento Aramburu



Suplemento especial de
Página|12

EL "PAREDÓN"

Nos metemos con Guevara porque queremos pulir la idea de la teoría del foco guerrillero, que fue, más que probablemente, un genuino aporte de Guevara al marxismo y que él mismo habría de practicar. También las guerrillas latinoamericanas. El Che era más partidario de la guerrilla campesina que de la guerrilla urbana. De aquí que el ERP haya elegido el monte tucumano y los Montos se concentraran en las ciudades. La teoría del foco no era parte de la experiencia de la Revolución Cubana. Castro contó siempre con un campesinado que le fue fiel, con soldados batistianos que se pasaron a sus filas. Este segundo aspecto es contingente. Lo central de la Revolución de Castro es el ascendente que éste ya había logrado en los campesinos y en el apoyo que de ellos recibía. En tanto en Bolivia los campesinos de ese país terminaron por ser delatores de la guerrilla guevarista, en Cuba los hombres de la tierra recibieron bien a Castro. Estaban hartos de Batista y sus horrores. Hartos de una dictadura feroz. Estos jóvenes barbudos que venían en incontenible avance les despertaban esperanzas. Ese avance era cada vez más incontenible porque los campesinos se convertían en guerrilleros y aumentaban las fuerzas del Ejército Rebelde. Una vez que la Revolución triunfa, América latina festeja. Pero no festeja el triunfo de una "revolución socialista", sino el de unos barbudos rebeldes que han destituido a una dictadura sangrienta que ya avergonzaba e incomodaba a los mismos norteamericanos. La Revolución Cubana cuenta, en sus primeros pasos, con el apoyo de todos. Fidel se establece en la conducción. Y Guevara es el Saint-Just, el ala jacobina. Aunque a Fidel no le faltaba garra para asumir, siempre que lo quisiera, este papel. Lo primero que incomoda al mundo libre son las ejecuciones masivas de adictos al régimen batistiano. Ahí nace la palabra "paredón", que es una la palabra genuinamente cubana, genuinamente castrista. La idea del "fusilamiento" de los opositores peligrosos (en primera instancia) acompaña casi automáticamente a la de "revolución". No hay revolución sin fusilamientos. Incluso Aramburu, justificándose, tratando de relativizar la importancia del fusilamiento de Valle, les dirá, en su cautiverio, a los Montoneros que ellos –los de la Libertadora– habían hecho una revolución y en una revolución siempre se fusila. No hay por qué sorprenderse si Castro y el Che también lo hicieron. Es el modelo revolucionario de la Revolución Francesa. El modelo que siempre manejaron Marx y Engels. Volveré a citar un texto de Engels que cito desde hace años pero no lo he citado aquí y aquí lo requiero otra vez. Discutiendo con "demócratas antiautoritaristas", Engels se encrespa y dice: "¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe: es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por *el terror* que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?" (Marx, Engels, *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, Tomo I, 1955, p. 671. Cursivas mías). El texto es de una potencia y claridad notables. Uno lo ha citado casi ya a lo largo de los años. Tiene otros para citar. Pero, ¿para qué? Engels lo dijo impecablemente y era, además, Engels. De aquí que, por más que acumulemos lecturas, la condensada sabiduría a la que improbablemente podamos acceder algún día se encierre, se condense apenas en unas pocas lecturas. Observen las bastardillas que puse esta vez: *el terror*. Hasta eso acepta Engels de la Revolución Francesa. Eso que disgustó tanto a Hegel como a Beethoven, Engels lo acepta como parte esencial de una revolución. ¿Cómo no habría de ser duro el Che en la fortaleza de La Cabaña? Insisto: Aramburu, para justificarse, dice "éramos revolucionarios, teníamos que fusilar". (*Nota*: ¿No se habrá negado Perón a fusilar a Menéndez por respetar la condición democrática de su gobierno, elegido por el voto popular? Para sorpresa de muchos antiperonistas, esto demostraría que su gobierno fue más democrático que el cacareado gobierno de la libertad de los "libertadores".)

LA REVOLUCIÓN ES PACIENCIA

Pero el Che empieza a sentirse incómodo "dentro" de la Revolución Cubana. Lo sorprendemos ahora hablando con Fidel. Éste, aún, no ha anunciado que la Revolución es comunista, aún no ha transcurrido el tiempo suficiente. Lo dirá, pero prefiere esperar un poco. Guevara lo apura: ¿por qué no decir la verdad? Prestemos oídos a esa conversación:

Fidel: –Esa verdad nos perjudica en este momento. Por ahora sólo somos unos barbudos pintorescos que luchamos contra una dictadura incómoda.

Che: –¿Incómoda? Vamos, Fidel: sanguinaria, cruel, genocida.

Fidel: –Incómoda para el Departamento de Estado.

Che: –¡Pues que se vayan dando cuenta! ¡No venimos a mejorarle la imagen al Departamento de Estado en Latinoamérica! Venimos...

Fidel (Muy firme): –Sí, ya sé a qué venimos. Pero no nos conviene decirlo por ahora. El socialismo los espanta.

Che: –Es que a eso venimos: a espantarlos.

Fidel: –Tenemos que hacer política.

Che: –¿Y qué es hacer política? ¿No decir la verdad?

Fidel: –No decir *siempre* la verdad.

Che: –Esconderse, mostrarse, dar la cara, no dar la cara, decir la verdad, no decirla, sonreír sin ganas, darles la mano a los hijos de puta, abrazarse con los cretinos, hablar, callarse, decir sí sin decir sí, decir no sin decir no... ¿eso es hacer política?

Fidel (Mirándolo muy fijamente. Muy convencido): –Exactamente eso.

Che: –Eso no es para mí. No voy a ser un buen político, Fidel.

Fidel: –Entonces déjame la política a mí. Tú ocúpate de la guerra.

Che: –Es que la guerra está por terminar. Ahora empieza la revolución.

Fidel: (Asiente con un gesto. Luego): –Y la revolución es paciencia. Una larga paciencia. Tenemos que gobernar, Che. Y gobernar... no siempre es heroico (JPF, *Dos destinos sudamericanos, cuestiones con Ernesto Che Guevara*, Obra teatral en un acto, *Ob. cit.*, p. 30).

Guevara deja su papel de Saint-Just cuando empieza a ocuparse de la economía cubana. Pero no dura mucho ahí. Su temple está para otras tareas. En Cuba, mientras están Fidel y el Che, uno de los dos sobra. El Che mira con malos ojos los arreglos con la Unión Soviética. Su idea es lanzar el concepto y la realidad de la Revolución Cubana a la conquista de América latina. Lo que luego propondrá: dos, tres, muchos Vietnam. Fidel estrecha relaciones con los soviéticos. Esto le permite soportar todos los problemas que le crean los norteamericanos. Pero Cuba empieza a depender excesivamente de su grandote protector. Se dice de Castro: "Es otro mariscal del Kremlin". Se dice que la economía de la isla se sostiene fácil porque todos los meses llega "el cheque de los rusos". Nada de esto le gusta a Guevara. Quiere mayor independencia para Cuba. No quiere pegarse a los rusos ni apoltronarse en la comodidad del "cheque". Para él, así, la revolución pierde dinamismo, se adormece. Más aún si no realiza su tarea fundamental: llevar a la lucha a los restantes pueblos de América latina. *Pero esto es lo que menos quieren los rusos*. La Guerra Fría los compromete en una política de coexistencia. No pueden financiar a un país que altera las relaciones de poder en el patio trasero de los yanquis. El Che, como primera etapa, quiere ir a África.

Fidel: –No te necesitan en África. Si no eres necesario, no lo eres. Hay revoluciones que pueden hacerse sin ti.

Che: –Hay *una* revolución que puede hacerse sin mí: la nuestra. Ya no soy necesario aquí, Fidel. Mi horizonte...

Fidel: –Tu horizonte está siempre demasiado lejos. Se te ha quedado chica nuestra revolución. Ya no encuentras el modo de ser heroico en ella. Te aburres. Y no me lo has dicho, pero me lo dices todo el tiempo: "No quiero ser un burócrata como tú, Fidel. Yo, si no soy un héroe, no puedo estar". (Con gravedad): Una vez más te lo digo: el heroísmo no sólo está en la batalla, también está en la paciencia.

Che: –Te está gustando demasiado la paciencia, Fidel. La serena certidumbre de la ayuda de los rusos. De nuestras cosechas de azúcar. De la renuncia a mis planes de industrias. Seguimos siendo lo que éramos: una isla de monocultivo. Sólo que en lugar de comprarles basura a los yanquis, nos la regalan los rusos. Ayuda económica y coexistencia pacífica. Paciencia, dicen los rusos. Nada de industrias, monocultivo. Paciencia. Nada de revoluciones en América latina, coexistencia pacífica. Y vos aceptás, Fidel. Porque te volviste paciente. Como quieren los rusos: un revolucionario paciente, controlable, sumiso. Un político con una verborragia algo estridente. Pero un político al fin.

Fidel: –Sé lo que quieres. Y es algo más específico que la revolución en América latina. Quieres la revolución en Argentina.

Che: –Por supuesto. Pero no voy a empezar por la Argentina.

Fidel: –Tampoco vayas a Bolivia. No...

Che: –A ver, decilo: "No están dadas las condiciones". ¿Es eso?

Fidel: –Eso. (Lo mira fijamente): No están dadas las condiciones.

Che: –Nunca están dadas las condiciones. Una revolución es eso: crear las condiciones. El foco guerrillero es eso: crear las condiciones. Ningún régimen está esperando a que te lo devores como a una fruta madura. Ningún régimen se cae solo, siempre hay que voltearlo. (*Nota:* Esta notable frase de John William Cooke me pareció digna de ser dicha por Guevara. De aquí que se la haya adjudicado en este diálogo con Fidel.)

Fidel: –La mayoría de los campesinos bolivianos son dueños de sus parcelas. No te respaldarán.

Che: –¿Quiénes te dijeron eso? ¿Los rusos? ¿La inteligencia soviética en Latinoamérica?

Fidel: –Sin los campesinos no habríamos hecho nuestra revolución. Sin los campesinos, no la harás tú en Bolivia. (Pausa. Casi con calidez): No

vayas aún, Che. Una revolución es saber atacar cuando es sensato. No vayas.

Che: –¡Carajo, no puedo creer que me estés diciendo algo así! ¿Tanto te ablandaron los rusos? Una revolución es lo menos sensato que hay. Siempre hay que estar un poco loco para hacer una revolución. Un hombre sensato lee el diario a la mañana, va a su trabajo, regresa a su casa, come y duerme hasta el día siguiente. Eso es la sensatez, Fidel. No fue sensato asaltar el Moncada. No fue sensato navegar en el *Granma*. Si lo hiciste fue porque eras un insensato. Un loco. Un revolucionario. Ahora corrés el peligro de convertirte en un burócrata.

Fidel: –Y tú en un mesiánico. En un héroe, en un mártir... pero no en un revolucionario.

(Se hace un silencio. Ya se han dicho todo. Fidel saca un cigarro y se lo ofrece al Che, que acepta.)

Che: –Estás engordando. (JPF, *Cuestiones con Ernesto Che Guevara*, *Ibid.*, pp. 52/53/54).

EL AVENTURERO

Los hechos son conocidos. Guevara hace su experiencia africana y fracasa por completo. Luego regresa a Cuba. Y prepara su viaje a Bolivia. Ahí hará la experiencia práctica de su teoría del foco insurreccional. Escribe varias cartas, despidiéndose. Todas son cristalinas. En todas expresa la idea que tiene de sí mismo y de su misión revolucionaria. A los padres: "Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo". No teme compararse con el personaje de Cervantes porque no teme que le digan *aventurero*. Si hay, en política, un mote que hiere y desacredita a quien se lo gana es el de "aventurero". No le preocupa a Guevara. "Creo (dice) en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias." Esta fidelidad a sus creencias lo lleva a luchar donde sea, donde quiera que haga falta. Si hay que ir, si él lo cree así, agarrará su Rocinante y cargará con su adarga bajo el brazo. "Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades." Acaso en este acto hoy, más que infrecuente, insólito, esté la permanencia del Che en el imaginario de los pueblos del mundo. Más de una vez (no demasiadas) le pregunté a un pibe por qué tenía la camiseta del Che. Ninguno me dijo: "Porque sí". O: "Qué sé yo". O: "Porque me la regalaron". La respuesta, casi siempre, fue: "Porque era un valiente, un rebelde, un tipo que peleaba contra el sistema". O también: "Porque era un chabón con unos huevos de acero". O también porque era recopado, porque se jugaba la vida por lo que creía, porque peleaba por un mundo mejor. Nadie podrá, nunca, desmentirle esa frase a Guevara: *puso siempre el pellejo para demostrar sus verdades*. No queda casi nada de lo que *concretamente* hizo porque no pegó ni una. Se metió en la Revolución Cubana, pero bajo la conducción de Fidel. Ganó la batalla de Santa Clara, pero el ejército batistiano era débil, corrupto y ofrecía poca resistencia. Igual, ganó esa batalla en una guerra que él no conducía. Fracasó como ministro de Industrias. Fracasó en su enfrentamiento con la Unión Soviética. Fracasó en África. Y, trágicamente, fracasó en Bolivia. Con ese fracaso fracasa la teoría del foco. Ignoró con ligereza la aristocracia de los obreros del estaño. La advertencia de Castro acerca de la situación de los campesinos: eran dueños de sus parcelas. Se aisló de los políticos bolivianos. Los desdeñó. Solo, con unos pocos incondicionales, penetró en una selva húmeda que fue fatal para sus pulmones. No le importó la guerra que Bolivia había sostenido con Paraguay. El ejército boliviano difundió una mentira que erosionó seriamente su credibilidad ante los campesinos: que esos locos barbudos que andaban por la selva eran paraguayos. Suficiente: los campesinos, primero, empezaron a tratarlo con recelo. Luego, sin más, lo delataron. Sólo citaré algunos textos del *Diario en Bolivia*: "Alto Seco es un villorrio de 50 casas situado a 1900 metros de altura que nos recibió con una bien sazonada mezcla de miedo y curiosidad". Luego: "Por la noche Inti dio una charla en el local de la escuela (1 y 2 grados) a un grupo de 15 *asombrados y callados* campesinos explicándoles el alcance de nuestra revolución" (el subrayado es mío). Son dos textos del 9 de septiembre de 1967. Le quedaba un mes de vida. El 24 del mismo mes dice que un solo campesino quedó en una casa a la que habían llegado (él con un ataque al hígado, vomitando). Sólo quedó Sóstenos Vargas. "El resto huye al vernos." Y en el Resumen de septiembre anota: "Las características son las mismas del mes pasado, salvo que ahora sí el ejército está demostrando más efectividad en su acción y la masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores". En la carta a sus hijos había escrito un texto bellísimo: "Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario". Es cierto. Pero sentir las injusticias que se cometen en diversas partes del mundo no alcanza para ir a esos lugares y luchar con efectividad por los sometidos. En Bolivia, esos sometidos lo denunciaban.

Hay un pequeño texto de Guevara que se llama: *"Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?"*. Luego de refutar las tesis de los "excepcionalistas", el Che concluye que Cuba es la vanguardia en la lucha contra el colonialismo. Quienes creyeron esto creyeron un error. Quienes vieron en la teoría del foco una posibilidad revolucionaria, no meditaron lo suficiente sobre la propia experiencia del Che en Bolivia. Hay muchos textos de Guevara que postulan una participación mayor de la guerrilla en el trabajo de masas, pero siempre defendió el foco. *El poder galvanizador de la guerrilla.* Partir del foco e ir incorporando a las masas. El ERP ensaya esta operatividad en Tucumán. La guerrilla argentina fue preferentemente urbana. Guevara no pensaba así: "Esas son las consideraciones que nos hacen pensar que, aun analizando países en que el predominio urbano es muy grande, el foco central político de la lucha puede desarrollarse en el campo" (*Cuba, ¿excepcionalidad histórica o...?*). Hay textos, sí, en que se desliza, como dije, hacia la fundamental captación de las masas (aunque siempre partiendo desde el foco): "Los guerrilleros no pueden olvidar nunca su función de vanguardia del pueblo, el mandato que encarnan, y por tanto, deben crear las condiciones políticas necesarias para el establecimiento del poder revolucionario basado en el apoyo total de las masas" (*Guerra de guerrillas, un método*). Creía que la Historia estaba a favor de su causa, como casi todos creían en esos años: "La Alianza para el Progreso es un intento de refrenar lo irrefrenable" (*Ibid.*). Su experiencia boliviana es crística. Son tantos los padecimientos que describe en su *Diario* que uno entiende que sólo un hombre con una voluntad casi sobrehumana puede afrontarlos. También creía que la *voluntad revolucionaria* podía vencer los escollos de la realidad. (No en vano el libro de Anguita y Caparrós sobre la militancia revolucionaria del setenta lleva por título *La voluntad*). En fin, sé que por más que diga que admiro a este hombre y que creo que es justo se haya transformado en el símbolo de la rebeldía, los guevaristas, que son impiadosos, no me perdonarán estas páginas. Han sido sólo un bosquejo para entender los errores de la guerrilla argentina. Que no tuvo ni por asomo un Guevara y que agravó esos errores. Este libro no trata de él. Pero es inevitable tomarlo en cuenta porque fue el mentor de quienes creyeron y aplicaron la teoría del foco. Algo que ocurrió en toda América latina. En sus diálogos con Castro tal vez sea él quien se ubica en el lugar más brillante, más osado, pero es Castro el que le está dando una dura lección de política, el que le exhibe las aristas ásperas de la historia, algo que lo remite a una teoría que el Che interpreta como "paciencia" y Castro como trabajo político, como esa tarea ardua, difícil, de limar los muros que la realidad se empeña en levantar ante la "voluntad revolucionaria". Es posible que Castro no quede como la bandera del rebelde, pero fue el que toleró el desgaste, las negociaciones, el paso del tiempo. Es posible, también, que ahora quiera morir sin haber retrocedido, algo que lo acercaría definitivamente a la gloria del Che. Es posible que en este hecho se encuentre el secreto del empeño en su perdurabilidad. Un Castro al que la muerte atrapa sin que haya entregado a Cuba es un Castro que llega a las alturas de la rebeldía del Che. De aquí que el empecinamiento que muestra desde hace años en no "democratizar" la isla sea expresión de un deseo: seguir siendo Fidel, no alterar su imagen, seguir siendo el mismo, el que mantuvo y mantiene a Cuba fuera de las garras del imperialismo. Porque lo sabe bien: detrás de todas las exigencias para que democratice Cuba late el deseo de aniquilarlo a él. Una Cuba sin Castro sería pasto fácil para una penetración gusano-imperialista de elevadas proporciones. Una Cuba con Castro es una Cuba detenida, no democrática, fijada en un pasado de esplendor cuyo presente no logra expresar, pero para él, para Castro, es la garantía de su coherencia, el dibujo perfecto de su figura. Si el Che murió en Bolivia siendo el Che, dejando a la posteridad la imagen perfecta, intocada, de Ernesto Guevara, un Castro que muera "en la Cuba de Castro", en la isla todavía indemne, cansada pero rebelde, anacrónica pero pura, sería el Castro perfecto, el Castro que muere dejando también a la posteridad la imagen perfecta, la imagen intocada del héroe de la Sierra Maestra, del revolucionario, del hombre que nunca se entregó, del nunca vencido, del obstinado que le dice a la historia, no que lo absolverá, sino que él se ha absuelto a sí mismo, que su voluntad de ser hasta el final lo que fue desde el principio lo iguala al otro empecinado, al de Bolivia, lo torna tan puro como él, lo transforma en el único político que, sin dejar de transitar los caminos del desgaste, de los largos años que erosionan toda posible gloria, ha llegado, sin embargo, al fin con la pureza del mártir, con la voluntad indomable del aventurero, sin quebrarse. Así, Castro va en busca de una gloria aún mayor que la de Guevara: la de haber sido, a la vez, los dos, él y el otro. El que murió puro en Bolivia. Y el que morirá puro en la isla de Cuba, invicta. Como él.

DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL A TIMOTE: LA LARGA MANO DE LA HISTORIA

¿Qué habrá pensado Aramburu el 29 de mayo de 1970? Lo dijimos: la fecha está cuidadosamente elegida. Se cumple, ese día, un año del Cordobazo. Se festeja, ese día, el Día del Ejército. De ahí en más, ese día, será el de la muerte de Aramburu. (Dejamos para más adelante, cuando tengamos todos los datos en la mano o todos los que se pueden tener, si ese hecho fue un *asesinato*

o un *ajusticiamiento*. O si fue algo todavía algo más complejo. Algo que probablemente no pueda ser encerrado en una sola palabra.) ¿Qué habrá pensado el hombre de la Libertadora, el fusilador de Valle, cuando le dijeron que lo iban a matar y que el motivo principal era el de la muerte de Valle? "Nunca creí que iba a tener que pagar por eso", quizá. Pero lo que uno piensa, lo que hoy podemos pensar con la serenidad de los años (no con la *frialdad* de los años, sólo con esa serenidad que nos permite atrapar los hechos en su compleja trama, sin dejar nada afuera, tornando visibles todas las determinaciones que se cruzan en la trama de la historia, en un hecho que las convoca a todas) es que la mano de la historia es larga, que la persistencia de ciertos sucesos se prolonga imprevisiblemente. Aramburu se habrá sorprendido. ¿Quiénes eran estos muchachos? ¿Serían capaces de matarlo por un asunto como el de Valle? ¿No había quedado eso *atrás*? ¿No estábamos ahora preocupados por encontrarle una salida política a la Revolución Argentina? ¿No soy yo precisamente el garante de esa salida, el hombre ideal para encarnar ese proyecto? Digamos una suposición disparatada: ¿y si pensó, súbitamente, "debí haber recibido a la mujer de Valle esa noche"? "Si hubiera tenido esa clemencia tal vez estos muchachos serían ahora más clementes conmigo." En fin, no importa. Pero algo ha de haber intuido acerca de los complejos caminos de la historia. Que son imprevisibles, que suceden sin causalidad alguna, pero tienen, algunos de ellos, una densidad asombrosa. La muerte de Aramburu condensa toda la tragedia argentina desde el 16 de junio de 1955 en adelante. Esa muerte se la había ganado. No estoy diciendo que fuera justa. Menos un tipo como yo que detesta la violencia y cree que nadie debería morir, pero no es tan ingenuo como para no saber que la historia está escrita con sangre, que el hombre es el lobo del hombre, que el capitalismo es un sistema que sólo puede engendrar injusticias y odios. Que la violencia se cierne sobre este mundo desde sus orígenes y perdura hoy como si nada hubiera pasado, perdura aún con mayores posibilidades destructivas. Ya haremos algo así como una ontología de la violencia. El resultado deberá confrontar el postulado bíblico "No matarás" con el postulado antropológico e histórico "El hombre no puede no matar". Aramburu, como todo ser humano, no merecía morir, pero la muerte se la había ganado. Había hecho muchas de las cosas necesarias que suelen condenar a los hombres. Había despertado odios. Había ordenado muertes. Había sido impiadoso, vengativo. Había desoído pedidos desesperados de clemencia. Hacerle decir a la mujer del general al que va a fusilar que él, el único que puede impedir esa ejecución, "duerme" es de una crueldad inaudita. Ante todo, la debió haber recibido. Debió haber tenido la dignidad y el coraje de decirle en la cara por qué mataba a su marido. Y si no, no debió ordenar que le dijeran que él dormía. Era decirle: "Yo tengo la conciencia en paz, señora. La muerte de su esposo no me quita el sueño. Su desesperación tampoco. Usted, para mí, no vale nada porque es, precisamente, su mujer. El motivo que cree la autoriza a pedirme clemencia es el mismo por el que yo no la quiero ver. Porque se casó con un peronista, señora. Porque supo que él se alzaría contra nuestro gobierno, que es el que restauró la libertad y la democracia en nuestro país, y siguió a su lado. Denunciarlo habría sido mucho, tal vez. No le pido tanto. Pero haber seguido con él es imperdonable. Y si él no le dijo nada usted debió darse cuenta. En algo raro anda mi marido. Eso debió advertir. De eso debió darse cuenta. Usted es una peronista como él. Por eso, si se dio cuenta, lo dejó seguir. Todo salió mal. Hay que pagar. La que esta noche no va a poder dormir es usted. Yo no. Yo ya estoy durmiendo. Se lo hago saber para que usted, justamente, sepa hasta qué punto mi conciencia está serena". Además hizo fusilar a Valle en una penitenciaría. Como a un reo. Como a un delincuente común. Feo lugar para morir. A él le habrá de tocar uno todavía peor. La hija de Valle lo acompaña hasta el último momento. Se llama Susana y habrá de ser importante en los años que vendrán. A ella, Valle le da las cartas que escribió. La de Aramburu (célebremente hoy) empieza utilizando la palabra *asesinato*: "Dentro de unas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado". "Dentro de unos años (podría haber dicho) tendré yo la satisfacción de verlo morir a usted, de saberme vengado. Pero usted no morirá a manos de un pelotón del ejército gorila que hoy comanda, sino a manos de jóvenes idealistas, que lo matan en nombre de la justicia social, de la libertad de los pueblos." Acaso el profundo sentimiento cristiano que animaba a Valle le habría impedido sentir "satisfacción" por la muerte de nadie, ni alegría por un acto de venganza. Pero se habría deslumbrado por lo mismo que nos atrae a nosotros: por el largo brazo de la historia, por esa línea tendida entre el patio de la Penitenciaría Nacional y el barro de la estancia de Timote. Entre el oficial de la Libertadora que ordena "¡Fuego!" y el joven Fernando Abal Medina que dice: "Voy a proceder, general".

La bibliografía que detallo a continuación es dispar. Algunos libros son buenos, otros son malos, otros son excelentes. Todos son útiles para el que quiera seguir trabajando estas temáticas. Son cerca de cien libros. Abarcan todas las posiciones ideológicas, o casi todas. Siempre puede haber una que uno no conoce. Si la entrego es porque son muchos los lectores que la han solicitado. También hay materiales valiosos en Internet. Pero siempre que haya un libro sobre un tema específico, primero el libro.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL:

Abel Gilbert-Miguel Vitagliano: *El terror y la gloria: la vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*.
Alain Rouquié: *Poder militar y sociedad civil en la Argentina*.
Alejandro Horowitz: *Los cuatro peronismos.*
Alfredo Mason: *Sindicalismo y dictadura.*
Alfredo Pucciarelli: *Empresarios, tecnócratas y militares.*
Andrew Graham-Yooll: *Agonía y muerte de Juan Domingo Perón.*
– *Tiempo de tragedias y esperanzas: cronología histórica, 1955-2005, de Perón a Kirchner.*
Beatriz Sarlo: *La batalla de las ideas (1943-1973).*
– *La pasión y la excepción*.
Carlos Altamirano: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*.
Carrera, Grau, Martí, Agustín Tosco: *La clase revolucionaria.*
Colección de la revista *Lucha Armada*: números 1 al 8.
Cristina Zuker: *El tren de la victoria: una saga familiar*.
Eliseo Verón - Silvia Sigal: *Perón o muerte*.
Ernesto Guevara: *Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia de la lucha revolucionaria en América Latina?*
– *Diario en Bolivia.*
– *Mensaje a la Tricontinental.*
Ernesto Jauretche: *Violencia y política en los setenta.*
Ernesto Salas: *Uturuncos, el origen de la guerrilla peronista.*
– *La Resistencia Peronista: La toma del Frigorífico Lisandro de la Torre.*
Eva Perón: *Mi mensaje*.
Felipe Celesia - Pablo Waisberg: *La ley y las armas - Biografía de Rodolfo Ortega Peña.*
Félix Luna: *El 45, un año decisivo.*
– *Perón y su tiempo.*
Frantz Fanon: *Los condenados de la Tierra*.
Gabriela Saidón: *La montonera: Biografía de Norma Arrostito*.
Gustavo Plis-Sterenberg: *Monte Chingolo*
Horacio Tarcus: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña.*
Hugo del Campo: *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable.*
Hugo Gambini: *Historia del peronismo*.
Hugo Vezzetti: *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina.*
John William Cooke: *La lucha por la revolución nacional*.
Jorge Camarassa: *La última noche de Juan Duarte*.
José Amorin: *Montoneros, la buena historia.*
José Luis Romero: *Las ideas políticas en la argentina*.
José Natanson: *Kirchner: el presidente inesperado.*
José Pablo Feinmann: *Dos destinos sudamericanos: Eva perón - Ernesto Che Guevara.*
– *Escritos imprudentes I.*
– *Escritos imprudentes II.*
– *Filosofía y Nación.*
– *Ignotos y famosos.*
– *La crítica de las armas.*
– *La sangre derramada.*
– *López Rega: la cara oscura de Perón.*
Joseph Page: *Perón* (Tomos I y II).
Juan Domingo Perón: *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder.*
– *Apuntes de historia militar.*
– *Conducción política.*
– *La fuerza es el derecho de las bestias.*
Juan Gasparini: *David Graiver, el banquero de los Montoneros.*
– *Final de cuentas.*
Juan José Hernández Arregui: *La formación de la conciencia nacional.*
– *Imperialismo y cultura.*
Julio González: *Isabel Perón.*
Karl Von Clausewitz: *De la guerra* (Editorial Labor).
León Rozitchner: *Perón, entre la sangre y el tiempo.*
Marcelo Larraquy: *Galimberti.*
– *López Rega.*
– *Fuimos soldados.*
Marcos Novaro: *Historia de la Argentina contemporánea.*
María Seoane: *Todo o nada (Santucho)*.
– *El burgués maldito (Gelbard)*.
María Seoane - Vicente Muleiro: *El dictador (Videla).*
Mariano Plotkin: *Mañana es San Perón.*
Mario Rapoport: *Historia contemporánea, política y social de la Argentina (1880-2003).*
Maristella Svampa: *La sociedad excluyente*.
Marysa Navarro: *Eva Perón, la biografía.*
Miguel Bonasso: *Diario de un clandestino.*
– *El presidente que no fue*.
– *Recuerdo de la muerte.*
Miguel Mazzeo: *Cooke, de vuelta.*
Miguel Murmis - Carlos Portantiero: *Estudios sobre los orígenes del peronismo.*
Milcíades Peña: *Masas, caudillos y elites.*
Munú Actis / Cristina Aldini / Liliana Gardelia / Miriam Lewin / Elisa Tokar: *Ese infierno: Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA.*
Pablo Gerchunoff: *El ciclo de la ilusión y el desencanto.*
Pablo Giussani: *Montoneros: la soberbia armada.*
Paco Ignacio Taibo: *Ernesto Guevara, también conocido como el Che.*
Pilar Calveiro: *Poder y desaparición*.
– *Política y/o violencia.*
Richard Gillespie: *Soldados de Perón, Montoneros.*
Robert Potash: *El Ejército y la política en la Argentina.*
Roberto Baschetti: *Documentos de la Resistencia Peronista: 1955-1970.*
– *Documentos 1970-1973: De la guerrilla peronista al gobierno popular.*
– *Documentos 1973-1976: Volumen I: De Cámpora a la ruptura.*
Rodolfo Walsh: *Carta de un escritor a la Junta Militar.*
– *El violento oficio de escribir.*
– *Operación Masacre.*
– *¿Quién mató a Rosendo?*
Santiago Garaño - Werner Pertot: *La otra Juvenilia: militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires - 1971/1986.*
Sergio Olguín (compilador): *Perón vuelve.*
Sergio Pujol: *Discepolo.*
Tomás Eloy Martínez: *La novela de Perón*.
– *La pasión según Trelew.*
– *Santa Evita.*
Tulio Halperin Donghi: *Argentina en el callejón*.
– *La larga agonía de la Argentina peronista.*

PRÓXIMO DOMINGO

El acontecimiento Aramburu (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

44 **El acontecimiento Aramburu (II)**

Suplemento especial de
Página|12

EL ACONTECIMIENTO ARMA SU PROPIA TELEOLOGIA

Sería sencillo ceder a una tentación frecuente: que la historia tiene un sentido lineal, que de unos hechos se siguen necesariamente otros, y que, entre todos ellos, van tramando un relato, una narración que los ordena con un sentido finalista, necesario. A esto se le llama *teleología*. Un estudio de los fines de la historia, de su *finalidad*. Nos sería sencillo armar una narración inmanente y necesaria entre el fusilamiento de Valle y la muerte de Aramburu. Sería así: alejado Juan Perón del gobierno por el golpe oligárquico-militar, el pueblo peronista queda a la intemperie, sometido a la represión del poder gorila. Su primera rebelión importante es el golpe del 9 de junio de 1955. El golpe de Valle. Este golpe es necesario resultado del golpe del '55, que expulsa a Perón del poder. Se realiza, también, porque el pueblo está desamparado y sometido a la represión. Porque el líder está exiliado y el cadáver de Eva, desaparecido. Internamente estos hechos van provocando otros, que se desprenden *necesariamente* de ellos. Valle se levanta contra el aramburato. Fracasa y es fusilado. La Libertadora, exhibiendo su rostro asesino, derrama sangre inocente: la de los fusilados en José León Suárez. Esta sangre, desde este lugar, José León Suárez, pedirá no ser nunca negociada. No se bajarán nunca las banderas por las que esa sangre se derramó. Esta determinación se desprende *necesariamente* del crimen clandestino. Valle, en una carta a Aramburu, le dice: *asesino*. Graba esa palabra en la frente de su verdugo, esa palabra lo señala, es una mancha imborrable que lo arroja a los tiempos futuros como un marcado, como alguien que carga sobre sí un crimen infame, un crimen que reclama reparación. La derrota de este primer intento armado peronista produce el endurecimiento de los sectores obreros. El régimen no es proclive al diálogo y se empecina en no legalizar al peronismo. De este hecho se deduce *necesariamente* que el peronismo deberá luchar por conseguir su legitimación, que se expresará en la consigna que pide el regreso del general Perón. La huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre es la decisión de los obreros de no integrarse al régimen salvo que se respete su identidad política. Se los reprime fuertemente. Frondizi ha llegado al gobierno con los votos peronistas, pero no puede gobernar para el peronismo y para los gorilas (militares y civiles). Llegó al gobierno porque el Ejército Gorila se lo permitió. El Maquiavelo argentino creyó poder usar y burlar a todos. *Consecuencia necesaria*: lo sacan a patadas los propios militares. Porque Frondizi, por sus compromisos con el peronismo, permite elecciones libres en las provincias. *Consecuencia necesaria*: gana el peronismo. *Consecuencia necesaria*: los militares echan a Frondizi. Ellos lo pusieron ahí para cubrir la fachada democrática del país sin que el peronismo fuera legalizado. El proyecto del Ejército Gorila es: una democracia *sin* peronismo. Este proyecto es *necesariamente* imposible porque la mayoría de los obreros y de los pobres del país son peronistas. La narración sigue su curso lógico, su trama interna. Es una fuerza que va encadenando racionalmente los hechos. Lo que ocurre explica lo que ocurrirá y para entender lo que por fin ocurrió hay que remitirse a lo que antes había ocurrido, pues lo-que-ocurrió es su lógico y necesario resultado. Eliminado Frondizi, el Ejército Gorila intenta seguir cubriendo la fachada civil-democrática. Pero hay un factor que el Ejército Gorila *sustrae* y esta *sustracción* le impide democratizar el país, ya que el Ejército Gorila persigue un imposible: una democracia *sin* peronismo. Quiere *extirparle* el peronismo a la democracia, tarea que pareciera no ser posible. No obstante, insiste. Hay un momento en que el relato pareciera tener la autonomía, el azar, la imprevisión, de ceder a dos posibilidades. Si hay dos posibilidades se elimina el relato único, el devenir *necesario* de la historia. ¿Cuáles eran aquí las dos posibilidades? El 29 de marzo de 1962, Frondizi es arrestado en Olivos y lo tiran en Martín García. (Luego Frondizi hará de esto su *punto de honor*. Sólo tres presidentes –dirá– estuvieron en Martín García: Yrigoyen, Perón y él. Pero a él lo llevaron de mala manera. Como un esbirro que había hecho mal los deberes.) *El país se queda sin presidente*. Es un día que muchos comparan con el de "la anarquía del año '20". Los diarios de la tarde sacan titulares catástrofe: *¿Quién gobierna?* Lo cierto es que entre las 5 de la mañana y las 5 de la tarde el país está sin presidente. Aquí se dan los dos surcos diferenciados del relato: 1) El comandante del Ejército, general Raúl Poggi (que le había pedido a Frondizi, de modo altisonante y hasta brutal, su renuncia), quiere asumir la Presidencia. Es más: ya se sienta en el sillón de Rivadavia; 2) El Ejército Gorila encuentra a un nuevo civil obediente. Al cabo, si el Presidente *se tiene que ir* y hay un presidente del Senado, lo totalmente constitucional es que sea éste quien asuma la Presidencia. El presidente del Senado es un hombre pequeño (en todo sentido), endeble, con lentes y una enorme capacidad de sumisión. Sin embargo, algunos lo ven como el salvador de la democracia argentina. ¡Ya se estaba por sentar el ambicioso Poggi en el sillón presidencial y gracias a este civil honesto que es Guido seguimos teniendo democracia! Muchos razonaban así. La clase media sobre todo, claro. La oligarquía habría querido colgar a Frondizi y luego bombardear la CGT y los barrios obreros en el mejor estilo junio '55. Pero el Ejército Gorila triunfa: quieren ser democráticos. Hay que tener claro que los norteamericanos acababan de hacer derrocar a las dictaduras del '50, todavía querían que se buscara una solución democrática. *Era la temporalidad-Kennedy*. El relato, entonces, no se bifurca. Sigue su línea recta. Ya veremos hacia dónde. Esa línea insiste en el siguiente esquema: gobierno civil sin representatividad alguna pero con exclusión del peronismo. Empieza a gobernar Guido. Lateralmente hay un hecho cuya enorme proyección futura ignoramos: se acusa al Movimiento Nacionalista Tacuara del secuestro y tortura de la joven judía Graciela Narcisa Sirota, que tiene 19 años. Por otra parte, el 23 de agosto (1962) la Policía de Guido y el Ejército Gorila detienen al dirigente metalúrgico Felipe Vallese. Lo torturan hasta matarlo. Se convierte en un símbolo de la Resistencia Peronista. El 29 de agosto de 1963, otro hecho, por ahora lateral: los muchachos nazis, antisemitas de "Tacuara", asaltan el Policlínico Bancario y se llevan 14 millones de pesos. Uno de ellos, José Luis Nell. Cooke habrá de defenderlo. Su evolución política requerirá toda nuestra esforzada comprensión, a veces extenuante. El 12 de octubre de 1963 asume Illia. Ya conocemos el esquema: "Te ponemos ahí porque necesitamos la farsa democrática. Vas a conservar ese puesto mientras no hagas nada que pueda llevar al peronismo a meterse en 'nuestra' democracia. No te la creas. Te pusimos y te sacamos cuando queremos". El ministro de Economía de Illia es... ¡Eugenio Blanco! El que fue ministro de Hacienda de Aramburu. El que dijo: "Vuelve la Argentina de nuestros padres y nuestros abuelos". Con ellos fue a reunirse al año siguiente: muere en 1964. Perón vuelve a la Argentina. El 2 de diciembre de 1964 se frustra su propósito. Responsables: todos. El Ejército Gorila, el cancilller de Illia Zavala Ortiz (por consiguiente: Illia, los radicales), los Estados Unidos y la dictadura brasileña. Aquí, el relato pudo haberse alterado seriamente. Supongamos: Perón regresa al país, se instala provisoriamente en la CGT y empieza a reorganizar el partido peronista. Illia (al fin y al cabo, el "viejito bueno") renuncia y convoca a nuevas elecciones verdaderamente democráticas. La Marina se pone en pie de guerra pero el Ejército la frena y advierte que es posible una pacificación profunda, honesta, con el peronismo. Este relato no sucedió. ¿Era *necesario* que no sucediera o podría haber sucedido? ¿Hay algo *necesario* en la historia? Todo sigue igual. Illia gobierna hasta que unos resultados preocupan excesivamente a los militares: el 29 de mayo de 1966, a pocos días del golpe, hay elecciones en la Legislatura de Catamarca. Ya se sabe cómo funciona este país: cada resultado, grande o pequeño, prefigura el futuro de modo inapelable. Gana la Unión Justicialista con 27.156 sufragios. Horror. El general Pistarini, jefe del Ejército, ya casi anuncia el golpe. Todos lo saben, pero nadie lo sanciona. Pistarini, tranquilo. No pueden sancionarlo: son hijos, lacayos suyos, han sido puestos ahí para que eviten precisamente lo que ocurrió en Catamarca, el triunfo del justicialismo. Si no pueden, deben irse. El 3 de junio Illia declara que su gobierno puede resistir cualquier golpe de Estado. El del 28 de junio, no. Asume Onganía. Lo hace el día 29. Un mes después, el 29 de julio, interviene las universidades y se produce "la noche de los bastones largos". La negra noche de la Universidad argentina. Pero, ¡qué importa eso! Al día siguiente se inaugura la 100ª exposición, en Palermo, de la Sociedad Rural Argentina. A ver si está claro: *al día siguiente de la sangrienta intervención a las universidades.* Onganía llega al lugar en *carroza*. Yo, lo juro, todavía lo veo: era la forma más perfecta de la injuria, de la burla. Una carroza real y, dentro de ella, el nuevo Uriburu, paladín del anticomunismo, católico cavernícola, amigo fervoroso de los Estados Unidos, gorila ignorante, bruto y violento. La carroza dio toda una larga vuelta –un círculo perfecto– al predio de la Rural. En las tribunas, la oligarquía había despegado sus multimillonarios culos de las butacas, es decir: se había puesto de pie, y aplaudía apasionadamente al nuevo salvador de la patria y sus negocios. Algunos cagatintas de hoy son acaso demasiado jóvenes para haber vivido estas cosas, de aquí el súbito enamoramiento que han experimentado por ese símbolo patrio que es la Sociedad Rural. Hacen bien: ahí, de ese lado, *no se pierde nunca*. Sabemos cómo sigue el relato: Onganía consagra el país a la Virgen. De la Universidad arrasada surgirá un estudiantado diferente. Un caso único. Onganía no llevó a fondo la limpieza de la Universidad. Curioso: creo que hasta se olvidó de ella. Surgen las Cátedras Nacionales. El *nacionalismo* se une al proletariado peronista. Surge la cuestión nacional. El *nacionalismo* les es arrebatado a los anticomunistas, ultracatólicos, racistas del *tacuarismo* y es asumido por el estudiantado de formación hegeliano-marxista. Por los lectores de Sartre-Fanon. De Giap. Del Che. Surge la *izquierda peronista*. Que surge del estudiantado, de los estudiantes que entendieron la lección del golpe de Onganía: "No somos una isla democrática. Estamos tan desvalidos, tan a la intemperie como los perseguidos obreros peronistas". Algunos se preguntan (un poco retóricamente, conociendo la respuesta): ¿cuál es el *sujeto* de nuestro pensamiento revolucionario? ¿Cuál es la *materia* de la revolución en la Argentina? ¿Con qué tiene que trabajar la teoría revolucionaria? Con el pueblo peronista. Con los obreros peronistas. Y si lo quieren más claro: con los negros del peronismo. Hacia ahí hay que ir. Ahí hay que trabajar. ¿A quién adhieren ellos? Es hora de saberlo: nuestro *sujeto* revolucionario tiene un líder. Lo espera. Lo ve llegar en un avión negro. Es Perón, ese tipo que odiaban nuestros viejos (se dicen los jóvenes revolucionarios, los nacional-populares, los deslumbrados por la *cuestión nacional*). Hay que trabajar ahí. Si hay una revolución en este país *no puede desconocer su materia prima*. Entre tanto, unos jóvenes católicos, que no saben un pomo de marxismo, que apenas si oyeron el nombre de Hegel, que anduvieron con manoplas y cadenas, ex tacuaristas ahora peronistas, ejecutan el *acontecimiento* desde el que se ordena todo este relato. El *acontecimiento* que da unidad a todos estos hechos. Que actúa como el punto exquisito en que todos se fusionan. En que todos adquieren su máxima transparencia. Matan, en la localidad de Timote, a Pedro Eugenio Aramburu. ¿Asesinato, venganza, crimen, atentado o justicia popular? Todavía falta para ajustar esta conceptualización que –como la

mayoría de las cosas que tratamos aquí– no dejará contento a nadie. Pero este *acontecimiento* traza una línea: de Valle a Aramburu. La línea que traza no es previa al acontecimiento. *Es el acontecimiento el que traza desde sí, hacia atrás, esa línea, inexistente antes de él.*

NO HAY NECESARIEDAD DIALECTICA ENTRE VALLE-ARAMBURU

No hay una dialéctica interna, necesaria, inmanente, de la historia que lleve de Valle a Aramburu. No la hay porque la historia no es dialéctica, lo que ocurre en ella no ocurre *necesariamente*. Cuando sucede un hecho no se desprende, de él, otro que necesariamente lo sigue. La cadena dialéctica que otorgaba unidad al sistema hegeliano entró en crisis. Hoy, en un mundo en que los desarrollos de la historia pululan, en que los polos de historicidad no dejan de surgir, en que el caos es casi nuestra experiencia más cercana, en que el apocalipsis es más que una amenaza bíblica o la pesadilla de San Juan, es arduo sostener la certeza hegeliana de un devenir racional de la historia. Estas tesis –en los ochenta y aun en los noventa– fueron conocidas por medio de la exitosa moda posmoderna. Pero vienen de lejos. Y de fuentes más sólidas, más confiables. Los posmodernos, sin duda, se inspiraron en ellas. Pero nosotros pensábamos estas cosas acerca de la dialéctica mucho antes que ellos, porque habíamos trabajado antes, o porque ellos vinieron después. Por ejemplo: "La dialéctica, desde la perspectiva teórico-política de la periferia, lejos de ser una herramienta revolucionaria, ha sido una herramienta de colonización, en tanto siempre (ya sea en manos de Hegel o Marx) concibió a los territorios periféricos como un momento particular en el proceso de universalización emprendido por las burguesías europeas. Y este proceso, para nosotros: hispanoamericanos, se lo viera como se lo viese, santificado por el monarquismo del viejo Hegel o por el socialismo de Marx, *fue reaccionario*" (JPF, *Filosofía y nación, estudios sobre el pensamiento argentino*, Legasa, Buenos Aires, 1982, p. 100. El texto, en verdad, es de 1975. Dije bien: 1975. Pero no pude publicar el libro. Amorrurtu tenía el propósito de hacerlo en 1976. Mal momento). Sé que este texto ha puesto fuera de sí a ciertos fundamentalistas del marxismo o a destacados socialdemócratas de los ochenta, ligados al alfonsinismo, y luego amigos de las instituciones, la república y durante estos días apasionados militantes de la "nueva" Sociedad Rural, del "nuevo" agrarismo, de los "nuevos" terratenientes, de la oratoria del señor Miguens o del colorido lumpenaje –que recoge el espíritu de Don Segundo, la estirpe güiraldeana– de esos gauchos combativos, puros y fértiles como la tierra, que son los líderes de la Federación Agraria. Pero la dialéctica –al montarse sobre el desarrollo de la racionalidad occidental– exigió el sometimiento de todas las regiones donde ella entrara. Esto no lo voy a discutir otra vez. Ya fue pensado en *Filosofía y nación* y ha sido desarrollado en las dilatadas páginas de *La filosofía y el barro de la historia* que saldrá en octubre. Me refiero a otra cosa. La dialéctica –en Hegel y, por consiguiente en Marx, que lo siguió en este aspecto– introduce una linealidad en la historia, un proceso necesario, un decurso ininterrumpido, que expresa su racionalidad. (*Nota:* No puedo detenerme mucho en esto. Recomiendo leer el Epílogo de Marx a la segunda edición de *El capital*, fechado en Londres en 1873. Está en la edición de Siglo XXI, en la p. 20 del tomo I, volumen I. Marx lo dice con todas las letras: "En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero; porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria".) Esta racionalidad implica que la dialéctica *no retrocede*. Es el concepto de superación de los contradictorios el que la hace avanzar. Las críticas empezaron a surgir por parte del gran enemigo del historicismo en el llamado siglo de la Historia: Nietzsche. En la *Segunda consideración intempestiva* (que habrá de ser el fundamento de la episteme histórica de Foucault) escribe sobre Hegel: "Tal concepción ha acostumbrado a los alemanes a hablar del 'proceso del mundo' y a justificar su propia época como la consecuencia ineludible del mismo (...). De este modo, para Hegel, la cima y el punto final del proceso del mundo hallan su culminación en su propia existencia berlinesa (...); ha implantado, en las generaciones acidificadas por su filosofía, esa admiración por el 'poder de la Historia' que transforma prácticamente todo momento en pura admiración del éxito, conduciendo así a la idolatría de los hechos" (Friedrich Nietzsche, *Segunda consideración intempestiva*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2006, pp. 114/115). La idea de "progreso" (*progreso dialéctico*) fue constitutiva de la izquierda. Desde el *Manifiesto* ya Marx había profetizado que la burguesía generaría a su propio enterrador, el proletariado. Esta misión poderosa llevó al genio del British Museum a visualizar en cada avance de la burguesía un avance de la Historia. Vaciló algo en sus años finales, pero levemente. El Epílogo de *El capital* que citamos es bastante tardío y ahí Marx se muestra más dogmático que nunca en relación con el tema. Está bien, así vio la cuestión. Benjamin –en sus *Tesis sobre Filosofía de la Historia*– hablará del Angel de la Historia (del Angelus Novus) y le hará ver una *cadena de ruinas* ahí donde Hegel y Marx veían un decurso racional, necesario, inmanente, dialéctico. Luego dirá: "Nada ha corrompido tanto a los obreros alemanes como la opinión de que están nadando con la corriente". Nosotros podríamos decir que poco nos favoreció creer –como buenos dialécticos– que el mundo marchaba necesariamente al socialismo. Hay centenares de frases en los más grandes pensadores de la revolución que expresan la certeza de que la Historia es incontenible, que marcha hacia la resolución de sus injusticias, hacia la derrota del colonialismo, del capitalismo. Tomemos la más poderosa por provenir de un poderoso pensador: "La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasar su realización" (Sartre en su *Prólogo* al libro de Fanon *Los condenados de la Tierra*). ¿A qué viene todo esto? Buscamos transparentar lo siguiente: *entre la muerte de Valle y la de Aramburu no hay necesariedad alguna, no hay desarrollo dialéctico de la Historia, no hay sentido interno, no hay nada anterior ni interior que lleve forzosamente de una a la otra.* En suma, *no hay teleología*. Creer que la Historia es teleológica es creer que marcha internamente determinada hacia un fin. La palabra griega *telos* significa "fin". La teleología sería el estudio de la finalidad, el estudio de los fines. Detectamos una concepción teleológica de la Historia siempre que se encuentra en ella *algo* que necesariamente se cumplirá. La Idea en Hegel. La sociedad sin clases en Marx. El triunfo de la Ciencia en el positivismo. El triunfo de la técnica, de la sociedad de mercado, en el capitalismo. En Marx, en el marxismo o en el socialismo, el concepto ha colapsado dramáticamente. El proletariado –supuesto sucesor aniquilante de la burguesía– fue enterrado por ésta. El capitalismo se sucede a sí mismo. No hay dialéctica, sólo un *continuum*, un discurso interminable del capital que, triunfante en la Guerra Fría, se lanza a un esquema de "guerras preventivas" desastrosas y cuasi apocalípticas.

Siguiendo con lo nuestro: no hay una relación de desarrollo dialéctico entre Valle-Aramburu. No hay necesariedad. La habría si la muerte de Aramburu estuviera contenida en la de Valle, si todo lo que ocurre a partir del hecho sanguinario de la Penitenciaría Nacional ocurriera necesariamente hasta llegar a Timote. Así, la historia tendría un sentido interno, una *teleología*. No hay teleología. La historia es tan incierta como el átomo de hidrógeno para Werner Heisenberg. No bien se establece que el átomo puede existir, por lo menos, en dos formas diferentes, se acabaron las certezas infalibles de la física nuclear. Hay que aceptar el *principio de incertidumbre*. Hay que incorporar a la Historia el *principio de incertidumbre*. ¿Alguien todavía puede negar esto? Pero la incertidumbre no es el caos. En esto es que Foucault, basándose en la *Segunda intempestiva* de Nietzsche, se va bastante a los caños. Hay que leer, para comprenderlo, *Nietzsche, la genealogía y la historia*, un texto de 1971 que está en *Microfísica del poder*. Dice, ahí, Michel: "La historia será 'efectiva' en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro mismo ser (...) Socavará aquello sobre lo que se la quiere hacer descansar, y se encarnizará contra su *pretendida continuidad* (...) Las fuerzas presentes en la historia no obdecen a un destino ni a una mecánica, sino al azar de la lucha. No se manifiestan como las formas sucesivas de una intención primordial; no adoptan tampoco el aspecto de un resultado. Aparecen siempre en el conjunto aleatorio y singular del *suceso*" (Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992, pp. 20/21. Cursivas nuestras). Bravo. No hay *destino* ni hay *mecánica*. Está el *azar de la lucha*. Las fuerzas no son *resultado*. Recordemos a Hegel: "El resultado es el resultado más todo aquello de lo que resulta" (cito de memoria). Y en lugar del *resultado*, el *suceso*. Que es el "acontecimiento". O el "evento". Este concepto nace en el Heidegger de *Identidad y diferencia*. Lo retoma Foucault. Lo continúa (como a tantas otras cosas de Michel) Deleuze. Y cae en manos de Badiou, que titula con él su extensísimo *El ser y el acontecimiento*. Entre tanto, Sartre, en la *Crítica de la razón dia-*

léctica, no ha tomado este concepto (Sartre, deliberada, apasionadamente ignoró al Heidegger posterior a *Ser y tiempo* y nada hay que reprocharle por eso) pero crea algo impensable para Hegel y Marx: una dialéctica de la libertad. No hay necesariedad alguna en la dialéctica sartreana. Hay un movimiento dialéctico que va de la totalización a la destotalización y a la retotalización. Aunque neguemos el sentido, finalista, teleológico de la dialéctica, la categoría de *totalidad* no será dejada de lado. Al unirla a la de acontecimiento es que nos diferenciaremos de las discontinuidades foucaultianas, demasiado semejantes a las tempestades dionisíacas de Nietzsche. Ahora, creo, podremos definir qué entendemos por *acontecimiento Aramburu*.

EL ACONTECIMIENTO ARAMBURU, ¿ASESINATO O AJUSTICIAMIENTO?

La muerte de Aramburu fue un acontecimiento en la historia argentina. Un acontecimiento o un suceso *no está fuera* de la historia, pero produce en él una condensación de sentido. Si Foucault, para eludir la Metafísica de lo Uno caía en una Metafísica de lo Múltiple, el acontecimiento produce una *Acumulación de lo Múltiple*. No es previo a nada. Puede ocurrir/ Puede no ocurrir. No es necesario que ocurra. No responde a ninguna necesariedad, a ninguna teleología de la Historia. Pero una vez que ocurre funda una teleología, pero *hacia atrás*. Es el "acontecimiento Aramburu" el que nos permite trazar, partiendo de él, la sucesión de hechos que tuvieron que ocurrir para que ese acontecimiento se produjera. *El acontecimiento crea su propia teleología*. Elimina, desde sí, la visión azarosa de la Historia. Todos los hechos que –desde él– ahora se ordenan no se habrían ordenado si el acontecimiento no hubiera estallado. No podemos decir: "La muerte de Aramburu estaba en la lógica de los hechos". Porque no hay lógica de los hechos. La historia es incertidumbre. Pero una vez producido el acontecimiento podemos leer –hacia atrás– todo lo que contribuyó a producirlo y todo lo que no. Por ejemplo: el estreno de la película *Ben Hur*, en la década del sesenta, poco habrá contribuido a la muerte de Aramburu. El acontecimiento Aramburu la deja de lado. La candidatura de Horacio Thedy en no-recuerdo-qué-elecciones tampoco. El programa *Tropicana Club*, con Marty Cosens, María Concepción César y Chico Novarro, tampoco. La aparición consagratoria de la novela *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato, casi imposible. La serie televisiva del Canal 7 *Patrulla de caminos*, en que el fornido actor Broderick Crawford decía la célebre frase "20.50 llamando a Jefatura", menos. Pero hay muchos, muchísimos hechos que, leídos desde el *acontecimiento Aramburu*, se ordenan, tienen un sentido teleológico y nos entregan a la tentación de leer "en los hechos" todo lo que llevaba "inexorablemente" a ese hecho. Pero no: es al revés. Es ese hecho el que nos lleva, desde sí, a descifrar, en retroceso (en eso que Sartre llamaría una metodología "regresiva"), todo lo que tuvo que ocurrir para que Aramburu muriera. A su vez, el acontecimiento Aramburu abre una temporalidad de *persistencias*. No se agota, no muere en sí mismo. Se prolonga. En resumen: el *acontecimiento* crea una teleología hacia atrás y una persistencia hacia adelante.

Nuestra cuestión es ahora candente. Sería más sencillo para nosotros pasar esta cuestión por encima, pero hay que ir a fondo. La incómoda pregunta que exigirá una sólida (o lo más sólida posible) respuesta es: *¿La muerte de Aramburu fue un asesinato o un ajusticiamiento?* Que fue una venganza es tan obvio que casi no lo trataremos. Cualquiera advierte que se trata de una venganza: Aramburu por Valle. Pero aquí está en juego el tema de la justicia. Para Aramburu fusilar a Valle fue un acto de justicia. Un acto de un gobierno revolucionario que debía matar a los sediciosos que lo agredieran, que desconocieran su autoridad. Su legitimidad estaba dada por la ilegitimidad democrática del gobierno al que la Libertadora había derrocado. Nosotros, dirían y dijeron los "libertadores", no llegamos al gobierno en elecciones democráticas, pero nos vimos forzados a intervenir por la ilegalidad democrática en que había incurrido el gobierno que derrocamos. Somos, así, baluartes de la democracia, sus más puros defensores, pues hemos hecho por ella algo que no habríamos querido hacer: dejar nuestras específicas funciones militares, nuestro profesionalismo, y derrocar a un gobierno legítimamente elegido que se había ilegitimado en el ejercicio del poder. Una feroz dictadura sólo comparable con los fascismos europeos. De modo que si algunos mandos se sublevan en defensa de ese orden antidemocrático, ilegítimo, repudiado por la ciudadanía católica y culta de este país, por sus estudiantes y sus Fuerzas Armadas, les haremos sentir el peso de la ley. Nosotros somos la Justicia. Somos la Revolución de la Libertad. Les aplicaremos la justicia que merecen sus enemigos. De este modo, para Aramburu, matar a Valle fue justo, fue un acto de justicia revolucionaria. También, si se quiere, un acto de justicia democrática y republicana, pues fue en defensa de esos valores que esas vidas se segaron. La de Valle y sus secuaces. Para los Montoneros, matar a Aramburu fue un acto de justicia popular. Ellos expresaban el sentir del pueblo. El pueblo odiaba a Aramburu porque había derrocado a Perón, escamoteado el cadáver de Eva y fusilado a Valle y sus compañeros. Había, también, impulsado el decreto 4161. Ahí, ya había firmado su sentencia de muerte. La cuestión es: Aramburu dice representar a la democracia. Los Montoneros dicen representar al pueblo. ¿Es así? Si es así, ambos han cometido –eliminando cada uno la vida de su correspondiente condenado– un acto de justicia. Si no es así, han cometido un asesinato. Sin embargo, conjeturo, aunque la cuestión está certeramente planteada, no agota en modo alguno la densidad del problema. Aclaremos, en principio, algo, sólo una punta de la cuestión, una punta, creo, muy sugerente (por ahora): tanto Valle como Aramburu perdieron sus vidas, no bajo gobiernos democráticos, sino bajo durísimas dictaduras. Valle, bajo la dictadura de Aramburu. Aramburu, bajo la dictadura de Onganía. A Valle lo mata el jefe de la dictadura. A Aramburu, no. No lo mata Onganía. Lo mata un grupo civil, un grupo de jóvenes que se oponen a esa dictadura en la que ven una continuación, una heredera de la suya. Lo matan, también, porque creen que Aramburu es la pieza esencial para que la dictadura de Onganía pueda lograr una salida digna, democrática pero controlada por el poder "gorila" de siempre. Una perversa continuidad, en suma. Hay semejanzas. Y hay diferencias. Nada es reflejo de nada. Todo acontecimiento tiene su propia densidad. Está sobredeterminado. Y ni uno solo de sus elementos puede no ser puesto en juego si queremos lograr su total traslucidez. Si queremos *totalizar* sin haber dejado nada de lado, nada en el camino. Una *totalidad* contiene en sí todos los elementos que la constituyen, se relaciona con cada uno de ellos por mediación de las partes y las partes se relacionan con la totalidad y con las partes a la vez, por su mediación. Cada relación que se establece implica también una relación mediada por todos los otros elementos de la totalidad. Como se sabe: la totalidad no se reduce a la suma de sus partes sino que es siempre *más* que la mera suma de ellas. La totalidad es el *acontecimiento*, pero lo es en la forma del *acontecer* y no bien el acontecimiento se *acontecimentaliza* empieza su destotalización. Esta palabra –*évenementialization*– es de cuño foucaultiano y es Deleuze quien más la desarrolla. Pero si bien yo la utilizo para quebrar, para efectuar la *ruptura* de toda linealidad histórica, de toda necesariedad, de toda esa hojarasca que les fija a los hechos un devenir inexorable, de toda constancia, de todo *sentido* que se exprese internamente a los hechos, no acepto *en absoluto* los ataques a la antropología que Foucault-Deleuze –sin poder escapar del posestructuralismo– llevan a cabo. La historia, aun en la modalidad de la *incertidumbre* y precisamente por eso, está hecha por el ente antropológico, por los sujetos, en fin, por los hombres. Y el *acontecimiento*, aconteciendo, se impone a todos. Se destotaliza no bien acontece, pues de inmediato pasa a ser otra cosa. La que sigue al acontecimiento. La cual vuelve a expresar la incertidumbre habitual de los hechos hasta que otro acontecimiento los convoca. La historia no se fija en el acontecimiento. En él logra una inusitada condensación y traslucidez. Hay que atrapar eso que el *acontecimiento* nos dice. Pero el *acontecimiento* no dice *una cosa*. Los significantes que el acontecimiento arroja son infinitos. ¿Cuál es el significado definitivo del significante *Aramburu*? No hay uno, son infinitos. Entramos en el terreno de la hermenéutica. Ella, en tanto disciplina de la *interpretación*, será el espacio en que se juegue la *verdad* del significante *Aramburu*. Pero la *verdad* es hija del *poder*. En resumen, y acaso instrumentando una terminología que a algunos les sonará sartreana, *hay un en-sí y un para-sí del acontecimiento*. El *en-sí* son todos los hechos que el acontecimiento, desde sí, constituye *hacia atrás* como su propia teleología, que no podría existir previa al acontecimiento. Ya que es él, insistimos, el que la instaura al *acontecimentalizarse*. Esos hechos, que recién ahora forman una *cadena de datos*, son el *en-sí*, la *materialidad* del acontecimiento. El *para-sí* es más complejo. El acontecimiento no toma conciencia de sí por sí mismo, a partir de sí o desde sí. ¿Dónde toma conciencia de sí el acontecimiento? *Afuera de sí*. En las infinitas interpretaciones que de él se realizan. Esto es relativamente sencillo. ¿Cuántas interpretaciones del acontecimiento Aramburu hay en juego? Muchas. Tantas, como fuerzas políticas diferenciadas existen. Esas, digamos, lecturas del acontecimiento son su *para-sí*. El acontecimiento trama fuera de él su conciencia de sí. Él no puede elaborarla. El acontecimiento no piensa, es pensado. No interpreta, es interpretado. No hay jamás una interpretación definitiva. Es decir, *el acontecimiento está siempre en estado de interpretación*. Su en-sí queda trazado no bien acontece: sabemos, desde él, los hechos que han llevado hasta él. Jamás sabremos dónde habrá de detenerse la tarea hermenéutica. Hay y habrá muchas interpretaciones del "aramburazo", es decir, del significante Aramburu o de, más exactamente, el acontecimiento Aramburu. Nos vamos a pasar la vida discutiendo si fue un asesinato, un atentado, un crimen, un fusilamiento o una venganza. Esto no se detiene nunca. En esas controversias el acontecimiento es pensado. En ellas adquiere, contradictoriamente, conciencia de sí. Sólo que esta conciencia de sí, como el para-sí sartreano, es *diaspórica*. Nunca es una. Nunca un acontecimiento reposa en la mismidad de una sola interpretación. Nunca atraparemos su verdad definitiva. Sería hacer de él una *cosa*. El acontecimiento sigue vivo en la medida en que aún no se ha instalado *una* verdad sobre él. Nietzsche dijo: *no hay hechos, hay interpretaciones*. Más aún del acontecimiento, que lleva en sí múltiples caminos que han confluido hacia él. Lo que puede establecer, por sobre las otras, *una* interpretación es la fuerza. Es la fuerza que tiene el *poder*. Foucault analizó bien la relación entre *verdad* y *poder*. La vamos a exasperar un poco: *La verdad es una creación del poder. La "verdad" no existe. Lo que existe es la verdad del poder. Tener poder es obligar a los otros a aceptar mi verdad como la verdad de todos.* Si en este país la *verdad* del diario *La Nación* tal como –veremos– la expresa José Claudio Escribano se impusiera por sobre todas las demás tal como los intereses de ese sector se impusieron a partir de 1976, la verdad del acontecimiento Aramburu sería: fue un asesinato y sus ejecutores fueron vulgares delincuentes, vulgares asesinos. Entre 1976-1983 ésta fue la verdad. La lucha por la verdad es la lucha por el poder. Aquí es donde llegamos a la importancia de los medios de comunicación. La acumulación de medios es la acumualción de poder para imponer verdades. El que tiene más poder comunicacional tiene más poder para imponer o crear verdades. Tenemos, pues, que ir de a poco. Vamos a dejar –en principio– que sean los mismos Montoneros quienes nos cuenten cómo mataron al fusilador de Valle.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El acontecimiento Aramburu (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

45 El secuestro de Aramburu

Suplemento especial de
Página|12

1.

Hay una primera certeza: el general suele salir de su casa alrededor de las once de la mañana. Pero no siempre. Lo que demuestra que no habrá certezas absolutas. Salvo la decisión de matarlo, pero esa certeza es de ellos. Lo demás, la realidad, no ofrece garantías de ningún tipo. Todo es riesgo, terreno inseguro. El general sale a veces, a veces no. De modo que atraparlo en la calle será azaroso. Y dejar las cosas libradas al azar no es aconsejable. Hay que partir de hechos seguros, que tengan la regularidad del movimiento de los astros. Hoy salió. Mañana, quién sabe. Lo ven desde la vereda de enfrente, desde una sala de lectura, tal vez una biblioteca, del colegio Champagnat. El general camina tranquilo, no tiene apuro. Está en medio de muchas tramas, tiene demasiados planes. Está en el centro –un centro opaco porque es secreto, conspirativo– de la política nacional. Quiere que Onganía se vaya. Es un torpe corporativista, un Franco tardío, alguien que no entiende nada. El general, sí. El general entiende. Hay que negociar en serio con el peronismo. El esquema de excluirlo, de marginarlo del juego político, debe terminar. No va más. El lo intentó al principio, en 1955, cuando lo echó a Lonardi, que los respetaba demasiado a los peronistas, que los quiso integrar desde el vamos. *Ni vencedores ni vencidos*. Un tonto, un flojo, un nacionalista católico con el corazón de un monaguillo ingenuo. Estos nacionalistas apenas si saben hacer bataholas, alzamientos. Después, los liberales tienen que arreglar todo. Gobernar. A Uriburu tuvo que arreglarle el desorden Justo. A Lonardi, él. No, ahí, en el '55 sólo era posible la mano dura. O eso le pareció. Tiene que ser posible desperonizar a este país de mierda, se dijo con rencor, con bronca, con sed de revancha. Si no alcanzó con el bombardeo de junio, con el golpe de septiembre, habrá que insistir. Seguir pegando fuerte, donde les duela. Esconderles a la Perona, que no la vean más. Si no, el desastre. Dondequiera que la pongamos irán en manadas a rendirle culto. Otra que la Difunta Correa. No, la difunta Eva, en el país, nunca. Llévensela. Pónganla en cualquier lugar del mundo. Aquí, no. Nadie podrá negarle al general el empeño que puso en desperonizar el país. Inútil. El país se obstinaba en ser peronista. El, que llevó la desperonización al extremo de la muerte, que hizo fusilar al general Valle en una penitenciaría, que no recibió a su mujer, que le dijo que dormía, él, que ordenó o aceptó sin que un solo pelo se le moviera los asesinatos clandestinos, hoy quiere negociar, hablar con los enemigos. Es lo único que resta y lo que sin duda funcionará. Con cautela: primero con los sindicalistas y los políticos democráticos, conciliadores. Decirles con claridad: habrá, pronto, elecciones y ustedes se podrán presentar. Y si ganan tendrán lo que ganaron. Y si es el Gobierno, será el Gobierno. Y si quieren traerlo a Perón, hablaremos. Todo puede ser. Pero en calma. Todos tirando para el mismo lado, el de la democracia argentina, el de la institucionalización. Al general, ni siquiera le resulta paradójico que sea él quien se haya puesto al frente de eso. La historia –suele confesarse– nos cambia a todos. Algo habrá hecho también con Perón. Eso, lo que hizo con él: cambiarlo. No puede ser el mismo. Si él, que es un vasco cabeza dura, supo apartar los viejos odios de su corazón, ¿por qué no el hombre de Puerta de Hierro? Al cabo, los años no pasan en vano y a Perón le han pasado unos cuantos. Se lo ve viejo, o cansado. Como si sólo el odio o el afán de la revancha lo mantuvieran en pie, lúcido. Si le damos un par de gustos, se va a calmar. Le devolvemos el uniforme. Lo ascendemos a teniente general. No ha de haber dolor más grande para un hombre de armas que la degradación y la ausencia de la patria a cuya defensa dedicó su vida, o juró hacerlo. Le devolvemos el uniforme y se acabó: es nuestro. Ahora, calme el país. Póngase del lado de la gente de honor. El general cree, con orgullo, que la suya es la tarea de un verdadero estadista. O más: la de un patriota. Ese gesto, tenderle una mano a su viejo enemigo, mirar hacia el horizonte con rencores agonizantes, desleídos, tiene grandeza. ¿La tendrá Perón? Si no la tiene, tendrá otra cosa: el cansancio de los años, el deseo de reposar. La guerra terminó. Venga, otra vez es uno de los nuestros. Un militar de la nación. Ponga a cualquiera de los suyos de candidato y punto. Si ganan, ganan. Usted no, a usted no lo vamos a dejar. Presidente, usted, no. Créame, es un favor que le hacemos. Desgasta mucho el poder. Le damos lo que quiera, lo que pida, pero no la presidencia. No puedo. Puedo mucho, pero no todo. Nadie puede todo. Ni usted pudo. Pero le doy mi palabra: Onganía se va. El escollo es él, la gente como él. Usted los conoce bien. Son esos a los que llama gorilas. No toleran ni escuchar su nombre. No cambiaron. Yo sí. Soy el hombre que este país necesita. Usted es el otro. Rabiosos enemigos de ayer, hoy estamos juntos y le vamos a crear una salida a este laberinto que nos sofoca desde hace ya 15 años. Tiene mi palabra de caballero y de soldado. Pero usted ponga lo suyo, Perón. O si lo prefiere, y sé que lo prefiere, general Perón. Nada de comunidad organizada, republicanismo. El Partido Justicialista, si entra al sistema, entra como partido del sistema, ¿está claro, no? Póngales freno a los sindicalistas duros, a los sacerdotes levantiscos, a los guerrilleros que andan invocando su nombre y a los que no. Estamos a tiempo. Podemos hacerlo sin que corra demasiada sangre. Nada de Movimiento Peronista, general. El país necesita un democrático Partido Justicialista si quiere entrar en la carrera electoral. Yo voy a ir con el mío, con Udelpa. Si gano, gano. Si no, me conformaré con haber sido el artífice del ordenamiento definitivo de la república.

2.

Ahora ha vuelto a su casa. Ni sospecha que lo vigilan. Ahí nomás, desde la sala de lectura del Champagnat. Si lo supiera, acaso pensaría que somos arcilla blanda, fácil, en manos de una historia que creemos hacer y nos hace entre sorpresas, pasmos. Que uno cree ser el creador de sucesos nuevos, impensados. El patriota que lleva la historia del país a un lado, luego a otro. El hombre providencial. El que ayer echó al peronismo, el que hoy lo traerá para beneficio de todos. Pero no lo sabe. No sabe nada. Se deja llevar por sus pensamientos, tiene cientos de ideas, de imágenes, de proyectos. Imagina un país de unidad, de paz ciudadana, de progreso. Un país hecho posible por su sincero, honesto patriotismo. Tiene, cree, todo bajo control, el plan perfecto, el que no puede fallar, el que le tallará esa estatua que no duda merecer. Pero sólo hay algo que ignora. Ignora que, desde la vereda de enfrente, lo vigilan. Ignora que, en poco tiempo, lo matarán. Ignorar eso es ignorarlo todo. La vida es así, tan imprevisible que mete miedo.

Los jóvenes lo ven entrar en el edificio. Ahí, donde vive. Todavía no saben dónde secuestrarlo ni cómo. Saben que lo van a hacer, sea como sea. Toman notas. A eso le dicen "fichaje externo". Nadie los molesta. La sala de lectura o biblioteca es un páramo o un lugar en que aparece, raramente, algún distraído, busca un libro y se va. Fichan, también, desde la avenida Santa Fe. Ahí hay un cabo con sobrepeso, de pelo rubio. Esto debió haberles llamado la atención. El pelo rubio. Pero el tipo tendría cara de poca cosa, un simple cabo de consigna; nada grave. Todo parece fácil. ¿Por qué no aprovechar esa caminata matinal y levantarlo en la calle? Bastaba con tapar la luneta del auto con una cortina y las dos ventanillas colgando dos trajes: uno en una; otro en otra. Desechan la idea. La calle es siempre un riesgo. Hay que aprovechar la debilidad que ofrece la víctima. Esa debilidad es que carece de custodia. Suena raro, pero es así. El tipo que fusiló a Valle, que escamoteó al pueblo el cadáver de Eva, que mató a los compañeros de José León Suárez, no tiene custodia. Nadie lo cuida ni él pide que lo hagan. ¿Se considera invulnerable o inocente? La ausencia de custodia decide la modalidad del operativo. Ellos le darán la custodia. Ellos serán su custodia. Lo custodiarán hasta su muerte. Pero, ahora, tienen que custodiarlo en tanto lo sacan de su casa. Hay problemas. El general vive en el octavo piso. Hay que llegar hasta allí sin despertar sospechas. En la Argentina de 1970 nadie despertaba menos sospechas que un militar. Al contrario, despertaba temor, reverencia. Gobernaban y eran duros gobernando. Los jóvenes toman una decisión brillante: habrán de subir hasta el octavo piso disfrazados de oficiales del Ejército Argentino. Ignoran (porque ellos también lo ignoran todo o casi todo) que habrán de terminar su carrera usando también uniformes militares. Pero falta para esto. Falta demasiado. Esta historia recien empieza.

Uno de ellos, al que le dicen el Gordo Maza, sabe cómo caminan, cómo miran, cómo hablan los militares: fue liceísta. Todo tipo que pasó por un Liceo Militar algo se llevó de ahí. Algo de milico se le pegó para toda la vida. Algunos, por ejemplo, caminan erguidos y levantan el culo. Otra cosa: les cuesta dejar el hábito de levantarse temprano. Todo civil conoce esa frase con que se ironiza sobre esa invariable habitualidad militar: *Al pedo, pero temprano*. El Gordo Maza le enseña al compañero que entrará a buscar a Aramburu cómo, si no ser, al menos parecer un militar. El compañero aprende rápido. Tiene esa tendencia: la rapidez; odia lo lento, lo mediato, incluso lo complejo. Esto lo define como lo que es: un hombre de acción. Se llama Fernando Abal Medina, tiene 23 años y un pasado tumultuoso. Tenemos que hablar de él, ya. Será el que cargará sobre sí el peso de la ejecución. Porque ese día, ese viernes de mayo, el general habrá de morir y él habrá de matarlo.

Fernando nace en 1947. Importa señalar que ocho de sus primeros años los pasó bajo el primer gobierno de Perón. Ese gobierno –esto se sabe– decía estar en contra de todos los privilegios, menos uno: el de los niños. *En la nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños*. Fernando vivió ocho años como un niño peronista feliz y privilegiado. Tenía otro privilegio: formaba parte de una familia próspera y católica. Entra en el Nacional de Buenos Aires. Es alto, flaco, tiene una cara como tallada, con pómulos rocallosos. Tiene, también, una inteligencia notable. Pero hay en él más fuego, más ardor que reflexión. O piensa de tal modo que las ideas se le vuelven tormentas, atrapan los acontecimientos con celeridad y esa celeridad busca la acción, esa acción, que proviene de un temple fragoroso, se dará, casi siempre, en la modalidad de la violencia. No es azaroso que a los 14 años lo encontremos en el Movimiento Nacionalista Tacuara. Ahí coincide con sus compañeros del Buenos Aires: Mario Firmenich y Carlos Ramus. Los conoció repartiendo cadenazos y puteando a todo el que les pareciera desagradable. Si era judío, peor. Habrán de cambiar. Todavía no. Ahora están en Tacuara. Les gusta ser malos. Se ponen de moda. No ellos, Tacuara. Se peinan a la gomina, bien tirante, hacia atrás. Conocen a Rodolfo Galimberti, de breve paso por la organización, más joven que ellos, pero un tacuarista que jamás habrá de abandonar el pelo a la gomina. Que usará sacones de cuero, a lo Rommel. Son los primeros años de la década del sesenta. Por la televisión, un comercial se dirige a ellos. Un comercial de *Brancato,* la gomina de la época. El comercial es así: aparece un tipo joven y se pasa, feliz, la mano por su pelo tirante, bien Tacuara. En *off* una voz dice: "*Brancato*, como te gusta a vos, Juan Manuel". Juan Manuel es por Juan Manuel de Rosas, el caudillo federal al que los Tacuara admiran. Aquí, uno podría pensar: están perdidos. Sólo van a ser otra pandillita de pibes fascistas, violentos, con cadenas y manoplas. Fajadores de judíos y de homosexuales, sólo eso. No, nada –en esta historia– es lineal. Presumiblemente habrán concurrido a charlas secretas y cavernícolas de un cura cavernícola: Julio Menvielle. Tal vez otro cura, Sánchez Abelenda, no les haya sido desconocido. Podemos, con coherencia, inferir que una educación política basada en lecturas de Maurras, de Alfred Rosenberg y de Adolf Hitler no será la base adecuada para la militancia de izquierda que luego iniciarán. La escasa o nula frecuentación de libros como las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal, El Capital, El Estado y la revolución* o los *Cuadernos* de Antonio Gramsci tiene que haber pesado en errores que habrán de cometer. Entre tanto, los apasiona más el *vivere pericolosa-*

mente mussoliniano que la dialéctica del Amo y el Esclavo de Hegel, que ignoran y casi todos ignorarán siempre. Se acercarán a Hegel leyendo a Clausewitz. Pero falta. Será cuando se hagan peronistas. Todavía están en Tacuara. Les atrae el revisionismo histórico nacionalista: los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, José María Rosa, Carlos Ibarguren, Ricardo Font Ezcurra. También Jauretche, pero Jauretche es otra cosa. Probablemente en él, en esa prosa juguetona, hiriente, siempre polémica, hayan olfateado el olor del peronismo.

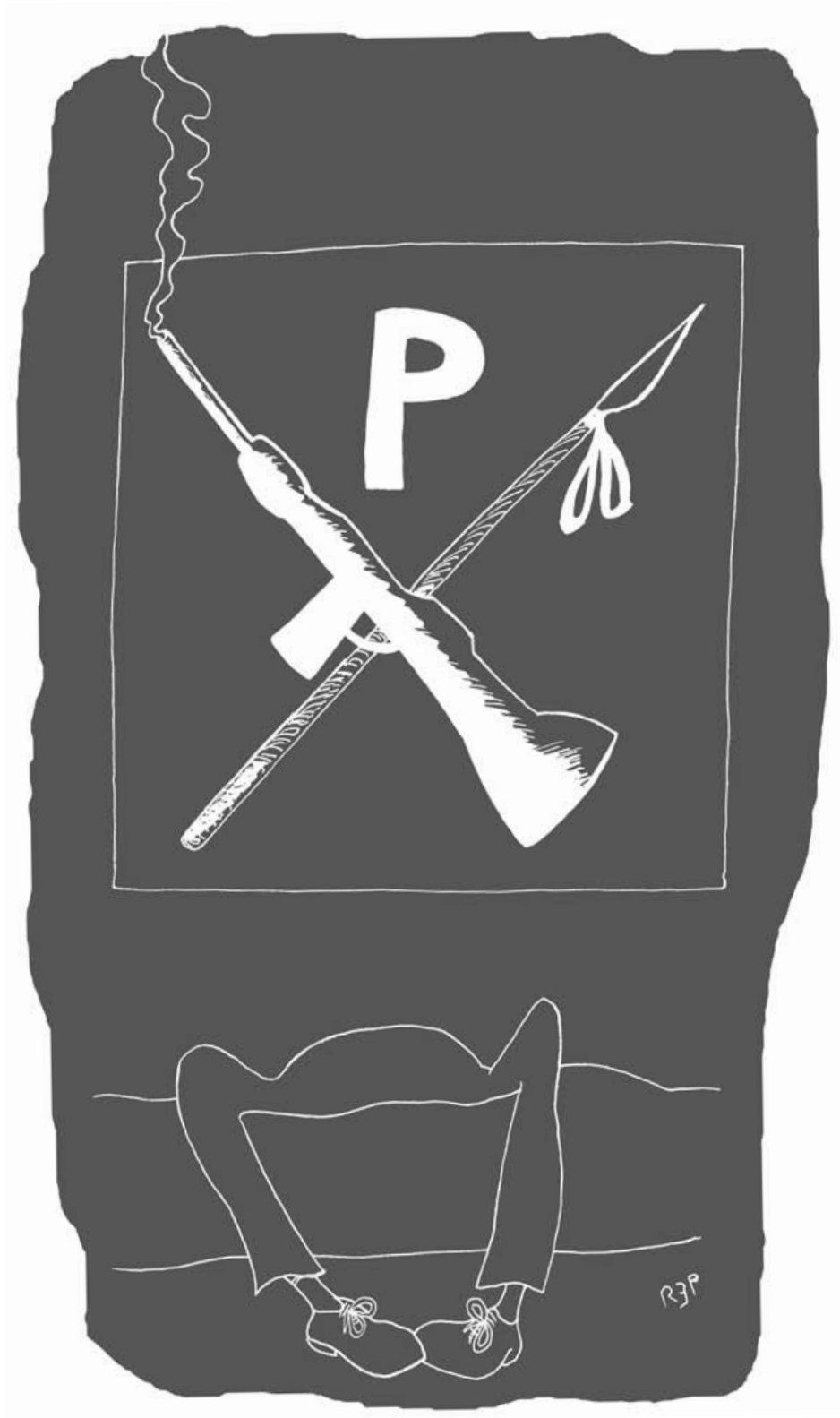
3.

Fernando, al poco tiempo, habrá de conocer al sacerdote Carlos Mugica. Todo, ahora sí, empieza a cambiar. El Movimiento Nacionalista Tacuara se escinde en el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. El demoníaco cura Menvielle enfurece y crea la Guardia Restauradora Nacionalista, que son como Tacuara o peor. Su sigla, hay que reconocer estas cosas, es ingeniosa y cruel: GRN. Es un rugido. Menvielle y su Guardia son felinos rabiosos dispuestos a cazar comunistas, judíos y masones. Fernando no. Nadie conocía a Carlos Mugica y seguía siendo el mismo. Mugica ha hermanado a Jesús con la justicia social. Era un hombre de ojos claros, rubión, estatura mediana, no alto, inteligente, sensible. La revolución no era para él un atajo para dejar los hábitos. Creía que Jesús había venido a traer la espada, no sólo la cruz. No sólo el amor, sino el amor que se expresa a través de la lucha. El único amor: el que nos lleva a amar a los desposeídos. Imaginaba a un Cristo como el que Evita imaginara en un texto que él no llegará a conocer, *Mi mensaje*. Le habría gustado leer esta frase: "Tenemos que convencernos para siempre: el mundo será de los pueblos si los pueblos decidimos enardecernos en el fuego sagrado del fanatismo. Quemarnos para poder quemar, sin escuchar la sirena de los mediocres y de los imbéciles que nos hablan de prudencia. Ellos se olvidan que Cristo dijo: 'Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero sino que arda'". Estas palabras habrían sido un vértigo para Fernando. Mugica las encarnaba menos. No le era ajena la decisión esencial del católico revolucionario. La que, mejor que nadie, dice Eva: *quemarse para poder quemar*. Pero Fernando la encarnaba hasta los confines. Su vida era eso. Se destinó para que eso fuera, y eso fue. Fernando Abal Medina se quemó para poder quemar. Lo que no buscó en los grandes teóricos del socialismo se lo entrega Mugica. Porque no alcanza con la decisión de quemarse para poder quemar. Hay que saber cómo quemarse. Y, sobre todo, qué quemar. Mugica le habla del cura guerrillero Camilo Torres, el colombiano. Le habla de la lucha armada. Le hace conocer a los Sacerdotes del Tercer Mundo. Le habla del peronismo. De la Revolución Cubana. Hasta de John William Cooke le habla. Lo arranca del nacionalismo violento de Tacuara. Y hasta de la escisión, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, que enfureció a Menvielle. Carlos Mugica le habla del pueblo y del amor a los desesperados. Le dice que un revolucionario no es un hombre que odia, sino un hombre que ama. Y lo que un revolucionario ama es el pueblo. Ser revolucionario es amar a los pobres, optar por los pobres. Le dice también algo definitivo: los pobres, en nuestro país, son peronistas. Fernando es ahora parte del rebaño de Mugica. Años más tarde, Mugica será asesinado. Los servicios de información buscarán acusar a la organización que fundó, junto a sus amigos (los que están por secuestrar a Aramburu), Fernando: Montoneros. Pegarán afiches en el microcentro. En ellos se ve a Mugica rodeado de corderos. Entre ellos, hay lobos. Se lee una frase en el afiche. La frase dice: "Había lobos en tu rebaño". Fernando jamás habría podido ser el lobo de Mugica. Ni él ni ninguno de sus amigos. A Mugica lo matarán los que habrán de pegotear esos afiches por Buenos Aires. Pero falta para eso. Y mucho. Anotemos esto: la influencia de Mugica es decisiva. El amor antes que el odio. Amar al pueblo, luchar por él y hasta matar por él. Pero no matar por odio, matar por exceso de amor y porque no les han dejado otro camino. Porque un país ilegal, antidemocrático, que se desliza de una dictadura a un gobierno civil obediente e ilegítimo y luego a otra dictadura, sofoca a los jóvenes de corazón puro y los arroja a la violencia. No es de ellos la culpa. No es ése, el de la violencia, el camino que habrían elegido en un país libre, democrático, sin proscriptos ni proscripciones. Son víctimas, pensará Mugica, los jóvenes cristianos han sido arrojados a la violencia por la ceguera de los gobernantes, por la oligarquía, por los militares, por los malos curas, por la insensibilidad de esa Iglesia contra la que él, infructuosamente, luchará siempre. Deberemos ver, ahora, qué ha priorizado Fernando del mensaje de Mugica. Porque amar al pueblo es odiar a quienes lo explotan. Y cuanto más se ame al pueblo más se odiará a sus explotadores. Y cuanto más se los odie más necesario se tornará matarlos. Por eso Fernando, ese viernes de otoño, está decidido a matar al general Aramburu, ese asesino de patriotas, ese militar transformado en político, ese político que busca una salida para el régimen, ese régimen que explota a los pobres, ese régimen que hay que voltear, aniquilar de raíz. Aramburu quiere abrirle una salida, salvar, con mejores modales, con inteligencia política, la estructura del país capitalista explotador. Y meter a Perón en esa aventura infame. Duro con él. Fernando no duda: hay que librarse de Aramburu. Sólo así el país se salva, la patria se torna posible.

4.

Es decisivo que Emilio Angel Maza tenga conocimientos militares. Pero además de tener esos conocimientos hay que ser visto como un militar. Fernando es muy joven. Sin embargo, ha practicado con eficacia. No le resultó demasiado arduo meterse en la piel de un milico. Fernando, esto debe ser dicho aquí, es la pareja de la única mujer de la operación. Le dicen Gaby y es Norma Arrostito, la montonera. Mujer al fin, arregla el uniforme de Fernando, que le cuelga por todas partes, aguja e hilo. Para algo fue niña, jugó con muñecas, las vistió, les hizo vestiditos o arregló los suyos. Es improbable que haya estudiado corte y confección como las mujeres de la época. Difícil imaginarla en eso. Pero vistiendo y desvistiendo a sus muñecas, lejos, en sus primeros años, sí. Mírenla ahora: cosiendo la ropa de Fernando, que es su pareja, que están juntos desde hace dos años. Gaby es mayor que él. Eso le gusta. Admira el coraje y el ardor de Fernando, su niño belicoso. Hoy se escriben libros sobre ella, se hacen películas. ¿Qué fascinación ejercen estos jóvenes? Lo veremos, pero no son destinos rutinarios. Hoy, siglo XXI, todo se ha vuelto demasiado previsible. No hay aventuras. No hay osados. Probablemente esto explique la bronca que muchos –escritores jóvenes, periodistas retro-posmodernos, políticos de derecha, defensores de los criminales de Estado– tienen hoy por Fernando y sus compañeros. Y más aún: por la amplia, la numerosa izquierda peronista en general. Se niega a toda una generación. Es posible que no nos preocupemos por ese tema. Que se preocupen ellos. Si quieren vivir envenenados eligieron un buen camino. De la generación del '70 no habrá de librarse nunca este país.

Hay inconvenientes, pero los superan. Una cuadrilla de luz o de gas empieza a arreglar la calle Montevideo. Se encrespan: ¿justo ahora? Pero no demoran en encontrar un sitio en que el pavimento no está roto. Todo se soluciona. El camino hacia Aramburu se despeja. Casi no temen, no vacilan: todo saldrá bien. Tienen, en Villa Urquiza, una casa operativa. De ella han partido ese día, desde ella fueron en busca de su objetivo. Está en Bucarelli y Ballibián. Hay lindos cines por ahí. Cines de barrio que luego serán barridos por los cines de los shoppings. Al cine de barrio uno entraba. Al cine del shopping, no. Entra al shopping. Una vez adentro busca el cine. Villa Urquiza es un barrio de clase media baja. De gente laboriosa, que abre temprano las persianas de sus negocios, que se alimenta de los créditos accesibles de las cooperativas. Está cerca de Saavedra, ese barrio marechaliano. Tienen, los Montoneros, un laboratorio fotográfico. Salen en busca de su presa. Que esa presa sea Aramburu transforma la aventura en un acto desbordante de historicidad. Pasemos algunos detalles por alto. Importa lo siguiente: en un Peugeot 404, en



el asiento trasero, van el Gordo Maza, con uniforme de capitán, y Fernando, que se sabe de memoria cómo habla, cómo se mueve y hasta cómo piensa un milico, con uniforme de teniente primero. No lo dudan: no los para nadie. Tampoco lo dudan: si algo sale mal, si todo se pudre, si tienen que morir, morirán. Detengámonos en esto. Saben que pueden morir. Que cualquier error y los matan. ¿Qué los lleva a aceptar, a asumir, un riesgo tan extremo, el más extremo? ¿Qué saben de Valle y los fusilados de José León Suárez? Poco. Sólo han leído *Operación Masacre* de Walsh y *Mártires y verdugos* de Salvador Ferla. ¿Basta tan poca bibliografía para jugarse la vida? Aclaremos: nadie podría reprocharles haber consultado *poca* bibliografía. No hay otra. Si la hay, está en algún sótano, oculta. Lo de Valle y la masacre de José León Suárez, al ser el punto más negro de la Libertadora, ha sido sistemáticamente silenciado por el país gorila. Sólo dos patriotas, dos tipos honestos, un peronista como Ferla y un escritor que empieza a dibujar su poderoso destino como Walsh, se le han atrevido al gran crimen soterrado, ese crimen que la complicidad de todos, *de todos*, condenó a la inexistencia. Pero estos jóvenes no se alimentan sólo de bibliografía. Estos jóvenes están tramados, construidos prolijamente por 15 años de dictaduras, de farsas militares y de farsas civiles. Onganía es un ser abominable, intolerable. Que ese troglodita se halle al frente del país es una afrenta al pueblo argentino. Para colmo, cuando, después de proclamar la pena de muerte, caiga, a su sucesor, un oscuro general que viene de Estados Unidos, un milico al que nadie conoce, lo anunciarán por televisión a eso de las 6 de la tarde. O antes. O después. Le dicen al país que hay un nuevo presidente y el país se entera, atónito, por televisión. Esto es un agravio. Una torpeza. Una risotada cuartelera, autoritaria. El país no sólo no votaba, no elegía a sus candidatos. A

este tipo ni la cara le conocía. Lo habían elegido los comandantes. Era el colmo del país bananero. Entre tanto, el líder que convocaba a millones de votantes seguía prohibido. Los jóvenes que suben en busca de Aramburu podrían preguntarse y preguntar: ¿eso no es violencia? Privarnos de nuestros más elementales derechos políticos, ¿no es violencia? ¿Quién creó la violencia, nosotros o el odio de ustedes, el país cerrado que hicieron desde el maldito '55? Estamos a punto de secuestrar a Aramburu. Y lo vamos a someter a un juicio revolucionario. Algo que ustedes no le concedieron a Valle ni a los que faenaron en José León Suárez. Si lo declaramos culpable, lo vamos a matar. Pero no vengan a decirnos que nosotros iniciamos la violencia. El lo hizo. El y todo el Ejército gorila que bombardeó una ciudad abierta, indefensa, en junio del '55. Ahí, para nosotros, empieza la violencia. Ese cargo le vamos a hacer. Dirá que fue la aviación de la Marina, que él no sabía nada. Sabremos refutarle esa patraña. Si espera salvarse con ella, se equivoca. De las bombas de junio surgió el golpe de septiembre. De ese golpe, la tiranía. Con distintas máscaras ha seguido hasta hoy y, con distintas formas, usted piensa continuarla. ¿No tiene el pueblo el derecho de sublevarse contra la tiranía?

Aquí surge un problema complejísimo. Alguien tiene que hacer la pregunta. Alguien tiene que preguntarles a estos pibes de 23, 22 y 21 años: ¿quién les dijo a ustedes que son "el pueblo"? En el Cordobazo se expresó el pueblo. Pero ustedes, ¿quiénes son? ¿Quién delegó en ustedes la representación del pueblo? ¿Por qué artilugio asumen algo tan complejo como "la justicia popular"? ¿Cómo pueden encarnar al pueblo si el pueblo se va a enterar por los diarios de la muerte de Aramburu? ¿Hubo una asamblea al menos? ¿El pueblo delegó su representatividad en ustedes? Insistamos, esto no tiene que resultar fácil: que ustedes maten a Aramburu, ¿por qué milagro de la historia habría de convertirse en un acto de "justicia popular"? Nadie osaría negar que el pueblo peronista odia a Aramburu. Pero también a Rojas. ¿Por qué no castigarlo a él? Cierto: el pueblo peronista *no sabe* que es Aramburu la figura de recambio del régimen. ¿Se lo dijeron? No, lo saben ustedes. Ustedes son la vanguardia. La vanguardia siempre sabe *más* que el pueblo. Por eso es la vanguardia. Pero ese *saber* condena a la vanguardia a actuar al margen del pueblo. A alejarse de él. Este alejamiento es peligroso. Produce un resultado paradójico y a menudo trágico: el pueblo no sabe lo que sabe la vanguardia; la vanguardia no sabe lo que sabe el pueblo. Al no saberlo, tampoco sabe lo que quiere. ¿Quería el pueblo peronista la muerte de Aramburu? ¿Quería, incluso, la de Rojas, al que odiaba más? ¿Conocen ustedes al pueblo peronista, a ese pueblo al que tanto invocan? Ustedes, jóvenes de clase media alta, que vienen del Nacional de Buenos Aires, del ultracatolicismo, del nacionalismo reaccionario, que son, aunque lo vean como una virtud y acaso en algún punto lo sea, *demasiado* jóvenes, ¿qué saben del pueblo peronista? Sin duda, algo saben. Pero, ¿tanto como para hacer justicia en su nombre, matando? Son preguntas incómodas, y lo son porque son las que hay que hacer. En ellas es demasiado lo que se juega. Adelantemos algo: estos jóvenes probablemente no representen al pueblo ni ejerzan ningún tipo de justicia popular. Pero el acto que están por cometer había sido trabajado por la compleja trama de la historia. No es un acto cualquiera, más allá de cómo terminemos por referirnos a él. Tal vez no exista un concepto que pueda contenerlo, agotarlo. El acontecimiento Aramburu es una creación impecable de toda una trama histórica, de todo un desarrollo de hechos que convergen hacia ese 29 de mayo de 1970, y cuyos principales creadores han sido los que abominarán de él. Estaba en el espíritu de los tiempos. Expresaba el elemento en que la historia transcurría. El asesinato de Rucci es un asesinato sin otra lectura posible. La palabra "asesinato" lo expresa por completo, lo contiene. Ocurre en un país cuyo mayor líder político ha sido consagrado por el *pueblo* (y aquí sí: el pueblo) con más del 60% de los votos. Aramburu muere víctima de la necedad, del odio, de la violencia de su propia clase. Muere en medio de un pueblo hastiado. En medio de una dictadura cavernícola, fruto de la política gorila que él inauguró. Aquí nos detenemos. No dejaremos de volver sobre estas complejidades, sobre esta historia espesa, oscura. No impenetrable, pero esa *penetrabilidad,* de por sí ardua, tiene con frecuencia un resultado desalentador: cuanto más penetramos en ella más compleja se vuelve, escamoteándonos la posibilidad de *una* certeza, de *una* totalización que cierre una destotalización incesante. Sigamos.

5.

Hay algunos leves sucesos que añaden tensión al relato. Los dejamos de lado. Nos concentramos en lo esencial. Aquello que no puede sino ser narrado. De pronto, para los que están afuera, sucede lo increíble, pero lo deseado: sale Aramburu por la puerta de Montevideo. El Gordo Maza lo lleva, campechano, con un brazo sobre el hombro. Parece, incluso, que lo palmeara como a un viejo amigo. Fernando lo tiene del otro brazo, fuertemente. Caminan sin apuro. Es un día cálido, luminoso. ¿Por qué no salir a dar una vuelta? Pero, un momento: ¿cómo se llegó a esto? ¿Cómo se logró sacar a Pedro Eugenio Aramburu de su casa?

Fernando y el Gordo Maza llegan al octavo piso. El Gordo tiene una pinta de milico que voltea. Fernando, menos. Pero lleva una metralleta bajo el pilotín. Nadie podría decir que no está preparado para cualquier cosa. El pilotín es verde oliva. Tocan el timbre. Abre la mujer de Aramburu.

–¿Sí?

–Somos oficiales del Ejército, señora. Venimos a hablar con el general.

La señora es. ¿Qué es la señora? O muy ingenua o muy confiada o está tan lejos de la verdad, tan lejos de lo que su marido significa y de los riesgos que puede correr, que se entrega a una amabilidad de dama británica, calma, dadivosa. Además, en 1970, una puerta se abría con más serenidad que ahora. Entre otras cosas, porque no había muerto Aramburu.

–Mi marido está bañándose. ¿Querrían tomar un café?

Los "oficiales del Ejército" aceptan. Aparece Aramburu. Se lo ve de buen humor. Acompaña con un café a estos jóvenes hombres de armas. Les pregunta algo elemental. Se los tiene que haber preguntado.

–¿A qué han venido?

–Usted está sin custodia, general. A nuestros superiores les pareció una situación inadecuada y nos enviaron a solucionarla. A partir de ahora puede considerarnos sus custodios.

Aramburu agradece. La última frase la ha dicho el Gordo Maza. Aramburu lo mira y tratando de ser suelto y agradable, dice:

–Usted es cordobés, ¿no?

–Sí, general –responde el Gordo Maza.

De pronto, la mujer dice:

–Tengo que retirarme.

–¿Dónde vas? –dice Aramburu, extrañado.

–Tengo que hacer un par de diligencias. No voy a demorar mucho. Te dejo bien acompañado. Entre ustedes, los militares se sienten más cómodos.

La mujer se va. Ni Fernando ni el Gordo Maza se ponen de pie. Algo que debió alertar a Aramburu. Sin embargo, parece más preocupado por el alejamiento súbito de su mujer. Quedan en silencio. Nadie sabe qué decir o nadie quiere decir nada. Se miran, como descifrándose.

La cara de Fernando se ha endurecido. El general lo advierte, preocupado. Es tarde. Fernando se pone de pie. Se abre el pilotín y saca la metralleta.

–General –dice–, usted viene con nosotros.

El café de Aramburu quedó sobre la mesa.

Está, ahora, frío.

(Continuará.)

NOTA: Tuvimos una larga conversación con Juan Manuel Abal Medina. Negó que su hermano hubiese estado en Tacuara. Hay muchos libros que contradicen esta afirmación. Como sea, lo digo para que se tenga en cuenta. Juan Manuel es un testigo privilegiado de toda esta historia y un hombre de una inteligencia privilegiada. Si Fernando no hubiese estado en Tacuara habría militado en grupos católicos no violentos. Y luego habría encontrado su camino al peronismo y a Montoneros por medio de Carlos Mugica. Yo, pese al respeto y la estima que tengo por Juan Manuel, creo que la imagen del personaje queda desdibujada si le extraemos el pasaje por el Movimiento Nacionalista Tacuara y luego su paso al Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. Hay versiones muy encontradas en todo esto. Daniel Gutman arroja sobre Juan Manuel una militancia en la Guardia Restauradora Nacionalista, "instrumento de los delirios antisemitas de Menvielle" (Daniel Gutman, *Tacuara, historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Vergara, Buenos Aires, 2003, p. 108). Difícil. Muy joven aún, Juan Manuel acompañó a Marcelo Sánchez Sorondo en el periódico nacionalista *Azul y Blanco*. No creo que la cosa haya pasado de ahí. Para haber militado en la GRN tendría que haber estado antes en Tacuara y nadie ha detectado su presencia en esa organización. La de su hermano, sin duda. Y, según vimos, la de Ramus, Y la de un temprano Galimberti. Volveremos sobre Tacuara, José Luis Nell, Joe Baxter y el asalto al Policlínico Bancario. Descartamos por ridícula la versión que pretende fundar una relación entre el nacionalista Onganía y los nacionalistas Montoneros a partir de la temprana adhesión de Fernando a Tacuara. Supone, ella, que esto habría determinado una unión entre el gobierno de la Morsa leporina y los montos para sacar del medio a Aramburu, el hombre que quería negociar con Perón. A esta interpretación pareciera venirle bien que Fernando Abal haya estado en Tacuara. Absurdo. Onganía tenía de ministro de Economía al ultraliberal Adalbert Krieger Vasena. Jamás los Montoneros se habrían aliado con él. Además, la muerte de Aramburu liquidó a Onganía. ¿Qué quiso hacer, suicidarse? Lo dicho: ridículo.

Lo decimos una vez más: esto es sólo el comienzo. Habrá, siempre, hechos contradictorios. Nuestra tarea, de todos modos, es más hermenéutica que heurística. La heurística se preocupa por la acumulación de los hechos. Cree, a menudo, que los hechos hablan, que deciden, que son contundentes. La hermenéutica es el arte complejo de la interpretación de los hechos. Aquí es donde trato de ubicar a la *filosofía política*. A veces, ante versiones contradictorias, es la reflexión la que debe decidir. La interpretación. Puedo tener mil informaciones diferentes acerca de Fernando Abal Medina: sobre si estuvo o no en Tacuara. Por fin, será el ensayista el que deberá dar su interpretación. Por ejemplo: creemos que la *totalización* que cubre al personaje y que lo explica y dentro de la cual él encuentra su explicación *totaliza* con mayor coherencia si Fernando estuvo, en efecto, en Tacuara: todo nuestro análisis, nuestro esfuerzo hermenéutico acerca del personaje nos lleva a esa conclusión. La filosofía política no es una ciencia. Es el modo de interpretar el mundo desde la praxis de sus sujetos. Si la política es praxis, la filosofía es reflexión sobre la praxis y los sujetos que la encarnan. Los sujetos actúan por convicciones –sean ellas simples, espontáneas, poco trabajadas o elaboradas *weltanschauung*, concepciones del mundo–, la filosofía nos debe entregar los fundamentos de esas concepciones, no las debe tornar traslúcidas. La política, cómo el sujeto que las porta las ha vehiculizado en la praxis. Esto no es una ciencia porque nada es verificable. No hay experimentación. No hay posibilidad de repetición del sistema experimental porque la praxis político-histórica no es un sistema experimental, es una trama siempre abierta, que no cierra nunca. Seguiremos con estos temas. También se verá su instrumentación en el modo de tratar los hechos que encaramos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

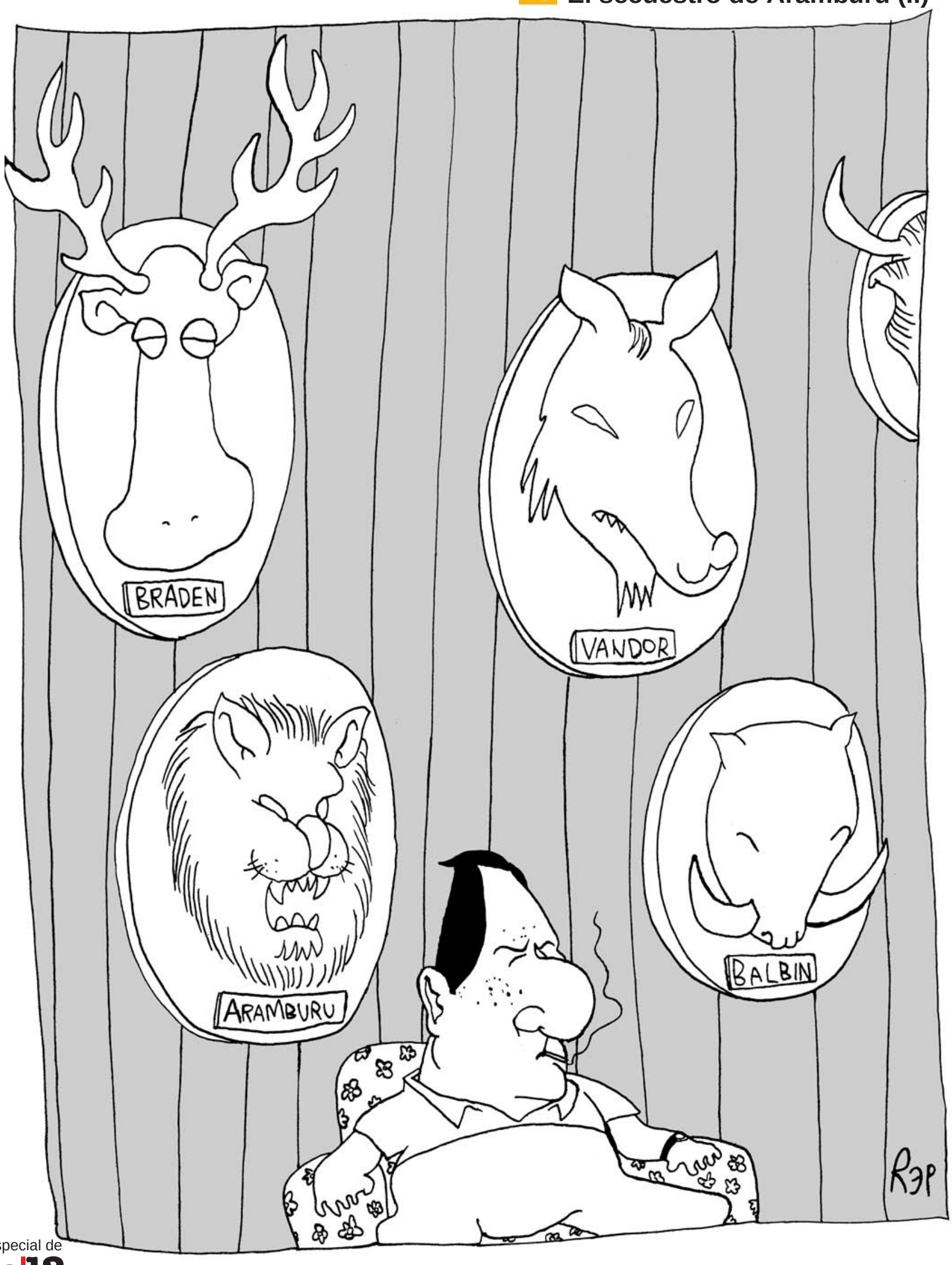
El secuestro de Aramburu (II)

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

46 **El secuestro de Aramburu (II)**



Suplemento especial de
Página|12

1.

Todo le parece extraño a Aramburu. ¿Lo están secuestrando? ¿Tan fácil es secuestrarlo a él? ¿No se dan cuenta estos jóvenes de la gravedad de lo que hacen? El es él, es Pedro Eugenio Aramburu. No es un político, no es un civil. No es un militar de poco rango y poca importancia. El país va a estallar si algo le pasa. Mucha gente le debe mucho. El país le debe mucho. El país, también, es mucho lo que espera de él. El lo tiró a Perón. Todo se complicó desde ahí. Pero ahora el que puede poner las cosas otra vez en orden es él. Soy el militar que mejor entiende la salida que necesita este país. Soy el más preparado. El que consiguió apartar de sí el odio que tantos mantienen vivo. El único grande que puede hablar mano a mano con Perón. Yo lo tiré, yo lo rescato para la patria. Les guste o no. Necesitamos a ese viejo autoritario, fascista. Cambió. Yo cambié. El también. Es más: yo puedo alejarlo de las tentaciones de la izquierda. Si no lo sumamos otra vez al Ejército de la patria, los marxistas lo van a seducir. A Perón sólo le importa el poder. Para atraparlo apelará a cualquier cosa. Si tiene que ser el marxismo, al que odia porque en el fondo, como yo, es un militar argentino, será el marxismo, que está cada vez más fuerte en América latina. Podría hacer de la Argentina otra Cuba. Tiene a todos los obreros con él. No sólo eso: se le está acercando gente desde los lugares más impensados: curas, jóvenes católicos, estudiantes, guerrilleros, más todos los suyos, los que siempre tuvo. Los sindicalistas, por ejemplo. Ni siquiera a ellos, que viven hundidos y felices en la corrupción, los pudimos comprar. Son peronistas. O lo agarramos nosotros o se lo lleva el marxismo internacional. ¿Quién si no yo puede impedir semejante atrocidad? ¿Será por eso que estoy aquí? ¿Serán estos jóvenes sicarios de Onganía, de Imaz? Porque para que yo pueda conseguir que Occidente retenga a Perón, hay que sacarlo a Onganía, que habrá pasado por la Escuela de las Américas, pero como soldado de Occidente da risa. ¿Tendrá coraje para hacerme secuestrar? Bruto es, pero no tanto. ¿Y si son castristas estos muchachos? Es la otra cara del asunto. Usted nos lo quiere robar a Perón. Nosotros lo queremos para el marxismo, usted para Occidente. Y es el único que puede lograr-lo. Olvídese de seguir vivo, general. Luchamos por una causa. Y nuestra causa requiere su muerte.

Aquí, Aramburu se estremece. Por primera vez le ha encontrado un motivo a su muerte. La palabra *causa* lo estremece. Sabe que los hombres hacen cualquier cosa por eso. Que mueren y que matan por eso. Sabe que no hay nada más peligroso que un hombre con una causa. Mira a sus secuestradores. Le preocupa que no oculten sus rostros. El, luego, podrá reconocerlos. Algo, sin embargo, le preocupa más: en esos rostros se dibuja la obstinación de una causa. Esos jóvenes tienen una causa. Si esa causa requiere su muerte, está perdido. Sólo le resta esperar que no la requiera. O convencerlos de ello.

Sigue arguyendo que son militares. Hay cierto desdén en esta creencia. En el fondo, cree, como casi todos los militares, que los civiles son cagones. La violencia los espanta. Sin embargo, ¿qué clase de militares? ¿Cómo ignoró él o nadie de los suyos le dijo que había surgido un grupo nuevo, nacionalista o peronista o ligado a los planes de Onganía? Un grupo de acción. Capaz de semejante cosa. Pero toda acción exige el factor sorpresa. Si los hubiéramos detectado esto no estaría ocurriendo. Esto, su secuestro. ¿Quiénes son? Ni lo sospecha. No es el momento de decírselo. De describir su militancia y (sobre todo) los motivos de esa militancia. Pero, general, lo hemos dicho. Acaso usted no prestó atención. O estaba en otra cosa, en otro lugar. Algo así. Los que afrontaron el Operativo fueron: ***Mario Eduardo Firmenich como cabo de la policía, Carlos Capuano Martínez como chofer, Carlos Maguid como cura, Ignacio Vélez y Carlos Gustavo Ramus como los civiles en el Peugeot, Fernando Luis Abal Medina como teniente primero, Emilio Maza como capitán. Y una mujer, la única del grupo, la montonera Esther Norma Arrostito. Gaby para los amigos.***

2.

A diferencia de los demás se inició en el marxismo. Nada de iglesias, ni sermones desde el púlpito ni hostias ni reverencias al torturado de la Cruz. Leyó a Marx, a Lenin. No a Hegel, pero algo leyó. O encontró cosas suyas en otros autores. Con lo que llegó a esa conclusión a los que todos, alguna vez, llegamos: Hegel está en todas partes. O como dijo alguien: cada época se define por el modo en que lee a Hegel. Leyó otras cosas y vio películas decisivas. Leyó a Fanon y a Sartre. Esta mujer valiente, que habrá de soportar los más terribles dolores sin soltarles una palabra a sus verdugos, sabe de memoria frases de Sartre, de ese Prólogo incendiario que escribió para el libro de Fanon: "En los primeros momentos de la rebelión". ¿Y qué son éstos, los nuestros, sino eso: los primeros momentos de la rebelión? ¿Qué dice Sartre, Gaby? ¿Qué hay que hacer en estos momentos? "Hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre." ¡Qué hermanados ve los destinos de Argelia y Argentina! Si hasta en los nombres se da la unidad, si hasta los nombres señalan que la lucha es la misma: Argelia/Argenliana. Argentina sufre un colonialismo interno. También externo. Está sometida por el imperialismo y por sus aliados locales. De aquí que la liberación tenga que ser nacional y social. Y tienen que darse juntas. No son dos etapas. Es una sola. En la misma lucha hay que liberarse del imperialismo y de las clases dominantes nacionales que lo representan. Somos parte del Tercer Mundo. Nuestro sometimiento no es colonial como el de Argelia. En esto nos diferenciamos. Nuestro sometimiento es neocolonial. El colonizador no está adentro. Tiene a sus socios adentro, sí. A las clases cipayas que han unido sus intereses al imperialismo. Y al Ejército que defiende el proyecto entreguista, neocolonial. Pero el verdadero colonizador, el que sostiene el sistema de la colonización es el colonizador externo, los yankis. No hay retroceso, sabe Gaby. Se lo dice Sartre: "La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasarla". Como los soldados del Ejército Gorila. Matarán a diez, matarán a cien. No pueden matar a la Historia. La Historia camina hacia el socialismo y en él se ordenará el mundo, se vengarán las injurias, se vengará el pasado infame, se arreglarán las cuentas pendientes, se fusilará a los mercenarios. Ya no habrá mercenarios. Ya nadie intentará frenar la Historia. Sólo estarán ellos para impulsarla hacia el futuro. Leyó, Gaby, a Fanon. Le pareció devastadora su furia. Para colmo, negro. Para colmo, culto. ¿Cómo no habría de odiar con la vastedad de sus entrañas al colonizador blanco? Habla de la *violencia absoluta*. ¿Es, se pregunta, matar a Aramburu la violencia absoluta? "El colonizado está dispuesto en todo momento a la violencia." Pero Fanon avanza hasta confines temibles. Hasta ella, que no teme a nada, a veces vacila. La palabra *locura* le produce vértigo. No es un vértigo humanista. Algo que le haga decirse: ¿cómo voy a matar a un semejante, a otro ser humano? Eso es mierda humanitaria. Chatarra gandhiana. Si alguien mata a otro es porque ese otro no es, para él, un semejante. Ni otro ser humano. El fusilador Aramburu no es mi semejante ni "otro" ser humano. Es sólo un asesino. Un asesino al servicio de un régimen explotador. Eso lo despoja de su humanidad. La humanidad se gana. Se gana poniéndose del lado de la causa del hombre. La causa del hombre es la libertad. La muerte de la opresión. La liberación de la patria. La creación de una nueva humanidad. De un nuevo hombre. El que está en contra de eso, no tiene humanidad. ¿Qué nos impedirá matarlo? Fanon, ante el colonizador, rechaza todo método que no sea violento. A los oprimidos, *sólo esa locura*, la violencia, puede arrancarlos de la opresión colonial. ¿Estamos, entonces, locos? Sí, locos de justicia. Locos porque no somos cuerdos. Los cuerdos no se juegan la vida. Nosotros sí. Nos la jugamos por la liberación de los demás, de todos los oprimidos de esta tierra. Estamos, entonces, locos de amor. Y no me vengan con que ésta es la frase de una mujer. Tiene que ser la frase de todo revolucionario. Nosotros matamos por amor.

Gaby no sigue junto a los demás. Tiene otras

tareas. Ninguna de ellas menos importante que las de sus compañeros. Llegan a Figueroa Alcorta y Pampa. Gaby, le dicen *La Flaca*, Maza y otro más se bajan de la camioneta. Cargan los bolsos con los uniformes. Cargan los fierros. Y se van a la casa de un compañero. Tienen una misión decisiva: escribir algo que estallará en las redacciones de todos los diarios. Que los locutores leerán una y otra vez, miles de veces, con voz alarmada, dolorida y también con un miedo oscuro, indefinible: el de saber que algo muy grave acaba de suceder en el país.

3.

En la pickup, Ramus y Capuano quedan adelante. Aramburu, Fernando y Firmenich, atrás. Empiezan, los jóvenes centuriones, a sentir que las cosas están saliendo bien. Hasta demasiado bien. ¿Será así de fácil? ¿O el destino se prepara para sorprenderlos? No piensan mucho. No hay tiempo. Poco después, otro cambio. Suben a una Gladiator. Nada de esto importa mucho. Tienen una meta: *Timote*. Saben cómo llegar. Durante un largo mes estudiaron la ruta. Una ruta directa. ¿Qué significa *directa*? Que eluda todo puesto policial. No es por excesivo temor. Policía que aparezca, policía que muere. Pero si se puede evitar, mejor. También quieren eludir toda ciudad importante. Lo consiguen. Fernando, íntimamente, siente ya el sabor del triunfo. Todo ha sido fácil. Todo sigue siendo

fácil. Para qué negarlo: es fácil matar a alguien en la Argentina. Si lo es con Aramburu, lo es con cualquiera. La pregunta lo sorprende: ¿lo será con ellos? Ellos son el viento. Son inapresables. No están en ninguna parte, y están listos para estar en todas. Son la guerrilla urbana, y la guerrilla urbana es invencible. No se puede contra ella. Es como arena. Se escurre entre las manos del poder. Y es como roca: cuando golpea, destruye.

Con razón o no –se verá–, la narración no ha requerido la presencia del joven que hizo de cabo de policía durante el operativo. Tiene 22 años y de todos los que en esta jornada se juegan la vida para terminar con la de Aramburu será el único que conservará la suya. Es Mario Eduardo Firmenich. Católico, nacionalista, egresa con medalla de oro del Nacional de Buenos Aires. No será el héroe de la jornada, aunque en el interrogatorio de Aramburu tendrá mucho que decir. Las buenas novelas evitan describir el aspecto físico de los personajes. Firmenich lo necesita menos que muchos. Se lo conoce. Se lo quiere poco. O se lo odia. O se lo cuestiona. O aún conserva adictos que se alteran sinceramente cuando no se lo pone en el altar que ellos le desean. Personaje enigmático, se podrá decir de él tanto que fue un auténtico revolucionario como un agente de la CIA. Falta mucho aún. Pero este hombre –que, antes, se adueñará de la conducción política de Montoneros– ordenará, en un acto brutalmente equivocado, el asesinato de un sindicalista por el que pocos se morían de amor, pero al que menos todavía querían ver muerto. Perón, el primero. Ahora mira el paisaje y se siente orgulloso. "Esto es un paseo", se dice. Y lo es: en toda su existencia operativa –que ya es extensa– no recuerda un escape más fácil, más simple, con menos escollos que éste. ¡Y se lo cargaron a Aramburu! Le preocupa un poco la llegada a la Gral. Paz. Se sabe: circulan autos y camiones por ahí. A veces, muchos. Suele haber problemas de tránsito. Suele haber policías para evitarlos. Hoy, ni una cosa ni la otra. Salen por Gaona y se meten en caminos de tierra que conocen, que estudiaron con anterioridad. No habrá problemas. Si las cosas se preparan bien, los operativos no fallan. No fallará éste. Al que han llamado *Operativo Pindapoy,* por el nombre de un jugo de naranja. Difícil saber si por algo más.

Hay que cruzar el río Luján. Saben cómo hacerlo. Hay un puente viejo y sólido, hecho con materiales nobles. Lo probaron. Es de madera, pero aguantará. Se toman ocho horas para hacer un trayecto que llevaría cuatro. Pero eluden todo sitio que pueda esconder un riesgo. Porque es así: los riesgos no están a la vista. Se esconden y nos sorprenden. Hoy, uno, lo sorprendió a Aramburu, de aquí que ahora esté con ellos, no en su casa, con su mujer, tomando ese café que seguramente tomaría después del almuerzo, antes de conspirar para darle vida al régimen, para hacer un peronismo "de saco y corbata". No, general. Hoy tuvo un problema. Pero no inesperado. Tal vez usted lo considere inesperado. Pero este problema le nació a usted hace muchos años. Cuando firmó el decreto 4161. O el día de la fusilación de Valle. O el de la desaparición de Eva. Hizo todo lo posible para estar donde ahora está. Su destino, que nosotros someteremos a juicio, fue usted el que lo diseñó. Desde este punto de vista, *somos su creación*. O no sólo la suya. Somos la creación perfecta, impecable, de la Argentina gorila. ¿Qué otra cosa esperaban engendrar? ¿Jóvenes obedientes, que aceptaran sumisos sus arbitrariedades, sus desdenes? No hay jóvenes así. Un hombre es joven cuando sabe ponerse del lado de la injusticia. Y ustedes, a la natural injusticia de todo pueblo sometido a la expoliación capitalista, le añadieron al nuestro la orfandad política, le quitaron a su líder, le impidieron decir el nombre de ese conductor de pueblos al que aman, del que sólo recuerdan días felices, soleados, en que se sintieron parte esencial de la patria y no sus desechos, su mano de obra mal paga, sus laboriosos ofendidos, vilipendiados. Y le quitaron a su abanderada. A Eva, la mujer que los amó hasta quemarse en el fuego de ese amor, tan ardiente era. Ahora, ellos, en nosotros, buscan su venganza. Si los humillados no se rebelan, habrá siempre jóvenes de corazón puro que lo harán por ellos, indicando el camino, asumiendo la vanguardia. A joderse, general. Llegó la hora de pagar la cuenta.

Prestemos atención a Aramburu. ¿Podremos presumir lo que piensa, será posible? Se lo ve silencioso. ¿En qué piensa un hombre silencioso que se sabe entre enemigos, que viaja entre sus secuestradores, que tampoco le hablan? A veces, el silencio ha de haberse tornado un grito en esa pickup *Gladiator.* ¿Temerá que lo maten? ¿Aceptará dentro de lo posible que esos jóvenes se atrevan a ultimarlo? No, dialogarán con él. Le harán saber qué quieren. Secuestrarlo a él es secuestrar a un hombre que dialoga con lo más alto del poder de la República. Que probablemente –incluso– sea él mismo quien pronto lo encarne. Secuestrarlo a él es hacerse oír por alguien que, si los escucha, puede hacer reales algunas o muchas de sus peticiones. Hoy les concederá unas cuantas. Está dispuesto a decir que sí. A prometer. Después verá. Pero si se trata de decirles que hará lo que le pidan, lo hará. Son muy jóvenes. Todo joven es un idealista. Se sabe: incendiario a los veinte, bombero a los cuarenta. Será amplio, generoso, hasta bonachón. Sí, va a zafar de ésta. Creemos que algo así habrá pensado Aramburu en ese viaje largo, por caminos poceados, terrosos, húmedos.

A las cinco y media, seis de la tarde llegan a *La Celma*. Es un casco de estancia. No es ajeno. No entran en un lugar que no les pertenezca. Es de la familia de Gustavo Ramus. Aramburu se da cuenta. Esto lo tranquiliza aún más. Son jóvenes de buenas familias, de familias ligadas a la tierra, a la patria. Bajan. Caminan hacia la casa. De pronto, un inconveniente. En toda estancia hay un capataz fiel. Ese tipo de hombre que dedica su vida a una familia, a cuidarle los bienes, a vivir cerca de los patrones sin jamás, pero jamás, confundirse con ellos. El capataz tiene que ser un hombre sin ambiciones, un alma simple, un alma obediente, alguien que encuentre su felicidad en la felicidad de sus patrones. El hombre es un vasco y se llama Acébal. Ramus se le adelanta. No quiere que el sirviente fiel se acerque al grupo revolucionario. Ramus sabe cómo hablarle. Todo patrón sabe hablar con su capataz. Sabe compartir su mate. Comer sus bizcochos. Preguntarle por su mujer, cuyo nombre conocerá. Y por sus hijos, cuyos nombres también conocerá. Después, como siempre, le deslizará unos buenos pesos en sus manos ásperas, castigadas por el trabajo de décadas. Y le dirá "don". Y le dirá: "¿Qué me dice, che?" Este "che" es importante. Es un lazo. Un gesto íntimo. El patrón desciende al mundo del capataz. Todo patrón sabe hacer esto. También sabe despedirse. Sabe dejarlo solo al capataz, en su mundo. Y él unirse al suyo. Que no se tocan ni se tocarán. Pero esto no niega lo que se construye en ese momento que les pertenece, que es de ambos. "¿Cómo anda, don Acébal?" "Bien, patrón. Todo en orden." Luego,

Ramus le dice que se vaya a dar una vuelta. Acaso que se vaya al pueblo esa noche. Por eso le da unos buenos pesos, más que de costumbre. No demasiados: no quiere que Acébal sospeche nada. Pero lo justo: "Vaya y pase un buen rato, don Acébal. Mañana será otro día". Se les une Firmenich. Después, Ramus, entra en la casa. Ahora, él, no Acébal, es el pueblo.

Cualquiera comprende y acepta que Ramus no puede decirle una palabra de lo que sucede a su capataz. O al capataz de la estancia de su familia. Que, por lo visto, por el trato amistoso que tiene con él, es tan suyo como de cualquier otro, y tal vez más porque Ramus sabe tratarlo, sabe hablarle, como Fabio Cáceres a Don Segundo. Reclama, sin embargo, nuestra atención un hecho innegable: el único personaje del pueblo que aparece en toda la historia es apartado por completo, es al que más se lo aleja del centro de la escena. Lo dicho: se comprende. Pero hay cierta paradoja que late en ese complejo socavón.

4.

Fernando Abal y otro compañero meten a Aramburu en la casa. Este compañero baja algo distraído, "algo boleado", dirá Firmenich, del auto: lleva la metralleta en la mano. Don Acébal no lo advierte. Firmenich, ya sin el traje de policía, se une a Ramus y al capataz y participa un poco de la conversación. Esto nos revela que lo conoce a don Acébal, que no es la primera vez que va a la estancia *La Celma*. Ahora, también ellos entran en la casa. Ahí, a puertas cerradas, sucederá lo que resta. Todo, hasta el final.

Aramburu está en mangas de camisa. Tampoco tiene corbata. Sigue sin tener nada claro. Esto no va a durar mucho: pronto tendrá todo quizá demasiado claro. Lo meten en un dormitorio. Lo sientan en una cama. Los jóvenes se pasean en silencio. Es posible que fumen. Se fumaba mucho en esa época. No sabemos si Aramburu pide un cigarrillo. No sabemos si le ofrecen algo. Un café, al menos. Le deben esa atención. El, o su mujer, les ofreció un café. Pero los jóvenes parecen concentrados en lo que están por iniciar. Nada menos que el juicio. Estos jóvenes de 23 y 22 años van a juzgar a un veterano general de 67. Un hombre ya casi viejo. Tengamos en cuenta la fecha: 1970. Han pasado muchos años. En 1970 –y más aún para pibes de 23 y 22 años–, un hombre de 67 era un viejo, o un hombre decididamente mayor. Pero Fernando y Firmenich no lo ven así. Lo ven como un mojón de la historia del país, un testigo, un protagonista desalmado. Aunque esto, todavía, espera el juicio correspondiente para ser establecido.

Hay otra cama frente a la de Aramburu. Fernando se sienta en ella. Apoya los codos en sus muslos y entrelaza sus manos. Mira con fijeza al general. Le dice:

–General, nosotros somos una organización revolucionaria peronista. Si lo detuvimos es porque vamos a someterlo a juicio revolucionario.

Aramburu, ahora, entiende todo. Lo entiende y lo acepta con naturalidad. Aquí, hagamos una pregunta: ¿esperaba esto? Sabía que andaban por ahí grupos guerrilleros peronistas. Hacían una cosa y otra, nada grave. ¿Nunca pensó que podían incomodarlo? Si lo pensó, nada indica que lo haya hecho. Lo sabemos: ni custodia tenía. Cuando la tuvo, fue esa custodia la que lo secuestró y la que ahora lo está juzgando. Dice:

–Bueno.

Los jóvenes lo ven sereno. Si disimula, lo hace muy bien. Fernando intenta sacarle unas fotografías, pero la cámara se estropea. Para el juicio apelan a un grabador. Deseando que no tenga la misma suerte. El grabador cumple su función: graba todo el juicio. Deben haber gastado unas cuantas cintas porque el juicio se dilata, se alarga más de lo esperado. Los jóvenes no quieren presionarlo, no lo quieren –dirán años después– intimidar. No parece hombre como para intimidarse el vasco Aramburu. Advierte que los jóvenes demoran sus preguntas. Hay algunas dilaciones que buscan darle tiempo para responder con precisión. El las aprovecha. No sabe por qué, pero cree que toda demora juega a su favor. O sí: lo sabe. Somos nosotros los que no lo hemos advertido. El viejo zorro va más allá que el narrador. Cuesta atraparlo a veces. Aramburu demora sus respuestas, busca tiempo, busca que ese interrogatorio se extienda inmoderadamente. Sabe algo: medio país ya debe estar buscándolo. Cuanto más tiempo gane, más tiempo hay para que lo encuentren. Responde con vaguedades.

–No sé –dice.

O también:

–No me acuerdo.

Supone que la desmemoria puede salvarlo. Si no se acuerda de nada, ¿de qué se lo puede acusar? ¿Qué pueden saber estos chicos? Lo que leyeron. Lo que les contaron. Pero, ¿qué pruebas tienen? Al no tener pruebas dependen de su confesión. Supongamos que él se las niega. ¿Qué harán? No le gusta este camino. Otra vez los mira a los ojos. Otra vez descubre lo que ya sabe: en esos ojos brilla la determinación, la fiereza que sólo la lucha por una *causa* puede dar. Son, además, peronistas. Deben odiarlo.

Fernando se pasea otra vez por la habitación. Por fin, dice:

–Voy a formularle el primer cargo de peso. Usted, general, en junio de 1956, ordenó el fusilamiento del general Valle y de otros patriotas que se alzaron con él.

Aramburu responde de inmediato. Se ve que esa respuesta la ha elaborado a través de los años. Que no es la primera vez que le mencionan ese incómodo asunto y no es la primera vez que él ofrece una respuesta que lo satisface. Que, cree, lo cubre, lo protege. Lo torna inocente.

–No es así –dice–. No estaba en Buenos Aires cuando ocurrieron esos lamentables sucesos.

–¿Lamentables?

–Lamentables. Todo fue lamentable. La ridícula asonada y los fusilamientos. Yo estaba en Rosario. No pude impedirlos.

–No es así, general –dice Fernando–. Tenemos pruebas.

5.

Las pruebas son implacables. Somos lo que hacemos. Nadie escapa de su pasado. El de Aramburu lo está atrapando precisamente cuando él quería ser otro. Ya no soy el que fui, cambié. Ya no odio a los peronistas, quiero integrarlos a la democracia. Ya no fusilaría a nadie. Creo que eso quedó atrás o es ahí donde debe quedar. Con odio no se construye un país. ¿Por qué estos jóvenes me recuerdan lo de Valle? Ya no soy el que hizo fusilar a Valle. Los años no me pasaron en vano. Tengo 67. No viví en vano. Viví para cambiar. Para enmendar mis errores. Mis jueces son muy jóvenes para entenderlo. Creen que uno no cambia. Creen que uno es siempre lo que es cuando es joven. Creen eso porque están orgullosos de lo que son y no les gustaría cambiar. Pero se puede cambiar para ser mejor de lo que uno fue. Nunca lo entenderían. Hoy, ellos sienten que jamás serán mejores. Que jamás serán más puros ni tan idealistas. Será inútil convencerlos de otra cosa. Aramburu, con desaliento, lo sabe: esos jóvenes lo han congelado en junio de 1956. A *ese* Aramburu están juzgando. Al hacerlo, creen que este de hoy es también aquél. Para el vengador, su víctima tiene que ser *siempre* la que cometió el acto que exige su venganza.

–Sobre todo el decreto N 10.364, general –dice Fernando–. Ese es el que ordena, por decisión directa del Poder Ejecutivo, o sea: *Usted*, que se fusile a los sublevados. ¿Cómo le hizo decir a la mujer de Valle que dormía? Nadie que firme un decreto así puede dormir.

–Tenía la conciencia en paz –dice Aramburu–. Estaba seguro de mis actos. Escuchen, nosotros hicimos una revolución. La hicimos contra un gobierno antidemocrático, tiránico, que alimentaba el odio de clases. Un gobierno personalista y corrupto. Una revolución exige dureza para sostenerse. Los peronistas eran muchos y conspiraban incesantemente. Por fin, Valle nos hace una contrarrevolución. La aplastamos. Y pusimos a los sediciosos frente a un pelotón de fusilamiento. Supongo que no necesito instruirlos sobre este punto: toda revolución fusila a los contrarrevolucionarios.

¿Advierte Aramburu lo que acaba de decir? ¿Acaba de firmar su condena de muerte? ¿Qué piensa que creen de sí mismos los jóvenes que lo están juzgando? Se lo dijeron: "Somos una organización revolucionaria". ¿Qué cree que es él para esos revolucionarios? Un contrarrevolucionario. Si toda revolución tiene el derecho de fusilar a los contrarrevolucionarios, ¿qué espera que hagan con él sus enjuiciadores? Nadie, en medio de este clima tenso, recuerda una frase que todos conocen. Aramburu, porque la leyó como admirador de Lavalle. Sus jóvenes raptores porque la leyeron como fanáticos de Dorrego, a quien, de algún modo, también están vengando hoy. Es la frase de Salvador María del Carril, ese frío unitario que busca convencer a Lavalle para que mate a Dorrego. Era, más o menos, así: "Una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos".

–Queremos leerle unas declaraciones del almirante Rojas –dice Firmenich.

–¿Por qué yo y no él? –dice bruscamente Aramburu–. Si hay un gorila en este país es Rojas. El también decidió los fusilamientos. Y muchas otras cosas. Si por él hubiera sido... –Se detiene. Piensa mejor. Dice–: De los dos, el moderado soy yo. El...

–El es un payaso –lo interrumpe Fernando–. Es un bruto. Siempre fue usted el inteligente. El que tomó las decisiones. Y es usted el que ahora está en algo que es posiblemente el motivo central de este juicio.

–¿Cuál?

–Ya lo va a saber. Vuelvo a las declaraciones de Rojas. Acusó a Valle y a sus compañeros de marxistas y amorales.

–¿Lo ven? Yo jamás habría dicho eso. ¿Cómo voy a decir eso? ¿Cómo voy a decir eso de Valle? Un católico, un hombre de familia.

–Necesitamos que firme una declaración. Que diga lo que acaba de decirnos. Que Valle no era un marxista ni un amoral. Que Rojas mintió.

Aramburu, como sorprendido, se arquea hacia atrás y abre las manos.

–¿Eso quieren?

–Eso.

–Pero eso... Eso podríamos haberlo hecho en mi casa.

Fernando Abal sonríe apenas. Es la primera vez que lo hace.

–Usted no entiende, general. Queremos eso y queremos otras cosas también. Queremos que nos hable del golpe contra Onganía. Usted está al frente y el propósito es integrar el peronismo al sistema. Ponerle saco y corbata. Amansarlo. Entregarlo al régimen liberal democrático de las clases dominantes.

–No lo interpreto así. Pero comprendo que ustedes lo hagan. –Aramburu se detiene. ¿No quiere seguir hablando? Frunce el entrecejo. Aprieta los labios, como si buscara impedir que le brotaran palabras. Al cabo, dice–: Si quieren hablar de eso apaguen el grabador. Es demasiado grave.

–Pero no es lo *más* grave –dice Fernando.

–Queremos hablar de algo más grave, general –dice Firmenich–. Mucho más grave.

Aramburu entra en uno de sus largos silencios. No se queda en blanco. Es notorio que piensa. Que no se evade. Pero, ¿por qué tanto tiempo? ¿Es cuidadoso, sensato, le gusta elegir sus palabras, buscar la expresión justa? ¿O es, sin más, lento? Nuestra suposición es otra, la dijimos: necesita tiempo. Necesita ganar tiempo para quienes lo estarán buscando.

Todo lo que dice es:

–Qué.

Fernando está de pie. Algo alejado. Lo mira desde arriba. Secamente, dice:

–Queremos hablar del cadáver de Eva Perón.

Aramburu lo esperaba. Lo temía. Al demorarse tanto el tema creyó que no estaba en juego, que se libraría de él. Pero aquí está: Eva Perón. No hay peronista que no enfurezca cuando sale el tema de esa mujer que ellos, malamente, le han escamoteado. No hay venganza que Eva Perón no justifique, no reclame. No hay modo de reparar esa injuria.

Aramburu, ahora sí, siente que está en peligro.

Colaboración:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

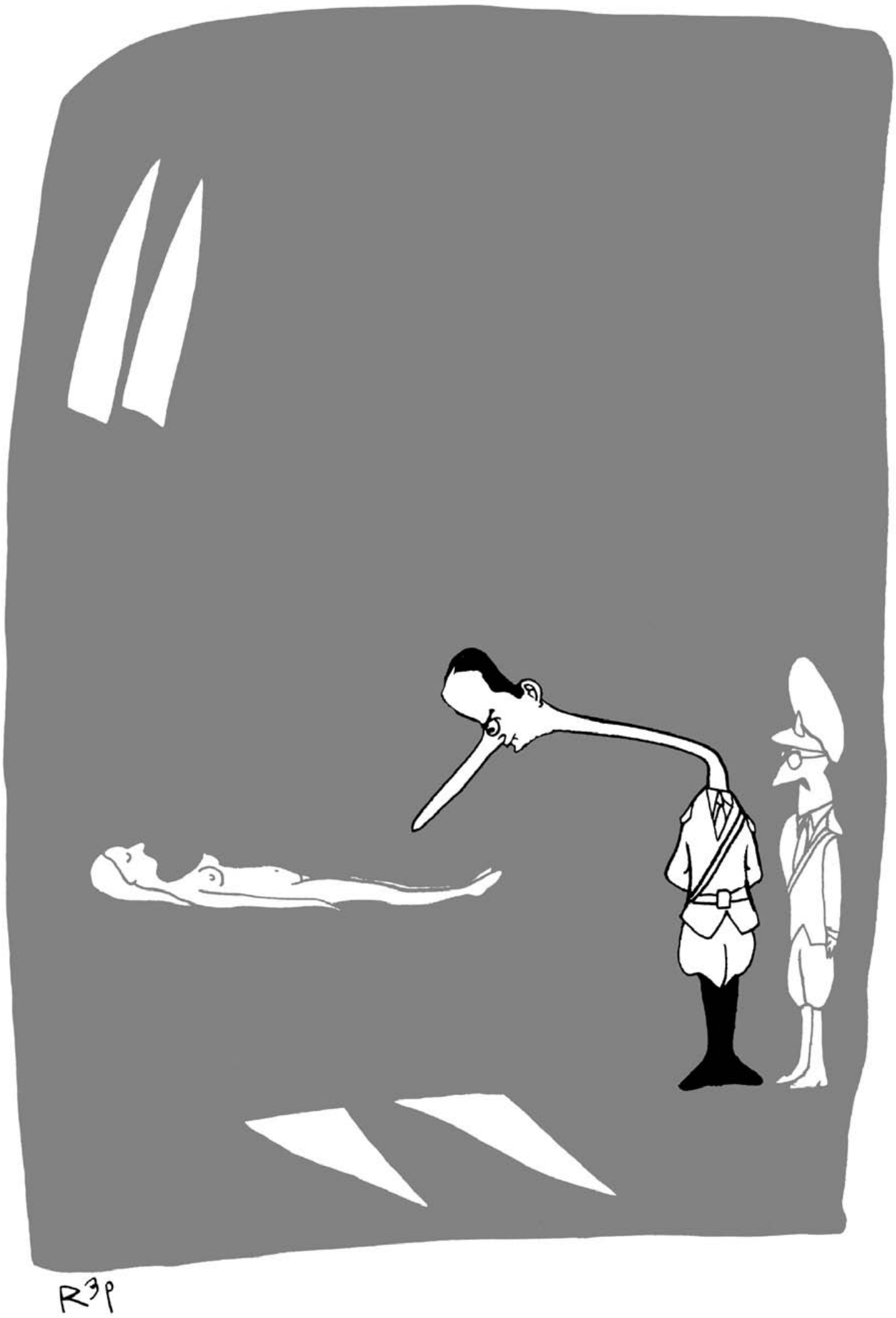
El secuestro de Aramburu (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

47 **El secuestro de Aramburu (III)**



Suplemento especial de
Página|12

1

Supongamos que Aramburu dice:

–No es mucho lo que puedo decirles sobre el cadáver de Eva Perón.

Supongamos que Firmenich dice:

–No es el momento de hablar de eso.

Fernando se le acerca. Le gusta mirarlo fijo a Aramburu. Sobre todo cuando le dice frases de importancia. Como ahora.

–Usted está planeando un golpe de Estado. Si lo niega, no se lo vamos a creer. Tenemos buenas fuentes.

–Cuáles.

Fernando nombra un par de generales.

–Usted confunde amigos con conspiradores –dice Aramburu.

Con un gesto veloz, Fernando apaga el grabador. Es un Geloso que carga unos buenos años encima, pero ofrece esa seguridad de las cosas bien hechas. Dice:

–Ahora puede hablar tranquilo.

Aramburu no habla. Sólo dice:

–Tengo hambre.

Organizan una comida leve, ligera. Nada de vino. Sólo gaseosas. O agua. Cuando pone una Coca Cola sobre la mesa, Firmenich –que suele sonreír más que Fernando– comenta:

–El mejor invento del imperialismo.

Supongamos que Ramus –que va y viene, que oficia de contacto con la realidad exterior– ironiza:

–Para el general, el mejor invento del imperialismo es el imperialismo.

–Se equivocan conmigo –dice Aramburu–. No soy un agente del imperialismo. Onganía, sí. Yo soy un demócrata.

–No nos tome por tontos –dice Fernando–. Un demócrata no fusila a un compañero de armas en la Penitenciaría Nacional. Como a un delincuente. Como a un perro.

–También se equivoca. Eso fue en 1956. Yo no era un demócrata. Presidía un gobierno revolucionario. Habíamos derrocado a un dictador y teníamos que ser duros con quienes quisieran reponerlo. –Aramburu hace una pausa. Uno por uno, los mira a todos–: Ahora soy un demócrata. Soy un general que quiere un gobierno democrático y amplio para su patria. Amplio, no sé si soy claro. Con el peronismo incluido. Para eso tengo que voltearlo al bruto de Onganía. Para eso, no lo niego, conspiro junto a los generales que nombraron, todos hombres de bien, demócratas como yo.

–Gorilas como usted –dice Ramus, algo imprudentemente.

–No soy un gorila. Los gorilas me odian. Soy el menos gorila de los militares. Escuchen, Onganía se cae. No da más. Lo de Córdoba lo hundió. Sólo es cuestión de darle un empujón.

–¿Quién se lo va a dar? –pregunta Fernando, que lo sabe–. ¿Usted?

Aramburu come un poco de jamón crudo. También hay un buen queso de campo en su plato. Bebe Coca Cola.

–Muy bueno el jamón crudo –comenta–. Bien de campo. Estas cosas llegan degradadas a las ciudades. Son los intermediarios. Una de las desgracias de este país. Arruinan la pureza de los alimentos. O para venderlos más fácilmente o para aumentar las ganancias.

–O para las dos cosas –dice Firmenich.

–O para las dos cosas –acepta Aramburu.

–Pero no son los intermediarios –dice Fernando–. Es el capitalismo. El capitalismo no tiene moral.

–Vuelvo a lo de Onganía –dice Aramburu, ignorando el comentario de Fernando. Con el que, desde luego, no concuerda–. Caído Onganía, lo que hay que hacer es muy fácil. Un gobierno de transición.

–¿Otro más? –dice Fernando. Y ahora, burlón, se ríe.

–Otro más, no –dice Aramburu–. El último. Si lo presido yo es el último. Les doy mi palabra. Apenas si durará un par de meses. Sólo lo necesario para convocar a elecciones. Con la inclusión del peronismo. ¿Se dan cuenta? Con el peronismo adentro. Lo que piden desde 1955.

–¿Adentro de qué, general? –dice Fernando.

Aramburu suelta los cubiertos. Sorprendido, clava sus ojos en los de Fernando.

–¿Cómo de qué? –dice–. De la democracia.

Supongamos que Fernando dice:

–Del sistema de partidos. De la partidocracia. Del régimen.

–Yo hablo de la democracia, no del régimen –dice Aramburu, firme.

–Ya conocemos la democracia de ustedes, general. Cuando es mansa, la respetan. Cuando no, la tiran. Como a Perón.

–Perón no era la democracia –dice Aramburu–. Al menos, no como yo la imagino.

–¿Cómo la imagina usted? –pregunta otro compañero. Está sentado a la mesa, come. Habla poco. Su nombre no trascenderá. Nadie sabrá quién es, quién fue. No importa: sabemos que estuvo ahí. Podríamos, si quisiéramos, elegirle un nombre. No hay relato confiable sobre lo que narramos. Ni lo habrá. Sólo hay narradores privilegiados. Firmenich, sobre todo. El estuvo y él ofreció una narración de la historia. Pero se contradice burdamente a veces. Dice que Aramburu bajó amordazado al sótano en que Abal habrá de matarlo. Luego omite decir que le quitaron la mordaza. O no se la quitaron o no hubo mordaza. Porque, ¿cómo podría decir *Proceda* un hombre amordazado? Así que a este personaje al que se le dice *compañero* le diremos Julio. Total, habla poco. Y de aquí en más probablemente hable menos que poco. Una palabra o dos. Probablemente no hable. Ha dicho, sin embargo, algo importante.

–¿Cómo la imagina usted? –dice. Con ironía, tal vez. Porque todos saben que la democracia que Aramburu imagina no es la de ellos. Ellos, más bien, se cagan en la democracia. No les faltan motivos: nunca la conocieron, sólo fue una palabra en boca del régimen para justificar sus atropellos, para negarle al pueblo sus derechos. También los yanquis se llenan la boca con esa palabra. Y son los yanquis. Son eso que el Che dijo que eran: los enemigos del género humano.

–Hablo de una democracia que nadie conoce –dice Aramburu–. Que es nueva en este país. Que ni yo ni ustedes vivimos nunca.

2

La Gaby se ha sentado ante una máquina de escribir. ¿Cuál podría ser? ¿Una Olivetti, una Remington? Supongamos: una Lettera 32. ¿Escribe ella los comunicados o ya estaban escritos? Raro que ya estuviesen escritos. Nadie puede escribir el futuro. O prefigurarlo en *comunicados*. Probablemente Ramus –es *una* posibilidad– que ha ido de La Celma a la casa en que está Norma y luego ha regresado. Que se mueve sin que sepamos muy bien por dónde. Probablemente él sea quien le ha informado el desarrollo de los acontecimientos. Gaby redacta el primer *Comunicado* o le da forma definitiva al boceto que ya había escrito Fernando. El resultado es lo que sigue:

"Perón Vuelve
Comunicado N° 1

"Al pueblo de la Nación:
Hoy a las 9.30 hs. nuestro Comando procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu, cumpliendo una orden emanada de nuestra conducción a los fines de someterlo a Juicio Revolucionario.

Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de traidor a la patria y al pueblo y asesinato en la persona de veintisiete argentinos.

Actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria. Oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada. En momentos tan tristes para nuestra Argentina que ve a sus gobernantes rematarla al mejor postor y enriquecerse inmoralmente a costa de la miseria de nuestro pueblo, los Montoneros convocamos a la resistencia armada contra el gobierno gorila y oligarca, siguiendo el ejemplo heroico del general Valle y de todos aquellos que brindaron generosamente su vida por una Patria Libre, Justa y Soberana.

¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!
Comando Juan José Valle
MONTONEROS"

La Gaby se recuesta contra la silla. Repasa el texto. No lo puede creer. Carajo, ¡lo que hicieron! El despelote que se va a armar en el país. Se van a cagar en las patas cuando en las redacciones del cipayaje periodístico lean ese Comunicado. Se lo van a pasar de mano en mano. No van a saber si es auténtico o no. O peor: si es auténtico, no se van a animar a publicarlo. Y si lo publican será con el culo a cuatro manos.

Arrostito no se equivoca. El Comunicado sacude al país. Años después, en medio del terror de la dictadura de Videla, otro texto llegará a las redacciones: la *Carta* de Rodolfo Walsh a la Junta Militar. No asustó a nadie. En la revista *Gente* se la pasaban de mano en mano y se ahogaban de la risa. ¡Mírenlo al loco éste! ¿Quién se cree que es? El solo contra la Junta Militar. Deben estar temblando los Comandantes. Siempre fue un loquito ese irlandés. Ya lo deben haber metido en un horno. Esa revista estaba llena de "verdugos voluntarios de Videla". Se mata de muchas maneras. Cuando el Ejército necesite fraguar la muerte de Arrostito, en *Gente* sacarán una tapa que se estudia y se estudiará como un ejemplo impecable de la banalidad del mal. Está la foto de la Gaby y –cubriéndola parcialmente– un sello burocrático, un sello de oficina estampado con fuerza, con brutalidad. La palabra impresa es: *Muerta*.

Pero el Comunicado N° 1 de Montoneros estremece a todos.

La cosa es grave.

En *Gente* acaso hayan repetido una frase dicha años atrás a causa del secuestro de un embajador extranjero en Guatemala: *¿En qué nos tendremos que transformar para sobrevivir?*

Exactamente en lo que se transformaron.

Para su desgracia, pocos habrán de averiguarlo tan exhaustivamente como Norma Arrostito.

Después del "aramburazo" se transforma en un mito. De aquí su permanencia excesiva en la ESMA. Su tortura se prolonga porque no quieren matarla. Es un trofeo. La Marina la exhibe con orgullo. Ellos la tienen. Tienen a la "concha" de los Montoneros. Le dicen así: la *concha* de los Montoneros. Hay secretas historias que la atrapan y le otorgan protagonismos sorprendentes. Que, en 1974, Perón, buscando desarmar la conducción de Montoneros, le dice a Juan Manuel Abal Medina que quiere hablar con ella. Pero, ¿cómo encontrarla? Y también: ¿puede Perón, en 1974, hablar con Norma Arrostito sin que los suyos, ese poderoso círculo nazi-fascista que él fortaleció, se lo impidan? ¿Puede haber algo más loco para ese Perón a meses de morir que hablar con la Gaby?

3

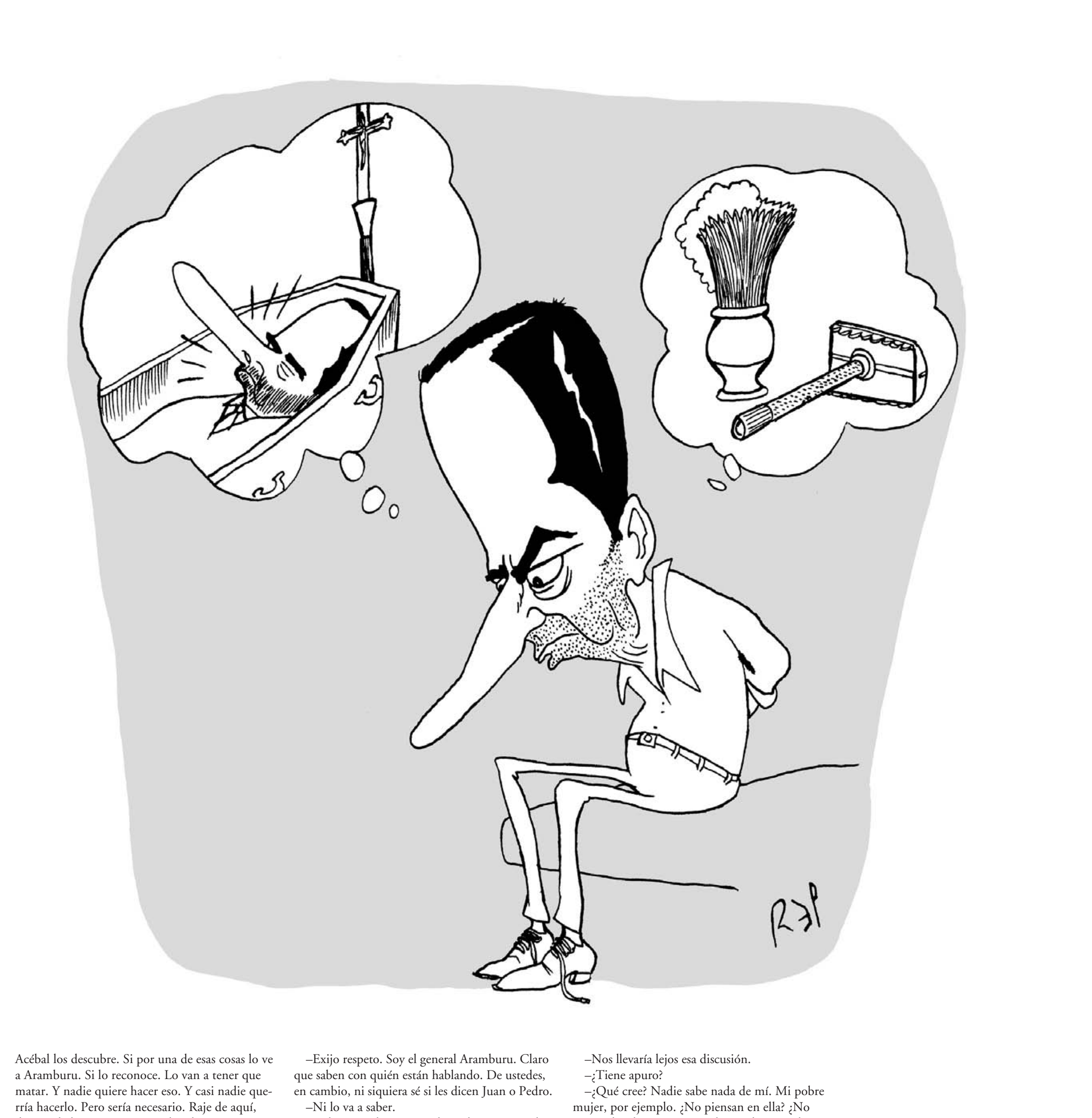
Aramburu sigue:

–La democracia de Perón era incompleta: marginaba a los antiperonistas. La de los antiperonistas también: lo marginó a Perón, los marginó a ustedes. Lo que nunca hubo fue una democracia para todos. Peronistas y antiperonistas. Un Congreso con todos los partidos. Un Estado que gobierne con sus tres poderes. Elecciones transparentes. Sin trampas, sin proscripciones. Esa es la democracia que yo imagino.

Fernando chupa de la bombilla de un mate. Se lo habrá pedido al Vasco Acébal. A Firmenich no le gusta que se le acerquen a Acébal. Fiel o no, el Vasco nada debe saber. Hasta ahora lo han mantenido lejos. O lo mandan al pueblo. O le dicen que haga sus tareas lejos de la casa. Si no hay nada que hacer por ahí, que lo invente.

–Escuche la radio, don Acébal –le ha dicho Firmenich. Casi sabe tratarlo mejor que Ramus. Le tiene algún afecto. Siempre *esa* clase de afecto: la del joven de privilegio que se acerca al gauchaje. No todos saben hacerlo. Hay que tener un par de cosas claras. De ideas claras y de sentimientos genuinos. No cualquier burguesito le da la mano a un capataz. O un abrazo, un abrazo de verdad, cálido. El Pepe, sí. Hasta llega a decirle algo que sorprende al Vasco–: Y si se aburre mucho váyase al pueblo y búsquese una buena hembra. Total, nosotros vamos a estar ocupados uno o dos días más. Por la comida, olvídese. Nosotros nos arreglamos. Aproveche, don Acébal.

El Vasco se va. No le dice que no ni que sí. Más bien lo avergonzó la propuesta de Firmenich. ¿Cómo va a abandonar la estancia de los patrones? No es su día franco. Para colmo, por una hembra. Pero el Pepe lo quiere silencioso. Lo quiere ausente. Si se precipitó en algo, si metió alguna pata, motivos no le faltaron. Sabe algo terrible. Si don



Acébal los descubre. Si por una de esas cosas lo ve a Aramburu. Si lo reconoce. Lo van a tener que matar. Y nadie quiere hacer eso. Y casi nadie querría hacerlo. Pero sería necesario. Raje de aquí, don Acébal. No se arriesgue al pedo. Aquí se juega la Historia. Y un hombre simple como usted tiene que estar lejos. No se manche de sangre. Usted es un inocente. Un alma de Dios. Déjenos a nosotros la carga pesada de hacer la tarea sucia. Búsquese una hembra. No joda. Es por su bien que se lo digo. De don Acébal ya no sabrán más. Se borra del relato.

–Le va a costar entenderlo, general –dice Fernando–. Pero esa democracia suya es lo que hace de usted el hombre más peligroso de la Argentina. Para nosotros, se entiende. ¿Habló ya con Perón?

–Todavía no. Pero tengo los mejores contactos. Gente fiel, honesta. Que me aprecia a mí. Que lo respeta a él. En cualquier momento, hablamos.

–Qué conmovedor, vea –dice Firmenich, y muestra esos dientes saltones, que parecieran no acomodarse nunca en su boca–. Los enemigos de ayer son los aliados de hoy.

–¿Qué hay de malo en eso? –dice Aramburu–. En política hay que tener grandeza. Los grandes hombres...

–No diga tonterías –se exalta Fernando–. Usted no es un gran hombre.

–Jovencito, no olvide con quién está hablando.

–Sé muy bien con quién estoy hablando.

–Exijo respeto. Soy el general Aramburu. Claro que saben con quién están hablando. De ustedes, en cambio, ni siquiera sé si les dicen Juan o Pedro.

–Ni lo va a saber.

–Volvamos a la cuestión de su democracia –dice ¿Julio? ¿Por qué no? Si es un compañero, si está aquí, algo ha de haber dicho. Es una tercera voz: Fernando, Firmenich y él. De tanto en tanto, cuando regresa, Ramus. No podemos desperdiciar a Julio. Ha hecho, por de pronto, retornar el diálogo a su cauce: la democracia. Veamos qué dice Aramburu. Algo inesperado. Sorprende a sus interrogadores:

–Díganme: ¿y Perón? ¿Es un gran hombre?

–Perón es un gran líder de masas. Hay que tener grandeza para serlo. El pueblo no elige a líderes de barro –dice Fernando.

–Disiento con eso. El pueblo se equivoca. ¿Tienen un cigarrillo?

–¿Usted fuma?

–Cuando me están por matar, sí.

–Nadie dijo que lo vamos a matar.

–Entonces olvide lo del cigarrillo.

Fernando se pone en pie y camina lentamente alrededor de la mesa. La comida ha terminado. Probablemente se alargó más de lo razonable. Pero hay algo que no quiere dejar pasar.

–Muy de usted decir que el pueblo se equivoca –dice–. Muy de alguien acostumbrado a gobernar sin el pueblo. O contra él.

–Nos llevaría lejos esa discusión.

–¿Tiene apuro?

–¿Qué cree? Nadie sabe nada de mí. Mi pobre mujer, por ejemplo. ¿No piensan en ella? ¿No existen los demás para ustedes? Debe estar desesperada.

–Volvamos adentro –dice Fernando.

4

Otra vez Aramburu está sentado en la cama. Así, en mangas de camisa, con el cansancio de la jornada en la cara, las arrugas que le marcan esos surcos profundos, sobre todo las dos que le salen de las comisuras de la boca hacia abajo, las dos que le dibujan ese gesto de amargura. Con los ojos tristes, con los pantalones arrugados, así, no parece Aramburu. Pero lo es. Y todo lo que está ocurriendo en la estancia La Celma y todo lo que habrá de ocurrir es por eso, porque lo es. Y aunque lo quiera, aunque cada vez con mayor certeza crea que serlo será morir, no tiene retroceso, no puede dejar de serlo.

–Perón no va a arreglar nada con usted –dice Firmenich.

–Si ustedes me matan, no.

–Habla más de la muerte usted que nosotros.

–Muy simple: si alguien tiene que morir de los que estamos aquí, soy yo. Estoy solo. No tengo armas. –Cambia de tema. Como si no le interesara hablar de algo tan evidente. Dice–: ¿De dónde

sacaron que Perón no va a arreglar nada conmigo?

–General, la democracia que usted propone es la burguesa –dice Fernando–. La democracia del régimen. El peronismo no es el régimen. Ustedes nunca lo van a poder integrar. Para hacerlo tendrían que negarse a sí mismos. Que desaparecer. Usted representa a las clases poseedoras. Perón, a los explotados. A la clase obrera. No hay arreglo posible.

–Perón hizo ese arreglo. Durante su primer gobierno los obreros y las clases altas convivieron. Después, perdió el rumbo.

–Justamente –dice Firmenich–. Porque el rumbo no es la conciliación. Ahora Perón lo sabe. El único rumbo es el de la revolución nacional antiimperialista. La destrucción de la oligarquía y del Ejército cipayo. No hay otro rumbo, general.

–¿Perón les dijo eso?

–Todavía no hablamos con él –dice Julio. ¿Tendrá autoridad como para revelar algo así? Difícil. Será más acertado darle esta línea a Fernando.

–Todavía no hablamos con él –dice Fernando.

–A mí no me dijo eso. Igual, ya sabemos cómo es Perón. Si hablan con él, les va a decir lo que ustedes necesiten oírle decir.

–¿También hace eso con usted?

Aramburu lo piensa. Se rasca la nariz. De pronto, estornuda. Se pasa una mano por la cara.

–Es posible. Pero si yo lo echo a Onganía. Si monto un gobierno de unidad nacional. Si lo llamo a Perón, él viene.

–Por eso usted es tan peligroso para nosotros, general –dice Firmenich–. Si logra lo que dice, el peronismo como fuerza revolucionaria muere. Porque es cierto: Perón tiene sus años. Y si le ofrecen el desagravio. El uniforme. Y elecciones limpias, por ahí se viene. Y consolida la democracia del régimen. Estamos aquí para impedir eso.

–El pueblo no quiere un peronismo de saco y corbata –dice, ahora sí, Julio–. Quiere un peronismo que haga la revolución. Como Evita lo pidió.

–¿Puede preguntarles algo? –dice Aramburu. Todos, muy seriamente, siguen mirándolo. Aramburu se siente autorizado–: ¿Cómo saben ustedes lo que quiere el pueblo? ¿Por qué hablan en su nombre con tanta certeza? Si esta estancia es de alguien de ustedes, les comunico que el pueblo no tiene estancias. Y que ustedes no son parte de él.

–Eso es una estupidez, general –dice Fernando, ofuscado–. Nosotros somos un grupo de vanguardia. Ni Lenin ni Trotsky ni el Che eran proletarios. Pero sabían lo que el pueblo quería. Porque, a diferencia de usted y los suyos, lo escuchaban, sabían de sus sufrimientos, de la explotación a que ustedes lo someten. Ese discursito que se nos endilga a los que tenemos más de diez pesos en el bolsillo, que dice que no podemos entender al pueblo porque no somos pobres es una infamia. Y una tontería.

–Creo que este es un diálogo de sordos –dice Aramburu, fatigado por primera vez.

–Es posible –dice Firmenich–. Pero sepa esto, general: no habrá democracia del régimen. No habrá peronismo de saco y corbata. No van a integrar nunca al peronismo. El peronismo y el régimen no van juntos. Siempre los obreros van a pedir salarios que ustedes no quieren o no pueden pagar. Que no puedan es sólo un modo de decirlo. Poder, pueden. Lo que no pueden es reducir los márgenes de ganancia. La gula capitalista.

Aramburu se recuesta contra la pared. Lamenta no haberlo hecho antes. Ahora estaría menos cansado. Se lo impidió esa dignidad que los militares depositan en todo lo erecto. Firmes, vista al frente, fusil al hombro, mirar la bandera, arriba, en lo más alto. No doblarse jamás. Usar calzoncillos de dos medidas menos: aprietan bien los huevos y uno alza la cabeza, eleva la mirada. Como Belgrano junto al Paraná. Y por eso tenemos bandera.

–Lo que daría por tenerlo aquí a Perón –dice, inesperadamente, Aramburu.

–Nosotros también –dice Firmenich–. Si lo secuestramos fue para eso: para traerlo a Perón.

–No me interprete mal –dice Aramburu–. Yo digo tenerlo *ahora*. Aquí, entre nosotros. Podríamos hacerle un par de preguntas. O dos. Solamente dos. Por ejemplo... –Se detiene. Es visible que busca encontrar la formulación perfecta de las dos preguntas. No es fácil. Le cuesta tramar la pregunta de sus captores. Lleva horas escuchándolos. Algo aprendió de su lenguaje. Sabe que no son marxistas, ni comunistas. Son peronistas. Son cristianos. Y también –y esta faceta lo desconcierta, porque a veces le da esperanzas, pero otras se las quita por completo– son idealistas. No son mercenarios. No obedecen a nadie. No son gente de Onganía ni de Imaz. Eso es impensable. Son demasiado finos, se los ve cultos. Sus familias han de ser gente honesta, gente de las clases altas. Pero el idealismo es la fuerza secreta de los fanáticos. No hay más grande idealista que un fanático. Nadie, como un fanático, encarna la certeza, el deber íntimo y la legitimación de matar.

–¿Por ejemplo...? –se impacienta Firmenich.

–Ustedes le preguntarían: General Perón, ¿quiere ponerse al frente de una revolución nacional? ¿Quiere enfrentar definitivamente a la clase obrera peronista con la oligarquía? ¿Quiere romper relaciones con los Estados Unidos? ¿Quiere...?

–Son muchas preguntas –interrumpe Fernando.

–Es una sola: ¿quiere ponerse al frente de una revolución nacional? Perón sabría entender qué significa eso.

–¿Qué le preguntaría usted?

–Perón...

–Empezó mal. No le restituyó el cargo.

–Perón y yo nos conocíamos. Yo le decía *Perón* y él *Aramburu*.

–Digamos que sí. Siga.

–Perón, ¿quiere ponerse al frente de una democracia legítima, consagrado por el voto libre de toda la ciudadanía, con su traje de general y liberado de todos los cargos que se le han formulado?

Raro, Aramburu sonríe y los mira con aire de vencedor. Los montoneros no demoran su respuesta.

–Usted no lo conoce al general –dice Fernando–. Sabe muy bien que hoy el pueblo sólo lo seguiría si se pone al frente de una revolución antiimperialista. Hoy, él representa eso. Le guste o no, eso es lo que tiene que hacer. América latina vive horas revolucionarias. La Revolución Cubana, general. Ningún líder popular puede ofrecer menos al costo de negarse como tal. No somos tontos. No importa lo que piensa Perón. Importa lo que objetivamente representa y lo que va a tener que aceptar. Hoy, nadie puede ser Perón y no ser un revolucionario. Porque eso esperan el pueblo y la Historia de él.

–¿Un nuevo Castro?

–Pero argentino –dice Firmenich–. La revolución ha ido muy lejos en América latina. Si Perón vuelve tiene que sumarse. Con su historia, con el amor que le tienen las masas, no le queda otra. Y créame, general: eso es lo que va a hacer. Porque es vivo. Porque es un artesano de la Historia. Trabaja con los materiales que tiene. Lo que ahora tiene es un pueblo y una ideología incontenible: el socialismo.

–Ustedes no lo conocen a Perón.

–Es usted el que no lo conoce –dice Firmenich–. Y lo entendemos. No puede sino mirarlo con su pequeña ideología de milico. De hombre de orden.

Aramburu sonríe. Es como si supiera algo que esos jóvenes no pueden sino ignorar. Por eso: porque son jóvenes. Por algo más: porque no son militares. Y por último: porque nunca tuvieron un mano a mano con Perón. Un diálogo en la quietud de un casino de oficiales, al atardecer, cuando ellos, los militares, de tan temprano que se levantan, ya empiezan a tener sueño.

–Oiganme bien, y después hagan lo que quieran. Yo, el gorila Aramburu, no soy ni la mitad de milico que es Perón. Puede que mi ideología sea más pequeña que la suya. Perón es el tipo del milico inteligente. Dio clases en la Escuela de Guerra. Leyó bien a Clausewitz. Pero es más anticomunista que yo, lo juro. Y el orden le gusta como a todos nosotros. Como a todos los militares. Somos hijos del orden y nos educan para defenderlo. Si quieren, me creen. Si no, prepárense para sorprenderse.

El 31 de mayo fue el último día del juicio. Aramburu sabía que sólo restaba un tema. El más difícil. El que más miedo le metía.

Fernando Abal Medina dijo:

–Hablemos de Eva Perón.

(Continuará.)

Nota: Esta aclaración nada tiene que ver con el relato. Y hasta acaso sea por completo innecesaria. Creo, sin embargo, que no introduje adecuadamente esta *nouvelle*. No dije algunas cosas que ahora voy a decir. Si alguien se ha sorprendido por el pasaje del ensayo a la narración ficcional tiene sus motivos. Como sea, siempre aclaré que este ensayo pretendía ser una novela teórica. Aquí alcanza su punto hegemónico la esfera ficcional. No podía ser de otro modo. O era el lugar para hacerlo. Nadie sabe cómo fue el crimen de Timote. Todos los ensayistas nos basamos en un texto que apareció en la revista *La Causa Peronista*, revista de la Organización Montoneros, el 3 de septiembre de 1974. Era su N° 9. Era un texto oportunista. La revista buscaba ser clausurada por el régimen de Isabel-López Rega. Con lo cual lograba dos cosas: mostrar el carácter represivo del régimen (para lo cual no era necesario esforzarse mucho) y abonar la decisión del pasaje a la clandestinidad. Esto raramente se marca. Pero la decisión de Montoneros fue: si contamos lo de Aramburu no van a tener más remedio que prohibirnos. Si nos prohíben, se justifica la imposibilidad del trabajo de superficie y la necesariedad de la opción de la lucha clandestina. Así fue. Nunca más salió *La Causa Peronista*. Este aspecto político coyuntural ya echa sombras sobre la verosimilitud del relato, construido con otros fines que los de la contribución a la verdad histórica. El texto aparece como un relato de Norma Arrostito y Mario Firmenich: "Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu". Luego, Arrostito renegaría de su participación. Lo más probable, entonces, es que la misma haya corrido por parte de Firmenich. El mayor "error" que se le suele encontrar fue mencionado: Aramburu no puede decir "Proceda" si está amordazado. Se trata de algo sin importancia. Firmenich pudo haberse distraído. Me interesa lo siguiente: si lo único que tenemos es el relato de Firmenich, ¿por qué someternos a él? *¿Por qué creerle a Firmenich?* ¿Dijo la verdad o dijo sólo lo que tenía que decir para que la publicación fuera prohibida? Decidimos, entonces, ofrecer *nuestra* versión de la tragedia de Timote. Escribir la *nouvelle* que se está leyendo. De ella pueden estar seguros acerca de su falsedad. Pero la ficción es un arma poderosa para crear verdades por medio de mentiras. Todo es mentira porque nada puede ser verificado. Pero, ¿es verosímil? ¿Pudieron los hechos ocurrir de ese modo? ¿Podemos pensarlos desde ese punto de vista? Lo que se dicen sus protagonistas, ¿responde a lo que ellos fueron en la llamada "realidad"? ¿Nos los ilumina de un modo inesperado? Tal vez ni Fernando Abal Medina ni Aramburu dijeron una sola palabra de las que dicen en este relato, pero ¿pudieron haberlas dicho? Aquí es donde la ficción entrega riquísimos materiales. El riesgo es grande. El mayor es poner en boca de los protagonistas frases que jamás habrían podido decir. Pero si logramos poner alguna que sí, alguna que podrían haber dicho y no dijeron, ¡qué triunfo! Tendríamos algo más valioso que un documento: un fragmento de vida, una situación nueva y verosímil que merece ser pensada, otra luz donde creíamos que ya no era posible ninguna. En eso estamos. De todos modos, al terminar escribiremos unas *Apostillas* a "*El secuestro de Aramburu*". Trataremos de ahondar más en las líneas que el relato propone. Ojalá sea posible.

Colaboración:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El secuestro de Aramburu (IV)

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

48 **El secuestro de Aramburu (IV)**

Suplemento especial de
Página|12

1.

¿Qué podía decirles de Evita? ¿Podían ellos, mocosos entre 20 y 23 años, entender algo de lo que él les explicara? ¿Ustedes creen conocerla? Yo la vi de cerca, la vi caminar, la vi sentarse, pararse, estreché su mano incontables veces, vi sus vestidos carísimos, sus zapatos, la escuché hablar, la vi sonreír, nunca la vi llorar. Después vi su rodete, ese traje sastre que se puso como un uniforme, como un soldado en la batalla. La vi empezar a morir y poco faltó para que la viera muerta. La vi volverse pálida. La vi perder la redondez, la salud espléndida, bella, de su cara. Le salieron unos pómulos como rocas. Se le afinaron los labios. Hasta los tobillos se le afinaron, porque los tenía gruesos y eso la atormentaba. Se le transparentaron los huesos de las manos. Su voz se hizo dura. Sólo parecía saber dar órdenes. Hasta que se murió.

Después, pese al circo que montó Perón, vi que el pueblo la lloraba de verdad. Ya les voy a hablar del pueblo de Evita. Pero que la quería, la quería. Con ganas, con humildad y hasta con sometimiento, sin vergüenza, sin honor. No se puede querer así a una persona. No le queda a uno lugar para amarse a sí mismo. No le queda orgullo. Vi a ese pueblo entregarse a ese amor hasta perderse, hasta no tener presencia, hasta inmolarse. Si uno les hubiera preguntado qué eran. Qué eran *ellos*, entienden. Habrían dicho: somos nuestro amor a Evita. Así, ella podía manejarlos como quería. Sé que ustedes dirán: "Fueron tan lejos en su amor a ella por el odio con que ustedes siempre los trataron. Era la primera vez que recibían amor. ¿Cómo no iban a entregarse a él? ¿Cómo no iban a amar a Eva hasta el punto de no amarse a sí mismos? Sé que ustedes dirán: estaban llenos de amor. Nunca un pueblo amó tanto. ¿Qué les importaba darle todo su amor si tenían el de ella? No necesitaban amarse a sí mismos porque ella los amaba. Con eso era suficiente. Con eso les bastaba". Como verán he pensado la cuestión. Pero hay otro aspecto.

Aramburu jamás les dirá lo que él llama el *otro aspecto*. Aramburu piensa que ese pueblo amó tanto a Eva porque era un pueblo ignorante. Porque eran mestizos recién llegados del interior. Cabecitas negras, grasitas, como ella les decía. Un pueblo culto no puede amar así a un gobernante. Un pueblo culto no pierde su dignidad crítica. Nadie puede extraviarse, ahogarse en otro. Sólo un pueblo de brutos, de fanáticos, pudo llegar a un amor tan extremo. ¿Qué puede esperarse de ese pueblo? Demasiado, lo peor. El amor de los fanáticos arrasa con todo. No hay decretos contra las pasiones de los ignorantes. Quien no ha sido pulido, trabajado por la cultura, sólo atesora la pasión, la furia de la barbarie. Sé qué me van a preguntar: por qué la escondimos. ¿Qué esperaban? ¿Que les dejáramos a esos brutos su Difunta Correa? Para peor, una Difunta Correa vengativa, borrascosa, bélica. No, no estábamos locos. Evita, en la Argentina, habría hecho estallar el país. Habría sido el punto de concentración de todas las rebeliones. El altar de todos los odios. Habríamos vivido limpiando de flores su tumba. Para empezar de nuevo al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Habrían ido los curas populares. Habrían celebrado misas tumultuosas. Los más fanáticos vivirían esperando que se levantara de esa tumba para llevarlos a la batalla, al triunfo. Habríamos tenido que cagarlos a palos. O que matarlos. Hoy me estarían juzgando por muchas otras muertes. No por las de Valle y sus compañeros. No por las de los basurales de José León Suárez. Por muchas otras. Por las muertes de montones de negros de mierda, fanáticos, indignos de un país culto como éste. Ya la habíamos aguantado viva. Por suerte, se fue pronto. Aguantarla muerta habría sido demencial. Sé que ahora me preguntarán dónde está. Que la van a querer para ustedes. Para dársela al pueblo. Para iniciar una gran pueblada con el cadáver de la Yegua como bandera. No, ni una palabra sobre eso. No voy a traicionar a mi país. Ni a los míos. La Puta, lejos.

2.

Arrostito esperaba algo así. Los servicios no descansan nunca. Reaccionan rápido. Aparecieron varios "comunicados" de "organizaciones armadas". A Aramburu lo secuestró medio mundo. Hay que añadir un dato más penoso, pero no menos inesperado. Un montón de giles, de aventureros han de haber largado carne podrida por armar despelote nomás. El país está ardiendo. Nadie sabe nada. Pero los "héroes" no cesan de surgir. De derecha, de izquierda. Hay que parar la mano. Cerrarles la boca. Todavía no se puede decir la verdad. Decir: fuimos nosotros. Somos un grupo armado de cristianos y peronistas. Nos llamamos *Montoneros* y lo hicimos boleta a Aramburu. Cualquier otro boludo que ande escupiendo comunicados por ahí, miente. La verdad –y no sólo en esto– es nuestra. Por ahora, Gaby decide escribir otro comunicado.

Perón vuelve
Comunicado Nº 2

Al pueblo de la Nación:

Ante la difusión de falsos comunicados atribuidos a organizaciones armadas proclamando la detención de Pedro Eugenio Aramburu e imponiendo condiciones para su rescate, la Conducción de nuestra Organización se ve en la obligación de aclarar las siguientes declaraciones:

1) El día 29 de mayo a las 9.30 horas nuestro comando Juan José Valle procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu.

2) Para demostrar la veracidad de esta afirmación, daremos los siguientes detalles:

a) Pedro Eugenio Aramburu no lleva en su poder ninguna documentación.

b) Los efectos personales que llevaba encima comprenden: una medalla llavero con la inscripción "El Regimiento 5 de Infantería al Gral. Pedro Eugenio Aramburu - Mayo de 1955"; dos bolígrafos Parker; un calendario plastificado del Banco del Interior; un pañuelo; una traba de corbata de oro y un reloj pulsera automático.

c) La detención se produjo en la sala comedor de su domicilio.

3) Por la naturaleza de los cargos que decidieron la detención de Pedro Eugenio Aramburu, a fines de someterlo a Juicio Revolucionario, resulta totalmente descartada la posibilidad de negociar su libertad con el régimen.

4) Que solicitamos a las organizaciones cuyos nombres han sido utilizados la pronta desmentida de los falsos comunicados.

¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!
MONTONEROS

3.

–No tengo mucha información sobre eso. Pasó por otras manos.

Firmenich niega con la cabeza. Se toma su tiempo para decir:

–No le creemos. Todo pasaba por sus manos.

Aramburu finge sorprenderse.

–¿Con Rojas al lado? ¿Con el odio de la Marina en la vicepresidencia?

–Ni Rojas podía hacer algo que usted no supiera –dice el otro compañero. El que hemos decidido llamar *Julio*.

Aramburu dice:

–Agradecería un cigarrillo.

–Esto es un juicio –dice Fernando–. No se fuma aquí. ¿Dónde está Eva?

Aramburu pareciera impacientarse.

–¿Qué tienen ustedes con Evita? –dice, malhumorado–. Ni la conocieron. Son jóvenes de familias pudientes. No creo que le deban nada. Ni una casa. Ni un juguete. Ni una botella de sidra y un pedazo de pan. Esas cosas con que se ganaba el corazón sencillo de los pobres.

–Tendríamos respuestas para esas infamias que usted farfulla –dice Fernando–. General, ni el corazón de los pobres es sencillo. Ni se lo compra con una sidra y un cacho de pan. Insisto: ¿dónde está Eva?

–¿Para qué la quieren?

–El pueblo peronista la quiere.

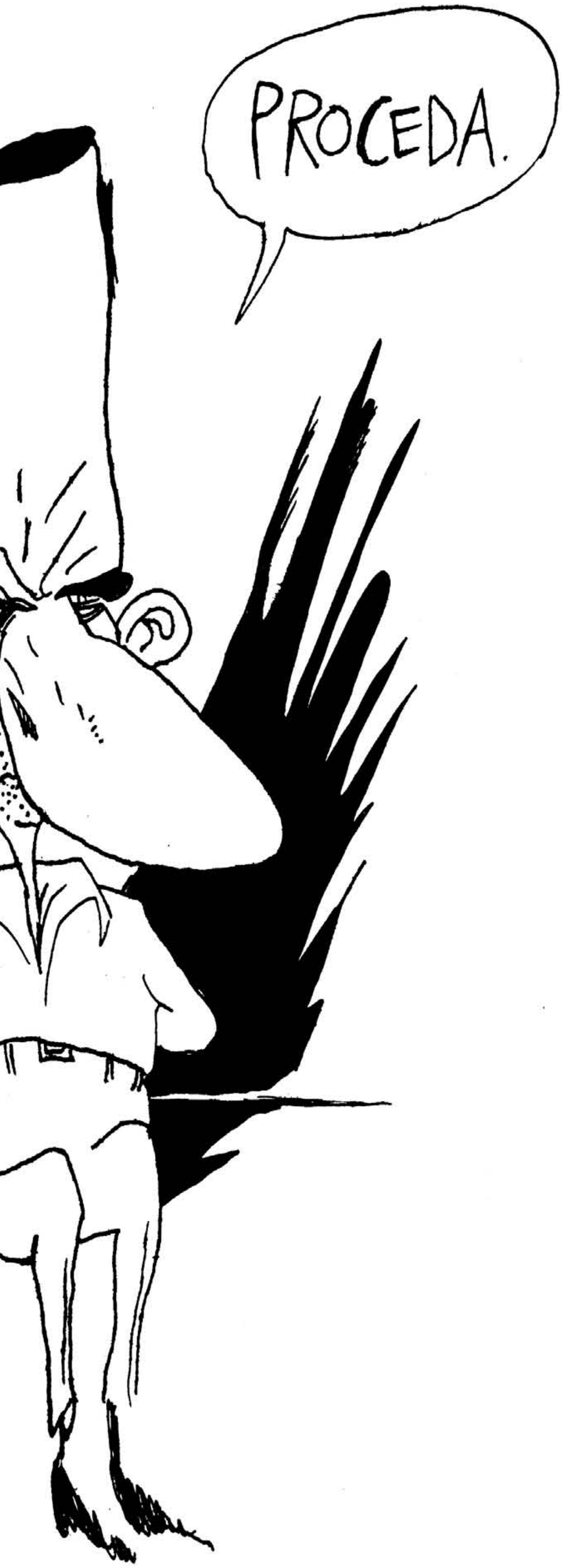
–¿Y ustedes se la van a dar?

–Díganos dónde está y se la damos. No es nuestra. Es de ellos.

–Es de Perón.

–Perón y el pueblo son lo mismo. Si se la damos a Perón, se la damos al pueblo. Si se la damos al pueblo, reposará en las mismas manos que en las de Perón. Eso queremos: que repose.

–Ella reposa. La enterramos cristianamente.



Fernando lo mira con furia. Le brillan los ojos cuando mira así, frunce el ceño y se le pone tirante la cara. Aprieta los dientes.

–Tiene una idea extraña de un sepelio cristiano usted –dice–. Se entierra cristianamente a alguien cuando lo entierran los suyos, sus familiares, sus amigos, sus camaradas. No sus enemigos. Cuando un sacerdote dice palabras del Evangelio. Un sacerdote elegido por la familia. Cuando el cadáver fue velado durante una larga noche en que nadie durmió. Cuando las manos que alzaron el féretro fueron las de familiares, o las de esos amigos o hermanos tramados por el dolor, por el amor y por el adiós irreparable. Eva habrá tenido un entierro clandestino. Un operativo secreto de quienes la odiaban. De quienes quisieron quitársela al pueblo. Y hasta hoy lo lograron.

–No podíamos enterrar a Eva Perón en la Argentina. Ustedes tienen que entenderlo.

–Si muere, usted va a ser enterrado en la Argentina.

–No es lo mismo. Escuché que le decían Fernando. ¿Se llama así?

–Si escuchó eso.

–Hay muchas diferencias entre Evita y yo, Fernando –es la primera vez que Aramburu lo llama por su nombre. Se arrepiente: una muestra más de que –si vive– los denunciará con lujo de detalles. Sus nombres, sus ropas, sus caras, el tono de sus voces. De ésta no salgo, piensa. También se sorprende: ¿por qué cometió un error tan torpe, tan pueril? Tampoco a Fernando le interesó desmentirlo: "No, escuchó mal. No me llamo así. No va a saber mi nombre". Habría sido más lógico. Si lo soltaban, él lo diría: "Uno se llamaba Fernando. O no lo negó cuando se lo pregunté". No había, en sus secuestradores, una técnica, una mínima lógica del ocultamiento. Esto es grave, se dice. Si no buscan ocultar sus identidades es porque saben que yo no voy a vivir para denunciarlos a nadie. Ahora es tarde. Lo hecho, hecho está. Es muy temprano aún. Vaya a saber qué rumbo tomarán las cosas. Por ahí quieren proponerle que se una a ellos. ¿Por qué no? Todo es posible. Todo es imposible. Sigue:

–Yo soy un militar retirado. Eva es un mito. Un culto. Un objeto religioso. Puede convocar multitudes.

–Que ustedes tendrían que matar.

–Que reprimir.

–Para ustedes reprimir es matar.

–No estoy de acuerdo. Usted nos dibuja como monstruos. ¿Qué país notable, no? Ustedes piensan de nosotros lo mismo que nosotros pensamos de ustedes. ¿Sabe a cuántos radicales, conservadores y comunistas torturó la policía de Perón? ¿Sabe a cuántos católicos como ustedes? Durante los últimos días del régimen. Los del conflicto con la Iglesia. Los jóvenes católicos estaban contra él entonces.

–Ahora no.

–Sí, y me cuesta entenderlo. Pero si yo cambié, ¿por que no ustedes? Eso es lo extraño: cambiamos para el mismo lado. Para el lado del peronismo. Yo no me hice peronista, pero quiero entenderlo. ¿Por qué no podemos entendernos nosotros?

–Por el pasado.

–El pasado está atrás. Nadie quiere volver ahí. Lo que murió, murió. Es hora de...

–Ahórrese frases de discursos escolares –interviene, muy veloz, Firmenich–. Usted no dejó atrás el pasado. Usted quiere retocarlo. Adecuarlo a los nuevos tiempos. Integrar al régimen lo que no pudieron destruir. Pero sus intereses son siempre los mismos: los del régimen. Ahora, con el peronismo adentro. Usted, con su gorilismo inteligente, es el más peligroso de nuestros enemigos.

El rostro de Aramburu se ensombrece. De pronto, es el hombre que ha entendido todo. La completa, la entera totalidad de la cuestión.

–Si lo mejor que tengo para ofrecerles me transforma en el más peligroso de sus enemigos, ¿para qué seguir hablando, señores? Dicten sentencia y fusílenme ya mismo.

Los jóvenes católicos se quedan sin palabras. Para responder a esa frase, al menos. Tiene razón ese general. Lo mejor que les ha ofrecido es traer a Perón. Lo que ellos y el pueblo peronista piden. Pero el Perón de Aramburu es un Perón para fortalecer al régimen. El de ellos, para hacer la revolución. O lo trae Aramburu o lo traen ellos. Si lo

trae Aramburu se consolida el sistema. Habrá democracia burguesa con Perón dentro de ella. En medio de un mundo que marcha fatalmente al socialismo, ¡usar al más grande líder de masas de América latina para el proyecto de la burguesía! Una locura, un sinsentido, un idiotismo histórico. De ahí que tenga razón Aramburu: lo que les ofrece lo transforma en el más peligroso de sus enemigos. En su blanco prioritario. Si alguien debe morir, es él.

4.

Al día siguiente lo interrogan sin grabador. La barba de Aramburu está más crecida. Esto le distingue aún más las arrugas. Y las mejillas se le han caído por completo, son dos colgajos que enmarcan tristemente su cara. No parece con muchas ganas de luchar. Sus jueces están enteros. Tampoco se han afeitado, pero tienen menos barba. Detalle por el que, célebremente, años después, el líder que hoy defienden, buscará agredirlos: *Imberbes*, les dirá.

–¿Quieren seguir hablando de Evita? –pregunta.

–Nosotros hacemos las preguntas, general –dice Firmenich–. Aunque le cueste creerlo, aunque no nos vea rodeados por todo ese solemne carnaval con que la burguesía adorna a la justicia, usted, aquí, está frente a un Tribunal.

–Lo sé muy bien. Sólo espero que esa justicia sea justa.

–Más justa que la de la burguesía, sin duda. No está al servicio de la oligarquía, ni de las corporaciones ni del imperialismo. Está al servicio...

–Del pueblo. Ya lo sé. Si me prohibió hacer discursos escolares. Ahórreme a mí los discursos revolucionarios.

Firmenich sonríe de costado. Supongamos que piensa: gorila de mierda, todavía te das el lujo de compadrear, no sé qué debés creer, que somos boludos, que en cualquier momento cae la cana y te rescata, que nos vamos a cagar en los pantalones y te vamos a devolver a tu casa, sano y salvo, con tu mujer y tus pantuflas.

Sin embargo, la esperanza de la salvación ha ido alejándose de Aramburu. Ya no busca ganar tiempo. Se ve que no aciertan a encontrarlo. O que la policía de Onganía no pone muchas ganas. Esta certeza lo fue atrapando hora tras hora: ¿para qué querría salvarlo Onganía? Debía saberlo todo el leporino. Serenidad y pistas falsas habrá sido su consigna. Pero, ¿y sus amigos? ¿Y los que estaban con él en la patriada de tirarlo abajo? Nada, impotentes por completo. Les habrán negado todo. No los habrán dejado participar en nada. ¿Se quedaron sin el líder, no? Jódanse, sin Aramburu no hay golpe. No hay pieza de recambio. Sigue Onganía. Veinte o treinta años más. Como él dijo.

–General, por última vez –dice Fernando–. ¿Dónde está Evita? El grabador está apagado. Lo que diga, aquí queda.

Aramburu respira hondo y suelta sonoramente el aliento. Dice:

–Está en un cementerio de Roma. No me pregunten en cuál. Hay más de un cementerio en Roma. Sé que en alguno está Eva Perón. No sé en cuál.

Fernando se pasa una mano por la cabeza, como peinándose. Imposible que se peine ese pelo engominado, brilloso. Pero ese gesto le permitió ganar un par de segundos. Lo que pensó en esos segundos fue terrible. La idea cruzó su cabeza como un tornado. Se la dijo a Aramburu.

–General, voy a serle sincero. Este es el momento, el preciso momento, en que un prisionero es sometido a la tortura. Repasemos la situación: usted dice que Eva Perón está en un cementerio de Roma. Nosotros necesitamos saber en cuál. Saberlo, es de gran importancia para nuestra organización. Si lo sabemos, en menos de dos días el cuerpo de la abanderada de los humildes, de la mujer más amada de la Argentina, está en nuestra manos. Si lo está, hablamos con Perón. Nos volvemos milagrosos. Conseguimos lo que nadie pudo. El régimen nos respeta. El pueblo nos ama. Perón nos necesita. Como verá, los motivos para conseguir esa información son poderosos. Usted nos dice: *No me pregunten en qué cementerio está Eva Perón*. Nosotros nos preguntamos: ¿por qué, por qué no vamos a preguntarle eso, qué nos lo prohíe? Nos lo prohíbe usted. Usted, que dice: sé que está en algún cementerio. No sé en cuál. ¿Y si no le creemos? Notará que usted se ubica demasiado cerca de la verdad. Roma, cementerio de Roma, hay más de uno pero no muchos, no demasiados, en uno de ellos está Eva Perón. Todo esto sabe usted. Lo que dice ignorar es muy poco. Sólo ignora en qué cementerio está. ¿Lo ignora o no nos lo quiere decir? Dígame, general, ¿cómo se sale de este problema?

–Por medio de la tortura.

–En efecto.

–Sé algunas cosas sobre la tortura –dice Aramburu–. Podrían serle útiles.

–Hable. Pero quiero dejar algo establecido. Mi posición sobre el tema ya está tomada. Nada de lo que usted diga podría cambiarla.

Pese a que esta frase lo intranquiliza, Aramburu no se detiene. Desarrolla su teoría:

–Descreo de la eficacia de la tortura. No digo que no dé sus resultados. Si no, no se acudiría a ella con tanta abusiva frecuencia. Sin embargo, veamos. Hice cursos. Leí libros de contrainsurgencia sobre esta cuestión. El torturador supone que el torturado tiene una verdad que él desea conocer. Extraerle. Para ello, lo tortura. El torturado puede tener o no tener esa verdad. Si la tiene y es valiente... Valiente, si me permiten, aquí sólo significa tolerar el dolor.

–¿No cree que la firmeza en las propias convicciones ayuda a esa tolerancia? –pregunta Firmenich, entrando en el diálogo.

–Sí, pero puede perjudicarlas. Voy a sincerarme. No estoy hablando de *cualquier* tortura. Hablo de la que ustedes se sienten tentados a aplicarme a mí.

–De acuerdo, ¿para qué ser abstractos si estamos en la más concreta de las situaciones? –dice Fernando.

–Supongamos que me torturan. Supongamos que soy valiente. Que tolero el dolor porque creo demasiado en la causa que represento. Ahí, fracasamos los dos. Ustedes, no tienen la información. Yo, de puro valiente que he sido, me quedé en la tortura. Tienen una cosa y no tienen otra, precisamente la que querían. Tienen mi cadáver y no tienen mi verdad. No se las he dicho. Veamos otro punto de vista. Ustedes me torturan y yo, que no tolero el dolor más allá de cierto punto, les digo dónde está enterrada Eva Perón. Pero muero. Confesé, pero resistí demasiado. Confesé cuando era tarde. Cuando ya no podían revivirme. Es un problema para ustedes. Siempre es un problema para el torturador que el torturado muera. ¿Dije toda la verdad? ¿Me guardé algo? ¿Morí antes de tiempo? ¿Morí antes de confesar todo? ¿Les alcanza con lo que obtuvieron? Pasemos a otro aspecto de la cuestión. Es casi el más habitual y el más cruel. Aquí, el torturador suele llegar a los límites de su barbarie.

–De su inhumanidad –dice Fernando. Pero luego, repentino, corrige–: Si es que creemos que es inhumano torturar. Yo diría que es un arte completamente humano. A cada rato decimos de alguien que es un bestia o una bestia. O por su ignorancia o por su brutalidad. Estoy harto de oír que el torturador se hunde en la bestialidad cuando tortura. Falso. Las bestias no torturan. Continúe, general. Está logrando entretenernos.

–No es mi intención.

–¿Cuál es, entonces?

–Sigamos –dice Aramburu–. ¿Cuál es este nuevo aspecto de la cuestión? El que definí como el más habitual y el más cruel. Simple: *el torturado no tiene nada que ofrecer*. No lleva en sí la *verdad* que el torturador requiere. Esto nos conduce a los límites del horror. Si el torturador le creyera al torturado, no sería así. Pero, para su enorme desgracia, el torturado nunca logra ser todo lo convincente que el torturador necesita. Además, cuando el torturador empieza su tarea es difícil que algo lo detenga. La situación puede prolongarse interminablemente. El torturador, torturándolo, le exige al torturado una verdad que cree él atesora. Pero no es así. El torturado no tiene lo que el torturador necesita. Sólo que el torturador no le cree. Esto se resuelve de dos modos. Aunque, finalmente, se desbarranque en el mismo modo de siempre. Primer modo: lo único que puede hacer el torturado es *mentir*. Si yo no tengo la verdad que me piden, si no puedo convencerlos de que no la tengo, sólo me resta inventarla. Aquí, el torturado, miente. Segundo modo: el torturador no le cree. O porque quiere seguir torturándolo. O porque no le sirve la verdad que el torturado ofrece. O porque descubre que el torturado fabula, inventa. A esta altura, delira. La tortura sigue sin detenerse. Sigue hasta el fin. El torturado muere. El torturador se queda con las manos vacías. Y hay otra posibilidad. La más sencilla. Ustedes se disponen a torturarme. Pero yo no tolero el dolor. Me aterroriza el sufrimiento. La vejación. La casi segura muerte. Confieso sin que me torturen. Confieso todo. Ustedes han triunfado. Tienen lo que desean: la verdad que yo cobijaba. Y tienen un enemigo sano. Un enemigo al que desprecian. Nada es más despreciable que un cobarde. Entonces me matan. O no. Puede suceder que me dejen libre. Regreso a mi casa. Me encierro en mi habitación. Me pego un tiro. No puedo vivir con mi cobardía.

–En las cuatro posibilidades el torturado muere –dice Fernando.

–Así es –dice Aramburu.

–¿Cuándo pensó todo eso?

–Vi demasiadas torturas. Bajo Perón. Bajo la Libertadora. Sobre todo, como imaginarán, a manos de la Marina. Bajo el Conintes de Frondizi. Y en otros países también. Pude llegar a algunas conclusiones.

–¿Qué otros países, general? Aunque tenemos nuestras sospechas.

–Las van a confirmar. En 1959 estuve en Argelia. Durante una entera semana hablé con un general de la OAS. El me enseñó todas esas teorías sobre la tortura. Tenía una posición despiadada sobre el torturado: nunca debía quedar vivo. Después estuve en la Escuela de las Américas. Los franceses son superiores. Los yanquis no manejan la cuestión psicológica. Masacran al objeto interrogable y listo. Creo, sin embargo, que son más efectivos que los franceses. Tengo algunas otras teorías para contarles, pero no quiero aburrirlos. Ustedes sabrán cómo torturar. Tendrán sus propios métodos. Pese a los franceses y a los americanos, créanme que a muchas de las teorías llegué solo. El tema me interesa.

–Hay una a la que no llegó, general –dice Fernando–. Si nos contó sus elaboradas teorías fue para que no lo torturemos. Para llevarnos a comprender que en cualquiera de los casos posibles usted moriría. Supone que no queremos eso. Y tiene razón. No podemos quererlo *todavía*. Ni siquiera se ha reunido el Tribunal. Pero hay algo que se le escapó. Que no tuvo en cuenta. Que no lo sabe. ¿Cómo podría tomarlo en cuenta si lo desconoce por completo? Escuche, general Aramburu: usted no va a ser torturado. Porque existe *otro* punto de vista sobre la tortura. Se lo dije: es el nuestro. También le dije: nada de lo que usted diga habrá de variarlo. Y ese punto de vista es el de negarse a torturar. Nuestra organización no tortura, general. Los Montoneros no torturan. Si fuera por medio de la tortura que usted nos dice dónde está Eva Perón, nos sentiríamos indignos de ella. El torturador, usted lo sabe, es un ser ruin, miserable. Siempre termina odiándose a sí mismo. Nosotros somos católicos, general. Creemos en Dios. Lo estamos juzgando por crímenes que usted cometió. No queremos cometerlos nosotros.

Aramburu sabe que Fernando no miente. Le asombra salvarse de la tortura. Al salir el tema de Eva Perón, dio el hecho por seguro. En algún lugar de sus corazones –deduce–, pese al odio que los anima, está presente el torturado de la Cruz y su fe de católicos, que ahora juzga sincera, les impide torturar.

–Por ahora, suspendemos –dice Fernando.

Salen de la habitación.

Aramburu queda solo. El nudo que le sujeta fieramente las manos a la cama arrasa con la piel de sus muñecas y ya brota la sangre. Se pregunta si ésa, aunque leve, no es una tortura.

(Continuara)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

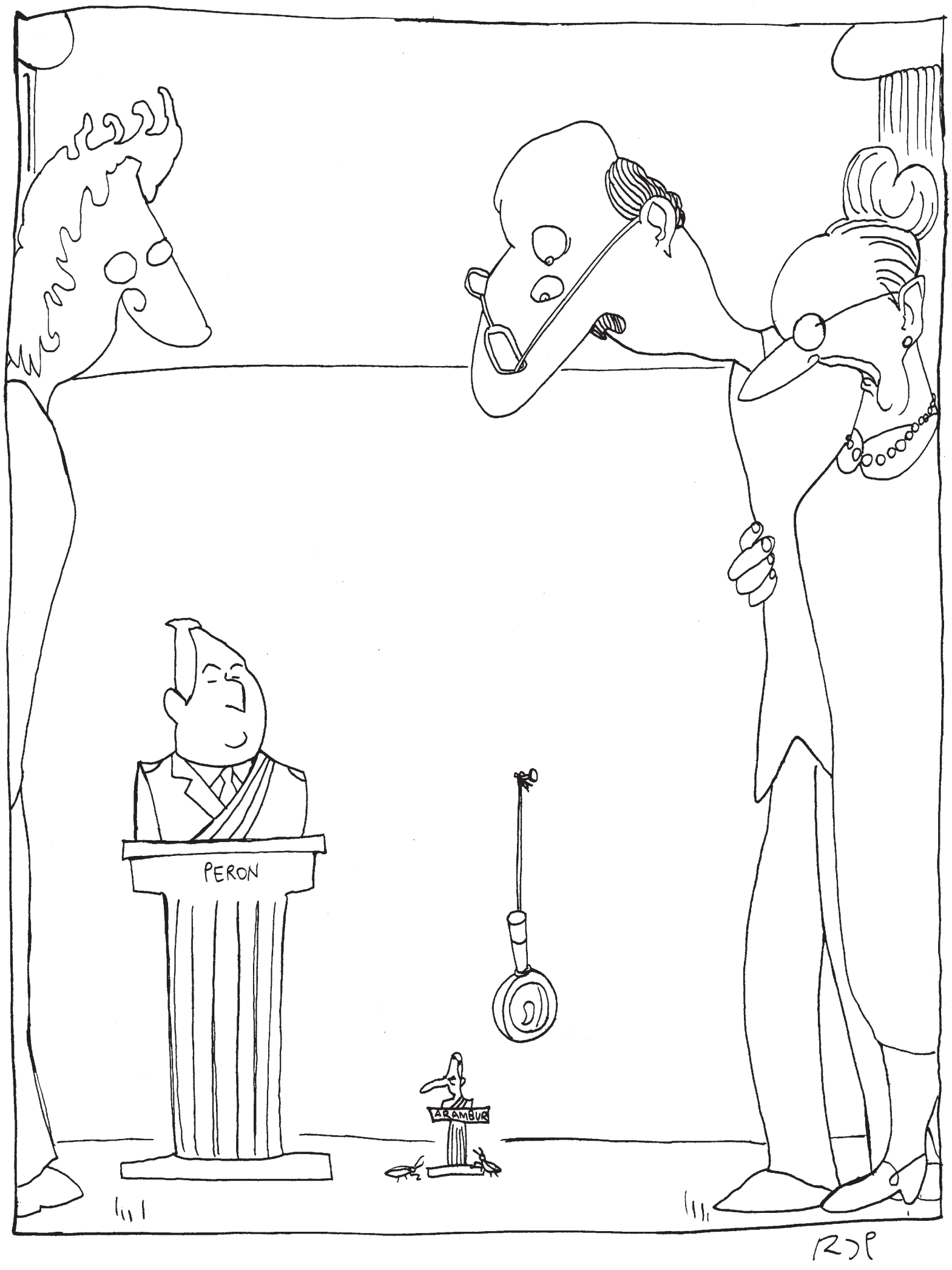
El secuestro de Aramburu (V)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

49 **El secuestro de Aramburu (V)**



Suplemento especial de
Página|12

1.

Ramus llega para el juicio. Sabe que tiene que estar. Fue y vino de la Capital muchas veces. Se perdió todo, o casi todo. Pero sabe que cumplió con su parte. Alguien tenía que tender el lazo entre Timote y el monstruo de mil cabezas, esa ciudad en la que todo adquiría dimensiones vastas, imponentes.

–El despelote es infernal –describe–. Nadie sabe nada. Todos saben todo. La cana anda como loca por todas partes. Onganía no sabe qué hacer. Sabe que esto se le cae encima. Que todos van a creer que es el gran culpable. Directo o indirecto, pero culpable. O un asesino o un ineficaz.

Se quedan en el comedor. Sentados a la mesa parecen lo que dicen ser, lo que están certeros de ser: un Tribunal Revolucionario en funciones.

–Ya vengo –dice Fernando.

–Estamos todos listos –dice Firmenich–. Cuando quieras empezamos.

–Eso le voy a decir. Que empezamos.

Fernando entra en el dormitorio. Aramburu está atado a la cama. Le exhibe sus manos. Pregunta:

–¿Es necesario esto? ¿Creen que me voy a escapar? Ni sé dónde estoy.

–Medio país lo está buscando, general. Usted lo sabe. No nos pida algo que no podemos hacer.

–Cualquiera puede hacer cualquier cosa si quiere. No es que no pueden. No quieren.

–¿Lo lastiman esas ataduras?

–Lo que me lastima es estar así.

–No se queje. No lo tratamos mal.

–¿Le parece? Sacarme de mi casa, traerme hasta aquí, interrogarme, no saber si me van a matar como a un perro o me van a tirar vivo por ahí, en medio de la nada, ¿eso qué es? ¿Tratarme bien?

–Mejor que usted a Valle.

–¿Seguro? Si mi mujer quisiera hablar con usted, ¿qué le diría? ¿Que está durmiendo? Ni eso le podría decir. La pobre no sabe dónde está usted. Dónde estoy yo. Nada sabe. La de Valle tuvo dónde ir para pedir clemencia. La mía, ni eso.

–General, hay cosas que usted no entiende. O finge no entender. Resulta más que evidente que su mujer debe ignorar dónde estoy yo. Si lo supiera, tendríamos a medio ejército rodeando esta propiedad. Con Onganía al frente. Haga el favor. No diga macanas. Lo tratamos bien. Lo nombramos siempre por su rango. Le dimos de comer. Nadie lo injurió. No sufrió castigos. No se queje –Se detiene. Carraspea. Mira fijo al general. Siempre actuó de ese modo Fernando: mirándolo, hundiendo sus ojos en los de Aramburu, como si buscara que éste descubriera en ellos la certidumbre severa de sus actos. Secamente, dice–: Vine a hablar de otra cosa. El Tribunal Revolucionario está reunido. Comenzamos a deliberar.

Aramburu, en voz baja, susurrando casi, buscando hacerle sentir a Fernando, a quien sabe el jefe del operativo, que el diálogo que ahora propone es sólo entre ellos, íntimo, dice:

–Pibe, no seas tonto –Fernando se sorprende. No sólo lo ha tuteado. También le dijo *pibe*. Asumiendo, por primera vez, una realidad velada, que todos fingieron desconocer desde el comienzo. Aramburu es un hombre grande, casi viejo. Ellos son *demasiado* jóvenes. Aramburu es un figurón de la República. Un general del Ejército. Un bronce del país antiperonista. ¿Cómo no va a tutearlos? ¿Cómo no va a decirle, ahora, a Fernando, *pibe*?

–¿Cómo dijo? –dice Fernando y una vena viboreante y abultada se dibuja en su frente.

–Que no seas tonto. Puedo ser tu padre. Escuchame: no te arruinés la vida. No cargués sobre tu espalda un cadáver como el mío. Te va a pesar mucho. Te van a perseguir siempre. Hasta que te maten. ¿Y esto, todo esto, se lo vas a dar a Perón? Si lo traés de vuelta, te va a cagar.

–Su lenguaje, general. Me sorprende. ¿Tan perdido se siente?

–Lo hago por vos, pibe. No vale la pena lo que hacés. Sacrificar tu vida así, por el anciano de Puerta de Hierro. Te lo juro, me cuesta entenderlo. Sabíamos que había pibes como vos. Hablamos varias veces de ustedes en el Círculo Militar.

–Qué honor.

–¿Qué quieren de ese viejo de mierda? Es un vicioso, un canalla. No merece una sola de las vidas jóvenes de ustedes. ¿Quién les llenó la cabeza? ¿Quién los convenció de todos los disparates en que creen?

Fernando no responde. Aramburu transpira. Se lo ve agitado. Se lo ve, también, gastando sus últimas municiones. Si esto no resulta, se acabó. Podría decirle peores cosas de Perón. Podría decirle cosas terribles. Cosas que él y sólo algunos más saben. Fernando lo mira impasible, siempre los ojos en los suyos.

–Pibe, ¿vos qué sabés de Perón? ¿Querés que te hable de él? ¿Querés saber por qué mierda de tipo me vas a matar? Te puedo decir cosas abominables de Perón.

–No se gaste, general. Desde hace 15 años escucho cosas abominables de Perón. Yo y todos los míos. Todos los *pibes* como yo. Toda mi generación. Por eso estamos con él. Usted pregunta quién nos convenció de todos los disparates en que creemos. Ustedes, general. Ustedes hicieron de nosotros lo que somos. Nos inventaron. Somos el fruto perfecto del país gorila. Ahora, jódanse. –Camina hacia la puerta. Se detiene. De espaldas, dice–: Cuando termine el juicio voy a venir a decirle el veredicto. –Gira con brusquedad. Otra vez lo mira–. Le ruego evite tutearme de aquí en más. Si conservamos las formas hasta ahora, no veo motivo para abandonarlas. Ni usted es mi padre ni yo soy su hijo. Usted es mi prisionero. Yo me propongo someterlo a juicio. Esa, no otra, es nuestra relación.

Cierra la puerta.

2.

–Es hábil el general –dice Fernando–. Esto le juega en contra. ¿Raro, no? Si fuera lento, torpe, milico bruto, eso podría salvarle la vida. Pero apeló a tantos recursos para evitar su muerte que se condenó. Sólo un tipo inteligente puede argumentar con tantas falacias, con tantas celadas, con tantos argumentos sagaces, aunque falsos, para no morir.

Firmenich chasquea la lengua, con fastidio.

–Con tantas patrañas –dice–. Cree que puede tomarnos por boludos. Que su edad lo autoriza. Su experiencia. No hay caso: tenemos proyectos que no pueden armonizar. No hay unidad nacional. No hay pacificación nacional. Lo quieren a Perón para contener a las masas sin reprimirlas.

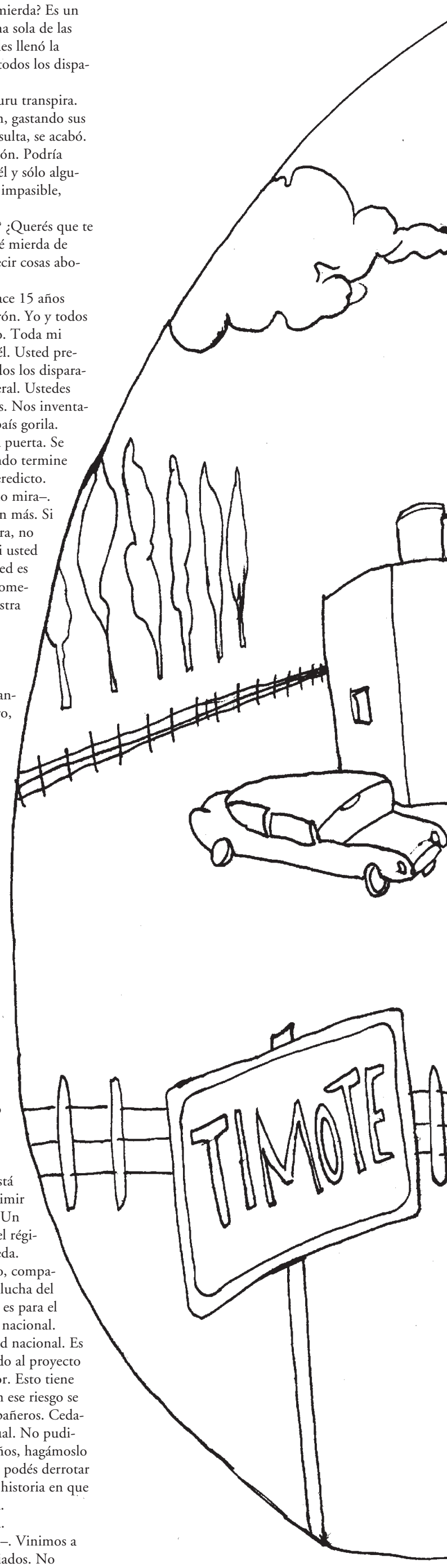
Ramus golpea la mesa. Un vaso cae y estalla contra el piso.

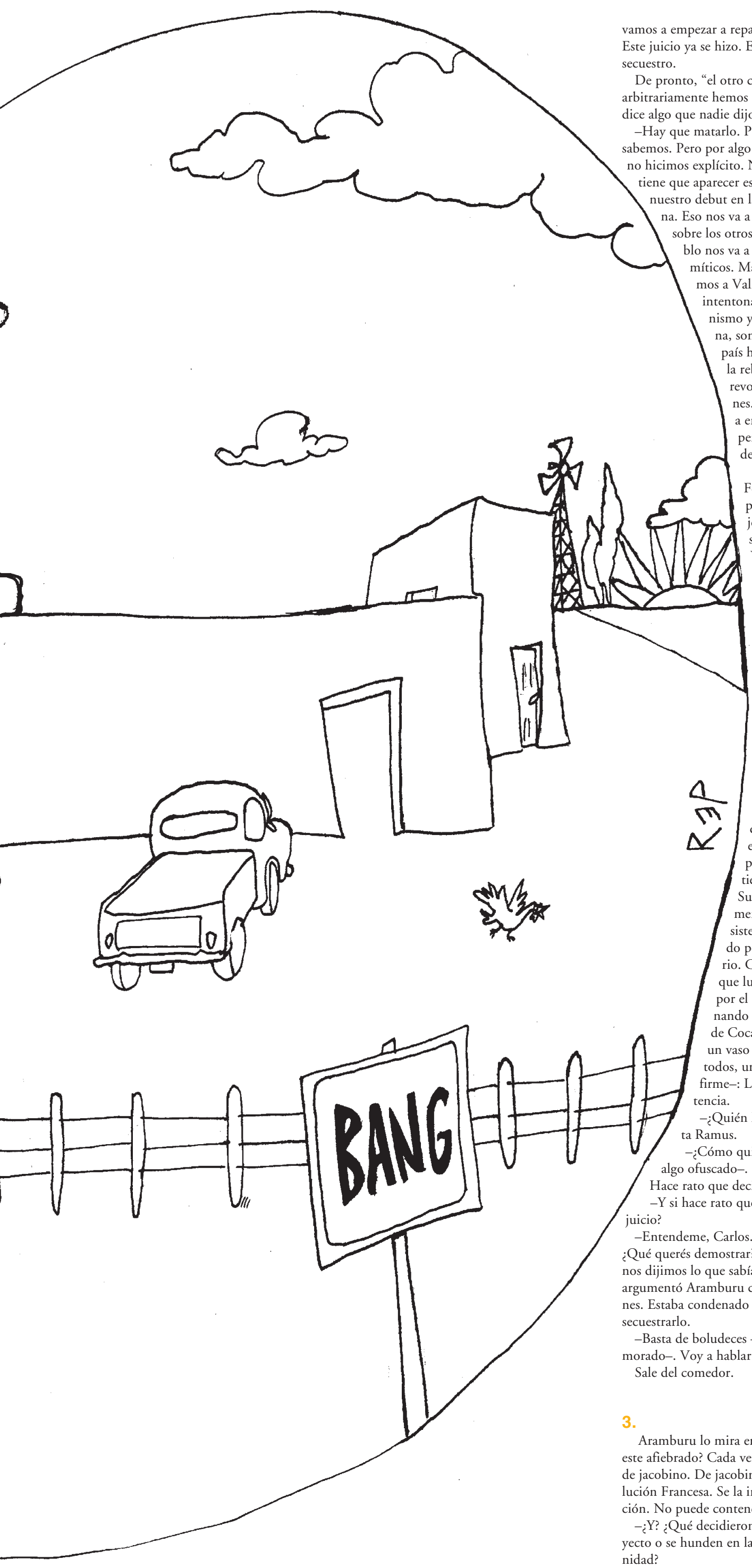
–Tranquilo, compañero –dice Firmenich.

–Tranquilo las pelotas. Todo está demasiado claro. No pueden reprimir más. No después del Cordobazo. Un regreso de Perón controlado por el régimen es la última carta que les queda. Aquí hay una disyuntiva de hierro, compañeros. Lo traen ellos. O lo trae la lucha del pueblo peronista. Si lo traen ellos es para el eterno cuento chino de la unidad nacional. Con perdón, me cago en la unidad nacional. Es sencillamente sumar al proletariado al proyecto de la burguesía, como socio menor. Esto tiene un riesgo enorme. Pero con Perón ese riesgo se reduce. Puro gatopardismo, compañeros. Cedamos algo para que todo quede igual. No pudimos vencer al peronismo en 15 años, hagámoslo nuestro. ¿Quién no lo sabe? Si no podés derrotar a tu enemigo, te le unís. Esa es la historia en que está Aramburu. La nuestra es otra.

–Los cargos –dice Abal Medina.

–¿Qué cargos? –dice Firmenich–. Vinimos a Timote con los cargos bien estudiados. No





vamos a empezar a repasarlos ahora. Pajerías no. Este juicio ya se hizo. Ese juicio decidió el secuestro.

De pronto, "el otro compañero", ese al que arbitrariamente hemos decidido llamar "Julio" dice algo que nadie dijo hasta ahora:

–Hay que matarlo. Por todo, por lo que ya sabemos. Pero por algo que aún no dijimos. Que no hicimos explícito. Nuestra organización tiene que aparecer espectacularmente. En nuestro debut en la escena política argentina. Eso nos va a dar prestigio, poder sobre los otros grupos armados, el pueblo nos va a ver como a vengadores míticos. Matamos al Vasco y vengamos a Valle, a Eva, frustramos la intentona de burocratizar al peronismo y, de la noche a la mañana, somos célebres. Ya todo el país habla de nosotros. Somos la rebelión y somos la justicia revolucionaria. Somos jóvenes. Somos lo nuevo. Eso va a entusiasmar a las bases peronistas. Cumplimos su deseo.

–Eso es decisivo –dice Fernando–. El pueblo peronista va a festejar. El jefe de la fusiladora pagó sus pecados. Lo merecía. Y lo castigaron unos mocosos con pelotas para hacerlo.

–Suficiente –dice Abal Medina–. Voy a hablar con él.

–¿Lo ajusticiamos en el sótano? –dice Ramus.

–No hay otro lugar –dice Fernando–. Es estrecho, oscuro, sórdido. Pero no se merece algo mejor. Los compañeros de José León Suárez murieron en los basurales. No hay por qué darle a Aramburu lo que ellos no tuvieron. Si lo pensamos bien, igual lo tiene. A los de José León Suárez los mataron canas mercenarios. Asesinos del sistema. El va a ser ajusticiado por un grupo revolucionario. Con ideales. Por jóvenes que luchan por el pueblo. Y por el retorno de su líder. –Fernando se detiene. Bebe algo más de Coca Cola. Después se sirve un vaso de cerveza. Los mira a todos, uno por uno. Dice, muy firme–: Le voy a comunicar la sentencia.

–¿Quién la va a ejecutar? –pregunta Ramus.

–¿Cómo quién? –dice Firmenich, algo ofuscado–. Fernando, por supuesto. Hace rato que decidimos eso. El es el jefe.

–Y si hace rato que se decidió, ¿para qué el juicio?

–Entendeme, Carlos. No te hagas el distraído. ¿Qué querés demostrar? No hubo juicio. Sólo nos dijimos lo que sabíamos. Nada de lo que argumentó Aramburu cambió nuestras decisiones. Estaba condenado desde que decidimos secuestrarlo.

–Basta de boludeces –dice Fernando, malhumorado–. Voy a hablar con él.

Sale del comedor.

3.

Aramburu lo mira entrar. ¿Qué le va a decir este afiebrado? Cada vez le ve más cara de loco, de jacobino. De jacobino sin pueblo. Sin Revolución Francesa. Se la inventó él a la Revolución. No puede contenerse. Dice:

–¿Y? ¿Qué decidieron? ¿Se suman a mi proyecto o se hunden en las letrinas de la clandestinidad?

–Qué frase, general –ironiza Fernando–. La voy a recordar.

–¿Cuándo?

–Cuando lo recuerde a usted.

–Me matan entonces.

–¿Cómo puede suponer que nos vamos a incorporar a su proyecto?

–Porque no puedo suponer que quieran suicidarse. Le voy a hablar claro, Abal Medina. Aunque sea la última vez que lo haga.

–Hable. Nadie nos escucha. Nunca se va a saber lo que nos dijimos en esta habitación.

–Yo estoy pagando por la sangre derramada de Valle. La historia es eso. Una cadena de venganzas. Mi sangre va a reclamar la de ustedes. Matándome se condenan a morir, a que los maten. Alguien me va a vengar. No lo dude. Alguien, alguna vez, se va a sentir con tanto derecho como ustedes ahora. Este país todavía no conoce la furia del Ejército Argentino. Tenemos un Ejército formado por la OAS y por la Escuela de las Américas. Si usted supiera en serio, a fondo, lo que se enseña allí, vacilaría.

–Nosotros también nos formamos para la guerra. Pero no nos formaron torturadores sino revolucionarios. No se equivoque. No va a conseguir que tenga miedo. Ni que vacile.

–Hágase esta pregunta. Se la hizo Gutiérrez de la Concha a Castelli, cuando éste se preparaba para fusilar a Liniers. Le preguntó...

–No se gaste, general. Hace tiempo que yo me hice esa pregunta. Me sorprende que usted la conozca.

–Son sus prejuicios. Cree que los militares somos brutos.

–Podría pasarme la noche ofreciéndole pruebas. Volviendo a Castelli: Castelli era abogado. Gutiérrez de la Concha le preguntó qué jurisprudencia era la que lo autorizaba a matar prisioneros. Una pregunta tonta. Castelli era un revolucionario. El y su amigo Moreno. La jurisprudencia eran ellos. Toda revolución crea su propia jurisprudencia. ¿O ustedes hicieron otra cosa? También la contrarrevolución crea sus propias leyes. O deroga las de los revolucionarios.

–Gutiérrez de la Concha dijo algo más.

–A ver, general. Dígalo. ¿Lo leyó en *Billiken*?

–Voy a dejar de lado esa ofensa. Olvidemos a Castelli. Si cree que mis citas vienen del *Billiken* voy a evitarlas. La cuestión se la voy a plantear yo. Con mis palabras. Porque son mis ideas.

–Soy todo oídos.

–Usted se me presenta como un revolucionario. Quiere cambiar el régimen al cual yo pretendo integrar a Perón. Usted, por el contrario, quiere usar a Perón para destruirlo. También Castelli quería cambiar un régimen. Fusilar a Liniers era parte de ese cambio.

–Parte sustancial de ese cambio.

–Gutiérrez de la Concha le pregunta: doctor Castelli, ¿qué clase de sistema es el que empieza de este modo? ¿Qué clase de sistema empieza fusilando prisioneros indefensos?

–No busque conmoverme, general. Son demasiados argumentos para defender apenas una vida. Aunque sea la suya. Gutiérrez, a quien llamo así para evitar la parte incómoda de su apellido, decía boludeces, con perdón. Una revolución tiene el derecho de matar a quienes quieren impedirla. Si empieza así, empieza bien. Usted me plantea una cuestión de ética política. Una mariconada liberal. Todo sistema que empieza matando empieza mal. ¿Usted me plantea eso? ¿El fusilador Aramburu? Toda revolución que empieza y no mata cuando tiene que matar está perdida.

–Van a matarme entonces.

Fernando no responde. Se toma un tiempo que a Aramburu le parece eterno. Después, sin solemnidad, pero con cierto aire marcial o con una clara dureza, dice:

–General Aramburu, el Tribunal lo sentenció a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

Aramburu busca romper sus ataduras. Se lastima las muñecas. Le brota sangre.

–Ese nudo está muy bien hecho, general –dice Fernando–. Y aunque lograra desatarse, ¿qué lograría? Le fallaron los suyos. No lo encontraron a tiempo. ¿Lo habrán buscado en serio?

–¿Quién puede saberlo? Hay muchos cretinos detrás de Onganía. Gente que me odia. Que le repugna mi plan de negociar con Perón. Quieren verme muerto. Ustedes les van a hacer ese favor.

–A nosotros también nos repugnan sus planes de arreglar con Perón. Pero por otro motivos.

–Sin embargo, coinciden.

–De ningún modo. Ellos quieren sostener el Estado Gorila. Nosotros queremos destruirlo.

–Pero los dos quieren matarme.

–Por distintas razones. Grave sería si fuera por lo mismo. Usted se puso en un lugar peligroso. El de los conciliadores. Si las partes no quieren conciliar, los matan. Fuego cruzado. Pero usted nos incomoda más que Onganía, el otro que podría querer su vida. Usted no quiere sostener el Estado Gorila. Quiere crear un nuevo régimen con el peronismo adentro. Los gorilas son brutos. Ni piensan en eso. Sólo piensan en seguir con la represión. Su plan es el más hábil. Es hacer de Perón un general manso dominado por la burguesía. Eso nunca.

Aramburu regresa al tuteo. Siempre que lo hace es porque se siente perdido. Porque es su última carta.

–Sos un idiota, pibe.

–Le exigí que no me tuteara.

–¿Cómo no te voy a tutear si sos un pendejo? Vas a arruinar tu vida. Tu idealismo de los veinte años te va a costar muy caro. Yo también tuve veinte años. También tuve sueños de juventud. Pero esos sueños no exigían la muerte de nadie.

Fernando lo mira con desdén. Aramburu recibe de pleno esa mirada. Acaso nunca lo miraron así. No con odio, sino como a un pobre tipo. Lleva 15 años recibiendo halagos, homenajes, reconocimientos. Pero este pibe se permite mirarlo con menosprecio, con una repulsa tan extrema que hiere, que deshonra. Y con una altanería, con un irreverencia que, recién ahora, aparece en estado puro, sin los velos, sin las cortesías forzadas entre captores y prisioneros. Ese menosprecio se expresa ferozmente, lejos de toda civilidad, de todo trato entre caballeros cuando le dice:

–General, perdone mi franqueza. Pero usted, a los veinte años, ya era un milico de mierda con alma de asesino.

Fernando abandona la habitación. Cierra de un portazo.

4.

Se reúne con los suyos. Firmenich lo recibe mal.

–¿Tanto tardaste en decirle algo tan sencillo? General, lo vamos a amasijar. Eso era todo.

–No es un tipo común –dice Fernando. Agarra un pedazo de pan y le pone manteca. No sabe por qué, pero hablar con Aramburu le dio hambre. ¿Qué pasa? ¿Le incomodó algo de lo que dijo el condenado? No sabemos esto. Sabemos que se acerca el final y que será Fernando el que tendrá que matarlo. Tal vez no haya sido conveniente que lo conociera más allá de lo necesario. Aramburu era, para Fernando, una construcción ideológica: el que lo tiró a Perón, el que lo fusiló a Valle, el que escondió a Evita, el gorila, el hombre de reserva del régimen. Ahora corre el peligro de convertirse en un ser humano. Debiera haberlo previsto. Es más fácil matar a un rival ideológico que a una simple persona. Le impresionó cuando quiso librarse de las ataduras. Cuando se lastimó las muñecas. Cuando le salió sangre. Ahí, el miedo del general se le volvió traslúcido. Se tenía prohibida la piedad. Había leído bien a Clausewitz: "Toda consideración de humanidad os hará más débiles", algo así. ¿Fue por eso que habló con Aramburu, que se arriesgó a escucharlo? ¿Por una consideración de humanidad? Si por esa boludez le llegara a temblar la mano en el momento decisivo, no se lo perdonaría. Y además: esa frase. Esa frase sobre el Ejército Argentino. No pudo evitar que se alojara en algún punto oscuro de su conciencia. Entre el temor y los malos presentimientos, los peores. Este país todavía no conoce la furia del Ejército Argentino. Y lo que vimos hasta ahora, ¿qué fue? ¿Una muestra gratis? ¿La cola de una película de terror que todavía no se estrenó? Maldito viejo, habría sido mejor decirle el fallo y listo. General, vamos a matarlo. Y se acabó. Firmenich tenía razón. Ahora dice:

–Yo creo que te equivocás. Que es un tipo común. Un gorila más. Importante, pero uno más. Hacenos un favor: terminemos con esto. Si volvés a hablar con él voy a tener que amasijarlo yo.

–Tranquilo, Pepe –dice Fernando, y esa vena vuelve a viborearle en la frente. Firmenich lo sabe: es peligroso cuando le pasa eso. Más de una vez dijo: "Si a Fernando lo ves con la vena hinchada, rajá". Fernando dice–: Al general lo ejecuto yo. Y nadie más. –Agarra dos pistolas que hay sobre la mesa. Una de 9 mm. La otra es una 45. Dice–: Vamos.

Empieza a amanecer.

Aramburu los mira entrar. Ahí están: vienen a matarlo. Se acabaron las palabras. Cada uno sabe dónde está el otro. Qué piensa. Qué quiere hacer. Sobre todo –en su caso– qué hizo. ¿Pensará Aramburu en Valle? Difícil. No me matan por lo de Valle. Soy un símbolo. El tipo que lo tiró a Perón. Uno sabe los riesgos que toma. Debió prever esto. Pero nunca imaginó que podrían aparecer pibes así. Revolucionarios y peronistas, vengativos, irresponsables o valientes, lo mismo da. Pero con cojones. Carajo, quién lo hubiera dicho.

Le quitan las ataduras de las manos. Aramburu se restriega las muñecas. Las tiene hinchadas, hay algo de sangre.

–Sentimos mucho eso, general –dice Fernando–. De haber podido, lo habríamos evitado.

–Está dentro de las reglas –concede Aramburu–. Siempre se amarra a los prisioneros. Prisionero que se escapa deja de serlo. Secuestrador sin prisionero, también.

–Somos muchos más que sus secuestradores –dice Firmenich.

–¿Por qué?

–Somos sus jueces. Lo juzgamos y decidimos que era culpable.

–Y ahora van a ejecutarme.

–Exactamente.

–¿Puede pedirle algo, juez Firmenich?

–¿Dice eso con ironía?

–¿Hubo ironía en mi voz?

–No me pareció.

–Porque no la hubo.

–¿Qué quería pedirme, general?

–Una tontería. Pero no querría caminar hacia la muerte con el riesgo de cometer una torpeza que me ponga en ridículo. ¿Me comprende, verdad?

–Por completo, general. ¿De qué se trata?

–Ateme los cordones de los zapatos.

–Disculpe. No lo había notado.

Firmenich apoya una rodilla en tierra y ata los cordones de Aramburu. Se pone en pie. Lo mira. Aramburu no dice nada.

–Tenemos que atarle las manos a la espalda –dice Fernando.

–¿Otra vez atarme las manos? Vieron mis muñecas. Están a la miseria.

–No tanto, general –dice Fernando–. Sólo a tono con las circunstancias. Así son las cosas. Los que enfrentan a un pelotón de fusilamiento lo hacen siempre con las manos atadas a la espalda.

–¿Me espera un pelotón de fusilamiento?

–No haga preguntas cuya respuesta conoce.

–No por completo. Sé que no habrá pelotón. ¿Cómo me van a matar entonces?

–Falta poco para lo sepa –Fernando mira a sus compañeros. Con su habitual parquedad, con aspereza, con ese tono acerado con que sabe dar órdenes, dice–: Al sótano.

(Continuará)

Colaboración:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El secuestro de Aramburu (conclusión)

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

50 **El secuestro de Aramburu (conclusión)**

Suplemento especial de
Página|12

5.

Un momento –se resiste Aramburu–. ¿Así nomás? ¿Ni afeitarme puedo?

–¿Para qué quiere afeitarse? –dice, encrespado, Ramus–. Nadie lo va a ver.

–Yo me voy a ver. Nunca imaginé morir sucio. Presentarme sucio ante Nuestro Señor. Tendrían que permitir que me bañara al menos.

–General –dice, con voz potente y algo irritada, Fernando–, basta de vueltas. Dios lo va a recibir en sus brazos llegue como llegue hasta El.

–Siempre pensé llegar limpio.

–A nuestro Señor sólo le importa la limpieza del alma. Piense si eso es lo que le ofrece.

–Ni San Agustín le ofreció eso.

–San Agustín era un pecador sufriente. Sólo su gran dolor lavó sus pecados. No veo en usted un gran dolor.

–Tampoco lo veo en ustedes y van a cometer un pecado supremo.

–Puede ser. Pero si nos arrepentimos no va a ser hoy. Tenemos tiempo. –Fernando se pone muy serio. Su entrecejo se frunce y dos rayas verticales, muy marcadas, se dibujan entre sus cejas–. Le prometemos algo. Vamos a rezar por la salvación de su alma. Hoy mismo, general.

–Quiero un sacerdote –exige Aramburu.

–No podemos –dice Firmenich–. No juegue con nosotros. Usa trampas hasta el último instante. ¿Cómo quiere que traigamos un sacerdote aquí? Todas las rutas están vigiladas. Lo seguirían. Nos encontrarían. Todo habría sido inútil.

–¿Cómo? –dice Aramburu, incrédulo–. ¿No tienen un sacerdote? ¿No se ocuparon de traer uno? ¿O de tenerlo aquí, esperándonos? ¿Qué clase de católicos son ustedes? Yo no les hubiera negado un sacerdote. De haber tenido que fusilarlos, lo primero habría sido reservarles uno. Sépanlo: Valle lo tuvo. Tuvo a su párroco, a monseñor Devoto. Pudo abrazarse a él. Descargar sus pecados, tener su absolución. ¿Dónde está la mía? Valle tuvo a su hija hasta último momento. Pasó ante el pelotón de fusilamiento, que la respetó. Uno de los soldados, un quebrado, llorando le dijo: "Te juro que yo no disparo". ¿Quién me va a decir eso a mí?

–¡Nadie! –estalla Fernando–. Deje de chantajearnos. ¿Qué sacerdote tuvieron los masacrados de José León Suárez? ¿Qué sacerdote consuela a los obreros peronistas perseguidos, hambreados por su dictadura? ¿Qué sacerdote tuvo Felipe Vallese? ¿Qué sacerdote tuvo cada uno de los militantes populares que murió por Perón durante estos 15 años? –Se serena. No quiere quitarle solemnidad a la ejecución. No quiere que, justo ahora, en el momento culminante, se desbarranque todo. Calmosamente, dice–: Basta, general. Camine hacia ahí. Hacia el sótano.

–¿Y mi familia? –dice Aramburu–. ¿Qué va a pasar con ella?

–Le vamos a enviar sus pertenencias. Y nada más, general. Su familia no corre riesgo alguno. El régimen la va a cuidar como un tesoro. Como víctimas sufrientes. Como los que van a llorar por el resto de sus vidas al verdugo de la Argentina de Perón. Vamos, camine.

Se asoman a la escalera del sótano. Es vieja, insegura. La baranda se bambolea. No hay mucha luz. El sótano es tan viejo como la casa. Tiene setenta años o más. Se trata de un lugar estrecho y lúgubre. En febrero del '69, buscando armamentos, el grupo originario de Montoneros asaltó el Tiro Federal de Córdoba. Una operación simple, pero les redituó más de lo esperado: un montón de fusiles que terminaron por guardar en este sótano. Ahora, la escalera se zarandea peligrosamente. Y si se piensa que Aramburu está amarrado, la situación se torna alarmante. Firmenich baja delante del general, protegiéndolo, impidiendo que pueda caer.

Llegan al sótano. El lugar es estrecho y apenas si media un par de metros de largo.

Entonces Aramburu dice:

–¿Aquí me van a matar? ¿En este sótano?

Fernando es un joven de convicciones firmes y respuestas rápidas.

–Aquí, general. Aquí mismo. Supongo que lo siente indigno de usted. Tendrá que aceptarlo.

–¿Y ustedes me reprochaban haber fusilado a Valle en la Penitenciaría Nacional? ¿Ustedes, que me van a fusilar en un sótano?

Es un diálogo violento. Nada importa la estridencia de las voces, los tonos. La violencia está en lo que se dicen. Son las últimas frases que intercambian y tienen el dramatismo de las cuestiones últimas, extremas, esas en que se discuten la vida, la muerte, el honor.

–Hay cosas que usted no puede entender, Aramburu –dice Fernando, quitándole, ahora sí, el cargo a su prisionero–. Usted fusiló a Valle y era el presidente de la República. El hombre más fuerte del país. Lo pudo matar en la Casa Rosada si quería. Tenía todas las posibilidades. Al tenerlas, sólo la crueldad, sólo el odio explican que le haya destinado la pared de una penitenciaría.

–¿Y qué puede explicar que usted me mate en este sótano?

–Yo no lo mato, general –dice Fernando, seco y firme como siempre–. Lo ajusticio. Represento el deseo del pueblo. Somos la justicia popular.

–¡No me joda, Fernando! Usted es un pendejo de mierda altanero. El pueblo ni sabe lo que está haciendo. Ni se enteró. No sé si ese pueblo al que usted tanto invoca, el pueblo peronista, querría que mataran en un sótano a un general de la República. Es gente de trabajo, pacífica. Ustedes ni los conocen.

–No voy a discutir eso.

–Discutamos otra cosa entonces –dice, encendido de furia, Aramburu–. ¿Cuánto mide este sótano? ¿Dos metros, dos metros y medio? Dígame, Fernando, ¿dónde va a ubicar a sus tiradores?

–No va a haber tiradores. Entienda esto, Aramburu: somos una organización revolucionaria. Usted era el Estado. Podía darse el lujo de tener tiradores. Nosotros no. Trabajamos en la clandestinidad. ¿Sabe qué es la clandestinidad? Es vivir en los sótanos. Usted muere a manos de clandestinos y su muerte es una muerte clandestina. Sólo podemos ofrecerle este sótano.

Aramburu se sienta en una banqueta, contra la pared. Ahora parece cansado. Pero se recupera.

–No me van a poder matar con rifles. Con fusiles. Un fusilamiento se llama así por las armas que emplea. Fusiles, Fernando. Desde siempre.

–La ejecución será a pistola –dice Fernando–. No hay espacio para otra cosa.

–¿Quién se hará cargo?

–Yo, el jefe del operativo.

–Bien, Fernando. Ahora trate de entender esto: usted no me fusila. Usted me da un tiro de gracia. Es el tiro de gracia el que se da a la distancia desde la que usted se dispone a dispararme. El tiro de gracia es distinto al fusilamiento. El pelotón que hace fuego ignora quién mató al condenado. Luego, alguien procede al tiro de gracia. Es un acto muy impresionante. Porque el que lo hace sabe que es él quien remata al condenado que quedó vivo. Es un tiro a quemarropa. A menudo ese tiro se descarga sobre alguien que aún vive. Si usted me permite, yo diría que se parece demasiado a un asesinato a quemarropa. Eso va a hacer usted ahora. Va a asesinarme.

–¡Viejo de mierda! –grita Firmenich–. ¡No nos va enredar con esa dialéctica de milico cagón! ¿Dónde aprendió eso, en la Escuela de las Américas?

–No –dice Aramburu–, lo acabo de aprender ahora. Ustedes me están asesinando.

Fernando sonríe apretando los dientes.

–Usted fue juzgado por un tribunal revolucionario. Usted es un asesino. Un enemigo del pueblo peronista. Un defensor del régimen de explotación que somete a nuestra patria. Un hombre que injurió a Eva Perón, mujer que valía más que usted y que todos nosotros. No me importa dónde ni cómo lo mato. Sólo sé que tengo que hacerlo. Y que ese acto es justo. Y yo, al hacerlo, también. –Gira hacia los suyos–. Váyanse. Vos, Pepe, ponete a golpear una morsa con una llave. Hay que ahogar el ruido de los balazos.

Salen.

Fernando y Aramburu quedan solos.

Fernando saca la 9mm.

–No va a sufrir, general –dice.

–No me importa sufrir. Lamento perder mi vida.

–Terminaron las palabras –dice Abal.

Levanta la pistola y apunta hacia el cuerpo de Aramburu. A lo sumo, un metro escaso lo separa de él.

–Voy a proceder, general.

Aramburu se pone en pie. Se miran por última vez. Aramburu dice:

–Proceda.

Fernando hace fuego. Le dispara al pecho. No al corazón, no a la cabeza. Al pecho. Por ahí entra la bala.

Aramburu sale despedido hacia atrás y queda en el hueco entre la banqueta y la pared. Pero su sangre estalla en las paredes. Y hasta mancha la camisa de Fernando. Y su cara.

Fernando se le acerca. Y le tira, con la 9mm., dos tiros más. Luego guarda la 9mm. y saca la 45. Le dispara de nuevo. A la cabeza. Otra vez la sangre lo salpica. Acaso, aquí, piense sorprendido que el viejo tenía demasiada sangre. No esperaba eso.

Lo saca del hueco en que está y lo acuesta sobre el suelo. Pudorosamente, lo tapa con una manta. Esa

manta no está ahí por azar. Está por dos motivos. Fernando cree que los muertos merecen respeto. Que están indefensos ante la mirada de los vivos. Que hay siempre una indefinible sensación de superioridad en el que mira a un cadáver. No quiere ese deshonor para Aramburu. Y también porque el de Aramburu no es un cadáver fácil de ver. Sobre todo si es uno el que lo mató. Prenuncia demasiadas cosas: venganzas, catástrofes, escándalos, persecuciones. Y la sangre. Este hecho ha sido, para él, inesperado. Como lo es que despierte en su conciencia, obsesivamente, como un timbal que no cesa, que marca un ritmo sistemático, acompasado y lúgubre, una de las tantas frases que dijo Aramburu, casi previsible, pero que ahora esa sangre torna presagiosa, temiblemente profética: "Mi sangre va a reclamar la de ustedes".

Se acerca hacia la escalera.

–¡Vengan, carajo! –grita.

Son las 7.30 de la mañana del 1º de junio de 1970. Todos saben qué hacer. Empiezan a cavar un pozo. Cavan hondo. Como si los hubiera apresado ese viejo temor: que los muertos no regresen, para eso los enterramos, para que tengan paz y para que la tengamos nosotros. Terminan la tarea.

–Acérquense –dice Fernando, que está junto al cadáver. Dice–. Voy a retirar la manta. Quiero que todos lo veamos muerto. Que llevemos esa imagen en nuestros corazones. Ese cuerpo muerto de ese general asesino es nuestra obra. Nuestra primera gran operación. Exigió su vida y va a exigir la de otros. Estamos en guerra. Tal vez sea tan dura, tan larga, que exija también las nuestras.

Quita la manta y todos miran el cadáver de Aramburu. Fernando, otra vez, lo cubre. Lo depositan en el pozo. Lo cubren de tierra. A golpes de pala aplastan la tumba. Luego apilan sobre ella tres bolsas de cal.

Fernando se concentra en sí mismo. Apoya su mentón en su pecho. Con voz clara, sensible. Con cautela, con un inocultable sentimiento cristiano de piedad, sus compañeros lo escuchan decir:

–Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma. Amén.

–Amén –dicen todos.

6.

Esperan la noche para volver a Buenos Aires.

Durante el día, hablan poco. Fernando se la pasa durmiendo.

A eso de las 20 se alejan de Timote.

Van en la pick-up *Gladiator*. Es noche cerrada. Hay una luna alta, tan perfectamente circular como el sueño de un compás infalible, perfecto. Hay estrellas. Es una noche de otoño espléndida. Fernando se empeñó en manejar. No le gusta a Firmenich. Lo ve asumiendo todo. Si él no lo hace, se hace mal o no se hace, o se estropea. Es el vicio, la altanería y hasta la demencia de los malos jefes: sentirse irremplazables. No delegar nada. Al final terminan jugándose la vida en todos los operativos y los revientan en el más pelotudo de todos. Habrá que vigilarlo a Fernando. Nadie mata a Aramburu y sigue siendo el mismo tipo. Es posible que el Pepe tenga razón. Que Fernando se sienta la encarnación de la Historia. El vengador de todos los mártires del peronismo. Sería una lástima. O no tanto. El Pepe es un tipo con ambiciones, con demasiadas. El extravío de Fernando dejaría la jefatura en sus manos, algo que no le desagrada. Lo mira a Fernando. Tiene la mirada fija en el camino. Es un camino de mierda. De tierra, poceado, húmedo. Patinás y te vas de cabeza a la banquina. Para colmo, Fernando no le hace asco a la velocidad.

–¿En qué pensás? –le pregunta.

Fernando no contesta. Piensa en tantas cosas que no oyó la pregunta de Firmenich. Muerto Aramburu, Montoneros adquiere un prestigio mítico entre los peronistas. No fue un asesinato. Hicimos lo que el pueblo quería. Hicimos su justicia. La justicia del pueblo. Lo ajusticiamos al gorila sanguinario. Estaba en el espíritu de los tiempos. Está en el corazón de los pobres. De los que tienen en su casa la foto de Evita, la de Perón en el caballo pinto. Los que a la foto de Evita todavía le ponen velas. Porque, para ellos, es una santa. A esa santa se la niega, la crueldad de Aramburu y los suyos. Ahora van a aflojar. O nos dan a Evita o los seguimos amasijando a todos. Si nos dan a Evita, no se la damos a Perón. Nos vamos a las villas, a la 31 sobre todo, y la ponemos en manos de los pobres, a los que ella ayudó. Es de ellos, les pertenece. Vivió para ellos y ellos la tienen que tener. Y después, nos damos una organización de superficie. La juventud se va a enamorar de nosotros. La juventud quiere guerreros, tipos que se juegan las pelotas. Claman por vanguardias. Nosotros le vamos a dar la mejor. A la mierda con los planes electorales de los milicos. *Ni votos ni botas, fusiles y pelotas*. Qué bien suena eso. Y así, a los tiros, lo traemos al Viejo. Y le decimos: General, usted es el líder, pero nosotros somos la organización revolucionaria de vanguardia y, sin nosotros, usted no volvía. De modo que usted, por supuesto, lleva la conducción estratégica, como siempre. Pero esa conducción, ahora, la comparte con nosotros. Es necesario, general. Por su edad. Porque hay que pensar en quién lo va a heredar. ¿Y quién sino nosotros? Los que lo trajimos. Los que pusimos las pelotas, arriesgamos la vida, liquidamos gorilas al por mayor. Y si no le gusta, le va a tener que gustar, vea. Porque son tantas las cosas que vamos a hacer. Es tanto el poder que vamos a acumular en este país, que, o se nos une, o se vuelve a Madrid, con los perritos bandidos, con las pantuflas, con esa puta de Isabelita, cabaretera de mierda, la versión degradada, cómica, de Eva. La única. Que si viviera estaría aquí, con nosotros. En esta pick-up, general. Rajándose de Timote. Feliz como nunca, porque en el momento más álgido, cuando yo bajaba la escalera para reventarlo a Aramburu, me dijo: "Pará, pibe. No me saqués ese gusto". Y lo amasijó ella. Y si no me cree, le juro algo, por mi honor se lo juro: cuando hice fuego sobre el gorila fusilador era ella la que estaba en mi corazón, dándome coraje. Mire qué hermosa noche, general. Las estrellas no caben en el cielo sin nubes. Y la luna es redonda, inmensa. Como si quisiera iluminar nuestro triunfo de hoy y hasta los que vendrán. Entonces, casi sin proponérselo, inesperadamente, le brota una frase que oyen todos, porque le brota fuerte, plena, llena de esperanzas, comiéndose el futuro.

Supongamos que dice:

–No nos para nadie.

Acelera.

7.

MONTONEROS
COMUNICADO N° 4
1 de junio de 1970
AL PUEBLO DE LA NACION:
La Conducción de Montoneros comunica que hoy a las 7.00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu.
Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma.
PERON O MUERTE - VIVA LA PATRIA

Fin de
"El secuestro de Aramburu"

TESTIMONIOS

El fragmento que reproducimos a continuación pertenece al ya clásico que los Montoneros publicaran en La causa peronista, *N° 9 del 3 de septiembre de 1974. La revista fue cerrada luego de este número, por lo cual – según versiones de la época– Montoneros habría publicado el relato para lograr ese resultado y avalar el pase a la clandestinidad de la organización. O sea, ya nada se podía hacer "en superficie". El fragmento es el del final y narra el juicio y la ejecución de Aramburu. Notarán los lectores que aún no hemos utilizado la palabra "ajusticiamiento" ni el concepto de "justicia popular", así como tampoco la palabra "asesinato". Requerirán cuidadosos análisis posteriores. Sé que esta actitud enfurecerá a los que sostienen –enfrentadas– las dos posiciones (asesinato/ ajusticiamiento): ¿para qué tantos "cuidadosos análisis" ante un evidente asesinato o una clara acción de justicia popular? Tampoco faltarán los que ya empiecen a hablar de esa maquinaria de no pensar que es la "teoría de los dos demonios". No jodan más: no hay dos demonios. Hace rato que lo dijimos. Pero eso no nos va a frenar para analizar los asesinatos de la guerrilla argentina. Acaso convenga ya decirlo aquí: en el relato que se ha leído hay una sola frase que arrasa con la teoría de los dos demonios. Y es cuando Abal Medina le dice a Aramburu: "Los montoneros no torturan". Luego asesinarán alevosamente a Rucci, a Mor Roig y a muchos más. Pero es cierto: la tortura no formó jamás parte de la estrategia de la guerrilla. En tanto que llegó a niveles de crueldad indescriptible en las patotas militares, en sus repugnantes cuadros genocidas.*

La "cuestión Aramburu" encuentra en el "juicio" su nivel más hondo. De aquí que, de La causa peronista, *transcribamos ese fragmento.*

Es el siguiente:

"Empieza el juicio

"Metimos a Aramburu en un dormitorio, y ahí mismo esa noche le iniciamos el juicio. Lo sentamos en una cama y Fernando le dijo:

"–General Aramburu, usted está detenido por una organización revolucionaria peronista, que lo va a someter a juicio revolucionario. Recién ahí pareció comprender. Pero lo único que dijo fue:

"–Bueno.

"Su actitud era serena. Si estaba nervioso, se dominaba. Fernando lo fotografió así, sentado en la cama, sin saco ni corbata, contra la pared desnuda. Pero las fotos no salieron porque se rompió el rollo en la primera vuelta.

"Para el juicio se utilizó un grabador. Fue lento y fatigoso porque no queríamos presionarlo ni intimidarlo y él se atuvo a esa ventaja, demorando las respuestas a cada pregunta, contestando: 'no sé', 'de eso no me acuerdo', etc.

"El primer cargo que le hicimos fue el fusilamiento del general Valle y los otros patriotas que se alzaron con él, el 9 de junio de 1956. Al principio pretendió negar. Dijo que cuando sucedió eso él estaba de viaje en Rosario. Le leímos sílaba a sílaba los decretos 10.363 y 10.364, firmados por él, condenando a muerte a los sublevados. Le leímos la crónica de los fusilamientos de civiles en Lanús y José León Suárez.

"No tenía respuesta. Finalmente reconoció: 'Y bueno, nosotros hicimos una revolución, y cualquier revolución fusila a los contrarrevolucionarios'.

"Le leímos la conferencia de prensa en que el almirante Rojas acusaba al general Valle y los suyos de marxistas y de amorales. Exclamó: '¡Pero yo no he dicho eso!' Se le preguntó si de todos modos lo compartía. Dijo que no. Se le preguntó si estaba dispuesto a firmar eso. El rostro se le aclaró quizá porque pensó que la cosa terminaba ahí. 'Si era por esto, me lo hubieran pedido en mi casa', dijo, e inmediatamente firmó una declaración en que negaba haber difamado a Valle y los revolucionarios del '56. Esa declaración se mandó a los diarios, y creo que apareció publicada en *Crónica*.

"El proyecto de GAN' (Gran Acuerdo Nacional)

"El segundo punto del juicio a Aramburu versó sobre el golpe militar que él preparaba y del que nosotros teníamos pruebas, lo negó terminantemente. Cuando le dimos datos precisos sobre su enlace con un general en actividad, dijo que era 'un simple amigo'. Sobre esto, frente al grabador, fue imposible sacarle nada. Pero ape-

nas se apagaba el grabador compartiendo con nosotros una comida o un descanso, admitía que la situación del régimen no daba para más, y que sólo un gobierno de transición –para el que él se consideraba capacitado para ejercer– podía salvar la situación. Su proyecto era, en definitiva, el proyecto del GAN, que luego impulsaría Lanusse: la integración pacífica del peronismo a los designios de las clases dominantes.

”Eva Perón

”Es posible que las fechas se me confundan, porque los que llevamos el juicio adelante fuimos tres: Fernando, el otro compañero y yo. Ramus iba y venía continuamente a Buenos Aires. De todas maneras yo creo que el tema de Evita surgió el segundo día del juicio, el 31 de mayo. Lo acusábamos, por supuesto, de haber robado el cadáver. Se paralizó. Por medio de morisquetas y gestos bruscos se negaba a hablar, exigiendo por señas que apagáramos el grabador. Al fin, Fernando lo apagó.

”‘Sobre ese tema no puedo hablar’, dijo Aramburu, ‘por un problema de honor. Lo único que puedo asegurarles es que ella tiene cristiana sepultura’.

”Insistimos en saber qué había ocurrido con el cadáver. Dijo que no se acordaba. Después intentó negociar: él se comprometía a hacer aparecer el cadáver en el momento oportuno, bajo palabra de honor.

”Insistimos. Al fin dijo: ‘Tendría que hacer memoria’.

”‘Bueno, haga memoria’.

”Anochecía. Lo llevamos a otra habitación. Pidió papel y lápiz. Estuvo escribiendo antes de acostarse a dormir. A la mañana siguiente, cuando se despertó, pidió para ir al baño. Después encontramos algunos papelitos rotos, escritos con letra temblorosa. Volvimos a la habitación del juicio. Lo interrogamos sin grabador. A los tirones contó la historia verdadera: el cadáver de Eva Perón estaba en un cementerio de Roma, con nombre falso, bajo custodia del Vaticano. La documentación vinculada con el robo del cadáver estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. Más que eso no podía decir, porque su honor se lo impedía.

”La sentencia

”Era ya la noche del 1ro. de junio. Le anunciamos que el Tribunal iba a deliberar. Desde ese momento no se le habló más. Lo atamos a la cama. Preguntó por qué. Le dijimos que no se preocupara. A la madrugada Fernando le comunicó la sentencia:

”General, el Tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

”Ensayó conmovernos. Habló de la sangre que nosotros, muchachos jóvenes, íbamos a derramar. Cuando pasó la media hora lo desamarramos, lo sentamos en la cama y le atamos las manos a la espalda. Pidió que le atáramos los cordones de los zapatos. Lo hicimos. Preguntó si se podía afeitar. Le dijimos que no había utensilios. Lo llevamos por el pasillo interno de la casa en dirección al sótano. Pidió un confesor. Le dijimos que no podíamos traer un confesor porque las rutas estaban controladas.

”‘Si no pueden traer un confesor’ –dijo–, ‘¿cómo van a sacar mi cadáver?’

”Avanzó dos o tres pasos más. ‘¿Qué va a pasar con mi familia?’, preguntó. Se le dijo que no había nada contra ella, que se le entregarían sus pertenencias.

”El sótano era tan viejo como la casa, tenía setenta años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del ’69, para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar su descenso.

”‘Ah, me van a matar en el sótano’, dijo. Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola.

”Fernando tomó sobre sí la tarea de ejecutarlo. Para él, el jefe debía asumir siempre la mayor responsabilidad. A mí me mandó arriba a golpear sobre una morsa con una llave, para disimular el ruido de los disparos.

”‘General’ –dijo Fernando–, ‘vamos a proceder’.
–Proceda –dijo Aramburu.

”Fernando disparó la pistola 9 milímetros al pecho, Después hubo dos tiros de gracia, con la misma arma y uno con una 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlo mientras cavábamos el pozo en que íbamos a enterrarlo.

”Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba, a su juicio, que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada. La salida de Aramburu era una réplica exacta del GAN de Lanusse. Este manuscrito y el otro en que Aramburu negaba haber difamado a Valle, fueron capturados por la policía en el allanamiento a una quinta en González Catán. El gobierno de Lanusse no los dio a publicidad.”

El otro testimonio que ofrecemos es el de un ideólogo de la ratio militar. Un hombre que defendió con pasión las acciones del Proceso de Reorganización Nacional. Se trata de José Claudio Escribano. Esperemos que el señor Escribano tenga sentido del humor y disfrute del siguiente chiste político. Se encuentran dos personas. Toman unos tragos juntos en el lobby de un hotel. Empiezan a conocerse. Uno le pregunta al otro: “Y dígame, ¿cuál es su ideología política?”. El otro responde: “¿Lo ubica a Hitler?”. “Sí, claro.” “Bueno, yo, un cachito a la derecha.”

El escrito de José Claudio Escribano se publicó el lunes 29 de mayo de 2000 en el diario La Nación.

Es el siguiente:

“La dimensión moral de un prisionero

”Los diarios se equivocan, y es así, simplemente, por la sencilla razón de que están escritos por hombres. Publican con mayor o menor frecuencia errores informativos y de apreciación, que enmiendan según la importancia acordada a cada traspié y al sentido de responsabilidad profesional con el cual actúan en su relación con los lectores. Es un capítulo definido por normas, estilos y tradiciones de conducción editorial.

”Otras veces –afortunadamente, las más– la relectura de viejas piezas periodísticas no suscita en el alma de un diario sino la convicción de que debería volver a ser escrito exactamente como lo había sido en su momento. Eso no obsta para que gentes con diferentes criterios o compromisos ante la vida puedan pretender que un diario se rectifique de opiniones sobre las cuales él siente que nada debe corregir respecto de lo que en el pasado afirmó sobre instituciones o personas.

”Ilustra, sobre tal tipo de observaciones, la reproducción de un fragmento de la desaparecida columna de opinión de *La Nación* ‘La semana política’, publicada en la edición del domingo 20 de octubre de 1974. Ese fragmento está referido al robo del féretro de Aramburu, que la banda terrorista Montoneros, que lo había asesinado en 1970, acababa de perpetrar en el cementerio de la Recoleta.

”En el periódico *La causa peronista*, los Montoneros habían hecho poco antes, por añadidura, un relato pormenorizado del secuestro, ‘juzgamiento’ y ‘ejecución’ del ex presidente provisional de la Nación. El artículo con la reconstrucción por los propios actores del crimen con el cual se abrió formalmente un largo período de violencia en la Argentina corresponde a la edición de *La causa peronista*, del 3 de septiembre de 1974.

”Con prescindencia de la jerga utilizada por los asesinos para intentar teñir de legalidad ese hecho horrendo, *La Nación* opinó de la manera siguiente: ‘...el grupo que secuestró a Aramburu actuó con la certeza de que tenía en su poder a un hombre capaz de influir en el curso de los acontecimientos más profundos de la vida del país. Al parecer, al tenerlo cautivo y oír sus serenas razones para avanzar hacia la conciliación entre todos los argentinos, los secuestradores resolvieron quitarle la vida como un modo de aceptar que la dimensión moral del prisionero hacía insostenible y ridícula la tarea de sus captores. Los que narraron el asesinato pretendieron ser cínicos al describir los detalles, pero, como envueltos en una fuerza admirativa más rigurosa que el deseo de mostrarse desdeñosos, no pudieron ocultar su impresión ante las actitudes de una víctima que los juzgaba desde la altura de su entereza. Tenían ante ellos a un hombre sobradamente maduro que, con las manos atadas, antes de dar él mismo la orden para que el matador apretase el gatillo, le indicó al asesino que le atara los cordones de los zapatos. Era una manera de poner las cosas en su lugar y a los protagonistas en su respectivo nivel. Todo esto lo han contado los mismos que, arrastrados por un impulso irresistible, acaban de apoderarse del ataúd en un acto que concluye por aproximarse a la necrofilia y a la devoción patológica más que a una venganza saturada por el vaho de los sepulcros’.

■■■

”Esa escena con el condenado pidiendo a quienes van a disparar mortalmente contra su cuerpo que se ocupen del aliño de zapatos que no tendrán más uso que en el acto de morir en apenas unos instantes, era por sí misma suficientemente abarcadora del perfil moral del teniente general Aramburu. Pero, en verdad, el ex presidente había requerido algo más: la visita de un sacerdote, que hubiera clemencia con su familia y que le alcanzaran elementos para afeitarse.

”Eugenio Aramburu, su único hijo varón, recuerda haber escuchado más de una vez de su padre la voluntad de presentarse lo más decorosamente posible ante el Creador cuando le llegara la hora de la muerte.

”La confesión hecha públicamente por los Montoneros confirmó que Aramburu había logrado ese propósito en la trágica hora final. Menos conocido por todos es que El Vasco nunca consiguió visitar España a pesar de la intensidad de su anhelo por hacerlo.

”Se negó a pisar tierra española mientras rigiera la dictadura, que detestaba, del generalísimo Francisco Franco. Quienes sí cultivaban, desde sus orígenes hasta el fin de la Guerra Civil Española, la amistad con tamaña dictadura eran algunos de los fascistas vernáculos que habían inspirado al grupo originario de Montoneros, precisamente el que operó en el secuestro y asesinato del teniente general Aramburu.

■■■

”En un viaje que realizó a Europa, después de haber sido presidente, todo lo que Aramburu pudo lograr fue reunirse con sus parientes del país vasco en San Juan de Luz, en territorio francés, próximo a la frontera franco-española.

”La Francia de la libertad, la fraternidad y la igualdad era tan apropiada para la figura democrática de Aramburu como la España de Franco lo fue para acoger al dictador que en 1955 recorrió sucesivos capítulos del exilio y desde allí estimuló a esas ‘formaciones especiales’ que, después de haber contribuido a su retorno y acceso al poder, recibieron de su parte, el 1º de mayo de 1974, en la Plaza de Mayo de los grandes actos del peronismo, el puntapié histórico en el lugar innombrable por ensoberbecidas e ‘imberbes’.

Así trató a las ‘formaciones especiales’ como Montoneros, desde el balcón que sería de Madonna en los noventa, el general-presidente que ya veía asomarse la muerte entre los arrumacos de su mujer, Isabelita, y del poderoso ministro-mayordomo José López Rega. La Argentina, entretanto, se hundía aceleradamente en uno de sus períodos más siniestros.”

(NOTA: Termina aquí la entrega Nº 50. Son las que habíamos prometido. Habrá, por supuesto, muchas más, dado que estamos recién dando fin a la cuestión Aramburu. Lo que resta es enorme. Ya pasó esto con “La filosofía y el barro de la historia”. Iban a ser 20. Luego 35. Terminaron siendo 55. Hoy son un libro de 814 páginas. No podemos calcular cuántas entregas faltan. Entramos en terrenos decisivos y terribles. Todos lo saben. Lo que se avecina es una tragedia seguida de una catástrofe humanitaria. ¿Quién podría decir cuántas palabras, cuántas páginas harán falta para narrarlas? Ojalá podamos hacerlo.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Consideraciones teóricas sobre “El secuestro de Aramburu”

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

51 **Consideraciones teóricas sobre "El secuestro de Aramburu"**

Suplemento especial de
Página|12

LA ILEGALIDAD INSTITUCIONAL

Es hora de que la derecha en la Argentina se haga cargo de una realidad incuestionable. Ya que sigue llenándose la boca con las palabras *democracia, república, instituciones*, tiene que asumir una aberración de la cual es responsable y que ha acarreado enormes males para el país. *Entre el 16 de septiembre de 1955 y el 12 de octubre de 1973 la República Argentina vivió en estado de ilegalidad institucional*. Esta ceguera, esta obstinación, este odio, parecieran a veces no poder explicarse. Uno, que lo ha vivido, acaso se haya acostumbrado al clima de esos tiempos y a esas modalidades. "¿Por qué no puede venir al país Perón?", era algo que no se preguntaba. Todos sabían la respuesta: "Porque los militares no lo dejan". Nadie preguntaba por qué. No hace mucho, sin embargo, vi por televisión al joven ensayista Lucas Lanusse explicar la caída de Frondizi. Y cuando dio el motivo determinante les dijo a los teleespectadores: "Ustedes hoy no lo van a creer. Pero todo fue porque el 18 de marzo de 1962 el peronismo había ganado las elecciones provinciales y eso no podía ser tolerado por el Ejército. Se anularon las elecciones y el día 29 Frondizi es arrestado y enviado a Martín García". Lucas Lanusse tiene razón. Alguien, cualquier joven, aunque sea argentino, al que hoy se le dice algo así no lo puede creer. ¿Qué pasaba? Intentemos explicarle la situación a un extranjero. "Vea, en la Argentina había un partido totalmente mayoritario. Pero su líder no podía volver al país. Ni su nombre podía ser pronunciado. Los militares les cedían el gobierno a algunos civiles que lo aceptaban, transformándose en cómplices. No bien estos civiles otorgaban nuevas elecciones ganaba el partido proscripto. Entonces los militares echaban a patadas a esos civiles y empezaba de nuevo la farsa." Seamos insistentemente claros: obstinadas por excluir al peronismo de la vida institucional, las clases altas mantuvieron al país en situación de ilegalidad durante 18 años. A ver si entienden esto los señores que se adueñan de palabras que han pisoteado. Había otros caminos. En principio, el general Lonardi ya había dicho su célebre "Ni vencedores ni vencidos" no bien triunfó el movimiento sedicioso que encabezaba. Muchos sabían que el camino más racional era el de no proscribir al peronismo. Pero no. La trampa consistió en identificarlo con el nacionalsocialismo y –de este modo– así como los nazis estaban prohibidos en todos los lugares del mundo debía estar prohibido el peronismo en la Argentina. Esta ceguera pudo haber durado dos años, tres. Se eternizó. La Revolución Libertadora se denominó a sí misma (además de "Libertadora") "gobierno provisional". Su nombre completo era: "Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora". No, de ninguna manera. Seamos, otra vez, contundentemente claros: la "Revolución Libertadora" no sólo no fue un "gobierno provisional" sino que gobernó el país durante 18 años. ¿Está claro? *Tuvimos 18 años de "Revolución Libertadora"*. Todo se hizo según la ideología de la Revolución Libertadora. Si Aramburu fue quien desplazó a Lonardi para implantar el feroz antiperonismo que se adueñó largamente del país, su determinación de desperonizarlo se mantuvo inalterable. Ya sea para desperonizarlo como para evitar que se peronice. El Decreto 4161 nunca se derogó. Siempre estuvo vigente. La Argentina vivió 18 años bajo el imperio de ese decreto. Se pudo nombrar a Perón, de acuerdo. Pero el peronismo no podía ingresar al ámbito institucional. Si lo esencial del Decreto 4161 era expulsar al peronismo de la polis ese decreto duró 18 años. Además, el repugnante escamoteo del cadáver de Eva Perón se mantuvo inalterable. Todo esto lo determinaba el odio y el miedo. Evita en el país los hacía temblar. Las masas acudirían a cualquier lugar en que la enterraran y sería imposible contenerlas. Las masas –a esta altura de la Guerra Fría, de la Doctrina de la Seguridad Nacional– no sólo eran el peligro del "peronismo" sino el del camino al comunismo, ya que las masas para las clases altas y los militares son sinónimo de marxismo, de disolución, de peligro. ¿Hay alguna autocrítica por esto? ¿Alguien ha pensado la violencia extrema que esto implicaba? Si José Claudio Escribano quiere creer que con la muerte de Aramburu "se abrió formalmente un largo período de violencia en la Argentina" puede creerlo. Pero está equivocado o miente o elabora el esquema ideológico que le permitirá defender los intereses que defiende. *La muerte de Aramburu no inaugura el período de violencia en la Argentina*. Lo inaugura, suponiendo que la violencia se inaugura en algún momento en lugar de haber estado siempre presente, el bombardeo de 1955. Pero sobre todo: es la violencia institucional la que arroja a la juventud a la violencia. También a los obreros, a los sindicalistas, a los hombres del Cordobazo, del Rosariazo, del Mendozazo. ¿Cómo es posible pretender amordazar a un país por 18 años y que algo no estalle? ¿Cómo pudieron ser tan torpes, tan brutos, cómo pudieron odiar tanto, temer tanto, perseguir tanto? El Sistema de Exclusión del Peronismo (SEP) buscó mantenerse a cualquier precio. Se burló de todos y de todo. Tuvo miles de responsables. *Todos son cómplices*. Los que hicieron la Junta Coordinadora. Los que hicieron la Reforma Constitucional. Los "partidos del comisario" como la Unión Cívica Radical del Pueblo de Balbín. Alfredo Palacios y su porte de patriarca socialista. *Todos los protagonistas del SEP son cómplices de la tragedia a que se llegó. Ellos crearon la violencia*. Que yo sepa (y alguna vez hay que reconocerle algo a Sabato) fue Ernesto Sabato el único que denunció las torturas de la Libertadora. Todos los demás fueron cómplices del error demencial de la oligarquía terrateniente, del Ejército, de los grupos financieros que se fueron consolidando con la entrada del Fondo Monetario Internacional y la Iglesia. Básicamente los sectores que el tosco, torpe, pero sincero Roulet (dirigente agrario) señaló como los baluartes que en la Escuela le dijeron habían hecho el país. "Mi maestra me dijo que el país lo hicieron la Iglesia, el Ejército y el campo." ¡Claro que sí! Eso se dice en la Escuela. Esa *es* la educación argentina. Eso se nos ha enseñado autoritariamente a todos. Una doctrina que atribuye la creación del "maravilloso" país en que vivimos a sus sectores dominantes. Esa educación –que tan abierta e ingenuamente enuncia el señor Roulet– es el resultado de un hecho de poder. Es la educación de los ganadores de las guerras civiles del siglo XIX. Todos creen que es "nuestra" educación. No lo es. Es la educación que diseñaron las clases altas para educarnos a todos según sus valores. *Si* ***La razón de mi vida*** *es un hecho educacional deleznable, no lo es más que la educación impuesta por la oligarquía.* ¿Por qué he tenido que leer *Juvenilia*, el libro de un tipo miserable como Miguel Cané que era un racista y que redactó la Ley de Residencia (para terror de los inmigrantes) a la que llamó "deliciosa ley de expulsión"? ¿Dónde estaría hoy Miguel Cané? Estaría en alguna de esas radios repulsivas que hablan del peligro de los inmigrantes, a los que llaman bolitas, brasucas, chilotes, yoruguas. Cané no es mejor que el señor Hadad y su equipo de xenófobos. Era, desde luego, un xenófobo. ¿Por qué tuvimos que leer ese libro? Porque narraba la educación de los jóvenes de las clases altas en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Hasta los chicos de las provincias más empobrecidas tuvieron que enterarse de cómo se habían educado los señoritos de Buenos Aires, los que formarían la Generación del '80, "la que hizo el país".

"JÓVENES BIENINTENCIONADOS"

Volvamos a la época del SEP. ¿Qué pretendía el país que iba a surgir de ese amordazamiento? ¿Por qué nadie pidió que se institucionalizara en serio el país? ¿Por qué no lo pidieron los iluminados de *Primera Plana*? Porque eran estúpidamente gorilas. Incapaces de ver que detrás de toda esa rusticidad que a ellos les repugnaba del peronismo había un pueblo, el pueblo pobre, que genuinamente esperaba a Perón. ¿Por qué la izquierda no pidió el blanqueo inmediato de la situación institucional? Porque también se había comido el verso del fascismo de Perón. Más aún: había sido central en su creación. Aun cuando Perón fuese fascista había que permitirle volver. ¿Cuántos fascistas había en la Argentina de los sesenta? ¿Cuántos hubo entre 1955 y 1973? ¿Por qué no los expulsaron a todos? ¿Onganía no era fascista? ¿Por qué se toleraban las dictaduras? ¿Por qué se aplaudió el golpe de Onganía? Bueno, señores: en medio de ese país ilegal, tramposo, dictatorial, prohibitivo, cavernícola, lleno de odio, idiotamente gorila, anticomunista según los valores de la Escuela de las Américas, o "marxista" y gorila como lo eran todas las revistas de nuestra elegante y culta izquierda que seguían la línea de *La Vanguardia* y veían en el peronismo a una manada de monos con navaja, en ese país de la revista *Sur*, en ese país que Onganía consagró a la Virgen, *en ese país aparecieron los "montoneros"*. Secuestraron al tipo más lúcido en medio de esa caterva de descerebrados. Al que había entendido la única posibilidad que el país tenía para salir antes de hundirse en un baño de sangre. Terminar con el SEP. Reemplazar al Sistema de Exclusión del Peronismo por el Sistema de Inclusión del Peronismo. Al SEP por el SIP. Ese tipo era Aramburu. Firmenich cuenta que entre sus ropas, luego de matarlo, encontraron unos escritos. Lo dice en el célebre artículo que publica en 1974 en *La causa peronista*. Dice: "Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba a su juicio, que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada". ¡Jóvenes peronistas bien intencionados! Están a punto de matarlo y dice que sus intenciones son buenas. Uno no sabe si esto es cierto. Lo cuenta Firmenich. Arrostito, que figura en el reportaje, niega luego esa participación. O sea, el que habla todo el tiempo es Firmenich. Hay algo notable. Aramburu sale de esa historia muy digno. Hasta uno se sorprende: ¿Tan inteligente era? ¿Tan tranquilo estuvo ante la muerte? Puede ser. Pero si dijo lo que Firmenich dijo que dijo. Si dijo: a) "Jóvenes peronistas bien intencionados"; b) "Pero equivocados"; c) Y si dijo que el país debía tener una salida institucional o todo el peronismo se volcaría a la lucha armada, esto bastaba para diferenciar a Aramburu de toda la Argentina Gorila. De aquí que se postulen tantas teorías sobre su muerte. En un país de imbéciles, ¿cómo no van a querer asesinar a un tipo inteligente? ¿Quién lo mató? Sin duda, los Montoneros. Pero habrían deseado hacerlo muchos otros. ¿Y si los Montoneros no lo hubieran matado? ¿Y si Aramburu lograba su salida institucional en diálogo con Perón? ¿Perón habría aceptado o sólo quería volver como "frutilla de la torta", según me han dicho? Teniendo en cuenta lo horriblemente mal que salió todo, el costo altísimo en vidas humanas que tuvo, la sangre que corrió incontenible, el GAN de Aramburu y Perón, de darse, habría frenado la matanza. Perón volvía más joven. Aún la guerrilla no se había desarrollado tanto. La juventud

tampoco. En 1970 no querían el socialismo "para hoy". Todo habría sido distinto. Mas, ¿quién puede saberlo? ¿Podría haber conseguido Aramburu –por medio de sus pactos con Perón y el Ejército–- una salida electoral para 1971? De haber sido así se habrían ahorrado miles, decenas de miles de muertes atroces. La historia NO es tal como sucedió. Siempre pudo ser de otro modo. Pero la torpeza gorila, el odio de clase, los militares y los empresarios y la Iglesia y los grandes medios de comunicación gestaron un país que sólo dio espacio para un grito de furia, un gesto extremo de rebeldía. Sólo dio espacio para el sótano de Timote.

No más que algunas pequeñas notas en torno de la "verosimilitud" de la nouvelle. Llamamos nouvelle a una novela breve, que se desarrolla como una novela, que incorpora sus leyes y se aleja del cuento en la medida en que tiene pocas de sus características. Si el cuento recurre al recorte de una situación, o a una trama que no se resuelve o aun que no existe, o a la habitual sorpresa final *(el abuelo juntó kerosene durante un mes para quemarnos a todos, sus familiares, nosotros, apareció un día, nos vació un bidón encima y nos arrojó un fósforo, pero el abuelo estaba muy viejo, medio idiota ya, y no juntó kerosene, sino agua, cuando arrojó el fósforo todos reímos, todos lo humillamos, entonces enfureció, sacó un revólver que ignoro dónde habría conseguido y nos llenó de balas en tanto carcajeaba demoníacamente con su boca desdentada, abuelo hijo de puta, quise decirle, pero no pude, ya estaba muerto)*, que tiene mil formas posibles *(una mujer visita a un fotógrafo. "Sáqueme hermosa", le dice, "atrape con su cámara el azul calmo de mis ojos, la tersura de mi piel, mis pezones rosados que ahora le muestro, ¿los ve?, ¿alguna vez vio algo así?, ¿quiere ver el misterio de mi ombligo?, ¿la magia de mi vello púbico?, ¿apresará el rojo sangre de mis labios?, ¿mis piernas largas, bien torneadas, perfectas? Espere, ahora se las muestro, apuesto a que nunca vio nada igual", el fotógrafo, harto, seco, hirientemente, dice: "oiga, abuela, si quiere que saque la foto, quédese quieta, quiere")*, el cuento de la *sorpresa final* es el más clásico, los dos que narré, arreglados por mí, son de Humberto Costantini; *La noche boca arriba* de Cortázar es también un ejemplo del cuento sorpresa. Pero la nouvelle no busca la sorpresa. Busca una condensación de los hechos. Una economía de las palabras. Decirlo todo en una extensión moderada. Acaso golpear, sí, pero por su brevedad. Esa brevedad le da contundencia al relato. El lector *tiene* que decir: "Me la devoré". *Timote* apuesta a eso. La escritura es breve. Frases cortas. Los adjetivos necesarios, pero no escatimados. Apenas señalar algunos rasgos físicos de los personajes. Los otros, que los ponga el lector.

El relato parte del secuestro de Aramburu. La ausencia de custodia lleva a la tesis de una colaboración de los Montoneros con Onganía. Es un disparate y está fundada en las hipótesis de dos personajes poco creíbles. Son dos loquitos de la Libertadora, que estuvo llena de loquitos. Uno es Aldo Luis Molinari, capitán de navío, subjefe de la Policía Federal que asumió la investigación de la Quema de Templos, Quema de la Bandera, Torturas y ¡el caso Duarte! Molinari publica *Aramburu, la verdad sobre su muerte*, un mamarracho que buscaba unir a los servicios de inteligencia de Onganía con los Montoneros. El otro es más loco, mucho más y más pintoresco. Es el famoso "Capitán Gandhi". Decía llamarse Próspero Germán Fernández Alvariño. Cuando, junto con Héctor Olivera, hice el guión del film *Ay Juancito*, basado en la vida de Juan Duarte, me di de narices con este personaje. Vivía obsesionado por demostrar que Juan Duarte, lejos de haberse suicidado, había sido enviado a los cielos o al infierno por los sicarios de Perón. Para hacerlo no tiene mejor idea que desenterrar el cadáver, cortarle la cabeza y pasearse con ella por la Jefatura de Policía. Según informaciones que hemos recogido solía aparecerse por el Congreso Nacional para exhibir su trofeo. Un día lo llama a Cámpora, amigo de Duarte, y pone ante él una bandeja de plata con algo sobre ella pudorosamente cubierto por una enorme servilleta. "A ver, Camporita, si recordás esta cara." Saca la tela y vemos la cabeza semiputrefacta de Juan Duarte. El Capitán Gandhi introduce un lápiz en un agujero de la calavera. "Este agujero, ¿se lo hicieron ustedes o él?" Cámpora apenas si puede hablar, pero Gandhi insiste: "Vamos, che, largá. ¿Lo suicidaron ustedes?" Cámpora se pone de pie y con firmeza dice: "Juancito era mi amigo. Se suicidó. Era el hermano de Evita. Nadie se habría atrevido a matarlo". Este paranoico, este débil mental se encarga de investigar la muerte de Aramburu. Y elabora la teoría de la colaboración entre Onganía, Imaz y los Montoneros. Existe un excelente trabajo de Ernesto Salas, en la revista *Lucha Armada*, que da por tierra con estas patrañas: "El falso enigma del 'Caso Aramburu'", año 1, Nº 2.

"LAS PAGÓ, JORGE"

Despejada esta cuestión nos concentramos en el viaje a Timote. Lo han planeado bien. Van por un camino más largo pero más seguro. Bonasso dice que le meten cloroformo. Pero no parece probable. Aramburu, desde el inicio, se porta como un caballero. Durante el viaje casi no hay diálogos. Llegan a Timote. Aquí, un inconveniente inesperado. Don Acébal, el capataz. He insistido en este personaje y acaso si emprendo una novela aparte de este ensayo lo haga más. Acébal, el capataz, es el hombre fiel. En toda estancia hay un Acébal. Ramus sabe cómo tratarlo. Firmenich se le acerca también. Ramus se lo tiene que quitar de encima. Le dice que se vaya al pueblo. Le da unos pesos. Más de los habituales. Acébal se sorprende. Tómese unos buenos tragos, Acébal. Podría haberle dicho: Quédese unos días por el pueblo. Fermín, el dueño del almacén, es su amigo, ¿no? Acébal asiente: claro que sí. Aquí tuve una tentación. Que Ramus o Firmenich, más osado, caradura, le sugiera que se busque una hembra. Pero creo que Acébal se habría ofendido. ¿Una hembra? Si hoy es viernes, Carlitos. Porque Acébal, a Ramus, lo tutea. Y le dice Carlitos porque lo conoce de pibe. Eso es así. Son las leyes de las estancias. ¿Cómo va a andar Acébal con una hembra en día viernes, que es laborable? Firmenich insiste: ellos tienen una reunión especial. No lo van a necesitar. Acébal se va. Hay, en el relato, una anotación: el único personaje realmente popular es expulsado de inmediato de la trama.

Entran. Le dicen que lo han secuestrado para someterlo a un Juicio Revolucionario. Por la muerte de Valle y los militantes populares. Por el escamoteo del cadáver de Eva.

Aquí, es el momento de plantearlo con toda crudeza, queremos responder a este interrogante. ¿La muerte de Aramburu fue un asesinato? Si lo fue, no fue un acto de la Justicia Popular, como sostienen los Montoneros y como sostuvo toda la militancia de la izquierda peronista. Fue un asesinato político. ¿Representaban los Montoneros al pueblo peronista? ¿Actuaban legítimamente en su nombre o no? Si no, fue un asesinato. Ahora analicemos la otra cara. ¿Recogían los Montoneros una corriente interna de la historia, un deseo del pueblo que se expresaba soterradamente pero no era por eso menos real? ¿Se encarnaron en él *expresándolo*? ¿Quería el pueblo la muerte de Aramburu? Si es así, tomaron una causa que latía en los socavones de la historia, la encarnaron y ejecutaron un acto justiciero, el acto que todo un pueblo deseaba. Lo realizaron además en medio de un régimen ilegal, ilegítimo, en medio de una dictadura represiva. Esto torna tan compleja la muerte de Aramburu. Lo de Rucci es un asesinato. Nadie quería la muerte de Rucci. Y muere en medio de una democracia. A dos días del triunfo aplastante de Perón en elecciones democráticas. Esto es fácil: asesinato y punto. Pero con Aramburu hay demasiados elementos en juego. Yo estoy en contra de la pena de muerte. Matar es malo. Pero el hombre mata desde el principio de los tiempos y sigue matando. No puedo atarme a un ideal y no ver la realidad. Que Aramburu SE GANÓ la muerte, de esto no caben dudas. Esto no quiere decir que debía o merecía morir. Sólo que hizo todo lo necesario para ponerse en la línea de fuego de los vengadores. Había despertado demasiados odios. Para colmo, su proyecto político de mediador lo ubica entre dos fuegos, en pleno fuego cruzado. No hay lugar más peligroso que el de los conciliadores. Si los bandos no quieren conciliarse, los conciliadores fastidian, estorban, están de más. Hay que matarlos. Hasta en esa encrucijada se había puesto Aramburu. *No había dejado una por hacer.*

Cuando lo matan, Jorge Antonio lo llama a Perón a Puerta de Hierro y le da la noticia. Seco, frío, duramente, Perón dice: "Las pagó, Jorge". ¡Qué frase para una lápida!

Las posiciones de cada uno de los sujetos actuantes en la tragedia están expuestas en el relato. Fernando Abal le dice a su prisionero que él y la Argentina Gorila lo han hecho ser lo que es. Ustedes me inventaron. Soy lo que ustedes me hicieron ser. Esto es irrefutable. Hay, para validar el acto de Fernando, dos elementos centrales: esa generación *fue arrojada a la violencia* por la necedad del Estado Gorila, el que fundó Aramburu. La empecinada desperonización es Aramburu quien la inicia, para eso lo echó a Lonardi.

Su firma es la primera que aparece en el Decreto 4161. Cada uno es responsable de lo que hace. Y si el Monstruo del doctor Frankenstein se vuelve contra él y lo mata no es del Monstruo la culpa, sino del doctor alucinado que lo creó. El error, la ceguera, el odio clasista y racista del Estado Gorila es inaudito. ¿Qué podía surgir de ahí? La Argentina del Decreto 4161 se prolonga demasiado. ¡Prohibirle al candidato peronista asumir una gobernación que había ganado en libre juego democrático! Pero, ¿qué creían ser estos militares y los civiles que los apoyaban? Los dueños del país, desde luego. El peronismo había sido una derrota que castigarían severamente y que jamás volverían a padecer. Acaso deban pensar en esto los militantes de la izquierda. Por decirlo claramente, podemos decir mil cosas del peronismo y de Perón y de Evita, pero, por la conducta que asumieron las clases altas, la Iglesia y el Ejército, pareciera que *nadie* en nuestra historia les metió más hondamente un dedo en el culo que ellos. Y no nos vamos a arrepentir de esta expresión. Es nuestra. Pertenece a nuestra modalidad de habla y es impecablemente expresiva. El dedo en el culo es el dedo no querido. Es el dedo que agrede, que injuria, que viola. El primer peronismo es el único Gobierno de nuestra historia que mete ese dedo en el culo de la oligarquía. Tal vez, un poco, Rosas. Pero con menos determinación, con menos lucidez, por pura picardía de gaucho malo y rebelde. El peronismo los molestó mucho. No tanto como pedía Milcíades Peña, es cierto. Pero no sé si lo que pedía Milcíades habría sido posible. No se intentó y nunca lo vamos a saber. Sin embargo, la ofensa tuvo que ser muy grande para generar tanto odio. La injuria tuvo olor a pata de morochos insolentes, llevó a los cabecitas hacia la falta de sumisión a los patrones, les hizo alzar la cabeza. Hubo una violación de las reglas elementales a que la oligarquía estaba acostumbrada. El peronismo era grasa. Era ignorante. Era la zapatilla contra el libro. Por eso la FUBA se unió a la Argentina oligarca. Los comunistas de los teatros independientes. Sólo vieron la relación entre un coronel fascista y una manga de negros que no sabían nada. Brutos, ignorantes, manipulables "obreros sin experiencia sindical anterior". Y el mal gusto. Y la Yegua, la Puta, la Trepadora.

EVITA, EL CHE Y HOLLYWOOD

Ahora Hollywood hace una película sobre el Che. La de Benicio del Toro. ¿Por qué los yankis aceptan al Che y escupen sobre Evita? Porque el Che es un muchacho de buena familia. Un pibe urbano. Es hombre, no es mujer. No tiene un pasado sórdido. Si cogió, es un hombre y nada más natural ni estimulante que un hombre coja. Eso lo hace un macho. Si Evita cogió, es una puta. Si cogió para trepar, peor todavía. Es una mujer. Mujer que coge, mujer puta. Era populista y no marxista. El Che tiene tras de sí *Das Kapital*. Evita, los folletines baratos que se leían en las provincias hacia 1930. El Che se llama Guevara de la Serna. Tiene una familia. Es hijo legítimo. Tiene padre, madre. Es culto. Ha estudiado. Conoce la Universidad. Jugó al rugby. Evita es una bastarda. Hija ilegítima de un viajante de comercio pobretón. Se dice que en la casa de su madre funcionaba un burdel. Se rajó de Junín porque se acostó con el cantante Magaldi, apenas a los dieciséis años. El Che recorrió en moto América latina. Se emocionó en los leprosarios como el mismísimo profeta de Nazareth. Evita agredió, para trepar, a la lustrosa oligarquía argentina. El Che derrotó a un tirano sangriento, a un sargento bruto y bastante negrazo. Si le pulimos la ideología, si atenuamos sus rasgos antiimperialistas haremos de él lo que queremos hacer: un héroe, el símbolo del aventurero, del idealista. Total, ya no jode a nadie. A Evita que la haga Faye Dunaway, que aparezca bastante desnuda en el afiche y con una gorra militar en la cabeza. Se la sacó, para juguetear, al teniente o al coronel con el que se acostó esa noche. Que la haga Madonna, que da puta, que da loca, que canta y se pone la mano entre las piernas. ¿Por qué esta diferencia? ¿Por qué el imperialismo se traga al marxista Guevara y escupe sobre la populista Eva? Por lo dicho. Evita es el insulto, la agresión, la falta de respeto. Porque Evita es el Otro. El Che es de la misma estirpe. Porque el Che es un muchacho de clase alta, de linaje, educado. Evita es una rea, una bastarda y una trepadora que usa el sexo para su incesante ambición. Cada polvo, un escalón más. El Che muere en la lucha, agotándose, es el asma el que lo agota. Se lo ve en el piletón de Vallegrande, con los ojos abiertos, como si aún viviera, como si nunca fuera a morir porque es inmortal. Evita muere de cáncer y el cáncer lo tiene entre las piernas. Todo es sucio en ella, hasta eso. Evita les faltó el respeto. Más que el Che. Le añadió al odio el mal gusto y la bastardia y la mala vida.

Inaugura, ese primer peronismo, algo que no cesa. Que crece. Que no se puede frenar. El maldito país no se desperoniza. Perón maneja todo desde Madrid. No le van a dar nada. No van a tolerar que se venga con la nueva puta con que se juntó, esa cabaretera. Porque el tipo es un enfermo. Elige, como compañeras, a prostitutas. No puede volver. Además, ¿quiénes lo reclaman? Los negros. Que se jodan. Para eso son negros, son brutos, son ignorantes. No entienden nada. El demagogo les dio un par de cosas y lo han hecho un dios. De modo que dictaduras o gobiernos títeres. Y el que busque negociar con el tirano se va. Y ponemos a otro. Y al final nos ponemos nosotros. Pero la peste no cede. De pronto aparecen estos pibes. Chicos de nuestra clase. Católicos, cultos, educados. ¡Y son peronistas! ¿Cómo es posible? ¿No entienden que es por ellos que hacemos lo que hacemos? ¿Que queremos darles un país limpio, gobernado por doctores, por gente bien, por gente educada, blanca, no por negros de mierda, no por los sucios demagogos que los cortejan, que los conquistan porque los negros son brutos y cualquiera que les da un par de zapatos los tiene con él?

¿QUIÉN DELEGÓ EN USTEDES LA JUSTICIA POPULAR?

En ese país mentiroso, autoritario, antidemocrático, en ese país que prohibía películas, libros, todo lo que irritara a la Iglesia católica y a los grupos inquisitoriales católicos del poder, en ese país de militares, de cárceles, de persecuciones, de prohibiciones, creció Fernando Abal Medina. "Yo puedo contarte cosas abominables de Perón", le dice Aramburu. "Yo crecí escuchando cosas abominables de Perón", le dice Abal. Hacían exposiciones de autos suntuosos. De pieles suntuosas. De joyas faraónicas. Y decían: "Pertenecieron a Perón y a Evita". "Soy lo que ustedes hicieron de mí", dice Fernando Abal. "Soy el fruto perfecto de la Argentina Gorila. Ustedes me inventaron. Ahora, jódanse." Aramburu entiende que le salió el tiro por la culata. Que su odio hizo de Perón un dios. Ahora es tarde. Estos muchachos saben lo que piensa el pueblo. Lo que piensa de Aramburu. Saben que lo odia. Saben que ha llegado el momento de llevar la lucha a los extremos. Porque no queda otra. Porque en América latina es la hora de la lucha armada. Del foco guevarista. De la guerrilla urbana. De todo lo que inauguró la Revolución Cubana. La idea de matar, en 1970, le era accesible a todo militante. La militancia era parte de una guerra. Era la guerra del pueblo para traer a su líder. La consigna *Perón vuelve* animaba todas las acciones. Les daba vida. Les otorgaba un sentido. Sólo eso hacía falta. "¿Vos por qué arriesgás tu vida? ¿Por el socialismo, por el comunismo, por la destrucción anarquista del Estado, por una verdadera democracia?" "No me jodas. Yo quiero traerlo a Perón. Como todos. Queremos que Perón vuelva. Después vemos." Pocas consignas tuvieron tanta fuerza, tanto poder de unidad y, a la vez, tanta simpleza. "Perón Vuelve." Si para las elecciones del '46, el poeta popular Zoilo Laguna decía "Sin asco a darle cruzao/ que en esta patria el destino/ ya tiene un nombre argentino/ ¡Perón y asunto arreglao!" El "Perón Vuelve" lo resumía todo. Vuelve Perón... y asunto arreglao.

Hay otra cuestión. Y la plantea Aramburu: ¿quién delegó en ustedes la justicia popular? ¿Por qué creen que encarnan la voluntad del pueblo? ¿Hicieron alguna asamblea? ¿Por qué creen pertenecer al pueblo si son apenas unos cuantos chicos católicos de buenas familias? Ningún revolucionario ha pertenecido a la clase por la que luchó. Las vanguardias lo son porque sus integrantes van más allá que el pueblo. A veces *demasiado*. A veces creen interpretar al pueblo y se equivocan. A veces giran en el vacío y dicen representar a un pueblo que no está o que los desconoce. Pero Fernando Abal sabe que el pueblo peronista odia a Aramburu. Pero, ¿quiere matarlo? La clase media argentina se caracteriza por una frase terrible. Siempre que ve algo que le disgusta (pongamos: una manifestación del orgullo gay) dice esa frase: "Hay que matarlos a todos". También lo dijo de los "subversivos", muchos de los cuales pertenecían a su propia clase. Volvamos: ¿habría querido el pueblo peronista matar a Aramburu? ¿No hemos visto que es un pueblo pacífico, el pueblo del Welfare State? Hay una respuesta. La respuesta está en lo que hicieron al enterarse de la noticia: festejaron, bailaron, rieron, bebieron, fueron felices. El pueblo peronista no festejaba la *venganza* por lo de Valle. Esto había quedado atrás, en el olvido. Simplemente odiaban a Aramburu y sabían que era quien había derrocado y expulsado a Perón. La situación es compleja. Los Montoneros se montan sobre el odio genuino de las clases populares. Pero, ¿era ésa la única forma de castigar a Aramburu? ¿Matarlo en un sótano a menos de un metro de distancia? Pronto se estrenará el film de César D'Angiolillo *Gaby, la montonera*. Por primera vez, veladamente, con mucha cautela, a través de un ventanal, se ve la ejecución de Aramburu. Es dura de ver. Un hombre joven eleva una pistola y, a menos de un metro, le dispara a quemarropa un balazo a un hombre de edad, que cae de inmediato. Un amigo que veía conmigo el film dijo: "Si eso no es un asesinato...". Se parece a la famosa foto en que un teniente de Saigón hace fuego apuntando a la cabeza de un vietcong, que cierra los ojos y ya está muerto en el momento en que la foto se toma. Otro dijo: "Qué pelotas tenía ese pibe, eh". Otro: "Eso no es justicia popular. ¿Quién les había delegado la justicia popular?" Otro dijo algo patético y tristemente gracioso: "¿Y qué querés que hicieran? ¿Qué recorrieran los barrios y las villas preguntando en cada casa: 'Perdón, señora, usted quiere o no quiere que matemos a Aramburu?'".

Al final de este trabajo trataré de esbozar una teoría de la violencia. Yo detesto la violencia. Desde pibe. En mi barrio vivíamos agarrándonos a las piñas. Yo aceptaba eso como un modo de pertenecer al grupo barrial, de no quedarme solo. Porque después jugábamos al fútbol o íbamos al cine. Pero ya odiaba la violencia. Y odiaba sentirla en mí. Todos llevamos dentro a la violencia. Nadie puede decir si será capaz o no de matar a otro. Nadie. Dependerá siempre de las circunstancias. Asomarse a la propia violencia es un ejercicio temible. Aterra imaginar lo que podríamos ser capaces de hacer.

Años después, cuando revientan la lancha de Villar (el sanguinario policía que Perón pone al frente de la Federal) los Montos pintan: "Villar, justicia popular". No es lo mismo. Eso es un asesinato planeado con un talento en el que se ve la mano del Profesor Neurus, de Walsh. O no: sólo lo supongo. Pero lo de Aramburu es distinto. Como sea, debo decir que todo acto que implique matar a un ser humano es un asesinato. Que los Montoneros no tenían nada que ver con la clase social cuya justicia dicen asumir. Que esto no importa. Ni Rosa Luxemburgo, ni Lenin, ni Trotsky, ni Marx y mucho menos Engels eran proletarios. Que los Montoneros se montan sobre un largo proceso histórico que Aramburu había iniciado y que acabó devorándoselo. Que podría defender con mil argumentos que la muerte de Rucci fue un alevoso asesinato. Que no tengo tantos argumentos con Aramburu. Que tengo más comprensión por esos muchachos arrojados a la violencia por el régimen de la Argentina autoritaria que por los que siguieron con la violencia luego del 11 de marzo. De éstos, nada. Todo lo que se haya hecho después de esa fecha fue ilegal, antipopular. Que es tan complejo el caso Aramburu que puedo y debo decir que fue un asesinato y puedo y debo decir que fue un acto de violencia largamente trabajado por la historia. Que no tengo una respuesta contundente. Que no puedo tenerla porque el hecho está supremamente sobredeterminado. Que sé que esa muerte, la de Aramburu, es el disparador de la furia vengativa de los militares procesistas. Que, en ese sentido, la detesto por el mal que causó. Que la violencia fue trágica en la Argentina. Que ese camino sólo llevó a justificar la masacre del Proceso y no consiguió nada importante. Que costó demasiado. Que su precio fue altísimo. Desde este punto de vista, no tengo dudas: ojalá Fernando Abal Medina no hubiese hecho fuego en el escueto sótano de la estancia La Celma, en Timote.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

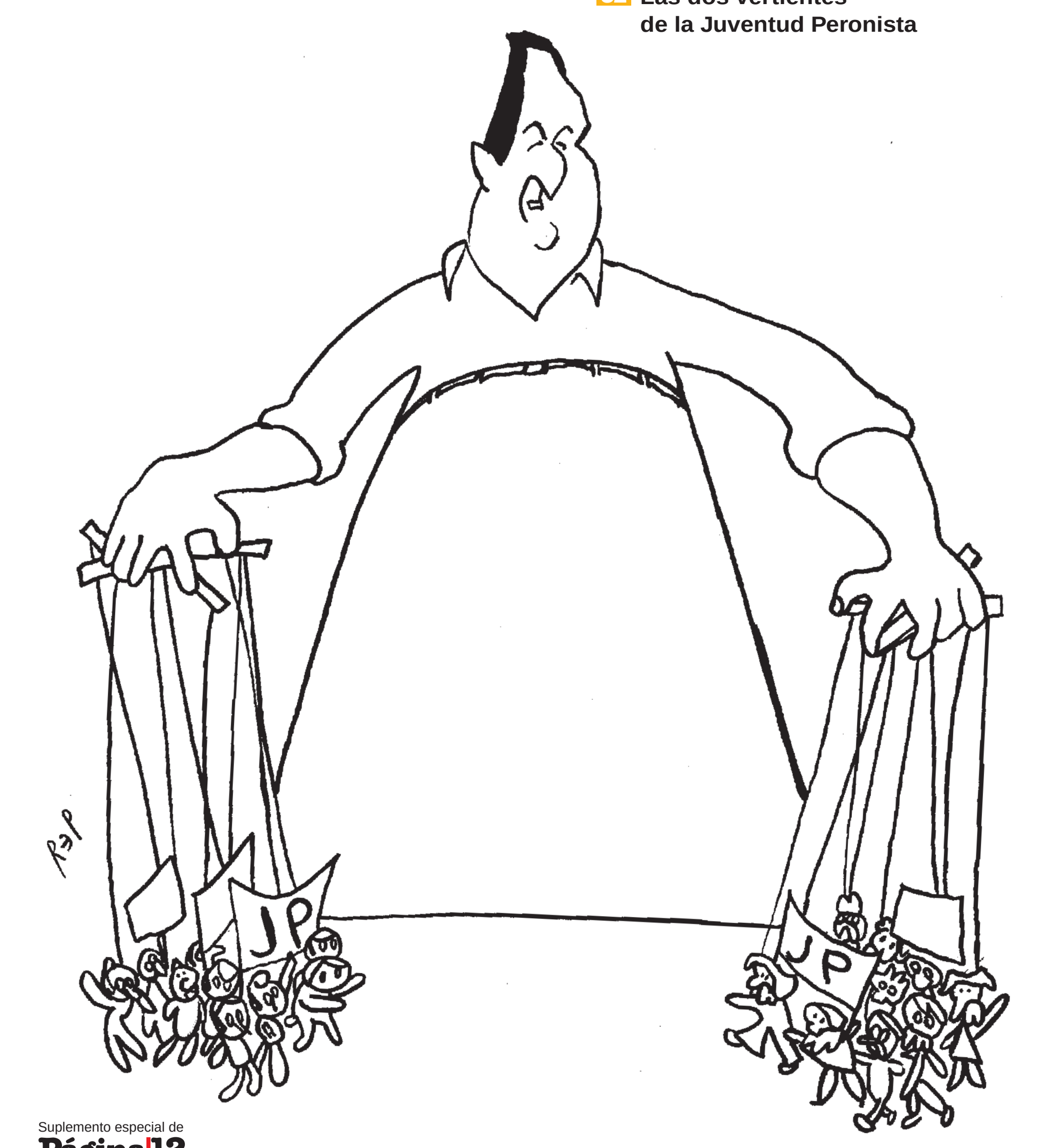
Las dos vertientes de la Juventud Peronista

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

52 Las dos vertientes de la Juventud Peronista



Suplemento especial de
Página|12

LOS CHICOS DE TACUARA Y LA VIOLENCIA CATÓLICA

Los que andamos por los sesenta y hasta un cachito más solemos recordar muchas cosas. No sé quién anda vaticinando que hoy la expectativa de vida es hasta los qué sé yo cuántos años, pero juro que a lo largo de estos seis u ocho meses esa aseveración se me ha vuelto cuestionable. Del modo que sea, todos sabemos que la Huesuda es implacable y que, en algún momento, tendremos que discutir con ella. Discusión que es absurda porque Ella suele ganarla con el simple trámite de matarnos. Nada de pedirle unos años más. De reprocharle que su decisión de retirarnos del show ha sido prematura. Que aún teníamos muchos planes. Que todos nos decían: "¡Estás hecho un pibe!" No. Cuando la Huesuda te dice: "Vení", lo mejor es que vayas. Te tocó y te jodés. Pero durante estos meses se ha empecinado en aumentar nuestra soledad quitándonos la cercanía cálida de algunos amigos sólo por la arbitraria decisión de hacerlos crepar, manía que Ella tiene y en la que se especializa. De aquí que en amables reuniones con amigos que aún andan por aquí surge con frecuencia el tema de los viejos tiempos. Cuando éramos jóvenes y de la Huesuda nada sabíamos o se llevaba a otra gente: a viejos de mierda, por ejemplo, que ya habían vivido lo suyo y nada habían dejado que justificara su paso por el mundo. Cuando hablamos del pasado suele aparecer el recuerdo de los años escolares. De la primaria. De la secundaria. La otra vez alguien largó una pregunta:

–¿Se acuerdan de Tacuara?

–Eran jodidos esos tipos. Yo les tenía un cagazo que ni te cuento.

Alguien, que la tiene más clara, dice:

–Siempre me asombró algo. Tenían nuestra edad pero tenían una ideología construida. Tenían formación. Parecían mayores que nosotros.

Unánime: todos les tenían miedo a los militantes de Tacuara. Eran, en rigor, un grupo de choque ultracatólico. Tenían el estilo de las pandillas nazis que asolaban Berlín y otras ciudades de Alemania hacia 1931. Tuve una cercana relación con esos muchachos. La vida me puso en un lugar que me permitió verlos surgir y padecerlos. En 1957 yo me reunía con unos amigos en la Plaza Castelli de Belgrano R. Estaba en segundo año del bachillerato. A esa edad era un perfecto boludo. Quiero decir: era un pibe. Leía revistas de historietas y –por esas marcas tempranas de la vida– leía a Kafka y escribía. Pero de Kafka entendía poco y escribía sobre cowboys y piratas y hasta sobre gauchos. Con los pibes que se reunían en la plaza empezamos a organizar algunas fiestitas. Eran en la casa de un chico que –sólo recuerdo esto– se llamaba David. Pero vivía en un quinto piso de Conde y Echeverría y era un amplio, muy lindo departamento. Los padres se lo cedían siempre que se armaba una fiestita. Ahí estaba yo: empezando una adolescencia normal. La adolescencia de los años cincuenta. Fiestitas, bailar, alguna noviecita. Me gustaba una piba. Cristina, se llamaba. David era judío. Pero esto no parecía preocuparle a nadie. La mayoría de los pibes de la Plaza Castelli eran tibiamente antisemitas. Cosas que les habían dicho los padres. Las de siempre: que los judíos habían "matado a Dios". Pero no pasaba nada. Además, acudiendo a mis dotes de temprano charlatán, yo les había aclarado que mi vieja era católica y eso te hace católico y que yo era católico y que no me jodieran más. *Hasta que llegaron los Tacuara.*

Tendrían dos años más que nosotros. En seguida fascinaron a todos. David, solito, dejó de aparecer. Creo que un tacuara le dio una piña. Algo así. Metían tanto miedo que el poseedor del hermoso departamento donde hacíamos nuestras fiestitas desapareció. Nunca más las fiestitas. Pero mis otros amigos no lo lamentaron. Rodeaban a los tacuaras y escuchaban sus historias. Hablo de 1957, eh. Recién aparecían. Había dos hermanos que estaban cerca de lo siniestro o tal vez más allá. Eran adecuadamente rubios y sonreían amenazadoramente. Yo, en seguida, les largué el asunto de mamá católica y yo católico y no me jodan. Me aceptaron. Pero con pocas ganas.

Se sentaban en los bancos verdes de la plaza y nosotros los rodeábamos. No recuerdo todo lo que nos hacían saber, el mundo del que nos llevaban a participar. No recuerdo nombres. Lamento eso. Pero hablaban de sus reuniones. Se reunían a menudo en un caserón de no sé dónde. En ellas un cura les hablaba. Y después un historiador los sumergía en los torrentes deslumbrantes del Tercer Reich. Hablaban de Hitler como de Dios. Y después pasaban a Rosas. Y después a los judíos. Terminaban cada encuentro rindiendo un homenaje a dos caídos de la organización. Decían sus nombres y alzaban la mano al estilo nazi. No pude escuchar muchas otras cosas. Todas eran parecidas. Algunas incluían algún ataque a una sinagoga o la paliza a un judío. Hablaban de la patria. De su gran defensor: Rosas. Y de uno que otro tema. Llevaban la estrella federal en la solapa. Y cruces.

Cierto día aparezco por la plaza y uno de los dos rubios se me acerca. Después vi esa cara en muchas películas. Es la del nazi perverso que se ríe porque sabe que te va a reventar. La risa tiene un toque de locura y otro de crueldad. Una crueldad que, aunque aún no ejercida, el tipo ya la disfruta por anticipado, con sólo pensar en ella, con sólo planearla. El rubio me dice: "Qué hacés, Fainman". Nadie, jamás, había pronunciado así mi apellido. No hasta 1957 al menos. Pero decir "Fainman" y decir "judío de mierda, no nos tragamos más la historia de tu vieja católica o no nos interesa porque con ese apellido vos, para nosotros, sos una rata semita" era lo mismo. Me di vuelta y me fui. Ahí dejé para siempre un posible camino que pudo tener mi adolescencia. Ahí quedaron las fiestas en lo de David. Los bailes. Cristina. Nunca supe bailar bien. Siempre fui un tronco. Con Cristina hubiera aprendido. Como la vida siempre te abre puertas me metí por otro camino y sobreviví. Pero hubiera preferido el anterior. Además, era la primera vez (y creo que acaso fue la única o también, y esto es importante, creo que luego supe defenderme y hasta dejar en ridículo al facho de turno) que sentí qué era ser un desplazado, un marginado. No un judío. Pero *también* un judío. Porque hay pocas cosas más difíciles que defenderte de algo que no sos, que no sentís. Bueno, este es otro tema. En alguna novela lo debo haber narrado. Pero pensemos en David. El estaba contento. Nos daba su casa. Quería ser nuestro amigo. Hacer las fiestitas. De pronto, los nazis.

En los colegios la cosa era peor aún. En el Roca de Belgrano. Aquí eran una peste. En el Sarmiento. No tanto en el Manuel Belgrano. Casi nada en el Avellaneda. Y mucho en el Nacional Buenos Aires. En Derecho, más tarde, se adueñaron del sindicato y, sé que conté esto que, además, es muy conocido, una noche entraron al comedor y cagaron a cadenazos a todos. Judíos o no judíos. Como locos, gritaban: "¡Vivan los generales Valle, Tanco y Cogorno!". Una chica murió baleada. Porque sí nomás. Porque a algún canalla tacuarita, a algún chico malo católico nacionalista, se le ocurrió practicar tiro.

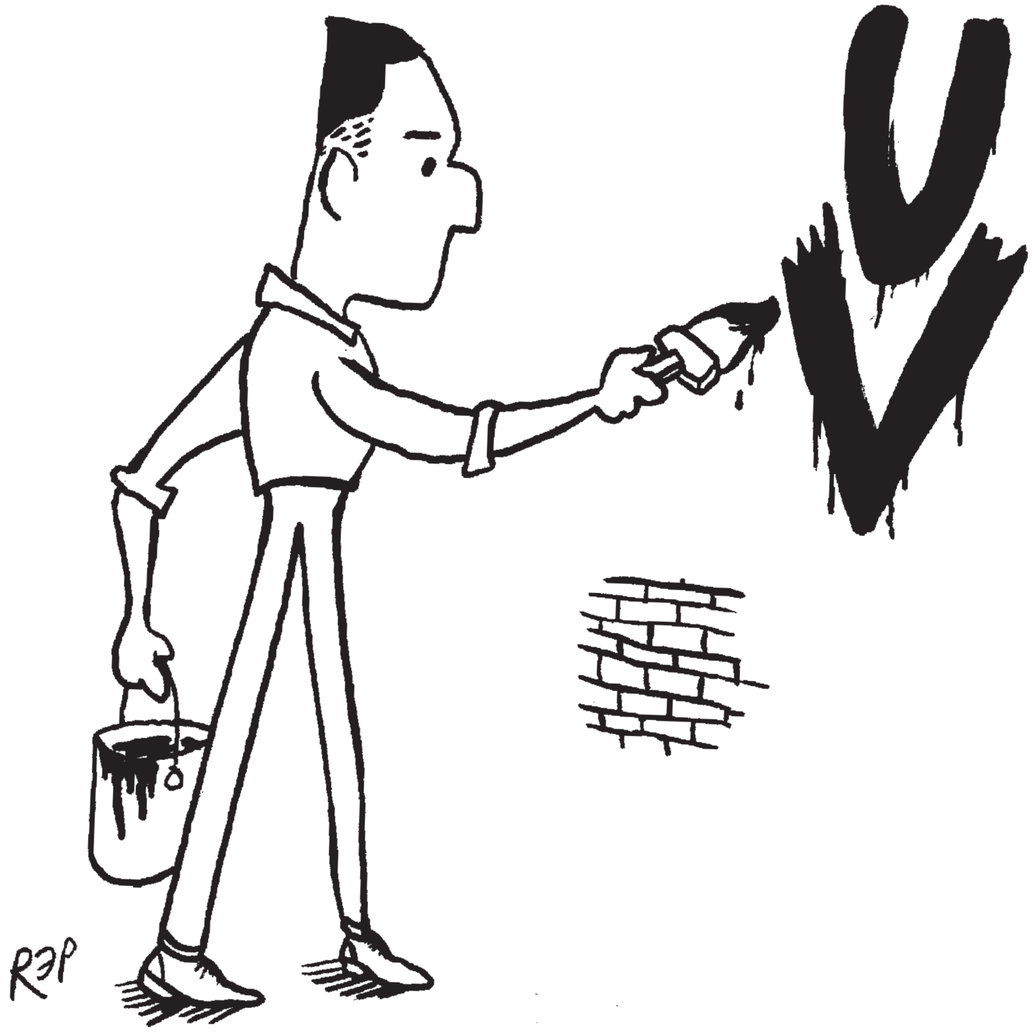
Se discute o se oculta el origen tacuara de algunos montoneros. Pero cuando se anda tan cerca de algo la cercanía se torna peligrosa. Hubo una evolución. Pero habrá que ver si en todos. La semejanza de símbolos es total. Entre la tacuara, que era el arma primitiva y más pura de combate de la montonera gaucha, y la elección, sumamente correcta, del nombre Montoneros para expresar la continuidad de una lucha popular que viene de lejos y que estuvo encarnada, en el siglo XIX, por el federalismo del Interior, por sus caudillos y sus masas, y una actual que prolonga esa guerra que los gauchos perdieron, hay una simetría impecable. Aquí es donde se notan las lecturas que hicieron los pibes tacuaras ya en los cincuenta. Los pandilleros que aparecieron por la plaza Castelli en 1957 ya tenían las cosas claras. Pero no por Jauretche, ni por Jorge Abelardo Ramos ni aun por José María Rosa. Ellos habían leído a los hermanos Irazusta, la biografía de Rosas de Carlos Ibarguren, la de Manuel Gálvez y *La unidad nacional* de Ricardo Font Ezcurra. De aquí les venía la unión entre el rosismo y el catolicismo. Luego, el siniestro padre Julio Menvielle, que estaba bastante chiflado, hizo lo suyo.

La acción más importante de los Tacuara, la que los lleva al conocimiento público, es decir, el de aquellos a quienes aún no habían reventado a cadenazos en algún lugar de la ciudad, dado que los otros jamás podrían olvidarlos, es el célebre asalto al Policlínico Bancario, que hasta mereció que se filmara una película, bastante rigurosa, con Alfredo Alcón y Mirtha Legrand. Pero antes me permitiré redondear algo. Para ellos, lo "militar" era tan importante como lo "católico". Y esto lo habían encontrado de modo espléndido en la figura de Juan Manuel de Rosas. La biografía que más frecuentaron fue la del fascista Carlos Ibarguren, hombre del gobierno de Uriburu entre muchas otras cosas (*Nota*: El libro en que Ibarguren desarrolla casi mejor que el propio Duce la ideología del fascismo es *La inquietud de esta hora*. De 1934. Debiera reeditarse.) Don Carlos inicia su biografía de Rosas, coherentemente, narrando su nacimiento. Al hacerlo, expresa la inefable, sublime unión que se da entre el catolicismo y lo militar: no bien "el párvulo" echa a llorar su padre corre al cuartel en busca del capellán de su batallón "para que bautizara en seguida al recién nacido. Como estuviera ausente su capellán, y nadie diera razón de él en ese momento, llamó al del batallón tercero, doctor Pantaleón de Rivarola. El teniente pensaba que el vástago de un Ortiz de Rozas debía, el primer día de su vida, ser ungido a la vez católico y militar, y por ello empeñose en que fuera castrense el sacerdote que pusiera óleo y crisma a la criatura" (Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*, Ediciones Theoria, Buenos Aires, 1972, p. 7. En la portadilla, la editorial –que editaba autores de la derecha nacionalista aunque también al siempre querible Fermín Chávez– describe a Ibarguren como sigue: "Católico por bautismo y militancia, dio ejemplo de vida familiar, amó a su prójimo y siempre prestó testimonio de su fe". Amén.)

No es complejo descifrar el andamiaje ideológico de los muchachos tacuaristas. Era elemental. Hay un solo aspecto sobre el que me propongo detenerme: la violencia. Estaban dotados para la violencia. Durante la presidencia de Frondizi se desata el conflicto entre la "laica" y la "libre". La "laica" era la educación liberal, no religiosa. La "libre" era la de los colegios religiosos. La de los chicos chupacirios. Surgieron luchas muy duras en distintas geografías de la ciudad. La izquierda, los comunistas, defendía la "laica". Los tacuaritas, la "libre". Acusaban a comunistas, judíos y masones de querer borrar la identidad católica e hispánica de la nación. No había un solo judío que peleara por la "libre". Todos estaban con la "laica". De modo que fue fácil para los tacuara identificar a la "laica" con el judaísmo. Hubo muchas piñas, cadenazos, insultos entre "fachos" y "judíos bolches". Para los tacuaras todo era claro: el judaísmo internacional, el sionismo, tenía que borrar la identidad de la nación para apropiarse de ella. ¿Cómo no iba a proponer alejar a la religión de los planes educativos, de las escuelas, de los colegios, cómo no iba a agredir a los colegios religiosos? Se ponían unos brazaletes verdes y salían a dar palos. (Años después, otros fachos, los de la Juventud Sindical, organizados por los sindicatos en 1973, también se identificarían por el color verde y se les diría "los verdes".) Joe Baxter andaba metido en todas esas bataholas. Cierta vez, en febrero de 1960, llega Ike Eisenhower a la Argentina. Lo previsible: Tacuara y también la izquierda salen a repudiar al embajador del imperialismo yanqui. Luego, en la cárcel de Las Heras, Baxter conoce a Guillermo Patricio Kelly. ¡Qué momento! Como le dijo Gatica al general: "Dos potencias se saludan". En fin, no tanto. Los que aquí se saludan son, más bien, dos piantados descomunales, dos aventureros que irían de lo risible a lo abiertamente ridículo. Uno (Rambo Kelly) duraría más que el otro, mucho. Pero, ahora, en Las Heras, están juntos. Baxter le habla pestes de los judíos, del sionismo como agente del imperialismo anglo-yanqui internacional. Kelly, que había sido el líder de la Alianza Libertadora Nacionalista, y que, créase o no, era más vivo que Baxter, le dice que no, que no es así. Baxter no lo puede creer. Kelly, sin más, le dice que el sionismo no es un agente del imperialismo. Ya se había apartado del racismo retrógrado que practicaban los tacuaristas. (Ver: Daniel Gutman, *Tacuara, historia de la primera guerrilla argentina*, Vergara, Buenos Aires, 2003, p. 83.)

Pero era difícil que los tacuaras pudieran hacer algo así fácilmente. Su maestro había sido Julio Menvielle. No dudo de que el cura que mencionaban los tempranos tacuaras que aparecieron en la plaza Castelli era justamente este personaje penoso pero siniestro. No hay que olvidar que esta clase de tipos dio muchas lecciones a las Fuerzas Armadas de este país; no es casual que durante la represión del Proceso del '76 el ensañamiento con el judío fuera particularmente intenso. Como paradoja (y es sólo una anotación momentánea) digamos que muchos de los jóvenes peronistas de origen judío a los que torturaban creían más que ellos y con más fundamentos y convicciones que el sionismo era agente del imperialismo yanqui y que Israel era el enclave de Occidente en Oriente medio. Eran los judíos de la JP. Sobre ellos volveremos en detalle. Volvamos a Menvielle. Fue el que tempranamente formó a los tacuaristas. ¿Qué pensaba este tipo?

En Independencia y Salta había un convento. Era viejo, de aspecto austero. Hacía él iba Ezcurra Uriburu, jefe de los Tacuara, y junto con él los tacuaristas. Suena bien Ezcurra Uriburu como apellido de un jefe tacuarista. Ezcurra remite a la feroz mujer de Juan Manuel de Rosas, Encarnación Ezcurra, que le organiza a Rosas la "revolución de los restauradores" de 1834, algo así como el 17 de octubre de Rosas que habrá de llevarlo hacia su segundo gobierno, el de 1835, el de las facultades extraordinarias, el de la Ley de Aduanas, el de la Mazorca, el del bloqueo del Almirante Leblanc en 1838, el de la invasión de Lavalle en 1840, el de la Vuelta de Obligado, el del levantamiento de Urquiza y la batalla de Caseros en 1852. Y Uriburu remite al jefe del golpe fascista de 1930, con Lugones como ideólogo



UN JOVEN JDP EN LAS HUESTES DEL URIBURISMO (LA JU)

y Lugones hijo con la picana eléctrica para ejemplificar a qué tipo de espada se refería su padre cuando decía que su hora había llegado.

En el convento de Independencia y Salta había una Casa de Ejercicios Espirituales. Aquí "los recibía el más importante teórico del antisemitismo que existió en la Argentina: el presbítero Julio Menvielle. Doctor en Filosofía y teología, Menvielle escribió en la mayoría de las revistas nacionalistas y escribió numerosos libros donde repudió la democracia, el liberalismo, el comunismo y el judaísmo. El se convertiría en un referente central de los primeros años de Tacuara" (Gutman, *Ibid.*, p. 60). La amistad entre Ezcurra y Menvielle era estrecha. Compartían una cosmovisión, que el segundo, sobre todo, se había encargado de explicitar. Hay un libro del cura energúmeno (que, sin embargo, fascinó a estos muchachos destinados a mejores cosas) llamado *El judío en el misterio de la historia.* Todo antisemita es un paranoico: ve judíos por todos lados. También hay judíos que ven antisemitas por todos lados y más si alguien les reprocha las políticas belicistas y represivas del artillado Estado de Israel. ¿Qué verán muchos en Daniel Barenboim: ¿un gran músico o un hombre al servicio del terrorismo? Pero Menvielle era un bicho detestable. Un enfermo. Pensemos en el título de esa obra. Por un lado: el judío. Por el otro: el misterio de la historia. ¿Dónde está el judío? *En el misterio de la historia.* En su centro. Es su matriz explicativa. Es tal el odio por el objeto abominado que se termina por hacerlo el factor fundamental de la historia humana. Menvielle, que también era escuchado por los jóvenes tacuaristas en las charlas de la librería Huemul, les explicaba su teoría de la historia. Paganos, judíos, musulmanes y cristianos se estaban disputando desde hacía siglos el dominio del mundo. Otras civilizaciones no contaban en el desarrollo de la humanidad. Así, por ejemplo, los africanos "serán un pueblo pero siempre un pueblo inferior, disminuido, siempre a remolque de otros pueblos". (Muchas influencias de Hegel en esto. Aunque también de Alfred Rosenberg, que decía que Francia terminaría por ser un atolón de Africa gobernado por judíos, JPF.) "En cuanto a los que sí movían el mundo, Menvielle tenía la esperanza de que paganos y musulmanes pasaran al mundo de los cristianos. Estos afrontarían la lucha 'irreductible y decisiva' contra los judíos, de quienes no sólo los separaba la religión sino también 'concepciones opuestas en política, en economía y en todos los aspectos de la vida'. En ese contexto debe entenderse el comentario que escribió Menvielle en 1949, acerca de la creación del Estado de Israel un año antes: 'Los planes milenarios de un universo dominado por los judíos parecieran en vías de firme cumplimiento' (...). Muchas de esas concepciones de la historia, de la política y de la vida fueron incorporadas por los tacuaristas en el convento de la avenida Independencia" (Gutman, *Ibid.*, ps. 60/61).

JOSÉ LUIS NELL, DEL POLICLÍNICO BANCARIO AL SUICIDIO

En esa cárcel de Las Heras en que Guillermo Patricio Kelly le dijo a Joe Baxter que no odiaba al sionismo, también estaba otro personaje que habría de ser importante en la JP que provino de Tacuara. Se crió en el barrio de Flores. Tiene 15 años cuando su madre resulta herida en los bombardeos de Plaza de Mayo. Esto, desde luego, habrá de ser decisivo en las elecciones que tomará en su vida. Una vida excesivamente desdichada. Vale decir: injustamente desdichada. Se trata de José Luis Nell, "que como muchos tacuaristas había estudiado en un colegio de curas, se había incorporado a la UNES en 1958, cuando Tacuara todavía estaba en su etapa embrionaria" (Gutman, *Ibid.*, p. 83). Vean qué temprano me los encontré yo en la plaza Castelli, a los 14 años, en 1957. Los que conocí, aunque Tacuara estuviera en su etapa embrionaria, no eran embrionarios para nada. Tenían todo claro. Sobre todo lo que siempre me desagradó, o para ser más claro: me repugnó, de Tacuara: el matonismo, la violencia, la violencia de las cadenas y las manoplas al modo de las SA de Röhm en las calles de Berlín reventando bolcheviques y judíos. Pero José Luis Nell es un caso excepcional de cambio político-ideológico. Es posible (y lo es) que, luego de la caída de Perón, la juventud argentina –o un importante sector de ella– no tuviera otra salida para expresar su rechazo al régimen que la violencia de ultraderecha. Es posible. El caso es que así se dio. Estos jóvenes empezaron su rechazo a lo establecido por medio del odio fascista. Cierto es que hay que engañarse mucho para creer que el odio fascista implica un rechazo a lo establecido. Creo que les fascinaba la violencia, que el catolicismo los entregaba en manos de curas siniestros y, también, en manos del racismo antisemita (*Los judíos mataron a Dios*). La fascinación por la violencia conllevaba una pasión por las armas que *la mayoría jamás habría de abandonar*. Y no menos cierto es que existía en la mayoría de ellos un factor de clase que los hacía sentir especiales: pertenecían, en general, a familias pudientes, los dueños de la tierra y de la patria.

La aparición espectacular de Tacuara, el que es considerado como "el primer operativo urbano de la guerrilla argentina", es el *Operativo Rosaura*. Sigo, centralmente, el relato de Gutman y también el de Alejandra Dandan y Silvina Heguy en su biografía de Joe Baxter. También el film de Luis Barone (*Los malditos caminos*) y el primero de todos: el de Fernando Ayala, *Con gusto a rabia*. El "Operativo Rosaura" (al que se le pone así por la conocida novela de Marco Denevi *Rosaura a las diez*) se lleva a cabo el 29 de agosto de 1963. Es un día desafortunado. Al menos para dos personas.

La noche anterior, Nell y dos de sus compañeros estaban cambiando la chapa de uno de los autos que utilizarían en el asalto cuando aparece un patrullero de la Federal. Suben al auto y huyen a alta velocidad. Tal como en una de tiros. Van en un Valiant. Desde él, uno de los hombres de Nell, Duaihy, "bajó los siete tiros del cargador de una 45 y logró frenar al coche de la Policía, pinchándole una de las gomas delanteras. Sin embargo, Nell, que manejaba, no pudo controlar el volante, chocó contra un auto estacionado y los tres tuvieron que escapar corriendo" (Gutman, *Ibid.*, p. 175).

Al día siguiente: el "Operativo Rosaura". Nell y dos más van de guardapolvo blanco. "Todos estaban armados con pistolas 45, menos uno: Nell cargaba una ametralladora PAM, robada un tiempo atrás en el Tiro Federal" (Gutman, *Ibid.*, p. 175). También los Montoneros habían robado en el Tiro Federal las armas que atesoraban en el sótano de Timote, donde mataron a Aramburu. El "Operativo Rosaura" es complejo de describir. Esto da una imagen de la ambición que lo animaba. Nunca se había visto un operativo así. Esto asombró a la prensa cuando dio la noticia del hecho. Pero todo se desarrollaba tranquilamente, con precisión, hasta que ocurrió lo inesperado: "De pronto, una voz grave y potente, de estilo militar, paralizó a todos. '¡Alto!', gritó José Luis Nell, que había bajado de la ambulancia y se acercaba. Había emergido detrás de un pequeño arbusto. Un pañuelo de colores le cubría la cara, mientras los apuntaba con la ametralladora (...). A los que estaban en la playa de estacionamiento y a los que escucharon desde sus habitaciones, esa única palabra de José Luis Nell les pareció capaz de paralizar al mundo entero (...). La forma en que los hechos se desarrollaron a partir de entonces esconde una circunstancia que nunca fue aclarada. El sargento Martínez era el único que estaba armado de todas las personas que Nell tenía enfrente. ¿Hizo un movimiento de uno de sus brazos como para sacar la pistola de su cinturón? El policía juraría que no. Nell, y también Rossi, asegurarían que sí" (Gutman, *Ibid.*, p. 178). Es evidente que el policía no movió una sola de sus manos. Nell lo tenía cubierto con una PAM. El tipo no era un suicida. Y aunque hubiera hecho un movimiento, ¿necesitaba Nell descargar su ráfaga de ametralladora? ¿No pudo decirle "Quieto o te quemo", "Quieto o sos boleta" o simplemente "Quieto, boludo"? No, lo que hizo fue descargar casi sin ton ni son su PAM. Causó estragos. Dos muertos y varios heridos. Disparó porque sus nervios estaban alterados. No bien vio algo que le pareció raro usó su PAM. Se llevaron la guita. "La ambulancia voló por la avenida Gaona hacia el lado de Flores, haciendo sonar la sirena" (Gutman, *Ibid.*, p. 179). Se rajaron. Se alzaron con 14.000.000 de pesos. Todo un éxito. En el Policlínico el panorama era distinto: "Nelly Culasso y Bóvolo sólo tenían heridas menores en los brazos y el sargento Martínez sería operado en el mismo Policlínico para sacarle una bala del hombro".

"A otros les había ido peor.

"Cogo, el chofer, había recibido un tiro a la altura de la tetilla izquierda, prácticamente en el corazón. Murió instantáneamente. Morel, el ordenanza-quinielero, había sido alcanzado por un balazo en la espalda, que le dejó un orificio de salida en el centro del pecho. Apenas alcanzaron a recibirlo en la guardia cuando falleció" (Gutman, *Ibid.*, p. 180).

El "Operativo Rosaura" tuvo tal impacto que de movida se llevó al cine. A Nell se lo describe como "un muchacho provinciano, miembro de un grupo terrorista de ultraderecha". Es Alfredo Alcón. Peinado a la gomina, siempre de malhumor y rasgando una guitarra. Canta el muchacho. Canta folclore. Los que hicieron la película estaban bien documentados. Tacuara surge junto con un revival del folclore. Los chicos malos de las familias de guita se reúnen entre ellos y cantan sambas, chacareras, vidalitas. Hay una samba que cantan mucho. Doy fe. Estuve en una reunión y apareció un guapito de estos. Perfecta cara de malo, peinado a la gomina, brillante. Trajeado y con guitarra. Ahora que lo recuerdo: les había perdido el miedo. Esto ya sería por 1962 y en 5 años un muchacho crece mucho. Me parecían patéticos, rufianes, compadritos de clase alta. Fachos que encarnaban hoy a los pendencieros de la Liga Patriótica, a los niños bien de Manuel Carlés. El caso es que el tipo cantó *El indio poeta*. "Ha muerto el indio poeta / silencio le hacen los cerros". O "los cerros lo están velando". Alguna huevada más y por fin: "Lloran los sauces su muerte". Era patético: sus antecesores habían liquidado a todos los indios. Un genocidio al que David Viñas habría de llamar "la Segunda Conquista de América", pero los tacuaritas le cantaban al "indio poeta". Coherente: era el único indio al que Roca habría aceptado. Un indio poeta, un indio inofensivo. No el indio de los malones. A ése, leña. De esos no quedo casi ni uno. "Indios poetas" nadie sabe si existieron, pero los patrones les cantaban canciones.

El film de Fernando Ayala está tan bien documentado que Luis Barone lo utiliza para ilustrar el asalto al Policlínico. Si es así, entonces ahí está Nell ametrallando como un tarambana, como un principiante aturdido, a los que se le presenten, a los que estén a tiro, a cualquiera, a todos. Barone sigue el recorrido de la vida de Nell. Que es detenido pero logra fugarse del Palacio de Tribunales. Conoce a Carlos Mugica. Luego viaja a China, a entrenarse militarmente. Apenas si anda por los 25 años. Vuelve por Montevideo, se entremete con los Tupamaros. Cae preso y lo guardan en el penal de Punta Carreta. En 1972 coprotagoniza la fabulosa fuga de los Tupamaros. Ciento once presos cavan túneles. Y se escapan. Los ejércitos se escandalizan. Alicia Eguren, en *Nuevo Hombre*, que dirige Silvio Frondizi, escribe: "Nada es imposible para la guerrilla urbana". Nell se incorpora a Montoneros. Se enamora de Lucía Cullen, que había estado enamorada de Carlos Mugica, quien habrá de casarlos. Se teje entre los tres una historia entrañable, potente. Lucía queda embarazada. Y llega Ezeiza. Aquí, toda la mala suerte del mundo se descarga sobre José Luis Nell. Lo hieren en la columna vertebral y queda cuadripléjico. El, un hombre de acción, un militante de primera línea, un guerrero, en una silla de ruedas. No puede tolerarlo. Cerca de unas vías abandonadas del Ferrocarril Mitre decide terminar con su vida. Hacia ahí se dirige. Es de noche. Alguien, un notable escritor y pensador, habrá de escribir en un libro perdido en la vorágine de los años y las desgracias: "¡Quién lo ha visto pasar en su silla de ruedas!". Así, con signos de admiración, marcadamente, como una exhalación postrera. Nell se suicida. Lucía muere en la ESMA. Y de Carlos Mugica ya hablaremos. En su féretro, la noche de su velatorio, su cara era de una blancura asombrosa. Todos pasaban a su alrededor y la mayoría lloraba. Yo lloré cuando leí esa frase destinada a Nell: "¡Quién lo ha visto pasar en su silla de ruedas!". Pude verlo. Pude imaginar al guerrero caído, al militante cuadripléjico, al hombre que va solo hacia la muerte arrastrándose en una silla de ruedas. Con una pistola, la suya, cargada con balas para él. Con una. Con la definitiva. Aun así no puedo dejar de tener una bronca que debo decir si quiero ser totalmente sincero. Asesinaste a dos tipos, José Luis. A sangre fría. Ni justicia popular ni pelotas. Un asesinato de punta a rabo. Por ahí eran peronistas. Laburantes peronistas y vos eras apenas un tacuara que olfateaba el movimiento nacional. Uno es un boludo, un gallina, un blando al lado tuyo. No tuvo ni tendrá tu coraje en ninguno de los actos de su vida. Pero difícil que asesine a dos tipos con una PAM. Te gustaba la PAM, se comprende. Hay tipos que nacen con la fascinación de los fierros. Otros les tienen miedo. O una cautela tan cautelosa que se parece mucho al miedo. Es que matar los volvería locos. No quiero decir que no puedan. Insisto: a todo hombre toda conducta humana le es posible. Algunos requieren condicionamientos extremos, otros todavía más. Pero vos hiciste fuego demasiado rápido, José Luis. Tan rápido como todo fue rápido en tu vida: la militancia, las armas, el asalto, el asesinato, China, Punta Carretas, Montoneros, Lucía, Carlos Mugica, Dios, Ezeiza, la tragedia de la invalidez, el ferrocarril Mitre, la noche del final, tu propia pistola, el suicidio.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Las dos vertientes de la Juventud Peronista (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

53 **Las dos vertientes de la Juventud Peronista (II)**

Suplemento especial de
Página|12

EXCURSO: ALGUNOS DOCUMENTOS

Un interregno acaso necesario, pero tal vez no tanto. Documentos, fuentes, versiones, verdades, mentiras, complejidades, dificultades. Lo arduo, lo difuso, lo ensombrecido, las mentiras que se cruzan, la utopía de establecer una verdad, o su abierta imposibilidad, su frustración. Del modo que sea, los que siguen son documentos. No son inhallables. Pero hay que buscarlos. Después, más adelante, intentaremos establecer entre esta maraña algunas certezas. Porque algunas tiene que haber. No puede morir tanta gente sólo por meras dudas, por hipótesis contrapuestas. Arriesgar la vida requiere creer en una verdad, y esa creencia debe ser fuerte. ¿Cómo se consolidaron esas verdades? ¿Cómo las consolidó cada uno de los protagonistas?

"MUNDO ISRAELITA" ENTREVISTA A TACUARA

En octubre de 1962 la revista *Mundo Israelita* realizó un reportaje conjunto a los dos principales líderes del movimiento Tacuara, Ezcurra y Baxter. El periodista que protagonizó la entrevista, Ariel Zafran, fue acompañado por su colega Rogelio García Lupo, quien había trabado una relación con Baxter a partir de que éste, en su trabajo como telefonista internacional del turno nocturno de la compañía estatal de comunicaciones, lo conectara con los medios de prensa del exterior.

La nota, escrita con un clima intimista, describió todas las sensaciones que Zafran tuvo en la casa de Tacuara:

"Llegamos con García Lupo a la casa colonial de la calle Tucumán, donde tiene su sede Tacuara. En la semipenumbra subimos las escaleras que conducen a los altos. Allí nos encontramos, en un corredor, frente a varias puertas herméticamente cerradas. Golpeamos a una de ellas y alguien nos observó por una pequeña mirilla practicada en la puerta. Reconocido mi acompañante, se nos franqueó el acceso a una habitación en la que un calentador de alcohol hacía irrespirable el ambiente. La estancia lucía una más que franciscana pobreza de medios. Sobre una de las paredes se ubicaba un histórico retrato del abrazo de José de San Martín con Bernardo O'Higgins flanqueado por un retrato de Juan Manuel de Rosas y la efigie de José Antonio Primo de Rivera con un escudo de Falange en el ángulo superior derecho. Un joven rubio, que hablaba castellano con un marcado acento alemán, nos invitó a sentarnos. García Lupo lo hizo sobre un sillón cubierto por un poncho rojo, cuyas gradas estaban compuestas íntegramente por esvásticas negras. Yo, a mi vez, sobre un destartalado mueble, cubierto por arpilleras, procedí a acomodarme (...)

"Estimé que las edades de los jóvenes que vagaban por el departamento aquel día oscilaban entre los 13 y los 22 años. Uno de ellos era Rodolfo Galimberti. Me asombré de que no se tutearan entre ellos. Ya había pasado una hora desde nuestro arribo. García Lupo, hechas las presentaciones, se había retirado. A la habitación entraban y salían camaradas. Hacían el saludo nazi a su jefe y se retiraban. Pero ahí ya no se podía hablar con tranquilidad. De manera que se decidió continuar el reportaje en un café cercano al comando de Tacuara. Mientras bajábamos las escaleras nuevos imberbes camaradas saludaban a su jefe, quien respondía displicentemente. Los generales no dan demasiada importancia a la venia... Sentados a una mesa comenzó la segunda parte de la entrevista. Baxter y Ezcurra apuraron sus dobles ginebras y respondieron a todas las preguntas del extenso cuestionario.

"Los dos repitieron durante la entrevista algunos de los latiguillos habituales de Tacuara. Que no eran antisemitas sino antisionistas, porque el sionismo, decían, es una forma de imperialismo. También amenazaron con que el movimiento todavía no había comenzado a agredir y que el día que lo hiciera los resultados serían terribles. A su vez, atacaron verbalmente a la Guardia Restauradora Nacionalista ya que, según ellos, predicaba una especie de nacionalismo conservador, mientras que Tacuara por el contrario representaba el nacionalismo revolucionario. Para ellos, Nasser era marxista y un soldado de la liberación nacional, egipcia y árabe. El panarabismo decían que era un ejemplo para el movimiento, ya que quería de la misma forma que ellos la unidad latinoamericana. Finalizaron expresando que estaban completamente de acuerdo con la tercera posición tal como Nasser la entiende."

En 1967, en Montevideo, nada menos que Cooke lleva a cabo una encendida defensa de José Luis Nell ante el intento de la dictadura de Onganía de extraditarlo.

Queda claro que Onganía, legalmente, no tenía derecho a nada. Ni a gobernar el país. Que haya hecho redactar un "Estatuto de la Revolución Argentina" para hacerlo valer como "Constitución Nacional" es meramente una payasada de un tiempo constitucionalmente enfermo, acostumbrado a su propia ilegalidad, que confundiendo con el derecho y la justicia su total falta de derecho y de justicia, se permitiera pedir extradiciones, dictar leyes, encarcelar personas, prohibir movimientos de masas, líderes populares, llevar a cabo torturas, avasallamientos a la educación, a la prensa, a la libre opinión y a la expresividad democrática de los ciudadanos. Culpables de esto son el Estado gorila y todos quienes colaboraron con él y vieron como algo "normal" esa Argentina ilegítima que sólo podía generar lo que generó: una violencia del hartazgo, que odiaba a la democracia y a todas las instituciones del país burgués por mentirosas, represivas y huecas.

Pasamos a ver el texto de John Willian Cooke.

EL CASO NELL, CLAVE PARA EL PROCESO POLITICO ARGENTINO

Por John William Cooke (1967)

"En estos días ha de expedirse la Justicia del Uruguay con respecto a la extradición de José Luis Nell, requerido por las autoridades argentinas como presunto integrante del comando del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara que asaltó el Policlínico Bancario de Buenos Aires en agosto de 1963. A los efectos de ese pronunciamiento, es irrelevante el que Nell haya o no cometido los hechos que se le imputan: lo que se discute es si fueron perpetrados con fines políticos, puesto que las leyes excluyen expresamente la extradición por delitos políticos o por delitos comunes conexos con lo político, ya sea que formen parte de la ejecución del acto político o ejecutados en forma aislada pero con objetivos políticos. Es un principio intangible y universal que tutela los derechos humanos del asilado, y que los despotismos buscan burlar fraguando procesos comunes a sus enemigos expatriados.

"La requisitoria de la dictadura argentina es tan cristalinamente improcedente que presupone magistrados uruguayos carentes del más elemental buen sentido o susceptibles de ser inducidos a violentar los preceptos legales y la tradición jurídica de su país.

"No pretendo leer en la brumosa interioridad de las mentes gorilas: cabe también la hipótesis de que esa demostración de menosprecio no refleje una convicción real sino que sea una astucia primitiva con la finalidad de prolongar la detención de Nell y someterlo a los perjuicios de una tramitación semejante. Aparte de que estamos seguros de que esa tentativa correrá la suerte que se merece, para nada podemos gravitar en un litigio que se dirime en el ámbito forense. Pero precisamente porque es un problema político, nos interesa exponer sus datos esenciales, que contribuirán a la comprensión de la realidad argentina, velada aún por tenaces equívocos y malentendidos.

"Así mientras basta la existencia de un móvil político para que la extradición sea ilegal, independientemente de cuál sea la concepción ideológica sustentada esto es lo más importante para nosotros. La trayectoria de Nell ejemplifica la de muchos jóvenes que iniciaban su vida política hace más o menos una década, en medio de las frustraciones de una Argentina manejada por una minoría rapaz que abdicaba nuestra autodeterminación política y económica, mientras el pueblo, superexplotado y proscripto, no lograba traducir su protesta en una lucha efectiva por la toma de poder. Debo omitir referirme al complejo de circunstancias que llevó a un sector de la juventud a ver en las organizaciones nacionalistas de extrema derecha el camino para terminar, por medio de la acción directa, con este estado de cosas. Pero, en la medida que los impulsaba un auténtico fervor popular y patriótico, fueron percibiendo la naturaleza de ese nacionalismo violento, reaccionario y folklórico, que tras el fuego de su retórica no ofrecía un programa revolucionario sino saldos y retazos ideológicos trasplantados a los fascismos europeos. Sus núcleos paramilitares, lejos de ser dispositivos de combate revolucionario, eran engranajes del 'Establishment', que fustigaban al imperialismo pero lo servían con una práctica inspirada en las consignas del 'occidentalismo' y orientada por energúmenos de sacristía, rezagados del milenio corporativo, nostálgicos medievales y agentes de los Servicios de Información.

"Nell, ligado directamente a la lucha de la masa trabajadora y capaz de asimilar críticamente los datos de la realidad contemporánea, fue uno de los primeros en tomar conciencia de que, en nuestras naciones dependientes, no hay nacionalismo de derecha posible, y, con ese punto de partida, concluir que a esta altura ni siquiera es posible un nacionalismo burgués. Esa evolución determinó que un grupo se separase de Tacuara –que en 1963 era la más poderosa organización derechista– para formar el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (pronto conocido como "la Tacuara de izquierda"), del cual Nell fue figura destacada y miembro de la delegación que viajó a China y otros países revolucionarios; rápidamente se completa el tránsito hacia los planteos más radicales: el carácter global de la lucha liberadora del Tercer Mundo, la Revolución Social y la liberación nacional como aspectos indisociables de un proceso único, el papel de la Revolución Cubana, etc.

"Teniendo presente esta ubicación ideológica, el 'caso Nell' entra en su verdadera perspectiva, desde la praxis insurreccional hasta el ensañamiento represivo y este pedido de extradición en base a fundamentos que, por el contrario, demuestran su improcedencia.

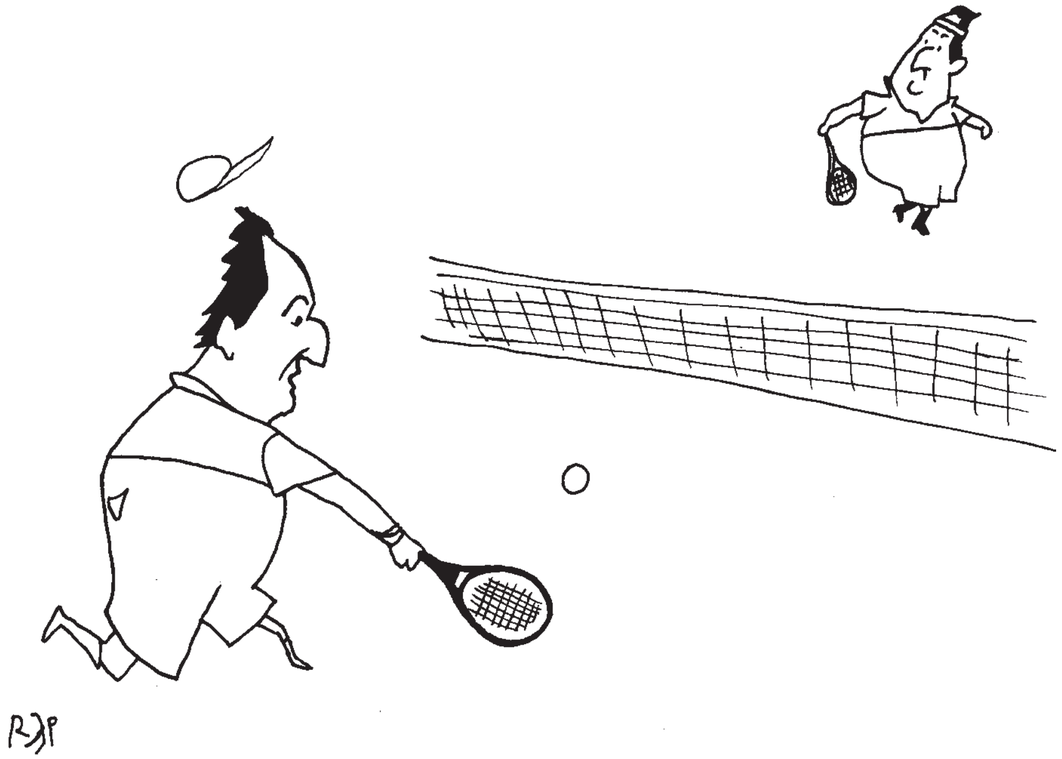
Los barullos del surrealismo jurídico

"El juez argentino que condenó al grupo del MNRT sostiene que no son delincuentes políticos sino 'seres inadaptados que con el pretexto de móviles sociales o patrióticos dan rienda suelta a pasiones criminales realizando acciones que algunos tratan de persuadirse a sí mismos como de carácter epopéyico o justiciero...'.

"Ese buceo en la psiquis de los procesados está reñido con las normas de imparcial administración de justicia y constituye una fuga hacia la arbitrariedad de las afirmaciones infundadas. Por lo pronto, son los propios protagonistas quienes deben estar 'persuadidos del carácter epopéyico o justiciero...' de sus acciones, eso es lo que distingue a los activistas revolucionarios, y no la prueba de que son personalidades aberrantes. El ideal perseguido puede parecer horroroso a los que pertenecen al sistema de valores atacado, pero el rebelde tampoco concibe como 'normal' el acondicionamiento espiritual en el seno de una estructura socio-política injusta y deformante, ni que esas almas frígidas sean la pauta, para medir los 'desajustes'. No pretendemos que nuestros salomones aborígenes compartan ese punto de vista de los marginales, pero aun dentro de la juridicidad del statu quo, el inconformismo integral no puede reducirse a fenómeno de patología psicológica; y una infracción a la ley es política o no de acuerdo con criterios elaborados por la ciencia penal, y no de acuerdo con requisitos que un magistrado fije por su cuenta para que una concepción merezca la calidad de lo político.

"Para sustentar ese frívolo diagnóstico, ¿qué elementos de juicio objetivos permiten afirmar que los móviles invocados son simples 'pretextos', 'una cobertura supuestamente ideológica?'. Cabría suponer que se apoya en la constancia de que los MNRT invirtieron el producto del atraco para fines personales, o en bienes suntuarios, timbas, orgías, perfume francés, mulatas incandescentes y otras delicias de la opulencia. Pues, no: el mismo juez se encarga de informarnos, en otro pasaje de su fallo, que 'se trata de una verdadera sociedad criminosa que ora con propósitos de índole insurreccional, ora con el propósito de allegar fondos, armas, municiones, y otros elementos para la consecución de objetivos declarados por sus integrantes, proyectó y llevó a cabo hechos de carácter delictivo...'. Como señala el letrado defensor de Nell, es imposible hacer una descripción más exacta de lo que la doctrina penal considera delitos políticos conexos. La raíz de las contradicciones e incongruencias es política, y está explícita en otro parágrafo del dictamen judicial. Esta especie de organización delictiva es más peligrosa y amenaza tomar un incremento mucho mayor por los recursos de que se vale y los medios que emplea, que las simples bandas criminales que actúan sin esa cobertura supuestamente ideológica, razón por la cual debe combatírsela más severamente porque hace peligrar los cimientos de nuestra sociedad.

"Primero eran delincuentes comunes; luego resultó que eran comunes pero no tanto, y hubo que fijarles un limbo clasificatorio que los separaba del hampa pero sin entreverarlos con los políticos; por fin, estamos en que son peores que los criminales. Igualmente errátil es la lógica que descalifica como simulaciones los fines subversivos proclamados; para luego señalar que su práctica pone en peligro el orden constituido. Lo que equivale a decir que los MNRT lograban como revolucionarios los fines que simulaban como pseudo revolucionarios. Bravo. Finalmente, los tribunales argentinos pueden confinar a quienes atentan contra los cimientos de la sociedad al octavo círculo del infierno carcelario; lo que no pueden es hacer de eso una causal de extradición, pues si en algo coinciden los juristas de todo el mundo es en que ese tipo de infracciones son políticas por excelencia.



Violencia sagrada y violencia desfachatada

"Veamos qué régimen inefable de convivencia estuvieron por corroer las modestas hazañas de estos reos. Cuando delinquieron, en la Argentina estaban cerradas las vías legales de expresión popular, y la acción directa era la única política que quedaba. Fue ese carácter falseado de la representatividad democrática la que invocaron las Fuerzas Armadas para dar el golpe de junio de 1966. Al fin y al cabo, lo mismo que se planteaban Nell y los suyos, con la diferencia de que, no disponiendo del instrumental bélico del Estado, tuvieron que recurrir al asalto para armarse. Pero desde el punto de vista técnico, eso tampoco rompe la similitud de ambas situaciones jurídicas: el dinero del Policlínico Bancario pertenecía a los tacuaras tanto como pertenecen a los militares las armas que paga el pueblo para defender su soberanía y que ellos utilizan para despojarlo de esa soberanía y hacer con el país lo que se les da la gana.

"Las FF.AA., responsables de la deformación representativa durante once años, no vacilaron en hacer mérito de esa anomalía para justificar el alzamiento contra el gobierno civil (elegido en comicios presididos por los militares y con proscripción de los candidatos mayoritarios). Lo sorprendente es que el golpe triunfante, en lugar de redimir esos vicios de la práctica política, arrasó con todo el dispositivo de participación ciudadana en la elección de los mandatarios del estado, disolvió los partidos y convirtió en delito toda actividad política, aún pacífica y tradicional. Como caso de 'simulación', éste alcanza proporciones de maravilla. Detrás de este atropello está la crisis permanente del sistema capitalista argentino, que ya no permite disimular la violencia clasista tras la legalidad –siquiera formal– del gobierno democrático representativo; los órganos encargados de aplicar la coerción resolvieron asumir el poder, del cual eran sostén exclusivo y visible, liquidar el dispositivo ya inoperante de la política clásica e integrar directamente a los grupos económicos predominantes designando para las altas funciones administrativas del estado a los directivos y apoderados de los grandes consorcios locales y extranjeros.

"La usurpación no es novedad sino lo habitual a través de 80 de los 104 años de vigencia de nuestra Constitución. Pero por primera vez la práctica de la violencia no se recubre con los siete velos de la legalidad republicana: la actual dictadura militar no pidió, como las anteriores, reconocimiento como gobierno 'de facto', justificado como necesidad transitoria con el fin de restablecer el normal funcionamiento de las instituciones, sino que se tituló emanada de una legalidad propia que cancela la preexistente. Los comandantes en jefe de las tres armas declararon que asumían el 'poder constituyente' y fijaron los imprecisos objetivos de la 'revolución', que tienen preeminencia por sobre los textos constitucionales; designaron presidente a Onganía, otorgándole también facultades legislativas y sin término a su mandato, y reemplazaron a los miembros de la Suprema Corte. Por consiguiente el gobierno no prestó juramento ante el alto tribunal sino que los integrantes de éste juraron acatamiento a la nueva juridicidad (...)

"En un país donde los aviones navales han bombardeado a una multitud obrera indefensa en Plaza de Mayo –y mañana lanzarán rocíos de napalm con idéntico ánimo alegre–, donde se movilizan los tanques contra la protesta obrera, donde cada prócer castrense moviliza 'su' guarnición o 'su' barco en las confrontaciones internas por el poder, la única violencia que causa escándalo es la de Nell, mala plusvalía.

"Desde la Argentina, una regencia de bayonetas que tutela los privilegios de dentro y de fuera exige la remisión de un prisionero de guerra que escapó a sus guardias de hierro. Las saturnales revanchistas son catarsis para estas ciudadelas del Occidente imperial, acechadas por hordas oscuras cuya irrupción presagian signos intranquilizadores.

"Además, Nell es un militante revolucionario, es decir, un subversivo que pretende esconder que el poder económico y el poder de fuego son monopolios sagrados en ese mundo de pequeños déspotas sin cabeza, de arcángeles blindados que vigilan la insumisión de las masas hambreadas, de adoradores de fetiches, de payasos solemnes, de respetuosos de la respetabilidad, de púrpuras y togas tendidas para que no se vean las verdades peligrosas".

John W. Cooke
Acción Revolucionaria Peronista
[Publicado en *Marcha*, 1967]

La pluma brillante de Cooke (qué bien escribía ese gordo inteligente, asertivo, corajudo y sarcástico, ¿no?) explica lo esencial del caso Nell. Nosotros, en el final de la entrega anterior, le reprochamos las dos muertes del Policlínico. Bien, insistimos. Toda muerte es un escándalo. Pero atención: que nadie crea que Onganía tenía más derecho a matar que Nell. Onganía encabezaba un orden subversivo, ilegal. Era el jefe retrocatólico, cursillista, adorador bobo de la Virgen María, que asaltó un Estado vacío, que vino a seguir manteniendo en la ilegalidad del oprobio a las mayorías y a su jefe.

Vamos a decirlo claro: todas las muertes que generó el Estado gorila, que reinó desde 1955 hasta 1973, fueron asesinatos. Ese Estado no podía asumir la justicia porque era la negación de la misma. Porque había surgido de la injusticia. Toda muerte –aun la del más desdichado y triste delincuente– era un asesinato. Porque a ese hombre lo mataba un Estado ilegal. Una dictadura anticonstitucional. Suponemos que esto habrá de golpear fuerte en los corazones liberales y antiperonistas, pero es hora de que lo sepan: gobernaron en medio de la más profunda inconstitucionalidad desde 1955. Su reino fue el del decreto 4161. Todos: los gorilas como Aramburu y Rojas, los "inteligentes" y pactistas como Frondizi, los sumisos e insignificantes como Guido, los buenos y dulces como Illia, los brutos y los toscos como Onganía, los caídos del cielo, los alien como Levingston y los furiosos negociadores como Lanusse gobernaron en medio de la ilegalidad constitucional. En medio de la proscripción de las mayorías. Son los grandes culpables de la

violencia. Los que la generaron desde el sofocamiento de la libertad social y política.

JOE BAXTER, SÍMBOLO DE UNA ÉPOCA

Por Esteban Crevari, en PaísGlobal, 2003.

"Los episodios vinculados al fenómeno de la insurrección armada protagonizados por las organizaciones guerrilleras argentinas cuentan –al menos desde el retorno de la democracia– con abundante información literaria y documental.

"Aquellos que cuentan con un particular interés sobre esta compleja e intrincada etapa de la historia argentina, pueden llegar a coincidir en una cuestión singular: toda vez que se procede a releer a las diferentes y profusas publicaciones, siempre ofrecen algún nuevo detalle desde donde resulta posible repensar a uno de los ciclos de mayor movilización social y de mayor virulencia que registramos como país.

" Las primeras impresiones que se establecen al adentrarse en dicha temática, coadyuvadas por los estigmas y la cristalización de la historia convencional, tienden a reafirmar los esquemas políticos y doctrinarios de las diferentes organizaciones juveniles (juntamente a los modos de operar en materia de acción directa), como a los perfiles de los máximos protagonistas y responsables políticos en un parcializado contexto político de época. Es que probablemente lo más atinado se vincule con empezar a pensar la historia desde lo que fue: una verdadera tragedia.

"Como bien se desprende de los diversos trabajos publicados por el Doctor Arnoldo Siperman, fundamentalmente aquel en donde analiza el pensamiento trágico desde la óptica de Isaiah Berlin, la tragedia griega fue un recurso desde el cual se canalizaban representaciones concretas de determinados conflictos de los que la política como actividad esencial de la vida pública no alcanzaba a dar cuenta. La vida y la muerte; la vejez y la juventud; el complejo de Edipo; constituyen algunos ejemplos en los que la dramatización griega daba cuenta de ciertas díadas propias de la condición humana.

"Los sucesos comprendidos en el período que transcurre entre 1955 y 1983 merecen ser vistos de acuerdo a dicha óptica. Así como la tragedia del fenómeno insurreccional se inscribe fundamentalmente en términos ambientales, la violencia constituye el fluido que se deriva directamente de un contexto en el que la convulsión fue la regla más que la excepción, junto a un colectivo desdén por toda forma asimilable a la democracia como forma de vida.

"Es lógico suponer que en aquel medio turbulento surgieran individuos motivados existencialmente por una pulsión primordial: el protagonismo como derivado de la acción directa; o como se solía afirmar: la primacía de la praxis. Lo que probablemente hoy pueda ser incluido dentro de los cánones de un comportamiento eminentemente errático, al menos a la luz de cierto eclecticismo ideológico, resultó en aquellos tiempos un fenómeno muy usual. Es el caso que se desprende de un singular personaje como Joe Baxter.

"Sus primeros pasos de actividad política fueron en la organización Tacuara, de neto corte nacionalista, católica anticomunista, antidemocrática y antisemita del que surgirían años después destacados cuadros de Montoneros; fundamentalmente en la agrupación Tacuara del Colegio Nacional de Buenos Aires.

"En 1962 y desde dicha organización, Joe Baxter –también conocido con el nombre de guerra Rafael– cobraría cierta notoriedad a partir del millonario atraco perpetrado al Policlínico Bancario. Aunque nunca del todo aclarado, lo extraído habría sido destinado a acrecentar los fondos de la causa nacionalista.

"Con idéntico compromiso, Baxter posteriormente asumiría posiciones opuestas –aunque similarmente radicalizadas– que lo llevarían a revistar cerca del Movimiento Tupamaros del Uruguay, fundamentalmente como consecuencia de un obligado exilio en Montevideo mientras huía de la Justicia argentina.

"Sin embargo el verdadero desenfreno recién comenzaba. Uruguay sólo sería un punto de permanencia transitoria mientras se volcaba a viajar por el mundo con pasaporte falso a fin de preservar eficazmente su identidad. Desde esa vida extremadamente vertiginosa, donde la ideología sólo representaba un transporte hacia la acción, Baxter llevaría a cabo un periplo increíble entrevistándose con Perón en Madrid, con Nasser en El Cairo y con Ben Bella en Argelia. En su paso por España tendría un romance circunstancial con la actriz Ava Gardner, y nuevamente en Uruguay (en la localidad de Punta Carretas) procedería a reunirse con el ex presidente brasileño Joao Goulart, quien en ese momento también se encontraba en Montevideo en calidad de exiliado.

"Su peregrinar no terminaría allí. Viajaría a China para recibir entrenamiento militar y posteriormente se haría presente en Vietnam, donde disfrazado de militar ingresaría al club de oficiales del ejército norteamericano acantonado en Saigón. Por tal suceso Ho Chi Minh lo condecoraría con una medalla al valor. En 1968 viajaría a Cuba con su compañera boliviana Ruth, y allí nacería su hija Mariana.

"En junio de 1970 Joe Baxter llevaría a cabo un nuevo giro. A partir de la amistad con Mario Roberto Santucho viajaría a las islas Lechiguanas en el extremo norte del Delta del Paraná, para formar parte de la fundación del Ejército Revolucionario del Pueblo durante el desarrollo del V Congreso del Partido Revolucionario del Pueblo. Su participación no estaría limitada a una mera presencia física: junto a Santucho modificarían sustancialmente el documento original que previamente había redactado Urteaga para la consideración del plenario de delegados.

"En septiembre de 1970, se daría lugar al 'bautismo de fuego' de la nueva organización portadora de una estrella roja de cinco puntas como estandarte. El blanco elegido sería la Comisaría 24 de Rosario, y en dicho acto morirían dos agentes policiales. Dicho episodio dio lugar a la primera crisis interna de la organización, donde Baxter criticaría ácidamente el proceder por las bajas ocasionadas. Dicha crítica no quedaría inadvertida ya que la animosidad hacia Rafael se incrementaría. Al desdén del que resultaba objeto por su eventual inconsecuencia y charlatanería, se agregaría ahora el calificativo de 'morenista' (propio de quienes expresaban una 'línea blanda' semejante a la que desde *Palabra Obrera* esgrimiese Nahuel Moreno en tiempos de organización del PRT).

"Aunque permanecería un tiempo más como responsable de ciertos operativos delegados por la conducción central del ERP, con destinos internos y en el exterior (Chile), poco a poco Baxter sería marginado de los ámbitos de decisión. En 1971 sería separado del Comité Ejecutivo acusado de ineficiencia. La crisis se incrementaría aún más como consecuencia de las críticas propinadas a los fugados del penal de Rawson, a los que responsabilizaba de haber abandonado a sus pares posteriormente asesinados.

"Víctima del descrédito y probablemente también preso de una singular ansiedad, Baxter abandonaría el ERP luego de una escisión interna de la que surgiría la fracción ERP-22 de Agosto (que cobraría celebridad a partir del asesinato del almirante Hermes Quijada en 1973) y PRT Fracción Roja, a la que el incansable personaje en cuestión se sumaría por poco tiempo más.

"Joe Baxter fue sorprendido por la muerte de una manera que probablemente pueda ser absolutamente homologable al desenfreno de su vida. El 11 de julio de 1973 el avión que lo conducía a Francia se estrellaría en el aeropuerto de Orly".

Alejandra Dandan y Silvina Heguy han emprendido la loca tarea de biografiar la vida de Baxter. "Loca", digo, porque hay que tener ganas para meterse con semejante tipo que, al fin, no pasó de ser un colorido símbolo de época. Pero es cierto que la refleja en muchas aspectos. Creo que el Baxter que siguió adelante –al no morir absurdamente como el verdadero– fue Galimberti, que cumplió un periplo aún más sorprendente.

En la biografía de Dandan y Heguy hay un pasaje exzcepcional en el que Baxter logra visitar a a Perón en Puerta de Hierro. Justo ese día, Perón recibe una invitación de Ho Chi Minh para enviar a uno de los suyos a un encuentro de guerrilleros en Hanoi. (Como vemos: también Ho Chi Minh consideraba a Perón de su lado.) Perón no tiene nadie a mano y, de pronto, repara en Baxter. "¿Usted es guerrillero, no?" "¡Por supuesto, General!" Y ahí va Baxter hacia Vietnam.

Llega a Hanoi, que era una fiesta. Desbordaba de revolucionarios, de hombres dispuestos a cambiar el mundo por medio de las armas. Baxter está como pez en el agua. Entra en contacto con la delegación china. Les dice que él es un peronista marxista, un erudito en el pensamiento de Mao Tse-tung. Que conoce a fondo su pensamiento teórico. Seduce a todo el mundo. Debió haber sido arrollador el gordo. ¡Guerrillero y amante de Ava Gardner! A ver, ¿quién iguala eso? Lo invitan a China. Tiene seis meses de entrenamiento a su disposición.

Baxter, se insiste, es un personaje cinematográfico. Hay que filmar su vida. En verdad, los personajes cinematográficos en toda esta historia sobran. El motivo es simple: toda la historia es cinematográfica. Es una enorme tragedia. Pero Baxter podría poner eso que los cineastas y los editores de las editoriales llaman el "comic relief". El alivio del momento cómico, el toque de comedia. Aquí lo tenemos, invitado por los vietnamitas, recorriendo el frente de combate. Viste un uniforme verde que le dieron. Está feliz, en su salsa. Se mete en la selva espesa del Vietcong en busca de norteamericanos. De pronto, ¡un ruido ensordecedor! Son aviones de la marina yanqui que arrojan sus bombas. Desde las trincheras, los vietcong responden con sus morteros. Siempre una guerra desigual. El combatiente que está junto a Baxter ¡muere! La esquirla de una bomba le borra la cara. Baxter no duda un instante: ocupa el lugar del soldado y empieza a disparar contra los yanquis. Aquí lo tenemos: de cagar judíos a cadenazos, de apedrear sinagogas, de empezar a descifrar el peronismo, a disparar furiosamente contra los aviones norteamericanos en plena selva vietcong. Todo termina. Agarra un casquillo de mortero y después, en Montevideo, se lo regala a Gladys Pérez de Iriarte, apellido que popular no da, en cuya casa se hospeda en Montevideo.

Pero falta lo mejor. Lo sublime. Su hazaña corre de boca en boca entre los combatientes heroicos de Vietnam del Norte. Ese gordo argentino tiene un coraje excepcional, dicen. No sé cómo se dirá "pelotas de acero" en vietnamés, pero algo así le deben haber dicho a Ho Chi Minh. Y aquí viene lo increíble. ¡Ho Chi Minh lo condecora por su coraje! ¡El gordo Baxter se vuelve a América latina con una condecoración de Ho Chi Minh! Créase o no, éstos eran también símbolos de la época (Alejandra Dandan, Silvina Heguy, *Joe Baxter, del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero*, Norma, Buenos Aires, 2006, pp. 218/219).

En fin, es una pena. Baxter "terminó muy lejos de Alberto Ezcurra Uriburu, el otro fundador de Tacuara, quien finalmente se ordenó como cura en el seminario de Paraná. Desde el púlpito fue un defensor del golpe militar de 1976 y un crítico de quienes pedían por los desaparecidos de la dictadura" (Dandan y Heguy, cuyo trabajo es, hay que decirlo, excelente, algo lateral porque Baxter se lateralizó, pero una investigación de gran nivel, *Ibid.*, p. 399). Acaso este vertiginoso personaje no encuentra la muerte que merecía. Viaja en un Boeing de la empresa brasileña Varig y, el 21 de julio de 1973, cinco minutos antes de aterrizar, el Boeing se come la pista y todo termina en una tragedia que se lleva la vida de Baxter. Siempre que un activista revolucionario tiene una muerte "no gloriosa" se impone postular la existencia de una mano negra en el evento. Lo mismo con Juan García Elorrio, el director de *Cristianismo y revolución*, que lo atropelló un auto y se acabó. Todos, aún, dicen: "circunstancias sospechosas". También de Baxter: habría sido "sospechoso" el accidente del avión de Varig. Qué se puede decir. Si se muere un escritor o un profesor de sociología nadie ve manos negras por ningún lado. El boludo cruzó mal la calle o tomó el avión que no debía tomar. Aunque hayan sido militantes revolucionarios. Nadie dice que Barthes fue víctima de alguna conjura. No, él, un semiólogo, no vio el semáforo y cruzó mal: lo liquidó el camión de una lavandería. Murió como un boludo. Un pensador *puede* morir así. Precisamente por eso: porque piensa demasiado y se distrae. Pero, ¿un revolucionario? Nunca. A un revolucionario lo tienen que matar. Tenemos que poder llorar sobre su cuerpo otra infamia del imperialismo. Hay una negación algo infantil ante la muerte errática de estos personajes. Como si todos merecieran el calvario de Guevara y la espectacular foto del piletón de Vallegrande. Y bueno, no. También los grandes aventureros se mueren por cualquier cosa. Hasta por pisar el jabón en el baño y romperse la cabeza con el filo del bidet.

Nos espera otra cara de la Juventud Peronista. No menos fascinante, no menos estridente, no menos sobredeterminada, poderosa. Con menos armas, con menos tiros, pero con más ideas, creo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

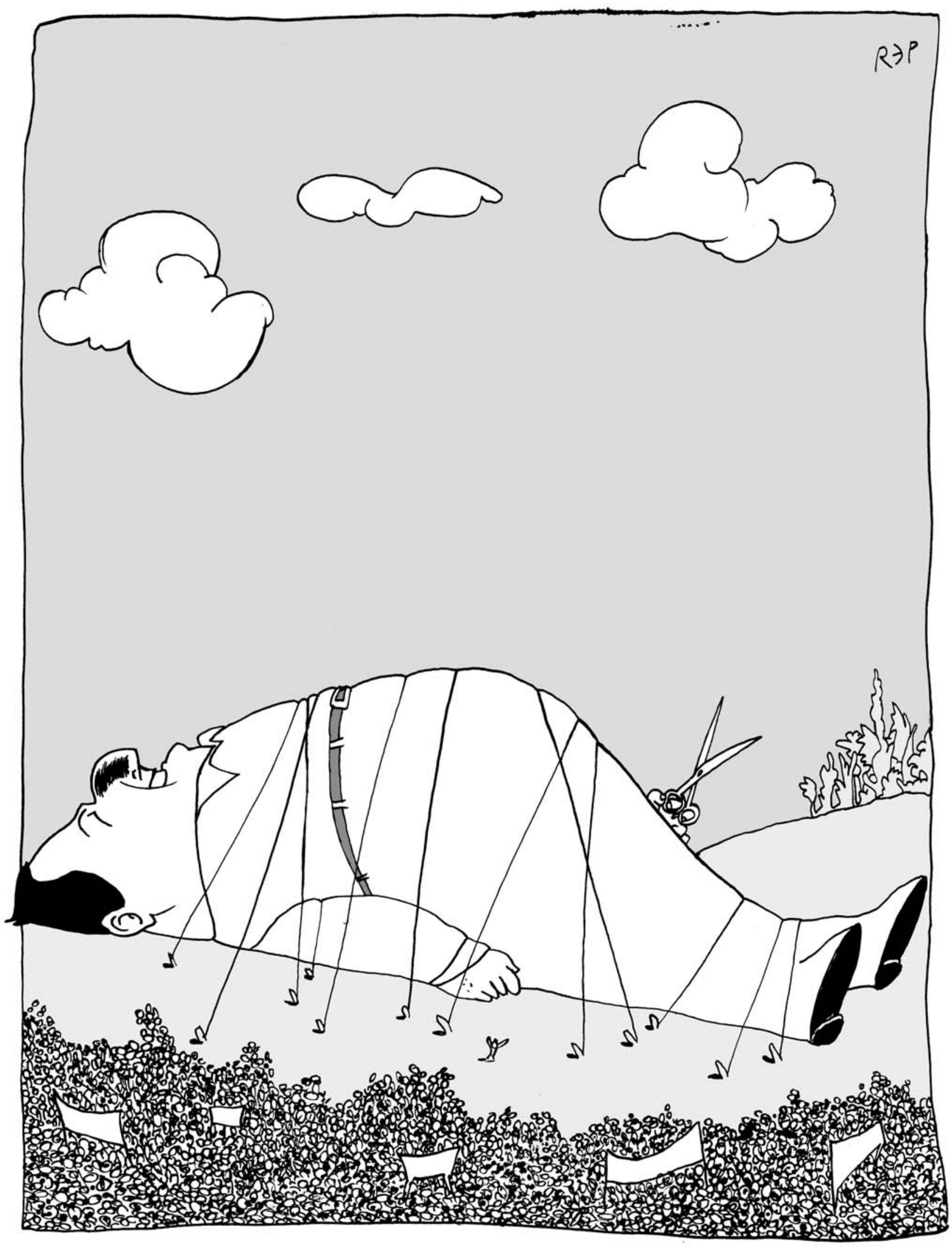
Las "genialidades" del viejo

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

54 Las “genialidades” del Viejo



Suplemento especial de
Página|12

LAS DOS MINAS DEL GENERAL CARCAGNO

A Perón, los veteranos le decían "el general". Pero los muchachos de la JP –afectuosamente– le decían "el Viejo". El Viejo era sabio. El Viejo se las sabía todas. Había una cierta fascinación con ese "viejo" que a la distancia manejaba el caos inherente al justicialismo. Perón asume esa condición de genio de la política. Su "ajedrez madrileño" tiene ese talante. Es el hombre que, desde la lejanía, desde el otro lado del océano, maneja todos los hilos. Hay dos chistes memorables. Llevo años diciendo que los chistes añaden conocimiento, que revelan más que algunos hechos el sabor, el colorido, la intransferible atmósfera de una época histórica. Cuando Perón colisiona con la conducción de Montoneros, cuando, luego de Ezeiza, cuestiona a la ex "juventud maravillosa", aparecen dos chistes que surgen de la militancia de superficie o tal vez de esa usina crítica poderosa que era la revista *Militancia,* que dirigían Ortega Peña y Duhalde. Uno de ellos decía que Firmenich y Quieto estaban siendo ahorcados por una gavilla de fachos. Y que Firmenich, sereno, confiado, le decía a Quieto: "No te preocupes. Debe ser otra genialidad del Viejo". El otro es más divertido. Quieto y Firmenich están bajo tierra, enterrados en sus tumbas. Viene Perón, se abre la bragueta y mea feliz sobre ellas. Luego se aleja. Se escucha, entonces, la voz de Firmenich: "Che, Quieto". "¿Qué?" "¿No te dije que el Viejo no nos iba a cagar?"

Los chistes intentaban decir que Perón manejaba todo a su antojo. Que los Montoneros eran unos tarados que le creían hasta el fin, hasta muertos y enterrados se admiraban de que sólo los meara. Sólo eso, porque cagarlos, nunca. Sin embargo, todo estaba muy lejos de ser así. Perón, es cierto, los quería cagar y era evidente que hacía todo para hacerlo. Pero los Montoneros ya no le creían. Le matan a Rucci y le arruinan el Pacto Social. Lo que Perón quería hacer con los Montoneros los Montoneros lo querían hacer con Perón. Sería ingenuo creer que los Montoneros tenían esa fe extrema en él. Un chiste es un chiste. Y los que conté provenían seguramente de la izquierda erpiana, que reprochaba a los "nacionalistas burgueses" montoneros su fe en Perón. Así, cuando la Tendencia hace con el Ejército, por medio del general Carcagno, adicto a la orga, el *Operativo Dorrego*, aparece en *Militancia* el que acaso sea el mejor de los chistes de Tendencio, un personaje con el que en la revista de Ortega Peña y Duhalde se reían de la Jotapé y sus planes con Perón. Se ve a Tendencio (que era sólo una línea sólidamente trazada que daba la imagen de un hombrecito tonto, terriblemente cándido) atado a un árbol. Frente a él, tres tiradores. Junto a los tres tiradores, un coronel con un sable dispuesto a dar la orden de fusilamiento. Tendencio pregunta: "Entonces, general, ¿así termina el 'Operativo Dorrego'?" No sería apropiado olvidar que el segundo de Carcagno en la cuestión era nada menos que el que sería ministro del Interior de Videla, el sarcástico, el cínico y sanguinario Albano Harguindeguy. Carcagno –este dato disfrútenlo porque es una de las cosas increíbles de la época– le había otorgado un reportaje a *El Descamisado.* Los del *Desca* lo titularon con una frase que, presumimos, se le habrá escapado al general en un arranque de sinceridad demencial: "Se acabó la época en que los yankis nos metían dos minas en la cama para comprarnos". El Ejército seguramente se habrá incomodado: la frase no era expresión de eso que se llama una virtud sanmartiniana. Tal vez, del modo en que vienen las cosas y los sorprendentes descubrimientos, se encuentre alguna frase de San Martín parecida. Por qué no. Por ejemplo: "Se acabaron los tiempos en que los españoles nos metían dos gallegas en la cama para que no cruzáramos Los Andes". Pero se aclararía que San Martín siempre rechazó a esas dos gallegas y por eso es el Padre de la Patria. Los generales argentinos, en cambio, aceptaban a las dos rubias yankis y así fue como entregaron el país. Eso es lo que parecía decir (o, en rigor, decía) Carcagno. Ese día, en algún lugar del generalato, se habrá decidido el fin de su carrera. La maniobra de los Montoneros para comprometerlo con ellos había sido un poco extrema. El pobre Carcagno, al leer su frase, se habrá aterrorizado. Probablemente pensó en los costos de meterse con esos guerrilleros imprudentes y malhablados. Porque –es el momento de anotar esto– los Montos se jactaban de sus malas palabras. El grito de guerra: "¡Montoneros, carajo!" ya era fuerte y pegaba. Pero lo trágico y patético y a la vez inevitablemente divertido ocurre durante el '73. Se rumoreaba que Perón andaba mal de salud, algo que era *mucho más* que cierto. *El Desca* saca una tapa memorable. Decía así:

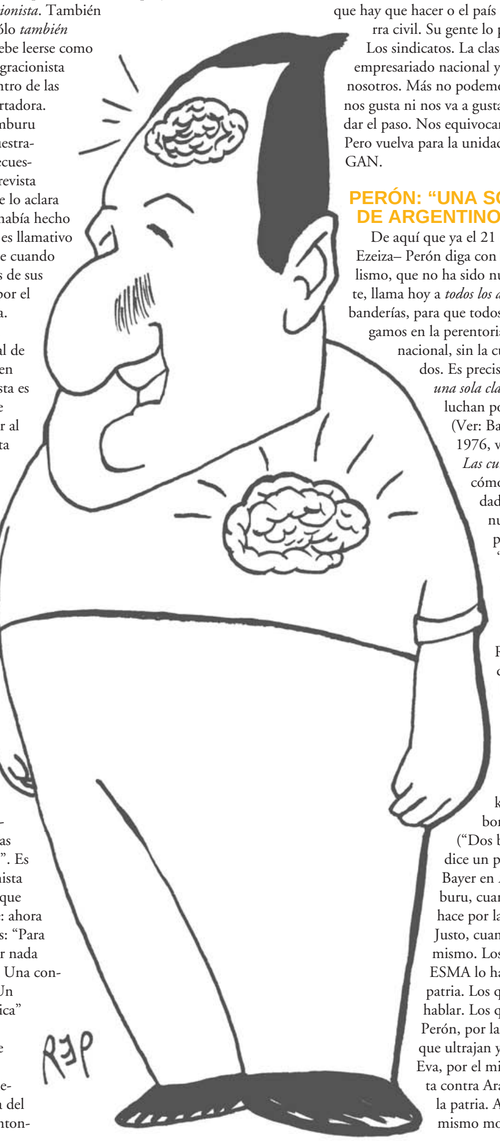
> Siempre fue de gorilas hablar de la salud del general,
> pero compañeros...
> ¡*Qué cagaso*!

Glorioso momento del periodismo argentino. Esa "horrible" palabra jamás había aparecido en la tapa de una revista. Y, para colmo, mal escrita. Recuerdo, por ejemplo, a Miguel Brascó haciéndose un banquete en una radio, analizando las diferencias entre "Cagaso" y "Cagazo". Trágico era asimismo que la mayoría de los afilados analistas no podían lucirse demasiado porque les era imposible decir por radio la palabra "cagazo". No eran los tiempos del fascismo guarango de hoy o de las minas liberadas que putean a diestra y siniestra. No se decían esas cosas. Pero los Montos eran –además de todo– "niños terribles" y otra de sus modalidades subversivas era apelar a las palabras negadas por el "buen gusto" de la burguesía. Hoy, eso no asusta a nadie. Hasta se escriben largos y acaso pretenciosos ensayos apelando a las malas palabras. Este, por ejemplo. Pero, cómo no. Es parte de la materia tratada la habitualidad carajeadora. (Escribimos sobre el peronismo, carajo.) Lo que llevó a lo sublime la tapa del *Desca* fue el error de ortografía. No faltará quien diga que fue deliberado. Si lo fue, la idea rozó lo genial: nadie, durante un tiempo, habló de otra cosa. Y, según vemos, todavía hablamos de ella. Había gente con talento en la orga. ¿A quién se le habrá ocurrido si el error fue deliberado? Hay genios para elegir. Walsh, Urondo, Gelman y, desde luego, Oesterheld, nada menos que él. Que ya tenía casi lista *La guerra de los antartes*. Nos ocuparemos adecuadamente del querido viejo y su tragedia peronista, montonera, argentina. *El Eternauta II* es un texto imprescindible para analizar el peronismo revolucionario de los '70. Expresado, ahí, por un creador, por un escritor genial. Vayamos desde ya rogando a las musas que nos otorguen el don de estar a la altura de esa historieta trágica, extraviada, sólo comparable –en su demencia creativa– a los más altos momentos del Nietzsche de *La voluntad de poder*.

ARAMBURU-LANUSSE-PERÓN: LA BÚSQUEDA DEL GRAN ACUERDO NACIONAL

Falta para eso. Como sea, los chistes también revelan la fe que se tenía en el Perón madrileño. El Perón de la lejanía. Ese Perón era imbatible. Su palabra era Ley. Todos necesitaban ser validados por él, el Padre Eterno. Esto alimentó una trágica megalomanía en Perón. Supongo que debe ser bastante inevitable, si se es Perón, creérsela. También, si se es Perón, si se es, como pretendía serlo, un viejo sabio, esa sabiduría debiera prevenirlo, decirle que existen obstáculos en la realidad, que no todo se somete a los arbitrios de un líder por más respaldo popular que tenga. Ese general sabio, ese político genial, que todo podía contenerlo, controlarlo y totalizarlo, se veía muy favorecido por estar fuera del sistema político argentino, fuera de la escena. *Todo se unificaba en Perón.* (*Nota*: Esto es lo que Ernesto Laclau llama *significante vacío*, pero yo le tengo cierta aversión a la semiología y no me cae bien Lacan, o no me cae tan bien como a Laclau. Digamos que me pasa de costado. De modo que me manejo con otras categorías. De las que Laclau, por suerte, no deja de hacer uso: recurre bastante a Spinoza, Hegel y Marx en el parágrafo "La dialéctica de la universalidad", por ejemplo. El que quiera adueñarse bien del concepto de significante vacío, que no es complejo, puede consultar *Emancipación y diferencia*, p. 101 de la edición de Ariel. Postula que la "exterioridad" de Perón le permitía asumir el momento de la "universalidad" del que el movimiento carecía por su dispersión organizativa e ideológica. Escribe: "En tales circunstancias, él estaba en las condiciones ideales para pasar a ser un 'significante vacío' que encarnara el momento de la universalidad en la cadena de equivalencias que unificaba el campo popular". Esto se quiebra dramáticamente cuando Perón regresa: "Perón ya no era un significante vacío sino el presidente del país, y tenía que llevar a cabo políticas concretas. Pero las cadenas de equivalencias construidas por las distintas facciones de su movimiento habían ido más allá de toda posibilidad de control –incluso por parte de Perón–. El resultado fue un sangriento proceso que condujo a la dictadura militar de 1976" (Laclau, *Ibid*., p. 102). En mi ya lejano libro *Ignotos y famosos*, de 1994, en los trabajos "La invención de Perón", "La realidad de la razón" y "La muerte mítica de Perón" abordo estas cuestiones. De todos modos, en este ensayo volveré a ocuparme de ellas y espero que aún mejor, algo que tal vez no sea demasiado difícil. (Lo digo para no se molesten en buscar ese libro, que no creo que lo merezca.) Y había una consigna que también daba una identidad a todos, la misma: *Perón vuelve*. El general creyó que las cosas podrían funcionar del mismo modo aquí. Veremos.

Hay una linealidad que nos vamos a animar a seguir. Los Montoneros le reprochan a Aramburu –y es uno de los principales motivos por los cuales lo matan– estar armando un GAN (Gran Acuerdo Nacional), nombre que le puso Lanusse al proyecto que él impulsó. Las propagandas del GAN se veían abrumadoramente en la tele y en los diarios. Eran dos jugadores de fútbol disputando una pelota. Se les notaba la alegría de jugar. La limpieza. El locutor, voz en off, decía: "Gran Acuerdo Nacional: un partido que debemos jugarlo todos". O algo muy parecido. También así se leía en los diarios o en los afiches que se pegaban en las paredes de las calles. El peronismo crea el Frente Cívico de Liberación Nacional. Tenía nombre de antibiótico: *Frecilina*. Desde ese frente se opone al GAN de Lanusse. Quienes buscan acercarse al GAN son denunciados como "integracionistas", "conciliadores", "dialoguistas". Horacio González inventa una palabra: "lanusardos". ¿Qué buscaba Lanusse? Una propuesta de *integración.* Pretendía manejarla él y el peronismo ya estaba muy fuerte como para cederle ese privilegio. Pero es importante establecer, lo más claramente posible, la diferencia entre "gorilas" e "integracionismos". Escribe Horacio González, en caliente, en pleno octubre de 1972, a un mes del primer regreso de Perón: "La herencia de la Revolución Libertadora se compone de la disputa sobre si quien conduce la lucha contra el peronismo ha de ser el gorilismo o el integracionismo. El *enfoque gorila* supone básicamente una visión del peronismo en términos de 'ilegalidad', lo que en el plano de las formas de procedimiento político se traduce en una percepción de 'guerra civil', precio indispensable para depurar y recuperar el control de todos los mecanismos del Estado que habían sufrido una radical transformación durante el poder peronista (...). El *integracionismo* resuelve condicionar la legalidad del peronismo en la misma medida que éste se muestre 'responsable' para acompañar estrategias de 'crecimiento económico' o de ampliación de la base de consenso del Estado. La 'percepción de guerra civil' no forma parte de la metodología integracionista, para la cual lo crucial es la captación de diversos 'factores' del peronismo, desintegrándolo como totalidad política, social e histórica, para poder captarlo como facción" (Horacio González, *Gorilas, integracionistas y lanusardos, reflexiones a propósito de la maldición peronista y de la revolución peronista, Envido*, Revista de Política y Ciencias Sociales, octubre de 1972, N 7, p. 35). Muerto el proyecto *gorila* se impone el *integracionista*. También el regreso de Perón (y no sólo *también* sino muy especialmente) debe leerse como el triunfo del proyecto integracionista sobre el proyecto gorila dentro de las luchas intestinas de la Libertadora.



Era el proyecto que Aramburu había explicitado a sus secuestradores. Al tercer día de su secuestro, el domingo, sale en la revista *Criterio* un reportaje en que lo aclara sin vueltas. El reportaje se había hecho antes, como es lógico, sólo es llamativo que apareciera precisamente cuando Aramburu estaba en manos de sus captores y siendo juzgado por el proyecto que ahí enunciaba. Ese proyecto –según ahora veremos– era muy similar al de Lanusse, tal como se lo dicen los Montoneros. Pero (¡y ésta es la complejidad que hay que pensar!) era también similar al que Perón, en el '73, intenta plasmar con Gelbard y Rucci. ¿Por qué Perón cambia una de las verdades peronistas en plena "etapa dogmática"? Al día siguiente de Ezeiza, en su discurso del 21 de junio, Perón inaugura la "etapa dogmática": "Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen". O sea, el que quiera cambiar la doctrina que se vaya, es un "zurdo con la camiseta peronista". No obstante, Perón (¿y quién sino él?) se da el lujo de violar la "etapa dogmática" y cambiar una de las "veinte verdades peronistas". Es la que dice: "Para un peronista no debe haber nada mejor que otro peronista". Perón dice: ahora cambiamos. Ahora decimos: "Para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino". Una consigna de *unidad nacional*. Un GAN. La "salida democrática" de Aramburu. La consigna "para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino" cae mal, horriblemente mal, en la militancia del peronismo de izquierda. Entonces, ¿para Tosco no debe haber nada mejor que Rucci? ¿Para un villero no debe haber nada mejor que el policía que lo revienta a palazos? ¿Para un militante no debe haber nada mejor que un empresario? ¿Para un torturado no debe haber nada mejor que un torturador? ¿Para un obrero no debe haber nada mejor que su patrón? La consigna del Viejo era insostenible. Eso lo sabían todos. Teóricamente, lo sabía muy bien Perón, que era un maestro de las antinomias irreductibles: patria y antipatria, pueblo y antipueblo, peronistas y antiperonistas, propios y contreras, leales y traidores, etc. Pero no le importaba: él daba órdenes. Decía a quién amar y a quién no. Ahora, de golpe, debían amarse todos. La izquierda no peronista disfrutaba la cosa: ¿cómo se hace una revolución en un país donde para cada uno de sus habitantes no debe haber nada mejor que otro? ¿Ya no hay contradicciones? ¿No más régimen y pueblo? ¿Y la lucha de clases? ¿Ya no hay lucha de clases? ¿Ya no hay patrones? ¿No hay oligarquía, empresas transnacionales, Ejército? Perón proponía el *pacto social*, que era su versión del GAN. De donde podemos deducir esto: *El regreso de Perón se debe a que las clases dominantes, el Ejército y la Iglesia advierten que el único que puede hacer el GAN es Perón.* Sin duda se decidió lo siguiente: nos tenemos que jugar la última carta, no hemos podido destruir ni controlar ni integrar al peronismo desde 1955. El Gran Acuerdo Nacional es una apuesta de Lanusse que él no está en condiciones de llevar a cabo. El único que puede hacer el GAN es Perón. Hay que negociar su regreso sobre esa base: usted vuelve, pero no para hacer la revolución socialista que piden sus muchachos, sus formaciones especiales, sus curas rebeldes. A ellos los viene a controlar. Nosotros lo respaldamos si nos hace el GAN. Sólo usted lo puede hacer. Y es lo que hay que hacer o el país cae en el abismo de la guerra civil. Su gente lo pide. El pueblo que lo sigue. Los sindicatos. La clase media no violenta. El empresariado nacional y hasta los más sensatos de nosotros. Más no podemos hacer. Sabe que usted no nos gusta ni nos va a gustar, pero alguien tiene que dar el paso. Nos equivocamos. Ya no más: vuelva. Pero vuelva para la unidad de la nación. Para el GAN.

PERÓN: "UNA SOLA CLASE DE ARGENTINOS"

De aquí que ya el 21 de junio –al día siguiente de Ezeiza– Perón diga con brutal claridad: "El Justicialismo, que no ha sido nunca ni sectario ni excluyente, llama hoy a *todos los argentinos*, sin distinción de banderías, para que todos, solidariamente, nos pongamos en la perentoria tarea de la reconstrucción nacional, sin la cual estaremos todos perdidos. Es preciso llegar así y cuanto antes a *una sola clase de argentinos*: los que luchan por la salvación de la patria" (Ver: Baschetti, *Documentos*, 1973-1976, volumen I, ed. cit., p. 106. *Las cursivas son nuestras*.) En rigor, cómo no decir esta sencilla verdad, *esa clase de argentinos* nunca faltó en el país. Siempre estuvimos colmados de "esa clase de argentinos". El coronel Varela, cuando mataba esquiladores en la Patagonia, creía luchar por "la salvación de la patria". Ramón Falcón, cuando les decía a sus cosacos que hicieran fuego sobre los anarquistas de la FORA, creía luchar por la salvación de la patria. Radowitzky, cuando le tiró una bomba, también. Wilckens, cuando le tira su bomba a Varela, también. ("Dos bombas cargadas de amor", dice un poema libertario que cita Bayer en *La Patagonia rebelde*.) Uriburu, cuando lo tira a Yrigoyen, lo hace por la salvación de la patria. Justo, cuando lo aparta a Uriburu, lo mismo. Los que torturaban en la ESMA lo hacían por la salvación de la patria. Los que matan a Rucci ni qué hablar. Los que derrocan al primer Perón, por la salvación de la patria. Los que ultrajan y esconden el cadáver de Eva, por el mismo motivo. Valle se levanta contra Aramburu por la salvación de la patria. Aramburu lo fusila por el mismo motivo. Aquí, *nadie hizo nada sino por la salvación de la patria*. Si es por eso, no hay pueblo más unido que el argentino. La frase de Perón era otra vez la vieja frase de la unión nacional de todos, de todos los que nunca se han unido ni pueden ni podrán unirse porque viven bajo un sistema que postula la necesaria desigualdad entre los hombres. Y no sólo la postula sino que la aplica. Funciona así: des-igualando a los hombres. Perón ni siquiera recurría a la unidad de todos aquellos "objetivamente enfrentados al imperialismo", que fue siempre la consigna de la "causa nacional" que logra unir a las burguesías nativas con sus clases pobres en los países periféricos. No: Perón pide la unidad imposible. La unidad del congelamiento. La que beneficia a los dueños del poder. Y eso lo descubría cualquiera. Más aún la izquierda peronista y sus críticos erpianos, que bien podían disfrutar de este Perón burgués, amigo del régimen, que venía a dar la mano que se le pedía. Una mano para la estabilidad burguesa, para la integración, para frenar la violencia, para establecer en lo posible una incipiente democracia luego de tantos años de luchas sin frutos, o con frutos muy amargos. Aún vendrían peores.

Hay, así, una *continuidad*. Aramburu-Lanusse-Perón. Unir a los argentinos. El que lo va a hacer es Videla, asesinando a todos los que están contra él. Así sí: esa unión es posible. La unión de los cementerios, del terror. Videla supo cómo solucionar esa cuestión. Los que estaban contra él, morían. Los que no, vivían y aceptaban. Muertos y cómplices: he aquí la fórmula para la *unión de los argentinos.* La otra es la de la democracia y su respeto por el "diferente". Una democracia sin justicia social *no es la "unidad de los argentinos".* Una democracia con justicia social no existe. Es una utopía. Sería el socialismo. Pero ni eso. El socialismo buscó imponer la unidad desde el Estado y desde el Partido. No funcionó. El único ente libre termina siendo el Estado, en manos de la burocracia y todo sometido a la persona del dictador, al cual, para colmo, se le rendirá culto.

Pero nadie buscaba tanto. El Pacto Social de Perón habría instrumentado un Estado distribucionista, una fuerza sindical poderosa, habría custodiado los intereses de los grandes capitales (aunque fijándoles topes en las superganancias y obligándolos a la reinversión y al distribucionismo), habría negociado con los dueños de la tierra, alentado entusiastamente el desarrollo de la pequeña y mediana industria y habría protegido, dentro de la larga tradición del movimiento, a los trabajadores. De traje blanco, en la cabecera de una larga mesa, aún lo recuerdo a Perón reunido con empresarios y diciéndoles: "En nuestro país no puede haber sumergidos. Eso no lo podemos tolerar". Era 1973. El evento se televisó.

Volvamos a Aramburu. El fusilador del ayer proponía la armonía de los argentinos en 1970. Es el domingo 31 de mayo de ese año y, posiblemente, los Montoneros, en Timote, hayan leído las declaraciones que Aramburu hiciera a la revista católica *Esquiú*. Ese día empezaba también el campeonato mundial de fútbol en Perú, para el que Argentina, en 1969, no había conseguido clasificarse. El DT de Onganía era Adolfo Pedernera, no Menotti. Aunque nadie veía a Pedernera como DT de Onganía ni pensaba que un triunfo argentino podía favorecer a la dictadura, que no era tan espantosa como para merecer tanta pena. Que uno deseara que la selección nacional perdiera, digo. Habría venido bien jugar esa copa, que fue la última que jugó Pelé y en la que hizo maravillas inigualadas. Habría sido lindo verlo atajar a Cejas, que estaba en su mejor momento. Pelé se lo llevó al Santos y estuvo ahí 5 años. El primer partido del Mundial del '70 lo jugaron México y la Unión Soviética. ¿Lo habrán visto los Montoneros en Timote mientras decidían cómo matar a Aramburu? Difícil saberlo. Más probable es que hayan leído el reportaje de *Esquiú*. "La violencia es el resultante de un mal social", decía Aramburu. "El pueblo no es escuchado ni participa del gobierno. Los actuales gobernantes le han asignado un papel totalmente pasivo, de simple espectador. *Este estado de cosas debe por fuerza generar violencia* (...). Y esto no se resuelve con leyes represivas, sino gobernando en comunión con el pueblo" (Cfr.: Felipe Pigna, *Lo pasado pensado, entrevistas con la historia argentina (1955-1983)*, Planeta, Buenos Aires, 2008, p. 172. Pigna es un excelente entrevistador. Deja hablar al entrevistado, casi no repregunta y el material que queda es un testimonio desnudo en el que, ante la pasividad del entrevistador, el entrevistado se entrega más de lo que pensaba y termina por decir cosas que acaso, con un entrevistador más "estrella", de esos que sobran, de los que se mueren si no meten un bocadillo a cada rato, no habría dicho. Habrá que defender a Pigna de sus muchos atacantes, cuyas posturas políticas no tienen el riesgo de las suyas, y que no saben llegar a los lectores del modo directo y honestamente ilustrativo con que él lo hace.) ¿Y ahora qué dirán los que claman que los Montoneros, el 29 de mayo de 1970, iniciaron la violencia en la Argentina? No, señores. Escuchen hablar a la mismísima víctima de esa jornada. Es el propio Aramburu el que les dice: "Este estado de cosas debe por fuerza generar violencia". Les habría dicho, de poder hacerlo: "Aquí lo ven. Mi muerte es la prueba de lo que digo. Si el pueblo no es escuchado, si no participa del gobierno, si es pasivo, si sólo se lo reprime en lugar de comprenderlo, la violencia surge inevitable". Sigue el reportaje de *Esquiú*: "Lo que hace falta es destruir una estructura social injusta y obsoleta y reemplazarla por una estructura social construida sobre bases justas y equitativas" (Pigna, *Ibid*., p. 172). Hablaba como un peronista: "Una estructura social construida sobre bases justas y equitativas" es una frase peronista. Aramburu se les había extraviado. Estaba, para sí mismo, en un lugar excesivamente peligroso. A la izquierda del régimen gorila que él inauguró y a la derecha de los jóvenes rebeldes que su régimen gorila engendró. Pareciera alguien que selló su propia suerte. Ya no les hablaba a los gorilas con el lenguaje de Aramburu, sino con el de Perón. Y les hablaba a los Montoneros con el lenguaje de Perón, pero era Aramburu. En los dos lados *era el hombre inadecuado en el momento inadecuado*. Esto selló su tragedia. Sólo dejemos que diga algo más: "Los disturbios sociales se desencadenan por enfoques políticos desacertados. El gobierno no escucha al pueblo". ¡Esto, a un año del Cordobazo! Hablaba acerca de los disturbios sociales, no del Día del Ejército. Vestía siempre de civil, claro. Algo más: "Hay que buscar la salida democrática que devuelva el gobierno al pueblo. El poder debe descansar en la soberanía popular" (Pigna, *Ibid*., p. 172). Decir esta última frase y decir "hay que llamar a elecciones democráticas, con el peronismo y con Perón si es necesario" era lo mismo. Aramburu buscaba el Gran Acuerdo Nacional. *Lo inventó él*. Se le adelantó a Lanusse. Porque Levingston no hizo nada en ese sentido. Lo llamó a Aldo Ferrer y desató una campaña de tintes nacionalistas contra "los monopolios". Tapa de *Panorama*: "Monopolios, ¿quién tira la primera piedra?". De pronto, todo el país hablaba de los monopolios. Nadie se lo tomó en serio. Lo tiraron de un bofetón, de una cachetada desdeñosa. "¿Para qué te pusimos ahí, monigote? ¿Para que la jugués de milico nacionalista que viene a salvar la soberanía de la patria?" Asume Lanusse y larga su GAN. *Pero le pasa lo mismo que a Aramburu*. Perón dice: "No me vengan con la 'soberanía popular' ni con el 'Gran Acuerdo Nacional' ustedes que hace 15 años que pisotean eso. Se acordaron tarde. El único que puede hacerlo soy yo. ¿Quién fue la víctima del arrasamiento de la soberanía popular? Yo. ¿A quién quiere incorporar ese Gran Acuerdo Nacional? A mí. Bueno, no se molesten. Esas tareas me corresponden. Soy yo el que debe protagonizarlas y desmantelar la Argentina gorila y excluyente que ustedes crearon". ¿Qué podía decir Lanusse? Que sí, como lo hizo. Pero con una condición: "Usted, Perón, viene, de acuerdo. Viene y hace en la Argentina lo que hay que hacer". Lo que había que hacer (para Lanusse como para Aramburu) era el GAN. Una Argentina occidental, capitalista, con su movimiento de masas incluido en la democracia, en el sistema de partidos. Que Perón negoció este retorno es indudable, totalmente lógico. Si no, el general Sánchez de Bustamante, que comandaba el Primer Cuerpo de Ejército, no les habría dicho a sus subordinados de elite lo que les dijo pocos días antes de las elecciones del 11 de marzo.

GENERAL SANCHEZ DE BUSTAMANTE: LA "AGRESIVIDAD MARXISTA" DEL PERONISMO

Primero analiza la estructura militar. La disciplina es el valor prioritario. La instrucción debe ser intensiva, poderosa. Debe crear "el hábito de la obediencia mecánica". Este es el "hábito" que más valora este militar de 1973, representante unívoco de la esencial formación antidemocrática y antihumanista de las Fuerzas Armadas. El "hábito de la obediencia mecánica" es lo que debe constituir esencialmente a un soldado. La disciplina y la instrucción existen para lograr esa clase de hombres: los de la "obediencia mecánica". Pero no nos desviemos. No es nuestro tema. Sánchez de Bustamante va a hablar del peronismo. Acepta que regrese. Pero no aceptará que se retorne "al pasado". ¿Qué significa esto? "Cuando hablamos de un no retorno al pasado nos estamos refiriendo al peronismo, al peronismo como régimen, al peronismo como expresión política de la arbitrariedad en el ejercicio del gobierno" (J. P. F., *El peronismo y las fuerzas armadas,* Revista *Envido*, N 9, Buenos Aires, ps. 23/24). ¿Cómo lo quiere al peronismo este general de altísima, inestimable importancia en el esquema militar de poder en 1973 y que habrá, luego, de decidir, entre tantas otras cosas, la expulsión de Osvaldo Bayer del país con el golpe del '76? A lo que dijo ese día Sánchez de Bustamante nadie le dio importancia. Seguramente el ERP o los Montoneros daban alguna conferencia de prensa y todos creían que la historia (la historia del Poder en la Argentina) transitaba por esos rumbos. No: era Sánchez de Bustamante el que estaba expresando eso que sería posible y eso que no, eso que de ningún modo lo sería. Sigamos. El comandante del Primer Cuerpo quiere un peronismo que actúe "como partido justicialista sujeto a las reglas del juego que están expresadas en el estatuto de los partidos políticos". Pero... *no cree que sea posible*. No fácilmente, al menos. Sánchez de Bustamante señala el motivo diabólico, inintegrable,

con que se presenta ahora el peronismo: "Se presenta con un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad, que llama a preocupación a los hombres de armas y a los hombres de orden, y también a los hombres de orden que hay dentro de sus propias filas". Esta era la contundente, la latente y macabra preocupación –que podría transformase en ira en cualquier momento– que el poderoso Ejército Argentino de entonces (¡tan mal valorado por la militancia revolucionaria, heredera del voluntarismo del Che!) cobijaba acerca del peronismo. "*Un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad*." La izquierda peronista –acusada de reformista y burguesa por el ERP– era irrefutablemente marxista para el comandante del Primer Cuerpo. *Eso*, jamás lo aceptarían. Sánchez de Bustamante dice entonces que la única garantía frente a *eso* es "que las FF.AA. se comprometan consigo mismas a hacer que determinados valores y determinadas pautas continúen rigiendo en el país, *más allá de la transferencia del poder*" (J. P. F., *Ibid*., p. 24). La guerra, su hipótesis central de conflicto, quedaba perfectamente dibujada: si la agresiva *fisonomía marxista* del peronismo, por medio de su *tremenda agresividad*, atacaba los valores y las pautas que regían el país, las FF. AA. habrían de intervenir. Trasferencia o no del Poder. *Porque el poder no se transfería.* Sánchez de Bustamante, con sinceridad inequívoca, supo decirlo: "Frente al slogan de 'Cámpora al Gobierno, Perón al Poder', yo le antepongo este: 'Cámpora al Gobierno, el Ejército al Poder'" (J. P. F., *Ibid,* p. 24). El texto se publicó en *Nueva Plana* y yo lo incluí en mi trabajo sobre las FF.AA. de mayo de 1973. Ahí está todo. Dentro de ese encuadre viene Perón. Vamos a decirlo de una vez por todas: *Perón no regresa para hacer la patria socialista, ni siquiera regresa para hacer la patria peronista*. Regresa para hacer el Gran Acuerdo Nacional con toques de la genuina sensibilidad popular que define al movimiento. Gran Acuerdo Nacional más Estado de Bienestar keynesiano. Pero sobre todo, general Perón, usted regresa para conjurar el demonio que ha desatado, que ha alimentado, al que le ha puesto el nombre sonoro y algo pomposo de *Formaciones especiales.* A usted lo aceptamos. A usted con sus marxistas, no. Es más: lo aceptamos porque acaso pueda frenarlos sin sangre. Comprométase a eso. De lo contrario, lo mandamos de vuelta a Madrid y los frenamos nosotros. Pero el costo es un baño de sangre que por ahora queremos evitar.

¿Por qué creen ustedes que los de Kirchner y Cristina son dos gobiernos tan odiados por la derecha y por las clases altas? Con esos gobiernos, por primera vez desde 1955, regresó el peronismo que les molesta. Lo explico: cae Perón en 1955. Todo bien. Se aniquila a Lonardi, salida negociadora, y empieza la persecución gorila. Perón los había incomodado seriamente. No lo aguantaban un minuto más. Quieren borrarlo del mapa. No pueden. La desperonización es imposible. Aramburu, en 1970, propone la primera salida racional: respeto por la "soberanía popular". Integrar al peronismo al sistema democrático. Los Montos lo matan. Aparecía el efecto más indeseado de la proscripción gorila: "la fisonomía marxista del peronismo", una fisonomía de "tremenda agresividad". Santucho se sorprendería: "Marxistas o trotskistas o zurdos verdaderos somos nosotros". No, Santucho. El marxismo preocupa en serio cuando prende en las masas. Cuando gana "el corazón de las masas", como decía Marx, a quien tal vez leíste escasamente. Los Montos, pese al origen monaguillesco de su conducción, habían tenido la sagacidad de mezclarse con las masas. *Ahí se torna peligrosa una vanguardia.* Si no, no pasará jamás de ser un conjunto de locos, de aventureros aturdidos por la teoría del foco insurreccional, esa desgracia. Por eso los Montoneros, para Sánchez de Bustamante, que sabía lo que decía, sabía hacia dónde apuntar sus cañones y hacer fuego, "el marxismo", la fisonomía de "tremenda agresividad" que presentaba el peronismo era su ala izquierda. Perón pacta su regreso y viene a frenar lo que alentó. Las *Formaciones especiales.* ¿No fueron arcilla blanda en manos del viejo genial? ¿Cómo negar que alguna "genialidad del Viejo" los va a desarmar no bien aterrice en la patria? El "ala izquierda", en su expresión armada, eran los Montoneros, pero la Jotapé tenía una masividad y hasta un estado interno deliberativo de gran riqueza. Era temible. Eran demasiados. Eran todos los sectores medios estudiantiles (en Francia esos sectores habían hecho el Mayo del '68), los médicos, los psiquiatras, las comisiones internas de las fábricas que rehuían a la burocracia cegetista, los militantes de las villas. ¿Qué se puede decir? Dos millones y medio de personas fueron a Ezeiza a buscar a Perón. No eran todos Montoneros. Eran parte de esa globalidad que era la Jotapé, hegemonizada, sí, por Montoneros, pero autónoma y muy creativa en miles de aspectos. *Todo esto era marxismo puro para los militares. Subversión, alzamiento, situación pre-revolucionaria*. No podían permitirlo. Era tarea de Perón frenar esa marejada. Poner orden. No hay unidad nacional sin orden. Perón tenía que hacer la más excepcional de sus jugadas de Mago de la Historia: *Pasar del "al amigo todo, al enemigo ni justicia" al "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino"*. ¿Quién ha desatado semejantes fuerzas para llegar podrá frenarlas para mantenerse? "Perón", dice Jorge Antonio, testigo privilegiado si los hay, "estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con los Montoneros que él" (Pigna, *Ibid*., p. 245). Jorge Antonio había comprado *Primera Plana* y se la dio a los Montoneros. Era una joda: de pronto, teníamos *Primera Plana,* la revista de los exquisitos de los sesenta. Hasta salimos los de *Envido* en una nota que nos hizo el luego desaparecido Leonardo Bettanín. Leonardo la tituló: "Los jóvenes lúcidos". ¡Para qué! Las cargadas fueron infinitas: "Che, José, yo creía que eras un tipo piola, no un joven lúcido". La cosa es que todos salían en *Primera Plana.* Guillermo Gutiérrez por *Antropología del Tercer Mundo.* Alcira Argumedo, que hablaba de los curas del Tercer Mundo y de Mugica y le pusieron como título irónico: "De curas y ricuras". La "ricura" era Alcira, que era muy bonita, en serio. Flaca inteligente de grandes ojos verdes. La cuestión es que Jorge Antonio los conoce bien a los Montos. En una tapa lo sacan a Martín Fierro con una metralleta cargada a la espalda, un símbolo un tanto directo. Algunos lectores de la vieja *Primera Plana* se horrorizaban: "Pero, ¡esto es una mierda facho peronista!". Facho no era. Era bien agresiva y marxista *Primera Plana.* Eso que preocupaba a los hombres de orden de la Argentina, según Sánchez de Bustamante. Sigue Jorge Antonio: "El tenía contactos, les daba directivas, pero ante él no se explayaban. Ante mí se explayaban con más claridad. Yo le advertí a Perón: 'Mire que esto es riesgoso. No les dé tantas alas en el país porque después usted va a tener un problema'. El me dijo: 'No, Jorge, quédese tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, *hablaré y se irán tranquilos a su casa*'. Le dije: 'Ahí se va a llevar la primera gran desilusión. Ahí se va a llevar usted el primer susto que le van a dar las juventudes actuales, y lo comprometo a que me lo recuerde'. Me dice: 'No. Quédese tranquilo que eso lo manejo muy bien'" (Pigna, *Ibid*., p. 245. *Cursivas nuestras*).

KIRCHNER: OTRA VEZ EL "PERONISMO INTOLERABLE"

En suma (y por el momento), Perón no puede organizar el país y muere en medio de un esfuerzo que ya era demasiado para él. Ahora se trata de lo principal: frenar el "foco marxista de tremenda agresividad". Lo intenta Lopecito con la Triple A. Pero es ineficaz, desordenado. Los militares esperan. Dejan que todo se pudra, se caiga a pedazos. Contribuyen al caos. Y dan el golpe. Se acabó el peronismo. Perón está muerto. El foco marxista es aniquilado con una celeridad humillante. Los meten y los masacran en los campos de concentración. *La Argentina ha solucionado el problema que arrastraba desde 1955*. Recién se resuelve en 1976 con una masacre que se lleva treinta mil vidas. Luego viene la democracia y el peronismo pierde en las urnas por primera vez. No hay problema. Gobierna Alfonsín. Cuando se hartan de él le hacen un golpe de mercado y... ¡le entregan el gobierno a un peronista! Que el Poder en la Argentina haga esto es impensable. Pero no: el Poder se lo ceden a Carlos Menem, quien, con la complicidad del justicialismo, lleva a cabo el programa del establishment. El neoliberalismo arrasa con la Argentina peronista. Se desmontan las nacionalizaciones del Estado keynesiano. Se aniquila el Estado de Bienestar que constituyó la identidad del pueblo peronista (algo cuya importancia veremos en detalle). Menem se convierte en un hombre del establishment, del Poder. Es uno de ellos. Al establishment ya no le importan los malos modales, las tosquedades de quienes le sirven. Al muñeco le permiten todo. Hasta que lo ponga a Rosas en los billetes de veinte pesos. Luego De la Rúa. Luego la transición de Duhalde. Y luego... la desagradable sorpresa. El peronismo retorna. Néstor Kirchner, para colmo, no sólo recupera el rol del Estado, los toques keynesianos, el intento de redistribución del ingreso, sino que incorpora a su gobierno a muchos de los que formaban, en el pasado, el "foco maléfico", el "eje marxista del mal". Con Kirchner el peronismo vuelve a ser intolerable. De aquí tanto odio. Las divisiones. Las peleas. Caramba, ¡después del Perón del '45-'55 no hubo un gobierno más podridamente peronista que éste! ¡Abran fuego como en los viejos tiempos! Creíamos tenerlo dominado al peronismo. Y éstos se atreven a cualquier cosa. Nos juzgan a los militares del Proceso, que hicieron su tarea de un modo desprolijo, pero la hicieron. Había que hacerla. ¡Hasta Perón, de haber vivido, la habría hecho! (Mentira: Perón estaba muy lejos de Videla. No era un asesino. Bajo su gobierno murió Ingalinella en manos de la policía de Rosario. Hubo torturas, pero muchas menos que en la Libertadora y en el *Conintes* de Frondizi. Nada justifica nada. Ni una simple tortura. Pero el gobierno que menos muertos tiene es el de Perón. ¿Qué habría hecho para frenar a las formaciones especiales? Algo se vio y no fue precisamente agradable. Alzó contra ellas a una canalla delictiva. Pero estaba sorprendido. Como sea, sobre este tema sólo conjeturas se pueden hacer. Nada podría convencerme –de todos modos– de que Perón habría sido capaz ni del 2% de las atrocidades del Proceso. Acaso su muerte se deba a que veía que esa tarea –la de la represión intensiva de las formaciones especiales– le sería inevitable y se sintió sin fuerzas ni convicciones para hacerla. Es una suposición, sólo eso. Pero agradecería su cuidadoso tratamiento. Perón podía gritar y amenazar con fuerza. No era un asesino. Videla, Massera, Bussi, Saint-Jean, Vilas eran matarifes. Y los sectores civiles que los apañaron y... Mejor, por ahora, nos detenemos aquí. No tenemos espacio para analizar problemas como el de la culpa colectiva. Si llegamos, sería deseable, a la dictadura procesista, lo haremos.)

Dijimos, de Perón, "estaba sorprendido". Analicemos esta sorpresa. ¿Qué le pasó al "Viejo Genial" cuando aterrizó en la patria? Se acabaron las "genialidades". La cantidad de torpezas que cometió fue considerable. Cierto es que tenía que frenar lo irrefrenable. Lo que él había lanzado al frente de guerra con furia incontenible. ¿Qué creía el Viejo? ¿Que hablaría y se le someterían? Cuánto Ego, general. Qué costo tan alto el de ese Ego. Qué mala, inexacta versión de la realidad le entregó. Usted no estaba bien. En febrero de 1973 lo operan de próstata. Durante la operación tiene un infarto. Al poco tiempo, en Madrid, lo visita Juan Manuel Abal Medina, secretario del Movimiento Nacional Justicialista, que usted puso con buen tino y mucho agrado. Veintisiete años tenía Juan Abal. Se sienta frente a usted, que está reponiéndose. "¿Cómo está, general?" "Bien, doctor. ¿Qué novedades me trae?" Abal Medina es un personaje querido por la JP. Es el hermano de Fernando. Que él esté donde está, como secretario del Movimiento, es una garantía. Tal vez debió sacarle el paraguas a Rucci durante el primer regreso de Perón, allá, en Ezeiza, cuando el líder bajó del avión. ¿Qué derecho tenía Rucci, que no había hecho casi nada para traerlo a Perón, de cubrirlo ahora, protegiéndolo, con ese paraguas, que era, súbitamente, un símbolo poderoso? Juan Manuel debió haber hecho eso. Pero Rucci estaba agrandado. Ya Perón le había dicho: "Me voy a respaldar en ustedes. En el sindicalismo organizado". Pero a Juan Manuel se lo quería. La JP, en sus marchas, cantaba una consigna fuerte y clara: "Abal Medina/ el nombre de tu hermano/ es fusil en la Argentina". Ahora, Juan Abal, está frente a Perón, que acaba de preguntarle "¿Qué novedades me trae?" El joven Juan Manuel empieza a hablar. Se concentra en lo que dice. De pronto, lo mira Perón. El Viejo se ha quedado dormido. ¿Así, general, quería usted frenar a la izquierda peronista? ¿En ese estado de salud? Cossio y Taiana se lo dijeron: "Si no vuelve a la Argentina podrá vivir dos años. Si vuelve, seis meses". Así ocurrió.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

"Vuelve Perón, Flaco"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

55 "Vuelve Perón, flaco"

Suplemento especial de
Página|12

"DESAUTORICE A LA GUERRILLA"

No sería aconsejable creer en el fervor democrático de Aramburu o de Lanusse. No era por "demócratas" o por "patriotas" o porque buscaban la "unidad y la concordia nacional" que aceptaban el diálogo con los peronistas y hasta el negociado regreso de Perón. Seguían siendo tan gorilas como siempre. Quizá mi pintura de Aramburu haya sido algo benigna. O no. Pero habría que comprender lo siguiente y yo debo explicarlo bien: el planteo de Aramburu –más allá de lo que él interiormente sintiera– tendía a una democratización de la sociedad. Pero, ¿por qué había llegado a ese punto? Porque no se podía avanzar más con la proscripción del peronismo. Aramburu es el que dice: "Nos equivocamos. O damos marcha atrás o nos hundimos todos". Muerto Aramburu, Lanusse es el encargado de llevar adelante esa tarea. Hacen política. No la hacen por bondad. No la hacen por maldad. Actúan según –al fin– una certera visión de la encrucijada argentina. Lo intentaron todo con el peronismo: bombardeos, fusilamientos, matanzas clandestinas, torturas, desprestigio, ataque ideológico intenso, educación en las escuelas (los "libertadores" fueron tan lejos o más que el peronismo en meter propaganda en las mentes de los estudiantes) y nada resultó. Han pasado 15 años. Es necesaria la jugada más riesgosa. Ellos no pueden arreglar el país. Aramburu todavía podía proponer una tarea de conjunto. El Cordobazo lo tenía bien alerta sobre los conflictos sociales que se avecinaban si el rumbo seguía siendo el de siempre, el del Estado Gorila. Lanusse ya actúa en un país altamente crítico, caldeado. Al borde del enardecimiento. Hay que traerlo a Perón. Esto lo tiene que arreglar Perón. En rigor, el relato es instructivo: lo echaron a Perón en 1955, lo agraviaron incesantemente, no lo dejaron llegar en 1964, y a partir de 1970 empiezan a soñar con su regreso. Lanusse, más que soñarlo, lo lleva a cabo. (Por supuesto: es la lucha popular la que acorrala al Estado Gorila y lo atemoriza al punto de obligarlo a negociar.) Pero la cosa –en resumen– es así: "Venga y arregle el desastre que hicimos por echarlo a usted y tenerlo prohibido durante 15 años". Perón lo dijo: "No es que yo haya sido bueno. Los otros fueron peores". Gran frase irónica. La frase desdeñosa de un ganador. Si Aramburu aún habría podido negociar, Lanusse escasamente. Sabía que su tarea era hacer un traspaso del gobierno. Pero había algo en lo que no iba a ceder. No sólo él. El Ejército al que representaba: *Perón tenía que desautorizar a la guerrilla*. Si volvía era para hacer un país democrático. "Gobierno de las mayorías con respeto por las minorías". El único gran miedo del Ejército –y de las clases dirigentes, propietarias– era ese "foco marxista" que señalaría Sánchez de Bustamante. (*Nota*: Observemos que para el Ejército –Sánchez de Bustamante es perfectamente claro– la izquierda peronista, con su expresión armada: las *formaciones especiales,* no era, como tanto despistado dijo, ya fuesen los erpianos o los "izquierdistas" o los "socialdemócratas" o los "comunistas", la pequeña burguesía nacionalizada, no era la juventud que adhería a un proyecto burgués nacional, era el *marxismo*. Acaso no el marxismo teórico. De esto sabían más los de *Pasado y Presente* que los militantes de la Jotapé. Sino el marxismo político, el subversivo, el que agredía la seguridad nacional. El marxismo que buscaba aniquilar el orden occidental y cristiano. No se equivocaba Sánchez de Bustamante: el verdadero marxismo, el de extrema peligrosidad, estaba *en* el peronismo. Era ése, no otro. No les preocupaba el Negro Portantiero. Ni Horacio Sueldo. Ni Juan Carlos Coral. Ni Ismael Viñas (si es que aún no había partido hacia Israel). Ni ninguno de los prestigiosos izquierdistas que provenían de la revista *Contorno*, siempre bien mirada por los ámbitos cultos, en tanto que *Envido* es "populista", o sea, "grasa". A los milicos les preocupaba la izquierda *peronista*. Las otras no. Eran impotentes. No molestaban a nadie. Pero los "zurdos" de la Jotapé habían tenido la nefasta idea, para el régimen, de meterse en el peronismo. Y los aceptaban. Las bases y Perón. Porque hacían trabajo en las villas, en los barrios, en las universidades y hasta en los sindicatos. Y Perón les mandaba sus amables cartas, validándolos. No hay por qué no entenderlos: aceptamos a Perón, pero no a su "núcleo marxista". Para peor, el "núcleo" crecía sin cesar. Pronto "núcleo" en lugar de significar: "sector pequeño pero agresivo", iba a significar lo que significa "núcleo": el punto central de una esfera, de una totalidad, de un movimiento político. Si la JP pasaba a ser el "núcleo" reemplazaría a Perón. De lo cual los militares deducían que harían suyo al Movimiento y lograrían su temido giro al "marxismo". Contra el que, según cualquiera sabe, Occidente, durante la Guerra Fría, estaba en guerra, y de las fronteras hacia adentro esa guerra la libraban los ejércitos nacionales. En suma, negociamos todo menos la guerrilla. Usted, si quiere volver, desautorícela ya mismo. Seguían sin conocerlo a Perón. Si Drácula lo visitaba en Madrid y le decía que quería ser peronista, Perón lo sumaba. A Drácula y al mismísimo Príncipe de las Tinieblas, el bebé de Rosemary. Si los sumaba y le obedecían, ni loco los iba a desautorizar. Eso pasaba con la guerrilla. El tema de la des-autorización (prefiero escribir así esta palabra-concepto) empezó apenas encontraron el cadáver de Aramburu. Pero aun antes –el domingo 31 de mayo– Perón declara que nada tiene que ver con el secuestro del ex presidente y que ningún grupo peronista, que él sepa, se halla en esa cuestión. Pero se detiene y arroja una frase urticante: él no puede hacer declaraciones sobre los sucesos del país porque es un expulsado, carece de ese derecho. Aparece Aramburu, aparece en Timote cubierto de cal. Hay solemnes funerales. Y Héctor Sandler, de Udelpa, quiere decir un discurso que Levingston, ya a cargo de la Presidencia, impide. En Munro, cerca de la fábrica de conductores eléctricos que tenía con mi hermano y mi viejo, cultivaba yo la costumbre de almorzar con los obreros, serían unos quince, de la pequeña planta. Uno de ellos dice: "Yo no les creo nada. A ellos se les pierde. Ellos lo encuentran. ¿Y nosotros? Giles de la popular. Miramos el partido de lejos y no entendemos una mierda". Munro, hermoso feudo de la pequeña y mediana industria nacional, no derramó una sola lágrima por Aramburu. Hacia fines de 1971, los obreros ya habían puesto grandes fotos de Perón y Evita dentro de la fábrica. Yo, ningún problema. Mi hermano refunfuñaba. Pero era inútil. Era la gran ola peroncha y no se podía parar. "¿Lo mataron a Aramburu? Mirá vos. ¿Qué querés? ¿Que llore? A ése se la tenían jurada. Hizo méritos de sobra para ganársela, y se la ganó."

LA CIUDAD TERRENA Y LA CIUDAD CELESTE

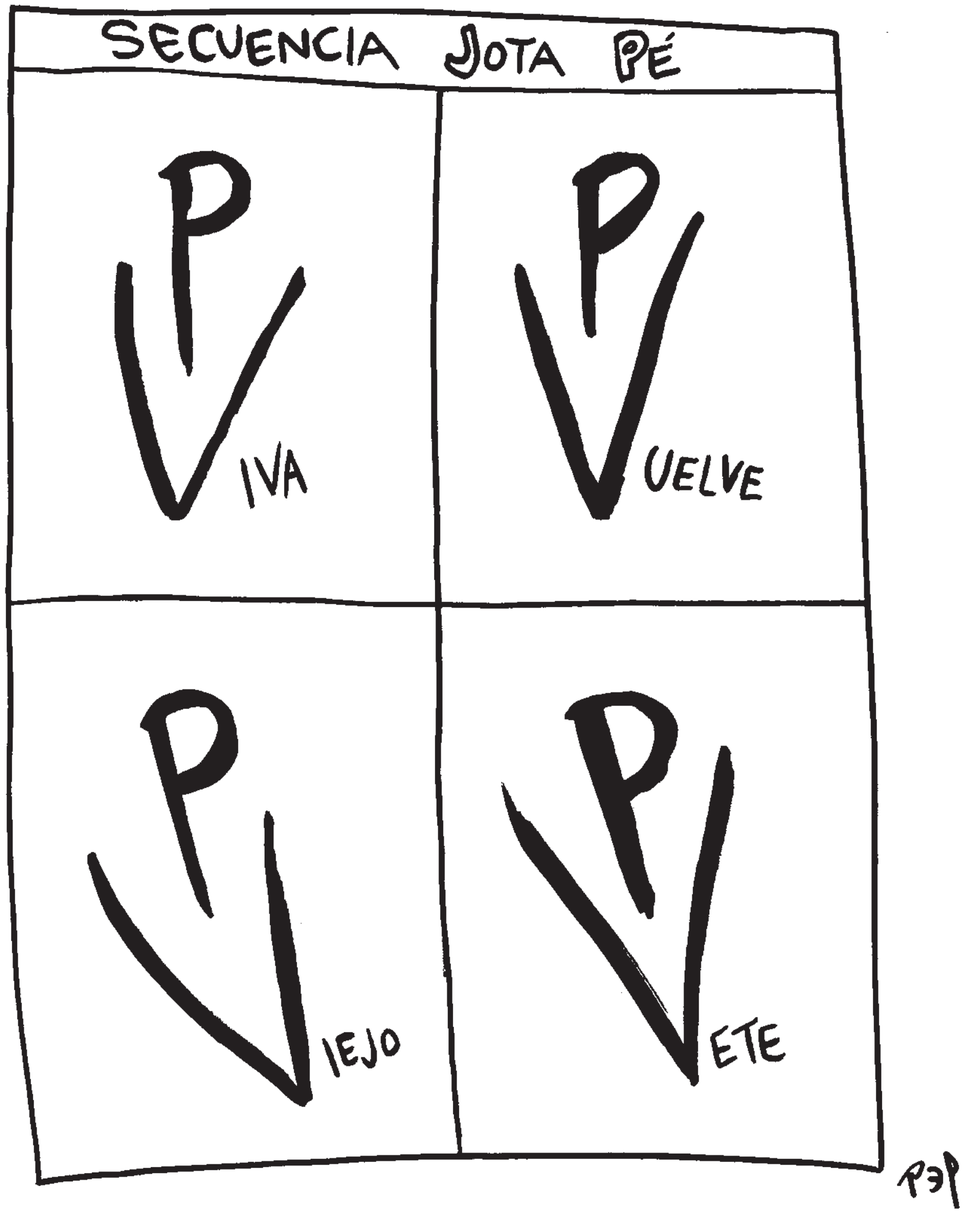
No públicamente sino en voz baja, en la tonalidad de lo secreto, se le exige a Perón que condene la muerte de Aramburu. El "asesinato" dicen claramente los hombres del Régimen. Perón, no. No les da el gusto. No cede. Supongo que podemos entenderlo: si condena la muerte de Aramburu condena a sus "muchachos" de la guerrilla. Y no lo va a hacer nunca. Salvo cuando lo jodan a él. Pero falta. Mientras liquiden a tipos como Aramburu, Perón les dará manija. Se establece entonces la rica relación epistolar. Los sectores combativos del Movimiento tienen todavía un temor: que Perón se eche atrás. Que reniegue de ellos. El sepelio de Fernando Abal Medina, muerto en la localidad de William Morris aparentemente por una delación, genera un velatorio y un entierro conmovedores. Habla el Padre Benítez: "Vivimos en una nación para el goce de pocos y el sacrificio de muchos. A los ojos de Dios, los que juzgan preguntando si has dado de beber al sediento son respondidos por Carlos Gustavo (Ramus) y Fernando Abal (Medina) que dieron sus vidas, con acierto o con error, para que en el mundo no hubiera más sed ni hambre". Ese 10 de septiembre de 1970, el viejo confesor de Eva Perón llega más hondo que nunca cuando explicita descarnadamente que los jóvenes que han sido abatidos vivieron en una Argentina dictatorial, injusta, de proscripciones. Una Argentina que los ahogó hasta hacerlos explotar. *Una Argentina que los arrojó a la violencia.* Benítez no tiene dudas, nosotros tampoco: es el empecinamiento gorila, la ceguera, la bobería, lo que tapa todos los canales de participación. Borges, compadreando, cuando el gobierno de Perón lo "asciende" en el rango municipal de su insignificante puesto en la Biblioteca "José Mármol" de la calle Carlos Calvo a inspector de aves y huevos en los mercados municipales, se siente muy incómodo. Esto no habría ocurrido con la fórmula radical Tamborini-Mosca, "la fórmula de la bosta". ¡Semejante afrenta de la barbarie a semejante escritor! "Días después, la Sociedad Argentina de Escritores, presidida por el narrador comunista Leónidas Barletta, tenaz enemigo de Borges desde los días de *Martín Fierro*, organizó un nuevo desagravio. En la mesa de homenaje, después de que Barletta elogiara el coraje cívico del renunciante, habló el homenajeado. En su discurso precisó: "*Las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad: más abominable es el hecho de que fomenten la idiotez...*" (Horacio Salas, *Borges, una biografía*, Planeta, Buenos Aires, p. 221). ¡Oh, qué exquisito! La idiotez. Eso agredía a las inteligencias patricias. La idiotez de los torpes, de los inferiores, de los ignorantes, de los bárbaros. ¿Qué otra cosa sino la idiotez podían exhibir? Bien, Borges, créame: también las dictaduras de Aramburu y el energúmeno de Rojas, de Onganía el leporino, de Levingston el caído del Cielo y de Lanusse *fomentaron la idiotez*. Ante ellos, ese a quien usted acusaba de fomentarla en el pasado, se lució como un estratega y un líder que condujo a todo un complejo movimiento de voluntades acaso bélicamente diferenciadas hacia un mismo fin. Ustedes eran aprendices al lado de Perón. ¿Sabe por qué? ¿Está listo para sorprenderse? Porque Perón era más malo, pensaba peor de los hombres que ustedes, y había estudiado estrategia, para lo cual había leído muy bien a Clausewitz. Que a nadie altere que diga que Perón era más malo que sus enemigos. En política, como en fútbol (deporte táctico y estratégico si los hay), la maldad es parte central del asunto. Lo dice Perfumo, que sabe. Si viene un delantero con pelota dominada, podrá pasar la pelota, el delantero no. Como ninguno de ustedes tuvo estatura moral, el único elemento con el que habrían podido ponerse por encima de Perón estaba en el campo del pragmatismo político, el viejo león herbívoro los barrió. Tenía, además, al pueblo y a los fierros con él. ¡Ustedes, con sus increíbles torpezas, se los habían entregado!

En el entierro de Fernando habla su hermano Juan Manuel, que pronto llegará a ser secretario general del Movimiento Justicialista. Habla no como un amigo, no como un hermano, sino como un camarada. Habla de un solo deber que a todos convoca: el de una guerra justa por una tierra carnal. Dice, también, con intensa expresividad, que una muerte sólo se agota en ese momento en que las causas que la llevaron a enfrentarla son para siempre barridas. Y recurre a San Agustín. Y, emocionado, dice: "Frente a la Argentina melancólica de ahora, estos cuerpos –montoneros de la Ciudad Terrena que han alcanzado ya la Ciudad Celeste– representan a la Argentina Prometida, que Dios quiso que naciera del amor de su coraje y su silencio".

LA CONDUCCIÓN DE "MONTONEROS" CAE EN MANOS DEL "NEFASTO"

¿Cómo llegan los Montoneros a Perón? Fácil: por medio del gran aventurero de la izquierda peronista. El líder de *JAEN* (*Juventud Argentina por la Emancipación Nacional*), el inefable Roberto Galimberti. El que terminaría haciendo negocios con Susana Giménez, asociado a los Born, el que se casaría en Punta del Este, en medio de la fastuosidad, de la frivolidad y de la abierta burla a toda una generación, de una inmensa carcajada ante los muertos, con una hija de Jorge Born, que acepta a su secuestrador como socio y miembro de su familia. Difícil averiguar qué clase de locura tenía. Pero hacia fines de los '70, comienzos del '71, Galimba, fascinado por la guerrilla, se acerca a los Montoneros y, diciéndoles que viaja a Europa y va a entrevistarse con el General, les pregunta si quieren que le lleve algo. Los Montoneros le dan una carta. La primera que le escriben al león herbívoro madrileño. Galimberti viaja, se ve con Perón y le da la carta. De paso saca patente de Correo de los Zares. El Zar de la conducción. Y el Zar de la lucha armada. Que todavía no lo era tan decididamente Firmenich porque vivía el mitológico Negro Sabino Navarro. Son dos muertes, la de Fernando Abal Medina y la del Negro Sabino, las que llevan la conducción de Montoneros a manos de Firmenich. Lástima. José Sabino Navarro no venía de Tacuara ni del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (su escisión por izquierda) ni del catolicismo ni su familia tenía fortuna. Al contrario: el viejo del Negro Sabino era analfabeto. El, que había nacido en 1942, tampoco había conocido de pibe el Barrio Norte ni había ido al Nacional de Buenos Aires. (*Nota*: Pero nunca hay que olvidarlo: ¡cuántos pibes asesinaron del Nacional de Buenos Aires! Ya hablaremos de eso. Leer entre tanto: *La otra Juvenilia* de Santiago Garaño y Werner Pertot. Y el gran trabajo fotográfico de Marcelo Brodsky, hecho a partir de la desaparición de su hermano, *Buena memoria*, con textos de Gelman, Caparrós y míos. Pronto haremos un análisis de esos jóvenes desaparecidos. Veremos la inmensa cantidad de alumnos judíos. En suma, no hay que confundirse: los Montoneros podrían tener, como tuvieron, su origen católico y tacuarista, pero la Juventud Peronista estuvo llena de muchachos judíos. Todos se movilizaron juntos en la lucha por traer a Perón y después eligieron su destino en medio del desastre que fue gestándose como una maldición irrefrenable. Analizaremos esto.) El Negro era correntino. Llega a Buenos Aires a los doce años. Vive en una prefabricada en San Miguel. Está entre el grupo fundador de Montoneros. Es incierto si participó o no en el secuestro de Aramburu. Pareciera que no. Pero no es seguro. Al morir Fernando Abal Medina en William Morris (el 7 de septiembre de 1970) asume la conducción de Montoneros. Pero no le dura mucho. Cuenta Baschetti: "En julio de 1971 Navarro es sancionado con una despromoción y enviado a Córdoba. Dicha decisión tiene que ver con su labia y su pinta, *aunque parezca mentira*. Es que a las mujeres no les resultaba indiferente ese trabajador metalúrgico con ciertos aires a Emiliano Zapata. Por lo que el 'Negro Sabino' tenía una amante llamada Mirta Silvia Silecki, de 25 años de edad, ajena a la militancia y al ámbito político..." (Roberto Baschetti, *La memoria de los de abajo, hombres y mujeres del peronismo revolucionario, 1945-2007*, De la Campana, 2007, vol. II, p. 80). Cierta noche la cana lo encuentra en un Peugeot 404, ¡rojo!, apretando con la piba Silecki, que debía estar buenísima y al Negro le importaba poco que militara o no militara; total: para salvar a la patria estaba él. Tenía la captura recomendada, de modo que le era necesario cuidarse, y mucho, posiblemente más que cualquiera. Pero se ve que a Sabino las hormonas lo podían. O que su mujer era medio bagayo y la Silecki no le hablaba ni por casualidad de la liberación nacional y social de la patria pero lo hacía demasiado feliz. Feliz hasta el riesgo y la perdición. Les dice a los canas que tiene sus documentos en el baúl del coche, en un maletín. Abre el baúl, abre el maletín, saca un 38 largo y apunta hacia los canas. Uno se le tira encima. El Negro lo elude y después –veloz, decidido, mientras la Silecki veía las maravillas que podía hacer su varón metalúrgico y morocho– los liquida a los dos, sin asco. Todavía más: les saca las armas, va al patrullero y se queda con la metralleta que ahí encuentra. Sube a su Peugeot rojo y se va. El episodio aparece en "una revista montonera de la Juventud Peronista, pero nada se dijo en el relato de la mujer que lo acompañaba; según ese relato todo lo acontecido le había ocurrido a él solo. Es que resultaba muy difícil de explicar para la moral montonera y 'cristianuchi' de la época, que el 'Hombre Nuevo', el 'Guerrillero Heroico', se encamara con otra mujer que no era su esposa..." (Baschetti, *Ibid.*, p. 81). Por tal motivo... el Negro Sabino –en julio de 1971– es sancionado por la Organización. ¡El, que en ese momento era el jefe! Lo mandan a que se haga cargo de la Regional Córdoba. Se lo sacan de encima. Desdichado momento para la historia argentina, y no exagero. El 22 de julio anda por Río Cuarto. Tiene un operativo en vista. Necesita un par de automóviles. Se los está afanando cuando aparece la cana y empiezan los tiros. El Negro –y los que lo acompañan– huye. Lo persiguen. Lo hieren en un hombro, en una pierna y lo obligan a retroceder hasta la zona serrana. "Antes de morir desangrado, tiene tiempo para ordenar a un compañero suyo (Jorge Alberto Cottone) que se escabulla; como éste no quiere dejarlo solo, le ordena: 'Yo soy el Jefe y ordeno que usted se salva' (...). Navarro fallece el 28 de julio de 1971 a la edad de 29 años" (Baschetti, *Ibid.*, p. 81.)

Con la muerte de Fernando Abal Medina y del Negro José Sabino Navarro (que no era "cristianuchi", gran anotación de Baschetti) sucede lo peor: la conducción de Montoneros cae mansamente en manos... del *Nefasto*. (Por eso dije que la destitución del Negro y, más aún, su posterior muerte, implican un desafortunado momento para la historia argentina.) El *Nefasto* no tiene la pinta de endemoniado dostoyevskiano de Fernando Abal, de jacobino alucinado a lo Castelli. No tiene la pinta bien nacional y popular, el origen humilde, el trajinar metalúrgico del Negro



Sabino Navarro. Nada de eso. Es más bien tirando a gordito. Tiene la cara del "Manolito" de Quino. (Y, en efecto, le dicen "Manolito".) No tiene talento, no tiene una inteligencia remarcable, sino apenas una memoria privilegiada, que es, de algún modo, la antítesis de la inteligencia, cuya cualidad fundante es *pensar.* Pero es frío y ambicioso. Es –lo sabemos– Mario Firmenich. Y ahora es el jefe de Montoneros y lo seguirá siendo.

CUESTIONES DE ESTRATEGIA

En William Morris y en la soledad serrana se le abrió la posibilidad de la jefatura. Es innegable que la conducción de Fernando Abal Medina habría sido fría y hasta despiadada. El era capaz de ser despiadado consigo mismo. Pero tenía una inteligencia superlativa y habría llevado las cosas con mayor habilidad. Un tipo inteligente sabe cuándo no envanecerse, cuándo no ir al choque inútilmente, cuándo avanzar, cuándo retroceder. En la revista *Militancia* del 6 de septiembre de 1973 (un momento en que el Viejo estaba amable con la JP porque los necesitaba para la campaña electoral, y hasta había hecho el patético desfile de "unidad del Movimiento" del 31 de agosto, en que pasaron ante él los que se habían enfrentado en Ezeiza y los que se masacrarían a partir de su muerte) hay una nota que se titula "*El mandato político de Fernando Abal Medina*". Presumo que la hicieron Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. Tiene algo muy valioso. Un resumen del proyecto político de Fernando Abal. "Sus pautas esenciales (dicen Ortega Peña y Duhalde) podemos sintetizarlas en: 1) asunción de la guerra popular; 2) adopción de la lucha armada como la metodología que hace viable esa guerra popular, mediante formas organizativas superiores; 3) absoluta intransigencia con el Sistema; 4) incansable voluntad de transformar la realidad; 5) identificación de la burocracia, como formando parte del campo revolucionario; 6) entronque efectivo en las luchas del pueblo; 7) confianza ilimitada en la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora peronista; 8) caracterización del General Perón como conductor estratégico; 9) correcta evaluación sobre los amplios márgenes posibilitantes de actuación dentro del Movimiento Peronista; 10) decisión de luchar hasta el costo de la propia vida..." (*Militancia*, Nº 13, 6/9/1973, p. 11). Ortega Peña y Duhalde señalan que Fernando aún no tenía claro si una organización guerrillera debía definirse como brazo armado, foco irradiador de conciencia u organización revolucionaria de masas. Aquí es donde radica la diferencia que (creo, ojo: *creo*) habría establecido Fernando de haber vivido. Firmenich –a partir del asesinato de Rucci y del pasaje de la organización a la clandestinidad– rechaza la opción de la "organización revolucionaria de masas". Elige la del brazo armado y la del foco irradiador de conciencia. Ya veremos a dónde lo conduce esto. Cosa que muchos conocen. Fernando habría advertido –pese a su jacobinismo pero a causa de su inteligencia– que una "organización revolucionaria" o es "de masas" o no es "revolucionaria". Y si la situación evidente que se detecta es la de un reflujo de masas, ese reflujo debe ser acompañado por la organización, y bajo *ningún punto de vista* debe ésta continuar las acciones por su cuenta bajo el riesgo de convertir su violencia en una violencia de aparato que sólo servirá al régimen tiránico. Por si la palabra "reflujo" necesitara algún acompañamiento que colabore a su necesaria, traslúcida comprensión, entrego algunos sinónimos: descenso - merma - reducción - disminución. Estas son anotaciones momentáneas de temas calientes que trataremos extensivamente cuando llegue su momento, aunque tal vez los venimos afrontando desde el inicio de este trabajo. Pero no somos sólo nosotros los que pensamos así. Hay tipos muy valiosos, de gran conocimiento estratégico-político que han dicho lo mismo: Rodolfo Walsh, por ejemplo. Sigamos a Ernesto Salas, que escribe en *Lucha Armada* un excepcional trabajo titulado: "*El debate entre Walsh y la conducción montonera*". Salas se refiere a dos informes que Walsh escribió con fecha 2 de enero de 1977, cuando, en efecto, estaba trabajando su *Carta de un escritor a la Junta Militar.* Cita un texto al que define como "una verdadera clase de estrategia" (revista *Lucha Armada*, año 2, Nº 5, p. 11). Y lo es: una verdadera clase de estrategia que la conducción montonera no entendió, o no quiso entender o, con perdón, se la pasó por las pelotas, así de bruta era. Escribió Walsh: "Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado (...). En suma, las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonerismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas" (citado por Salas, *Ibid.*, p. 11). Formidable clase de estrategia. Lástima que Walsh haya esperado al 2 de enero de 1977 para acercársela a esa conducción extraviada, perdida por su soledad, su egolatría y su mesianismo. Lástima que recién el 13 de diciembre de 1976 le haya dicho que la "situación de las masas" es "de *retirada* para la clase obrera, *derrota* para las clases medias y *desbande* en sectores intelectuales y profesionales" (*Lucha armada, propuestas de Rodolfo Walsh al Documento de la Conducción*, *Ibid.*, p. 136. Cursivas nuestras). Cierto: más vale tarde que nunca. Pero, para muchos combatientes enviados por esa Conducción a una lucha desigual, sin ningún anclaje de masas, a la que ellos no se negaron a ir, pero que –al haberse atrevido– merecían una información más real de quienes debían darla, es decir, de sus conducciones estratégicas, *tarde* fue trágicamente *nunca*. "Muchas veces (escribe Horacio Verbitsky en texto que de buen grado firmaría) me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo" (Horacio Verbitsky, Prólogo a Cristina Zuker, *El Tren de la Victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 9). ¿Cómo es posible que Walsh discutiera con personajes como Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía? ¿Saben por qué el libro de Cristina Zuker se llama *El Tren de la Victoria*? Porque "reproduce una expresión con la que Roberto Perdía reclutaba militantes para ingresar en forma clandestina al país subyugado por la dictadura militar. No debían perder 'El Tren de la Victoria', les decía en las narices de los servicios de informaciones sembrados en las colonias del exilio. Después, un asistente recogía en una bolsa los papelitos con los datos de quienes accedían a esa conscripción" (Verbitsky, *Ibid.*, p. 8). "El Tren de la Victoria" llega a la Argentina en 1979. No quedó uno de sus militantes. Se repetiría la operación en 1980.

"VUELVE PERÓN, FLACO"

Con fecha 9 de febrero de 1971, los Montoneros envían su primera carta a Perón. Dicen: "Al pueblo le queda claro que el sistema es siempre el mismo cualquiera sea la fachada que presente (...). Por todo esto es que a diario cosechamos, en el apoyo popular creciente, los frutos de este ajusticiamiento histórico" (Baschetti, *Ob. cit.*, 1970-1973, Tomo I, p. 124). No se equivocaban en esto. Formaban parte de un enorme movimiento popular que pedía una sola, simple cosa: que Perón regresara al país. De aquí que todo lo que se hiciera (en medio de una dictadura, de un país cuya ilegitimidad llevaba ya casi 16 años) le caía bien al pueblo peronista, que aceptó con beneplácito la muerte de Aramburu. Perón *tenía* que volver. Los militantes de las *Formaciones especiales* empiezan a ser llamados "los muchachos" no sólo por las clases bajas peronistas, sino por la clase media, por los intelectuales, por los artistas. Su aceptación –algo que ya en ese momento les costaba entender– dependía de su inclusión en ese anhelo ampliamente popular. Es difícil trasmitir a las nuevas generaciones lo que significaba "el regreso de Perón". No, es imposible. Sólo bastará preguntarse cómo fue posible que marcharan a Ezeiza dos millones y medio de personas. Acaso tres. ¿Qué eran? ¿Eran todos Montoneros? No. ¿Fue una gigantesca equivocación? No. ¿Quién podía saber cómo iban a salir las cosas? *Fue una marcha de fe, un enorme gesto de esperanza, el deseo de una patria generosa, para todos, que todos anhelaban, querían, una apuesta al futuro, el deseo humano nunca satisfecho de la felicidad, de la plenitud*. Desear estas cosas tan intensamente conlleva el enorme riesgo de una frustración proporcional al deseo. "Perón" había terminado por significar tanto que inevitablemente su *historización,* su abandono de la *patria del mito* y su aterrizaje en la *realidad* debía ser traumático.

No lo fue el primer regreso. Pero ya ahí todos sintieron el poder que tenía el aterrizaje del mítico avión negro. Cuento una breve historia: Eran las 7.30 del 17 de noviembre de 1972. Acababa de llegar de Córdoba en *El Rayo de Sol*. No había podido tomar el avión de la noche anterior. No me importó. Siempre me gustó viajar en tren. Fue un viaje difícil. El país vivía en un absolutamente inédito estado de exaltación. El tren demoró 13 o 14 horas en llegar a Buenos Aires. Siempre era un viaje de 10 horas. Fundido, entro en mi casa. Dejo la valija, caigo en un sillón y... suena el teléfono. Es mi amigo Miguel Hurst. Ya voy a hablar (y quizá bastante) de él. Era el dueño de la mítica librería Cimarrón, de la calle Independencia. Ahí se editaban las clases de *las Cátedras Nacionales*. Nos editaba *Envido*. "José." "Qué hacés, Miguel." "¿Sos boludo o te hacés?" "No me jodás, Miguel. Recién llego a mi casa. Catorce horas en tren. No pegué un ojo. Estoy fundido. Ni un paso puedo dar." "Oíme." "Sí." "Vuelve Perón, flaco." Y había que ir a buscarlo. Desafiar el cerco represivo de Lanusse ("No toleraremos ninguna 'pueblada'"). Hasta hubo que cruzar el río Matanzas. Y yo con 14 horas de viaje encima, soñoliento, abombado. Pero esto no importa. De otra cosa quiero hablar: el tono. El tono de Miguel. Nunca lo voy a olvidar. No alzó la voz. No le puso ninguna emotividad. Simplemente lo dijo: "Vuelve Perón, flaco". Nada más increíble podía ser dicho en la Argentina. Nada más negado. Nada más deseado. Era el avión negro. Lo que nunca iba a pasar. Lo que no podía pasar. Ese viejo general de Madrid se iba a morir ahí. Pero volver, nunca. Habían pasado 17 años. Habíamos crecido escuchando que Perón alguna vez volvería al país. Habíamos crecido escuchando que no, que nunca. Habíamos escuchado a nuestros viejos decir que sí o que no. En 1955 yo estaba en sexto grado de la primaria, colegio José Hernández, en Pampa casi avenida Forest. Cayó Perón y entró en el aula el señor Grassi, el director del colegio. Nuestro maestro le cedió su lugar. Grassi habló toda la hora. Que el país había reconquistado sus libertades democráticas. Que el tirano había huido. Que teníamos suerte, y mucha. Que creceríamos en una Argentina libre. Que los mediocres se quedarían al borde del camino. (¡Cómo me asustó esta frase! Doce años del '55 no son los de ahora. Yo era un boludo a los doce años. Me pregunté: ¿y si soy un mediocre, y si me quedo a un costado del camino?) Que los laboriosos, los que supieran usar la libertad ahora reconquistada, los que lucharan por la dignidad de la República, por la democracia, por los valores que nuestros próceres nos habían legado y que el Tirano agravió, llegarían al triunfo en la vida. "Son libres. Son jóvenes. El país de la democracia los aguarda. Vivan por él y luchen por él. Nunca jamás permitan que sus libertades sean pisoteadas. Nunca jamás permitan que regrese un Tirano como Perón para someterlos a sus mentiras, a su demagogia, a su enfermizo deseo de poder, a su régimen tiránico." El señor Grassi se fue. ¡Qué feliz estaba ese hombre! Y nos había venido a ver a nosotros, los pibes de sexto grado, porque éramos los mayores y nos íbamos del colegio hacia otros horizontes, al secundario, a la vida. Pensé: "Ojalá nunca vuelva Perón y seamos felices para siempre". Todos pensamos eso. Hasta mis viejos lo pensaban. Y eso que nunca me parecieron muy antiperonistas. Pero ahora hablaban pestes del Tirano.

–Vuelve Perón, flaco –dice Miguel.

Yo era flaco en 1972. Y Miguel estaba vivo. Y sí, carajo, volvía Perón.

–¿Dónde nos vemos? –pregunté.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

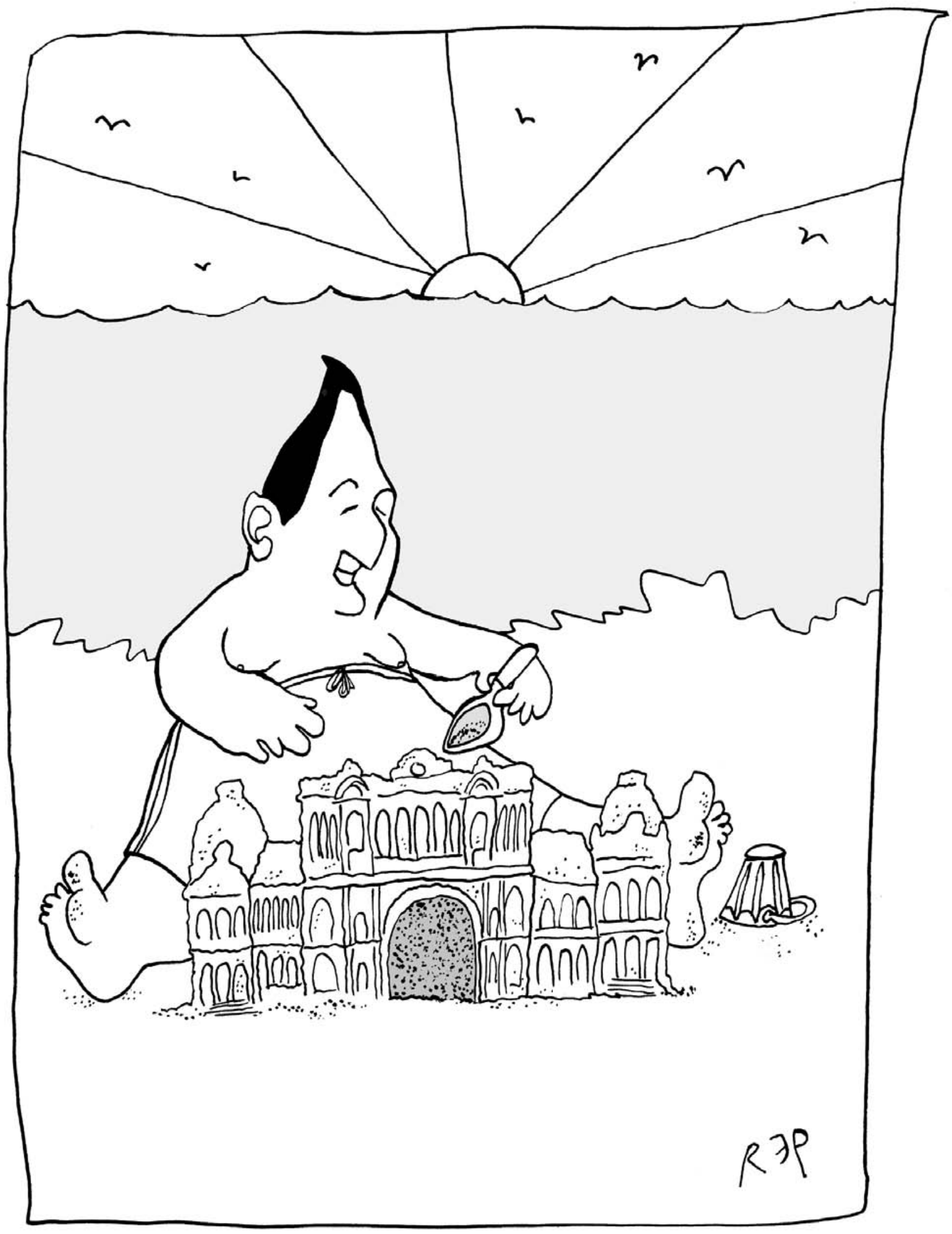
"La Casa de Gobierno cambió de dirección"

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

José Pablo Feinmann

56 “La Casa de Gobierno cambió de dirección”



Suplemento especial de
Página|12

LA OTRA VERTIENTE DE LA JOTAPÉ

Pero la marejada vino de otros lados. De montones de lados. Y hasta de todos lados. Ese pequeño grupo de "catolicuchis" que se cargó a Aramburu hizo una operación espectacular y deseada por muchos, por incontables peronistas y hasta no peronistas hartos de las dictaduras, de los militares. Lejos de desautorizarla, Perón la aplaudió. Pero aplaudió también a la marejada. A partir del '68 se da el fenómeno de la "nacionalización de los sectores medios" y de una gran cantidad de la clase obrera. Nace la Juventud Peronista de los '70. La "maravillosa JP". Vamos a ver que sus orígenes, sus lecturas, sus pasiones por la militancia de superficie, su decisión de no elegir la clandestinidad sino el trabajo a la luz del día, definirán su caudaloso rostro. Es esta militancia la que muchos recuerdan como parte de los años más apasionados y apasionantes de su vida. Los jóvenes y los no tan jóvenes y hasta los ya no jóvenes se iban de todas partes y se metían en el peronismo. El *glamour* de lo prohibido los deslumbraba. Estaban hartos de militares, de curas, de cardenales, de políticos de derecha, de gobiernos radicales cómplices (sabemos que no son lo mismo Frondizi e Illia, que Illia era un buen tipo y es un ángel al lado de cualquiera de los asesinos del '76 o de los mercenarios del lopezreguismo, pero no debió prestarse a la farsa antidemocrática), de economistas antipopulares, de la brutalidad represiva, del asalto a las universidades y de la prohibición del peronismo y de Perón. Para muchos, la pregunta surgía con fuerza: ¿qué pasaba con el hombre de Puerta de Hierro? ¿Por qué era intragable para el régimen? En esos años nadie se preguntaba si Perón había sido nazi o no. Recuerdo un pasaje de la biografía de Eva de Alicia Dujovne Ortiz (que pareciera, durante estos días, no seguir el camino alfombrado hacia el establishment que otras señoras de la cultura han elegido) en que ella, Alicia, se pregunta si la Juventud Peronista sabía algo sobre la entrada de nazis en la Argentina o el periplo europeo-mussoliniano de Perón de fines de los '30. Más o menos dice: no, ésas eran historias de viejos. Claro que sí: los jóvenes que eligen el peronismo a fines de los '60 están hartos de oír hablar pestes de Perón. Hartos de sus padres gorilas. Desde niños les han llenado la cabeza sobre las canalladas del tirano prófugo. ¿Que se trata de una rebelión contra los padres? Por supuesto, ¿hay algo de malo en eso? Con una gracia de porteño atorrante irredimible escuché cierta vez a un político peronista decir: "En los '70 un pibe rebelde se te hacía montonero. Hoy se te hace gay". (*Nota*: No dijo "gay", dijo algo más fuerte, más "homofóbico", por decirlo en ese lenguaje tan cuidadoso que hay que usar en estas cuestiones para no entrar en esa zona de sospecha que acecha a los "héteros" de este tiempo: ser homofóbicos por ser homosexuales reprimidos o, más aún, aterrorizados. En rigor, el político dijo "puto" que –me dispongo a demostrar más adelante– no tenía en ciertas personas una carga de negación sino de integración afectuosa, festiva, hasta jubilosa. En la marcha hacia Ezeiza, cuando Néstor Perlongher, el poeta que armó el Frente de Liberación Homosexual, se une para ir con la Jotapé –los comunistas los habían sacado a patadas y otros, muchos, también–, los pibes los reciben con aplausos, con alegría y con cánticos. Los cánticos decían: "¡Los putos con Perón!". Eso se dijo con la mejor onda, yo lo vi. No existía la palabra "gay" entonces. Y Perlongher fue con la izquierda peronista. Esto se puede leer en una novela que escribió un personaje ya algo indescifrable de la Argentina que, alguna vez, fue un escritor. La novela se llama: *Los reventados* y su autor es Jorge Asís.) La Jotapé estaba de moda. Perón se pone de moda. A los guerrilleros la clase media les dice "los muchachos". Para colmo, los chicos de los "fierros" reparten alimentos, que se afanaron de "supermercados del imperialismo", en las villas de los pobres, las llamadas "miseria", y esto derrite el corazón del medio pelo. Pero la Jotapé es un gran momento (creo que el más grande) de la pequeña burguesía argentina, de su clase media. Se meten en el corazón del riesgo, de la generosidad social. Baschetti lo ha resumido bien: "Ahí iban los secundarios organizando a los suyos y convirtiendo a los turnos noche en foros de discusión y acción; peleaban los universitarios para lograr que la facultad estuviese también abierta para los hijos de los obreros; los muchachos en los barrios organizaban a los vecinos para que hicieran valer sus derechos; otros iban a las villas para que también a estos lugares eternamente postergados llegaran la educación y la salud, el progreso y un futuro digno. Las fábricas dejaron de ser cotos de caza de patrones y burócratas desde el mismo momento en que se organizó una juventud que aglutinó a los sectores sindicales más combativos y revolucionarios. A tal punto llegó esta efervescencia y decisión de cambiar las cosas en Argentina, que por primera vez –en gran número– jóvenes pertenecientes a los sectores más poderosos y oligárquicos de nuestra sociedad se convirtieron en "renegados de clase" y pasaron a engrosar con su inteligencia y decisión la causa peronista, nacional, popular y revolucionaria". (Baschetti, *La memoria de los de abajo*, ed. cit., p. 24).

PERONISMO, MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN DEL TERCER MUNDO

Había, sin embargo, un encuadre filosófico y político que pugnaba por ir más allá de este entusiasmo. Era necesario. Lo que aquí ocurría era excepcional, pero no único. La Argentina y el peronismo revolucionario formaban parte de un movimiento liberacionista mundial: el Tercer Mundo. En sus entregas para el diario de la CGT de los Argentinos, Walsh dibuja tenuemente lo que sucede. Raimundo Villaflor habla de las enseñanzas que les dispensó, a él y a sus compañeros, alguien a quien llamaban "El Viejo", "Mingo", "El Griego", "El Químico" y era Domingo Blajaquis y les habló, por primera vez, del peronismo y los *movimientos de liberación nacional*. Vamos a tratar de explicitar el marco teórico que se le dio al peronismo para que tuviera –además de lo obvio: su prohibición y la de su líder, su aura formidable de fruta prohibida del Paraíso de las clases dominantes– una contundencia en el campo conceptual, y pudiera polemizar con todo el aparato teórico de la izquierda "marxista" que se le oponía. Ahí, en esos tiempos, los cuestionamientos de la oligarquía, del gorilaje tradicional, eran totalmente ineficaces, pero no los de la izquierda que buscaba demostrar lo de siempre: que el peronismo era un movimiento nacional burgués, que no era revolucionario y que, por tanto, no haría la revolución. Sí, quién no lo sabe. Hoy cualquiera dice: "Tenían razón". Pero hoy, caballeros, todos tienen razón. El mundo se ha ido a la mismísima *merde*, la revolución no la hizo nadie, la burguesía enterró al proletariado y estamos navegando entre borrascas apocalípticas. De modo que si algún revolucionario "marxista" de los '70 cree que ganó esa discusión será atinado decirle que esa discusión no la ganó nadie, la perdieron todos. Pero no saltemos etapas. Eso, en los '70, decían los ayudantes de trabajos prácticos de Juan Carlos Portantiero. Lo decía el ERP, con Ernst Mandel de guía, y lo decía, mejor que nadie, Milcíades Peña. Pero eso, a los que se metían en el peronismo, les importaba poco. *El peronismo era el lugar para estar*. Ahí se jugaba la historia. Eso era lo que le molestaba al régimen. Porque no sé si lo han advertido: en la Argentina, al Poder siempre le molestó más el peronismo que la izquierda, el peronismo que el PC. Por alguna causa que no sería arduo explicitar nunca las izquierdas de la Argentina convocaron a los pobres, a la negritud. Y no porque el peronismo se los robara. ¡Qué pobre argumento! Sino porque no supieron captarlos. El peronismo los retuvo desde el Gobierno y desde el llano, desde la proscripción, la difamación y aun bajo el padecimiento de los aparatos represivos de todos los gobiernos que se empeñaron en borrarlo del mapa del país.

Vuelvo a Walsh. Raimundo Villaflor cuenta lo que escuchó de labios de su maestro Domingo Blajaquis: "Porque él (Blajaquis, J. P. F.) nos sacó todos esos berretines que teníamos, de ser peronistas por el solo hecho de serlo, y no comprender que el peronismo es un movimiento parecido al de otros pueblos que luchan por su liberación. El no, él siempre fue un revolucionario, siempre tuvo una concepción del destino de la clase trabajadora. Y él nos explicó las causas por las que estábamos derrotados, el papel del imperialismo, el papel de la oligarquía, y el papel de la burocracia en el peronismo: esos recitadores de los días de fiesta. Aprendimos lo que significaban los movimientos de liberación en el resto del mundo, y por qué nosotros teníamos que desembocar en un movimiento de liberación" (Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1984, p. 22. Esta non-fiction de Walsh es uno de sus más admirables trabajos. Aparece como texto combativo en el combativo periódico de la CGT de los Argentinos. Se propone desenmascarar la acción contrarrevolucionaria del sindicalismo vandorista. Pero recoge la pasión del autor por el género policial. El título –*¿Quién mató a Rosendo*?– rinde homenaje al policial de enigma, a la inglesa, en el que descubrir al asesino lo es todo. La novela dura de los yanquis es distinta: importa más la descripción de un mundo sombrío, lleno de perdedores sin redención, en que el *problema* habrá de planteársele al detective. Walsh empezó escribiendo ficciones a la inglesa: sus *Variaciones en rojo.* Pero a sus textos comprometidos, políticos, de denuncia, llevó el andamiaje del policial duro. Sin embargo, el título de esta novela responde al clásico *Whudunit* de los británicos. Al clásico *quién lo hizo*. Es notable cómo el talento de este escritor destellante de nuestra literatura distribuía sus materiales. Título de policial inglés, prosa de novela negra, personajes populares, temática política, asesinatos entre sindicalistas. Observemos la perfección hammetiana, la prosa impecable de este fragmento: "A José Petraca no le gustaba cómo lo estaba mirando ese hombre de ojos oscuros y cara angulosa. Ya no le habían gustado algunas cosas que le pareció oír de la otra mesa. Y cuando aquella gente pagaba para irse, el hombre lo seguía estudiando, con ese gesto, medio de burla y de desprecio" (Walsh, *Ibid*., p. 59). Debió corregir la cacofonía entre "angulosa" y "cosa", pero sin duda trabajaba con apuro. Además, ¿qué importa una cacofonía cuando el ritmo de la prosa es tan infrecuente, tan personal, una caricia a los oídos del lector? El lenguaje es arisco, indomeñable. Le reprocho la cacofonía entre "angulosa" y "cosa" y apenas un renglón abajo escribo "prosa". ¡Tenía que escribir "prosa"! Ahí, cuando la cacofonía va contra el concepto, optar por el concepto, y si algo no suena tan bien como lo habríamos deseado, mala suerte. No seguimos porque dedicaremos cuanto menos un capítulo entero a Walsh. Este artista de excelso talento, a pocos días de su muerte, aún está discutiendo con la conducción de Montoneros, Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, cuestiones elementales de política, de táctica y estrategia, de sobrevivencia. Como si fueran a entenderlo. Y esta es sólo una cara de esta gran tragedia que estamos narrando).

¿Qué establece el peronista Walsh? (Porque, para qué negarlo, el entrañable guerrero irlandés, este hombre de sangre caliente y opciones extremas, se compró y contribuyó a imprimir todos los boletos del *peronismo revolucionario*, con los que viajó hasta el final, con el último que le quedaba. Era el mejor de todos y ya no era un boleto sino una carta memorable que tallaría su perdurable, incluso venerada, posteridad.) Que el peronismo, dice, es un movimiento de liberación nacional. Aquí entra la cuestión del Tercer Mundo. La *revolución* se había deslizado a esta zona del planeta. La guerrilla vietnamita derrotaba al poderío bélico norteamericano. La Revolución Cubana postulaba su condición de vanguardia en la lucha por la liberación de América latina. El Che moría en Bolivia. Pero su mensaje era claro: el foco puede crear las condiciones del proceso revolucionario, no necesita esperarlo. Tampoco necesita esperar a las masas. El foco puede convocarlas. En Chile, la Unidad Popular de Salvador Allende era incontenible. Francia había sido derrotada en Argelia. Y Gilo Pontecorvo había filmado una película que todos veían. Ver *La batalla de Argelia* y leer *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon y, muy especialmente, el

"sublime" (la expresión es de Eduardo Grüner y la comparto) Prólogo que Jean Paul Sartre le había escrito en una noche en que acaso tuviera fiebre o se le hubiese ido fuertemente la mano con las anfetaminas, eran obligaciones de la época.

EL HOMBRE ES EL CENTRO DE LA POLÍTICA

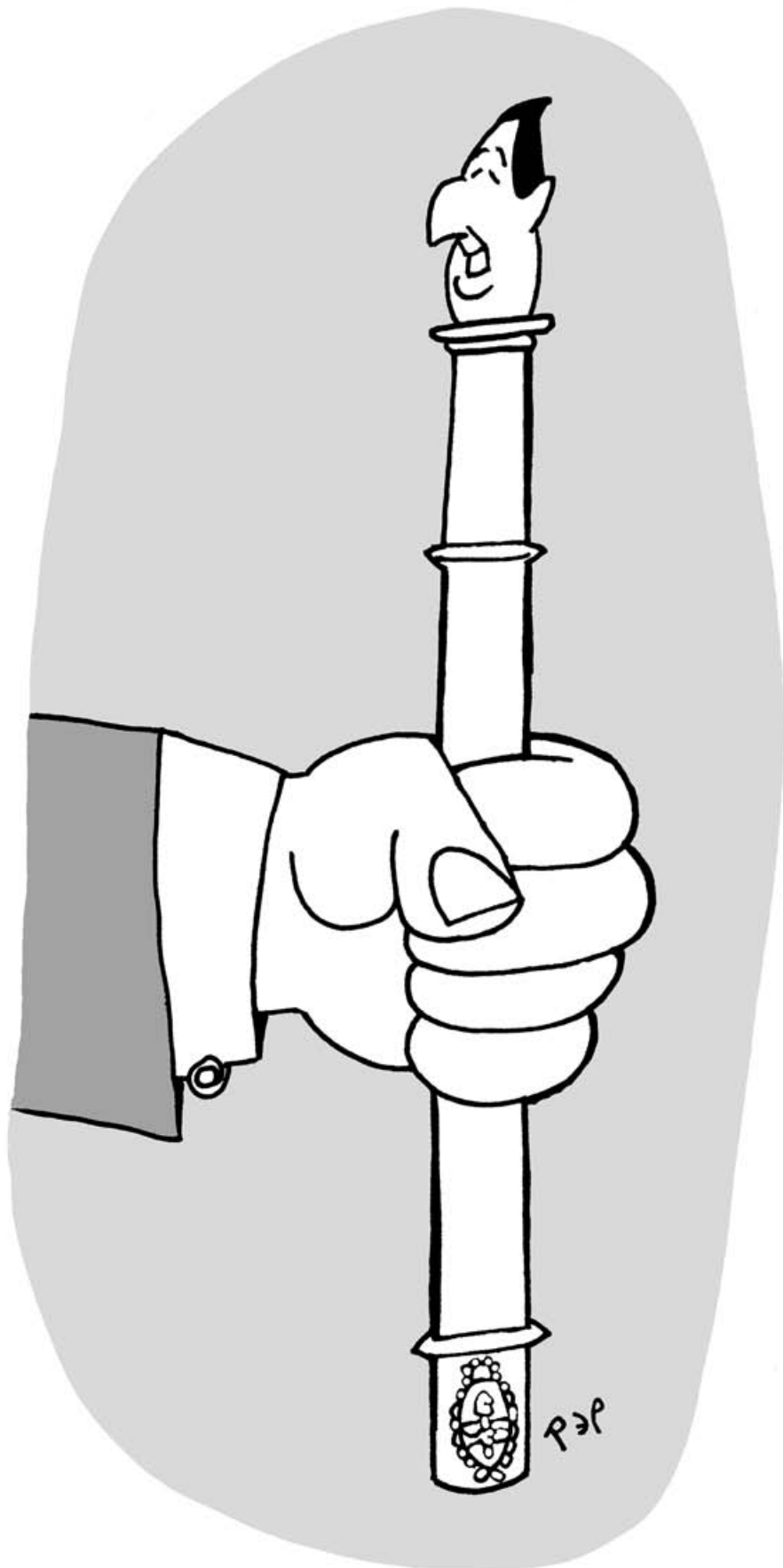
Estas lecturas no eran las frecuentadas por los "cristianuchis". Todo ese polo del cristianismo revolucionario leía a Teilhard de Chardin, veneraba a Camilo Torres, gestó *Cristianismo y revolución* y, sin duda en uno de sus mejores momentos, recibió clases de Conrado Eggers Lan en Córdoba. En verdad, sólo el grupo originario de Montoneros –y algunos otros sectores desde luego, pero restringidos– puede calificarse como "católico", "clase alta" y de origen tacuarista con la evolución que ya hemos señalado: MNRT y luego el peronismo. Los que recibieron clases de Eggers Lan en Córdoba formaron una importante escisión crítica de Montoneros que se llamó los "Sabinos". Habrían de publicar, en julio de 1972, el llamado "Documento Verde" donde tempranamente realizan críticas muy atinadas a la conducción de la orga "hegemónica". Bien, por un lado los católicos y muchos de ellos, como Conrado Eggers, buscando afanosamente una integración entre cristianismo y marxismo que condujera por fin al peronismo. Eggers Lan jamás tuvo nada que ver con la lucha armada. Sus pasiones eran Cristo y Marx. Como sea, llevó a muchos de los católicos cordobeses al estudio de los *Manuscritos* del '44, bellísimos textos de Marx que Eggers amaba profundamente y en los que veía esa unión entre cristianos y marxistas. Pero *la otra vertiente* venía de la lectura de *El capital* y de la *Fenomenología del espíritu.* Conocía de memoria el Prólogo de Sartre a Fanon y la obra de Fanon. Había visto miles de veces *La batalla de Argelia*. No participaba de la lucha armada sino que se asumía como productora de elementos ideológicos que fortalecieran al peronismo en sus discusiones y en su "actualización doctrinaria", fórmula que Perón tiró para los que buscaban el socialismo desde las veinte verdades.

Su expresión más poderosa se dio en el debate de ideas y tuvo lugar en los claustros universitarios. Fueron las *Cátedras nacionales*. Sobre esta *otra* vertiente de la juventud que adhiere al peronismo es importante señalar que nadie se preocupaba mucho por la fe, por Cristo, por la Ciudad Terrena o la Ciudad Celestial. El diálogo entre marxistas y cristianos les importaba poco porque venían del marxismo y no eran cristianos. Como muchos de ellos eran judíos (que fueron luego *especialmente* flagelados en los campos de concentración de la dictadura) me atrevería a una *boutade*. Es la siguiente: si la primera vertiente de la Jotapé es católica, la otra, la que va del marxismo al peronismo, es judía. O atea. O agnóstica. En la AMIA hay un mural de importantes dimensiones. Cierta vez (bajo la administración anterior a la presente) me invitaron a almorzar. Les digo: "Pero ustedes no pueden hablar sólo del genocidio del pueblo judío. Hubo otros. El armenio. Y el nuestro. La ESMA es nuestro Auschwitz. ¿Cómo no hablan de eso?". Por toda respuesta me llevaron a ver el mural. Es una gran placa de hierro forjado. En ella se lee: "*En memoria de los 30.000 detenidos-desaparecidos de la Argentina. 2000 de ellos eran judíos*". Les dije que sí, que así debía ser porque yo había conocido infinidad de militantes con apellidos judíos en la Jotapé. Me atreví, amable pero algo provocador, a decirles: "La mayoría de ellos pensaba que el Estado de Israel es un enclave del imperialismo yanqui en Medio Oriente". Me respondieron: "No importa. Igual eran judíos". En suma, es exagerado decir que la vertiente que viene del marxismo es "judía", pero interesa señalar que la militancia de los '70 no fue sólo la montonera con ese origen católico preconciliar que tanto gustan señalar algunos. No, los Montoneros empezaron siendo diez, veinte o cuarenta tipos. No importa. Pero el huracán generacional que se vuelca al peronismo revolucionario tiene orígenes de todo tipo. Muchos de católicos no tenían nada. Eran judíos. O provenían de familias judías, ya que ellos, con el judaísmo, poco que ver. Los judíos de la Jotapé no eran como los católicos que le seguían rezando a la Virgen. Olvidaron a Jehová, a Moisés, a Abraham y a quien fuera. Eran más bien tirando a ateos y descifraban apasionadamente a Hegel, a Marx, a Sartre, a Fanon y a Mariátegui. La "cuestión nacional" la empezaron a analizar sin demasiados apoyos. Es bastante mitológica esa "delantera" de héroes del pensamiento nacional que suele enunciarse: Hernández Arregui, Jauretche, Puiggrós, Scalabrini, Ramos. Se los leía, sí. Pero desde las *Cátedras nacionales* los jóvenes profesores empezaban a escribir sus propios textos. (*Nota:* Sería una injusticia no confesar el placer con que leí *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* de Jorge Abelardo Ramos en la gloriosa edición en dos tomos de Plus Ultra que todavía conservo. ¡Qué buena pluma! Qué uso del sarcasmo, qué gloriosas patadas para el stalinismo en el Plata, qué manejo virtuosístico de textos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Qué saludable falta de respeto, deliberada rudeza y hasta tosquedad por las figuras egregias de la oligarquía: *Sur*, Borges, Victoria, Bioy. Qué dislate los capítulos sobre Roca. Qué placer me produjo leer ese libro. Hernández Arregui escribía mal y su marxismo no lo llevaba a ningún puerto, a ninguna plenitud. Scalabrini como literato, no gran cosa. Como investigador de los ferrocarriles, y bueno, no estaba mal. Puiggrós era pesado, su prosa ahuyentaba. Y Jauretche se hacía el piola todo el tiempo. Tenía ingenio. Sabía pelear. Pero no mucho más. El gran teórico que leí en esos años fue John William Cooke. *Peronismo y revolución* era un texto brillante. Voy a decir un exceso: era digno de Sartre, que había inspirado al Gran Gordo en ese libro. La prosa de Cooke mordía, cortaba, era la exhibición impecable de la lucidez militante. Después leímos –no digo todos, pero muchos– muchísimos de los libros que editaba Hachette, esos azules y blancos, los de la colección *El pasado argentino*. Y a Pepe Rosa, cómo no. Eramos capaces de discutir durante horas si la Ley de Aduanas de 1835 había protegido o no al interior mediterráneo. Y leí, concienzudamente, el manual de *Conducción política* de Perón. Lo subrayé, lo anoté, con regla, con lápices de distintos colores. Escribí sus márgenes. Tomé notas en mis cuadernillos. No lo podía creer: ¡estaba leyendo al tirano prófugo con la seriedad con que había leído a Hegel o a Heidegger! Volveremos sobre estas cuestiones.)

Pero era Fanon el que más nos convocaba. Fanon, el Prólogo de Sartre y la película de Pontecorvo. ¿Qué hacían los otros profesores de filosofía? Lo habitual: el estructuralismo arrasaba. Eran todos etnólogos con Lévi- Strauss, lingüistas con Saussure, marxistas con Althusser y los suyos, ya se leía a Foucault y su consigna de "la muerte del hombre" (¿qué podía significar *eso* para los que en América latina militaban u ofrecían su vida por el hombre nuevo?), Barthes y la muerte del autor y del estilo, empezaba a entrar Lacan de la mano de Masotta, el Di Tella andaba en lo suyo (alejado totalmente de este mundo, como la militancia ignoraba por su parte las exquisiteces y las verdaderas muestras de talento que ofrecía el Di Tella junto con las idioteces habituales que abundan en esos lugares de intelectuales y artistas exquisitos) y la filosofía europea exaltaba a Nietzsche y a Heidegger en tanto sepultaba a Sartre. La tarea del estructuralismo era la de salir del sujeto. Liquidar la idea del hombre. Entre nosotros, un insólito y excepcional artículo de Horacio González era leído por todos o, sin duda, por muchos: *Humanismo y estrategia en Juan Perón*. Su título tenía algo de desafiante: tratar a Perón como un autor "académico". Ese "en Juan Perón" parodiaba el giro predilecto de tantas monografías que se escribían durante esos días. "El dionisismo en Nietzsche", "Lo práctico-inerte en Sartre", "El concepto de sobredeterminación en Althusser", "El análisis de 'Las Meninas' en Foucault" y así. La fórmula central que proponía el texto de Horacio era: *El hombre es el centro de la política*. Entre nosotros, lejos de morir, los sujetos prácticos de la historia, los hombres concretos de la política, estaban en la centralidad, esa "centralidad" que la deconstrucción postestructuralista vendría a destruir. Ya se sabe: detrás de la naciente *French theory* estaba Heidegger, omnipresente. Aquí, Heidegger era propiedad de los militantes de *Guardia de Hierro*, el encuadramiento de Alejandro "Gallego" Alvarez. Ya veremos eso.

"LA BATALLA DE ARGELIA"

Vamos a *La batalla de Argelia*. Junto a *La hora de los hornos*, el film de Pino Solanas y Octavio Getino, la obra de Gilo Pontecorvo fue vista por toda la militancia de la época. El film se realizó en 1966, era una producción entre Italia y Argelia. En los cines o en los secretos lugares en que se proyectaba, cada vez que un argelino mataba a un francés o el Frente de Liberación Nacional Argelino volaba un bar colmado de colonialistas (franceses y argelinos cómplices de la dominación), el auditorio estallaba en aplausos y en vivas a la revolución, a la lucha contra los opresores y a los guerrilleros (o terroristas en el caso de Argelia; ya estudiaremos la diferencia entre guerrilla y terrorismo) que la encarnaban. *Pero esto no es lo principal que me propongo analizar.* Créase o no (y, sin duda, se creerá), *La batalla de Argelia* es una película fundamental para la formación de los sofisticados cuadros militares de la *contrainsurgencia*. Voy a citar largamente (por su importancia, por la fascinante paradoja que encierra) un fragmento del libro *Terrorismo y contraterrorismo, comprendiendo el nuevo contexto de la seguridad,* de Russell D. Howard (coronel de EE.UU.) y Reid L. Sawyer (mayor, EE.UU.). La traducción pertenece al capitán de fragata Arturo Guillermo Marfort y ha sido editado por el *Insti-*



tuto de publicaciones navales del Centro Naval. Fecha de edición: 2005. Recuerden que la represión del "Proceso" se hizo en la Argentina siguiendo el modelo que aplicaron los franceses en Argelia. Quiero decir: *La batalla de Argelia* tenía dos caras. Por un lado, mostraba las acciones del FLN, que entusiasmaban a la militancia de la izquierda peronista. Por el otro (algo que esa militancia, en pleno triunfalismo, desechó por completo), detallaba los métodos que los paracaidistas franceses pusieron en práctica para derrotar a los guerrilleros argelinos. *La batalla...* termina con la liberación de Argelia, pero luego de un salto en el tiempo y a causa de la aparición fulminante de las masas, que no pudieron ser contenidas. Además, la acción represiva sufría un fuerte desgaste cuando este acontecimiento se produjo. El libro de Russell y Sawyer (editado por la Marina, hoy) asume para sí las lecciones del film de Pontecorvo. Esas lecciones –de aquí, nos permitimos insistir, que no sea casual que sea la Marina la que edite el libro: fue ella la institución que aplicó en la ESMA esas lecciones– son centrales para la enseñanza de la lucha contrainsurgente. Ni los Montoneros ni el ERP ni nadie pudo leer, en los setenta, un libro así. Es probable que hubiesen sosegado sus ímpetus. Aunque tampoco nadie se ocupó de averiguar la metodología del general francés Massu a fondo. Ni siquiera se ocuparon de asumir lo que el film, claramente, exhibía. El triunfalismo no cedía espacio para estas conductas.

El artículo que tomamos del libro está escrito por Bruce Hoffman; no un militar, un civil, un experto internacional en terrorismo y violencia política. Esto permitirá explicar que nos exhiba un rostro sensible y preocupado ante las atrocidades de la contrainsurgencia. De hecho, su trabajo se titula *Un trabajo repugnante*. Algo que seguramente provocaría la hilaridad de los torturadores franceses, muy seguros y orgullosos de su imprescindible tarea para "salvar vidas inocentes". Escribe Hoffman: "Muchas veces les he dicho a los soldados, a los espías y a los estudiantes que si quieren entender cómo combatir al terrorismo miren *The Battle of Algiers* (...). La difunta Pauline Kael, decana de los críticos de cine estadounidenses (lo cual es cierto, se trata de una mujer que pudo haber destruido la carrera de Woody Allen, algo que sin duda intentó, ya que no dejó film sin erosionar, sin atacar impiadosamente; es temible, tiene mucho poder y es muy inteligente, J. P. F.), siete años después de su estreno, todavía parecía embelesada cuando en una crítica de 900 palabras describía la película como una "epopeya bajo la forma de un documental", "la publicidad revolucionaria más grande de los tiempos modernos" y "el llamado a la revolución más apasionado y astuto jamás realizado". Sin embargo, las mejores críticas han venido de los terroristas –miembros del IRA, de los Tigres de Tamil en Sri Lanka y de los revolucionarios afro-estadounidenses de la década de 1960– que la han estudiado asiduamente. En una época en la que el ejército de Estados Unidos ha enrolado a libretistas de Hollywood para ayudar a concebir escenarios de futuros ataques terroristas, no parece tirado de los pelos aprender las dificultades de combatir al terrorismo mediante una película que los mismos terroristas han estudiado" (*Ibid.*, pp. 328/329).

Hasta donde yo sé tampoco Perón mencionó este film ni las tácticas contrarrevolucionarias que los generales franceses habían elaborado en Indochina y aplicado ferozmente en Argelia. Al Perón madrileño lo enfrentaba un Ejército que, al final de la lucha, cayó en manos del general Lanusse. Este hombre, al que le decían "El cano" por su pelo blanco y hasta plateado, estaba en contra de estos métodos. Durante la carnicería del videlismo trascendió una frase que dijo a sus compañeros de armas: "Detenciones, señores. No secuestros". Esto le valió la muerte de su amigo Edgardo Sajón y la impiadosa persecución de Malek, otro de su grupo. Y si no lo mataron a él fue porque era Lanusse, pero lo deben haber insultado rabiosamente en todos los lugares donde se elaboraban los métodos de "inteligencia". Contra Lanusse, Perón se podía lucir, como lo hizo. Se podía guerrear, como se hizo. Sucedió lo de Trelew. Pero eso, a Lanusse, se lo hizo la Marina. Una típica "apretada". Un típico peñasco sanguinario para impedir la actitud negociadora ante Perón. El "general herbívoro" peleaba serenamente desde su bunker de Puerta de Hierro. En verdad, la consigna –altamente imaginativa– que la Jotapé larga en Gaspar Campos durante el primer regreso de Perón (*La Casa de Gobierno cambió de dirección/ está en Vicente López por orden de Perón*) pudo ser aplicada desde el momento en que el líder del movimiento se instala en Puerta de Hierro. A partir de ese momento la política argentina empieza a decidirse más en Madrid que en el país, aunque les doliera aceptarlo a los héroes del Estado Gorila.

"LA BATALLA DE ARGELIA" COMO MANUAL DE CONTRAINSURGENCIA

Sin embargo, con el paso del tiempo duele comprobar que el espíritu triunfalista de la militancia juvenil y de los combatientes de la guerrilla les impidiera ver *El otro rostro de "La batalla de Argelia"*: el de la ferocidad de la contrainsurgencia. No se detiene ante nada. Hoffman cuenta que está en Sri Lanka y, al saber que es un especialista en terrorismo y contraterrorismo, lo llevan a conocer a un oficial del ejército al que llaman "Terminator". Conversan largamente. Terminator le dice: "'Uno no puede combatir al terrorismo recorriendo todos los procedimientos legales'. Creía que el terrorismo podía ser combatido solamente 'aterrorizando' concienzudamente a los terroristas (...). Thomas (el nombre ficticio que el autor le pone por fin Terminator, J. P. F.) no confiaba en que yo pudiera entender lo que él estaba diciendo" (*Ibid.*, p. 332). Usted es un académico, le dice Thomas, no entiende de esto. Esto lo sabemos nosotros. Los que tenemos que proteger la vida de nuestros ciudadanos. Le voy a dar un ejemplo sobre cómo se hacen estas cosas. Lo lleva a un lugar secreto de la ciudad. Hay tres terroristas. Pareciera que saben dónde ha sido colocada una bomba en algún lugar de la urbe agredida. Thomas se les acerca. Les pregunta dónde está la bomba. No le responden. Les dice que hará una vez más la pregunta y luego los matará. Hoffman, entre incrédulo y asustado, presencia la situación. Thomas saca la pistola de su cartuchera, la apoya en la frente de uno de los terroristas y hace fuego. Los otros dos confiesan. La bomba es desactivada y se salvan numerosas vidas. Thomas, luego, le cuenta peores torturas. Pero, al lado del Tigre Acosta o del general Camps, se ve como un hombre humanitario. Thomas, a Hoffman, le exhibe la tortura como medio para obtener un fin. Una vez logrado el objetivo, se acabó el procedimiento. En los campos de Argentina la tortura era constante y no sólo obedecía a fines "de inteligencia". Era por el mero castigo. O por la execrable vehiculización del sadismo de los verdugos. Thomas no le confiesa a Hoffman haber empalado a nadie. O haberlo despellejado en vida. O haberlo quemado vivo también ("el asadito"). De todas formas, uno no sabe dónde puede detenerse Thomas. Si un terrorista se le resiste más de lo deseado el castigo será cada vez mayor y más truculento. Entre nosotros existió la venganza, el ultraje, el sadismo sin límites y la tortura por la tortura misma. No podemos, sin embargo, saber si Estados Unidos no habrá ya llegado o superado (si es posible) esos límites. El mismo civilizado, académico, Hoffman confiesa haber mirado fotos de muchísimos de los cadáveres de las 5000 personas que murieron el 11 de septiembre (el nine eleven) y se sincera descarnadamente: "Recuerdo al enemigo despiadado que Estados Unidos enfrenta, y me pregunto hasta dónde deberemos llegar para derrotarlo" (*Ibid.*, p. 333). Cuando esa pregunta surge, cuando el sujeto se atreve a formulársela es tarde, la decisión está tomada: *Se deberá llegar hasta cualquier parte, hasta el más inimaginable de los horrores.* Hoy ya se empieza a considerar su posibilidad y a elaborar su justificación, basada siempre en la crueldad superior (e injustificada) del enemigo. La condición humana cada vez más indaga en sus abismos, en aquellos *agujeros negros* cuya existencia ni sospechaba. Ahí, en ellos, todo respeto por la vida humana habrá de perderse. Será el espacio del odio y la vejación. "Massu y sus hombres (escribe Hoffman) no tenían problema alguno (...). Justificaron los medios para la obtención de inteligencia con argumentos de costo-beneficio. La filosofía exculpatoria adoptada por los paracaidistas franceses se resume mejor en la creencia intransigente de Massu de que "el inocente (esto es, las próximas víctimas de los ataques terroristas merece más protección que el culpable" (Hoffman, *Ibid.*, p. 330).

Perón parecía no ver estos peligros. Parecía, si algún conocimiento de ellos poseía, despreciarlos. El peronismo era un movimiento de masas. Las *Formaciones especiales* sólo formaban el ala armada del mismo. El, como líder supremo, como Padre Eterno amado por el pueblo, habría de dominarlas cuando quisiera. Ahora, a darles máquina. Luego se vería. Era "la violencia de abajo". Era causa, no efecto. La causa era la "violencia de arriba". La *violencia* fue aceptada y motorizada con entusiasmo. "Si Evita viviera sería montonera" significaba que estaría "en el puesto más arriesgado de la lucha". ¿Quién había determinado eso? No, señores. El peronismo era un movimiento. No tenía "vanguardia". *Todo el movimiento era el puesto más avanzado de la lucha.* Los Montoneros, desde la muerte de Aramburu, exigieron sangre por poder. "La sangre la pusimos nosotros. Ahora queremos en el poder un reconocimiento proporcional a ese sacrificio." Querían –ya bajo esa conducción de Firmenich– compartir la conducción con Perón. Hubo, lamentablemente –trágicamente– una sobrevaloración de los "fierros" que llevó a la guerrilla a creerse "más" que todos. Y a exigirle a Perón compartir el poder. Compartir nada menos que algo que Perón jamás había compartido ni compartiría: *la conducción del movimiento*. Perón se habrá indignado: "Estos tipos están locos. Por unos cuantos muertos que tiraron sobre la mesa creen igualarme a mí, que soy querido y reclamado por el pueblo desde 1955, que nadie puede hacer política al margen de mi nombre coreado por las masas de un extremo a otro del país". Nadie le discutiría la conducción a Perón. Nadie la compartiría con él. Nadie, a su lado, podría asumirse como "vanguardia". *Todo eso lo era Perón*. Los Montoneros parecieran no haberlo comprendido nunca. Como no entendieron la *naturaleza del pueblo peronista* que Perón había forjado. Es posible que los tiempos fueran, hoy, otros. Que muchos pueblos giraran al socialismo. El pueblo peronista, no. Seguía siendo el del '45-'55. Y quería lo que tuvo entonces. La Argentina de los años felices. Eso que Daniel Santoro llama "la patria de la felicidad". Los Montoneros querían la guerra, la revolución. El choque era inevitable. Otra conducción habría comprendido: *Nosotros fuimos vanguardia durante la etapa de lucha, de asalto al gobierno. Ahora nuestro lugar es la retaguardia. Es el momento de reconstruir el Estado y pacificar el país*. Perón no viene sólo por nuestra lucha. Viene condicionado por el poder militar, que aún es temible, vigoroso, una fuerza compacta y superior. A esperar. Nuestra tarea, hasta aquí, está hecha. Es la hora de dialogar, de pactar y de ir lentamente avanzando. Firmenich estaba a distancias siderales de entender algo así. Y cuando enfrentó a Perón, el viejo líder les contestó del peor modo posible. Narramos una tragedia. Sin malos ni buenos. Una historia que termina en una masacre inhumana no tiene héroes, no tiene gloria. Todos hicieron lo suyo. De otro modo, la catástrofe se habría evitado. Cierto es que el principal error de Perón no pudo evitarlo: morirse. Pero, para volver así, casi moribundo, ¿debía volver? Para aguantar unos pocos meses y dejar todo en manos de los asesinos que lo rodeaban, ¿se justificaba su aterrizaje en el campo de batalla, en los campos de las feroces contradicciones, donde él, lejos de ser el que podía conciliarlas desde la lejanía, desde Madrid, era sólo una más? Esa Casa de Gobierno que tenía en Madrid, ¿sirvió que la trasladara a Buenos Aires?

Continuaremos.

Colaboración:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Fanon y Perón, ¿un solo corazón?

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

57 Fanon y Perón, ¿un solo corazón?

Suplemento especial de
Página|12

ORDEN COLONIAL Y ORDEN NEOCOLONIAL

La película de Gillo Pontecorvo fue mundialmente aclamada. Todos salían con la certeza de haber visto un *documental*. No, era un film de ficción. Con actores, con una asombrosa fotografía de Marcello Gatti, con un montaje perfecto de Mario Serandrei y Mario Morra, con una producción de Yacef Saadi, que había sido líder del Frente de Liberación Nacional. Es una de las más grandes películas de guerra. En 1966 no podía ya causar demasiados problemas en Francia. Esos problemas habían sido patrimonio de la genial película de Kubrick *Paths of Glory* (traducida con el absurdo título de *La patrulla infernal*). La peli de Kubrick (que tiene guión del gran Jim Thompson) es de 1957, en pleno conflicto de Argelia. ¡Hacerle a Francia esta película en 1957! Una película en que el alto mando del ejército francés es visto como una caterva de cínicos, trepadores, cobardes y hasta asesinos. La gloriosa patria de Saint Just y Bonaparte la prohibió durante casi 20 años. El film de Pontecorvo, no. Aclaremos: los dos fueron acentuando con los años su enorme prestigio. Hoy son de visión obligatoria en todo el mundo para cinéfilos, estudiosos, teóricos de la guerra, analistas de la condición humana y su pulsión de muerte.

La batalla de Argelia conquista su realismo documental por las influencias (lúcida, deliberadamente incorporadas) del neorrealismo de Rossellini y las técnicas de edición de Eisenstein. Hay un solo actor profesional: Jean Martin, el que interpreta al coronel Mathieu. Vamos al grano: los periodistas siguen a Mathieu, son franceses, quieren saber cómo va la lucha, si el ejército francés avanza o Argelia logrará su liberación nacional. Mathieu contesta vagamente. De pronto pregunta: "¿Qué novedades hay en Francia?" Un periodista le informa (observemos: le informa *sólo* eso, eso sólo como lo más importante que ha ocurrido en Francia): "Sartre publicó un nuevo artículo". Mathieu reflexiona. Luego dice: "¿Por qué los Sartre están siempre en la vereda de enfrente?" El periodista pregunta: "¿Eso quiere decir que lo admira?" Mathieu responde: "No, pero me gustaría tenerlo de mi lado". Eduardo Grüner, que será largamente citado en este capítulo, escribe: "Ser Sartre es estar siempre en la vereda de enfrente". Luego Mathieu ofrece una conferencia de prensa. Sé que he citado este ejemplo en otros trabajos o en mis cursos, pero lo cito aquí por un motivo muy simple: *aquí* no lo cité nunca. Los periodistas le hacen al coronel preguntas más o menos banales. De pronto, uno, juntando todo su coraje, le dice que "se dice" que se aplican torturas a los detenidos argelinos. Mathieu responde: "Usted no me tiene que preguntar si nosotros torturamos. Usted tiene que preguntarse si Francia tiene que quedarse o no en Argelia. Si lo quiere, no me pregunte por los métodos que yo aplico para conseguirlo".

Un breve párrafo sobre la situación argelina: el Frente de Liberación nacional –a partir de 1954– se arroja sin retroceso posible a una confrontación abierta con el colonizador francés. Señalemos lo siguiente: los franceses *estaban* en Argelia. Un argelino veía un francés y veía un enemigo. No tenía más que mirar el color de su piel o sus ropas para saber que era un colonizador. *todo francés que estuviera en Argelia pertenecía al bando enemigo: el de los colonizadores*. Es, sin más, la colonización directa, sin mediación alguna. Los franceses tienen que "llegar" a Argelia. Hay colonos franceses, desde luego, pero ésa no es su tierra. Es la tierra de los argelinos que ellos están usufructuando para sí. Hacia 1956, para defender y sostener esta situación, Francia necesita tener 400.000 soldados en Argelia. O sea, el ejército que hay en Argelia *no es* argelino, es francés.

La extrema derecha colonialista se expresa por medio de los colonos franceses a los que el ejército apoya. Sus generales son tenaces, obstinados y sanguinarios: son Massu (en quien se inspira el Mathieu de *La batalla de Argelia*), Salan y Challe. Hace unos años (en un documental de una cineasta francesa al que recurriremos en su momento), el general Salan admitió haber instruido a los militares argentinos. Esta gente funda una organización terrorista (con semejanzas con la Triple A) a la que llaman OAS (Organization de la Armée Secret). Le ponen una bomba a Sartre, que, sin ofuscarse, sigue adelante. El portero de su edificio comenta: "Qué raro que le hayan puesto una bomba al señor Sartre. Es un hombre de costumbres muy tranquilas". Ben Bella, el fundador del Frente de Liberación Nacional, que había sido arrestado en 1954, es liberado: Francia exhibe su buena voluntad. Hay un período de movilizaciones populares muy potentes, al margen del FLN. Francia decide retirarse de Argelia. Les ofrece a sus colonos que se queden o fijen un plazo para retirarse. Sabiamente, los colonos se van de inmediato. Sin el poderoso ejército de ocupación que los protegía con sus tácticas "de inteligencia" se sienten muy desprotegidos. Argelia alcanza su soberanía en 1962.

Lo que había en Argelia (algo que debió ser advertido por los que establecían la identidad Argelia = Argentina) era una *colonización directa*. El colonizador estaba en el lugar de los hechos. El ejército de colonización era el ejército francés, ejército extranjero. Aquí no: era el ejército argentino. De aquí que cuando llega la democracia y el Ejército debiera apartarse de la escena una de las frases más dichas fuera: "El ejército argentino de ocupación es un ejército que no tiene dónde retirarse". Sí: los franceses se volvieron a Francia. Los militares argentinos debían adaptarse al nuevo país que hasta hacía poco colonizaban.

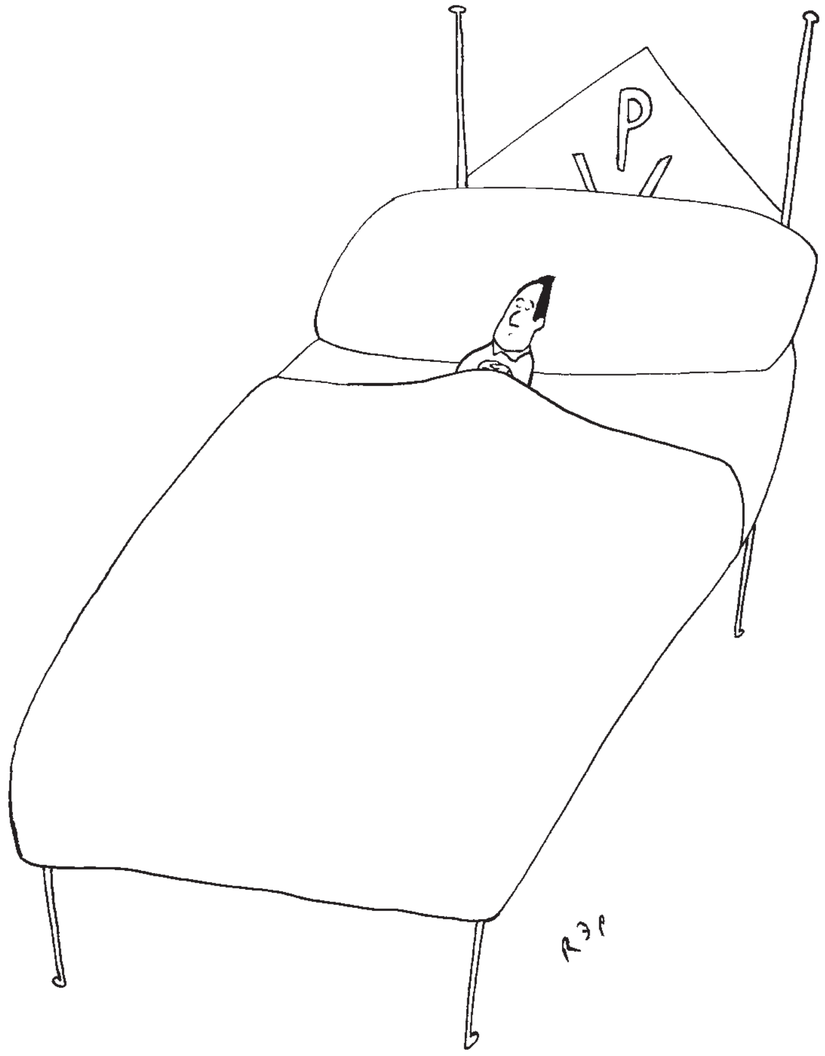
A esta altura de los tiempos no hay teórico serio que acepte al colonialismo del siglo XIX como *progresivo*. Los valores de la *civilización*, del *progreso* fueron la bandera de ese colonialismo y también la de las clases altas que los aceptaron. Toda la burguesía de la periferia, de la subalternidad (uso este término de Gayatri Spivak) planteó que nada se podría hacer en los países que no pertenecían a la centralidad del mundo sin ingresar en la teleología imperialista de Europa. El esquema era simple: unirse a Europa era unirse al tren de la historia. Implicaría para los países *neo-coloniales* (como el nuestro) un desarrollo tan potente que habrían de alcanzar o sobrepasar a los países de la centralidad europea. Esto es lo que Tulio Halperin Donghi (a quien nadie puede acusar de *revisionista histórico*, algo que lo horrorizaría) llama *orden neocolonial*. En suma, lo que aquí se constituyó desde mayo de 1810 en adelante fue un orden neocolonial. *Un orden neocolonial no es un orden colonial*. De aquí que la traslación mecánica de "Argelia" a "Argentina" resultara abusiva. Escribe Halperin Donghi: "Las nuevas funciones de América Latina en la economía mundial son facilitadas por la adopción de políticas librecambistas (...) El librecambio (rodeado de prestigio excepcional no sólo porque ofrece a las áreas metropolitanas, como gustan recordar amargamente los estudiosos de las marginales, un admirable instrumento ideológico de penetración económica en estas últimas, sino también porque promete cumplir dentro de aquéllas una función de reconciliación social en el marco del orden capitalista) es la fe común de dirigentes políticos y sectores altos locales" (Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Buenos Aires, 1997, p. 223. Halperin Donghi publicó este ensayo por primera vez en 1967). Este "prestigio excepcional" del librecambio (penetración de las áreas metropolitanas en las marginales) se arropa a sí mismo con valores irrenunciables. Roma conquistaba en nombre de su grandeza. Territorio que el gran Imperio ocupaba tenía el orgullo, el honor de pertenecer a la magnificencia de Roma. Eso era todo: pertenecer al Imperio era la gloria de todo territorio que el Imperio ocupara. No es así con la expansión colonial o neocolonial europea. Donde entra el capital inglés (por medio del librecambio) o la cultura de Francia entran también una serie de *valores*. Las "áreas metropolitanas" seducen a las "marginales" con los grandes valores que dicen representar: la Civilización, el Progreso, la Ciencia, la Historia, la Cultura y el Hombre que esa cultura produce. El hombre que la sostiene. *El hombre occidental*. Occidente es, así, la cultura encargada (por medio de su razón) de incorporar a los valores de su racionalidad (que es, al mismo tiempo, la *verdad*) a las áreas marginales. Esta penetración de Occidente fue vista (por los sectores liberal-capitalistas) como el necesario desarrollo de la Humanidad. Donde entraba Occidente entraba el Hombre.

Así, cuando en 1830 Francia entra en Argelia, lo que entra es el Hombre Occidental. La razón iluminista. La razón europea. El decurso necesario de la Historia. ¿Cómo oponerse a eso? Si el general Bougeaud ("el conquistador de Argelia", tal es su título) quema vivos a 500 argelinos eso es sólo un costo del Progreso. Era necesario. La historia, dice Hegel, avanza por su lado malo. Avanza dolorosamente. Tiene precios que pagar. Esa Argelia reconocería en el futuro que las luces de Francia se encarnaban en el general Bougeaud y, aunque éste cometiera atrocidades, era un error considerarlas de ese modo. Eran el modo de abrir el país a las nuevas fuerzas de la civilización.

¿CUÁL FUE EL "PROGRESO DEL NEOCOLONIALISMO"?

Queremos ver la influencia de Francia en la cultura argentina para mostrar nuestro caso. La Revolución de Mayo es hija de la Revolución Francesa. El grupo ilustrado porteño admiraba el rigor, la decisión, la voluntad de los jacobinos, de Robespierre, de Saint Just. Se habían educado –secretamente, en Chuquisaca, Moreno– leyendo a los Enciclopedistas. Estaban hartos de España, esa nación ajena a la agresividad del espíritu del capitalismo; admiraban a Francia y su gran revolución burguesa, a Inglaterra y su Revolución Industrial. Moreno traduce a Rousseau. *El contrato social* alienta las jornadas de Mayo y los ejércitos que la Junta envía al Interior semejan –según la entusiasta descripción de José Ingenieros– a los de la Revolución Francesa. A fines de 1810, Vicente López y Planes escribe, no el Himno Nacional, sino lo que sigue: "Gloria al grande Balcarce; eterna gloria/ a su legión guerrera/ que enrojeció la espada carnicera/ con sangre de rebeldes". El espíritu del país de Descartes y Voltaire lleva a nuestros próceres a derrotar al godismo arcaico, reaccionario y a entrar en la modernidad, en la peculiar modernidad periférica a la que accedimos: cambiar la globalización española por la francesa y la inglesa, las grandes naciones del Progreso. Nunca se dudó de este Progreso. No se dudó en ninguno de los países de la marginalidad. Alcanzarían todos la grandeza de los países metropolitanos al solo costo de *complementarse* con ellos.

A partir de 1830 Echeverría regresa de París, trae el romanticismo, se consolida la generación romántica, la librería de Marcos Sastre, el Salón Literario, la Asociación de Mayo. Alberdi escribe el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho* (1837) y aborda la cuestión del idioma. Estamos en un punto decisivo. La modernidad periférica argentina se hizo hablando en francés. De esta forma, claro, contundente, Alberdi escribe: "Nuestras simpatías por la Francia no son sin causa". Bien, aquí voy a correr un riesgo: creo que esta frase pudo haberla dicho –agradeciendo las tácticas en contrainsurgencia– el general Díaz Bessone. El riesgo –que me resultaría repugnante e imperdonable si se realizara– es el de suponer que algo tienen que ver el joven y brillante Alberdi del *Fragmento...* con el citado general. No, lo que rastreamos es otra cosa. Es la presencia de la cultura francesa en nuestra patria, su lado luminoso, sus catacumbas de horror. Nosotros fuimos de Alberdi a Díaz Bessone porque Francia fue de Descartes a Bigeard y Aussaresses. Como Alemania fue de Goethe y Bramhs a Hitler. Somos, así, parte de la tragedia de la modernidad. Del sueño monstruoso de la razón. Si nuestra Revolución se hizo bajo las luces de la razón iluminista no veo por qué habríamos de eludir la dialéctica de esa razón que explicitaron Adorno y Horkheimer y cuya trama profunda condujo de la instrumentalidad en el dominio de la naturaleza (que impone el Iluminismo) a los campos de exterminio en Alemania. Si el racionalismo de Descartes y el iluminismo de los Enciclopedistas desembocan en Auschwitz, ¿por qué no pensar en una dialéctica argentina del Iluminismo que partiría del *Plan de Operaciones* y llevaría a la ESMA? Se trata de una hipótesis de trabajo sobre nuestra historia, nuestra cultura, pero no creo que ningún estudioso de la Escuela de Frankfurt, ningún lector atento de *Dialéctica del Iluminismo* la desdeñe. Como sea, si la mayoría de la filosofía europea de los últimos treinta años denuncia a la razón instrumental como la que termina por instalar los campos de exterminio, no sería sorprendente que un país que ha vivido en lo ideológico reflejando los vaivenes del pensamiento europeo haya seguido un itinerario semejante. El Ejército Argentino del '76 demostró un alto grado de racionalidad instrumental, de cartesianismo exterminador al "importar" el método francés de contrainsurgencia aplicado en Argelia. Tan franceses nosotros. Tan franceses, siempre, nuestros liberales. Se inspiraron en Francia, no en Alemania. El que leía a Clausewitz y a Colmar von der Goltz era Perón y eran también los simpatizantes nazis del GOU. Los liberales del '76 –herederos de la racionalidad iluminista de Moreno y Rivadavia y de toda la cultura de la Francia exquisita, racional, cartesiana– pidieron consejo a los generales expertos en torturar argelinos, en masacrar insurgentes. Aquí es imposible soslayar un aporte propio, nuestro, esencial a esta maquinaria del horror. La picana eléctrica la inventa el hijo del poeta Leopoldo Lugones y la aplica ferozmente bajo el gobierno del fascista Uriburu, que duró poco, porque entre nosotros el fascismo (su terror, sobre todo) se realiza por medio de los liberales oligárquicos, los dueños de la tierra. Pero hay algo –una oscura relación de causa y efecto– que es cruelmente insoslayable entre el "poeta nacional" Lugones y su hijo torturador. El padre, en 1924, en Lima, en el Centenario de la batalla de Ayacucho, proclama la llegada de "la hora de la espada". Y su hijo, en los sótanos lúgubres de las comisarías, en Buenos Aires, inventa la picana eléctrica, "su" espada, el instrumento que él desenvaina cuando su padre reclama la espada de la "última aristocracia", el Ejército. Esta relación entre padre poeta e hijo torturador, entre espada como símbolo de lucha gloriosa y picana como realidad sucia de esa lucha, es una metáfora –ineludible, creo– de la relación entre la racionalidad y el terror.



Vuelvo a Alberdi. Lo habíamos dejado diciendo que "nuestras simpatías con la Francia no son sin causa". Sigue y explica: "Nuestras instituciones democráticas no son sino una parte de la historia de las ideas francesas. El pensamiento francés envuelve y penetra toda nuestra vida republicana". No es relevante aquí trazar toda la relación entre los sectores dirigentes argentinos y la cultura francesa. Nuestra oligarquía habla en francés. El viaje a París es el viaje a la centralidad, al origen, al sentido. No, el propósito es otro. La masacre argentina fue salvaje en sus resultados, en su crueldad. Pero fue racional en su aplicación. Nuestros militares no fueron unas bestias incomprensibles, inhumanas. Trajeron el espíritu francés a esta tierra tal como lo trajo Echeverría, el poeta, a partir de 1830. No trajeron el romanticismo, claro. Sino otra faceta, la que necesitaban en 1976. La periodista Marie-Monique Robin le pregunta al general López Aufranc, encargado de interpretar y traducir a la "realidad nacional" la doctrina francesa: "¿Es cierto que los Estados Unidos estaban celosos?" "Claro –responde el general–, querían que los franceses se fueran. Veían con mal ojo el rol de Francia. Pero los americanos no sabían nada de guerra revolucionaria." Los franceses, sí. De modo que los generales argentinos (en la lucha por defender al Occidente cristiano que hegemonizaba Estados Unidos) recurren al viejo, venerable tutor francés. "La Europa nos pondrá el remo en la mano hasta que aprendamos el arte de la navegación", dice Sarmiento en *Facundo*. Y el libro (el gran libro de nuestra literatura) se inicia con una anécdota que incluye, decisiva, una frase en francés. Sarmiento huye a Chile perseguido por la "barbarie federal" y escribe "On ne tue point les idées". Frase que atribuye a Fortoul, que Paul Groussac, un petulante intolerable que dirigía la Biblioteca Nacional y era venerado por su irrefutable origen francés, dice que pertenece a Volney –injuriando a Sarmiento como un bárbaro más– y que los federales no entienden, no saben traducir, lo que revela su barbarie: no pertenecen al espíritu de lo nuevo, al republicanismo que Francia expresa y el país debe incorporar. Los generales argentinos entendieron la cuestión incurriendo en la racionalidad instrumental del terror: las ideas se matan porque los hombres son infinitamente exterminables. Ya no es necesario que la Europa nos ponga el remo en la mano, ya aprendimos el arte de la navegación. Ahora lo que hace falta es que el general Bigeard nos entregue su picana y nos inicie en el arte de la tortura, del interrogatorio. De eso que –impecablemene– los masacradores llaman "el trabajo de inteligencia". Aquí el análisis estremece. Primero: al trabajo de "información" (absolutamente central en la lucha de contrainsurgencia) se le llama "de inteligencia". Segundo: el trabajo "de inteligencia" radica en el interrogatorio al detenido. Tercero: la metodología del interrogatorio es la tortura, siempre.

La *Dialéctica del Iluminismo* es un libro que Adorno y Horkheimer escriben, exiliados en Santa Monica, Estados Unidos, entre 1940 y 1944. Demuestran que la filosofía de las luces (a través del dominio técnico de la naturaleza) conduce a la racionalidad instrumental, a la planificación de los campos de concentración. El afán por el dominio de la naturaleza se habría extendido al de los hombres y por fin a su exterminio. En 1940 era inevitable que vieran que un suceso iniciado en Francia (la "culpa" originaria se retrotrae a Descartes) se realiza en Alemania. Pero no necesariamente. También se realiza en Argelia. La "razón instrumental" iluminista lleva a la "razón instrumental" de la "inteligencia" de los paracaidistas torturadores, a Bigeard, a Aussaresses. Nosotros, ahí estamos. "El pensamiento francés penetra y envuelve toda nuestra vida republicana", escribía Juan Bautista. ¿No hay entonces una dialéctica argentina del Iluminismo? ¿No lleva del *Contrato Social*, traducido por Moreno, a la traducción de Bigeard y Aussaresses por Díaz Bessone y López Aufranc? La razón instrumental o la racionalidad técnica (por decirlo con Heidegger) no se detendrá ante nada. Heidegger nada ha escrito sobre las operaciones punitivas, sobre las operaciones de exterminio en –por ejemplo– nuestro país, pero habría dicho que era así como actuaba la técnica capitalista. Habría dicho que ése no era el Progreso. Y hasta posiblemente se hubiese interesado más por los gauchos federales como hombres unidos a la tierra que por los "racionales librecambistas". Pero Heidegger es el filósofo que dice que el hombre ha olvidado al ser y se ha consagrado a la conquista de los entes y que esta conquista la realiza la razón, la razón del capitalismo en su expresión más despiadada y mercantilista. ¿Cuál es el "progreso" que dejó el colonialismo? ¿Cuál el que dejó el "imperialismo bueno"? Cualquiera nos acusaría de ser "revisionistas históricos". No, no nos basamos en esos textos que han quedado tan atrás como los libracos liberaloides de, pongamos, Ricardo Levene o Ricardo Rojas. Adorno, Horkheimer, Heidegger y todo el pensamiento filosófico contemporáneo condenan la expansión colonialista (o, en nuestro caso, neocolonialista) por su rapiña y por haber debilitado a estos países en lugar de conducirlos al progreso. Esto es totalmente visible en nuestros días. ¿Quién podría decir en nuestros días que Inglaterra jugó un papel "progresivo" o "progresista" en la Argentina? ¿Quién que seguimos el progreso británico como parte del tren de la historia? ¿Quién es todavía incapaz de ver que los planes de las clases ilustradas de Buenos Aires nos dieron un país atrasado, perdedor, marginal, pobre? No hablemos aquí de esa vieja cuestión: si otro camino hubiera sido posible. No importa. Pero seremos claros (junto con muchos de los mejores y más honestos filósofos europeos) en decir *no hubo imperialismo "bueno"*. No lo hubo en ningún lado. Las relaciones entre las metrópolis y las neocolonias sólo beneficiaron a las metrópolis y condenaron a un atraso miserable a las neocolonias. Que algunas –hoy– estén emergiendo (como China, como India) causa pánico en el Occidente colonialista. Las otras siguen balbuceando algunas palabras de autonomía. América latina recién se arriesga a un tibio populismo agredido brutalmente por las clases altas no bien se sienten perjudicadas en algo.

Incluso es parte de ese neocolonialismo que los franceses de Argelia hayan instruido a los genocidas argentinos en tácticas de contrainsurgencia. Es otra vez la razón instrumental, son las luces de Europa. La cultura de Francia en el Plata. Si Mitre, Sarmiento (que lo conoció) y Roca han de haber tenido muy presente al general Bougeaud, sin duda Videla tomó lecciones de los paracaidistas franceses. El y López Aufranc y el resto de la gavilla.

GRÜNER ESCRIBE SOBRE EL "PRÓLOGO" DE SARTRE

Siempre es bueno admirar a alguien. Limar a fondo las envidias, las competencias, reconocer la calidad, la honestidad o el talento cuando uno lo encuentra en otro. Creo que hay –en este momento– en la Argentina algunos intelectuales de mérito que están coincidiendo en ciertas cosas. Voy al punto: siempre leo con agrado los textos de Eduardo Grüner. Salvo algunas referencias a Lacan, algo excesivas tal vez, me sería difícil decir en qué discrepo con él. Coincidimos, en cambio, en algo que nos aleja de la cultura académica, de las modas filosóficas, de la omnipresencia de la *French Theory*. Somos dos bichos raros. Quedan pocos de los nuestros. Creo que somos los últimos sartreanos. O, sin duda, ya que acaso no se pueda ser hoy "sartreano" como tampoco se pueda ser nada salvo un tipo abierto a un mundo preapocalíptico, que se resiste a ser abarcado por "una" filosofía, aunque sea una de lo "múltiple" (que ya estamos hartos de ellas) o una de lo "uno" (que viven en la modalidad del fundamentalismo bélico, norteamericano o islámico, occidental o musulmán). Sin embargo, encuentro en lo que escribe Grüner algo que a mí me pasa: una gran admiración por Sartre. Una lectura apasionada de todos sus textos. Una convicción acerca de su *actualidad*. La "ausencia" de Sartre, la "negación" de Sartre grita su "presencia". Leí por ahí que Barthes dijo: "Cuando volvamos a pensar en una moral vamos a volver a pensar en Sartre". Es hora de pensar en una moral. Grüner escribe con fluidez, con claridad, con fuertes convicciones. Tal vez se encuentre menos neuróticamente que yo consagrado a construir una obra "oceánica" casi como homenaje al maestro. Porque él lo hizo así, voy a seguirlo. Porque nunca paró de escribir, de opinar, de comprometerse, de apelar a todos los recursos necesarios para expresarse, trataré de hacer lo mismo, dentro de mis límites. Pero voy a seguirlo. Digo esto porque voy a transcribir largamente un texto de Grüner. Me hubiera gustado escribirlo. Y hasta podría haberlo hecho. Pero sucede que él *ya lo hizo*. Y lo hizo muy bien y lo comparto por completo. De modo que lo que sigue de aquí en más está escrito por Eduardo Grüner. No voy a poner comillas. Es parte de este texto. Empezará a renglón seguido y va a terminar cuando cite la fuente de donde lo tomé. Es así:

A los que –había unos cuantos, y éste es un debate de "los setenta" no terminado de saldar– no comulgábamos ideológicamente, o nos parecía directamente un disparate suicida, con la "política-guerra" de las "formaciones especiales" (por convicciones políticas basadas en la "organización de las masas" y no en las "vanguardias iluminadas", o por dejos de un eticismo filosófico que nos hacía repugnante el "atentado individual", o por lo que fuere), ya nos había preocupado, en el pasado inmediato, cierta lectura de un cierto Sartre que hacían ciertos militantes de la izquierda más o menos peronista. Era obvio –aparte de sus innumerables declaraciones o artículos de coyuntura– el caso ya citado del Prólogo a Fanon, que se nos aparecía (...) como un llamado un tanto irreflexivo a la celebración de la libertad (y más: del pasaje a un nuevo estado de humanidad del colonizado, y en esto Sartre parecía seguir casi literalmente a Fanon) mediante la violencia, incluso la "terrorista", contra el colonizador. Por supuesto: entendíamos, o creíamos entender, perfectamente, porque tratábamos de seguir las enseñanzas del maestro respecto de la puesta en situación, que Sartre hablaba de Argelia –y, por extensión, de todo el Africa colonial–. Es decir: de un territorio ocupado militarmente por una potencia expoliadora y extranjera, tal como a su manera lo había estado en su momento Francia –la propia potencia colonial que ahora era la ocupante–, y a la que había opuesto la "heroica" Resistencia en la que el propio Sartre (...) había participado. Y ése no era el menor de sus argumentos: el cinismo canalla con el que los adalides de la LibEgFrat no sólo condenaban como victimarios lo que habían glorificado como víctimas, sino que utilizaban ellos mismos el terror, la tortura, los asesinatos clandestinos (solo mucho después, incluso hoy mismo, se "desayunaron" muchos de cuánto tenían que ver esos humanitarios franceses con lo que entonces era nuestro próximo, casi inmediato, futuro). Pero además, para colmo, Sartre era también, precisamente, francés. Tenía que hablar por las víctimas de su propio país, del propio Estado del cual él era citoyen, y por lo tanto, de alguna involuntaria manera, cómplice. Eso, necesariamente, redoblaba su virulencia, su elocuencia retórica (proverbial, pero potente hasta lo sublime en el prólogo de marras), su estrategia argumentativa en el elogio, incluso el panegírico, de los resistentes argelinos. Tenía por consiguiente que demostrar, a los gritos si hacía falta, que a los "violentos" del FLN no les habían dejado otra salida. Cosa, por otra parte, no muy difícilmente demostrable, como sucede con harta frecuencia en toda guerra de liberación colonial. Pero, eso era Argelia. Sin embargo, aquellos ciertos militantes de los que hablábamos hace un momento leían allí –y no sólo apelando a chistes homofónicos facilongos– Argentina. O sea: aun leyendo a Sartre / Fanon en castellano, traducían: la Argentina también era una "colonia" ("Patria sí", etcétera), y también estaba "ocupada militarmente" (por el Ejército que de "Nacional" sólo tenía el nombre), que también había torturado y asesinado (ahí estaban Vallese, Pampillón, Jáuregui, todos ellos): para ellos, las referencias comparativas se habían literalizado por fuera de los sesudos análisis políticos, sociológicos, histórico-culturales que procuraban detectar con la mayor precisión posible la diferencia argentina y latinoamericana para pergeñar la mejor estrategia de resistencia, o incluso de "toma del poder". Y esa lectura de Sartre –lo decimos así porque estamos hablando de Sartre: era por supuesto algo mucho más vasto, de una importancia vital , y no sólo filosófica– nos preocupaba, porque de ella no podía desprenderse otra cosa que el FLN y sus tácticas. La política-guerra, y no la guerra política. (Otra viñeta de época: a fines de 1969, a la salida de otra sempiterna proyección trasnochada de *La batalla de Argelia* en el Lorraine, me encuentro con un compañero de facultad, militante del entonces FEN –sigla sugestivamente cercana a la argelina–, que portaba el infaltable Fanon prologado por Sartre bajo el brazo. Entusiasmado una vez más con el film, me espetó: "¿Viste? ¡Esto es lo que hay que hacer en la Argentina!" No hice mayor esfuerzo, por intuirlo inútil, de convencerlo de otra cosa. Pero pensé: Sonamos. ¿Esto es lo que hay que hacer? ¿En Argentina? ¿En un país que no es formalmente una colonia ocupada por una potencia extranjera, que no tiene una población de 90% de campesinado paupérrimo como Argelia, donde hay –como lo había entonces– un comparativamente alto nivel de industrialización, donde hay –como la había entonces– una clase obrera fuertemente sindicalizada, con profundísimas tradiciones de lucha organizada? ¿Qué acaba –como acababa entonces– de hacer nada menos que el Cordobazo? Esto puede ser el desastre.) Que se entienda bien: no pretendo, retroactivamente, haber acertado desde el vamos. Mucho menos haber tenido la lucidez premonitoria que tantos, ahora, se autoadjudican en su nuevo entusiasmo de arrepentidos: era, simplemente, una posición política (y lamento, en cierto modo, tener que seguir pensando que entonces fue la más correcta: la otra costó demasiado). Mucho menos pretendo culpar a los que pensaban así entonces –puede ser que tengan sus culpas, y con toda seguridad sus responsabilidades: yo, hoy, no soy quién para exigir cuentas–. (Y también había otras maneras de pensar cierto "sartre–fanonismo" –aun sin nombrar explícitamente esos autores, ni seguirlos puntualmente en sus ideas– que pudieran mantener la diferencia: sin internarnos en análisis, Rozitchner lo ensayó en, por ejemplo, *Ser Judío* o en *Moral Burguesa y Revolución*, Feinmann algo más tarde en, por ejemplo, *Filosofía y Nación*, y así) Y sin duda que esa lectura no era culpa de Sartre: hay que insistir, él, equivocado o no, hablaba de otra "situación", desde otro lugar. Se podrá decir: sí, pero él no era cualquiera; tenía la obligación de prever que su palabra podía ser, por ejemplo, abusivamente universalizada. Puede ser. Es muy cierto, nadie puede controlar los efectos de lo que escribe, pero tampoco tiene el derecho de desentenderse cuando lo que escribe produce efectos. Eso es éticamente obvio. Al mismo tiempo, no obstante, y recíprocamente, no puede endilgársele al escritor cualquier cosa que uno quiera entender por otras razones que las que están allí escritas. Porque –es lo que pienso hoy– ésa era una mala lectura (y no en el sentido más inofensivo de la "deslectura creativa" de Harold Bloom) de Sartre, incluida la del prólogo a Fanon.

Al prólogo a Fanon puede dársele, no cabe duda, un alcance "universal": pero está en el método de pensamiento, no en el tema. El "tema", como siempre en Sartre, está del lado del universal–singular. Argelia (o Africa, si se quiere extenderlo lo más posible) era allí el componente de la singularidad: servía para hacer la crítica de una falsa universalidad, la de Europa. Al "universalizar" abstractamente –puesto que trasladar Argelia a la Argentina, un país tan diferente, era hacer eso– lo que Sartre decía de Argelia, era traicionarlo sin querer (Eduardo Grüner, Prólogo inédito a *El idiota de la familia*, de Jean Paul Sartre).

FANON Y PERÓN, ¿UN SOLO CORAZÓN?

En suma, el gran error consistía en trasladar mecánicamente "Argelia" a "Argentina". Sartre había opuesto una singularidad (la del colonizado) a una universalidad (la del colonizador europeo). Y no se equivocaba: el colonialismo siempre presenta sus valores como valores universales. Lo que le entrega al colonizado son los *valores universales* de la civilización. Sartre criticaba este esquema y se ponía del lado de la singularidad, del lado del colonizado. Avanzaba más y decía que, a través de su lucha, el colonizado iba a crear su propia "universalidad", ya que el Prólogo termina diciendo: "Pero eso, como suele decirse, es otra historia. La historia del hombre. Estoy seguro de que ya se acerca el momento en que nos uniremos a quienes la están haciendo". O más todavía: que el colonizado –al luchar contra la falsa universalización del colonizador– no sólo crea su propia autonomía, su propia "universalidad", sino que lucha por una nueva historia, la historia del hombre, y convoca a sus compatriotas franceses a unirse a ella. La historia, entonces, se escribe en la periferia, se escribe en las luchas de liberación de los pueblos coloniales. Esta "universalidad" –agregamos nosotros– debe tener la "particularidad" de no someter a ninguna otra "particularidad". Se trataría de crear una nueva forma de la historia en que unas naciones no colonicen a otras. De la liberación de la marginalidad surgiría una historia libre, una historia del hombre. Como vemos, no era demasiado demencial tomar muchos elementos de Sartre/Fanon para el esquema de "lucha antiimperialista" que se proponía en la Argentina y en América latina. Pero Argelia no era Argentina. No era una colonia. Era una neocolonia. Y todo traspaso mecánico de una situación histórica a otra corre serios riesgos. Grüner los señala: 1) Argentina no era una colonia ocupada por una potencia extranjera; 2) No tenía una población del 90% de campesinado en estado de extrema pobreza como Argelia; 3) Argentina tenía entonces un alto nivel de industrialización comparado con la nulidad que exhibía Argelia en ese nivel; 4) Argentina tenía una clase obrera fuertemente sindicalizada, con profundísimas tradiciones de lucha organizada; 5) En Argentina acababa de hacerse el Cordobazo. Una lucha autónoma de la clase obrera ligada a la industria de automóviles, con conciencia de clase, con movilización popular, con sindicatos y líderes combativos.

Esa lucha de la clase obrera cordobesa entroncaba con el peronismo pero no exactamente con su larga tradición. Lo que no advirtió el "entrismo" de la izquierda peronista es que el pueblo que esperaba y amaba a Perón vivía recordando los años de "la patria de la felicidad". No era un pueblo combativo. La lucha nunca iba a ser la de un pueblo armado más una guerrilla acompañándolo. Perón no había formado a su pueblo para eso. Lo había formado para ser un pueblo protegido por el estado de bienestar. Y así demostró ser. Los argelinos sufrían una doble humillación distinta de la del pueblo peronista. Una humillación nacional, clasista y racista. Tenían al ejército francés en su territorio. De aquí que incurrieran tanto en el terrorismo (que es la *violencia indiscriminada*). Si ponían una bomba en un bar de franceses sabían que *ahí no había inocentes, porque eran todos franceses*. Y ellos eran enemigos de *todos* los franceses. El guerrillero argelino podía decir: "*todo francés es mi enemigo*". El guerrillero argentino jamás habría podido decir: "*todo argentino es mi enemigo*".

Reflexionamos sobre estas cuestiones y sobre Sartre y sobre Fanon porque fueron esenciales lecturas de la militancia revolucionaria de la época. Y esa época fue una de las caras más fascinantes del peronismo. Si Favio, en un film de seis horas, le dedica diez minutos, allá él. Hay una concepción ideológica detrás de eso y ya veremos cuál es. Pero Fanon estaba en manos de todos. Y las palabras "sublimes" de Sartre se leían con devoción. Era difícil, para muchos, leer "el arma de un combatiente es su humanidad" y no exaltarse. Y los textos más terribles, más exasperados y guerreros se leían entre estremecimientos, parecían clarinadas: "Porque, en los primeros momentos de la rebelión, hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el superviviente, por primera vez, siente un suelo *nacional* bajo la planta de los pies" (la cursiva es de Sartre). Esto se discutía ardientemente. Tendremos que seguir analizándolo. Por ahora respondamos a la pregunta de este capítulo. Aunque, *formalmente*, Argelia y Argentina o Argelia y América latina, mostraran coincidencias, la equiparación (que tenía como corolario la elección de la lucha armada como método: he aquí la gravedad de la cosa) era peligrosa. En suma, ¿Fanon y Perón un solo corazón? No. Y hasta por *otro* motivo que aún no hemos mencionado. Fanon y Perón no tenían nada, *pero nada* en común. También esto importa. Y mucho.

Continuaremos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

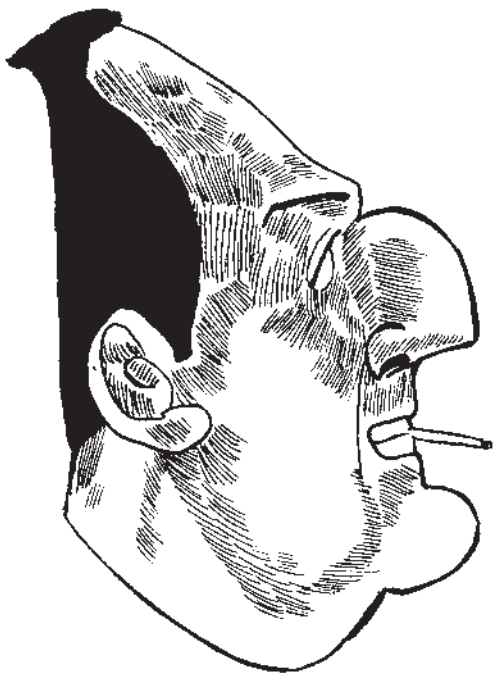
Hacia el primer regreso de Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

58 Hacia el primer regreso de Perón



Suplemento especial de
Página|12

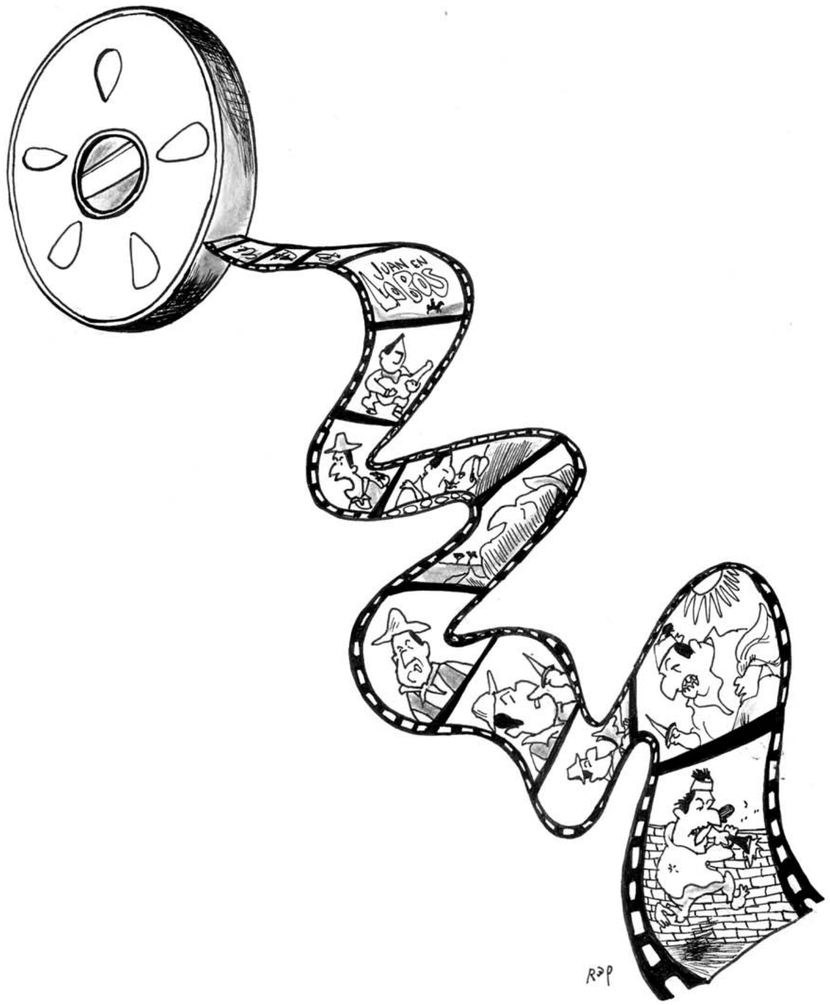
EL JUEGO DE MASCARAS

Hemos dicho que Fanon y Perón no tenían similitudes, no había casi nada que los ligara. Para la militancia de los '70 era indudable que sí: Perón era un líder del Tercer Mundo. Perón, además, se había puesto esa máscara. Una de las posibles lecturas de la relación entre Perón y la Jotapé es la de un juego en un baile de máscaras. Yo me pongo la máscara que vos querés de mí. Sabemos que usted, general, nos quiere peronistas: aquí estamos, cantamos la marcha, vengamos a Valle, matamos a Aramburu, hablamos todo el tiempo del pueblo peronista y decimos vivas por usted y juramos morir por usted, como corresponde a buenos peronistas. Ya que así está establecido: no hay nada más peronista que prometer dar la vida por usted, el conductor estratégico. Usamos su lenguaje: táctica, estrategia, cuadros auxiliares de conducción, cuadros medios, bastón de mariscal en la mochila de cada combatiente. Leemos a Clausewitz. Somos –ahora crecidos y militantes– los niños privilegiados de su patria de la felicidad. Somos los autores de esa formidable pintada: "General, sus privilegiados de ayer somos sus combatientes de hoy". Somos esos pibes de los que usted dijo: "La primera elección la ganamos con los hombres, la segunda con las mujeres, cuando voten los pibes ¡pobre de ellos!" Amamos al pueblo, vamos a las villas, pintamos las casas de chapa, alfabetizamos, organizamos a los que no tienen cómo hacerlo porque no tienen trabajo, compañeros. Militamos en los barrios, nos peleamos con nuestros viejos, con frecuencia les ganamos y los hacemos peronistas (a ellos, que siempre nos hablaron pestes de usted y nos convirtieron, muy a su pesar, por pura torpeza nomás, al culto maldito de adorarlo, de quererlo aquí, en la patria, para que les arruine la fiesta a todos), polemizamos con la izquierda gorila, les robamos las bases a los comunistas, a esos bolches de la *Fede* que ven, desesperados, que se les rajan todos los militantes y se vienen con nosotros, porque, su imbatible glamour de maldito, se nos pega, nos adorna, nos vuelve fascinantes.

Yo, muchachos, sé que ustedes me necesitan combativo y tercermundista. Yo los necesito y no los voy a perder. Porque los sindicalistas tienen demasiados intereses y son parte de cualquier gobierno. Son burócratas, traidores. Ustedes están llenos de ideales. Quieren usarme, claro. Los comprendo. Yo también a ustedes. ¿Cómo me quieren? Lo sé: duro y combativo. Bien, entonces digo que con el Che se fue el mejor de los nuestros y les entrego las consignas de una "nueva etapa" que elaboré para ustedes. Tengo que darles manija y sé cómo hacerlo. A ver, qué les parece: Actualización Doctrinaria, Trasvasamiento Generacional y Socialismo Nacional. Somos un Movimiento de Liberación Nacional del Tercer Mundo. Estamos contra los dos imperialismos: el yanki y el ruso. Estamos por la liberación nacional de la patria. Ustedes agreguen, también, "social". Ustedes se ponen esa máscara para mí. Yo me pongo esta para ustedes. Todo va a ir bien. Sospecho que en algún momento nos vamos a tener que sacar las máscaras. Ahí quizás ustedes revelen lo que son: unos marxistas hijos de puta que quieren usarme para implantar en la patria algo que nada tiene que ver con el peronismo. Ahí me saco yo la máscara. Se van a sorprender, muchachos. Yo de gil no tengo nada. Sé que piensan que estoy viejo. Que me voy a morir antes de poder sacarme la máscara que me puse para ustedes y que, entonces, me van a heredar. Son riesgos que hay que correr. Se lo digo a los míos. Sin los muchachos no volvemos. Hay que darles lo que necesitan. ¿Necesitan esta máscara? La van a tener. ¿Y si te morís con esa máscara puesta? Suele preguntarme Isabelita, que, lo sé bien, sólo sabe decir lo que López le ha dicho antes. Entonces me río: ahí se van a tener que joder ustedes y los milicos. No puedo cambiar de máscara antes de estar en suelo argentino. Y los que me van a devolver a la patria son los muchachos. A joderse y a correr el riesgo. Y para redondearlo les digo esa frase que tanto me gusta: "No hay que cambiar de caballo en medio del río".

¿QUE ES EL "PUEBLO PERONISTA"?

Fanon era un militante de la causa tercermundista y un gran teórico. Pero está la cuestión de la violencia. *Siempre aparece en estos análisis la cuestión de la violencia*. Y hay que remitir este tema al *pueblo peronista*. Todo lo que se hacía fundaba su legitimidad en esa esencia. Toda la militancia actuaba en nombre del pueblo peronista o por el pueblo peronista. Toda la lucha era una lucha de liberación por la clase obrera cuya identidad política era el peronismo. Se dibujó entonces un perfil del *pueblo peronista* que respondiera a los ánimos revolucionarios de la época. Se decía que el pueblo peronista era combativo porque ahí estaba, a la mano, el ejemplo de la *Resistencia*. También luego se daba un salto al Cordobazo. Esa era la prueba: el pueblo de la lucha del Frigorífico Lisandro de la Torre, el pueblo del Cordobazo. Y se pueden añadir otros momentos de exaltación revolucionaria. O que abonaban esa hipótesis: que el pueblo de Perón era revolucionario. Bien, hemos llegado, no casualmente, a una frase importante: *el pueblo de Perón*. El que diga que el pueblo peronista no era *el pueblo de Perón* no entiende nada, no vivió la época, no conoció a los obreros peronistas o a los trabajadores peronistas rurales. *Eran peronistas de Perón*. Voy a decir algo terrible para algunos. Pero aquí hay que jugarse a fondo en busca de la verdad. Que nunca va a ser una. Pero al menos que nadie se ahorre –a esta altura de los tiempos– el trabajo de buscarla hasta donde ya esté seguro de su ausencia. *El pueblo peronista está más cerca de la interpretación que de él dieron artistas como Daniel Santoro o Leonardo Favio que de la creada por la izquierda peronista, la Tendencia, la Jotapé de las Regionales o, directamente, los Montoneros*. A mí Favio nunca me cayó bien. Y si asegura dar por fin su definitiva versión del "palco de Ezeiza" sería deseable (por esa lucha necesaria en favor de cierta posible *verdad histórica*) que lo haga cuanto antes. Pero Favio –en los '70– era un personaje que me era difícil entender. No me importaba mucho porque era un "famoso". O era un "actor". O un "cantante". O un "director de cine". A mí me agradaba –a mediados de los '60– escucharlo cantar *Fuiste mía un verano*. O una que refería a los pantalones cortos y esa rueda que llevábamos con un alambre y la hacíamos girar hasta hartarnos. ¡No teníamos juegos nosotros! Otra que videogames. La figurita, los barriletes, los autitos con plastilina. La joda loca. Bué, algo de esto decía la canción de Favio. Para mí, era un huevón más del "mundo del espectáculo". (Ahora el "mundo del espectáculo" reina y los huevones somos nosotros. La "revolución" fue a parar a manos de Tinelli. Perdón por la franqueza.) Nunca me creí que fuera un genio o un gran director. (En fin, ya escribí sobre esto: ver *Retrato del artista primitivo* en *Escritos imprudentes II*.) Cierto día, ya cerca del '73, lo veo aparecer en un programa de TV junto a Palito Ortega, que de peronista nada, nada. Palito era Palito y punto. Hubo un huevón del "espectáculo" que buscó acercarse al calor peronista de los tiempos y *no fue Palito*, sino Donald. No Donald el Pato. Sino un cantante que se llamaba Donald. No era un nombre para la época. Y el joven no había leído el libro de Ariel Dorfman y su amigo francés, eso se notaba. También había un miembro de *El Club del Clan* que llevaba por nombre Johnny Tedesco. Fue aniquilado por Palito y sobre todo por el gran artista de gran talento que dio ese grupo: Chico Novarro. (Salud Chico: gloria eterna a tus obras maestras *Algo contigo* y *Cuenta conmigo* y muchas otras, ¡hasta *El orangután* es inmortal!) Pero cierto día llegó la guerra de Malvinas y Johnny, el Tedesco, vio la posibilidad de retornar a primer plano. ¿Luchábamos contra los ingleses? Bravo: él le daría a la patria un ejemplo de entrega, de fervor. Sacó (o aceptaron sacarle) en los diarios un sueltito que decía: "A partir de ahora el cantante Johnny Tedesco comunica a sus compatriotas que ha decidido llamarse *Juan Tedesco*". La Thatcher casi frena a los gurkas. Regreso a Donald. Era célebre por una canción bastante pelotuda que, por consiguiente, todo el mundo cantaba: "Las olas y el viento y el frío del mar". Pero, entre frase y frase, había que decir: "¡Sucundum, sucundum!" La gilada de la época –si uno no hacía alguna piolada que le proponían– te decía: "A vos te falta *sucundum*, flaco". En las historietas de Isidoro Cañones era posible verlo al insoportable garca de Dante Quinterno bailando la tonadita de Donald y diciendo "Sucundum, sucundum". Donald, sin embargo, acepta incorporarse a los nuevos tiempos peronistas y se une a Hugo del Carril. El gran Hugo, que terminó bien pobre, andaría detrás de algunos mangos y acepta grabar con el opa nuevaolero (que hasta flequillo gastaba) un tema que se llama: *Compañeros*. Y –muy inspiradamente– dice: "Compañeros, compañeros, compañeros, siempre fuimos compañeros, compañeros, compañeros". Girri, Perlongher, Pizarnik y Gelman abandonan la poesía. (No quiero lastimar a quien no lo merezca: de *El Club del Clan* salió también Raúl Lavié, un notable cantante de tangos.) Vuelvo a Palito. No, a Favio. De ahí venía. Cierta vez lo veo en un programa de TV. Sería (¿cuál podría ser?) el de Mirtha Legrand. (¡Sólo lo verdaderamente grande perdura en este país!) O el de "La Chona". Que era la actriz Haydée Padilla. Hacía *Almorzando con la Chona* y su touch de originalidad residía en cerrar cada bloque diciendo "un provechito y volvemos". ¿Qué tiempos ingenuos, no? Hoy habría que hacer *Almorzando con la Negra Vernacci*. La Negra diría: "Voy a vomitar toda la mierda que me tuve que comer en este primer bloque y vuelvo". Así, con ese talento que –si de mujeres hablamos– uno sólo encuentra en una Griselda Gambaro o esa gracia, esa exquisitez que entrega Naomi Watts en cada película que hace. Bien, supongamos que era el programa de Mirtha. Ahí los veo a Palito y Favio. Se los presentaba un poco como antagonistas. Favio era muy peroncho y Palito, qué sé yo, otra cosa. Pero Favio –ante mi genuina estupefacción, dejándome aturdido y hasta algo turulato– se larga a hablar en un idioma que yo desconocía o creía ya parte del pasado. Dice: "Por favor, Palito y yo no tenemos diferencias. Somos gente de paz. ¿A quién hacemos mal tocando, él y yo, la guitarra changa, changa, changa, changa?" *Changa changa* era el sonido de la guitarra. Favio decía *changa changa* y se rascaba, más menos, la panza como si tocara ese instrumento. Y siguió: "Yo soy peronista y él no, pero los dos somos argentinos. Y el general Perón viene para unir a los argentinos. Para que el pueblo vuelva a ser feliz. Para que tenga trabajo, comida, educación. El general vuelve para la felicidad de la patria. El general vuelve para que los argentinos nos demos un gran abrazo de amor. Eso es lo que quiere el pueblo. Y el general lo sabe". Bien, aquí quería llegar: *Favio tenía más razón que nosotros*. A mí, en ese momento, su discurso me pareció pura melaza fascistoide. Negaba la lucha de clases. Ni hablaba de la lucha del pueblo por la toma del poder. *Ni hablaba del poder*. Sólo hablaba de la felicidad, de la unión de los argentinos y de todo lo que recuperaría el pueblo de Perón con el retorno de su líder. Eso eran –para Leonardo Favio– "las casas peronistas". Eran lugares de gente de trabajo y de paz. Eran esos lugares en que –como diría impecablemente Lorenzo Miguel– los peronistas, definiendo qué era serlo, comían tallarines los domingos con la vieja. Casas de gente que no pasaba apuros. Que tenía una vivienda digna (la casa de la vieja o la casa de la familia o la nueva casa del hijo o la hija que se casan y traen al mundo un nuevo gronchito peronista, como genuinos gronchitos eran Palito y Favio, algo que nadie puede negar: lo eran, no eran blanquitos del Nacional Buenos Aires, ni judíos marxistas) un trabajo digno, unas vacaciones dignas y un líder al que amaba. *Esas casas no eran "fortines montoneros"*. Una consigna como "Sánchez, Salustro, al pueblo le da gusto" habría irritado a Favio. ¿Cómo al pueblo le iba a gustar la violencia, la muerte de un trabajador (aunque fuera jerárquico) y de un militar (que Perón lo era)? En esas *casas peronistas* de Favio –que eran, insisto, casas de gente de trabajo y de paz y no fortines de guerra– es donde hay que ubicar la otra gran frase de este tipo de peronismo. La que –como ya dijimos– dijo Lorenzo Miguel: "Ser peronista es comer tallarines los domingos con la vieja". Favio jamás se acercó a la Jotapé. Siempre tuvo claro su peronismo. Creo que sabía más de Perón que todos nosotros juntos. Sólo eso: *lo conocía*. Después veremos dónde lo ubicó su interpretación. Porque, aunque basada en un conocimiento primario de las bases y de Perón, no era al cabo más que otra –o la primitiva, la más elemental, silvestre– interpretación de un movimiento que había cambiado como todo cambia con los tiempos. Desde este punto de vista, es correcto que Firmenich reivindique a la Tendencia como legítima hija de Perón. "Le guste o no, somos sus hijos", dijo varias veces. Pero no sólo de Perón eran hijos. No sólo de él herederos. Eran herederos de Perón y de Ernesto Guevara. Quiero decir: no exactamente Firmenich, que era "catolicuchi", sino la enorme masa de los militantes de izquierda que vieron en el peronismo el más que posible giro a la izquierda de un movimiento nacional y popular que llevaba ya –contando desde el '45– 25 años de existencia. Si 25 años atrás se había podido tanto, ahora había que avanzar al calor de los nuevos tiempos. Al calor del Che, de Fanon, de Vietnam, de Ho Chi Minh, de Giap, de Cooke, etc. Era correcto. Pero había algo que no pertenecía a la temporalidad en que la izquierda peronista se incluía. Y atención, esto es complejo. Alguna vez escuché que el Comandante Guevara había fracasado porque no había leído a Althusser. En fin, una exageración. Pero nosotros debimos pensar en Althusser. Al menos quienes lo habíamos leído. Igual era poco lo que habríamos podido conseguir. ¿Qué nos ofrecía Althusser? Algo importante: no hay una temporalidad lineal. No hay una historia lineal. Este fue uno de los grandes errores de la militancia en los '60 y los '70. La Historia no cambia *toda* al mismo tiempo. Hay temporalidades diferenciadas. Eso que está en las *Tesis de Filosofía de la Historia* de Walter Benjamin. Althusser habla de la diferente temporalidad de las esferas de una estructura. Michel Foucault –en un trabajo genial sobre Nietzsche y la genealogía y la historia– destruye la interpretación, propia del marxismo, sobre una historia lineal, que progresa linealmente. Gran parte de su trabajo está dedicado a esto. Sartre –pese a que la *Crítica de la razón dialéctica* es la negación de la tesis de la *linealidad necesaria*– cae en ella en el Prólogo a Fanon y fue *ese* texto el que seguimos. Por decirlo concretamente: la clase trabajadora peronista pertenecía a otra temporalidad ideológica que las clases medias nacionalizadas, socialistas. Si hacemos eso que Althusser llamaba *corte sincrónico,* podríamos decir que la radicalización de los sectores medios (y su expresión armada) se insertaba en una distinta línea temporal que la de la clase trabajadora peronista. Creo que esta clase no fue más allá –en muchas cuestiones organizativas, modalidades de lucha y, sobre todo, en la aceptación de la violencia– de la huelga del Lisandro de la Torre. El Cordobazo fue muy escasamente obra de la clase trabajadora peronista y sí de los sectores del sindicalismo de clase cordobés más la militancia de los estudiantes. Ni Tosco ni Salamanca eran peronistas. Rucci ("argentino y peronista") obscenamente insultaba a Tosco con los insultos del más crudo macartismo: "Zurdo, comunista, marxista, trosco". A Rucci elige Perón. Rucci estaba en la misma esfera temporal de la clase trabajadora peronista. Fueron muchos de estos trabajadores los que gritaron a los Montoneros que abandonaban la Plaza el 1º de mayo del '74: "¡Vayansé, zurdos de mierda!" En suma, *no todo cambia al mismo tiempo. La radicalización política de los sectores medios no se correspondió con una radicalización de la clase obrera peronista*. Cuando la clase obrera se radicalizó Perón había muerto, gobernaban Isabel, López Rega y la Triple A. Fue la clase obrera de Villa Constitución. Esa clase obrera fue aplastada por los metalúrgicos de Lorenzo Miguel y todo el aparato criminal del Estado terrorista de Isabel Perón. Era la nueva clase obrera que surgía después de la muerte de Perón. No pensaba en la comunidad organizada, pensaba, combativamente, en defender su autonomía (sin unirse a ningún otro sector social en ningún otro frente "nacional antiimperialista"). Ahí, lo vieron todos, *estaba el peligro verdadero*. Estudiaremos (ocurrió en marzo de 1975) esa historia cuidadosamente porque, en lo conceptual, su importancia es decisiva. Es cierto que la quiere copar el ERP. Pero es una huelga. Una huelga –lo hemos dicho sobradas veces– no es una operación miliciana, no requiere grupos armados *minoritarios*. Requiere bases, organización y dirigentes honestos y combativos. Algunos dirán que se pueden complementar. Que la guerrilla puede "ayudar" a la huelga. Falso de toda falsedad. ¿En qué puede ayudar la guerrilla a un obrero que subvierte el sistema no acudiendo al trabajo? ¿Hay acaso una herramienta más subversiva que suspender la producción? Los fierreros no lo van a entender nunca. En un curso que dicté en 2007 aparecieron algunos diciendo que si la guerrilla ponía algunos caños podía colaborar con los huelguistas. Sí, sólo a que se declare ilegal la huelga por apelar a la violencia. Que se llame al Ejército ante un estado de guerra. ¿Cuándo van a entender algunos otarios algo de filosofía política? Piensan con los fierros en la cabeza. Villa Constitución es una huelga de la clase obrera no peronista, revolucionaria. La primera huelga con Perón muerto. No necesita más que eso. *Se perjudica más al capitalismo paralizando la producción que cometiendo la cruelmente inútil imbecilidad de matar policías*. Y si esto no se entiende no se entiende nada.



EL REGRESO DE LA PATRIA DEL "PULQUI"

Volvemos al punto en que estábamos. Dijimos: *La radicalización política de los sectores medios no se correspondió con una radicalización de la clase obrera peronista.* En ese curso agitado y numeroso que –como dije– dicté en 2007 sobre *Qué es el peronismo* todos los que rompían (ya imaginan qué) levantando la mano a cada rato para dar su imprescindible opinión sobre cualquier cosa, lo hacían bajo el pretexto, al parecer inapelable, de: "Yo estaba ahí". A uno le dije: "¿Y dónde creés que estaba yo? ¿En el living de mi casa?" Significa que hay *hechos históricos sustanciales* en la historia trágica de estos años en los que todos, los que estamos vivos todavía, estuvimos. Entonces, ¿no escucharon a los obreros peronistas gritarles a los Montoneros "zurdos de mierda, troscos, infiltrados", etc.? Por supuesto. Esto es así. Tan cierto como que la plaza no quedó vacía. Ni siquiera la mitad se fue. Se fue un tercio, que no es poco. Pero no es lo que se pretende. O sea "Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va" las pelotas. Al pueblo lo tenía Perón. Y el pueblo quería, como siempre, *carnaval y no "asamblea popular"*. ¿O no habíamos escuchado a Hugo del Carril cantar la *versión peronista* del Día del Trabajo? *Jornada de protesta, no*. Ni mártires de Chicago ni ninguna de esas cosas siempre lloronas y macabras de los "zurdos". Fiesta del peronismo. Fiesta de los trabajadores. Festejo por tener trabajo, casa, aguinaldo, vacaciones, festejo por haber llegado al 53% de participación en el producto bruto, cosa que se veía en la invasión proletaria a Gath y Chaves, en los veraneos, en las comidas de los domingos, en la alegría del fútbol, en los carnavales. Hugo del Carril lo decía claro: "Esta es la fiesta del trabajo/ unidos por el amor de Dios". La clase trabajadora peronista había permanecido peronista. Era lo que decía Favio. *Es lo que Daniel Santoro pinta*. Santoro tiene rasgos de crueldad en esas imágenes de Evita comiéndose las tripas del Che. No las entiendo. En verdad, entiendo poco. Acepto más de lo que entiendo. Es un gran artista y el film sobre el "Pulqui" es conmovedor. Y sí: ahí está. *El regreso de la patria del "Pulqui", eso quiere el verdadero peronista*. (El "Pulqui" era el avión del primer peronismo.) Con dolor, con rabia, frustrados, como se quiera (total: si a algo hemos tenido que acostumbrarnos es a aceptar los desengaños y las derrotas, pero al menos contemos honestamente nuestra historia), tendremos que admitir que Favio y Santoro tenían y tienen razón: ése, el de ellos, era el pueblo peronista. Por el contrario, la *temporalidad* revolucionaria, que incluía *inevitablemente* la violencia, cabalga en la temporalidad insurreccional de la Revolución Cubana, del cookismo, de la guerrilla vietnamita. El Ejército seguía en la misma esfera temporal gorila del '55: Lanusse. La Marina (como para dejar todo bien claro) revive, en Trelew, el terrorismo de Estado de la matanza de José León Suárez. El único que ha cambiado –¡oh, sorpresas de la historia!– es Aramburu. Pero sólo en busca de una solución pactada que pueda abrir la salida conciliadora. Nada de esto lo quiere ver la Jotapé. Se toman dos deserciones (¡solo dos!) como las de Licastro y Fernández Valoni a modo de signo de una desbandada en el seno del Ejército. Los curas del Tercer Mundo obliteran una adecuada visión de la eternamente reaccionaria Iglesia Católica. La clase media estaba harta de los años de prohibición del peronismo y quería el retorno del líder ausente. O sea, la clase media sí, en efecto, estaba de parte del regreso de Perón. Admiraba a los guerrilleros. Les decía "los muchachos". Grupos líderes como "el clan Stivel" estaban con Perón. ¡La clase media estaba contra la oligarquía, contra la Sociedad Rural, contra *La Prensa*, contra *La Nación*, contra los militares y a favor de la Juventud Peronista! (*Nota*: Notable, en verdad. Escribo esto en las Navidades de 2008 y sucede todo lo contrario. Faltan los militares. No hay tanques, *pero hay tractores*. Y un señor –que es un poco frontal, un poco rústico digamos– declaró: "No bien volvamos a las rutas no salimos más". Bué, no voy a perder el tiempo en esto. Pero es interesante ver cómo en el esquema golpista de hoy los agraristas –con sus herramientas de trabajo– podrían reemplazar al antiguo poder militar. Ya que han declarado también que –debido a sus tareas– tienen necesidad de andar siempre armados. En suma, tractores –que algo de tanques tienen– y armas. Más una clase media llevada a la militancia combativa por un periodismo que –como dijera Nicolás Casullo– es "el verdadero partido de la derecha", todo eso sumado ofrece un interesante modelo de "Golpe siglo XXI". Acaso este país se encuentre más cerca de un choque violento de lo que nos animamos a creer. Ojalá me equivoque. Pero no veo demasiada lucidez ni responsabilidad democrática en los cerebros a-neuronales de los dos carnavalescos dirigentes de la FAA. Ni en el glorioso vicepresidente de las traiciones patrióticas. Ni en ninguno de los periodistas cuyo odio les impide pensar.

El esquema que manejan es simple. ¿Cómo permitir que siga adelante un gobierno conducido por una pareja desde la "intimidad de su alcoba"? Esto me preguntó un periodista que viene del alfonsinismo. Un mediocre que me prometió un reportaje sobre mi libro de filosofía –el que acaba de salir– y terminó, desde luego, preguntándome esa bobería patológica. Le dije: "¿Por qué desde 'la intimidad de su alcoba'? ¿Qué erótico suena eso, no? ¿No lo pueden haber decidido en el comedor o en la cocina?" Escuché, a través del teléfono (era telefónico el reportaje), las risas de las asistentes del "periodista libre" que hacía las preguntas de sus patrones. Me pareció sugestiva la connotación sexual de ubicar la "decisión" en "la intimidad de la alcoba". Recordé el texto célebre en que Cané se entrega a la paranoia de proteger a las vírgenes de su clase, inocentes todas, ante el ataque de la chusma ultramarina. Y bueno, es así.)

Sigamos con lo nuestro: sólo los sectores medios y el estudiantado se han unido al peronismo. Todo el resto del establishment sigue donde estaba. Pero –y he aquí lo esencial– las clases medias y el estudiantado sueñan con un proceso político perfectamente diferenciado al de la clase obrera peronista. Sucede que los obreros peronistas no se manifiestan. Esperan a Perón y siguen en sus casas, van a sus trabajos o se reúnen en sus sindicatos. Y los sindicatos exhiben una notable cautela. Insistamos: los sindicatos no arriesgan. ¿Por qué esa cautela? Lógico: no querían arriesgar lo que tenían por una posibilidad como cualquier otra, eso era para ellos el regreso de Perón. Sólo la CGT de Ongaro y los sindicatos de la izquierda cordobesa peleaban contra el régimen. Los otros llevaban años negociando y seguirían así. Ellos podían vivir con Perón o sin Perón. De aquí la bronca que despierta ese paraguas que agarra Rucci para cubrir a Perón. *Lo pone a Perón bajo el paraguas de un movimiento obrero que muy poco había hecho por su retorno*. Se jugó más el anciano cura Hernán Benítez por el regreso de Perón y por recomendarle que no renegara de la guerrilla que los mandamás de los sindicatos. Quienes –una vez de regreso Perón– se arrojan a la lucha contra la militancia juvenil. Con el apoyo franco del líder, que es lo que los autoriza y también los desboca.

"UNA ACCION DESEADA POR TODOS LOS PERONISTAS"

Pero hay una inmensa pequeña burguesía que vive una temporalidad propia. Una temporalidad revolucionaria. A esa pequeña burguesía, que es activa, que es lo que Perón necesita en esta etapa de enfrentamiento al régimen, hay que darle manija. Hay que darle elementos que la entusiasmen. *Hay que darle el Perón que necesita*. En resumen, la situación es la siguiente: lo que se establece entre Perón y los sectores militantes y combatientes de la Argentina es un juego al que podríamos llamar: "Te digo lo que necesitás que te diga". Buscar inteligir esto a través del dualismo verdad/mentira es absurdo. Estamos hablando de un período de intensa creatividad política. Muy torpemente, un periodista del alfonsinismo (durante los '80) sacó una nota llamada *El malentendido*. Era Pablo Giussani. Todos los radicales de esos años la jugaban de grandes piolas que no se habían tragado las mentiras de Perón. ¿Por qué? Porque ya sus papis les habían advertido que era nazi y malo. En cambio, los jóvenes de la izquierda peronista habían perpetrado un *malentendido*. Creer que Perón era un revolucionario. Mario Wainfeld, en *Unidos*, supo decirlo bien: "Lo que querían decir era que todos habíamos sido unos boludos". Hay gente que todavía piensa así. Llevando esto al terreno de los desaparecidos queda claro que habían muerto "por boludos". Así lo decían. Bien, el "enfoque mongui" ya está planteado. Vayamos en busca de algo más serio. Dejamos de lado, como dijimos, el dualismo verdad/mentira. El juego era "Te digo lo que necesitás que te diga". De parte de la militancia juvenil revolucionaria había otra expresión paralela a ésta: "Decime lo que necesito que me digas; si no, no puedo jugarme la vida por vos. Y si esperás venir sólo por la lucha de los burócratas de los sindicatos estás liquidado". Es posible que los militantes de la UES creyeran ciegamente que Perón era un revolucionario socialista. Pero los que estaban en la elaboración de las estrategias o el trazado de las líneas ideológicas *no se planteaban esto*. Perón era un pragmático y habría de ser lo que fuera necesario ser para ganar la batalla. Era entonces necesidad de la militancia llevar las cosas a un estado en que Perón no tuviera más remedio que dar cobertura a una situación revolucionaria si quería volver. *Esa situación revolucionaria era la que se estaba creando*. Perón, a su vez, advertía que su arma más poderosa era la caudalosa militancia juvenil (hecho único en nuestra historia: *nunca se vio un movimiento social y estudiantil tan numeroso, tan desbordante, de jóvenes militando detrás de una misma causa*) y las llamadas *formaciones especiales*, temor obsesivo de los sectores "de orden", algo que debían detener para que el país pudiera funcionar o corrían el riesgo de que ningún empresario extranjero se instalara en la Argentina, además de la inseguridad de las clases altas y la policía y hasta los cuadros del Ejército, blancos frecuentes de esas *formaciones*. Perón lo sabía: *Si vuelvo, vuelvo montado en esta ola*. La militancia de la izquierda peronista lo sabía: *O lo traemos nosotros o no lo trae nadie*. Creía también: si lo traemos nosotros le vamos a imponer nuestra política. Aquí había una sobrevaloración de la propia lucha y una subvaloración del poder del propio líder, por anciano que estuviese.

Perón hizo su trabajo impecablemente. En agosto de 1972, desde Madrid, envía un *Mensaje a la juventud*. Dice: "Yo no sé si es la insensatez o la ignorancia lo que enceguece a los que usurparon el poder para no comprender a una juventud que no quiere ser un simple número en los cálculos comerciales de los monopolios extranjeros. *Y es una pena que sea necesario que una parte de ella comience a decirlo a tiros, pero también es un aviso serio* (...); Esa juventud que ha aprendido a morir por sus ideales es lo único que puede salvar al país en su futuro preñado de acechanzas y peligros (...). Hagan llegar mi recuerdo y mi homenaje a todos los compañeros que han caído, como a los que han sufrido vejámenes y torturas físicas y morales en manos de la canalla entronizada" (Perón, *Mensaje a la juventud*, en *Envido* Nº 7, p. 74). Ya en febrero de 1971 había enviado su primera carta a Montoneros. Les decía que en nada habían interferido sus planes. Esta había sido una versión del "partido militar": que los Montoneros, al matar a Aramburu, habían interferido importantes planes de Perón. Se dejaba traslucir que Perón andaba en algo con Aramburu, versión que, muerto Aramburu, Perón desmiente sin ningún costo: "Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos *porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas*". La frase es importante: *Una acción deseada por todos los peronistas*. Este *deseo peronista de la muerte de Aramburu* es lo que fortalecerá siempre la tesis del montonerismo de los comienzos acerca de visualizar esa acción como parte de la "justicia popular". Ese *deseo* y la situación de profunda ilegalidad institucional que ya hemos exhaustivamente analizado. Lo verdadero es que la frase de Perón revela el acierto de Montoneros en la elección de "la muerte" que necesitaban para aparecer ante el pueblo peronista como los que venían a cumplir con *"una acción deseada por todos los peronistas"*. Esta frase de Perón era, para ellos, un respaldo poderoso. Más adelante, Perón les entrega unos consejos a propósito de las Fuerzas Armadas. ¿Eran atinados? Veamos: 1) "La mayoría de los suboficiales son nuestros". 2) 20% de la oficialidad es favorable al campo popular, 20% no. El resto es indiferente. 3) El 60% restante es también indiferente. Es "legalista", pero su legalidad radica en "servir al que gana". Si vamos ganando "podremos contar con ellos". Pareciera ser demasiado optimista este encuadre de Perón sobre la situación de las FF.AA. ¡Qué lejos estaban todos de imaginar al *monstruo* que en esas entrañas se estaba gestando!

ACTUALIZACION DOCTRINARIA/ TRASVASAMIENTO GENERACIONAL/ SOCIALISMO NACIONAL

Pero la verdadera "manija" que Perón les dará a sus muchachos revolucionarios será una operación cuidadosamente planeada y realizada. Es la que lleva a cabo el Grupo Cine Liberación en Madrid entre junio y octubre de 1971. Es el film de Octavio Getino y Fernando "Pino" Solanas. El proyecto –según se decía entre los militantes– era "ir a sacarle frases duras al Viejo". Veremos qué dijo el Viejo. Qué delicado, inteligente trabajo de "organización" del trabajo hicieron Solanas y Getino, sobre todo por medio del titulaje de los temas. También algunos militantes –que no estaban en contra sino que decían esto casi admirativamente– ponderaban ese titulaje porque a veces decía o "lo que el Viejo no había dicho" o "le daba una orientación de izquierda a lo que el Viejo decía". Como fuere, el Viejo se despachó con todo. El film fue visto masivamente por la militancia y llevó por título el famoso que casi todos conocen: *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. Desarrollaba los tres temas centrales que Perón había elaborado para su ala izquierda: *Actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional y socialismo nacional*. En el discurso del 21 de junio de 1973, al día siguiente de la tragedia de Ezeiza, cuando Perón dijo: "Nosotros somos justicialistas (...) No creo que haya nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades dicen", muchos entendieron que a la *actualización doctrinaria* se la iban a tener que meter sin hesitación alguna en el más profundo socavón de sus culos revolucionarios, y, si entraban, también ahí habrían de introducir al *trasvasamiento* y al *socialismo nacional*. ¿Pensó en serio Perón que un freno tan brutal habría de ser posible? ¿Qué creía, que venía, pegaba cuatro gritos y las esperanzas, los años de lucha, los muertos, todo se iba a tirar por la ventana? "Vean, muchachos, no se los dije porque quería volver. Pero, de socialismo nada, eh. Lo único que puedo ofrecerles es un proyecto manejado en lo económico por la pequeña y la mediana burguesía, en lo sindical por esa burocracia que no movió un dedo para que yo volviera y en la conducción yo, por supuesto yo, como siempre yo. A eso le pongo el nombre de *pacto social*. Y llamo a la unidad de todos los argentinos. Ustedes esperen. Gracias por los servicios prestados." Pero esto –que vamos a desarrollar hasta el extremo de la trágica y sangrienta comedia que fue, porque sin duda fue el más macabro de los chistes– sería recién en 1973. Entre junio y octubre de 1971, Perón ofrece a sus militantes sus mejores frases, sus más fervorosas justificaciones de la violencia. Y esas tres categorías que tan bien sonaban: actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional, socialismo nacional. Las analizaremos a fondo. Ahora, ¿no hay algo que no pareciera funcionar tan *eficazmente* en la conducción del "conductor genial"? ¿Era necesario ofrecer *tanto* si se corría el riesgo de luego tener que quitarlo *todo*? O también: si *tanto* se había ofrecido, ¿qué justificaba sacarlo *todo*? ¿No era una amputación exagerada, impolítica, no había otro camino más moderado, integrador, *político*? Para los fachos cavernícolas sedientos de sangre que rodeaban al líder todo era una fiesta. Pero se suponía que Perón era el sabio, el "Padre Eterno", que sabía conducir el desorden. Aquí no condujo el desorden. Directamente le cortó la cabeza a una de sus alas. Así le fue. Así nos fue. Como sea, recordemos: aquí no hay santos ni herejes. Hay una infinita cantidad de gente que se equivoca porque cree tener la verdad. Eso es lo que transforma en *tragedia* al *gran relato* peronista. Esperando que esa tragedia devorara a sus protagonistas estaban los carniceros, los matarifes. Todo llevaba hacia ellos. Todos parecían hacer lo necesario como para entregarles el país en bandeja a los más grandes asesinos de su *sangrienta historia.*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

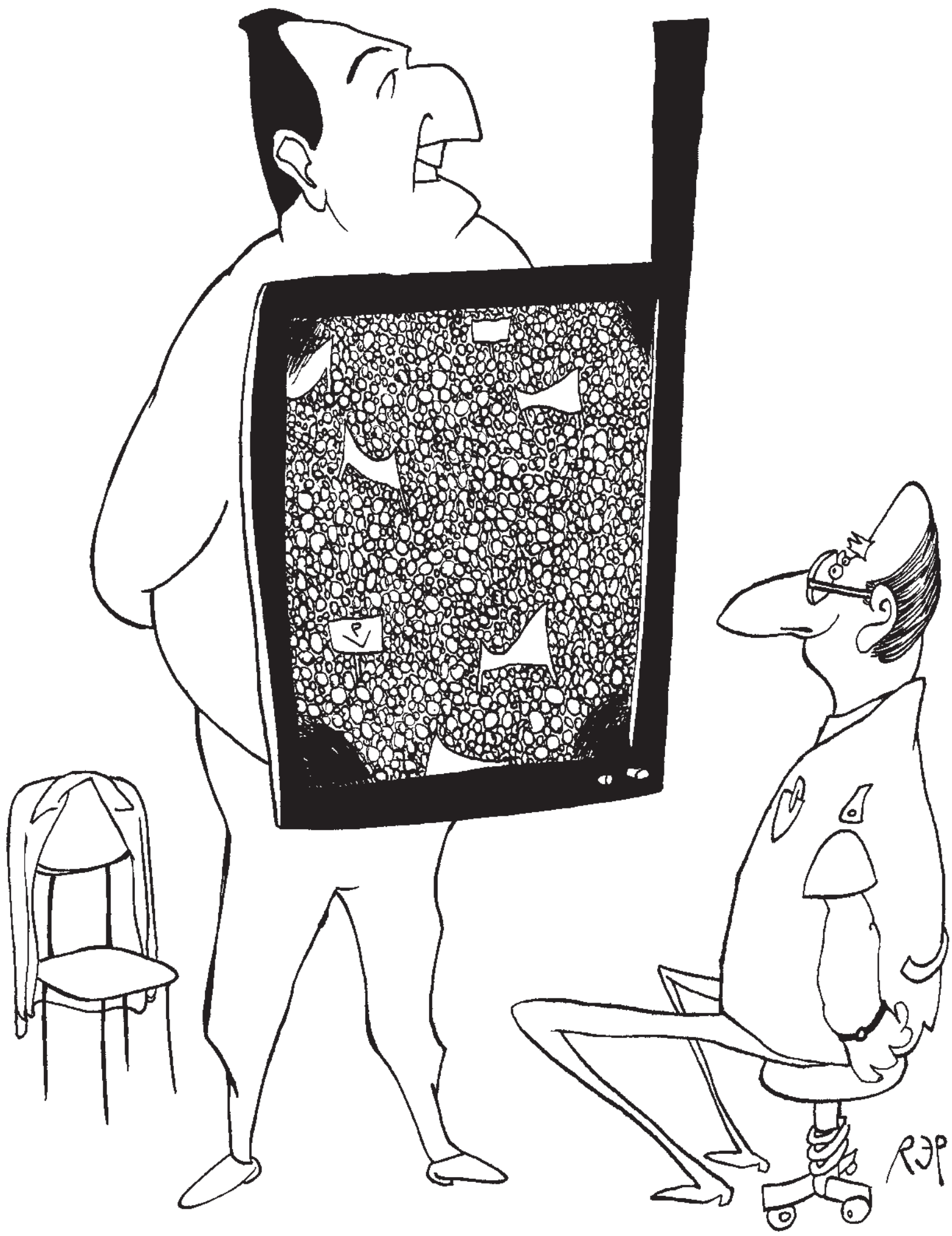
Actualización política y doctrinaria para la toma del poder

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

59 **“Actualización política y doctrinaria para la toma del poder”**



Suplemento especial de
Página|12

HEIDEGGER Y PERON, FRIBURGO Y MADRID

La izquierda peronista no se desvivía por leer los textos de Perón. Los textos doctrinarios. Menos aún los de algún otro viejo "teórico" del Justicialismo tipo Raúl Mendé. De Perón tenía suficiente con las cartas que llegaban. O con las fuentes autorizadas de los popes de la "corriente nacional". No había documento de la JP que no nombrara a Jauretche, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz, Puiggrós, José María Rosa o Jorge Abelardo Ramos. Pero del general no sabían un pito. Habían mirado un poco *La hora de los pueblos*. Y no mucho más. La bibliografía era otra. Lenin, Marx, Fanon, Guevara, Giap, etc. Era necesario divulgar la palabra del líder. Casi nadie había leído el llamado "Manual de Conducción, que, además, no estaba por ninguna parte. En Platero, una librería de la calle Talcahuano, yo me conseguí la edición original de *Conducción política* y me la devoré con sumo interés. Era de 1951. Clases que Perón había dado en la Escuela Superior Peronista.

Había, sin embargo, encuadramientos que exhibían una fuerte "formación doctrinaria". Las huestes del *Gallego* Álvarez eran brillantes en esos aspectos. Los *Demetrios* también. El *FEN*, de Roberto Grabois, un poco menos. Pero *Guardia de Hierro* –el encuadramiento que lideraba Álvarez– tenía una solidez doctrinaria que la tornaba invencible. Con el paso de los años (y con el horror que fomentó el alfonsinismo a ciertos meros nombres del peronismo de los '70) pasó a creerse que Guardia era no menos que las SA o las SS. Falsedad total. Eran ortodoxos. No estaban con la violencia, pero tampoco en contra. Decían algo interesante: "El guerrillero no puede hacer la tarea de adoctrinamiento porque está demasiado preocupado por la seguridad. Eso corresponde a nosotros". Manejaban dos textos: *Conducción política* y, sobre todo, *La comunidad organizada*, la ponencia de Perón en el Congreso de Filosofía de Mendoza escrita por Nimio de Anquín, un tomista arcaico y conservador (lo cual es un pleonasmo: ser tomista es ya ser arcaico y ya ser conservador), y por, se dice, Carlos Astrada, algo que no me parece posible pues Astrada era un tipo inteligente, lo necesario al menos como para no haber metido mano en ese fárrago que leyó Perón, en que se citaban todos los grandes nombres de la filosofía, de Platón a Heidegger. Como sea, los de Guardia de Hierro se devoraban *La comunidad organizada*. Para nosotros era hojarasca del pasado. "*La comunidad organizada* –solíamos decir– no dice más allá de lo que dice su título: que hay que organizar la comunidad." De todos modos, para un "republicano" la palabra "comunidad" tiene un perfume fascistoide que lo desagrada por completo. Para nosotros era una pavada. Pero, insisto, la gente de Alejandro "Gallego" Álvarez se sabía el texto de memoria. El "Gallego" Álvarez era un personaje célebre pero secreto de la época. Yo no lo vi nunca. Se dice que todavía transita los caminos de este mundo, incluso los de este país. "Guardia de Hierro" se puso al servicio de la ortodoxia peronista cuando volvió Perón y se dio la lucha ideológica contra la "infiltración marxista". Fueron los principales animadores de un Congreso ideológico que se organizó hacia mediados de 1973 en el Teatro San Martín y que tuvo por gran figura a Amelia Podetti, una mujer de gran talento de la que ya hablaré.

Formaban parte de Guardia los *peronistas heideggerianos*. Algunos de cuyos nombres me guardaré. Pero eran tipos sólidos, profesores de filosofía y antimarxistas, desde Perón y desde Heidegger. Algunos lo saben, la gran mayoría no, pero Heidegger fue el primer teórico de la Tercera Posición. De aquí que los profesores heideggerianos de Guardia de Hierro lo asumieran. Heidegger y Perón, un solo corazón. Estos heideggerianos de Guardia ni se molestaban por prestarle alguna atención a Fanon. La cosa era otra. Ojalá no se aburran con estos temas porque son centrales para entender la época y dudo que sean conocidos por los laboriosos periodistas que se ocupan de ella. Pero Guardia de Hierro movía muchos militantes y muchos de los que luego hicieron carrera política durante la democracia vinieron de ahí. Negaban la teoría de la vanguardia armada. Aceptaban la violencia en tanto la aceptara el Conductor, pero sus libros y su interpretación del peronismo nada tenían que ver con el marxismo. Incluso habían elaborado una consigna para oponer a la de la izquierda que afirmaba que Evita sería Montonera si viviera, una consigna de enorme arraigo entre la JP que implicaba una glorificación de la vanguardia armada: *Evita, al ser la más pasional y la más decidida en la lucha, estaría, si viviera, en el lugar más arriesgado de ella.* O sea, sería Montonera. "Guardia" respondía con una consigna poco inspirada, algo larga, pero conceptualmente clara: *Evita, Evita vive/ en la revolución/ Evita es peronista/ y está junto a Perón.* Señalaba bien que Evita no estaría combatiendo en la Argentina en tanto Perón negociaba desde Madrid. Que el peronismo era un Movimiento y no tenía "vanguardias". El concepto de "vanguardia" no era peronista. Perón podría haber dicho: el que fija las grandes líneas estratégicas es el conductor. ¿No es eso la vanguardia? Lo veremos mejor en *Actualización política, etc*.

Volvamos a los heideggerianos de "Guardia". Era duro discutir con ellos. Sólidos en filosofía, grandes lectores de Heidegger, habían encontrado en la *Introducción a la metafísica* del filósofo de la Selva Negra la conexión indiscutible con el peronismo. Heidegger dicta ese curso en 1935. Ya no es rector de la Universidad de Friburgo. Pero se presenta ante los alumnos y les habla de los destinos trascendentes de la Alemania de ese momento histórico. Habermas dirá (en 1953) que Heidegger no les decía nada distinto a lo que luego les exigirían como oficiales. El texto "peronista" de Heidegger era el siguiente: "Esta Europa, en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí misma, yace hoy bajo la gran tenaza formada entre Rusia, por un lado, y América, por el otro. Rusia y América, metafísicamente vistas, son la misma cosa: la misma furia desesperada de la técnica desencadenada y de la organización abstracta del hombre normal" (Heidegger, *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1959, p. 75. No sé si debiera decir esto, pero uno dice tantas cosas que ya ignora cuáles pueden caer bien o mal. Acaso ésta pueda ser útil. Los 55 fascículos de filosofía que –tan laboriosamente escritos como éstos– publiqué en este diario de locos fantásticos que aceptaron la empresa forman hoy un voluminoso y no barato libro. Se llama como se llamaron los fascículos: *La filosofía y el barro de la historia*. Son 814 páginas. Como dije, no es barato. Pero piensen en cuántas huevadas gasta uno la guita. Por ejemplo: en comprar un ejemplar de la revista *Gente* con *Los personajes del año*. Uno mira eso y se quiere morir. No es la Biblia junto al calefón porque ahí no hay ninguna Biblia. El que se mete en esa foto se mete en la ética y la estética del calefón. Pero bueno: yo ya ni la miro. Un actor amigo me decía: "Cada vez que la miro tengo que tachar la mitad de mi agenda de teléfonos". Bueno, si no compran esa basura y alguna otra, ya está. Se compran mi libro de filosofía. No tendrán a Miguens, Buzzi, De Angeli y las infaltables musas de la patria, Legrand y Giménez, pero se van a encontrar con Foucault, Sartre, Heidegger, Hegel, Deleuze y Baudrillard. No creo que se arrepientan. Y lo juro: no quiero vender más libros. Sólo desearía que la muchedumbre de la patria, engañada, manipulada, sofocada su inteligencia por los culos y las tetas del embrutecimiento, emergiera un poco, olfateara que hay otra cosa, y que vale la pena buscarla.) Como vemos, este Heidegger de 1935, que, en la Universidad de Friburgo, habla de una Alemania atenazada por la Unión Soviética y Estados Unidos, es un precursor del Perón de la Tercera Posición, de la teoría de los dos imperialismos. Los filósofos de "Guardia" le agregaban luego otros textos de Heidegger a éste y eran imbatibles en ciertas discusiones doctrinarias. También los *Demetrios* eran doctrinariamente sólidos. Pero un poco monguis. A los dos "Demetrios" (era difícil saber quiénes eran) los encontraron boleteados dentro de un auto en plena época de la Triple A. "Arreglo de cuentas", se dijo. El "Gallego" Álvarez también era inhallable. Yo nunca lo conocí. Pero "Guardia" era el encuadramiento más sólido de los que se diferenciaban de esa Jotapé que luego fue la Tendencia. No eran cookistas. Una diferencia esencial. Cierta vez le dije a Amelia Podetti: "Cooke es, para mí, un ideólogo fundamental del peronismo". Hosca, seca, pero aun así sonriente, con una sonrisa que te hería, dijo: "El único ideólogo del peronismo es Perón". Siguiendo este apotegma (palabra abusivamente utilizada por Perón) es que Solanas y Getino viajan a Madrid y filman *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*.

ATENCIÓN, HABLA EL GENERAL PERÓN

Empecemos. Perón –de movida– se manda una frase, por decirle de algún modo, desmoralizante. Sucede que fue sincero. Y no se trataba de eso. Se trataba de que hablara para las bases combatientes del movimiento. Dice: "La concepción justicialista que nace en 1945 es una concepción simple con una base filosófica firme, y que obedece a un concepto cristiano y humanista de la política". ¿Cómo? ¿Qué hacemos con eso? ¿Qué hacen los militantes de las fábricas, los jóvenes que hacen trabajo barrial, los universitarios, las comisiones internas de los hospitales? ¿Qué somos? Cristianos y humanistas. ¿Eso qué quiere decir en la época de las revoluciones, del nacionalismo popular y revolucionario, del antiimperialismo, del Tercer Mundo? Perón (ya en pleno enfrentamiento con la Jotapé) va a repetir esta fórmula en uno de esos discursos (muchos, en verdad) que dio durante 1973 en la CGT y que pronto tendremos el displacer de analizar. (Honestamente: nada de lo que pasa en 1973 le produce a uno mucho placer. Más bien ganas de llorar.) Pero desde la CGT –para enfrentar la concepción "trosca" del peronismo que denunciaban los sindicalistas con Rucci a la cabeza– Perón dijo que nadie se llamara a engaño, que el justicialismo era un movimiento cristiano y humanista, eso y ninguna otra cosa. En las siguientes movilizaciones la Jotapé largó una consigna muy jodona y muy buena: *No somos troscos no somos comunistas/ somos cristianos/ cristianos y humanistas*. ¡La cara que habrán puesto Solanas y Getino cuando el Viejo empieza decir sus frases "duras" con esta huevada del humanismo cristiano! ¿Mejora? Veamos: "Entonces es necesario que ofrezcamos a los pueblos la posibilidad de que trabajen felices (...) Pueblos felices, trabajando por la grandeza de un mundo futuro, pero sin sacrificios y sin dolor. Que eso es lo humano, que eso es lo natural, y que es también lo científico". Lo humano. Lo natural. Y lo científico. Perón mezclaba todo. Cuando quería hablar sin decir nada no había quién lo superara. Supongamos que, hasta aquí, está calentando los motores. Ahora habla de la tercera posición. "Entonces debe haber una tercera posición que es la que concibe el justicialismo, donde el hombre, en una comunidad que se realiza, pueda también realizarse como ente humano. Esa es la verdadera concepción justicialista que venimos expresando desde hace 25 años." La frase que propone la realización del hombre dentro de la comunidad Perón la toma de Clausewitz, que la toma de Hegel. La comunidad en la que el hombre se realiza es, para Hegel, el Estado. Clausewitz lo sigue. Y Perón elabora una buena frase: *Nadie se realiza en una comunidad que no se realiza*. Ojalá fuese así, pero el capitalismo (más aún: el neoliberalismo post-Muro) prueba que en la comunidad no se realiza nadie *salvo* unos pocos que acumulan tremendas riquezas y no les importa si la comunidad se realiza o no. Porque no quieren una comunidad. O sí: pero la quieren para rapiñarla. Las comunidades –tal como hoy se nos presentan– se forman por una casta de factores de enorme poder que vampirizan a la comunidad sin importarle su realización o no. Para esos poderes no hay comunidad. Sólo hay territorios que saquear.

Pero en el momento en que Perón habla la idea de nación y de Estado son muy fuertes y él quiere decir que un Estado debe garantizar la posibilidad de que *todos* se realicen en él. Perón era un político genuinamente populista. Lo fue siempre. Lo que su populismo se propone es la humanización del capital, no su eliminación. Es un keynesiano sincero. Un distribucionista convencido. Seguimos leyéndolo. El título que ponen S y G (Solanas y Getino) es ahora: *El antiimperialismo del Tercer Mundo*. Aquí Perón les da un poco el gusto. Dice: "Tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes, lógicamente el Tercer Mundo está en la Tercera Posición". No dejen de pasar esa frase: *Tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes.* ¡La tenaza heideggeriana! Perón y Heidegger, un solo corazón. Algún gorila melancólico, de esos que todavía le dan manija a la cuestión del nazismo, dirá: "No en vano Heidegger fue nazi, como Perón". No perdamos tiempo en esto. La cosa va más allá. Heidegger decía: "Esta Europa, en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí misma, yace hoy bajo la gran tenaza formada entre Rusia, por un lado, y América, por el otro". Europa es, para el genial autor de *Ser y tiempo*, Alemania, la razón más centralmente ubicada de Occidente. Ocupa su mismo centro. La nación que ha heredado a los griegos. En nosotros, dice, "el pasado es aún". Grecia late en nosotros. Debemos encarnar su grandeza porque ella ya ha pasado por sobre nosotros, es ahora nuestra meta. Este genial trazado del eje Atenas-Berlín sólo Heidegger pudo hacerlo tan brillantemente. No obstante, Perón también logra lucirse. Al vuelo atrapa el concepto de moda: el *Tercer Mundo*. Y dice: *Lo inventamos nosotros, los justicialistas.* ¡La Tercera Posición ya era el Tercer Mundo! ¡Gran jugada ideológica! Si hasta se torna creíble. ¿Por qué no? ¿O no se opuso Perón a "los dos imperialismos". Lo mismo ahora.

Luego plantea una consigna que a él, al menos, le agrada mucho: la del *Continentalismo*. Dice: "Ahora ustedes vivirán la etapa del Continentalismo, y es posible que sus nietos y sus bisnietos lleguen a la futura y última integración, que es el *universalismo* como aspiración de una humanidad realizada". ¿Qué gansada era ésta? ¿Para qué quería la Jotapé el Universalismo? General, queremos la lucha de clases, la señalización del enemigo: las corporaciones financieras, los terratenientes, la camarilla militar, la Iglesia. ¿Por qué mier-con perdón-da nos habla del Universalismo? Pero era así: Perón solía irse a los caños. De pronto, sin embargo, desciende hacia la historia. ¡Se pone revisionista! S y G acercan su Cámara, ansiosos. Vamos, que ya viene lo bueno. "Nosotros, colonia española, pasamos a ser colonia inglesa". ¡El Viejo había leído a don Pepe Rosa! Sigue: "Por eso en la Argentina ha habido *una línea anglosajona y una línea hispánica*. La línea hispánica fue la que siguió con la idea independentista, la otra es la línea colonial". Hum, ya se está por ir otra vez a los caños. ¿Qué es esto de la "línea hispánica"? ¿No se le habrá pegado de estar tanto tiempo tan cerca de Franco? "Y en nuestro país la línea nuestra es la línea, diremos, de la Primera Junta, que era independentista. De Rosas que defendió eso, de Yrigoyen, que fue otro hombre que defendió eso. Y de Perón. Todos los demás gobiernos argentinos han pertenecido a la línea anglosajona y la han servido de una manera directa o indirecta". A ver, ¿qué se podía sacar de aquí? La línea *Rosas, Yrigoyen, Perón*. Lástima que el Viejo no mencionó a San Martín. Pero ahí está *la línea nacional*: Rosas, Yrigoyen, Perón. Sin embargo, ¿la Primera Junta? ¿Cómo va a estar la Primera Junta dentro de la línea hispánica si Moreno y Castelli y Belgrano los rajaron a patadas a los gallegos? Y bueno, será una genialidad del Viejo. A seguir. Se manda su célebre frase: "El año dos mil nos encontrará unidos o dominados". Es buena. Marca un punto para la lucha. Hay que ganar antes del dos mil. Y sólo se gana con la Unidad Latinoamericana. Cuando Perón vuelve –Ezeiza– se hace correr una bola: durante los primeros días el general se consagrará al Continentalismo, a la unidad de América Latina. Eso lo decía Cámpora todo el tiempo. Y por medio de Cámpora, los Montoneros. Lógico: se lo querían sacar de encima. Vaya, general, haga la Unidad de América Latina así nosotros manejamos tranquilos el país. No era posiblemente la política que convocaba primariamente al Tío, pero el buenazo del Tío estaba jugado con los Montoneros, con la Jotapé, de modo que no le disgustaba el proyecto. Además, creía sinceramente en él. Perón se lo había hecho creer. Y no porque el Tío fuese un ingenuo, sino porque Perón seguía siendo capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Del Continentalismo había hablado lo necesario como para que cualquiera se lo comprara. Era un producto medio absurdo: un político que apenas ha conseguido volver a su país ahora se va a encargar de unir a América Latina. Esto lo ponía por encima de todos. Hablaba de un no-dicho pero sí-dicho liderazgo continental. Pero, ¿quién iba a discutirle algo a Perón? También se le daba por hablar de la ecología. Para nosotros, en 1970, la ecología remitía más a los enanitos de jardín que a la revolución. Un día, sin embargo, entro en el Departamento de Filosofía y encuentro a uno de los genios de Guardia de Hierro leyéndose un libraco de ecología, "porque el general lo dice". Se lucía el Gallego Alvarez con la ortodoxia mongoloide. Para la Jotapé la ecología era la Sierra Maestra y eran un montón de plantas abundantes y húmedas que habían reventado los pulmones del Che en Bolivia. O sea, la ecología era reaccionaria. O no era nada. Era una de esas huevadas con las que rompía Perón. "Ojo, mirá que el Viejo vive en Europa. Debe saber mucho sobre cómo viene la mano en algunas cosas". La ecología modernizaba a Perón. Tonterías: la Jotapé ardía por escucharlo hablar del socialismo, del poder, de la revolución latinoamericana.

¿QUÉ ES LO QUE DEFINE A UNA PERSONA COMO PERONISTA?

A esa tarea siguen consagrados Solanas y Getino. Le preguntan y le preguntan y las respuestas del Viejo nunca resultan del todo duras. Cuando habla del "Movimiento Justicialista" es claro y trasparente: "La única fuerza cívica que conserva su estructura y su potencia es el peronismo y dentro de él la clase trabajadora. Estas fuerzas representan el eje del movimiento revolucionario nacional". Aquí está todo. Perón no mentía *tanto*. Sin duda esas cartas a la Juventud o a las formaciones especiales o el lamento ante la muerte del Che ("se fue el mejor de nosotros") eran marcadamente tácticas, decían lo que él tenía que decir para tener de su lado a los combativos. Pero en el film de Solanas y Getino *Perón apenas si va algo más allá de "Conducción política"*. Son tantas las frases que repite de sus viejas clases de 1951 que es lícito preguntarse si leyó algo más en la soledad del exilio. Clausewitz, Licurgo, Napoleón y sus propios apotegmas. Observemos que ha hablado del *eje del movimiento de la revolución nacional*. No es la militancia juvenil. Mucho menos las formaciones especiales. *Es el peronismo*. Así, en totalidad, como (recurrimos otra vez a la fórmula de Laclau) gran *referente vacío.* Y "dentro de él" el único contenido que admite es "la clase trabajadora". Solanas y Getino formulan la pregunta del millón. Lo sigue siendo. Todavía hoy (hoy, luego de tantos años y tantas idas y vueltas, menos que nunca) no tiene respuesta. Preguntan: *¿Pero, ¿qué es lo que define hoy, en la Argentina, a una persona como peronista?* Perón va a dar su respuesta. Hay, sin embargo, que reconocer. "Algo" debe definir a una persona o a una determinada política como "peronista" porque, de lo contrario, serían vanos los enconos de tantos antiperonistas como han florecido en los últimos años. Hay gente que ha vivido odiando al peronismo. Alguien que vive odiando otra cosa de la que él es hace de ella el sentido de su existencia, o uno de sus principales sentidos. Hipótesis de trabajo: para saber qué es el peronismo mejor preguntarles a los antiperonistas que a los peronistas. Magdalena Ruiz Guiñazú, Beatriz Sarlo, Morales Solá, Sebreli podrían tal vez decir más sobre el peronismo que aquellos que, sencillamente, adhieren a él. Por el momento, veamos qué dice Perón. Adelanto algo: es la indiferenciación misma. Lo que esencialmente dijo Perón del peronismo es que era un movimiento ni sectario ni excluyente. Un *movimiento* no es un *partido*. Un *movimiento* es una totalidad. Un *partido* es una particularidad en un régimen republicano-democrático de particularidades que se expresan por medio de las instituciones. (Observen qué bien conozco el verso republicano. ¡Qué bien les vendría si me pusiera en venta! Sin embargo, soy un adversario que a veces cultiva las buenas maneras. El conocimiento profundo que tengo de su ideología y su historia me ha permitido saber que son casi invencibles y que nuestra tarea será, al menos, la de molestarlos. El mundo es irredimible porque es de ellos y nosotros sólo podremos conseguir tornarlo algo menos brutal.) La idea de *movimiento* en tanto *totalidad* permite la ausencia de la *exclusión*. Una totalidad no excluye nada, incluye todo. Al entrar en la totalidad, lo que se incluye no pierde el sentido que tenía en tanto particularidad, pero ahora lo tiene como particularidad dentro de una totalidad que la redefine constantemente. Cada una de las particularidades se relaciona con las otras por mediación de la totalidad. Y la totalidad, que totaliza a todas, es siempre más que la mera suma de sus particularidades. Pero en el Movimiento Peronista hay una retotalización que está afuera de la totalidad. Esta retotalización o totalización totalizadora es la que hace el líder del Movimiento. *El que en definitiva totaliza es Perón*. Los 15.000 kilómetros de distancia que su liderazgo mantuvo con el terreno de las operaciones permitió esta totalización totalizadora o totalización de la totalización (en tanto el líder totaliza a esa totalidad que es el Movimiento) que dio a Perón el control total del Movimiento. *La distancia le evitó el desgaste de la historicidad*. La imagen de Perón le estaba sustraída al país. *Apareció por primera vez en los kioscos de revistas cuando se permitió exhibir un ejemplar de la revista "Las Bases"*. Recuerdo la sorpresa de muchos: "¡Qué viejo que está!" Otros descubrían sus manchas y sus marcas de viruela. Perón empezaba a historizarse. Levemente. Pero tenía ahora cierto compromiso con lo real. No lo tuvo hasta Ezeiza. Desde lejos, desde los 15.000 kilómetros, podía ejercer en plenitud su teoría de la *conducción de lo heterogéneo o del desorden*.

Volvamos a la pregunta de Solanas y Getino: *¿Qué es lo que define hoy a una persona como peronista?* La respuesta de Perón es formidable. Si alguien quiere entender qué es el peronismo o por qué el peronismo ha sido y es así, preste atención: "En eso (dice Perón) no hay que extremar la cosa, el Movimiento Peronista jamás ha sido ni excluyente ni sectario. Nuestro Movimiento, por ser de una tercera posición, es un movimiento de gran amplitud, ése es el peronismo". La lógica de la frase es de una inexactitud fenomenal. Porque sucede todo lo contrario. A ver, con permiso, general, veamos: el peronismo expresaba una *tercera posición* porque estaba opuesto a los dos imperialismos dominantes. No formaba parte del imperialismo soviético. No formaba parte del imperialismo yanqui. Lo que queda, en lugar de ser de una gran amplitud, es simplemente lo que los dos imperialismos han dejado como resto. Somos la *tercera* posición porque no somos ni la *primera* ni la *segunda*. Al ser la *primera* y la *segunda* los dos grandes imperialismos... ¿qué es lo que queda? No pareciera poder ser mucho. Queda lo que los dos imperialismos no se han preocupado por conquistar. Pero esto no amedrenta a Perón. Sigue con gran empuje: "Ahora, dentro de la acción política que se desarrolla todos los días, vemos mucha gente que proviene de otros sectores políticos, que pueden ser del comunismo o pueden ser del conservadurismo. Porque de todo hay en la huerta del señor. Por aquí han pasado las más diversas tendencias, yo a todas les digo exactamente lo mismo: vean señores, cuando nosotros formamos el justicialismo vinieron hombres conservadores como el doctor Remorino (era secretario de Julito Roca, así que imagínese, el riñón de la oligarquía) y fue un gran peronista, un buen servidor y un gran peronista. Del otro lado vinieron sectores socialistas, como Bramuglia, como Borlenghi, como, en fin, un montón. Y también del comunismo y todos esos hombres han demostrado a lo largo de estos añosa que han sido buenos peronistas (...) En este sentido, el Movimiento Justicialista, para ser realmente justicialista, debe admitir que todos los hombres pueden ser buenos, *y que todos pueden tener razón*, e incorporarlos a servir al Movimiento". Luego desliza esas frases regocijantes de Viejo Vizcacha que eran parte de su encanto, de la seducción que sabía ejercer sobre las personas: "El bruto es siempre peor que el malo, porque el malo suele tener remedio, el bruto no. He visto malos que se han vuelto buenos; jamás un bruto que se haya vuelto inteligente". Poco más adelante dice algo muy claro: "Las pasiones y los intereses individuales son los que desvían y deforman la actuación peronista". La *pasión individual* no se integra como particularidad dentro de la estructura totalizadora del Movimiento. La *pasión individual* lleva a querer imponer la propia particularidad como *verdad* del Movimiento. Una *sola* particularidad quiere totalizar. Al querer totalizar se propone hegemonizar a las otras, dominarlas. Imponerles su propia concepción como concepción totalizadora del Movimiento. Sale del juego de las partes entre sí y de las partes con el todo. Su parte, sometiendo a las otras, quiere ser el todo. Al serlo, se enfrentará a la instancia totalizadora final o a la totalización totalizadora que es la que realiza el líder, ya que todas las totalizaciones remiten a la totalización final del líder, que para eso lo es. De aquí que las "pasiones y los intereses individuales" sean la subversión misma del *todo movimientista*. Esto fue lo que intentaron los Montoneros. Cuando una parcialidad quiere ejercer la totalización le está discutiendo al líder nada menos que la conducción del Movimiento. *Conducción/ conducción/ Montoneros y Perón*. Para colmo, las imposiciones de la "rima" llevaban a anteponer el nombre de Montoneros al de Perón. Un agravio.

FIRMENICH Y GALIMBERTI MEAN A PERÓN

Pero esto que ha dicho Perón es el estilo de conducción peronista. El conductor estratégico establece las grandes líneas tácticas. No se mete en la conducción táctica a menos que sea necesario. Por ejemplo: cuando se forman dos bandos peronistas. Pero el peronismo, al ser un Movimiento, al aceptar la más amplia diversidad *por tener un líder que, en última instancia, podrá decidir en bien del conjunto*, puede (y hasta debe para *ser lo que es*) integrar todo tipo de personajes. Muchos durante estos días se desgarran las vestiduras por la incorporación del carapintada Aldo Rico al Frente de la Victoria. Me han dicho que Kirchner se reunió con los intelectuales de Carta Abierta para explicar la decisión. No es necesario. ¿Qué hizo? Hizo peronismo. En 2003 (hace siglos) yo le decía a Kirchner que no se definiera como peronista, que no tomara la jefatura del partido, que creara algo nuevo, un partido de centroizquierda. No lo hizo, y posiblemente no haya podido. Hizo política impecablemente peronista. Se quedó con el aparato, con la presidencia del partido y ahora lo tiene a Aldo Rico. ¿Justificarse? Puede recurrir a cien ejemplos de Perón. Para neutralizar a Rico pondrá a otro. Perón se reía de estas cosas. Durante su primer regreso ofrece una conferencia de prensa por televisión. Memorable. Un periodista le pregunta: "El general Lanusse dice que reza el Padrenuestro todas las noches. ¿Y usted?" Perón lo mira de un modo inolvidable, como si le preguntara: "¿A dónde me querés llevar, boludo?" Y le contesta: "¡Sí! ¿Por qué no?" Por qué no. Total, ¿de qué merda sirve rezar el Padrenuestro? Eso que lo haga el chupacirios de Lanusse. Luego, otro periodista le pregunta: "¿Qué opinión le merece John William Cooke?" Perón: "Era un eminente argentino". Había un par de peronistas de izquierda conmigo: "¡Bien!", exclamaron. En seguida: "Algunos dicen que era muy izquierdista. Pero tuvimos otros que eran muy derechistas, como el doctor Remorino". "Otra vez nos cagó", dicen los pibes de la Jotapé. Pero la hora de las definiciones tajantes llegará para el líder. Lo veremos elegir y elegir con saña, gente de lo peor, asesinos profesionales. Todavía falta. Será cuando esa parte que se niega a ser parte y quiere ser todo (los Montoneros) le discuta la conducción. La actitud de Perón no será la del Padre eterno. La de los Montoneros no le irá a la zaga en agresividad. Seguramente tuvieron una alta responsabilidad en el pronto desgaste de la salud del líder. De modo que nos atreveremos a una reformulación de ese chiste que contamos: que Firmenich y Quieto están enterrados, aparece Perón y mea sobre sus tumbas. Se va. Al rato, desde las tumbas se oye: "Che, Quieto". "Qué." "¿No te dije que el Viejo no nos iba a cagar?" El escenario es ahora otro. Perón es el que yace bajo tierra. Vienen Firmenich y Galimberti y le recontramean la tumba. Al tener próstatas jóvenes –y no la próstata ya averiada del Viejo– los orines surgen con mayor intensidad. Después se van. Un momento de quietud. Silencio. Luego se oye la voz de Perón: "Siempre supe que los Montoneros no me iban a cagar". La posibilidad de *los dos chistes* marca el sentido profundo de la tragedia. Uno de los temas que más vamos a tratar a partir de los sucesos de Ezeiza es el de la *verdad*. ¿Quién tenía la verdad? ¿Dónde estaba la verdad? Y por último: *¿qué es la verdad?*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

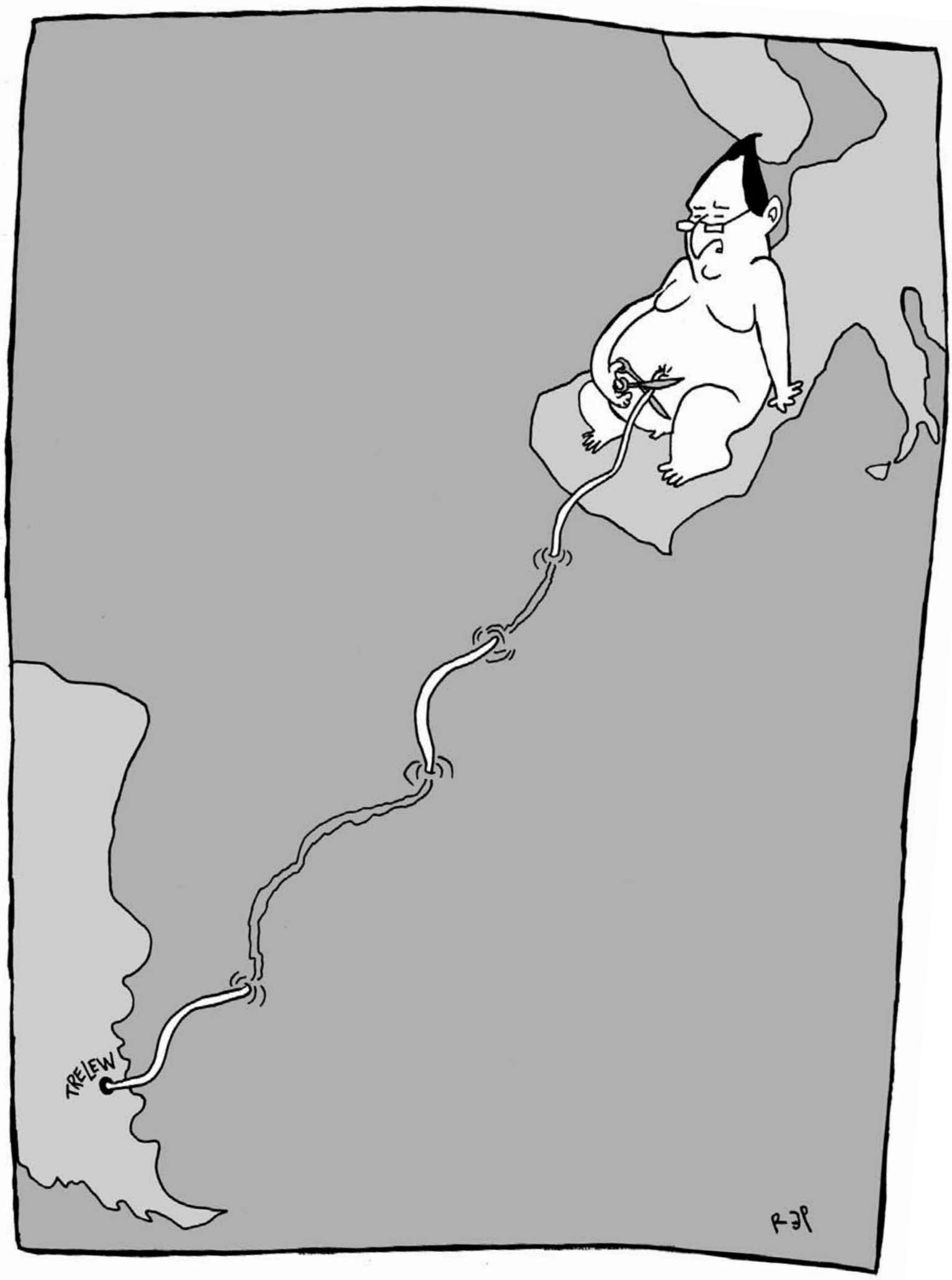
Trelew, la prefiguración de lo por venir

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

60 Trelew, la prefiguración de lo porvenir



Suplemento especial de
Página|12

EL “MOVIMIENTISMO”

Perón no cesa de hablar. Es un torrente de palabras. No duda ante ninguna pregunta. ¡Por supuesto! Se conoce ese Evangelio desde hace largas décadas. Para ser claros: *Perón, en “Actualización política y doctrinaria para la toma del poder” no dice nada esencial que no haya dicho en “Conducción política”*. Su propuesta no pasa de la vieja propuesta –que figuraba ya en las *Veinte Verdades del Justicialismo* – acerca de “humanizar el capital”. Siempre que sus entrevistadores le preguntan por el socialismo, él responde, ante todo, “¡Natural!” o “¡Naturalmente!” Luego resuelve la cosa muy fácil: *El justicialismo es socialista porque pivotea sobre la justicia social.* Si S y G preguntan por la eliminación de la explotación capitalista, Perón responde que en la *comunidad organizada* no habrá explotación porque todos trabajan para la comunidad, obreros y capitalistas. Se elimina el egoísmo del capital. Y se elimina el sometimiento del individuo al Estado marxista. ¿Qué queda ahí? La Tercera Posición. Una comunidad justa en la que todos realizan. En que la economía se pone al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía. S y G se formulan ciertas preguntas más irritativas: “Pero, la economía, general, ¿en manos de quién está, en manos del pueblo o en manos de la burguesía capitalista?” Perón también tiene una respuesta para eso. La economía está en manos del Estado. El Estado administra y establece el equilibrio. Ese equilibrio es el de la comunidad. Los patrones no tienen que ganar tanto. Los obreros tienen que ganar más y sentir que el Estado los protege. “Pero, general, ¿ése es el socialismo nacional?” “¡Naturalmente! Porque es el socialismo nuestro. No es el socialismo del mujik soviético sino el de nuestros paisanos. Son cosas distintas. Nuestro socialismo tiene que ser argentino. Y el socialismo es nacional por ese motivo. Es nacional porque es justicialista. Porque responde a la justicia social. A que el obrero sienta que debe esforzarse en su trabajo pero que nadie lo esclaviza. A que el capitalista gane lo suyo y ceda el resto al Estado para que éste haga las obras que beneficiarán a todos. Nosotros, no lo olviden, estamos tan lejos de uno como del otro de los imperialismos dominantes.” Es un *diálogo de sordos*. S y G quieren que Perón les diga que el socialismo nacional implica expropiar a las clases explotadoras, a los grandes terratenientes, a las empresas multinacionales. Hacer un gobierno con hegemonía obrera, popular, nacional y revolucionaria. Perón a todo eso les dice, ante todo, “¡Natural!” y después les larga las concepciones de siempre: *El peronismo es la humanización del capital. Una concepción simple, cristiana y humanista de la vida.* Scalabrini Ortiz, en un esfuerzo imaginativo, dijo que “humanizar el capital” era proponer destruirlo porque el capitalismo era “inhumano”. No, para Perón el capitalismo puede humanizarse. La *humanización del capital es la comunidad organizada*. Perón dice todo esto con gran fluidez. Y le gusta tanto escucharse hablar que cuando redondea una frase con precisión sonríe. Todo el tiempo dice: “Todo esto es muy sencillo, señores”. Gusta citar a Mao Tsé Tung. No ve en el líder chino a un burócrata soviético, sino a un compañero de los países que deben hacer su liberación nacional. Su opción por China en lugar de la URSS es clarísima. “Dice Mao Tsé Tung que el que lucha contra un compañero es que se ha pasado al bando contrario.”

Es de alta relevancia que veamos cómo concibe Perón la *unidad* del Movimiento Peronista. ¿Lo podrá hacer una vez que arribe a la patria? Para él no puede haber contradicciones internas: “El que defiende un ideal no puede tener controversias con otro que defiende el mismo ideal (...) por eso el justicialismo creó un apotegma que dice que *para un peronista no puede ni debe haber nada mejor que otro peronista*. Entonces, ¡cómo es posible que un señor que está en la misma lucha esté luchando contra otro peronista cuando tiene un enemigo contra quien naturalmente debe luchar! (...) de manera que no hay que mirar al costado para ver qué hace el compañero, hay que mirar al frente para ver qué hace el enemigo (...) Todos están luchando por lo mismo, porque el dispositivo de la lucha táctica necesita estar articulado: *unos están en una acción contemplativa, otros están en una acción de superficie, otros están en una acción violenta y activa, otros se están preparando para la futura acción con estudios tecnológicos, etc. Cada uno de ellos está trabajando por lo mismo*” (Todas las cursivas son nuestras, JPF). Esto no les decía *nada* a los que Solanas y Getino querían destinar el film. Era sencillamente la vieja mezcolanza que nucleaba a todos en un Movimiento (“ni sectario ni excluyente”) en manos de una conducción estratégica que les daba unidad a los proyectos antagónicos que podían existir en él. El peronismo estaba lleno de contradicciones irresolubles ya en 1971, fecha del reportaje filmico a Perón, y esas contradicciones, aunque el Mago de la Historia creyera que serían arcilla fácil en sus manos, no lo serían. Acaso en 1971 se sintiera fuerte como acometer esa tarea de unidad. *Pero los antagonismos de 1971 eran mucho más poderosos que los de los dos primeros gobiernos peronistas*. No hubo *formaciones especiales* entre 1946 y 1955. No tantos habían dado su vida por la causa de Perón. Nadie se sentía autorizado a pasarle ninguna cuenta. Nadie podía decir: *Pusimos la sangre y los muertos, somos los que más poder merecemos*. La ecuación: *sangre por poder* sólo la plantearían los Montoneros. Víctimas también de una soberbia que los llevaba a una equivocación mortal: “A Perón lo trajimos nosotros”. Hagamos una pregunta incómoda: ¿y si se demostrara que a Perón lo trajo más Lanusse y el Ejército dialoguista que la lucha de la guerrilla? ¿Y si lo trajo justamente para eso: para que frenara a esas formaciones especiales que tanto había alentado? Todavía Lanusse creía que Perón (al que odiaba y al que murió odiando, como a todo el peronismo: “Tengo para mí que no se puede ser peronista y buena persona”) podría frenar a los muchachos de los fierros con un costo bajo. Y si no los frenaba se arruinaría, naufragaría en su fracaso. El almirante Mayorga, por el contrario, hombre ligado al espíritu de las soluciones tipo Trelew, habría deseado barrer a la guerrilla y entregar luego el gobierno. Lo dirá, como veremos, en el entierro de Hermes Quijada, el “explicador” de la masacre al que nadie creyó una palabra de lo que dijo. Notable: su explicación de la masacre no hizo más que confirmarla.

AL ENEMIGO, NI JUSTICIA

Perón, por fin, otorga algo. Una frase desdichada que –sin embargo– es festejada con vítores por parte de los jóvenes cuando ven el film de S y G. La pregunta es: “¿Cómo identificamos al aliado y al enemigo?” Perón dice: “Bueno, un aliado es el que trabaja por la misma causa que trabajamos nosotros. También lo dice Mao: ‘Lo primero que el hombre ha de discernir cuando conduce es establecer, claramente, cuáles son sus amigos y sus enemigos. Y esto ya *no lo dice Mao. Lo digo yo: al amigo todo, al enemigo ni justicia*”. Algunos niegan que Perón haya dicho esta frase. Pavadas de programas televisivos. Una vez mencioné en uno que Sarmiento había dicho algo que notoriamente dijo: “No ahorré sangre de gauchos. Es lo único de humano que tienen esos bípedos”. Y algún otario que andaba por ahí, un “invitado a dialogar”, dijo: “Esa es una frase sacada de contexto”. Dale que va. Así se fabrican un Sarmiento-*Billiken* que no sirve para entender nada. (No hay que ir a programas de TV y menos a “debatir” con cualquier mongui que invitan. Mejor estar en casa y escribir. No queda tiempo para perder.) En *Mi defensa*, texto escrito durante su exilio en Chile en 1843, este gigante escribe: “Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política; ¡verá al militar, al asesino!” (Sarmiento, *Civilización y Barbarie*, Prólogo de Alberto Palcos, El Ateneo, Buenos Aires, 1952, p. 552). Si uno cita estas cosas, algunos nabos, de los que está llena la cultureta oficial, lo acusan de “revisionista”. Mediocres, yo los acuso de traidores a Sarmiento, de reducir su grandeza, de jibarizarlo como el “educador”, el “maestro del aula”. Ese titán era más que eso. Pero bueno: sigamos con lo nuestro. Perón, en efecto, dice la frase fuerte que buscaban Solanas y Getino. Y para aquellos que aún buscan disculparlo diciendo que la frase es de Mao, pues no, señores: el mismo Perón aclara que es suya. Porque, el que dice algo así, tiene motivos para sentirse orgulloso de eso. No es una frase como cualquier otra. *Es una frase poderosa*. Es una consigna brutal. Exige violencia y crueldad y la alienta por su forma breve, por su expresión directa, algo así como un balazo, como sacar el revólver y hacer fuego. *Al amigo todo, al enemigo ni justicia*. La Jotapé vivaba este momento del film. Lejos estaba de sospechar que esa frase volvería sobre ella, les sería aplicada a sus desdichados militantes, a los cautivos del horror militar. A comienzos de 1977, en medio del desamparo, de la indefensión absoluta, un compañero me dice: “Hay que lograr por lo menos que se aplique la justicia burguesa”. No le dije nada. Estaba demasiado abatido. Debí decirle: ¿ahora pedís la justicia burguesa?, ¿no era esa justicia la del Estado burgués capitalista?, ¿no era la justicia que expresaba los intereses de una clase?, ¿una clase adueñada de un Estado al que había que derrocar y llevar al socialismo? Y peor: ¿ahora pedís justicia? ¿Vos, que gritabas “Bravo, general” cuando el Viejo se mandaba esa atrocidad de “al enemigo ni justicia”? Bueno, compañero, hay que joderse: estos milicos asesinos están haciendo exactamente lo que Perón recomendó a la muchachos: “Al amigo todo, al enemigo ni justicia”. Y, en efecto, nos jodimos todos. Esa frase, además, hace de la guerra un acto de masacre. Si no rige una “justicia de guerra” para los prisioneros esto significa la consagración de la orden más terrible de todas las guerras: “No tomar prisioneros”. O sea, la matanza extrema. Perón comete una irresponsabilidad imperdonable al ofrecer al Movimiento ese apotegma (como él gustaba decirles a sus frases “trascendentes”). La Triple A, el C. de O., la CNU, los “verdes” de los sindicatos, Osinde, Villar, fueron los asesinos desmadrados que aplicaron el apotegma. Porque la guerrilla no incurrió (salvo un par de ejemplos desdichados) en las brutalidades de los escuadrones de la muerte. Atar con alambres de púa a los que habrían de matar, torturarlos y después fusilarlos con ochenta y un balazos como a Atilio López. Cuando llegue el momento haremos un análisis de importancia: cómo trató la guerrilla a sus víctimas y cómo las trataron los militares. Ninguna organización armada empaló a nadie ni lo cocinó vivo ni la tortura figuraba entre sus métodos. Este es un *punto esencial* para negar de plano la teoría de los dos demonios. El dolor aplicado al otro, pasado un punto, da un salto cualitativo: se transforma en eso que Walsh llamará la “tortura metafísica”. No hubo dos demonios tampoco en eso: ese demonio habitó sobre todo en la ESMA y en todos los otros campos de detención. Lo digo ahora, anticipándome, para los que suponen que mis críticas a la violencia (contra la cual, en efecto, estoy, y a las organizaciones armadas) me puede velar la visión crítica y caer en la teoría de los dos demonios. Hubo uno solo. En rigor, el de siempre. El que mencionó hace poco un ruralista torpe o ingenuo o demasiado sincero: el Ejército, la Iglesia y la oligarquía, las clases que dominaron el país, las que lo dominan. “Eso me enseñó mi maestra de Historia”, dijo el sincero agro-dirigente. Claro que te enseñó eso. Y a ella le enseñaron que eso te tenía que enseñar. Y vos lo aprendiste con entusiasmo. Porque, antes de que te lo enseñaran, ya creías en eso. Siempre ganaron. Siempre fueron el verdadero poder de este país. Cuando una generación –con errores, torpezas o ingenuidades, pero con una gran valentía y sincera entrega a la causa de los humildes y del país– se les enfrentó en serio, la masacraron con una impiedad que debía servir de enseñanza a todas las por venir.

Volvemos a la frase de Perón. Además, ¡cómo la dice! Con una convicción, con una firmeza temibles. Y cuando emite el durísimo “ni justicia” quiebra la boca en un gesto desdeñoso que no le impide mostrar los dientes. “Ni justicia” se llevó a cabo por medio de la política de las desapariciones. Así como el “cinco por uno” se transformó en “cincuenta por uno”. Las otras frases de Perón sobre la violencia no tienen la misma fuerza, no hay en ellas un elemento de crueldad. “La violencia de arriba genera la violencia de abajo” es una frase justa, perfecta para definir lo que ocurrió en la Argentina desde el golpe del ‘55 en adelante. Lo hemos desarrollado largamente. Y “a la violencia responderemos con una violencia mayor” es una frase de manual de estrategia militar, muy a lo Clausewitz. Es el *ni justicia* lo que marca el grado de latente fiereza, la exigencia de crueldad que hay en esa frase estremecedora. (Algunos filósofos utilizan este verbo –estremecer– para calificar algunas frases de Nietzsche. Hablan, así, de las *frases estremecedoras* de Nietzsche. Hay también unas cuantas frases estremecedoras de Perón. No las ignoraron nunca sus enemigos. Cuando veamos un largo texto que publicó en los diarios la Comisión de Homenaje a la Revolución Libertadora hacia 1973, en plena campaña electoral, ciatremos algunas. Como sea, ese informe anti-Perón sirve más para condenar a los obstinados gorilas que lo pergeñaron que a Perón, a quien llegan a acusar... de

haberse acostado con el boxeador *african-american* (o sea, negro, escupamos sobre lo políticamente correcto) Archie Moore. Sería divertido que Perón respondiera con ese giro suyo habitual y sarcástico: "Sí, ¿por qué no?" Hoy se ganaría muchísimos votos. Queda claro, supongo, que Perón ha sido superior a todos sus adversarios. No necesitaba demasiado para eso. Él mismo lo decía (lo dijo muchas veces): "No es que nosotros hayamos sido buenos, los otros fueron peores". Que está tomado de una frase formidable –un refrán español– que él también cita: "Detrás de ti vendrán los que bueno te harán".)

TODOS SON IGUALES EN LA LUCHA

Solanas y Getino llevan la cosa con inteligencia. Sucede que a este Viejo zorro (más Vizcacha que Fierro) no se le gana de ninguna manera. Le preguntan por la solidaridad que se les debe a "aquellos compañeros que están realizando una lucha activa y armada". Perón da una respuesta formidable. No había más que leer esto sin anteojeras para darse cuenta de lo que pensaba. Responde que sí, que naturalmente hay que ser solidarios con "esa gente que se está sacrificando", pero que *todos los peronistas* luchan en todas partes, en el puesto que sea. "Nosotros (dice con total transparencia) somos solidarios con todos los que están en el dispositivo luchando cada uno a su manera, porque aquí cada uno lucha de acuerdo a las condiciones que tiene para luchar (...) Para nosotros, todos los que luchan contra los enemigos de nuestro país son nuestros amigos".

Esta es la concepción que Perón tiene del Movimiento. Esto es lo que muchos encuadramientos de la juventud discutieron con los que ponían a la lucha armada como vanguardia de la lucha. El slogan "Si Evita viviera sería Montonera" era agresivo hasta con el propio Perón. ¿Por qué habría Evita de ser Montonera? Hay, aquí, una concepción vanguardista que se antepone al Movimiento. *No todas las luchas son iguales*. Hay una que es la más riesgosa y en ella están los más comprometidos. Hay un plano de superioridad que se basa en el riesgo, en la sangre, en la decisión de perder la vida y hasta en la dura decisión de matar. De aquí que la vanguardia se asuma como vanguardia armada. Durante los años en que las formaciones especiales empiezan a actuar ya hay montones de teóricos que explican la consigna sobre el montonerismo de Evita diciendo que, si viviera, *estaría en el lugar más arriesgado de la lucha.* Los Montoneros se apropiaron de la Jotapé no sólo por su enlace con Galimberti. Había una *fascinación* por la lucha armada. Siempre me pareció peligrosa. Nunca la compartí. Pero era imposible luchar contra ella. Perón no pudo ser más claro y lo dijo muchas veces: el peronismo enfrentaba al régimen como Movimiento de Liberación Nacional. Dentro de ese Movimiento estaban las *formaciones especiales*. Notemos que él las bautizó así y les puso *especiales*. Eran a-típicas. Tenían gran importancia porque había que golpear al régimen por todas partes, en todo lugar donde le doliera. *Pero esa era la tarea de todo el Movimiento*. Perón nunca admitió la vanguardia. La noción de "vanguardia" negaba su concepción del liderazgo. De aquí que cuando le preguntan por su solidearidad con quienes están en la lucha *armada* él dice: "Sí, cómo no. Claro que vamos a ser solidarios con ellos". Pero en seguida aclara: "Nosotros somos solidarios con todos los peronistas". Para Perón es tan importante un dirigente sindical como un guerrillero. Incluso un dirigente sindical dialoguista, conciliador. Porque el Movimiento *también* tiene que dialogar. Él lo necesita tanto a Rucci como necesita a los Montoneros. Rucci fue mucho más vivo: *jamás le discutió la conducción, jamás quiso compartirla con él*. Más coherente era el ERP. Cualquiera podía comprender cómo interpretaba Perón al Movimiento. *Si había alguien que fuera movimientista, ése era Perón*. El ERP, entonces, se abre del peronismo. No queremos someternos a la conducción de un líder burgués. No queremos compartir un espacio –el del Movimiento Peronista– con burócratas, burgueses y traidores. Los Montoneros tenían que saber que la política del *entrismo* tenía un costo: ser parte del Movimiento Justicialista y acatar la conducción de Perón. Dudo que no lo hayan entendido. Pensaban que podrían generar los hechos revolucionarios que lograran un giro en Perón. También hay que tomar en cuenta que nunca carecieron de la soberbia necesaria como para creer que podrían imponerle al viejo líder la necesariedad de compartir la conducción con ellos. La idea de apoderarse de Perón y ponerlo tras la causa montonera es esencial al tipo de conducción que estableció Firmenich. Montoneros sobrevalora excesivamente el papel de la lucha armada en el país y los réditos que de ella obtendrá no bien el peronismo llegue al poder. Perón no piensa lo mismo. Para Perón es el Movimiento en totalidad el que marcha hacia la toma del poder. *Todos son iguales en la lucha.* No hay peronistas privilegiados. Todos los que forman parte del Movimiento tienen un lugar en la lucha. Y todo ese complejo lleno de contradictorios que es el Movimiento Peronista tiene un conductor. El conductor realiza la síntesis. Todos pueden estar en el Movimiento, pero lo esencial para poder hacerlo es aceptar la conducción de Perón. *Un movimiento no tiene vanguardia*. Para Perón, no hay un lugar privilegiado de la lucha. *El mayor riesgo que corren algunas de las partes no implica superioridad sobre ninguna de las otras en tanto todas son necesarias.* Montoneros nunca lo creyó así. La Jotapé (sobre todo cuando se transforma en Tendencia Revolucionaria) tampoco. Esa autodenominación fue equivocada. Llevaba en sí la propuesta de la alternativa independiente. Afirmarse como Tendencia Revolucionaria implicaba marcar una superioridad sobre los otros sectores del Movimiento. Era un grave error conceptual y un pecado de soberbia. Era, también, desconocer a Perón y hasta ponerse afuera de la historia del peronismo. *Siempre fueron los sindicatos la columna vertebral del Movimiento*. La Columna Vertebral es más importante que la Tendencia Revolucionaria. Sin su Columna Vertebral el Movimiento se derrumba. Una "tendencia" puede diluirse, desaparecer. Una "columna vertebral" nunca. Jamás Perón dejó de decir que los sindicatos seguían siendo la "columna vertebral". Jamás dijo que la "tendencia revolucionaria" era la vanguardia. Pese a todos los elogios que tácticamente arrojó sobre la "juventud maravillosa" nunca dejó de señalar que la estructura del Movimiento era la que él había pensado desde siempre. *El movimiento entendido como un todo en el que todas las partes, en tanto cumplen una función necesaria, son iguales, valen lo mismo, ninguna puede ser privilegiada por sobre otra.* No bien la Jotapé se define como "tendencia" se define como "alternativista". Se pone fuera del esquema del Movimiento, tan celosamente custodiado por Perón.

LA MASACRE DE TRELEW

En agosto de 1972 se produce un hecho macabro, imperdonable. En Trelew, en la base Almirante Zar, son asesinados dieciséis guerrilleros. Los matan sus guardiacárceles por órdenes sin duda emanadas de los altos mandos de la Marina. Dentro del esquema interpretativo de la época el hecho avala la teoría de la guerrilla como lugar de máximo riesgo. Pero, más allá de esto, el horror está en que prefigura la metodología criminal que habrán de seguir los militares argentinos a partir del golpe de 1976. No se juzga a nadie. A los guerrilleros se los mata. Aquí, en Trelew, al menos entregan los cadáveres. Todavía no estaba perfeccionado el sistema de las desapariciones ni existía el poder para aplicarlo. Los muertos son: Carlos Heriberto Astudillo (FAR), 28 años; Rubén Pedro Bonet (ERP), 30 años; Eduardo Adolfo Capello (ERP), 24 años; Mario Emilio Delfino (ERP), 29 años; Alberto Carlos del Rey (ERP), 26 años; Alfredo Elías Kohon (FAR), 27 años; Clarisa Rosa Lea Place (ERP), 24 años; Susana Lesgart (Montoneros), 22 años; José Ricardo Mena (ERP), 20 años; Miguel Angel Pólit (ERP), 21 años; Mariano Pujadas (Montoneros), 24 años; María Angela Sabelli (FAR), 23 años; Ana María Villarreal de Santucho (ERP), 36 años; Humberto Segundo Suárez (ERP), 23 años; Humberto Adrián Toschi (ERP), 26 años; Jorge Alejandro Ulla (ERP), 28 años (Ver: Tomás Eloy Martínez, *La pasión según Trelew*, Aguilar, Buenos Aires, 2004).

¿Quién decidió la masacre de Trelew? Lanusse no la condenó, pero no fue una decisión suya. Tampoco de su ministro del Interior, Arturo Mor Roig. Fue una decisión de la Marina. El contraalmirante Hermes Quijada tratará de explicar los hechos, patéticamente. Cada cosa que decía tornaba más evidente la realidad de la masacre. El ERP 22 de Agosto lo asesina el 30 de abril de 1973 y el asesinato sirve para que los militares más duros cuestionen la entrega del poder. Cámpora deberá asumir el 25 de mayo. En el sepelio de Hermes Quijada, un personaje del ala más dura de la Marina (si es que puede hablarse de algo así, la Marina Argentina no tuvo jamás ala blanda), el almirante Mayorga (vigente aún durante estos días como fervoroso reivindicador de los horrores de la dictadura, condenados por toda la cultura occidental, por sus mejores teóricos, sumados incluso a los grandes genocidios del siglo XX, por Primo Levi, por ejemplo, nada menos) dice que es muy difícil resistir la tentación de "ordenar el país y después entregarlo". De modo que Mayorga debe saber muy bien cómo se hizo lo de Trelew. Era el modo en que él y los suyos pensaban "ordenar el país". Era, sin más, enfrentar en serio a la guerrilla. El Ejército aún no lo había hecho. La Marina, en Trelew, señala el camino. Para ellos, habría sido deseable hacer antes esa limpieza a fondo y después ver a quién le entregaban el país. Pero aún no podían. La apuesta de Lanusse era más inteligente: que se ocupara Perón. Apostar a su fracaso, a su desgaste, a su muerte y, entonces sí, ordenar el país. Sin embargo, Lanusse nunca habría ordenado el país como Mayorga y Massera. Fue el único militar de alto rango y prestigio presidencial que se enfrentó a las huestes de Videla. "Detenciones, señores. No secuestros." Esta frase trascendió en el país aterrorizado de 1976. Se la había dicho Lanusse a la Junta Militar. Lo agredieron fieramente. La revista *Cabildo* publicó una foto suya abrazándose con Allende, en Chile. Secuestraron a su ex secretario de prensa Edgardo Sajón, que jamás apareció. Persiguieron a otros de su entorno. Curiosa figura la de Lanusse. Fanático antiperonista, se opuso sin embargo a la macabra metodología de un Ejército que ya no era el que él había presidido, o el que él deseaba. "Detenciones, señores. No secuestros." Esto eliminaba la metodología de la desaparición, esencial para Videla y los suyos. Para Massera. Para la Marina, con su línea impecable de operar: bombardeo del 16 de junio, Trelew, la ESMA. Por eso conjeturo –aun cuando sé que muchos se van a oponer– que, si bien Trelew ocurre bajo el gobierno de Lanusse, es algo que la Marina le hace para entorpecer su linea conciliadora con el peronismo. Seguiremos tratando el tema.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El paraguas de Rucci como concepto

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

61 El paraguas de Rucci como concepto

Suplemento especial de
Página|12

TRELEW, LA EXPLICACIÓN DE LA MASACRE

Trelew es un escándalo. Todo el país reacciona con indignación. Lo que se dice desde los distintos sectores es: así no. Eso es un asesinato en masa. Los militares ofrecen una inmediata explicación. Nadie les cree. La "explicación" corre a cargo del contraalmirante Hermes Quijada, que hasta acude a un pizarrón para demostrar lo indemostrable. El ERP 22, un desgajamiento del ERP, se cobrará la vida de este marino en 1973. Precisamente el 30 de abril de 1973. Una fecha excepcionalmente oportuna para que todo se pudriera bien podrido y entonces se abrieran las puertas de una "situación revolucionaria". Pensemos que Cámpora gana las elecciones el 11 de marzo. Que los militares tienen que entregar el gobierno el 25 de mayo. ¿Qué mejor fecha que el 30 de abril para boletear a un ex jefe del estado mayor conjunto? Ahora es posible acariciar esa utopía: que no haya traslado del gobierno. Que los militares se enfurezcan, no lo entreguen y las masas salgan a las calles a hacer la revolución. Los militares estuvieron a punto de darle el gusto al ERP 22. Se alimentan mutuamente. Los que no querían entregar el gobierno brindaron con champagne la noche del asesinato de Hermes Quijada. Lo enterraron en medio de amenazas terribles. La más poderosa fue la del almirante Horacio Mayorga, de la línea más feroz de la Marina. Dijo: "Cuesta mucho resistir la tentación de ordenar antes el país y entregarlo después". O sea, la ESMA ahora. No perdamos tiempo. Basta de joder con Perón. Ese viejo no va a arreglar. El Ejército en pleno puede liquidar a todos estos guerrilleros y a toda esta ola subversiva en poco tiempo. Lo que proponía Mayorga –al fin y al cabo– era sólo adelantar en unos meses el golpe de Chile. El ERP 22 le facilita el juego. ¿Que Hermes Quijada no era precisamente una buena persona? ¿Que, sin duda, había tenido responsabilidad en la masacre de Trelew? ¿Y eso qué significaba? El pueblo había votado. El justicialismo había ganado limpiamente el gobierno en las urnas. Se esperaba –entre dudas, con incertidumbres– la entrega del gobierno. ¡Y estos heroicos centuriones acribillan a un tipo porque fue el que "explicó" la masacre de Trelew! Pero el motivo era otro: que no se entregara el gobierno. Que no se instalara la "democracia burguesa". El mismo, el exacto motivo del almirante Mayorga. Se logra algo más: Lanusse y la Junta de Comandantes en Jefe declaran "zonas de emergencia". Nada menos que Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Mendoza. ¡Establecen consejos de guerra y juicios sumarios! A pocos días del triunfo peronista en las urnas. A pocos días de entregar el gobierno. Si analizamos lo que metodológicamente buscaba la guerrilla es lo que busca en sus peores momentos de enajenación política: que nada se estabilice institucionalmente, que las contradicciones de clase se tornen visibles, que las Fuerzas Armadas sigan reprimiendo para que el pueblo vea a su verdadero enemigo en acción, sin la careta democrática. De aquí en más, esta enajenación de las guerrillas (enajenación respecto de las masas, sus intereses y sus opciones, las cuales las guerrillas suelen desconocer por completo) se irá acentuando. "Vamos a obligarlos a sacarse la careta". Cuando los militares se la sacan matan a todos: a los combatientes armados, a sus familiares, a sus amigos, a los sindicalistas y a cualquier perejil que ande por ahí. Pero eso sí: se ha demostrado que no son democráticos. Que usaban una careta. Lo que indigna de esa acción miliciana del ERP 22 es que se trata de la negación absoluta de lo que la mayoría del pueblo esperaba en ese momento. Se esperaba la entrega del gobierno. Se habían ganado las elecciones. No importa lo que vino después. Todos sabemos lo que vino después. En ese momento nadie lo sabía. Se vivía en medio de una esperanza. Y esa esperanza era principalmente de los sectores humildes. De los obreros, de los villeros, de las clases medias bajas. Con Cámpora en el Gobierno regresaría Perón. Ése era el sueño. No más balas y más muertos.

Lo de Trelew fue, sin duda, un asesinato en masa. "El 15 de agosto (escribe Jorge Luis Bernetti) se produce la evasión, de la cárcel de Rawson, de presos de las organizaciones Montoneros, FAR y ERP, con la toma del aeropuerto de Trelew, la captura de un avión y el exilio a Chile de 10 integrantes de aquellos grupos armados. Una semana después, el país se estremece cuando el 22 los fugados que se habían rendido a las autoridades en el aeropuerto de Rawson, son ametrallados en la base Naval Almirante Zar: 16 guerrilleros son muertos y tres gravemente heridos. Una gran cantidad de organizaciones populares y sindicales plantearon sus dudas o su franco rechazo por la explicación brindada por el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas" (revista *Envido*, octubre de 1972, pag. 61. La nota está firmada como "Claudio Ramírez", seudónimo que Bernetti usaba para escribir en nuestra revista y no perder el puesto en *Panorama*. Espero no equivocarme. Para nosotros era un honor que un periodista como Jorge nos escribiera las notas de *actualidad*).

"Los minutos de terror se avecinaban en la Base Almirante Zar de Trelew. Eran las 3.30 de la madrugada del 22 de agosto cuando se les impartió a los prisioneros una orden insólita: salir de sus celdas con la vista fija en el piso y detenerse ante la puerta de cada uno de sus calabozos en dos hileras. '¡El mentón contra el pecho! ¡La mirada en el suelo!', gritó el capitán Sosa.

"Por sus cabezas pueden haber pasado muchas conjeturas, pero seguramente ninguna se acercaba a lo que ocurrió segundos después. De forma imprevista los uniformados comenzaron a disparar sus ametralladoras. La balacera duró 20 minutos. Los presos, indefensos, nada podían hacer frente a las balas militares. Los cuerpos caían de a uno. Algunos, aún con vida, se retorcían de dolor en el suelo del penal; Sosa y compañía no dudaban en darles el tiro de gracia en la nuca. Entre los gritos de los heridos y moribundos, Jorge Alejandro Ulla alcanzó a gritar a los militares 'hijos de puta', antes de ser rematado. María Antonia Berger escribió en la pared de la celda con su propia sangre *lomje* (libres o muertos, jamás esclavos)" (Christian Petralito, Alberto Alderete, *Trelew*, Nuestra América, 2007, p. 65.). Los libros sobre Trelew que deben leerse son el que acabo de citar, el de Humberto Costantini, *Libro de Trelew*, y el de Tomás Eloy Martínez, *La pasión según Trelew*. Tomás presentó este libro en 1973, en plena campaña electoral de Perón-Perón. Una etapa de momentánea elasticidad. Me llamó la atención que un periodista tan exitoso se metiera en un lío tan comprometido. Además, no tenía trayectoria militante en la izquierda peronista ni en la marxista. Y en la foto que exhibía *La Opinión* se lo veía con una barba intempestiva. Más allá de esto o más acá, el libro es excelente, está tan bien escrito como sólo Tomás y algunos otros pueden escribir en este país y le costó lo que sin duda habría de costarle: persecución y exilio.

UN BUEN POLICÍA

Trelew se transformó en un símbolo de la venganza. Los faenadores del '76 no dejaron vivo a uno que se hubiera expresado elogiosamente sobre los mártires o

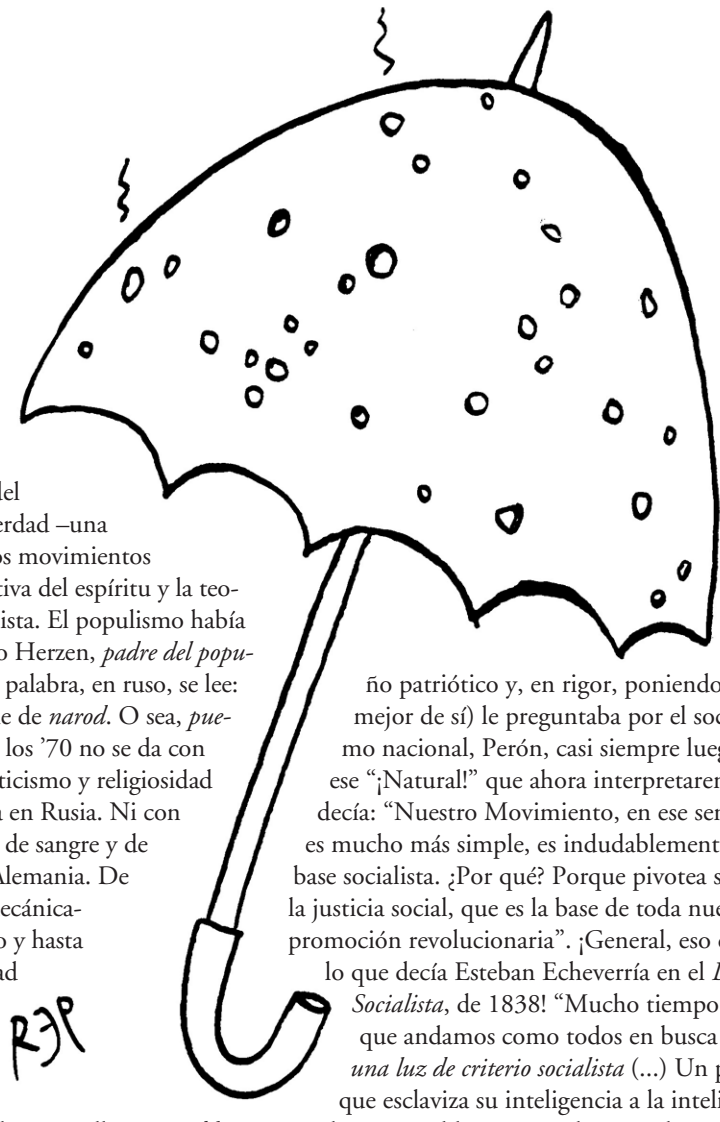
condenatoriamente sobre los asesinos. Mataron a los que hicieron obras de teatro. A los que simplemente, en un reportaje, mencionaron condenatoriamente el hecho. "¿Dijiste algo contra la matanza de Trelew? Rajate, hermano. Eso solo cuesta la vida". ¿Por qué? ¿Por qué esa saña? Porque condenar Trelew era condenar la metodología que, ahí, ya se decidió para combatir a la guerrilla no bien se diera la oportunidad, que los militares veían cerca dada la edad de Perón y las líneas terriblemente antagónicas dentro del justicialismo. Trelew, entre los militantes y entre la guerrilla, no fue la feroz advertencia que debió haber sido. Era sólo un acto de barbarie de la Marina. Uno más. Expresaba, es cierto, "El carácter desafiante, la soberbia represiva de los altos mandos, la técnica de la 'masacre disuasora'" (*Envido*, *Ibid.*, p. 4 de la sección *Situación*, casi siempre brillantemente escrita por Horacio González). Pero todo eso habría de ser controlado apenas el pueblo llegara al poder y el General Perón a la patria. Hubo bronca con lo de Trelew, pero no hubo miedo. O muy poco. Se enfrentaba a un enemigo cruel, brutal. Pero las fuerzas propias eran tantas que lo dominarían fácilmente. Por fin, Trelew fue conceptualizado como un acto de *desesperación* de la Marina reaccionaria. Para algunos exaltados: la declaración de la guerra civil. Yo estaba en Córdoba, en la oficina de un defensor de presos políticos. Ahí nos enteramos los dos. El tipo empezó a dar zancadas por el escritorio y aullaba: "¡Esto es la guerra civil!" Seguía: "Basta, basta". Y de pronto larga la frase de Ghioldi: "Se acabó la leche de la clemencia". Le di los números de *Envido* que le había llevado y partí de regreso a Buenos Aires. Todos concordaban en que ése no era el camino.

Los muertos de Trelew fueron velados en la sede del Partido Justicialista. Pero el sanguinario, el brutal comisario Alberto Villar arrasó la puerta ¡con una tanqueta! Cagó a palos a todo el mundo. Familiares, madres, ancianos, jóvenes. Se llevó los féretros y desapareció. Este señor –*el tipo que hizo esta bestialidad*– fue nombrado por Perón al frente de la Policía Federal en 1974. Cuando le objetaron la medida dijo: "¡Pero es un buen policía!"

Se hacen actos importantes. Uno, memorable, en el Sindicato de Prensa. Para honrar la memoria de Emilio Jáuregui. Cada uno estaba por una revista. Rodolfo Walsh por el periódico de la CGT de los Argentinos. José Ricardo Eliaschev por *Nuevo Hombre*, que dirigía Silvio Frondizi, publicación muy ligada al ERP. Alguno más que olvidé. Y Horacio González por *Envido*. Eliaschev dijo algo patético y trágicamente divertido: "A los de *Nuevo Hombre* ya nos amenazaron, nos pusieron varias bombas. No sé, ¡sólo falta que nos maten!". Por supuesto: sólo eso faltaba. Y eso pensaban hacer. Walsh estaba como hundido en su silla. Malhumorado, rojo como si tuviera 30 de presión. Dijo dos o tres cosas y al diablo. Horacio estuvo formidable y fue el único que evocó a Jáuregui y reflexionó sobre la decisión última del militante: poner en riesgo su vida. Apareció alguien de la revista *La Comuna* y anunció la adhesión "del intelectual David Viñas". Hubo varias bromas. "¡Pobre Viñas, si se entera que lo definieron como un intelectual lo mata al salame éste." ¿Intelectuales? No, todos debíamos ser militantes. Soldados de la causa nacional y popular. El tipo debió decir "del militante David Viñas". No "del intelectual". "Intelectual" no daba riesgo, no daba compromiso, no daba militancia. Daba Torre de Marfil. Lejanía, demasiados libros y poca praxis. Así eran los tiempos. Ahora, que estamos a punto de ver el encandilamiento con la guerrilla y con las armas lo entenderemos mejor.

Los que ya dábamos charlas o éramos profesores aliados de la JUP no nos privábamos de la petulancia de los años jóvenes. Cierta vez llego a un sindicato –no recuerdo cuál– y saludo a los compañeros, todos más jóvenes que yo, y me dispongo a empezar la charla. Alguien me dice: "En la otra sala está Hernández Arregui". Me doy vuelta y leo una placa de bronce que identifica la sala: *Sala para jubilados*. Me río y digo: "Está bien, déjenlo ahí". ¡Insoportable! Pero era así. La juventud, en sí, era un valor. Se hablaba de los fundadores de la corriente nacional y se nombraba a los de siempre. A Hernández Arregui, Puiggrós, Jauretche, Scalabrini, etc. Pero uno ya los había dejado atrás. Siempre respeté a Cooke. A Milcíades. Y siempre recomendé *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* del Colorado Ramos. Pero poca bola a los demás. Sin embargo... ¡Ah, sin embargo! Había otros, que no la jugaban de teóricos, y nos barrían alevosamente. No había nada que pudiera igualarlos. Ni la mejor de las charlas sobre metodología revolucionaria. O sobre la cuestión nacional y social. O sobre el Estado y la lucha de clases. O sobre las contradicciones internas del concepto de "Pueblo". Esta vez sí recuerdo dónde era: la Facultad de Arquitectura. Llego y tengo que subir a un escenario. Me presenta un pibe que termina con el consabido: "Si Evita viviera sería Montonera, compañeros". Y todos aplaudían. Era la perfecta forma de redondear cualquier discurso cuando a alguien se le acababa el rollo. Decía eso y listo, cerraba y lo aplaudían. El otro era: "Porque luchamos por el regreso del general Perón y el triunfo de la Patria Justa, Libre y Soberana, ¡la Patria Socialista, compañeros!" Aplausos y se acabó, el ñato zafaba. No me pasó eso aquella noche en Arquitectura. Primero, porque yo no decía esas consignas. Eran más para los pibes. Y segundo, porque había algo contra lo cual ninguno de nosotros, los tipos de superficie, podía competir: la lucha armada. Doy mi charla. Hasta tenía puesto mi sacón de cuero marrón, que me hacía sentir bravo, comprometido. Hablo y hablo y nada. Termino. Algunos aplausos. Nada mal. Pero nada del otro mundo. Ahí nomás. Le pregunto a uno de los que me invitó: "Che, qué tibios estuvieron. ¿Me mandé alguna cagada?" "No, pero, qué querés, flaco. El jueves pasado estuvo Paco Urondo. Y durante una hora y media les explicó a los pibes cómo se carga un rifle. Una metralleta. Cómo cargás una pistola. Cómo se limpia. Dónde te la guardas cuando salís a la calle. Comprendelos a los compañeros. No es que no les interese lo que les dijiste, pero ¡no vas a comparar!" No hace mucho, en Canal 7, le dedican un programa. La gacetilla decía: "Paco Urondo, el hombre que encontró para el poema el arma de la palabra justa". (Cito de memoria, pero era casi así.) Contra esa fascinación nada se podía. Al año siguiente, lo vuelvo a ver a Paco. Fue en la concentración en Avenida Maipú para "romper el cerco del Brujo López Rega". Tenía puesto un sobretodo y parecía como si hubiera engordado 15 kilos. Sonreía con su irresistible sonrisa, andaba con ese bigotazo amarronado que era como un uniforme y estaba paradito, quieto. No parecía con ánimos de caminar mucho, o de poder hacerlo. Los pibes, con admiración, decían: "Miralo, miralo, ¡sabés la de fierros que debe tener abajo de ese sobretodo!". Tal vez siga siendo algo inexplicable la facilidad con que las Orgas (sobre todo Montoneros) se adueñaron de la Jotapé, pero no tanto. Este enamoramiento con la lucha armada. Esta admiración por sus combatientes. Considerarlas "el lugar más riesgoso de la lucha" y, por tanto, el más privilegiado, ése en que la vida más se arriesgaba, tuvo mucho que ver. También concebir la militancia como esa forma de vida que exige los extremos, dar la vida. Si morir es la forma extrema, perfecta, inapelable del ser del militante, los que más arriesgan la vida son quienes merecen ser la vanguardia.

De aquí que las otras expresiones del Movimiento fueran despreciadas. Su estamento político. Y su estamento sindical. La CGT era la traición. Sus dirigentes, lejos de arriesgar la vida, robaban, engañaban a los obreros, negociaban con los patrones, eran parte del capitalismo corrupto y entreguista. Y el pueblo era esa entidad amada, en nombre de la que todo se hacía. Y



que era –*y esto es muy importante*– valor de verdad. La concepción del pueblo como valor de verdad –una característica típica de los movimientos populistas– era constitutiva del espíritu y la teoría de la izquierda peronista. El populismo había nacido en Rusia y el ruso Herzen, *padre del populismo*, fue su creador. La palabra, en ruso, se lee: *narodnichestvo* y proviene de *narod*. O sea, *pueblo*. Entre los jóvenes de los '70 no se da con las características de misticismo y religiosidad profundos con que se da en Rusia. Ni con los aditamentos raciales, de sangre y de tierra con que se da en Alemania. De aquí que compararlos mecánicamente carezca de sentido y hasta de honestidad. La entidad "populista" que privó en la Argentina de fines de los sesenta y comienzos de los setenta fue algo a lo que se llamó: *pueblo peronista*. Este pueblo se caracterizaba por su despojamiento. Se le había quitado lo esencial. Su participación en la riqueza de la patria. Su amada virgen, su santa, su compañera, su guía, su adorada Eva Perón. Y su líder. Su palabra se expresaba en el modo de la pasividad. Era un todo. Era el "pueblo peronista" y su palabra tenía valor de verdad. Todo lo que debía hacerse se debía hacer en su nombre. Todos lo representaban. "Lo mejor que tenemos es el pueblo". "Defendemos un solo interés: el del pueblo". Con claridad, con dureza, la juventud siempre aclaró que "el pueblo" no eran "todos". Que había, interna a la "cuestión nacional", una "cuestión social" y que una no se resolvía sin la otra. O sea (y que quede claro para los que nunca lo entienden), la cuestión nacional no estaba destinada a oscurecer la cuestión social. Este populismo revolucionario tenía muy claro que el imperialismo sólo podía dominar al país por su complicidad con su aliado interno: la oligarquía y todos los sectores aliados a ella. La Iglesia preconciliar y el Ejército. La liberación nacional y social de la patria era una y la misma: no existía una sin la otra. Esto lo sostenía la Jotapé. No lo sostenían los sindicatos. Ahí se hablaba de la "liberación nacional". Tampoco Perón hablaba de "*la liberación nacional y social de la patria*". Nunca. Perón siempre habló de la "liberación de los dos imperialismos dominantes". Lo cual era una falacia. Porque la Argentina no dependía del "imperialismo soviético". Dependía del norteamericano. Motivo por el cual a veces Perón sólo decía "el imperialismo norteamericano". Pero su fórmula conceptual era "los dos imperialismos". De ella salía la vieja idea de la Tercera Posición de la que, muy oportunamente, Perón extraía la del Tercer Mundo que, de ese modo, terminaba por haber sido inventada por él.

Lo más que consiguen sacarle Solanas y Getino al Conductor es la idea del socialismo nacional, que Perón había embarrado seriamente al decir que él, en su viaje por Europa a fines de los '40, había encontrado en Italia y Alemania. Encontré, dijo, "formas de socialismo nacional". Los jóvenes se querían morir. Los que buscábamos el *aggiornamento* del peronismo nos queríamos morir. Además, cuando Perón hablaba del socialismo nacional, hablaba siempre de la justicia social. Creo que le gustaba jugar al pícaro. Acaso cuando se iban los jóvenes cineastas les dijera a Isabelita o a López: "Estos me quieren hacer decir fracesitas marxistas. Me quieren hacer hablar como Castro. Van a tener que esperar sentados". Si Pino Solanas (con loable empeño patriótico y, en rigor, poniendo lo mejor de sí) le preguntaba por el socialismo nacional, Perón, casi siempre luego de ese "¡Natural!" que ahora interpretaremos, decía: "Nuestro Movimiento, en ese sentido, es mucho más simple, es indudablemente de base socialista. ¿Por qué? Porque pivotea sobre la justicia social, que es la base de toda nuestra promoción revolucionaria". ¡General, eso casi es lo que decía Esteban Echeverría en el *Dogma Socialista*, de 1838! "Mucho tiempo hace que andamos como todos en busca de *una luz de criterio socialista* (...) Un pueblo que esclaviza su inteligencia a la inteligencia de otro pueblo es estúpido y sacrílego (...) *Todo privilegio es un atentado a la igualdad*" (Esteban Echeverría, *Dogma Socialista y otras páginas políticas*, Estrada, Buenos Aires, pp. 100/ 116/ 119. Las cursivas son de Echeverría). General, lo que Solanas le pregunta es si el socialismo nacional es, por lo menos, *elementalmente* socialista. Es decir, si va a hacer una reforma en el régimen de propiedad de la tierra. Si va a intervenir decididamente en el régimen bancario. Si va a avanzar en la expropiación de las riquezas abusivas. Sabemos de memoria que el peronismo pivotea sobre la justicia social. Pero una cosa es la justicia social entendida como una redistribución más piadosa del ingreso en beneficio de los pobres. Y otra es la justicia social de la que habla Echeverría: "Todo privilegio es un atentado a la igualdad". ¡Y eso que Echeverría pertenece por completo a lo que usted llama "tradición anglosajona" de nuestra historia! Y él, ese liberal amigo de Lavalle y los franceses, larga frases más duras que las suyas. "No hay caso", me decía Miguel. "No larga nada el Viejo." El Viejo daba más manija en las cartas y en las cintas grabadas. Y a las formaciones especiales nunca les dijo: "Cautela". No, el mensaje fue claro: "Sigan dando, muchachos". Pero, en el plano teórico, Perón nunca fue más allá de sí mismo. De *Conducción política*. Un par de frases altisonantes, sólo eso.

LOS TEÓRICOS DE LAS CÁTEDRAS NACIONALES

Los teóricos de las Cátedras Nacionales tuvieron más influencia en el ámbito de la militancia. La misión era tironear para la izquierda las frases del Viejo. Pero mucho más también. Y aquí me voy a permitir expresar una sorpresa que hace años me domina. Que los socialdemócratas antiperonistas del Club Socialista hayan ignorado por completo a las Cátedras Nacionales y a las revistas *Envido* y *Antropología del Tercer Mundo* se puede llegar a entender. Hicieron cosas peores. Pero que los nuevos periodistas que se lanzan a investigar los '70 no hayan encontrado todavía esas dos revistas que bajaron línea durante años decisivos es inexplicable. Larraquy trabaja muy bien en su *López Rega*, que se ve documentado. Y Lucas Lanusse (que se jacta de haber leído *todo* sobre los '70) traza un buen retrato de la Iglesia militante en *Cristo revolucionario*. Pero lo incluye a Domingo Bresci e ignora que una de las principales tareas militantes que hizo Domingo la hizo con nosotros, los pendejos "inteligentes" de *Envido*. Domingo era *nuestro* Sacerdote del Tercer Mundo. No voy a hablar de él ahora porque le tengo reservado un lugar de importancia en esta historia, a él y a sus compañeros. Bueno, el que no pasó por encima *nada de eso* fue Richard Gillespie, a quien Lanusse da por "superado". (Ojo: Lucas Lanusse es un tipo de primera. Nada serio con él.) Gillespie se leyó toda la colección de *Envido*, de *Antropología del Tercer Mundo* y hasta cita mi primer libro, de 1974, *El peronismo y la primacía de la política*. Que, por supuesto, es un libro peronista. Más exactamente: un libro Jotapé. Y fue escrito al calor de los hechos. Se edita en 1974 (lo edita Miguel) pero sus materiales van del '71 al '73. Lo escribí entre mis 27 y mis 29 años. Más escrito "al calor de los hechos" imposible. Gillespie lo toma en cuenta para mostrar cómo tratábamos de manipular las frases licuadas que mandaba el Viejo. (¡Que hasta cita a Confucio! ¡Citarle a Confucio a la juventud peronista!) Cito a Gillespie: "Ante la vaguedad de sus ideas sobre el significado del 'socialismo nacional', algunos, de acuerdo con José Pablo Feinmann, creían que tal tendencia y el justicialismo eran 'conceptos equivalentes'; que no se trataba de una Cuarta Bandera del Justicialismo, sino de la 'síntesis más profunda del proyecto político de poder popular que animó al peronismo desde sus orígenes" (Gillespie, *Ibid.*, p. 100). Se trataba de demostrar que socialismo nacional implicaba poder popular. En suma, injerencia creciente del pueblo en los mecanismos del Estado. Gillespie, con razón, dice: "Todos ellos, sin embargo, crearon un Perón a su propia imagen y semejanza" (*Ibid.*, p. 100). Por supuesto. También cita (sólo Gillespie los cita y fue un libro fundamental, ¿qué les pasa a los ensayistas argentinos?) el libro *Peronismo: antecedentes y gobierno* de Juan Pablo Franco y Fernando Alvarez, editado por *Cuadernos de Antropología del Tercer Mundo*. Y de Juan Pablo Franco: *Notas para una historia del peronismo*, un suplemento que publicó *Envido* en junio de 1971. El libro de Franco y Alvarez (*Peronismo: antecedentes y gobierno*) fue fundamental para los militantes. Era el respondetodo del peronismo. Todos los puntos que los gorilas señalaban Franco y Alvarez los respondían. De ahí sacaban las respuestas los militantes y ganaban las discusiones. En esa época demostrar que Perón había desarrollado o no la industria pesada era una cuestión de vida o muerte. ¿Por qué no hizo la Reforma Agraria? Fue gatopardista, fue nacionalista burgués, fue bonapartista, fue... Alvarez y Franco respondían todo. Era una tarea abrumadora inventarlo al peronismo. Pero la Jotapé tenía que poder ponerse esa máscara. Cuando (hacia 1967) emergí de las páginas de *El Capital* o de *Lire Le Capital* (de Althusser, no traducido aún) pregunté: "¿Dónde está nuestro proletariado británico?" Me dijeron: "No tenemos proletariado británico aquí". "¿Qué tenemos?" "Lo tenemos a Perón y a sus negros, que lo aman." "Bueno, ¡seamos peronistas!". *La izquierda peronista fue todo lo peronista que pudo ser. Y Perón fue todo lo socialista que le pareció necesario.* Pero no eran uno para el otro. En algún momento eso habría de estallar. Alguien se sacaría la máscara. Perón, en su discurso del 21 de junio de 1974, al día siguiente de Ezeiza, se la arrancó de un tirón. "¡Este soy yo, imberbes! Soy lo que las 20 verdades peronistas dicen." Al día siguiente, aún aturdida, la juventud se preguntaba: "¿Qué mierda son las 20 verdades peronistas?". Entre otras cosas, eran el paraguas de Rucci. El sindicalismo (la columna vertebral) custodiando al líder del Movimiento.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El Día de la Militancia

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

Suplemento especial de
Página|12

ACTUALIZACIÓN, TRASVASAMIENTO, SOCIALISMO NACIONAL

Si bien es cierto que Perón acomoda a su visión ancestral del peronismo los conceptos nuevos que le tiran Solanas y Getino –o que elaboran en colaboración con él–, no lo es menos que toman vida propia en la palabra y la escritura de los militantes. Quiero decir: si Perón dice del socialismo nacional poco o nada que pueda unirlo con algún rigor al socialismo (menos aún al socialismo que la Revolución Cubana, como *acontecimiento* fundante, echa a rodar por América latina), la militancia revolucionaria sabe que el concepto es para ella. *Socialismo nacional* es claramente un socialismo que debe crearse a partir de la lucha de quienes están contra el imperialismo y sus aliados internos. No es el socialismo soviético. Al ser latinoamericano, está cerca del socialismo de Cuba. Al ser tercermundista forma parte de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. Walsh (en *Quién mató a Rosendo*) lo pone en boca de uno de sus personajes: el peronismo es "un movimiento de liberación". Además, la juventud traducía las cosas que largaba el Viejo al lenguaje que requería su militancia. Socialismo nacional podía transformarse sencillamente en "socialismo" sin que nadie se opusiera. De hecho lo expresa la célebre consigna: "Perón, Evita, la patria socialista". Luego, el desengaño la transformará en "Perón *evita* la patria socialista". Aunque, para expresar desengaños, la mejor habrá de ser una que ya se pinta hacia fines del '73: *Volvé Lanusse, te perdonamos*. Era tan divertida como dolorosa. (*Nota:* Porque hay algo que acaso sea el momento de decir: hay gente que se divierte con esta tragedia. Gente para la cual se trató de una comedia entre una generación de jóvenes pelotudos y un viejo hijo de puta, del que esos jóvenes, de puro pelotudos, nunca averiguaron cómo había sido en el pasado. Cierta vez, en la redacción de *Clarín*, me crucé con el notable dibujante Hermenegildo Sábat y le di un ejemplar de mi libro *López Rega, la cara oscura de Perón*. Sería el año '87, fecha en que ese libro se publicó. El libro aborda una serie de cuestiones decididamente trágicas. Ezeiza, la Triple A, López Rega, la muerte de Perón, en fin: todo el descalabro del peronismo a partir del 20 de junio de 1973. Poco después me cruzo de nuevo con Sábat y le pregunto qué le pareció el libro. "Ah, sí –dice–, me divertí muchísimo." "¿Te divertiste?" Me hablaba y sonreía, como alguien que recuerda un buen chiste. "Sí, me reí muchísimo." Me despedí de él y me fui algo turbado, confundido. Caramba, me decía, ese libro cuenta una tragedia. Después me dijeron que Sábat era muy antiperonista. Pero, ¿tanto? También me dijeron que no se lo puede ni debe criticar. Diga lo que diga. Porque es muy talentoso. Caramba, Heidegger fue un genio y muchos perseveran en decir que fue nazi. Pero está bien, acepto. Me alegra haberle hecho pasar un momento divertido al maestro. Me sucedió (no exactamente igual) otras veces. Con un director de cine. Era radical y odiaba al peronismo por algo que el peronismo le había hecho a su viejo. Había sido, en efecto, una injusticia, una afrenta. De todos modos, uno no puede tomar una posición política propia por algo que le pasó a su viejo. Tal vez debiera tener en cuenta (o poner en la balanza para darle un fundamento más serio a su decisión) qué le pasó al resto del país. La cuestión es que –cierta vez– estoy con este cineasta cenando en Chiquilín y hablando del guión sobre un film que íbamos a hacer y no se hizo. De pronto sale el tema de la represión y los desaparecidos. De pronto el tipo dice: "Pobres pibes ésos, ¿no? Morir por boludos. Por Perón. Por no haberse calentado en averiguar que ese hijo de puta era un nazi". Estas cosas son habituales. Y son dolorosas. En la Argentina se muere sin gloria. Son muchos los que piensan que los jóvenes peronistas del '70 fueron unos pelotudos que no sabían nada de Perón. Como saben *ellos*, los que dicen eso. Porque ellos sí saben qué fue Perón. Lo supieron siempre. Fue un facho. En general son radicales los que piensan así. La derecha-derecha no piensa que fueron unos boludos. Al menos, los toman más en serio: fueron el "foco marxista" que denunció en mayo de 1973 el general Sánchez de Bustamante. Hay cosas de las que los radicales no se curarán nunca. Como los peronistas, desde luego. Pero los radicales se creen algo así como los dueños de la democracia y las instituciones y grandes enemigos del fascismo. Que, en la Argentina, es el peronismo. Y esos boludos de los '70 quieren hacer de ese viejo facho un socialista. Qué boludos, ¿no? "Me divertí mucho." Claro: ¿algo puede ser más divertido que la historia de un viejo fascista y de unos jóvenes idiotas que lo siguen como si fuera Lenin? Sólo esto: ¿por qué los mataron entonces? ¿Tan peligrosos son los boludos? ¿Por qué esa masacre? ¿Para qué matar 30.000 boludos en lugar de 30.000 radicales piolas enemigos del fascismo? Pero es así: en la Argentina se muere sin gloria. El líder que esos jóvenes levantaban –*al margen de lo que antes hubiera sido*– era un anciano rodeado de un círculo siniestro. La Conducción "revolucionaria" a la que muchos adherían era lamentable, demencial, los mandó a morir bajo estrategias y tácticas terriblemente equivocadas, sólo posibles por un iluminismo inhumano, por un desdén inmenso por la vida de sus militantes. Cuando uno mira la foto en que Salvador Allende se prepara a vender cara su vida, a defender su causa hasta el fin, en La Moneda, al frente de los pocos que ya quedan a su lado, el respeto lo invade, la envidia también. ¡Qué digno ha de haber sido luchar y hasta morir con un hombre como ése! Los pibes de Malvinas, lo mismo. Fueron a una guerra que no entendían. Los maltrataron, los estaquearon sus propios jefes. Los ingleses los cazaron como a liebres. Al volver, *no los esperaba nadie*. Hoy, ya son tantos los que se han suicidado desde entonces como los que murieron en las islas. Se muere sin gloria en la Argentina. Para colmo, después vienen los lúcidos, los que se las saben todas, y a los que murieron les dicen boludos, ingenuos, o se callan, o se ríen.) Seguimos: si el socialismo nacional se leía como la lucha por la toma del poder era claro que la consigna había sido radicalizada. *En ningún momento de "Actualización política y doctrinaria para la toma del poder" Perón habla de quitarle el poder a la burguesía*. De establecer un gobierno basado en la clase obrera. De llevar a los obreros a la toma del poder. El socialismo se inventó para eso. Para que la clase obrera dejara de ser la clase explotada por el capitalista y se adueñara del poder. Para eso era necesaria una dictadura y un férreo control del Estado y el Partido, que expresaban los intereses de los obreros revolucionarios. Se podía hacer ahora o paulatinamente pero –por más nacional que sea– el socialismo no puede prescindir de un decisivo traslado del poder desde las clases dominantes hacia las dominadas. Pero no por eso dejaba de recibirse con beneplácito un concepto como el de "socialismo nacional". Al cabo, el Viejo tiene que decir "eso" para no asustar tanto. Una vez con la manija en la mano la historia va a ser otra. El *trasvasamiento generacional* se complementaba con el socialismo. Como muchas veces dijo Perón "no era tirar todos los días un viejo por la ventana", pero una aceptación de un evolucionismo biológico necesario. Los jóvenes debían reemplazar a los viejos. Con lo cual Perón les decía a los militantes que –poco a poco o no tanto– el Movimiento quedaría en sus manos. Son los jóvenes los que tienen que realizar el socialismo, a secas o nacional. Todo era parte de un juego de "dar manija". Era el momento del "ala dura". Había que golpear a los milicos. Y Perón sabía que eso no lo iban a hacer los sindicatos. Ni los políticos. Los sindicatos tenían que cuidar lo suyo y no podían arriesgarse en una lucha incierta. Desde Onganía que venían negociando con esta llamada "Revolución Argentina" y lo *seguirían haciendo siempre que fuera necesario*. Para jugar a la rebeldía estaba la CGT de Ongaro, que todo el tiempo hablaba de los "traidores". Los sindicatos eran factores de poder. Tenían que asegurarles muchas cosas a los obreros y no era cuestión de perderlas si a Perón se le ocurría no volver porque sí nomás o porque estiró la pata, cosa que todos siempre tenían muy en cuenta. Del *trasvasamiento generacional* se pasaba a la *actualización doctrinaria*. Era otra bandera que el Viejo les daba a los jóvenes. Claro que sí, ¡hay que actualizar la doctrina! Los nuevos tiempos lo exigen. El mundo ha cambiado. Todos sabemos que marcha hacia el socialismo. ¿Cómo nos vamos a quedar en las 20 verdades? Eso era para la década del '40. Estuvo perfecto pero quedó atrás. Ahora, actualizar la doctrina. Que era un trámite muy sencillo. Era pasar del peronismo distributivo y nacional y popular de los '40 y los '50 al peronismo de hoy, el peronismo tercermundista, el peronismo que requiere la América latina de la Revolución Cubana. Todo estaba claro. Todo armonizaba. Todo era para la "juventud maravillosa". *Trasvasamiento generacional:* los jóvenes son la vanguardia. *Actualización doctrinaria:* al ser los jóvenes –precisamente– la vanguardia del Movimiento hay que actualizar la doctrina, *aggiornarla*. Una doctrina joven para una generación joven. *Socialismo nacional:* es el resultado del encadenamiento conceptual. Si los jóvenes (*trasvasamiento*) actualizan la doctrina (*actualización doctrinaria*) inevitablemente lo harán llevando la doctrina peronista al socialismo (*socialismo nacional*).

"SI LA JUVENTUD NO SALVA ESTO, NO LO SALVA NADIE"

A un par de meses de las elecciones del 11 de marzo del '73, Perón dará un reportaje incendiario a *Mayoría*, periódico que había sido casi fundado para la campaña electoral y que dirigía Marcelo Sánchez Sorondo. El momento es así: las elecciones no están aseguradas, Perón quiere golpear al gobierno de Lanusse, irritarlo. Adelanta, entonces, sus piezas duras. Nunca, como en este reportaje, le dio toda la manija a la juventud. "O ellos llaman a elecciones o provocan una guerra civil", decía Perón. Y aclaraba que una guerra civil "es lo peor que puede pasar, pero también suele ser el único y último remedio". No se puede amenazar con una guerra civil y no adelantar las tropas más temidas por el enemigo. Perón, además, sabe que se está por largar la campaña electoral y sabe también que quienes realmente la harán serán los jóvenes. De modo que todo el peso de la tarea lo pone ahí: "O la juventud toma esto en sus manos y lo arregla, aunque sea a patadas, pero lo arregla, o no se lo va a arreglar nadie". No dice: "No lo arregla nadie". Dice: "No se lo va a arreglar nadie". Que significa: "Esto hay que arreglarlo para ustedes. Y son ustedes quienes lo tienen que arreglar". Luego es todavía más claro: *"Los viejos no van a arreglar esto; los viejos no están en la evolución. Es un mundo que cambia, y los muchachos tienen razón. Y si tienen razón hay que dársela y hay que darles el gobierno (...) Si la juventud no salva esto, no lo salva nadie"* (*Mayoría*, 11 de enero de 1973, las cursivas nos pertenecen). Cinco meses después, en junio de ese año, la juventud pasará a ser la "juventud cuestionada" y los peronistas tienen que volver a la conducción del movimiento y "somos lo que las veinte verdades peronistas dicen". "Usted es uno de los tantos otarios que andan por ahí, mi amigo", diría el general. Es un giro muy lindo que usa en *Conducción política*: "La otra vez vino a verme un otario. Uno de los tantos otarios que andan por ahí". Creemos que nos diría eso. Y también: "¿Qué pretende? Yo digo lo que hay que decir en el momento que hay que decirlo. Cuando le tiré a Lanusse con 'los muchachos' por la cabeza necesitaba presionarlo. Y a fondo. Usted sabe que en enero de 1973 decir 'los muchachos' era más que decir sencillamente 'la juventud'. 'Los muchachos' se les decía a los de las *formaciones especiales*. Había que golpear y lo hice. Conseguí resultados inmediatos. ¡Otra vez los imbéciles me prohibieron! El Comité Federal de Radiodifusión prohibió que se propagara mi palabra por cualquier medio: radio, televisión, gráfico. En la otra situación que usted menciona ¡el país había cambiado por completo! Eramos gobierno y teníamos que ordenar la patria. Un país no se ordena con los duros. Hay que negociar, hay que hablar, hay que unir. 'Los muchachos' no servían para eso. Si el ataque frontal terminó usted retrocede esa pieza. Y avanza otras. 'Los muchachos' no supieron entenderlo. Y eso que yo lo dije claro: ni apresurados ni retardatarios. Todo en su medida y armoniosamente". El

reportaje de *Mayoría* sacudió al país. Lanusse aprovechó para –según creía– asustar a la gente: "Van a gobernar Perón y la Juventud Peronista". O sea, un viejo y la subversión. Pero no asustó a nadie. El país estaba con el peronismo y la clase media amaba a la juventud. Todos los jóvenes se metían en la Jotapé. Los otros partidos perdían afiliados a patadas. La historia iba por otro lado. Ser joven era ser Jotapé. Un tipo que conozco –que deambula entre la política, los medios, los libros, sin cerrar nunca en nada pero siempre entretenido–, sin preocuparse por su homofobia, suele decir: "Hoy, si un hijo te sale rebelde se te hace puto. En los '70 se te hacía montonero". Cierto o no, la juventud peronista era un imán. Parecía incontenible. Su propio entusiasmo la hacía ser vista así. ¿Dónde está el fervor, el fuego, el compromiso, lo nuevo, el riesgo? Estaba en la Jotapé. En el '73 yo vivía en un lindo departamento de la calle Virrey Loreto. Cierta noche, en una reunión del Consejo de Redacción de *Envido*, oímos unos cánticos atronadores. Salimos al balcón. Sería enero o febrero del '73. La campaña electoral. La noche era cálida, con brisa, con luna, con todo. No sabíamos de dónde, pero de algún lado nos llegaba un coro enorme de voces de muchachos y de chicas que cantaban las estrofas Jotapé de la marcha peronista: "Ayer fue la Resistencia/ Hoy Montoneros y FAR/ Y mañana el pueblo entero/ en la lucha popular". ¿Quién iba a detener eso? ¿Quién podía negarse al deseo de ser parte de esa fiesta? "Si Perón y Evita, en los cincuenta, hubieran tenido este respaldo masivo de la juventud no los paraba nadie", me comentó acaso esa misma noche una socióloga brillante, una mujer de una inteligencia privilegiada. Puedo jurar, sin duda alguna, que era diez veces más inteligente que el cineasta que me dijo: "Murieron por boludos". O por no saber que el Viejo había sido y era nazi. Ella sabía de sobra quién había sido el Viejo. *Pero lo que estaba pasando iba más allá de eso. No importaba qué era o no era el Viejo. El fervor revolucionario de toda una generación de jóvenes, un fervor que encontraba su cohesión en torno del peronismo, que el peronismo y el líder prohibido, y las masas postergadas, y la torpeza de la Argentina gorila, conservadora, reaccionaria y macartista, habían nucleado, habían dado forma de rebeldía, habían transformado en descontento revolucionario, en ambición de una sociedad más justa, esto era lo que importaba*. Cuando se les reprocha a los jóvenes del '70 no haber averiguado si Perón era o no nazi (un reproche que hasta una mujer inteligente como Alicia Dujovne Ortiz hace en su libro sobre Eva Perón) es porque se desconoce la interioridad del fenómeno. La juventud se sentía protagonista. Sentía que era parte de la historia y hasta que la estaba haciendo. Se burlaba de la bronca de sus viejos. De sus consejos llenos de sabiduría gorilona sobre "lo que de verdad fue el peronismo y vos no sabés porque sos muy joven". Ni les importaba saberlo. O tenían mejores lugares donde averiguarlo. La plenitud estaba ahí. Era irresistible. Había que ser parte de ella. De aquí que mi amiga socióloga estuviera metida en eso. No por boluda, sino por buscar los caminos de la vitalidad histórica. Sí, todo se fue a la mierda. Pero, *¿hay algo que no se haya ido a la mierda en este país?* ¿Hay algo que no se haya ido a la mierda en el mundo? Sí, mi amiga está muerta. Nunca estuvo en la guerrilla, pero dio clases en la Universidad del Sur, en Bahía Blanca, y los matarifes del general Vilas la mataron. Habrá sido porque le descubrieron uno o dos libros de Marx en la bibliografía de la materia que dictaba. Sí, el cineasta que dice que todos fueron "unos boludos" está vivo. ¿Saben algo? Es un viejo boludo. No hizo una buena en su vida. Hará una o dos películas malas todavía. En medio del resentimiento y la amargura porque –para colmo– lo agarró esta ola de directores-autores-jóvenes-geniales. Que se joda. Y después de esas dos películas se va a morir. Como vivió: como un boludo. Pero zafó de todas. No se metió en ninguna. Tal vez, un poco, en la más obvia: el alfonsinismo del '84. Pasó por la vida sin dejar la más mínima huella. Tampoco la vida trazó en él una marca. Pero era un piola bárbaro. Se las sabía todas. No como esos boludos que se hicieron matar por nada. Como mi amiga socióloga: ¡morir por meter dos libros de Marx en la bibliografía! A quién se le ocurre. Y algo más: la matanza fue tan descontrolada, la sed de venganza tan impiadosa, tan enorme la necesidad del "castigo ejemplar", tan deliberado el plan de introyectar el terror en la sociedad para dominarla durante décadas, tan asesinas las bandas que ejercieron la represión, que miles, miles de jóvenes y obreros y profesionales e intelectuales *murieron por nada*. Porque no habían hecho *nada*. Nada como para morir. Nada para morir, además, como murieron. Porque no debieron haber muerto. Murieron víctimas de un delirio represivo, de una matanza paranoica, de una locura de muerte y de crueldad que se desató desde el poder. Entre los aterrados que permanecían en el país, o porque aún no se habían exiliado, o porque no podían hacerlo o porque no querían, solían hacerse cautelosas reuniones para evaluar la seguridad. Nunca se llegaba a ninguna conclusión. Sólo a una: se mataba a mansalva. La frase que se decía era: "A cualquiera por cualquier cosa". Nadie esperaba algo así. Ninguna juventud pagó más caras sus rebeldías. Si aceptamos eso que se dice, que siempre se paga un precio por los pecados de juventud, el precio que pagaron los jóvenes del '70 fue –cuanto menos– demasiado alto. Seguramente pecaron demasiado, se excedieron en sus pecados. Pecaron, antes que como jóvenes, como sujetos, como protagonistas de un cambio histórico, revolucionario. Y eso, los padres terribles de este país de orden lo castigaron hasta más allá del horror.

"SÁNCHEZ, SALLUSTRO, AL PUEBLO LE DA GUSTO"

Con el empuje de las palabras fuertes del Viejo en *Mayoría*, Galimberti se anima a una declaración que, sin duda, estaba destinada a herir a los otros sectores del Movimiento: "La Juventud Peronista está dando en este momento una política para el conjunto del Movimiento". Fue el momento de mayor romance entre el Viejo y la juventud: la campaña electoral de febrero de 1973. Fue un febrero inolvidable: todos eran jóvenes y el futuro esperaba por ellos, los requería. Había que ganar las elecciones, ocupar el gobierno y empezar la revolución. José María Rosa –que tenía asegurado el Ministerio de Educación y que, desde luego, no lo tuvo– decía exultante: "Apenas asuma mandamos un barco a Southampton y lo traemos al Restaurador". Cada uno imaginaba su mejor futuro. Cada uno imaginaba lo que no habría de tener. Lo "mejor" –en la Argentina de comienzos del '73– no pertenecía al futuro. Estaba en el presente. Y no volvería a estar en ninguna otra parte.

El año '72 se define por la pulseada entre Perón y Lanusse. Cierto es que poner dos nombres fuertes para encerrar una época tan sobredeterminada la empobrece. Estaban llenos de sujetos actuantes esos meses. Había un exceso de historicidad. Todos sentían *el peso de la coyuntura*. ¿Cómo podría definirse esto? No hay quien no conozca esa sensación. Sobre todo en un país tan agitado como la Argentina. Es levantarse cada mañana y sentir que ese día no va a terminar sin que pase algo inesperado. Un hecho o muchos. Sentir que todas las fraguas desbordan fuego. Sentir, también, que todo lo desborda a uno. Que miles de cosas

–que pueden afectarlo seriamente– están fuera de su alcance o de su conocimiento. Y del de todos. Que hay demasiados sujetos. Demasiadas praxis diferenciadas. El 10 de abril de ese 1972 volvía al hotel, en Córdoba, cansado, con mi attaché (que me había sacado un callo en la palma de la mano y provocaba las cargadas de mi hermano y socio: "¡Al fin sos un trabajador!") y miro, como siempre, los diarios y las revistas de los kioscos. Leo: "Fueron asesinados el general Sánchez y el empresario Sallustro". No me alegraban para nada esas noticias. O pensaba: "Los milicos no negocian más y salen a meter bala por todo el país". O que se venía una guerra civil y que todas nuestras discusiones sobre la movilización y la organización popular, sobre la política de masas, sobre el *entrismo* en el movimiento peronista para trabajar desde adentro, desde las convicciones reales de la clase obrera, se iban al diablo. Habían sido por completo inútiles.

La tapa de *Gente* era catastrófica. Los títulos gigantescos del diario *Córdoba* aterraban. Nadie decía nada. Los de los kioscos voceaban las noticias. En un mismo día. Por qué. Oberdan Guillermo Sallustro fue secuestrado por el ERP el 21 de marzo. Era el gerente general de Fiat Concord. "El capo de la Fiat." Casi nada. Lo tenían en cautiverio y negociaban. Ese 10 de abril la policía encuentra el lugar en que lo guardan. Hay un tiroteo infernal. Hay, también, dos versiones. Una: los del ERP, al huir del lugar, le pegan un tiro a Sallustro para que no lo recuperen vivo. Otra: son tantos los balazos que arroja la policía que son ellos mismos los que matan a Sallustro. Días antes, el segundo de Sallustro, el que lo sucede en la conducción de la Fiat, les habla a los del ERP en medio de un reportaje que le hace la televisión. El hombre sorprende porque era un reportaje a él. Y de pronto empieza a hablarles a los secuestradores. "Si ustedes luchan contra el fascismo –dice–, tienen que saber que Oberdan Sallustro y yo también lo hicimos. Fuimos *partisanos*. Luchamos para echar a los nazis de Italia." Inútil esfuerzo. Cualquier militante del ERP le habría dicho: "Sí, pero ahora son dos capitalistas de mierda que se afanan la guita de nuestro país". Boleta. En cuanto a Sánchez no cabe duda de que el hombre no habrá sido un custodio de los derechos humanos. Era el comandante del Segundo Cuerpo de Ejército en Rosario. Se lo había visto un par de veces por la TV haciendo declaraciones durísimas. Ese hombre estaba lleno de odio. Se lo acusaba de dar autorización a torturas de presos políticos o de participar en ellas. Pero responderle borrándolo del mapa era llevarlo todo al terreno de las armas. Echaba a perder el trabajo de base porque siempre había represalias. Cierta vez, Miguel Hurst, en una reunión, comenta: "Ayer, en la Unidad Básica de Palermo, bien de noche, unos tipos trataron de levantar la cortina metálica y entrar. Qué macana". "¿Por qué? –dijo otro–, tenemos que estar preparados. Contestar". "Sí –le dijo Miguel–, pero eso es la guerra y nosotros estamos con el laburo de base. En la guerra las bases se retraen. Y el peronismo siempre fue un movimiento de masas. No un ejército." Esto no tenían por qué compartirlo los del ERP. Y no lo compartían. Ellos no hacían trabajo de base. Tenían cierta estructura de superficie, pero la militancia barrial, sindical, universitaria, etc., no era lo de ellos. De aquí que fuera una paradoja que se llamaran a sí mismos Ejército Revolucionario del Pueblo. ¿De qué pueblo? Respuesta: una vanguardia armada, una estructura militarista actúa por afuera del pueblo. Insertarse en el pueblo es lo propio del populismo. Eso lo hacen los Montoneros con el peronismo. Porque son populistas. Nacionalistas burgueses. ¡Cómo usaban esto los del ERP y la izquierda antiperonista en general! En muchas unidades básicas de la Jotapé se planteaba la cuestión una y otra vez: "Vino un tipo de la izquierda y nos dijo que el peronismo no era revolucionario. Que era un movimiento nacionalista burgués. Nadie supo qué decirle". Hasta una vez me lo dijo un pibe salteño, fuera de la ciudad, preocupado, casi angustiado, sin saber qué respuesta tenía eso. ¡Si los habremos puteado! Se metían entre los militantes y les decían un par de estas frasecitas y casi los arruinaban o los llenaban de amargura. "Nacionalismo burgués." "Conciliación de clases." "Bonapartismo." "Populismo de transclase." "Populismo demagógico y manipulador." "Heteronomía de la conciencia obrera." Todo esto eran capaces de decírselo a unos pibes salteños para llenarles la cabeza de confusiones y escupirles el asado.

Lanusse le pide a Perón que condene los asesinatos de Sánchez y Sallustro. Se lo pide, en Madrid, el embajador Rojas Silveyra. Perón, ni loco. "Los muchachos que sigan dando." Esto, luego, se le volverá en contra. Al menos mucha gente se lo echará en cara. Es cuando tenga sus enfrentamienmtos con las guerrillas: "¡Ah, él les dio alas, ahora que no se queje! Los hubiera parado antes". ¿Podía Perón desautorizar a las guerrillas, aun a la del ERP? Difícil. Era muy probable que el temible general Sánchez fuera un torturador de presos políticos. Los abogados de esos presos habían hecho las correspondientes denuncias y Lanusse no podía alegar desconocerlas. ¿Por qué no lo destituyó en un acto claro, ejemplar? Lanusse estaba al frente del país. No podía presentarse como víctima de cosas atroces que hacían los otros. Sánchez torturaba y los marinos de Trelew cometían una masacre. Perón podría haberle dicho: *¿Por qué no condena usted lo de Trelew? ¿Por qué no releva a los marinos de la base Aalmirante Zar? ¿Por qué no pone preso al capitán Sosa?* Así que Perón no condena lo de Sánchez ni lo de Sallustro. Están dentro de su ajedrez. Se sabe: "los muchachos" golpean duro. Aunque en este caso los muchachos hayan sido los del ERP, que no reconocían ni locos ser sus muchachos. Sin embargo, *era Perón el que capitalizaba sus acciones*. Era Perón el que se presentaba ante el régimen como la garantía para frenar a la guerrilla. "A la violencia se la combate con la justicia social", había dicho con mucho tino. Pero esto significaba algo evidente: *A la violencia se la frena conmigo*. Él era la justicia social. De esta forma, cada acto de los "troskos" antiperonistas del ERP jugaba *objetivamente* a favor del esquema de Perón. *Lo fortalecía*. "Denle duro, muchachos. El que recoge las fichas soy yo." La alternativa del ERP era terrible: o suspender las acciones armadas o servir al ajedrez de Perón, ser funcionales a él. Difícil que esto se le haya escapado a Santucho, pero es evidente que decidió pagar ese costo. No tenía otra.

Perón no podía desautorizar a las formaciones especiales. ¿Cómo habría de hacerlo si los militantes de la Jotapé quedaban deslumbrados por sus acciones? Eran tiempos de violencia. La lucha armada tenía –sobre todo a través del Che– un aura romántica. La estética del fusil. Después de las muertes del general Sánchez y de Oberdan Sallustro, en los actos masivos de la juventud se canta una consigna abiertamente dura. Sobre todo se la canta en el de la Federación de Box, del 9 de junio, fecha recordatoria de los asesinatos de José León Suárez. La consigna es: "*Sánchez, Sallustro, al pueblo le da gusto*". Y hay otra (en la que se toma al teniente Azúa, también liquidado durante ese año): *"Sánchez, Azúa, la lucha continúa"*. ¿Cómo iba Perón a desautorizar a las formaciones especiales si le informaban que entre ocho y diez mil jóvenes habían voceado esa consigna en la Federación de Box?

HERNÁN BENÍTEZ: "PERÓN NO DEBE CONDENAR A LA GUERRILLA"

Durante esos días los de *Envido* nos reunimos con el padre Hernán Benítez. Había sido el confesor de Eva Perón. El que oficio la última misa por su recuperación... junto a Virgilio Filippo, el que escribía los libelos paranoicos contra la hidra del comunismo internacional. Benítez dijo una hermosa oración en el sepelio de Fernando Abal Medina. Estaba jugado a favor de la juventud. Era ya un hombre viejo pero tenía una energía espléndida: "Va a hacer muy mal Perón si condena a la guerrilla", nos dijo claramente. "Esos muchachos son lo más puro que tenemos y los que más luchan por el pueblo." En el sepelio de Fernando Abal su enfoque había sido ajustado y sensible: un país que había acorralado a su pueblo, que lo había perseguido, hambreado, no había hecho sino conseguir la rebelión de sus mejores hijos. Eran los hijos de los gorilas del '55. "Estos jóvenes (dice en un testimonio que recoge Norberto Galasso) sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un quince por ciento posea más bienes que el ochenta y cinco por ciento restante. Viven en un estado de indignación y de irritación (...) Por eso son fervorosos del socialismo. No por fe en el sistema sino por castigar con él a sus padres individualistas. Por eso ven con buenos ojos al peronismo Y *reaccionan en contra de las pestes oídas contra él* (...) Esos jóvenes presenciaron el regocijo exultante de la oligarquía en el festín de sangre de junio del '56" (Galasso, *Ibid.*, p. 1110, tomo II). Era un viejo apasionado, un cura hermoso. Se ven pocos de ésos. Hoy, casi ninguno. Pero hoy –para qué negarlo– de todo lo bueno se ve poco. Entre tantas cosas que ya no hay no hay un cura como Hernán Benítez. De pronto nos dice: "Leo mucho a Rodolfo Puiggrós. ¿Lo leen ustedes?" Le decimos que sí, que por supuesto. Admirativo, dice: "¡Qué hombre ése!, ¿no? ¡La chorrera de libros que ha escrito!" Esa frase de Benítez me marcó. ¿No es hermoso que se le agradezca a un escritor haber escrito una "chorrera" de libros? ¿Qué se quiere decir con eso? Lo que Benítez le reconocía a Puiggrós: que el tipo había sido generoso con sus lectores, que se había arriesgado, que algunos de sus tantos libros serían mejores que otros, que algunos serían mediocres y otros decididamente formidables o malos o apenas buenos, pero que el tipo seguía dándole a su oficio de escritor. Oficio que consiste, precisamente, en eso: *en escribir*. Además, era fantástico que un cura admirara a un escritor marxista. Era un símbolo de los tiempos. Aún no hemos hablado del diálogo entre marxistas y católicos. Pero habrá que hacerlo. Fue importante. De ahí salen los Sacerdotes del Tercer Mundo. Y nosotros tuvimos en *Envido* a uno excepcional: Domingo Bresci. Al que quiero y admiro desde el día en que lo conocí. Nadie me pareció más cercano a la santidad que él, que Domingo. Durante la dictadura, la revista *Para Ti*, de Editorial Atlántida, *lo denunció con nombre y apellido*. Aquí, en esta parroquia, da misa un cura subversivo. Ya hablaremos de Domingo. Se puede consultar el libro de Lucas Lanusse: *Cristo revolucionario, la Iglesia militante*, Vergara, Buenos Aires, 2007. Hay un largo capítulo dedicado a Domingo.

Ya estamos cerca del 17 de noviembre de 1972, el *Día de la Militancia*. El del primer regreso de Perón, que fue muy lindo, no como el otro, el de la espantosa memoria. Antes habrá que analizar el discurso de Lanusse en el Colegio Militar, el 27 de julio, ante mil uniformados. De donde saldrá la frase sarcástica: "Los mil afiliados del Partido Militar". El acto en Nueva Chicago y el espectacular discurso de Rodolfo Ortega Peña. Y luego, el primer regreso del Viejo.

"José." "Qué hacés, Miguel." "¿Sos boludo o te hacés?" "No me jodás, Miguel. Recién llego a mi casa. Catorce horas en tren. No pegué un ojo. Estoy fundido. Ni un paso puedo dar." "Oíme." "Sí." "Vuelve Perón, flaco."

–Vuelve Perón, flaco –dice Miguel.

Yo era flaco en 1972. Y Miguel estaba vivo. Y sí, carajo, volvía Perón.

–¿Dónde nos vemos? –pregunté.

–En ninguna parte –dice–. Vos andá a buscarlo a Domingo. Está en su parroquia con cuatro curas más. Después nos buscan a nosotros.

Me dio una dirección. Me metí en el Renault 12 y fui en busca de Domingo Bresci y los otros curas del Tercer Mundo. Creo que no fuimos muy heroicos ese 17 de noviembre. Al menos –cuando me llamó a la noche– Miguel me recontraputeó. Creo que no es por Domingo ni por mí ni por los otros cuatro curitas del Tercer Mundo que le dicen el Día de la Militancia. Pero la pasamos muy bien.

Colaboración:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

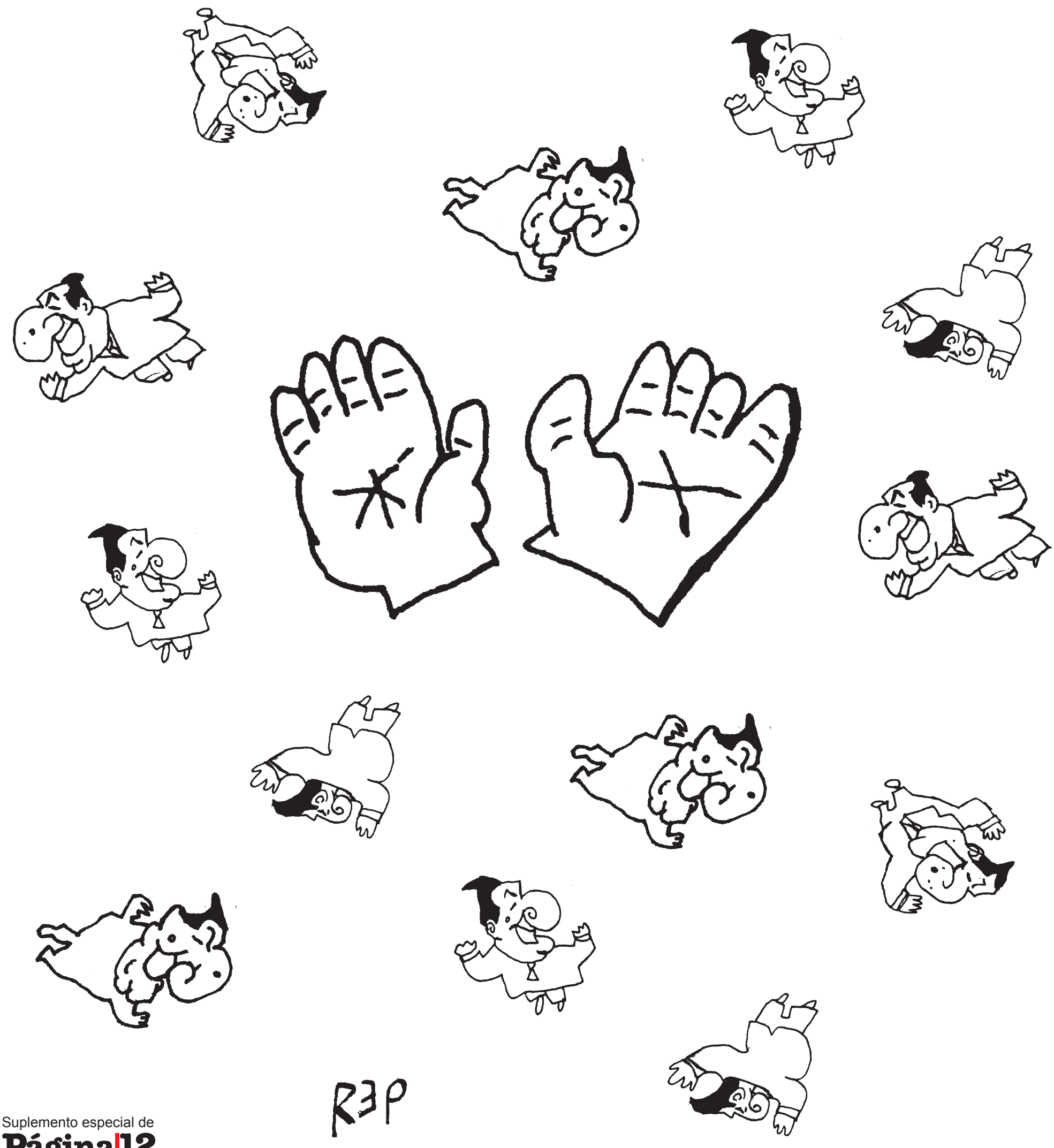
"Buenos días, General, su custodia personal"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

63 "Buenos días, General, su custodia personal"



Suplemento especial de
Página|12

LA INSTITUCIONALIZACIÓN

El año 1972 tiene que dar respuesta a la pregunta crucial, definitiva, la pregunta que todos se hacen, la que resolverá 15 años de la política del país: *¿Vuelve o no vuelve Perón?* En medio de esta coyuntura, se establece algo que los analistas políticos llaman "ajedrez". Se trata de una pulseada. El ajedrez entre Lanusse y Perón. Pienso que se trata de un curioso ajedrez en que los dos jugadores sobreactúan, ya que los dos –cada uno a su manera– quieren lo mismo. La *institucionalizacion* del país. A Lanusse le costaba mucho decir esa palabra que –para colmo– tenía que decir a cada momento. Empezaba acentuando largamente la "i" y esto le daba aire para largar cuidadosamente el resto. *Íns... titucionalización*, así lo decía. Se rumoreaba que, para sus adentros, maldecía: "¡Maldita palabra peronista!" Pero nunca falló, siempre la dijo bien. Al querer la institucionalización el que mayor precio pagaba por ese paso estratégico era Lanusse. Todo el sector gorila del Ejército se enfurecía. El general Toranzo Montero, símbolo de la Libertadora, protagonista de muchos de los célebres "planteos militares" que se le hicieron a Frondizi, exclama: "¡Esto es una traición al espíritu de septiembre del '55!" Notable frase. El "espíritu de septiembre de 1955" era el que había prevalecido durante todos esos años. Las Fuerzas Armadas fueron quienes lo cuidaron, quienes lo preservaron. A cada gobierno civil y subalterno que ponían le habrán dicho sin duda: "Ustedes están ahora en el Gobierno. Gobiernen. Lo único que no vamos a tolerar nunca es que se viole 'el espíritu de septiembre de 1955'". Se lo dijeron a Frondizi, al mínimo Guido y al buen viejito Illia. Cada uno de ellos –lo hemos visto– asumió con la esperanza de poder hacer algo propio. De no someterse por completo a ese espíritu. Frondizi lo violó antes de asumir el Gobierno con el pacto con Perón. Illia con su voluntad de democratizar el país, con algunos gestos, tenues, de dialogar en serio con el peronismo. Lo notable es que Toranzo Montero –aun en 1972– le echara en cara a Lanusse una traición al espíritu del '55. ¿Cuánto suponía que ese "espíritu" –cuyo eje fundamental era excluir al peronismo– podía durar? Para Lanusse había terminado. Y nadie podría decir que Lanusse no era gorila. ¡Qué gorila era Lanusse! Joven, a los 33 años, ya es parte esencial del golpe del '51, el de Benjamín Menéndez contra Perón. Un golpe por el cual Perón –desoyendo los consejos de Evita– no fusila a nadie. Decreta el Estado de Guerra Interno. La Libertadora, apenas tiene una intentona cuartelera, se descuelga con los célebres fusilamientos. Los historiadores, sin embargo, hablan del Perón dictatorial, del Perón fascista que decreta el Estado de Guerra Interno y omiten la causa: el golpe de Menéndez. Sólo hablan del Estado de Guerra Interno que le permite ganar las elecciones del '51. ¡No lo habría decretado si Menéndez no hace ese golpe! Pero total, mentir es gratis: suprimimos el golpe de Menéndez (respaldado por todos los políticos opositores y luego grandes "democráticos" de la Libertadora: Balbín, Frondizi, Ghioldi, Palacios y la mar en coche), ¿y qué tenemos? Que una buena mañana Perón se despierta medio torcido y decreta el Estado de Guerra Interno. Bien, de ese golpe de Menéndez forma parte Lanusse. Ahí, en 1951, ya está anotado. La cosa le sale cara: se come cuatro años de prisión en el sur. Lo liberan en 1955. Porque los libertadores liberan a todos los presos del peronismo. Tomemos el caso de Lanusse. Estaba preso por alzarse en armas contra las instituciones de la Nación. Y uno se dice: ¿no era por ese motivo que estaban presos los combatientes (los que practicaban la lucha armada y los que no) que liberó Cámpora? No hay cierta incómoda similitud entre los dos acontecimientos. ¿Por qué es totalmente legítimo y hasta un canto a la libertad abrirle las puertas de la cárcel a Lanusse que se había alzado en armas contra un Estado democráticamente elegido (¡y era liberado por un gobierno de facto!) y es una aberración, un agravio que costará la sangre de muchos, que servirá para justificar la matanza del '76 ("No podemos dejar vivo a ninguno porque si no después los van a liberar como en el '73"), abrir las puertas de las prisiones el 25 de mayo de 1973? En estas cosas que algunos, en la Argentina, pueden y deben hacer y otros no, está el secreto más hondo de las leyes que rigen nuestra historia. Lanusse era un general de la nación. Era un hombre de bien. Se había levantado en armas, no contra un gobierno constitucional, sino contra una dictadura populista que había avanzado, por medio del poder del sufragio que un pueblo ignorante le había conferido, sobre las libertades de los ciudadanos dignos de la República. El golpe del '55 es un golpe contra una tiranía y se hace en nombre de la libertad. ¿Cómo no liberar a Lanusse, que había dado el ejemplo de levantarse antes que todos contra ese orden demagógico? Por otra parte, los liberados el 25 de mayo eran subversivos, enemigos de la República, soltarlos era una irresponsabilidad. Era demostrar que el nuevo gobierno (al que sólo desdichadas circunstancias de la política y esa necia y persistente adhesión de ese pueblo de brutos a ese general tiránico) estaba con los guerrilleros. Esto se sigue pensando hoy. Hoy más que en otras etapas de nuestra vida democrática. Sigue vigente este pensamiento. Y adhieren a él los nuevos intelectuales no progresistas. Orgullosos de no serlo. Orgullosos de diferenciarse de esos jóvenes de ayer, extraviados y violentos. Y de los populistas de hoy que todavía los respetan y piensan que –acaso sí– muchos estaban equivocados, muy equivocados. Pero que en este país los grandes asesinos están de un solo lado. Los grandes, eh. Los que aprendieron con los paras franceses, con la inteligencia fría, con la racionalidad instrumental que los herederos de Descartes aplicaron en Argelia. Ya desde 1958 empezaron a llegar. Los militares argentinos los acogieron con fervor. Consideraron sus técnicas como las mejores en contrainsurgencia. En esta tragedia (porque no olvidemos jamás esto: todo lo que está ocurriendo es el camino sinuoso, acaso evitable, pero si lo era fracasó estrepitosamente en serlo, hacia una tragedia de desmedidas proporciones) no es fácil señalar quiénes fueron los que podemos llamar "inocentes". Cuando algo así ocurre todos hicieron lo suyo para que el camino no pudiera desviarse del abismo hacia el que conducía. Hay, sin embargo, una diferencia: algunos son culpables de no haber podido evitar el rumbo, otros son culpables por haberlo deseado casi enfermizamente, de haber hecho lúcida y eficazmente lo que había que hacer para llegar a él.

DICTADURA DEL PROLETARIADO

Como sea, queremos dejar clara una tesis central de este libro: el Decreto 4161 destila sangre. Los odios que despertó la Argentina Gorila desde 1955, el país al que maniató durante 18 años tenía que generar lo que generó. Perón, es cierto, era autoritario. Él diría que, sin haberlo sido, no habría podido hacer lo que había hecho a favor de los pobres. ¿Cómo no prestarle atención? Todos los teóricos del socialismo plantean una dictadura como etapa fundamental para vencer la resistencia de la burguesía. Marx llega a decir que el mayor aporte de su filosofía política es el de la *dictadura del proletariado*. Durante los primeros meses de 2008, el gobierno de Cristina Fernández –sin duda con ineficacia o torpeza o con mala trasmisión de sus intenciones– intentó tocar algo de las grandes ganancias del sector más tradicional de la Argentina. Estuvo a punto de ser volteada. Tuvo a todos los sectores sociales en contra. Nunca reprimió. No censuró a nadie. La democracia no sufrió ningún daño. Al contrario, los que se dieron el lujo de *ocupar* tácticamente el país fueron los dueños de la tierra, seguidos por los pequeños productores. Un símbolo perfecto de los tiempos de desconcierto o vaguedad ideológica en que se vive. El gobierno siguió sin reprimir, calmo y, por fin, cedió. Todo se resolvió, por fin, por medio de una votación en el Senado de la Nación que permanecerá como uno de los episodios más bizarros de nuestra historia. ¿Qué habría hecho Perón? Prepárense: ahora vamos a entender tal vez más que otras veces por qué Perón los injurió tanto. Perón –como era un dictador– les sacó todos los medios de comunicación a sus opositores. "Ustedes, señores, no hablan más. Las radios son del Estado y están a su servicio. Como el Estado somos nosotros, los medios de comunicación son nuestros." La oposición decisiva al gobierno de Cristina Fernández provino de los medios de comunicación, que están en manos de algunas pocas empresas. Desde los medios un periodismo eficaz se dedicó a denostar al Gobierno y a ejercer un persistente, exitoso ejercicio de penetración ideológica. Resultado: todos terminaron por hablar un mismo lenguaje, el que recibían desde los medios. Con Perón, eso no. Porque era un dictador.

Un autoritario. No era un demócrata. Demócratas fueron los del '55 que ni de lejos les mostraron un micrófono a los peronistas. Pero esto no se discute. Aquí, cuando algunos hacen una cosa está mal. Cuando la hacen otros, está bien. Y el motivo es claro: unos defienden la libertad y la democracia, los otros o son populistas o demagógos o subversivos. Perón, a los dueños de la tierra, les quita el poder de comercializar sus cosechas. Es el Estado el que compra y vende. ¿Cómo es posible hacer eso? Porque Perón era un dictador. Perón aumenta un 33% la participación de la clase trabajadora en el producto bruto nacional. ¡Ese hombre es un mago! ¿Cómo lo logró? Era un dictador. En *El avión negro*, una obra de 1970 de Cossa, Somigliana, Halac y Talesnick, un negrazo con bombo y todo le habla a Perón (que no está en escena, se trata de un monólogo del morocho): "General, no hay caso. ¡Hay que meterlos en cana a los oligarcas! Si no, no se puede hacer nada. Porque cuando ellos pueden –y casi siempre pueden– nos meten en cana a nosotros. ¡No podemos estar los dos afuera, general! O ellos están afuera y nosotros adentro. O ellos están adentro y nosotros afuera. Hágame caso, general. Si quiere gobernar tranquilo, ¡meta a todos los oligarcas en cana! Y algo más. Tiene que dictar una ley general. Una ley nueva. No, ya sé que los ferrocarriles son nuestros. Lo del IAPI también lo sé. La Fundación de la señora ayudó, sí. Yo digo algo más importante, general. Una ley definitiva: 'A partir del día de hoy y para siempre, ¡se prohíbe joder a los negros en todo el territorio de la Nación!'". Más ceñida a los países marginales, a los países pobres o periféricos, una posible *filosofía de la historia* sería la siguiente: a) Gobiernan, como siempre, las clases dominantes. Hay cierta democracia pero para los poseedores.

Los pobres tienen que trabajar duro y comen poco. Los diarios que funcionan son los de las empresas poderosos. Y uno que otro medio "zurdito" para cubrir ese espacio. Respalda al Gobierno el país imperial y el Occidente cristiano; b) Por medio de una revolución, o golpe de mano, o coyuntura inesperada, sube al poder un gobernante socialista o populista. Se acabó la democracia para los ricos. Hay democracia para los pobres, a los que el régimen expresa. Censura a la prensa. Relaciones difíciles con el Imperio. Apertura a otras geopolíticas. Distribución del ingreso. Expropiación de las superganancias de los dueños de la tierra. Nacionalización del sistema bancario. Grandes concentraciones populares. El pueblo y el líder populista o socialista se expresan su amor, su mutuo reconocimiento. El pueblo, al fin, vive horas de verdadera felicidad. El líder empieza a verse rodeado por un gran aparato de protección. Su seguridad lo obsesiona. Se establece una doctrina. Un Partido de afiliación masiva. Una gigantesca burocracia crece a la sombra del Partido y se instala en el Gobierno. Culto a la personalidad del líder. Su rostro, su figura cubren el país. Cerrado en sí mismo, sofocado por su grupo privilegiado, el líder se aleja de las masas. El Ejército comienza a desconfiar de él. El líder responde con una represión considerable. Hasta que los ricos, las clases tradicionales, el Imperio, el Ejército descontento, los burócratas traidores, voltean al líder. El pueblo permanece pasivo pues si algo no les ha dicho nunca el líder es cómo defenderse. Empieza, otra vez, con sus adecuados protagonistas, o sea: los ya conocidos, (a). Se trata de uno de los mecanismos más reiterados de la Historia.

LANUSSE: "SI LO TRAIGO, LO MATO"

Habrá otras interpretaciones, otras conjeturas, pero no dudaría en afirmar que Lanusse se empeñó en traerlo a Perón. A veces pareciera que no porque El Cano tenía un carácter podrido y se salía a menudo de sus casillas. En la década del '90 se largó una frase que probablemente expresara su más hondo sentir, su verdad: "Tengo para mí que no se puede ser buena persona y ser peronista". Algunos salieron a responderle esgrimiendo nombres prestigiosos del peronismo: Ramón Carrillo, Jauretche, Manzi, Scalabrini. Nadie dijo: "Perón". Lanusse se hubiera retorcido de la risa. No lo quería nada. Por eso quería destruirlo. Ya era hora. Elige la metodología del enfrentamiento directo: "A ver, venga". No lo dice así, pero lo dice así. Creo que Lanusse es ese militar que descubre el único modo de terminar con Perón: traerlo al país. Aramburu no quería traerlo para terminar con él, sino para transparentar la legalidad institucional. Controlar a Perón con la *asimilación al régimen*. Lanusse no quiere controlarlo. Quiere erosionarlo, deteriorarlo y, si es posible, destruirlo. Sabe el alto costo de gobernar un país, y más aún la Argentina. Ese viejo de mierda, piensa, la juega de vivo allá en Madrid. Todos le hacen el juego. Lo van a ver. Y él juega con todos. Bueno, venga. Vamos a ver cómo se las arregla.

El paso decisivo lo da en un discurso excepcional. Ante mil oficiales, en el Colegio Militar de la Nación, el 27 de julio de ese año de 1972, en horas del atardecer, Lanusse toma largamente la palabra: "Creo que nadie podrá dudar que este individuo (Perón) es una realidad, nos guste o no nos guste. Puede haber gente a la que le guste Juan Domingo Perón y a esta gente la respeto. No me respetaría a mí mismo si hoy, delante de ustedes, les dijera que a mí me gusta Juan Domingo Perón. Repito que nadie puede dudar que Perón es una realidad que juega un papel singular (...) A Perón se lo pretendió combatir en el terreno en el que considero que sin duda es el más fuerte: la trampa, el engaño, la intriga, los procedimientos oscuros o algunos, como el avestruz, pretendiendo ignorarlo". Dice que su Gobierno va a proceder de otra manera. Que se acabó la proscripción de Evita. Que ya la tiene en sus manos. Que la tiene guardada en su casa, donde "vive con su tercera esposa". (Este toque es inefable: Perón es, como siempre, un promiscuo. Un militar no tiene "tres esposas". Tiene una y listo. Para colmo, se sabe, Perón tuvo amores con la menor Nelly Rivas. Aquí Lanusse desciende a la moralina de lo peor del gorilismo.) Sigue: ¿por qué tiene a Evita en su casa y no la puso en algún cementerio? Porque teme que las peregrinaciones ya no vayan a Puerta de Hierro sino a donde yacen los restos "de la señora". (Aquí levantó la puntería.) Sigue: se refiere ahora al "retorno de Perón". El famoso retorno de Perón. Dice: "Señores: o regresa antes del 25 de agosto o tendrá que buscar un buen pretexto para mantener el mito de su eventual e hipotético retorno". Hasta ahora, afirma, no vino por razones de seguridad o para mantener su condición de conductor estratégico. No hay necesidad de estar a miles de kilómetros para distinguir la conducción estratégica con la táctica. Eso lo sabe hasta un cadete de primer año. Yo digo que nada reemplaza "la presencia física del comandante". "Si hasta Cristo, que era Dios, vino a dar la cara, no se mantuvo en el puesto de 'comandante de conducción estratégica', vino acá. Claro, terminó en la Cruz, pero triunfó estando en la Cruz". Y se manda a fondo: "Dije que si necesita fondos para financiar su venida, se los voy a dar. Pero aquí que no me corran más a mí, ni voy a admitir que corran más a ningún argentino diciendo que no viene porque no puede. Permitiré que digan 'porque no quiere' pero en mi fuero interno diré 'porque no le da el cuero para venir'". Observemos el tono personal del discurso. Si necesita fondos, "se los voy a dar". No se los dará el Estado Argentino. Él se los va a dar. Como de su propio bolsillo. Y la frase "no le da el cuero" fue dicha para la historia. Tenía, en alguna medida, razón. No es que a Perón no le diera el cuero para venir. Que no tuviera coraje para hacerlo. De hecho, vino. Pero no sólo era cuestión de "venir". Era venir y gobernar. Venir y ordenar el movimiento justicialista. Venir y ordenar el país. Para eso (y Lanusse sin duda lo sospechaba) no le dio el cuero. En suma, el Plan Lanusse podría resumirse así: "Si lo traigo, lo mato". Le salió. El final del discurso es de una enorme virulencia personal. Está cargado de odio. Si Lanusse juega al GAN (Gran Acuerdo Nacional), si ésa es su estrategia, la frase de su discurso la niega por completo: "La República no puede seguir viviendo extorsionada por los caprichos de un hombre que está muy próximo a que quede demostrado que no tiene mucho interés en servir a su patria, sino por el contrario; lo digo levantando la voz (*aquí ya estaba a punto de gritar*, JPF) y haciéndome plenamente responsable de lo que digo: de lo que tiene interés es de seguir sirviéndose de la patria, como lo hizo toda la vida".

"¡SIAMMO TANTI!"

Se armó un lío espectacular. Era una bofetada y había que contestarla. "La fecha del regreso la pone Juan Perón." "Perón vuelve cuando se le canten las pelotas." Tato Bores ironiza sobre el discurso de Lanusse: "Nunca se sabe cuánto cuero hay en un país como la Argentina. En una de ésas hay más del que algunos piensan". Poco antes de regresar, Perón habla desde la televisión italiana. Es la primera vez que se lo escucha hablar en italiano. Todos se sorprenden: ¡qué bien habla italiano el Viejo! Perón enfrenta las cámaras con una seguridad pasmosa. Ni que fuera Perón. ¿Cómo no vamos a triunfar?, se pregunta. Sonríe, mira a cámara, abre los brazos y dice: "¡Siammo tanti!" Ni Sordi habría estado tan gracioso. Lanusse no podía contra eso. Perón, quién no lo sabe, era un milico especial, sabía aflojarse, sabía *no ser* milico cuando no había que serlo. Esa noche, en *Polémica en el bar*, que estaba en su mejor momento, que era un programa formidable, notablemente hecho por actores de gran talento, han llegado todos al bar menos Minguito Tinguitella. A la mesa están Jorge Porcel (que era muy gracioso en 1972), Fidel Pintos, nada menos, alguien más que lamentablemente no recuerdo y Gerardo Sofovich, que no era lo que fue después. Al contrario, era el tipo que había ideado ese programa esencialmente porteño, entrañable, argentino al mango. Minguito Tinguitella era Juan Carlos Altavista, el personaje más popular de la mesa, no por ser el más conocido, sino porque era el que expresaba al "pueblo". Vestía con pantuflas agujereadas, llevaba un sombrero que le quedaba chico, una bufanda que siempre era la misma y un escarbadientes que no cesaba de mordisquear. A medida que el peronismo se acercaba al poder, que el regreso de Perón se presentía más cercano, Minguito, sin vueltas, se asumió como peronista. "Ahí viene el Mingo, che", dice uno de los de la mesa. Y entra Minguito reventando de orgullo. Y así, orgulloso, feliz, desbordante, saluda a todos: "¡Buona sera!" El país entero largó la carcajada.

Al día siguiente del discurso de Lanusse, Perón responde asumiendo el papel del razonador frío, sensato, del político ajeno al desborde: "Después del discurso descompuesto de Lanusse en el Colegio Militar, si es que a eso se le puede llamar así, no me siento inclinado a comentar sus incongruencias. La calumnia, la diatriba y el insulto son, en casos como éste, homenajes que se rinden a un mérito o a un valor (...) Habla de Gran Acuerdo y pacificación nacional e inicia una guerra abierta contra todos los que no sienten o piensan como él, a los que amenaza violentamente". Y ahora viene la injuria más dura, la que más le habrá dolido a Lanusse: "Indudablemente se siente como si estuviera al frente de su escuadrón en la formación de la tarde, sin percatarse siquiera de que ahora el asunto es un poco más grande" (Galasso, *Ibid.*, p. 1109. El *Perón* de Galasso es una obra monumental, de necesaria consulta. Lo único que yo le reprocharía –con todo el cariño que tengo por este viejo y fiel y honesto militante de las causas populares, un ejemplo ante el alud de "conversos" que nos azotan– es su amor por Perón. Porque o yo me equivoco o Galasso no era peronista cuando estaba en la izquierda nacional, con Enea Spilimbergo y Ramos. Editó, en pleno fuego cruzado, un pequeño libro en el que optaba fuertemente por la "patria socialista", después de

Ezeiza. Que fue la "patria" que Perón rechazó más que con vehemencia. Ahora, esta obra monumental, que merece gran respeto, se presenta casi como una hagiografía. Galasso, incluso, lo llama "Juan" a Perón, como se llama a un amigo o a un hermano. Se ve que lo quiere mucho. No podría decir que este cariño deteriore el enorme material que entrega la obra. Acaso sus opiniones personales. Pero eso nos pasa a todos. Yo no lo quiero a Perón como Galasso. No sé si alguna vez lo quise a Perón o fue siempre la contraseña para estar en ciertos lugares donde quería estar. Como sea, prefiero leer a Galasso que tolerar el odio mediocre de un periodista como Gambini. O las constantes agresiones de Luna que deterioran –aunque él diga que no– un libro como *Perón y su tiempo*, que pudo ser mejor. A Perón, a veces se lo quiere, pero a veces no. Absolutamente no. Sin embargo, se trata de asumir esa dificultad (a Dorrego, sin más, se lo quiere, por ejemplo) y trabajar por su medio la complejidad de la Historia, que no tiene una sola cara, que no es el lugar donde se enfrentan "buenos" y "malos". En Perón reside la dificultad para entender el peronismo. Era un tipo raro, urdido por muchas contradicciones. Si uno quiere puede simplificarlo todo y decir: "Lo amaron los humildes y lo odiaron los poderosos". O "lo amó el pueblo y lo odió la oligarquía". De acuerdo, eso fue algo que Perón *provocó*. Que Perón conquistó. Pero un balance definitivo no es tan simple. Y no es éste el momento de hacerlo.

Ya –por otra parte– lo venimos haciendo largamente. Seguiremos haciéndolo. Pero quererlo "a lo Galasso" nos resulta imposible. Es difícil "querer" a Perón. Perón no es un tipo para ser querido. Irigoyen lo era, pese a su hermetismo, pese a su autismo. Perón es sinuoso. Puede perder el control. Pero no es un apasionado. Rep hizo en una de las tapas de estos suplementos un dibujo impecable: le dibujó un cerebro en la cabeza y un cerebro en el corazón. Y es todo por ahora. Porque las peores cosas de Perón aún están muy lejos, y van a ser duras de entender, de integrar en una figura armónica. Salvo que uno busque una totalización simplista: "nazi", "facho", "líder popular antIimperialista", "viejo hijo de puta", "milico represor", o "ese viejo hijo de puta que nos recontracagó", algo que la militancia juvenil le ha dicho no pocas veces luego de su muerte. ¿Con razón, sin ella? Hay que seguir.)

ORTEGA PEÑA EN NUEVA CHICAGO

La respuesta más dura que recibió Lanusse se armó con una rapidez notable. Fue el extraordinario acto en Nueva Chicago. Era el 28 de julio de 1972, era una noche espléndida y toda la militancia llenó las gradas con estrépito, con furia. Es una de las primeras veces que la consigna *Luche y vuelve* suena atronadoramente. Se había levantado una plataforma en medio de la cancha y, sobre ella, se veían los protagonistas. Algunos, muy pronto, habrían de agarrarse a los tiros. Porque estaban Norma Kennedy y Rodolfo Galimberti, ya a esta altura el líder de la Jotapé. Hablarían esa noche, todos. Pero el que habría de entregar un discurso inolvidable, incluso espectacular sería Rodolfo Ortega Peña. Fui con mi amigo Arturo Armada, que dirigía nuestra revista *Envido*. Arturo y yo éramos tranquilos y buscamos, según costumbre, un lugar de buena visual y cierta seguridad. O sea, que tuviera una puerta cerca para salir rajando. La primera lucha de consignas (empezó en ese acto) fue la que se dio entre la *Patria Peronista* y la *Patria Socialista*. Con Arturo decíamos: "Es lo mismo. Es lo mismo". La Jotapé ya tenía una buena consigna: "La Patria Peronista es la Patria Socialista" y tendría aún otra mejor: "Vamos a hacer la Patria Peronista/ Vamos a hacerla/ Montonera y Socialista". *Había cerca de 20.000 personas*. Cerraría el acto Héctor Cámpora. El *Luche y vuelve* ya era una realidad incontrastable. Todos lo voceaban. Era lo que daba unidad a todas las fuerzas diferenciadas que desbordaban las tribunas de Mataderos. Hay una muy buena de foto de Galimberti en este acto. Se lo ve con su sacón de cuero negro. La mano en alto remarcando alguna frase. Los ojos grandes y claros y el pelo bien a la gomina. Nunca se me hubiera ocurrido que se parecía mucho a un tacuara. Simplemente porque me había olvidado por completo de esos personajes del pasado. Todos los que nos rodeaban cantaban empecinadamente: "FAP, FAR y Montoneros, son nuestros compañeros". Lo cantaban *demasiado*. Le daban distintos ritmos. Saltaban o movían los brazos y las manos. No eran militantes de Montoneros, organización que aún no se había dado una política de superficie pues, obviamente, debía seguir en la clandestinidad. Pero tenía vigencia ese deslumbramiento por la lucha armada. "Lucha armada/ Perón en la Rosada", "Fusiles y machetes por otro diecisiete". Al poco tiempo, la derecha responderá: "Yo hice el diecisiete/ sin fusil y sin machete". Algo cierto pero que poco incomodaba a la Jotapé. Este 17, el de hoy, el que habría de traerlo a Perón, sería con fusiles y machetes, porque el 45 había quedado muy atrás y estos eran tiempos duros, revolucionarios. El Che no existía en 1945. Hoy, señalaba el camino. Una consigna homofóbica –de esas que indignan a Sebreli– se canta luego de algo que dice Norma Kennedy: que Lanusse "hace gala de una hombría que no tiene". Y de todas las tribunas, 20.000 voces gritan: *Atención, atención/ se corre la bolilla que Lanusse es maricón.* Decirle "maricón" a un general de la Nación era un agravio serio. Además, en 1972, todo el mundo decía "maricón" o "puto". No había surgido la valoración de las diferencias. De modo que si quieren decir que la Jotapé era homofóbica podríamos decir que los empleados de *Casa Tía* también lo eran o los de la *Franco Inglesa* o los de *Casa Muñoz*. No era privativo de los jóvenes militantes. Era privativo de los tiempos. Más adelante, analizaremos la célebre consigna: *No somos putos/ no somos faloperos/ somos soldados de Perón y montoneros* que es totalmente coyuntural. Al día siguiente de Ezeiza, los fachos sacan una enorme solicitada en todos los diarios en la que se dice: *Los drogadictos y los homosexuales contra Osinde*. Ahí surge esa consigna en que la comunidad gay argentina –al calor de los análisis de Sebreli y de una aceptable novela del periodista Osvaldo Gallone, *La más maravillosa música*, que presenté en la Feria del Libro, y lo digo para que vean que de homofóbico no tengo nada– encuentra el pecado de homofobia de los militantes de los '70. Pobres: los boletearon a casi todos y ahora, además, les dicen homofóbicos. Sin embargo, lo que hay que rescatar de la consigna "homofóbica" es la creatividad que había en las tribunas de Nueva Chicago. Nadie había ido con esa consigna preparada. Surgió al calor del discurso de Norma Kennedy. Cuando dice: Lanusse compadrea con una hombría que no tiene... *Ahí nomás se arma la consigna. (Atención, atención/ se corre la bolilla/ que Lanusse es maricón*). Era un diálogo entre los oradores y las tribunas, que respondían creando consignas. O que imponían temas con sus cánticos. Si voceaban: *Ni votos ni botas/ fusiles y pelotas* daban testimonio de su rechazo a las elecciones ("ese recurso del régimen") y su apoyo a la lucha armada, a la toma del poder por medio de la violencia. (Algo que ni remotamente pasaba por la cabeza de Perón aun cuando en ese momento les enviara cartas incendiarias.)

Pero el gran discurso es el del brillante Rodolfo Ortega Peña. ¡Cómo admiraba, en 1972, a Ortega Peña! Lo seguí admirando pero ya en la disidencia por su adhesión excesiva –según lo veía yo– a la lucha armada. Pero en 1972 Ortega Peña era la cumbre de la inteligencia al servicio de la militancia. Él y Duhalde (da bronca, hoy, tener que aclarar "Eduardo Luis") habían creado la editorial Sudestada y editaban libros que ellos escribían y de otros autores. Pero los de ellos eran excepcionales. *Facundo y la montonera* y *Felipe Varela contra el Imperio Británico* eran dos joyas totales. Más adelante voy a analizar *Felipe Varela contra el Imperio Británico* según la hermenéutica del segundo Heidegger. Nos vamos a sorprender, pero Heidegger habría admirado ese libro. Y sobre todo su título. ¡Qué desafiante es! Ortega Peña y Duhalde se dan cuenta de la disparidad enorme de las fuerzas que están enfrentando, pero saben que es así: que contra quien peleaba Felipe Varela era contra el Imperio Británico. Contra la apropiación técnica de la naturaleza a manos de la extraviada razón occidental. Varela era el agónico defensor de un mundo que se resistía a ser arrasado por la razón técnica, por el hombre occidental que ha olvidado al ser en su conquista de los entes. Buenos Aires era la civilización del capital, de la burguesía tecnocapitalista que arrasaba el mundo hasta llegar a ese día en que Heidegger dirá: "Esto en lo que el hombre vive ya no es la tierra". ¿Y, quién podría todavía decir que el neocolonialismo llevó al progreso y a la igualdad con los países metropolitanos a los países subalternos, periféricos? ¡No, señores! Eternizó su atraso. Por eso Felipe Varela, absurdamente quizá, guerreaba contra el Imperio Británico. En el Nº 2 de *Envido* yo había publicado un breve ensayito sobre Felipe Varela. Se llamaba: *Felipe Varela y la lógica de los hechos*. Alguien, cierta noche, me dice: "Che, lo vi a Ortega Peña. Está haciendo una huelga de hambre en (me dice la dirección). Cuando le dije que era amigo tuyo me pidió que te felicitara por tu trabajo sobre Varela y que quería hablar con vos". Me fui rajando a la dirección que tenía. Y Ortega había levantado la huelga de hambre. Se había ido a morfar, el turro. Nos cruzamos sólo un par de veces. Esa noche, en Nueva Chicago, la pelada le brillaba como nunca. Se larga a hablar. Una oratoria poderosa. Representaba a la Asociación de Abogados Peronistas. Dice: "Esta juventud de hoy tomará las armas y seguirá la lucha, sin pedir y dar cuartel, hasta el triunfo final (...) Hay que apoyar la consigna 'Luche y vuelve' y Perón será traído por el movimiento pronto, muy pronto, y hay que tener presente lo que Perón dijera a todos aquellos que quieren entregar la Argentina a los monopolios extranjeros, que son vendepatrias, nosotros les decimos a esos que son hijos de puta" (Felipe Celesia, Pablo Waisberg, *La ley y las armas, Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2007, p. 223). El Estadio estalló unánime. Pero eso no fue todo. Ni fue lo más importante. Ortega Peña apeló a un recurso visual poderoso. Ahí, se adueñó de todos. Dijo: "En cuanto al discurso de Lanusse ante los mil afiliados del Partido Militar... En cuanto a ese discurso, compañeros... Lo que hago, ¡es esto!" Y de algún lado sacó una poderosa cantidad de papeles hechos trizas y los arrojó al campo de juego. Como soplaba ya un vientito nocturno los papelitos fueron largo rato de un lado a otro mientas las tribunas lo vivaban, lo aplaudían y llenaban de puteadas a Lanusse. Ese era Ortega Peña. Había nacido en septiembre de 1935. Estudió fuertemente filosofía, fue compañero de Ernesto Laclau. Estudió con el mítico Raúl Sciarreta. Pero se decidió por la abogacía. Ahí, con perdón, le faltaron pelotas. Porque a todos los que estudiamos filosofía nos ponen la alternativa de hierro: "Mirá, te vas a morir de hambre. Mejor estudiá Derecho y mantenés la filosofía como un hobby". A mí no me pasó. Pero, en cambio, me faltaron pelotas para muchísimas de las cosas que hizo. Sólo quiero recordar un momento suyo. Después hablaremos más. En 1972, lo encuentro en un bar. Está con dos tipos más. Habla y habla y maneja papeles, pone unos arriba de otros y después los cambia de nuevo y sigue hablando. ¡Qué vivo estaba ese hombre! ¿En qué andaba? Quería extraditarlo a Krieger Vasena, ese eterno servidor del gran capital. Sabía que había cometido delitos económicos graves y quería que se lo juzgara. En ese momento era un acto casi demencial.

Krieger era un intocable. No pudo extraditarlo. A él, en cambio, lo asesinó la Triple A. Krieger siguió asesorando exitosamente a todos los poderosos de este país. Y a los del exterior. Nadie, nunca, lo molestó. Así estamos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

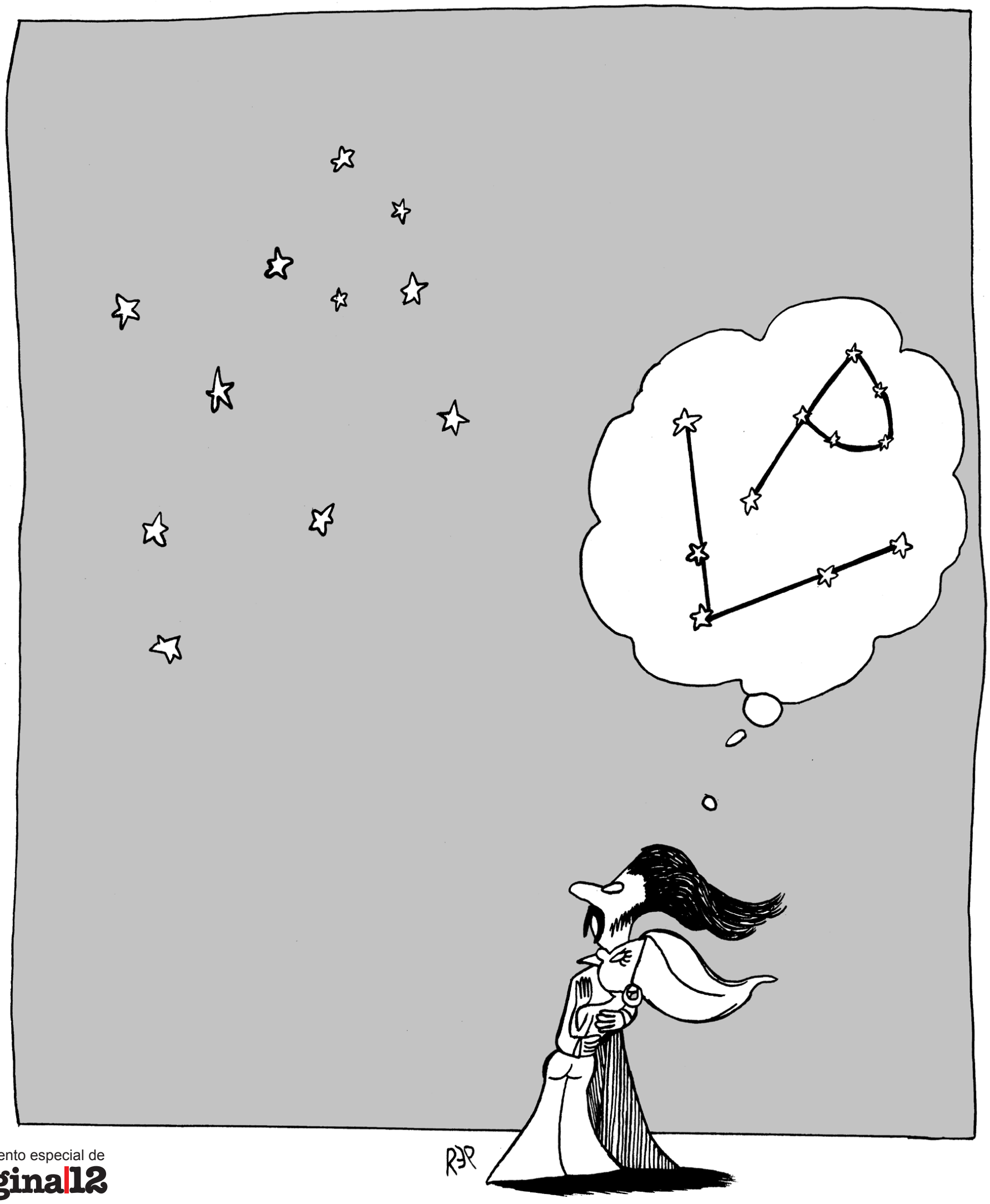
"Buenos días, General, su custodia personal" (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

64 **“Buenos días, General, su custodia personal” (II)**



Suplemento especial de
Página|12

LA CREACIÓN DE VERDADES

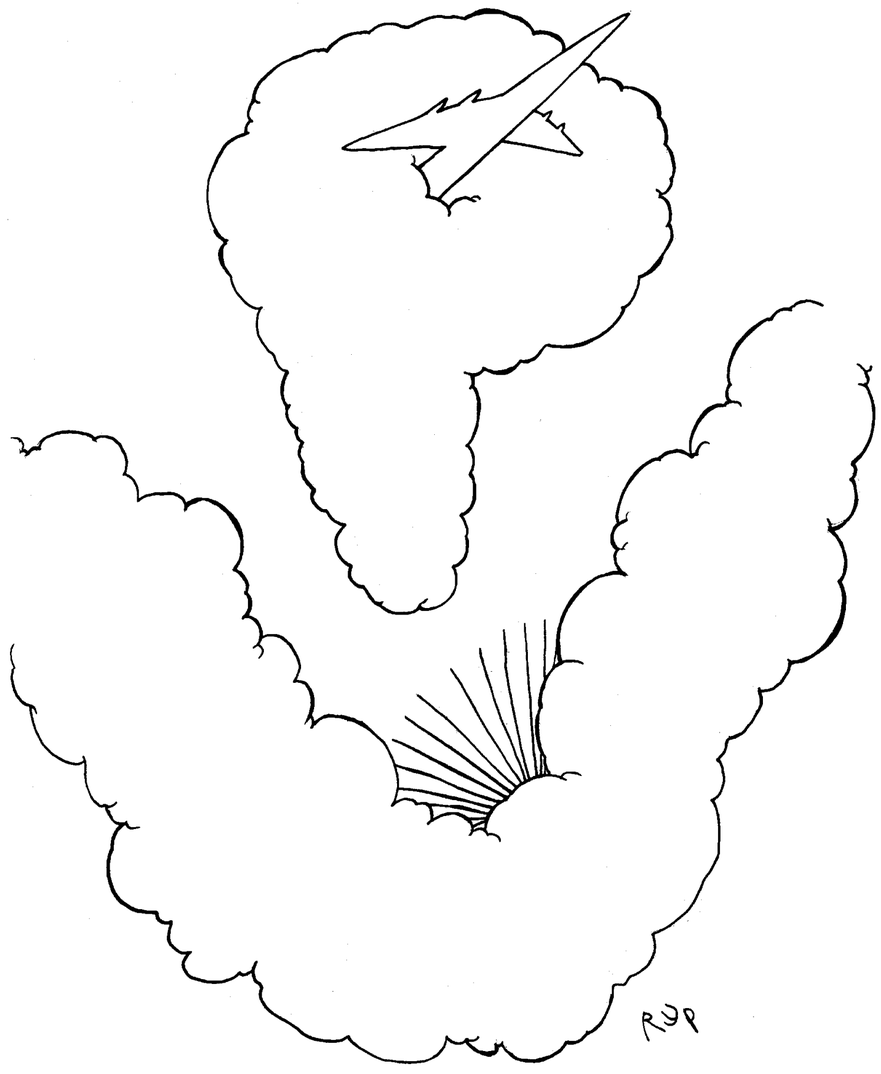
Según nuestro relato lineal, Perón todavía no volvió. Pero nuestro relato no es lineal. Esa linealidad se ha establecido para ser violada siempre que haga falta. Al violarla resaltará los hechos por los cuales la violamos, al retornar a ella destacará que una indispensable inteligibilidad requiere cierta línea, pero no una *linealidad* porque, simplemente, la Historia no la tiene, ya que es azarosa, tiene el goce interminable de la contingencia, nos cede el estupor de la sorpresa. Aun cuando creamos conocerla. Nunca la vamos a conocer. *Siempre la tendremos que armar*. Cada uno la armará a su manera. ¿Y la *verdad*? ¡Ah, la verdad! La verdad sólo podría tenerla Dios, porque sólo Dios podría verlo todo, saberlo todo, y, por fin, totalizarlo todo en una síntesis absoluta que le permitiría decir: "Esta es la verdad". Pero Dios no se ocupa de estas cosas. Y si se ocupa no nos las dice, las oculta. De aquí esa frase: "La verdad no es de este mundo". ¿Qué es, entonces, de este mundo? Las múltiples, infinitas verdades. Eso no es la postulación de un relativismo extremo. No, siempre hay *una* verdad. Es la que tiene más *poder* para imponerse. En suma, la verdad que tiene el poder de imponer *su verdad* como la única verdad, porque prevalece o silencia a las otras, *ésa es la verdad*. La verdad es hija del poder. Cuanto más poder se tenga, más verdad se está en condiciones de imponer. Sólo un ejemplo. Es de hoy: los medios de comunicación (radio, televisión y grandes diarios) son el *partido político de la derecha*. Su considerable poder consiste en imponer *su* verdad como "la" verdad. Nicolás Casullo solía decir: "Apropiarse del sentido común". Paso abruptamente a la primera persona: nunca, como hoy, me aburrió hablar con "la gente". Años atrás –porque tengo, al cabo, la profesión del pensamiento– solía saber lo que alguien habría de decirme no bien pronunciaba su primera palabra. Pero a veces uno que otro –con saludable frecuencia– me sorprendía. Descubría, para mí, un aspecto de la realidad sobre el que no había indagado. Era hermoso. Hace años que apenas alguien empieza a hablar del país, de la política, de la presidenta, de la televisión o de –por nombrar algún héroe nacional del pensamiento mayoritario– Chiche Gelblung, sé todo, pero *todo*, lo que va a decirme. Ese hombre cree que está hablando. Pero no: está siendo hablado. A su través, habla la ideología de los medios. Que ha impuesto su verdad como la verdad. Muchas veces el que habla es –precisamente– Chiche Gelblung. De modo que podríamos concluir que hoy, en la Argentina, la *verdad* es Chiche Gelblung. Que esa verdad tiene expresiones más cultivadas –el tradicional y patricio diario *La Nación*–, más rústicas y frontales –la revista *Cabildo*–, más elusivas –las del Grupo Clarín–, más guasas y culocráticas –el tinellismo– o más "opinionistas", las del periodismo "reflexivo" de la tele o las columnas de algunos patriarcas de la *verdad*, tipo Grondona (cuya verdad se ha devaluado por deterioro de su capacidad para comunicarla) o Morales Solá (que está en un buen momento como creador de verdades). Uno de los problemas graves de la presidenta Cristina Fernández es que su sistema de enunciación de verdades (su sistema comunicacional) sigue siendo débil. Esto sólo puede compensarse mediante otro mecanismo de *creación de verdades*: los llamados "hechos concretos". Una buena gestión frente a la "crisis", por ejemplo, valdría más que veinte columnas del periodista Solá. Los "hechos" suelen ser grandes creadores de verdades: "*Ellos" tienen razón, aunque todos digan lo contrario, porque saben gobernar*. Perón, en 1945, no tenía los medios a su favor. Tenía toda la opinión de la cultura en contra. Todos los "formadores de opinión" opinaban contra él. Arrasó. Fue tanto lo que hizo que de nada sirvió el poder mediático-cultural de sus adversarios.

Estamos ahora ante un hecho similar. Ahora, quiero decir, en noviembre de 1972, que es donde estamos. El único medio que Perón tiene decididamente a favor es el diario *Mayoría*. Los demás se cuidan mucho. Menos, claro, *La Nación* y *La Prensa*. Pero hay un ejemplo formidable de contramensaje. De contrapropaganda. Aparece en una impresionante doble página. Aparece en *La Razón* (diario muy leído durante esos años: el gran diario de la tarde), *La Prensa* y *La Nación*. Es un notable corpus anti-Perón. Porque el ataque no es al "peronismo", que incluso podría semejar una diabólica creación del Maligno, pero víctima suya también, al menos sus integrantes. No, el ataque se centra por completo en Juan Domingo Perón. Él es el hombre que le ha hecho infinitos daños al país y del cual hay que protegerse. Es un trabajo exhaustivo. No deja nada de lado. No falta nada. Quien se atribuye semejante esfuerzo es la *Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora*. Es improbable que el gobierno de Lanusse haya participado de esta embestida total y de enorme ambición. Es el gesto final. El manotazo más poderoso. Es decir algo como: "Si con esto no entienden. Si no entran en razón. Si no abominan de ese hombre al que adhieren, ya nada más podemos hacer". La publicación es de febrero de 1973. *En plena campaña electoral*. No representa a ningún partido. Esta Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora funcionó durante muchos años y acaso todavía funcione. Es probable que estos tiempos le hayan hecho sentir que otra vez sus esfuerzos son necesarios.

En cuanto a la gente de la Libertadora hay algo de ellos que no puedo olvidar. Quiero ser ahora muy preciso para comunicarlo. No fui a ninguna hemeroteca. No me hace falta. Lo recuerdo por el mal momento que me hizo pasar. Era una muestra del horror que se venía y también de hasta qué punto algunos lo deseaban. Pueden leerlo en *La Opinión* del 17 de septiembre de 1975. El día anterior se habían reunido (no recuerdo dónde: casi seguro ante la tumba de Aramburu) los hombres de la "Revolución Libertadora". El diario de Timerman envió a un periodista que regresó aterrorizado de ese evento. Los "democráticos" de septiembre de 1955 se dedicaron casi exclusivamente a vivar a Pinochet. Injuriaron, por supuesto, a Perón. Al Gobierno. A los "terroristas". Vivaron a Aramburu. Alguien habló sobre su sagrada memoria. Pero los gritos más estridentes, los que más fiereza contenían, los que ensordecieron al pobre cronista de *La Opinión* fueron los vítores a Pinochet. La Libertadora, en 1975, clamaba por un Pinochet. Ellos, los democráticos, los republicanos, los custodios de la Constitución, de las instituciones, pedían a gritos un Augusto Pinochet. Pedían un baño de sangre. Pedían lo que tuvieron. La frase final del cronista fue: "El país puede ver qué le espera si esta gente llega al Gobierno". Llegaron. La Libertadora siempre está viva. Eso que Toranzo Montero llamó "el espíritu de septiembre de 1955" siempre tiene en quién encarnarse. Lanusse no fue a ese acto. Eran los últimos días del gobierno de Isabel Perón. Lanusse lo odió toda su vida a Perón. De él se podrán decir muchas cosas. Pero no era un matarife. No pertenecía a la calaña de estos vengadores sanguinarios. Al contrario, los enfrentó. "Señores, ustedes tienen que detener a la gente. Pero no secuestrarla. Tienen que detenerla, decir a quiénes han detenido y luego juzgarlos." (*Nota*: Esta versión me llegó a mediados de 1976. El que la trajo concluyó diciendo: "Compañeros, nuestra esperanza, hoy, es Lanusse". Muchos recordaron esa pintada: "Volvé, Lanusse. Te perdonamos". Muchos de los que estaban ahí habían militado a fondo por echarlo. Ese día darían cualquier cosa por su retorno. O por decirlo más dura y claramente: por una represión conducida por él y no por los afiebrados paranoicos que "fondeaban" más de "cincuenta por día", como mínimo. En una reunión en el Banco Interamericano de Desarrollo, Emilio Fermín Mignone ha sido invitado algo casualmente. El caso es que ahí está. Se pone a hablar con Walter Klein, el padre de Guillermo, el segundo de Martínez de Hoz. De pronto entra exultante el general Alcides López Aufranc. Ha sucedido a Martínez de Hoz como presidente de Acíndar. Intercambian saludos. Klein se preocupa por una huelga que hay en la fábrica. Y dice que tiene noticias de la detención de 23 delegados de fábrica. "El general, creyendo que yo también pertenecía a la banda adueñada del poder, contestó tranquilizándolo: 'No se preocupe, Walter –le dijo–, todos están bajo tierra'" (Emilio Fermín Mignone, *Iglesia y dictadura*, Universidad de Quilmes, **Página|12**, Buenos Aires, p. 20.). Así era Alcides López Aufranc, a quien llamaron "el zorro de Magdalena" en el conflicto entre azules y colorados. Ahora era el zorro de los secuestros. El aplicado discípulo de las lecciones de sus maestros franceses, los héroes de Argelia. Lanusse jamás habría enterrado a 23 delegados fabriles. Pero los de la Comisión de Afirmación de la Libertadora, sí. No en vano clamaban por un Pinochet. A Lanusse, si no lo mataron, fue porque era Lanusse. Pero le mataron a varios amigos, gente que había colaborado con él. Edgardo Sajón, por ejemplo. La revista *Cabildo* sacó en tapa una foto de El Cano abrazándose con Salvador Allende. Otra de su ministro de Educación Gustavo Malek. Y el título era: "La subversión cultural". Y había una nota de fondo: "Reflexiones sobre la subversión cultural en la Argentina" por el general Acdel Vilas. ¡Reflexiones!

PERÓN Y ARCHIE MOORE, LA EXTRAÑA PAREJA

Vamos, ahora, al formidable documento que publican los guerreros de la Libertadora. No fue en vano. Más de un tipo de clase media se dejó impresionar. Empecemos: el título es *Nadie hizo más que Perón*. El largo trabajo está dedicado a los "jóvenes civiles y de las fuerzas armadas". Busca evitar el "lavado de cerebro" con que el "totalitarismo" trata siempre de someter a los hombres libres. Ya se puede husmear –o más que husmear porque algo apesta a podredumbre– el carácter a la vez antiperonista y macartista típico de la Libertadora. Es lo que ya había inaugurado temprano la "insigne" Victoria Ocampo en la revista *Sur*. "Somos antiperonistas y anticomunistas." A ver: ¿qué hizo el "señor" Perón? Porque ojo: *nadie le decía general Perón*. Horacio Aiello –de quien ya hemos hablado, el periodista deportivo que se aterró cuando el arquerito Gabriel Flores se rascó una súbita, inesperada picazón en su culo, en vez de conservar esa mano en su cintura– andaba de un lado para otro, muerto de ganas de cubrir a fondo la gran nota para –creo– Canal 7. "Es el momento, es el momento", dice Aiello cuando ve el avión. "En ese avión que está por aterrizar en nuestro país, en nuestra patria, viene por fin el general. Eh, eh... ¡El señor Perón!.." ¡Qué patético! Qué tipo mediocre. En suma, qué triste cagón al servicio de los poderes establecidos. Seguramente luego le habrá dicho mil veces "General Perón". Pero creo que no apareció más. Hubo un periodista, Jorge Conti, un aventurero, un vivillo, que se avivó de todo desde muy temprano. Se puso al servicio de Perón. Al día siguiente llevó las cámaras a Gaspar Campos y él, que hasta hacía poco era un pinche, ya comandaba la operación. De Aiello, nunca más. No era el momento de decirle "señor" al general, Aiello. Todo estaba cambiando. Te equivocaste, Aiello. Kaput. Conti creyó que hacía lo correcto: se volvió un soldado de López Rega (ya lo veremos). Era un gran momento para los aventureros. Pero podían equivocarse. "Reemplazó el Himno por la marcha partidaria", acusaban los de la Comisión de la Libertadora. A ver, ¿qué más? ¡Atención! "Cuando murió su madre no fue a su sepelio." Hijo ingrato, enemigo de la familia, que es la base de la sociedad. Un hombre que no quiere a su madre, ¿a quién podría querer? "Sustituyó el Día de la Inmaculada Concepción por el Día del Campeón." ¿Qué campeón? Pascualito Pérez. Habrase visto infamia mayor. "Implantó la Ley de Divorcio." ¡Horror de horrores! Como los catolicastros, los chupacirios de la Libertadora, los guerreros del Cristo Vence la promulgaron de nuevo, yo, y tantos como yo, no nos pudimos casar otra vez y tuvimos que esperar, en mi caso, ¡ocho años! Recién me pude casar con el amor de mi vida en 1988 y la había conocido en 1980. Todavía estoy con ella, tarados. 29 años llevamos. ¿Cuántos de los que se casan bendecidos por curas preconciliares siguen juntos después de tantos años? Es posible, pero al costo de la hipocresía, de la infidelidad, de los incesantes cuernos, y todo por mantener la familia, por no hacer sufrir a los chicos. ¿Creen que los chicos no se dan cuenta de algo tan simple? Tienen padres que no se aman. Que no saben amar. Salvo a las convenciones hipócritas de su clase. Crecen sin conocer el amor. Después no saben darlo ni recibirlo. ¡Ah, pero qué familia tuvieron! Siempre unida. Los domingos a misa y tres polvos por año. Después los pibes les salen drogadictos. O coherentemente homosexuales: han visto que un hombre y una mujer no saben, no pueden amarse. Buscarán algo distinto. Señora, señor, ejemplos de la ley del matrimonio, sus hijos son drogadictos o gays o lesbianas. *¿Cómo no van a buscar una sexualidad diferenciada a la de ustedes si ustedes no tenían sexualidad?* Sigamos, ¿qué otros horrores hizo Perón? "Hizo sancionar la ley de prostitución." Esto lo hizo en medio de su conflicto con la Iglesia. Quería ponerlos nerviosos. ¿Putas protegidas por la ley? ¿Y las razzias de la cana? ¿En qué iban a quedar? Años después, Onganía, que le rezaba a la Virgen hasta cuando miraba *La familia Falcón* o *Tropicana club* con Marty Cosens, Chico Novarro y una joven María Concepción César que tenía una piernas excepcionales que algo debían incomodar la pureza espiritual del cursillista y tardío Franco de las pampas, prohíbe esa ley. Las putas son putas, son todas Magdalenas y él, hombre puro y militar ejemplar, bien puede tirar la primera piedra. Nombra al comisario Margaride. Que era un obsesivo del sexo. Del sexo de los otros. No quería que nadie cogiera. Hacía razzias furibundas en los hoteles alojamiento. Todos presos. Por pecadores. Venales, corrompidos e infieles. ¿O acaso no eran infieles? Un padre, una madre no van a un hotel alojamiento. Hacen la "porquería" en su casa. Y para procrear, como manda el Evangelio. Lamentablemente será el mismo Perón el que llevará otra vez a Margaride a la cumbre. Y con Alberto Villar. Villar le dirá: "Mirá, Margaride: olvidate de los hoteles alojamiento. Acá hay que barrer a los subversivos. Si cogen o no, no me importa. Yo no les quiero impedir eso. Quiero hacerlos boleta a todos. Que es, de paso, una forma de impedir que cojan". Sigamos: ¿qué más contra Perón? "Abusó de menores de la UES siendo procesado por haber cometido delito de estupro contra una niña de catorce años." Objetemos, ante todo, la palabra "contra". Porque a la niña, la célebre Nelly Rivas, no la violó. O sea, no fue "contra ella". Fue a favor. La piba, sin duda, colaboró con entusiasmo. Algo, seamos sensatos, necesario dada la edad del general. Este es el cargo más miserable. El que revela la bajeza de los acusadores, sus mentes pervertidas. Estos serán los que en los '60 prohibirán las películas con desnudos y besos de lengua y luego, en reuniones privadas, se darán cita para ver eso que llamaron las "Tortas". ¡Cuántos honestos señores católicos, serios, impolutos se excitaron viendo las "Tortas"! Ramiro de la Fuente, ejemplar censor, que veía una teta y sacaba su revólver como Goebbels cuando oía la palabra *Kultur*, hacía el trabajo. ¿Qué era la Torta? Era el rejunte de todas las escenas prohibidas. Toda la "basura pornográfica" que –para su bien– se le prohibía ver al pueblo, los buenos señores y las buenas señoras de las sagradas familias argentinas la veían en privado. Después vino Miguel Paulino Tato, el campeón de los cavernícolas. ¿Todos avalados por quiénes? Por la Iglesia Católica, las Damas de Beneficencia y los podridos oligarcas. Los desnudos de la Bardot, de las actrices de Bergman, de Senta Berger, de Jane Birkin, ¡de Isabel Sarli, que los volvía locos!, de las italianas: Silvia Koscina, Marisa Allasio, Georgia Moll, y los de Jeanne Moreau en *Los amantes* (aquí deliraban), y los de Magali Noel en *La isla del deseo*, y los de Michelle Mercier en *Disparen sobre el pianista* y los de Libertad Leblanc y los de tantas otras que habían nacido para regalar belleza. A la noche, llenos de las imágenes de la Torta, les hacían el amor a sus mujeres con todas las imágenes "prohibidas" en sus almas al fin calientes, y las mujeres (en las que no habían pensado ni un segundo salvo para taparles la cara con la almohada) les decían: "Pero, Checho Anchorena Unzué, ¡qué salvaje estuviste hoy! Mañana me tengo que confesar y el padre González Videla me encaja no menos de doscientos padrenuestros. Pero, por Dios, ¡valió la pena!". "Calma, Ernestina, no te desmadres."



Sigamos con Perón. Si quieren los detalles de los amores con Nelly Rivas consulten el libro de Gambini, que se deleita con estas cosas. La cosa es que Perón cayó y a la niña la echaron a patadas de la quinta de Olivos. Pero lo más bajo no fue eso. ¡Hasta dónde descendieron los de la Libertadora! Le obligaron a la chica Rivas a escribir un libelo que se vendió en todos los kioscos. Yo era chiquito y lo miraba con codicia. Pero no me animaba a comprarlo. Se llamaba: *Mis amores con Perón*. No dejaron una sin hacer. ¿Qué más? ¿Creen que esto no es importante? Por favor, ésta es la carnadura de la historia. Le reprochan haber filmado a Gina Lollobrigida aprovechando que llevaba un vestido de no sé qué tela, la filmó con filtros y la hizo aparecer desnuda. Dios, qué degenerado era Perón. *También hizo esto con las niñas de la UES*. Las filmaba, secretamente, en los vestuarios, cuando se cambiaban. ¡Qué material para masturbaciones incesantes! Admitamos que el huevonazo de Perón daba pasto para todo esto con esas alegres recorridas por la ciudad con las chicas siguiéndolo en las pochonetas. Ya vimos esto. ¡Pero nos falta la máxima! Es la que más gracia despierta en los peronistas. Perón, se sabe, amaba el deporte. Y trajo al país a ciertos boxeadores de prestigio: Sandy Sadler, con el "bolo punch". Archie Moore, algo viejo pero aún peligroso. Kid Gavilán, sólido, fuerte. La Libertadora, basada en estos hechos incontrastables, afirma: "Tuvo predilección especial por la amistad 'íntima' con pugilistas blancos y de color. A uno lo invitaba a reuniones 'muy privadas'". Se supone que era Archie Moore. Cuando estas blasfemias (algo bizarras en verdad) tomaron estado público en los '50, las masas peronistas respondieron: "Puto y maricón/ Queremos a Perón". Cuando el amor es grande todo es imposible. Además, la consigna era una burla a los inquisidores. Se les volvía todo en contra. ¡Qué cabezas podridas! Hoy, los peronistas, cuando se burlan de los gorilas, cuando éstos les empiezan a decir críticas contra Perón, aunque sean fundadas, se ríen y dicen: "Dale, ¡al final vas a terminar diciendo que se lo cogió Archie Moore!".

PERÓN, DE NAZI A COMUNISTA

Las críticas a *las bases ideológicas* son algo más serias. La primera es la más obvia: "Fue agente del nazifascismo". Pero no se pierdan el giro inmediato que da esta aseveración: "Consecuente con su vocación antidemocrática, cuando el Eje fue derrotado puso sus miras en el totalitarismo rojo". El vocabulario es así, eh. Sin más, sutil: *totalitarismo rojo*. Sin asco, a lo McCarthy. En resumen: Perón es esencialmente *antidemocrático*. Si el Eje no está, se suma al totalitarismo rojo. Porque lo suyo es la lucha contra la democracia. Y le da lo mismo ejercerla desde el nazismo o desde el comunismo. Y si no, lean estas frases: "Dijo: 'El peronismo vivió el influjo de la Revolución Rusa'". Dijo: "En 1946 restablecí relaciones con la URSS". Refiriéndose a Vittorio Codovilla y a sus rojos, dijo: "Nosotros nos sentíamos mil veces más comunistas que ellos". Dijo: "Yo aspiraba a ser el Lenin de esta Revolución". Dijo: "*Si Rusia me hubiera dado pleno apoyo, yo hubiera sido el primer Castro de América*" (cursivas mías). Hizo la apología de Mao Tse Tung. Dijo: "Si yo fuera chino sería maoísta". Y, por fin, dijo: "Ah, si yo hubiera previsto lo que iba a pasar, entonces sí: hubiera fusilado a medio millón o a un millón si fuera necesario" (9 de mayo de 1970). No voy a decir nada nuevo, pero Perón es un fenómeno para engendrar interpretaciones contrapuestas. La izquierda y los comunistas lo acusan de burgués nacionalista, de conciliador, de gatopardista, de usar a la clase obrera en beneficio propio, de otorgarle un sindicalismo conducido desde el Estado, de tornarla heterómoma y no autónoma, etc. Y la derecha setembrina lo acusa de comunista, de rojo, de maoísta. *De haberse entregado al totalitarismo rojo*. Interesa marcar que el enemigo, el verdadero enemigo de clase del proletariado argentino ve en Perón a un totalitario, a un antidemocrático, a un nazi que se ha transformado en un rojo. Al verlo como un rojo ve con precisión algo que la izquierda nunca ha visto: el amor de las masas por Perón siempre fue peligroso para el régimen. No creían que las masas eran arcilla mansa en manos de su líder. Al contrario, creían que en cualquier momento el líder podría perder el control y las masas desbocarse. Perón les concedía demasiado. Era posible que ocurriera un fenómeno imposible de contener. Que era exactamente éste: ¿*Qué ocurriría si las masas, acostumbradas a conformarse con lo que Perón les concedía, empezaban (cebadas, golosas luego de vislumbrar un mundo de abundancia que les estaba vedado) a exigir más? ¿Qué ocurriría si –con total naturalidad, acostumbradas a recibir lo que sus exigencias requerían– pedían lo que ya no era posible concederles*? "No, compañeros, no puedo darles eso", diría Perón. ¿Por qué? "General, nos dio tantas cosas. ¿Por qué no un poco más?" Perón debería responder: "Porque tendría que tocar intereses que no puedo tocar. Este sistema es así. Ustedes son obreros. Puedo otorgarles muchas cosas. Porque soy generoso y los quiero conmigo. *Pero si hay algo que no puedo hacer es que ustedes dejen de ser obreros*". Este es el *exacto* punto que las clases dominantes siempre temieron de Perón. La *ultima ratio* –no de su odio, que viene de otros lugares– para arrancarle el poder. Esto es lo que no lo tornaba confiable. ¿Cuál es el límite del populismo? ¿Puede el líder populista manejar al pueblo dentro de los límites fijados por la división de la sociedad en clases? Sin duda, ahí reside su proyecto y su habilidad. Pero si las masas tanto lo apoyan, si tanto lo quieren, *si tan suyo lo sienten*, ¿por qué no habrían de pedirle más? Es cierto: él les enseñó la *pasividad*. El Estado dará, ustedes festejen, apoyen, vengan a la plaza, sean muchos. Pero esto no tranquiliza ni a las clases dominantes ni a los poderosos externos que las apoyan. Si Perón parecía tan dispuesto a hacer buena letra en 1954, ¿por qué lo tiran? Porque un tipo que convoca el amor del pueblo siempre es peligroso.

En cuanto a la violencia, el manifiesto de la Comisión de la Revolución Libertadora no deja una sin citar. Son muchas. Recuerdo a más de un profesional (un dentista, un farmacéutico, un oculista) que, cuando llegaba aquí, se paralizaba: "¿Todo esto dijo Perón?". O no lo sabían o se habían olvidado. Para la juventud la selección era una fiesta: "¡Qué grande

el Viejo! ¡Los tenía cagando!" Sin embargo, no. El célebre discurso del 31 de agosto de 1955 lo dice casi dos semanas antes de rajarse en la cañonera paraguaya. Ahí hay una grave asimetría entre el discurso y la praxis. Si un conductor dice que ése que intente alterar el orden puede ser muerto por cualquier argentino. Si dice: "Y cuando uno de los nuestros caiga caerán cinco de ellos". Si dice que la lucha no va a terminar hasta que "no los hayamos aniquilado o aplastado", ¡no puede huir 15 días después! Ese discurso del 31 de agosto se le fue de las manos. Cuando salió del balcón empezó a pedir que le trajeran a Bengoa, el jefe de policía. Llega Bengoa y le dice: "Hoy puede pasar cualquier cosa. Ponga una decena de policías por cuadra. Saque a todos sus efectivos a la calle". Ya se había atemorizado de su propio discurso. ¿Cómo no pudo medirse? Tampoco se midió el 1° de mayo de 1974, cuando agredió a los "imberbes". Ahí también. Cuando sale del balcón se encuentra con Alende, el Bisonte. "General –le dice Alende–, ¿no fue demasiado?" "No se preocupe. A los muchachos sé manejarlos. Después voy a hablar con ellos." Pese a estas explosiones, Joseph Page, cuya biografía es buena y no revela grandes simpatías por el biografiado, dice en sus conclusiones: "Era un pacifista de alma, a pesar de sus ocasionales usos de retórica violenta y su aceptación de un terrorismo que favorecía a su causa, una curiosa contradicción enquistada en la esencia de su propia naturaleza. *Celosamente rechazó la violencia como un abierto instrumento de la política*. Su actuación en este sentido, aunque no sea inmaculada, parece ejemplar en contraste con la tortura y las matanzas que traumatizaron a la Argentina a finales de la década del '70" (Joseph Page, *Perón*, Segunda Parte, 1952-1974, Vergara, Buenos Aires, 1984, p. 305). Añade, luego, que "este hombre" vilipendiado como el Hitler de América del Sur nunca hubiera sumergido a su país en una guerra.

EL RÍO MATANZA

Volvemos al 17 de noviembre de 1972, el Día de la Militancia. Mi misión: buscar a Domingo Bresci en su parroquia. Que no era la de San Vicente de Paul, en Mataderos, ni la que tiene ahora, que es muy linda. No recuerdo dónde estaba la parroquia. Pero ese día, sí. Estacioné el Renault 12. Esta vez lo estacioné en la puerta de la parroquia. Porque cuando iba a dar una charla a Unidad Básica de la JP lo dejaba a dos cuadras; tener auto no daba bien. Golpeo. Me abre Domingo. Estaba de magnífico humor. "Vení, pasá." Entro y me presenta a los cuatro curas. Todos tipos bárbaros. Vestidos de civil, pero con pulóveres de cuello cerrado y una camisa de cuello redondo asomando por sobre el pulóver. Eso les daba aspecto de curas. Domingo estaba igual. Tenían la tele encendida. Estaban sentados en un sofá y miraban con mucho interés. Había un mate y facturas. Olvidé decirlo. Pero afuera llovía despiadadamente.

–Llegaste tarde –me dice Domingo–. Ya está por llegar Perón.

–¿Estás seguro?

–Creo que sí.

Domingo se hacía cargo de la evidente decisión de los otros curitas. Se estaba muy bien en la parroquia. Ambiente cálido, mate, factura, la tele andaba fenómeno, no nos íbamos a perder nada, todo en primer plano.

–Miren, les voy a decir lo que pienso –dije para redondear una decisión–. A mí no me gusta caminar. Y menos bajo la lluvia. En cuanto a la militancia, la cosa no me atormenta. Hago un montón de otras cosas por otros lados. Vayamos o no vayamos, Perón va a llegar igual.

Todos estuvieron de acuerdo. Todos dijeron también que hacían un montón de cosas por otros lados. Creo que a Domingo le costó un poco más que a todos nosotros. Pero al final aceptó. ¡Qué espectáculo! Lo vimos llegar a Perón. Bajar. Lo vimos a Rucci arrojarse sobre él con el paraguas. "Hijo de puta", dijimos. "No hizo nada para traerlo y ahora lo pone bajo su paraguas." Abal Medina estaba serio, tranquilo. Muy digno. Hubiéramos preferido que el paraguas lo sostuviera él. Pero Rucci era un patotero y lo madrugó. O tal vez Abal Medina ni bola le daba a eso del paraguas. Estaría pensando en cosas más importantes. Y así se lo veía, pensativo. Como dije: la pasamos muy bien. Como dije: si el Día de la Militancia se llama así no será por nosotros. Los militantes se metieron por todas partes. Se aguantaron los gases desde los helicópteros y hasta las balas de goma. Algunos, muchos, en un acto que fue para ellos una prueba de entrega, coraje y militancia extrema, cruzaron a nado el río Matanza. Entre ellos, Conrado Eggers Lan, héroe del diálogo entre católicos y marxistas, uno de mis maestros y amigos más queridos. Al breve tiempo publicaría un libro: *Peronismo y liberación nacional*. El título no podía ser más previsible. Pero tenía un buen prólogo. Instaba, en él, a todos los intelectuales a abrazar la causa del pueblo. Y terminaba con esta frase: "¿Tendrá cada intelectual que cruzar su río Matanza?". Lo siento, Conrado: tendría que probarme en otras encrucijadas porque el río Matanza no me sirvió para probar nada. Me despedí de Domingo y los curitas. ¡Estábamos todos contentos! Perón había regresado y lo habíamos visto todo bárbaro y sin mojarnos ni un cachito. A la noche me encuentro con Miguel. "No te vi en todo el día." "Estuve en la parroquia de Domingo. Lo vimos por televisión." "¿Pero no te da vergüenza, carajo? Hubo más de 300.000 personas y vos te ves el partido por televisión, lo echás a perder a Domingo y no hacés nada, ni te mojás, ni cruzás el río Matanza..." Ahí lo paré. "¡Terminala, Miguel! Uno no es un militante porque se moja ni porque cruza el río Matanza. Yo no necesito ponerme a prueba con esas boludeces supuestamente heroicas. Mañana te voy a escribir el mejor volante que vas a tener en tu puta vida para tus militantes y listo." Empezó a llover de nuevo. Fuerte, un chaparrón. "¿Trajiste el auto?", pregunta Miguel. "Sí." "Bueno, vamos porque me estoy cagando de frío." Teníamos una reunión en el bar de Independencia y Urquiza. Al lado de Cimarrón. A media cuadra de la Facultad de Filosofía. Era el bar Urquiza. Un bar que se llenaba de fanáticos de la causa del federalismo y llevaba el nombre del más grande de sus traidores. "Tenés cada cosa vos", sigue Miguel. "Mirá que no venir por no mojarte. No digo que seas un cagón." "No me lo digas porque te voy a decir que sí." "Turro, zafás fácil. No, cagón no. Pero sos cómodo, José. Cómodo como la gran puta." "Oíme, Miguel. La culpa es de Perón. ¿Cómo se le ocurre venir en un día de mierda como éste? ¡La antítesis de un día peronista!" Miguel reflexiona. Después dice: "Tenés razón. Otra contradicción del Viejo. Vas a tener que darle una interpretación mañana". "Bueno, pero mañana." Puse la calefacción.

El bar Urquiza desbordaba de militantes de la Tendencia. Había de todo, hasta profesores de las Cátedras Nacionales. En una mesa lo vi a Roberto Carri, hablaba sin parar y todos lo escuchaban. En nuestra mesa, los héroes del río Matanza cuentan sus hazañas. No la pasaron bien, es cierto. Bonasso escribe: "Allí, en el tramo de terreno que se extiende entre el Puente 12 y el río Matanza, se darán los encontronazos más reiterados y brutales, hasta que la neblina de los gases inunde a todos, manifestantes y policías y la gente corra hacia los yuyales, tapándose la boca con un pañuelo empapado en bicarbonato. Allí seguirán las broncas hasta mucho después de que alguien descubra el avión que se acerca y empiece a corear: 'Atención, atención/ aquí llega un montonero/ y se llama Juan Perón'. Nadie sabrá cuántos peregrinos han intentado romper el cerco. El gobierno calcula 90.000; el peronismo medio millón. En cualquier caso son muchos los que desafían al imponente aparato militar" (Miguel Bonasso, *El presidente que no fue,* Planeta, Buenos Aires, 2002, p. 421). Ahora están satisfechos y discuten planes para el día siguiente. La situación de Perón –ya lo veremos– aún no se resolvió. De modo que hay que estar atentos por si la movilización popular se requiere otra vez. El día anterior Lanusse había dicho: "No voy a permitir pueblada". Y es cierto: los militares les tienen terror a las pueblada. Perón también: si se rajó el 16 de septiembre fue porque –de resistir– se habría arriesgado a un desborde de masas, a que el pueblo no sólo se armara, sino que fuera *más allá* de lo que él, como milico, como hombre de orden, estaba dispuesto a aceptar. Porque Perón –entre 1945 y 1955– quiso mucho a su pueblo, pero le tenía asignado un lugar del que no quería que saliera. El desborde, la anarquía le disgustaban en extremo. Resistir –sé que estoy insistiendo en algo ya dicho– habría sido correr el riesgo de caer en eso. De ser *sobrepasado* por la ira popular. De tener que ponerse al frente de algo que no quería. *De tener que ir más allá de sí mismo.* No quería una insurrección popular y la resistencia casi lo habría condenado a eso. Ahora –al volver– no era él el que se arriesgaba. El problema era de Lanusse. Que no permitiría "pueblada". No las hubo. Los problemas que se avizoraban eran otros. Un militante, en nuestra mesa, dijo algo que sonó insólito para algunos, cómico o absurdo para muchos, pero grave para varios.

–Se vienen muchos problemas –dijo–. Pero hay uno en el que todavía casi nadie piensa. López Rega, compañeros. El payaso es mucho más que un payaso. Es un enemigo siniestro. A él nos vamos a tener que enfrentar.

–Los montos lo bajan cuando se le canten las pelotas al boludo ese.

–No creas. Perón lo protege mucho.

–¿Y cómo va a ser tan hijo de puta si Perón lo protege?

Ahí, sensatamente, alguien dijo: "Tendríamos que pensar en serio sobre la gente que Perón protege. Hay cada uno que mete miedo". Otro dijo la frase más divertida que alguna vez dijera la Jotapé. Atención, maestro Sábat: esto es para que usted se revuelque de la risa.

–López Rega es la CIA. Por eso Perón lo tiene al lado. Para tener cerca al enemigo.

Nadie se lo creyó. Les pareció un disparate. Era, además, un día de triunfo. ¿Para qué amargarse con boludeces como ésa? Entonces el intelectual de la mesa, el que no había cruzado ni olido el río Matanza, pero se sabía de memoria textos de Evita, y sobre todo algunos tan misteriosos como el que ahora va a citar, dijo:

–Disculpen, ¿no? Pero en todo esto no habría que descartar algunos elementos de locura de Perón que siempre estuvieron presentes. Evita, que si conocía algo de Fouché era porque Perón se lo había dicho, en las clases que dicta en la Escuela Superior Peronista dice algo que siempre me atrajo: "Cuenta la historia que uno de los hombres que estuvo más cerca de Napoleón fue Fouché, y nadie se explicaba por qué, siendo Napoleón un genio y un conocedor de hombres, siempre lo tenía tan cerca y lo distinguía. Pero, siendo que Fouché le era desleal, Napoleón lo tenía demasiado cerca porque lo conocía bien y necesitaba controlarlo". Eso, créase o no, está en la *Historia del peronismo* de Evita, clases dictadas en la Escuela Superior Peronista en 1951. El mismo lugar en que Perón dictó las de *Conducción política*.

Casi les amargo la jornada a todos. El retorno de la acción, de las noticias fulminantes, volvió a erizar los ánimos. Alguien abrió la puerta del bar y entró con cara de desesperado:

–¡Compañeros! –gritó–. ¡Perón está preso en el hotel de Ezeiza!

Todos salieron rajando del bar. Se sentían la custodia personal del líder. No digo que me quedé solo, pero por ahí. Un mozo se me acercó.

–¿Quién va a pagar todo esto?

–Qué sé yo –dije–. Perón.

Pagué mi cortado y me fui. En Ezeiza todo era tan caótico que un comisario inspector de apellido Díaz apuntaba a Perón con su pistola y gritaba como un loco:

–¡No me obligue! ¡No me obligue!

Estaba a punto de matarlo. Lorenzo Miguel larga un alarido de desesperación y –heroicamente– lo cubre al general con su propio cuerpo.

¿Vieron que el peronismo es algo más que comer tallarines los domingos con la vieja?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann-Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Gaspar Campos era una fiesta

Peronismo

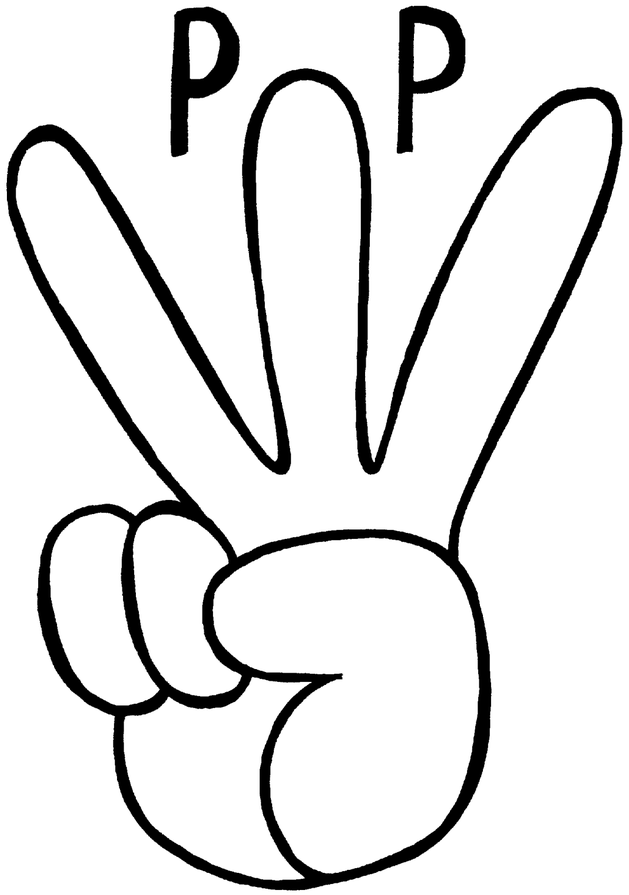
José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

65 Gaspar Campos era una fiesta

Suplemento especial de
Página|12

hacia el tercer gobierno



BAJO EL PARAGUAS DE RUCCI

El 17 de noviembre de 1972, húmedo día del primer regreso, Perón llegó sano, fuerte. De buen humor. También llegó calzado. Se lo dijo después a Abal Medina: "Estoy armado, doctor". Porque Abal tendría 27 años, pero el Viejo lo trataba de "usted" y le decía doctor. Cuando aparece en la escalerilla del avión se le viene un oficial de Aeronáutica. Se presenta como el comodoro Salas. Perón le agradece la molestia "que se ha tomado en venir a recibirme, brigadier". El comodoro Salas lo corrige: "Comodoro, señor". ¡Ese "señor"! Todo el periodismo, todos los políticos, durante 18 años le dijeron "señor" a Perón. ¿Me faltará algún dato? Pero, aparte de los peronistas, ¿hubo alguno que se jugara y lo llamara "general", como realmente lo era, y pusiera en evidencia la imbecilidad de esa degradación? Dudemos. Perón era el "señor" Perón y si a alguien, de todos los que le decían "señor", se le leyeran los fundamentos de esa pérdida del cargo que la Libertadora había ofrecido, posiblemente le diera vergüenza decirle "señor" o, al menos, advertiría todo lo que estaba aceptando al decirlo. País de hipócritas que vivió 18 años aceptando un Decreto (el 4161) que era una patraña constitucional, un insulto a la democracia y a la república. No contribuyó poco al desastre general, al abismo al que se llegó. El comodoro le pregunta a Perón si van a bajar. Perón dice:

–Claro. Si no, ¿para qué vinimos?

Bajó y ahí sale la célebre foto. Es una foto que corresponde a la filosofía política del peronismo. Anticipa las futuras decisiones de Perón. Luego de la tragedia de Ezeiza, del 20 de junio, Perón elegirá el recinto de la CGT para dar sus discursos (que analizaremos con lupa, o tal vez con un simple par de anteojos: aún no estamos ahí). Elige a la fuerza tradicional del peronismo. A su creación más genuina: los sindicatos. Por eso se pone bajo el paraguas de Rucci. Abal Medina –aparte de su apellido incómodo, que Cámpora alabará más tarde con total convicción– era visualizado como un joven y todo joven estaba naturalmente inclinado hacia la juventud. Ahí fue Rucci. Muy poco –*pero: muy poco*– había hecho por el regreso de Perón. Ni él ni Lorenzo Miguel quisieron arriesgar demasiado. Y atención: tal vez haya sido Perón quien les diera la orden. "Déjenlos a los muchachos. Ustedes no arriesguen algo que servirá luego para la negociación. La dureza, a los jóvenes. Ustedes, después. Cuando haya que hablar de poder a poder. Del poder de los sindicatos al poder del Estado militar." Lo de siempre: en la dureza de la lucha, las piezas duras. En reserva quedaban intocadas las estructuras desde las que se negociaría.

La situación en Ezeiza –como no podía ser de otro modo– se soluciona. Y Perón sale rumbo a Vicente López. Casi a las 7 de la mañana llega a Gaspar Campos 1065, a una más que bonita casa instalada en el corazón del conchetérío nacional. La voz se corre por todos los rincones de la ciudad, por todos los barrios, por todas la villas: "¡Perón está en Gaspar Campos!". Todos van hacia ahí y empieza uno de los más alegres, desbordantes, profundos despelotes de nuestra historia nacional, acostumbrada a los despelotes pero a los otros, a los sangrientos. Nadie va a morir en Gaspar Campos. Un peronismo unido (que luego se despedazará cruelmente) festeja el regreso del líder.

CLARITA, LO QUE NO FUE

¿Cómo llegar a Gaspar Campos? Durante el día 18 habrán pasado por ahí 100.000 personas. *Toda clase de personas*. El país estaba enamorado del *regreso* de Perón. Era la realización de algo que no podía ocurrir. Muchos, desde pibes, oían hablar de ese regreso. Se lo tenía incorporado. Era parte del paisaje nacional. Alguna vez volvería Perón. Con el tiempo, el *alguna vez volverá Perón* se transformará en el *esa vez se acabarán todos los problemas*. ¿Qué hacía en Gaspar Campos una pareja de modelos publicitarios como Marta Cerain y Horacio Bustos? Para colmo, llevaban un niñito en brazos. Algo que, digamos de paso, no era demasiado infrecuente. Estaba lleno de parejas. De parejas jóvenes. De parejas veteranas. De viejitos y viejitas. Llegué a Gaspar Campos en tren. Dejé el Renault 12 en casa. Fui con tres pibes y una chica de la Jotapé. Dos de ellos habían sido alumnos míos dos años atrás en la cátedra de Ansgar Klein, de la que yo era ayudante de trabajos prácticos. La chica también, pero de otra materia. Ansgar era un genio. Sólo que a veces estaba dando una clase y cerraba los ojos, como si durmiera. No como si estuviera muerto porque seguía hablando. Todos se miraban asombrados. Pero superaban la situación y lo escuchaban porque valía la pena. Cierta vez, uno de los alumnos que ahora van conmigo a Gaspar Campos se presenta a dar un final y dice: "El Estado en Hegel es la glorificación del Estado prusiano". Un energúmeno, uno de esos anticomunistas furibundos, belicosos (no como Borges, que a los comunistas les tenía miedo), se pone a gritar: "¡Esa es una interpretación marxista! ¡No es Hegel! ¡Usted no puede presentarse a un examen sobre Hegel y darnos una interpretación de Marx!". Era el profesor adjunto de Ansgar. Que permanece sereno. El tipo siempre había sido una bestia peluda. Una vez estaba estudiando en la biblioteca de Viamonte 430 (*una hermosa biblioteca*) y entra un alumno repartiendo panfletos. Cuando le pone uno en su pupitre, el tipo grita: "¡Sacá esto de aquí! Ni en la Biblioteca se puede estar. ¿A qué vienen a la Facultad ustedes?" El joven militante (seguramente de ARFYL, que eran comunistas) dice: "Perdón, compañero, no hay por qué..." "¡Yo no soy tu compañero!", estalla el dinosaurio. "¡Las pelotas tu compañero!" "¡Podemos discutirlo, compañero!" "¡No soy tu compañero, te dije! No tengo nada que ver con vos ni con ninguno de los tuyos." Junta sus libros y se va. Algunos ya le han empezado a decir que se calle, que el que está molestando es él. Entonces –estamos otra vez en la mesa de examen– le pregunta: "¿Quién es su profesor de trabajos prácticos?". El alumno le da mi nombre. "¿No ve, Ansgar? ¡Esta Facultad está llena de marxistas!" "Quédese tranquilo –le dice Ansgar–. Ya lo voy a arreglar." Sería el año 1971. Días después, Ansgar me cuenta el problema. "¿Y yo qué culpa tengo? (le digo). Si la *Filosofía del derecho* está hecha para la glorificación del Estado de Federico Guillermo de Prusia. Si cualquiera sabe que el viejo Hegel era un filósofo burócrata entregado al poder monárquico, dispuesto a demostrar que la historia había terminado porque no podía integrar al sistema el surgimiento del proletariado." Ansgar dice: "¿A usted le gusta caminar?". Llevábamos 15 cuadras caminando. "Ni mucho ni poco. Si hay que caminar, camino." "Mire, entonces hagamos esto: una vez por semana salimos a caminar un rato y usted me cuenta todas esas cosas que piensa sobre Hegel. Pero en clase no las diga más, ¿le parece?" Igual, mi alumno sacó un 7 porque después levantó con la dialéctica del amo y el esclavo. Ahora estamos en un tren. No recuerdo cuál. Ni una estación recuerdo. Creo que la que más sabía era la piba que iba con nosotros. A mí me gustaba mucho, pero... había sido mi alumna. Además, la politización casi absoluta de la época había terminado por imponer cierto ascetismo. Primero la política, después el sexo. O puesto de otro modo: *antes perón que coger*. Días atrás entrábamos al Blasón, en Pueyrredón y Las Heras. Eramos unos cuantos. Uno me dice: "Mirá, esa mina. La de la mesa contra la ventana. Mirá lo bien que está". Lo miré y le dije que sí. Y pensé: "¿Qué le pasa a este boludo? ¿En qué mierda tiene la cabeza? Está por volver Perón y se distrae mirando minas". Hay ciertas versiones en que la Jotapé parece un festival de polvos. Falso. Pura imaginería calenturienta. Se hacía lo justo, pero no más. Y sin duda un poco menos porque la coyuntura era tan excepcional que uno no se podía distraer. Minas habría siempre. Pero Perón volvería una sola vez. El poder se tomaba una sola vez. La batalla en que todos estábamos era única, sucedía ahora y de su resultado dependían nuestras vidas. Y todos nuestros polvos futuros, desde luego. De modo que a esa instancia temporal remití lo que tenía ganas de hacer con mi ex alumna. Creo que le decíamos Clarita. No sé si fue con ella o con otra (creo que con otra: pongamos María) que sucedió, años después, algo que sucedía entre los sobrevivientes de la catástrofe. Uno está con un ex Jotapé y recuerda el pasado y de pronto el tipo dice: "¿Te acordás de María?" "Sí, pero no la vi más. ¿La boletearon?" "No, zafó. Está en México. Gana bien." "¡Qué buena que estaba! ¡Qué hermosa piba era!" "Claro, fue novia mía." "¿Novia tuya? Turro, te la cogiste entonces." "Y sí, unas cuantas veces." "Pero nunca me dijiste nada." "¿Sos loco? Ni a vos ni a nadie. Si los compañeros se enteraban nos cagaban a palos a ella y a mí." Ahora Clarita dice que estamos cerca. Que faltarán dos o tres estaciones. O menos.

LA MOROCHADA VILLERA

El tren se detiene y entra el aluvión zoológico. El vagón (que iba medio vacío) se desborda de una morochada villera con pancartas, pitos, cánticos, puteadas. "¡Volvió Perón, carajo!" "Qué lindo, qué lindo que va a ser/ Lanusse bajo tierra/ Perón en el poder." "Juventud presente/ Perón, Perón o muerte!" Pero la gran consigna que largaron tenía la frescura de los primeros diarios de la mañana. Días atrás, la Nueva Fuerza, que comandaba Alsogaray, había lanzado el nombre de un candidato para cualquier posible proceso electoral. La Nueva Fuerza (con una guita que vaya uno a saber de dónde venía) ya hacía campaña en la tele, en las radios y en las calles. Estaban muy bien hechas. Yo sé quién las hizo pero me callo porque no quiero agitarle la vida ni preguntarle cuánto ganó. La estrellita de los comerciales era una rubiecita hermosa que después se fue a Brasil a filmar pornochanchadas. Todos los que salían eran de clases altas. Un pibe con una motocicleta impresionante. Estudiantes. Empresarios. Y la rubiecita que bailaba con mucha gracia y ritmo monopólico y gorila. (¿Existe ese ritmo? No sé, pero era el que ella bailaba.) La Nueva Fuerza larga el nombre de su candidato. Era un tipo con una espectacular cara de tarado. Y se llamaba Chamizo. Esa tarde, entonces, en ese tren que nos lleva a Gaspar Campos, los morochos villeros se ponen a cantar: "Con la cara de Chamizo/ haremos un mural/ para ponerlo en el baño/ donde caga el general". Clarita casi se muere de la risa. Y de pronto –como si lo tuvieran organizado– se largan a cantar la Marcha Peronista (*la marchita*). Cantan y saltan y corren a lo largo del vagón. Uno nos pregunta: "¿Son compañeros, no?" "No, estamos con el Gran Acuerdo Nacional. Creemos que es hora de integrar el peronismo a la democracia. Por más fascista que sea Perón y aunque estemos en contra del salvaje asesinato del general Aramburu." Hay distintas formas de suicidarse: ésa pudo haber sido una. Pero no, ni locos. Dijimos: "¡Compañeros, claro que sí! ¡Todos peronistas! ¡Todos con Perón!". Y lo dijimos sinceramente. Era un día de fiesta. Los muchachos seguían con la marchita. Mis ex alumnos se sumaron con brío, saltando en los asientos, agitando los brazos. Clarita se quedó sentada y se puso a cantarla conmigo. Carajo, qué bien la cantaba. Se la sabía toda. Uno era un poco nuevo en esto del peronismo. Y yo, a la marchita, mucha bola: nunca. Menos aún a esa parte bizarra de la Argentina grande con que San Martín soñó. "Es la realidad efectiva, que debemos a Perón". Esta parte me volvía loco. ¿La realidad efectiva? ¿Qué realidad efectiva? ¿Para qué había que pelear, que militar tanto entonces? Además, esta mierda... ¿se la debemos a Perón? Me gustaba la estrofa del "gran argentino" que se supo conquistar "a la gran masa del pueblo combatiendo al capital". Era muy buena. Los antiperonistas de izquierda siempre venían con el discurso en la Bolsa de Comercio de 1944 al brazo y decían "aquí está la prueba, Perón es amigo del capital" y en la marcha partidaria (¡nada menos!) figuraba lo del líder que se conquistó al pueblo "combatiendo al capital". Igual, no entendían. Si Perón habla en la Bolsa de Comercio, ¿qué quieren que diga? ¿Qué odia al capitalismo? Perón adecuaba su palabra al lugar en que esa palabra era dicha. Bueno, pero estamos hartos de ver esto. Sigamos. A esa parte –la de la realidad efectiva– nunca me la pude memorizar. Y a la de los derechos sociales que Perón ha establecido, tampoco. "El pueblo entero está unido." ¿Dónde? ¿Cuándo? Clarita se ríe apenas descubre mis vacilaciones: "Vos tenés tus buenos problemas con la Marcha, ¿eh, profesor?" No sólo yo. Muchos otros también. Los pibes de la *Fede*, pongamos. ¡Algunos se habían hecho peronistas hacía apenas seis meses! De los radicales, ni hablar. Todavía no habían aprendido la Marcha radical y ahora tenían que aprender la peronista. Los morochos villeros terminaron la Marcha y volvieron a acordarse de Chamizo: "Con la cara de Chamizo/ haremos un mural/ Para colgarlo..." ¿No le estaban infiriendo un excesivo castigo al general? Pobre Perón: tener que hacer algo tan complejo como mover el vientre (o sea, ca –con permiso– gar) y tener, a la vez, que mirarlo o, peor, ser mirado por... ¡Chamizo! Llegamos a Gaspar Campos.

LA CONSIGNA DEL DOBLE PODER

Me separé de los pibes. Dolorosamente, me despedí de Clarita. Pero lo nuestro era imposible. O no estaba en mis planes. Qué sé yo. Me habría complicado demasiadas cosas. Además, quería mirar y saber que miraba lo que sucedía. Tener conciencia de eso que estaba pasando mientras pasaba. No quería pensarlo mañana o dos días después. Ahora, en el momento. Vivirlo y pensarlo. Para eso tenía que estar solo. Era un hecho único. El país no había vivido ni viviría otro igual. ¿Cuántas personas? 100.000 personas habrán desfilado por Gaspar Campos. Y eran cifras oficiales. Había una amplia ventana que funcionaba como el balcón de la Rosada. Temprano, a la mañana, Perón había aparecido de traje. Después se fue a dormir. Edgardo Sajón, también temprano, había anunciado que Gaspar Campos era tierra de todos y que "todo el mundo" tenía libre su acceso. Empieza la euforia, el desborde. Había muchos pibes, es cierto. En *Conducción política* Perón ya había dicho: ganamos cuando votaron los hombres, ganamos cuando votaron las mujeres, ¡pobres de ellos cuando voten los pibes! Bien, aquí estaban los pibes. No es por ponerse sentimental, pero esta verdad hay que decirla: a Perón se le había hecho. Los *únicos privilegiados* de los años '50 estaban ahí. Pero había mucho más. Los morochos villeros que viajaron en tren con nosotros, difícil que alguna vez hayan sido privilegiados de nada. Bonasso hace una buena descripción: "Chicas de barrio, con ruleros en el pelo; nenas con trencitas; lúmpenes en camiseta; jóvenes obreros con sus camisas domingueras; ruidosos estudiantes de clase media; gorditos de gorra que dirigían las columnas con silbatos cariocas; militantes que convertían en humor la guerra encerrada en las consignas" (Bonasso, *El presidente que no fue*, *Ibid.*, p. 438). Los de Guardia de Hierro formaban un círculo y corrían como los indios. Bajaban la cabeza y decían: "¡Perón!" La levantaban y decían: "¡Superpibe!". Pero había consignas superiores. O por agresivas o por ingeniosas.

Qué lindo, qué lindo que va a ser
Lanusse bajo tierra, Perón en el poder.

La célebre:
Qué lindo, qué lindo que va a ser
el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel.

También:
Socialismo nacional
como quiere el general.

La ya clásica:
Duro, duro, duro,
vivan los Montoneros
que mataron a Aramburu.

Y el *Cinco por uno/ no va a quedar ninguno.*

O las muy fierreras:
Lucha, lucha armada
Perón en la Rosada.
Fusiles y machetes
por otro 17.

Si se comparan estas consignas con las del 17 de octubre del '45 la acentuación del componente violento es poderoso. Aquéllas eran festivas:

Perón no es comunista
Perón no es dictador
Perón es hijo del pueblo
y el pueblo está con Perón.

Yo te daré
te daré patria hermosa
te daré una cosa
una cosa que empieza con "pe"
"Perón".

La más osada lo era en el plano sexual y la cantaban las mujeres:

Sin corpiño y sin calzón
todas somos de Perón.

Pero la consigna más importante que se lanza ese día es la del *doble poder* que se ha instaurado en el país. Anguita y Caparrós, en *La voluntad*, creen saber quiénes fueron sus creadores. No hay ningún problema. Si lo quieren así, que así sea. Escriben: "Elvio Vitali se había encontrado de nuevo con el Negro Sanjurjo. Justo detrás, un grupo de Guardia de Hierro cantaba *Superpibe, Superpibe* para saludar a Perón. La consigna no era muy política" (*La voluntad*, tomo II, edición de bolsillo, p. 659). Elvio y el Negro empiezan a juguetear con frases. Necesitan algo denso, con contenido fuerte, que exprese lo que está ocurriendo.

"–No, así no va. Estuviera, ¿cómo rimás? Cumpliera, cagadera.

"–Violetera, camarera, cocinera, tetera.

"–'La Casa de Gobierno cambió de dirección'...

"–...'la trajo para Olivos/ el general Perón'.

"–Esa. Esa puede ser, pero sería mejor 'está en Vicente López/ porque quiso Perón'.

"Elvio y el Negro se miraron y les pareció que la habían encontrado.

"–Ahí, ahí, por ahí puede andar. O pará. ¿Qué te parece 'está en Vicente López por orden de Perón'?".

"–¡Grande, Elvio, carajo! Es ésa, es ésa. A ver cómo queda: *La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ está en Vicente López por orden de Perón.*

"Entonces aparecieron el Tala Ventura y Pancho Talento, que también eran compañeros suyos de la facultad, y decidieron tratar de imponer la nueva consigna. Un rato después, veinte o treinta mil personas la cantaban y Elvio estaba ancho como un ropero, emocionado" (*La voluntad*, *Ibid.*, p. 659). Esta consigna pudo surgir antes. Mucho antes. Diez años antes o más. Los políticos argentinos y los militares no se cansaron de decir (durante la proscripción de Perón): "No puede ser que la política argentina se decida en Madrid". Era así: los hilos –o demasiados de ellos– se anudaban cruzando el Atlántico. La consigna que debió surgir era:

La Casa de Gobierno
cambió de dirección
está en Puerta de Hierro
por orden de Perón.

Pero ni a Elvio ni a su amigo se les ocurrió. Ni a ellos ni a ningún otro. Por ahí no era el momento. Que surgiera hoy, en Gaspar Campos, fue un golazo. De pronto llega un camión de Canal 11 o Canal 13 (no recuerdo, qué bronca). Bajan todos. Instalan cables, ponen cámaras. Al mando, Jorge Conti. No había sido peronista nunca. Jamás dio la jeta por el peronismo. Pero ese día la vio clara. Se jugó por los peronchos. Después se jugaría por López Rega. Un muchacho encantador. Trepaba tanto que llegó a donde no debía llegar. Y se vino abajo.

En cuanto a la consigna: *Y llora, llora / la puta oligarquía / porque se viene / la tercera tiranía*, no es de Gaspar Campos. Surge después. En el acto de Atlanta del '73. Ya en pleno conflicto de la juventud con Perón y su Brujo incondicional, pegado a él todo el tiempo: porque era, recordemos, la CIA, y el general, de puro piola, lo quería marcar de cerca.

Hablando del general. Sale de nuevo a la venta-

na. Es la primera vez que yo lo veo. Increíble: es Perón nomás. Lo imposible puede ocurrir. Lo que el pueblo quería desde 18 años atrás. El avión negro. El querido general. El héroe del caballo pinto. El compañero de Evita. El macho que se cogió a Nelly Rivas. Y si también cogió con Archie Moore, ¡qué importaba! Hubo una consigna para eso:

Puto y maricón
queremos a Perón.

EL POCHITO

El Viejo está en pijama. Alza los brazos y sonríe. Como si lo imitara a Perón. Sólo que no imita a nadie: *Es Perón*. Ahí empieza un fenómeno formidable. Hagan caso a mi versión. No fue Isabelita la que apareció con el célebre sombrerito deportivo y se lo impuso al general. No. Alguien se puso a gritar: "¡El pochito, general! ¡El pochito!" *Fue el delirio*. Miles de personas gritando: "¡El pochito!" ¿Por qué el "pochito"? Sé que páginas, muchas páginas atrás lo adelanté. Pero el momento es éste. Porque la oligarquía había ridiculizado durante años el pochito de Perón. Dibujos de Tristán, de Faruk, de Lino Palacio, de Landrú. De muchos más. Bromas pesadas en los teatros de revistas llevadas a cabo con efectividad demoledora por cómicos tan eficaces como Pepe Arias y Adolfo Stray. No hubo, en la Argentina gorila, quien no se riera del pochito. Bueno, hoy, se lo pedían a gritos. Todos: jóvenes, viejos, pibas, pibes, lúmpenes, cientos de morochos de las villas. Los negros de Perón. Los intelectuales. Los periodistas. Las actrices. Los actores. ¡El pochito, general! ¡El pochito! Perón se lo puso, sonrió ampliamente y saludó a lo campeón. ¿Qué era eso? ¿Irracionalismo puro? ¿Populismo? ¿Barbarie? ¿Tercermundismo irredento? *Era una burla a los gorilas. Una escupida a los padres. A los patrones. A la educación oligárquica sufrida durante 18 años*. Era reírse de la solemnidad de Onganía. De la disciplina militarista. De todo lo establecido. "Para nosotros, el gorrito no es ridículo. Es un símbolo de alegría. Nos gusta. Tenemos un general jodón. Se ríe de las convenciones. Se comunica con el pueblo. Se burla de los ritos y los modales oligárquicos. En lugar de frac y de moño usa pijama y gorrito pochito. Los usa en vez del uniforme de milico que le tienen negado." Todo eso se decía por medio del simple arte de ponerse el pochito, de sonreír, de saludar con una mano, con la otra, con las dos, a lo campeón, de saludar a un viejo peroncho de los viejos tiempos, de hablarles a los muchachos, de pedirles que se cuiden, que se bajen con prudencia de los árboles, que se vayan temprano a casa. Pero –cuando habla y todos escuchan en silencio– es a los jóvenes a los que dirige su palabra. Expresa su satisfacción por la "calidad humana" que tienen. Y sigue: "Cuando un país puede confiar en su juventud debe sentirse orgulloso de su futuro. Por fatalismo biológico será ese país quien prive sobre los demás. Por eso, el mañana es de ustedes, muchachos" (Citado por Galasso, *Ibid.*, p. 1135). Que nadie se permita creer que mentía. También después de Ezeiza les dirá a los muchachos: "El mañana es de ustedes". El *ahora* es nuestro. El presente es mío, de los sindicatos, de la CGE, y de mis fieles colaboradores, sobre todo Lopecito, que, ustedes lo saben tan bien como yo, es la mismísima CIA y tengo que tenerlo cerca para controlarlo.

Lo que a mí me reventaba del léxico de Perón eran esas referencias constantes al *fatalismo biológico.* Las había sacado de los manuales alemanes sobre la guerra que se había leído de joven. Nada suena más nazi que *fatalismo biológico*. De puros brutos, sus enemigos nunca le pegaron ahí. Pero ni aún el *fatalismo biológico* les sirvió a los jóvenes para imponerse sobre el líder. Se demuestra así una vez más que no hay *fatalismos biológicos* en la Historia. Lo que hay es la praxis diferenciada de los sujetos, su pasión por imponer sus proyectos. Al *fatalismo biológico* de los jóvenes lo liquidó primero la Triple A y luego los militares. Pero –buscando el fundamento último de los hechos– lo liquidó la metodología de la Escuela Francesa. ¡Se enseñaba en la Argentina desde la Libertadora! Sus ideólogos y combatientes fueron los generales Aussaresses y Jacques Massu. También el coronel Roger Trinquet. El Monstruo –desde muy temprano– se venía preparando.

Los gorilas responden con furia. Como Perón sale a la ventana a saludar, después se mete en la casa, después sale otra vez y así 25 veces en el día, se gana el mote de "Cú-cú". Aquí había algo de humor. Pero el violento marino Horacio Mayorga (expresando, sin duda, la opinión de los suyos) declara: "Las Fuerzas Armadas, y la Armada dentro de ellas, aceptaron el regreso de quien no dejará jamás de ser un degradado general". Mucho más contundente, construyendo una imagen aterradora, el contraalmirante Jorge Palma, dice: "Perón en la Argentina es como tener una serpiente en el living de la casa" (Galasso, *Ibid.*, p. 1136). Al día siguiente, en la revista *Panorama*, un periodista estrella de esos años, Jorge Lozano, con un desdén olímpico, escribe: "La juventud peronista fue a Gaspar Campos a ver a un viejo en pijama". Eso era todo. Un viejo en pijama. Habían pasado 100.000 personas por Gaspar Campos. Hasta viejitos que todavía tenían el carnet de afiliados de los años '50 y lo mostraban con emoción. Otra vez los boludos. Todos tarados, todos brutos, todos bárbaros, ignorantes y fanáticos. Él, Lozano, era la razón iluminista. Heredero del linaje de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, desdeñaba a ese populacho bullanguero. Esa misma noche, tarde, escribí un volante que Miguel me había pedido para su agrupación en San Isidro: "Y algunos periodistas, lozanos hoy, no se verán tan lozanos mañana, cuando el pueblo se haga cargo de ellos". Después me atormentaría haber escrito esto. Creo que fue la frase más violenta que escribí en mi vida. ¿Lozano perdería su lozanía? ¿Perdería su lozanía a manos del pueblo? ¿Qué era perder la lozanía? ¿Qué era ser lozano? Busqué algunos sinónimos. Ninguno era tranquilizador. Ser "lozano" era ser saludable. Ser vigoroso. Ser robusto. *Ser sano*. El tipo sería un canalla, pero ¡no podía pedirle al pueblo que le quitara su salud, su vigor! Eso y pedir que lo amasijaran era lo mismo. Carajo, ¡y yo que estaba contra la violencia! Que todo lo que escribía era a favor de la lucha de masas y contra el foquismo. Tendría que hablar con Miguel. ¿Estaría a tiempo de frenar ese volante? "¡Pero no seas pelotudo!", me diría Miguel. "Nadie va a entender nada. Si da asco de literario que es. Además, ni lo nombrás al tipo. No decís: 'Hay que boletear a Jorge Lozano'. Decís: 'Hay que hacerle perder su lozanía a ese periodista que está tan lozano'. ¿Qué puede querer decir eso? A lo sumo, que lo caguen a patadas. No le vendría nada mal, creeme."

"BUENOS DÍAS, GENERAL, SU CUSTODIA PERSONAL"

Ni una de las 25 veces que Perón se asomó a la ventana lo hizo sin López Rega e Isabelita a sus costados, franqueándolo. Juro que yo casi ni los miré. Creo que la mayoría de la gente tampoco. Salvo los que eran recibidos en Puerta de Hierro nadie sabía casi nada del poder que ejercían sobre Perón. Ahora, en Gaspar Campos, sólo estaban presentes. Eran la "boluda" de Isabelita y el "pelotudo" de López Rega. Ella, la mala copia de Evita. Una mina que el Viejo se había enganchado por ahí porque le costaba estar solo. Si el Viejo la necesitaba, que le diera nomás. Algo sabría hacer ella que a él lo dejaba muy feliz. Y el otro, el payaso, ¿a quién iba a joder ése? Era el *Eusebio* de Perón. (Supongo que lo recuerdan: *Eusebio* era el bufón de don Juan Manuel de Rosas.) Le traería las pantuflas. Le serviría el desayuno. Algunos habían vuelto de Puerta de Hierro con la secretísima noticia que a todos contaban: "Le masajea la próstata". ¿Perón tenía próstata? ¿Un líder de masas tiene próstata como cualquier viejo que se babea en un geriátrico? Increíble. ¿Y ése era el poder de López Rega? Ma sí, que se porte bien o las orgas se lo cargan no bien se mande la primera cagada. Todo era fácil.

Ramus, Medina
Perón en la Argentina

Tal vez el periodista Lozano tuviera razón. Pero una razón muy pobre. Que sólo funcionaba si a los hechos se les extraía todo el contexto que les daba sentido. Todos, es cierto, habíamos visto en Gaspar Campos a un viejo en pijama. 100.000 tontos desfilando frente a una ventana para ver a un anciano hacer gestos amistosos apenas vestido con un pijama y, para colmo, con un gorrito en la cabeza. Pero eso que llamamos *el ser humano* se alimenta de ilusiones. De esperanzas. La Historia juega con él. Aunque no habría Historia si no hubiera hombres sobre la tierra. Ese día 18 de noviembre tomó forma en Gaspar Campos una cara de la esperanza. Para los viejos (*y había muchos*) había vuelto el único tipo que se había ocupado de los pobres, les había dado derechos y, sobre todo, el orgullo de sentirse legítimos dueños de este país, que siempre había sido de otros. Tan dueños como sus patrones y hasta más porque el Estado los protegía, lo tenían a su favor. Por primera vez en la Historia los pobres sintieron que un Gobierno se ponía de parte de ellos. Para los políticos, los profesores, los profesionales, ya era hora de volver a una democracia sin exclusiones. Eso acabaría con tantos años de odios, de imposibilidades, de mentiras. Para los jóvenes, el que estaba en esa ventana era ese ser demoníaco sobre el que sus padres –desde niños– les habían hablado pestes, lo peor. Era el maldito. Debía ser entonces lo que alteraba el orden contra el cual estaban. No podía ser que un hombre amado por los pobres y odiado por los poderosos no llevara en sí una carga revolucionaria fascinante. De esa carga, de esa potencialidad consagrada por el odio de los viejos dueños de la patria, se hizo cargo la Jotapé. Algunos se enamoraron de ella, sobre todo los más jóvenes. Otros pensaron utilizarla. Nadie pudo permanecer ajeno a ella. Gaspar Campos, además, fue un día de júbilo. No murió nadie. No hubo enfrentamientos. No hubo represión. Sólo hubo alegría. Y en el alma de todos se armó esa urdimbre que da aliento a la vida de los hombres entre tantas tristezas: la esperanza. Todo iría bien de aquí en más.

Era tarde cuando me fui. Se iban todos. Perón no volvería a aparecer. El cú–cú se había cobijado. Les había pedido a sus muchachos que hicieran silencio porque necesitaba dormir. "Hace más de tres días que no me saco los zapatos". Vacía, la calle frente a la mansión semejaba increíblemente estrecha para todo lo que había contenido. Muchos jóvenes se quedaron para hacer guardia. Para cuidar al general. Al día siguiente, a las 7 de la mañana, empezaron a decirle:

Buenos días, general, su custodia personal.

–¡Carajo! –habrá dicho Perón–. Ya empiezan a joder otra vez.

–Son insistentes estos muchachos, general –le habrá dicho López–. Huesos duros de roer. Mire las pretensiones que tienen. "Su custodia personal."

–No te preocupés, López –le habrá dicho Perón–. Mi custodia personal es Osinde. Y en la casa sos vos.

Caminé hacia la avenida Maipú. Ahí me dio un poco de tristeza andar solo. Pero ya me encontraría con alguien. Maipú era un descontrol. Los coches no podían avanzar hacia ninguna parte. Los pibes de la Jotapé trataban de poner orden. Crucé hacia la vereda de enfrente. Me quedé un rato ahí. Mirando todo como si estuviera fuera de la realidad, en terreno neutral. Entonces la vi a Clarita. Estaba con uno de mis ex alumnos. Con el pelotudo que le había dicho a Ansgar Klein que el Estado, en Hegel, era la glorificación del Estado monárquico prusiano. El tipo, sin embargo, le estaba dando un beso alevoso a Clarita, que lo abrazaba y lo acariciaba con sus manos ardorosas. Epa, ¿no era que la militancia estaba antes que el sexo? Posiblemente. Pero la militancia –por ese día al menos– no tenía más reclamos. Clarita apoyó su cabeza en el hombro de su fugaz amante y fugazmente también me miró. Apenas me miró. Pero fue un cruce fuerte. Y en ese cruce latía un reproche: "Pude haber sido tuya esta noche, profesor".

La fiesta de Gaspar Campos había terminado.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Cámpora, el elegido de Perón

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

66 **Cámpora, el elegido de Perón**

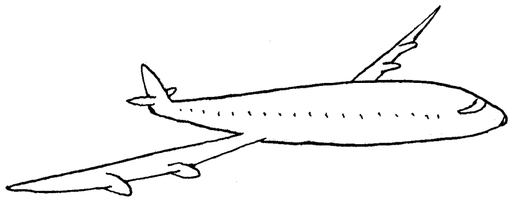
Suplemento especial de
Página|12

JETONES Y MILITANTES

Perón nunca llega solo a la Argentina. Una comisión de jetones varios habrá de acompañarlo en los dos regresos. "Jetón" es una palabra de la militancia de la época. Había "militantes" y había "jetones". El jetoneo de algunos se aceptaba. Era necesario. Teníamos un gran jetón: el general, el conductor en batalla, el conductor estratégico. Que el conductor estratégico jetoneara era lógico y saludable. Pero en el peronismo estaba lleno de jetoneadores profesionales. Por ejemplo: una actriz menuda y rubiecita había aparecido –cosa que hacía con frecuencia– en un programa de tele. Y le preguntaron (correría el mes de junio de 1972): "¿Qué le diría a Perón?". Lo pensó un poco, y luego, dura, muy resuelta, dijo: "Que piense antes de hablar". ¡Pavada de respuesta! Qué coraje, qué valentía, cuánta convicción. ¡La noche del 11 de marzo del '73 estaba en el primer piso del edificio de Oro y Santa Fe, asomada a la ventana y haciendo la V de la victoria peronista! Un jetón era la antítesis del militante. El jetón iba detrás de las luces. Estaba en los reportajes. En los reportajes de las revistas. En los colectivos o los individuales. Ese doctor Bellizi, por ejemplo. Un Favaloro de tercera. Ese no faltaba a ninguna. Matera ni qué hablar. Nunca decía nada ni se decidía por nada. Cauteloso, quería seguir a flote ganara quien ganase. Galimberti, ¡un campeón del jetoneo! Pero estaba al frente de la Tendencia y le daban mucha prensa. Lo recuerdo a Jorge Bernetti diciendo: "¿Le falta prensa a este muchacho, no?". Los actores. Pero no todos. Además, algunos eran necesarios como jetones. Juan Carlos Gené era un tipo fenomenal. Un militante lúcido. En la campaña del Frejuli habrá de ser importante. Sé que me adelanto. Pero, ma sí, me adelanto. Gené habrá de crear un personaje entrañable. He leído que le dicen el Toto en algún lado (o en uno solo, porque ¿quién se acuerda de esto?). Pero no: Gené hacía el Mencho. (Es, al menos, el nombre que yo recuerdo. Puedo equivocarme y era nomás el Toto. Pero no cambia mucho. Pero si era el Toto, ¿de dónde inventé yo el Mencho?) "El Mencho te la canta clara." Les reproduzco uno de sus monólogos (lo juro) punto por punto, o casi. El Mencho (como Discepolín en *Mordisquito*) le habla al votante peronista. Y dice: "Cuando vó entré al cuartoscuro, tranquilo. Pausa y adelante. Fichás todas las boletas. Si no está la del Frejuli. Oíme: solamente si no está la del Frejuli, entendé. Si no está la de Alsogaray o la de los radichas vó no te calentá. Pero si no está la del Frejuli salís del cuartoscuro y te dirigís al presidente de mesa. Ahí no decís como un boncha: 'Falta la boleta del Frejuli y no puedo votar por el dotor Cámpora, aunque hubiera preferido votar por el general Perón pero el régimen una vez má me lo impide'. No, nada de eso. Vó decí: 'Faltan boleta'. Eso solo. Si el presidente de mesa te pregunta, porque por ahí es de la contra y te quiere embromar: '¿Podría decirme cuáles'? Vos, musa. Ni una palabra. Vó repetís: 'Faltan boleta'. Ahí se avivan que sos un tipo piola y no te van a poder empaquetar. Entonces entra un tipo al cuartoscuro. Ve que faltan las del Frejuli. Y las repone. Si cuando sale te dice (porque todo está lleno de peligros y asechanzas): 'Faltaban solamente las del Frejuli, ¿nos lo pudo haber dicho, no?', vos, musa. Otra vez, musa. Con esa gente, no hablá. Entrás, metés la boleta del Frejuli en el sobre, salís y metés el sobre en la urna. Y chau. Despué te vas. ¿Sabé por qué no había boleta del Frejuli? Porque matamo, viejo. Van a tener que imprimir tré millones más. Porque nosotro, a las urna, la reventamo. Vó creele al Mencho. Que el Mencho te la canta clara". La músiquita de apertura y el tono pampeano de Gené eran sublimes. Pocas veces un actor tan formidable encarnó a un personaje popular para una causa política. Gené cometió otros pecados, pero es muy posible que se haya tenido que rajar por el Mencho. Muchos votos le habrá arrimado al Frejuli su entrañable personaje. No sé si algo queda de eso. Pero habría que recuperar ese material. Era arte. Del grande. (*Nota:* Desde aquí, maestro Gené, te saludamos con admiración y ternura. Ahora estás más viejito y te dan premios a la trayectoria y todos los que te den te los merecés. Como el gran premio del Fondo Nacional de las Artes. Lo que quieran, que te lo den. Tuviste, como todos nosotros, mala suerte. Tenés la mejor dicción que un actor haya tenido en este país. Pero te tuviste que rajar como un delincuente. Bueno, ya está. Los que sobrevivimos, mal o bien, seguimos adelante. Pero el Mencho, él sí, merecía mejor suerte. Porque él se murió. Duró lo que dura una campaña electoral. A él, ésa, nadie se la cantó clara. Nadie la sospechaba. Sería lindo hacer el Mencho de nuevo. El Mencho, ahora. Te la canta clara, hoy. "¿Vó me preguntá por qué todo se fue a la mierda? Mirá, parece que al general, eso del socialismo, no le gustaba como nos había dicho. Má bien le tenía asco. Parece que ese soyapa de López Rega, de soyapa... nada. ¿Vó te acordá de Hitler? Mirá, a López Rega ponelo a la derecha, ¿entendé? ¿Y sabé dónde te lo poné al socialismo nacional y a latualización dotrinaria? Tal cual. Ahí mismo. Y si te duele, te jodé". Salud, maestro.) Volviendo a los jetones. En sus dos retornos Perón eligió figuras públicas para que lo acompañaran. En el del 17 de noviembre viajaron: Hugo del Carril, José María Castiñeira de Dios, José María Rosa, Juan Carlos Gené, Antonio Cafiero, Carlos Menem (un político con futuro en el justicialismo, un hombre al que este país jamás olvidará), Miguel Angel Bellizi (el cirujano que mencioné más arriba, el Favaloro de tercera), Nilda Garré (muy jovencita, bonita, esquivando los manotazos), Juana Larrauri, Marta Lynch (que se anotaba en todas, hasta que se anotó con Massera y resolvió esa desdichada cuestión pegándose un tiro cuando vio que la democracia venía dura y con bastante memoria, al menos con gente como ella), Guido Di Tella, Rogelio Coria, el cura tercermundista Carlos Mugica, Eduardo Luis Duhalde, el compañero de Ortega Peña (la fórmula era "Ortega Peña y Duhalde"), deportistas como Sanfilippo (que habrá de pasar a la historia por decirle al arquero Sergio Goycochea –luego del 0-5 contra Colombia–: "Te comiste todos los amagues, pibe"), un boxeador hoy bastante olvidado: Abel Cachazú, Marilina Ross, Silvana Roth (que se convertiría en una caza-zurdos), Leonardo Favio (¿quién si no?), Chunchuna Villafañe (una modelo bonita famosa en ese momento por decir: "Guau", hizo después un gran papel en *La historia oficial*) y un montón más. En suma, como dijimos, Perón nunca llega solo a la Argentina. Ahora bien, en este viaje traía a esa gavilla a la que habría que acostumbrarse. Isabel, López Rega, Lastiri y el resto de la familia. Pero hay un personaje que quiero señalar.

EL ENIGMÁTICO MILO DE BOGETICH

Claro, los peronistas evitan hablar de él. Es de gorilas hacerlo. De estos personajes se alimenta un periodista como Gambini. Su error es que los agranda mucho y empequeñece otras cosas. No importa. Hace bien en señalar esto. La cuestión es así: en este primer retorno el jefe de custodia de Perón es el coronel Milo de Bogetich. ¿De dónde sacó Perón a este personaje? El hombre no es para hincharse de orgullo. ¿Se lo habrá prestado Franco? Bogetich era un criminal de guerra colaborador del carnicero Ante Pavelic, que entró en Croacia y si dejó vivo a alguien habrá sido porque se distrajo. (*Nota:* En la plaza Castelli, en Belgrano R, junto a las vías, dormía y vivía en una casucha de dos o tres latas uno de esos personajes a los que hoy, muy finamente, se llama *homeless*. Los pibes –tendríamos nueve años– nos entreteníamos hablando con él, que nos decía que era croata. Todos los días lo visitábamos y le preguntábamos qué era. "Croata", contestaba. Todos los días le decíamos: "Qué va a ser croata usted, don. Usted es un croto". Nosotros rajábamos y el tipo nos puteaba. Al día siguiente se había olvidado y otra vez le preguntábamos qué era. Así de perversos éramos los pibes de los años '50. Otra que los de hoy.) Ahora, Bogetich, que si había colaborado con Pavelic habría liquidado más o menos mil seres humanos, viaja en el asiento de atrás de Perón. Cuidándolo. Es un furibundo anticomunista. Si habla con el general es para decirle que hay que matar a todos los bolches. Después, en época de la Triple A, se lo dirá a Isabel. ¿Qué le habría costado a Perón –para dejar feliz a la Jotapé que estaba por lanzarse vibrantemente al esfuerzo de la campaña electoral– traer de custodia a algún coronel del Ejército Revolucionario de Castro? ¿Qué con esto quedaba como un comunista? Y con Milo, ¿cómo qué quedaba con Milo de Bogetich? Como un aliado de Occidente. Tiempos de la Guerra Fría: un nazi vale más que un comunista. Hasta puede ser un aliado. Además, Milo terminó por ser más un hombre de Isabel que del general. Se peleó con López Rega por enfrentarlo con torpeza, con necedad. Pero, a partir de 1981, cuando Isabel se instala en Puerta de Hierro, luego de los cinco años de su cautiverio bajo los militares, Milo se transforma en el secretario privado de la señora. La acompaña a todas partes. Atiende a sus visitantes: a todos les dice que la señora no habrá de recibirlos. Y las malasmuy malas lenguas dicen que el croata visitó su lecho durante largo tiempo, al menos hasta que a la señora dejó de importarle esa faceta de la vida. Milo de Bogetich no es lo peor ni lo mejor ni menos aún lo más importante de Perón e Isabel, pero creo que ayuda a mostrar una zona oscura de la cual la militancia ignoraba todo. Nadie habló de este personaje en noviembre de 1973. Por las dudas, antes de cerrar el tema, le hablé a Sergio Kiernan para preguntarle si lo conocía. Sergio, que consulta a menudo los



escritos de Uki Goñi, lo busca en *La otra Odessa* y no lo encuentra. Pero luego busca "Ante Pavelic" y Uki –que vive consagrado a este tema– informa en su libro que Pavelic se exilió en la Argentina en 1948, y vivió en una casa de la calle Olazábal, Belgrano R. No voy a entrar en el tema del nazismo de Perón porque ya lo traté cientos de páginas atrás. Hay que entender algo de una buena vez: aunque haya traído a miles de nazis Perón no fue lo fundamental que hay que ser para ser nazi. *No fue racista*. El *racismo* es el punto ideológico esencial del nazismo. Para mi novela *La sombra de Heidegger* me devoré *Mi lucha* y *El mito del siglo XX* de Alfred Rosenberg, el libro basal del nacionalsocialismo luego del de Hitler. El biologismo nazi se establece a partir de la raza. Del estudio de las razas para establecer la supremacía de la aria. Perón fue el menos racista en la Argentina del '45. En tanto todos despreciaban a "esos negros de mierda" llegados del interior del país, Perón los cobijó. La oligarquía argentina es racista: odia a la negrada y odia a los judíos. Perón nunca tuvo problemas con los judíos. Los tuvo con la Iglesia Católica. Y punto. El resto es el viejo intento de los organismos de inteligencia norteamericanos para demostrar que su política hacia Perón en 1945 (por medio de su embajador Spruille Braden) fue correcta. Pero el dato de Goñi nos sirve. Es posible que Bogetich haya entrado junto con Ante Pavelic y ahí haya tomado contacto con Perón. Raro, porque Perón no usó políticamente a los nazis. Salvo en esas cuestiones científicas que nunca le salieron bien. Pero hay otra cuestión. ¿Cómo le era posible a Perón tener en sus cercanías a un tipo como Milo de Bogetich? ¿No le molestaba su historia? ¿Cómo es posible tener de custodia personal a un carnicero nacionalsocialista, esbirro del célebremente monstruoso Ante Pavelic, y, a la vez, declarar, cuando se muere Ernesto Guevara, "murió el mejor de los nuestros"? Se dice que nadie entiende al peronismo. Se dice que ningún argentino se lo puede explicar a un extranjero. Si primero hay que entender a Perón, entender al peronismo ha de ser sin duda muy arduo.

PERÓN NO LA VE CLARA

Perón se manejó en medio de constantes contradicciones. Era un megalómano. Un hombre que cree que puede avalar *todas* las contradicciones y –a la vez– controlarlas. (*Nota:* Que haya sido un megalómano a nadie debe resultarle extraño ni insultante. Si cada mongui que aparece en la Cámara de Diputados o en otros espacios políticos del país, hasta en una intendencia de un pueblito lejano, se cree Perón, ¿cómo no se lo iba a creer él que lo era? O sea, decir que Perón era un megalómano es una tautología. Es decir que Perón era Perón. Y se lo creía. Con toda razón se lo creía.) Porque Perón no creó esas contradicciones. Se fueron creando en tanto él estaba en el exilio. Lo que Perón juzgó acertado fue *no eliminar ninguna*. "Si llego sólo con los buenos... etc." Al no eliminar ninguna (y cobijarlas a todas bajo la amplia concepción del *movimientismo*) creó ese gigante invertebrado y miope que denunciaba Cooke. Que resolvía ese problema transformando al peronismo es un partido de extrema izquierda. Era una solución. La otra, la que toma el hombre de Madrid, el gran titiritero, es, pensándolo bien, la que genera la violencia que habrá de aniquilar su tercera presidencia y llevarlo a la muerte. Una sumatoria podrá servir para el asalto al gobierno. Pero no para tomar el Poder. Aquí, todas las fracciones que fueron avaladas en la primera etapa consideran que debe liderar la segunda. O porque debe ser una etapa dialoguista y conciliadora. O sea, gradualista. O centrada en el partido y la política. O en los sindicatos y su inserción en la clase obrera. O en la militancia o en la violencia. O en ambas cosas. (Está claro que los Montoneros le exigen a Perón una equivalencia entre *sangre* y *poder*. Tantos muertos pusimos tanto Poder queremos.) El resultado es que todas las partes se enfrentan entre sí. No por medio del diálogo, sino por la violencia. Se da la primacía de la sangre sobre el tiempo porque todos quieren el poder *ahora*. El conductor debe entonces privilegiar *una línea*. Al hacerlo sólo podrá desatar la guerra, pues la política quedó atrás. El movimiento se consume en sus luchas internas. El poder se torna más inexpugnable y hasta se burla de quienes planificaban "tomarlo". Y prepara sus garras: no va a dejar a ninguno de esos aventureros en pie. Incapaz de controlar todas las contradicciones que dinamizó durante la etapa de la toma del gobierno, el conductor languidece. Además, está viejo y cansado. Está irritable. Y le surgen reflejos primitivos. Le surge el milico del Círculo Militar. El que enseñaba *Teoría de la guerra* y *Doctrina de la guerra*. Creo –ya lo veremos mejor– que la irritabilidad de Perón con la "juventud maravillosa" es demasiado súbita, demasiado extrema. Creo que su complacencia con los grupos parapoliciales es irrefutable. Basta como referencia la actitud violenta, anticonstitucional, *increíble* (hoy, cualquier presidente debería renunciar por algo así) con la periodista Ana Guzzeti, que preguntó a "Dios" algo que "Dios" no quería oír. Aquí, en esta encrucijada, Perón vuelve a tener una sola cara: la del presidente militar que perseguirá a la izquierda marxista, subversiva, infiltrada. Esta izquierda, a su vez, que tenía otro tipo de locura, en lugar de guardarse, iniciar una retirada táctica, no cejará en sus ataques, logrando incluso justificar el desplazamiento de sus propios aliados políticos (Bidegain). Del modo que sea, el conductor no puede conducir esa guerra. *Perón no esperaba encontrarse con una militancia juvenil tan autónoma frente a su conducción, tan irrespetuosa, tan agresiva.* Aunque siempre criticaron al Peronismo de Base y a la alternativa independiente (que encarnaba, por ejemplo, nada menos que un Ortega Peña, aunque el PB venía de antes), los Montoneros no tuvieron problema alguno en ser *alternativistas*. No bien Perón los agredió desecharon su conducción. Algo así era inimaginable para el líder. No lo había esperado. Llegó con muchos, pero no pudo conducirlos.

Jorge Antonio tuvo una participación fuerte en la campaña electoral, en el avance hacia el gobierno. Esta participación lo llevó a estar muy cerca de Montoneros. Financió la revista *Primera Plana*, que cambió su orientación elitista y gorila por una peronista y fierrera. Un empresario cordobés con el que éramos bastante amigos, un típico judío gorila de clase media, de esos que creen que el peronismo está lleno de nazis y votan a los radicales, me decía: "Pero che, ¡qué mierda se volvió esa revista *Primera Plana*! Antes era para exquisitos y ahora se volvió peronista y facha!" No la compró más. *Primera Plana* fue un cañonazo para la Jotapé. Ahí, junto a Arturo Armada, me hicieron el primer reportaje de mi vida. Nos lo hizo Leonardo Bettanín, luego asesinado por el videlaje. Bettanín le puso de título: "Los jóvenes lúcidos". ¡Para qué! Las cargadas que nos ligamos. "Che, José, yo creí que eras un tipo más o menos piola, pero un joven lúcido... que lo parió. ¿Te puedo seguir tuteando?" Y Miguel Hurst era un tornado: "¡Pelotudo! ¿Cómo dejás que salga con ese título?" "¿Qué sé yo? No sabía que Bettanín se lo iba a poner. Nos quiso hacer un favor." "Bueno, decile que los cagó." En suma, el primer reportaje de mi vida fue una mierda. Y posiblemente el último también lo sea. Pero así eran los tiempos. Si Bettanín hubiera puesto: "Los jóvenes que se juegan", todo habría estado bien. Pero ¡lúcidos! Eso daba inteligencia pero no militancia, compromiso, lucha.

Primera Plana funcionó muy bien. Sacaron tapas memorables. Una con Martín Fierro cargando una metralleta a la espalda. No sé si agarran el mensaje. Todo era un poco así. Ibamos hacia el Poder y nada podía detenernos. Para colmo, Martín Fierro estaba de nuestro lado y había aprendido a usar los fierros, no ese cuchillo de mierda que Hernández le había dado. Al dar la guita para la revista, Jorge Antonio conoció de cerca a los montos. "Perón –dijo– estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con los Montoneros que él. El tenía contacto, les daba directivas, pero ante él no se explayaban. Ante mí se explayaban con más claridad. Yo le advertí a Perón: 'Mire que esto es riesgoso. No les dé tantas alas en el país porque después usted va a tener un problema'. El me dijo: 'No, Jorge, quédese tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– *yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, hablaré y se irán tranquilos a su casa*'. Le dije: 'Ahí se va a llevar la primera gran desilusión. Ahí se va a llevar usted el primer susto que le van a dar las juventudes actuales, y lo comprometo a que me lo recuerde'. Me dice: 'No. Quédese tranquilo, que eso lo manejo muy bien'." ¡Se lució, general! Le falló la visión estratégica. La táctica. Le fallaron todas las visiones. Los muchachos de los '70 ya no eran los niños de los '50. *Además, ya estaba Castro*. Ya estaba Allende. Ya el Che Guevara los había ilusionado. Y, como le dice Jorge Antonio, usted les había dado demasiadas alas. En fin, dejemos esto para más adelante. Pero este diálogo entre Jorge Antonio y Perón es decisivo. La frase de Perón: "Eso lo manejo bien" no sólo revela su omnipotencia sino su error garrafal. Porque "eso", para colmo, lo manejó muy mal. El reportaje a Jorge Antonio está en el libro de Felipe Pigna, *Lo pasado, pensado*, ed. cit., p. 245. En cuanto a Antonio sólo esto: cierta vez, en un programa de Neustadt, Bernardo Corcho Siempre a Flote le pregunta: "¿Cuántos hijos tiene?" "Siete." "¿Cuántos propios y cuántos adoptados?" Jorge Antonio, sin hesitación alguna, dice: "No, todos son hijos míos". Hasta Neustadt se emocionó. Las cursivas del reportaje me pertenecen. Volveremos sobre este material.

MUERTE DE PERÓN EN TANTO TOTALIZACIÓN ÚNICA Y SIGNIFICANTE VACÍO

Para un conductor, no poder conducir es la confesión de su Muerte. Así, Perón, el líder que ya no conduce la totalidad, se muere. De haber llegado con menos, su gobierno habría tenido más coherencia. El habría vivido. Y desde el gobierno habría podido acumular el poder que requería. Porque: *El poder no se toma, el poder se crea. De nuevo: el poder para tomar el poder es una creación*. Perón pudo hacerlo. Pero no, nunca con un movimiento caótico y meramente cuantitativo que empezó a devorarse a sí mismo. Por último, hay algo muy doloroso, muy triste, que acaso torna vanas todas estas reflexiones: Perón volvió viejo y enfermo. Volvió tarde. El régimen gorila demoró tanto su aceptación que lo aceptó cuando él casi nada podía hacer. No vino para gobernar, vino para morir y deteriorar su imagen para la posteridad. Ahora hasta buscan enjuiciarlo por la Triple A. Sin duda, Perón sabía lo de la Triple A. Ya no caben dudas hoy. Ahora –si para blanquear a Videla y sus asesinos– se empieza a juzgar a todos los jefes de Estado bajo cuya responsabilidad se cometieron asesinatos empiecen por Mitre, sigan con Roca y con Yrigoyen y la Patagonia Trágica, tal vez los radicales puedan aportar algunos documentos. Y esos mataron mucho más que la Triple A. Desde este punto de vista, si los sindicatos andan pintando esa consigna dura y que evoca otros tiempos de hacer política en la Argentina, habrá que comprender que les debe irritar bastante que se use a Perón para demostrar que delitos de "lesa humanidad" no sólo se cometieron bajo el Proceso. Este, por ejemplo, es el inocultable propósito del periodista Gambini, mal historiador y hasta mal bicho en circunstancias. La consigna es: *No jodan con Perón*. Le falta algo: ¿O qué?

Sin embargo, Perón supo tener *una cara*. Una cara *totalmente hegemónica*. En su mejor etapa el pueblo que lo sigue y que lo ama, a él y a su mujer, Evita, sabe lo que es, lo que representa: es un líder popular, nacionalista, estatista, proteccionista y distribucionista. Si no, el pueblo no lo habría seguido. Esto es importante: *el pueblo tuvo que entenderlo para amarlo*. Lo entendió menos desde la ideología que desde los hechos concretos: Perón era el que los defendía y el que les daba lo que nunca habían tenido. Y no nos engañemos ni seamos injustos con él: *les dio lo que nunca habían tenido y lo que nunca volverían a tener. Y fue el único que hizo algo semejante*.

Repasemos algunas cosas y añadamos otras: es desde el exilio que está obligado a serlo todo. Porque el movimiento se desbanda en demasiadas facetas y él tiene que potenciarlas a todas y retenerlas. "Si llego sólo con los buenos llego con muy pocos." ¿Fue acertada esta política? ¿Se puede llegar con todos? Para lograrlo hay que ser *todos* y hay que ser *ninguno*. De aquí que a esa reiterada pregunta sobre su nazismo habría que responder: "¿Perón, nazi? No, *tampoco fue eso*". Al querer conducir a todos se obligaba a no estar con nadie. Al no estar con nadie él sólo estaba con sí mismo. Pero, ¿quién era él? El tenía que ser *todos*. Al ser *todos* y no estar con *nadie* él, Perón, se condenaba a ser *nada*. De aquí la fórmula de Laclau: *un significante vacío*. Perón totaliza a todos. Pero, ¿quién totaliza a Perón? Alguien se totaliza cuando podemos decir de él que es *algo*. Perón totalizaba a todos al costo de no totalizarse a sí mismo. De hacerlo sería *algo*. De ser

algo ya no podría ser *todo*. De ser *algo* tendría que elegir a los que eran como él. Y ser Perón era ser *todo*. El punto en el que todas las contradicciones del movimiento encontraban su *unidad*. El cuerpo de Perón era la *unidad del peronismo*. El problema se le presenta a partir del 20 de junio de 1973. Es la Tendencia la que no acepta su conducción. Primero le pide compartirla. Le pide partir al *todo* en dos partes. Imposible. Luego lo desobedece. Al hacerlo lo obliga a combatirla. Para combatirla tiene que elegir a unos en contra de otros. Al hacerlo deja de ser ese *significante vacío* que podía contener a todos los significantes. Ahora él es un significante más. Ya no es la *unidad del movimiento*. Es una parte, pues ha debido optar por una. En suma, la Juventud Peronista mata a Perón en tanto *totalización última, significante vacío y unidad del movimiento.*

EL PODER PARA TOMAR EL PODER SE CREA

Ignoro si –como dicen Anguita y Caparrós– habrán sido Elvio Vitali y su amigo los inventores de la consigna del *doble poder*: "La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ Está en Vicente López/ Por orden de Perón". Aunque, si uno lo piensa mejor, si se detiene un poco, tiene que haber sido así. De lo contrario, Anguita y Caparrós no lo habrían contado. Y ellos son gente de fiar. Porque –por suerte– todavía se puede creer en algunas personas. Entonces a la consigna del *doble poder* le diremos también la consigna de Elvio y el Negro. Se trata de una consigna fundamental para entender la historia del peronismo desde el '55 hasta el regreso de Perón y hasta la tercera presidencia del líder popular.

En el frío mes de diciembre de 1984, en la Universidad de Maryland (por eso el diciembre era frío), hubo un congreso de escritores y ensayistas. Mi ponencia giró en torno del tema *política y verdad* y uno de sus pasajes esenciales llevaba por título: *El doble poder*. Durante la época en que surgió la consigna del doble poder "se hablaba más de la *creación* del poder que de la *toma* del poder. El poder se creaba a través de la movilización popular. (*Nota:* No es casual que el Nº 9 de *Envido*, de fecha mayo de 1973, salga con una tapa cuyas grandes letras dicen: *Gobernar es movilizar.* Esta notable consigna –siempre presente, siempre necesaria en teoría política– fue fruto de la imaginación y el talento de Horacio González. Para todos nosotros resultó luminosa. Como cualquiera podrá imaginar, cuando Perón, el 21 de junio del '73, larga su orden de iniciar la "etapa dogmática", nosotros no podíamos sentirnos agradados por esa propuesta. Lo veremos. Pero, quién no lo ve, Gobernar es movilizar y Etapa dogmática son antónimos. Una consigna propone la libertad, la imaginación, la creatividad más absoluta. La otra es autoritaria y dictatorial.) Había un *poder del sistema*. Un poder institucional representado por la gran burguesía y las Fuerzas Armadas. Y había un *poder popular*. Un poder que se construía en el llano. Un poder que surgía de la organización militante del pueblo.

"Había, entonces, dos casas de gobierno: esto quería decir en su nivel profundo la consigna que citamos. Una era ilegal, no respondía a la voluntad popular. La otra era verdadera, legal, estaba legalizada por la adhesión de las masas. El verdadero presidente de los argentinos era Perón aun cuando no habitara en la Casa Rosada. Porque Perón era el político cuyo liderazgo reconocía la mayoría y por cuyo retorno había luchado dieciocho años" (*Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1988, p. 87). (*Nota:* Causó irritación mi ponencia. En 1984 la intelectualidad pertenecía al alfonsinismo y algunos habían incurrido en un gorilismo intenso. Sobre todo, creo, los profesores del exilio universitario que impulsó Onganía. Adolfo Prieto –a quien yo estimaba, pues había leído un buen par de libros suyos sobre teoría crítica– me dijo, con enojo, cómo me parecía pertinente tratar en la primera parte de mi trabajo el *Facundo* y en la segunda eso del "doble poder" de la Juventud Peronista. "Es ponerlos en un mismo nivel." Bueno, pero me he jurado no revelar intimidades de ese congreso. Sólo insistiré en el inefable maestro Halperin Donghi y su anécdota sobre Delia Parodi y los Jotapé que la visitaron. ¿Quién si no él, con su ácido humor, tan corrosivo, podía desnudar la esencial idiotez de la generación del '70? Brevemente: los jóvenes le hablaron a la señora Parodi de Evita, de la apasionada visión que de ella tenían. Y, apenas aguantando la carcajada, don Tulio dice: "Y la Parodi les dijo: 'Pero miren que la señora no era así, eh'". Jamás voy a perdonar esto. Sé que don Tulio ha sido generoso con gente que quiero, como Jorge Lafforgue, que le escribió un gran prólogo para un libro sobre los caudillos argentinos, sé que leí ese prólogo y me pareció bueno, pero no: no puedo perdonar ese chiste siniestro. Para don Tulio (lo dijo en Maryland): "Esa generación iba alegremente al desastre". El país entero iba al desastre, don Tulio. Menos usted, que daba clases en Estados Unidos porque Onganía lo asustó mucho.)

El *doble poder* no llevaba a la militancia a la paralización. Un poder en Madrid. Otro en la Casa Rosada. Había que unificarlos. Había que poner al hombre de Madrid en Balcarce 50. Para eso había que militar. ¿Qué era militar? A ver si los políticos de hoy entienden esto: la militancia era territorial. Se trabajaba barrio por barrio. Los militantes tocaban los timbres de las casas y pedían hablar con las familias. Muchos eran aceptados, otros no. Pero el diálogo era mayoritario. Los militantes hablaban con los vecinos y les explicaban la coyuntura, lo que estaba en juego, la necesariedad de la participación de todos para recuperar una democracia popular. No era fácil. El militante siempre tenía una Unidad Básica en el barrio, que era su ámbito de discusión y de formación política. Ahí se elaboraba lo que saldría a decirle a la gente. Había que empezar hablando de las cosas cotidianas. Del pan, del azúcar, del alza de la carne. Y por supuesto: del fútbol. El militante de 1973 tenía que saber mucho de Huracán y del flaco Menotti. Huracán era el ejemplo a seguir. Sus jugadores no sólo jugaban bien, sino que tenían un compromiso con la política. Menotti, que era el DT, seguramente los había impulsado a la politización. En 1973, los jugadores de Huracán (que habría de ganar el campeonato metropolitano, un campeonato que surgió luego de eliminar el largo campeonato nacional que abarcaba el año entero) firmaron una solicitada de apoyo al peronismo. Coincidiendo en que existían países imperialistas y países dominados, abrazaban la opción fundamental de la época: *Liberación o Dependencia*. También Menotti firmó esa solicitada. (*Nota:* A mí me revienta cada vez que veo una foto de Menotti con Videla. Y habría dado –según suele decirse– *no sé qué* para que esa pelota que pegó en el palo de Fillol entrara y Holanda no le recibiera la Copa a Videla. Sin embargo, honor al mérito. Como a Menotti ya lo tienen podrido con el Mundial del '78, cierta vez dijo: "Miren, ya estoy harto con esto del Mundial. Se lo regalo a Bilardo. Lo ganó él". Consultar: Roberto Di Giano, *El fútbol y las transformaciones del peronismo*, Leviatán, Buenos Aires, 2006.) Esto, si el militante territorial lo sabía bien, si lo había visto jugar a Huracán y cómo y por qué ganaba el metropolitano, era una herramienta importante para ganarse la amistad de la familia. De pronto, empezaba a hablar de política. Y ahí empezaba la parte más profunda de su tarea. Qué pensaba la familia. Qué esperaba. Qué le gustaba de Perón, qué no. Si habían vivido los primeros gobiernos. Si querían que siguieran gobernando los militares. Qué pensaban de la juventud peronista. Y, por último, qué pensaban de la violencia, de las formaciones especiales. Este trabajo de superficie, *territorial*, más necesario, era a causa de no disponer de los medios de comunicación. A la casa de la familia el régimen entraba con la televisión, el pueblo con el militante, esto se pensaba y estaba bien pensado. Cuando el 17 de noviembre el militante Jorge Rulli, en un arranque de entusiasmo combativo, grita: "¡A los barrios! ¡A tomar los barrios!" sabía lo que decía, pero no ignoraba que los barrios –muchos de ellos– estaban tomados. Tomados por la tarea territorial de la militancia. (Ver: *La voluntad*, ed. cit., p. 655.) También sabía lo que decía el general Viola cuando, en 1977, en IDEA, habló sobre "La lucha contra la subversión" y destacó la importancia de la "subversión territorial". Y cómo fue eliminada. (*Nota:* Los empresarios habrán escuchado satisfechos. Notable coherencia la de IDEA. Siempre es admirable una línea de conducta que no se quiebra. El capitalismo es así. Siempre sabe dónde están sus mejores aliados. En 1977 eran el general Viola y sus campos de concentración. Qué horrible, en verdad. ¿Era necesario que apoyaran algo tan extremo? Parecerá una pregunta idiota. Pero la elección de la metodología francesa en Argelia no era la única que tenía el ejército argentino. ¿No hubo un empresario que lo dijera? Ese día, ¿no hubo nadie de IDEA que le dijera a Viola que el camino elegido había fracasado en Argelia y en Vietnam y se consideraba innecesariamente cruel? No, nadie. Además, en 1977, lo esencial de la matanza estaba hecho. Ya estudiaremos la Escuela Francesa. Si no, no se entiende nada.) Porque, en efecto, se eliminó la "subversión territorial" con tanta saña como la subversión armada. Como parte del trabajo territorial, muchos actores montaban obras en las villas miseria. Norman Briski, Víctor Laplace, Juan Carlos Gené y muchos más. Iban a una villa y decían monólogos. O hacían una pieza breve. O el fragmento de una extensa. O cantaban. Y hablaban con la gente. Siempre, siempre hablaban con el público de las villas. Era para eso, sobre todo, que iban.

La militancia territorial era la *creación* de poder. Para los que sosteníamos esta militancia por sobre todas las otras, era claro que el poder no salía del fusil. Era claro que consignas como "Fusiles y machetes por otro 17" no nos expresaban. Los militantes barriales eran los verdaderos militantes de base. Eran la antítesis del foco. En cierto momento de Montoneros –cuando dejan las armas y se dan una política de superficie– esta militancia pasa a primer plano. Pero los fierros la estropean de inmediato. Cuando los fierros ocupan el territorio, la militancia territorial desaparece. Se produce el reflujo y lo único que queda es la crítica de las armas. Que –si recordamos la concepción de Marx– no puede transformarse en *fuerza material* si no se *apodera de las masas*. Toda violencia alejada de las masas es violencia de aparato. De aquí que la militancia territorial sea un largo trabajo que antecede a cualquier otra acción, pues toda acción deberá basarse en la movilización del pueblo. Resulta poco aceptable que un gobierno como el actual no realice este trabajo esencial de la política de masas. La falencia proviene de una sobrevaloración de los medios de difusión. Que este gobierno tampoco los tiene. ¿Cómo, entonces, es posible que un gobierno de base peronista, que reclama una inserción en las tradiciones militantes de los '70, no lleve a cabo militancia territorial, formación de cuadros? En 1973, cuando marchó a Gaspar Campos a "romper el cerco", la Jotapé decidió esta medida el día anterior. Al siguiente tenía 100.000 personas en la calle. El actual gobierno, en cambio, fue superado en masividad por el bloque llamado "el campo" en esa competencia de fuerzas que se hizo el año pasado en la Av. 9 de Julio. Cierto: "el campo" nucleaba todo. Ahí estaban el estanciero Miguens, el piquetero Castells, el señor Blumberg, la procesista Pando, el PO y algunos que he preferido olvidar. Pero el "peronismo" sólo se redujo a su aparato movilizable. ¿Cómo es posible? ¿No hay bases? ¿O no las tiene *este* peronismo? ¿Las tiene Duhalde, el gran candidato de la derecha, el peronista al que los gorilas aman? Tampoco. No las tiene nadie. Las bases están abandonadas. Porque está abandonada la política de base. Lo que los jóvenes de los '70 llamaban: la organización territorial del pueblo. Este era el poder que se creaba a través de la militancia. *Porque el poder se toma. Pero el poder para tomar el poder se crea.* Se decía esta frase durante esos años. No estaría mal volver a pensarla.

No llegamos a entrar en el tema prometido: Cámpora. Pero si consideramos a lo que hemos dicho aquí como una INTRODUCCIÓN acaso se nos disculpe esta carencia. Escribimos –supongo que lo hemos dicho antes– con gran libertad, sin demasiados esquemas. Las ideas surgen más frescas, más potentes si no nos ceñimos a nada y les permitimos su autónomo y hasta, a veces, anárquico surgimiento. Pero en una reflexión (y larga) sobre el peronismo nadie se escapa de Cámpora. Menos nosotros que seguramente habremos de disfrutar escribiendo sobre alguien a quien tanto queremos. De los pocos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

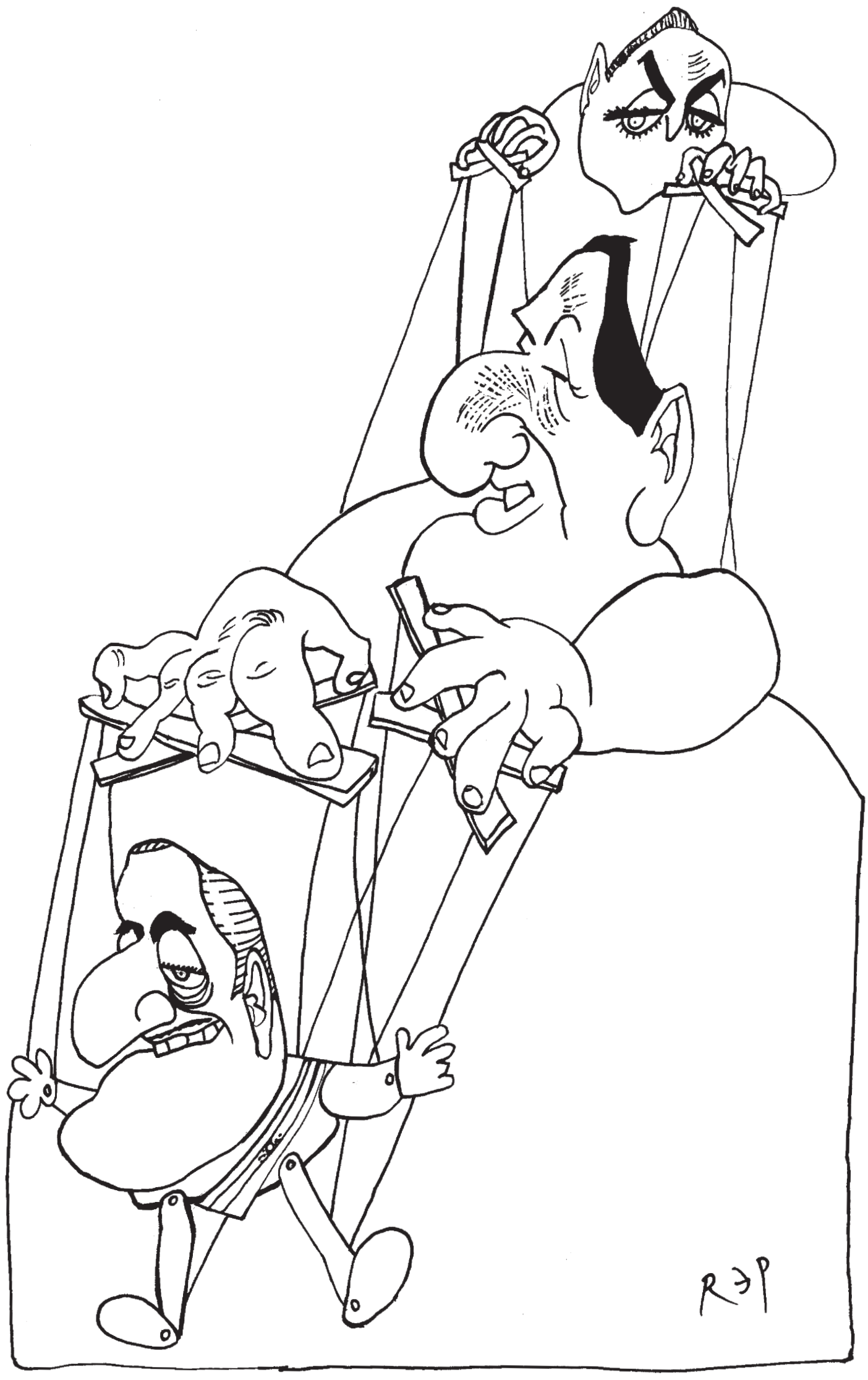
Cámpora, el elegido de Perón II

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

67 **Cámpora, el elegido de Perón (II)**



Suplemento especial de
Página|12

EL ABRAZO PERON-BALBIN Y EL ABRAZO MENEM-ROJAS

Y lo que quería Aramburu, lo que después quiso Lanusse, lo hizo por fin Perón. *Todos le fueron al pie*. O casi todos. ¿Qué era eso? Era que el Gran Acuerdo Nacional lo hacía él. La cosa se consolida en un restaurante de nombre *Nino*, donde parece que Perón solía almorzar o cenar a veces con Evita. Quedaba, además, cerca de Gaspar Campos. El encuentro se haría bajo el aura eterna de la pasionaria del peronismo. Si esto le gustaba a Isabel, nadie podría saberlo. Por el momento y hasta el final ella debía venerar la figura de Eva. Más aún si –como se dice– en los socavones más hondos de Puerta de Hierro el Hermano Daniel hacia malabares umbandistas poniendo el cuerpo de Eva sobre el de Isabel para que la primera le traspasara sus fluidos combativos, apasionados e inteligentes a la segunda. Algo que –si se lo piensa con un poco de mala onda– implicaba admitir que la Chabela o recibía fuerzas extranaturales, del más allá, o habría de deslizarse en penosas pifiadas sucesivas que disgustarían al líder. Los antiperonistas ensayaron algunas interpretaciones ya viejas: dijeron que el restaurante *Nino* era la nueva cara de la Cervecería de Munich, donde Hitler había empezado a consolidar sus fuerzas. ¡Qué manía con Hitler! Munich, Nino, Hitler o Perón, todos fueron hacia ahí.

La noche anterior, el *otro* viejo de la política argentina (si no es excesivo ese título) lo fue a ver a Perón. Esta visita de Ricardo Balbín estuvo teñida de heroísmo. Aparte de aceptar estoicamente algunos insultos de peronistas belicosos ("gorila", "radicheta gorilón", etc.), otros, con mejores modales e intenciones le pusieron una escalera para que saltara un muro, dado que Balbín no se abría paso por cualquier entrada convencional, sino por una con cierto aire clandestino, algo que agradaba al caudillo de la palabra desbordante. El caso es que llegó hasta Perón y se dieron un abrazo que algunos valoran de tal manera cual si semejara el de O'Higgins y San Martín después de Maipú. Batalla en que murieron 2000 guerreros y el genio de San Martín brilló más alto que nunca. Luego se abraza con O'Higgins, factor esencial del triunfo y guerrero que afirma el honor de Chile. Bien, por decirlo claro: el Chino Balbín, de O'Higgins, nada. De San Martín, menos. Pero estaba al frente del radicalismo, a punto de ganarle la interna a Alfonsín, y Perón confiaba en él como herramienta para la unidad nacional partidaria. Años después habrá otro abrazo. Guste o no, tan peronista como éste. Será cuando el peronismo le ponga su masividad al establishment y obedezca a hacer su política. "Nosotros ponemos a la gilada, ustedes el proyecto." Uno de los protagonistas de esa dilatada traición a la patria que se conoce bajo el nombre de *menemismo* fue el capitán ingeniero Alvaro Alsogaray, sombrío personaje de este país. Se pasó la vida tratando de ponerlo al servicio de la banca internacional, a la que él pertenecía, obedecía. Junto con Alsogaray entraron a la fiesta menemista personajes impensables. Se trataba, no de la unidad nacional, sino de la unidad nacional para el saqueo de la Nación. Siempre que el capitalismo neoliberal, liberal u oligárquico de este país puede gobernar a su antojo suceden algunas cosas ya inevitables: 1) Se lo apodera una vez más o asegura su posesión. Dado que este país se consolidó (1880) cuando la burguesía del Puerto y la oligarquía terrateniente se aseguraron su dominio. En 1932, otra vez se lo aseguran y lo trafican con Gran Bretaña, que no es, para nosotros, el "ogro externo". No es ningún ogro. Son señores educados que hacen muy bien sus negocios. Si los rastacueros de ese país del Sur se mean por estar a sus pies ahí los tendrán. Ya se sabe: Julito Roca. Las carnes. Los frigoríficos. Y si don Lisandro de la Torre se queja... lo revientan de un tiro, aunque ahí hayan liquidado a su fiel Enzo Bordabehere. Pero la mezcla habitual se dio perfecta: o lo hacemos con los negocios o lo hacemos con las armas. Diez años de jolgorio de nuestras "clases ilustradas". La Gran Década de la Concordancia. Si José Luis Torres la llamó "infame", eso es revisionismo, resentimiento, caudillismo, populismo, proteccionismo, nacionalismo, en fin: fascismo. 2) De 1955 en adelante. Lo hemos visto bien. Se gobierna en medio de la ilegalidad constitucional, bajo la hegemonía de las armas de los militares y con los organismos de créditos internacionales. (Sobre todo, el FMI, al cual nos hizo entrar la Libertadora.) 3) Superado el trágico interregno peronista, que estamos empezando a estudiar, retornan los liberales, los dueños de la tierra, los nuevos capitales financieros. Todo imperfecto. Porque el neoliberalismo odia al populismo porque implica el intervencionismo del Estado. Pero los militares dicen: "Señores, nosotros tenemos que matar a mucha gente para que ustedes puedan ganar dinero, ¿están de acuerdo?". "Por supuesto, hagan su trabajo. Y rápido, como dijo el señor Kissinger." "Para hacerlo rápido necesitamos un gran poder del Estado." Esta contradicción liquida la economía liberal-capitalista-financiera del Proceso. Catástrofe económica, humanitaria y hasta una guerra ignominiosamente perdida. 4) Llega Menem. Aquí sí. Aquí resulta. Argentina, campo de pruebas del FMI. Argentina, conejillo de Indias. La juerga financiera. Se roban todo. ¡Qué patriotismo! ¡Qué amor por la República, por las instituciones, por la Constitución! Aquí, peronismo y oligarquía agrofinanciera especulativa se dan un gran abrazo. ¿El de Perón-Balbín? No. El abrazo es otro. No es tampoco el de Menem-Alsogaray. Ese se llevaba a cabo siempre que el capitán ingeniero decía: "Yo no apoyo al peronismo. Apoyo a la Reforma Menem". Como la *Reforma Menem* tenía la invalorable característica de ser idéntica a la *Reforma Alsogaray*, lo que se aplicaba era el plan del viejo liberalismo que domina este país desde 1880, en que lo hizo. Que mal o bien lo hizo, según suele decirse, mal. Se dice mal porque no lo hizo *mal o bien*, lo hizo mal. Se lo hizo para él. Pero ni siquiera para su progreso, lo hizo para su goce. La oligarquía liberal-financiera no hizo un país. Hizo una ciudad llena de palacetes franceses. El resto, el derrotado interior federal, al diablo. A la miseria. Al atraso. Y, de última, a los caudillos medievales y sanguinarios que, impuestos por Buenos Aires o respaldados por la metrópoli culta y cosmopolita, se adueñarían *in aeternum* de las provincias. ¿Cuál es el abrazo? ¿El de Eva y Victoria, que es el nombre de una mínima obra de teatro que se estrena en los noventa? Se estrena con gran éxito porque tiene un notable mérito: el de la unidad entre las clases bajas y las clases altas. *Tal como el menemismo lo proponía.* ¡Hasta Bernardo Corcho Siempre a Flote envía móviles para reportear a los espectadores a la salida! ¡Es la obra de la unidad nacional! El pueblo por fin unido a las clases dominantes. Eva y Victoria dialogan arriba de un escenario. Y hasta, al final, cuando Eva muere (no hay gorila que no perdone a Eva cuando muere: en el fondo, conjeturo, será por lo tanto que ellos o sus antecesores deseaban que eso sucediera) o cuando está ya en plena agonía, Victoria se dispone a abandonar la habitación, vacila, la mira a Eva, que está sentada, los hombros caídos, quebrada por su dolor, se le acerca y... ¡le pone una mano sobre el hombro! Qué escena de amor. Qué sublime. Qué conciliación de clases ejemplarizada por un solo, tenue gesto de la dama del Buen Pastor. Ya está: todo es armonía. A la salida, Neustadt espera a los asistentes a semejante milagro: "¿Qué le pareció la obra?" "Maravillosa", dicen los nabos espectadores, siempre manejables, siempre heterónomos, siempre comiéndose la última de turno, es decir, la clase media urbana, que después se va a comer a *El Palacio de la Papa Frita* o a *La Churrasquita*, hoy a *Happening* y siempre, como un touch de excentricidad, ¡una pizza en *Güerrín*, qué joder! "¿Qué nos puede decir de la obra?" "Ay, me conmovió el choque de personalidades. Y la señora China Zorrilla como Victoria Ocampo, una dama para otra dama." "Esto demuestra que los argentinos podemos unirnos y marchar hacia el futuro. Si no lo hacemos es porque no queremos. Porque poder, se puede. Esta obra lo demuestra." "Sólo nos tenemos que entender. Dialogar en democracia. Tenemos todo para ser un gran país." "Es la opinión de la gente", concluye Bernardo Corcho Siempre a Flote. "Y la gente sabe lo que dice. Sabe que esta vez los argentinos estamos en el camino correcto." La única voz discordante fue la de la entonces diputada Irma Roy. Con inocencia, con verdadero candor, confesó: "No sabía que Victoria Ocampo era tan importante". La furia de Neustadt no se manifestó. Estuvo parco. Irma era una aliada. Pero debió haberle dicho: "Irma, por favor. Sabemos que es usted una peronacha bruta. Pero sepa bien que Victoria Ocampo es la Eva Perón de la oligarquía. Que si no juntó multitudes es porque la oligarquía no es una multitud. Es un selecto grupo de individuos libres y cultos. Más bien le tiene asco a las multitudes. Dan grasa. Que el pueblo no la haya amado habla de su grandeza, de su exquisitez, no de su intrascendencia. La amaron sus pares. Y la gente que ella traía del exterior para que la amara: Rabindranath Tagore, Aldous Huxley, Drieu de la Rochelle, que era diez veces más nazi que Perón pero era francés y escritor. Que aún no hayan hecho una ópera rock sobre ella los señores Rice y Lloyd Weber se debe a la vida austera que llevó, entregada a los libros y no a los hombres. Evita les daba más material por su vida, digamos, azarosa. Además, querida, a Victoria sólo Stravinsky, que la admiraba, pudo haberle hecho una ópera. Si no lo hizo, ahí nomás habrá estado. Y por último, querida Irma, que usted desconozca la grandeza de Victoria Ocampo es algo que a ella la honra. Curioso habría sido lo contrario". Pero la *unidad* está lograda. ¡Robemos juntos!, exclaman peronistas y grandes burgueses financieros, tradicionales o nuevos oligarcas de la Pampa húmeda. Hagamos juntos lo que más nos gusta: saquear a este país. (Que nadie se haga el vivo afirmando estupefacto, como el periodista inglés Christopher Hitchens, en 1978, que: "El fracaso de Argentina como nación es el más grande misterio de este siglo". No, señor Hitchens, usted no entiende nada. Escúchenos a nosotros que a este país lo vivimos de adentro y fuimos una y muchas más veces derrotados por los negocios de los grandes hombres del dinero, de las grandes clases hegemónicas que lo poseyeron y –cuándo no– mataron a quienes les discutieron ese derecho o se aliaron eficazmente con ellos, como ocurrió con Menem. Escuche, mister Hitchens: *El más grande misterio de este siglo habría sido el del triunfo de Argentina como nación*. El de su fracaso está a la mano, está a la vista. Sólo hay que querer verlo.)

Y eso es lo que hacen. Diez años de fiesta conjunta. Entre el Consenso de Washington, los Chicago Boys, Cavallo, IDEA, la Fundación Mediterránea, Alvaro y María Julia Alsogaray y todo el aparato del peronismo, la complicidad inmoral del partido, de sus diputados, de sus senadores, y la complicidad de los sindicatos, la desaparición del mapa del *combativo* Ubaldini que luchaba tan bravamente contra Alfonsín en defensa de los intereses obreros, desnacionalizan el país, tiran por la borda su soberanía y, por fin, se liquida al Estado Peronista. Algo que nadie había podido lograr. El peronismo liquidó al peronismo. Pero ya alguna vez llegaremos a esto. Volvamos a lo del abrazo. Venimos del abrazo Perón-Balbín. ¿Cuál es el abrazo de los '90? *El abrazo Menem-Rojas*. De inmediato, peronistas memoriosos lo comparan con el abrazo Perón-Balbín. "El abrazo Menem-Rojas es la versión fin de siglo del abrazo Perón-Balbín." Le pregunto a uno de esos peronistas que hoy están aquí y mañana allá y siempre en todas partes en que esté el peronismo, el poder y la guita: "Che, lo escuché a Fulano decir que el abrazo Menem-Rojas es la versión fin de siglo de... etc.". El mene-peronista versión noventa me dio una respuesta inolvidable: "¡Y dejalo! Con eso come por el resto del año". ¿Está claro, no? Se trata de hacer bien los deberes. Y si uno mete una frase-llave que les sirva a los jefes... *come por el resto del año*. Y pensar que "por el resto del año" a la gilada no nos queda otro remedio que laburar. ¿Qué pensarán de nosotros esos piolas? (Difícil que piensen algo peor de lo que nosotros pensamos de ellos. Aunque se llenen de guita. Miserables.)

BALBIN FANFARRONEA A PROPOSITO DE ALLENDE

Volvemos a 1972: abrazo Perón-Balbín. Cuando trepa el famoso muro y sale hay algunos periodistas. Balbín pelotea la cuestión para el día siguiente. Rodeado de micrófonos, siempre con cara de hombre que enfrenta grandes acontecimientos que lo son por el mero hecho de enfrentarlos él, se somete a las preguntas de la prensa. "¿Tuvo que saltar un muro, doctor?". Observen esta respuesta: "Salté ese muro como saltaré todos los muros que sean necesarios para asegurar la libertad y la democracia de los argentinos". Balbín nunca decía "de la Argentina". El hablaba en nombre de la República –¿quién podía ignorar esto de un hombre tan probo, jamás sometido a ninguna tentación seria por mantenerse, indeseadamente, siempre lejos del Poder?–, pero además le hablaba a cada uno de los argentinos, uno por uno. Por eso decía "de los argentinos". Todo, en su lenguaje, era "de los argentinos". La cultura "de los argentinos". El destino "de los argentinos". La patria "de los argentinos". Después, otra pregunta: "¿Recordaron con el general Perón algunas cuestiones del pasado?". Balbín, casi ofuscado: "Fue una conversación hacia adelante". No digamos que fue un hombre probo por mantenerse siempre lejos del poder. Creo que lo habría sido igual. Pero todo en él, su pinta, su estilo, sus palabras, sus poses de compadrito, aun esa "facilidad de palabra" de la que tan seguro se sentía eran hilachas del pasado. El 12 de septiembre de 1973, un día después del golpe contra Allende, le preguntan: "¿Qué opina del golpe de Chile?". Dice dos o tres respuestas evasivas. "¿Cree que Allende se suicidó?" "Bueno, tenía un arma en la mano cuando lo encontraron, ¿no?" "¿Qué habría hecho usted en su lugar?" Y ahí, más caudillo fanfarrón que nunca, irrespetuoso con Allende, haciendo un gesto con la mano, entre despectivo y concluyente, despidiendo a los periodistas, dice, muy convencido, terminante: "¡Ah, no! ¡A mí eso no me lo hacen!". ¿Y de dónde sacó que a usted eso no se hacen? A ver, ¿por qué? ¿Era más sagaz político que Allende? ¿Más valiente? ¿Habría resistido mejor? Sospecho, querido Chino, que a usted no le hacían eso porque ni los habría molestado, porque no les habría hecho ni el 3%, no, ni el 2% de las cosas que hizo Salvador Allende, patriota chileno, líder ejemplar, que murió peleando de cara a los canallas, a los asesinos. Ni remotamente este país en que habitamos, al que dimos nuestros años, en el que no hundirse en la desesperanza es un esfuerzo cotidiano por no abandonar a los desesperados, por pelear por algunas cosas que aún tienen sentido, o simplemente tratar de que la esencial impiedad del poder, del verdadero poder, sea menos brutal, tuvo un político como Salvador Allende, no sólo atacado por Pinochet, por quienes finalmente lo derrocaron y diseminaron la muerte en Chile, sino también por el MIR, por esa izquierda nefasta, funcional al régimen, para la que todo es poco, para la que nada alcanza, en tanto para los reaccionarios, los matarifes, todo es excesivo, todo es demasiado. Enemigos unos por la escasez de las conquistas, enemigos otros por la sobreabundancia subversiva, terminan por coincidir. No sólo Pinochet liquidó a Allende. El MIR contribuyó a debilitarlo, a quitarle bases negándole su apoyo. Pinochet, por fin, los mató a todos. A los allendistas y a los del MIR. Triste historia. La izquierda debería aprender de ella.

LA FURIA DE LA TENDENCIA FRENTE AL "NINO"

Salvo que haya llevado adelanta reuniones privadas, Perón no le dio mucho aire a la juventud. Su primacía fueron los políticos. Si Santucho lo caracterizaba como el líder de la burguesía, podía estar feliz. Aquí parecía serlo. *Sucede que Perón se había empeñado en birlarle el GAN a Lanusse*. Estaba a punto de conseguirlo y por fin lo consiguió.

El lunes 20 de noviembre se realiza el gran cónclave de *Nino*. Ya que tantos analistas respetables gustan citar a Joseph Page, hagamos lo propio un cachito, para no desentonar: "Representantes de casi todos los partidos se reunieron con Perón y sus principales lugartenientes para discutir la posibilidad de formar un frente político. El conductor (en *Nino*, JPF) se refirió a la necesidad de forjar la unidad nacional. Los dirigentes peronistas propiciaron la publicación de un manifiesto denunciando la exigencia de estar residiendo en el país antes del 25 de agosto para ser candidato" (Page, *ob. cit.*, Vergara, tomo II, Buenos Aires, p. 230). La "cláusula proscriptiva" era otra canallada del Ejército Gorila. Perón tenía que volver antes del 25. "Perón vuelve cuando se le canten las pelotas", pinta la JP. Pero además, ¿para qué esa cláusula? ¿Por qué limitar otra vez a Perón? Lanusse dirá: "Jamás Perón será presidente de este país". ¿Qué pretendía? ¿Superar con eso los 18 años de desencuentros? El pueblo lo quería a Perón presidente. La cláusula proscriptiva introducía un problema que habría de ser muy grave en el breve tiempo. *No fue el peronismo el culpable de las desprolijidades constitucionales del '73. Fue el Ejército Gorila, con Lanusse a la cabeza, que prohibió la candidatura de Perón.* "Usted no. No llegamos hasta tolerarlo a usted. Ponga a alguien y váyase del país." Perón tendría que aceptar. Sobre todo porque el Chino Balbín *aceptó la cláusula del 25*. "Porque, en su opinión, proscribía sólo a aquellos que habían elegido libremente no estar en el país a partir del 25 de agosto" (Page, *ob. cit.*, p. 230). ¿Libremente? Entonces, ¿la cuestión era aceptar *libremente* volver antes del 25? Bromeaba Balbín. ¿Libremente de qué? Si era una fecha obligatoria que había impuesto Lanusse. ¿Por qué tenía Perón que volver en esa fecha? ¿Dónde se ha visto algo así? Se fija la fecha de elecciones. Y los candidatos pueden o no pueden estar en el país. *Eso no le impide a nadie presentarse.* Pero Lanusse armaba cualquier cosa con tal de evitar la candidatura de Perón y el triunfo sin duda abrumador del Frejuli. Con cualquier otro, sería menos. ¿Saben por qué el Chino comiteril apoyaba eso? Porque él también lo quería a Perón fuera de la contienda. Ya pensaba en las elecciones. Hasta en el cómputo del último voto. Sin Perón, la UCR arañaría más. Y de eso se trataba, *de arañar*. Con Perón todo sería peor. O sea, ¡adelante con la cláusula proscriptiva! La excusa fue cualquiera. Perón (habrá decidido dejar para más adelante esta cuestión o –¿quién puede saberlo?– no estaría aún seguro de querer el enorme peso de la Presidencia) acepta.

La reunión de *Nino* tiene un *marco externo* que incomoda a todos los políticos que están negociando. Ninguno de ellos tiene una *hinchada* que desde afuera aliente furiosamente a su líder. La consigna fue: a abultarse rodeando Nino. A hacerle sentir a Perón que no está solo. Y a los otros que la multitud juvenil está con Perón. Un militante muy entusiasmado me dice: "Sea lo que sea que negocie el Viejo ahí dentro lo va a negociar con más poder con nosotros afuera. Les va a decir: 'Escuchen lo que tengo ahí. Esos son mis muchachos. El único que los puede conducir soy yo. ¿Alguno de ustedes cree que puede frenarlos? Y oigan bien, eh. Están enojados. Están hartos'". Y la Jotapé sofoca las cercanías de *Nino* con sus consignas, con las duras, con las blandas, con las ingeniosas, con las hirientes, con todas. Con la de Chamizo, por ejemplo. O con las ideológicas:

Socialismo nacional
como quiere el General

Ramus, Medina
Perón en la Argentina

Dame una mano, dame la otra
dame un gorila que lo hago pelota.

Pero no me fui de *Nino* con el ánimo sereno. Había un grupo de sesenta, setenta, cien militantes. Estaban muy cerca de un ventanal de *Nino*. Y cantaban una sola consigna. Con una furia estremecedora. Con un odio extremo. Era un grito de guerra. Un grito de guerra que no cesaba. Había demasiada rabia. No pude entenderlo. ¿Quién impartía esas órdenes? ¿Esa consigna tan rabiosamente vociferada obedecía a una orden de la conducción o era un desmadre de las bases? Se estaba negociando, carajo. Perón estaba en *Nino* con todos los miembros de los partidos. Le habían ido al pie. Se estaba haciendo política. Se estaba luchando por la posible *organización del país* bajo la jefatura de Perón. ¿No sabían eso? ¿No se habían tomado el trabajo de averiguar que el pueblo quería eso y no la guerra? Y peor aún: *nadie había averiguado el verdadero poder de fuego del Ejército Argentino*. Miguel Hurst, en una reunión de militantes, dijo algo insólito y ajustadísimo: "Ojo, eh, el Ejército no se puso todavía en serio contra la guerrilla". Inútil: lo criticaron. "Son todos mercenarios", había dicho el Che sobre los soldados de los ejércitos latinoamericanos. Desde luego: mercenarios excepcionalmente adiestrados por la Escuela de las Américas de los yankis y los nuestros (siempre exquisitos los argentinos: hasta para la tortura y la muerte) por la mejor Escuela de Contrainsurgencia, la francesa. Claro que el general Giap los había vencido en Dien Bien Phu. Pero el general Westmoreland, *el enemigo*, consideraba a Giap *un genio militar*. Y lo era. Sólo eso podía ser el hombre que derrotó a los franceses en Dien Bien Phu y luego a los norteamericanos en Vietnam. ¿Lo teníamos aquí? ¿Era Firmenich? ¿Era Santucho? (*Nota:* "A pesar de estar sostenida por los armamentos y recursos de los Estados Unidos, Francia no consiguió vencer a las fuerzas de la República Democrática de Vietnam, reconocida como tal en 1950 por la República Popular China y los demás países comunistas. El ejército del Viet Minh (*se uniría al Viet Cong para pelear contra los yankis en la llamada Segunda Guerra de Indochina*, JPF), bajo el comando del general Vo Nguyen Giap, considerado por William Colby, ex director de la CIA, un 'genio militar' (*también, como dijimos, por Westmoreland*, JPF), atacó al Corps Expéditionnaire (CE) francés (16.000 soldados), en su último baluarte, considerado inexpugnable, Dien Bien Phu, planicie de 18 km de extensión, cercada por montañas, en el noroeste de Vietnam, próxima a la frontera con Laos. El combate duró cerca de 55 días y 55 noches, del 17 de marzo al 17 de mayo de 1954", Luiz Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, Norma, Buenos Aires, 2007, p. 170. Pese al respaldo de los bombarderos B-52 de EE.UU. y de las bombas de *napalm*, Giap derrotó sin atenuantes a los franceses. Fue uno de los golpes más duros que el colonialismo recibió en toda su historia. "Dien Bien Phu" significa aún triunfo de los Otros, triunfo de la barbarie, derrota de la civilización occidental. De aquí que sea sorprendente la valoración de Westmoreland y William Colby. Si le añadimos a Giap la formidable conducción estratégica de las guerrillas del Vietcong y la toma triunfal de Saigón, podríamos concluir que no es sólo, obviamente, un genio militar, sino el estratega invicto del siglo XX y el que luchó –por si su gloria fuera poca– siempre del lado de los débiles, de los subalternos, de los colonizados. De los agredidos por la razón instrumental, colonizadora, técnica del capitalismo de Occidente, por usar el lenguaje de Adorno y Heidegger. Lástima que Heidegger –en quien se basan todos los que critican la Modernidad Occidental desde otro punto de vista al del marxismo– habría odiado a Giap por considerarlo un guerrero del comunismo

soviético.) Ninguno de los dos: ni Santucho ni Firmenich, ni patéticos fierreros de segunda o cuarta como Gorriarán Merlo o Perdía tenían algo en común con Giap, ni las fuerzas que comandaban tenían el número, la preparación, el respaldo popular (el apoyo de la población campesina fue fundamental) que tenía el gran héroe de Dien Bien Phu. Por último, la asimetría de las fuerzas de Giap con las de los franceses era *incomparablemente* menor que las de los grupos civiles que manejaron los líderes del ERP y Montoneros. Una cosa era leer los escritos de Giap; otra, hacer la guerra como él. Además, insisto, si Perón estaba negociando con los políticos era un disparate supremo que los cuadros de los montoneros se pusieran a gritar con furia, con odio, durante más de media hora: *"Cinco por uno/ no va a quedar ninguno"*. ¿De quiénes? ¿De los políticos que estaban con Perón? ¿De los militares que estaban a punto de entregar el gobierno al peronismo si ganaba las elecciones? ¿Qué significaba esa consigna? ¿Que una vez en el poder iban a desatar una matanza? Qué desvarío. ¿Cantaban en serio esa consigna? ¿Sabían lo que estaban diciendo? ¿O era una forma de expresar dureza? Y sólo eso. Pero fue demasiado prolongado. Los filmaron. Los pasaron por televisión. Les preguntaron a los dirigentes peronistas, que dijeron: "No es nada. Los muchachos son así. Ellos aceptan el proceso electoral". ¿Sabían algo de la Bestia a la que desafiaban? Estados Unidos caía en Vietnam, de acuerdo. Pero seguía siendo Estados Unidos. Y el heroísmo y el sacrificio del pueblo vietnamita, ¿se daría aquí? ¿Había aquí un Ho Chi Minh? ¿Había un Vo Nguyen Giap? El conductor estratégico que se tenía –cuando tuvo que pelear– se rajó en la cañonera. *"Cinco por uno/ no va a quedar ninguno."* "General, ¿usted va a frenar a esos muchachos?", le habrá preguntado alguien o más de alguien en *Nino*. ¿Habrá respondido Perón que agarraba un vaso de agua, un micrófono y los mandaba a sus casas?

LA BENDICION DEL "PADRE ETERNO" TRANSFORMA A CAMPORA EN "EL TIO"

El más alto valor de la axiología justicialista es el de la *lealtad*. El opuesto es el de traición. Entre los principales sinónimos de *lealtad* figura *amor*. Entre los principales de *traición* figura *rebeldía*. Nunca, antes de Cámpora, un peronista había encarnado en sí el valor supremo del peronismo. Esto lo consigue en 1972, cuando Perón delega en él la candidatura presidencial. Lo hace porque es el más leal de sus soldados. (Aun cuando se hubiesen manejado otras posibilidades, Cámpora, una vez consagrado, incorpora el valor para sí.) ¿Cómo surge el valor de la lealtad? Difícil decirlo. Pero la jornada que para siempre lo encarnará será la del 17 de octubre, denominado, precisamente, *Día de la Lealtad*. "Un conductor, por genial que fuese (dice Perón), no puede llegar a cada uno de los millones de hombres que conduce. Hay una cosa que debe marchar sola, es decir, la doctrina que pone a todo el mundo a patear para el mismo arco" (*Conducción política*, clase Nº 1, marzo de 1951). Si existe *una* doctrina ya hay algo a lo que todos deben ser leales: a ella, a la doctrina. La doctrina es creación del conductor. No se elaboró en asambleas ni congresos partidarios. El conductor la presentó a los suyos y les dijo: "Esta es la doctrina". La fue elaborando de a poco. Perón hizo en esto un trabajo muy empírico: elaboró la doctrina a partir de su trabajo con las masas desde su temprano trato con ellas como hombre del gobierno de Farrell. Añadió algo de la Doctrina Social de la Iglesia y seguramente tanto de la *Carta del trabajo* mussolliniana como de Clausewitz y de sus lecturas marxistas, que las tenía. Lo que haya tomado de otros lados es asunto suyo. Ser, pues, fiel a la doctrina es una de las formas de mostrar lealtad al conductor. El Día de la Lealtad la masa fue leal al conductor y, al serlo, también a la doctrina, lo supiera o no. Pero la doctrina ya estaba instaurada. "Si la masa no hubiera tenido las condiciones que tuvo cuando el 17 de octubre perdió el comando, perdió la conducción, no hubiera procedido como lo hizo; actuó por su cuenta, ya estaba educada" (*Ibid.*). Pareciera una contradicción la que se establece entre una masa que actúa por su cuenta y otra que actúa por estar educada. No para Perón: la masa fue educada por la doctrina, la doctrina es la del líder, la doctrina enseña la lealtad al líder. La masa es libre cuando actúa por lealtad al líder. Porque el líder es el líder de la masa y la masa es la masa del líder. Actuar por una o actuar por otra es actuar por lo mismo. Hay una necesidad ya establecida. Aceptarla es ser libre. Bien hegeliano: *La libertad es el reconocimiento de la necesidad*.

Siempre se debe ser leal a algo. Lo más indigno es carecer de una lealtad. Perón apela a la frase de Licurgo, que también utilizará Evita: *"Hay un solo delito infamante para el ciudadano: que en la lucha en que se deciden los destinos de Esparta él no esté en ninguno de los dos bandos o esté en los dos"*. Estar en los dos es la negación de la lealtad. No se es leal a ninguno y se es traidor a los dos.

Cámpora venía destinado a ocupar el puesto de campeón de la lealtad. Pasó de campeón de la obsecuencia en los '50 a campeón de la lealtad en los '70. Una cosa llevó a la otra. Se conoce esa anécdota (sin duda antiperonista): Evita le pregunta a Cámpora qué hora es.

Evita: Che, Camporita, ¿qué hora es?

Cámpora: La que usted quiera, señora.

Hay algo que, creo, invalida esta anécdota: ¿podría Evita *no tener* reloj? Debía tener uno. Y muy caro. ¿Por qué habría de preguntarle la hora a Cámpora? Además, la respuesta es tan ineficaz que la habría indignado: –Oíme, boludo: si fuera la hora que yo quiero no te preguntaría qué hora es. ¿O creés que tengo tanto poder como para decidir eso?

–¿No?

–No, si tuviera todo ese poder haría fusilar en la puerta del Trust Joyero Relojero a los que inventaron esta anécdota gorila de mierda. Dale, qué hora es.

–Mire su reloj, señora.

–Mirá, tenés razón, Camporita. Creí que me lo había olvidado en la Residencia. Sos piola, eh. Quién te dice, llegás lejos. Hasta presidente de la República si te descuidás.

–Espero no descuidarme, señora.

Pero el chiste del reloj cumplía su función: marcar la obsecuencia del dentista de San Andrés de Giles. Nadie podría negarla. Durante su desempeño al frente de la Cámara de Diputados, y durante la agonía de Eva, Cámpora llevó adelante todos los fantásticos y absurdos proyectos que los "adulones y alcahuetes" diputados peronistas proponían. En el film *Ay Juancito*, que dirigió impecablemente Héctor Olivera en un momento en que los críticos decidieron no quererlo, posiblemente porque era un hombre con algunos años cumplidos y no era un joven como eran y tenían que ser los que hacían el cine del "nuevo y joven cine argentino" (había dirigido *La Patagonia rebelde*, *Las venganzas de Beto Sánchez*, *No habrá más penas ni olvido* y *La noche de los lápices* y produjo más de 100 películas, entre otras *Tiempo de revancha* y *Ultimos días de la víctima* de Aristarain y la excepcional *Plata dulce*, con ese guión poderoso de Goldenberg y Viale, ya que fue así como cumplió sus años y dejó de ser joven, perdiendo asquerosamente el tiempo, algo que no ocurrirá con ninguno de los abundantes talentosos o aun geniales de hoy), hay una escena en que Héctor y yo (autores del guión, que no sufrió críticas y hasta sirvió para que nos opusieran: él de un lado y yo de otro, ¡con lo bien que trabajamos!) ubicamos a Cámpora y a Fanny Navarro (a quien llamamos Ivonne) en el despacho de un general Perón que hizo de modo destellante Jorge Marrale, para proponerle fastuosas honras de amor y reconocimiento a Evita.

La escena es así:

Escena 98. Interior despacho presidencial - Día

Encontramos a Yvonne en medio de una encendida enumeración de los homenajes que se proyectan realizar por la glorificación de Evita. Perón la escucha atentamente, pero sin entrar en ese entusiasmo: es como si corroborara que un operativo político va tomando su forma y ejecución adecuadas.

Frente a Yvonne, flanqueando al General, está Campora, quien asiente ante las palabras de la mujer y se ve dispuesto a certificarlas en caso de ser necesario, que lo será.

Detrás, algo alejado, Juancito escucha con satisfacción, con emoción sincera y transparente los proyectos desmedidos que Yvonne enuncia.

Yvonne: Lo primero, General... Y si digo "lo primero" es porque eso son, para nosotros, usted y la Señora. Lo primero es declararlo a usted Libertador de la República.

Perón inclina levemente su cabeza, como agradeciendo algo inmerecido y abre sus manos en un gesto que dibuja una actitud de serena resignación.

Yvonne: Y a Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación.

Cámpora: Los proyectos ya están en la Cámara. Es cuestión de días sancionarlos. (*Un gesto a Yvonne indicándole que continúe.*)

Yvonne: Y la educación, General. Este país se educó con los valores de la oligarquía. Hay que llevar a las aulas los valores de la clase trabajadora. Que en todas las escuelas se enseñe *La razón de mi vida*. Que los niños se eduquen con la palabra de Eva Perón, que es la del pueblo.

Cámpora: Sobre ese punto el acuerdo es general. En días se repartirán los textos.

Perón: Bien, ¿qué más?

Cámpora: Hay una cuestión sobre la que existen algunas... discrepancias.

Yvonne: Sólo porque existen malos peronistas.

Cámpora: Se trata del Monumento a la Señora, general. Algunos, los que Yvonne llama "malos peronistas", proponen que el Monumento se erija en algún lugar cercano a la Plaza de Mayo. Otros...

Yvonne: "Otros" no. Nosotras, las mujeres peronistas, las que queremos a Evita como peronistas, pero también como mujeres, queremos más.

Perón: A ver, Yvonne: ¿y qué proponen ustedes? Las mujeres de Evita.

Yvonne: Ese Monumento tiene que levantarse en la mismísima Plaza de Mayo. Alto como la Torre Eiffel. Alto como la gloria de...

Perón (conteniéndola): Yvonne, Yvonne... Tan alto, no. Hija, no llevemos a Evita al Cielo mientras todavía está en la Tierra. (*A Cámpora*): ¿Pensaron algo alternativo a... la Torre Eiffel?

Cámpora: Hacer réplicas del Monumento en cada una de las plazas del interior de la República. En cada capital de provincia.

Intervención inesperada de Juancito.

Juancito: Sí, sí... Eso va a ser fantástico. Evita en todas las plazas. Regar el país de flores, alegría para los pibes...

Perón gira lentamente y le clava la mirada. Juancito se calla. Yvonne aprovecha y arremete.

Yvonne: Y vamos a declararla "Abanderada de los humildes". Y a darle el collar de la Orden del Libertador San Martín. La Cámara de Diputados se desborda de amor por la señora. La comparan con Isabel de Inglaterra, con Juana de Arco, con Catalina la Grande o Isabel de España. Hay quienes dicen que jamás habrá un escritor con el genio necesario para escribir su historia. Hay quienes...

Perón (La interrumpe): Suficiente, Yvonne. No hay nada que Evita no merezca. Sigan nomás. *(Una pausa. Algo sombrío:)* Vayansé. Quiero estar solo.

El corte ha sido algo abrupto. Yvonne y Cámpora intercambian una rápida mirada y deciden obedecer sin decir palabra.

Salen del despacho.

Perón se pone en pie y da algunos pasos erráticos por el recinto.

Gira y descubre a Juancito con la cara bañada en lágrimas.

Perón (Secamente.): ¿Qué te pasa?

Juancito (Emocionado): Todo esto, General. Estos homenajes. Los monumentos. Es maravilloso. La gloria que Evita merece. Y es tan verdadero. Es el amor del pueblo.

Perón: Sí, Evita merece la gloria. Pero *esto* no es el amor del pueblo. Son las alharacas de los adulones. Ni mil monumentos la salvan a tu hermana. Se muere y se muere mal, sufriendo. Si querés llorar por eso, llorá. *(Desdeñoso.)* Pero no llorés al pedo, Juancito. Guardá las lágrimas para cuando te hagan falta.

Corte.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

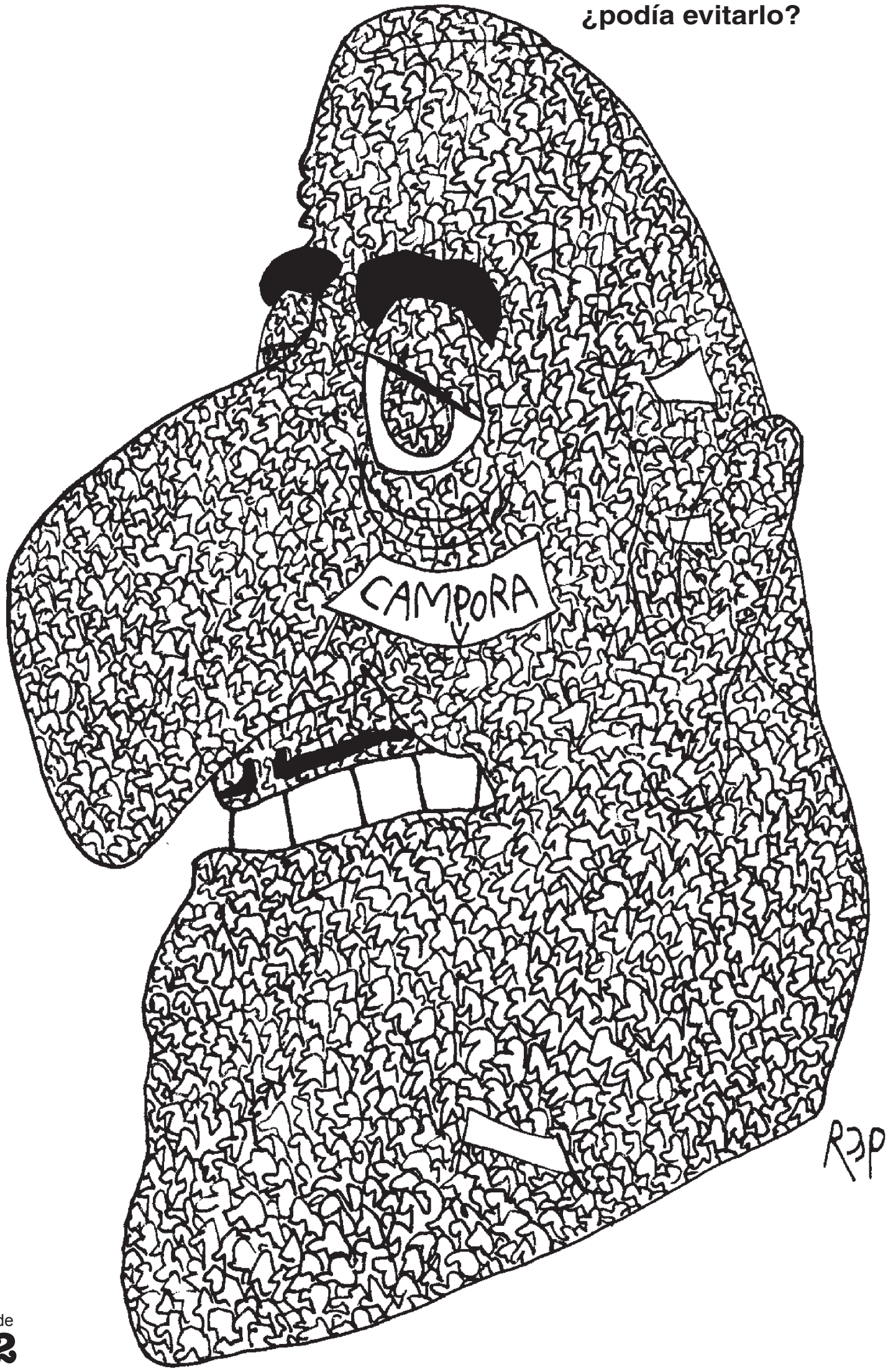
¿Quería Perón ser presidente en noviembre de 1972? ¿Podía evitarlo?

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

68 ¿Quería Perón ser presidente en noviembre de 1972?, ¿podía evitarlo?



Suplemento especial de
Página|12

EL "VIBORAZO"

Tampoco es cuestión de creer que estaban pirados esos fogosos muchachos de la juventud peronista. Parecían esos autos que vienen acelerados, a los que hay que ajustarles el acelerador o en una de esas curvas mortales se van a la mismísima, que es lo que, por desdicha, ocurrió. Pero no se les puede decir que estaban *fuera de época*. El propósito de ellos (que uno conoce bien porque los conoció bien) era añadirle a la *negociación política* de Perón la fuerza y hasta la violencia de la militancia, armada o no. "Vean, ese Viejo general que les está hablando de pactos pacíficos tiene, además, a todos estos jóvenes con poca paciencia. De modo que escúchenlo y háganle caso; si no, les vamos a hacer sentir nuestra furia." El mensaje era ése. Y probablemente haya servido o no. Para mí, había una asincronía. O negociás o gritás vamos a matar cinco de los suyos por cada uno de los nuestros. Ocurre que los políticos –que dieron surgimiento en esas reuniones a *La Hora del Pueblo*– no pensaban matar a nadie. ¿El mensaje era entonces para los militares? Equivocaron el lugar. En Nino no había un solo militar. Todos los que estaban ahí habían ido al pie de Perón y querían terminar con la dictadura de las botas, los galones y los cuarteles. Además, insisto, la furia con que la consigna era voceada asustó a quienes luego la vieron por televisión. Porque la tele la pasó decenas de veces. Casi opaca la reunión de Nino. Porque esa reunión era adentro y los belicosos de la consigna que largara Perón en el más irrecuperable de sus discursos (al que luego no fue consecuente) estaban afuera. Lo único que tenía la tele para grabar era la imagen de esos poseídos que prometían muertos y sangre. Era una mezcla rara que luego haría eclosión. Perón tenía una Argentina y un proyecto dentro de Nino y otro afuera. Creo que esto se aproxima más a la verdad. Sobre todo si pensamos en lo que luego ocurrió. Lo que los muchachos pretendían: apoyar a una (en la que poco creían, la Argentina de Nino) con la otra (que era la que, no dudaban, los llevaría a la revolución) no podía durar. Perón, al día siguiente de Ezeiza, abortaría por completo la consigna del "cinco por uno" que raramente volvería a cantarse. Como sabemos: la consigna podría no cantarse, pero de ahí a cantar las "veinte verdades" que Perón proponía había una distancia gigantesca. Perón tuvo una enorme responsabilidad en este desajuste. Bastará recordar que la frase acerca de "tomar el Poder durante el primer mes" salió de su boca. Antes de Ezeiza, claro. ¿Qué esperaba que entendieran las formaciones especiales y los militantes por esto? ¿Qué consigna correspondía llevar al frente para tomar el Poder en un mes? ¿La novena verdad de las veinte? "¿La política no es para nosotros un fin, sino sólo el medio para el bien de la Patria, que es la felicidad de sus hijos y la grandeza nacional?" ¡Vamos, general! ¿A qué jugamos? ¿Qué quiere decir eso? ¿Todos somos hijos de la patria o la patria está llena de hijos de puta? ¿Qué es la "grandeza nacional"? Hasta ahora fue la de los oligarcas, los monopolios, los militares, la Iglesia y las corporaciones extranjeras. ¿Qué hacemos con esa gente? ¿Se van a sumar a la patria grande con hegemonía de los trabajadores y bajo su liderazgo? ¿Qué es *el bien de la patria*? ¿La idea del *bien* de la patria que tiene Lanusse es la misma que tiene usted? ¿Nosotros? ¿O acaso el *bien* para nosotros es la perfecta idea del *mal* que ellos tienen y viceversa? ¿Qué es la Argentina, general? ¿Qué es América latina y el Tercer Mundo? ¿Una sucursal de Disneylandia con algunos toques leves de pobreza?

Además, como bien se sabe, se vivía un clima insurreccional, levantisco. Que el Cordobazo, que el Rosariazo, que el Mendozazo, que los díscolos correntinos. De acuerdo, luego del Mendozazo, un mendocino me mostró su boleta de la luz. Había una suma tachada y abajo otra menor. "¿Ve? Aquí está el resultado del despelote que hizo todo el pueblo de Mendoza. ¡Tuvieron que bajar la luz!" Eran reivindicaciones parciales. ¿Hasta qué punto avanzarían? ¿Se convertirían en totales, en revolucionarias? ¿No habría que ir de a poco? Oigan bien, este pueblo, nuestro glorioso pueblo, cada vez que sonaba una bala, cada vez que había un despelote o declaradamente un golpe tenía una sola consigna para todo el mundo, reiterada a lo largo de los años: "Hay que comprar fideos". O sea, a guardarse en casa y a comer pastas hasta que todo pase. Sí, claro: la clase media. Siempre la clase media. Pero, ¿hasta que qué punto se puede hacer una revolución en la Argentina sin la clase media? Con los pulgares en los bolsillos de los pantalones (actitud que compartía con Balbín) Illia dijo más de una vez: "Una gran clase media nos protege del comunismo". Nadie niega que en esa época (de grandes triunfos populares que empujaban a la acción directa, olvidando que habían sido *populares* y no foquistas) ocurrían hechos sociales y políticos excepcionales. Con enorme torpeza, Roberto Marcelo Levingston (un hombre con el carisma de un alicate o, a lo sumo, de un rayador de pan), ante disturbios que amenazan de nuevo la paz de la gran provincia mediterránea envía a un interventor. Que asuma la gobernación y que haga imperar el orden en esa provincia arisca, revoltosa. Hay (aunque Levingston no lo haya registrado) un inconveniente. El hombre al que ha enviado lleva por apellido *Uriburu*. Se llama –no se rían– doctor José Camilo Uriburu. Asume el 1° de febrero de 1970. Al año siguiente del *Cordobazo*. El hombre (algo que lo enorgullecería) era sobrino de José Félix Uriburu, el defenestrador de Yrigoyen, el amigo de Lugones, el fusilador de Di Giovanni, el que le dijo a Lugones (h.): "Dale nomás con la picana. Sos un genio, che. Haber inventado eso. No hay caso, somos grandes los argentinos. El colectivo, el dulce de leche y ahora la picana. ¿Quién nos quita nuestro lugar en la historia grande de la humanidad?". Con esa fatuidad a cuestas, don José Camilo asume la gobernación y se manda una de las grandes frases del siglo XX argentino: en Córdoba (afirma) "*se anida una venenosa serpiente cuya cabeza quizá Dios me depare el honor histórico de cortar de un solo tajo*". ¿Qué es lo que torna ridícula la frase? El contexto en que se pronuncia. A un año (como dijimos) del Cordobazo, con el país alzado, con la clase obrera cordobesa en estado de beligerancia, esa frase era ridícula. Se puede decir cualquier cosa en política. Siempre que uno tenga el poder para sostenerla. El 24 de marzo del '76, Videla pudo haber dicho con entera serenidad la frase de don José Camilo. Habría sonado no ridícula sino temible. Pero el salame este, con ese apellido que era un agravio para las tradiciones de lucha de los obreros cordobeses, se equivocó feo. Muy despierto no ha de haber sido el hombre. Se armó el gran despelote. Pero observemos su composición de clase: Sitrac-Sitram ocupan las fábricas automotrices. Hay luego una manifestación de obreros. Hay, también, represión. Hay un muerto, un obrero: Adolfo Angel Cepeda. Hay un funeral. Hay, en el funeral, más de 7000 personas. La CGT da el golpe de gracia: declara un paro general *activo*. Será el 15 de marzo en la Plaza Vélez Sársfield. Gana posiciones en el ámbito gremial Agustín Tosco, con lo que todo se torna más duro, menos negociable, sin retorno. El paro de la CGT es violento. Se incendian autos. ¡46 autos (hasta incluso camiones) incendiados! Se rompen los vidrios de montones de negocios. (No necesariamente extranjeros. No: negocios. Si habré conocido esos "negocios". Si habré conocido las "opiniones" de sus dueños. Estarían llenos de fideos hasta en el baño. Ca –si se me permite– garían fideos.) Y lo peor. Lo que ningún régimen tolera de los obreros: *barricadas.* Angel Solari –cuando el golpe de Menéndez de 1951– le dijo a Perón: "Lo que empañó nuestro triunfo, general, fue la actitud de los grupos obreros que armaron barricadas. ¡Barricadas, general! La represión a los militares insubordinados era un asunto estrictamente militar". Pero aquí no: aquí están los obreros combativos, los mecánicos de la calle 27 de Abril, los muchachos vigorosos de René Rufino Salamanca, y los de Tosco y los de Atilio López. El *evento* se gana un nombre: el *Viborazo*. Más de 20 horas los obreros peleando en la calle. La frase de Uriburu les había resultado intolerable. A don José Camilo todo le salió al revés: no le cortó la cabeza a la víbora, la víbora se la cortó a él. Y tal cual: *de un solo tajo.* (*Nota*: Durante esos días de exaltación pensé escribir una novela: *La breve historia de Uriburu el Breve.* No pude. Pienso, siempre, que es un gran tema. Revela la torpeza del Poder. La necedad de un pobre tipo con un apellido nefasto. Una frase que es la quintaesencia de la fobia antimarxista. La lucha obrera en las calles. Y el raje final del gobernador. Tendría final feliz y todo.) En suma, el pomposo, el patético José Camilo Uriburu renuncia el día miércoles 17 de marzo. Había durado del 1° de febrero al 17 de marzo. Algo más de un mes y medio. La revista *La Comuna,* que dirigía David Viñas, publica en tapa una enorme víbora que se devora el uniforme de un militar. El milico, huyendo, grita desesperado: "¡Con el uniforme, no!".

EL PODER DE FUEGO DEL ENEMIGO

Notemos una ausencia: no hay *pueblo* en el *Viborazo*. Está la clase obrera sindicalizada. Una clase obrera con conciencia de clase. Algo que sólo se puede conseguir cuando hay industria, cuando hay fábricas, cuando hay obreros, cuando hay delegados, cuando hay sindicatos, cuando hay ideologías de cambio, revolucionarias. Claro que los obreros son el *pueblo*. O no: la izquierda nos acusaría de populistas si dijéramos algo así. La clase obrera es la clase obrera. El concepto de *pueblo* esconde la lucha de clases en esa mermelada que contiene todo. Sin embargo, en los países de la periferia es arduo, difícil que las rebeliones corran sólo a cargo de la clase obrera. Porque hay poca clase obrera. Están los cabecitas, los peronchos, la clase media baja peronizada, todo eso tiene que sumar. De lo contrario se logra una rebelión exitosa y exultante como el *Viborazo.* Pero, ¿cómo se continúa? De establecerse una Comuna de Córdoba, ¿cuánto habría durado? Aunque nadie se preguntaba esto. La condición de la lucha –en uno de sus aspectos– está en la fe, la esperanza y hasta el entusiasmo de los militantes. *Una conciencia demasiado clara del poder del enemigo lleva a la paralización*. Además, la certeza en la verdad de la propia causa aumenta las fuerzas propias. La Conducción estratégica debe evaluar en qué momento el poder del enemigo es tal que deben abandonarse las acciones en su contra. Hasta qué punto se lo puede atacar confiando no sólo en el propio poder de fuego sino añadiéndole las convicciones del combatiente no mercenario. Esta diferencia –a lo largo de los años– resultó irrelevante. Cuando Osvaldo Bayer –en 1961, creo– le dice a Ernesto "Che" Guevara que las fuerzas represivas son mayores en la Argentina que en la Cuba de Batista, el Che le responde: "Son todos mercenarios". Lo esencial de la respuesta incluía decir: "¿Qué puede un mercenario contra un combatiente adecuadamente ideologizado?". Esta respuesta dejaba de lado que el mercenario no es sólo un mercenario. Sino que todo mercenario está hiperideologizado. Para eso han sido educados en los grandes centros de contrainsurgencia. En cuanto a Córdoba, la insurgente, cinco años después, todo había cambiado. Nadie sale a defender a los gobernadores Antonio Domingo Obregón Cano y Atilio López. Bastó que el jefe de policía, el coronel Antonio Domingo Navarro, se sublevara para tirarlos abajo. Perón restablece el orden en la provincia, pero en lugar de reponer a los legítimos gobernadores acepta su destitución y pone a gente que le resulta más grata. Increíble. O no. Así actuaba Perón. Obregón Cano y Atilio López eran hombres de la JP Regionales. Ya lo veremos en detalle. Por ahora, sólo esto: poco tiempo después se adueña de la provincia el siniestro brigadier Lacabanne y consolida y da rienda suelta a la Triple A. Del Cordobazo, ni las cenizas. En suma, *¿existe un pueblo cordobés*? Córdoba, en 1955, es el baluarte del alzamiento contra Perón. *La Voz de la Libertad* de Córdoba es la radiosímbolo del alzamiento. Se le rendirá culto por años. Luego Córdoba es el centro de las rebeliones obreras y estudiantiles. El Cordobazo. El Viborazo. "Usted conoce nuestro problema", me decían los empresarios cordobeses. "Un sindicalismo duro impide los buenos negocios. Pronto, nos van a perder la confianza. ¿Quién va a invertir en Córdoba con el marxismo en las fábricas?" Ahí se planta también el grupo de la revista *Pasado y Presente,* en Córdoba. En el número de marzo de 1973 nos lanzan un saludo de unidad: "Adherimos a los que desde el peronismo impulsan la consigna *Gobernar es movilizar*". Eran, entre otros, Pancho Aricó y Juan Carlos Portantiero. (*Nota*: ¡Estos sí que volvieron cambiados del exilio! Sobre todo, según muchos saben, el Negro Porta. A fines de 1985, alguien le pregunta: "Negro, entonces ¿no somos más revolucionarios?" "Conservadores y de centro", responde el Negro, que tenía humor. Aricó, cierta noche, en el bar que había al lado de la Gandhi cuando aún no estaba en Corrientes, se pone a cantar *La Internacional*. Con entusiasmo juvenil decía eso de ¡burgués, atrás, atrás! Portantiero me mira, pone los ojos en blanco y se muerde los labios. Escribió el *Discurso de Parque Norte*, del que juraría Alfonsín no entendió nada. Y muchos otros. A fines de los noventa –donde toda agachada parecía permitida– presentó un libro de Mariano Grondona. Si alguien quiere un atenuante: Grondona se había disfrazado de gran demócrata durante la década riojana. Se lo veía convincente. Todos iban a su programa. Pero, Negro, ¡presentarle un libro! Además, ¡la basura de libro que habrá sido! Antes, dio un par de valiosos seminarios sobre Gramsci. Sufrió mucho la muerte de Aricó. Y poco tiempo después se fue él. En el acuerdo o en la discordancia, gente valiosa. Ahora, para qué negarlo: de un antiperonismo empecinado. "El tercer Perón era mucho menos fascista que el segundo", dijo en una cena a la que me sumaron amablemente los del Club Socialista cierta vez que di una charla ahí. Hasta con Oscar Terán hablamos esa noche como los viejos compañeros de facultad que habíamos sido. En el '74, el Negro Porta defendió lúcidamente el llamado *desorden* universitario que señalaba la derecha fascista para intervenir los claustros. Dijo más o menos: "Toda nueva creación implica el quiebre de un orden y la implantación de otro. Este pasaje sólo puede hacerse en medio de una etapa de desorden fecundo, creativo". En 1973, en el número de *Pasado y Presente* que mencioné, donde tiraron lazos de unidad hacia nosotros, los de *Envido* (lo que significa que, en ese momento, no era antiperonista, pero ¿podían existir peronistas más aceptados por la izquierda que nosotros?), escribió largamente sobre una consigna revolucionaria: *La centralidad en la fábrica*. El exilio le cayó mal. Volvió cambiado y terminó poniendo su talento, que era mucho, al servicio del brillo intelectual de Grondona, que no existe. Ahora, como todos los que se fueron, está en la memoria de quienes lo quisieron y en el talento que late en algunas de sus mejores páginas. Si hasta tiene un libro sobre literatura argentina, que escribió de muy jovencito.) Pero eran parcialidades. No existe un pueblo cordobés, de aquí las distintas políticas que haya expresado en pocos años de historia.

OJO, EL EJÉRCITO TODAVÍA NO SE PUSO EN SERIO CONTRA LA GUERRILLA

Pero en 1969 y en 1970 produjo dos hechos poderosos, que exaltaron el ánimo de la militancia: el Cordobazo y el Viborazo. *El país estaba en estado de asamblea*. Los yankis se hundían en Vietnam. Los franceses los habían precedido en

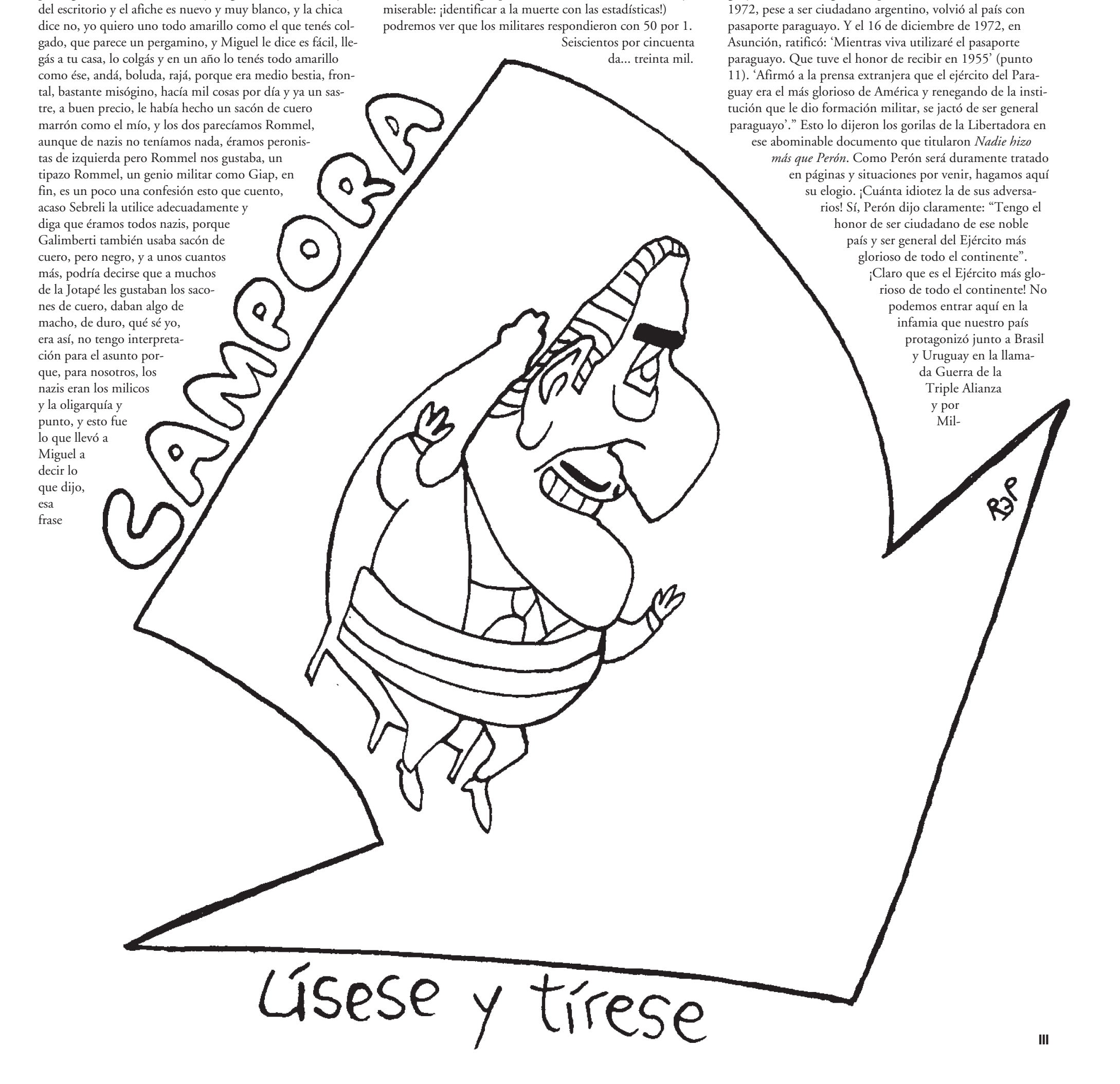
Argelia. Castro, el político y el revolucionario. El que humilló a los yankis en Bahía de Cochinos. El Che y su martirio en Bolivia: el ejemplo de un guerrero que se juega hasta morir. Mao y esas frases deslumbrantes de *El Libro Rojo*: "Miles y miles de mártires han ofrendado heroicamente su vida en aras de los intereses del pueblo. ¡Mantengamos en alto su bandera y avancemos por el camino teñido por su sangre!" (24 de abril de 1945). Se estaba en plena Guerra Fría y la Unión Soviética era una gran potencia y metía miedo la posibilidad de un respaldo a la subversión en América latina, algo que los rusos nunca hicieron, algo que provocó la ira de Ernesto Guevara, pero *algo que podía cambiar como cambian tantas cosas*. El concepto de "Tercer Mundo" estaba de moda y se basaba en sostener que la lucha primordial era contra el imperialismo (y "sus aliados locales", añadían los más belicosos). Estaba, además, Torrijos en Panamá. Juan Velazco Alvarado en Perú (la célebre "Revolución Peruana"). Juan José Torres en Bolivia. Y por supuesto: "la vía pacífica al socialismo" que encarnaba en Chile nada menos que Salvador Allende. Y una *verdad que nadie negaba* y que daba aliento a toda una época: *el mundo marcha al socialismo*. Entre tanto, sólo mi amigo Miguel Hurst, que editaba *Envido,* que tenía siempre los dedos manchados de tinta porque él manejaba la impresora, que editaba también las clases de las Cátedras Nacionales, que en su librería *Cimarrón* tenía colgados, para vender, afiches de Felipe Varela, de Rosas, del Chacho Peñaloza, de Perón, que una vez una chica le pidió uno de Varela que llevaba largo tiempo colgado donde ahora estaba y Miguel saca uno de abajo del escritorio y el afiche es nuevo y muy blanco, y la chica dice no, yo quiero uno todo amarillo como el que tenés colgado, que parece un pergamino, y Miguel le dice es fácil, llegás a tu casa, lo colgás y en un año lo tenés todo amarillo como ése, andá, boluda, rajá, porque era medio bestia, frontal, bastante misógino, hacía mil cosas por día y ya un sastre, a buen precio, le había hecho un sacón de cuero marrón como el mío, y los dos parecíamos Rommel, aunque de nazis no teníamos nada, éramos peronistas de izquierda pero Rommel nos gustaba, un tipazo Rommel, un genio militar como Giap, en fin, es un poco una confesión esto que cuento, acaso Sebreli la utilice adecuadamente y diga que éramos todos nazis, porque Galimberti también usaba sacón de cuero, pero negro, y a unos cuantos más, podría decirse que a muchos de la Jotapé les gustaban los sacones de cuero, daban algo de macho, de duro, qué sé yo, era así, no tengo interpretación para el asunto porque, para nosotros, los nazis eran los milicos y la oligarquía y punto, y esto fue lo que llevó a Miguel a decir lo que dijo, esa frase que amargó o preocupó a todos quienes la escucharon, porque Miguel dijo:

–Ojo, el Ejército todavía no se puso en serio contra la guerrilla.

O sea, no se entusiasmen tanto. Hay muchos que no quieren que el mundo marche al socialismo. Y todos –*pero todos*– ignorábamos hasta qué punto se había preparado ya el Ejército Argentino para las luchas de contrainsurgencia, todo lo que había estudiado, con los mejores maestros, los más grandes torturadores, los más grandes asesinos, tanto de la Escuela Francesa como de la Escuela de las Américas. Sobre todo de la Escuela Francesa. La Escuela Francesa llega ya en 1957, bajo el gobierno de la Libertadora. Poco después se crea el *Curso interamericano de lucha antimarxista,* que dirige nuestro conocido general, entonces coronel, Alcides López Aufranc, al que Emilio Fermín Mignone escuchara decir que los 23 delegados fabriles que importunaban a los patrones "ya están todos bajo tierra" en mayo de 1976 (*estos eran los subversivos que mataban los militares del "Proceso"*). López Aufranc también dirá, algo jocosamente, que los norteamericanos estaban "celosos" porque ellos elegían a los franceses. ¡Es que la Argentina es así! La París de América latina. Trataremos cuidadosamente este tema porque impresiona la paralela preparación del Ejército con los mejores instructores en contrainsurgencia, en tanto jóvenes con precarias conducciones militares y políticas voceaban rabiosamente: "Cinco por uno, no va a quedar ninguno". Si calculamos las bajas que ocasionó la guerrilla en alrededor de 600 (aunque la derecha las lleve a 1500, algo que, como veremos, es insustancial y miserable: ¡identificar a la muerte con las estadísticas!) podremos ver que los militares respondieron con 50 por 1. Seiscientos por cincuenta da... treinta mil.

PERÓN, GENERAL DEL EJÉRCITO MÁS GLORIOSO DE AMÉRICA, EL PARAGUAYO

El 25 de noviembre, Perón ofrece su única conferencia de prensa. La da en el restaurante Nino, la da para los corresponsales extranjeros y se televisa para todo el país. La vi tan atentamente que podría citarla de memoria. Se ha publicado en unas *Obras completas* de Juan Perón pero tiene muchos errores y faltan algunos pasajes importantes. Vamos a lo esencial. Alguien le pregunta (medio reprochando) por qué ha viajado con pasaporte paraguayo. Perón se despacha con una de las mejores respuestas de su vida: "Porque para mí el Paraguay es como si fuera mi propia patria. *Tengo el honor de ser ciudadano de ese noble país y ser general del Ejército más glorioso de América*". Bravo, Perón: usted, aquí, general, estuvo brillante. Dio vuelta de un solo golpe toda la mentirosa historia liberal oligárquica de este país construido sobre grandes mentiras y grandes olvidos. Pero... ¡para qué! En ese documento torpe y hasta risible que publica la *Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora* en febrero de 1973, con la esperanza de lograr que los jóvenes que se han volcado al peronismo aprendan a conocer "la verdad" sobre el "monstruo" al que siguen y que logró el perfecto efecto contrario por el odio, los prejuicios de clase, raciales, sexuales y de todo tipo, por la impresionante acumulación de boberías gorilas reunidas todas en un solo texto (que, a doble página, se publicó en *La Razón, La Nación* y *Clarín*), se dice lo siguiente: "Devolvió al Paraguay los trofeos de guerra" (punto 5). "En noviembre de 1972, pese a ser ciudadano argentino, volvió al país con pasaporte paraguayo. Y el 16 de diciembre de 1972, en Asunción, ratificó: 'Mientras viva utilizaré el pasaporte paraguayo. Que tuve el honor de recibir en 1955' (punto 11). 'Afirmó a la prensa extranjera que el ejército del Paraguay era el más glorioso de América y renegando de la institución que le dio formación militar, se jactó de ser general paraguayo'." Esto lo dijeron los gorilas de la Libertadora en ese abominable documento que titularon *Nadie hizo más que Perón*. Como Perón será duramente tratado en páginas y situaciones por venir, hagamos aquí su elogio. ¡Cuánta idiotez la de sus adversarios! Sí, Perón dijo claramente: "Tengo el honor de ser ciudadano de ese noble país y ser general del Ejército más glorioso de todo el continente". ¡Claro que es el Ejército más glorioso de todo el continente! No podemos entrar aquí en la infamia que nuestro país protagonizó junto a Brasil y Uruguay en la llamada Guerra de la Triple Alianza y por Mil-



cíades Peña Guerra de la Triple Infamia. Sarmiento llamaba al Paraguay la "China de América". Y proponía que así como Inglaterra había abierto a la cerrada China a cañonazos para integrarla a la "civilización", debíamos nosotros barrer con el Paraguay de López, ese dictador, para integrar al Paraguay a la "civilización" de América latina. Así se hizo. Hoy, en el siglo XXI, somos testigos de lo progresiva que fue la "civilización" que los porteños y los ingleses y los franceses trajeron al Plata. Y a todos los países coloniales. Lejos de iniciarlos en la senda del "Progreso", los condenaron al atraso permanente. ¿Cuál fue el "Progreso" del colonialismo y del neocolonialismo? Buenos negocios para los países metropolitanos, materias primas baratas y atraso y monocultivo para los países "nuevos". El tema de la "razón técnica" (Heidegger) o la "razón instrumental" (Adorno y Horkheimer) deberá ser aplicado para una nueva lectura del siglo XIX en la Argentina y de su desarrollo posterior. Pero la canallada se cometió con el Paraguay. López había iniciado un desarrollo autónomo. Con ingenieros extranjeros bajo control paraguayo. Tenía ya un pujante proyecto de modernización. Era un peligro para Inglaterra. Y que nadie venga a decir que usamos a Inglaterra como el "cuco externo" de los revisionistas. Cállense la boca. *Todos los países que se formaron en el siglo XIX fueron formados por Inglaterra. Los que fueron destruidos también*. (Esto lo estudié con mi amigo Carlos Torres, que es uno de esos "genios secretos" que hay en este país. No son muchos. Pero Torres, sin duda, pertenece a ese linaje. Cultiva un perfil tan bajo que "no lo conoce nadie". Pero yo lo veo a menudo y me honra su amistad.) Había que destruir al Paraguay de López. Y ahí fueron *tres* países. Y –ése sí– fue el Vietnam argentino. No la triste matanza de unos cuantos guerrilleros en el monte tucumano, que alguien anda llamando en un libro "el Vietnam argentino". No: en Vietnam peleaban dos ejércitos y un país había invadido a otro. Eso no pasó en Tucumán. Sólo se trató de otro penoso desvarío del ERP, que fue fácilmente aniquilado por esos obstinados cruzados de la muerte que fueron los generales Acdel Vilas y Domingo Bussi. Agarraban a los guerrilleros, los torturaban, los mataban, los ataban con alambres de púa y luego los dinamitaban. (*Nota*: "El hombre era ingeniero y se llamaba Peña (...) proveedor de lingotes de cobre, hombre, por consiguiente, de más que aceitadas relaciones con el vecino país de Chile, donde gobierna Pinochet, donde tortura Pinochet, donde asesina Pinochet", cuyos pasos implacables tiene que seguir "este país de sindicalistas ladrones y militantes de la subversión (...) No obstante, sigue el ingeniero Peña, aquí las cosas van por buen camino. Es noviembre de 1975 y 'las cosas', en verdad, van por muy buen camino para los argentinos como el ingeniero Peña (...) En Tucumán, dice, ya casi no queda un guerrillero vivo. Pero no sólo eso, insiste, sonriendo insiste. Porque, dice, tampoco queda ninguno muerto. Después de matarlos los amontonan y los vuelan con dinamita. El ingeniero Peña traza un exiguo círculo con su pulgar y su índice.

"–El pedazo más grande que queda es así.

"Concluye" (J.P.F., *La crítica de las armas*, 2007, Buenos Aires, Editorial La Página, pp. 17/18. Cada día creo más en algo difícil de establecer para un escritor: *La crítica de las armas* es mi mejor novela. Es, al menos, la que yo digo con más fervor que lean a los que me preguntan qué pueden leer de lo que escribí.) El Vietnam de América latina sucedió entre 1865 y 1870, durante la segunda parte de la década en que los norteamericanos (durante la primera) se enfrentaron en la guerra civil entre el Norte industrialista y el Sur algodonero, el Sur del monocultivo. Los tres países aliados, pese a la poderosa defensa paraguaya, fueron ganando la guerra. Pero con terribles derrotas. La de Curupaytí (del 22 de septiembre de 1866) resultó catastrófica para las fuerzas del general Mitre: perdió entre nueve mil y diez mil hombres. Los paraguayos perdieron cincuenta. La guerra queda en manos del Brasil, que la llevará hasta el final. El final es en Cerro-Corá, donde López es derrotado y asesinado. *En esa batalla, como ya no quedaban en el país hombres aptos para luchar, las madres enviaron al frente a sus hijos de siete años u ocho. Y les pintaron bigotes para que parecieran soldados. Para que creyeran que eran hombres.* Los mataron a todos. (*Nota*: Hay que leer la *Historia argentina* de Busaniche o la novela, magnífica, de Eduardo Belgrano Rawson, *Setembrada*. Escrita con prosa sonora, rica en metáforas y adjetivos exactos, la novela de Belgrano plantea abiertamente la destrucción del Paraguay como el Vietnam de América latina. En este caso, Vietnam fue arrasado. No porque Solano López no fuera Giap, sino porque los ejércitos de los cobardes atacantes fueron armados con la artillería más sofisticada que la modernidad europea había construido hasta el momento.)

LA DERECHA NO ES INTELIGENTE, SÓLO SABE DECIR QUE LA DESIGUALDAD ES JUSTA

Se comprende el escándalo que ocasiona la declaración de Perón. Insistamos también en la lucidez de Perón en este punto. Lejos de andar con patrioterismos mediocres y pretender defender lo indefendible (la política de Buenos Aires, llevada a cabo por el general Mitre, y terminada por Sarmiento), se sincera abiertamente. Ese Ejército es el más glorioso porque peleó contra nosotros, los uruguayos (olvidados de Artigas y totalmente digitados por la diplomacia británica) y el Brasil (más digitado aún). Y peleó hasta el último hombre. Y su jefe, el mariscal Francisco Solano López, murió peleando en Cerro Corá, al estilo Salvador Allende, contra el expansionismo de la "civilización occidental". "Lanusse –escribe Bonasso–, que debía sentirse heredero de Mitre, rechazó el 'insulto' al Ejército Argentino en un radiograma a las guarniciones" (Bonasso, *Ibid*., p. 444). ¡Qué tontería se mandó el Cano! Pedirles perdón a las guarniciones por el insulto de Perón, pedirles que toleren ese agravio. Entre tanto, la juventud peronista se reía a más no poder. Todos conocían de sobra la cuestión del Paraguay. Había salido poco tiempo atrás el libro de León Pomer, *La guerra al Paraguay, ¡gran negocio!* Estaba el excepcional análisis de Milcíades Peña en *La era de Mitre: De Caseros a la Guerra de la triple infamia.* Estaba *Proceso a la Guerra del Paraguay*, de Editorial Caldén, que recopilaba escritos de los "hombres de Paraná": Olegario Andrade, Carlos Guido Spano, Juan Bautista Alberdi, José Hernández en contra de la guerra inicua. Estaban los escritos de Pepe Rosa. Y los del glorioso José Luis Busaniche, que no era revisionista ni marxista, sino un hombre honesto, sencillamente un hombre honesto que veía descarnadamente las cosas y condenó con más indignación que nadie esa guerra que injurió a este país y que ahora Lanusse defendía ante las guarniciones. El escrito de la Comisión de la Revolución Libertadora también. Ese escrito, pensemos sólo esto, era de una torpeza increíble: volvía a decirle a una generación de jóvenes todas las oscuras historias que sus padres o todo el poder del régimen gorila les decía desde 1955 y había hecho de ellos lo que ahora eran. ¿Qué pensaban conseguir repitiendo (a quienes ya estaban hartos de oírlo) todo el credo del gorilismo? Hay una respuesta. *La derecha no es inteligente. Todo su discurso se reduce a decir que la desigualdad es justa. Que la igualdad es comunismo o subversión. Que debe haber pocos ricos muy ricos que gobiernen. Y muchos, cada vez más pobres, que sean gobernados, que se sometan al poder. Eso es todo*. No tienen más ideología. El resto es represión (en sus miles de formas, que incluyen, como bien analiza Foucault, la represión ligada al placer, al entretenimiento), poder mediático y poder militar, que puede estar delegado, como hoy, al Imperio Global que todo sostiene: Estados Unidos. No hay que reflexionar mucho para defender esos valores. No hay que pensar demasiado. Por eso son torpes ideológicamente. Y también por eso recurren tan habitualmente a la violencia.

LANUSSE, "LAS ARMAS NO LAS TENEMOS DE ADORNO"

Lanusse seguía enojado. No quería saber nada con levantar la cláusula proscriptiva del 25 de agosto: Perón no había estado en el país antes de esa fecha, ergo no podía ser candidato. El Cano se nublaba cuando perdía el control. A él le convenía que Perón fuese candidato. Pero, durante esos días, se negó: "Ese señor podrá ser o hacer o pretender hacer lo que quiera, menos presidente de la República en el futuro". Días después la embarró peor. Fuera de sí, farfulló: "Y que no me busquen porque me van a encontrar. Nosotros, las armas no las tenemos de adorno". Frase de la que –inexplicablemente– algunos se rieron. Y hasta se dijo que el más divertido fue el propio Perón. *Pero fue una frase presagiosa*. Grave fue que nadie la tomara en serio. "*Nosotros, las armas no las tenemos de adorno*". Si se mira esta cuestión con cierta lejanía todo revela su rostro absurdo y siniestro: ¿por qué tiene que existir una casta que *tenga las armas*? ¿Por qué la sociedad burguesa se ha organizado inalterablemente sosteniendo a una organización armada, el Ejército? *Porque no tiene razón*. *Sencillamente: no tiene razón*. Lo que sostiene, la desigualdad, el poder de unos sobre otros, la riqueza de pocos, la pobreza de muchos, no es justo. *Eso no es ni puede ser la justicia.* Será el Poder, pero nunca la Justicia. Al no ser la Justicia, requiere de una poderosa corporación armada (a la que hará participar de sus privilegios y educará de acuerdo a sus valores, basados todos en la legitimidad de esos privilegios) que la defienda cuando los subalternos pretendan ser algo más de lo que son. A eso le llamará *alteración del orden*. Su orden es *su* orden. Pretender alterarlo es el más grave delito que puede cometerse. Ya está. El mundo –esencialmente– es así.

En la conferencia de prensa de Nino alguien le pregunta a Perón su opinión acerca de John William Cooke. Perón responde: "Fue un eminente argentino". Esta es la exacta palabra que usó: *eminente argentino*. La Jotapé se puso orgullosa. De inmediato, Perón dijo: "Algunos opinaban que era muy izquierdista, pero teníamos a otros, como Remorino, que eran demasiado derechistas". Alguien le hace una pregunta insólita: "El general Lanusse dice que todas las noches reza el *Padrenuestro*, ¿usted también?". Perón lo mira impávido. Responde: "Sí". Y con su sonrisita más jodona y gastadora añade: "¿Por qué no?" Ahí sí me reí con ganas. Qué viejo ladino. Su respuesta era: "¿Por qué no voy a hacer esa boludez que hace el general Lanusse si tengo ganas? Además, jovencito, usted no me va a hacer decir en este país que no rezo el Padrenuestro todas las noches porque todos van a decir que es por eso que hice incendiar las iglesias". En otra oportunidad, en la puerta de Gaspar Campos, un periodista le pregunta una huevada con mala onda, tramposa. Perón lo mira de soslayo y luego pregunta: "Joven, ¿usted sabe navegar?". "Sí", responde algo aturdido el periodista. Perón hace un gesto con la mano, como el que le indica a otro que se vaya lejos. Y dice: "Entonces navegue, navegue y después... vuelva". Aprendé a vivir un poco, otario, antes de pretender hacerme preguntas tramposas a mí, a Perón. Creo que el periodista entendió.

PERÓN, DIOS NO PUEDE BAJAR TODOS LOS DÍAS A LA TIERRA

La cuestión de la candidatura apremiaba. Perón no podía ser. Lanusse no había eliminado la cláusula proscriptiva. Raro, porque después dirá en sus memorias que él quería la presidencia de Perón. Y, en verdad, si su juego es el que uno cree más inteligente debió implicar esa candidatura: el desgaste total de Perón. Y Perón debió saber que él tendría que ser –tarde o temprano– presidente. Todo ese cuento que lo presentaba como el gran factor de unidad de América latina era un disparate. ¿Perón se iba a rajar a unir América latina y Cámpora, rodeado por la Tendencia, iba a gobernar el país? O alguien estaba loco o los tantos seguían muy confusos. Hubo cosas que se dirimirían bruscamente en los meses por venir. A Perón, en 1972, no se lo ve aún muy decidido por la presidencia. De ahí que salga la fórmula Cámpora-Solano Lima. Perón tenía un gran miedo. Y muy razonable: "Si Dios bajara todos los días a la Tierra –solía decir– no tardaría en aparecer un tonto que le faltara el respeto".

En esto no se equivocaba el general paraguayo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Fenomenología de la lealtad

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

69 **Fenomenología de la lealtad**

Suplemento especial de
Página|12

CÁMPORA, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Aunque la consagración de Cámpora como candidato era la más cristalina, la simple, la evidente, la gente de Rucci decidió patotear el congreso en que la fórmula (manejada por el secretario del Movimiento y el hombre en quien Perón había delegado la tarea, Juan Manuel Abal Medina) sería enunciada. Los enfrentamientos prenunciaban la dureza de lo que vendría. Rucci se aparece con su patota, con su toda su *pesada*. Este hombrecito enjuto, fibroso, era un guerrero temible. Su odio a los "zurdos" (palabra que salía de su boca decenas de veces a lo largo de un día) podía llevarlo a perder el control con excesiva facilidad. Llega al congreso y Abal Medina, que si bien tiene 27 años es uno de esos escasos personajes que ignora qué es el miedo, sobre todo el miedo físico, se le acerca con serenidad. Rucci dice:

–Nos vamos a pelear.

Abal le entrega una respuesta notable:

–¿Por qué? Si somos amigos.

Una gran respuesta "peronista". Somos todos amigos en el peronismo, somos todos soldados del mismo conductor, seguimos la misma causa, lo bueno para uno es bueno para todos. Y, casi metiéndole la trucha en la oreja, murmurando pero advirtiendo severamente, agrega otra joya del peronismo:

–Miren que tenemos más gente y más fierros. Si entran van a perder y va a ser un desastre para todos.

Miren que tenemos más gente y más fierros. Sólo la interna de este congreso justicialista daría para trazar, desde su entraña, un diseño del siempre latente caos peronista, que es el siempre latente caos de la Argentina. La patota de Rucci se retira ante una orden del petiso bravucón, que sale mordiendo puteadas y sobre todo puteando al pendejo ese, ese Abal Medina que puso Perón, que es un zurdo de mierda y hermano de un guerrillero, nada menos el que lo boleteó a Aramburu. Pero Abal se le reúne en un bar de la calle Charcas, en una esquina, y ahí negocian. Lo que Rucci no puede dejar de aceptar es lo que Abal Medina le restriega una y otra vez por su impecable cara de orto: "A Cámpora lo puso Perón. Y en el Movimiento lo que rige es el principio de *verticalidad*. Sin *principio de verticalidad* no hay Movimiento". Rucci se manda a guardar, él y la patota. Abal Medina regresa al congreso. Hay un comunicado de Perón. Acaba de llegar. Insiste en que él no quiere ser candidato y en que se sigan las instrucciones "del compañero Abal Medina". La bronca de Rucci es porque ve en Abal Medina a un socio político de la Jotapé. Ese respaldo de Perón expresa lo que el Jefe hacía en ese momento. Darle dinamismo al ala dura. Se venían momentos de gran activismo, de movilización intensa y eso lo garantizaría la juventud. Rucci, Miguel y Coria tenían demasiados intereses que cuidar y muchos de ellos estaban mezclados con los del régimen. Ni hablar los de Coria, conciliador de alma.

La cuestión es que en la madrugada del sábado 23 de diciembre el secretario general del Movimiento Justicialista, que lo único con que contaba era (lo que no era poco) con la bendición del "sabio dedo" del general, proclama en el congreso:

–Propongo como candidato a la presidencia de la República al compañero don Héctor José Cámpora.

LA LEALTAD Y LA FIESTA DEL TRABAJO

¿Qué hora es, Camporita? Es la hora de Cámpora. A partir de ese momento se transforma en "el Tío". ¿Qué viene después de un Padre? ¿A quién se recurre si el Padre no está? Al "Tío". Cámpora es el Tío y es el hombre más leal al Padre. La sinonimia Cámpora-Lealtad queda establecida. Trabajemos, entonces, ese concepto: el de *lealtad*, central en el peronismo, ideológica y organizativamente.

La juventud peronista (sobre todo a partir de su estructuración como *Tendencia Revolucionaria* o *Juventud Peronista Regionales*, es decir: a partir de la hegemonía de Montoneros) introduce en la historia del movimiento una novedad absoluta: *la negación del concepto de lealtad*. Que puede ser tanto el de traición como el de desobediencia. Es, en todo caso, el de no obedecer los lineamientos del líder. El de enfrentarlos. Este acontecimiento se produce abiertamente el 1° de mayo de 1974, en la plaza pública, en el clásico espacio de reunión *identitaria* del peronismo. Los Montoneros, ese día, van a quebrar esa identidad. Tiene que haber sido sorprendente para Perón. Nadie lo cuestionó durante sus primeros nueve años de gobierno. La "lealtad" funcionó impecablemente. Luego, durante la etapa del exilio, se podrían mencionar los intentos del *neoperonismo* vandorista. Del peronismo sin Perón. Sólo tenues balbuceos comparados con los insultos de Montoneros. Vamos a partir de aquí: del *insulto*. No es posible imaginar mayor deslealtad que la desobediencia seguida de la agresión verbal. Hay una consigna que se vocea el 1° de mayo de 1974. Se cita poco. O no se quiere citar o no se cita como es. Aquí entramos siempre en un campo conjetural. El de los "poseedores de la verdad". Como somos todavía demasiados los que estuvimos presentes en determinadas coyunturas decisivas del '73/'74 (etapa sobredeterminada, complejísima, dolorosa, trágica, plagada de cadáveres) se producen algunas controversias acerca de qué decía tal o cual consigna. Sobre las más conocidas del 1° de mayo hay acuerdos acerca de casi todas. Pero la más agraviante, la que algunos se niegan a creer cuando hoy la escuchan es la que tiene, hasta donde yo sé, dos versiones. Dicté, en 2007, un curso bajo el título de *Qué es el peronismo*. Había varios viejos militantes, con sus historias, con sus amigos muertos, con el terrible fracaso generacional a cuestas. *Habían estado en todos lados*. El argumento "yo estaba ahí" lo esgrimían toda vez que levantaban la mano para opinar. Yo siempre propongo que las preguntas se hagan durante los últimos 15 minutos de la clase, así puedo desarrollar los temas preparados. Aquí fue imposible. Varios me corregían una palabra de una consigna: "No, no era así. Era...". Y decían la palabra que ellos recordaban. Una especie de competencia con el profesor: quién tenía más calle en la militancia o recordaba todo indeleblemente por haber estado ahí. Era absurdo e injusto con la mayoría de los alumnos, que eran jóvenes y que habían ido a escuchar al profesor y hasta habían pagado por eso. Todos lo saben: en toda clase o conferencia está el profesional en levantar la mano y preguntar. Raramente pregunta. Lo habitual es que exponga lo que él piensa y al final uno tenga que preguntarle qué quería preguntar. Bueno, son gajes del oficio. En este curso, en la clase sobre el choque entre Perón y la Tendencia Revolucionaria, las cosas salieron un poco de cauce. Parece que hubo un diálogo en que un asistente al curso me dijo que a mí me molestaba que interrumpiera (lo cual era evidente, ya que había pedido que se hicieran las preguntas 15 minutos antes de terminar, algo que no es un capricho: las preguntas intempestivas perjudican la elaborada exposición de las ideas y volver al punto central es, con frecuencia, imposible) y me han dicho, porque yo no lo recuerdo (supongo por este dato la bronca que tendría) que le di una respuesta poco académica: "No, a mí no me molesta que interrumpas. Les molesta a tus compañeros que, aunque te duela, no vienen a escucharte a vos. Pero a mí no me molesta. Francamente me rompe las pelotas". En fin, todo fue caótico durante unos minutos hasta que retornó la calma. Fue fácil hacerlo. Apelando a que –ese 1° de mayo– se jugaban en esa plaza dos concepciones de la verdad desarrollé largamente el concepto de verdad en Nietzsche y en Foucault. Silencio total. Nadie "rompió las pelotas". Nadie sabía un pomo. Pero sobre el peronismo todos saben todo. Todos son grandes peronólogos. Todos estuvieron "ahí". Todos fueron protagonistas o leyeron cosas que nadie leyó o tienen versiones secretas que nadie conoce. La disidencia fue en torno de una consigna que larga la Tendencia y que injuria a Perón en grado extremo. Los montos ya lo habían desobedecido al levantar sus pancartas, sus banderas. Se había pedido: "sólo la bandera argentina". Después reniegan del contenido que el líder le quiere dar al acto. *Que es el tradicionalmente peronista*. El 1° de Mayo es, para el peronismo, *la fiesta del trabajo.* Esto tenía coherencia durante el primer gobierno, durante los años dorados del distribucionismo, de las conquistas sociales. Y es parte esencial de la *identidad* del pueblo peronista. Se iba a la Plaza de Mayo no a luchar. No se seguía la tradición de lucha de los mártires de Chicago. *La clase obrera peronista del '50 era feliz.* El Día del Trabajador era un día de fiesta porque los trabajadores estaban contentos con Perón, con Evita y con el generoso Estado Peronista. Nada lo expresaba como la marcha que cantaba Hugo del Carril: "Esta es la Fiesta del Trabajo/ Unidos por el amor de Dios". El peronismo que Perón proponía en 1974 era un peronismo congelado en esa etapa. No en vano había hablado de la *etapa dogmática.* Que los Montoneros vayan a la Plaza y griten: "No queremos carnaval/ Asamblea Popular" es de una incomprensión grave sobre el movimiento en que quieren estar. No, señores. El 1° de Mayo es, si ustedes lo quieren, Carnaval. ¿O no lo cantaba Alberto Castillo? "Por cuatro días locos que vamos a vivir/ Por cuatro días locos te tenés que divertir." (*Nota*: La mejor película antiperonista, que se ubica entre el final de la Libertadora y los inicios del frondicismo, es *El Jefe*, con un guión de David Viñas que encara una crítica desde la izquierda. Hábilmente toma esta tonadilla de Castillo para definir al peronismo. Un carnaval. Cuatro días locos. Una fiesta. Un jefe mentiroso y débil que abandona a los suyos. El peronismo como una enorme impostura.) Bien, de acuerdo: esto es una fiesta, la fiesta del trabajo, el carnaval feliz de los trabajadores. Todos están felices porque vienen a la plaza a decírselo a Perón, a decírselo a Evita. Esa es la *lealtad*. En el punto 74 del documento de la Comisión de la Revolución Libertadora, *Nadie hizo más que Perón,* se habla de "La medalla de la Lealtad Peronista". Se dice: "Instituyó la 'medalla de la lealtad peronista' para premiar la delación y la obsecuencia". Quédense tranquilos: si alguna medalla se han de ganar los Montoneros no será la de la *lealtad peronista.* Ocurre que no quieren un pueblo feliz. Quieren un pueblo revolucionario.

VEA, VEA, VEA, QUÉ FLOR DE PELOTUDOS

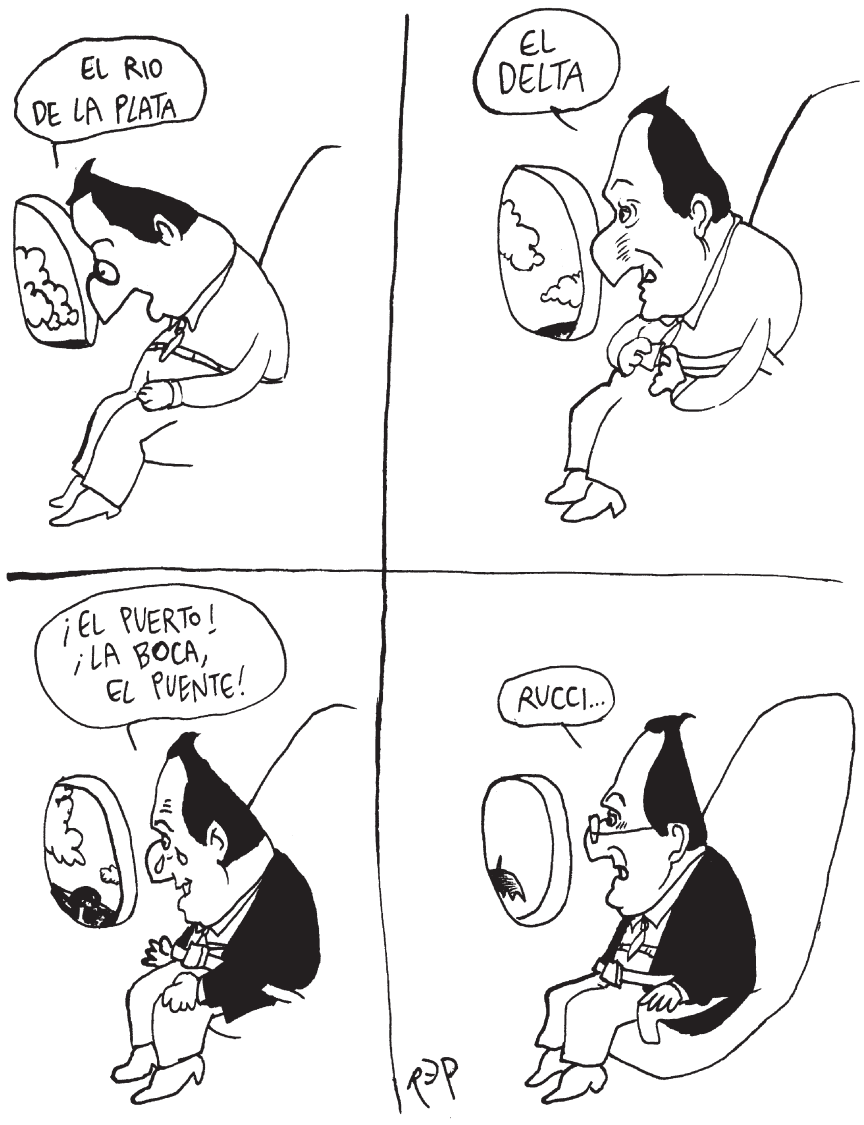
En 1974 era comprensible, tomando el punto de vista de las tendencias de la época, que se pidiera eso, pero sólo un poco, sólo apenas comprensible, porque ya habían pasado los tiempos revolucionarios y la cautela era necesaria. Cualquiera habría debido ver –*luego del golpe en Chile, de la masacre de Pinochet, de la participación evidente de la CIA*– que era necesario poner las barbas en remojo. Y acaso lo más grave es que –en un movimiento como el peronista, que tiene un líder que ejerce la indiscutida jefatura y es el conductor estratégico amado por el pueblo, que le es *leal*– hablar de *asamblea popular* es risible. Es un disparate. ¿De dónde sacaron eso de Asamblea Popular? Pero, ¿quiénes se creían como para pedirle a Perón una Asamblea Popular en la Plaza de Mayo? ¿Quiénes iban a deliberar? ¿Perón desde el balcón y los conductores de "la Orga" desde la Plaza? ¿Perón y el pueblo peronista? El *único diálogo* que se dio en la Plaza del peronismo fue el de Evita y su pueblo –desesperado por conseguir su candidatura a la vicepresidencia– el 9 de julio de 1951. *Nunca hubo otro diálogo*. Salvo alguna respuesta de Perón. La más famosa: "Piden leña, ¿por qué no empiezan a darla ustedes?". Pero ya trataremos esta cuestión del acto "de la ruptura" en su debido momento. Por ahora: el quiebre de la *lealtad*. Y además, el agravio. Cuando Isabel –anunciada por Antonio Carrizo– se dispone a coronar a la reina del Trabajo, los insultos de la Tendencia son potentes, sostenidos. Y en medio del discurso de Perón se recurre a la más dura, la más ofensiva de las consignas. Tiene una peculiaridad notable. Es una consigna autocrítica. Los Montoneros se autocalifican como *pelotudos*. Está bien armada. Es así: "*Vea, vea, vea/ qué flor de pelotudos/ votamos a una puta/ a un brujo y a un cornudo*". Hay otra versión que dijo uno de los infaltables de mi añorado curso del 2007: "Vea, vea, vea, qué manga de boludos/ votamos a una muerta/ a una puta y a un cornudo". Le dije que no era así. Que era la que la que yo decía. Que jamás los Montoneros dirían que votaron a "una muerta" porque, en principio, era un disparate: jamás votaron a Evita. Y porque Evita, para ellos, vivía "en cada combatiente" (*Evita/ presente/ en cada combatiente*). El hombre insistió en afirmar la exactitud de su versión y finalmente dio el fundamento de su "verdad": "Yo estaba ahí". Según parece (me han dicho) yo le dije: "¿Y dónde mierda creés que estaba yo? ¿En el living de mi casa?" (Creo que, al final de ese curso, pedí disculpas por "algunas intemperancias", pero hubo, en verdad, un par de personajes intolerables.) Aquí, el criterio de verdad no puede ser reducido al hecho de haber estado ahí. Yo no escuché la otra versión. Galasso, sin embargo, la da ("votamos una muerta, una puta y un cornudo", que tiene también la inexactitud de restarle el "a", dado que lo que se voceó fue "a una puta/ a un brujo y a un cornudo") pero la extrae de un libro de Andrew Graham-Yool (*De Perón a Videla*). Creo que la consigna que menciona a "una muerta" no tiene sentido político alguno. ¿A qué "muerta" votaron? Acaso hay algo que se me escapa. Pero digo esto sólo para simular modestia. Porque lo de la "muerta" no lo veo ni cuadrado. El trío perfecto que torna "pelotudos" a quienes los votaron (o sea, a los Montoneros) es el trío demoníaco con el que Perón vino al país y que pesará sobre él por toda la eternidad, o por el tiempo que la "eternidad" dure. El trío es el del Brujo, el de Isabel y el de Perón. Que Isabel es "la puta" no es necesario demostrarlo. Se refieren a ella. Pero no por su pasado de cabaretera. No, la idea más precisa es que "la atiende" el Brujo. Que el Brujo hace con ella lo que quiere, también sexualmente desde luego. Lo cual transforma a Perón en "un cornudo". Todo cierra. La consigna tiene coherencia, fuerza y una justeza interpretativa que deberá ser rebatida duramente para doblegarla. Sin embargo, debemos analizar más hondamente la "otra" consigna. Su posibilidad surge de la iconografía utilizada durante la campaña electoral del '73. Se veía la gran cara de Perón, la de Isabel y algo atrás, como iluminando, la de Evita. Puede ser. Yo no la oí. Oí la otra. Tal vez se cantaron las dos. Entonces: ¡guarda, algo más pasó el 1° de Mayo! Si Evita es sencillamente "una muerta", si Evita ya no está "en el corazón" de los militantes (*Con el fusil en el hombro/ y Evita en el corazón*), si Evita ya no está *presente* en cada combatiente, entonces Evita ya no es montonera, Evita está muerta y no puede ser nada, ni siquiera conjeturalmente ("si Evita *viviera*"). Si esto fuera así, los Montoneros, ese día, habrían roto sus vínculos, no sólo con Perón sino también con Evita. Nada podría ligarlos ya al peronismo. Ni siquiera el "pueblo peronista", porque la fe de ese pueblo se canaliza en Evita y en Perón. El costo del "entrismo" fue precisamente ése: *creer en lo que el pueblo creía.* Es la esencia del populismo. Ir hacia el pueblo y aceptar sus creencias. El entrismo de la izquierda peronista fue distinto: *Vamos hacia el pueblo, aceptemos sus creencias y, por medio de la actualización doctri-*

naria, hagamos de esas simples creencias una ideología revolucionaria, incorporándolas al socialismo, por más "nacional" que sea. Pero, si con Perón nos peleamos (abandonamos *su* plaza) y Evita está muerta, el entrismo también ha muerto. Ahora –*y quiero resaltar la importancia de este dato*– los Montoneros devienen *alternativistas.* Y muy pronto –a partir de su militarización– no serán ni eso. Dejarán de ser "peronistas" y serán sencillamente Montoneros. El *Ejército Montonero*. La perfecta culminación político-conceptual de la *orga-aparatista*.

La "bronca" histórica por el Brujo y por la Chabela ha ido creciendo. Siempre fue visible que esto caería sobre Perón. Primero se lo atribuyó a sus debilidades de viejo, de anciano. Pero eso dejó de funcionar. Tenemos mucho tiempo para llegar a una posición definitiva acerca de tan ríspido problema. La cuestión es que la consigna que se largó esa tarde en la plaza (aunque no haya sido la hegemónica, la más voceada) es, desde luego, durísima: "*Vea, vea, vea/ qué flor de pelotudos/ votamos a una puta/ a un brujo y a un cornudo*". O la otra: "*Vea, vea, vea/ qué manga de boludos/ votamos a una muerta/ a una puta y a un cornudo*". Eso, a Perón, se lo gritó en la jeta la Tendencia Revolucionaria. Una *deslealtad* inimaginable. El colmo de la deslealtad. La deslealtad absoluta. ¿La traición? Si el otro rostro de la lealtad es la traición, ¿traicionó la Tendencia a Perón el 1° de Mayo? Y si el líder (en un movimiento de ida y vuelta) debe ser "leal a los anhelos de su pueblo", ¿fue entonces Perón el que traicionó a la Tendencia? Todavía estamos lejos de resolver estas cuestiones. Habrá que explicitar con qué metodología de análisis de la *verdad* nos vamos a manejar. Porque hay aquí un choque de verdades. O de enunciaciones, digamos al modo de Sigal-Verón (*Perón o muerte*).

LA LEALTAD ES LA ARGAMASA QUE DA COHESIÓN AL MOVIMIENTO

Volvamos a esa frase que Perón larga antes de irse al Paraguay. Cuando advierte que se están armando todo tipo de problemas porque no se resuelve la candidatura que habrá de presentarse en marzo del '73. "El sabe que la última palabra habrá de ser la suya, pero entre tanto, presente *en* el país, siente cómo el piso tiembla bajo los pies de todos porque todos quieren lo que otros quieren. Entiende que tiene que alejarse. Y larga esa frase: *Si Dios bajara todos los días a la Tierra no faltaría en aparecer algún tonto que le faltara el respeto*. Claro, general. Váyase tranquilo. Aquí nosotros arreglamos todo. Le habrán dicho gente como Juan Abal Medina o Cámpora o el Bebe Righi (del que hemos hablado poco, pero al que le entregaremos el papel estelar que le corresponde en el momento en que lo tuvo). Pero esa frase debe ser leída hacia *atrás* y hacia *adelante*. ¿No piensa Dios volver a la Tierra? Sí, está en sus planes. ¿No advierte Dios que tendrá que ser presidente si quiere paz entre sus mortales? Debía sospecharlo gravemente. (Estamos leyendo la frase hacia adelante.) Poner de presidente a Cámpora era la más provisoria de todas las elecciones. Lo dijimos: campeón de la obsecuencia en los '50, campeón de la lealtad en los '70. (Recordemos el folleto de la Libertadora. Su desdeñosa frase sobre la "medalla de la Lealtad". Se daba para fomentar la adulonería y la obsecuencia.) A Cámpora se lo había considerado un obsecuente de Perón y de Evita. También hay una leyenda sobre su falta de hombría. La larga Guillermo Patricio Kelly cuando narra cómo se escapan –luego del golpe del '55– de la prisión en el sur y denuncia a Cámpora como el que más miedo tiene, como un llorón, un flojo. En suma, el aura de Cámpora era la de un obsecuente, la de un miedoso y la un de juerguista amigo de Juancito Duarte, lo cual, es cierto, había sido. Ahí está entonces: como el hombre que Perón pone. Ahora bien, estamos en diciembre de 1972 y no poseemos el difícil arte de adivinar el futuro, tan difícil –para qué negarlo– que nadie lo tiene: ¿para qué, exactamente para qué, lo pone a Cámpora? ¿Para que gobierne? ¿O para que gobierne en tanto lo espera, en tanto Dios otra vez baja a la Tierra? Pero, ¿está entonces Dios dispuesto a bajar a la Tierra todos los días? El primer esquema que se larga dice que no. Que Dios va a unir a América latina. Perón andaba desde hacía un tiempo farfullando nimiedades acerca del *continentalismo*. Bien, nadie se tragaba mucho esa palabra. Se prefería: *unidad de América latina*. Sin embargo, al haber lanzado su célebre apotegma *El año dos mil nos encontrará unidos o dominados* (frase que, si bien anticipó a la globalización neoliberal, se tornó patética cuando llegó el año dos mil, pues el país estaba hecho polvo, desunido, el ultraconservador radical Fernando de la Rúa había asumido en diciembre de 1999 y, en cuanto a la *unidad de América latina*, en abril del 2000, una revista de propiedad del menemista y racista Daniel Hadad, de nombre *La Primera*, publica en tapa una nota sobre *La invasión silenciosa*, que se empecina en demostrar –a lo Goebbels– que la Argentina está siendo invadida por inmigrantes del resto del continente, sobre todo bolivianos, ilustrando la nota con la foto de uno de ellos al que le ha pintado un diente de negro para que "el indeseable", "el invasor silencioso", se vea desdentado y sucio, ¡*en ese nivel estaba la unidad latinoamericana en el año 2000*! Ahora usted retorne al lugar en que este paréntesis se abrió, lea la frase anterior y únala a la que sigue:) que había sido recibida por todos como "otra genialidad del Viejo", Perón quedaba habilitado para sus tareas *continentalistas*. En suma, el esquema que se había armado era: Cámpora al gobierno/ Perón de joda por toda América latina. Nadie se tragaba esto. Por más leal que Cámpora fuera iba a terminar por constituir su propio entorno, su propio grupo y, sobre todo, iba a terminar por ser víctima de aquellas influencias a las cuales era más sensible. Para terror de toda la derecha peronista y del Ejército: la influencia más poderosa sobre Cámpora era la de la Juventud Peronista. El "Tío" era "de los muchachos". Bien, algo podemos tener claro: como el pragmatismo de Perón puede llevarlo a tensar la realidad hasta cualquier extremo, es posible que considere que sigue siendo el tiempo de "las piezas duras". Se viene la campaña electoral. "Vean, señores (habrá dicho en alguna secretísima reunión a vaya uno a saber qué preocupados personajes de la derecha, de cualquier derecha, de todas las derechas, políticas, empresariales, militares), en esta etapa que se abre necesitamos del entusiasmo de los muchachos. Ese entusiasmo ya no se encuentra en los mayores. ¡Natural! Hay una razón biológica que lo explica. La juventud no ha perdido fuerzas, no se ha desgastado. Está fuerte, está llena de esperanzas. Necesitamos de ella en estas elecciones. Cámpora se lleva bien con los muchachos. Pues ¡déjenlos! Harán un buen trabajo.



Luego vendremos los hombres de orden, los responsables, los que estamos más allá de entusiasmos tempranos y sabemos cómo son las cosas y nos haremos cargo del gobierno." O sea, minga de *continentalismo*. Perón ya entreveía que no podría librarse de asumir la responsabilidad del gobierno. En ese caso, ¿correría el riesgo del que buscaba protegerse? Gobernar el país era, para Dios, bajar a la Tierra todos los días. O peor, mucho peor: *era estar en la Tierra todos los días*. Si al "bajar todos los días" corría el riesgo de que algún tonto le faltara el respeto, *¿qué riesgos correría al estar en la Tierra, al vivir en la Tierra*? ¿Cuántos tontos le faltarían el respeto? ¿Alguno, muchos, demasiados? ¿No se corría un riesgo aún peor? Que hubiera, por ejemplo, tontos que no respetaban a Dios pero tontos que sí, que lo respetaban. ¿Qué pasaría entre ellos? No perdamos tiempo, lo sabemos: los tontos que respetaban (o fingían respetar) a Dios dirán que quienes no lo respetan no pertenecen a la religión a cuyo frente está ese Dios y decidirán castigarlos. Primero pedirán el castigo a Dios. Luego, que Dios los autorice a castigarlos. Y empezarán las guerras religiosas. ¿Recurrirá Dios a su habitual y muy redituable (en el pasado) procedimiento de conducción? Dios, recordemos, o el Padre Eterno, no se unía a ninguno de los grupos, quedaba afuera. Seamos precisos: ser el Padre Eterno implica la *exterioridad divina*. Dios no es *inmanente* a la Historia humana. Recién en Hegel –que diviniza la Historia– Dios se transforma en inmanencia. Pero Dios es la pura trascendencia. Esa trascendencia de Dios le permite estar lejos de las pasiones humanas y juzgarlas con su infinita sabiduría. Un líder como Perón, que identifica su figura dentro del movimiento con la de Dios, no puede ser inmanente al movimiento. Debe trascenderlo. Dios está *afuera*. ¿Qué es entonces la lealtad? Es aquello que liga a todos con Dios. La *lealtad* es en el peronismo lo que la *fe* en las religiones. Al tener fe en Dios se aceptan sus designios, estemos o no de acuerdo con ellos, nos hagan gozar o nos hagan sufrir, los consideremos justos o injustos. La *lealtad* funciona del mismo modo. *Todos* tienen que ser leales al conductor. El conductor, en exterioridad, otorga unión, armonía a un movimiento en sí mismo caótico. La *lealtad* es la argamasa que estructura al movimiento, que lo torna *uno*. Voy a citar el gran texto que Perón desarrolla en *Conducción política.* Porque expresa lo que se dañó en Ezeiza. Lo que se quebró.

FILOSOFÍA DEL "PADRE ETERNO"

En la 4ta. clase, del 12 de abril de 1951, explicita la teoría del *Padre eterno*: "Yo mando en conjunto, pero no en detalle (...) Yo, que conduzco desde aquí (en 1951 'desde aquí' es 'desde el gobierno', de 1955 a Ezeiza 'desde aquí' será desde el extranjero; como sea, el 'desde aquí' del gobierno expresa, para Perón, su lugar *externo* a las pasiones del movimiento, J. P. F.), no estoy con nadie; ¡estoy con todos! Por esa razón no puedo estar con ningún bando ni ningún partido. Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el 'Padre Eterno': *los tengo que arreglar a los dos*. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga la razón. A mí solamente me interesa que no se dividan. No puedo darle la razón a ninguno de los dos, aunque vea que, evidentemente, alguno de los dos la tiene. Eso sería embanderarme, y si yo me embandero el arreglo se hace más dificultoso. Más bien los llamo, converso con ellos, y les digo: 'Déjense de macanas, ¡qué van a seguir discutiendo! Pónganse de acuerdo y arreglen el conflicto'. Y cuando nos arreglemos y nos pongamos de acuerdo, no hay problema entre nosotros que no se pueda solucionar.

'Por eso, en mi función de conductor superior, si me embanderase, *pasaría a meterme en la conducción táctica del lugar donde no es mi esfera de acción.* Perjudicaría los intereses locales, ahondaría el problema, intervendría en lo que no es objeto de mi conducción, y al abstraerme en ese programa, abandonaría la conducción de conjunto y estaría mal conducido lo estratégico y mal conducido lo táctico. Y esa no es la función del que conduce desde arriba'" (cursivas mías, J. P. F.).

Esto le funcionó durante toda su primera larga experiencia de gobierno. ¿Qué pasó? ¿Por qué no hubo conflictos internos? Podemos mencionar el caso de Cipriano Reyes y la defensa de la autonomía del Partido Laborista. Y, más en profundidad, sigo creyendo que el mayor problema de conducción que el Padre Eterno tuvo durante su etapa inicial fue el de su principal cuadro auxiliar de conducción: Evita. La que lo cuestionó, la que le exigió ir más a fondo, la que le pidió la vicepresidencia y no la consiguió, la que le disputó más que seriamente el amor del pueblo, la que tenía con los sindicatos una relación mejor que la suya, la que negoció con el príncipe Bernardo de Holanda –con el objetivo de formar milicias populares– 500 ametralladoras y 1500 pistolas que Perón, aprovechando su enfermedad, derivó al arsenal Esteban de Luca (foco rebelde del '55 que utilizó contra él esas armas), la que lo elogió hasta el agobio para apretarlo, la que le dijo que era Dios, el Sol, que no alcanzaría todo el bronce del mundo para hacer su estatua para exigirlo, la que le pidió, inútilmente, que fusilara a Menéndez, la que lo habría reventado a patadas o le habría pegado tres tiros antes de permitir que se rajara en la cañonera, ésa fue Evita. (*Nota*: Se me puede hacer la siguiente objeción: estoy delineando una Evita Jotapé para justificar que ella, en los '50, fue la que se le enfrentó, tal como, en los

’70, lo hicieron los Montoneros. Sería trasladar a la Evita del primer gobierno la Evita montonera de los rebeldes del tercero. Al hacerla montonera resulta fácil demostrar que ella fue su cuadro rebelde. Admitiría este reproche. Me permitiré decir que no creo en él. Yo no creo como dice Halperin Donghi que dijo Delia Parodi: “Pero miren que la señora no era así”. No, claro: la señora era la boluda del retrato de Manteola que ilustra *La razón de mi vida.* Creo que tampoco era la Evita vociferante que creó Carpani en los ’70. Creo que era ella. La del rodete, la del traje sastre, la de la furia por el cáncer, la quemada por la militancia, la que odió ferozmente a sus enemigos. La de *Mi mensaje*. El ala plebeya, no pulida, frontal, brutal, violenta y trágica del primer peronismo. Fue mujer, tuvo enemigos demasiado poderosos (el Ejército –leales y gorilas–, la oligarquía, la Iglesia y Perón, que cada vez la controlaba menos), estuvo sola –el pueblo al que tanto ayudó no sabía combatir ni ella se lo había pedido aún– y tuvo la suerte más cruel, la peor. La muerte lenta, dolorosa, la que deja solo a quien la padece porque tanto dolor no puede compartirse ni ser comprendido. También es cierto que murió joven. Que sabemos qué fue, pero no qué habría sido. Guevara, James Dean, Marilyn, Mozart, Schubert, Gershwin quedan como lo que fueron. No los corroe el paso del tiempo. No los deshilacha la decadencia. La vejez. O las concesiones. Riesgos que corren los que siguen vivos. Riesgos a los que no estaban por qué estar condenados. Pudieron haber muerto ancianos y con tanta gloria como tuvieron al morir jóvenes.) El otro desobediente fue también un Duarte, el pobre Juancito. Protegido por su hermana, no dejó actriz que no pasara por su cama y se robó todo lo que pudo. Le decían Jabón Lux: “Lo usan 9 de cada 10 estrellas de cine”. Cámpora era su amigo. Entre otros. Cuando muere Eva se supera a sí mismo y entrega un cuadro insólito de dolor. Un estallido metafísico. Empieza a gritar: “¡No hay Dios! ¡No hay Dios!”. Al año siguiente, Perón lo entrega a las fieras. Acepta las denuncias que pesan sobre él por corrupción. Juancito se suicida. Bien, volvamos a nuestro punto.

¿POR QUÉ LA TENDENCIA QUIEBRA LA LEY DE LA LEALTAD?

No tiene problemas de conducción el Padre Eterno durante su larga primera experiencia de gobierno. Perón es el conductor y ser leal a Perón es el valor esencial del movimiento. No hay organización posible sin lealtad al conductor. Se trata de un conductor cuyo poder está justificado porque ha sido el *creador* del Movimiento que conduce. A partir de 1943, Perón crea al peronismo. Encuentra al sujeto de esa creación: los migrantes internos despreciados, ignorados o no vistos por los otros actores políticos de la coyuntura. Y con ellos se lanza a la tarea de crear el movimiento peronista. Su valor cohesionante es la lealtad. Perón la crea hasta a Evita. Al único que no crea y utiliza en su beneficio es al Partido Laborista. De aquí que el dirigente que conducía ese partido sea uno de los pocos que se le enfrenta con tenacidad. (Otros, como Domingo Mercante, se dejaron aislar fácilmente.) Pero no el tozudo obrero Cipriano Reyes. Hay, alrededor de su neutralización, una leyenda negra. Acaso sea verdad por la utilización que la Libertadora hizo de ella y a la que Reyes se prestó. Según parece, muy disgustado con el rebelde Cipriano, Perón se lo habría entregado a lo peor de su policía. Estamos, aquí, ante el perfecto ejemplo de alguien que paga muy cara su falta de lealtad. Cipriano no quiere que el Partido Laborista se transforme en Partido Peronista. Asesorado por Murmis y Portantiero, sabía que si la organización política de los trabajadores pasaba a integrarse al aparato del Estado peronista habría de perder su autonomía y, con ella, habrían de perderla los obreros. Este pasaje de la autonomía a la heteronomía se da justamente con la transformación del Partido Laborista en Partido Peronista. Mal podía permitirla Cipriano, obrero de ley, hombre valiente. (No asesorado por Murmis y Portantiero, sino al contrario: son éstos los que encuentran en la experiencia de Reyes y el laborismo criollo la realización de la heteronomía histórica de la clase obrera peronista.) Perón pierde la paciencia y hace tronar el escarmiento. Cuenta la leyenda que a Reyes lo torturan, lo picanean y algo más: le cortan su “apéndice viril”. Me siento un poco idiota utilizando ese eufemismo. Hay otros nombres mejores. Por ejemplo: en una de sus tantas buenas novelas, *El Farmer*, Andrés Rivera usa: *verga*. Algunos –Enrique Medina en un viejo texto llamado, creo, *El Duke*– utiliza *La vergüenza*. “Exigió que le mostrara la vergüenza.” Nombre discutible, dado que para muchos el célebre apéndice viril, en lugar de ser “la vergüenza”, es el orgullo. El orgullo surge cuando el “apéndice” traspasa esos anhelados pero no siempre o raramente asequibles 20 centímetros. Otros utilizan *miembro viril*. Hay, en rigor, muchos modos de llamar al célebre “apéndice viril”. Me propongo utilizar el nombre que todos usan. Pues la mayoría de las personas para hablar del “apéndice viril”, de la “verga”, de la “vergüenza” o del “miembro viril” utiliza la palabra “pija”, que es breve y a nadie confunde. Bien, parece que fue eso lo que la policía peronista le cortó a Cipriano Reyes. El hombre no tuvo grandeza para sobrellevar tamaña desgracia, o esa desgracia de tamaño. La Libertadora enviaba a Cipriano a las fábricas a hablarles a los obreros. El sindicalista se bajaba los pantalones y les mostraba a sus compañeros lo que el “tirano depuesto” le había hecho. Nada menos que cortarle eso, la pija. Es de imaginar que la visión de semejante espectáculo –pesadilla atroz de todo hombre– habrá transformado a los obreros peronistas que alcanzaron a verlo (acaso Cipriano no llegó a visitar todas las fábricas o todos los barrios) en entusiastas adherentes del Plan Prebisch. Volvió a reaparecer siempre que hizo falta tirarle basura encima a Perón. Hasta lo reflotaron para las elecciones del ’83. En la revista *Superhumor* –que jugaba claramente a favor de Alfonsín– salió una nota titulada “La picana no la usó sólo el Proceso”. ¡Ah, Enrique Vázquez, las cosas que has hecho por Alfonsín! Ahí me fui de la revista. Era inaceptable poner en una misma dimensión al peronismo con el Proceso. Perón –como Uriburu, como Justo, como Aramburu, como todos– usó la picana, pero tuvo un solo muerto: el doctor Ingalinella, médico comunista, barbáricamente asesinado por la policía de Rosario. No tuvo 30.000. Pero Cipriano paga cara su rebeldía. Su falta de lealtad. Luego le entregó su lealtad a la Libertadora (ese gobierno laborista, bajo el cual la clase obrera no fue heterónoma, fue, sin más, la principal enemiga del régimen) recorriendo las fábricas y mostrando que si uno no era leal a Perón..., Perón le cortaba la pija.

Nada que ver con esto la Juventud Peronista. *No fue una creación de Perón*. Existía como una pequeña estructura del movimiento. Pero la apabullante masividad juvenil que se vuelca al peronismo a partir de –pongamos– 1969 *no es creación de Perón*. Esto debilita el vínculo de la lealtad. Perón no crea a la guerrilla, ni a las Cátedras Nacionales, ni a las organizaciones juveniles de superficie. *Es un fenómeno ajeno al genio creativo de Perón.* Perón lo recibe agradecido y se dispone a conducirlo, ya que los nuevos protagonistas lo aceptan como su líder. Lo quieren, pero él no los inventó. Podría, incluso, decirse que ellos lo inventan a Perón. O se inventan al Perón que necesitan. Hemos visto esto. Se trata de un hecho inédito en el peronismo. Esta creación desde sí que define a la izquierda peronista es la que la lleva a incurrir más fácilmente en la deslealtad. También su orgullo. Alimentado por la edad de Perón. “El Viejo mucho no puede durar. Necesita una organización revolucionaria de reemplazo. Y esos somos nosotros.” Esto se decía en un mamotreto fotocopiado en papel Xerox de la época. Tal vez esto lo tornara más imponente. No apareció más. Ni Baschetti lo pudo encontrar. Pero fue muy leído. No llegó, ni por asomo, a manos de todos. Pero se discutió en todas partes y era, en lo esencial, fruto de las charlas políticas que Firmenich –entre enero y abril o mayo del ’73– había dado en las Unidades Básicas de la JP. Se le llamó: *La Biblia*. Hacia fines de año parece que hubo otra. No me consta. Yo tuve la del ’73, la que se largó poco antes de la llegada de Cámpora al gobierno. Era un mamotreto de insensateces. Era la lealtad, no al peronismo, sino al disparate. A la torpeza política. A los más elementales conocimientos acerca de una tarea en verdad importante. Que tuvo, para colmo, picos muy altos en Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Locke hasta, pongamos, Carl Schmitt y Leo Strauss. Eran, sí, las charlas de Firmenich. La línea que bajaba en las Unidades Básicas de los jóvenes militantes de la Tendencia, muchos de los que sabrían más de política que él. Manejaba un marxismo tosco. Apelaba un poco a Giap. Otro poco al Che. Un poco menos a Debray. Todavía menos a Marighella. Como si la semana anterior Prieto le hubiese “tirado” algunas líneas. Puedo jurarlo, lo que decía la militancia era exactamente eso: “Y, el Negro Prieto le habrá tirado algunas ideas y se las arregla así”. Para colmo, a quien más apelaba era a él, al infalible, a Firmenich, el conductor de la vanguardia revolucionaria en América latina. “La Biblia” escasamente se acercaba al peronismo. El concepto de socialismo nacional no era siquiera trabajado. Todo era de una tosquedad aplanadora. La idea central, no obstante, surgía clara: *Perón está viejo, necesita una organización revolucionaria que lo reemplace*. De ahí surge el Conducción/ Conducción/ Montoneros y Perón. Que, como muchos hicieron siempre notar, las desdichas de “la rima” obligaron al sinceramiento. Es decir, a poner a Montoneros antes que a Perón. Quien, en efecto, se refirió al mamotreto y dijo: “Hemos estado leyendo algunas cosas que pretenden ser pasadas como justicialismo. De justicialismo no tienen nada”. Ese “hemos estado leyendo” es sugerente y transparenta cierta inocultable realidad: el que le llevó el material a Perón fue López a través de sus servicios. El que se lo leyó, también él, casi seguro. O seguro.

¿Quién, en los ’50, se habría atrevido a elaborar una doctrina paralela a la peronista? ¿Quién, a pretender compartir con el líder la conducción del Movimiento? Todo estaba listo para el quiebre de la lealtad. Cámpora es el puente entre Perón y los Montoneros. El es leal a Perón y los Montoneros son leales a él. O se esconden detrás de su persona. Cámpora cuando –en medio de los escándalos que se armarán muy pronto en Madrid– le dice a Perón: “Yo soy Presidente por usted y por la Juventud” le está diciendo que, en él, se unen todas las lealtades. La suya a Perón y la de los jóvenes a él. Por donde –como vemos– empieza a asomar *el quiebre de la lealtad en Cámpora*. La lealtad camporista es a dos puntas: a) lealtad a Perón; b) lealtad a la juventud peronista. Porque la Jotapé lo entendió: su hombre no es el Padre Eterno. Es el Tío Transitorio. Pues Cámpora será “Tío” en tanto el “Padre” viva. Algo que todos ponen seriamente en duda. “Yo, general”, dice Cámpora, “soy su leal servidor. Pero le aseguro que sus verdaderos y leales soldados son los muchachos”. Por eso es leal a ellos y ellos le son leales a él. De pronto, Cámpora pasa a ser el depositario de la lealtad de las multitudes juveniles. El Padre tiene la jefatura. El Tío tiene lo mejor de las bases. Los que se disponen a respaldarlo a muerte en la campaña electoral.

Cuando se llegue al gobierno vendrá la gran disputa. La que estalla en Ezeiza. Ahí son demasiadas las líneas. Demasiados los que se enfrentan y con la máxima furia. ¿Podrán funcionar los poderes del Padre Eterno? Recordemos lo que Perón dice en *Conducción política*: “(Yo) no estoy con nadie; ¡estoy con todos! Por esa razón no puedo estar con ningún bando ni ningún partido. Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el ‘Padre Eterno’: *los tengo que arreglar a los dos*. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga la razón. A mí solamente me interesa que no se dividan”. Algo ha cambiado muy seriamente en 1973. Imaginemos esta escena: pocos días después de Ezeiza, Perón reúne en una larga mesa rectangular a (de un lado) Osinde, Norma Kennedy, López Rega y Alberto Brito Lima y del otro a Firmenich, Galimberti, Dante Gullo y Dardo Cabo. El se sienta en la cabecera. Sonríe ampliamente y, en el mejor estilo del *Manual de conducción* de los años ’50, les dice: “Déjense de macanas, ¡qué van a seguir discutiendo! Pónganse de acuerdo y arreglen el conflicto. Y cuando nos arreglemos y nos pongamos de acuerdo, no hay problema entre nosotros que no se pueda solucionar”. Difícil que hubiera funcionado.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Deleuze y Perón: la violencia, en el peronismo, es el triunfo del rizoma por sobre la lealtad arborescente

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

70 Deleuze y Perón

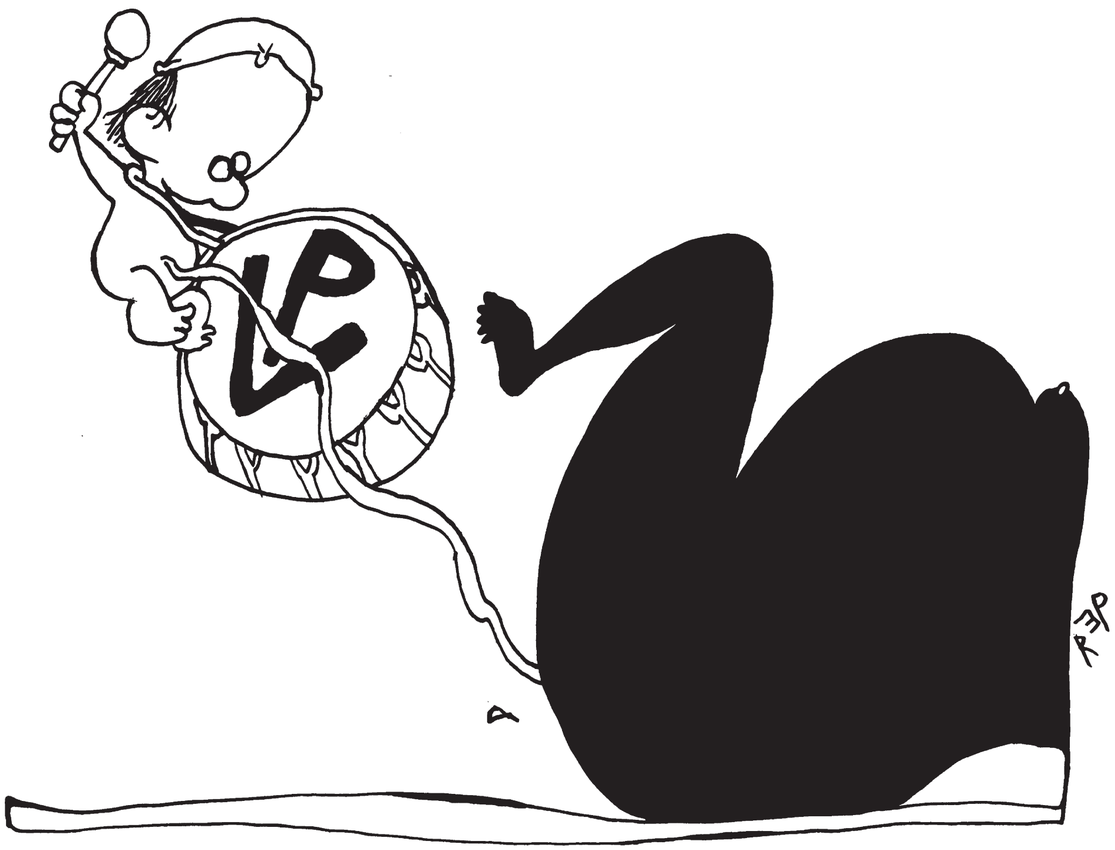
Suplemento especial de
Página|12

LAS VIRTUDES PERONISTAS Y LA LEALTAD COMO LA PRIMERA DE ELLAS

La Lealtad es el valor supremo. ¿Cómo no habría de serlo? El peronismo es arborescente. Que nadie crea que me voy a ajustar medrosamente a lo que entienden Deleuze y Guattari por *arborescente.* Pero lo voy a aplicar al peronismo. El peronismo crece desde la raíz hasta la cima del árbol único, fundante, el que da solidez y el que establece la *verticalidad* del movimiento. Esa raíz, esa arborescencia que crece y se eleva por sobre todos los elementos de la compleja trama del movimiento, es la figura del Conductor. Lealtad y Conductor son sinónimos. El Conductor lo es porque *todos* le son leales. No es posible pertenecer al peronismo sin ser leal al Conductor. Esta lealtad tiene otras expresiones. Sobre todo la *doctrina*. Se es leal al Conductor y a la doctrina. A la vez, cada miembro del movimiento es leal a sus compañeros. Si la antítesis de la lealtad es la traición, aquel que no es leal tanto al líder como a un cuadro honesto y formado que lo es y lo es, también, a la doctrina, es un traidor. Debe ser expulsado del movimiento como una mala hierba. El mero desacuerdo con la conducción del líder es deslealtad. De aquí que el peronismo haya hecho de la *lealtad* un concepto esencial. ¡Justamente este principio fue hecho trizas por la Tendencia Revolucionaria!

En el punto (*dos*) del Capítulo VIII del manual de *Filosofía peronista*, que se ocupa de la ética, se abordan los *vicios* y las *virtudes*. Si algún apresurado o algún partidario de las lecturas fáciles que ignoren los fundamentos de las cosas y se refieran sólo a lo que se ve en la superficie se fastidia porque acudimos a los libros fundacionales del Movimiento, bueno, o se resigna y sigue leyendo y aprende de paso cómo se hace una investigación o larga todo y se va leer algún manualcito veloz que enseña todo en –a lo sumo– 90 páginas. A joderse, amigos: aquí, eso no va. Nos vamos a concentrar en ese texto polvoriento. Que, sin embargo, se ha editado recientemente por CS Ediciones, bajo el título correcto de la primera edición de la Editorial Mundo Peronista de 1954: *Filosofía peronista.* Lamentablemente los de CS le adjudican el texto a Perón. ¡Vamos, señores, un poco de seriedad! ¿Quién creen que era Perón? ¿Georges Simenon, que escribió más de 200 novelas de su personaje, el detective Maigret? Estos mamotretos neotomistas, más cerca de las efusiones católico-autoritarias que del populismo distribucionista, surgían de la pluma de Nimio de Anquín o de Raúl Mende, un inefable del régimen. Carlos Astrada nada tenía que ver con esto. Creo que tantas vírgenes, santos religiosos de la Orden Franciscana y apelaciones a las grandes virtudes lo habrían enfermado. Por ahí también andaba el padre Ismael Quiles, para quien Jean-Paul Sartre era el Maligno escribiendo sus textos demoníacos en el Café de Flore y pervirtiendo jóvenes en las caves parisienses.

¿Qué es la *lealtad* para el manual de *Filosofía peronista*? Figura en el capítulo de "Las Virtudes y los Vicios". Figura entre las virtudes. Caramba, ¿cómo no va a ser una virtud ser leal a Perón? Se lee en *Filosofía peronista*: "Nuestra ética entronca con la corriente viva de la ética popular que siempre guardó en lo más profundo de sí las enseñanzas de Cristo" (*Filosofía peronista*, Editorial Mundo Peronista, Buenos Aires, 1954, p. 203). La *Filosofía peronista* aclara que el fundamento de todas las virtudes está en la práctica de los trabajadores peronistas. "El trabajo es la fuente de las virtudes, así como la holganza es la fuente de los vicios". Frase un tanto transitada. Ya Walt Disney (en el cartoon que narra la historia madre de todas las historias del capitalismo: la del *Chanchito Práctico*) exhibía cómo la laboriosidad de Práctico lo salvaba del *Big Bad Wolf*, en tanto la holganza de los otros dos chanchitos los condenaba a la fácil tarea de los colmillos del malvado. ¿Qué representa en la alegoría el *Big Bad Wolf*? La pobreza, la imposibilidad del progreso, la pérdida del capital invertido en construir la casa en que cada uno habría de protegerse, a todo eso condena la pereza a los dos alegres chanchitos, juguetones e improductivos. Por fin, guiados por Práctico (quien construye su morada con cemento y con ladrillos y... con esfuerzo) todos se refugian en el ámbito de la seguridad capitalista. La pobreza o la crisis sopla y sopla y sopla y la casa no se derrumba. El capitalismo de Práctico ha sido construido sobre *bases sólidas*. Esas bases sólidas han sido fruto de su trabajo y de su desdén por la holganza. Entonces: la primera virtud es la del *trabajo*. Luego vienen las otras: *humildad, dignidad, modestia, sinceridad, generosidad, desinterés, solidaridad* y... *lealtad*. El manual de *Filosofía peronista* dice: (Pero antes: pido por favor lean todo esto atentamente. Los militantes de los '70 solían despreciar estos textos como basura del pasado. *El peronismo había ido mucho más allá.* Si mal no recuerdo fue Roberto Carri el que, en uno de sus textos, decía, desdeñosamente: "Hay quienes buscan la identidad del peronismo en viejos libros de Raúl Mende". Tenía –desde el punto epocal en que estaba plantado– motivos para decir eso. Ningún militante de los '70 habría leído a Mende ni había olido siquiera el manual de *Filosofía peronista*. ¿Qué había que leer? Lo sabemos de sobra. Los textos de la actualización doctrinaria. *Ninguno de esos textos había sido obra del peronismo*. Salvo que se considere como tales los de Cooke, o los de la *Correspondencia Perón-Cooke* o las cartas que Perón enviaba a la juventud. "Ha muerto el mejor de los nuestros" (frase comprensible sólo desde la coyuntura en que Perón la dice: cuando muere el Che, pero totalmente infundada desde los valores que siempre manejó el justicialismo). Para la etapa de *aggiornamento* del peronismo no había textos. De aquí que Solanas y Getino marchen a Madrid para que Perón produzca uno. Con los resultados que vimos: Perón permanece fiel a sí mismo y es poco lo que concede a sus fragorosos jóvenes. ¡Pudo más el milico de alma que el manipulador político y conceptual! De modo que sigamos). Decíamos: el manual de *Filosofía peronista* dice: "De acuerdo con el concepto clásico, lealtad, significa cumplimiento de lo que exigen las leyes de la fidelidad y del honor". Queda claro: *La fidelidad es la vehiculación del honor. El que no es fiel no es honorable. No ser fiel es un des-honor*.



EL DASEIN PERONISTA

LA LEALTAD Y LA ERRANCIA

"Un hombre leal es un hombre en quien se puede confiar ciegamente; de ahí que esta virtud sea fundamental para nuestro movimiento (...). Para cualquier acción es necesario contar con la lealtad del compañero, porque *el que no es leal es traidor,* y con los traidores no se puede ir a ninguna parte" (*Filosofía peronista*, *Ibid*., p. 209, cursivas nuestras). Se insiste en la *fundamentalidad* de este concepto. Es el *Grund* absoluto. Es la *Heimat* del peronismo. Recurro a estos alemanazgos heideggerianos porque quiero señalar que en el peronismo tienen la misma función de anti-errancia que en el autor de *Introducción a la metafísica*. El *Grund* es el fundamento último al que todo debe ser remitido. Heidegger (que tiene y plantea serios conflictos con la idea de "fundamento") no lo hace, sin embargo, cuando habla de la *Heimat*, que es la *patria*. Y hasta –más precisamente– la *Heimat Liebe*, que, más que el vulgar "amor a la patria", es, para el

Maestro de Alemania, "el amor al terruño". ¿Qué implica "el amor al terruño"? La antítesis de la "errancia". En la "errancia" el Dasein inauténtico se deriva de un lado a otro llevado frecuentemente por la "avidez de novedades" (*Nota*: se trata, además, de una reflexión de base nacionalsocialista y claramente antisemita de Heidegger. ¿Quién era, en la Historia, "el errante" por excelencia? El judío. Hasta hay una novela del mediocre novelista francés Eugène Sue –1803-1857. Influido por Victor Hugo, escribió, además de la que citaremos, otra novela que fue un best seller poderoso en su tiempo: *Los misterios de París*– llamada *El judío errante*. Pero el buen alemán es el hombre de la *Heimat Liebe*, del amor al terruño. Y no se deriva. *Se afinca en el terruño. Se afinca en la autenticidad*. El judío, en cambio, vive en el modo de la "errancia", va de un lado a otro y no se afinca en ninguna parte. Vea, maestro Heidegger, esta habitualidad se les ha curado a los judíos. Desde que tienen un Estado, y sobre todo un Estado poderoso que –además– cuenta con el respaldo del Imperio bélico más omnipotente, vigoroso y destructivo de la historia de la humanidad, no se dedican ya a la errancia. Se hacen fuertes en el poderío de su Estado y desde él miran el mundo. Cuando los perseguidos –y pensemos ahora en la historia universal– logran el poder, algo les pasa. Por ejemplo: antes de que los Evangelios se escribieran, antes de la intensa acción misionera de Pablo, la vida cristiana tuvo una existencia religiosa profunda, humilde, auténtica que, a menudo, sufrió tenaces, crueles persecuciones. Luego (y en esto Heidegger, a quien seguimos, sigue a Nietzsche) el cristianismo se transforma en "la manifestación histórica, profana y política de la Iglesia y su ansia de poder dentro de la configuración de la humanidad occidental y su cultura moderna" (Martin Heidegger, *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1995, p. 199.) Esa Iglesia del cristianismo estatal es la Iglesia cuyo desmedido Estado es el Vaticano. Esta Iglesia, antes que con la fe, tiene que ver con el poder. Los cristianos ya no son humildes ni perseguidos. Su Iglesia tiene la jactancia (totalmente discutible) de encarnar la palabra de Dios y, al hacerlo, se siente autorizada y hasta obligada a castigar a quienes no la encarnan o, peor aún, la rechazan o la ofenden, la vejan. Nace así el autoritarismo inquisitorial. De perseguidos a tenaces, mortales perseguidores. ¿Pablo, el santo misionero, ha desembocado en Torquemada? ¿Qué dialéctica es ésta? Ninguna, porque no hay necesariedad dialéctica en la Historia. Hay constantes, persistencias. *En ningún hecho están contenidos en-sí los que vendrán*, como creía Hegel. Desde el acontecimiento-Torquemada pueden rastrearse hacia atrás una serie de hechos (que sufrieron los ataques del azar, pero se produjeron de igual modo) hacia la acción misionera del santo pastor Pablo. Ahora, la Ecclesia es poder. Ahora, la Ecclesia es el Estado Vaticano. Ahora, la Ecclesia persigue. Castiga. Levanta hogueras en las que quema vivos a los infieles. ¿Qué ha permanecido de la sencilla fe de los orígenes? Nada. Los Evangelios son un Dogma de Terror. Un Dogma que condena. Algo similar (similar, no igual: *nada es igual en la historia*; ni siquiera es cierta la famosa frase de Marx sobre los hechos que se producen una vez como tragedia y otra como comedia, es sólo ingeniosa y ya sería hora de dejar de invocarla tan asiduamente para cualquier tema que se aborde) sucede desde hace tiempo con los judíos. Luego de una lucha de liberación nacional contra el Imperio británico (notablemente narrada no hace mucho en este diario por Horacio González), consiguen su Estado. Rodeados de enemigos implacables que sólo parecen desear su destrucción, ese Estado decide encarnar los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio. Construye, de este modo, un Estado bélico. Ya no hay errancia. El judío ha conquistado su *espacio* en la Historia. Es el de su Estado. El Estado es su espacio y con ese Estado defenderá ese espacio. No hay una patria, hay un Estado. O, si se prefiere, patria y Estado se identifican. No podía ser de otro modo. Al carecer durante siglos de una patria, una vez que se la consigue la obsesión de defenderla es inevitable. O defendemos esta patria que tenemos o Auschwitz otra vez asoma en el horizonte de la judeidad. ¿Cómo se defiende esa patria? Con un Estado poderoso con poderosos aliados. Al requerir, esa patria, de su feroz defensa para asegurar su existencia, se identifica con el aparato creado para defenderla: el Estado. Así las cosas, la *patria* y el *Estado* son lo mismo para los judíos y una no se concibe sin el otro. En marzo de 2009, ahora, asume la cancillería israelí Avigdor Lieberman, un hombre que ha construido su campaña electoral atizando el odio entre judíos y musulmanes. La ultraderecha se adueña de Israel. No debería aclarar nada de lo que me dispongo a aclarar a causa de los odios que encienden reflexiones como éstas: rechazo todo lo que haga Hamas porque estoy contra todo terrorismo, considero asesinos simbólicos a los que niegan el Holocausto, entiendo el miedo israelí a otra masacre como la sufrida. Pero nada de esto justifica la derechización de un Estado bélico que ya está demasiado a la derecha. El racismo israelí es tan condenable como cualquier otro. Avigdor Lieberman es un inquisidor. Y aun más temible: tiene más poder. El Holocausto judío no puede justificar las matanzas del Estado Israelí. Y digo esto con gran dolor: muchos dedicamos años de nuestras vidas a reflexionar sobre el Holocausto. Leímos a Paul Celan, a Jean Améry, a Primo Levy, a Benjamin, a Adorno, leímos las premoniciones de Franz Kafka (*La colonia penitenciaria*, *El proceso*), vimos todas las grandes películas que se hicieron sobre ese acontecimiento axial de la historia humana, pero no podemos aceptar que esa historia cuya única enseñanza debe ser la sacralización de la vida humana sirva de trasfondo a la acciones de un Estado que dice a los suyos: "Nuestra violencia es para que no vuelva a sucedernos lo que nos sucedió". El paralelismo entre los cristianos perseguidos y martirizados de los primeros tiempos de esa fe y los judíos sometidos –luego de siglos de variadas persecuciones– al horror de la Shoá es claro. También lo es el camino que encontraron para terminar con sus padecimientos. Un Estado desde el que defenderse y desde el que atacar a los que consideren que los atacan. Termina aquí esta larga nota. Seguimos con el texto central.) La "avidez de novedades" es, en el peronismo, la antítesis de la *lealtad*. También lo es la *errancia*. Ser leal es no errar. No ir de un lado a otro. Ser fiel siempre a lo mismo. Al terruño que se ama. En este caso: el terruño que se ama es el movimiento peronista y aquello a lo que hay que ser leal es al conductor de ese movimiento. Sólo así no habrá "errancia". Todos en la misma lucha, en la misma organización, bajo la misma conducción. *Filosofía peronista* termina el parágrafo dedicado a la lealtad citando (como correspondía) a Perón: "La lealtad –lo ha expresado el general Perón– es la base de la acción; lealtad del que dirige, lealtad del grupo hacia sus dirigentes" (*Filosofía peronista*, Ibid., p. 209).

EL PRINCIPIO DE LA VERTICALIDAD

La jornada fundacional del peronismo lleva el nombre de *Lealtad*. Es el 17 de octubre y es el Día de la Lealtad porque, en ese día, el pue-

blo salió a rescatar a Perón. Cada año, ritualmente, ese día se recrea, se celebra, se vuelve a vivir. "Cada año (dice Eva Perón en *La razón de mi vida*) él (Perón) pregunta a su pueblo si está satisfecho con el Gobierno. Cuando millares y millares de voces responden que sí, se estremece toda la Plaza de Mayo y puedo afirmar que ese estremecimiento, que viene de tantas almas, sacude violentamente mi corazón." A su vez, un ministro del Gobierno que tenía aspiraciones de teórico escribe: "Lo interesante es que la verdad justicialista está siendo realizada por un hombre y por un pueblo. Por un hombre que logró interpretar el sentir común de su pueblo. Y por un pueblo que se jugó entero en defensa de aquel hombre entendiendo que se jugaba su propia vida (...) El hombre se llama Perón. El pueblo humilde, heroico y leal de los 'descamisados' argentinos" (Raúl Mende, *El justicialismo, doctrina y realidad peronista*, Ediciones Mundo Peronista, Buenos Aires, 1952, p. 87). Mende está tramado por su catolicismo, por su fe sin fisuras y expone con firmeza que eso –eso que está en él– es el justicialismo: "*Ningún gobernante de la Tierra ha elaborado una doctrina política tan ajustada a la auténtica realidad del evangelio de Cristo*" (Raúl Mende, *Tercera posición: justicialismo*, Editorial Castellvi, Santa Fe, 1948, p. 139).

En resumen: *¿qué papel juega la lealtad dentro de la estructura justicialista?* Lo dijimos: sin lealtad no hay justicialismo. Con una justeza impecable se lo dice Juan Manuel Abal Medina a Rucci durante esa agitada jornada del Congreso Justicialista. Rucci no lo quiere a Cámpora de candidato. Pero choca con un gran problema: Perón sí. Esta realidad es la que, en el bar de la calle Charcas, Abal Medina le pone sobre la mesa: "A Cámpora lo puso Perón. Y en el Movimiento lo que rige es el *principio de verticalidad*. Sin *principio de verticalidad* no hay Movimiento". Formidable. La frase del joven Secretario General dice más que todos los libritos de Mende sobre los fundamentos del peronismo. "Sin principio de verticalidad no hay Movimiento." La verticalidad, para sostenerse, exige una virtud moral: la lealtad. Para que haya Movimiento Peronista tiene que haber verticalidad. Para que haya verticalidad *todos* tienen que ser leales a Perón. Entonces, ¿qué tenemos? Tenemos derecho a meterlo en todo esto a alguien que jamás pensó estar aquí, en medio de estas pampas turbulentas, de estos políticos calzados, todos a punto de acribillarse. Tenemos a Gilles Deleuze. Junto a Félix Guattari ha establecido un par de conceptos útiles para estas cuestiones de la política. Los usé mucho durante los días de fines del 2001, comienzos del 2002. Esos días de la democracia directa, de las asambleas populares, eso que los Montoneros pretendían implementar el 1º de mayo de 1974. Cuando veamos bien qué es una asamblea popular comprenderemos el disparate que le estaban exigiendo a Perón, el líder que encarnaba la más pura verticalidad.

Nadie crea que recurro a Deleuze (siempre unido a Guattari, a quien, en rigor, prefiero) como al Saber del "genio filosófico" de la Francia, algo así como hacían Echeverría y Sarmiento. Creo que se trata de un francés más. Que poco agrega a lo que ya ha dicho Foucault y menos a lo que dijo el maestro oculto o inocultable de la French Theory: Martin Heidegger. Hay más ingenio que genio. Y, sobre todo, esa envidiable capacidad para unir dos o tres palabras y crear algo semejante a un concepto nuevo. Siempre me sentí incapaz de hacerlo o me dio un pudor que me impidió ir más allá. Pero ser filósofo implica inventar tantas fórmulas que, en cierto momento, alguien deberá hacer un *Vocabulario de Gilles Deleuze* o de Foucault o de Derrida. Es una tradición europea. Todos, absolutamente todos, inventaron un vocabulario. Roban, además, sin pudor. Nosotros, los pensadores de los márgenes, vivimos citando a los del *sitio-núcleo*. ¿Qué les parece? Inventé algo. El concepto de sitio-núcleo se referiría a esos lugares de las sociedades opulentas en que el núcleo del poder está situado. Hay otras sociedades que no tienen ese poder, ese aparato bélico y financiero. No ocupan el sitio-núcleo. Ocuparían el sitio-orilla. El sitio-margen. El sitio-subalterno. El sitio-suburbio. Ya está: me ha llevado años pero tal vez estoy aprendiendo. Algún europeo –dentro de 30 o 40 años, esté yo o no en este mundo– podrá hacer un vocabulario de mis invenciones conceptuales. Decía que los europeos roban sin pudor. No citan. Nosotros –los pensadores del sitio-orilla– nos morimos por las citas porque queremos mostrar que somos cultos, que hemos leído mucho y tenemos, entonces, derecho a decir algo. Ellos no necesitan citar. No hay casi citas en Lacan. Conozco a un par de personas que han emprendido la tarea de buscar en sus textos todas las citas que el maestro no confiesa y hacer una especie de *Manual de citas no confesadas de Jacques Lacan*. Sería también interesante averiguar cuánto de Foucault hay en Deleuze. Cuánto de Heidegger en Derrida. Por ejemplo: en la tapa de un buen libro sobre Deleuze (que seguramente no será tomado muy en serio por los académicos a causa de estar en la colección "Para Principiantes") se lee la frase "No deseamos algo: deseamos desear". Sí, Deleuze utiliza esa frase –que parece compleja pero no lo es– pero está tomada de Hegel (del capítulo de la autoconciencia en la *Fenomenología del espíritu*) y de Kojéve, que leyó a Hegel en clave fenomenológica. ¿No es evidente que, para existir, mi deseo tiene, ante todo, que desearse a sí mismo? También es cierto que el deseo se descubre deseando. O se ejercita deseando. Pero lo primero es desear mi deseo. En Hegel, el que no muere de los dos contendores es ése en que el deseo de su deseo es más fuerte que su miedo a morir. En suma, esa frase no es de Deleuze. O, al menos, incluye a Deleuze en una tradición en la que todo el pensamiento francés está incluido: la lectura que Kojéve hizo de Hegel. Lacan tomó casi todo de ahí. Conmigo pueden estar tranquilos en ciertas cosas. Ya habrán advertido que no recurro a Lacan ni a la lingüística ni a la semiología. Mal podría hacerlo cuando lamento que pensadores tan, pero tan valiosos como Ernesto Laclau o Jorge Aleman lo hagan con insistencia, casi con intensidad. Eso los torna herméticos. Pues Lacan a la jerga de Heidegger añadió la suya y lo que dice siempre se puede decir de otra manera, se puede escribir mejor, sin apelar a fórmulas para iniciados que dificultan una lectura necesaria en tiempos en que es necesario como pocas veces entender el mundo.

LO "ARBORESCENTE" (EL ÁRBOL-FALO) ENCUENTRA SU UNIDAD EN LA CONCRETA, PROPIA Y PRIVILEGIADA PIJA DEL GENERAL

Tomemos dos conceptos de Deleuze. Uno es el de *rizoma*. El otro es el *arborescente*. Los tomamos para analizar cómo Deleuze concibe la política –como representante, digamos, de las más recientes generaciones francesas de pensadores– de un modo que sería imposible pensar al peronismo. El tema se desarrolla en el libro que lleva por título *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Se trata de un intento conjunto de Deleuze y Guattari, con frecuencia divertido porque los autores se toman muchas libertades respecto de la estructura del ensayo tradicional. No obstante, a lo largo de dilatados trayectos, la escritura cae en los terrenos insalvables de lo plúmbeo. Se nota ya la tendencia de reducir el libro (que es de 1980) a su célebre *Introducción*, comprensible y amable: *rizoma*. A tal punto, que la editorial española que dio a luz *Mil mesetas...* en mayo de 1988 publica en 2005 un opúsculo de 57 páginas bajo el título de *Rizoma*. Con lo que dice: "Si no tienen ganas de transitarse todo *Mil mesetas...* aquí les ofrecemos la *Introducción*, que desarrolla los dos conceptos de los que todos hablan, de modo que usted no quede pagando en el bar cuando algún salame pretencioso se despacha con eso de estructura arborescente o rizoma. Con sólo 57 páginas usted puede no ser un burro y conservar a sus amigos". Nosotros, sin embargo, no acudimos a estos conceptos de Deleuze y Guattari para lucir de cultos (en verdad, ya no dan tanto lustre) sino para entender mejor la estructura del peronismo. *Su estructura organizativa*. Ofreceremos ya las correspondientes citas de los autores. Hay una muy valiosa sobre el psicoanálisis que nos reservamos. Pero no del todo. D. y G. escriben: "El psicoanálisis somete al inconsciente a estructuras arborescentes, a grafos jerárquicos, a memorias recapituladoras, a órganos centrales, falo, árbol-falo" (Deleuze y Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2002, p. 22). Y luego, esta delicia: "Tanto en el psicoanálisis como en su objeto siempre hay un general, un jefe (el general Freud)" (D. y G., Ibid., p. 22). El general Freud establece una figura arborescente. Toda estructura arborescente es una figura fálica. Vimos que D. y G. acusan al psicoanálisis de someter al inconsciente a estructuras arborescentes: falo, árbol-falo. Freud es la rama más alta de la aborescencia. Todo remite a la autoridad suprema del general Freud. En el peronismo –por medio de la *lealtad*, que es la figura arborescente por excelencia– todo remite al general Perón. También la rama más alta de la arborescencia. Esa arborescencia es la raíz más profunda del movimiento y, a la vez, la más alta, la que sobresale sobre todas. Los rizomas son distintos. Su figura la toman D. y G. de la botánica. El rizoma es subterráneo. Es un tallo subterráneo. Pero lo importante es esto: nadie puede determinar su centro. El rizoma no tiene centro. El tronco arborescente ejerce autoridad, manda sobre los otros. Todo, en el esquema arborescente, conduce a su raíz. Esa raíz es su base, su *Grund*, su fundamento. Desde ese sólido fundamento es que ha penetrado la tierra para ser tan sólido como indestructible. Tanto el general Freud como el general Perón ejercen su liderazgo. El rizoma es horizontal y democrático. El esquema arborescente es vertical y autoritario. En el rizoma no hay jerarquías. En la arborescencia, sí. Rige ahí y ahí se fundamenta el principio de la jefatura. En suma, y para terminar por hoy, Perón es la estructura arborescente del Movimiento. Nos queda por ver cómo funciona el rizoma en el peronismo. ¿Funciona? Estas cosas las discutimos mucho durante las Asambleas Populares del 2001/2002, cuando los vecinos dijeron el célebre *Que se vayan todos*. Pero el rizoma se expresa en la democracia directa. ¿Había democracia directa en alguna de las tantas formas del peronismo? Dejemos la pregunta por ahora. Digamos: no sabemos aún la relación entre rizoma y peronismo. Pero sabemos que el esquema arborescente se expresa por medio de órganos centrales: falo, árbol-falo. De modo que si Juan Perón conduce el Movimiento Peronista es porque en él se encarna, porque él, sin más, *es* la figura arborescente. Y todo punto, todo elemento que quiera pertenecer al Movimiento, tiene que remitir a su raíz y buscar crecer desde ahí. Nunca crecerá hasta la altura del esquema arborescente. Que ni se le ocurra. Lo arborescente crece desde la raíz, atraviesa todo el movimiento, lo trasciende, sale de él y desde allí realiza su totalización. En suma (y acudiendo a un lenguaje pagano al que ya están ustedes acostumbrados) nos permitiremos decir, para aclarar todo esto por completo, que si Perón es el árbol-falo del Movimiento es porque todos aceptan que el Movimiento es falo-céntrico, es decir, que encuentra su unidad en la concreta, individual, propia y privilegiada pija del general. De modo que cuando la Tendencia Revolucionaria exige *Conducción, conducción/ Montoneros y Perón* ignora el disparate teórico que está proponiendo. Un Movimiento como el peronista, mientas viva Perón, no se conduce con dos falos arborescentes. Los Montoneros querían unir su pija a la de Perón. Absurdo total. Porque Perón, además (y espero que ustedes recuerden esta expresión tan genuinamente popular) de ser la pija del Movimiento, era, para todo el pueblo que lo seguía, "el más pija de todos".

Colaboración:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

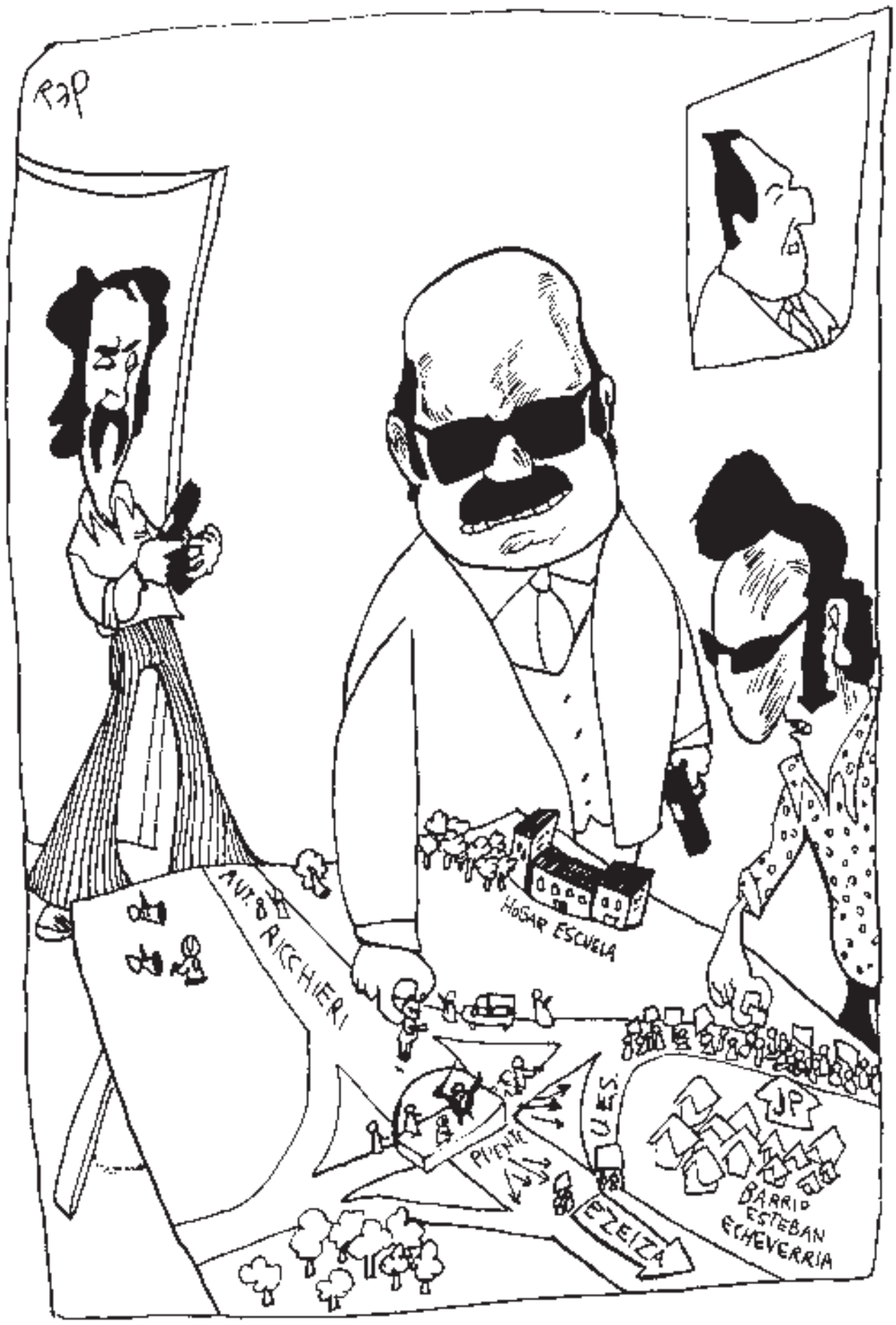
Cercanías de Ezeiza

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

71 **Cercanías de la plaza del 25 (I)**



Suplemento especial de
Página|12

PEDO Y PEDONISMO

¿Por qué volcarnos sobre el concepto de rizoma? ¿Somos deleuzianos? ¿Es nuestra costumbre andar detrás de la estela de los filósofos franceses? ¿Viene un francés, dice algo raro y nos quemamos las pestañas tratando de ver qué dijo porque si no perdemos nuestra condición de intelectuales aggiornados? Ni por asomo. Vean, hará unos años se puso de moda otro alemán (¡*otro alemán más*!) y su nombre era (es) Peter Sloterdijk. Como soy un perfecto intelectual sitio-orilla, que no es otro que el que recibe las "novedades" que los países sitio-núcleo arrojan sobre nosotros, en primer término o, al menos, en un término relevante, para mejorar su balanza de pagos, ya que nosotros los recibimos aquí, vía Barcelona o Madrid, desde luego, y ellos ni por joda nos van a traducir ni siquiera al menos por gentileza porque sencillamente o no sabemos pensar o no estamos inmersos en una tradición filosófica que nos lo permita (para Heidegger sólo los alemanes y los griegos podían *verdaderamente* pensar), me arrojé sobre los libros de Sloterdijk y empecé a masticarlos. El tipo tiene cosas fascinantes. El parágrafo 9 de *La psicomática del espíritu de época* lleva por nombre *El pedo*: "No podemos obviar el tema. Es más, es inevitable. Lo siento por todos los lectores sensibles, pero el pedo no se puede omitir en absoluto. Quien no quiera hablar de él tendría que callar también sobre el culo (...). La semántica del pedo es incluso un problema bastante complicado, demasiado descuidado por la lingüística y la teoría de la comunicación. La escala de significaciones va desde la vergüenza hasta el desprecio, desde intenciones humorísticas hasta la falta de respeto. Maestros, profesores, oradores y participantes en conferencias conocen el tormento de no poder hacer sonar fuerte una flatulencia imperiosa, ya que un sonido semejante expresa algo que no se quiere decir en realidad" (Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica,* Siruela, Madrid, 2006, p. 241). Desde joven conservo en mi memoria una cuarteta (estrofa de cuatro versos con rima consonante, imperfecta y asonantada) del sublime Francisco de Quevedo y Villegas (1540-1645), gran jodón; tanto, que en él se ha inspirado ese personaje travieso y maléfico protagonista de tantos chistes "verdes": *Quevedo*. "Señora Marquesa (en una cena en que le han ordenado mesura y buena conducta), ¿sabe usted qué tengo entre las piernas?.." "¡Crío irreverente, impúber vulgar, ¿cómo os atrevéis..?" "La pata de la mesa." Este ha de ser el más ingenuo de los chistes de Quevedo. Pero la cuarteta sobre el pedo (ya que de este tema se ha ocupado Sloterdijk) merece recordarse y memorizarse, pues si ocurre una de las circunstancias mencionadas por el filósofo alemán, si alguien, en algún evento, habla desde la cabecera de la mesa y uno tiene la mala fortuna de estar a su lado en el malhadado momento en que al tipo se le escapa una feroz ventosidad ruidosa o sonora flatulencia alejada de todo posible acto de disimulación, uno, sonriente, siempre puede apelar a la cuarteta de don Francisco de Quevedo y Villegas y decirle al tipo:

Tan importante
es el pedo para la salud
que en soltarle
está el tenerla

¿A qué venía esto? Acaso alguno de ustedes se pregunte: ¿no es éste un ensayo sobre el peronismo? ¿Por qué estas incursiones no sólo en Deleuze sino también en Sloterdijk y hasta en don Francisco de Quevedo y Villegas? Ah, la respuesta a esa cuestión es muy simple. Porque el que escribe esto soy yo. Y he decidido tomarme todas las libertades que se me antojen. Espero que a ustedes les gusten. Que sean rodeos que les hagan decir: "Qué bueno este rodeo, cómo me divertí, no conocía la cuarteta de Quevedo sobre el pedo, ¿cómo pude vivir hasta hoy sin conocerla?". Si usted piensa: me tiene podrido este arbitrario que ni él mismo sabe de qué va a escribir, lo que tiene que hacer es muy simple. No lea más. Ahí tiene los grandes tratados sobre el peronismo que se han escrito en el país. Acuda a ellos. Pero aquí decido yo. Qué le va a hacer. Yo escribo, yo decido: es arborescente esto. Si no le gusta, se va. Total, como les dirá Perón a los diputados de la Tendencia: "Nosotros por un voto no nos vamos a hacer mala sangre". Pero dele, no joda: siga, de este libro no se olvida más. Además, que nadie diga que pedo y peronismo no pertenecen a un mismo universo que es el de la barbarie, el de la guasada. Pensamos, sobre todo, en el peronismo de los orígenes. Ese que el dibujante Tristán ilustraba exhibiendo a Perón como un gangster fascista y a sus seguidores como lúmpenes irredentos. No será casual, también, que el más grande literato del peronismo cierre la más importante de sus novelas con una frase tan ruidosa como esta: *solemne como pedo de inglés.* Por otra parte, entre pedo y pedonismo debe existir cierta cercanía, tal como con Perón y pedón, que es ya blasfema. El pedo, aquí, lo ha introducido el consagrado Peter Sloterdijk. Pretendíamos ilustrar con eso que su *Crítica de la razón cínica* es original, lanzada, libre. Pero poco después el tipo se aparece con un libro llamado *Venir al mundo, venir al lenguaje*. Tan primer mundo este título. Para el filósofo sitio-núcleo todo puede ser reducido al lenguaje. Se encierran en el lenguaje como se encierran en la vida académica. Claro que venir al mundo es venir al lenguaje. Claro que no bien llegamos hay una lengua que espera por nosotros. Claro que somos hablados en lugar de hablar. Claro que en lugar de dominar una lengua es la lengua la que nos domina a nosotros. Estamos hartos de seguir oyendo estas cosas. Sólo que queremos seguir manteniendo en pie las herramientas metodológicas que nos constituyen y que hoy el primermundismo académico y sus seguidores de las orillas quieren dejar de lado. Venir al mundo es venir a la violencia. Venir al hambre. Venir a la guerra. Venir al odio. Venir a la tortura. Venir a la injusticia. Venir a la desigualdad. Venir a las ideologías. Sí, a las ideologías. Venir a Dios. Venir a los fundamentalismos. Venir al terrorismo. Venir a los medios de comunicación. Venir a la sujeción de los sujetos. Venir al despliegue del Poder y someternos a él. Venir a la rebelión. Venir a la resistencia al Poder. Venir al amor. Venir a la escritura. Venir a la música. Venir a todas las cosas que hay en este mundo en que –como bien dice Heidegger, creador de esta maldita hegemonía del "lenguaje" en la filosofía "contemporánea"– *caemos*. Porque en este mundo es que caemos, sin justificación alguna, sin nada que nos justifique ni justifique a este mundo. Venimos en pecado porque nada nos sacraliza. Nada peticiona en favor de nuestra legitimidad. Venir al mundo es una cosa cuando se viene en un lugar y otra cosa cuando se viene en otro. Venir al mundo en Bagdad en tanto Bush arroja bombas de a miles es un problema serio. Venir al mundo en la elegante calle Arroyo es una cosa. Venir al mundo en Fuerte Apache o en la Villa 31 otra. Venir al mundo en un sitio-núcleo suele ser mejor que venir en un sitio-orilla. Y se acabó. Algún filósofo del giro lingüístico diría que *todo esto* existe porque se relaciona por medio de *signos*. Con lo cual habríamos reducido el *ser* al *signo*. Pero los que dicen esto con frecuencia se pasan la vida estudiando semiología y lingüística, *lo que relaciona*, y no las atrocidades que arrasan la existencia de los hombres sobre este planeta agonizante, *lo relacionado*. Además, están por completo equivocados. Luego de la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger, le tienen tal terror a un humanismo basado en la praxis constituyente del hombre, del hombre hundido en su materialidad (que es todo lo que nombramos anteriormente), del hombre hundido en el barro de la historia, que están conceptualmente cegados para ver que sólo hay algo verdaderamente *relacionante* sobre este mundo. Y eso es el *Dasein* o el *ente antropológico* o el *para-sí* o la *realidad humana* o el sujeto práctico arrojado al mundo, constituido por él y también constituyente. No habría signos sin hombres que los necesitaran para referenciar el mundo que hacen y que los hace. Esta es la metodología de este trabajo. Quizás en algún momento debamos explicitarla más detalladamente. Lo hemos hecho en *La filosofía y el barro de la historia* y sospechamos que este libro es una ejemplificación de aquél. Porque si algo nos entrega una reflexión política sobre el peronismo es el a veces desaforado espectáculo de los hombres haciendo la historia, de la historia haciendo a los hombres, de los infinitos condicionamientos, de todas las cosas que entran en juego (López Rega masajeando la próstata de Perón es sin duda tan importante en el peronismo como el enfrentamiento entre Perón y los montos el 1 de mayo de 1974, y tal vez hasta lo explique en buena medida), desde las aparentemente pequeñas hasta las inmensas como el bombardeo a Plaza de Mayo. De aquí que debamos llegar en algún momento a la pregunta decisiva: ¿qué sentido tuvo todo esto? ¿Qué *verdad* se realizó por medio de tantos hechos, de tantas pasiones? Si nada grande se hace en la Historia sin pasión, ¿qué Historia hicieron las tan a menudo incontrolables pasiones del peronismo, incluyendo en esto las de sus adversarios también? Porque Aramburu y Lanusse forman parte del gran relato peronista tanto como Cooke o como Cámpora? Todo eso, ¿qué *verdad* expresó? También: ¿expresó una o expresó cientos, miles, millones? ¿Qué fueron a buscar a Ezeiza dos millones de personas?

De modo que, para resumir, hemos recurrido a un par de conceptos deleuzianos sólo porque creemos que nos ayudarán a entender aún mejor cosas que acaso ya hayamos explicado, pero que podremos ver bajo otra luz, bajo otra trama conceptual. Vuelvo, ahora, al rizoma.

LA POLÍTICA ES TEORÍA, NO SÓLO PRAXIS

Lo que busco es simple. Tan simple como necesario. Hay una asincronía irremediable entre el proyecto de organización de los Montoneros y el del conductor estratégico. Los Montoneros no llegaron a entender cómo se conducía el movimiento peronista. En tanto Perón vivió, el movimiento siempre conquistó su organización bajo la hegemonía de lo *Uno.* Lo Uno era Perón. Aun cuando Perón dijera esas frases amables sobre el bastón de mariscal en la mochila de cada combatiente, nadie tomaba esto demasiado en serio. Era una actitud correcta. Cada militante podía tener en su mochila ese bastón, pero el bastón de mariscal era del mariscal y el mariscal era uno solo. Si en un ejército de 10.000 hombres hay 10.000 mariscales ese ejército es cualquier cosa menos un ejército. Un verdadero ejército es una arborescencia estratificada. Un árbol-falo con distintos estamentos que confluyen todos hacia el supremo estamento: el de la conducción. Un ejército puede ser múltiple, pero su conducción estratégica es *una*. Lo múltiple es el caos, el desbande, la anarquía y hasta, en ciertas y abundantes oportunidades, la lucha entre los que debieran estar del mismo lado.

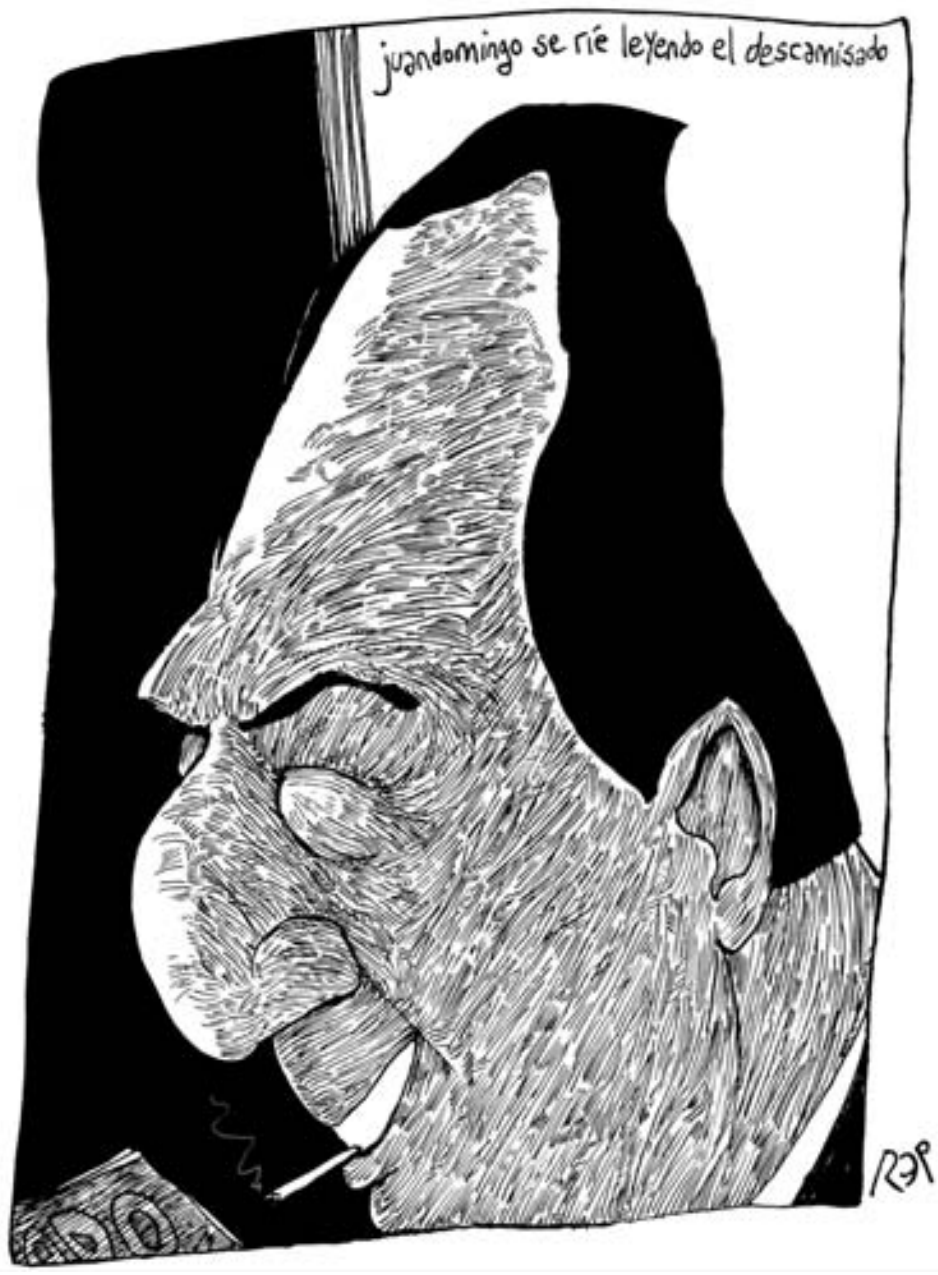
Deleuze (y juro que por eso recurro a él) "ocupa hoy (con su visión personal del *acontecimiento*, J. P. F.) el centro de las preocupaciones filosóficas" (François Zourabichvili, *Deleuze, una filosofía del acontecimiento*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 32). Sea o no así, no podemos eludir a un filósofo omnipresente en el mundo académico. Pero no centralmente por eso. Sino porque en rigor no es muy útil. De tanto en tanto viene por aquí Toni Negri. Este ex combatiente de las Brigadas Rojas escribió hace una década un best-seller apabullante: *Imperio*. Lo hizo con un muchacho muy posmoderno que metió deleuzianismos por todas partes. Negri, viejo zorro, los aceptó: el libro se *posmodernizaba* y la academia le abría sus brazos. También el mercado. Vendieron a morir. El libro aterrizó en la Argentina de fin de milenio en que ya latía el tema de las asambleas populares y la democracia directa. Negri y Michael Hardt (su socio posmoderno) extrajeron del rizoma deleuziano el concepto de *multitud*. Llegó a estas orillas y pude presenciar escenas patéticas. Un amable profesor en la Universidad de las Madres tratando de demostrar que la *multitud* no negaba la lucha de clases. A nosotros, argentinos, y eso le fue dicho claramente a Negri, el concepto de *multitud* nos remitía a un lamentable texto positivista de José María Ramos Mejía (1842-1914) titulado *Las multitudes argentinas* (1899). Hombre de la generación del '80, el positivismo hizo tantos estragos en él como en Ingenieros. Sólo Oscar Terán –lanzado a una búsqueda tenaz de hombres de izquierda alejados de los populismos que odió luego de su regreso de México– pudo encontrar en los esquemas toscos, deterministas, naturalistas, exaltadores del orden establecido en tanto los hechos son los hechos y sólo a ellos hay que estudiar y consagrar como "la realidad" del positivismo algo rescatable. Quería rescatar a los "hombres del '80" para oponerse a la visión que hace de ellos una patota de doctores que incorporó a-críticamente las ideologías europeas y acompañó a la oligarquía en el esquema no-productivo de comerciar "la abundancia fácil" y asentar en la Pampa el "granero del mundo". Escribe: "Una interpretación canónica de la historia de las ideas argentinas se autocomplace en presentar a José Ingenieros como un positivista sin fisuras y al positivismo como un bloque ideológico incapaz de pensar el problema de la nación, como efecto seguro de su carácter exógeno y de su europeísmo no menos recalcitrante" (Oscar Terán, *José Ingenieros, pensar la nación*, Alianza, Buenos Aires, 1986, p. 7). No, Terán, la interpretación canónica es la que hace de un Ingenieros un pensador "socialista" pese a su positivismo, pese a su "ochentismo" y pese a su alejamiento irremediable del problema de la "nación". En cambio, si los alumnos (o alguno que otro de ellos) le preguntaban a Terán por, digamos, Manuel Ugarte respondía: "No es un intelectual faro". Terán –y esto lo explica todo– fue un animador relevante del Club Socialista, de la revista *La Ciudad Futura*, de las cátedras que consiguió ese grupo y del enorme poder ideológico que tuvieron bajo el alfonsinismo y hasta no hace mucho en que la revista cerró. Una especie de visión socialdemócrata, con una alergia por el populismo, por lo nacional y por el peronismo en cualquiera de sus formas. Muchos de ellos, antes de marchar al exilio, habían militado en el peronismo. Aclaremos: luego de haber vivido el descalabro mortal peronista de los años '74 y '75 tenían derecho a buscar otros horizontes, pero ¿por qué renegar de tantas cosas? ¿Por qué tanto enojo? Eso los llevó a incomprensiones graves, a alejamientos con tufillo a tachaduras y a un encasillamiento que implicó una pobreza conceptual relevante.

Vuelvo a Negri. Cuando le dijeron que la *multitud* aquí no caminaba porque el recuerdo del nefasto, del escrito desde el odio de clases, del *poderosamente racista* libro del ideólogo positivista Ramos Mejía estaba aún demasiado presente, Negri insistió con la *multitud*. ¿De dónde venía este concepto? De Deleuze. De donde vemos que si yo doy algunos rodeos siempre retomo la línea expositiva. Aquí, otra vez, estamos: en el *rizoma*. Acudiré –superando prejuicios infundados– a un muy buen libro sobre Deleuze. Lo escribieron Florencia Abbate y Pablo Páez. Y es *Deleuze para principiantes*. Digo "prejuicios infundados" porque muy pocos irían a la facultad con este tipo de libros. Se supone (como el título de la colección bien lo dice) que son "para principiantes". Y nadie quiere ser visto en nada como "un principiante". Error. Algunos de estos libros (no todos, pero

sí el que aquí citamos) actúan al modo de una guía rigurosa, pues contienen una visión globalizadora de la obra de un autor que permite transitarla en tanto señala lugares necesarios y nexos imprescindibles. Abbate y Páez hacen una perfecta, clara descripción del rizoma y del esquema arborescente. Acudo a este texto también por otro motivo. Ocurre que he advertido que hay un montonazo de peronistas que leen esto y me putean con incontenibles ganas cuando hago desarrollos teóricos. Hacen mal en adoptar una actitud tal porque le dan razón a la derecha ilustrada que afirma y afirmará hasta el fin de los tiempos que los peronistas son medio chantas, cortos de luces, cómodos o abiertos incultos y sin ganas de dejar de serlo. No sería justo endilgarles esta pereza sólo a los peronchos. Los tiempos son así. Que se lea fácil. Que se entienda rápido. Que sea entretenido. Bueno, no todo es así. "Vamos que usted puede", como le dijo su rincón a Bonavena cuando sonó el gong del 15 round y enfrente lo tenía a Muhammad Alí. No pudo. Pero lo intentó. De haberse quedado en el banquito, habría perdido esa pelea por puntos. Pero salió. Y como decía Ringo: "Cuando salís estás solo, hasta el banquito te sacan". Y él estaba solo ante el más grande estilista y boxeador de ese deporte cruel, solo ante el hombre que había transformado en arte esa crueldad. Y Alí lo tiró tres veces en ese round final. Y si lo hizo fue porque trampeó suciamente: jamás se retiró a un rincón neutral en tanto le contaban a Ringo. Se quedó a su lado, dando sus memorables saltitos. El referí no le dijo nada. Ringo (el perfecto pre-Rocky) se levantó siempre. Era inútil. No bien buscaba averiguar dónde estaba Alí, Alí estaba a su lado y le daba un cross mortal. Así, tres veces. Perdió por KO. Pero volvió a la Argentina y cuando todos le preguntaron para qué salió "en el último", por qué no se quedó en el rincón y la sacaba más barata, la sacaba por puntos, Ringo dijo: "Disculpen, pero quería ganar". Después lo mataron por ahí, en un ranch de nombre *Mustang*, con dos o tres tiros de escopeta, como a un perro. Fue en 1976. Aquí no le importó a nadie. El país era una carnicería y Bonavena una sombra del pasado. (*Nota*: Dicen los norteamericanos que Stallone se inspiró en una pelea de Alí con un torpe boxeador del Medio Oeste para hacer Rocky: el tipo le habría peleado con increíble entereza. Creo que no es así. Hasta en el físico, Bonavena, con sus pies planos y todo, era Rocky y su pelea con Alí no pudo haber sido superada por ninguna otra como modelo para la notable *Rocky I*, lejos la mejor de la serie.) "Vamos, que ustedes pueden", decimos en este rincón. ¿Cómo no van a poder? Sólo se trata de tener ganas. La política es teoría y no se puede entender mediante la desnuda y mera narración de los hechos.

EL PERONISMO NUNCA FUE UN SISTEMA ACENTRADO: SU CENTRO FUE SIEMPRE PERÓN, Y LA LEALTAD, LA MEDIACIÓN ENTRE EL CONDUCTOR Y LOS CONDUCIDOS

Cito a Abbate y Páez (a concentrarse, descamisados): "Rizoma: la figura fue tomada de la botánica. Es un conjunto de tallos subterráneos que se ramifican en todas direcciones haciendo que no resulte posible determinar el centro, el origen. En los tubérculos rizomáticos –como el del lirio– *no hay jerarquía*, cualquier punto puede conectarse con cualquier otro; esa característica los distingue del esquema arborescente (*Perón*, J. P. F.), donde cualquier punto remite a la raíz" (Florencia Abbate, Pablo Páez, *Gilles Deleuze para principiantes,* Era Naciente SRL, Buenos Aires, p. 186. Cursivas mías). En *Mil mesetas* tampoco son excesivamente oscuros Deleuze y Guattari con este concepto que –insisto– fue fundamental en la crisis del 2001/2002. Caramba, ¡por algo lo habrá sido! A no quejarse y seguir leyendo. "Cualquier punto del rizoma (escriben D. y G.) puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo. Eso no sucede en el árbol ni en la raíz, que siempre fijan un punto, un orden" (*Mil mesetas*, *Ibid*., p. 13). Atención a esta cita. Estoy explicitando metodológicamente lo que los Montoneros no entendieron nunca del movimiento peronista. Cito a Deleuze (y a su compadre Guattari, desde luego): "Principio de multiplicidad: sólo cuando lo múltiple es tratado efectivamente como sustantivo, como multiplicidad, deja de tener relación con lo Uno como sujeto" (*Mil mesetas*, *Ibid*., pp. 13/14). Luego Deleuze acude a un ejemplo de Glenn Gould, el pianista canadiense, adorado por los intelectuales europeos, algunas de cuyas versiones son pálidas y otras antojadizas y en otras... ¡se lo oye cantar la partitura! Escuche, Gould: yo no compré un CD de Bach para oírlo cantar sino para escuchar a Bach, que, en efecto, usted lo hace muy bien. Pero Gould erotiza a los intelectuales del viejo pero siempre primer mundo: a Deleuze, a Thomas Berhardt, que escribió una novela para demostrar que Gould es superior a Alfred Brendel. Sí, claro: podría citar a treinta pianistas que lo son. Empezando por Richter, Rubinstein, Horowitz, Pletnev, Ashkenzy, Pogorelich y Martha Argerich, sobre todo. Sigo (y ya termino) con Deleuze: "Resumamos los caracteres principales de un rizoma: a diferencia de los árboles o de sus raíces, el rizoma



conecta cualquier punto con otro punto cualquiera" (*Mil mesetas*, *Ibid*., p. 25). Y *por último*: "Un rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, inter-ser, *intermezzo*. El árbol es filiación, pero el rizoma tiene como tejido la conjunción 'y... y... y...'" (*Mil mesetas*, *Ibid*., p. 29). Como bien resumen Abbate y Páez: "Deleuze y Guattari piensan que la política debe pensarse como un rizoma. Así, el arte, la filosofía, la ciencia y las luchas sociales se conectarían unas con otras de manera *horizontal,* sin que ninguna se imponga a la otra. Concebir las políticas de izquierda como un *sistema acentrado* implica creer que las diferentes iniciativas pueden coordinarse *prescindiendo de una instancia superior que las organice y unifique*" (*Ibid*., p. 186. Cursivas mías.)

Durante las Asambleas del 2001/2002 el tema de la democracia directa llevó a primer plano esta cuestión. Al rechazar la representación de los políticos (*que se vayan todos*), "la gente" decidió representarse a sí misma. Se dio, de este modo, el *sistema acentrado*. Nadie tenía la conducción. Todo esto fue fracasando paulatinamente. Apareció un señor de nombre John Holloway que dijo que la política no tenía por objetivo el poder. Que se construía en el llano. Eso era –aunque él no lo postulaba por ignorarlo, sin duda– un esquema rizomático. Pero lo rizomático jamás hará una política efectiva. Es un sueño supra-democrático. El centro está en cada uno de los rizomas. Cada rizoma es autónomo. Se comunica con los otros rizomas pero sin ceder nada de su autonomía, de su sustantividad, de su centralidad.

EZEIZA, EN CLAVE DE FARSA TRÁGICA

Podríamos decir que –a partir de Ezeiza o precisamente en Ezeiza– el peronismo estalla en rizomas.

1) El avión en vuelo. Ahí viaja el General. El Padre Eterno. El que es esperado, abajo, en la Tierra, por dos millones de personas que anhelan de él vaya uno a saber qué. Por el momento digamos: *todo.* Los militares: que termine con la guerrilla. Los empresarios que active la economía. Los sindicalistas: poder, sostén sólido y casi definitivo para sus cargos burocráticos. La CGE: desarrollo y créditos para las pequeñas y medianas empresas. Buenas relaciones con la Unión Soviética y con Cuba. El PJ: el ordenamiento definitivo y un papel descollante en la conducción del Movimiento. El pueblo peronista: la recuperación de los años felices, cuando se sentían, si no los dueños, sin duda los más halagados, cuidados y hasta mimados del país. Cuando el 53% del la renta nacional era para ellos. Y la Juventud Peronista, compartir la Conducción, nada menos. Ser la vanguardia de reemplazo. O decirle al Viejo que, si él flaqueaba, estaban ellos para hacer el socialismo nacional, la patria socialista, montonera y peronista. El ERP, demostrar que Perón es un burgués represor como cualquier otro. Y la clase media –adaptando la consigna de la JP contra Isabel: "No rompan más las bolas/ Evita hay una sola"– tenía la suya, intransferible, propia: "No rompan las pelotas/ queremos pagar en cuotas".

2) Dentro del avión, los enfrentamientos contenidos. Personajes que nada tienen que ver entre sí y que se odian. En algún momento todo va a estallar ahí. Soterradamente al menos. Pero más que el plácido regreso de un anciano líder vamos a tener una superproducción de Hollywood: *Aeropuerto '73*.

3) El Palco: el cantautor Favio como alma candorosa ajena a todo cuanto ocurre a su alrededor. Como el hombre que buscará la paz y la concordia aun al costo de su propia vida: "Paren de torturar o me suicido". Como el hombre que ve ametralladoras, pistolas, cadenas, picanas y cree que son para el momento de los fuegos artificiales. Como el hombre que ve a un mercenario que tiene una ristra de balas colgando de su hombro y le pregunta para qué es. Como el que escucha una respuesta extraña en un idioma también extraño: "Pour tuer tous les zurdós de mérde". Como el que responde: "No hablo francés. No entiendo. No entiendo nada". Como el que le pregunta al coronel Osinde, a su lado, en tanto éste abre fuego con su 45 sobre la multitud, compuesta por rizomas que caen como moscas, "¿Qué está pasando, coronel? Yo no vine a esto". Como el que escucha que Osinde le dice: "¿Y a qué viniste, pibe? ¿Otra vez te lo tengo que explicar?". Como el que ve a Osinde agarrar el altoparlante, como el que lo escucha gritar: "¡Por última vez! ¡Están bajo la mira de nuestras armas! ¡Bájense de los árboles!". Como el que años después hará un film sobre Perón y le dedicará apenas 10 minutos. a toda la espesa, atronadora y trágica historia de la Juventud Peronista. Como el que, en ese film, dirá: "Eran aproximadamente las 14 hs. cuando francotiradores apostados en los lejanos árboles empezaron a disparar indiscriminadamente contra la desprevenida e indefensa multitud sembrando el pánico y la confusión. A su vez, fuerzas encontradas del peronismo empezaron a atacarse por el control del palco". Es una hazaña esta declaración del cantautor: tiene más mentiras que palabras, algo difícil de lograr. Ya nos ocuparemos de ella cuando analicemos hasta el tuétano, hasta el más recóndito fundamento, los sucesos de ese día aciago.

4) La autopista Riccheri: no menos de dos millones de personas caminan hasta donde puedan llegar. No todos son peronistas. Va gente de todo tipo. Es la exaltación del rizoma, pues éste no debe verse sólo como elemento aislado y autosuficiente. Lo es, pero para unirse a otros rizomas. Lo que hace el rizoma es abominar del esquema autoritario arborescente. Aquí, sin embargo, van todos en busca del *gran arbol de la Argentina*. De la gran esperanza. Ya nos preguntaremos qué esperaba la Argentina de ese regreso. Por ahora, esto: nunca había ocurrido y raramente ocurrirá un fenómeno semejante. Dos millones de voluntades en medio de una fiesta cuasi mística. Vuelve Perón. El pueblo argentino va a recibirlo.

5) El poeta Néstor Perlongher marcha a la cabeza del Frente de Liberación Homosexual. Cuando oyen los tiros se alarman. "¿En todos lados nos cagan a tiros?", pregunta Perlongher. "Quedate tranquilo, la cosa no es con los putos", le dice un jefe de columna de la Jotapé. "¿No nos podés llamar de otro modo?", dice, encabronado, Perlongher. "¿Cómo?" "Por lo menos 'homosexuales'." El Jotapé resopla con fastidio: "No jodás, pibe. 'Homosexual' es muy largo. 'Puto' es cortito y contundente. Y si no, andate con los comunistas". "Ni loco –dice Perlongher–, antes de venir les pregunté si querían que marcháramos con ellos. Me dijeron: 'Ustedes se salvan porque estamos aquí. En Moscú, el Politburó los manda a Siberia'." "¿Ves? Nosotros les decimos putos pero

los queremos." Y cuatro o cinco empiezan con un cantito que se hará célebre: "¡Los putos con Perón!". Perlongher se resigna. La palabra *gay* esperaba lejos, en un futuro de mayor comprensión. También de menor política. De menor historicidad. De menor violencia. De menores sueños y utopías. Una época en que el rizoma se impondría en muchos ámbitos: en el feminismo, los homosexuales, los minusválidos, los negros, los travestis, la ecología.

6) La militancia de la Tendencia Revolucionaria (que no está armada) va dispuesta a copar el acto con la masividad. Le será sencillo. Cientos de miles de activistas avanzan hacia ahí. El día anterior, Osinde, previendo esto, le dice a Lorenzo Miguel: "Poneme 500.000 obreros rodeando el Palco". "¿Estás en pedo vos?", dice Lorenzo. "¿De dónde mierda querés que saque 500.000 obreros?" "Sos un boludo, un inútil –le dice Osinde–, te cagaría a tiros, turco. Lo único que sabés es morfar tallarines con tu vieja los domingos." "Pero es que el peronismo es eso", dice Lorenzo. "¿Sí? Vos date mañana una vuelta por Ezeiza y vas a ver qué es el peronismo."

7) Abal Medina, Righi y Cámpora están reunidos. Abal, desesperado, le dice a Cámpora: "Saque a la Policía, doctor. El Palco es de Osinde y los mercenarios franceses. Eso va a ser una matanza. No van a permitir que la Jotapé tome los primeros 300 metros". (Supongamos que no dijo lo de los mercenarios franceses. Pero que los hubo, los hubo. Ya veremos por qué.) "Pero, doctor Abal Medina –dice Cámpora–, ¿por qué los muchachos quieren copar los primeros 300 metros?" "Para mostrarle a Perón que ellos son el pueblo. Ellos y nada más que ellos." "Pero, doctor, caramba: si hay 2.000.000 de personas en la Riccheri." "Pero ellos se juegan a que Perón no ve más allá de los 300 metros." "Doctor, por favor: dígales que no se excedan. Perón no ve tan lejos. Si ve más de 50 mts. será con la ayuda divina. Que no arriesguen gente al pedo, dígales." "Doctor Cámpora, por favor: saque a la Policía. Eso va a ser una masacre", insiste Abal. Cámpora pierde los estribos: "¿Cómo mierda quiere que saque a la Policía si este boludo, hace apenas 15 días, les dio un discurso que nos los puso a todos en contra? ¿O no vio los volantes clandestinos que salieron? 'El discurso del Ministro marxista anticipa el asalto definitivo de los rojos contra la Institución policial'". "¿Qué mierda les dijiste?", pregunta Abal. "¿No leíste el discurso?", pregunta Righi. "Me habían puesto una bomba, carajo –dice Abal– ¿Qué les dijiste?" "No me acuerdo", Righi está muy nervioso. "Decime una frase por lo menos." Righi hace memoria. Por fin, dice: "Creo que dije: 'Los hombres de la policía pueden sentirse aliviados. Ahora nadie pretende que de sus armas deba salir la solución de los conflictos'". "Cagamos", dice Abal Medina y se desploma sobre un sillón. Righi, también, había dicho otras cosas. Conceptuales y hasta bellas y conmovedoras: "No es que ya no tengan que defender el Orden. Pero ese Orden cambió". Se equivocaba: el Orden seguía siendo el mismo y el Padre Eterno llegaba para que, con algunos retoques nacional populares, así fuera.

8) ¡La columna de La Plata! La pesadilla del Palco. No hay, para ellos, lucha posible desde la masividad. Llega la columna sur. Son, por lo menos, 60.000 personas. Osinde y los suyos toman la decisión brutal, criminal, única que pueden tomar: responder a la masividad de la Juventud Peronista con la extrema violencia. "¡A mansalva! –grita Osinde–, ¡que no quede uno!" A los que agarran los llevan al Hospital de Ezeiza y los torturan como los franceses en Argelia, como los yanquis en Vietnam, en pleno Plan Fénix. Ahora el Plan Fénix y el general Bigeard están ahí: en el Hotel de Ezeiza. Favio aparece y dice que si no paran con las torturas se suicida. Los tipos siguen torturando. Favio sigue vivo. Se va. Algunos, años después, lo preservan, no le preguntan nada, lo quieren posiblemente mucho o ven en él a un símbolo del peronismo genuino, popular. Lo que pasa –dicen– es que un gran artista, un genio. Hay que salvarlo de este bochorno.

9) En el avión, López Rega le dice al General: "¿Sabe, general? Creo que no vamos a aterrizar en Ezeiza". Perón sonríe y la mira a la Chabela: "Este Lopecito se las sabe todas. No hay caso: es brujo el hombre". "Qué haríamos sin él", suspira Isabelita. A las 16.50 aterrizan en Morón.

10) Final: la muchedumbre regresa por la Riccheri. Quien ha vivido eso no lo olvidará jamás. Uno de los días más tristes de nuestra historia, que no carece de ellos, que los tiene a montones. El abandono, la sensación de derrota, los sueños rotos, el áspero despliegue de la realidad, el anochecer. Tal vez, en gran medida, eso: las sombras de la noche del día más largo del año. Yo iba con Conrado Eggers Lan. Eramos dos más entre miles y miles de entristecidos y silenciosos argentinos. Recuerdo (y nunca olvidaré) lo que dijo Conrado: "Si los militares, ahora, dan un golpe, ganan". No pude ofrecerle ningún argumento en contra. Yo tenía treinta años. Ahí terminó mi juventud, que había durado demasiado.

Ahí murió el Padre Eterno. Dios bajó a la Tierra y –antes de que llegara– no uno, sino *todos* los tontos empezaron a faltarle el respeto. Algo terrible había sucedido: Dios, el Padre Eterno, era un tonto más.

"LA SANGRE LLAMA A LA SANGRE"

Los meses de enero y febrero de 1973 fueron calurosos, fueron húmedos y fueron la apoteosis de la esperanza, de la ilusión. El futuro se podía oler. Estaba ahí, a la mano. Caminábamos sobre él. Creíamos, incluso, que se encarnaba en nosotros. Descubrimos, en esa jubilosa temporalidad, que pocas cosas podían ser más hermosas que una campaña electoral en verano. El sudor nos entregaba un engaño que vivíamos sin culpa: hacíamos el doble de lo que hacíamos; si no, ¿por qué habríamos de transpirar tanto? Todo el país se hacía peronista. Todos (muchos de los que ahora abominan de esa experiencia) vivieron un romance veraniego con el peronismo juvenil. Porque no había otro. Los sindicatos seguían cuidándose sus culos de oro sólo merecedores de sillones suntuosos, excesivamente cómodos. El PJ, a lo sumo, colaboraba con la juventud y era el aparato con el que se ganarían las elecciones. Pero la campaña la hacían los jóvenes. Ya no había "catolicuchis". Pocos pensaban en Firmenich. Estaba lleno de pibes y pibas judías. Esas pelirrojas de narices insoslayables, de ojos claros, de cabelleras largas y llenas de rulos, ágiles, inteligentes; tanto, que te ganaban una discusión con sólo proponérselo. Minas libres. Que habían mandado al demonio a sus viejos, no sólo gorilas sino temerosos, que sólo parecían desear cortarles las alas y retenerlas en casa. Si querían, cogían. Si no, no. Siempre hacían política. Hasta cuando llegaban al mejor de sus orgasmos: "¡Matame, Potemkim!". No sólo ellas, claro. La Jotapé era un hervor de voluntades diversas. Se discutía en los bares. En las facultades. En los cordones de la vereda. Y hacía calor. Y todos los días el cielo estaba lleno de estrellas. Eran las nuestras. Y las de la clase media veterana también. No todos querían retener a sus hijos en casa. Aparecían viejos peronistas por todas partes. El suegro que yo tenía entonces siempre había sido antiperonista. Se empezó a entusiasmar y no paró hasta dejar de serlo y hasta, por si fuera poco, serlo, ser un peroncho que leía los diarios esperando los fracasos de Lanusse, las palabras de Perón.

Que yo sepa, esto les pasó –no con la efervescencia de los '70, pero con polenta y, sobre todo, sin final trágico– a los radicales durante la campaña de Alfonsín. Por si alguien o muchos lo han olvidado debo decir que Alfonsín era un balazo en el '83. Fue el primer político que, apenas la dictadura abrió el juego después de Malvinas, dio un discurso ante un auditorio muy numeroso, al aire libre. No se guardó nada. Cito de memoria: "Una represión incontrolada segó vidas sin piedad". Muchos políticos salieron a acusarlo de "provocador". La mayoría, peronistas. Engordó 14 kilos. Recorrió todo el país. Recitó el Preámbulo. Gran acierto: había que volver a la vida constitucional, ¿cómo no hacer del Preámbulo una bandera? Entre tanto, los boludos de los peronistas, a los que no se les ocurría ni una idea ni encontraban un candidato, inventaron que al Alfonso lo bancaba la Coca-Cola. *Esa era toda la plataforma electoral que empezaron a pergeñar*. Un infundio de décima. Coca-Cola o no, hubo un momento decisivo. Alfonsín ganó por dos causas. A la consigna de una Jotapé ochentista que habrían armado los sindicatos o políticos como Herminio Iglesias y pegoteó por el país una consigna que decía: *Somos la rabia*, los radicales contestaron con otra: *Somos la vida*. Era una gran consigna. Después de la muerte, la vida. Curiosamente o no, los militantes de Herminio Iglesias recorrieron las calles con un cántico hermoso: "Somos la patota del doctor/ Herminio Iglesias/ Vamos todos/ Marchemos unidos/ Ya estamos podridos/ de tanto dolor". Lo de "doctor" era en joda. Herminio era cualquier cosa menos doctor. Pero dijo dos frases para la historia: "Conmigo o sinmigo" y "Yo me comeré las eses pero otros se comieron el país". El otro motivo por el que Alfonsín gana las elecciones es el recuerdo de Ezeiza, que los radicales ponen sobre el tapete y que el cine de Héctor Olivera plasma en una película poderosa basada en la novela de Osvaldo Soriano: *No habrá más penas ni olvido.* (Figura en nuestros planes dedicarle un amplio espacio.) Y, por fin, los candidatos. En tanto Alfonsín era un volcán en constante estallido, Luder era un pescado frío. Además, un político cobarde. O atenazado por un partido que no se atrevía a jugarse, a doblarles el brazo a los milicos. Los militares acababan de lanzar una ley de autoamnistía. Le preguntan a Luder qué piensa hacer con ella cuando asuma. El pescado frío se toma su tiempo y arroja sobre los inminentes votantes una serie de consideraciones legales destinadas a decir que será muy difícil derogar esa ley, porque ya ha sido dictada. Una huevada espectacular. Le hacen la misma pregunta a Alfonsín y el líder caliente de esos días, sin hesitar, furioso, con una certidumbre aplastante, dice: "Si quieren dictarla, que la dicten. Pero pierden el tiempo porque *la vamos a derogar*. La vamos a derogar. Y va a ser lo primero que hagamos no bien lleguemos al Gobierno". Tuvo dos buenos años Alfonso. No es poco en un país donde los políticos no tienen bueno ni un solo día. Hizo el Juicio a las Juntas. Después se cayó. Y se siguió cayendo. Esa es otra cuestión. Pero el del '83 estaba destinado a hacer lo que hizo: historia pura. Fue el primer político que le ganó una elección al peronismo. Se lo merecía. A esta altura de los tiempos, algunos de los cánticos de los jóvenes que lo siguieron suenan tanto o más patéticos que "el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel". Por ejemplo: "Franja Morada/ la patria liberada". ¿La patria, qué?

Volvemos a cualquiera de esas noches de enero o febrero de 1973. Salimos de la casa de algún compañero del Consejo de Redacción. Estamos preparando el nuevo número de *Envido*. Caminamos, hablamos, por ahí entramos en una pizzería a comernos una fugazzeta y tomarnos una cerveza. Salimos. Y contra una pared hay un gran afiche pegoteado. En él se ve a un joven morocho que nos mira y sonríe, satisfecho consigo mismo y con lo que hace. Tiene la cara empapada en sudor. La camisa blanca hecha jirones. Tiene sangre en la cara. Tiene sangre en la camisa. Levanta su mano derecha y hace la V de la victoria. El afiche dice: *En lucha por la liberación.* Nos quedamos un rato mirándolo. Al pie del afiche se lee: Juventud Peronista. Y la metralleta y la tacuara cruzadas. Seguimos un rato así, en silencio, mirando al militante ensangrentado que nos mira. Horacio González, con voz triste, dice: "Tiene mucha sangre encima ese compañero. No está bien. Lucha por la liberación, bueno. Pero la lucha no es sólo la sangre. Y además". Y juro que dijo esto (lo dijiste, Horacio, y bien dicho estuvo, no importa si te acordás): "La sangre llama a la sangre". Nadie lo contradijo. Nos saludamos y cada uno se fue para su casa.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

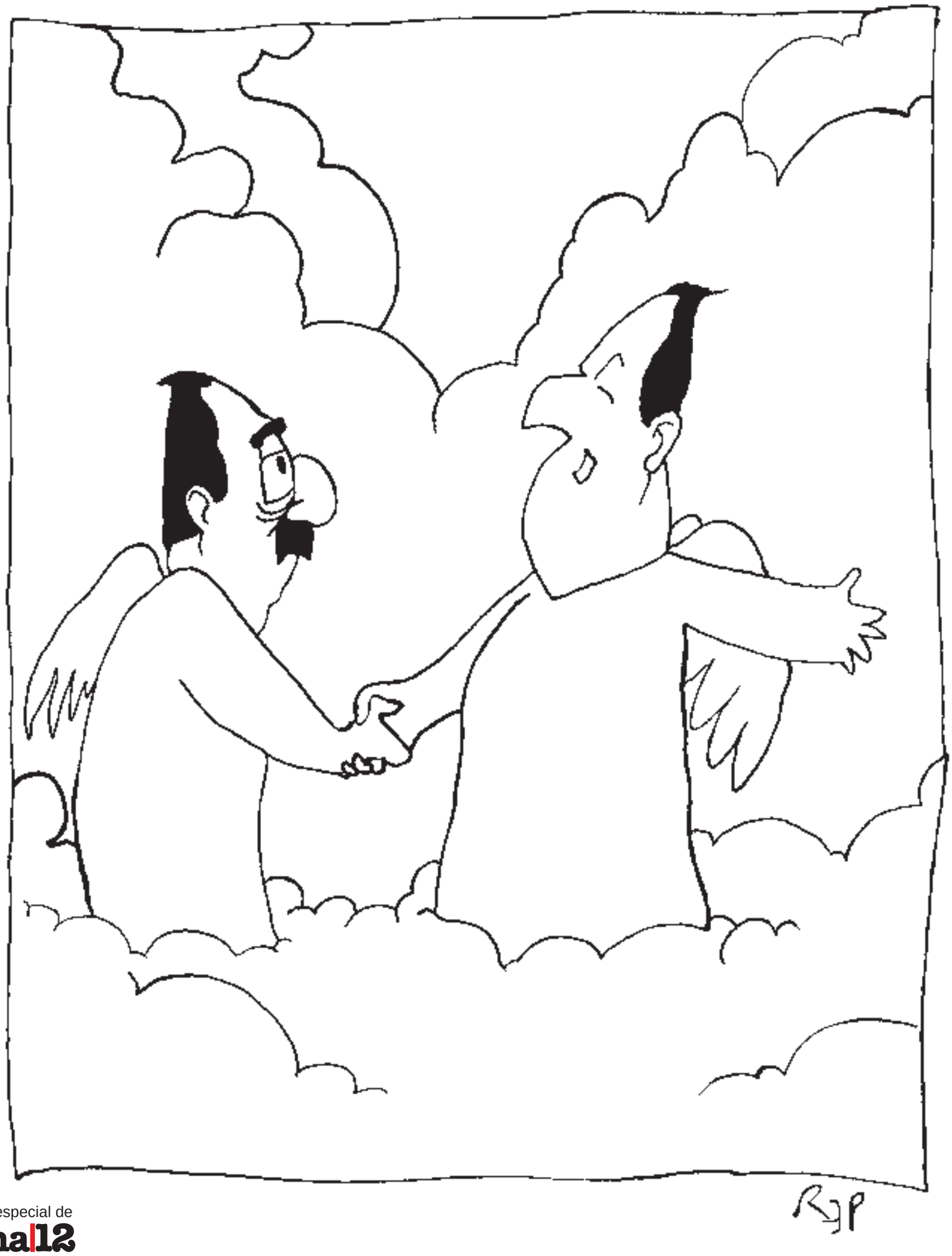
Cercanías de la plaza del 25 (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

72 **Cercanías de la plaza del 25 (II)**



Suplemento especial de
Página|12

URQUIZA Y PERÓN, ¿UN SOLO CORAZÓN?

En diciembre de 1972, por medio de una carta a Juan Manuel Abal Medina, Perón saluda "a los muchachos" y los impulsa a empeñarse en "la lucha como las circunstancias lo requieran". Exclama: "¡Qué no daría por tener ahora 50 años menos!". ¿Qué haría si los tuviera? ¿Cuál es la causa de ese deseo? Y larga una famosa frase: "Con cincuenta años menos andaría poniendo bombas". Eran mensajes para alimentar el ánimo belicoso de los jóvenes. Se venía la campaña electoral y al ala dura le tenía destinado el protagonismo de esa etapa de movilización y enfrentamientos. También en diciembre declara: "Yo estoy volando un poquito más arriba de las nubes en este momento, mi tarea y mi misión ya han dejado un tanto de ser justicialistas. *Mis muchachos se van a encargar de todo lo demás. Yo estoy actuando como manager, digamos así, o como coordinador, de 34 partidos y fracciones políticas que he logrado poner de acuerdo*" (Galasso, *Ibid.*, tomo II, p. 1148. Cursivas nuestras).

Voy a incurrir seguidamente en algo que se les suele reprochar a los escritores: el desmedido pecado de citarse a sí mismos. No hay tal pecado. Sobre todo en épocas en que muchos transcriben lo escrito por otros y no los citan argumentando que los textos "son de todos", y que aquel que reclame como suyo un texto que ha escrito está incurriendo en el pestilente concepto capitalista de la propiedad privada, en la arrogancia de lo privativo, en la áspera ideología de lo patrimonial. Se han plagiado novelas enteras y se han ganado concursos literarios con este concepto. Ni Pierre Menard se habría atrevido a tanto, ya que era más "original" al lado de estos "anarquistas apropiadores" de hoy. En fin, un símbolo de los tiempos. Jorge Bucay, hoy ausente de los primeros planos que solía obsesivamente ocupar, sobre todo cuando realizaba "giras nacionales" junto al "gran pensador" Marcos Aguinis para ilustrar a los desvalidos ciudadanos o para animarles las existencias con exhortaciones a la voluntad de ser felices, a la coherencia con los propios principios y la fe en un futuro inevitablemente venturoso (*Nota*: Esa dupla Bucay-Aguinis no duró mucho, sólo queda ahora Aguinis, que escribe arrebatados panfletos en los que expresa su ira y clama por una especie de épica nacional de la bronca y la rebelión: "Me acosa la furia y quisiera estar sereno. No soy la excepción. Hay bronca, que se ha vuelto generalizada y casi permanente. Debemos hacer algo, porque la Argentina merece otro destino". La editorial que lanza al mercado el panfleto califica a Aguinis de "gran autor nacional". ¿Se entiende, no? Digo la verdad, créanme: Aguinis sería el gran autor de esta nación. Creo, sí, que debemos hacer algo, porque la Argentina merece otro destino. No sé cuál, pero no el de tenerlo a Aguinis como el gran autor nacional), fue aniquilado cuando copió innumerables páginas de no sé qué libro. La moda del plagio creativo no estaba impuesta. He dicho esto (me referí al olvidado Bucay) para justificar el citar un viejo libro mío. Al menos uno –al hacer tal cosa– se plagia a uno mismo, lo cual tal vez sea más apropiado que plagiar a otro. O tal vez no. Tal vez sea más creativo y pos-posmoderno despojar a otro. Y, sin duda, más riesgoso, pues cierta justicia, ignorando las leyes de estas vanguardias, todavía castiga a los artistas que se manejan bajo las sutiles leyes del afano creativo. Con felicidad, entonces, libre de toda culpa, procedo a autocitarme: "Perón lo sabía: febrero era el tiempo de los jóvenes. Porque eran éstos quienes agitaban la historia, soliviantaban las conciencias, creaban las consignas, representaban el rostro caudaloso, multitudinario del peronismo. Había, entonces, que apoyarlos. Hacia ellos –hacia la izquierda– debía inclinarse el péndulo. Sobre ellos caerían las bendiciones del Padre Eterno" (J. P. F., *López Rega, la cara oscura de Perón*, Legasa, Buenos Aires, 1987, p. 100. ¡1987! Más de 20 años. ¿Qué querrá decir esto? ¿Cómo puedo servirme de un texto escrito hace más de 20 años? Preguntemos: ¿es coherencia o anquilosamiento? ¿O se esconde tras esta cita el deseo de señalarles a todos los que se les ha dado por escribir sobre los '70 que yo lo hacía cuando ellos miraban por la tele a las tortugas Ninjas? Busquen por el lado de la vanagloria y el hueco orgullo y estarán más cerca de la verdad). Así es como surge el reportaje que Perón concede al diario *Mayoría*. Es del 11 de enero de 1972. Cito: "'O ellos llaman a elecciones o provocan una guerra civil', decía Perón refiriéndose a los militares. El diagnóstico era duro; implicaba, además, una amenaza: o hay elecciones o hay guerra civil (...) Perón –luego– procedía a privilegiar la 'liberación' y no la 'reconstrucción', tarea que dejaba para una etapa posterior. Decía: 'Lo primero que hay que hacer es liberar al país, pero primero de ese flagelo que es el partido militar; después hay que liberarlo del imperialismo, y recién después se podrá pensar en reconstruir lo que han destruido y desarrollar el país mediante un plan bien articulado.

"Las etapas de la lucha quedaban así señaladas: 1) liberación del partido militar; 2) liberación del imperialismo; 3) reconstrucción. Importa destacar este sistema de prioridades porque luego Perón habrá de invertirlo: primero –dirá– la reconstrucción. Sólo que recién lo dirá al intentar el desplazamiento de los 'duros'. Y lo dirá ante el desconcierto de la Tendencia. Porque, coherentemente, la teoría que se fortaleció con el reportaje de *Mayoría* fue la del primer mes. Que era entusiastamente asumida por la Tendencia y se resumía así: 'En el primer mes de gobierno, tomar el poder'. Curiosamente la Tendencia reducía a ese lapso la duración del gobierno (Cámpora), pues luego habría de tomarse el poder (Perón). Cámpora, en efecto, duró en el gobierno poco más de un mes, pero por motivos que en nada respondían a las esperanzas de la Tendencia" (J. P. F., *Ibid.*, pp. 101/102). Y las palabras del Padre Eterno bendecían a los jóvenes. Eran los tiempos de la *juventud maravillosa*. Sin embargo, un análisis de esa frase de Perón ("El poder hay que tomarlo en el primer mes de estar en el gobierno") llevado a cabo *desde* los meses posteriores, revelaría su verdadero sentido: *El poder lo vamos a tomar cuando echemos a Cámpora y a todos los infiltrados del gobierno*. Ahí, el poder retornaría a las manos de los verdaderos peronistas, quienes debían volver "a la conducción de nuestro movimiento". El poder se tomó en Ezeiza. Ahí, la derecha, simbólicamente, se adueña del palco y de la conducción del peronismo. Perón viene a santificarla. Lo hace apenas al día siguiente en el discurso que inaugura la *etapa dogmática*: "Somos lo que las veinte verdades justicialistas dicen". Este discurso inicia el conocido proceso de persecución a la Tendencia. *Perón cambia brusca, casi brutalmente*. Suceden muchas cosas. Una de las que menos se conoce hoy es la interpretación de la falta de lealtad del conductor para con las bases. Porque la lealtad no sólo era lealtad al conductor. El conductor debía ser también leal a los anhelos de las bases y a las promesas que había hecho. "Perón Cumple". ¿Esto se refería sólo a las obras realizadas durante el primer gobierno o Perón debía cumplir también a su palabra empeñada? ¿Qué era lo contrario de la lealtad? La traición. Surge, de este modo, en la militancia, una correspondencia histórica irritativa pero ineludible en una reflexión sobre el peronismo: la similitud entre Urquiza y Perón. Urquiza, el que traicionó a los federales, el que traicionó a las montoneras gauchas, el que se retiró de la batalla de Pavón (luego de haber ganado la de Cepeda), el que se retiró con esa batalla casi en su poder, el que lo hizo ante la indignación de sus lugartenientes, todos bravos federales que querían seguir peleando y ganar, el que se entregó al poder de Buenos Aires, Urquiza, en fin, el gran traidor a la causa federal, habría anticipado a Perón, el gran traidor a la causa del socialismo (nacional), a los militantes que habían luchado y habían muerto por él, el gran traidor a su palabra, a sus promesas, al pueblo. David Viñas habrá de escribir una novela (que, por desgracia, no leí) llamada *General muerto* en la cual ese símil (Urquiza/Perón) se explicita. "Urquiza" es un nombre que la militancia de los '70 (afecta a los paralelismos históricos) empieza a pronunciar con cierta intensidad a partir del discurso del 21 de abril y luego del *Documento reservado* que publican los halcones de la derecha en el diario *La Opinión*. También aparecen por esos días las pintadas: "Lanusse volvé, te perdonamos".

Como ya me he permitido más de una discordancia con la tradicional forma del género "ensayo", me permito ahora incurrir en una más. Creo que Urquiza merece un espacio en este corpus. Urquiza, sus lugartenientes duros y la batalla de Pavón. Se trata de un pequeño esbozo teatral de tono farsesco, lleno de anacronismos y de líneas históricas arrojadas fuera de la temporalidad en que los hechos ocurren. Alguna vez –hará un par de años– un productor de televisión y un joven director (tendría 28 años) me pidieron un texto para un programa sobre historia argentina. Hicimos una cita y yo acudí con "Urquiza en Pavón". Se aterrorizaron. El productor dijo que él podía entregar ese texto al estudio (un canal privado) pero luego se exiliaba de inmediato. Me sorprendió la actitud del joven director: me miraba como si yo estuviera loco. "Nosotros queríamos algo histórico", farfulló. "Esto es historia pura", le dije. "Eso es un insulto –dijo–, una provocación. Yo no voy a filmar algo así." "¿Y qué vas a filmar? –le dije–, "¿lo de siempre? Sos un tipo joven. ¿No tenés ganas de romper un poco las pelotas? ¿Ni siquiera de hacerte el loco?" Muy seguro, dijo: "No, y menos ganas tengo de perder este trabajo". Tenía 28 años y ya pensaba como un viejo acobardado por los años y los fracasos, que no son todos. De modo que me fui e ignoro lo que hicieron. Pero agarré ese material, lo revisé, lo pulí y lo armé como una obrita teatral. Ojalá les guste y ojalá sirva para ahondar algunos puntos de nuestra densa temática.

URQUIZA EN PAVÓN

(Pieza teatral en un acto breve)

Batalla de Cepeda: 23 de octubre de 1859

Batalla de Pavón: 17 de septiembre de 1861.

(*Escenografía: una sala de reuniones en un piso 35 de Puerto Madero. Una mesa enorme, brillosa. En la punta, imponente, vestido con sus galas de general de la Nación, el general Justo José de Urquiza. Habla con una top model y se nota que la está seduciendo. La chica viste desmedidamente fashion. Como si fuera a exhibirse en Fashion File o E Entertainment.*

A un costado, en un rincón áspero, semioscuro, triste, burocrático está el Recolector de Hechos. El burócrata de la historia. El historiador fáctico. "Las cosas son las cosas." "Los hechos son los hechos." "Lo que sucedió fue lo que sucedió" y mediocridades por el estilo.

"Lo que sucedió" será siempre la versión más trajinada, aburrida y escolar de la historia argentina. El billikenismo exasperado.)

Recolector de Hechos: En el Palacio San José, en la provincia de Entre Ríos, en Paraná, capital de la Confederación Argentina, el general Justo José de Urquiza se reúne con algunos hombres de negocios que han llegado desde Buenos Aires.

La Confederación Urquicista está en guerra con Buenos Aires, que desea escindirse y declararse independiente. Buenos Aires está bajo la conducción del general Bartolomé Mitre. Las negociaciones han venido fracasando y la batalla de Pavón está cercana.

Urquiza: (*Al Recolector de Hechos.*) ¿Ya está?

Recolector de Hechos: Por el momento... los hechos son ésos.

Urquiza: ¿Qué tiene usted con los hechos?

Recolector de Hechos: Los hechos son la verdad de la Historia. Por eso yo me ocupo de lo que me ocupo.

Urquiza: ¿Y de qué se ocupa?

Recolector de Hechos: De recolectar hechos. Verdades.

(*Entran los empresarios. Son todos yuppies. O algunos semejan venerables banqueros, con canas y sabiduría de la vida y los negocios. Urquiza les sonríe muy satisfecho. Se adelanta hacia ellos y les estrecha las manos.*)

Urquiza: Adelante. Bienvenidos al Palacio San José.

Señor Mitsubishi: Se lo ve cambiado al Palacio, general.

Señor Ford: Como más... moderno.

Señor Texaco: Como más... posmoderno.

Urquiza: ¿Habían estado aquí alguna vez?

Señora Hewlett Packard: No, pero teníamos referencias. Fotos, por ejemplo.

Urquiza: (*Señala al Sr. Texaco.*) Esa palabra que usted dijo...

Señor Texaco: ¿Posmoderno?

Urquiza: Esa. Fue la que usó mi arquitecto. Esto le va a quedar posmoderno, general.

Señor Texaco: Se lo ve más ascético al Palacio. Como deconstruido. No lo engañó su arquitecto.

Urquiza: Si me engañaba, el deconstruido era él. ¿Saben que la deconstrucción la inventó el general Rosas? Más precisamente: la Mazorca. Unitario que agarraban, lo deconstruían. ¿Quieren que les cuente cómo?

Señora Hewlett Packard: Preferiría que no. No tengo tiempo.

Urquiza: Siempre escasa de tiempo usted, señora. (*Transición.*) Bueno, señores. Hablemos de negocios.

(*Se sientan alrededor de la enorme mesa. Urquiza toma la palabra.*)

Urquiza: Vean, yo soy un hombre sencillo y voy al grano. Estamos por chocar con el general Mitre en la batalla de Pavón.

Recolector de Hechos: (*Interrumpiendo.*) La batalla de Pavón se libró en el campo del mismo nombre el...

Urquiza: ¡Callate, carajo! Ni empecé a negociar.

Señor Texaco: Esa batalla la debe ganar Buenos Aires, general.

Urquiza: ¿Y eso está escrito en algún lado?

Señor Texaco: Todavía no. Hay que escribirlo.

Urquiza: O sea que la Historia se escribe antes.

Señor Ford: Se "arregla" antes.

Señor Texaco: Se arregla antes, se hace después y luego se escribe tal como se arregló antes.

Urquiza: ¿Y qué tenemos que arreglar aquí?

Bill Gates: Que usted no presente batalla en Pavón.

Urquiza: ¿Cuántas computadores le piensa vender a Mitre?

Bill Gates: Millones. Este país tiene que crecer.

Urquiza: ¿Y si me presento en Pavón?

Bill Gates: Pueden ocurrir dos cosas. Que gane.

Señor Texaco: Que pierda.

Urquiza: Caramba, la tienen clara ustedes.

Señor Mitsubishi: Sí, señor. Porque de esas dos cosas que pueden ocurrir... sólo puede ocurrir una. Para eso es esta reunión. Para arreglar que lo que no nos convenga que ocurra... no ocurra.

Señor Texaco: Si usted le da la victoria de Pavón a Mitre... nosotros le vamos a dar muchas cosas a usted, general.

Bill Gates: Computadoras último diseño. Acciones en Microsoft.

Señor Texaco: Petróleo en Medio Oriente.

Señor Ford: Ferraris, muchas Ferraris. Suelen gustarles a los grandes líderes de masas de la Argentina.

Urquiza: Si usted es de la Ford.

Señor Ford: Ayer compramos Ferrari. ¿Cuántas quiere?

Urquiza: Vean, en general, para ser claro, ¿no? Yo, de todo, quiero mucho. ¿Y usted, Mitsubishi, qué ofrece?

Señor Mitsubishi: Chinas. Llenamos de chinas el Palacio San José.

Urquiza: ¡Dos me libre y guarde! ¡Con sus chinas quédese usted! Para amarillo, el huevo frito.

Señor Mitsubishi: Chinas de aquí, general. Chinas criollas. De las que a usted le gustan.

Urquiza: Bueno, a ver: esperen un poco. Yo tengo un ala dura. Tengo que hablarles.

(*Va hacia un costado. Están Felipe Varela, Chacho Peñaloza y Ricardo López Jordán. Urquiza se les acerca y les habla en voz baja.*)

Urquiza: Muchachos, ¿ustedes tienen muchas ganas de tomarse la molestia de pelear en Pavón?

Varela: Muchas.

Urquiza: Esta gente me propone otras cosas.

Peñaloza: Nos importa un carajo esa gente.

Urquiza: Tranquilo con el lenguaje, Peñaloza. Se puede hablar sin putear.

Peñaloza: No siempre.

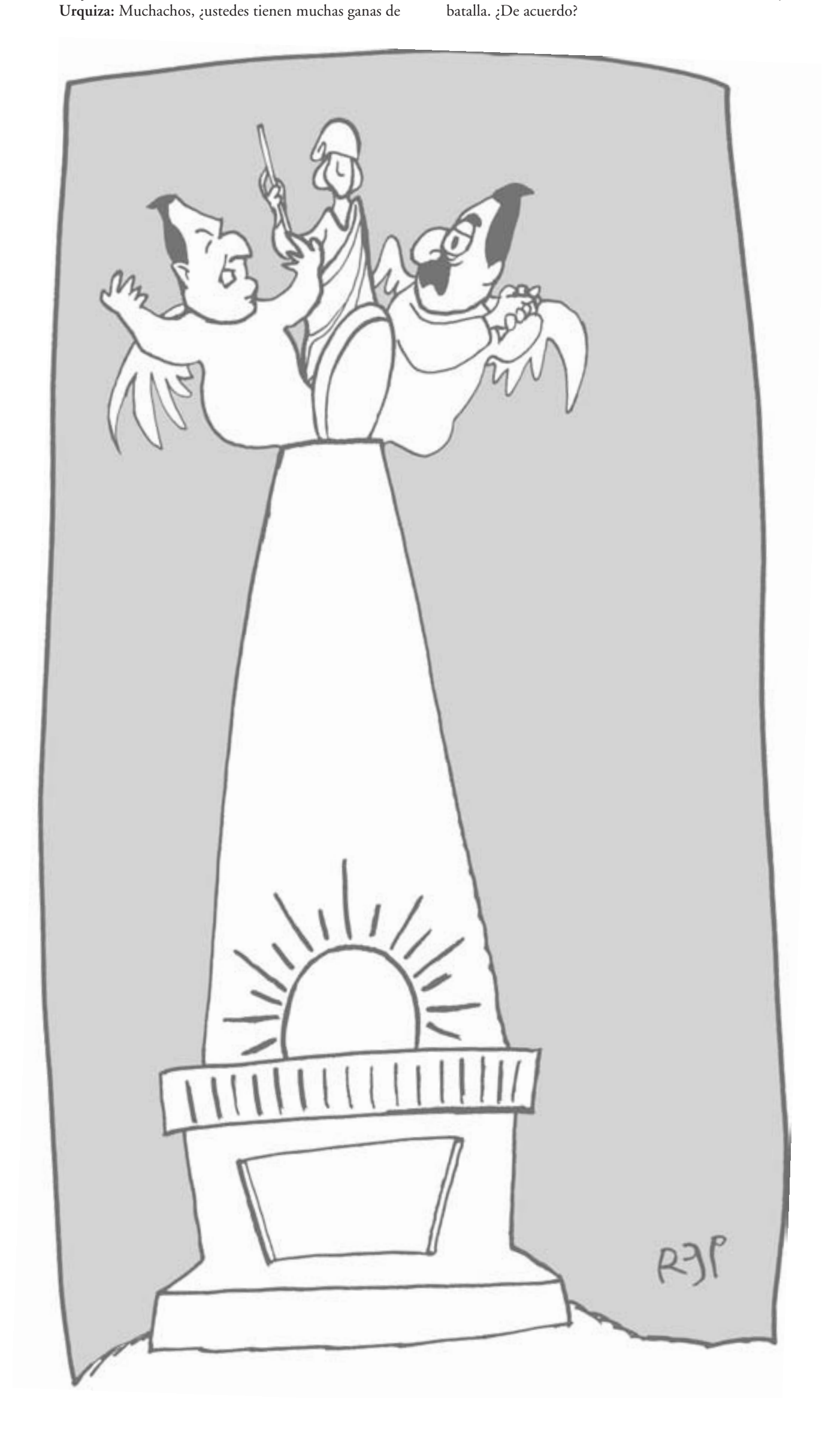
Urquiza: O sea, quieren pelear.

López Jordán: Somos federales duros. No le vamos a dar el triunfo a Buenos Aires.

Urquiza: Ahora, ¿y si les cuento lo que ofrecen? Estos tipos te compran, pero barato no, ¿entienden? O sea, uno se vende una vez y después no se vende más. No le hace falta. Se llena para siempre.

Felipe Varela: General, si usted no pelea en Pavón, nosotros lo degollamos.

Urquiza: ¡Que lo parió! ¡Nacieron para el diálogo ustedes! Muchachos, tanta intolerancia no es buena. A ver, doy la batalla. ¿De acuerdo?



Varela - Peñaloza - López Jordán: De acuerdo.

Urquiza: Pero, en la mitad, me retiro. Nos vamos a casa. Hicimos un papel digno. Salimos a la cancha por lo menos.

Felipe Varela: General, si usted se retira, nosotros lo degollamos.

Urquiza: ¡Y dale con la intolerancia! Así no vamos a ningún lado, eh. El fundamentalismo enceguece, muchachos. Hay que ser más flexibles.

Felipe Varela: Doblarse, quebrarse, humillarse, inclinarse.

Urquiza: Flexible, dije yo. Nada más.

López Jordán: Defina "flexible", general.

Urquiza: Flexible es... lo que permite dialogar. Lo que no es muy duro.

Peñaloza: Nosotros somos duros.

López Jordán: Somos duros en todas partes.

Urquiza: Sin ofender, eh. Yo también. Soy duro, qué joder. En la guerra y en la cama.

López Jordán: Le va quedando la cama, apenas.

Felipe Varela: El único campo donde todavía gana algunas batallas.

Urquiza: ¡Donde nunca perdí una!

Peñaloza: Leyendas.

Felipe Varela: Habladurías.

López Jordán: Chismes de gauchos embriagados.

Peñaloza: Mitologías viejas de pulpería.

Urquiza: ¡Ya van a ver, carajo! (*A la modelo fashion.*) Quedate por aquí vos.

Modelo fashion: Con todo gusto, general.

López Jordán: ¿Y qué nos va a demostrar con esa gatita del "Bogue"?

Felipe Varela: No joda, general. Hace quince días los laboratorios Parke Davis le entregaron 500 cajas de Viagra en el Palacio San José.

López Jordán: ¡Así, cualquiera es duro! ¡Duro con Mitre lo queremos, con Buenos Aires!

Felipe Varela: Y para eso no hay Viagra, eh. Sólo cojones. ¿Los tiene, general?

(*Urquiza no contesta. Vuelve con los empresarios.*)

Urquiza: Tengo algunos problemitas.

Señor Ford: ¿Cómo cuáles?

Urquiza: Y... el ala dura.

Señor Mitsubishi: ¿Y qué pasa con el ala dura?

Urquiza: Que es dura.

Bill Gates: Y bueno... ¡habrá que ablandarla!

(*Todos ríen muy alegremente. Suena el celular de Bill Gates.*)

Bill Gates: ¿Cómo andás, Bartolo? (*A los demás:*) El general Mitre. (*A Mitre.*) Y... está denso esto. El ala dura, sí. Te doy con él.

(*Le pasa el celular a Urquiza.*)

Urquiza: ¡Pará! No te volvás loco. Te dije que no iba a ser fácil. Estos, al federalismo, se lo tomaron en serio. ¿Qué culpa tengo yo? La culpa es tuya, Bartolo. ¡Si pudieras ganar la batalla en buena ley yo no estaría en medio de este despelote! ¿Pero, vos? ¿Qué vas a ganar vos? ¡Le ganaste al Dante nada más! (*Gran carcajada. Comenta a los otros:*) ¡Tradujo *La Divina Comedia* y la hizo mierda! (*Transición.*) Mirá, Bartolo, la batalla hay que darla. Después vemos. A esta gente no la puedo parar.

(*Corte. Una tienda de campaña. Urquiza toma mate. Lo rodean sus bravos lugartenientes. Se oyen los estruendos de las balas y los cañones.*)

Urquiza: Les dije: esta batalla se perdía.

Varela: ¡Esta batalla no se perdió! Tenemos quinientos jinetes listos para atacar el flanco derecho de Mitre.

Urquiza: ¿Y cuánta gente vamos a perder en ese gesto de orgullo postrero?

López Jordán: ¡Orgullo postrero las pelotas! Si atacamos por ahí, ganamos. ¡Quinientos jinetes, general! Lo hacemos carne picada al porteño.

Urquiza: Quinientas vidas humanas arrojadas al sacrificio.

López Jordán: ¡Al sacrificio las pelotas! ¡A la victoria!

Urquiza: No sé, me estaré poniendo adulto y responsable. Pero se me ha dado por ahorrar vidas.

Peñaloza: Pero, general, si atacan ellos... nos van a hacer boleta. Los hombres van a morir lo mismo... ¡pero derrotados, no victoriosos!

Urquiza: ¡Sangre y muerte por todas partes! ¡Oh, tragedia de la patria que devoras a tus hijos! ¡El sol del 25 asomó, se ocultó y ahora vivimos entre sombras de duda, incertidumbre y agonía! ¡Sólo un dios puede salvarnos!

López Jordán (*a Varela*): Se piantó por completo.

Varela: ¿Y vos le creés?

Urquiza: ¡Sólo un dios puede salvarnos!

López Jordán: ¡Qué un dios ni qué pelotas! Usté deme la orden, yo ataco con los quinientos jinetes y los hacemos puré a los de Mitre.

Urquiza: ¡Muertos, muertos, muertos por todas partes!

López Jordán: ¡Sí, muertos! ¡Pero de ellos! Oiga, general,

por si no se enteró: estamos en guerra. O los matamos nosotros o nos matan ellos. Pero todos vivos, difícil, eh. ¿Quién gana una batalla donde quedan todos vivos? La guerra es fácil. El que le mata más soldados al otro, ¡gana y se acabó!

López Jordán: Después queda el asunto ese de los prisioneros. Que es otra cosa. Si uno anda generoso los fusila. Y si no anda generoso... los degüella.

Urquiza: (*A lo Shakespeare.*) Hay que terminar con el reinado de la muerte. Su horror ya no debe injuriar los campos argentinos. Cada cadáver es una derrota.

Varela: Vea, depende. Si es de los otros, no.

Urquiza: ¡De cualquiera que sea! ¡Toda guerra es una derrota! Lo dijo Jorge Luis Borges.

Peñaloza: ¿Cuándo?

Urquiza: Todavía no. (*Poseído.*) ¡No! Hay que detener la matanza. Que no corra más sangre argentina.

Peñaloza: La sangre de los porteños no es argentina... es inglesa.

Urquiza: Basta de ultimarnos entre hermanos. Guardemos nuestros puñales. Hagamos la patria grande. La de todos.

Varela: ¡La patria chica! La de ellos. Eso va a quedar.

Urquiza: Necios, no tienen grandeza. Yo, el Supremo, voy a impedir las matanzas, las muertes y los degollamientos. ¡Sólo una cosa hace posible el horror de las guerras! Que los dos rivales quieran pelear. Si uno se niega, no hay guerra. Si uno dice ¡no! Si uno de los contendientes tiene la grandeza de decir ¡basta! Basta de muertes. Basta de cadáveres. Basta de impiedad. Si eso pasa, ¡no hay guerra! ¡Se acabó, señores! Que la Historia me recuerde como el guerrero que le ahorró vidas a la patria. Jornadas de dolor. Enfrentamientos estériles. ¡Alguien tiene que tener el coraje de atrevérsele a la grandeza! A la paz, al futuro, a los hijos que poblarán nuestros campos. ¡Este país tiene que hacerse! ¡Necesita labradores, campesinos fuertes, sanos y no cadáveres! (*Totalmente poseído.*) ¡Retirada! ¡Retirada! Volvamos a nuestro suelo. Volvamos a Entre Ríos. Volvamos a la vida. A la paz. Al trabajo. ¡Yo lo ordeno! Yo, el guerrero que supo decirle no a la guerra y sí al trabajo, al futuro de la patria, a la vida de sus hijos. ¡Retirada! (*Una pausa. Luego, contundentemente:*) ¡Rajemos!

(*Un escenario de noticiero televisivo. Tres mesas, tres periodistas.*)

Periodista I: ¡Ultimo momento! Urquiza se retiró en Pavón.

Periodista II: Félix Luna declaró: "He ahí el gesto de un patriota. Ahora, la unidad nacional es posible".

Periodista I: El revisionista José María Rosa lo acusó de sucio, asqueroso, inmundo traidor a la causa del federalismo.

Periodista III: El doctor Fermín Chávez dijo: "Le ha clavado un puñal en la espalda al federalismo".

Periodista II: El diario *La Nación* alabó el gesto del entrerriano. Ponderó su grandeza, su patriotismo. Ahora, resumió, la patria es posible.

Periodista III: Declaraciones del general Mitre: "Urquiza hizo lo más adecuado. Lo mejor". Algunos dicen que añadió: "Sobre todo para mí". No hay confirmación de estas palabras.

Periodista II: El joven y promisorio historiador Felipe Pigna declaró: "Siempre dije que Urquiza era un mito de la Argentina. No recuerdo si lo dije en el tomo I o en el tomo II. Compren los dos por las dudas. Y el tercero por si acaso".

Periodista III: Los historiadores académicos repudiaron lo dicho por Pigna: "Es demasiado pronto como para juzgar lo hecho por Urquiza. Pigna es un apresurado que sólo busca el éxito. Nosotros no somos apresurados porque –para ser francos– nos cuesta un huevo escribir".

Periodista I: Alberdi, terminante, dijo sobre el general de Entre Ríos: "Dio tres batallas. Caseros: para derrotar a la tiranía. Cepeda: para ganar la Presidencia. Pavón: para ganar una fortuna". Se le preguntó por qué sigue exiliado en Europa. Respondió: "Porque si llego a decir estas cosas en la Argentina... me degüellan con un cuchillo sin filo". Preguntado sobre por qué prefería un cuchillo afilado dijo: "Y... uno muere más rápido". Le damos la razón al doctor Alberdi: el tiempo es decisivo. El tiempo es tirano en televisión.

Periodista I: Esto es todo por hoy. El general Urquiza descansa en el Palacio de San José, rodeado de la paz de los suyos. De sus íntimos.

(*Interior Palacio San José. Es la misma mesa de negociaciones del comienzo. La top model escribe taquigráficamente en un block lo que Urquiza le dicta. La chica está más seductora que nunca.*)

Urquiza: Estimado General Mitre: La presente es para agradecerle todo lo que me ha hecho llegar. Agradézcales también a los amigos de la Ford, la Siemens, Mitsubishi, Texaco y otros. Ah, y a ese muchacho Bill Gates. Sosegado mi ánimo por el reinado de la paz, saludo en usted al patriota, al guerrero, al historiador y, sobre todo, al delicado y exquisito traductor de Alighieri. (*Acaricia el pelo de la modelo.*) Lindo pelo tenés, gurisa.

Modelo: No te pongas así otra vez, Justo José. No parás nunca vos.

Urquiza: Lindo pelo, carajo. Me gusta despeinarte. Acariciarte las crines.

Modelo: ¡Pará inconsciente! ¡Que esta noche tengo un desfile!

Urquiza: (*Atrapándola, impúdico, soez.*) Vení, guachita. Vení que te hago un hijo.

Modelo: ¡Calmate o le digo a Pancho!

Urquiza: ¿Qué Pancho? ¿Ramírez? Al pelotudo ese lo hicieron boleta hace rato.

Modelo: ¡Mi Pancho!

Urquiza: El único Pancho que tenés vos es el mío.

(*Intenta, intenta. Pero se detiene. No va.*)

Modelo: El Viagra está en el tercer cajón del escritorio. ¿Te dije, no? ¡Si no tomás el Ginseng en la puta vida te vas a acordar dónde guardaste el Viagra!

Corte. Finaliza el interludio erótico para grandes audiencias.

(*Escena familiar. Urquiza toma mate, lee el diario y juega a las damas con uno de sus hijos. Sus mujeres cosen, bordan, preparan comidas. Todo es bucólico. Todo es hermoso en el Palacio San José. Urquiza se ve más envejecido. Aparece Ricardo López Jordán.*)

López Jordán: Buenas y santas, general.

Urquiza: Ricardito, tanto tiempo. ¿En qué andás?

López Jordán: Y... siempre haciendo algo por la causa federal.

Urquiza: Pucha que sos cabeza dura, Ricardito. Ya no hay nada que hacer por el federalismo. La organización nacional terminó con todo eso. ¿Y qué te trae por aquí, hijo?

López Jordán: Lo que le dije, general. Hacer algo por la causa de los buenos compañeros federales.

Urquiza: ¿Y qué podés hacer aquí, en esta casa de paz, por eso?

López Jordán: Matarlo, general.

(*Le clava un cuchillo entre las costillas. Urquiza se dobla de dolor. Cae de rodillas. Los familiares miran inmutables.*)

Urquiza: Carajo, Ricardito. Ahí duele. Me hubieras preguntado. Sé de estas cosas. Un poco más arriba. Aquí, ¿ves? Duele menos y uno se muere más rápido.

López Jordán: Pero es lo que quería, general. Que le doliera mucho. Y se muriera de a poquito. Sufriendo.

Urquiza: ¡Atención! Urquiza se muere. Silencio le hagan los cerros. Señor director: close up, por favor. Son las últimas palabras del general Urquiza.

(*Varios pibes canillitas cruzan la escena gritando desaforadamente: "¡Ultimas palabras del general Urquiza!". Aparecen móviles. Micrófonos. Cámaras. De pronto, silencio sepulcral.*

Close up de Urquiza.)

Urquiza: Se dirá de mí que fui ambicioso..., pero nunca que me conformé con poco. Se dirá de mí que fui un traidor... pero nunca que me sometí a los míos. Se dirá de mí que fusilé prisioneros..., pero nunca que los traté como maricas, sino como machos. Se dirá de mí que me vendí a Buenos Aires...., pero no les salí barato. ¡Bien cara supo vender su honra el general Urquiza! Se dirá que fui un putañero, que dejé preñadas a todas las mujeres de mi provincia..., pero nunca me despreocupé del crecimiento poblacional. Si uno dice "Gobernar es poblar"... ¡hay que poblar, carajo! Y yo solito me poblé toda la Mesopotamia. Se dirá que maté a mucha gente... y es cierto. Muero feliz. Viví para la grandeza. Me vendí caro. No me sometí a los míos. Nunca traté a un prisionero como a un marica, sino que lo fusilé como a un macho. Me voltié todo para poblar la patria de valientes como yo. Fui un hombre íntegro, sin contradicciones. Fui un traidor y un traidor. Fui un putañero y un putañero. Y ahora... me muero y, en efecto, me muero.

(*Muere. López Jordán le quita el puñal. Limpia la sangre y se va.*)

Recolector de Hechos: La verdad de la historia es una. Y esa verdad dice: Justo José de Urquiza nació en 1810 y murió en 1870. Derrotó a Rosas en Caseros. A Mitre en Cepeda. Se le acusó de haberse rendido sin necesidad en la batalla de Pavón. Pero también se dijo que fue ése el más grande acto de su vida. El de mayor generosidad, el de mayor desprendimiento por la causa de la unidad nacional. Persistió, sin embargo, la acusación de haberse vendido a los porteños. El 11 de abril de 1870 las fuerzas de su ex subordinado Ricardo López Jordan lo ultimaron en el Palacio de San José. Fue una gran figura de la patria grande. Del gran país que supimos conseguir. Buenos Aires. Digo... Buenas noches.

(*Escena irreal. Neblinosa. Urquiza, en el piso, agonizando, ensangrentado. López Jordán, facón en mano, se aleja lentamente.*)

Urquiza: Ricardito...

López Jordán: Sí, general.

Urquiza: Todavía me queda algo por decir. (*Gesto de dolor. Sangre en su pecho.*)

López Jordán: Diga, general.

Urquiza: Ricardito... la reputa madre que te remil parió.

López Jordán: Le falló su dios, general. ¿Recuerda? Sólo un dios puede salvarnos. Hoy no apareció para protegerlo.

Urquiza: ¡Qué va a aparecer, Ricardito! Dios está en todas partes... pero atiende en Buenos Aires. Y ahí. Ahí lo puse yo.

Recolector de Hechos: No son conocidas las últimas palabras del general Urquiza. Algunos dicen que dijo: "Muero, pero muero feliz. Me llevo el federalismo a la tumba". Otros, que dijo: "Alguna vez se sabrá que Mitre, en Pavón, me dijo: 'Justo José, acabo de recibir un cargamento inmenso de fusiles Remington y cañones Krupp. Regalo de mis amigos ingleses. Mejor rajate a Entre Ríos porque con todos esos fierros hasta yo te gano esta batalla'". Otros dicen que esa frase, pese a su interés histórico, no puede ser considerada *última* porque es demasiado larga. La última y más reciente versión que se ha conocido pertenece a un nuevo grupo que ha surgido en la política argentina. Se trata de la Organización Montoneros. Según ellos las últimas palabras del general Urquiza habrían sido: "Volveré y seré Perón". Se trata de una frase hermética y de dudosa verosimilitud. Nadie ha comprobado aún que ambos generales hayan llegado a conocerse. Se alegan cuestiones de asincronía histórica. ¿Cómo podría Urquiza nombrar al general Perón si éste habría de nacer 25 años después de su muerte y el 17 de octubre, afortunada fecha para el general de las 20 verdades justicialistas, habría de ocurrir recién en 1945, vale decir: 75 años después de la muerte del patriota entrerriano, que dio su vida por la organización nacional? Estamos, sin duda, ante un infundio de esta nueva organización que, esperemos, desaparezca lo antes posible de la escena nacional.

Fin de "Urquiza en Pavón".

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

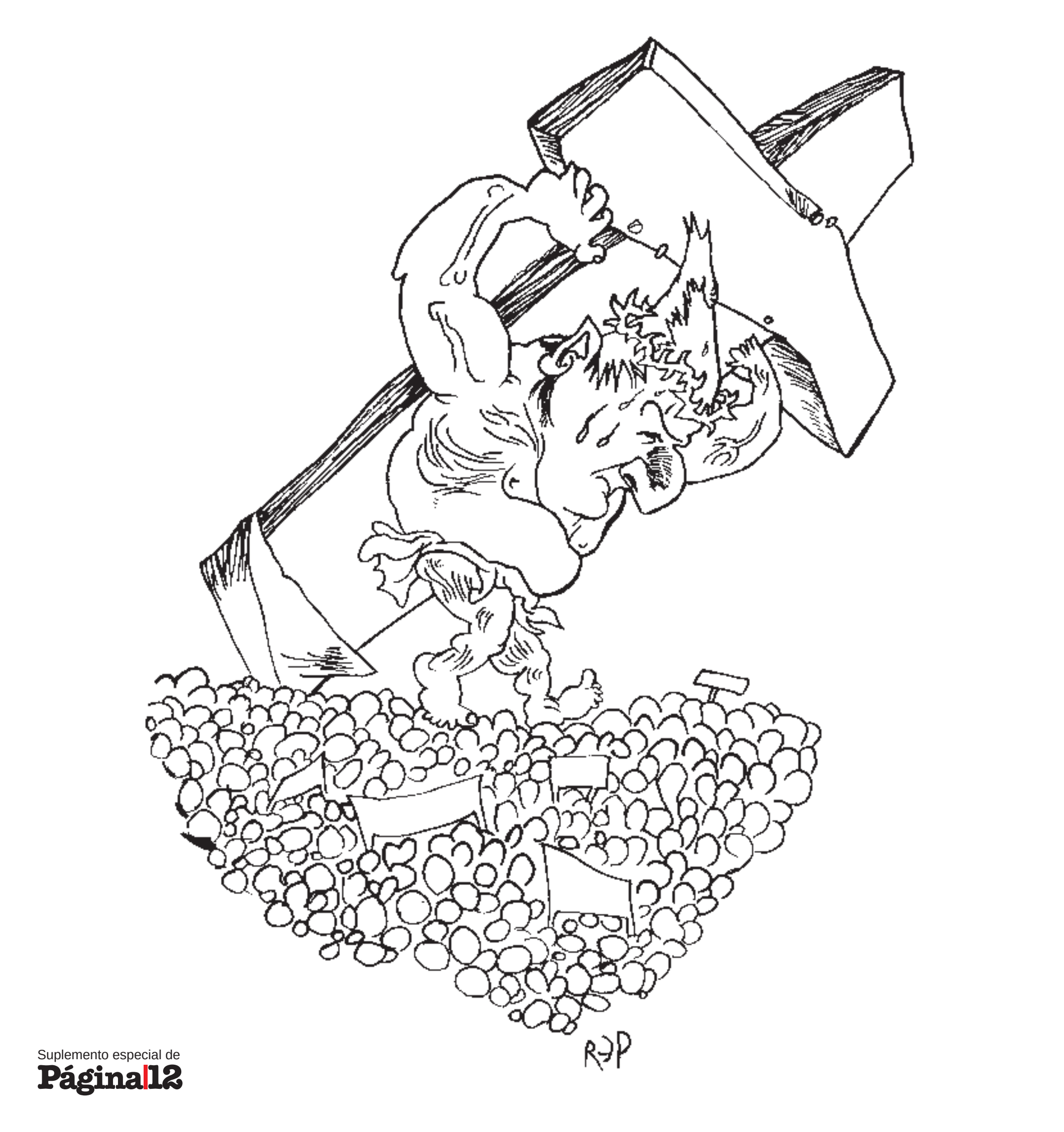
(73) Cercanías de la plaza del 25 (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

73 **Cercanías de la Plaza del 25 (III)**



Suplemento especial de
Página|12

¿TODOS TIENEN RAZÓN? ¿CUÁNTAS VERDADES HAY?

El año 1973 es uno de los más memorables de la historia argentina. Por las mismas razones es uno de los más olvidables. Si hoy está de moda esa sabia maldición china que radica en desearle que viva *años interesantes* a quien uno le tenga verdadera aversión, sin duda el '73 fue generosamente *interesante*. Voy a tratar de hacer una cronología que nos va a permitir guiarnos en medio del sonido y la furia.

Uno de los problemas teóricos centrales que vamos a enfrentar es el de la *verdad*. ¿Qué es la verdad? ¿Quién la tiene? ¿De dónde surge? *¿Hay una verdad? ¿Existe la verdad?* La caótica floración de praxis diferenciadas que se enfrentan en el '73 pareciera exhibir la inexistencia de una verdad. Desde que todos la reclaman es imposible que exista. Cuanto todos dicen tener razón, ¿quién la tiene? Todo era fácil *antes* de Ezeiza –antes de la historización del mito: mito que vuelve, muere–: *La razón o la verdad era eso que Perón enunciaba.* La verdad venía de afuera. No se decidía en las colisiones entre los distintos grupos actuantes en esa materialidad que llamamos historia y se va construyendo por medio de las luchas de los sujetos. Ya precisaremos también nuestro concepto de historia. Porque las más complejas cuestiones de la filosofía están al rojo vivo en este gran relato peronista. ¿Los hombres hacen la historia o la historia los hace a ellos? ¿La historia obedece a algún plan divino, es teodicea? ¿La historia se trama por medio de las relaciones que establecen los signos y el lenguaje? ¿La historia surge de la praxis de los grupos enfrentados? ¿Cuántas historias existen? ¿Hay *necesariedad* en la historia? ¿Hay cosas que ocurren y no podrían haber ocurrido de otra manera? ¿Son libres los agentes prácticos? ¿No lo son? ¿Están sometidos a todos los condicionamientos de la trama histórica? ¿Tan sometidos están que, aun cuando creen que actúan según sus convicciones más profundas, aquellas por las que pueden ofrecer sus vidas o tomar la de los otros, no son ellos los que deciden, sino que son decididos por las sobredeterminaciones de la trama histórica, por ese tejido indescifrable en el que están inmersos y del que jamás podrán inteligir su sentido profundo, si es que lo tiene? ¿Es para *algo* que sucede todo lo que sucede? ¿Podemos saber, si es que ese *algo* existe, qué es, qué significa, dónde se expresa, dónde se decide, cuál es su centro, si lo tiene, o su circunferencia, si la tiene? ¿Es la Historia como la esfera de Pascal? ¿Es la historia del peronismo que se inicia en Ezeiza (un peronismo con Perón inserto en la trama histórica, como un elemento más, sin poder ya totalizarla desde ninguna parte, ni desde Puerta de Hierro ni desde la Casa Rosada) una historia sólo comprensible desde el concepto lógico que establece la esfera de Pascal, *cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna*?

Y volvemos a la *verdad*. Que se identifica –en la Vulgata– con la *razón*. ¿Quién posee la verdad? ¿La verdad es lucha? ¿Es guerra? ¿Es odio? ¿Es muerte? Si mato a mi enemigo, ¿es porque tengo razón, porque la razón estaba de mi lado? ¿O la razón no está de ningún lado y sólo me apodero de ella cuando mato a mi enemigo, algo que él habría logrado si me hubiera matado a mí? ¿Los muertos tienen razón? ¿Los muertos tienen la verdad? ¿Los derrotados tienen razón? ¿Qué grado de verdad tiene una derrota? ¿Qué grado de verdad tiene un triunfo? ¿Por qué hay tantos grupos enfrentados y todos dicen tener razón? ¿Cuántas razones hay?

Perón –me permitiré insistir en esto– tenía una brillante interpretación de la verdad. Hasta cierto punto (ya lo sabemos) le funcionó, después se le hizo trizas. Pero (si él no se incluía en el torrente) le daba sus más que buenos frutos. "El 18 de julio de 1972, por la tarde, Madrid se calcinaba. Perón recibía a David Graiver en el jardín de la quinta 17 de Octubre, del barrio de Puerta de Hierro. Los álamos protegían del sol. Una tenue brisa desvanecía los 39 grados centígrados. López Rega se eclipsó tras servir café frío con limón. Isabelita se entretenía hablando de modas con sus amigas franquistas en la sala del primer piso, aledaña a donde descansaba el cuerpo embalsamado de Evita, devuelto a su viudo el 22 de septiembre de 1971... (Juan Gasparini, *David Graiver, el banquero de los Montoneros,* Norma, Buenos Aires, 2007, p. 119). ¡Cuánta razón tenía Cooke en estos puntos! Con Perón en Cuba (como huésped ilustre de la Revolución) la mínima Isabelita, mujer que no derrochaba materia gris, no habría charlado tanto de modas con sus amigas franquistas. Habría tenido que hablar con duras combatientes que le habrían explicado el papel de la mujer en la revolución en América latina. Es fácil conjeturar que Isabelita prefería la charla banal y posiblemente idiota sobre la moda de la sociedad franquista. Total, Daniel pensaba por ella. Y, en gran medida, por el General también. Porque ya, en julio de 1972, el General recurría a Lopecito mucho más de lo conveniente. ¡Qué formidable elemento éste para el análisis histórico! Sartre en *Cuestiones de método* (Introducción de la *Crítica*) dice que la totalización histórica de nada puede prescindir. Pone el ejemplo de la nariz de Cleopatra. No es indiferente si fuera corta o larga. Por el contrario: es central. Marco Antonio y César arden por esa mujer y esa nariz no ha de haber sido un obstáculo. Debió, pues, haber sido bella. Pero no al estilo de hoy. No fue la nariz de Grace Kelly ni la de Elizabeth Taylor, que la protagonizó en un film escandaloso de Mankiewicz. Acaso fue la de Barbra Streisand. O la de Anjelica Huston. O la de esa actriz de Almodóvar, la que parece fugitiva de un cuadro de Picasso. Pero jugó un papel determinante: esos dos hombres poderosos se rindieron ante ella y guerrearon por su belleza. López Rega es inexplicable. Sólo una oscura patología de Perón puede justificar la presencia de ese enano payasesco a su lado. Y el poder que fue ganado hasta llegar a dominarlo. En Cuba no habría ocurrido. O Castro le habría pegado una patada en su culo umbandista o un discreto francotirador le habría regalado un plomo entre ceja y ceja, entre esos ojos claros, de largas pestañas, que se habrían cerrado para siempre antes de matar cerca de 2000 personas en Argentina. Pero ahí estaba Perón: satisfecho –seamos claros– en medio de la inmundicia, de la mismísima mierda: en el país de un genocida (Franco), con un entorno fascista, oscurantista, al frente del que se encontraba López, al que seguía su fiel Isabel, más fiel a López que al General (aunque sería a éste a quien le otorgaría sus favores sexuales, o los que el General pudiera aún recibir, y ella, pobre laucha librada a sus instintos elementales, a los que se dice dio satisfacción en tanto le duraron el coronel Milo de Bogetich, custodio de Perón, fiel soldado, incondicional subordinado de Ante Pavelic, asesino de masas, que alzaba con fervor su mano cada vez que veía al Führer para manifestarle su adoración en tanto le preparaba judíos para la cosecha de Auschwitz. Toda gente de primera.) Pero aquí lo tenemos al ambicioso Graiver en presencia del general Perón, algo que muchos le envidiarían. ¿A qué debía semejante honor? Graiver era un banquero. A Perón le gustaban los banqueros. Ese día, Graiver va a entender –de primera mano– una valiosa concepción de la verdad.

"USTED TAMBIÉN TIENE RAZÓN, GRAIVER"

Graiver, sacando conclusiones de un largo diálogo con Perón, dice:

–Así que vuelve, General.

Perón responde, ante todo, con su inefable "Natural". Y añade:

–El conductor estratégico debe estar en el teatro de operaciones en el momento definitorio del combate.

Hay una cambio en esto. ¿No era que si Dios bajaba a la Tierra todos los días no habría de faltar un tonto que le faltara el respeto? Pareciera que las dos posibilidades siempre estuvieron en juego.

Graiver le expresa la preocupación del empresariado y los militares: ¿por qué no condenó al menos al ERP luego de los asesinatos de Sallustro y del general Sánchez? Eso está muy mal visto en Buenos Aires, general. Perón sólo dice:

–¿Ah, sí?

Y Perón se le despacha con una clase de estrategia político-militar:

–Mire, Graiver, para hacérsela simple, no se olvide de que fui profesor de cursos del Estado Mayor. Nunca dejé de enseñar que cuanto más cerca está el objetivo, la cadencia de fuego debe aumentar. Y que en la guerra, como en la política, no hay que herir sino matar. Los muchachos hostigan con la guerra de guerrillas y hasta que la camarilla militar no se vaya del gobierno, yo no dejaré de combatirla con todos los medios a mi alcance. Dígaselo a sus amigos (...). Son ellos los que tienen que presionar para que esta dictadura se retire sin condiciones. Los muchachos se están preparando para relevarme. Yo me siento descarnado, como un gran padre. (*Nota*: Y como un gran mentiroso. Dejaba a los muchachos prepararse para lo que quisieran con tal de que no dejaran de poner bombas. Después les mostraría el rostro severo del "gran padre". Buena sorpresa se llevaría. Los muchachos estaban demasiado crecidos para tener padres. Y menos todavía "grandes". Grandes, pensaban, eran ellos. Uno de los elementos de la tragedia es que a Perón le tocaron unos hijos duramente insumisos.)

De pronto entra López Rega:

–¡General!

–Sí, Lopecito.

–Está Lorenzo Miguel. Dice que usted lo había citado para las 5. ¿Qué hago?

–Hágalo pasar.

Y aquí empieza el espectáculo que Graiver no habrá de poder creer. Perón en la cúspide de su juego parralesco, pendulario, manipulador de voluntades. Perón, el gran orquestador de voluntades. El infalible titiritero. El manipulador de todas las verdades. Entra Lorenzo Miguel y le plantea que tiene problemas con Victorio Calabró en Vicente López y con Guerrero en la Capital. Perón lo calma. Y su respuesta final es: "Vaya tranquilo, Lorenzo. Tiene toda mi confianza. No es cuestión ahora de dividirnos, cuando la contienda electoral nos necesita unidos y mancomunados". Lorenzo se despide satisfecho. Ese domingo, con más alegría de la que esperaba, comerá sus tallarines con la vieja y se sentirá genuinamente peronista. Viene otra visita. Graiver se sorprende. ¿Otra visita, tan rápido? Aparece Guerrero. Se queja: vamos a perder posiciones, General. El Cordobazo genera puebladas en todas partes. Miguel es un dirigente identificado con una historia de negociaciones, conciliaciones, agachadas indignas de un genuino dirigente obrero. Se acusa de "vandoristas" a quienes se le acercan. No hay más remedio, General. Hay que remover esos escombros del pasado. Dirigentes nuevos hacen falta, ligados a las bases, combativos. "El general asentía con la cabeza, en silencio. Cuando el rosario de acusaciones y alternativas para cambiar la situación culminó, Perón fue conciso:

–Vea, Guerrero, puede irse tranquilo, pues cuenta con toda mi confianza. Remocemos los sindicatos para que la campaña electoral nos encuentre unidos y mancomunados."

Guerrero entiende que la cosa no da para más y se va. Graiver, atónito, dice:

–Pero, General... No entiendo... Hace un rato le dio toda la razón a Lorenzo contra Guerrero, y ahora acaba de hacer lo mismo con éste... ¿No es una contradicción?

Graiver buscaba cierta lógica, cierta coherencia aristotélica en los dichos de Perón. Si A y B sostienen dos versiones diferenciadas de la verdad, lo que uno de los dos afirma debe ser el Error. Como dice el célebre razonamiento de Sherlock Holmes: "Cuando aparten lo imposible, lo que resta, por improbable que parezca, es la verdad". Para Perón lo imposible no existía. No deseaba apartar nada. Que cada uno siguiera adelante con su cuento. El lo avalaría. La verdad era la pertenencia al Movimiento Peronista que Perón conducía pare recuperar el poder. No tenía importancia con qué "verdad" se integraran a él quienes lo hacían. La verdad –como en Hegel– era el *todo*. El *todo* era el *Movimiento Peronista.* Ese Movimiento lo conducía Perón: *El habría de armonizar, conduciéndolas hacia un mismo fin, todas las verdades diferenciadas de los integrantes del movimiento.*

Aún aturdido, Graiver mira al General. Perón le dice una frase asombrosa. Una teoría del conocimiento posmoderna o postestructuralista. Acaso inventó esas filosofías. Si no (y, en efecto, no) se acercó mucho a ellas. Toma a Graiver de un brazo y, embriagado por su lucidez, por su maestría de conductor estratégico, dice:

–Graiver, usted también tiene razón.

El banquero jamás recibiría una clase de estrategia de tal calibre. Era riesgosa la teoría. Su debilidad residía en que ningún grupo debía saber que el conductor les daba la razón a todos para retenerla él. Si decidían que servía para la conducción del movimiento, aceptarían. Pero, ¿sí no? (Juan Gasparini, *David Graiver, el banquero de los Montoneros*, Norma, 2007, Buenos Aires, pp. 119/127. Procedí, basado en ellos, a un armado bastante libre de los textos de Gasparini.)

La cosa es así:

A) Lorenzo Miguel le dice al líder que Romero y Calabró lo incomodan. Perón le da la razón a Lorenzo Miguel. Y lo despide con un abrazo.

B) Viene Romero y le dice a Perón que hay que eliminarlo a Miguel porque los cuadros jóvenes y combativos no lo quieren. Perón le da la razón a Romero y lo despide con un abrazo.

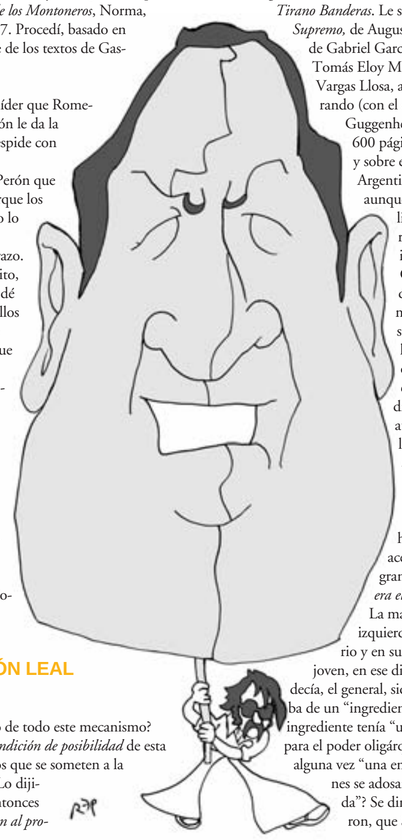
C) El banquero Graiver, atónito, le dice que no es posible que les dé la razón a los dos. Que uno de ellos debe estar equivocado. No debe tener razón. Que es imposible que la tengan ambos.

D) Perón le dice: "No se preocupe, Graiver. Usted también tiene razón".

En suma: (A) tiene razón en acusar a (B). (B) tiene razón en acusar a (A). Y (C) tiene razón al señalar que no pueden tener razón los dos. El que resuelve que *todos* tienen razón es el conductor estratégico, cuya tarea es llevar hacia un mismo fin todas las diferentes verdades que colisionan en el Movimiento.

CÁMPORA, LEAL A PERÓN. ¿SERÁ PERÓN LEAL A CÁMPORA?

¿Qué concepto es el reaseguro de todo este mecanismo? ¿Cuál es –dicho a lo Kant– la *condición de posibilidad* de esta trama de innumerables proyectos que se someten a la decisión última del conductor? Lo dijimos: *la lealtad*. No es azaroso entonces que Cámpora –en la *Introducción al programa del Frente Justicialista de Liberación*– dedique sus sentidas, sinceras palabras a hablar de la *lealtad*. Notable caso el de Cámpora. De la desprestigiada y casi humillante *obsecuencia* a dirigente ejemplar del máximo valor del movimiento: la *lealtad*. No es menos notable que su ferviente base de apoyo político –la Jotapé, esa juventud que hizo el 90% del desgaste de la triunfal campaña de las elecciones del 11 de marzo– se deslizara casi vertiginosamente a la desobediencia a ese líder al que Cámpora dedicara su lealtad. No es menos cierto que ese líder se sirvió de ella para la campaña y luego decapitó al fiel soldado sin piedad y hasta permitió que fuera gratuitamente humillado por otros sectores del movimiento, que lo odiaban por ser un hombre de la izquierda, el rostro de superficie más eficaz con que podía contar ese "ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad, que llama a preocupación a los hombres de armas y a los hombres de orden, y también a los hombres de orden que hay dentro de sus propias filas" (son las palabras del comandante del Primer Cuerpo de Ejército, general Sánchez de Bustamante). (*Nota*: A propósito: he leído, en un artículo que me enviaron de la contratapa del diario *Crítica*, una nota de un perejil de cierta intelectualidad argentina que vive a la sombra de alguna cátedra en alguna facultad más las invariables investigaciones –por decirles así– del Conicet, en la que se afirmaba que el concepto "izquierda peronista" o "peronismo de izquierda" es un oxímoron. Como leí que Horacio González –que conoce mejor que yo a este personaje de apellido Alabarces– dijo que probablemente conociera este concepto por habérselo oído a la hinchada de Chacarita, me permitiré brevemente aclararlo. No es sencillo hacerlo, dado que el oxímoron es una figura literaria de eficaz utilización. Centralmente se trata de dos términos cuyos significados son opuestos. O sea, *peronismo* es una cosa e *izquierda* es su opuesto. Juntarlos es un oxímoron. Estaríamos en presencia de una antítesis. *Peronismo* es la antítesis de *izquierda*. También puede ser considerada un oxímoron la conocida frase: "Poseía una inteligencia alabarcesca", dado que, según nadie ignora, el adjetivo "alabarcesco" proviene de Alabarces, y nada más antitético de la "inteligencia" que lo "alabarcesco". También antitético de otras cosas. Que dejaremos de lado. Como sea, un oxímoron puede poseer una gran calidad expresiva. Ha hecho brillante exhibición de este recurso el inmortal escritor español de la generación del '98 Ramón María del Valle-Inclán. Sus *Esperpentos* eran el campo propicio para el desperdigamiento de ese recurso literario, el oxímoron. Valle-Inclán es un escritor que valoro y cuyas obras siempre merecen verse y verse una vez más. Inauguró el fructífero género de novelas sobre dictadores latinoamericanos con su *Tirano Banderas*. Le siguieron, entre los más célebres, *Yo, el Supremo,* de Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez, y una más reciente de Mario Vargas Llosa, algo sobre el chivo. Se estarían preparando (con el correspondiente respaldo de la Beca Guggenheim) novelas, que no bajarían de las 600 páginas, sobre Hugo Chávez, Evo Morales y sobre el satánico matrimonio Kirchner de la Argentina. No se conocen aún sus autores, aunque se presumen. Hubo alguien muy inteligente a quien escuché –hace años– teorizar sobre el oxímoron "peronismo de izquierda". Fue el querido y llorado Claudio Uriarte, algo que me ha llevado –he aquí la causa– a tomar un poco más en serio la cuestión. Pero en Uriarte se trataba de otro de sus rasgos de brillantez intelectual, uno no sabía si creía o no en eso. De él reconozco haber escuchado por primera vez –y siempre digo que es la última que lo confieso, aunque no me importa hacerlo– una de las más geniales respuestas a la bobada sobre el nazismo de Perón: "No es que Perón haya sido nazi, lo que pasa es que Hitler era peronista". (El Heidegger de *Introducción a la metafísica*, lo hemos visto muchas páginas atrás, se acerca a la tercera posición.) Bien, al grano: *El que no creía en eso del oxímoron era el general Tomás Sánchez de Bustamante*. La mayor prueba de la preocupación que la izquierda peronista causaba en el país propietario y en sus Fuerzas Armadas la tuve, desde muy joven, en ese discurso de Sánchez de Bustamante. No decía, el general, siquiera peronismo de izquierda. Hablaba de un "ingrediente de nítida fisonomía marxista". Ese ingrediente tenía "una enorme agresividad". ¿Quién tuvo para el poder oligárquico-militar-empresarial argentino alguna vez "una enorme agresividad"? ¿La tuvieron quienes se adosaron el venerable calificativo de "izquierda"? Se dirá, volviendo a la cuestión del oxímoron, que Sánchez de Bustamante habla de "marxismo" y no de izquierda peronista porque la Tendencia no era peronista, eran ilusos jóvenes que se habían "infiltrado" en el peronismo o lo habían tomado por algo que no era. Todas estas pavadas están respondidas en este trabajo. El "ingrediente marxista de tremenda agresividad" que altamente preocupaba a Sánchez de Bustamante era la izquierda peronista. *Era el camporismo*. Que fue su figura electoral y la expresión de sus primeras tentativas de gobierno, pronto frustradas por el propio Perón. Sólo algo más, por ahora: un oxímoron de Valle-Inclán, que valoro especialmente, es el de "broma macabra". He aquí un oxímoron que entrega un sentido preciso pese a la antinomia entre sus términos o precisamente por ella. Si recordamos los textos "Ezeiza, como farsa y tragedia" y "Urquiza en Pavón" creo que encontraremos en ellos abundantes "bromas macabras". Acaso estén construidos en base a ese recurso. A ese oxímoron. Nada de esto, lo juro, lo aprendí de la hinchada de Chacarita.



La cuestión es que, cuando Cámpora tiene que presentar el Programa del Frente Justicialista de Liberación, elige hablar de la *lealtad*. El texto no tiene nada que pueda no servirnos. Es poco conocido y muy valioso para entender los hechos que le siguieron. Al cabo, ¿quién si no Cámpora podía hablar de la *lealtad*? Aquí está:

"*Compañeros*: Voy a llegar al gobierno en virtud de un mandato que ustedes conocen. No lo he buscado ni querido (...). He recibido ese mandato por una condición personal que, entre otras, ha caracterizado toda mi vida. Algunos la consideran un defecto, otros una virtud, y de las más honrosas en cualquier hombre. Voy a hablarles, en primer término, de la lealtad.

"Lealtad total, incondicional, a mi patria. Lealtad total, incondicional, a mi movimiento. Lealtad total, incondicional, a mis verdaderos amigos. Considero que el más grande de ellos es el general Juan Perón y le he sido leal durante el gobierno y desde el llano. A esta lealtad personal se suma la lealtad especial que merece un Jefe.

"Gracias a la lealtad, que muchos insisten en considerar un defecto mío, he conseguido ser leal también conmigo mismo: por odio a la traición y a los traidores.

"Porque la lealtad es lo opuesto a la traición. Y quienes hoy colman de agravios e insultos inauditos al General Perón y al pueblo argentino que lo ama y lo elige, ellos no tienen la conciencia tranquila. No pueden hacer el mismo balance positivo en ese sentido (...). El pueblo argentino, lo mejor que tenemos, me va a entender y yo a él. El pueblo argentino siempre ha sido leal a sí mismo y a sus caudillos. La lealtad siguió a San Martín y ganó las guerras de la Independencia Americana. La lealtad confederó a las provincias y unió a la República. La lealtad llevó por primera vez a las mayorías al poder. La lealtad ganará las elecciones y llegará al gobierno el próximo 25 de mayo.

"A la lealtad hemos de sumar una clara idea de nuestro objetivo fundamental en el gobierno: La liberación nacional.

"La Liberación Nacional presenta a los argentinos dos campos de batalla: uno es el interno y las estructuras económico-sociales del privilegio. El otro son los intereses foráneos imperialistas. Uno y otro conforman dos caras de una misma situación: la dependencia.

"Las pautas programáticas que desarrollaremos en esta exposición están dirigidas a eliminar, en lo interno, el privilegio, para hacer del pueblo el único beneficiario de sus esfuerzos, y, en lo externo, las ataduras que someten los intereses nacionales a los dictados de los centros imperialistas de poder". (Texto publicado en el número 8 de *Envido*, marzo de 1973.)

HORACIO GONZÁLEZ: TODA MEDIDA DE GOBIERNO DEBE CREAR CONCIENCIA

Este político veterano había encontrado su lugar en la historia y ese lugar lo llevaba más allá de sí mismo y de todos. Más allá incluso que de su proclamado Jefe. Cámpora, aunque nunca dijera la consigna, pasó a encarnar la utopía de la patria socialista. Se conoce ese chiste que coloca a Perón *evitando* la Patria Socialista. La consigna, en lugar de leerse Perón, Evita, la Patria Socialista se terminó leyendo Perón evita la Patria Socialista. Cámpora jamás dijo: "La Patria Socialista". Acaso alguna vez se le haya casi escapado de los labios. Pero siempre se detuvo donde debía: "La Patria Libre, Justa y Soberana". Sin embargo, él fue el Tío Revolucionario. Difícil saber qué le pasó a ese hombre. Por qué cuando ratificó en algunas funciones a Juan Manuel Abal Medina, a pocos días de las elecciones, agregó, a renglón seguido de pronunciar su apellido: "Un nombre muy querido por todos los peronistas". Increíble: era el nombre del joven de 23 años, Fernando, que había dado muerte al general Aramburu. No era cierto, además, que fuera querido "por todos los peronistas". La mayoría de los políticos del Frente Justicialista y todo el sindicalismo organizado (sobre todo Lorenzo Miguel y Rucci) poco interés tenían en ser incluidos en un amor generalizado, "peronista", a un guerrillero que había cometido un acto extremo. El acto de un "extremista". Nadie se proponía ser un "extremista". Cámpora los empujaba a esa posición. No habrían de seguirlo. Pero la frase del Tío Revolucionario estaba dedicada a sus muchachos, a los jóvenes militantes de la Tendencia revolucionaria, a la inmensa mayoría de la juventud peronista que lo había llevado al gobierno. La misma noche en que se festeja el triunfo electoral, en que el local del partido, en Santa Fe y Oro, desborda de militantes (y oportunistas), sale por televisión a advertir que la Policía "deje de perseguir a nuestros muchachos". Se ha enterado –dice– de muchas agresiones por parte de la Policía a los naturales festejos del triunfo, y que esas agresiones caen sobre los jóvenes peronistas. "Basta de castigar a nuestros jóvenes –dice–. Nuestros jóvenes son nuestra esperanza y ya terminó el tiempo de perseguirlos." Luego aparece en pantalla un periodista estrella de los tiempos de *Primera Plana*, una figura de los '60: Osiris Troiani. ¡La cara de asco y de furia que tenía Troiani, qué mala jornada era ésa para él! "¿Usted se pregunta, como yo, qué va a pasar ahora?", dice. Y añade: "Nada, no va a pasar nada. La Argentina necesitaba un gobierno civil, aunque fuera malo". Entre tanto, la ciudad reventaba de alegría. En Oro y Santa Fe (mientras esa buena actriz y buena persona que es Soledad Silveyra aparecía intempestivamente en el balcón del primer piso y hacía la V de la victoria hacia "el pueblo", que la miraba de afuera porque el pueblo no es famoso, y todo estaba bien salvo que Solita, unos meses atrás, le había dicho a Perón que "pensara antes de hablar") los jóvenes bailaban y coreaban consignas nuevas:

Los peronistas
joda, joda, joda,
y los gorilas
lloran, lloran, lloran.

Y llora llora
la puta oligarquía
porque se viene
la tercera tiranía.

Lanusse, Lanusse
mirá qué papelón
habrá segunda vuelta
la vuelta de Perón.

¡Sí, por desgracia! Festejaban, sin saberlo (¿cómo habrían podido saberlo ni sospecharlo?), su propia muerte, no sólo la física sino la de todos, absolutamente todos los sueños de esa noche. Pero nadie lo presentía en medio de la fiesta. Una o dos semanas antes de las elecciones aparecía por la tele un comercial con Federico Luppi. Federico miraba con cara feliz y, de pronto, sacaba una botella de sidra La Victoria. Y decía: "¡Tenga ganas de una victoria!" Horacio González (en el mismo número 10 de *Envido*) escribía uno de los mejores textos que habrían de salir de la pluma de un escritor de la izquierda peronista. Ya en estas líneas se advierte hasta qué punto –de no haber sido abortado– el pensamiento de los intelectuales de las Cátedras Nacionales o del peronismo de izquierda se distanciaba –profundizándolos– de los intentos simplemente "nacionalistas" de los próceres de la "corriente nacional" (Jauretche, Scalabrini, Hernández Arregui, etc.). Cito el texto de Horacio: "Si tuviéramos que decir en una frase la idea que nos forjamos del gobierno popular que puede haber en la Argentina, deberíamos decir 'gobernar es movilizar'. Para quienes no tienen el poder, gobernar no es sólo hacer miles de obras públicas (...) Entre Plan de Gobierno y movilización hay una relación dialéctica, al margen de la idea de los 'planificadores', que tienen medidas atemporales para juzgar el proceso (mediano plazo, largo plazo, etc.), desvinculadas de la cuestión del poder. No habrá planificación sin movilización. *Ni debe haber medidas de gobierno que no sean capaces de crear conciencia.* Debe poder desprenderse de ellas una línea natural de propaganda de masas" (*Envido*, *Ibid.*, p. 14, cursivas mías). En tanto en Europa arrasaba el heideggerianismo de izquierda encarnado en el estructuralismo o el naciente postestructuralismo que aborrecía de la conciencia, que mataba al "hombre", al "sujeto", al "autor", a la "historia", a la "praxis", aquí la izquierda peronista sólo consideraba válidas esas "medidas de gobierno" que tuvieran el poder de "crear conciencia". Lejos de barrer al sujeto, queríamos crearlo. Lejos de buscar al ser en el claro del bosque, lo buscábamos en las calles, en la militancia, entre las cosas, entre los hombres, como solía decir el gran maestro francés que unía la praxis con el sujeto, la historia con la totalización y la destotalización incesantes, al hombre con el mundo. (*Nota*: En *La filosofía y el barro de la historia* desarrollé largamente la introducción de Heidegger como maestro de la izquierda no marxista que surge desde *El pensamiento salvaje* o la *Antropología estructural* y se retoma en *Las palabras y las cosas*, los siguientes textos de Foucault, y Lacan, y luego Deleuze y Derrida. Los textos centrales de los que se apropia la *French Theory* para salir de Marx y de Sartre y entrar en Heidegger sacrificando el sujeto a la *trama histórica* o al *lenguaje* son la *Carta sobre el humanismo e Identidad y diferencia*. En este último texto Heidegger introduce la palabra-fetiche *Ereignis*: "La mutua *pertenencia* de

hombre y ser a modo de provocación alternante nos muestra sorprendentemente cerca que de la misma manera que el hombre es dado en propiedad al ser, el ser, por su parte, ha sido atribuido en propiedad al hombre (...). De lo que se trata es de experimentar sencillamente este juego de propiación en el que el hombre y el ser se transpropian recíprocamente, esto es, adentrarnos en aquello que nombramos *Ereignis"* (Martin Heidegger, *Identidad y diferencia,* Anthropos, 1990, p. 85). En la *Carta sobre el humanismo* –1949, que funciona como respuesta al texto algo leve y veloz aunque siempre rico de Sartre, *El existencialismo es un humanismo*– Heidegger liquida al humanismo. "El hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este 'menos' el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de su verdad" (Heidegger, *Hitos*, Alianza, Madrid, 2001, p. 281). La *Carta* termina con otra metáfora campestre, obra maestra del kitsch nacional-socialista de Heidegger: "Con su decir, el pensar traza en el lenguaje surcos apenas visibles. Son aún más tenues que los surcos que el campesino, con paso lento, abre en el campo" (*Ibid.*, p. 297). Sólo algo más: el otro texto sobre el que se arrojaron Deleuze y Badiou, por ejemplo, para elaborar el concepto de *acontecimiento* es el que aquí se ha traducido como *Acerca del evento*. "Evento" no es la palabra. Foucault la usa, en francés, de un modo que se acerca a "evento", pues fue él quien primero teorizó sobre la cuestión, Deleuze y Badiou lo plagiaron o, si prefieren, continuaron su senda. La noción heideggeriana de "acontecimiento" ya es decididamente zen: "En el esenciarse de la verdad del ser [Seyn], *en* el evento y *como* evento, se oculta el último dios" (Heidegger, *Aportes a la filosofía, acerca del evento,* Traducción Dina V. Picotti C., Almagesto-Biblos, Buenos Aires, 2003, p. 37). Se trata de los célebres –para cierta clase de filósofos "contemporáneos"– *Beiträge*. Bien, en *esto* está la filosofía. Para disgusto de tantos heideggerianos y amigos de la French Theory pienso que el hombre *es el amo de lo ente*. Que el hombre hace y des-hace sobre la Tierra. Y, en efecto, como dice Heidegger en el reportaje de *Der Spiegel*, "esto en que hoy vivimos ya no es la Tierra". No lo es. Y acaso pronto ni siquiera sea lo que ya no es, porque el *amo de lo ente* habrá destruido todo lo que hay por destruir. Al hombre no le ha interesado pastorear al ser ni ganar "la esencial pobreza del pastor". El hombre –salvo el mundo de la filosofía académica– valora más sus armas de destrucción y los elementos energéticos que con ellas conquista mediante guerras horrorosas que cualquier posible encuentro con el "ser", al que no conoce, al que ni Heidegger le vio la cara. El pensamiento de Heidegger sobre la técnica y su nacimiento en la modernidad con la subjetividad que Descartes centraliza en el cogito es correcto: eso es el capitalismo. El hombre capitalista sólo se concibe a sí mismo como *amo de lo ente*. Se reiría si le propusieran ser *el pastor del ser*. Entre tanto, todo este aparato cuasi místico del *Ereignis* ha logrado entronizar en la filosofía al lenguaje, a la semiología, al deconstructivismo. No se puede pensar la historia, ni el horror ni la tortura desde ahí. No se puede pensar la historia que este monstruo incontenible –el hombre *Amo de lo ente*– está constituyendo. El hombre –en tanto ser-para-la-destrucción– se ha centralizado y hace una historia que horrorizaría todavía más al Angelus de Benjamín (pensador que sí nos sirve para pensar estos tiempos apocalípticos). El ser es praxis. Es la praxis desbocada de los sujetos históricos que colisionan en una territorialidad –en un planeta– amenazado ya por los efectos de esas luchas. De Heidegger hay que conservar su primer gran libro: *Ser y tiempo* (1927). Porque es una antropología existenciaria. Un estudio del hombre (*Dasein*, sin discusión alguna) que, al hacerse la pregunta por el ser, es el *ahí* del ser y el punto de partida de la ontología fundamental. Y sus análisis sobre el poder destructivo de la técnica, que retomó la Escuela de Frankfurt con mejores resultados y que Sartre y Foucault relacionaron, el primero con la lucha de clases y la explotación colonial, y el segundo con el Poder y la resistencia al Poder, las contraconductas, a las que llega tarde pero llega. Perdón por esta nota extensa pero –creo– necesaria. Además, si uno se mete con Heidegger –el filósofo referente de toda la filosofía contemporánea y académica actual, menos la neopositivista– debe hacerlo seriamente. No sé si aquí tenía el espacio para eso. Remito siempre a mi libro sobre "el barro de la historia", donde esa crítica tiene mayor desarrollo. Pero aquí necesitaba plantear un par de cuestiones para desarrollarlas a continuación. Pocas historias como el relato peronista del año '73 explicitan la figura del hombre *amo de lo ente*, del hombre en tanto negación y hasta burla del pastoreo del ser, del hombre que, si de algo se *apropia*, no es del ser (en esa mutua *propiación* que es el *Ereignis* en el claro del bosque), sino de los entes a los que llama *armas*, que le permiten matar a los otros hombres y *Apropiarse del Poder*. Yo diría, aquí y sin arriesgarme demasiado, que en Foucault está clara una filosofía que hace del Poder el ser, lo Uno. De eso quiere apropiarse el amo de lo ente. Necesita organizar lo óntico (los entes en tanto armas, las cosas en tanto armas de tortura y destrucción) para matar a los Otros, pues el amo de lo ente, el ente antropológico o, sin más, ese ente al que llamamos "hombre" busca apropiarse del poder excluyendo al Otro, matándolo. No hay aquí eso que Emmanuel Lévinas llama *epifanía del rostro*: ver en el Otro mi mismidad y saber que sin el Otro no puedo acceder a ella. Lo que me hace *responsable* de ese Otro. Lo que me conduce al "*no matarás*". (Ver *Totalidad e infinito*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006.) ¿Vemos algo de todo esto en los asesinos del palco de Ezeiza que suben a ese joven tirándolo de los pelos? ¿Qué vemos en la violencia de los lenguajes bélicos del '73? ¿Ahí mora el ser o ahí late, anunciándose sobre los otros, la Muerte? En suma, creo que se niega el humanismo porque no se le quiere ver la cara. El humanismo es la praxis histórica del hombre bélico que mata y no cesa de matar para apropiarse –no del ser– sino del Poder, y desde el Poder seguir matando. Esto es lo que se verá en los próximos textos que habrán de dedicarse a la violencia, a la praxis de apropiación, a la búsqueda del poder, al ejercicio de la muerte, a la más absoluta negación del Otro. Porque al hombre *amo de lo ente* no le importa su Mismidad. Le importa algo exterior a él y que su pulsión de conquista y de dominio y de muerte lo lleva a conquistar, a apropiárselo: el Poder. Creo que es ya inútil –aunque siempre necesario– preguntarse si el hombre debe o no matar: *El hombre no puede no matar*.) Para Horacio, "crear conciencia" era "movilizar". La conciencia no era estática. La conciencia salía a la calle. Este "salir a la calle" era la militancia del sujeto práctico. Sin ese "salir a la calle" del agente práctico, de la conciencia que se creaba en tanto parte de la movilización de un pueblo, no había historia. No había estructuras. Desde luego que cuando "salía a la calle" la conciencia se encontraba con un "mundo" del que ya era parte, con una estructura que la sobredeterminaba, pero siempre, por medio de la movilización, de la praxis política humanizadora, era parte de una realidad que elegía y que, también, la elegía. Cuesta hablar de la praxis política sin hablar de la libertad del sujeto. Aun el más endeble perejil llevado a una movilización por el puntero de su barrio tuvo que elegir hacerlo, tuvo que elegir ser elegido.

¿QUÉ DIJO PUIGGRÓS CUANDO LO PUSO A KESTELBOIM EN DERECHO?

El otro gran tema es el de la *verdad*. Lo dijimos: ¿dónde está la verdad? La verdad no existe, la verdad se crea. La verdad se conquista y se impone a las otras verdades, silenciándolas, negándolas. En ese mismo número de *Envido*, en el artículo *Cooke, peronismo e historia*, aún con 29 años, yo escribía: "Ante el hecho histórico no hay sino posturas interesadas, porque aun estos mismos hechos están tejidos por intereses. ¿O es que acaso hay alguno que no exprese la práctica política de una clase social o un movimiento de liberación? Que la batalla de Caseros tuvo lugar en febrero de 1852, es algo que nadie discute. Es una 'verdad histórica', si se quiere, pero no sirve de mucho. Lo que sí está en juego es la interpretación y el sentido final de esa batalla, *pues la verdad histórica es también una práctica y una conquista política*" (*Envido*, N 8, p. 24, cursivas mías). El texto habrá sido escrito en febrero de 1973. Nunca había leído a Foucault. Menos sus ideas acerca de la relación entre poder y verdad. *Nietzsche, la genealogía, la historia*, gran texto de Foucault, es de 1971. *Los intelectuales y el poder* (un diálogo con Deleuze), de 1972. La conferencia sobre Nietzsche y la crítica del conocimiento, que forma parte de *La verdad y las formas jurídicas*, es parte de las conferencias que dio en Brasil entre los días 21 y 25 de mayo de 1973. Asumía Cámpora y Foucault estaba en Brasil hablando de la verdad y el conocimiento en Nietzsche. Mencioné estas cuestiones en la Universidad de Maryland en 1984 y el cáustico Halperin Donghi dijo, después, cuando yo menos me lo esperaba: "Feinmann se jacta de haber inventado a Foucault". Buen chiste, pero no es así. Quiero decir que junto a la militancia política (y en medio de una esperanza histórica sin tantos fundamentos como creíamos: éramos jóvenes y ser joven es, en buena medida, eso: creer sin muchos fundamentos, a veces sin ninguno) trabajábamos seriamente el nivel teórico de esa praxis. Esto no se sabe. O se ha olvidado. O todo se organiza para no recordarlo. Hoy, a Horacio, el que escribió el formidable texto que cité, un periodismo amarillista e ignorante (creo que se atreven a agredir a David Viñas porque, sin más, no saben quién es, de quién están hablando: nada menos que del maestro de una generación) lo acusa de recibir dinero del Gobierno por ser funcionario. A mí, aunque soy un "inorgánico", de ser algo casi semejante por mi programa *Filosofía, aquí y ahora*, que exhibe el excepcional Canal Encuentro y que ha llevado por primera vez la filosofía a la televisión para beneplácito de muchos: lo sé porque esa gente me lo dice. Injurian con liviandad a Ricardo Forster, a Tristán Bauer o a Horacio Verbitsky, que se encuentra a distancias siderales de ellos como el formidable periodista que es. No importa. Lo que me importa decir es que –con el camporismo– se acercó al gobierno una generación de intelectuales políticos que teorizaba sobre su praxis en tanto se entregaba a ella. Esa generación no "asaltó" (un término nacional socialista: tropas de asalto; también la palabra clave del importante libro de György Lukács contra el irracionalismo nietzscheano y nacional socialista: *El asalto a la razón*) a las universidades– como horriblemente dice Andrew Graham Yooll, comparando la gestión que inauguró el viejo historiador y politólogo marxista y luego peronista Rodolfo Puiggrós con la "noche de los bastones largos", sino que les impuso sin duda un desorden inevitable pero creativo. Fue *Cabildo* la revista que pidió antes que nadie la "intervención de las universidades". Luego, *Gente*. Más o menos con los mismos argumentos que un apasionado antifascista como Andrew: *El imperio del desorden*. Hubo una respuesta impecable de Juan Carlos Portantiero –que fue parte de esa Universidad, aunque nada tenía que ver con la juventud peronista– en la que explicitaba que la burguesía y la oligarquía jamás podrían entender el sentido profundo de la palabra *desorden*. Que, en buena hora, se habían desordenado las universidades. Ya lo veremos mejor. Pero la Jotapé había asumido su tarea en la Universidad como una tarea de des-orden: se trataba, precisamente, de cambiar un Orden por otro. Nada pudo impedir que el nazi Alberto Ottalagano –no bajo Perón, sino bajo López Rega e Isabel– fuera nombrado amo y señor de las casas de altos estudios. ¿Cómo iba a seguir Puiggrós? ¿Saben qué dijo Puiggrós cuando lo puso al brillante Ricardo Kestelboim como decano de la Facultad de Derecho? Es una joya. Una frase digna de un tiempo de antagonismos y tormentas cotidianas: "Lo puse porque es un revolucionario en una facultad de conservadores. Lo puse porque es un judío en una facultad de antisemitas".

Colaboración especial: Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

La Plaza del 25: el cielo por asalto

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

74 La Plaza del 25: el cielo por asalto

Suplemento especial de
Página|12

SE PROHIBE TOMAR EL CIELO POR ASALTO

La frase *el cielo por asalto* es la más hermosa que escribió Karl Marx. "Estos parisienses que toman el cielo por asalto." No es parte de *El capital*. Ni de los *Gründrisse*. Ni del *Manifiesto*. No podría serlo: surge, como una estrella jubilosa y única, de un hecho posterior a la redacción de esas obras maestras. No pertenece a un libro. Está en una carta que le escribió a su amigo Kugelman, desde Londres, el 12 de abril de 1871. Apesta para el paladar de los anticomunistas. Es una frase subversiva. Tomar el cielo por asalto es apoderarse del poder de la sociedad burguesa, es ponerlo en manos del proletariado y, desde ahí, partir en busca de una sociedad más justa, sin desigualdades. Como la esencia del capitalismo es la desigualdad, tomar el cielo por asalto es quebrar su lógica y trastrocarla por otra que proponga la igualdad entre los hombres. La política, la jurídica y la económica. "El cielo" es la sociedad capitalista porque ésta siempre se ha postulado como "lo mejor". O lo "menos malo". O, de todos los mundos posibles, como postulaba Leibniz y lo burlaba Voltaire, el mejor de todos, el que Dios nos ha cedido generosamente luego de haber analizado a los otros y descubrir que éste, el nuestro, es el superior y entregárnoslo. Tomar "el cielo por asalto" es adueñarse de él. Hacerlo propio. Ahora, el cielo es nuestro. De quienes hemos vivido casi en el infierno o, sin más, en él. Se nos hacía difícil pensar que esto podía ocurrir. Siempre nos parecieron demasiado poderosos los dueños del cielo. Siempre nos enseñaron que era de ellos, que les pertenecía por derecho divino o por linaje histórico o por tener las armas necesarias para defenderlo de cualquiera que se lo quisiera arrebatar. De esta forma, hemos aprendido las reglas del cielo. El cielo no se toca. El cielo tiene dueño. Cualquier intento de cuestionar el orden que reina en el cielo será castigado severamente, con la vida a veces. Prohibido escupir en el cielo. Robar es escupir en el cielo. Negarse a cumplir las órdenes de las autoridades constituidas es escupir en el cielo. No trabajar es escupir en el cielo. Quejarse por el salario recibido es escupir en el cielo. Matar –sobre todo a un miembro de la clase poseedora, de la clase superior– es escupir en el cielo. Desobedecer cualquier orden de un policía es escupir en el cielo, ya que en todo policía se encarna el orden celeste. Al cielo también se le dice patria. La patria es de todos. Todos pueden habitar en ella. Pero su suelo y la administración de sus cuestiones esenciales corresponden a los dueños naturales del cielo. El cielo –en su modalidad de "patria"– puede entrar en conflicto con otras "patrias" o "países". A eso se le dice "guerra". Ahí, todos –menos los que conducen el cielo y son sus grandes propietarios– deben defender el cielo. Defender el cielo es defender la patria. Defender la patria es ser un patriota. Es muy frecuente que un patriota tenga que morir por la patria. Tenga que morir por el cielo. Se le adjudicará un emotivo reconocimiento por su valor y su heroísmo, pero nada que pertenezca al cielo. Los dueños del cielo serán siempre los mismos. O sus socios, o sus familiares o sus descendientes. Hombres de sana ambición y laboriosidad pueden llegar a compartir algo del cielo con sus dueños, siempre que éstos lo encuentren beneficioso para los intereses del cielo, que son los de todos, los de la patria. Pero propiedad de los poseedores del cielo. El cielo tiene propietarios. Cada vez hay menos propietarios y más no propietarios. Esta desigualdad es propia del cielo. Al ser el derecho de la propiedad el elemento esencial del cielo no todos pueden ser iguales en él. Algunos tendrán muchas propiedades, otros tendrán menos y la enorme mayoría no las tendrá. O tendrá sólo las necesarias para su subsistencia, sin la cual no podrían trabajar para los poseedores del cielo. Se ha comprobado que los muertos no trabajan. El cielo tiene creencias en las que todos deben creer, leyes que todos deben cumplir y una jerarquía que nadie debe alterar. Todo ser humano puede ser feliz en el cielo. Sólo tiene que aceptar el lugar que en él le ha tocado. Algunos, como se ha visto, pueden modificarlo. Sólo algunos. Cuando son muchos los que quieren modificar el orden del cielo, sus naturales poseedores consideran esa acción como la más perniciosa para el cielo, pues quiere subvertir el orden que en él reina. Reaccionarán con extrema violencia. Porque subvertir el orden que reina en el cielo es la acción más destructiva que pueda emprenderse contra él. Quienes lo hagan morirán o serán sometidos a terribles castigos de los que tal vez no salgan con vida. Es decir, también morirán. Subvertir el orden del cielo, pretender apoderarse de él, asaltarlo por medio de la fuerza y las ideas perniciosas, es pretender matarlo. ¿Qué otra cosa sino la muerte merecen quienes perpetren semejante agravio? Se prohíbe asaltar el cielo. Está terminantemente prohibido tomar el cielo por asalto.

TOMAR LA CASA DEL PODER

La llamada "historia argentina" está tramada para cantar loas a los sectores sociales que hicieron la patria (o la *casa*) y a desdeñar a quienes quisieron hacerla de otra manera, fueron derrotados o exterminados, pero obstinadamente volvieron al ataque bajo nuevas caras, nuevos ropajes, nuevas ideas. La *casa* nunca estuvo segura. La *casa* se asume como tal (aunque con gran cautela: enmascarada, con la máscara de Fernando VII) a partir de mayo de 1810. Esos pasos son, sin embargo, algo caóticos. Lo eran esos hombres que encarnaron un proyecto que no tenía en el país bases sociales. Eran hijos ideológicos del jacobinismo francés pero no tenían una burguesía revolucionaria. Había aquí una mera burguesía comercial pro-británica. Unos latifundistas que buscaban mercados más prósperos que los de España. Y una clase de burócratas que respondían a la corona española. Fueron éstos los más desplazados. Lo demás quedó en pie. La revolución fue impopular en las provincias. Y yo le creo más al Alberdi de los *Póstumos* que a todos los otros teóricos que leo desde 1968, época en que me consagré, luego de haberlo hecho de niño, a estudiar nuestra historia. Con la Revolución de Mayo se suplanta el poder español sobre Buenos Aires por el de Buenos Aires sobre las provincias. Creo –y perdón si insisto en esto– que Moreno, Castelli y Belgrano fueron hombres muy lúcidos, inteligentes. Supieron ver por dónde se derivaba la historia. No era tan difícil. La lenta, perezosa Corte española, atiborrada por el goce (aunque sin saber nada de Lacan), por el oro fácil de las colonias, que los piratas ingleses se robaban para entregar al Imperio y a las industrias británicas, queda atrás, lejos, en el atraso. Sarmiento es el más brutal juez de España. Nada, no hay nada para él en la península. 500 años de Inquisición achicaron el cerebro español. Y se acabó. Que no le vengan con esos inventos de los ultracatólicos nacionalistas sobre la nueva España, las Cortes, Jovellanos. No, España es el pasado. Es increíble que todavía se vea en los hechos de Mayo una revolución. Si subirse al movimiento dinámico de la modernidad capitalista fue una revolución, entonces lo fue. Eso hicieron Moreno y los suyos. Las provincias eran godas. Liniers bonapartista y también amigo de los godos locales. El héroe de la Resistencia lo había sido de la resistencia española. No quería América para los ingleses, sino para España. A fusilarlo sin asco. En cuanto a las provincias, invadirlas. Ese día –dirá Alberdi y dice bien– comienza el poder de Buenos Aires sobre las provincias. Buenos Aires, la nueva metrópoli. El interior, la nueva colonia. La economía funcionaría como complementaria de las industrias británicas. Y la cultura vendrá de Francia. Basta, esto ya se sabe. No lo discuto más. ¿A Moreno lo mataron en alta mar? ¿Quién, el comandante británico de la nave? ¿Para qué? Moreno hasta había llegado –en el célebre *Plan de Operaciones*– a cederle la isla de Martín García a Inglaterra. Puede que Saavedra, que no lo quería ver más, haya arreglado su muerte. Pero Saavedra no era, políticamente (sí en el estilo, el carácter, la inteligencia, el temperamento), demasiado distinto a Moreno. No había mucho para elegir. ¡Era tan evidente el camino ya trazado! España era el atraso. Inglaterra y Francia, el tren de la modernidad capitalista y burguesa. La *casa* la toman los "bárbaros" en 1820 y nuestros libros de texto lo dicen: *la anarquía del año 20*. ¿Cómo no será el 20 el año de la anarquía si en él los federales se adueñaron de Buenos Aires? Tres gobernadores en un día. Y Belgrano que muere porque –es la leyenda– tiene un corazón muy grande. Muere de puro bueno que era. Ya que nadie duda de que hay una relación de hierro entre el corazón y la bondad. Ergo, el que lo tiene muy grande es un hombre casi santo. El tamaño siempre importa. Se habrá tratado de una dilatación cardíaca mal tratada. Pero la metáfora boba está siempre lista. Si en estos días hemos agregado a Alfonsín al santuario de los puros, Belgrano hace tiempo que lo ocupa. Sus últimas palabras revelan cuánto amó a su patria. Si uno le dedica a la patria sus últimas palabras sin duda la ha amado ilimitadamente. Se dice que esas palabras fueron: "¡Ay, patria mía!". Ahora, un escritor que escribe para la clase media argentina, en un texto al que califica (con orgullo, pues es un llamado a la acción contra un gobierno que ni él ni su clase toleran ya) de "panfleto", dice que Belgrano no dijo "¡Ay, patria mía!" sino "¡Pobre Patria mía!" ("Patria" en mayúscula para marcar la enormidad de lo que está en peligro, de lo que hay que defender. La enormidad, en suma, de la lucha que los buenos argentinos deben iniciar.) "¡Ay!" es apenas un suspiro. Un lamento. De impotencia. La impotencia de un moribundo. "¡Pobre Patria mía!" es también un lamento pero en él late la furia, la "bronca" como escribe el autor, el impulso de la acción, de cambiar esto, la "pobre" situación de la patria. Su libro marchará a la cabeza de las listas de best sellers durante largo tiempo. Es un libro-cacerola. Escrito para hacer ruido. Para la clase media. Podríamos –brevemente, en otro lugar lo haremos con más detalle– hacer una *ontología de la clase media argentina*. El rasgo original de esta ontología es que está vehiculizada por el deseo. Porque la clase media, mal que le pese, *es lo que es*. Uno que otro de sus integrantes podrá trepar. Aunque –y esto la aterroriza– demasiados pueden descender. Pero su esencia es parmenídea: *es lo que es, no es ni será lo que no es*. Esto no le impide el deseo, que es siempre frustración. Porque hay algo que es (su *ser*) y no desea ser. Hay algo que no es y tampoco desea ser. Y hay que no es ni será y ése es el ser que desea.

Es así:

La clase media argentina:

1) *No desea ser lo que es.*

2) *No desea ser lo que no es.*

3) *Desea ser lo que no es ni será.*

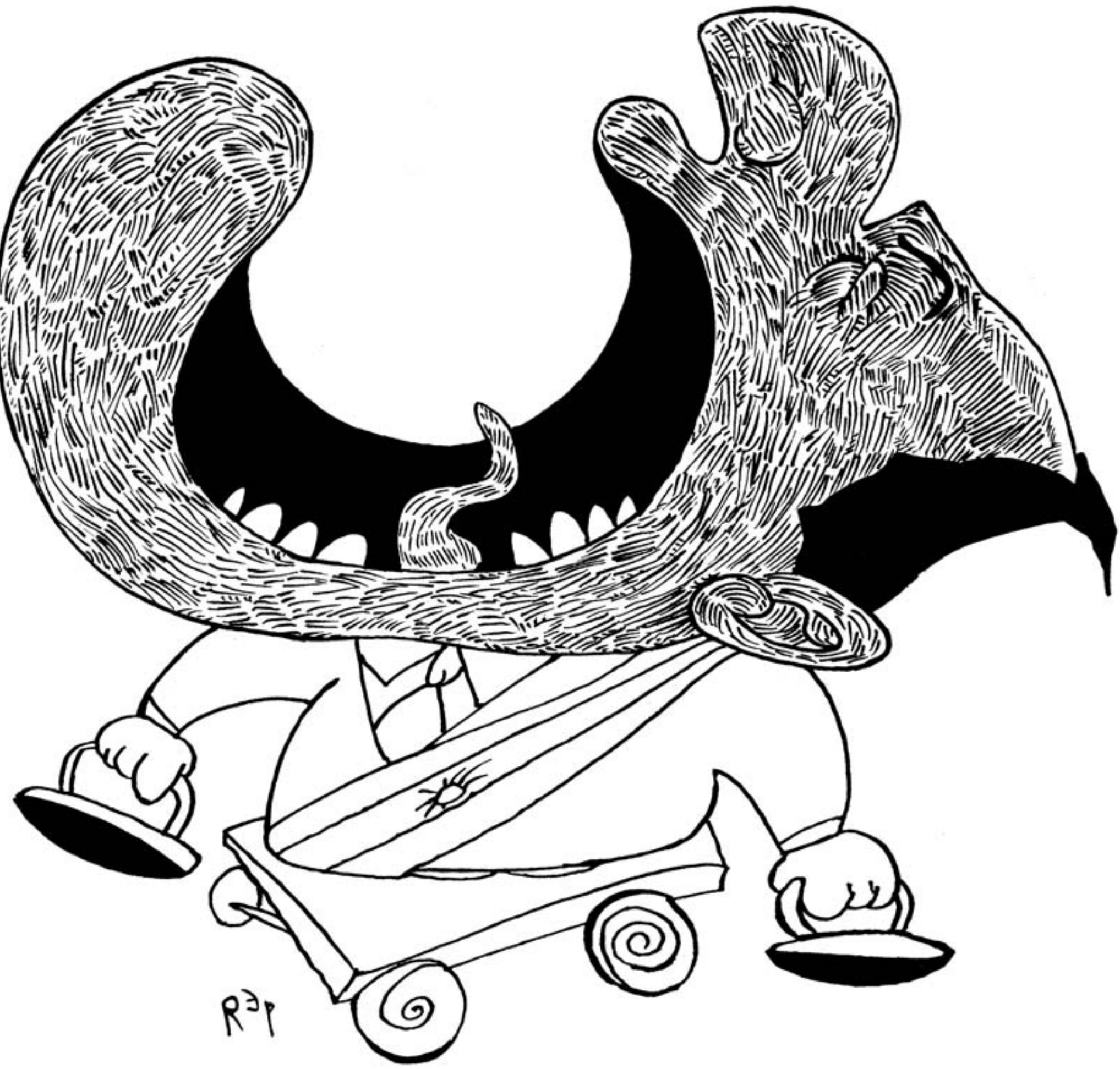
Brevemente:

1) La clase media no desea ser clase media.

2) La clase media no desea ser pobre. No desea ser grasa. No desea ser negra. No desea ser clase obrera.

3) La clase media desea ser lo que jamás será: clase alta.

Estamos entrando en el tema fundamental para entender nuestra historia: *la metáfora de la casa tomada.* En 1826, Rivadavia manda su Constitución iluminista al Interior y fracasa. Peligro: al no aceptarla acaso los caudillos asalten la *casa*. *La casa reside en Buenos Aires*. Desde ahí se hace fuerte. Se sabe: Ibarra, caudillo de Santiago del Estero, recibe al enviado rivadaviano, que viene con galera y fraque en una tardecita santiagueña de 45 grados a la sombra, en calzoncillos. ¡Horror! Ya Sarmiento dirá, en *Facundo*, que cuando Abdul Medjil, sultán de Turquía, quiere recibir adecuadamente a los enviados del Imperio Británico, se saca el caftán y se pone fraque y galera, aceptando la civilización de Occidente. Pero Ibarra no. Y Facundo tampoco. El que amenaza con tomar la *casa* para los federales porteños en alianza con los del Interior es Manuel Dorrego. Aquí: Lavalle. Consejos de Salvador María del Carril y de Juan Cruz Varela. Del Carril escribe su gran frase: "General, una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos". (Cito de memoria. El que avisa no es traidor. Cotejar las citas.) Lavalle fusila a Dorrego. Y el que toma la *casa* es Don Juan Manuel de Rosas. Que la toma para él, para los saladeristas bonaerenses, un poco para las industrias del interior (es un exceso decirles industrias, pero protegidas y con el mercado comprador de Buenos Aires, que no tuvieron, vaya uno a saber qué pasaba). Se aguantan a Rosas ¡22 años! La *casa* la toma Urquiza. Pero no es para él. Al final, el patriótico caudillo entrerriano, en un gesto que lo enaltece ante la Historia y lo llena de oprobio ante sus compañeros federales, le cede a Mitre la batalla de Pavón (según hemos visto en el análisis más riguroso de este libro: la obra en un acto breve *Urquiza en Pavón*) y Mitre se hace el banquete. Ahí tienen ustedes al burgués conquistador en acción. Se acabó, señores. Toleramos 22 años de Mazorca. Lo toleramos a Urquiza. No vamos a tolerar al resto de las montoneras y menos si se unen al Paraguay de López. Todo es muy sencillo: Mitre no inventa nada. Esto ya lo hicieron los ingleses en la India, el Mariscal Bougeaud en Argelia y los norteamericanos en la conquista del Oeste y la derrota del Sur monocultivista, esclavista y algodonero. Mitre declara la *guerra de policía*. Hay que asegurar la *casa*. "Guerra de policía" significa tratar al enemigo como mero delincuente, no concediéndole los derechos de la guerra. Se los fusila donde se los encuentra, se les corta la cabeza y la de sus caudillos se clava en una pica. Aquí se dicen esas frases que –según los historiadores liberales– no hay que citar. Que Mitre dijo: "Si Sandes mata gente, déjenlo. Es un mal necesario". Ambrosio Sandes era un homicida paranoico de origen uruguayo que liquidaba gauchos como si fuera Pol Pot o Idi Amin. Y Sarmiento dice la suya, tan conocida, ésa que algunos dicen que debe estar quitada de contexto. Como si pudiera estar en algún contexto que le hiciera no decir lo que dice: "No ahorre sangre de gauchos. Es lo único que tienen de humano esos bípedos". Liquidados los gauchos, arrasado el Paraguay, sólo quedaban los indios. Aquí, Roca. Y la tierra para todos los "atalivas" de este mundo. O no: para los "atalivas" de Roca. Hay que leer a Bayer en estos temas. (También a Viñas, pero al maestro David le vamos a dedicar unas líneas más adelante, acaso en el próximo capítulo, por sus aportes a la temática del indio y porque es necesario señalar su condición de intelectual como ya casi no queda uno. Porque está donde siempre que lo buscamos estuvo. Nunca uno preguntó: "Dónde está David Viñas" y le dijeron: "Ya no vive aquí. Se mudó. Búsquelo en la vereda de enfrente y lo va a encontrar".) Ataliva era un pariente cercano de Roca al que éste le cede miles de hectáreas quitadas a los indios. No se las da a los colonos. Se las da a sus parientes. En lugar de un país con colonos laboriosos, como el Oeste de Estados Unidos, se crea una gran llanura de ociosos latifundistas. La *casa* está en orden y la Argentina ensangrentada. Roca presidente. Juárez Celman, unicato y corrupción. Cané, Ley de Residencia. ¿Por qué? Porque del universo ultramarino viene una terrible amenaza para los propietarios del país. *La chusma ultramarina*. Los inmigrantes. Los anarcos. Los ácratas. Mierda pura llena de ideas disolventes. ¿Por qué Europa no nos mandó esa colonia alemana o galesa que Sarmiento describe en *Facundo*? ¿Por qué no nos mandó al menos a los hijos de los obreros ingleses que Alberdi, en cristalina frase, dijo que ellos, esos obreros, valían 10 veces más que el gaucho argentino y el



cholo chileno? La *casa*, otra vez, corre peligro. Si *Gobernar es poblar*, poblar es llenar el país de basura, de indeseables, de prostitutas, de revoltosos, de anarco-sindicalistas. ¡Otra vez el Otro! Porque hay que decirlo ya: *el que va a ocupar la casa, el que se propone tomarla, es siempre "el otro"*. Nosotros, los dueños de la *casa*, somos nosotros. Nos reconocemos. Por la ropa. Por la elegancia de nuestros modales y costumbres. Por nuestro linaje. Nos miramos las caras y nos vemos a nosotros mismos. ¡Oh, qué espectáculo tan agradable! Es el *entre nos* de Mansilla. También nuestros sirvientes son nuestros. No son ya la chusma negra y delatora de los tiempos de Rosas. No, son paisanos y paisanas amansados. Obedientes. Forman parte (subalterna, claro) de la familia. En cambio, la *chusma ultramarina* es temible. Primero, al *Hotel de Inmigrantes* con ellos. Ahí hay que enseñarles las primeras lecciones. Que no crean que vienen a un país que les pertenece. Este país tiene dueño. Somos nosotros. Los verdaderos argentinos. Los dueños de la *casa*. Los que la hicimos y los que la vamos a defender a morir ante cualquier asalto. La *casa* es el cielo. Es nuestro cielo. El cielo de las clases patricias, de las clases poseedoras. Recuerden. Si no la quieren pasar mal recuerden siempre esto: está terminantemente prohibido tomar el cielo por asalto. Todo aquel que lo intente, morirá. No por alguna maldición. No porque algún dios nos proteja. No porque esté escrito en ninguna parte. Simplemente morirá porque nosotros lo vamos a matar. Sería deseable que esto fuera entendido profundamente. Porque, aunque no nos molesta matar, tampoco nos gusta y la *casa* se ensucia de sangre, y hay que andar limpiándola y de la sangre derramada siempre algo queda, en nosotros (algunos somos sensibles y las caras de los muertos fastidian nuestros sueños) y en los herederos de los muertos que suelen entregarse a la inútil pero (para ellos, al parecer) necesaria tarea de vengarlos. Este decurso de sangre derramada y venganza por la sangre derramada hay que cortarlo. Tenemos que saber *asimilar* a los vástagos de los que ayer matamos. A eso le llamamos *diálogo*. Y es algo que ejercitamos: 1) Cuando nos sentimos débiles; 2) Cuando queremos ordenar la *casa* y dotarla de una fisonomía institucional, democrática, republicana. Aquí suplantamos el *exclusionismo* de nuestras guerras por el *inclusionismo* de nuestros proyectos de paz, e integración. Siempre queda claro: los integramos, pero la *casa* es nuestra. Los dejamos entrar, votar, trabajar y hasta divertirse. Pero sólo eso. El sagaz Roque Sáenz Peña –supongamos– lo llama a Hipólito Yrigoyen. "Vea, amigo –le dice–, tenemos que integrarlos. Ustedes ya son muchos y nuestra generosidad es grande. Les vamos a prestar la casa. A prestar, eh, don Hipólito. No se hagan ideas locas. Ustedes, los radicales, son gente de orden. Toda esa gente tendrá que formar un colchón entre nosotros y el bajo pueblo. Será una clase media, me entiende. Usted, ahora, la representa. Dicté una ley electoral que lleva mi nombre. No habrá fraudes. Si usted gana administrará la casa por el plazo fijado. Hay cosas que también están fijadas, don Hipólito. Usted lo sabe. Ideas disolventes, no. El cielo es y será nuestro. Pero ya que los trajimos, ya que son más que nosotros casi, adelante, gobierne nomás. Pero recuerde que su partido, si bien fue fundado por Leandro Alem, también fue fundado por el glorioso general Mitre. Deberá siempre llevar su espíritu en las entrañas como límite irrefutable a cualquier posible desborde". Yrigoyen y los radicales administran la *casa*. Pero el Otro, el invasor, el asaltante del cielo, el que no se somete a sus leyes, otra vez aparece. Los obreros de los talleres metalúrgicos Vasena, propiedad de capitales ingleses –¿qué otra cosa si no británico habría de ser un taller metalúrgico?–. La oligarquía nativa viajaba a París y su existencia fácil era el fruto de la generosidad de la tierra–, congelan con una huelga total a la ciudad de Buenos Aires, luego de una represión policial que costó muchas víctimas. ¡La *casa* está en peligro! Su funcionamiento se altera. Hay, para colmo, centrales obreras, lugares en que se juntan los inquilinos de la *casa* y elaboran planes subversivos. "Oiga, don Hipólito: o hace algo o lo tiramos y nos hacemos cargo nosotros. ¿O no lo pusimos para que administre la *casa*? Administrarla, para nosotros, es, ante todo, mantenerla en orden." Yrigoyen lo llama al jefe de Campo de Mayo, general Luis Dellepiane. Y don Hipólito, con esa parquedad que tal vez lo hiciera sentirse inocente de todo, le dice a Dellepiane: "Hágase cargo, general". Además de Dellepiane hay muchachos bravíos de las clases garcas (qué lindo suena "garca", aprendí su uso implacable en las páginas de *Barcelona*, aunque no siempre lo usan en el sentido que más me gusta, por ejemplo: "los 'garcas' siempre te 'garcan'" o "a este país no lo hicieron los 'garcas', lo 'garcaron' los 'garcas'", porque los "garcas" vinie-

ron a este mundo para "garcar" a todos los demás, o peor aún: la Historia de la Humanidad es la historia de cómo los "garcas" "garcaron" siempre a quienes no fueron "garcas" sobre todo haciéndolos trabajar para ellos, y siempre que no quisieron los "garcaron" a palos) que se organizan bajo la batuta del supremo "garca" Manuel Carlés. La Liga Patriótica recorre las calles dispuesta a "garcar" a palazos a los obreros insurrectos y a los judíos. ¿Por qué a los judíos? Porque los "garcas" dicen que los judíos, a los que ellos llaman "rusos", son comunistas. ¿O la "revolución rusa" no es "rusa"? (Así de brutos eran estos miserables, estos vándalos de los hogares patrios.) Se les unen las clases medias. Invaden el barrio del Once y se produce el primer pogrom argentino. (Fijate, Marcos, quiénes fueron los primeros que "garcaron" a palos a los judíos como vos: los padres y abuelos de los "garcas" para los que trabajás ahora. ¿Vos creés que te respetan? ¿Vos creés que hay un solo "garca" que respete a un judío?) Hay un chiste memorable. Que expresa además hasta qué punto llegó el cuidado de la *casa* en manos de los "garcas". ¡Si hasta chistes se hicieron! Seguro que lo inventó algún buen judío al que molieron a palos. El chiste es así: están los "garcas" de la Liga Patriótica cerrando la entrada al barrio del Once. Dejan salir a un "ruso" que necesita comprar algo de comida. Al rato, el "ruso" vuelve. Hizo su compra: trae un paquetito. Pero, atemorizado, se detiene. Ve que los "garcas" de Manuel Carlés hicieron una doble fila y están con palos. A cada "ruso" que quiere entrar al barrio le ordenan: "Diga 'nueve'". "Noive", dicen los pobres rusos. Y los "garcan" a palazos. Nuestro "ruso", que ha aprendido a sobrevivir, ensaya durante una hora: "Nue-ve. Nue-ve. Nue-ve. Nue". Decidido se encamina hacia el piquete "garca". "¡Quieto ahí!", le ordenan. El "ruso" se detiene. "Diga 'nueve'". "Nueve", dice claramente. "¿Qué lleva en ese paquete?" "Goivos."

MAYO, 1973: EL CIELO CON LAS MANOS

La *casa* quedó en orden pero llena de sangre. El episodio pasó a la historia como la Semana Trágica. ¿Cómo se atreven, cómo se atreven esos rojos y esos rusos a alterar las reglas del orden que rige la *casa*? Hay casi 700 muertos y más de dos mil heridos. Luego la cosa se repite en la Patagonia. No era un territorio tan lejano. Estaba al cuidado de pocas y buenas familias y de los amigos ingleses, todo organizado por la Sociedad Rural Argentina. Roca había visitado Santa Cruz y también Roque Sáenz Peña. El episodio es conocido. Los Menéndez y los Braun y todo el resto del garcaje (elimino las comillas a esta palabra, queda incorporada a los más altos niveles expresivos de la lengua nacional) piden la intervención del Ejército. Peligra la *casa*. Yrigoyen, una vez más, le dice a un militar: "Vaya y hágase cargo". Las matanzas de la Patagonia expresan la transparencia más plena de nuestra historia. Un gobierno que representa a las clases medias, al que se le dio la *casa* para administrar y para integrar al sistema a los inmigrantes, tiene que cargar con las matanzas de un coronel extraviado, de un paranoico, porque no lo puede contener ni tiene demasiadas convicciones para hacerlo. La *casa* está en el Sur. En los territorios que Roca conquistó para el hombre blanco argentino. Esa *casa* está en manos de nativos y de ingleses. Los que quieren, no asaltar el cielo pero sí tener derechos son obreros del lugar y chilenos, muchos, demasiados chilenos. Se mezcla todo: el odio de clase, el racismo, la xenofobia. Así se defiende la *casa*, qué joder. Así volveremos a defenderla siempre que haga falta. Y así lo hicieron.

El resto lo vimos. El "aluvión zoológico" es un momento de gran temor. Otra vez el Otro: el diferente, el negro, el grasa, el bruto, el ignorante. ¿Cómo se le va a ceder la *casa* a esa gente? Este país no se hizo para eso. Es un país de gente bien. "Cerremos el círculo y velemos sobre él", decía Cané. "Los argentinos cada vez somos menos." Después, el peronismo. Una pesadilla. La fiesta del Monstruo y de los monstruos que lo adoraron. A darles con los Gloster Meteor. Y después 18 años buscando mantener la *casa* en orden sin ese general indigno y sin ese pueblo que lo sigue de bruto que es. Porque así son los negros: son brutos. Si por lo menos lo siguieran a Alfredo Palacios. A Repetto. A Américo Ghioldi. A la señora Moreau de Justo. Pero no: siguen a una hetaira y a un vicioso, a un corruptor de menores.

Llegamos a la Plaza del 25 de mayo de 1973. Asume Cámpora en presencia de Dorticós y Salvador Allende. ¡Han tomado el Gobierno! ¡La subversión tiene el Gobierno en sus manos! ¡La guerrilla gobierna el país! Y toda esa gente que llena las calles de la ciudad y de todas las provincias está feliz, salta de alegría. Quiero ser claro. Aún tengo que demostrarlo. Pero quiero decirlo ya: *nunca las clases oligárquicas, los grupos financieros, la iglesia y el ejército se sintieron tan agredidos como en esa jornada. Nunca habían perdido hasta tal extremo el control de la "casa".* El 25 de mayo de 1973 se estuvo *demasiado* cerca de asaltar el cielo. O se lo asaltó como nunca antes se lo había hecho ni se volvería a hacer. Eso lo hizo la izquierda peronista. Eso lo hizo toda la gente que fue a esa plaza porque estaba harta de gobiernos de garcas y militares o de gobiernos civiles cómplices o débiles y complacientes. Nunca se vio en los balcones de la Rosada a un hombre como Salvador Allende. Que eso lo hizo la izquierda peronista significa que eso *no lo hizo* Perón. Tampoco jóvenes idiotas que creían ciegamente en él. Tampoco jóvenes que no sabían qué era el peronismo. *Ellos eran el peronismo. Ellos fueron la cara más combativa del peronismo.* Fue la interpretación que una década de rebeldías, que valoraba la violencia en la lucha política como algo normal, dio de un fenómeno del pasado: el peronismo. ¿Qué importa lo que pensara Perón? ¿Era Perón el dueño del peronismo? Esa generación lo interpretó de acuerdo con los signos de su tiempo y lo llevó adelante. Y hasta se encontró con un veterano, con un viejo conservador del Partido, que creyó en ella y la siguió: Cámpora. El cielo estuvo ahí: al alcance de la mano. Fue, también, el gran momento histórico de la clase media. Porque los grandes protagonistas fueron los hijos de la clase media antiperonista que se rebelaron contra sus padres, contra todo lo que les habían dicho desde que vinieron al mundo. Que se rebelaron porque los jóvenes son así: no obedecen a los padres. Salvo los que los heredan en la conducción de sus empresas. En fin, ésos. Pero la Jotapé era una multitud incalculable de jóvenes y no tan jóvenes que, como la Comuna, quiso tomar el cielo por asalto. Y asustó al poder como nadie en la Argentina. El día de la plaza del 25 los amos de la Argentina se preocuparon como nunca. ¿Así que "izquierda" y "peronismo" son antagónicos? Basta de pavadas. "Perón" e "izquierda" acaso no se lleven bien. Pero la izquierda peronista no fue una construcción de Perón. Buscó su respaldo para validarse ante las masas. Pero hizo su propio "peronismo". Como lo hizo Evita. O Cooke. O Vandor. O López Rega. O Menem. (Con Kirchner propondría analizar si no es una versión siglo XXI, unida a otros proyectos similares en América latina, de los ideales de la izquierda peronista, no de su ala violenta, sino de su militancia de superficie, de su vocación social.)

Hubo más gente de izquierda ese día que en todo el *Diccionario* de Horacio Tarcus y de veinte más que pudiera escribir juntando figuritas de todas partes, inventando izquierdistas como Federico Pinedo y Américo Ghioldi. (Es cierto que incluye a muchos de los militantes de la izquierda peronista. Lo que es justo, lo es.) ¿Qué le fue mal? ¿Y a quién no le fue mal? ¿Cómo piensan que le fue a la Comuna? Si fuera por eso, nada quedaría por hacer. Como dice Foucault: "El hombre que se rebela es inexplicable" (Citado en JPF: *La filosofía y el barro de la historia*, *Ibid.*, p. 650). Bien, eso deberá ser –si todavía puede– el hombre: *inexplicable*. Porque los dueños de la *casa* no aceptan ser asaltados. Y ofrecen tantos motivos para demostrarlo, tienen tantos medios de comunicación para decirlo, que todo pareciera imposible. Además, hay algo que queda en la conciencia estremecida de todos: las dimensiones monstruosas del castigo. ¿La Comuna quiso tomar el cielo por asalto? Los amos del cielo masacraron a esos blasfemos. "¿Quién sabe la cantidad de muertos de la Comuna que murieron durante la lucha? Los mataron ferozmente a millares después de ella: los de Versalles (los enemigos de la Comuna, los hombres de Thiers, JPF) dijeron 17.000, pero la cifra no es posible que sea más que la mitad de la verdad (...) Era la venganza del 'pueblo respetable'. En lo sucesivo se interpondría un río de sangre entre los trabajadores de París y sus 'superiores'" (Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Buenos Aires, 1998, p. 178). ¿17.000 muertos, dice Hobsbawm, es la mitad de la verdad? ¿La verdad completa es entonces 34.000? Los de aquí fueron 30.000. Demasiado cerca. ¿Fue tan enorme como la de la Comuna la intentona argentina por atrapar el cielo? ¿O fueron mucho más criminales los encargados de reprimirla? Aquí, la elite, "un núcleo reducido de familias emparentadas" (como dice Viñas al hablar de los "conquistadores del desierto"), nunca escatimó muertos. Mató todo lo que tuvo que matar y mucho más también para que todo siguiera como debía seguir: el cielo en sus manos, nunca en las de algún otro. Y el genocidio indígena (del que nadie habla) fue central para construir con solidez la *casa*. El muy respetable Estanislao S. Zeballos (citado por Viñas) dice: "El rémington les ha enseñado que un batallón de la República puede pasear la pampa entera, dejando el campo sembrado de cadáveres" (David Viñas, *Indios, ejércitos y frontera*, Santiago Arcos editor, 1983, Buenos Aires, p. 49). Con exquisita lucidez, con precisión luminosa, Viñas califica a la campaña exterminadora de Roca: *"La campaña al desierto como etapa superior de la conquista española"*. Y, antes, escribe: "Pero me animo a insistir: ¿por qué no se habla de los indios en la Argentina? ¿Y de su sexo? ¿Qué implica que se los desplace hacia la franja de la etnología, del folclore o, más lastimosamente, a las del turismo o de las secciones periodísticas de *faits divers*? Por todo eso me empecino en preguntar: ¿no tenían voz los indios? ¿O su sexo era una enfermedad? ¿Y la enfermedad su silencio? Se trataría, paradójicamente, ¿del discurso del silencio? O, quizá, los indios fueron los *desaparecidos* de 1979?" (Viñas, *Ibid.*, p. 18). A ver, ¿dónde está el profe estreñido que dirá: "¿Cómo se atreve comparar a los indios con los desaparecidos?" Claro que sí. Hay trazados de líneas históricas. Y esos trazos iluminan la comprensión del pasado y del presente. Qué notable caso el de David Viñas. No se puso a defender al positivismo como Oscar Terán para lavarle la cara a José Ingenieros. Dice claramente: el positivismo es una ideología de las clases dominantes. Algo que Terán olvidó en el bendito Club Socialista. No se fue a escribir a los diarios del establishment. No los tolera. Antiperonista duro como siempre, su cercanía y su amistad con Horacio González acaso le hizo revisar algunas cosas. Ahí está, como siempre: sin equivocarse. Sabe quiénes son los dueños del cielo y sabe que tienen mucho poder. Habla con la gente de Carta Abierta. Los escucha y opina. Cada palabra suya vale mucho. El señor Aguinis –en el colmo del vasallismo y de la irrespetuosidad: ¿usted cree que puede compararse con David Viñas?– ha dicho que David pertenece a un grupo de intelectuales manipulados. ¿Qué es un manipulado? Alguien que, sin saberlo, es manejado por otros. Decirle, a un intelectual, eso y decirle pelele idiota es lo mismo. No gastaría palabras en un ínfimo escritor como Aguinis (que recorrió el país junto a Jorge Bucay dando conferencias para tornar más felices a los argentinos) si no fuera por la agresión a Viñas. Pero no vamos a permitir esas cosas. Somos más, somos profesionales de las ideas y no aventureros y, sobre todo, somos mejores personas.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

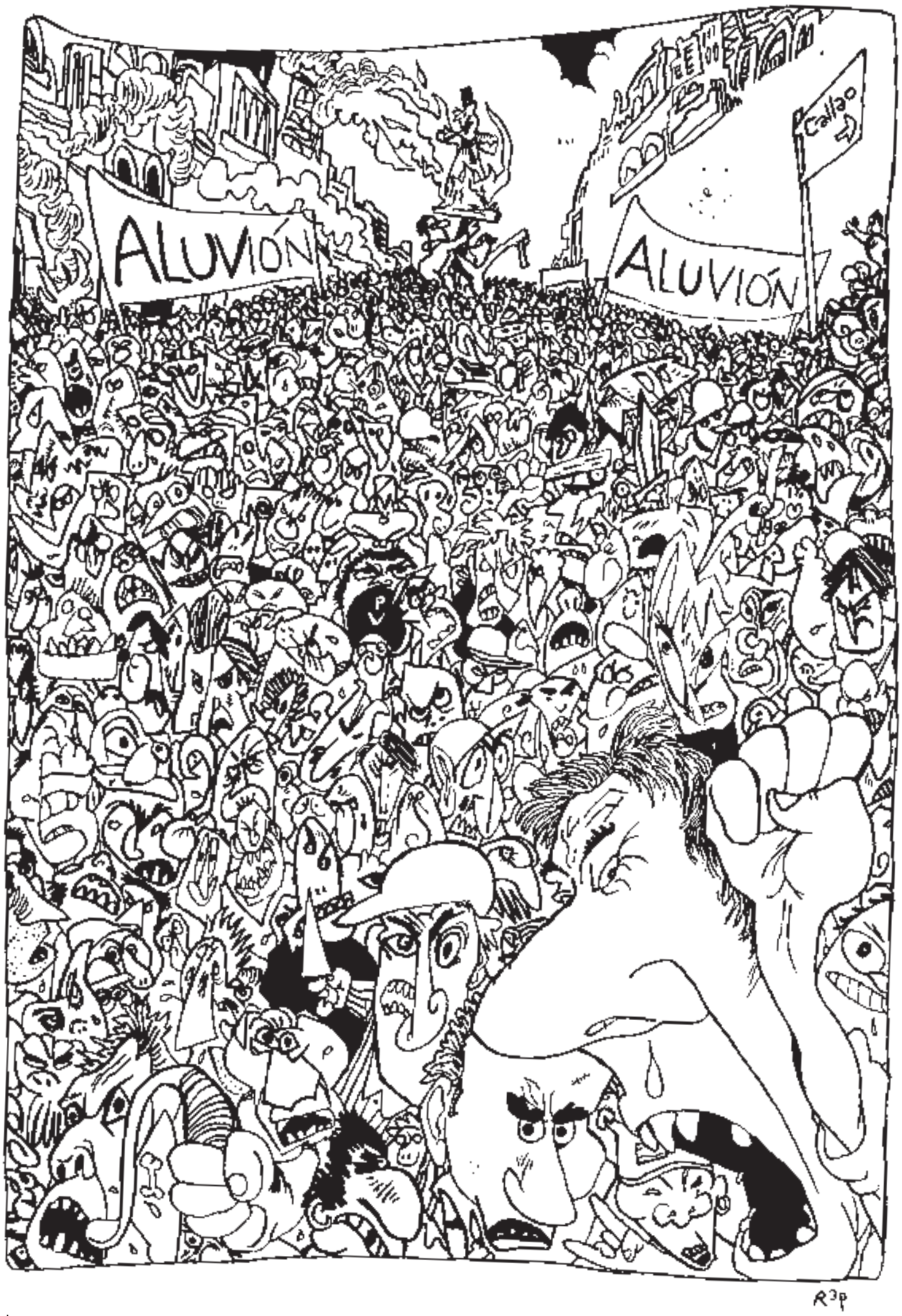
La metáfora de la casa tomada

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

75 **La metáfora de la casa tomada**



Suplemento especial de
Página|12

LA ANARQUÍA DEL AÑO '20

Sucedía en la Argentina algo que no podía suceder. Toda la historia del país se había hecho para que eso no sucediera. Había sucedido sólo una vez, en el año 1820, y tan traumático fue su golpe que la historiografía lo recordó con una calificación traslúcida: *la anarquía del año '20*. Si estos jóvenes peronistas de 1973, que ocupaban la Plaza de Mayo, asumían la "conducción hegemónica" de una organización político-militar que se había dado el nombre de Montoneros, fueron también montoneros los protagonistas de aquella anarquía. Las citas de Vicente Fidel López que voy a ofrecer pertenecen a su *Manual de historia argentina*. López, al que llamaban "el hermano del Himno Nacional", era, claro, el hijo de Vicente López y Planes. Su *Manual* es una pieza inestimable. Yo tengo una edición tan antigua que voy a utilizar las citas que figuran en un libro que, cuando hace muchos años lo leí, lo hice con enorme placer. Se llamaba *Revolución y contrarrevolución* en la Argentina. ¡Qué entretenido era! Además estaba lleno de brillantes interpretaciones tomadas de Marx y de Trotsky como un mago saca conejos de su galera. El día de la atrocidad, el día de la injuria federal fue atroz, impío para Buenos Aires. Vicente Fidel López le echa la culpa a San Martín: "Si el Gral. San Martín hubiera querido obedecer a su gobierno nunca jamás se habría presentado una ocasión más favorable para salvar el orden público y el organismo nacional. Todo era cuestión de atrasar un año la frenética ambición de expedicionar sobre el Perú que lo devoraba". Y prestemos atención a la crueldad de la frase que estampa seguidamente este honesto ciudadano, este hombre de fraque y galera (como llama el gran José Luis Busaniche a estos personajes), pues en esa crueldad se prefigura hasta qué punto los buenos modales pueden ocultar las pulsiones de los asesinos. El hermano del Himno Nacional, el hombre de clase, el ciudadano culto pide sangre cuando la barbarie se aproxima. Dice López: "Con sus tropas (las de San Martín, J. P. F.) unidas a las del Ejército de Tucumán y a las de la capital, podría haber concentrado diez mil hombres sobre Santa Fe y Entre Ríos y ahogar en el Uruguay, entre la frontera argentina y las tropas portuguesas, *todos los caudillos montoneros sin dejar uno solo capaz de caminar en dos pies"* (citado por Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1965, p. 49. Cursivas mías). López hasta iba más lejos de lo que habrá de ir Sarmiento que, al aconsejarle a Mitre no ahorrar sangre de gauchos, reconocía que era lo único de humano que tenían esos bípedos. López, más implacable aún, ni bípedos los quiere dejar. ¿Qué pasaba? Que en Buenos Aires estaban la burguesía comercial y la oligarquía terrateniente. Que tenían el Puerto, que tenían la Aduana y los querían para ellos. Pero, además, ellos eran las personas educadas, cultas, las destinadas a hacer el país, no esos bárbaros a caballo que ahora los amenazaban. ¿Qué podían saber de Progreso, de Luces, de Constitución? ¿Cómo podrían incorporarse al decurso ineluctable de la razón occidental? Estos hechos humillantes para Buenos Aires se estudian bajo el rótulo de *la anarquía del año '20.* No voy a molestar con esto: ya sabemos que todos fuimos educados con las verdades que favorecen a las clases dirigentes de este país. Hace muy poco –con esa invalorable sinceridad que sólo un patrón, un tipo que sabe que el país ha sido y será suyo y de los suyos, puede ostentar– un señor de la Sociedad Rural –creo que se llama Roulet, traje, corbata, pañuelo al tono, camisa clara, reloj opulento, sonrisa ganadora, bigote y un tostado pampeano– dijo: "Al fin y al cabo, mi maestra de Historia me enseñó que a este país lo hicieron los militares, la Iglesia y el campo". Por supuesto: su maestra de Historia le dijo la verdad. Lo hicieron y lo hicieron para ellos y siempre que se lo quisieron discutir asomaron sus garras con furia y crueldad. (*Nota*: Quisiera dejar amablemente establecido lo que sigue: no me estoy *derivando*. No me derivo nunca. Estoy tratando de hacer una historia reflexiva del peronismo. Un ejercicio de filosofía política. Creo –y lo creo fuertemente– que la filosofía política consiste, en una de sus principales facetas, en señalar constantes históricas que definen el rostro de un país o de una clase. Ninguna constante dura para siempre. Nada ocurre porque no podía sino ocurrir. No. Pero si el 25 de mayo de 1973 una multitud invade la Plaza de Mayo, llegan presidentes socialistas de países vecinos, jóvenes revoltosos injurian a las Fuerzas Armadas, se corean consignas violentas y se liberan las cárceles, se les abren las puertas de las prisiones a todos los detenidos por razones políticas o político-militares y si, en febrero de 1820, luego de vencer a Buenos Aires en la batalla de la Cañada de Cepeda, los bárbaros caudillos federales llegan a Buenos Aires y los habitantes de la ciudad, "la gente *decente* de fraque o levita", como los llama Busaniche, que los odia porque los conoció de adentro, se horroriza y siente que "le ocupan la casa", que los van a matar, que la chusma está ahí, en la mismísima centralidad, en el lugar del poder, los negocios y el buen gusto y la educación, me permito afirmar que es indispensable este paralelo. No es igual. No es lo mismo. Una cosa es 1820. Otra es 1973. No hay una *continuidad sustancial*. Pero hay demasiadas cosas en común y la contradicción que señaló genialmente Sarmiento sigue latiendo en todos estos hechos: los civilizados y los bárbaros, nunca de acuerdo, siempre en beligerancia. Los civilizados quieren la casa y los bárbaros se obstinan en adueñarse de ella. Aquí, en 1820, Estanislao López y Francisco Ramírez lo consiguen). Porque la presencia de los gauchos en la Plaza Mayor es humillante para la ciudad puerto. "En Buenos Aires –escribe la historiadora María Sáenz Quesada, discípula y colaboradora de Félix Luna–, resultó humillante la presencia de los caudillos López y Ramírez, quienes visitaron la ciudad con la firma del Tratado (del Pilar, J. P. F.) y ataron sus cabalgaduras a la pequeña pirámide que recordaba a la Revolución de Mayo" (María Sáenz Quesada, *La Argentina, historia del país y de su gente*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 253). Los hechos –para la historiografía que conocemos como hegemónica– tienen distintos calificativos según quiénes los protagonicen.

Por ejemplo:

Si los caudillos federales penetran en Buenos Aires y atan sus cabalgaduras en la Pirámide de Mayo estamos en plena *anarquía*. Si algo ejemplifica el hecho más anárquico de ese año alborotado es ése. No hay nada más anárquico que esos caudillos federales ofendiendo la plaza de la revolución porteña con sus caballos y, para colmo, injuriando la pirámide erigida para memorar esa gesta con las riendas grasientas de los mismos.

Por ejemplo:

Si el general Mitre logra que el general Urquiza abandone la lucha en Pavón, si luego ordena a sus lugartenientes Paunero, Sandes e Irrazábal que hagan una "guerra de policía" en las provincias, si esa guerra se lleva a cabo y culmina con la derrota total de los caudillos federales y si, a la vez, junto a Uruguay y Brasil, se derrota al gran aliado de esos gauchos, es decir, al Paraguay de Francisco Solano López y José Hernández escribe *La vuelta de Martín Fierro* aconsejando mansedumbre a los gauchos derrotados y buenos tratos a sus patrones, a esa gesta se la llama *organización nacional*. Mitre eleva su copa y brinda por la fecunda unión entre el esfuerzo argentino y el capital británico.

Por ejemplo:

Si Roca, con un ejército profesional armado con fusiles remington, termina con todos los indios de la Patagonia y reparte la tierra en las pocas manos que rigen los destinos del país, eso se llama: *Conquista del Desierto*.

Los otros momentos históricos, los otros sucesos, esos en que los bárbaros imponen su fuerza (siempre irracional, siempre ciega, burda y sanguinaria) son los momentos oscuros de esa historia. Civilización/ Barbarie es un juego alternado de luces y sombras. Pero la violencia de los civilizados es progresiva, con ella se impone la cultura. La de los bárbaros es retrógrada, con ella triunfa la incultura, la negación de los valores más sublimes que caracterizan al espíritu humano. De este modo, cuando Rondeau es derrotado en Cañada de Cepeda el 1 de febrero de 1820, las sombras de la barbarie están a punto de abatirse sobre Buenos Aires, la ciudad luz, como lo es París. ¡Vienen hacia aquí! ¿Cómo son? ¿Qué harán? ¿Respetarán las propiedades, las familias, qué harán con nuestras mujeres, con nuestras niñas, entrarán a cuchillo en nuestras casas? Tengamos en cuenta que la palabra *bárbaro* define, en sus capas más profundas, no sólo al *extranjero,* sino al *extranjero vejatorio*, al *otro sanguinario, brutal, ignorante*. Otra vez es Vicente Fidel López quien lo expresa (*no perder una palabra, por favor*): "Se esperaba por unos momentos un saqueo a manos de cinco mil bárbaros desnudos, hambrientos y excitados por las pasiones bestiales que en esos casos empujaban los instintos destructores de la fiera humana que como 'multitud inorgánica' es la más insaciable de las fieras conocidas" (López citado por Ramos, *Ibid.*, p. 67).

"EL CORONEL MOSTRÓ SU ELENCO DE MALEANTES Y HAMPONES"

Se firma un Tratado, el del Pilar. Lo firman Sarratea, por Buenos Aires, López por Santa Fe, Ramírez por Entre Ríos. Sigue López (*otra vez: no perder palabra*): "Después del Tratado, Sarratea se permitió volver a Buenos Aires acompañado de Ramírez, de López y Carrera y de numerosas escoltas de hombres desaliñados, vestidos de bombachas y ponchos sin que pudiera distinguirse quiénes eran jefes y quiénes soldados. Toda esta chusma ató los redomones en las verjas de la Pirámide y subió al Cabildo de Mayo donde se les había preparado un refresco de beberaje en festejo de la paz. *Fácil es conjeturar la indignación y la ira del vecindario al verse reducido a soportar tamañas vergüenzas y humillaciones*" (López citado por Ramos, *Ibid.*, p. 68). Sin embargo, el Tratado del Pilar no deja contento a nadie. En Buenos Aires arden las pasiones. Hasta que el día 20 de junio la ciudad llega a tener tres gobernadores. Aquí: la metáfora entre la anarquía, la ambición, la corrupción y la silenciosa muerte de un hombre bueno, de un puro. En ese día, 20 de junio, muere Manuel Belgrano y su última frase es: "¡Ay, patria mía!". Si ustedes analizan la frase advertirán que otra no podía ser. Belgrano –se dice– falleció porque tenía un corazón muy grande, seguramente una dilatación de la aorta, *algo así*. Pero, ¿cómo evitar la metáfora boba? Muere de bondad. Muere de grande que era su corazón. Acaso Belgrano, que no era un santo, que había acompañado a Moreno, que lo era menos, que se había hecho general y había guerreado y conocido triunfos y derrotas, haya dicho otra cosa. Cualquiera de nosotros si se muere en un día como ese 20 de junio dice: "¡Qué país de mierda! Esto no se arregla más". Pero los próceres mueren como próceres, diciendo frases de próceres. Interesa observar cómo Aguinis, el panfletario, retoma la frase de Belgrano para arrojarla a la cara del satanismo kirchnerista, ya que ésa es su visión del gobierno contra el que convoca la ira de todos y el fin de la tolerancia, que ha durado ya mucho. ¿Estamos en presencia de una nueva ocupación de la casa? ¿O sólo se le están entorpeciendo algunos buenos negocios al establishment? ¿Qué significa hoy revivir la frase que Belgrano arroja en el rostro de la anarquía? ¿Que estamos viviendo una nueva etapa anárquica? ¿Qué es lo que justifica tanta furia? ¿Qué está haciendo este gobierno? ¿Es Cristina K una actualización de los gauchos federales, que no ata las riendas de su caballo a las verjas de la Pirámide de Mayo pero acaso deja colgada su cartera parisina en algún busto venerable de la Casa Rosada, en el de Mitre, en el de Roca, en el del gran Sarmiento? No sé. Y en serio, sólo esto: si se tira de la cuerda desde la frase de Belgrano hasta el panfleto de Aguinis, unidos por una frase fúnebre, por un último aliento, uno debe preguntarse qué es eso que une la anarquía del año '20 con los días presentes, porque el odio con que el establishment argentino recuerda esas jornadas es extremo, y si el de hoy llega también a tales extremos habría que saber por qué. Qué quieren, qué buscan, qué se ha hecho y qué no. Qué se hará.

La cuestión es que luego vendrá Rosas y usará la casa para él y su clase, los hacendados saladeristas bonaerenses. Desde este cerrado proteccionismo, tendrá jornadas de gloria. Pero no tengo tiempo de entrar en los tiempos del Restaurador. Los molestó como pocos. Sólo Menem –que era un político demoníaco, servil pero grosero, que les dio todo menos los buenos modales y los idiomas extranjeros *que son el alma de la oligarquía,* más la virginidad de las hembras y el piano de la gran sala– se dio el gusto de traerlo al gran maldito de Southampton. Y el establishment –con tal de seguir adelante con los *fabulosos* negocios de los noventa que este peronista cómplice y manipulador brillante de los sindicatos y de su partido les posibilitó hacer– aceptó, aceptó traerlo a Rosas y burlar la maldición de Mármol que figuró siempre en los libros de texto con que nos formaron: "¡Ni el polvo de tus huesos la América tendrá!" "A ver –dijo Menem–, si yo les destruyo el Estado, si les privatizo todo, si aniquilo ese aparato keynesiano que hizo el general en otros tiempos, si dejo al mercado libre como las brisas de las tardecitas riojanas, ¿a quién eligen, señores, a Mármol o a mí?" "¡A usted, doctor Menem! Mármol pertenece al pasado. Y si lo trae a Rosas, ¿qué tal si nos lo indulta a Videla? Ese general hizo tanto por nosotros." "¿Y para qué creen que lo traigo a Rosas? ¡Para la unidad nacional, carajo! La nueva línea de la corriente nacional y popular peronista: Rivadavia, Mitre, Roca, Justo, Aramburu, Rojas, Videla y Menem, o sea, yo." "Sería injusto obviar al general Urquiza, doctor. El patriotismo de ese caudillo en Pavón fue ejemplar." "Y era un gran macho además. Como yo. A propósito: ayer vi, como siempre, el programa de la señora Legrand, y había una modelito que me erizó el peluquín." "Sabemos quién es, doctor. Esta misma noche se la enviamos." "Por favor, señores. Díganle que la va a ir a buscar el auto presidencial." "¿Con el Presidente adentro?" "Al Presidente lo va a tener adentro, pero en un lugar más confortable." Fue una alianza infalible. Menem le entregó la barbarie al establishment y el pragmatismo de los hombres del dinero llegó a su extremo: tolerar el mal gusto. El elemento de la barbarie que acaso más detestan. Jorge Luis García Venturini cuando, desde sus columnas en *La Prensa*, preparaba el golpe contra el gobierno de Isabel Perón, inventó la palabra griega *kakistocracia.* Significaba "gobierno de los peores". Era no sólo un "atentado contra la ética –ya de suyo infinitamente grave– sino también contra la estética, una falta de buen gusto" (Jorge Luis García Venturini, *Politeia*, Troquel, Buenos Aires, 1978, p. 320. El artículo es del 29 de marzo de 1975). Menem era un atentado contra la estética, qué duda cabe. Pero lo toleraron. Ese "atentado", ese ser al que secretamente detestaban, del que se reían, se burlaban de sus torpezas, era el cómplice que posibilitaba –desde la destrucción del Estado– el saqueo al que sometieron al país.

Y claro: el 17 de octubre. Las patas en las fuentes. El subsuelo de la patria sublevada, como le llamó Scalabrini Ortiz. Ahí peligró la casa. Ahí se vinieron otra vez los bárbaros sobre Buenos Aires. Perón los controló pero los puso contra ellos. Eran, para las clases dirigentes, impresentables. Eran la basura. El Otro absoluto. Ya tratamos exhaustivamente el tema de los migrantes del '45. Pero no estará de más refrescarlo con la descripción de un dibujo que apareció el 24 de octubre de 1945 en *Orientación*, un órgano del Partido Comunista Argentino. Se lo ve a Perón bien vestido de milico dirigiendo a sus huestes con un látigo. El dibujo es de Sigfredo, un antecesor del célebre Tristán, el dibujante estrella de *La Vanguardia.* Lo imperdible es el texto que figura debajo del dibujo, que es una caricatura burda, grotesca, abiertamente desagradable, pues eso quiere mostrar: algo muy repulsivo. Dice: "El coronel mostró su elenco de maleantes y hampones que ya tuvo oportunidad de conocer el país los días 17 y 18. Lo más lamentable es que, junto a ese elenco, haya podido arrastrar, por el engaño, a algunos honestos obreros sin experiencia ni perspicacia política". Borges, en sus "comidas" con Bioy, califica también de "maleantes" a los civiles asesinados en José León Suárez. "Maleantes" o "malevos", no lo recuerdo bien porque me lo leyó Saccomanno ese texto y por teléfono, ya que yo lo considero por completo inútil. ¡Qué susto se habría dado Borges si hubiera sabido que coincidía tan puntualmente con los comunistas! Pero en el '45 eran democráticos. Después se volvieron tan desdeñables como los peronistas. (Políticamente, en 1963 digamos, Borges era capaz de decir como la famosa señora gorda: "Si viene el comunismo me voy a la estancia". Sólo que habría dicho: "A la estancia de Adolfito". Adolfo era una persona mucho más agradable que Borges. Tenía algo de auténtico caballero que el intenso odio le negaba a su amigo. Además, claro, de su pinta excepcional. No era excesivamente

lúcido ni brillante, lo necesario. Pero emanaba de él una calma espiritual, un sosiego que envolvía a su interlocutor y lo tornaba todo terso, como si la realidad se deslizara.)

Arrojemos, ahora, la bomba: *¿Cómo sería hoy la toma de la "casa"*? O no: hoy, exactamente hoy, no. Necesitamos un pase de tiempo La pregunta cambia. Dejemos pasar cinco años. Estamos en mayo de 2014. La pregunta es: *¿Cómo sería en mayo de 2014 la toma de la "casa"*? Recurrimos una vez más a la ficción. La ficción exaspera la realidad o la aborda desde flancos inusuales. La "realidad", además, no existe. Nos pasamos la vida construyendo versiones sobre ella. Tal vez el paso del ensayo a la ficción es el reconocimiento de este hecho. Si no tenemos otra posibilidad sino la de narrar el mundo desde nuestra situación, desde nuestro punto de vista, la ficción queda incorporada al ensayo como la aceptación plena de la invención, de lo diferente, de lo que va a sorprendernos porque sumará varios puntos de vista, se encarnará en distintos personajes, el narrador no será el *autor* del ensayo, sólo el narrador de la historia o de las historias. El cuento que va a leerse es un cuento apocalíptico. Un cuento que –si a algún género pertenece– pertenece al género *No future*. Todo es llevado a su extremo. Es –por decirlo así– la exasperación y hasta el delirio del tema de la *casa tomada*, central en toda interpretación del peronismo y de nuestra historia en totalidad.

LA ÚLTIMA INVASIÓN DE BUENOS AIRES. CUENTO APOCALÍPTICO

Corre el mes de mayo de 2014. La crisis del capitalismo ha herido, no de muerte, pero malamente al culto país del sur, Argentina. La miseria está en todas partes menos en la orgullosa ciudad de Buenos Aires, siempre de espaldas al resto del país, por historia y convicción. La brecha entre pobres y ricos se ha ensanchado. Hay, sobre todo en la populosa *banlieue* de la ciudad de aires parisinos, millones de pobres de toda pobreza. La delincuencia –luego de llegar a niveles alarmantes– ha sido combatida. Pero aún falta. El Congreso ha dictado finalmente la *Ley Giménez*. Rige la pena de muerte en el país. La imputabilidad llega hasta los 13 años. La policía ha duplicado sus efectivos y ha modernizado sus armas de represión. Hay toque de queda a las 22. Todo edificio de clase media, clase media alta y clases adineradas, tiene dos porteros y cuatro agentes de seguridad armados hasta los dientes. En la provincia de Buenos Aires se han alzado muros en todo lugar en que se consideró necesario. La ciudad de Buenos Aires está cercada por uno alto y hecho con un nuevo material, de reciente aparición en Francia (porque los inmigrantes sin trabajo, casi todos musulmanes indeseados, desdeñados, ya han incendiado dos veces París), que resiste más que el cemento. Los countries tienen alambres electrizados e incontables guardianes con Itakas ultramodernas. Sin embargo, los delitos continúan. Se sabe que hay hambre más allá del mundo de la seguridad.

Un empresario petrolero (nuevo gran negocio que se ha emprendido en el país con capitales chinos, venezolanos y estadounidenses) detiene su coche junto a la banquina, baja y se pone a orinar. Aparece un negrito y entra velozmente en el coche. El tipo dejó la llave puesta. Todo fácil para el pibe. Arranca y sale velozmente. Inútil. El tipo cierra su bragueta, sereno. Saca una Browning que le enviaron esa mañana de una fábrica que trabaja para el Pentágono. Apunta cuidadosamente y dispara. El coche se detiene y se oye la bocina. Igual que en una película de Polanski, *Chinatown*. El tipo, que es licenciado en Dirección de Empresas Transnacionales y en Informática de Inversiones Globalizadas, que es jerárquico hasta casi la cumbre en su multinacional, se acerca a pasos lentos hasta el auto, abre la puerta y el pibe cae. Presumiblemente tendría que tener un balazo en la nuca. No, acaso el petrolero aún no se ha acostumbrado a esa nueva Browning. El pibe está herido en el hombro. Feamente, pero vive. "Si te movés, te reviento", le dice el petrolero. Saca su celular y llama a la policía. Pero el pibe, con asombrosa velocidad, le clava una sevillana en el estómago. El tipo no lo puede creer. Cae sobre el asfalto. El pibe da un salto, le quita la Browning y lo quema de nueve balazos. Se lleva el coche. Lo agarran a los dos días. Gran indignación nacional. Los medios, fuera de sí, exigen la aplicación de la *Ley Giménez*. Opiniones de todos los sectores del cuerpo de la nación. El escritor León Aguininsky dice: "¡Pobre patria mía, esto no se tolera más!" Chechi Gelberg: "¿Qué hicimos los argentinos para merecer esto? Como dice Ceci Giménez: 'El que mata debe morir'. Y se acabó. ¿Que tiene 13 años? ¿Que es un niño? Un niño sano se entretiene viendo tele. A Tinelli o a mí. O una serie. *24* o *Dexter*. Pero no anda asesinando figuras prominentes de la sociedad. *Gente* se equivocó, es cierto. Y lo reconocí. Pero hoy no. Hoy no podemos equivocarnos. O nosotros o ellos". La venerada señora del país, su gran dama, Martha Lestrand, opinó: "Ay, qué feo. ¿Quién es ese chico? Yo estoy contra la pena de muerte. Pero a favor de la justicia. Y la justicia es ajusticiarlo". Pero la más enfurecida es la vanguardista de la pena máxima. La que consiguió que el Congreso dictara la ley que lleva su nombre. La que inscribió en los frontispicios de la eternidad la frase: "El que mata debe morir". Que algunos –como el rabino Bernstein– ya proponen poner en los mandamientos en lugar del arcaico *No matarás*, débil, inservible, flojo como Jesús, que así terminó de bondadoso que era. Ceci Giménez, la diva, cuyo peso ha subido como su odio, está (en fin, está llegando a los 120 kilos), sin embargo, feliz. Al fin se aplicará su ley. Se ha optado, en el país, por la guillotina. Si los militares, para terminar con la subversión, esa forma infame de la delincuencia, ese azote que deterioró nuestra democracia, acudieron a la doctrina francesa de contrainsurgencia, ¿cómo no acudir al gran invento del señor Guillotinne? El rabino Bernstein dijo que el Dios de Israel ordenó a Abraham matar a su hijo. Que mató a toda la humanidad con el diluvio universal. Que hizo sufrir horriblemente a su pueblo en Auschwitz y ninguna muerte lo conmovió. De haber sido así, alguna habría impedido. ¿Quería acaso que en esos campos su pueblo aprendiera a matar? Sus designios son inescrutables para nosotros, pero ningún dios le ha hecho asco a la muerte. Ni Alá ni su profeta Mahoma. El periodismo sigue enardecido. Pide ya la condena para el pibe ladrón de autos. O del auto del petrolero multinacional e inversor informático globalizado. Llega el día. El pibe se llama Aníbal Torres. ¡De pronto, *Crónica* y *Perfil* se destapan con una noticia espectacular, definitiva! ¡Aníbal Torres es boliviano! ¡Pertenece a esa raza maldita y oscura que viene a nuestro país a robarles el trabajo a los nuestros, que igual no lo tienen porque no hay! ¡Muerte, muerte al boliviano! ¡Que nunca más un boliviano mate a un argentino de bien! Horacio Verbitstern, en **Página 12**, revela que el empresario petrolero no era argentino, sino texano, socio de Bush. Que visitaban juntos el campo de concentración de *Texauschwitz*, en los límites de Texas, donde tienen alojados, en condiciones miserables y sometidos a horrendas torturas, a 3000 supuestos terroristas islámicos. Desde el asesinato de Barack Obama, que pocos lamentaron, estos campos han florecido en Estados Unidos y en todo el mundo. Pero, ¡se está ganando la Guerra contra el Terror! (Oliver Stone ha prometido *su* film sobre el asesinato de Obama. Dice que, en este caso, no hay ninguna "bala mágica". Pues lo reventaron de treinta y cinco balazos mientras comía un hot dog en Queen's junto a unos negros de mierda, o african americans pero de mierda también.) De modo que la revelación del llamado "perro" Verbitstern sólo logra enfurecer más a la opinión pública, que, dicen algunos, poco tiene de "pública" sino todo de "privada", pues es el exacto resultado de tres empresas que concentran en sí todos los medios de comunicación y –por medio de un bombardeo incesante de "informaciones" que responden a sus intereses y a los de la parte sana de la sociedad, la que vive protegida de la barbarie excluida tras los muros o eliminada por las fuerzas de la ley– construyen a su antojo la "opinión" de sus oyentes, especialmente la del gremio de taxistas habituados, desde hace largo tiempo ya, a decir sus opiniones políticas, sociales y económicas –que creen "suyas" pero son palabra por palabra las de los medios que escuchan– a sus pasajeros que, de acuerdo o no con ellas, las escuchan pacientemente, pues el Ministerio de Seguridad ha informado que todo tachero argentino dice la verdad, que su palabra es ley y contradecirlo un delito. Al optar parte de la ciudadanía por viajar en transportes públicos –atemorizada de hacerlo en taxi y soltar alguna opinión imprudente como: "Los bolivianos son latinoamericanos como nosotros" o, la peor de todas, "Al delito se lo combate con trabajo y educación"–, el Ministerio de Seguridad ha infiltrado esos transportes con "sérpicos" de todo tipo, desde lisiados hasta falsos epilépticos, que se ponen a dialogar con los pasajeros tal como los taxistas, razón por la cual el peligro sigue siendo el mismo, o peor. En los colegios primarios se han eliminado todos los métodos modernos o posmodernos de enseñanza. Los niños aprenden a leer con las lógicas y elementales palabras sagradas: ma-má, pa-pá y fa-mi-lia. Pero de inmediato continúan con: se-gu-ri-dad, de-si-gual-dad, negros-de-mier-da, pe-na-de-muer-te, Blum-berg-que-ri-do, Ri-co-es-mi-a-mi-go, Ceci-es-más-lin-da-que-ma-má, Ceci-es-buena, Ceci-es-fla-ca, Ceci-te-quiero, Ceci-me-ama. Sectores de la vieja oligarquía se han quejado por lo que consideran una intromisión de "Ceci" en los libros de enseñanza sólo comparable a la que gozó la difunta demagoga Eva Perón, cuya influencia fuera nefasta para la enseñanza argentina. Sus reclamos fueron desoídos.

Luego de un breve juicio (que algunos consideran la perfecta antítesis del nefasto Juicio a las Juntas que impulsara un hoy olvidado político radical socialdemócrata, o sea, comunista) el joven boliviano Aníbal Torres, de 13 años y piel persistentemente oscura, es condenado a morir en la guillotina. Sólo tres días más tarde se cumple la sentencia. El verdugo –que usa la venerable capucha negra de esos bravos que supieron, a su modo, imponer también el orden en una Argentina convulsionada– alza la cabeza sangrante del joven Torres y la exhibe a quienes presenciaron la ejecución llevada a cabo en una nueva cárcel construida dos años atrás, que cuenta con un enorme patio trasero al que, a partir de la ejecución del infame delincuente de apellido Torres, se le da el nombre de "Paraíso de la Ley, la Justicia y el Orden". Un periodista –de nombre Mario Werfeld, de ese diario marxista y sionista más arriba mencionado a raíz de la infamia del llamado "perro" Verbitstern contra el difunto empresario víctima del bolivianito descabezado– sugiere para el "Paraíso" el nombre de "El Matadero". Esa noche, rabiosos, coléricos cacerolazos estallan frente a su casa, situada, claro, cerca de esa zona detestada de Villa Crespo, pues los argentinos de la seguridad, por coherencia estratégica, apoyan al Gobierno de Israel –cada vez más en manos de su ala derecha, que ya no es derecha sino, más bien, única– en la lucha que, en nombre de Occidente, libra contra los apestosos terroristas palestinos, pero odian a los judíos como siempre. Mario Werfeld se asoma a su ventana y habla a la multitud, que lo escucha: "Sólo quise hacer un homenaje a Esteban Echeverría – explica–, él supo narrar en ese cuento inmortal, 'El matadero', la inseguridad en los tiempos de Rosas, los de la primera tiranía. Después, como todos sabemos, hubo otra". "¿Y después?", pregunta la irritada ciudadanía (pues las clases del orden y la seguridad no son "multitud" ni menos esa basura de "las masas", son "exaltados ciudadanos de la República y sus instituciones"). "¿Después?", repite, confuso, Werfeld. Y comete el error de su vida. Es sincero. Dice la verdad. "Después ustedes. La tercera tiranía. La de la puta oligarquía." Aún se desconoce su paradero.

Entonces, sólo dos días más tarde de la decapitación de Aníbal Torres, se desencadena el Apocalipsis. En tanto los medios festejan alborozados la primera y exitosa aplicación de la *Ley Giménez*. En tanto Mario Gordona, reflexivamente, dice: "El joven Torres conocía ya la amenaza. Al conocerla y, sin embargo, matar, debemos inferir que algo en él, algo muy profundo, lo llevó a elegir el suicidio. Nuestra sociedad no ha matado a Aníbal Torres. El se ha suicidado". En tanto, la sociedad opulenta de Buenos Aires se siente protegida, cuidada hasta los límites más extremos del cuidado. En tanto, todo es calma, coches cero kilómetro, torres de casi 100 pisos, inauguración de los restaurantes súper VIP de 10 tenedores, la quiebra del periódico marxista-sionista y el exilio del perro Verbitstern (preocupado por las señoras con cacerolas que le gritaban: "Verbitstern, a vos te va a pasar/ lo que le pasó/ a Werfeld", que no rimaba pero igual metía miedo) y de otros sucios integrantes del staff de ese panfleto, judíos todos a los que el Gobierno de Israel negó el derecho de asilo aunque ninguno lo solicitó. En tanto la ciudad se llena de enormes afiches con la figura de Ceci Giménez y la sugestiva frase tanguera: *Matar es un placer*. En tanto el prolífico escritor León Aguininsky publica un nuevo "panfleto" con el positivo, optimista título de: ¡*Hermosa patria nuestra*! llegan noticias alarmantes a la ciudad. Dos millones de hombres y mujeres de tez oscura avanzan sobre ella sin que se conozca su propósito, la causa de esa decisión anárquica, levantisca. Que se empieza a sospechar no bien las radios y los noticieros televisivos informan que, al llegar al lujoso y ultraprotegido country *sólo para nosotros y para nadie más, sobre todo si es negro,* desarman a la custodia –que apenas si logra matar a 30 o 35 de ellos–, se comen vivos a los perros, avanzan sobre los chalets y dan caza a todos los residentes, violan a las mujeres (en especial a las más blancas, a las más rubias y a las más deseables), arrojan a los jefes de hogar contra los alambres electrizados y ríen al ver los movimientos desarticulados de sus cuerpos al freírse y los alaridos que profieren (sobre todo si lo hacen en inglés), otros varones son destripados por turbas de mujeres rabiosas, que no sólo cortan sus penes sino que los injurian al reírse de sus dimensiones, al exclamar: "El de mi negro le saca medio metro a esta porquería", se encienden fogatas, se queman vivos a los niños y luego se los comen por considerar que esa carne debe ser más tierna que la de sus padres y la de sus "putas madres", así dicen. Los cronistas de la ciudad opulenta consideran "preocupante" lo sucedido en el country tomado por la turba. "Si siguen avanzando –dice el ensayista, de viejo, muy viejo pasado marxista y sartreano, Julio Juan Sebrela–, estaremos ante una nueva anarquía del año '20 o, peor aún, ante un nuevo 17 de octubre, jornada que dio origen, según sabemos, a ese movimiento fascista, populista, estatista, dictatorial llamado peronismo, que, por suerte, aún perdura porque, tal vez, los hombres rudos y bien alimentados de los sindicatos de nuestra ciudad puedan salir con sus cadenas a enfrentar a esta turba sin conciencia de clase." Nada detiene a la muchedumbre oscura y encolerizada.

De pronto, todos ven por la televisión que el hombre alto y fornido, de torso desnudo, que marcha al frente, enarbola una pica y sobre ella... está la cabeza de Aníbal Torres. ¿Cómo la han conseguido? Nadie tiene una respuesta. Pero ahí está: es la bandera de la rebelión. Siguen avanzando. Devastan todo a su paso. Alguien lo dice desde algún medio: "Son los hunos de Atila. Por donde pasan el pasto no crece más". El periodista Chechi Gelberg se comunica con el eminente historiador Tulio Alterio Donghin, quien se encuentra en Cambridge dictando un seminario titulado: *La larga, interminable, insoportable, inexplicable agonía de la argentina peronista.* "¿Qué nos puede decir de esto, profesor?", pregunta Chechi. "Lo que dijo Vicente Fidel López cuando los caudillos federales se acercaban a Buenos Aires: 'Se esperaba por unos momentos un saqueo a manos de cinco mil bárbaros desnudos, hambrientos y excitados por las pasiones bestiales que en esos casos empujaban los instintos destructores de la fiera humana que como "multitud inorgánica" es la más insaciable de las fieras conocidas'." "Entonces –balbucea Chechi–, ¿estamos en presencia de una nueva 'anarquía del año '20'?" "¿Tiene alguna duda?", dice, riendo gozoso, el gran historiador. "¿Cree que será peor que aquélla?" "Sin duda, los gauchos federales estaban bien alimentados. Estos son hambrientos. Se los van a comer a todos. A usted también, Chechi." "¿Qué podemos hacer, profesor?" "Vea, jodansé. Yo, apenas sucedió eso de 'la noche de los bastones largos', ¿recuerda?, me rajé de este país. Se veía venir esto."

Destrozan todos los muros. Se apoderan de las armas de los custodios, luego de degollarlos o colgarlos de los faroles de alumbrado. Saquean las armerías. Arsenales incluso. Ahora son un ejército poderoso. Y son millones. Millones de hambrientos, marginados, desclasados, delincuentes, chicos que no murieron con el paco (arma con que la ciudad opulenta soñó eliminarlos: "Como Giuliani en Nueva York", decían los optimistas), prostitutas, madres de doce hijos, boxeadores de clubes miserables, desocupados eternos, frustrados, humillados que se descargaban golpeando a sus mujeres, a sus hijos, pica-

neados de todas las comisarías de la gran provincia. Todos marchan sobre Buenos Aires.

El ministro de Defensa se comunica con el jefe del Ejército, general Bustos. "General, aquí el ministro de Defensa." "Lo escucho, señor ministro." "Avanza una turba subversiva sobre nuestra ciudad. Prepare a sus hombres y salga a reprimirla. Tiren a matar. Sin contemplaciones, general. No quiero prisioneros, entiende." El general Bustos responde: "Disculpe, señor ministro, pero el Ejército Argentino ya hizo eso una vez. No lo va a hacer de nuevo. Sé que ustedes, durante los últimos tres años, han reconocido esa guerra sucia. Pero nosotros no. Creemos que en ella se enlodó el honor del Ejército. Entiéndame bien: un ejército no está para fusilar hambrientos. Está para la defensa nacional del territorio. Para luchar contra otro ejército que intente atacarnos. Esos hambrientos no los creamos nosotros. Son obra de ustedes y ustedes se enriquecieron con el hambre de esos miserables. Hágase cargo, señor ministro. Mientras yo sea comandante en jefe del Ejército no voy a ensuciar a mis soldados para defender los intereses de los poderosos. Buenas tardes". Cuelga el teléfono y el ministro de Defensa monta en cólera: "¡Todo esto se debe a la prédica subversiva de esa monstruosa marxista y, para colmo, mujer! ¡Esa montonera de Nilda Guerré! ¡Nos quedamos sin Ejército! ¡Los avivó a esos pelotudos! ¡Siempre nos hicieron la tarea sucia! ¡Esa puta, comunista, montonera polleruda los volvió inservibles! ¡Democráticos! ¿A qué enfermo se le ocurrió poner a una mina al frente del Ejército, por Satanás!". Su secretario le informa: "Además, señor ministro, el comandante en jefe del Ejército se llama Bustos, como ese cabecilla que, en la Posta de Arequito, se le sublevó a Belgrano para unirse a los federales. Si esa sangre corre por sus venas, ¿qué otra cosa podía esperar de él la gente decente?". "¿Y quién mierda lo puso?" "La ministra montonera, señor ministro." "¡Guerré! ¡Esa zurda de Nilda Guerré! ¿Cómo pudimos darle el gobierno a esa pandilla de subversivos?" "Porque ganaron las elecciones, señor." "¡Se acabó! ¡Nunca más habrá elecciones en este país!" "Si esa negrada sigue avanzando, me temo que no, señor. A propósito de la negrada, renuncio señor ministro." "¿Cómo me va a abandonar en este momento?" "No hay mejor momento que éste para abandonarlo." "¿Y qué piensa hacer?" "Lo que todo porteño de honor ha hecho siempre que los bárbaros se apropiaron de Buenos Aires: exiliarme en el Uruguay. Como Alberdi, Echeverría, Florencio Varela y José María Gutiérrez bajo Rosas. Como Borges, Adolfito Bioy y la espléndida Victoria Ocampo bajo Perón. Como los aviones de la Marina que bombardearon la Plaza en el '55. Al último que llegó los amigos del Uruguay lo recibieron con vítores y aplausos. ¿Recuerda, señor? 'Cristo Vence' ¡Qué tiempos aquellos!" "Oiga, tenga cuidado. Recuerde que en el Uruguay también se exiliaron un montonazo de zurdos y los hicimos mierda con la 'Operación Cóndor'." "Señor ministro, ¿usted cree que estos negros de mierda van a montar una 'Operación Cóndor'? Esas cosas las hace la gente bien, con estudios, con militares formados en la Escuela de las Américas o en la Doctrina Francesa de Contrainsurgencia. Ni los desdichados militares que ahora tenemos podrían hacerlas. Pobres infelices adoctrinados por la montonera Guerré. Adiós, señor." Saluda con una breve, veloz inclinación de cabeza; abre la puerta y sale. Busca su coche y parte en busca de su familia. Llega a su casa, estaciona y abre la puerta. Uno de sus niños –su más adorado, el predilecto– se bambolea colgado de una lámpara del techo. A su mujer, dos enormes negros se turnan para violarla en tanto ella le hace fellatio a un tercero, que apoya un revólver sobre su cabeza. Uno, que tiene una Itaka, se fuma toda esa marihuana purísima que le envían sus contactos en Colombia. Otro se le acerca y lleva una cabeza agarrada de los pelos: "¿Se acuerda de la Nélida, doctor Fernández Asquini?". Porque el secretario se llama Claudio Domingo Fernández Asquini. "La Nélida" era la cocinera. El que tiene la cabeza es su jardinero, el buenazo de Romualdo. "¡Usted, Romualdo!", exclama Fernández Asquini, "¡No lo puedo creer! ¡Traidor!" "Traidor a usted. Pero no a los negros como yo. Los traje aquí, doctor. Les dije que había marihuana de la buena, vinos carísimos, y su esposa, siempre bella, siempre sexy, llevo años excitándome con ella. Las pajas que le he dedicado, doctor. Fíjese, hoy se me dio. Ya me la violé dos veces. La tercera no. Porque me lo pidió ella." Tira lejos la cabeza de la cocinera. "¿Dónde está mi otro hijo?", exclama, rojo de furia, Fernández Asquini. "Fue lo primero que nos comimos." Se arroja sobre Romualdo y busca su garganta. "¡Negro roñoso! ¡Negro de mierda! ¡Intruso, violador, ilegal desvergonzado!" Romualdo le da una precisa trompada en plena cara y el señor secretario del ministro de Defensa cae sobre un sillón. Ahora tiene la cara bañada de sangre. Romualdo y otros temibles bárbaros se le acercan. Entonces sucede algo milagroso. Fernández Asquini se pone en pie y de su boca, proviniendo del fondo de los tiempos, evocando otras injurias, otros atropellos contra las clases pudientes, salen palabras de Esteban Echeverría, de su cuento inmortal "El matadero", esa terrible historia del unitario que los sanguinarios federales ultrajaran durante la cuaresma de ese año que Echeverría no precisa pero que ha de ser 1835 o 1836, porque Fernández Asquini grita: "¡Infames sayones! ¿Qué intentan hacer de mí?" "Infames, ¿qué?", dice un negrazo totalmente en pedo y más alegre que nunca en su vida; una vida, para decir lo justo, de mierda con el añadido de saber que, de esa mierda, jamás saldría. "¡Deberíais andar en cuatro patas como los lobos!", sigue chillando el ex secretario. "¡Desnúdenlo!", ordena Romualdo. "Primero degollarme que desnudarme, infame canalla." Romualdo se encoge de hombros. Jardinero al fin, agarra su azada –que ha traído con él– y de un solo, eficaz, absolutamente profesional movimiento de su musculoso brazo derecho separa limpiamente la cabeza de Fernández Asquini del tronco del secretario del ministro de Defensa, que vienen a ser la misma persona. "¡A la mujer no la toca nadie, carajo!", ordena en seguida Romualdo. "Es para mí. Me la llevo yo a la toldería." Nadie podría creerlo, pero en el delicado rostro de la mujer de Fernández Asquini se dibuja una sonrisa sensual, profana, prostibularia y gozosa.

A bordo de un helicóptero Huey, Ceci Giménez desciende en la terraza de su Penthouse, en Libertador y Salguero. Es una mujer que no duda. Todo en ella es celeridad, vértigo. Hay que huir. El país está ardiendo y no habrá televisión por varios meses. No habrá rating. No habrá a quién vencer. A quién humillar. Los habituales descerebrados, esos divinos, amorosos seres que todos los días la miran bobamente, no estarán. No se puede vivir en un país inestable, en peligro. Amenazado por esos negros de mierda, brutos, drogones, alcohólicos, asesinos, sumidos en todo tipo de depravaciones sexuales. Tiene que retirar dinero –mucho dinero, dólares desde luego– de una caja fuerte que tiene en un rincón inhallable del living. Apresura sus pasos. Durante los últimos dos o tres años le cuesta caminar con la agilidad de antes. Le pesan esas piernas voluminosas, con esos tobillos tipo maceta, que han sido una fatalidad insuperable en su vida de éxitos, que se habrían elevado al doble o más de no haber mediado esa desgracia, esas piernas de mierda que hicieron exclamar a la doctora Aslan el triste día en que la vio: "Ceci querida, ¿qué quieres que haga yo con eso? Soy sólo una estafadora de seres desdichados y patéticos con sus cuerpos en abismal decadencia. No soy Dios, hijita". Pero no importa. Nada la detuvo. "Y ahora me rajo de este país de mierda. Me llevo todos los dólares y me voy a tomar sol en Miami y a beber daikiris con esos pendejos rubios y dorados que se te aparecen hasta en el baño." Entra en el living y queda paralizada por el horror. No hay un solo mueble. El despojamiento es absoluto. Pero, en el medio, imponente, está la guillotina. Aparecen diez, veinte negros. "¿Te gusta, Ceci? Nos la afanamos de la Penitenciaria. Es la misma con que le cortaron la cabeza a Aníbal Torres, ese pendejito de 13 años, ¿lo ubicás, no?" Otro, uno muy alto, desdentado, con una cicatriz que le cruza la cara, dice: "¿Sabés que nosotros estamos a favor de la Ley Giménez? El que mata tiene que morir". Se ríen como locos. Algunos saltan de alegría o de furia, difícil saberlo. Aparecen los cuatro chihuahuas de Ceci. Uno de los negros se apodera del más pequeñito y lo quiebra en dos partes. El chihuahua emite un quejido agudo, final. "¿Cuánto quieren, negros de mierda?", arremete Ceci, "No perdamos tiempo. ¿Diez mil, veinte mil dólares? ¿Más? Tengo más. ¿Cien mil, doscientos mil? ¡Hablen, carajo!" "Queremos aplicarte la Ley Giménez." "¿Qué Ley Giménez ni qué mierda? Yo no maté a nadie." "¿Estás segura, Ceci?" "Segura, alacranes. Abran paso. Tengo que irme." El negrazo alto, desdentado, con la cicatriz, dice: "Nosotros también tenemos otras cosas que hacer. Así que hagamos esto breve. A ver, compañeros, ¿de la muerte de quién se acusa a Ceci Giménez?". "¡De la muerte de Aníbal Torres! Sin Ley Giménez el pibe no moría. Esa ley lo mató", exclaman todos. La señalan con sus índices despiadados: "¡Vos lo mataste, perra!" "¡Yo no maté a esa laucha asesina!" "Compañeros, si Ceci Giménez mató al niño Aníbal Torres, ¿qué pena le corresponde?" "¡Morir!" "¿Por qué?" "¡Porque el que mata debe morir!" "¡No, no, no! ¡Por favor, no!", suplica la diva. Le meten la cabeza en la guillotina y dejan caer la cuchilla. La cabeza rubia se desliza sobre el parquet de roble de Eslavonia y rueda como una pelota. Los chihuahuas juegan alegremente con ella. Los justicieros se llevan la guillotina con la cuchilla ensangrentada –piensan usarla con algunos otros famosos personajes– y se van.

Los negros llevan horas apropiándose de la ciudad. Se comen todo lo que encuentran. Agarran los niñitos de esos cochecitos tan lindos de color celeste o rosa y –ante los alaridos de las madres– se los devoran vivos. Luego ametrallan a las buenas señoras. "¿De qué mierda van a servir nuestras cacerolas?", se preguntan, con impecable lógica, algunas. "¡Llamen al campo!", gritan otras. Inútiles propuestas. "Todo esto tenía que suceder", piensa un escritor del diario marxista sionista, uno que se quedó en el país. Toma un café con Osvaldo Bayer. El viejo Bayer ve llegar a los negros enfurecidos por la avenida Santa Fe. Toma, con su amigo, algo más joven que él, una cerveza en una mesa con sombrilla de Santa Fe y Callao. "¿No son hermosos?", comenta. Se les une Norberto Galasso. Pide un café. "Es un tango lo mío –comenta Norberto–, 'El último café'." "¿Nos podremos unir a ellos?", pregunta el escritor que lee algo de Heidegger, un poco al pedo a decir verdad. "No –dice Osvaldo–, mirá cómo estamos vestidos. Luchamos por ellos pero no somos como ellos. Nos van a matar como a cualquiera. ¿No vas a hacer el papelón de ir a hablarles, no?" "Prefiero morir a hacer el ridículo", dice el escritor. Galasso los mira con embeleso: "Miren, qué contento estaría el compañero Scalabrini: *el subsuelo de la patria sublevado*". De pronto ven aparecer al casi ingeniero Blumberg. Tiene cara de loco. Se acerca a la muchedumbre. Alza los brazos. A su lado, el rabino Bernstein. "Paz, hermanos", empiezan a decir. "Dialoguemos. Sólo queríamos seguridad. No hacerles daño", dice Blumberg. "Dios es de todos. Nos ama a todos. Si somos fieles a él haremos una patria que nos cobije a ustedes y a nosotros –dice el rabino–, una patria para vivir en libertad. ¡Libertad, libertad, libertad para todos!", remata desdiciéndose de afirmaciones anteriores. Pero los invasores no son tontos. "Callate, hipócrita –le dice uno–, vos proponías 'seguridad' en lugar de 'libertad'.". La muchedumbre feroz, hambrienta, sedienta de todo, oscura, sanguinaria, les pasa por encima, los aplastan, las tripas, los sesos, los intestinos de los dos pacificadores quedan para los perros, que –dicho sea de paso–, viven una jornada de gloria. Ahora se acercan a los tres compañeros que esperan sentados a esa mesa y mirándolos con admiración. "Muchachos –les dice Osvaldo Bayer–, estamos con ustedes. Sigan, que no quede nada en pie. Tampoco nosotros." Alguien se dispone a hundirle un puñal en el pecho. "¡Un momento! –se oye–. ¡Ese es don Osvaldo Bayer, carajo! Este viejo es de los nuestros." "No, muchachos, yo soy un burgués como cualquier otro. Mátenme." El que lo reconoció se adelanta: "Usted dio varias charlas en nuestras villas miserables, don Osvaldo. Se ocupó de nuestros compadres los indios. No lo vamos a ofender". Muchos lo quieren achurar y dejarse de joder y seguir adelante. Pero el salvador de Osvaldo tiene pasta de jefe. "¡Basta, hijos de puta! ¡A Osvaldo no lo toca nadie!" "¿Cómo te llamás, pibe?", pregunta Osvaldo. "Matasiete." "Igual que uno de los gauchos de 'El matadero'", dice el escritor. Y Matasiete, de golpe, lo mira a Norberto y dice: "¿Y usté no es Norberto Galasso?". "Sí, pibe.". "Se viene con nosotros, don Norberto. ¿Y este boludo?" señala al escritor. "No me gusta. Tiene cara de judío." "No –dice Osvaldo–, yo lo quiero mucho. En los noventa creía que se nos perdía porque le filmaron una novela en Hollywood. La Columbia Pictures. Pero mirá: no. Siguió en la misma." "Probar la tentación y no ceder a ella es más difícil que no ceder por no probarla nunca", dice el escritor que sigue leyendo a Heidegger. "¿Qué mierda quiso decir?", pregunta Matasiete. "Vos dejalo. Cuando escribe lo entienden todos", dice Galasso. "Bueno, muchachos, algunos intelectuales vamos a necesitar" –dice Matasiete–. "¡Se vienen con nosotros! Pero, don Osvaldo. Háganos un favor, quiere. ¡Lleve usted nuestra bandera!" Y le dan a Osvaldo la pica con la cabeza de Aníbal Torres. "¡Qué honor, muchachos!", dice Osvaldo, "Gracias." "Vamos –dice Matasiete–, ¡a comernos todo lo que queda!" Al rato, se le acerca al escritor: "¿En serio estuviste en Hollywood, cara de ruso?". "Sí." "Y las minas, ¿qué tal?" "Nada del otro mundo. Cartón pintado. Aquí, entre las tuyas, tenés cada morocha que les da veinte vueltas." Y allá van. Con don Osvaldo Bayer al frente en la jornada más gloriosa de su vida.

El ministro de Defensa –ahora solo en su despacho– tiene una idea genial. Se comunica con el presidente de los Estados Unidos, William Peterson, un republicano sanguinario que se impuso con fraude y es el principal sospechoso del asesinato de Barack Obama. "Señor presidente –dice el ministro de Defensa–, hemos detectado que entre la multitud que invade Buenos Aires hay miles de terroristas islámicos. Algunos, incluso, han creído ver al mismísimo Bin Laden." "Ya mismo actuamos", dice Peterson. "No en vano el mundo se ha globalizado y la lucha contra el terrorismo también. Cuelgo con usted y doy órdenes para que treinta aviones con misiles nucleares vuelen a Buenos Aires." "Pero, señor presidente –dice el ministro de Defensa–, así no va a quedar nada en pie. Ni siquiera yo." "¿Y a mí qué mierda me importa? ¿Desde cuándo el gobierno de los Estados Unidos de América se preocupa por los daños colaterales?"

En menos de tres días nada queda en Buenos Aires. Ni un edificio ni un ser humano. Es, por fin, la ciudad más segura del mundo.

FIN DE LA ÚLTIMA INVASIÓN DE BUENOS AIRES

Transición

Nuestra próxima tarea es un análisis minucioso de la plaza del 25 de mayo de 1973. Ese día, la Jotapé hizo mucho más que atar las riendas de sus caballos a la verja de la Pirámide de Mayo. Hizo cosas imposibles, que pagaría con su vida en medio de indecibles torturas. Después pasaremos a analizar los cuentos "Casa tomada" de Julio Cortázar y "Cabecita negra" de Germán Rozenmacher. ¿Saben algo? ¿Lo digo ya? El que no quiso aterrizar en Ezeiza fue Perón. Cuando le informaron que la Tendencia Revolucionaria se había posesionado de todo el territorio, Perón dijo: "No, no se van a apropiar de mi retorno. No les voy a regalar otra plaza del 25. Que actúen los del Palco y nosotros a Morón. ¿Qué discurso voy a tener que dar para sosegar a esos locos? No vine para ser el presidente de ellos. Si me subo a ese palco me devoran. Se comen la fiesta. Yo me vuelvo Cámpora. Y yo soy Perón, qué joder. A Morón, señores. Y que Osinde ponga orden ahí abajo". Ya lo veremos: fue así. O mejor dicho: ésa será nuestra interpretación. Porque nada "fue así". Hay miles de interpretaciones de lo que "fue así". Pero si Perón salía al palco y toda la territorialidad era de los Montoneros y de la Juventud Peronista, ¿qué iba a resultar de eso? Otro 25 de mayo. Perón reviviendo lo que Cámpora ya había hecho. Jamás.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO
Cámpora presidente / libertad a los combatientes

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

76 **Cámpora presidente / Libertad a los combatientes**

Suplemento especial de
Página|12

GANAR LA CALLE

Ante ciertas vacilaciones de la "camarilla militar" (nombre que se le daba al gobierno de Lanusse y las Fuerzas Armadas), tanto los hombres del Partido Justicialista como los militantes de la Jotapé intuyen una posible negación de la salida electoral. Se lo ve vacilante a Lanusse durante estos días, demasiado irritable. A su lado, hasta López Aufranc se luce como un demócrata dispuesto a no trabar el llamado "proceso eleccionario". Hay una frase suya que se hace célebre: "Aquí habrá elecciones aunque voten tres". Perón envía sus mensajes: "Si las elecciones no se realizan estamos preparados para algo distinto. Estamos preparados para otras cosas además de votar". Esta última frase es muy importante. Demuestra hasta qué punto Perón no podía desautorizar a "sus" formaciones especiales. Debe haberse sentido muy orgulloso –en su papel de conductor estratégico– de sostenerlas y no regalárselas a nadie. Ahora, aunque no las nombrara, decía: "Si no hay elecciones habrá guerra". Los militares –con su terquedad– seguían colaborando a la legitimación de la violencia. En principio, ya era bastante con prohibirle a Perón ser candidato. ¿Por qué? ¿Qué alergia tan grave le tenían? Sin duda, lo sabemos: no lo toleraban. Pero había llegado el momento de buscar por otro lado. No les era fácil. A Lanusse –que había propiciado toda la operación– no dejaban de traicionarlo los nervios. O su mal carácter. Su condición de macho cascarrabias. Y hasta a veces se sospechaba de su ambición: buscar ser presidente, prolongarse en el poder. Esta tesis –que él califica de "fantasiosa"– le merece este comentario: Escribe: "En declaraciones a una publicación extranjera, el dirigente justicialista (por Perón, J. P. F.) afirmó –no sin cierto gracejo que le reconozco– que me resultaría ser más fácil ser Rey de Inglaterra que Presidente constitucional de la Argentina" (Lanusse, *Mi testimonio*, Laserre, Buenos Aires, p. 301). Que Lanusse le reconozca "cierto gracejo" indica que a Perón eso, el gracejo, le sobraba. Que Lanusse entregue precisamente *esta* palabra, que sea él, su enemigo, uno de los hombres que más habrán indagado en el alma de Perón, para enfrentarlo, para derrotarlo, para contenerlo, implica que –al menos– nos detengamos en sus sinónimos. Conjeturo que entregan un arco de la imagen que muchos tenían del líder y hasta de esa que a él le gustaba ofrecer. Un tipo tiene "gracejo" cuando tiene gracia, soltura, ingenio, ironía, cuando es agudo, cuando tiene humor, cuando es ocurrente, cuando le sobra chispa o viveza. La antítesis de todo esto son la torpeza y un gravísimo error en cualquier actividad que un ser humano ejerza: la simpleza, simplificar las cosas, tornarlas unilaterales. Un tipo con ingenio tiene diez, cien, mil ideas. Un simple tiene una. El ingenio es el vértigo de lo múltiple. Lo simple es la reducción del Todo a lo Uno. Lo Uno es lo Uni-Lateral. El simple reduce todo a un solo lado. Hay un texto de Raymond Chandler que se llama *El simple arte de matar.* Matar es simple. Se mata para un solo lado. A partir del 20 de junio, Perón abandonará el gracejo. ¿Se volverá torpe, simple? Sospechamos que pondrá el Error de un solo lado. Que pondrá la Verdad de otro, del suyo. El será, como siempre, el emisor de la Verdad. Al ser un solo lado lo que se desgaja de lo Múltiple como el Error, los cañones tendrán una sola dirección. La de destruir lo que ha sido apartado. Pero si se aparta una fracción de lo Múltiple, lo Múltiple deja de serlo, pues ya no puede integrar todo. No puede totalizar. Lo no totalizable deberá ser exterminado para que la totalización se realice otra vez. Pero será una falsa totalización. Una totalización posibilitada por la muerte. Sigue Lanusse: "Diversos errores de mi gobierno favorecieron el juego de Perón: un error ciertamente muy importante, durante todo ese período y comienzos de 1973, fue que, a pesar de haber definido que el peronismo podría ir a elecciones, fracasamos en precisar cuáles serían los límites reales de nuestra decisión en forma tal que, hasta último momento casi, el país no terminaba de saber si la fórmula del Frejuli –en cuyo apoyo se había volcado casi todo el aparato subversivo– podría llegar o no al 11 de marzo. Fue la peor variante posible y, aunque todo puede explicarse, debo admitir que nuestro error táctico fue grave" (Lanusse, *Ibid.*, p. 301). Gravísimo: era febrero y todavía en veremos. Lanusse iba y volvía. Lo que le permite a Perón, por medio de un mensaje a los trabajadores que trae Rucci, decir: "*Nosotros no hemos sido nunca fuertes en los bufetes de los dirigentes políticos, pero en la calle hemos sido invencibles. Hay que llevar la acción a ese terreno, hay que ganar la calle en todo el país. Si ganamos la calle, le podemos regalar a la dictadura toda la televisión, las radios, los diarios y las revistas, seguro de que con todo eso no harán nada*" (ver: Revista *Envido*, N 9, mayo, 1973, p. 39. Cursivas mías). De esto, los sindicalistas ni se enteraron. No querían arriesgar nada. Hubo montones de actos y movilizaciones con la consigan de *Ganar la calle,* pero todos fueron protagonizados por la juventud peronista. Los sindicatos hacían –*como hoy*– política de aparato. Lo que podían movilizar no era mucho ni querían hacerlo. ¿Y si los milicos daban marcha atrás? ¿Y si no había elecciones? ¿Y si lo prohibían de nuevo a Perón? ¿Y si el Frejuli perdía? No iban a arriesgar todo lo que tenían por eso. ¿A ver si todavía perdían las obras sociales? ¿A ver si lo bajaban a Lanusse y asumía algún loco como Mayorga o cualquier milico ultragorila y se iba todo al diablo? O también: ¿y si el mismo Lanusse, en una de sus rabietas, de sus recaídas en el gorilismo extremo, abortaba todo y se acababa la joda? ¿Cómo quedarían ellos para seguir negociando, dialogando, concediendo y pidiendo? Se comprende la bronca de la Tendencia ante esta actitud. Estos turros no arriesgan nada y después va a resultar que piden todo y son los mimados del General. Otra cosa: ¿cómo suena hoy eso de *ganar la calle*? Anacrónico. Observen que Perón dice que si gana la calle le regala a la dictadura la televisión, los diarios, las revistas, todo. Hoy no hay política de movilización. No existe. Nadie gana la calle. La calle la ganan los medios. Con eso, lejos de hacer nada, como decía Perón, hacen todo.

LAS ELECCIONES DEL 11 DE MARZO DE 1973

Y se marcha hacia las elecciones. Nadie puede parar eso. El Frejuli hace su cierre de campaña en la cancha de Independiente. La noche es calurosa y asisten 100.000 personas. Yo estaba muy cerca de los grupos que formarían la Juventud Sindical de Lorenzo Miguel. De los de Guardia de Hierro. De los de la CNU. Los oí vociferar rabiosamente: *Perón/ Evita/ La patria peronista* y *Ni yankis ni marxistas/ peronistas*. La cosa venía complicada. Esa noche, sin embargo, el estadio de Independiente estaba lleno de familias. Padres, madres, los pibes de la mano y los chiquitos en brazos o tipo mochila. Gente común. No sólo militantes. Querían que ganara el Frejuli. La esperanza la habían puesto ahí. Era, ante todo, la de salir de la dictadura. Tengamos en cuenta lo que sigue: desde el 28 de junio de 1966, en que el teniente general Pistarini, el almirante Benigno Varela y el brigadier Adolfo Teodoro Alvarez derrocan a Illia y asume, al día siguiente, Onganía como presidente de la nación, hasta el 25 de mayo de 1973 en que Lanusse le pone la banda a Cámpora, habían transcurrido 7 años de la llamada *Revolución Argentina.* Esta "revolución" dura lo mismo que habrá de durar el Proceso de Reorganización Nacional. *Que haya sido menos sangrienta no significa que no haya sido, incuestionablemente, una dictadura*. Siete años de aguantarse una dictadura militar con presencia clerical en todas las áreas de la vida cultural argentina. Con libros prohibidos, películas tijereteadas por la censura o también prohibidas, sin Parlamento, sin debates públicos, con policía brava, en fin: *una dictadura*. Que quede claro. Estábamos hartos de vivir bajo gobiernos dictatoriales, militares, bajo botas y sotanas. Además, basta de farsas, señores. Basta de decir que el 28 de junio de 1966 las Fuerzas Armadas derrocaron al gobierno constitucional del doctor Illia. ¿A qué jugamos? Los que dicen eso o no saben pensar o mienten con todo descaro. *El gobierno de Illia fue tan inconstitucional como el de Onganía.* Los gobiernos de Frondizi, Guido e Illia fueron inconstitucionales. Y éticamente colaboraron con un esquema militar que negaba la libre participación de *todos* los partidos políticos en la vida institucional del país. *Fueron cómplices*. Hasta se podría decir que Frondizi, Guido e Illia fueron más culpables que Aramburu, Onganía, Levingston y Lanusse. Los militares guardaron coherencia con eso que Toranzo Montero llamaba "el espíritu del 16 de septiembre de 1955". Ellos encarnaban y hegemonizaban ese espíritu. Los partidos políticos que se sometieron –por ambición de poder– a ese "espíritu" fueron sus lacayos. Aceptaron traicionar la transparencia de la política. Se ofrecieron como *máscara democrática* del país golpista. ¿Qué tenía de *constitucional* el gobierno de Illia? ¿Qué tenía de *constitucional* un gobierno que asume porque el partido mayoritario está proscripto? ¿Qué tenía de *constitucional* un partido que gana con 2.419.269 votos, es decir: con el 24,9%? ¿Cómo es posible que se considere *legal* una elección en la que hay un 17,2% de votos en blanco? Votos que, se sabe, son peronistas y que llegarían adonde nadie quiere imaginar si candidatos de ese partido se presentaran o si, como sería *realmente constitucional,* se permitiera al líder del mismo regresar al país. Pero no: hoy, todavía, se da por establecida la *escandalosa* situación institucional que vivió la Argentina entre 1955 y 1973. Como si fuera poco, dentro de esa escandalosa situación se ha erigido a un *héroe de la democracia*, a don Arturo Umberto Illia, que tenía apenas 62 años cuando asume el 12 de octubre de 1963 (o sea: no era un "viejito", si a veces lo parecía era una modalidad suya que nunca le jugó a favor) y ese mismo día pone presos a 109 militantes de izquierda. El día 22 nombra ministro de Economía a Eugenio Blanco, ¡el de la Libertadora! El que había dicho que con el golpe setembrino volvía "la Argentina de nuestros padres y nuestros abuelos". Y el día 17 les tira encima la policía a los peronistas que en Plaza Once (¡por primera vez en 9 años!) se atreven a celebrar el día *de la lealtad*, cuando rescataron a Perón y lo hicieron salir al balcón de la Rosada. (*Nota*: Ahora peleaban por la posibilidad de repetir ese hecho, verlo al líder en el balcón, escucharlo decir, como en los viejos y míticos tiempos, "Compañeros". Se les va a dar, pero el líder va a ser un viejo enfermo, un viejo que les dirá "Compañeros" pero detrás de un vidrio blindado porque los carniceros de un entorno sombrío que se trajo con él y del que parece no desear librarse le dicen todo el día que los "zurdos" quieren matarlo.) Es decir, Illia, de "constitucional", nada, lo mismo que Onganía. Si el gobierno de Illia fue constitucional, el de Onganía también. A los dos los posibilitaba la misma prohibición. Perón y el peronismo no eran parte del sistema institucional. La suprema farsa residía en que ese sistema se proponía como institucional basándose en una prohibición que lo ilegitimaba profundamente. Perón vuelve en el '64 y Zavala Ortiz, con la energía del mejor de los milicos duros, lo frena. No, usted no vuelve. Nosotros estamos muy bien sin usted. Hasta "demócratas" nos sentimos. Y muchos nos sentimos así porque lo prohibimos a usted. Lo prohibimos en nombre de la democracia argentina que usted injurió. Si los negros lo siguen queriendo que se jodan. Ya se van a acostumbrar a vivir sin usted y a elegir otras opciones: opciones racionales, democráticas, no autoritarias.

Lo que indigna: ¿cuánta sangre se habría ahorrado si el país se institucionalizaba *antes*? Si Illia y los radicales les decían a los milicos: *No, no queremos solucionarles el problema. Somos democráticos y queremos que todos se presenten a elecciones; si no, no vemos cómo podrían ser constitucionales, legítimas. No queremos gobernar en base a la ilegitimidad. Si ganamos que sea legítimamente. No porque otros están proscriptos.*

Todos los que estaban en la cancha de Independiente querían el fin de la farsa. También (muchos) creían que con la legalización del peronismo se acabaría la violencia. ¿Sabían esto los Montoneros? ¿Sabían que innumerable cantidad de ciudadanos y hasta el pueblo pobre peronista que decían representar esperaba a Perón para vivir y trabajar en paz, para que la violencia terminara? Ignoraban dos cosas fatales. Hablaremos de ellas con más detalle. Ahora sólo las enunciamos. 1) Ignoraban el enorme poder de fuego del Ejército Argentino. 2) Ignoraban la escasa vocación de lucha del "pueblo peronista". Su aversión a la violencia. Aversión compartida por las clases medias. Cada vez se verán menos familias en los actos. Nunca volverán a ser tan numerosos como el de la cancha de Independiente. Al final se reducirán sólo a la movilización de los militantes. Para ellos, en medio de una ceguera creciente, serán "el pueblo".

El 11 de marzo se vota. El Frejuli gana de modo incuestionable.

Frejuli:

5.907.464 votos. Llega al 49,59%. No pasa el 50%. ¿Habrá segunda vuelta?

Unión Cívica Radical:

2.537.605. Araña el 21,3%. El porcentaje de votos es similar a aquel al que llegara Illia en las elecciones del 7 de julio de 1963. Illia, votos: 2.419.269. Araña el 24,9. La sorpresa de la elección de marzo del '73 la da don Francisco Manrique, un personaje oscuro, golpista de alma, sospechoso de haber colaborado en planear el bombardeo del '55, que se había hecho popular desde su cargo de ministro de Bienestar Social bajo la dictadura militar. Recorría los pueblos y, siempre con cara de culo, decía frases campechanas: "Ustedes me recibieron. Me dieron de beber. Me dieron de comer". ¿Quién era, el profeta de Nazareth en desgracia? Durante la campaña le organizan un debate con periodistas. Todos le hacen preguntas amables, para que se luzca. Hasta que Jorge Luis Bernetti, joven, con pelo en la cabeza y bigotes casi a lo Zapata, le arroja una pregunta poco amigable: "¿Es cierto que usted asesoró a la CIA para que encontraran al comandante Guevara en la selva boliviana?". Manrique pierde los estribos de entrada. "¡Eso es mentira!", ruge. Y era un tipo que metía miedo, eh. Bernetti no sólo no se achica, sino que lo señala con un dedo insolente: "¡Eso es verdad!", exclama. "¡Eso es mentira!", sólo atina a decir Manrique. Aquí queda claro que no tiene otro argumento más que negar el hecho. Eso era lo que Bernetti quería revelar. De modo que, muy tranquilo, le dice: "Bueno, es su palabra contra la mía". Quedó un empate. Manrique no tenía pruebas de su inocencia. Bernetti no las tenía de su culpabilidad. "Pero, Jorge, no seas boludo", recuerdo haberle dicho. "Si lo acusás de algo así llevate un par de pruebas por lo menos." "No tengo pruebas, pero sé que fue así. Con lo furioso que se puso me dio la razón." Pese al triunfo de Bernetti, Manrique, acompañado por Rafael Martínez Raymonda, que será embajador del Proceso, llega al 14,9%, 1.775.867 votos. Perón lo considerará un resultado de "circunstancias, sin importancia". Para él son los radicales el partido con el que habrá de dialogar: el Chino Balbín. ¡Ah, Balbín, qué personaje ése! Pocos días antes de las elecciones aparece por la tele y mirando a cámara, con aire de guapo de comité, como momento sublime de su campaña electoral, le habla a la guerrilla: "Muchacho –dice–, aquí estoy. Te prometo gobernar con justicia y equidad. Y si no te cumplo... prepará tu puñal y húndemelo en el cuerpo". Gesto de puñal aferrado en el puño y gesto de hundirlo en el cuerpo del enemigo. ¿De qué puñal habla?, me dije. ¿Qué está representando? ¿*Un guapo del 900*? ¿Quién espera que lo achure, Ecuménico López con la pinta de Alfredo Alcón? El candidato oficial –el de los milicos– se llama Ezequiel Martínez, es brigadier y mira desde su afiche con cara de tipo seguro, lleno de influencias, de respaldos militares. Por eso le ponen: "Ezequiel Martínez, el candidato que sabe y puede". Lo que sabía era imposible averiguarlo. Pero la palabra "puede" era amenazante y golpista. Sólo el brigadier, un milico como tantos otros y el candidato de los milicos, era el único que iba a "poder". ¿Por qué? Porque lo iban a dejar. Sacó el 2,91% de los votos. Si sabía, si podía, nunca se supo. (*Nota*: Durante el gobierno de Alfonsín, el peronismo renovador lo corría por izquierda. Para Alfonsín (decían) nada se puede. Sobre todo, no pagar la deuda. En un discurso parlamentario, Cafiero, irónicamente, dice que el planteo político del radicalismo –al que llaman "posibilista"– se reduce a decir: "No se puede, no se puede, no se puede". Pacho O'Donnell –promocionándose para alguna banca– pega poco después por todo Buenos Aires unos afiches que dicen: "Pacho puede". Abajo le pintan: "Una vez a la sema-

na". Ezequiel Martínez no pudo ni un solo día.) La Nueva Fuerza, la que venía desde hacía tiempo gastando fortunas en campañas electoralistas, el partido de Alsogaray, "el chanchito de los yankis" le decía la Jotapé, saca apenas el 1,96%, con su candidato Julio Roberto Chamizo, cuyo mural se proponía poner "en el baño donde caga el General". Tal vez los votantes lo pusieron en un lugar más aireado pero no menos humillante. Alende y Sueldo lograron sumar algo: 7,43%. Juan Carlos Coral, del Partido Socialista de los Trabajadores, que se creía "la izquierda", llega al 0,62%. Norteamérico Ghioldi (otro "socialista"): 0,91%. Y el Colorado Ramos llega al 0,41%, menos que Ghioldi, que la Nueva Fuerza, que Ezequiel Martínez, que Coral (un flaco que se disfrazaba de Alfredo Palacios). ¿Qué pasó, Ramos? No me va a contestar porque después apoyó a Isabel, fue embajador de Menem en México y ahora está muerto. Sospecho que la verdadera ausencia de respuesta se debe a esta última circunstancia. Pero, una lástima: tenía buena prosa el Colorado Ramos. Pero sólo con buena prosa no se ganan elecciones.

¿ALGUIEN PENSO EN EL PODER DE FUEGO DEL EJERCITO ARGENTINO?

Lanusse anuncia el triunfo del Frejuli. Al hacerlo, ya no se dirige, como siempre lo hizo, a los "Hombres y mujeres de mi patria" sino, secamente, "A la opinión pública". Por ahí sale un chiste aceptable. Lanusse, derramando lágrimas de amargura, dice: "Hombres y mujeres de mi patria, ¿por qué son todos peronistas?". No quiero olvidar esto: Mor Roig, para disuadir a los votantes que piensan votar al Frejuli, dice que, de producirse esto, la situación del país se tornará *complicante*. Hasta neologismos inventaban con tal de parar algo imparable. Ellos lo habían hecho así. El triunfo arrollador del Frejuli es el resultado de 18 años de Argentina antiperonista, exclusionista, ilegal, antidemocrática, apasionadamente gorila. Foucault, en una de sus clases formidables en el Collège de France (1977-1978), dice: "Bueno, termino aquí con el poder pastoral. Ya están hartos de oírme hablar de eso". Trataré de no hablar más de los resultados nefastos de la Argentina gorila 1955-1973. Espero que haya quedado definitivamente establecido ese tema. Porque va a ser *muy* importante. Una de las grandes excusas de los militares del Proceso para la masacre fue la liberación de los presos políticos. Se considera como uno de los grandes errores del camporismo. Y no: se liberaron los presos de una dictadura. Todo preso de una dictadura es un inocente porque una dictadura no tiene poder institucional, no tiene status legal para condenar a nadie. Es un poder *ilegítimo*. No puede legislar, no puede juzgar, no puede condenar, no puede encarcelar, porque, ante todo, es su propia legitimidad la que está en cuestión. Volveremos sobre esto al hablar del famoso "Devotazo".

Viene la fiesta de la noche del 11 de marzo:

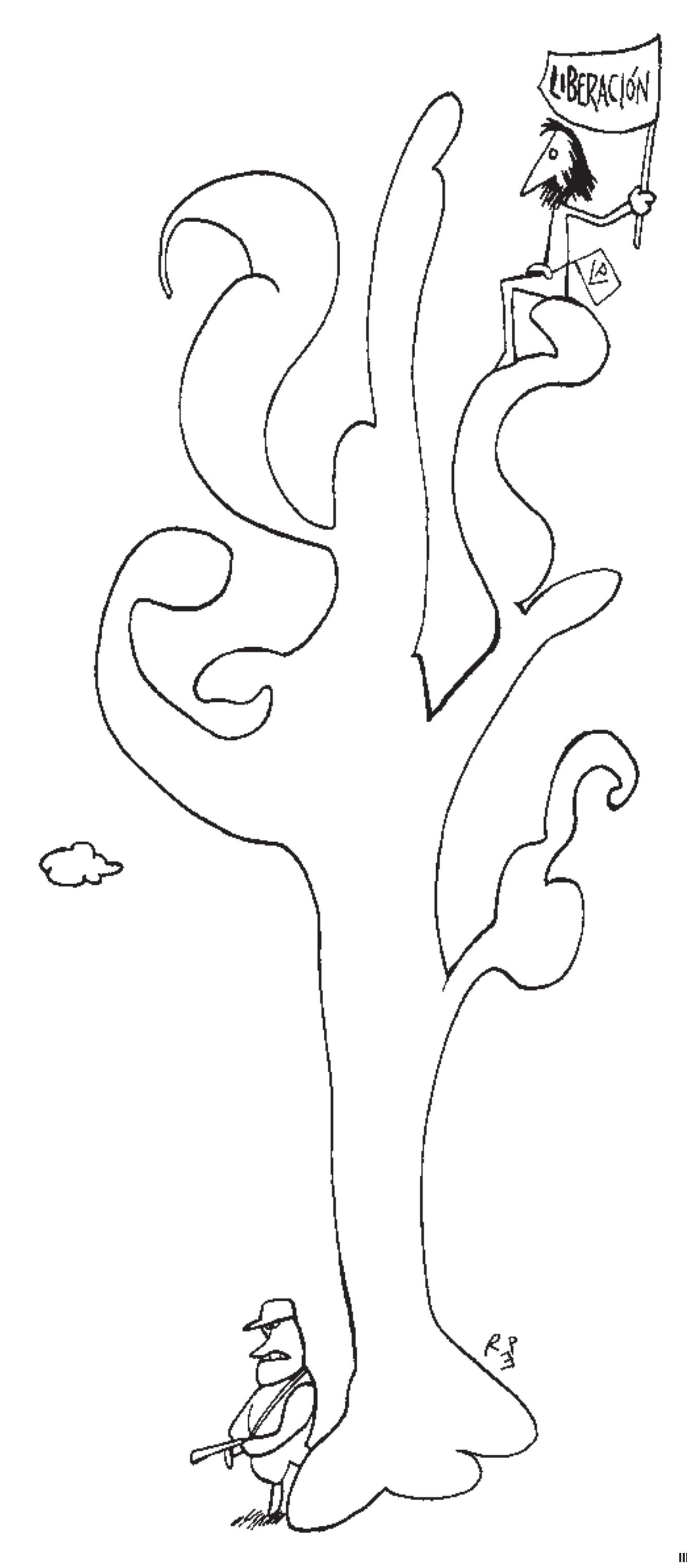
Qué lindo, qué lindo
que va a ser
el tío en el gobierno
Perón en el poder.

Y el reconocimiento de la juventud al joven secretario del Movimiento Nacional Justicialista:

Abal... Medina...
El nombre de tu hermano
es fusil en la Argentina.

Un reconocimiento más fierrero que político. Juan Manuel Abal Medina –a diferencia de su pasional hermano Fernando– era un político y no veía salidas por el lado de las armas. De aquí el papel intenso que jugó y el buen recuerdo que deja en medio de esa historia de catástrofes. No se lo puede asociar a nada espurio. Siempre estuvo luchando por la posibilidad de la pacificación, en contra de la muerte. Es mucho.

Todo se dirige hacia el 25 de mayo. Sin embargo, aún se duda de la entrega del gobierno. ¿Cumplirán los militares? El ERP –una vez más– hace lo que hará siempre: ofrecerle motivos de acción a la derecha, justificaciones para aumentar la represión, para asesinar militantes de cualquier signo. El 30 de abril (1973, claro) asesina al contraalmirante retirado Hermes Quijada. Era el ex jefe del Estado Mayor conjunto. Lo asesina el ERP 22, un desmembramiento "populista" de la organización guerrillera. Es un supremo disparate. Una acción en contra de todo lo que se está haciendo. La "culpa" demostrable de Hermes Quijada es que había sido el designado para explicar lo inexplicable: cómo había sido la masacre de Trelew. Nadie le creyó. ¿No alcanzaba con eso? ¿Hacía política el ERP? ¿Sabía que un operativo de ese tipo fortalecería la posición –propia de la Marina– de no entregar el gobierno? "Ordenar antes el país", como dijo el siniestro Mayorga en el sepelio de Hermes Quijada, "y entregarlo después". Esto no era un disparate. No hablaba por hablar Mayorga. Si en ese momento el Ejército se ponía en serio contra la guerrilla, si anulaba el proceso electoral, si abría una nueva etapa de la Revolución Argentina o inventaba cualquier cosa nueva: *operativo antisubversivo extremo, recuperación de la democracia argentina por medio del exterminio definitivo de la subversión, etapa final de orden y aniquilamiento del enemigo de la Revolución Argentina*. Lo que sea. Si los milicos –ahí– se largaban con la doctrina francesa de contrainsurgencia (que se conocían de memoria) provocarían una masacre, pero detendrían todo. Total (y esto la JP había decidido ignorarlo) la crueldad del Ejército Argentino se había probado largamente a lo largo de la historia. Con los gauchos



federales, con el Paraguay, con el indio, con los obreros de Vasena, en la Patagonia, en el criminal bombardeo del '55. ¿Nadie recordaba eso? Sí, pero para condenar la crueldad asesina de un Ejército al que estaban seguros de vencer. ¿Con qué? Los ideólogos de los fierros justificaban la necesariedad del triunfo por los de la época. Los sabíamos de memoria: Castro en Cuba, Mao en China, Giap en Vietnam, los militares peruanos (Velazco Alvarado), Omar Torrijos en Panamá, Salvador Allende en Chile, las masas argelinas y el FLN contra los paras en Argelia. *Ninguna de las condiciones que se dieron en esos países se daban aquí.* ¿Qué teníamos aquí? ¿Teníamos campesinado revolucionario? No. ¿Teníamos sindicatos combativos? Muy pocos. ¿Teníamos un partido de masas? Ni por joda: el PJ era un rejunte de políticos profesionales, burgueses al extremo, acomodaticios. ¿Teníamos un pueblo revolucionario? Decididamente no. Y esto era lo que nadie se confesaba. Se quería tomar el poder con las "masas peronistas". *Que nunca quisieron tomar el poder.* Por eso eran peronistas. El obrero peronista quiere el capitalismo humanitario de Perón. La violencia lo espanta. Sí, existió la Resistencia, pero en el '73 estaba muerta. La clase obrera estaba dominada por un sindicalismo conciliador y pactista que venía desde los tiempos de Onganía y aun de antes, con el Lobo Vandor y el peronismo sin Perón. (*Nota*: Acaba de aparecer el imprescindible texto del venerable erudito de la historia del sindicalismo argentino Santiago Senén González (escrito en colaboración con Fabián Bosoer) y lleva por título uno sin duda ingenioso y macabro: *Saludos a Vandor*, *Vida, Muerte y Leyenda de un Lobo*, Vergara, Buenos Aires, 2009.) ¿Teníamos un sector del Ejército dispuesto a rebelarse contra sus superiores? Para nada. Y para colmo: se intentó hacer pasar por esto las deserciones individuales de Francisco Licastro y Fernández Valoni. ¡Eran la muestra de que el Ejército se uniría a las masas! ¿Se había analizado el poder de fuego de las Fuerzas Armadas, su verdadero potencial destructor? No. ¿Se sabía algo sobre su crueldad, sobre el uso de la tortura como arma esencial? ¿Se sabía de la acción de los macabros, genocidas instructores franceses? No. ¿Con qué contaba? Con la Tendencia Revolucionaria. Con la pendejada de la Jotapé y las "formaciones especiales". ¿Se creía que Perón venía para desatar una pueblada? ¿Para arrojar al pueblo peronista a la toma del poder? Sí, muchos creían esto. Raro saber en qué se basaban. Podríamos analizar todos los procesos revolucionarios que la Tendencia mencionaba para validarse y ninguno de ellos tenía sólo como fuerza de guerra a jóvenes de hasta 26 años, a líderes guerrilleros de dudosa eficacia, poco probados. No es lo mismo matar a Aramburu o a Hermes Quijada que asaltar el poder. Y tenían –insistamos– frente a ellos a un Ejército profesional, adiestrado profesionalmente al extremo por la Escuela de las Américas y la contrainsurgencia francesa. Si la matanza no se desata después del asesinato de Hermes Quijada habrá sido porque Lanusse la frenó: quería el regreso de Perón. Esa matanza exigía –como primer paso– el asesinato de Lanusse. El asalto al poder por los Jóvenes Turcos de la guerra contrarrevolucionaria, los baluartes de la Tercera Guerra Mundial.

Lanusse se despide de los "hombres y mujeres de mi patria". "A ustedes (dice) mi eterna gratitud, en nombre de un gobierno que no eligieron pero que les ofreció la posibilidad de elegir."

PERÓN, LOS MONTONEROS Y EL ROPERO DE SAMUELITO

La Tendencia no estaba en pañales. Perón les había insinuado un par de cosas. Bien al estilo Perón, sí. Pero que eran claras, lo eran. Nadie podía no ver lo que el viejo caudillo buscaba decir. En Europa se reúne con la cúpula de Montoneros. Está presente otro personaje para la historia del Error, de la estrategia de la catástrofe, el héroe de la contraofensiva del '79. Falta para llegar ahí. Escribió un libro que lleva por título *La otra historia.* Buen título. Se trata, en efecto, de *otra* historia. La de Roberto Cirilo Perdía. Sólo la de él. Escribe sobre esa reunión: "El propio Perón en la entrevista que tuvimos con él, en Madrid (abril '73), con una anécdota marcó las características de su conducción. Allí nos relató, en tono jocoso, el cuento de un padre, dueño de un bazar, que le hace un regalo a su hijo. Pero no se lo entrega en la mano, lo deja sobre un entrepiso y el hijo debe trepar por una escalera para alcanzarlo. Sube y estando en la parte superior de la escalera, cuando se estira para alcanzarlo, el padre le retira la escalera... Perón remató diciendo: Como ven no se puede confiar ni en el propio padre... (Roberto Cirilo Perdía, *La otra historia, Testimonio de un jefe montonero*, Grupo Agora, Buenos Aires, 1997, p. 158). Luego, con gran ingenuidad (si es que le creemos) se pregunta: "¿Acaso Perón pensaba en nuestra instrumentación, como muchos han sostenido? ¿Quizá Perón nos estaba 'usando', aprovechando nuestra capacidad movilizadora, como afirman otros? Entiendo que no" (Perdía, *Ibid.*, p. 158). Aclaro que no he respetado los saltos de renglón en que incurre abusivamente Perdía por considerarlos primarios. No pude quitarle los gerundios, pero allá él. Digamos, tersamente, que la escritura no era el arte para el que estaba dotado. Ignoramos cuál podría ser. Acaso el de asesor del bloque justicialista de la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la Nación entre 1991 y 1995, en pleno menemismo. Ahí confluyeron sus ardores revolucionarios. En ese menemato que remató el país.

En esa reunión se deciden muchas cosas. Los Montoneros no se dan cuenta. O apenas si sospechan. La soberbia que tenían era intolerable para el General. Ahora era *su* momento. Ya no los necesitaba. Había que gobernar. No que luchar. Mucho menos matar, la hora de los fierros había pasado. Pero –como ya hemos dicho– la Orga le pasa al General la factura. Nosotros pusimos la sangre y los muertos. Nosotros hicimos la campaña electoral. Usted volvió por nuestra lucha, por la lucha armada que hegemonizó la gloriosa Jotapé. La frase que se decía era: "Sangre por poder". Le entregan a Perón una lista de 300 nombres para el nuevo gobierno. ¡300 nombres, todos de tipos que respondían a la conducción de la Orga o que estaban en más que excelentes relaciones con ellos! 300 nombres para copar el gobierno. Lo que subyace a este planteo es el de compartir la conducción. A los montos les parece totalmente lógico. Ellos son la vanguardia revolucionaria. Perón está viejo. Siempre ha dicho que su heredero será el pueblo. Bien, *ellos son el pueblo*. Y hasta –según ven las cosas– más que eso, porque son su *vanguardia*. La vanguardia es la que conoce mejor que el pueblo los intereses de éste porque conoce los grandes lineamientos de la historia. El planteo montonero es similar al leninista. Lenin creía que la clase obrera –entregada a su lucha de clase– acababa por generar una conciencia *trade-unionista*. Una conciencia que la insertaba en el sistema estructural del capitalismo y la llevaba a la creación de sindicatos y a la negociación constante con el sistema, pero no a su *superación*. En suma, la clase obrera era incapaz de tener una verdadera conciencia de clase. Una conciencia socialista. Clase obrera y socialismo se distanciaban no bien la primera entraba en la etapa de crecimiento-tradeunionismo-diálogo y conciliación con el orden burgués. Esta conciliación se expresaba en la creación de los sindicatos obreros, que eran parte del sistema, estaban integrados a él y lejos de buscar su destrucción. La *conciencia de clase* debía ser introducida "desde afuera" en la clase obrera. Ella –desde sí, por su propia dialéctica– no la podía generar. Se trata de una concepción reñida con la dialéctica y, desde luego, con Marx. (Sigo al Lenin del "*Qué hacer*".) Para Marx, el proletariado, por su propio movimiento dialéctico, iba conquistando su conciencia de clase, tema que no desarrolló en exceso. Pero está claro: no hay, además, nada *exterior* en la dialéctica del proletariado. No lo puede haber: la dialéctica es un proceso inmanente y necesario. Toda *exterioridad* a ella es o burguesa o teológica. La dialéctica es la teleología de la historia, su sentido interno. El proletariado, al participar de ella, debe generar, *a partir de sí*, los elementos que lo transformarán en el "sepulturero" de la burguesía. Engels, acaso, en el final de su vida, advierte que el capitalismo se come al proletariado, integrándolo. "¿Me pregunta usted qué piensa el proletariado británico? Lo mismo que la burguesía", dice en una de sus cartas. Lenin elabora entonces la teoría de la *vanguardia*. Si el capitalismo –necesariamente– integra al proletariado, la salvación de éste sólo puede provenir de afuera. La *conciencia de clase* no es algo que la clase obrera genere a partir de sí, sino que debe existir una *vanguardia revolucionaria* que, trabajando desde afuera, la haga penetrar en ella. La presencia de la élite revolucionaria está consagrada. La relación entre élite y masas es desigual. La élite tiene el conocimiento de las leyes de la historia y, por consiguiente, de los verdaderos intereses de las masas. Las masas, no. Se llega así a la concepción del *partido revolucionario de vanguardia*. El Partido es el depositario de la conciencia de clase. Las masas no pueden llegar a ella por la tentación tradeunionista: el capitalismo las tienta con mejoras que sólo la llevan a avalar el sistema en bloque. No habrá *superación dialéctica*. La conciencia de la clase obrera es una conciencia economista o salarial. Sólo eso. La vanguardia la conduce hacia el encuentro con sus verdaderos intereses. La vanguardia se organiza en Partido. Bien, todo esto terminó en el stalinismo. Estaba contenido en la teoría de la vanguardia de Lenin. Aquí, la teoría de la vanguardia no lleva a Stalin, lleva a Firmenich. Entregarle 300 nombres a Perón era eso: nosotros sabemos quiénes deben gobernar. Nosotros somos vanguardia intelectual y vanguardia armada. A usted el pueblo lo quiere pero –si como usted dice– será el pueblo quien lo herede, sepa que la vanguardia de ese pueblo somos nosotros, que lo movilizamos, que le hacemos la campaña electoral, que matamos a sus explotadores. Le proponemos, mientras usted viva, compartir la conducción. (Ahí empieza a surgir la consigna: *Conducción/ conducción/ Montoneros y Perón.*) "No entendimos que habíamos ganado (reconoce bien Perdía), pero que ese triunfo no era solamente nuestro, sino que era compartido por otras franjas del peronismo, tan legítimas como nosotros mismos. Por otra parte, tampoco era absoluto. Estaba naturalmente limitado por otros actores sociales. En algunos casos actuamos, a partir del 25 de mayo, como si nosotros fuéramos los dueños de todo. Las imágenes de ese día en la plaza contribuyeron a consolidar la idea de ese imaginario poder total. Idea que la natural omnipotencia juvenil ayudó a nutrir" (Perdía, *Ibid.*, p. 148).

Perón les larga un discurso sobre la necesaria prudencia del trasvasamiento generacional. De a poco, chicos. Ya les va a llegar el turno. Se olvida del reportaje de *Mayoría*. Guarda al descuido en un cajón cualquiera la lista con los 300 nombres y les habla de entregarles la tarea de reconstruir la Fundación Eva Perón y desde ahí desarrollar las tareas que la nueva situación requiere de ellos. La Fundación, muchachos, deberá ser el centro de sus actividades. Conjeturamos que los montos se habrán querido morir. ¿La Fundación Eva Perón? ¿Empezar a repartir ropa, comida, algunas casas en lugar de "tomar el poder en el primer mes"? Este viejo turro les estaba tomando el pelo. ¿Para eso habían quedado atrás tantos cadáveres? ¿Para repartir migajas? ¿18 años de lucha para esto? Perón les sigue hablando de los próximos cuatro años: en ellos habrá que aprender a gobernar y ahí se irá dando el trasvasamiento. ¡La cara con que deben haberlo mirado!

Ahí Perón les cuenta esa historia que menciona Perdía. Firmenich habrá de recordarla el 21/2/2004 en la revista *Noticias*: "El último día de conversaciones Perón nos contó un cuento". ¿No es fantástico? El buen padre ya anciano, con casi 80 años encima, les cuenta un cuento a sus niños revoltosos, tan revoltosos. "Nos dijo: No sé si ustedes saben que las familias judías, cuando los hijos varones cumplen 13 años, les dan una fiesta especial, un regalo especial, porque se considera que el niño se convierte en hombre. Entonces había una familia judía y, en esas circunstancias, el padre dice: –Samuel. –Sí, papá. –Andá a buscar la escalera, subite arriba del ropero, en el techo del ropero está tu regalo de los 13 años.

Y el chico va encantado, con una enorme sonrisa, a buscar la escalera, se trepa al ropero. Cuando está ahí arriba, mira y dice: –¡Papá! No hay nada acá. Acá no hay nada.

Entonces, el padre, que estaba abajo, mirándolo, le quita la escalera y Samuel se da un brutal golpazo. Cuando el chico está dolorido y más que dolorido, desconcertado en el piso, el padre lo mira y le dice: –Samuel, hijo mío. El regalo es para que aprendas a no confiar ni en tu padre." (Citado por Galasso, *Ibid.*, tomo II, p. 1168).

Perón se los dijo claro: en cualquier momento les saco la escalera y ustedes se vienen al piso, soberbios de mierda. Qué me vienen a traer a mí 300 nombres de sus amigos o compañeros de ruta. El jefe soy yo. Y yo elijo todo lo que sea necesario elegir. Pero el *Samuelito* que le había tocado en suerte no era como el del cuento. Si se caía de la escalera se trepaba a otra. Y a otra. Y no había padre que lo contuviera. Tampoco Perón esperaba eso. ¿Saben quién es el verdadero protagonista del cuento? El Ropero. Mientras Samuel y su padre discuten... el Ropero se les cae encima y los mata a los dos.

La Tendencia habrá de ser traicionada por su Padre pero no por su Tío. Mientras Cámpora es presidente y aun durante los días anteriores el vértigo de la Jotapé es fenomenal. Uno de los documentos más importantes que produce es el llamado *Compromiso con el pueblo.* Empieza así: "Compromiso de la juventud peronista con el pueblo de la patria, primera ley vigente: libertad a los combatientes. Los candidatos electos de la juventud peronista en los niveles nacional, provincial y municipal comprometen formalmente su acción ante el pueblo de la patria para el logro de los siguientes objetivos fundamentales:

"*Primero*: La libertad incondicional y sin discriminaciones de todos los compañeros presos políticos, gremiales y conexos" (Citado en *Envido*, N 9, abril de 1973, p. 6. También Baschetti: *Documentos*, 1973-1976, volumen 1).

Genaro Díaz Bessone (durante el Proceso) habrá de ser nombrado ministro de Planeamiento. ¿Qué era eso? Nadie lo sabía. ¿De qué se iba a ocupar ese ministerio? ¿De planificar todavía mejor la cacería de las ratas subversivas, de las clandestinas y de las idiotas que andaban aún a la luz del día? ¿Quién era Díaz Bessone? Miguel había mudado la librería a una cuadra. Esa fue toda la seguridad que se concedió. Ahí –el día del nombramiento de Díaz Bessone– nos encontramos con Pelín Narvaja (el notable editor de Colihue que saca durante estos días un libro de Horacio González que promete ser sensacional: *El arte de viajar en taxi*; ¡alguien, alguna vez, tenía que sacar este libro en la Argentina!) y le preguntamos qué sabía del personaje. "Y... (ensayó Pelín) nacionalista, facho, jodido. En fin, nada bueno." Díaz Bessone fue uno de los militares más siniestros que dio la dictadura (lo que ya es mucho decir) y tal vez el principal de sus teóricos. En el documental de Marie-Monique Rubin (donde, al terminar la entrevista, le dice: "Al menos no me tuvo que torturar para que hablara"), Díaz Bessone descarga todo su odio sobre el que será llamado el *Devotazo*: la liberación de los presos políticos. Justificará, a partir de ese hecho, la necesariedad de la matanza. Dirá, más o menos, cómo iban a arriesgarse a una segunda amnistía de un próximo gobierno civil. O sea, tenían que matar a todos. Nadie puede amnistiar a los muertos.

¿Cómo se toma la decisión de liberar a los presos políticos? "Más que desde el gobierno (dice Juan Manuel Abal Medina, secretario general del Movimiento Nacional Justicialista) lo puedo definir desde el Movimiento" (Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, *Violencia y política en los '70,* Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1997, p. 192). Dirá que tenía una consigna de campaña que Perón había aprobado: "Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos". Y había otra nacida de las entrañas de la militancia: "Cámpora presidente/ libertad a los combatientes". Fue –para los militares– la gran injuria.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La primavera camporista

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

77 **La primavera camporista**

Suplemento especial de
Página|12

ANTIDIALÉCTICA DEL FOCO GUERRILLERO

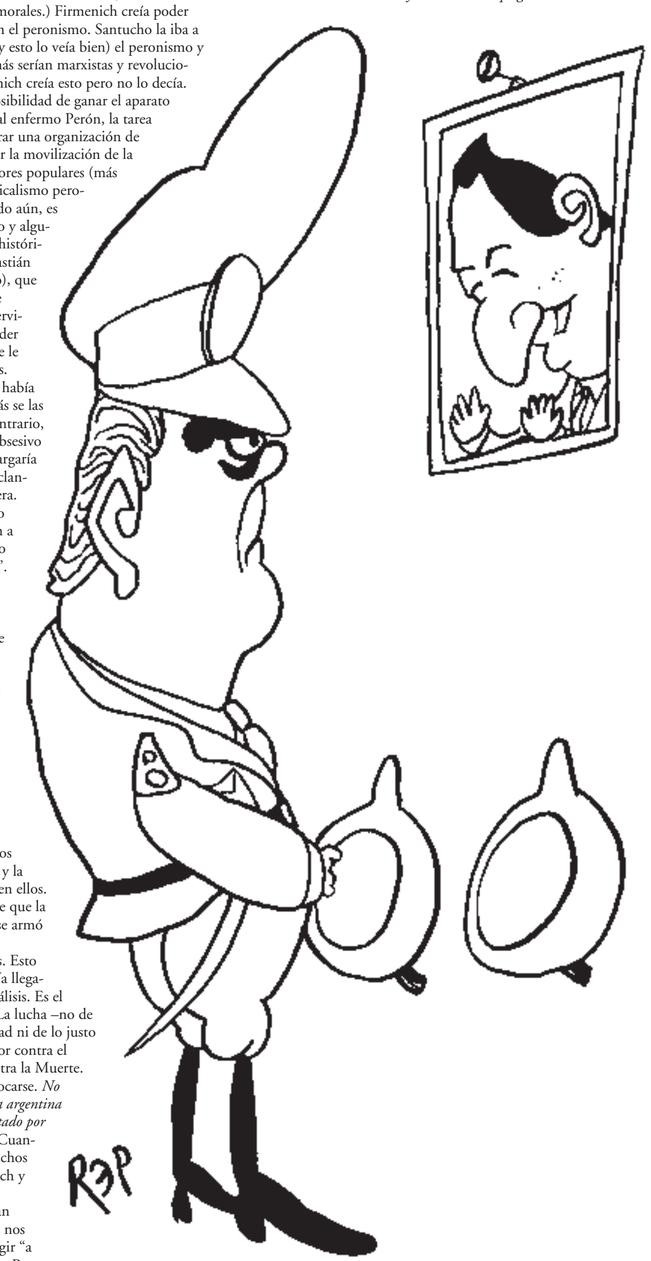
Todo parecía posible. El 25 de mayo de 1973 se tomó la casa. El aire de cambio se sentía desde antes. Desde el mismísimo día siguiente al de las elecciones. Cruzábamos con Domingo Bresci el puente de Pacífico, ahí donde Juan B. Justo desemboca en Santa Fe. No sé adónde íbamos. O yo lo llevaba a alguna parte porque estábamos en mi Renault 12. Le hice notar que algún cambio ya se notaba. Domingo se mostró más optimista. "Claro que se nota. Se respira de otra forma. Mirá la gente. Parecen todos más felices." Ahí, en ese cruce de Pacífico, era evidente. La clase media peronista y hasta camporista tenía otra cara. Habían ganado. Habíamos ganado todos. Los malos de la película habían perdido. Se habían terminado siete años de dictadura y la eterna proscripción del peronismo. Una brillante generación de jóvenes se preparaba para gobernar acompañando a un Tío bueno y con el respaldo de un Padre sabio, que aconsejaría, que entregaría su fuerte respaldo. Ni siquiera había empezado el otoño. Cuando se tienen esperanzas tan fuertes es difícil después volver a tenerlas. Esos fueron nuestros días de amor con la historia. Ni siquiera pensábamos que para otros eran los de la pesadilla, que sólo se habían retirado tácticamente, que esperaban. La juventud peronista estaba llena de planes. Durante esos días, un siempre apresurado, siempre imprudente Rodolfo Galimberti diría: "La juventud peronista está dando en este momento una política para el conjunto del Movimiento". En *Envido* de mayo, el Nº 9, en *Crónica del triunfo popular* se encuadraría con mayor precisión esa frase: "Por eso es correcto afirmar que la juventud peronista está dando en este momento 'una política para el conjunto del Movimiento', agregando que el movimiento de tendencia revolucionaria no se agota en la juventud peronista; ésta es una porción del frente de masas, cuyo sector más importante es la clase trabajadora" (*Envido*, Nº 9, p. 42). ¡Qué lección para el vanguardismo foquista, para la soberbia de las vanguardias fierreras! Ni Firmenich ni Santucho habrían adherido a ese texto. ¡Y Firmenich, pocos meses después, pediría la revista para la organización! Raro: *Envido* era la antítesis de la Orga que él representaba. Analicemos ese texto: el Galimba se larga por la suya y dice "la juventud está dando una política para el conjunto del Movimiento". Desde *Envido* se responde: a) La "tendencia revolucionaria" (designación que nunca nos había convencido) *no se agota en la juventud peronista*; b) La "juventud peronista" *forma parte de un frente de masas*. De ese frente de masas, lejos está de ser la que dicta una política para todos, es sólo un sector. Porque *el sector más importante del frente de masas es la clase trabajadora*. En este punto (y nada menos que en este punto) *Envido* coincidía más con *Pasado y Presente* que con el vanguardismo montonero. No en vano, en la tapa de este Nº 9, la gran consigna que, en grandes letras, se lee es: *Gobernar es movilizar*. Y en el número que sale de *Pasado y Presente* se saluda, como compañeros, a los que proponen esa política, esa consigna. Pero nosotros no hegemonizábamos nada. Al frente de Montoneros estaba Firmenich. Al frente de la JP, Galimberti. De política de masas, de marxismo, *no sabían nada*. El saludo de la revista cordobesa venía de Juan Carlos Portantiero, de José Aricó. Planteaban, en ese momento, "la centralidad en la fábrica". Entre la "centralidad en la fábrica" y el "foco" de Debray y de Guevara hay un abismo. El abismo entre la lucha de clases protagonizada por la clase obrera y el foco de la guerrilla pequeñoburguesa o del guerrillero profesional cubano que viene a bajar línea en países que no conoce bien. La "centralidad en la fábrica" es plantear la lucha revolucionaria desde el corazón mismo de la clase obrera. El "foco" fue y será la epopeya solitaria de los combatientes heroicos, de los salvadores del proletariado, de los poseedores de la "conciencia de clase" que viene desde afuera, de los que conocen "las leyes de la historia" (¡como si la historia tuviera leyes!) y las "bajan" a las masas. Pese a su política de "entrismo" en el peronismo, pese a plantearse una política junto al movimiento de masas, la Orga firmenichiana jamás entendería esto. Si hubieran sabido algo de dialéctica (en lugar de copiar a Lenin en su peor momento antidialéctico: la teoría de la vanguardia "externa" a la clase obrera), habrían sabido que todo elemento dialéctico tiene que generar *desde sí* su momento de superación. Que *nada* en la dialéctica (movimiento *inmanente y necesario*) viene de afuera. Que precisamente *todo* lo que la dialéctica dice es que no hay momento histórico que no genere a partir de sí la totalidad de lo que habrá de generar, que nada lo penetra de afuera, que nada exterior le es propio porque, de serlo, no sería parte de su dialéctica. La idea de la *vanguardia* que hace penetrar desde afuera la ideología en las masas es *antidialéctica*. Es meter una *cosa* en el fluir de la dialéctica de la clase obrera. Pero, ¿qué podían saber de esto los vanguardistas del foco envalentonados por los sueños teóricos de Ernesto Guevara, cuya característica fue *ser heroico en todas partes y no triunfar en ninguna*.

El foquismo vanguardista parte de un supuesto fatal: las masas están privadas de conciencia revolucionaria. O la tienen muy embrionariamente. La tarea de la guerrilla es la de la galvanización. Guevara, en su *Diario*, llega a exclamar que pocas veces sintió el poder "galvanizador" de la guerrilla como en uno de sus momentos en la selva boliviana. Galvanizar es *estimular*. Hay más sinónimos que clarifican el concepto: avivar, vivificar, excitar, espolear. Fue Régis Debray (el infaltable francesito de todos los avatares latinoamericanos, sobre el que luego recaerá la sospecha de haber traicionado al Che) el que buscó precisar (y lo consiguió) el concepto del *foco guerrillero*: "Primero, se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario. Un frente se hace en torno de algo *existente*, no solamente en torno de un programa de liberación. Es el 'pequeño motor' que pone en marcha el 'gran motor' de las masas y precipita la formación de un frente, en la ascensión de las victorias obtenidas por el pequeño motor" (Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, en revista *Lucha Armada*, Nº 1, p. 141). ¿Por qué el filósofo Debray considera que el foco es lo *existente*? ¿Las masas no han tenido acceso a la *existencia*? No, el foco, que es lo existente, debe darle existencia a las masas. Se pasa, así, del "pequeño motor" al "gran motor". Es notable la contradicción en que incurre la Orga montonera en este punto.

Durante años, en los '70, uno ya estaba harto de escuchar a combatientes de todo tipo hablar del pueblo "como valor de verdad". A combatientes del populismo peronista, desde luego. Todo se remitía al "pueblo peronista". Todo se hacía por "el pueblo peronista". Ese pueblo había elegido seguir a un líder, de aquí que se respetara tanto a ese líder y se aceptara su conducción. ¿Cómo entonces adherir a la teoría de la vanguardia? El pueblo, ¿es "valor de verdad" o es ajeno a ella? La razón, ¿reside *en* el pueblo o es exterior a él? ¿Es la vanguardia la que conoce "las leyes de la historia"? ¿Y si esa sabiduría residiera en el pueblo? Por su propia naturaleza, por su inserción en la materialidad más honda de la historia, ¿no es precisamente el pueblo el que conoce esas leyes? ¿No hay entonces que acercarse a él y escuchar atentamente, sin soberbia? Además, ¿cuáles son las leyes de la historia, dónde las aprendió la vanguardia, en los textos y no en la materialidad concreta que las masas habitan por su propia condición? ¿No cambian las leyes de la historia? ¿Es *científica* la historia? Otro dislate. En esa teoría del foco guerrillero como núcleo, como "pequeño motor", que desarrolla Debray late ya la experiencia erpiana del monte tucumano, que fue fácilmente destrozada por los eficaces matarifes del general Vilas primero y del general Bussi después. La derrota militar de la guerrilla argentina fue demasiado fácil para el Ejército. Militarmente se los comieron en unos pocos meses. De los dos lados se coincide en aumentar la peligrosidad de la guerrilla: el Ejército para mostrarse más heroico y continuar con la represión que el "peligro terrorista" le autorizaba. Y la guerrilla para no confesar la verdad: fue una lucha despareja, insensata. Y también para seguir con la ficción del Ejército Montonero arrojado a la heroica tarea de liberar a la patria. No, fue fácil y a esa facilidad le añadieron la masacre asesina, la masacre sin nombre, en los campos de concentración. Ahí, en ese infierno, coincidieron los guerrilleros del foquismo de Debray y Guevara con todos los sectores sociales (obreros, estudiantes, médicos, psicólogos, profesores, comisiones internas, periodistas, escritores, mujeres embarazadas, niños recién nacidos, etc.) que los militares, con la excusa de la lucha contra el terrorismo, decidieron atormentar y desaparecer.

LA TARDÍA AUTOCRÍTICA DE SANTUCHO

Pero si volvemos al análisis del concepto de *Tendencia Revolucionaria* veremos que sólo es posible negando el protagonismo de masas. Si se reemplaza la teoría del foco por la de la clase trabajadora como elemento *central* del Movimiento se pierde el protagonismo de la Tendencia Revolucionaria. ¿Formaba parte la clase trabajadora de la Tendencia Revolucionaria? ¿Alguien le hizo esta pregunta a ese riguroso teórico llamado Mario Eduardo Firmenich? ¿Alguien le hizo esta pregunta al fogoso Galimba? ¡Por favor! La Tendencia Revolucionaria se hizo para jugar al paternalismo con la clase trabajadora y para centrar la revolución en la Jotapé y su "organización hegemónica", Montoneros. Ya vamos a analizar por qué Montoneros (que no habrán sido 12 tipos en su inicio –mito que se corresponde con "los doce" de la Revolución Cubana–, pero no habrán ido más allá de los 70 que, juntando figuritas de todos lados, enumera Lucas Lanusse en su libro sobre "el mito de los doce fundadores") se adueña de la juventud peronista. Pero sea cual fuere el motivo, que lo logra, lo logra. A partir de mediados del '72 no hay cuadro de la Jotapé que no nombre a la venerable y tumultuosa confluencia de jóvenes de la mejor clase media de nuestra historia como "la juventud peronista, cuya organización hegemónica es Montoneros". Miguel Hurst –y yo lo puedo decir– y muchos otros militantes ya tenían las bolas llenas con eso de la "organización hegemónica de la Jotapé". Era un dislate. Era (ya) el delirio de la Orga. El delirio de disputarle la conducción a Perón. O la juventud peronista formaba parte de un movimiento de masas cuya conducción (y, por consiguiente, su hegemonía) era encarnada por Perón, a quien esperaban *todos* los argentinos que fueron a ezeiza, cerca de *dos millones*. Y que no eran *todos* Montoneros, ni por joda. O era la "tendencia" de una parte de ese movimiento. Una "tendencia", para colmo, "revolucionaria". ¿Y qué eran los demás sectores del movimiento, burócratas, conciliadores, dialoguistas, traidores, conservadores? Ahí ya empieza el *error montonero*. Decir "tendencia revolucionaria" era decir "alternativismo". Decir "alternativismo" era estar fuera del movimiento. Estar "fuera del movimiento" era estar fuera de la conducción de Perón. Al estar "fuera" de esa conducción cabían dos posibilidades: a) plantearle a Perón compartir la conducción. Delirio total: ¿por qué pretender compartir la conducción de un movimiento al que no se pertenece?; b) Irse. Abandonar la conducción de Perón y abandonar el movimiento de masas. Esto, al menos, el ERP lo tenía claro. Ni Perón ni el peronismo. Lo único que no tenía claro –o la única contradicción que fingía no ver– era *de qué "pueblo" se consideraba "ejército"*. Porque "el pueblo" –para mal o para bien– era peronista. Pero "el pueblo" –para la guerrilla foquista– es una construcción a futuro. La vanguardia hace la revolución y luego se la entrega al pueblo: la hizo para él. Por eso se autodenominaba "su" ejército, algo de lo que el pueblo no tenía noticias porque el ERP no hacía trabajo territorial. Trabajo de masas. Firmenich y Santucho no tenían muchas diferencias. (No hablo de su condición de personas morales.) Firmenich creía poder "meter" la revolución en el peronismo. Santucho la iba a hacer "afuera" porque (y esto lo veía bien) el peronismo y las masas peronistas jamás serían marxistas y revolucionarias. También Firmenich creía esto pero no lo decía. Para él, a partir de la posibilidad de ganar el aparato del Estado y "heredar" al enfermo Perón, la tarea revolucionaria fue generar una organización de vanguardia, apoyada por la movilización de la juventud y algunos sectores populares (más ligados a los que el sindicalismo peronista no había organizado aún, es decir: villeros sobre todo y algunos venerables cuadros históricos como Framini, Sebastián Borro o Armando Cabo), que lograra adueñarse de ese "Estado" y ponerlo al servicio de la creación de poder de la Orga. Todo esto se le hizo rápidamente añicos. Perón, según vimos, les había sacado la escalera y jamás se las volvería a dar. Por el contrario, con un empeño acaso obsesivo y hasta siniestro, se encargaría de organizar el aparato clandestino que los destruyera. (*Nota:* Uno sabe cuándo escribe cosas que no van a gustarle a nadie. Pero no escribimos para "gustar". No contamos un relato que tenga buenos y malos. Que haya terminado bien. Sabemos que hay gente en este país que aún cree en Firmenich, que lo quiere, que se enoja cuando se lo cuestiona. Ni hablar de Perón. Sé que Osvaldo Bayer –con esa contundencia que lo hace imprescindible– ha pedido al justicialismo, durante estos días, que haga la autocrítica por los crímenes de la Triple A y la participación de Perón en ellos. Mientras Perón vivía fue que la organización terrorista se armó ante sus ojos y cometió muchos de sus crímenes. Esto no hay cómo negarlo. Ya llegaremos a su detallado análisis. Es el relato de una tragedia. La lucha –no de la verdad contra la verdad ni de lo justo contra lo justo– del Error contra el Error, de la Muerte contra la Muerte. Era imposible no equivocarse. *No había lugar en la política argentina que no estuviera conquistado por el error y por la muerte.* Cuando, a fines de 1973, muchos decimos "entre Firmenich y Perón hay que elegir a Perón" –los motivos eran innumerables– también nos deslizamos al Error. Elegir "a Perón" era elegir a López Rega, a Villar, a Navarro, a la Triple A. Cuando muere Perón se produce un reflujo de masas decisivo. Ya en el acto del 1º de mayo de 1974 –aunque Montoneros diga lo contrario– no hay "pueblo", hay "militantes", que son, desde luego, parte del pueblo, pero que son esa parte que acepta ver la historia como lucha de fracciones letales, sanguinarias. Cuando aparecen *los fierros* el pueblo se va. *Al menos, sin duda alguna, el pueblo peronista*. Habría que analizar otros casos. El caso vietnamita, por ejemplo, en el que la población campesina colabora con el Vietcong. La Revolución Cubana, tal vez. (Que fue una total "excepcionalidad histórica" y no la "vanguardia" de la revolución latinoamericana como pretendía el Che.) Pero –a partir de 1974– el pueblo de Gaspar Campos, el de la cancha de Independiente, el pueblo de la plaza del 25, el alegre pueblo argentino que fue a Ezeiza, emprende el éxodo hacia la seguridad. Las masas se apartan, se contraen, se vuelven sobre sí. Es el "reflujo de masas" del que hablará Walsh, tarde. Es, también, el "reflujo" del que habla Santucho en su autocrítica de julio de 1976: "Los primeros días de julio, el buró político del PRT lo escuchó decir, por primera vez en cinco años: *–Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado. Por lo tanto debemos desmilitarizar la política, replegar al partido en los centros obreros y disolver la Compañía del Monte hasta que un nuevo auge del movimiento popular, aproximadamente dentro de un año, o un año y medio, nos permita reemplazarla"* (María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1997, p. 282. La frase también es citada por Pilar Calveiro en *Poder y desaparición* y proviene de *Entrevista con Luis Mattini*, Buenos Aires, 1987/1988). Sin embargo, muchos militantes habían visualizado la inevitable derrota antes que el jefe. Cierto día del mes de marzo de 1975, en una simple reunión de militantes de superficie que analizaban, entre el miedo y el desencanto o la confusión absoluta, la coyuntura política de un país en que se mataba sin ningún reparo a cualquiera, una mujer de treinta o treinta y cinco años rompe a llorar sorprendiendo a todos. Se calma y sólo dice: "Sé que al ERP le agarraron un *correo*. Es el fin". También el 20 de ese mes de marzo el gobierno emprende el ataque a Villa Constitución, donde una clase obrera no peronista, marginada de las conducciones burocráticas de la UOM y la CGT, declara una huelga a la que de inmediato se califica de "subversiva". Pero esa joven mujer –la que dijo: "Es el fin"– sólo necesitó conocer ese dato ("le agarraron un *correo* al ERP") para advertir que el Monstruo había penetrado muy hondamente ya y que la derrota estaba golpeando la puerta.



¿QUÉ SON? ¿SON NAZIS ESTOS MILICOS?

De todas formas, Santucho no se privó de su gran operación guerrillera, "la más grande desde el asalto al Moncada": el ataque al Batallón 601 de Arsenales Domingo Viejobueno en Monte Chingolo. Mueren cerca de 160 seres humanos, entre guerrilleros y habitantes de la villa miseria cercana al batallón, que aprovecha la volteada y se la saca de encima. Periodistas extranjeros ven cerca de setenta personas detenidas contra un enorme galpón. Los obligan a irse. Oyen estruendos de ametralladoras. Regresan: no queda nadie. Miguel, por primera vez alarmado, me pregunta: "¿Quiénes son estos milicos? ¿Son nazis?". Eso, ¿quiénes eran esos milicos? La voz que se corre –días antes del golpe– es: "Rájense todos. No saben lo que se viene. Esto no lo vimos nunca". Si la autocrítica de Santucho es de julio del '76 es –aunque saludable como un legado de cierta racionalidad en medio de una derrota laboriosamente conquistada– demasiado tardía. Ojalá hubiera visto lo que vio esa mujer en el aprisionamiento de ese *correo*, ojalá hubiera visto antes la inevitabilidad de la derrota y no sacrificara más vidas ni le diera a Videla en bandeja el detonante del golpe. Eso fue Monte Chingolo. Estos son apuntes anticipados. Volveremos sobre ellos. La pregunta fundamental que guía nuestra investigación podría formularse así: *¿Qué sirvió para posibilitar la masacre y qué sirvió o habría servido para evitarla o atenuarla?* Porque todo esto tiene desemboque, una convergencia imposible ya de adjetivar: el 24 de marzo de 1976. Lo que sirvió para que ese genocidio se realizara fue malo. Lo que no sirvió o lo que habría podido impedirlo o estrecharlo, mitigarlo, fue bueno. Es posible que lleguemos a la peor de las conclusiones: *Todo lo que sucedió, sucedió para que ocurriera.* Pero esto sería creer que estaba inserto en una lógica catastrófica de la historia que no podía torcerse. Habrá que seguir pensando. El "Proceso" se propone el fin de la Argentina peronista (mucho más allá del mero fin de la "subversión"). Fue el peronismo el que emprendió esa tarea: con Celestino Rodrigo en la economía y López Rega al frente de los escuadrones de la muerte. Pero, ¿cómo permitir que el culpable se castigue a sí mismo? Se lo dejó aniquilarse en medio de su delirio criminal y luego se le cortó la cabeza. Y se decidió "reorganizar" el país para siempre. Martínez de Hoz fue Rodrigo. Videla, un López Rega aún más brutal. Las tres armas (como dice bien Rodolfo Walsh) la Triple A y la patria agraria unida a la financiera los beneficiarios de la orgía de sangre.

SUCESOS DE LA PRIMAVERA CAMPORISTA

Alguna vez leí esta frase: "Los hechos se precipitaban, como suele leerse en las malas novelas". No sé si esa frase alcanza para tornar mala una novela, pero el escritor que la hace suya debe saber que está demasiado gastada como para que juegue a favor de la calidad de su escritura. Como sea, a partir del 11 de marzo... los hechos se precipitaron. Todos discutían, hacían planes de gobierno, qué había y qué no había que hacer. En un programa de TV hay una mesa y a ella están sentados varios opinólogos, a los que no se les decía así entonces. De pronto alguien entra caminando, con categórica, ilimitada cara de orto. O sea, el tipo no estaba ya sentado a la mesa del debate. No, entra por las suyas, casi sorpresivamente. Se acerca a uno con pinta de académico que está diciendo algo sobre la necesariedad de que el país decida sus políticas a partir de sí mismo, que no las reciba de afuera, sobre todo de Estados Unidos. Se nota que tiene algo o bastante de "zurdo". El que acaba de entrar (sin cambiar su cara ortesca u ortiásica) le dice: "¿Usted es otro de los que quiere venderle ideología a Perón?". El "zurdo" lo mira sorprendido, no sabe qué decir. Se nota que no tiene habitualidad televisiva, en tanto su agresor la derrocha. "Ahora –sigue el cara de orto– resulta que todo el mundo le quiere regalar ideología a Perón. Como si Perón no la tuviera. Como si nunca la hubiera tenido. Como si necesitara que cualquiera, sobre todo si no llegó a los veinticinco años, le diera instrucciones sobre cómo es el país, el mundo y lo que hay que hacer." Era Bernardo Neustadt. Si mal no recuerdo, la mesa la presidía Mirtha Legrand. Bernardo agarra una silla, la aparta de la mesa y se sienta. "Perón tiene su propia ideología. Él la creó. Es la ideología del peronismo a la que el pueblo adhiere. Estoy harto de que vengan advenedizos a pasarle un plumero como si se tratara de un mueble viejo." Uno no lo podía creer: Neustadt hacía su entrada en el peronismo ¡como depurador ideológico! Ahora era el guardián de la pureza ideológica del Movimiento. Al rato le preguntan por quién votó el 11 de marzo. Hace un silencio dramático. Y luego –sin abandonar un aire de trascendencia histórica– dice: "Luego de pensarlo largamente toda la noche del 10, el 11 de marzo voté por el Frejuli". Se había montado al peronismo. Pero también había elegido certeramente desde dónde hacerlo: desde la derecha, desde el lugar que le permitiera frenar el avance de los "zurdos" y sus "ideologías extrañas". El lopezreguismo todavía no existía pero Neustadt ya estaba ahí, lo había olfateado. Qué tipo miserable. Pocos tipos han sido tan mentirosos, oportunistas, fascistas y delatores en nuestra historia. A pocos, además, se les notó tanto en la cara. La maldad lo afeaba año tras año. Cada día se parecía más al sapo que utilizaría la revista *Humor* para dibujarlo. Grondona siempre fue un carilindo. No obstante, durante estos días, su decadencia va tomando la forma de un diablejo envejecido, teñido o con peluquín, de un ente infernal que ya no asusta como siempre lo hiciera, de un vampiro con artrosis, de capa raída, de colmillos amarillentos y con caries profundas, con ulceraciones. Gelblung se traga las palabras o las emite mal, su voz ya es sólo una carraspera constante, que le permite la expresión de la guaranguería, la chispa del borrachín, jamás la lucidez, la inteligencia, de las que cada día se aleja más. Pero ninguno como Neustadt. Los otros dos acaso fueron más peligrosos. Grondona con su estilete largo y fino. Gelblung con sus mandobles temibles, que podían abarcar a cualquiera, segar vidas con sólo publicar fotografías en ese órgano del Estado criminal que dirigió entre 1976 y 1983. Neustadt era la frontalidad. Era el mal sin veladuras. El mal en carne viva. Era payasesco y era súbitamente temible, acosador, vengativo. Durante el gobierno de Cámpora y luego el de Perón se acomodaron sin problemas. Gelblung hasta se pasó de rosca y luego tuvo que pedir perdón. Ahí está esa joya de periodismo-cloaca que es *Gente se equivocó*.

Todos iban de un lado a otro. Todos se preparaban. Se organizaban. La Jotapé convoca a los mejores investigadores del país y se crean los Equipos Político-Técnicos. Regresa al país el eminente científico Rolando García y se pone a disposición de los científicos de la juventud y de Perón. A García parecieran habérselo apropiado los alfonsinistas. Porque dicen que volvió al país "con el retorno de la democracia" y se refieren a 1983. Oigan, no sean tan bajos. Rolando García, en efecto, regresó al país con el regreso de la democracia. Pero la democracia no regresó sólo con Alfonsín. Antes había regresado con Cámpora. He leído algunas cosas y hasta pareciera que el mismo García quiere olvidar ese retorno. Tal vez lo considere indigno. Vea, lo lamento, doctor García. Usted volvió al país. Viajó a Madrid. Se entrevistó con Perón. Volvió a Buenos Aires y se puso a trabajar con los Equipos Político-Técnicos. En 1969, en el Centro Editor de América Latina, Oscar Varsavsky había publicado su libro *Ciencia, política y cientificismo*. Era un signo de la época. Se acabó el paraíso artificial de la ciencia. Ahora tenía que ver con la política. García había huido con la Noche de los Bastones Largos, de la que luego diría que fue apenas "un episodio policial" comparada con el Proceso. Y si quiso pasar de científico perseguido por Onganía a hombre de la democracia alfonsinista pues se salteó su etapa camporista. Ahí se sumó a quienes comprometían la ciencia con los avatares del país, como Varsavsky y los Equipo Político-Técnicos. Ahí se encontró con el notable Héctor Abrales, ingeniero que militaba en esos equipos. Quiero decir: el regreso de Rolando García al país se festejó mucho entre los cuadros técnicos de la juventud peronista. Fue una bienvenida adquisición para la causa de una ciencia comprometida con el destino trascendente del país. En esa "primavera camporista" todos tenían que ir más allá de sí mismos. Yo me sentía algo incómodo. Trabajaba con mi hermano mayor en nuestra fábrica de cables eléctricos. Esto me permitía andar a cada rato por Munro, almorzar en sus cantinas, en sus bodegones, hablar con los obreros. Viajar por todo el país. Luego tenía que leer y mucho. Después dar clases y dar charlas donde se me requiriera. También (y casi nada) estar en las reuniones de Consejo de Redacción de *Envido* y escribir largos artículos para la revista. También (créase o no: y esto era algo que nos imponía Arturo Armada, que no quería que la revista fuera a playa sino que la repartiéramos nosotros en la Capital, cosa que le mereció ser tachado de "trotskista", cosa que no le hizo cambiar de idea) tenía que cargarme con un montón de revistas y caminarme Callao de punta a rabo (o sea, iba "rodando por Callao" como la luna de "Balada para un loco") y entregarles ejemplares a los kiosqueros más accesibles. No lo hice muchas veces, era demasiado. Pero faltaba algo. Algo que Horacio González hacía desde que lo conocí. Me faltaba "un barrio atrás". Era una frase clave de la época.

Todos teníamos que tener "un barrio atrás". Militar en un barrio. Yo siempre había vivido satisfecho con lo que hacía por la *liberación nacional y social de la patria*, pero no bien estalla la primavera camporista siento que me falta eso. Me falta "un barrio atrás". Me reúno con Héctor Abrales en su casa de la calle Las Heras, muy cerca del *Blasón*, que estaba en Pueyrredón y Las Heras y ya no está más. La vida de uno se puede narrar por los lugares de Buenos Aires en que estuvo. Al principio de la carrera, ahí, en el *Blasón*, le dije a una muy linda piba, compañera de Española II, creo, una frase que me había preparado para los levantes intelectuales: "Nosotros somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras". Casi se muere. El *verso* es un arte que ha ido muriendo, que las minas ya no conocen porque los boludos de los tipos que andan hoy en día por la ciudad apenas si hablan castellano. Bueno, en esa época, con una buena frase te levantabas la mejor de las minas. A mí, las frases me sobraban. Con el *verso* era imbatible. El problema residía en que después, en los hechos (a una cuadra y media del *Blasón* había un hotel llamado –creo recordarlo bien– *Tourvillon*), uno tenía que mantener el nivel de excelencia que había desplegado con las palabras. Y esto podía pesarle a uno. Porque a medida que llegaba a la esquina, doblaba a la izquierda y se acercaba al lugar en que se desarrollaría la batalla final, el momento de la verdad, se decía: "¿Cómo mierda hago para llevar a esta mina a un orgasmo equivalente a la frase que le dije? ¿Qué tengo que hacer para conseguir algo similar a 'Somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras'? ¿Y si 'el compañero' se asusta ante semejante desafío y no llega al altísimo nivel al que mi maldito logos lo ha condenado?". Bueno, esto sólo era para decir que Abrales vivía a media cuadra del *Blasón* y yo lo fui a ver porque necesitaba "un barrio atrás". Estaba comiendo. Abrales era el Turco Abrales. También era el Gordo Abrales. Parecía un príncipe de *Las mil y una noches*, ese libro del que Borges se afanó tantas cosas. Comía huevos fritos, papas fritas, bife de chorizo, mojaba el pan en el juguito, bebía vino tinto de un pingüino (que, a no dudarlo, tenía en su interior un formidable vino de Mendoza) y hablaba sin parar. Su mujer lo atendía con mucho amor. Era muy linda, inteligente. "Bueno, Josecito, ¿qué mierda querés?" Le voy a explicar pero él sigue hablando. "Ah, necesitamos algo de vos. Es para los Equipos Político-Técnicos. Necesitamos citas del Viejo." "Hay miles de citas del Viejo." "No, boludo. No es tan simple. Si no, no te lo pediría a vos. Necesitamos que nos hagas una selección de citas del Viejo. Pero de las que respalden nuestra línea." "O sea, no pongo: 'Se verá que no somos enemigos del capital sino sus verdaderos amigos'." Se ríe con su enorme bocaza y se sirve vino. Me ofrece algo pero le digo que no, que a esa hora no tomo vino. "No, huevón. Eso dejáselo a los gorilas. Buscate frases duras y frases sobre la Ciencia. Nos armás una buena cantidad y sacamos un librito. ¿Sabés que hay unos pibes que editaron tus artículos y se reúnen para estudiarlos?" No sé qué cara habré puesto pero –otra vez– se caga de risa. "¡Mirá la cara de orgasmo que pusiste, ególatra de mierda! Sos de lo que no hay. Bueno, ¿nos hacés el librito?" "Sí, frases duras y frases sobre la Ciencia. Ahora escuchame, te quiero consultar algo." "Dale." "Necesito un barrio atrás." "¿Vos? ¿Estás en pedo? Hacenos el librito y punto. Ese es tu 'barrio atrás'." "No, Gordo, en serio. Hoy si no tenés un barrio atrás nadie te toma en serio. Sos un descolgado. Un intelectual de mierda. No servís para nada." Aparta el enorme plato y pide el postre. "Mirá, Josecito." (El Gordo es mayor que yo. Me lleva como siete años. Es un veterano. De aquí que me diga "Josecito". A mí nunca me disgustó que me dijeran así. Me embola que me digan "Juan Pablo".) "Mirá, Josecito –dice y dice algo muy importante–, ahora hay que esperar que asuma Cámpora. Pero sobre todo hay que esperar que vuelva Perón. Yo estoy bien adentro del Movimiento. Es un despelote. Se sacan los ojos. Haceme caso. Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos. Entonces vemos. Si todavía querés tu 'barrio atrás' lo vas a tener." Pueden creerme: eso dijo el Gordo Abrales. "Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos." Perón venía a meter orden en el Movimiento. A imponer su conducción. Todo habría de tener un rumbo unitario desde su regreso: el que el líder señalara. Todos o casi todos creían eso. Algo más: la palabra "huevón" es chilena pero también mendocina. Tanto "huevón" como "huevada". Yo las aprendí del Gordo, que era mendocino. Lo del "librito" con "la línea de ellos" muestra cómo se trabajaba. Todos podían tener "su" librito de Perón. Todos podían confeccionar uno que expresara "su" línea. Perón había largado frases para todas las líneas. "Tener un barrio atrás" era, de mi parte, una actitud –diría, tal vez, Heidegger– por completo inauténtica. Quería "un barrio atrás" porque era "lo que había que hacer". No habría durado mucho en "mi" barrio. No tenía el temperamento de Horacio González, que, él sí, trabajaba en Flores. Tampoco hoy podría hacer lo que Horacio hace. Y "sos de lo que no hay" no sé si todavía se dice, pero se usaba mucho en esa época. Yo solía responder: "¿Qué es lo que no hay?". Pocos días después tenía listo el "librito" con las citas del Viejo. Lo llamo al Gordo. "Ya está, Gordo. Pero creo que necesita un Prólogo." "¿Y lo escribís vos?" "¿Y quién querés que lo escriba? ¿Perón?" "Bueno, dale." "Va a ser un Prólogo teórico, eh." Aceptó. El Prólogo que escribí formó, después, parte de *El peronismo y la primacía de la política* y también de *Estudios sobre el peronismo*, que es el mismo libro pero con un pudoroso limado de los excesos de la época. Es el que editó Legasa en 1983. Ese libro –yo era demasiado ingenuo: ignoraba los poderes que la socialdemocracia antiperonista conquistaría en la academia, a la que no pude volver por cuestiones que desarrollé en dos novelas: *La astucia de la razón* y *La crítica de las armas*– determinaría mi aniquilación como escritor de ficciones en la carrera de Letras. Mis dos primeras novelas –muy valoradas como expresiones alternativas o críticas del poder militar y escritas y publicadas en el país– se evaporaron a partir de 1984. A joderse por obstinado peronacho que insiste en publicar (¡en 1983, cuando era la hora de Sebreli y *Los deseos imaginarios del peronismo* y del *Club Socialista* y su poder en la academia!) un viejo libro de 1974 –con trabajos escritos desde 1972– en plena "primavera alfonsinista". Pero ese Prólogo expresa buena parte del espíritu del camporismo. También niega las negras interpretaciones que se han hecho sobre la juventud peronista y la Universidad. Mi pasó por la Universidad del '73 fue de intenso trabajo. También el de otros profesores como Portantiero, Eggers Lan y el vertiginoso Horacio González de Ciencias Económicas, que daba clase en la playa de estacionamiento. Si transcribo el Prólogo es porque creo que hoy puede ser muy útil a los que busquen salir de una concepción secamente academicista de la ciencia. Es el siguiente: "Durante muchos años, en nuestro país, se intentó separar la Ciencia de la Política. Fue una de las tantas maniobras del neocolonialismo. Apareció así un tipo especial de científico que unió su imagen a la del laboratorio cerrado y la Razón atemporal. Alejados de la realidad social y política de nuestro país, estos hombres vivieron condenados a generar verdades cuya utilización final caía en manos que ellos desconocían por vocación y por convicción. Pues el técnico, al carecer de un adecuado marco ideológico-político que le permita orientar su práctica, termina siempre por aceptar con pasividad el papel que la sociedad dependiente le impone. Su idolatría por la Ciencia, por el conocimiento objetivo, riguroso y verificable (valores todos que la cultura neocolonial se ha esmerado en inculcarle), lo conduce siempre a separar su práctica científica del mundo, para él, turbulento y engañoso de la historia. Atrincherado en su laboratorio, considerará que su misión en la vida es producir verdades objetivas y verificables, y dejar en manos de otros especialistas (los hombres de Estado o de Empresa) la utilización social y política de esas verdades. No jura por Dios ni por la Patria, sólo lo hace por la neutralidad de la Ciencia. Su pasión por los datos verificables, su trato cotidiano por las cosas, lo determinan a trasladar esos valores al orden social, al cual, necesariamente, termina por cosificar. Y ésta es su mayor tragedia. Porque no lo olvidemos: *las cosas, en sí mismas, son siempre reaccionarias desde que no expresan sino el orden establecido*. La acción política, que es la organización de la voluntad popular, es un acto de pura trascendencia, que niega y supera el orden establecido en función de valores siempre crecientes de justicia social. El hombre de Ciencia advertirá, de este modo, que sus valores más preciados, la neutralidad de su Ciencia y la objetividad y pureza de su Saber no son sino manifestaciones de una realidad trágica y total: la dependencia argentina en el campo del Saber, en el campo de la Ciencia. Es necesario, entonces, desmitificar esa entelequia de la neutralidad de la Ciencia, y demostrar que un técnico, en un país periférico-dependiente, no metropolitano, sólo puede asegurarse la honesta utilización de sus esfuerzos como investigador si une su Ciencia con los proyectos, las conquistas y las necesidades político-sociales de su pueblo. *Porque la ciencia no es neutra: o sus objetivos son marcados por los intereses de la nación o son instrumentados por el neocolonialismo para nuestro dominio*".

No éramos vándalos de las SA que habíamos tomado "por asalto" la Universidad. Eso lo decía *Cabildo*, y qué otra cosa podía decir. Renegábamos de la "isla democrática" de los '60. El estudiantado vivía en un paraíso artificial. La policía entraba en todos lados. Era hora de que entrara en la Universidad. Se acabó la "isla democrática". Somos parte del país de la dictadura. La "Noche de los Bastones Largos" (macartista y aberrante) arroja a los estudiantes a una situación de igualdad con los pobres, con la clase obrera. No hay privilegios para los pibes de clase media que se dan el lujo de estudiar. Aquí, el estudiantado se politiza. Basta, no somos privilegiados, nos cagan a palos como a todos. Nos meten canas en las aulas. Ahí es donde surge la frase de Alcira Argumedo: "Hizo más Onganía por la nacionalización del estudiantado que 50 años de Reforma". Se entiende: no lo hizo de bueno, no lo hizo a propósito. Lo hizo de bruto, de represor macartista, ultracatólico, cursillista y devoto de la Virgen María. Consiguió lo contrario: "Basta, compañeros. Se acabó la 'isla democrática'. La cana entra en las Universidades como entra en las villas, en los sindicatos, en los partidos de izquierda, donde se le cante. ¿Por qué milagro habríamos de salvarnos nosotros? Somos parte de este pueblo y tenemos que seguir su suerte. Así nacen las Cátedras Nacionales. Ahora, en la primavera camporista, estamos preparando una Universidad unida al pueblo. Como lo estuvo en el Cordobazo". A mediados de enero de 1973 se le presentan dos documentos a Cámpora. Uno empieza así: "La Universidad Argentina ha servido siempre a los intereses de la oligarquía y el imperialismo como instrumento de 'colonización cultural'. Esto se manifiesta en su estructura organizativa y en los objetivos y métodos de la enseñanza que imparte" (ADUP, Agrupación Docente Universitaria Peronista, *Envido*, Nº 8, marzo de 1973, pp. 60/62). *Insistamos:* "La 'entrada a palos' de la Revolución Argentina significó introducir la realidad del país en la 'isla democrática'. El estudiante comienza a vislumbrar que fuera de los muros universitarios existe un Pueblo que venía siendo proscripto, hambreado, reprimido, torturado, etc., desde 1955. En 1969 y en los años sucesivos, en las calles de Córdoba, Rosario y el resto del país, el estudiantado comienza a unirse al Pueblo en las barricadas, *comienza a reconocer una historia que desde mucho antes venía construyendo la clase obrera.* Así va asumiendo en las calles las luchas del pueblo trabajador, y contrariamente a los objetivos del 'onganiato' comienza a ver al pueblo de carne y hueso y su expresión política: el Peronismo" (*Documento conjunto de la Juventud Universitaria Peronista*, abril de 1973. Reunión del 9 de abril).

ORGANIZACIONES PARTICIPANTES:

Mar del Plata

J.P 17 de Octubre

La Plata

Federación de Agrupaciones "Eva Perón"

FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional. En la que militaba un muy joven Néstor Kirchner)

Y siguen innumerables agrupaciones. Son de Capital Federal, Rosario, Santa Fe, Entre Ríos, Chaco, Corrientes, Misiones, Córdoba, Bahía Blanca.

LA "OTRA" AUTOCRÍTICA DEL ERP

Entre tanto, el ERP (que no tenía estas preocupaciones) asesina al contraalmirante Hermes Quijada. Lo hace el ERP 22 de agosto, que se supone un desprendimiento "populista" de las fuerzas de Santucho. Fue una calamidad. Faltaban 25 días para la entrega del gobierno por parte de los militares. Pero el ERP desdeñaba hasta tal punto la política que no le importaban las coyunturas históricas. Hermes Quijada, acusado de mentor de la masacre de Trelew y, para colmo, el que dio la grotesca explicación por la tele a la ciudadanía, tenía que ser boleta. No importaba si esto ponía en peligro la entrega del gobierno. Todo era lo mismo. La ultraizquierda no tiene matices. Todo es el "régimen". Tanto Lanusse como Cámpora. La JP eran unos cuantos burguesitos seducidos por un líder bonapartista. La democracia, mierda. En medio de un París convulsionado al máximo, con policías que retrocedían, con estudiantes que incendiaban todo, Santucho les dijo a los jefes de la rebelión: "A ustedes les falta un mayor nivel de violencia". Claro: el Mayo del '68 no mató a nadie ni tuvo una víctima para llorar. ¿Qué era eso para Santucho que de un plumazo liquidaba a Hermes Quijada a días de las elecciones? Después hará la autocrítica. ¡Tan tardía tu autocrítica, Robi! Tan inservible. Un gran amigo mío –un militante del ERP que arriesgó siempre el pellejo– se cagó de risa cuando se enteró de la autocrítica de Santucho. Y en medio de una ironía, de una autocrítica lacerante que le arrancaba lágrimas de dolor, de impotencia, de derrota, escribió la que, para él, debió ser la verdadera "autocrítica" del ERP. Antes, repasemos un fragmento, al menos, de la de Santucho: *"Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado"*. Yo vivía todavía en el barrio de Colegiales. Plena dictadura. Estábamos en la cocina. El erpio se llamaba Aníbal, y no digo más. Ahora hace artesanías, va a esas plazas donde se juntan todos esos locos entrañables, indefensos, que vienen de vuelta de cosas terribles o no vienen de nada ni van hacia nada. Esa tarde –en la cocina de mi casa– yo había hecho café y lo tomábamos con cognac. De pronto, Aníbal dice: "¿Querés que te diga mi autocrítica del ERP?" "Me muero por oírla." "Escuchá: *Primero*) Nos equivocamos en la política de masas. Nunca tuvimos una; *Segundo*) Nos equivocamos en la evaluación de las fuerzas enemigas. Creímos que no existían; *Tercero*) Nos equivocamos en no acompañar el reflujo de masas. Tanta poca bola les habíamos dado que ni sospechábamos a dónde mierda se habían ido. Desolados, nos preguntábamos: '¿Dónde se reflujiaron?'".

No dudo que esto habrá de dolerle a más de uno. A mí también me duele. Pero es así: es la historia. De todos modos me atrevo a formular algo. Para mí, ni Santucho ni Firmenich. Pero si me obligaran a elegir: Santucho.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La primavera camporista (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

78 **La primavera camporista (II)**

Suplemento especial de
Página|12

LÓPEZ REGA: EL GUITARRISTA MALO DE GARDEL

Supongo que recuerdan la entrevista que la conducción de Montoneros –Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía– tuvo con Perón en abril de 1973, en Madrid. Ésa en que Perón les cuenta la anécdota del ingenuo Samuelito y su cruel papá, que le saca la escalera y le dice que no confíe en nadie, ni en él mismo. Los montos salen a los jardines de la residencia de Puerta de Hierro, algo atribulados, y se dirigen a la salida. Tratan de develar el sentido (no tan oculto) del cuentito del Viejo. Parecía que la jornada de cuentos premonitorios habría concluido. Pero no. *"Siempre es posible poner una piedra sobre la colina de las desgracias"*, supo escribir Louis Aragon, si es que lo cito bien. (Por las dudas siempre se puede consultar la *Antología de la poesía surrealista* de Aldo Pellegrini, venerable libro que todos los veteranos y no tanto hemos leído.) Esa piedra fue para los montos la presencia del pequeño, servicial, movedizo secretario privado del general, López Rega. Nadie –a esa altura– lo consideraba todavía algo más que un bufón. Un Eusebio del general, como el Eusebio de Rosas. Lopecito los invita a tomar unos tragos en un hotel cercano a la Quinta 17 de Octubre, el Hotel Real. Se sientan, López ordena los tragos y –sin mayores dilaciones– empieza a contarles un cuento. Porque él también tiene uno. Se titula *El guitarrista malo de Gardel*. El cuento es buenísimo y merecería que una buena pluma lo tomase y lo desarrollara adecuadamente. Gardel –como se ve en todos sus films– tiene dos guitarristas. Según el cuento (y aquí radica todo) los dos guitarristas, pese a ser "los de Gardel", condición que los iguala, no son iguales entre sí. Tienen una diferencia terrible: uno es bueno; el otro, malo. Gardel emprende la gira que lo llevará a Medellín y –para reducir costos– deja en Buenos Aires al guitarrista malo y se lleva al bueno. Imaginen la furia, la decepción y hasta la deshonra del guitarrista malo. Les habrá deseado la peor de las suertes. Tanto, que se le dio. Gardel y su guitarrista bueno se carbonizan en el aeropuerto de Medellín. (No creo que el cuento-metáfora incluyera el gran chiste negro sobre la muerte de Gardel, de modo que vamos a recordarlo. Digo recordarlo porque es conocido. Igual el tema de las "últimas frases" de los hombres célebres nos reclamará de tanto en tanto. ¿Cuáles fueron las de Gardel, las últimas frases del Zorzal Criollo? "¡Se incerrrrrdia!".) El guitarrista malo se entera de la noticia y decide sacarle jugo a la situación. Se presenta en todas partes bajo el título de "El guitarrista de Gardel". Se gana fácilmente la vida. Algo, en él, ve siempre el público del ídolo carbonizado. Reconoce algunos pasajes. Algunos giros. Con eso le alcanza. Con recibir, apenas, un eco del gran hombre que –cualquiera lo sabe– permanecerá intacto en la memoria de la patria, pero jamás volverá de la tumba, pues le gustaba cuidar su pinta y no querrá mostrarle a su público lo fulero que la desgracia lo dejó. Estas últimas consideraciones –algo lindantes con el humor negro y en las que suele abundar el autor de estas líneas– no pertenecen a López Rega. Lopecito sólo les contó el cuento. Pero les entregó la explicitación de la metáfora. Confiesa Perdía: "Remató la anécdota diciendo que ése era su futuro. Que el General sería presidente y que a su muerte lo sucedería Isabel. Ese sería su momento, porque ejercería el poder a través de Isabel, que era su discípula. Como aquel 'guitarrista malo' suplantaría sus deficiencias con el título de 'Secretario de Perón'. Nosotros no asignamos ni a esas ni a otras anécdotas e ideas más significación que a sueños de un delirante. Con el tiempo comprendimos cómo nos habíamos equivocado" (Perdía, *ob. cit.*, p. 145).

Todavía están en el Hotel Real. Supongamos que beben unos martinis. Que el clima no es tenso, pero un poco estéril. Como si los montos se dijeran "qué hacemos aquí, perdiendo el tiempo con este patético pelotudo que nos viene con ese cuento idiota del guitarrista malo de Gardel, justamente a nosotros que venimos de una larga entrevista con el General". De pronto sucede algo inusitado. Como Perdía no le otorga el peso que merece me permito narrarlo yo. López Rega seguramente ha de pedir otro martini. Busca crear una pausa entre el cuento del guitarrista malo y lo que ahora va a decir. Se inclina sobre la mesa, como si buscara crear un clima secreto, un círculo de complotados. Sólo él lo hace. Los montoneros se quedan como estaban. Pero él baja la voz. Todo indica que intenta señalar la gravedad de lo que va a decir, que no es para todos, que nadie puede ni remotamente escucharlo, que sólo puede ser verbalizado en voz muy tenue, conspirativa. Por fin, dice:

–Tenemos serios problemas en el país.

Se detiene. Mira, a cada uno de sus interlocutores, a los ojos. Ninguno dice nada. Quedan a la espera. Algo más interesados ahora, o mucho.

–La izquierda.

–La izquierda –repite mecánicamente Firmenich.

–Sí –dice López–. Nos vamos a tener que enfrentar a una izquierda muy poderosa que querrá tomar el poder.

Los tres montoneros se miran entre sí. ¿Están oyendo bien? ¿Eso está diciendo López Rega? ¿A ellos? Lopecito no se detiene:

–Pero no nos van a agarrar desprevenidos. ¿Saben qué hay que hacer?

–No, pero sin duda usted nos lo va a decir –dice Firmenich, que ha asumido el diálogo marciano que tiene lugar.

–Tenemos que construir grupos operativos de tipo clandestino. Ellos también actúan así. Por eso tenemos que hacerles lo mismo: la guerra clandestina.

–No cuente con nosotros para eso –dice *seriamente* Perdía–. Creemos que es un disparate. Lo rechazamos por completo.

"Eso que nos pareció un disparate (escribe Perdía), y como tal lo rechazamos, luego se convirtió en trágica realidad, a la que otros prestaron su concurso y al final, nosotros fuimos sus principales víctimas" (Perdía, *ob. cit.*, p. 145. También tomado por Galasso en *Perón*, ed. cit. Volumen II, p. 1172).

¿Estaban todos locos? ¿Cómo tomar en serio ese diálogo? Lo del guitarrista malo de Gardel es una joya. Un cuento-metáfora por medio del que López amenaza a los jóvenes revolucionarios y les dice que él se va a quedar con todo el poder, como si ignorara que los montos ya le pedían al General compartir la conducción. ¡Raro que el hombre pensara en serio que la dejarían en sus manos a su muerte! Era poner demasiadas cartas sobre la mesa. La amenaza de Perón era una cosa: "Muchachos, el Padre soy yo y cuando se me cante les saco la escalera". Pero ya que Lopecito les diga que lo del guitarrista malo de Gardel es poco creíble. En fin, supongamos que fue así. No olvidemos que estos materiales provienen del libro de Roberto Perdía. Pero, que López les diga a los montos que se dispone a organizar "grupos operativos de tipo clandestino" para combatir a la izquierda ¡que son ellos! es un disparate insostenible. O López estaba loco. O Perdía miente. O todos habían tomado demasiadas copas en el Hotel Real.

Si Perdía no miente sólo restaba matarlo ahí mismo. Decirle: "Oiga, usted delira, ¿cómo nos dice eso a nosotros, idiota? Nosotros somos la izquierda. A nosotros se propone matar usted con sus grupos clandestinos. Si nos lo dice en la cara es o porque no lo va a hacer o porque nos quiere amenazar o porque está loco. Si no lo va a hacer, ¿para qué nos lo dice? Si nos quiere amenazar, no vemos con qué fuerzas lo hace. Y si está loco, al General no le sirve de nada. De modo que ahora se viene con nosotros y no se preocupe por el General. Mañana nosotros le informamos que se busque un nuevo secretario. Que usted se atragantó heroicamente con una aceituna. O chocó con una bala que por simple casualidad venía en dirección contraria a la suya. ¿Cuál prefiere?"

Satiricón era una revista muy leída por la clase media progre, inteligente, que buscaba un humor no convencional. En su tapa de mayo publica un dibujo que presenta a Perón como el sol de la mañana, un sol que sale para iluminar a la Casa de Gobierno y al país todo. El título de tapa es: *El sol del 25 viene asomando*. Nunca había pasado ni pasará algo como eso. Salvador Allende caminaba por los salones de la Casa Rosada. Se acerca al balcón. Mira a la muchedumbre. Saluda a quienes lo reconocen. Un periodista le pregunta qué opina del nuevo gobierno argentino. "Pues que le aguarda un gran futuro –dice don Salvador–. No sólo por los hombres que lo componen sino por toda esa muchedumbre que lo apoya." Y hace un amplio gesto que abarca toda la plaza. Cuánta tristeza, dolor. No recuerdo dónde vi ese reportaje a Allende. Por ahí en algún televisor de alguna vidriera. O porque no había salido aún para Plaza de Mayo. Allende se veía solemne. Parecía seguro de sus palabras. Pero no ignoraría los peligros que asechaban por todas partes, de aquí y de allá de la cordillera. En la CIA, el general Haig, hacía rato que había dicho de él: "Hay que terminarlo. No podemos tolerar otro Castro en América Latina". Luego, en un documental sobre Kissinger, lo dijo todavía más expresivamente: "¿Otro Castro? ¡Come on!" O sea: "No me jodan. Nos engañaron una vez. Dos, no. Nunca". Cuando don Salvador dice que a Cámpora le aguarda un gran futuro, lo dice porque ve a esa muchedumbre en la plaza, a él le quedan menos de cuatro meses de gobierno y de vida. Y a Cámpora menos de cincuenta días en la Casa Rosada. No podía ser. América Latina no habría de ser tomada por el marxismo. Porque hay que aclarar algo y aclararlo muy bien. Dentro del esquema de la Guerra Fría las fronteras exteriores de los países eran custodiadas por Estados Unidos. Pero adentro la tarea era de los ejércitos nacionales. *La guerra de Argelia no había sido una guerra colonial*. Fue un grave error creerlo así. Para los *paras* franceses se trató de una *guerra revolucionaria*. Se luchó contra el marxismo. Era *el mundo occidental* que luchaba contra la agresión soviética. Así eran educados los generales de los países de la periferia. Se trataba –como bien lo van a explicitar los militares de la Doctrina de la Seguridad Nacional– nada menos que de la Tercera Guerra Mundial. La misma tenía la característica de desarrollarse en países que no eran parte territorial de los dos bloques hegemónicos de esa guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética. Eran países marginales. En ellos buscaba infiltrarse el enemigo "rojo". Por elecciones, por el populismo, por el intervencionismo de Estado, por el keynesianismo distributivo. *Hoy sucede lo mismo*. Todos los países que no colaboran abiertamente con la Guerra al Terror de Estados Unidos *están contra él*. Si rechazan el ALCA, la CIA los considera "populistas" pero –hoy, en los archivos del Pentágono– *populismo es terrorismo*. El Mercosur –al debilitar el poder de Estados Unidos– fortalece al terrorismo. La unidad entre países poco dóciles –por ejemplo: Bolivia, Chávez, Correa, Cristina Fernández– no se considera como el acercamiento de populismos distribucionistas. No hay nada que sea eso. Todo alejamiento del mercado libre norteamericano, del Estado no intervencionista, de la libertad incondicional de las empresas, de los acreedores, del Fondo Monetario, de los buenos negocios de las corporaciones, toda hegemonía de la política por sobre la economía, toda injerencia en la propiedad (lo que intentó, mal o bien, Cristina K en 2088 y casi le cuesta el puesto), toda agresión al "republicanismo", a la "libertad" de esa prensa que está en manos de la derecha, farfullar contra la Escuela de Chicago, contra el Consenso de Washington, imponer ideologías contra-mercadistas, agredir a las elites, a sus formadores de opinión, que serán sagrados, intocables, porque serán la voz de los grandes valores del mundo libre, todo eso será pro-terrorista. Y la regla central de nuestro tiempo es la Guerra contra el Terror. En los '70, con la misma virulencia, lo era la Guerra Fría, contrainsurgente. O sea, la juventud peronista peleaba contra la maquinaria bélica de Occidente. *Muertos, antes que rojos*. No era una tarea de la que fuera consciente por completo. Menos sus militantes. ¿O por qué no postular lo contrario? Eran más conscientes los militantes que las conducciones. No luchaban contra la "camarilla militar". ¡La "camarilla militar"! Qué espejismo. ¿Sólo contra eso se luchaba? ¿Contra Lanusse y los mil afiliados del Partido Militar, como había dicho Ortega Peña en Nueva Chicago? No: *se peleaba contra el poder militar nacional y contra todo el poder militar del mundo libre*. Para el "imperialismo", nosotros no éramos un pueblo en lucha por la liberación nacional y social de la patria. Eramos una formación nacional del diabólico marxismo expansivo y soviético que luchaba contra el poder del mundo occidental y cristiano. Nuestros enemigos eran el poderoso Ejército Argentino más todas las potencias del Occidente Cristiano dispuestas a defender los valores de la democracia contra el enemigo soviético. ¡Y nosotros creíamos diferenciarnos porque hablábamos de los dos imperialismos y la tercera posición! No estábamos con ninguno. Esto nos llevaba a la ilusión de permanecer ajenos a la lucha de los dos imperialismos. No: estábamos en el centro de esa lucha. O nos enrolábamos con Occidente o éramos sucios comunistas del trapo rojo aunque gritáramos "ni yankis ni marxistas". O aunque nos puteáramos con los zurdos desde la condición nacional y popular. Alexander Haig se reía de lo "nacional y popular". Era otro disfraz del comunismo internacional. Y Perón, el mismo indeseable de siempre. En suma, todo era más terrible de lo que osábamos imaginar... o averiguar. Ya vamos a estudiar la composición y adoctrinamiento del Ejército Argentino. Era claro –clarísimo– que no bien se pusieran en serio contra la guerrilla la aniquilarían rápidamente. Y que la masacrarían lentamente, con torturas inexpresables, como los matarifes de Argelia, sus grandes instructores.

"MUCHACHOS, NO ME PINTEN LOS TANQUES"

Volvemos a la Plaza del 25. Fue la apoteosis de la ilusión. Pero también del desborde. Se jugaba con fuego. Se confiaba demasiado en el triunfo. Se creaban rencores ilevantables. Se humilló exageradamente a los militares. ¿Era necesario? Es al pedo discutir si lo merecían o no. Pero, ¿qué se pensaba? ¿Que se iban a casa para siempre? ¿Que no se quedarían lamiendo esas heridas a la espera de la venganza? Sí, se sabe: se pensaba que se iban para siempre. Al ver al helicóptero (ese helicóptero sobre la Rosada es ya el símbolo de la *destitución* en la Argentina) tomando altura y alejándose de la Casa del poder, estalla el grito triunfal, la consigna de la victoria:

Se van/ se van
y nunca volverán

¡Tan poco tardaron en volver! ¡Y con qué furia asesina lo hicieron! Toda esta historia que narramos tiene miles de elementos fascinantes. Algunos son terriblemente tristes al verlos desde el futuro más cercano. Porque una ilusión puede morir en diez años o quince. Puede deshilacharse, ajarse. Un héroe que nos deslumbró puede decaer, hasta puede tornarse la caricatura de sí mismo. Pero en no menos de veinte años. O por ahí. La vida es una permanente decadencia. Miramos una foto nuestra de cinco o diez años atrás y ya sabemos hacia dónde vamos: cada vez somos parecidos a nuestro último rostro, a la exacta cara que tendremos al morir. Vemos el final dibujándose en cada arruga, en cada pliegue nuevo, a lo largo de los años. Pero gritar a los 20 o 25 años (pongamos este promedio de edad en los militantes de la juventud peronista), en una plaza desbordante de todo tipo de gente, una plaza que era la Argentina misma en uno de sus momentos de mayor felicidad, *se van/ se van/ y nunca volverán* y que esa esperanza se desteja primero en menos de 30 días (Ezeiza) y luego –entre fuego de metralla, muertos, avance de los peores monstruos imaginables– se haga trizas en un año y medio es un espectáculo inaudito. La Historia sabe ser cruel y castigar la soberbia. Los hechos suelen organizarse (no porque haya en ellos deliberación alguna) de modos tan sorprendentes que algo como la ilusión que alimentó la Plaza del 25 termine –para muchos– en la pesadilla de la ESMA y en una temporalidad que fue como un soplo, un vértigo paralizante, helado, que impidió siquiera tomar conciencia de él en tanto ocurría.

Los muchachos de la Jotapé se desbordaban a sí mismos. Habían asumido el control de la Plaza. Le habían pintado un nuevo nombre a la Rosada: *Casa Montonera*. Para muchos era un juego. Los muchachos se divertían. Porque la Plaza del 25 fue montonera. Hubo gente de todo tipo. No faltó un solo jetón. Fueron todas las parejas jóvenes de Buenos Aires y de varias provincias, fueron con sus niños, con sus cochecitos o cargándolos en sus brazos o espaldas. Fueron viejos peronistas. Fueron hombres y mujeres de toda clase. *Nadie tenía miedo. No podía pasar nada*. Los militares se iban. A ver si podemos dejar esto en claro: *No había hipótesis de conflicto*. Sólo existía la Tendencia Revolucionaria. Nadie pensaba en el C. de O. ni en la CNU. Tampoco en los sindicatos. Hacía muy poco que la UOM había creado a "los verdes" (brazalete verde): los muchachos cadeneros de la Juventud Sindical. Nadie los conocía. Acaso se llegó ese día a una suma improbable, a una cantidad imposible de personas, pero nadie que estuviera ahí habría podido negar esa cifra: un millón de seres humanos, todos alegres, todos inmersos en la fe del futuro, el futuro como una larga senda interminable, llana, sin socavones, sin banquinas peligrosas. Imposible imaginar que todos eran de la juventud peronista. Y esto es lo formidable de la jornada. Si la Jotapé llevó un 25 por ciento su papel se multiplicó. Eran los más activos y se sentían los héroes de la jornada. Pero la Plaza desbordaba de pibas con ponchos salteños, de pibes con largas patillas, con pantalones elefante, con poleras, de gente sencillamente feliz. Los milicos se fueron y –junto con la consigna del "nunca volverán"– se mezclaron puteadas de todo tipo. Muchos creían que en ese helicóptero iba Lanusse. No, Cano, empecinado, bravucón, pelotas de acero, dijo: "Yo aquí entré por la puerta y por la puerta voy a salir". Salió y se abrió paso entre gente que no lo quería. Se ligó sus puteadas y algún escupitajo. A nada le dio bola. Era más alto que todos y ese pelo plateado semejaba un casco. Entró en su auto y se fue.

Se había planeado un desfile para las 15.30. El general de infantería Manuel Haroldo Pomar, viejo conocido de los políticos justicialistas, se haría cargo de su realización. Impotente ante el desborde de la militancia, Pomar ni siquiera podía hacer avanzar sus tanques. Era un espectáculo inédito en la Argentina militar, católica, conservadora y reaccionaria en que nos habíamos criado. Los militantes se trepaban a los tanques. O les pintaban leyendas sin duda injuriosas para los milicos. No había un tanque que no estuviera pintado por completo. Las pintadas eran las más esperables, pero, por serlo, eran las más agresivas. Por ejemplo: "Vengaremos a los muertos de Trelew". O las siglas de la organizaciones armadas: Montoneros sobre todo. El ERP no asistió al festejo. Habrá considerado que esa reunión multiclasista, bonapartista, que ese festejo de conciliación de clases típicamente peronista burgués no respondía a la línea clasista y combativa que ellos impulsaban. Sin duda, andaban mezclados entre la gente, pero no levantaron banderas. Como fuere, "Perón" o "Viva Perón" no faltaba en ningún tanque. De pronto, el general Pomar se asoma desde el interior de uno y cruza su mirada con la de los invasores. Amablemente, dice:

–Muchachos, no me pinten más los tanques. Tenemos que desfilar. ¿Cómo vamos a desfilar así?

Vaya a saber qué le contestaron.

¿EN QUÉ TARRO MEA PERÓN?

Entre tanto, en Avenida de Mayo, pude ver la escena más impresionante de ese día. (De las que yo vi, al menos.) Un enorme frente de militantes de la juventud se enfrentaba con los cadetes de la marina. Pudo haber pasado cualquier cosa. Un desastre que arruinara todo, que mandara la gloriosa jornada al mismísimo demonio. Los cadetes (vestidos con muchos colores y gorros muy bonitos) tenían escopetas con bayonetas caladas. Se habían desplegado y ahora cubrían el frontón humano que había construido los Jotapé. Había un cadete por cada militante. Pero, entre ambos, una enorme diferencia: la mayoría de los jóvenes llevaba el torso desnudo. Los cadetes, todos bien vestidos ya casi apoyaban sus bayonetas en el pecho de sus oponentes. Mi recuerdo se fija en el jotapé que parecía comandar a los demás. Estaba en el medio de las fuerzas desplegadas. Torso desnudo, el sol fuerte sobre la frente, transpirado, toda la furia del mundo en la jeta y un coraje desmedido. Porque a la bayoneta del cadete que tenía frente a él le acercaba el pecho y no paraba de hablar. Ignoro si el cadete lo escuchaba ya que tenía cara de miedo. Por los movimientos de su cabeza era claro que el jotapé le decía: "Dale, atrevete. Clavámela". El cadete retrocedía. Y toda la fila con él. Hasta que se desbandaron. Aparecieron después montones de cuadros de la Jotapé con brazaletes y se encargaron de organizar el acto que siguió sin mayores sobresaltos.

Las principales consignas de la jornada fueron:

Juventud presente,
Perón, Perón o muerte

Que señalaba correctamente la acción dominante de la juventud peronista durante la jornada. No olvidar esto: el 25 de mayo fue la Plaza de la Jotapé. Fue una plaza popular, alegre, soleada, pero combativa. Fue la plaza de Cámpora y la de sus "sobrinos", los que lo habían llevado ahí, los que lo querían, lo sabían suyo, los que hasta eran capaces de pensar que era más leal a ellos que a Perón o igualmente leal a ambos. Pero si Cámpora quería crecer en política, si le empezaba a tomar el gustito a este asunto del Poder, de ser Presidente, de recibir a Allende y a Dorticós, de ser un líder revolucionario, un jefe de los pueblos del Tercer Mundo, si decidía, en fin, mandar a la mierda la obsecuencia y la lealtad nihilizadora al Padre Eterno, su única fuerza política era la juventud peronista. El Tío lo sabía. Los jóvenes también. Por eso voceaban la consigna:

Cámpora leal,
socialismo nacional

Pronto se vería que, para ser leal al socialismo (nacional), Cámpora debía optar por los jóvenes y enfrentar al Viejo castrador, al jodido Viejo que

llegó para destrozar todos los sueños de la Tendencia, que incluían la muerte política del Tío. ¿Se atrevería? ¿Intentaría algo? ¿Lograría el oscuro dentista de San Andrés de Giles ir más allá de sí mismo? ¿Cuántos hombres pueden algo así? Difícil, muy pocos. Más difícil aún para Cámpora que había definido su existencia bajo el signo de la lealtad a Perón. Ahora también quería ser leal a esos jóvenes a los que había empezado a querer. Su destino era el del *jamón del sandwich*. Pero, de ese sandwich tóxico, seguramente su parte más sana terminaría por ser el jamón. Cámpora fue la imagen del perejil de superficie. Del que creyó que se podían hacer las cosas sin grandes costos, sin sangre. Del que ni sospechó la torpeza y el desprecio por la vida de sus propios militantes que animó a la conducción de la Orga (sobre todo a partir del '74) y del que ni imaginó hasta dónde podía llegar el compromiso de Perón con la derecha del movimiento. Como sea, el discurso de la Plaza del 25 termina con la frase axial de Perón y del peronismo: *de casa al trabajo y del trabajo a casa*. Es imposible concebir una frase menos ligada a toda idea de movilización popular que ésa. Su antítesis, en gran medida, es *gobernar es movilizar*. Podría decirse que nosotros meábamos fuera del tarro. Es evidente. Pero no porque no conociéramos el tarro. Meábamos dentro de otro tarro, no afuera de ninguno. Sólo que nuestro tarro no era *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, sino *gobernar es movilizar*. En éste meábamos. Lo que proponíamos era un cambio de tarro. "Miren, compañeros peronistas, ya se ha meado bastante en el tarro que propone *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, ¿qué tal si se empieza a mear un poco en el que proponemos nosotros, *gobernar es movilizar*?" Pero el Viejo tenía demasiados problemas de próstata y no quería cambiar de tarro. Por sus convicciones de manipulador social y de apartar a los obreros de la combatividad militante y porque, en el remoto caso de querer cambiar de tarro, seguramente Lopecito lo habría convencido de que no llegaría nunca al nuevo y, en el trayecto, se mearía encima.

Otras consignas de la Plaza del 25 fueron:

Montoneros, FAR y FAP
en la guerra popular

Los peronistas joda, joda, joda
y los gorilas llora, llora, llora

Dame una mano
dame la otra
dame un gorila
que lo hago pelota

El "tono infantil" de esta última (basada en un juego de la niñez y practicado sobre todo por niñas) pareciera negar la dureza de la Jotapé y tal vez lo haga. Pero, ¿no eran acaso "niños terribles"? ¿No estaban en rebelión contra todo lo que habían recibido de sus padres, contra el entero mundo que les habían legado? Nacidos casi todos en hogares gorilas, no había uno cuyo padre no hubiera sido un terrible antiperonista con el que había tenido que discutir fieramente su opción por el "tirano prófugo". Para muchos, esa "opción" determinó el raje del hogar paterno. El cambio de un padre por otro. Además, la familia del nuevo padre era enorme, fascinante, peligrosa, rebelde, joven. De modo que la consigna no quedaría tan infantil si le diéramos su verdadero, oculto significado:

Dame una mano
dame la otra
dame a mi viejo
que lo hago pelota

Reconozco que he cedido a las tentaciones de un pocket-Freud bastante berreta. Pero no retiro la interpretación. Funciona bien. Los jóvenes –es un lugar común y, aunque común, verdadero– son siempre rebeldes. Si el James Dean de *Rebelde sin causa* hubiera nacido en Buenos Aires para ser joven en los '70 habría sido militante de la Tendencia.

NUNCA VIVAS DONDE NO TE DEJAN VER A UNA MINA EN BOLAS

Sigamos. Otra consigna se había voceado durante toda la jornada: *Cámpora presidente/ libertad a los combatientes*. (*Nota:* Estas consignas pueden encontrarse en el muy buen libro de Ernesto Jauretche, que a cada coyuntura le adosa las que la acompañaron. El libro, pese a su título algo pendenciero –*No dejés que te la cuenten*–, está bien trabajado y trae testimonios muy valiosos. Corrigiendo: el título va más allá de lo meramente pendenciero. Es más rico que eso. Se presenta como la *única* verdad sobre la militancia de los '70. Los "otros", ésos, "te la cuentan". Nosotros no, dice Ernesto, te damos la precisa. La frase encierra un desdén por el lector: que no va a ser capaz de distinguir entre quien "se la cuenta" y quien no. Es cierto que se propone ser "popular", se trata de una frase de barrio, de base. "No dejés que te la cuenten, pibe. Escuchalo a Ernesto que se la sabe lunga." Pero por más lunga que se la sepa Ernesto, su versión será una más. Hasta por ahí sale un libro o un panfleto titulado: "No dejés que Jauretche te la cuente". Aquí, los que quedamos para contarla y los que todavía queremos encarar el riesgo de contarla, la contamos todos. Cada uno cuenta la suya. Algo de verdad sin duda habrá en cada versión. Pero son eso: versiones. Ninguna será la verdad absoluta como para afirmar que todos los demás "te la cuentan". Lo bueno del libro de Jauretche es que él cuenta poco porque les da la palabra a protagonistas relevantes de los hechos. Que también "te la cuentan". Porque, en esta vida, te la cuentan todos. Al final, uno tiene que elegir la que se va a contar a sí mismo. Acaso todas estas centenas de páginas no sean sino la forma en que yo me la cuento a mí mismo. Y no está mal que así sea. Lo único que pido es que todos lo reconozcamos. La verdad absoluta sólo Dios la tiene. Y Dios de peronismo no sabe un pomo. O porque no le interesa o porque renunció a entenderlo (sabia decisión) y se consagró a elucidar cuestiones menos complejas: si Él existe o no, por ejemplo. Además, recordemos, el *compromiso con el pueblo* de la juventud peronista era: "Primera ley vigente: libertad a los combatientes". Y seguía: "Los candidatos electos (recordamos este texto ahora) de la juventud peronista en los niveles nacional, provincial y municipal comprometen formalmente su acción ante el pueblo para el logro de los siguientes objetivos fundamentales: *Primero:* La investigación incondicional y sin discriminaciones de todos los compañeros presos políticos, gremiales y conexos" (*Envido*, Nº 9, mayo, 1973, p. 6). Entre los firmantes –que son varios– figuran algunos nombres que han continuado en la política argentina. Que, podría decirse, han llegado a ser presidentes de la República y acaso lo intentan todavía. Pues entre los diputados provinciales figura un tal Adolfo Rodríguez Saá, hombre que carga sobre sí el prestigio de ser descendiente del glorioso caudillo cuyano Juan Saá (¡al que Alberdi consideraba "¡el verdadero vencedor de Pavón"!), quien es derrotado –luego de valiente lucha– en la batalla de San Ignacio, el 1º de abril de 1867. (*Nota:* Las tropas de Buenos Aires estaban al mando del coronel Arredondo. Hay una calle que se llama así a dos cuadras de mi casa, ¿será en memoria de este carnicero? Siguiendo las órdenes de Mitre –*guerra de policía*– las tropas de Arredondo "se ensañaron con sus propios compatriotas y degollaron a muchos prisioneros rendidos" (Busaniche, *ob. cit.*, pp. 767/768). Como digo a menudo: Busaniche *no es* revisionista. Es un liberal. Pero es honesto.) Era el sistema del mariscal Bougeaud, que pronto veremos aplicar a los sicarios de Videla adiestrados por los Bougeaud del siglo XX: los paras de Argelia). De modo que el gobierno de Cámpora no tenía otro remedio que apurar la liberación de los prisioneros políticos. *Un acto perfectamente razonable y legítimo*. A ver si entendemos alguna vez estas cosas de nuestra historia y se dejan de oír en las radios de la tarde, en los taxis y en las peluquerías –al tratarse estos temas– las miserables idioteces de siempre. *Los presos políticos que liberó el gobierno de Cámpora eran prisioneros de siete años de gobiernos dictatoriales*. (Si contamos sólo los de la Revolución Argentina. Porque los gobiernos *inconstitucionales venían desde el 16 de septiembre de 1955*.) Los presos políticos de las dictaduras son indultados por la mayoría de los gobiernos democráticos que las suceden, si son honestos. Basta ya de mentiras, de bajezas: Cámpora no se equivocó. No se liberó "a los guerrilleros de todas las cárceles". No podemos saber –en primer lugar– si todos eran guerrilleros. Sin duda, no lo eran. Eran los hombres y mujeres que siete años de una dictadura militar había encerrado en las mazmorras del régimen. ¿Les gusta la frase, señores críticos profesionales del camporismo, legales constitucionales, defensores de la república, de las instituciones? ¿De qué hablan? ¿Qué república, qué instituciones, qué aparato de seguridad había puesto en las sentinas dictatoriales a enemigos políticos que hacían frente a un régimen ilegal, inconstitucional, a una república sin Parlamento, hueca de instituciones, con una policía sin controles judiciales, violenta? La democracia recién volvió al país por medio de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Y se intentó restaurar el 12 de octubre del mismo año con la fórmula Perón-Perón. Si se restauró, lo veremos. Pero el gobierno de Cámpora fue excepcionalmente democrático. No niego que fue doloroso para los miles y miles de argentinos fachos que crecen como hongos en esta tierra. Lo vieron como un desborde subversivo. Había llegado –por ahí: por mayo-junio del '73– al Aeroparque de Buenos Aires. Iba seguramente a Córdoba. Me detengo ante un kiosco de revistas. ¡Qué hermoso, nuevo, vital, saludable espectáculo! El kiosco desbordaba de revistas que habían sido prohibidas durante años, durante siglos. ¡Bravo, Cámpora, bravo! ¡Al fin uno veía una teta en un kiosco de revistas! Era una revolución. Ahí estaba *Playboy*. Ahí estaba *Playmate*. Ahí estaba *Penthouse*. Estaban los libros que nos habían prohibido leer. ¡Hasta uno que otro de Marx había! ¿Saben los argentinos de hoy que uno tenía que viajar a Montevideo para comprar libros de Marx y Engels durante la "dorada" década del '60? ¿Saben que –junto con el peronismo– se prohibía todo lo que oliera a marxismo? ¿Saben esto? Una vez volví de Montevideo. En el fondo de la valija tenía varios libros de Marx. Arriba había puesto unas ediciones de *La república*, *Las leyes* y el *Timeo*. El tipo de la Aduana de nuestro republicano país me hace abrir la valija. Mira los libros de Platón. "Estos son todos los libros que traje", le digo. "Bueno", dice el animal onganiesco. "Porque, ¡no crea que se puede entrar cualquier libro a este país!" Eso dijo el tarado, el lacayo fiel, porque está lleno de desgraciados como ése este país. Tipos que esperan que les den una orden sucia, lo suficientemente sucia como para que puedan cagar a los demás, tratarlos mal. Pasé con mi valija. ¡Me sentía un héroe porque había entrado al país una edición de *La ideología alemana*! Y ahora –en Aeroparque– miraba deslumbrado a una rubia de *Playboy*, con unas tetas espléndidas. Ella también me miraba. Me guiñó un ojo y dijo: "¿Viste? Al fin sos libre. La prueba soy yo. Nunca vivas donde no te dejen ver a una mina en bolas". Compré la revista, claro. Si esa noche –en el elegante Hotel Crillón al que siempre iba– me ofrecían algo, una linda call girl cordobesa o porteña. En fin, una buena puta, los mandaba al diablo. Tenía una cita secreta con una rubia de *Playboy* y con todas las que seguramente habría adentro en esa revista del pecado, esperándome. También había revistas políticas. Ya había aparecido el *Desca. Ahora es hora del pueblo. Militancia*. Si hasta *Gente* –con su repugnante oportunismo– tendría una foto de Galimberti. *Panorama*, ni lo duden. Bernetti mediante. Había ediciones del *Kamasutra*. Al fin descubríamos que había más opciones para coger que para votar. Y –de pronto– algo me arranca de mi ensueño. La voz impecable de un "ejecutivo". En esa fecha les decían así: "ejecutivos". Había una canción de María Elena Walsh: "Ay qué vivos/ son los ejecutivos/ qué vivos que son/ de su casa al avión/ del avión al sillón / siempre tienen razón/ porque tienen/ la sartén por el mango/ y el mago también". IDEA no se llamaba Idea Para el Desarrollo de Empresarios en la Argentina sino "de Ejecutivos en la Argentina". La voz –decía– de un ejecutivo me arrancó de mi encanto primaveral camporista. Era una voz sarcástica. Amenazante. Una voz que decía: "Esto ahora es así. Pero pronto se va a acabar". El tipo hizo: "¡Ja!". En serio, primero hizo así: "¡Ja!". Y después dijo: "¡Pornografía y subversión!". Estaba con un amigo. Uno como él. Se rieron. Les divertía la cosa. Como si fuera una joda momentánea que se mandaban "los zurdos" en una coyuntura favorable. Sólo eso. En seguida se fueron.

No compraron nada en el kiosco. Ni la rubia de *Playboy* los calentó un poco. Pocos meses después, bajo el gobierno de Perón, todas estas revistas, junto con otras más berretas que llevaban nombres como *Killing* y mostraban chicas de malos hábitos y pocas ropas fueron quemadas en un enorme basural. Un cura empuñaba en alto una cruz, maldiciéndolas. Esa foto siniestra, inquisitorial, me llenó de dudas. O me aclaró algunas. Perón también acababa de prohibir 500 libros. ¡Entre ellos algunos de Pepe Rosa! Recordé a mi rubia de *Playboy*. Eso que me había dicho: "Nunca vivas donde no te dejen ver una mina en bolas". Qué sabiduría esa mina. Sabía más de política que todos nosotros juntos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann-Germán Ferrari

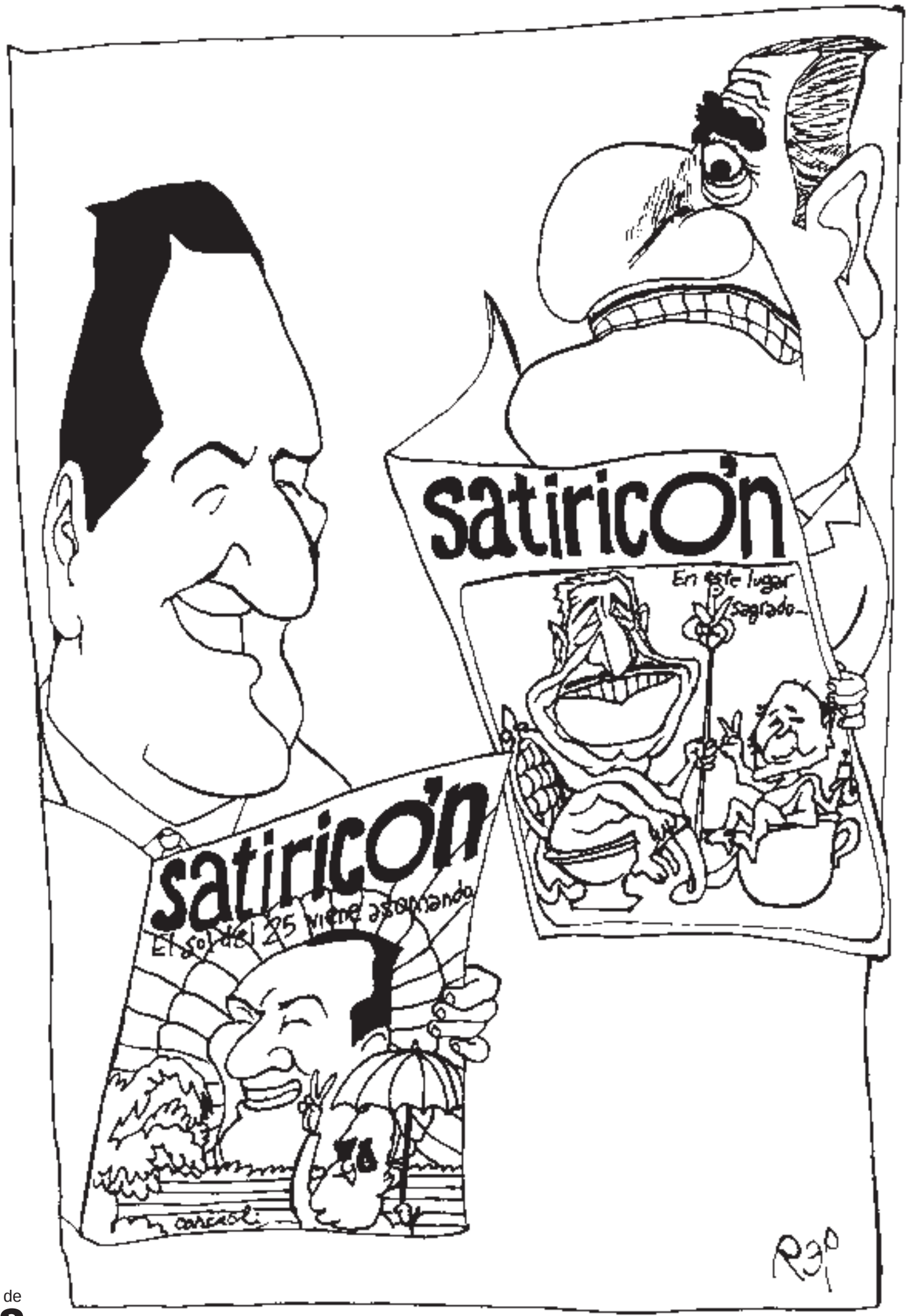
PRÓXIMO DOMINGO
La primavera camporista (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

79 **La primavera camporista (III)**



Suplemento especial de
Página|12

EL GENERAL SE DUERME

Empecemos con un flashback. Total, ya nos acostumbramos a ellos. La historia va, la historia quedó atrás, la historia sigue, pero ¿hay un atrás, un adelante, un presente perfecto, sólido? ¿Podemos decir este presente *es* el presente? No bien lo decimos ya no lo es. Volvemos a otro momento. Es febrero del súper-año 1973. Perón acaba de viajar a una clínica de Barcelona atendida por el doctor Puigvert, que le conoce las nanas. Esas nanas hundirán –en poco tiempo– al país en la catástrofe. Por ahora son todas tratables, curables y no impiden que el general se dé el lujo de pensar en el gobierno, en su tercer gobierno, en su uniforme de teniente general, en todos los honores que se le deben luego de tantas difamaciones, infamias. El doctor Puigvert, prolijamente, le extirpa unos pólipos obstinados que no sólo parecieran estorbar al hombre que debe retornar a la patria sino, sobre todo, a la patria misma, que tanto lo requiere. Perón regresa a Madrid, donde lo espera uno de los hombres por el que más estima profesa: el secretario general del Movimiento Nacional Justicialista, Juan Manuel Abal Medina. Le tengo mucha estima a Juan Abal padre. Creo que ya lo dije. Lo veo en su estudio de Córdoba y Carlos Pellegrini, un lugar exquisito que proviene de la herencia familiar. Juan Abal (p.) habla rápido, piensa rápido. Tiene una sonrisa invencible. En Coronel Díaz y Santa Fe, en el bar Tolón, me reúno –para juntar datos fehacientes para mi novela *Timote*– con un ex integrante de Montoneros, que lo conoce desde hace muchos años y también lo trató durante el exilio, y nos deslizamos, casi sin darnos cuenta, a la modalidad con que Juan Abal (p.) habla el idioma castellano. ¿Cómo decirlo? Habla como hablaría un cajetilla. Hoy, trabaja de abogado y divide sus tareas entre Argentina, México y probablemente otros países. ¿De dónde ha surgido esa modulación *clase alta* que no puede sino caer entre extraña o simpática en un tipo como él? No lo sé. Tampoco lo sabía el ex militante con el que hablé en la Tolón y que tantos buenos y generosos datos me diera. (Lo que revela que *Timote*, pese a su narrador conjetural y a mis desdenes por la verosimilitud, no ha sido ajena a un trabajo de investigación, sobre todo a ese que se realiza con personajes cercanos a los hechos y que tienen la gentileza –que siempre voy a agradecer– de haberlos compartido con uno, ya que a otros los han mandado a la mismísima, porque, sabiamente, les descubrieron la mala leche de los aventureros, de los explotadores de temas que no merecen, que no vivieron, que no entenderán nunca, que habrán de abordar desde los prejuicios y hasta desde el odio.) Pero fue él quien planteó el tema: "¿Viste cómo habla Juan Manuel?", preguntó de golpe. Sí, nos pareció divertido, porque –aunque pueda parecer que no– le cierra sin cortocircuitos a su imagen actual: la de un hombre de negocios internacionales. Ahora bien, el ex militante –que acumula datos de oro para mí– pregunta algo muy atinado: "¿Hablaría así cuando negociaba con Rucci?". Difícil. A Rucci no le habría caído bien y Juan Manuel (papá) trabó una relación valiosa con el capo de la CGT que utilizó –como todo lo que pudo– para mantener la paz dentro del movimiento. Estamos otra vez en Madrid. Perón viene de una operación y está bastante cansado. Frente a él, el joven doctor Juan Manuel Abal Medina le informa sobre la situación del movimiento, del régimen, de la militancia, de los partidos políticos, de las formaciones especiales, etc. De pronto, levanta la mirada y la clava en la cara del general. Perón dormía. "No lo podía creer", me dice. Está contra un gran ventanal que da sobre la avenida Córdoba. Serán las 18.30 de un día de ese mes de enero de 2009. Se queda pensativo. Está flaco, fibroso, el pelo blanco y tiene muchas pequeñas arrugas en la cara. "El general se había dormido. Yo le informaba cosas fundamentales, decisivas, que él tenía que saber, que tenía que saberlas para poder actuar, decidir, mandar, conducir. Y no: el general se duerme. Como un anciano en un geriátrico. Como un viejito cualquiera de cualquier clase, condición o jerarquía. Se duerme como..." Aprieta la boca. Otra vez se queda en silencio. "Como si no fuera Perón", aventuro. "¡Por supuesto!", dice. "Como si no fuera el general. ¿Cómo se va a dormir el general? ¿Qué va a ser del país si él se duerme?" Juan Abal (padre) jamás le dice Perón a Perón. Siempre: "El general". Se nota que le quedó el modismo del trato frecuente que tuvo con él. Y también porque probablemente no pueda decirle de otro modo. Me cuenta luego algunas cosas que ya ha dicho en algunos medios públicos (ver: Galasso, *ob. cit.*, p. 1161). Que ese desgaste entregó al "general" a las manos de López Rega, quien, al ya poseer a Isabel, poseía ahora todo el poder en Puerta de Hierro. A mayor decadencia física del "general" mayor aumento del poder de Lopecito. Esta punta "existencial" habrá de ser muy utilizada para explicar-comprender-justificar las constantes cesiones de poder que Perón lleva a cabo con López Rega. Sólo en él pareciera confiar. ¿Así habrá que estudiar esta tragedia? ¿Con los secretos herméticos, esotéricos, de puertas cerradas entre ese anciano, ese mujer ínfima y de mala fibra y ese brujo inextricable, que salió de la nada para quedarse con todo?

LOS "ENTES CALIFICADORES" CONTRA LAS TETAS

Ahora volvemos a la plaza del 25. El discurso de Cámpora dedica –no es sólo el único– un apasionado homenaje a la juventud y, de paso, justifica su violencia: "Y en los momentos decisivos, una juventud maravillosa, supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con la decisión y el coraje de las grandes epopeyas nacionales, a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante.

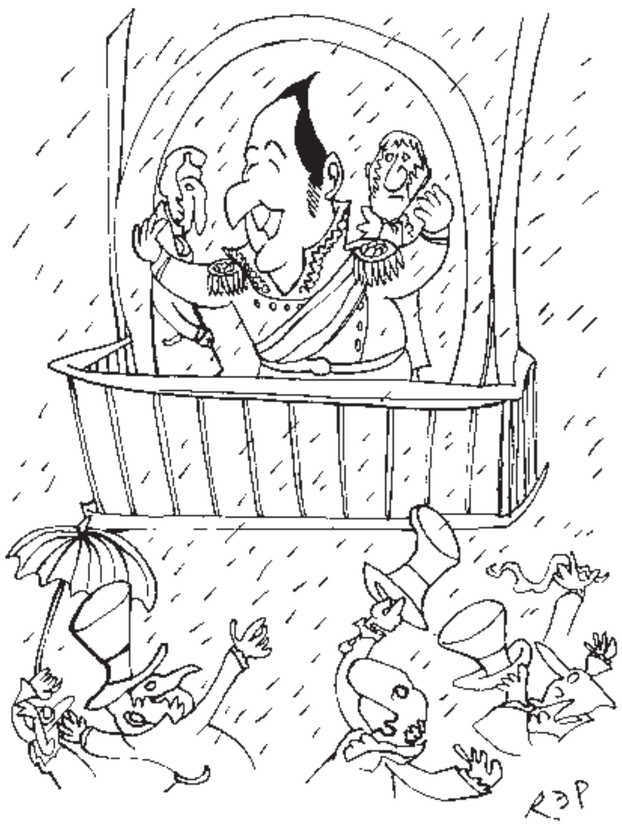
"Por eso, la sangre que fue derramada, los agravios que se hicieron a la carne y al espíritu, el escarnio de que fueron objeto los justos no serán negociados" (Cfr.: Bonasso, *ob. cit.*, p. 624). Se trataba ahora del momento fundamental de liberar a los combatientes. Había dos consignas que estaban en pie: *Ni un día de gobierno peronista con presos políticos* y *Cámpora presidente/ libertad a los combatientes*. Los radicales apoyaban. Casi toda la clase política lo hacía. "Troccoli le aseguró (a Righi, J.P.F.) que los radicales le darían luz verde, 'No te preocupes –le dijo el jefe de la bancada radical–, vamos a generar un país cero kilómetro" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 618). La frase de Tróccoli recogía el espíritu del momento: empezar de nuevo, dar una oportunidad a los que habían elegido la violencia para combatir dictaduras ilegítimas, represivas, inconstitucionales. Una nueva oportunidad para todos. Ahora había que dejar las armas y empezar a trabajar en paz por la democracia del país. Se tenía a favor un formidable apoyo de masas y el regreso de un líder al que esas masas adherían; hasta, incluso, amaban. Porque era a él, a Perón, a quien esperaban los pobres. Todavía latían en ellos los versos humildes de Zoila Laguna: "¡Perón!/ Y asunto arreglao". No iba a ser tan sencillo esta vez.

Cámpora –en el Congreso– tuvo momentos brillantes. No sólo se limitó a elogiar a la juventud maravillosa. También supo enumerar todas las desgracias del país en esos años de obstinada ilegalidad. Dijo (con una dicción perfecta, esmerada, con unos dientes brillantes e ineludibles, porque el Tío tenía los dientes que merece tener un buen dentista): "La Argentina se ha convertido en un campo de saqueo de los intereses extranjeros. Mientras avanzan la concentración de la riqueza, la desnacionalización de la economía y el endeudamiento, *la participación de los asalariados en el ingreso nacional disminuía drásticamente*. Se pasó progresivamente a una situación de desempleo. El 22 por ciento de la población carece de vivienda. La mortalidad infantil es cuatro veces superior a la de los países desarrollados. Más de 200.000 niños no tienen acceso a la escuela, y el índice de deserción supera el 50 por ciento en el ciclo primario (...), el 57 por ciento en la enseñanza media y alrededor del 70 por ciento en la Universidad. Hemos perdido nuestra ubicación entre las naciones más avanzadas y ricas del mundo para asistir al progreso de otras. En 1950, tomando como indicador la renta per cápita, la Argentina ocupaba el decimoquinto lugar y en 1969 habíamos retrocedido al vigesimosexto. Es que en realidad *el régimen se ha sustentado sobre la degradación material y cultural de nuestro pueblo. El régimen jugó todas sus cartas.* Cuando pudo proscribir, proscribió. Cuando pudo anular las elecciones, las anuló. Cuando pudo impedirlas, las impidió. *Esta es la verdadera y única razón de la violencia de los argentinos*" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 626. Todas las cursivas me pertenecen.) ¿Qué dirá la derecha cuando lee un texto tan *verdadero*? Nada. Ante todo: ¿quién lo dice? Un lacayo de un general degradado. Un hombre que ya era un pelele de la subversión. Bueno, lo que quieran. Pero, ¿tiene o no tiene razón? ¿Es o no cierto lo que dice? ¿Qué dirán los que hablan de los dos demonios? La violencia argentina tiene un solo demonio: el que se inicia el día del bombardeo de 1955, se consolida el 16 de septiembre de 1955 y dicta su *Constitución* al dictar el Decreto 4161 por el cual se instituye la Argentina proscriptiva, la democracia ilegal, el país amordazado, la censura, la prohibición de los libros sin los cuales no podíamos pensar, la tortura, los tipos como el censor Ramiro de la Fuente, los "Entes Calificadores" formados por señoras idiotas de la Acción Católica, por sacerdotes y por críticos pedantes y de mala memoria como Jaime Potenze, las elites soberbias, los intelectuales "progresistas" como Sabato, los cavernícolas satíricos como Borges, la revista *Sur*, el macartismo de Victoria Ocampo, la estúpida vanidad de proclamar a Buenos Aires como la ciudad que descubrió a Bergman y a la vez éramos la imbécil ciudad que cortaba a tijeretazos inquisitoriales los films del genio sueco. *El silencio* se estrenó y la prohibieron... ¡para menores de 21 años! De *La fuente de la doncella* cortaron la escena de la violación. Y no eran sólo los censores, no. Eran también los críticos. No digo los maestros como Calki o Tomás Eloy o Alsina Thevenet. ¡Todos los demás! Veían pornografía por todas partes. ¡Carajo, qué asco fue vivir bajo ese país! Todo era habitado por la enfermedad. Tenían el alma podrida y veían podredumbre en todas partes. El pueblo era podredumbre. Lo intelectual era sospechoso: contrabandeaba podredumbre. Como Bergman, Malle, Chabrol, Truffaut. En *Disparen sobre el pianista*, hermosa peli de Truffaut, hay una escena en que una francesa hermosa de comienzos de los '60 –Michelle Merciér– hace un strip-tease, se mete en la cama de Aznavour y, juguetona, le muestra su cuerpo, una obra de arte, una cumbre del erotismo. Tiempo después volví a verla: ¡la habían matado a Michelle Merciér! La habían hecho desaparecer. Fue en las películas donde empezaron a desaparecer los cuerpos. O de donde también desaparecían. Las tijeras de los censores trizaban el cuerpo de la Merciér. Después, los carniceros del Proceso trozaban los cuerpos de "las delincuentes subversivas". Una vez, el actor Cacho Espíndola me dijo: "¿La conocés a Fulana? Bueno, tenía una hermanita que militaba en un barrio. Una piba. Ni veinte años tendría. La cortaron en pedazos y se la entregaron así". Si imagino al enfermo que –en la soledad de un cuarto fotográfico, a oscuras– analizó, tijera en mano, cada fotograma de la peli de Truffaut y, cuando la vio a Michelle, la cortó en pedazos, pienso inevitablemente en el carnicero del espacio concentracionario que descuartizó a la hermanita de la amiga de Cacho Espíndola. Todo es uno. Donde empiezan a cortar películas pronto empiezan a matar gente. *Esa fue la violencia*. Tiene razón Cámpora. Si tuvieran alguna decencia lo admitirían. Cito otra vez a Cámpora: "Es que en realidad *el régimen se ha sustentado sobre la degradación material y cultural de nuestro pueblo. El régimen jugó todas sus cartas.* Cuando pudo proscribir, proscribió. Cuando pudo anular las elecciones, las anuló. Cuando pudo impedirlas, las impidió. *Esta es la verdadera y única razón de la violencia de los argentinos*". No dejemos pasar esta precisión que hace el presidente electo: "La degradación material y cultural de nuestro pueblo". Un joven como yo lo era –y todos los que estudiaban filosofía durante esos años y leían y veían las películas de los grandes cineastas europeos– éramos sometidos a una degradación cultural. Supongo que no es arduo imaginar lo que siente un joven al advertir que no puede ver un film o que lo ve mutilado porque un grupo de enfermos católicos reaccionarios –viejas de mierda y viejos impotentes o fascistas chupacirios, almas puras que van a rezar el rosario muy temprano los domingos o algún hijo de un general o un profesor de algún colegio religioso– se lo impiden, deciden que no, que nadie puede ver eso, porque eso es obsceno, ofende al tradicional estilo de vida argentino, occidental y cristiano. ¿Qué siente? Impotencia y furia. ¿Qué sale de esto? ¿Qué sale de vivir años entre la impotencia y la furia?

Lo que haya salido duró poco. Desde el 25 de mayo de 1973 hasta el 13 de julio. *La primavera camporista duró exactamente 49 días.*

EL "DEVOTAZO"

El *Devotazo* sucede al caer la tarde. Hacia la cárcel convergen cerca de 40.000 militantes. Hay una presión sobre la decisión legislativa. Si bien nadie duda de su cumplimiento la urgencia es mucha y la de los presos aún mayor.



Nadie quiere esperar. "También (escribe Bonasso) hizo su aparición un nuevo actor, que había estado ausente de los festejos 'bonapartistas' de la plaza mayor: el Ejército Revolucionario del Pueblo; el ERP sin aditamentos. Y, junto a los 'erpios', una constelación de pequeños partidos de izquierda, 'chinos' y 'trotskistas', varios de cuyos integrantes soñaban con tomar la Bastilla para pasar, después de la revolución 'democrático-burguesa', al asalto del Palacio de Invierno" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 643. Todo este pasaje de la plaza del 25, la asunción de Cámpora y el Devotazo está muy bien narrado por Bonasso en *El presidente que no fue*. Algo que nos lleva a reiterar una pena y una petición. Es una lástima, Miguel, que no estés escribiendo. No ya la novela sobre el Conde de Montecristo –de la que con tanto entusiasmo me hablaste siempre– porque se te adelantaron Pablo Echarri y los suyos. Pero cualquier cosa que se te ocurra. Lo que sea, será bueno. Pocos tienen tu talento para escribir y ver la política. El libro sobre la ESMA y el del Tío Cámpora son imprescindibles. Alguien que estuvo en todos los lados en que estuviste, que sabe pensar la política, que sabe escribir con agilidad y no lo hace porque se deja ganar una vez más por la pasión política... ése debés ser vos, sin duda. No tengo derecho a reprocharte nada. Pero el reproche es un reconocimiento. ¿A cuántos pensás que les pido que escriban? ¿A cuántos se les puede pedir? O sea, no jodamos: te pido algo que no le pido casi a nadie. Al contrario, lo frecuente es que diga: "Flaco, o vos no naciste para la literatura o la literatura no nació para vos. Pero entre ustedes hay un desencuentro insoluble". Me pregunto si –en lugar de seguir poniendo toda la carne en el asador de la política, ¡y qué asador es ése!– no sería acaso más útil que plasmaras un par de libros más, que volvieras a **Página** donde se te extraña, que te sentaras frente a la compu, Miguel, como el escritor que sos. Por ahí estás ahora en medio de un gran proyecto político, no sé. Pero mirá: tendrá que ser *muy* bueno. De lo contrario, a casa y a escribir. Hacen falta los tipos inteligentes. Los que tienen argumentos. Los que saben polemizar. Los que saben crear. Y también: los que tienen tu sentido del humor. Un liberal que vos y yo conocemos (flor de tipo) me dijo una vez que te dijo: "Fulano me mataría a mí. Menganito te mataría a vos. Pero ni yo te mataría a vos ni vos me matarías a mí. Tenemos demasiado sentido del humor". Bueno, Miguel, dale que el tiempo pasa y lo que no escribís hoy no lo escribís más. Siempre es más tarde de lo que uno cree. Perdón por recordarlo, pero es así.) La cosa es que a las 10 de la noche había 50.000 personas en Devoto. "Ese 25 de mayo (dice Juan Manuel Abal Medina) todo se precipitó a un ritmo imposible. Sobre ese asunto yo le comenté al doctor Cámpora que veía difícil demorar las definiciones hasta el momento en que se aprobara la ley de amnistía, como estaba previsto. Me parecía un imposible político; era muy peligroso. Estábamos hablando de miles de presos por todo el país en una situación política terriblemente fluida. Y allí perdimos contacto con el doctor Cámpora durante las tres o cuatro horas siguientes porque el protocolo lo bloqueó. Teníamos la visita de muchos jefes de Estado extranjeros y había toda una secuencia de hechos a los que prestar atención. Entonces tuve que definirme ahí mismo, definir las cosas un poco por mi cuenta.

"Sabía que en Devoto este tema se vivía de una manera explosiva. Julio Mera (Figueroa, J.P.F.) estaba informándome, y me dijo que la situación era insostenible, que podía haber violencia en cualquier momento. Por ese motivo me fui hasta allí. Cuando llegué a Villa Devoto ya el problema se había extendido, porque había más de 300 presos comunes fuera de sus celdas y de sus zonas. Incluso muchos de ellos estaban bastante drogados y alcoholizados. Indudablemente que eso amenazaba convertirse en un desastre en el primer día de gobierno. Y allí realmente bajo mi responsabilidad, acompañado de tres diputados (Julio Mera, Santiago Díaz Ortiz y creo Diego Muñiz Barreto), ordené al director de la cárcel que abriera las puertas y soltara a la gente.

"Esto no tenía, obviamente, legalidad, pero sí teníamos poder político para hacerlo, y creo que en el momento con esa decisión se evitó un hecho más grave. Esto ha sido muy criticado después; pero no veo qué otra solución podría haber tenido la situación que se había creado. Se llegaba a la violencia en cualquier momento. Sobre todo porque había una columna del ERP, sumamente agresiva y armada, justo en la puerta del penal. En ese sentido esto no tenía otra solución. Pero, por otra parte, nosotros habíamos hecho una consigna de campaña aprobada por el general que decía: 'Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos'. Y bueno, debíamos cumplir.

"El doctor Cámpora actuó a la altura de las circunstancias. Podría haberse sentido molesto de que yo hubiera adoptado esa actitud. No hubo absolutamente nada de eso. Al contrario. En la noche, ya muy tarde, se instrumentó el indulto que firmó el Presidente, para que al día siguiente salieran los presos de las demás cárceles" (Testimonio de Juan Manuel Abal Medina sobre el llamado *Devotazo* tomado de Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, *ob. cit.*, ps. 192/193).

En Devoto se vive una fiesta que dura hasta el amanecer. En Rawson, la situación aún no está resuelta. Se festeja la inminente liberación. Se trata de un hecho del que nadie duda. "Salimos esta noche o rompemos el penal". Llegan los abogados Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde y Mario Hernández. Con ellos, los diputados Diego Muñiz Barreto, Carlos Kunkel, Nicolás Jiménez y Enrique Sversek, de la JP. Hay que liberar y llevar a la Capital a 166 detenidos, los que, por las dudas, hace rato que tomaron el penal sureño. Los suben a tres aviones privados. Despegan y en ellos se han pintado muchas leyendas. La más visible dice: "Gloria a los mártires de Trelew".

Llegan a Buenos Aires. Bajan. Periodistas con micrófonos corren hacia ellos. Aparece una piba en la pista. Es la novia de uno de los militantes liberados, un pendejo. Lo abraza, lo besa, llora. El periodista le acerca el micrófono. "¿Qué sentís en este momento?" El pibe se besa con la chica, que lo abraza con las dos manos por la cintura. "¿Qué querés decirle a la gente?", insiste el periodista. "¿A la gente?" "Sí." "Qué sé yo. ¡Viva Perón!", se ríe. La piba lo abraza con más fuerza y se van entre besos y abrazos, buscando recuperar el tiempo perdido.

¡ESCÁNDALO SUPREMO: SE FUGÓ FRANÇOIS CHIAPPE!

¡Ah, pero no va a faltar algún historiador del constitucionalismo liberal (este es el régimen que Halperin Donghi prefiere para el país, el que debió aplicar y no aplicó la "Revolución Libertadora", pero, señores: *¿quién lo aplicó?, ¿cuándo hubo constitucionalismo liberal en la Argentina?*, siempre el proyecto económico liberal se impuso al margen de la democracia, ¿a qué jugamos, otra vez las mentiras, las postulaciones sin fundamento alguno, quién demonios fue un constitucionalista liberal?), los radicales ultragorilas (el pequeño Gambini), los tipos misteriosos, los servicios de Menem (como ese Tata Yofre, que Felipe Pigna me dice que no es tan peligroso como yo lo imagino, pero, a mí, la verdad, "me da cosa" como dicen los pibes o lo decían en los noventa, "me da cosa como el Monstruo de la Laguna Negra, ¿entendés loco?") o los recalcitrantes de la Libertadora, que dirán: "¡Esa noche, entre la confusión de la apresurada y caótica amnistía del gobierno subversivo del doctor Cámpora, esa pobre herramienta en manos de la Tendencia y la guerrilla, se escapó de Devoto...el siniestro François Chiappe" ¡Sí, François Chiappe! Nada había valido nada, todo había sido inútil, todo había sido manchado de sombras del mal, de oprobio, de la peor delincuencia porque, entre tantos militantes, se escapó ese tipo siniestro. Bonasso admite que el Fulano no carecía "precisamente" de antecedentes políticos. "Había sido confidente de la *Gestapo*, mercenario en el Congo y miembro de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS). Condenado a muerte por su participación en la OAS, Chiappe logró fugarse a Montevideo y luego a la Argentina, donde entró con pasaporte uruguayo. Caso notable: la derecha oligárquica y la derecha peronista utilizan a Chiappe para agredir a Cámpora y a Righi. Quienes, de apresurados, de ingenuos, de malos y torpes e incapaces para gobernar que eran, habían liberado a ese monstruo. Pero, ¡es un asunto increíble! ¿Por qué los militares argentinos prescindían de un elemento tan valioso como Chiappe? Era un hombre para ellos. Un "para" francés. Un especialista en contrainsurgencia. Seguro que se rajó para Montevideo y Argentina porque se dijo: "Ahí me reciben como a un Rey Francés. Caramba, ¿o no soy un glorioso veterano que sabe torturar y enseñar ese difícil arte a cualquier oficial argentino o uruguayo apasionado por defender a su patria y a los valores de Occidente? ¿Cómo no voy a tener trabajo asegurado, paga de la buena, comida, vinos y hembras impúdicas y hermosas?" ¿Por qué no lo protegió López Aufranc? ¿Por qué no lo protegió Díaz Bessone? Es un enigma. Durante esos días estos dos generales argentinos trabajaban mano a mano con los franceses de Argelia. Ya analizaremos en detalle todo, absolutamente todo eso cuando nos ocupemos de lo que llamaremos *la serpiente*. Porque aquí –en tanto asumía Cámpora– no había "huevo de la serpiente". *La serpiente* estaba viva, lista, bien salida del cascarón, con sus enormes colmillos venenosos. Díaz Bessone –en el portentoso documental de Marie-Monique Rubin– dice más que todo lo que había dicho en sus editoriales del democrático diario *La Prensa*. Dice que lo primero que los franceses le enseñan es que el aparato de inteligencia de las fuerzas insurgentes es muy vasto. Que comprende: médicos, abogados, ingenieros, obreros, profesores, alumnos secundarios, universitarios, universidades, colegios. Que *están en todas partes*. Plano de López Aufranc: "Tuvimos que aprender todo eso. Pero con la sangre se aprende mucho", sonríe con una picardía elegante, de militar que forma parte de la nobleza británica. Era un hombre elegante. Díaz Bessone –creyendo que Marie-Monique Rubin está de su lado abre su, por decirle así, corazón– y confiesa: "¿Qué podíamos hacer? ¿Cómo le saca usted información a un prisionero si no lo aprieta un poco, si no lo tortura? Esa información hay que sacarla rápido. Otras vidas dependen de ella. ¿Cómo íbamos a ponerlos presos? ¡Por favor! Después venía un gobierno constitucional y los ponía otra vez libres y otra vez volvían a matar. ¿Y? No, había que fusilarlos. Nosotros teníamos que fusilar 7000 personas. Que no fueron más, vea. Fueron 7000. ¿Cómo los íbamos a fusilar a la luz del día? Franco había fusilado tres –¡nada más que tres!– y el mundo entero y hasta el Papa se le fueron encima. ¡Imagínese! ¡Y nosotros necesitábamos fusilar 7000! No podíamos hacerlo a la luz del día, obviamente". Esto es sólo una prueba. Esta *serpiente* estaba lista. Los franceses habían lle-

gado aquí en 1957. Hay una foto de Pedro Eugenio Aramburu en medio de una reunión con ellos. ¿Se entiende? Al aparato de contrainsurgencia francesa lo trajo la Libertadora. ¡Las cosas que hay que hacer para luchar contra los tiranos de la patria! Para impedir que la barbarie retorne al poder. Que los bárbaros, en su ignorancia, sigan adorando a los dictadores que los supieron envolver con su demagogia. Aunque no: no *exactamente* por eso vino la élite de la contrainsurgencia francesa. Esa visita revela que –desde entonces– la lucha contra el peronismo y la subversión marxista era la misma. El peronismo entrañaba el peligro de su condición de movimiento de masas. Todo movimiento de masas puede virar hacia el marxismo o ya está dentro de su estrategia mundial de dominación aunque utilice otro nombre. Las masas son siempre peligrosas. Tiene que controlarlas el aparato del Estado burgués capitalista o pueden salirse de madre. Los tipos de la OAS le habrán dicho a Aramburu:

–A usted no tiene que preocuparle quién es o qué piense Perón. Su peligro radica en el ascendiente que tiene sobre las masas. En cualquier momento, aun a su pesar, tendrá tal vez que seguirlas en operaciones subversivas, antidemocráticas y antioccidentales, para conservarlas. Si las masas deciden asaltar todas las fábricas y apropiárselas, el líder no las va a desautorizar, pues correría el riesgo de perderlas. El peligro que ustedes tienen es que esas masas peronistas –que, por su condición, son potencialmente marxistas y antioccidentales– se deslicen de la potencia al acto. Siempre van a estar a un paso. En suma, el peligro que ustedes enfrentan es el de Occidente. Igual, nosotros en Argelia. No se trata de una cuestión colonial. Podríamos perder una posición colonial. No podemos entregarle un país al marxismo. Pues es contra éste que estamos luchando. Esta guerra es nueva. Es la tercera guerra mundial y se libra en los territorios de los países marginales. Si le ceden el poder a Perón, si dan elecciones democráticas, lo cual sería lo mismo, le cederían el poder a un movimiento potencialmente marxista. Porque es un movimiento de masas. ¿Podrá Perón controlar a esas masas o su propio resentimiento hará que las arroje contra ustedes? No es un riesgo que puedan tomar. Traten de captarlas. Traten de captarlo a él. Y a los subversivos que se dicen peronistas, no les crean. Son marxistas. El marxismo internacional tiene distintos nombres. Pero una sola meta: derrotar a Occidente y al estilo político democrático. El modo de tratar a todo subversivo es –no bien se lo detiene– extraerle por completo la información que pueda brindar. Para esto, el único método es la tortura.

Así, Aramburu, en *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, dice:

"–Vi demasiadas torturas. Bajo Perón. Bajo la Libertadora. Sobre todo, como imaginarán, a manos de la Marina. Bajo el *Conintes* de Frondizi. Y en otros países también. Pude llegar a algunas conclusiones (...). En 1959 estuve en Argelia. Durante una semana entera hablé con un general de la OAS. Él me enseñó todas esas teorías sobre la tortura. Tenía una opinión despiadada sobre el torturado: nunca debía quedar vivo. Después estuve en la Escuela de las Américas. Los franceses son superiores. Los yankis no manejan la cuestión psicológica. Masacran al objeto interrogable y listo. Creo, sin embargo, que son más efectivos que los franceses" (J.P.F., *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, Buenos Aires, 2009, p. 72).

Volvamos a François Chiappe. Sólo es posible conjeturar que Lanusse –que era un sincero enemigo de los métodos de contrainsurgencia clandestinos– fuera el que lo tuviera detenido. Pero ese siniestro ex miembro de la Organisation de l'Armée Secrète (OAS) era pieza esencial para los Díaz Bessone, los Videla, los Ibérico Saint-Jean o los Bignone que estaban preparando la cuchilla para resolver de raíz (o sea, *matando a todos*) el problema de la patria subversiva. De modo que si se escapó y, haciéndolo, se puso al servicio de alguien, no habrá sido precisamente al de Cámpora o al de Abal Medina o al de Righi, a quienes, con gusto, habría despellejado con reflexiva lentitud.

Debemos extraer de aquí una cuestión conceptual importante. Esa izquierda "teórica", que ve "populismos" por todas partes, no entiende nada de estas cuestiones. Los inofensivos –para el imperialismo, para los que defendieron al Occidente cristiano y lo siguen defendiendo– nunca fueron los despectivamente calificados como movimientos populistas. (Al contrario: más bien se han despreocupado de las izquierdas académicas desbordantes de teorías pero incapaces de la más mínima movilización de masas. El penoso paisaje de una izquierda con buena formación teórica pero sin bases de ningún tipo es una constante a lo largo de toda nuestra historia.) Viejo tema (el del populismo) que Eric Hobsbawm trató en un libro que ya ha de tener 40 años, *Rebeldes primitivos*. De jovencito (en mis primeros trabajos para *Envido*, sobre todo el del Nº 6, de 1972, y luego en *El peronismo y la primacía de la política*, mi primer libro de 1974) me hice cargo de él y creí que dejaría aclaradas algunas cuestiones. No, el tiempo pasa y, en muchas cosas, pasa en vano. Seguimos con el estigma del populismo a cuestas. Que el populismo –por acudir al concepto de "pueblo"– tiene la perversa finalidad de ocultar la lucha de clases. Falso: todo populismo sabe que la liberación del "pueblo" tiene como condición de posibilidad la liberación nacional y (en un mismo movimiento político y temporal) la liberación social. Esto, los enemigos de la causa de los pueblos, lo saben bien. Siempre les importa el lugar que ocupan las masas. En América latina –o, fijemos la cuestión, en Argentina– las masas jamás han estado del bando de la izquierda. La izquierda argentina ha sido y es impotente para nuclear a las masas. No voy a analizar esto aquí. El resultado es que este hecho la torna inofensiva. ¿Qué peligro puede surgir de un partido con 1000 militantes y tres teóricos empachados por el *Manifiesto*, *El 18 Brumario*, un poco del capítulo 24 de *El Capital*, los obligados manuales entre darwinianos y biologistas de Engels, el *Qué hacer* de Lenin y uno que otro Trotsky? ¿Qué peligro puede surgir de un Club que se autodenomina "socialista" pero es apenas un esbozo de la socialdemocracia más timorata, aunque con lecturas de la Escuela de Frankfurt, de Raymond Williams, Claude Lévi-Strauss, Foucault, Deleuze y Guattari, Barthes, Lacan y hasta acaso Sloterdijk, que vive empeñada en una negación feroz de los signos y valores que las masas han elegido y en edificar una visión de la historia que reivindique a toda una pléyade de "pensadores socialistas", lectores dogmáticos de los maestros socialistas europeos, positivistas, justificadores de toda la visión capitalista-burguesa y oligárquica de nuestra historia, pero "desde la izquierda", santificadores del "proceso único, aunque lamentable" de atrocidades que jalonan esa historia y poseedores de cargos académicos a los que ambicionan más que a ese Palacio de Invierno que ni siquiera lograron olvidar (lo cual habría sido bueno para pensar un poco "en situación" los hechos del país) pero sí postergar por el calor de las becas del Imperio, los Congresos, los papers y todo ese barullo. Son adoradores del tecnocapitalismo. Ven en el despliegue de la razón instrumental el despliegue de la civilización. Aquí, en este país, en el que el tecnocapitalismo y la razón instrumental de Adorno y Horkheimer han hecho estragos, han aniquilado todo posible *sentido lateral* del triunfo del hombre en tanto *amo de lo ente*, estos malentendedores profesionales cantan loas al desarrollo que la oligarquía impuso en la Argentina. Y a los socialistas que –aunque adhiriendo a la Revolución Rusa– no dejaron de aplaudir todas las masacres que la élite técnica de la racionalidad instrumental llevó a cabo por estos lares. Es así como se ha llegado a considerar "socialistas" a Aníbal Ponce, a José Ingenieros, al joven Leopoldo Lugones (algo virado al anarquismo), a Héctor Agosti, a Rodolfo Ghioldi, a Alicia Moreau de Justo, a Alfredo Palacios, etc. ¡No eran populistas! El enemigo es el populismo. Porque ahí no hay teoría revolucionaria. No hay racionalidad. Hay carisma. Hay demagogia. Hay adhesión emocional. Hay valores rurales y no urbanos. Hay un montón de cosas. Pero sobre todo: ahí está el pueblo. Y lo que ahí no está ni nunca estuvo fue la izquierda argentina, lamentable, pobre, seca, desde siempre enferma por carencia de ilustración o por exceso. En ambos casos por creerse dueños de la teoría revolucionaria. Los burros, por burros. Los cultos, por cultos.

BREVES APUNTES METODOLÓGICOS

Un ejemplo perfecto de esta izquierda "revolucionaria" lo ofrece el ERP en un comunicado que emite con motivo de la llegada de Cámpora al gobierno. Lleva por nombre: "Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir". Lo hemos citado centenares de páginas atrás. No nos proponemos volver a analizarlo, sino sólo fijar el esquema de pensamiento de la llamada "izquierda" (en este caso la "izquierda armada") en la Argentina. La actitud del ERP en esa coyuntura fue ejemplar. Por decirlo así: la perfección ejemplar del Error. De un tipo de Error. Porque los errores y los horrores fueron muchos. Pero lo que hicieron los erpios fue lo que cualquier grupo habría hecho. Armado o no. El hecho de las armas no diferencia la decisión del ERP de cualquier otro grupo de izquierda. Si el ERP no estaba con Cámpora seguía matando gente, que es lo que distingue con claridad la política de los "fierros" de la política a secas. La otra izquierda –izquierda no armada– se manifestaba a través del disenso o de la crítica o del intento de "iluminar" a las bases para que salieran de su eterna enajenación peronista. El esquema (aclaro que aquí lo enuncio sólo en tanto "esquema"; luego, si aún es necesario, voy a desarrollarlo) es el siguiente: cuando asume un gobierno y se da una política gradualista porque –como habitualmente ocurre– ha detectado ciertas *resistencias*, digamos, poderosas, en la realidad *(todo lo que se le opone: el ejército, la Iglesia, el empresariado, la oligarquía, el imperialismo, etc.)*, cuando ese gobierno comprende y explica que comenzará por cambiar algo (este "algo" puede ser, dada la estructura de fuerzas, "mucho" y habitualmente es "demasiado" para los sectores de la derecha), la izquierda, de inmediato, casi como un reflejo condicionado, emite un comunicado por el cual manifiesta su repudio y profundo desacuerdo con ese gobierno pues, según ella, es necesario cambiar *todo*. Si se puede, no se lo plantea. Tampoco explica cómo es posible cambiar *todo. Pero es lo que hay que hacer: cambiar todo*. De esta manera conserva abrumadoramente su condición de *izquierda*. Nadie puede estar "a la izquierda" de quien pretende cambiarlo *todo*. Desde esa posición enunciativa, desde esa postulación totalizadora del cambio (que confirma su posición *revolucionaria*, nadie puede ser más revolucionario que alguien que propone cambiarlo *todo*), se ubica con enorme facilidad en el espacio del *cuestionamiento absoluto*. Es decir, *todo gobierno es reaccionario.* Todo gobierno es gatopardista. La izquierda vive de denunciar el gatopardismo. Porque todos, menos ella, intentan cambiar *algo* para que nada cambie. La izquierda postula lo contrario: si se cambia *algo* jamás cambiará la totalidad. Porque dirá –acaso en su momento de mayor lucidez– que sólo hay dos proyectos: 1) El proyecto de cambiarlo *todo*. 2) El proyecto de cambiar *algo*. Que esto tiene que estar decidido, enunciado y practicado desde el inicio. Tiene que estar presente desde el en-sí hegeliano. (El en-sí hegeliano tiene la característica de contener, precisamente, en-sí todo lo que luego habrá de desarrollarse; lo contiene en tanto *virtualidad*, palabra axial del pensar hegeliano que el maestro de Jena inventó antes que Bill Gates.) O se toma un gobierno con *esa* decisión o se condena todo proyecto a servir al régimen, ayudándolo a acompañar a los nuevos tiempos, a cambios menores que hay que realizar para no perderlo todo. El proyecto de la izquierda revolucionaria –por el contrario– es *totalizador*. Si para que nada cambie hay que cambiar algo, para cambiar *algo* –realmente "algo" y como punto de partida– tiene que existir previamente el proyecto y la decisión de cambiarlo *Todo. Sólo el proyecto de cambiarlo todo puede cambiarlo todo. Sólo el proyecto de cambiar la totalidad del sistema de producción capitalista puede cambiar a ese sistema*. Toda otra actitud contribuirá a su modernización, a su adecuación y a su permanencia.

Al desarrollar ese documento del ERP –que, básicamente, le dice a Cámpora que no lo va a matar a él ni a la gente de su gobierno, pero que continuará liquidando policías, empresarios y militares–, trataremos de ver los inconvenientes del esquema revolucionario totalizador. Hay un pleonasmo en esto. Si un esquema es *revolucionario* no puede sino ser *totalizador*. Aquí es donde radica la discusión: ¿se puede ser revolucionario sin emprender el cambio de la totalidad? ¿Se puede cambiar siempre la totalidad? Si no, ¿se está condenado al gatopardismo, al reformismo, a la condena iracunda de los verdaderos enemigos de la maldita totalidad?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

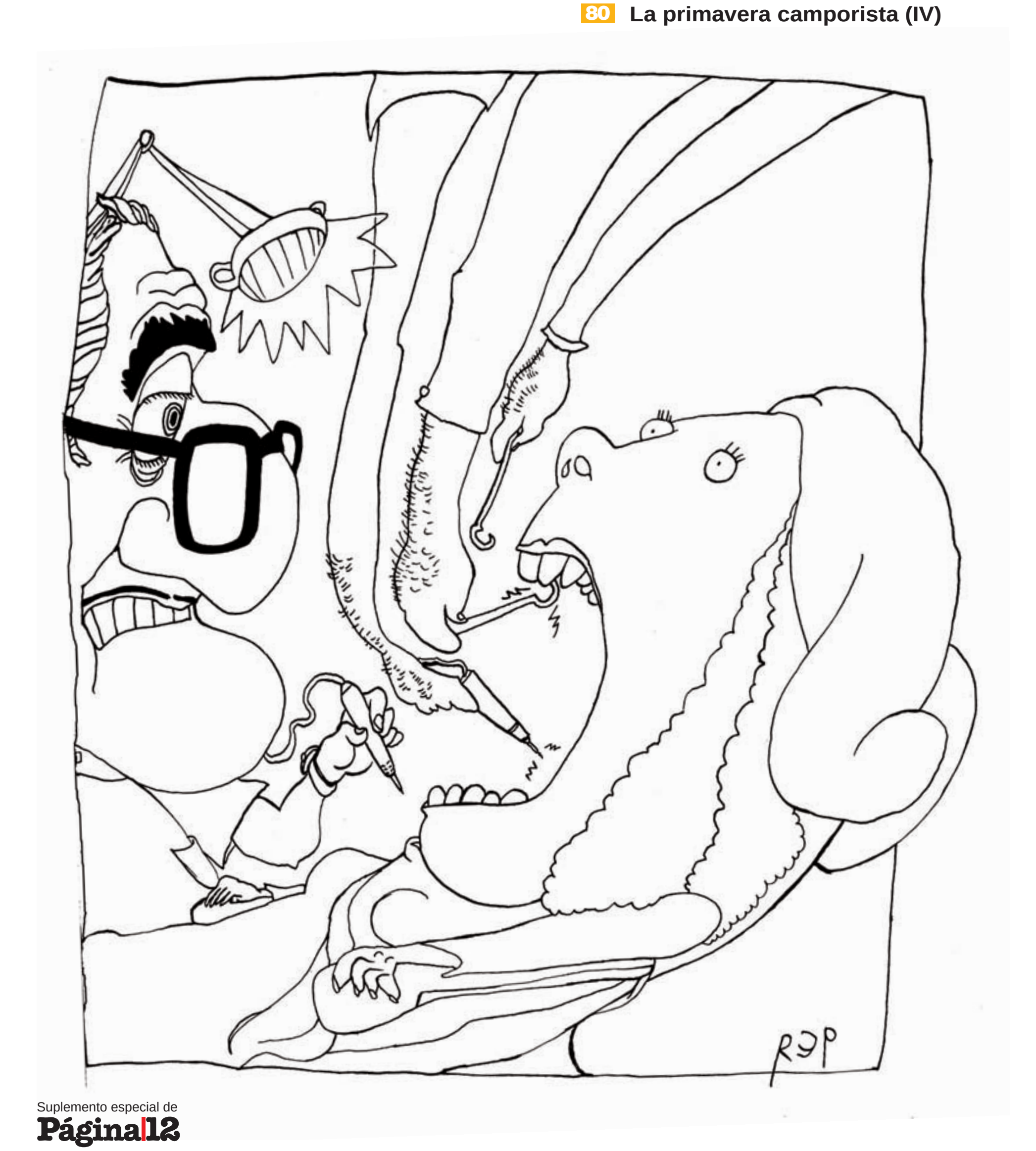
PRÓXIMO DOMINGO
La primavera camporista (IV)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

80 **La primavera camporista (IV)**



Suplemento especial de
Página|12

“POR QUÉ EL ERP NO DEJARÁ DE COMBATIR”

El Error de la izquierda es que comienza a realizar acciones extremas desde el inicio, como si fuera posible cambiarlo *todo* desde el punto de partida. Por decirlo con una figura: se propone tomar el Palacio de Invierno, pero *no hay* palacio de invierno ni hay fuerzas para tomarlo, en caso de que hubiera. Para que no suene alucinado lo que podamos decir por nuestra cuenta vamos al documento del ERP, una obra maestra insuperable de la des-ubicación política, la provocación, el favorecimiento de las fuerzas enemigos y la miopía o la infantilidad más absoluta. El ERP hace un planteo abiertamente risible. Uno no quiere ofender a nadie. Ahí hubo militantes de hierro, tipos que se jugaron la vida, pero... ¡hermano, si vas a jugarte la vida tratá de que semejante acto sirva para algo! La lucha revolucionaria no es sólo morir por una causa. Es triunfar por una causa. Y ese triunfo nunca se consigue suicidándose en medio de una estrategia que se equivoca en todos los frentes. Sobre todo en uno: la evaluación de las fuerzas enemigas. Y en otro: las acciones propias que pueden beneficiarlas. Y en otra más: los aliados con que se puede contar en una determinada coyuntura. Pareciera, sin embargo, que para el ERP no hay coyunturas. Esto es política. Esto es analizar los momentos de fortaleza o debilidad del régimen. Que no existen ni importan. El régimen siempre es el régimen y siempre es legítimo atacarlo. Si asume Cámpora asume una variante del régimen burgués. Se sabe del odio que todos los ultras tienen por los que negocian, dialogan, hablan, escuchan, acuerdan, desacuerdan, en suma: *hacen política*. El ERP no hace política. Todo es lo mismo: Cámpora y el Ejército, lo mismo. Perón y Mayorga, lo mismo. Distintas caras del régimen. ¡Que las masas son peronistas? ¿Y eso qué mierda importa? No bien vean que atacamos a Perón y Perón reprime igual que Lanusse advertirán que son iguales: que son el régimen. Y se irán volcando a nosotros. O comprendiéndonos. Apoyándonos. Entonces, para demostrar que Cámpora es pura basura reformista pidamos lo que sabemos no podrá hacer. Muy simple: “A mediados de mayo, el ERP fijó su posición frente al futuro gobierno y la publicitó en más de doscientos millones de volantes con el título: *‘Por qué el ERP no dejará de combatir. Respuesta al presidente Cámpora’*” (María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta Bolsillo, Buenos Aires, 1997, p. 193). El redactor de la Proclama Revolucionaria era el propio Santucho. Lo cual permite apreciar también su concepción de la política o de la no-política. La “joya” la hemos citado muy lejanamente y volvemos sobre ella.

EXCURSO METODOLÓGICO

Heidegger se pasaba la vida repitiendo cosas. E ignoro si por excusa o por honda convicción solía decir: “Lo que se repite se piensa dos veces”. Pensemos, pues, dos veces el documento del ERP. Merece que explicitemos un poco más lo que pensaba Heidegger. En el *Prefacio* del primer tomo de su *Nietzsche*, formado por lecciones impartidas en la Universidad de Friburgo en Brisgovia entre los años 1936 y 1940, en que Heidegger no tuvo un papel preponderante en la Universidad luego de su breve rectorado y que –según sus defensores– expresan su polémica con el nacional socialismo, posición que no comparto de ningún modo pero que no es aquí el momento de encarar, confiesa el “maestro de Alemania” y el hombre cuyo pensar sigue constituyendo la base de la filosofía dominante en todas las academias de Occidente por medio de sus seguidores franceses (eso que se denomina *French theory* y que incluye a los estructuralistas y posestructuralistas excluyendo –por medio de un silenciamiento tenaz– a Marx y, sobre todo, a Jean-Paul Sartre) que el libro, valiosísimo, “ha conservado su carácter de lecciones, lo que implica repeticiones y una inevitable extensión de la explicación. Intencionadamente, un mismo texto de la obra de Nietzsche es comentado en diversas ocasiones, aunque en cada caso dentro de un contexto diferente. Se ha dejado incluso aquello que para más de un lector pueda resultar conocido, e incluso sabido, *porque en cada cosa sabida se oculta aún algo digno de pensarse*. Las repeticiones quisieran brindar la oportunidad de que continuamente vuelvan a pensarse en profundidad unos pocos pensamientos que son determinantes de la totalidad”, Martin Heidegger, *Nietzsche I*, Destino, Barcelona, 2000, p. 15. Cursivas mías). *Es tan honda esta reflexión que habremos de detenernos en ella*. Tiene una importancia axial para las temáticas que tratamos. Debemos dejar en claro que este texto está en lucha contra los pensamientos cristalizados, cosificados, dogmáticos. También lo está contra las interpretaciones consagradas de la historia que tratamos y, sobre todo, contra la deificación de ciertas figuras que son parte central de ella. Este despojamiento de todo a-priori es la condición de posibilidad del pensamiento crítico, por decirlo un poco kantianamente. De aquí que hayamos colocado en cursivas esa frase de Heidegger: “En cada cosa sabida se oculta aún algo digno de pensarse”. El mayor peligro que corremos –al buscar un pensamiento verdaderamente crítico de la historia, es decir, una filosofía crítica, una filosofía política– es atarnos a interpretaciones *establecidas*. No hay nada establecido. Cuando algo se establece se cosifica. Un pensamiento incuestionable es una *cosa*. Una cosa es inmodificable. Una roca es una roca, un árbol es un árbol, una montaña es una montaña. Un pensamiento, al no ser una *cosa*, está siempre abierto a ser revisado, a tener la dignidad de pensarse otra vez. De aquí que la “repetición” –aunque a veces lo parezca– no necesariamente lo es. A menudo, casi siempre, es el intento de volver sobre algo porque no hay nada que dejemos atrás para siempre. Todo encierra la posibilidad de volver a ser pensado, de ejercer otro punto de vista sobre algo que nos habíamos (mal)habituado a mirar desde un solo ángulo. Eso no se refiere sólo a los pensamientos vertidos en este ensayo sino –sobre todo– a las interpretaciones que este ensayo asume para reexaminar. Un ensayo sobre el peronismo –y sobre lo que sea– para estar vivo tiene que estar en estado constante de reexaminación. En lucha contra lo cristalizado. Lo dogmático. Con todo aquello que el hábito, la comodidad o la pasión dogmática –que suele llegar a incurrir en la violencia– ha hecho sagrado, incuestionable, deificado. Cuando se le hace decir a Dios: “Yo soy el que soy” se hace de Dios una cosa. Una silla es lo que es. Un guijarro. Una pala. Un martillo. Lo que existe existe siendo “lo que es” para dejar de serlo. ¿Qué interés podría tener algo que es lo que es por toda la eternidad? Caramba, qué aburrimiento feroz. Aquí nadie “es el que es”. Nadie es *algo* definitivamente. Ningún juicio que hagamos sobre cualquiera de todas las innumerables personas que por este texto desfilan no dejará de estar sometido a la posibilidad de ser revisado en otra coyuntura, atenuado o negado o afirmado. Narramos una historia de praxis encarnadas y protagonizadas por sujetos frecuentemente en conflicto. Esta historia, que es, en muchos sentidos, la de una alienación profunda, sólo puede ser entendida si antes se acepta que esa alienación se hace posible porque cada sujeto –aun desde el último abismo de su ser libre– ha actuado a partir de sí, por escaso que haya sido ese margen. Esto nos permite lo que buscamos: no privarnos del juicio moral. Tiene que existir una ética en la historia. Algo que nos permita decir que un tipo es un asesino, o un canalla o una buena persona. Si fuera sólo el mero engranaje de una inmensa estructura histórica que lo condiciona por completo, ¿qué podríamos decir de él? ¿Qué podríamos decir de Osinde? ¿De Brito Lima? Saltemos a lo más alto: de Perón. Hasta el Perón viejo y enfermo del final es responsable de sus acciones. El sujeto no se pierde entre las sobredeterminaciones de la trama histórica. Tampoco es víctima de un suprapoderoso inconsciente que explica todas sus acciones prescindiendo de él. Qué fácil sería. Tampoco es víctima de un lenguaje que lo domina y que él creía dominar. ¿Quién habló por boca de Perón cuando dijo “Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen”? ¿Quién otro si no Perón pudo haber dicho eso? Con el pretexto del fantasma del idealismo trascendental kantiano, del sujeto que constituye a la realidad, toda la filosofía europea creyó matar al sujeto para poner en su lugar a la estructura primero y al lenguaje después. (Que figuran, en última instancia, como figuras supletorias del Ser heideggeriano.) Se negó, así, a la Historia. No, señores. Nosotros, aquí, narramos una historia. Y, en medio de todos los condicionamientos imaginables que ustedes quieran ponerle al sujeto, todavía es la praxis de éste y de los grupos que forma la que teje la trama de esa historia, en la que, desde luego, termina perdiéndose, enajenándose, pero porque antes fue capaz de tramarla. Además, aquí nadie se va liberar de ser responsable de lo que ha hecho por las milagrerías del lenguaje, el inconsciente o las estructuras. Si usted lo mató a Ortega Peña, lo mató usted. Si tenía una orden, usted la aceptó. Usted es responsable. Usted es un asesino. Y, si me lo permite, le diré algo poco académico: *Usted es un grandísimo hijo de puta*.

“POR QUÉ EL ERP... ETC” (CONTINUACIÓN)

Es así: “POR QUÉ EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO NO DEJARÁ DE COMBATIR

“Respuesta al Presidente Cámpora

“El gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular. Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras éste no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias. Pero no dirigirá sus ataques contra las instituciones gubernamentales ni contra ningún miembro del gobierno del Presidente Cámpora (...) Tal es la posición de nuestra organización, que ahora anunciamos públicamente y que difiere de las expectativas del Presidente electo.

“En efecto, el Presidente Cámpora, en recientes declaraciones, ha pedido a la guerrilla una tregua para ‘comprobar o no si estamos en la senda de la liberación y vamos a lograr nuestros objetivos’. Este pedido surgió como consecuencia de varias acciones de la guerrilla, entre ellas el secuestro de Alemann y el ajusticiamiento de Iribarren. Se entiende entonces que el pedido del Presidente Cámpora implica la suspensión total del accionar guerrillero, incluidas las acciones contra el ejército y contra las grandes empresas explotadoras (...) Frondizi prometió libertades democráticas y en realidad dio vía libre al ejército para con el plan Conintes aplastar la heroica resistencia peronista (...) Hoy, de la misma manera, Ud., Presidente Cámpora, pide a la guerrilla una tregua. La experiencia nos indica que no puede haber tregua con los enemigos de la Patria, con los explotadores, con el ejército opresor y las empresas capitalistas expoliadoras. Que detener o disminuir la lucha es permitirles reorganizarse y pasar a la ofensiva. Hoy, ya no estamos dispuestos a ser engañados una vez más, ni estamos dispuestos a contribuir con el engaño que se prepara contra nuestro pueblo. Ud., Presidente Cámpora, habla en su discurso del 8 del corriente de ‘unidad nacional’. Entre otros conceptos habla de constituir entre ‘pueblo y FF.AA.’ una unidad indestructible ante cualquier asechanza. Hablar de unidad nacional entre el ejército opresor y los oprimidos, entre los empresarios explotadores y los obreros y empleados explotados, entre los oligarcas dueños de campos y hacienda y los peones desposeídos, es como encerrar en una misma pieza al lobo y las ovejas recomendándoles a ambos mantener buena conducta. Si Ud. Presidente Cámpora quiere verdaderamente la liberación debería sumarse valientemente a la lucha popular: en el terreno militar armar el brazo del pueblo, favorecer el desarrollo del ejército popular revolucionario que está naciendo a partir de la guerrilla y alejarse de los López Aufranc, los Carcagno y Cía., que lo están rodeando para utilizarlo contra el pueblo; en el terreno sindical debe enfrentar a los burócratas traidores que tiene a su lado y favorecer decididamente el desarrollo de la nueva dirección sindical clasista y combativa que surgió en estos años de heroica lucha antipatronal y antidictatorial, enfrentada a la burocracia cegetista; en el terreno económico realizar la reforma agraria, expropiar a la oligarquía terrateniente y poner las estancias en manos del Estado y de los trabajadores agrarios; expropiar para el Estado toda gran industria, tanto la de capital norteamericano como europeo y también el gran capital argentino, colocando las empresas bajo administración obrero-estatal, estatizar todos los bancos de capital privado, tanto los de capital imperialista como de la gran burguesía argentina.

“Pero este programa está muy lejos de las intenciones y posibilidades de vuestro gobierno. Tanto por quienes lo integran, como por el programa y los métodos, vuestro gobierno no podrá dar ningún paso efectivo hacia la liberación nacional y social de nuestra Patria y de nuestro Pueblo.

“Eso lo sabe Ud. tan bien como nosotros. Ud. sabe que no entra en los propósitos del nuevo gobierno parlamentario ni desarmar al ejército opresor, ni terminar con la oligarquía terrateniente ni con el gran capital explotador tanto imperialista como nacional (...) En estas circunstancias, llamar a la tregua a las fuerzas revolucionarias es, por lo menos, un gran error. Por el contrario, los verdaderos intereses de la clase obrera y el pueblo exigen redoblar la lucha en todos los terrenos, intensificar la movilización de las masas, intensificar las operaciones guerrilleras, incorporar a la lucha a sectores cada vez más amplios de las masas. Dar tregua en estos momentos al enemigo es darle tiempo para preparar una contraofensiva que, entre otras cosas, en cuanto deje de convenirle, barrerá sin contemplaciones el nuevo gobierno parlamentario. Es necesario, más necesario que nunca, continuar hostigando al gran capital expoliador y al ejército opresor, sostén del injusto régimen capitalista, desarrollando al máximo todo el inmenso potencial combativo de nuestro pueblo. La batalla por la liberación ha comenzado; está muy lejos de terminar.

“NO DAR TREGUA AL ENEMIGO

“Por lo ante dicho, el ERP hace un llamado al Presidente Cámpora, a los miembros del nuevo gobierno y a la clase obrera y el pueblo en general a no dar tregua al enemigo. Todo aquel que manifestándose parte del campo popular intente detener o desviar la lucha obrera y popular en sus distintas manifestaciones armadas y no armadas con el pretexto de la tregua y otras argumentaciones, debe ser considerado un agente del enemigo, traidor a la lucha popular, negociador de la sangre derramada.

“¡Ninguna tregua al ejército opresor!

“¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!

“¡Libertad inmediata a los combatientes de la Libertad!

“¡Fuera la legislación represiva y total libertad a la expresión y organización del pueblo!

“¡Por la unidad de las organizaciones armadas!

“¡A vencer o morir por la Argentina!

“EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO

“Comité Militar Nacional.”

Con una contradicción irresuelta, con un planteo a dos puntas empieza el documento de la Conducción del ERP. Si el gobierno de Cámpora representa la voluntad popular, ¿en nombre de qué va a seguir combatiendo el ERP? Esa voluntad popular, ¿se respeta o no, se la toma o no en serio? El ERP reduce la “voluntad popular” a sólo su faz eleccionaria. La *voluntad popular* no ha elegido la democracia. Sólo ha elegido un Gobierno: el que preside Cámpora. Es como si sólo se hubiese votado a Cámpora y su gabinete. Ahí se detiene la *voluntad popular*, hasta ahí llega. El pueblo no expreso *nada más* en las urnas. No expresó que quiere vivir en democracia, que quiere vivir al margen de los fierros, sin muertos, sin violencia. Que quiere tener al fin el gobierno peronista por el que tanto ha esperado y ha luchado mucho antes de que el ERP apareciera. El ERP vino a sumarse a una lucha que la clase obrera peronista había iniciado en 1955. Con escasa coherencia invocaba como suyos a los mártires de la Resistencia Peronista o a las víctimas de las bombas de junio. Esa era la historia del peronismo. No del guevarismo erpiano. Se aguardó 18 años por el regreso de Perón. Aún no se ha producido. El voto a Cámpora es provisorio. La proscripción de Perón aún continúa. Si Cámpora representa la voluntad popular, ¿qué voluntad representa el ERP? Posible (delirante) respuesta: Cámpora representa la voluntad eleccionaria del pueblo, el ERP representa la revolucionaria. Si el pueblo tuviera esa doble concepción de la política no habría ido a votar. Habría dicho: “Las elecciones son una trampa más. Nosotros queremos hacer la revolución guevarista en la Argentina”. Esto era algo tan alejado del pueblo peronista como viajar a Júpiter. Ellos votaron a Cámpora porque era el hombre más leal a Perón que existía en el país. Con Cámpora, Perón regresaría. Era sólo un paso más. Pero decisivo. “Lanusse/ Lanusse/ mirá qué papelón/ Habrá segunda vuelta/ La vuelta de Perón”. Perón regresaba. Esa era –en todos los sentidos– la segunda vuelta. Había vuelto en noviembre y ahora volvería otra vez porque –en el campo electoral– esa posibilidad se le había tornado inmediata. No habría segunda vuelta. O sí: la de Perón. Si se empieza por decir que Cámpora representa la *voluntad popular* es absurdo deducir de eso que amasijaremos a todo el que se nos cante pero no a Cámpora y los de su Gobierno porque los eligió el pueblo. Pregunta sencilla: ¿para qué eligió el pueblo a Cámpora? Para gobernar. ¿Qué es gobernar? Es, entre tantas cosas, administrar la justicia. O sea, *la justicia pasa a residir en el gobierno que el pueblo ha elegido*. No puede existir una justicia paralela a ésta. Es el Gobierno que el pueblo ha elegido el que deberá decidir si hay que matar empresarios o no, militares o no. Cámpora, con gran gentileza, le ha pedido a la guerrilla una pausa. Que lo dejen gobernar tranquilo durante un tiempo. Que le tengan algo de paciencia. Que vean cómo se van haciendo las cosas. No, el ERP sabe que el gobierno de Cámpora no hará ciertas cosas. ¿Cuáles son? Ya nos las ha enumerado. Tratemos de sintetizarlas. Lo que el Gobierno elegido por la voluntad popular no hará es lo que sigue: 1) Derrotar a los burócratas sindicales traidores; 2) Realizar la reforma agraria; 3) Expropiar para el Estado toda la gran industria, la norteamericana, la europea y el gran capital argentino; 4) Colocar las empresas bajo control obrero-estatal; 5) Estatizar todos los bancos. Los de capital privado. Los de capital imperialista y los de la gran burguesía argentina.

LOS CLÁSICOS PLANTEOS DE LA IZQUIERDA ARGENTINA

Se trata de un planteo ya clásico de la izquierda argentina. Exigir todo. Impugnar al Gobierno de turno porque se juzga que no quiere ni puede hacer lo que hay que hacer. Que no puede es evidente. Que no quiera es una valoración subjetiva. Como sea, *así cualquiera se pone a la izquierda de todo el mundo*. Tan a la izquierda que se cae de la escena política. No voy a trazar aquí un plano de lo posible y lo no posible en política. *Pero toda política debe*

partir de una correcta evaluación de las fuerzas enemigas. Pedirle a Cámpora que realizara la reforma agraria o expropiara a la gran industria era un delirio. Sin embargo, ese delirio le permitía al ERP seguir combatiendo. "Como usted, doctor Cámpora, no va a hacer eso, nosotros vamos a seguir combatiendo. Sin duda, vamos a desestabilizar a su Gobierno. Porque a usted lo pusieron para que gobierne en orden y democracia. Valores del régimen que detestamos. Cierto es que lo puso el pueblo ahí. Pero nadie mejor que nosotros sabe que el pueblo de Perón tiene una conciencia reformista. Nuestra tarea es llevarlo a la revolución". Se ponen, así, al margen del Gobierno y de la voluntad popular, que es tan reformista como el gobierno que eligió. Son –una vez más– la vanguardia. Los que no se dejan ganar por la aflojadas del régimen. Si el régimen concede la posibilidad electoral es porque la "lucha del pueblo" lo acorraló. Es una artimaña. No vamos a aceptarla.

Sin embargo, si fue "la lucha del pueblo" la que acorraló al régimen, por qué escindirse del pueblo cuando éste ha optado por un gobierno popular, aunque tal vez no revolucionario. *Simplemente porque lo más revolucionario que se ha logrado en la argentina es el llamado a elecciones sin el peronismo proscripto y la posibilidad del regreso de Perón, por el que ese pueblo se siente mucho más representado que por el ERP*. Se cae siempre en alguna teoría sobre las condiciones de posibilidad de enajenación de la conciencia popular. En suma, *el pueblo no sabe, la que sabe es la vanguardia*. Ese saber la condena a la soledad. De aquí que la vanguardia trabaje siempre *desde afuera.* Que jamás se dé una política de masas. Su *saber* la condena. Su saber la aparta del pueblo al que dice representar. "Nosotros los representamos porque conocemos lo que les conviene mejor que ustedes. Ustedes ignoran sus verdaderos intereses históricos. Eso los lleva a elegir gobiernos que no los representan. Que pactarán con sus verdaderos enemigos. Nosotros, que somos sus verdaderos amigos y que sabemos más de ustedes que ustedes mismos, los vamos a representar, vamos a luchar y a morir por ustedes". El esquema se repite siempre. *La izquierda pide tanto que todo gobierno le parece escaso.* Al final, como el PO, en el conflicto de la presidenta Cristina Fernández con el llamado "campo", termina alineándose con la derecha. No es casual. Para la derecha, lo que hace el Gobierno es *demasiado*. Para la izquierda es *poco*. Son dos formas de coincidir en la *oposición*. De pronto, se miran las caras y –sorprendidos– se encuentran en el mismo podio, en el mismo terreno, en la misma plaza. A la derecha no le importa: si hay que sumar, suma. Total, después liquidará al molesto *zurdaje* que se vio necesitada de utilizar. Es como los pequeños productores del agro: recién ahora, más o menos, advierten que los usaron, según se dice, de forros. Pero el conflicto de la izquierda es mayor: ¿qué hacemos aquí? Se encuentran con personajes inusitados. Viene el poderoso (oli)garca señor Miguens y les dice: "Muy bien, muchachos: tenemos que estar juntos para echar abajo a este gobierno que no nos representa ni a ustedes ni a nosotros". Viene la señora Pando y les dice: "Los felicito por acompañarnos. Hay que echar a estos Montoneros del Gobierno". No sé si le pasó al Robi Santucho en el '73. Pero si se encontraba con Mayorga y López Aufranc le habrían dicho: "Vos matate diez empresarios y tres generales y nosotros te tiramos a este gobierno reformista de mierda. Después vos hacés la reforma agraria". No hay matices para la izquierda. No es casual que el libro de María Seoane sobre Santucho se llame *Todo o nada*. Un título perfecto. No, Santucho, la política no es todo o nada. Mucho más lúcido fue el planteo de la juventud peronista. *Infinitamente más lúcido*. La diferencia entre *Gobierno* y *Poder* fue uno de los aportes conceptuales más importantes de la filosofía política argentina. Lo hizo la Jotapé. Hoy, cuando los periodistas de los diarios opositores, que juegan a la "lucha contra el poder", a la libertad de prensa ante los "aprietes del poder", o son brutos o mienten. No luchan contra el poder. El poder son ellos. Ellos, la Sociedad Rural, la clase media alta, los (oli)garcas de los barrios exquisitos, los medios televisivos de los oligopolios y la omnipresente Embajada de los Estados Unidos, que está en esto hasta las manos. ¿Conocen el viejo y sabio chiste? ¿Saben por qué no hay golpes de estado en Estados Unidos? Porque no hay Embajada Norteamericana. Es el *Poder* el que lucha contra un *Gobierno*. ¿O alguien expresa más acabadamente el poder que el agro-hipermillonario Luciano Miguens, que lideró el conflicto del campo con el Gobierno durante 2008? Podríamos imaginar una pequeña historia que habría tenido lugar el día de la gran concentración en el Obelisco. Un militante del PO –como tomando súbita conciencia de que algo no anda bien– le dice a Miguens, a quien tiene a su lado:

–Dígame, señor Miguens, ¿cómo puede ser que ustedes y nosotros estemos del mismo lado?

–¿Por qué no? –dice Miguens–. Nosotros luchamos contra un Gobierno intervencionista y confiscatorio que quiere meter sus asquerosas manos en nuestros bolsillos y despojarnos de un 3% de nuestras escasas ganancias.

–Pero, ¡eso no es nada! –dice el militante del PO–. Nosotros queremos expropiarles las tierras. Hacer una reforma agraria. Y entregárselas a los campesinos que las trabajan. Ellos son sus verdaderos dueños.

Miguens se rasca la barbilla. Piensa un instante. Luego pregunta:

–¿Y cómo para cuándo piensan ustedes hacer eso?

–No lo sabemos. Pero ése es nuestro proyecto. No el de este Gobierno burgués, reformista, populista, que no se propone cambiar nada.

–Vea, no tanto: nos quieren robar un 3% de nuestras ganancias.

–¿Y eso qué es? ¡Nada! Si es por eso que estamos en contra de este Gobierno.

–¿Ve? Nosotros también. Coincidimos por completo. Vea, mientras ustedes planean esa reforma agraria que mencionó quédense con nosotros y luchemos juntos para echar a esta ralea montonera. Cuando los echemos tratamos de nuevo el tema de la reforma agraria. No se preocupen: van a encontrar en nosotros corazones sensibles.

–¡Don Miguens! –exclama el agro-piquetero Raúl Castells–. ¿No me daría tres vaquitas para la gente de Jujuy que se anda muriendo de hambre?

Miguens, muy seguro, responde:

–Pero que sean tres, Castells. Cuatro, ya es distribución de la riqueza.

Nada de esta chantada miserable de estos tiempos puede parangonarse con la tragedia de las mujeres y los hombres del ERP. Tenían –equivocados o no– ilusiones en serio. Se jugaban la vida por ideales extremos. Aún no es el momento de ocuparnos con mayor hondura de ellos. Pero he visto con atención –tomando infinidad de notas– el documental de Gabriel Corvi y Gustavo de Jesús, *Errepé*. Los cineastas trabajan los testimonios casi centralmente con primeros planos. Qué rostros. Cuántas amarguras, dolores, fracasos asoman en ellos. Cuántas autocríticas hacen. Saben que se equivocaron mucho y les duele. Sobre todo porque el precio casi siempre ha sido el de la muerte. Tantos compañeros han perdido que –aunque los recuerdan– han extraviado la cuenta o se cansaron de hacerla. Luis Mattini es el más lúcido de todos. Pero ninguno de los otros le anda muy lejos. De todos modos, aún estamos lejos de establecer un juicio definitivo sobre el papel jugado por esta organización. Lo que le hicieron a Cámpora fue –a todas luces– una provocación: "Usted, que la viene a jugar de democrático y de nacional-popular, no va a tener más remedio que exhibir su hilacha de régimen burgués represor. Apenas le matemos a un empresario de la Ford o a un general de caballería, va a salir de reprimirnos". ¡Por supuesto! ¿Qué querían que hiciera Cámpora? ¿Qué le dijera a la sociedad "No vamos a reprimir a esos muchachos porque aseguraron no matar a ninguno de nosotros"? Un Gobierno se tiene que hacer cargo de la seguridad de todos los miembros de la sociedad. El planteo del ERP era un chiste de mal gusto, una mentira, un imposible. "A ustedes no los vamos a matar, a los empresarios y milicos sí". No bien mataran al primer gerente de Ford, el Gobierno debería reprimir. No bien reprimiera lo declararían fuera de la legalidad revolucionaria, defensor de los intereses imperialistas y empezarían a matar también a los hombres que lo componían. En fin, la maniobra era tan clara que daba risa o bronca. Más bien, bronca.

GALIMBERTI: LAS MILICIAS POPULARES

Dos grandes dislates se cometen el 18 y el 30 de abril. El 18, súper-Galimba declara que la JP acometerá la tarea de organizar "milicias populares". Los medios hacen el uso adecuado de este anuncio atemorizador. ¡La juventud hitlerista irrumpe en las calles de Buenos Aires! ¿Qué es eso de "milicias populares"? ¿No eran las que iba a formar Evita cuando ya la cercanía de la Huesuda la llevaba a delirar gravemente? Este tipo de cosas revelan la nula formación política de gente como el Galimba. Vivía en eso que suele llamarse –casi irreemplazablemente– "una nube de pedos". Nadie sabe cómo se forma una nube así. Pero se supone que el que decide vivir en ella sale volando de la realidad. Se eleva por sobre ella hasta el punto de ya no verla. No se sabe quiénes han aportado los pedos que han dado contextura a la nube. Acaso el que por fin se sube a ella y muy posiblemente los monguis que lo acompañan. Es como si se hubieran reunido y alguien sugiriera: "Necesitamos un lugar propio. Apartado de todo y de todos. Donde podamos meditar en paz nuestras cuestiones. Nos alejará un poco de la realidad pero nos cederá la sabiduría de los monjes tibetanos, que suben a los más picos de las montañas nevadas para reflexionar y luego regresan llenos verdades". Así, con unánime decisión, todos empiezan a emitir ventosidades ruidosas. Una vez que la nube de pedos está lista suben y se alejan rumbo a las alturas. Desde ahí deciden. Baja a tierra Galimberti y dice: "Hay que formar 'milicias populares'". Perón lo echa de la conducción de la Jotapé y resuelve volver a tratar el tema de su reorganización después del 25 de mayo. El 30 de abril el ERP 22 de agosto (fracción algo peronista del ERP que entendía menos de política que la otra) asesina al contraalmirante retirado Hermes Quijada, el que "explicó" los asesinatos de Trelew. Algunos militantes (incluso de la JP) narran el hecho resaltando el coraje del tipo que hizo el operativo. Unánimemente dicen que "hay que tener pelotas para hacer algo así". Afirmación difícilmente rebatible. Sólo que a veces las pelotas –o solamente ellas– sólo sirven para cometer los más pelotudos de los actos políticos. Pero, ¿se trató de un acto "político"? ¿Se tuvo en cuenta que fortalecería a la fracción del Ejército que no quería entregar el Gobierno (con el almirante Mayorga, personaje siniestro, al frente) o sólo se evaluó su impacto militar, la "presentación en sociedad del nuevo desgajamiento"? Que si era peronista, no parecía estar muy enterado que el peronismo se preparaba para gobernar y pedía que se dejaran las armas de lado. No, se trató sólo de un episodio militar. De una venganza. De bajar a un tipo que puso la trucha por la tele y dio una versión de los hechos de Trelew que hacía de él un cómplice o uno de sus participantes. ¿Era el momento de matarlo? Suponemos que el ERP 22 ni se debe haber hecho esta pregunta. ¿Resultado? Gran acto de sepelio para Hermes Quijada. Todos los halcones del régimen militar dicen sus barbaridades más horribles. Mayorga, por ejemplo, que "cuesta mucho no ordenar antes el país y entregarlo después". Y Galimberti le hace perder presencia en el movimiento a la Jotapé. Jamás la volverá a tener. Jamás la Tendencia tendrá a un representante suyo en el movimiento.

FAR Y MONTONEROS: APOYAR, DEFENDER, CONTROLAR

El 24 de mayo de 1973 varios autos levantan a periodistas de los principales medios en distintos lugares de Buenos Aires. FAR y Montoneros se disponen a dar una conferencia de prensa. Los periodistas van tranquilos y satisfechos. Una buena nota los espera. Les vendan los ojos y los autos dan vueltas por medio Buenos Aires. Por fin se detienen en un lugar alejado. Les quitan las vendas, bajan y entran en una casita como cualquier otra. En una habitación decorada con banderas de las organizaciones, los esperan algunos personajes con capuchas. Los periodistas se sientan, sacan sus anotadores y esperan. FAR y Montoneros han tomado la decisión de desarrollar una serie de temas que luego darán forma al documento *Apoyar, defender, controlar*. Se trata de fijar su posición ante el Gobierno del compañero Cámpora. No será la misma que la del ERP.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
El discurso de Righi a la Policía

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

81 El discurso de Righi a la policía

Suplemento especial de
Página|12

FAR Y MONTONEROS: LUCHAR CONTRA LOS MONOPOLIOS, REDISTRIBUIR, NACIONALIZAR Y SOCIALIZAR

La Primavera Camporista fue una pesadilla para la Argentina tradicional, conservadora. Todo se salía de cauce. Nada se quedaba quieto, en su sitio. Indignaban las tomas de fábricas y de hospitales. Se tomaba todo. La modalidad se diseminó como un chorro de fuego. ¿Incendiaría el país? No hay nada más alarmante que adueñarse de la propiedad privada. La propiedad es *privada* por eso: porque no puede tomarse. Es privativa de sus dueños. Los demás tienen que privarse de ella. Si los demás no se privan de la propiedad privada, la propiedad deja de ser privativa de sus dueños. Los obreros o los empleados tomaban algo (el lugar en que trabajaban) y ahí se detenía todo. Ni ellos hacían mucho más. Ni nadie se molestaba por desalojarlos. El Gobierno no quería empezar su ciclo reprimiendo acciones populares. Era una modalidad de los nuevos tiempos, ya pasaría. Los reclamos se expresaban así. Tomando las fábricas. Porque nadie tomaba las casas de familia. Las casas de los gerentes de las fábricas, por ejemplo. Esto habría sido más grave. La derecha vivía estos días con furia. Manrique decía: "A 16 días de gobierno el estado de subversión es total en el país". A nosotros nos parecía que por primera vez respirábamos un aire nuevo. Llegaban, al fin, los libros de Marx. Las películas que nunca habíamos podido ver. Se anunciaban producciones inusitadas: una sobre las matanzas de los obreros patagónicos durante el gobierno de Yrigoyen, basada en el formidable libro de Bayer. ¿Sería posible? ¿Se haría eso? ¿Habíamos dejado de ser una colonieta bananera, catolicoide y represiva? Poco tiempo después, Osvaldo Bayer habrá de decir que *La Patagonia Rebelde* (de la que nos ocuparemos exhaustivamente) sólo fue posible "por ese paraíso de la cultura que fue el gobierno de Cámpora".

Volvemos a los periodistas que están frente a los jefes montoneros encapuchados en una casa misteriosa, con banderas de la organización que se ven detrás de las espaldas de los comandantes y que habrán de salir al día siguiente en todos los diarios del país. No era el clima que se quería vivir. Pero los Montoneros habían peleado por la vuelta de Perón, eran la famosa "organización hegemónica de la juventud peronista" y era importante saber cómo se disponían a actuar. ¿Apoyarían a Cámpora según el original método del ERP, matando a milicos, empresarios y policías? El que ocupa el centro de la mesa es el que toma la palabra. Se trata de una conferencia muy importante. Se le da gran trascendencia. Más tarde, en una reunión de *Envido*, con un ánimo muy abarcativo, Horacio González dirá que es también un documento del gobierno. Se le refuta esa idea. Pero, creo, tenía razón: así habrá de ser considerada por los enemigos. Y lo que el enemigo piensa de uno es lo que uno es para el enemigo y acaso el motivo por el cual habrá de morir. Así de simple. El hombre del centro de la mesa lee un documento jugoso, imperdible: "Luego de 18 años de lucha durante los cuales el imperialismo y la oligarquía trataron de destruir al Movimiento Peronista, mediante la represión y la integración al sistema (...) la clase trabajadora y el pueblo peronista junto con sus aliados lograron acceder al gobierno (...) En el marco de esta estrategia de guerra integral se desarrollaron todas las formas de lucha: desde las huelgas hasta los alzamientos populares más recientes, como los de Mendoza, Malargüe, y Gral. Roca; las luchas campesinas conducidas por las Ligas Agrarias en el Nordeste; el levantamiento de suboficiales y oficiales jóvenes en la Escuela de Mecánica de la Armada para el 17 de noviembre; las movilizaciones protagonizadas por la Juventud Peronista, especialmente las campañas del 'luche y Vuelve', el regreso del Gral. Perón y la campaña electoral; y el accionar permanente de las organizaciones político-militares en el señalamiento, desgaste y persecución del enemigo. Esta contraofensiva produjo el aplastante triunfo electoral del 11 de marzo y luego la gran movilización del 25 de mayo con la toma del Gobierno". Se formula una precisa descripción de los sectores que están en *el campo del pueblo*: "La clase trabajadora, los sectores marginados entre los cuales hay 1.500.000 desocupados, los pequeños productores urbanos y rurales, la gran mayoría del estudiantado y de la intelectualidad, y sus aliados los medianos productores urbanos y rurales, y todos aquellos que se sienten identificados con los objetivos de liberación". Estos últimos –de quienes se obvia decir a qué clase pertenecen o si importa semejante cuestión– exhiben una decisión teórica: al campo del pueblo no se pertenece por el lugar que se ocupa en el aparato productivo. *Es una decisión política*. Si yo me integro a todos los sectores que están empeñados en la lucha por la liberación nacional y social de la patria integraré el campo del pueblo así provenga de las clases altas, bajas o medias. Se trata de una elección político-existencial. Decido unir mi destino a los que encaran esa lucha. Quiero participar de ella. Y –al hacerlo– soy parte del pueblo. Sigue el documento:

"El Frente es una alianza de clases para enfrentar al imperialismo y sus aliados; sus objetivos, señalados por las pautas enunciadas por el compañero Cámpora son:

- Luchar contra los monopolios y todas las formas de dependencia.
- Nacionalizar y socializar la economía.
- Redistribuir la riqueza.
- Desarrollar la cultura popular.
- Derogar las leyes y desmantelar las estructuras represivas montadas por la Dictadura.
- Poner en marcha una política internacional independiente para conformar un Frente Latinoamericano imperialista y consolidar el bloque del Tercer Mundo en la comunidad internacional".

Era un perfecto, lúcido programa antiimperialista destinado a cubrir la primera etapa del Gobierno Popular. Son evidentes las diferencias con los delirios erpianos sobre la reforma agraria, expropiar a la oligarquía y a los bancos norteamericanos (¡). Lo que diferencia a los dos proyectos es que uno (el de FAR y Montoneros) quiere acompañar al gobierno, el otro quiere crear las excusas para pasar a enfrentarlo cuanto antes. No se trata, creo, de una cuestión de lucidez política. La *imposibilidad* de lo que el ERP pide es deliberada. Si le pido a un gobierno eso que sé no podrá lograr por el equilibrio de fuerzas existentes puedo transformar de inmediato esa situación fáctica, concreta, real, en una situación político-moral, o en una decisión marcada por una limitación política: no lo hacen no porque no pueden, sino porque sus limitaciones ideológicas se lo impiden. Así, me resulta sencillo ponerme enfrente de ese gobierno nacional-burgués, bonapartista, conciliador de clases. Hoy mismo estos personajes abundan por los parajes de la política nacional. Siempre es difícil saber hasta dónde un Gobierno puede o no llegar, de modo que se deberá siempre ser cauteloso en extraer definiciones ideológico-políticas de esa situación. Lo primero aconsejable es ver a quiénes tiene frente a sí ese gobierno. Por decirlo claro: *su política de alianzas*. Si un gobierno no ha tocado (aún) la propiedad de la tierra, pero los propietarios de tierras actúan frente a él como si estuviera ante la inminencia de hacerlo, se recomienda cautela. Ahí hay algo que ese gobierno está haciendo bien aunque aún no se note. Los del Poder sólo buscan erosionar a quienes visualizan como potenciales enemigos.

El documento de los Montos y las FAR no pretendía que Cámpora distribuyera la riqueza de inmediato o socializara la economía pasado mañana. Sabía que se trataba de un proyecto político y que –como todo proyecto– tenía una relación estrecha con el poder del adversario. *Lo que el ERP pareciera no haberse planteado nunca es el poder del adversario*. Al menos en esta etapa, FAR y Montoneros así lo hacen. Este es –para mí– el mejor de sus documentos. No se puede pedir todo sencillamente porque enfrente está el enemigo y si algo define al enemigo es su negación absoluta a darnos lo que queremos quitarle y su acumulación de poder para defenderlo. La política es la exquisita relación entre los proyectos de poder y el poder político y material para imponerlos. Por favor: relean esta última frase, una y otra vez. Ni Mariano Moreno la entendió. Su *Plan de Operaciones* jamás se hizo la simple, decisiva pregunta: *¿Con qué poder voy a imponer este plan a mis enemigos?* No hacerla, lo condenó al fracaso. Acaso lo tornó conmovedor. Un utopista espléndido. A él y a Castelli. Pero sin bases materiales para llevar a cabo sus ideas osadas, extremas. Este tipo de revolucionarios quedan como figuras ejemplares, pero nunca victoriosas. Ya lo he dicho del Che: heroico en todas partes, vencedor en ninguna. Este documento de FAR y Montos es el más sensato que han producido. Tiene una especial sensibilidad para la política de superficie. Para los matices opacos, a veces indiscernibles del verdadero poder del enemigo. Y una prioridad de la política sobre las armas.

Sigue el documento (no lo citamos completo, desde luego: ya diremos dónde encontrarlo): "El 25 de mayo comenzó la etapa de la Reconstrucción para la Liberación Nacional. Ese mismo día Pueblo y Gobierno produjeron el primer acto revolucionario sin precedentes: la liberación de todos los combatientes y demás presos políticos. Casi en seguida otras medidas importantes de trascendencia histórica y de profundo contenido popular como: derogación de toda la legislación represiva; comienzo del desmantelamiento del aparato represivo (liquidación de DIPA, mensaje del ministro del Interior a la Policía Federal); designación en las Universidades de interventores identificados con la causa del pueblo, que también en un hecho sin precedentes fueron en casi todos los casos aclamados por estudiantes y personal no docente (...). Se ha comenzado a desarrollar una política internacional independiente; restablecimiento de relaciones con Cuba, Vietnam del Norte, Corea del Norte y Alemania Oriental". Más adelante, se desarrolla un punto excepcional. Se refiere a las Fuerzas Armadas. Dice así: "Eliminada la camarilla, los integrantes de las Fuerzas Armadas deben comprender que si se encierran en los cuarteles bajo la consigna de un supuesto profesionalismo lo único que conseguirán será aislarse del pueblo argentino.

"Los hombres de las FF.AA., la totalidad de su tropa, la suboficialidad y gran parte de la oficialidad provienen del pueblo y no de la oligarquía, por lo tanto no tiene sentido que se aíslen de sus compatriotas sino que por el contrario deben unirse a la gran causa de los argentinos que en la hora actual es la reconstrucción y la liberación nacional y participar activamente de las tareas concretas que estos objetivos determinan. De esta manera el Ejército será Pueblo y el Pueblo será Ejército para defender la victoria y lograr los objetivos de la liberación".

¡Qué lejos se estaba de los planteos del ERP! No en vano (ya respondiendo a preguntas de los periodistas) las organizaciones dicen: "Nosotros queremos invitar públicamente ante el Pueblo argentino a los integrantes del ERP a reflexionar y confrontar frente a las masas su posición. Apelamos como único criterio de verdad al criterio de las masas, porque no hay ninguna verdad fuera del Pueblo". Y, por último, ante la pregunta sobre si ambas organizaciones se subordinan a la conducción del general Perón o constituyen un liderazgo paralelo e independiente, pareciera ser el propio Firmenich el que responde: *"Nuestras organizaciones constituyen parte del Movimiento Nacional Justicialista cuyo conductor es el general Perón. En consecuencia, nosotros enmarcamos nuestro accionar en la estrategia que señala el general Perón, que hasta la fecha se viene demostrando como absolutamente correcta"*. No fue casual que el lúcido Horacio dijera que se trataba –a su modo– de un documento del gobierno. Pareciera imposible haber elaborado un texto más certero, un apoyo más transparente. Para mí, nunca la tuvieron tan clara. Era lo que tenían que hacer. Nada de compartir la conducción con Perón. Nada de andar amenazando con que los fierros "están guardados pero por ahora", una comprensión profunda del Movimiento como una totalidad de la que eran una parte y el apoyo fervoroso al gobierno de Cámpora. Reconocimiento del Ejército dentro de la nueva etapa y cumplimiento paulatino de las etapas más conflictivas que aguardaban. ¿Cómo pudo todo arruinarse tanto?

EL ACONTECIMIENTO RIGHI

A Righi le dicen "el Bebe". Como a Cooke. Tenía 34 años cuando ingresó al gabinete de Cámpora, como ministro del Interior. Por tener buenos contactos con la juventud peronista, algunos suponen que es el "ministro de los Montoneros". Falso. Es el ministro de Cámpora. Y tiene una concepción personal de lo que quiere hacer. Cuando retorna al país –en 1984– se le hacen unos reportajes. Después también. Todos insisten en su ingenuidad. ¡Darle ese discurso a la policía! Estos pibes de la "primavera camporista" creían que estaban jugando en un arenero. El tipo del periodista posmo, cuasi corrupto, sin utopías ni moral que se va imponiendo cada vez más odia a los tipos como Righi y al camporismo. "Les duró poco. 49 días. Después vino Perón y se les acabó la fiesta." ¿Sí? ¿Y qué fiesta empezó? Porque a Perón tampoco le duró mucho. Otros la juegan de jóvenes, de tipos que destilan cierta piedad por esos viejos que dejaron sus neuronas en esa primavera, que viven de recuerdos, de esos fuegos del pasado. Qué lo tiró, che. De qué vivirán ellos. De algunos puestos que tuvieron con Menem o de las empresas para las que escriben lo que les dicen que escriban y si no se van a otra parte. Secos, resentidos, viejos prematuros, sin una obra, sin un libro ni dos siquiera. Desidiosos. Sarcásticos. Habitués de los restaurantes donde se encuentran con sus colegas. Amigos del buen vino que los lleva a terminar la jornada con ejemplar improductividad. No hacen nada en todo el día. Pero son capaces de burlarse de Righi porque fue un "ingenuo". Un boludo de la primavera camporista. Esos giles que duraron 49 días. Que todavía los recuerdan como si fueran lo mejor que pasó en nuestra historia. Que viven del pasado. Llorando lo que pudo haber sido y no fue. Y no podía ser porque era una tramoya de Perón, que los usó y después los mandó a la mierda. Flor de piola Perón. Eligió bien. De la primavera camporista, ni uno. Pero de los buenos muchachos de Ezeiza, todos. Hasta llegar a la Triple A, la otra cara de la primavera camporista.

Bueno, de todos esos tarados no nos vamos a ocupar aquí. La primavera camporista fue negada e injuriada durante décadas en este país. A Righi la cara de triste se le puso cada vez más triste. Había que pedir perdón. A ver si nos entendemos: aquí, yo voy a hacer la apología de Esteban Righi y su discurso a los comisarios de la federal. Si alguno cree que vivo del pasado, que lo demuestre. Le va a costar. Si alguno cree que me fallan las neuronas y que se me quedaron pegoteadas allá por 1970, en tanto él, tipo piola, está al día, no boludea con el sentimentalismo, sabe que todo aquello fue patético, un sueño de pendejos entusiastas e irresponsables, que trate, también, de ofrecer alguna prueba. Es probable que consiga divertirme un poco. No, señores. Hablemos en serio. Y digamos verdades ocultas porque lo peor de este país (que es un cacho gigantesco de él) necesita que no le hagamos fáciles muchas cosas. Es *fundamental* que en este país de hoy, lleno de malos tipos y malas minas que piden la pena de muerte como si nada, de ministros que aconsejaron a la policía bonaerense "meter bala" para acabar con la delincuencia, de patanes de los programas de chismes de la farándula televisiva que propusieron meter bombas en los socavones de basura que revuelven los cartoneros para reventarles la cabeza y después "tirarlos al río y chau", de periodistas que tienen los mejores horarios en la televisión y dirigieron revistas asociadas a las tareas de los campos de la dictadura, lleno de piolas que carajean todo el tiempo, que se ríen de cualquier ideal, que desprecian súbitamente a la generación de los desaparecidos porque parece que hay una orden que así lo establece, en este país de brutos, de una clase media agresiva, que sólo sueña con el ascenso social, que ante cualquier grupo de personas que no le gusta o que no piensa como ella dice una frase que ya es su marca de fábrica: "Hay que matarlos a todos", que pide todo el tiempo seguridad y jamás piensa en los factores reales de la delincuencia: el hambre, la falta de trabajo, de esperanzas, de futuro, que jamás relaciona la delincuencia con los verdaderos ladrones que se robaron el país: los mafiosos, los que andan sueltos, los que todavía circulan por los mejores restaurantes pidiendo vinos carísimos y rodeados de amigos que han de ser más custodios que amigos, esa gente que ve un morocho y piensa que lo va a afanar, que ve un pibe de trece años y piensa que hay que meterlo en cana, que cree que los pobres no laburan porque son vagos no porque falte trabajo, que odian a los bolitas y a los paraguas y a los chilotes y a los perucas, que ven basura por la tele y les gusta, y la ven todos los días, felices, idiotizados, pero realistas, no como esos boludos de los setenta, no, gente de hoy, que sabe en qué mundo vive, que no la van a engañar, que no va a arriesgar su pellejo por nada ni por nadie y por eso va a vivir hasta los 102 años mirando a Tinelli y oyendo a Gelblung o a quienes vengan a sucederlos si es que por desgracia se nos piantan al otro mundo, gente piola, argentinos de hoy, que si te dan una mano es para arrancarte la tuya, todos estos, a Righi, lo odian, porque odian en Righi lo que ellos no son ni fueron ni serán nunca, tipos generosos, que saben que un ser humano no se completa nunca a sí mismo sino a través de los otros, tipos valientes, que se le atreven a todo, hasta al ridículo, si quieren que lo diga, tipos que saben que están en este mundo por una o dos cosas, no por más, pero que esas cosas deben tener peso, deben ser trascendentes, porque hay sólo dos formas de pasar por este mundo: o como un tarado o una ameba o una lechuga y no dejar la más ínfima marca de ese paso o como un ser humano que se dibujó un destino, se jugó por él, le entregó su vida y entre todas las marcas que saturan la larga muralla de la historia dejó la suya. Para la eternidad. El 5 de junio de 1973, el Ministro del Interior del Gobierno de Cámpora, doctor Esteban Righi, hizo exactamente eso.

Con este discurso:

"En su mensaje del 22 de marzo, diez días después del plebiscito que lo llevó a la primera magistratura, el presidente de la Nación definió el contenido de los 60 días que aún faltaban para la transmisión del poder: 'Hasta el 25 de mayo, el Régimen: desde entonces, el Pueblo. La frontera es nítida', dijo entonces el compañero presidente Héctor Cámpora.

"Este plazo se ha cumplido y todos deben tomar nota de lo que ello implica. Por eso el ministro del Interior, desea dirigirse a todos los hombres de la Policía Federal, desde el jefe hasta los agentes, para reflexionar con ellos acerca de su misión en esta nueva etapa histórica y poner en claro qué es lo que se debe y qué es lo que no se puede hacer.

"Existen todavía hábitos, reflejos, que inducen a actuar como si nada hubiera cambiado. Formas de comportamiento que se consideran normales simplemente porque hace muchos años que no se conocen otras.

"Dentro de la estructura de sometimiento que el pueblo padeció en los últimos años, las fuerzas policiales fueron puestas en un difícil papel.

"Esta realidad la conocen bien los hombres de la Policía, que han corrido todos los riesgos, que han debido hacer todos los sacrificios, en la primera línea de fuego, como brazo armado de un régimen cruel e inhumano.

"Encerrados dentro de las comisarías, y rodeados de vallas, fueron alejados del pueblo, sin desearlo ni buscarlo.

"También ellos serán beneficiados con el fin de la dependencia y el comienzo de la liberación. Tendrán obligaciones, que deberán cumplir ineludiblemente.

"Pero tendrán también los derechos que en todos estos años habían perdido. Y sus propias obligaciones serán cumplidas con un espíritu nuevo, porque implican clausurar un período de dolorosa memoria para iniciar otro más justo, más noble.

"Lo trágico de la situación que nuestra Policía ha vivido es que sus jefes, oficiales y tropas han sido compelidos a enfrentarse con las masas populares de las que surgieron, y que defendían un futuro mejor también para ellos.

"Esta es una enfermedad que ahora queremos curar.

"Las condiciones que el régimen impuso a quienes se jugaron la vida por él no han sido mejores que las del resto de la población. La crónica de estos últimos años ha registrado motines policiales porque los sueldos no alcanzaban para vivir con decoro, para disponer de una vivienda digna y sana, para curar a la mujer cuando se enfermaba o mandar a los hijos al colegio a instruirse.

"La comunidad organizada que el General Perón dejó en el país cedió paso a los desgarramientos de una sociedad empobrecida y saqueada, de cuyas consecuencias todos fuimos víctimas. Pero esto debe cambiar.

"Es habitual llamar a los policías guardianes del orden. Así seguirá siendo. Pero lo que ha cambiado, profundamente, es el orden que guardan. Y en consecuencia, la forma de hacerlo.

"Un orden injusto, un poder arbitrario impuesto por la violencia, se guarda con la misma violencia que lo originó.

"Un orden justo, respaldado por la voluntad masiva de la ciudadanía, se guarda con moderación y prudencia, con respeto y sensibilidad humanas.

"La sociedad argentina ha padecido muchos agravios en estos años terribles que acaban de concluir. Todos hemos perdido mucho. Todos hemos sufrido. El país que recibimos carece de cosas imprescindibles.

"Faltan escuelas. Faltan viviendas. Faltan hospitales, cárceles limpias y sanas. Es natural y comprensible que la presión tan duramente contenida escape ahora con ímpetu. Que se manifiesten pedidos y demandas sectoriales.

"El gobierno del pueblo lo juzga legítimo. Afirmamos lo que sus candidatos dijeron durante la campaña electoral. Nuestra terapéutica es reconstruir. No permitir.

"Hay tensiones acumuladas y habrá conflictos. Lo sabemos y no nos asusta. Es imposible restaurar en pocos días todo lo destrozado en tantos años.

"La función policial no será combatir esas manifestaciones. Sólo encauzadas, ponerles razonables límites, impedir desbordes. Los hombres de la Policía pueden sentirse aliviados. *Ahora nadie pretende que de sus armas deba salir la solución a los conflictos.* Son los grandes movimientos de la sociedad. Los

cambios revolucionarios que en ella se irán produciendo apaciguarán esas pasiones. Conseguirán analizar todas las energías hacia la ardua tarea de construir una Argentina justa, libre y soberana.

"¡Cómo vamos a ordenar reprimir al pueblo, si suyo es este Gobierno y en su nombre y por su voluntad actuamos!

"Dije que la Policía tendrá nuevas obligaciones y quiero enumerar algunas de ellas. *Tendrá la obligación de no reprimir los justos reclamos del pueblo. De respetar a todos sus conciudadanos, en cualquier ocasión y circunstancia. De considerar inocente a todo ciudadano mientras no se demuestre lo contrario. De comportarse con humanidad, inclusive frente al culpable.*

"Mencioné también nuevos derechos.

"Los hombres de la Policía tendrán derecho a una retribución que les permita vivir con dignidad. A una vivienda que merezca ese nombre.

"A una efectiva protección para sí y para sus familiares, en el caso de incapacidad o muerte.

"De esta forma serán acompañados por el afecto del pueblo.

"Estos criterios que rigen para la relación con las manifestaciones de los distintos sectores de la sociedad, deben extenderse en varios sentidos a las expresiones delictivas.

"*En la Argentina nadie será perseguido por razones políticas. Nadie será sometido a castigos o humillaciones adicionales a la pena que la justicia le imponga.*

"La sociedad debe protegerse del delito, pero será ineficiente si no comienza por comprender que *sus raíces no están en la maldad individual sino en la descomposición de un sistema que no ha ofrecido garantías ni oportunidades.*

"La violencia ha sido una constante en el país en los últimos años porque el mal ejemplo vino de arriba.

"La ilegalidad ha gobernado en la Argentina porque el poder estuvo divorciado de su única fuente de legitimidad que es la soberanía popular, manifestada a través de sus instituciones establecidas en la Carta Magna.

"La catástrofe económica, política y social que sufrió nuestro pueblo es el telón de fondo que acompañó a las desviaciones individuales de las normas de la convivencia.

"El castigo despiadado al infractor complementaba el ciclo. El aumento de la criminalidad de todo tipo y la vigencia paralela de formas extremas de represión fueron la traducción del gran proceso de despojo y marginamiento de todos los argentinos.

"El gobierno del pueblo actuará sin pausas en la remoción de este cuadro aterrador, que hizo de cada habitante una víctima o un culpable. *Todo su empeño está comprometido para que jamás nadie pueda concebir que el delito es su único horizonte.*

"Durante interminables años el declamado respeto a la persona humana fue confrontado con la brutalidad con que algunos hombres escarnecieron a otros hombres.

"Cuando el gobierno del pueblo jura solemnemente que defenderá sin claudicaciones los derechos humanos, no está repitiendo una abstracción de liberalismo hipócrita. *Piensa en hombres y mujeres concretos, a quienes permitirá disponer de un techo y un trabajo. De educación para sus hijos y cuidado para su salud.* De bienes materiales pero también de objetivos espirituales. La Policía y las cárceles suelen ser mejores espejos de un gobierno que las palabras de los gobernantes.

"Queremos que en la Policía argentina también se refleje la transformación que ya comienza a vivir el país. Arbitraremos todos los medios para que así sea, y seremos inflexibles con quienes no lo entiendan.

"Las reglas del juego han cambiado. Ningún atropello será consentido. *Ninguna vejación a un ser humano quedará sin castigo. El pueblo ya no es el enemigo, sino el gran protagonista.*

"Esa es nuestra convicción y nuestra mejor garantía. Seamos dignos de ella".

EL GOLPE FINAL ROJO CONTRA NUESTRA PATRIA

Righi dio su discurso en el microcine del Departamento Central de Policía. A sus flancos, Ferrazano y Vittani, dos canas que le eran fieles a él y a Cámpora. Hay que señalar que el discurso de Righi era conocido por Cámpora. Que Righi no dijo palabra que su Presidente ignorara. Razón por la cual la responsabilidad del mismo está compartida por ese Tío aparentemente tan manso, bonachón y manipulable. La duración del discurso no se extendió más allá de los diez minutos. Como bien dice Bonasso: nadie, nunca, ningún ministro antes de Esteban Righi, había llevado a la luz del día el tema de la tortura. Además, hubo frases que se transformaron en exclamaciones, tal fue la vehemencia con que las dijo y la certeza que lo animaba: "¡Cómo vamos a ordenar reprimir al pueblo, si suyo es este gobierno y en su nombre y por su voluntad actuamos!". Antes del discurso, Righi había suprimido la DIPA (algo que ni la derecha peronista ni los militares perdonaron). ¿Qué era la DIPA? Era un centro de almacenamiento de datos de posibles subversivos. Había demasiados nombres ahí. Porque para la mentalidad represora alcanza muy poco para ganarse una ficha en uno de esos archivos. De ahí la necesidad de destruirlos. Para un gobierno democrático los "subversivos" serían menos y –algo muy importante– serían otros. El cambio de un régimen por otro es el cambio de un archivo por otra. *Es una ley de la Historia*. Nada, nadie puede prescindir de estas cosas. De aquí que resulte patética a esta altura de los tiempos esa frase de Albert Camus: "Uno empieza por querer libertar a los hombres y termina organizando una policía". Camus lo decía para demostrar (con, juraba, el corazón desgarrado) que las revoluciones terminaban apelando a los mismos métodos que venían a eliminar. El problema es complejo. De hecho, así ha resultado. Y peor aún. La cuestión es: ¿se puede hacer una revolución sin una policía, sin una fuerza militar adicta o se corre el riesgo de que la reacción regrese a los 15 días? Engels nunca tuvo dudas. No hay nada más autoritario que una revolución. No se viene a hacer una revolución con buenos modales. La cuestión central del discurso de Righi es –en el fondo y en todas partes– la del *Plan de Operaciones* de Moreno: ¿con qué poder político voy a imponer mis proyectos de transformación social, de acorralamiento de la derecha? Es lo primero que debe preguntarse un político. No pareciera habérselo preguntado Cristina con el problema de las retenciones. Acaso no pensó que enfrentaba a tan superlativos canallas, a avaros compulsivos, a guerreros anticonstitucionales y a una clase media tilinga y llena de odio por un gobierno que expresa –para ella– el aborrecido retorno de una generación a la que pueden aceptar en el respeto al desaparecido, donde dejan caer la mermelada de los derechos humanos, pero lo que les gusta de los desaparecidos es que están muertos y les permiten, de paso, mostrarse sensibles, humanos, defensores de los valores democráticos que imposibilitarían el regreso de un horror semejante. Pero no toleran a los que quedaron vivos de esa generación. ¡No, basta con ustedes, no jodan más! Con no cuestionarles lo que concretamente hicieron y sentirnos adoloridos cuando se rememoran los horrores a que fueron arrastrados hemos cubierto nuestra cuota. ¡Pero vivos, aguantarlos vivos, gobernando, llenando al Gobierno con esos nombres que sólo evocan la desunión de los argentinos, el riesgo, la imprudencia, y tal vez –aunque se los ve arrepentidos– el regreso de los malos modales, con lo cual queremos decir lisa y llanamente: la violencia, ¡no! Ustedes desaparecieron. Desaparecidos, los aceptamos y hasta sufrimos por la triste suerte que han corrido (y que se han buscado, pero no insistiremos en eso). Pero "aparecidos" y detrás de un crispado y de una típica de la peor rama de ustedes: la de los habladores, la de los inteligentes, la de los que saben de política ¡y encima mujer! No, jóvenes de ayer, viejos de hoy, los vamos a echar no bien nos sea posible.

Righi no se preguntó seguramente por esa cuestión: ¿con qué poder político voy a respaldar este discurso? Tal vez lo tenía. Tal vez ese 5 de junio de 1973 lo tenía. Y si no lo tenía se le había abierto el horizonte para crearlo. Pero el horizonte era el viejo general y este personaje indescifrable venía para destrozar todo.

Los torturadores seguían vigentes y no demoraron en contestarle al joven ministro. "Cuatro días después del discurso (escribe Bonasso), el general retirado Heraclio Ferrazano encontraba en su despacho una nota que llevaba como firma 'Policías Federales', donde se acusaba a Esteban Righi de 'intentar destrozar a la Policía Federal' y de 'agraviarla gratuitamente' con la disolución de DIPA" (Bonasso, *ob. cit.* p. 672). Pero el texto perfecto, el texto de la doctrina de la seguridad nacional, el texto del alma represiva argentina estaba más adelante y era preciso, cortito y temible por la inmundicia de la fórmula que usaba, por la jerga macartista, vulgar, porque revelaba lo que en la cabeza de un torturador era insoslayable, era, sin más, parte esencial de los valores con que había sido formado: "Estos hechos se produjeron a espaldas del doctor Cámpora para debilitar al país con policías indefensos, desanimados, desalentados y temerosos, *posibilitando el golpe final rojo contra nuestra patria*" (Cursivas mías.) Texto que una vez más revela que para las fuerzas de seguridad la lucha no era contra un gobierno nacional y popular, "peronista". Era contra el marxismo. Era parte de la lucha contrarrevolucionaria. La lucha del Occidente cristiano contra el enemigo rojo. La juventud peronista buscaba refinar sus conceptos con la teoría de "los dos imperialismos". El peronismo era una fuerza tercermundista, nacional, alejada de la Unión Soviética por múltiples causas. Entre ellas, por el enfrentamiento entre lo *nacional* y el internacionalismo proletario que impulsaban los rusos. Pues no, jovencitos. Ustedes son marxistas. Pueden decir de sí lo que quieran. Son subversivos. No se enteraron de los planes del Pentágono, de los franceses, de la Escuela de las Américas. El comunismo busca apropiarse del mundo por medio de variados y hasta ingeniosos disfraces. El de ustedes es uno de ellos. Pero no nos engañan. Son más marxistas que el ERP. Pertenecen al campo estratégico del comunismo internacional. Perón lo sabe. Los que no lo saben son el joven Ministro del discurso infantil y bonito, que va a endulzar a las almas sensibles y sólo eso. No va a salvar ni a un solo preso de la tortura. En cuanto a los archivos de la Dirección de Investigaciones Políticas Antidemocráticas de la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal (usted, de paso, bisoño ministro Righi tome nota del opulento nombre completo de DIPA: no lo hemos puesto por casualidad, pretende intimidar, asustar, generar respeto, ¿se atreve, en serio, usted a desmontar una central de Inteligencia con semejante nombre?) sépalo, ministro Righi: el comisario Ernesto Pidal, sin mayores esfuerzos, hizo copias. Los copió todos, doctor Righi. Y se los envió al coronel Osinde. Los tiene él. Ya ve. Hacemos lo que queremos y nos preparamos para más. ¿Le repugnó la frase *El golpe final rojo contra nuestra patria*? Lo lamentamos: así hablamos nosotros. Ustedes son rojos, son comunistas, son marxistas, son subversivos, son enemigos de la patria y de nuestra bandera. Cuando nos enfrentemos no espere de nuestra parte modales exquisitos.

Leí la frase en el diario: *El golpe final rojo contra nuestra patria*. Fue una piña en plena jeta. Me había entusiasmado con el discurso de Righi. No importa. Se pueda o no llevar a la realidad es un modelo de lo que las cosas deberían ser. Cada vez se torna más imposible que las cosas sean eso: lo que deberían ser. Hay una presencia del Mal en el mundo. Un crecimiento de esa fuerza que se ha adueñado cada vez más del corazón del hombre. El discurso de Righi es un discurso de Eros. No podía sino convocar de inmediato a su tenaz rival: la pulsión de muerte. Pero parte de la tarea de los hombres de hoy es ir atesorando los momentos en que Eros asomó en la Historia, haya o no triunfado. Y tener esos momentos en nuestros corazones. Hubo tipos así. *Los hubo. No son ángeles. No cayeron del cielo*. Son reales, terrenos. No hay que dejarlos solos.

(*Nota para Esteban Righi:* Voy a tratar de ubicarte en esta semana. Hablar con vos. Qué le vas a hacer. Te tocó un admirador inesperado. Alguien que cree que produjiste un *acontecimiento*. Un suceso en el que se condensan muchos otros y la Historia logra una densidad inusitada, que la saca de su eje o le revela que no hay eje, sólo grandes momentos donde todo adquiere un sentido. Ese momento goza de una especie de eternidad. Aunque sea casi de inmediato suplantado por otro. Pero *ahí*, para siempre, sucedió algo, algo que llamamos *acontecimiento*. Te guste o no, fuiste el Acontecimiento Righi.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
Camporismo y cine

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

82 Camporismo y cine

Suplemento especial de
Página|12

UNA BUENA CANTIDAD DE CEMENTO FRESCO

Ya que se me suele pedir con insistencia mi libro de 1987, *López Rega, la cara oscura de Perón*, que no voy a reeditar ni menos todavía prestar a nadie pues me queda uno solo, me dispongo a utilizar algunos materiales que hay en él. No deberá creerse que hay ahí tesoros tempranos que luego fueron olvidados o pasados por alto. No es para tanto. Acaso no tenga otro mérito que las ganas del autor de amargarse la vida en plena ola gorila alfonsinista y ligarse críticas de todos lados. La Fundación Plural (cómo les gustaba hacer Fundaciones a los radicales: ¿estaría bien eso?, ¿sería transparente?, recuerdo a varios de sus integrantes que nunca me parecieron trigo limpio y que gastaban mucho dinero en atacarme por medio de considerables publicaciones en los grandes diarios: se enfurecían con mis interpretaciones y salían a decir pavadas partidarias sin mucho valor; eran grandes "intelectuales" de la *Fundación Plural*; además, jóvenes turcos de la Coordinadora; ¿en qué me iban a agarrar a mí?; la primera infamia que escuché en democracia y me dejó helado provino de un radical y a los dos meses del gobierno del hombre santo de Chascomús, creo que la cité: "A ése", dijo el piola que se sentía el rey de la política posmoderna, "lo compramos por 40.000 dólares"; carajo: ¿así se hacía política entonces?; cuando en 1985 renuncié al Partido Justicialista me invitaron a un almuerzo en la Casa Rosada con el secretario de Prensa y, al parecer, la infaltable presencia del radicha que desparramaba dólares para comprar conciencias morales en oferta; fue una reunión agradable; me sorprendió que el secretario transformara una mesa redonda en una con una cabecera irrefutable que él ocupó: no es difícil, todo reside en colocar los platos de los demás alejados del plato del importante funcionario que a uno lo recibía, generoso; hace 24 años de esto: no recuerdo nada del eminente funcionario, entre tanto, desde esa fecha, yo debo haber publicado 15 libros y un montonazo de cosas más, pero nunca fui funcionario ni ocupé la cabecera de una mesa ni busqué tentar a un tipo que acababa de irse del Justicialismo, lugar en el que había estado poco menos que de adorno; del modo que sea, todo fue muy cálido y nadie cometió la indelicadeza de poner una cifra, ofrecer un puesto o entregarme la dirección de una revista; acaso eso estaba contemplado para una segunda reunión que no se realizó, cosa que agradezco), la Fundación Plural, decía, sacó un dilatado texto en contra de mi libro sobre López Rega en tanto cara oscura de Perón. En 1987, en junio de 1987, decir que López Rega era una cara de Perón era inusual, nuevo. Y que era su *cara oscura* era blasfematorio. Perón tenía una cara oscura, y esa cara oscura era la de López, que era suya, de Perón, él la había hecho suya. Me sorprenden algunos que me preguntan si me voy a atrever a decir que Perón participó de la Triple A. En principio, Sergio Bufano lo demostró ampliamente en un muy documentado trabajo que publicó en la revista *Lucha Armada*. Su título no se anda con vueltas: *Perón y la Triple A*. Y si se trata de decir eso, ya lo dije hace 22 años: "Además, Perón sabía. Y ésta es la sombra que nos duele ver proyectarse sobre su imagen final, la sombra que debió evitar y a la que su pragmatismo lo condenó. La sombra de López Rega. Perón sabía que López quería armar los escuadrones de la muerte. Y más aún: esos escuadrones actuaron durante su vida. Actuaron contra Solari Yrigoyen. Y actuaron durante el navarrazo. ¿O el navarrazo (derrocamiento del gobierno constitucional de Córdoba en marzo de 1974) no fue una acción espectacular de la Triple A?" (JPF, *López Rega, la cara oscura de Perón*, Legasa, Buenos Aires, 1987, p. 83). Pero hay más en ese libro. Está escrito en base a mi memoria. A mi participación (como militante de superficie) en los análisis de los sucesos de la época, en caliente, quemando. El parágrafo 2.2. de *Ezeiza y la teoría de los dos demonios* se titula *La prefiguración de Ezeiza*. Y dice así: "Transcurren los días de junio. El 10 ocurre un hecho –a mi juicio– fundamental. Ocurre en José León Suárez. Hasta aquí han llegado los militantes de la Tendencia para homenajear a los hombres que protagonizaron el levantamiento de 1956. El acto se hace en José León Suárez pues aquí es donde fueron fusilados numerosos militantes peronistas. Hablan el general retirado Raúl Tanco y Oscar Bidegain, gobernador de la provincia de Buenos Aires, hombre cercano a la Tendencia. Inesperadamente, llega un auto con hombres armados. Pertenecen a la Juventud Sindical, organización recientemente creada por Rucci. Descienden y hacen fuego sobre la multitud. Luego huyen. Quedan –allí, en José León Suárez, lugar que evoca la muerte para los peronistas– un muerto y varios heridos.

"Habitualmente este hecho no se incluye en las discusiones sobre Ezeiza. Pero el 10 de junio de 1973 prefiguró el 20, 'José León Suárez' anticipó 'Ezeiza'. Lo anticipó, al menos, en uno de sus aspectos esenciales: en la furia guerrera, en la decisión criminal de la derecha. La Tendencia –después de 'José León Suárez'– no podía considerarse 'inocente' acerca de la metodología armada de sus enemigos. Sabía que sólo podía enfrentarlos al costo de integrarse en su lógica de guerra.

"En Ezeiza, en suma, no es donde se cobra sus primeras víctimas la derecha peronista. Es en José León Suárez. Y esto lo sabían los militantes y la dirigencia. Y aunque el hecho no alcanzó para atemorizar al pueblo y frenarlo en su decisión de marchar hacia Ezeiza en busca de Perón, alcanzó para alentar a la Tendencia, para obligarle a saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar sus enemigos. Hasta el fin, hasta la muerte. 'José León Suárez' fue una declaración de guerra. Porque allí, la derecha peronista –más allá de la 'guerra' de consignas, 'declaraciones' o 'solicitadas'– demostró que estaba dispuesta a matar" (JPF, *ob. cit.* pp. 95/96).

Miguel Hurst había estado en ese campo de batalla. Apareció furioso, reputeando. "Son asesinos –dijo–. Se bajaron de los coches y empezaron a tirar a mansalva. Había minas, pibes. De pedo no fue un desastre. No va a haber paz con estos tipos. Son los sindicatos. Y ojo: no sólo es Rucci. Es la UOM. Es el Turco Lorenzo Miguel. Y son todos. Los demás también. Todos los hijos de puta que concilaron, negociaron y dialogaron durante todos los años de lucha. Son parte del régimen. Y lo quieren conservar." Esa misma tarde, un compañero de *Envido* –que vivía frente a la Uocra– pasa cerquita de los compañeros laburantes peronistas porque vive ahí nomás y los escucha decir: "Ma sí, a ese turro lo tirás adentro de un pozo y después le ponés tres kilos de cemento fresco encima. Te lo juro: no lo ves más".

Tengo otro relato. Refleja con fidelidad la época en que ocurrió. En otra (hoy, por ejemplo), el personaje central no habría dicho con tanta ligereza a un extraño lo que aquí dice. Ya explicité la función que cumplen en este ensayo: estos relatos o mini relatos buscan entregar al que no vivió esa época de difícil comprensión algunos de sus hechos, tal vez pequeños pero trascendentes, que permiten penetrar en ella con mayor fuerza, con mayor hondura. Son –diría Hegel– el *elemento* en que esa historicidad se desliza.

"ES INCREÍBLE EL APEGO QUE LA GENTE LE TIENE A LA VIDA"

Ese *elemento* fue cada vez más el de la muerte. El de la desvalorización de la vida. Y en el caso de este relato, la genuina sorpresa de alguien por el valor que otros lo otorgan a la vida. Conjeturo que muchos de ustedes habrán hablado cara a cara con un asesino. O no. O no lo saben. Uno se cruza –a lo largo del día– con un montón de gente. De ese montón, ¿a cuántos conoce bien? Supone que ninguno es un asesino porque todos andan sueltos. Pero esta suposición supone, a su vez, una desmedida confianza en la Justicia. Supone creer que en la cárcel están todos los asesinos. Que no hay asesinos sueltos. Algo que sólo puede calificarse como una ingenuidad republicana o como un deseo que permite vivir más serenamente: si todos los asesinos están en las cárceles nadie habrá de matarme. Aun así debiera pensar que existen los asesinos potenciales. Debiera pensar algo que no me atrevo o no quiero pensar: *cualquiera puede ser un asesino*. Cualquier ser humano –bajo determinadas circunstancias– puede matar. Incluso yo, por más que me crea un ángel lleno de buenos sentimientos y conductas previsibles y racionales. Pero nadie es previsible. Hasta podía decirse que el no serlo torna a las personas más interesantes. Y que serlo las torna más anodinas pero, a la vez, más peligrosas. Porque el paso de la previsibilidad a la imprevisibilidad es casi siempre violento. Ese paso es un quiebre en la personalidad del que lo sufre. Y es una agresión –siempre sorpresiva– para el que lo recibe. "Nunca te pensé capaz de algo así". "Nunca creí que podrías ser tan turro". "No puedo creer que seas vos el que está diciendo eso". "No te reconozco". "¡Cómo cambiaste, viejo! Sos otro".

El aspecto fascinante de la cuestión es que el asesino aparezca en un lugar inesperado, en medio de una conversación amable, de una comida apetitosa, con una buena copa de vino, en medio de una charla como cualquier otra, que no parecía encerrar imprevistos. A mí no me había ocurrido hasta la noche que cené... *con un custodio de Lorenzo Miguel.*

Durante los primeros años de 1973 me agarró un miedo que no pude superar: viajar en avión. No supe a qué atribuirlo. Era una negación. La muerte se había adueñado –ya largamente– del país, ¿qué tenía de raro que ese miedo se me canalizara por el lado de los aviones? Pude haber tenido psoriasis, algo feo en verdad. O migrañas intensas. O, sin más, miedo a salir de mi casa. No, me agarró miedo a viajar en avión, una de las cosas que más asiduamente hacía. No me preocupé: ya habría de pasar. Tal como había llegado se iría, un día cualquiera, de golpe. Empecé a tomar trenes. Es muy romántico el tren. Y el que iba a Mendoza se llamaba "El Libertador". Y era una joya. Había dos turnos para cenar. Elegía el segundo. Podía quedarme de sobremesa, tomarme un whisky, hablar con alguien e irme a dormir, previo Lexotanyl. El Lexotanyl era de uso nacional en la década del '70. Cierta vez comparto la mesa con un tipo alto, fornido, simpático irrebatible, sonrisa ganadora y conversación animada. Noté que sus manos eran toscas y sus dedos muy grandes, fuertes. Una mano acostumbrada a los trabajos manuales. Nada que ver con las mías. Pese a lo cual yo confiaba mucho en mi derecha. Tocaba el piano durante esos años y las manos de un pianista –contrariamente a lo que se cree– no son meramente finas y delicadas, son muy fuertes. ¿Qué otra cosa podrían ser? El pianista no deja de ejercitarlas. No deja de aporrear las teclas con ellas. De aporrear las teclas a aporrear una jeta hay una distancia estética, de acuerdo. Pero sólo eso. Hay acordes de Brahms que son poderosos, que hay que darles con todo para arrancarles el sonido que requieren. Si variamos el contexto y en lugar de tocar alguno de los dos maravillosos conciertos de Brahms, uno se tropieza con un tipo que se obstina en romperte la jeta, deberás hacer con la suya lo que hacés en el piano cuando aporreás esos acordes de Brahms: usarla de teclado. Ante todo, ahí tenés los dientes del tipo, que se parecen al teclado. Y el ojo que bien puede ser una corchea. Y los labios que no sé qué demonios pueden ser pero se los rompés igual. Esto no debe llevar a creer que me he pasado la vida rompiendo jetas por el mero hecho de tener fuerza en las manos por haber practicado escalas desde niño en el piano familiar. No, mi rival es el teclado de la PC. A él sí le pego sin piedad. A uno que otro tipo le he llegado a mostrar el temible nudillo de mi dedo mayor y a decirle que podría destruirlo con él. Si se convence, bien. Si no, habrá que pelear. Pero la fuerza de mis manos me ha resultado más útil para abrir una botella de champagne que para voltear enemigos a golpes de puño. No soy cagón, pero odio la violencia. Cada vez que en la vida –pocas veces y cuento desde la infancia– le pegué a alguien me sentí tan mortificado que en seguida estaba a su lado pidiéndole perdón. Insisto: odio la violencia. Lo que nunca se podrá saber con esta clase de gente –con estos humanitarios que odian la violencia– es si la odian auténticamente o la odian de puro cagones que son. Cada uno deberá indagar en sí mismo esa temática. De todos modos, prefiero un cobarde a un asesino. Prefiero un humanista a un violento. A un tipo que se niega a pelear antes que a un matón de cuarta. (*Nota:* Hay situaciones en que no queda otra que pelear. Aquí todo se torna imprevisible. Cualquier "cobarde" puede ir más allá de sí mismo y revelarse un luchador feroz si lo convoca un motivo en el que cree con fervor. Y estamos ya fatigados de ver a guapos, "valientes" o matones arrugar en los momentos en que más tienen que jugarse. La condición de los seres humanos es imprevisible, sorprendente y nadie es algo para siempre. Un tipo que tiempo atrás se te reveló como un cagonazo irredimible hoy puede romperte la jeta impecablemente y te vas a quedar sentado de culo preguntándote cómo pudo ocurrir eso. Eso te va a enseñar a ser más prudente. No hay cobardes para siempre. No los hay *necesariamente*. Tampoco hay valientes para toda la vida. De pronto, en cualquier pelea, se les revela algo que desconocían: el miedo. La fragilidad de todo. Y el otro les llena la cara de dedos. Siempre hay retorno. La vida se parece al fútbol. "Lo bueno del fútbol", dicen sabiamente algunos jugadores, "es que siempre te da revancha el domingo que viene". La vida es todavía mejor. Te la da todos los días, feriados o no.) No era de cuarta el tipo alto, fornido y simpático con el que compartí esa cena en "El Libertador" a mediados de 1975. Era un custodio de Lorenzo Miguel y ahora nos hemos quedado solos compartiendo la sobremesa de "El Libertador". Como siempre, la comida había sido tolerable. Algo frío, algo caliente, un postre y café. Era el lugar el que le otorgaba a todo una especie de majestuosidad que –con algo de imaginación– le hacía sentir a uno que estaba en el *Orient Express*. Luego de comentar algunas insustancialidades, la conversación se pone densa. Era inevitable. Era la época. La opción era no hablar. Pero si uno se atrevía a hablar en serio sólo podía hablar de eso, de la muerte. Hablamos entonces de toda la gente que muere día a día en el país. Hemos ordenado dos whiskies. Coincidimos en la marca: JB. El revuelve el hielo con uno de sus dedos gordos, peligrosos.

–¿De que laburás? –me pregunta.

–Soy vicepresidente de una sociedad anónima. –Era mi respuesta para impresionar. La otra posible era: "También soy un ideólogo de la subversión. Pero me abrí apenas lo mataron a Rucci". Jamás la decía.

–Carajo, y mirá que sos joven.

–Es una anónima familiar. Funciona bien. Tenemos otro socio que se ocupa de las máquinas. Mi hermano de las finanzas. Yo de la comercialización. O de las ventas, si querés. Y tenemos viajantes por el Interior. Mi hermano es el cerebro. Yo no sé sacar un costo. Pero soy un vendedor empeñoso. Mucha parla, sonrisa ganadora, voy a cenar con los clientes, me aguanto el vino que toman ellos...

–Y te ofrecen minas.

–Sí, pero son pocos los lugares de este país donde hay buenas minas. Rosario. Salta. Mendoza, cuando vienen las mejores putas de Chile. – No le dije que ese tema me importaba poco. Que nunca aceptaba esos "regalos" de mis clientes. Pero –en una conversación entre tipos– eso de saber dónde hay buenas minas te da prestigio. Los tipos somos así. Pregunté:– ¿Y vos, qué es lo tuyo?

–Soy custodio de Lorenzo Miguel.

–Ganarás muy buena guita.

Asintió.

–Están en una guerra ustedes –digo–. En Villa Constitución se lucieron.

Recordemos: era 1975, ya había pasado el asalto facho-peronista a los "zurdos" de Villa Constitución. Ahí, por primera vez, con armas, con muertos, el peronismo enfrentó a una clase obrera no peronista. Un hecho único, histórico.

–Sí. –Sonríe satisfecho. Dice–: Los hicimos mierda.

–¿Se bajaron a muchos?

–Esa pregunta, ahorratelá.

–Mis disculpas.

Tomamos nuestros whiskies. Se hizo una pausa larga, demorada. Algo iba a decir el tipo. Y lo estaba pensando. Lo que dijo fue –para mí– inolvidable.

–¿Sabés por qué somos tan efectivos los tipos como yo? Oíme bien. –Se inclinó hacia mí. No bajó el tono de voz. Pero la búsqueda de la cercanía le dio densidad a lo que dijo. Esa cercanía tenía un mensaje, un significado. Era como confesar: Para decirte esto te lo digo de cerca. No sé si me importa mucho que me oigan. Quiero que vos sepas que no se lo digo a cualquiera. Por eso me inclino hacia vos. Porque te voy a confesar algo que sé. Que sé de la gente. Que lo aprendí a lo largo de los años. Y ahora te lo digo a vos. Pero de cerca. Quiero que sientas mi aliento mientras te lo digo. Y lo dijo–: Es increíble el apego que la gente le tiene a la vida. Eso nos da el poder que tenemos. Si no fuera así, seríamos inofensivos. Pero no. La gente se aferra a la vida como una garrapata. Como un insecto, como un parásito. Como un niñito a la teta de la mamá. Carajo, ¡qué pavura le tienen a la muerte!

–¿Y eso te parece raro?

–¡Claro! Si la vida es una mierda. Las minas te engañan o te dejan. Se te mueren los viejos. Los amigos te cagan. Los que te contratan te usan y el día que no les servís te echan o te tiran a un río con un pedazo grande de cemento en los pies. Y si no morís así morís en un hospital. Solo como un perro. Yo me pregunto. ¿Qué creen que están perdiendo? Si al final hasta les hacés un favor. Y no, viejo, no. Dan lástima. Desesperados, ridículos, lloriqueando como putitos, se aferran a la vida. Te piden que los dejés vivir.

–¿No te gusta vivir? Ese "apego a la vida" que tanto te sorprende en los otros, ¿no está en vos? ¿Ni un cachito?

–Ni un cachito. Te lo juro. Prefiero matar que vivir. Y cuando me llegue la hora, bienvenida, pibe, que llegue nomás. ¿Querés un faso?

–Dale. Y decime: ¿todos los custodios de Miguel son así?

–¡No! Hacen lo que les dicen. No se preguntan nada. A veces les digo: "¿Nunca se preguntaron por qué la gente se apega tanto a la vida?" Tienen la respuesta a mano. Te dicen: "Porque son todos cagones". Y mirá: tienen razón. El que no es cagón ni se pregunta por la vida ni por la muerte. Tenés que matar. Y si te toca morir, morís, viejo. Eso es todo. Qué tanto quilombo. Qué tantas preguntas. Preguntar te hace flojo. El bocho sólo sirve para joderte la vida.

Se liquidó el vaso de whisky. Otra vez se quedó silencioso. Se puso a mirar por la ventanilla. No se veía nada. Alguna luz, lejos. Siempre que veo esas luces me pregunto quién vive ahí. A veces, peor: me pregunto si Dios sabe que ahí vive alguien. Ahí dejo de mirar la luz. El que viva ahí, que se joda. Mirá si Dios se va a ocupar de él.

Me miró de nuevo.

–¿Sos casado?

Le dije que no. Para no explicar. Él dijo que sí. Que tenía tres pibes. Y habló un buen rato de ese asunto. De pronto, se detuvo. Hizo un gesto con la cabeza. De contrariedad, creo. Dijo:

–Lo que pasa... Con este laburo mío, qué querés. Los veo poco. Y un día, si me descuido, no los veo más. Sin embargo...

–¿Sin embargo?

–Pronto se va a acabar. Lo nuestro, digo. Se van a encargar otros de la tarea. No sé si entendés. Otros. –Se puso en pie. Era muy alto. Corpulento. Tiró un montón de billetes sobre la mesa.– Dejame invitarte.

–Otros... quiénes.

–Los milicos, pibe. Quiénes si no. Se viene una acá. Ni vos ni yo la podemos imaginar. Nadie. Pero creeme: se viene una... Chau, pibe. Que duermas bien.

No recuerdo si dormí bien o mal. Juraría que mal.

RIGHI Y LOS DERECHOS HUMANOS

Esteban Righi tiene, hoy, setenta años. Se lo ve bien. Es el procurador general de la Nación. Le resulta divertido todo lo que le dedicamos a su discurso. Y los dibujos de Rep, geniales.

–Di el discurso de pie –me dice.

Estamos en su despacho. Un lugar muy hermoso. Lleno de madera. Amplio. Un lugar del poder. Le avisé que quería hablar con él y ahora lo estoy haciendo. Le digo que ese discurso es una de las más grandes piezas de los derechos humanos. Que es uno de los más potentes y hermosos y sinceros y verdaderos de todos los que se pronunciaron en este país.

A propósito: para todos lo canallas que andan diciendo que el gobierno de Cámpora fue de los Montoneros. Que toda la experiencia del '70 fue de los Montoneros. Vean, cállense la boca. No mientan más. No-mien-tan-más. Estamos hartos de mentiras. *La Juventud Peronista fue mucho más que los Montoneros.* Righi no consultó su discurso con ningún montonero. El lunes 8 de junio los dos tipos que nos reunimos en su despacho de Procurador de la Nación teníamos un pasado en la Jotapé, pero nunca estuvimos en Montoneros. No nos gustaban los Montoneros. Teníamos serias dudas sobre su conducción. Hoy decimos: "Perdía" y se nos ponen los pelos de punta. ¿Cómo pudieron tantos tipos inteligentes someterse a esa conducción? *El gobierno de Cámpora fue un gobierno de la Juventud Peronista, pero no de Montoneros.* Ni Cámpora ni Righi ni Juan Manuel Abal Medina ni la mayoría de los otros que lo formaban (Abal no institucionalmente, pero era un brazo fundamental de Cámpora) eran Montoneros. Si quieren que les diga algo loco: yo aceptaría decir que fui más camporista que peronista. Y que hoy no reniego de Cámpora y sí del Perón que viene con Isabelita, López Rega, Osinde, Milo de Bogetich, Lastiri y muchos otros más.

En cuanto a Righi, insistamos: el hombre que da ese discurso conmovedoramente humanista formaba parte esencial (era, nada menos, que el ministro del Interior) del gobierno de la Juventud Peronista. Así que jodan un poco menos preguntándose: ¿cómo habría sido un gobierno de los Montoneros y el ERP? Nunca pudo haber existido ese gobierno. Jamás podrían haberse apoderado de él. En cambio, sabemos muy bien *cómo fue un gobierno de la Juventud Peronista*. Fue un

gobierno cuyo ministro del Interior dijo:

1) "Es habitual llamar a los policías guardianes del orden. Así seguirá siendo. Pero lo que ha cambiado, profundamente, es el orden que guardan. Y en consecuencia, la forma de hacerlo".

2) "Un orden injusto, un poder arbitrario impuesto por la violencia, se guarda con la misma violencia que lo originó. Un orden justo, respaldado por la voluntad masiva de la ciudadanía, se guarda con moderación y prudencia, con respeto y sensibilidad humanas".

3) "Dije que la Policía tendrá nuevas obligaciones y quiero enumerar algunas de ellas. Tendrá la obligación de no reprimir los justos reclamos del pueblo. De respetar a todos sus conciudadanos, en cualquier ocasión y circunstancia. De considerar inocente a todo ciudadano mientras no se demuestre lo contrario. De comportarse con humanidad, inclusive frente al culpable".

4) "En la Argentina nadie será perseguido por razones políticas. Nadie será sometido a castigos o humillaciones adicionales a la pena que la Justicia le imponga".

5) "La sociedad debe protegerse del delito, pero será ineficiente si no comienza por comprender que sus raíces no están en la maldad individual sino en la descomposición de un sistema que no ha ofrecido garantías ni oportunidades".

6) "Las reglas del juego han cambiado. Ningún atropello será consentido. Ninguna vejación a un ser humano quedará sin castigo. El pueblo ya no es el enemigo, sino el gran protagonista".

FRASES Y CONDUCTAS PARA LA HISTORIA DE HÉROES CIVILES DE LA DEMOCRACIA

Susana Giménez: "El que mata tiene que morir"

Rabino Bergman: Propone suprimir las palabras del Himno "libertad, libertad, libertad" por "seguridad, seguridad, seguridad".

Carlos Ruckauf: "Hay que meter bala".

Ingeniero Santos: Corre a dos delincuentes que le robaron el pasacasete y los mata a balazos. Los automovilistas, ante los robos de pasacasetes, habían empezado a pegar en sus ventanillas un *sticker* que decía: *No tengo pasacasete*. Ahora pegan uno que dice: *Tengo pasacasete, pero soy ingeniero.*

Juan Carlos Blumberg: Líder de la inseguridad ciudadana. Lucha por reducir la imputabilidad de las penas. Su meta son los jóvenes. Ahí ve la delincuencia. El huevo de la serpiente o, sin más, la serpiente.

Lucho Avilés: "A los cartoneros hay que ponerles una bomba en la bolsa. Así cuando la abren explota y chau. Después que los tiren por ahí". (Proyectado –como repetición– en el programa *TVR*, Canal 13, 22 hs., año 2007.)

Esteban Righi: *Ninguna vejación a un ser humano quedará sin castigo*.

No creo que un gobierno vuelva a tener un ministro del Interior que le diga esto a la Policía. Desde hace años caer preso puede ser para cualquiera la peor de las pesadillas. La Policía lleva a Camps en el alma. Al inicio de la democracia un amigo va a hacer un trámite a una comisaría.

–Siéntense y espere.

Eso le dice el único cana que está al frente del mostrador. Al rato llega una señora desesperada, la cara bañada por las lágrimas. Dice que su hija ha intentado suicidarse. Que está sangrando.

–¿Por qué no fue a un hospital?

–Porque ustedes están más cerca. El hospital queda lejos.

–Siéntese y espere.

Mi amigo –que se llama Ricky– se indigna.

–¿Cómo le dice eso?

–¿Qué le dije yo?

–"Siéntese y espere." No puede esperar. ¿No ve que está desesperada? ¿No le dijo que la hija se está desangrando? ¿Cómo le dice "Siéntese y espere"?

–Acompáñeme, por favor.

Sale por una puerta. Mi amigo lo acompaña. Está tranquilo. Es la democracia. Esta es la policía de la democracia. Sale por la misma puerta que el policía. Hay un patio. El cana cierra la puerta, lo agarra a mi amigo del cuello y le mete una piña impresionante en el estómago. Mi amigo trastrabilla, cae y se queda en el piso sin aliento. El cana lo alza y, muy cerca de la cara, le dice:

–Oíme, pelotudito: a mí no me corrés de apuro, eh. Si no te gusta cómo hago las cosas te meto adentro. Hay unos cuantos ñatos a los que les vas a caer muy bien con esos ojitos claros que tenés. O sea, te van a romper el orto como para que no te volvás a sentar en tu puta vida.

Mi amigo se rajó. La mujer seguía llorando y pidiendo por la hija que se desangraba y el cana seguía impávido.

–Qué boludo –me dice mi amigo, hoy–. Yo creí que era la policía de la democracia. Que uno podía quejarse. No dejar que te trataran como el culo. Todo eso creía y me salvé de pedo. No te imaginás la piña que me metió.

Righi me hace traer un café. Él también se pide uno. Es el mismo de siempre. Es eso que se llama un argenmex. Aunque predomina lo argentino. Le preocupa la derecha del país. El armado compacto que tiene. Pero no pierde sus flacas esperanzas. Tan flacas como las de todos nosotros. Cuando las cosas –sobre todo si es la primera vez– te salen tan mal, después es difícil confiar en que van a salir *completamente* bien. Uno se vuelve humilde con la vida. Cauteloso. Se acostumbra a pedir menos. A esperar menos. Hablamos mucho de Ezeiza. Eso fue un rompecabezas. Hablamos de Perón. Un poco del futuro y nos prometimos volver a ver. Comer algo. Por qué no. Cuando nos ocupemos de Ezeiza lo vamos a reencontrar en estas páginas.

EL DISCURSO DE JORGE VÁZQUEZ EN LA OEA

Pero el discurso de Righi no fue el único de los que delinearon el rostro de la primavera camporista. Allá, en Lima, Perú, donde Sucre coronara la independencia americana del poder español en la poderosa batalla de Ayacucho, debida por entero a su genio militar, algo que siempre llevo a primer plano para subsanar en parte la timidez de Sucre, la adopción del bajo perfil ante la figura inmensa, que por donde pasaba sólo echaba sombras sobre quienes lo rodeaban, de Bolívar, el Libertador de Pueblos. Ahí, pues, en Lima, entre junio y julio de 1973, se llevan a cabo las primeras reuniones de la comisión especial de la OEA para revisar el sistema interamericano y, sin más, cambiarlo. Había mucha broca con la OEA. El campo era propicio para surgiera la voz de Jorge Vázquez. La OEA no había ayudado a los países latinoamericanos. Ninguno había obtenido nada importante de Estados Unidos. ¿Creían que el patio trasero era realmente eso: el patio trasero, donde sólo se tiran las inmundicias, ese lugar que nunca se muestra, del que nadie se siente orgulloso? Pues no, gringos arrogantes. No es así. Habían prometido buenos términos de comercio y un compromiso mayor de los EE.UU en el desarrollo de los países pobres. Y nada. El TIAR era un organismo obsoleto, de nada servía. Queremos pluralismo ideológico. Queremos el ingreso de Cuba en la OEA. O sea, la queremos otra vez, porque ya estuvo y tiene que seguir estando. La argentina toma la palabra. La palabra es la de Jorge Vázquez. Este joven, brillante protagonista de la primavera de la democracia tenía 30 años. Oyeron bien: 30 años. Hoy, un tipo de 30 años es un nabo que todavía vive con los viejos y no sabe qué mierda hacer de su vida salvo tocar temas de Charly o Spinetta en su guitarra. Algunos dicen que sus ímpetus duraron lo que la primavera camporista. Pero no fue así. Tenía ímpetus para montones de años, pero la derecha los echó con todo su poder. Con el del establishment y el de Perón. Los milicos lo meten en el buque "33 Orientales" Ahí conoce a Menem. Se dice que ahí lo pelaron al Tigre de los Llanos. Se dice que consiguió zafar. En 1978 a Vázquez le dicen que se vaya a su casa. No lo matan.

El discurso de Vázquez en Lima es único por su lucidez y su coraje. Algún viejo diplomático, medio escondido, cauteloso pero con ganas de decir lo que piensa, afirma satisfecho: "Al fin la Argentina se pone los pantalones". Sí, los pantalones del camporismo. Vázquez dice todo clarito y verdadero: *No hay armonía entre los intereses de Estados Unidos y los de América Latina*. La OEA está en crisis. No se puede seguir aceptando la exclusión de Cuba. No sirvió en nada para superar la desgracia originaria de América Latina: la balcanización de sus países impuesta por el imperialismo del siglo XIX. Nos dividieron y nos dominaron. Algún señor descendiente directo del general Mitre diría que el de Vázquez es un "revisionismo trasnochado". Y para Vázquez esa maltrecha interpretación dogmática de la historia es una imposición de clase, es el cuento rosado de los vencedores que se refugia pomposamente en la Academia de la Historia. Guárdensela. La acción de los monopolios norteamericanos y las viejas oligarquías que sostienen esta versión de la historia más los nuevos grupos económicos corporativos, monopólicos y oligopólicos han edificado esa historia "amodorrada", dijo" "y complaciente". ¿La OEA? ¡Por favor, no me vengan con la OEA! "Es un instrumento de la política norteamericana". señores, digamos la verdad: "Hasta ahora sólo nos ha producido amarguras y frustraciones". Joseph John Jova, el representante norteamericano, sacaba una y otra vez su pañuelo y se lo pasaba por la frente. ¿Quién era este joven irresponsable que desconocía la adecuadas mesuras de las relaciones diplomáticas? Vázquez seguía: Todo esto es obsoleto. Hay que revisar "este mecanismo". ¿Y el Canal de Panamá? ¿Qué significaba que estuviera en poder de los Estados Unidos? ¿Con qué derecho si no el de la fuerza? Ese Canal era de Panamá y a sus manos debía volver. El representante de Panamá no lo podía creer. ¿Por qué lo ayuda tanto Vázquez? Sencillamente porque este otro pibe del camporismo estaba inaugurando seriamente en la OEA el latinoamericanismo. Y Panamá valía tanto para la Argentina como la Argentina misma. Vázquez termina con gran vehemencia su discurso. Esa vehemencia se expresa en una exclamación poderosa, formidable: "¡Viva América!" El representante norteamericano, algo más calmo, le dice a su asesor en asuntos latinoamericanos: "¡Caramba, al menos terminó vivándonos!" "Señor, disculpe. Pero ellos también son 'América'. Tanto como nosotros." "¿Están locos? Ellos son *Latin America*. America somos los United States." El asesor, cautelosamente, dice: "Señor, creo que usted no ha entendido el discurso del diplomático argentino". (Este diálogo memorable me lo entregó un diplomático de larga carrera en Washington. *Se non e vero*...)

OCTAVIO GETINO, CAMPORISMO Y CINE

"No soy popular, igual que la grúa municipal. Nadie la quiere pero hace falta, es necesaria, y en el fondo la gente lo reconoce. La censura es útil porque cumple una función social. No conviene dejar librado al criterio de todos un espectáculo de masas. Hay personas que pueden manejarse con criterio propio, pero son las menos. (...) Hay que saber muchas cosas, música por ejemplo. El otro día estábamos viendo una vista y yo advertí a mis colegas –que no lo sabían– que la marcha que se escuchaba en aquel momento era 'La Internacional'. La censura es viva. Nos adaptamos a las circunstancias. Hemos cambiado." Ramiro de la Fuente

Todavía algunos creen que el rey de los censores fue Paulino Tato. Si lo fue, ese reinado lo compartió con Ramiro de la Fuente. Ya hablaremos de ellos. Ahora es el momento de hablar del héroe del cine de la primavera camporista: Octavio Getino.

Getino, según se sabe, hizo con Solanas *La hora de los hornos*. Luego *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. Es un militante de fierro. Desde pibe que se mete en las grandes huelgas. Citamos lo que nos dijo de su experiencia en la del Lisandro de la Torre, cuando era un pibe. Fue cofundador del Grupo Cine Liberación. Dirigió películas que fueron vistas y aceptadas por los más exigentes. Es un intelectual del cine. Fue interventor del Ente de Calificación Cinematográfica en 1973, un fruto del camporismo. Con él, nos metemos en el tema del camporismo en el cine. En pocos lugares como ése brillo la libertad de la época, la audacia, la creatividad. Getino embistió contra todos. Si hizo falta, con manteca.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
Camporismo y cine (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

83 **Camporismo y cine (II)**

Suplemento especial de
Página|12

LA MALDITA CENSURA

La cosa era –más o menos– así: en una película italiana sobre Mussolini, interpretada por Rod Steiger (recuerdo que Aristarain decía: "Con lo que ya sobreactuaba Mussolini, además darle el papel a Rod Steiger es el exceso del exceso"), aparecían los partisanos que perseguían al Duce. Llevaban un montón de banderas rojas. ¡El trapo rojo! Y ahí venía el circulito blanco. Siempre eran uno o dos. Uno ya sabía: se corta. Después del circulito blanco, un salto en la banda de sonido: ¡Prrr! ¡Pac! ¡Pruff! Y se acabó. La escena desaparecía. No había más banderas rojas. Hasta era posible que Mussolini apareciera muerto sin que uno se hubiera enterado de nada. En la película de 1964, *La ronda*, dirigida por Roger Vadim, y con una muy joven y bellísima Jane Fonda de protagonista, el director (que se había levantado a Brigitte Bardot, Catherine Deneuve, Annete Vadim y ahora a Jane Fonda, todas muy hermosas y muy jóvenes) ofrecía, como era su costumbre, un par de desnudos de la protagonista. Fonda, que había nacido el 21 de diciembre de 1937, tenía 26 años cuando filmó esas escenas. Era ya una actriz de excepción. Era la hija de Henry Fonda, con quien nunca se llevó bien. Era una mujer pasional, inteligente, osada, y tuvo la valentía de escupir en la cara patriotera y belicista de su país. En plena guerra de Vietnam, con una remerita que dejaba traslucir sus turgentes y desafiantes pezones, visitó a los de Ho Chi Minh y se trepó a un cañón y se abrazó a él. La foto hizo historia. Una norteamericana abrazaba los cañones con los que el Vietcong destruía a los soldados de su país. Sonreía sensualmente y estaba claro que ese enorme cañón era un falo de grandes proporciones con el que el Vietcong ganaría la guerra y Jane lo bendecía apoyando en él su busto joven, perfecto y atrozmente sexy. Esa mezcla de erotismo y blasfemia patriótica enfureció a los norteamericanos. De ahí en más la llamaron Hanoi Jane y también "esa puta de Jane Fonda". No le importó. Eran las épocas de la rebeldía. No sé si para todos, pero para muchos el acto desafiante de Jane fue un elemento más de la lucha contra el imperialismo. El Vietcong lo utilizó como gran propaganda. Era espléndido ver a una mujer bella, sin inhibiciones, sin recatos de ningún tipo, mandando al diablo la moral puritana de su país, riéndose de ella, abrazándose a un enorme cañón, a un poderoso falo–enemigo y entregándole el calor de su cuerpo. Es cierto: ¡qué loca! ¡Qué espléndida loca! Que valiente, también. Qué modo de jugarse la vida. ¿No era eso traición a la patria? Los fascistas de todo el mundo, los anticomunistas que veían en Estados Unidos al defensor de los valores Occidentales y Cristianos en Vietnam, se sentían muy incómodos. Porque odiaban a Jane. Sin embargo –aunque lo ocultaran–, estos buenos cristianos que iban los domingos a rezarle al Señor junto con su familia, se calentaban como perros con su foto. Ya se sabe que miles de asesinos matan a mujeres que desean y no pueden poseer. Las poseen, por fin, matándolas. Todos los yankis guerreros que querían borrar del mapa al Vietcong con el *napalm* (que, como todos sabemos, huele bien por las mañanas, "huele a victoria", como dijera inmortalmente el teniente Kilgore en *Apocalypse now*) se volvieron locos. Esa puta los volvía locos. La querían matar, pero no podían dejar de mirarle las tetas. Bien, esta Jane, esta mujer excepcional (todo lo que hizo después fue loco e imprevisible, inopinado: tanto empezar a dar esas lecciones del arte del *workout*, con las que ratoneaba a todos los maridos de las gordas que los compraban para adelgazar, como casarse con Ted Turner), hizo con Roger Vadim el film *La ronda*, en 1964. (Si quieren leer un buen pedazo de la historia de los '60 y fascinarse con una mujer fascinante, lean la autobiografía de Jane: *Jane Fonda, Memorias*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2005. Si quieren comprobar –por si lo olvidaron– su excelencia como actriz vean *Baile de ilusiones*, *Klute* y *Regreso sin gloria*. Sobre todo: *Baile de ilusiones*, una actuación monumental.) Volvamos a *La ronda*. Jane tiene 26 años, unas piernas larguísimas (heredadas de papá Fonda, que era un tipo de gran pinta) y Vadim, para regocijo de la platea (¿por qué no ver algo tan bello?, ¿un cuerpo que es, sin más, una obra de arte?, ¿el bello cuerpo de una mujer talentosa?), la pone en una cama con Jean Claude Brialy, que no la merece. La escena termina con Jane irguiéndose en busca de los labios de Brialy y exhibiendo su cuerpo delgado, exquisito, en tanto lo hace. Eso no se pudo ver. Algún retardado mental, algún chupacirios o algún milico, algún profesor neotomista, alguna señora frígida de la Acción Católica, algún cura, algún triste pelotudo de las "fuerzas vivas de la comunidad" y el señor Ramiro de la Fuente sólo vieron pornografía en el cuerpo de Jane Fonda. Estos hijos de perra –durante años– nos vedaron ver cine, nos vedaron ver lo que el mundo veía. A fines de 1983, el señor Miguel Paulino Tato, que sucedió a Ramiro de la Fuente (luego del hermoso interregno camporista de Getino), que lo sucedió porque lo pusieron Isabelita y López Rega, gente sin duda de una visión sana y moderna del sexo, asistió, ingenuamente, a un programa de televisión con Miguel Angel Solá y Soledad Silveyra. Lo conducía Antonio Carrizo. En cierto momento, pasan un tape de Alfredo Alcón. Alfredo (todavía estaban los militares, aunque haciendo sus ensangrentadas valijas porque hasta en ellas habrán puesto cadáveres) le dice *de todo* a Tato. Le dice enfermo, tirano, destructor de obras de arte, otra vez enfermo, porque sólo un enfermo podía ver basura donde él la vio durante tantos años. Termina el tape de Alfredo y Tato, orgulloso como buen facho, violento como buen facho, empieza a gritar, *dice cualquier barbaridad, lo que se le ocurre y se va del set*. Carrizo queda en silencio. Solita vacila. Pero Solá dice algo muy lindo, certero. Señala la silla que Tato dejó vacía: "Ojalá esa silla jamás vuelva a llenarse. Que nadie, nunca, se siente otra vez en ella. Que esta huida de Tato sea su huida de la cultura del país. Se burló de nosotros. Nos tomó por idiotas. Nos estafó. Nos trató como a niños. Se creyó superior a nosotros. Hizo de su patología un criterio estético". Porque es así: los que formaban el Ente de Calificación Cinematográfica estaban enfermos. Una teta, para ellos, era algo horrible, un atentado al buen Dios y a la Santa Iglesia Católica. Con esto vino a terminar el camporismo. Y no por casualidad. Porque se lo pensó bien. Porque se apostó a un país de gente inteligente y madura. Parte de la libertad que se respiró en la primavera camporista tuvo que ver con esto. En las librerías se empezaron a exhibir todos los libros. Ninguno se prohibió. En los cines se dieron todas las películas. Se editaron todas las revistas. Entraron al país las más prohibidas, las demonizadas.

CON EL CAMPORISMO SE ABRÍA EL HORIZONTE DE LA LIBERTAD

Aclaremos algo: una cosa era una teta en 1973 y otra hoy. Hoy uno está saturado de la utilización del desnudo como mercancía fácil, como mercancía cazabobos, integrada al sistema, idiotizadora de espectadores ya casi idiotas, irrecuperables. En 1973, las tetas de la joven y bella María Schneider, de *Ultimo tango en París*, eran un grito de libertad, una injuria a los cavernícolas, a los catolicoides del rosario y la Virgen, a las viejas ajadas de la Acción Católica, a los milicos cursillistas como el retrógado Onganía.

Se produjeron películas abiertamente sexplotation. Ninguna pornográfica. Tampoco se les abrió el mercado. No, se trataba sencillamente de films con escenas de desnudos. Justificados o no, ahí estaban. Formaban parte de la trama casi siempre. Lo pornográfico es lo obsceno, lo infinitamente visible: requiere la exhibición de genitales masculinos y femeninos. Es otro tipo de cine, si es que se puede decirle cine. Lo que posibilitó la primavera camporista fue la libertad de películas de temática audaz o de otras con pretensiones de alegrar a la platea con algunas chicas bonitas, luego de tantos años monacales. Ya lo sabemos: la Argentina se jacta de haber descubierto a Bergman y seccionó a feroces tijeretazos los cuerpos de casi todas sus mujeres.

Con el camporismo se abría el horizonte de la libertad. Era el momento: para *La Patagonia rebelde* y para *Clínica con música*, mamarracho para maleteros que recién se estrena el 4 de abril de 1974. La dirige Pancho Guerrero, un tipo que venía de la televisión y éste era su primer largo. Todo pasaba en una clínica en la que Norman Briski (haciendo una delirante caricatura de sí mismo: calma, Briski, el pasado siempre vuelve, pero vos sos un fenómeno) se mezclaba con todo tipo de reventadas que oficiaban de enfermeras. En una escena, Oscar Viale entra en una habitación donde está Moria Casán (con 36 años menos, o sea: *otra*) totalmente en bolas. Ella finge sorprenderse y agarra un par de zapatos y se cubre el pubis. Los zapatos quedan con la suela para afuera. Viale los mira atónito. Ella le pregunta: "¿Qué pasa? ¿Nunca vio una mujer desnuda?" "Sí", dice Viale (que, acaso, él escribió el diálogo porque es el único bueno del film), "Pero nunca vi un tipo tan metido adentro". Estaban Gasalla y Perciavalle, que hicieron cosas mejores. Sobre todo el primero. Raimundo Soto, de *Telecataplum* y *Hupumorpo*, los programas de TV del genial Ricardo Espalter. Y la protagonista era Thelma Stefani, que ya se venía especializando en este tipo de películas, algo que le permitía mostrar unas tetas de insoslayables dimensiones, algo que... ¿cómo podría pasarle desapercibido a Carlos Saúl Menem? En su edición del 22 de mayo de 2009, la revista *Barcelona* le dedica una nota: *Thelma Stefani, la primera dama que no fue*. La nota aparece firmada por Felipe Pigna, pero se trata de una joda de los barceloneses, con los cuales es mejor estar bien que mal. Sólo que nadie sabe los criterios para estar bien o mal porque ellos son la expresión más elevada y hasta sublime de la arbitrariedad. La nota no es de Pigna. "Fueron muchos los personajes ligados al ex presidente Menem (...) que decidieron quitarse la vida. Los más recordados fueron sin duda Alfredo Yabrán, Lourdes Di Natale y Cristina Lemercier. Pero antes de cualquiera de esas causas, antes inclusive de que Menem llegara a la presidencia, hubo una suicida que marcó el camino: la actriz y vedette Thelma Stefani, quien desde 1984 viviera un romance..." con ya sabemos quién. La cosa es que el 30 de abril de 1986, la señorita Stefani (que había empezado como bailarina clásica en el Colón, ¡vaya si tiene vueltas la vida!) se tiró desde un piso 21. Todos sabemos el humor irreverente y a veces despiadado que se practica en *Barcelona*, lo que les permite reproducir este diálogo de dudoso gusto y no debidamente probada verosimilitud que prometemos hacer olvidar cuando hagamos nuestro sesudo análisis de *Ultimo tango en París*.

Pregunta de "Barcelona": "¿Alguna vez pensó tener un hijo con él? (Con Menem.)

Respuesta de Thelma Stefani: "¿Con Menem? No, je, je, nunca. Con él era garchoneo por el garchoneo mismo. Cada tanto él amagaba con prometerme que iba a abandonar a su esposa. Y yo le contestaba: 'Carlos, no sigas que tengo la boca llena y si me llego a reír te la corto'".

Triste destino el de Thelma Stefani. Tirarse de un piso 21 es horrible. Hay algo que se dijo el día de su caída y que los intrépidos de *Barcelona* no registraron. El humor popular insistió en hacer correr una versión algo macabra, que reproducimos no sin cierto desagrado. Pero todos sabemos que el humor popular (por negro que sea) es popular y debe respetarse. Se dice que las últimas palabras de Thelma fueron: "Está dura la calle". Nadie ofreció una prueba fehaciente de la veracidad de tal frase. No cabe duda, sin embargo, que, durante los últimos años, la calle, para Thelma, se estaba poniendo efectivamente cada vez más dura.

STELLA STEVENS, GAYLE HUNNICUTT, SUSANA BELTRÁN, MUJERES POCO RECATADAS DEL CAMPORISMO

Se estrena uno de los mejores policiales negros que había visto hasta entonces (en colores, aclaro). Se llama *Al umbral del infierno* (P.J., dirigida por John Guillermin), con George Peppard, Gayle Hunnicutt y Raymond Burr. El film es del remoto 1968 y recién podemos verlo gracias al Tío Cámpora ¡en 1973! ¿Dónde lo tenían? Sucede que Peppard y la bella Hunnicutt (actriz de escasa carrera) aturdían un montón de sábanas a lo largo de la peli y eso alteraba el orden occidental y cristiano. Aquí, en Estados Unidos no. Durante esos años conocí brevemente a un político conservador y católico que tenía una respuesta para esto. Me trataba de "usted" aunque yo tuviera 25 años. "¿Sabe qué pasa? En Estados Unidos se puede dar cualquier cosa. Porque es un transatlántico. Allá pueden saltar todos y nada se hunde. La Argentina es una balsa. Aquí saltan tres y hay peligro de naufragio." Con esta teoría justificaba los cortes de todas las películas, las prohibiciones de los libros, de las obras de teatro. Qué hijo de perra, por decirlo educadamente. Qué hijo de puta, por decirlo bien. Esos enfermos nos quitaron años de nuestras vidas. Años en que sentimos que éramos un país de idiotas. Una colonieta católica y milica. Tramada por las jetas de Monseñor Caggiano y Onganía. ¿Cómo iba a entender Onganía que Gayle Hunnicutt era simplemente una mujer bella, que Jane Fonda –además de serlo– era una mujer excepcional y una gran actriz, que un hombre y una mujer –si están en una cama– habitualmente cogen en lugar de jugar a la canasta y que esa actividad se acostumbra a llevar a cabo sin ropa porque lo divertido, lo bueno de la cosa se expresa a través de los cuerpos y no rezando el rosario o el padrenuestro, y que si un director tiene talento y buen gusto una de esas escenas (como la de Jim Brown y Stella Stevens en *Slaughter*) puede estar hecha con sensibilidad, puede ser arte, o puede ser agresión, o tristeza, o soledad, o sexo puro, vea, Monseñor, vea, General, porque la gente, ¿sabe?, coge, y el cine se ocupa de la gente y ya vamos a ver cómo Bertolucci hizo una película inmortal con un tipo y una mina que cogen todo el tiempo para ahogar la angustia, uno de los más grandes temas de la filosofía contemporánea (que larga Heidegger en *Ser y tiempo* y retoma magistralmente Sartre en *El ser y la nada*), cómo iba Onganía a entender todo esto –decíamos– si nunca fue a un cine de la calle Lavalle sino devotamente a Luján a consagrarle el país a la Virgen? Y los otros, los masturbadores compulsivos de los Entes de Calificación las miraban en privado. Ramiro de la Fuente o el demoníaco Paulino Tato les armaban las célebres "tortas" y veían, de las películas, sólo las partes cortadas. El resto, para ellos, era basura. Otra que se estrena –en la línea de *Al umbral del infierno* (Fernando, Luciano, ¿dónde está esta peli, por qué no se dio más?)– es *Slaugther* –no tengo el título en castellano– de Jack Starrett, con una pareja excepcional: Jim Brown y la gran Stella Stevens. Los críticos comentan la belleza del cuerpo negro de él y el tan blanco de Stella en las escenas de sexo. También Stella se destacaría (y mucho) en *La balada del desierto* (*The Ballad of Cable Hogue*, 1968, Sam Peckinpah) con Jason Robards y entraría en un cono de sombra. Es, pese a todo, un mito viviente. Es la chica de Jerry Lewis en *El profesor chiflado*. Pero el gran acontecimiento guaso, bizarro, ofensivo, de mala calidad, berretón es el engendro de Emilio Vieyra. Comento esta basura y prometo pasar a los grandes films argentinos del período. Sobre todo el que lo marca: *La Patagonia rebelde*, la película del camporismo. Y también la de Bertolucci.

Supongo que el único fan que le queda a Vieyra en la Argentina es Diego Curubeto, lo cual es un exceso si uno tiene en cuenta que Diego es uno de los grandes eruditos que tenemos en tan espléndida materia. *Sangre de vírgenes* es una pésima película: tengo que confesarlo de una vez por todas. Durante algún tiempo me divertí afirmando que el camporismo había dado tanto que hasta había engendrado el film de Vieyra. Y hasta fui más allá, seguramente impulsado por el puro snobismo: que *Sangre de vírgenes* expresaba la libertad de ese momento, que logró escandalizar a los cuáqueros de la vieja censura, que era pura estética trash. Hasta recuerdo haber dado una especie de conferencia en el ICI durante los noventa. Sin embargo, terminé hablando de *El monstruo de la laguna negra* y del cine de Jack Arnold, lo que me redime. Vieyra no es mejor ni peor que Armando Bo, a quienes tantos reverencian hoy. Como no tenía un vampiro hizo volar a una gaviota y la filmó en noche americana. Dice el comentario de una revista española de la época: "Casi no existen mordidas o secuencias violentas. En cambio, Vieyra se volcó a las escenas de sexo y desnudos que abotagan la pantalla y dan vueltas a lo bruto (sin desconocer lo estupenda de Susana Beltrán). En fin, un filme fallido que no aporta nada al terror fantástico pero que por lo menos da el puntapié inicial al cine de vampiros en Sudamérica. Las escenas oníricas que muestran gaviotas volando en fondo rojo en vez de vampiros son realmente para la pura risa".

Todo es para la pura risa. Pero *Sangre de vírgenes* tenía que tener su lugar en la primavera camporista. Que el film de Vieyra se estrenara y que fuera malo y que –de todos modos– se le permitiera a la Srta. Beltrán exhibirse a sus anchas era un avance contra una censura que se valía de lo malo para censurar lo bueno. La censura –ante todo– se preocupa por las tetas y los culos porque, en el fondo, es puritana e imbécil, pero su finalidad es la ideología y la política. Si se prohíbe *Sangre de vírgenes* es para prohibir luego *Ultimo tango* o *La Patagonia rebelde*. La censura "moral", la de "las buenas costumbres" se utiliza para fortalecer la otra: la de la defensa de los valores que "constituyen nuestro estilo de vida". Se prohíbe una trusa o un soutien (o su ausencia) para prohibir "el trapo rojo". También es posible reconocer que es el primer film de vampiros hecho en la Argentina y que la Srta. Beltrán se ve "estupenda", como dice el cronista español. Y hay todavía algo más sobre ella. Como dato de la apabullante (para muchos) liberalidad de la época, el productor de la peli, Orestes Trucco, "tuvo una idea publicitaria para estimular al público. En el hall del Trocadero (típico cine de maleteros y otros vicios más graves, JPF), mientras se exhibía *Sangre de vírgenes*, la vampira Susana Beltrán deambulaba en camisón mostrando sus colmillos ensangrentados" (Diego Curubeto, *Cine bizarro*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996, p. 366). De pronto, uno recuerda a la alemana Marisa Mell de *Una playa con mostaza*, *Una sobre otra* o *Casanova 70* con Marcello Mastroianni y una inglesa que hizo sus desnudos en Italia como Margaret Lee o la norteamericana Barbara Bouchet, que saltó de *Casino Royal* a cualquier berretada en la que sólo le exigían desnudarse alegremente. ¿Y la Sandrelli? ¿Y el pasaje de la Sandrelli al soft porno? ¡Semejante actriz! La de *Nos habíamos amado tanto*. La de *Seducida y abandonada*. La de *Divorcio a la italiana* de Pietro Germi, también con Mastroianni. Apena el giro que algunas actrices dan a sus carreras. Como el Ben Cross de *Carrozas de fuego* que termina culeando (es así de guasa la escena, no merece otra palabra) con la mismísima Sandrelli en una película horrible, de cuarta, llamada *La llave*. ¿Hay que comer? ¿Y si pasamos hambre y conservamos la dignidad, el prestigio? ¡Vamos, Sandrelli! Fuiste grande. Hiciste *Yo la conocía bien. El último beso.* Trabajaste con Dustin Hoffman. En *Yo la conocía bien* la crítica te puso por las nubes, y era cierto: ahí estabas. Pero ya te vi hacer muy pronto una película de morondanga con Giannini. ¡Qué escena de sexo se mandaban! Supongo que se habrán divertido bastante. Eran amigos. Como Giannini con Laura Antonelli (cuando era bella, cuando era joven, antes de la triste caída) en *Sexo loco*, una película estupenda, que vi trizada por los enemigos de la vida y la belleza.

LA PALABRA DE LUCIANO MONTEAGUDO, FERNANDO MARTÍN PEÑA Y EL HÉROE DEL CINE CAMPORISTA: OCTAVIO GETINO

Pero voy a despojarme de la palabra. Tenemos invitados de lujo en este capítulo. Crucé mails con ellos y tuvieron la gentileza de decirme muchas cosas que necesitaba imperiosamente. (Uno de ellos, Fernando Martín Peña, hasta me adelantó materiales de su próximo libro.) Les cedo la palabra:

Luciano Monteagudo

"Hola José Pablo,

"Mis recuerdos cinematográficos de la primavera camporista son pocos de primera mano, porque en 1973 tenía 15 años y parecía de 13, con lo cual no podía ir a ver las películas prohibidas para 18, que eran las que anhelaba. Pero en casa se leía *La Opinión* y yo estaba muy al tanto de la 'intervención' del Ente de Calificación a cargo de Getino y de muchas de las películas que se liberaban, entre ellas el bendito *Tango* (yo además era fanático del Gato Barbieri) que vi bastante después y que nunca me decepcionó. Pero recuerdo incluso que aun liberada por la censura, un abogado católico interpuso una acción judicial y lograron secuestrar la copia y clausurar el Cinema Uno, en la calle Suipacha, que creo era el único que la proyectaba."

Fragmento de un libro inédito de Fernando Martín Peña (que gentilmente me ha cedido y es tan bueno que abogamos desde este lugar por su rápida edición no bien el autor, que es muy riguroso, lo autorice):

"Desde sus primeros años al frente del Consejo de Calificación, Ramiro de la Fuente había mantenido un criterio coherente con los objetivos que luego ratificaron los representantes de la llamada Revolución Argentina:

■ "Es inquietante la penetración que en todos los órdenes de la vida nacional ha logrado la acción disolvente del comunismo en sus distintas versiones y es claro que la inquietud es tanto mayor cuando se advierte que resortes vitales de la educación en todos sus grados han sufrido y sufren esa deletérea influencia, que también se ha hecho sentir de manera notable en los ambientes artísticos y culturales". (Ley 17.401, del 26 de agosto de 1966, que reglamenta la represión de la actividad comunista.)

■ "La Revolución Argentina ha sido clara al repudiar los extremismos de izquierda y de derecha. Pero indudablemente el mayor peligro actual es el comunismo (...). Las medidas adoptadas en el orden municipal para prohibir la representación de ciertas obras musicales, teatrales y cinematográficas de reconocido prestigio guardan completa coherencia con el pensamiento de la Revolución Argentina y del gobierno nacional. Llevaremos a cabo todas las acciones necesarias para evitar que los medios masivos de comunicación y de cultura se pongan al servicio de la corrupción de las costumbres. El argumento estético no puede prevalecer sobre la concepción moral que inspira esta política". (Tte. Gral. Juan Carlos Onganía en *La Prensa*, 4 de agosto de 1967.)

"Esta paranoia anticomunista tenía un claro precedente en la historia norteamericana reciente y sus orígenes son, desde luego, anteriores a 1966. Siguiendo esa línea de razonamiento, 'comunismo' equivale a desorden social y corrupción de las costumbres occidentales y cristianas; de ahí su peligro y la necesidad de su proscripción. Poco afectos a los matices, los prepotentes acostumbraron unificar a todas las tendencias progresistas bajo el rótulo 'comunismo', obteniendo así una victoria conceptual que en la práctica la izquierda jamás consiguió. Como explicó el historiador Jorge Miguel Couselo, 'esa fue una táctica constante de toda la derecha argentina. Creo que eso empezó en la revolución del '30 con la Legión Cívica, que es el antecedente de la Alianza Libertadora Nacionalista. Y a partir de entonces Lisandro de la Torre era comunista, algún radical un poco audaz era comunista, los alumnos de la escuela secundaria eran comunistas...'.

"Esa tendencia a ver la realidad en blanco y negro explica la facilidad con la que muchos funcionarios condenaron por 'comunista' cualquier obra cinematográfica de alguna inquietud social, y actuaron en consecuencia. Películas como *Los de la mesa 10*, *Los inundados*, *Los cuarenta cuartos* y *Alias Gardelito*, entre otras, debieron soportar ese ensañamiento antes y después de 1966. También debió soportarlo la distribuidora Artkino, por supuesto. 'Tuvimos que cerrar nuestro cine, el Cataluña, antes de que lo cerrara la Municipalidad porque se dio un ataque sistemático', recuerda Isaac Argentino Vainikoff. 'Había operativos de hasta catorce inspectores que en un día nos abrían más de treinta actas por cosas increíbles, como barrer la vereda de adentro hacia afuera... Así que lo cerramos, lo refaccionamos y en el mismo lugar, Corrientes 2046, abrimos el cine Cosmos en septiembre de 1966. Lo que menos soñábamos era inaugurar con otro gobierno militar'.

"La represión de toda penetración ideológica sospechosa a través del cine se había complicado porque hasta entonces la legislación no autorizaba la prohibición total de un film. Esa situación fue corregida con la ley nº 18.019, preparada en secreto y aprobada sorpresivamente el 26 de diciembre de 1968. En los Fundamentos que preceden al texto de la ley reaparecen las prevenciones habituales: 'Desde hace muchos años viene siendo especial preocupación de los poderes públicos la influencia que tiene el espectáculo cinematográfico sobre las costumbres de vastos sectores de la población y especialmente de la juventud. Es razonable que se hayan arbitrado remedios destinados a evitar que se vea desvirtuada su noble misión y sea puesto al servicio del desorden social y oscuros intereses'. Desde ese momento, el Consejo de Calificación fue reemplazado por un organismo más complejo e independiente, denominado Ente de Calificación Cinematográfica. El Ente propiamente dicho era integrado sólo por un director general y dos adjuntos, pero se apoyaba en un Consejo Asesor compuesto por quince miembros de distintas representaciones oficiales y privadas confesionales, todos designados por el Poder Ejecutivo. Un analista superficial podría creer que el redactor de la ley 18.019 fue el mismo humorista de la reglamentación anterior, a partir de su párrafo inicial: 'No podrá restringirse en todo el país la libertad de expresión cinematográfica salvo cuando razones educativas, el resguardo de la moral pública, las buenas costumbres o la seguridad nacional lo requieran, en cuyo caso el organismo de aplicación podrá disponer prohibiciones y cortes'. El artículo 2º explicaba en qué faltas debía incurrir un film para quedar prohibido: 'a) La justificación del adulterio y, en general, de cuanto atente contra el matrimonio y la familia; b) La justificación del aborto, la prostitución y las perversiones sexuales; c) La presentación de escenas lascivas o que repugnen a la moral y las buenas costumbres; d) La apología del delito; e) Las que nieguen el deber de defender a la Patria y el derecho de sus autoridades a exigirlo; f) Las que comprometan la seguridad nacional, afecten las relaciones con países amigos o lesionen el interés de las instituciones fundamentales del Estado'.

"Como afirmaba un comunicado de la Asociación de Cronistas Cinematográficos, 'resulta casi imposible plantear un esquema argumental sin incurrir en algunas de las infracciones señaladas con dramático énfasis en los artículos del nuevo código ético, como si todos los males de la sociedad actual provinieran de las imágenes cinematográficas'. En marzo el nuevo organismo dejó de funcionar en el Instituto de Cine y se instaló en una dependencia del Congreso ubicada en Combate de los Pozos 230. Ramiro de la Fuente y Eduardo Ares fueron inmediatamente designados director general y secretario, respectivamente. En la redacción de las nuevas previsiones y libertades, así como en la nueva composición del organismo, es fácil advertir los años de experiencia que ambos habían acumulado. Según *La Gaceta de los Espectáculos*, De la Fuente tuvo una sola respuesta para las protestas del gremio: 'Ahora habrá más rigor que antes', y enfatizó la afirmación cerrando el puño y dándolo vuelta como quien ajusta una tuerca'.

"Entre sus aportes más significativos, la nueva ley facultaba al Ente para suspender una calificación ya otorgada, y establecía que los infractores a cualquiera de sus normas sólo podrían apelar ante la justicia previo pago de la multa correspondiente. Con respecto a la producción nacional, el Ente tomaba a su cargo la aprobación de los guiones que aspirasen al necesario apoyo estatal y ese paso previo no suponía la exención de la calificación normal a la película terminada. Como recuerda el productor y realizador Héctor Olivera: 'Al cine argentino se lo sometía a una doble censura: la censura que presuponía la calificación que incluía la prohibición absoluta de la película, que tenían tanto las películas nacionales como las extranjeras, y la censura económica. Porque si [el Ente] daba un mal informe, no nos otorgaban el subsidio, y una película que no tenía subsidio no podía recuperar su costo'".

UN MAIL DE OCTAVIO GETINO

"La guerra por *Ultimo tango* partió, como otras tantas guerras conocidas y desconocidas, del conocido sector cavernícola de la Iglesia, totalmente enfurecido porque alguien ajeno a sus filas se había hecho cargo –sin su autorización– del sello Ente que supieron y pudieron construir a través de los años (y de los siglos). Los ejecutores del pedido de mi detención, expropiación de bienes (no tenía un mango y para salir del país hasta el bueno de Torre Nilsson aportó unos mangos para mi pasaje a Lima) y mi extradición, fueron algunos fiscales que concurrieron a ver la película al cine donde apenas estuvo dos semanas (creo) y ordenaron su secuestro y el inicio de acciones judiciales contra todos los que estábamos en el

Ente (Interventor y Consejo Asesor) y contra las autoridades del INC (pobre don Mario..., yo le decía que si íbamos en cana, yo pediría estar en una celda con la apetecida Schneider del filme de Bertolucci y a Soffici, le recomendaba ir a otra, pero con su admirado Brando).

"En síntesis, el odio cerril aparecía entonces, como ahora y siempre, de parte de una gorilarquía (ojo, término registrado...), que además en este caso vestía sotana o iba con el rosario atado a las bolas...)

"Otra acotación: Cuando llegué a Lima en el inicio de mi exilio, las salas de esa ciudad exhibían libremente el filme de Bertolucci para celebración de los hermanos peruanos... (además de muchos pajeros...)

"Es cierto que Perón aprobó *La Patagonia rebelde*. Olivera debe acordarse bien de aquello. El alto mando del Ejército cuestionó el filme cuando yo había dejado el Ente y me limitaba con Soffici, Mujica y Mazar a elaborar el proyecto de ley de cine que Isabelita hizo entrar en el Congreso junto con la muerte de Perón (y ahí murió el proyecto). Hicimos una reunión con Robledo –creo que era el ministro de Defensa entonces– y el viejo sabio dijo que si el alto mando cuestionaba el filme, cosa que él confirmaba, los militares no manejaban el Ente y en consecuencia correspondía al Ente juzgar en la materia. (El Ente estaba a cargo entonces de una persona de buena fe aunque un tanto melindrosa y Perón –el Supremo– ya había visto el filme en Olivos y dejó el terreno libre a quienes competíamos en el asunto). La película se exhibió con mucho éxito, para satisfacción de sus productores y de la cultura en general, y con un final feliz que sólo cabe en los cuentos infantiles. Porque meses después, tras el golpe, Olivera hizo retirar el filme de las carteleras para no meterse en conflictos con nadie...

"Lo cual me reafirma en la idea de que mientras Perón mantuvo su lucidez, las cosas podían funcionar, pese a las arremetidas de quienes creían que la revolución estaba golpeando a la puerta, cuando en realidad no había puerta alguna para la revolución... Salvo la que habíamos incorporado a nuestros sueños.

"En cuanto a la Pfeiffer, se merece un monumento, claro. Lo que me lleva a preguntar ¿por qué no retomamos, por ejemplo, la costumbre de griegos y romanos de poner en publico, en bronce, en mármol o como sea, los cuerpos humanos –hombres, mujeres o de género intermedio– más deseables e ideales? Compensaría, al menos en parte, la proliferación de hombres a caballo, uniformes de todo tipo y cabezas hieráticas que miran quién sabe a dónde, a la espera de que una paloma venga a ponerles su marca...

Un abrazo,

Octavio".

UNA ÉPOCA SE ENTIENDE COMO TOTALIDAD

Hay un par de cosas que añadir al jugoso (o más que eso) mail de Octavio. Olivera explicó por qué retiró la película de cartel: "La Argentina de 1975 se transformó en un caos: la trágica ineficiencia o mala fe de la viuda de Perón; las tres A de López Rega; la guerrilla activada por el ERP y Montoneros y el comienzo de la era de la represión fueron creando un clima imposible para la exhibición de la película. Un episodio: el ERP copaba un cine, detenía la proyección y arengaba al público señalando que el mismo Ejército fusilador de la película seguía matando inocentes. En octubre, algunos de los actores del film, su productor Ayala y yo fuimos amenazados de muerte por las tres A. Sacamos *La Patagonia rebelde* de cartel y no volvió a exhibirse hasta la presidencia del Dr. Alfonsín" (Citado en *Osvaldo Bayer y otras voces*, Entrevistas y compilación por Julio Ferrer, Editorial de la Universidad de La Plata, 2008, pp. 135/136). Algunos cineastas del exilio mexicano se preguntan cómo Olivera (el director de *La Patagonia rebelde*) fue el zar de la cinematografía argentina durante el Proceso. Creo que no lo fue. Mi experiencia es la contraria. Olivera (desde Aries Cinematográfica) produce *Tiempo de revancha* de Adolfo Aristarain en 1981. En el film tiran un cadáver desde un Falcon. Había que hacer eso en 1981, antes de Malvinas. Y luego produjo *Ultimos días de la víctima*, el claro señalamiento de la actividad parapolicial. Después *Plata dulce*, con un guión formidable de Viale y Goldenberg. Con *Ultimos días de la víctima* la censura se avivó de todo. El capo del ente era un tal Luis León, un tipo temible. Olivera, como productor, fue a hablar con él. Ni Adolfo ni yo podíamos dar un paso ni debíamos hacerlo. León le dice: "Olivera, usted sabe que nosotros no toleramos la droga ni la ideología". Olivera dice: "Droga hay, es cierto. Pero, ¿ideología? Si esto es un policial". Pero el film está lleno de señalamientos unívocos acerca de la paranoia en que se vivía y de la cultura de la muerte. "Ustedes, para conseguir lo que quieren, tienen que matar", dice Mendizábal (Luppi). "Y para mantenerlo también. Nunca me va a faltar trabajo."

Lo de la Pfeiffer y las estatuas fue un juego acerca de la belleza. ¿Cómo puede agredir a alguien la belleza de una mujer? ¿Cómo alguien (hombre o mujer) puede no metejonearse con Marlon Brando en *Ultimo tango*? Yo, desde mi femenino (algo que todos tenemos: entérense los que lo niegan), creo que Brando está bellísimo en ese film, la expresión más acabada de la masculinidad, de su esplendor. Creo, también, que llega a los socavones más hondos de la angustia ante la existencia. Y ahora voy a tratar de demostrarlo. Llegó el momento de la filosofía existencial de *Ultimo tango*. Es camporismo también. Una época se entiende en totalidad. Se la exprime. Se la asedia. Se la cuestiona por todas partes. De todas ellas habrá respuestas. Todas ellas nos harán entender algo más. Hasta ese chicle del que Brando se despoja antes de morir.

BRANDO BAILA EL TANGO COMO NINGUNO

Cuando ella dice su nombre, cuando dice "Jeanne", dispara su revólver y él muere. Él, quebrando un pacto que buscaba hacer del uno para el otro un anónimo, un desconocido absoluto, una ausencia corporalmente presente pero sin designación alguna, le había preguntado su nombre. El pacto era lo contrario: no decirse los nombres, no ser nada el uno para el otro, no fijarse. Lo había propuesto él. Que se llama Paul (que es Marlon Brando en *Ultimo tango en París*) y ha perdido a su mujer, a la que nunca comprendió, ni conoció con cierta hondura, ni supo cosas de su vida acaso esenciales: que tenía, por ejemplo, un amante. Ella se suicida. Y ese suicidio no hace surgir en él el miedo sino la angustia. La angustia no es el miedo. El miedo tiene siempre una áspera referencialidad. Tengo miedo de "algo". Se equivocan quienes hablan –dentro de un campo práctico-económico de supervivencia– de la "angustia de no llegar a fin de mes". Que no te alcance el sueldo. Esa angustia no es angustia, es miedo. Se localiza en la escasez: que algo no sea suficiente, que algo sea escaso, el sueldo. Al localizarse, el miedo se puede vencer o arroja a la acción de vencerlo. Puedo intentar ganar más dinero. Con más dinero llegaré a fin de mes y se me irá el miedo. "Fin de mes" es una temporalidad-objeto. Una fecha de almanaque. A "eso" se le tiene miedo. La angustia no tiene referente en la realidad. No se refiere a algo. A "algo" puedo tenerle miedo. Cuando me angustio nunca es por "algo". Suele decirse (o ha sido dicho) que el hombre es el único ser que se angustia y más humano es cuanto más profundamente se angustia. Un animal sabe del miedo. La angustia humana se alimenta de nada, no de algo. Sé que hay un horizonte de posibilidades y que en todas ellas está mi finitud. Sé que voy a morir. Sé que mi muerte es sólo *Dejar de ser*. Sé que soy finito en un universo infinito. Pero mi finitud no es "algo". Si la muerte es dejar de ser es porque no es nada. Así, contrariamente al miedo que siempre me remite a "algo", la angustia me revela la *nada*. Puedo asumirla como un formidable dispositivo existencial. El hombre es ese ser cuya angustia le revela la nada. De aquí esa frase (que pertenece a Kierkegaard): lo que hace humano al hombre es que se angustia y más humano es cuanto más profundamente se angustia. La angustia es la experiencia de la finitud, del límite, del nihilismo. De la muerte. Si la posibilidad presente en todas mis posibilidades es la posibilidad de morir, el hombre es, entonces, eso que decía el viejo maestro Heidegger, siguiendo al viejo maestro Kierkegaard y al iracundo maestro Nietzsche, el "ser para la muerte". La angustia me revela esta situación extrema e insoslayable. ¿Puedo vivir con ella? No todos. Brando, en el film de Bertolucci, no. El suicidio de su mujer no le soluciona nada. El que se suicida precipita la posibilidad de todas sus posibilidades, eligiéndola. Si mi angustia me revela la nada y si, a la vez, no puedo vivir "en" la angustia que la nada me despierta, elijo la nada, me arrojo a ella. Es el único posible que me quitará la angustia *realizando* lo que la provoca: la muerte, la finitud, la nada. Mi suicidio me nihiliza. Elijo nihilizarme porque elijo suprimir la angustia. Brando hace otra cosa. Le propone a Jeanne no decirse sus nombres y entregarse al sexo como paliativo de la angustia. (Puede ser, también, el alcohol, las drogas, las anfetaminas o el asesinato. Puede ser cualquier ejercicio de hiperactividad. En rigor, los hombres se pasan la vida haciendo "cosas" para no angustiarse, para distraerse de lo insuperable: la nada, la finitud, el *nihil* que caracteriza al existente.) De esta forma, el sexo, en este film existencial-ontológico de Bertolucci –en tanto sus personajes buscan "ser" algo para evitar lo que la angustia descubre: que el horizonte fatal de la existencia es "dejar de ser"–, es un sexo anónimo, una instrumentación del cuerpo como droga, como opio de la angustia. Mal camino, sin embargo. La característica del acto sexual es realizarse, llegar un punto de culminación, a un fin. Ese fin me revela "el fin", la finitud. El sexo es el camino a la nada. O, por decirlo así, a una de las experiencias más poderosas de la nada. "¿Acabaste?", se preguntan los amantes. "¿Terminaste?" Incluso el orgasmo compartido tiene algo de ritual funerario, de holocausto que elimina la alteridad de los amantes y los arroja unidos hacia el fin: "Terminemos juntos". Luego de su primer coito Brando y Schneider se separan, aislándose. No permanecen abrazados. La primera gran falsedad se les ha revelado. El sexo, lejos de entregarlos al olvido de la nada, los entrega a una de las experiencias más fuertes de la finitud, del nihilismo. De la nada. El sexo es tan finito como la existencia. Y, comparado con otras posibilidades, peor todavía: es la posibilidad que necesariamente conduce a la experiencia de la finitud. La muerte, como posibilidad de todas mis posibilidades, no se *realiza* en todas. Si voy al cine y no muero acaso podría experimentar algo de lo finito al finalizar la película. (Tal vez por esta causa la frase "The End" se ha eliminado de la mercancía-cine.) Pero esa finitud no tiene lugar en mi cuerpo, en mi carne. Con el sexo experimento la finitud en mi cuerpo. Soy yo el que acaba, el que termina. Es *en-mí* que el deseo muere. Se trata, entonces, de empezar de nuevo. El sexo-compulsión, el sexo-repetición busca ahogar la angustia que revela el sexo-nada, el sexo-finitud, el sexo-muerte. ¿Cómo no habrían de buscarse, sin saciarse jamás, Brando y Schneider? Todo se precipita con el último tango. Con el baile de la desesperación. Schneider dice: "Se acabó. Está terminado". "C'est fini", dice ella. "C'est fini." Él insiste. La sigue. La corre. Por último –trágico error metafísico de Brando– le pregunta su nombre. Ella dice "Jeanne". No bien dice "Jeanne" *es* "Jeanne". Tiene un "ser". Nombrar algo es darle un ser. Nombrar*se* es darse un ser. No bien "Jeanne" *es* "Jeanne" su angustia se disipa. La finitud no la acosa. El "sentido" la cubre, la protege. Entonces ya no necesita a Paul. Entonces lo mata. Brando camina vacilante hasta el balcón. Mira –algo extraviado– por última vez la ciudad de París, se saca el chicle que está masticando y lo pega bajo la reja del balcón. ¿Por qué? ¿Por qué hace eso? ¿Quiere morir "desnudo"? ¿El chicle todavía lo ata a la vida, a alguna forma de placer por pequeño que sea? Liberado del chicle, muere.

Esta es "mi" película de Brando. Admiro su valentía para aceptar el papel. Su interpretación desesperada. Su tango nihilista. Su sexualidad que se despierta y que muere y que despierta otra vez para volver a morir. No sé si es su mejor película. Pero es un gran film, con un gran guión, con una gran dirección de fotografía, con un ritmo impecable, ferozmente entretenido y con una portentosa estrella de Hollywood como protagonista. Nada de esto le impidió su hondura casi inapresable.

(Fragmento de mi libro *El cine por asalto*, Planeta, Buenos Aires, 2006.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

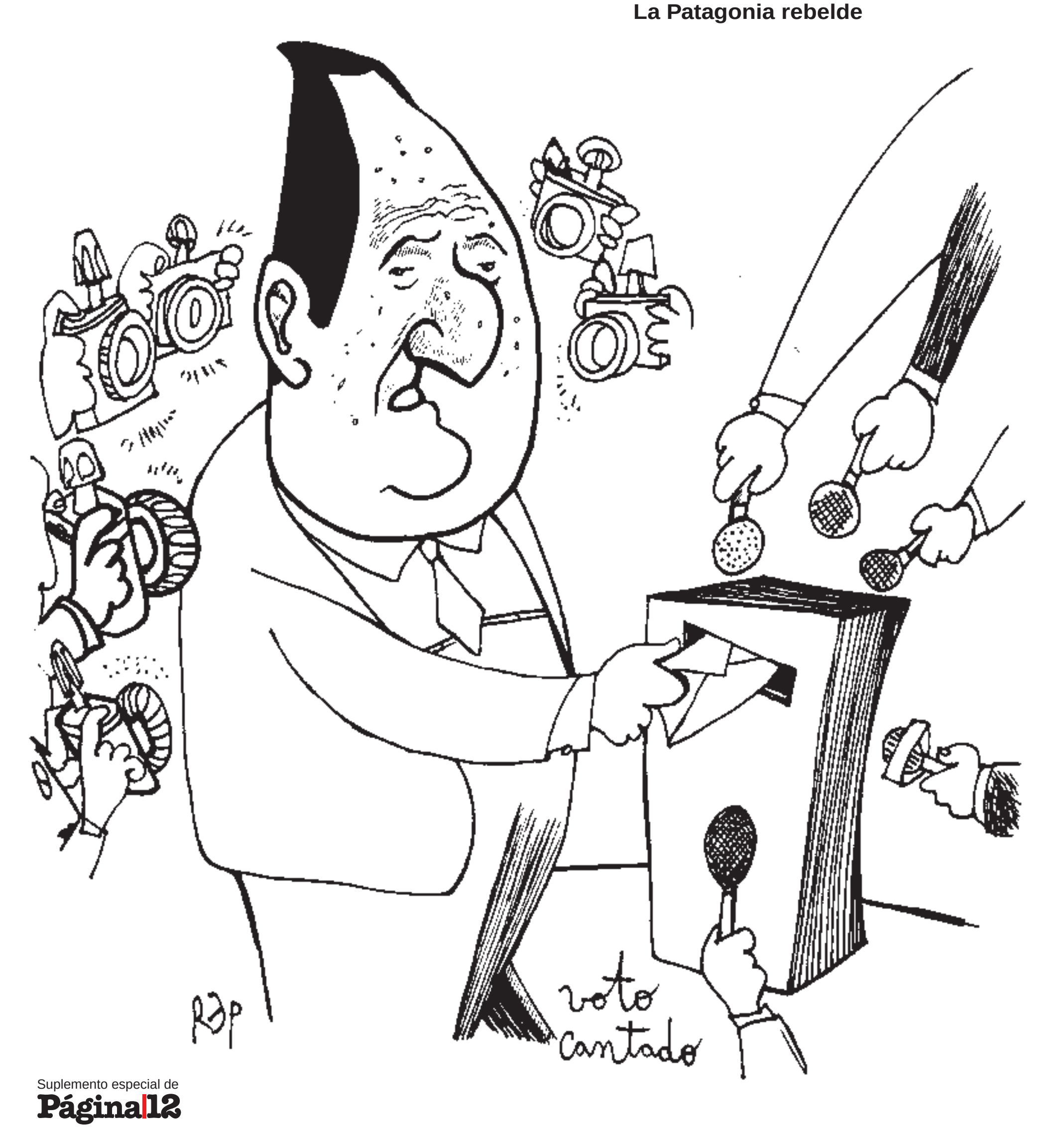
PRÓXIMO DOMINGO
Camporismo y cine (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

84 Camporismo y cine (III): La Patagonia rebelde



Suplemento especial de
Página|12

"El que no está con la patria, es enemigo de la patria."
(Sociedad Rural de Río Gallegos, 27 de mayo de 1921. *Nota*: La maestra de estos ruralistas no les había enseñado que antes del verbo "ser" no corresponde coma. Pero era la de castellano. La de historia les enseñaría cosas más importantes.)

"La cotización del hombre no alcanza para sus explotadores a la cotización del mulo, del carnero y del caballo."
(Sociedad Obrera de Río Gallegos. Manifiesto de noviembre de 1920.)

"Y ahora, si tu patrón te dice que sos un perro, ¡te ponés en cuatro patas y ladrás!"
(El comisario de Río Gallegos, represor al servicio de la Sociedad Rural, a un peón que firma el convenio de la derrota, que hace de ellos prácticamente esclavos. Escena del film *La Patagonia rebelde*.)

"Tal vez digan de mí que fui un militar sanguinario. Nunca un militar desobediente."
(Palabras del coronel Zavala –nombre que se le dio a Varela en el film– en *La Patagonia Rebelde*.)

"Prefiero equivocarme con los compañeros a tener razón solo."
(Palabras del alemán Schultz en *La Patagonia rebelde*. Notable: en una sola frase un entero tratado de filosofía política revolucionaria.)

EL ESQUEMA DE PODER DE LA ARGENTINA DEL PRIVILEGIO

La película que más se acercó al núcleo profundo y represivo –incluso sanguinario y despiadado y clasista– de la Argentina fue *La Patagonia rebelde*. Se trata de una de las manchas más negras e ilevantables del Ejército Argentino. ¿Por qué el Ejército de la patria tenía que transformarse en una máquina de asesinar obreros rurales? ¿Por qué tenía que hacerlo poniéndose al servicio de los patrones ociosos de la Sociedad Rural de Río Gallegos? ¿Ignoraba que los intereses de estos señores feudales estaban tramados con los de los ingleses, que se habían posesionado de la tierra sin lucha (contrariamente al modo en que los países se apoderan del territorios de otros países: mediante la guerra), sino con la complicidad de los patrones argentinos, que les dieron lo que pidieron, que se colmaron de orgullo por tenerlos como socios o como ilustres patrones amigos, socios también de esa Sociedad que los convocaba a todos, la Rural de Río Gallegos? El coronel Zavala –del gran film de Olivera-Bayer– recién en la escena final advierte que lo usaron como a un idiota, como a un sable sin cabeza, que así le decían a Lavalle, el primero de todos. Porque es Lavalle el que regresa del Brasil, luego de triunfar en Ituzaingó con el Ejército Libertador, y lo pone al servicio de los unitarios de Buenos Aires, como policía interna. Y lo hace fusilar al coronel Manuel Dorrego, legítimo gobernador de la provincia, en el primer golpe militar de nuestra historia, que se prolonga en las campañas punitivas, increíblemente cruentas, desalmadas, de los coroneles Rauch y Estomba. (*Nota*: No sé si decir que lo es. Pero durante los últimos tiempos muchos lectores me dicen que mi mejor novela es *El ejército de ceniza*. Sé, en efecto, que esa novela se basa en los trágicos sucesos que el coronel Ramón Estomba protagonizó en el sur de la provincia de Buenos Aires. Que deliberadamente transformé ese paisaje en el de un desierto mudo, incapaz de entregar un sentido, infinito e indescifrable, espacio metafísico en que un enemigo que sólo deja tras de sí cadáveres y huellas que los rastreadores no alcanzan a descifrar, se torna inapresable. El coronel empieza a perder la razón. Dice una arenga tras otra y en cada una inventa un enemigo distinto. Algo semejante le pasó a Ramón Estomba. Y recurrió a una técnica propia de los ejércitos que limpiaron el territorio de gauchos y de indios: atar al enemigo a la boca de los cañones y dar la orden de fuego.) Lavalle hace con el Ejército Libertador lo que se negó a hacer San Martín: ponerlo al servicio de los intereses de las clases dominantes de Buenos Aires: una mezquina burguesía comercial importadora y una poderosa oligarquía terrateniente. Es esta oligarquía la que homenaje al coronel Zavala en la sede de la Sociedad Rural de Río Gallegos. Cuando termina la cena alguien propone un brindis. Es un terrateniente de origen británico. Alza su copa y empieza a cantar: *"Porque él es un alegre y buen amigo"*. En inglés, por supuesto. Todos se le unen. Zavala advierte que los dignos terratenientes por cuyas tierras asesinó a miles de paisanos pobres hablan todos un inglés sin fisuras. Y todos cantan con entusiasmo esa canción tan legítimamente británica que han hecho suya. En su cara se dibuja un gesto de desdén. Aquí hay una incógnita. ¿Qué descubre Zavala? ¿Que mató para la prosperidad ilimitada de ingleses y argentinos amigos y socios de ellos? ¿Que puso al Ejército de la patria como garante de las ganancias desvergonzadas de los terratenientes? ¿Que eran, en su mayoría, ingleses aquellos a cuyo servicio puso a sus hombres, a sus armas? Si Zavala era un nacionalista, un coronel con algún sentido de la dignidad de la patria, de su autonomía estratégica, lo habrá avergonzado descubrir eso. Si no, no. Pero –en una revisión de los hechos de la Patagonia a comienzos de la década del '20– no puede evitarse un juicio severo y triste sobre la actuación del Ejército. ¿Por qué el Ejército se ha puesto inalterablemente del lado de los poderosos, por qué ha sido, sin más, el brazo armado de la oligarquía terrateniente, de los señores feudales de los ganados y las mieses? Acaso en el siglo XXI debiéramos hacer estas preguntas con cierto candor. Sin aceptar naturalmente que así fue y así tenía que ser. Era difícil que fuera de otro modo. Hay que analizar entonces qué educación, qué formación, qué sometimiento social y político hizo del Ejército Argentino un arma del orden oligárquico. Un enemigo de los desheredados. Justamente de aquellos que daban espesor a sus filas. El valor de *La Patagonia rebelde* es mostrar la perfecta conjunción del esquema de poder que mantuvo a la Argentina del privilegio: la oligarquía terrateniente (a la que luego se sumaría la burguesía financiera a partir de la dictadura de Videla), el Ejército y una Iglesia reaccionaria, amiga del hispanismo franquista y de los totalitarismos de distinto color. La Iglesia argentina sirvió siempre para dar consuelo a los asesinos y asegurarles que la tarea que hacían, aunque amarga y sanguinaria, era la requerida por Dios y la santificada por los pastores. Los capellanes militares eran casi artistas en el arte de apaciguar, de sosegar las inquietudes de los matarifes, de los que hacían la tarea dura, la de matar a los insumisos. Porque, en ciertas alarmantes situaciones, inesperadamente, surgía en los hombres de acción, en los guerreros del poder, una impiadosa conciencia que los arrinconaba, les provocaba preguntas incómodas que los llevaban al sufrimiento, que los invalidaba para una próxima acción, algo que se debía evitar. A toda costa. Surgía, ahí, la figura del párroco. Recibía al soldado de la tarea sucia y el alma erosionada por la duda, incluso la piedad ante el cruel destino que infligía a los otros, lo metía en el confesionario o en cualquier lugar recoleto o parroquia y le hablaba pausadamente, pero con firmeza, convicción: "Hijo mío, no permitas que tu conciencia te atormente. Has obrado con justicia. No todo lo que hacemos tiene que agradarnos, pero lo que tú has hecho era necesario y lo será siempre. Has venido a este mundo y has entrado en este Ejército para impedir que la patria sea sometida por los enemigos de Dios, por extranjeros de ideologías ajenas a nuestro ser patrio, por impíos que quieren someternos a dioses que no son los nuestros, por ateos, por hombres ligados a una idea materialista y anticristiana de la vida. Si tomas sus vidas, no te arrepientas. Es lo que la patria te reclama. Es lo que tu Ejército (en quien la patria se encarna) te exige. No le temas a la crueldad, ellos serían más crueles contigo. No le temas a la tortura. Si torturas al impío, si le infliges un gran dolor, le estás abriendo las puertas de la salvación. Nada purifica más que el sufrimiento. Ve, no vaciles. Es por tu mano que la justicia divina se realiza. Es por la Iglesia que esa justicia se expresa, te habla y te confortará cuando dudes. Ni siquiera ahí –y sobre todo ahí– estarás solo. Porque ésa es acaso nuestra gran misión: estar a tu lado cuando dudes, cuando la incertidumbre erosione tu alma. Te daremos la fe que necesites. Te llevaremos mansamente a su encuentro. Acaso al mismo lugar en que la extraviaste. No te dejaremos sufrir en la soledad de la duda. Podríamos perderte. Y jamás nos permitiríamos algo así. Tanto es lo que te necesitamos. Lo que tú haces no es posible para nosotros. No sabemos matar. No fuimos preparados para eso. Pero nadie mejor que nosotros para decirte por qué tú, soldado de la patria, debes hacerlo...

NO SOMOS NI SEREMOS IGUALES...

Vamos a narrar esta penosa historia. Espero que se entienda con total traslucidez que la comprensión de este hecho sociopolítico y criminal es insoslayable para entender la historia argentina. Será el peronismo de la juventud y de las comisiones internas de obreros jóvenes (más profesores, médicos, psicólogos y cualquiera que caminara por el suelo argentino en esos años de masacre, hablo de 1976) los que padecerán la herencia del ejemplo de Varela (llamado Zavala en el film de Olivera-Bayer). El ejemplo es: donde hay rebelión obrera hay alteración del orden establecido, subversión, anarquismo, ácratas indeseables a los que hay que exterminar. Un obrero en huelga es un enemigo de la patria. *Así lo entendió don Hipólito Yrigoyen*. Porque, señores, en estas páginas no hay silencios: si Perón permitió armar la Triple A o directamente fue su inspirador, Yrigoyen autorizó entonces lo que sabía habría de ser una carnicería. Nada del hombre del misterio (al decir de Manuel Gálvez) que ignoraba algo que ocurría tan lejos. Río Gallegos era la patria. No lo sería tanto como Buenos Aires. Pero lo era y entregaba más riquezas que la ciudad puerto. Campos fértiles, inacabables, sustentadores de fortunas que se basaban en el latifundio, en el genocidio de Roca y en la tierra que éste entregó a diez familias. No más. Ya lo

dijimos. El Ejército norteamericano aniquiló ferozmente a los indios pero abrió la ruta de los colonos. Roca –luego del genocidio– sólo abrió la ruta de las fortunas fáciles, de amigos, de parientes, de latifundistas que aún tienen ese poder y que en los días que corren lo siguen usando y creen –además– que son "la patria", como dijo muy sueltito un concheto agrarista que semeja haber hecho solamente el colegio primario: "Mi maestra me enseñó que la patria la hizo el Ejército, la Iglesia y el campo". La maestrita no te mintió, pibe. Había aprendido eso en los libros que la oligarquía impuso en la enseñanza para justificar su praxis histórica. Todo lo que ella y sus aliados llevaron adelante como fuere (sobre todo el Ejército y la Iglesia) fue la Civilización e hizo la grandeza de la patria. El resto fue la barbarie: los gauchos, los indios, los negros (liquidados en las guerras de la Independencia y luego en la del Paraguay y por la fiebre amarilla, que era racista a más no poder). De modo que el Ejército del coronel Varela estaba listo para cumplir con su deber. Y los radicales lo sabían. Ocurre que si no solucionaban lo de la Patagonia los sectores dominantes los echarían a patadas por inútiles. En suma, o los dejaban reprimir hasta el extremo que fuera necesario o eran arrojados por la ventana y los dueños de la tierra se encargaban directamente del trabajo sucio en el sur. Don Hipólito, en medio de sus hermetismos y sus palabras con frecuencia indiscernibles, aceptó ese costo. Osvaldo Bayer –con justicia– les pide una autocrítica a los radicales. Ni locos. Menos ahora que están por el piso. ¿Lo imaginan a Cleto Cobos o a Ricardo Alfonsín explicando los sucesos de la Patagonia? ¿Con qué herramienta? ¿Con qué neuronas? Lo embarrarían todo y todo quedaría peor. Incluso, conjeturo, que un personaje como Cleto ha de tener una visión muy borrosa de los sucesos de 1921. Más como algo de lo que el partido le prohibió hablar que como un hecho contundentemente histórico y feroz.

La cosa sucede en 1921. El combativo anarquista español Antonio Soto (que protagoniza Luis Brandoni en el film) crea en Santa Cruz la *Sociedad Obrera de Río Gallegos*. A Antonio Soto le decían el "Gallego" Soto. Era un tipo vital, guerrero y que no habrá de regalar su vida a los pelotones de Varela. Al costo de volver su lucha solitaria, sin compañeros a su alrede-

dor. Veremos esto. ¿Qué se producía en Santa Cruz? Mucha, demasiada riqueza. Estaban ahí los grandes latifundios y sus señores feudales y, complementándolos, los frigoríficos británicos. Pero las guerras europeas siempre habrán de repercutir fuertemente en la Argentina. A veces bien. La Segunda Guerra posibilitó el primer peronismo. Pero aquí, ahora, en Río Gallegos, la Primera Guerra Mundial altera todo. Los latifundistas se ven perjudicados. A no apenarse: que un latifundista se perjudique no es grave. No lo es para él. Le sobra la guita para vivir largos años de crisis. Pero las crisis –como siempre– se vuelcan sobre los obreros. Que paguen ellos. Los que menos tienen. Al fin y al cabo, les damos trabajo. Las estancias son nuestras, las hicimos nosotros. Ellos habrían sido incapaces de hacerlas. Encima, de buenos que somos, les damos trabajo. Ahora que no hay, que se jodan. Existe, en el homo capitalista (personaje al que he llegado a conocer bien a lo largo de los años) una certeza de fierro: *Sin nosotros no hay trabajo, nosotros somos los que les permitimos vivir a los obreros y a los campesinos, gente inferior incapaz de acumular un capital y montar una industria.* Que agradezcan, entonces. Lejos de toda esa patraña del socialismo resentido –propio de hombres inferiores– acerca de que son explotados, de que la ganancia la extraemos del trabajo que les ofrecemos, la verdad es que se trata de pobre gente que puede vivir gracias a nosotros, a nuestra creación de fuentes de trabajo. Nosotros los mantenemos. No somos ni podemos ser iguales. Una cosa es un hombre culto, un hombre de negocios, que sabe los precios internacionales de los productos que trabaja, que sabe los valores de la bolsa de New York y Londres porque lee diarios de esos países, escritos en el lenguaje que allí se usa, y los lee porque domina lenguas extranjeras, que le permiten acceder a los cultos idiomas en que esos diarios están redactados (¿O cómo suponen las peonadas que está redactado el *New York Times*? ¿En el idioma de *Martín Fierro* o en quechua o en tehuelche? No, hay salir al mundo y esa salida requiere el excelente domino de las lenguas cultas.) y otra cosa es el trabajador rural o fabril de manos toscas, de palabras limitadas, de creencias simples, primitivas, que sólo sabe trabajar para nosotros (porque nosotros les abrimos la puertas de esa posibilidad), agotarse en ese trabajo, algo que a nosotros no nos agrada ni nos corresponde, llevar el salario a su casa, preñar a su mujer, criar a sus hijos y obedecer a sus patrones. Punto, este último, fundamental. Y deliberadamente usamos esta palabra: la obediencia es el fundamento del orden en el trabajo. Lo contrario es la insurrección, que lo impide. Y que jamás permitiremos.

EL "PLIEGO DE CONDICIONES"

Los trabajadores de la lana y los peones rurales vivían bajo condiciones misérrimas. Los obreros laburaban 12 horas. Los arrieros y los esquiladores... 16 horas. Es nauseabundo. Es inhumano. Concepto que empleo poco. Porque las peores cosas de este mundo las hacen los hombres. No veo por qué algo abominable debería ser calificado como "inhumano". ¿Lo "humano" es entonces sinónimo de "bueno"? ¡Por favor! Ese esquema: humano = bueno. Inhumano = malo, ha sido elaborado por algún humanista evangélico. O por algún utopista empeñoso. O por uno de esos socialistas que luchan por "el hombre" y terminan asesinados por "el hombre", por un "hombre" que no piensa como ellos pero no es menos "hombre" por eso.

Los salarios se pagaban en bonos. Sólo los domingos podían descansar. Tal vez para ir a la iglesia y que el buen cura de turno consolara sus desgracias. "El hambre purifica los pecados de la carne. Jesús, el hijo de Dios, ayunó en busca de la pureza extrema. No despreciéis ese camino. Acaso el mismo Señor lo abrió para ustedes." Después –ese párroco de esos sermones que santificaban la sumisión– se iba a la estancia más cálida de la Abadía y se tomaba un vino espeso y dulzón y una jugosa pata de cordero.

Pero las cosas empeoran. Ni los curas pueden detenerlas. Llegan a Río Gallegos delegados de toda la provincia. Ya los reflejos de los patrones se ponen en acción. "Cuando veas que más de dos obreros se juntan y empiezan a hablar deslealtades de la patronal y a peticionar aumento de salarios, recurre a tu carpeta de despidos, a tus matones y prepara tu revólver, no lo lleves nunca sin balas." En suma, los obreros de Santa Cruz se atreven a la insolencia de pedir mejoras a sus patrones. ¿Saben cómo se piden las mejores? Se elabora un pliego de condiciones. Cuando los patrones escuchan este concepto empalidecen. *Pliego de condiciones*. Algo que, sin duda, antes de leer, saben que habrán de rechazar.

Demandas de los obreros:

Primero) Que en recintos de 16 m2 no durmieran más de tres hombres.

Segundo) Que cada obrero recibiera al menos un paquete de velas mensualmente.

Tercero) No trabajar los sábados.

Cuarto) Aumentar las raciones de alimentos.

Quinto) Un sueldo mínimo de 100 pesos por mes.

Sexto) Reconocimiento de la Sociedad Obrera como única representante legítima de los obreros patagónicos.

Séptimo) Nombramiento de un delegado como intermediario de las partes en conflicto.

Cuando este *Pliego de condiciones* es rechazado por los señores de la tierra, los obreros inician las huelgas en la Patagonia. En noviembre, el día primero, se declara la huelga general. Corre el año 1920. Dos días después intentan asesinar al dirigente Antonio "Gallego" Soto. Este es uno de los grandes protagonistas de estos sanguinarios eventos. Hombre joven, de inusual coraje, llevará la lucha hasta el fin. Su compañero más cercano será un viejo anarquista, el alemán Schultz. Sobre el final tendrán su único desacuerdo, que es una lección de política. Cada uno toma una decisión distinta. Uno, la de morir con sus compañeros, aunque sabe que están equivocados. Otro, la de "no regalar" su vida, "no tirarla a los perros", y seguir luchando, aunque sea solo o con muy pocos, dos o tres al inicio. Estos problemas políticos que se plantean en *La Patagonia rebelde* son únicos en el cine argentino. Sólo, desde luego, el Grupo Cine Liberación alcanzó tan altos niveles de teoría política. Pero *La Patagonia*... apuntaba a un gran público, pretendía ser una película comercial, tenía grandes actores y hasta actores populares, de esos a los que se le dice "estrellas", que aquí toma cada uno la dimensión de un militante, no en vano fueron perseguidos por Videla y tuvieron que huir.

EXCURSO: TESTIMONIO DE OSVALDO BAYER

Buenos Aires, 23 de junio de 2009-06-23

Querido José Pablo:

Te mando lo pedido. Puedes hacer lo que te plazca.

Veo que en tu capítulo de "Peronismo" de la semana pasada hablas de Cámpora y de *La Patagonia rebelde*. Sí, creo yo que ese film fue posible por el clima que se vivía en los cuarenta días camporistas. *Sin ninguna duda, en mis largos 82 años, fue el período donde se vivió con más libertades, más horizontes y más esperanzas*. Pero, claro, duró apenas. Y así nos fue. Porque justo yo había terminado el guión para el film y Olivera y Ayala lo presentaron ante Getino, quien lo aprobó de inmediato, entusiasmado, en un acto inusitado, luego de tantas dictaduras tenidas desde ese general estreñido, Onganía, hasta el otro mandamás del Barrio Norte, Lanusse. Y de Getino el guión pasó a Mario Soffici, que dirigía el Instituto y dio el préstamo de inmediato, entusiasmado. Pero después de eso comenzó el camino en la niebla. A no saber si íbamos a llegar a la meta soñada: ver el film en las pantallas de los cines de barrio. La primera señal de alarma fue cuando Lastiri –el nuevo presidente peronista que reemplazó a Cámpora– prohibió mi primer libro, el *Severino Di Giovanni*. Que cuando leí el decreto me dije "hay que ser desgraciado para ser prohibido nada menos que por Lastiri". Luego, supimos que el guión de *La Patagonia rebelde* había sido leído por los militares y que dijeron "que filmen eso no nos importa pero que tenga ese final no lo vamos a permitir de ninguna manera, vamos a salir a la calle". El final del film, en aquel primer guión, era la escena cuando las prostitutas de San Julián rechazan a los soldados fusiladores de peones rurales al grito de "asesinos, con asesinos no nos acostamos". Los militares tomaron a ese final como "un insulto al uniforme de la patria". Ayala, el productor del film, me pidió entonces que escribiera otro final. Yo me negué al principio, pero luego se me ocurrió algo que hace una verdadera síntesis de a quién favoreció toda la acción del ejército y a qué intereses sirvió: es cuando los estancieros cantan a Varela, el jefe militar, la conocida canción inglesa "For he is a jolly good fellow" ("porque eres un buen compañero"). Creo que con ese fin está todo dicho. Y así se filmó. Ahora, hace pocos días le he propuesto a Olivera que filmemos aquel final de las prostitutas y que el film se reestrene con los dos finales, a 35 años de su estreno. Creo que sería un gran éxito y un acto reivindicatorio de la valiente actitud de esas mujeres tan humilladas que tuvieron ese acto de coraje y que pagaron cara esa actitud. Los inconvenientes prosiguieron ya durante la filmación. Vinieron tiempos muy duros. El gobernador don Jorge Cepernic, hijo de un trabajador rural huelguista, nos dio su generosa ayuda. Más tarde, su provincia fue intervenida y él fue preso. Estuvo siete años en prisión. Hace poco, don Jorge Cepernic me relató que, estando en la cárcel, una vez se acercó el coronel que estaba a cargo de la dirección de la misma. Don Jorge aprovechó a preguntarle: "¿por qué me tienen tantos años preso, por haber aprobado algunas leyes a favor de los obreros?". Y el coronel le respondió: "No, no,

usted está equivocado, usted está preso por haber permitido como gobernador que se filmara en su provincia *La Patagonia rebelde*". Creo que esa respuesta da pruebas de la ira que despertó entre los uniformados la absoluta verdad histórica del film. Cuando se terminó de filmar *La Patagonia rebelde* ya estábamos en tiempos del último gobierno de Perón y la censura había cambiado, ya no estaba Getino sino una comisión de cinco personas, entre los cuales había un representante de la Iglesia Católica y otra del Ministerio de Defensa. Sabiendo que la cosa iba a ser difícil, Olivera y Ayala ensayaron una táctica. Anunciaron apenas tres días antes de presentarlo a la censura, en todos los diarios del país, el estreno del film. Esto, para cortarles las posibilidades de prohibición porque iban a quedar muy mal no dando permiso a un film tan anunciado. Pero, al terminar de verla, el representante del Ministerio de Defensa dijo: "Yo este film no lo apruebo", y se retiró. Como la aprobación debía ser por unanimidad, el film no fue aprobado ni rechazado. Quedó en el limbo. Sin el visto bueno de la censura ningún film podía ser mostrado. Comenzaron así a pasar las semanas. Olivera, entonces, le habló a Abras, que era el secretario de Prensa y Difusión de Perón. Abras le dijo a Olivera que no se preocupara, que él le iba a mostrar el film a Perón un sábado a la noche en Olivos, ya que al general le gustaba ver cine justamente los sábados, cuando descansaba en la residencia de Olivos, y que él (Abras) estaba seguro de que le iba a gustar a Perón y que lo iba a aprobar. Pasaron dos o tres semanas hasta que sí, Perón lo vio, junto a Isabelita. Esta no dio ningún comentario –contó Abras– y que Perón sólo dijo: "Sí, está bien la película pero el verdadero fusilador no fue Varela sino Elbio Anaya, tío del general Anaya, que hoy tenemos de comandante en jefe" (se refería al general Leandro Anaya). Y Perón se fue a dormir sin hacer otro comentario.

Así, nuestro film quedó otra vez en el limbo. Ni rechazado ni aprobado. Comenzaron a correr las semanas y los meses, ante nuestro desconcierto, nuestra rabia y nuestro dolor. Hasta que el 10 de junio de ese año –1974– Abras llama a Olivera para decirle que "el general acaba de decirme que den el film ya mismo y en todos los cines del país". Nuestra sorpresa fue tan grande que no lo podíamos creer. Y después vendrá la explicación de Abras: ese día, Perón se levantó como siempre a las 6 de la mañana y leyó *La Nación*. En el diario había una información que señalaba que el "comandante en jefe del Ejército, general Leandro Anaya, ha declarado que el Ejército responde a sus mandos naturales". Al leer esto, Perón montó en cólera, tiró el diario al suelo y dijo: "¿Y qué me quiere decir con esto, a quién va a responder el Ejército si no es a sus mandos naturales?" y en el acto llamó a Abras y le dijo: "Abras, ¿cómo se llamaba el film que habla del tío del comandante en jefe actual?". "*La Patagonia rebelde*, señor Presidente", respondió Abras. "Bueno, que lo den ya mismo y en todo los cines del país, ¡yo le voy a enseñar a ese general quién manda aquí!", exclamó Perón.

Y debe ser cierta la versión de Abras porque tres días después se pudo estrenar sin ningún problema. Quince días después, Perón fallecía y apenas 24 horas más tarde *La Patagonia rebelde* triunfaba en el festival cinematográfico de Berlín obteniendo el Oso de Plata. Por ese premio, el gobierno de Isabelita, López Rega y Tato (el supremo censor del cine, católico, franquista y nazifascista todo a la vez, personaje típico de la Inquisición) no pudo prohibir el film por unas semanas. Pero el 12 de octubre, ese día, los que hicimos el film, incluidos los actores, salimos en los diarios en las listas de las Tres A, condenados a muerte. Tato lo llamó a Olivera y Ayala ordenándoles que retiraran el film "para siempre" y en todos los cines del mundo, porque él "no podía ya parar a nadie y las consecuencias iba a ser incalculables". Fue así. El film no pudo darse durante diez años. En febrero de 1984, luego del largo exilio, pude ver nuevamente en Buenos Aires cómo el público aplaudía de pie a ese film tan perseguido por la estupidez del poder. Film que no hizo otra cosa que mostrar la masacre de los peones rurales patagónicos que pedían un trato un poco más digno. Pero la ética finalmente triunfó: hoy, en Santa Cruz, los héroes de ese movimiento tan justo tienen todos un monumento, y las tumbas masivas de las peonadas así fusiladas están todas marcadas, como señal contra la barbarie.

Te mando el abrazo fraterno de siempre y el abrazo para tu compañera tan querida.

Osvaldo Bayer

EL "ALEPH" DE LA HISTORIA ARGENTINA

¿Notaron la semejanza entre los apellidos de esos dos carniceros? ¿Suena muy distinto Varela que Videla? ¿Por qué le dedico tanto espacio y esmero a este film? Lo dije: define el espíritu de la libertad camporista y su aceptación y su empuje entusiasta por proyectos de este tipo. Sin camporismo no habría existido *La Patagonia rebelde*. ¿Alguien dirá que no es una *Historia del peronismo* el lugar para tratar esta relevancia, que otras historias del peronismo no lo hacen? En fin, aclaremos un par de cosas. No sabemos si lo será, pero se habrá ya descubierto que esta no pretende ser *otra* historia del peronismo. No quiero decir por eso que pretenda ser *la* historia del peronismo. Sería absurdo. Sólo pretendo decir que no pretende ser una más. Que su ambición de totalidad constituye un imperativo central de su estructura. Desearía no dejar nada de lado. Para cumplir semejante ambición es necesario trazar una historia total de la Argentina. O hacer un viaje de ida y vuelta. Del peronismo a la historia totalizadora del país y de la historia totalizadora del país a la historia del peronismo. No creo que eso nos lleve a ocuparnos en detalle de la Revolución de Mayo, pero –a lo largo del ensayo-narrativo que pretendemos hacer– no debería ser ajena a nuestra extensa temática. Además,

La Patagonia rebelde es el Aleph de la historia de nuestro país. Esa historia del helado sur resume en sí todos los elementos de nuestra historia. No en vano alguien como Osvaldo Bayer (un gran historiador) hizo de ella el centro de su obra y –conjeturo– de su vida. El "aleph" es un concepto borgeano, que habría estado del lado de Sociedad Rural de Santa Cruz, pero desde Buenos Aires y lejos de los tiros. No importa lo que él haya hecho en una ocasión que no vivió. Andaba por Europa durante esos años y pronto para regresar al país. Importa analizar si podemos apropiarnos de cierto concepto que elaboró y aplicarlo a nuestra problemática. En su cuento "El Aleph" (que publica en 1949, en un libro de cuentos que lleva ese nombre), brevemente escribe: "El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño" (Jorge Luis Borges, *Obras completas*, tomo I, Emecé, Buenos Aires, 2002, p. 625). ¿Cómo es el Aleph? Borges ofrece esta descripción: "En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba" (Borges, *ob. cit.*, p. 625). Más adelante, en una posdata que fecha en marzo de 1943, día primero, lo define como el "*punto donde convergen todos los puntos*" (Borges, *ob. cit.*, p. 627). A esto –exactamente– quiero ir: si la huelga de los obreros patagónicos, si la complicidad de la Sociedad Rural con los terratenientes británicos, si la actuación de los grupos civiles de conchetos fascistas a órdenes de Manuel Carlés, el jefe de la Liga Patriótica, si las masacres masivas del coronel Varela, si la pasividad del gobierno populista de Yrigoyen (sin más: su actitud cómplice o, sin duda, cobarde), si la crueldad inaudita del Ejército Argentino (que reflejaría, hacia atrás, la de los lugartenientes de Mitre en la "guerra de policía" a las provincias luego de Pavón y la de Roca en la "conquista" del desierto y, hacia adelante, la de los grupos de tareas y los espacios concentracionarios de la Junta que presidió Videla o Vi(ar)ela) han atraído a Osvaldo Bayer hasta la obsesión es porque ése, ese punto, el punto de nuestra historia en que tiene lugar la tragedia patagónica, es su Aleph, es el punto en que todos los otros coinciden. Hacia el que todos los otros convergen. Nada falta ahí. Nuestro espacio cósmico está íntegro, "sin disminución de tamaño". Expliquemos esa historia y explicaremos todo. Por decirlo claro: las masacres de obreros que realizó, a pedido de la Sociedad Rural, el Ejército Argentino en la Patagonia, son el Aleph de nuestra historia.

De aquí la importancia que le damos y le seguiremos dando. Nos ocupará un capítulo más. Porque el tema es complejo. También podríamos postular que la tragedia-masacre de Ezeiza es el Aleph de nuestra historia. O uno de ellos. Porque tiene varios. Sin duda, conjeturo, es el Aleph del peronismo. Pero también lo son las conquistas sociales del período 1946-1952. (*Nota*: Pero ojo: la masacre de la Patagonia es –para mí y, sin duda, para Osvaldo– el Aleph de *toda* nuestra historia. Creo haber explicado los abundantes motivos. Todo está ahí. La sumisión del Ejército a la oligarquía terrateniente. A los tradicionales dueños del país porque son los que tempranamente se adueñaron de la tierra. La crueldad con que el Ejército llevó a cabo esa sumisión. El apoyo o la cobardía o la complicidad de la clase política. Aun la de un gobierno populista, surgido para dar cobertura a los nuevos sectores populares, los nuevos sujetos políticos de la pobreza: los inmigrantes. La Iglesia Católica. Siempre desarrollando en estas tierras las perores de sus tendencias. Aunque raramente aparecieron otras en cualquier otra latitud. Porque siempre late en ella, en la oscuridad conspirativa de sus socavones, el espíritu de la Inquisición, del "dar la muerte en nombre del Señor" y "recibirla como castigo y redención que os hará nuevamente puros". Pero muertos. Los niños bien, las patotas de Manuel Carlés, los iracundos de La Liga Patriota, odiadores de obreros, rojos y judíos; bestias fascistas, groseros en su violencia frontal, diseñada por el odio de raza y de clase. Luego transformados en comandos civiles y luego en grasas de la Triple A o en grupos de tareas cuando delegaron en otros el sucio arte de quitar vidas. Los intereses de los países extranjeros. Gran Bretaña en este caso, en la Patagonia de Varela y la Sociedad Rural. Luego vendrán los demás. Los que decidieron todos los golpes con el asesoramiento y apoyo abierto de la Embajada de Estados Unidos. Hasta llegar a ese chiste macabro: "¿Saben por qué no hay golpes de Estado en Norteamérica? Porque no hay Embajada de los Estados Unidos". Quiero dejar claro que sólo deseaba explicar las causas de la expansividad con que trato un tema que algunos no verán ligado a la historia del peronismo y, de hecho, pocos lo han visto así. Pero no. Es así como hay que verlo. Luego pasaremos a la compleja trama de *Ezeiza* y posiblemente ahí comprendamos a fondo por qué nos detuvimos tanto en la masacre patagónica y por qué le otorgamos el rango de Aleph de nuestra historia, ese punto viviente, ese significante que jamás deja de exigir la búsqueda de sentidos, de significados que nos trascienden una y otra vez. Tanta es su riqueza posiblemente inabarcable.)

Por ahora, sólo algo más: el coronel Varela morirá a manos de un obrero de origen alemán llamado Kurt Wilckens. Escribe Bayer: "Diecisiete heridas graves: doce producidas por la bomba y cinco balazos en la parte superior del cuerpo (dos de ellos le han interesado la aorta). Parece que al alemán Wilckens no le ha temblado la mano. Le ha aplicado lo que los anarquistas llaman la justicia proletaria. En un muerto ha resumido los centenares de fusilados en la Patagonia. Ahora la muerte los ha emparejado. Lo mismo que sus víctimas, el comandante ha quedado tirado en el suelo, boqueando" (Osvaldo Bayer, *La Patagonia rebelde,* Planeta, Buenos Aires, 2002, p. 317. La que utilizo es una versión abreviada que realizó el propio Osvaldo en beneficio de la difusión y conocimiento de su obra más importante. Es muy buena y muy útil. No obstante, **PáginaI12** está publicando durante estos días una versión exhaustiva en dos tomos de 584 y 672 páginas. Queda claro que sólo este diario publicaría este libro y que sólo en él Osvaldo autorizaría esa publicación. Wilckens esperó a Varela pacientemente. Fue una vez y no pudo, otra tampoco. Por fin, lo agarró solo a la salida de su casa, Fitz Roy 2461, Palermo. Le tiró una bomba y le descerrajó seis tiros.

Gobernaba Alvear cuando muere Varela. A su entierro asisten los miembros de La Liga Patriótica, encabezados por el doctor Manuel Carlés. El ministro de Guerra de Alvear, general Agustín P. Justo, hombre de brillante futuro. El presidente Alvear, por supuesto. Y también el ex presidente don Hipólito Yrigoyen. También él.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
Camporismo y cine (IV)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

85 **Camporismo y cine (IV)**

Suplemento especial de
Página|12

"–En el Sur hay graves instancias –recordó el Viejo inalterablemente.
–Si usted me permite, yo... –tartamudeó Vicente.
–En el Sur hay graves instancias –repitió el Viejo poniéndose de pie–. ¿Conoce el asunto?
–Sí, sí. Naturalmente."

(David Viñas, *Los dueños de la tierra*, Editorial El Lorraine, Buenos Aires, 1974, p. 38.)

"¡Así no se mata a un criollo!"

(Facón Grande en *La Patagonia Rebelde*.)

"For he is a jolly good fellow!"

(Los miembros anglo-argentinos de la Sociedad Rural de Río Gallegos felicitando al teniente coronel Varela.)

"¡No lo olvides! Medita en el gesto/ De ese mártir que tuvo otro igual:/ Aquel noble Simón Radowitzky/ Que aún vegeta en la Tierra Infernal./ Son dos héroes, dos grandes, dos nobles./ Dos estrellas de claro esplendor./ Que trazaron caminos felices./ Con dos bombas cargadas de amor"

(Fernando Gualtieri, *El héroe*, 1924. Citado por Osvaldo Bayer en *La Patagonia rebelde*, *ob. cit.* p. 348).

EL "BENIGNO" TENIENTE CORONEL VARELA

Hay un primer acuerdo. Un respiro: las cosas no pasarán a mayores. El 29 de enero llega un militar yrigoyenista para hacerse cargo de la gobernación. Se trata del capitán Ángel Ignacio Iza. Tratará de conciliar entre las partes. Llega también el más sombrío personaje de esta historia. Es el 2 de enero y llega el teniente coronel Héctor Benigno Varela. Hay personajes cuyo nombre no rige su destino. Que el nombre de Varela sea (el primero) Héctor, recordará al glorioso, valiente guerrero de la sitiada Troya que enfrenta al bravo Aquiles, cuya invencibilidad era irrefutable salvo por el detalle del talón. Todos los sabemos: el talón de Aquiles. Todos lo tenemos: nuestro talón de Aquiles. Pero Héctor lo ignoraba. Aquiles lo derrota y pasea su cadáver frente a las murallas de Troya, humillándolo frente a los defensores de la ciudad, que lloran de dolor, impotencia. Ese nombre de Varela podrá recordar –lejanamente– al héroe troyano. Pero no más. Él, Varela, no será un héroe, no morirá en lucha a campo abierto ante un guerrero mitológico ni será amado y llorado por su pueblo. Que Varela se llame *Benigno* es todavía más absurdo, tiene un toque siniestro de ironía, de sarcasmo o es, sin más, la cumbre del oxímoron. Benigno Varela es el oxímoron más inmenso que esta tierra ha producido. (*Nota:* Ya sabemos qué es un oxímoron. Lo hemos visto muchas páginas atrás. La definición que suele darse es: "Figura literaria consistente en la unión de dos términos de significado opuesto que, lejos de excluirse, se complementan para resaltar el mensaje que transmiten". Los dos mejores ejemplos que merecen entregarse pertenecen a la prosa entre exuberante y seca –oximorónica tal vez– del genial Ramón del Valle-Inclán, autor que se anticipó a todos los que luego escribirían novelas sobre dictadores: Roa Bastos y *Yo, el supremo*, García Márquez y *El otoño del patriarca*, Tomás Eloy Martínez y *La novela de Perón* y Vargas Llosa y *El año del chivo*. Se espera con ansiedad la del injustamente valorado –o no valorado en absoluto– escritor argentino Marcos Aguinis: *El otoño de Kirchner* o acaso también *El supremo patriarca* o *Yo, el chivo*, títulos todos posibles pues la novela se encuentra en su proceso de terminación, ya que pareciera demandarle grandes esfuerzos al autor expresar en meras palabras, no sólo su odio, sino la maldad infinita del personaje. Que, por ser tan infinita, es decir, sin un punto final, obligue al señor Aguinis no poder concluirla jamás, actitud que lo llevaría a compartir ese drama nada menos que con Martin Heidegger, que confesó no haber dado fin a *Ser y tiempo* por "insuficiencia de lenguaje". El señor Aguinis alegará, antes que la infinitud de su odio, "infinitud de maldad". Del personaje biografiado, se entiende. Volviendo a Valle-Inclán: le hemos adosado el adjetivo "genial". Lo era. Cierta noche, en el Teatro San Martín, vi su obra *Luces de bohemia*, interpretada por el actor Patricio Contreras. La había visto de niño, pero esta vez –en la plenitud de mi vida– el genio de Valle-Inclán y el de Patricio Contreras me depararon un momento de gloria. En cuanto a los ejemplos de don Ramón (que vivió entre 1866 y 1936) son los siguientes: "payaso trágico" y "broma macabra". "Payaso trágico" es de gran excelencia. Todos hemos sido devastados alguna vez por la facha trágica de un payaso en algún circo de pobres recursos donde el tipo tiene que llenar lo imposible: la escasez de elementos llamativos, la mediocridad de los trapecistas, la vejez penosa de los elefantes, la altura de los enanos que –para desdicha del Circo– han crecido, y las varices de las bailarinas. Todo eso torna trágico al payaso. Eso y su propio dolor. Porque –lo sabe– él también da pena, es un despojo de lo que era, ha perdido la gracia y ya nadie ríe. Lejos de ello, le gritan atrocidades. Sobre todo: "¿Por qué no te matás?" Y eso hace. Un día se pega un tiro en el centro de la pista. Y, en tanto agoniza, oye las risas desbocadas del público. Y los gritos imperiosos, atronadores: "Hacelo otra vez. ¡Hacelo otra vez!". Se dirá –una vez más– que nada tiene que ver esto con el peronismo. Es posible. No todo lo que está en este libro tiene que tener relación directa con el peronismo. A veces la relación será lateral y a veces inexistente o una nota lejana, una sugerencia metafórica. Pero la historia del payaso, ¿era buena o no? Por otra parte, mi propósito es explicar el oxímoron de Valle-Inclán. Y lo hago en una *Nota*. De modo que no merecería cuestionamientos extremos. Espero me sean evitados. Ahora supongo que está clara la cuestión del oxímoron "Trágico-payaso". Volvamos a "Benigno Varela".) Imaginen si Videla, en lugar de Jorge Rafael, se hubiera llamado Jorge Benigno Videla. ¿Me siguen ahora? El antagonismo oximorónico es trágico. "Benigno Varela" es un oxímoron trágico. Porque nunca Varela ha sido ni fue ni será "benigno". Que se haya llamado así es una carcajada del Infierno. Una broma macabro del propio Belial, que ha gozado con ella. Prestemos atención a las cosas que hace nuestro "benigno" teniente coronel Varela.

VARELA EN ACCIÓN

Logra un primer acuerdo con los obreros y regresa a Buenos Aires. El acuerdo no se cumple por parte de los patrones. Aunque la derecha y los sectores de la Sociedad Rural quieran esconder estos hechos, los pérfidos de la historia son ellos. No sólo no cumplen el tratado sino que arman bandas de la Liga Patriótica. Los patrones recurren a las autoridades armadas de Río Gallegos para meter presos a los huelguistas de las estancias. Son represalias duras, sangrientas. Los de la Patriótica no se andan con vueltas. ¡Qué personaje Carlés! Siempre sabía dónde debía estar. Donde su clase –habituada a los privilegios abusivos– lo reclamaba. He citado en otras partes la frase con que iniciaba muchas de sus arengas. Se le consideraba el maestro de la "arenga patriótica". Género que inventó Mitre. (*Nota:* Carlos D'Amico, un hombre de los tiempos de Mitre, uno de sus contemporáneos, o sea: no un "revisionista trasnochado", ningún revisionista sino un contemporáneo del traductor de Alighieri, en un libro recientemente editado por el Fondo Nacional de las Artes, recopila algunas frases de las arengas de Mitre: "Yo estoy acostumbrado a entrar en los ministerios echando abajo sus puertas a cañonazos". Luego: "Herido en la frente en una guerrilla durante el sitio de Buenos Aires en 1853, les dijo a los ayudantes que tenía alrededor: 'Tenedme; que quiero morir de pie como un romano". Y como los árboles de Alejandro Casona. En una campaña contra los indios: "Respondo hasta la última cola de vaca que de hoy en adelante roben los salvajes". Y en Sierra Chica los "salvajes" lo derrotaron. Al llegar frente a un arroyo y saber que era el de Cepeda dijo: "Aquí fue la cuna del caudillaje, aquí será su tumba". Cuando declara la Guerra al Paraguay dice a su "juventud dorada": "En 24 horas en los cuarteles, en quince días en campaña, en tres meses en la Asunción". La guerra fue un desastre militar para la Argentina. Al verlo a Sarmiento y para explicarle que su hijo, Dominguito, había muerto bajo su comando de tropas, le dijo: "Usted me dio un hijo, yo le devuelvo un héroe". Raro que Sarmiento no le haya dicho: "Usted me devuelve un cadáver. Deme el hijo y quédese con su héroe que de nada le sirvió". Recibe de un joyero amigo un reloj. Dice: "Servirá para señalarme la hora de la victoria". Ante una enorme reunión de belicosos que quieren desatar una revolución: "Es mejor el peor de los gobiernos que la mejor de las revoluciones". Y hay muchas más. Por ejemplo: "En vuestras bayonetas lleváis el librecambio" a los soldados que marchaban al frente paraguayo. (Carlos D'Amico, *Buenos Aires, sus hombres, su política, 1869-1890*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, capítulo VI, "¿Qué es Mitre?".) D'Amico no lo quiere a Mitre. ¡Hubo tantos como él! Empezando por el gran Juan Bautista Alberdi.) Pero Carlés no se quedó atrás. Le dio a la "arenga patriótica un tono aún más violento, más compadrito, porteño y pendenciero que Mitre. Decía: "¡Voy a dirigiros la palabra, rápida como tiro de fusil!". El caso es que entre La Liga Patriótica, la Policía y los *landlords*, los obreros patagónicos empiezan otra vez a ser atacados y despedidos de las estancias.

La Sociedad Rural comenzó a mover sus influencias en Buenos Aires, y propició una campaña en los periódicos *La Prensa*, *La Razón* y *La Nación* para denunciar el peligro anarquista, el bandolerismo y la posibilidad de que el *gobierno chileno*, intentase apoderarse de la región de Santa Cruz. Paralelamente, propiciaron la inmigración de trabajadores "libres", es decir, rompehuelgas traídos desde otras regiones, que serán objeto de graves agresiones por parte de los obreros locales. (*Nota:* Estamos siguiendo los textos de Osvaldo Bayer. Comillas o no, la mayoría han sido escritos por él.)

Durante el mes de octubre la situación llega a un punto de no retorno. Uno de los puntos conflictivos fue la actuación del grupo El Consejo Rojo, capitaneado por Alfredo Fonte alias "El Toscano", que comenzó a perpetrar asaltos, saqueos y toma de rehenes en las estancias de la provincia. A principios de octubre se entrevistó con Antonio Soto para exponerle su plan: huelga general, asaltar las estancias y tomar rehenes, de forma sorpresiva y violenta. Soto se opuso, y sostuvo que había que hacer huelga o boicot solamente a aquellos estancieros que no hubieran cumplido con el pliego de condiciones, y argumentó que era darle argumentos a la Sociedad Rural. Ambos rompieron relaciones por completo. "El Toscano" fue capturado el 8 de octubre, por el comisario Vera, paradójicamente, denunciado por los obreros.

El presidente argentino Hipólito Yrigoyen decidió el envío de tropas del Regimiento 10º de Caballería, dividiéndolo en dos cuerpos. El principal era comandado por el jefe de la expedición, el teniente coronel Varela, y el segundo cuerpo era comandado por el capitán Elbio C. Anaya. Partieron el 4 de noviembre de 1921 en el transporte "Guardia Nacional". El 10 de noviembre Varela arribó a Río Gallegos. Allí fue informado por los miembros de la Sociedad Rural, las autoridades policiales y el gobierno local de que "todo el orden se halla subvertido, que no existía la garantía individual, del domicilio, de la vida y de las haciendas que nuestra Constitución garante; que hombres levantados en armas contra la Patria amenazaban la estabilidad de las autoridades y abiertamente contra el Gobierno Nacional, destruyendo, incendiando, requisando caballos, víveres y toda clase de elementos" (Informe del teniente coronel Varela).

Varela contaba con una tropa de 200 hombres bien pertrechados, mientras que los huelguistas rondaban los dos millares, pobremente armados. Si bien se discuten las razones que lo llevaron a hacerlo, por órdenes del gobierno nacional o guiado por su propio criterio, lo cierto es que Varela impuso la "pena de fusilamiento" contra los peones y obreros en huelga. Contra lo que posteriormente argumentarán los autores de los fusilamientos para justificar su accionar, el gobierno chileno colaboró con las fuerzas argentinas cerrando la frontera para impedir el paso de los huelguistas y permitiendo a las tropas argentinas incursionar en territorio chileno para continuar su persecución.

El 6 de diciembre, en La Leona, se entregaron voluntariamente unos 100 huelguistas, mientras que unos 80 siguieron a Soto a la estancia La Anita. Viñas Ibarra (uno de los más encarnizados represores), luego de alcanzarlos, les exigió una rendición incondicional. Durante la noche discutieron en una asamblea mientras las tropas se preparaban para el asalto: la asamblea votó por la rendición, contra la posición de los anarquistas, que no confiaban en el Ejército. Los huelguistas envían dos delegados a pedir condiciones para la rendición, pero Viñas Ibarra los fusila en el acto. Finalmente llega la rendición incondicional. Según diversos testimonios, la cifra de fusilados oscilaría entre 100 y 200. Antonio Soto, que era contrario a la rendición, huyó a caballo rumbo a Chile con 12 compañeros. El 9 de diciembre, el grupo de Soto cruza la frontera por la zona del cerro Centinela. Nunca será atrapado. Entre el 12 y el 20 de diciembre, Viñas Ibarra recorrió la región capturando y fusilando a los últimos huelguistas dispersos en ella.

La última columna de huelguistas que quedaba activa era la dirigida por José Font, más conocido como "Facón Grande", en la zona de Puerto Deseado. Ocuparon el poblado de Las Heras y dejaron a cargo al delegado Antonio Echevarría. El 18 de diciembre Varela envía un tren de exploración desde Puerto Deseado, que llega a Las Heras a cargo del subteniente Jonas. Retoma Las Heras sin resistencia y fusila a Echevarría y a otros dirigentes huelguistas. El 20 de diciembre, Varela arribó a la estación Tehuelches informado sobre un campamento de huelguistas. Al llegar, se produce el único acto de resistencia al Ejército en toda la campaña: en un tiroteo es herido el soldado Salvi y muerto el soldado Fischer. Entre los huelguistas hubo al menos tres muertos y varios heridos. Varela y su grupo tuvieron que retroceder hasta Jaramillo. Desde allí envía al gerente de La Anónima, Mario Mesa, a parlamentar con Facón Grande, y les promete respetar la vida de todos y acceder a sus demandas si se rinden. Luego de una asamblea, los obreros deciden entregarse en la estación Tehuelches el 22 de diciembre. Contrariamente a lo prometido, Varela fusila a Facón Grande, a Leiva y al menos a medio centenar de obreros. Al exterminar al último grupo de huelguistas, las tropas del Ejército se dedicaron a rastrillar toda la provincia de Santa Cruz en busca de los huelguistas dispersos. El ejército los perseguirá, los irá atrapando y fusilando sumariamente. La campaña finalizó el 10 de enero de 1922. *En total, alrededor de 1500 obreros y huelguistas resultaron muertos.*

El domingo 1º de enero de 1922 la Sociedad Rural festejó el Año Nuevo con un apoteótico homenaje al teniente coronel Varela en el "Hotel Argentino". El 7 de enero arriba el vapor "Asturiano" a Río Gallegos, con Manuel Carlés a bordo, presidente de la Liga Patriótica, para rendir homenaje y condecorar a Varela y sus hombres. El 11 de enero, el diario *La Unión* publica una declaración de la Sociedad Rural anunciando la rebaja de todos los salarios en un tercio, es decir, un valor nominal inferior al de los salarios vigentes durante la primera huelga. El único acto de repudio a las tropas de represión fue llevado a cabo por las cinco meretrices del prostíbulo La Catalana, que se negaron a atender a los estupefactos soldados, gritándoles "asesinos".

EXCURSO: TESTIMONIO DE HÉCTOR OLIVERA

"Querido José Pablo:

Me pediste un par de carillas sobre la génesis de *La Patagonia rebelde*, en un correo en el que, simpáticamente, me tratabas de gorila. Te aclaro que no lo soy en tanto la acepción general es que un gorila es un antiperonista a ultranza pero, como nadie puede definir qué es un peronista, por lógica tampoco se puede definir qué es un gorila. Ahora bien, te aclaro que, respecto de cierto peronismo, yo soy King Kong.

Siempre apoyé al radicalismo porque creo firmemente que para que funcione el sistema republicano debe haber partidos políticos fuertes y alternancia en el poder. Razonablemente, me dolió mucho el golpe militar del 28 de junio de 1966 que derrocó al Dr. Umberto Illia, un presidente cuya gestión ha ido creciendo en la consideración pública a medida que pasan los años. La llamada Revolución Argentina comenzó con la dictadura de Onganía, siguió con la transición de Levingston y culminó con la dictablanda de Lanusse cuyo llamado a elecciones coincidió con mi lectura de los tres tomos del ensayo de Osvaldo Bayer *Los vengadores de la Patagonia trágica*. Hubo un libro de José María Borrero titulado precisamente *La Patagonia trágica* que Osvaldo, después de una muy seria investigación histórica, amplió los hechos narrados y agregó las sucesivas venganzas ocurridas en años posteriores.

En 1973, yo estaba dirigiendo *Las venganzas de Beto Sánchez*, propuesta de Ricardo Talesnik que, al haber sido hecha en un tiempo en que aún gobernaban los militares fue sin duda una experiencia audaz, pero cuyo estreno en agosto de ese año, después de la "Primavera Camporista", pasó desapercibido.

¿Qué me entusiasmó en la propuesta de Bayer? Por un lado que veníamos de siete años de gobiernos militares y era hora de que el cine argentino se pusiera los pantalones largos y se atreviera a hacer una película crítica sobre un hecho puntual del Ejército Argentino. Cabe señalar que hasta entonces los códigos no escritos pero respetados exigían que cuando se mostraba a un oficial de policía en una acción negativa, debía vestir de civil, nunca de uniforme. Ni qué hablar de los oficiales de las Fuerzas Armadas. Intocables.

Cuando comenzamos con el proyecto eran los tiempos del tío Camporita que, ingenuamente, nos hicieron suponer que el país entraba en una etapa democrática, de respeto a las instituciones y a la libertad de expresión. Un hecho alentador fue el Operativo Dorrego en el que el Ejército Argentino y los montoneros, brazo con brazo, fueron a colaborar con los afectados por las inundaciones en el oeste de la provincia de Buenos Aires. De todos modos, vista desde hoy la producción de *La Patagonia Rebelde* fue una loca aventura.

Repetto era amigo de un teniente coronel en actividad y propuso cubrirnos consultando –a través suyo– a las autoridades militares. Supongo que nuestro socio Luis Osvaldo tenía la secreta esperanza de que la respuesta fuera una rotundamente negativa pero, en cambio, a las dos semanas, el teniente coronel nos trasmitió la respuesta oficial: "El arma Ejército es prescindente en materia de cinematografía, hagan la película". Pero agregó: 'Ahora, si dejan esa secuencia de las prostitutas y yo soy el jefe del regimiento 7 de Infantería, voy a un cine con un pelotón de soldados y ¡le prendo fuego a la pantalla!'". Cuando comenzamos a trabajar con Osvaldo y Fernando el tema de las prostitutas que, después de los fusilamientos, no quisieron acostarse con los soldados 'asesinos', surgió que argumentalmente esas prostitutas debían incluirse antes en la historia y no aparecer sorpresivamente al final. Incluso hablamos con Thelma Biral para personificar a una de ellas. Pero había un serio problema argumental: la escena que Osvaldo defendía con ahínco era tan fuerte que iba a competir con la del banquete del "For he's a jolly good fellow" y no hay nada peor para una película que un doble final. Por último, la opinión de Ayala fue definitoria: 'Cuando terminé mi bachillerato, en la libreta de firmas de recuerdos que se estilaba entonces, un profesor me escribió: 'En la vida debes ser audaz, muy audaz, pero no demasiado pues puedes romperte la crisma. Muchachos: no nos rompamos la crisma.'" Y agregó: "Piensen: ¿El teniente general Perón, milico por excelencia, estará de acuerdo en que se exhiba una película que muestre a soldados del Ejército Argentino humillados por unas prostitutas?". La escena no fue incluida y solucionamos el problema del doble final.

Pero sigamos con nuestra aventura. A los pocos días de asumir el General su tercera presidencia, los montoneros asesinaron a José Rucci, un hecho políticamente nefasto que debió habernos hecho meditar sobre si seguir adelante con el film o detenernos a tiempo. Pero seguimos: el guión fue autorizado por el Ente de Calificación Cinematográfica (el mismo que después –por presión del comandante en jefe del Ejército, Tte. Gral. Anaya, paralizó dos meses la necesaria calificación para poder estrenar el film), Mario Soffici, director del Instituto Nacional de Cinematografía nos dio su apoyo y un importante crédito al que se unió un préstamo del Banco Provincial de Santa Cruz decidido por el inolvidable gobernador Jorge Cepernic, y la producción se puso en marcha.

A mediados de enero de 1974, el ERP atacó el regimiento de Azul matando a su jefe, a la esposa de éste, a un oficial y a un soldado. Al día siguiente, Perón, en una conferencia de prensa ordenó: "...aniquilar la guerrilla subversiva..." mostrando tal indignación que Osvaldo y yo, en pleno rodaje en medio del desierto patagónico, nos dijimos: "Estamos filmando una película que no se va a poder estrenar." Cuando regresamos a Buenos Aires mis socios me dijeron que tenía que apurar el rodaje en estudios porque la versión era que el Presidente estaba muy enfermo y se podía morir muy pronto. Y después sí que no íbamos a poder exhibirla. En fin, la filmación no se pudo apresurar pero sí la postproducción y, después de muchas vicisitudes, se estrenó veinte días antes de la muerte de Perón. Había terminado la primera aventura y había comenzado una segunda: evitar que negativos y copias fueran destruidos y rogar para que la Alianza Anticomunista Argentina, las nefastas tres "A", no nos mataran como amenazaron hacerlo. Años después, un coronel me dijo: "Vos deberías haber sido boleta no por *La Patagonia rebelde* –donde trataste con mucho respeto al Tte. Cnl. Varela– sino por *Las venganzas de Beto Sánchez*. ¿Cómo se te ocurrió poner a un ex colimba que se venga en la persona de su oficial instructor?".

En 1984, ya con Alfonsín presidente, nuestra película se reestrenó y tuvo más vigencia que diez años antes. Había sido premonitoria en varios aspectos, pero especialmente en uno: cuando Alterio decía "De mí se podrá decir que fui un militar sanguinario pero nunca un militar desobediente." Dos años antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976 habíamos instalado la teoría de la Obediencia Debida.

Con el tiempo, *La Patagonia rebelde* se transformó en un gran clásico. Setenta cronistas cinematográficos la eligieron como "La película más significativa del cine argentino en colores". En fin, la loca aventura había valido la pena.

Héctor Olivera

FICHA TÉCNICA DE LA PATAGONIA REBELDE

La Patagonia rebelde (1974)

Dirección: *Héctor Olivera*
Guión: *Osvaldo Bayer, Fernando Ayala* y *Héctor Olivera*, sobre el libro *Los vengadores de la Patagonia trágica*, de *Osvaldo Bayer*.
Fecha de Estreno: 13 de junio de 1974.

Intérpretes:
Héctor Alterio: Teniente General Zavala
Luis Brandoni: Antonio Soto
Federico Luppi: José Font, "Facón Grande"
Pepe Soriano: Schultz, "El alemán"
Pedro Aleandro: Félix Novas
Jorge Rivera López: Edward Mathews
Osvaldo Terranova: Outerello
Héctor Pellegrini: Capitán Arzeno
Maurice Jouvet: Don Federico
Alfredo Iglesias: Ministro Gómez
José María Gutiérrez: Gobernador Méndez Garzón

Equipo técnico
Producción: *Fernando Ayala* y *Héctor Olivera*
Productor asociado: *Luis Osvaldo Repetto*
Asistente de Dirección: *Horacio Guisado*
Fotografía: *Víctor Hugo Caula*
Vestuario: *María Julia Bertotto*
Montaje: *Oscar Montauti*
Música: *Oscar Cardozo Ocampo*

"PREFIERO EQUIVOCARME CON LOS COMPAÑEROS A TENER RAZÓN SOLO"

Agradecemos la colaboración de Héctor Olivera. Inmejorable, sin duda. Y el héroe de la película junto a otros que lo fueron casi en la misma medida. Interesa que diga que no es gorila, pero frente a ciertos peronistas es King Kong. Le he oído algo similar –y muchas veces– a muchos peronistas: ya no tienen tantas ganas de ser peronistas, pero frente a ciertos gorilas nostálgicos, que no superan cosas esenciales del peronismo que posibiliten un diálogo, se vuelven ultraperonistas.

Creo que comete un error al llamar a Cámpora tío Camporita. O una cosa o la otra. "Camporita" es el Cámpora de los '50, el obsecuente, el excesivamente "leal", el que en la Cámara de Diputados proponía innumerables monumentos para Evita y hasta para Perón. Pero el doctor Héctor J. Cámpora, Presidente de la República en 1973, es otro. Y ésta es la fascinante transformación de un hombre al calor de un movimiento juvenil que él pasa a expresar más que Perón. Cámpora conocía el discurso de Righi y lo aprobó. El de Jorge Vázquez en la OEA y lo aprobó. El de Jorge Carcagno a las Fuerzas Armadas y lo aprobó. Cámpora, hablando de su querido colaborador, el brillante y joven (27 años) Juan Manuel Abal Medina, se refirió al apellido de éste como un apellido "muy querido por todos los peronistas". En Madrid defendió a la Juventud Peronista: "Usted podrá decir lo que quiera, general. Pero yo soy Presidente por usted y por la Juventud Peronista". No busquen esta frase en ningún libro. Llegaban por los canales de la militancia. Eran trascendidos de la movida de piso que Perón y toda la basura fascista le estaban haciendo a la JP. Acorralado por enfurecimiento de Zeus contra las "milicias populares" de Galimberti y el evidente proyecto de aprovecharlo para desalojar, alejar a la Jotapé de la conducción del movimiento, Cámpora, muy firme, seguro, le dice la purísima verdad: "Yo soy Presidente por usted y por la Juventud Peronista". O sea, para ponerlo clarito: por usted porque es Perón y el pueblo lo ama. Y por la Juventud Peronista porque hizo todo el gasto de la campaña electoral ante la pasividad acomodaticia de los políticos del Frejuli y los sindicalistas de Rucci y Lorenzo Miguel, que esperaban al líder para barrer a los "zurdos".

La Patagonia Rebelde es la mejor película del cine argentino. Más allá de sus defectos. Si a los jóvenes de hoy les parece que una frase como "Tal vez digan que fui un militar sanguinario. Pero nunca dirán que fui un militar desobediente" es declarativa, "típica del viejo cine argentino", puede que tengan algo de razón. Yo habría escrito de otro modo esas líneas. Algo así:

"Fui un militar sanguinario. Pero nunca un militar desobediente". Como sea, los que critican esa frase, son los que hacen películas en las que nada sucede. Me parece bien. Si ustedes no tienen nada que decir, es razonable que no lo digan. Si nos quieren trasmitir su aburrimiento existencial, ya lo hizo Antonioni y muy bien. Era más culto que ustedes. Conocía bien el existencialismo del primer Heidegger y el de Sartre y el de Camus. Si quieren insistir y eludir las tramas para mostrarnos que nada ocurre, que todo permanece inmóvil y sin duda inmodificable, comprendo que ustedes sientan eso. Sí, viven en un mundo *ya decidido*. Pero narrar el aburrimiento no tiene que condenar a nadie a ser aburrido. Y menos a despreciar a los que sí tienen cosas que decir todavía. Y a los que en el pasado (cuando era vital decirlas) se atrevían a ello. Como Olivera-Bayer en *La Patagonia*. La grandeza de *La Patagonia* está también en sus rubros técnicos. En la música de Cardozo Ocampo. En el obsesivo vestuario de María Julia Bertotto, que, junto a Bayer, estudiaba con lupa las fotos de la época. El chaleco del alemán Schultz no tiene todos los botones del mismo color. Porque "seguro que uno lo había perdido y no había podido reemplazarlo por otro del mismo color", como dice Bertotto. Nadie se dio cuenta, pero el realizador sí. El botón de otro color, el botón del remiendo, está ahí. El actor lo sabe y le ayuda a armar su personaje. La discusión entre el gallego Soto (gran trabajo de Luis Brandoni) y el alemán Schultz (Soriano, conmovedor) es fundamental en filosofía política. Los compañeros se van a entregar. Soto les pide que no lo hagan. Que se equivocan. Que los van a asesinar. Surge el chileno Caicedo y decide la cuestión: "¡Vamos, compañeros! Nosotros somos trabajadores. Los militares nos van a respetar la vida si queremos trabajar en paz". Y se van en busca del regimiento de Varela. "Me voy con ellos", dice Schultz, viejo, lleno de arrugas, veterano de mil peleas, anarquista de alma. "¿Estás loco?", le dice Soto. "Los compañeros están equivocados. Van a hacerse matar." "Lo sé", dice Schultz. "Están equivocados. Pero yo prefiero equivocarme con los compañeros a tener razón solo." ¡Qué frase, qué lección de política! Un guionista tiene que tener algo en la cabeza para escribir eso. ¡Qué les puedo decir, muchachos! Los respeto. Hagan su experiencia. Pero mi corazón está con los grandes narradores de historias, de conflictos humanos, de peripecias en que se juega la vida, la muerte, el amor, la cobardía, el coraje. Está con John Ford, Howard Hawks, Nicholas Ray, David Lean, Samuel Fuller, Truffaut en *Los 400 golpes*, Visconti en *La Terra Trema*, *Rocco y sus hermanos*, *El Gatopardo*. Fellini en *Amarcord*. ¡Carajo, miren todo lo que cuenta Fellini en *Amarcord* y tengo que pagar lo mismo para que un despistado me cuente sus inmovilidades pretendidamente metafísicas! No lo niego: puede ser que el tiempo sea éste. El de no decir nada. Miren, lo acepto. Pero a mí no me pasa. Bioy, en sus últimos tiempos, decía: "Se me ocurren más tramas de las que puedo escribir". Me pasa precisamente lo mismo. Y creo que también a Sasturain y a Fogwill y a Saccomanno y a Belgrano Rawson y a Angie Pradelli y a Esther Cross y a De Santis y a Guillermo Martínez, prefiero sus laberintos algo british que el silencio pedante del "no tengo nada que decirles, sean testigos de mi supremo embole". Entre los escritores se les parece Sergio Chejfec. ¡Cómo no se les va a parecer si es un producto de Sarlo! El y su "prosa lenta". Qué pareja, por Satanás. Filipelli los revienta a ustedes y la otra a los narradores de la "prosa lenta". Vos no tenés "prosa lenta", Chejfec. Simplemente escribir te cuesta mucho, se te nota el esfuerzo, la patética inhabilidad, se te nota, viejo, que ejercés un oficio para el que no estás dotado. Adelante igual, la tenacidad hace milagros. A esa tenacidad –para suerte tuya– la gente de la academia ha decidido decirle "prosa lenta". A mí me dicen "pluma ligera" y me critican malamente por eso, que es mi goce, mi alegría de escribir, de sentirme libre al volar por sobre el papel. Pero es como si lo mío fuera liviano y lo tuyo –tu lentitud– un acto de reflexión, de hondura existencial. ¡Siempre el tedio tuvo más prestigio que su ausencia, que su negación, que el ritmo, la musicalidad, y hasta el vértigo! *La Patagonia rebelde* es una película narrativa. Totalmente narrativa. Cuenta una *gran* historia. Tan grande, que es el Aleph de la Argentina. Ahí entra todo.

Durante la filmación había un flaco alto. Sobresalía por sobre los demás. Todos, en esa escena, tenían que mirar a Brandoni. Olivera detecta que el flaco mira para el otro lado. "¡Eh, usted, el flaco alto!", dice el director con su megáfono. "¿Sí?", dice el extra. "Dije que lo tienen que mirar a Brandoni." El flaco dice: "Lo estoy mirando a Brandoni". Era Néstor Kirchner. Algo más: en la escena del fusilamiento de Schultz el alemán se niega a cavar su tumba y, con desdén, tira la pala a un costado. Lo han puesto en una fila que, con él, suma cuatro condenados. De pronto, Schultz se saca la gorra y empieza a caminar hacia el primero de la fila. Un esquilador morocho, resignado ante la muerte. Schultz se detiene ante él, le extiende su mano y se la estrecha. Lo mismo con el segundo. Pero con el tercero (*¡ah, esos milagros del cine!*), Schultz le da la mano y luego lo abraza. *Ese abrazo no estaba marcado*. Surgió así, en caliente. Algo pasó cuando Pepe Soriano y ese extra se miraron. Supieron que iban a morir. Y el apretón de manos resultó escaso. Se abrazaron. Sé estos detalles de la película (y muchísimos otros) porque, para mi alegría, me los contó mi compañera, María Julia Bertotto, que diseñó el vestuario, que fue "compañera y alma" del proyecto según le puso Bayer en la dedicatoria que le hizo de su *Severino Di Giovanni*. Hoy, siempre que María Julia quiere hablar de un pibe o una mina que están en el comienzo de su carrera, con todas las ganas, con todos los deseos de amasijarse laburando porque creen en lo que están haciendo y, a la vez, lanzándose a una profesión que aman, sintetiza así: "Mirá, yo en *La Patagonia rebelde*". Fue un gran momento del cine argentino y un gran momento en la vida de todos los que la hicieron. Fue la película del camporismo. La película que esa aurora de libertad, de democracia, de desafío, de osadías inéditas, nunca vistas, la película que ese gobierno de jóvenes llenos de ideales permitió llevar a cabo a un productor imaginativo y arriesgado.

Cuando se estrenó, en 1974, yo dictaba *Antropología filosófica*. Fue la última materia que dicté en la Facultad de Filosofía y Letras. Pronto vendrían el cura nazi Sánchez Abelenda como interventor en el Departamento de Filosofía y el otro nazi, Alberto Ottalagano, como rector de la Universidad. Tuve que irme, y rápido. Pero la tarde en que la vi y luego entré en mi aula, les dije a los alumnos: "Señores, vi la película más extraordinaria del cine argentino. Vayan a verla y la comentamos en la próxima clase. Hay en ella más antropología filosófica que en casi todos los autores que figuran en la bibliografía".

A todos ustedes, a todos los creadores de "La Patagonia rebelde", del primero al último, desde el director al pizarrero, mi más sincero y emocionado homenaje y, desde luego, mi profundo agradecimiento.

¡¡¡EZEIZA!!!

En el capítulo XIII de su *Facundo* –brillante como todos–, Sarmiento se propone narrar el asesinato de Juan Facundo Quiroga que sucede en la localidad de Barranca-Yaco. Para alertar al lector sobre la relevancia de ese suceso echa mano a un recurso literario típico de la literatura del siglo XIX, del que incluso él hace mucho uso, y a veces abuso. Se dejaba posesionar por los hechos que narraba y lo que para él era vibrante, exultante, no se privaba de marcarlo en el texto. Cuenta para eso con los signos de admiración. Son su modo de decirle al lector: lo que se aproxima es decisivo, se juega en ello la vida y la muerte de nuestro héroe, el destino de nuestra patria. De esta forma, al llegar al Capítulo XIII reclama imperiosamente la atención y hasta la alarma de su lector apelando a tres signos de admiración. Titula, entonces, "¡¡¡Barranca-Yaco!!!". Hemos incorporado el mismo, extremo recurso expresivo. Queremos decirles a nuestros lectores: lo que se viene es el descontrol, la tortura, las masas y la fiesta, las masas y el retorno sombrío por la Riccheri, los disparos, las metralletas, lo indiscernible, los mercenarios franceses, los macabros fascistas del ala derecha del peronismo, Osinde y otros personajes increíbles que aún no mencionaremos, y lo peor, lo más trágico pese a tantos muertos, la muerte de un mito, la muerte del Perón de la lejanía que todo lo armonizaba, que todo lo sometía a su control de conductor estratégico, la muerte definitiva y absoluta del Padre Eterno. A partir del 20 de junio de 1973 dejó de ser Padre (porque no armonizó ni condujo las contradicciones, el desorden) y dejó de ser Eterno: moriría apenas un año después, dejando el país en manos de una derecha asesina, torturadora, brutal, tosca, sin ningún principio ni la más mínima moral. La que dijo –por medio de la pluma sanguinaria del director de *El Caudillo*, Felipe Romeo–: "El mejor enemigo es el enemigo muerto". Su cadáver, hoy, todavía está en la morgue. Lleva largo tiempo muerto y nadie quiere cargar sobre sí el deshonor de reclamarlo. Sólo quien ha llegado a los extremos de la indignidad se gana un destino así: estar abandonado, en la frialdad de una morgue, ser un cadáver tan detestable que nadie se apiada de él y se digna a sepultarlo siquiera como se sepulta a un perro. Es que era peor. Peor que eso. Peor que un perro. Nos hemos acostumbrado a devaluar a los animales al comparar a ciertos canallas con ellos. En ningún perro pudo anidar la maldad de Felipe Romeo. Sólo un ser humano puede ser tan cruel, puede gozar con la muerte de los otros, puede anunciarla con regocijo ("Ya tenemos preparada la bala para Ortega Peña"), puede ver en los otros no sólo enemigos, sino algo –para él– mejor que eso: muertos, cadáveres. Porque el mejor enemigo es el que ya no lo es. Pero no porque hemos hecho las paces con él. Sino porque lo hemos matado. Que nunca descanses en paz, Felipe Romeo. Que nunca reposes ni nadie tenga piedad de tu alma. Si hay un Dios, que no te perdone. Si hay un Infierno, que te manden al séptimo de sus círculos, el de los asesinos. Que seas imperecederamente para este país una excrecencia que deba ocultarse, irrecuperable para todos. Digo esto en nombre de los miles de seres humanos infinitamente mejores que vos que te deben la muerte que ordenaste inferirles. Carlos Mugica, Rodolfo Ortega Peña, Julio Troxler, Silvio Frondizi, sólo algunos nombres de una lista demasiado larga, demasiado dolorosa. Si alguien –por fin– te erige una tumba, seremos muchos los que escupiremos sobre ella. No lo dudes.

Ezeiza es uno de los hechos más complejos de nuestra historia. Está urdido por tramas cruzadas, antagónicas y belicosas. Hay preguntas que haremos y no tendrán fácil respuesta. Hay preguntas que, sabemos, no sólo nos atemorizará su respuesta, sino la misma pregunta, que, seguramente, vacilaremos en postular. *Todo el peronismo está en Ezeiza*. ¿Es su Aleph? Antes tenemos que analizar los hechos. Rastrearlos, descubrirlos e interpretarlos. Recuerden: *No hay hechos, sólo interpretaciones*. Ezeiza es la más loca, la más delirante de las danzas dionisíacas. Todo choca con todo. Todos parecen estar contra todos. De ningún lado surge una elemental racionalidad. Se produce, entonces, una situación atroz. No es una tragedia: no es la lucha de lo justo contra lo justo. Es algo nuevo, distinto. Es un complejísimo *acontecimiento* en el que nadie pareciera tener razón. Si algo así sucedió, si algo tan único, tan excepcional, tuvo lugar, tendremos que analizar descarnada, impiadosamente las razones de todos, para poder comprender una situación tan única, pocas veces dada, en que todos los agentes prácticos de un conflicto están equivocados. O sea, ninguno tiene razón. Sin embargo, ¿desde *dónde* se puede decidir algo así? ¿*Quién* puede decir "nadie tiene razón"? ¿Quién puede establecer *esa* razón? Porque si nadie tiene razón el que la tiene es el que enuncia la sinrazón de todos. ¿Quién le dijo a este enunciador que su razón (su juicio sobre lo ocurrido) es la *verdad*? ¿No será esa verdad otra sinrazón que se añade a las otras? ¿Cómo podríamos pretender nosotros tener razón al enunciar que ninguno la tenía? ¿Es nuestra mirada la de Dios, que establece la *verdad* entre los infinitamente caóticos acontecimientos humanos? No. Deberá entonces aceptarse sólo como *otra* lectura, apenas otra enunciación que se suma a las otras, al caos general. Sólo tendrá la ventaja de explicitar esta situación, ser consciente de ella, y admitir que el sentido que ha extraído de su lectura de los hechos no es el sentido único, absoluto, sino apenas uno más. Esto implica una gran ventaja epistemológica. La de eliminar el autoritarismo cognoscitivo, el patrimonio de la verdad, la vanidad de tenerlo. No es *la* verdad lo que se extraerá de nuestra lectura. Pero ambicionamos, al menos, entregar una visión totalizadora de los hechos. Habrá, de este modo, un corte sincrónico: qué pasó el 20 de junio de 1973. Y un arrojo diacrónico: cómo se fueron desarrollando esos sucesos, qué ocurrió al día siguiente y después. Que será un proceso de destotalización del primer movimiento sincrónico. Pasaremos a una segunda totalización: cómo se cristalizó "Ezeiza" en su primer momento. Que será, lo veremos, la cristalización, la cosificación de los acontecimientos en algo que Perón llamará *Etapa dogmática*. Hacia ello vamos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¡¡¡Ezeiza!!!

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

86 ¡¡¡Ezeiza!!!

Suplemento especial de
Página|12

LOS SUJETOS POLITICOS DIFERENCIADOS QUE ESPERABAN A PERON

¿Cuántos sujetos políticos diferenciados esperan a Perón el 20 de junio de 1973? ¿Qué proyecto político anima a cada uno? ¿Qué clase de lucha se disponen a dar? ¿Qué creen que hará Perón? Entramos en una de las coyunturas históricas más sobredeterminadas, más complejas que podamos imaginar. ¿Cómo no hacer de ella una herramienta de escenificación teórica? Nada más deliberado que la recurrencia a la palabra *escenificación*. Vamos a analizar "Ezeiza" como una ópera coral. No porque tenga un coro. Sino por un uso más común que se le da al término coral: las voces que se pronuncian son muchas. Se habla desde muchas partes. Todas las voces están situadas en una ideología, son violentas o no, llevan armas o no, han ido con diferentes propósitos, y todas expresan la praxis de un grupo consolidado o la de una gigantesca multitud que se ha puesto de acuerdo en una sola cosa: ir a recibir al líder ausente, a presenciar el acontecimiento imposible, el que muchos ya no esperaban ver antes de morirse. Si hay un coro, es éste. Pero no es un coro que posea el conocimiento de la trama y le añada sus reflexiones, sus comentarios, sus temores. No, es un coro pasivo. El que fue a una fiesta que creyó suya y no lo era. El que no se propuso nada. Sólo ir, sólo darle contenido a un evento alegre, multitudinario, hondamente popular. El que sufrió el impacto brutal de los hechos, el que vio su sueño hecho pesadilla en un tiempo mínimo y atronador (las ambulancias, los tiros, los gritos, la gente que huía). El que se fue solo, sin saber nada, masticando conjeturas en el aire, cabizbajo, con el peso de la noche inminente encima, abrumándolo. Si hubo una víctima fue el coro, la multitud, la masa, los que no sólo no llevaron armas, tampoco fueron a copar un acto sino a darle un contenido, el de su presencia, su alegría y su –ahora– patética esperanza. Pocas veces, tal vez nunca, la sencilla (pero también compleja, porque cuesta edificar la esperanza, creer en algo, entregarse) fe de una masa innumerable fue tan burlada, tan traicionada, tan dejada de lado, tan desdeñada (se desdeña lo que se desestima, lo que se torna indiferente, lo que se menosprecia: ¿alguien pensó en los millones de seres que *solamente* habían ido a una fiesta, a buscar a Perón y nada más, apenas eso?) como la masa que el 20 de junio caminó por la autopista hacia el palco, en un día de sol, el último del otoño de 1973, el último de muchas cosas.

¿Qué llevó a cerca de 3.000.000 de seres humanos hacia el puente 12, en busca de un general destituido, de un anciano, de un hombre ya gravemente enfermo al que, sin embargo, se consideraba un titán capaz de solucionar todos los problemas de la patria? Todos estuvimos ahí. A lo largo de los años no es frecuente encontrar a alguien que no haya ido. Al contrario, todos, por un motivo u otro, fueron a Ezeiza. Protagonizaron la marcha sobre Ezeiza. No es fácil de explicar. Sin embargo, es posible decir por qué fue cada grupo.

La Juventud Peronista: Se consideraba la protagonista de la jornada. La que la había hecho posible. La Plaza del 25 la había exaltado. Su presencia masiva en la campaña electoral le daba derechos. Los mártires, la sangre derramada era su mayor argumento. ¿Quién puso más muertos que nosotros para traer a Perón? ¿Cuál es, por si fuera poco, el fenómeno de masas más importante y original de la Argentina de este tiempo? Nosotros, los jóvenes peronistas y nuestras organizaciones guerrilleras. Somos los herederos del peronismo combatiente. Pedimos el socialismo porque está en el espíritu de los tiempos. La historia no marcha al acaso. Al azar. Tiene un sentido. Y el sentido de la historia de nuestro tiempo es su marcha incontenible al socialismo. ¡Si Perón hubiera tenido esta juventud en el '55 no caía! Nosotros sí que hubiéramos dado la vida por él. Perón es la maldición de la Argentina gorila y oligárquica. Nadie los molestó como él. Esa tarea incompleta la completaremos ahora, con él en la patria. Marcharemos hacia Ezeiza con todo nuestro poder movilizador. Apenas si llevaremos armas. No las necesitamos. Tenemos a las masas. Vamos a copar el acto con las masas. Mírenlos: son camiones de Salta, de Jujuy, de Catamarca. Llegan, se detienen, bajan todos los morochos y despliegan sus banderas y las banderas dicen: FAR y Montoneros. Y esto era así. Y era impresionante. La capacidad de organización de los Montoneros y la espontánea adhesión de las masas lograban impresionar. Era mediodía, el sol estallaba en sus pieles oscuras y, sin duda, hermosas, autóctonas, las pieles del interior postergado, del interior que barrieron a sangre y fuego Mitre y sus lugartenientes después de Pavón. Con los torsos desnudos, sudados, se tiraban de los camiones y desplegaban sus banderas. Y todas, todas ellas decían Montoneros, decían FAR, decían Poder Popular, Socialismo Nacional como quiere el general, Trelew, ni olvido ni perdón, la sangre derramada no será negociada, Abal Medina/ el nombre de tu hermano/ es fusil en la Argentina. ¡Los pibes de Jujuy bajaban con esas consignas! Llegaron a ser –si no 3.000.000, para los que se asustan con las cifras abultadas y empiezan a negociar como si buscaran disminuir los hechos con eso– no menos de 2.500.000 personas. A ver, ¿qué eran? ¿Todos boludos que no sabían que Perón era un turro y un nazi? Ni se preguntaban qué era en sí Perón. Cada cual tenía al suyo y esperaba al suyo.

La clase media: Estaban felices. Los pibes y las chicas. Hay que tener en cuenta que muchos eran militantes. Porque nunca fue más digna la clase media. Más generosa. Menos economicista. Nunca se jugó tanto. Pero también estaban los padres. Mi suegro –que había sido antiperonista– se volvió hacia Perón con entusiasmo. ¿Qué esperaba? Que mejorara la economía. Que se fueran los militares. El país estaba harto de los militares. López Aufranc se lo dijo a los suyos: "Señores, casi todo el país votó contra nosotros". Y los hinchas de fútbol. Ya todos los cánticos se hacían con la marcha peronista. Y los billaristas de los bares. Los porteños esos de los dedos amarillos por el pucho, de los dientes averiados, del bigote, del pelo ralo, que se quedaban hasta la madrugada en los 36 Billares o en Federico Lacroze y Alvarez Thomas. Al lado del cine Argos. Y los lustrabotas. Y los canillitas. Y las putas. Y los putos. Y los actores, y las actrices. Y hasta las modelos. Y hasta muchos canas. Mecánicos de electricidad del automóvil de la calle Warnes. Gallegos del Hotel Castelar. Los que comían en El Tropezón, en ese "Restorán Tropezón/ El de la eterna rutina/ Pucherito de gallina/ Con viejo vino Carlón" que cantaba Goyeneche. A mí no me gustaba el pucherito de gallina, pero quedarse en El Tropezón hasta las cinco de la mañana y hablar toda la noche con una mina o con un amigo o con una mina amiga y compañera o con un veterano, con un tanguero, era una gloria. A las cinco alguien se animaba a cantar. Ya entonces yo padecía el sonoro revire de saber cantar y cantaba: "La copa del alcohol hasta el final/ Y en el final tu niebla/ ¡Bodegón!/ Monótono y fatal/ Me envuelve el acordeón/ En un vapor de tango que hace mal". Troilo, señores. Troilo y vino y días que eran como la sala de espera de la plenitud, de los deseos que se te cumplen. Cuando gritaba (porque lo gritaba) "¡Bodegón!", uno que otro mozo, inusualmente me decía: "Más bajo, pibe. Es tarde", y yo le hacía caso y si tenía en la mesa a una compañera, ella, en un susurro, decía gloriosamente: "Hoy vas a entrar en mi pasado/ en el pasado de mi vida", y yo pensaba, un poco boludamente pensaba *un país que hizo el tango, ¿cómo no va a poder hacer la revolución?* Y los cineastas. Y las pendejas que se volvían locas por los temas de Francis Smith: "Zapatos rotos, zapatos rotos/ Con esa facha, ¿a dónde vas?", "Movete, chiquita, movete/ Subite a mi ritmo feroz/ No ves que estoy hecho un demonio/ Nadie me para esta vez". Seguro, pendejo, nadie nos para esta vez. Por algo te salió esa línea. Porque somos imparables. Porque nadie, esta vez, nadie pero nadie nos para. Y las pibas de Filosofía y Letras, que podían hablar horas de la dialéctica histórica, del movimiento inmanente y necesario de la dialéctica hegeliano-marxista hacia el socialismo, o ser también hippies y escuchar a Joan Baez. Y eran tal como lo decía la canción de ese Francis Smith, que después se le pasó la inspireta y no escribió una sola más para el recuerdo: "Estudia de noche/ duerme de día/ dice que estudia/ filosofía/ Qué voy a hacer si ella es así/ Con una hippie yo me metí". Y concluía: "Yo en mi casa/ y ella en el bar". Y los pequeños y medianos empresarios. Los rusos queridos del Once. ¡Desbordaba judíos la Jotapé, con sus narices curvas, sus pecas escarlatas, sus culos gordos y su infernal habilidad dialéctica! Y desbordaba rusitas ardientes, minas que tomaban siempre la delantera, que conocían los mejores hoteles para echarse un polvito en una noche de alegría, que te llevaban, te traían, el que diga que alguna vez se cogió a una judía miente, es un fanfarrón, un mentiroso irredento, nadie se cogía a una judía, las judías te cogían sin apelación posible, te violaban casi, ¡cuánto ardor en esas minas! Miren, no sé si los judíos son el pueblo elegido de Dios, pero a las judías las eligió Eros, las instruyó Dioniso y el Marqués de Sade les hizo leer el *Ars Erotica* del sensualismo oriental. Y parejitas jóvenes con sus párvulos felices, que tenían el privilegio de empezar la vida mirando eso, la alegría de un pueblo. "Sirvientas", gallegas laburadoras que se limpiaban 9 pisos de escaleras. Porteros. Niños de papá, que querían amargar al viejo y mezclarse con la plebe. Toda esa clase media fue a Ezeiza. ¿Qué esperaban? Qué sé yo. Ya veremos esto y lo veremos a fondo. Entre tanto, un amigo mío inventó la consigna que les correspondía:

No rompan las pelotas
queremos pagar en cuotas

Las clases altas: los capitales supranacionales, las grandes empresas radicadas en el país, la oligarquía terrateniente, la elite de la Sociedad Rural: Esta gente hacía alarde de una serenidad, de una elegante paciencia y de una sabia mirada ante el desarrollo de los hechos. Es como si todos se hubieran dicho: "Observemos y esperemos. Es necesario que Perón liquide a su ala dura. Sobre todo a su ala armada. A eso que él llamó *Formaciones Especiales*. Después, con los pibes que los siguen, seguramente sabrá qué hacer. Si se maneja bien en menos de tres meses los tendrá pintando canteros o en el norte, en la zafra. Lo importante es que no les dé puestos en el Gobierno como hizo Cámpora. Y para esto –desde luego– tiene que tumbarlo a ese dentista que se nos ha vuelto revolucionario. A la vejez viruela, Camporita. Sos un burócrata obsecuente. No te ilusiones. Lo que tenés dentro de la cabeza no te da para más. No bien venga Perón te echará a patadas. A vos y a todos los pibes jacobinos de los que te rodeaste. La consigna es buena: 'Cámpora al Gobierno/ Perón al Poder'. Ya tuviste el Gobierno, tío. Ahora andate. Como sea, si Perón cree apoderarse del Poder, que ni lo sueñe. Tendría que hacer una revolución e ignoramos si sabrá debidamente sobre lo excepcionalmente preparados que nos encontramos para esas contingencias. No creemos que lo sepa. O tal vez sí. Ese enano, ese Rasputín maléfico que tiene a su lado, es uno de nuestros grandes aliados. Está bastante loco pero siempre se necesita un loco. Sobre todo si la primera etapa de un proceso de agresión es extrema y sanguinaria. Después uno se saca de encima a estos tipos. Cierto, lo sabemos: los alemanes no pudieron sacudirse a Hitler. Pero este brujo umbandista, este mínimo esclavo, será materia fácil en nuestras manos. América latina está controlada. Castro ya no convence a nadie: ni a las guerrillas sudamericanas. Velasco Alvarado fracasó. A Salvador Allende lo echamos en un par de meses. Su suerte está sellada. Ahí deberemos hacer una masacre. Ser extremadamente duros. Fue muy lejos ese marxista pacífico y democrático. Debió sosegarse. Plantear una socialdemocracia abierta al Occidente cristiano. Pero no hay caso: prometen, suman extremistas, tienen que cumplirles, se hunden más y más en la subversión que el marxismo anima en nuestros territorios y, por fin, se tornan muy peligrosos y hay que extirparlos. Las extirpaciones no son ni pueden ser amables. Son dolorosas y actúan a fondo, limpiando todo. Habrá mucha sangre en Chile. La CIA no ve la hora de arrojarse sobre esa tierra de comunistas y guerrilleros. Medio fundamental de acción operativa: la tortura. La tortura quiebra al militante y extrae la información necesaria con más velocidad que cualquier otro método. La velocidad es esencial. Mientras, por razones humanitarias, nos demoramos en tener piedad por un prisionero, el contacto de éste tiene tiempo para colocar la bomba que se llevará cien o cuatrocientas vidas. Vidas de honestos ciudadanos chilenos. ¿Qué nos importa el sufrimiento del que posee la información? Debemos ver que más allá de sus gritos de dolor y sus pedidos de clemencia está la salvación de cientos de chilenos honestos, que servirán al país en lugar de destruirlo u ofrecerlo a la codicia indetenible del marxismo internacional. Esta guerra que libramos no es 'fría'. Aquí, en Chile, en Argentina, es 'caliente'. El combate es aquí. La negociación se da entre los dos grandes bloques, pero el combate es sucio y tiene por lugar la periferia".

EL ESTILO DE VIDA ARGENTINO

Las corporaciones multinacionales no pueden operar en países entorpecidos por ideologías anticapitalistas, ideologías de odio. Los *landlords* están acostumbrados a la mansedumbre de sus obreros y hasta al buen trato que mantienen con ellos. Que no se metan entre ellos los traficantes de ideologías disolventes. No usamos palabras en vano, no usamos "clishés", aunque nuestros "inteligentes" enemigos así lo crean y se burlen de nosotros. Cuando decimos "disolventes" decimos que, para un infiltrado comunista, es tarea primordial quebrar esa relación de confianza y camaradería entre el obrero rural y el patrón terrateniente. Eso es así desde el inicio de los tiempos. Es, si se quiere, lo que llamamos "el estilo de vida argentino". Para un comunista, para un polaco, o un judío, o un ruso ignorante de las costumbres nacionales, lesionar la amistad entre el patrón y el obrero rural ha de parecerle fácil. Tonterías. Ya lo intentaron los primeros anarquistas. Nuestros hombres de poder (y atención a esto, señores "revolucionarios") supieron entreverarse mejor con el pueblo que ustedes, que lo ignoran todo de él. Hay, como les dijimos, un "estilo de vida argentino" y les vamos a contar cómo nuestros grandes hombres lo fueron construyendo. No, como dicen desagradablemente ustedes "desde las bases", no desde una absurda relación de igualdad que el mismo peón no toleraría, sino desde la posición jerárquica que sólo el patronazgo da. Miguel Angel Cárcano escribió uno de los libros basamentales de nuestra identidad nacional: *El estilo de vida argentino*. Relata que veraneaba en la estancia La Granja, una de las más hermosas de la sierra de Ascochinga, bajo la amable tutela de su padre. "El general Roca le visitó una mañana. Montado en un zaino, alerta y buen marchador, de larga cola y crines negras (...). Aperado como paisano, vestía traje de campo, amplias bombachas de brin blancas, botas, el saco holgado, un pañuelo de seda en el cuello y panamá de alas anchas. Era un hombre vigoroso, la mirada inquisidora, la frente alta, los labios carnosos entre su bigote y la barba blanca, prolijamente cuidada. Revelaba en todos sus detalles esmero en el vestir, pulcritud en su traje y en sus manos, que aparecieron finas y blancas cuando se quitó los guantes (...). No podía convencerme de que la persona que tenía delante de mis ojos era la misma que había enfrentado al Chacho, conquistado el desierto y librado la gran batalla del '80 (...). Veía al ex presidente sin ninguno de los atributos del gobernante, humanizada su figura histórica, la expresión acogedora y despreocupada, sin trincheras de defensa, ni armas para el ataque, *veía al general Roca como un buen vecino serrano, como un tranquilo hombre de campo preocupado por las faenas rurales.* Cuanto más lo miraba, más hallaba en el tono de su voz seguridad, reposo y autoridad que sólo poseen las personalidades que mucho han vivido y mucho han realizado" (Miguel Angel Cárcano, *El estilo de vida argentino: En Paz, Mansilla, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1969, pp. 79/81. Cursivas mías. El texto de Cárcano –ante todo: por ser de él, un tipo importante del '80– es muy valioso. Revela la "intimidad" que se permitían los grandes hombres de la oligarquía con quienes no lo eran. Roca, sin duda, luego hablaría con los peones rurales y sabría todo lo relativo a sus tareas. Y hasta tomaría mate con ellos y compartiría secretos. Hasta acaso les contara cómo su glorioso Ejército ejecutaba a los "salvajes" en la gran conquista que había protagonizado, salvando a la patria de los sanguinarios malones y permitiendo extender su territorio en nombre de la civilización. Los paisanos gozarían de semejante relato. No querían a los indios. Lectores del *Martín Fierro* sabían que "Es tenaz en su barbarie;/ no esperen verlo cambiar:/ el deseo de mejorar/ en su rudeza no cabe:/ el bárbaro sólo sabe/ emborracharse y peliar" [*La Vuelta*, 565]. "Deben creerle a Martín Fierro:/ he visto en ese destierro/ a un salvaje que se irrita/ degollar a una chinita/ y tirársela a los perros" [*Ibid.*, 985]. Y sólo uno más: "Es para él como juguete/ escupir un crucifijo;/ pienso que Dios los maldijo/ y ansina el ñudo desato;/ el indio, el cerdo, y el gato, redaman sangre del hijo" [*Ibid.*, 735]. Por lo que sé no se ha trabajado mucho el tema. Pero en *La Vuelta*, de principios de 1879, que coincide con la expedición de la masacre roquista, el odio que Hernández descarga sobre el indio [no existente en *La Ida*, de 1872] es difícil de comunicar, de narrar, de explicar. A veces sofoca. Pero Hernández es un gran constructor de la Argentina triunfante: en 1872, *La Ida*, le recrimina a Buenos Aires su pésima política con los gauchos, mano de obra barata y calificada; en 1879, *La Vuelta*, los gauchos son aceptados por la oligarquía agraria de la pampa bonaerense y la campaña entrerriana: el ataque se vuelca hacia los indios. Por fin, Lugones, en *El payador,* hace de Martín Fierro el gaucho bondadoso, generoso, abierto, la figura de la argentinidad para mostrarle a la chusma ultramarina, a los inmigrantes ácratas, que este país tiene linaje, tiene una simbología patria: el gaucho, algo que ninguno de estos peligrosos anarquistas que llegan de ultramar será jamás.)

Estos, que se sentían los dueños del país, que odiaban al peronismo pues los había agredido como nadie, esperaban a Perón también muy atentos. Atentos, sobre todo, a eso que Sánchez de Bustamante había llamado el peligroso "núcleo marxista". Que preocupaba no sólo a los militares sino "a los propios hombres de orden de ese partido". Pues bien, "estos hombres de orden" harían la tarea que se les reclamaba. Y al frente de estos hombres ("los de orden") se pondría Perón.

EL DISCURSO DE PERON DEL 21 DE JUNIO DE 1973

Nuestra narración no es lineal. No queremos que el discurso de Perón del 21 de junio de 1973 –el del día siguiente de Ezeiza– sea conocido después de la narración de los hechos. Nos proponemos ofrecerlo ahora. Ya, sin más. De este modo, ante las cosas que ocurran ustedes ya sabrán lo que dirá Perón y ya podrán ir estableciendo un paralelismo que habrá de golpearlos entre la perplejidad, o la bronca, o la aceptación o el descubrimiento de la complejidad de los hechos, sobre todo si esa complejidad se alimenta por la complejidad del célebre (decisivo) discurso de Perón. Que

es el que seguidamente citamos:

”Deseo comenzar estas palabras con un saludo muy afectuoso al pueblo argentino, que ayer desgraciadamente no pude hacerlo en forma personal por las circunstancias conocidas. Llego desde el otro extremo del mundo con el corazón abierto a una sensibilidad patriótica que sólo la larga ausencia y la distancia pueden avivar hasta su punto más álgido.

”Por eso al hablarles a los argentinos lo hago con el alma a flor de labios y deseo también de que me escuchen con el mismo estado de ánimo.

”Llego casi desencarnado. Nada puede perturbar mi espíritu porque retorno sin rencores ni pasiones, como no sea la que animó toda mi vida: servir lealmente a la patria, y sólo pido a los argentinos que tengan fe en el gobierno justicialista porque ése ha de ser el punto de partida para la larga marcha que iniciamos.

”Tal vez la iniciación de nuestra acción pueda parecer indecisa o imprecisa. Pero hay que tener en cuenta las circunstancias en las que la iniciamos. La situación de país es de tal gravedad que nadie puede pensar en una reconstrucción en la que no deba participar y colaborar. Este problema, como ya lo he dicho muchas veces, o lo arreglamos entre todos los argentinos o no lo arregla nadie. Por eso deseo hacer un llamado a todos al fin y al cabo hermanos, para que comencemos a ponernos de acuerdo.

”Una deuda externa que pasa los seis mil millones de dólares y un déficit cercano a los tres billones de pesos acumulados en estos años no han de cubrirse en meses sino en años. Nadie ha de ser unilateralmente perjudicado, pero tampoco ninguno ha de pretender medrar con el perjuicio o la desgracia ajena. No son estos días para enriquecerse desaprensivamente, sino para reconstruir la riqueza común, realizando una comunidad donde cada uno tenga la posibilidad de realizarse.

”El Movimiento Justicialista, unido a todas las fuerzas políticas, sociales, económicas y militares que quieran acompañarlo en su cruzada de Reconstrucción y Liberación del país, jugará su destino dentro de la escala de valores establecida: primero, la Patria; después, el Movimiento, y luego, los hombres, en un gran movimiento nacional y popular que pueda respaldarlo.

”Tenemos una revolución que realizar, pero para que ella sea válida ha de ser una reconstrucción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino. No estamos en condiciones de seguir destruyendo frente a un destino preñado de acechanzas y peligros. Es preciso volver a lo que fue en su hora el apotegma de nuestra creación: de casa al trabajo y del trabajo a casa, porque sólo el trabajo podrá redimirnos de los desatinos pasados. Ordenemos primero nuestras cabezas y nuestros espíritus.

”Reorganicemos el país y dentro de él al Estado, que preconcebidamente se ha pretendido destruir, y que debemos aspirar a que sea lo mejor que tengamos para corresponder a un pueblo que ha demostrado ser maravilloso. Para ello elijamos los mejores hombres, provengan de donde provinieren. Acopiemos la mayor cantidad de materia gris, todos juzgados por sus genuinos valores en plenitud y no por subalternos intereses políticos, influencias personales o bastardas concupiscencias. Cada argentino ha de recibir una misión en el esfuerzo de conjunto. Esa misión será sagrada para cada uno y su importancia estará más que nada en su cumplimiento.

”En situaciones como las que vivimos todos pueden tener influencia decisiva y, así como los cargos honran al ciudadano, éste también debe ennoblecer a los cargos.

”Si en las Fuerzas Armadas de la República cada ciudadano, de general a soldado, está dispuesto a morir en la defensa de la soberanía nacional como del orden constitucional establecido, tarde o temprano han de integrarse al pueblo, que ha de esperarlas con los brazos abiertos como se espera a un hermano que retorna al hogar solidario de los argentinos.

”Necesitamos la paz constructiva, sin la cual podemos sucumbir como Nación. Que cada argentino sepa defender esa paz salvadora por todos los medios, y si alguno pretendiera alterarla con cualquier pretexto, que se le opongan millones de pechos y se alcen millones de brazos para sustentarlas por los medios que sean precisos. Sólo así podremos cumplir nuestro destino.

”Hay que volver al orden legal y constitucional como única garantía de libertad y justicia. En la función pública no ha de haber cotos cerrados de ninguna clase, y el que acepte la responsabilidad ha de exigir la autoridad que necesita para defenderla dignamente. Cuando el deber está de por medio los hombres no cuentan, sino en la medida en que sirven mejor a ese deber. La responsabilidad no puede ser patrimonio de los amanuenses.

”Cada argentino, piense como piense, y sienta como sienta, tiene el inalienable derecho de vivir en seguridad y pacíficamente.

”El gobierno tiene la insoslayable obligación de asegurarlo.

”Quien altere este principio de la convivencia, sea de un lado o de otro, será el enemigo común que debemos combatir sin tregua, porque no ha de poderse hacer ni en la anarquía que la debilidad provoca o la lucha que la intolerancia desata.

”Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que creen lo contrario se equivocan. Estamos viviendo las consecuencias de una posguerra civil que aunque desarrollada embozadamente no por eso ha dejado de existir, a lo que se suman las perversas intenciones de los factores ocultos que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales. Nadie puede pretender que todo esto cese de la noche a la mañana. Pero todos tenemos el deber ineludible de enfrentar activamente a esos enemigos si no queremos perecer en el infortunio de nuestra desaprensión e incapacidad culposa.

“Pero el Movimiento Peronista, que tiene una trayectoria y una tradición, no permanecerá inactivo frente a tales intentos, y nadie podrá cambiarlos a espaldas del pueblo, que las ha afirmado en fechas muy recientes y ante la ciudadanía que comprende también cuál es el camino que mejor conviene a la Nación Argentina. Cada uno será lo que deba ser o no será nada. Así como antes llamamos a nuestros compatriotas en la Hora del Pueblo, el Frente Cívico de Liberación y el Frente Justicialista de Liberación para que mancomunados nuestros ideales y nuestros esfuerzos pudiéramos pujar por una Argentina mejor, el justicialismo, que no ha sido nunca ni sectario ni excluyente, llama hoy a todos los argentinos, sin distinción de banderías, para que todos solidariamente nos pongamos en la perentoria tarea de la reconstrucción nacional, sin la cual estaremos todos perdidos. Es preciso llegar así, y cuanto antes, a una sola clase de argentinos, los que luchan por la salvación de la Patria, gravemente comprometida en su destino por los enemigos de afuera y de adentro.

”Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro Movimiento, ponernos en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo y desde arriba. Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología.

”Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando la vida por Perón que se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias.

”Los que pretextan lo inconfesable aunque cubran sus falsos designios con gritos engañosos o se empeñan en peleas descabelladas no pueden engañar a nadie. Los que no comparten nuestras premisas si se subordinan al veredicto de las urnas tienen un camino honesto que seguir en la lucha que ha de ser para el bien y la grandeza de la patria y no para su desgracia. Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro Movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado se equivocan. Ninguna simulación o encubrimiento por ingeniosos que sean podrán engañar a un pueblo que ha sufrido lo que el nuestro y que está animado por una firme voluntad de vencer.

”Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal. Así aconsejo a todos ellos tomar el único camino genuinamente nacional: cumplir con nuestro deber de argentinos sin dobleces ni designios inconfesables. Nadie puede ya escapar a la tremenda experiencia que los años, el dolor y el sacrificio han grabado a fuego en nuestras almas y para siempre.

”Tenemos un país que a pesar de todo no han podido destruir, rico en hombres y rico en bienes. Vamos a ordenar el Estado y todo lo que de él dependa que pueda haber sufrido depredaciones u olvido. Esa será la principal tarea del gobierno. El resto lo hará el pueblo argentino, que en los años que corren ha demostrado una madurez y una capacidad superior a toda ponderación.

”En el final de este camino está la Argentina potencia, en plena prosperidad con habitantes que puedan gozar del más alto standard de vida, que la tenemos en germen y que sólo debamos realizarla. Yo quiero ofrecer mis últimos años de vida a un logro que es toda mi ambición. Sólo necesito que los argentinos lo crean y nos ayuden a cumplirlo.

”La inoperancia en los momentos que tenemos que vivir es un crimen de lesa patria. Los que estamos en el país tenemos el deber de producir por lo menos lo que consumimos. Esta no es hora de vagos ni de inoperantes.

”Los científicos, los técnicos, los artesanos y los obreros que están fuera del país deben retornar a él a fin de ayudarnos en la reconstrucción que estamos planificando y que hemos de poner en ejecución en el menor plazo. Finalmente deseo exhortar a todos mis compañeros peronistas para que obrando con la mayor grandeza echen a la espalda los malos recuerdos y se dediquen a pensar en la futura grandeza de la patria que bien puede estar en nuestras propias manos y en nuestros propios esfuerzos.

”A los que fueron nuestros adversarios que acepten la soberanía del pueblo, que es la verdadera soberanía. Cuando se quieran alejar los fantasmas del vasallaje foráneo siempre más indignos y más costosos. A los enemigos embozados y encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento. Dios nos ayude si somos capaces de ayudar a Dios. La oportunidad suele pasar muy quedo, guay de los que carecen de sensibilidad e imaginación para no percibirla. Un grande y cariñoso abrazo para todos mis compañeros y un saludo afectuoso y lleno de respeto para el resto de los argentinos”.

Se trata de uno de los discursos más duros, más claros en su direccionalidad, de nuestra historia. La condenada es la Juventud Peronista. Son los “infiltrados”. Son los que deberán bajar las banderas que él, Perón, les entregó para movilizarlos en la lucha contra el régimen. Son los que se han puesto la camiseta peronista. Son los que quieren cambiar la naturaleza originaria y pura del peronismo que se expresa en las *Veinte verdades peronistas*. Y muchas cosas más que analizaremos luego de los hechos. El discurso pone el error, la culpa y la responsabilidad de la inoperancia de una sola parte: la parte de la militancia juvenil y la del gobierno de esa militancia, el del Tío Cámpora. El tono definitorio del discurso, la bronca de Perón al decirlo, su aspecto de Zeus iracundo, revelan que sabía muy bien (como lo dijo) lo que pasaba en la Argentina. Básicamente (en lo relativo al movimiento peronista), a quiénes había dinamizado excesivamente, a quiénes debía detener y a quiénes debía potenciar para que los detuvieran. Aquí empieza su política maniquea de “levantar a la derecha para que barra a la izquierda”. Sólo que la “derecha” con que contaba Perón era siniestra. Esta sí era (como lo afirmara de los cabecitas el diario comunista *Orientación*) una pandilla de gangsters y pandilleros. Una pandilla de asesinos. En ellos habrá de apoyarse Perón.

La Tendencia –un poco con la ingenua creencia de que sus militantes eran tontos– inventaría la *Teoría del cerco.* Perón estaba “cercado” por “la familia”: López Rega, Lastiri y su propia mujer, Isabel Perón. Era absurdo postular a la vez la fuerza y la debilidad de Perón. ¿Cómo el formidable líder de las masas argentinas admitiría el cerco de una “familia” de pequeños canallas? Era Perón el que estaba al frente de la familia y del operativo de aniquilar a la Tendencia. Esto se supo en seguida. Desde la conducción hasta las bases. Desde la conducción se filtró un chiste macabro que suele contar Miguel Bonasso. ¿El cerco? ¿Qué cerco? Cuando rompamos el cerco nos vamos a encontrar con Perón, sí. Va estar en el medio del cerco, en su mismísimo centro, esperándonos. Con una ametralladora.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¡¡¡Ezeiza!!! (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

87 **¡¡¡Ezeiza!!! (II)**

Suplemento especial de
Página|12

LA TEORÍA DE LOS 300 METROS

Cada uno fue a Ezeiza a su modo. Pero el sentido de la jornada era el de la alegría del "reencuentro del Pueblo con su líder". El líder había salido de Madrid, alto, siempre el pelo negro (nunca dejó de darse "la Carmela"), serio y acompañado por el Generalísimo Franco. Algo que la Jotapé debía explicar a la izquierda no peronista con el maravilloso concepto de "táctica". Perón, acompañado por Franco, era "táctico", no "estratégico". Además, si Franco se lo había ofrecido, ¿cómo habría de negarse? Ese par de conceptos que Perón entregó al Movimiento por él creado le fue muy útil de la juventud peronista. No había discusión en que no apareciera. Macana que Perón se mandaba: "Eso es táctico". Se mandaba otra: "Es táctico, viejo. Entendé, táctico". Si se mandaba una de esas formidables cagadas, ya imposibles de explicar: "Ustedes nunca van a entender el peronismo. No es –como decía Cooke– la revolución con escuadra y tiralíneas. Eso quieren ustedes. La revolución no es lineal. Y Perón lo sabe muy bien". Tan bien lo sabía que hasta Franco –en la despedida– pudo decirle: "El programa justicialista coincide con el que los españoles hemos tratado de cumplir durante las últimas décadas" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, p. 118). Ahora el viejo líder sube al avión y parte rumbo a la patria en que lo esperan entre 2 millones, 2 millones y medio o 3 millones de personas. Ezeiza es la concentración de masas más imponente de nuestra historia. ¿Qué fue a buscar ese pueblo, qué esperaba? "Pueblo" es un concepto muy totalizador. Los matices de la masa que fue a Ezeiza eran infinitos. "Bajo un poste de alumbrado, un grupo de collas bailaba al son de un par de quenas. Entrevistada por un periodista de Canal 7, una tucumana de veintipico con poncho decía que había llegado desde Lules para ver al General:

–Yo no lo conozco pero es como si lo conociera desde siempre. Nosotros somos pobres, sabe, pero lo poco que tenemos nos lo dio él. Ojalá viva doscientos años.

"Puestos vendían choripanes, gaseosas, café; en alguno se podía conseguir una damajuana de tinto, hasta que las patrullas con brazaletes verdes de la Juventud Sindical Peronista lo descubrían y se lo requisaban" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, pp. 118/119). A esta fiesta –como veremos– no todos fueron con inocencia y felicidad. Sólo con eso. Porque no hacía falta más. La derecha fue armada hasta los dientes y lista para cualquier enfrentamiento armado, de la envergadura que fuere. Y los Montoneros, que habitualmente son pintados como las víctimas inocentes de la masacre, fueron con un plan político basado en la potencia movilizadora. Analizaremos –por supuesto– esta cuestión hasta su último detalle. Pero dejemos caer ya unas palabras increíbles de Firmenich, que revelan hasta qué punto era un inconsciente de lo que podía confesar en un reportaje. A Felipe Pigna –muy tranquilamente– le dice: "Nosotros sí fuimos con un plan político bien deliberado, que cumplimos, que *era copar políticamente el acto*. Ya estaba planteada una lucha político-ideológica entre los sectores ortodoxos y conservadores del peronismo y los sectores revolucionarios del peronismo y, en esa lucha, la definición del proceso dependía de la posición que tomara Perón" (Pigna, *Lo pasado, pensado*, ed. cit., p. 226. Las cursivas me pertenecen). Hábilmente, Pigna hace seguir la afirmación de Firmenich de una en que Bonasso postula la inocencia y la victimización de la Orga: "No hubo una confrontación en Ezeiza, como ha dicho toda la prensa canalla de la República Argentina. Nuestra gente fue desarmada. No hubo confrontación, hubo asesinato, hubo masacre" (Pigna, *ob. cit.*, p. 226). Como no creo pertenecer a la "prensa canalla de la República Argentina" me voy a permitir decir, querido Miguel, que sí, que hubo confrontación. No armada. Peor todavía. El genial estratega al que ustedes inexplicablemente seguían los mandó al muere. A copar el acto. ¿Se conoce esa frase de la guerra: "carne de cañón", no? Se refiere, centralmente, a la infantería. Son los que van al frente, tratando de abrir alguna brecha entre las tropas enemigas. Firmenich usó a la gente para "copar" el acto. ¿Qué pensó que harían tipos como Osinde y Brito Lima? Además, *no se va a un acto a coparlo, se va a darle un contenido*. Todos los que ya cargamos nuestros años conocemos esto desde siempre. *Se le llamó la teoría de los 300 metros*. Había que copar los 300 metros alrededor del palco. No es la primera vez que digo esto. Lo dije desde el 21 de junio de 1973. Es una de mis principales objeciones a la conducción de Montoneros. Recordemos las palabras que citamos de Horacio Verbitsky: "Muchas veces me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo" (*Nota:* Cristina Zucker, *El tren de la victoria*, ed. cit., p. 9. Esta es una cuestión fundamental. ¿Cómo pudieron Walsh, Gelman, Urondo, Oesterheld no ver lo evidente? Muchos me dicen hasta dónde el propio Horacio no se incluye en la pregunta que él hace. No sé hasta qué altura de los hechos estuvo Verbitsky en Montoneros. Supongo que si hace esa pregunta su actitud habrá sido distinta de la de otros. El tema es muy importante y lo trataremos de analizar sobre todo a propósito de Rodolfo Walsh. ¿Por qué hace tan atinadas críticas recién a fines de 1976? ¿No se podía ver antes eso? Perón venía rodeado de asesinos, pero la conducción de Montoneros deliraba por su cuenta. ¿Cómo a alguien se le puede ocurrir copar el acto? ¿Cómo es posible dar esa orden a la militancia? ¿No se ve que es mandarla al sacrificio como, en efecto, se la mandó?). Este "liderazgo paupÉrrimo" se incluyó en la "lógica de guerra" de su bestial adversario al querer imponer su masividad en el acto. Pregúntenle a la colla que se había venido desde Lules "para verlo al General". Pregúntenle si quería algo más que eso y desearle que viviera 200 años. No dudo que los grandes cerebros de Montoneros habrían pensado que no era más que una colla ignorante y que no tenía la más puta idea acerca de la liberación nacional y social de la patria, de la revolución. De la necesidad de mostrarle a Perón el poder de la Tendencia. ¿Cuánta gente hubo en Ezeiza como esa mujer, cuánta entre 2 millones y medio de personas? A los que se les ordenó ir "a copar el palco" se les ordenó ir a la muerte. Sin nada, además. Desarmados. Carne de cañón, infantería desdichada, víctima de los planes napoleónicos de los estrategas de la Orga. En Ezeiza hubo muchos jefes de organizaciones armadas. El Kadri, desde luego. Pero también Perdía y Vaca Narvaja. *Nadie vio a Firmenich*. Hace mucho que pienso estas cosas y con la misma bronca. En 1986, cuando tenía mi columna en la revista *Humor* (cuando todavía vivía Cascioli, de quien nos despedimos con gran dolor recientemente), escribía: "La Tendencia marchó a Ezeiza enmarcada en una lógica del enfrentamiento. Había que crear un hecho político: el copamiento de los trescientos metros tenía ese sentido. Ante el avance de la derecha –que se había expresado en la destitución de Galimberti y en la ausencia de representantes de la Jotapé– había que mostrarle a Perón quiénes eran el pueblo, quiénes movilizaban a los peronistas.

"La dirigencia montonera decidió copar el acto con la militancia. Se dirá: los militantes son parte del pueblo. Nadie lo niega: lo son. Pero hay una diferencia. Un militante responde a la estrategia de una organización. Puede actuar sobre el pueblo y organizarlo. Pero también puede marginarse del pueblo si no lo interpreta. El pueblo no fue a Ezeiza a ocupar los trescientos metros; fue a recibir a Perón. No fue a copar un acto, fue a darle un contenido.

"En cuanto a las armas, ya casi no quedan dudas: la Tendencia no fue armada. Llevaban, en todo caso, armas de escaso calibre. Y las llevaban sólo los custodios de las columnas. Hay un motivo: la Tendencia no iba a un enfrentamiento armado. No había elegido ese terreno de lucha. Había decidido librar el enfrentamiento con la masividad, con la militancia, con la movilización.

"También hay un motivo para esto: querían mostrarle a Perón que eran la mayoría, que eran los brazos de la liberación, que eran el verdadero poder, el del pueblo. Que marcharan al enfrentamiento a pecho descubierto, después de haber comprobado en José León Suárez el irracionalismo asesino de la derecha, es otra prueba del desprecio por la vida que la conducción exhibiría luego hasta límites inconcebibles. Pero no les importó: morir por el copamiento de los trescientos metros les debió parecer a los organizadores del operativo una muerte heroica" (JPF, *López Rega, la cara oscura de Perón*, ed. cit., pp. 109/110).

¿Nada sabía la conducción de Montoneros sobre Osinde? ¿Nada sobre López Rega? ¡Hubo milicianos de la OAS en el palco de Ezeiza! ¿No se sabía que la OAS asesoraba tanto al Ejército Argentino como a la derecha peronista? Supongo que también debían ignorar por completo el arsenal de armas ultramoderno que López Rega ya había hecho entrar en el país. De esto, ni idea. Yo, de pura casualidad, me enteré (años después: en 1987) de algunos detalles y, sobre todo, pude ver esas armas.

INTIMIDADES DE UN MERCENARIO

En el noreste (cerca de la frontera con Bolivia) se rodaba una coproducción argentino-norteamericana; requería muchas armas, stunts y hasta actores decididos a darse unas cuantas piñas si el director lo necesitaba. Yo tenía ganas de tomarme un descanso, tenía muchos amigos laburando en la peli, les pedí que me invitaran y me fui para ahí. Casi, en los comienzos, hubiera podido hacer el guión, pero algo me lo impidió. De modo que me consideraban un poco parte o un buen amigo del proyecto. Salió mala la peli pero su filmación tuvo alternativas de todo tipo. Suele ocurrir, la peli sale mala pero para algunos resulta inolvidable. Hasta pueden conocer en ella a la mujer de su vida. Era –insisto– una peli de mucha violencia, de muchos tiros. Necesitaba armas e instructores para las escenas de acción. A uno de ellos (no eran más que dos) le diremos Gustavo. Era un tipo muy alto, muy fornido y muy simpático. Vestía su uniforme de comando. Nadie le daba mucha bola. Lo llamaban cuando hacía falta. El otro desocupado era yo. Nos hicimos "amigos". Para mí era una buena oportunidad de tirarle la lengua a uno de estos personajes. Le pregunté cómo se formaba un comando.

–Lo primero que tenés que hacer es dormir con un cadáver al lado. Toda la noche.

–Ajá –impertérrito, con cara de "me banco lo que sea".

–Después te meten en un pozo con un cadáver también. Apenas si entrás. El cadáver se tiene en pie porque no tiene espacio para caer. Así, otra noche. Después, lo más importante: tolerar el dolor. Lo esencial de un comando es tolerar y –atención a esto, eh– *conocer* el dolor. Si vos no conocés el dolor no sabés qué le estás haciendo al otro cuando lo hacés sufrir. ¿Entendés? Para saber lo que sufre el otro primero tenés que sufrir vos. Conocer a fondo el sufrimiento. Si no, cualquier hijo de puta empieza a los gritos y vos creés que lo estás matando y no. Es puro teatro. "A mí no me vas a joder", le decís. "Yo sé lo que duele esto. Todavía te falta mucho para empezar a sufrir." Y seguís.

–Seguís... qué.

–¿Cómo qué? Buscando la información que necesitás.

–¿Y eso no es torturarlo?

–Perdoname, nosotros no usamos esa palabra. Cuando yo hago sufrir a un tipo para sacarle información no lo estoy torturando. Estoy haciendo tarea de inteligencia. Mirá, igual ahora no hago eso. Hago cosas más divertidas. Organizo fines de semana para empresarios. Un gran negocio. Empezaron los yanquis, claro. Son los más grandes en esto.

–¿Y cómo es eso?

–Tiene un éxito espectacular. No lo vas a creer. Los tipos quieren pasarla mal. Como la pasan bien toda la semana y casi siempre. Como están llenos de guita, de minas, como tienen los mejores coches, yates, quieren algo distinto. Nosotros se lo damos. "Pase un fin de semana en un campo de concentración."

–Me estás jodiendo.

Gustavo se echa a reír. Tiene una risa seductora. Una boca llena de dientes grandes y blancos. Está tostado por el sol del norte argentino. Y ese uniforme de hojas verdes que se amontonan y se cruzan le queda bárbaro. Usa también un quepi de soldado mercenario. Se afeita bien, se lo nota extremadamente limpio.

–No, viejo. No te jodo. Nosotros les armamos el campo. Lo estudiamos bien. Siempre nos basamos en los alemanes. Para eso, los mejores. Les hacemos *Dachau*, ponele. O *Treblinka. Auschwitz* no. Da muy judío. No les cae bien. Quieren sufrir pero no quieren ser judíos. Llegan el viernes a la noche. Los metemos en las barracas. Y ahí empieza la joda. Te ahorro los detalles. Pero cuanto mejor los hacemos sufrir más contentos quedan y mejor te pagan. Igual, el servicio es carísimo.

No indagué más en esta cuestión. Parecía un delirio del tipo. Pero el boludo es uno porque se niega a creer que estas cosas existen, que son reales. Y tienen que serlo. El masoquismo es uno de los grandes negocios de este mundo y el masoquismo que vendía Gustavo era de alta calidad, ingenioso y, sin duda, extremo. Le pregunté por las armas que se usaban en la película.

–¿De dónde las sacás?

–Negativo. Pero vení, te las muestro.

Me lleva a su habitación. Hay un enorme placard. Me muestra todo tipo de armas. Nada lo entusiasma mucho. De pronto, dice:

–Preparate.

Del último cajón saca una metralleta sensacional. Yo no sé un pito de armas pero advierto que *eso* es una joya de la industria de la muerte. Me la da.

–¿Qué te parece?

–Alucinante.

–Con eso hacés una masacre en menos de un minuto. –Y luego, con gran naturalidad, dice–: Entraron con López Rega.

Me quedé frío. Con López Rega. El payaso. El brujo umbandista. El criado de Perón. El tipo al que la Tendencia se pensaba devorar en menos de un mes. El que les dio estas armas a los mercenarios franceses y a Osinde para que hicieran fuego desde el palco. Gustavo la guardó. Como si fuera una joya inapreciable. Y tal vez lo era. De pronto, pensé: "¿Cuántos muchachos de la Jotapé habrán caído bajo el fuego de esta metralleta exquisita, posesión de pocos, de los poderosos de este mundo, de la derecha, del poder?". Eran, sin más, los artefactos espléndidos que las grandes fábricas de armas elaboran para mantener el poder del gran capital en el mundo. ¿Contra esto marcharon los pobrecitos que fueron a copar los 300 metros? ¿Contra esto los mandaron sus conducciones? ¿No tenían la más puta idea del armamento de López Rega? ¿Sabían algo de López Rega? ¿Sabían que la OAS asesoraba al Ejército Argentino desde 1957, ya que entraron con Aramburu? ¿En qué creían? ¿En ese argumento demencial del Comandante Guevara, esa supravaloración del miliciano de la guerrilla juvenil que lo tornaba invencible? "Son todos mercenarios", le había dicho a Osvaldo Bayer cuando éste le planteó el poder de las fuerzas represivas en la Argentina. "Son todos mercenarios." O sea, nada pueden contra la voluntad revolucionaria de los jóvenes combatientes de la guerrilla. Contra la teoría del foco que galvanizará a las masas. Pero Ezeiza no fue la "teoría del foco". Fue un combate al que se arrojó a las masas. Se las arrojó hacia las más sofisticadas armas de un enemigo sanguinario, que los masacró. Santucho, en julio de 1976, admite que se equivocaron en subestimar la capacidad de las Fuerzas Armadas (Ver: Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*, ed. cit., p. 19). Pero dice que esa subestimación se dio en el momento del golpe. No, se dio siempre. Los movimientos guerrilleros pudieron creerse poderosos y con derecho a enfrentar a las Fuerzas Armadas en tanto formaban parte del movimiento peronista que, bajo la conducción de su líder exiliado, marchaba hacia una victoria ineludible por contar con un enorme apoyo de diversos y amplios sectores sociales, sobre todo los pobres, los obreros, los perseguidos desde 1955. Luego, marginados de esa ola, de esa marejada que galvanizó al país, la lucha directa de aparato contra aparato era inútil y suicida. Además, la guerrilla, al margen de las masas, se ilegitima de inmediato. Salvo que se crea la iluminada vanguardia que conoce las "leyes de la historia" y ese conocimiento la autoriza a marchar al frente e indicar el camino a quienes con frecuencia no la siguen. Es decir, a nadie.

Gustavo cerró el placard. Salimos. Nos sentamos por ahí. Se le dio por mostrarme algunas fotos. De la familia. De algunos amigos. De alguna novia. Y una en la que estaba con otros mercenarios. "Aquí estoy en Angola", dice. Su cara no estaba en la foto. El sí: erguido, con un brazo por sobre otro compañero. Pero se había recortado minuciosamente la jeta. Era él y no era él. Al rato estábamos hablando de Malvinas.

–Grave error, che. Grave error –dice Gustavo–. Fortunato se equivocó. Había que tocar y volver. Nada más. Ésa ya era la victoria. Pero te voy a decir lo que pasó. Lo que llevó todo a la mismísima mierda.

Se detiene. Me mira. Lo miro. Es terrible: pero es un tipo agradable. Tiene familia, hijos, los llama por teléfono. Les habla con tono marcial:

–¿Todo bien por ahí? Por aquí también. Satisfactorio.

Y ahí cuelga el teléfono.

–Lo que cagó todo, pibe. Lo que nos hundió en la derrota... *Fue el balcón*. Oíme bien, a Fortunato lo perdió el balcón. Ahí se la creyó. Y ahí perdió. Por un lado, te demuestra que los militares son humanos. Se equivocan, son orgullosos. Pero por otro te demuestra que son tan pelotudos como la mayoría de los gilastros que andan por ahí. Yo me retiré, pibe. Ahora hago negocios. ¿No te gustaría pasar un fin de semana en Dachau?

No lo vi más.

EL COPAMIENTO DEL ACTO Y LA LÓGICA DEL ENFRENTAMIENTO

Nos vamos a detener en la versión que, de Ezeiza, ofrece Roberto Perdía, de la conducción de Montoneros en esa precisa jornada. Empieza señalando las indefiniciones del gobierno de Cámpora. Aceptado, ya hablaremos de eso. Señala luego los *dos lados* en que reside el enfrentamiento del peronismo: "Por un lado quedarían las voluntades de una juventud que pretendía construir una sociedad sobre nuevos moldes y sectores sociales; por el otro la 'sensatez' de reconstruir lo 'viejo'" (Roberto Perdía, *La otra historia, testimonio de un jefe montonero*, ed. cit., p. 166). Esta contradicción –cree– habría de resolverse en Ezeiza. ¡Pavada de problema había derivado hacia un acto festivo y popular al que asistieron más de dos millones de personas! Sigamos, la cosa empeora. Confiesa claramente (como Firmenich): *"Confiamos toda nuestra fuerza a la suerte de la movilización multitudinaria"* (Perdía, *Ibid.*, p. 166. Cursivas mías). Continúa: "Pero las cosas no fueron así, en lugar de concretar esa gran ofensiva, a partir de ese día comenzó nuestro retroceso" (Perdía, *Ibid.*, p. 167). Pero, ¿qué fueron a hacer, Perdía? ¿Qué buscaba tu organización, qué pensaban conseguir mostrándole al Viejo que eran los que más gente juntaban, los que más movilizaban, para qué la lucha por acercarse tanto al palco? "Ezeiza (dice Perdía) fue una gigantesca asamblea. Allí estaban, reunidos, uno de cada tres votantes peronistas. Querían homenajear a su Líder, pero también querían hacer oír *–en una expresiva demostración de democracia directa–* qué esperaban que se hiciera con el voto que habían dado" (Perdía, *Ibid.*, p. 168. Cursivas mías). Tanto Firmenich como Perdía no entendían al peronismo. *El peronismo no tiene nada que ver con la asamblea.* Nadie, nunca, fue a la Plaza a discutir políticas con el líder del movimiento. Para eso se tiene un conductor. Una asamblea la puede tener un partido político republicano. El peronismo –bajo Perón y también bajo Eva– nunca lo fue. Fue un movimiento popular. Las masas no iban a ver a Mao para discutir "en asamblea", "en democracia directa", sus directivas, iban a exhibirle su adhesión. Cuando un movimiento tiene un liderazgo tan fuerte, la reunión en el ágora tiene un mecanismo muy simple, que el peronismo supo darle: se va a escuchar la palabra del líder, a confirmarle (con la presencia masiva) que se está con él y a compartir ese hecho con los restantes compañeros. Esta idea jacobina que los Montoneros pretenden aplicar a Ezeiza y al 1º de mayo del año siguiente es totalmente a-peronista. ¡Más aún el 20 de junio, en Ezeiza! Nadie iba a una asamblea. Esto es no saber nada de nada. Es estar en una nube de flatulencias táctico-estratégicas. "El encuentro del Líder con su pueblo sería nuestro triunfo" (Perdía, *Ibid.*, p. 170). Error: ese encuentro se iba a dar sin el esfuerzo de ustedes. Es cierto que movilizaron mucha gente. Es cierto que muchos se conmovieron al ver pibes de Salta y de Jujuy bajar de los camiones al grito de "Montoneros". Pero era porque todavía se suponía que ustedes iban a plegarse a la movilización. Que se habían dado una política de superficie. Que llevaban a la gente –en efecto– al encuentro con su líder. Pero no: la llevaron para copar el acto. Con una finalidad político-estratégica. Medio país fue a Ezeiza. Nada hacía prever un desastre. Todos iban tranquilos, contentos. No había represión ese día, como la hubo el 17 de noviembre. Era un día de sol, de esos que suelen llamarse "peronistas". Sobre todo por los peronistas. Pero está bien: es un genuino invento del peronismo. Cuando un movimiento moviliza tanta gente y el día es cálido, luminoso, bien puede ponerle su nombre a ese día. Nadie, nunca, jamás, en la puta vida un dirigente político argentino llevo hacia sí tal cantidad de seres humanos. Esto vale para otra clase de obcecados (por decirlo suave): los que dicen que la juventud peronista se equivocó

con Perón. Los de la teoría de "los boludos". ¿Hubo, entonces, tres millones de boludos? ¿O cuatro como dicen algunos? La Jotapé no era tan multitudinaria. Lo que había que entender ese 20 de junio (si se entendía algo de política y de la historia de los pueblos) es que todos esos que marchaban por la Richieri iban en busca de una alegría, en busca de alguien que era un mito creado por sus enemigos, alguien a quien habían escuchado injuriar durante 18 años y de cuyo gobierno muchos tenían buenos recuerdos o estaban arrepentidos de haberlo enfrentado. Volvía lo imposible. Lo que jamás iba a volver. Tenía que empezar otro país. Otra etapa. Se sentía en el aire que algo cambiaba. No se construye porque sí una mitología como la del avión negro. Negro es el color de lo maldito. De lo prohibido. De lo execrado por el poder. Severino Di Giovanni se vestía de negro. Es el color de lo temible. De la noche. De lo que asusta. De los vampiros y de los cementerios. Los SS se vestían de negro porque querían encarnar el Mal. Pocas cosas tan fascinantes como el Mal. Por el Mal existe la historia humana. Por la desobediencia. Por Eva. Por la serpiente. Por el Angel Caído. No habría historicidad sin pecado. Todo eso volvía. O si no, sin vueltas: volvía Perón. Volvía el Viejo. Volvía ese tipo al que odiaba la peor argentina: la de los oligarcas, la de los ricos, la de los patrones, la de los milicos. Por eso se contaron por millones los que fueron a buscarlo. Les habían dicho que era nazi, que había torturado, que había robado, que había fornicado con adolescentes, que se lo habían culeado boxeadores negros, que era cobarde, demagogo, que se había casado con una puta, que había arruinado la educación argentina, que era un tirano, que... ¿qué más? Nada servía ya. "Perón y asunto arreglao." "Habíamos apostado todo a una carta, la del pueblo en la calle", dice Perdía (p. 170). El pueblo ya estaba en la calle. Yo supe de muchísima gente que fue suelta. Yo fui con Conrado Eggers Lan, que era el director del Departamento de Filosofía. Fuimos junto con Ariel Sibileau, un querido compañero de la carrera y un erudito en filosofía. Fuimos los tres. Por las nuestras. Y así, miles. ¿De qué pueblo hablás, Perdía? ¿Sólo ustedes eran el pueblo? No te niego algo: *Sólo ustedes se proponían copar el acto*.

Es absurdo y patético contentarse con decir que los Montos no pensaban matar a Perón como acusó la derecha fascista. Por supuesto. ¿Cómo iban a querer matar a Perón si fueron a mostrarle que debía entregárseles, ser de ellos? "¿Ve, General? Este es el pueblo. ¿Ve qué banderas levanta? Las nuestras. Qué canticos canta. Los nuestros. Qué patria desea, la socialista". Para que el general viera eso había que copar los 300 metros frente al palco. Matarlo, nunca. Convencerlo de que la Tendencia era, sin más, el pueblo peronista, sí. Escribe Miguel Bonasso: "Ambas organizaciones (FAR y Montoneros, JPF) se proponían vencer 'políticamente' y eludir el enfrentamiento militar, que (muy probablemente) sería buscado por 'el lopezrreguismo' y la 'burocracia sindical'. No vamos a llevar 'largas', anunciaban los jefes en los días previos. Los responsables de la organización, que irían acotando las distintas columnas, llevarían 'cortas' para defenderse, en último extremo y sólo si resultaban atacados. Por cualquier medio había que tratar de no caer en provocaciones. Los cuadros medios e inferiores tenían dudas: ¿cómo evitar el ataque? Por medios políticos, con el peso arrollador del número. Con la metodología que había dado resultado el 25 de mayo.

"Contradictoriamente, se planteaban una serie de movimientos con las 'agrupaciones' y los 'frentes de masas' *para tener una presencia determinante frente al palco. Que era lo que el otro bando iba a tratar de evitar*. Y no con 'cortas', precisamente" (Bonasso, *ob. cit.*, p. 706). Este texto de Bonasso explicita todos los errores de la conducción de la Orga. Primero: nosotros somos los buenos. Sólo llevamos armas cortas. Y para defendernos si somos atacados. No hay que caer en provocaciones. Los cuadros medios e inferiores (que seguramente sabían hacer política mejor que la conducción) se preocupan: ¿cómo evitar ser atacados? Bonasso responde: 1) Por medios políticos; 2) Con el peso arrollador del número; 3) Con la metodología que había dado resultado el 25 de mayo. Empecemos por (3). El 25 de mayo no es el 20 de junio. Nadie enfrentaba a la Jotapé. Se adueñaron del acto con entera facilidad. Fue todo el país. No había bandas fascistas. Se divirtieron hasta con los tanques del general Pomar pintándoles lo que se les cantara. Todo fue una fiesta. *López Rega no estaba decidido a actuar*. Perón no venía, no volvía. O sea, es una mentira o un autoembuste eso de la metodología exitosa del 25 de mayo. Salvo en un punto, y desdichado: los Montos quedaron agrandados después del 25. Ellos eran los protagonistas y tenían el supremo derecho de compartir la conducción con Perón. El delirio que permite entender muchas cosas es éste: *Conducción, conducción/ Montoneros y Perón*. Que, ya sabemos, por esas cosas de la rima pone a los Montoneros delante del viejo líder. La idea de la conducción que debía estar preparada para reemplazar a Perón en caso de su posible y ya cercana muerte obsesionaba a la conducción Montonera. ¿Quién les había dicho que Perón aceptaría compartir la conducción? Aquí falló Jorge Antonio. Porque si le dijo a Perón que no conocía "a los muchachos" debió haberles dicho a "los muchachos" que no conocían a Perón. Había un mal conocimiento de las dos partes. Perón ignoraba la tozudez, la terquedad de los Montoneros. Y los Montoneros ignoraban la egolatría, la megalomanía, el *God complex* (como dicen los norteamericanos: "el complejo de Dios") de Perón. Ahora bien, el que aquí tenía más motivos para sostener su posición era el líder, el Padre Eterno. Era Perón. No sé qué se creería Firmenich, pero él (y toda la Orga) parecía desconocer que todo lo que habían conseguido lo habían hecho en nombre de Perón. Incluso la misma gente que ellos llevaban a Ezeiza iba antes por Perón que por ellos. No había política revolucionaria en la Argentina de 1973 al margen de Perón. Las masas eran peronistas, no montoneras. El pueblo era peronista. Lo venía siendo desde muchos años. Perón tenía razón en sentirse el líder y querer la conducción para sí. ¿Por qué la iba a compartir con esos pendejos alborotadores e infatuados? Pero los montos le querían imponer esa decisión: aquí vamos a conducir usted y nosotros. De aquí la idea de *copar* el acto. "Vea, General, toda esta gente es nuestra. O se recuesta en nosotros o se queda solo."

El punto (1), el que responde que evitarían ser atacados "por medios políticos", es ya un disparate. ¿Cuáles eran los "medios políticos"? "El peso arrollador del número." ¿No leyeron a Cooke? Cuando el peso del "número" es "político y arrollador", el número se transforma en fuerza. Eso logró la Tendencia: hizo de su número su "fuerza". Eso vieron los fachos del palco: una fuerza que avanzaba sobre ellos. Una fuerza que coparía todo. Que los anularía. Que deslumbraría a Perón. Una fuerza que desplegaría cientos de enormes carteles con la palabra *Montoneros*. Había que impedirlo. Como mercenarios que eran, como asesinos profesionales, hicieron lo que mejor sabían: fuego a mansalva.

¿Qué esperaban los Montoneros que hicieran los del palco al ver la marejada humana que se les venía encima? ¿Qué esperaban que hiciera la *Comisión organizadora para el regreso definitivo del General Perón a la Patria*? ¿No sabían que la Jotapé había sido excluida de esa *comisión*? ¿No sabían que a Galimberti le habían cortado la cabeza en Madrid y que ése había sido un triunfo de la derecha en toda la línea? ¿No recordaban que en el acto en José León Suárez los de la *Juventud Sindical* tiraron a matar? ¿Ignoraban que la Comisión estaba compuesta por Jorge Osinde, José Ignacio Rucci, Juan Manuel Abal Medina, Lorenzo Miguel y Norma Kennedy? ¿Ignoraban que Abal Medina (el único sensato de la Comisión, el único que los respetaba y los quería) andaba en una silla de ruedas por un misterioso "choque" que había sufrido con su auto días atrás? En suma, la consigna de *copar el acto* fue una consigna de enfrentamiento, de choque, de quitarle espacios al enemigo, una guerra de posiciones y un envío de la propia tropa a una matanza segura. ¿Qué se hubiera debido hacer? Muy simple: sólo Firmenich y Cía. podían ignorarlo. La Jotapé debió ir a Ezeiza acompañando al pueblo, como parte de éste. Como parte de los 2 millones y medio de personas. Sumarse a la fiesta popular. Ir al acto con todos, no como la organización que va a coparlo. Analizar a fondo la composición del palco. Advertir que jamás les permitirían copar los 300 metros sin que se desatara una masacre. Ante esto, no aceptar ni provocar el estallido de la violencia. Permanecer incluso entre las masas, formando parte de ellas, con carteles pero sin copar nada. Insisto: ir a copar un acto es ir a una lucha, a un enfrentamiento. A la guerra. Esa actitud habría evitado el desastre. Perón habría aterrizado y el día habría sido lo que debió ser: un día de júbilo popular. Entonces... Después del 20 de junio buscar el diálogo con Perón. Establecer ese diálogo y en él pedirle su asistencia a un gran acto de masas convocado por la Jotapé. Y ahí sí: llevar a toda la militancia. Tenían algo de esto en la cabeza porque fue lo que dijeron después de la reunión de Gaspar Campos, en julio, cuando, por fin, Perón los recibió. Desde los altoparlantes de algunos camiones se anunciaba: "El general Perón prometió asistir a un acto organizado con toda la capacidad movilizadora de la Jotapé". Falso, o mentían o Perón les había mentido. De todos modos, mintieron apenas salió *El Descamisado* y recortaron la foto que se habían tomado con Perón. Recortaron a Lastiri y López Rega. ¿Qué pensaban de los militantes? ¿Que eran todos impecables, perfectos boludos?

PERÓN: "ES MUY TARDE PARA MÍ Y MUY TEMPRANO PARA USTEDES"

El verdadero "apriete" al Viejo habría sido no arruinarle el acto de Ezeiza y luego –con la legitimidad intacta, sin "cuestionamientos" encima– pedirle un acto para la Jotapé. "Un acto con usted y para usted, General." Pero nada de esto sucedió. Pudo más el deseo de imponerse a la derecha, de mostrarle (de entrada nomás) al General el poder de movilización de la Tendencia y luego empezar la guerra de facciones desde el papel de la víctima. Perón, enfurecido, fuera de sí, pronuncia, al día siguiente de Ezeiza, su discurso de la "etapa dogmática": "Somos lo que *Las 20 verdades peronistas* dicen". Se sacaba la máscara. Era un viejo autoritario, dictatorial, jodido, amigo de sus viejos amigos, gustoso entre tipos como Osinde y López Rega. Ya lo analizaremos: el discurso fue terrible. Menos para el conductor montonero Roberto Perdía. A él le sonó hasta casi suave. Al menos lo que escribe pareciera transparentar eso: "Al día siguiente habló Perón. Lo sentimos alejado de la actualización doctrinaria, el trasvasamiento generacional y el socialismo nacional; y próximo –en cambio– a los mensajes del peronismo tradicional" (Perdía, *Ibid.*, p. 171). Mirá vos, ¿cómo te diste cuenta?

Si nos detenemos un instante, si reflexionamos cuidadosamente ciertos elementos, hay algo que surge como un dato doloroso y probablemente determinante de muchos hechos que tejieron la trama de la gran tragedia. Se habrá notado que en nuestras descripciones de la Tendencia hablamos a menudo de la inmadurez, de las decisiones vanguardistas, del iluminismo, de la soberbia. Y en nuestras descripciones de Perón, de sus dobles mensajes, de ciertas actitudes inexplicables, de su próstata, de la operación de febrero del '73, de ese adormecimiento súbito que no pudo contener en tanto Abal Medina le hablaba, en suma, de su condición de hombre viejo. Si unimos –con una visión algo piadosa de los hechos– los dos elementos: la juventud de la Tendencia y la vejez del líder comprenderemos una anécdota muy honda que cuenta Fernando Solanas haciendo mención a un día en que, caminando por el parque de la quinta 17 de Octubre (a propósito de la filmación de *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*), Perón le dice: "La tragedia de esto es que es muy tarde para mí y muy temprano para ustedes" (Galasso, tomo II, ed. cit., p. 1091). La tragedia era aún más profunda. Porque no sólo era la de la vejez de Perón para mantenerse en el poder y la juventud de la Tendencia para tomarlo, sino la de la imposibilidad de ambos para entenderse, para poder caminar al mismo ritmo. Porque el líder está viejo y se aferra a las veinte verdades y los jóvenes son muy jóvenes y quieren tomar el cielo por asalto.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

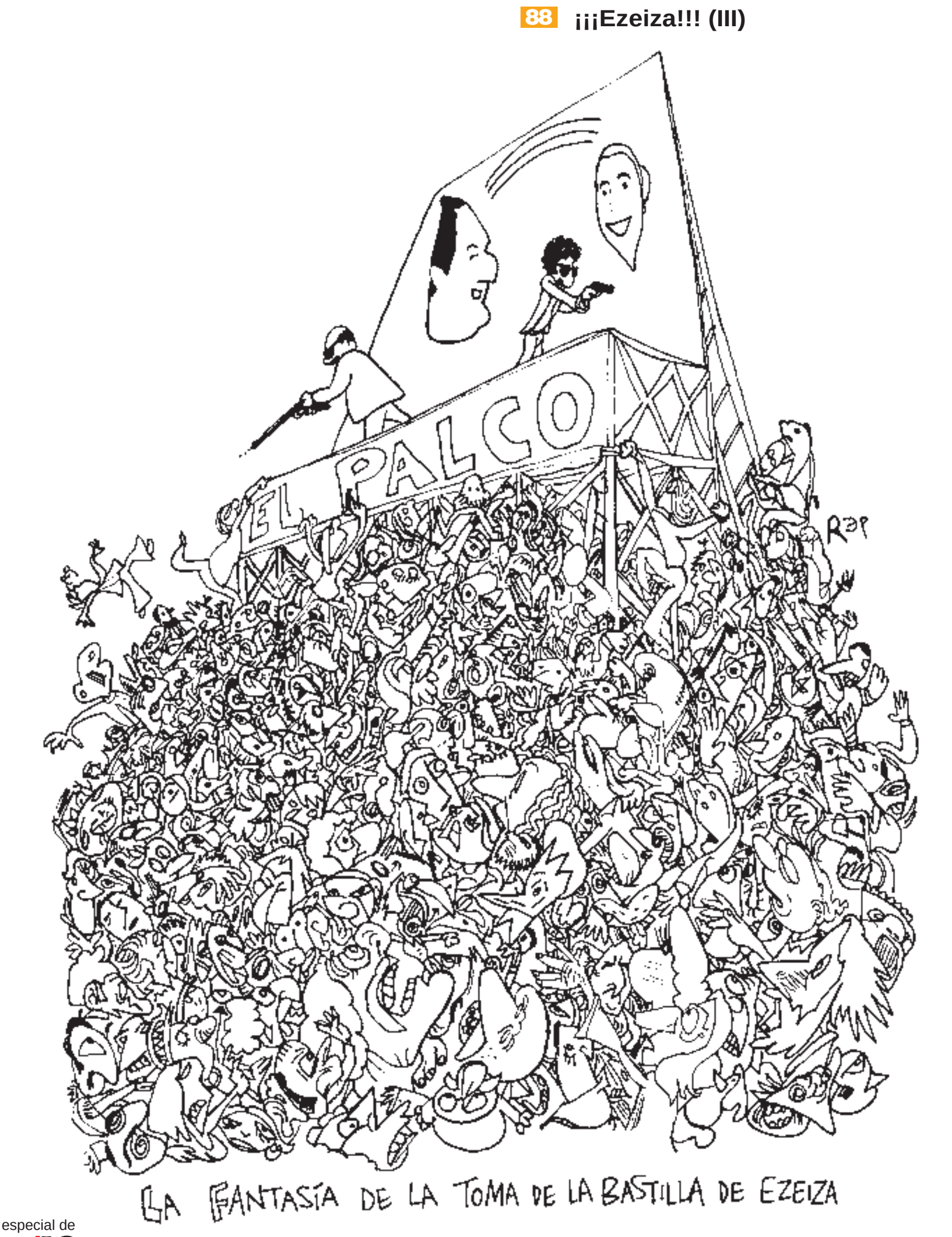
¡¡¡Ezeiza!!! (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

88 **¡¡¡Ezeiza!!! (III)**



Suplemento especial de
Página|12

EZEIZA EN CLAVE BECKETTIANA: ESPERANDO A PERÓN

Se la suele reducir a un enfrentamiento entre "los Montoneros" y "la custodia del palco". Es un disparate. La tragedia de Ezeiza es uno de los sucesos más complejos de nuestra historia. La interpretación maniquea posee la intención política de rebajar a un hecho casi delictivo una frustración nacional de raíces metafísicas. Si fueron a Ezeiza, al Puente 12, entre 2 millones y medio y 3 millones de personas, está claro que la tragedia afectó a muchos más. A muchos más hombres y mujeres de los que estaban arriba y en las cercanías del palco. Y que es necesaria una pregunta previa a todo análisis. Un detonante. Una pregunta que sea el punto de partida de toda la trama histórica, de la densidad de la tragedia, de lo que se podrá explicar y de lo que no. La pregunta es: ¿qué buscaban al ir a buscar a Perón millones de seres humanos? Como dijimos, el hecho tiene la carga de los años que han transcurrido –18 años desde 1955–, de la figura mítica que llega (Perón) y del rechazo que ha pesado sobre ella durante años, de los ultrajes, de las versiones injuriosas, de su absoluta demonización. Estos datos no alcanzan a explicitar el espesor inédito del suceso. Hay una Ida a Ezeiza y hay una Vuelta de Ezeiza. Son por completo distintas. Si decimos que la Vuelta está marcada por la desesperanza, ¿concluiremos que es la esperanza la que dinamiza la Ida? En parte, sí. Otras preguntas serán menos pertinentes: ¿merecía Perón un recibimiento semejante? ¿Merecía que millones de personas fueran a buscarlo, a darle la bienvenida, a alegrarse con su llegada? Esto no se resuelve discutiendo sobre las virtudes y defectos de Perón. Perón ha terminado por ser una entidad misteriosa. Hemos dicho que el peronismo es más que Perón, pero lo es porque Perón no se reduce a "Perón". El, como el peronismo, también es más que Perón. Y hasta ese plus de historicidad que el peronismo tiene en relación con él acaso se lo deba en parte: el peronismo es más que Perón porque también Perón es más que Perón. Veamos: ¿fueron a buscar a un líder político las multitudes de Ezeiza? Sí, pero más. Caminaban por la autopista Riccheri con una alegría, con una certidumbre de *esperanza que se realiza*. Hoy, 20 de junio de 1973, está a punto de cumplirse la esperanza de casi todo un pueblo. ¿Por qué necesitan esperanzas los pueblos? O también: ¿qué esperaban? Si reemplazamos la palabra *esperanza* por la palabra *posibilidad* o *proyecto*, advertiremos que la esperanza, como las otras, se ubica en la temporalidad futura. La esperanza nunca se realiza hoy. La esperanza es algo que el sujeto anhela o quiere o busca o pretende para sí. Siempre está en el horizonte. La esperanza es un acontecimiento cuya característica central es la de no-haber-llegado. Cuando la esperanza llega, lo hace como esperanza realizada o como frustración. Cuando se la va a buscar se lo hace porque se busca tornarla real. Y en la esperanza es el sujeto el que se da a sí mismo algo que su existencia requiere.

El sujeto está pulsionado hacia el futuro. Esa pulsión por el futuro es, sin más, la existencia. La existencia es desear ser algo que todavía no se es. Es desear ser lo que anhelo ser, lo que espero ser. Quiero ser mi esperanza. Quiero ser mi proyecto. Quiero ser la posibilidad que he elegido. *Todo eso está siempre lejos de mí, en el futuro*. ¿Viene hacia mí o tengo que buscarlo? En el caso del "regreso de Perón" se dan las dos posibilidades: mi esperanza viene y yo la voy a recibir, voy hacia ella, a su encuentro. El sujeto nunca es *realidad*, siempre es *posibilidad*. Ezeiza expresa la *posibilidad* en dos modalidades. La posibilidad viene hacia mí. Yo voy hacia ella. O la espero. Hemos dado con el concepto antinómico al de *posibilidad*. La *espera* es lo contrario del arrojo hacia los posibles. O yo soy mi arrojo hacia mis posibilidades o soy la espera de que alguno llegue hasta mí.

Si soy mi arrojo hacia mis posibilidades, soy yo el que dinamiza la existencia, la mía. No espero, me arrojo, me lanzo hacia mis proyectos. Si no, me dedico a esperar. Mis posibilidades vendrán hacia mí. Todas estas posibilidades pueden reducirse a una. Incapaz de hacer (desde mí, a partir de mí) que algo suceda, espero que el *acontecimiento* provenga de otro lado. *Otro lado* será siempre fuera de mí. Alteridad. La Alteridad puede venir o no. No depende de mí. Yo sólo tengo que esperar. A eso que espero puedo ponerle un nombre. Puedo ponerle "Perón". El viene para hacer todo lo que yo no puedo hacer. Viene para cambiar todo lo que yo no puedo cambiar. Viene para abrir hacia el futuro un horizonte para mí cerrado. Viene para mover lo que está quieto. Para hacer avanzar lo que no avanza. *Para darle un sentido a eso que no lo tiene*. Aquí llegamos al centro de la metafísica de la espera: el que viene (ese a quien yo espero) viene para darle un sentido al mundo en que yo vivo y al cual soy incapaz de darle (yo) ese sentido. Sin embargo, hay un enorme riesgo. Cuando venga el que espero tal vez no le dé un sentido a mi existencia. Tal vez venga para revelarme que no debía venir, porque el sentido de mi existencia era, precisamente, esperarlo. *¿Qué voy a esperar ahora que llegó lo que esperaba?* Aquí llegamos al punto de quiebre. ¿Cómo enfrenta esto el sujeto? Su posibilidad es ahora realidad, *se realizó*. Al morir como posibilidad, ¿qué hace el sujeto? ¿Crea otra? ¿Empieza a esperar otra vez algo en lo que ha conseguido depositar todas su angustias? Es posible. Aunque sabrá que, si viene, se acabará la espera. La tragedia reside en que cuando llega lo que se espera llega para abolir la espera. Si el sentido de la vida residía en la espera no habrá ya sentido de la vida si la espera termina. El sujeto, aquí, advierte que la espera no debe terminar. Que lo que se espera no debe volver. Que si vuelve volverá para morir como espera. Como *sentido*.

Todo este desarrollo (impulsado por los hechos de la *espera* de Ezeiza y de su posterior *tragedia*) ha sido fraguado desde la filosofía existencial del primer Heidegger y del primer Sartre. A mí me interesa poco el Heidegger II y no creo que haya existido más que un solo y espléndido Sartre. También, confieso, puse algunas cosas –o unas cuantas– de mi cosecha, de modo que sería inadecuado que alguien se entregue a la tarea de ver si interpreté bien a los filósofos que más notoriamente se agitan en estas líneas. Fueron utilizados para la hermenéutica de un acontecimiento insondable. Pero –se habrá notado también– el que acaso más haya sido requerido es otro filósofo de la existencia, que bebió de los citados y también de textos del ensayista (no filósofo) Albert Camus, hombre de gran talento narrativo que logró –pese a su escasa formación filosófica: Gadamer le reprocha no haber leído "a los grandes maestros alemanes", al contrario de Sartre, que se los devoró– redondear dos excelentes ensayos: *El mito de Sísifo* y *El hombre rebelde.* Por la misma época, un dramaturgo de genio pone sobre las tablas el drama existencial más poderoso del teatro contemporáneo: *Esperando a Godot*. Como se comprenderá, no podía este ensayo (el nuestro) ignorar esa interpretación de la condición humana. Porque a lo largo de la autopista Riccheri –el 20 de junio de 1973– millones de argentinos pusieron en escena *Esperando a Godot*. Con otro nombre, *Esperando a Perón*.

¿Y SI GODOT NO VIENE?

Uno de los pasajes más conocidos de *Ser y tiempo* es el que se refiere a la existencia auténtica y a la existencia inauténtica. Hans-Georg Gadamer, en un texto muy elogioso sobre Jean-Paul Sartre en tanto filósofo, expresa cierto desdén por esos textos heideggerianos. Gadamer se equivoca. Hay, en él, un excedente de *alemanidad* que lo lleva a valorar sólo lo que considera *complejo* en su ilustre maestro. Esos textos de *Ser y tiempo* son –es cierto– los más transitados y tal vez los menos complejos, pero no por eso son los menos profundos (ver: Hans-Georg Gadamer, *El giro hermenéutico*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 53). Prefiero la traducción de *propio e impropio* a la de auténtico e inauténtico. Partimos entonces del sujeto de la fenomenología arrojado al mundo. Ese arrojo es hacia sus posibles. El sujeto no es realidad, es posibilidad. Al no ser realidad y al ser algo que está en el futuro, Sartre dirá que es *nada*. Si el sujeto es nada veremos que Beckett da en el clavo cuando pone a sus personajes esperando algo que los llene, que haga de ellos *algo*. Lo que no advierten es que la *espera de Godot* es lo que son. Ellos son *los que esperan a Godot*. Ese es su ser. Si Godot llega ya no habrá que esperarlo. Si se deja de esperarlo (y esperarlo era el Ser, pues tanto Valdimir como Estragón *son* los que esperan a Godot) cae el *sentido*, cae el *ser*. Si Vladimir y Estragón ya no esperan a Godot porque Godot llegó no sabrán *qué son* ahora. Se supone –aunque no lo saben– que Godot no debe llegar para que ellos sigan siendo la *espera ontológica* que son. La *espera* es *ontológica* porque esa espera les otorga el *ser*.

Estragón: Vayámonos.
Vladimir: No podemos.
Estragón: ¿Por qué?
Vladimir: Esperamos a Godot.
Estragón: Es cierto.

Jamás dirán qué es Godot. Es sólo alguien a quien esperan. La situación se explicita de distintos modos. La *espera* –no lo olvidemos– es Godot quien la constituye. Hay espera porque existe Godot, a quien se espera. Hay temporalidad porque –también– existe Godot. Hay, al menos, una cierta dimensión del *futuro*. Godot vendrá en el futuro pues aún no ha venido. El futuro existe porque en él vendrá Godot.

Estragón: ¿Y si no viene?
Vladimir: Volveremos mañana.
Estragón: Y pasado mañana.
Vladimir: Quizá.
Estragón: Y así sucesivamente.
Vladimir: Es decir...
Estragón: Hasta que venga.

Tampoco les es posible *actuar*, realizar un *acto*. Por lo tanto les es imposible *ser* a través de la acción. Si uno es lo que hace, no hacer es no ser. Tampoco Valdimir y Estragón pueden ser otras cosas que los seres humanos son: pobres, ricos, ingleses, franceses, argentinos. Están en un lugar indeterminado. Están en un lugar que no-es. Sólo hay un arbolito. De tanto en tanto aparece un chico para avisar que el señor Godot dice que está por venir, que ya vendrá. Esto crea un verosímil: hay alguien que les dice que Godot viene. Ese alguien (el chico que anuncia la llegada de Godot en algún momento indeterminado por ahora) ha de conocer sin duda a Godot. Si Godot le dijo lo que el chico dice es porque Godot existe. Si Godot existe probablemente venga. Si no existiera, no vendría de ningún modo. Esto los decide cada vez más: esperemos.

Vladimir: Entonces, ¿qué hacemos?
Estragón: No hagamos nada. Es lo más prudente.
Vladimir: Esperemos a ver qué nos dice.
Estragón: Quién.
Vladimir: Godot.
Estragón: Claro.

De pronto, Estragón tiene una sospecha importante. Intuye que Godot les ha robado la libertad. Que no son libres. Que viven en la espera de. Que dependen de la llegada o no llegada de alguien. *Que su existencia se decide desde afuera, en exterioridad*. Que no son ellos los que deciden. Que no son dueños de su ser. De su posibilidad de *darse el ser*. De la decisión por medio de la cual me elijo y decido *desde mí* qué soy. Esta *autonomía del decisionismo* es central en toda existencia propia. O decido desde mí o espero que algo decida por mí. En el caso de la *espera* he tomado la decisión de esperar. Al hacerlo *soy* esa espera. La espera me constituye. La espera es ontológica. *Esperar a Godot* es una decisión ontológica porque hace de mí un *ser* que espera. Soy en la modalidad de esperar.

Estragón (mastica, traga): Pregunto si estamos atados.

Vladimir: ¿Atados?
Estragón: Atados.
Vladimir: ¿Cómo atados?
Estragón: De pies y manos.
Vladimir: Pero, ¿a quién? ¿Por quién?
EstragÓn: A tu buen hombre.
Vladimir: ¿A Godot? ¿Atados a Godot? ¡Qué idea! ¡De ningún modo! (*pausa*.) Todavía no.

UNA INTERPRETACIÓN DE ALAIN BADIOU, EQUIVOCADA

Alain Badiou da una original interpretación de la pieza de Beckett que nos será útil para interpretar "Ezeiza". Para él, lo que hacen Vladimir y Estragón es "perseverar en su ser" (Alain Badiou, *Beckett, el deseo infatigable*, Arena Libros, Madrid, 2007, p. 63. La fecha de edición de estos libros y los autores que se ocupan de su autor nos muestran la vigencia del tema. Desde este punto de vista, es envidiable la obra de Beckett. Se han escrito cientos de obras teatrales sobre el tema de "esperamos a". Sin duda, dio en un punto formidable. El ser humano vive en *estado de espera*. Se espera al Mesías. Se espera el Reino de los Cielos. Se espera la liberación de los oprimidos. De las injusticias. Se espera la Revolución. Se espera el Apocalipsis. Se espera el Jardín de la Delicia que prometió Alá. *Se espera que vuelva Perón y vuelve hoy y todos vamos a buscarlo.* ¿Alguien se preguntó en la Riccheri qué sucedería si *la espera terminara*? ¿Sería malo, sería bueno? ¿Qué sucederá al día siguiente de la vuelta de Perón, qué vamos a esperar entonces? ¿Qué tendrá que hacer Perón para justificar tanta espera, tantas esperanzas? El punto beckettiano pareciera revelar una de las claves fundamentales de la existencia humana. Mi amigo Patricio Contreras –cuando hablábamos de las tantas obras que se basaban en *Godot*– solía decirme: "Y bueno, Beckett fue el que inventó la huevada". "Huevada" es –creo haberlo dicho ya– esa palabra chilena y un poco también mendocina que señala cualquier cosa sin la solemnidad correspondiente. Esta "huevada" que inventó Beckett (dos tipos que esperan a otro que no viene) es la clave del teatro contemporáneo y recoge los más grandes tema de la filosofía de la existencia. Patricio –que hizo la obra bajo la dirección de Leonor Manso– me decía que, en cierto momento, tenía que adoptar una posición estrafalaria y preguntar: "¿Tú crees que Dios me ve?" Y, a él, un actor de un formidable profesionalismo, se le llenaban los ojos de lágrimas. Por esa simple pregunta. "¿Tú crees que Dios me ve?". A la vez, me permitiré subrayar el mecanismo interno de la obra, su increíble y poderosa simpleza: *son dos tipos que esperan a otro que no viene*). Alejando la obra del teatro existencial del absurdo y hasta al autor de su pesimismo nunca discutido, Badiou decide encontrar en *Godot* un mensaje optimista. "Esperar a Godot" es –para Vladimir y Estragón– "un principio de deseo, una fuerza vital, que las circunstancias parecen transformar en todo momento, en ilegítima o imposible" (Badiou, *Ibid.*, p. 63). Falso de toda falsedad. No hay "fuerza vital" ni "deseo" (¡oh, esta palabra, un francés no puede pensar si no acude a ella!) en los personajes beckettianos. Nunca las circunstancias tornan "imposible" el supuesto "deseo" de V. y E. No hay un "imposible". La llegada de Godot jamás se define como "imposible". Sólo se posterga. Al parecer se postergará largamente. Al menos, mientras V. y E. sigan esperando. Porque son ellos –con su espera– los que le dan el ser a Godot. Si "esperar a Godot" es el sentido de la existencia de V. y E., Godot –a su vez– sólo puede ser una fuente de sentido en tanto V. y E. lo esperen. *¿Quieren matar a Godot?* Bien,

vamos a mostrar lo fácil que es matar a Godot.

MATAR A GODOT

Tomemos las dos o tres líneas finales de la obra. Apenas la variación de tres palabras bastará para aniquilar a Godot.

Texto de Beckett:
Vladimir: ¿Qué? ¿Nos vamos?
Estragón: Vamos.
(No se mueven)

Telón

Variación del texto que permite matar a Godot:
Vladimir: ¿Qué? ¿Nos vamos?
Estragón: Vamos.
(Se van)

Telón

Simplemente Vladimir y Estragón toman una decisión contraria a la que siempre han elegido. No se quedan, se van. Al irse ya no esperan a Godot. Si nadie lo espera, Godot muere. Godot existe porque alguien siempre lo espera. Existe porque es el símbolo de la espera de la existencia impropia: espero que el sentido venga hacia mí, soy porque espero que algo ocurra. Soy porque no puedo yo generar desde mí un *acto irreversible.* Una decisión ontológica que haga de mí otra cosa de lo que soy. Si en lugar de esperar se van y no esperan más han dejado de ser lo que eran. Ya no son dos patéticos seres inmóviles. Ahora hasta inauguran una nueva temporalidad. Al irse, el futuro ya no es que Godot venga. El futuro es el que ellos han elegido para sí: irse. "*Se van*." Es todo. Nadie espera a Godot. Su poder significante murió. Perón era Perón porque el pueblo lo esperaba. Vivía *esperando a Perón.* 18 años esperando a Perón. 18 años peleando por la vuelta de Perón. 18 años –los otros, los que no esperaban a Perón– impidiendo que Perón vuelva. Postergando ese acontecimiento.

Vladimir: Nos ahorcaremos mañana. (*Pausa*.) A menos que venga Godot.

Estragón: ¿Y si viene?

Vladimir: Nos habremos salvado.

Estragón hace la pregunta que debió ser hecha desde el inicio: "¿Y si Godot viene?" Vladimir (refiriéndose al plan del suicidio) responde: "Nos habremos salvado". Pero es de otra cosa que se salvarán. Se salvarán de seguir esperándolo. Pero la llegada de Godot no puede ser sino un acontecimiento terrible. "Llegó. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿A quién esperamos?" O también: "Llegó, pero, ¿sabes?, no me gusta Godot. No es como yo lo imaginaba". O también: "Llegó, pero yo no quería que llegara. Estaba cómodo esperándolo". O también: "Llegó, pero ¿escuchas lo que dice? No estoy de acuerdo". "Yo tampoco. Matémoslo. Alguien nuevo vendrá. Y nos dirá cosas más bellas. Y, entre tanto, podremos seguir esperando." O también: "Llegó, pero no me gustan sus palabras. Creo que las dice para ti". "Yo temo que las próximas las diga para ti." "Tú y yo éramos distintos. Ahora lo sabemos. Antes no. Porque esperarlo nos hacía *uno*. Ahora somos dos. Qué bien estábamos mientras él no venía. Eramos amigos y lo esperábamos. Ahora lo quiero para mí. Sí, ¿no lo escuchas? Es a mí a quien le habla." "No, es a mí." "He dicho que es a mí." "¿Qué hacemos?" "Declarémonos la guerra."

Es arduo no ceder a la tentación de ver en Godot una de las formas en que Dios puede ser interpretado, asumido, amado o deseado por los hombres. "Godot" es un significante sin contenidos. Jamás Beckett dice qué o quién es "Godot". "Godot" puede ser cualquier cosa. Un hombre, un dios, un monstruo, una idea. Pero ese significante sin contenidos puede transformarse en el más poderoso de los significantes con sólo una pequeña alteración lingüística. "Godot" es un nombre (porque es eso: un nombre, no sabemos a qué o a quién se le da ese nombre, pero lo que sea que fuere su nombre es "Godot") formado por cinco letras. Si de ese nombre extraemos dos letras (*solamente dos letras*) se produce un cambio sustancial. Saquemos la "o" y saquemos la "t". "Godot", ahora, se lee "God". Hasta podríamos decir que si interrumpiéramos la pronunciación del nombre en la "d" ya estaría la palabra "God". Porque lo primero que uno dice al decir "Godot" es "God". Por consiguiente, sería ingenuo *no creer* que algo quiso decir Beckett con eso. "God" –contrariamente a "Godot"– es un significante plagado de contenidos. Pero, ¿podrían decir Vladimir y Estragón "esperamos a Dios"? No, aun cuando esperar a "Godot" sea "esperar a Dios".

Badiou (seguramente con la poderosa pulsión de todo filósofo francés de ser original), hacia el final de su libro, escribe: "No se sabrá con toda posibilidad 'quién' es Godot, basta con que sea el emblema de la obstinación de todos en desear que algo ocurra" (Badiou, *Ibid.*, p. 64). No parece ser el caso de los personajes beckettianos. No quieren que algo ocurra. Quieren esperar que algo ocurra. ¿Qué podría ocurrir? Que venga Godot. En tanto no venga, el sentido de la vida de ambos es esperarlo. Este sentido tiñe a sus existencias de las características de la impropiedad. La existencia impropia es la que no decide desde sí sino que es decidida en exterioridad. O la que espera ser algo y ya ha decidido lo que quiere ser: quiere esperar, quiere la inmovilidad, no quiere el riesgo del devenir, quiere ser *realidad*, le teme a su *posibilidad*. La espera cosifica a Estragón y a Vladimir. Serán siempre lo que son. Si, en el final, en lugar de "No se mueven" leyéramos "Se van", Vladimir y Estragón habrían decidido ser libres, arrojarse a lo más puro del ser humano: su ser-posible. La "realidad" es una cosa. Una cosa siempre es lo que es. Si el hombre es posibilidad es porque *no es* una cosa. Es un ente arrojado al futuro. Me estremece lo tenue y lo inmenso que es lo que podría variar por completo el sentido del texto.

En lugar de:
(*No se mueven.*)
Poner:
(*Se van.*)

Eso es todo. Ahí puede llegar Godot y no hay nadie. Nadie lo espera. Deberá morir. Hay una excelente editorial nacional que ha asumido por nombre "Ediciones Godot". En uno de sus envíos impulsó una consigna excepcionalmente precisa: "No hay que esperar a Godot, hay que matarlo".

MATAR A PERÓN

Volvamos a Ezeiza. La multitud marcha hacia el Puente 12 a recibir al que tanto ha esperado. No tiene la actitud pasiva de Vladimir y Estragón. Godot, God o Perón vienen pero los vamos a buscar. Hay una mezcla de actividad y pasividad. Viene Perón, ese significante sin contenidos en el que todos han puesto lo que han querido. La derecha, el fascismo. La izquierda, la revolución. Los patrones, el orden. Los sindicatos, la retención de su poder, su hegemonía en el movimiento. Los militares, el exterminio de la guerrilla y la pacificación del país. Los políticos, la democracia, el diálogo, la gobernabilidad burguesa. La guerrilla trotskista, nada o casi nada: vuelve un burgués que jamás intentó llevar ni llevará el país al socialismo. Apenas si son parte de los que lo han esperado. La clase media, las mejoras económicas. La clase obrera, al líder de los días felices, al jefe del Estado de Bienestar. Los pobres, también. Los economistas, el desarrollo, el crecimiento, la suba de la renta nacional, producto bruto interno. Los gorilas, el odio que no cesa y el deseo del fracaso de ese que vuelve y jamás debió volver.

Godot no volvió. Vladimir y Estragón lo siguieron esperando. A diferencia de Godot, Perón vuelve. El milagro se realiza. Se acabó la espera. Ya no hay que esperar a Perón. Nos espera a todos en el Puente 12. Vamos a buscarlo con cánticos de alegría. Ahora todo irá bien. "¡Perón y asunto arreglao!" O como decían los enormes carteles callejeros de la UOM: *"Bienvenido general a la patria liberada"*. Si llegaba Perón, la patria *ya* estaba liberada. No había, para ellos, teoría del primer mes. Sabían que con Perón era más que suficiente. Que la teoría del primer mes se la aplicaría a Cámpora. Que Perón tomaría el Gobierno y lo tomaría con ellos, con el sindicalismo organizado, con la *columna vertebral* del peronismo.

¿No era demasiado lo que se esperaba? ¿No eran, también, *demasiados*? A Godot, sólo Vladimir y Estragón. Pero a Perón una nube de intereses divergentes. Un país en estado de enfrentamiento. "Venga, general, arregle esto." Hasta la petición que le hice al Gordo Abrales la iba a arreglar Perón: "Che, Gordo, necesito tener un barrio atrás". "Esperá que venga el Viejo y ordene las cosas." Todos por la Riccheri. La representación de *Esperando a Perón* no puede ser una obra teatral. Tiene que ser una ópera.

Escenarios posibles:

A) Las muchedumbres marchando por la Riccheri. Los distintos cánticos.

B) La Casa de Gobierno. Solano Lima, Righi, Abal Medina. Se les ha ido la seguridad de las manos. Es Osinde el que manda. Cualquier desastre se puede esperar. Osinde es un viejo custodio de Perón. Es amigo de Ante Pavelic. Es un asesino. Es un tipo formado en los peores centros de contrainsurgencia. Abal Medina es el más decidido para tratar de evitar algo.

C) La Tendencia llegando al Palco desde todas partes. Especialmente desde La Plata. Los militantes estudiantiles de la FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional). Personajes principales: Norberto Habbeger, Ernesto Jauretche, Cacho el Kadri, Carlos Kunkel, *El Flaco, Lupin* Kirchner, Negri, el *Ruso* Ivanovich y otros.

D) El avión en que llega Perón. López Rega. Lastiri. Isabelita. Y todos los demás. Los "charteristas". Cámpora.

E) El Palco. Osinde. Leonardo Favio. Los mercenarios de la OAS.

F) Los obreros de Rucci alrededor del Palco. Son muy pocos. La Policía, que no sabe qué hacer.

G) La orquesta. Como la del *Titanic*.

Por fin, le anuncian a Perón del caos reinante alrededor del Palco.

¡Perón no aterriza en Ezeiza, aterriza en Morón! ¡Godot llega pero no donde se lo espera! ¿Qué resultado dará esta alteración fundamental? ¿Qué habría ocurrido con Vladimir y Estragón si les hubiera sucedido esto? Aparece el chico para decirles: "El señor Godot ha llegado, pero no aquí. Llegó a otro lugar". ¿Por qué? ¿Por qué ese desaire? En el caso de Perón: porque ustedes convirtieron esto en una matanza. No merecen que llegue al lugar que había prometido.

Bien, Perón llega. Dijimos que Godot no debía llegar para que Vladimir y Estragón recuperaran su decisionismo libre. Al no llegar, ellos deciden no esperarlo más y *se van*. Godot muere. No sucede así con Perón. Aunque llega a *otro lugar* igual llega. *Todos se arrojan sobre él*. Todos le exigen lo que quieren. Aquello por lo que han esperado tanto. En poco más de un año (muy pocos: días apenas) lo matan. Se lo devoran. Luego se matan entre ellos. Luego llega otro Godot. Un Godot mortal al que nadie esperaba.

Si los que iban a buscar a Perón realizaban en ese acto su existencia propia es un problema duro de resolver. Nadie los obligó. Fueron porque eligieron ir. Hubo un dibujo que lanzó Quino en la época: miles de personas sin cabeza desfilando y elevando un estandarte con la cabeza sonriente del líder. Era claro: la cabeza del líder reemplazaba a la de todos. La enajenación de los sujetos en un sujeto privilegiado. ¿Qué es un líder de masas sino un sujeto privilegiado? ¿Qué es un líder de masas sino un sujeto que concentra en sí la adhesión de muchos, libremente ofrecida? ¿Se le puede llamar a eso *alienación*? No, los que fueron a buscar a Perón fueron a recibir al que tanto habían esperado. Fue un acto libre. Pero la fuerza de Perón estaba en la lejanía. Era un mito, pero en tanto estuviera afuera. Desde afuera podía conducir a todos. Podía manejar todas las contradicciones. En el país, él era solamente una más. Así, viejo y enfermo y, además, malo, rodeado de personajes que expresaban alguna perversa patología que lo consumía, sólo podía esperarlo la muerte. Si Godot llega, muere. Porque su poder está en hacerse esperar. Perón llega y todos le piden que lleve a cabo la esperanza, el proyecto con que lo esperaban. No puede. Elige a unos y condena a otros. Los elegidos y los condenados inician una guerra entre ellos. Godot no puede frenarla, evitarla. ¿De qué sirve Godot? De nada. Los elegidos quieren que frene a los condenados. No puede: los condenados se le rebelan. Godot queda en el medio de una guerra que no puede controlar. Godot muere. Entre todos, se lo comen.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¡¡¡Ezeiza!!! (Conclusiones)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

89 **¡¡¡Ezeiza!!! (Conclusiones)**

Suplemento especial de
Página|12

EL "ASALTO" AL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

Salimos de la autopista y nos metimos entre unos arbolitos. A la sombra. Nos sentamos y sacamos algunos sÁnguches para calmar el hambre de la caminata. Éramos –como dije– tres: Conrado Eggers Lan, Ariel Sibileau y yo. Ésa era nuestra columna. No podíamos tener pretensiones de *copar* nada ni lo pretendíamos. No recuerdo por qué no fui con la columna de Miguel Hurst ese día. Pero no era raro que estuviera con Eggers. Dos meses atrás me habían llamado los militantes de Humanidades de FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional). Eran los de La Plata. Me habían citado en Ciudad Evita. Era un día gris, frío, el otoño empezaba a apretar. Me dijeron que me querían para el Decanato de Humanidades. La cosa me sonó bien. Entre tanto, unos 30 o 40 metros más allá se hacía un acto por "los caídos en la lucha por la liberación". Eran unos cinco o seis compañeros los que hablaban conmigo. Que ellos me ahorrarían todo el trabajo, que me iban a buscar a mi casa a la mañana y me devolvían a eso de las 6 de la tarde. Que no bien llegara tendría sobre mi escritorio todos los diarios de la mañana. Que yo les resultaba ideal porque habían leído *Envido* desde el comienzo, habían escuchado charlas mías y habían estudiado y debatido mis trabajos. De tanto en tanto, los del acto voceaban un nombre: "¡Sabino Navarro!" Los muchachos interrumpían la conversación, alzaban el brazo con la "V" peronista y contestaban: "¡Presente!". (*Nota:* En pleno '76 la revista *Gente* informaba sobre estas cosas como el colmo del horror subversivo. En el '73 eran parte del ritual de cada acto. La idea que tenía yo del asunto era: se trata del reconocimiento a una juventud que luchó contra una dictadura militar ilegal, anticonstitucional, represiva. Habían sido muertos por un gobierno militar que usurpaba el poder. Ahora, con el regreso de la democracia, *La violencia debía terminar*. Como voy a abundar hasta lo más hondo –eso espero– sobre estas cuestiones, dejo el planteo aquí. Volveremos sobre él.) Yo no decía el "presente" de la liturgia del acto porque ya era profesor y me había impuesto ciertos límites. Decía, sin embargo, "presente" siempre que nombraban al boxeador Eduardo Pablo Monti. Alguien voceaba "¡Monti!" en cualquier acto y yo decía: "¡Presente!". En primer lugar porque me conmovía su condición de boxeador. No puedo evitar ser fanático de ese deporte que si lo prohibieran estaría de acuerdo. Me conozco todas las películas que se hicieron sobre sus momentos de gloria y sus enormes desdichas. Todas las grandes películas sobre box proponen su prohibición o muestran su cara negativa. Monti –durante la Resistencia Peronista– subía al ring con una bata que decía "Perón Vuelve". Era un Gatica de segunda categoría. Era un mediopesado, pero –además de boxeador– era un militante político. Un obrero textil padre de cuatro hijos. Vivía en Lanús. De su casa lo secuestran un 11 de marzo de 1972 a las 6.30 de la mañana. No estaba en ninguna organización guerrillera. Era un típico obrero textil peronista que luchaba contra la dictadura de Lanusse. Es tan brutal el castigo al que lo someten en la cárcel de Olmos, tanto lo golpean con palos y cadenas, tanto lo someten a la picana que, por fin, lo matan. Tenía 43 años. Como se ve, no era un "joven guerrillero formado en la teoría del foco". Lanusse no lo menciona en sus testimonios. Lástima. Si Monti no hubiera muerto habría sido uno de los liberados por la ley de amnistía del camporismo. ¿Alguien puede atreverse a decir que "habría salido a matar"? ¡Por favor! Hubo miles de *Montis*. Víctimas de siete años de dictadura de la Revolución Argentina y 18 años de gobiernos ilegales, represivos, antidemocráticos. ¿Cómo no iban a dictar la ley de amnistía si todos los presos eran presos ilegales, presos de dictaduras? Era una medida humanitaria, y, a la vez, un blanqueamiento, un nuevo comienzo. La democracia debía empezar así: con la libertad a los presos de la represión dictatorial. Lástima que Eduardo Pablo Monti no llegó al 25 de mayo de 1973. Abrirle a él la puerta de su prisión habría sido un alivio para todas las horribles torturas que sufrió. Habría sido, sin más, un acto de justicia. Ahora es un muerto más que "se quedó" en la tortura. Porque es así: los que mueren a manos de los torturadores "se quedan" en la tortura. Como si se hubieran obstinado por permanecer en ella. O como si la decisión de morir les perteneciera. Una frase cruel que limpia a los torturadores. No murió "a causa de" la tortura. No murió porque "sus torturadores lo asesinaron". No, "se quedó" ahí. Fue una decisión suya. Podría haber "salido de la tortura". Pero eligió quedarse. Qué pena. No era lo que querían sus torturadores. Que, de buenos que eran, deseaban que "saliera" vivo. Debiera, al menos, decirse: se *les* quedó en la tortura. Se les quedó a ellos: a sus torturadores. El torturado, de quedarse en algún lado, habría preferido quedarse en su casa, vivo. Pero a los torturadores –de infames y crueles que fueron, de desbocados en su sadismo– se "les quedó". Y mejor que decir "se les quedó en la tortura" sería decir "lo mataron torturándolo". Así murió el boxeador Monti. Una mancha ilevantable en el gobierno de Lanusse. (Ver: Roberto Baschetti, *La memoria de los de abajo. Hombres y mujeres del peronismo revolucionario*, Tomo II, De La Campana, La Plata, 2007, p. 61.)

Volvemos a Ciudad Evita. Los pibes de la FURN me dicen que lo tienen que consultar con Agoglia, el actual rector. Pero no dudan que todo saldrá bien. Al día siguiente voy a visitar a Conrado Eggers Lan en su despacho de flamante director del Departamento de Filosofía. No bien me vio hizo un gesto jodón: señaló la silla frente a su escritorio con solemnidad fingida. Como si dijera: "Mire, José, qué importante soy ahora. Siéntese que igual lo voy a atender". (Cuento esto para que se vea cuál fue nuestro "asalto" al Departamento de Filosofía.) Me dice:

–Voy a anular los cinco griegos y los tres latines. Los pibes de la juventud no paran de pedírmelo.

En Filosofía había que cursar obligatoriamente cinco cuatrimestres de Griego o tres de Latín. Griego lo daba Thiele, si mal no recuerdo su nombre. Y Latín un tipo bastante difícil y bastante duro que se llamaba Pagés. Yo hice los tres latines. No tenía paciencia para los cinco cuatrimestres de Griego. Y con la llegada de la "corriente nacional" se hizo imperioso eliminar los idiomas clásicos. Los muchachos le habrán pedido a Eggers aprender *aymara*, *guaraní* o *quechua*. Por supuesto: quechua, como aprendía el Che en la selva boliviana. Pero ¡griego y latín! ¿Para qué mierda le servía eso a la nación latinoamericana? Toda la derecha atacó la decisión de Conrado al grito de la defensa del humanismo clásico. Pero Conrado no dio un paso atrás. Se acabó la tortura de los griegos y los latines. Fundamos, en cambio, *Historia del Pensamiento Latinoamericano*. Fundamos también un Centro de Estudios del Pensamiento Latinoamericano que dirigíamos Guillermina Camusso y yo. Dictamos, en seguida, la materia sobre la historia del pensamiento latinoamericano. Éramos, si mal no recuerdo, Guillermina Camusso, la brillante Nelly Schnaith y yo. ¡Elegí dar el pensamiento de Francisco Solano López! Al menos, durante la primera parte del programa. El mariscal López era el héroe del que Perón llamara "el ejército más glorioso de América". Era la posibilidad de dictar la "guerra del Paraguay" y el pensamiento del jefe del heroico ejército y del heroico pueblo que fuera masacrado en esa guerra infame. (*La Guerra de la Triple Infamia*, la llamaba Milcíades Peña.) Sin embargo, le dije a Conrado que yo me preparaba para ser Decano de Humanidades en La Plata.

–No se apure, José. ¿Qué edad tiene?

–Treinta años.

–Es muy pronto. Y además, en La Plata. Usted va a aterrizar ahí como alguien de otro pozo. –De pronto, pregunta–: Pero, ¿usted tiene el título?

Me había olvidado. Yo había dado mi última materia en 1969. Tenía dos opciones: o el profesorado o la licenciatura. Ni loco el profesorado: había que cursar y rendir tres materias pedagógicas. Y la tesis, sí. Pero aún no era el momento. Había mucho que hacer. ¿Cómo iba a perder el tiempo haciendo una tesis? No me importaba el título.

–Cierto, no tengo el título. Nunca rendí la tesis.

–José, qué boludo –dijo Conrado, excesivamente sincero–. ¿Y encima quiere ser Decano en La Plata?

Les dije a los pibes de la FURN. Les pareció "una cagada". Pero igual insistieron con Agoglia: que yo presentaría el título de inmediato. Que tenía lista mi tesis. Que todo era cuestión de días. Agoglia les dijo que no. Que no era de La Plata. Que era muy joven. Y que además todavía no tenía el título. Demasiado. Lo único que yo no aceptaba era que fuera muy joven. ¿Abal Medina no era Secretario General del Movimiento Nacional Justicialista y tenía apenas 27 años? Bueno, yo tenía 30 en 1973. ¿Por qué no podría ser Decano de Humanidades en La Plata?

–Por el título, José –me dice Conrado–. ¿Cómo no se le ocurrió rendir la tesis? ¿Cuándo entró en la Facultad?

–¿En 1962?

–¿Y recién dio su última materia en 1969?

–Sí, y la anterior en 1967. Qué me importaba. Yo tenía otras cosas que estudiar. No tenía apuro por tener el título. Di un montón de materias durante los tres primeros años. Después me puse a estudiar por mi cuenta. Usted lo sabe, Conrado. Ahora sí necesito el título. Dele, ¿qué tal si me arma una mesa? Yo le hago la tesis en una semana.

–La vanidad va a terminar con usted.

–No es vanidad. Voy a juntar todo lo que tengo publicado.

–Voy a fingir que no escuché eso.

En dos meses tenía una mesa especial: Conrado, Guillermina Camusso y el mítico traductor de *El ser y la nada*, el profesor Miguel Angel Virasoro, que había traducido la primera obra maestra de Sartre para una edición de Editorial Ibero Americana en 1948. *El ser y la nada*, desde luego. Todos leímos ese libro en esa edición. Incluso Horacio González cuenta –en *La crisálida*, creo– que Jacques Rancière se pasea mirando su biblioteca y se detiene en ella y la mira con cierta curiosidad. *El ser y la nada* en tres tomos cuando –en francés– tenía uno solo. No era una buena edición ni era bueno el trabajo del traductor –aunque sí esmerado–, pero todos leímos al primer Sartre de ahí. Los de *Contorno* y los que vinimos después. Algunos lo habrán leído en francés. Pero yo usaba la edición francesa para consultar algunas dudas, sólo eso. Del modo que sea, "mi" libro de Sartre fue más la *Critique* que el ensayo de ontología fenomenológica. Rendí la tesis y la que decidió ponerme dificultades fue Guillermina. Ignoro por qué. Con ella, Amelia Podetti, de a ratos Nelly Schnaith, Jorge Lovisolo y Sibileau habíamos formado un grupo de estudio del pensamiento argentino desde 1968. Éramos amigos. Pero decidió hacerme difíciles las cosas ese día. Todo salió bien de todos modos. El ilustre profesor Virasoro no dijo una palabra. Mi tesis versaba sobre una mezcla entre Sarmiento, Alberdi, Heidegger, Kant y José Hernández. Un caos que terminaba por armarse bien.

–Ahora quédese aquí, José –me dijo Conrado–. Su lugar es éste. Déjese de joder con La Plata. Dígame, ¿qué hacemos con Massuh?

–¿Cómo qué hacemos con Massuh? Se tiene que quedar en lo suyo.

–Pero fue interventor del Departamento bajo Onganía y la Jotapé lo quiere rajar.

–No puede permitir eso, Conrado. Perseguir gente, no.

Massuh se quedó. Cuando asumieron los de Ottalagano a Conrado lo echaron a patadas. Y a mí y a todos los "zurdos". Massuh se fue de gran capo a la Unesco. Terminó por ser el funcionario más duradero del Proceso. En 1983 le envié una carta terrible, no le ahorré nada: "Usted, un filósofo, un humanista, terminó por ser el funcionario más duradero de este gobierno de asesinos". Esto era lo más suave, apenas el punto de partida. Volvió y salvo apariciones previsibles en *La Nación* y *La Gaceta de Tucumán* se eclipsó. Santiago Kovadloff, que había sido discípulo suyo, intentó rescatarlo. Inútil. Se arruinó la vida. Al final empezó a hablar de su silencio comparándolo con el de Heidegger. Con lo cual admitía que Videla había sido similar a Hitler. Qué lástima. Fue mi primer maestro. Era un tipo brillante. Con gran sentido del humor. Él, Conrado, yo y dos o tres más íbamos a cenar todos los viernes. No había tema del que no habláramos. Mucho de

la religión, de lo *numinoso* de Rudolf Otto y del "fin de los tiempos" de Josef Piepper. Massuh podía llegar a decir:

–Mirá, Conyado –su tonada tucumana era uno de los factores de su personalidad atrayente al mango–, aunque no estoy de acuerdo con vos, igual te voy a servir papas fritas.

De él recibí mi primer gran elogio literario. Les leí, a los dos, fragmentos de una novela que estaba escribiendo:

Massuh le dice a Conrado:

–¿Viste, Conyado? ¿Viste cómo escribe este chico? Es música.

Desde ahí –y desde antes– no concebí mi prosa al margen de la música. De aquí que ahora diga a menudo: "Hay que escribir como Martha Argerich toca el piano". Tal vez demasiado, pero con metas mezquinas no se llega a ninguna parte. Qué lástima, Víctor. Tanto odio al marxismo. Tanta furia contra el peronismo. Tan poco rechazo por los milicos. Al contrario, casi fascinación por los fierros que cargaban. Qué pérdida, profesor. Le debo mucho y me apena no poder reconocerlo sin tantas reservas, con tantos cuestionamientos, con irrefutables, insalvables lejanías.

LA "FENOMENOLOGÍA DE LA HUEVADA"

Conrado era otra cosa. Se hizo peronista y siguió siendo un católico apasionado. A principios de los '60 había polemizado con León Rozitchner en la revista *Discusión*. Marxismo y Religión era el tema. Apareció Raúl Pannunzio (un mito de la época, nunca más supe de él) y puso de acápite a su nota (con la que terciaba en la discusión): "Cuando un ciego conduce a otro los dos caerán inexorablemente en un pozo". Dijo que era una frase de la Biblia. Le costaba hacerse entender a Pannunzio. No porque no fuera claro sino porque cuando te exponía Hegel a la vez se quitaba la seborrea de su cabeza, se miraba las uñas, escarbaba en ellas y tiraba por cualquier parte lo que de ahí extraía. No se daba cuenta. Creo que sin ese ritual –cuya condición de posibilidad era un aseo sin duda infrecuente– no podía pensar. Era un buen tipo. Pedante como casi todos los bichos que andábamos por ahí durante esos años.

Ahora vamos rumbo a Ezeiza. Estamos a la sombra. Conrado abre un bolso y saca de ahí... una botella de cognac *Pedro Domecq*, un símbolo de la época. Lo abre y empieza a tomar del pico. Nos convida. Ariel y yo: no, gracias, Conrado. Ariel, de pronto, estalla en una carcajada: "¡No se pierdan esto! ¡El Director del Departamento de Filosofía se mama!"

–Un poco nada más –se defiende Conrado.

–Eso le va a quitar lucidez, Conrado –digo–. Tiene que estar muy lúcido hoy.

–Pero también muy alegre –dice. Y se manda otro trago.

Volvemos a la Richieri. Es una romería. Está todo el mundo. La gente más impensada.

–Pero, ¿cómo? ¿Vos sos peronista?

–Ni en pedo. Pero no me voy a perder esto.

Y así seguimos marchando. Claro: los que andaban de fiesta ese día por la Richieri no eran todos peronistas. No se la querían perder. Minas embarazadas a granel. Tipos con nenes que cabalgaban sobre sus cuellos. Vendedores ambulantes. Hinchadas de fútbol. *Racing con Perón. Boca recibe al Líder del Pueblo. Los de River no somos gorilas ¡Viva Perón!* Y los que iban en silla de ruedas. Y los actores. Y los de Néstor Perlongher y su *Frente de Liberación Homosexual*. Era una marejada. Todos caminando hacia el mismo lugar.

Entonces aparece José Fiaquini.

–Mire, Conrado, yo no voy a ir mucho más adelante. Igual, a Perón no lo vamos a ver. Debe ser un despelote de gente ahí frente al palco.

–Pero, ¡carajo, José! Muévase un poco. No nos vamos a quedar aquí.

–Aquí o allá es lo mismo.

Para mi suerte encontramos a un personaje entrañable. *El único tipo que podía estar durmiendo la siesta en medio de ese florecimiento desbocado de la historia*. Héctor Abrales.

–Héctor, ¿qué hacés?

–Duerme –dice Horacio González que, por algún milagro de su ubicuidad, en ese momento está ahí. Abrales se levanta, se despereza.

–¡Ah, qué buen sueñito que me eché!

Al fin se conocen con Conrado. Abrales era un figurón del Consejo Tecnológico Peronista, mano derecha de Rolando García. Conrado pregunta:

–Dígame, doctor: ¿cómo son las reuniones del Consejo de Redacción de *Envido*? ¿Usted los aguanta a los muchachos?

(Abrales era mayor que nosotros.)

El querido Gordo contesta:

–Hago lo que puedo, profesor. Pero a veces la paso bien. ¿Sabe cuándo se pone jodido?

Nos señala a Horacio y a mí:

–Cuando estos dos se ponen a hablar de la *Fenomenología de la huevada*.

Todos rieron con ganas. La palabra "huevada" en boca de Abrales sonaba irresistible. Horacio se fue y no lo vi más. (Durante ese día, digo. Porque espero seguir viéndolo hasta la aciaga jornada en que la Huesuda venga por alguno de los dos. Privilegio que no me preocupa cederle. Después nos juntaremos con el Gordo Abrales y volveremos a hablar, ya con más tiempo, sobre la *Fenomenología de la huevada*, sólo para incomodarlo un poco.) Seguimos hablando con el Gordo. Creo que también estaba Arturo Armada. De Miguel ni noticias.

–Bueno, José, vamos.

–No, Conrado. Aquí estamos bien. Si Abrales está aquí es que aquí donde hay que estar. ¿Qué quiere hacer? ¿Ir a copar los 300 metros?

–¿Qué 300 metros? No creo que los Montoneros hagan eso.

–¿Seguro, profesor? –dice Abrales–. Creo que no conoce bien a los Montoneros. Usted disculpe.

–No van a hacer eso. Sería un desastre.

FAVIO, EL PERONISMO ES UN SENTIMIENTO

Era una charla tranquila. El sol estaba alto y agradable. De pronto, estalla el Apocalipsis. La voz de Favio se empieza a hacer notar más que nunca. Lo oíamos con toda claridad. Eso quiere decir que, pese a las quejas de Conrado, habíamos llegado bastante cerca... del desastre. El tono de Favio había cambiado. Ya lo veníamos escuchando desde hacía rato. Era Favio. Ese tipo de peronista que uno no sabía por dónde andaba, que

decía generalidades, dulzonerías algo o bastante bobas que incluían a todos en un Paraíso Justicialista con un dios bondadoso que era el único que podía ser, Perón. Un peronista que se empeñaba en no ver los conflictos del movimiento. Que no señalaba un solo error del pasado y menos del presente. Uno que se desvivía en cadenciosas lisonjas hacia el Líder y la compañera Evita, eterna en el alma de su pueblo. Sin embargo, el 20 de junio estaba arriba del palco, al lado de Osinde y nunca podrá convencer a nadie de tanta inocencia o ceguera: tenía que saber lo que ahí estaba pasando. Por otra parte, esa concepción tan abarcante que del peronismo tenía nunca lo acercó a la Jotapé. En lo que podríamos llamar amablemente el pensamiento de Favio no tenía lugar la idea del conflicto. Era un tipo extraño. Lo llevó a Cámpora a ver su *Juan Moreira* durante la primavera y ahí la jugó de camporista. Pero nunca se lo vio en nada importante que tuviera relación con la potencia movilizadora de la Jotapé durante la campaña ni antes. Es un peronista ortodoxo. Se ve bien –lo hemos dicho– en su dilatado documental sobre Perón, que lleva ese impecable título de derecha: *Sinfonía del sentimiento*. Que se liga a esa famosa frase que expresa la cumbre de la negación de las ideas, de la mermelada movimientista en la que todos entran, en la que todo es posible, salvo cuando aparece la izquierda y hay que reventarla a tiros: *El peronismo es un sentimiento*. Por ser un *sentimiento* el peronismo terminó por ser *nada*. O el sentimiento de distintos grupos que terminaron por matarse unos a otros o que pelean –como lo hacen desde el retorno de la democracia– por la manija, que conciben la política como lucha de facciones, al aparato como "cosa mafiosa", como estructura para ganar dinero, sobornar, comprar, vender, contrabandear, narcotraficar y otras cosas igual o aún más deleznables que no es el momento de estudiar aquí. Hay que decir que los otros partidos no son mejores. En gran medida porque no existen. Hay que decir, también, que la devaluación de la política en dinero y mafia es un fenómeno mundial de estos años que atravesamos, de este triunfo de Occidente contra la *hidra marxista*, a la que tan eficazmente derrotó condenando al hambre a medio planeta. Jamás hubo tantos hambrientos en la historia de la humanidad. Esto es sólo un apunte. El tema es más amplio y volveremos sobre él. Sigamos con Favio: es un personaje tan curioso que –luego de hacer este documental con la ayuda decidida y decisoria de Eduardo Duhalde– anda durante estos días defendiendo a la presidenta Cristina Fernández, con un buen tino desacostumbrado en él. O está despistado o cambió. Porque Cristina Fernández *estaba abajo del palco el 20 de junio*, Favio. No sé si usted recuerda. Y Néstor Kirchner era *Lupín* Kirchner y andaba con la juventud de la FURN de La Plata y se acercó al palco con la columna sur, que se les vino al humo a ustedes, los del palco, con 60.000 militantes que –al menos algunos que conozco– no tenían intención de copar nada sino de estar cerca de Perón. A esos, los que usted tenía a su lado, los ametrallaron a mansalva. "Sin sus hombres de seguridad, la *Jotapé* decidió continuar su camino por detrás del palco ubicado en Puente 12 para acercarse al lado izquierdo del escenario. Los de Berisso y la seguridad, en cambio, lograron llegar hasta muy cerca del palco. El *Hippie* (Alsogaray) miró impotente el escenario y observó al cantante y director Leonardo Favio que a los gritos pedía a los francotiradores que se bajaran de los árboles.

"–Este habla y los fachos que están al lado suyo andan todos armados. Pero, ¿ese hijo de puta que está ahí no es el *Flaco* Salas?

"–Es, y si ese hijo de puta llegó al palco creo que estamos en problemas" (Fernando Amato y Chistian Boyanovsky Bazán, *Setentistas*, ed. cit., p. 219). Esa columna de la FURN quedó atrapada entre los tiros del palco y los de los fachos que ocupaban el Hogar Escuela. Sucedió que los del palco creyeron que eran Montoneros e hicieron fuego. Entre tanto, Favio seguía con su discurso *sentimental*: "Este es el día maravilloso del reencuentro". Eso le veníamos escuchando. De pronto empieza a decir cosas raras. Por ejemplo: "Desde los árboles nos están disparando. Les rogamos que no disparen". Bien, pero lo que recuerdo como si aún lo escuchara, la voz prepotente, militarota, fascista, fue la que gritó: "¡Los que están en los árboles están bajo la mira de nuestras armas!". Era Ciro Ahumada: "En 1955 el teniente 1º Ciro Ahumada fue uno de los oficiales del Grupo A de Artillería de Campo de los Andes, en Mendoza, que no se plegaron al golpe contra Perón, lo cual le valió una detención de 30 días. Cumplida la pena fue reincorporado, pero a diferencia de la mayoría, que fue a parar a guarniciones distantes, él pasó a trabajar en una de las Comisiones Especiales Investigadoras, con el general Juan Constantino Quaranta, amo de la SIDE" (Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, ed. cit., p. 65). Después hizo un montón de cosas, siempre oscuras, siempre turbias. Hasta que se ligó a Osinde como uno de sus pares. "Después de las elecciones del 11 de marzo de 1973, se reunió con Osinde y con el mayor Fernando Del Campo, para cambiar ideas sobre la estabilidad del inminente gobierno de Cámpora. 'A ese viejo de mierda hay que marcarle el ritmo o sacarlo a patadas', era en esos días su expresión favorita" (Verbitsky, *ob. cit.*, p. 69).

Empezaron a pasar ambulancias. Las sirenas metían miedo a todos. ¿Qué pasaba? Muchos, de los que habían llegado cerca del palco regresaban corriendo. "¡Se están cagando a tiros ahí adelante!" La frase que yo escuché fue ésta: *Se están cagando a tiros*. "Se." No sabemos quiénes. Nosotros rajamos. La que pone Bonasso es "Nos están cagando a tiros". Que es la frase de un militante de la Jotapé. O de un Montonero que se rajaba. "Nos." Yo no escuché "Nos", escuché "Se". Lo cual también era falso. Tenía razón el que decía "Nos". O no: tenían razón los dos. El que decía "nos" era un militante que marcaba bien la situación: desde el palco abrieron fuego sobre las columnas de la Jotapé que buscaban copar el acto. El que decía "Se" era uno que no tenía idea de la situación. Que sólo escuchó los tiros, que vio a unos cuantos muertos y no tuvo percepción de quiénes eran unos o quiénes eran otros. *Esa fue la percepción de la mayoría que se volvió de Ezeiza*. Se cagaron a tiros. Se presumía: el loco que habló por el micrófono y los Montoneros. Tampoco se sabía con certeza. Para colmo, empezó a caer el crepúsculo. El día se volvió ceniciento, triste. Ya no oían las frases de Favio.

"DOCTOR CÁMPORA, ARRESTE A LÓPEZ REGA"

Un altoparlante anunció que por cuestiones de seguridad el general Perón aterrizaría en el aeropuerto de Morón. (Carajo, ¿hay alguna palabra que no rime con Perón? Uno vive condenado a las cacofonías con este león hervíboro. Perón-Morón, rima. *Ezeiza no rima con Perón.* Cuando se anunció el arribo del general a la base aérea de (Morón), muchos en la autopista aplaudieron y hasta vivaron al General. Pobrecitos, eso era tener ganas de alimentar esperanzas, de ser felices a pesar de todo. Eran peronistas inocentes: les alcanzaba con saber que Perón había vuelto a la patria. A la mayoría no. La mayoría había ido a buscar a Perón. Habían ido a buscar su esperanza. Eso en que habían cifrado su destino, su horizonte, su fe. Porque Badiou se equivoca por completo en su conclusión sobre el texto de Beckett. Que dice: "No se sabrá con toda probabilidad 'quién' es Godot, basta con que sea el emblema de la obstinación de todos en desear que algo ocurra" (Badiou, *ob. cit.*, p. 64). Si Vladimir y Estragón pueden responder a la pregunta sobre "quienes son" con la frase: "Somos hombres", con mayor motivo no deberán sentarse a esperar que algo ocurra. No ignoro qué clase de hombre es ése. Sé de dónde lo saca Badiou: del Heidegger de la espera a la "propiación del Ser". Del Heidegger que propone el pathos de la espera, el pathos de la escucha. El pathos, en el hombre, no es espera, es acción. Es praxis. El hombre no se obstina en esperar "algo". ¿Qué podría esperar? ¿A Dios? ¿A Godot? ¿A Perón? "La Argentina entera tenía el pulso suspendido en la espera de Perón", escribe Bonasso (Bonasso, *ob. cit.*, p. 702). La "espera" es la modalidad espiritual del Medioevo. De ahí que la Historia se haya detenido. Cuando los hombres se cansaron de esperar, Galileo inventó el telescopio y lo enfiló hacia las estrellas: "Nosotros, los hombres, queremos ver, queremos saber. No queremos más verdades reveladas. Nos las queremos revelar a nosotros mismos. Queremos nuestras propias verdades". El pecado de impropiedad de Vladimir y Estragon es, precisamente, esperar. El hombre actúa, no espera. Mientras Perón regresaba, todos los que aparentemente *sólo* lo esperaban trazaban miles de planes. Compraban armas. Importaban mercenarios de la OAS. Se adueñaron del Comité de Recepción, de la organización y custodia del acto, se propusieron matar si la cosa se les iba de las manos. *Ezeiza es el sujeto en acción*. Sujetos diferenciados. Sujetos con distintas ideologías. Con distintas historias. Sujetos que se organizaron en grupos. *Ezeiza* es una trama histórica con múltiples determinaciones. Pero el sujeto no está perdido entre ellas. Actúa entre ellas. Elige entre ellas. Decide entre ellas. Decide condicionado por infinitos elementos, pero decide. Elige y se elige. No es lo mismo elegirse fascista que revolucionario. No es lo mismo torturar que no torturar. Perón también eligió: lo hizo al día siguiente. En el discurso del 21 de junio. Condicionado por lo que quieran: por su vejez, por su pasado militar, por el Brujo, por Isabelita. Pero, en algún punto de su conciencia, *la decisión fue absolutamente suya*. Los estructuralistas, los posestructuralistas, los lingüistas, los deconstruccionistas eliminan la decisión del sujeto y hasta al mismo sujeto. No pueden explicar la historia. En *Ezeiza* todos eligieron, no sólo qué hacer, sino qué iban a ser o seguir siendo.

La *conclusión* de todas las conclusiones la dará Perón al día siguiente: "Somos lo que las veinte verdades dicen". Pero hay otras conclusiones. Hay conclusiones sobre lo que hizo Perón. Para nosotros, lo peor. Emprendió el camino del desastre: no integrar a la Tendencia. Arrojarle encima sus peores mastines. Tampoco la Tendencia hizo lo mejor. El único "loco", el único imaginativo, acaso algo aventurero pero cojonudo, que propuso algo distinto, fue el joven Secretario del Movimiento Nacional Justicialista, Juan Manuel Abal Medina. "Doctor Cámpora, arreste a López Rega" Cámpora lo mira con ojos desorbitados. "Pero, doctor Abal Medina, ¿se ha vuelto loco? ¿Qué va a decir el General?" "Nada. Nos lo va a agradecer. El Bebe (Righi) tiene que salir en cadena nacional y denunciar a los asesinos de Ezeiza. Después, en la próxima reunión de gabinete, usted arresta a López Rega. Lo acusa de sedición contra su Gobierno. Lo acusa de homicida y traidor". Cámpora vuelve a ser "camporita". Se asusta. ¿Cómo hacerle eso a su Líder? "Doctor Abal Medina, por favor, olvide esta cuestión y no la comente con nadie." Era, en ese momento, el más decidido de todos. Una versión dice que se encontró en la Rosada con López Rega y lo quiso tirar por un balcón. El Brujo –un cobarde como todo asesino que da órdenes a sus sicarios– se escondió detrás de Cámpora, que lo protegió. Juan Abal apenas si pudo contenerse. Tampoco los Montoneros se decidieron a actuar con firmeza. Todavía hoy Juan Abal (padre) dice: "Todo pudo haber sido distinto". Si se lo piensa con algún detenimiento, ese abogado de pasado nacionalista era un político de formidable ubicuidad. Representaba a la Juventud, pero no estaba dentro de Montoneros. Sólo cerca. Representaba a Perón, que lo quería mucho. Tenía diálogo fluido con la clase política. Era amigo de Rucci y tenía excelente relación con Lorenzo Miguel. No tiene cargo en el Gobierno pero parece un superministro. Conserva su cargo de Secretario General del Movimiento Justicialista aún después del descabezamiento de Galimberti que pudo significar el suyo. No, ahí se mantuvo. Estaba en todas partes. Tenía 27 años.

Bien, esto continúa. Llegó la hora de poner nuestra lupa poco complaciente sobre el discurso que Perón dio al día siguiente de Ezeiza. Ese discurso es la muerte del Padre Eterno. Es el mismo Juan Domingo Perón el que lo mata.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

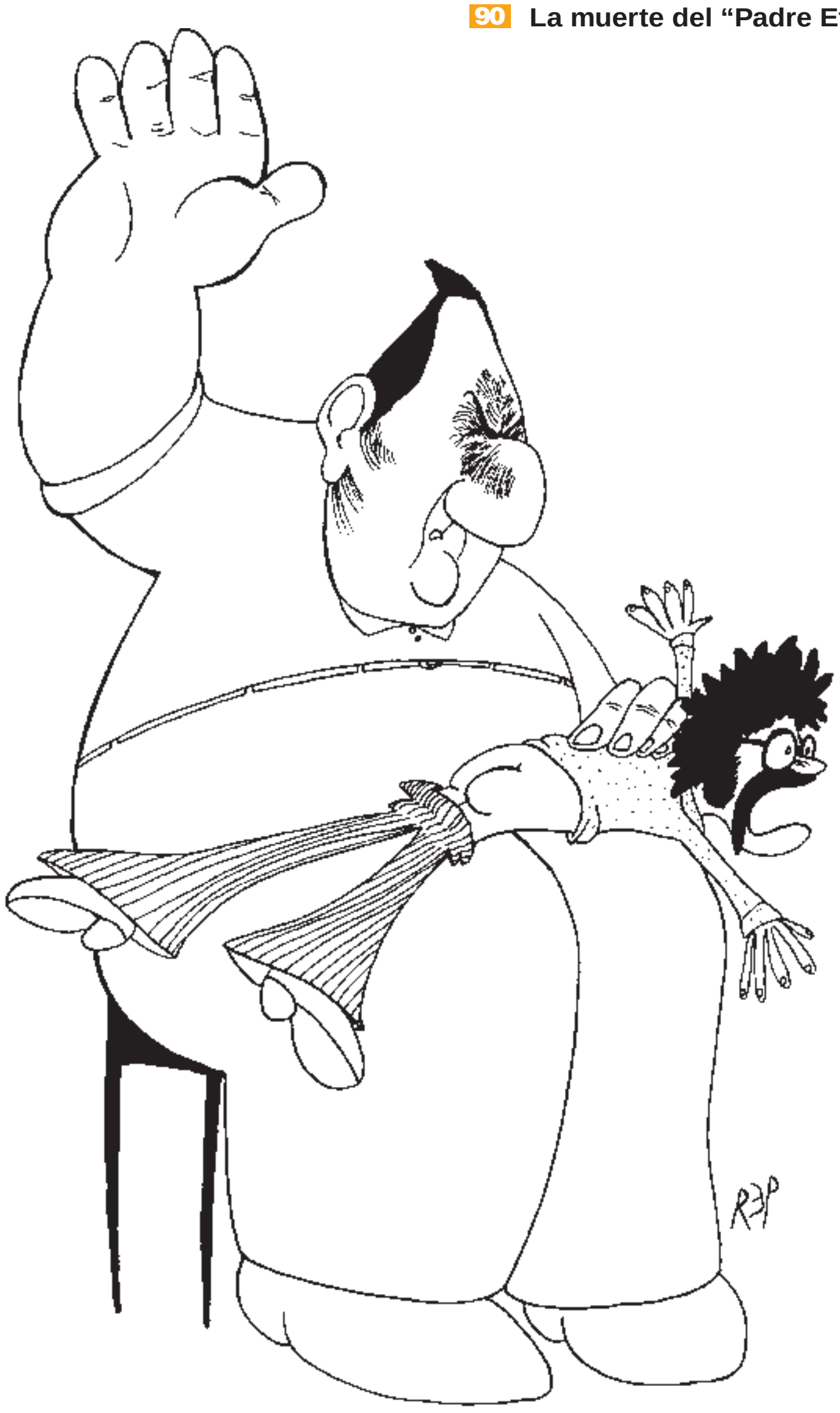
La muerte del "Padre Eterno"

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

90 La muerte del “Padre Eterno”



Suplemento especial de
Página|12

¿QUIÉN ERA PERÓN?

Convendrá aclarar algunas cuestiones. No puede ponerse en un mismo nivel el error de la Tendencia por pretender copar un acto que pertenecía a todos que la criminalidad desaforada de las bandas mercenarias de la derecha peronista. Son dos cosas totalmente distintas y una de ellas claramente más inaceptable, más condenable que la otra. Una, a lo sumo, pertenece a un proyecto que buscaba exhibirle a Perón el poder de la movilización de la izquierda. Tampoco creamos que ésta era una actitud inocente. Detrás de ella está el proyecto de Montoneros de compartir la conducción con Perón, de heredarlo incluso cuando muriera. Este proyecto fue nefasto. Creció alimentado por la importancia de la juventud peronista en la campaña electoral, por el fabuloso cierre en la cancha de Independiente y por la movilización del 25 de mayo. Ahí, la Orga se creyó dueña de todo. "Pusimos el fervor, la militancia, los muertos. Ahora queremos su equivalente en poder." A esto responde la lista que le entregan a Perón con los nombres de los políticos con que debe formar el gobierno justicialista. Se confundieron. Para la nueva etapa, Perón quería otros protagonistas. No quería lobos disfrazados de corderos. Había que frenar el proyecto de la *patria socialista* y hacer un gobierno de unidad nacional, un gobierno burgués nacional y popular, distributivo pero inevitablemente capitalista.

Los del palco eran asesinos profesionales o matones sin moral alguna y fueron los masacradores de Ezeiza. Respondían a Osinde. Osinde respondía a Perón. Este siniestro personaje estaba al frente de la seguridad y ya tenía una larga historia junto a Perón. Osinde ocupaba un cargo extravagante en el gobierno, una especie de secretaría de deportes que nadie entendía qué propósito ocultaba. Un propósito importante: frenar al "zurdaje", impedir que se adueñara del movimiento peronista. Para eso ya tenía armado todo un aparato de profesionales del crimen. Como pensamos darle un desarrollo considerable al aparato represivo que *ya estaba listo* en el mes de junio de 1973, todavía no entraremos en ese tema. Como sea, Bonasso describe bien a los matarifes que estaban en el palco: "A la una de la madrugada (hora de Buenos Aires) y cinco de Madrid, Osinde habló a la quinta 17 de Octubre para 'informarle al General de todos los recaudos tomados'. Seguramente no entró en detalles.

"El principal era la custodia del palco, ocupado militarmente por las distintas fuerzas (...) matones de Smata, la UOM y otras agrupaciones gremiales, que se identificaban con los brazaletes verdes de la JSP; cadeneros del C. de O.; pistoleros de la CNU; integrantes de la renacida Alianza Libertadora; militares retirados, policías cesanteados y argelinos convocados por el jefe militar del proscenio, el agente de la SIDE Ciro Ahumada" (Bonasso, ob. cit., p. 710). Para muchos de los que formaban la juventud peronista esta cara del peronismo era desconocida. Recuerdo que una compañera de Filosofía (cuando asomó esta derecha fascista) me confesó su inesperado terror: "Es lo que nos habían dicho nuestros viejos y nunca quisimos creerles. Tengo un tío que fue ferroviario en los '50 y siempre me contaba que aparecían cadáveres por todas partes. Que los reventaban a cadenazos, que los torturaban. Era gente como ésta". Un fenómeno notable: de pronto los viejos tenían razón. De pronto todas las peores versiones de la Libertadora volvían para algunos que no podían creer lo que pasaba y el único verosímil que tenían eran los chismes de sus padres gorilas. Que Perón había sido un nazi. Lo que estaban viendo ahora –estremecidos– no los llevaba a atreverse a decir que Perón era nazi. O fascista. O amigo de la represión feroz. Pero nadie podía ocultar que estaba rodeado de fascistas temibles. Al cabo, si Osinde, que era un nazi y un carnicero, había sido custodio y hombre de Perón desde su primer gobierno, ¿qué había sido ese gobierno? ¿Quién era Perón? ¿De quién se esperaba el socialismo nacional? El presente se proyectaba sobre el pasado cuestionando la imagen que muchos se habían forjado de él.

LAS BANDAS CLANDESTINAS Y "LA BASURA"

Desde el 19 a la noche hubo tiros en Ezeiza. Muchos periodistas se acercaron al palco y vieron armas que no habían visto nunca. "Las que entraron con López Rega", como me confesó mi "amigo" el mercenario que opinaba que a "Fortunato lo perdió el balcón". ¿Nadie sabía esto en el Gobierno? ¿Nadie pudo impedirlo? ¿Por qué Cámpora venía con Perón y el Gobierno estaba en manos de Solano Lima? ¿Por qué Cámpora no lo recibió aquí al frente de todo el aparato legal de un gobierno, de todo su aparato de defensa? ¿Por qué no formó el Gobierno una Comisión para recibir al Líder? ¿Por qué no ordenó ocupar el palco con fuerzas legales? ¿No sabía quién era Osinde, lo que estaba preparando, la matanza que sin duda se iba a desatar? Esto ya se sabía. La debilidad del Gobierno fue notoria. Es que el que gobernaba era Perón. Si Perón le decía a Cámpora cómo había que hacer las cosas, Cámpora las hacía. Por eso era también absurda esa leyenda que proponía a Perón como el encargado de la misión "continentalista". Uno ya estaba saturado de verlo a Cámpora aparecer por TV y decir que "la gran misión del general Perón es la de unir a los pueblos de América". ¿Así que Perón abandonaba su comodidad en Madrid para andar yirando por toda América latina tratando de unirla? Pocos se creían eso. Entonces, ¿cómo se resolvía la cosa? La conducción de la Orga decidió (el día de Ezeiza) presionarlo al General y demostrarle que debía estar con ella, porque tenía el poder de las masas. Pero los fachos sabían cómo frenar esa embestida: "Los sindicalistas y el gobierno militar sentían la necesidad de actuar rápido, para sofocar esa presencia expansiva y amenazante. ¿Pero cómo? Un indicio lo brindó el contraalmirante Horacio Mayorga, rico propietario de fábricas de artículos de cuero. Al despedirse de la Aviación Naval que comandaba, reveló los planes que conocía, muy pocos días antes de la masacre. 'Se están preparando bandas armadas clandestinas', dijo en su último discurso oficial..." (Verbitsky, *ob. cit.*, p. 111). También señala el autor que los Montoneros fueron, a la vez, prepotentes e ingenuos.

Veamos estos dos aspectos en palabras del iluminado conductor de la Orga, Firmenich: "Nuestra decisión política era mostrarle a Perón un poderío de masas, de opinión pública, para decirle: 'Vea, General, el proceso va por acá. No va por la vieja burocracia sindical. El proceso político argentino, este que lo ha traído a usted, viene por esta base de masas, que es esta juventud que opina esto, que se organiza de esta forma y que tiene esta bandera'. Y por eso llevamos enormes banderas de cincuenta metros de largo que decían Montoneros. Era un hecho histórico y nosotros teníamos la voluntad política de dejar constancia de que había una dirección transformadora del proceso que estaban marcando las nuevas generaciones, que esas nuevas generaciones eran mayoría en la movilización y que eran no sólo las fuerzas que habían luchado sino las fuerzas que podían sostener el proceso de ahí en adelante. Y por eso fuimos con todo el énfasis político. Por eso movilizamos a toda la gente que pudimos del interior y de Buenos Aires. Hicimos el máximo esfuerzo de movilización con banderas claras. A lo mejor, así como para nosotros era absurdo pensar que hubiera una banda de mercenarios enquistada en el palco dispuesta a tirar, también para ellos habrá sido absurdo pensar que estos jovencitos pudieran copar el acto más grande de la historia argentina. *Lo copamos*. El acto más grande de la historia argentina fue un acto, no digo montonero, *un acto peronista dominado políticamente por la expresión de los Montoneros*" (Felipe Pigna, ob. cit., pp. 226/227. Cursivas mías). Una virtud de Felipe Pigna como entrevistador es dejar que el entrevistado hable, no interrumpirlo salvo lo meramente necesario. Esto produce un resultado notable: al no ser interrumpido, el entrevistado suele hablar de más. Suele decir cosas que no pensaba o que se le escapan ante la necesidad que siente de llenar el espacio que el interrogador le deja. Un caso estremecedor se produce con Juan B. Yofre. Apenas voy a mencionarlo porque se trata de un personaje al que uno le tiene miedo con sólo oírlo hablar o leer algunos párrafos de los libros que publica (*Fuimos todos, nadie fue* y uno que acaba de salir recientemente y que las revistas de extrema derecha han recibido con entusiasmo). Yofre, además, estuvo al frente de la Secretaría de Inteligencia del Estado durante el gobierno de Carlos Menem. Le dicen "Tata". Pigna le hace una pregunta y él responde. Sigue hablando hasta un punto en que dice que él estaba en un edificio alto (no recuerdo cuál) y mira hacia abajo y dice algo inicialmente difícil de entender: "Miré hacia abajo y ahí estaba la basura". Imperturbable, Pigna sólo le pregunta: "¿O sea?". Yofre responde: "Los Montoneros, el ERP". Eran, para el Tata Yofre, "la basura". Inevitablemente recordé ese film del campo de concentración de Auschwitz en que una topadora arrastra cadáveres esqueléticos como *basura*. Alguien que llama "basura" a seres humanos que no piensan como él, y a los que, sin duda, odia, ha elegido ignorar que aun sus enemigos son personas. El principio más cruel de una guerra, el que permite vejar al enemigo y violar todas las convenciones de humanidad que podrían rescatarse en una contienda armada, es el que considera "basura" al enemigo. Algo que no pertenece a la condición humana. Algo a lo que se puede matar, vejar, humillar, torturar, matar sin culpa alguna. No son hombres, son basura.

LA SERPIENTE DE LA CONTRAINSURGENCIA

Las declaraciones de Firmenich son reveladoras: Primero) La decisión política de imponerle a Perón un poderío de masas. Segundo) Nosotros lo trajimos a usted. Lo trajo esta juventud que nosotros conducimos. Usted está en la patria por nosotros. Los otros no hicieron nada. Tercero) Esta juventud que lo trajo tiene *esta* bandera. (Entonces despliegan esas enormes banderas que decían: *Montoneros.*) Cuarto) Las banderas medían 50 metros. Estas fuerzas políticas pueden sostenerle todo su proceso. Cinco) Algunos habrán pensado que nos era imposible copar el acto más grande de la historia argentina. "Lo copamos". Ese acto no fue un acto montonero (aunque me muerdo la lengua –se confiesa Firmenich– para no decir que sí, lo fue). "Pero fue un acto peronista dominado por la expresión política de los Montoneros."

Bien, todo mal, un perfecto delirio. ¿Qué sabían de Perón? Nada. A Perón nadie se lo ganaba *imponiéndole algo*. Fueron *prepotentes*, como bien dice Verbitsky. Y terriblemente ingenuos. Sabían poco y nada de las fuerzas del enemigo. En Ezeiza, el 20 de junio, la *serpiente de la contrainsurgencia* había roto su huevo y estaba en acción. Los montos –sin saberlo– peleaban contra la OAS, que había venido muy tempranamente al país a instruir a los militares argentinos. Entraron con Aramburu y se quedaron. Lo esencial que enseña la OAS es lo que considera primario en la tarea de *contrainsurgencia*: torturar. Se conocen todas las técnicas posibles. O sea, en el palco de Ezeiza hay una importante colaboración de elementos fascistas del Ejército Argentino. Se trataba de frenar a los "zurdos". ¿Recuerdan ese discurso de Sánchez de Bustamante a sus subordinados? Había, en el peronismo, un agresivo elemento "marxista" que preocupaba a los militares y "a los hombres de orden" de ese partido. Trabajarían juntos para eliminarlo. Ojo: no todo el Ejército. Sólo algunos sectores. Los más recalcitrantes. Los otros, los liberales, decidieron esperar a que Perón se destruyera solo. Seguros de que no aguantaría esa lucha. Media clase media y toda la clase alta empezó a decir: "El les dio vuelo, ahora que se joda y los frene". Los militares, desde muy temprano, decidieron intervenir cuando todo se hubiera recontrapodrido, tal como ocurrió.

Que Firmenich diga que *coparon el palco* es una mentira total. No coparon nada. Los caga-

ron a tiros y los hicieron rajar en busca de salvar la vida. La Orga no fue armada. Sólo armas cortas, de escaso calibre, las que llevaban hasta para ir a mear. Sólo eso. Los otros tenían el arsenal más sofisticado que alguna vez entrara en la Argentina. Y lo usaron. No eran en vano asesinos. Dispararon a diestra y siniestra. Para colmo agarraron a pobres tipos, algunos que nada tenían que ver y los llevaron al Hotel Ezeiza donde habían instalado salas de tortura en las habitaciones. Aquí interviene Favio, que nada había visto, que no descifró la fácilmente descifrable cara de Osinde. Pero sospecho que Favio quería proteger al General de los "zurdos" tanto como todos. Bonasso describe bien su despliegue histriónico, patético: "Las transiciones del director de *Juan Moreira* eran realmente cinematográficas. Ordenaba: 'Cada peronista debe permanecer en su lugar'. Reflexionaba: 'Somos cuatro millones contra cinco dementes'. Señalaba: 'Desde los árboles nos están disparando'. (En los árboles había también mercenarios, J. P. F.) Suplicaba: 'Les rogamos que no disparen'. Observaba: 'Hacia la derecha esta parte de nuestros enemigos'. Advertía: 'Los que queden (en los árboles) son considerados desde este momento traidores' (...) Volvía a señalar: 'Detrás del palco tenemos enemigos'. Reiteraba mecánicamente: 'Serenidad y control, serenidad y control –piensen en los niños y las mujeres–. serenidad y control'. Informaba: 'Los enemigos ya han sido visualizados'. Animaba: 'La situación va a ser controlada'. Proponía: 'Colaboren para poder identificar...'. Equilibraba: 'Ningún peronista haga uso de sus armas, ni siquiera el cuerpo de seguridad'. Retornaba, por fin, a esa solicitud que evocaba el Lejano Oeste: 'Se ruega a los peronistas no hacer uso de sus armas...'" (Bonasso, ob. cit., p. 720. Buen texto de Bonasso. Bien trabajado, expresivo y contundente.)

PREPOTENCIA E INGENUIDAD DE "MONTONEROS"

Luis Bruschtein, un pendejo en esa jornada, un Jotapé que no estaba en nada, fue con otro compañero y le dijo a Favio que estaban torturando salvajemente en el Hotel Ezeiza. "Vamos para ahí", dijo Favio. Los fachos entraban a cualquiera al Hotel y lo llevaban a los lugares de tortura. Entraban a morochitos de las villas de emergencia, con zapatillas, en camiseta, con sangre por todas partes. Ahí estaba refugiada la Sinfónica y otros peronistas finos, de derecha, algo o bastante asustados. Por cada desdichado que entraban los músicos y los "peronistas de orden" gritaban: "¡Bien! ¡Mátenlos! ¡Mátenlos!". Había un clima cercano a la locura homicida. Bruschtein sube con Favio. El cantautor entra en una habitación. Están torturando a mansalva. Favio amenaza con tirarse por la ventana o cortarse las venas. "Ma sí, amasijate si querés, pelotudo", le dicen. "Pero mejor rajate de aquí."

Favio se fue y casi todos prefirieron olvidar su complicado papel en la tragedia de Ezeiza. Es un perfecto sobrevalorado de nuestro país y los peronistas están muy orgullosos de él. Donde se ponga será aceptado. No creo que sea un mal tipo. Pero tenía una ideología. La que lo llevó a no acercarse nunca al fenómeno juvenil del peronismo de los '70, que existía mucho antes de que aparecieran o tomaran fuerza los Montoneros. La Argentina canalla de hoy busca por todos los medios reducir los '70 a la experiencia montonera, pero no es así. Favio ejerció un peronismo ortodoxo, simple. Sin duda, juzgó que la juventud introducía cambios ideológicos en el peronismo que a él no le atraían. Si actores como Briski, Laplace o Gené aportaron –como muchos otros– al torrente juvenil y a la campaña electoral, Favio se mantuvo cauteloso como si fuera un sindicalista. Eso le costó. ¿No sabía quién era Osinde? ¿No vio quiénes estaban en ese palco? ¿No consultó nada con el Gobierno? En fin, no tiene demasiada importancia. Se trata de un ídolo popular. Laburó en buenas películas, hizo canciones, dirigió sus películas y cantó sus canciones. En Ezeiza estuvo arriba del palco. Eso no tiene arreglo. Algo le falló ahí. Ante algo cerró los ojos. Luego apareció ese relato de las torturas y de su suicidio. Si Blanche Du Bois decía depender de la bondad de los extraños, Favio depende de su credulidad. ¿Recién se dio cuenta de la clase de tipos que tenía al lado desde hacía días cuando los vio torturar? Si fue un ingenuo, la ingenuidad lo arrojó a la derecha y lo puso del lado de los asesinos y los torturadores. A los que, de puro ingenuo, no supo descubrir a tiempo. De haberlo hecho debió pedir audiencia con el ministro del Interior o con el secretario general del Movimiento y decir: "En el palco hay demasiadas armas y gente demasiado rara. Algunos hasta hablan en francés. Algo raro pasa. Creo que la seguridad del General está en peligro". Eso habría ayudado a impedir algunas cosas. Pero si uno ve su maratónico, larguísimo documental sobre Perón, si uno se toma el duro trabajo de mirar esas 6 horas advierte –con estupor– que la historia de la juventud peronista ocupa 10 minutos del metraje. De esos 10 minutos algunos se dedican a decir que los primeros tiros partieron de los árboles hacia el palco. Después, cuenta un par de cosas más y... Perón se muere. Esto no está mal. Veremos que –de una manera decisiva– sucedió exactamente eso: Perón muere ese 20 de junio. Y sella esa muerte con su discurso del 21. Muere como el "Padre Eterno". Como el que armonizaba todas las contradicciones. Cometo una indiscreción: el julepe (¿se acuerdan de esta palabra?) de Favio fue tan profundo que se rajó hasta lo de Abal Medina (que, dentro de esta historia, parece el único capaz de hablar y hasta cobijar a todos) y se metió debajo de una cama. Estuvo ahí dos semanas.

"Los Montoneros (dice Martín Caparrós) ese día pecaron por ingenuos. Pensaron que con esa movilización de cientos de miles de personas alcanzaba, y la derecha los esperaba con unos cientos de ametralladoras y la logística militar bastante mejor establecida, y los corrieron a balazos" (citado por Pigna, ob. cit., p. 227). Verbitsky da en el clavo con mayor precisión: *prepotentes e ingenuos*. La prepotencia los perdió. Se me dirá que toda agrupación que va a un acto va a coparlo, a elegir el mejor lugar, que incluso pelea por él. Pero el del 20 de junio *no era un acto político*. No iban "distintas agrupaciones". Aunque hayan ido, el motivo del acto no era ése. A recibir al viejo y mítico general fue el pueblo. Fueron todos. Peronistas, no peronistas y curiosos. Viejos y jóvenes. Pobres y clasemedieros y hasta ricos. *Era un espectáculo histórico que nadie quería perderse.* Tenía, además, algo de mágico. Y tenía también todo lo que intenté explicar por medio del análisis de Beckett. Llega Godot. Ahora él va a arreglar todo. Pero si Godot llega, el sentido de la espera que daba sentido a mi vida –que era *esperarlo*– muere. ¿A quién voy a esperar si Godot llega? Y también: si mi espera me prometía que Godot, al llegar, arreglaría todo, una vez aquí compruebo que Godot no puede arreglar todo. Además, si Godot llega para unos y no para otros, ¿para qué vino? ¿No venía para todos? ¿No venía para arreglar *todo*? No, Godot elige a algunos y rechaza a otros. Peor aún: arroja a los que ha elegido contra los que condenó. Los condenados dirán: "Godot vino para nosotros pero ustedes lo tienen engañado. Si no, estaría de nuestro lado". Los elegidos dicen: "Godot fue claro: vino para nosotros. Ustedes quieren matarlo". Los dos bandos inician una guerra a muerte. Godot no puede impedirla. Cada bando dice representar a Godot. Cada bando dice que él es

el que merece a Godot. Godot interviene. Dice esto, dice aquello. Siempre a favor de un bando. Insulta al otro. Los muertos caen de un lado y caen del otro y caen de todos lados, de aquí, de allá, es una masacre. ¿Para qué vino Godot? ¿Para esto? ¿No estábamos mejor sin Godot? Godot, impotente, amargado, muere. Pero se venga de los que vino a condenar. Casi unos pocos minutos antes de exhalar ese suspiro, el último, deja a su heredero: una mujer torpe, tonta y malvada. Pero hay alguien que la domina hasta tal extremo (y Godot lo sabía muy bien) que es el verdadero heredero de Godot. Es un Satán como el que se le aparece a Stavroguin: pequeño, indigno. "Soy el Diablo que te mereces", le dice Satán a Stavroguin en *Los demonios*, la inmensa, genial novela de Dostoievski. Godot les deja a quienes lo esperaron tan vanamente el Demonio que (juzga) les pertenece. Es un payaso, un clown con la compulsión de matar. ¿Esto nos dejó Godot? Sí, God les dejó a Belcebot. A Mefistofelot. A Satanot. A Abadonot. A Belialot. A Diablot. (Belcebú, Mefistófeles, Satanás, Abadón, Belial, Diablo.) En su versión más ridícula, penosa. Un payaso esotérico cuya mayor pasión es la Muerte.

VOLVER DE EZEIZA: DOLOR Y DERROTA

Ese 20 de junio nace la Triple A, organización terrorista de extrema derecha que habrá de matar alrededor de 2000 personas entre 1974 y 1975. Luego se sumaría muy naturalmente a los *grupos de tareas* de la dictadura del '76. Lo dirá Rodolfo Walsh: hoy, la Triple A son las Tres Armas. ¿Cuántos murieron en Ezeiza? Las diferencias son excesivas. Precisamente Horacio Verbitsky (cuya investigación continúa sin ser superada porque acaso sea definitiva) es el que dice "el número de muertos fue muy inferior al de las leyendas que aún circulan" (Verbitsky, ob. cit., p. 19). Otros, Alejandro Horowicz por ejemplo, llegan a la suma de 400. Pero interpreta que se trató de víctimas de los "disparos cruzados entre los dos bandos, sin que el grueso participara del enfrentamiento" (Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Edhasa, Buenos Aires, 2005, p. 261). Hemos visto que no hubo "enfrentamiento". No, al menos, entre dos bandos armados. La Tendencia llevaba armas livianas y pocas. Sí, es totalmente cierto que "el grueso" no participó del enfrentamiento. Otros dan 200. Hay algo terrible en esto. Para una estadística un muerto no es nada. Pero el que muere pierde todo. De aquí la conocida frase: "Una muerte es una desdicha, seis millones una estadística".

Volver de Ezeiza fue un dolor inextinguible. Oscurecía y la inmensa muchedumbre caminaba por la Riccheri mirando el asfalto. Nadie hablaba. El silencio aturdía. Era el velatorio más gigantesco de la historia argentina. Un helicóptero sobrevoló sobre nosotros y dijo que el general Perón estaba bien, que había aterrizado en Morón y se dirigía a su residencia de Gaspar Campos. Algunos, patéticamente, aplaudieron y hasta gritaron viva Perón. Fueron pocos, muy pocos. Los otros siguieron como zombies. Nos volvíamos vacíos. Nos habían robado la fiesta. Porque a eso habíamos ido todos (dos millones de personas o más): a una fiesta. A ver y formar parte de un acontecimiento único, irrepetible. No creo que sea trasmisible la potencia histórica que implicaba el regreso del viejo general. Cuando lo derrocaron yo tenía 12 años. Ahora, treinta. Había crecido escuchando hablar de Perón y su imposible regreso. Había vivido en medio del odio a Perón. Que no era el general Perón, era el señor Perón. Y antes el "tirano prófugo", "el gobernante depuesto". O "el despuesto". O "el que te jedi", como se animó a decir María Elena Walsh en esa canción en que pregunta "te acordás hermano del '45, cuando 'el que te jedi' salía al balcón...". Creo que era así. De pronto "el que te jedi" volvía. Todos fueron a verlo y regresaron sin nada. Al contrario, en medio de la angustia de la violencia. ¿Qué habría de pasar ahora? Conrado, que caminaba a mi lado, dijo: "Si la Marina da un golpe esta noche, lo gana". Fue una frase perfecta. Tal era la sensación de la derrota. De la invalidez.

Caminamos kilómetros. Por fin, salimos de la autopista y nos sentamos en un cordón. Conrado volvió a su cognac y se la agarró conmigo. Que yo no quería caminar. Que no me importaba que Perón volviera. Que no quería verlo. Que me daba lo mismo estar en cualquier parte. Que nada me importaba. No me sorprendió. De Conrado me habían llegado dos frases que él nunca me dijo. Una me hizo gracia. La otra marcó gran parte de mi vida. Una: "Puede ser que José sea el mejor, pero no hay que decírselo". Esta era un chiste. Además, yo no era el mejor ni quería serlo ni tenía ningún sentido aspirar a algo semejante en una época de la Facultad de Filosofía en que los talentosos abundaban. Pero la otra me persigue hasta hoy. Me llegó así: "Cuidado con José. Es brillante pero no es profundo". ¿Cuidado con José? ¿A quién engañaba yo? ¿Qué era lo que me volvía peligroso? Pero el estilete era otro. Ser "brillante" y "ser profundo" son dos dimensiones de la existencia. Si uno escucha –de su amigo filósofo, prácticamente de su maestro, de un tipo con mucha experiencia en la enseñanza– que no es profundo, si lo escucha a los 22 años, si además se dedica y piensa dedicarse siempre a la filosofía (y a la narrativa, las dos cosas marcharon juntas), la herida es profunda. Era raro. Porque Conrado no era brillante. Massuh era brillante. Massuh deslumbraba a sus alumnos de Fenomenología de las religiones. Conrado era capaz de balbucear muchas veces en una clase. Sin embargo, tal vez me hizo un favor. No alcanza con ser "brillante". Hay que ir más allá. El brillo puede enceguecer. Y este enceguecimiento quizá conlleva la imposibilidad de profundizar. Si estamos ciegos por los brillos no podremos ver qué hay más allá de ellos. Poco tiene que ver el pensamiento con los fuegos artificiales. Tiene que atravesarlos o prescindir de ellos. Con los años me libré de la maldición de Conrado. O eso creo. Pero no veo la necesariedad de oponer la brillantez a la profundidad. El que pueda instrumentar las dos cosas se hará entender mejor. Es posible que el brillo abra muchas puertas. Por ellas pasará la meditación más honda. (*Nota*: Como vemos, la condena de Conrado fue tan honda que todavía me contradigo. Dije que el brillo puede engañar al pensamiento. Seguí y terminé diciendo que puede abrirle puertas. Supongamos que es posible creer en las dos posibilidades. Tampoco quiero dejar una imagen erosionada de Conrado. Fue bueno conmigo y con los grupos de militantes católicos cordobeses. Ignacio Vélez –del grupo inicial de Montoneros, organización que abandona y escribe luego, en la cárcel, junto a otros compañeros, Sergio Bufano, Luis Rodeiro y Gabriel Rot, en julio de 1972, el llamado "Documento de los Sabinos" o "Documento Verde", sobre el que nos detendremos largamente en nuestras consideraciones finales sobre la guerrilla y la teoría del foco– lo recuerda con gratitud. Conrado les señaló el camino posible para unir el cristianismo con el marxismo. Esto, desde luego, desagradaba fuertemente a Massuh. Pero el trabajo de Conrado era ése. Nadie, que lo haya hecho, olvida su curso de Filosofía de la historia de mediados de los '60. Lo mejor de la Facultad de Filosofía estaba ahí. Una vez, me invitó a su chacra en Carlos Casares. Me enseñó a poner ladrillos. A la noche yo me moría de hambre. Nos sentamos a la mesa. Me dispongo a arrojarme sobre la comida y Conrado me detiene. Que ellos hacen una pequeña oración antes de comer, dice. "La puta madre –pienso–, ¿y ahora de qué me disfrazo?" Conrado empieza a rezar. Todos sus hijos y su dulce mujer bajan los ojos, juntan las manos y lo siguen. Yo pongo las manos sobre mis rodillas. Para disimular. Y de pronto, Conrado dice: "También te agradecemos, Señor, que hoy nos acompañe nuestro amigo José, a quien recibimos con amor en nuestra mesa". Como si fuera poco, la comida era riquísima. Conrado era el típico católico de esa etapa de la historia. De su estirpe eran el cura Mugica o Domingo Bresci. También los catolicuchis que confluyeron en la Jotapé o en los Montoneros del inicio. A partir de Ezeiza se volvió crítico con los Montos y decidió apoyar a Perón. Igual lo tenían marcado. En el '76 lo echaron. Lo defendió más Pucciarelli que Massuh. Massuh se fue a París, a su dorado destino de embajador en la Unesco. Pucciarelli –que tenía diálogo con los interventores milicos– me contó que le dijo a un marino (¡un marino al frente del Departamento de Filosofía!): "No lo pueden echar a este hombre. Es un erudito en filosofía antigua. Sabe su griego, su latín". Justo los idiomas que Conrado había quitado de la carrera por pedido de la Jotapé. El marino le dijo que lo tenían fichado como un católico marxista que envenenaba la mente de los jóvenes. Lo fui a ver cuando se estaba por exiliar en México. "No crea que si vienen a buscarme me voy a poner a rezar", dijo. Créase o no, en ese momento sonó el portero eléctrico. Estábamos solos. Nos miramos y ninguno dijo una sola palabra. Conrado atendió y era un error, alguien se había equivocado. Fue un momento fuera del tiempo. Ese, cuando nos miramos. "Aquí están", pensamos los dos. "Llegaron." Se fue México y no lo vi más. Murió todavía joven, sin envejecer. Fui a su velatorio.)

Seguimos caminado y –al final de esa larga, triste marcha– nos despedimos con el cariño de dos amigos, con la pesadumbre de dos derrotados. El 20 de junio –el día más largo del año– había terminado.

PERÓN ELIGE MATAR A PERÓN PARA MATAR A LA IZQUIERDA PERONISTA

Esa noche Perón habló por cadena nacional y sólo dijo que estaba bien y todo estaba controlado. Al día siguiente, también por cadena nacional, dio el llamado precisamente "discurso del día siguiente de Ezeiza". El de las veinte verdades. Fue claro, definitivo. Uno de los más importantes discursos de su larga carrera de discurseador. Ahí, Perón elige a la derecha. Ahí, Perón no quiere conciliar nada. Ahí, no le interesa manejar el desorden. Prohíbe el desorden. Impone –quiere imponer– el orden. "Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el 'Padre Eterno': los tengo que arreglar a los dos" (*Conducción política*). Se acabó. No quiere arreglar a los dos bandos. Elige uno y se lo arroja encima al otro. "Barrer a la izquierda con la derecha." Este abandono de uno de sus postulados centrales de conducción debía responder a urgencias y a convicciones poderosas. Al negarse a "arreglar" a los bandos en pugna se niega como "Padre Eterno". Al negarse como "Padre Eterno" se niega a sí mismo. Niega todo lo que ha sido hasta ese momento: el hombre que podía armonizar todas las contradicciones. El que podía cerrar la totalidad e incluir en ella a todas las partes. No más. El "Padre Eterno" muere. Lo mata el mismo Perón. Si Perón mata al "Padre Eterno", Perón se mata a sí mismo. El discurso del 21 de junio expresa la imposibilidad de conducir a todos. Perón, al confesar esa imposibilidad, se suicida. Lo hace, al menos, como "Padre Eterno". Perón elige matar a Perón para matar a la izquierda peronista. ¿Qué Perón es el que sigue vivo? El que quiere aniquilar el "foco marxista" que infecta la totalidad del movimiento. La pregunta que surge de aquí es acaso indescifrable, así de azarosa es su respuesta. ¿Para qué volvió Perón? ¿Para hacerles el trabajo sucio a los militares? ¿Valía la pena volver para eso? "Quédese tranquilo, Jorge. Agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a su casa." ¿Buscó lograr eso con su discurso del 21? Nos consagraremos a estudiarlo minuciosamente.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

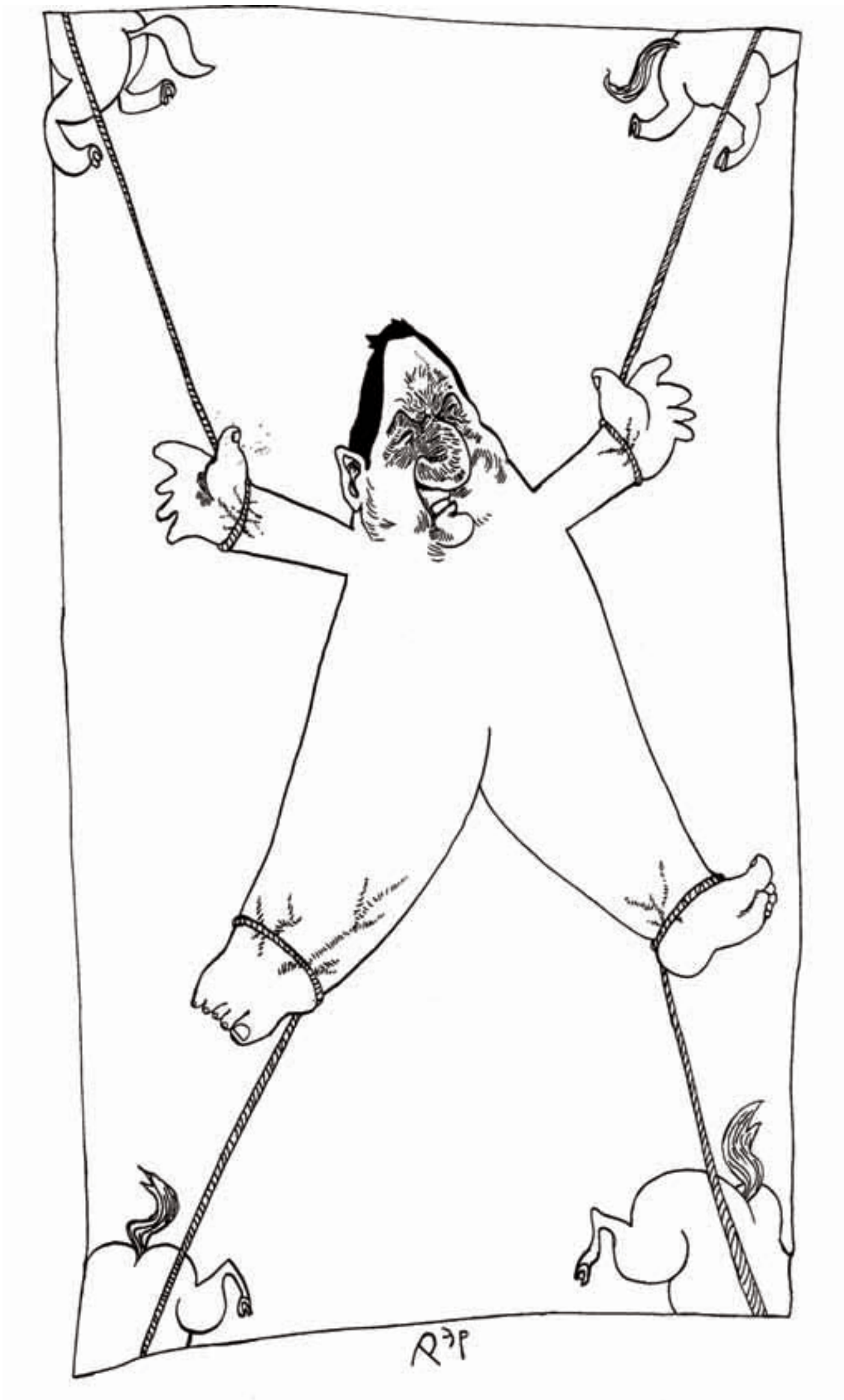
La muerte del "Padre Eterno" (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

91 **La muerte del “padre eterno” (II)**



Suplemento especial de
Página|12

“POR LA PATRIA Y POR LA LIBERACIÓN DE LOS PUEBLOS DEL TERCER MUNDO”

Mi diploma de licenciado en Filosofía nunca tuvo un lugar cómodo en ninguna casa que habité. Jamás me hago llamar “licenciado” porque me suena horrible, como si fuera mexicano, que todos ellos son licenciados. O de otro país. A mí me importó poco esa exuberancia. Rendí mi tesis el 13 de julio del ’73. Entré a la Facultad en 1962. Se dirá: nueve años para hacer una carrera. Pero no: también hice gran parte de la de Letras, fui amigo de Pezzoni, de Jaime Rest y hasta de Delfín Leocadio Garassa. Fui odiado por personajes temibles y de muy escasa simpatía, como la señora Frida Weber de Kurlat, que me descubrió dialogando algo más que amistosamente con una compañera en la última fila del aula y me echó a los gritos, supongo que en nombre de la moral y las buenas costumbres. (Fue una exageración hipermoralista de la vieja: la piba era sólo una buena amiga; con una buena amiga se puede juguetear un poco, cualquiera lo sabe, menos una vieja seca y paranoica.) Tuve como jefe de trabajos prácticos a Nicolás Bratossevich (no recuerdo si se escribe así), que me pidió un trabajo especial sobre Salas Barbadillo. Nicolás B. luego se dedicó a publicar textos teóricos en los que –como era habitual en los ’80– todos los ejemplos eran de las ya agobiantes grandes plumas de Saer o Piglia. La materia era Literatura Española II y leímos la *Diana* de Montemayor, el *Persiles* y *La Galatea* de Cervantes, más las *Novelas ejemplares* y el *Quijote apócrifo* de Avellaneda. El de Cervantes lo tuvimos que leer por nuestra cuenta. Curioso método de enseñanza. Te pedían el falso y te negaban el verdadero. Leí el *Guzmán de Alfarache* y un montón de españoladas más, todas bastante insoportables. Menos el *Lazarillo de Tormes*, que lo recuerdo con amor y hasta lo consulto con cierta habitualidad. En el examen final la señora Kurlat fue infame conmigo y buscó humillarme por todos los medios posibles. Pero cuando salí a la calle con la materia aprobada (creo que me puso apenas un cuatro) el mundo era hermoso. Me fui a caminar por la Avenida de Mayo y me senté en la London, que era majestuosa, toda de cuero y madera, no la mierda que es ahora. Seguramente llamé a la piba que pellizcaba en clase y sólo me restaban una o dos materias para terminar. No estaba apurado. Ya era parte del vértigo de las Cátedras Nacionales, a las que adhería desde Filosofía, donde ningún nabo se había dado cuenta de nada. Como una elaborada humillación del destino, a la señora de Kurlat, que pasó a ocupar la dirección del Departamento de Letras, la reemplazó... Paco Urondo. Qué país éste. A esa mujer seca y avinagrada, mala y seguramente ultragorila, conservadora tenaz, la reemplazó un poeta guerrillero. Mi última materia fue *Historia de la literatura argentina*. La rendí con Guillermo Ara, un hombre no muy dotado pero para nada mal tipo. Mi examen fue sobre *Los dueños de la tierra* de Viñas y sobre *Adán Buenosayres* de Marechal. Un gozo infinito. Y después me olvidé. Pero en 1973, como dije, tuve que dar la tesis de licenciatura con algún apuro y recién presté juramento y recibí el título el 29 de abril de 1974. Aquí viene lo que más quería contar: la Facultad seguía en poder de la Jotapé. Perón se la había dejado. Para que se entretengan ahí, habrá dicho. Juramos en el Aula Magna. Casi no se veía nada de la cantidad de carteles: *Gloria a los mártires de Trelew; Patria sí, colonia no; La patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas*. Me senté al lado de un singular personaje. Lo conocí bien cuando cursó *Filosofía de la historia* con Conrado. (*Nota*: La materia “pertenecía” al mítico León Dujovne, “el dueño del tema”, según Massuh. Yo la había rendido con él. Creo que es el padre de la escritora Alicia Dujovne Ortiz. Agarraba un puñado de tizas, las volcaba sobre el escritorio y, con ellas, nos explicaba Hegel. Todas las tizas eran el universal concreto, cada una de ellas era la particularidad; cada tiza, en tanto objeto, le era esencial a la totalidad, porque “el objeto es mediación y la mediación es objeto”.) Era Daniel Dei, a quien algunos recordarán. En su examen final dijo en la mesa: “La Historia es la aventura del diálogo entre el hombre y Dios”. Massuh, que estaba ahí, casi revienta de la emoción y de la felicidad. Esa noche, cenando con Conrado, le dice: “Mirá, Conyado, todos fueron a dar examen para tirar bombas. Todos dieron el mismo examen: Hegel y Marx, Hegel y Marx, Hegel y Marx. Yo estaba harto. Y la revolución, ni uno dejó de hablar de la revolución y de la violencia, pero la *verdadera bomba*, Conyado, la puso ese chico, el único que se diferenció de los otros, el que dijo que la historia no era la bendita historia de la lucha de clases, sino la historia de la aventura del diálogo entre el hombre y Dios”. Era un señalamiento atendible. Da para hablar mucho. Toda una generación y un solo loco, un individualista que se niega a participar de las ideas impuestas, esas en las que todos creen, y larga un tejo a la terraza, produce lo inesperado. Daniel Dei significa además y en latín Daniel De Dios. Aquí, ahora, lo tenía a mi lado. Esperábamos jurar rápido e irnos. De pronto escuchamos la fórmula del juramento: “¿Jura por Dios, por la patria, por los Santos Evangelios y la liberación de los pueblos del Tercer Mundo etc., etc.?”. Todos juraban *Por la patria y por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo*. Daniel se encolerizó: ¿qué significaba eso?, ¿desde cuándo ese agregado?, ¿por qué imponerle a uno la ideología de los que manejan la Facultad? “Siempre fue así”, insinué. Rechazó mi sugerencia: “Pero el juramento tradicional te da a elegir: o por Dios o por la patria o por los Santos Evangelios. En cambio, esta gente te obliga a jurar por los pueblos del Tercer Mundo”. “Y por su liberación, Daniel. No jodas, ¿estás en contra de eso?” “Estoy en contra de que me impongan una fórmula ideológica que no comparto. Esa es una consigna de los Montoneros.” “De la juventud peronista, Daniel. Hace años que se pelea por eso. Por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo.” “Yo no voy a jurar por eso.” Tuve la suerte de jurar primero. El tipo que me tomó el juramento no valía nada. Tenía una terrible cara de aburrido. Y cuando te preguntaba lo de la liberación de los pueblos del Tercer Mundo advertías que era un burócrata al que le habían ordenado que dijera eso. Cierro el tema: sin cuestionarme mucho nada, y con bastante convicción, juré por la patria y por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo. Me fui y Daniel seguía esperando. Seguramente, como diría Massuh, tiraría esa tarde otra bomba. Esta vez en el Aula Magna y en la ceremonia de juramentos. Puiggrós había renunciado. De modo que mi diploma (que lo guardo en mi escritorio detrás de unas cajas, bastante oculto) está firmado por el “Secretario Normalizador” don Vicente Solano Lima y por el “Secretario General” Ernesto Villanueva. ¿Qué tal? Mi diploma de filósofo lo firma el compañero de fórmula de Cámpora, el conservador que, al día siguiente de Ezeiza, visitó a todos los internados en los hospitales sin cesar de declarar a los cronistas de la tele: “La Juventud Peronista no tenía armas, no fue armada. Puedo asegurarlo” y por un distinguido cuadro de la orga Montoneros. Bue, yo habría deseado que me lo firmaran Sartre o Merleau-Ponty, pero no estaba mal. No se le podía negar originalidad a la cuestión. “Juro por la patria y por la liberación de los pueblos del Tercer Mundo”, así eran los tiempos. Seguramente a muchos –hoy– les parecerá una locura, pero en ese entonces tenía sentido. Uno, con ese juramento, juraba en nombre del Che, de Fanon, de Giap, de Cooke y de tantos otros luchadores. A no burlarse. De la forma que sea, pronto vino el nazi Ottalagano y vaya a saber por qué se habrá jurado. Por la Cuarta Berlín. Algo que Ottalagano decía que Buenos Aires era y nadie entendía por qué. Creo que también era la Tercera o la Cuarta Roma. Sucede que a Ottalagano lo había puesto Oscar Ivanissevich, que había llegado a ser rector de la Universidad luego de Puiggrós, luego de Raúl Laguzzi y luego de Vicente Solano Lima. A Puiggrós lo rajaron, a Laguzzi, en septiembre de 1974, le pusieron una bomba en la casa; murió su pequeña hija, apenas tenía un año de edad. Solano Lima duró poco tiempo. Y apareció Alberto Ottalagano. Era un nazi. Se lo recuerda por haber hecho el saludo de ese movimiento durante la campaña de Luder para la presidencia en 1983. Lo quemó tanto como el cajón de Herminio Iglesias. Cuando gana Alfonsín –en la sala de cómputos– aparece el ministro del Interior de la dictadura, Llamil Reston. Un periodista, recordándole el saludo de Ottalagano, le pregunta qué opina de él. Y Llamil Reston responde: “Bueno, es un hombre que ha prestado grandes servicios al país”. No hay caso, son una gran familia. En 1974, cuando lo nombran, nos echan a todos de la Universidad. Empieza a circular un chiste triste, que expresaba el estado de ánimo de ese momento: que Ottalagano se tenía tanta confianza que decía “O ta la gano O ta la empato”.

EXÉGESIS DEL DISCURSO DE PERÓN DEL 21 DE JUNIO DE 1973

A causa de las complejidades que tanto Heidegger como su seguidor Gadamer han introducido en el concepto de *hermenéutica,* recurriremos al de *exégesis*. Probablemente podría haber puesto *interpretación,* sin más. La cosa viene más o menos así desde Aristóteles, pero exégesis apunta a una mayor ambición. Una interpretación totalizadora, que busque el fundamento de lo interpretado, sus relaciones con otros elementos que complementan lo que se investiga y unas conclusiones que ofrezcan una visión diferenciada de otras o complementaria, explicitando las dos posibilidades.

A las 21 o 21.10 aparece Perón en la cadena nacional. Tiene una cara de perro que asusta. Nada de sonrisas. Nada de guiños. Ni una sola ironía. Menos aún alguna broma. Es el Jefe el que va a dirigir la palabra. Y se nota que el Jefe está muy enojado. A su lado está Cámpora. Es una legítima cortesía: era el presidente de la República, aunque nadie parecía ya recordarlo. A su otro lado: Isabel Martínez. ¿Por qué? ¿Tenía algún cargo la señora? ¿Era ya primera dama? No. ¿Era una gentileza matrimonial? No era la ocasión para tenerla. Era otra cosa: Perón ya empieza a introducir la imagen de él y de su “aventajada discípula”. Ya tiene en la cabeza la fórmula Perón-Perón. Detrás de él se completa el cuadro familiar. El fiel sirviente, el hombre que ofrece su vida para cuidarlo, atenderlo, el Brujo López Rega. El que le masajea la próstata cuando –en mitad de la noche– los dolores asedían al general y grita: “¡López!” Y López, fiel como un perro a la espera, como una basura obediente que –sin embargo– ambiciona heredar al monarca, le masajea la próstata: “¿Va mejor, General? ¿Alivia el dolor? Puse unos ungüentos, unos bálsamos especiales. Usted sabe, y lo ha comprobado, que yo sé de esto más que cualquier médico”. Y el yerno de López Rega, el señor Lastiri, que era, en ese momento, presidente de la Cámara de Diputados. ¿Quién mierda es Lastiri, quién lo conoce? Es un porteño de otros tiempos, burrero, putañero y amigo de las corbatas, algo que precipitará el fin del gobierno de Isabel. Es el Perón de Madrid trasladado a Buenos Aires. Es su Ejército personal, su íntima gente de confianza, tal vez los únicos en que confía. No en Cámpora. Lo de Cámpora es una concesión. Raro que se la haya otorgado. Sobre todo si tenemos en cuenta lo que habrá de venir.

Este es el discurso que Perón le había comentado a Jorge Antonio. El discurso con que espantaría a la juventud peronista. El discurso con que mandaría a “los muchachos” de vuelta a casa. Para ellos no era: “De casa al trabajo y del trabajo a casa”. Era, sin más, “del trabajo a casa”. Su trabajo ya lo hicieron, muchachos, ahora se van y no joden más. Lo digo yo. El Jefe del Movimiento. “Quédese tranquilo, Jorge. Agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a su casa.” Ahí, ahora, estaba. Sobre la mesa tenía un vaso de agua y un micrófono. Sólo le restaba hablar. Algo que, para Perón, nunca fue un problema. Pero el entorno en medio del que aparecía era una corte de milagros. El establishment se habrá reído. ¿Qué es ese cambalache?, habrá dicho. ¿Con eso piensa gobernar? El gabinete de Cámpora era un lujo al lado de ese cachivache. ¿Dónde tenía Perón un Taiana, un Righi, un Jorge Vázquez en Cancillería, un comandante en jefe del Ejército como Carcagno, un político relevante como Juan Manuel Abal Medina, gente lúcida, culta, con trayectoria política? ¿Dónde tenía a un Rolando García, a un Rodolfo Puiggrós, al mítico José María Rosa? Lo que tenía alrededor daba pena o daba escalofríos. El fascismo no necesita hombres brillantes ni inteligentes. El nacionalismo de derecha tiene buena prosa. Pero los fachos suelen ser ridículos. ¿Ustedes lo miraron bien a Hitler? Es un petiso con un mechón absurdo, con un bigote chaplinesco, que da unos discursos –que ha ensayado antes frente a un espejo– que merecen más una internación en un psiquiátrico que las ovaciones de las masas. ¿Y Goebbels? Una inteligencia privilegiada, pero demente, rengo reprimido, petiso. De Goering, ni hablar. Gordo, fofo, fanfarrón, héroe de la aviación durante la primera guerra. Pero si ahora se sube a un avión no puede despegar. Y Himmler con esa estampa de guerrero asiático, de bárbaro de Gengis Khan, de mongol. Este era el entorno del Führer. Y Alemania se enamoró de él. Y Heidegger le dijo a Jaspers: “¿No ha visto usted las manos del Führer? Son bellísimas”. De modo que no hay de qué asombrarse. Argentina lo quería y lo necesitaba a Perón. El establishment también lo requería. Y Perón, viejo, enfermo, pero ambicioso, porque no quería morir sin que le devolvieran su grado y su uniforme de general, se vino para la patria a dilapidar sus últimos meses de vida. Su prestigio.

Empezó diciendo:

Perón:

Llego desde el otro extremo del mundo con el corazón abierto a una sensibilidad patriótica que sólo la larga ausencia y la distancia pueden avivar hasta su punto más álgido.

Exégesis:

Ante la densidad del discurso cuesta creer que haya sido escrito luego de llegar a la Argentina. Es más que probable que fuera éste el discurso que pensaba Perón decir en Ezeiza. ¿Cómo se presenta? Como alguien que llega desde el otro extremo del mundo. Este hecho –interpretado como un padecimiento que ha incrementado al amor por la patria ausente, por la patria perdida– le ha dado al enunciador (Perón) una cualidad excepcional: ha abierto su corazón. Lejos de haberlo envenenado, de haber hecho crecer en él deseos de venganza, rencores, ambiciones de que las injurias recibidas sean reparadas, la ausencia le abrió el corazón. En ese corazón asoma una “sensibilidad patriótica”. Esa sensibilidad –que es el generoso olvido de las viejas diferencias– está avivada, encendida hasta su punto más álgido (*supremo, culminante*). En suma, negación del sentimiento de revancha, exaltación de la templanza, del amor a la patria, que es el amor a todos quienes la componen. Desde su primer párrafo Perón dibuja la figura del “león herbívoro”. No vengo a pelear ni a vengarme. Vengo a unir, a tender mi mano. Esto tomará forma definitiva cuando proponga reemplazar el apotegma *Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista* por el de *Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino.* Perón, en resumen, viene para ponerse al frente de la unidad nacional.

Perón:

Por eso al hablarles a los argentinos lo hago con el alma a flor de labios. Y deseo también que me escuchen con el mismo estado de ánimo. Llego casi desencarnado. Nada puede perturbar mi espíritu, porque retorno sin rencores ni pasiones, como no sea la que alimentó toda mi vida: servir lealmente a la patria.

Exégesis:

“El alma a flor de labios.” Sería arduo expresar mejor la sinceridad total, absoluta de sus palabras. Están dichas con el alma. Porque este hombre que viene sin rencores ni pasiones tiene “el alma de flor de labios”. Ha tenido la grandeza espiritual de transformar una larga injusticia en una sabiduría profunda y un amor a la patria y a todos, también a quienes lo hirieron. Por eso llega “casi desencarnado”. ¿Cuándo un hombre está “desencarnado”? La des-encarnación lleva a un estado de gracia. La des-encarnación aleja a un hombre de las pasiones terrenales. No es ajeno a ellas. Menos aún se va a desinteresar de sus tumultos, pero no se va a confundir, ninguna tormenta logrará que su entereza vacile. Porque la dureza del infortunio, la dureza de la soledad del exilio le ha entregado el *pathos del desapego o de la distancia*. Las pasiones hunden a los hombres en los huracanes de la historia. En medio de ellas suelen equivocarse, tomar partido. No, Perón está lejos de las pasiones. Será, en la patria, la garantía de la templanza. Como vemos, toda esta parte del discurso está dirigida a los antiperonistas. A los militares. A los servicios de contrainsurgencia y hasta a los Estados Unidos, muy preocupados en ese momento por el problema del marxismo en Chile. Dispuestos a no tolerar otro Castro en América (que los sorprendió), concentrados Kissinger y Alexander Haig en esa tarea, no desearían ser perturbados por un viejo general pro-insurgente en la Argentina. Este mensaje de templanza los tranquiliza. Perón les dice: “Quédense tranquilos. Aquí no habrá insurgencia marxista. Ordenaré este país y lo mantendré dentro de la órbita occidental y cristiana de la feroz Guerra Fría que se está librando”.

Perón:

La situación del país es de tal gravedad que nadie puede pensar en una reconstrucción en la que no deba participar y colaborar. Este problema, como ya lo he dicho muchas veces, o lo arreglamos entre todos los argentinos o no lo arregla nadie.

Por eso deseo hacer un llamado a todos, al fin y al cabo hermanos, para que comencemos a ponernos de acuerdo.

Exégesis:

Primer distanciamiento con las tesis de sus jóvenes seguidores. Que no las habían creado en medio de ningún delirio báquico, sino porque el mismo Conductor del movimiento peronista las había enunciado. Cito: “Perón lo sabía: febrero era el tiempo de los jóvenes. Porque eran éstos, en efecto, quienes agitaban la historia, creaban las consignas, soliviantaban las conciencias, representaban el rostro caudaloso, multitudinario del peronismo” (J. P. F., *López Rega, la cara oscura de Perón*, ed. cit., p. 100). Perón, el 11 de enero de 1973, larga el reportaje de *Mayoría* que, visto desde el discurso del 21 de junio, es una tomadura de pelo a la Jotapé. Perón lo dice para instrumentar su poderío movilizador y organizativo. Y la Jotapé se lo cree y asume que va a gobernar con el líder. ¡Como para no creerlo! Perón no tenía límites cuando quería dar máquina a sus cuadros duros de vanguardia: “O ellos llaman a elecciones o provocan una guerra civil” (J. P. F., ob. cit., p. 101). Prioriza la “liberación nacional” por sobre la “reconstrucción nacional”. Luego invertirá los términos. Y hasta lanzará un mamarracho antropológico: “Hay que reconstruir al hombre argentino”. Si tanto había que reconstruir, de la liberación mejor olvidarse. Pero el 11 de enero, en *Mayoría*, cuando necesita a la Jotapé para la campaña electoral, el mensaje es otro. La prioridad de la “liberación” dinamizaba la teoría del “primer mes”, que era propiedad de Perón. En el primer mes hay que tomar el poder. La Jotapé se lo creyó y Perón larga la consigna irresponsablemente. Ya vamos a analizar qué era el poder. Como dijo Miguel Hurst en una multitudinaria reunión de Jotapé: “Ojo, el Ejército todavía no se puso en serio contra la guerrilla”. Lo putearon por bajoneante, pesimista y agorero de la derrota. Todo iba sobre ruedas. Las ruedas de la Historia. Perón sigue dando manija: “O la juventud toma esto en sus manos y lo arregla aunque sea a patadas, pero lo arregla, o no se lo va a arreglar nadie” (J. P. F., ob. cit., p. 102). Y sigue: “Los viejos no van a arreglar esto: los viejos no están en la evolución. Es un mundo que cambia, y los muchachos tienen razón. Y si tienen razón hay que dársela y hay que darles el gobierno (...) Si la juventud no salva esto, no lo salva nadie” (J. P. F., ob. cit., p. 102). Del 11 de enero al 21 de junio no hay mucho tiempo. La Jotapé vio destruido su papel de vanguardia. La promesa del Líder que prometía *hay que darles el gobierno* para escucharlo hablar como un santo que descendía de los cielos para unir a todos. Y todavía no había escuchado lo peor del discurso. Perón les reservaba párrafos escalofriantes.

Perón:

Tenemos una revolución que realizar, pero para que ella sea válida ha de ser de reconstrucción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino.

Es preciso volver a lo que en su hora fue el apotegma de nuestra creación: “de casa al trabajo y del trabajo a casa”. Sólo el trabajo podrá redimirnos de los desatinos pasados.

Exégesis:

Esto era pura basura burguesa para la Jotapé. Ni hablemos para el ERP. Nombro al ERP y a la izquierda porque la Jotapé debía discutir con ellos su adhesión al peronismo. La izquierda, con razón desde sus postulados, que eran los del marxismo, diría: “¿Qué trabajo nos va a redimir? ¿El trabajo en la fábrica capitalista? ¿El trabajo enajenado? ¿El trabajo en que el patrón explota al obrero? ¿El trabajo en que el patrón extrae del obrero la plusvalía que le permite seguir con la explotación? ¿Qué es la reconstrucción pacífica? ¿Otra vez la mermelada nacional burguesa de la *unidad nacional*? Y ese apotegma –‘De casa al trabajo y del trabajo a casa’–, ¿qué mierda es, compañeros? Jamás se ha pronunciado una consigna más reaccionaria que ésa. Si se trata de ir del trabajo a casa y de casa al trabajo, ¿cuándo hacemos la revolución? ¿Cuándo hacemos una huelga, compañeros? ¿Qué son los obreros? ¿Caballos de la calesita del circo burgués, dando la vuelta eternamente y la sortija se la llevan siempre los patrones? ¿Y ustedes esperan algo de este líder? ¿De este conciliador de clases?”. No era fácil responder estos cuestionamientos. La era de las revoluciones había pasado, pero todavía estaba demasiado cerca. Y Perón la había prometido. ¡El primer mes! ¿Qué era el primer mes? Sabemos lo que terminó siendo. Descabezar a Cámpora. Pero el que crea que ése era el poder no veía claro nada. Perón tenía el gobierno y sólo eso. El establishment y los militares estaban a la espera. “Del modo en que esto viene va a terminar cayendo como un fruto maduro en nuestras manos. Por ahora, calma. Seamos testigos del desastre. Un líder viejo y enfermo. Un entorno patológico y payasesco, aunque criminal. Sindicatos pactistas. Una CGE con un comunista al frente. Y una guerrilla desautorizada. La boca se les hacía agua a los que tenían todo listo, a los que ya habían diseñado a fondo el macabro plan de contrainsurgencia que aplicarían. Nadie sabía nada de eso. Pronto lo vamos a explicitar detalladamente.

Perón:

Cada argentino, piense como piense, y sienta como sienta, tiene el inalienable derecho de vivir en seguridad y pacíficamente. El gobierno tiene la insoslayable obligación de asegurarlo. Quien altere este principio de la convivencia, sea de un lado o del otro, será el enemigo común que debemos combatir sin tregua (...). Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que creen lo contrario se equivocan. Estamos viviendo las consecuencias de una posguerra civil que, aunque desarrollada embozadamente, no por eso ha dejado de existir, a lo que se suman las perversas intenciones de los factores ocultos que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por menos inconfesables menos reales (...) Es preciso llegar así y cuanto antes a una sola clase de argentinos, los que luchan por la salvación de la patria, gravemente comprometida en su destino por los enemigos de afuera y de adentro. Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento, ponerlo en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo y desde arriba. Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen. No es gritando la vida por Perón como se hace patria, sino manteniendo el credo por el cual luchamos. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias. Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado se equivocan (...) Por eso deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal.

Exégesis:

Eso que Perón llama “el principio de la convivencia” echa por tierra la concepción de la “historia como conflicto” típica de la izquierda. Tampoco fue ajena al peronismo. Al contrario, el primer peronismo siempre llevó a primer plano una epistemología social (por decirle así) del *conflicto*: Pueblo y Antipueblo, Patria y Antipatria, Pueblo y Oligarquía/ Peronistas y Antiperonistas/ Leales y Traidores/ Alpargatas y Libros/ Grasitas y Niños bien, etc. Estas antinomias irreductibles permitían leer la realidad en términos de antagonismos irreductibles. El Perón del ’73, el que llega “desde el exterior”, el “desencarnado”, propone la “unidad”. Hasta podría decirse que, no tanto la “unidad de la patria” o la “unidad nacional”, consignas del nacionalismo, sino la *unidad del pueblo argentino*. Porque en las 20 verdades había antinomias. Una sola clase de hombres: los que trabajan. Se entendió siempre que “los que trabajan” eran “los trabajadores”. No los oligarcas. Un oligarca no trabaja, no es un trabajador. Esta consigna siempre irritó a los sectores medios: “¿Cómo, nosotros no trabajamos?” Interpretación resentida y torpe. Sí, trabajaban, pero la mayoría eran propietarios. Trabajaban para ellos. Salvo la clase media baja. Pero a ésta el peronismo le había hecho sentir que el concepto de “los que trabajan” la incluía. “Los que trabajan” eran los que trabajaban bajo patrón. Estos eran los trabajadores. Esta verdad justicialista (la Nº 4) creaba un antagonismo entre el *trabajador* y el *patrón*. El justicialismo estaba de parte del trabajador. Era “un gobierno de los trabajadores”. Aunque eso que una y otra vez era llamado “el Pueblo” parecía ser la mermelada en la que todos se juntan, no era así para el peronismo de los comienzos. El Pueblo era “el Pueblo trabajador”. El “Pueblo trabajador” eran “los trabajadores” y “los trabajadores” eran los obreros. De modo que la antinomia quedaba establecida: trabajadores y no trabajadores. Pueblo y Oligarquía. El justicialismo expresaba al Pueblo. Y, para hacerlo, enfrentaba a la oligarquía. Las veinte verdades fueron leídas por el propio Perón el 17 de octubre de 1950, glorioso “año del Libertador San Martín”. Yo tenía siete años y todos los días, en la escuela, abríamos nuestro cuaderno y poníamos la fecha. Por ejemplo: 15 de mayo de 1950. Y a continuación: “Año del Libertador San Martín”. Eramos, los niños, los únicos privilegiados. Esto, que tan cálido parecía, era cálido sólo con los niños. Pero también establecía una antinomia. *Ya no había privilegiados, sólo los niños*. Los que siempre habían gozado de privilegios en la patria (es decir, la oligarquía, los patrones) ya no los tenían, no se les reconocían. Sólo los niños tenían privilegios. La oligarquía había perdido los suyos. Las veinte verdades van cercando a su enemigo. Si reconoce a “una sola clase de hombres”. Si esos hombres son los trabajadores, los obreros. Si los que tenían privilegios los han perdido porque ahora sólo los niños los tienen, está claro que el sector excluido de las bondades de la doctrina es la oligarquía. El antipueblo. Que es –al ser el pueblo la patria– la antipatria. La verdad Nº 6 establece otra antinomia, que es la esencial: peronistas y no peronistas. Los no peronistas no trabajan por la patria, no son la patria e incluso son sus enemigos. Por eso, para un peronista hay ciudadanos mejores que otros. *Los peronistas son mejores que los no peronistas*. De aquí la célebre verdad Nº 6: “Para un peronista no debe haber nada mejor que otro peronista”. Este reconocimiento entre peronistas excluye al Otro, al no peronista, y más aún al antiperonista. El “no peronista” es tal vez más despreciable que el antiperonista. Porque la patria está dividida en dos partes. *Y el no peronista no está en ninguna*. No es pro ni anti. Observemos que esta concepción binaria de la sociedad tiene notables semejanzas con las del *Manifiesto comunista*: “Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases beligerantes (...). Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado” (Karl Marx, Friedrich Engels, *Manifiesto comunista,* Primera Parte: *Burgueses y proletarios*). Perón siempre insistió en la concepción binaria y beligerante. ¿O acaso es casualidad que cite con tanto fervor a Licurgo y Evita lo repita? Licurgo, duramente, sentencia: “Hay un solo delito infamante para el ciudadano: que en la lucha en que se deciden los destinos de Esparta, él no esté en ninguno de los dos bandos o esté en los dos”. Perón dirá que prefiere a los opositores que a los “independientes”. Evita, más melodramática, dirá: “Los tibios me dan asco”. Es valiosa esta dualidad que marcan las veinte verdades. La esencial: trabajadores y oligarquía. ¿Cómo se lee hoy? No trabajadores y oligarquía. Marginados y oligarquía. Y hasta delincuentes y oligarquía. Porque el neoliberalismo integra cada vez menos. Margina cada vez más. Ya, poco a poco, los trabajadores se extinguen. No así las oligarquías. *Que han florecido*. ¿Qué les parece si acudimos al eminente Diccionario de María Moliner? No nos va a decir nada nuevo. Lo nuevo esperamos aportarlo nosotros. (Esperamos.) *Oligarquía*: “Organización política en que el poder es ejercido por un grupo limitado o una clase social dirigente (...). Cualquier organización en que dirigen sólo unos cuantos sin dejar intervenir a los demás interesados en ella”. Del *Diccionario de Salamanca*, tan prestigioso era el que a fin de año regalaba la insigne Carmen Balcells a los escritores que persistían

en estar con ella para darse lustre y conseguir poco. (Todos menos García Márquez.) *Oligarquía*: "Forma de gobierno en la que el poder es ejercido por un grupo reducido de personas: *La oligarquía griega estaba formada por un grupo de personas aristocráticas*". Pero hay un gran error en esto. La oligarquía no es la aristocracia. La oligarquía es un monopolio ultraconcentrado de personas con muchos bienes. No importa la jerarquía espiritual de esas personas. La aristocracia griega tenía una *finesse* espiritual. Léase a Nietzsche en el primer tratado de la *Genealogía de la moral*. Los aristócratas griegos se llaman a sí mismo *Los veraces*. Porque la verdad surge naturalmente de sus palabras. Ellos dan los nombres a las cosas. Tal es su poder. Son lo bueno y lo bello. De modo que esa unificación del *Diccionario de Salamanca* entre aristocracia y oligarquía es errónea. Lo fundamental de la oligarquía es obtener grandes ganancias y juntarse con quienes consagran sus vidas a lo mismo y organizarse con ellos en grupos de poder. No tiene el *Esprit de finesse* de la aristocracia. En el mundo de hoy (contrariamente a lo que piensan sus ideólogos mediáticos) la oligarquía ha vuelto a florecer. La oligarquía (en lo esencial: *gobierno de pocos*) son los oligopolios. La democracia liberal de mercado *concentra* el poder en pocas manos y expulsa del mercado a millones de trabajadores por día. Nacen los *grupos oligopólicos*. Que son internacionales. No sabemos a quién pertenece finalmente un oligopolio o con quién está asociado. Sabemos que el poder está cada vez en menos manos. Esto los torna más poderosos y más ejecutivos, más dinámicos en sus decisiones. Además de contar con apoyo externo. La Iglesia Católica ha advertido que los oligopolios del siglo XXI son la defensa de cualquier avance en contra de la fe de Cristo, que es el gran negocio de la oligarquía vaticana. Así, establece una férrea unión con los oligopolios. Acaso se entienda así la intervención del Papa en la Argentina y no en los países hambrientos de los que su corazón cristiano y sufriente debiera ocuparse. Todo es todo. Se concentra la política, se concentra el poder. *Esta concentración excluye a millones de la sociedad de pocos (la sociedad oligárquica)*. Son los inmigrantes indeseados".

Volvemos a las veinte verdades. La N° 7 es buena, dura: "Cuando un justicialista empieza a sentirse más de lo que es empieza a convertirse en oligarca". Hasta aquí la cosa va más o menos bien. Podíamos, el 22 de junio, *tironear* las veinte verdades hacia el socialismo. Pero empiezan los problemas. Y son los de la comunidad organizada. La verdad N° 11 ya se desliza hacia la unidad amorfa. Hacia ese *todos* en que todo se diluye. "La noche en que todos los gatos son pardos", como decía Hegel. "El justicialismo anhela la unidad nacional y no la lucha. Desea héroes, pero no mártires." ¿Y la lucha de clases? ¿No vamos a luchar contra la oligarquía? Y en la parte económica ya no titubea en anunciar el Estado de Bienestar. Es la verdad N° 16: "Como doctrina económica, el justicialismo realiza la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía y ésta al servicio del bienestar social". No se pretendía el bienestar social sino tomar el poder.

Así y todo, el Perón que aterriza en la patria está *más acá* de las veinte verdades. No hay antinomias. Es la mermelada de la *unidad nacional* que abre el paraguas para todos y deja todo igual, bajo la protección del Estado. Habla de "agentes entre las sombras". ¿Quiénes son? Los infiltrados. Hay que llegar *a una sola clase de argentinos*. ¿Cómo, qué, oímos bien? ¿Ahora resulta que hay una sola clase de argentinos? ¿No están los que luchan por la liberación nacional y social de la patria y los reaccionarios grupos tradicionales de poder que, unidos a los monopolios extranjeros, entregan la patria al mejor postor y explotan a los trabajadores? General, ¿dónde ponemos todo eso? ¿Desapareció? Y algo peor: *¿Peleó el peronismo durante 18 años por un proyecto burgués conciliador de clases?* ¿Para eso fue la Resistencia, el Lisandro de la Torre, para eso murió Felipe Vallese, se hizo el Cordobazo, murieron los masacrados de Trelew, fue secuestrado y muerto Aramburu, se nacionalizó el estudiantado? "¿Los peronistas tenemos que volver a la conducción de nuestro movimiento?" ¿No era que íbamos a gobernar nosotros? Todo se fue a la mierda con el descabezamiento del Galimba. Por esa boludez de las milicias armadas. Entonces, ¿en serio nos sacó la escalera? "No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina. Somos lo que las veinte verdades dicen." ¿Y el socialismo nacional, la actualización doctrinaria, el trasvasamiento generacional? ¿Y todo lo que les dijo a Solanas y Getino? ¿Y no era Guevara el mejor de los nuestros? "Nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias lo saben." Gracias por tirarnos un salvavidas, general. Pero, honestamente, no sabemos una mierda de todo lo que acaba de decir. Y ahora habla de "infiltrados". ¿Quiénes son los infiltrados, general? ¿No seremos nosotros? *Infiltrados*, qué palabra de mierda, general.

Perón:

En el final de este camino está la Argentina Potencia, en plena prosperidad, con habitantes que puedan gozar del más alto standard de vida. Finalmente deseo exhortar a todos mis compañeros peronistas para que obrando con la mayor grandeza echen a la espalda los malos recuerdos y se dediquen a pensar en la futura grandeza de la patria (...); a los que fueron nuestros adversarios que acepten la soberanía del pueblo, que es la verdadera soberanía (...); a los enemigos embozados y encubiertos o disimulados, les aconsejo que cesen en sus intentos porque cuando los pueblos agotan su paciencia suelen hacer tronar el escarmiento (...) La oportunidad suele pasar muy queda, guay de los que carecen de sensibilidad e imaginación para no percibirla. (El final son convencionales apelaciones a Dios, que nos va a ayudar si somos capaces de ayudarlo. Y un grande y cariñoso abrazo para todos sus compañeros y un saludo afectuoso y lleno de respeto para el resto de los argentinos.)

Exégesis:

Era un típico discurso de Perón. Lo había escrito. No la noche de lo de Ezeiza. Lo traía desde Madrid. Los hechos lo obligaron a modificarlo. Sobre todo a tornar más explícitas las condenas a la juventud peronista, que –a partir de ese día– pasó a "estar cuestionada" y Perón se negó a recibirla. ¿Por qué Perón aceptó tan inmediata y firmemente la versión de los hechos que le ofrecieron los mercenarios del palco con Osinde a la cabeza? Porque Perón había negociado su regreso. Si no, no volvía. "Usted vuelve pero nos frena a la guerrilla. El ala marxista de su movimiento. Nosotros enfrentamos una Guerra Revolucionaria, general. Sus muchachos no son luchadores anticolonialistas. Sirven al marxismo en la Guerra Fría. Si usted vuelve es para frenarlos. Usted no es marxista. Sólo usted puede manejarlos sin un alto costo de sangre. Nosotros tendríamos que matarlos a todos y preferimos no ensuciarnos en esa tarea. Usted es el líder al que obedecen. Esperemos que eso siga ocurriendo. Si ocurre, el país se organizará sin sangre." ¿Quiénes le decían eso? No lo sabremos jamás. Pero es previsible: Lanusse, López Aufranc, Sánchez de Bustamante, el almirante Mayorga. Con mayor o menor entusiasmo todos acordaron en este paso que los libraría de una matanza.

El discurso que Perón da el 21 es el que pensaba dar desde el palco de Ezeiza. Conjeturo que todos se habrían vuelto, no tan preocupados y desgarrados como lo hicieron a raíz de la matanza, pero con la oscura sensación de que el Viejo les había sacado la escalera. El Viejo venía para la paz y la unidad nacional. Los que habían ejercido la lucha violenta en la etapa de hostigamiento al régimen nada tenían que hacer en ésta. Si además se agarraban a tiros con esa derecha sanguinaria e impresentable de la que Perón no abjuró hasta el fin de sus días, entonces sólo restaba condenarlos, hacerles tronar el escarmiento.

El discurso para la Jotapé es terrible. Sólo una negación infantilista e irresponsable podría empeñarse en no interpretarlo adecuadamente. Apenas una frase el Viejo ladino le había entregado a la Juventud: "Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas revolucionarias". La Tendencia se aferró a ella como a un salvavidas. Pero reflejaba sólo el intento de separar a la conducción de Montoneros de las bases juveniles, de "los muchachos". Algo que intentará algunas veces más. No tantas como debió hacerlo. Porque Perón (y costará explicar esto) fue agresivo, impolítico y hasta siniestramente torpe con la juventud peronista. Si la quiso captar en serio, fue difícil notarlo. Por el contrario, les tiró la derecha encima. Apartó la mirada cuando Lopecito armaba las bandas. Y los sindicalistas. Y el C. de O. Y la CNU, que era siniestra. Y dejó crear nuevas Jotapé. "Sellos de goma", como les decía la Tendencia. Nunca citó a los mejores (dejando aparte a Firmenich y Perdía) para decirles: "Muchachos, yo manejo un movimiento nacional. La etapa de lucha y hostigamiento al régimen terminó. Ahora tenemos que gobernar. No puedo hacerlo con ustedes. Pero quédense en el movimiento. Son guerreros. Si nos atacan de nuevo volverán a tener la vanguardia. Pero comprendan: los usé durante la marcha al poder y durante las campañas electorales. Ahora me vigilan. La CIA está más que nunca atenta a América latina. En poco tiempo lo tiran a Allende. Velazco Alvarado se hunde en Perú. Aquí, el Ejército se replegó, pero no lo derrotamos. La cautela se impone. Compréndanme y acompáñenme. Es otra clase de lucha. No me gusta la conducción que tienen. Hagan algo. Los vamos a respaldar". ¿Tan imposible era? ¿O los odiaba y quería destruirlos para congraciarse con el régimen?

Al no poder y no querer integrarlos, del "Padre Eterno" ni cenizas quedaron. El "Padre Eterno" murió en ese discurso y murió para siempre. *Nunca volvió a aparecer*. Perón convocó una vez más a la Jotapé y la usó para las elecciones que lo llevarían a la Presidencia en octubre. Cierto es que Montoneros oblitera (a dos días del triunfo de Perón) todo posible diálogo asesinando a Rucci. Eso le impide a Perón cualquier tipo de integración si alguna habría de intentar luego del 12 de octubre. Lo de Rucci es una de las más grandes torpezas políticas de nuestra historia. Es un suicidio. A Perón ya no le quedaba nada por hacer con los Montoneros luego de la veintena de balazos que acabaron con Rucci. Las responsabilidades están divididas. Las catástrofes se construyen así: todos hacen exactamente lo que hay que hacer para que todo salga mal. Pero hay algo que tiene que quedar definitivamente claro: *La responsabilidad más grande de la tragedia argentina es del Estado ilegal y gorila que gobierna entre 1955 y 1973*. Ante ese empeño en negar la institucionalización del país con el peronismo y con Perón incluidos, fueron tantas las luchas que hubo que emprender, tantos los muertos, tantas las huelgas y hasta las grandes movilizaciones como el Cordobazo, que el resultado de *todo eso*, lo que todo eso merecía para la memoria de los que dieron la vida y de los que la arriesgaron no podía ser un mero y prudente gobierno nacional burgués. Para todos los que dieron o se jugaron la vida con el Che en el corazón. Todos los jóvenes que ganaron las calles y llenaron los estadios y visitaron a las familias y levantaron las unidades básicas barriales, ¿qué otra cosa sino el anhelado socialismo podían exigir? (*Nota*: Esto ya fue dicho, pero en otro contexto. Además recuerden a Heidegger: "Lo que se repite se piensa dos veces".) Si Perón hubiera vuelto antes no se habría dado tiempo a que se formara la guerrilla, a que murieran tantos, a que la juventud se tornara militante y belicosa y exigente. El Estado Gorila cosechó las tempestades de los vientos que sembró. Los jóvenes ya se habían cebado con los fierros. No podían parar. No se iban a meter en oficinas del Estado burgués populista. Se había soñado demasiado tiempo con la revolución. Traían una velocidad que no se podía frenar con un discurso. Perón tuvo que dar su aprobación para que los matarifes de la derecha formaran sus bandas y se acabó.

Haremos un análisis de la condición del liderazgo de masas y de la psicología del líder y luego entraremos en un tema que nadie tuvo en cuenta entonces y que poco se ha tratado (o nada) en los análisis sobre el peronismo. ¿Cuál era el poder del enemigo? ¿A quién pretendía enfrentar la guerrilla? ¿Cómo se había preparado el Ejército argentino para la contrainsurgencia? ¿Nadie se preguntó contra quién se había decidido pelear? ¿Es casualidad que el Ejército haya aniquilado a la guerrilla con tanta facilidad? Le llevó más tiempo masacrarla en los campos de concentración que agarrar a sus milicianos en operativos de probada eficacia en Indochina y sobre todo en Argelia. Era cierto. No era un delirio de algunos pirados. En el puente 12 –el 20 de junio– se hablaba en francés. Veremos por qué.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

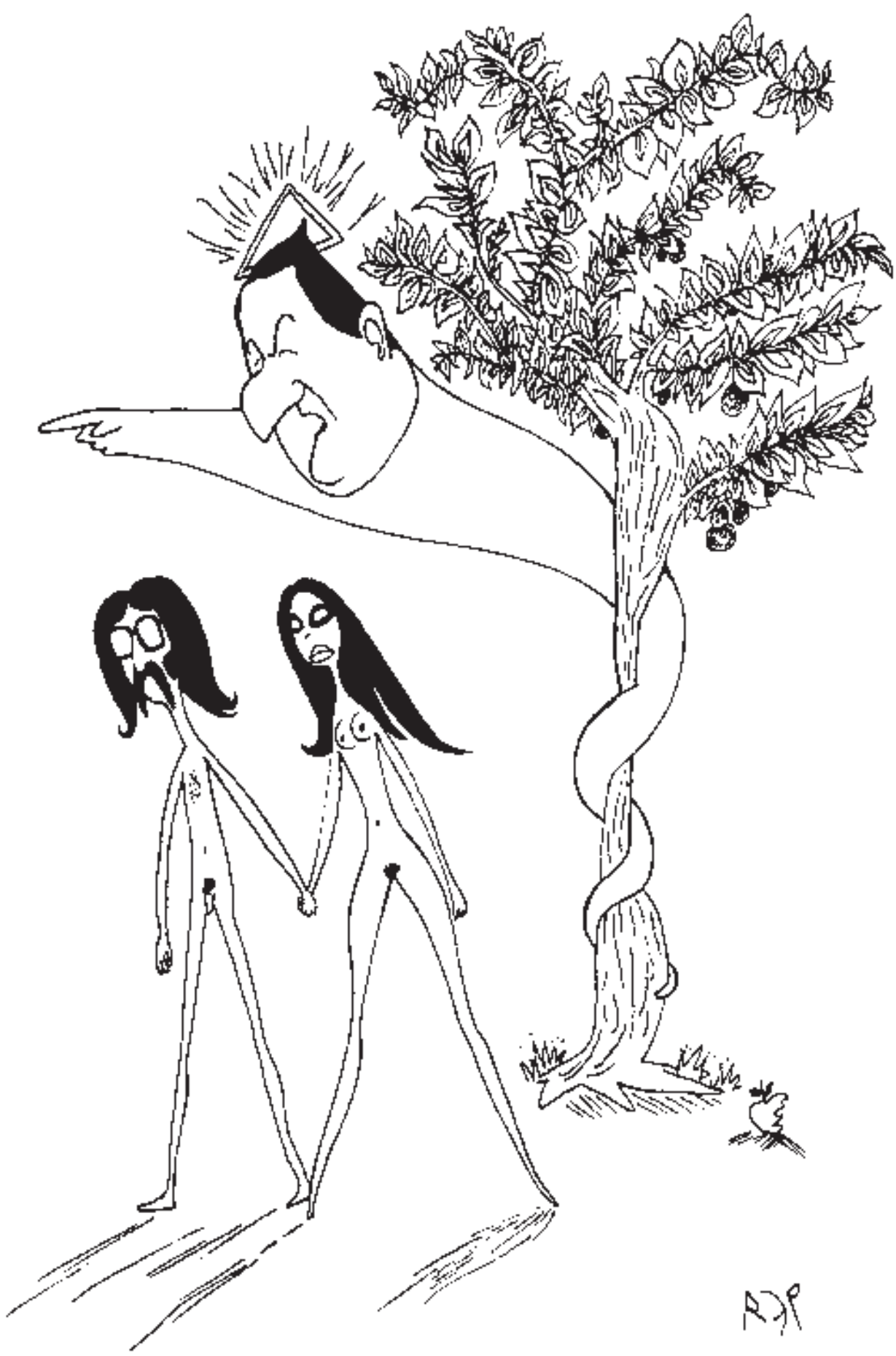
Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

92 Contrainsurgencia, “sin tortura no hay información”



Suplemento especial de
Página|12

JUAN DOMINGO QUIROGA Y JUAN FACUNDO PERÓN

Me permitiré una osadía (tal vez una más, otra de tantas, tal vez otro error, otra innecesariedad, pero yo la necesito): pienso comparar el discurso de Perón del 21 de junio con las impecables modalidades que diseñan la personalidad de los grandes líderes. Y los errores a que ellas los condenan. La omnipotencia suele perderlos. Se creen más que la Historia. O por encima de ella o su encarnación. En los dos casos, invulnerables. Detengámonos en el *Facundo* sarmientino.

También puede interpretarse *Facundo* como una historia de amor. Si Sarmiento no se hubiera enamorado de Quiroga, su libro carecería de la grandeza que nadie le niega, que tiene. Pero así –extrañamente– fue. Nada lo hacía esperar. Sarmiento ni siquiera tiene a Facundo como su principal objetivo. Busca apuntar a Rosas, ya que es su gobierno el que hay que derrocar. Toma a Facundo como excusa para demostrar la irrecuperable barbarie de los campos argentinos. Sabe, también, como escritor formado en el historicismo romántico, que Quiroga es la figura más americana de la Revolución, tal como lo dice. Quiroga derrocha todo lo que se necesita para hacer un libro lleno de peripecias. Batallas, coraje extremo, pelaje desbordante, un moro brujo, suele ser cruel o generoso, así es de arbitrario, de impredecible, se escapa de una cárcel y mata –él solo– a catorce hombres, persigue a Severa Villafañe porque su sexualidad es poderosa, enfrenta al General Paz, a la Civilización; reproduce, en la pampa, las modalidades árabes de guerra, vive un tiempo no escaso en Buenos Aires y se vuelve elegante, se viste en lo de Dudignac y Lacombe, juega a las cartas; Encarnación Ezcurra cuida de su fortuna; Rosas le encomienda una misión, parte, arregla el conflicto y regresa para encontrar la muerte en Barranca-Yaco. No es como Rosas, que hace el mal sin pasión. Quiroga es un torbellino de fuego. Una pasión que no cesa. Sarmiento, lejos ya de tratarlo como a un gaucho bárbaro y salteador, le toma respeto, lo ve inmenso, es eso que Hegel llama el individuo histórico universal. Ese en quien se encarna la historia. Y este enamoramiento le entrega al libro su seducción. Sarmiento quiere una patria sin Quiroga, pero Quiroga lo deslumbra. Sarmiento quiere la razón, pero la pasión, el desborde o la quietud santa de los llanos lo seducen. Quiere lo apolíneo, pero Quiroga vive entre deslumbramientos dionisíacos. Quiroga, gran enemigo de la razón colonialista occidental, le revela a Sarmiento la otra cara de esa vía que él ha elegido. Quiroga es el *otro* sentido. El sentido lateral. El que fue derrotado, pero –al aniquilarlo en lugar de integrar su dionisismo, al negarlo en totalidad, al instaurar un significante único– el triunfo resulta pobre. Ni siquiera le entrega a esa razón del Occidente europeo un matiz diferenciado, un sentido propio, lateral al del "tren del Progreso". Sarmiento se enamora de la cara que ha decidido matar. Era parte de la suya. Pero, empobreciéndose, no supo cómo integrarla.

Facundo y Perón se parecen en un punto que es propio, inalienable de los grandes caudillos. La omnipotencia. Perón, en el discurso del 21 de junio, dice: "Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país". ¿Lo conocía? ¿Quién lo informaba? Recibía una y otra vez visitantes de todo ropaje. Todos le daban su propia versión (interesada) de los hechos. Perón –como le exhibió a Graiver– le daba la razón a cada uno de ellos. ¿Hacía él, por fin, la totalización final? ¿No tuvo con las Fuerzas Armadas otros diálogos más que el lamentable que protagonizó con el coronel Cornicelli, del que se burló, al que llamó "Vermicelli"? Difícil saberlo. Hagamos foco en una sola cuestión. Supongamos que Perón sabía lo que estaba ocurriendo en el país. Había algo que no sabía. No sabía cómo era realmente la Juventud Peronista. "A éstos me los como", se habrá dicho. "Al Viejo nos lo comemos", se había dicho la Tendencia. Un juego entre caníbales. Cuando la Jotapé decía: "Conducción, Conducción, Montoneros y Perón", evaluaba esa consigna como altamente circunstancial. Perón no tardaría en morir. La Jotapé lo heredaría. Sin embargo, aquí hay un punto central: Perón no tenía entre sus planes morir. Si le dijeron que sólo le quedaban seis u ocho meses de vida si tomaba el gobierno, ¿para qué habría de tomarlo? ¿Qué se puede hacer en ese tiempo salvo tirar por la borda el prestigio de toda una vida entre las masas, entre el pueblo que lo quería de verdad? Perón –conjeturo– no se creía inmortal, pero le era difícil creer que se iba a morir. Ningún líder lo cree. Tampoco un líder cree que no habrá de ser obedecido. Una palabra suya es una orden. No admite respuestas ni menos aún cuestionamientos. La única respuesta es la obediencia, acatar y sólo eso. ¿Para qué si no es el líder? Un líder, en suma, cree en el poder absoluto de sus órdenes y en la ilimitada duración de su existencia, porque se cree inmortal. No sólo porque ha de perdurar en los bronces de la eternidad, sino porque no ha nacido quien lo mate. Ni siquiera su propio cuerpo, que suele atesorar en laberintos incognoscibles la paciente patología con que alguna vez –cercana o lejana– nos destruirá. Para colmo, con dolor. De aquí que nos propongamos –brevemente– hablar de la muerte de Facundo Quiroga. Y de la ineficacia de su última orden. Que, al no poder siquiera decirla, decreta entonces su fin. Un líder que da órdenes y no es obedecido debe morir.

Narra Sarmiento el terror que se apodera de la gente de frac en Buenos Aires ante la noticia del regreso del general Rosas, que lleva un tiempo persiguiendo indios por la campaña. Sus adictos lo esperan para proclamarlo Héroe del desierto. Pero quienes le temen corren a sus casas ante cualquier noticia sobre su cercanía, que les despierta pavor. Al verlos en tan penosa actitud, Facundo le dice a su edecán: "¡Este pueblo ha enloquecido!". Sigue Sarmiento: "Facundo había llegado a Buenos Aires, poco después de la caída de Balcarce. 'Otra cosa hubiera sucedido –decía– si yo hubiese estado aquí.' '¿Y qué habría hecho, general? –le replicaba uno de los que escuchándole había–; S. E. no tiene influencias sobre esta plebe de Buenos Aires.' Entonces Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena, y despidiendo rayos de sus ojos, le dice con voz breve y seca: '¡Mire usted! Habría salido a la calle, y al primer hombre que hubiera encontrado le habría dicho: ¡Sígame!, ¡y ese hombre me habría seguido!...'" (Sarmiento, *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, p. 342/343). Es lo que siente Perón. Quien haya visto *Ay Juancito* habrá observado que Perón, ante una pregunta de Juan Duarte, le dice que él, a la gente, "la inventa". Evita le ha desaconsejado recibir a un sindicalista ferroviario. Perón no tiene dudas. Lo tendrá de su lado con sólo hablar con él.

–Decile que pase.

–Pero, general, la Señora le pidió que no lo recibiera. Es de la contra. De los pesados.

–Decile que pase –Se acerca a Juancito, le pone una mano en el hombro, sonríe seguro y ganador. Dice–: No te preocupes. El tipo llega. Lo hago sentar. Lo dejo hablar un rato. Y después le hablo yo. En menos de diez minutos es peronista. Lo inventé.

EXCURSO: "PREPARARSE PARA MORIR"

Buen compadre de Facundo, Rosas le pide que marche al interior para arreglar algunos conflictos. Su prestigio bastará. En la hacienda de Figueroa le escribe una carta que se hará célebre y se conocerá con el nombre de ese lugar: *Carta de la Hacienda de Figueroa*. Los problemas están en Santiago del Estero y Tucumán. (Ni ahora se llevan bien las gentes de estas dos provincias. Los tucumanos dicen: "Tucumán es el jardín de la República. Lástima el potrero que tiene al lado".)

Facundo vuelve de su misión. Lleva en los pliegues de su chaqueta la Carta de la Hacienda de Figueroa, en la que el Restaurador le dice que no quiere, por ahora, Constitución. Facundo sí; este desacuerdo los separa. Pero, ¿tanto? En la posta del Ojo de Agua un joven le dice que en "las inmediaciones del lugar llamado Barranca-Yaco está apostado Santos Pérez con una partida" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 355). El propósito es matarlo. El doctor Ortiz, su secretario, hombre doctorado en filosofía, lleno de miedo, que teme morir como cualquier mortal y acaso algo más, lo insta a huir, a salvarse. Facundo, furioso, responde: "No ha nacido todavía –le dice con voz enérgica– el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga. A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba (...). Tiene a menos evitar el peligro, y cuenta con el terror de su nombre, para hacer caer las cuchillas levantadas sobre su cabeza" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 355). Ordena a la galera que continúe. Santos Ortiz es posesionado por el terror. Vamos al cine:

Santos Ortiz: Una orden suya puede salvarnos, general. Ordene el regreso. Ordene que esta galera se desvíe. Que se aleje, que deje de precipitarse hacia Barranca-Yaco. Hacia nuestro final insensato. Una orden. Por Dios se lo pido. Una orden.

Facundo: Tendrá esa orden, secretario. Cuando aparezca esa partida, el general Quiroga va a dar una orden. Otra más. Una orden y esa partida se pondrá bajo mi mando. Créame.

Santos Ortiz: ¿Y si no es así?

Facundo: No le miento, doctor. Voy a dar esa orden.

Santos Ortiz: No me refiero a eso. ¿Y si no lo obedecen? ¿Y si usted da la orden y no le hacen caso?

Facundo: Nunca me pasó eso. Siempre que di una orden fui obedecido.

Santos Ortiz: Insisto, general: ¿y si no es así? Si esa partida, allí, en Barranca-Yaco, lo desobedece, ¿qué pasará entonces?

Facundo: Nos matarán, claro. ¿Qué otra cosa podría pasar? Un general que da órdenes y ya no es obedecido debe morir. (*serenamente.*) Moriremos, doctor.

Santos Ortiz: Un general es obedecido por sus tropas, pero no por sus enemigos. Y esa partida, esos hombres que nos esperan allí, en Barranca-Yaco, son sus enemigos. Han sido también impulsados y pagados por sus enemigos. Y ellos lo odian. No se pondrán bajo su mando. No se engañe. Ningún general es obedecido por sus enemigos. Ni siquiera usted.

Facundo: ¿Qué pasa, doctor? ¿Ya no confía en mí? ¿Ya no soy el general Quiroga, el Tigre de los Llanos? Yo no mando sobre aliados o enemigos. Mando sobre los hombres de esta tierra. Sobre los paisanos, los gauchos. Y si ya no es así, si esa partida no se paraliza por el pavor de mi nombre, por mi historia y mi leyenda, entonces será mejor que me maten (...). Porque si el general Quiroga no puede dominar a una partida de gauchos ya no es el general Quiroga. No voy a demorar en averiguarlo. Cuando enfrentemos la partida, me voy a asomar por esa ventanilla y voy a preguntar quién está a su mando. Si escucho una respuesta sumisa, temerosa hasta la humillación, sabré que todavía soy el general Quiroga. Si escucho un pistoletazo sabré que ya no lo soy y que la historia reclama mi muerte (J. P. F., *El último viaje del general Quiroga* en *Escritos para el cine*, Punto Sur, Buenos Aires, 1988, pp. 193/194).

Santos Ortiz le señala las enormes diferencias que hay entre ellos. El es un hombre pequeño, lleno de miedo. La historia no reclama su nombre. Morirá por nada. En cambio, Facundo se tutea con la grandeza.

Santos Ortiz: Esta muerte cerrará su destino. Lo cerrará con la terrible belleza de las grandes tragedias. Se conmoverá el país. Alguien lo vengará. Rosas, sin duda. Los grandes poetas escribirán sobre usted. Sobre su destino y su muerte. Esta muerte a la que usted va en coche. Esta muerte que cerrará la epopeya de su vida. De la suya, no de la mía (...). Su muerte será una tragedia. La mía sólo una muerte, una muerte más, una nota a pie de página en los libros que narrarán su historia. Huyamos. Aún es tiempo. Por favor, sálveme.

Facundo: ¿Salvarlo, de qué? Sea sincero, hombre. ¿A qué le tiene tanto miedo? ¿A morir? Todos morimos alguna vez. ¿No era eso la filosofía? Prepararse para morir. ¿Tan mal aprendió filosofía, doctor? ¿Tan mal se ha preparado para morir? (J. P. F., *ob. cit.*, p. 195).

El primer diálogo que mantienen Facundo y Santos Ortiz, no bien abandonan la Hacienda de Figueroa, gira en torno de la filosofía. De aquí que Facundo, en este instante extremo, le recuerde que su conducta no se compadece con lo que ha estudiado. Ese primer diálogo es el siguiente: Santos Ortiz le ha arrojado un reproche duro que cristaliza en una frase que a Quiroga le suena sonora, altisonante. Que no se puede viajar así, dice Ortiz, sin escolta, "insolentándose con la muerte". Facundo le elogia la frase.

Facundo: Y dígame, ¿se puede vivir de otro modo? Yo siempre viví así. Insolentándome con la muerte. Si uno le agarra respeto a esa vieja y despiadada señora, se le mete el miedo en el alma. Y entonces sí: está perdido.

Santos Ortiz: Yo estoy perdido, general. Siempre lo estuve. Siempre tuve miedo a morir. Y contra eso de nada me sirvieron mis estudios, mis títulos. O la sabiduría de los griegos.

Facundo: ¿Y qué decían esos señores?

Santos Ortiz: ¿Los griegos?

Facundo: Los griegos.

Santos Ortiz: Hay que prepararse para la muerte, decían. A esto le llamaban *filosofía*. La Ciencia y hasta el Arte de prepararse para morir.

Facundo: ¡Pero claro! Siempre se me olvida. Usted es un filósofo.

Santos Ortiz: Doctor en filosofía. Sólo eso (...). Apenas un hombre que estudió esa ciencia. "Filósofos" eran Sócrates, Platón, Aristóteles.

Facundo: Y ellos... ¿aprendieron a morir?

Santos Ortiz: Sócrates murió con honor.

Facundo: Ajá. Conozco esa historia. Y dígame, ¿qué es la filosofía?

Santos Ortiz: ¿De veras quiere que hablemos de eso? (*Facundo asiente con entusiasmo. Ortiz vacila. Luego*). Bien, la filosofía se ocupa del principio y origen de todas las cosas.

Facundo: De eso se ocupa la religión, doctor. No mezclemos lo que no debe mezclarse.

Santos Ortiz: ¿Quiere otra definición?

Facundo: Otra.

Santos Ortiz: La filosofía estudia las leyes de la Razón. Busca el ordenamiento racional de la sociedad.

Facundo: ¡De eso ya se ha ocupado Rivadavia y mire los desatinos que ha hecho!

Santos Ortiz: Entonces, lo que decían los griegos. Prepararse para morir. Eso es la filosofía.

Facundo: Eso es el miedo. (*Casi abandonando la conversación. Desilusionado.*) Creo que los filósofos son unos cobardes. Debió haber estudiado otra cosa, doctor (J. P. F., *ob. cit.*, p. 177.)

EXCURSO II: PERIODISTAS Y EMPRESAS

Estos textos forman parte del film de Nicolás Sarquís, *Facundo, la sombra del tigre*. Tuvo muchos altibajos. Sarquís había empezado con Daniel Moyano. Nos llamó luego a Dodi Scheuer –excepcional guionista– y a mí. Cada uno eligió una parte del guión, pues el film duraría 4 horas. Yo elegí escribir lo que publiqué luego como *El último viaje del general Quiroga.* La vida tiene muchas vueltas. Sarquís profesaba una muy vieja amistad con Carlos Menem. Yo podía comprenderlo, pero eso empezó a distanciarnos. Luego yo lo quería –¡sí o sí!– a Ulises Dumont para Santos Ortiz. Hablamos de 1991 y 1992. No, puso a un actor, fallecido ya, pero que no fue de mi gusto. Lito Cruz haría Facundo. Le dijimos nuestro criterio. No habíamos hecho hablar a Facundo "a lo riojano" porque no queríamos y estábamos ciertos de arriesgarnos al ridículo. Sarquís y yo decíamos muy seguros: "¿Quién mierda escuchó hablar alguna vez a Facundo?". El viaje en galera al muere (se notará el guiño al poema de Borges) me sedujo fuertemente, sobre todo porque Santos Ortiz era doctor en filosofía y eso daba para mucho. Pero Sarquís se cortó solo. Inventaron con Lito Cruz un lenguaje para Facundo que nunca

supe qué era, pero que no se entendía mucho. Para un guionista oír sus diálogos distorsionados es terrible. Lito es un gran actor. Pero como cualquiera de ellos –como Laurence Olivier o Dustin Hoffman– si se pasa de cuerda se va a la mierda. Nos peleamos con Sarquís. No me invitó ni al estreno. No sólo eso: me puso como "colaborador", no como "guionista". El solo se puso como guionista. Daniel Moyano, Scheuer y yo éramos sus colaboradores. Sarquís era, de todos modos, una personalidad compleja y hasta trágica. No lo recuerdo mal. Trabajamos muy fuertemente. Estuvimos muchas veces en Barranca Yaco. Digo esto porque me enteré de que cierto periodismo cloaca de la ciudad de Córdoba ha instrumentado burlas sobre mí porque puse "localidad de Barranca-Yaco" en el capítulo anterior y se trata de un paraje. Miren, escribas a sueldo de sus patrones, no sean burros. Sinónimos de "localidad": lugar, sitio, paraje, puesto, punto, ámbito, plaza. Y si le puse localidad es porque Barranca-Yaco es más que eso. Es un enorme espacio de la historia argentina en que ocurrió un acontecimiento decisivo, enorme. Así que lo de "lugar" se lo guardan. Discutan mis ideas, no mis posibles inexactitudes geográficas. Que, además, no lo son. ¿Conocen el *Facundo*? ¿Lo han leído de cabo a rabo, decenas de veces como yo? A callarse, muchachos. Díganles a los que pagan sus sueldos y les entregan su ideología que ataquen a otros. Mala época para la verdad. No se expresan ideas. No se busca la verdad, sea cual fuere. Se expresan apenas los intereses económicos de las empresas para las que los periodistas trabajan. Hasta los movileros son grandes ideólogos. Describen algo y –por el mero tono de sus voces– uno ya sabe lo que quieren que creamos. Se vive una guerra de los grandes medios contra un gobierno. Uno ya sabe que no va a leer noticias, sino una *organización* de ellas para producir un efecto determinado, uno que erosione al gobierno que busca reducirles su poder. Lo peor, como si todo esto fuera poco, es que han florecido cantidades de periodistas lacayos, sin moral, coyunturales y monetaristas, que usan la guasada o el ataque contra personas que no conocen porque no conocen nada, porque son analfas, recienvenidos a los que les dan un micrófono y les dicen que ataquen a todo lo que se oponga a los intereses de la patronal que, esos sí, los conocen bien. Ni hablar de las "estrellas" que sencillamente han incursionado en una obsesividad beligerante poco menos que patológica. En fin, durará tan poco que cuando estos textos sean editados como libro tendré que tachar este párrafo por viejo.

"TUVIERA AQUÍ MI CUCHILLO"

Un excepcional autor, David Peña, que defendió a Juan Facundo Quiroga por primera vez en unas memorables conferencias que dio en la Facultad de Filosofía y Letras en 1903, narra también la muerte de Facundo: "El general duerme. El doctor Ortiz resuelve despertarlo. El sueño ha tonificado a aquel hombre, sobre quien se fijan ahora los ojos del secretario como nunca se fijaron. Transmítele cuanto acaba de saber y le formula un consejo. Quiroga lo calma con su influjo extraordinario, como César al barquero: *Quid times? ¡Cæsarem vehis!* (David Peña, *Juan Facundo Quiroga*, Eudeba, Buenos Aires, 1968, p. 207). Esta frase, parezca o no creíble, se la dijo Carlos Menem a los funcionarios que lo acompañaban en momentos en que el avión presidencial entró en una zona de temible turbulencia. Todos se encomendaban a Dios. Prometían devolver las riquezas malhabidas. Ser honestos si la Providencia les concedía otra oportunidad. De pronto, aparece Menem. Mira a todos y dice:

–¿De qué tienen miedo? Viajan con el César y su estrella.

Lo de la estrella lo añadió él, no fuera ser que alguien creyera que no era *más* que el César y tenía más elementos para protegerlos. Pero es un dato formidable para analizar la personalidad del caudillo. Menem lo era. El caudillo (que se cree César o Napoleón: Menem leía una biografía de Napoleón cuando estaba preso, tal como si su prisión fuera la de Santa Elena), está seguro de su destino excepcional. Ese destino lo protege de la muerte. Y hasta acaso lo torna inmortal. O le impide creer que él –como todos los restantes y pequeños mortales– morirá alguna vez. Tanto cree David Peña es la estatura histórica de Quiroga que lo entreteje con las tragedias de Shakespeare: "Hay cierto movimiento de ramas apretadas y casi se reproduce la sensación dantesca de que los árboles tienen formas humanas. "Macbeth sólo morirá cuando el monte ande, contestaron las brujas" (Peña, *ob. cit.*, p. 207). Incurre en el lugar común de atribuirle el asesinato a Rosas: "¡Rosas, el verdadero autor de la muerte de Quiroga!" (Peña, *Ibid.*, p. 209).

Sarmiento narra la muerte de Quiroga con sobriedad; ya el hecho es, en sí, desmedido: "Quiroga entonces asoma la cabeza, *y hace, por el momento, vacilar a aquella turba*. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la cuestión de Quiroga '¿Qué significa esto?', recibe por toda contestación un balazo en el ojo que le deja muerto" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 358. Cursivas mías). El que ha hecho fuego es Santos Pérez. Dialécticamente debiera suceder a Quiroga como caudillo de las masas del interior. Lo absoluto siempre busca dónde encarnarse. Aquí, ¿dónde si no en el hombre que se atrevió a matar a Quiroga? Santos Pérez no carecía de méritos. "Es el gaucho malo de la campaña de Córdoba, célebre en la sierra y en la ciudad, por sus numerosas muertes, por su arrojo extraordinario, por sus aventuras inauditas" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 359). Pero la racionalidad histórica (lo absoluto) debe compadecerse de las particularidades. Santos Pérez era incapaz de ser la superación dialéctica de Facundo. Y Sarmiento (que cree en la dialéctica por haber leído a Victor Cousin) explica por qué. Lo hace en un texto deslumbrante: "Con miras más elevadas, habría sido el digno rival de Quiroga; con sus vicios, sólo alcanzó a ser su asesino" (*Ibid.*, p. 360). ¡Qué fuerza tiene esta frase! Qué escritor era Sarmiento. Cuánto admiraba a Facundo. Para ser como él, confiesa, hay que tener miras elevadas, no cualquiera es su "digno rival". Y hasta a Santos Pérez le rinde su homenaje. ¿Qué quiero demostrar? ¿Por qué –aparentemente– me desvié de la historia del peronismo? No me desvié de nada. Quiero proponer que la superación de la antinomia Civilización y Barbarie, que es la que postula fundacionalmente Sarmiento, está resuelta en su mismo libro. Que lo deslumbra más Facundo que cualquiera de sus amigos unitarios, ya se sabe. Pero vayamos más allá: todo el libro es la trama superadora de la antinomia que propone. A menudo, esa superación se ve claramente, se torna explícita. Notemos cómo narra la llegada de Santos Pérez a la Casa de Gobierno de Buenos Aires. Una gran muchedumbre se había reunido para esperarlo. "A su vista gritaba el populacho: ¡Muera Santos Pérez!, y él, meneando desdeñosamente la cabeza y paseando sus miradas por aquella multitud, murmuraba tan sólo estas palabras: 'Tuviera aquí mi cuchillo'" (Sarmiento, *ob. cit.*, p. 361). ¿Se dan cuenta? La mezcla de narración y ensayo. Y el lenguaje fiel, no naturalista, pero expresivo, auténtico. Sántos Pérez no dice: "Si tuviera aquí mi cuchillo". Sarmiento no culteraniza a nadie. No teme a las expresiones del vulgo. Así, Santos Pérez dice ese formidable: "Tuviera aquí mi cuchillo".

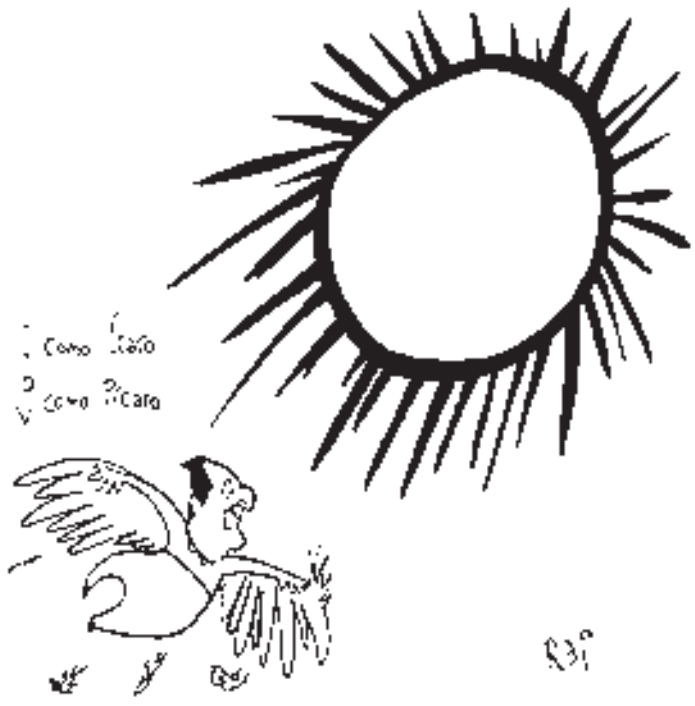
De acuerdo: el sanjuanino busca demostrar que ese populacho de Buenos Aires es el que Rosas domina. Y que éste –el verdadero asesino– llevará a Santos Pérez al cadalso para lavar sus manos ensangrentadas. Sin embargo, no se pronuncia. Espera, dice, el juicio de la "Historia imparcial". No hay historia imparcial. Pero no vamos a entrar aquí en eso. El tema es: el creador de la antinomia que estructura a este país vivió subyugado –en la escritura de su obra maestra– por el objeto de su odio. Al que nunca pudo odiar porque, como artista, le seducía como nada lograba hacerlo en el país blanco, sajón, que ilusionaba construir. ¿Cuánto más rica habría sido nuestra historia si una verdadera síntesis superadora (la que aparece en estos textos de Sarmiento) hubiera contenido a los dos términos del antagonismo dialéctico? Aquí apenas podemos sugerirlo, mencionarlo. Sólo esto: la historia argentina es una historia cercenada porque es la historia de un cercenamiento. Es la historia de la masacre del federalismo (del gauchaje de las provincias) y de los indios de la Patagonia. Sarmiento fue a la vez nuestro mariscal Bougeaud y el teórico del pacto neocolonial. Mitre, sin su talento, sólo fue el jefe de la llamada "guerra de policía". Sarmiento, además, es el que nos muestra la grandeza de los caudillos y hasta de los gauchos malos, que tan bien describió, es el que nos hace decirle: "Si tanto los admiraba, ¿por qué permitió y adhirió cruelmente a la masacre que se desata después de Pavón? ¿No había lugar para ellos en 'el tren del Progreso'? Y si no lo había, ¿no era fascinante conservarlos para permitirles desarrollar un *sentido lateral, diferenciado, enriquecedor*, al de la política de Buenos Aires?". Sarmiento se habría reído: "El general Quiroga sirve para hacer un buen libro, lleno de furia, de colores y aromas de la pampa. No para hacer la República del Plata. Siempre hubiera luchado contra ella. Es cierto: eran fascinantes, pero eran el pasado. Tenían que morir".

Habrá que desarrollarlo mejor (y algo intenté en el *Prólogo* a la reciente edición de *Facundo* de la Universidad Nacional de Villa María), pero poco aportó el tecnocapitalismo occidental a los países de la periferia como el nuestro. La razón occidental fue la que impuso Buenos Aires. Arrasó, como en todas partes, con la identidad de los territorios que conquistaba. Sólo dejó en pie a la elite, que era su socia en la conquista colonial. Lo hacía en nombre de un Progreso que nos igualaría a las naciones centrales. Nunca ocurrió. Perdimos, en cambio, el sentido lateral que el federalismo expresaba ante el rumbo inexorable de la razón de Occidente. Gracias a ella el mundo está hoy donde se encuentra: al borde un apocalipsis. Y América latina supervivió en el atraso y la pobreza. Este mundo –tallado por la razón tecnocapitalista– presenta hoy la más inmensa cantidad de hambrientos de toda la historia universal. La historia en tanto catástrofe del Angel benjaminiano ha tenido lugar. Pronto ni los muertos estarán a salvo. (*Nota*: Algo más a los periodistas cordobeses que se burlaron alegremente porque llamé a Barranca-Yaco "localidad" y no "lugar". Díganme: ¿por qué la Universidad de Villa María –que está en la provincia de Córdoba– no les pidió a alguno de ustedes, que tanto saben sobre Barranca-Yaco, el Prólogo a la edición de *Facundo*? A callarse, charlatanes.)

¿QUÉ ES LA CONTRAINSURGENCIA?

Luis Mattini es uno de los pocos militantes de los años '70 que se atreve a revisar el pasado, a seguir escribiendo con ese fin, ensayos o novelas, todo en función de un cuestionamiento que no cesa, de una conciencia crítica que lo mantiene lúcido y a la vez necesario. Mattini fue su nombre de guerra en el ERP. Lo ha hecho su nombre de trabajo en la literatura. Muerto Santucho, en 1976, es él quien lo sucede, quien se pone al frente de la conducción del PRT-ERP. Escribió ya varios libros: *Hombres y mujeres del PRT-ERP* y *Los perros*, que tiene dos tomos. Ahora acaba de publicar una novela: *El secreto de Lisboa*. En un reportaje que le hace Silvina Friera responde algo que vamos a tomar como punto de partida para estudiar lo que nos proponemos: la contrainsurgencia. Silvina (con una frescura típica de una generación posterior que confiesa su dificultad para entender algunas cosas de los luchadores de los '70 y que hasta, con sincera tristeza, lamenta no poder hacerlo) le pregunta al sucesor de Santucho: Ud. muestra a una generación consciente de la situación que atravesaba el país, "pero al mismo tiempo muy ingenua. ¿Había espacio para la ingenuidad?". Lo que pregunta es –en el fondo– la pregunta del millón: ¿*En serio ustedes pensaban que podían derrotar al ejército argentino*? "Recuerdo (dice Mattini) que una vez me preguntaron en una entrevista si creíamos en serio que íbamos a derrotar al Ejército. 'Por supuesto, cómo no lo íbamos a creer', les contesté. En esta convicción la Revolución Cubana fue clave, y a eso sumale el hecho de que los vietnamitas habían derrotado a tres imperios: los japoneses, los franceses, los norteamericanos. Vivíamos en un mundo donde los movimientos revolucionarios triunfaban y se avanzaba hacia el socialismo. Lo que nosotros no veíamos era la parte negativa. No quisimos ver al Che derrotado en Bolivia, mirábamos al Che de Cuba. Pero cuando murió el Che en Bolivia, su muerte se tornó un desafío (recuerden la terrible frase del Che en el mensaje a la Tricontinental: '*En cualquier lugar en que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria'*, *La revolución, escritos esenciales,* Taurus, Buenos Aires, p. 95, y Perón respondía: "Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe, la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica (...) Era uno de los nuestros, quizás el mejor", Madrid, 24 de octubre de 1967. Mentía Perón. No sentía nada de eso. Lo decía para sumar a la izquierda. Para sumar, siempre para sumar. Hasta que la bomba de la imprudente sumatoria le estalló en las manos, liquidándolo, J. P. F.), había que recoger (sigue Mattini) literalmente el fusil del Che. Yo quise reflejar cierto grado de ingenuidad que teníamos. Me pregunto: si hoy apareciera un Che Guevara, ¿habría alguien dispuesto a seguirlo?.. Silvina pregunta: "¿Cuál sería la respuesta?". Mattini, sincero, responde: "Soy muy escéptico". (*Nota*: Suerte con tu novela, Mattini. Es bastante cierto, y a mí me pasa, que "la ficción es mucho más convincente que el ensayo". No siempre. Pero *casi* siempre. Lo que ocurre con la ficción es que exige un trabajo mayor con el lenguaje, con el estilo, con el aire del texto, su respiración y, para mí, sobre todo con su musicalidad. Que tu prosa redondee como un Improntu de Schubert. No te exijas menos. Además, creo que tu novela la presentó Germán Ferrari, que es un gran tipo de la nueva generación. Y el afortunado marido de mi hija. Como ella es su afortunada mujer.)

Pero los guerrilleros de los sesenta y los setenta no eran sólo ingenuos porque no valoraban el poder de fuego del Ejército. Miguel Hurst, en una nutrida reunión de la Jotapé, había dicho: "Ojo, compañeros, el Ejército no se puso todavía en serio contra la guerrilla". Pero había un resorte mítico que motorizaba a los guerrilleros: *la voluntad revolucionaria*. La voluntad lo podría todo. Hasta podría vencer los muros más imposibles de la realidad. También el Comandante Guevara era el héroe de esta imprudencia fatal. Escribe Osvaldo Bayer: "En enero de 1960 –hace ya más de un cuarto de siglo– en La Habana, junto a otros catorce periodistas, sindicalistas y profesores argentinos, escuché de labios de Ernesto 'Che' Guevara la teoría foquista revolucionaria y su aplicación en la Argentina (...). Escuché todo en silencio. Pocas horas antes había estado con Rodolfo Walsh, por ese entonces en Cuba, quien ya apuntaba lo que para él era la única solución. Las dos veces me invadió ese mismo sentimiento que los alemanes llaman 'mit-leiden' ('sufrir-con', padecer-con y no 'compadecer'). Es decir, algo así como una desesperación interior, un conmoverme por adelantado por algo que podía ocurrir con quienes estaban por sacrificar sus generosas vidas en una lucha *en la que iban a ser barridos por una sociedad corrupta, de una increíble mentalidad fascista* (...). Veía que estaban equivocados en sus métodos pero no tenía yo ninguna solución en el bolsillo del chaleco, ni regla maestra, ni antecedentes de luchador ni interpretación histórica o sociológica correcta. Al final me atreví a decir algo a Ernesto 'Che' Guevara, que en mí era una necesidad de alertar, un intento de llamar la atención al peligro. Le dije: 'Las fuerzas de represión en la Argentina no son las de la Cuba de Batista. Son muy poderosas y están bien informadas: si no pueden vencer con las policías provinciales, lo harán con la federal, si no pueden con ésta recurrirán a la gendarmería, al ejército, la aviación, la infantería de marina' Guevara me miró y en un tono con algo de noble tristeza me respondió sólo tres palabras: 'Son todos mercenarios'". Este texto –que pertenece a *Rebeldía y esperanza* de Osvaldo Bayer, 1994– lo he tomado deliberadamente de mi ensayo *La sangre derramada* de 1988. ¡Las puteadas que me ligué! Es posible que hubiera debido morigerar algunos tonos. Pero, de ahí a tratarme como a un embaucador



hay un trecho que no debió ser recorrido. ¿Uno nunca tiene una trayectoria en la Argentina? ¿Siempre está bajo sospecha de los niños iracundos o de las jóvenes malas y castigadoras de los reaccionarios encubiertos (pienso en vos, María Pía López)? Está bien, no es el momento. Estamos, creo, bajo la misma causa militante. Pero las injurias del pasado dolieron y a mí me cuesta olvidarlas. No sé qué pasó. A veces pienso que en ese momento estaban filmando en Estados Unidos mi novela *Ni el tiro del final*. Pero no la filmaba Spielberg, sino Juan José Campanella, que, cuando la Columbia le pidió que filmara una novela, él dijo que quería filmar una *novela argentina y eligió la mía*. ¿Saben por qué? Porque *Ni el tiro del final* es una buena novela, se estudie o no en Puan. Sólo por eso. Me habrán creído un "progre exitoso" que se preparaba para la habitual conversión de los intelectuales argentinos. Falso, eso es conocerme muy mal. Hasta a Horacio González –a quien conozco desde 1969– se le dio por condenarme. Eso no me hiere. Horacio puede decirme lo que quiera que siempre lo voy a querer y lo voy a considerar mi amigo. En *El Porteño*, Mario Montalván pretendía con su crítica contribuir a que yo no escribiera más. Te equivocaste, salame. Escribí miles y miles de páginas desde entonces. Y vos, ¿qué hiciste? Bueno, se acabó. *La sangre derramada* fue acaso un libro apresurado, fallido, inmaduro. Pero otros dijeron cosas peores (Oscar del Barco) y los trataron mejor. Ma sí, son las reglas y uno se las tiene que bancar. Ahora, para colmo, los "firmenichistas" de la revista *Repensar* (título algo patético porque, por lo que leí, no "repiensan" nada), han decidido abominar de mi largo, muy largo ensayo sobre el peronismo por una frase sobre Firmenich, que fue largada en el Prólogo algo virulento de este trabajo del que ya mi computer suma 1500 pp. ¿De dónde saqué esa frase? De mi compañera de ideas, de la persona con la que más coincido, con la que me siento respaldado y menos solitario: la brillante y profunda Pilar Calveiro. Pilar escribe que varias versiones "han sugerido que la conducción nacional de Montoneros también estaba infiltrada por los servicios de inteligencia; sólo así se explicaría que en cada circunstancia *haya tomado precisamente las decisiones que conducían en forma más directa al exterminio*. Esas argumentaciones *suponen que Mario Eduardo Firmenich, máximo e indiscutido dirigente de Montoneros, sólo podría haber actuado como actuó siendo un agente doble*, o bien que alguno de *sus* allegados, dentro del reducido número de la Conducción Nacional, entregó la información necesaria para facilitar la destrucción de la organización" (Pilar Calveiro, *Política y/o violencia, una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2005, p. 142. Cursivas mías). Es posible que en las dos o tres primeras páginas de este trabajo –escritas a modo de cataratas de conceptos– yo lo haya expresado muy frontalmente, sin analizarlo porque no era el propósito hacerlo ahí. Pero ya será hecho.

Bayer nos muestra al Che lanzando su teoría del foco. La había llevado a Cuba un francesito pedante, Régis Debray. Bien, voy a decirlo: los militantes de superficie de la Jotapé, de la JUP, de todos los grupos juveniles y las organizaciones armadas ignoraban *por completo* el poder del enemigo al que enfrentaban. Ignoraban que en 1959 ya habían llegado a la Argentina instructores franceses en contrainsurgencia. Que habían sido alojados como reyes en la Escuela de Guerra. Que el Ejército Argentino –según es un lugar común decir– no se había formado en la Escuela de las Américas. Que su formación estuvo a manos de los guerreros de Indochina y de Argelia. Especialistas en guerra de contrainsurgencia. *Que entraron con Aramburu, con los militares de la Revolución Libertadora*. Que ya en 1962 el general Osiris Villegas había publicado su manual de guerra revolucionaria comunista.

Nos detendremos un momento aquí. ¿Qué pasaba en 1962? No había guerrilla en la Argentina. Fernando Abal Medina y Firmenich eran jóvenes del Nacional de Buenos Aires. Osiris Villegas ya adoctrinaba al Ejército contra la agresión marxista. Porque hay algo que nunca se entendió, o poco. Las fuerzas armadas eran parte de la Tercera Guerra Mundial, esta guerra era la que llevaba el nombre de *Fría*, pero era mundial y sus zonas calientes estaban en el Tercer Mundo. Para los militares, las llamadas "luchas nacionales contra la dependencia" no eran tales. Eran guerras al servicio del marxismo internacional, enemigo del Occidente cristiano que ellas debían defender internamente. Se sabe: la Doctrina de la Seguridad Nacional. El enemigo era el marxismo. *Los paras franceses no querían quedarse en Argelia por su espíritu colonialista*. No, gran error. Querían quedarse para enfrentar el intento marxista de apoderarse del mundo. Como los norteamericanos en Vietnam. De aquí que el detallado manual de Osiris Villegas centre sus cañones contra el marxismo. El Tercer Mundo no existió para nuestros militares. Era el marxismo, sin más. El ERP y los Montoneros eran lo mismo. Y el peronismo –por su peligro de masas, por la edad avanzada de Perón– era un movimiento explosivo. Podía ser infiltrado por el marxismo, que contaría así con apoyo en las masas.

El general Osiris Villegas muere en 1988. Abre su libro con una cita de Séneca: *Lo que hace la desdicha de los hombres no son las ideas, sino sus actos en torno de las ideas*. Que la cita sea de Séneca o no carece de importancia. Uno puede escribir lo que le convenga y poner un nombre prestigioso debajo. Sólo se trata de tramar cierta verosimilitud. No puedo escribir: *El acontecimiento de las Torres Gemelas inicia el siglo XXI* y poner Séneca. Pero si pongo Alain Badiou o Derrida me lo van a creer. Sólo quiero decir que la cita hay que atribuírsela al propio Villegas. Centraba la lucha en el terreno ideológico, que era, según él, el fuerte del comunismo, siempre dispuesto a colonizar las mentes puras e ingenuas y occidentales y cristianas con la perversa dialéctica de la lucha de clases. El general Villegas es un héroe del establishment. Garantizó la transición de Frondizi a Guido. Fue siempre un *furioso antiperonista.* Algo importante que fortalece el encanto que aún posee el lejano Perón es que todos los cavernícolas, todos los campeones del macartismo furibundo, lo odian. Lo consideran un peligro del avance comunista. Osiris Villegas, como ministro del Interior de Guido, abre la posibilidad de las elecciones del 7 de julio de 1963. Saca chapa de "general democrático". *Es el que lo pone a Illia*. Esto le vale que otros –*aún más cavernícolas que él*– buscaran asesinarlo el 2 de abril de ese año '63. ¿Nos da esto una idea de lo que era el Ejército Argentino? Villegas protege a Illia y se pone como subjefe del Estado Mayor. Algunos ingenuos dicen que Illia lo puso ahí. Illia no ponía a ningún militar en ninguna parte. Ellos lo habían puesto a él en la presidencia y se ponían a sí mismos donde querían. No tenían mayores resistencias para esto.

En 1968 se retira. Pero sigue activo en las tareas de contrainsurgencia y adoctrinamiento. Onganía le pide su inestimable colaboración en el *Consejo Nacional de Seguridad.* Aquí, ya Villegas comienza a diseñar estrategias para combatir los movimientos guerrilleros que empiezan a surgir en el país. No está al frente de esta tarea, pues hay otros que tienen más experiencia que él: los paras franceses. Pero su aporte se valora mucho. Se lo respeta: es un gran soldado de Occidente. ¿Podía este fiel soldado no defender a los suyos cuando la democracia que se instala en diciembre de 1983 comenzara a hostigarlos? No, ahí, como siempre, está él. *Se convierte en el defensor del general Camps* ante el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas. Si ejerce esa defensa es porque está de acuerdo con las metodologías que el general masacrador, que dependía de las órdenes de Ibérico Saint Jean y del abogado Jaime Smart, practicaba con una crueldad que probablemente excedía las órdenes recibidas, que ya eran de un enorme poder vejatorio.

Expuso sus diferencias con el gobierno del doctor Alfonsín, un marxista para él, un enemigo del Ejército y, por tanto, un enemigo de Occidente. Sostenía estos puntos de vista en artículos numerosos que publicaba en el diario *La Nación*. Desarrollaba, en ellos, sus ideas sobre estrategia y seguridad nacional. En su libro de 1962, publicado por el Círculo Militar, desarrolla uno de sus temas predilectos y que debemos estudiar: *La réplica militar a la subversión.* Era el año 1962. Los paras franceses estaban desde 1959. Y el general Ramón Genaro Díaz Bessone (devastadora figura del Proceso abierto en 1976) publica, también editado por el Círculo militar, su libro *Guerra revolucionaria en la Argentina* en 1988. Pero las fechas entre las que encierra esa *guerra revolucionaria* son: 1959-1978. O sea, la lucha contra la subversión empieza en 1959, cuando el general Aramburu recibe amablemente a los torturadores profesionales, técnicos de la "batalla de Argelia", película que, como veremos, sirvió tanto a la guerrilla como a la contrainsurgencia, que la estudió a fondo. En *Réplica militar a la subversión,* Osiris Villegas ya plantea: "El proceso de la guerra revolucionaria es progresivo y relativamente lento; el adversario prepara su organización y sus medios de lucha *en nuestro propio territorio, en el seno mismo de nuestra sociedad y al amparo de nuestra propia incredulidad; recién tomamos conciencia virtual de su poder cuando sale de la clandestinidad y se muestra abiertamente* (...). Cuando las Fuerzas Armadas entran en operaciones, deben incursionar en todos los estratos del Estado nacional para alcanzar al adversario y herirlo de muerte en todos los planos en los cuales éste conduce su guerra" (Coronel Osiris Guillermo Villegas, *Guerra revolucionaria comunista*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1962, pp. 209/210. Cursivas mías). Sin embargo, el que incorpora decididamente la influencia francesa es más Díaz Bessone que Osiris Villegas. Lo de Villegas es formidable para exhibir desde qué fecha se preparaba el Ejército para la lucha antisubversiva. Si bien plantea la "incredulidad" del Ejército y la población, en seguida, no bien la guerrilla sale de la clandestinidad las Fuerzas Armadas entran en acción para *herir de muerte* al adversario. Díaz Bessone va más a fondo. Describe una acción en la ciudad de A. Atribuye a la guerrilla esta frase: "*Si usted desea imponer su voluntad a otro, es menester que él tema por su vida*". Sigue (todavía no sabemos de qué guerra está hablando ni quién es el general M, al que pronto citará): "Al General M se le dio completa autoridad para operar (...), a partir de ese momento se establecieron centros de interrogatorios (...). La acción adoptada en muchos casos fue torturar al sospechoso. El General M declaró: 'La tortura debe ser condenada, pero nosotros quisiéramos saber dónde comienza la tortura'" (Gral. Div. Ramón Genaro Díaz Bessone, *Testimonio de una década*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1996, pp. 34/35. Los artículos que dan forma a este libro –cuyo eje es la necesariedad de la tortura como elemento insoslayable de la tarea de inteligencia, de información– fueron publicados en el diario *La Prensa*). Añade Díaz Bessone: "Esta crónica (...) relata las acciones del Ejército Francés en Argelia a fines de la década de los años '50. El General M es el general Massu, que continuó su carrera y alcanzó la jerarquía máxima antes de retirarse, *como comandante en jefe de las fuerzas francesas en Alemania*. El mayor Kee señala que el ejército de los EE.UU. usó en Vietnam muchas de las técnicas del general Massu. También, dice, las usó el ejército inglés contra el IRA (...). El señor Mitterrand, muy socialista y defensor de los derechos humanos, jamás acusó, ni en Francia y mucho menos en un foro mundial, al general Massu o al Ejército francés por excesos cometidos en Argelia" (Díaz Bessone, ob. cit., p. 35. Todas las cursivas de los textos citados me pertenecen). El que lo hizo fue el filósofo y escritor Jean-Paul Sartre. ¡Ah, Francia, cómo confunden al mundo tantas y tan sanguinarias contradicciones! ¿Qué es Francia, el general Massu o Jean-Paul Sartre? ¿Qué es la condición humana: uno u otro? Y –por favor– no resolvamos tan difícil cuestión diciendo que es tanto uno como el otro. Sigamos ahondando en el tema.

¿Qué es la contrainsurgencia? La gran enseñanza de los franceses en Argelia fue que la contrainsurgencia se basa en la información. Que la información la tiene el detenido, el que, a su vez, tiene la orden de no darla. Por consiguiente, hay que *extraérsela*. Para esta tarea sólo hay un método: la tortura. En suma, *la contrainsurgencia es la tortura*.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (II)

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

93 Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (II)

Suplemento especial de
Página|12

VLAD III, DRÁCULA, "EL EMPALADOR", CONTRA LA HIDRA COMUNISTA

El mundo era más grande en 1955 y también en 1970. Todo parecía lejos. Si a esto le añadimos la tendencia del peronismo juvenil a considerarse un fenómeno único, no comparable con nada ocurrido en América latina o Europa, el provincianismo viene a reforzar la lejanía. El mundo era lejano y nosotros no teníamos demasiado que ver con él. La historia pasaba por aquí. Se sentía uno en medio de una coyuntura tan excepcional que no había nada con qué compararla. Esto llevó a desatender otros procesos, otras historias. Veremos que el golpe de Chile, la caída de Salvador Allende, no inquietó a la Tendencia del modo poderoso en que debió haberlo hecho. Chile estaba del otro lado de la cordillera. Allende había exagerado "el camino de la vía pacífica al socialismo". ¿O no le gritaban sus propios militantes *Basta ya de conciliar/ Es la hora de luchar*? Apenas cayó aparecieron libros que no hacían sino insistir en el error central de don Salvador: el pacifismo, la idea peregrina de llegar al socialismo por medio de la democracia. Uno de los principales llevaba por nombre: *Chile, la vía pacífica al desastre*. En suma, la derrota de Allende sirvió aquí y en todas partes para fortalecer la opción por los fierros, por la violencia. El Estado capitalista (que es la organización social y política de la violencia) sólo caerá si se le opone una fuerza mayor. Todo otro camino es ilusorio, ingenuo. En el fondo, reaccionario. Va en contra de la revolución. Aquí –por suerte– estaban las organizaciones armadas. Estaba el movimiento peronista, los millares y millares de militantes y estaba Perón. Llevábamos, además, 18 años de gobiernos no democráticos, ¿cómo iban a dar un golpe tan pronto? Chile fue inesperado. El Ejército siempre había respetado el orden institucional. Era la primera vez que no lo hacía. El mismo Allende se sorprendió cuando le dijeron que Pinochet estaba al frente de los sublevados: "¿Pinochet? ¿Mi amigo Pinochet?". Y el golpe de Pinochet pertenecía a la estrategia norteamericana. No querían marxismo en América latina. Veían a Allende como a otro Castro. Pero aquí la juventud era peronista. Era nacional y popular. Estaba en contra del imperialismo yanki pero también del soviético. No como los macartos que gritaban ni yankis ni marxistas, sino más bien ni yankis ni soviéticos. Socialistas de América latina. Amigos de la Revolución Cubana. Pero se estaba en la búsqueda de un socialismo nacional. De una creación propia. El socialismo no venía hacia nosotros. Nosotros lo creábamos desde adentro. El internacionalismo no nos fascinaba. Eso era cosa de viejos marxistas. Se buscaba la unidad latinoamericana y la liberación nacional y social de la patria. Pero no bajo los moldes establecidos del dogmatismo soviético.

Todo esto era chatarra para la contrainsurgencia. No había "movimientos nacionales de liberación". Sólo había una guerra contra el marxismo. Con dos polos: los Estados Unidos y la Unión Soviética. El resto del mundo (sobre todo el Tercer Mundo) era el terreno de combate. Ese combate (al que se llamaba Guerra Fría) era nada menos que la Tercera Guerra Mundial. Se estaba de un lado o del otro. Y los que estaban contra el Occidente cristiano eran marxistas. De aquí el error de interpretación en que se incurre con *La batalla de Argelia*. Eso que para la izquierda peronista y hasta para Fanon y para los guerrilleros argelinos era una lucha por la descolonización era *otra cosa* para Occidente, para la contrainsurgencia. Era una revolución marxista. Se encuadraba dentro del propósito marxista de apoderarse del mundo. Cuesta penetrar en una paranoia tan marcada. Hoy se ha desplazado al concepto del "terrorismo internacional". Pero el "avance del comunismo" y su poder para destruir todos los valores de Occidente es el fundamento de las doctrinas de contrainsurgencia. Es notable, además, hasta qué punto están convencidos de enfrentar a un monstruo totalitario que ha destruido a lo largo de su historia cerca de 70 millones de vidas humanas. Alberto Rodríguez Varela es un hombre de la organización del poder contrainsurgente en la provincia de Buenos Aires durante la dictadura que se instaló en 1976. También es el prologuista del libro del general Díaz Bessone, *Testimonio de una década*. Y –aunque no figura su firma– le pertenece el *Prefacio de guerra revolucionaria en la Argentina* (1959-1978), también de Díaz Bessone. Afirma que ningún otro grupo terrorista en el mundo tuvo tanta peligrosidad como los que actuaron en Argentina. Superaron a la ETA, al IRA y a las Brigadas Rojas. Esto lleva a justificar la necesariedad de una respuesta extrema por parte del poder contrainsurgente. Rodríguez Varela deduce que "un tan avanzado grado de peligrosidad" implica que la tarea de reprimirla quede "liberada de responsabilidades éticas" (Prefacio a *Guerra revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Círculo Militar, Edición conjunta con el Centro Naval, Buenos Aires, 1988, pp. 6/7). Es central en el razonamiento de justificación de las atrocidades de la represión procesista aumentar la peligrosidad de la guerrilla en la Argentina. Toda contrainsurgencia lo hace. Si la insurgencia tiene mucho poder, si sus militantes se cuentan de a miles, la contrainsurgencia debe estar a la altura del peligro que enfrenta. En medios y en métodos. Los medios deben ser numerosos y los métodos no deben someterse a ninguna ética. Sobre el "comunismo internacional", Rodríguez Varela adhiere a la vieja idea de la *hidra* que expresa la paranoia anticomunista. Ya Nietzsche, en una carta que envía desde Basilea al barón Carl von Gersdorff el 21 de junio de 1871, escribe: "Sobresaliendo por encima de la lucha de las naciones, nos asustó la espantable cabeza de la hidra internacional (*Se refiere a la Comuna de París,* J. P. F.) que apareció de repente, como anuncio de otras luchas muy distintas en el porvenir" (Fredrich Nietzsche, *Epistolario*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p. 95). ¿Por qué "por encima de la lucha de las naciones"? Nietzsche sabe lo que dice. La guerra franco-prusiana era una guerra decisiva. Sobre todo tal vez para Alemania, que consagraría con ella su unidad nacional. Pero el proletariado tomó París e instaló la Comuna. ¡No, eso no podía suceder! Las *naciones* suspendieron su guerra y se unieron para aplastar a la Comuna. El verdadero enemigo. Algo similar le decía el aventurero y acaso demencial pero atendible general Patton al Estado Mayor Aliado: "Hay que armar a los batallones de los SS y seguir la guerra hasta Moscú. Esta guerra que acabamos de ganar fue una pérdida de tiempo debida a las alucinaciones de un loco y a los delirios de grandeza de una nación equivocada. Ese error está atrás. Ahora los necesitamos. Marchemos todos unidos, todas las grandes naciones de Occidente (entre las que Alemania es fundamental) contra la hidra comunista". Murió algo misteriosamente cayéndose de un caballo. Himmler pensaba entregarse y proponerse –él y sus SS– para una nueva guerra conjunta contra el frente oriental. No fue así. Pero sí con la Comuna de París. Lo dice Marx en un texto por demás expresivo: "El hecho sin precedente de que, en la guerra más tremenda de los tiempos modernos, el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado (...). La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. (Por ejemplo: la de Prusia contra Francia, J. P. F.). Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza (ardid, artimaña, treta, astucia, trampa, engaño, argucia, falacia, engañifa, coartada, J. P. F.) de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescinde tan pronto como esa lucha estalla en forma de guerra civil. *La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional: todos los gobiernos nacionales son* uno solo *contra el proletariado*" (Marx, Engels, *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955, p. 566). Este libro se lo compré en 1965 a Abel Langer, librero, que tenía en una especie de caverna de la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte estos materiales maldecidos por Occidente y la contrainsurgencia nacional. También le compré muchos otros. "¿Quiere un ejemplo de democracia?", me preguntaba Massuh tomando un café en el Jockey Club de Florida y Viamonte. "Esta Facultad lo es. Con ese Langer que vende libros marxistas y todos esos jóvenes que se los devoran. Y este Gobierno (Illia) lo permite. ¿Quiere un ejemplo de dictadura? ¡Perón, amigo Feinmann! ¡Perón!" También Perón, según hemos visto y recordamos en este contexto, había advertido sobre la hidra internacional. Lo hizo por medio de su adjunto eclesiástico a la Presidencia de la Nación, de su diputado nacional Virgilio Filippo. Hernán Benítez (que habrá de despedir los restos de Fernando Abal Medina) era el consejero de Evita. Filippo, muy cercano a Perón. También había escrito *El monstruo comunista*. Recuerdo el susto que me di de pibe cuando lo vi en una librería: era una serpiente de muchas cabezas, con la boca abierta, presta para morder, y dientes enormes, que ni Drácula. Era la *hidra*. (*Nota importante*: ¿Qué es la hidra? ¿Por qué ese monstruo mitológico se ha convertido en la cifra perfecta del comunismo? Insisto: *Hay que entender la patología de la paranoia anticomunista para entender por qué la lucha que emprendieron fue internacional*. Para ellos el comunismo también lo era. Quería conquistar todo y destruir todos los valores de la cristiandad y de la sociedad capitalista. Aun Nietzsche –que detestaba al cristianismo– se sorprende y se asusta con la aparición de la hidra. Vayamos a Grecia. Hércules, héroe de Tebas e hijo de Júpiter y Alcmena, ya sufre en su cuna la agresión de dos serpientes que le envía Juno, su enemiga mortal. Nada pueden con él las serpientes. Hércules, aún pequeño, las estrangula. Crece fuerte y se consagra el hombre más poderoso, valiente de su tiempo. ¿Puede ser esto tolerado por Euristeo, que posee el reino de Micenas? Euristeo, tiránico, *le encarga los doce trabajos de Hércules*. Terrible es el segundo. Las tierras de Lerna, cerca de Argos, son asoladas por una *hidra horrorosa*. Monstruo de siete cabezas. Pero no piensen que si le cortan una o dos zafarán del problema. No: ¡la *hidra* es como el comunismo! Se reproduce. Se le corta una cabeza y le vuelve a crecer. Ya veremos a Díaz Bessone diciendo: "Están por todas partes. Son jóvenes estudiantes, un diariero, un empresario, un abogado, un almacenero". Es Kevin McCarthy y los usurpadores de cuerpos: "¡Usted puede ser el próximo!". Aún peor sucedían las cosas con la *hidra: si se le cortaba una cabeza crecían dos*. Hércules, que era Hércules, harto de cortar cabezas que se reproducen, incendia los cañaverales en que las hidras tenían sus sucias guaridas y libra a la humanidad de este flagelo. En suma, a la *hidra* internacional hay que quemarla viva. No en vano tanto Napalm arrojaron los norteamericanos sobre el Vietcong. Y no alcanzó.)

¿QUÉ ES EL EMPALAMIENTO?

Rodríguez Varela dice que el comunismo se infiltra por medio de las instituciones democráticas de Occidente. Pasa revista a todas las frases de los grandes líderes del marxismo que inducen a su expansión. No deja uno en pie. Todos quieren devorarse a Occidente. Al Che Guevara lo cita como a un delincuente: Ernesto Guevara (a) "Che". Acude a todos los papas que han condenado a la *hidra*: Pío IX, León XIII, Pío XI. Sobre éste dice: "En *Divini Redemptoris* Pío XI define al comunismo ateo como un satánico azote" (Rodríguez Varela, *Ibid*., p. 369). Sigue: Pío XII. Se detiene en él. Ha dicho que el comunismo amenaza a la libertad con el terror, "que hacen (los comunistas) de las masas otras tantas armas de su política; que hacen imposibles la paz interior y exterior". Y deduce: "Acorde con esta enseñanza, el 1 de julio de 1949 el Santo Oficio decretó que 'no es lícito afiliarse a los partidos comunistas o prestarles apoyo'" (Rodríguez Varela, *Ibid*., p. 372). Sigue con Juan XXIII. Con Paulo VI. Con Paulo XI. Con Juan Pablo II. Y no llega a Benedicto XVI. Acude a Solzhenitsyn: "Le inquieta al gran escritor ruso que hayamos 'perdido a Dios, el Todo, el Altísimo, que antaño fijaba un límite a nuestras pasiones'" (R. Varela, *Ibid*., p. 379). Que nadie diga que estamos en presencia de un oscurantista. No, así fueron los militares de la seguridad nacional. ¿A quién creen que le rezaba Videla durante el Juicio a las Juntas? Al Altísimo en cuyo nombre había cometido todo tipo de atrocidades. ¿Es servir a Dios torturar a embarazadas, robar niños, fusilar a meros sospechosos, empalar a seres humanos como lo hacía Vlad III, Drácula, "El Empalador"? ¿Saben qué es empalar a una persona? Permítanme hablar de Vlad Tepes, brevemente, ya que es el dueño de esos horrores. "Drácula (escribe Matei Cazacu en un libro arduamente documentado) era un tirano que superaba en crueldad a Herodes, Nerón y Dioclesiano y a todos los verdugos que el mundo había conocido (...) En primer término, su suplicio preferido, el empalamiento. De origen sin duda asirio, había sido 'perfeccionado' merced a la utilización ya no de picas agudas, que mataban de modo veloz a los 'pacientes', sino redondeadas y embebidas en grasa para prolongar el suplicio. Introducido en el recto, el palo, sobre el que se hacía descargar todo el peso de la víctima, horadaba una senda sin lesionar órganos vitales y volvía a salir por la boca sin matar. Así expuesto, el desdichado moría de sed al cabo de dos o tres días, los ojos comidos por los cuervos pero en sus plenos cabales (...) el príncipe, con gran frecuencia, gustaba tomar sus comidas en una mesa a la vera de sus palos, conversando con sus 'invitados' y brindando a su salud (...) empalamientos de hombres, de mujeres y de niños por millares (a veces, madres con su pequeño en brazos), a los que se sumaban veinticinco mil turcos (que habrán aprendido el ejercicio inaudito de la crueldad para imponerlo en el genocidio armenio: el padecimiento extremo pareciera que, lejos de llevar a un pueblo a no aplicarlo sobre otro por conocer ese dolor, lo incita a hacerlo, como si quisiera vengarse en ese otro de lo que él padeció, J. P. F.)" (Matei Cazacu, *Vlad III, Drácula, vida y leyenda de "El empalador", príncipe de Valaquia*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2006, pp. 20/21). ¿Debo incurrir en la piedad de no horrorizar más a quien esto lee? Sin embargo, en la ESMA nuestros piadosos hombres de Dios hicieron estas cosas. Por ejemplo: "Festín durante cuyo transcurso Drácula había servido a sus nobles escarabajos alimentados con el cerebro de sus parientes y amigos; pira donde quemó a todos los mendigos y tullidos de su región; madres forzadas a comer a sus hijos rostizados; maridos obligados a hacer otro tanto con los senos cortados de sus esposas (...). El cinismo y los sarcasmos con que el tirano acicateaba a sus víctimas volvían aún más penosas esas atrocidades. Cuando ellas gritaban bajo tortura, Drácula exclamaba: 'Oigan este agradable pasatiempo y esta deliciosa delectación'. O bien, ante el espectáculo de los empalados que se sacudían convulsivamente en agonía: '¡Ah, con qué prestancia y qué ritmo se agitan!'. A los pobres y mendigos que hizo quemar en dos grandes calderos les dijo que deseaba ayudarlos a ganar cuanto antes el paraíso para que no sufrieran más en la tierra. Por último, a quienes preguntaban por qué se ensañaba de esa forma, contestaba, citando a San Pedro, que los soberanos son designados por Dios para castigar a quienes hacen el mal y recompensar a quienes obran bien" (Matei Cazacu, *Ibid*., pp. 20/21/22).

INSURGENCIA Y CONTRAINSURGENCIA EN LA BATALLA DE ARGELIA

Entramos –era ya impostergable– en el análisis del film más importante de la modernidad revolucionaria y contrarrevolucionaria. Sirvió a los dos bandos. A unos y a otros. Los insurgentes se sintieron alentados a la lucha. Los contrainsurgentes aprendieron cómo combatirlos. Extraño destino el del film de Gillo Pontecorvo. Saludado y venerado tanto por Santucho como por los implacables, sanguinarios generales Paul Aussaresses y Alcides López Aufranc, que llegará a pronunciar la frase paradigmática de la contrainsurgencia: "Con la sangre se aprenden muchas cosas". *La batalla de Argelia (Maarakat Alger)* es de 1966, dura 120 minutos y es una coproducción entre Italia y Argelia. Su director, Gillo Pontecorvo, no hizo mucho más. En 1969, *Queimada*, un buen film sobre temática tercermundista en que consigue a un Marlon Brando en decadencia. Aún no lo había tomado Coppola entre sus manos para llevarlo a las cumbres de *El padrino* y *Apocalypse Now.* Y sobre todo Berto-

lucci, que le dará el papel de su vida en *Ultimo tango en París* (1973). Pero, en 1969, Brando se pone a las órdenes de Pontecorvo y entrega una de sus actuaciones menos caprichosas, menos barrocas. Quiero decir: no se pone gajos de naranja en la boca ni se rapa la cabeza para mojársela interminablemente antes de mostrar su cara como en *Apocalypse Now*, esa cumbre del actor antojadizo, extravagante que busca la aclamación de esa crítica dispuesta a rendirse ante la exterioridad del supuesto "genio". En *Ultimo tango* Brando exhibe su dolor íntimo, se expresa sin artilugios espectaculares y, por fin, conmueve. En 1979, Pontecorvo filma *Operación Ogro,* basada en el asesinato del almirante Carrero Blanco por parte de la ETA y su primera película había sido *Kapó*, de 1960, sobre los campos de concentración alemanes. Mucho, en suma, no hizo. Pero *La batalla de Argelia* permanece como la película perfecta del cine político. Los críticos norteamericanos la definen como *un poderoso grito de batalla para los marxistas revolucionarios*. La cosa es así: en 1964, Yacef Saadi llega a Italia con un guión cinematográfico en su valija. Es sobre la lucha del Frente de Liberación Nacional, del cual fue miembro importante o más que eso. En 1962, Argelia se había liberado. No por la acción del FLN, sino por una gigantesca insurrección de masas que da comienzo el 11 de diciembre de 1960. Transcurren dos años durísimos. Vuelven los atentados. Pero –esta vez– lo que más preocupa a los colonizadores es que la insurrección parte de las masas, cuya ira no se logra detener. Si la liberación de Argelia, la que da nacimiento a la nación, se logra el 5 de julio de 1962 es por ese aporte de masas, similar al de la revolución iraní, esa "rebelión de las manos desnudas" que tanto impresionará a Foucault en 1978. (*Nota*: El *Corriere della sera* encarga a Foucault una serie de artículos sobre la revolución iraní. El 5 de noviembre de 1978, publica uno de los mejores: *"Una rebelión con las manos desnudas".* Ahí, ese enemigo de la praxis del sujeto libre se sorprende: las masas salen a la calle a enfrentar a las soldadescas del Chah. Escribe: "Siempre los gobernantes caen con facilidad cuando los pueblos salen a la calle", *Dits et écrits*, III, 1976-1979. Y añade: "Lo que pasa en Irán ha de problematizar a los observadores de hoy en día. No van a reencontrar aquí a China, ni a Cuba, ni a Vietnam, sino un *maremoto* ('*raz de marée*') sin aparato militar, sin vanguardia, sin partido. No van a reencontrar los movimientos de 1968 porque estos hombres y estas mujeres que manifiestan con banderolas y con flores tienen un fin político inmediato". Ese fin es echar al Chah. Hacerlo de un modo no menos que urgente. No pueden esperar. Continúa: "Aquí están las manos desnudas, sin recursos para la lucha armada, con una obstinación y un coraje que inmovilizan al ejército: poco a poco éste se paraliza y vacila en hacer fuego. Hace apenas dos meses dejó entre tres mil y cuatro mil muertos alrededor de la plaza Djaleh; ayer, doscientas mil personas han desfilado ante estos soldados que han permanecido inmóviles. El gobierno está reducido a arrojar comandos de provocadores: no han logrado efecto alguno. Cuanto más se acerca la crisis decisiva, menos se hacen posibles los recursos de las armas. La sublevación de toda una sociedad ha sofocado la guerra civil" (*Ibid*). Es admirable la sensibilidad de Foucault para apresar el acontecimiento Irán en toda su pureza, en su honda originalidad. Una rebelión popular. Sin armas. Sin líderes visibles. Pero con objetivos claros. ¿Cómo se logra algo así, qué lo produce? Hay un desarrollo completo de esta temática en *La filosofía y el barro de la historia*, p. 628). Ese aporte de masas que resuelve el conflicto argelino es el que no aborda el film de Gillo Pontecorvo. Sin duda, la lucha del FLN ha contribuido a ese clima de rebelión. Aunque también pudo haberlo aplastado si la contrainsurgencia hubiera introducido un terror insuperable en el pueblo. No fue así. La película termina de modo inopinado. Si siempre tenemos que indagar las condiciones de posibilidad de la rebelión en un mundo cada vez más preparado para sofocarlas y establecer el largo monólogo de los poderosos, no podemos sino buscar las causas de esos fenómenos de masas tan sorprendentes como irrefrenables. No se puede fusilar a doscientas mil personas. Aquí vacila la contrainsurgencia. Pontecorvo se ciñe a desarrollar la lucha del FLN y también las acciones de los paras franceses. Pero, ¿cómo se llegó a ese acontecimiento jubiloso que cierra la película? La imagen es magnífica. Termina centrándose sobre una mujer que salta de alegría en tanto agita una bandera, la de Argelia. En off alguien dice: "Luego de dos años de calma, el 11 de diciembre de 1960 se produce un levantamiento de masas que resulta incontenible para los franceses" (Cito de memoria). En 5 de julio de 1962 nace en Argelia la nación libre, la de los argelinos, la de los colonizados, la de los humillados que ya no lo son, la de los hombres libres, la de los colonos vencidos que ruegan a los paras franceses que no se vayan, que no los abandonen. Todo proceso histórico explicita su complejidad apenas surge. No hay victoria eterna, ni siquiera prolongada. Los sueños se hacen astillas, pero el momento en que se los soñó, en que se luchó para que fueran reales, es eterno. Argelia, no bien se libera, inicia el camino de sus lentos fracasos. La revolución iraní consigue que el Chah entregue el poder el 16 de enero de 1979, poco tiempo después de las primeras rebeliones populares. Pero ese poder cae en las manos despiadadas del ayatollah Khomeini, que era el hombre en el que se creía, el que alentaba las esperanzas de la rebelión, que él volviera, que él se hiciera cargo con el respaldo del pueblo, que se iniciara una nueva aurora, un horizonte apenas entrevisto durante años y más años. No fue así. La crueldad de Khomeini hizo palidecer a la del Chah. No importa. El fenómeno se dio. Como en Argelia. Los franceses son derrotados cuando las multitudes salen a la calle. No pueden torturarlos a todos. No tienen información que obtener. La lucha que enfrentan ya no es clandestina. Se hace a la luz del día, a pecho descubierto, cada uno protege al otro con su presencia: *no nos pueden matar a todos*. Sobre todo si se ha vencido el miedo. Acaso el nudo que hay que romper sea ése: el del miedo que el poder logra introducir en las conciencias. Hoy es –además– otro: quebrar eso que la ideología del poder ha hecho de nuestras conciencias. Las ha colonizado. Hablamos las palabras del poder. Vemos sus imágenes. Decimos sus verdades. Somos, en la total plenitud de la pasividad mansa, derrotada, el sujeto-Otro. El sujeto que el Otro –el lenguaje mediático del poder– ha hecho de nosotros.

ERIC HOBSBAWM: "UN ERROR ESPECTACULAR"

La batalla de Argelia –desde el inicio– es un film exitoso. En 1966 se presenta en el Festival de Venecia. Los capitostes de la representación francesa intentan retirarla de la competición. Todos los italianos al frente de las relaciones exteriores están de acuerdo. Mas no consiguen –ni unos ni otros– nada. El film se da en el Festival y gana el premio máximo: el León de Oro de la Mostra. Pero el éxito verdadero del film, eso que lo torna histórico, insoslayable, se da en otros ámbitos. En un importante libro de contrainsurgencia editado por el Instituto de Publicaciones Navales, Florida 801, Buenos Aires, que lleva por nombre *Terrorismo y contraterrorismo (comprendiendo el nuevo contexto de la seguridad)*, el coronel norteamericano Russell D. Howard y el mayor Reid L. Sawyer compilan una serie de trabajos sobre el tema del libro: terrorismo y contraterrorismo. Nos habremos de detener en el que –por supuesto– tiene más interés para nuestras búsquedas: el de Bruce Hoffman, *Un trabajo repugnante,* referido –como quizá lo sugiera su título– a la tortura en tanto herramienta central del trabajo de inteligencia. Bruce Hoffman es un experto *internacional* en terrorismo y violencia política. Ha escrito una obra ampliamente consultada: *Inside terrorism* (1998). Ha recibido muchos premios. Incluso el del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia (en Valencia, España). Leer a Hoffman no es desagradable. Se lo siente como a un hombre sensible y preocupado por los horrores de la insurgencia y tal vez especialmente de la contrainsurgencia. Porque –me atreveré a decirlo ya– la contrainsurgencia presenta una cuestión que está menos presente en la insurgencia. Al necesitar *información* para hacer su tarea, la tortura es una práctica de la que no reniega ni renegará. Está incorporada y lo seguirá estando. La contrainsurgencia hace mucho que sabe algo: hay que torturar al prisionero para obtener rápido la información. Si en Auschwitz la tortura consistía en agonizar en un campo diseñado para la muerte lenta o para la cámara de gas, no es menos cierto que la tortura era menos esencial. ¿Para qué torturar a un gitano? ¿Para qué torturar a un judío?

Incluso a un disidente político, ¿para qué? Ninguno formaba parte de una organización ramificada en la sociedad alemana cuya finalidad fuera atacarla con bombas o atentados individuales. Se podía torturar por sadismo, situación nunca descartable. Pero la tortura no era una necesidad de la lucha contra el enemigo. En el *lager*, en el *espacio concentracionario*, se estaba para esperar la muerte. La tortura era sufrir frío, pasar hambre, hacer tareas indignas, ser humillado sin cesar y, por fin, ser exterminado. La cámara de gas. La horca. El fusilamiento. Pero, sobre todo, el gas. La contrainsurgencia necesita información. Esa información debe ser veloz y "ninguna consideración de humanidad" (para utilizar esta nefasta y célebre frase de Von Clausewitz) debe entorpecerla. ¿Cómo se aprende la contrainsurgencia? Los grandes maestros han sido los franceses. No los norteamericanos. La célebre *Escuela de las Américas* funcionó en la Argentina como veladura para no percibir con entera claridad la penetración en los cuadros del Ejército de la Doctrina Francesa de la Contrainsurgencia. ¿Dónde había sido vista? Sí: en esa película italiana de Gillo Pontecorvo. Cuando la Jotapé la veía en los cines algo clandestinos o en las unidades básicas la disfrutaba con entusiasmo. Por cada muerto francés, una ovación. Si volaba un entero bar lleno de colonos, de franchutes blanquitos, todos estallaban en aplausos. Era Fanon en acción. Era el Prólogo de Sartre en imágenes. Era la lucha contra el colonialismo. Tal como se la debía realizar aquí. (*Nota*: No se advertía que la Argentina era un país con una clase media próspera, que no vivía una situación colonial sino neocolonial, que nada era lo mismo, que tenía un Ejército mucho más poderoso que cualquier nucleamiento guerrillero y aun que todos ellos juntos. Que estaba además la policía, la gendarmería y hasta las bandas clandestinas, que demostraron ser feroces. Pero el mito de las "masas peronistas" y el otro mito, el del regreso de Perón y el alzamiento que provocaría, alentaban a los jóvenes que respondían al espíritu de la época, el de la violencia, el de la marcha inexorable al socialismo. Raramente se preguntaron las condiciones en que triunfó la Revolución Cubana, por qué el general Giap derrotó a los franceses en Dien Bien Phu y luego en Vietnam, por qué en Argelia recién cuando las masas se sublevaron el régimen colonialista colapsó. Tampoco se preguntaron por el poder de fuego del ejército al que pensaban derrotar. Ni, menos aún, si tenían alguna táctica para enfrentarlos. Veían al Ejército como una fuerza derrotada, retirándose ante el avance de las masas peronistas, las formaciones especiales y el regreso de Perón. Tampoco los impresionó demasiado la caída de Allende. Era un asunto de la CIA, que, entre nosotros, no metería sus narices. Ya vamos a ver cómo el gran historiador marxista Eric Hobsbawm describe todo este proceso con una lógica devastadora, elemental. Sigamos.) Volvemos al trabajo de Bruce Hoffman. Prestemos atención: "Muchas veces les he dicho a los soldados, a los espías y a los estudiantes que si quieren entender cómo combatir al terrorismo miren de *The Battle of Algiers*" (Bruce Hoffman, "Un trabajo repugnante" en *Terrorismo y contraterrorismo*, ed. cit., p 328). *La misma película que veía –como un deber militante– todo cuadro de la Jotapé que se dignase de serlo*. Y no había uno que no quisiera serlo, hacer los deberes, jugarse como correspondía. Un fenómeno excepcional: el film servía para los dos bandos. Lo mismo ocurría con los trabajos de Guevara sobre la guerra de guerrillas, con el *Minimanual del guerrillero urbano* de Carlos Marighella, con *¿Revolución en la revolución?* de Régis Debray [publicado en enero de 1967, en La Habana, que contiene la supuesta infalibilidad de la *teoría del foco* que fue incorporada por el Che: *"Primero se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve para nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario"*. Citemos de nuevo al maestro Eric Hobsbawm –en un libro que Edward Said califica como "poderoso e inquietante" y, juro, es altamente inquietante–: "Cuba empezó a alentar una insurrección continental, animada especialmente por Guevara, el campeón de una revolución latinoamericana y de la creación de 'dos, tres, muchos Vietnam'. Un joven y brillante izquierdista francés (¿quién si no?) proporcionó la ideología adecuada, que sostenía que, en un continente maduro para la revolución, todo lo que se necesitaba era llevar pequeños grupos de militantes armados a las montañas apropiadas y formar 'focos' para luchar por la liberación de las masas (...) En toda América latina grupos de jóvenes entusiastas se lanzaron a unas luchas de guerrillas condenadas de antemano al fracaso, bajo la bandera de Fidel, de Trotsky o de Mao (...) *resultaron ser un error espectacular* (...) (Los años setenta) fueron la era más sombría de tortura y contraterror de la historia de Occidente. Este fue el período más negro registrado en la historia moderna de tortura, de 'escuadrones de la muerte' teóricamente no identificables, de bandas de secuestro y asesinato en coches sin identificar que "desaparecían" a la gente (y que todo el mundo sabía que formaban parte del ejército y de la policía, o de los servicios armados y policíacos de inteligencia y seguridad que se independizaron virtualmente del gobierno y de cualquier control democrático), de indecibles 'guerras sucias'" (Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX,* Crítica, Barcelona, 1995, pp. 441/ 444)].

EL LLAMADO A LA REVOLUCIÓN MÁS APASIONADO Y ASTUTO JAMÁS REALIZADO

Seguimos con Bruce Hoffman: "Ciertamente, ver la película era un requisito para el curso de posgrado sobre el terrorismo y los Estados liberales que dicté durante cinco años, ya que consideraba las dificultades que las democracias enfrentan para contrarrestar al terrorismo (...). La difunta Pauline Kael, decana de los críticos de cine estadounidenses, siete años después de su estreno todavía parecía embelesada cuando en una crítica de 900 palabras describía la película como 'una epopeya bajo la forma de un *documental*', 'la publicidad revolucionaria más grande de los tiempos modernos' y 'el llamado a la revolución más apasionado y astuto jamás realizado'. Sin embargo, las mejores críticas han provenido de los terroristas –miembros del IRA, de los Tigres de Tamil en Sri Lanka, y de los revolucionarios afroestadounidenses de la década de 1960– que la han estudiado asiduamente" (Bruce Hoffman, *Ibid.*, p. 328). Ahondemos en Pauline Kael. Se queda corto Hoffman. Sin duda es "la decana de los críticos de cine estadounidenses", pero además es una mujer de notable inteligencia, que ve cine como podría mirar un gran cuadro o escuchar a un pianista ejecutar una sublime partitura. De modo que prestemos atención a lo que dice. Dos de las definiciones que da de *La batalla de Argelia* son decisivas: 1) *La publicidad revolucionaria más grande de los tiempos modernos*; 2) *El llamado a la revolución más apasionado y astuto jamás realizado.* Dentro de este clima histórico, bajo el entusiasmo y hasta el deseo de no pasar por la vida sin colaborar con una gran causa, que era, en esos momentos, la de la *revolución*, la de todo lo que esa palabra encerraba: valentía, generosidad, participación y creación de la Historia, vivencia del cambio de los tiempos, caída del mundo de lo viejo, surgimiento luminoso de lo nuevo, la muerte gloriosa, honrada por los compañeros que seguían la lucha, el deslumbramiento de las armas, el desarrollo de la pulsión de muerte pero también del Eros porque se amaba a una causa que era más que uno, que lo trascendía, estremecimiento por sentir la palpitación de los acontecimientos, la clandestinidad, el secreto compartido, el ataque, el repliegue, la opción por los pobres, la rebelión del Tercer Mundo, del mundo de los postergados, la humillación de los poderosos, en medio de este clima se formó la juventud peronista. La generación revolucionaria de los setenta. Raro que alguien vea hoy una película como *La batalla de Argelia*. Raro que la vea en un cine clandestino en que todos sienten que son parte de esa gran aventura: la de la liberación de los hombres. No era fácil escapar a ese embrujo. No era fácil sentir que si uno no estaba ahí no estaba en ningún lado o formaba parte del mundo de los mediocres, de los cobardes. Una de las frases más despectivas que escuché decir durante esos años se la dijo un compañero de filosofía a otro que le dijo que se iba de traductor a la Unesco: "Te felicito. Que triunfes en la vida". No se venía al mundo a triunfar en la vida. Se venía a ponerla al servicio de una gran causa. Se venía a arriesgarla y, si eso tocaba, a perderla. Pero no había planes individuales ¿O tenían planes individuales los protagonistas de *La batalla de Argelia*? La película, sin embargo, era engañosa en un punto medular: *No es el FLN el que gana la batalla que se peleó en Argelia*. Ali La Pointe y los suyos son derrotados. El FLN –pese a todo su coraje y su entrega sin límites– no gana la guerra. El hecho se produce "luego de dos años de calma". Cuando una inesperada y gigantesca muchedumbre gana las calles del país sometido y los franceses se ven obligados a firmar la paz. Este hecho –que la Jotapé no estaba en condiciones de ver– se tornó invisible por una valoración desmedida de las organizaciones armadas. Por creer que la vanguardia eran ellas. Por creer que había una vanguardia. Por sobrevalorar la violencia como herramienta de lucha política. Por deslumbrarse con los fierros. Cuando se veía *La batalla de Argelia* sólo se tomaba en cuenta la lucha de Ali La Pointe, el jefe del FLN, y sus héroes. Pero es en 1957 cuando Ali La Pointe es capturado por el coronel Mathieu (ya diremos su nombre verdadero) y es recién el 11 de diciembre de 1960 cuando las multitudes argelinas ganan la calle y ganan la guerra. La imagen final es grandiosa. Porque es la de una mujer, en medio del pueblo, que salta y agita la bandera de Argelia. No es una guerrillera, es una mujer más del pueblo y es –insistamos– una mujer. Su alegría era contagiosa. Se desbordaba en nosotros, nos emocionaba, hasta nos arrancaba lágrimas y también aclamaciones. Habíamos visto una gran película que narraba la liberación de un pueblo. Pero los jóvenes peronistas olvidaban a esa mujer. O le entregaban un papel de retaguardia. La vanguardia eran los fierros. Los guerrilleros del FLN. La vanguardia –frase de la época– "es el lugar más arriesgado de la lucha". Por eso si "Evita viviera sería montonera". ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Quién podría animarse a decir que si Evita viviera estaría en Madrid con Perón? No, Evita era *guevarizada.* Era foquista. Estaría aquí, en la Argentina, junto a su pueblo, para triunfar o para morir con él. Como sea, la película de Pontecorvo fue esencial para la militancia. Para todos. Para los clandestinos y para los de superficie. *La batalla de Argelia* era, sencillamente, irresistible.

También lo era para los escuadrones de la muerte.

PROYECTO: LA PREPARACIÓN DEL EJÉRCITO ARGENTINO PARA LA CONTRAINSURGENCIA

En el próximo capítulo nos detendremos a estudiar el asesoramiento que la feroz Escuela Francesa otorgó a los militares argentinos. Nos centraremos en el gran documental de Marie-Monique Rubin: *Los escuadrones de la muerte*. Veremos a Díaz Bessone, a López Aufranc, a Harguindeguy decir frases asombrosas. También al francés Paul Aussaresses. Porque Marie-Monique Rubin se les presenta como una periodista de extrema derecha. Y porque les pone una cámara secreta que filma lo que esos hombres jamás habrían dicho públicamente. ¿El propósito? Mostrar hasta qué punto el Ejército Argentino estaba preparado –tempranamente preparado– para lo que adivinaba fácilmente venir: una confrontación directa con la contrainsurgencia. Aumentó su poder de fuego –que era considerable– con una habilidad para las tareas de contrainsurgencia exquisitamente enseñada por los franceses y apasionadamente aprendida por los argentinos. Que despreciaban a la Escuela de las Américas. "Los norteamericanos estaban celosos", dirá López Aufranc, el conde, siempre con una sonrisa cínica jugueteando entre sus labios. Y aprenderán –sobre todo– el arte cruel de la tortura. Ese que el general Mathieu, en un gran momento de *La batalla de Argelia*, defiende con frialdad, con precisión. Es cuando un periodista le informa que se dice en París que el Ejército francés, en Argelia, tortura. "Dígales a los dicen eso" (contesta Mathieu) que deben formularse una pregunta previa: si quieren o no que Francia se quede en Argelia. Si contestan que sí que no me pregunten entonces por los medios que utilizo para lograrlo". Posiblemente Díaz Bessone o Videla o López Aufranc habrían respondido lo mismo: "Hay una pregunta previa a todas. ¿Quieren que derrotemos a la subversión? Si lo quieren, no nos pregunten por los medios que utilizamos para lograrlo". Podrían haber agregado: "Sólo algo podemos decirles: utilizamos los mejores". Sí, los de la Escuela Francesa. Si alguien, aún, se pregunta a qué viene todo esto, la respuesta es sencilla: conocer el poder del verdadero enemigo al que se enfrentaban los peronistas revolucionarios. Porque ellos parecieran no haberlo hecho o haberlos valorado muy deficientemente.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (III)

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

94 Contrainsurgencia, “sin tortura no hay información”

Suplemento especial de
Página|12

DIFERENCIAS ENTRE EL ERP, LOS "MONTONEROS" Y LAS PATOTAS DEL EJÉRCITO CONTRAINSURGENTE

¿Sobre qué escribimos? No sobre la Muerte. Sobre algo anterior a la Muerte y mucho peor que ella. Sobre su antesala escribimos. Esa antesala es la tortura. Es algo tan físico como metafísico. Físico, porque lo que se tortura es el cuerpo. Metafísico, porque lo que busca quebrarse es el alma. Entendemos por alma la autoestima del sometido, su orgullo, su voluntad de no sometimiento, de no entregar su libertad, de no delatar, de no informar, de no entregar a los otros al tormento que él, en este momento, está sufriendo y sabe, ahora más que nunca, es intolerable y nadie merece padecerlo; entonces, ¿cómo hablar? ¿Cómo hablar si hacerlo es someter a un compañero a esto que él sufre ahora y a nadie puede desearle, a nadie puede ayudar a que le ocurra, cómo hablar si hablar es poner a un compañero en el lugar que él ocupa en este exacto momento y es el peor lugar de la Tierra, y si un compañero lo ocupa será porque él, que se ha ido, lo ha hecho para siempre, porque zafar de la tortura es morir? No vamos a ocuparnos todavía de la tortura –tema esencial de la condición humana y desdichadamente inescindible de nuestros días presentes–, lo haremos cuando entremos en el infierno de los campos de concentración de la dictadura. Ahí –junto con muchos otros sectores de la sociedad: desde niños, maestros, alumnos, comisiones internas de obreros hasta mujeres embarazadas– la guerrilla peronista y la trotskista fueron minuciosamente masacradas por la tortura. Con precisión racional y con el odio salvaje de los vengadores. Con la brutalidad torpe de los matarifes, con el sadismo de los peores enfermos de ese mal. No hicieron –como decía Sarmiento de Rosas– "el mal sin pasión". No incurrieron –según la célebre tesis de la politóloga Hannah Arendt sobre Adolf Eichmann– en la *banalidad del mal*, curiosa teoría según la cual un verdugo puede manipular actos atroces con frialdad, técnicamente, sin que su conciencia se comprometa en ellos. Fueron apasionadamente torturadores, asesinos, bestias y a la vez maestros y hasta estilistas de la vejación, del ultraje, de la humillación, escarnecieron más allá de toda necesidad, deshonraron porque sí, pisotearon, avasallaron espíritus humanos sin que ya nada reclamara esas acciones, y lo hicieron más allá de la *información* –fruto que la tortura busca, objeto de la *tarea de inteligencia*–, lo hicieron por placer, por odio, y muy especialmente por *formación ideológica*. Porque –contrariamente a esa teoría sobrevalorada de la sobrevalorada Arendt, discípula, amante y defensora de Heidegger, antimarxista de alcurnia, defensora de Occidente, cuyos libros no dejan de editarse jamás– nuestros verdugos fueron hombres formados para serlo. Porque si Eichmann era una lechuga cuya impostura Arendt se creyó, los matarifes en América latina fueron seres perversos guiados por ideologías de muerte, racionales por supuesto, ya que conocían hasta el último nervio del cuerpo del hombre que es necesario mortificar para extraerle palabras, confesiones. Esos seres fueron no sólo adiestrados para provocar el dolor y con eso hacer ese trabajo que llamaron "de inteligencia", sino que fueron colonizadas sus mentes con ideologías de odio, de fanatismos invencibles, de demonizaciones sin matices. Toda ideología señala a un Otro absoluto. Ese Otro es la negación de todo lo que *nosotros somos y buscamos ser*. Ese Otro es el Mal. Ese Otro no pertenece a la misma condición de nosotros. Nosotros, además de ser el Bien, somos los elegidos de Dios o de la Democracia o del Occidente cristiano. Al ser eso, somos seres humanos. Ellos, al no serlo, son lo Otro de nosotros. Son la subversión, el marxismo, los católicos del Tercer Mundo, los guerrilleros, los que se alzaron contra el orden de la patria, contra nuestro estilo de vida cristiano y occidental. Se conoce la frase del general Camps: "Nosotros no matamos personas, matamos subversivos". (*Nota*: Valores similares a éstos se instrumentan en todo régimen totalitario. Me concentro en describir los que se usaron en la tarea de contrainsurgencia argentina. Los regímenes comunistas acudieron a estas estructuras binarias de muerte: Nosotros y ellos, que, al no ser Nosotros, que somos humanos, no lo son y podemos matarlos como a bestias. Todos los fundamentalismos de hoy lo hacen. El *exceso de Dios* que se desborda en la Guerra contra el Terror hace de la figura del Ser Absoluto el fundamento absolutista de las causas particulares: Dios no es neutral, dice Bush. O Dios está con nosotros. Ni hablar de todo lo que Alá autoriza a hacer al islamismo. Quien no crea en El con tanta sumisión como un creyente que mira con devoción hacia La Meca es un impío. Y cualquiera que lea El Corán descubrirá muy rápidamente los castigos infernales que Alá dispensa a los impíos y sus creyentes festejan.)

Hay, además (y no es poco), una diferencia entre la guerrilla peronista y la de izquierda y las patotas del Estado terrorista. Las patotas de la Seguridad Nacional eran un lumpenaje carnicero de la peor ralea. No habrá aquí (y a esta altura de la historia) que enumerar las atrocidades que hicieron en cada hogar en que penetraron. Incluso (como veremos) Díaz Bessone justifica la tortura de toda la familia de un detenido porque era necesario averiguar datos colaterales. Tal vez sea inimaginable la tragedia de esa familia. Por otra parte, en los más importantes centros internacionales de Justicia se reconoce (para el caso argentino) que las acciones de la guerrilla no incluyeron ataques contra la población civil ni recurrieron a la tortura contra el enemigo: "Los delitos atribuidos a los alzados en armas en la Argentina no incluyen ataques a la población civil, ni la tortura del enemigo rendido" (declaraciones de Juan Méndez, presidente del Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ, son sus siglas en inglés), citado por Germán Ferrari en un libro de pronta aparición que probablemente lleve el título de *Elegidos* y trata sobre las víctimas de la acción armada insurgente. El título es notablemente preciso porque permite elucidar una confusión que –sobre todo por mala fe– establece una sinonimia entre "guerrilla" y "terrorismo". A este fin, escribe Pilar Calveiro: "Los movimientos armados latinoamericanos no fueron terroristas, salvo algún caso verdaderamente excepcional, como parece haber sido el de Sendero Luminoso; resulta importante señalar que guerrilla y terrorismo no son sinónimos, como afirma cierto discurso pretendidamente democrático. El terrorismo se basa en el uso indiscriminado de la violencia sobre población civil, con el objeto de controlar a un grupo o una sociedad por medio del terror. Las prácticas de las guerrillas latinoamericanas no se caracterizaron por este tipo de accionar sino por operaciones militares bastante selectivas, dirigidas contra el Estado, principalmente contra fuerzas militares y policíacas". Se trata de un trabajo de Calveiro publicado por Clacso en 2008 y citado por Germán Ferrari en la obra que hemos mencionado. Como todo lo que escribe Pilar, su claridad no deja resquicio a discusión alguna. Hasta donde yo sé, la guerrilla argentina no se degradó en la tortura. Su única acción terrorista fue la insólita (ajena a todas las modalidades de acción violenta de la organización) bomba en la Secretaría de Seguridad Federal de la Policía el 2 de julio de 1976. Quedan 18 muertos y 66 heridos. Nunca Montoneros había cometido una operación con resultados tan cruentos. Walsh, en su *Carta abierta a la Junta*, denuncia las "represalias desatadas". Escribe: "Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal". ¿Qué esperaba? ¿Qué esperaba de la gente de la Secretaría de Seguridad, organización a la que, por su sigla, se le adosaba el mote de SS? Si acaso hubieran puesto la bomba en un convento de sacerdotes franciscanos, no habrían existido represalias. Pero, ¡en el cuartel de las SS! Raro que los fusilados hayan sido sólo setenta. Con la furia que tendrían esos macabros y vengativos centuriones, pudieron haber sido más. Y lo fueron: ¿o acaso apenas dos días después no son asesinados los sacerdotes palotinos? Volveremos sobre este atentado tan especial. Lo es, ante todo, porque la guerrilla argentina nunca fue terrorista. Sus blancos siempre fueron cuidadosamente elegidos. (De aquí el título del libro de Germán Ferrari: *Elegidos*.) Recién en 1976 –ya en el inicio del descalabro moral y militar– la Orga propone "el combate de aniquilamiento indiscriminado" contra todo policía que encuentren (*Evita montonera*, abril-mayo de 1976).

Señaladas las excepciones, detengámonos en lo esencial: la guerrilla argentina jamás incorporó la práctica de la tortura. Véase lo que le dice Fernando Abal Medina a Aramburu cuando éste cree que lo van a torturar para quitarle información sobre el cadáver de Evita. Fernando Abal sólo dice: "Los Montoneros no torturan". Los militares no sólo lo hacían por la cuestión del trabajo de inteligencia. No, el lumpenaje criminal de los campos era de una impiedad indescriptible. Ya encontramos en Vlad III Tepes Drácula, El Empalador, al maestro de esa técnica a la que tanto recurrieron. Pero los horrores se conocen. No vamos a detallarlos ahora. Sólo –por mencionar algo– lo siguiente: en la novela del periodista Osvaldo Bazán, *La más maravillosa música*, a uno de los jóvenes protagonistas la milicada de la ESMA lo cocina. Lo ponen al *spiedo*. Lo asan vivo como a un cordero y se lo comen. Había, entre los cuadros de la guerrilla, y estos matarifes una diferencia moral que provenía de una educación, de un pasaje por una cultura humanista propia de jóvenes de clase media. Jamás hubieran hecho eso. Habrá un caso y por supuesto es ese caso el que es utilizado para un "empate" entre la guerrilla y el Estado argentino. El coronel Argentino del Valle Larrabure, secuestrado en 1974 y sometido a un año de cautiverio, constituye un crimen inadmisible. Nada en este mundo justifica que se le haga eso a alguien. La guerrilla –al incurrir en esas atrocidades– se identifica con lo que pretende combatir. Si lucho contra los torturadores, no puedo torturar. Si lucho contra los que matan, debería matar cuando absolutamente todos los canales institucionales y democráticos de la sociedad están cerrados. Y cuando formo parte de un pueblo que está en estado de insurrección contra el régimen tiránico. Ya discutiremos esto con mayor espacio. Lo de Larrabure es injustificable. Pero no es posible pretender cubrir con esa muerte la de por lo menos 20.000 argentinos. (Tengo la delicadeza de no poner 30.000. Hasta, a veces, pienso que han sido más. Porque no todos los muertos que quedaron murieron. Hay muertos espirituales. Hay muertos psíquicos. Hay muertos en vida que esperan a un hijo. Está llena de muertos la Argentina que dejó la segadera militar. Todos –de una u otra forma– hemos muerto bajo la ruptura humanitaria del '76. Nadie sale del todo vivo de una catástrofe así.) No, el paralelismo es imposible. El "empate" no existe. No hay "dos demonios". Que uno haya hecho de la tortura su técnica de información. Y otro no haya torturado separa a los dos grupos que la derecha posprocesista quiere juntar de un modo absoluto. La guerrilla argentina no empaló a nadie, no quemó vivo a nadie, no le arrancó los testículos a nadie. ¿Quieren que ofrezca un motivo no-moral para que se entienda mejor? Simple: *La guerrilla no buscaba información*. Si secuestraba a un militar no era para arrancarle confesiones. No las necesitaba. No perseguían, eran perseguidos. No preguntaban, se preguntaba por ellos. *La picana no ha logrado ser unida a la guerrilla en el imaginario colectivo*. Tampoco la tortura. Porque "la tortura siempre ha sido una de las herramientas más eficaces del poder (...). La tortura está inscrita desde el principio en la lógica del poder (...). La tortura es siempre una posibilidad del poder. Pero sólo la tiranía hace de ella la esencia del poder" (Wolfang Sofsky, *Tratado sobre la violencia*, Abada Editores, Madrid, 2006, pp. 85/87). Ergo, si la tortura –como arma central de contrainsurgencia– era la esencia del poder procesista, esa llamada dictadura militar debería ser llamada *tiranía*.

THOMAS SACÓ SU PISTOLA, LA APOYÓ EN LA FRENTE DE UNO DE LOS TERRORISTAS Y DISPARÓ

Volvamos al trabajo de Bruce Hoffman. Nos sentaremos junto a él en un lujoso Hotel de Sri Lanka, el Hotel Colombo. Ahí, frente al mar, disfrutando de una brisa fresca que nos llega desde ese océano que exhibe un horizonte tan inalcanzable como una vida sin sobresaltos, sin vejámenes ni cadáveres, como un mundo en que reine la paz entre los hombres, con una inesperada puesta de sol en un país sacudido por el terrorismo y la contrainsurgencia, acompañaremos a Bruce en su encuentro con el misterioso Thomas –así elige llamarlo nuestro autor, muy pulcro aún, muy demócrata, incapaz de comprender el horror–, un tenaz veterano de la lucha contrainsurgente del que, sin embargo, nos entrega uno de sus nombres: todos le dicen *Terminator*. No por Arnold Schwarzenegger, sino por la crueldad con que suele encarar su lucha a muerte contra el enemigo terrorista. Quien cae en sus manos no sale vivo de ellas. Antes de este encuentro Hoffman nos informa sobre las características del enemigo al que debe enfrentar *Terminator*: "Agrupada contra el gobierno elegido democráticamente de Sri Lanka y sus fuerzas armadas se encuentra quizá la organización terrorista y fuerza insurgente más despiadadamente eficaz del mundo de la actualidad: Tigres de la Liberación Tamil Eelam, conocida también bajo la sigla LTTE o simplemente Tigres de Tamil" (Hoffman, *Ibid.*, p. 331). Se dice que los Tigres eclipsan en todos los aspectos posibles de la insurgencia (profesionalismo, capacidad y determinación) a los hombres de Al Qaida, a los hombres de Osama Bin Laden. "El poderoso y muy venerado líder del LTTE es Velupillai Prabhakaran, quien, como Bin Laden, ejerce una influencia carismática sobre sus combatientes. Se dice que *La batalla de Argelia* es una de las películas favoritas de Prabhakaran" (Hoffman, *Ibid.*, p. 331).

Se sienta, Hoffman, a beber té en el lujoso Hotel Colombo con un oficial del ejército de Sri Lanka, muy fogueado en combate, lleno de condecoraciones, siempre dispuesto a defender las vidas de los ciudadanos de Colombo y combatir a los Tigres de Tamil. (Nombre que no puede sino evocar –para los que ya son veteranos y no tanto– a los piratas que surcaban los mares de los libros de Emilio Salgari.) Ese oficial es el que Hoffman llama Thomas y al que se le dice *Terminator*.

Con amable paciencia, Thomas explica a Hoffman ciertas cosas que acaso considere éste es incapaz de comprender. ¿Comprenderá Hoffman?

–Uno no puede combatir al terrorismo recurriendo a los procedimientos legales. Al terrorismo se lo combate aterrorizándolo. Hay que aterrar sistemáticamente a los terroristas. No sé si usted me sigue o me entiende –Hoffman dice que sí–. Hay que hacerles sentir el mismo terror, el mismo dolor que ellos hacen sentir a los inocentes. Me desalienta pensar que usted pueda no entenderme –dice, siempre sereno–. Usted es un académico. No tiene que elegir una y otra vez entre la vida y la muerte. Yo, todos los días. Tengo que proteger a la sociedad de los ataques terroristas. Vea, vamos a los hechos.

Salimos del hotel con rumbo –para mí, al menos– desconocido. Thomas retomó el diálogo:

–Estamos en una época de gran peligro. Ha llegado usted en buen momento. El estado de emergencia es de "Código Rojo", el peor. Los Tigres de Tamil se preparan para cualquier atentado. No podemos medir la peligrosidad que habrán de temer. Sólo sabemos que están a punto de entrar en acción. Eso significa muerte, bombas poderosas, sangre, mutilaciones y edificios destruidos. ¿Qué haría usted? ¿Esperar?

–¿A dónde vamos, oficial Thomas?

–No tenga miedo, señor académico. No correrá peligro alguno.

–No preguntaba eso. Sólo quería saber...

–No, no. Usted preguntaba eso.

Entramos en un lugar secreto. Fue fácil enterarme de la situación extrema que ahí se vivía. "La unidad de Thomas había detenido a tres terroristas sobre quienes pesaban sospechas de haber colocado recientemente en algún lugar de la ciudad una

bomba con su mecanismo de tiempo en plena cuenta regresiva. Los tres hombres fueron llevados ante Thomas. Este les preguntó dónde estaba la bomba. Los terroristas –que exteriorizaban un fuerte convencimiento y fortaleza para resistir al interrogatorio– permanecieron en silencio" (Hoffman, *Ibid.*, p. 332).

–Como ustedes saben, no queda mucho tiempo –dijo Thomas–. Voy a hacer la pregunta por última vez. Si no, los mato. –Se tomó una pausa. Los miró fijamente uno a uno y dijo–: ¿Dónde está la bomba?

Los tres terroristas, nada. Parecían, más que indiferentes o despectivos, ausentes, como si estuvieran muy lejos de ahí. Thomas sacó su pistola, la apoyó en la frente de uno y disparó. Los otros dos hablaron de inmediato. "La bomba, que había sido colocada en la estación de un ferrocarril atestada de gente y regulada para estallar durante la hora pico del anochecer, fue encontrada y desactivada y se salvaron incontables vidas" (Hoffman, *Ibid.*, p. 332). (*Nota*: Este tipo de acciones jamás fue emprendida por la guerrilla argentina. De aquí que resulte por completo inapropiado hablar de *terrorismo* en el caso argentino. Ninguna organización guerrillera puso una bomba en una estación de ferrocarril. Ninguna organización guerrillera reguló una bomba para que estallara durante la hora pico y exterminara a la mayor cantidad de personas posible. Mujeres, niños, hombres. La guerrilla eligió sus blancos y no cometió crímenes masivos. Por el contrario, han sido los sectores del establishment los que incurrieron en el terrorismo. La bomba que los "niños bien" de los comandos civiles ponen en medio de una concentración peronista, el incalificable bombardeo a la Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955, uno de los actos de terrorismo más atroces de la historia, en el que, como escuché decir a Eduardo Luis Duhalde, murió más gente que en Guernica pero faltó un Picasso. Faltó también que los atacantes fueran nazis, enemigos del Occidente cristiano, y las víctimas no fueran –en su mayoría– miembros de un movimiento político detestado por las clases dirigentes y los Estados Unidos. Para colmo, la mayoría también, "negros peronistas". Aunque hubo de todo. Porque fue un acto terrorista en el más pleno sentido de la palabra: indiscriminado, sin objeto de privilegio, devastador de lo que fuere, ciego en su criminalidad absoluta. En nombre de la "libertad". Los fusilados de José León Suárez. Los fusilados de la base Almirante Zar, en Trelew. Y luego, durante la dictadura, Pilar, Margarita Belén. La guerrilla argentina jamás planeó una operación como la que describe Bruce Hoffman en su libro. Simple: Hoffman habla de terrorismo y contraterrorismo. Aquí no hubo terrorismo. Sólo esa malhadada acción –totalmente reprobable– en la Secretaría de Seguridad, fruto de una inteligencia precisa, matemática, pero dolorosamente extraviada.)

En el Hotel Colombo piden otra ronda de té. Hoffman describe a Thomas como un ser inalterable, sereno, con la conciencia plena de cumplir con un deber que se le ha encomendado y al que tiene que servir con la mayor eficacia. Esa es *su* guerra, la que su tiempo, su época, la coyuntura concreta de su existencia le ha entregado y esa guerra tiene esos métodos. Eso es todo. "En su opinión, como en la de Massu, el inocente tenía más derechos que el culpable. También él creía que las circunstancias extraordinarias requerían medidas extraordinarias. Thomas no pensaba que yo entendiera o, más exactamente, pensaba que nunca podría llegar a entender. Yo no estoy combatiendo en las líneas del frente de esta batalla, no tengo la responsabilidad que él tiene de proteger a la sociedad entera y a un estilo de vida" (Hoffman, *Ibid.*, p. 333) ¿Qué pasa, profesor Hoffman? Lo vemos muy cercano a cambiar de opinión. ¿Tan persuasivo se ha mostrado Thomas Terminator? "Jamás estaré dispuesto a condonar, mucho menos a defender la tortura. Pero..." (*Ibid.*, p. 333). Este "Pero", cada vez más frecuente en los razonamientos de hombres de buena voluntad, de civiles humanitarios, es el escalón previo *a la aceptación de la barbarie*. "Pero (dice Hoffman) mientras observo las fotografía y las biografías de las víctimas que se relatan día a día, y pienso que tomará casi un año para describir sucintamente a las aproximadamente 5000 personas que perecieron el 11 de septiembre, recuerdo al enemigo despiadado que Estados Unidos enfrenta y me pregunto hasta dónde deberemos llegar para derrotarlo" (Hoffman, *Ibid.*, p. 333). Hoffman, ante todo, nos chantajea en el ejemplo que ha elegido. Al matar bestialmente a quemarropa al terrorista, Thomas consigue la declaración de los otros dos. Salió barato y limpio. Un tiro en la frente y listo: la información se ha logrado. No nos ha tenido que impresionar con una tortura *comme il faut.* Además, el beneficio de ese balazo ha sido excepcional. Con él, se salvaron "incontables vidas". Las bomba –que se desactivó gracias al balazo de Thomas– había sido colocada, con enorme crueldad, "en una estación de ferrocarril atestada de gente y regulada para estallar durante la hora pico del amanecer" (Hoffman, *Ibid.*, p. 332). El mismo esquema aplican los guionistas de la serie *24,* que tiene al agente antiterrorista Jack Bauer (Kieffer Sutherland) como héroe. Bauer actúa en la Unidad Antiterrorista de Los Angeles. Las situaciones a las que se enfrenta son siempre similares. Un juez, hacia el final de la serie, cuando parece que la ley se vuelve en su contra, dispuesto a juzgar sus excesos, es decir, sus torturas, le dice "¡Usted ha recurrido a la tortura más bestial más de una vez! ¿Torturó o no a Reza Abdhullah Hossein?" "¡No!", responde a gritos Jack Bauer. Debemos interpretar que esos altisonantes tonos de voz expresan el espesor, la hondura de sus convicciones. "¿Cómo no?", dice el juez. "Tenemos pruebas inapelables. Tenemos el cuerpo herido, vejado de ese hombre en nuestro poder. Usted hizo ese trabajo. Lo sabemos. Usted torturó a Reza Abdhullah Hossein." "Se equivoca por completo, su señoría. Yo no torturé a Reza Abdhullah Hossein. Yo le extraje la información que me permitió salvar a un ómnibus escolar con treinta niños en su interior. ¡Eso hice! ¡Salvar la vida de treinta niños!" El espectador queda atónito, atrapado en ese dilema mortal. ¿Qué importa torturar a un hombre si el resultado es salvar la vida de treinta niños? ¡Oh, cuánta ternura! Pero no es así. No se tortura para salvar la vida de los niños. Si algo enseñó el film de Pontecorvo (y he aquí una de las puntas de su grandeza) es que se tortura para desmontar y elucidar la estructura de la organización terrorista. La película de Pontecorvo es clara en este aspecto. Por eso sirve a los dos bandos.

Por último, Bruce Hoffman parece entregarse por completo. Su texto termina diciendo: "Nunca he logrado deshacerme de mi inquietud sobre mi encuentro con Thomas y sobre las cuestiones que él planteó (...). 'No hay gente buena y gente mala –me dijo–, solamente circunstancias buenas y circunstancias malas. A veces, en circunstancias malas la gente buena debe hacer cosas malas. Yo he hecho cosas malas, pero éstas fueron en circunstancias malas. No dudo de que esto fue lo correcto'" (Hoffman, *Ibid.*, p. 334). Y nuestro buen profesor, que inició este viaje hacia el horror con la conciencia limpia y las buenas intenciones de un simple y honesto ciudadano, se ve llevado a concluir: "En la búsqueda de información de inteligencia oportuna y que pueda ser 'operacionalizada', ¿deberá Estados Unidos hacer, también, cosas malas, recurriendo a medidas que jamás habríamos contemplado en una situación menos exigente?" (Hoffman, *Ibid.*, p. 334). Esta pregunta ya tenía respuesta para los comandos franceses desde Indochina, se confirmó en Argel y luego empezaron a enseñarla a todas las fuerzas de contrainsurgencia de Occidente. Entre ellas, al Ejército Argentino, que, con ellas, aniquiló a la guerrilla foquista con rapidez y sin mayores dificultades. También con una crueldad inaudita, que fue "el aporte argentino a la contrainsurgencia". Un aporte innoble, que nos hundía en las letrinas de la ferocidad, del salvajismo.

"NO SE PREOCUPE, ESTÁN TODOS BAJO TIERRA"

Periodista francesa osada, sagaz, valiente, Marie-Monique Rubin se mete en la boca del lobo, en la guarida de los asesinos. Para conseguirlo les miente. Y los asesinos le creen. ¿Por qué tan fácilmente? Algo de psicología: ¿Tendrán alguna oscura, oculta, necesidad de confesar? ¿Se jactan de sus hazañas y ceden a la tentación de contarlas? ¿Cómo pudo Marie-Monique ponerles cámaras ocultas y filmarlos en secreto, de contrabando? Estas preguntas podrán o no tener respuesta. De hecho, la tienen: las imágenes están ahí. Los asesinos, tanto los argentinos como los franceses, abren el pico como nunca. Y dicen terribles imprudencias. Se hacen un juicio contra sí mismos y lo pierden de modo inapelable. "¿Cómo va usted a fusilar a 7000 personas a la luz del día?", le pregunta Díaz Bessone. Cualquiera podría decirle: "¿Cómo va usted a fusilar a 7000 personas?". Y también: "¿Cómo va usted a fusilar a 7000 personas sin juicio previo, clandestinamente, sin probar su culpabilidad? ¿Ignora que el ser humano ha establecido ciertas normas elementales de convivencia? Entre ellas: *Todo ser es inocente hasta que se pruebe su culpabilidad*?". Pero ni la Doctrina Francesa ni el Plan Fénix (que la hereda en Vietnam) razonan así. Todo sospechoso debe ser eliminado. Y los miembros de la población civil porque los respaldan, los ocultan.

Bien, a los hechos. Hay un sobreentendido sobre el que trabajan: la Escuela Francesa, la que se expone, de modo impecable, en *La batalla de Argelia*. Ese es el Manual de Contrainsurgencia. Y a ese Manual desde 1958/59 se someten gozosos en su aprendizaje los militares argentinos. El general Aramburu –en dos fotografías fundamentales en que militares argentinos aparecen con los paras franceses– está sentado en la cabecera de la amplia mesa. Es el jefe de los militares argentinos, el que escucha, el que aprende y el que, muy pronto, enseñará. De haberlo sabido le habría hecho formular este cargo a Fernando Abal Medina en mi novela *Timote. Pero esto no lo sabía nadie*. La presencia enceguecedora del *imperialismo yanki* impidió toda otra visión. Cuando en Ezeiza los militantes pasan la voz de esa alarma insólita nadie la cree: *Había mercenarios franceses en el palco de Ezeiza*. ¿Qué, se luchaba también contra Francia? No, Francia traspasaba ese saber enorme recogido en Indochina y Argelia. Esa era su forma de aniquilar a las guerrillas latinoamericanas y argentinas. Estados Unidos también colaboraba –esto se sabe de sobra y lamentablemente la cosa se *centró ahí*: en La Escuela de las Américas, la Escuela de los Dictadores–, pero no se supo que los mismos yankis de la aberrante Escuela tenían instructores franceses. Sobre todo al general Paul Aussaresses, héroe de la Resistencia Francesa. ¡Oh, qué gloriosa la Resistencia a Francesa! No bien derrotaron a los nazis siguieron su tarea. Ellos también luchaban contra el comunismo. Lo mismo los partisanos italianos. Cuando el compañero de la Fiat, un gerente de altísimo nivel, se dirige a los guerrilleros del ERP pidiendo clemencia por Sallustro, les dice: "Mi amigo Oberdan Sallustro fue un valiente partisano, un luchador antifascista". Era cierto. Pero la evolución de los luchadores antifascistas fue coherente. Se transformaron en fascistas o en nazis para combatir a la contrainsurgencia en los territorios calientes del Tercer Mundo. También Victoria Ocampo dejó de ser una gloriosa militante antifascista (que encontraba en Perón a la quintaesencia de ese movimiento totalitario) para transformarse en una macartista feroz. Pepe Bianco sufrió esas iras de dama coherente con sus odios.

Marie-Monique Rubin despliega un coraje excepcional. Es una convencida luchadora por los derechos humanos. Sólo hablar con Contreras, el jefe chileno de la DINA, el segundo de Pinochet, con Díaz Bessone, el todopoderoso ministro de Planeamiento de la Junta y con López Aufranc, ideólogo y ejecutor de la doctrina francesa. Recordemos otra vez cuando le dice a Walter Klein, padre del segundo hombre todopoderoso del Ministerio de Economía de Martínez de Hoz, que se alegra por su presencia al frente de Acindar, en reemplazo de Martínez de Hoz, pues el Conde (López Aufranc, de quien ya hablaremos) se hallaba exultante por ese puesto, que, según Walter Klein padre, "necesitaba un hombre enérgico como usted". Pues, insiste mister Klein, se habla de una posible huelga en ese sector.

–Tengo noticias de la detención de 23 delegados –informa al halcón sonriente, pecho henchido de incontenible felicidad.

López Aufranc (sin preocuparse para nada quién es el otro hombre que está ahí, Emilio Fermín Mignone, total: ¡la impunidad era absoluta!) responde:

–No se preocupe, Walter, están todos bajo tierra.

¿Qué habrá dicho Walter Klein?

–Me tranquilizo entonces, general. Ahora vamos a poder trabajar en paz.

O también:

–Lo felicito. Es el modo de hacerlo. Así son los tiempos. Los obreros apostaron y apostaron mal. Ahora que paguen.

Escuché esta frase en varias reuniones de la Cámara del Plástico y la Cámara del Cobre, a las que asistía como vicepresidente de la S. A. familiar que teníamos con mi hermano. Buscaba protección en medio de esos escenarios. Nada de eso logró frenar mi paranoia, dinamitada –según he narrado suficientemente en dos novelas exhaustivas– por un cáncer cuya resolución estaba pronosticada para ese año. Pero –entre tanto– me disfrazaba y oía las frases canallas de la pequeña y mediana burguesía industrial:

–Se equivocaron. Que se jodan. Y si hay que bajar los salarios, los bajamos. Lo que hace falta es aumentar la producción. Y al que se queje que lo tiren contra el Obelisco, como al boludo ése.

Qué linda gente. Vuelven siempre que se sienten con fuerza. Que la ven del lado de ellos. Como hoy. Cuidado. Son canallas y no tienen mayor respeto por el valor de la vida humana.

CONFESIONES DEL GENERAL DE DIVISIÓN GENARO DÍAZ BESSONE

Marie-Monique Rubin visita al general Díaz Bessone. La aparición que le dispensa es temible. Lo hace venir caminando con lentitud marcial, imparable. Ramón Genaro se cierra un bolsillo del saco. Tiene cara de malo. De muy malo. De tipo que afrontó con decisión un trabajo sucio pero necesario y patriótico. No olvidemos que el paper de Bernard Hoffman llevaba por título: *Un trabajo repugnante*. Aquí, pues, viene un hombre que lo ha practicado, con devoción y convicción, innumerables veces. ¡Caramba, que han sido crueles estos tipos del Proceso! Volveremos sobre Alberto Rodríguez Varela. Dígame don Alberto: ¿Cómo puede usted citar a Solzhenitsyn –que ha huido del infierno estalinista–, cómo lo puede mostrar inquieto, acaso atormentado? Peor todavía: usted busca engañarnos. Hacernos creer que comparte las obsesiones del escritor ruso –a quien no se las creo demasiado, pero vaya y pase–, esas obsesiones que, tal vez con cierta belleza, se expresan en la siguiente frase:

–Me inquieta que hayamos perdido a Dios. Que antaño fijaba un límite a nuestras pasiones.

Demonios, mil demonios, don Alberto, Dios no parece haberle fijado a usted ninguna pasión. No parece haberle puesto ningún límite. De haber sido así, sabe, no habría usted presenciado torturas de prisioneros. Junto a Jaime Smart. Usted, un abogado, alguien que estudió para defender la ley. No para violarla. ¿Cómo puede renegar de todo lo que estudió? ¿No le enseñaron que todo detenido requiere ser juzgado y que los tormentos no forman parte del derecho moderno?

Pero usted lo escuchó a Díaz Bessone y reemplazó el Derecho Penal, reemplazó a Vélez Sársfield por el general Massu, por el general Aussaresses, reemplazó a Juan Bautista Alberdi por el carnicero Camps. La guerra es así. Solía tener leyes. Ya no las tiene. Desde que el prusiano Von Clausewitz dijo que cualquier consideración de humanidad os hará más débiles

ante un enemigo que ha aprendido a olvidarla mejor que ustedes, todo se ha perdido.

Díaz Bessone, sentado frente a Monique Rubin, habla como si estuviera en completa soledad. Cree que lo está. Monique –en un acto de gran valentía– ha colocado una cámara detrás de una ventana abierta. Desde ahí filma al Monstruo y registra sus palabras. Ante la cámara hay una Virgen con el Niño en brazos. Y una figura –la de un militar– con sombrero napoleónico, demasiado alto para ser él. A Díaz Bessone se lo ve algo de lejos. Pero lo que dice es definitivo.

Confesión de Díaz Bessone:

La primera arma para la lucha contra la acción subversiva, guerrillera –y ésa es una de las enseñanzas que nos trasmitieron los franceses de su experiencia en Argelia– es un buen aparato de inteligencia, de información.

[Harguindeguy, en otro interrogatorio, dice que "una cosa es hacer tarea de inteligencia contra un ejército extranjero que actúa a la luz del día, con uniformes, banderas, etc. Y otra contra un enemigo que actúa embozado, que se *disemina* entre la población". Convengamos que ese giro derrideano en el general Harguindeguy no deja de sorprender. Dejamos por completo de lado que el maestro Derrida haya tenido algo que ver con las tácticas de contrainsurgencia. Pero, ¿de dónde sacó Harguindeguy una de las palabras fetiche de la teoría crítica y la filosofía de nuestro tiempo, que cunde sobre todo en la academia norteamericana y, ergo, en tantas otras también? Esperábamos escucharlo decir –en algún momento del desarrollo del film: "Nosotros teníamos que deconstruir al prisionero para relacionarlo con distintos elementos de la estructura subversiva–. Usted sabe, ningún elemento *es*. Ya que todo elemento está en relación con otro. También esto lo aprendimos de los franceses. Todo esto, como usted sabe bien, viene de Ferdinand de Saussure". No estoy bromeando en exceso. Pienso trazar –siguiendo un poco la *Dialéctica del Iluminismo* de Adorno y Horkheimer– la presencia de la racionalidad francesa en la Argentina: de la traducción de *El contrato social* por Moreno hasta la *Doctrina francesa de la contrainsurgencia*. No olvidemos que los soldados que aniquilaron a los indígenas en la llamada "conquista del desierto" (y que David Viñas, con excepcional acierto, llama: etapa superior de la conquista de América) usaban el quepis francés.]

Confesión de Díaz Bessone:

Están en todos los lugares, están atendiendo un comercio, están asistiendo a clases en la universidad, en colegios, están enseñando como profesores, puede ser un médico, un abogado, un trabajador, un obrero.

[Aquí notamos el poderoso ingrediente paranoico de la represión. Cuando se mata a tanta gente es claro que los que matan se sienten agredidos casi por la totalidad de la estructura social. La muerte los acecha desde todas partes. Todos los ciudadanos –al ser así la mentalidad del represor– están en peligro. Recuerden a Kevin McCarthy exclamando, en el final de *La invasión de los usurpadores de cuerpos*, "¡Usted puede ser el próximo! ¡Usted puede ser el próximo!"]

Marie-Monique Rubin:

Otra cosa importante de los franceses fue la "cuadriculación territorial"

Confesión de Díaz Bessone:

(Con entusiasmo.) *¡Claro, la compartimentación del territorio en zonas, ¡eso es pura doctrina francesa!*

Todo el ejército argentino, sin excepción, los hombres que en aquel tiempo estaban en actividad, todos actuaron en la guerra contra la subversión.

¿Cómo puede usted sacar información si usted no lo aprieta al prisionero, si no tortura?

¿Y sabe por qué? Supongamos que hubiera habido 7000 desaparecidos, que no hubo 7000 desaparecidos, ¿usted cree que podíamos fusilar 7000 personas? El Papa, mire el lío que le armó a Franco nada más que con tres. ¡Se nos viene el mundo encima!, ¡usted no puede fusilar 7000 personas! Y si los metía en la cárcel, ¿qué? Ya pasó acá. Venía un gobierno constitucional y los ponía en libertad porque ésta era una guerra interna. No es el enemigo que quedó del otro lado de la frontera. ¡Salían otra vez a las armas!, ¡otra vez a matar!

Díaz Bessone se refiere a una de las obsesiones de los militares: *La ley de amnistía que dicta* el Congreso Nacional en 1973, cuando los detenidos ya estaban en libertad. "En síntesis, se ponía en libertad a todos los subversivos 'post facto'" (Díaz Bessone, *Guerra revolucionaria en la Argentina*, *Ibid.*, p. 165). No se puede entender la ferocidad de la dictadura sin valorar adecuadamente el impacto de esta ley. Será utilizada como excusa de la matanza. ¿Cómo no vamos a matarlos a todos si después viene un gobierno constitucional y los pone en libertad? Hay que matarlos ahora, antes de que eso ocurra. "Eso" no es una ley de la historia. Nadie podía asegurar que un próximo gobierno haría lo mismo que el de Cámpora. Pocos meses después gobernaba Perón y el líder ni por equivocación habría de dictar una ley de amnistía, aunque había propulsado con entusiasmo la primera. Una ley de amnistía depende de muchos factores. En suma, *no todo gobierno constitucional viene para dictar necesariamente una ley de amnistía*. Pero Díaz Bessone y los suyos necesitaban esa excusa para la matanza que ya tenían largamente planeada, mucho antes de la ley de amnistía. Se trata de una mentira. Igual iban a matar a todos los torturados que ya no tuvieran nada que aportar a la "tarea de inteligencia". No a la luz del día, claro. ¡Miren el lío que tuvo Franco con el Papa! Y aquí es donde al *Terminator* argentino se le escapa una frase im-pre-sio-nan-te. "¿Usted cree que podíamos fusilar 7000 personas? ¡Se nos viene el mundo encima!" Y entonces dice la frase más verdadera de todas las que pronuncia a lo largo del hábil interrogatorio de Marie-Monique Rubin: "¡Usted no puede fusilar 7000 personas!". Desde luego, señor Chacal, no es posible fusilar 7000 personas. Hay que ser un carnicero para hacer algo así. Un asesino con todas las letras. Sólo un criminal de guerra hace eso. Pero usted ni siquiera era eso, ni siquiera un criminal de guerra. *Porque no hubo guerra.* Hubo una agresión exterminadora contra un grupo civil medianamente armado y adiestrado (sobre todo al lado de ustedes) y contra innumerables sectores de la sociedad a los que el régimen consideraba incómodos. ¿O eran guerrilleros los 23 obreros de la comisión interna de Acindar que López Aufranc, henchido de orgullo, le informa al señor Klein que ya están bajo tierra? ¿Lucha contra la subversión? ¡Por favor! Una matanza indiscriminada contra todo aquello que los incomodara. Esa era la doctrina francesa. Ese fue el Plan Fénix en Vietnam. Eso hizo la DINA, bajo el control sanguinario de Manuel Contreras, en Chile. Y bajo la mirada severa de Pinochet.

Ya veremos quiénes fueron liberados por la Ley de Amnistía. Las opiniones de Juan Manuel Abal Medina. Los motivos que tornaban a esos presos en presos de una dictadura ilegal, de un sistema antidemocrático, de un país cerrado. *No es lo mismo poner en libertad a los presos de una dictadura que a los presos de un gobierno democrático*. A los presos de una dictadura se les debe dar una "segunda oportunidad". La de la democracia. Si vuelven, en ella, a la delincuencia armada, el Estado representativo, con sus tres poderes funcionando, con jueces, con abogados de los detenidos, con la elemental justicia (una de las grandes conquistas de la juridicidad humana) que considera al detenido *inocente* hasta que se demuestre su culpabilidad, los juzgará en medio de la vigencia de la ley, sin torturas, sin vejaciones. Es imposible que Díaz Bessone entienda esto. Tampoco algunos que andan ahora por ahí demostrando que la Ley de Amnistía obligó a liquidar la Cámara Federal en lo Penal (creada por el gobierno de Lanusse) "y las leyes que permitieron, hasta el 25 de mayo de 1973, condenar a casi 600 subversivos, y estar pronto a dictar otras 600 sentencias, además de tener procesados a más de mil subversivos y guerrilleros. *Desquiciado el recurso a la justicia, no podía pensarse en volver a ella en el futuro*" (Díaz Bessone, ob. cit., p. 166). Falso de toda falsedad. No se volvió al "recurso de la justicia" porque ya se había resuelto no volver a él. La Escuela Francesa no enseñaba "el recurso a la Justicia". Son todas patrañas, mentiras. Justificaciones para la matanza. El que las usa es porque quiere dar argumentos para defender las atrocidades militares. *El mismo Lanusse, bajo cuyo gobierno se creó la Cámara Federal en lo Penal, agredió fuerte y heroicamente a Videla por los métodos de contrainsurgencia utilizados*. A mediados de 1976, esa noticia: que Lanusse exigía a Videla una represión a la luz del día fue un aire de esperanza para nosotros. Para los que todavía estábamos aquí "evaluando las medidas de seguridad" como si hubiera algunas o esperando esa amenaza estremecedora: la represión militar, los cruzados feroces de la contrainsurgencia, primero van a pasar el *peine grueso* y después el *peine fino,* ahí nos agarran a todos y a la ESMA compañeros, aunque no hayan hecho más que dar clases, obras de teatro incómodas o hubiesen ido a una villa a hacer teatro, a alfabetizar o a pintar casillas de zinc: *El peine fino se aproxima y viene por todos*, ¿saben por qué?, porque estos milicos vinieron para el castigo, para la venganza, para no dejar nada en pie que los incomode para hacer la sociedad que quieren y, para colmo, las guerrillas seguían con su pequeña guerra, con sus operativos que apenas si cosquillas le hacían al Monstruo, y los que pagaban eran los perejiles de superficie, la carne de cañón a mano, una gran redada por cada operativo erpio o monto, y aparecían diez muertos acá, veinte allá, ¿por qué?, por nada, por represalias, *a cualquiera por cualquier cosa*, eso se decía en todas partes.

Lanusse se entrevista con Videla y le dice: "Basta de secuestros, general. Detenciones, pero no secuestros". O sea, señores consagrados a justificar el crimen masivo y echarles la culpa a las víctimas, tengan bien en cuenta esto: *Lanusse pidió de nuevo la Cámara Federal en lo Penal*. ¿Por qué no iba a ser posible? ¿De qué cabeza enferma de muerte sale esa idea? Era posible. Debió ser posible. Pero nunca estuvo en la cabeza de los adiestrados por el monstruoso Paul Aussaresses, ese "héroe de la Resistencia Francesa" que superó a los nazis en crueldad. La propuesta de Lanusse era actuar con la ley en la mano. En 1977, el general Bignone le dice: "Hace un año yo también pensaba eso, pero ahora no". Lanusse, firme, responde: "Entonces hace un año yo pensaba una cosa de usted y ahora pienso otra". Y añade: "¿Cómo educar a los nuevos oficiales si ven todas las noches salir a sus compañeros o superiores encapuchados para cumplir tareas clandestinas?" A fines de 1973 –lo recordamos– ya la Juventud Peronista empieza a pintar en las paredes de Buenos Aires: "Volvé Lanusse. Te perdonamos".

Además, ¿de dónde se saca que todos los que salieron con la Ley de Amnistía salieron a matar? No todo es tan fácil ni tan lineal, señores. Pero claro: el esquema que justifica la matanza es simple, tan simple como mentiroso: A) Se los intentó juzgar con la legalidad: la Cámara Federal en lo Penal; B) Un gobierno constitucional los amnistió; C) Salieron en libertad para volver a matar. ¡Gran error dejarlos salir! Se les dio la libertad a los asesinos; D) El gobierno militar no pierde el tiempo con una inútil Cámara Federal en lo Penal, con leyes y con jueces. No se puede dar el lujo de otro indulto en el futuro. Va a solucionar para siempre este flagelo. Guerrillero capturado, guerrillero interrogado, guerrillero desaparecido. Esa fue la "justicia" de la dictadura. Eso enseñaron los franceses. Eso se hizo en Indochina, en Argelia, en Brasil y en Chile. En Chile actuaron muchos contingentes brasileños.

Por último, en cuanto a las estadísticas. ¡Cómo se denuncia la gente con esto! Las cifras: apenas en un año, Rodolfo Walsh registra 15000 desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos (*Carta abierta a la Junta Militar*). Pilar Calveiro calcula que entre 1976 y 1982 funcionaron en la Argentina 340 campos de concentración-exterminio. Se estima que pasaron por ellos entre 15 y 20 mil personas "de las cuales aproximadamente el 90 por ciento fue asesinado". Calveiro habla, entonces, de 15 o 20 mil víctimas. Bien, basta de cifras. Da asco hablar de cifras. Miren, hay una regla de oro aunque moleste mucho a algunos: el que baja la cifra (como Díaz Bessone o como cualquier otro que uno encuentra por ahí) está a favor de los asesinos y no de la verdad; busca tranquilizarse, demostrar que no fue para tanto, que no eran tan matarifes los militares. En cuanto a los judíos, hay investigadores serios que hablan entre cuatro millones ochocientos mil y seis millones. Admiten los seis millones: la cifra exacta estaría entre esas dos. Pero cuando uno se encuentra con un tipo que le quiere demostrar que fueron tres millones, a no dudarlo: es un antisemita, un facho o un nazi encubierto. Además, con toda inocencia, hay que decirles: "¿Nada más que tres millones en lugar de seis? ¡Qué suerte! ¿Si no, te imaginás la tragedia que habría sido?".

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La Doctrina Francesa, el Ejército Argentino y las guerrillas insurgentes en América latina

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

95 La Doctrina Francesa, el Ejército Argentino y las guerrillas en América latina

Suplemento especial de
Página|12

Marie-Monique Rubin: ¿Y la información? ¿Cómo se obtenía?
Paul Aussaresses (Héroe de la Resistencia Francesa): Esa era la tarea de inteligencia. Sacarle al prisionero todo lo que sabía.
Marie-Monique Rubin: ¿Y cómo conseguían eso? ¿Con la tortura?
Paul Aussaresses: Pero, ¡qué pregunta! ¡Con la tortura, claro!

Marie-Monique Rubin: ¿Y ustedes aprendieron con los franceses?
López Aufranc: Absolutamente. Los norteamericanos no sabían nada de guerra antisubversiva. Los franceses habían practicado esos medios en Indochina y en Argelia. Yo fui su primer contacto. Los pusimos en la Escuela de Guerra. ¡Los norteamericanos estaban celosos! (Ríe francamente. Ni con cinismo siquiera. La cuestión le divierte. Y eso que el Zorro de Magdalena era muy irónico.)

General Bignone: Y los hacíamos trabajar, ¿eh? Tenían que ganarse su dinero.

López Aufranc: El mejor era Aussaresses. Aunque Trinquet había escrito el libro de la contrainsurgencia. Aprendimos mucho. Practicamos mucho (sonríe satisfecho). ¿Sabe algo? Con la sangre se aprende mucho.

Ramón Genaro Díaz Bessone: Bueno, por lo menos no me tuvo que torturar para que le dijera todo lo que le dije.

LA LEGITIMIDAD DE LA RESISTENCIA A LA TIRANÍA

La amnistía de los presos políticos toma una importancia que la sobrepone a otros temas del momento. Sin más, los militares del Proceso la utilizaron para justificar la matanza. Lo vimos: ¿cómo no íbamos a matarlos a todos, cómo podíamos arriesgarnos a que otro gobierno constitucional viniera e indultara a los que nosotros queríamos fusilar? En suma, *matamos porque hubo ley de amnistía*. En suma, *esa ley de amnistía justifica nuestra matanza.* No podíamos arriesgarnos otra vez. Repasemos a fondo este tema: el llamado *Devotazo*. La situación: 40.000 manifestantes de todo el país rodean el penal de Villa Devoto y piden la excarcelación de los combatientes. *El tío Presidente/ Libertad a los combatientes.*

Pregunta de Ernesto Jauretche:

Para responder a otro eslogan, a otra leyenda: ¿de qué manera el gobierno de Cámpora tomó la decisión de poner en libertad a todos los presos políticos el mismo 25 mayo de 1973?

Juan Manuel Abal Medina

"Más que desde el gobierno lo puedo definir desde el Movimiento. Yo no ocupaba ningún cargo público, era secretario del Movimiento. Ese 25 de mayo todo se precipitó a un ritmo imposible. Sobre ese asunto yo le comenté al doctor Cámpora que veía difícil demorar las definiciones hasta el momento en que se aprobara la ley de amnistía, como estaba previsto. Me parecía un imposible político; era muy peligroso. Estábamos hablando de miles de presos por todo el país en una situación política terriblemente fluida... Y allí perdimos contacto con el doctor Cámpora durante las tres o las cuatro horas siguientes porque el protocolo lo bloqueó (...). Entonces tuve que definirme ahí mismo, definir las cosas un poco por mi cuenta.

"Sabía que en Devoto este tema se vivía de una manera explosiva. Julio Mera estaba informándome, y me dijo que la situación era insostenible, que podía haber violencia en cualquier momento. Por este motivo me fui hasta allí. Cuando llegué a Villa Devoto ya el problema se había extendido, porque había más de 3000 presos comunes fuera de sus celdas y de sus zonas. Incluso muchos de ellos estaban bastante drogados y alcoholizados. Indudablemente que eso amenazaba convertirse en un desastre el primer día de gobierno. Y allí realmente... bajo mi responsabilidad, acompañado de tres diputados (Julio Mera, Santiago Díaz Ortiz y creo Diego Muñiz Barreto), ordené al director de la cárcel que abriera las puertas y soltara a la gente.

"Esto no tenía, obviamente, legalidad, pero sí teníamos el poder político para hacerlo, y creo que en el momento con esa situación se evitó un hecho más grave. Esto ha sido muy criticado después; pero yo no veo qué otra solución podría haber tenido la situación que se había creado. Se llegaba a la violencia en cualquier momento. Sobre todo porque había una columna del ERP, sumamente agresiva y armada, justo en la puerta del penal. En ese sentido esto no tenía otra solución. *Pero, por otra parte, nosotros habíamos hecho una consigna de campaña aprobada por el general que decía: 'Ni un solo día de gobierno peronista con presos políticos'.* Y bueno, debíamos cumplir.

"*El doctor Cámpora actuó a la altura de las circunstancias. Podría haberse sentido molesto de que yo hubiera adoptado esa actitud. No hubo absolutamente nada de eso. Al contrario.* En la noche, ya muy tarde, se instrumentó el indulto que informó el Presidente, para que al día siguiente salieran los presos de las demás cárceles."

Pregunta de Ernesto Jauretche

Hubo una amnistía general votada por unanimidad en el Parlamento, ¿no?

Juan Manuel Abal Medina

"Eso lo manejó el doctor Cámpora directamente con el doctor Righi. A los de Villa Devoto yo los largué, esto siempre lo he dicho y no tengo problema en reiterarlo" (Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, ed. cit. pp. 192/193. Las cursivas en la respuesta de Abal Medina me pertenecen).

Los que hicieron de esta medida un motivo central para la masacre fueron los militares de la Seguridad Nacional. Díaz Bessone –que es un ideólogo que sabe pelear– argumenta algo que hoy anda dando vueltas en algún libro que acaba de salir. Al eliminar la Cámara Federal en lo Penal que había permitido juzgar y condenar a los guerrilleros, se impedía recurrir a ella en el futuro. Díaz Bessone encuentra en las palabras que el senador Martiarena pronunció en las muy calientes sesiones del Congreso de la Nación del 26 y 27 de mayo de 1973 la justificación para evitar en el futuro todo intento de legalidad en la lucha contra la guerrilla: "Sigue el senador Martiarena: 'Qué vamos a decir de esto si además debemos recordar toda clase de persecuciones desatadas contra nuestros combatientes. Digo, sí, contra nuestros combatientes no para usar expresiones que puedan soliviantar los ánimos, pues los combatientes han sido no solamente los que han empuñado un arma sino la legión de argentinos que hemos estado 18 años en la resistencia'".

"El senador Martiarena llamó a la Cámara Federal en lo Penal 'la cámara del terror', y al régimen carcelario establecido para los guerrilleros, considerados de *extrema peligrosidad*, lo calificó como *otro de los inventos nefastos del régimen*." Dijo también que la ley de amnistía era "*dictada precisamente para proteger a quienes han sido víctimas del uso abusivo del poder...*" (Díaz Bessone, *Guerra revolucionaria...*, ed. cit., pp. 166/167. Las cursivas le pertenecen al general).

Díaz Bessone se considera y es considerado el ideólogo del Proceso de Reorganización Nacional. Sin duda, es de los pocos que ha escrito sobre esos temas y con una convicción que sólo puede surgir de un gran fanatismo por una causa que, a su vez, reclama un desdén superlativo por la vida humana. Digámoslo ya: el general Díaz Bessone (que había sido indultado por Menem) fue detenido en julio de 2004 por participar en crímenes cometidos bajo el macabro marco del llamado *Plan Cóndor*. Al año siguiente (en abril de 2005), la Justicia argentina lo procesó *por 38 delitos de privación ilegítima de la libertad con el añadido de tormentos. Y por 15 casos de desaparición forzada de personas.* ¿Qué se puede decir? ¿Que otra cosa hubiera sido si la Cámara Federal en lo Penal hubiera tenido entonces vigencia? ¿Que no la podía tener porque los congresales de mayo de 1973 la consideraron inútil al liberar a los guerrilleros condenados por su mediación? ¿Que los mismos que concedieron la Ley de Amnistía condenaron a todos los atrapados por las garras del Proceso a la clandestinidad de los campos, a la tortura y a la desaparición por haber eliminado la Cámara que instauró Lanusse? ¿Qué les impedía ponerla de nuevo? ¡*Si hasta el mismo Lanusse se lo pidió a Videla*! ¡Procedimientos a la luz del día, señores! ¡Procedimientos por derecha, legales! Es cierto que Martiarena llama "Cámara del Terror" a la de Lanusse, ¿y con eso qué? Era sólo una expresión al calor de los hechos de 1973. En ese momento –para muchos– era eso. No habían llegado aún los Díaz Bessone. Que en serio instalaron las "cámaras del terror".

El general-desaparecedor, el general experto en tareas de inteligencia, o sea: experto en torturas, en un artículo publicado en el diario *La Prensa* el 8 de agosto de 1989, titulado "*La ley de amnistía de 1973"*, enumera todos los hechos protagonizados por las organizaciones armadas hasta el 25 de mayo de 1973. Y concluye: esto es lo que se amnistió. Cita frases de todo tipo de políticos. Algunos conocidos agentes de la subversión como el entonces senador Fernando de la Rúa dijeron: "*Es auspicioso que el primer acto que realizamos sea para restablecer el pleno ámbito de la libertad en la Argentina y para contribuir a la pacificación nacional. La Unión Cívica Radical, coincidiendo con ese espíritu, ha presentado un proyecto de amnistía amplio y generoso que contempla todos los delitos políticos y los comunes y militares conexos, incluso las faltas cometidas por iguales motivos*" (Citado con furia por Díaz Bessone en *Guerra revolucionaria*, etc., ed. cit., p. 168). Y Díaz Bessone –iracundo– sigue citando a De la Rúa porque sus palabras le parecen aberrantes. A nosotros, increíbles. Pero a él: demoníacas. Sigamos escuchando al compañero De la Rúa de mayo de 1973 (¡lo que logra el clima de una época con las personas: hasta De la Rúa era inteligente y la veía clara y con un corazón abierto, generoso, que se le fue achicando, arrugando patéticamente con los años!): "Un régimen (la 'Revolución Argentina') que estableció la violencia como sistema, que despreció la significación de los partidos políticos, despreció el significado y la trascendencia de la no violencia, *sólo pudo recoger violencia, tal vez por aquello de que quien siembra vientos recoge tempestades*". Aquí, Díaz Bessone dice que De la Rúa se hace cargo de esa frase nefasta: *La violencia de arriba genera la violencia de abajo*. ¡Mírenlo al Chupete, miren el temple que tenía! Después dicen que la Ley de Amnistía fue obra de la subversión. ¡Vamos! Si hasta el Chupete De la Rúa la defendió con entusiasmo exhibiendo ese coraje ante las situaciones difíciles que habría de asomar nuevamente durante las difíciles jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando dicta el Estado de sitio, mirando a cámara y sacándose los lentes lo dicta, al Estado de sitio, ¿no?, ese que seguramente le escribió su hijo Antonito, que le escribía todo, que casi gobernaba en lugar suyo, ese pibe que se levantó a Shakira y llenó de oro a toda la familia, a la madre de los pesebres, al opa de Aíto, y al recio De la Rúa que, además de dictar el Estado de sitio ordenó tal dureza a la policía para detener a las masas que invadían la Plaza de Mayo, que los canas, siempre eficaces cuando de cumplir ese tipo de órdenes se trata, dejaron cerca de 30 muertos por ahí, o acaso fue Antonito el que le dijo al Viejo "¡Deciles que los revienten, viejo! ¿Qué mierda se creen esos grasas?", y los canas hicieron fuego a mansalva, y el radicalismo, ese partido republicano, democrático, ferviente defensor de las Instituciones, se va del Gobierno dejando más de 30 muertos, y –créase o no–, mientras la masacre ocurría, mientras los canas de a caballo perseguían a los gronchos a palazos y a tiros, alguien, que miraba la escena desde un segundo piso, se agarraba desesperado la cabeza y exclamaba, probablemente con un dolor hondísimo ante tanta violencia, ante tantos muertos: "¡Dios mío, esto es el fin del Partido!". Era el doctor Alfonsín, que había dejado muy atrás al del Juicio a las Juntas, al de la campaña electoral, ésa en que juró que iba a derogar la ley de autoamnistía de los militares y lo hizo. Ahora no. Lean los diarios de ese día. La noticia está ahí. Este hombre que fue cínicamente endiosado al morir para sacar más votos en una elección, se apiadaba más de la suerte de su partido que de los jóvenes entregados a la muerte por la torpeza, la estupidez y la maldad boba de De la Rúa o por la impune furia racista de su hijo rocker, por su cólera de pendejo creído, ignorante pero perverso. A todos los va a salvar Shakira. Porque el pueblo argentino es tan pelotudo que la mina del ombligo que se mueve al ritmo del Oriente Lejano y del Caribe latino viene a la Argentina y, en lugar de reputearla porque es la cómplice del pibe de De la Rúa, que era su mandamás, que posiblemente tuvo mucho que ver con las órdenes que se le dieron a la cana, las órdenes que segaron treinta vidas, se matan para comprar entradas, para ir a su recital, para vivarla, adorarla, endiosarla. Ma sí, hay que joderse. Por lo menos hagan algo con el opa presidente, algo: meterlo en cana, por ejemplo. Treinta muertos. Estos radicales tienen cada cosa. Consiguen lo increíble: Yrigoyen, la Semana Trágica y la Patagonia Trágica, miles de muertos. Frondizi, el Conintes. De la Rúa: 30 muertos sólo para despedirse. Pero los asesinos son los peronistas porque mataron a Ingalinella. O porque la Triple A mató cerca de dos mil... peronistas. ¿No es llamativo? ¿Me fui a los caños? Me pasa a menudo. A algunos les gusta. A otros no. La vida es así. Nunca pretendas que te quieran todos. Menos darles el gusto.

Pero no sólo fue el joven De la Rúa quien defendió la Ley de Amnistía esa noche en el Congreso. Fueron muchos. Y no fueron montoneros, ni siquiera peronistas. Fueron radicales. Contagiados por los vientos de la época. Hipólito Solari Yrigoyen dijo: "Son los que oprimen los que engendran la coacción; son los que explotan los que odian, los que tiranizan, los que abusan de la fuerza. *El grupo opresor teje toda una red con los hilos de la violencia*. (*Nota*: Parece que para toda esta gente, gente valiosa, honesta, la violencia no empezó con el secuestro

y la muerte de Aramburu, como pretende la derecha, como en tantos artículos ha intentado demostrar –es un ejemplo nomás– un José Claudio Escribano, un Mariano Grondona o posiblemente un Morales Solá y, hoy, dadas las condiciones de servilismo laboral que vive el periodismo, cualquiera a quien le ordenen decir algo así para demostrar que la culpa de todos la tienen los Montoneros, que, para colmo, nos gobiernan, ¿o alguien ignora que –lamentablemente y ojalá pase pronto– vivimos tiempos así?). La policía y las Fuerzas Armadas se ponen a su servicio –sigue Solari Yrigoyen–. Los medios de comunicación colectiva se censuran o autocensuran (...). No cabe duda alguna, entonces, de que esta violencia que califica la vida moderna es el resultado de una sociedad injusta en la que unos seres humanos oprimen a otros" (Hipólito Solari Yrigoyen citado rabiosamente por Díaz Bessone en *Guerra revolucionaria*..., ed. cit. p. 169). El testimonio es de gran claridad. Solari Yrigoyen no era peronista. Era radical. Pero era un hombre honesto. No fueron sólo los jóvenes peronistas, lejos estuvo de ser solamente la izquierda peronista la que justifica la Ley de Amnistía o la que interpretó que los tiempos de violencia e ilegitimidad que se habían vivido eran la causa de la violencia. Sigamos con Solari Yrigoyen: "Nosotros discrepamos con la posición de los teóricos de la violencia revolucionaria que, desde Sorel a Fanon, la indican como el único medio para oponerse a un orden social congelado por minorías que no admiten ningún traspaso de poder; pero aquí hay que ser claros en poner al descubierto, así, descaradamente, que en el ciclo que ayer concluyó *la principal fuente de violencia provenía de las minorías que no aceptaron de modo alguno coartar sus privilegios*" (Díaz Bessone, *Guerra revolucionaria*..., ed. cit., p. 170). Carlos H. Perette, el que había sido vicepresidente de Illia, el que en vez de lento y tortuga era agredido como picaflor y mujeriego y amigo de la noche, fue tan preciso como sus colegas, radicales todos: "¡Cómo no hemos de comprender las justas rebeldías frente a las injusticias y la violencia contra la violencia!". Los diputados y senadores hacían girar sus discursos sobre *la legitimidad de la resistencia a la tiranía*. Esto es algo aceptado en todos los códigos del mundo. Donde hay tiranía, donde hay cercenamiento de las libertades, surge la resistencia a ese poder omnímodo e ilegal. Nos hemos esforzado –como una de las principales tareas de este libro– por mostrar que todo lo que se hizo entre 1955 y 1973 fue ilegal y autoritario si lo hizo el poder. Fue libertario, un justificado gesto de rebelión contra la tiranía si lo hizo el contrapoder. La derecha de este país sigue pensando que los regímenes que se sucedieron negando la participación en la democracia del movimiento político mayoritario y su líder fueron legales. Tuvieron el derecho de legislar, de prohibir, de encarcelar, de torturar y de matar. Insistimos: *Todo lo que hicieron fue anticonstitucional.* Incluso el venerado "viejito" Illia (se estrena durante estos días una obra de teatro, con el formidable Arturo Bonín que le dará al "viejito" un aura conmovedora, con el previsible título de *Un hombre bueno*) fue anticonstitucional. Su grandeza habría radicado en negarse a participar en elecciones proscriptivas. Todas estas cosas que hemos dicho reiteradamente fueron manifestadas por los senadores y los diputados en las fogosas sesiones de mayo de 1973. ¡Es tan evidente todo! Es tan evidente también que una generación *fue arrojada a la violencia* por el estado de tiranía, de cerrazón de posibilidades, de prohibiciones agobiantes que un régimen dilatado, interminable imponía a todos, que sólo los envenenados dinosaurios, los recalcitrantes derechistas de este país con alma fascista pueden negar. El doctor Perette –de quien nadie espera nada especial, que es sólo un político más, pero no un carnicero lleno de odio como Díaz Bessone, su prologuista Alberto Rodríguez Varela y la clase social violenta y soberbia que representa el diario en que el general de las desapariciones publica sus panfletos– es uno de los que mejor expresa la situación de *anormalidad institucional generadora de violencia* que se vivió al amparo del odio de clase, del odio gorila. De aquí que sea absurdo afirmar que la violencia empezó con el secuestro y la muerte de Aramburu. La violencia estaba instalada en el poder. Se gobernaba con la violencia porque se gobernaba desde la ilegalidad. Díaz Bessone, con la furia antediluviana, cavernícola, de los carniceros que no saben entender nada y sólo les resta el odio para expresarse, cita a Cámpora como si citara a Satanás. El día anterior –en su mensaje al Congreso de la Nación–, Cámpora había dicho: "En los momentos decisivos una juventud maravillosa supo responder a la violencia con la violencia y oponerse con la decisión y el coraje de las más vibrantes epopeyas nacionales a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante". Para Díaz Bessone se trata de una *apología de la guerrilla* hecha en el Congreso de la Nación. En nombre de estas injurias luego hará desaparecer personas u ordenará torturarlas. Por suerte no puso sus garras sobre Cámpora. El día 26, también en el Congreso, el senador Saadi –hombre de futuro dilatado, contradictorio y escasamente transparente– se referirá al *Devotazo*. Dice: "Nadie ignora que anoche se produjo en Devoto un copamiento que significa en términos claros y concisos una segunda toma de la Bastilla (...). El Parlamento tiene la obligación de recoger el sentimiento del pueblo argentino y transformarlo en convención, como se hizo en la toma de la Bastilla". Como vemos, lo que para Díaz Bessone era la justificación de la absoluta necesariedad de la matanza, para el Saadi de mayo de 1973 era... la toma de la Bastilla. Luego viene Troccoli, el futuro ministro del Interior de Raúl Alfonsín. ¡Troccoli! Que dice: "Hemos propuesto el camino hacia la búsqueda del cambio por medios pacíficos, pero nos explicamos que frente a las frustraciones que se vienen sumando (...) otros hayan elegido la vía de la reacción violenta". Todos –o casi todos– expresaron su apoyo a la ley de amnistía, su comprensión de la violencia de los jóvenes ante la dictadura de Onganía y el retorno a un Estado democrático que permitiera un comienzo libre de ataduras con un pasado que se quería superar. Algunos fueron más allá en la justificación de la violencia. Horacio Sueldo se dio el lujo de teorizar con cierto vuelo. Su partido era la Alianza Popular Revolucionaria y buscaba el apoyo de las bases juveniles del peronismo. Dijo: "Cuando a nosotros nos preguntan: ¿Uds. quieren la transformación violenta o pacífica? Nuestra respuesta sencilla es: Queremos la transformación. Vale decir, queremos el fin, la meta. Lo demás es método variable, opción de cada momento, de cada coyuntura de la historia. La *violencia puede ser legítima, puede ser necesaria, puede ser ilegítima, puede ser monstruosa*. La violencia es insustituible para remover u obstruir, y hay ocasiones en que *no se tiene otro remedio que echar mano a la violencia*". Luego se pregunta por la posición cristiana. Que traduce como "bienaventurados los pacíficos". Pero la rechaza. No siempre se puede ser pacífico. No ante la injusticia. "La paz es el fruto de la justicia, y la justicia en este país y en otros (...) solamente resultará de una lucha por la transformación, por el cambio revolucionario". Semejante cambio reclama la violencia. Sin embargo, como buen socialista, como hombre que ha leído a Marx, termina diciendo: "Señor Presidente, la violencia sólo es legítima y eficaz, como condición ineludible, cuando es asumida por las masas, por las mayorías populares; de lo contrario, no tiene ni legitimidad ni eficacia". Incluso este severo postulado parecía haberse cumplido durante los años de resistencia al Estado proscriptivo: las masas o participaban de la violencia (Cordobazo) o la aprobaban (el caso de los festejos populares ante la ejecución de Aramburu es muy elocuente). Marx y Engels siempre se opusieron a la violencia terrorista. Con ironía, Engels le decía a Marx (en 19/12/1867) que descreía de la tontería de incendiar "una sastrería en Londres para liberar a Irlanda" (Luis Alberto Moniz Bandeira, *La formación del imperio americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak*, ed. cit., p. 415).

"¿OTRO CASTRO EN AMÉRICA LATINA? ¡POR FAVOR!"

Vemos el apoyo de la clase política a la acción de la izquierda peronista y de los grupos armados durante los años de ilegalidad constitucional. Se dio –en ese período– una situación dislocada, una visión nefasta de la historia asumida por las clases dirigentes: ellos (el Estado antidemocrático) proscribían al peronismo porque era el enemigo de la democracia. La minoría prohibía a la mayoría en nombre de la legalidad institucional. Al ser –por esencia– profundamente autoritario y antidemocrático, el peronismo, aunque expresara a la mayoría de los habitantes del país y su líder fuera reclamado en la patria, era el enemigo de la democracia. Así, la tiranía (creyéndose la democracia) expulsaba de la polis a las mayorías en cuya expresión política e inclusión la democracia reside. Al ser atacada por la violencia de los que pugnaban por la legalidad, por el reconocimiento de las mayorías, la tiranía sentía que era la democracia la atacada por la subversión. La democracia, sin más, era ella. La tiranía era la democracia. Y la mayoría era la que adhería a un líder al que –justamente– se le decía "el tirano prófugo". ¿Cómo "el tirano prófugo" iba a representar la democracia? ¿Cómo iban a representarla quienes adherían al "tirano prófugo"?

Hemos visto con sumo detalle cómo se fue saliendo de esta situación. De todos modos, hoy (y tal vez hoy más que en otras oportunidades) se considera a la violencia del lado de los opositores a la tiranía y la ley, la racionalidad o la civilización del lado de los proscriptores. Esa interpretación de la historia costó muy cara y todavía está presente. Después de la Ley de Amnistía, Montoneros abandona las acciones armadas participando del gobierno de Cámpora y esperando a Perón. Es el ERP el que continúa con la violencia porque tenía su propia lógica de guerra: agredir al Estado burgués. Que era *todo*. De modo que siguió adelante. Lo que nadie sabía bien era hasta qué punto los militares de la seguridad nacional estaban preparados para reprimir a fondo cualquier violencia subversiva (marxista o populista) no bien se abrieran las condiciones políticas para hacerlo. No por otro motivo nos introduciremos por última vez en el film de Marie-Monique Rubin. Tenemos el propósito de aclarar todo lo que entonces se desconocía: la influencia poderosa de la contrainsurgencia francesa en nuestras Fuerzas Armadas y el verdadero poder de fuego y la sofisticada instrucción de los militares argentinos. Algo que se vio no bien se lanzaron a la lucha decisiva contra la guerrilla.

Marie-Monique empieza trazando un breve desarrollo histórico. Los años '60 y '70 fueron los años más negros de América latina. El 24 de marzo de 1976, cuando el general Videla toma el poder en la Argentina, todos los países del Cono Sur están ya bajo el dominio militar. Ejecuciones sumarias, torturas, desapariciones. Stroessner en Paraguay, Pinochet en Chile, todos ejercen una represión feroz en nombre de la lucha contra el comunismo. ¿Cómo se llegó a ello? Sin duda, la sombra de los Estados Unidos planea sobre las dictaduras latinoamericanas. La caída de Allende es casi un trabajo personal de Henry Kissinger. Lo respalda su presidente, ese viejo hombre del macartismo de los '50, el que siguió hasta la exasperación la guerra de Vietnam y la extendió a Camboya con desastrosos resultados, con innumerables pérdidas de vidas, masacres, torturas, bombardeos masivos. Es Richard Nixon. Tanto odiaba a Allende que no toleraba ni nombrarlo. Sólo le decía ese *Son of a bitch* (SOB). Ese "hijo de puta". Así nombraba el miserable de Nixon, asesino de guerra, a un hombre de estatura moral, de la integridad de Salvador Allende. Pero Estados Unidos no quería otra Cuba. En el documental de Patricio Guzmán sobre Allende se lo ve a Alexander Haig diciendo desdeñoso: "¿Otro Castro en América latina? ¡Por favor!". Se habían descuidado una vez. Nunca más. El hombre que llevaba el comando de estas acciones de contrainsurgencia de alta gravedad era Henry Kissinger, el más grande criminal de guerra viviente y en libertad. (*Nota*: Recomendamos ver el documental *The Trials of Henry Kissinger* (un film de Alex Gibney y Eugene Jarecki).

Cuando por fin se consigue llevarlo a un juzgado, cuando se consigue simbólicamente que ese día sea un 11 de septiembre, el año es 2001. Estallan las Torres Gemelas y la audiencia de interpelación a Kissinger se clausura. El, satisfecho, se larga a hablar de la presencia del Mal en Estados Unidos. Personaje execrable, estratega de mil batallas sanguinarias, el hombre que le dijo a la Junta argentina que mataran a todos los que tuvieran que matar pero "antes de Navidad", obsesivo luchador anticomunista que hasta se hizo tiempo para entrar con Videla al vestuario de Perú durante el Mundial del '78 y amedrentar al plantel, gustaba salir con bellas actrices de cine (Jill St. John y hasta Liv Ullmann) y llevar una vida suntuosa de playboy del poder. Pocos hombres –en rigor– tuvieron más poder. Era alemán. Era judío. Cuando Hitler trepa a la Cancillería del Reich tiene 10 años y vive en Alemania. Su familia se exilia cuando él es ya un adolescente. Pierde a 15 de los suyos en los campos de concentración. Y el pequeño judío que pudo morir en Auschwitz o en Treblinka, llega a Estados Unidos y se convierte en amo de la guerra. Se cuentan por millares y millares las vidas humanas segadas por su inteligencia demoníaca. Algo que todos los presidentes a quienes sirvió o a quienes gobernó le elogiaron. Nadie como Kissinger para ser sagaz, brillante, la expresión límite de la inteligencia humana al servicio de la destrucción. Contra este hombre y todo el poder de los Estados Unidos luchaban las guerrillas latinoamericanas. Y contra algo peor, contra una obstinación de acero: contra la decisión de no permitir el surgimiento de un solo Castro más.

PAPEL DE FRANCIA EN LA CONTRAINSURGENCIA EN AMÉRICA LATINA

Pero menos todavía se conoce el papel que jugó Francia en la contrainsurgencia latinoamericana. Sobre todo en la Argentina. Siempre finos nosotros, siempre franceses. El coronel Lacheroy, que tiene 96 años, es un personaje central para entender la importancia de Francia en las dictaduras de América latina. Hay que recordar el pasado de las guerras coloniales. Todo comenzó en 1951, durante la guerra de Indochina. Designado al mando de un regimiento, Lacheroy fue fascina-

do por la organización del Viet Minh, que tenía a raya a los más numerosos y mejor equipados franceses.

Coronel Charles Lacheroy: Llegué a Indochina y enseguida leí de punta a punta el *Libro rojo* de Mao Tse Tung. Fue el primero que me hizo comprender que lo que llamaban la retaguardia es más importante que la tropa y que antes de la tropa hay que ocuparse de la retaguardia. El enemigo que tenía enfrente en Indochina era hábil para servirse de la población. Era imposible llegar a un lugar sin que el enemigo lo supiera. En suma, la guerrilla anticolonialista en Indochina contaba con el apoyo total y combativo de la población. Detengámonos en un dato como el que citamos: *Los franceses no podían llegar a ningún sitio sin que el enemigo ya lo supiera.* Ese es el apoyo del pueblo. Es por eso que los vietnamitas ganaron sus guerras coloniales. Al leer una y otra vez el *Diario* del Che en Bolivia observamos el fenómeno contrario. Son los hombres del Che los que siempre corren el riesgo de llegar a un lugar y que el enemigo los esté esperando. En el resumen del mes de septiembre, el Comandante escribe: "La masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores". Asombrosamente, Paco Ignacio Taibo II, que ama al Guerrillero Heroico, da cuenta del siguiente diálogo (que no he encontrado en otra parte): el 18 de abril, los hombres del Che se cruzan con algunos campesinos.

–*Buenas noches.*

–Buenas noches, señor.

–*No se dice señor, los señores son aquellos que humillan y ultrajan a los pobres.*

–Es que a un desconocido por estos lugares se le dice caballero o señor (Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, México, Planeta-Joaquín Mortiz, 1996, p. 675). Queda tan desairado el guerrillero que debió pedirle disculpas al campesino: no sabía nada de las costumbres de las gentes del lugar. Importa lo siguiente: los militares franceses pierden la guerra por la población, por el apoyo que el pueblo les acerca a sus guerreros. La guerrilla del Che al revés. No saben nada de los hombres y las mujeres del lugar que han ido a liberar. Es la teoría del foco. La revolución la genera la vanguardia. El pueblo se irá sumando a ella. Pero, al menos en Bolivia, ni la vanguardia se ha ocupado de conocer al pueblo ni el pueblo conoce a la vanguardia.

Sigamos con Lacheroy. La gran batalla de Dien Bien Phu (uno de los hitos más gloriosos de la lucha de los hombres por liberarse de los opresores) duró cerca de 55 días y 55 noches, del 17 de marzo al 7 de mayo de 1954. "Los aviones B-52 de los Estados Unidos (atención a esto: la guerra contra el levantamiento anticolonialista le corresponde a Francia, pero no es sólo Francia la que la libra, también Estados Unidos, J. P. F.) bombardearon incesantemente el área, lanzando, inclusive, bombas de napalm para quemar la vegetación. Pero no consiguieron salvar a los franceses. Las fuerzas del Viet Minh, demostrando un enorme espíritu de sacrificio, determinación y voluntad de vencer, *contaron con el macizo respaldo de la población* y, a pesar de sufrir inmensas pérdidas, infligieron una fulminante derrota a los batallones y compañías del Corps Expéditionnaire" (Luis Alberto Bandeira, *La formación del imperio americano*, ed. cit. p. 170). Además tenían a su frente al general Vo Nguyen Giap, a quien William Colby, ex director de la CIA, consideraba un "genio militar" (Bandeira, ob. cit., p. 170). De pibe vi una película sobre la batalla de Dien Bien Phu. Terminaba con un soldado francés que, derrotado, triste, miraba la llanura llena de cadáveres y reflexionaba. "Julio César dijo una vez que los bravos guerreros que perdieron una batalla no fueron vencidos, fueron asesinados." Hábil transfiguración de los conceptos. Los vencedores no son vencedores, son asesinos. Los vencidos son víctimas. Los vencedores no tienen gloria alguna, ¿o la tienen los asesinos? Los vencidos son mártires. Qué hijos de puta. Cómo nos han mentido desde el inicio. Cómo nos siguen mintiendo.

Así se conoció la teoría de la guerra revolucionaria. Para Lacheroy, el Viet Minh era un agente del comunismo internacional que operaba bajo la máscara del independentismo. Su arma era el adoctrinamiento de la población. En consecuencia, en la guerra revolucionaria no hay más línea del frente porque el enemigo está en todas partes. Dien Bien Phu, para los franceses, es una humillación. Ex héroe de la Resistencia, el capitán Paul Aussaresses asiste al colapso.

General Aussaresses: La derrota fue un shock. La mayoría de los militares franceses descubrieron que había que extraer las lecciones de esa derrota para evitar la misma desilusión en Argelia.

¿VIO LA PELÍCULA "LA BATALLA DE ARGEL"?

Durante la guerra de Argelia el Estado Mayor del Ejército adhirió definitivamente a la doctrina de la guerra revolucionaria, llamada aún guerra subversiva. Su obsesión, cortar al Frente de Liberación Nacional de su retaguardia, es decir de la población. Para eso los franceses innovan. Cuatrocientos mil soldados son desplegados sobre el territorio argelino. Es la técnica de la cuadriculación, primera aplicación concreta de la teoría de Lacheroy. En enero de 1957, el ministro Robert Lacoste toma una decisión que tendría graves consecuencias. Delega el poder de policía en el coronel Massu, que comanda la X División de Paracaidistas. Objetivo: aniquilar a la organización político-militar del FLN, que multiplica los atentados terroristas en la capital argelina. Comienza así la Batalla de Argel, en la que los paracaidistas cercan [el barrio árabe] la Casbah para rastrear a los colocadores de bombas. Ya son los únicos que mandan. Su jefe es el coronel Marcel Bigeard, un ex resistente que ganó sus galones en Indochina.

Marie-Monique Rubin le pregunta: Usted dijo que al principio el rol de cana no le gustaba mucho...

Coronel Bigeard: Por supuesto, hubiera preferido enfrentar a combatientes. Está más en nuestra naturaleza que hacer un trabajo de cana. Pero lo aprendimos rápido, éramos paracaidistas.

–¿Por qué le llamaron la Batalla de Argel?

Paul Aussaresses: Era una acción para capturar personas armadas y matarlas.

Marie-Monique: ¿Vio la película *La batalla de Argel*?

Aussaresses: Sí. Es magnífica. Muy próxima a la verdad. No se puede hacer mejor, está muy bien interpretada.

–¿Quién es el coronel Mathieu de la película?

Aussaresses: Bigeard.

Y aquí aparece la que probablemente sea la escena fundamental de la película. ¿De dónde se documentó tan formidablemente Pontecorvo? No lo sabemos. Pero ahí está. Todos aprendieron de esa escena monumental. El actor que hace Mathieu interpreta (impecablemente) a Bigeard. Su descripción de la estructura de una organización guerrillero-subversiva ha entrado definitivamente en la historia del cine político.

Dice Bigeard (Coronel Mathieu, que entre paréntesis es el nombre del personaje de *Los caminos de la libertad,* la trilogía novelística de Sartre, lo más flojo de su producción, de esa producción genial, que no encontró aquí uno de sus puntos altos). Lo remarcable es que Sartre fue uno de los más tenaces enemigos de la guerra en Argelia. Y que Mathieu lo menciona. Sospechamos que se trata de un homenaje de Pontecorvo:

Mathieu: ¿Alguna novedad de París?

Periodista: Salió otra nota de Sartre.

Mathieu: Me pregunto: ¿por qué los Sartre están siempre en la vereda de enfrente?

Periodista: ¿Eso quiere decir que lo admira, coronel?

Mathieu: No sé. Pero me gustaría tenerlo de mi lado.

Cuando Mathieu pregunta por qué Sartre está en la vereda de enfrente, Eduardo Grüner le habría respondido:

–Porque ser Sartre es estar en la vereda de enfrente.

Es una gran definición del más grande filósofo del siglo XX. No del más importante. El más importante –abrumadoramente se sabe– es Herr Heidegger. Que de Argelia ni se enteró.

Luego Mathieu-Bigeard se reúne con los suyos. Tiene una tiza y un pizarrón. A lo Zubeldía. El fútbol es también una batalla, con tácticas y estrategias. Y Zubeldía sabía mucho de eso. Y tenía la maldad suficiente para vencer, para herir, lastimar, humillar donde dolía. Como dice Perfumo: para jugar al fútbol hay que ser malo. Para hacer la guerra, peor.

Mathieu-Bigeard –en una escena absolutamente antológica del cine político– describe la *organización piramidal* de la guerrilla:

–Es una organización piramidal compuesta por una serie de secciones. Cada militante sólo conoce a tres miembros como máximo. Su responsable, que lo eligió a él, y sus dos subordinados, que él mismo elige. Debemos realizar las investigaciones necesarias para reconstruir toda la pirámide para llegar al Estado Mayor. La base de este trabajo es la inteligencia. El método es el interrogatorio. Y el interrogatorio se convierte en un método cuando se ejecuta de modo de obtener siempre una respuesta. La Inteligencia. Todas las tardes a las seis se reunían los capitanes en mi oficina, cinco comandantes de unidades. Para llegar al jefe había que seguir el hilo hacia arriba y dibujábamos el organigrama en el pizarrón. Como resultado, obteníamos la información e íbamos a donde estaba el tipo.

Aussaresses: Había que quebrar la capacidad del FLN para cometer atentados y para eso era necesario obtener información, a cualquier precio.

Marie-Monique Rubin (fingiendo su ingenuidad): ¿Para ustedes eso incluía el uso de la tortura?

Aussaresses (más divertido que indignado. Como si dijera: ¡estas tontas mujeres nunca entienden el duro mundo de los hombres! Menos el de los militares. Menos el de la guerra): ¡Qué pregunta! ¡Pero, qué pregunta! Incluía la tortura, claro.

Bigeard: Yo di la orden: ustedes deben actuar en forma contundente contra los que colocaban las bombas, interrogarlos duramente, no sacarles los ojos ni cortarles las orejas pero aplicarles la picana, electrodos para pasarles corriente eléctrica. La llamábamos "la gehgene". No lo hice yo sino los hombres a mis órdenes, pero como jefe del regimiento yo soy el responsable.

Aussaresses: Los escuadrones de la muerte eran suboficiales que Massu puso a mi disposición, cuyo número y nombre no revelaré nunca. Recorría toda la noche los regimientos preguntando a sus jefes y a los oficiales de informaciones qué habían hecho y qué habían conseguido. Cuando teníamos a un tipo que ponía una bomba lo apretábamos para que diera toda la información. Una vez que había contado todo lo que sabía, terminábamos con él. Ya no sentiría nada. Lo hacíamos desaparecer.

Sin duda, pero hasta que "terminaban con él", el padecimiento era enorme. Hay un testimonio. Imposible no citarlo, aunque sea brevemente y aunque sea bastante conocido. Marie-Monique no acude a él. Lo haremos lateralmente. Es el de Henri Alleg, comunista, ex director del periódico *Algier Républicain*. Escribió un libro: *La tortura*. Por supuesto: lleva *Prólogo* de Jean-Paul Sartre.

"Delante de mí se hallaba un mayor de 'paras' con uniforme camuflado y boina azul. Era alto, encorvado y extremadamente flaco.

"¿Usted es periodista? Entonces debe comprender que queremos estar informados. Tendrá que informarnos. ¿No querés hablar todavía? Ya sabés que iremos hasta el final.

"Yo estaba apoyado contra la pared frente a la puerta. Entraron, encendieron la luz y se instalaron en semicírculo alrededor mío.

"Me desabrocharon el pantalón, me bajaron los calzoncillos y me colgaron los electrodos de ambos lados de la ingle (...). Yo gritaba sólo al principio de la descarga y a cada aumento de la corriente. Mientras proseguía el suplicio se oía un altoparlante vociferando canciones en boga (...). Luego, de un solo golpe, al darle al magneto todo el volumen, la corriente me descauterizó de nuevo. Para librarme de esas caídas bruscas y nuevas ascensiones agudas hasta la cúspide del suplicio, con todas mis fuerzas comencé a golpearme la cabeza contra el suelo.

"–No tratés de matarte. No lo lograrás.

"No contesté.

"–¡Dios mío! –exclamó. Y me abofeteó con todas sus fuerzas–. ¿De qué te sirve todo esto? No querés decir nada. Entonces vamos a agarrar a tu mujer. ¿Creés que aguantará ella?

"Se inclinó hacia mí:

"–¿Creés que tus hijos están a salvo porque están en Francia? Los haremos venir cuando se nos dé la gana" (Henri Alleg, *La tortura*, Prefacio de Jean-Paul Sartre, Ediciones Del Pórtico, Buenos Aires, 1958, pp. 73/80).

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Navarro

PRÓXIMO DOMINGO

"El viejo nos cagó, compañeros"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

96 “El Viejo nos cagó, compañeros”

Suplemento especial de
Página|12

LA PEDAGOGÍA DE LA SANGRE

Aquí está la ratio occidental. El hombre instrumental cartesiano. El homo capitalista. El que ha ubicado a la razón en el centro del logos. Aquí está La Razón Iluminista. La que habría de liberar a los hombres. La que habría de llevarlos a la plenitud. Esta es la razón que se ha hecho para dominar. Entre tanto, no hay otra. Los que quieren escapar de ella elaboran senderos del bosque que se pierden y no nos piden el pathos para el dolor de nuestros hermanos sino el pathos para el acontecer del Ser. Nos lo piden desde las reflexiones campesinas de un filósofo que jamás habló de torturas. Para el que los argelinos son sin duda seres alejados de la tradición del ser de los griegos que nos ha pasado por encima. Ajenos al Eje Atenas-Berlín. ¿Qué tienen que ver con la historia del Ser los argelinos? La historia del ser es, para Heidegger, la que acontece en Europa. Ni siquiera incluye las aventuras colonialistas de Europa. Es cierto que se transforma en un crítico de la modernidad en tanto el hombre moderno ha reemplazado al ser por el dominio del ente. De aquí que los estructuralistas y posestructuralistas crean poder reemplazar a Marx con el campesino de la Selva Negra. Pero, ¿a dónde lleva la crítica de Heidegger a la modernidad? No lleva a la explotación. Jamás dirá como dijo Sartre: "Europa se ha hecho a sí misma fabricando esclavos y monstruos". Esto es hablar claro. Para Heidegger, a lo sumo, Europa ha perdido el estado de abierto. El pathos de la escucha al ser. En fin, he tratado y aún trataré estos temas en otros lugares. No queda más remedio porque esta filosofía –adornada por la lingüística y la diseminación derrideana– domina los claustros en el siglo XXI. Hay que escribir –sin más– un ensayo sobre Sartre y responder desde ahí –añadiendo lo que sea necesario– el encapsulamiento del Saber en la cabañita del lenguaje donde cómodamente mora el ser sin que le importe nada de lo que ocurra afuera. Además, ¿por qué habría de importarle? ¿Qué es lo que importa y lo que no para el ser? ¿Alguien lo conoce? ¿Alguien le vio la cara? Del ser sólo puede enunciarse que es y que todos los entes son a su luz. El resto es el mundo de los hombres, el de las masacres, el de las mercancías, el del dinero, el de las bombas, el de los genocidios.

Sigamos: escuadrones de la muerte, torturas, desaparecidos. El método fue inventado en Argelia. En aquel momento, el prefecto de policía de Argel, Paul Teitgen, fue el único que denunció la desaparición de 3024 prisioneros entre los 24.000 denunciados oficialmente.

Paul Teitgen: –En la cárcel no estaban. Preguntaba por alguno y me decían que desapareció. Los habían enviado a Bigeard. La gente de Bigeard les ponía los pies en cemento y los tiraba al mar desde helicópteros. Un método sucio. Así no se hace la guerra.

Sin embargo, desde mayo de 1958, las técnicas de la Batalla de Argel comenzaron a enseñarse en un Centro de Entrenamiento en Guerra Subversiva creado por el ministro de Defensa, Jacques Chaban-Delmas, a iniciativa de Bigeard. Pronto formaría a oficiales franceses, pero también portugueses e israelíes. La Batalla de Argel tuvo su manual, titulado *La guerra moderna*, escrito por el jefe de Aussaresses, el coronel Roger Trinquier, quien justificó en forma abierta la tortura como arma de la guerra antisubversiva. La instrucción se realizó en la Escuela de Guerra de París. Los primeros alumnos fueron argentinos. Entre ellos, el general Alcides López Aufranc, quien participaría en el golpe de Estado de 1976. En 1957 fue seleccionado por el Estado Mayor argentino para iniciarse en lo que ya se llamaba la doctrina francesa. La clave del curso era un mes de práctica en Argelia.

De modo que aquí lo tenemos al joven López Aufranc estudiando aplicadamente para recibirse de asesino. No se enseñaba otra profesión en la Escuela de Guerra de París. Nadie, ningún guerrillero, ningún militante argentino, sabía que Lopez Aufranc, en 1957, ya estaba en París aprendiendo a torturar, a matar. A hacer ese trabajo repugnante al que se llama "de inteligencia". ¡Claro que sí, diría Theodor Adorno! A *eso* lleva la razón instrumental. A la tortura. Esa es la *Dialéctica del Iluminismo*.

Ahora escuchemos qué dice. Habla con soberbia. Tiene pinta de garca. Tiene un bigotito fino y empilcha muy bien. La risa se le escapa, lo quiera o no. Le resulta muy divertido hablar de estas cuestiones.

Alcides López Aufranc: –Los profesores tocaban siempre el tema de la guerra revolucionaria. Era algo totalmente nuevo para nosotros. En América Latina no conocíamos ese tipo de problemas. Había luchas políticas, a veces violentas, pero no subversivas. No conocíamos la importancia de la población en ese tipo de guerra. Para nosotros sólo existía la guerra clásica, con infantería, fusil, carros, cañón. Jamás habíamos imaginado un enemigo capaz de matar con un cuchillo o de estrangular a alguien con una cuerda. (*Aquí mira a la cámara y se ríe entre jocoso y burlón): Con la sangre se aprende mucho*.

¡Gran frase del Zorro de Magdalena! Tenemos ahora dos en el lenguaje del poder en la Argentina: "La letra con sangre entra" (de espíritu sarmientino) y "Con la sangre se aprende mucho" (del masacrador de los 23 obreros de la comisión interna de Acindar). Los métodos de la Batalla de Argel fueron exportados por primera vez a la Escuela Superior de Guerra de Buenos Aires. En 1959 los ejércitos de Francia y la Argentina firman un acuerdo que prevé la creación de una misión militar francesa permanente, cuyos asesores se instalan en Buenos Aires, en la sede del Estado Mayor. Todos son veteranos de Argelia que actúan en el mayor secreto. Hasta hoy el tema es tabú. Ninguno aceptó hablar ante una cámara del rol de la misión.

Marie-Monique Rubin: –¿Es cierto que los Estados Unidos estaban celosos?

López Aufranc: –Claro, querían que los franceses se fueran. Veían con mal ojo el rol de Francia. Pero los americanos no sabían nada de la guerra revolucionaria. Aprendieron al mismo tiempo que nosotros.

En un oficio dirigido a su Cancillería, el embajador francés Blanquet de Chaillat confirma los celos de los estadounidenses. Ironía de la historia. Aunque había sido realizada para denunciar la guerra sucia desarrollada por los franceses, la película *La Batalla de Argel* se usó en la Argentina para entrenar a los militares en la lucha antisubversiva.

Marie-Monique Rubin: –Y Aussaresses, ¿cómo llegó a ser instructor en Fort Bragg?

1961. El teniente coronel Aussaresses es nombrado en la agregaduría militar en Washington, de la que dependen diez oficiales de enlace. Todos eran veteranos de Argelia. Fueron distribuidos en distintas escuelas militares estadounidenses. Aussaresses fue destinado a Fort Bragg, sede de las fuerzas especiales que intervendrían masivamente en Vietnam.

Marie-Monique Rubin: –¿Qué enseñó allí?

Paul Aussaresses: –Enseñé las condiciones en las que hice un trabajo que no era el normal en una guerra clásica: las técnicas de la Batalla de Argel, arrestos, inteligencia, torturas.

El general John Jons y el coronel Carl Bernard son dos ex alumnos de Aussaresses en Fort Bragg. Veteranos de Vietnam, hoy militan contra el uso de la tortura. Confirman que a principios de la década de 1960 ni habían oído hablar de guerra subversiva.

General John Jons: –No teníamos ninguna experiencia, por eso hicimos venir instructores de Francia y leímos artículos y libros sobre la experiencia francesa.

Coronel Carl Bernard: –Leímos *La guerra moderna*, de Trinquier. Aussaresses, que había trabajado con Trinquier, nos trajo las pruebas de imprenta a Fort Bragg en 1961. Lo leímos en detalle y por desgracia yo fui uno de quienes lo estudiaron a fondo. A partir de ese libro se concibió la Operación Fénix. Envié el libro a Robert Comer, que trabajaba en la Casa Blanca.

En 1967, ese agente de la CIA fue designado jefe de la oficina en Saigón. Dirigió una unidad de escuadrones de la muerte, acusado de eliminar a las redes del Vietcong dentro de la población. Fue una guerra muy sucia, bautizada Operación Fénix.

Coronel Bernard: –Fue una copia de la Batalla de Argel. El resultado fue trágico y estoy usando un eufemismo. Hubo un mínimo de 20.000 personas asesinadas, civiles. Paul Aussaresses nos enseñó en Fort Bragg la importancia capital de la inteligencia en ese tipo de guerra, cómo obtenerla y cómo explotarla. Y nos explicó la tortura. Tomaba a un prisionero. En general lo convencía de hablar. La mayoría hablaba. Pero al que no quería, lo sometía a sufrimientos físicos, sufrimientos mortales que hacían que terminara por hablar. Explicaba que si otro prisionero asistía a la sesión de tortura se convencía de hablar porque sabía que sería el siguiente. El problema adicional era qué hacer con el prisionero torturado. La respuesta de

Aussaresses es que debían ser ejecutados.

Marie-Monique Rubin: –¿La mayoría de sus alumnos fueron enviados a Vietnam?

Aussaresses: –Sí, fueron al trabajo en Vietnam. Volví a encontrar a algunos cuando fui agregado militar en Brasil en 1973. Tuve una relación muy estrecha con los militares brasileños. Era una dictadura militar. Brasil ayudó considerablemente a la acción del general Pinochet contra Allende.

TORTURA Y LENGUAJE

Tarea concluida: ya conocemos al Monstruo. Si me he extendido demasiado en la búsqueda de ese conocimiento ha sido –créanme– necesario. La Tendencia, de todo esto, no sospechaba nada en 1970 ni en 1971 ni en 1973. Creía que sus enemigos eran los grupos de derecha del peronismo, las bandas sindicales, la policía o un Ejército que estaba siempre a la espera, que aún no se había jugado. Y cuyos miembros, además, era suboficiales peronistas. Muchos de ellos, sin duda. Después conoció al lumpenaje armado por López Rega, Villar y –no hay duda posible– Perón. Al carecer del Ejército, el viejo general tuvo que poner orden con organizaciones clandestinas. Si su participación fue activa o si –sobre todo– dejó hacer es algo que estudiaremos. Pero no es casual que –a partir del momento en que el Ejército empieza a actuar a fondo– la derrota de la guerrilla es fulminante. No es casual la ESMA. No es casual que la tortura haya sido el fundamento de todo el trabajo de inteligencia.

En cuanto al *Plan Fénix* –que aplicó la CIA en Vietnam y que nuestros militares adoptaron también– su crueldad es indescriptible. El temple del pueblo vietnamita para triunfar pese a una masacre tan desmedida es asombroso. "William Colby fue jefe de la estación de la CIA en Saigón, entre 1959 y 1962 (...) De 1968 a 1971, dirigió en Vietnam del Sur el programa Phoenix, enfocado en matar a los militantes comunistas (Viet Cong). *Se calcula que fueron asesinados cerca de 60.000*, pero, en sus memorias él indicó el número de 20.587. El presidente Richard Nixon lo nombró director de la CIA el 4 de septiembre de 1973. En un testimonio ante un comité de investigación del Senado, dirigido por el senador Frank Church, en 1975, declaró que consideraba '*deplorable*' y '*wrong*' ciertas actividades de la CIA y que intentó pararlas" (Luis Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, ed. cit., p. 180). A partir de 1976, en nuestro país, se da una fusión siniestra: la de las bandas salvajes, crueles, que provenían de la contrainsurgencia armada por Villar y López Rega y los equipos de la Escuela Francesa y de la Escuela de las Américas, que, al buscar la información por medio de la tortura, al indagarla incluso con técnicas elaboradas en la búsqueda y producción del dolor, solían superar el padecimiento barbárico, el rústico sadismo de las patotas del lumpenaje criminal. Todo fue centralizado por el Ejército argentino. Porque es cierto que las Tres A pasaron a ser las Tres Armas, como dice Walsh, pero subordinadas a ellas, que condujeron todo con una técnica y una ferocidad que tras-pasó toda posible descripción o evaluación. Simplemente, el horror esencial de la tarea desplegada se ubicó más allá de todo adjetivo que el lenguaje pueda poseer o que el más imaginativo de los escritores pueda inventar. La vejación fue más allá de la palabra. De su posible enunciación. Este hecho, si interpretamos la realidad como aquello que el hombre ha podido simbolizar, ubicaría a este horror más allá de toda posible simbolización. ¿Dónde? No es casual que Walsh, desde la literatura e incursionando en la filosofía, hable de una dimensión metafísica de la tortura. Pretender encerrarla en los límites del lenguaje es constreñirla, empobrecerla. Tenemos que estar vírgenes frente al horror, abiertos, dejar que nos penetre y alguna palabra surgirá. De aquí que digamos que el 24 de marzo fue una ruptura en nuestra historia. Ante todo, porque las palabras con que habíamos entendido lo anterior se tornaron insuficientes. Lo mismo expresan los que hablan de una ruptura civilizatoria después de Auschwitz. Nos hemos quedado sin palabras. Los significantes no nos llegan. Somos sordos para ellos. O no surgen de la materia atormentada: sólo gritos, sólo alaridos, trozos de carne humana masacrada. Habrá que buscar las palabras nuevas que expresen un quiebre tan hondo que abre una nueva historicidad. Cuando Beckett dice: "Lo peor ya sucedió", dice eso: que ya sucedió. No que no volverá a suceder. Seguirá y sigue sucediendo. Pero se llegó a lo peor: en los campos de la muerte lo inimaginable y lo inexpresable tuvieron lugar. Tal vez fuera eso lo que llevó a Adorno a decir que no se puede escribir poesía después de Auschwitz. ¿Con qué palabras si las que ya teníamos son insuficientes? ¿Con qué palabras si el horror ha ido más allá del lenguaje?

LA PRIMACÍA DEL TIEMPO SOBRE LA SANGRE

Hay dos errores en el discurso de Perón del 21 de junio del '73. Podrá haber otros, pero nos vamos a detener en esos dos porque nos permitirán entender unas cuantas cosas. El líder aterrizado, el conductor en el campo de operaciones, el mito que se entremezcló otra vez con la historia, el avión negro que ahora es blanco, dijo: "Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que crean lo contrario se equivocan". Es posible que Perón conociera muchas de las cosas que ocurrían en el país, pero no conocía a fondo a la juventud peronista. No había asumido la advertencia de Jorge Antonio: *Cuidado, General. Traté de cerca a estos muchachos. Los conozco bien. No van a ser fáciles de manejar.* Seguía, el general, empecinado en su certeza de líder de pueblos: "Llego, agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a sus casas". Tal como Juan Facundo Quiroga: "Yo salgo a la calle, veo a alguien y le digo: 'Usted, sígame', y el hombre me sigue". O la célebre, la histórica frase con que asegura a Santos Ortiz que habrá de resolver la situación en Barranca Yaco: "A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba". Para sorpresa de ambos, las cosas no fueron así. Ocupémonos, por supuesto, de Perón: la insumisión de la Tendencia lo ha de haber sorprendido y, a la vez, lo habrá llenado de furia. Mocosos de mierda, ¿cómo se le insubordinaban? ¿Quiénes creían que eran? ¿Qué podían ser sin él? Notable: los dos polos pensaban lo mismo. ¿Por qué los Montoneros proponían *Conducción/ conducción/ Montoneros y Perón*? Porque pensaban lo mismo que el jefe, pero al revés. Perón pensaba que, sin él, los Montoneros no eran nada, no habrían podido hacer nada. Creían ser ellos los que movían a la gente. Pero la gente se movía por Perón. Sólo usando su nombre los montos habían logrado entrar entre las masas. Sólo usando su nombre habían logrado que los siguieran. Los Montoneros creían lo contrario: *sin ellos Perón no habría vuelto*. Ellos habían puesto la combatividad, la sangre, la organización de las bases, habían agredido al régimen y lo habían obligado a ceder concediendo elecciones. Los dos tenían algo de razón. O mejor dicho: compartían ciertas zonas en que se habían complementado bien. Sin embargo, Perón tenía la razón por completo. Perón era Perón desde 1945 y aun desde antes. Estos pibes recién aparecen en 1970. Proponerle a Perón compartir la conducción es un delirio. Una jactancia juvenil, inmadura y henchida de soberbia. Se habían creído todo. El éxito de la jornada del 25 los había embriagado de ambiciones y esperanzas de poder. Perón no los conocía a ellos, pero ellos tampoco lo conocían a Perón. Fue un pacto que se hizo en la etapa de agresión al régimen, pero que no servía para gobernar. Perón era un conductor estratégico, un militar que pensaba la política desde las líneas de fuerzas, desde Clausewitz: *Ser más fuerte en el lugar en que se define la batalla*. Antes del '73, la batalla se definía en las zonas duras, en el campo de combate. Ese enfrentamiento abierto al régimen proclamaba una primacía: *la de la sangre*. De aquí que hayan sido los sectores combativos, la militancia de base y las formaciones especiales los que más la derramaran, la ofrendaran al proyecto del movimiento. Pero los Montoneros pretenden algo que Perón no toma en cuenta para nada. Cada batalla se da en el momento en que tiene que darse. Y todas valen tanto como las otras. *Si todas son necesarias es porque todas tienen el mismo valor*. Perón piensa la totalidad a lo Hegel (como buen lector de Clausewitz): todos los elementos que componen la totalidad le son necesarios. La totalidad es esencialmente resultado. Es resultado de eso de lo que resulta. De *todo* lo que resulta. Si la totalidad se constituye por la laboriosa trama que arman las particularidades y las cierra en una conciliación final que (en el caso del peronismo) quedaba en manos del conductor, del líder (que es eso porque es, justamente, el que puede cerrar las totalizaciones), todas las particularidades le son esenciales a la totalidad, que no puede renegar de ninguna para completarse adecuadamente en el todo que es el movimiento conducido por el líder. Cuya tarea, se sabe, es conducir el *todo*. El *todo* (como muy bien lo definió muchas veces Perón) es el *desorden*, pero no la *anarquía*. El *desorden* de la totalidad que el con-

ductor conduce es el que otorga la *vida* al movimiento; si no, estaría muerto. Como dice maravillosamente Hegel: *Lo verdadero (...) Es el delirio báquico en el que ningún miembro escapa a la embriaguez*. Pero la verdad es posible en Hegel porque la historia, al ser teleológica, al ir, de negación en negación, en un sentido fijo, hacia una conciliación final entre contrarios de los que habrá de surgir otra figura dialéctica por la destotalización que la negación dialéctica implica, se sucede a sí misma inmanentemente. No hay un totalizador privilegiado en Hegel. La totalidad se realiza por sí misma en su autodesarrollo. Pero no así cuando en la totalidad hay un elemento privilegiado (un conductor) que decide cuándo cerrar la totalización y cuándo abrirla. Ahí donde Perón habla de sí como el Padre Eterno es porque pretende ponerse por fuera de la totalización en curso. Así, cuando dos particularidades no pueden resolver su conflicto dialéctico aparece el conductor del movimiento y lleva el conflicto a buen puerto, integra el enfrentamiento como un momento más del desarrollo de la totalidad. Pero –para realizar esta tarea cuasi divina– el Padre Eterno no tiene que optar por nadie. Tiene que estar con todos y llevar a todos hacia el mismo fin. *La teleología del movimiento peronista la fija Perón y la garantiza Perón*. Si esto queda claro todo el resto es trasparente. ¿Cómo habría de compartirse la conducción? ¿Cómo podría haber dos instancias totalizadoras? Además, en un primer momento, Perón responde con claridad: se acabó la primacía de la sangre sobre el tiempo. Ahora: la del tiempo sobre la sangre. En agosto de 1973 –ante los gobernadores de provincias– dice: "La lucha ha finalizado por lo menos en su aspecto fundamental. Esa lucha enconada, difícil, violenta en algunas circunstancias, ya ha terminado; y comienza una lucha más bien mancomunada, de todas las fuerzas políticas en defensa de los intereses y objetivos nacionales" (Presidencia de la Nación, Secretaría de Prensa y Difusión, 2/8/73).

En suma, lo que propone Perón es: *La primacía del tiempo sobre la sangre, de la integración sobre la beligerancia, de la unidad sobre la disociación*. Esta primacía del *tiempo*, de la *integración* y de la *unidad* echaba por tierra los ejes ideológicos que daban vida a la juventud peronista. Le impedían por completo ser vanguardia. Estaban preparados para *continuar la lucha, y Perón viene a frenarla*. Más aún cuando disuelve en el caldo húmedo y viscoso de la *unidad nacional* esa Argentina que la Jotapé veía dividida entre el pueblo y sus explotadores. "Habíamos establecido (dice Perón) que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino" (Discurso en el acto de inauguración de la sala de reuniones de los partidos políticos en la Casa de Gobierno, 14 de septiembre de 1973. El concepto lo había lanzado en oportunidades anteriores). Si toda la Jotapé se había indignado cuando Perón proclama la *etapa dogmática* (o sea: al diablo con la actualización doctrinaria), ahora se ve que la etapa dogmática, cuando se modifica, lo hace para la derecha. "Para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino." López Rega empezaba a preparar el Altar de la Patria. Era un gran mausoleo en el que reposarían todos los muertos prominentes de la patria, cualquiera haya sido el bando en que hubieran militado. De esta forma, Lavalle y Dorrego habrían de yacer juntos porque el país había dejado atrás sus conflictos irredentos. Rosas y Urquiza, uno junto al otro. Aramburu y el general Valle, lo mismo.

LA SOBERBIA DE LOS CUADROS AUXILIARES DE CONDUCCIÓN

Con Perón en el país y en la Presidencia se abría una época de licuación de antagonismos. La *unidad nacional* (que, manejada por el nacionalismo de izquierda, era un eje teórico valioso: *La unidad de todos aquellos sectores objetivamente enfrentados al imperialismo*) era la unidad de todos. No había ya lucha de clases. No había leales y traidores. Conciliadores y combativos. Corriente nacional y antinacional. Patriotas y cipayos. Pueblo y antipueblo. Se acabaron esos esquemas de pensamiento basados en el motor del conflicto. El país entero se lanzaba a la tarea de la reconstrucción nacional. *Todos* eran convocados a ella. Era abolido el pasado. Cualquier enemigo de ayer –por terrible que fuera– tenía abiertas las puertas del movimiento. Éramos todos argentinos. Teníamos que construir la Argentina Potencia y ésta era una tarea a la que nadie podía darle la espalda, negársele.

Se le negaban aquéllos que pretendían aún ser la vanguardia del movimiento. Este siguió siendo el pecado no-peronista de los Montoneros. Con Perón vivo, no había vanguardia posible. Un movimiento nacional con un líder a su frente no requiere una vanguardia. La vanguardia es el líder. Que Perón quisiera compartirla con ellos fue un error de encuadre político grave por parte de la Tendencia, de los montos. Un líder no comparte nada con nadie. Para eso es el líder. A Perón se lo había esperado 18 años. Por Perón y las masas que a él adherían el Estado-gorila ilegitimizó la democracia argentina. La hirió de una ilegalidad insuperable como insuperable le era el problema que quería resolver: liquidar a Perón y, si fuera posible, al peronismo. Al amparo de esta situación de sofocamiento histórico, de negación y relegamiento de masas, de *violencia estructural* (en tanto *excluir* de la democracia a las mayorías y a su líder es violencia, es establecer un Estado que encarna la tiranía por no poder integrar a la democracia, ni aceptarla *tal como se presenta en la realidad nacional, le guste o no*), surgieron las organizaciones armadas. Surgieron al amparo de Perón y el peronismo. Al amparo de un movimiento y un líder que los precedían en años, que venían luchando contra los patrones de la patria desde hacía largo tiempo. Pero la tentación de la *vanguardia* es grande. Perón –en *Conducción política*– distingue entre el conductor y los *cuadros auxiliares de conducción*. En tanto cuadros auxiliares, las organizaciones armadas habían contribuido valiosamente al regreso del líder. Pero –en esa totalización en curso que es el *Movimiento*– que una de las particularidades corra más riesgos que las otras (el riesgo de morir, por ejemplo), *no la torna más importante*. Todas son importantes. Todas son necesarias. Al serlo, ninguna es superior a otra. Esa hipervaloración del *riesgo* y de la *sangre* no tenía para Perón el valor que tenía para la guerrilla, aun cuando en cartas privadas les hubiera reconocido el coraje. De aquí que no considerara que valieran más que otros sectores del movimiento. Si Perón se pone bajo el paraguas de Rucci es porque considera que la creación auténtica, originaria del peronismo histórico es el movimiento sindical. La guerrilla se había atribuido una conceptualización que era patrimonio de los sindicatos, no de ella. Eran los sindicatos la *columna vertebral* del peronismo. No las formaciones especiales. Los "muchachos" habían servido para golpear, para jaquear al régimen. Pero ahora había que gobernar. Guardar los fierros. Y –con los fierros– debían dar un paso atrás quienes los habían empuñado. La nueva etapa requería otro protagonismo. Me voy a permitir (total, según me han dicho, me han puteado en todos los colores, ¿qué importa agregar uno más?) citar un texto que habré de escribir en enero de 1974, en pleno enfrentamiento Perón-Firmenich. Fue el texto que buscó un fundamento teórico para el surgimiento de la JP Lealtad, una de las escisiones más importantes (que, de todos modos, no sirvió de nada) sufrida por Montoneros a partir de haber asumido el asesinato de Rucci. El planteo era claramente: o los Montoneros o Perón. Todo estaba mal. No era posible elegir *bien*, porque podríamos decir que esa entidad (lo *bueno*) no existía en la escena política. Con Firmenich eran los fierros y el vanguardismo iluminista, algo que muchos veíamos se deslizaba fatalmente hacia una separación con las masas que habría de ser irrestañable. Con Perón era la derecha del movimiento, el Brujo y la imbancable Chabela. Pero ahí, todavía, estaban las masas peronistas, que era a su viejo líder a quien querían y de quien esperaban lo que realmente esperaban: el regreso del Estado de Bienestar, de los días felices del primer peronismo. (*Nota:* Recordar: pocos días antes del regreso de Perón, los sindicatos pegotean la ciudad con unos enormes afiches que dicen: *Bienvenido General a la patria liberada*. Para la izquierda, el retorno de Perón era recién el comienzo de la lucha por el poder. Para los veteranos sindicalistas, si Perón volvía la patria ya estaba liberada. Interpretaban mejor al trabajador peronista, que jamás se planteó *tomar el poder* sino recibir de Perón un espacio de dignidad, de respeto dentro de ese poder, que no quería para sí, que ni siquiera imaginaba cómo manejarlo, pero del que exigía recibir una participación digna, como Perón le había otorgado durante los años de oro y como habría de otorgarle otra vez, ahora.) De modo que la JP Lealtad, tapándose la nariz y en un marco de desaliento cada vez más generalizado, se jugó por Perón. Muchos de los mejores cuadros del peronismo estuvieron en la Lealtad. José Luis Nell, el cura Mugica, y sólo nombro dos. Recuerdo aquí algo que alguna vez le oí decir a Horacio González: "Hay que analizar esa época con algo de piedad". ¿Por qué? Creo sospecharlo: *sólo era posible equivocarse*. Por lo menos, la JP Lealtad intentó hacerlo con las masas. Que su líder, ese líder al que tan fielmente habían esperado, se viera ahora rodeado de presencias terroríficas (Villar, Margaride, López Rega, Osinde, Brito Lima, el comisario Navarro, etc.), tornaba todo muy difícil y doloroso. Pero –como dice el alemán Schultz en *La Patagonia rebelde*–: "Si las masas se equivocan, prefiero equivocarme con ellas a tener razón solo". Mi texto –que luego veremos en el momento preciso en que aparece– le señalaba a la Orga que el concepto de *vanguardia* no era ni podía ser peronista en tanto Perón tuviera vida: "El concepto de vanguardia expresa el pecado de soberbia de los conductores auxiliares, su sustantivación, su marginamiento del esquema totalizador de la conducción política y la elección de un camino alternativo que no puede sino desconocer la vigencia de la relación conductor-pueblo" (JPF, *Aluvión*, revista, Buenos Aires, julio 1974. Como director de este melancólico intento de seguir apostando a las ideas y no a los fierros, figuro yo, pero el alma de la revista, el que discutió paso a paso conmigo –dictándome a veces– el largo trabajo *A propósito de la conducción* fue Miguel Hurst, cuyo talento político, como el de tantos otros, habría otorgado más espesor a la Argentina de la democracia. Su muerte, a raíz de un aneurisma cerebral, está narrada en mi novela *La crítica de las armas*. Miguel es, ahí, Lucio.) Los montos responden a las escisiones con una consigna dura: "Disidentes por derecha/ Disidentes por izquierda/ Que todos los disidentes/ Se vayan a la mierda". Pero había algo que todos sentían. Todos los que habían formado parte de la tumultuosa juventud peronista del '70 al '73. El Perón que había vuelto no era el Perón que se quería. Era otro. Tal vez (¡y cuánto dolía esta autoconfesión!) más cercano a las visiones gorilas de nuestros viejos que a la épica de la liberación nacional y social de la patria, que a la geopolítica del Tercer Mundo. De esta forma, no fueron pocos los que dijeron la frase que sintetizaba todo: "El Viejo nos cagó, compañeros".

Perón todavía reservaba –para sorpresa de la Tendencia– varios conceptos para justificar su praxis al frente del gobierno y del movimiento. Los desarrollaría sobre todo desde una serie de conferencias que dictaría desde la CGT, otorgándole así a la central obrera una primacía que le negaba a la Tendencia. Todos ellos estarían destinados a justificar la necesariedad de la etapa dogmática. En uno hablará de los *apresurados* y los *retardatarios*. Y otro quedará enmarcado dentro de una frase que el general aseguraba conocer de los *frontispicios* greco-latinos: *Todo en su medida y armoniosamente*. La palabra *frontispicio* se puso de moda. Uno decía cualquier cosa y –si se le cantaba– juraba conocerla de una inscripción tallada en un frontispicio griego o romano. (Dicho afectuosamente: Perón tenía chantadas insuperables. La de los *frontispicios* fue una de ellas. No en vano cierta vez citó a Fidel Pintos, gran cultor de la *sanata*.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

"Que nadie lo discuta/ López Rega, hijo de puta"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

97 **“Que nadie lo discuta, López Rega hijo de puta”**

Suplemento especial de
Página|12

EL ALMA DE UNA ÉPOCA

La Tendencia se vio marginada de todo. Perón no sólo no recibía a sus representantes, sino que había dicho con todas las letras que estaba *cuestionada*. ¿Por quién? Por importantes sectores del movimiento. Surge la modalidad de echarle todas las culpas al Brujo López Rega. Perón se deshace de Cámpora. Ya veremos cómo. Asume una figura del entorno lopezrreguista. Que es, también, el de Perón. Raúl Lastiri, un personaje desagradable, torpe, bruto. Lo peor de un grupo de peores. Cuando empezó a hablar –en su discurso de asunción– a los cinco minutos ya había dicho la palabra "objetivos" tres o cuatro veces. Pero de un modo muy original. El distinguido presidente decía: *ojectivos*. Yo me largué a reír con ganas y dije abiertamente que el tipo era un animal. "Eso es de gorila", me dijo uno de los compañeros.

–Cualquier peronista, cualquier hombre del pueblo puede decir *ojectivos*.

–Andá a cagar –le dije–. Este no es un hombre del pueblo ni es peronista. Este es un aventurero que pretende ser presidente de la república y es una bestia que ni sabe hablar.

–Bueno, José, parala –dijo Miguel–. Lo puso Perón.

–¿Y con eso qué? Pronto nos lo va a poner a López Rega.

Miguel sonrió:

–A López Rega ya nos lo puso. Y por el orto.

El 20 de julio, a la noche, llegábamos a la Facultad de Filosofía y Letras. Estaba toda en Independencia. Se había dividido. Una parte estaba en la Av. Córdoba. Al día siguiente habría una gran manifestación hacia Gaspar Campos. La misión era "romper el cerco del Brujo López Rega". Llegamos, con Miguel, a la Facultad. En la puerta estaba Darío Alessandro, muy pibe, sonriente, canchero. Miguel me había dicho:

–No conviene ir con consignas duras. Al Viejo no le gusta que lo aprieten. Si vamos al choque, perdemos.

(El 23 de septiembre de 2009 necesitaba como loco hablar con Juan Manuel Abal Medina. Al final lo encontré en el celular. Creo que estaba en una reunión. Yo vengo del remoto pasado con una pregunta desconcertante: "¿Por qué Perón no te puso a vos como su representante ante la JP?". Abal dijo un par de cosas. Una de ellas, clarísima: "Acordate que la Tendencia fue con consignas muy duras. Eso al Viejo no le gustaba. Reaccionó a su modo. Bueno, che, no puedo hablar de eso ahora. Tomamos un café la semana próxima". ¿Y yo qué hago la semana próxima, Juan Manuel? Tengo que escribir ahora. Supongo que le rompí las pelotas. Uno se pone así cuando anda medio loco con algo.)

Pero lo de Juan Manuel certifica que Miguel tenía razón: nada de consignas duras o apretarlo al Viejo. Iba a ser peor. Con cautela. De a poco. Negociando. Chocar, nunca.

Nos acercamos a Darío. Le pregunto:

–Darío, ¿qué consigna lleva tu columna mañana?

–Que nadie lo discuta/ López Rega hijo de puta.

En los '80 publiqué este episodio en una nota de *HumoR*. Carlos Ulanovsky (a quien veía a menudo en unas reuniones que hacíamos en el bar Mimo convocados por Carlitos Marcucci, el eterno hombre joven de la Argentina, el hombre que nunca piensa en la muerte y al que todos quieren, un poco por deporte, un poco al pedo como yo, pero todos lo queremos) me dijo:

–Esa pequeña anécdota refleja más que cien ensayos el espíritu de una época.

El Ula tenía razón. Así eran los tiempos. Soplaban los vientos de la imprudencia. Se pensaba en hoy, en mañana, acaso en la semana que viene, no mucho más. También se jugaba a hacer la historia. ¡Enfrentar a Perón! Ponerlo de mal humor al Viejo. Putearle al payaso con que se había venido. Adrenalina pura.

–Están en pedo –le dijo Miguel.

–Es la línea que se bajó –dijo Darío.

Al día siguiente, la Tendencia rodearía la residencia de Olivos –donde Perón estaba– y gritaría durante casi una hora: "Que nadie lo discuta/ López Rega hijo de puta". Volveremos sobre esto.

EL PENSAMIENTO DE PERÓN

Necesitamos analizar el pensamiento de Perón durante 1973. Dio grandes conferencias en la CGT. En una hasta se puso a lagrimear.

–Disculpen, compañeros. Los viejos somos así. Nos emocionamos por cualquier cosa.

Son las que transcribiremos a continuación. Las publicaba la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia. Eran unos pequeños cuadernillos. Muy bien hechos. Buen papel. Buen diseño. Los tengo todos. No sé si se editaron en las Obras Completas. No lo sé porque ni loco me pienso conseguir las Obras Completas de Perón. Perón no tiene Obras Completas. *Apuntes de historia militar y conducción política* son clases. Los demás textos provienen de un par de libros apresuradamente escritos y de discursos. Los discursos no son Obras Completas. Las clases tampoco. Obras Completas son los libros que un autor escribió. Lo demás es *otra cosa*. Habitualmente un rejunte de papeles. Hasta se publican reportajes en presuntas Obras Completas. Vamos, por favor: así cualquiera tiene Obras Completas. Estos libritos populares del Viejo son prácticos, se los repartían a todo el mundo y todos leían las cosas –a veces muy atinadas, a veces boludeces irredimibles– que el Viejo decía. Presento aquí una selección cuidada y (creo) exhaustiva. Después comentaremos los textos. Pero éste –y no otro– es, sin duda, *El pensamiento de Juan Domingo Perón durante el año 1973*.

Discurso pronunciado por el presidente de la Nación teniente general Juan Domingo Perón en la Confederación General del Trabajo, el 8 de noviembre de 1973

"En estas charlas, que ya son sistemáticas para los compañeros trabajadores en la Confederación General del Trabajo, comenzamos con el tema 'Los dirigentes'.

(...)

Las luchas violentas consumen sangre, pero las organizaciones permiten ahorrar esa misma sangre. En cambio, necesitan tiempo para realizarse.

(...)

Pero cuando no se tiene una organización y no se dispone de una masa organizada y adoctrinada, el expediente no puede ser sino violento, para ser empleado en la lucha. Pero cuando se dispone de esas organizaciones y existe un adoctrinamiento de fondo, es mucho mejor emplear el tiempo, ahorrando la sangre, que en la lucha suele derramarse casi inútilmente.

(...)

La disociación

A nuestro movimiento se lo ha pretendido destruir por distintos caminos. Primero, se lo intentó por el terror, con los consabidos fusilamientos y masacres, de los cuales todos y, especialmente los viejos, tenemos memoria.

Posteriormente, frente a la inutilidad de ese procedimiento, se intentó asimilarnos a otras fuerzas políticas a fin de absorbernos. Tampoco les resultó ese camino. Después se intentó dividirnos, introduciendo dentro del movimiento la cizaña, y el grado de cizaña suficiente como para colocarnos unos frente a otros dentro del mismo. Tampoco este procedimiento les dio resultado.

Después se combinaron varios de esos procedimientos para intentar lo mismo, pero sin resultado positivo para nuestros adversarios.

Yo me pregunto: ¿cómo se intenta hoy conseguir lo que no consiguieron durante veinte años de lucha? Hay un nuevo procedimiento: el de la infiltración. Es decir, que se trata por todos los medios, utilizando lo que viene de afuera y lo que se puede gestar dentro de nuestras organizaciones, para producir una disociación por la acción de los propios elementos infiltrados. Esto ha calado en algunos sectores, pero no en el de las organizaciones obreras. Las mismas –por el gran sentido de responsabilidad de los dirigentes y la férrea organización alcanzada durante estos veinte años, en que los trabajadores advirtieron que la defensa de sus intereses sólo puede estar en sus propias manos– constituyen el factor único que las puede convertir en verdadero elemento de poder, con la unión y la solidaridad de ellas.

(...)

El dirigente no hace el ciento por ciento de lo que quiere; el dirigente, al igual que el gobernante, debe acostumbrarse a hacer sólo el cincuenta por ciento de lo que desea, dejando a los demás que hagan el otro cincuenta por ciento. De todas maneras, ha de tener la sabiduría de que el cincuenta por ciento que elija para sí sea lo fundamental, a efectos de que la organización pueda ser firme y duradera.

(...)

La ideología puede ser cambiante porque en las organizaciones no hay nada de permanencia eterna, ya que ellas evolucionan. Pero cuando ha de cambiarse una ideología o la doctrina, será por la decisión de conjunto, jamás por la influencia de cuatro o cinco trasnochados que quieren imponer sus propias orientaciones a una organización que ya tiene la suya.

Columna vertebral del movimiento

En este sentido siempre hemos procedido así en el Movimiento Justicialista, dentro del cual el movimiento sindical representa, sin duda alguna, su columna vertebral. Es el movimiento sindical el que mantiene enhiesta nuestra organización. Eso ha sido desde el primer día en que el Justicialismo puso en marcha su ideología y su doctrina. De manera que esto no es nuevo para nadie.

El movimiento siempre ha sido manejado con un alto grado de liberalidad. Hay que darse cuenta de que nosotros no somos un partido político, que tiende normalmente a la sectarización; nosotros somos un movimiento nacional que, por el contrario, tiende hacia la universalización.

(...)

¿Qué sucede ahora en nuestro movimiento? En nuestro movimiento, lo que ha pasado siempre. Yo he sido jefe del movimiento durante los últimos treinta años, pero me he pre-

ocupado para que nadie dentro de él pueda ser perjudicado por sus ideas, si éstas no van contra el país o contra la organización que representamos. En nuestro movimiento cada uno tiene derecho a opinar; se formó con procedencias de la extrema derecha y de la extrema izquierda, no de la ultraderecha ni de la ultraizquierda. Esos son inventos modernos en los que nosotros no nos detenemos a pensar, porque estamos muy conformes con lo que hemos hecho. Así, nuestro movimiento, con hombres de diversas procedencias, ha podido formar un cuerpo homogéneo, con una ideología clara y una doctrina en permanente ejecución en el pueblo mismo. Algunas veces aparecen quienes de buena fe –aunque hay que pensar muy claramente si es de buena fe– piensan de otra manera. Generalmente se los señala como traidores. No es que sean traidores. No es que sean traidores; piensan de otra manera, engañados o no. Nosotros, desde el Movimiento, con el poder de nuestra verticalidad, los podríamos haber eliminado totalmente. A uno por uno los podríamos ir arrojando del Movimiento, pero nunca lo hemos hecho, salvo, a través de los tribunales de disciplina, a alguno que, políticamente, sacó los pies del plato.

(...)

Desgraciadamente, en estos tiempos, a eso hay que sumarle una acción que podríamos llamar exógena y es la que viene de afuera y está trabajando contra nuestras organizaciones.

Observen ustedes que contra Perón no trabaja nadie. El tiro es contra nuestras organizaciones. Cuando alguien quiere atacarlo a Perón, sin que se note, ataca a un dirigente que está con él, o a un ministro, o a un compañero. Lo ataca y le dice de todo. Yo sé que cuando se lo dice a él, me lo manda para mí.

Esa es, diríamos, la acción endógena, intrínseca, la que se produce alrededor nuestro. Pero hay otra, que viene de afuera, llámese ITT, CIA, etcétera, que también existe, y que utiliza a los hombres que paga además de los idiotas útiles que las sirven de una u otra manera.

(...)

Luchamos por que un día esa juventud, que constituye una de las ramas del Movimiento, tenga sus verdaderos y fehacientes representantes, sus dirigentes, a los cuales nosotros les podamos confiar un día nuestras banderas para que las lleven al triunfo. Pero para eso debemos estar seguros, debemos saber que esa juventud no hará mal uso de esas banderas por estar engañada o por estar conducida por gente que no merece su conducción. Queremos que la juventud se conduzca por sí, con hombres que ella misma determine. Entonces podremos incorporarla al Movimiento, con la convicción absoluta de que nos será útil ahora y que nos representará dignamente en el futuro."

Discurso pronunciado por el teniente general Juan Perón ante el Congreso del Partido Justicialista, reunido en la Sala del Teatro Nacional Cervantes el 18 de agosto de 1973

"(...)

Yo pedí a los médicos una declaración en la que me pudieran colocar en situación de poder decirle al Congreso la realidad de mi estado físico. Yo sé, por dura y larga experiencia, lo que el gobierno de la Nación demanda del primer magistrado, y, en consecuencia, sé también que sin un estado físico suficiente y un estado mental a la altura de las necesidades, esa tarea no es fácil de realizar.

El informe de los médicos para mí ha sido suficientemente satisfactorio. Dice así:

'Vicente López, 7 de agosto de 1973. consultados sobre la salud del teniente general Juan Domingo Perón y su capacidad para desempeñar la primera magistratura del país, declaramos: 1º) El teniente general Juan D. Perón se encuentra restablecido de la afección comprobada el dieciséis de junio del corriente año; 2º) La actividad futura debe contemplar y ajustarse a la situación física vinculada a la edad y a la afección padecida.'

Firman el doctor Pedro Cossio y el doctor Jorge Taiana.

(...)

Algunos de nuestro Movimiento, y de fuera de nuestro Movimiento –que son los más–, nos han criticado, porque dicen que estamos un poco desorganizados. Señores, yo pregunto si en la historia política del mundo existen muchos ejemplos que después de veinte años de persecución, de fusilamientos, de cárceles y de todas las arbitrariedades que se han cometido con el Movimiento Nacional Justicialista, hasta colocarlo fuera de la ley; si hay muchos Movimientos que después de todo eso, hayan resistido y estén firmes como una piedra, como está nuestro Movimiento.

(...)

Hoy hay un solo interés: es el interés de todos los argentinos, sin cuya realización nadie podrá soñar en realizar su propio destino.

En esto, compañeros, debemos llevar la sensación a toda la República de que nuestro gobierno justicialista no es ni absorbente, ni sectario, ni excluyente. A pesar de todo lo que ha sucedido en estos últimos veinte años, nosotros nos despreocupamos de las pasiones menores, para exaltar la única pasión que vale en los tiempos que vivimos: el destino de la República Argentina.

(...)

Desde el 25 de mayo han pasado tres meses. Tres meses que ya de por sí son insuficientes para conocer cómo está el país, porque para arreglar una cosa o reconstruirla es preciso primero conocerla. Quizá la primera regla de la filosofía de la acción aconseje ver, base para conocer; conocer, base para apreciar; apreciar, base para resolver, y resolver, base para realizar.

Nuestros críticos deben pensar que hemos recibido el país en una situación casi caótica, totalmente amagado de destrucción, donde lo primero que se ha destruido es el argentino, que es el que más vale. Porque el argentino que no ha abandonado todo, no se ha largado por la vía de los asaltos y de la tarea fácil de la delincuencia, está un poco desanimado, piensa que todo es dubitativo, que no pisa sobre terreno firme.

Lo primero que tenemos que hacer es reconstruir, moral y espiritualmente, a esos argentinos que están dudando de nuestra propia capacidad humana.

(...)

Yo recuerdo que cuando cayó el gobierno legal y constitucional, el peso argentino valía 14,50 por dólar, y cuando volvimos nosotros, el 25 de mayo, ese dólar valía 1400 pesos argentinos.

Y así podría seguir enumerando las situaciones, para demostrar que no podemos en este momento estar improvisando, que es necesario que desatemos el paquete, para ver qué nos han dejado dentro, antes de comenzar a trabajar con el interior de ese paquete. Después de dieciocho años, yo he citado estos dos ejemplos en lo económico, pero podría citarlos en todos los demás aspectos.

(...)

Hay gente que escucha las palabras y las hace suyas. ¡El desarrollo! Yo vengo de un mundo que está terriblemente arrepentido del desarrollo que han hecho. Y en este momento el mundo superdesarrollado está entrando en una etapa de desesperación, porque ve que su desarrollo tecnológico lo ha llevado a la destrucción de los medios que la naturaleza le ha venido ofreciendo para pervivir.

En este momento, las sociedades de consumo han llevado a un despilfarro tal los medios ecológicos de la humanidad, que se está quedando sin comida y sin materia primera.

(...)

Nosotros pensamos que el fin de la riqueza no es la explotación de la soberbia, sino que es servir socialmente a los pueblos. Si aspiramos de una manera general a esa riqueza, es para que todos los argentinos puedan ser igualmente dignos y felices. Nosotros debemos pensar que en la filosofía de todos los tiempos nada ha superado al designio de hacer grandes, dignos y felices a los hombres.

Por eso también creo, compañeros, que en la tarea del futuro Gobierno lo primero que interesa es reconstruir al hombre, reconstruirlo económica y moralmente.

(...)

Cuando los argentinos tengan trabajo y medios de subsistencia, volveremos a tener un director de prisiones que vendrá a decirnos que nos estamos quedando sin presos.

Mientras la necesidad ande suelta en las calles, y el hombre argentino no tenga la posibilidad de resarcir su desgracia de otra manera, tendremos la delincuencia suelta en las calles. Debemos pensar que el hombre, por naturaleza, es bueno; son las circunstancias las que lo hacen malo. Y a esos malos deberemos ofrecerles un destino que los haga buenos. En ello, el Gobierno ha de empeñarse en primer término, porque para el Justicialismo el hombre está por sobre todas las demás circunstancias. Reconstruido o, por lo menos, lanzados a la acción de reconstruir al hombre, debemos pensar en reconstruir el Estado, que prácticamente ha sido destruido."

Discurso pronunciado el 2 de noviembre de 1973 por el señor presidente de la Nación, teniente general Juan Domingo Perón, en la Confederación General del Trabajo

"Entendemos el país, con todas sus instituciones, como una comunidad que, con un trabajo permanente, va labrando la felicidad de un pueblo, al mismo tiempo que, sin hesitaciones ni apuros, va labrando también, poco a poco, la grandeza de la Nación. Eso, para nosotros, es una comunidad organizada, en el entendimiento de que realizándose la comunidad, cada uno puede también realizarse dentro de ella.

(...)

Todo nuestro trabajo es, precisamente, la felicidad del pueblo. Pensamos que el hombre es lo fundamental, y todo nuestro esfuerzo desde el punto de vista político, social, económico, cultural, etc., va dirigido en beneficio del hombre.

(...)

Para nosotros, es a la inversa; el capital no tiene razón de ser sino al servicio de una economía, la que a su vez está al servicio del bienestar social.

De esta sintética exposición de fundamentos, nace toda la orientación que el Justicialismo trata de poner en ejecución desde el Gobierno y desde las instituciones del Estado.

(...)

Cuando el obrero ha estado en el mundo sin organizarse, ha sido un juguete de las circunstancias y ha sufrido la mayoría de las injusticias sociales. La justicia social no se discute, se conquista, y se conquista sobre la base de organización, y si es preciso, de lucha.

(...)

La defensa de los intereses profesionales se confunde con la defensa de los intereses del pueblo, y cuando una organización está al servicio del pueblo, es invencible, porque los pueblos son invencibles.

(...)

¿Y qué dice nuestra experiencia? Nos dice que cuando a las organizaciones gremiales se les ha exigido su prescindencia política –como dicen algunos–, aquéllas han mantenido su unidad gremial, pero también han mantenido su unidad política. Es inseparable lo gremial de lo político.

No se pueden dividir. Claro, los que han intentado dividir la acción social de la acción política, han querido hacerlo precisamente para debilitar el factor de poder que representan las organizaciones sindicales.

Renunciar a la política es renunciar a la lucha, y renunciar a la lucha es renunciar a la vida, porque la vida es lucha, precisamente.

(...)

Nosotros, los hombres, nos creemos que somos los que hacemos evolucionar al mundo y a la humanidad. Estamos equivocados. Hay un determinismo histórico, un fatalismo histórico, que es el que actúa subterráneamente, con fuerzas invisibles, empujando esa evolución. Los hombres le vamos colocando arriba y periféricamente un sistema para acompañar esa evolución. Eso es lo más que podemos hacer.

(...)

El demoliberalismo capitalista –no podemos negarlo– en los últimos dos siglos de su existencia hizo avanzar la ciencia y la técnica más que cualquier otro sistema de los otros diez siglos precedentes. Eso no lo puede negar nadie. Pero tampoco se puede negar que todo ese inmenso esfuerzo fue realizado sobre el sacrificio de los pueblos. ¿O no?

(...)

Por eso, esta evolución que va imponiendo al mundo nuevos módulos de acción es la que nosotros hemos venido llamando desde hace treinta años una comunidad organizada, una comunidad donde no sea posible la injusticia y en la que el régimen de acción no pueda ni deba ser el sacrificio.

(...)

Con un pueblo infeliz, de poco valdría. Yo prefiero un pequeño país, de hombres felices, y no un gran país de hombres desgraciados.

(...)

Hace pocos días terminó en Medio Oriente uno de esos ultrajes en los cuales los intereses de los espurios imperialismos que actúan allí han intervenido, a través de dos pobres pueblos que se están exterminando, para ver al final quién se queda con el petróleo.

(...)

Siempre se ha pensado, durante la larga etapa del demoliberalismo-burgués, que los obreros estaban organizados. Esa es una mentira. Los que han estado organizados han sido los poderes que han manejado la política.

¿Y qué poderes han manejado la política? Han sido la burguesía, las aristocracias o las plutocracias. Sólo que ellas lo han hecho en su propio beneficio y siempre en perjuicio del pueblo. Si el pueblo quiere liberarse para siempre de esa amenaza, no tiene más remedio que mantenerse orgánicamente poderoso. El hombre cede más al poder que a la razón; por eso hay que tener la razón, y apoyarla con el poder.

(...)

Pueden estar ustedes seguros de que si en la República Argentina no existiese una organización sindical como la que tenemos nosotros, seríamos mucho menos respetados en este momento.

(...)

Cuando yo hablaba todas las semanas en la Confederación General del Trabajo, siempre les decía a los muchachos, a los dirigentes: 'Estén atentos; miren que el enemigo no duerme; vean que los enemigos existen; un día podemos caer nosotros...'. 'Nunca, nunca', gritaban.

(...)

Nosotros tenemos una doctrina que fija perfectamente y con claridad una ideología que no está en contra de nadie, pero que tampoco está en favor de las concepciones ajenas a nuestro pueblo y a nuestro país.

Somos simplemente justicialistas, respetamos a los demás, pero queremos que los demás también nos respeten."

Mensaje pronunciado por el señor presidente de la Nación, Tte. Gral. don Juan Domingo Perón, el día 24 de diciembre de 1973 con motivo de las tradicionales fiestas de Navidad

"Antes de que 1973 termine, deseo hacer llegar mi agradecimiento más profundo y sincero a todos los que colaboraron en cuanto hemos venido haciendo desde el 25 de mayo a la fecha. No sólo estoy satisfecho de cuanto hemos realizado en ese lapso, sino que vivo confiado en el éxito de cuanto hemos proyectado para el futuro, porque tengo fe en el pueblo argentino, en los trabajadores, en los técnicos, en los empresarios, en los servicios de seguridad del Estado, en las Fuerzas Armadas de la Nación y en el Estado mismo, que cada día progresa en su orgánica y su misión.

(...)"

Palabras pronunciadas ante representantes de diversos

nucleamientos políticos y sociales en el acto de inauguración de la sala de reuniones de los partidos políticos, en la Casa de Gobierno (14 de diciembre de 1973)

"Yo pienso que hay una generación que está creando un problema y se está enfrentando a nosotros, los viejos, que ya queremos entregar el testimonio para que los otros sigan corriendo. Nos estamos enfrentando con los muchachos, que vienen apurando de abajo, y como no hay nada en el medio, el golpe lo recibimos todos nosotros. Es necesario entonces crear una generación que haga de colchón intermedio, que es lo natural que suceda en los países libres de todas artes del mundo. Sería un colchón intermedio entre una generación ya "amortizada" y una generación todavía verde que comienza a pujar porque está madurando. Lógicamente, en el medio tiene que haber algo.

(...)

Habíamos establecido que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino. Y lo demás son pamplinas, según lo sabemos nosotros mejor que nadie, que somos los que practicamos la política.

(...)

Nosotros debemos realizar un cambio generacional si no queremos envejecer políticamente, porque en política, como en todos los órdenes, detenerse es morirse o marchar hacia la muerte. No podemos ni debemos aceptar ese envejecimiento; hay que hacer un cambio generacional, pero ese cambio no puede ser de un hombre de 78 años a un muchacho de 20, porque se va a caer en el vacío.

Es necesario crear un proceso de continuidad para que el trasvasamiento generacional se realice normalmente; de a poco y normalmente.

La generación intermedia es muy valiosa porque es la escalera que va a permitir ir subiendo. Sin ella podemos dar un salto en el vacío, y Dios nos libre si sucediese una cosa semejante.

Los muchachos están todavía verdes y los viejos demasiado maduros. En estas circunstancias se necesita la capa media, que es la equilibradora de todos los procesos y fenómenos de este tipo.

Tengan presente que les ofrecemos esta bienvenida de todo corazón, con la seguridad de que deben sentirse como en sus casas, porque esta es la casa de todos."

Con estas palabras, el señor presidente de la Nación, teniente general Juan D. Perón, reinició el diálogo con su pueblo desde los balcones de la Casa de Gobierno, después de 18 años.

"El anterior discurso del teniente general Perón frente a la multitud reunida en la Plaza de Mayo había sido pronunciado el 31 de agosto de 1955

"Compañeros, hay circunstancias en la vida de los hombres en las cuales uno se siente muy vecino a la Providencia. Para mí, esas circunstancias se presentan cuando tengo la inmensa satisfacción de contemplar al pueblo. Y a esta inmensa satisfacción va unida la tremenda responsabilidad que representa el servir digna y lealmente a ese pueblo.

(...)

Yo y el Gobierno hemos de poner todo nuestro empeño, pero necesitamos que el pueblo argentino ponga el suyo, porque nadie hoy puede gobernar el mundo sin el concurso organizado de los pueblos.

Compañeros: finalmente quiero dedicar algunas palabras a nuestra juventud.

A esa juventud, que es nuestra esperanza, quiero que le llegue nuestro más profundo cariño, junto con la exhortación más sincera a que trabaje y se capacite. Porque los jóvenes serán los artífices del destino con que soñamos. A ellos hemos de entregarles nuestras banderas, convencidos de que por sus valores morales han de llevarlas al triunfo para la grandeza de la Patria y la felicidad de nuestro pueblo.

Finalmente, quiero decirles que durante este gobierno que hoy se inaugura, y siguiendo la vieja costumbre peronista, los días primero de Mayo de cada año he de presentarme en este mismo lugar para preguntarle al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos.

(...)

Pueden estar persuadidos de que para mí no existe una satisfacción y una gloria mayor que contemplar la cara de este pueblo, que es lo único que labra la grandeza de la Patria."

Alocución pronunciada por el señor presidente de la Nación, teniente general Juan Domingo Perón, en la Confederación General del Trabajo, el 25 de octubre de 1973

"El movimiento sindical argentino, en mi concepto –y he recorrido casi todo el mundo–, es uno de los mejores organizados y capacitados del orbe. Esa es la realidad.

Señores: debemos pensar también en que el futuro del sindicalismo en el mundo será de una importancia extraordinaria. La evolución nos va llevando hacia formas cada día más preponderantemente sociales y menos políticas. El sistema demoliberal capitalista ha fenecido en el siglo XX, y se va a iniciar una nueva etapa. Y si en ésta el acento fue la política –porque para eso se lo organizó–, la etapa que viene, en el continentalismo y su futuro, es eminentemente social. Ya los factores sociales se conjugan a la par de los factores políticos, pero como ellos son los valores reales de una asociación para una comunidad organizada, cada día tienen mayor preponderancia y la tendrán más en el futuro.

(...)

La historia nueva es la historia de las grandes organizaciones continentales. El sindicalismo no puede quedarse atrás en esta evolución y debe ir tendiendo también a las organizaciones sindicales continentales. Es decir, nosotros debemos ir pensando que hemos alcanzado un alto grado de desarrollo en la organización sindical argentina. Por lo tanto, tenemos derecho a ir a otras partes buscando la misma unión y la solidaridad que nosotros hemos alcanzado para la defensa de la clase trabajadora continental. Ese debe de ser nuestro objetivo futuro si no queremos quedarnos atrasados en la evolución.

(...)

La política trata de crear la comunidad económica latinoamericana como una imposición de la historia y de la necesidad que el futuro nos plantea, para podernos organizar y defender adecuadamente. Yo he dicho muchas veces que el año 2000 nos encontrará unidos o dominados, y por eso la política internacional, especialmente la de nuestro país, tiende a esa unidad; unidad para la defensa común. Y en esta unidad nada hay más importante que la unidad de los pueblos y esta se llama unidad orgánica sindical continental.

(...)

La comunidad organizada

(...)

Producción agropecuaria: factor determinante

(...)

Hay tontos o malintencionados que están gritando que quieren esto, que quieren lo otro, que la revolución; inclusive uno de ellos me dijo: 'Señor, hay que hacer la revolución', y yo le contesté: '¿Usted quiere que me pase a mí lo que le pasó a Allende en Chile?'. Todo consiste en que no les demos el gusto."

Discurso pronunciado por el presidente de la Nación, teniente general Juan D. Perón, en la sede de la Confederación General del Trabajo, el 27 de diciembre de 1973

"Que nadie esté sumergido

Esa fue la doctrina que nosotros implantamos en 1946. Hoy estamos en lo mismo. Lo que nosotros vigilamos y seguimos atentamente es la necesidad de ir levantando a los sectores sumergidos, de los que había muchos el 25 de mayo. A todos esos sectores los estamos llevando por arriba de la línea de la vida. Es decir, que no haya familia que no pueda cubrir las necesidades indispensables para la vida. Lo demás es cuestión de desenvolvimiento natural de la comunidad. En este sentido hemos realizado mucho. El índice ya lo he expresado varias veces. Nosotros consideramos que la distribución de los beneficios ha de ser justa: se divide por mitades. Es decir, no como se acostumbra a decir que tenemos 1350 dólares 'per cápita'. Ese es un cuento chino, porque hay algunos que tienen cinco mil y otros que no tienen nada. No es la proporción real, que nosotros vigilamos y queremos.

(...)

Venta de automotores a Cuba. El viernes próximo la empresa Fiat Concord Argentina S. A. suscribirá un contrato con la delegación comercial de Cuba que se encuentra en nuestro país, por el cual aquélla vende a ese país 5500 camiones pesados, 6000 automóviles y 600 tractores. La operación importa un valor total aproximado de 100 millones de dólares."

Discurso pronunciado por el presidente de la Nación, teniente general Juan Domingo Perón, en la Confederación General del Trabajo, el 13 de diciembre de 1973

"Por eso, compañeros, cuando debemos hablar de sueldos, o sea de salarios y precios, tenemos que considerar todos estos aspectos. No podemos lanzarnos a perturbar –diremos– una acción que se va realizando. Yo jamás le he prometido al pueblo argentino nada que no haya sido capaz de cumplir. Hasta ahora, jamás he prometido en vano. Y yo prometo acá, bajo mi palabra, que nosotros en este Plan Trienal que iniciamos, vamos a poner a punto toda una situación nacional en donde tanto la felicidad del pueblo como la grandeza de la Nación se vayan realizando paulatinamente.

Pensamos que todo esto es posible. Claro que hay algunos que no quieren que así sea, pero de esos no nos ocupamos; a esos los dejamos, porque no van a hacer tampoco nada. Cuando nosotros nos pongamos en marcha, en la forma en que el país está decidido a hacerlo, lo haremos con paz, con justicia y con libertad. Somos una aplanadora y el día que nos pongamos en marcha, ¡pobre del que se ponga adelante!

Los trabajadores argentinos tienen mi palabra en ese sentido. Yo les aseguro que volveremos nuevamente a los tiempos en que todo el mundo estaba feliz y tranquilo, y en que el pueblo tenía un poder adquisitivo suficiente como para vivir en orden con dignidad y felicidad.

(...)

Además, el hecho de poder movilizar los grandes negocios del país, está indicando que a corto plazo todo esto va a satisfacernos de la manera más absoluta y pasaremos de una economía de miseria en que ha estado viviendo el país, a una economía de abundancia como la que ya vivimos en 1955, donde nadie que trabajara podía estar debajo de la línea que fijaba el salario vital y móvil. Debajo de esa línea no debe haber ninguno, sino todos sobre ella, en la concurrencia, en su capacidad y en su esfuerzo, que es lo que premia a los hombres, con toda justicia. Es arriba de la línea de la vida donde aun el más incapaz debe estar.

(...)

El mismo Cristo sabemos que curó, etcétera, pero a arreglar la economía nunca se puso.

Quería enterarlos a ustedes, que son los que más me interesa que conozcan estos problemas, para tener una sensación real. Se habla de paritarias y de todas esas cosas; de la necesidad de hacerlas; yo aquí podría decir, como Fidel Pintos: 'Lo inventé yo'. Y es cierto, porque los convenios colectivos de trabajo fueron una de nuestras primeras grandes conquistas; pero nosotros los comenzamos a realizar como habíamos ya conseguido una economía de abundancia. Porque los convenios colectivos en un período de abundancia aseguran la justicia; en un ambiente de miseria provocan la lucha, que a su vez es negativa para el mejoramiento de todos.

(...)

Equilibrio en una economía de abundancia

Compañeros: he querido hacer esta disertación referida a este tema, porque deseaba que todos los compañeros tuvieran fe en nosotros y en el Gobierno, que jamás ha defraudado al pueblo. También debemos tener fe en los dirigentes sindicales, que siempre han demostrado un cumplimiento honesto y capacidad en su misión. Si ellos marchan adelante con la bandera que nosotros hemos enarbolado, yo les aseguro que nadie tendrá por qué arrepentirse. Si alteráramos el rumbo, haciéndole el gusto a muchos que 'quieren Lola', no tendríamos mucho que agradecerles."

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

El asesinato de Rucci, hombre de Perón, sindicalista del peronismo de derecha, macartista feroz

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

98 El discurso de Firmenich en Atlanta

Suplemento especial de Página/12

LA MARCHA SOBRE EZEIZA NO FUE UN ACTO POLÍTICO

Dejamos atrás los discursos de Perón a lo largo de 1973. Hubo más. Podríamos haberlos publicado en un *Anexo documental*. Pero no creo en los anexos documentales. El lector los deja de lado. O los olvida. O cuando terminó no tiene ganas de leerlos. Además, ¿cómo van a estar al final si se produjeron en medio de la borrasca? Que publique aquí –en el texto– fragmentos sustanciales de discursos de Perón es porque, por decirlo así, aquí ocurrieron: en medio del texto, en medio de la trama, en medio de los hechos, mezclados con ellos. Los quiero publicar extensamente porque –aunque los he cercenado– es necesario que se conozcan con extensión. En ellos está todo lo que quería hacer Perón con la Argentina en 1973. Muchas cosas son atinadas. Pero hizo otras que fueron terribles *errores de conducción política*. ¿Por qué Perón se juega tan a la derecha ya el 21 de junio? ¿Por qué *elige* con tanta decisión, rapidez y de un modo tan tajante? ¿Por qué condena a la Jotapé? ¿Por qué le echa encima toda la responsabilidad de la masacre de Ezeiza? Como dije: el error de la Tendencia (y de su "organización hegemónica", Montoneros, que, para ese entonces, era su indiscutida conducción) cometió el error de ir a copar el acto. Esto lo vimos detalladamente. Hay quienes insisten en decir que *siempre* se va a copar un acto. Grave error: *el que crea que la marcha sobre Ezeiza fue un acto político se equivoca*. Los Montoneros lo confundieron con un acto. No entendieron al pueblo ese día, como tantos otros días hasta que dejaron de tratar de entenderlo y se olvidaron de él para transformarse en un aparato militar. Si no hay sensibilidad para advertir cómo viene la mano desde abajo mejor no hacer política. *La marcha pacífica sobre Ezeiza fue un festejo, una celebración, un jubiloso recibimiento al líder que por fin regresaba.* A un acto van distintas fracciones políticas que se disputan los mejores lugares. A Ezeiza iba el pueblo. También las fracciones políticas. Porque fue todo el mundo. Pero el objetivo no era el de un acto. Nadie competía con nadie. Esa era –sí– la fiesta de todos. ¿De dónde sacaron que era un acto? ¿Tan poco entendían al pueblo, a la gente, a la clase media enamorada del peronismo? A todos esos sectores había que sumarlos, nuclearlos, no aterrorizarlos. ¿A qué acto podía ir un papá con su hijito en hombros? ¿A qué acto podían ir cientos de mujeres embarazadas? Viejos peronistas que mostraban orgullosos el escudito del Partido, que nunca habían tirado a la basura "a pesar de las mentiras de la Libertadora". ¿Cuántos, en esa jornada única, irrepetible, rumbo a Ezeiza, vimos a montones de esos veteranos peronistas de "los días felices" caminar con la esperanza del retorno de esos días, que ahora volvían porque volvía Perón? De modo que no jodan más con que eso era un acto. Eso era un acto para los Montoneros que querían coparlo y mostrarle a Perón que eran la mayoría, que las masas les pertenecían y que eso les daba derecho a compartir la conducción.

Pero el error no tuvo la bestialidad asesina de los bandoleros del palco. Esos tipos (los que obedecían a Osinde) eran asesinos profesionales. Mercenarios. Por eso le discutimos la estrategia del copamiento a la Orga. ¿No sabían quiénes estaban arriba del palco? Todos lo sabían. Favio lo sabía. Los periodistas. Cualquiera que anduviera por ahí la noche anterior lo sabía. Se veían armas por todas partes. ¡Y qué armas! Armas que nunca habían llegado al país. Nuevas, listas para matar "zurdos". ¿No se le informó eso a la conducción de la Orga? Esos asesinos eran ya las bandas clandestinas de las que hablara el Almirante Mayorga. Eran ya la Triple A. Si era el Somatén que menciona Bonasso, no sé. No son muchas las pruebas que tiene Bonasso sobre el Somatén. Pero la realidad avala su teoría. El Somatén apareció. Ya surgió espectacularmente en Ezeiza. Ya ahí mostró su furia asesina, su sadismo para la tortura. ¿Para qué tenían que torturar en ese Hotel de la Muerte en que Favio quiso suicidarse, según dice? ¿Era necesario torturar? Para nada. Torturaron porque eran sádicos, porque estaban enfermos de sadismo y de odio. Los mercenarios de la OAS están terriblemente adoctrinados. Luchan contra el marxismo. Las patotas de los sindicatos también. Luchan contra los zurdos. La Juventud Sindical que había armado Lorenzo Miguel era temible. Llevaban un brazalete verde y se les decía "los verdes". Y si los verdes venían hacia vos mejor te rajabas porque te faenaban como Matasiete y los suyos al unitario de Echeverría en *El matadero*. Estaban los del C. de O. Tenían la cabeza llena de mierda. Ahí se las había puesto Brito Lima en sus charlas sobre la "zurda peronista que se quiere infiltrar en el movimiento y tenemos que liquidarlos a todos". Osinde era un asesino. Y había sido jefe de seguridad de Perón durante sus primeros gobiernos. ¿Por qué un tipo como Osinde y no otro? ¿No sabía Perón que era peligroso darle la organización de la seguridad del acto a Osinde? ¿Qué sabía Perón? Esta pregunta es decisiva. Si se quiere *salvar* a Perón de las bandas clandestinas, de la Triple A, hay que hacer de él un viejo enfermo y sumamente distraído. Lo que intentaron hacer un poco los Montoneros con la *teoría del cerco*. "El Viejo está cercado".

"NO SOMOS PUTOS/ NO SOMOS FALOPEROS"

¿Cómo un pobre tipo como López Rega iba a cercar a Perón? Y si se quiere ver la *verdad* hay que ver a Perón como un líder aún en dominio de su personalidad y sus decisiones. Ahí, entonces, no hay cerco que valga. La Triple A –cualquiera lo sabe– no se pudo hacer sin el conocimiento de Perón. Bonasso va más allá: dice que, en Madrid, en Puerta de Hierro, la joven Gloria Bidegain, hija de Oscar, que sería gobernador de la provincia de Buenos Aires, le escucha decir a Perón:

–Lo que hace falta en la Argentina es un "somatén".

Bonasso aclara: "El Somatén es una institución armada de Cataluña que se remonta al siglo XI, fue reflotada en 1876 por el brigadier Joaquín Mora y los patricios de Barcelona y cobró un nuevo impulso en 1923, cuando el general Miguel Primo de Rivera, padre del creador de la Falange, encabezó un golpe de Estado". Gloria es dominada por una sospecha terrible: "La idea de la Triple A no había nacido en la cabeza de López Rega, sino en la del propio Perón" (Bonasso, *ob. cit.*, pp. 595/596). Si nos atenemos a las afirmaciones terminantes de Bonasso deducimos que las pintadas *No jodan con Perón* llegaron tarde. Bonasso ya lo había hecho. Creo que insuficientemente fundamentado. No tiene otras pruebas más que las de la hija de Bidegain para el tema del Somatén. Lo que le da verosimilitud a la cuestión es que el líder justicialista es señalado por los hechos que se desatan a partir de Ezeiza y lo encuadran como el único capaz de entregarles cobertura política. En su discurso del 21 de junio Perón ya elige: la Tendencia es la culpable. Se bajan las consignas. Se inicia la etapa dogmática. Los sindicatos toman el protagonismo. ¿Por qué le bajó tan rápido el dedo a la Jotapé? Fue sorprendente. ¿Cuestionada *por quién* estaba la "juventud maravillosa"? ¿Por López Rega y los suyos? ¿Por los sindicatos? ¿Por Osinde? Sí. Pero mentían. Los que habían hecho fuego eran ellos. Pero de ellos Perón no quería librarse. De la incómoda "juventud maravillosa", sí. La Jotapé señala culpables. Pegotea por toda la ciudad unos carteles que dicen: *Éstos son los asesinos de Ezeiza*. Y ahí están las fotos de Osinde, Brito Lima y Norma Kennedy. La derecha fascista –al día siguiente apenas– había publicado en todos los diarios una enorme solicitada: *Los homosexuales y los drogadictos contra Osinde*. Lo confieso: nunca había visto algo tan grosero en la Argentina. Era una basura. Nadie, ni Onganía se había expresado así. Descubrí eso que Bonasso cuenta le dijo Alicia Eguren, con dolor y rabia, cuando lo llamó por teléfono a *La Opinión*:

–Siempre se dijo que éramos fascistas, cuando no era cierto. Ahora es verdad, Miguel: esto que vimos ayer es el fascismo.

Miguel añade que la viuda de John William Cooke tenía autoridad para decirlo (Bonasso, *ob. cit.*, p. 734). Es posible. Pero durante esos días –antes de descubrir el fascismo–, Alicia Eguren, en un reportaje, declaró (ante un aumento de tarifas de gas y electricidad en que incurrió el gobierno del Tío en plena primavera de su corto mandato) que "el gobierno de Cámpora se ha ubicado en la más completa ilegalidad revolucionaria". ¡Carajo, por un aumento de tarifas! Mirá vos, Alicia, ¿viste que "la ilegalidad revolucionaria" era otra cosa? La "ilegalidad revolucionaria" es el fascismo. No un aumento de tarifas de un gobierno popular. Alicia se preparaba para atacar a Cámpora desde su irascible izquierdismo. Y ya no estaba Cooke para enseñarle algo de política.

Los drogadictos y los homosexuales contra Osinde. Aquí estaba el fascismo. Este era su lenguaje. Esta frontalidad, esta injuria berreta. Esta desvergüenza para la mentira. La Jotapé sacó una consigna para responder a ese agravio:

No somos putos
no somos faloperos
somos soldados
de FAR y Montoneros.

¡Y años después aparece Sebreli para decir que la Jotapé era homofóbica! Pobre Jotapé: también era homofóbica, y hasta es condenada desde la "corrección política" de los noventa. Osvaldo Bazán retoma este tema en su novela (que cité: *La más maravillosa música*) y hace de esa consigna el eje de una historia de amor. *Esa consigna fue coyuntural*. Surgió como respuesta a la solicitada fascista de la gente de Osinde. Después no se usó más. Pobre "juventud maravillosa". Lo único que le faltaba ser: mataputos. Por favor, ocúpense de algo que sepan. La Jotapé era tan homofóbica como cualquier habitante heterosexual de esos tiempos. Y menos. Porque era libertaria. Y porque Perlongher y los suyos fueron con ella a Ezeiza. Los homofóbicos eran los fachos: eran Osinde, el C. de O., los sindicatos, los que pusieron esa solicitada. La Jotapé sólo la respondió. Pobres pibes torturados y desaparecidos. Encima de todo: ¡homofóbicos! Víctimas de la ira de Sebreli.

EL PADRE ETERNO YA NO PUEDE NI QUIERE CONDUCIR A TODOS

Condenados desde el vamos por el Padre Eterno entienden que el Padre no ha llegado para ser el Padre de todos. *Se han formado dos bandos peronistas y Perón elige uno*. Al otro no lo recibe, no le habla, no lo conduce. En rigor, lo expulsa del peronismo. *Este padre ya no puede ni quiere conducir a todos*. Pero, ¿cómo frenar una juventud a la que se le dio tantas alas? ¿Perón creía que podía jugar con las esperanzas de la gente? "Esto lo arregla la juventud, aunque sea a patadas, o no lo arregla nadie." No se puede decir esto y poco tiempo después mandarlos a la mismísima mierda. Decirles infiltrados, que tienen puesta la camiseta peronista. *Pésima conducción política*. Oiga, general: cero en conducción política. Y juzgándolo desde sus propios parámetros. ¿Cómo un maestro de la conducción política como usted no puede imaginar algo mejor para integrar a la juventud? Yo –y muchos otros que hoy todavía están para contarla– estuve bien unido, codo a codo, con los jóvenes de superficie de la Jotapé. Fui profesor de muchos de ellos y, en algunas clases, se discutía a fondo de política. Lo juro por mi honor (que lo tengo): si Perón se hubiera manejado de otro modo, la mayoría de la Jotapé habría estado con él. Hasta los hubiera tenido pintando plazas o colaborando en los ministerios. Pero los mandó a la hoguera de entrada. No hizo casi nada por integrarlos. ¡Un conductor de pueblos que no puede integrar! ¿No era que si sólo llego con los buenos voy a llegar con muy pocos? ¿Tan malos eran los jóvenes? ¿O el viejo líder le tenía demasiada furia a la izquierda? ¿Es posible? ¿Cómo lo tuvo a Cooke junto a él (aun en la lejanía) durante tantos años? *¿Cómo no les pudo sacar la juventud a los Montoneros?* ¿Cómo pudo levantar a las pandillas lúmpenes de la derecha fascista con que contaba para atacarlos? ¿Qué creía que iba a conseguir?

Además, el raje de Cámpora es de opereta. Tratando de darle un aire masivo, José Ignacio Rucci, el *Petiso*, rodea la residencia de Gaspar Campos con unos ómnibus que no pasan de trece o catorce y dan vueltas sin cesar, como los tanques de Montgomery en El Alamein. Lo que se produce es una ilusión óptima: los micros siguen dando vueltas, pero son siempre los mismos. A Montgomery le resultó. Rucci hizo el ridículo. Sospecho que Montgomery, como genio político y estratega militar, lo superaba. Pero el conductor estratégico todo lo podía. Y Perón había venido para ser Presidente. Cámpora –para toda la derecha peronista y la del país en general– era un aliado de los Montoneros. Afuera con él. Su *lealtad* había desaparecido. Para Perón, *Cámpora se había vuelto más leal a la Tendencia que a él*. O, sin duda, compartía el proyecto de los jóvenes: el del socialismo nacional. Perón traía otra cosa en sus valijas ideológicas y no era para nada el socialismo nacional, herrumbrado en los basurales de la ideología. Caído Cámpora, la Jotapé queda desprotegida. Perón no la recibe y se pasa el día entre sindicalistas, tipos de seguridad, milicos y políticos de mala calaña. Algo hay que hacer, dice la conducción de la Tendencia.

¿PARA QUÉ NOS DISTE TANTA MANIJA, VIEJO JODIDO?

Lo que se hace es la movilización del 21 de julio de 1973. ¡Qué año, 1973! Nada dejó por pasar. Siempre pensé escribir un libro con ese título: *El 73*. Un poco al estilo de *El 45* de Félix Luna, que era muy bueno porque, al ser de 1972, Luna moderó su gorilismo con frecuencia desbocado y, bajo los imperativos de la época, fue más objetivo y dejó de lado sus "opiniones personales", que no suelen ser buenas. En 1972, con Perón a punto de regresar a un país que lo esperaba con fervor, era conveniente cierta moderación que favoreció al libro de Luna, altamente recomendable. También es

recomendable el detallado cuadro que Bonasso trata de la renuncia de Cámpora. Al cabo, es el protagonista de su libro. Para la Jotapé el sueño de la primavera camporista estaba muerto. Había que seguir luchando. Se elabora la *teoría del cerco*. Una boludez de aquéllas. Perón está cercado, compañeros. Está cercado por el Brujo López Rega y "la familia". Que eran Lastiri, Isabel, Normita López Rega y algún descerebrado más. "Esos" cercaban a Perón. No le llegaban ni a la más delgada suela del zapato, pero lo podían. Milagrosamente, el todopoderoso líder de las masas argentinas, era un viejo baboso y parkinsoniano. Había que rescatarlo. Mostrarle ¡otra vez! la potencia movilizadora de la Jotapé y obligarlo a que la recibiera. La conducción de la Orga dio la orden: ¡a Gaspar Campos, compañeros! Perón esta preso, cercado. Hay que liberarlo. Era un delirio total. Ni siquiera tenía algo de imaginación. Bonasso confiesa que –durante esos días– decía: "Cuando rompamos el cerco nos vamos a encontrar con el Viejo, en el medio del puto cerco, esperándonos con una ametralladora". Bonasso nunca quiso al tercer Perón. Todavía hoy dice: "El tercer Perón era terrible". ¡Ah, las interpretaciones de la realidad! Cierta vez, en una cena, escuché decir a Juan Carlos Portantiero: "¡El tercer Perón era mucho menos fascista que el primero, eh!". Se basaba en esa edulcorada unidad nacional que Perón proponía desde la CGT: *Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino*. Cierto: el primer Perón nunca habría dicho eso. Pero Portantiero se equivocaba en todo: el primer Perón no había sido fascista, ¿cómo podría el tercero ser menos fascista? Nadie es menos de algo que nunca fue. Pero el tercer Perón fue peor que el primero. La Triple A. El primer Perón estuvo siempre demasiado lejos de armar algo así. Apenas los *jefes de manzana*. Los célebres "hermanos Cardozo", torturadores. El boxeador Alberto Lovell. Algunos más. Todos agrandados por la Libertadora, que superó en poco tiempo la crueldad de Perón.

Ocurrió algo inesperado: Perón no actuó con serenidad ni con racionalidad con la Jotapé. Le dio demasiada importancia. La convirtió en su obsesión personal. Quiso destruirla, ignorarla, agredirla, ofenderla. Cualquier cosa menos integrarla, negociar. De hecho, si los jóvenes van a Gaspar Campos el 21 de julio es por su silencio. La verdad era ésa: *No iban a quebrar el cerco del Brujo López Rega, se iba a quebrar el silencio de Perón, se iba a que Perón recibiera a la Tendencia, a que se diera por enterado de que existía*. ¿Qué pasa, Viejo jodido? ¿Para qué nos diste tanta manija? ¿Para ahora escupirnos? ¿Tratarnos como delincuentes, como infiltrados, como miserables zurdos indignos de estar en el peronismo? Entonces, ¿nos usaste sin pudor, sin dignidad, mintiéndonos? Vamos a averiguarlo, compañeros. Vamos a Gaspar Campos. Si hace falta nos metemos en el dormitorio del Viejo. Pero hoy nos recibe, lo quiera o no. Más de 60.000 jóvenes marcharon por la Avenida Maipú hacia Gaspar Campos. El punto de reunión fue Puente Saavedra. ¿Agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a su casa? ¡Las pelotas!

PACO URONDO: MÁS RELLENO QUE UN CANELÓN DE DOMINGO

Fue una gran experiencia. El punto de reunión era Puente Saavedra. 21 de julio de 1973. Yo dictaba *Historia del pensamiento argentino*. Tenía una cita con tres compañeros en Córdoba y Ayacucho. Parte de la Facultad de Filosofía funcionaba sobre la Avda. Córdoba. Ahora hay una plaza y una capilla. Lo único que dejaron cuando –con la *Misión Ivanisevich* en Educación, bajo Isabel y en 1974– destruyeron rabiosamente ese antro de marxistas. Incluso el ministro Ivanisevich se hizo tomar una fotografía con un pico. Lo agarraba con fuerza y lo arrojaba contra la pared. Era el acto inaugural de la destrucción. El viejo patético, macartista bobo y temblequeante, quería que lo vieran dando el primer golpe de pica a la pared del derrotado fortín de la hidra marxista. (La foto salió en la primera plana de todos los diarios. Ninguno desaprobó nada ni cuestionó la teatralidad inquisitorial del gesto.) Días antes el macarto había dado un discurso. Se dirigió –en cierto momento– a los jóvenes: "¿Qué les pasa a estos jóvenes? ¿Es que no son hijos de madre?". Y le corrían las lágrimas por sus mejillas papirosas de viejo choto y parkinsoniano, más cerca del arpa que de cualquier otra cosa que pueda existir sobre este mundo, no sólo la guitarra. Poco después, desde el *Desca*, Dardo Cabo decía: "Los peronistas podemos perder millones de votos con el discurso del ministro Ivanisevich". Uno no lo podía creer: estaban todos locos. ¿Para qué querían votos los Montoneros? Ya lo habían perdido todo. ¿Ahora se preocupaban por los votos? ¿En medio de los tiros de la Triple A? Pero esto fue en 1974. Ahora estamos en julio de 1973 y vamos a romper el cerco del Brujo López Rega. Llegan los tres compañeros. Uno trae un bombo. Yo estaba con el Renault. ¿Dónde meter el bombo? El compañero que lo había traído era alto, fuerte, musculoso, tenía una pinta de peronacho de barricada que metía respeto, por lo menos. Andaría por los 26 años. Abrí el baúl. El joven metió el bombo y fue milagroso: el bombo entró con precisión milimétrica.

–La Renault hizo estos autos para bombos peronistas –dije–. Fue una partida que salió muy buena.

–Supongo que lo compraste por eso –dijo el joven, que se llamaba Atilio. –Qué te pensás. Claro. Apenas me avisaron lo compré.

–¿La Renault te avisó que había fabricado autos para bombos peronistas?

Dije que sí.

–Andá a cagar –dijo Atilio.

Habíamos empezado mal. En media hora estábamos en Puente Saavedra. Cada uno se fue con los suyos. Miguel estaba a cargo de una columna y –como siempre– cagaba a gritos a todo el mundo.

–¡Todos en sus columnas y por el medio de la calle! ¡Nadie se sale de su columna! Siguen a los jefes de columnas y ellos les van a decir las consignas.

Ahí estaba Ernesto. Era un pibe bajito, callado, con cara de triste. Estudiaba Letras. Pero debía estar alto en algún lado. En algún puesto de superficie. A esa altura uno sabía que la Orga dictaba las líneas centrales, pero no había otro lugar donde estar sino en la Jotapé. Y los pibes de la Jotapé estaban enamorados de la Orga. "Far y Montoneros son nuestros compañeros" se cantaba en todos los actos y –a veces– abrumadoramente. Y "Si Evita viviera sería Montonera" era la consigna para cerrar cualquier arenga. "Porque esto... Porque esto... Y porque 'Si Evita viviera sería Montonera, compañeros'". Y todos aplaudían a rabiar. Ernesto estaba sentado en el cordón de la vereda. Me senté a su lado.

–Hay rumores jodidos –me dijo–. Que el C. de O. va a tirotear las columnas.

Desde las primeras páginas dejé bien claro que yo no soy un tipo muy valiente. De modo que me cagué en las patas. Pregunté:

–¿De dónde te viene esa información?

–Troxler.

Julio Troxler era subjefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

–¿Y él qué piensa hacer? ¿No va a custodiar a los compañeros?

–Por supuesto. Va a hacer todo lo que pueda. Pero una emboscada se le puede escapar. –Ernesto sonrió, hizo un movimiento con la cabeza y dijo–: Miralo a Paco. Él sí que se vino preparado.

Con bigotazos, con esa sonrisa que mataba, hablando con tres o cuatro a la vez, con un sobretodo cerrado hasta el cuello y más relleno que un canelón de domingo, ahí estaba Paco Urondo.

–La de fierros que debe tener adentro de ese sobretodo –dijo Ernesto.

Empezó la marcha.

Era impresionante. Entre 60 mil y 80 mil jóvenes. Eran dos o tres columnas. Cada una llevaba un responsable al frente. El responsable empezaba a cantar las consignas y todos lo seguían. Había una chica menuda, de pelo muy negro, con cara de mala, siempre ceñuda y, para peor, con unas cejas pobladas y casi más negras que su pelo. Iba al frente de una columna y se veía hermosa cuando alzaba su brazo derecho –con la autoridad de un jefe– y les indicaba a los suyos que reanudaran la marcha, que solía detenerse. A mí me gustaba mucho. Conservo su imagen. Puedo, todavía, verla con perfecta nitidez. Debió trepar bastante en la Orga porque –a fin de ese año–, en una reunión de profesores con alumnos, cuando me propusieron para una cátedra que debía dictarse durante el verano (de 1974), dijo:

–Nosotros nos oponemos a que le den esa cátedra a él.

Estaba Gunnard Olsson.

–¿Por qué? –preguntó. Había sido uno de los héroes de las Cátedras Nacionales. Después empezó a tener problemas con su salud mental.

–Porque nos oponemos –dijo la morocha, malhumorada y durísima–. No voy a decir más. Nos oponemos.

A esa altura ya los Montos habían amasijado a Rucci y mi desacuerdo –en la Facultad al menos– era muy conocido. La Orga no me quería. Igual, no sé quién, me llamó para dar otra cátedra: *Teoría y método*. La dimos con la hoy muy vigente Alcira Argumedo, la compañera de Pino Solanas, de quien no quiero hablar mal ni criticarlo, de modo que el mejor método es no decir nada. La cuestión es que la morocha no quería saber nada conmigo porque era un cuadro de hierro de la Orga. Ni me miraba. Podía sentir su odio. Qué apasionada era esa chica. Cuánto fuego había en ese cuerpo menudo. Nunca supe más de ella. Ni bueno ni malo. Ni si sobrevivió a la tragedia ni si fue boleta. Pero uno lleva esas caras en la conciencia y si piensa que murieron, que a chicas como ésa las torturaron, las violaron y las tiraron al río, se le parte el corazón. Uno es fiel a esas caras. A todos esos jóvenes. Con muchos no estuvo de acuerdo. Ni ellos con uno. La piba morocha me odiaba. Pero nadie merecía morir como murió. Nadie merecía ser víctima del salvajismo más extremo. De un Estado sin justicia. Nadie merecía ser carne de campo de concentración. Por eso –a muchos de nosotros– nos importan los derechos humanos. Por eso viene un gobierno, nos tira un hueso en ese campo, nos juzga a algunos viejitos genocidas y nosotros adherimos. Porque además de haber perdido tantos rostros que queríamos quedamos medio tontos, o peor: bastante idiotas, cualquiera nos engaña, nunca vamos a ser tan vivos como un notero del señor Gelblung o como esos brillantes pensadores que cruzaron la vereda, y andan de frente y guapeando aunque escriban de perfil.

Y cerramos aquí y otra vez una promesa sin cumplir. Ocurrió pocas veces, pero ocurrió. No llegamos al discurso de Firmenich en Atlanta. Sucede que la escritura adquiere a menudo vida propia, y se desvía y elige entrar en zonas que a uno lo sorprenden y le gustan y sigue adelante. Ahí, ya no sabe quién dirige la cosa: si el vértigo por apresarlo todo, por no dejar nada afuera o la sensatez del relato medido, que cumpla con sus promesas. Es algo así como la lucha entre Apolo y Dioniso. A nosotros, gustosamente, la embriaguez suele atraparnos. De ahí han salido algunas de las mejores páginas. Apolo aportó las suyas, cómo no. Pero Dioniso impulsó las imprudencias, las osadías, lo que no era conveniente decir o sin más había que callar. Faltan muchas cosas así. "No hay que meterse con eso." "No te desvíes tanto." "Che, a veces te vas francamente a la mierda." "Ojo con Perón, eh." "Ojo con Firmenich." "A veces sos un provocador." "Ya sé que lo querés a Walsh. Pero tranquilo, eh. Con Walsh, tranquilo." "Y con Perón, ni hablar. ¿O no leíste esa leyenda? *No jodan con Perón*. En serio, con Perón no se jode." Supongo que Dioniso deberá seguir apoderándose de nuestra pluma, dictándonos muchas palabras, sobre todo las no dichas. O las que recién están empezando a decirse.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

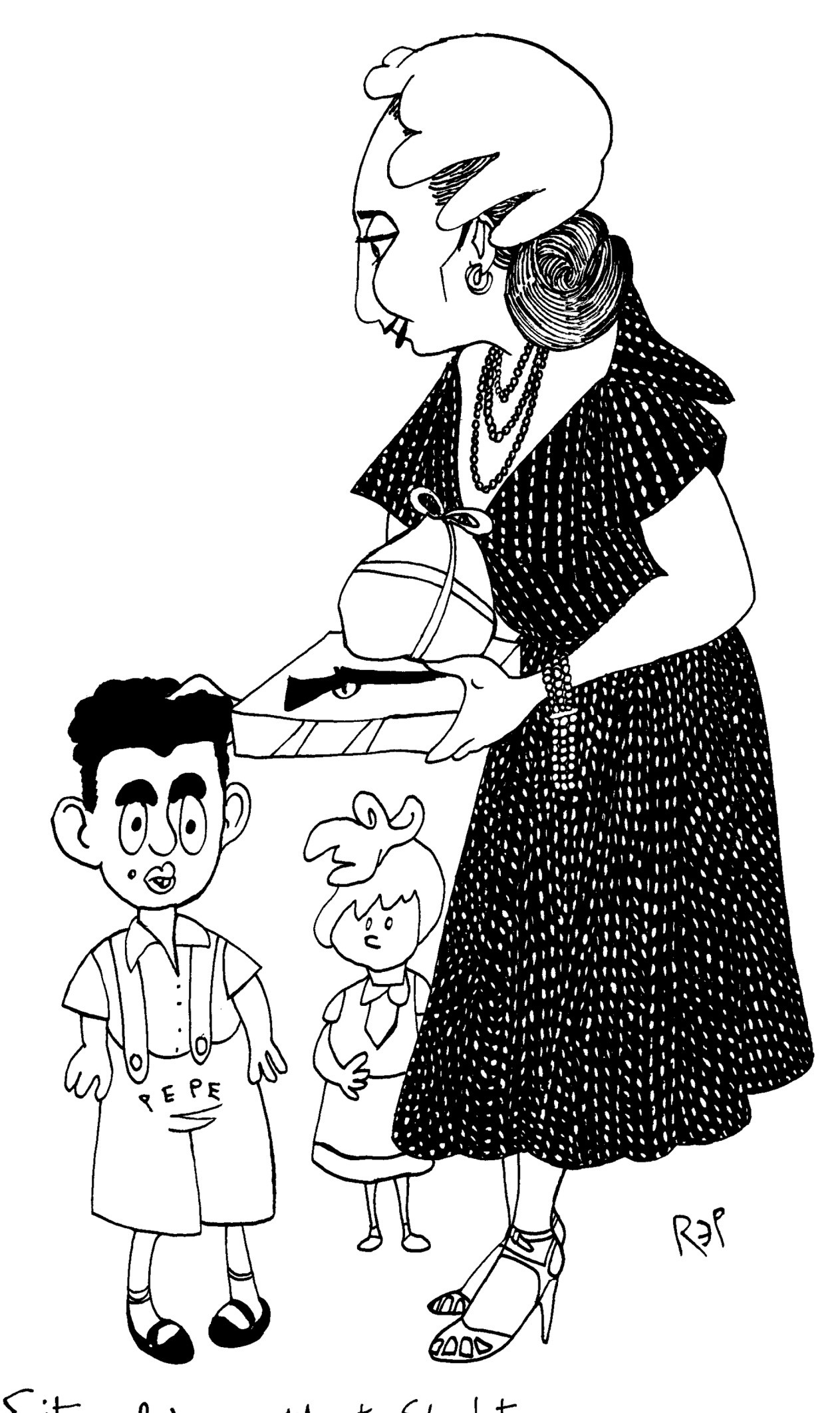
El discurso de Firmenich en Atlanta (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

99 **El discurso de Firmenich en Atlanta (II)**



Evita saluda a Marito Eduardito

Suplemento especial de Página|12

LA VOZ DEL PUEBLO ARGENTINO: "NI IDEA"

Ahora marchábamos por la avenida Maipú hacia Gaspar Campos. Al rato se anuncia que Perón está en la quinta de Olivos y que ahí espera a la juventud peronista para recibirla y "dialogar con ella". Hay varias exclamaciones, varios "Viva Perón" o "Perón o Muerte" o sencillamente "Viva Perón, carajo". Se reanuda la marcha. Vienen las consignas. Hay una tan inolvidable como triste, patética:

Vamos a Olivos
vamos compañeros
vamos a ver a un viejo montonero.

Era bastante tonta. Perón no era un "viejo montonero". Era, sin duda, un viejo. Pero nunca había sido "montonero". Abundando: nadie podía ser un "viejo montonero" porque los Montoneros habían surgido en 1970 y estábamos apenas en 1973. Ni Firmenich ni Perdía eran "viejos montoneros". Además, era demasiado optimista decir eso de Perón, que venía maltratando a la Jotapé desde el 21 de junio. Recuerdo –en la columna que marchaba delante de la que, momentáneamente, había elegido yo– a una chica de piernas gorditas, baja, el pelo largo y rubio. No sólo las piernas tenía gorditas. Era toda gordita. Caminaba con esfuerzo. Ya estaba cansada. Era improbable que llegara a Olivos. Pero se la veía empeñosa. Sin embargo, era triste verla cantar mecánicamente esa consigna absurda. Quería hacer los deberes. Ser una militante. No habría agarrado ni un matagatos en su vida. Trabajaría en algún barrio o en alguna villa. Era muy joven. ¿Habrán matado también a una chica como ésa, tan frágil, tan indefensa, que sólo quiso vivir los años de su juventud en consonancia con la época que le tocó? Ninguna generación pagó tan caros sus sueños de juventud. Ninguna, nunca. Supongo que sus sueños fueron demasiado lejos. Pero esta gordita, pobre ángel. Víctima del huracán de una historia que la agarró tiernita y se la llevó lejos, donde probablemente no quería ir.

Unas cuadras más allá me sucedió uno de los sucesos más reveladores de mi vida. Fumaba, por esos años, unos cigarrillos muy de moda, muy largos también, y caros: *Benson&Hedges*. Se me dio por fumar. Pero no tenía fuego. De modo que salí de la columna y fui hacia un grupo de vecinos que miraban la marcha juvenil. Estaban sentados en la puerta de una casa, tomaban mate y hablaban de todo un poco. Le dije a uno de los tipos –que estaba fumando– si me daba fuego. Dijo que sí. De pronto pregunta:

–¿Por qué están aquí?

Me quedé sin habla. Nunca pensé que hubiera alguien que no lo supiera. Que ignorara la trascendencia histórica de lo que estaba ocurriendo. La mujer que estaba al lado del tipo creyó que la pregunta era para ella.

–Qué sé yo –dijo–. Están aquí desde las nueve. No sé. La verdá, no sé.

–¿Vos sabés? –me pregunta el tipo.

–¿Vos no? –le digo.

–Ni idea. ¿A dónde van?

–Ni idea –le digo–. Me metí entre ellos para ver si me levanto alguna buena mina.

El tipo se ríe. Como si me felicitara, me palmea un brazo y dice:

–Vos sí que la tenés clara.

Volví a la columna.

Ese era el pueblo argentino.

Ese era el pueblo al que la Jotapé invocaba en cada consigna.

Le importaba una mierda lo que estaba pasando. Ma qué Perón ni la Jotapé. ¿López Rega? ¿Qué, es brujo ése? ¿Y eso es tan malo? ¿Qué lo cercó a Perón? ¿A Perón? Pero, ¿ustedes están en pedo? ¿Ese energúmeno lo va a cercar al Macho?

Desde un 5º piso, una abuelita –seguro con Alzheimer agudo– sacudía una bandera argentina.

Las columnas vocearon:

La abuela es montonera
lará, lará, lará.

Fue lo más divertido de la tarde.

"LA CABEZA DEL TRAIDOR DE LÓPEZ REGA"

A Miguel no lo vi más. A Ernesto tampoco. Los del C de O –por suerte– no aportaron. Llegamos a la quinta de Olivos. La rodeamos por completo. Una delegación de la Jotapé fue recibida por el general. Y ahí empezó la embriaguez dionisíaca. Durante una hora o más, rabiosamente, se empezó a rugir una consigna macabra:

Perón, Perón
el pueblo te lo ruega
queremos la cabeza
del traidor de López Rega.

Tal vez no fuera tan "macabra". El lenguaje era indirecto. Era metafórico. Se quería la destitución de López Rega. Eso era pedirle a Perón su cabeza. Fue un error gigantesco. Jamás se le sacaría de prepo una decisión al líder del movimiento. Pedirle que recibiera a la Jotapé era correcto. Pero *imponerle* decisiones de tal importancia como despedir, descabezar a su secretario privado, ministro de Bienestar Social y hombre de confianza era sencillamente demencial. *Era desconocer por completo a Perón*. Los que entraron fueron Juan Carlos Dante Gullo, Miguel Lizaso, Juan Carlos Añón y el Beto Ahumada.

Al saber que una delegación de los nuestros estaba dentro de la Quinta las voces se tornaron más agresivas. Creo que mil páginas más atrás analicé el fenómeno que ahí tuvo lugar. Va de nuevo. Fue un festín dionisíaco. *Dioniso* o menos habitualmente *Dionisios* es el *Baco* de los griegos. Es el dios de la embriaguez. El dios de la pérdida de los límites. También se le suele dar el nombre de *Liber* (libre). Es la libertad que se consigue por medio del vino. Acceder a un estadio imposible en medio de la sobriedad. Es atrevérsele al vino y a sus efectos liberadores. Hoy, en verdad, la pendejada de todo el mundo se metejonea con un dionisismo destructivo hecho a base de pastillas poderosas. Se toma cerveza, pero mucho *Speed*. El *Speed* es infalible. Produce mucha taquicardia. Si tenés presión alta te mata de una embolia. Pero, ¿qué le importa eso al pendejo de un boliche de hoy? Ni lo sabe. Lo que sabe es que se tiene que dar fuerte con éxtasis, fuerte con Viagra, mucha cerveza y *Speed* a reventar. Fuerte con algunos antidepresivos que si te tomás dos te curás de algo, de la depresión por ejemplo. Pero si te tomas diez o quince te volvés loco, caminás por las paredes. Así, podés estar cogiendo durante tres días. Las pibas no le aflojan. De modo que el reviente es mutuo. Entre los griegos las fiestas dionisíacas eran de alegría, de buscar una embriaguez que llevara a una pérdida de los sentidos en busca de una armonía universal caótica pero profunda, que, en su extremo final, fortalecía, daba vida, plenitud. El dionisismo-siglo XXI dice: "No me importa nada. Me cago en todo. Si reviento, reviento. Quiero, por lo menos, coger durante tres días, olvidarme de todo. Que me encuentren –después de buscarme mucho, porque fácil no me van a encontrar– hecho un despojo, una excrecencia, estiércol de fin de semana. Que me lleven a mi casa y me tiren en el living de los viejos y si me putean les voy a decir: 'Cállense la boca. Ustedes creen que están bien pero están peor que yo. Viven en la mentira. Vos, viejo, sos un corrupto. Vos, vieja, una cobarde. Sabés que este garca te mete los cuernos desde que te conoció pero qué mierda te importa si te mantiene, paga todas tus cuentas. Y además vos también –más que de vez en cuando– te tirás tus polvitos por ahí. Y vos Susie, mi pequeña hermanita de primer año de ese colegio privado y ricachón al que te llevan los viejos, mejor te callás. Tengo amiguitos ahí. Y tus petes son legendarios. Codiciados. Célebres. Si Susie no te hizo un pete sos un boludo matriculado. Y no cobrás nada. Ni

cinco mangos. Total, en casa sobra la guita. Pagarías vos por hacer lo que hacés. ¡A callarse, miserables! Soy mejor que ustedes. Me hago mierda pero sé por qué. Porque mi único futuro es seguir en la empresa del viejo y ser un corrupto y arreglar negocios con todos los gobiernos. Hacerme amigo de Agulla. Meterme en las empresas de Lopérfido. Ser como Manzano. No, carajo. Yo, antes de eso, me reviento. Total, ¿hay algo por hacer en este mundo? Si voy ayudar a los pobres, me comen vivo después de violarme hasta por las orejas. Los pobres ya no son pobres, viejo. Son delincuentes, tipos de avería, malos. Nos odian. ¿Por qué nos van a querer si los expulsamos a los arrabales? Marginados, escupidos, víctimas del gran vómito de la sociedad de la opulencia. De la hermosa Buenos Aires. ¡A la mierda con los pobres! No queda nada. Si soy médico, tengo que arreglar con las prepagas. Si arquitecto, con los monopolios del cemento y con todos los putos sindicatos del puto país. Si abogado, con los empresarios ladrones, con los políticos corruptos. Si escritor, un boludo que se caga de hambre. ¡Nada, no quiero ser nada! Quiero morir de a poco. Embriagado, loco, entre cocaína, marihuana, éxtasis, *Speed*, cerveza, rock and roll, heavy metal y polvos desbocados".

UN RITUAL DIONISÍACO ALREDEDOR DE LA QUINTA DE OLIVOS

Los que rodeamos la residencia de Perón, los que gritamos durante una hora y media *Perón, Perón, el pueblo te lo ruega/ queremos la cabeza/ del traidor de López Rega* nos entregamos a un ejercicio dionisíaco. Nietszche amaba estos actos. Desdeñaba a Apolo y amaba a Dioniso. Los griegos, explica en su primera gran obra: *El nacimiento de la tragedia*, "erigieron dos divinidades, Apolo y Dioniso, como doble fuente de su arte" (Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 244). Dioniso no es el dios de la destrucción. *Apolo* es "el dios de la bella apariencia" (Nietzsche, *Ibid.*, p. 245). Apolo posee "aquella mesurada limitación, aquel estar libre de las emociones más salvajes, aquella sabiduría y sosiego del dios-escultor" (Nietzsche, *Ibid.*, p. 245). Apolo es la racionalidad ordenadora, la que llama al hombre a la calma, la que condena el desborde. Pero (atención) cedámosle la palabra a Nietzsche y si este próximo fin de semana o mañana mismo o pasado o *cuando se atrevan* quieren entregarse al arte de lo dionisíaco, escuchen: "El arte dionisíaco (...) descansa en el juego con la embriaguez, con el éxtasis. Dos poderes son sobre todo los que al ingenuo hombre natural lo elevan hasta el olvido de sí que es propio de la embriaguez, el instinto primaveral y la bebida narcótica. Sus efectos están simbolizados en la figura de Dioniso. En ambos estados el *principium individuationis* [principio de individuación] queda roto (...) Las fiestas de Dioniso no sólo establecen un pacto entre los hombres, también reconcilian al ser humano con la naturaleza" (Nietzsche, *Ibid.*, p. 246). Pero no es fácil salir de la experiencia dionisíaca. Increíble: ¡Nietzsche ya había anticipado lo que sienten los pibes de hoy! El éxtasis letárgico, la experiencia de la embriaguez y del éxtasis, abren un *abismo del olvido* que separa el mundo de la realidad cotidiana y el mundo de la realidad dionisíaca. "Pero tan pronto como la primera [el mundo de la realidad cotidiana, JPF] vuelve a penetrar en la conciencia, es sentida en cuanto tal con *náusea*" (Nietzsche, *Ibid.*, p. 259). No es exactamente la *náusea* sartreana, pero Nietzsche ya había dado con la palabra que expresa el sinsentido del "mundo". Nietzsche no es, en vano, uno de los grandes maestros de Sartre. Sigue: "En la conciencia del despertar de la embriaguez ve por todas partes lo espantoso o absurdo del ser del hombre: esto le produce náusea" (Nietzsche, *Ibid.*, p. 259). Qué pensador. Qué maestro de los extremos. Qué valentía. Se le atrevió tanto a la locura que en ella termino hundido, sífilis mediante o no. (*Nota:* No está comprobado que haya sido una sífilis. Karl Jaspers, que era médico, lo niega.)

Así, vivimos nuestra experiencia dionisíaca. Doy mi testimonio. Al principio, en medio de miles de jóvenes, apretujado, prieto entre ellos, me dije: "Esto es una locura. No me voy a entregar". Al rato estaba gritando: "Sí –me dije–, voy a acompañarlos. Volvámonos todos locos. Vamos hacia la embriaguez con alegría y con furia". Luego, agotados, regresamos. Salimos por Libertador. Entre las sombras lo vimos a Julio Troxler.

–Salud, compañero. Gracias.

Julio levantó su mano derecha y saludó con la V peronista. Llegamos a mi Renault. Apareció Atilio. Lo había visto a lo largo de toda la avenida Maipú dándole al bombo. ¡Qué pinta de combatiente tenía! Físicamente era la perfecta antítesis de lo que yo hubiera querido ser. Espaldas anchas, caderas estrechas, culo flaco, piernas largas. Yo, un asco. Espaldas angostas, poca cintura, caderas gordas, culón, patas largas pero gorditas. Carajo, el destino me había venido escrito en el cuerpo: "Vos, gilastro, a los libros. Dejales el combate a otros más dotados". Metimos el bombo en el Renault. Por altoparlantes se anunciaban mentiras: "El general Perón ha recibido a la Jotapé. Entre otras promesas nos aseguró presidir un acto rodeado por toda la potencia masiva y militante de la juventud peronista". Apareció Miguel y se metió en el Renault. Yo seguía sintiéndome una mierda al lado de Atilio. De pronto, como para hablar de algo, Miguel se pone a hablar del próximo número de *Envido*.

–¿Vos qué vas a escribir, José?

–No sé. Algo sobre *Conducción y vanguardia*.

Entonces se produce el milagro. Atilio, desde atrás, pone una de sus poderosas manos en mi hombro.

–¿Vos sos José? ¿El que escribe en *Envido*?

–Sí.

–¿Feinmann?

–Sí.

Y Atilio dice:

–Flaco, ¿vos sabés lo que yo te admiro? Me leo todo lo que escribís.

Carajo, ¿qué importaba entonces tener gordo el culo, estrechas las espaldas, anchas las caderas? Atilio me admiraba igual. No le importaba nada del escracho físico que yo me sentía. Leía mis notas y le gustaban.

–A mí me pareció fantástico cómo le diste al bombo toda la tarde –dije.

–¡Eso no es nada, viejo! Lo importante es lo que hacés vos. Le abrís el bocho a la militancia.

Miguel me miró sonriendo, sobrador, gastándome:

–Se te hizo, José –dijo.

Fue, para mí, lo mejor del día.

A la noche fuimos –con varios militantes más– a la casa de Miguel. Un departamento en Ciudad de la Paz y Congreso, barrio de Saavedra. Por televisión anunciaron lo increíble: Perón había designado como su hombre de enlace con la Jotapé a José López Rega. Era la tocada de culo más espectacular que podía esperarse. Ya vamos a analizar esta jugada táctica del piola de Juan Domingo. "Genial", por supuesto, como todas las suyas.

La Jotapé no se detuvo. La guerra estaba declarada. Ahí, después de la fiesta dionisíaca, fue sometida por la *náusea.* ¿Qué clase de conducción política era ésa? Sí, es cierto. La Jotapé había estado dura. Había buscado imponerle decisiones a Perón. ¿Cómo hacerle eso a Dios? Porque ese hombre se creía Dios. Y aunque sea algo apresurado decirlo, ese anuncio burlón, insultante, ese refregarle por la jeta a la Jotapé la figura del hombre que más aborrecía prefiguraba algo que descubriríamos más tarde. Perón era Luis XIV: *Après de moi, le déluge*. Jugaba a los extremos. Hacía chocar los polos opuestos. Acaso se divirtiera mirando los chisporroteos que provocaba su genio de conductor estratégico. Creo que –desde su retorno– tuvo

una relación enfermiza con la juventud. Condujo mal esa cuestión. Condenó a todos y habría podido liquidar a la conducción y quedarse con los mejores cuadros. No estaban todos locos en la Tendencia. No todos querían volver a los fierros. No todos querían pelearse con Perón porque –sencillamente– era Perón y las masas estaban con él y no con la devaluada conducción de la Orga. He visto casi llorar a militantes como Sergio Puiggrós por los delirios confrontativos de la Orga. ¡Qué historia de mierda! No era necesario que todo saliera tan mal. La Jotapé se había excedido. Lo había presionado. De acuerdo. Mil veces de acuerdo. Pero, ¿López Rega? Eso era puro orgullo. Decir: "Miren, hago lo que quiero. ¿No lo quieren a Lopecito? ¿Quieren su cabeza? Ahí la tienen: al frente de la organización de la Juventud". ¿Por qué no dejó enfriar la situación? Dejar pasar una semana y cautelosamente poner a un político, a un tipo equilibrado que iba a poder hablar con todos y ser bien recibido por todos: Juan Manuel Abal Medina. La diferencia habría sido total. Se habría superado el enfrentamiento. ¿Qué quería Perón? ¿Irritar a la Jotapé? Que los jóvenes cometieran errores, eran jóvenes. Pero que el sabio Padre Eterno les devolviera con la misma moneda, con la misma torpeza, con el mismo orgullo infantil es inaceptable. Eso es cualquier cosa menos conducir el desorden. *Es crearlo.*

Cuando las columnas de la Tendencia se alejan por donde llegaron a Olivos todavía escuchan una alevosa mentira. ¿Por qué los Montos les mentían a sus militantes? "Habrá un gran acto de masas con la presencia del general Perón. Un acto con el poderío movilizador de la Jotapé." Mentira: si Perón se los había dicho dentro de la Residencia (Perón era capaz de prometer cualquier cosa y negarla media hora después) acaso se trató de una mentira inducida por el líder. A las dos horas los militantes se enteran de la verdad desnuda: será el Brujo, cuya cabeza se pedía, el que organizará a la Jotapé. Esto quiere decir algo horrible: la Jotapé –súbitamente– se ha *ampliado*. Ahora pertenecen a ella la Juventud de los Sindicatos, armada con matones y dirigida por un tal Julio Yessi, pariente de López Rega. El Comando de Organización del cadenero Brito Lima, gangster brutal, hombre de choque más que de ideas. Porque ideas, ni una. O sólo una: "Hay que amasijar zurdos, compañeros". La Concentración Nacional Universitaria, un grupo fascista de terrible violencia, capaz de matar en un raid de muerte a nueve militantes de la Tendencia, algo que ya había hecho. Los Demetrios, la JP boba. Guardia de Hierro, con gran formación dogmática, instruida nada menos que por Amelia Podetti que organizará (en ese inolvidable año '73 en que pasaron todas las cosas) un Congreso de Peronismo Ortodoxo y Dogmático presidido por ella... ¡en el Teatro Nacional San Martín ante la mirada cautelosa del ex comunista Kive Staiff! Aterrorizado Kive, sin duda, porque esos teóricos dogmáticos no se parecían a los héroes de Brecht ni a ninguno de los bravos que estaban a las órdenes de Alejandro Nevsky, esa cantata de 1938 con la seducción sublime de la música de Prokofiev. Aquí, los ortodoxos, cantaban la Marcha antes y después de sus delirios verticalistas. Y ahí estaba Amelia, con su inteligencia magnífica, con su formación filosófica opulenta, pero antimarxista y facha. ¡Ay, Amelia, por qué! ¿De dónde sacaste que podrías darle lustre ideológico a una derecha lumpen, grosera, brutal, más cerca de la carnicería asesina que de tus mezclas de Husserl y Heidegger y Kush con el general Perón, al que adorabas? ¿Alguien mató a Amelia en 1979? Mujer cerebral, gordita o más, antifemenina, más bien varonil, deslumbrante pero con demasiados resentimientos encima, no puedo saber si murió de un infarto como se dijo o no. Vivía sola. Porque ése era su destino: vivir sola. Hablarles a auditorios inauditos durante el día e irse a dormir sola a la noche. Descansá en paz. Durante unos años –junto con Guillermina Camusso– trabajamos duro en busca de un pensamiento nacional que no transitara las huellas del jauretchismo, que sólo nos parecían una colección de chistes afilados, que tal vez ofendieran a la oligarquía, pero sólo eso.

En suma, la Jotapé –ahora– era eso: la CNU, la Juventud Sindical, el C de O, Guardia de Hierro, Demetrios y la CNU. Los periodistas rodean al señor Presidente Provisional, el rey de las corbatas, y le preguntan: "¿Recibirá el general Perón a la Jotapé?". Y Lastiri, este hombre que súbitamente estaba donde en su puta vida había pensado estar, con aire reflexivo, de gran estadista, tomaba aire, se inclinaba hacia atrás y respondía: "El general Perón está dispuesto a recibir a la Jotapé. Pero a toooooda la Jotapé". Más claro, agua. Toooooda la Jotapé era la basura que habían inventado para equiparar a la multitudinaria Tendencia con grupos a quienes los Montos llamaban "sellos de goma". Porque sólo eso tenían: el sello para mamarrachear papeles con sus siglas.

Era una guerra. Pero una guerra absurda. Al menos por parte de la conducción de Montoneros. Si el Viejo no les quería dar bola, no se las iba a dar. La mano no venía por el lado de ellos. ¿Por qué no detenerse? ¿Por qué no reflexionar un poco? ¿Por qué no dejarlo gobernar tranquilo a Perón y ver qué pasaba? No, nadie podía detenerse. Todo era veloz, agresivo. Una carrera hacia un desenlace que sólo podía ser fatal. El Petiso Rucci –como víctima de una catarata verbal compulsiva– no paraba de hablar de los zurdos, de los troskos. De Tosco. Al que decía "Trosco". "Infiltrados." "Se pusieron la camiseta peronista." "Se quieren apoderar del movimiento." "Marxistas y no peronistas." "Ni yankis ni marxistas, ¡peronistas!" Los Montos respondían: "Ni yankis ni marxistas, ¡ma-car-tis-tas!". López Rega preparaba la Triple A. Faltaba poco. Balbín decía: "Estoy decidido a trabajar por la unión del país de los argentinos". Hasta el Turco Asís declaraba en *Clarín*: "Qué ola facha se desató, hermano". Ortega Peña decía: "General, Argentina no puede ser una potencia. Esa consigna de la 'Argentina Potencia' está profundamente equivocada. Las potencias se han hecho y se hacen explotando a los países débiles. Siempre ha sido así. Una potencia se hace por medio de la explotación de sus colonias. ¿Qué colonias vamos a explotar nosotros? Tenemos que unir nuestras luchas a nuestros hermanos del Tercer Mundo. Eso sí. Las potencias son imperialistas, general. Y es contra el imperialismo que nosotros luchamos". Frase impecable, inteligente, que todos acompañabamos. (*Nota:* No sé si Ortega Peña publicó esa frase en alguna parte. Lo que transcribo no es textual. Le di su forma más verosímil, que –no creo equivocarme– es fiel, aunque yo la recuerde del espíritu de la época, como "algo" que me dijeron había dicho Ortega.) Pero esa frase era demasiado inteligente, una elegancia, una *finesse* de la filosofía política. A Perón eso le importaba poco y nada. Lo que él había lanzado era una consigna propagandística. Esa idea sin fundamento posible –desde una teoría revolucionaria– será retomada –en un mismo nivel de chantismo– por el slogan *Argentina Primer Mundo* de Carlos Menem, en los noventa. Las dos dicen: vamos a ser lo que las potencias son. Menem era coherente. Pero, ¿Perón? ¿De dónde salía eso? General, ¿no peleábamos contra el imperialismo nosotros? ¿No se formó y se sostiene el imperialismo sometiendo a sus colonias o neocolonias? ¿No es así como funcionan las potencias? ¿No leyó el Prólogo de Sartre a Fanon? ¿No leyó esa frase colosal del gran maestro francés: "Europa se ha hecho a sí misma fabricando esclavos y montruos"? ¿Así vamos a crecer nosotros, fabricando también esclavos, monstruos? ¿Dónde están, quiénes son?

Ortega Peña había publicado –junto con su compañero Duhalde– un libro excepcional: *Felipe Varela contra el imperio británico*. Y ahora sacaba *Militancia*. La perfecta revista de la *alternativa independiente*. ¿Qué era la *alternativa independiente*? Muy simple: aceptar la identidad peronista, que era la del pueblo, pero rechazar la conducción de Perón. Como vemos, apresuradamente y casi sin advertirlo, en eso se está transformando la juventud peronista. En ese PB (Peronismo de Base) con el que tanto polemizó en tiempos en que Perón le daba más cuerda.

HABLA FIRMENICH

El 22 de agosto la Tendencia ataca de nuevo. Se convoca a un acto en la cancha de Atlanta. Asisten entre 40 mil y 50 mil militantes. Impre-sio-nan-te. ¿Podía darse Perón el lujo de perder ese apoyo? A "eso" –en el reto a los diputados de la Jotapé en enero de 1974– lo llamará "un voto". "Nosotros por perder un voto no nos vamos a preocupar", dijo con su menos agradable cara de sobrador, fanfa, y profesional en el arte de guiñar los ojos. ¡Un voto! Toda una juventud se le ofrecía, o estaba disponible para él si la sabía manejar. Si sabía quitársela a una conducción magra, sin grandes luces, sin mayor carisma, menos si se lo medía con el que traía Perón a cuestas luego de años de historia. Luego de ser y seguir siendo el indiscutible líder de la clase obrera. ¡Un voto! ¿De qué voto hablaba? De pronto parecía Balbín preguntando cómo andamos en Venado Tuerto, porque tenía una urna en lugar de cabeza. ¡Qué torpe, Perón! Qué agraviante. ¿A qué venía ese reto por cadena nacional? ¿De qué servía humillar a los diputados de la Tendencia? Obsérvese en esa filmación el respeto con que le hablan los diputados de la Jotapé. Soldados disciplinados, obedientes. Bancándose las humillaciones del comandante en jefe. Perón terminó la reprimenda y, en privado, les habrá dicho a los suyos: "Estos no joden más. Los hice puré". Error, general. Grave error. Seguirían jodiendo. Y hasta le putearían con ganas a su mujer. Mire usted.

No estaba previsto que hablara Firmenich. Se rumoreaba. Pero no era seguro. Sin embargo, sí. El Pepe habló. Yo estaba detrás del palco, apenas a diez metros de distancia. Nunca lo vi mejor, de más cerca. Nunca pude analizarlo con más detalle. Era todo un personaje. Había practicado –se notaba– el arte de la oratoria. Y esa oratoria se parecía a la de Perón.

Empezó diciendo:

"Hoy conmemoramos la muerte de todos nuestros mártires, la lucha de todo un pueblo y el ejemplo de esa revolucionaria que todavía nos sigue iluminando y es la que guía nuestra lucha, la compañera Evita".

Aquí –justo en este punto– le descubrí algo muy hábil, muy efectivo que hacía. Después de una frase fuerte retrocedía dos, tres pasos. Se alejaba del micrófono. Era la señal para el aplauso. Cuando quería cerrar el aplauso caminaba otra vez hacia el micrófono. A veces retrocedía sin buscar el aplauso y –notablemente– la tribuna se daba cuenta. Ahí era como si se tomara un respiro, una pausa necesaria. Luego retornaba al micrófono. Pero esta coreografía, este paso de ballet le daba a su performance una agilidad que deslumbraba. Parecía no estar quieto nunca.

Los cánticos de la militancia fueron esa noche durísimos. Sobre todo los que pedían el asesinato de Rucci. Firmenich dio una respuesta a ese pedido. Ninguna versión del discurso la registra. Pero yo la escuché. La dijo bajo y para la tribuna que tenía a su izquierda, la más combativa, la que más pedía la sangre del señalado como "el traidor": *Rucci, traidor/ a vos te va a pasar/ lo que le pasó a Vandor*. El Pepe, esa noche, tendría para ellos unas palabras, breves pero claras, que los dejarían felices.

Siguió hablando:

"En primer lugar, debemos tener en claro que la revolución que queremos hacer no brota de nuestra imaginación, sino que brota de la realidad objetiva que existe más allá de nuestra voluntad".

Analizaremos este dislate teórico.

Pocas veces alguien inició un discurso con mayores errores teórico-políticos. Si alguien sospecha que el Pepe, de filosofía política, no sabía un pomo, con esta frase le alcanza para confirmarlo. Juramos demostrarlo exhaustivamente.

Colaboración especial
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

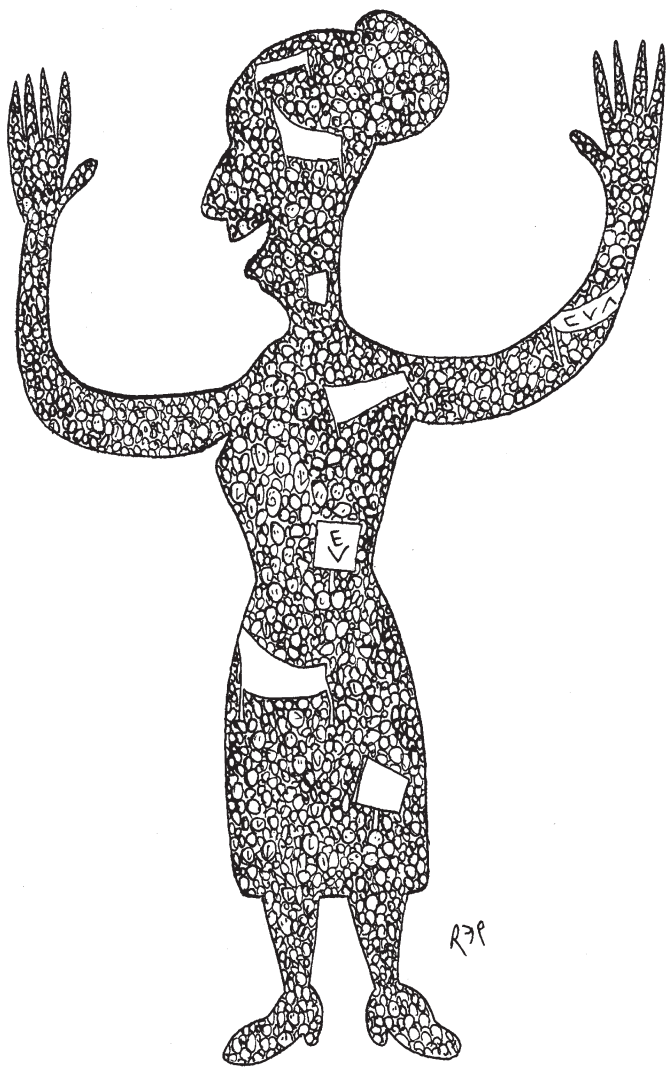
¿Cómo va la salud del General? ¿Cuánto le queda? ¿Quién lo hereda? ¿Se muere y se pudre todo?

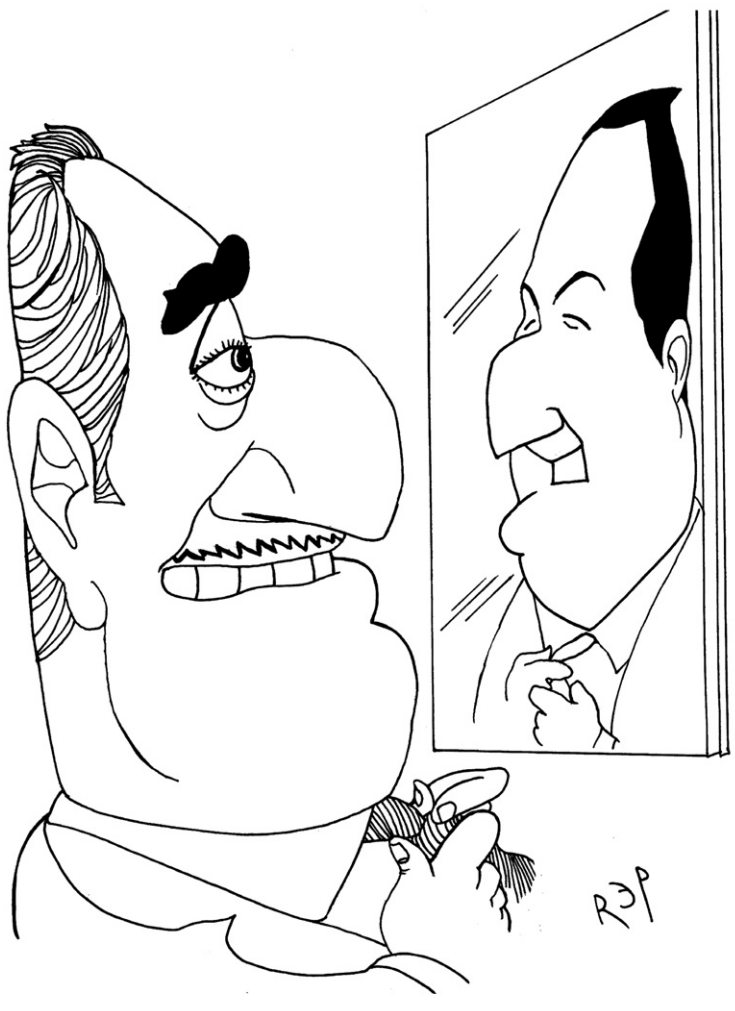
Peronismo

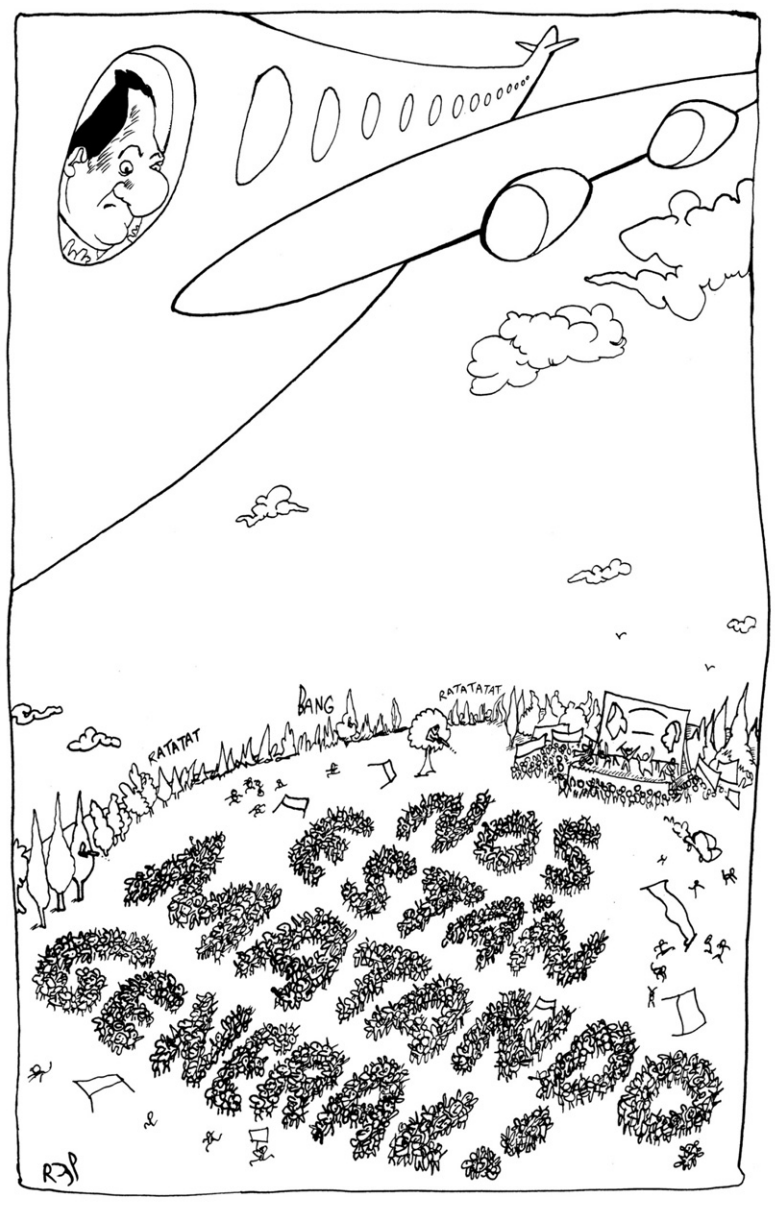
• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

100 Índice (fascículos 1 al 99)







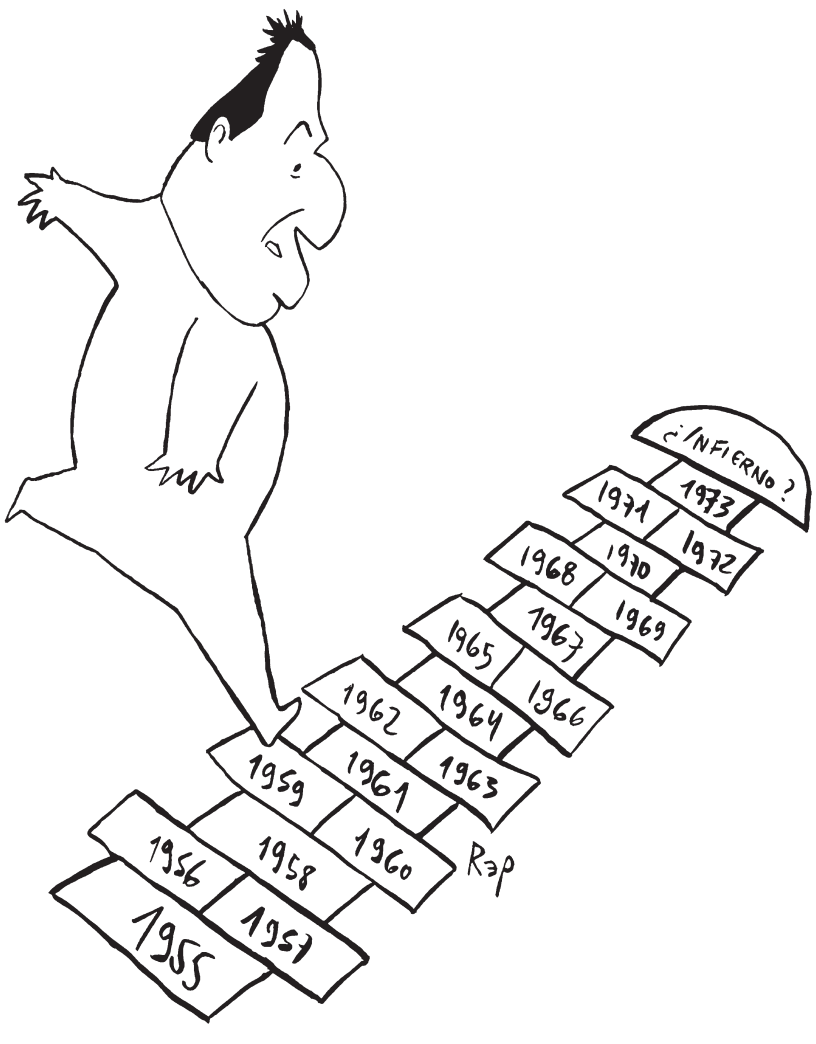
Suplemento especial de
Página|12

Como hemos llegado a los 100 fascículos queríamos destinar el presente a ofrecer a los lectores un índice del trabajo que hemos realizado hasta este momento.

Este *Indice* se propone servir de guía y también otorgar el esqueleto conceptual de cierta metodología errática, no rígida, no lineal, rara mezcla de narrativa y ensayo. Creemos –y lo dijimos– que el peronismo es una materia tan vital, tan atronadora, rugiente, y humana, emocionante o conmovedora, donde se han jugado algunos de los mejores hombres de nuestra patria, que se merece un tratamiento *libre. Absolutamente libre.* Una escritura osada, a veces pendenciera, porque nuestra materia no tiene la calma de las tardecitas santiagueñas sino la furia de los huracanes del Caribe, las traiciones del Conde de Montecristo y la furia fría, implacable de sus venganzas. Un ejemplo único en nuestra historia de un movimiento juvenil formado por cientos de miles de jóvenes esperanzados, sólo comparables a los grandes momentos de la gran obra de Samuel Beckett: *Esperando a Godot*. Tiene un líder sinuoso, que amó o, al menos, le dio una dignidad inédita a la clase obrera. Que fue odiado por la oligarquía argentina y amado por los humildes. Que luego regresó con el látigo fácil para esa juventud que tanto lo había apoyado pero no podía liberarse de su karma esencial, hija de los tiempos que había prendido con inusitada fuerza en esos corazones. Demasiado prendió la violencia en los corazones nobles de la juventud peronista. Y luego: Perón elige el sistema. Un sistema democrático, amplio, que incluya a *todos los argentinos* ("Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino"). Sin embargo, el líder está enfermo. Se va muriendo trágica pero ineluctablemente. Entre tanto, no hace nada por librarse de un entorno criminal que dinamizará a la organización de derecha Triple A, creada bajo su mirada complaciente. Pero el peronismo viene de más atrás. Y el Indice probará esto. Viene desde 1943. Desde que Perón se adueña de la Secretaría de Trabajo y Previsión y se mete con los migrantes. Con esos morochos despreciados por la oligarquía, por la clase política y hasta por el sindicalismo tradicional.

Aquí está el Indice. Si ustedes lo leen atentamente desentrañarán la estructura y la ambición de la obra. Esa ambición se adueñó del autor y lo llevó mucho más lejos de lo que todos esperaban. Sobre todo él. Afortunadamente el diario lo respalda y seguiremos adelante. Al menos hasta el fin de la dictadura militar.

JPF



1 Prólogo - Introducción

2 Hacia el primer gobierno de Perón
Las migraciones internas: Los “cabecitas negras” como sujeto político

3 Hacia el primer gobierno de Perón
Perón, un estudio sobre la construcción de poder

4 Los libros sobre el peronismo

5 Cuestiones de método: el umbral de la conciencia política

6 La caída de Perón

7 Peronismo y catolicismo

8 El bombardeo del 16 de junio

9 El concepto del aniquilamiento

10 Conducción política y economía

11 Discurso en la Bolsa de Comercio

12 La distribución del ingreso

13 Discépolo y el peronismo

14 Eva Perón

15 Eva Perón (II)

16 Eva Perón (III)

17 Eva Perón (IV)

18 Eva Perón, “Mi mensaje”

19 “Sectarios y excluyentes”

20 Ideología del golpe de 1955

21 Ideología del golpe de 1955 (II)

22 Ideología del golpe de 1955 (III)

23 “Libro Negro de la Segunda Tiranía”

24 Los libros de la Libertadora

25 Los asesinos de escritorio

26 Sabato, el hombre sensible de la Libertadora

27 Borges y la Libertadora

28 Documentos de la Libertadora

29 Fenomenología del fusilamiento

30 El horizonte de la desperonización

31 Operación Masacre

32 Julio Troxler, una tragedia argentina

33 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso

34 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (II)

35 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (III)

36 John William Cooke, el peronismo que Perón no quiso (IV)

37 Los 18 años de lucha

38 Onganiato y Cordobazo

39 El ajedrez madrileño de Perón

40 El Cordobazo, pueblada y organización

41 Ernesto “Che” Guevara, la teoría del foco insurreccional

42 El foco y el movimiento de masas

43 El acontecimiento Aramburu

44 El acontecimiento Aramburu (II)

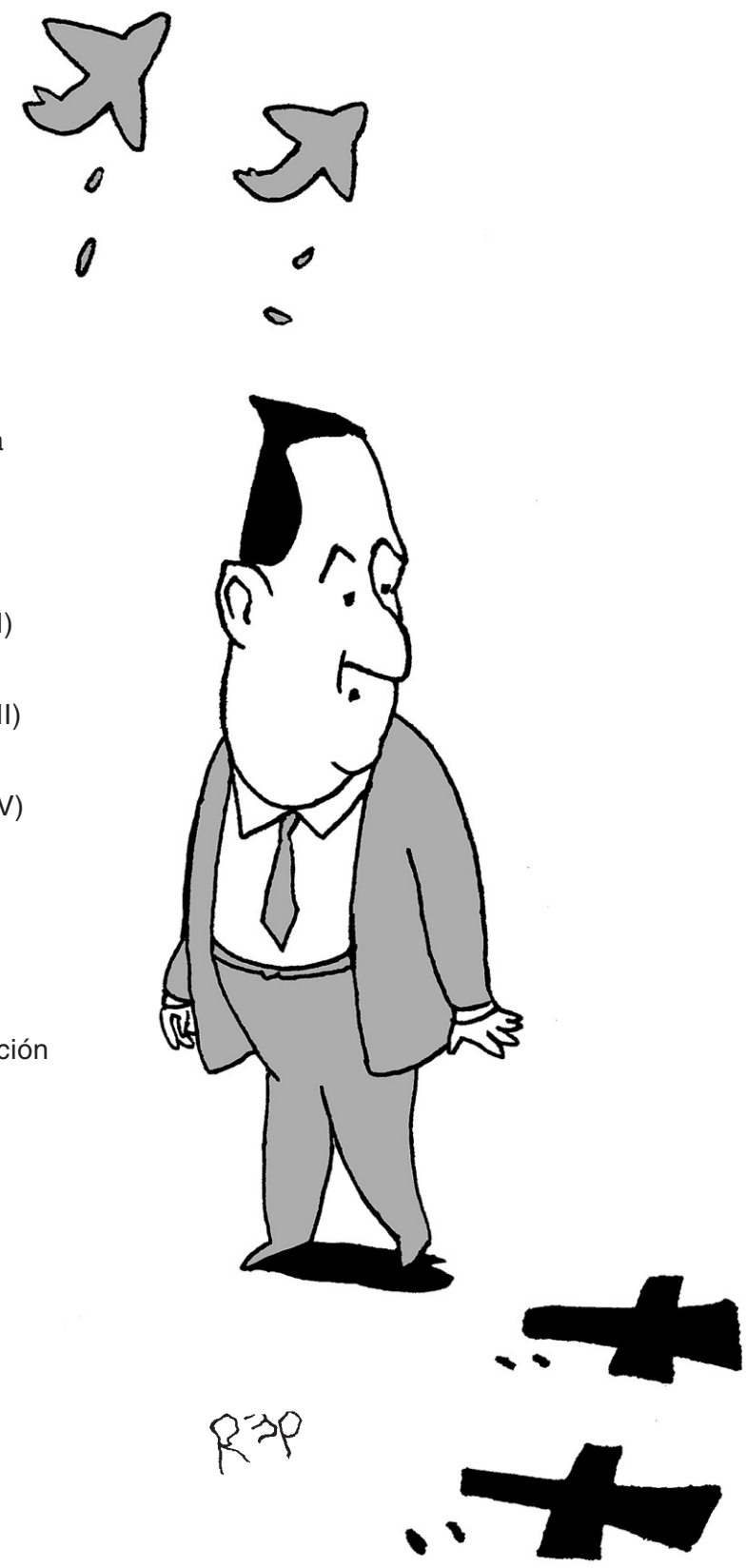
45 El secuestro de Aramburu

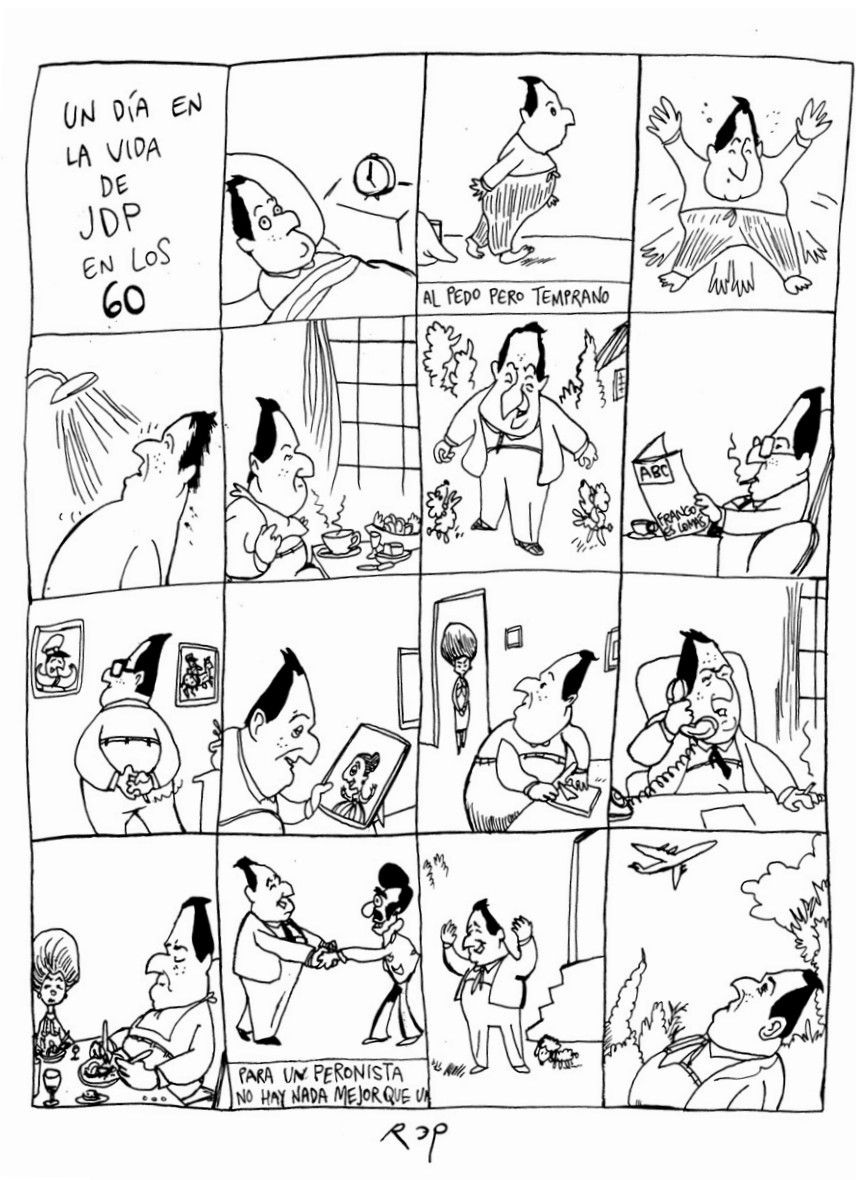
46 El secuestro de Aramburu (II)

47 El secuestro de Aramburu (III)

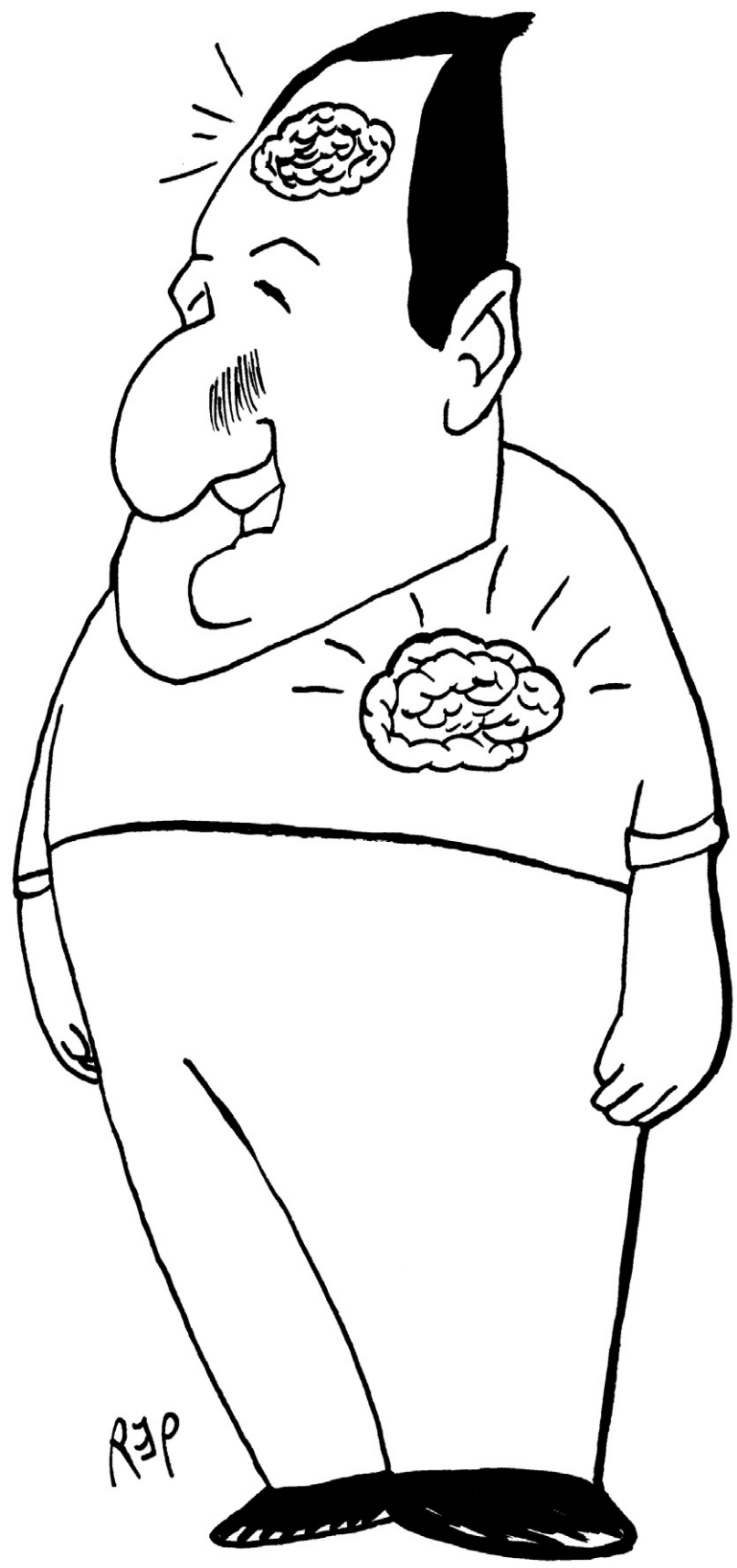
48 El secuestro de Aramburu (IV)

49 El secuestro de Aramburu (V)





50 El secuestro de Aramburu (conclusión)
51 Consideraciones teóricas sobre "El secuestro de Aramburu"
52 Las dos vertientes de la Juventud Peronista
53 Las dos vertientes de la Juventud Peronista (II)
54 Las "genialidades" del Viejo
55 "Vuelve Perón, flaco"
56 "La Casa de Gobierno cambió de dirección"
57 Fanon y Perón, ¿un solo corazón?
58 Hacia el primer regreso de Perón
59 "Actualización política y doctrinaria para la toma del poder"
60 Trelew, la prefiguración de lo porvenir
61 El paraguas de Rucci como concepto
62 El Día de la Militancia
63 "Buenos días, General, su custodia personal"
64 "Buenos días, General, su custodia personal" (II)
65 Gaspar Campos era una fiesta
66 Cámpora, el elegido de Perón
67 Cámpora, el elegido de Perón (II)
68 ¿Quería Perón ser presidente en noviembre de 1972?, ¿podía evitarlo?
69 Fenomenología de la lealtad
70 Deleuze y Perón
71 Cercanías de la Plaza del 25
72 Cercanías de la Plaza del 25 (II)
73 Cercanías de la Plaza del 25 (III)
74 La Plaza del 25: el cielo por asalto
75 La metáfora de la casa tomada
76 Cámpora presidente / Libertad a los combatientes
77 La primavera camporista
78 La primavera camporista (II)
79 La primavera camporista (III)
80 La primavera camporista (IV)
81 El discurso de Righi a la policía
82 Camporismo y cine
83 Camporismo y cine (II)
84 Camporismo y cine (III): La Patagonia rebelde
85 Camporismo y cine (IV)
86 ¡¡¡Ezeiza!!!
87 ¡¡¡Ezeiza!!! (II)
88 ¡¡¡Ezeiza!!! (III)
89 ¡¡¡Ezeiza!!! (conclusiones)
90 La muerte del "Padre Eterno"
91 La muerte del "Padre Eterno" (II)
92 Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información"
93 Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (II)
94 Contrainsurgencia, "sin tortura no hay información" (III)
95 La Doctrina Francesa, el Ejército Argentino y las guerrillas en América latina
96 "El Viejo nos cagó, compañeros"
97 "Que nadie lo discuta, López Rega hijo de puta"
98 El discurso de Firmenich en Atlanta
99 El discurso de Firmenich en Atlanta (II)



PRÓXIMO DOMINGO

¿Cómo va la salud del General? ¿Cuánto le queda? ¿Quién lo hereda? ¿Se muere y se pudre todo?

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

101 **¿Cómo va la salud del General?**
¿Cuánto le queda?
¿Quién será su heredero?
¿Se muere y se pudre todo?

Suplemento especial de
Página|12

LA MUERTE EN LAS CONSIGNAS

Desde el tinglado construido en Atlanta Firmenich les habla a los suyos. Son los suyos. Montoneros –a esta altura– es por completo la organización hegemónica de la Tendencia. Pregunta: ¿cómo 12 o 40 tipos se adueñaron de un movimiento masivo de cientos de miles de militantes políticos? Y aquí hay que decirlo descarnadamente. La militancia no era una enorme colección de pendejos inútiles que no elegían, no pensaban por su cuenta, no se entregaban *a sus más fervorosas pasiones*. La pasión de la época era la violencia. Las consignas lo decían, lo venían diciendo desde hacía tiempo: Desde el *Duro duro duro/ vivan los Montoneros que mataron a Aramburu*. Hasta *Vengaremos a los muertos de Trelew*. O *Trelew, ni olvido ni perdón. Fusiles y machetes por otro 17. Sánchez, Sallustro, al pueblo le da gusto*.

Sigamos, pero otorgando a cada consigna su espacio propio. No queremos amontonarlas. Son la prueba de algo definitivo en el cuadro trágico general de esta época ardorosa:

Montoneros/ FAR Y ERP/ con las armas al poder
Tupamaros, MIR y ERP/ con las armas al poder
FAR y Montoneros son nuestros compañeros. Esta consigna era voceada hasta el agobio en los actos. Lo fue en Atlanta

Aquí están/ éstos son/ los soldados de Perón
ERP/ERP/ERP/morir o vencer
Cuba/ Cuba/ Cuba/ el pueblo te saluda
Seguí robando patrón/ seguí robando
que los obreros te vamo' a reventar
Paredón/ paredón/ para todos los gorilas que vendieron la nación
Lucha/ lucha armada/que viva el Che Guevara
Qué lindo, qué lindo que va a ser/ patrones bajo tierra/ obreros al poder (Recordar aquí al cavernícola de López Aufranc diciéndole al preocupado padre del economista del Proceso Walter Klein: "No se preocupe. Esos 23 delegados de Acindar ya están bajo tierra". Trágicamente, las consignas se daban vuelta. Las amenazas se volverían contra los amenazadores.)

Qué lindo/ qué lindo que va a ser/burgueses fusilados/ obreros al poder
El pueblo armado/ jamás será aplastado
Montoneros/ FAR Y ERP/ con las armas al poder
Con los votos al gobierno/ con las armas al poder
Cuba/ Vietnam / China/ la tormenta se avecina (Analizaremos la impropiedad estratégica de esta consigna. Era delirante. La Argentina no era Vietnam. No era China. Ni menos era la afortunada Cuba, una "excepcionalidad" completa. Pese a que el Che Guevara la postulara como "vanguardia de la lucha contra el imperialismo". De aquí viene el gran equívoco de la guerrilla sudamericana. Lo veremos en Hobsbawm. Lo desarrollaremos también nosotros. Y si a alguien le duele, si alguien se ofende, ¿qué suponen que nos pasa a nosotros? ¿Que narramos con felicidad las causas profundas del fracaso de una generación latinoamericana? Tratamos de que no vuelva a producirse.)

Ya van a ver/ ya van a ver/ cuando venguemos a los muertos de Trelew
A la policía/ le quedan dos caminos/
unirse con el pueblo/ o ser sus asesinos
Que cumpla el diputado/ que cumpla el concejal
si no los Montoneros los vamo' a cargar
Que cumpla el diputado/ que cumpla el concejal
si no los montoneros los vamo' a reventar
Cinco por uno no va a quedar ninguno/
Tenemos los fusiles del 141
Atención/ atención/ atención/ atención
toda la cordillera va a servir de paredón (La palabra "paredón" era célebre en la época. Se refería a los muy numerosos fusilamientos de la Revolución Cubana. "A ése, paredón" era una condena a muerte.)

Seguidilla de consignas a raíz del golpe en Chile:

Allende/ Allende/ el pueblo te defiende
Guevara/ Guevara/ el pueblo se prepara
Fuera de Chile/ fuera de Argentina/
fuera los yanquis de América latina
Yo tengo fe que Chile va a ganar/
yo tengo fe que Chile va a ganar/
y va a romperle el culo a la junta militar (Respondía a una canción bastante pelotuda de Palito Ortega: "Yo tengo fe". Hecha demagógicamente para el espíritu de la época. Era: "Yo tengo fe que todo cambiará". Algo así. Palito quería entrar con el pie derecho en los nuevos tiempos. Pero la siguiente consigna que citamos ya revela el trágico fin de don Salvador Allende, esa gloria de América, ese hombre digno y valiente.)

Allende, Allende/ no se suicidó/
lo mataron los yankis/ la puta que los parió
Perón/ fusiles/ para el pueblo de Chile (Con esta dan ganas de llorar, sin más. Perón ni se jugó por Allende. Ni condenó el golpe en Chile. Ni Balbín lo hizo. Y a todos los chilenos que llegaron aquí exiliados se los trató como a delincuentes. Se los maltrató. Se los controló sin piedad. Y a los peores los devolvieron. A la muerte, a la tortura. Perón quería quedar bien con Pinochet y con la CIA. Poco después (los dos vestidos de militares) se encontrarían de un modo casi clandestino. Sergio Bufano se anima a decir que ahí nació el "Plan Cóndor". Yo no. Pero no deja de tener sus ángulos de racionalidad lo que propone).

Rucci traidor/ a vos te va a pasar/ lo que le pasó a Vandor
(Muy utilizada en el acto de Atlanta del 22/8/1973. Es la consigna que el Pepe responderá.)

Rucci/ traidor/ saludos a Vandor
Rucci/ carajo/ contame cómo crecen rabanitos desde abajo (Esta es una obra maestra del humor macabro. Más sarcástica y más cruel difícil que haya otra.)

Duro/duro/ duro/
viva los Montoneros que mataron a Aramburu (Es la más clásica de las consignas montoneras. Se voceó en todas concentraciones juveniles. Nunca me gustó. Contiene una obscena celebración de la muerte. Define a la Orga por la muerte de Aramburu. Dice "mataron". Adhiere a los Montoneros porque "mataron". Le cantan "vivas" por el simple hecho del crimen. Es duro festejar con júbilo la muerte de alguien. Sea quien fuere. La muerte no es objeto de júbilo. Pero era así. La "muerte" no tenía el peso que la muerte tiene. Era un elemento más del juego político. Terrible: porque esa generación descubriría la muerte y el horror de la muerte de la peor manera. El cántico sobre Aramburu juró ser vengado. La crueldad, la bestialidad de los campos fue, en gran parte, una venganza, un castigo. La explicitación de un odio irrefrenable al que se había demorado en poder dar cauce. Tenían que pagar los ejecutores y los adherentes. De aquí el salvajismo de la represión. Más el increíble sadismo constitutivo de los milicianos con que esa represión se encaró. De las patotas.)

Con los huesos de Aramburu/ vamo' a hacer una escalera
con los huesos de Aramburu vamo' a hacer una escalera/
para que baje del cielo nuestra Evita montonera/
eah, eah, eah, eah, eah, eah, eah, ehaé (Cito esta consigna como acápite de mi novela *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*. "Desde el punto de vista psicológico, cabe advertir que la macabra alusión a los huesos del ex presidente desnudaba un fenómeno inquietante: la violencia no como algo externo, sino como parte constitutiva de la subjetividad de los Montoneros." (*La política en consignas, memoria de los setenta*, Compilador: César Tcach, Homo Sapiens Ediciones, Rosario-Santa Fe, Argentina, 2003, p. 53. Gran trabajo de Carlos Tcach. La mayoría de las consignas está tomada de este exhaustivo aporte. Felicitaciones.)

Lacabane/ Lacabane/ ya te queda poquitito/
porque todos los obreros te rompemos el culito (Consigna muy explícita contra el sanguinario brigadier Lacabane, que instaura en Córdoba la Triple A. Admirado y exaltado por Mariano Grondona en su *Meditación del elegido,* donde dice que López Rega es "de la estirpe de los Lacabane y los Ottalagano". Parece que en los '90 Grondona se arrepintió de ese escrito –*Meditación del elegido*–. ¿Después de todos a los que debe haber contribuido a mandar a la muerte? Nadie se puede "arrepentir" de algo así. Si las cosas fueran de este modo, mañana se arrepiente Videla. O Jaime Smart. O Alberto Rodríguez Varela. O Díaz Bessone. Volviendo a la consigna: sin duda revela una marcada preferencia por el sexo anal. Pero no en la modalidad del "placer" sino en la de la destrucción. El "culito" no se penetra con la aquiescencia gozosa del receptor, sino que se "rompe". Seguramente sin su consentimiento y con su humillación.)

PRECISIONES TEÓRICAS

Detengámonos ahora reflexivamente en el pasaje del discurso del Pepe que habíamos prometido analizar:

"En primer lugar, debemos tener en claro que la revolución que queremos hacer no brota de nuestra imaginación, sino que brota de la realidad objetiva que existe más allá de nuestra voluntad".

Ninguna revolución brota de una "realidad objetiva". Ninguna revolución está más allá de la "voluntad revolucionaria" por llevarla a cabo. Si justamente el libro de Anguita y Caparrós se llama *La Voluntad* es porque quiere remachar este ineludible componente de la militancia revolucionaria. Sabemos que lo primero que se discute ante una situación histórica pre-revolucionaria o revolucionaria es si "las condiciones están maduras para hacerla". Esto nunca puede ser científicamente determinado. Una revolución no es una ciencia exacta. De serlo, ninguna fracasaría. Siempre hay que hacer una evaluación cuidadosa entre las fuerzas propias, las fuerzas enemigas y la coyuntura histórica que se afronta. Acaso el momento del devenir (nunca necesario, ni prefijado) de la historia se encuentre óptimo para lo que podría ser un levantamiento revolucionario. Pero, ¿lo están las fuerzas propias? ¿Está la "voluntad revolucionaria" apta para asaltar la historia y sorprenderla en un momento objetivamente favorable? Tiene que haber una confluencia de hierro: la que se establece entre el devenir histórico y la voluntad revolucionaria. No están separados. La voluntad revolucionaria ha trabajado intensamente para abrir las condiciones de la revolución. De modo que siempre esa voluntad tiene incidencia en la historia. Lo que llamamos el "punto óptimo" o el "punto maduro" de una revolución suele responder a un arduo trabajo de la voluntad revolucionaria sobre la realidad histórica. La historia –de por sí– no crea "condiciones objetivas". Ningún régimen contrarrevolucionario se suicida. Hay una perfecta frase de Cooke: "Un régimen nunca cae solo, siempre hay que voltearlo" (*Peronismo y revolución*). Si nunca cae solo es porque hay que erosionarlo. ¿Con qué? Con la militancia. Con la voluntad revolucionaria. Uno de cuyos ingredientes fundamentales es la *imaginación.* Revolucionario sin imaginación, revolución ciega. Hay un delicado cálculo, una necesaria justeza. Hay un equilibrio exquisito, un punto tal vez único y fugaz en que hay que emplear la fuerza. *Ese es el momento revolucionario*. Bien, si volvemos sobre la frase de Firmenich veremos su insuficiencia: ¿qué significa que la revolución "brota de la realidad objetiva que existe más allá de nuestra voluntad"? Como afirmación filosófica pertenece a un marxismo rancio que hace de la conciencia un reflejo de la "realidad objetiva". Falso. Eso está más cerca de Engels que de Marx. Incluso que de Lenin. La "realidad objetiva" es la materia prima sobre la que trabaja la conciencia revolucionaria. En principio porque es parte de ella. No hay una conciencia por un lado y una "realidad objetiva" por otro. Estamos en medio de la "realidad objetiva", hundidos en ella. Arrojados en ella. Mejor así. Es entonces *desde* ella que trabajamos. Si no fuéramos parte de la realidad objetiva no podríamos transformarla. La "conciencia" es realidad objetiva. La conciencia toma la forma de la imaginación y se propulsa con la voluntad. La voluntad es la esencia de nuestro proyecto de cambiar las cosas. Quiero cambiar porque desde mi presente, por medio de mi arrojo temporal sobre la "realidad objetiva", visualizo un futuro en el que las cosas pueden ser mejores. Desde ese futuro retorno al presente y lo descubro intolerable. Aparece aquí la voluntad: hay que cambiar esto por medio de la praxis. Aquí ya estoy en la militancia revolucionaria. Me vuelvo otra vez sobre la "realidad objetiva". ¿Es este el momento de cambiarla? ¿Sí, no? Hay otros frente a mí. Esos "otros" no quieren darle a la "realidad objetiva" el curso que yo quiero darle, pues ellos son los que se benefician con el curso actual. Tendré que derrotarlos. Pregunta fundamental: *¿Con qué poder cuentan*? ¿Puedo atacarlos o debo esperar? ¿Cómo los ataco? ¿Armando un movimiento de masas por medio de un laborioso trabajo de base o iniciando las acciones desde un foco revolucionario, un foco guerrillero que (confío) aglutinará a las masas, tal como Debray y el Che enseñaron? ¿Cómo se hace una revolución: con la movilización de las masas o con la voluntad guerrera de un grupo que –al conocer las leyes de la historia– es capaz de aplicarlas y ser la vanguardia del proceso revolucionario, al que más tarde o más temprano se unirán las masas? Este fue –en una apretada síntesis, trabajo que conviene hacer de tanto en tanto para llevar luz sobre ciertos puntos esenciales– el planteo de los movimientos revolucionarios en la década del 60. Impulsados por una interpretación equivocada de la Revolución Cubana que la redujo a la voluntad revolucionaria original de 12 guerrilleros que derrocaron a un régimen sanguinario, aceptando luego las teorizaciones de Guevara-Debray sobre el poder galvanizador de la guerrilla y la teoría del foco que propugnaba el comienzo de la revolución desde ese foco para ir sumando luego a las masas, creyendo por completo en la teoría de la Revolución Cubana como vanguardia de la lucha por la liberación en América latina en contra de las teorías de los "excepcionalistas" –como los llamó Guevara– que advertían que la experiencia cubana había sido, precisamente, "excepcional" y que ya no se daría porque el imperialismo estaba híper preparado para nuevas experiencias socialistas, una generación de jóvenes acudió a las armas. El ejemplo lo dio el propio Guevara en Bolivia. Su estrepitoso, trágico fracaso, en lugar de ser asumido como tal, como una grave advertencia, se transformó en un grito de libertad, en un martirologio heroico que obligaba, que *comprometía* a seguir ese camino. Ni la destitución planificada por Kissinger, Nixon, la CIA y el Ejército chileno que aniquiló a Salvador Allende hizo vacilar a las guerrillas que siguieron un camino que –en su final– se parecería más a un destino elegido para seguir el martirio del Che que a la búsqueda de un triunfo revolucionario. Entre tanto, seguía resonando a lo largo de toda América la voz de Fidel Castro: "Sean como el Che. Sean como el Che". Lo fueron.

CONDENA DE MUERTE PARA RUCCI

Perón lució más consciente de los peligros de la situación latinoamericana. Si puso el freno no fue por contradecir o irritar a los Montoneros, sino porque vio en Allende su cercano destino si no se comportaba con prudencia *ante una situación estratégica que había cambiado por completo.* Para la Jotapé, la caída de Allende sólo sirvió para montar más movilizaciones y cánticos de venganza. Muy pocos advirtieron que era el momento de poner seriamente las barbas en remojo. Seguían pensando –muy mal ilustrados por sus conducciones– que peleaban contra la burocracia sindical, el C de O y el maldito Brujo. Que el Brujo era la CIA. No, la CIA era mucho más que el Brujo. Increíblemente más. Pero aquí, en nuestro país, ni siquiera hizo falta la CIA. El Ejército estaba fuertemente preparado. Nadie había escuchado la advertencia de Miguel Hurst, que se la dijo a unos pocos compañeros y que aun en caso de poder decirla a las masas juveniles no habría logrado éxito. Se lo habría acusado de derrotista y hasta de contrarrevolucionario. Miguel había dicho: "Ojo, que aquí todavía el Ejército no se puso en serio contra la guerrilla". Si dedicamos tanto espacio para estudiar la contrainsurgencia fue para mostrar hasta qué punto se preparaba para hacerlo. Para meterse a fondo contra la guerrilla. Una vez que lo hizo la liquidó fácilmente. La disparidad de fuerzas era inmensa. Algo que aniquila por completo la "teoría de los dos demonios". Algo que cubre de indignidad a los militares: por su innecesaria crueldad, por su exageración del poder del "enemigo" en busca de una excusa para reprimir a todos los sectores de la sociedad, sobre todo a los obreros, a todo el espectro del cuerpo social ubicado del centro a la izquierda.

El resto del discurso de Firmenich no tuvo errores y hasta mostró una comprensión amplia de la situación política. Aquí, aún, los Montos elegían una política de acercamiento. De apartar o guardar los fierros. De aceptar que si las masas estaban con Perón, ellos se habían metido en el movimiento precisamente por eso. Negar la fundamentación de la identidad política de las bases era negar aquella decisión. Aceptarla era aceptar a Perón. ¿Cómo pelearlo a Perón en tanto el "pueblo peronista" no diera muestras de desagrado? El colapso sobrevendrá cuando la Orga (con gran miopía) decida que *Ella es el pueblo peronista. (Aserrín/ aserrán/ es el pueblo que se va* es la consigna que el 1 de mayo del año siguiente marcará esta decisión.) Entre tanto, Firmenich acepta el Pacto Social y hasta dividir la renta nacional con la burguesía: 50 y 50 ("Fifty, fifty"). Esto es un golpe muy fuerte para la izquierda revolucionaria y para los sectores de izquierda de la Orga que piden *todo*. ¿O no es eso la revolución?

Sigue Firmenich: "El General Perón plantea una estrategia que nosotros admitimos. Es la estrategia del Frente antiimperialista para desarrollar este momento; pero no tiene sentido esta

alianza de clases si no está conducida por la clase trabajadora.

"La clase trabajadora solamente puede, entonces, conducir hasta las últimas instancias este proceso si está verdaderamente organizada y su conducción de la alianza de clases también es organizada.

"Esta es la necesidad. Debemos ver la realidad de hoy... El imperialismo a este proyecto le tiene miedo, pero el miedo no es zonzo, por eso ya ha comenzado a lanzar una estrategia para aniquilarnos. Estamos viendo continuamente, lo leemos en todos los diarios, cómo nos van cerrando, estamos viendo cómo rodean nuestro país y también llegarán adentro, y ya están un poco adentro." Correcto el señalamiento de la acción del imperialismo. Correcto no focalizarlo en los grupos de derecha del movimiento, aunque ellos también lo encarnen. Correcto hablar de "cómo nos van cercando". Que rodean el país. Ese es el verdadero cerco. No el que se inventaron *para salvarlo a Perón de López Rega*. "López Rega es la CIA. Por eso Perón lo tiene cerca", este dislate se decía por todas partes. Algunos lo tomaban en joda. Incorrecto decir que "también llegarán adentro". ¿También? ¿Cuándo? ¿En algún momento? Mejora al decir: "Y ya están un poco adentro". Acaso sea imposible pedirle a la conducción que les diga a los militantes el verdadero y total peligro al que se enfrenta. Espantarían a muchos. Pero la conducción tiene que saberlo. Santucho lo confiesa en julio de 1976 (moriría apenas días más tarde y su organización ya estaba casi destruida): "Nos equivocamos (...) en subestimar el poder de las Fuerzas Armadas al momento del golpe" (Cfr.: Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*, ed. cit. p. 19. Cierto pero demasiado tarde. ¿Habían alguna vez evaluado *seriamente* ese poder? Tal vez no. Y era razonable. Ya el Che les había señalado que no importaba el poder del enemigo. Que estaba formado por mercenarios. Por ahora, sólo esto: un mercenario bien adoctrinado vale tanto como el más idealista de los combatientes. Y también más: porque está mejor equipado, mejor entrenado y su odio y su crueldad y su falta de moral son más profundos. El mercenario tiene menos "consideraciones de humanidad" que el miliciano. Y ya se sabe la máxima de Clausewitz: "Cualquier consideración de humanidad os hará más débiles que el enemigo. La guerra la gana el que mejor sabe olvidarlas".)

Seguimos con el discurso de Firmenich. Creemos que hay en él una fuerte participación del Negro Quieto. De aquí su solidez. No es que le neguemos méritos en esto al Pepe. Fue un momento inspirado, por decirlo así. Pero Roberto Quieto fue el personaje más inteligente y mejor formado de la guerrilla en la Argentina. Tal vez por ello haya aflojado en la tortura. Todos los tipos inteligentes tienen mucha imaginación. Y al torturado su imaginación le sugiere impiadosamente todos los horrores que le esperan. Incluso le sugiere más, de frondosa que suele ser. "No hay ninguna unidad posible sin la participación del Pueblo organizado. Hay un segundo elemento que está en estrecha relación con esto que estamos diciendo: se trata del pacto social. El pacto social podemos decir que es un acuerdo, o debería ser un acuerdo que formaliza la alianza de clases, pero regido y gobernado por la clase trabajadora..., así debería ser. Pero en la actualidad el pacto social no refleja eso porque en la constitución de esa alianza los trabajadores no tienen representantes... Porque tienen allí, en la CGT, una burocracia con cuatro burócratas que no representan ni a su abuela." *Aquí se produce un suceso muy importante*. No todas las transcripciones del discurso lo transcriben. Porque son transcripciones de gente que no estuvo esa noche en Atlanta. No así Roberto Baschetti, que da una fiel versión de lo ocurrido. Lo voy a contar yo: la tribuna izquierda de la cancha de Atlanta desbordaba de militantes fragorosos. Hacía rato que venían cantando las consignas más duras. Cuando Firmenich dice: "Una burocracia con cuatro burócratas que no representan ni a su abuela" estalla el ya tradicional *Se va a acabar/ se va a acabar/ la burocracia sindical.* Pero en seguida es reemplazado por: *Rucci, traidor/ a vos te va a pasar/ lo que le pasó a Vandor*. La pasión con que la consigna se vocea va in crescendo. Firmenich debe interrumpir su discurso. Otra vez la pregunta: ¿qué fascinación había con la muerte? No eran combatientes, eran militantes. Sin duda habría algunos del espacio de los fierros. Pero era sobre todo la militancia juvenil la que allí estaba. Y su vociferación era rabiosa, interminable. Entonces –casi obligado o porque era imposible no dar alguna satisfacción a tanta exigencia, lo cual es lo mismo– Firmenich dice:

–Estamos en eso.

Yo no pude escuchar más. La atronadora ovación de festejo silenció todo. Baschetti da una versión más completa:

Firmenich: "Compañeros: Esa consigna refleja verdaderamente lo que estamos diciendo... no existe la más mínima posibilidad... El tiempo..." (*La frase que sigue se pierde en la ovación.*) (Roberto Baschetti, *Documentos,* 1973-1976, volumen I, *De Cámpora a la ruptura*, ed. cit., p. 166.) En suma, esa noche, en Atlanta, se pidió la muerte de Rucci y Firmenich se la concedió a sus bases desbordadas. Cuando dice: "Esa consigna refleja verdaderamente lo que estamos diciendo" es una aflojada. *No era eso lo que estaba diciendo.* Decir que en la CGT hay cuatro burócratas que "no representan ni a su abuela" no es decir que se los va a matar. Más aún cuando la Orga no había vuelto a tomar las armas y hasta estaba dispuesta a participar del Pacto Social. Perdía también lo dice así: "El principal orador fue Firmenich. Eludió el enfrentamiento directo con Perón. (*Esto es absolutamente cierto y es un gran mérito del discurso de Firmenich,* JPF.) Pero exigió que el gobierno cumpliera con los objetivos votados por el pueblo. Habló de "enderezar el proceso", planteó la necesidad de institucionalizar el Movimiento y en el orden interno fortalecer la JTP.

"Diferenciándose de un sector de los asistentes, hegemonizado por el Peronismo de Base (PB), que reclama 'todo el poder para los trabajadores', reivindicó el 'fifty-fifty': el 50% del PBI y consolidación de un frente social con plena participación en el gobierno para los trabajadores." Se desata una guerra de consignas. Los sectores más duros de los Montos y los de la izquierda que asistieron al acto putean enfurecidos contra este "fifty-fifty". ¿Qué es eso de darle a la burguesía un 50%? ¡*Todo el poder para los trabajadores*! Perdía marca la difícil encrucijada de la conducción de Montoneros: de un lado les decían "infiltrados", de otro les reprochaban no responder a las necesidades de la clase obrera, no ser "maximalistas" sino "reformistas", "nacional-burgueses" (Roberto Perdía, *La otra historia, testimonio de un jefe montonero*, ed. cit., p. 190).

LA SALUD DE PERÓN

Hay un tema que Firmenich no menciona. No se lo mencionaba en público. Pero todos hablaban de él. ¿Cuánto viviría Perón? ¿Estaba realmente *muy* enfermo o solamente un poco? ¿Era cierto el diagnóstico de Cossio y Taiana? ¿Podría gobernar? Si moría, ¿quién lo heredaba? ¿La conducción de reemplazo, como pensaban ser los Montoneros? ¿El entorno siniestro de "la familia"? Firmenich señala su desacuerdo con la candidatura de Isabel para las próximas elecciones: "Otro punto, otro aspecto, por el cual se materializa, o se debería materializar la unidad nacional, la unidad del 80% de todas las fuerzas contra el imperialismo, es en la faz política, en la superestructura política. Hemos dicho en reiteradas ocasiones que estos sectores sociales que hemos descripto y que objetivamente constituyen un frente, que debe ser conducido contra el imperialismo, están políticamente en tres superestructuras que se han presentado en los últimos comicios, que son el Frente Justicialista de Liberación, la Unión Cívica Radical y la Alianza Popular Revolucionaria. Nosotros creíamos, de acuerdo a la conducción que venía desarrollando el General Perón, que en esta nueva elección tal vez se aprovecharía la oportunidad para materializar y efectivizar una mejor unidad y ampliación de lo que era el *Frejuli*, tal vez con una fórmula mixta... La fórmula no es mixta, pero el primer término es la máxima aspiración por la cual hemos luchado estos 18 años y han muerto todos los mártires que hoy hemos conmemorado aquí.

"El segundo término de la fórmula, es decir, la candidatura vicepresidencial, a nosotros un poco nos desconcertó. Primero porque creemos que la vicecandidatura de Isabel crea fisuras contra la constitución del Frente y por lo tanto va a impedir, o puede llegar a impedir, esta unidad contra el imperialismo.

"En segundo lugar porque como candidatura del Movimiento pensamos que no era lo más representativo de estos 18 años de lucha.

"De todos modos el objetivo es Perón Presidente, por lo tanto esa es nuestra consigna. Tenemos que asistir a esta próxima campaña electoral levantando, si esta se concreta, la posibilidad de nuestra máxima aspiración y además la única posibilidad en el inmediato y corto plazo de revertir el proceso que acabamos de describir". Durante este trayecto del discurso las puteadas contra Isabel Perón fueron abrumadoras. Y más aún la consigna: "No rompan más las bolas, Evita hay una sola". Recuerdo, una vez más, la consigna que nuestro compañero de *Envido*, Santiago González, le inventó a la clase media tomando como modelo la de los montos: "No rompan las pelotas/ queremos pagar en cuotas". Conjeturo que todavía sigue vigente.

Otra vez no entré en el tema centralmente anunciado. La salud de Perón. Sin embargo, era necesario desarrollar estas temáticas. Las prometidas: *¿Cómo va la salud del General?, ¿cuánto le queda?, ¿quién será su heredero?, ¿se muere y se pudre todo?*, no dejarán de tener respuestas. Al cabo, estos suplementos están lejos de terminar. Luego de un tiempo volverán en forma de libros voluminosos, tal vez temibles. Pero –ojalá– necesarios. Lo que ya vemos, lo que nada puede ocultarnos, es que el peronismo es un relato poderoso y grande. Un gran relato. Más allá de que uno adhiera o no adhiera a él. Algo que no es fácil. ¿A qué se adhiere, a qué no? Hay tantas cosas, hay tanta riqueza. Hay tantas caras. Eso que se le reprocha –su falta de identidad– quizá sea la forma más profunda de su desbordante riqueza. De su exceso de realidad. Queda claro que va más allá de la figura del propio Perón. Incluso el simple hecho de no poder ya en varias oportunidades llegar a lo anunciado en los fascículos revela –más que mi propio desborde, que lo asumo– el del peronismo. El de la temática abordada. Que parecería no tener fin. Porque ha sido la *forma* en que la realidad se manifestó en nuestro país desde 1943. Pronto hará 70 años. Toda forma histórica es caótica y sobredeterminada, lo sabemos. No sólo el peronismo se manifestó en estos setenta años. "Lo verdadero es el delirio báquico en el que ningún miembro escapa a la embriaguez", sabemos que dijo Hegel. Pero el peronismo fue el que menos escapó. Bien, entonces definamos: el peronismo es la empecinada persistencia del delirio báquico, de la embriaguez argentina.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Documentos

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

102 **Documentos (I)**

Suplemento especial de
Página|12

"'EL VALOR POLÍTICO DEL FUSIL'"

Entrevista a Mario Eduardo Firmenich, publicada en *El Descamisado*, Nº 17, 11 de septiembre de 1973. En Baschetti, Roberto (comp.) *Documentos 1973-1976* (Vol. I, "De Cámpora a la ruptura"), La Plata, De la Campana, 1996.

A la salida de Gaspar Campos, *El Desca* entrevistó brevemente a Mario Firmenich, que junto a Roberto Quieto fueron los gestores por las organizaciones político-militares FAR y Montoneros de la entrevista del General Perón con Juventud Peronista y otras agrupaciones juveniles peronistas.

El dirigente montonero Firmenich se refirió fundamentalmente a los resultados de la reunión del sábado pasado.

"Esto nos muestra a nosotros lo siguiente: no existe ningún Consejo Superior de la Juventud Peronista, ya que el General expresó claramente que la unidad de la Juventud la deben encarar las distintas agrupaciones existentes dentro de la rama juvenil, poniéndose de acuerdo entre sí de modo directo. Para ello ofreció a los dirigentes de Juventud Peronista las oficinas de la calle Córdoba.

Otro elemento importante es la materialización de lo que el General ya ha expresado acerca de que se acabó el dedo, la digitación. *Esto quiere decir que la unidad de la Juventud se va a lograr por el procedimiento electoral, para lo cual hay que confeccionar desde ya el padrón, siendo ésta la mejor manera de que los dirigentes sean verdaderamente representativos*."

–¿Cuál sería exactamente la mecánica de organización de la rama juvenil?

M. F.: Habría que constituir una junta electoral que surja del acuerdo de los distintos nucleamientos y cuyos únicos objetivos sean los de confeccionar ese padrón y garantizar elecciones absolutamente libres.

–¿Por qué cree que el General Perón ha preferido pivotear sobre las organizaciones político-militares FAR y Montoneros para llamar a esta reunión y no hacerlo a través de quien figura como representante juvenil en el Consejo Superior, Julio Yessi?

M. F.: Respecto a Julio Yessi, cuando le preguntamos al General por él, nos dijo que no sabía quién lo había nombrado. En esa oportunidad nosotros con Quieto le dijimos que no representaba a nadie y que la actividad de la Juventud Peronista pasaba por los representantes de las siete regionales y por las otras agrupaciones juveniles peronistas. Como hechos concretos comentamos las movilizaciones efectuadas desde el 21 de julio en adelante, la constitución de la coordinadora de juventudes políticas en torno de la Juventud Peronista y la actividad para apoyar la campaña en donde no figura Julio Yessi, salvo con su presencia en la gira de Isabel Perón, donde tiene una representación individual.

Respecto a por qué el General nos ha llamado antes a nosotros para convocar luego a esta reunión, tenemos una interpretación propia. Creemos que se puede deber al hecho de que, por el puesto de lucha que las organizaciones político-militares ocupamos en el dispositivo del Movimiento contra la dictadura, lo que nos ha significado en compañeros muertos, torturados y encarcelados y por la política que expresamos durante esa lucha, se ha creado un espacio de cientos de miles de compañeros que adhieren y simpatizan con sus frentes específicos. Este reconocimiento por parte de los compañeros de la Juventud Peronista creemos que ha sido la causa para que el General nos encargara convocar a esta reunión.

–¿Hasta ahora las organizaciones político-militares FAR y Montoneros se han caracterizado por expresarse militarmente a través de la guerrilla urbana. ¿Esta gestión de ustedes implica un cambio de método en el accionar político de estas organizaciones?

M. F.: La guerrilla es sólo una de las formas de desarrollar la lucha armada, es sin duda el más alto nivel de lucha política. Este método se desarrolla cuando objetivos políticos no pueden ser alcanzados a través de las formas no armadas de la lucha política. O sea que la guerrilla no es una política en sí misma sino un método para desarrollar una política en circunstancias determinadas.

Nosotros siempre hemos sostenido que esta guerra es integral, para repetir al General Perón, que se hace en todo momento, en todo lugar y de todas formas. Nos definimos por esta forma de pelear como organizaciones político-militares; siempre nuestro fin fundamental ha sido y es un objetivo político; en las actuales circunstancias en que estamos pasando de la consigna de "*Perón Vuelve*" a "*Perón al Poder*", nos encontramos en un cambio de etapa que obliga a un cambio en los métodos.

–¿Esto quiere decir que ustedes abandonan las armas?

M. F.: De ninguna manera: el poder político brota de la boca de un fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento, como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento. En tanto no haya sido destruido el poder del imperialismo y la oligarquía, debemos prepararnos para soportar o afrontar el próximo enfrentamiento. Un elemento fundamental para garantizar este triunfo es la organización popular masiva a fin de cumplir el concepto del General Perón de "Nación en armas", dispuesta para cualquier respuesta ante cualquier agresión imperialista. Chile es un ejemplo que nosotros no debemos repetir de esa agresión ejercida contra un pueblo desarmado.

■■■

"AL SEÑOR YERNO LASTIRI"

Solicitada del ERP 22 de Agosto, publicada en *Clarín* el 11 de septiembre de 1973. En Baschetti, Roberto (comp.) *Documentos 1973-1976* (Vol. I, "De Cámpora a la ruptura"), La Plata, De la Campana, 1996.

Usted, señor Lastiri, al que nadie votó o eligió para el cargo de Presidente que desempeña, cuyo único "mérito" es ser yerno reaccionario del brujo y no menos reaccionario López Rega, se permitió dictar un decreto por el cual para publicar solicitadas en los diarios es necesario dar diez firmas y los correspondientes certificados policiales de domicilio. De esta manera pretendió Ud. impedir a las organizaciones revolucionarias la posibilidad de comunicarse masivamente con el pueblo.

Al ERP 22 le tiene sin cuidado lo que personajes como Ud., sin ninguna representatividad, pero hábiles en los casamientos, puedan dictar como decretos aprovechando el puesto al que treparon. Por eso hoy no publicamos una sino tres solicitadas utilizando para ello un método guerrillero.

Para su consuelo y curiosidad, le dejamos aquí los diez nombres de guerra de los compañeros que "firman" estas solicitadas. Los certificados de domicilio pídaselos a su ministro del Interior.

Saludos a su suegro. Pídale que le mande desde Argelia una receta de yuyos para el dolor de estómago que tendrá Ud. después de leer esto. Hasta nunca.

ERP 22 de Agosto

Pedro, Pocho, Betti, Pancho, María, Negra, Gordo, Aníbal, Mongo y Aurelio.

■■■

"PERÓN CLARIFICA: 'QUIEN ESTÉ EN OTRA TENDENCIA DIFERENTE A LA PERONISTA, LO QUE DEBE HACER ES IRSE'."

Entrevista con diputados peronistas opuestos a las reformas al Código Penal. Residencia de Olivos. Enero de 1974

Publicado en *Las Bases*, Nº 79, 29 de enero de 1974. En Baschetti, Roberto (comp.) *Documentos 1973-1976* (Vol. I, "De Cámpora a la ruptura"), La Plata, De la Campana, 1996.

Perón: Muy bien, señores, ustedes pidieron hablar conmigo. Los escucho. De qué se trata.

Diputado: Señor General: nosotros queríamos hablar con usted antes de hacerle entrega de un comunicado que hemos sacado repudiando el atentado de Azul. Queremos señalarle nuestros conceptos con respecto a la modificación del Código Penal. La nuestra no es una postura en contra de dicha modificación. Tenemos algunas dudas con respecto a la misma.

Estamos de acuerdo en la necesidad de que nuestro gobierno popular tenga realmente un aparato de seguridad y una legislación de seguridad del Estado popular, pero vemos que algunos de los considerandos no tienen mucha claridad en torno de pautas técnicas legales y políticas. Queremos con los compañeros diputados de la juventud escucharlo a usted y además expresarle nuestra voluntad para sumarla al llamado que usted hizo al pueblo argentino para transitar el camino de la reconstrucción y liberación nacional en paz y felicidad para el pueblo. Eso es, fundamentalmente, el aspecto sobre el cual queríamos conversar con usted.

La prensa distorsionó un poco el aspecto de nuestra postura. En el bloque hemos planteado, con los compañeros peronistas, la necesidad de una mayor discusión para que tampoco tengamos, en el aspecto formal, enfrentamientos con los sectores opositores del Parlamento que hasta ahora vinimos trabajando en conjunto y en forma bastante profunda.

Vemos en ese sentido la necesidad de poder dar con ello una discusión para que esta misma ley de defensa del Estado popular sea realmente una legislación que salga en forma unánime del conjunto del Congreso de la Nación Argentina.

Nosotros aplicamos objeciones a uno o dos artículos y queremos escucharlo a usted, Señor General. Por eso le hemos pedido esta entrevista y lo hemos molestado en la actividad que usted está desarrollando.

Perón: Por lo que veo se trata de un problema interno del bloque. No es un problema que escape al mismo. Ahora, es indudable que en los grupos colegiados existe una norma ante la cual funciona y fuera de la cual no debe funcionar. Los grupos colegiados tienen su discusión interna; el concepto de la tarea misma legislativa lo impone, por eso existen los bloques. ¿Cuál debe ser la norma dentro de los bloques? Eso no se discute. Cuando se está en el bloque se acepta lo que el bloque haya decidido en conjunto. Esa es una cosa que se debe cumplir, no se puede destruir la unidad del cuerpo colegiado; no se puede proceder de otra manera. Ese es un problema interno del bloque y tengo entendido que lo han discutido dentro del bloque.

Diputado: En realidad nosotros planteamos la necesidad de una discusión de este tema en concreto, es decir, de la modificación del Código Penal, no sólo en una discusión dentro del bloque, sino también en cuanto a una discusión de todos los aspectos ante funcionarios del Poder Ejecutivo.

Nosotros insistimos no sólo en discutir en profundidad dentro del bloque el problema de la modificación de la ley penal, sino que también lo hicimos en cuanto a la necesidad de conversarlo –teniendo en cuenta el lapso que se planteaba, del 24 de este mes–, nuevamente en los niveles del Poder Ejecutivo, es decir, con el Ministerio del Interior y con el Ministerio de Justicia. Deseábamos eso con el objeto, justamente, de tratar de ajustar una serie de aspectos con relación a los cuales teníamos algunas serias dudas. De todos modos estas dudas no están referidas al propósito ni al conjunto de la modificación o a la necesidad de modificación del Código Penal, sino que se vinculan con algunos de esos puntos que quedan insertados en el proyecto de ley.

Ese propósito nuestro de discutirlo en el bloque y de conversarlo, inclusive con el Poder Ejecutivo, se nos vio frustrado simplemente por una votación que nos cerró las puertas a la posibilidad de proceder de esa manera. Ese es el problema.

Perón: Yo tengo entendido que hasta han concurrido ministros al bloque para tratar este asunto.

Diputado: Concurrieron para hablar con el presidente de la comisión. Hay una comisión especializada interna permanente.

Perón: Esto se ha tratado en el bloque y se ha votado.

Diputado: Se votó simplemente si nosotros podíamos discutir el tema. Y se votó que no podíamos discutirlo.

Pedrini: En el bloque no se pueden votar de ninguna manera los proyectos del Poder Ejecutivo, lo que se votó fue la conveniencia o no de que comparecieran en el bloque los tres ministros, esto es, de Justicia, de Interior y de Defensa, y el bloque resolvió que no era necesario, porque en realidad los tres ministros habían tenido una reunión con el presidente de la Cámara, con el suscripto, presidente del bloque, y con los presidentes de las comisiones Penal y de Justicia. Esa fue la resolución del bloque.

El bloque de ninguna manera podía ponerlo a votación. Se analizó el proyecto artículo por artículo, dándose las explicaciones del caso en las dudas que había.

Los compañeros de la juventud tienen problemas en dos artículos de la ley, que son Asociación Ilícita y Configuración del Delito.

Perón: Entonces, las consideraciones son sobre la configuración del delito. Esa es una tarea del juez, el que hace la configuración del delito de asociación ilícita es el juez. Nosotros no podemos pensar en que ya la ley va a ir configurando los delitos de asociación ilícita. Eso es una enormidad; esa es una tarea para el juez. Lo que no esté claro en la ley será el juez el que lo interprete. Yo no lo considero una dificultad porque eso ya se ha discutido entre nosotros, en el Poder Ejecutivo. En cualquiera de esas circunstancias, el delito lo configura el juez, no nosotros. La ley no configura un delito, la ley enuncia un delito y sanciona ese delito. Quien debe configurar el delito e imponer la sanción correspondiente es el juez.

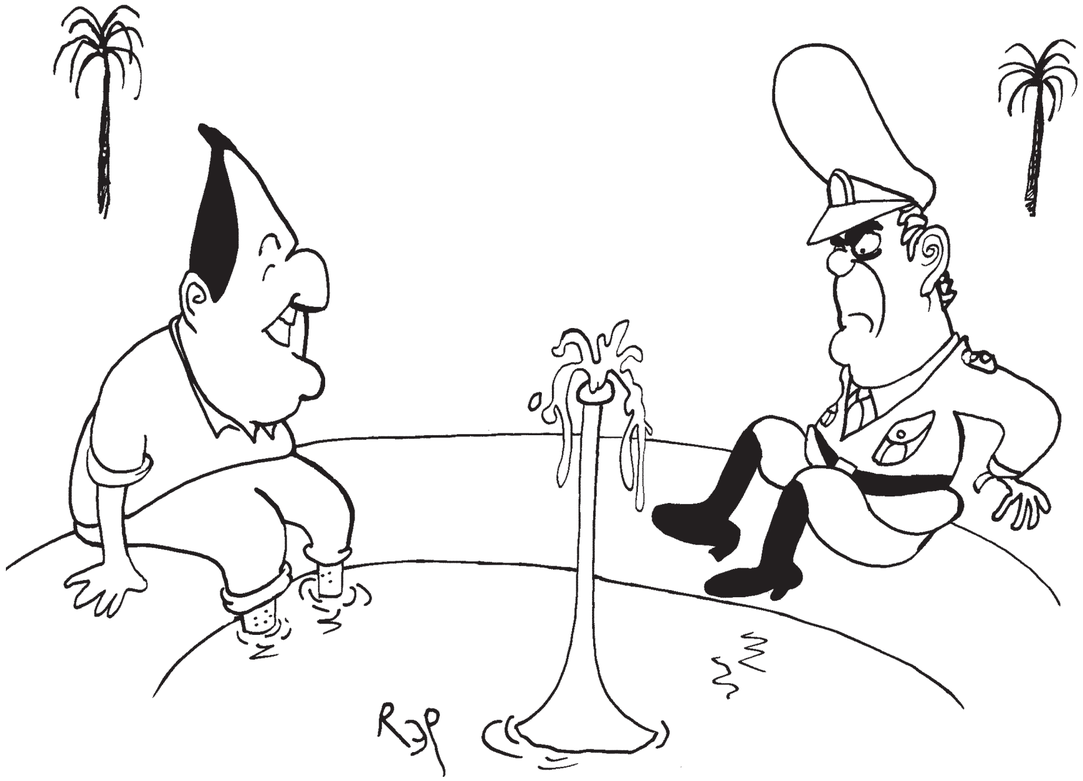
Diputado: Con relación a esta figura de asociación ilícita, nosotros pensamos que la justificación que se hace en el proyecto es excesivamente ambigua, están desdibujados los contornos de la figura penal y permite incluir dentro de este tipo de asociación ilícita un sinnúmero de situaciones.

Perón: Pero si no cometió el delito... en una emboscada de esta naturaleza asesinando a las personas que están tranquilas y en paz. Ahora bien, si esto no implica la necesidad de ser enérgicos a través de la ley, no estaremos jamás respetando la ley desde que la pedimos.

El Poder Ejecutivo pide esta ley porque la necesita. Hay treinta asaltos que justificarían una ley dura; sin embargo hasta ahora hemos sido pacientes, pero ya no se puede seguir adelante, porque de lo contrario la debilidad nuestra será la que produzca la propia desgracia del país, que es lo que queremos evitar.

Ahora bien, hablando con toda franqueza, indudablemente no le veo razón a ninguno de los argumentos que vienen exponiéndome para la defensa de la ley. Eso será por la tarea de discutir y buscar triquiñuelas en las cosas. No; aquí hay un fin, el medio es otra cosa.

Diputado: Pero la asociación ilícita podría venir por el solo hecho de estar agrupado en una asociación que no esté legalmente reconocida. Como puede suceder con una agrupación que recién se integra en un sindicato o en una agrupación de base política.



Perón: ¿Pero, dónde está el delito...? Por otra parte, esa es la tarea del juez y no de la ley, porque asociación ilícita puede haber en todas las gamas de la delincuencia. Pero todo eso es competencia de los jueces. Nosotros no podemos hacer de jueces. El delito lo configura el juez. Para eso tenemos Cámara y Suprema Corte de Justicia. De manera que ponernos a hacer una ley configuraría un todo, esto es, configurar todos los delitos de asociación ilícita que existen, y que son infinitos.

Todo aquel que se asocie con fines ilícitos configura el delito. Ahora, quien debe determinar si el fin es lícito o ilícito es el juez. Para eso tenemos jueces. Por otra parte, no es el objeto mío conversar sobre estas cosas, porque no corresponden a mí. Toda esta discusión debe hacerse en el bloque. Y cuando el mismo decida por votación lo que fuere, ésta debe ser palabra santa para todos los que forman parte de él; de lo contrario, se van del bloque. Esa es la solución.

En esto se debe actuar de la misma manera que actuamos en el orden político. Nadie está obligado a permanecer en una fracción política. El que no está contento, se va. En este sentido, nosotros no vamos a poner el menor inconveniente. *Quien esté en otra tendencia diferente de la peronista, lo que debe hacer es irse*. En ese aspecto hemos sido muy tolerantes con todo el mundo. El que no está de acuerdo o al que no le conviene, se va.

Pero en ese caso representa ni más ni menos que al movimiento. Lo que no es lícito, diría, es estar defendiendo otras causas y *usar la camiseta peronista*. En esto hay que proceder con la mayor seriedad porque se trata de cosas trascendentes para el país.

En este momento, con lo que acabamos de ver, que una banda de asaltantes que invoca cuestiones ideológicas o políticas para cometer un crimen, ¿ahí nosotros vamos a pensar que eso lo justifica? ¡No! un crimen es un crimen cualquiera sea el pensamiento, o sentimiento, o la pasión que impulse al criminal. Siempre que hay voluntad criminal es un delito y eso lo tiene que penar la ley, no nosotros.

Recurrimos a esto porque estamos en un momento crítico para el país, cuando vemos que estos señores en la mayor impunidad y porque no hay con qué sancionarlo, se largan al ataque.

Nosotros estamos en la necesidad de contar con una legislación fuerte para parar lo que se está produciendo, que es también fuerte, y a grandes males no hay sino grandes remedios, que es lo que nosotros necesitamos. En este momento se está asaltando en nombre de no sé qué cosa. Si hasta han tomado ciudadanos; ya los ciudadanos no tienen la seguridad que el Estado tiene la obligación de dar, porque no hay sanción en las leyes para este tipo de delitos, que son nuevos.

¿Cómo es posible que todos los hombres que tengan armas estén amenazados de ser tomados por bandas de delincuentes que se dicen de una tendencia o de otra?

No interesa la tendencia, interesa el delito que cometen. No sé, yo no veo otra solución para estas cosas.

Señores: yo estoy totalmente de acuerdo con el bloque que ha resuelto eso. Ahora, lo que hay que hacer después de eso sólo ustedes y cada uno de ustedes lo debe resolver.

El bloque tiene la obligación de proceder así. No porque haya disidencias dentro de un bloque, éste va a hacer lo contrario de lo que disponga la mayoría. Para eso se hacen los bloques: para que sea la mayoría la que decida. Y si la mayoría dispone, *hay que aceptar o irse*. No hay otro término medio. O se acepta lo que dice el bloque o que lo abandone.

Nadie está obligado a permanecer dentro de él, absolutamente nadie, porque este es un acuerdo de todos. Si el bloque resuelve que hay que hacerlo, hay que hacerlo, y el que no quiere hacerlo, se va. Que es lo que ha pasado y pasará siempre en estas disidencias.

Nadie, por muy importante que sea, puede pretender imponer su voluntad a los demás, sobre todo, cuando la voluntad de los demás es mayoritaria y cuando se ha ido voluntariamente a la formación de un bloque. Para mí este no es un asunto de discutir la ley, no; aquí hay otra cosa.

Como político ya veo que se puede conducir muy bien esto. El que no está de acuerdo, se va. *Por perder un voto no nos vamos a poner tristes*. Pero aquí debe haber una disciplina. Y si ésta se pierde, estamos perdidos.

Es así como yo veo el problema y como debo comentarlo.

Diputado: Yo quiero ratificar nuestra decisión, que es una decisión no sólo ética, moral y muy sentida, sino también en el plano político, que es la de permanecer y contribuir en la medida de nuestras posibilidades a la tarea común del peronismo, por una simple razón: *porque somos peronistas y no otra cosa*. En este sentido y partiendo de una concepción que creo que usted comparte, porque nos lo ha dicho, sostenemos que el mejor éxito de la tarea de conjunto es la contribución y el aporte que todos podamos hacer.

En alguna medida nosotros nos hemos sentido, si usted quiere disculparme la palabra, un poco limitados en nuestra posibilidad de contribuir al proceso porque en los planteos en nuestro sector no ha habido lugar para que nosotros podamos contribuir en forma positiva, por una serie de razones que son largas de explicar.

Perón: Ese es un cargo que lo tiene que hacer al presidente del bloque. **Diputado:** De todas maneras, a pesar de esas situaciones, nosotros ratificamos nuestra intención de seguir trabajando contributivamente con usted, para que usted pueda seguir llevando adelante su tarea.

Nuestra situación de inserción en distintas organizaciones políticas, que creemos se ven perjudicadas por algunos aspectos de esta ley, no la vamos a volver a introducir, porque sobre este tema usted ha sido muy claro en ese sentido.

Planteamos también, Señor General, una cuestión de orden político. Es una apreciación que es válida en la medida en que usted la admita, y deja de ser válida en la medida en que usted tenga otra apreciación.

Perón: ¿En qué consiste esa apreciación?

Diputado: Nosotros pensamos que, partiendo de un principio que usted ha manifestado en numerosas oportunidades, y al cual le otorgamos la máxima razón y sabiduría, sostenemos que la violencia es la que se ejerce no solamente a través de los grupos minoritarios de ultraderecha o de ultraizquierda. Son episodios elaborados; no son productos de una generación espontánea, sino productos de una generación que está, de alguna manera, sumergiéndonos a todos en la violencia.

Perón: Entonces, ¿cómo usted evitaría eso?

Diputado: Le voy a contestar con sus palabras: nosotros pensamos eso, que hemos desterrado las estructuras violentas que hacen que esa violencia de abajo sea generada por la violencia de arriba.

Perón: Y a pesar de eso, la violencia continúa cada vez en mayor forma.

Diputado: Sí, señor, y ahí se aplica con toda celeridad y con toda decisión el poder represivo del Estado popular.

Perón: ¿Y le parece que hemos esperado poco, con todo lo que ha pasado en estos siete meses de gobierno popular y plebiscitario, donde todos esos señores de las organizaciones terroristas se largan a la calle, culminando en este episodio, atacando a un regimiento?

Diputado: ¿Me permite, Señor Presidente? Precisamente...

Perón: ¿Es decir, que somos nosotros los que provocamos la violencia?

Diputado: Consideramos, Señor General, lo siguiente sobre este terna: que los lamentables acontecimientos de Azul, a nuestro juicio y a nuestro modesto entender, indican, precisamente, una decisión de estos grupos minoritarios, totalmente ausentes de lo que es un sentimiento nacional y de lo que es la comprensión de la necesidad de unidad del pueblo argentino, en un proceso de reconstrucción.

Entendemos que, precisamente, la intención de estos sectores es especular con un clima de violencia, es crear una actitud del Estado, que estos sectores califican arbitrariamente de

represiva y es, precisamente, el caldo de cultivo político en el cual se desarrolla su planteo político.

Hemos conocido durante años, a través de un enfrentamiento de la dictadura, cuál es la política del ERP, el autodenominado Ejército Revolucionario del Pueblo. Sabemos que su política crece y se desarrolla en un ambiente de violencia.

Perón: No está totalmente equivocado. Yo a eso lo he conocido "naranjo", cuando se gestó ese movimiento, que no es argentino. Ese movimiento se dirige desde Francia, precisamente, desde París, y la persona que lo gobierna se llama Posadas, de seudónimo. El nombre verdadero es italiano. Los he conocido "naranjo", como dice el cuento del cura. Sé qué persiguen y lo que buscan. De manera que en ese sentido a mí no me van a engañar, porque, como les digo, los conozco profundamente.

He hablado con muchísimos de ellos en la época en que nosotros también estábamos en la delincuencia, diremos así. *Pero jamás he pensado que esa gente podría estar aliada con nosotros, por los fines que persigue*.

Ustedes ven que lo que se produce aquí, se produce en todas partes. Está en Alemania, en Francia. En este momento, Francia tiene un problema gravísimo de ese orden. Y ellos lo dejaron funcionar allí, no tuvieron la represión suficiente. En estos momentos, el gobierno francés está por tomar medidas drásticas y violentas para reprimir eso que ellos mismos dejaron funcionar. Ya lo he dicho más de veinte veces, que la cabeza de este movimiento está en París. Eso ustedes no lo van a parar de ninguna manera, porque es un movimiento organizado en todo el mundo. Está en todas partes: en Uruguay, en Bolivia, en Chile, con distintos nombres. *Y ellos son los culpables de lo que le ha pasado a Allende*. Son ellos y están aquí en la República Argentina, también. Están en Francia, en España, en una palabra, están en todos los países.

Porque esta es una Cuarta Internacional, que se fundó con una finalidad totalmente diferente a la Tercera Internacional, que fue comunista, pero comunista ortodoxa. Aquí no hay nada de comunismo; es un movimiento marxista deformado, que pretende imponerse en todas partes por la lucha. A la lucha –y yo soy técnico en eso– no hay nada que hacerle, más que imponerle y enfrentarle con la lucha. Y atarse las manos, frente a esa fuerza; atarse las manos y especialmente atarse las manos suprimiendo la ley que lo puede sancionar. Porque nosotros, desgraciadamente, tenemos que actuar dentro de la ley, porque si en este momento no tuviéramos que actuar dentro de la ley, ya lo habríamos terminado en una semana. Fuera de la ley, la ventaja que ellos tienen es, precisamente, esa: los que tienen que someterse a la ley y ellos que buscan los vericuetos para actuar fuera de la ley. Con todas las implicancias del cuerpo de la ley, nosotros estamos con las manos atadas dentro de la ley. Y si además estamos atados por la debilidad de nuestras leyes, entonces ya sabemos cuál va a ser el final y el resultado de eso.

Para nosotros es un problema bien claro. Queremos seguir actuando dentro de la ley y para no salir de ella necesitamos que la ley sea tan fuerte como para impedir esos males. Dentro de eso, tenemos que considerar si nosotros podemos resolver el problema. *Si no contamos con la ley, entonces tendremos también nosotros que salirnos de la ley y sancionar en forma directa como hacen ellos.*

¿Y nos vamos a dejar matar? Lo mataron al secretario general de la Confederación General del Trabajo, están asesinando alevosamente y nosotros con los brazos cruzados, porque no tenemos ley para reprimirlos. ¿No ven que eso es angelical? El fin es la sustentación del Estado y de la Nación; está en que tengamos los medios para defendernos. Si nosotros todavía nos limitamos nuestros propios medios de defensa, estamos entregándonos a estas fuerzas, que, como he dicho, las conozco profundamente y sé cómo actúan.

Ahora bien, si nosotros no tenemos en cuenta a la ley, en una semana se termina todo esto, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato, que es lo que hacen ellos. No actúan dentro de la ley. De esa manera, vamos a la ley de la selva y dentro de la ley de la selva, tendría que permitir que todos los argentinos portaran armas a la vista.

¿Pero qué es lo que está ocurriendo? Que los delincuentes están todos armados, mientras que las personas decentes no pueden llevar armas y están indefensas en manos de estos señores.

¿Y todavía nosotros vamos a pensar si sancionamos o no la ley? ¡Vamos! Necesitamos esa ley porque la República está indefensa frente a ellos. Ese es para nosotros el fundamento de todo eso. Con toda claridad afirmo que no queremos la violencia.

Desde hace 7 meses estamos diciendo que queremos la paz, y estos señores, en 7 meses, no se han dado cuenta de que están fuera de lugar, porque no se han dado cuenta de que están perturbando lo que ellos dicen que sostienen, que es mentira. La mitad son mercenarios, los conozco, los he visto actuar y por el solo hecho de que estén mandados de afuera, tienen intereses distintos a los nuestros. Los nuestros no se defienden desde París, se defienden desde Buenos Aires. Para mí, eso es lo que yo veo con toda claridad.

Ahora, la decisión es muy simple: hemos pedido esta ley al Congreso para que éste nos dé el derecho de sancionar fuerte a esta clase de delincuentes. *Si no tenemos la ley, el camino será otro; y les aseguro que puestos a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla, y lo haremos a cualquier precio, porque no estamos aquí de monigotes*.

Estamos afrontando una responsabilidad que nos ha dado plesbicitariamente el pueblo argentino. Nosotros no somos dictadores de golpes de Estado. No nos han pegado con saliva. Nosotros vamos a proceder de acuerdo con la necesidad, cualesquiera sean los medios. *Si no hay ley, fuera de la ley, también lo vamos a hacer y lo vamos a hacer violentamente. Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia. Eso es una cosa que la gente debe tener en claro, pero lo vamos a hacer, no tenga la menor duda.*

Tenemos la seguridad de que la mayoría absoluta del pueblo nos acompaña, y cuando un movimiento está apoyado por el pueblo no hay fuerza que se le pueda oponer. De eso estoy totalmente convencido.

En cuanto al problema en sí, es un problema de ustedes y del bloque, y lo tienen que resolver con él y no conmigo.

Tenemos un Movimiento y éste lo maneja el Consejo Superior. Reitero que el problema es de ustedes y del bloque, y yo no puedo interferir con mis ideas; éstas, por otra parte, las acabo de exponer, así como también lo he hecho en cuanto a las necesidades del Estado. Ahora, ustedes pueden resolver lo que quieran. Esa es una cuestión individual en la cual yo no me he metido ni me meto.

Diputado: Señor General: deseamos manifestarle nuestra coincidencia. Usted conoce de hace años a la juventud peronista y su lealtad hacia usted como líder y conductor. En ese sentido conoce también cuál ha sido nuestro esfuerzo durante estos últimos años. De modo que, en orden a eso, yo quisiera...

Perón: Lo he reconocido veinte veces. *Sería lamentable dejar de pensar así.*

Diputado: Quería indicar, entonces, que de alguna forma nuestro aporte no es oponerse a esa posición, sino que, por el contrario, y como usted lo ha expresado, es una necesidad legítima la defensa del pueblo, tal como se ha manifestado en los últimos días. Es decir, coincidimos totalmente, incluso, en la necesidad cierta de esta legislación. En ese sentido coincidimos totalmente con lo que usted ha planteado.

Por esa misma razón, y utilizando sus palabras, no hemos querido expresarle discrepancias sino que, por el contrario, deseamos efectuar un aporte objetivo para lograr los fines que consideramos necesarios en la ley, a fin de no cometer posibles errores.

Perón: Esa es una tarea de los jueces, ¿o es que los jueces no tienen conciencia? Es una tarea de la Justicia, la de interpretarla y aplicarla. Yo tengo la obligación de cumplirla.

Por eso, como les he dicho, ésta es una tarea del bloque; no es una tarea de los ministerios. Es en el bloque donde ustedes deben discutir ese asunto; discutirlo hasta que la mayoría lo decida, como en los cuerpos colegiados, que es la que decide con sus aciertos y con sus errores. Pero eso ustedes lo presentan al bloque y éste debe resolverlo. Esa es la forma en que deben funcionar los cuerpos colegiados. Una vez resuelto por éste, no hay más remedio que acatarlo. En ese sentido no hay otra posición, porque esa es una cosa que viene de época inmemorial y siempre ha funcionado así.

Diputado: Nosotros estamos resueltos a acatar lo que el bloque decida. Lo que sí queremos es que podamos hacer un aporte a ese proyecto de ley, que va a resultar en su mejoramiento en el orden técnico y en el orden político.

Perón: ¿Y qué dice el bloque?

Diputado: No hemos tenido la oportunidad concreta de poder discutirlo, no hemos tenido tiempo, porque el bloque, en su conjunto, resolvió cerrar la discusión.

Perón: Entonces, hijo, ¿qué quiere que yo le haga? Yo no soy el presidente del bloque, ni represento al bloque, ni puedo ordenarle al bloque, como tampoco puedo ordenarles a ustedes, porque tienen una tarea específica. Yo puedo ordenarles a ustedes como hombres del Movimiento, pero no como hombres del bloque... porque, ¡allá ustedes!

Diputado: Nosotros estamos convencidos, señor, de que con algunos retoques el proyecto de ley...

Perón: Pero, ¿se lo ha dicho al bloque?

Diputado: Sí, señor.

Perón: ¿Y qué le ha dicho el bloque?

Diputado: Ha decidido no discutir más el tema.

Perón: ¿Se ha votado, ha habido una mayoría? ¿Qué quiere que le haga? El individualismo en los cuerpos colegiados tiene un valor compulsivo y proporcional: uno frente a todos los demás. No hay más remedio, aun con toda la razón del mundo, para que eso pueda funcionar de alguna manera es necesario que se diga, sí señor. Eso no se discute y se hace lo que dice el bloque.

Lastiri: ¿Me permite, General? Inclusive aparte de la posición del bloque, esto se ha discutido en las comisiones respectivas, que además están integradas con diputados de las distintas fracciones políticas de la mayoría de nuestro Movimiento.

Cada legislador tiene el derecho de integrarse a esas comisiones y prestar su colaboración. Algunos diputados lo han hecho así y han cumplido con su deber. La preocupación de cada legislador, aunque no pertenezca a la comisión respectiva, es concurrir a ella para exponer sus inquietudes hasta el momento en que sale de la comisión.

Perón: Ya conozco el procedimiento.

Diputado: Nosotros, un poco como soldados del Movimiento y de usted que es el conductor de ese gran movimiento nacional en la Argentina, le queremos señalar que nuestra entrevista la hicimos en carácter de militantes peronistas. Era fundamental escucharle a usted acerca de lo que realmente pensaba en torno de ese problema, el cual nosotros no cuestionamos globalmente sino en algunos de sus aspectos.

Lo que queremos es señalarle y ratificarle, con toda la fuerza que tenemos, que estamos totalmente junto a usted como integrantes del movimiento peronista y junto al pueblo.

En ese sentido, somos disciplinados en nuestro Movimiento. Fuimos, somos y seremos disciplinados, hasta la muerte.

Queremos agradecerle con todo corazón esta entrevista, y estamos muy contentos de estar con usted, de verlo y de escucharlo. Ese ha sido uno de los objetivos que tuvimos para venir a verlo.

Perón: Muy bien, muchas gracias.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Documentos (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

103 **Documentos (II)**

PERONISTA Y DE BOCA

Suplemento especial de
Página|12

"PERÓN ENFATIZÓ QUE DEBEN IRSE LOS INFILTRADOS DIRIGENTES JUVENILES QUE NO ESTÉN DE ACUERDO CON EL JUSTICIALISMO"

Declaraciones de Juan Domingo Perón durante una entrevista con la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA, conocida como "Jotaperra") el 7 de febrero de 1974, en la residencia presidencial de Olivos, publicadas en la edición de *La Opinión* del día siguiente. En Baschetti, Roberto (comp.) *Documentos 1973-1976* (Vol. I, "De Cámpora a la ruptura"), La Plata, De la Campana, 1996.

El problema que nosotros estamos interesados en plantear, en primer término, es político-ideológico. En la Juventud Peronista, en estos últimos tiempos, especialmente, se han perfilado algunos deslizamientos cuyo origen conocemos, que permiten apreciar que se está produciendo en el Movimiento una infiltración que no es precisamente justicialista.

El Movimiento ha demostrado, a lo largo de 30 años de existencia, su absoluta falta de sectarización. El Movimiento ha sido cualquier cosa menos sectario. Nosotros hemos brindado siempre dentro del Movimiento la amplitud más absoluta, pero esa amplitud tiene un límite. Es decir, nosotros no queremos poner un cartabón para que cada uno piense estricta y sectariamente lo que nosotros afirmamos, pero no podemos admitir *que con ese pretexto se pretenda meter dentro de nuestro Movimiento ideologías y doctrinas totalmente extrañas y antagónicas a nuestra manera de sentir y de apreciar. Este es el problema.*

No escapemos del problema, porque hay que plantearlo crudamente, como es. En otras palabras, hay mucha gente que ha tomado la camiseta peronista para hacer deslizamientos, aun mal disimulados, hacia zonas en las cuales nosotros no estamos de acuerdo, es decir, el Movimiento no está de acuerdo. Y esto se ha manifestado ya, abiertamente, en algunos sectores, llámense como se llamen. A mí no me interesa el nombre, me interesa qué hay dentro de ese nombre, y esto es lo fundamental para nosotros.

No se puede organizar creyendo que esa tarea es sólo juntar gente, que bien puede estar engañada, o no estar en la realidad, o pensar de otra manera. Organizar no es juntar gente, es aunar voluntades conscientes con una finalidad, es decir, con un objetivo. Cuando digo voluntades conscientes, quiero decir hombres a los cuales se les haya dicho "Nosotros queremos esto. ¿Lo quiere usted también? Venga con nosotros". "¿No quiere usted esto? Allá usted."

Nosotros, durante treinta años, hemos venido haciendo esto. Claro que hemos soportado dieciocho años donde primero nos quisieron destruir por el terror, fusilándonos, después nos quisieron absorber engañosamente, para asimilarnos a otras cosas que nosotros nunca hemos querido. A continuación, nos quisieron dividir. Otros emplearon las tres cosas juntas. Ninguno de los cuatro métodos les permitió sacar la menor ventaja sobre el peronismo; *pero ahora hemos llegado al momento en que todos gritamos las mismas cosas, aun cuando todos no tenemos las mismas intenciones.*

Eso es previo a cualquier organización. *No interesa lo que se grite; interesa lo que se siente y lo que se piensa, y también lo que se hace, que no siempre es confesable*. Entonces, a eso debemos ir, antes de tratar el problema de la organización o de lo que debemos hacer.

Debemos dilucidar este asunto, como ya lo planteé en otra oportunidad.

La juventud, como todos los demás argentinos, tiene derecho a pensar y a sentir como le parezca.

Esto es un derecho inalienable del hombre dentro de la democracia, que es lo que defendemos. *Lo que no puede ser es que nos estemos tirando la suerte entre gitanos; decimos que somos una cosa y a lo mejor somos otra*.

Esto hay que plantearlo descarnadamente. Si no lo planteamos de esa manera, y seguimos así, en tropel y entreverados, las cosas no podrán ser buenas ni ahora ni más adelante. Aquí hay que trabajar hasta alcanzar una unidad de criterio, descartando todo aquello que no convenga a esa finalidad. *No se obliga a nadie a estar en el Movimiento Peronista. A la juventud, en fin, la queremos toda y a todos*. Sabemos el mérito que tienen en el trabajo y en la lucha que han realizado. No, eso no lo niega nadie, ni lo puede negar. Eso ya está en la historia. Hay héroes y hay mártires, que es lo que se suele necesitar en esta clase de lucha. Pero eso ha sido en la lucha cruenta, que ya ha pasado; *¿Por qué nos vamos a estar matando entre nosotros? ¿Para seguir diciendo que somos valientes? Esto es una cosa que es difícil de comprender.*

Pero aquí tenemos que cambiar la modalidad; *no podemos seguir pensando que lo vamos a arreglar todo luchando, peleándonos y matándonos. Ya pasó esa época, ahora viene otra. Los que quieren seguir peleando, bueno, van a estar un poco fuera de la ley, porque ya no hay pelea en este país. Hay pacificación, que es la base sobre la cual nosotros hemos armado todo nuestro quehacer y hemos fijado nuestros objetivos. Para pelear, si hay que pelear, yo decreto la movilización y esto se acaba rápidamente; convocamos a todos para pelear, y van a pelear organizadamente, uniformados y con las armas de la Nación.*

Pero no es eso en lo que estamos. Con eso no vamos a hacer sino echar al país un paso más atrás de lo que está. Para dar pasos adelante tenemos que hacer primero la pacificación, después el ordenamiento. No interesa cómo.

Yo no quiero que sean todos justicialistas en el país, ni convendría que así fuera. El Justicialismo está demostrando muchas acciones donde se da cuenta de que es necesaria una oposición que, de cuando en cuando, le pise los talones y le haga realizar lo que hay que hacer. Eso lo comprendemos porque no es de esta época, sino de todos los tiempos.

Por eso quiero dejar bien sentado que el problema a resolver en este momento, antes de pensar en una organización, *es ver quién es quién, quiénes constituyen el Justicialismo dentro de la juventud y quiénes no*. ¿Qué vamos a hacer? No los vamos a juntar a todos mediante artificios, que no van a ser reales, *porque va a haber muchos que se metan diciendo Viva Perón y están pensando que se muera Perón*. Ustedes comprenderán que esto no puede ser; hasta es una falta de ética política. En el país no se ha dado nunca el fenómeno de la infiltración política. Es la primera vez que se da en la historia de la República Argentina, gente que se infiltra en un partido o movimiento político con otras finalidades que las que lleva el propio movimiento. Ha sido inteligente que nunca lo hayan hecho, porque esto no puede tener éxito. Pues va a llegar un momento en que se los va a descubrir y se les vendrá la estantería abajo. Es una cosa natural que no suceda, y no sé dónde puede haber ocurrido; pero acá está sucediendo.

Lo que tenemos que hacer es ponernos de acuerdo, si no, pasarán cosas verdaderamente aberrantes, como un grupo de peronistas que se opone a que se sancione al terrorismo. Entonces, ¿están en el terrorismo? El peronismo no está en el terrorismo; por lo tanto, el peronismo está contra el terrorismo, porque es el partido del gobierno.

¿Cómo se puede confundir una cosa con otra? ¿Cómo se puede estar en el gobierno y no dar los medios indispensables para que él se pueda defender? *¿Qué quieren, que el gobierno caiga?* Es decir, hay cosas que verdaderamente no se pueden explicar. Antes de pensar en una organización, hay que pensar que sea realmente una organización, y no una bolsa de gatos que dentro de poco empiecen nuevamente a mostrar las uñas. *Por ello, es necesaria esa purificación.*

Aclaremos bien que muchos de ellos no saben lo que piensa o qué es el Justicialismo y, al no saberlo, se saldrán de él, porque no se dan cuenta. Sacan los pies del plato. Muchos otros lo hacen inconfesablemente, con una finalidad distinta a la nuestra. Esos arrastran a mucha gente.

En todas las fracciones políticas siempre existen a los que con gran propiedad se los ha llamado "idiotas útiles", que, sin saber, se incorporan detrás de una tendencia que a lo mejor es totalmente la inversa de lo que ellos quieren. Son idiotas.

Por eso digo que la juventud tiene en estos momentos un problema; el mismo que tenía hace cuatro meses cuando yo la reuní y les dije: "Muchachos, tienen que organizarse". Les aclaré: "Cuidado, organizarse no es juntar gente ni poner engañados detrás de un dirigente que a lo mejor merece todo menos ser dirigente".

En esto, si no se tiene bien claro quién es quién, no se puede realizar una organización. En estos momentos, la masa no tiene problema; *el problema está exclusivamente en el horizonte directivo*. Por lo tanto, es un problema de los dirigentes, y éstos ¿qué deben hacer? Decir quién es quién. Decir quién es quién ya es mucho más fácil. Además de esto, deben decir qué es lo que quieren. Porque han tenido hasta la imprudencia –dentro de su mala intención– de comunicar abiertamente lo que ellos son y lo que quieren.

Lo venimos viendo. Tengo todos los documentos y, además, los he estudiado. Bueno, ésos son cualquier cosa menos justicialistas. *Entonces, ¿qué hacen en el Justicialismo? Porque si yo fuera comunista, me voy al Partido Comunista y no me quedo ni en el Partido ni en el Movimiento Justicialista.*

A los que van engañados o a los que van con una segunda finalidad no hay que organizarlos; a ésos hay que dejarlos que sigan como están, hasta que se vayan. Pero el problema está en el horizonte directivo, es decir: los dirigentes. Para mí, la falta de organización que se ha hecho en la juventud está, precisamente, en los dirigentes, y hay que acordarse que las organizaciones no valen tanto por el número de sus adherentes como por la calidad de sus dirigentes, y si nosotros, los justicialistas, pensamos que esos dirigentes pueden ser de otra tendencia y no del Justicialismo, no puede haber para nosotros peores dirigentes.

Los he escuchado a los muchachos, y estoy de acuerdo con todos ellos, pero para un proceso ulterior. Antes tenemos que dilucidar este asunto: *¿Somos o no somos justicialistas?* ¿Estamos en el Justicialismo, o estamos por alguna otra cosa que no es precisamente el Justicialismo y que no la critico? Cada uno puede pensar lo que quiera, pero tiene que colocarse en el tablero político, allí donde le corresponde estar, y no meterse a hacer enredos entre los otros que no piensan como él.

Prefiero un dirigente honesto que tenga diez detrás de él y no un deshonesto que tenga diez mil, porque ese es el que me va a derrumbar a la larga.

Cada organización tiene una finalidad, desde que es el instrumento. No le vamos a dar a un dentista una pala, ni a un jardinero un escalpelo, porque no les van a servir. Tenemos que hacer una organización para lo que debemos realizar. Esta organización ha de ser para la reconstrucción nacional, en primer término, y para la liberación nacional, en segundo término. No queremos liberar ruinas; queremos liberar una nación. No queremos liberar un cadáver; queremos liberar un ser que trabaje y se desenvuelva. En estos momentos, no podemos hablar todavía de liberación. *¿Liberación de qué, si todo lo tenemos hipotecado?*

Un país que debe siete mil quinientos millones de dólares al exterior, y tres billones de pesos en lo interno, ¿no creen ustedes que es un país hipotecado? *Primero tenemos que liberarnos de esa hipoteca, y cuando lo hayamos hecho, debemos poner al país en pie y marchar hacia sus grandes destinos. Sin eso, ¿para qué nos queremos liberar?*

Compañeros: éste es un asunto que debemos pensarlo muy seriamente. Todos esos que hablan de la Tendencia Revolucionaria, *¿qué es lo que quieren hacer con la Tendencia Revolucionaria?*

Yo sé que hay muchas fallas, ¿pero en qué gobierno no hay fallas? Sé que hay muchos que no sirven, pero no los puedo echar porque hay una ley que no me lo permite. Esa ley de prescindibilidad, que se pidió, ha permitido sacar a mucha gente que, como decía el compañero, hasta hace poco eran gorilas. No sé si lo seguirán siendo, porque ahora hay muchos gorilas que se han afeitado.

Este es un asunto que hay que irlo compulsando. Una cosa es predicar y otra cosa es hacer, porque las dificultades que existen son extraordinarias. Hay mucha gente incapaz, que por sus años debería tener una gran experiencia y profunda sabiduría y uno lo cree así.

En política la perspectiva es inversa a la de la naturaleza. En esta, los objetos lejanos se ven chiquititos y los cercanos se ven agrandados; pero en política es a la inversa. *Hay muchos hombres que cuando están lejos uno los ve grandes y cuando los trae cerca y los conoce los ve así de chiquitos.*

Es una cosa que, naturalmente, sucede en la acción de gobierno, porque ésta se hace con hombres. Yo sé mejor que ustedes que hay mucha gente así y hacemos lo posible para ir depurando, poco a poco, porque no podemos echar a todo el mundo, quedarnos solos y no poder gobernar.

El proceso que estamos haciendo lo hemos llamado de reconstrucción, pero al decir reconstrucción no queremos sólo decir arreglar las casas, la economía o la industria, sino también los hombres. Es cuestión de estar en contacto con ellos para darse cuenta cómo han quedado. Lo difícil es conseguir los mejores, porque el hombre bueno no se viene a ofrecer. El que lo hace, generalmente, no lo es. Al hombre capaz hay que ir a buscarlo a su casa.

Todo ese trabajo es de reconstrucción. Por eso, muchachos, antes de terminar esta charla de hoy, les pido que para la próxima reunión piensen –y así tratamos el asunto del horizonte directivo, que es lo que nos interesa, porque es el verdadero problema que existe en este momento–, en quién es quién.

Eso es lo que necesitamos saber, pensando que más vale un buen hombre al frente de cinco que uno malo al frente de cinco mil. Yo me quedo con el que está al frente de cinco y no con el que tiene cinco mil.

■■■

"DOCUMENTO RESERVADO".

Texto elaborado por el Consejo Superior Peronista, días después del asesinato de Rucci, y anunciado por Juan Domingo Perón en una reunión convocada por el presidente provisional Raúl Lastiri y el ministro del Interior Benito Llambí, a la que asistieron todos los gobernadores. En *La Opinión*, 2 de octubre de 1973.

I Situación

1. El asesinato de nuestro compañero José Ignacio Rucci y la forma alevosa de su realización marca el punto más alto de una escalada de agresiones al Movimiento Nacional Peronista, que han venido cumpliendo los grupos marxistas terroristas y subversivos en forma sistemática y que importa una verdadera guerra desencadenada contra nuestra organización y contra nuestros dirigen-

tes. Esta guerra se ha manifestado de diversas maneras; por ejemplo:

a) Campaña de desprestigio de los dirigentes del Movimiento, buscando ridiculizarlos mediante slogans, estribillos o insultos, atribuyéndoles defectos personales e imputándoles "traición" al general Perón o a la doctrina.

b) Infiltración de esos grupos marxistas en los cuadros del Movimiento con doble objeto: desvirtuar los principios doctrinarios del Justicialismo, presentando posiciones aparentemente más radicalizadas, y llevar a la acción tumultuosa y agresiva a nuestros adherentes (especialmente sectores juveniles) colocándose así nuestros enemigos al frente del movimiento de masas que por sí solo no pueden concitar, tal que resultan orientando según sus conveniencias.

c) Amenazas, atentados y agresiones destinadas a crear un clima de miedo o desconfianza en nuestros cuadros, y a intimidar a la población en general.

d) Asesinato de dirigentes peronistas.

2. El estado de guerra así planteado se dirige en el fondo contra el país. Ya que si bien aparenta afectar a nuestro Movimiento, tiende a impedir la constitución y actuación del gobierno que presidirá el general Perón por decisión mayoritaria del pueblo argentino.

El crimen cometido contra el compañero Rucci, particularmente por el modo y la oportunidad en que fue consumado, indica que se trata de destrozar al Movimiento Nacional Peronista y a sus dirigentes, creando al mismo tiempo una situación de caos social, que haga posible la frustración del gobierno del Pueblo.

3. Ese estado de guerra que se nos impone no puede ser eludido, y nos obliga no solamente a asumir nuestra defensa, sino también a atacar al enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión. En ello va la vida del Movimiento y sus posibilidades de futuro, además de que en ello va la vida de sus dirigentes.

II Directivas

1. Movilización: El Movimiento Nacional Justicialista entra en estado de movilización de todos sus elementos humanos y materiales para afrontar esta guerra. Quien rehuya su colaboración para la lucha, queda separado del Movimiento.

2. Refirmación *(sic)* doctrinaria: Debe realizarse una intensa campaña para difundir y refirmar los principios doctrinarios del Movimiento, esclareciendo sus diferencias fundamentales con el marxismo. En esta campaña no se admitirá intromisión alguna de elementos pro-marxistas, con pretexto de polémica u otro similar, y se les excluirá de toda reunión y del acceso a todos los medios de difusión del Movimiento.

3. Información: Se debe hacer saber a los dirigentes de todos los niveles y a la masa peronista, la posición que toma el Movimiento con relación a los grupos marxistas, explicando las circunstancias determinantes y llevando a su convicción, la necesidad de participar en forma activa en la lucha contra nuestros enemigos.

4. Definiciones: Los grupos o sectores que en cada lugar actúan invocando adhesión al Peronismo y al general Perón deberán definirse públicamente en esta situación de guerra contra los grupos marxistas y deberán participar activamente en las acciones que se planifiquen para llevar adelante esta lucha. Asimismo, deberán acatar estas directivas.

5. Unidad: Para esta lucha es fundamental consolidar la unidad del Movimiento. Para ello:

a) Las orientaciones y directivas que emanen del general Perón en el orden partidario o en función de gobierno serán acatadas, difundidas y sostenidas, sin vacilaciones ni discusiones de ninguna clase, y ello como auténtica expresión de la verticalidad que aceptamos los peronistas.

b) Nadie podrá plantear cuestiones personales, o disensiones de grupos o sectores, que afecten o entorpezcan la lucha contra el marxismo.

c) En cada Rama del Movimiento se actuará con estricta disciplina, para cumplir los programas o planes de acción que se elaboren por las direcciones superiores correspondientes.

d) No se admitirá comentario, estribillo, publicación o cualquier otro medio de difusión que afecte a cualquiera de nuestros dirigentes. Quien los utilice o quien los reproduzca o tolere, será considerado enemigo del Movimiento y quedará expulsado del mismo. La defensa de todos comienza en la defensa de cada uno.

e) No se admitirá que ningún grupo utilice expresiones destinadas a menoscabar a otros grupos peronistas, o a exaltar el propio grupo en desmedro de los demás.

f) Las cuestiones que se susciten en el orden partidario se plantearán por vía reservada a la autoridad superior del Movimiento que corresponda en cada Rama. Ninguna cuestión interna se considerará más importante que la lucha emprendida ahora.

g) Las objeciones a actos de gobierno producidos por los peronistas que ejercen funciones públicas se harán también por vía reservada, al funcionario peronista de mayor jerarquía que corresponda, con comunicación a la autoridad superior del Movimiento en cada Rama.

h) Debe excluirse de los locales partidarios a todos aquellos que se manifiesten de cualquier modo vinculados al marxismo, a sus posiciones políticas o a sus actos.

i) En las manifestaciones o actos públicos los peronistas impedirán por todos los medios que las fracciones vinculadas al marxismo tomen participación.

j) Se prestará apoyo solidario a todo compañero o grupo que pueda ser afectado a raíz de actos de lucha cumplidos en razón de esta campaña que se inicia.

5. Inteligencia: En todos los distritos se organizará un sistema de inteligencia al servicio de esta lucha, el que estará vinculado con el organismo central que se creará.

6. Propaganda: Se impedirá toda propaganda de los grupos marxistas, máxime cuando se presenten como si fueran peronistas, para confundir. Se impedirá la difusión por todos los medios.

7. Participación popular: Se esclarecerá ante la población de cada lugar cuál es la posición del Movimiento y las motivaciones y sentido de esta lucha; todo ello para suscitar el apoyo y la participación de todos en la misma.

8. Medios de lucha: Se utilizarán todos los que se consideren eficientes, en cada lugar y oportunidad. La necesidad de los medios que se propongan será apreciada por los dirigentes de cada distrito.

9. Acción de gobierno: La actuación de los compañeros peronistas en los gobiernos nacional o provinciales o municipales, sin perjuicio de sus funciones específicas, debe ajustarse a los propósitos y desenvolvimiento de esta lucha, ya que a ellos compete la principal responsabilidad de resguardar la paz social. En tal sentido:

a) Deberán impulsar el inmediato cumplimiento de medidas tendientes a dar vigencia a los principios del Justicialismo.

b) Deberán actuar en permanente comunicación con los sectores populares y velando por la solución de los problemas.

c) Deberán participar en la lucha iniciada, haciendo actuar todos los elementos de que dispone el Estado para impedir los planes del enemigo y para reprimirlo con todo rigor.

d) Deberán prestar la mayor colaboración a los organismos del Movimiento movilizados en esta lucha.

10. Sanciones: La defección de esta lucha, la falta de colaboración para la misma, la participación de cualquier clase en actos favorables al enemigo y aun la tolerancia con ellos, así como la falta de ejecución de estas directivas, se considerará falta gravísima, que dará lugar a la expulsión del Movimiento, con todas sus consecuencias.

"EL PROPIO PERÓN HABLÓ SOBRE SU ENFERMEDAD"

La Razón, 24 de noviembre de 1973. En Graham-Yooll, Andrew, *Agonía y muerte de Juan Domingo Perón*, Buenos Aires, Lumière, 2000.

Sonriente, luciendo una liviana bata de seda y pantuflas. El general Perón dialogó con periodistas del Canal 7 (la cámara y las fotos mostraban un periodista de espaldas y Perón, con José López Rega a su izquierda) de televisión. El primer mandatario argentino comentó risueñamente las consecuencias de su estado gripal que le impidió concurrir a la Casa de Gobierno en las últimas 72 horas. Afirmó que el próximo lunes "posiblemente esté de regreso" y atribuyó la reagudización de su estado gripal al ajetreo a que lo sometió la última intensa actividad oficial. La reunión se desarrolló en su escritorio de la residencia de Gaspar Campos 1065, rodeado de carpetas, memorandum y múltiples anotaciones de trabajo. A continuación reproducimos el diálogo entre Perón y el periodista del canal estatal.

Periodista: General, nuestras disculpas por interrumpir un poco su trabajo, ya que lo vemos rodeado de papeles y en su escritorio de todos los días. Pero de todos modos, queremos saber concretamente, y el pueblo argentino quiere saber, cómo está usted.

Sr. Presidente: Bueno, estoy relativamente bien, desde el momento en que he andado mal con mi bronquitis. Y esta es la consecuencia de no haberme curado una bronquitis, porque la he pasado entre Montevideo, el Comando en Jefe y otros "perendengues" (ajetreos) que me hicieron tener una recaída. Nada más que eso, eso es todo. Y no quiero seguir adelante porque veo que es una cosa seria.

Periodista: Inclusive, general, por aquí yo he escuchado –de fuentes peronistas, por supuesto– que lo han visto comiendo un churrasco, en camisa, en la Costanera, y decían: "Eso, al general, no le hace bien".

Sr. Presidente: Puede ser, tal vez... Todo forma parte de eso. Me pesqué una gripe y no me la he podido curar, porque he tenido que andar saliendo para un lado y para otro. Y al final, se termina siempre en una recaída como esta que me ha pescado a mí. Eso es todo.

Periodista: General, ¿será posible que después de este fin de semana pueda estar de nuevo en la Casa de Gobierno?

Sr. Presidente: Naturalmente, en cuanto esté bien vuelvo otra vez. Algunos creen que "estoy para el gato", pero no es así.

Periodista: Muchas gracias, y perdone nuestra interrupción, pero yo sé que con esto llevamos tranquilidad a buena parte de nuestra patria.

Sr. Presidente: Bueno, muchas gracias, me alegro mucho, pero yo no tengo nada, ahora ya estoy bien, perfectamente.

"LA SALUD DEL PRESIDENTE"

La Razón, 26 de noviembre de 1973. En Graham-Yooll, Andrew, *Agonía y muerte de Juan Domingo Perón*, Buenos Aires, Lumière, 2000.

El doctor Pedro Cossio, médico personal del Presidente de la Nación, Teniente General Juan Domingo Perón, formuló declaraciones esta mañana al retirarse de la residencia de Gaspar Campos 1065 en Vicente López, luego de su diaria consulta. "El general está muy bien –comenzó diciendo—. Pronto irá a la Casa de Gobierno a reanudar sus actividades. Ya está totalmente recuperado."

–¿Qué es lo que tuvo realmente?

–Un ataque de bronquitis...

–¿Pero no hubo otra cosa?

–No, en absoluto.

–¿Entonces por qué no fue hoy a la Casa de Gobierno, como se había anunciado? ¿Se reagravó su estado?

–No, de ninguna manera. El general está muy bien.

–¿Qué actividades está desarrollando?

–El general se halla en su casa trabajando y leyendo.

–¿Cuándo saldrá al exterior?

–Esta tarde, posiblemente, pasee por el jardín.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Sigal-Verón, la interpretación discursiva

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

104 Sigal-Verón, la interpretación discursiva

Suplemento especial de
Página|12

ENUNCIADOR PRIMERO - ENUNCIADOR SEGUNDO

Voy a dejar de lado los fundamentos discursivos que ofrecen Sigal-Verón. A lo sumo se verán en los textos que habremos de citar y en el enfoque que éstos habrán de exhibir. La interpretación final de los grupos intervinientes en el peronismo del '73, de la pregunta sobre la *verdad* y la posibilidad de la praxis la haremos a nuestro modo, con nuestras herramientas. Desde ya hacemos notar algo: *¿Cuál es la verdad?* ¿Quién *tiene la verdad en el desarrollo histórico que va desde junio del '73 hasta julio del '74, muerte de Perón*? Esas "verdades" irán cambiando. Nadie se sujetará a una porque la coyuntura es tan volátil, tan tornadiza, que una de las tareas de los grupos es tratar de elaborar conceptos para seguirla. De este modo, las verdades van y vienen. Dentro de un marco establecido, férreo: la *lealtad* a Perón. Esto es lo que Sartre llama *juramento* dentro del grupo. Todos aceptamos acatar algo. ¿Se podrá? ¿Podrán acatar todos los grupos sostener el *juramento* de la lealtad a Perón? ¿Podrá incluso Perón ser leal a sí mismo, al *juramento* con que se comprometió ante los diversos grupos? Porque lo extremadamente original de Perón hasta la etapa doctrinaria es que ofreció un *juramento* a cada grupo, el que le servía para controlarlo. Luego él mismo no pudo ser fiel a todos los *juramentos* en que se había comprometido y empezó a elegir. Lo que nunca su puso en cuestión fue la cuestión de la *lealtad* en Perón. ¿Podía Perón no ser *leal* a sí mismo? Inevitablemente, la Tendencia tendrá que impulsar esta interpretación: Perón, traicionándolos, se traiciona a sí mismo. No es leal al juramento que él mismo estableció. Pero lo propio del juramento de Perón es que era (por decirlo así) un juramento diseminado. Un juramento caleidoscópico. Se abría en todas las direcciones en que era necesario atrapar para el movimiento a quien se acercara. El despliegue de verdades que hace Perón –desde la exterioridad de la materia histórica, desde la esfera del mito– es vertiginoso. A partir de Ezeiza, en medio de las contradicciones, sucio por el barro de la Historia, no puede diseminar verdades. Tiene que cortarlas, amputarlas. Sólo hay una: la que él enuncia. En este sentido es que Sigal y Verón lo postularán como *enunciador privilegiado* o *enunciador primero*.

Nuestros autores (de aquí en más: S/V) encuentran sus mejores momentos en el análisis del tipo de enunciación de la Juventud Peronista. Analizarán el tema otorgando prioridad a la esfera política. Saben que detrás de la sangre de Ezeiza laten enfrentamientos ocultos entre la CGE, la Sociedad Rural, la CGT, etc. Se trata de proyectos económico-políticos divergentes. Sin embargo, es en la esfera ideológica donde rastrearán la producción de significantes. "Sería tan aventurado como inútil tratar de interpretar a los grupos armados o el comportamiento del 'brujo' López Rega y sus aliados, en términos de clase o de conflictos sociales" (Silvia Sigal, Eliseo Verón, *Perón o muerte, los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Eudeba, 2003, Buenos Aires, p. 145). Y más adelante: "De este proceso se puede sin duda escribir una historia según la cual la Argentina es el escenario de los conflictos y de las alianzas entre industriales, terratenientes y obreros. Pero hay otra historia posible, no menos significativa, protagonizada por la 'derecha' y la 'izquierda', por los 'leales' y los 'traidores', por los 'infiltrados' y la 'burocracia sindical'. Lo que caracteriza el período que nos interesa ahora es que *esta segunda historia puede ser reconstruida independientemente de la primera*" (S/V, *Ibid.*, p. 145). Se habrá observado que nosotros no hemos recurrido con mayor intensidad a la esfera económica. No lo habrán notado todos, pero sí los economistas. ¿Para este tipo no existe la economía? Sería una pregunta un poco extrema e injusta. Siempre que fue necesario recurrimos a la economía. Pero no era un problema detectable en la estructura económica de la sociedad lo que se jugaba en la Argentina. La economía no habría de generar ningún quiebre. La Argentina pasó de una etapa política a otra sin que la economía se deteriorara con algún grado de seriedad. El nivel hegemónico era el ideológico. No fue el *hambre* lo que motivó el Cordobazo, fue un proyecto de poder obrero en el ámbito fabril cordobés. Desde la contrainsurgencia (lo sabemos) la guerra era también ideológica: salvar al Occidente libre del avance marxista. "Es en esta segunda historia" (escriben S/V) "que, por obra de la violencia, la muerte se transforma en una banalidad cotidiana que reemplaza a la palabra; es esta segunda historia la que culmina en una represión sin precedentes en la Argentina" (S/V, *Ibid.*, p. 145).

Un economista podría objetar: para analizar el Cordobazo usted tiene que acudir a la economía. Tiene que explicar la concentración de la industria automotriz en la ciudad de Córdoba, sus márgenes de ganancia, el tipo de obrero que esa industria genera, etc. Cierto, y creo que lo hemos hecho. No incurrimos en el detalle de la cuestión. Bastó decir que Córdoba tenía un proletariado con un desarrollo ideológico fuerte por estar ligado a un aparato industrial moderno y dinámico. Y a una organización sindical clasista y combativa. Lo demás lo buscamos en la política y la ideología. La sociedad argentina vivía bien en los años sesenta. No lo sabía y creía que podía vivir mejor. Y los militantes denunciaban la explotación del proletariado y los bolsones de miseria. Pero todo estaba infinitamente lejos del paisaje que hoy se detecta. Todavía se vivía el esquema capitalista keynesiano de la Argentina peronista: producción, consumo y el Estado interviniendo de modo persistente y decisivo. No había podido ser desmontado. Y era la presencia del peronismo, de sus bases, de su sindicalismo lo que lo impedía. Esto es lo que –supongo– Halperín Donghi llama "larga agonía de la Argentina peronista". Recién la dictadura del '76 le dará el golpe que buscó ser definitivo. Para eso se instaló el terror. Para instalar la Argentina sin Estado, sin sindicatos, con enorme desempleo y con la primacía total de la esfera financiera. Esta patria, sin embargo (a la que se llamó "financiera"), no pudo ser consolidada por Martínez de Hoz: los militares no podían entregarle el Estado. Lo necesitaban para la masacre y para sus propios negocios. Buena sorpresa se habrán llevado Martínez de Hoz y Walter Klein cuando descubrieron la codicia de los militares. Klein fue el que más concesiones les dio. Pidió créditos innecesarios para fortalecer a un Ejército innecesario y calmar la ambición de militares codiciosos. Así se creó la deuda externa. El que por fin liquida sin piedad la economía peronista es... un peronista. Carlos Menem. Ahí sí: a partir de los '90 y a partir de la caída del glorioso Muro "de la libertad" (de mercado), el menemismo arrasa con todas las conquistas de la soberanía peronista. Aniquila el artículo 40. Destruye el Estado y lo somete a los grupos económicos. Lo hace Menem y lo hace el Partido Justicialista, jubilosamente. Se hace cierta la predicción de Evita: *es el peronismo el que acaba con el peronismo*.

ENUNCIADOR SEGUNDO: SÓLO VALE SU ENUNCIACIÓN SI COINCIDE CON LA DEL ENUNCIADOR PRIMERO

La historia del Perón de Madrid y del Perón del regreso es una de las más originales, ricas y fascinantes de la historia política mundial. Es sencilla y trágica: un líder, desde el exilio (desde la exterioridad), les da la razón a todos. Pero comete lo que habrá de ser un gran error. Pierde su condición de privilegio. Hace lo que posiblemente no debió hacer: retorna. Al hacerlo se historiza y se pierde como mito. Todos le exigen ser avalados por su palabra. Pero, aquí, en el campo duro y sucio de la Historia, aquí, en la cercanía, no en el exilio sino en la patria, el líder tiene que elegir. Ya no hay verdades para todos. Algunos no tienen razón. Ahora hay réprobos (excomulgados, *herejes*) y elegidos. Los réprobos no aceptan su condición. Peor aún: elaboran una teoría sobre la debilidad del líder. Está cercado. No es él quien habla por su boca. Son otros. Unos seres malditos, demoníacos, que lo han cercado. Un brujo. Su palabra no es la suya. ¿Qué palabra valdrá entonces? La de los réprobos, que se lanzarán al rescate del líder cautivo. Los elegidos, infatuados por el líder, se desbocan y empiezan a matar a los réprobos. ¿O no los ha condenado el gran enunciador de la Verdad? El enunciador, cuando señala al réprobo, señala, para la práctica de los elegidos, al que debe morir. Al que se debe matar. Al que es posible y hasta necesario aniquilar. El líder queda en medio de la lucha de facciones. Unos quieren liberarlo de sus ataduras. Rescatarlo para sí mismo. Para que el líder vuelva a ser el que fue. Los elegidos ven en esa acción el intento de matar al líder. Tienen razón: *los réprobos, al buscar que el líder no sea el que es sino el que fue, tratan de matar al líder que es en nombre del líder que fue*. Sencillo: el que fue los había elegido a ellos. El que es los condena. Sólo puede estar equivocado, dicen los réprobos. "Este es el verdadero líder", dicen los elegidos. El otro era un líder que apelaba a todas las tácticas para obtener la victoria del retorno. Este, el de hoy, es el verdadero. De su boca salen las verdades del único peronismo.

"La juventud peronista (escriben S/V) forma parte de esos movimientos compuestos mayoritariamente por miembros de las clases medias, ligados a las instituciones de enseñanza (secundaria o universitaria) y surgidos de la conmoción que la Revolución Cubana había producido en toda América latina. La juventud es un ejemplo, entre otros, de la movilización de jóvenes pertenecientes a los sectores intelectuales" de la burguesía, que desde siempre hablaron en nombre del 'pueblo' y que, en los años sesenta, iniciaron acciones revolucionarias guiados por un voluntarismo socialmente determinado" (S/V, *Ibid.*, p. 146). Hay que añadir que, en sus mejores momentos, hasta, digamos, Ezeiza, la juventud peronista va en busca de los sectores proletarios, de la clase obrera. De los "negros peronistas". (Nuestro "proletariado británico".) Como intención política es muy ponderable. Pero lo que se logra nuclear no es a la clase obrera, que se sigue expresando por medio de su organización sindical, sino a sectores marginales a la producción: los habitantes de las villas miseria sobre todo. Como sea, hay algo que la Jotapé encuentra como dato ilevantable: todos los expoliados de la patria, los obreros de los sindicatos y los villeros de las villas creen, ante todo, en Perón. De modo que sólo de modo derivado o secundario puede la Jotapé asumir la representación y, sobre todo, la *palabra* del pueblo. "No puede abandonar la pretensión de ser el portavoz del Pueblo, pero al mismo tiempo está obligada a aceptar el principio según el cual Perón expresa, *por definición*, los verdaderos intereses del Pueblo, dado que esta aceptación es el fundamento mismo de la identidad *política* de la juventud (...) El problema consiste en las relaciones entre la palabra de Perón y la palabra de la Juventud Peronista, y lo que está en juego es el vínculo de cada una con la entidad Pueblo. La lógica del discurso peronista exige que estas dos palabras coincidan, puesto que esta coincidencia es la definición misma del 'ser peronista'" (S/V, *Ibid.*, p. 148).

Aquí se ve clara la tragedia. Todo había sido mal planteado. O la Jotapé debió renunciar a ciertas convicciones que tenía ser la vanguardia del Pueblo, por ejemplo. Imposible. Lo hemos dicho y volvemos a decirlo. Para ser vanguardia del Pueblo había que salir del peronismo. Pero si se salía se salía del Pueblo. La vanguardia se quedaba sin pueblo, como por fin ocurrió. En suma, para el "enunciador segundo" (la Jotapé) su enunciación sólo vale si coincide con la del "enunciador primero" (Perón). Esto es la *lealtad*. Si hay una asimetría, una asincronía o –así le llaman S/V– un *desajuste* entre la palabra del "enunciador primero" y la del "enunciador segundo", éste se encuentra ante una alternativa extrema. Poco se pensó que el "entrismo" en el peronismo implicaba la aceptación a-crítica de la palabra de Perón. *Sobre todo porque así la recibía el pueblo*. Si algo no entendieron los Montoneros y sí entendieron todos los disidentes a partir del asesinato de Rucci es que el Pueblo, entre la palabra de Perón y la de ellos, habría de elegir *siempre* la de Perón. Los Montoneros disimulaban su condición de "recién llegados" al peronismo trazándose un linaje que partía desde las montoneras gauchas (de aquí su nombre) o de San Martín o de Rosas y luego de Yrigoyen y Perón. No, nadie podía reclamar semejante linaje. Sólo Perón, en todo caso. Y porque, en buena medida, los de la Libertadora se lo habían ofrecido en bandeja: la "Segunda Tiranía". Quedaba así Perón unido a la tradición nacional del siglo XIX, al caudillo de la Ley de Aduanas del '35, al amigo de los negros y de los gauchos. Al héroe inmortal de la batalla de la soberanía, la de la Vuelta de Obligado. Es como esa frase machista que algunos tipos les suelen decir a sus mujeres: "A la Vieja la conozco desde el día en que nací, a vos te encontré en la calle". Frase impecable de la misoginia argentina, del machismo y de la cultura tanguera. En Discépolo hay ejemplos de sobra. En "Esta noche me emborracho": "Que chiflao por su belleza/ le quité el pan a la vieja/ Me hice ruin y pechador" (Oscar Del Priore, Irene Amuchástegui, *Cien tangos fundamentales*, Prólogo de Horacio Ferrer, Aguilar, 1998, Buenos Aires, p. 144. Este trabajo del gran erudito Oscar Del Priore y de Irene Amuchástegui es de sustancial excelencia. Lo cito para incitar a los lectores a arrojarse sobre la poética de los tangos. No se puede entender a este país sin ser tanguero. Sin conocer todo lo que de él se expresó en esa música de aliento brahmsiano y poética proto-existencialista basada en la gran tradición de los novelistas rusos). O en "Tres esperanzas": "Tres esperanzas tuve en mi vida/ Dos me engañaron/ Y una murió". La que murió es la Vieja. Pero muere pura, sin engañarlo. Las otras dos son: la vida y el amor. El "amor" son las mujeres. Que siempre engañan. Que son la cifra impecable de la perdición. En "Tres esperanzas" dice cosas que hoy a todos nos suenan con fuerza: "Las cosas que he soñao/ me cache en dié, qué gil". Y si quieren amargarse un poco más atajensé ésta, célebre pero siempre arrasadora: "Si a un paso del adiós/ no hay un beso para mí,/ cachá el bufoso... y chau/ ¡vamo a dormir!". Raro sería encontrar en la historia de la poética de las canciones populares de este ancho mundo una estrofa como ésa de Discépolo. Que ponía a la Madre por sobre todas las cosas. Lo único incontaminado. Lo único en que se podía creer. De aquí viene esa frase de la misoginia esencial del hombre argentino (sobre todo de Buenos Aires): "A la Vieja la conozco desde el día en que nací, a vos te encontré en la calle". O "en la milonga". O "en el café". Pero es "la Vieja" la que lo acompaña desde pibe. La que lo cuidó siempre. La que lo aconsejó bien. Bueno, Perón es "la Vieja". Contra esto, ¿qué podían los Montoneros? Más aún cuando eligen (como eligieron desde la infatuación del 25 de mayo, desde la enunciación de la consigna "Conducción/ Conducción/ Montoneros y Perón") ser la *vanguardia*. Perón se moría. Sólo una organización revolucionaria de vanguardia podía reemplazarlo. Ahí estaban ellos. Esto se leía en el voluminoso texto llamado "La Biblia" que se repartió desde marzo del '73: era el conjunto de las charlas de Firmenich en los distintos "frentes de masas" o en las unidades básicas de la Jotapé. Pero –lo hemos dicho largamente– no hay vanguardia posible en un movimiento político conducido por un líder carismáti-

co al que las masas adhieren. Siempre él será el "enunciador primero". O sea, lo que la vanguardia quiere ser. Si no lo es, no es vanguardia. Se abre aquí para la vanguardia una alternativa de hierro: "O bien la vanguardia renuncia a su rol privilegiado de portavoz del Pueblo (una especie de suicidio en tanto vanguardia) o bien se decide a no reconocer más la palabra del líder como expresión del Pueblo, lo cual la lleva inexorablemente a colocarse fuera del mecanismo discursivo del peronismo, a negar el carácter intransferible de la enunciación de Perón y a definirse a sí misma como 'enunciador primero'" (S/V, *Ibid.*, p. 148).

LA "TEORÍA DEL CERCO" ELIMINA LA ENUNCIACIÓN DEL ENUNCIADOR PRIMERO

Mas, en tanto Perón viva, el Pueblo no habrá de aceptar a la vanguardia como "enunciador primero". Sólo a Perón le reconoce ese poder, esa jerarquía, ese lugar en su corazón. De aquí que no haya sido tan absurda la recurrencia a la teoría del cerco. Esto quiero plantearlo claramente: la "teoría del cerco" tenía el mérito o la pretensión de enmudecer al líder. *Su palabra no era suya*. Eran otros los que hablaban a través de ella. Lo que decía el líder no lo decía él. El líder no hablaba, era hablado. No enunciaba, otros enunciaban por su mediación, dominándolo. Este líder débil, cercado, este líder *yirolita*, este líder muñecoide manejado por un grupo de ventrílocuos demoníacos, autorizaba la palabra del "enunciador segundo" (por seguir usando el concepto valioso de S/V). El "enunciador primero" no decía, al enunciar, *su propia palabra sino la de sus apropiadores*. Así, la *verdad* era expresada por el "enunciador segundo", que se transformaba en "primero". La vanguardia volvía a ser vanguardia y tenía ahora la misión de rescatar al líder de sus captores. A quienes se decidió llamar "la familia". O –si se centraba todo en López Rega– "el cerco del Brujo".

Sin embargo, esta interpretación le servía a la vanguardia para validarse a sí misma y ante sus militantes. El Pueblo (al que ahora decían representar en primer término) no se daba por enterado de esta cuestión. No podía incluso concebirla. El líder lo era por su poder, por su fortaleza. ¿Cómo iban a neutralizarlo unos cuantos monigotes? Perón era Perón. Con Perón nadie podía. Hablaba Perón y era él quien lo hacía, ningún otro. Las palabras que salían de su boca eran suyas. Y si decía "la juventud está cuestionada" la vanguardia ya perdía toda esperanza de ser meramente enunciadora del Pueblo, ni siquiera "segunda". Cuando se decidió el "entrismo" en el peronismo se debió tener más clara esta cuestión. Lo dijimos cuando hablamos de los conceptos de "movimiento" y "vanguardia". La "vanguardia" de un movimiento es el conductor. Incluso, recordemos, cuestionamos la autodenominación de "tendencia revolucionaria". Será el conductor el que decida eso. El que pone *nombres* en un movimiento es el líder. La "tendencia" habría podido ser "revolucionaria" si Perón la hubiera consagrado así. Si en algún momento lo hizo (raro) habrá sido por uno de los tantos artilugios tácticos. Pero, para Perón, el Movimiento siempre fueron todos. Los muchachos pegaban con más fuerza, eran más duros. *Pero la fuerza revolucionaria era el movimiento en su conjunto*. Y *el movimiento carecía de "tendencias"*. Ahí ya hubo un pecado de soberbia que habría de ser continuado por otros.

Hay, en el movimiento (y en todo grupo político que se precie) *un nosotros de identificación* (S/V, *Ibid.*, p. 152). "Puesto que el único signo de pertenencia al peronismo es la expresión de la lealtad a Perón, es evidente que esta lealtad puede ser proclamada por cualquiera. *El principio inverso y complementario exige que sólo el líder pueda identificar aquellos casos donde esta expresión de lealtad es pura apariencia: en el caso del traidor y del infiltrado"* (S/V, *Ibid.*, p. 152, Cursivas nuestras).

Reflexionemos esto: *¿Cuál es la verdad?* Recordemos a Foucault: *La verdad es resultado del poder*. Si esto es así el único que puede imponer la *verdad* es Perón porque su palabra tiene el privilegio de ser la del líder. *No hay mayor poder que la palabra de Perón*. Aquí, *Poder y verdad* se identifican en la palabra del líder. Muerto Perón, el caos. La lucha, la sangre. Cada uno –para imponer su verdad– tiene que aniquilar al Otro. La *verdad* surge del fusil, para decirlo a lo Monto. La *verdad* es del vencedor. *Vencer es poder imponer mi verdad como verdad para todos*.

El tema de la *verdad* es uno de los más fascinantes de esta coyuntura. En un campo de batalla político, ¿quién tiene la verdad? O si se quiere: ¿quién tiene razón? Tengo una respuesta dolorosa para esto: nadie la tiene. *Todos hacen lo exactamente necesario para que todo salga mal*. No olvidemos que todo confluyó en el Horror. Nadie pudo frenar esa posibilidad. La Historia –empujada por los errores de todos– se deslizó hacia la tragedia y los militares recibieron lo que esperaban como un fruto maduro. ¿Se pudo haber evitado? ¿Cómo? *¿Cómo podría evitarse si Perón regresó a la Argentina a morir?* A ser superado por las contradicciones. A no poder manejarlas. A desgastarse sin cesar. Y a morir cuando parecía querer cambiar algo. Pero tarde, demasiado tarde.

LA VIOLENCIA SE DA "FUERA DE LA PALABRA"

La insumisión de la Jotapé fue destructiva para Perón. Se obsesionó con ella. La atacó brutalmente. Incurrió en prácticas clandestinas. Posiblemente buscó recurrir al Ejército. Los milicos gorilas habrán disfrutado la situación: "Usted los creó. Usted extermínelos. Es una tarea sucia. No pida que se la hagamos nosotros. Que se la ahorremos". Así las cosas, Perón –obstinado en librarse de la guerrilla Montonera y de los dislates del ERP– cede a la creación de bandas clandestinas. He dicho "cede". Y no sé si "cedió" o dio la orden. Lo veremos. Pero *el sentido común está instalado*: Perón no podía ignorar lo que se preparaba. Incluso puso a los hombres que habrían de encabezar la tarea de exterminio (cruel, despiadada, fascista a ultranza). El Comisario Villar, cuyo prontuario estremecía. Margaride, más torpe y hasta algo patético. Osinde. La revista *El Caudillo*, con Felipe Romeo de director. El C de O. La CNU. Y López Rega, siempre junto a Perón, armando las listas. ¿Y Perón, entre tanto, dónde estaba? ¿Jugando con Isabelita a la escoba de 15? Nadie cree eso. Ya citaremos un texto imperdible de la revista *Barcelona*.

Escriben S y V: "Mientras Perón no designe él mismo al enemigo, los enunciadores segundos están condenados a una lucha interna que es puramente *especular*: para los dirigentes sindicales, los infiltrados son los jóvenes; para éstos los burócratas sindicales son traidores.

"Entretanto, el conflicto sólo puede resolverse fuera *de la palabra*: en el silencio, la violencia, el asesinato" (S/V, *Ibid.*, p. 152).

Sin embargo, si el conflicto se desarrolla *fuera de la palabra* es porque la palabra ha sido dicha. Perón le arrojó a la Jotapé la responsabilidad de lo de Ezeiza. Y cuando los recibió en Olivos los sometió a una de las tantas humillaciones que habría de inferirles. *El Descamisado* del 24 de julio de 1973 titula en su tapa: "Se rompió el cerco del brujo López Rega". Mentira. Total y absoluta mentira. Primero: el "brujo" no tenía cercado a Perón. Esta era la mentira fundamental. Perón seguía siendo bueno. "Un viejo montonero." Pero ese maldito brujo lo cercaba y le hacía decir y hacer lo que él quería. ¿Por qué? ¿Por qué era un brujo o porque Perón estaba viejo y medio idiota, se babeaba y hacía lo que ese enano y payaso ridículo le ordenaba? Nunca se explicó esto; 2) Además, de existir un "cerco", no se había roto ni por joda. Adentro, *El Desca* publica una foto falsa. Una foto para engañar a la militancia. Una foto imperdonable. Está, en el medio, Perón, sonriente, de buen ánimo, con traje, corbata y pañuelito en el bolsillo exterior del saco. Y, a su alrededor, también muy felices vemos a Dante Gullo y al flaco, alto y rubiote Juan Carlos Añón, integrantes del Consejo Superior de la Juventud Peronista por la Regional Nº 1 y también a Miguel Lizaso y Roberto Ahumada, responsables de Zona Norte y Capital Federal de la misma Regional 1. Ahumada lleva un sacón de cuero bien Jotapé. El que quiera ver la foto que no le pierda detalle. Era un rasgo muy marcado de la Juventud: el sacón de cuero. Yo, lo dije, tenía uno. No sé por qué lo usábamos. En uno de sus principales aspectos, a mí me recordaba a James Mason en *El zorro del desierto*, de Henry Hathaway, haciendo Rommel, el general alabado por Churchill, una de las cabezas del atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler, pero un gran general alemán, el jefe del temible Africa Korps, el derrotado de El Alamein. El brillante estratega de Tobruk. Queríamos ser duros. Todos grandes generales como Rommel. O por ahí algún comerciante en cueros de la calle Florida había largado la moda y habíamos sucumbido a ella. No éramos nazis, desde luego. Todo lo contrario: luchábamos contra el nazismo. Pero Roberto Ahumada se veía bien con el cuero encima. Galimberti lo usó inmoderadamente.

El diálogo que se produce es tenso. Ahí ya late la violencia que se desplegó en Ezeiza y, sobre todo, la que vendrá. Lastiri y López Rega reciben a los delegados de la Jotapé. Luego aparece Perón. Lopecito, sin vueltas, dice:

–Debajo de los ponchos ustedes llevan armas. Armas largas.

Era muy usual usar unos ponchos colorados, federales.

–No es así –le responden–. Invitamos al señor Squeer a controlar si es cierto.

Juan Squeer era el jefe de la custodia de Perón. No se lleva a cabo la inspección, que habría sido un desastre. Perón dice algunas vaguedades sobre su salud y –al parecer– promete asistir a un acto de la Jotapé. López Rega interviene otra vez:

–Las Juventudes Peronistas son muchas y están divididas.

Se le responde que la Juventud Peronista es una sola. Una frase que ya era una consigna de lucha para la militancia: "Y ya lo ve/ Y ya lo ve/ hay una sola Jotapé".

Se sacan la foto. En *El Desca* aparecen –como dijimos– Perón en el medio rodeado –*¿era el cerco de reemplazo, el que quería la juventud, el "cerco revolucionario"?*– por Lizaso, Ahumada, Añón y Dante Gullo. Falso. *Todos los diarios sacaron la foto verdadera*. A los costados de todos, cerrando la fila, uno de un lado, otro del otro, estaban Lastiri y López Rega. *El Desca* los había recortado. No se derrota al enemigo con una tijera. No se informa adecuadamente a la militancia sacando de la foto a los enemigos. "Sacarlos" es algo más complejo. Habría sido más honesto, menos triunfalista pero más real, habría llevado más certezas acerca de la verdadera situación la foto que publicaron los diarios "del régimen". Con López Rega y Lastiri.

No se había roto el cerco del "brujo López Rega". Ante todo, porque no había cerco. Y luego –de haber sido cierta esa teoría– porque tampoco se había roto. Cercándolos a todos, uno a cada costado de la línea de personajes, estaban, bien firmes, sólidos, insoslayables, Lastiri y el maldito Brujo. Y pocas horas después porque Perón se mandaría su macabra tocada de culo a toda la militancia juvenil: "Ahí la tienen a la cabeza de López Rega. Se las pongo al frente de la reorganización de *las* juventudes peronistas". Miguel había tenido razón: "No hay que apretarlo al Viejo. No hay que ir con consignas duras". Igual, Perón revelaba un duro espíritu castigador, vengativo. Y una pésima jugada de conducción. El, que se las sabía todas, había dicho siempre que al "enemigo hay que darle un 50 por ciento pero quedarse uno con el 50 por ciento más importante". A la Jotapé le dio, no un 50 por ciento, sino nada, un puntapié insultante. Fue una provocación. Una abierta, insultante provocación de un líder que se creía capaz de todo. A provocación, provocación y media. Los Montos, la Orga, elevó el tono del enfrentamiento a niveles sin retorno: acribilló a Juan Ignacio Rucci. Lo *traviató* sin asco. Creían haber tirado sobre la mesa el mejor cadáver para "apretar al Viejo".

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Asesinato de Rucci, "fuimos nosotros"

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

105 **Asesinato de Rucci, "fuimos nosotros"**

Suplemento especial de
Página|12

DURMIENDO CON EL ENEMIGO

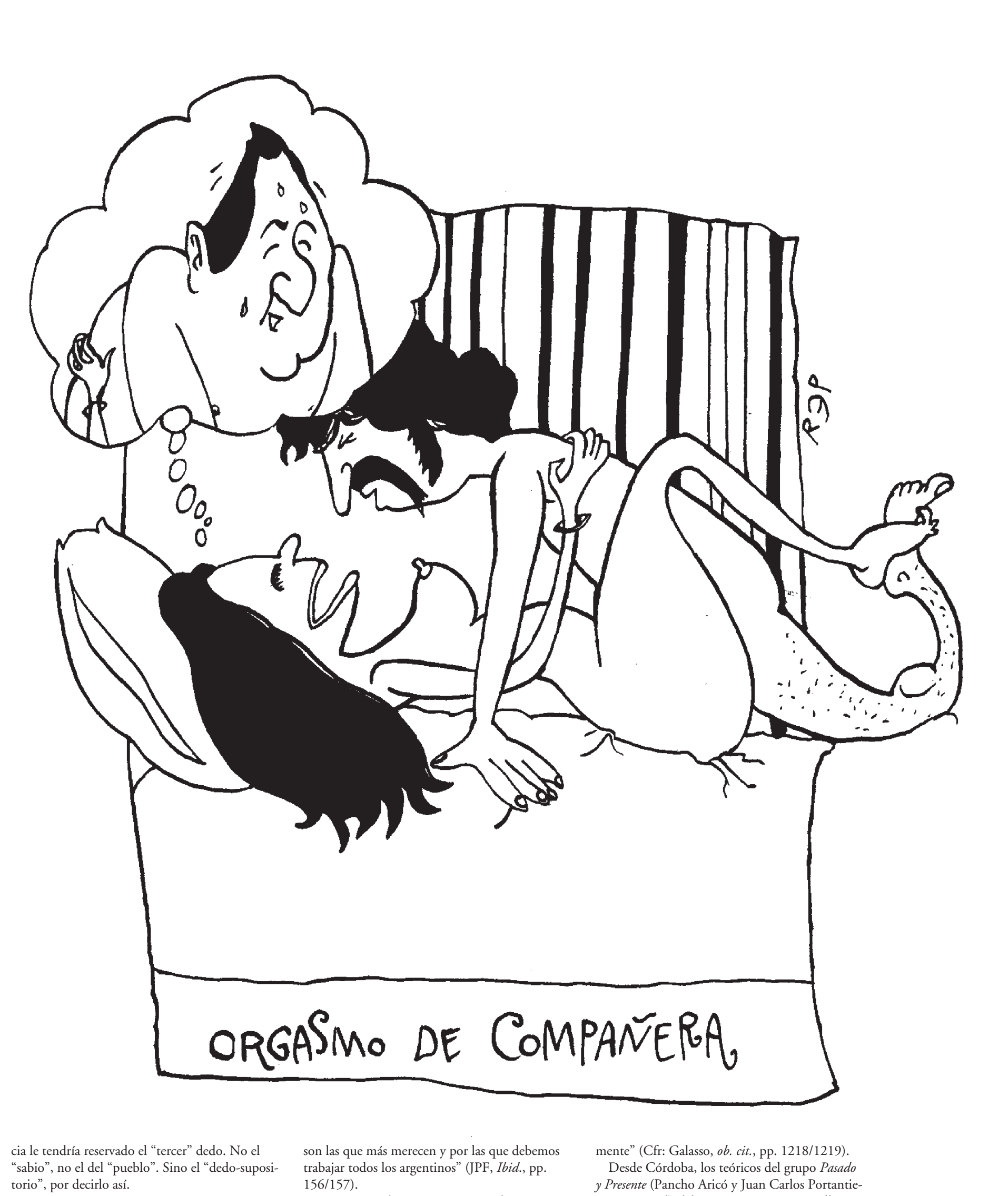
Lo del Brujo López Rega tenía tres facetas: 1) Nadie lo entendía. 2) Nadie lo quería entender. 3) Se creaba una teoría insensata para entenderlo. 1) No entenderlo era no poder incorporar a la figura política de Perón la del maldito Brujo. Si Perón era lo que había dicho ser durante 18 años, ¿cómo tenía a su lado a un fascista criminal? ¿O no era lo que había dicho ser? ¿Definía la importancia del Brujo la ideología de Perón? ¿Se definía Perón por tenerlo a su lado? ¿Cómo era posible que ese energúmeno fuera su "hombre de confianza"? ¿Era Perón, entonces, un fascista? Si no lo era, ¿cómo podía tolerar compartir su intimidad con uno? (*Nota*: Esto me recuerda a la famosa cuestión del antisemitismo de Heidegger. ¿Era Heidegger antisemita? Sus seguidores dicen: no. Sin embargo, el Rektor de Friburgo estaba casado con una mujer de nombre Elfride que, muy tempranamente, se había afiliado a las SA y hasta había escrito panfletos antisemitas. O sea, Elfride odiaba brutal, pasionalmente a los judíos. ¿No respondía esto a la cuestión del antisemitismo de Heidegger? ¿Puede alguien que no es antisemita estar casado con una mujer que militantemente lo es? Dieter Müller, el profesor heideggeriano de mi novela *La sombra de Heidegger*, en una reunión con militantes de las SA, decide responder a esa pregunta –la del antisemitismo de Heidegger– que, con dudas, se habían formulado los camisas pardas de Röhm: "El profesor Heidegger tiene una mujer que se llama Elfride. Todos ustedes saben quién es. Adhirió al nacionalsocialismo casi desde sus orígenes. Y es fervorosamente antisemita. Activamente antisemita. Exaltadamente antisemita. Ustedes se preguntan si Heidegger es antisemita. ¡Qué mal planteada está esta cuestión! ¡Y hay filósofos entre ustedes! ¿Qué pasa? ¿Olvidaron pensar con rigor? ¿Olvidaron desde dónde se aborda y se resuelve un problema? No me pregunto si Heidegger es o no antisemita. Me pregunto: si hubiera en él algún amor (por mínimo que fuese) por los judíos, ¿sería Elfride Heidegger su esposa? ¿Compartiría su vida con una mujer que ha hecho del odio al judío el sentido de la suya?", JPF, *La sombra de Heidegger*, Planeta, Buenos Aires, 2005, p. 75). Si tomamos el razonamiento de Dieter Müller se puede formular una pregunta más dura sobre la relación Perón-López Rega: si hubiera en Perón algún rechazo (por mínimo que fuese) por el fascismo, ¿podría tener a su lado a un fascista fanático, podría ser este nada menos que su secretario privado, su hombre de confianza, el guardián de su intimidad? Aquí viene el punto 2): la negación a entender la cuestión. Vaya uno a saber. Perón está viejo. El Brujo consiguió volvérsele imprescindible. Le masajea la próstata. Seguro le calma otros dolores. Le maneja a la mujer. Ella también lo requiere, lo quiere cerca. No se sabe. Es la intimidad del poder. Pero el Viejo *no es* López Rega. El Brujo es una debilidad suya, sin duda incomprensible. Pero no es su ideología. El Brujo será un facho. Perón no. Y menos que nada por tenerlo al Brujo de ladero. Y por último 3): la postulación de una teoría insensata. López Rega era la CIA. (Lo cual era muy probable.) Y Perón quería tenerlo cerca por eso. Porque al enemigo hay que tenerlo cerca. Que López Rega fuera la CIA era –acabo de decir– muy probable. O, al menos, tenía claros, evidentes, contactos con gente de la CIA. Ahora bien, decir que Perón lo tenía cerca porque quería tener al enemigo "controlado" era un dislate, una fábula tonta. Esa fábula podía llamarse *durmiendo con el enemigo*. En suma, Perón y el Brujo le han roto y le rompen la cabeza a cualquiera. Se han aportado anécdotas a raudales en las que Perón trata mal a Lopecito y le dice al anfitrión de turno que no le haga caso, que es un torpe, un tonto, etc. ¿Para que lo tiene entonces? Por decirlo claro: *La figura política, ideológica y hasta bélica de López Rega arroja inevitablemente una sombra durísima sobre Perón.* Particularmente por un hecho definitivo, que no admite atenuante alguno: *Muriéndose, Perón delega el mando en Isabel. Sabe que, al hacerlo, lo delega en el siniestro monje umbandista. En el jefe de la Triple A.*

PERÓN DELEGA EL MANDO EN LA TRIPLE A

Por decirlo más claro aún: Perón delega el mando en Isabel Perón el 29 de junio de 1974 a las 11.50 de la mañana. Ahí, en ese exacto y preciso momento, Perón delega el mando en la Triple A. Es duro decirlo, pero lo es porque nadie lo dice. Acaso se pueda alegar que –moribundo– no tenía clara conciencia de lo que estaba haciendo. Que no estableciera la continuidad Isabel-López Rega-Triple A. Alguien muy piadoso con el viejo general, Norberto Galasso, dice que quería dejarle la presidencia a Balbín. Que el secretario legal y técnico de la Presidencia, Gustavo Caravallo, le dijo que eso traería muchas dificultades legales. Que mientras esto ocurría López Rega chillaba que era un despropósito darle la presidencia a Balbín e Isabelita guardaba cauto silencio. Caravallo sale del dormitorio con la orden del líder de averiguar si es posible. Lopecito sigue furioso. Caravallo es convocado otra vez. Entra en el dormitorio del moribundo. Este le dice que se olvide del asunto. Mira a Isabelita y le da una "orden" ya casi desde la eternidad: "Pero, de todos modos, nunca tomes una decisión importante sin consultar con Balbín" (Galasso, *ob. cit.*, p. 1330). Qué patético. Quién se va a creer esto. ¿Podía pensar Perón que su Chabela, esa mujer miserable y despiadada pero tonta, habría de desobedecer al monje umbandista, a su querido Daniel, por seguir los consejos de Balbín? La fábula ha sido elaborada para mostrarlo a Perón yéndose de este mundo sin desear dejarle la presidencia a Isabel. Y, en caso de no poder sino hacerlo, recomendarle que los consejos fundamentales los reciba del buenazo de Balbín y no del genocida López Rega. Y el general queda limpio. Y muere sin la sombra del Brujo encima. (*Nota*: No es difícil imaginar la escena patética y trágica y, desde luego, macabra, que se habría producido en caso de que Isabel llevara a cabo el supuesto consejo de Perón. Lo llama a Balbín a la Casa Rosada. A su lado, como siempre pero algo más atrás, López Rega. Balbín se sienta frente a Isabel. "Cómo le va, doctor Balbín." "Aquí estoy, señora. Con las manos abiertas para colaborar." "Bueno, mire esta lista." Isabel le extiende una hoja de oficio con muchos nombres. Balbín la mira. "Sí, señora. Son nombres de gente que actúa en la política por el bien de los argentinos, no importa del lado que estén. Debemos lograr la unidad nacional." López Rega: "Vea, don Ricardo. Nosotros tenemos otros planes para esa gente. Queremos matarlos". Balbín lo mira atónito. Isabel, casi ingenuamente pero recordando el consejo del anciano general ("nunca tomes una decisión importante sin consultar con Balbín"), le dice: "Yo soy leal al general Perón. El me dijo, poco antes de morir, que todo lo consultara con usted. Sobre todo las cuestiones importantes. Nosotros creemos que esto es muy importante. Díganos, doctor Balbín: ¿a quién nos aconseja matar primero? ¿A Atilio López, a Julio Troxler o a Ortega Peña?". Habría sido una situación incómoda para Balbín. Piadosos, Isabelita y el Brujo se la ahorraron.) ¿Hasta tal punto necesita engañarse cierta gente? ¿Hasta tal punto duele lo que Perón indudablemente hizo? ¿Hay que negar, ocultar, disfrazar, maquillar, ridiculizar la verdad? Perón hizo *eso*. Y el que necesite negarlo para seguir siendo peronista deberá profundizar en sí mismo y preguntarse por qué. Ese acto nefasto no resume en totalidad a Perón. Con una vida tan compleja, tan comprometida con momentos decisivos de la historia de un país, hay que sumar, hay que ir en busca del todo. Perón es mucho más que el que le delegó el mando a Isabel-López. Aunque será inevitable no aislar este hecho de otros que definieron su vida. Desde el final, desde el ocaso, desde el mismísimo instante en que parte de este mundo, Perón fortalece las peores interpretaciones que se han hecho sobre su figura. Alimenta la gula de sus peores biógrafos, de quienes escribieron sobre él para expresar su odio y hasta para desdeñar las políticas populares. Y desampara a quienes buscan hacer de él una bandera de las luchas por los derechos de los pobres, de los hambreados. Que, con dolor, mascullan: "¿Para eso volvió, general? ¿Para darles la razón a los gorilas?". O peor: "¿Para hacerles el trabajo sucio a los militares?". Esta última hipótesis no es descartable. Si López Rega –en plena etapa de las matanzas de la Triple A– recibe el apoyo decidido de uno de los hombres más firmes de la doctrina militar de la Seguridad Nacional en la Argentina –Mariano Grondona: *Meditación del elegido*–, sin duda había trazado relaciones fuertes con sectores duros del Ejército. Acaso Perón les tendió una mano a sus compañeros de armas, que le habían restituido su uniforme, lo habían hecho teniente general y no lo habían perturbado. Como sea, volveremos sobre este tema. Y no precisamente de modo lateral.

EL DEDO DEL GENERAL, EL DEDO-SUPOSITORIO

Perón –a lo largo del '73– no se arroja abiertamente contra la Jotapé. Está claro que les ha cortado los víveres. Que los discursos los da en la CGT, avalando así a esa burocracia sindical contra la cual la Tendencia llevó una lucha desmedida, torpe, de la que habría de arrepentirse. (Muchos años después.) El líder intenta un enfoque del enfrentamiento interno que pueda entregar a todos una explicación. Lo hace el 30 de julio, en la CGT –por supuesto– y su pieza oratoria busca una conciliación que el discurso del 21 de junio no había intentado. Importa señalar que en estos discursos de la CGT Perón está impecable; su oratoria, como siempre, es efectiva o, sin más, brillante. Anida en él una seguridad de gran estadista, de gran conductor de masas. Son clases de adoctrinamiento. Había una opción –como dijimos– que irritaba a la Tendencia y al alternativismo de Ortega Peña ("Cuando la tribuna del general Perón deje de ser la CGT de los burócratas las cosas van a estar más claras", escribe en *Militancia*). Justamente: que las clases se daban en la CGT. Pero el general ya había elegido a su viejo y fiel sindicalismo desde el 21 de junio. No olvidemos: al sindicalismo peronista lo creó Perón. A los Montoneros, no. De modo que su tribuna era ésa: la CGT. Bajó línea de modo claro e implacable. Importante conclusión: ningún viejo con las neuronas deterioradas habría podido hacerlo. Fueron tantos los discursos que forman un corpus. Un corpus que cubre una etapa especialmente conflictiva. A atenuar estos conflictos dedica el jefe su discurso del 30 de julio. Dice que quiere tratar un tema importante para el momento que se vive. "Y es esa aparente controversia que parece haberse producido en algunos sectores del peronismo: la lucha, aparentemente, ha sido planteada como acusación a una burocracia sindical por un lado, y a los 'trotskos' por el otro" (citado en José Pablo Feinmann, *Estudios sobre el peronismo*, Legasa, Buenos Aires, 1983, p. 156). Este inicio del enfoque era auspicioso para la Tendencia. Si la "controversia" se estableció entre "sectores del peronismo", Perón le reconocía a la juventud su pertenencia al movimiento. La Jotapé –durante esos días– pedía la afiliación masiva al Partido Justicialista. Era otro disparate. Otro modo de desconocer la conducción de Perón. El plan era: si había afiliación masiva la juventud se adueñaba del PJ. Pues sus bases multitudinarias jamás podrían ser igualadas por las del sindicalismo. Pero era la petición de lo imposible. *Nunca hubo democracia interna en el PJ*. Lo que funcionaba era "el dedo de Perón". El general ponía ("a dedo") a quien se le cantaba donde se le cantaba. Durante la democracia –cuando el PJ, muerto Perón, busca organizarse democráticamente, busca recurrir a las urnas para darse una estructura transparente– se pinta en las paredes de la ciudad una consigna que aclara esta situación: *Ayer, el dedo sabio de Perón. Hoy, el dedo sabio del Pueblo*. Algunos, que seguían desconfiando, añadían: "Y siempre el dedo en el culo". Pero no importa. Si fue o no democrática la organización del PJ durante la democracia no es –ahora– nuestro tema. Importa marcar que se reconocía naturalmente que "ayer" –o sea, mientras Perón vivía– el "dedo" que resolvía la organización del Partido era "el dedo sabio de Perón". Esto tampoco lo entendieron los Montoneros al pedir internas abiertas. O acaso sí. Porque el proyecto que impulsaron en tanto Perón vivía fue reemplazar "su" dedo por el de ellos, que era más joven y hasta más "sabio" porque era el dedo de la "vanguardia". Todo inútil. El general seguiría usando, como siempre, "su" dedo y a la Tenden-



cia le tendría reservado el "tercer" dedo. No el "sabio", no el del "pueblo". Sino el "dedo-supositorio", por decirlo así.

APRESURADOS Y RETARDATARIOS

Continúa Perón: dice algo que todos saben, que ha dicho muchas veces, dice que en el peronismo, en tanto movimiento de una "amplitud muy grande", "*tiene que haber de todo en lo que a ideología se refiere*" (Feinmann, *Ibid*., p. 156). Pero esto no va a funcionarle ahora. El Padre Eterno tendrá que seguir eligiendo. Y elegir será echar a los "trotskos". Pero no por el momento. Aquí viene la gran teorización del líder, su encuadre conceptual de la situación: "En todos los movimientos revolucionarios existen tres clases de enfoques: el de los *apresurados*, que creen que todo anda despacio, que no se hace nada porque no se rompen cosas ni se mata gente. El otro sector está formado por los *retardatarios*, esos que quieren que no se haga nada, y entonces hacen todo lo posible para que esa revolución no se realice. Entre estos dos extremos perniciosos existe uno que es el del equilibrio y que conforma la acción de una política, que es el arte de hacer lo posible; no ir más allá ni quedarse más acá, pero hacer lo posible en beneficio de las masas, que son las que más merecen y por las que debemos trabajar todos los argentinos" (JPF, *Ibid*., pp. 156/157).

En resumen, hay tres sectores en el movimiento peronista:

1) Los apresurados.
2) Los retardatarios.
3) Los equilibrados.

Todos pueden coexistir en tanto sigan la conducción del líder. Esa conducción los llevará en paz hacia el mismo sitio. Si se obedece al líder no habrá problemas. Y el líder impone un ritmo a la "revolución". Ese ritmo viene de la Grecia de Pericles. "Es probable que la revolución sea tan vieja como el mundo (...) y quizá los inventores hayan sido los griegos (...). Pero la Grecia de ese tiempo, antes de lanzar la revolución, colocó, en el frontispicio de todas sus universidades, una frase que indica lo que la revolución debe ser: *Todo en su medida y armoniosamente* (...). Por eso, a toda esa muchachada apresurada –a la que no critico porque esté apresurada, porque Dios nos libre si los muchachos no estuviesen apresurados– hay que decirle como decían los griegos creadores de la revolución: 'Todo en su medida y armoniosamente'. Así llegaremos, no por la lucha violenta. Llegaremos por la acción racional e inteligente, realizada en su medida y armoniosamente" (Cfr: Galasso, *ob. cit.*, pp. 1218/1219).

Desde Córdoba, los teóricos del grupo *Pasado y Presente* (Pancho Aricó y Juan Carlos Portantiero en especial) elaboraron una crítica sencilla y contundente a este enfoque de Perón. Era así: los *apresurados* y los *retardatarios* no se diferenciaban porque unos iban más rápido y otros más despacio hacia un mismo fin. *No compartían ningún fin*. Los apresurados tenían un proyecto estratégico político. Y los retardatarios, otro. Y esos proyectos no sólo eran diferentes sino antagónicos. Acaso Perón habría respondido que eso a él no le importaba. Que, en tanto los dos grupos tuvieran necesidad de instalarse dentro del movimiento peronista para hacer política, él, que era el conductor, los llevaría a una misma meta: la de todo el movimiento. A esta altura, sin embargo, era visible que tal cosa no le era posible. A nadie. Ni siquiera a Perón. *El desorden ya era demasiado explícito, demasiado brutal y violento, como para conducirlo.* El ala juvenil –liderada por las organizaciones armadas– exhibía una agresividad y una irreverencia ante el líder que éste no había previsto. La derecha que el líder arroja sobre el ala juvenil para amedrentarla o controlarla escapa a la conducción de cualquiera, pues la ciega su propia violencia. No tiene noción del límite. Su odio "al zurdaje" no le permite medir sus acciones. Actúa

en la modalidad de la muerte. Ya veremos –al analizar detenidamente las acciones de la Triple A– que la derecha criminal clandestina inicia sus operaciones mucho antes de firmar como Alianza Anticomunista Argentina. (Que los montos llaman, con mayor precisión, Alianza Antiperonista Argentina, porque comunistas mató pocos y su blanco fue ese sector del movimiento, que Perón había reconocido, pero que enfrentaba su conducción, a los sindicatos y seguía armado esperando actuar. Algo que –espectacularmente– hace con el asesinato de Rucci.) En un trabajo documentado y valiente, Sergio Bufano ofrece un listado exhaustivo de esas víctimas. Se trata de una investigación de la *Latin American Studies Association* que publica la Universidad Nacional Autónoma de México en 1978. La lista empieza durante el "gobierno" de Lastiri y concluye un día después de la muerte de Perón. Se sabe que –a partir de esa muerte– la violencia asesina de la Triple A se dispara incontrolable y que sus listas se reparten con total impunidad. Este hecho llevó a muchos a afirmar que sus acciones empiezan luego de la muerte del viejo general, quien le habría puesto freno mientras vivió. El único atentado "firmado" es el del político radical Hipólito Solari Yrigoyen. Sin embargo, la lista de atentados y asesinatos que presenta Bufano indica otra cosa. La violencia paraestatal habría sido muy anterior. Algo que sería absurdo negar es el Navarrazo del 28 de enero de 1974. Esto ocurre –obviamente– en vida de Perón. Sucede que se venía manejando este hecho y otros como cosas que "le hacía" a Perón su ala derecha. Se cae así en la misma mecánica de la "teoría del cerco". La "ingenuidad" de Perón, su debilidad, su ignorancia ante hechos centrales del país, que ocurren sin su consentimiento y en medio de su ignorancia. Entonces, ¿era un líder o un muñeco manejado por los acontecimientos que generaban los violentos? Era Perón y si lo era tenía que saber muy bien qué iba a pasar en Córdoba. Y el "Navarrazo" fue una espectacular operación de la Triple A, con firma o no. Como Ezeiza. Sergio Bufano plantea correctamente la incómoda situación de los analistas políticos que revelan estas aristas incómodas de la tercera presidencia del líder del justicialismo: "¿Cómo indagar en la historia cuando al hacerlo desacralizamos la imagen que se ha construido sobre la figura de uno de los políticos más importantes de la Argentina, icono de un movimiento popular que trascendió el siglo XX y se proyecta como uno de los protagonistas del siglo XXI?

"No es una herejía mostrar el lado oscuro del líder. En el contexto de una época compleja, Perón recurrió a métodos terroristas ajenos al mandato que la sociedad, ansiosa de paz y democracia, le había otorgado. Podría haber optado por la ley y probablemente el final de la guerrilla montonera o marxista no hubiera variado. Quien derrotó a las organizaciones armadas no fue sólo el Terrorismo de Estado, sino también su propia ceguera, la de militantes que no supieron comprender que entre dictadura y democracia había una sustancial diferencia.

"El Perón que desde el exilio había utilizado la política del péndulo entre izquierda y derecha resolvió de la *peor manera* la contradicción que él mismo había provocado. Y optó por un camino *en el que pesó más su condición de militar que la de político*. La elección de José López Rega y su consentimiento para que actuaran bandas paraestatales como instrumento para depurar su movimiento y para derrotar al marxismo fue su peor decisión" (Sergio Bufano, "Perón y la Triple A", revista *Lucha armada*, N° 3, junio, julio, agosto 2005, Buenos Aires, p. 27. Las cursivas me pertenecen).

RUCCI, BOLETA

Sin embargo, el 25 de septiembre tiene lugar una muerte que abre un sinnúmero de significantes. El *Acontecimiento Rucci* no es fácil de ser aprehendido en su total densidad, en su dimensión inmensurable, en el espacio que le abre a la Muerte. El jefe de la CGT era una pieza de alto valor estratégico-político para Perón. El *Pacto Social* tenía tres pilares: Gelbard, la pequeña y mediana empresa, Rucci, la clase obrera y el sindicalismo organizado, y Perón como conductor de un proyecto que se presentaba no sólo como el más atinado, sino casi el único para sacar el país adelante. A partir de este crimen es que Perón da rienda a sus bandas parapoliciales. Se entrega a la cólera de los dioses vengativos. No olvidemos algo que ya hemos marcado: Perón no cuenta con el Ejército. Lo que tiene para tirarles encima a quienes tan hondamente lo hieren con la violencia son bandas paraestatales que pondrá en manos del comisario Alberto Villar, un obseso de la violencia formado por la OAS y la Escuela de las Américas, el tipo que rompió con una tanqueta la puerta del Partido Justicialista el día en que ahí eran velados los muertos de Trelew. Quería llevarse los cuerpos, impedir las autopsias. Quería evitar que se ultrajara la sede del Partido velando a terroristas que no merecían tal cosa. Un descontrolado. Un tipo que asaltó a la policía de Córdoba y creó un escándalo provincial. (Ya veremos este episodio.) También Perón promueve a López Rega de cabo a Comisario General de la policía. Y pone a Margaride junto a Villar. Se defiende con cinismo cuando se le recuerda quiénes son Villar y Margaride: "A mí no me importa lo que ustedes dicen. Para mí son buenos policías. ¿O me van a negar eso?".

A la militancia juvenil la noticia le viene del aire, de la nada. Le llega como una sorpresa en forma de estocada. Estábamos en casa de Miguel mirando todo por la tele. El auto. Los agujeros de las balas. Las conjeturas. Las frases terribles que Rucci acostumbraba a decir contra los troscos y los zurdos repetidas hasta el hartazgo. Eramos seis o siete. De pronto entra un compañero. Nos mira a todos. Y dice:

–Fuimos nosotros.

Se sienta y la mujer de Miguel le sirve un café. El silencio dura mucho, demasiado. Sólo se oye la cucharita con que nuestro compañero revuelve el azúcar que le puso al café.

–¿Quiénes? –pregunta alguien.

–¿Quiénes qué?

–¿Cómo "quiénes qué", pelotudo? –se mete Miguel–. ¡Quiénes fueron!

–"Fueron" las pelotas, Miguel. "Fuimos." Fuimos nosotros. Lo apretamos al Viejo. Le tiramos el mejor fiambre para negociar en serio de una vez por todas. Si la derecha lo impresionó en Ezeiza, ahora nosotros le damos el cagazo de su vida matándolo al hijo de puta de Rucci.

El compañero se llamaba Andrés y era el único que tenía buenos contactos con la Orga. Ahora revelaba que tenía algo más que contactos. Terminaríamos mal con él. Pero no por el momento.

–Perdoname –dije–, pero yo no fui. Yo no fui, ni estoy de acuerdo y me parece la cagada más grande que se puede haber mandado la Orga.

–No estoy de acuerdo. Esto nos va a hacer ganar posiciones.

–¿Por qué no te metés ese plural en el culo? –dice Miguel–. Si hablás en nombre de la Orga, no hablés por nosotros. Si ustedes amasijaron a Rucci, se tomaron el raje de la política, viejo. Y si a partir de ahora la política se pudre, ya no hay política y empieza la guerra, la culpa la tienen ustedes.

Andrés deja el café sobre la mesa. Enciende un Jockey Club.

–Por ahí fue la CIA –cambia de frente–. Un coletazo de lo de Chile.

Apenas habían transcurrido unos días del 11 de septiembre, de la caída de Allende. La CIA sobrevolaba todas las conversaciones. Sobre todo las conspirativas.

–Pero vos no dijiste eso –le digo.

–No, yo dije la verdad. Fuimos nosotros. Y lo que se viene va a ser duro.

–Aclarame algo –dice Miguel–. ¿Por qué soy parte de algo que no se me consultó?

–¿Vos estás al frente del MHR?

–Sí.

–Estás en la Tendencia entonces.

Miguel asiente. Andrés dice:

–Bueno, fue la Tendencia. La Tendencia somos nosotros. Fuimos nosotros. Fuiste vos, Miguel. ¿O no sabés de sobra cuál es la organización hegemónica de la Jotapé? Bueno, los montos amasijaron a Rucci. Fuimos nosotros. Esa fue la frase que se bajó. Que se le diga a la militancia eso.

–A la mierda con los montos entonces. Porque yo no fui. Y rajá de mi casa o te saco a patadas. ¡Ya, carajo!

Andrés se levanta. Mira a la mujer de Miguel.

–Muy bueno el café, flaquita. Gracias.

–¡Andate!

–¿Te das cuenta, Miguel? Sos un violento. Puteás contra la violencia pero sos un violento. Me echás de tu casa a patadas. Andá a cagar.

Cierra la puerta al salir.

En *Diario de un clandestino*, Miguel Bonasso narra su encuentro con Firmenich luego del amasijo de Rucci. (*Nota*: Al pasar, dice algo importante: que Firmenich es un "mito desconocido", que sólo "pequeños toques" lo humanizan... Entre ellos: la pasión por Racing que comparte "con el cura Mugica", Bonasso, *ob. cit.*, p. 141.) Le dice que no está de acuerdo. Si perdonaron a López Rega después de Ezeiza, no ve qué es lo que determina matar a Rucci ahora, cuando está de aliado esencial de Perón y cuando éste acaba de ganar las elecciones por un porcentaje espectacular. "Firmenich me contesta con cierta condescendencia, sin molestarse. Da largas explicaciones e incluso sugiere que el capo de la UOM, Lorenzo Miguel, le dio luz verde al atentado, al sugerir que su compañero y rival en metalúrgicos era el obstáculo central para un eventual acuerdo con la Orga.

"El Pepe recién se impacienta cuando argumento que una organización revolucionaria no puede producir un ajusticiamiento sin asumirlo públicamente, porque si no, equipara sus acciones a las de un servicio de inteligencia. La frase, me parece, conspira contra mis posibilidades de ascenso" (Bonasso, *Ibid.*, pp. 141/142). Lo que no se explica es para qué quería Bonasso "ascender" en una Orga que hacía atrocidades políticas como asesinar a Rucci (*no ajusticiar*, la palabra "ajusticiar" pareciera que Bonasso la aplica mecánicamente a toda acción de la Orga, JPF). Lo que no se explica es cómo los grandes cuadros intelectuales siguieron ahí. Gelman, Urondo, Walsh, Conti, Oesterheld. Todos, para peor, arrastrando a la pendejada con su ejemplo. ¡Si estaban esos tipos en la Orga cómo no iban a seguir los pendejos! Sigue en pie la reflexión de Verbitsky: "Muchas veces me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo" (Cristina Zuker, *ob. cit.*, p. 9). Siempre que cito esta frase de Horacio se me pregunta: "¿Y él? ¿O él no estuvo ahí?". No lo sé. No sé hasta cuándo. Sé que se las picó lo más tranquilo y los mandó al reverendo (no a un sacerdote, sino a otro reverendo, el que llamamos "carajo"). Horacio dice que la distancia que la clandestinidad imponía era un escollo para conocer a la conducción. Y esto coincide con lo que señala Bonasso acerca del "mito desconocido" que Firmenich era. Mas, *por sus actos los conoceréis*. Después de la boleteada de Rucci había que irse. *No había dónde irse*. Era claro que si había que optar entre Firmenich y Perón era evidente optar por Perón. Sólo que hacerlo era optar por López Rega y la Triple A. Era una coyuntura en la que no había dónde meterse y sentirse a gusto. Al menos dentro del peronismo. Pero, ¿dónde si no? El peronismo lo cubría todo.

Muchos decidieron crear otra cosa. O, en principio, mandar al diablo a la maldita Orga. Ahí empezó la *disidencia.* Los montos, en seguida, le tiraron por la jeta una consigna. Era dura, pero revelaba la *realidad* de esa disidencia. Revelaba que los volvía bastante locos. Que no les gustaba nada. Que los hería. La consigna fue:

Disidentes por derecha
Disidentes por izquierda
Que los disidentes
Se vayan a la mierda

Tenían razón: no había otro lugar a donde irse.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

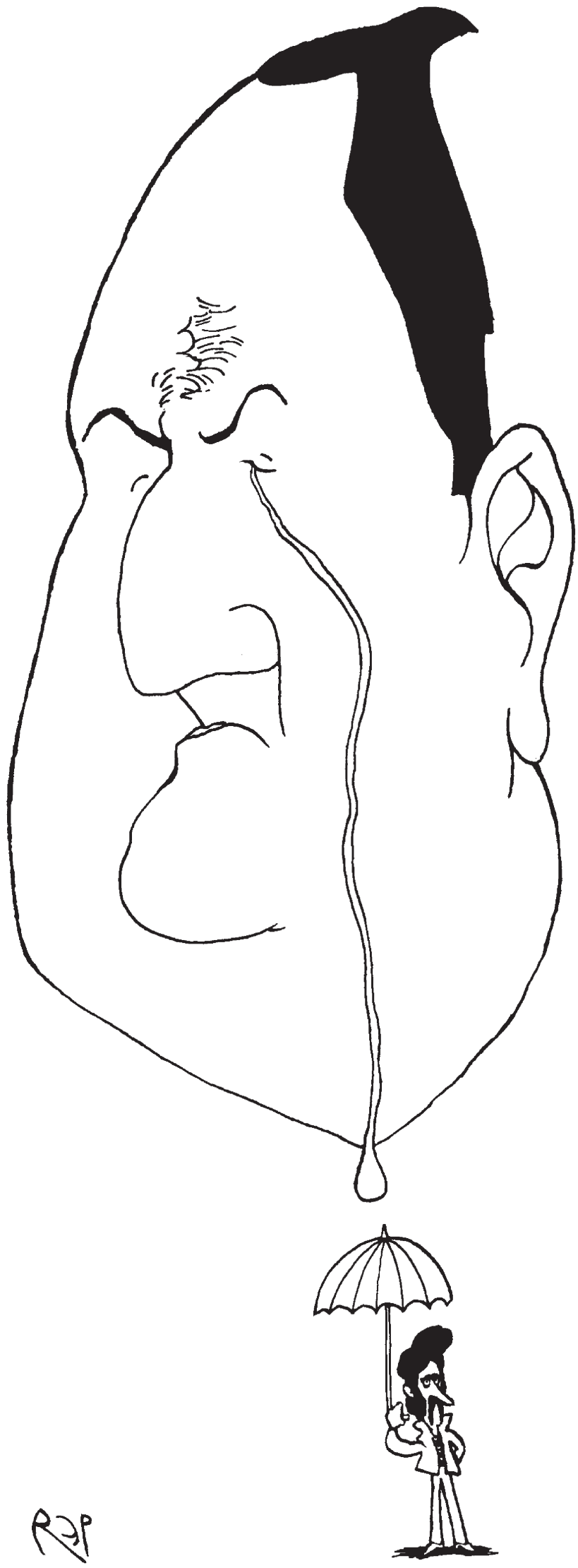
¿Quién mató a Rucci?

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

106 ¿Quién mató a Rucci?



Suplemento especial de
Página|12

¿USTED QUIERE QUE ME PASE A MÍ LO QUE LE PASÓ A ALLENDE EN CHILE?

Era un cañonazo dirigido a Perón, a la centralidad misma de su proyecto. No era casual lo de la foto del primer regreso. Sí, era cierto: Perón venía a cobijarse bajo el paraguas de Rucci. O Rucci era el encargado de cobijar al general, de cuidarlo, seguirlo, respaldarlo con toda la fuerza de eso que se daba en llamar *el movimiento obrero organizado*. Lo hemos dicho: el sindicalismo era la gran creación histórica del peronismo. Así, sin duda, lo sentía Perón. A él no podía indignarlo la acusación de *burócratas* que los jóvenes arrojaban sobre los dirigentes. ¿Qué es un burócrata? Alguien que cuida su puesto y representa, no a la clase obrera, sino a sí mismo. Alguien que siempre negocia con las clases propietarias. Que negocia con el régimen, pero no quiere cambiarlo. Bien, Perón no estaba muy lejos de esta última modalidad. En términos más duros o más amigables, siempre había negociado con el régimen. En sus mejores momentos (sus primeros años: 1946-1952), le quitó al régimen mejoras sustanciales para los obreros. El régimen jamás las habría otorgado. Pero sería aventurado (y siempre lo será) afirmar que alguna vez quiso cambiar el régimen. Perón nunca quiso ubicarse fuera del sistema capitalista de producción. Buscó humanizarlo. *Humanizar el capital.* Para esto (aun en 1973 y tal vez especialmente en 1973) necesitaba más a Rucci que a Tosco. (Luego veremos las polémicas entre Rucci y Tosco.) Cuando los montos asumen el asesinato de Rucci (25 de septiembre) pasaron apenas *dos semanas* del golpe en Chile. Perón había sido muy claro sobre eso. No bien ocurrió dijo que había que parar la mano. Recordemos esa frase que ya hemos citado (deliberadamente: si la citamos antes es para que trabajara con tiempo en la conceptualización del lector y, al llegar a este punto, ya estuviera madura la posibilidad de su recepción): "Hay tontos o malintencionados que están gritando que quieren esto, que quieren lo otro, que la revolución; inclusive uno de ellos me dijo: 'Señor, hay que hacer la revolución', y yo le contesté: '¿Usted quiere que me pase a mí lo que le pasó a Allende en Chile?'. Todo consiste en que no les demos el gusto". No lo iba a hacer. Perón no tenía ninguna simpatía por Allende. Tampoco por el proceso chileno de la vía pacífica al socialismo. Le parecía un suicidio. Le parecía, también, una vanidad, una vanagloria del propio Allende. Ya veremos el trato que se les dará a los refugiados chilenos en la Argentina. ¿En qué creía Perón? En la organización sindical peronista. Y Rucci era el exacto modelo de dirigente que la encarnaba. Para el general, la frase "sólo la organización vence al tiempo" se basaba en la organización sindical. Los Montoneros querían creer que se refería a la organización del pueblo. No, ésa era la interpretación que la juventud peronista había hecho. Pero esa interpretación era parte del Perón que fue necesario inventar para que el *entrismo* fuera posible y luchar por el socialismo desde el movimiento mayoritario, desde la *identidad política* de la clase obrera argentina. Para Perón, la organización se daba en la estructura sindical. Una de las frases más fuertes, mejor construidas que larga en su regreso es la de "la primacía del tiempo sobre la sangre". Es tan buena que León Rozitchner la emplea para titular su valioso ensayo: *Perón, entre la sangre y el tiempo: Lo inconsciente y la política*. (Nota: A pesar de mi admiración por esta obra de León, no la utilizo pues no puedo penetrar en ella a causa de mi rechazo por el freudismo aplicado a la política. Mis relaciones con "lo inconsciente" tampoco son buenas. Me llevo mejor con el sujeto o la conciencia. Pronto voy a explicitar detalladamente la metodología que utilizo. Cierta vez, un amigo psiquiatra le dijo a mi mujer: "Ustedes funcionan bien como pareja porque su inconsciente requiere lo que el de él necesita dar". María Julia le preguntó: "¿Y el amor?" No quiero refutar la teoría del inconsciente con esto, pero sí algunos de sus abusos. Además, la pregunta tenía un hálito romántico-existencial que siempre me deslumbró.)

LA PRIMACÍA DEL TIEMPO SOBRE LA SANGRE

Esa frase –la primacía del tiempo sobre la sangre– Perón la empleó (quiero decir: no la expresó directamente, sino que le dio un uso preciso en un par de cuestiones que buscaba aclarar) en una de sus conferencias en la CGT: "Las luchas violentas consumen sangre, pero las organizaciones permiten ahorrar esa misma sangre. En cambio, necesitan tiempo para realizarse (...) Pero cuando no se tiene una organización y no se dispone de una masa organizada y adoctrinada, el expediente no puede ser sino violento, para ser empleado en la lucha. Pero cuando se dispone de esas organizaciones y existe un adoctrinamiento de fondo, es mucho mejor emplear el tiempo, ahorrando la sangre, que en la lucha suele derramarse casi inútilmente". Todo esto era totalmente falaz. Lo que Perón le estaba diciendo a la Jotapé (porque casi siempre se dirigía a ella, aun cuando les hablaba a los sindicalistas) era: "Nosotros no queremos hacer la revolución que ustedes piden. Ustedes son zurdos, son marxistas. Quieren cambiar *todo* el sistema. Para eso se necesita sangre. Necesariamente hay que matar. Porque es cierto eso que se les dice a los enemigos de la violencia: los capitalistas nunca van a entregar lo suyo sin pelea. Si ustedes lo quieren ahora y lo quieren todo tiene que haber sangre. Una revolución sangrienta. Nosotros no queremos eso. Primero, no queremos cambiar el sistema. Queremos mejorarlo en beneficio de los obreros. No queremos que los obreros tomen el poder, queremos que puedan beneficiarse de él. Queremos un poder más generoso, más compasivo, más protector. Que los cuide. Que los cubra. Un poder que impida que haya sumergidos en el país. Para eso necesitamos tiempo, no sangre. Tenemos que negociar largamente con los que poseen el poder. Para negociar tenemos que fortalecer nuestras organizaciones. Esas organizaciones, al servicio del pueblo, lucharán por conseguir de los capitalistas mejoras constantes para los obreros, a quienes representamos. Por eso, mi dirigente sindical perfecto es el compañero Rucci. Porque es un peleador. Porque enfrenta a la patronal. Pero no para destruirla. Para conseguir ventajas a los suyos. No es un loquito que se llena la boca con la lucha de clases y el socialismo. No es como Tosco. El socialismo ya fracasó en la Unión Soviética. Y los peronistas nunca fuimos partícipes del marxismo. Somos cristianos. Somos humanistas. Rucci sabe lo que yo quiero: un capitalismo humanizado. Pero no el reemplazo del capitalismo. Dentro de él estamos seguros. Sólo hay que lograr otorgarle primacía a su espíritu benefactor. Los zurdos nunca van a entender eso. Ustedes tienen que cambiar. Entender de una vez por todas qué es el peronismo". O sea, la falacia era la de siempre. Que con el tiempo se habría de conseguir lo mismo que con la sangre. Que sólo era cuestión de sabiduría y paciencia. El tiempo iba a dar lo mismo que la sangre, pero más lentamente y con ahorro de vidas. El mismo esquema que el de apresurados y retardatarios. Que los dos iban hacia el mismo fin. Unos más rápido, otros más lentamente. No, los apresurados quieren otra cosa que los retardatarios. Y los que piden la lucha a muerte contra el capitalismo tampoco quieren lo mismo que los que postulan el tiempo, la negociación, la bondad del poder y no su destrucción, o el asalto a su fortaleza, quitársela, darla vuelta y hacer una sociedad nueva, como habían enseñado todos los grandes y verdaderos revolucionarios de la historia. Con el tiempo no se va al mismo lado que con la sangre. La sangre busca una cosa y el tiempo otra. "No nos venga con el versito del tiempo, general", decían –en los hechos– los Montoneros. "No hay tiempo. El hambre y la pobreza y la explotación no tienen tiempo. Hay que luchar ahora o nunca. El tiempo es la excusa de los burócratas. Tiempo para eternizarse en sus sillones de oro. Tiempo para robar. Tiempo para negociar los intereses de la clase obrera. La sangre ahorra tiempo y es lo único que el enemigo entiende. Porque es el método que él emplea. ¿O quién tiene el Ejército y la Policía y la Gendarmería? ¿Por qué cuando hay una manifestación combativa la cagan a palos? ¿Eso qué es? ¿Sangre o tiempo? ¿Nos persiguieron y nos llenaron de cadáveres durante dieciocho años y ahora que estamos en el Gobierno les vamos a dar tiempo? ¿Y la teoría del primer mes? ¿Qué pasa? ¿Ya lo tomamos al poder? ¿Usted nos toma por pelotudos? En serio, general: ¿por eso nos toma? Bueno, vea: jodasé. A su amigo Rucci, a ese macartista, a ese matazurdos, le vamos a aplicar una metodología totalmente distinta de la que usted pregona: la primacía de la sangre sobre el tiempo." Y le tiraron por la cabeza el fiambre del Petiso. Para Perón, fue un golpe terrible. Tanto, como lo fue su reacción.

"FUIMOS NOSOTROS"

Pero también fue un golpe terrible para la militancia. Muchos habían empezado a pensar seriamente eso de la primacía del tiempo sobre la sangre. En términos políticos era: la primacía de la política sobre los fierros. Sobre el militarismo de las Orgas. De la *erre* (ERP) y de la *eme* (Montoneros). ¿Qué importaba si Perón les daba a los burócratas más manija de la que merecían o más bola de la que habrían tolerado con simpleza los militantes de izquierda? Había que aguantar. Ya cambiaría. Entre tanto, había que seguir con el trabajo de base. Más aún después de la jornada electoral del 23 de septiembre. Analicemos sus resultados:

Frente Justicialista de Liberación (Perón-Isabel Perón): 7.359.139 (61,85%).

Unión Cívica Radical (Balbín-Fernando De la Rúa): 2.905.719 (24,2%).

Alianza Popular Federalista (Francisco Manrique-Rafael Martínez Raymonda): 1.450.998 (12,9%).

Partido Socialista de los Trabajadores (Juan Carlos Coral-José Francisco Páez): 181.474 (1,52%).

Era un triunfo aplastante. Era, en las urnas, la voluntad del pueblo. No podía estar más claramente expresada. O se aceptaba que el "pueblo peronista" había ido a las urnas y había votado así porque eso era exactamente lo que quería o se estaba en medio de una burbuja de ideología errabunda. Que no sólo no tenía asidero en las masas, sino en la mismísima realidad. Creo que ya se usaba esa frase que tanto se usa hoy: la de la "nube de pedos". Que ahí está el que no tiene contacto alguno con la realidad. Bien, ahí –*en una nube de pedos*– estaba cualquier grupo, por genial o heroico que se creyera, que atinara a desconocer ese dato contundente de la contundente realidad. Es más: nadie, en toda la historia argentina, había ganado por un mayor margen de votos. Hubo una tangible sensación de alivio en todo el país: ahora se viviría en democracia. El Viejo gobernaría con toda su sabiduría política rodeado de los dos pilares que había elegido: un judío en economía y un sindicalista facho pero leal al frente de la CGT. Habían prometido un *Pacto Social*. Era el Pacto CGT-CGE. Sobre ellos, conduciendo, el veterano caudillo, el hombre al que el pueblo había esperado durante 18 años. Y todos los demás sectores con ganas de ayudar. Nadie estaba muy entero como para ponerle piedras en el camino al proyecto. La oposición política había sido ampliamente derrotada. Los militares, en sus cuarteles. De socialismo ni hablar: Allende había caído en Chile y, con él, los proyectos ligados a la Cuba de Castro. Sólo había que ponerse a trabajar. Hacerlo en medio de las contradicciones lógicas de todo orden social, pero mediadas ahora por una voluntad democrática que todos habían manifestado por medio de las urnas. Juro que –esa noche del 23 de septiembre– se respiró con serenidad, se pudo dormir bien, la vida pareció menos fría, menos dura y la muerte más lejana.

A sólo *dos días* de esta esperanza, de esta visión clara de un futuro posible y abarcante que beneficiara a todos, uno de los elementos fundamentales del proyecto de Perón era asesinado cruel y espectacularmente. El diario *Crónica*, en su edición vespertina, ofrecía una detallada descripción del operativo, la primera. Así la transcriben Anguita y Caparrós: "Por seguridad, Rucci solía dormir en distintos lugares y siempre llevaba una custodia de casi veinte personas. Esa noche la había pasado en la casa de una cuñada: a las 12 y 20, varios coches se pararon frente a la puerta del departamento y Rucci salió para subirse a uno de ellos, un torino rojo manejado por su chofer, Abraham Muñoz. En ese momento le dispararon desde la vereda de enfrente, un escopetazo que le dio en el pecho. Y en seguida le tiraron desde la terraza de un colegio contiguo y de una casa en alquiler que estaba del otro lado de la calle. El fuego era cruzado y muy nutrido. Rucci quedó tirado en el pavimento y sus custodios se tirotearon varios minutos con los agresores que, al final, consiguieron escaparse. José Ignacio Rucci recibió 23 balazos y murió en el acto" (Anguita-Caparrós, *ob. cit.*, tomo 3, p. 317).

Para colmo, empieza a llegar esa frase caída del cielo o arrojada desde el infierno. Les llega a todos los militantes. *Fuimos nosotros*. Nosotros éramos todos. Era, sin más, la juventud peronista. Que era inmensa, inabarcable. Había médicos en comisiones internas de hospitales. Psicólogos que organizaban casas de terapia para familias humildes, que atendían gratis a los jubilados, a los que no tenían trabajo. Ingenieros como Héctor Abrales que estaba con Rolando García en el Consejo Tecnológico Peronista. Los pibes que laburaban en las villas. Los que hacían fuerza en los sindicatos, los de la JTP. Los villeros, en quienes la Tendencia tenía más penetración que en los sindicatos dominados por la vieja burocracia. Los actores. Los escritores. Qué sé yo. Medio mundo estaba en la "gloriosa Jotapé". Una organización político-militar había logrado "hegemonizarla". "Hegemonía" es un concepto muy complejo y tiene muchas lecturas pero, en este caso, se entendía como *conducción*. De acuerdo, la Jotapé estaba "conducida" por Montoneros. ¿Implicaba esto "formar parte" de esa organización? Muy pocos lo entendían así. La organización seguía siendo un misterio para los militantes. Firmenich era un nombre, nadie lo conocía. Se lo había visto por primera vez en la cancha de Atlanta. O lo conocían los jóvenes de las unidades básicas a las que había ido a dar charlas. Se había apoyado su lucha junto al pueblo peronista para traer a Perón, se había apoyado su eficacia militar (la violencia era un valor de la época: se pensaba en el Che, en Vietnam), se valoraba su actitud de "guardar los fierros" con la llegada de la democracia. Pero el colectivo "nosotros" desbordaba por completo a la Orga. Esto era casi inconsciente. Muchos no tenían claro que ellos y la Orga formaban un "nosotros". "Ellos" eran parte de la Jotapé, la Orga también. Pero eran muy distintos. Unos actuaban en superficie, jamás habían agarrado un fierro. Los otros eran –decían ser y blandamente se les aceptaba– el "brazo armado del pueblo". Es cierto –y esto lo veremos mejor– que toda una tribuna de la cancha de Atlanta le pidió a Firmenich que a Rucci le pasara lo mismo que a Vandor. Pero: 1) Los de esa tribuna eran seguramente cuadros de superficie de la Orga; 2) Habría que poner en duda si había una correspondencia de hierro entre cantar esa consigna y exigir que se llevara a cabo. Era una consigna "dura". Los momentos duros generaban consignas duras. También –en las afueras del restaurante Nino, mientras Perón, adentro, negociaba con los políticos de "La Hora del Pueblo"– la militancia se obstinaba en repetir una y cien veces, a toda voz: "Cinco por uno, no va a quedar ninguno". Era una amenaza. No lo que se iba a hacer. La amenaza requería una consigna "dura". (Para mí, ésa era especialmente desagradable.) Que existía, en la Jotapé, una alta valoración de la violencia como elemento del cambio social, por supuesto. Eran esos los vientos que soplaban. Sin embargo, todos los jóvenes trabajaron con entusiasmo ejemplar durante la campaña para las elecciones de septiembre que llevarían a Perón por tercera vez a la presidencia. Desde *La Opinión* se los comparó con los jóvenes franceses de mayo del '68.

EL DESFILE DEL 31 DE AGOSTO FRENTE A LA CGT

Perón –para tener a la Jotapé junto a él en esa campaña– había hecho un acto de unidad del movimiento. Fue el 31 de agosto. La misma fecha en que dio ese discurso del "cinco por uno" en 1955. Todos desfilaron ante él. En el balcón de la CGT se veía a un Perón más sonriente que nunca (que aguantó, además, siete horas y media saludando a los manifestantes, algo que llevó a todos la convicción de su buen estado de salud), a Isabelita, al infaltable López Rega y a José Ignacio Rucci, el dueño de casa. No fue un acto de la CGT. Terminó por ser otra fuerte demostración de la masividad de la Tendencia. Demoraron –de tantos que eran– una eternidad en desfilar frente a Perón. No pareció molestarle al líder. Al contrario: saludó a los jóvenes a lo largo de todo el tiempo que los tuvo bajo su mirada amable, complaciente. Roberto Perdía confiesa: "Esa movilizacion a la CGT (...) en lo personal la viví como una especie de 'revancha' de Ezeiza. Podía ser insuficiente, pudiera ser que el contexto fuera totalmente indeseado, pero... Perón estaba ahí. Poco importaba quiénes lo acompañaban en el palco. Estaba alcance de la mirada. Sentí que podía decirle, gritarle, que a pesar de todo estábamos allí. Eso tenía el sabor de lo único e irrepetible (...) En ese momento no me importó si había una explicación racional a ese sentimiento donde convivían el cariño y el respeto, con la broca y la frustración. Durante segundos, instantes que encierran una vida, simplemente grité. Grité, me desahogué... hasta quedar vacío. Esa marcha pareció reverdecer esperanzas, pero fue una ilusión que duró pocos días. Los sucesos posteriores disolvieron esas expectativas y todo quedó en una anécdota para la crónica de los tiempos" (Perdía, *ob. cit.*, p. 193. Aclaro que elimino los constantes saltos de renglón o de bloque narrativo a los que recurre Perdía por medio de infinitos puntos y aparte. Entrego –sencillamente– su necesaria unidad a un texto que debe formar un solo bloque. A veces me tienta suprimir sus puntos suspensivos, pero cierto respeto me detiene. Además, cuando escribe: "Grité, me desahogué... hasta quedar vacío", seamos francos: ¿no se dejan ganar por la eficacia del mecanismo que emplea? Grita, se desahoga. Y aquí: puntos suspensivos. Una pausa. ¿Qué vendrá? La gran línea de cierre: "hasta quedar vacío". ¿No los emocionó ese pasaje? ¡Qué escritor! Bueno, no tiene por qué serlo. No creo que lo pretenda).

Dos días después me encuentro con un compañero. Era un pibe bárbaro, un buenazo. Era el dueño de la librería Trilce, que estaba a una o dos cuadras de la Facultad de Filosofía y Letras cuando aún permanecía en Independencia. Su mujer era una chica menuda, de tez oscura, inteligente. Él estaba exultante. La manifestación del 31 lo había dado vuelta.

–Oíme, no lo puedo creer. Cuando pasé frente al palco estaría a unos quince metros de Perón. Y le grité: "Hay una sola Jotapé". ¡Se lo grité casi en la cara!

En 1977, Miguel me cuenta que "se lo llevaron". Que "se lo chuparon".

–Qué loco estaba, pobre. Los vecinos dicen que se puso a gritar: "¡Sí, soy marxista! ¡Soy marxista!".

Pobrecito.

–¿Y vos qué gritarías, Miguel?

–Nada. Pero les diría: si ustedes me llevan por montonero están en pedo. Yo me enfrenté a los montoneros antes que ustedes. Desde el peronismo, claro.

–De qué peronismo.

–Del mío. Que no sé cuál es, pero nunca fue el de Firmenich.

ÚLTIMO MOMENTO: SOMOS TODOS ASESINOS

Sin embargo, el día del amasijamiento de Rucci, la Orga bajó una frase que cubría a todos: "Fuimos nosotros".

De pronto, una decisión ajena, una decisión en la que nada tenían que ver, que se había tomado sin consultar a nadie, los transformaba a todos en asesinos. Porque cada uno que escuchaba el "fuimos nosotros" traducía: "Fui yo". Más aún: era precisamente eso lo que se buscaba. Pero si uno decía "fui yo" debía también decir: "Yo maté a Rucci". En suma, "soy un asesino". La sensación no sólo era extraña, sorprendente o incluso –y tal vez sobre todo– inverosímil. Se sentía miedo. No a nada concreto. No a una represión feroz. Miedo a que la identidad de todos y de cada uno se pudiera trazar desde afuera. Miedo a estar en manos de una conducción que te daba una identidad sin consultarte. Que tomaba decisiones trascendentes en medio de una soledad de elegidos, casi de dioses. Da miedo saber que lo que uno es se decide en otra parte. Que tu destino no es tuyo. Que no sos dueño de elegir lo que querés ser. Que lo lees en el diario o lo ves en la tele o te lo dice un compañero porque son otros los que eligen por vos. ¿Y si esos otros están locos? ¿Y si mañana lo matan a Perón? ¿Vamos a ser "nosotros" también? ¿Y si se desata una represalia sangrienta? ¿Sobre quiénes va a caer? ¿Sobre esa *conducción mítica*, que nadie conoce, que se escuda en la clandestinidad? No, sobre los pelotudos de superficie. Sobre Horacio, que tiene una Unidad Básica. Sobre Nicolás, que se mueve en el peligroso ámbito sindical. Sobre Miguel, que maneja su grupo desde su mítica librería, *Cimarrón*. Sobre Domingo Bresci, que forma parte de los Sacerdotes del Tercer Mundo. Sobre Carlos Mugica, sobre Ortega Peña. Sobre los médicos de las comisiones internas hospitalarias. Sobre todos los que andan a la luz del sol. Que no viven en la clandestinidad porque no quieren, no pueden y no serían útiles ahí. En cambio, los que deciden por nosotros, los que matan en nuestro nombre son inhallables. Son ajenos a las represalias. Que se descargan sobre los compañeros de superficie porque están ahí, a la mano, regalados. Regalados porque –ante todo– los regaló la conducción al justificar la represalia, al darles un motivo a los vengadores, a los justicieros, acicateando su furia. Bastará con releer una vez más la *Carta* de Walsh a la Junta Militar para comprobar hasta qué punto la *represalia* forma parte de la modalidad operativa de la contrainsurgencia. Siempre me irritó (y voy a desarrollar ampliamente el tema) la irresponsabilidad, la insensatez con que la Orga llevó a cabo operativos destinados al fracaso sin tener en cuenta que los mismos habrían de condenar a los que estaban a mano para la represalia. Después de cada operativo los torturados eran más torturados, los que "por ahí" se salvaban morían al día siguiente, muchos a los que se había decidido no chupar eran chupados, presos que estaban a punto de zafar o de ser olvidados o blanqueados, puestos a disposición del PEN, eran salvajemente arrancados de sus cubículos, asesinados en cualquier descampado, puestos en pila y dinamitados, hechos pedazos, trizas, algo que los tornaba inidentificables.

Nadie quiere ser un asesino. Nadie tiene por qué estar preparado para serlo. No había necesidad de tirarle a la juventud el cadáver de Rucci. La Orga podría decir: "No se hagan los ángeles. Casi no hubo acto en que la militancia no pidiera la muerte de Rucci. Que le pasara lo que le pasó a Vandor". Falso. Ésa era una consigna. Si la juventud pedía esa muerte resultó claro que no la quería. En un acto se puede vocear multitudinariamente algo que no se desea que suceda en la realidad. "Sucede" en el acto. El "acto" es un ámbito mítico. Se expresan deseos. Se expresan proyectos. Se pide por el socialismo. Por la toma del poder. Se amenaza a medio mundo. Se pide paredón "para todos los traidores que vendieron la nación". Pero no hay una linealidad entre el "acto" y la realidad: pertenecen a condiciones ontológicas distintas. Además, cuidado: ¿de dónde venían las consignas? No surgían "espontáneamente" de la militancia. Había *responsables* de cada grupo, de cada barrio, de cada cuadra, de cada unidad básica. Tengo un gran amigo que fue responsable de un sector de un barrio. Con tristeza (en medio de una inmensa, lúcida autocrítica), suele decir: "Al final me fui del barrio. Era el responsable. Pero casi quedaba yo solo. Se habían chupado a

todos. Era responsable de nadie". Los responsables tenían contactos más cercanos con la Orga. Y eran los que –más que a menudo– pasaban las consignas a la militancia. Ya hablaremos –en rigor, ya hablamos– de la fascinación de la militancia por la violencia. Recordemos la charla de Paco Urondo en Arquitectura acerca de cómo se cargaban las armas. Era parte de la época. Y fue también un embrujo, una seducción que se pagó cara. Pero eran los embrujos de los tiempos: Cuba, el Che, Vietnam, Giap, la teoría del foco, la vanguardia armada, etc. Como dije, todo eso se pagó muy caro. Ningún error salió barato. Se pagaron todos al más excesivo de los precios, el de la vida.

Y también –volviendo a Rucci– se sentía bronca, impotencia. Carajo, si quiero ser un asesino quiero decidirlo yo. No que me lo anuncien como una noticia más de la jornada.

A Nicolás Casullo –también a él– ese "fuimos nosotros" lo había piantado.

"Nicolás estaba empezando a desesperarse:

"–Hablemos en serio, no interrumpan. Ya no hay chiste en nada de esto, ni siquiera para disimular la consternación. Así que Perón gana, y matamos a Rucci. Somos JTP. ¿Esa es nuestra nueva política sindical de liberación? (...) Nosotros somos peronistas, no somos como los loquitos del ERP que se meten adentro de un cuartel para profundizar las contradicciones; si caemos en esa trampa esto va a terminar muy mal, che, un desastre.

"Esa noche Nicolás estaba entre indignado y descorazonado y después, en su casa, se pasó horas escribiendo un largo texto donde se preguntaba por ese 'nosotros' que, de pronto, se le había hecho ajeno, sospechoso. Por primera vez, el nosotros del que formaba parte actuaba con una voluntad que él no podía entender ni compartir" (Anguita-Caparrós, *ob. cit.*, tomo III, p. 324).

JOSÉ LUIS NELL: SE VIENE LA JOTAPÉ "LEALTAD"

José Luis Nell estaba entre los que más repudiaron ese asesinato. En Ezeiza no pudo haber sido peor su suerte. Venía con la columna sur, con los 60.000 militantes que descontrolaron a los asesinos del palco y los llevaron a hacer fuego a diestra y siniestra con sus armas sofisticadas, las que "entraron con López Rega", según me dirá ese mercenario un poco de utilería en esa filmación de 1985. Lo hirieron y nada se pudo hacer. No murió, pero quedó cuadripléjico. Algo que él no podía tolerar. Habrá, finalmente, de suicidarse ayudado por su entrañable amigo Cacho El Kadri. Durante los días cercanos al asesinato de Rucci, El Kadri se encuentra con la compañera de José Luis, Lucía Cullen, Le dice que quiere hablar con él. Finalmente se ven. José Luis le cuenta que Marcos Osatinsky "había dicho que 'si nosotros le ponemos a Perón un cadáver arriba de la mesa, el Viejo no va a tener más remedio que negociar con nosotros'. A José Luis le parecía un error gravísimo, una catástrofe, y ahí se profundizaron sus desacuerdos con los Montoneros.

"–No se pueden hacer estas acciones en este momento. Es una locura total. Justo cuando el General acababa de arrasar en las elecciones, además" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, tomo III, p. 327).

José Luis habrá de contribuir a la creación de la *Jotapé "Lealtad"*, que surge como corolario del amasijo de Rucci. Fue –aunque no sirvió para casi nada– la expresión más sólida de la disidencia. Una apuesta a no resolver los enfrentamientos por medio de la muerte. Qué lejos estaba este José Luis Nell del otro, el del pasado, el que había hecho fuego a ciegas en el asalto al Policlínico Bancario. Los años, el dolor, la pérdida de amigos y la cercanía de su propio fin, lo llevaban a entregarle a la vida un valor esencial en el trazado de cualquier política.

"OPERACIÓN TRAVIATA" Y LA TEORÍA DEL "EMPATE"

Nos restan temas fundamentales en torno de Rucci. Los ideólogos de la derecha procesista (que los hay y a montones, confesos o no) han encontrado en la aparición del libro de un periodista de la Editorial Perfil, Ceferino Reato, una luz de esperanza para ciertos planes que tienen. El libro de Reato, que está bien, es de 2008 y lo publicó Sudamericana, busca demostrar que a Rucci lo mataron los Montoneros, algo que todos saben o dicen que saben pero nadie consiguió probar ni creo que lo logre. El intento de esta derecha procesista se expresa en lo que se denomina la "teoría del empate". Se trataría de obtener que la Justicia considere como delitos de lesa humanidad no sólo a los cometidos por el Estado, sino también a los cometidos por grupos civiles. Los delitos de lesa humanidad no prescriben. De aquí que el "maléfico" gobierno de Cristina Fernández continúe juzgando a gente tan sensible y humanitaria como torturadores, curas asesinos, abogados que presenciaban torturas y militares que arrojaban personas vivas desde los aviones. Todo eso que todos saben. Se trataría entonces de conseguir que se encuadren como delitos de lesa humanidad a los de la guerrilla argentina. Sobre todo, los Montoneros. Porque lo que subyace a esto es que... los Montoneros hoy gobiernan la Argentina. Mentira que se lee a diario en los más prestigiosos diarios del país, que se dice en las radios y que periodistas que responden fielmente a sus patronales discuten en programas televisivos. Si los delitos de los Montoneros se tornaran no prescriptibles –como los cometidos desde el Estado–, la derecha podría arrojarse sobre ciertos funcionarios del actual gobierno y llevarlos a juicio. Algo que no le importó con los montoneros que pulularon en los gobiernos de Menem y Duhalde. No en vano la tapa del libro de Reato está deteriorada por una frase del periodista Joaquín Morales Solá, hombre que, desde hace ya casi siete años, escribe todos los días notas contra Néstor Kirchner, principalmente, y Cristina Fernández también. A quien llama Cristina Kirchner porque la considera un ente muñecoide manejado por el demoníaco ventrílocuo Néstor K. La frase de Morales Solá afirma lo que sigue: "Quizás sea impolítico ahora investigar el crimen de José Rucci en tiempos en que no se habla de los crímenes de la organización Montoneros". Me apena que Morales Solá desconozca por completo el esfuerzo que he emprendido desde noviembre de 2007 buscando trazar una filosofía política del peronismo. Caramba, un periodista debiera informarse. Si lee esta entrega (la número 106) verá que me ocupo intensivamente del asesinato de Rucci. Que vengo analizando (pero no desde la derecha procesista, no para buscar el empate que blanquee los horrores de la dictadura que muchos, en el fondo, siguen admirando) esa violencia de las guerrillas con tanto rigor y hasta tanta pasión que me he ganado el odio de Mario Firmenich y de sus parientes. Quienes, en la revista *Repensar: visión y proyección de la experiencia montonera*, responden a lo que interpretan como una agresión de la peor especie. La nota se llama: *Respuesta de los militantes montoneros ante la agresión calumniosa de José Pablo Feinmann contra Mario Eduardo Firmenich*. Qué cosa, y pensar que algunos cortos de luces me llaman el "filósofo K". (¿Qué será la filosofía K?) ¿Cómo va a ser el filósofo de un gobierno de montoneros alguien que es odiado por los montoneros? Para mí, que éste no es un gobierno de montoneros. Porque en casi siete años no tienen ni un solo finadito. Al contrario, les reprochan que no maten a todos los "negros" delincuentes. Sucede, tal vez, que Morales Solá vive tan neuróticamente obsesionado por "los Kirchner" que no tiene tiempo de leerme, además de no enterarse de nada de lo que escribo. Bien, no: es otra cosa. Morales Solá quiere decir que los K no quieren hablar "de los asesinatos de la Organización Montoneros" porque ellos son Montoneros. Se incluye, de este modo, dentro de la estrategia de demostrar que éste es un gobierno de subversivos vengativos y que, no por otro motivo, juzgan a personas que sólo estuvieron al frente de campos de concentración o confesaron a quienes habían arrojado seres humanos al Río de la Plata. Morales Solá debiera leer a José Amorín, que fue uno de los fundadores de Montoneros y participó en un montón de operativos, y publicó, en 2006, un libro llamado *Montoneros: la buena historia*, en el que critica a fondo a la Orga y se dirige *directamente* a Firmenich. El capítulo se llama "Si Firmenich se hubiera dedicado a tocar la flauta". Más crítico no puede ser. ¿Por qué no lo critican a Amorín los familiares del gran estratega de las contraofensivas? ¿Por qué no advierte Morales Solá que son muchos, muchísimos los que analizan los años setenta y lo hacen en la modalidad de la autocrítica? Puedo jurarlo: el libro de José Amorín es ejemplar. Por otra parte, es de esos tipos que, aunque a veces no le gusten mis críticas, las respeta porque sabe que yo trabajo de buena fe. De esta clase hay muchos.

Además, los procesistas encubiertos, ¿qué empate buscan lograr? No hay "empate" posible. El mismo autor del que quieren valerse lo dice muy claramente, desautoriza esos emprendimientos mezquinos. Refiriéndose a la "teoría de los demonios" (que los Montoneros utilizan para bloquear toda crítica), Reato escribe: "Aclaro, por las dudas, que estoy en contra de esa teoría porque la barbarie del Terrorismo de Estado, de la dictadura, no puede ser equiparada con nada" (Ceferino Reato, *Operación Traviata*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 288). ¿Está claro? El autor del mismo libro que buscan utilizar para la teoría del empate se los dice con todas las letras: eso que ustedes buscan equiparar con los crímenes de los Montoneros no puede ser equiparado con nada.

Eric Hobsbawm es el más grande historiador del siglo XX. Es un hombre calmo, casi un hombre sabio. Tiene un equilibrio único para leer la historia, para juzgar con cautela o con severidad, pero siempre excepcionalmente documentado. Sobre los años setenta (sobre la represión que, desde el Estado, se descargó esos años sobre grupos o personas opositores y civiles) escribe: "Fueron la era más sombría de tortura y contraterror de la historia de Occidente. Este fue el período más negro registrado en la historia moderna de tortura, de 'escuadrones de la muerte' teóricamente no identificables, de bandas de secuestro y asesinato en coches sin identificar que 'desaparecían' a la gente (y que todo el mundo sabía que formaban parte del ejército y de la policía, o de los servicios armados y policíacos de inteligencia y seguridad que se independizaron virtualmente del gobierno y de cualquier control democrático), de indecibles 'guerras sucias'" (Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, p. 444). Y por fin, Morales Solá, vea, le hago un regalo inesperado. En el mismísimo diario en que usted escribe –que suele ser más democrático que la intención secreta o manifiesta de sus notas–, un escritor de derecha, alguien que tal vez ande diciendo durante estos días que hay que sacarse de encima cuanto antes a este gobierno de subversivos o tal vez no, tal vez me equivoque y haya optado por algo más digno, alguien que escribió sobre Eva Perón y el Che, Abel Posse, describió como sigue al gobierno de los desaparecedores: "Adoptaron la doctrina de la 'tortura técnica', rigurosamente limitada e informativa, para desarticular la organización de las células de acción. (Se sabe que la pretensión 'técnica' termina invariablemente en abuso, sadismo y la degradación, tanto del torturado como del torturador. Basta considerar lo que está pasando en Irak.)

"Se estableció una represión legítima frente al alzamiento, pero ejecutada por usurpadores y por medios ilegales e inconfesables (...) Se utilizó y se reglamentó un recurso usado por Francia en Argelia y ahora en auge en países que creen integrar el Eje del Bien" (Abel Posse, *Consagración de la muerte*, publicado en *La Nación* del viernes 24 de marzo de 2006, a 30 años del golpe militar genocida). ¿De qué empate quieren que hablemos? ¿Con qué creen empatar eso que nada menos que Eric Hobsbawm llama: *la era más sombría de tortura y contraterror de la historia de Occidente*?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

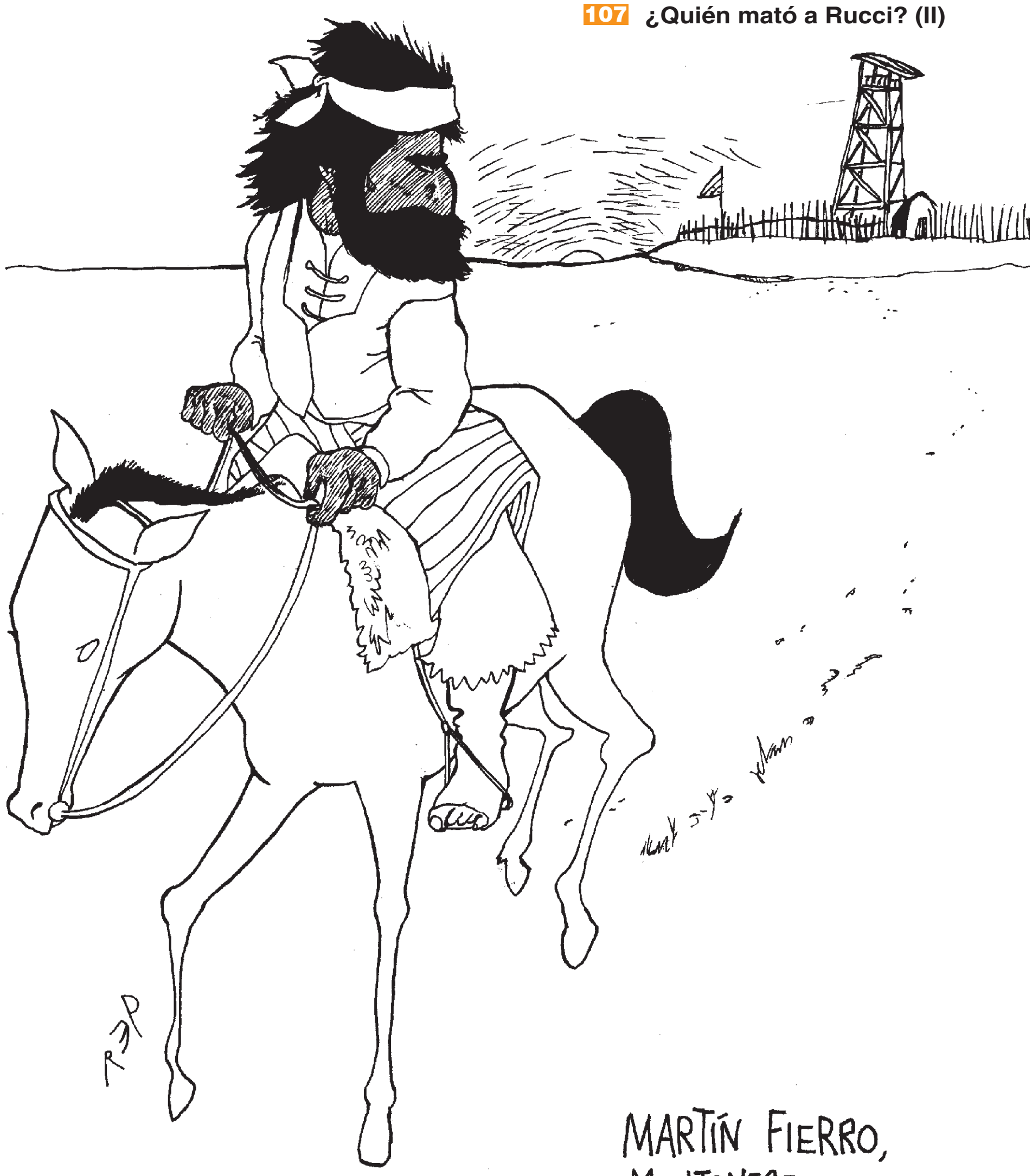
¿Quién mató a Rucci? (II)

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

107 ¿Quién mató a Rucci? (II)



Suplemento especial de
Página|12

DE APURO, *CRÓNICA* ESCRIBE LA BIOGRAFÍA DE RUCCI

El mismo y desangelado día de los 23 tiros a José Ignacio Rucci, el diario *Crónica*, en su edición vespertina, no sólo anunció esa muerte sino que entregó algunos apuntes biográficos. Por tratarse de los primeros que salieron, de los que salieron en caliente, cuando los balazos todavía se oían en la conmocionada ciudad, vamos a transcribirlos:

"José Ignacio Rucci había nacido en Alcorta, provincia de Santa Fe, el 15 de marzo de 1925. Contaba, por lo tanto, al desaparecer, 48 años. Cuando cumplió cinco su familia se trasladó a Rosario, donde ocurrió, en 1941, una anécdota aparentemente intrascendente, pero que ilustra algo sobre las luchas que debió librar y, también, sobre el epílogo de su vida.

"En un potrero del barrio de Tablada, el pibe Rucci, a la sazón de 16 años, integraba un improvisado equipo de fútbol. Era chiquito y delgado, físico que se mantendría con escasas variantes en su juventud y en su madurez. De pronto, un grandote del cuadro rival fue interceptado por Rucci, que lo despojó de la pelota, mientras la boina que llevaba el otro caía sobre el césped. Terminada la jugada, Rucci, amablemente, alcanzó al contrario la boina caída. Entonces éste, irguiéndose en todo su tamaño, aplicó una trompada al chiquilín que dio con éste por tierra.

"En otro orden de cosas y en el 'picado' de los intereses políticos y gremiales contrapuestos, la escena vuelve a repetirse, sólo que esta vez no era un grandote con boina que enfrentaba a Rucci, sino un enemigo armado, solapado y sin compasión.

"(...) Rucci vivió en Rosario hasta los 20 años. En la ciudad santafesina estudió hasta tercer año del bachillerato y luego debió abandonar los estudios. Entró a trabajar en una fábrica de sifones, hacía changas en el frigorífico Swift, vendió chocolatines en las salas cinematográficas de la calle San Martín. A los veinte años se cansó de todo eso. Le pidió a un camionero que lo trajera a Buenos Aires y aquí llegó, en pleno invierno, medio congelado (le había tocado viajar en la parte de atrás del camión), dispuesto a iniciar una nueva vida. En Rosario quedaron los padres y las dos hermanas del futuro dirigente sindical.

"Los comienzos de Rucci en esta capital fueron duros. Trabajó de lavacopas, después fue mozo de mostrador; más tarde cajero en una confitería de Cabildo y Juramento. Poco después de cumplir los veinte años pasó de gastronómico a metalúrgico. Ingresó a la fábrica Hispano Argentina, donde tuvo como compañeros a Hilario Salvo, años después secretario general de la UOM, y a Adelino Romero, hoy dirigente de notoriedad.

"(...) La militancia gremial de Rucci se inicia en 1947, año en que se lo elige delegado de la comisión interna de la fábrica Ubertini, un establecimiento de artículos electromecánicos, cargo que desempeña hasta 1953. Vivía por ese entonces en una pensión de Perú y Diagonal Sur.

"Rucci desarrolla su mayor actividad entre los años 1955 y 1958. En 1956 (*sic*) representó a su gremio en el Congreso Nacional de la CGT, presidido por el interventor marino Patrón Laplacette. El congreso se rompió cuando Laplacette fue derrotado por los peronistas encabezados por Rucci. Al verse vencido, el marino disolvió el Congreso.

"Al constituirse las 62 organizaciones, Rucci –siempre en representación de su gremio– pasó a integrar su primera mesa nacional (1956) (*sic*).

"El dirigente fue encarcelado en diversas oportunidades. Estuvo en presidios del Sur, en Caseros, en bodegas de barcos de guerra. Tras un paréntesis que se extendió entre 1958 y 1970, se reintegró a la vida sindical con el cargo de secretario general de la Central Obrera. En 1965 había ido a San Nicolás donde se presentaba un problema a nivel de dirigentes. La UOM había quedado acéfala. Rucci la organizó y fue elegido secretario general local (...)"

(Fragmentos de la nota publicada por el diario *Crónica* el 25 de septiembre de 1973, el mismo día de la muerte de José Ignacio Rucci. Citada en *El Ave Fénix. El sindicalismo peronista entre la Libertadora y las 62 Organizaciones* (1955-1958) de Santiago Senén González-Germán Ferrari. Inédito aún, será publicado por Editorial Corregidor.)

MARCOS OSATINSKY, DE APRETARLO A PERÓN A LAS GARRAS DE LACABANNE

El motivo que más se abre paso entre la militancia es el del "apriete al Viejo". El "apriete" era una metodología de la época. Decía algo así: "Para negociar hay que tirar sobre la mesa de negociaciones el cadáver más apropiado". La condición de "apropiado" requería una serie no desdeñable de elementos para constituirse. Pero uno de los más poderosos era: demostrarle poder al adversario, determinación de llegar a los extremos y golpearlo con un *fiambre* que le doliera. Es la teoría que José Luis Nell –dialogando con su amigo Cacho El Kadri– le atribuye a Marcos Osatinsky: "Si nosotros le ponemos a Perón un cadáver arriba de la mesa, el Viejo no va a tener más remedio que negociar con nosotros" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, tomo III, p. 327). Era previsible que Osatinsky aconsejara actuar de ese modo. Duro total, fierrero de convicción, valiente, aguerrido, figuraba entre los cuadros más combativos de la Orga. Ya se había burlado del discurso de Firmenich en Atlanta: de la teoría del "fifty-fifty". Le gustaba pegar con dureza. Si el de Rucci buscó ser un "apriete", lo logró. Fue el más espectacular de una época que era precisamente eso: espectacular. Podría decirse que jamás se había tirado un cadáver más importante sobre una mesa de negociaciones. La boleteada de Aramburu no buscaba negociar nada. La de Rucci, sí. La inmoderada predilección de Perón por la estructura sindical en desmedro de la ex juventud maravillosa dolía mucho. Más aún a tipos como Osatinsky, que había sido un entusiasta por lograr que las FAR asumieran "una identidad política peronista revolucionaria" (Roberto Baschetti, *La memoria de los de abajo*, tomo II, De la Campana, Buenos Aires, 2007, p. 101). Osatinsky era mayor que la generalidad de sus compañeros. Era tucumano y le decían *Pelado*. Había nacido en 1933. En 1973, el año más denso, el más complejo de la historia del peronismo, salvo el '45, tenía ya 40 años. En esa época, 40 años eran un montón. Más aún para andar a los tiros y jugándose la vida. Había sido parte de la creación de las FAR. Se había escapado del penal de Rawson en agosto de 1972. Fue de los que consiguieron llegar al Chile de Allende y salvar el pellejo. De Chile va a Cuba y luego regresa a la Argentina. Sigue en las FAR. Pero empieza a discutir con sus compañeros. Que hay que entrar en el peronismo. Eso les dice. Imaginemos a Osatinsky discutiendo con tipos que le dicen que el peronismo es parte del régimen y Perón un facho. Imaginemos a Osatinsky diciéndoles, con pasional certeza, que no, que la revolución está en el peronismo, que los obreros son peronistas y siguen a Perón. Que Perón no es fascista, que es un nacionalista revolucionario y ellos lo van a llevar a tener que abrazar –sin otro recurso posible– una revolución socialista. Imaginemos a Osatinsky el 21 de junio de 1973, después de Ezeiza. Perón que los manda al muere y elige a los burócratas de los sindicatos. Imaginemos a Osatinsky teniendo que mirar de nuevo a la cara de sus compañeros. ¿Qué les habrá dicho? ¿Me equivoqué? ¿O a este Viejo lo vamos a llevar a donde tiene que ir, al socialismo, le guste o no, se lo impidan o no los burócratas? Aquí entra la teoría del apriete. Perón lo había cubierto de vergüenza a Osatinsky y a muchos como él. Les había dado esperanzas y los había hecho hablar al reverendo, convencer a otros de lo que ahora se revelaba una gran patraña, una mentira infame, una manipulación de un supuesto Viejo genial que jugaba con todos y probablemente se riera, también, de todos. Entonces, no. No tenía derecho ese viejo turro a jugarle tan sucio. Lo había recibido en Madrid. Le había regalado una foto suya, se la había dedicado. De puño y letra, carajo. El 7 de abril de 1973. Osatinsky se la mostraba a todo el mundo: "Al Compañero D. Marcos Osatinsky, con todo afecto, Juan Perón". "Con todo afecto." ¡Viejo mentiroso de mierda! Ahora vería. Ahora –decía Osatinsky– no vamos a parar hasta arruinarle la fiesta. ¿Le gusta éste, general? Ahí lo tiene: es su querido Rucci. Le metimos 23 plomos. ¿Sabe cómo le dicen? *Galletita Traviata*. ¿Sabe cuántos agujeros tiene la galletita Traviata? Igualito que Rucci, vea. Veintitrés. O negocia en serio con nosotros, o nos trata como solía tratarnos ayer nomás o le vamos a tirar montones de galletitas. Va a tener que poner una panadería, general. O un kiosco en Constitución. O en La Matanza.

El sanguinario brigadier Lacabanne (el jefe de la Triple A en Córdoba) habrá de asesinarlo en agosto de 1975. Aún con vida, lo sujetan con una cadena al paragolpes trasero de un automóvil (seguramente un Falcon) y lo arrastran por rutas de ripio hasta volverlo trizas, hasta despedazarlo por completo. De todos modos –y tal vez como coronación del horror– se lo devuelven a la familia. La familia quiere trasladar los restos a Tucumán, provincia oriunda de Osatinsky. Son asaltados por parapoliciales. Como si aún no estuvieran satisfechos con la crueldad de la tarea, les arrebatan el ataúd, se lo llevan a La Rioja y lo dinamitan en Barranca Yaco. Junto al monolito de Juan Facundo Quiroga, el líder de las montoneras del siglo XIX. ¿Qué buscaban con eso? Raro, porque le hicieron un homenaje al despedazado cadáver de Osatinsky (que, despedazado o no, seguía siendo el suyo). No le hubiera disgustado al ex militante de las FAR, al que les dijo a sus compañeros que el peronismo era el espacio de la revolución y Perón su líder, al que aprobó el amasijo de Rucci desde la teoría del apriete al Viejo, que los pocos restos que de él quedaban se trastrocaran en polvo, se hicieran tierra caliente junto al monolito que recordaba al gran caudillo, al Tigre de los Llanos. Podemos discutir largamente sobre un hombre como Marcos Osatinsky. Cuestionarle (tal vez más que nada) el haber valorado tanto los fierros. El haberlo hecho en desmedro de la política. Sin embargo, no había en él la crueldad de Lacabanne y las bestias que lo servían, que cumplían sus órdenes patológicas. Hay en la violencia fascista un plus de crueldad, de ensañamiento, de fruición por el horror que, al menos la guerrilla argentina, no exhibió jamás. Se podrá –como obsesivamente se hace– contrarrestar con la hija del capitán Viola o el martirio de Larrabure. Pero se trata de excepciones. Y se sabe que a los asesinos de la niña de Viola la propia organización los condenó con rigor. En suma, Osatinsky (que era un violento) no le habría hecho a Lacabanne lo que Lacabanne (que era un sádico, un carnicero) le hizo a él. También esto debe ponerse en primer plano cuando se trata de imponer la teoría de los dos demonios. Es muy simple: la guerrilla argentina nunca fue una guerrilla salvaje al modo de Sendero Luminoso. Tuvo reglamentos durísimos que la llevaron a asesinar incluso a algunos de sus integrantes. Pero no torturó. No vejó a nadie. Y nunca –pero nunca– habría atado a un moribundo al paragolpes de un auto para despedazarlo transitando caminos de ripio. (*Nota:* Los datos sobre la vida de Marcos Osatinsky fueron tomados del libro de Baschetti *La memoria de los de abajo*.)

PERÓN, "EL PROBLEMA ESTÁ EN LA ESFERA DIRECTIVA"

Perón –según hemos establecido– elige a la CGT como su tribuna y a los sindicalistas como sus oyentes privilegiados. A ellos les habla. Y por medio de esas charlas les habla a todos. A la entera república. Esa predilección –además– está fundamentada en varios de sus discursos. Dice, por ejemplo, que al Justicialismo se lo ha intentado destruir de distintos modos. Ahora, con la infiltración. Alevosa patada para la Tendencia, a la que toda la derecha del Movimiento llama *zurdos infiltrados*. Esa infiltración tiende a destruir a "nuestras organizaciones". O sea, a las organizaciones sindicales. En cuanto a la ideología (toda esa hojarasca del socialismo nacional) habrá que andar con cuidado. Si se cambia algo deberán estar de acuerdo todos. No se habrá de cambiar *"por la influencia de cuatro o cinco trasnochados que quieren imponer sus propias orientaciones a una organización que ya tiene la suya". ¡Nueva y desagradable, insultante, calificación para la Tendencia! Ahora todavía peor: de juventud maravillosa a "cuatro o cinco trasnochados".*

Resulta auspiciosa una frase cuidadosamente elaborada. Se trata de una de las pocas en que no ha agredido a la Jotapé. Dice Perón: "Luchamos porque un día esa juventud, que constituye una de las ramas del Movimiento, tenga sus verdaderos y fehacientes representantes, sus dirigentes, a los cuales nosotros les podamos confiar un día nuestras banderas para que las lleven al triunfo. Pero para eso debemos estar seguros, debemos saber que esa juventud no hará mal uso de esas banderas por estar engañada o por estar conducida por gente que no merece su conducción. Queremos que la juventud se conduzca por sí, con hombres que ella misma determine. Entonces podremos incorporarla al Movimiento, con la convicción absoluta de que nos será útil ahora y que nos representará dignamente en el futuro". Pero igual –para la Jotapé– es catastrófica. Perón quiere otra conducción. "El problema –dirá varias veces– está en la esfera directiva." Nada de Firmenich. Nada de Quieto. Pero aun cuando el cambio en la *esfera directiva* se produzca, esa incorporación al Movimiento se hará en el futuro. "El futuro" para la inmediatista militancia montonera no existe. El futuro es ahora. La lucha es ahora. La liberación es ahora. Perón los remite a la *esfera de la paciencia.* Los jóvenes, por definición, no la conocen. La madurez de la vida entrega la paciencia, la tolerancia, la espera. Porque ya salieron mal un montón de cosas y se acepta que vale la pena esperar para que algunas salgan bien. Que muchas veces no fue así justamente por hambre de inmediatez. Que lo mediato es el fruto más deseado y valorado. El único que puede rozar la perfección. Nada es ya. Todo es maduración. El Ave de Minerva levanta su vuelo al anochecer. Pero una cosa es la filosofía y el ave de Minerva y otra una organización armada, con el dedo en el gatillo, que quiere asaltar el poder.

Perón –metiéndose en la antropología filosófica– habla de la reconstrucción del hombre. Tenía capacidad para inventar estos macanazos. Lean esto: "Por eso también creo, compañeros, que en la tarea del futuro Gobierno, lo primero que interesa es reconstruir al hombre, reconstruirlo económica y moralmente". ¿Reconstruir a quién? ¿A Lanusse? ¿A Rucci? ¿A los montoneros? Sin embargo, no daba puntada sin hilo: esta huevada de la reconstrucción del hombre la inventó para demorar a los montos, para "darles tiempo" para depurar su conducción, en manos de hombres "no reconstruidos". Y por fin, otra vez, la palmadita cariñosa a los sindicalistas: "Pueden estar ustedes seguros que si en la República Argentina no existiese una organización sindical como la que tenemos nosotros, seríamos mucho menos respetados en este momento".

DE TODOS SUS ERRORES, EL PEOR FUE MORIRSE

En suma, Perón exageró su amor por el sindicalismo tanto como exageró su odio por la Tendencia. Convengamos que la burocracia controladora de la CGT le agradaba y la aceleración revolucionaria de la Tendencia le producía urticarias. Bueno, general: moderesé. Para eso es un sabio conductor de pueblos. Pero condúzcalos mejor a los pibes. No los eche, intégrelos. Con una mejor conducción de su parte los tenía pintando escuelas y alfabetizando en villas. No a todos, pero a muchos, a demasiados. Les quitaba bases a los montos. Pero tienda una mano, general. No insulte, no agreda a los pibes. Había innumerables dispuestos a seguirlo a usted. Pero usted se brotó. A usted le agarraban berrinches. Eso lo sabemos todos. El más espectacular fue el del 31 de agosto de 1955. Después el del 21 de junio de 1973. Y el último el del 1º de mayo de 1974. Perdía la paciencia. Claro: si uno se cree Dios, hasta la más pequeña diferenciación, la más ínfima disidencia son una terrible ofensa y debe *tronar el escarmiento*. Política, disuasión, integración. No insultos ni agravios. No darles todo a los enemigos de los pibes. No recostarse por completo en un ala. ¿No pudo? ¿Qué le pasó? ¿Por qué trató tan malamente a la Jotapé? Cuando digo mal me refiero a errores gruesos de conducción política. Usted, el gran integrador, el que siempre sumaba, el que sabría llegar con los buenos y con los malos, de pronto amputa, corta. (*Nota:* Sería injusto no tener en cuenta que Perón tenía frente a él a una juventud que acaso fuera maravillosa y había luchado larga y honestamente por su regreso, pero cuya conducción –a medida que la fue conociendo– le disgustó profundamente. De todos modos, los esfuerzos que hizo para separar a las bases de esa indeseable conducción no tuvieron éxito o fueron tardíos. Fueron tardíos por algo que no debió haber ocurrido pero ocurrió. Por algo que echó todo a perder. Que eliminó el tiempo. Que acortó o cercenó drásticamente las posibilidades de toda posible comprensión. De toda tentativa seria de dialogar con *otros* personajes de la Orga, de gente que se le acercara con menos vanagloria. Pienso en el frustrado intento de reunirse con Norma Arrostito. Pero todo estaba condenado a la frustración. Porque Perón volvió para frustrarse y frustrar a todos. Volvió para morirse. *Se murió*. Y esto era lo que no debía ocurrir. *De todos los errores que cometió, el peor fue morirse*. El otro, más imperdonable, fue lo que trajo con él y lo que nos dejó en herencia. Porque su heredero no fue "el pueblo". Esa no es más que una frase. Al "pueblo" lo invocan todos. Los Montoneros eran "el pueblo". La derecha peronista era "el pueblo". Los militares eran "la patria", que contiene el "pueblo". El heredero de Perón fue esa mujer desagradable, de labios finos y duros, pequeña y seca, maligna y bruta, bruta y brutal, de una inteligencia apenas escasa, sin femineidad, sin gracia, la antítesis de Eva Perón, que era mujer, que era fogosa, que era brillante, que era bella y femenina, que era bravía, valiente, deslumbrante para utilizar la palabra, autónoma, que lo amaba en serio a Perón, que amaba en serio a los pobres, a sus "grasitas", que odiaba en serio a la oligarquía que siempre la había humillado, que enfrentó a la muerte con dignidad, que toleró, también dignamente, los dolores de su herida mortal, de su cáncer, hasta el fin, hasta el último aliento, pero fue la otra, la antítesis de Eva, ella, Isabel, la que heredó al Viejo indescifrable, porque era imposible entender cómo después de Eva podía haber atado su destino al de esa mujer, al de la Chabela. Pero así lo hizo y también eso le juega en contra. Porque, querido general, no sé si alguien se lo habrá dicho o si usted lo habrá advertido, pero *esa otra mujer* que usted tuvo y nos dejó en herencia nunca jugó a favor de su buena imagen. Un hombre también se define –y no en escasa medida– por la mujer que tiene al lado. Lo mismo que una mujer. Si está junto a un pelotudo, dos cosas: o está pasando por un mal momento, por una etapa confusional, o también ella es una pelotuda. Existe una tercera posibilidad: que en el mercado nacional de varones no haya encontrado nada mejor. Lo cual es altamente probable. En cuanto al "otro" heredero que nos dejó el general, el brujo Daniel que manejaba a la maligna y seca Chabela, ya hablaremos de él. Mal. ¿O podría ser de otro modo?

Perón vuelve el 20 de junio del '73 y se muere el 1º de julio del '74. Le concedió al país un año y diez días. En apenas un año y diez días el titán de la política argentina, el superpibe, el líder carismático más importante de nuestra historia, se agotó. Tal vez debamos tener –muy especialmente– en cuenta que gran parte de ese gigantesco fracaso de nuestra historia radique en que el Perón que volvió era un moribundo. Fue tan escaso el tiempo que tuvo que nada pudo solucionarse. También es cierto que volvió viejo y moribundo porque la insensatez del Estado Gorila no le permitió volver antes. Se trata de uno de los elementos más tristes de esta triste historia. Entre tantas muertes hubo una que no fue violenta. Pero fue la peor de todas. La que cerró todas las puertas. Abundaremos sobre esto en la narración de los sucesos del día de la muerte de Perón. Yo estaba en Córdoba, en el Hotel Sussex. A la noche bajé al bar a tomar algo. Estaba oscuro. Sólo había luz en la barra Y ahí, ese 1º de julio, el barman que me sirvió un whisky que necesitaba acaso más que nunca, dijo algo impecable, impresionante. Tenía que ver con Dios).

¿Por qué el conductor estratégico se había librado de estas molestias durante sus dos primeros gobiernos? ¿A quiénes les

corta –ahí– la cabeza, quiénes son los expulsados? Centralmente, tres: 1) Domingo Mercante; 2) Cipriano Reyes; 3) Juan Duarte. El primero le hacía sombra. El segundo no le perdonó que le arrebatara el Partido Laborista. Al tercero –a Juancito– lo tiró a los perros: le hizo pagar todos los problemas de corrupción. Muerta Evita, ya nadie lo protegía. Era un cabeza fresca, un tarambana, un botarate peligroso. Más tonto que corrupto, era el tipo ideal para entregarle su cabeza hueca a la oposición. Juancito le hizo el favor de suicidarse. (Porque es así: se suicidó. Estaba muy enfermo, tenía una sífilis incurable y ya desvariaba.) Pero no tuvo otros problemas. Eran todos peronistas, todos pertenecían a la misma época, a la misma generación. Con la Jotapé, no. Eran jóvenes, eran de otra generación, provenían de otra historia, querían un peronismo aggiornado y creían que –en Europa– también Perón se había colocado a la altura de los tiempos revolucionarios que se vivían. Por primera vez, Perón tiene dentro del peronismo algo que creció sin su conducción. Algo que él no había inventado. Desde esta óptica hay cierta racionalidad en la teoría de la infiltración. "Esos vinieron de afuera. Son pibes de clase media. Universitarios. Siempre estuvieron en contra del peronismo. Ahora quieren meterse. Pero son marxistas, zurdos. ¿Para qué los queremos? Se quieren quedar con los nuestros, con las masas peronistas. Envenenarlas con ideologías que nunca aceptaron. No lo vamos a permitir." Estos conceptos –que no son textuales de Perón– resumen su pensamiento sobre esta materia.

La polémica que Rucci sostuvo con Agustín Tosco ilustrará por completo estas cuestiones. Rucci es un tipo de derecha. Tosco quiere un sindicalismo revolucionario. Todo apunta a una cuestión: ¿es posible un sindicalismo revolucionario? El peronista nunca lo fue. Se verá todavía más claro en la huelga de Villa Constitución. La Triple A y la UOM marchan juntas a reprimir a los obreros de izquierda. Veremos en detalle ese episodio clarificador, luminoso conceptualmente y trágico en todo lo demás.

ALGO QUE EVITA PIDIÓ, INCENTIVAR LA PRODUCCIÓN

La juventud peronista nunca conoció bien la historia del primer peronismo. Leyó la que habían construido Puiggrós, Jauretche, Ramos o Hernández Arregui. Pero desconocían los documentos oficiales. El estilo, el clima, el espíritu de la época. Hacían de Evita una Guevara con faldas pero desconocían su ardorosa defensa del Plan Económico de 1952. Este Plan implicaba un giro en el gobierno de Perón. Se pedía a los obreros que aumentaran la productividad. Se hacían gestiones para la radicación de capitales extranjeros. Había un acercamiento con Estados Unidos. No era "vender el país", como gustan decir algunos antiperonistas. De ningún modo. Pero era incursionar en un modelo aperturista. Además, si había que comer pan negro por la falta de harina *todos* comían pan negro. Pero nadie leía los folletos de la época. O muy pocos. Por ejemplo, yo. Pero yo era un poco más crecido que la mayoría de los jóvenes militantes, hacía rato que era profesor y mi pasión era estudiar. De modo que me fui a la calle Talcahuano, entré en la Librería Platero (que ya no está) y le pedí al dueño que me dejará investigar su sótano. Estaba lleno de tesoros. Entre ellos encontré un folleto que recogía las directivas que había dado Evita para que se cumpliera el *Plan Económico de 1952*. Éste había sido lanzado por Perón en febrero de ese año. También en febrero Evita les dice a sus militantes: "1) Cada mujer peronista será en el seno de su hogar centinela vigilante de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción" (*Habla Eva Perón*, Partido Peronista Femenino, febrero de 1952, p. 5). Siempre la izquierda dijo que el Plan del '52 era reaccionario, implicaba sacrificar al pueblo en beneficio de la burguesía. Sea así o no, la frase de Evita no suena muy combativa. Las mujeres peronistas deben ser "centinelas de la austeridad". O sea, en los hogares peronistas debe cundir el ahorro. Si antes se comían dos platos de ravioles los domingos, ahora uno. Si se pide austeridad, ¿cómo no pedir "evitar el derroche"? Pero, ¿los obreros derrochan? Durante el primer peronismo estaban bien, pero no como para el "derroche". Pareciera un pedido más apropiado para otras clases sociales. Evita se lo hace a "las mujeres peronistas". Luego: *disminuir el consumo*. Ya lo había dicho. ¿Qué diferencia existe entre pedir austeridad y disminuir el consumo? La austeridad implica consumir menos. Y por fin, lo "menos revolucionario", lo que a Firmenich y los suyos habría dejado sin habla. Como si el dibujo de Carpani se desdibujara. ¡Evita pide incrementar la producción! ¿Dónde trabajan las "mujeres peronistas"? Algunas en empresas estatales. La mayoría en empresas nacionales o extranacionales... capitalistas. ¿Tienen entonces que ahorrar en el hogar, consumir menos, y aumentar la producción para incrementar las ganancias de la patronal? Sin duda. El peronismo enfrentó así esa etapa y Evita le dio su respaldo. No era una catástrofe. Se trataba de saber leer esa coyuntura. ¡Qué bien les habría venido a tantos! Habrían aprendido que la política es un arte sutil, que requiere avances, retrocesos, cambios de marcha, aceleramientos, concesiones, nuevos avances, nuevas concesiones, etc.

TAMBIÉN EL HOMBRE ES LIBRE PARA CORRER HACIA SU PERDICIÓN

Tampoco se conocía la concepción justicialista de la organización sindical. No era el caso de Rucci. Pero sí el de Firmenich y los suyos. Ocurre que siempre aparece el mismo problema, el factor *aggiornamiento*. ¿Para qué leer esos viejos folletos del viejo peronismo si Perón no tenía más remedio que ponerse al día, aceptar que los tiempos eran otros? Otros: los que había inaugurado la Revolución Cubana, los del Che, los de Vietnam, los de la *descolonización*. Este concepto era central. Se usaba una y otra vez. Se usaba para todo. La descolonización de la ciencia. De la literatura. De la educación. De la economía. Vivíamos inmersos en los tiempos de la descolonización. El concepto venía de Fanon y del Prólogo de Sartre. Quien –en una frase indigna de su genio filosófico– había establecido: *La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasar su realización*. En la historia nada "está en camino". La historia no es un camino. Un camino siempre lleva a alguna parte. No sabemos a dónde lleva la historia. Sólo se puede "retrasar" algo que "avanza". La historia no "avanza". O, en todo caso, avanza en centenares de direcciones, sin un objetivo fijo. Y ese avance no es un "progreso". La historia no progresa. Esta es una enmohecida concepción del historicismo del siglo XIX. Los mercenarios mal podrían retrasar la realización de algo. Porque nada avanza hacia una segura realización. No hay en la historia ninguna necesariedad que implique la certidumbre de la descolonización. *No hay necesariedad histórica*. Si la hubiera, el hombre no sería libre. Y es Sartre quien nos enseñó magistralmente esto. Sobre todo en la *Critique de la Raison Dialectique*. Ocurre que el *Prólogo* a Fanon era un texto militante. Y un texto de ese tipo tiene que entregar esperanzas. Toda esperanza requiere certezas. Pero los mercenarios –más que demorar– pueden impedir la descolonización. Los militares del Proceso impidieron todo lo que estaba en juego durante los años sesenta y setenta. Hemos aprendido esa lección. También –y es por eso que estudiamos esta etapa de nuestra historia, que protagoniza el "peronismo" en sus distintas facetas– queremos analizar todos los elementos de un enorme *error colectivo*. Antes que echar culpas convendrá inteligir (por medio de una hermenéutica totalizadora, que incluye a la deconstrucción como uno de sus momentos pero la supera porque siempre va en busca del todo, aun cuando el todo se exprese en la modalidad del caos) cómo pudo ocurrir que todos hicieran lo preciso, lo perfectamente necesario para que la tragedia, la masacre fuera posible. Esa es la historia del "regreso de Perón" y de la temporalidad que lleva del 20 de junio de 1973 al 24 de marzo de 1976. No sólo por qué no se pudo evitar la matanza, sino por qué todos actuaron con márgenes de errores tan elevados que la tornaron inevitable. Que la masacre haya sido posibilitada o extremadamente facilitada por los errores de los protagonistas de esa temporalidad histórica no significa que la masacre tuviera que hacerse. Nunca. Los responsables de la masacre son los genocidas de la seguridad nacional. Sólo ellos. Los errores de los protagonistas del período histórico que señalamos es haberles entregado el país en bandeja. Es no haber podido impedir el festín de los asesinos. Que sólo tuvieron que esperar. Y esperaron hasta que el país –tal como lo habían previsto– cayó en sus manos como una fruta madura. Tan seguros estaban de esto que tenían construidos desde hacía tiempo los campos de concentración. Qué triste historia. Desde este punto de vista es indudablemente trágica. Todos parecen condenados a hacer lo que no pueden sino hacer. Y todos lo hacen. El hombre es libre. También para correr insensatamente hacia su perdición.

VALE MÁS UNA OVEJA VIVA QUE UN LEÓN MORIBUNDO

Si hubieran leído más los textos del primer peronismo, los jóvenes de los '70 habrían advertido cuál era la idea que Perón tenía del sindicalismo y que no la había cambiado. En un folleto que –en 1951– publica la Secretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación (o sea, Alejandro Apold) y que lleva por título *Principios del sindicalismo peronista*, es posible leer: "Perón ha dicho con toda claridad qué es el sindicalismo. En su concepto, *no es ni debe ser una fuerza en pugna con las restantes que componen el núcleo social sino todo lo contrario*; debe ser colaboradora y equilibradora de la actividad productiva nacional, pero gravitando siempre en la defensa de los justos intereses de los trabajadores.

"El viejo principio de la violencia sindicalista aparece así superado en la concepción no tan sólo teórica, doctrinaria, del nuevo sindicalismo justicialista argentino, sino también la concreción práctica de los hechos que de él trascienden. Resulta así que la moderna concepción del sindicalismo definido y orientado por el general Perón se universaliza y hoy puede servir como norma a aquellos países que buscan solucionar afanosamente sus arduos y violentos problemas internos en el orden social" (*Principios del sindicalismo peronista*, Secretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1951, p. 1). La ambición no era poca: la doctrina del sindicalismo, según Perón la había "creado", podría solucionar los problemas de todas las naciones con conflictos sociales. Aquí sólo hemos querido citar un par de párrafos queremos exhibir sus puntos centrales como introducción a una polémica clarificadora: la de Rucci con Tosco. Dos dirigentes fuertes, con temple para la conducción de sus bases. Uno peronista. El otro, no. Un socialista revolucionario en una provincia con desarrollo industrial en aumento. Los dos, a su modo, hombres de acción, hombres de lucha. Era lo primero que pedía Perón –en sus *Principios de sindicalismo peronista*– para una buena organización sindical. Lo pedía en la modalidad propia de sus primeros brillantes años. Con ese lenguaje directo, popular, vizcacheano, con que solía dirigirse a sus seguidores: "Los movimientos sindicalistas deben tener a su frente hombres de lucha y de acción. Vale más un león al frente de cien ovejas que una oveja al frente de cien leones". (*Principios...*, *ed. cit.*, p. 6). ¿Qué Perón volvió el 20 de junio de 1973? ¿Oveja o león? Según él, "un león hervíboro". Pero no: ni eso. Volvió un león moribundo. Y hasta una oveja es preferible a un león que agoniza. Ante todo, porque está viva.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¿Quién mató a Rucci? (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

108 **¿Quién mató a Rucci? (III)**

Suplemento especial de
Página|12

RUCCI Y TOSCO, POCO QUE VER

Rucci y Tosco pelearon juntos contra la política sindical de la "Libertadora". Eso los unió cuando eran jóvenes. Cuando el enemigo era el mismo. Cuando enfrente –los dos– tenían al gobierno de la "Libertadora". Al Estado Gorila de Aramburu y Rojas. El interventor en la CGT –tal como hemos dicho al ocuparnos de la Resistencia Peronista– era un señor de nombre Alberto Patrón, que, al ver que ese apellido era incómodo para intervenir una central obrera, le agregó el otro que tenía, que era casi peor: Laplacette. Algo que más o menos se leía como que el tipo era el "Patrón" de una especie de suntuoso "Laplacette" francés, de los cuales la Buenos Aires que la oligarquía construyó estaba ostentosa y hasta agraviantemente llena.

Patrón Laplacette –sin retorno ya en la cuestión de su apellido– decide reemplazar esa carencia exterior con una decidida actitud de comando del puesto que le ha tocado en suerte. Lo primero que tiene que hacer el interventor de un sindicato es "normalizarlo", pues da por supuesto que, si se lo ha intervenido, es por esa causa: que el sindicato no estaba organizado y que el nuevo gobierno, que ha venido a organizar el país, a arrancarlo de las garras de la demagogia y la corrupción, debe emprender de inmediato esa democrática tarea.

De esta forma, el interventor Patrón Laplacette arma un Congreso Normalizador y convoca a todos los principales dirigentes sindicales. Una esperanza (totalmente insensata, pero él lo ignora: todos acostumbramos a desconocer nuestras insensateces hasta que vemos sus frutos, así de boludos somos y Laplacette no era la excepción sino todo lo contrario; ocupaba un alto estamento en la pirámide de los boludos, al punto de que se le puede aplicar ese ingenioso chiste que propone que si los boludos nunca salen primeros en una carrera de boludos o no llegan antes que todos a la cumbre, sino segundos, es precisamente por esa condición esencial que los define: por boludos. Acaso la honra póstuma de Patrón Laplacette quede erosionada por estas lastimosas afirmaciones ante los lectores del siglo XXI, pero no pertenecen a mi severo juicio personal sino a los protagonistas de la época, entre los cuales Rucci y Tosco, que de boludos: nada, estaban entre los principales), anima a Patrón Laplacette: había dialogado extensamente con sectores sindicales que aceptaban someterse al gobierno de la "Libertadura" con tal de trepar en la escala sindical. De estas reuniones había extraído una certeza: ganarían. Sobre todo porque la "democracia septembrina" había deteriorado al aparato sindical peronista con el sencillo método de meter en las prisiones a sus principales representantes, torturarlos, quebrarlos, obligarlos a huir al exilio para salvar el pellejo y no volver a asomar la nariz por ningún sindicato. A los que no les aplicó ese método, los proscribió sin más. Un método que Aramburu y Rojas aplicaban con una habilidad espeluznante. Si uno se preguntara qué es lo mejor que hacían ese militar y ese marino debiera responder, sin hesitación posible, "proscribir a sus enemigos, silenciarlos, tacharlos, hasta, incluso, prohibir que se los nombrara", algo que sólo ocurrió con Perón y Evita, pero ocurrió.

A pesar de las restricciones, una nueva camada de dirigentes gremiales del justicialismo creció en esos años gracias al contexto político y social que imperaba en el país. Mientras que los viejos sindicalistas estaban proscriptos, encarcelados o exiliados, los jóvenes ganaron espacios en distintos gremios y comenzaron a gravitar cada vez más dentro del campo laboral y del justicialismo. Tal es el caso de Augusto Timoteo Vandor, José Ignacio Rucci, Sebastián Borro y Jorge Di Pascuale. Y –por supuesto– Agustín Tosco. Que, de justicialista, poco. Y así seguirá.

Si aquí confluyeron, todo lo que vino después los fue separando. Uno no podría decir si en eso que llamamos "plano personal" Rucci y Tosco se odiaban demasiado. Obreros los dos, perseguidos por la burguesía militar septembrina los dos, había elementos de peso que compartían. Los separaba la ideología. Los separaba algo que siempre estuvo separado: el peronismo y la izquierda argentina, haya sido sindical, política o universitaria. Tosco no quería una participación de los sindicatos en el Estado burgués capitalista que, para él, era un Estado explotador de la clase obrera por definición. No olvidemos: el Estado es el arma de clase de la burguesía, por su medio aplica su justicia, su concepción del mundo y su aparato represivo. El *Leviatán* y el sindicalismo clasista nada tienen que ver. Por el contrario (y muy por el contrario) el peronismo se lleva bien con el Estado. Los sindicatos y el Estado tienen que marchar juntos en la defensa de los derechos de los trabajadores. Siempre que el Estado revista una condición axial: ser un Estado Peronista. Todo esto separaba a Rucci y a Tosco. Apenas si lo hemos esbozado, pues ellos mismos se encargarán de explicitarlo a fondo.

Tosco había transcurrido un tiempo no escaso en las prisiones del general Levingston, el hombre que vino del Norte, el Presidente que nos presentaron por TV, del cual lo primero que vimos fue una foto con una cara de perro malvado que metía miedo. Todos pidieron por su libertad. (Qué cosa con el lenguaje: uno escribe "todos pidieron por su libertad" y tal como viene la redacción de la frase parece que pidieron por la libertad de Levingston, que estaba bien libre y era el que había encanado a Tosco. Bien, no. Uno también puede divertirse aclarando estas cosas. La frase no está mal escrita. Pero, pese a ello, puede confundir. Aunque, para confundirse, hay que ser un poco nabo. En fin, todos pidieron por la libertad de Tosco.) También Rucci. Tosco, implacable, rechazó esos pedidos. No quería ayudas de ese "oportunista", que si reclamaba por su libertad era *pour la gallérie*. Sólo por eso. Tosco, desde la prisión, no se portó con caballerosidad. No había caballerosidad, había lucha de clases. Y el sindicalismo peronista jugaba "objetivamente" del lado de la patronal. Desde adentro siguió criticando al Petiso y no se detuvo al salir. Por el contrario, intensificó el ataque. Que le dijera "tránsfuga" era discutible. Rucci siempre había sido un buen muchacho peronista, un obrero que combatía al capital al modo peronista, no con la lucha de clases sino con la comunidad organizada. Que le dijera "traidor" podía leerse de dos modos: 1) traidor a la clase obrera peronista ni por joda, Tosco. Rucci fue siempre leal a la concepción que Perón tenía del sindicalismo: una organización poderosa unida al Estado en defensa de los intereses de los trabajadores; 2) traidor a la clase obrera socialista de la Córdoba combativa, industrial y clasista de Sitrac-Sitram, sin duda. Pero, ¿se puede ser traidor a algo a lo que uno nunca adhirió? Para Tosco, definitivamente. Rucci era traidor a los "verdaderos" intereses de la clase obrera que él, Tosco, representaba. Rucci negociaba interminablemente con la patronal. No concebía a la clase obrera tomando el poder sino participando de él. Para Tosco, los obreros no serían libres hasta que se apropiaran del sistema de producción capitalista. Hasta que no derrotaran a la patronal. Negociación, no; lucha de clases con objetivos claros de poder, sí.

SINDICALISMO CLASISTA-SINDICALISMO PERONISTA

La cosa no daba más. Ya no podía solucionarse por medio de agresiones, por medio de chicanas ideológicas. Y eso que Rucci sabía apelar como pocos a los peores insultos macartistas imaginables: zurdo, trosco, comunista, ideologías extrañas, somos argentinos y cristianos, eso es el peronismo, lo demás es basura bolchevique, etc. Le era fácil: le salían del alma. Era un macartista. No jugaba a serlo. Lo era y de corazón. Tosco era un tipo de la izquierda y también le brotaban frescos y veloces sus insultos: burócratas, traidores, conciliadores, dialoguistas, amigos de la patronal, corruptos, etc. Porque a él le era fácil: también a él, eso le salía del alma. Era un marxista. Un revolucionario. La clase obrera no estaba para pactar, para tener líderes populistas. Estaba para tomar el poder. Creo que éste es el punto conceptual fundante del enfrentamiento (y creo necesario puntualizarlo con rigor, adecuadamente): por un lado, un sindicalismo que busca tomar del poder –por medio de negociaciones y no por enfrentamientos– lo mejor para la clase obrera, que será, asimismo, lo mejor para los burócratas, cuya ambición será eternamente mantenerse en sus lugares de privilegio. Negociar con el sistema, acudir a la huelga como recurso extremo; cambiarlo, jamás. Todo lo contrario sucede con un sindicalismo revolucionario: el enfrentamiento es totalizador. Se busca cambiar, trastrocar el sistema, no negociar con él. Se trata de entregarle a la clase obrera objetivos de poder. No objetivos de negociación. De la negociación salen –a lo sumo, en el mejor de los casos– las mejoras. Del poder sale la revolución, el cambio radical del sistema opresivo. Esto diferencia a un sindicalista peronista de un sindicalista de clase, de un marxista, de un líder obrero que busca para los suyos, para la clase que representa, el poder y no una parte de él obtenida sobre la base de un diálogo conciliador, acuerdista.

El 27 de septiembre de 1972, no bien sale Tosco de la sentina (había permanecido en ella durante un año y cinco meses), Rucci le enjareta una solicitada precisa, clara, que dice sin vueltas lo que él quiere decir. Tiene la forma de una carta abierta. Escribe el bien documentado historiador Luis Fernando Beraza: "Así el 28 de septiembre de 1972 apareció una (solicitada, JPF) que llevó el título de 'Carta Abierta de José Rucci a Agustín Tosco', y otra de febrero de 1973, 'Las verdades escondidas tras el velo intelectualizado de un dudoso dirigente gremial. A Ud. Señor Tosco me refiero'. Las mismas tenían como rasgo común el macartismo" (Luis Fernando Beraza, *José Ignacio Rucci*, Vergara, Buenos Aires, 2007, p. 224). Son muy ilustrativas. Se juega en estas cartas la diferencia entre la concepción sindical-estatal del peronismo y la clasista de la izquierda. Una apunta a un Estado keynesiano de Bienestar dentro del capitalismo. La otra apunta a una revolución (el gran valor de la época) y propugna como finalidad la toma del poder por parte del proletariado. La destrucción del capitalismo.

He aquí la *Carta Abierta* de José Ignacio Rucci:

"Señor Agustín Tosco:

"Mientras usted estuvo detenido, no sólo soporté en silencio sus sistemáticos ataques a mi persona, sino que incluso puse todo mi empeño para que recuperara su libertad.

Por razones obvias ese empeño no sólo respondía al sostenimiento de principios que marcan una conducta irrenunciable de los trabajadores, sino porque incluso deseaba personalmente su libertad, dado que la misma me permitiría, sin ningún tipo de ventajas, responder a todos sus ataques perfectamente instrumentados y que llevan en su contenido el deleznable propósito de servir de instrumento de todo aquello que se antepone a la lucha en que está empeñado el Pueblo.

"Señor Tosco, el juego se ha dado, las cosas han cambiado. Hoy goza de libertad plena. En consecuencia, ha llegado la hora de la verdad. Yo lo conozco a usted perfectamente, tanto como usted me conoce a mí; los dos ya hace bastante tiempo que sabemos de nuestras respectivas formas de pensar y de las actitudes que hemos tomado en distintos episodios de la vida política y sindical argentina en que nos ha tocado actuar. (...) fue en ese período (1957) cuando las '62 Organizaciones' realizaron un acto en el Luna Park y en el que me tocó hacer uso de la palabra, y detenido posteriormente por hacer 'la apología al tirano prófugo', usted en nefasta complicidad con los comunistas y al no poder colocar al movimiento obrero representado por las '62 Organizaciones' al servicio de esos intereses espurios que usted tan dignamente representa, optó por imponer la separación de la Federación de Luz y Fuerza de las '62 Organizaciones', siendo sus fundamentos esgrimidos en la emergencia de que se trataba de un agrupamiento sostenedor de cuestiones 'políticas', y usted sabe que esas cuestiones políticas respondían a una clara filosofía doctrinaria, que es popular, es nacional y se llama peronismo. Ya usted empezaba a definirse y por supuesto hoy está totalmente definido".

La dureza de la solicitada reclamaba una respuesta. La posición peronista de Rucci se tornaba fuerte en el apoyo popular. No es casual que de las dos propuestas –la combativa de Tosco y la negociadora de Rucci– sea la segunda la que mayor apoyo consiga de los obreros. Después de todo, si, sin derramar sangre, los buenos sindicalistas conseguían para los obreros una porción considerable de la torta –como había ocurrido durante los primeros gobiernos peronistas– la cosa no pintaba mal. Era más segura que la aventura riesgosa y sanguinaria de la revolución, ese juego azaroso que nunca se sabe cuándo termina ni a quiénes habrá de devorarse. De aquí el éxito del peronismo en la Argentina. Un keynesianismo sindical con un líder carismático al frente era una oferta muy tentadora para los obreros. Lo de los "zurdos" era tan incierto como viajar a la Luna o trepar a la cumbre del Everest. Reclamaba una gran cuota de heroísmo, una valentía y una decisión para luchar a muerte que no siempre se poseen. El peronismo no reclamaba nada de eso.

El 5 de octubre, Tosco respondió:

"A pocos días de haber sido arrancado de la cárcel por la tenaz y consecuente lucha popular, en la que se expresó al más alto nivel la solidaridad combativa de la clase trabajadora, el estudiantado, las fuerzas políticas democráticas, progresistas y revolucionarias, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, las agrupaciones gremiales de abogados y de otras profesiones, las comisiones familiares de presos políticos y sociales, las instituciones y nucleamientos dedicados a la permanente defensa de los derechos humanos y la de tantos compatriotas de diversa condición y militancia, me siento en el ineludible deber de ratificar públicamente a todos mi profundo reconocimiento por esa maravillosa solidaridad que siempre tuve presente y que jamás olvidaré. (...)

"Así como desde la cárcel, venciendo las limitaciones y los riesgos impuestos por la dictadura. hablé claro, hoy, en libertad, también lo haré cumpliendo no tan sólo con un imperativo de mi conciencia y de mi militancia, sino con esa decisión libre y democrática de la Asamblea General de Delegados del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba que han repudiado expresamente las declaraciones de Rucci y dispuesto la amplia difusión de este documento de respuesta. (...)

"Este señor se ha olvidado de que en 1955 también yo fui inhabilitado y perseguido por el régimen gorila. No le conviene decir que el despacho que triunfó en el Congreso contra el interventor Patrón Laplacette fue informado y defendido por mí; y que, por el triunfo de esa moción, Patrón Laplacette instrumentó el fracaso del Congreso de agosto de 1957. En aquella época Rucci votaba y compartía la dirección de nucleamientos con los comunistas, que ahora tanto espanto le causan. Claro que no lo había guiado una concepción de auténtica unidad del movimiento obrero, sino, por pura especulación y apenas se vio al amparo del poder, comenzó a perseguirlos, tanto como persigue hoy a cualquier compañero, incluso peronistas, si no se prestan a sus designios sectarios puestos al servicio de la derecha. (...)

"Usted me acusa de ser 'antiperonista'. Sabe bien de la falsedad e infamia que encierra esa afirmación; pero la hace lo mismo, ya que 'su' objetivo es colocarme ante los compañeros peronistas como un enemigo. Pero esta maniobra tramposa no es de hoy y como siempre, para mí, como lo enseña el auténtico sindicalismo, toda ideología de un compañero debe ser respetada, porque en la unidad combativa de los trabajadores organizados sindicalmente está la base de su fuerza, las mayores posibilidades de hacer valer sus derechos. Yo no hago distinciones ni odiosas discriminaciones por cuestiones partidarias. Nunca hice y nunca lo haré. Siento como a mis hermanos de clase y de lucha a los compañeros peronistas, tanto como a los radicales, cristianos, socialistas, comunistas, de cualquier otra ideología, raza o religión. Este concepto y posición, tenga la seguridad que las sostendré siempre en el movimiento obrero, en la vida sindical.

"En la vida política usted sabe que lucho por la unidad de los sectores populares, democráticos y revolucionarios, unidad que se va plasmando con la decidida participación de trabajadores, ciudadanos y destacados dirigentes peronistas con quienes me une no sólo un común ideal sino una entrañable y sólida amistad". (Los dos textos están citados en *El Ave Fénix. El sindicalismo peronista entre la Libertadora y las 62 Organizaciones* (1955-1958), Santiago Senén González-Germán Ferrari, Editorial Corregidor, aún inédito.)

BERNARDO NEUSTADT: ¿USTED TAMBIÉN QUIERE VENDERLE IDEOLOGÍA A PERÓN?

Pero aún –entre Rucci y Tosco– se habría de producir un enfrentamiento, de menor intensidad conceptual, pero de gran resonancia mediática. Serían colocados "cara a cara" en un programa de la época que llevaba por nombre *Las dos campanas*. Como su nombre lo indica, la mecánica del espectáculo consistía en poner frente a frente a dos tipos que tocaran uno una campana, otra el otro. (*Nota*: Como estos fascículos llevan por nombre "¿Quién mató a Rucci?" tal vez muchos de Uds. estén impacientes creyendo que yo tengo la respuesta. Miren, la respuesta que yo voy a dar no va a convencer a nadie. Pero tampoco me convencen las otras. El libro de Reato es una novela. Si no, no se explica cómo el autor puede meterse en la subjetividad de los personajes. Eso lo puede hacer un novelista que asume el carácter ficcional de su escritura. Lo hice yo en *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, pero desde el inicio planteé un narrador conjetural. Se sabía que no contaba la "verdad". Pero nadie podía tenerla. De modo que la ficción abriría puertas insospechadas. Cada personaje dijo exactamente lo que tendría que haber dicho. Pero Reato pretende darnos la verdad y cuenta hechos inverosímiles, que jamás pudo haber presenciado. Y, para peor, se mete en la conciencia del supuesto asesino. Eso es un dislate. Podrán promocionar ese pequeño trabajo ágilmente escrito, periodísticamente escrito no literariamente escrito, ¿está claro?, como algo llevadero, liviano, entretenido. La derecha podrá arrojarse sobre él con el propósito de meter montoneros en la cárcel. Sin embargo, no todos los periodistas pueden hacer literatura ni escribir diálogos. El *Galimberti* de Larraquy estaba seriamente deteriorado por diálogos que poco tenían que ver con la época ni con la buena estructura de un diálogo, su musicalidad. Creo que se lo dije a Larraquy en la puerta de Argentores. Luego sacó su *López Rega* y resultó un libro ejemplar. Una verdadera investigación, sin pretensiones de hacer literatura. Acaba de aparecer *Símbolos y fantasmas: Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la "justicia para todos"* de Germán Ferrari. He ahí una investigación de un rigor implacable, severo. Sin diálogos fantasiosos. Plagada de documentos. Es un ejemplo. Pronto acudiremos a ella. En cuanto al "¿Quién mató a Rucci?" es sólo una pregunta sin posible respuesta. Mi conjetura será la menos transitada de todas. Acaso porque es la menos verosímil. Pero no tanto. No tanto.) El programa de enfrentamiento se llevó a cabo breve tiempo antes de las elecciones del 11 de marzo del '73. Fue por Canal 11. Y la fecha exacta: 13 de febrero de ese verano agitado, difícil de olvidar. Entre otras cosas porque debates como el de Rucci-Tosco o paneles o reportajes públicos se llevaban a cabo diariamente con todo tipo de personajes. En una mesa presidida por Mirtha Legrand (es muy posible que haya sido en uno de sus almuerzos), todos los invitados charlaban animadamente, entusiastas y hasta apasionados. Todo iba bien hasta que entra –interrumpiendo– un tipo con mala cara, como con cara de asco, como oliendo mierda. Estaba hablando un abogado que se refería a nuevas legislaciones que el justicialismo (que ya había ganado las elecciones: o sea, sería el mes de marzo, sus días finales) debería adoptar durante su gestión. El personaje intrusivo estaba bronceado, traje gris, corbata llamativa. Se acerca al abogado y –agresivamente– le dice:

–¿Usted también quiere regalarle ideología a Perón?

Pegué un salto en mi silla. ¡Qué bien pegado el golpe! No cualquier facho agredía tan bien. Lo había resumido todo: todo el mundo se creía autorizado a *regalarle ideología* a Perón. La piña a la soberbia de la Jotapé era evidente. Y el abogado habría sido sin duda un miembro de alguna formación política de abogados que trabajaban para el "gobierno popular". Como el recién llegado lo atacó por la espalda tuvo que girar para verlo.

–Todos quieren regalarle ideología a Perón –siguió el hombre de la entrada sorpresiva–. Y no se dan cuenta de que a Perón le sobra ideología. Que no necesita que le regalen nada. Y que va a saber muy bien cuidar la pureza ideológica de su movimiento.

Era Bernardo Neustadt. Había decidido hacerse peronista y su debut lo actuaba en la modalidad del *depurador ideológico*. Qué arte para la maldad el de este hombre. Creo que si en sus últimos años su cara fue tomando unas formas, no sólo desagradables sino monstruosas, se debió a que su alma se posesionó de ella.

El abogado no supo qué decir. La entrada de Neustadt había sido preparada para que tuviera el efecto que tuvo. Mirtha exclamó al verlo:

–¡Bernardo, qué alegría!

–Contésteme –imperativo, Bernardo al abogado.

El joven –no tendría treinta años– no se veía muy hábil ni poseedor de gran experiencia televisiva. Al contrario, tal vez fuera ése el primer programa al que asistía. Y se encontraba con el Monstruo Mediático Bernardo Corcho Siempre a Flote. Porque era así: se había hecho peronista. *Pero ya sabía todo*. Nada de meterse con el camporismo ni con la gloriosa Jotapé. No: él venía a defender la pureza ideológica del movimiento. Más precisamente: que no lo jodieran a Perón. Que no se hicieran los vivos con él. Que no le vendieran ideología (léase: apestoso marxismo de infiltración) porque, a Perón, eso le sobraba. Ahí pude presenciar al camaleón en uno de sus momentos cumbres. Ese hombre acomodaticio, ese pragmático que sabía cómo meterse en todas, nunca dejaba, sin embargo, de ser fiel a sí mismo: de ser un fascista. El nombre despectivo de *Bernardo Corcho Siempre a Flote* lo inventó la revista *HumoR*. Porque, cuando llegó la democracia, Bernardo y Mariano se volvieron unos ángeles del diseso y la pluralidad. Y ahí, en 1973, Bernardo se presentó como depurador ideológico peronista. El abogado meramente había emitido un par de opiniones. Bernardo apenas si lo dejó terminar:

–Ustedes tiene una arrogancia propia de jóvenes sin experiencia política. Desconocen que el justicialismo tiene una doctrina y que esa doctrina se basa en la Doctrina Social de la Iglesia y no en Marx, donde quieren basarla ustedes.

–No creo que sea ése...

–¡Por favor, no hable macanas! Ustedes quieren venderle al general un marxismo al estilo de los Manuales Lerú. Y el general les puede dar clases de marxismo. Vea, me siento generoso, le doy un consejo: lean menos a Marx y más *La Comunidad Organizada*.

Era inaudito: hasta se había informado sobre la existencia de ese extraño texto filosófico de Perón. Mirtha –como para aliviar la cosa– le preguntó:

–¿Y por quién votaste el 11 de marzo, Bernardo?

Juro que lo estoy viendo. Bernardo penetra en un largo silencio. Baja levemente la cabeza. Luego la alza. Y reflexivamente dice:

–Después de pensarlo a lo largo de toda una noche, con detenimiento y cautela..., voté por el Frejuli.

Bernardo y Perón, un solo corazón.

Sin embargo, no consiguió trepar en el gobierno del general. Más que posible resulta que se haya dado cuenta de lo que se venía. "Esto no dura. El Viejo se muere. Se pudre todo. Y vuelven los milicos. Voy a esperarlos a ellos." Y fue –junto con Grondona– el principal ideólogo mediático del régimen de la desaparición de personas. Insisto: creo que es uno de los hombres más feos que vi en mi vida. Insisto: creo que eso estaba íntimamente ligado a su condición espiritual, deleznable.

El que se le acercaba era el marino Francisco Manrique. Gran promotor del golpe del '66, responsable de la decisión –junto con los otros jerarcas de la Libertadura– de desaparecer el cadáver de Evita, ministro de Bienestar Social de Lanusse, era un hombre que raramente sonreía. Tenía la cara ensombrecida. Cubierta de arrugas que denunciaban infelicidades permanentes y serias. Logró algunos éxitos como ministro de Bienestar Social. Una vez llegó a no sé qué pequeña ciudad e inauguró su discurso diciendo: "Llegué hasta ustedes. Me dieron de comer". Una oratoria bíblica. El pueblo había dado de comer al hambriento. Hizo una buena elección en marzo del '73 y luego se evaporó. Su pinta era tan oscura, su cara tan amarga que parecía más un sepulturero que un político. Una caricatura de la época así lo muestra. Está en un cementerio, viste de negro, tiene una pala y se dispone a cavar una tumba. Mira al lector y dice: "Vamos, amigo. Ayúdeme a enterrar a este país". Es posible que haya sido un hombre de más que buenos contactos con la CIA. Ya nadie lo recuerda.

DARDO CABO, "ANTE LA MUERTE DE JOSÉ RUCCI"

¿Qué nos espera ahora? El debate Rucci-Tosco en *Las dos campanas*. Y el análisis definitivo del libro de Reato. Acaba

de llegarme una propaganda de Mondadori afirmando que ya ha vendido 100.000 ejemplares. Muchos aconsejan no creer en estas cifras tan abultadas. Pero sin duda Reato ha vendido bien, pues se lo arroja a Luis Fernando Beraza a la jeta cuando apenas iba por los 35.000. Se inscribe deliberadamente (es una operación política y de marketing) en el deporte nacional *Hagan fuego sobre los Kirchner*. También están en eso los libros de otros dos periodistas que juntan prolijamente toda la basura que encuentran y pueden atribuir a "los K". Parece que estos libros agradan mucho a la clase media argentina. Para asegurar su éxito, Reato ha tenido la buena idea de pedirle una frase a Morales Solá, que es el abanderado del odio a los K. Reato está un poco más sano. Por el momento. Pero la frase se la pidió. Porque vende. Ya analizaremos esto.

Entre tanto, el 2 de octubre de 1973, la revista *El Descamisado* ofrece su reflexión acerca del asesinato de Rucci. Está, como siempre, firmada por Dardo Cabo. Pero Dardo Cabo *no podía* escribir tan bien. La prosa de los editoriales de *El Descamisado* siempre me sorprendió. "Qué bien escribe este tipo", pensé al principio. (Nunca conocí a Dardo Cabo.) Después pensé: "No puede escribir tan bien". Después pensé: "Esto lo escribe otro". Después fui descartando. Gelman, no. Urondo menos. Tenía que ser Walsh. Y aún hoy lo creo. La sombra de Walsh se agita sobre varios puntos álgidos, pero no sabemos si es realmente la suya. Reato, por ejemplo, habla de un escritor muy prestigioso y también periodista que tenía un gran manejo de las comunicaciones comprometido en lo de Rucci. Walsh manejará el control del aparato de comunicaciones de Villar durante el acto del 1° de mayo de 1974. Era algo que sabía hacer. No en vano era quien era: el Profesor Neurus. Y hay otro hecho que –por ahora– retendremos.

Fuera Walsh o no, los editoriales del *Desca* eran magistrales. Vamos a transcribir –antes de entrar en la polémica Rucci-Tosco en *Las dos campanas*– el que se publica el 2 de octubre de 1973. Por ahora va su publicación. Luego vendrá su análisis. Lleva por título *Ante la muerte de José Rucci*. Y es así:

"La cosa, ahora, es cómo parar la mano. Pero buscar las causas profundas de esta violencia es la condición. Caminos falsos nos llevarán a soluciones falsas. Alonso, Vandor, ahora Rucci. Coria condenado junto con otra lista larga de sindicalistas y políticos. Consignas que auguran la muerte para tal o cual dirigente. La palabra es 'traición'. Un gran sector del Movimiento Peronista considera a un conjunto de dirigentes como traidores y les canta la muerte en cada acto. Estos dirigentes a su vez levantan la campaña contra los infiltrados, proponen la purga interna. Arman gente, se rodean de poderosas custodias personales y practican el matonaje como algo cotidiano. Cómo es toda esta historia, cuándo comenzó la traición y cuándo comenzó la muerte.

"Los viejos peronistas recordamos a estos burócratas hoy ejecutados o condenados a muerte. Los conocimos luego de 1955, cuando ponían bombas con nosotros. Cuando los sindicatos logrados a sangre y lealtad, recuperados para Perón y el Movimiento, eran las casas peronistas donde se repartían fierros y caños para la Resistencia y de donde salía la solidaridad para la militancia en combate o presa. Coria guardaba caños en Rawson 42, el local de la Uocra, allí se armaban bombas y se preparaba la resistencia; Vandor bancó la mayoría de las células más combativas del Movimiento. Eran leales, eran queridos, habían llegado a los sindicatos por elecciones y representaban a la base del gremio; más allá de que les gustaran las carreras o tuvieran un vicio menor, 'los muchachos los querían' y en serio. Perón confiaba en ellos.

"No tenían matones a sueldo; en cambio, amigos en serio los acompañaban. Si uno quería hablar con Vandor podía invitarlo a la esquina de Rioja y Caseros o caerse al mediodía en un boliche a cuadra y media del sindicato, agregarse a la mesa o apartarlo a una cercana. Las puertas de los sindicatos estaban abiertas, siempre. A lo sumo una mesa de entradas con un par de muchachos con algún fierro, pero sin mucha bulla, más para cuidar los fierros que adentro se guardaban que para cuidar a nadie. ¿Quién iba a matar a Vandor en 1962?

"Pero de pronto las puertas se cerraron, o fueron reemplazadas por sólidos portones con sistemas electrónicos. Ya no andaban con amigos, sino 'con la pesada'. Su vida rodeada del secreto impenetrable. Las elecciones en los sindicatos iban precedidas por una intrincada red de fraudes, tiros, impugnaciones, expulsiones. Denuncias de las listas opositoras y todo un sucio manejo que dejaba como saldo una gran bronca: delegados echados, afiliados expulsados, acusaciones de trotskos o 'bichos colorados' que justificaban el arreglo con el jefe de personal para arreglar el despido.

"También las versiones: se negociaba con el enemigo, se apretaba a Perón, se guardaban sus órdenes o no se cumplían. Perón tiraba la bronca: 'hay que cortarles las patas' o 'los traidores generan anticuerpos'. Y la bronca se extendía. Rosendo García cayó en una bronca entre pesados. Alonso en una limpia operación comando. Los métodos se tecnificaron al mismo ritmo de la traición. A puertas electrónicas: tiros dirigidos con telescopio. Se decía siempre que era la CIA.

"Pero la bronca estaba adentro. Una historia de traiciones, negocios con el enemigo, levantamiento de paros, elecciones fraudulentas, apretadas a Perón. Uno tras otro los cargos se acumulaban. A más, los matones hacían las suyas: sacudían a los periodistas, reventaban militantes, impunes recorrían la ciudad armados, si caían presos salían enseguida. La policía empezó a protegerlos. La división se agravó, se agrava cada vez más.

"Rucci era un buen muchacho. Lo cargaban en la UOM cuando andaba (mucho antes de ser siquiera interventor en San Nicolás) con saco y corbata. Hasta trabita usaba, y el Lobo lo cargaba. Pero no era mal tipo. Tenía su historia de resistencia, de cárcel. Las había pasado duras, como cualquiera de nosotros. De pronto aparece en el campo de Anchorena prendido en una cacería del zorro. Apoyando a Anchorena para gobernador de la provincia de Buenos Aires. ¿Quién entiende esto?

"Algo debe tener de transformador eso de ser secretario general. Algo muy grande para cambiar así a la gente. Para que surjan como leales y los maten por traidores.

"Por eso no hay que disfrazar la realidad. El asunto está adentro del Movimiento. La unidad sí, pero con bases verdaderas, no recurriendo al subterfugio de las purgas o a las cruzadas contra los trotskos. No hay forma de infiltrarse en el Movimiento. En el peronismo se vive como peronista o se es rechazado. No se puede pretender que la mitad de la gente que desfiló –por ejemplo– el 31 de agosto frente a la CGT fueran infiltrados o que estuvieran locos cuando denunciaban y pedían la cabeza de la burocracia sindical. Por un momento, pensar si no tienen razón. Pensarlo antes de empuñar el fierro y amasijar –por ejemplo– a Grynberg. Porque así la cosa no para. (*Nota*: Enrique Grynberg, que militaba en las FAR, es la primera víctima que se cobra la derecha peronista en venganza por lo de Rucci. JPF.)

"La unidad es así un mito. Hay que revisar los procedimientos antes de llamar a la unidad, porque por ahí quedamos más divididos que ahora. Si se usó el fraude para elegir autoridades en los sindicatos, apelar a abrir la mano y pedir a los trabajadores que limpiamente elijan sus conducciones. Si se alentó a la pesada para hacer brutalidades en nombre de la doctrina justicialista, llamarla y ubicarla en donde corresponda que esté. A laburar en serio, o a hacer pinta con el fierro y pegar un cachiporrazo de vez en cuando.

"Sin estas condiciones mínimas no hay unidad que valga. Si todos los peronistas no tenemos derecho a elegir quién nos represente, debajo de Perón, en el Movimiento Peronista, así no camina la cosa. Se va a seguir muriendo gente.

"Es cierto que también nos puede tocar a nosotros. Porque por dos veces los pesados le propusieron a Rucci –fue para la misma época en que se 'reventó' *Clarín*– reventar a *El Descamisado*. El Petiso, como le decían ellos, los paró. Ahora es posible que se vengan a tirar los tiros que tendrían que haber tirado cuando debieron, porque para eso estaban. Como no cumplieron en la tarea para la cual estaban quieren compensar dándosela a cualquier gil.

"Ellos están dispuestos a erigirse con sus fierros en los dueños de la ortodoxia. Se sienten los cruzados del justicialismo, los depuradores. Porque a su juicio todos los que criticaban a José son sus asesinos. Son trotskos, todos son infiltrados.

"Nosotros, desde estas mismas páginas criticamos a José Rucci y lo hicimos duramente. Su muerte no levanta esas críticas, porque no las modifica.

"Todos los sectores del Movimiento, incluyendo a la Juventud Peronista y la Juventud Trabajadora Peronista, incluso la Juventud Universitaria Peronista, sectores desde donde provino la más dura oposición a los métodos que usó José Rucci, lamentaron esta violencia que terminó con la vida del secretario de la CGT.

"Pero acá todos somos culpables, los que estaban con Rucci y los que estábamos contra él; no busquemos fantasmas al margen de quienes se juntaron para tirar los tiros en la avenida Avellaneda, pero ojo, acá las causas son lo que importa. Revisar qué provocó esta violencia y qué es lo que hay que cambiar para que se borre entre nosotros. Para que no se prometa la muerte a los traidores y para que la impunidad no apañe a los matones, ni el fraude infame erija dirigentes sin base.

"Si la cosa es parar la mano para conseguir la unidad, habrá que garantizar los métodos que posibiliten que los dirigentes sean representativos. Habrá que desarmar a los caza trotskos y fortalecer doctrinariamente al peronismo como la mejor forma de evitar las infiltraciones.

"No es con tiros como van a depurar el Movimiento. La única verdad la tiene el pueblo peronista. Dejemos que el pueblo se exprese".

Dardo Cabo

Sugestivo editorial. Si fueron los montos los que boletearon a Rucci es un monumento al cinismo, a la mentira como arte supremo al servicio de la política. Si no fueron, es una pieza de gran sinceridad, de templanza y una propuesta de paz. Aunque: *elecciones abiertas*. Esto no se les podía pedir a los burócratas salvo al costo de la guerra.

Hablando de la guerra. La Triple A matará a Atilio López con más de 80 balazos. La CIA –en una operación dirigida personalmente por Henry Kissinger– acribillará el coche del jefe del ejército de Allende, de su principal hombre fiel. Los Montoneros nunca mataron a nadie derrochando balas. Fue una táctica de la brutalidad fascista. En septiembre de 1973, esta zona del sur de América latina estaba atestada de asesinos de la CIA. Venían de hacer el más sucio de los trabajos en Chile. Y López Rega tenía muchos motivos para ver en Rucci un serio obstáculo en su carrera hacia el poder absoluto. Pienso que hay que tener en cuenta estos factores. También algunas declaraciones posteriores de Firmenich: *"Nosotros no matamos a Rucci. El error nuestro fue político, no haberlo desmentido en su oportunidad"*. Reportaje que le hizo Jorge Asís el 8 de noviembre de 1984 en la cárcel de Villa Devoto. Republicado ahora en *Repensar, Visión y Proyección de la experiencia montonera*, 29 de mayo de 2009. Otra vez: ¿quién mató a Rucci? Sigamos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

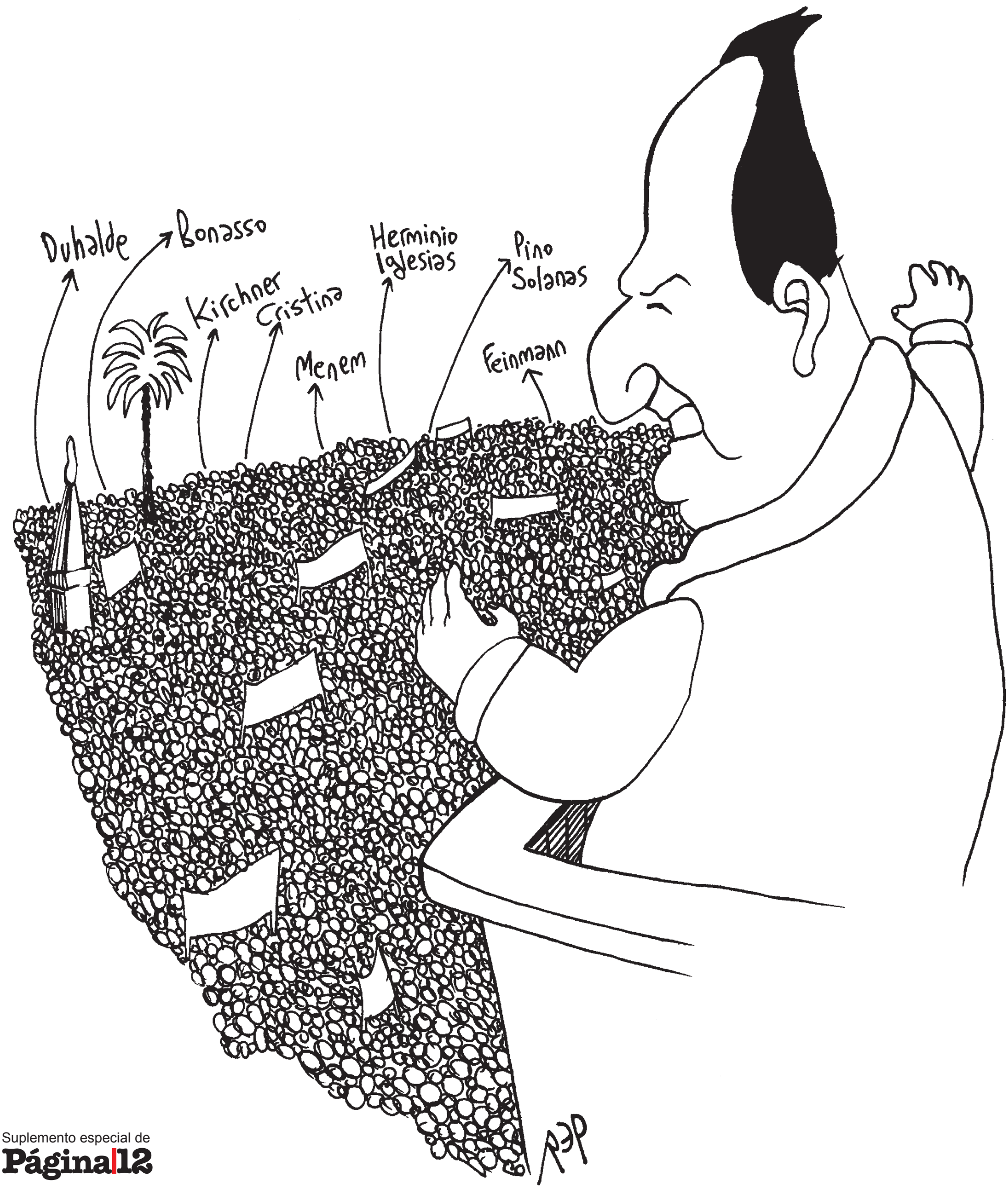
¿Quién mató a Rucci? (IV)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

109 **¿Quién mató a Rucci? (IV)**



Suplemento especial de
Página|12

RUCCI: ARGENTINO, PERONISTA, CATÓLICO Y PETISO

No bien Agustín Tosco sale de la prisión, Rucci le envía su primera carta. La del 28 de septiembre. Que lleva el título previsible de *Carta Abierta de José Rucci a Agustín Tosco*. El macartismo y la bravuconería del Petiso están presentes en ella, pero no como lo estarán en otros espacios. Son meramente atisbos de su lenguaje *matazurdos*. Espero no estar violando ninguna regla de lo "políticamente correcto" si digo que los petisos no son tipos fáciles. Asediados y hasta abrumados por su condición de –pongamos– centimetraje escaso, tratan de solucionarla con otros mecanismos. El más frecuente es el del patoterismo. No es aconsejable meterse con un petiso. Uno cree que lo deja fuera de la realidad con un par de gritos o un cachetazo casi piadoso y no, de ningún modo. Ahí es donde el petiso muestra su fibra. Posiblemente haya hecho fierros, se haya amasijado en el algún gimnasio o haya aprendido a boxear. Siempre supo que estas artes le servirían para afrontar situaciones en que se lo quisiera humillar a bajo costo. Siempre supo que cualquiera se le atrevería sólo por verlo diminuto. O le diría, desdeñosamente, petiso. El personaje se ha preparado para esta coyuntura. Incluso ha esperado por ella. Consejo: cuídense de los petisos. No sólo usan tacos más altos en sus zapatos. Poseen recursos mucho más peligrosos. Para uno, claro. Rucci era de esos. Aceptaba que le dijeran Petiso. Pero ojo: ese Petiso tenía un cuerpo sólido, trabajado, lleno de músculos. Y tenía mal carácter. Era un leche hervida. Si había que dar leña, daba. Era, también, como todo buen macartista, como todo ferviente antizurdo, un violento, metodología cara a la práctica de los fachos. En su primera carta a Tosco ya le encaja en plena jeta la acusación de infiltrado, de trosco. Además, feliz coincidencia para el *Petiso*, el apellido de Tosco no le era adecuado para dar la lucha contra los sindicalistas macartos. Que Tosco fuera Trosco se caía de maduro. Llevaba la condena en el nombre. Visible, a la luz, no podía mentir. ¿Cómo no habría de ser trosco un tipo que se llamaba Tosco? ¿A quién querés engañar cordobés zurdo si hasta el apellido te condena? Así, Rucci dispara. Como buen argentino y peronista (y quien dice "argentino y peronista" dice "católico" y no "inmundo rojo y ateo") decide "responder a todos sus ataques perfectamente instrumentados y que llevan en su contenido el deleznable propósito de servir de instrumento de todo aquello que se antepone a la lucha en que está empeñado el Pueblo". ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que se antepone a la lucha del Pueblo? Podríamos decir: el imperialismo. Los monopolios, los oligopolios que dominan la economía argentina. No, esa gente es –al fin y al cabo– occidental y cristiana. Se podrá hablar con ella. Hay bases comunes. Lo que se antepone a la lucha del Pueblo son las ideologías foráneas. Los sucios rojos. Los que buscan reemplazar a Dios por Lenin y a nuestra bandera por el trapo rojo con que ellos se identifican. Los que buscan trastrocar nuestra identidad. En esto las fuerzas sindicales peronistas coinciden plenamente con la oligarquía. Hay un ser nacional. Hay una religión. Hay una *bandera*: la que Belgrano creó a orillas del Paraná. Hay unos *próceres* a los que se debe respeto y no serán jamás reemplazados. Hay (hasta esto hay) un estilo de vida argentino. Hay un Ejército al que no se destruirá. Hay una historia. Y está la familia, la madre, el padre, los hijos, los ravioles de los domingos, el vino Crespi y los cautelosos, vigilados novios de las hijas. Todo eso hay. Sólo falta Perón, que es el que mejor sabe repartir la torta. "Bienvenido General a la Patria Liberada." ¿El poder? Que lo tenga Perón y nos derive lo que siempre, con generosidad, nos ha entregado. Esos son "los días felices".

La respuesta de Tosco es muy distinta. Pone el acento en la movilización popular que posibilitó su liberación: "A pocos días de haber sido arrancado de la cárcel por la tenaz y consecuente lucha popular, en la que se expresó al más alto nivel la solidaridad combativa de la clase trabajadora, el estudiantado, las fuerzas políticas democráticas, progresistas y revolucionarias, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, las agrupaciones gremiales de abogados y de otras profesiones, las comisiones familiares de presos políticos y sociales, las instituciones y nucleamientos dedicados a la permanente defensa de los derechos humanos y la de tantos compatriotas de diversa condición y militancia", se siente otra vez en la senda de la lucha y puede responder los agravios de Rucci.

Observemos todos los sujetos políticos que menciona Tosco:

Primero) La clase trabajadora.

Segundo) El estudiantado.

Tercero) Las fuerzas políticas democráticas, progresistas y revolucionarias.

Cuarto) El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

Quinto) Las agrupaciones gremiales de abogados y de otras profesiones.

Sexto) Las comisiones familiares de presos políticos y sociales.

Séptimo) Las instituciones y nucleamientos dedicados a la permanente defensa de los derechos humanos y la de tantos compatriotas de diversa condición y militancia.

Decisiva diferencia. Tosco pone en la movilización combativa de todo el pueblo las causas de su liberación. No fue un acuerdo de aparatos. Fue la voluntad popular revolucionaria. El gran instrumento para cambiar el estado de las cosas. *La voluntad.*

Pero Tosco sigue. Le sobran los argumentos. Hasta llegará a recordarle a Rucci sus buenos contactos con los comunistas. De paso nos recuerda el pasado del Petiso: también fue combativo cuando hubo que serlo. Cuando para trepar hay que poner caños un futuro matazurdos los pone. "Este señor (dice Tosco) se ha olvidado que en 1955 también yo fui inhabilitado y perseguido por el régimen gorila. No le conviene decir que el despacho que triunfó en el Congreso contra el interventor Patrón Laplacette fue informado y defendido por mí; y que, por el triunfo de esa moción, Patrón Laplacette instrumentó el fracaso del Congreso de agosto de 1957. En aquella época Rucci votaba y compartía la dirección de nucleamientos con los comunistas, que ahora tanto espanto le causan." ¿Qué le pasó al Petiso? ¿Por qué ahora les tiene tirria a tipos con los que compartió luchas en el pasado? Porque ahora no le sirven. Son piantavotos. Y porque siempre –aun cuando luchaba junto a ellos codo a codo– los odió: eran los zurdos, los troscos, los miserables que habrían de matarlo, según no se cansaría de anunciar.

Por último, Tosco rechaza la acusación de antiperonista que le endilga Rucci. Su argumento es impecable, el de un hombre que piensa frente a otro que arroja injurias que cree destructivas: "Usted me acusa de ser 'antiperonista'. Sabe bien de la falsedad e infamia que encierra esa afirmación, pero la hace lo mismo, ya que 'su' objetivo es colocarme ante los compañeros peronistas como un enemigo". Tosco se niega a las divisiones partidarias. Los trabajadores –piensen como piensen– son ante todo trabajadores. Y la unidad les dará la fuerza. Nadie puede quedar afuera. "Yo no hago distinciones ni odiosas discriminaciones por cuestiones partidarias. Nunca hice y nunca lo haré. Siento como a mis hermanos de clase y de lucha a los compañeros peronistas, tanto como a los radicales, cristianos, socialistas, comunistas, de cualquier otra ideología, raza o religión."

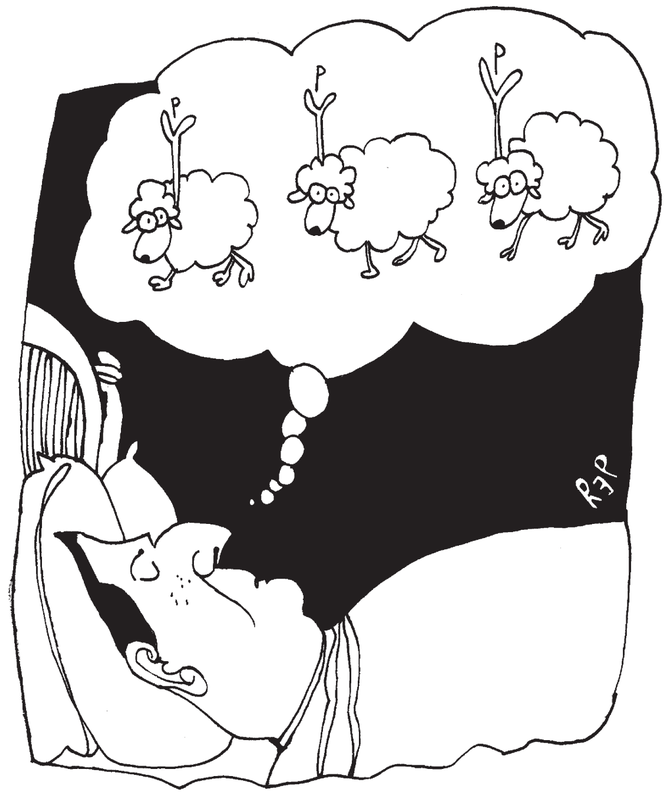
Pero –para Rucci: y es importante retener esto– los sindicatos están unidos a un movimiento político: el peronista. No hay democracia interna. El que decide las conducciones es el líder de ese movimiento, Perón. Algunos –en la lejanía– le hacen más caso, otros no. Los que son traidores, sin más. Se llamarán dialoguistas, conciliadores, neoperonistas, lo que sea. Son traidores al líder del movimiento y a la patria que ese líder corporiza. No hay peronismo sin Perón. Ergo, no hay sindicalismo sin Perón. Tosco es un zurdo que se la juega solo. Ya se verá qué se hace con él. Ahora, la gran aventura es el *Perón Vuelve*. El que no está en ésa no está en ninguna parte. Porque ahí se dirime el drama nacional. Ese es el único punto de significatividad política. El significante *Perón Vuelve* cubre y contiene a toda la política argentina.

Lo que no está dentro del campo que ese significante ilumina está en "otra parte". Pero –como diría Clausewitz– "no en el lugar donde se define la batalla". De aquí que Tosco podrá decir una y mil veces que se lleva muy bien con sus compañeros de lucha peronista, pero eso es insuficiente. Para estar en el campo del pueblo, para ser parte del significante que abre el especial espacio en que se librará la batalla, no basta con ser buen compañero de los peronistas, *hay que ser peronista*.

Rucci y Tosco eran disímiles en todo. El dirigente cordobés era alto, era de sacar la gente a la calle, de ponerse a la cabeza de las movilizaciones. A él no le cabía eso de *Con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes*. No, Tosco se ponía al frente de todo. Tenía buena formación ideológica. Algo dogmática, algo así como un marxismo un poco elemental, pero con eso le bastaba. Tenía creatividad. Sabía desarrollar sus ideas. Rucci, otra cosa. Era el dirigente de aparato. El dirigente de la rosca. No tenía ideología. Tenía un par de certezas bastante fascistas a las que él les decía *peronismo*. Pero usaba sin pudor, sin mesura, todo el repertorio denigratorio del macartismo: rojos, zurdos, troscos, hablaba de los que quieren reemplazar a la azul y blanca por el trapo rojo, creía fieramente en Dios, era católico y quienes no lo eran –creía– no eran argentinos ni gente de Dios, eran, en el fondo, marxistas o –aunque no lo dijera– judíos, que venía a ser lo mismo que marxista. El marxismo era internacional. El judaísmo también. No creo que haya leído *Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Pero pocos antisemitas argentinos lo han hecho. El odio al judío, en la Argentina, viene por el lado de la avaricia, la práctica de la usura y por el asesinato de Dios. "Los judíos mataron a Dios" es algo que escuché desde mi más tierna infancia. (*Nota*: Hay incluso un viejo y muy ilustrativo chiste. Es bien argentino. Un tipo le está pegando a otro. Interviene un tercero. "Pará. ¿Por qué le pegás?" "Porque es judío." "¿Y con eso qué?" "¿Cómo 'con eso qué'? Mataron a Dios." "Pero eso fue hace mucho tiempo." "No sé, yo me enteré hoy.") No obstante, la pasión antisemita no anidó en Rucci. Fue otra la que se poseyó de su conciencia: la pasión macartista, el odio a los zurdos. Este odio también está muy difundido en la Argentina. El odio al zurdo va unido a la condición católica del país. El zurdo no cree en Dios, el zurdo es ateo, el zurdo es enemigo de Dios. "Esos hombres y mujeres que has tirado al río, hijo mío, eran gente sin Dios. No sólo negaban su existencia, se burlaban de ella. Negaban la existencia del espíritu. Llamaban 'materialismo' a la filosofía que profesaban. Eran impíos, sacrílegos, pecadores. La justicia divina, que es castigar a los pecadores, te ha elegido a ti para realizarse. ¿Lo adviertes? ¿Cómo podrías cuestionarte, atormentarte, sufrir? Jamás. Eres nada menos que el instrumento con que la justicia divina se realiza en la Tierra. Si lo eres, es porque Dios te ha elegido para serlo. Agradécelo en tus oraciones. Dile: 'Gracias, Dios mío, por permitirme ser tu brazo justiciero. Por permitirme encarnar tu justicia divina'. Hacerlo es una carga. Te comprendo. Sientes a Dios sobre tus espaldas, exigiéndote. Pero esa carga es la de la santidad, hijo mío. Porque tu tarea, esa tarea que a veces te atormenta, es una tarea santa." Este catolicismo del que se valieron los capellanes castrenses para llevar paz a las conciencias de los asesinos está arraigado hondamente en gran parte del pueblo argentino. Rucci participaba de él. A su vez, ese catolicismo se identifica con la patria. El peronismo también. Ser peronista es ser argentino. Por tanto, Rucci era tal como se lo recuerda: *argentino, peronista y católico*. La antítesis es: *zurdo, ateo, judío*.

SI EL ZURDO NO EXISTIERA, EL FACHO LO INVENTARÍA

No todo zurdo es necesariamente judío. Pero no olvidemos que –para el pensamiento racista– el judío es inteligente. Y con su inteligencia sorprende y engaña a las simples almas de Dios. Nietzsche lo desarrolló impecablemente: entre los hombres nobles "no es la inteligencia ni mucho menos tan esencial como lo son la perfecta seguridad funcional de los instintos *inconscientes* reguladores o incluso una cierta falta de inteligencia" (Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 2001, p. 52. Es Nietzsche el que pone en cursivas la palabra "inconsciente". Imaginen el salto que habrá pegado Freud al leer este texto.) El nacionalsocialismo se apropiará de este axioma nietzscheano. Dirá: "Los judíos son más inteligentes que los buenos, sanos y nobles arios. Por eso se han robado las finanzas de Alemania. Por eso debemos exterminarlos". No olvidemos que la Jotapé se llenó de chicos y chicas judíos. (*Nota*: De aquí que resulte falsa y detestable la versión que reduce la Jotapé al grupo fundador de Montoneros, todos chicos nacionalistas, católicos, del Nacional de Buenos Aires, más cercanos algunos, más lejanos otros del neonazi y coherentemente violento grupo Tacuara. Esa fue la vertiente que originó al grupo fundacional de los montos. Y no a todos. Ni por joda. La avalancha de jóvenes que dieron forma a la Jotapé provino de todos lados. También del judaísmo. O de jóvenes que sólo admitían ser "de origen judío". Que consideraban al Estado de Israel en tanto "cuña del imperialismo en Medio Oriente". Que eran ateos. Pero que les pasaba lo que le pasa a cualquier judío. Lo sea abiertamente o diga que lo es sólo "de origen". Para un facho, para un nazi siempre será un judío de mierda. Siempre que al judío "de origen judío" le dicen *judío de mierda* se encuentra en una situación irresoluble. El no se siente judío. No se ha formado como judío. No fue a la sinagoga. Tampoco a la Iglesia. Es ateo. Pero su apellido es –por decir algo– Bernstein. Eso –a los ojos del Otro– lo hace judío. Más allá de toda posible consideración. "Si tu apellido es Bernstein, sos un judío de mierda." Sin embargo, él leyó a José María Rosa, a Jauretche, a Scalabrini. Es un tipo de la corriente nacional y popular. Odia al Estado de Israel. Es peronacho. Está con los negros peronistas. Nada. La mirada del facho –por decirlo a lo Sartre– lo cosifica en lo que *es*. Sucede que eso que él es para el facho no lo es para él. Esto le impide enfurecerse. Si a un judío en serio, convencido de serlo, le dicen *judío de mierda*, podrá indignarse, encontrará en sí fuertes razones para responder. "A mí no me decís eso, hijo de puta." El otro, el de "origen judío", queda perplejo. "¿Yo judío? Si yo no soy judío. ¿Porque me llamo Bernstein voy a ser judío? Pero eso es un accidente familiar. No es una elección mía. Yo elegí ser nacionalista, peronista, antisionista, estoy con los árabes a los que el Estado de Israel martiriza, estoy contra el imperialismo del que el Estado de Israel es un triste enclave para dominar Medio Oriente. No me puedo indignar. Este tipo cree que me insulta porque me dice judío pero yo no lo soy." Debiera enfurecerse en nombre del antirracismo. No como judío, sino como ser humano que detesta a los racistas, a los fachos, a los nazis. Pero no le alcanza. Esa –la del humanitarismo antirracista– es casi una idea abstracta. No puede generar en él un odio similar al del facho que lo ha insultado. Uno sabe por qué pelear, el otro no. Suele zafar negando por completo y casi violentamente su condición de judío: "Judío las pelotas, facho de mierda. Yo soy argentino, peronista y de Racing. ¿Te alcanza? Y si no te alcanza te bajo los dientes." En suma, tiene que asumir que –se sienta él judío o no– para el Otro, decírselo, es el peor insulto que tiene para darle. Como si le dijera cagón, pelotudito, o puto de mierda, insulto habitual y altamente grave en esos años. Hoy también. Hoy, tal vez, peor. Sólo los de *Barcelona* se atreven a negar que son homofóbicos porque a un compañero de redacción que es "puto le rompemos el orto siempre que nos lo pide de tanto que lo queremos". Pero –aparte de eso– nadie dice puto. Sexualidad diferenciada suena bien. Sexo no convencional, mejor. O simplemente gay. Lo de *sexo no convencional* es injusto con los héteros, pues nos condena a ser convencionales, es decir, rutinarios, conservadores y hasta algo paleolíticos. Volviendo a los judíos: la Jotapé desbordaba de ellos. Eran bravos, guerreros, valientes. Y las minas ni hablar. Y lo mejor –si un facho los insultaba– era pegarle un cadenazo en un tobillo porque el Otro le estaba enjaretando el más terrible de sus insultos, lo sintiera o no así el judío. Lo que hay que impedir es ser definido desde la mirada del Otro. Es, casi siempre, el antisemita el que te hace judío. El antisemita es lo Otro del judío. Pero no hay que olvidar que el antisemita es un enfermo. Un ser que necesita odiar. Y aquí, desde luego, hay que citar la gran frase de Jean-Paul Sartre: "Si el judío no existiera, el antisemita lo inventaría". Concepto que revela la carencia esencial del racista. *Necesita del objeto de su odio para existir.* "Si el negro no existiera, el blanco lo inventaría." Porque lo central para el racista es poder odiar. Su ser es su odio. Existe porque odia. El odio da sentido a su vida. "Si el zurdo no existiera, el facho lo inventaría." "Si Dios no existiera, Mefistófeles lo inventaría." Y la más compleja de todas: "Si Mefistófeles no existiera, Dios lo inventaría". Lo que nos lleva de narices a la dialéctica entre el Bien y el Mal. Volveremos sobre el tema. Porque –por si no lo han advertido aún– es la cuestión central de esta obra. Ya haremos la pregunta: ¿dónde estaba el Mal, dónde el Bien? ¿Quién tenía razón? ¿Dónde estaba la Verdad?) Eran inteligentes. Querían estar donde bullía la Historia. No querían perderse ese gran espectáculo. ¿Cómo habrían de permanecer ajenos al estallido de semejante batahola, a la apoteosis jubilosa de la algarabía, del escándalo? Llegan a dos mil los jóvenes judíos desaparecidos. Así lo dice el mural de la AMIA que reconoce la cifra de 30.000 que postulan nada menos que las Madres de Plaza de Mayo. (*Nota*: Escribe Pilar Calveiro: "No parece descabellado, por lo tanto, hablar de 15 o 20 mil víctimas a nivel nacional y durante todo el período. Algunas entidades de defensa de los derechos humanos, como las Madres de Plaza de Mayo, se refieren a una cifra total de 30.000 desaparecidos. Diez, veinte, treinta mil torturados, muertos, desaparecidos... En estos rangos las cifras dejan de tener una significación humana (...), es entonces cuando se pierde la noción de que se está hablando de individuos" (Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*, *Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, pp. 29/30, 1998.)



ANTROPOLOGÍA DEL INTELECTUAL CONVERSO

El martes 13 de febrero de 1973 –a pocos días de las elecciones del 11 de marzo– Rucci y Tosco se enfrentan ante las cámaras de la tele argentina. Este tipo de programas (que ponían cara a cara a dos tipos diferentes y hasta enemigos o, sin duda, adversarios) eran muy de la época. Como la televisión tiene el hábito de no cambiar, de no innovar, de no crear, de repetir infinitamente lo ya probado, todavía existen. Si Tinelli hiciera uno saldría algo semejante a esto: "Hoy tenemos a los diputados Pedro Pelotas y a Panchito Huevón. Hemos decidido enfrentarlos, ponerlos cara a cara. Es hora de decidir cuál de los dos tiene la verdad. Es hora de que expliciten sus ideas, las plataformas de sus partidos, qué tienen para ofrecerles a los votantes. En lo esencial, Pedro Pelotas, del centenario Partido Radical, dice que Panchito Huevón, del popular Partido Justicialista, es PP. O sea, pederasta y pedófilo. ¿Será así? ¿Será Panchito Huevón pederasta y pedófilo? Panchito Huevón, por su parte, afirma que Pedro Pelotas es CC. O sea, conchudo y culeao. ¡Adelante con el debate! Veamos qué puede esperar nuestro país de estos dos brillantes políticos". Al final del programa, los dos "brillantes políticos" se sacan unas máscaras de plástico muy bien aplicadas y revelan sus verdaderas identidades. Todos se mean de la risa. Tinelli se abraza con ellos. Y, por fin, los tres cantan un tema de Freddy Mercury.

En febrero de 1973 las cosas no eran así. Rucci y Tosco fueron a darse con todo. El programa se llamaba *Las dos campanas*. Un panel de periodistas era el encargado de hacer las preguntas. Sus nombres: Jorge Conti (que participaría de la Triple A de López Rega, un aventurero canalla y barato), Rodolfo Pandolfi, Silvia Odoriz, el poeta Horacio Salas, Pablo Giussani y el coordinador del debate, un hombre hoy olvidado, acaso injustamente, pero gran figura de la década del 90: Gerardo Sofovich. Quisiera aclarar algo sobre Pablo Giussani. Este periodista escribió el primer libro que, en democracia, apareció sobre los Montoneros. Se llamó *Montoneros, la soberbia armada*. Es un libro respetable. Bien escrito. Con buenos señalamientos. Pero no lo he citado, pese a haberlo leído en totalidad. Hace muchos años, sí. Giussani, acaso injustamente, se ha tornado incitable. Muchos vieron en la aparición apresurada de su libro el intento de su autor por blanquearse ante los tiempos democráticos que se venían. Algo más: Giussani se pegó excesivamente a Alfonsín. Escribió, día a día, una columna en el diario *La Razón* de los ochenta. Le escuché decir a Osvaldo Soriano, alabándolo: "Te tira una idea por día". Después publicó "Por qué, doctor Alfonsín". Participó de todos o casi todos los intentos algo truchos de la era alfonsinista: la Fundación Plural, creo. Y si no, otros. Se murió tempranamente. Dije su error: se pegó demasiado a su jefe. Hoy, su libro, está condenado desde la "teoría de los dos demonios". Pero no habría que descartarlo tan fácilmente. Es el libro de un politólogo hábil, de una formación sólida, de una prosa veloz y precisa. Toda esta generación pro-alfonsinista tomará rumbos erráticos. Portantiero –que hace poco, al morir, fue despedido como el intelectual ejemplar de la izquierda– presentó, en los noventa, un libro de Mariano Grondona. ¿Puede haber renuncio más aplastante para un "intelectual de izquierda"? (Grondona la jugaba de *democrático* durante el menemato, pero un tipo lúcido como Portantiero no podía tragarse esa píldora. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué la figura del intelectual converso se ha tornado habitual desde, sobre todo, la caída de los llamados "socialismos reales"? ¿Se cayó con el Muro de Berlín la coherencia con los propios ideales, con las certezas que articulan una vida, que le dan sentido, cómo podemos ser amigos de quienes, en el

pasado, mataron a nuestros compañeros o fueron guías ideológicos de sus ejecutores, sus cómplices en la prensa? En este país hubo una ruptura humanitaria, una masacre. Eso crea un abismo. Se puede convivir –en un espacio democrático– con quienes jugaron a favor de los masacradores. Pero yo –si él viviera– no presentaría un libro de Jorge Luis García Venturini. O de Martha Lynch. El Negro Porta ya volvió cambiado. Muchos volvieron cambiados del exilio mexicano, sobre todo. No bien regresó al país nos reunimos y le pregunté, medio en broma, medio en serio: "¿Ya no somos revolucionarios?". "No –dijo–, somos reformistas. Y de centro." Pancho Aricó fue el que menos renuncios tuvo. De los otros, por ahora me callo. Pero de ninguno se podría decir que persistió en sus compromisos con la "izquierda". Bastará con averiguar en qué medios escriben hoy en día y –sobre todo– qué. Si vemos así las cosas, tal vez Giussani merezca una revisión. Por lo menos. Lo que siempre me apena del *converso* es que su vida, inevitablemente, cambia. Ya no lo invitan de donde solían invitarlo. De donde había aprendido a sentirse cómodo, ya que allí había estado siempre. Ahora lo invitan de otros lados, de lados nuevos. Por decirlo claro: del otro lado. El notable periodista Luis Bruschtein –gran observador, excepcional sensibilidad– se dio una vuelta por la otra parte de la concentración de masas que dividió en 2008 a la Plaza de Mayo por la cuestión de la 125. Estuvo un rato dando vueltas. Poco después me decía: "Qué sé yo. No es la gente que uno está acostumbrado a ver. Son otros. Hablan de otro modo. Se visten de otro modo. Y ni qué hablar: piensan de otro modo". ¿Qué hace el converso cuando en lugar de invitarlo de un partido de izquierda o de centroizquierda o de izquierda peronista, cuando en lugar de ir al Cosmos o al Fray Mocho o a la Gandhi o a Liberarte, lo invitan del Club del Progreso o del Jockey Club o de la Sociedad Rural o de la mansión de Victoria Ocampo? ¿Qué hace cuando escucha el tono garca y sobrador y pedante de los poseedores? ¿Cuando escucha sus sobreentendidos ideológicos? ¿Cuando escucha –como la cosa más normal del mundo– que lo fundamental es lo macro, que el Estado distorsiona la economía, que la pobreza tiene que existir hasta el punto extremo de la imposibilidad de controlarla por medio de la seguridad y no más allá, que la chusma se sintió autorizada a todo con Perón, que la guerra contra la subversión se ganó y eso es lo que importa, que Videla siempre dijo que era y sería sucia, que no engañó a nadie? Porque un modo de pensar el mundo implica un estilo de vida. Y hasta un modo de vestirse y hasta un tono de voz. ¿Qué hace cuando pierde todo eso? ¿Quiénes son sus nuevos amigos? ¿Con quién puede hablar en su antiguo lenguaje? ¿Puede un desclasado tener un nuevo amigo a quien confiarle sus problemas más íntimos? El otro no podrá ni sospecharlos, ni intuirlos, porque nunca los tuvo. La condición humana no es una. Tiene manifestaciones múltiples. Un tipo que –en su juventud– se emocionó en el *Lorraine* con *El acorazado Potemkim* no tiene diálogo posible con otro que se emocionó porque su viejo le regaló un caballo de elegante y precisa efectividad para jugar al polo. Muchas veces se me ocurre pensar en ese pequeño calvario. Pobre gente. ¿Sabrán que les va la vida en saber cómo se usan los cubiertos en la mesa, en saberlo bien, más que bien, no con la simple regla de ir de afuera hacia adentro? ¿Sabrá que hay palabras que se dicen y otras no? ¿Por qué Bioy dice "Come Borges en casa" y jamás, pero jamás, almuerza o cena? ¿Sabrá –si le preguntan– qué vino elegir? ¿Y si le toca testearlo? ¿Podrá hacer sin reírse o ponerse rojo o –perdón– colorado de vergüenza al hacer toda esa parafernalia de agitarlo, mirarlo desde la distancia exacta, olerlo, sentirse penetrar por su perfume, llevar a su boca la minuciosa cantidad para que la prueba ni se exceda ni resulte escasa? ¿Podrá tolerar los nuevos valores de sus nuevos amigos? Que para ellos son arcaicos, pero para el converso no. Porque mientras digan las atrocidades correspondientes sobre los objetos de odio que ahora los unen todo irá bien. Pero, ¿después? ¿Qué hará con los ultracatólicos, con los ultramontanos, con los desdeñadores profesionales de todo lo distinto, de todo lo inferior, la chusma, los negros, los judíos, los indios, los comunistas, los peronistas y hasta los radicales, la clase media arribista y patética, qué hará cuando alguien, muy naturalmente, le comente: "¿Sabía usted que al Führer le decían *Wolfie*?" ¿Cómo, querido converso, no lo sabías? Si serás grasa, che. Ahora jodete. O volvés al barrio o seguís haciendo papelones. Pero es tarde. Nunca vas a volver a ser uno de los nuestros. Y –por supuesto– nunca vas a ser uno de ellos.

PANDO, BLUMBERG, LOS SAÁ, MENEM, JORGE ASÍS Y ABEL POSSE: DIOS LOS CRÍA, ELLOS –INELUCTABLEMENTE– SE JUNTAN

Volvemos al martes 13 de febrero de 1973. De un lado, Rucci. Del otro, Tosco. Lo que ocurrió fue lo previsible. Rucci fue Rucci. Tosco fue Tosco. Rucci, por ejemplo, dijo que el peronismo tenía una "mentalidad revolucionaria". Tuvo que aclararlo y dijo que una revolución podía ser dos cosas: cruenta o incruenta. Pero tiene que enterrar la "estructura que somete a los pueblos". Esa estructura no es la de la "propiedad de los medios de producción". Todos se sorprenden. ¿Cuál será? Hoy, cualquier mentiroso dice por TV que es la de un Yo Malsano que enferma de egoísmo al Yo naturalmente bondadoso de los hombres, al Yo Bondad, y todos le creen y lo aplauden. Pero no en febrero de 1973. No existían los gurúes de la autoayuda. Si uno hablaba de una estructura que sometía a los hombres, esa estructura era la de los medios de producción, o la de los países dominantes, o la del imperialismo. Pero Rucci tiene su respuesta genuinamente peronista: "No se trata de apropiar nada. Acá la revolución tiene que tener como objetivo fundamental el respeto a la dignidad humana. Punto segundo: que el capital cumpla una función social y se integre a las necesidades del país (...). Si usted me dice que Rusia es un país socialista, yo le digo que es uno de los pocos países, quizás el único en el mundo, donde el sindicalismo no existe". De modo que con tener un buen sindicalismo un país daba por cumplida su deuda con el socialismo. Más que Rusia, al menos. Reitera, también, que la toma del poder puede darse por medio de las elecciones. Declaración importante, pues les salía al paso a todas esas consignas "duras" que planteaban *Ni votos ni botas, fusiles y pelotas*. Se le preguntó luego a quiénes se refería cuando hablaba, tan a menudo, de "asquerosos bolches". Aunque la pregunta pareciera ociosa era interesante escuchar qué tenía Rucci para decir. Dirá lo que siempre dijo: un "asqueroso bolche" es "todo aquel que atenta contra la unidad orgánica del movimiento obrero (...). De este modo quienes atenten contra esa unidad con slogans que nada tienen que ver con los trabajadores son infiltrados" (ver: Nicolás Iñigo Carrera, María Isabel Grau y Analía Martí, *Agustín Tosco, La clase revolucionaria*, Ediciones Madres Plaza de Mayo, Buenos Aires, Capítulo 12, *Dos conciencias políticas: El debate Tosco-Rucci*, 2006). Pero Rucci –durante 1973, y como un taladro– se ocupará de otro *atentado*. Del atentado contra su vida. Que se volvió –y en gran parte por su propia locuacidad– un lugar común. Alguien, profetizaba, habría de atentar contra su vida. Y él sabía transparentemente quiénes habrían de ser: "Si me pasa algo, que quede bien en claro al movimiento obrero argentino que son los inmundos bolches y los tortskistas los que indudablemente quieren atentar contra mi vida" (Germán Ferrari, *Símbolos y fantasmas, Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la "justicia para todos"*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, p. 305). En septiembre de 2007, a propósito de la campaña electoral, vuelven a aparecer los conocidos afiches con la figura de Rucci y la leyenda *Argentino y Peronista*. Aquí se lo utiliza para decir que lo mataron los Montoneros y que son esos mismos montoneros los que ahora gobiernan por medio de Néstor y Cristina Kirchner, quienes terminarían siendo, en tanto ex partícipes de esa organización (una mentira descarada), los asesinos de Rucci. Se decide hacer una misa en la Catedral para recordar al mártir del sindicalismo peronista abatido por los "inmundos troscos y bolches" que vendrían a ser los Montoneros, de los cuales este gobierno indeseable del que hay que librarse cuanto antes está atiborrado. La misa en la Catedral fracasa, pues el cardenal Bergoglio, que no se lleva precisamente bien con ambos Kirchner, no parece muy dispuesto a llevarla a cabo. Los convocantes insisten: "Nuevos carteles con la misma imagen, pero firmados por 'sus compañeros y amigos', llamaban a una 'misa por el eterno descanso de su alma'. Además de Menem y de los hermanos Adolfo y Alberto Rodríguez Saá, estaban la presidenta de Afyappa, Cecilia Pando, y su esposo, el militar retirado y secretario de redacción de la revista *B1*, Pedro Rafael Mercado; el aspirante a gobernador bonaerense Juan Carlos Blumberg, defensor de la 'mano dura' en temas de seguridad; los escritores y candidatos Abel Posse y Jorge Asís; los sindicalistas Amadeo Genta –empleados municipales– y Dante Caamaño –gastronómicos y diputado nacional–" (Germán Ferrari, *ob. cit.*, p. 279).

Importa destacar la presencia –junto a Cecilia Pando, los Saá, Pedro Rafael Mercado y Juan Carlos Blumberg– de los escritores Jorge Asís y Abel Posse. Asís fue un escritor muy leído desde los años setenta. Durante la dictadura militar publica un libro cuya dedicatoria era sin duda valiente. Decía: *a Haroldo Conti*. Que era un conocido escritor desaparecido. Había que tener coraje para dedicarle una novela a un desaparecido en 1980, año en que Asís publica la suya. Pero Asís aún se atrevía a más. Porque la entera dedicatoria decía: *a Haroldo Conti ¿in memoriam?* Marcaba a fuego la incertidumbre del escritor que quiere homenajear a quien tal vez fue su maestro o uno de sus grandes amigos. ¿In memoriam? O sea, ¿está vivo, está muerto? ¿Dónde está Haroldo Conti? Esto tornaba la dedicatoria en un desafío, pues exhibía la condición de "inexistencia" de Conti. De "desaparecido". Decía: "¿Dónde está este escritor al que le dedico este libro? ¿Existe o no?" Poco después –durante los primeros días de la democracia–, Asís da una charla sobre Haroldo Conti. Y termina así: "Haroldo es, como el Comandante Ernesto Che Guevara, un mártir del socialismo". Luego, en un programa de Neustadt y Grondona, hará una fogosa defensa del comunismo en la Unión Soviética, lugar del que acaba de regresar. Estaba admirado. Me dijo, tomando un café o comiendo un bife –era 1984 o, a lo sumo, 1985–: "Necesitaba un gorro porque hacía frío. Entré a comprar uno. Eran todos marrones. Y yo estaba con un gabán negro. Así que pedí un gorro negro. El empleado me miró sorprendido. 'Los gorros que hay son estos. ¿Usted necesita un gorro? Aquí los tiene. Sólo tenemos marrones'. ¿Te das cuenta?", me dice admirado. "Me puse el gorro marrón y me fui. Eso es el socialismo, hermano." En el programa de TV lo enfrenta Félix Luna y le dice que, bajo el comunismo soviético, no hay libertad, nadie puede abandonar el país. Asís responde: "¿Y aquí qué libertad hay? Un laburante no puede ir más allá de Monte Chingolo, hermano". Muchos, al día siguiente, lo criticaron por extremista. "Se fue de mambo con el comunismo." Después cambió. Por decirlo claro, cambió mucho. Porque para ir de Haroldi Conti y el comunismo a Cecilia Pando y Juan Carlos Blumberg uno tiene que hacer eso: *cambiar mucho*. Posse no. Siempre fue un peronista de derecha. Y un peronista de derecha –a esta altura del partido no nos vamos a engañar supongo– es sencillamente un fascista. En cuanto a Conti, César Aira escribe que "su mejor narrativa (...) es lírica, acuarelada, en sus mejores momentos enigmática a fuerza de simplicidad. Conti viajó un par de veces a Cuba, donde fue jurado del Premio Casa de las Américas. En 1976, tras el golpe militar, fue secuestrado, y es probable que haya sido asesinado ese año o el siguiente" (César Aira, *Diccionario de Autores Latinoamericanos*, Emecé-Ada Korn, Buenos Aires, 2001, p. 149).

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¿Quién mató a Rucci? (Conclusión)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

110 ¿Quién mató a Rucci? (Conclusión)

Suplemento especial de
Página|12

RUCCI Y TOSCO: SINDICALISMO DE ESTADO VS. SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Canal 11, programa *Las dos campanas*, debate Rucci-Tosco. La fecha: 13 de febrero de 1973. Aquí estamos. Se tratará de la discusión entre un sindicalista peronista y otro de izquierda. La diferencia es decisiva, grande. Rucci, bien formado dogmáticamente, instrumenta varios de los conceptos que hemos visto en el folleto de la *Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, Principios del sindicalismo peronista, 1951*. Ahí –ampliamos un poco– está casi todo. Máxime la relación de los sindicatos con el Estado. "Los sindicatos (es la palabra de Perón que recoge el folleto sin duda preparado por Apold y su equipo de propaganda) son totalmente libres en sus decisiones y en las de sus hombres. El gobierno solamente les presta ayuda y, cuando es necesario, aconseja, porque desea que los sindicatos marchen paralelamente a la Nación." Marchar paralelamente a la nación dentro de un Estado concebido como Estado-nación es marchar paralelamente al Estado. Más aún si este Estado "presta ayuda" y sobre todo "aconseja". ¿Qué sindicalismo va a desobedecer el "consejo" de un líder de masas que se encuentra al frente del Estado? Y que, además, "ayuda". El tema se desarrolla más detalladamente en la sección dedicada a *El sindicalismo y el Estado*. "¿Qué hicieron los gobiernos oligárquicos? Cuando los obreros querían organizarse, ellos les metían la policía y no los dejaban actuar. El capitalismo quería tener sindicatos débiles y divididos en muchas partes, sin centrales obreras, porque el movimiento obrero dividido va perdiendo totalmente su fuerza (...). El capitalismo ha aceptado al sindicalismo como un mal inevitable y lo ha combatido permanentemente para que no se organice... Las cosas no fueron mejores en el mundo comunista: "En el orden comunista, es una organización estatal sin libertad y sin decisión". ¿Y en el orden justicialista? ¿Tienen, aquí, libertad y decisión los sindicatos? "El régimen justicialista no ha hecho más que ayudar al sindicalismo a que se organice y después ponerlo paralelamente al Estado." Hasta aquí la frase no es muy alentadora. Tosco se reiría de ella. Diría: "El Estado y el régimen justicialista son lo mismo. Si el sindicalismo que se organiza bajo la ayuda de ese Estado se coloca paralelamente a él forma parte, sencillamente, de la estructura estatal. Así, los sindicatos carecen de libertad. Hay un sindicalismo de Estado que ya fue creación original del fascismo mussoliniano". Perón pareciera responder: "El sindicalismo ayuda al Estado y éste al sindicalismo. Ambos son elementos básicos de todo el sistema justicialista. Los sindicatos deben luchar por la organización. Si no están organizados no tienen ninguna fuerza". Tampoco esto convencería a Tosco: los sindicatos deben ser totalmente autónomos del Estado. No forman parte de un mismo sistema. Si así fuera, no habría libertad sindical. Esa libertad existe, ante todo, cuando el sindicalismo es autónomo, cuando no depende del Estado. Cuando puede enfrentársele si así lo reclaman los intereses de la clase obrera. Y todavía más: el sindicalismo no puede *formar parte* del sistema capitalista de producción. Esto sería condenarse a la mera negociación de salarios y condiciones laborales. El sindicalismo revolucionario (que es el que Tosco propiciaba) ve al sindicalismo como una fuerza revolucionaria para derrotar al régimen que explota a los obreros y dentro del cual nada se puede conseguir. Con la negociación se llega hasta cierto punto. Pero ninguna negociación eliminará lo que el socialismo revolucionario quiere eliminar: la explotación del proletariado. Esto se logra con la acción revolucionaria que debe llevar a la toma del poder y al reemplazo del sistema capitalista de producción. O sea, las diferencias entre Rucci y Tosco eran inconciliables. Eran las diferencias entre un sindicalismo de Estado y un sindicalismo revolucionario. El sindicalismo de Estado se resuelve dentro del sistema capitalista, beneficiando –sin duda– a los trabajadores más que un Estado liberal oligárquico. Pero el sindicalismo revolucionario se resuelve fuera del sistema capitalista. Requiere su eliminación y su reemplazo por un sistema socialista en que los obreros detenten el poder. De esto, el siglo XX no ofreció ningún ejemplo. Tal vez porque los socialismos surgieron en condiciones adversas para llevar a cabo las profecías de Marx.

Rusia no tenía un proletariado revolucionario. Tuvo que reemplazarlo el Partido Revolucionario de Vanguardia. Que genera la elite revolucionaria. Que genera la vanguardia. Que hace de la ideología un dogma. Que concluye, por fin, en la figura de un líder y en el culto a la personalidad. En China, algo muy parecido. Cuba fue una revolución guerrillera basada en el apoyo del campesinado en un país sin industrias. Marx había pensado su revolución para Gran Bretaña. Pero aquí se da un fenómeno que Lenín tomó muy en cuenta para rechazar un desarrollo capitalista en Rusia y, por tanto, reemplazarlo por la ideología de vanguardia y su penetración en las masas por medio del partido. Los obreros británicos devinieron socios menores de la burguesía capitalista. Las *trade-unions* terminaron integrando el proletariado a la burguesía. "¿Usted me pregunta qué piensa el proletariado británico?", le escribe Engels a un amigo. "Pues lo mismo que la burguesía." Sin embargo, esto favorecía el *tercermundismo* de los revolucionarios de los setenta. Los países centrales podían integrar a su proletariado como socio menor de la explotación colonial y controlarlo. Pero los países coloniales no tenían colonias que explotar. Ergo, sólo podían desarrollar una política de liberación nacional. La burguesía neocolonial no tenía cómo integrarlos. Además, una vez realizada la revolución de los países coloniales, las metrópolis dejarían de recibir su *plusvalía externa*, esa que recibían de las colonias y les permitía comprar, sosegándolo, amansándolo, en suma: *aburguesándolo*, a su proletariado. Al no poder hacerlo, el proletariado de las naciones ricas se alzaría también contra la burguesía capitalista. El eslabón más débil del sistema de producción del capital estaba en el Tercer Mundo. En el mundo neocolonial. Destruido ese eslabón, la revolución habría de expandirse mundialmente. ¿Cómo integrar al sistema a un proletariado bien comido si ya no se cuenta con las ganancias fabulosas del botín neocolonial? Ahí estaba el centro de la debacle capitalista.

EXCURSO: MARX, IRLANDA Y EL TERCER MUNDO

Marx –que no se había lucido en sus análisis del sistema colonial– vio perfectamente la cuestión cuando se aplicó al estudio del problema irlandés. ¿Por qué vio el problema en Irlanda y no en las otras colonias? ¿Porque Irlanda era una *colonia blanca*? No voy a dar una respuesta aquí. Mi obra sobre Marx y la cuestión colonial aún está por escribirse. Lo cierto, sin embargo, es que el estudioso del British Museum escribió frases definitivas sobre la importancia de la liberación de las colonias para la liberación del proletariado de los países metropolitanos. Lamentaría estar ofreciendo recién a esta altura de esta obra un elemento que fue para los teóricos coetáneos de la juventud peronista (los que vivieron esos años en sincronía con ella, no los Hernández Arregui o los Jauretche o los Puiggrós, que venían de antes y eran algo así como *bronces*) altamente importante. Me recuerdo en muchas clases y en muchas charlas diciendo: "El Tercer Mundo es el hecho maldito del sistema de producción capitalista". "Para que haya una revolución en los países centrales éstos, antes, tienen que perder el control de su estructura colonial." "Es la plusvalía externa del botín colonial lo que les permite a las metrópolis controlar a sus masas proletarias." Estas frases provenían de los excepcionales análisis de Marx sobre la cuestión irlandesa. Que también desarrolló Engels: "Ya es posible observar que la denominada libertad de los ciudadanos ingleses se basa en la opresión de las colonias" (a Marx, Manchester, 23 de mayo de 1856). Sigamos con Marx: "Estoy cada vez más convencido –y la única cuestión es llevar esta convicción a la clase obrera inglesa– de que ésta no podrá hacer nada decisivo en Inglaterra (...) mientras no haga causa común con los irlandeses (...) el movimiento social interno de Inglaterra permanece lisiado debido a sus relaciones actuales con Irlanda" (Marx a Kugelman, Londres, 29 de noviembre de 1869). Otra vez Marx: "Después de ocuparme durante muchos años del problema irlandés, he llegado a la conclusión de que el golpe decisivo contra las clases dominantes inglesas (y será decisivo para el movimiento entero de todo el mundo) *no puede* ejecutarse en Inglaterra sino solamente en Irlanda (...). Irlanda es, pues, el gran medio por el cual la aristocracia inglesa mantiene *su dominación en la propia Inglaterra* (...). Inglaterra, metrópolis del capital, potencia que ha dominado hasta ahora el mercado mundial, es por el momento, para la revolución obrera, el más importante de los países (...) Por ello, acelerar la revolución social en Inglaterra es el objetivo más importante de la Asociación Internacional de Trabajadores. *El único medio de acelerarla es independizar a Irlanda* (...), es despertar en los obreros ingleses la conciencia de que *para ellos la emancipación nacional de Irlanda* no es asunto de justicia abstracta o de sentimiento humanitario, *sino la condición primera de su propia emancipación social*" (Marx a Meyer y a Vogt, Londres, 9 de abril de 1870. Todas las cursivas son de Marx menos las de la frase: "El único medio de acelerarla es independizar a Irlanda", que me corresponde). El valor teórico de esta carta es deslumbrante. ¡Qué raro que Cooke o Walsh (hasta donde yo sé) no utilizaran estos textos del Cabezón Barbado sobre Irlanda! La liberación de Irlanda, según todos sabemos, no se produjo. Inglaterra siguió creciendo como potencia colonial y se permitió integrar a su clase obrera sin mayores disgustos. Si el último texto de Marx que citamos (esperanzado) era del 9 de abril de 1870, ya no se nota esa esperanza (por el contrario, sólo sombras se ven) en el que Engels le escribe a Kautsky –que hasta ahora sólo hemos citado a medias y de memoria– en septiembre de 1882 (poco tiempo antes de la muerte de su amado y admirado Karl, el 14 de marzo de 1883): "Usted me pregunta qué piensan los obreros ingleses sobre la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general: lo que piensa el burgués. Aquí no hay partido obrero; sólo hay conservadores y radicales liberales, y los obreros participan alegremente en el festín del monopolio inglés sobre el mercado mundial y el colonial" (Engels a Kautsky, 12 de septiembre de 1882). ¿Por qué Marx aplaudió la colonización británica en la India y en China y en todas partes? Por la dialéctica que había heredado de Hegel. Si Inglaterra se posesionaba del mundo, al hacerlo lo hacía el capitalismo más avanzado de la tierra. De él surgiría el proletariado redentor que haría la revolución socialista. Ese esquema extravió a toda (o casi toda) la historiografía marxista argentina. Además de tratarse de una colonia blanca (debemos considerar menor este aspecto), Marx distinguió a Irlanda de la India o de China porque ahí Inglaterra ya había cumplido su tarea civilizadora. Llevar el progreso. Es decir, la tarea titánica que desempeñaba en la historia le *bourgeois conquérant*: implantar el capitalismo y, con él, el surgimiento del proletariado y la posibilidad dialéctica de la revolución socialista. Nada ocurrió así. De todos modos, para quienes quieran avanzar en esta cuestión están los conocidos, en general, artículos que Marx empieza a publicar sobre China (el 14 de junio de 1853) y sobre India (el 25 de junio del mismo año) en el *New York Daily Tribune*. En ese año estaban, él y Engels, tan interesados sobre las cuestiones de Oriente (sobre su historia y las etapas de su desarrollo económico y la influencia que Inglaterra había tenido en ellos) que el segundo (que será siempre el segundo porque Marx será siempre el primero, sobre todo para el buenazo de Friedrich, que habrá de reconocerlo con generosidad y admiración infinitas, que se expresaron no sólo en el plano intelectual sino también en el económico) se pondrá a estudiar apasionadamente... persa, según le confiesa a su amigo en una carta del 6 de junio de 1853, fechada en Manchester. Además de los artículos del *New York Daily Tribune* tenemos las cartas sobre la comuna rural rusa: la célebre carta a Vera Zassoulitch, de febrero de 1881, en que los marxistas dogmáticos y stalinianos (que todavía existen) creen encontrar la redención de todos los pecados pro-colonialistas de Marx. Pero, sobre todo, el gran texto del hombre de Tréveris, el más sólido, el que constituye un verdadero estudio sobre el tema, está en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (*Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie)*, que son unos gigantescos manuscritos de notas que tomó para la redacción de *El Capital* y que, para algunos investigadores, tienen más valor que el libro para cuya escritura estaban destinados. Hay edición castellana. Yo tengo una venerable. Tanto, que la escondí durante la dictadura pero no me desprendí de ella. Jamás lo habría hecho. Se trata de una obra descomedidamente genial. El pasaje que hay que leer para el tema que nos ocupa (la cuestión colonial o –como algunos solían llamarla durante los '60 y los '70– la cuestión del Tercer Mundo en Marx) se llama: *Formas que preceden a la producción capitalista. (Acerca del proceso que precede a la formación de la relación de capital o a la acumulación originaria.*) El trabajo se extiende entre las páginas 433 y 479 del tomo I de la edición de Siglo XXI, Buenos Aires, septiembre de 1971, a cargo de José Arico, Miguel Murmis y Pedro Scaron. Hay una más que meritoria edición de Editorial Platina de 1966, tomada de una edición inglesa dedicada a esta sección bajo el título de *Precapitalist economic formations (Formaciones económicas precapitalistas*). Que cuenta, además y no es poco, con un formidable y extenso Prólogo de Eric Hobsbawm. ¿Por qué los jóvenes teóricos de esa generación estudiábamos las *Formaciones económicas precapitalistas*? Para comprender más a fondo las economías del federalismo. Acaso pensáramos que Juan Facundo Quiroga o Felipe Varela o los hombres de la Confederación urquicista (Alberdi, Olegario Andrade, Guido Spano, José Hernández, Ovidio Lagos, Nicasio Oroño entre otros) habrían merecido una carta de Karl Marx, como la tuvo Vera Zassoulitch. (Ver: *La Confederación, un proyecto nacional olvidado* de Fermín Chávez, que editó la mítica revista *Crisis.* Se trata de un hermoso trabajo.) Como no la tuvieron, yo imaginé un encuentro ficcional entre Marx y Felipe Varela en un largo pasaje de mi novela *La astucia de la razón*. Por otra parte, esta temática siempre tendrá vigencia. O llegamos al fondo de todo, o tratamos de entender la totalidad o terminaremos con un gran relato, lleno de sucesos pero carente de alguna posible comprensión. Aceptemos la presencia de lo opaco, de lo inasequible en la historia. Pero donde podamos apropiarnos de un concepto ahí tendremos que estar. Juan José Sebreli, que tiene un odio patológico por la generación del '70 (ya era bastante jovato y denodadamente gorila cuando el fenómeno surgió, de aquí su resentimiento, compartido por los que no pudieron vivirla por venir después, los chicos rebeldes de los '80, de los que ya hablaremos) escribe: "La autodenominación de Montoneros define la actitud reaccionaria, proclive a las utopías retrospectivas, al anticapitalismo romántico: las montoneras habían sido un desordenado movimiento de masas campesinas del siglo XIX que, conducidas por poderosos terratenientes, defendían formas rudimentarias de producción rural destinadas a desaparecer ante el avance del capitalismo" (*Crítica de las ideas políticas argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, p. 389. ¡Una expresión impecable del marxismo más lineal y dogmático que uno pueda imaginar! Pobre Marx: qué discípulos tan poco creativos tuvo en la Argentina. Y hasta creo que los sigue teniendo.) Así piensa Sebreli. O así no piensa: pelea, ataca sin cesar con un estilo intelectual tosco, casi guarango. Quiero mostrar solamente –acudiendo a un libro que no vale nada y a un autor que escribe para una clase media que lo lee y lo repite, por desgracia– que era importante mostrar la trama histórica del federalismo. Hablar del *avance del capitalismo* da risa a esta altura de la historia. El capitalismo nunca avanzó: conquistó, devastó, destruyó, sometió. Las masas federales –de no haber sido aniquiladas por los ejércitos mitristas después de Pavón con la complicidad de Urquiza– habrían entregado a nuestra historia ese *sentido lateral* cuya ausencia tantos grandes filósofos lamentan en los territorios

que el tecnocapitalismo colonialista devastó (el segundo Heidegger, la Escuela de Frankfurt, Sartre). Volveré en algún otro texto sobre estos temas, que, de algún modo, he tratado en diversos escritos. Pido disculpas si me alejé de Rucci, Tosco y la *Operación Traviata*, pero siempre que me alejo, vuelvo. Y, a veces, cuando me alejo entro en terrenos que a algunos pueden no interesar, pero a otros suelen meterlos en aventuras intelectuales sorprendentes. Y una aventura intelectual suele terminar en una praxis, en una acción sobre el mundo. Si no, ha sido vana. Para finalizar: Marx nunca se sacó de encima su pasión dialéctica por la burguesía como clase revolucionaria, cuyo canto llevó a cabo en el *Manifiesto*. Así, donde el burgués conquistador penetraba, él estaba con esa potencia histórica de la que nacería (necesariamente) el proletariado redentor. Pensemos algo muy sencillo, que está a la mano pero poco se dice: si, al final del *Manifiesto*, Marx anuncia que el proletariado liquidará la burguesía por medio de la violencia. Si, en el capítulo XXIV de *El Capital*, dice que la violencia es la partera de la historia, resulta evidente que requería del triunfo planetario del sistema capitalista de producción para que se produjera ese gran parto: el proletariado, por medio de la violencia como partera, era parido por la burguesía. Bien, ¿quién no ama a su madre, aun cuando crea odiarla? Si Marx exalta tanto a la burguesía es porque se trata de la madre del proletariado. De aquí su necesariedad absoluta en la Historia. Parirá al redentor. A la clase señalada para redimir la historia humana. Ese hijo –el proletariado– juega un papel de contención, de sujeción racional ante su madre desbocada, ya que impide que, en su locura revolucionaria incontenible, en su epifanía demente de Mago que ya no puede contener sus conjuros, destruya el mundo. Cito: "Toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros". Marx piensa, sin duda, en Goethe, en su balada *Der Zauberlehrling*, a la que en 1897 puso música el poco fecundo pero muy talentoso compositor francés Paul Dukas: *L'Apprenti sorcier*. Es decir, *El Aprendiz de Hechicero*. ¿No es fantástico? El autor del *Fausto* entrega un texto en el que también andan más que merodeando las fuerzas infernales, un músico francés lo transforma en una partitura excepcional, maravillosamente orquestada, y el epítome cultural del capitalismo, el congelado Walt Disney, lo inmortaliza en un cartoon que todos hemos visto, un cartoon tan genial como la genialidad de Goethe y la partitura de Dukas, un cartoon que forma parte de una ambiciosa película de 1940, *Fantasía*, protagonizado por Mickey Mouse y con Leopoldo Stokowsky dirigiendo la partitura de Dukas y hasta charlando con Mickey. ¿Sospecharía Disney que estaba narrando el desborde demoníaco de la burguesía profetizado por Marx? No sería razonable creerlo. Sin embargo, en el final, el Viejo Mago ordena la catástrofe del hechicero imprudente. Disney diría que el Viejo Mago es la misma burguesía, que siempre sabe contenerse a tiempo. Marx no diría eso: el Viejo Mago (en verdad, lo dice en el *Manifiesto*) es el proletariado que, al liquidar a la burguesía, liquida sus desbordes. Los dos se equivocaron. El hijo (el proletariado) no pudo matar a su madre (la burguesía). Sucedió lo contrario: la madre está matando a su hijo. El proletariado (tal como Marx lo pensó) ha dejado de ser una potencia histórica. Un informe de la FAO (fuente por completo confiable) de septiembre de 2009 dice: "El número de personas que sufren de hambre en el mundo ha ya superado los *mil millones* (...). Claramente se pueden producir alimentos suficientes *como para eliminar el hambre del mundo*. Sin embargo, la distribución de este suministro es *desigual*. Mientras los países ricos mantienen grandes reservas, muchos países en desarrollo no tienen cantidades de alimentos para garantizar a su población un nivel de consumo necesario que les permita gozar una vida saludable" (FAO, *Perspectivas económicas y políticas*, N 6, sept. 2009. Se puede acceder a este texto por medio del sitio web: http://www.fao.org/economic/es-policybriefs. Las cursivas me pertenecen.) En diciembre de 2009 fracasó por completo la Cumbre de la ONU. El capitalismo seguirá contaminando y recalentando el planeta. No existe el Viejo Mago capaz de dominar las potencias infernales. Sólo existen esas potencias y a ellas nada les importa: ni que los seres humanos mueran de hambre ni que el planeta dure, a lo sumo, 70 años más. Con suerte. La burguesía es la única clase que hizo revoluciones realmente victoriosas. La Revolución Francesa, con la que instaló su poder mundial. Y la revolución bélico-comunicacional, técnica y biogenética con la que aniquilará ese poder. Porque un poder, para ser mundial, necesita un mundo. Y de eso terminará por privarse y por privarnos el capitalismo voraz y desquiciado del siglo XXI. Que cualquiera piense lo que quiera de Hugo Chávez. Pero cuando dice: "Tenemos que frenar la depredación capitalista". Cuando dice que el capitalismo "no respeta a la Madre Tierra", tiene razón. También en eso puede "el loco Chávez" identificarse con Perón, algo que tanto le agrada. No bien Perón regresó a la Argentina (en junio del '73) empezó a hablar de la ecología. La Jotapé se burlaba. Era una evidente faceta gagá del Viejo. Pero no: en eso el Viejo tenía razón. Hoy, no hay actividad más anticapitalista que la ecología. Hay que impedirles seguir destruyendo el planeta. Con esa destrucción sostienen su poder. Su industria de armamentos, sus aventuras bélicas, sus transportes terrestres y aéreos, tanto civiles como militares. Y su infinito poder mediático tiene por misión hacernos creer que eso es necesario.

Bien, ¿quién mató a Rucci? (Sé que me están puteando porque no me concentro en este tema. No puedo todavía.) Veamos: los montos nunca le dedicaron tantas balas a nadie. La abundancia de balas es un gesto fascista. La Triple A le dispara más de 80 a Atilio López. Es un ademán de desmesura que explicita la barbarie. "Al que agarramos nosotros ya no lo reconoce nadie. Lo torturamos primero y después lo cocinamos a balazos." Como Vilas en el monte tucumano. Amontonaba los cadáveres. Los ataba con alambre de púa y los volaba con dinamita. No quedaba nada. Así es como se hace, carajo. Los fachos quieren y consiguen meter miedo. No tienen piedad y la vida humana –para ellos– no tiene valor alguno. La muerte tampoco. Ningún cadáver merece respeto ni se piensa en entregárselo a alguien: a sus deudos, por ejemplo. Algo elemental. Los que mató la guerrilla siempre pudieron ser recogidos, amparados por los seres que los amaron en vida y deseaban velarlos y llorarlos con sus cuerpos presentes. Siempre tuvieron esos cuerpos. Nunca se los desfiguró. Nunca se los hizo volar con dinamita.

LA TUMBA DE HEGEL Y LOS MUERTOS SIN SEPULTURA DE LA ARGENTINA

Tener o no tener el cuerpo del ser amado –del ser cuya desaparición nos impone la certeza de su muerte, pero la ausencia, la inmaterialidad de su cuerpo nos la impide, impidiéndonos el sosiego, el reposo del dolor– es fundamental. Es, sin más, el más hondo núcleo de la cuestión. Porque esta diferencia es tan inmensa que lo separa todo. Que nos permite decirles a los cruzados de la derecha: señores, tengan un poco de honestidad. No hay empate posible. De dónde nos quieren meter esa teoría de los dos demonios. Pregúntenle a una madre o a un padre –ya lo sea de un militar o de un combatiente de la lucha armada– si es lo mismo tener el cuerpo del ser querido que no tenerlo. Si es lo mismo llorarlo en presencia o no. Si es lo mismo poder abrazarlo y sollozar o rezar sobre su pecho, acariciar su cabeza y hasta besar postreramente sus labios, que no hacerlo. Si es lo mismo depositarlo en la tierra húmeda, en la tierra fértil, en la tierra del descanso imperecedero, donde siempre se podrá ir, donde se sabe que está, muerto pero está, porque está ahí, reposando, y ahí se podrá estar junto a él, decir una oración, ponerle unas flores, recitarle un poema, bendecir la tierra que lo cubre o el mármol que lo recuerda, si es eso lo mismo que no tener más que su ausencia, la incerteza de su destino final, la fantasía de seguir creyendo que regresará, la certeza devastadora, cada vez más irrefutable, de que lo arrojaron a un río, de que lo vejaron, de que nadie dijo por él una oración, que nadie lo lloró ni tendrá nunca dónde llorarlo. Desde la temporalidad del inicio de todas las culturas se enterró a los seres humanos para darles cobijo, también para salvar sus almas, para librar a los vivos del terror mítico, intolerable del posible retorno de los muertos, porque no deben volver, tienen que estar ahí donde ahora están, donde se les llevan flores, se les reza, se los recuerda, se les habla en silencio, se les pide perdón o no, se les siguen reprochando renuncios, faltas imperdonables, se los sigue odiando, porque hasta para eso necesitamos que estén en alguna parte, hasta para ir hasta ahí e insultarlos, reprocharles que no fueron buenos ni generosos y hasta quebraron nuestras vidas. Hasta para eso. Una tumba tiene una grandeza y un misterio inabarcables. Una tumba es siempre la tumba de alguien. De aquí que no tenerla nihilice la memoria del desposeído. Quien no descansa en ninguna parte, no descansa. Se lo ha privado de ese espacio final, eterno, del que no volverá pero es suyo. El está ahí. Sólo él. Hace poco menos de un mes, en Berlín, mi mujer me invitó a dar un paseo. Era temprano, estaba nublado, hacía frío. Habría preferido quedarme en el hotel. No me gusta caminar, menos aún sin saber a dónde. Llegamos a un pequeño cementerio. Se internó por unos senderos verdes, húmedos, terrosos. Tontamente, me fastidié: "¿Qué hacemos aquí? ¿A un cementerio me tenés que traer? Dale, vamos a un lugar tibio, a una taberna con mucha madera y cabezas de ciervos a tomar una cerveza". Llegamos a una tumba pequeña. Tenía flores. Una lápida y poco más. Era *ahí* donde mi mujer se había propuesto llevarme. Fue ahí donde me dijo:

–Es la tumba de...

Se le cortó la voz y me dio la espalda para que no viera sus intempestivas lágrimas. Así, sólo así, pudo completar la frase.

–Hegel.

Nunca pude siquiera imaginar la dimensión de Hegel dentro de la historia de la filosofía. Cada época se define por el modo en que piensa al gran maestro de Jena. Ahora, el hombre al que yo había leído desde la adolescencia, el gigante de la *Fenomenología del Espíritu*, estaba ahí. Todo él, toda su inasible grandeza, reposaba en un humilde pedazo de tierra, un pequeño, ínfimo punto del Universo. La lápida era pequeña. En ella apenas se leía: *Georg Wilhelm Friedrich Hegel*. La fecha de su nacimiento y la de su muerte. ¿Se puede saber la fecha en que un desaparecido murió? Ni eso. Sin embargo, es tan importante. Porque cierra el tránsito que recorrimos. De lo contrario, el final queda abierto. Como si el que desapareció hubiera llegado a este mundo y no se hubiera ido. Como si fuera inmortal. ¿O no lo es quien no tiene una fecha de muerte, un fin irrefutable, una fecha señale el cierre de su existencia? Sin embargo, sabemos, de modo lacerante, que está muerto, pero lo esperaremos siempre, se lo llorará eternamente, porque su eternidad, su inmortalidad, es la de su ausencia, la de su imposible retorno, la de su imposible descanso, y como la esperanza no muere hasta que la muerte la mata, se vive condenado a esperarlo siempre, porque al quitarnos su muerte, la fecha y el lugar de su muerte, el lugar en que habremos de darle sepultura, nos quitaron la posibilidad del sosiego, ya que sólo la certeza del fin puede saldar el dolor. Si no hay fin, si estamos condenados a la eternidad de la espera, entonces esa condena implica la eternidad del dolor.

GUERRILLA Y TERRORISMO: DIFERENCIAS

La guerrilla argentina no incurrió en el terrorismo. Salvo la bomba en la Superintendencia de Seguridad Federal del 2 de julio de 1976, que dejó un saldo de 18 muertos y 66 heridos. Pero incluso aquí se trató de un blanco elegido. De un blanco que activaba poderosamente en el conflicto. El terrorismo se ve, por ejemplo, en *La batalla de Argelia*. El FLN pone bombas en los bares a los que acuden los franceses. Se dirá: los franceses eran todos colonizadores, todos eran blancos del conflicto (y eran, además, blancos). Pero la *bomba* una vez puesta mata a cualquiera. A una criatura, a un francés partidario de la liberación de Argelia, en ese bar pudo haberse hallado tomando un café un tipo como Henri Alleg, por ejemplo. El terrorismo apunta al número de víctimas. Cuanto más mata, mayor es su triunfo. Es cuantitativo. La guerrilla es cualitativa: Aramburu, Sallustro, Hermes Quijada o Rucci fueron blancos cuidadosamente elegidos. El terrorismo hace lo de la AMIA. Eso es terrorismo puro. "No importa a quiénes matamos. Nos importa matar y hacernos temer. No nos detenemos ante nada. Todos están en peligro." Lo de las Torres Gemelas, terrorismo. En las acciones terroristas siempre mueren personas (y a veces muchas) que no tienen por qué morir. (Claro: nadie tiene por qué morir. Pero así es la guerra. Se trata de matar. Y el "no matarás" a los guerreros les causa gracia, ni los conmueve. Y esto parece venir ocurriendo desde el comienzo de los tiempos y ocurre hoy de un modo abominable: Irak. O en los campos de concentración que la Seguridad de Estados Unidos tiene diseminados por el planeta.) Pero *todas* las personas que mueren en un acto terrorista suman a su éxito. Lo dijimos: cuanto más mata, mayor es su triunfo. El terrorismo tiende a conmover, a golpear, a aterrorizar. Tiene bien puesto su nombre porque su objetivo es erosionar a la sociedad por medio de la inseguridad de la vida. Se puede morir en cualquier parte y no importa lo que uno sea. Con la guerrilla muchos piensan: "Yo no estoy en nada. No soy empresario de una multinacional, no soy sindicalista, no soy militar, no soy policía. Soy un tipo cualquiera que tiene un laburo cualquiera y una familia". Esto, en épocas bélicas, tranquiliza a la sociedad civil. Se vuelve *testigo* de lo que está ocurriendo. Mueren guerrilleros. Mueren empresarios extranjeros o nacionales jerárquicos. Mueren militares. Mueren más guerrilleros. Pero "el que no está ni estuvo en nada" anda por la vida, si no despreocupado, con cierta calma: no se siente en zona de riesgo. Esto se produjo hasta en la dictadura militar. Requería un acto de negación, porque el terror se sentía o los militares lo hacían sentir. Sin embargo, el que se sabía "inocente" dormía de noche. Estaba casi seguro de que nada habría de pasarle. El terrorismo, al ser generalizado, al atacar masivamente y en cualquier lugar, *aterroriza* a todos. Puede volar un supermercado. Un subterráneo. Un cine. Un restaurante.

Mucha gente que no estaba en la AMIA murió el día del atentado. Frente al edificio tenía un amigo muy joven, 25 años, que pintaba y muy bien. Tenía la vida por delante y una carrera para la que estaba dotado. No era judío. El día anterior me había traído uno de sus cuadros. Se estaba afeitando cuando estalló la bomba. Vivía justo frente a la AMIA. Murió de una manera horrible, con heridas dolorosas, definitivas. No murió en seguida. Lo llevaron a un hospital. Lo fue a ver su joven esposa. Se habían separado hacía dos meses. Era una experiencia para ver si recomponían la cosa. Esa noche, en el velatorio, ella caminaba rabiosa de una punta a la otra de la sala en que estaba el féretro de su compañero. No cesaba de fumar. De pronto exclamó algo impecable:

–¡Qué ridículo!

Nunca olvido esa frase. "Qué ridículo." Morir así. Sin comerla ni beberla. Por una guerra ajena. Por un conflicto que tal vez ni conocía bien o, si lo conocía, lo veía lejano, no era parte de su vida, no lo involucraba. El sólo había cometido el error de –al separarse de su compañera– alquilar un departamento frente a la AMIA. Se estaba afeitando y haciendo sus planes para el día. Esa noche –al volver a mi casa– veo, de golpe, su cuadro. Era verlo a él. Ahí estaba Gastón –así se llamaba–, ahí estaba lo que él hacía, lo que sabía hacer, aquello a lo que seguramente habría de dedicarle su vida. No, eso –todavía– era posible mientras se afeitaba frente al espejo y acaso pensaba pedirme ese cuadro, preguntarme qué me había parecido y llevarlo a alguna parte, quizás a que lo viera un especialista, un maestro que lo ayudara a abrirse paso y, de paso, lo aconsejara. No tenía la menor idea, la más elemental sospecha de lo que estaba por pasar. La posibilidad de morir

era la más remota de todas. Tenía, repito, 25 años. No había leído a Heidegger. No le importaba saber que la muerte siempre me es inminente. O que en todas mis posibilidades está la posibilidad de morir. Era un plástico. No un filósofo. Pintaba y muy bien y eso lo llenaba de optimismo y de amor por la vida. Así es el terrorismo. *Eso es el terrorismo*. Mata a todos y a cualquiera. Si en la AMIA hubieran muerto 1500 personas, el éxito del atentado habría sido mayor. La guerrilla no mata así. La guerrilla elige. Rucci por traidor. Aramburu porque lo fusiló a Valle. Alonso y Vandor y Coria por sindicalistas corruptos, traidores a la clase obrera. Hermes Quijada por lo de Trelew. Todo policía por ser un símbolo del régimen represor. Mor Roig por ministro del Interior de Lanusse cuando sucedió lo de Trelew, allá, en la Base Almirante Zar. Todos por algo. De a uno. El terrorismo utiliza bombas de alto poder. El Frente de Liberación Nacional argelino no sabía si en los bares que volaba había o no argelinos. Si había, mala suerte. Pero la mayoría eran franceses. Si había niños, eran niños franceses. La cuestión era sembrar el terror. Destruir. Hay una generalización de la metodología de la muerte en el terrorismo que la guerrilla no utiliza. El objetivo del terrorismo es más difuso: el colonizador francés, en Argelia. "Occidente" para el fundamentalismo islámico. La guerrilla es más precisa porque tiene una ideología más clara. No quiere destruir todo ni matar a todos. Tiene una ideología de superación del orden imperante. El Islam, por ejemplo, carece de ella. Ignora cómo reemplazar (*superar* en sentido hegeliano) el orden occidental. Pero quiere destruirlo.

El asesinato de Rucci no fue un acto terrorista. Fue una acción guerrillera. Querían matarlo a él y a nadie más. La derecha llama "terrorismo" a las acciones de la guerrilla para desprestigiarla, para cubrirla más aún de sangre y equipararla al Ejército desaparecedor. Siempre la teoría del empate. La guerrilla no escamoteó los cuerpos. Y no torturó. La tortura nunca formó parte de su metodología. Esto lo dicen los organismos internacionales de derechos humanos. O sea, gente por completo confiable. Episodios como el de la hija del capitán Viola son terriblemente lamentables. Pero –hasta donde se sabe– los que hicieron ese desatino humanitario fueron juzgados por la propia organización. Lo de Larrabure fue una tortura. Ese largo cautiverio lo fue. Pero fue una. Lamentable, condenable. Pero una. El ERP entraba a los cuarteles a sangre y fuego, pero esto era un error repudiado por todos. Citamos la frase de Nicolás Casullo: "Nosotros no somos como los loquitos del ERP".

LOS POSIBLES ASESINOS

¿Por qué Rucci anunciaba tanto su muerte? En los actos, nadie duda de esto, se lo cubría de amenazas, tribunas enteras voceaban la célebre consigna que postulaba que le habría de pasar lo mismo que a Vandor. De todos modos, ¿no sobreactuaba Rucci su situación de peligro? Dormía cada noche en un lugar distinto. Se había hecho construir un bunker en la CGT. Se rodeaba de temibles guardaespaldas. De coches que lo seguían o lo cercaban, protegiéndolo. Epa, ¿no era demasiado? Se dirá: no, porque lo llenaron de plomo tal como él lo vaticinaba. Cierto. Pero, ¿por qué lo vaticinaba tanto? ¿Tan seguro estaba de que habrían de atentar contra su vida? Lo decía todo el tiempo. Lo decía –también– de un modo provocador, patotero, macartista y abiertamente desagradable. "Si me pasa algo, que quede bien en claro al movimiento obrero argentino que son los inmundos bolches y los trotskistas los que indudablemente pueden atentar contra mi vida." La frase aparece en *La Nación* del 27 de septiembre de ese espectacular y trágico año 1973. A este septiembre se lo llama "Septiembre negro". Pero Rucci la decía a cada rato. Era un obseso del macartismo. En diciembre de 2009 –como si los años no hubieran pasado, y no pasaron porque si Rucci tiene tanta vigencia todavía es porque se lo quiere utilizar para objetivos muy actuales durante los días finales del 2009– aparece un ministro de Educación que pone Mauricio Macri (un campeón para designar tipos impresentables, o tal vez muy presentables para él, pues está de acuerdo con lo que piensan) de nombre Abel Posse. Ahora gordo y sólido, ojos claros y bastante petisón. Posse también se lanza de lleno a la diatriba facho-macarta. Dice que el gobierno de Cristina Fernández está lleno de bolches y trotskistas. Pero –cavernícola al fin– comete un error que si no le cuesta el raje sólo podría deberse a un milagro. ¡Se mete con el rock nacional! No, Posse: por ahí no. Si los pibes quieren usar arito, que lo usen. Si les gusta el rock, que les guste. Si los decibeles nunca les resultan suficientes, a joderse, amigo. Ellos son jóvenes y cualquier cosa que se les diga le endilga a uno el rótulo despiadado de cavernícola, dinosaurio, viejo irrecuperable. Además, ¿por qué no escucha un poco de rock? Vea, yo hice la prueba. Hay algo ahí, eh. Fito Páez no toca el piano como Martha Argerich. Charly García no es Ravel. Spinetta no es Gershwin. *Pero no lo pretenden*. Lo que hacen es distinto. La música que componen se escucha con el cuerpo. Tiene algo o bastante de experiencia dionisíaca. Esa "pérdida del principio de individuación" que pedía Nietzsche. Pero usted ya metió la pata hasta el fondo del pozo. Lo van a putear en todos los recitales. Ahora, que Macri (pobre ángel) no sabía a quién nombraba... Por favor, no jodan. No somos idiotas. En septiembre, Abel Posse, este paladín de la democracia y el disenso, había participado de una misa por el eterno descanso del alma de José Ignacio Rucci. Fueron Menem, los hermanos Saá, Cecilia Pando y su esposo (¿recuerdan ese gesto de Pando a Eduardo Luis Duhalde, cuando la dama se pasó un dedo por la garganta a modo de cuchillo, indicándole sin mayores sutilezas al secretario de Derechos humanos que tenía la poco democrática intención de degollarlo, como los gauchos del siglo XIX a las reses?), Pedro Rafael Mercado, militar en estado de retiro y secretario de redacción de la revista *B1,* Juan Carlos Blumberg y el escritor Jorge Asís. También otras figuras algo más desdibujadas por el momento: Norberto Imbelloni, Moisés Ikonikoff (*¿Usted no sabe quién soy yo?*, frase célebre que le largó a una azafata), Irma Roy, Osvaldo Papaleo, Carlos Mussa, Raúl Padró, Horacio Frega, el antediluviano y sinuoso Jorge Raventos, ex Jotapé y acaso ex Montoneros, Pascual Albanese y Juan Archibaldo Lanús. (Tomo estos datos del libro inprescindible de Germán Ferrari: *Símbolos y fantasmas.*) ¿Macri no sabía las amistades que frecuentaba Posse? ¿Quién creía que era? ¿El eminente y democrático historiador Natalio Botana? ¿Santiago Kovadloff, que al lado de Posse es una mezcla de lo mejor de Arturo Humberto Illia y el Raúl Alfonsín de sus dos primeros años? No, Macri tenía que saber muy bien a quién metía en la cartera de educación. ¿Y Michetti, por que no se lo dijo usted? ¿Tan alejada está de este gobierno? En fin, allá ellos. Pero hacen política a lo Catrasca. ¿Saben cómo hace política Catrasca? Cagada tras cagada. Con perdón del léxico un poco pagano, pero apropiado. Muy apropiado, señores.

Bien, supongo que ya están podridos de esperar que diga quién mató a Rucci. ¿Ustedes creen que alguien lo sabe? No se sabe ni se sabrá nunca. La familia de Rucci, en 1999, acepta que fue la Triple A y recibe una indemnización de 224 mil dólares –en bonos del Estado–, mediante el decreto 251/99 del 1 de noviembre de 1999, pocas semanas antes de que finalizara el gobierno de Menem. La medida se había dispuesto tras considerar la declaración del ex militar Salvador Horacio Paino, uno de los fundadores de la Triple A y colaborador de López Rega en el Ministerio de Bienestar Social, que en 1983 adjudicó el crimen de Rucci a esa organización paramilitar. Al año siguiente publicó el libro *Historia de la Triple A*, en el que dio su versión de los hechos... (Germán Ferrari, ob. cit., p. 288). El libro de Paino es imperdible: "Era un 25 de septiembre de 1973 –si mal no recuerdo, porque once años pueden volver imprecisas las fechas–. Un día frío y ventoso de una primavera atrasada que más hacía pensar en pingüinos que en alegres golondrinas... (Horacio Paino, *Historia de la Triple A*, Editorial Platense SA, Montevideo-Uruguay, p. 75. La edición es un mamarracho, como la escritura de Paino. Pero es, sin duda, un documento. A un *Preámbulo* de los editores sigue una *Aclaración* de Paino que abre con una frase sutil, sugerente: *Yo organicé la Triple A.*) Pero volvamos a la frase que citamos: "Una primavera atrasada que más hacía pensar en pingüinos que en alegres golondrinas". ¡Claro que sí! Todo esto está organizado contra los pingüinos. Se trata demostrar que a Rucci lo mataron los Montoneros, como lo pretende demostrar el libro de Ceferino Reato con frase en tapa de Joaquín Morales Solá. Si se demuestra eso y se consigue que los delitos de lesa humanidad sean también aplicados a los civiles, la derecha se arrojará sobre el Gobierno para llevar a juicio a todos los montoneros que –dicen– habitan entre sus pliegues y lograr la ansiada ley del empate. Por eso "el caso Rucci" es tan importante.

¿Quién lo mató? Bueno, la cosa está entre:

Primero) Los Montoneros o una fracción de ellos que se la jugó por las suyas al margen de la conducción de Firmenich.

Segundo) Orden directa de Firmenich.

Tercero) La Triple A. López Rega estaba enloquecido por el aprecio que Perón demostraba por Rucci. Lo hace boleta.

Cuarto) El ERP porque Rucci es el principal adversario de Tosco en el movimiento obrero y habrá de llevarlo inexorablemente al reformismo de la burguesía y al pacto entreguista.

Quinto) El Ejército, para desestabilizar el Pacto Social.

Sexto) Perón. ¿O no hay un chiste sobre el tema? ¿Por qué surgió? Ningún chiste surge sin algún asidero en la realidad. Un edecán le dice a Perón: "General, mataron a Rucci". Perón mira su reloj y dice: "¿Cómo? No, hombre, no puede ser. Si aún no es mediodía". Y hasta hay otro. Se les atribuye a los pibes de la UES y se canta con el célebre y viejo jingle de *Odol pregunta*: *Qué lindos que son tus dientes/ le dijo Rucci a Perón/ Y Perón contestó sonriente: / ¡Ja, ja! Morirás como Vandor*.

Séptimo) La CIA. Lo de Allende estaba cercano. La CIA no confiaba en el gobierno de Perón. Nunca lo quiso a ese militar pro-nazi. Siempre era un peligro. Siempre implicaba el peligro de un desborde de masas sólo por responder al mito de su nombre. López Rega estaba en contacto desde hacía tiempo con la CIA. El es el mediador. Pero no el ejecutor. No la Triple A, que es torpe y lumpen. En un formidable documental de Alex Gibney y Eugene Jarecki, Chistopher Hitchens conduce una investigación sobre Kissinger, "el más grande criminal de guerra vivo", con un Premio Nobel de la Paz en sus sanguinarias manos. Kissinger y Nixon, no bien sube Allende, empieza la tarea de tirarlo abajo. Ante todo, matar a su general más fiel: el general René Schneider. *Schneider must go*. Nixon ni lo nombraba a Allende. Se refería a él diciéndole: "Ese hijo de puta". El 15 de octubre de 1970, Kissinger ordena la muerte de Schneider. El día 20, René Schneider sale solo con su chofer. Es rodeado por muchos coches. De un jeep salen un montón de tipos. Asesinos eficientes, grandes profesionales. Rompen la ventanilla y disparan tiros a granel, a mansalva. Lo acribillan a Schneider. Otra que *galletita Traviata*. Quedó hecho un colador de espaguetis. Kissinger dirá: "Yo no estuve envuelto en nada". El mismo día del asesinato de Schneider, Nixon le dice: "Tenemos que seguir con el golpe en Chile. ¿Otro Castro en América latina? *Come on!*" O sea: ni por joda. ¿Es demasiado fantasioso suponer que arreglaron con López Rega o con algún loco del Ejército o de la Marina (un Mayorga, por ejemplo) arruinarle el Pacto Social a Perón? Tenían tanto interés en desestabilizarlo como a Allende. ¿Por qué Perón se asusta tanto después de lo de Chile? ¿Por qué son tan mezquinas sus declaraciones? ¿Por qué no se juega en nada? ¿Por qué trata como a delincuentes peligrosos a los pobres chilenos que se exilian en el país del "socialismo nacional"? Además, ¿qué tal les caería a los yankis el "comunista Gelbard" y sus negocios con la Cuba de Castro?

Se cree que fueron los montos porque los montos lo dijeron. Y ahora, porque si demuestran que sí, que fueron ellos y consiguen aplicar la ley de lesa humanidad para los delitos civiles... se arrojarán sobre el gobierno de Cristina Fernández a desenmascar a sus "montoneros" y a juzgarlos. ¡Qué fiesta para Morales Solá y toda la pandilla! Para eso les sirve Reato. ¿Los pingüinos peligran?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

El fantasma de Rucci contra Cristina Fernández

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

111 El fantasma de Rucci contra Cristina Fernández

Suplemento especial de
Página|12

¿EXISTE LA "MIRADA OBJETIVA"?

Hemos llegado a uno de los puntos más álgidos. La utilización de la historia como arma política del presente. Nada es incontaminado ni puro. Nada está fuera de un contexto político. No existe la *objetividad* en nada. Todos los esfuerzos humanos responden a proyectos, por supuesto, humanos. Todo proyecto es el modo en que un ser que no es realidad sino absoluta posibilidad, sed, eyección pura, se impulsa hacia el futuro. No hay una sola mirada sobre el pasado que no esté subordinada al *punto de vista situado* de quien la encarna. Toda mirada es mirada encarnada. He recibido cientos o casi miles de objeciones acerca de mi visión subjetiva del peronismo. ¿Y qué quieren? ¿*Una mirada objetiva*? ¿Quién podría tenerla? Todos trabajamos desde un punto de vista que *somos*. Porque eso somos: un punto de vista. No hay una verdad objetiva. La interpretación sobre los hechos lleva el nombre de hermenéutica. Y se la tiene por una disciplina muy rigurosa. O al menos debe serlo en un punto: la acumulación de todos los elementos necesarios, de todas las piezas fácticas, desde los que se pueda, finalmente, arriesgar una interpretación. Algunos confunden la hermenéutica con una tarea de acumulación de hechos más que como una tarea de interpretación de los hechos. No hacen hermenéutica. Son los investigadores fríos o temerosos o insinceros que se esconden tras los *hechos objetivos*. Los hechos no hablan por sí mismos. Hay que hacerlos hablar. Y la hermenéutica es eso: hacer hablar a los hechos, interpretándolos. ¿Desde dónde voy a interpretarlos? Desde mi situación subjetiva y objetiva. Más aún si uno ha declarado desde el inicio que su trabajo se cobija bajo la presuntuosidad de la *filosofía política*. Que es la reflexión sobre los hechos objetivos para construir –incluyéndolos en ella– una trama que constituya una *verdad*. Vuelvo, una vez más, a la célebre frase de Nietzsche: *No hay hechos, hay interpretaciones*. ¿Qué fue la muerte de Aramburu? ¿Un ajusticiamiento o un asesinato? El hecho es uno solo: un joven de 23 años hace fuego sobre un general retirado en una localidad de nombre Timote. Pensar ese hecho me llevó a escribir una novela. La novela buscaba responder a esa pregunta: ¿ajusticiamiento o asesinato? Cualquiera sea la respuesta está respondiendo gravísimas cuestiones del presente argentino. Es decir, el hecho está vivo. ¿Quién mató a Rucci? El hecho es uno solo: un sindicalista es acribillado luego de despedirse de su mujer, luego de salir de su casa y en el momento exacto en que se propone abrir la puerta trasera de un Torino colorado. Aquí, la *actualidad* de los hechos quema. La derecha procesista, la derecha destituyente del gobierno de Cristina Fernández, el periodismo beligerante que une a su gobierno con la ideología y la historia de quienes, dicen, cometieron el asesinato del líder sindical, buscan demostrar sin vueltas, irrefutablemente, que ellos, los Montoneros, mataron a Rucci, quieren extender los delitos de lesa humanidad al terreno civil y emprender un juicio a todos los miembros de esa organización que, afirman, integran ese gobierno que detestan. ¿Qué lograrían con eso? El ansiado empate histórico. Incapaces ya de imponer lo que realmente creen: que los militares del '76 salvaron a la patria de las garras del marxismo, incapaces de imponer esa verdad por el repudio internacional a un régimen calificado de genocida en todos los estratos judiciales y de derechos humanos del mundo por la aplicación (en campos de concentración que llegaron a la suma de 340) de una barbarie tan desmedida que llegó a parangonarse con las atrocidades del nacionalsocialismo, buscan ahora una justicia que caiga sobre los integrantes de las organizaciones guerrilleras a las que fácilmente derrotaron y que fueron la excusa para una limpieza ideológica (centrada en obreros, estudiantes, profesionales) y un castigo terrorista a amigos, familiares, esposas, hijos, niños, que no se detuvo ante nada. (*Nota:* En el libro hiperdocumentado de Martin Edwin Andersen se establece que el ERP, en el monte tucumano, nunca llegó a tener más de setenta combatientes. De setenta a cien. El general Acdel Vilas, al mando del Operativo Independencia, instaló el primer campo de concentración argentino al que llamó "La Escuelita". Pasaron por ese infierno 1507 personas. Cerca de 500 fueron asesinadas en otros lugares. "Pueblos enteros –hombres, mujeres y niños– en remotas zonas montañosas fueron torturados por los escuadrones de Vilas" (Martin Edwin Andersen, *Dossier secreto, El mito de la "guerra sucia" en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, p. 166). Vilas fue reemplazado: era un hombre cercano a López Rega, era un *nacionalperonista;* el eclipse del Brujo fue el preludio de su alejamiento. Pero también influyeron sus desbordes que llegaron a inquietar hasta al mismísimo Videla, que lo reemplazó por el humanitario Bussi. Vilas recaló en Bahía Blanca, lugar en el que, con la ayuda de los Massot de *La Nueva Provincia* y los comandos de la Marina, desató una caza de brujas en la Universidad del Sur. Acusó a Lanusse y a quien fuera su ministro de Educación de ser los responsables de algo que llamó la *subversión cultural*. Desde Buenos Aires lo apoyaron la revista *Cabildo* –que publicó una foto de Lanusse abrazándose con Salvador Allende y un artículo de Vilas sobre la lucha contra la subversión cultural– y la revista *Gente*, que sacó en tapa varios libros claramente visibles aunque desordenados, como arrojados al azar, bajo el título de *Los libros de la subversión*. Si sus autores no habían huido ya del país eran fácil botín de los grupos de tareas. Bastaba haber puesto un libro incómodo en la bibliografía de su materia para que un profesor fuese secuestrado. Un libro incómodo tal vez fuera alguno de los que enumera Alvarito Vargas Llosa como lectura generacional del *Pequeño idiota latinoamericano*. El, que es un gigantesco tarado neoliberal, jamás fue molestado por un general del estilo Vilas. Ni lo será. De todos modos, antes que ser Alvarito Vargas Llosa, todo hombre ético y lúcido preferiría morir. Aun a manos de "El Familiar", nombre que se le daba al Diablo en el campo tucumano y que se le dio a Vilas no bien empezó a actuar. "El Familiar" hizo su tarea bajo la inspiración de la doctrina francesa de la tortura contrainsurgente –él mismo lo aclara en detalle en algunos escritos que analizaremos al llegar al Operativo Independencia–, de la cual era un sesudo erudito y un demoníaco ejecutor. En suma, para liquidar a setenta o cien combatientes del ERP –quienes, *con eso*, creían inaugurar el Vietnam argentino– los comandos de Vilas mataron a 500 personas en el monte y secuestraron e hicieron desaparecer a 2 mil. (Ver: Feinmann, *La crítica de las armas*, capítulo XII. En 2010 posiblemente Norma Editorial reedite esta novela sobre la cotidianidad de la dictadura argentina, sobre el pueblo y su apoyo o su terror o su ignorancia o su complicidad. El capítulo XII se ocupa de la situación en Tucumán.)

EL MACARTISMO DE RUCCI

Pero nada de esto preocupa ni conmueve a quienes impulsan la teoría del empate o de eso que llaman "justicia para todos". Tienen dos objetivos: 1) demostrar que los Montoneros mataron a Rucci; 2) trasladar la aplicación de los delitos de lesa humanidad al campo civil. O sea, que no pertenezcan sólo al campo estatal. Los delitos de lesa humanidad no prescriben. De aquí que se pueda juzgar a los militares del genocidio argentino hasta el fin de los tiempos. Pero los delitos civiles prescriben. En este aspecto, la Justicia –que opera para proteger a la civilidad de las atrocidades de los Estados– considera que los delitos cometidos al amparo del *Leviatán* son más graves que los provenientes de la sociedad civil. El *Leviatán* debe juzgar –dentro de la legalidad– a los delitos de la esfera civil. Cuando, en lugar de juzgarlos, atropella, veja, tortura o mata sin juicio alguno a los ciudadanos que atrapa, es culpable. Quien debe aplicar la justicia es quien menos autorizado está para violarla. Para que la justicia del *Leviatán* no se desvíe y se aplique tal como lo establece el rigor de la ley se han creado las organizaciones de derechos humanos.

La derecha procesista tiene dos objetivos: demostrar que los montos mataron a Rucci y conseguir que los delitos de lesa humanidad se apliquen también a los civiles. Para el primero ha encontrado su libro y eso lo ha transformado en un best-seller cuya editorial promociona diciendo que ha vendido 100 mil ejemplares. El objetivo de toda la maniobra es arrojarse sobre los presuntos montoneros del gobierno de Cristina Fernández y llevarlos a juicio por criminales. Suponen que el Gobierno quedaría devastado (se equivocan). O, al menos, que demostrarían a la civilidad que se está en presencia de un gobierno de delincuentes terroristas, tarea que ya ha sido cumplida por la obstinación de los medios que la vienen repitiendo desde hace años. Un quiosquero me dijo: "Yo prefiero votar al narcotraficante antes que a la pareja montonera". Había evaluado entre dos males insalvables y su conclusión encontraba al tráfico ilegal de drogas –-con sus terribles consecuencias– menos grave que el supuesto pasado (largamente pasado: 30 o 35 años, por ahí) de la llamada "pareja presidencial". Como decía Nicolás Casullo: la derecha se apropió del sentido común. Es cierto, pero pienso que hay algo más fuerte aún: *la derecha, a través de la potencia de la penetración mediática, creó el sentido común.*

El esquema de la instrumentación de la muerte de Rucci contra Cristina Fernández se expresa así: *¿Quiénes mataron a Rucci? Los Montoneros. ¿Quiénes están en el Gobierno? Los Montoneros*. En el tape de un notable programa en que Felipe Pigna reporteó a Mario Eduardo Firmenich se ven distintos momentos de la vida de Rucci que los noticieros de la época captaron. En uno de ellos, el Petiso dice: "Si Tosco quiere hacer un sindicalismo comunista, ¡que se vaya a Rusia!". Es fácil comprender que esta joya –algo transitada– del macartismo no puede ser enunciada con calma, serenidad. Es un grito de guerra. Una provocación. Un lenguaje de barricada, vulgar, de guerra sucia, que se enuncia gritándolo o a voz muy alta, desafiando. Como si se gritara una verdad que debe llegar a los confines del país. Como a mí no me gustan los macartistas (tampoco los "comisarios políticos") sino el cruce ideológico-político entre adversarios que al menos se respeten e intenten dialogar, siempre que lo veo a Rucci, con los bigotes, el jopo crecido para ganar altura, el cigarrillo con boquilla y sus aires de compadrito, decir esas guasadas que luego y siempre fueron la antesala del infierno para muchos (cuando *El Caudillo* decía "El mejor enemigo es el enemigo muerto" estaba, en verdad, diciendo "El mejor zurdo es el zurdo muerto"), la cosa se me vuelve muy desagradable. Uno comprendía que Rucci le era funcional a Perón y que su muerte era un desastre para la democracia argentina, pero no ignoraba quién era Rucci. Bastaba oírlo hablar. Conocer sus "ideas". Hay un reportaje que le hace la revista lopezreguista *Las Bases* en el que no deja nada por decir: "Existen (dice atacando frontalmente a la Jotapé) quienes muy interesadamente no retacean 'elogios' a la juventud en la intención de colocarla como una cosa distinta al resto de la comunidad, y eso es un juego muy peligroso" (citado por Germán Ferrari en su ob. cit., p. 278. El reportaje es del 16 de mayo de 1972. O sea, el que en esa fecha se metía más que nadie en ese "juego muy peligroso" era el propio Perón. Pero Rucci jamás habría admitido que se refería a él. Perón era Perón y sabía bien todo lo que hacía; que, además, en sus manos se volvía seguro y necesario, pero en otras no. Esta era la advertencia del gremialista). Rucci dirige ahora su palabra –que asume el talante de la sabiduría– a los propios jóvenes: "Yo les diría a los hombres y mujeres de esta generación que hay que tener cuidado con las diabólicas instrumentaciones de quienes pretenden hacerles creer que el trasvasamiento generacional implica trasvasamiento ideológico" (Ferrari, *ibid*., p. 278). Y termina apelando a la "defensa de esos principios que nos legaron nuestros mayores y que se sintetizan en nuestra enseña patria: la bandera azul y blanca" (*Ferrari*, *ibid*., p. 278). Una frase que perfectamente pudieron haber pronunciado el almirante Rojas, el cardenal Caggiano o el general Jorge Rafael Videla. Durante esa temporalidad precisa (mayo de 1972), Perón jamás habría dicho eso. Lo dijo después. Cuando tuvo que barrer a los *zurdos*. Pero en tanto requirió de ellos hasta les sugirió (o más que eso) que no había principio eterno, pues todos serían cuestionados por la *actualización doctrinaria*, que para eso estaba: los jóvenes necesitaban nuevos cuadros (trasvasamiento) e ideas acordes con ese lugar hacia el que el mundo marchaba (el socialismo). Cuando –durante su primer regreso– se entrevistó con el padre Mugica en Gaspar Campos (luego de haber ido a buscarlo inesperadamente a la Villa Retiro y no dar con él) le dijo muy tranquilo la frase que marcaba el espíritu de esa época: *El mundo marcha al socialismo*. No para José Ignacio Rucci. Para este fidedigno intérprete peronista de sus bases, los que hablaban de socialismo incurrían en *diabólicas instrumentaciones* que consistían en desplazar el trasvasamiento generacional al ideológico. Este macartismo de Rucci redondea la imagen del *mártir de la guerrilla apátrida* que sus instrumentadores de hoy necesitan.

LOS '70, ¿MANANTIAL DE LOS SUEÑOS?

Tal vez resulte fascinante ir delineando los distintos personajes que se dan cita alrededor de ciertas operaciones políticas en la Argentina. Si Rucci fue asesinado por los Montoneros (la *guerrilla apátrida* para la ratio procesista) y esa gente está en el Gobierno, hay que juzgarlos a toda costa. Para ello hay que lograr que los delitos de lesa humanidad se extiendan al campo civil. "Patti fue uno de los primeros políticos en reclamar que el concepto de crimen de lesa humanidad fuera trasladado a las acciones de la guerrilla, al pedir que la Corte Suprema se expresara en tal sentido sobre las muertes de Rucci y Larrabure" (Ferrari, ob. cit., p. 281). Revistas de derecha proclaman que hoy sus asesinos "enseñan" derechos humanos y democracia *desde el poder* (Ferrari, ob. cit., p. 281). Dejaremos de lado por el momento el tema del poder: ¿dónde está el poder en la Argentina? ¿En los gobiernos (que, en general, han sido barridos siempre que el establishment se lo propuso) o en otra parte? Recordemos solamente que unas cuantas movidas de mercado acabaron con "el padre de la democracia". A su muerte, lo lloraron todos. Hasta los que lo tiraron. Buscaban instrumentarlo para tirar a *otro* gobierno. Llegar al gobierno no es llegar *al* ni tener *el* poder. Cualquiera lo sabe. Si no conviene decirlo, no se dice. La segunda parte de la *Operación Traviata* no lo dice.

Creo que interesará que aclare por qué llamo a todo este movimiento que se dio alrededor de la figura de Rucci a partir de la aparición del libro de Ceferino Reato *Operación Traviata (2ª parte)*. La primera la conocemos bien. La segunda es muy distinta. Busca utilizar el asesinato de Rucci para juzgar a los montoneros que tienen puestos en el gobierno de Cristina Fernández. Los tuvieron en el de Menem y en el de Duhalde. No importó. Un proyecto de la derecha argentina (impúdicamente expresado en esa conversación televisiva entre Grondona y Biolcati, el de la Sociedad Rural) es que Cristina Fernández no llegue a 2011. Ese proyecto se vio deteriorado a partir de una enérgica y sorpresiva apropiación de la iniciativa política luego de la derrota electoral del 28 de junio. Que, en su espíritu victorioso, no advirtió o no pudo hacerlo "la oposición" que el margen del triunfo resultó muy estrecho. Se habían anunciado fraudes catastróficos antes de esas elecciones. Se proponían medidas de todo tipo para impedirlos, para que prevaleciera el "espíritu republicano" y el "respeto por las instituciones", de los cuales "la oposición" se sintió celosa custodia no bien terminó una dilatada "luna

de miel" entre el gobierno de Kirchner y la sociedad. Que fue en 2005, por ahí. El diálogo abiertamente golpista entre Biolcati y Grondona había sido anterior a las elecciones del 28 de junio. Luego de ellas, el kirchnerismo despliega una iniciativa política que a los seis meses de los comicios le entrega una imagen de ganador que los votos no le habían otorgado, aunque escasamente. De haber existido algún pequeño atisbo de fraude habrían ganado. Por eso la oposición no "controló" nada. Por eso muchos viejos zorros de la política putearon al ministro del Interior, Aníbal Fernández, por no haber "agregado" 400 mil votos en la provincia de Buenos Aires, por ejemplo. El argumento –pragmático y altamente conocido por el conservadurismo argentino– se expresa diciendo: "Ningún gobierno –que por algo tiene el aparato del Estado– pierde una elección por dos puntos". Tal vez excesivo o tal vez ejemplar en su conducta, el ministro del Interior de Cristina Fernández reconoció la derrota. Sin embargo, desde las entrañas del Gobierno, un político tenaz, duro, muy duro de doblegar, lanzó la consigna: "¡Vamos por todo!". Recuperaron la iniciativa política. Esto abre el espacio para ataques aleves como la *Operación Traviata (2ª parte)*. Aquí, Rucci no va a morir. Mal podría hacerlo: morir, murió. Este es un hecho que nadie hasta ahora ha podido modificar. Pero se lo puede resucitar simbólicamente. Sería así: Rucci, gremialista y obrero ejemplar, argentino, peronista y católico, ha sido asesinado por la organización Montoneros. Hombres de esa organización (y no pocos) ocupan el gobierno de Cristina Fernández. Ergo, es este gobierno el que lo ha ultimado. Ceferino Reato escribe sobre Kirchner y la década del '70: "Una época que el gobierno del presidente Néstor Kirchner elevó a una suerte de manantial de los sueños, voluntades y objetivos que, supuestamente, han animado a sus políticas y las de su esposa, Cristina, para moldear la realidad del presente" (Reato, ob. cit., p. 11). Luego, el autor lleva a cabo un ejercicio nada inocente: cada montonero que nombra y tiene, hoy, algún cargo en el gobierno de Cristina o lo tuvo en el de Kirchner, no pierde la ocasión de señalarlo. "Fulano está de subjefe del secretario de Salud", por ejemplo. Es posible: conocí a algunos de esos terribles montoneros de hoy. Van a las villas de emergencia a realizar programas de vacunación. Cuando llegan, lo primero que encuentran es a los duros del lugar. Los dueños. Andan con cadenas y con fierros de mediano calibre. Los viejos montos –como han sido bravos también– se les acercan sin miedo y les dicen que sólo vienen a vacunar a los habitantes de la villa. Los médicos, entretanto, esperan. El diálogo se pone tenso. Pero se distiende. Al fin, los viejos montos les hacen una seña a los médicos y a las enfermeras, y entran en la villa. Vacunan a todos. Dan consejos de higiene, dejan medicamentos y se van. Cuando lo hacen, ya son amigos de los duros que cuidan el lugar. "Vuelvan cuando quieran", les dicen, incluso.

¿SON DE "LESA HUMANIDAD" LOS DELITOS COMETIDOS POR GRUPOS CIVILES?

A propósito de la mención que hice de su libro, Ceferino Reato me envió un amable mail. Le contesté y luego él me escribió otro, con el que voy a cerrar ese intercambio para dejarle la palabra final. (*Nota:* Espero, Reato, que no te sientas traicionado. Transcribí muchos mails en esta obra y no creo que nada de lo que me propongo publicar te perjudique. Son tus ideas y las mías. Es un diálogo. Creo, incluso, que se te nota más ecuánime a vos que a mí, ya que a veces me caliento demasiado y me excedo. No creo que haya ocurrido esta vez. Pero –como se verá– el tono de Reato es más mesurado que el mío.)

Veamos su primer mail. Su fecha: 2/12/2009.

Estimado Sr.,

Soy Ceferino Reato, autor de *Operación Traviata*. Germán Ferrari me dio su e-mail.

Le agradezco su mención de mi libro el domingo pasado en **Página|12**; soy lector de sus escritos desde hace mucho: recuerdo que el primer libro suyo que leí fue *El peronismo y la primacía de lo político*, material de lectura de una cátedra de Filosofía Política en la Universidad del Salvador.

Quería decirle también que en sus textos de los domingos en **Página|12** sobre el peronismo siempre encuentro material informativo y para la reflexión.

Saludos cordiales. CR.

Al día siguiente respondí su mail, que me pareció un poco formal, algo ceremonioso y muy amable. El texto de un caballero.

La siguiente fue mi respuesta:

Estimado Ceferino:

Mirá, vamos a tutearnos. Porque yo tuteo a todo el mundo. Un poco como los pendejos de hoy. No porque la juegue de pendeviejo sino porque así me sale. Vos decime como quieras. Pero me encantaría que me tutearas. Además es posible que pronto hagas algo más que eso: mandarme a la puta que me parió, por ejemplo.

Tu libro está bien y la mención que hice es parcial porque todavía no lo encaré en serio. Mondadori envió una notificación acerca del monto de ejemplares vendidos: 100 mil. Como quieran. Puede ser. En **Página** vamos empezar a decir que vendemos 235 mil por tirada. Pero eso no importa.

A mí me disgustó que tu libro fuera precedido por una frase de Morales Solá. No es un *Prólogo*. No se sabe qué es. Tampoco es una faja. Es algo novedoso. Está en la tapa del libro. Como un sello. Eso, como un sello: "Este libro viene avalado por Morales Solá". Eso condiciona gravemente la lectura de tu obra. Todos sabemos quién es Morales Solá. Y tampoco sabemos quién realmente es. A qué intereses sirve. Va mucho más allá de *La Nación*. El hombre ha logrado una trascendencia que pocos periodistas han tenido. Es el abanderado de una causa: "¡Echemos a los Montoneros del poder!". Creo que Morales Solá está enfermo de odio. Que ya no puede razonar bien. Que tiene una neurosis obsesivo-compulsiva con "los K". Que es el menos objetivo de los periodistas. ¿Cómo aceptás que ese personaje tan cosificado, que tan públicamente encarna una y sólo una posición le ponga el sello a tu libro? Antes de abrirlo uno ya sabe los intereses que ese libro viene a fortalecer.

Siempre estará la frase notable que escribiste sobre los dos demonios: que no hay dos demonios. Que nada puede parangonarse a lo que los militares hicieron. O sea, ¿para qué buscan un "empate"? No hay empate posible. Larrabure y la hija de apenas tres años del capitán Humberto Viola y Rucci o los muertos en el demencial ataque a la guarnición de Azul no alcanzan para empatar nada. Además, ¿no les da vergüenza a estos personajes seguir jugando al juego de las cifras? Pronto la guerrilla habrá matado 5 mil y el Ejército 8 mil, como dice Díaz Bessone. Ahí estaríamos cerca del empate. (*Nota:* ¡Ese juego macabro de las cifras! Recuerdo, una vez más, la famosa frase de Tzvetan Todorov: "Un muerto es una tristeza; un millón de muertos, una información", *Frente al límite*, Siglo XXI, México, 1993, p. 189. Preferiría usar el concepto de *estadística*. Es la estadística la que mata otra vez a los que ya murieron. La estadística es una acumulación. Procede numéricamente. Consigue el efecto contrario al que debemos desear: que cada muerte sea sentida como única. No, la estadística las equipara a todas, las unifica, hace de ellas una cosa: un número. Y cuanto más alto es ese número, más nos alejamos de la muerte única, intransferible, que cada uno tuvo que sufrir. De todos modos, tengo una certeza: si alguien se empeña en demostrar que los muertos de Auschwitz no fueron 6 millones sino –por ejemplo– 4 millones, desconfíen: en algún punto le disgusta que se carguen tantos muertos sobre el nazismo. Porque –en algún punto– su desdén por los nazis no es tal. Es la presión de la historia y del inocultable horror lo que lo obliga a ser cauteloso y reconocer "sólo 4 millones". Lo mismo entre nosotros: ahí donde encuentren a alguien que se empeñe en decir que la Conadep reconoce "sólo" 9800 o que en Europa se habla de "sólo" 10 mil, no lo duden: su intento es disminuir la responsabilidad de los militares. Su próximo paso será aumentar las víctimas de la guerrilla. Si tomamos, por ejemplo, a Menem –que habla de 1500 a 2000 muertos por la guerrilla– y lo ponemos en complicidad con Díaz Bessone, que habla de "sólo" 7 mil víctimas de la represión, ya casi está el empate: ¿qué son, después de todo, 5 mil muertos de diferencia? Fue un empate. Un descuido apenas y la "guerra sucia" la ganaban los grupos civiles. A este absurdo se puede llegar por la manipulación de las cifras y la inescrupulosidad de ciertos personajes. *Esta "nota" no figuró en el cruce de mails con Reato*.)

Tu libro cae dentro de un esquema de deterioro institucional: este gobierno, al estar lleno de Montoneros, está lleno de odio. Kirchner "aprieta" como los Montoneros "apretaron a Perón" con el cadáver de Rucci, hay que lograr llevar las penas por lesa humanidad a los civiles y juzgar a los guerrilleros que hay en el Gobierno, ante todo. Si leés mi suplemento, verás que yo les tengo una enorme bronca a los montos y que esa bronca viene de lejos, de los setenta. De modo que mal podría yo defenderlos. Pero nadie merece morir como murieron las víctimas de la dictadura. Además, los montos fueron una excusa. Estaban derrotados –a lo sumo– a mediados de 1976. El resto fue una matanza lisa y llana de todos los elementos de la sociedad ubicados del centro a la izquierda.

A nadie escapa que en tu libro cada vez que agarrás a un montonero del pasado que hoy cumple alguna función en el gobierno de "los K" lo resaltás con placer. ¿En serio creés que "los aprietes" de K pueden parangonarse a los de los montos por medio de Rucci? Ceferino, estimado: la diferencia entre uno y otro apriete es la Muerte, nada menos. ¿A quién le tiró K un cadáver para negociar mejor? ¿Y los aprietes gangsteriles de los ruralistas? ¿Cortar las rutas, desabastecer la Capital, amenazar con venir con los camiones y los tractores y las armas que usan normalmente a diario, todo eso no es un apriete?

Ahora, ahí estás: otra pieza en el engranaje del poder mediático, de los periodistas radiales, de los televisivos, o de los que producen libros–cacerola. No es "tu" libro el que vendió 100 mil ejemplares. Es el proyecto de llevar montoneros a la Justicia por delitos de lesa humanidad y conseguir el empate y demostrar que el gobierno de "los K" está lleno de montos. A ver si la entienden bien: aunque el sorprendente Moreno Ocampo diga lo contrario (¿qué le habrá pasado allá, en las alturas?) una cosa son los delitos cometidos desde el Estado y otra son los delitos cometidos por la civilidad. Los "derechos humanos" se han hecho para defender a los ciudadanos de los excesos y de las arbitrariedades del *Leviatán*. Los "derechos humanos" no son para quienes actuaron desde el Estado. El Derecho tuvo –a lo largo de los tiempos– la piedad de proteger a los ciudadanos de los horrores de los Estados, que tienen todo el poder. De aquí que no tenga sentido hablar de los "derechos humanos" de un policía como busca chantajear la derecha que quiere siempre matar o vengarse. Un policía es un engranaje del Estado. Es el Estado esté donde esté. El Estado no tiene derechos humanos. Tiene nada menos que la Justicia. El deber de impartir Justicia. Como habitualmente no lo hace y lo que imparte es la persecución, el autoritarismo, el secuestro y la tortura, nacieron los "derechos humanos". Para defender –insisto– a las víctimas de las iras del

Estado. Para que el Estado no se crea tan impune. El Estado tiene que saber que –aunque la Justicia es uno de sus estamentos– hay una Justicia también para él. El Estado no sólo juzga, puede y debe ser juzgado si avasalla a los individuos. Sus delitos son más graves. Porque si el Estado delinque, no hay sociedad posible. De aquí que no proscriban sus delitos. De aquí que se los considere de lesa humanidad. Hay, entonces, que diferenciar los derechos civiles. Que debe juzgarlos el Estado. El horror de la dictadura es que el Estado argentino no juzgó a nadie, como era su deber. Hizo desaparecer a los seres humanos que secuestró. Esto aniquila la mismísima idea de civilización, de juridicidad. Su castigo no puede tener parangón alguno. De aquí que los delitos civiles no sean de "lesa humanidad". Sólo lo son los que surgen de la esfera del Estado. Por decirlo todo: el Estado no puede ni debe delinquir. Debe impartir justicia. Debe hacerlo a la clara luz de la juridicidad. Debe completar esta tarea con una estructura carcelaria que sirva para la recuperación de los detenidos y no para su castigo. Así lo ha pensado lo mejor del pensamiento burgués. No quiero abrumarte con citas de Hobbes. Pero es así. Esta no es legislación "subversiva". Es lo mejor que la sociedad burguesa ha llegado a ofrecer a sus ciudadanos. Protegerlos de una entidad necesaria –a la que todos se someten, en la que todos delegan su libertad en un acto de inicial desprendimiento para salir de la "guerra de todos contra todos"–, protegerlos del *Leviatán* y de sus iras absolutistas, desmesuradas. Porque nunca un grupo civil tendrá el poder ni la posibilidad de incurrir en arbitrariedades que tiene un Estado.

Espero haber contribuido en algo a aclarar ciertas importantes cuestiones. No creo que los que impulsan tu libro ni la mayoría de los que lo compran buscando el motivo del "empate" las ignoren. Sólo fingen hacerlo. Porque anteponen la mezquina lucha política a todo. Muy especialmente a la ética, a la más elemental decencia que se requiere para vivir en una sociedad.

Abrite de esa gente, Ceferino. No seas uno más de los que odian y de los que –por odiar– mienten.

Con un afectuoso abrazo.

JPF

El mismo día 3, Reato entregó su respuesta. También –como el anterior–, el texto de un caballero.

Estimado José Pablo:

Mondadori se equivocó: debería haber puesto "más de 50 mil ejemplares". Supongo que corregirán esa información este fin de semana.

Yo ya estoy abierto de quienes tienen odios, de un lado y del otro. Siempre lo estuve. Yo no tengo odios, pero tal vez sólo por una cuestión de edad: en los '60 y '70 era muy chico y vivía en el Entre Ríos profundo, en otro mundo. Mi familia es pequeña y no tengo amigos ni parientes que hayan sido víctimas de la violencia política.

Entonces ningún odio me guía; sólo el convencimiento de que no puede haber temas tabúes para un periodista, que sobre todo se puede escribir, siempre que se haga con honestidad y con un cierto rigor.

Después, cuando uno escribe un libro, ese libro deja de pertenecer un poco al autor; cada lector hace una interpretación.

Pero yo ya he aclarado, como bien destacaste el domingo, que no creo en la teoría de los dos demonios, y lo digo cada vez que me lo preguntan y cada vez que veo que mis eventuales interlocutores se saltean ese párrafo.

Pese a todo, soy muy optimista sobre el país y sobre nosotros, los argentinos. Y creo que escribiendo y hablando de estos temas es la mejor manera de liberarnos de los fantasmas del pasado; siento que tenemos que hacerlo porque esos fantasmas nos impiden dedicarnos a lo que considero más importante: hacer una Argentina grande, en la que todos tengamos un lugar. Yo creo en eso.

Muchas gracias por tu contestación. Un abrazo. CR.

UNA NOTA INFAME

A la altura de estas líneas alguien me hace llegar una nota de Reato que apareció en el diario *Perfil* el 19/12/2009. Es decir, 16 días después del mail que acabo de transcribir. Nadie me había dicho nada. No parece haber sido muy leída. Por mí, difícil. Leo poco los diarios. *Editor jefe*, nada menos que ese puesto tiene Ceferino en *Perfil*. Sospecho que no me quieren mucho por ahí. Salvo Magdalena, que es una verdadera señora y con quien trabamos una amable relación a raíz de una nota que me hizo sobre mi novela *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*. La nota salió en el suplemento cultural de *Perfil* con excelente despliegue y la mejor onda. La llamé a Magdalena y le agradecí el buen trabajo y el buen momento que habíamos compartido. A ella le había gustado mucho la novela. Suele ocurrirme eso. Hay personas que no están de acuerdo conmigo, pero respetan mi ya largo trabajo en el campo de la literatura o la filosofía. Jorge Fernández Díaz, por ejemplo: hace años que somos amigos y cada uno respeta lo que hace el otro más allá de algunas seguras broncas políticas. Pero, ante todo, es una relación literaria. Como dice Jorge: cuando nos conocimos, él tenía pelo y yo era flaco. Hasta cometió la locura de dedicarme su primera novela, que no publicó. Pero no fue por la dedicatoria, me dijo y le creo. Siempre respeto a Santiago Kovadloff –por ejemplo– y sé que estamos en veredas distintas. Pero hace años, cuando él se fue del alfonsinismo por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, dijo en *HumoR*, donde los dos colaborábamos, que me había tenido en cuenta para esa decisión: yo me había ido del peronismo no hacía mucho, junto a otros compañeros, y el texto que escribimos como renuncia puede leerse en el notable libro de Nicolás Casullo: *Peronismo, militancia y crítica (1973-2008)*, Colihue, Buenos Aires, 2008, p. 221: *Por qué nos vamos*. Pero se trata, creo, de otra clase de gente. Durante los últimos tiempos me dicen: "Che, Fulano sacó un artículo donde te trata mal, pero mal, eh". O también: "¿No leíste el libro de Menganito? Contestale. No puede ser. Dicen cualquier cosa". No leo nada ni contesto nada apenas me dicen los nombres. Pero lo de Reato me sorprendió porque veníamos dialogando bien. El –según lo dije repetidamente–, con el tono de un caballero. Pero no. Además, esta vez leí la nota. ¿Así serán todas? No voy a gastar muchas palabras en esto. Pero lo que Ceferino escribió en *Perfil* es una in-fa–mia. Mirá, Ceferino: yo no tengo ningún jefe, ni dependo de ningún político. Y no por alguna sagacidad mentirosa. Soy un intelectual y un escritor *absolutamente* libre. Ni siquiera estoy en Carta Abierta y eso que a veces –por Horacio González– siento que debería estar. Pero no es mi método de trabajo, que consiste en meterme en mi escritorio y escribir o leer o pensar toda la noche hasta las 6 o 7 de la mañana. En cuanto al "botín" con el que decís me estoy alzando (¿no te da vergüenza mentir así, acudir a un recurso tan deleznable?), te aseguro que cualquiera de ustedes es millonario al lado mío. Ya que sos tan investigador, enterate de mi patrimonio. Date el gusto: investigá. Tengo medio departamento de un ambiente. Vivo en el de mi mujer desde hace treinta años y no llega a los cien metros cuadrados. Mis amigos –medio en broma– me dicen: "Dale, comprate un ladrillo por lo menos". No tengo con qué, ni tengo tiempo de buscar siquiera un ladrillo (además, vivo rodeado de ellos). Te doy un consejo: no andes por ahí diciendo que yo soy un chorro. Se te van a reír en la jeta. Es mucha la gente que me conoce o conoce a mi mujer, que si yo me mando una trastada, me mata. O me deja. Que, para mí, es lo mismo. Pero no me lamento. Soy rico: vivo de lo que quiero y hay muchos que –de acuerdo o no conmigo– me respetan. Si doy un curso de filosofía vienen casi siempre más de 400 alumnos. Mirá vos, me dicen que te haga un juicio. ¿Para qué? ¿Quién te va a creer? Lástima: pensé que eras otra clase de tipo. Pero son así: se fríen en su propia grasa, decía Enrique Pezzoni, hace años y de otros seres semejantes. Agrego: van a morir envenenados por su propio veneno. Y se acabó.

DONDE VIVE RUCCI SEGUN *BARCELONA*

Lo que se busca con Rucci es –dicen los que se nuclean alrededor de figuras como Cecilia Pando– restablecer la memoria argentina. A la que califican de *hemipléjica*, ya que recuerda algunas cosas, otras no. Habría olvidado "los asesinatos de la organización Montoneros", como afirma Morales Solá en la tapa del libro de Reato. Y dice aún más: dice que ésa es una modalidad de los tiempos; de los presentes, claro. Que es impolítico –propone– hablar de esos crímenes, de aquí que el de Reato sea un libro tan recomendable. Leamos a Germán Ferrari, que desarrolla con gran precisión este tema: "Los intentos de reivindicación de la figura de Rucci obedecieron a intereses variados, aunque, en su mayoría, estaban enfocados a desprestigiar la validez de los juicios a ex militares y civiles vinculados a la última dictadura y a demonizar a la guerrilla, en este caso a Montoneros. Como parte de esta tendencia, diversos sectores del peronismo confluyeron en un proyecto de ley para instituir el 25 de septiembre como 'Día de los Mártires del Movimiento Obrero'. Los firmantes de la iniciativa, presentada en septiembre de 2004, fueron los diputados Saúl Ubaldini, Jorge Casanovas y Nélida Beatriz Morales" (Ferrari, ob. cit., p. 285). (*Nota:* Ubaldini es ese sindicalista que le hizo la vida imposible a Alfonsín porque pagaba la deuda externa y no dijo una sola palabra, ni una, cuando Menem remató el país. ¿Rarezas del patriotismo argentino? ¿Lealtades inquebrantables de los sindicalistas peronistas cuando presidentes de su partido gobiernan el país y suelen ser generosos con eso que Perón llamaba la *columna vertebral* del movimiento? Váyase a saber. Pero Ubaldini, bajo Menem, ni mu.) Sin embargo, Rucci no daba como luchador y mártir del movimiento obrero. Había creado a los temibles *verdes* (la *Juventud Sindical*, hombres de balazo fácil, cadenazos y violencia a flor de piel: grandes caza-zurdos) y era bravucón, pendenciero, demasiado macarto: veía *troskoleninistas* por todas partes. De aquí su segura participación en los hechos de Ezeiza, tan enarbolada por los Montoneros como justificación del "fuimos nosotros" que dejaron caer sobre toda la Jotapé. (*Troskoleninista* fue una palabra que puso otra vez de moda el calmo doctor Abel Posse, un ministro de Educación que nombró Mauricio Macri en 2009 y que tuvo que renunciar y huir corrido por profesores, maestros, estudiantes y hasta por Charly García y todos los suyos.) De modo que muchos diputados dijeron: Rucci, no. Por ejemplo: Claudio Lozano propuso (como día de los "luchadores y mártires del movimiento obrero") el 23 de agosto de 1963, día en que desapareció Felipe Vallese, siempre asumido por la militancia como un héroe, un verdadero mártir de la lucha contra el régimen. Nilda Garré adhirió a la propuesta de Lozano: "El nombre de Felipe Vallese, una víctima muy temprana del terrorismo de Estado en la Argentina, es simbólico y tiene mucha significación y hondura" (Ferrari, ob. cit., p. 287). Por fin, la impiadosa revista *Barcelona* le hizo un homenaje aplastante, irrebatible y final al hombrecito nervioso e hiperactivo de las patillas y el jopo en ristre. Como otras tantas buenas ideas que ha desplegado, lo puso en su *contratapa*. Ahí se veía la cara de Rucci recortada contra un fondo celeste y blanco, bien patriota, bien argentino. Con grandes letras escribieron: *Rucci vive*. Y, en letras más chicas, siguieron así: "En la vida y en la obra de Hugo Moyano, Armando Cavalieri, José Pedraza, Luis Barrionuevo, Pablo Moyano, José Luis Lingeri, Antonio Caló, Facundo Moyano, Gerardo Martínez, Andrés Rodríguez, Omar Viviani, Susana Rueda, Dante Camaño, Gerónimo Venegas, José Rodríguez, Jorge Triaca, Carlos West Ocampo y en todos los honestos y entrañables representantes del Movimiento Obrero Organizado" (*Barcelona*, Nº 145, 10 de octubre de 2008). (Citado por Ferrari en ob. cit., p. 294.) Caramba, estos muchachos no respetan nada. Así, ¿a dónde iremos a parar? ¿No tendría algo de razón ese señor Posse? Para mí que Pablo Marchetti usa arito. Me juego.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

El "Documento reservado": se viene la Triple A

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

112 El *Documento Reservado*: se viene la Triple A

Suplemento especial de
Página|12

LA BASURA

Tengo un CD con los reportajes que Felipe Pigna recopiló en su libro *Lo pasado pensado*. Supongo que muchos deben tenerlo y mejor si es así. Pigna hace muy bien sus entrevistas. Utiliza la técnica del silencio que impulsa al entrevistado a cubrir los huecos que la técnica produce. Si el entrevistador no interrumpe a menudo –como suele hacer la mayoría–, el entrevistado se siente responsable de lo que está ocurriendo. Siempre que se está frente a una cámara algo distinto a la realidad tiene lugar. La vida no viene con cámara. La cámara implica la inmersión de lo vivido en lo totalmente visible, o en lo vivido en tanto espectáculo o show. Consciente de esto, Pigna le deja el show al entrevistado. Esto es lo que jamás podrían hacer algunos periodistas "estrella". En principio, siempre se empeñan en demostrar que son más brillantes, más rápidos e inteligentes que el entrevistado. Pigna no se propone nada de esto. Por consiguiente, el entrevistado se explaya, se desvía, vuelve y siempre dice *más* de lo que pensaba decir. En una entrevista a Juan Bautista Yofre (ex jefe de la SIDE de Menem, autor de libros con esos datos que sólo se arrancan de los rincones más oscuros del poder, que se han vendido bien y cuya tal vez más honda utilidad la hayan revelado durante sesiones judiciales personajes tan unívocos como el general Luciano B. Menéndez o el capitán Astiz al utilizarlos en su defensa) se produjo un hecho un poco estremecedor. Yofre dice: "En el '73 (asunción de Cámpora) yo voy a Plaza de Mayo a las 4 y media de la mañana. A eso de las 4 y media, cinco, me incorporo a una columna de Montoneros que venía de La Plata, y nos sacaron a los panzazos de ahí (...) Aunque suene un poco duro, la basura salió a la superficie y gran parte de ella estaba en la Plaza de Mayo". Pigna, inmutable, la mano bajo la barbilla, sin dejar de mirarlo, deja pasar un largo momento. Como detecta que Yofre no continúa, dice: "¿Qué era la basura?" Yofre dice: "Era Montoneros, ERP, FAR, FAP, todo lo que había ahí. Es decir, todos los que nos hubieran llevado a un sistema similar al de Cuba, Vietnam, la Unión Soviética, de haber triunfado". Convendrá retener este concepto: *basura*. Esté uno o no de acuerdo con alguien o algo, identificar a un grupo de personas con la basura es grave. No bien Yofre lo dijo recordé esa imagen de la limpieza final de los campos de concentración: esa topadora que va arrastrando cadáveres o meros huesos como si fueran precisamente eso, basura. Seguramente en el campo de concentración que el general Menéndez regenteaba en Córdoba se producía mucha *basura*. No es casual, entonces, que el libro de Yofre reposara en sus manos. Habrá que analizar (en esta época en que se producen tantos libros políticos) dónde terminan por ir a parar. El de *Tata* Yofre, por ejemplo, a las manos de Menéndez y de Astiz. (Y no hablo más del señor Yofre porque –sencillamente– le tengo miedo. No sólo por mí, muy especialmente por el país.)

UNA NOVELA SOBRE EL PEPE FIRMENICH

Vuelvo a Pigna. Su entrevista a Firmenich es notable. Sin embargo, en el libro que la recoge hay algo que no figura, que no transcribió. Y que es importante. En *Lo pasado pensado*, Pigna escribe sobre la muerte de Rucci: "El crimen se atribuyó a los Montoneros y, aunque la organización guerrillera nunca se adjudicó oficialmente el atentado, algunos de sus miembros admiten la autoría de los hechos" (Pigna, *ob. cit.*, p. 236). Y sin ningún rodeo le pregunta a Firmenich:

–¿Por qué mataron a Rucci?

Firmenich empieza diciendo:

–Rucci fue uno de los responsables de la masacre de Ezeiza. Éste es el sentir popular...

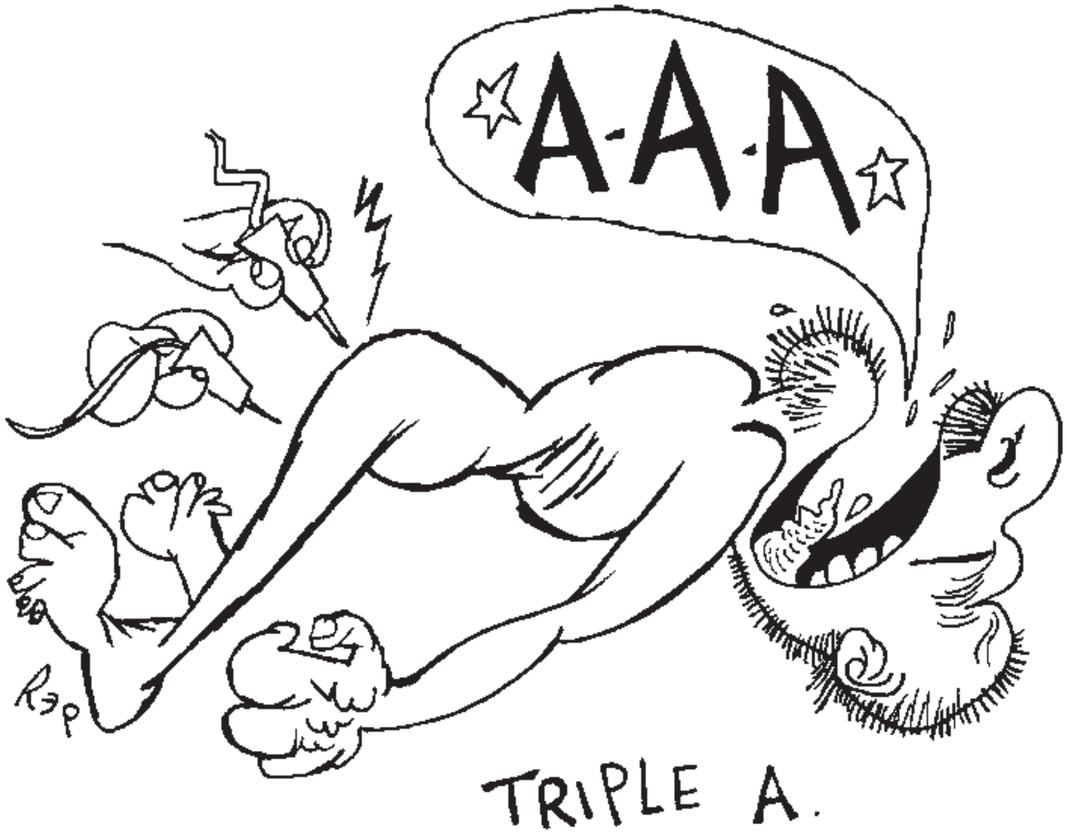
Pero en el CD no larga de este modo. Hace una introducción algo vacilante, como si no se decidiera a decir lo que va a decir y, por fin, dice:

–*Me voy a guardar de dar la opinión porque es más complicada la muerte de Rucci y tengo mis dudas sobre algunos implicados, algunos partícipes*.

Es decir, el Firmenich que le dice a Bonasso –el 25 de septiembre de 1973– el célebre "Fuimos nosotros" que se disemina como reguero de pólvora por toda la militancia, en la entrevista con Pigna se *guarda de dar la opinión*. Lo que concretamente dice es:

–Rucci fue uno de los responsables de la masacre de Ezeiza. Éste es el sentir popular, el sentir de la militancia de la tendencia revolucionaria. Nuestra gente coreaba alegremente su futuro inminente. Nuestra consigna era "Rucci traidor, te va a pasar lo que le pasó a Vandor". Después de su muerte, en actos masivos se coreaba: "Rucci traidor, saludos a Vandor". Rucci se había convertido en un abanderado de decir "hay que matar zurdos". Rucci era una avanzadilla del terrorismo de Estado. El discurso de la derecha peronista era "hay que masacrar a los zurdos infiltrados". Nosotros no éramos ningunos zurdos infiltrados y aunque lo fuéramos, nadie tenía derecho a masacrarnos (...) Y luego, la muerte de Rucci fue tomada como el acto de justificación moral de que la Triple A saliera a masacrar a mansalva a militantes de la izquierda peronista" (Pigna, ob. cit., p. 237).

Que los Montoneros mataron a Rucci será muy arduo de probar fácticamente. Sin embargo, los montos lo mataron desde el primer momento en la conciencia de la militancia. Eso que Bonasso narra que Firmenich le dijo ("*De manera fría y seca, nos confirma oficialmente que Rucci fue ejecutado por la Organización*", ob. cit., p. 141) recorre los cuadros, enciende las discusiones, precipita las rupturas con la Orga. Todos aceptaron lo de Rucci. Nadie lo discutió. Se dijo que habría sido más lógico bajar a López Rega o por qué no se lo bajó después de Ezeiza al Brujo y ahora se bajaba a Rucci a dos días del triunfo electoral de Perón. Se discutieron miles de cosas. Y ya veremos las discusiones acerca de la justificación de romper con la Orga. Lo único que no se discutió es que por ahí la Orga estaba asumiendo un asesinato que no le pertenecía. Esta hipótesis existe. Y no la larga cualquiera. (Aclaro: me pasé todos estos años puteando a los montos por lo de Rucci, pero aquí tengo que analizar las restantes posibilidades.) Martin Edwin Andersen escribe: "Unos pocos oficiales policiales de alto rango pusieron en duda más tarde en forma privada la teoría de la intervención de la guerrilla en el asesinato. Para ellos el 'golpe' parecía demasiado sofisticado. Poco después de su muerte, el Servicio de Inteligencia del Ejército y la Policía Federal dijeron a Robert Scherrer, un agente del FBI que estaba encargado de monitorear la violencia política en el Cono Sur, que Rucci no había sido matado por los Montoneros. Fue, dijeron, víctima de peronistas *ortodoxos* rivales que querían compartir su imperio. La Policía Federal había recuperado una Magnum calibre .357 Smith&Wesson dejada caer por uno de los asesinos de Rucci" (Andersen, ob. cit., p. 124). El FBI empezó a rastrear la pistola Smith&Wesson desde el origen mismo de la fábrica, encontró a alguien que se la había vendido a una azafata de Aerolíneas Argentinas, aquí se entusiasmaron, siguieron adelante, la azafata la había comprado para un amigo militar, todo seguía bien, ¿habrían matado los militares a Rucci?, siguen investigando, pero no, nada, sólo –arriesga Scherrer– una conjetura entre tantas otras: que lo mató gente contratada por el Ministerio de Bienestar Social. Tampoco falta la versión tipo Fernández Alvariño. Este personaje –recordemos– había dicho que a Aramburu lo habían asesinado desde el Ministerio del Interior de Onganía, o sea: Imaz. Que Firmenich iba por ahí día por medio. También con Rucci se dice que los Montos se adjudican el atentado para fortalecerse pero lo hacen otros: organismos del poder, del Ejército, etc. El doble agente siempre es Firmenich. (*Nota:* Sobre Aramburu está el libro *Z Argentina, El Crimen del Siglo*, Buenos Aires, 1973, no consigna editorial. Este hombre algo extraviado mentalmente es el célebre Capitán Gandhi que corta la cabeza de Juan Duarte para ver si se suicidó o lo mataron. Un loco más loco que todos los de la Libertadora juntos. Y eso que estaba llena de locos esa *revolución*.)



Pero no hay que desdeñar una novela que –si bien no se destaca por su buen gusto– guarda cierto atractivo. Es una novela sobre Firmenich. No sé si existe otra. La escribió Jorge Emilio Nedich, un autor de origen gitano, nacido en 1956, que da clases en la Universidad de Lomas de Zamora y fue finalista del Premio Planeta. Son largos monólogos de Firmenich. A veces de Galimberti y Norma Arrostito, a la que trata de un modo desagradable, machista. En fin, la novela se la agarra con ella y por su medio tiene la oportunidad de meter sexo desbordante y, según he confesado, para mí, al menos, desagradable e incluso insultante para una mujer que no merece ser maltratada, ya que bastante o demasiado lo fue en vida. El título de la narración es *El Pepe Firmenich*. Sobre lo de Rucci dice: "Dos días después de las elecciones, matamos a Rucci. Nos dejaron fuera de toda discusión política, pero como contestación a la solicitada de las 62 Organizaciones Peronistas y al 62 por ciento de los votos, les matamos a José Ignacio Rucci por traidor al pueblo trabajador. Tenía varios coches, departamentos desparramados en los mejores barrios de Buenos Aires, había hecho inversiones millonarias en el extranjero y se hacía cuidar el ojete por una veintena de pistoleros que no le sirvieron de una mierda a la hora de la verdad; el pueblo sabe que Rucci y los que son como él o Coria, no representan ni a su abuela. Acá es donde apostamos a ganar la partida. Estamos confiados en que con actos como éste vamos a conquistar la simpatía de la gente y cuando vayamos a la plaza a festejar el triunfo peronista, el Viejo va a poder ver, mirar y comprobar que el pueblo está tanto con él como con nosotros" (Jorge Emilio Nedich, *El Pepe Firmenich*, Ediciones B, Buenos Aires, 2003, p. 148). Nedich está bien documentado y consigue momentos divertidos y otros patéticos. Por ejemplo: "Recuerdo el ataque de risa de Gaby cuando una multinacional para perfumes salió al mercado con la línea 'Firmenich'. Las modelos iban vestidas con ropas de guerrilleras. También se reía de Palito Ortega, decía que el tipo había compuesto *Camino a la libertad* inspirado en la matanza de Trelew. Me aseguraba que ese tipo no tenía corazón, que era puro comercio; era el típico chupaculo del poder, me dijo" (Nedich, *Ibid.*, p. 96). De pronto, descubrimos que el Pepe tiene corazón, que es capaz de recordar a un compañero caído con un lenguaje duro, de verdadero macho. Así recuerda a Capuano Martínez: "Yo te vi los huevos, Carlos, los ponías en cada operación (...) Les decías a los aspirantes con tu alegría cordobesa que peleabas por Perón, por Evita, por la patria. Peleabas porque había un viejo revolucionario (...) Todo buen compañero que está clandestino debe tener una mujer cerca, y toda mujer sabe que no puede estar lejos en esas circunstancias. Me siento muy parecida a las soldaderas mexicanas que se iban a la guerra con sus hombres" (Nedich, *Ibid.*, p. 63). En suma, una mujer generosa. Pero, ante todo, por su pasión revolucionaria, no por su pasión por los hombres. Por ayudar a los compañeros a sobrellevar las sequías de la clandestinidad.

EL MIEMBRO VIRIL DEL GALIMBA Y SU PREDILECCIÓN POR EL SEXO ANAL

Sólo me propongo demostrar –con todo respeto– que los autores de ficciones políticas suelen excederse, entregarse a su frondosa imaginación más de lo aconsejable. Cito también este pasaje de Nedich porque algun@s me han dicho que mis novelas *Carter en New York* y *Carter en Vietnam* son innecesariamente osadas y apelan –con frecuencia– a un lenguaje pagano. (En suma, que hay demasiadas malas palabras y una dosis de sexo que no esperaban de mí. Bueno, no las lean. Pero si se pierden *Carter en Vietnam* –que es una novela poderosa–, ¿qué puedo decirles? Jodansé.) Veamos –si queremos hablar en serio de novelas con *dosis de sexo*– este pasaje de Nedich. El tomando una sopa flaca en una villa. Yo te vi el alma, compañero" (Nedich, *Ibid.*, p. 87). ¿Hace falta más para conocer a un hombre que verle el alma y los huevos? Luego, las hazañas genitales de Gaby Arrostito: "Pero sé que Gaby te levantaba de la calle con el auto y se metían a culear en una casa clandestina. No niegues nada porque Gaby y yo nos contamos todo y venimos cogiendo desde hace rato". Aunque: "En la Orga tenemos cierta moral que impide el puterío" (Nedich, *Ibid.*, p. 62). Es la versión sobre la Gaby que sus amigas denuncian como falsa en el ensayo de Gabriela Saidón: que Gaby iba de Firmenich a Galimberti, etc. Supongamos que a Nedich le venía bien para condimentar la novela. Debió haber elegido otra cosa. Pero se detiene para que Gaby aclare las causas revolucionarias de su prodigalidad: "Cada uno se enamora de lo que representa el otro, y fundamentalmente de lo que despierta en el otro. Y yo despierto cosas y me enamoro de eso que despierto. Soy menuda, morocha, de pelo corto, ojos negros, labios finos. Tiro con las dos, el mundo sindical sabe de mi capacidad de tiro. Todo hombre cojonudo repara en una comandante como yo y yo reparo en aquello, repito, en aquello que despierto: es mío, lo tomo. Es una manera de acompañarse en la lucha y también un modo de reavivar el fuego protagonista es Galimberti. Está con una señorita de la *sociedad* cuyo apellido voy a evitar para no someterla al escarnio público. Ella se niega al sexo anal. Galimberti se muere por esa práctica. La cosa no es nada del otro mundo. Si Uds. han visto esa correcta peli que se llama *Infidelidad* y cuenta con un gran trabajo de Diane Lane acompañada por Richard Gere habrán notado que ella quiere hablar con su amante y decirle que no desea engañar más a su marido. Pero el amante (un fogoso joven, ¿son todos fogosos los jóvenes?), antes de permitirle decir una palabra, la hace girar violentamente, le levanta la pollera y se dispone a penetrarla por la retaguardia. Diane Lane se ve algo confundida al comienzo, pero de inmediato olvida por completo eso que había ido a hacer: decirle a su amante que la cosa no iba más. Ahora, definitivamente, otra vez, va. Bien, Galimberti se harta de las negaciones de la señorita oligárquica, la agarra, la hace girar, la apoya contra una mesa y le dice una frase tan desmesurada que va más allá de todo límite. Están avisad@s. Dice (en la oreja de la niña garca) el macho Galimba: "Vos crees que el culo se hizo para cagar, no tenés idea de lo que son diecinueve centímetros de pija gorda entrándote por el orto" (Nedich, *Ibid.*, p. 57). Tengo algunas dudas: 1) ¿Cómo sabe Nedich con tanta precisión el centimetraje del miembro viril del Galimba?; 2) Si no lo sabe y es pura ficción, ¿por qué le negó los habituales veinte centímetros que es la longitud que todo hombre anhela? Salvo esos africanos que uno ve en algunos documentales y que lo hunden en la humillación. En serio: ¿por qué diecinueve centímetros y no veinte? Respuesta: porque diecinueve expresa un conocimiento más preciso. *Veinte* es la medida tradicional de un buen miembro viril. Diecinueve también, pero hay que haber andado por ahí con un centímetro; 3) Cierto es que Nedich compensa el orgullo del Galimba. No son diecinueve centímetros de cualquier pija. Sino de una gorda; 4) ¿Cómo sabe que la señorita Bullrich (caramba, se me escapó el nombre, pero en la novela de Nedich figura varias veces con todas las letras) *sólo* cree "que el culo se hizo para cagar"? ¿Y si creyera que se hizo –por ejemplo– para sentarse? Porque sentarse sin culo, difícil. Arriesguemos: imposible; 5) ¿Y si creyera que se hizo para andar a caballo a lo largo y a lo ancho de sus estancias? Como vemos, novelistas y periodistas que quieren escribir con la "agilidad de una novela" sus textos se desbocan en sus alardes imaginativos. Por ejemplo –ya que estamos en el tema– cómo sabe Reato que Lino (el asesino –según su investigación– de José Rucci) exclama "¡Perfecto! Desde aquí seguro que le doy en el cuello a ese burócrata traidor". Problemas que se presentan: 1) ¿Dónde estaba Reato? ¿Cómo escuchó a Lino decir esa frase? Nadie puede haberla escuchado. Lino estaba absolutamente solo. Salvo que Reato estuviera junto a él. Pero esto lo haría cómplice del magnicidio de Rucci y la gente de *Memoria completa* y *Justicia para todos* podría sospechar: a) Que es un montonero; b) Que hay que aplicarle la ley de lesa humanidad; 3) Algo más: ¿de dónde sacó Reato que Lino hablaba así, que iba a decir "ese burócrata traidor"? Es más verosímil que dijera "ese hijo de puta". O que no dijera nada. ¿Quién anda exclamando frases cuando está por amasijar a un jefe de la Central Obrera?

TODAS LAS VOCES, TODAS

Las voces se suman para afirmar que fueron los montos. Por ejemplo, alguien tan confiable como Juan Manuel Abal Medina (padre) dice: "Rucci se había acercado muchísimo al General y el General lo quería mucho. Esta relación se había profundizado durante los últimos siete u ocho meses. Rucci era muy cálido en el trato mano a mano. Muy hábil y muy desenvuelto; contrastaba con Lorenzo, el que por la emoción que le producía estar junto al General y el respeto reverencial que le tenía, cuidaba mucho sus palabras. Y Rucci era todo lo contrario. Junto a Galimberti eran las únicas personas que he visto que le hicieran bromas a Perón. Y el General demostraba tener un gran aprecio por Rucci. Su muerte le causó un efecto terrible.

"Si bien hay dudas iniciales sobre la autoría del atentado, duran poco. Y yo creo que es el hecho que hace medio inarregable todo entre el General y los montoneros" (Ver: Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, ed. cit., p. 206).

Recordemos que cuando caminábamos por la calle Independencia rumbo a la Facultad –el día anterior a lo de Gaspar Campos– Miguel me decía: "No hay que ir con consignas duras. Al Viejo no le gusta que lo aprieten". Darío Alessandro dijo: "Que nadie lo discuta, López Rega hijo de puta" y a Miguel le pareció un desastre, un apriete inadecuado, que iba a jugar en contra de la Jotapé. Y jugó así: el Viejo lo puso a López Rega. ¡Imaginen con esto! ¡Con este apriete! Era el apriete de todos los apretes. Matarle a Rucci. Una de sus patas esenciales para poder gobernar.

Hay otras voces (y valiosas) que disienten con la teoría de echarle el muerto a los montos. Por ejemplo, Andrés Framini (el que ganó la elección de gobernador de Buenos Aires bajo Frondizi, los militares lo echaron a bayonetazos y a Frondizi a patadas del gobierno rumbo a Martín García): "Era buen peronista. Cometió errores como los hemos cometido todos. Cuando lo mataron pensé mal. Yo no sé quién lo hizo. A mí un día en un reportaje de televisión me preguntaron por el asunto de Rucci y yo dije pregúntenselo a López Rega. No dije más nada, porque bien podía haber sido gente de López Rega. Yo no sé. Si fueron los muchachos, yo no sé. Ellos cargaron con las culpas de todo. Cargaron con todo: cada cosa que pasaba eran los montoneros. No podían zafar de ninguna. Todavía es así" (Ernesto Jauretche, *ob. cit.*, p. 207). Error de Framini. Nadie les cargó la culpa a los montoneros. Ellos se la cargaron solitos. Durante los tiempos del gobierno de Cristina Fernández la cosa cambia: los montoneros dicen que ellos no fueron. Y la derecha procesista quiere a muerte que hayan sido ellos para poder juzgarlos (en caso de conseguir extender los delitos de lesa humanidad a los civiles).

Bonasso, en rigor, confirma la identidad de Juan Julio Roqué como autor del asesinato: "Anoche fuimos con Silvia a cenar a lo de Paco y Lily Masaferro. Estaba también Lino (Roqué) con su compañera (...) En un aparte de esta cena que acabó siendo tan gravosa para mí (Silvia es dura cuando se enoja), Lino me contó con pelos y señales el atentado contra Rucci. Incluso dibujó un pequeño croquis para que entendiera la operación, que fue difícil y compleja. El secretario general de la CGT se desplazaba con una gran custodia y no dormía nunca en el mismo lugar. Sin embargo, la Organización detectó que cada tanto se veía con sus hijos en una casa y montó el diseño operativo a partir de esa rutina. Se analizaron cuidadosamente las características del terreno y, horas antes de la operación, se redujo a ocupantes de viviendas vecinas para ocupar posiciones desde las cuales se pudiera hacer fuego y replegarse luego –en medio de la confusión– con relativa facilidad.

"La gran custodia fue efectivamente superada y Rucci cayó bajo el fuego cruzado. El relato de Lino me impresiona y me conflictúa a la vez: es indudable que la Organización nacida de la fusión entre Montoneros, Descamisados, FAR y un ala de las FAP, es la más poderosa con que ha contado el peronismo revolucionario en toda su historia, pero esa misma fuerza se le puede volver en contra si el temible anciano (...) nos lanza su anatema" (Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, ed. cit., pp. 142/143). Algo peor esperaba en el horizonte. El temible anciano era –en efecto– un anciano. En un diálogo íntimo había llegado a confesar: "La Argentina necesita un dictador. Y yo estoy muy viejo para convertirme en un dictador". Uno –honestamente– diría que, pese a todo, lo intentó y con unos cuantos éxitos. Pero también es posible cuestionarle: "Si la Argentina necesitaba un dictador, ¿para qué volvió, general? Ya estaba Lanusse para eso. Y tenía al Ejército, no a la Triple A. ¿No se dio cuenta desde Madrid que si la Argentina –según usted tan aplastantemente dice– necesitaba un dictador, no era eso lo que todos esperaban de usted?" No, el que habría de lanzar el anatema sobre "la más poderosa organización con que ha contado el peronismo revolucionario en toda su historia" no sería un anciano. Sería el Ejército en su totalidad. Y el dictador, un chacal sediento de sangre. Un tipo seco, magro, la encarnación perfecta de la impiedad. De la muerte. Adelantemos algo: todo esto que estamos narrando y analizando lleva hacia él. No es una teleología histórica, no es un devenir necesario. Pudo haber tenido alternativas. *Pudo haberse evitado*, dicen algunos pocos. Pero todos siguieron haciendo exacta, precisamente lo necesario para que la historia argentina se deslizara –más que hacía, digamos, su etapa más oscura– sencilla, directamente hacia el Mal. Esta obra –entonces– en algún momento tendrá que afrontar el problema del Mal. A esta altura de los tiempos creo imposible que la Historia –ninguna historia– puede analizarse al margen de la cuestión del Mal. Tan evidente es su abrumadora presencia. Por no decir su triunfo.

Juan Gasparini –en *Montoneros, final de cuentas*– ofrece la siguiente versión: "En cuanto a lo de Rucci, si bien no hubo firma pública, para la militancia fue un secreto a gritos que 'Traviata' era la primera opereta de la flamante 'OPM'. Firmenich la evocaría equívocamente once años después ante Jorge Asís luego de haberse rendido en Brasil el 13 de febrero de 1984. 'Nosotros no matamos a Rucci. El error nuestro fue político, no haberlo desmentido en su oportunidad.' No, pero sí. La equivocación no fue la ejecución sino el olvido de impugnarla. Si no se la negó fue para capitalizarla entre bambalinas y porque a Perón no debía quedarle duda de quiénes le 'habían tirado el fiambre'" (Juan Gasparini, *Montoneros, final de cuentas*, ed. cit., p. 71). (*Nota:* En 1984 di una conferencia en cierto auditorio que no recuerdo. Eran cuadros políticos y universitarios. Muchos peronistas, pero también de otros partidos. En determinado momento –yo estaba hablando de "la revolución"–, alguien, con un vozarrón en el que latían todas las certezas del mundo, me interrumpe y dice: "¡La revolución está presa en Río de Janeiro!". Un poco atónito me lo quedé mirando. Todo el resto del auditorio también. Largo silencio. El tipo no añadió nada más. Yo seguí hablando. Al rato me di cuenta de que se refería a Firmenich. Costaba creerlo. "Pobre –pensé–, o es un melancólico o está pirado por completo.")

Horacio Paino insiste en que fue López Rega, pero mete en la cuestión a un personaje de triste memoria: "En el número 975 de la mencionada revista *Gente*, de fecha 29 de marzo de 1984, se publica un reportaje a Juan Carlos Juncos. En este reportaje, Juncos admite haber sido el conductor de uno de los autos del Ministerio de Bienestar Social que intervinieron en el asesinato de Rucci; y reconoce también haber recibido de manos de "J.C." (Jorge Conti) en la oficina 1077 del Ministerio, la suma de diez millones de pesos moneda nacional"

(Horacio Paino, *Historia de la Triple A*, ed. cit., p. 85). Jorge Conti era un periodista de Teleonce hasta que se metió en las entrañas del lopezreguismo. El 18 de noviembre de 1972 llegó a Gaspar Campos con las cámaras del Canal para registrar la alegría de la militancia juvenil. Todavía lo recuerdo: arriba de un camión de exteriores, con su sonrisa de porteño piola, pensando sin duda "ésta es la mía, esto no me lo pierdo". Era un aventurero y un criminal. Y ese día estaba feliz. Veía ante sí la cara de la gran oportunidad de su vida.

El nombre de Rodolfo Walsh no está expuesto por Reato. Resulta claro que se refiere a él, pero evita mencionarlo y se justifica: "No es mi objetivo contribuir al escarnio de la memoria de nadie: tanto es así que en los casos de duda razonable he preferido omitir los nombres en cuestión. Ocurrió, por ejemplo, con un famoso intelectual y guerrillero que me fue mencionado por una fuente muy confiable como uno de los que colaboraron en las tareas de inteligencia, ayudando a interceptar las Motorolas de los autos de Rucci y de sus guardaespaldas. Pero como no encontré otras fuentes que ratificaran esa información y sus familiares me aseguraron que no sabían nada al respecto, no ha sido incluido en el libro" (Reato, *Operación Traviata*, ob. cit., pp. 19/20). Yofre, por el contrario, que no suele ser cauteloso, escribe: "Las 'tareas de inteligencia' les demandaron (a los Montoneros) unos cuatro meses de relevamientos, a las órdenes de Miguel Ángel Castiglia ('Antonio Nelson Latorre' o 'Pelado Diego') y Rodolfo Walsh ('Esteban' o 'Doctor Neurus')" (Yofre, *Nadie fue*, ed. cit., p. 251).

El muy documentado Martin Edwin Andersen ofrece otra versión: "El escritor Rodolfo Walsh, que había pasado de las FAP a los Montoneros, se enteró de la noticia de la muerte de Rucci por la radio. 'No dijo nada', recuerda el periodista Horacio Verbitsky (...), quien suele decir que estuvo con Walsh en el preciso instante en que el asesinato fue difundido por los medios. 'Solamente se quedó escuchando, fascinado'" (Martin Edwin Andersen, *Dossier Secreto: el mito de la 'guerra sucia' en la Argentina*, ed. cit., p. 124). Que nadie lo dude: si Verbitsky dice que Walsh estuvo con él, ahí estuvo.

José Amorín no duda de la autoría de los Montoneros y condena el hecho desde la perspectiva de una verdadera política de masas: "Se había llegado al *record* de la participación del salario en el PBI. Esto es que la clase obrera, la 'masa' según Gelman, pasaba por un momento de bonanza económica. Bonanza capitalista, pero bonanza al fin y al cabo. En lo que hacía a su bolsillo, los obreros en particular y los asalariados en general, no tenían reproches para Rucci. Nada más lejos de la clase obrera que el asesinato de Rucci, al menos en términos coyunturales aunque yo creo que también en términos estratégicos" (José Amorín, *Montoneros: la buena historia*, ed. cit., pp. 265/266). Una de las frases más célebres de Perón es: "La víscera más sensible del hombre es el bolsillo". La economía del país venía bien desde los tiempos de Lanusse. El nivel de vida de esos años era incomparablemente mejor al de los tiempos actuales. No había existido una década neoliberal de los '90. De esta forma, la situación concreta de las clases trabajadoras no daba para un alzamiento desesperado. Todo se jugaba desde la ideología. La idea de la "liberación nacional y social de la patria" tenía un componente más político e ideológico que económico. Sí, el imperialismo se llevaba nuestras riquezas, pero eran tantas que no había posibilidad de una rebelión determinada por situación de hambre o extrema pobreza.

Por último, Roberto Cirilo Perdía (a quien Yofre da como uno de los que *directamente* intervinieron en el atentado), dice: "Antes de asumir, el 1º de octubre, en una reunión con los gobernadores, Perón, Lastiri y el Ministro del Interior –Benito Llambí– formularon durísimas críticas a nuestro accionar (...) Era la respuesta de Perón a un hecho que había conmovido a toda la sociedad. El día 25 de septiembre, 48 horas después de la victoria electoral de Perón, José Ignacio Rucci –secretario general de la CGT– fue muerto, a la salida de una casa. *Las balas que segaron su vida pudieron haber partido desde diferentes trincheras*. Pero la mayor parte de las miradas apuntaron hacia nosotros. Más allá de quién haya sido el ejecutor material de este hecho, nosotros pagamos su costo político" (Perdía, *La otra historia*, ed. cit., p. 200. Cursivas mías).

¿A QUÉ JUGAMOS?

Otra vez Bonasso. La cosa viene dura aquí. Apunto a una pregunta que surge de un texto suyo y que es difícil de formular y más difícil aún de responder. "Ayer (escribe), los integrantes de la célula que conduce el diario *Noticias* fuimos al Tigre, a la isla de Walsh, a realizar prácticas militares (...) Tiramos con revólver, pistola, carabina 22 y escopeta (una del 16). Debimos hacer bastante ruido, porque al rato comenzó a sobrevolar la isla un helicóptero y tuvimos que escondernos entre altos pajonales, como en las películas de guerra" (Bonasso, *Diario de un clandestino*, ed. cit., p. 143). ¿Como dónde? ¿Como en las películas de qué? ¿De guerra? ¿Dentro de qué estaban los montoneros? ¿Dentro de la realidad político- militar de un país artillado hasta los dientes o dentro de una película? Yo presenté ese libro de Bonasso. Y Bonasso es un tipo de buen humor, abierto y aceptó esa tarde todas mis críticas. Hasta los pibes de HIJOS. Uno, cuando terminé, dijo: "Sí, es cierto: nuestros viejos se mandaron unos cuantos mocos". Corría el año 2000, y la persona que estaba a mi lado, y que había hablado antes que yo, me miro y dijo: "Bueno, al fin lo reconocen". Era Cristina Fernández. Esa tarde –sin embargo– no me animé a decir la honda impresión que me había provocado ese pasaje del libro de Bonasso. La liviandad de las armas, el lugar elegido para las "prácticas militares" (la isla de Walsh), el susto cuando aparece el helicóptero, la huida hacia los pajonales y la confesión que cerraba el párrafo: *"Como en las películas de guerra"*. Resultó ser una de terror. La película. Y lo fue –en enorme medida– porque pensaron que era una de guerra. La película. Uno podría decir: la revolución no se hace yendo al cine. Uno podría decir: sólo confundir la praxis con la aventura puede llegar a alguien a creer que está en una película. Sólo el deslumbramiento, la fascinación hipnótica con los fierros puede hacer creer a los militantes que están protagonizando *Arenas de Iwo Jima* o *Regreso a Bataan*, películas que habían visto durante su infancia. "De regreso a la capital (sigue Bonasso), mientras esperábamos que llegara la lancha en el embarcadero volví a tocar el tema de Rucci". Su amigo guapea y le dice: "Ahora (el Viejo) sabe que no puede llamarnos un día 'juventud maravillosa' y al siguiente pegarnos una patada en el culo". Bonasso concluye: "No me convence: sigo pensando que lo de Rucci ha sido un grave error y que podemos pagarlo muy caro" (Bonasso, ob. cit., p. 143). Ahí, en ese momento en que toma conciencia del costo de la acción miliciana contra Rucci, cuando advierte el "grave error" de apostar a los fierros, a la muerte, antes que a la política, se escapa de la película y empieza a pensar la compleja realidad en que está inmerso hasta el cuello.

EL "SOMATÉN"

Las cosas ya están planteadas. Los montos quedan fuera de la conducción de Perón. Perón dice "Me cortaron las patas". Maradona –en el Mundial de 1994– había dicho "Me cortaron las piernas". Las piernas, las patas, todo lo mismo. Maradona había jugado espectacularmente. Le metió a Caniggia una pelota de gol y fue gol y, luego, él mismo, de zurda, la metió en el palo derecho del arquero. Lo sacaron para el control antidoping y le encontraron la maldita efedrina, enemiga mortal del fútbol argentino. Perón, con las patas cortadas, luego de haber perdido un hijo, pierde la paciencia. Convoca a una sesión privada y empieza a diagramar a fondo la represión. Entre tanto, ya mataron a Enrique Grinberg, militante de las FAR. Se vienen los tiempos sombríos. Se viene –más que nunca– la resolución de los conflictos por la sangre. Si recurrimos a la teoría del *enunciador*, Perón pretendía –y con sólidos motivos– ser el único. Los Montoneros, soberbios, torpes, cagándose en las masas, también se asumen como enunciadores privilegiados a partir del amasijo de Rucci. No puede haber dos enunciadores. Ni enunciador primero. Ni enunciador segundo. Si a alguien (a Perón en este caso) el pueblo lo vota con el porcentaje más alto de la historia argentina, ese tipo es el *enunciador único*. Y –como dijimos– el movimiento peronista se estructura (como el grupo sartreano) a través del *juramento*. Todos juran ser fieles a Perón. Pero la libertad de los agentes prácticos corroe al grupo. El juramento es una *cosa.* Esa cosa elimina la libertad de todos y los hace ser fieles –*leales* es la palabra peronista– al juramento. Aquí se jura ser fiel a un líder. Se delega en el líder la libertad de los individuos. Los Montoneros jamás la delegaron. Esto los escindió de grandes sectores de la juventud peronista.

Señores: se pudrió todo. La tragedia se consolida y el camino a la destrucción total se precipita. La muerte de Rucci enardece a Perón. Decide, como lo hizo con Ezeiza, que los culpables son los grupos marxistas que intentan infiltrarse en el peronismo. La palabra *infiltración* ya forma parte del léxico pródigo del General. El 1º de octubre convoca a una reunión masiva de sus fuerzas leales en la Residencia de Olivos. Vienen Lastiri –que todavía es presidente provisional–, el secretario general del PJ, Humberto Martiarena, los miembros del gabinete nacional (que Perón apenas si alterará al asumir) y todos los gobernadores de provincia con sus respectivos vices. Perón –*que ya, secretamente, le había prometido al Ejército acabar con la guerrilla*– se lanza a una perorata terrible, de un macartismo agresivo, guerrero. Nadie puede dudar: es la guerra. Todos lo escuchan decir: "Hay que terminar con los marxistas infiltrados, para evitar que destruyan al Movimiento Nacional Peronista". Luego entregó a los suyos el célebre *Documento Reservado* que, sin embargo, *La Opinión* publicó al día siguiente, 2 de octubre. Se da esa fecha como la del nacimiento de la Triple A. Difícil compartir este criterio.

El 21 de noviembre se produce el atentado a Hipólito Solari Yrigoyen, senador radical. Estalla una bomba en su coche. Se salva. *Pero aquí, por primera vez, la Triple A firma el atentado*. Así, algunos creen que éste es su bautismo de fuego. Pamplinas. Primero) ¿Alguien puede negar que fue la Triple A (tal vez no organizada plenamente aún) la que actuó en Ezeiza? ¿Alguien puede negar que fue a esos asesinos a los que Perón dio cobertura política en su discurso de 21 de junio? Segundo) La Triple A cometía asesinatos por todos lados pero no firmaba aún. Vamos a analizar el trabajo impecable de Sergio Bufano en el Nº 3 de *Lucha Armada*. Ofrece una lista escalofriante de atentados y asesinatos sin firma. Esa lista ha sido elaborada por la confiable fuente de la *Latin American Studies Association*. Y la publica la *Universidad Autónoma de México* en 1978. "La lista culmina (escribe Bufano) un día después de la muerte del general Perón" (Sergio Bufano, Lucha Armada, Nº 3, p. 28). También, poco después de la muerte de Rucci, Perón explica a los suyos la idea del *Somatén*. *Diccionario de María Moliner*: "Milicia de Cataluña formada por ciudadanos que se reunía a toque de campana para perseguir a los criminales o defenderse de un ataque. ¡Somatén! Grito de guerra de las antiguas milicias de Cataluña". *Diccionario de Salamanca*: "Grupo de vecinos armados de Cataluña que se movilizaba en caso de emergencia". El que llevó a la práctica la idea del *Somatén* fue Primo de Rivera. Este fascista español –a quien Perón admiraba– gustaba decir una frase que era una original refutación de la dialéctica marxista, no desde la filosofía, sino desde la acción: "A la dialéctica marxista opondremos la dialéctica de las pistolas". ¿Quién mató a Rucci? Los Montoneros, por su soberbia, por su ineptitud política. Por asumir ese asesinato como una medalla al mérito revolucionario. Por creer que con él amedrentarían a Perón. Pero no. Se echaron encima a las peores bandas del país. A todos los matazurdos. Al *Somatén* peronista.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Chile en la hoguera

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

113 Chile en la hoguera

Suplemento especial de
Página|12

UN PAR DE CUESTIONES PENDIENTES

Como algunos escépticos péndex de los días que corren sonríen de costado cada vez que uno habla de la CIA (como si la hubiera inventado la militancia de los '70), husmeo que no les ha caído bien que le haya atribuido a esa poderosa organización (que –y hoy más que nunca– se ha movido por el mundo entero) injerencia en el asesinato de Rucci. Digamos: se trataría de un *lugar común* que debí haber evitado. Como, también, algunos montoneros que se brotan cuando uno trata mal a Firmenich se oponen a que sea considerada la posibilidad de su condición de *doble agente* es que voy a recurrir sin excederme a ciertos textos de Andersen. Conviene aclarar que *Mick* Andersen fue corresponsal de *The Washington Post* y de *Newsweek* entre 1982-1987. Cubrió el Juicio a las Juntas. Es miembro del staff del *Comité de Relaciones Internacionales del Senado Norteamericano*. Bueno, abreviemos: no hay cosa que Mick desconozca sobre los *International Affairs*. Lo que dice, lo dice avalado por los servicios de Inteligencia norteamericanos. Insistamos en un solo punto que tenemos que considerar decisivo: Mick Andersen fue corresponsal especial durante siete años de *The Washington Post*. Nada menos. Ese diario ostenta la medalla del desenmascaramiento en los Estados Unidos. Dos de sus hombres –Bob Woodward y Carl Bernstein– fueron los que desataron el escándalo *Watergate*. Cinco tipos fueron descubiertos poniendo "aparatos de escucha y monitoreo en el Comité Nacional del Partido Demócrata" (Luis Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, ed. cit., p. 291). *The Washington Post* empujó a Nixon hacia el borde mismo de su precipicio final. La fe en la palabra del diario creció enormemente. La rapidez y confiabilidad de su información. Hay un chiste que escuché en Nueva York –y que se cuenta a veces por aquí, pero mal– que expresa esta situación. Es así: hay un león durmiendo. Viene un oso y, al verlo tan dormido, tan entregado, abusa de él. (Se lo coge, por decirlo claro.) Satisfecho, el oso emprende la huida. Pero el león ha despertado y lo ve escabullirse. Furioso, lo persigue. El oso ha logrado llegar a una cabaña. Entra. Se sienta en un cómodo sillón junto a una chimenea de leños. Enciende una pipa. Se pone unos lentes. Una bata, unas pantuflas y empieza a leer *The Washington Post*. Desbocado, entra el león y mira hacia uno y otro lado. El oso, imperturbable, sigue leyendo y fumando su pipa. El león lo mira. Pregunta: "¿Usted vio a un oso por aquí?". El oso dice: "¿Qué oso? ¿El que se cogió (*fuck*) a un león?". Asombrado, el león exclama: "¡No me diga que ya salió en *The Washington Post*!". Bien, Mick Andersen –que perteneció a este diario entre 1982 y 1987– dice que Firmenich trabajaba con la CIA. De aquí que yo incluyera a esa organización entre los posibles magnicidas de Rucci.

"La confirmación definitiva de su actividad (*la de Firmenich*, JPF) como agente doble (...) proviene del agente del FBI Robert Scherrer, quien vivió casi toda la década de 1970 en Buenos Aires, y a quien el embajador Robert Hill había encomendado la tarea de vigilar la amenaza de la guerrilla (...) Scherrer dijo que Alberto Valín, un coronel que trabajaba para el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército de Buenos Aires, le confió que era él quien trataba con Firmenich" (Andersen, *Dossier Secreto: El mito de la guerra sucia*, ed. cit., pp. 146/147). Firmenich, por medio de este contacto, habría logrado que los Montoneros "recibieran el crédito de una serie de espectaculares, pero políticamente costosos, asesinatos que no habían cometido. Uno fue el asesinato de Rucci; otro el de Mor Roig" (Andersen, *ob. cit.*, p. 147). Si fue así, el costo de asumir los asesinatos fue tan alto que superó cuantiosamente la imagen de poder y hasta de espectacularidad que la Orga pretendía atesorar con esas maniobras.

Aclaremos un último punto: todo macartista es un tipo violento. Todo macartista es un proto-fascista o, sin más, un fascista. Alguna vez, Sartre dijo una frase que escandalizó a las buenas conciencias: "Todo anticomunista es un perro". No la suscribo, pero juro que jamás conocí a un anticomunista que no terminara acercándose al fascismo. Más todavía: hasta diría que todos los antiperonistas pasionales que conocí no terminaron en posiciones democráticas. De muy joven –lo dije– fui discípulo de Víctor Massuh. Por esos años, sus posiciones contra el marxismo, contra Sartre y –sobre todo– contra el peronismo me parecían posiciones discutibles pero que no disminuían la densidad de su pensamiento en otras cuestiones. Aun en esas que tanto lo alteraban. Solía pensar –de todas formas– con riqueza, abriendo caminos a discusiones fértiles. Terminó asumiendo la dirección del departamento de filosofía con el onganiato, fue un ideólogo activo del golpe del '76 acudiendo al programa de Neustadt y Grondona y acusando desde ahí el *populismo* del gobierno de Isabel. Y, por último, fue el embajador ante la Unesco del gobierno de los desaparecedores. Arruinó su vida. Volvió a la Argentina y no publicó un solo libro que valiera la pena. Apeló –como le dijo a Patricio Lóyzaga– "al silencio de Heidegger". Una comparación errada: ni Videla era Hitler ni él era Heidegger. Aunque, sin duda, Videla se acercaba más –mucho más– a Hitler que él a Heidegger. Su antiguo discípulo Santiago Kovadloff intentó rescatarlo, publicaron juntos algo sobre Maimónides, pero era imposible: Massuh estaba acabado. (Me gustaría escribir una obra de teatro sobre este tema. Porque a mediados de 1983 le envié a París una carta terrible, acaso despiadada. El contenido de esa carta sería la obra. Los personajes serían ficcionales, pero no dejarían de ser un profesor y su alumno decepcionado e impiadoso.) ¿A dónde voy con esto? A Rucci. Odiaba demasiado a los zurdos. De ningún modo puede representar al movimiento obrero un macartista. Seguro que había actuado en Ezeiza y no dudo en afirmar que –de haber vivido– habría acompañado a la UOM y a la Triple A en la toma armada de Villa Constitución. El crimen de Rucci –asumido por los montoneros– no sirve para ninguna teoría del empate. La gente de Cecilia Pando lo quiere utilizar para blanquear los crímenes de los militares. ¡Eso es un disparate y una ofensa! ¿Con qué van a blanquear esos crímenes? Además, no hay dos demonios ni puede haberlos. A ver si entienden: para que dos cosas puedan compararse y neutralizarse tienen que pertenecer a un mismo terreno, tienen que estar incluidas en una misma esfera, tienen que compartir un piso ontológico. Tienen que formar parte de un mismo espacio. Los crímenes del Estado pertenecen a la esfera estatal. Los de cualquier grupo civil a la esfera de la civilidad, de la polis. Es como querer equiparar la cancha de Boca con la *Casa Piscitelli* de música clásica o como querer poner frente a frente –buscando una similitud compartida– al Batallón 601 con una peluquería de señoras o con una agencia de desfile de modelos. El Estado y la sociedad civil son dos cosas tan distintas (en sus poderes, deberes y obligaciones) que, si bien tienen sus canales de comunicación, no tienen la misma forma legal de constituirse y actuar.

Rucci –por su macartismo– pertenece y pertenecerá a la derecha. Y lo levantará Cecilia Pando –con esa elegancia con que se pasa un dedo por la garganta para anunciarle su degüello a Eduardo Luis Duhalde– o ese caballero de *justicia para todos* que amenazó a un periodista. Atención, escuchen cómo habla un tipo con sed de venganza, que espera la hora de volver a matar (usemos, sí, esta expresión): *volver a matar*. Le dijo:

–Ya vas a ver cuando se dé vuelta la tortilla. Acordate de mí.

"LO QUE EN ARGENTINA SE LLAMA LA ZURDA"

Rucci tiene quienes lo recuerdan y hasta quienes le escriben poemas. Claro está: gente de derecha y hasta de extrema derecha. ¿Quién estaría buscando blanquear los horrores del Proceso si no tuviera simpatías por esos centuriones? Por el contrario, mis simpatías por Firmenich y por los capos de la conducción que no pusieron el cuerpo, que se guardaron en México, que estuvieron a enorme distancia de Juan Julio Roqué, son nulas. Roqué (que es *Lino*, el montonero al que *Operación Traviata* le adjudica el asesinado de Rucci) era el número uno de la Conducción Nacional en el país cuando cayó peleando el 29 de mayo de 1977, y que había escrito (en caso de morir) una carta para sus hijos en la que decía: "Yo recuerdo exactamente cuándo empecé a convertirme en un revolucionario. Fue un día de invierno muy frío, en que un compañero de la escuela primaria se cayó casi congelado en la puerta del edificio donde estaban las aulas. Yo tendría 8 o 9 años. Vi que ese chico tenía sólo el guardapolvo escolar encima de una camisa rotosa. De pronto sentí una profunda vergüenza por mis ropas abrigadas, por mis zapatos y medias de lana. Sentí como si yo le hubiese quitado la ropa a ese chico" (Baschetti, *La memoria de los de abajo*, volumen II, *ed. cit.*, p. 179). Este hombre, decía, no se exilió, no se rajó, se había hecho para pelear y estuvo en la suya hasta morir. Se había formado para ser lo que fue: un cuadro excepcional de la guerrilla urbana. Era un dotado para esa tarea. En Cuba, donde –como tantos– recibió instrucción militar, se reveló como tirador casi infalible, y tal vez debamos eliminar ese *casi*. No erraba nunca. A causa de esta extrema pericia se le atribuyen las muertes del general Juan Carlos Sánchez, en 1972, jefe del 2 Cuerpo de Ejército, temible torturador, y de José Ignacio Rucci. Lino no dejó de pelear hasta morir. Era su profesión, su destino y su fe más profunda. "Su hija María Inés Roque, exiliada y de larga estadía en México, dirigió en 1995 y estrenó en Buenos Aires en 2004 un documental donde recrea la vida de su padre, titulado *Papá Iván*" (Baschetti, *ob. cit.*, pp. 178/179). De los otros ya hablaremos con el tema de las contraofensivas. No crean que a mí me disgustaría una condena contra Firmenich. Pero jamás si la usan para absolver o blanquear a algún genocida. Además, las causas de Firmenich prescribieron. El juicio, la condena que lo alcanza es la de la mayoría de los militantes de los setenta que considera nefasta su tarea de conductor. Pero una cosa es Firmenich y otra es el Tigre Acosta o Massera, que asesinaron desde el estamento estatal y eso no tiene perdón. (Y que asesinaron y torturaron con una perversión y una crueldad a la que estuvieron muy lejos de llegar los guerrilleros de la Argentina. Que, entre otras cosas, no robaban niños.) El Estado es la carnadura institucional de la Justicia. No puede violarla bajo ningún concepto. Cada vez –si el mundo quiere avanzar y conseguir que la vida humana se respete– habrá que ejercer mayor control sobre los Estados, que son, además, los que arrojan a los pueblos a las guerras. O sea, deberán proliferar las organizaciones civiles de derechos humanos, de género, de raza, de defensa de la naturaleza. *Quítenle al capitalismo la posibilidad de expropiar a la naturaleza y lo debilitarán del único modo en que hoy es posible hacerlo*.

Volvemos a Rucci. ¿Quiénes (o quién) han cantado la póstuma gloria de este matazurdos, de este macartista ejemplar, de este hombre que dijo: "Si me pasa algo, que quede bien claro al movimiento obrero argentino que son los inmundos bolches y los trotskistas"? Esta frase, el día de su muerte, Canal 11 la repetía cada tres o cinco minutos, como si incitara a las bandas de derecha a salir a buscar venganza. *"Si me matan, los culpables serán los roñosos bolches"* (Citado por Osvaldo Soriano en *Artistas, locos y criminales*, tomo el dato de Germán Ferrari, *Símbolos y fantasmas*, *ed. cit.*, p. 306). Bueno, ahora atención: el que quiera reírse, que se ría; el que quiera vomitar, que vomite; el que tenga miedo, que lo tenga; el que tenga bronca o furia, que no se las niegue.

Creo que corría el mes de enero de 2001. Llega a mi casa un sobre, lo abro y me encuentro con un libro que tiene una dedicatoria: *¡Gloria a los vencedores de la Subversión! ¡Viva el 24 de marzo! ¡Viva la patria! Afectuosamente, Gabriel Ruiz de los Llanos.* Leo el inicio del capítulo 1: "Decir que era una rata es una verdad a medias. Porque haciéndole justicia a él no alcanza para hacerles también justicia a ellas. Habría que disculparse (...) Mugre del alma, lucía como luciera a lo largo de su vida: ayuno de todo señorío. Ajeno a toda aristocracia (...) Rápido para destruir, aunque para construir tardo, allí iba sin ir el "Robi" Santucho, conocido también como: "El Bastardo" (Gabriel Ruiz de los Llanos, *Avanza el enemigo*, Buenos Aires, 2000, p. 17. No consigna editorial). Ruiz de los Llanos –basándose "en la siembra monstruosa de atrocidades" que cometiera Santucho– escribe una nueva versión del Apocalipsis. Que dice así: "Y fue la izquierda, el Marxismo, lo que en Argentina se llama la Zurda, la que diera lugar a que emergiera la bestia (...) Y su nombre, el nombre de la bestia, era un nombre blasfemo de toda patria. Su nombre era: Subversión" (Ruiz de los Llanos, *ob. cit.*, pp. 17/18). ¿Quién es este señor?

HITLER: "SI TE DICEN QUE HE MUERTO, DESCONFIA"

El diario *Miradas al Sur* se ha tomado el trabajo de entrevistarlo. Ocurrió el 21 de junio de 2009. Don Gabriel es presentado como el poeta de la extrema derecha. El periodista que se ha tomado el poco agradable trabajo (y lo ha hecho muy bien) es Raúl Arcomano. Que hace saber a sus lectores que el señor De los Llanos no es un loco suelto, inofensivo. De ningún modo: sus trabajos "inundan sitios y blogs de innegable simpatía por cabezas rapadas y cruces gamadas. De Argentina y del resto de España y Latinoamérica. Por ejemplo, una web de jóvenes peruanos nacionalsocialistas calificó a su autor como 'el más grande poeta nacionalista de la América hispana del siglo XX'. El autor es argentino. Su nombre: Gabriel Ruiz de los Llanos (65), poeta del semanario *El Caudillo*, escritor citado por nazis confesos y por derechistas seguidores de (Cecilia) Pando y, además, un musulmán divulgador del Corán" (Raúl Arcomano, *Miradas al Sur*, 21/6/2009). No se trata de Hugo Wast. Ni de Ignacio B. Anzoátegui. No es un tipo del viejo pasado al que la democracia borró definitivamente. No, el reportaje es de hace unos meses nomás y el tipo está vigente en montones de sitios de la cloaca-Internet. (Nota: ¡Cómo ha proliferado la basura con esta permisividad anónima e impune que permite Internet! Es asombroso. Que tiene cosas buenas, las tiene. Pero todo el rencor, el odio y la mediocridad del mundo han hallado cobijo a su sombra. Ya que estamos, voy a precisar una frase que dije y se transformó en un símbolo. Tanto, que un tipo tan piola como Orlando Barone la puso de acápite cuando abrió su blog. En un pequeño reportaje dije: "No hay boludo que no tenga un blog en Internet". Lo sostengo. Pero otra cosa habría sido decir: "Todos los que tienen un blog en Internet son boludos". De todos modos, no quiero relativizar tanto la fuerza que tuvo la primera frase. Hay que participar de ciertas cosas que hacen a la ontología del boludo para ponerse un blog. Que cada uno descubra cuáles fueron las suyas.) Don Gabriel tiene extrañas y hasta ingeniosas teorías. Por ejemplo: Franz Kafka, judío con apellido capicúa, en *La metamorfosis*, expresó con desgarradora sinceridad el sentir auténtico del pueblo judío: *se sienten cucarachas*. A mí no se me había pasado por la cabeza. Ni que Kafka se leía lo mismo de adelante hacia atrás que de atrás hacia adelante ni que en esa poderosa novela el bicho en que se transforma Gregorio Samsa es el símbolo del pueblo judío.

Vamos a nuestro punto y dejamos a este personaje, que representa, sin embargo, a esa extrema derecha que pide lo que pide Cecilia Pando, venganza, que caigan los "asesinos del otro bando" para limpiar a los suyos, que tiene el odio del hijo de Larrabure. Y hasta (toda una sorpresa para mí) del hijo de Aramburu. Cuando salió mi novela *Timote, secuestro y muerte del general Aramburu*, Jorge Fernández Díaz (de *La Nación*) tuvo una idea amplia, que pudo haber dado buenos frutos. Ya que mi novela contenía un muy respetuoso tratamiento del general Aramburu y (según él) era un ejemplo acerca de cómo dos hombres enfrentados a muerte podían, sin embargo, dialogar, les envió un libro a Juan Manuel Abal Medina (hijo) y a Eugenio Aramburu (hijo). ¿Podrían reunirse y dialogar aprovechando el espíritu del libro? ¡Para qué! El Eugenio lo llamó fuera de sí. "¡Fernández Díaz, cómo se atreve! Retire ese libro de mi casa. No quiero verlo. Retírelo de aquí inmediatamente." "Pero vea, doctor, que se trata de una novela que, pese a que su autor es un hombre de izquierda, lo trata a su padre con un respeto ejemplar." "¡Saque eso de aquí! ¡No quiero verlo! ¡No quiero ni que esté en mi casa!"

Pero la gran joya del pensamiento de Ruiz de los Llanos es un libro de escasas 131 páginas que lleva por título: *Si te dicen que he muerto, desconfía*. En la tapa hay tres imágenes de... Adolf Hitler. Son varios poemas. Vamos a citar algunos pasajes de apenas dos. Uno, dedicado a Hitler. El otro, a José Ignacio Rucci. El de Hitler empieza así:

"Hijo
De la necesidad de ser de un pueblo antiguo
Y pobre (...)
Tomó la suerte de Alemania como suya,
Haciéndola posible".
Continúa:
"Los marxistas
Y los
tratantes de patrias, los judíos, te recuerdan"
Sigue:
"Hay furor de Führer
(...) Evócote de pie
Todo saludo,
A aquella gente que volvías loca,
Te pienso tanto cierto
como duro,
marchando por la vida
al paso de la oca"
(Ruiz de los Llanos, *Si te dicen que he muerto, desconfía*, 1974/1975, pp. 98/99)

El libro se halla antecedido por una frase del propio De los Llanos que merece una adecuada interpretación: *"Vivimos en un tiempo en el cual, es mucho más sensato confiar antes en la policía que en la Justicia"*. Remarquemos: este libro es de 1974/1975. Ruiz de los Llanos era el poeta de *El Caudillo*. Sus poemas preludiaban la muerte de los señalados en las listas de Felipe Romeo, cuyo cadáver todavía está en la morgue judicial. *Nadie quiere hacerse cargo de él*. (Salvo que algún facho valiente se haya animado a retirarlo.) ¡Qué triste destino de fiambre solitario, Romeo! ¿Y cómo es eso que te moriste de sida, vos, un "mata putos", un "súper macho", un tipo que "las tenía bien puestas"? ¿Te contagió una mina o un compañerito facho que te mimaba en tu horrible soledad de asesino abandonado por todos los que te sostenían? ¿Dónde están Lopecito y Lorenzo y Jorge Conti y Almirón? ¿Te dejaron solo? ¿Nadie tiene la piedad de ir a buscarte a la morgue y meterte en la tierra buscando algún cura (por ahí uno de los que consolaban a los que volvían de los vuelos de la muerte) que diga un Ave María por vos? ¿Ni familia tenés? ¿Ni una madre? ¿Todos se avergüenzan de vos? Bueno, mirá: tienen razón. ¡Qué símbolo, negrito! ¿Ves lo que eras? Un trapo de piso. Un asesino para trabajos sucios. ¿O creés que a Menéndez lo van a dejar morir así? ¿O a Videla? No, negrito: con grandes honras marcharán adonde tantos ellos mandaron. Los despedirá todo el gran país fachista enemigo de esa peste que denuncia De los Llanos: *la zurda*.

Después de una desvaída *Introducción*, el primer poema que mete De los Llanos en su libro es el que le dedica a Rucci. Aquí está:

"Vamos, José!, no se quede, que Ud. está
Invitado a los festejos.
Vamos!, a ver si justo ahora
Cuando todo está listo
Usted falla.
Me dijeron, que no iba a venir,
Que los comunistas
Lo habían encontrado por la calle
Y después.
Ud. No puede hacernos esto
Vamos José!
Nosotros que lo vimos en los diarios
Y en la calle
Mandando
A los traidores donde deben.
Nosotros, que a Ud., lo conocemos
Desde un tiempo difícil donde pocos
Sacaban la cara y la ponían
Armada de palabras, en contra de los rojos.
Vamos, José!
Yo sé que se ha caído
Pero viene.
Yo sé que se desangra
Pero vuelve.
Ahora
En el preciso momento de pasar revista
Reviente quien reviente
Ud., que quiso
Un mandato peronista
En tantas bocas, cuando digan
JOSE IGNACIO!
Los compañeros gritarán
PRESENTE!

El poema lleva por título *En memoria de José Ignacio Rucci*. ¿Por qué me habrá dedicado con un *afectuosamente* su libro Gabriel Ruiz de los Llanos? ¿Realmente me tendrá afecto?

LA BATALLA DE CHILE

Ni que se haya convertido en la fecha de la caída de las Torres Gemelas evitará que –para nosotros, para los hombres y mujeres de América latina– el 11 de septiembre sea la fecha del golpe de Estado más detestable de los tantos que padecimos. Se trataba de un gobierno elegido democráticamente. Se trataba de un país con un Ejército que –a diferencia de los de nuestro continente– había sido guardián del orden constitucional. Se trataba de un presidente que era un hombre noble, con ideas e ideales, un hombre honesto y un hombre valiente. Había tenido un gran apoyo de las masas obreras. Y una queja constante, un repudio sin tregua, del MIR, el principal grupo armado de Chile. Finalmente, todos los sectores de la sociedad –menos los obreros– se unificaron para voltearlo: el Ejército, los medios de comunicación, los gremios, las clases altas, las clases medias y –con un empeño criminal, furibundo– los Estados Unidos de Nixon y Kissinger. Las clases medias inauguraron la modalidad de salir a la calle con cacerolas y atronar el país pidiendo la renuncia de Allende.

Lo de Chile debió bastar. Pero todo –entre nuestras organizaciones armadas– les fortalecía las convicciones. El asesinato de Rucci envalentonó a los fierreros: ahí estaba la prueba, se podía amasijar nada menos que al jefe de la CGT y nada. Una operación perfecta. Y Perón se la tuvo que comer. La política de superficie retrocedía. Dije: *lo de Chile debió bastar*. Si Allende había caído con la actividad febril, desvergonzada de la CIA, si Perón se había mostrado tan obsecuente con los golpistas, aceptándolos, maltratando a los refugiados que habían conseguido cruzar la Cordillera, eso indicaba que seguía siendo un militar anticomunista, como todos. Y que lo del socialismo nacional había sido una patraña para atrapar a los jóvenes en la etapa del enfrentamiento a Lanusse. *Nunca olvidemos esto*: Perón, al día siguiente de Ezeiza, en lugar de actuar con la cautela de un estadista, de un conductor que debe manejar a todas sus fuerzas y equilibrarlas con su autoridad, *no ordenó la más mínima investigación sobre el hecho*. Avaló todas las acciones de los mercenarios del palco. No necesitaba una investigación: *ya traía de Madrid la política que iba a aplicar*. El discurso del 21 de junio no puede haber surgido de un día para otro. Perón y los suyos –todo el entorno de la derecha que, lejos de cercarlo, él conducía– venían a parar la mano. A frenar a la Tendencia, a apartarla, dejarla de lado. De aquí la rapidez con que les echa la culpa sin tener pruebas de nada. La decisión era previa. No necesitaba pruebas. Les arrojó toda la responsabilidad a los jóvenes. Fortaleció a los viejos. Exigió volver a las 20 verdades peronistas. A Osinde lo puso de secretario de Deportes (¿). Y López Rega quedó políticamente blanqueado por las palabras del líder. Nada: ni una investigación. Los culpables: los infiltrados. Ahí –los grupos de derecha– advirtieron el margen de violencia que el líder les otorgaba. Podían hacer lo que quisieran. Se acabó el trabajo territorial. La gente –la mayoría que había ido a Ezeiza, por ejemplo– no fue nunca más a una movilización popular. Era jugarse la vida. Como dice Verbitsky en *Ezeiza*, durante esos días Rucci inaugura un polígono de tiro en la CGT. Es la juventud peronista la que sale derrotada con la remisión del trabajo militante de la territorialidad. Los fachos no movilizaban nada, no hacían trabajo de base. La Jotapé, sí. La violencia anula el trabajo de base.

Pero lo de Chile lo menos que podía producir –como elemental gesto de sensatez– era poner las barbas en remojo, retrarse. Salvo un detalle: era imposible. La izquierda armada –peronista o no– no veía en la muerte de los suyos una derrota, sino una victoria. Guevara no se había equivocado con la teoría del foco en Bolivia. Por definición: el Che no podía equivocarse. El Che siempre había sido infalible y heroico, ¿Cómo atreverse a hablar de una equivocación, *cómo atreverse a criticarlo*? (Esto todavía tiene más vigencia hoy, ya que se lo ha transformado en un semidiós intocable.) La izquierda transformaba a todo muerto propio, no en un derrotado, sino en un mártir. Al hacerlo, no había derrotas. Sólo ejemplos a seguir. ¿Guevara murió en Bolivia? Su ejemplo nos muestra hasta dónde debemos llegar nosotros: hasta el fin, hasta entregar la vida. También esa foto que –lo juro– a mí me parte el corazón, porque es un civil, porque es un tipo que no abandona el barco, porque no es como Perón ni aun como Don Juan Manuel que partió de Caseros a la *farm* en Southampton, sino que se quedó, don Salvador Allende se quedó, puso el pecho. Y esa foto en que sale de La Moneda, rodeado de unos pocos, con la metralleta, el casco y mirando hacia un costado, buscando al enemigo, tuvo el poder de la de Guevara en el piletón de Vallegrande. ¿Cómo no lo iba a tener? Pero eran sus últimos minutos de vida. Lo derrotaron. Lo asesinaron. Otra vez todos alaban y festejan a un mártir. No se ganan las guerras con mártires. No se ganan las guerras con guerrilleros crísticos, devastados por el asma, denunciados por los campesinos, bebiéndose sus orines

porque ni agua tienen. Sí, esa entrega conmueve. Pero los que ganan son los otros. Y ganan porque la estrategia de guerra con que se los enfrentó fue equivocada. O, al menos, habría que revisarla a fondo. En lugar de ver en la derrota de Allende el toque de atención para frenar la mano. Lo que ven es que Guevara tenía razón: el camino es la lucha armada, no la democracia, no la vía pacífica. Salen libros con títulos que lo dicen todo: *Allende, la vía pacífica al desastre*.

LAS CONSIGNAS SOBRE CHILE

No quiero decir que estábamos locos. Pero si quieren puedo mencionar un acto totalmente pelotudo de mi parte. Apenas cae Allende, la Jotapé apela a su arma favorita: la movilización. Salgamos a la calle a decirle a Allende que estamos con él. Yo voy a dar mi clase. Era ya en la calle Córdoba. Daba Historia del Pensamiento Latinoamericano. Se me acercan dos pendejos:

–Compañero, vamos a levantar las clases. Tenemos que movilizar al estudiantado en defensa de Chile.

–Perfecto. ¿Qué hay que hacer?

–No, vos nada. Sos el profesor. No queremos comprometerte. Entramos en la clase y nosotros nos encargamos de levantarla.

–De ningún modo, la clase la levanto yo. Soy un profesor de la JUP.

–Es para que no des la cara.

–No jodas. Ya la di hace rato la cara.

Los despedí y fui hacia el aula. Les hablé media hora del proceso chileno. De la vía democrática al socialismo. De Salvador Allende. Y los invité a salir a la calle y unirse a las columnas de la Jotapé.

¿Qué creía que estaba haciendo? No sé, acaso salvando al buenazo de don Salvador. Conduciendo a los jóvenes a expresarse a favor de una causa justa. Cuando salí, las columnas de la Jotapé eran enormes y las consignas que se cantaban, penosas. Patéticas. No servían ni servirían para una mierda. Pero ahí íbamos todos. Yo, un pelotudo de treinta años. Guapeando frente a dos pendejos que estarían cursando a lo sumo alguna introductoria. "Ya di la cara hace rato." ¿En serio crees que diste la cara? ¿Cómo quién, como Felipe Vallese o Tosco o Walsh y Ortega Peña, ante quienes, definitivamente, el pendejo eras vos y te faltaba mucho todavía para decir algo que ellos sí tenían el derecho ganado a decir? Debiste haberte metido esa frase ya sabés dónde y no haberla dicho, huevón. Debí haberme ido a mi casa y ponerme a llorar. Porque yo sí hubiera podido llorar por Allende, no como el desdichado personaje de Alan Pauls en *Historia del llanto* (buena novela). Pero ahí estaba: el pelotudo de José entre toda la pendejada de la Tendencia ejercitando una vez más la estéril maratón de los barrios. Y fueron muchos los que dijeron esto:

–Pero, ¿qué somos? ¿Maratonistas?

Las consignas eran:

HERMANO CHILENO/ NO BAJES LA BANDERA/

QUE AQUI ESTAMOS DISPUESTOS A CRUZAR LA CORDILLERA

¿Se imaginan el desastre que esto hubiera sido en caso de no ser absolutamente imposible? Ninguno de los que estaban ahí podía cruzar la cordillera. Y, en caso de que este milagro tuviera lugar, los aviones de Pinochet los harían papilla a bombazos. Pero si algo sobró fueron las consignas. Algunas –incluso– fueron ingeniosas. Todas decían lo suyo. Ninguna era irrelevante. No había una que no mereciera ser estudiada. De modo que vamos a seguir tamándolas en cuenta. Seguimos el notable trabajo de compilación de César Tcach en *La política en consignas*, *Memoria de los setenta*, ed. cit. Si bien muchos de los que vivimos esa época de trueno las conocíamos, ¡alguien tenía que compilarlas! Y los lectores de hoy –lo he comprobado– quedan atónitos. ¿Qué Mayo Francés ni Mayo Francés? Tomemos cualquiera de los francesitos. Una verdaderamente linda: *Debajo de los adoquines está la playa*. ¿La van a comparar con *Rucci, carajo, contame cómo crecen rabanitos desde abajo*? Que es macabra, sí: eso pretende. Festejar la muerte de un tipo que jugaba en otro bando. Pero lo macabro está expresado con ingenio, con humor. Con humor negro, negrísimo. Como algunas de las otras que se vocearon a raíz de la hecatombe de Chile:

Atención/ atención/ atención/ atención
Toda la cordillera va a servir de paredón

Como vemos, el paredón cubano –al que busca olvidarse– estaba muy presente en la militancia juvenil. El Che en la fortaleza de La Cabaña. Los juicios sumarios de los Tribunales Revolucionarios asumidos por combatientes jóvenes, jacobinos implacables. Al frente de ellos, el más implacable de todos los implacables: Ernesto Guevara Lynch, el Che. Se pedía la cordillera de Los Andes de paredón. Era una desmesura. Era la exaltación del fusilamiento en masa. Era algo imposible (y lo sabían los militantes), de aquí que la consigna tenga más un tono de elaborada exageración que de sensata realidad. Como suele ocurrir, los que usaron la cordilllera de paredón fueron los otros. Los pinochetistas ayudados por los yankis. Lo veremos mejor: pero el papel de Estados Unidos en el golpe de Chile fue desvergonzado.

Allende/ Allende/ el pueblo te defiende
Guevara/ Guevara/ el pueblo se prepara

Esta no valía gran cosa. ¿Cómo cantar en las calles de Buenos Aires algo que ya ni en Chile se cantaba? ¿De qué servía defender a Allende si ya estaba muerto y derrotado? *Guevara, el pueblo se prepara.* Los fachos sanguinarios ya habían hecho su tarea en Chile y la venían haciendo en la Argentina, ¿y recién se le decía al Che que el pueblo se estaba preparando?

Fuera de Chile/ Fuera de Argentina
Fuera los yankis de América Latina

Esta era una petición. Que se vayan. Pero de nada servía pedirles que se fueran. No se iban a ir a menos que los echaran. Y el poder de fuego de los que querían echarlos y el de los que querían quedarse era incomparablemente dispar. Los que querían quedarse eran un Imperio. Los que querían echarlos, un grupo juvenil con una vanguardia armada que no tenía ni respaldo de su Gobierno ni respaldo popular.

Una de tonalidades anales:

Yo tengo fe que Chile va a ganar/
Yo tengo fe que Chile va a ganar/
Y que va a romperle el culo a la Junta militar

Ante todo, tiene un error en el ritmo. Debió ser: *Y va a romperle el culo a la Junta Militar*. Con rima, con ritmo, con lo que fuere y, sobre todo, sin consignas ingeniosas, ocurrió exactamente lo contrario: la Junta Militar le rompió el culo a Chile. Para desgracia de Chile y de la condición humana en general. Fue un desmadre del horror.

La próxima consigna ya no tiene esperanza alguna. Ya revela la derrota. Trata de que sea digna.

Allende, Allende/ no se suicidó
Lo mataron los yankis/ la puta que lo parió

Era una consigna justa. Los yankis y Pinochet buscaron imponer una mentira: el suicidio de Allende. Vean, si a un tipo que resiste hasta el fin se le vienen cuatro soldados con metralletas para liquidarlo y ese tipo se vuela la tapa de los sesos, *eso no es un suicido*. Es arrancarles a los carniceros la posibilidad de humillarlo. *No me van a tener, hijos de puta. No me van a tener vivo. No van a jugar conmigo. No me van a colgar cabeza abajo. No me van a seccionar la lengua ni los testículos para tirárselos a los perros. No me van a exhibir en la Plaza Pública como un trofeo ante las conchetas oligarcas de los cacerolazos de los últimos días. Siempre lo dije: si viene la escoria derechista, oligarca, antipopular y asesina, de aquí, de La Moneda, me sacan con los pies para adelante.* Y así fue.

SALUD, DON SALVADOR ALLENDE

Perón empezó a hacer declaraciones. A la prensa italiana primero. Dijo el líder del socialismo nacional devenido líder de la etapa dogmática y del anticomunismo beligerante: "Lo sucedido en Chile demuestra que Allende cayó víctima de su sectarismo, de su política tendiente al exceso (...) O los guerrilleros dejan de perturbar la vida del país o los obligaremos a hacerlo con los medios de que disponemos, los cuales, créame, no son pocos (...) La guerrilla molesta, daña la vida política y económica del país. Pero no tendrá éxito: si la guerrilla insiste, sucederá lo que en Santiago, donde la responsabilidad no fue de los militares sino de los guerrilleros" (*La Razón*, Edición 5ta., 25 de septiembre de 1973 –el exacto día del asesinato de Rucci–, página 1. Citado por el muy documentado libro de Germán Ferrari, *Símbolos y fantasmas, Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la "justicia para todos"*, p. 322).

El líder justicialista fue el primer presidente constitucional de América latina que se encontró con Pinochet en la base de Morón, la misma en que aterrizó en lugar de hacerlo en Ezeiza. El suyo fue el primer gobierno que reconoció a la tiranía sanguinaria de Chile, antes que Estados Unidos. Días antes del golpe, militares chilenos se entrevistaron con él, le informaron de su decisión de tirar a Allende y le preguntaron cuál sería su posición. Perón aceptó. Los refugiados argentinos que se asilaron en la Embajada en Chile y los que llegaron a nuestro país sufrieron un trato degradante; eran delincuentes, sin más.

En su último mensaje, don Salvador Allende dijo a su pueblo y a todos los pueblos de América: *¡Trabajadores de mi Patria!: Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán de nuevo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! , ¡Viva el pueblo!, ¡Vivan los trabajadores!*

La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

El criminal de guerra Richard Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, peor criminal de guerra aún, odiaban a Allende con una pasión enfermiza. En octubre de 1970, Nixon dijo sobre él palabras injuriosas: *"That son of a bitch, that bastard".*

Pero esa imagen de este hombre sereno –aunque capaz de encarnar la fuerza de un tornado–, que lo único que nos dejó, como pertenencia, fue el pedazo ensangrentado de uno de los vidrios de su anteojo, este hombre maduro, con canas, que sale de La Moneda con casco de guerra y matralleta, para morir peleando, tal vez insensatamente, pero como él lo sentía, es, para mí, el símbolo más puro de la rebeldía, porque trató de cambiar el mundo por los caminos de la democracia y de la paz, y porque no pudo, porque los asesinos del poder internacional no lo dejaron, agarró una metralleta, se puso un casco de guerra y decidió (como esos bravos, legendarios marinos con sus barcos) hundirse con su causa. ¡Ah, don Salvador Allende, ojalá hubiera yo tenido alguna vez en mi patria un líder como usted! Simple, duro, pero sensible, amigo y compañero de la gente de su pueblo, sin sinuosidades, con una sola palabra, la misma de siempre, la que marcó la coherencia de sus días, y, por si fuera poco, con esos cojones, don Salvador, que le hicieron decir: *De aquí no me voy, que sigan otros, no van a faltar, y van a llevarme en sus corazones como a un hombre puro, como a un guerrero y como a un demócrata que les va a henchir el pecho de orgullo y de exigencias perentorias, porque, de ahora en más, todo chileno que sepa que tiene detrás la figura de don Salvador Allende, sabe que no se viene a la vida a jugar, a gozar de las liviandades y las tentaciones, sino a meterle el alma y el cuerpo a las causas duras, las de la injusticia, las del hambre, las de la tortura y la muerte. Es mi legado.*

Lo es. De esta forma, entonces, con voz serena, sosegada, sin un mero matiz que nos acerque a la estridencia, menos aún a la solemnidad, con la sencillez con que se despide a un amigo al que se ha querido mucho, aceptando la muerte, pero sin hacer de ella la clamorosa culminación de nada, sólo un hecho más de la vida, digámosle a este hombre civil y honesto, que pasó por este mundo sin defraudarnos, ante todo que repose en paz, y, luego, honrándolo como creemos es necesario hacerlo, simplemente: *Salud, don Salvador Allende. Salud y gracias.*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La violencia ocupa el centro de la escena

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

114 La violencia ocupa el centro de la escena

Suplemento especial de
Página|12

EL "DECANO DE LA PRENSA CHILENA" Y EL GOLPE DE PINOCHET

Se le dijo el *pinochetazo*. Ese general que se saca esa fotografía de frente, la jeta alzada, los bigotes y los anteojos negros, es la perfecta imagen del carnicero latinoamericano. Bombardean el Palacio La Moneda. Matan a Salvador Allende y salen a "cazar zurdos". Luego, para interrogarlos, para torturarlos, los amontonan en el Estadio Nacional. El clima previo había sido laboriosamente trabajado. Huelgas pagadas por los empresarios, desabastecimiento, devaluación de la moneda, el constante deterioro que los grandes diarios de la derecha chilena (no hay en Chile, hoy, un diario de izquierda) ejercen sobre el gobierno por medio de una prédica obsesiva que no trastrueca la verdad sino que la inventa, que, sin más, si hay que mentir, miente, y una población de clase media y alta que sale enfurecida a cacerolear. Analicemos –porque es de gran utilidad hacerlo– el papel jugado por *El Mercurio*, diario al que llaman el decano de la prensa chilena. (*Nota:* La noche del *cacerolazo* contra De la Rúa, lo llamé a mi gran amigo Salvador Sammaritano –que no sólo era un gran cinéfilo, sino también un gran musicólogo: un amigo ideal para mí, compañero de charlas interminables desde Eisenstein a Gershwin, desde Truffaut a John Ford, desde Chopin hasta Shostakovich– y lo invité a salir a acompañar a la gente que se iba para la Plaza de Mayo. El Negro se negó. Y dijo: "Mirá, pibe, yo, a las cacerolas les tengo alergia. Las cacerolas lo voltearon a Allende. Son reaccionarias". Tal vez le dije que esa noche estaban cumpliendo otra función porque recuerdo escucharle decir: "No tienen otra función. Las inventaron las conchetas chilenas y siempre van a estar al servicio de la derecha". Era sabio el Negro. No sé dónde estará ahora. Pero seguro que si le ofrecieron el arpa no pidió reemplazarla por la cacerola.) Nos basamos en un notable documental de Ignacio Torres y Fernando Villagrán, *El diario de Agustín*. Los miembros de la familia Edwards, que han estado sucesivamente al mando del diario, se han dado todos el nombre de "Agustín". *El Mercurio* influyó poderosamente en el desarrollo de la vida chilena. También ocupa un lugar destacado en la cultura argentina. El 2 de mayo de 1845 aparecen en *El Progreso* de Chile las primeras entregas del *Facundo* sarmientino. Tres meses después *El Mercurio* adquiere los derechos y es en sus páginas donde se continúa la obra maestra de las letras argentinas (*Nota:* Ver: Allison Williams Bunkley, *Vida de Sarmiento*, Eudeba, Buenos Aires, 1966, pp. 179/180). Es el diario del poder. El diario de las clases altas. El diario de los terratenientes y de los grandes hombres de negocios. Durante la Guerra Fría, por consiguiente, fue el diario del occidentalismo cristiano. En otro documental –que ya mencioné– y que lleva por nombre *Los juicios de Kissinger* se analiza la omnipresencia del secretario de Estado de Lyndon Johnson, Richard Nixon y Gerald Ford en todos los pasos que tuvo que dar Estados Unidos por su política de Seguridad Nacional. Uno de los más importantes fue desestabilizar al gobierno de Salvador Allende, elegido en elecciones democráticas, que, explícitamente, quería emprender "la vía pacífica y democrática al socialismo". El general Alexander Haig (a quien tal vez algunos recuerden por su intervención en el affaire "Malvinas" en Argentina) aparece detrás de un enorme, lujoso escritorio y dice: "¿Y qué querían que hiciéramos con Allende? Tirarlo, claro. ¿Otro gobierno marxista en América latina? ¡No!". Dice "¡No!" extendiendo las manos en un gesto que se juega entre el hartazgo y la agresión. En inglés dice el vulgar, populachero y contundente: "*Come on!*". El elegido para la tarea de limpiar a Allende es Henry Kissinger, especialista en estas cuestiones. Agustín Edwards viaja a Washington y se entrevista con Nixon y Kissinger para poner todos los medios de *El Mercurio* a disposición de los planes de Estados Unidos que, en ese momento, ya tiene a Chile invadido por agentes de la CIA y el FBI. De todos modos, dice, tirar a Allende requerirá un gran esfuerzo, conque solicita una ayuda monetaria extra para que *El Mercurio* pueda cumplir con su tarea fehacientemente. *Nixon y Kissinger le dan dos millones de dólares*. (¿Seguirán pasando estas cosas?) En el documental de Torres y Villagrán se lo ve a Edwards junto a los dos titanes del Imperio en amena charla. ¿Para qué se sacarán esas fotos? ¿De qué creerán que piensa uno que hablan? Pero sucede que están convencidos. En la Guerra Fría el terreno de combate era la periferia. Ni EE.UU. ni la URSS tuvieron enfrentamientos directos. Lucharon en zonas adyacentes. En las cuales el enemigo se "infiltraba". Si los soviéticos entraban con sus tanques en Praga era porque esa "primavera" era el preludio de una fatal penetración capitalista. En Hungría, idéntico. Para los norteamericanos, Allende era, sin más, el marxismo. Para el MIR chileno, el principal movimiento guerrillero, Allende era un reformista, un tibio, alguien casi más dañino que un reaccionario. (Semejaban la torpeza, la falta de matices políticos de las que aquí, en Argentina, hizo gala el ERP.) Pinochet no hizo diferencias entre unos y otros. Los masacró por igual. Antes del golpe, en nuestro país, Carlos Ulanovsky entrevistó al célebre animador televisivo Nicolás Mancera. Quien –un poco inesperadamente– dice que Allende no puede gobernar por los problemas que le traen los grupos armados del marxismo. Esa gente del MIR que no le da sosiego. Ulanovsky, muy sereno, le dice que no comparte esa opinión: "Los que le impiden gobernar a Allende son los grupos de derecha, los sectores empresarios y los grandes diarios ligados al capital internacional".

Torres y Villagrán, las autoras del documental, son unas jovencitas laboriosas, bonitas y con cara de ángeles que hacen reportajes a personajes siniestros. Entre ellos, el director de *El Mercurio* durante la dictadura de Pinochet. Le preguntan: "¿A usted le pareció bien que luego del golpe Pinochet cerrara todos los diarios menos *El Mercurio*?" El ex director responde: "Pues sí. A cualquiera le gusta que le eliminen la competencia". El tipo es –sin posibilidad de duda– un tarado completo. Porque además responde sonriente, eufórico y hasta intenta ser seductor con las niñas. De modo que en lugar de decir "no fue un gesto democrático", cualquier mentira que lo cubra de los tiempos actuales, el zapallo habla como si todavía estuviera Pinochet y dice semejante (sincera) barbaridad: que Pinochet le eliminó la competencia.

La "eliminación" de Pinochet no era la del mercado (*o acaso sea la "eliminación extrema" a que el mercado puede apelar*) sino la simple y pura eliminación física de los empleados y dueños de esos diarios. Al director de *El Mercurio* le había venido bien: menos competencia. Al final, como las niñas siguen insistiendo con preguntas relativas a los derechos humanos, el hombre se ofende, se levanta y se va. "Yo también tengo mi orgullo", deja esa frase. Su salida no es muy airosa porque se da con el micrófono que un sonidista mantenía sobre su cabeza.

Luego aparece un tipo gordo y absolutamente inexpresivo. Fue jefe de la policía secreta chilena y amigo de los dueños de *El Mercurio*. Declara: "Para nosotros, matar comunistas era una necesidad biológica. Necesitábamos matarlos para poder gobernar. Matamos muchos. Pero para mí nos quedamos cortos". Se ven imágenes de Pinochet y Agustín Edwards por todos lados. En cenas, inauguraciones, desfiles. *El Mercurio* gobierna. De pronto, se lo ve a Pinochet. El Monstruo habla. Dice: "La democracia es el caldo de cultivo al comunismo. Y este gobierno repudia al comunismo". Frase tristemente célebre para nuestros oídos. Hoy, probablemente, algún Kissinger ya susurre en los oídos de Obama: "La democracia es el caldo de cultivo al populismo. Y nosotros repudiamos al populismo".

El caso de *El Mercurio* es paradigmático. Es el del periodismo al servicio de los grandes poderes políticos y financieros del país, que están entreverados con la diplomacia norteamericana. Si Kissinger hizo seguir los bombardeos en Vietnam luego de Johnson, si arrasó con Camboya sin declarar la guerra, si en Timor, por considerarlo un enclave peligroso, arrojó impunemente sus bombas, si en Chile derrocó a Salvador Allende y si vino a la Argentina a supervisar el golpe de Videla, se me permitirá creer que, acaso no él porque está muy viejo o ya decididamente viejo, sino un junior, un discípulo aventajado o los organismos que siempre se han dedicado a estas tareas, estén muy interesados en los procesos populistas de América latina. Venezuela en primer lugar, donde la prensa tiene un papel de excepcional agresividad. Bolivia, donde un golpe acaba de fracasar por causa de la primera cumbre *autónoma* de presidentes latinoamericanos. Una cumbre no convocada por la OEA, que funciona como órgano supervisor de Estados Unidos. Y Argentina, donde la presión mediática sobre el Gobierno es más que visible, más que evidente y hasta más que grosera. *El Mercurio* está entre nosotros. ¿Qué intereses defiende? Los de siempre. Los geopolíticos ante todo. O sea, la alineación franca, directa con Estados Unidos. Y luego los de las grandes finanzas y los de los grandes terratenientes. Allende no tenía frente a sí una oposición política importante. Lo tenía a *El Mercurio*. Al que se sumaba una intervención activa de Nixon, Kissinger y Alexander Haig (que hoy tienen sus adecuados reemplazantes, siempre muy atentos). Allende tenía también otro enemigo poderoso. *El Mercurio* le levantó a las conchetas chilenas, que son terribles, bravísimas. Les dio la orden de cacerolear. La cacerola la inventaron los chilenos para echar al "comunista" Allende. Y lo tenía en contra al que llamaba su "amigo", un hombre que "respeta el orden institucional": la fiera de Pinochet. El inventor del golpe cruel, inhumano, de los centros clandestinos, de la tortura sistemática.

El Mercurio nunca se arrepintió de nada. Muchos periodistas chilenos del pinochetismo pidieron disculpas, se sincararon, declararon no conocer el verdadero horror. Se les puede creer o no. Sin duda no se les *debe* creer. Un periodista tiene el deber de estar informado. Pero, al menos, pidieron perdón. *El Mercurio* sigue impávido. Había que barrer al comunismo y eso se hizo. No hay más que hablar. No sería aconsejable creer que la historia de *El Mercurio* se reduce al caso chileno. Si nos miramos en ese espejo veremos nuestra cara. Con otros matices, sí. Pero con demasiadas semejanzas.

ALLENDE: "EL GENERAL PINOCHET ES MI AMIGO"

Hemos establecido que no es desaconsejable acudir a la ficción para buscar perspectivas inusuales en nuestros análisis. La ficción tiene el poder de liberarnos de las ataduras de lo comprobable. Ese mandato que se le impone al ensayista: todo lo que digas deberá ser probado por una cita a pie de página. Esa cita explicitará tu fuente. Esa fuente dará validez a tu escritura. Nadie dudará de ti si lo aplastas con mil citas. Acaso logres impresionarlo tanto que desatienda que no le has entregado una sola idea.

Sin embargo, creo que el escritor de ficciones suele documentarse más que el historiador. Al menos, en una primera etapa. Recuerdo una conversación con Andrés Rivera. Hablábamos de su poderosa novela *La revolución es un sueño eterno*. Se sabe: la novela gira en torno de Juan José Castelli y la Revolución de Mayo. Rivera me decía: "Durante un largo tiempo no hice más que leer. Documentarme. Mi escritorio estaba siempre cubierto de libros. Un día, tiré al demonio todos los libros y empecé a escribir". Ese día se sintió libre. Sus lecturas estaban en él pero ahora era necesario crear, salir de las citas, inventar lo verosímil, lo imposible posible. Lo que no fue pero debió ser o pudo haber sido y nos entrega un mayor conocimiento, desde las palabras, desde la imaginación, desde el riesgo.

En mi novela *Carter en New York*, Joe Carter le cuenta a un amigo moribundo ciertas modalidades de su oficio. Antes, lo ha observado bien y advierte que el pobre tiene un miedo excesivo, absurdo. Piensa: "Dan pena los moribundos. Son como esos muñecos pequeños con que juegan los niños. Todo va bien, te diviertes, el muñeco va de un lado hacia otro, pareciera un pícaro, un vivaracho incontenible. Mas, de pronto, se le acaba la cuerda. Sus movimientos expresan una lastimosa lentitud, una torpeza imperdonable, choca contra la pata de una silla, se queda ahí como un idiota, como si buscara vencer lo invencible, que es, para él, la pata de esa silla. Mas no parece advertirlo. Te das cuenta: está muriendo. En un minuto o dos su cuerda llega a su fin y él cae sin dignidad, sin gloria, como un pequeño muñeco de lata, un juguete barato, una mentira. No estaba vivo, sólo le habían dado cuerda" (JPF, *Carter en New York*, Planeta, Buenos Aires, 2009, pp. 103/104. Aclaro que el lenguaje de Joe Carter es el de las traducciones de las novelas pulp que leí en mi infancia. Se supone que él habla y narra en inglés. Decidí recrear ese lenguaje. Salió algo inesperado para mí y una escritura nueva que consiguió seducirme. No sé si a todos. Pero sí a mi talentosa editora, la novelista Paula Pérez Alonso, a quien dedico esta nueva intromisión de nuestro personaje –porque también le pertenece a Paula: por su entusiasmo, por su apoyo y su alegría de lectura– en mi filosofía política del peronismo, que transita, en estos momentos, por la tragedia de Chile). El amigo que ya se muere le pregunta a Carter cómo sabe tanto de la muerte. Carter le dice que la muerte es su profesión. Que se ocupa de eso. Que es un detective privado como muchos, pero sobre todo un asesino, algo que no le desagrada. Dinero, gana a carradas. Lo llaman del FBI. O de la CIA. Mató a uno que otro demócrata (o seguramente a más, a muchos más) que les hacía el juego a los rojos. Conoce mucho de contrainsurgencia, y no le queda otra salida sino practicarla, le guste o no. Porque el problema –ahora– es el Islam. Pero a los 24 años conoció al senador republicano Alexander Higgins. (*Nota:* Se trata, claro, de Alexander Haig.) El hombre era un genio. Uno de los grandes cerebros que –allá por 1973– liquidó al gobierno socialista de Salvador Allende. Y que –no hacía mucho, entre un trago y otro– le había confesado ciertas cosas. "Sabes, Carter, Allende tenía la beatitud de un arcángel. Mas, ¿qué podía hacer yo? Sólo reconocerlo, pero no evitar mi trabajo por sentimentalismos peligrosos, que te mienten o te ciegan. La última vez que estreché su mano, poco antes del golpe que acabó con su vida, abandonaba yo la República de Chile, todo estaba ya hecho. Acerqué mi cara a la suya y en voz muy baja pero audible para él y para mí, le dije: 'Es usted un hombre puro. Comunista o no. Cuando le caiga encima el caos que le hemos preparado recuerde estas palabras de uno de sus enemigos. Es usted un hombre bueno, equivocado pero honesto y valiente. Estrecho su mano con orgullo, doctor Allende. Y es la última vez que lo hago'. Me miró a través de esos anteojos doctorales, de académico, de hombre culto. Dijo: '¿Por qué si tanto me respeta está al lado de quienes buscan mi destrucción?'. 'Doctor, es muy simple: otra Cuba, en América latina, no. No podemos permitir eso'. '¿Y quiénes son ustedes para permitir o no lo que un pueblo ha elegido democráticamente?' 'Los Estados Unidos de América. Y ustedes nuestro patio trasero. No queremos más problemas por aquí. Trate de salvarse. Huya.' 'Nunca. Usted no me respetaría si yo huyera. Me respeta porque sabe que lucharé hasta el fin.' 'Lo sé. Lo que nunca sabré es por qué luchará hasta morir por una causa tan infame.' Allende me clavó sus ojos. Diablos, cuando miraba feo podías temblar si no eras duro, si te escaseaban los cojones. Dijo: 'Lo que nunca sabré es cómo usted dice respetarme y es un mercenario al servicio de un Imperio de asesinos'. 'Doctor, no nacimos para entendernos. Estamos a punto de dejar de respetarnos. Y si me quedo uno o dos minutos más junto a usted acabaré por hacer el trabajo que en breve harán sus verdugos.' 'Parece conocerlos.' 'Los hemos entrenado nosotros, doctor.' '¿Quién es el principal cabecilla?' '¿No lo sabe? ¿Ni eso sabe?' No dijo palabra. Todo estaba tan irrefutablemente tramado que no me importó darle el nombre del general que le habíamos destinado como verdugo. 'Pinochet'. '¿El general Pinochet?', se asombró. Y, muy seguro, dijo: 'El general Pinochet es mi amigo'. 'Doctor Allende, parto de Chile con una duda: si es usted increíblemente bueno o increíblemente tonto.' 'Pues yo lo despido con una certeza: usted es un perro, una escoria humana que insulta la esencia del hombre.' 'Lamento desilusionarlo, doctor: pero a esa esencia, de nosotros dos, la encarno yo más que usted. Le dejo una enseñanza antes de irme: usted, como comunista, cree que esa esencia es buena y bastará que ella triunfe para que los hombres sean libres. Nosotros creemos que es mala. Que es egoísta y sólo el dinero le importa. Por eso los matamos y los seguiremos matando y les ganaremos todas las guerras. Piénselo.' Miré mi reloj. Dije: 'Aún le quedan 7 horas y 37 minutos para hacerlo'. Subí a mi avión y partí" (*Carter en New York*, ed. cit. pp. 105/106/107).

LOS EXILIADOS CHILENOS

Al día siguiente, el golpe sumía a Chile en la hoguera. Allende, acorralado, ya con los carabineros sobre él, se suicida. El Estadio Nacional se llena de torturadores y víctimas. Cientos de chilenos se refugian en la Argentina. ¿Qué suerte corrieron? Llegan al país cuando aún falta un mes para que Perón asuma la presidencia. Pero –para Perón– asumir era una formalidad lujosa, estridente. El era el líder, el conductor. De modo que las medidas que se toman con los refugiados chilenos sería absurdo achacárselas al "gobierno de Lastiri", que era una pura ficción, un simple movimiento de fichas en el desplazamiento de Cámpora y –muy especialmente– del *camporismo*, ese gobierno de "zurdos". Con el Tío y con un ministro del Interior como Righi a los pobres chilenos les habría sido todo más fácil, más "latinoamericanista". En fin, para decirlo claro: *más humanitario*. Pero –en septiembre de 1973– en Argentina ya gobernaban los amigos de Pinochet. Los que también estaban dispuestos a frenar al comunismo a cualquier costo.

Llega a Ezeiza un grupo de 112 chilenos y pide asilo. Escribe Sergio Bufano: "Inmediatamente fueron rodeados por la policía y se les impidió salir del hotel, quedando *en calidad de detenidos*. Los refugiados recurrieron en primer lugar al presidente Lastiri y ante la falta de respuesta solicitaron a Perón mediante una carta –en su calidad de presidente electo– que les concediera asilo. El silencio fue la única respuesta de Perón.

"Los detenidos solicitaron entonces a la Justicia que se expidiera y el juez Miguel Inchausti hizo lugar a un recurso de amparo y ordenó su inmediata libertad, pero el gobierno justicialista no acató la orden judicial y dio plazo de 24 horas a los chilenos para que se fueran del país" (Sergio Bufano, "Perón y la Triple A", revista *Lucha Armada*, Nº 3, p. 25. Cursivas mías). Los chilenos no lo habrán podido creer. ¿No era Perón un líder latinoamericano de las causas populares? ¿No había dicho Perón –cuando murió el Che– "murió el mejor de los nuestros"? Sigue Bufano: "Peor situación fue la de 374 chilenos que se refugiaron en la Embajada argentina en Santiago. Hacinados y con el salvoconducto de la dictadura listo para viajar a la Argentina, no fueron autorizados a hacerlo por el gobierno, a pesar de las denuncias realizadas por diputados y diplomáticos argentinos.

"El 1º de noviembre el diario italiano *Domenica dell' Corriere* publicó una entrevista a Perón, ya Presidente, para interrogarlo sobre si otorgaría asilo político a los refugiados chilenos. 'Por supuesto –respondió–, (obraremos) de acuerdo con el derecho internacional. Pero también es cierto que serán confinados en Misiones, en el norte y en medio de la selva' (Bufano, *ob. cit.*, p. 25). Sí, era el mismo Perón que el 24 de octubre de 1967 envía al Movimiento Peronista una carta sensible, adolorida, sobre la muerte de Ernesto Guevara en la Escuelita de la Higuera, Bolivia. El mismo que había escrito: "Con profundo dolor he recibido la noticia de una irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación, Quienes hemos abrazado este ideal, nos sentimos hermanados con (...) todos los que con valentía y decisión enfrentan la voracidad insaciable del imperialismo, que con la complicidad de las oligarquías apátridas apuntaladas por militares títeres del pentágono mantienen a los pueblos oprimidos" (Baschetti, *Documentos de la Resistencia Peronista*, 1955-1970, ed. cit., p. 510). El mismo que había calificado a Guevara como "la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica (...) Su muerte me desgarra el alma porque era uno de los nuestros, quizás el mejor" (Baschetti, *Ibid.*, p. 510). Pero no vamos a usar este texto sólo para exhibir el cambio espectacular entre el Perón de la lucha desde el exilio con el que retorna al gobierno en 1973. ¿Hay –incluso en este texto de 1967 sobre el Che– algo que prenuncie al Perón del '73? Cómo no: lo hay. Refiriéndose siempre al comandante Guevara: "No faltarán quienes pretendan empalidecer su figura (...) Ya me han llegado noticias de que el Partido Comunista Argentino, solapadamente, está en campaña de desprestigio. No nos debe sorprender ya que siempre se ha caracterizado por marchar a contramano del proceso histórico nacional. Siempre ha estado en contra de los movimientos nacionales y populares. De eso podemos dar fe los peronistas (...) Las revoluciones socialistas se tienen que realizar: que cada uno haga la suya, no importa el sello que ella tenga" (Baschetti, ob. cit., p. 511). Se trata de un texto riquísimo. *Primero*: Murió "el mejor de nosotros". Habrá que ver quiénes somos *nosotros*. *Segundo*: Han surgido ya quienes quieren "empalidecer su figura". *Tercero*: Son los comunistas. Su característica: marchan a contramano del proceso histórico nacional. *Cuarto*: Siempre los comunistas han estado contra el peronismo. Porque siempre han estado en contra de los movimientos nacionales y populares. *Quinto*: Hay que *realizar* las revoluciones socialistas. *Sexto*: Cada uno tiene que *hacer la suya*. Que tendrá, inevitablemente, un sello propio. No importa cuál sea.

LA INFINITA COMPLEJIDAD DE LA TRAMA HISTORICA

Perón olvida que para Ernesto Guevara y Fidel Castro y Salvador Allende no existen las *revoluciones socialistas*. Existe *la* revolución socialista. Que si bien adopta algunas particularidades de los países en que se realiza tiene elementos insoslayables, fundamentales. Sin ellas, esas revoluciones no son socialistas. Perón, como militar nacionalista, no acepta este componente universal. Exalta, como todo nacionalista, lo particular, lo distintivo de una nación. Olvida –al decir que Guevara es uno de los suyos– que para el Che la revolución socialista era esencialmente una. Su modelo en América latina era Cuba y ese modelo podía y debía realizarse en los restantes pueblos. Para el Che habría sido inaceptable y peligroso admitir que cada pueblo tenía que hacer "su" revolución socialista. Tampoco Marx habría aceptado eso. Es un juego dialéctico entre el universal socialista y el particular nacional y popular. Además, el rechazo al comunismo implica –en 1967– un rechazo a la política exterior de la Revolución Cubana, ya que Castro mantiene excelentes relaciones con la URSS. Que, es cierto, el Che rechaza. Pero no por

anticomunista sino porque le pide a la URSS que sea más comunista. Lo que en el Che es un rechazo a la burocracia soviética, pero jamás al comunismo, en Perón es un rechazo al comunismo. "Enemigo del peronismo". Por decirlo así: el peronismo es la nación. El comunismo no. El comunismo es la sinarquía. El peronismo no es internacionalista. No hay *un* socialismo. Para Marx, Castro, el Che y Allende el socialismo es uno. Allende introduce la novedad del socialismo "democrático y pacífico". Elimina la etapa de la dictadura del proletariado (que Marx considera su más grande aporte a la historia de las ideas, gravísimo error de su parte). Pero –como sea– para todos ellos el socialismo es la toma del poder por la clase obrera, la expropiación de las clases dominantes, la reforma agraria y el reemplazo del sistema de producción capitalista. Para Perón, la revolución nacional y popular se agota en la lucha antiimperialista. Pero siempre marcará que hay *dos imperialismos*: el yanki y el soviético. Esto le permitirá ser un líder popular anticomunista. Podríamos concluir –simplificando pero acaso aclarando– que durante su primer gobierno, sobre todo mientras Evita está a su lado, es el líder popular el que actúa, el que hace toda la formidable obra social que siempre la historia le reconocerá. Pero en el tercer gobierno –1973/1974– aflora con inusitada furia el líder anticomunista. Lo que no deja de tener su explicación. Perón perdió el control de sí mismo en su lucha contra la juventud peronista. Esa pérdida de control determinó que –ante un rival que se definía como socialista y ejercía la lucha armada– surgiera lo peor de sí: el milico, el hombre de orden, el nacionalista, el anticomunista beligerante. Y será –como no habría podido ser de otro modo– este *anticomunista beligerante* el que llevará la violencia al centro de la escena. Volveremos sobre esto. Hacemos aquí una totalización primaria, una totalización en curso.

Quisiera aclarar que lo que acaba de leerse juega a favor de la figura de Perón, de la posible –siempre difícil– comprensión de su figura histórica. Porque lo primero que surge cuando se compara su actitud con los comunistas chilenos que llegan exiliados a nuestro país y su carta sobre el Comandante Guevara de 1967 es una encendida indignación. Y más de uno estará creyendo que hemos buscado eso. Todo lo contrario. Perón mentía mucho menos de lo que suele creerse. Tenía la habilidad de manejarse con un encuadre filosófico-político amplio, como tantas veces lo dijo. Pero siempre aparece lo que él es: un militar, un defensor del orden (de ese orden que todo militar está creado para respetar: la disciplina en todas sus formas), un nacionalista, un agente del bienestar del pueblo, de sus organizaciones sindicales y un profundo, convencido anticomunista. Porque Perón no quiere "reemplazar" el sistema de producción capitalista. No quiere "tomar el poder". El "poder" es el Estado. Y si en el Estado está él, en el Estado está el pueblo. El pueblo no tiene que "tomar" el poder. Eso lleva al triunfo de los burócratas y al Estado colectivista, ateo, que anula al individuo. El Estado peronista le da al obrero lo que éste necesita. El Estado peronista es él, es Perón. Es en esa forma que el pueblo tiene el poder. Lo tiene si lo tiene Perón. Porque Perón es el pueblo, el primer trabajador. La tarea del pueblo será siempre defender a Perón. Los límites de esa defensa también los fijará Perón. Y son los siguientes: el pueblo deberá defender a Perón exactamente hasta ese punto en que el sistema –al cual Perón también y hasta en mayor medida representa– corra el riesgo de quebrarse. Sobre todo si ese riesgo proviene de un desborde de las masas. Ya que si las masas –por su energía y su potencia en defender a Perón– se encuentran a las puertas de ir más allá de Perón, aquí el líder las frenará. Jamás correrá este riesgo. Este es también el más profundo motivo de su huida en 1955. Nada le aseguraba al líder nacional-popular que si se decidía por el combate no corriera el riesgo de –al no tener más remedio que convocar a las masas– ser superado por ellas. Un militar de orden no desata una guerra civil que puede terminar con un levantamiento insurreccional incontrolable.

La *ficción* a partir de la que trabajó la militancia juvenil y que Perón alimentó (sin dejar jamás de traslucir su verdadera cara, con mayor o menor grado de veladuras) fue que el líder nacionalista y popular de los lejanos años '50 había evolucionado (como el mundo todo: ¿o no se marchaba necesariamente en *esa* dirección?) hacia el socialismo. Sin embargo, ya hemos señalado que en el film de Solanas y Getino, el viejo general repite esencialmentre los conceptos de *Conducción Política*. Incluso en las definiciones que da de las nuevas formas doctrinarias que entrega a los jóvenes: socialismo nacional, trasvasamiento y actualización doctrinaria. De las tres consignas la más mentirosa es la de la actualiación doctrinaria, de aquí que sea la primera y central que Perón baja en el discurso del 21 de junio. En cuanto al socialismo nacional, resulta claro qué decidió hacer en 1973: *eliminó el socialismo y mantuvo lo nacional*. Lo nacional se opone a lo internacional. Lo internacional es el marxismo. Llegó la hora de destruirlo en nombre de la Nación. Esta sola y hasta sutil variación conceptual transformó a la juventud maravillosa en la juventud cuestionada, infiltrada, apátrida, imberbe, mercenaria y marxista a la que decidió arrojarle el tenebroso lumpenaje asesino de la Triple A.

Sin embargo, la cuestión es más compleja. Es tan compleja que quiero aclarar que lo que yo expongo *no es ni pretendo* que sea la verdad. Que no creo que se pueda establecer nunca una verdad sobre estos hechos. Que –por otra parte– establecer *una* verdad sería cosificarlos. Hay que dejarlos vivir. El que pretenda tener la verdad se quedará ahí para siempre: cosificado en ella. (Algunos lo necesitan: creer en *una* verdad es un anclaje seguro. Las personas necesitan anclajes. Necesitan valores firmes. Creencias. Toda creencia es un lago en el alma. Un lugar quieto, calmo. Una certeza a la que aferrarse. Una identidad. Nadie quiere revisar su identidad. Si están cómodos con lo que son querrán seguir siendo eso para siempre. Por ejemplo, peronistas. Aunque ya no sepan qué es *ser* peronistas. O les quede apenas una vaga idea. No importa. Es mejor que nada. "No jodan con Perón".) Ya estudiaremos el juego de verdades que se dio en el año 1973. Fueron muchas. Decir cuál fue la verdad de todas las verdades será imposible. Suele ocurrir que por cada cosa que uno afirma aparece alguien con un documento desde el que pretende negarla. O uno encuentra en otro autor otra posición que –a menudo– está correctamente fundamentada. O encuentra que está usando materiales que también utiliza –distorsionándolos– uno de esos periodistas que pretenden ser historiadores y tienen la profundidad de análisis de una pileta *Pelopincho*. Que Sergio Bufano –que escribe con dolor cosas que habría preferido no escribir– es utilizado por Gambini para apoyar el mismo asunto de la lesa humanidad que se busca instrumentar desde *Operación Traviata*, tal como vimos. Entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Decirle a Bufano que se calle porque "le hace el juego al enemigo"? Eso, a cada rato, me lo dicen a mí. Pero la cuestión, más allá del "enemigo", es la honestidad, decir lo que uno cree y decirlo con todos los fundamentos, con todas las fuentes que se puedan manejar. Y también con la experiencia y la hondura y la penetración laboriosa para el estudio filosófico-político de procesos de alta complejidad. Por más que se me muestre la correspondencia entre Perón y el general legalista de Allende –Carlos Prats– no creo que Perón haya estimado a don Salvador. De lo contrario, los exiliados chilenos no habrían sido tratados como perros. O Perón no se hubiera encontrado con Pinochet. No me quedan dudas que el anticomunismo le jugó fuerte en sus decisiones. Por otra parte, si bien escribí: "Perón perdió el control de sí mismo en su lucha contra la juventud peronista. Esa pérdida de control determinó que –ante un rival que se definía como socialista y ejercía la lucha armada– surgiera lo peor de sí: el milico, el hombre de orden, el nacionalista, el anticomunista beligerante. Y será –como no habría podido ser de otro modo– este *anticomunista beligerante* el que llevará la violencia al centro de la escena". Este párrafo tiene un error: La violencia ya estaba en el centro de la escena. Perón vuelve a afirmarla en ese lugar cuando hace redactar el *Documento Reservado*. Pero este temible documento surge a raíz de un hecho intolerable. Para Perón y para el país: el asesinato de Rucci. Pocos *acontecimientos* han perjudicado tanto a la política y la civilidad en la Argentina. No sé quién mató a Rucci. Sé que los Montoneros asumieron ese crimen. Eso lo sabemos todos. Si lo asumieron, fueron ellos. Así lo interpretó Perón. Impulsa entonces el *Documento Reservado*. Tenemos –necesariamente– que ponernos en su lugar. Si bien pierde el control ante la juventud peronista –es decir, ante los Montoneros, porque sabe que es esta organización la que maneja los hilos y tiene las armas– no es menos cierto que la Tendencia hizo todo lo posible para que lo perdiera, para que ya no tuviera más paciencia. La conducción de Montoneros –y Perón lo sabía muy bien–, antes que hacer política, deliraba y, si había asesinado a Rucci, no tenía nada en la cabeza, de política entendía menos y estaba contra el país. ¡Más del 62% de los votos! En algunas provincias se llega al 70%. ¿Quiénes suponían que habían elegido a Perón? ¿Los gorilas o "el pueblo peronista"? Señores, no hablen más del "pueblo peronista" si actúan en contra de lo que elige. Nunca se ha visto un dislate mayor: una Orga armada que dice representar a un pueblo y hace lo contrario de lo que ese pueblo, claramente, en elecciones libres, elige. Perón dijo: "Me cortaron las piernas". Dijo más, dijo algo más íntimo, se le podrá creer o no, pero fueron las palabras que salieron de su boca: "Perdí a un hijo". Claro: perdió al hijo que necesitaba para gobernar. El asesinato de Rucci (¡a sólo dos días del pronunciamiento popular!) arruinó la posibilidad de un país en paz, democracia y desarrollo económico. Porque –alguien *fundamental* a quien aún no mencionamos– estaba con Perón y con Rucci en la conducción del país: José Ber Gelbard. ¡Un judío comunista! ¿Cómo? ¿Perón no era nazi? Pone a un judío en el Ministerio de Economía. ¿Cómo? ¿Perón no era anticomunista? Pone a un comunista de excelentes relaciones con la Unión Soviética. *Sin el asesinato de Rucci todo habría sido distinto*. Me atrevo a decir esto por algo tan sensato como esencial: *Perón habría vivido más*. ¿Cuánto tiempo de vida le quitó un golpe como ése? No hay perdón para los asesinos de Rucci. Se asesinó la esperanza de miles de personas. Toda la militancia peronista estaba satisfecha con el triunfo electoral. El trabajo de masas no se hace en medio de las balas y los cadáveres. Y los militantes querían el trabajo de masas y no los fierros. El *Pacto Social* no era malo. La *Ley de Contrato de Trabajo* que impulsaba Rucci en respaldo de Perón... léanla hoy. Es revolucionaria. Lo digo como lo decimos con los amigos durante los tiempos que han corrido, a la luz de los acontecimientos. Rucci era Lenin al lado de lo que Ubaldini y la CGT de los '90 aceptaron de Menem. Entonces, ¿cómo no iba a perder Perón el control? El *Pacto Social* –la trinidad Perón, Gelbard, Rucci– habría frenado a López Rega. ¿Entonces? Aun si no fueron los Montoneros los matarifes del líder de la CGT, ¿cómo se les ocurre asumir algo así? ¿Qué tenían en la cabeza? Vaya uno a saber. Esa muerte no les convenía en absoluto. De aquí que me incline por otras posibilidades en tanto reales, objetivas. Siempre sospecho de López Rega y de la larga mano de la CIA. Pero, de todas las posibilidades, una sola se realizó. La de la organización armada que gritó enseguida: "Fuimos nosotros". También podrían haber dicho: "Nosotros hicimos fuego contra el 62% del país". Bravo, eso sí que es representar a las masas.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

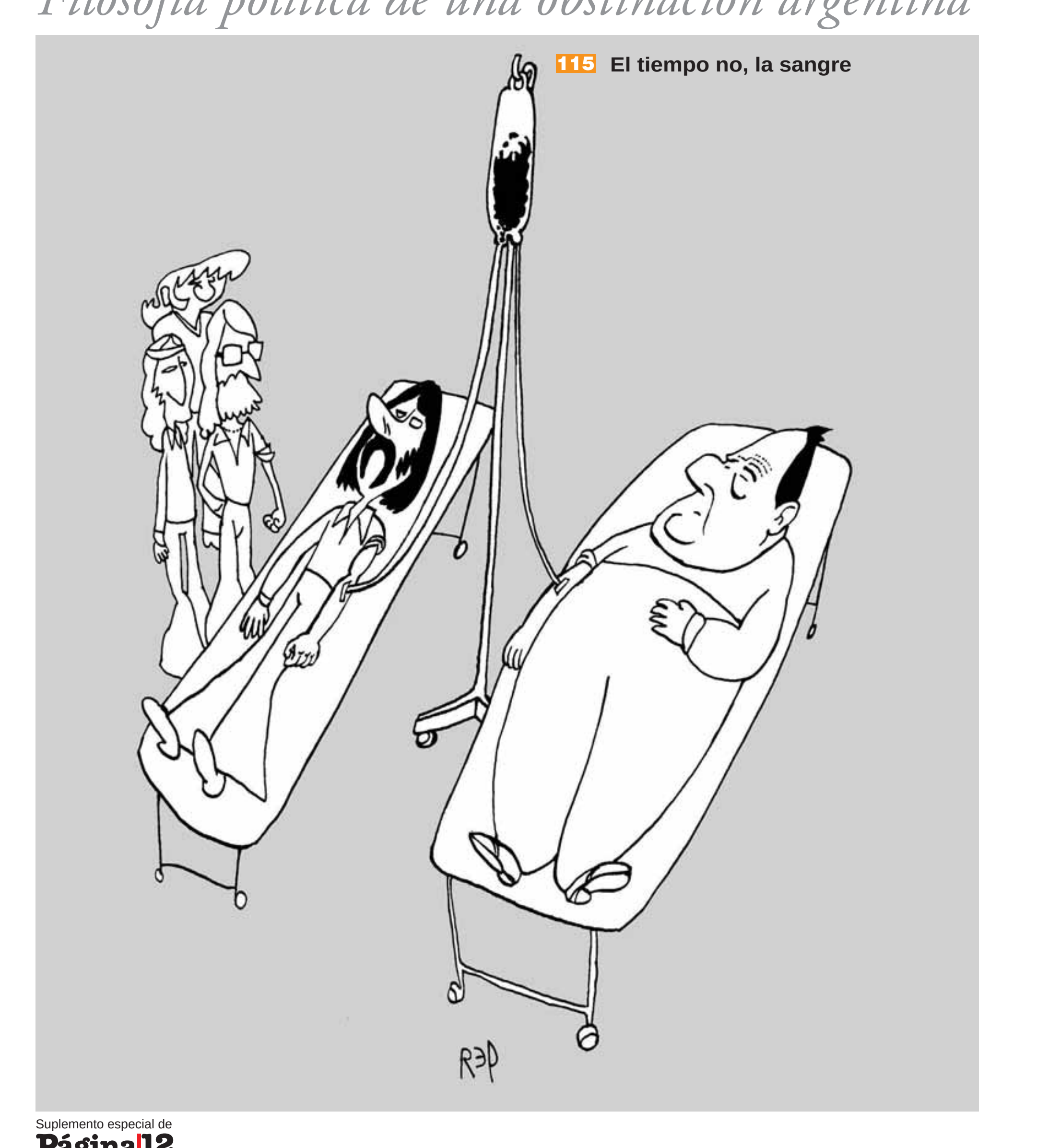
El tiempo no, la sangre

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

115 El tiempo no, la sangre



Suplemento especial de
Página|12

EL PODER Y LA BOCA DEL FUSIL

El freno que pone Perón con su retorno lo expresó en una frase de gran poder conceptual y estético. Es una frase vigorosa y traslúcida, rara virtud. La lucha no había terminado, pero la que se iniciaba ahora tenía características diferenciadas. El peronismo y su líder habían llegado hasta donde ahora estaban (al frente del gobierno del país) por una lucha sin cuartel contra quienes los habían segregado, prohibido. Esa lucha había sido cruenta. En esa lucha se había derramado mucha sangre. La etapa de la reconquista del gobierno estaba teñida por la sangre de quienes se habían jugado a fondo por ella. Al hacerlo, muchos perdieron la vida. Además, la represión se cobró las vidas de otros. *Esa etapa fue la de la sangre*. Esa etapa –ahora– había terminado. El país no requería sangre sino laboriosidad, unidad, comprensión. Estas tareas se hacen dentro del ámbito de lo civil, que no es el de la guerra. Ya no era necesario continuar *la política por otros medios*. Ahora, la política podía realizarse por medio de la política. Si la guerra exige decisiones drásticas y veloces, si exige la vida de los soldados, si reclama su impiedad para con los enemigos, si la victoria le importa más que la sangre derramada porque, a menudo, cuanta más sangre se derrama más implacablemente se la conquista, si la victoria –como dice Clausewitz– es el precio de la sangre, la política es el arte de la paciencia, de las trabajosas mediaciones hegelianas, de los acuerdos por sobre los desacuerdos. Exige un duro autocontrol. Perón lo sabía: "A algunos quisiera darles una patada, pero les doy un abrazo". O también: "Hay que saber cederle al adversario el 50 por ciento, siempre que uno se quede con el 50 por ciento más importante". La política, al ser el arte de la paciencia, es un arte que requiere tiempo. Requiere, también, palabras. No hay palabras en la guerra. Las órdenes se gritan y los gritos exigen la inmediatez, el acatamiento veloz e irreflexivo. Pero –sobre todo– la ausencia de palabras se produce entre un bando y otro. Un ejército que marcha a la batalla contra otro que viene hacia él con el mismo motivo no tiene necesidad de palabras. Ahí, las palabras murieron. Hablan los fusiles. En la guerra, lejos de la paciencia, el tiempo se expresa como velocidad ya que se expresa como sorpresa. El paso del tiempo irrita al guerrero. Toda batalla tiene que darse cuanto antes. Hay que tomar la iniciativa o la tomará el enemigo. Las guerras –además– no pueden durar mucho. Desgastan demasiado. Hitler jugó sus fichas a una *guerra relámpago*.

El tiempo que pide Perón es el que implica la paciencia, la sabiduría de la espera. En una de esas definiciones sorprendentes que entrega José Hernández en el pasaje de la payada entre Fierro y el Moreno se lee: *El tiempo sólo es tardanza de lo que está por venir*. Mas, ¿qué es lo que está por venir? ¿Es lo que nosotros queremos o lo que quiere el otro? Eso no tiene importancia para el tiempo. Cualquiera sea la cosa que traiga su condición es la de la tardanza. El tiempo viene hacia nosotros. Pero nos irrita su tardanza. Al tiempo lo tiene que hacer uno. Y aquí nos acercamos a la definición heideggeriana: el Dasein no es realidad, es posibilidad. Y Sartre insistirá en remarcar: al ser posibilidad es uno el que se proyecta hacia sus posibles y eso abre el horizonte. El tiempo no existe porque viene hacia el hombre. Existe porque el hombre lo crea por medio de sus posibles. Es el *estado de arrojo* del Dasein el que abre la temporalidad. Pero esa temporalidad tiene un ritmo de realización en la guerra y otro en la política. La política es lenta. Se hace a través de miles de palabras. Ahora –está diciendo Perón– hay que hacer política. Hacer*la* exige tiempo. De aquí que exija la primacía del tiempo sobre la sangre. No era esto lo que pensaba la conducción de la Orga. Perón creía en un tiempo de guerra (el de la sangre, ya superado) y un tiempo de diálogo, de política (el de la paciencia, el que ahora debía tener primacía). Pero Firmenich no creía que la guerra se pudiera detener. En el N 17 del *Desca* se publica un reportaje al jefe de la Orga. Acaba de visitar a Perón en Gaspar Campos. Es el día de la caída de Allende. La pregunta que se le formula es:

–Hasta ahora las organizaciones político-militares FAR y Montoneros se han caracterizado por expresarse militarmente a través de la guerrilla urbana, ¿esta gestión de ustedes implica un cambio de método en el accionar político de estas organizaciones?

Responde Firmenich:

–Nosotros siempre hemos sostenido que esta guerra es integral, para repetir al General Perón, que se hace en todo momento, en todo lugar y de todas formas (...) en las actuales circunstancias en que estamos pasando de la consigna de "Perón Vuelve" a "Perón al Poder" nos encontramos en un cambio de etapas que obliga a un cambio de métodos.

–¿Esto quiere decir que ustedes abandonan las armas?

–De ninguna manera: el poder político brota de la boca del fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento, como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento. En tanto no haya sido destruido el poder del imperialismo y la oligarquía debemos prepararnos para soportar o afrontar el próximo enfrentamiento (...) Chile es un ejemplo que nosotros no debemos repetir de esa agresión ejercida contra un pueblo desarmado" (Baschetti, *Documentos*, 1973-1976, Volumen I, ed. cit., pp. 193/194).

SANTUCHO Y EL MAYO FRANCÉS

Notemos la habitual crítica de los sectores de la lucha armada contra el gobierno de Allende. El MIR se lo había planteado demasiadas veces al líder de la Unidad Popular: armar al pueblo, no cesar en la guerra o todo se perderá. Ahora Firmenich vuelve sobre lo mismo: si dejamos las armas vamos a perder como perdieron los chilenos. Y el Robi Santucho –en un diálogo con periodistas en tiempos de la asunción de Cámpora– decía: "No apoyaremos al gobierno del presidente Cámpora porque sus medidas no van contra el sistema". Condenaba también a Velasco Alvarado y muy especialmente a don Salvador Allende, cuyo gobierno –afirmaba– era sin duda "progresista, popular, antiimperialista, aunque no revolucionario" (Bonasso, *El presidente que no fue*, ed. cit., p. 681). Ya Santucho había asombrado a los representantes de la Liga Comunista Francesa (LCF), entre quienes estaba nada menos que Ernest Mandel, cuando, en medio de las barricadas del Mayo Francés, dijo:

–Ustedes tienen un bajísimo nivel de violencia en las acciones de masas.

Daniel Bensaid (que se contaba entre los miembros de la LCF que debatieron con Santucho en ese viaje) habría de decir: "Nos sorprendió porque para nosotros ardía el mundo. Creo que en ese comentario hay una síntesis precisa de lo que él entendía por violencia. ¿Existe acaso mayor tensión violenta que el momento en que millones han decidido romper el diálogo político y pasar a la acción directa al movilizarse? Pero Santucho pensaba en la violencia de la guerra de guerrillas, estratégica, de las elites. En cierto sentido, una fuerza de choque que superara la voluntad inmediata de millones para asaltar el poder. Esto nos distanciaba porque como trotskistas –aunque en esos tiempos veíamos con simpatía a las guerrillas– teníamos una tradición política distinta. Por muchas razones, en la América latina de esos años la política había sido desprestigiada hasta los límites de la mentira, del engaño, y se acentuaba cada vez más la explotación capitalista, la marginación de los trabajadores y la dependencia del centro imperialista. Santucho reflejaba esa tragedia argentina" (María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1991, p. 102). El desprecio de Santucho tenía otras raíces acaso más legítimas. Todos los militantes de la izquierda latinoamericana o –sin duda– argentina, no daban nada por el célebre "Mayo Francés". ¿Desde cuándo los niños francesitos iban a hacer una revolución? Era muy fácil ser revolucionario en un país europeo, en un país metropolitano, ahí donde la policía no va a matar a nadie ni va a torturar ni nada que se le parezca. Este desdén está en el cuento que he citado de Alfredo Bryce Echenique, *La más hermosa muerte del Mayo Francés*. Bryce se había radicado en Europa a partir de 1964. Regresa a Perú recién a fines de la década del '90. Antes, estudia en La Sorbona. Viaja por varios países entregando esa imagen transitada del escritor azaroso, que sale a conocer el mundo para poblar sus ficciones. Aunque sin llegar a esa esquemática y hasta caricaturesca tipología del *macho-writer* que ofreció Hemingway, donde la curiosidad del narrador se mezcla con los paisajes, las mujeres inagotables, el alcohol, las peleas de cantina, las comidas, las sangrientas tardes de toros y –para cerrar el círculo con el más egocéntrico de los excesos– el suicidio. No. A partir de 1968, Bryce "fue profesor en Nanterre, La Sorbona, Vincennes, y desde 1980 en la Universidad Paul Valéry de Montpellier" (César Aira, *Diccionario de autores latinoamericanos*, ed. cit., p. 102). A comienzos de los '90 viene a un congreso de literatura que organiza el menemismo. Todo era muy confuso. Venían grandes escritores y era una especie de desatención no reunirse con ellos. Tampoco había tiempo de hacer algo alternativo. Había –y ésta fue la salida– una cena fría que, se supo, sería generosa y carecería de figuras del oficialismo. Los escritores argentinos fueron. Se comieron y se bebieron todo. Y hablaron con sus colegas latinoamericanos. Al día siguiente, era el congreso, o su inauguración. No fue nadie. Bryce era el encargado de hablar. Menem se sentó a su lado. Y alguien más: Luis Barrionuevo, que acababa de decir sus dos frases para la posteridad y para la comprensión profunda de este país: 1) "Si dejamos de robar dos años el país sale adelante"; 2) "Aquí, la guita no se hace trabajando". Bryce, algo confundido por no ver escritores en la sala, sino a todo el farandulaje menemista con sus galas agobiantes, decide decir su discurso mirando a Menem. Al día siguiente, en los diarios, la única foto que sale del congreso de escritores latinoamericanos es la de Luis Barrionuevo, mirando a cámara, exultante, con unos dientes carísimos. Bryce no había pasado una buena jornada.

En su libro *Guía triste de París* se describe a sí mismo (Bryce es un apasionado de eso que hoy –abusivamente– se da por llamar *literatura del yo*, como si fuera muy sencillo decidir qué es el "yo", objeto cortejado por la filosofía desde Descartes hasta encontrar su punto más perfecto en *La trascendencia del Ego* de Jean-Paul Sartre, obra genial que ninguno de sus detractores ha leído bien) como un latinoamericano que observa la batahola que arman esos niños de papá, esos nenes bien, esos estudiantes rebeldes. Nada sabían de las atrocidades de los dictadores latinoamericanos. No corrían ni remotamente riesgos semejantes. No murió ni uno. La policía reprimió con cautela. Algunos buenos palos y listo. De Gaulle retó a un policía que había tomado de un brazo a Sartre para llevarlo hasta la vereda: "¡Cómo se atreve usted a tomar por el brazo a Voltaire!". Bryce se pasea entre los estrépitos y las barricadas. Nada lo impresiona demasiado. Un latinoamericano –para juzgar los alcances de una rebelión– mira ante todo la cara de los represores. Bryce los vio demasiado serenos. Por fin, suspira, De Gaulle les dio el Teatro Odeón y allí se amontonaron para seguir con el alboroto. Sartre fue el único filósofo al que le permitieron hablar. Pero cuando el maestro se ubicó frente al micrófono encontró una nota algo desatenta: "Sartre, no nos dés la lata". Otra versión es: "Sé breve, Sartre". El gran maestro estaba escribiendo su *Flaubert* (*El idiota de la familia*) que alcanzaría más de dos mil páginas... sin llegar a *Madame Bovary*. ¿Cómo podría ser breve? Aburrido, Bryce vagabundea por las calles ahora desiertas y encuentra un cine en el que dan una película de su actor norteamericano predilecto, Richard Widmark. Acompañado por Henry Fonda, Harry Guardino, Inger Stevens y James Whitmore. Se llama *Police sur la ville*. Los rebeldes habían casi destruido el cine la noche anterior. ¡Una película norteamericana (*imperialista*) con la palabra *police* en su título! Bryce ve las cosas de otro modo. Es una peli con Widmark, el ídolo de sus años tiernos. Como lo fue Robert Mitchum. O Kirk Douglas. Entra. Está casi solo en la sala. El film es *Madigan*, un gran policial de Don Siegel en el que Widmark –que casi siempre muere en sus mejores trabajos– es baleado por un psicópata al que ha perseguido desde el comienzo del film. Es una de sus mejores muertes. La cara se le quiebra en un gesto de dolor cuando recibe la descarga, aprieta los dientes, echa la cabeza hacia atrás y cae. Uno se estremece. Bryce también. Y empieza a caminar hacia la primera fila. "Widmark se moría como lo que es, un actorazo". Muere en una ambulancia.

Antes pregunta por su mujer. "Te espera en el hospital", le dice su mejor amigo, que sufre como un perro. "Muy tarde", dice Madigan y muere. Entonces Bryce sale del cine y, solo, en medio de algún boulevard vacío, grita: "¡Idiotas! ¿Cómo se atrevieron a destrozar este cine? ¡Acabo de ver la única y la más bella muerte del Mayo Francés!".

En serio: nos burlábamos del Mayo Francés. Eran esos pendejos de la burguesía, aburridos de vivir tan bien y, sobre todo, tan seguros. Además, al año siguiente, estalló aquí el *Cordobazo*. Y eran los obreros los que inmovilizaron la ciudad. Los obreros. Y una cosa son los obreros de Sitrac-Sitram y otra los francesitos de la Sorbona. En todo lo otro, Santucho se equivocaba. La violencia del Mayo Francés trasladada a la Argentina habría sido una revolución o una masacre infernal de militantes. Pero la cosa no habría cambiado por la violencia armada que él siempre vio como solución. Sólo adelantemos –por el momento– un dato altamente expresivo. Durante la mañana del 24 de marzo de 1976, en una casa de Villa Martelli, mientras todas las radios transmitían los eventos del golpe militar, Santucho, apenas acompañado por dos de los suyos, redacta, para su difusión entre los milicianos y militantes del PRT-ERP, un texto que busca indicar cómo responder a la nueva situación del país. Empieza así: "¡Argentinos, a las armas!". En ese momento, la situación –según habrá de describirla Rodolfo Walsh– era de reflujo en las masas y desbande generalizado en los sectores profesionales e intelectuales. O Santucho no era un buen conductor estratégico y su visión de los hechos políticos era repetitivamente defectuosa o tal vez –dicho en su descargo– no tenía condiciones para lo que eligió ser en la vida: un líder revolucionario. No alcanza para algo tan complejo el mero coraje, la decisión de arriesgar la vida o la muy grave y compleja de sentirse autorizado a tomar la de los otros. Y si no tenía condiciones todo debía casi fatalmente salir como salió: mal, muy mal. Porque: *Quien no nace para el cielo/ de balde es que mire arriba*. Como dice una impecable reflexión del Moreno en su metafísica payada con Martín Fierro.

PERÓN ELIGE LA SANGRE

El asesinato de Rucci es una declaración de guerra. Los Montoneros no parecieron haberlo notado en el momento. Creyeron que era una "apretada". El país ya se había acostumbrado a las apretadas. Más aún: una de las claves de la política argentina de esos años era la del "fiambre más adecuado sobre la mesa de negociaciones". Así, tal como suena. Si dos grupos adversarios o, sin más, enemigos, tienen que sentarse a negociar dentro de cinco días o una semana, hay que ir a esa reunión ganando antes de que se realice. ¿Cómo se hace esto? *Hay que tirar sobre la mesa de negociaciones el fiambre más adecuado*. Así las cosas, cuando llega la negociación, el grupo que se cargó al mejor muerto entra sacando pecho, entra ganador: "Ojo con nosotros. Mejor arreglan o seguimos amasijándoles cuadros. No andamos de joda. Esto es serio. Tan serio como la guerra. Así que a portarse bien, salames. O negocian como blandos o los seguimos cagando a tiros como duros".

Pero lo de Rucci, como apretada, fue un desastre. Nadie se sintió "apretado". Toda la derecha peronista lo tomó como la declaración de guerra que los zurdos les tiraban por la jeta. Decir *fuimos nosotros* fue decir demasiadas cosas. No se debió haber dicho. Se debieron haber medido los efectos que esa firma estampada al fiambre desataría. Fuimos nosotros era:

Primero) Nos cagamos en usted, general.

Segundo) Estamos al margen de su conducción y hasta contra ella.

Tercero) Nos cagamos en la democracia. Algo típico de los tiempos que corrían. La democracia era una mentira de la burguesía. Lo había sido siempre y no tenía por qué cambiar. Pero, ¿no se había apostado a la política de superficie? ¿No se había participado con entusiasmo en la campaña electoral? Sí, se había cuestionado la candidatura de Isabel. El *Desca* había salido con un enorme título. Decía: *Renunció Evita*. Foto de Evita en el acto en la 9 de Julio, hablando con las manos hacia arriba, desesperada ante un pueblo que la urgía a aceptar una candidatura que todos le negaban, los militares, los curas, la oligarquía y hasta Perón. Y abajo, en letras chiquitas, escasamente visibles: *A los honores, no a la lucha*. El mensaje era claro: Isabel, si Evita, que valía tanto más que vos, renunció a la vicepresidencia, ¿qué se te ocurre que tenés que hacer? La Orga había propuesto a Balbín. Balbín había charlado bastante con la Orga y no le disgustaba la idea. Pero no caminó: nadie, ningún peronista quiso a un radical en la vicepresidencia. (*Nota:* Desde la altura de los tiempos, desde los años transcurridos, no es sino posible darles la razón. Balbín tenía una condición moral superior –muy superior– a la de Cleto Cobos, pero era un radical. Si Perón moría (y en el aire todos husmeaban esta temible posibilidad), el presidente sería Balbín. La Orga y toda la Juventud Peronista preferían esta posibilidad. Balbín no era un asesino. No tenía un Brujo a sus espaldas. Tampoco era un traidor. Raro que hubiese inventado el cletocobismo. Sí, habría sido lo más sensato: Perón-Balbín. Lo más sólido institucionalmente. Pero, ¿lo dejarían gobernar los peronistas si Perón, tal como lo hizo, se las piraba de este mundo?)

Cuarto) Al cagarnos en la democracia nos cagamos en el pueblo. Nuestro "pueblo" no es el de las urnas. Ese es el pueblo de la burguesía. Nuestro pueblo es el pueblo peronista. El que luchó y luchará siempre por las banderas que usted está dejando de lado.

Quinto) La guerra sigue vigente. Siempre se está en guerra. Nada cambió. No creemos en la primacía del tiempo. El tiempo juega a favor de la oligarquía, de los burócratas (que se eternizan en sus puestos) y del imperialismo, que se está rearmando luego de la derrota de Vietnam. Lo de Allende en Chile nos da la razón a nosotros. El pueblo se lo gritaba en la jeta al campeón de la vía pacífica y democrática al socialismo: *Allende/ Allende/ el pueblo te defiende*. ¿Les dio armas? ¿Les dejó armas para que lo defendieran? No, los dejó indefensos. No mató a nadie, murió él. Basta. Aprendimos la lección. Lo dijo nuestro jefe: *el poder político brota de la boca del fusil*.

Sexto) Le arruinamos su Pacto Social, general burgués. No hay Pacto Social. No hay ninguna clase de pactos. Los pactos requieren reuniones, palabras, buenos modales con los hijos de puta, tiempo. No hay tiempo, general. Estamos en guerra. La única primacía es la de la sangre.

Esta es la mayor desobediencia. La mayor altanería ante el viejo general en batalla. Discutirle la primacía de los tiempos. Alterársela. Decir a toda voz, claramente, tan claramente como podía decirlo el cadaver de Rucci: *El tiempo no, la sangre*. La prioridad –como siempre– es la sangre. Tal como cuando lo boleteamos a Aramburu. La sangre, general. La guerra.

La respuesta es inmediata. La CGT declara un paro nacional de treinta horas. Al día siguiente del asesinato de Rucci se lleva a cabo su sepelio. *Va el país*.

Miguel me dice:

–Hay que tener en cuenta esto.

–Esto, qué.

–Lo que estás viendo, boludo.

–Estoy viendo el entierro de Rucci.

–Más que eso. Lo que estás viendo es que la puta burocracia sindical para el país cuando se le canta.

–Cuando le matan al jefe de la CGT no es cuando se le canta.

–Sí, eso estás viendo. No importa el motivo. Hasta lo pueden inventar. Importa que están organizados como para parar el país, todo el país. ¿Qué podemos parar nosotros? Sí, no me lo digas. Al país lo paramos nosotros. Porque "fuimos nosotros". Todo este quilombo pasa porque "fuimos nosotros". No me jodas. Cuando bajan a uno de los nuestros no para ningún gremio. Salimos los mismos boludos de siempre a llenar las calles y a gritar consignas más o menos ingeniosas. Pero siempre, todas, absolutamente todas, al pedo.

El sepelio de Rucci fue impresionante. Perón estaba pálido, demacrado, ojeroso. El cortejo marchó lentamente por la Avenida de Mayo para llevar el ataúd al Congreso. Antes habían estado en la Catedral. Muchos autos. Muchas motos con canas de casco. Luego, a la Chacarita. La foto que hay de este momento es feroz. Perón, de civil, siempre ojeroso, sombrío. Isabel tapada por los canas de la custodia. Y alguien que mira a cámara. Mira al fotógrafo como si fuera a morderlo. Es un tipo de cejas marcadas, abundantes. Pelo y barba negros. La boca algo quebrada en un gesto desdeñoso. Traje y corbata. Va muy cerca de Isabel. Aunque pareciera que justo en ese momento se distrajo y ella se le alejó. Se distrajo por el fotógrafo. Es la cara que más nítidamente se ve en la foto. Es el subcomisario Rodolfo Almirón, un asesino. Uno de los pilares de la Triple A. Ese día, ese 26 de septiembre en que el país de la derecha rencorosa está lista para cobrarse deudas, empiezan los asesinatos. El primero en caer es Enrique Grynberg, un militante de la Jotapé de 34 años.

Un compañero –al enterarnos– me dice:

–Empezaron con un judío, eh. Preocupate.

–No, porque van a seguir con los pelotudos y hasta terminar con todos. Preocupate.

¿Nos estábamos volviendo locos? Era la primera vez que alguien me decía "judío" casi desde mi infancia. A mí me irritaba muchísimo. No sabía qué hacer. No sabía en nombre de qué enojarme. Yo no era judío. Mi vieja era católica y –para más– de Río de Janeiro. Se sabe: si nacés de vientre católico sos católico. Igual, con un apellido como el mío (que era el de mi viejo), en la Alemania de 1941 me hubieran metido en algún horno. Pero yo no creía tener nada de judío. Salvo la nariz. Pero una nariz no te hace ser lo que sos. Eso lo hace uno. Bué, no voy a romper las pelotas con esto. Pero, ¿qué le había hecho decir una tontería así a un compañero que conocía de años y años? El miedo. "Empezaron con un judío. Yo no soy judío." Y algo más: una consecuencia del miedo. Que es la pérdida de la lucidez. Se dice cualquier cosa. Lo que le viene a cualquiera a la cabeza, lo dice.

Parece que –en un acto por completo irreflexivo– Grynberg había festejado públicamente con un brindis en la Facultad de Derecho la muerte de Rucci. Mala idea. Lugar totalmente inadecuado, lleno de nazis de la *Concentración Nacional Universitaria* (CNU). Alguno que lo oyó pasó el informe a la gente del Ministerio de Bienestar Social. Lo fueron a buscar. Tocaron el portero. Grynberg, sin sospechar nada, bajó a abrir. Lo barrieron.

Y ahí empezó la cosa. ¿Qué es la cosa? Es la Muerte. Se acabó el tiempo. Es la hora de la sangre. El asesinato de Rucci lo cambia a Perón. Cambia las prioridades que tan prolijamente había enunciado. Pasa de *El tiempo, no la sangre* a *La sangre, no el tiempo*. Convoca una reunión urgente del Consejo Superior Justicialista. Este Consejo estaba integrado por personajes insospechables de cualquier tipo de *zurdismo*. Eran Lorenzo Miguel, Jorge Camus, Humberto Martiarena, Norma Kennedy y Julio Yessi. A este personaje no lo hemos mencionado. Era un pelele de López Rega y lo habían puesto al frente de una presunta agrupación juvenil que inventaron para demostrar que había muchas expresiones de la juventud peronista. La de Yessi llevó por nombre Juventud Peronista de la República Argentina. La Tendencia la bautizó: la *jotaperra*.

El Consejo Superior Justicialista emitió un *Documento Reservado* escalofriante. De *reservado* tuvo poco. A los dos días apareció en *La Opinión* de Jacobo Timerman. Dardo Cabo, en un editorial del *Desca*, se preguntó: "¿Desde cuándo los peronistas nos enteramos por los diarios de las decisiones de nuestro Consejo Superior?". Desde que mataron a Rucci. Desde que le declararon la guerra a Perón. Desde que dejaron de ser peronistas. Ser peronista es ser leal a Perón. Así de simple. Ustedes, por consiguiente, no son peronistas. Esta era la respuesta del *Documento Reservado*. Pero era peor. Era una declaración de guerra. Era, por parte de Perón, la elección firme, sin retroceso posible, de la sangre.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Perón habla otra vez desde los balcones de la Rosada (pero con vidrio antibalas)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

116 **Perón habla otra vez desde los balcones de la Rosada (pero con vidrio antibalas)**

Suplemento especial de
Página|12

EL “DOCUMENTO RESERVADO”

Leer *La Opinión* del 2 de octubre de ese año metía miedo. ¿Cómo ir a una movilización popular de aquí en más? Sería como ir a la guerra. Habría que ir con armas, buscando una protección imprescindible ante las nuevas disposiciones del Consejo Superior Justicialista. Pero, ¿habría *movilizaciones populares*? El pueblo peronista nunca había ido armado a ningún acto. Ni armado ni temeroso. Con el espeso presentimiento de que cualquier cosa puede pasar entre grupos peronistas. Esto *nunca* había sucedido, era un hecho nuevo dentro del movimiento. Los peronistas eran los peronistas. Iban a los actos a escuchar a Perón, a Evita. Jamás a pelearse entre ellos. No había existido entre los hombres y las mujeres del peronismo que marchaban a la Plaza de Mayo la posibilidad de un enfrentamiento interno. Nunca un peronista mataría a otro peronista. Esto era impensable. Pero ahora todo había cambiado. Los tiempos eran violentos y la muerte andaba suelta y sedienta, como en Ezeiza. Como *desde* Ezeiza.

Internamente, el *Documento* tuvo un lanzamiento poderoso. Perón convocó a una reunión secreta, una reunión que prometía ser la prefiguración de grandes acontecimientos, algo así –y eso era– como una declaración de guerra. Hizo llamar a todos los que tenían en sus manos las grandes riendas del movimiento; que tenía una sola, dado que todas convergían en las manos severas del conductor estratégico. Los conductores tácticos, no obstante, conducían las partes, y era importante que lo hicieran bien, y sólo se hace algo bien cuando se está bien informado. Información y vigilancia son dos preceptos metodológicos esenciales en Perón. 1) *Información*: “Un hombre vale tanto como tan bien informado esté”; 2) *Vigilancia*: “Todos los hombres son buenos, pero si se los vigila son mejores”.

Esta reunión se hacía para informar a los conductores auxiliares de la *situación de guerra* creada en el movimiento a causa de la *infiltración*. Esta nueva metodología para destruir a los peronistas. Participan de la reunión: Raúl Lastiri, presidente provisional de la República. El ministro del Interior, Benito Llambí. (*Nota:* Ya lo veremos jugar un papel institucionalmente aberrante en la crisis de la provincia de Córdoba a comienzos del ‘74. Pero cuidado: respaldado por Perón. Perón era el garante de todo movimiento institucional, aun del más disparatado, del más lejano de la Constitución. Qué joder: con Perón en la Presidencia la Constitución sobraba. ¿Qué valía más? ¿La palabra del viejo texto liberal de 1853 o la palabra del líder de las masas argentinas? Así de simple.) Los miembros del Consejo Superior Justicialista: Lorenzo Miguel, Humberto Martiarena, Jorge Camus, Julio Yessi y la pasionaria fascista de Ezeiza: Norma Kennedy. A su vez, Humberto Martiarena era también secretario general del Movimiento Nacional Justicialista, cargo del que ya se había alejado Juan Manuel Abal Medina, a quien le habría resultado imposible participar de este cónclave inquisitorial. Los integrantes del gabinete nacional. Todos los gobernadores de las provincias y sus vices. Algunos de ellos habrán visto obligados a pasar un rato sin duda incómodo asistiendo al planeamiento de la aniquilación de los jóvenes que los habían llevado a sus cargos o/y que estaban dispuestos a sostenerlos en ellos. Martínez Baca, de Mendoza, que parecía muchas cosas –sobre todo un tipo con aires de mendocino sereno y campechano– pero no un revolucionario. Abrazaba algo solemnemente a sus colegas políticos, sonreía y –cuando yo lo vi– gastaba un sombrero negro de ala ancha y un pañuelo al cuello de lo más pintón. Había que ser muy macartista para verle pinta de trosco. Se paseaba libremente por la Avda. General San Martín de Mendoza, que era (y es) la calle principal, y se detenía a saludar a todo el mundo. Sonriente, como si el futuro esperara por él con las mejores noticias y los más dulces triunfos. Ahora –escuchando los pronósticos estremecedores del *Documento Reservado*– habrá presentido que la maldita Historia, la muy guacha y ladina, guardaba para todos cartas inesperadas, que dolían. Cerca de ese sentimiento habrán estado Obregón Cano de Córdoba, Bidegain de Buenos Aires, Cepernic de Santa Cruz y Ragone de Salta, los llamados “gobernadores de la Tendencia”. A cada uno de ellos habría de llegarle su decapitación, de un modo o de otro. Esos *modos* habrán de ser imaginativos, inescrupulosos, en extremo traicioneros y violentos. Algunos –como el final de Oscar Bidegain– excepcionalmente facilitados a raíz de esa inveterada ceguera del Robi Santucho por las coyunturas, que, para él, no existían. (*Nota:* Lo aclararemos mejor más adelante, pero, para el ERP, las cosas eran simples: ellos y el régimen. Al ser el régimen la totalidad de lo existente, al abarcarlo todo, la política no existía. Sólo la guerra. De modo que todo momento era válido para hacer fuego. Las circunstancias políticas no jugaban ningún papel en la evaluación de las acciones armadas. Con el régimen no se negocia. La política es eso: negociar con el enemigo. Al enemigo se lo mata. No se dialoga con él. Todo diálogo es el inicio de la traición.) El *Documento* empezaba con fuerza y claridad: *“El asesinato de nuestro compañero José Ignacio Rucci y la forma alevosa de su realización marca el punto más alto de una escalada de agresiones al Movimiento Nacional Peronista, que han venido cumpliendo los grupos marxistas terroristas y subversivos en forma sistemática y que importa una verdadera guerra desencadenada contra nuestra organización y contra nuestros dirigentes”.* Aquí hay una definición clara. Culpables del asesinato de Rucci: “los grupos terroristas y subversivos”. O sea, el “fuimos nosotros” había dado sus frutos. Perón les creía. “Bueno, fueron ustedes. Ahora, nosotros vamos a contestar. Porque, si fueron ustedes, al hacerlo, al matar a Rucci, me declararon la guerra, señores.” El *Documento Reservado* es la respuesta directa, abierta al asesinato de Rucci. Y al “Fuimos nosotros”. Porque de no haber existido esa afirmación, la Orga podría haber jugado a la inocencia, al qué pena, qué pérdida para la clase obrera, para el proyecto del general Perón, para el Pacto Social, cualquier cosa. Así, como lo hicieron, se señalaron a sí mismos como el blanco para responder a la agresión. El “Fuimos nosotros” ya había matado a Enrique Grynberg. La lista seguiría.

¡SI EVITA VIVIERA LOS CAGA A PATADAS A ESTOS ENGRUPIDOS DE MIERDA!

El *Documento* plantea la situación existente como una situación de *Guerra*. Una de las principales singularidades de esta guerra es la *infiltración,* palabra dilecta, privilegiada de la derecha peronista; parte de su identidad política. Existen los “peronistas”, los verdaderos, que son los fieles a Perón. Y los “infiltrados”, que son los zurdos, los troscos, los guerrilleros. Para la izquierda la palabra es *traición*. Ellos son los leales y su misión es salvar a Perón de los traidores que se apiñan a su alrededor, sofocándolo, impidiéndole hacer lo que quiere. Por desdicha y sin duda curiosamente, Perón no cesa de hacer lo que conviene a los traidores. No importa. La tarea es entonces más dura: *hay que salvar a Perón de Perón mismo*. Se acude una y otra vez a la frase de Evita: “No lo dejen solo al general”. En los actos los oradores dicen: “Compañeros, el general está solo. Peor: está mal rodeado. Nos necesita. Tenemos que traerlo otra vez al campo del pueblo. Para lograrlo hay que limpiar al movimiento de traidores. Porque son ellos, compañeros, los que engañan al general. Son ellos los que le llenan la cabeza y lo empujan a hacer cosas que no quiere. Nuestra tarea, compañeros, es no dejarlo solo al general. Como lo decía Evita, compañeros. Como ella lo pedía. ‘No lo dejen solo al general”. Eso nos pedía y eso vamos a hacer. Porque si Evita viviera... “sería montonera, compañeros!”. Esta fórmula final aseguraba la ovación de todos. Era un rito. Lo señalo por segunda vez. Justamente: porque era un rito. Casi todos terminaban así. Era decir, secretamente decir: “Perón nos cagó, pero Evita está con nosotros”. Que yo sepa, nadie lo oyó al viejo general comentar qué sería Evita si viviera. Amo a Evita, lo juro. Pero tampoco a ella le gustaba que le impusieran cosas, que le tiraran una lista con cientos de nombres para formar el Gobierno, otra más reducida para el gabinete, que le mataran a Espejo –por ejemplo–. ¿Alguien imagina qué habría pasado si algún grupo le matara a Espejo a Eva Perón? De aquí que a veces imagine al General en la quinta de Olivos, furioso, puteando contra los montoneros, y diciendo a voces: “¡Qué montonera ni montonera! ¡Si Evita viviera los caga a patadas a estos engrupidos de mierda! Soberbios, altaneros, incapaces de respetar a un jefe, de seguir una conducción, salvo la de esos dos canallas de Firmenich y Quieto, que ni en fotos los quiero ver. ¡Hay que cambiar esa conducción! ¡Hay que echarlos de ahí!” “De acuerdo, general”, susurra López Rega, “pero entre tanto les podemos ir matando las bases, ¿no? Porque sin bases no hay conducción.” Son dos caminos. Si uno quiere liquidar la conducción de una organización armada de –digamos– cuatro mil milicianos, puede hacer dos cosas: 1) Liquidar a los dos o tres tipos de la conducción; 2) Liquidar a los cuatro mil milicianos. Con lo cual la conducción se queda sin nada que conducir. Que es lo mismo que matarla. Pero entre uno y otro método hay 3.997 asesinatos de diferencia. Lopecito –como era un asesino paranoico– prefería la segunda vía, que fue la que emprendió desde Ezeiza. Perón debió insistir en la primera hasta agotarla (lo que implicaba una serenidad que le escaseaba –trágicamente le escaseaba– en esta cuestión) y frenar la segunda, la de López. Cosa que no hizo.

Porque cuando impulsa el *Documento Reservado* tiene todo claro. Los “traidores” son los “infiltrados”. Los troscos, los marxistas, los montoneros y sus amigos los del ERP que, se quieran infiltrar o no, son marxistas de esos a los que él –dirá– “los conoce naranjo”. Leña, pues, a la zurda. Sigue el *Documento*: *Esta guerra se ha manifestado de diversas maneras; por ejemplo:*

a) Campaña de desprestigio de los dirigentes del Movimiento, buscando de ridiculizarlos mediante slogans, estribillos o insultos, atribuyéndoles defectos personales e imputándoles “traición” al general Perón o a la doctrina.

b) Infiltración de esos grupos marxistas en los cuadros del Movimiento con doble objeto; desvirtuar los principios doctrinarios del Justicialismo, presentando posiciones aparentemente más radicalizadas –y llevar a la acción tumultuosa y agresiva a nuestros adherentes (especialmente sectores juveniles)– colocándose así nuestros enemigos al frente del movimiento de masas que por sí solo no pueden concitar, tal que resultan orientando según sus conveniencias.

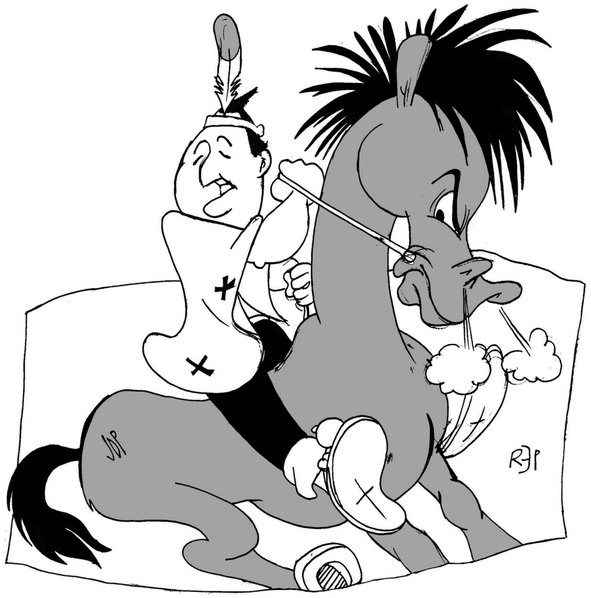
c) Amenazas, atentados y agresiones destinadas a crear un clima de miedo o desconfianza en nuestros cuadros, y a intimidar a la población en general.

d) Asesinato de dirigentes peronistas.

2. El estado de guerra así planteado se dirige en el fondo contra el país. Ya que si bien aparenta afectar a nuestro Movimiento, tiende a impedir la constitución y actuación del Gobierno que presidirá el general Perón por decisión mayoritaria del pueblo argentino.

El crimen cometido contra el compañero Rucci, particularmente por el modo y la oportunidad en que fue consumado, indica que se trata de destrozar al Movimiento Nacional Peronista y a sus dirigentes, creando al mismo tiempo una situación de caos social, que haga posible la frustración del gobierno del Pueblo.

Este último punto es inobjetable y era compartido por la enorme mayoría del país. Con hechos como la muerte de Rucci Perón no podría gobernar. Veamos la evidente respuesta del ERP. ¿Qué diría en un acto de sinceramiento profundo? “Nosotros no queremos que el general Perón gobierne. Perón es un representante de la burguesía que sólo busca un capitalismo distributivo. Su gobierno es un velo peor que cualquier dictadura, que pone las contradicciones al rojo vivo, que impide no verlas. En cambio, Perón –como agente de la burguesía– no hace toda su vida sino defender al régimen con su conocida política gatopardista. Cedamos algo para conservarlo todo. Nosotros queremos todo. Todo el poder a la clase obrera y hasta ahí no habremos de detenernos. La lucha armada es el camino. Dentro de la lucha armada, el foco guerrillero. No hacemos trabajo de masas. En esta primera etapa de la lucha es la vanguardia armada la que debe actuar. El pueblo se irá sumando a medida que el enemigo vaya siendo derrotado”. Los planteos de los Montoneros ya los conocemos. Por lo menos tenían una mayor capacidad para interpretar la política con el soporte esencial de las masas, para eso entraron al peronismo. Pero quisieron suplantarlo a Perón y conducir ellos o, al menos, compartir la conducción. Esto no lo quería nadie. El pueblo peronista quería a Perón en la patria y punto. Había que darle tiempo, confiar en él. Para eso era Perón. El crimen de Rucci –como bien dice el *Documento Reservado*, guste o no– busca la frustración del Gobierno de Perón, que fue consagrado por el voto de la mayoría nacional. ¿Entonces? ¿A qué jugamos? ¿Ustedes qué son? ¿Son peronistas? Bueno, ganó Perón. ¿No querían elecciones? Lo hubieran dicho antes. ¿No creen en la democracia? ¿Por qué aceptaron el triunfo de Cámpora? ¿Porque ganaron ustedes?



Lo que resta del *Documento* son advertencias, amenazas y promesas de violencias por venir: “*Ese estado de guerra que se nos impone no puede ser eludido, y nos obliga no solamente a asumir nuestra defensa, sino también a atacar al enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión. En ello va la vida del Movimiento y sus posibilidades de futuro, además de que en ello va la vida de sus dirigentes (...)No se admitirá comentario, estribillo, publicación o cualquier otro medio de difusión que afecte a cualquiera de nuestros dirigentes. Quien los utilice o quien los reproduzca o tolere, será considerado enemigo del Movimiento y quedará expulsado del mismo. La defensa de todos comienza en la defensa de cada uno.*

e) No se admitirá que ningún grupo utilice expresiones destinadas a menoscabar a otros grupos peronistas, o a exaltar el propio grupo en desmedro de los demás (...) *En las manifestaciones o actos públicos los peronistas impedirán por todos los medios que las fracciones vinculadas al marxismo tomen participación*. (¡Si esto no era una declaración de guerra! ¿Cómo serían las movilizaciones de aquí en más? ¿Una batalla campal entre “ortodoxos” y “marxistas”? ¡Qué modo de invitar al pueblo a sumarse a los actos peronistas. “Venga, señor, venga, señora, festejamos el 17 de octubre, fiesta fundamental de nuestro movimiento. Sea usted “ortodoxo” o “infiltrado” traiga su revólver, su escopeta, si la tiene, y como dijera gloriosamente alguna vez el compañero Galimberti: el que tenga piedras que traiga piedras. ¿Era así, no? Hace tanto tiempo de eso. Todo cambió tanto”). *Medios de lucha: Se utilizarán todos los que se consideren eficientes, en cada lugar y oportunidad. La necesidad de los medios que se propongan será apreciada por los dirigentes de cada distrito*. ¿No es un poco atemorizante o abiertamente terrorífica la confesión abierta y descarnada acerca de los medios de lucha? “Se utilizarán todos los que se consideren eficientes en cada lugar y oportunidad” ¿Cuáles serán? Supongamos que “el lugar” es una comisaría de alguna oscura zona bonaerense, donde anidan esos polícías tan poco amables, ¿qué *medios de lucha* se utilizarán ahí? Eduardo Claussen, el socio de Miguel Hurst en *Cimarrón*, se recuesta pesadamente contra la vidriera cerrada por la cortina metálica. Hace un ruido que nadie podría soslayar. Es sábado a la tarde. Eduardo dice:

–No puede ser. La Policía de la Provincia de Buenos Aires tortura como en los mejores tiempos de los milicos. O peor. Porque pusieron tipos peores. Más fachos que los de Lanusse todavía. Y al pibe de la Tendencia que agarran lo hacen mierda. ¿Qué está pasando? ¿Para esto peleamos? Ayer fui al velorio de (da el nombre, que no recuerdo). ¿Sabés cómo estaba en el jonca? Sonreía. Qué cosa ese pibe. Hasta muerto sonreía.

Entonces Eduardo enciende un pucho. Un *Particulares,* algo así. Tiene los bigotes color ocre de tanto fumar. Es flaco, alto, rubio, usa melena. Es un buen tipo. Uno de los más cálidos y buenos tipos que conocí. Siempre lo quise mucho. (Ahora me dicen que trabaja en un taller mecánico. Ma sí, Eduardo, dale nomás. Es muy lindo ese laburo.) Esa tarde de sábado termina el pucho. Lo tira. Se recuesta todavía más contra la cortina metálica y dice una frase que no olvidé nunca. Con tanto dolor la dijo, carajo. Con tanta tristeza.

–Y bueno.

Siempre que un argentino está por decir una conclusión dura, que implica aceptar algo que uno jamás pensó que aceptaría, que le duele aceptar, pero no le queda otra, empieza por decir:

–Y bueno.

Eduardo completó su frase:

–Seremos infiltrados nomás.

Sanciones: La defección de esta lucha, la falta de colaboración para la misma, la participación de cualquier clase en actos favorables al enemigo y aun la tolerancia con ellos, así como la falta de ejecución de estas directivas, se considerará falta gravísima, que dará lugar a la expulsión del Movimiento, con todas sus consecuencias.

Nadie podrá negar algo evidente: un *Documento* así se larga cuando una estructura de represión está lista para actuar o ha venido actuando desde hace tiempo. Para declarar la guerra, el Ejército tiene que estar listo para hacerla. Eso quiere decir una sola cosa: La Triple A existía y ahora Perón la arrojaba a su feroz matanza de zurdos.

NI PERÓN ERA PERÓN NI LA JOTAPÉ ERA LA JOTAPÉ

General, dentro de este esquema de situación lamentable, apocalíptico, usted sin duda tenía sus razones. Pero, ¿valía la pena volver para esto? ¿Sabe que entre los grandes boxeadores *volver* es una maldición? Joe Louis –acosado por los impuestos con que el poder blanco lo arruinó para humillarlo– tuvo que volver. Rocky Marciano, que lo admiraba como a un dios, le dio una paliza. Pobre Marciano: más le pegaba a Louis más rodaban las lágrimas por su cara de tipo duro. Pobre Louis: dejar ese recuerdo. Vea, si ni siquiera Muhammad Alí debió volver. El poder blanco –el mismo que arruinó a su ídolo Joe Louis– le arrebató cinco años de su carrera. Nos los arrebató a todos. Cassius había cometido errores imperdonables para el establishment boxístico: cambió su nombre a Muhammad Alí, se unió a Malcolm X y se negó a ir a Vietnam. Le impidieron boxear durante cinco años, muchos. Recuperó el campeonato frente a George Foreman en Zaire, pero ya no era el mismo. Antes no peleaba contra las cuerdas. Peleaba en el centro del ring, como todos los grandes y él era el que los superaba a todos. (O bailoteaba alrededor de su rival hasta volverlo loco. Entre tanto, le tiraba unos jabs demoledores y por fin, con uno o dos golpes certeros, lo liquidaba. Era el boxeo hecho obra de arte.) Pero perdió una pelea con el mediocre de Leo Spinks, que se dio el gusto de pegarle muchas piñas que, antes, Alí hubiera evitado con sencillez, hasta con gracia. Se quedó largo rato en su esquina, derrotado, con la cabeza gacha. Su segundo, en cuclillas ante él, lloraba desconsolado. Muhammad Alí apoya una de sus manos en su hombro y, cálido, seguro aun en medio del dolor y la derrota, le dice: “No sufras. Todavía soy Alí”.

Nosotros sufrámos al verlo al frente de esa pandilla de macartos. Al escucharlo decir frases que habíamos escuchado antes de bocas de seres deleznables. Yo no lo pude creer cuando –en su discurso de Navidad de ese año 1973–, con un traje blanco, muy sonriente, seguro, agradeció la ayuda de medio mundo pero sobre todo la de “los servicios de seguridad”. Que a usted no le gustaban los comunistas ya lo sabíamos. Pero creíamos que se refería a la URSS y que buscaba encuadrarse en la Tercera Posición frente a los dos imperialismos. Lo tenía al padre Virgilio Filippo, que era un macartista paranoico. Pero también a Hernán Benítez, que era un cura bárbaro, sensible, cercano a los pobres. Y el pueblo lo quería y –bueno– todo eso que ya sabemos. Ahora, no. Su cara era otra. Asomaba, ahí, un rictus de odio que desconocíamos. Fácil para que los viejos gorilas nos dijeran: “Se los dijimos. Ustedes no conocieron a Perón”. Perón no conoció a los Montoneros. Por eso nosotros no conocimos a Perón. Aquí se encontró con una Orga empecinada, agresiva. Reaccionó mal. Él, que siempre integraba, organizó una banda de asesinos. Era demasiado. Nunca habría podido decirnos: “No sufran. Todavía soy Perón”. ¿Después del *Documento Reservado*? ¿Después del Navarrazo, que se aproximaba? No nos pida que no suframos. “No, general. Usted habla como Perón. Tiene la cara de Perón. Le gusta ponerse el uniforme de milico como siempre le gustó a Perón, pero ya no es Perón”. Encima, para decirle toda la verdad, el desgarro es completo. La Jotapé ya no es la Jotapé. Siempre buscamos respaldar su proyecto de llegar al Gobierno y ver –desde ahí– qué era posible, qué no. Ahora usted llegaba al Gobierno (con, exactamente, el 61,85% de los votos; los radicales lo seguían apenas con el 24,42%: un triunfo aplastante el suyo, el pueblo quería su Gobierno, no cabía duda alguna, quería la democracia, la paz) y la Tendencia revolucionaria asesina a Rucci, uno de sus principales pilares, nos gustara o no. ¿Cómo era posible? ¿Quiénes estaban al frente de la conducción de Montoneros? Por primera vez ese *fuimos nosotros*, que siempre nos había incluido, escupe con desdén sobre nosotros: no valemos nada, las cosas se hacen sin que importe lo que pensemos, porque los que mandan son ellos, dos, tres, cinco tipos. Y se cagan en nosotros. En suma, Perón ya no es Perón y la Jotapé ya no es la Jotapé. Estamos solos. Para estar en alguna de las dos partes tenemos que agarrar un fusil y nunca quisimos eso ni nunca supimos hacerlo. Creíamos en el trabajo con las masas. Eso era el peronismo: trabajar desde las bases. No meterse en una guerra de aparatos. Alí siguió siendo Alí. Ganó todavía unas cuantas peleas después de lo de Spinks. Pero ni Perón volvió a ser Perón. Ni los Montos, los Montos. Habíamos perdido. Y faltaba lo peor.

TERMINA 1973: EL AÑO MÁS TRÁGICO DE NUESTRA HISTORIA

Algunas precisiones: dos días antes del asesinato de Rucci, el general Heraclio Ferrazano, el que respaldó a Righi en su memorable discurso a la policía, es reemplazado por el general Miguel Ángel Iñíguez, hombre del riñón de la derecha policial. Ese mismo día, el decreto 1.454 declara ilegal al ERP. El 28 (de ese mes de septiembre) Iñíguez cierra el diario *El Mundo*, que es del ERP. Después reabrirá, por un tiempo apenas. El 1 de octubre, el ministro de educación, Jorge Taiana, le pide la renuncia a un absoluto indeseable: Rodolfo Puiggrós. Perón habla ante los gobernadores. Punto principal del discurso: condena al marxismo y a la guerrilla. Pese a ello, Ernesto Villanueva (de buenas relaciones con la Jotapé) asume como Secretario Académico de la Universidad de Buenos Aires. (Mi diploma de Profesor de Filosofía está firmado por él. Lo dije, pero no importa. También lo firma Solano Lima. ¿Recuerdan que juramos por “la liberación de los países del Tercer Mundo”? Perón nos dejó juguetear todavía un poco más con la Universidad. En el ‘74, Isabel-López Rega descargarían el golpe definitivo.) El 4 de octubre, en Córdoba, la policía irrumpe en una Unidad Básica de la Jotapé y se lleva montones de carteles con la imagen del Che Guevara. Hoy podría venderlos en alguna feria hippie. Octubre 16: se prohíbe el film *Último tango en París*. ¡Se acabó la joda, pajeros! Este es un país militar y católico. Nada de coitos contra natura. Si quieren excitarse tendrán que buscar alguna foto de Gabriela Mistral, otra cosa no va a quedar. 21 de noviembre: una bomba en el automóvil de Hipólito Solari Yrigoyen. Se considera a este hecho como la primera acción pública de la Triple A. Octavio Getino tiene que irse de la dirección del Ente de Calificación Cinematográfica. Luego de algunas alternativas, la conducción de la entidad caerá en la siniestras manos para las que estaba destinado: Paulino Tato, que gustará sacarse fotos con una tijera. “Con esto corto las películas.” Individuo siniestro, de infausta memoria, síntesis perfecta del fascismo bruto, pendenciero. Siguió durante el régimen militar. Apenas se inició la democracia, en un programa de TV que dirigía Antonio Carrizo, entre Miguel Ángel Solá, Alfredo Alcón y Solita Silveyra le dijeron tantas cosas duras, verdaderas, que el energúmeno tuvo que huir del estudio. Que en paz no descanse. Diciembre 2: Cámpora a México, como embajador. Listo, ya no jode más. Diciembre 4: Un diputado patológicamente anticomunista, amigo de la Triple A, Rodolfo Arce, arroja una grave acusación contra el gobernador de la Provincia de Buenos Aires: Oscar Bidegain. Dice que reparte armas a grupos marxistas. Arce dirige un folletito de los Servicios en el que colaboran hombres que han logrado quedar entre las sombras: Armando Alonso Piñeyro (autor de un par de libros sobre la “subversión”) y el pintoresco José Gobello, campeón del lunfardo. Acompañado por una carta irónica, el hombre me mandó un libro que narra Su vida, su obra (creo) *y sus amores*. Siempre ando mal de tiempo, pero no bien pueda, la parte ésa, la de sus amores, no me la pierdo. El 6 de diciembre, un hombre con futuro, el almirante Eduardo Emilio Massera accede al puesto de comandante general de la Armada. El día 18 se toma el raje el teniente general Jorge Raúl Carcagno. El que había declarado en el *Desca*: “Se acabó la época en que los yankis nos metían dos minas en la cama y conseguían de nosotros lo que querían”. Nunca más dos minas en la cama, Carcagno. A menos que se las consiga usted. Pero de Berzategui, no show girls de Las Vegas. (Igual dicen que hay lindas minas en Berazategui. Juraría, de todos modos, que no son lo mismo.) ¡Lo reemplaza el general Leandro Enrique Anaya! Se va armando la cosa, eh.

Diciembre 28: Escribe Andrew Graham-Yooll (en cuya utilísima *Cronología histórica* nos hemos basado) “Es secuestrado el ejecutivo de Peugeot Yves Boisset (liberado el 18/3/1974) (...) Al finalizar el año hay por lo menos cinco personas secuestradas. El total del año es aproximadamente de 170 secuestros por rescates que alcanzan a 43 millones de dólares”.

Termina el año 1973. El año más trágico de la historia argentina. También el más dramático. Porque la tragedia se nutrió de acciones innumerables, de personajes riquísimos, de encrucijadas irresolubles. Un año que nos arrastró de la máxima esperanza al más hondo de los abismos. De la vida a la muerte. De la espera jubilosa a la desesperanza sombría. De los planes libertarios, modernos y democráticos de un Gobierno de jóvenes lúcidos a las tosquedades, al burdo macartismo de un gobierno de viejos, de pandilleros. El que mostró la cara menos deseada del líder que volvía para la felicidad de todos. El que hundió a una guerrilla que había luchado contra las tiranías militares de los ‘60, concitando el apoyo de la juventud, de la clase media, de las clases populares, en un vaho cenagoso de acciones incomprensibles, de crímenes (sobre todo uno, el de Rucci) que echaron por tierra la fe en su lucidez para la conducción. Para la política. Para la vida. Para todo.

EL VIDRIO DE LA INFAMIA

Perón y la Triple A: este asunto hay que dejarlo claro de una vez por todas. No es que para muchos no esté ya claro. Mas, hay que escribirlo. No podemos conversarlo en las sobremesas de la amargura peronista o del goce gorila. Hay que dejar eso atrás. Las cosas que se dicen en las sobremesas de los peronistas lúcidos son durísimas. También, a menudo, terminan en chistes macabros o en autoironías flagelantes o en ese humor que nos permite sobrellevar nuestras heridas porque sabemos que hemos vivido y viviremos una historia extraviada, en la que brillará por completo ese *sentido* que Hegel y Marx creyeron encontrarle. Una historia que sigue acumulando cadáveres, vejaciones, torturas cuya necesariedad ya es declamada a los cuatro vientos, guerras de colonización, guerras de despojo, guerras petroleras, bombas por todas partes, un terrorismo que no compartimos y cuyo comprensión profunda no está en ningún texto de Occidente sino en El Corán. La historia no tiene ya una necesariedad dialéctica, inmanente, una teleología. La única necesariedad –acabamos de decirlo– que los guerreros de hoy defienden es la de la información. Esa necesariedad es la de la tortura, ya que no hay información sin tortura. *Por consiguiente, el único elemento necesario, inmanente, de la historia es la tortura*. Esto no se atrevió ni a verlo Benjamin. Aunque su concepción de la historia como catástrofe sin duda lo incluía. En suma, en esas sobremesas, sólo la ironía o el descarnado humor nos permiten tolerar –no la deconstrucción– sino el despedazamiento de nuestros sueños. Para los gorilas no es lo mismo. Adhieren a la lucha de los guerreros de Occidente que arrasan el islam y arrasarán lo que sea necesario para mantener el poder que los legitima. Adhieren también a la tortura porque tienen mucho dinero, muchas propiedades y todo eso debe ser protegido de una delincuencia cada vez peor y cada vez mayor. Piden, entonces, fiereza. Piden armas de rayos electrificados. Armas que son como picanas que actúan a distancia. Fuera de aquí, miserables. Manténganse a distancia de lo que nos es privativo o los quemaremos con nuestras pistolas radioactivas. El gorila vive una fiesta de su poder inmarcesible. Se siente protegido por la gran potencia a la que busca complementarse mansamente y odia a quienes ponen trabas a eso. Odia al Estado, por ejemplo. ¿Para qué

el Estado, nosotros? Hay un solo Estado y está en Washington. El mundo es global y la guerra también. Estamos con Occidente y el *centro* de la defensa de esa geopolítica venerable, que despega con los griegos, es el Imperio Americano. (*Nota importante:* Escribe Horacio González: "Consideremos el vocablo 'gorila". El gorila, estupendo animal, tiene la incomodidad de la ostensible nota en común con el hombre, pero que en el rubro de las artes, sirve para significar mucho menos una continuidad darwiniana, que una ruptura con el ejercicio del buen argumento. Es que el uso histórico (desde 1955 hasta hoy) del término 'gorila" implica adjudicarle al contrincante un plano de permanente pre-reflexión, que lo lleva a condenar al peronismo antes de traspasar el umbral del conocimiento constatativo y racional. 'Negarse a pensar en nombre de un prejuicio" sería el equivalente del 'gorilismo", hallazgo fundamental de la lengua política, por el cual esta imputación no implica proximidad con lo humano –como en la teoría evolucionista– sino discontinuidad con la argumentación que permite pertenecer al *logos* político. Formidable invención teórica del peronismo –sin apariencia de tal– quizás oscuramente responsable de mantenerlo vivo hasta hoy. Pues significa automáticamente que el peronismo reclama y precisa sólo de criterios de comprensión emanados de él mismo", Horacio González, *Perón, Reflejos de una vida*, Colihue, Buenos Aires, 2007, p. 367.) Las sobremesas peronistas no tienen esas certezas sobre la historia. Creo que semejan al Angelus Novus de Benjamin. ¿Quiénes si no los peronistas lúcidos que aún quedan en el país pueden volverse hacia el pasado y no ver en él "una cadena de datos" (o sea, un devenir dialéctico inmanente y necesario, un orden teleológico sereno que se desenvuelve en busca de su totalización final, que es la conciliación de todos los antagonismos) sino "una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina"? (Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, tesis 9). ¿Quiénes si no los peronistas de coraje político y teórico pueden decir: *qué desastre, qué mal salió todo, de que sirvió que el Viejo volviera*? (Está claro que estos peronistas comparten una valoración altamente positiva del primer Perón, del coronel que eligió a Evita como compañera, que hizo el IAPI y distribuyó el ingreso y de toda la poderosa historia del peronismo de la Resistencia. Me refiero a los puntos de vista sobre el "tercer Perón". Aquí es donde las charlas derivan hacia la tristeza, la depresión franca o la bronca.)

Pero el Viejo volvió y volvió para armar la Triple A. Para reventar a la juventud maravillosa. Y puso un casi incomprensible empeño en hacerlo. Lo dice Miguel Bonasso: "López Rega, más que un fascista, era un portero, un cabo de policía, un personaje menor de Roberto Arlt. Es realmente un personaje distorsionado de *Los siete locos*, no sólo por cultivar la astrología, sino por esa extraña mezcla de astucia y perversidad y de terrible mediocridad. Es el sirviente que se coloca en un plano impensado de la historia, pero la responsabilidad la tiene Juan Perón: López Rega era el secretario privado de Juan Perón. Sean cuales fueran las miserias que determinaron que Perón le diera semejante poder a López Rega, la responsabilidad es de Perón y ha llegado la hora de decirlo con todas las letras" (Felipe Pigna, *Lo pasado, pensado*, ed. cit., p. 275). No sé si con todas las letras, pero yo lo había dicho en el lejanísimo 1987 en un libro que se llama *López Rega, la cara oscura de Perón*, que, no por casualidad, todos los que emprendieron trabajos sobre Lopecito o sobre el tercer Perón me lo pidieron con –a veces– fervoroso interés. Tengo uno o dos ejemplares y no se los doy a nadie. Tampoco creo que sea gran cosa, pero tiene tesis que –para 1986, fecha en que publiqué esos trabajos en *Humo*®– eran desconcertantes. Tomás Eloy Martínez me preguntaba: "¿A dónde vas con todo esto?" Yo le cedía los materiales para que los leyera porque él acababa de publicar *La novela de Perón* y era el dueño del tema. Yo le contestaba con algunas bromas no demasiado livianas: "No sé a dónde voy. Pero te aseguro que no voy a escribir jamás algo como: 'Una brizna de sorna atravesó la mirada de López Rega'" Tomás se habrá reído seguramente porque tenía humor. Además, *estábamos* en *Humo*®. Aunque él se concentraba más en *El Periodista*, que Cascioli acababa de sacar con gran éxito. Así era Tomás: *El Reporter Esso*, *Primera Plana*, *La Opinión*, *El Periodista*, **Página|12** (donde dirigió el suplemento *Primer Plano*) y por fin *La Nación*, en su "gloriosa" época antiK. Siempre estuvo en las mejores vidrieras. Pero –si a su prosa se le quitan esos excesos rococó, que Vargas Llosa, cruelmente, no dejó de señalarle– su escritura figura entre las mejores que dieron nuestras letras. Era un dotado. Sentía la *musicalidad interna* de una frase como pocos. Cierta vez está editando un texto que le acabo de entregar para *El Periodista*. Me dice: "José Pablo, le tengo que quitar unas palabras aquí". Al ver mi cara de espanto dijo en seguida: "Quedate tranquilo: no le quita la música". Nadie había jamás interpretado lo que es para mí una buena prosa: música. No hay frase perfecta si no es musicalmente perfecta. Leer a Tomás entrega ese placer. Es como escuchar música. Es sentir el goce y también eso que los yankis llaman la *easiness* para el arte, para cualquier arte. La *easiness*, es decir: la facilidad, el don, lo que brota sin esfuerzo, con fluidez, lo que se desliza por medio de la maestría de un creador tocado por alguna varita o por lo que sea, pero señalado, elegido. Sigo. La pregunta más incómoda que se formula en mi libro de 1987 es: "*¿Hubo una ruptura entre el gobierno de Perón y el de Isabel-López o sólo una exasperación de tendencias ya definidas?*" (JPF, López Rega, la cara oscura de Perón, Legasa, 1987, Buenos Aires, p. 74). Daremos la respuesta en estas páginas, aunque ya se adivina. En 1987 la conclusión más dura era la siguiente: "Perón controlaba los delirios criminales de López. Pero los conocía. Y este conocimiento constituye una parte esencial de su cara oscura. Sabiéndose viejo y enfermo (Cossio y Taiana se lo habían dicho), no ignorando la influencia que López tenía sobre Isabel, ¿cómo le mantuvo sus poderes? ¿Ignoraba acaso que –una vez producida su muerte– López pondría en vertiginosa acción a los escuadrones de la muerte?" (JPF, Ibid., p. 74. Obsérvese ese horroroso descuido en la prosa: "su muerte" y en seguida "escuadrones de la muerte". A menudo es doloroso releerse.)

Otra visión sobre Perón y la Triple A: ajusten sus cinturones. Creo que todos conocen la revista *Barcelona*. Los malvados barcelonenses les pegan con todo a todos. También a ellos mismos. Son un fruto perfecto de este tiempo. Son los *dadaístas* de hoy. Nadie podrá negar que hoy es legítimo sentir lo que los dadaístas sintieron durante la Primera Guerra Mundial: el fracaso de la razón, el uso de la técnica para la guerra, el derrumbe de los valores de occidente y hoy –para colmo– el terrorismo, no ya occidental, sino de una civilización que Occidente ignoraba: el mundo islámico. Así las cosas, el dadaísmo implica el escepticismo total, la burla de todos los valores de la civilización burguesa, lo sarcástico absoluto para destruir un sistema que, no sólo se destruye a sí mismo, sino que arrastra al entero mundo en su destrucción. Dentro de esta estética –o bastante cercanos a ella– los barcelonenses hacen la siguiente lectura sobre el general Perón y la banda terrorista denominada Triple A: El autor de la nota firma con el nombre (falso, suponemos) de Luis Miguel Bonasso. El título de la nota es: *Cómo fue que Perón quiso hacer el bien y su demoníaco entorno se lo impidió* (...) Y la bajada dice: *Justo es reconocer que el regreso del anciano líder a la Argentina no trajo consigo las soluciones que el pueblo esperaba. Ahora, al fin, sabemos por qué*. La nota es la siguiente: "El teniente general Juan Domingo Perón tuvo, en los últimos años de su vida, un entorno. Ese entorno estaba compuesto por gente mala y ruin que se aprovechaba de su famosa ingenuidad. La candidez de Perón llegó a límites impensados en 1973 cuando su secretario privado, José López Rega, lo convenció de que reunía las condiciones de idoneidad y hombría de bien necesarias para desempeñar el cargo de Ministro de Bienestar Social. Un informe hasta ahora reservado a la Secretaría de Asuntos Esotéricos del Justicialismo permite dilucidar hasta qué punto López Rega y otros oscuros personajes le lavaron el cerebro a Perón y lo hicieron hacer cosas que odiaba.

"El caso de la organización parapolicial Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) es emblemático: Perón jamás tuvo conocimiento de que existía, a pesar de que López Rega la presidía y la financiaba con fondos de su ministerio.

"López Rega solía reunirse casi diariamente a planificar futuras amenazas, atentados y crímenes con el comisario Alberto Villar frente a las propias narices del general: por indicación del famoso Brujo, Perón tomaba un comprimido de color verde cada dos horas. El Abombadol permitía que cualquier iniquidad se cometiera en su presencia sin que Perón lo percibiera: Perón tomaba un blister diario de Abombadoles y así fue cómo llegó a firmar cualquier cosa.

"El tratamiento prescripto por López Rega se complementaba con la famosa 'Píldora de la derecha', que Perón consumía en cantidades industriales porque Raúl Lastiri, el fugaz ex presidente y yerno del Brujo, lo convenció de su utilidad para mantener la motricidad fina en buen estado.

"La combinación de Abombadol y Derechit permitió que se acercaran a Perón algunos personajes que en circunstancias normales jamás hubieran sido escuchados: el coronel Jorge Osinde, por ejemplo. O Alberto Ottalagano, luego rector de la UBA. O los militantes de Guardia de Hierro y la CNU. O Norma Kennedy. Todos ellos eran amigos de López Rega a los cuales Perón, de haber estado lúcido, habría despreciado sin más trámite. Perón había tomado doble dosis de ambos 'medicamentos' cuando condecoró a Licio Gelli, titular de la misteriosa logia masónica P-2" (*Barcelona*, 28 de marzo de 2008).

Perón ya sabe que no podrá controlar a su "ala izquierda". Que no tiene "ala izquierda" ni "juventud maravillosa". Tiene a una generación de jóvenes fuertemente ideologizados que no aceptan los postulados de un capitalismo nacional. Uno de los chistes de la Jotapé decía que la gente de Gelbard cantaba la marcha, cómo no. Hacía ese sacrificio. Pero había uno que le era imposible hacer. La parte que decía "combatiendo al capital"... la tarareaba. Se burlaban: *tararán-tan-tan-tan-tan*. Y todos muertos de risa. Gelbard les parecía lo mismo que Rucci o lo mismo que Krieger Vasena, un economista del sistema. La palabra sistema –muy en boga en esa época y desde hacía largo tiempo– eliminaba todo posible matiz. Se estaba a favor o en contra del sistema. Gelbard era un burgués capitalista y punto. Estaba a favor. Otros oponían puntos de vista diferenciados. El Banco de Desarrollo era una ayuda formidable para la pequeña y mediana industria, o sea: la industria de capital nacional. *La pequeña y mediocre industria*, decía la militancia. El asombro se le trocaba en furia a Perón. Esos jóvenes a los que había pensado manejar con un vaso de agua, un micrófono y cuatro gritos eran más que rebeldes, eran temibles. Ahí estaba el *ruccicidio* como prueba.

El *ruccicidio* y el *Documento Reservado* –es decir, el clima de guerra que existe entre la izquierda y la derecha del movimiento– ensombrece el discurso de Perón del 12 de octubre, el día en que asume su tercer gobierno y sale al balcon de la Casa Rosada (su balcón) para pronunciar el primer discurso de su regreso al país. Hay poca gente. Apenas lo imprescindible como para que no sea un papelón alarmante. El día en que asumió Cámpora habría más de cien mil almas saltando y cantando de alegría y esperanza. Más de cien mil de las que hay hoy. Porque ¡vaya uno a saber cuántos fueron a festejar el triunfo del Tío y el regreso de la democracia! Ahora el miedo se instaló para siempre. ¿Otra vez Ezeiza?, se dice la gente. "No, vieja, yo lo veo por televisión. A ver si se empiezan a amasijar de nuevo. ¿No viste el vidrio que le pusieron?" Aquí estaba el punto. El exacto punto del miedo. Perón hablaría detrás de un vidrio protector. Ese vidrio lo había puesto la derecha. Lopecito y su gente, seguro. Y el general no tuvo la dignidad de tirarlo a la mierda. De decir: "No, señores, yo no le hablo a mi pueblo protegido por un vidrio. No le hablo como un cagón. Le hablo como le hablé siempre. Mirándolo. Y quiero lo que siempre quise: que me miren. Nadie me va a matar hoy. Ni el ERP ni nadie. No me asusten ni asusten al pueblo. Es el día de nuestro reencuentro. ¿O no lo ven? ¿Cuántos vinieron? Pocos. Porque el pueblo no quiere la violencia, quiere el trabajo y la paz. Ahora nos tienen miedo. Creen que van a un acto peronista y tienen que empezar a esconderse de los tiros. ¡Saquen ese vidrio de mierda! Yo le hablo al pueblo a la cara. No escondido en una pecera". Pero no: le habló así. Escondido en una pecera. Y si lo pienso mejor, no sé. Hasta por ahí la idea del vidrio fue suya: "Para que el pueblo vea que los infiltrados, los imberbes que se ponen la camiseta peronista quieren matarme". Prefiero creer que no. Pero entonces, ¿tan perdido estaba? ¿No advertía lo que ese vidrio blindado proclamaba a los cuatro vientos?: "Estamos en guerra. Tenemos que proteger al general. Los zurdos, si nos descuidamos, lo matan. Hasta aquí, en la Plaza de Mayo. El día en que asume la presidencia por tercera vez. Porque están locos y quieren sangre, guerra. Si no, no pondríamos este vidrio. Pero el peligro es real. En cualquier momento, los tiros. El caos. Ezeiza". Para colmo, el sol daba sobre ese maldito vidrio y casi no se lo podía ver al viejo líder. Algo recorrió la plaza cuando dijo "¡Compañeros!" después de 18 años. Fuera lo que fuese, estaba muy lejos de lo que debió haber sido.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

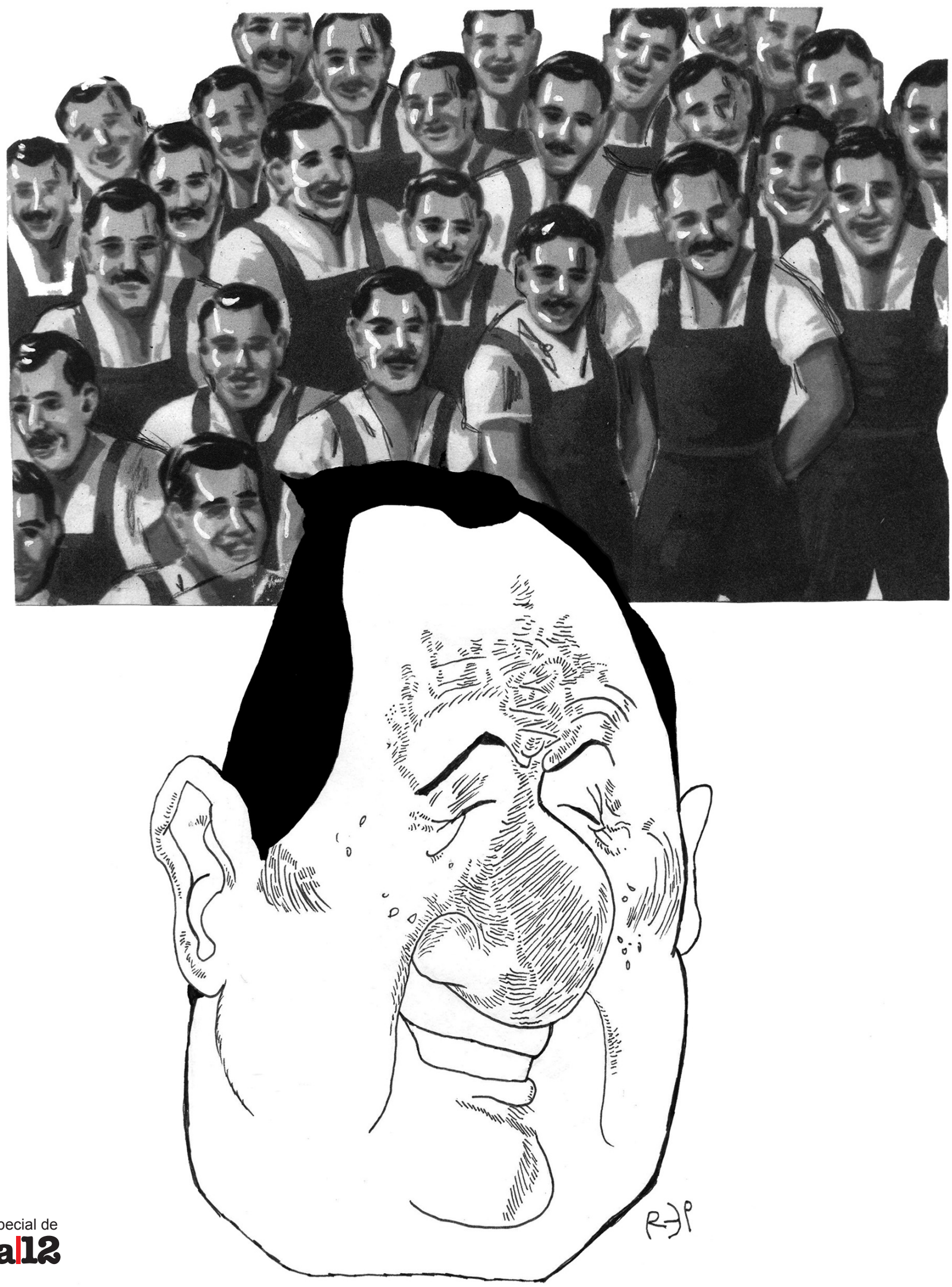
Aparece "El Caudillo": las muertes anunciadas

Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

117 **Aparece "El Caudillo": las muertes anunciadas**



Suplemento especial de
Página|12

POR FIN ALGO MÁS SOBRE EL ASESINATO DE ENRIQUE GRYNBERG

Mala suerte la de Enrique Grynberg. No sólo lo quemaron a balazos, sino que su muerte quedó pegada a la de Rucci, algo que obliteró que se la investigara o se lo recordara (a él) por otro motivo. Grynberg pasó a la Historia como el militante de la Jotapé que asesinaron como represalia por el asesinato de Rucci. Extraña forma de pasar a ser parte de los nombres insoslayables, porque el suyo lo es. Todos lo nombran. Es un lugar común. Lo matan a Rucci y la primera respuesta es matar a Enrique Grynberg. Nadie se preguntó quién era Enrique Grynberg. Raro: nadie hizo una pregunta básica, ¿por qué él fue la víctima elegida? ¿Tenía algo que ver con Rucci? ¿Había participado en su asesinato? ¿Fue por *eso* que lo mataron? ¿Fue para vengar la muerte de Rucci o por otra cosa? ¿No era muy poco para vengar la muerte de Rucci? Como "primera respuesta", ¿no habría sido adecuado alguien de la Jotapé pero más jetón, con más cartel? ¿Su apellido judío tenía algo que ver con la cosa? Recordemos el chiste que me hizo Eduardo: "Empezaron con un judío". Esto revela algo más interesante: "Empezaron", dijo. O sea, se veía esa muerte apenas como un comienzo. Un comienzo desmañado, desprolijo. Sí, recuerdo eso: *agarraron al primero que tenían a mano*. Eso se dijo mucho. Con los años, los investigadores de los hechos tumultuosos de 1973 se conformaron con narrar la muerte de Rucci y Grynberg quedó como una *nota a pie de página.* Algo así como un sub-asesinato. O como un asesinato clase B. Rucci, el asesinato estelar. Grynberg, el clase B. El que se menciona de paso. Y se sigue.

Hagamos un breve e incompleto sumario:

Bonasso: "Las represalias comenzaron de inmediato: el 26 de septiembre una patota convocó por el portero eléctrico a Enrique Grinberg *(sic)*, un conocido militante de la Jotapé. Cuando éste bajó a la puerta totalmente desprevenido lo acribillaron a balazos" (*El presidente que no fue*).

Galasso: "A su vez, comandos ligados a la Central Obrera ejecutan la venganza al día siguiente". Da la muerte de Grynberg como "venganza". Y la atribuye a "comandos ligados a la Central Obrera". Sigue: "El 26 de septiembre –día del sepelio de Rucci– un comando de derecha ultima a Enrique Grynberg (*Galasso escribe correctamente el nombre del sub-asesinado: con "y"*, JPF), miembro del *Ateneo Evita*, uno de los más fervorosos militantes de la Juventud Peronista. Horas después, su propia esposa escribe en el frente de dicho Ateneo: 'Enrique Grynberg. Tu sangre derramada no será negociada. Hasta la victoria siempre. ¡Viva Perón!'". A pie de página, Galasso aclara de dónde tomó este dato: *El Descamisado*, 2/10/1973 (*Perón: exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974)*.

Perdía: Apenas lo menciona: "Como así también un nuevo asesinato (Enrique Grimberg) de la JP al día siguiente acumula más odio y muerte" (*La otra historia*).

Andersen: No lo menciona. Raro, porque está muy bien documentado y no deja nada sin abordar (*Dossier secreto: El mito de la "guerra sucia" en la Argentina*).

Yofre: Tampoco *(Nadie fue*).

Anzorena: "Ventiséis horas después del atentado contra Rucci es asesinado el militante de JP Regionales, Enrique Grinberg" (*Tiempo de violencia y utopía).*

Baschetti: "Grynberg, Enrique: Docente en la Facultad de Ciencias Exactas. Militante de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Miembro del Consejo de la Juventud Peronista en la Zona Norte del Gran Buenos Aires. Dirigente del 'Ateneo Evita' de Juventud Peronista. Con 34 años fue asesinado de siete balazos, el 26 de septiembre de 1973, en la puerta de su casa (Blanco Encalada 3422, Capital) por desconocidos que aparentemente querían vengar la muerte de José Ignacio Rucci. Fue un crimen nunca investigado ni esclarecido" (*La memoria de los de abajo*, volumen 1, 1945-2007).

No doy la paginación porque es muy sencillo encontrarla: se busca el pasaje que cada autor dedica al asesinato de Rucci y ahí, en seguida, aparece el de Grynberg. Como dije: un subtema del caso Rucci.

También consulté el libro de Marcelo Larraquy sobre López Rega, que está notablemente trabajado, que es humilde, ya que el autor sólo se remite –no siempre, pero casi– a escribir sobre una base de datos laboriosamente obtenidos, algo que torna muy valioso su aporte. Tal como esperaba encontré bastante más. Escribe Larraquy: "Desde el Ministerio (*se refiere al de Bienestar Social, de López Rega*, JPF) surgió la idea de dar una respuesta a la muerte de Rucci. La víctima elegida fue en forma espontánea, casi al azar. En una oficina del primer piso, alguien comentó que Enrique Grinberg (*raro que Larraquy no haya advertido que el apellido no estaba bien escrito*, JPF), militante de Derecho de la JP, había festejado con un brindis la muerte del líder sindical. Juan Carlos 'El Negro' Mercado, que trabajaba en la oficina 1010 de Lanzilloti y tenía una credencial del Ministerio de Defensa, juntó a algunos muchachos de la Unidad Ministro y a otros del primer piso, hizo sacar un Rambler 660 negro –por entonces la Dirección de Movilidad y Transportes estaba a cargo del comisario retirado Hugo García Rey–, y anticipó la operación a la seccional policial del barrio para que liberara la zona; luego se trasladaron hasta el departamento de su objetivo, que vivía en la calle Blanco Encalada, en Belgrano. En el viaje, Juan Carlos Mercado comentó que confundiría a Grinberg haciéndose pasar por otro 'Negro', con el que se había reunido cuando intentaban homogeneizar posiciones en torno de la JP. En mérito a ese conocimiento, Grinberg bajó a la entrada de su edificio cuando recibió el llamado desde el portero eléctrico. Pero apenas se asomó al hall, dos hombres le dispararon desde el costado con pistolas Bersa y otro, de frente, gatilló su Colt 11.25. Grinberg cayó muerto. Con la misión cumplida, el grupo volvió al Rambler y retomó el camino hacia el organismo estatal, que a esas alturas ya funcionaba como un bunker. La operación fue muy comentada en el Ministerio" (Marcelo Larraquy, *López Rega, La biografía*, ed. cit., p. 239). Al final del capítulo –en las notas–, Larraquy menciona su fuente: "Entrevista al secretario de la Agrupación 17 de Octubre" (Larraquy, *ob. cit.*, p. 252). Después de las notas abre un destacado y lo titula: *Fuentes de este capítulo*. Ahí escribe: "Para recreación de las actividades en el Ministerio de Bienestar Social, entrevistas a Néstor Ortiz, y ex colaborador de López Rega, ex secretario de la Agrupación 17 de octubre y ex miembro de la agrupación Ramón Castillo, que prefirieron permanecer anónimos" (Larraquy, *ob. cit.*, p. 255). De Juan Carlos "El Negro" Mercado dice que fue muerto por la Triple A en 1974 por un "ajuste de cuentas" interno del Ministerio. Apareció en un baldío de Villa Domínico el 24 de marzo de 1974. Y señala: "Véase causa judicial Triple A. cuerpo 33, foja 6.551" (Larraquy, *ob. cit.*, p. 252). Hablé con él. Me dijo que estaba seis horas por día en los sótanos de Tribunales. Que el lugar en que tuvo que trabajar era horrible, pestilento. Que tenía numerosos folios pero no dónde sentarse ni dónde apoyarlos. Que finalmente se sentó en el baño. Que cierta vez entró la historiadora María Sáenz Quesada y optó por irse. Que la comprende. Que una señora como ella (Larraquy es un caballero) no puede trabajar en un lugar así.

El trabajo de Larraquy es valioso. Buscó, con todo el rigor que le era posible, qué había pasado con Grynberg. Es el primero que lo hace. Observemos que él no afirma que Grynberg brindó festejando la muerte de Rucci, sino que en una oficina del primer piso "alguien comentó". Esto fue suficiente. Que "alguien comentó". Si Grynberg hizo o no ese brindis Larraquy no lo dice. No lo dice porque no lo sabe. Porque su informante se lo dijo así: también sin saberlo. Tal vez esa incerteza nos indica la liviandad de la vida en esos tiempos. Como "alguien comentó", la patota salió a matar. No hacía falta más. Sólo el comentario de "alguien". Lo que yo escribí también planteaba la incertidumbre. Y desde la primera frase: "Parece que –en un acto por completo irreflexivo– Grynberg había festejado públicamente con un brindis en la Facultad de Derecho la muerte de Rucci". No cité a Larraquy porque se me pasó. Lo cité un montón de veces y todavía lo voy a citar más porque admiro ese libro suyo. Pero puse: "en un acto por completo irreflexivo". Si era cierto lo del brindis, ¿qué otra clase de acto podría ser?

Hay otros aspectos valiosos en el texto de Larraquy: la patota de López Rega ordena a la comisaría del barrio que libere la zona y, en efecto, queda libre. O sea, los fachos ya dominaban la ciudad y la policía les hacía caso por sus viejos reflejos de siempre: "¿Van a matar zurdos, muchachos? Vayan tranquilos. Nadie los va a joder. Sáquense el gusto". ¿Y el discurso de Righi? Sí: no sirvió para nada. Como *Las Bienaventuranzas* de Jesús de Nazareth. Como la *paz perpetua* de Kant. ¿Quieren reírse tristemente durante un breve rato? ¿Ver la eficacia de los grandes discursos dirigidos a lo mejor que debiera reposar en la condición humana? Veamos algunos de los puntos centrales de la *paz perpetua* kantiana: "Con el tiempo los ejércitos permanentes deben desaparecer por completo". "No debe contraerse deuda pública en relación con los asuntos de política exterior." "Ningún Estado debe inmiscuirse por la fuerza en la constitución y en el gobierno de otro Estado." "Ningún Estado en guerra con otro debe permitirse hostilidades de un tipo tal que hagan forzosamente imposible la confianza mutua en la paz futura" (Immanuel Kant, *Hacia la paz perpetua*, Ladosur, Buenos Aires, 2004). ¿Puedo permitirme citar apenas un texto de *Las Bienaventuranzas* de Jesús? Aquí va: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y tratad a los hombres como queréis que ellos os traten" (*Biblia de Jerusalén*, Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao, 1998, p. 1501). Esto fue el cristianismo. ¿Cómo degeneró en Torquemada y en los escuadrones de la muerte y los ejércitos de la seguridad nacional que luchaban por una sociedad occidental y *cristiana*? En fin, si es por ingenuos, Jesús de Nazareth y Kant se adelantaron desmedidamente al Ministro del Interior de Cámpora. (*Nota:* Jesús también hubiera abierto las prisiones en mayo de 1973. Habría dicho: "¿Acaso no fueron encarcelados estos jóvenes bajo un régimen injusto, bajo un gobierno tiránico? ¿Cómo no darles una nueva oportunidad?". Claro: lo crucificaron. O mejor dicho: primero lo mataron a él. Después empezaron a matar a los otros en su nombre. Sigue ocurriendo. Siempre que Bush dijo: "Dios no es neutral. Dios está de nuestro lado", puso a Jesús al servicio de la muerte.)

Volvemos a Enrique Grynberg. Su esposa, que lo sigue amando, sintió herida su memoria por la posibilidad de ese brindis por la muerte de Rucci. Ni Larraquy ni yo lo afirmamos como indubitable. Larraquy escribe "alguien". Yo escribí: "Parece que". No importa, no es suficiente. Bien sé que ésta que narro es una historia de grandes dolores y pérdidas absolutas. Es una materia tan delicada que uno hiere a seres que han sido heridos con heridas que no suelen cerrar. La esposa de Enrique Grynberg –Isabel Morera– rompe un silencio autoimpuesto y nos quiere decir algo más sobre él. Algo que ayude a sacarlo de la sombra de Rucci. Porque –como todas– su muerte fue suya. No merece estar eternamente como una anotación al margen de la del líder de la CGT, por célebre que haya sido. Isabel le hace un *Homenaje* a Enrique en el que escribe: "ENRIQUE GRYNBERG: Militante peronista, asesinado el 26 de septiembre de 1973. Asesinato nunca investigado ni esclarecido. Hace 32 años que esperamos justicia". El texto se reparte a mano. Es –recién– del 2005. Isabel empieza a salir del encierro al que la condenó su desventura. En esas líneas, Isabel se pregunta cómo era Grynberg y busca dibujarnos su figura política y hasta humana. Pero, sobre todo, se pregunta por qué lo eligieron, por qué lo mataron a él y sólo a él: "Por tu formación política y tu capacidad de análisis. Por desarrollar una política que intentaba unir la construcción de una patria socialista con las políticas del General Perón, como estratega. Por privilegiar la política sobre las armas, por estar convencido de que sólo la organización vence al tiempo y que sólo el pueblo salva al pueblo. Por discutir que las medidas de seguridad de las organizaciones armadas debían estar vinculadas a la política y no reducirse a un manual. Por defender una Universidad que construyera conocimiento ligada a la construcción de una Nación y a las necesidades populares. Por tus críticas despiadadas frente a acciones como el asesinato de Rucci, que interpretaste como el accionar de agentes de la CIA, mientras protegías a los militantes del Ateneo Evita de la represión".

Isabel ofrece una descripción de los últimos días de Grynberg: "Los hechos se desarrollaron más o menos así: unos quince días antes, quizá los primeros días de septiembre, Osinde abrió una unidad básica sobre Blanco Encalada, entre Amenábar y Ciudad de la Paz, a unos cincuenta metros del Ateneo. El sábado 22 de septiembre de 1973, nos robaron el Citroën de nuestro domicilio y nos restaron movilidad. El domingo 23, día de las elecciones, luego del cierre del comicio en el Ateneo, tuvimos la visita de un fulano que concurrió a denunciar que se estaba planificando un asesinato contra alguno de nosotros. El lunes, después del trabajo, nos encontramos como todos los días en el Ateneo donde analizamos los resultados y desarrollamos las actividades propias de quienes tienen un muy buen trabajo de base. El Ateneo estaba en una casa tipo petit hotel típica de Belgrano y la característica era que siempre estaba muy concurrida atendiendo y discutiendo los asuntos de los distintos frentes. El martes 25 hablé por teléfono con Enrique en cuanto se conoció el asesinato de Rucci y me manifestó su indignación y comenzó con su análisis de que era la CIA. Acordamos encontrarnos más temprano que de costumbre en el Ateneo para hablar con los compañeros. Se hizo una asamblea y se analizó públicamente con alrededor de 50 compañeros los peligros que se avecinaban en un período que Enrique caracterizaba como "tierra de nadie" mientras durara la presidencia interina de Lastiri. El miércoles 26 hubo paro general de la CGT. La noche anterior habíamos 'limpiado' la casa de todo lo que nos incriminara frente a los uniformados, que es de donde pensamos que vendría la ofensiva, y comenzamos una reunión con un compañero que había traído un peceto para comer, nosotros estábamos sin un peso. Alrededor de las dos del mediodía, tocaron el portero eléctrico. Atendió Enrique y se generó una situación de confusión. Primero pensamos que era su padre y no tengo idea por qué decidió bajar sin dar explicaciones. El ascensor no andaba. Vivíamos en el tercer piso interno, la puerta tenía esos aparatos que la cierran al toque y muy poca visión del exterior; supongo que Enrique salió para saber quién era y no pudo retroceder porque se cerró la puerta. Dispararon cuatro personas, tres con calibre 22 y uno con 45, tenía nueve disparos, uno de ellos en la aorta, de calibre 45. Fui al portero para escuchar de qué se trataba y escuché los *Ay* y los disparos, bajé corriendo".

"Por último te cuento que la noche del 26 o durante las primeras horas del 27 de septiembre, estuve discutiendo con la 'conducción'. Ellos fueron los primeros en afirmar que el asesinato era una venganza local. Para ellos, los cuadros políticos no eran objetivos privilegiados por el enemigo. No pudieron ver más allá de lo inmediato. Los 'altos mandos' ya comenzaban a ser más militares que políticos. Lamentablemente Enrique Grynberg no se equivocó con su lectura política. Los hechos posteriores a su asesinato no fueron una sorpresa. Estoy a tu disposición, cariños. Isabel".

Más adelante vamos a volver sobre este texto de gran riqueza política y de insustituible sabor epocal. Pero ya sabemos más de Enrique Grynberg. Posiblemente alguien del Ministerio largó la versión del brindis. Que era falsa, pero igual lo condenó. También pudo haberlo condenado su militancia en la Jotapé, sin más. Los asesinos necesitaban un cadáver. Una venganza. Pronto. ¿Quiénes eran los asesinos? Gente de López Rega. La Triple A, que ya estaba formada por completo. Sólo le restaba firmar. Pese a la persistente fe de Grynberg en la conducción de Perón, si su muerte fue obra de la Triple A, es difícil no recordar la frase terrible que dijo Rodolfo Ortega Peña a propósito del asesinato de tres jóvenes militantes del Partido Socialista de los Trabajadores. Fue en Pacheco el 29 de mayo de 1974. Una patota de quince tipos entró en un local del PST y se llevó a Oscar Meza, Mario Zidda y Antonio Moses. "Tenían entre 22 y 27 años. Aparecieron al día siguiente, acribillados a balazos en un descampado de Pilar" (Felipe Celesia-Pablo Waisberg, *La ley y las armas, Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2007, p. 274). Se la llamó "la masacre de Pacheco". Eran tres obreros jóvenes queridos en la fábrica y queridos en el barrio. Hubo un gran cuestionamiento al Gobierno. La izquierda, el radicalismo y el peronismo de base –más otros grupos que buscaban frenar la masacre ya desatada– cuestionaron severamente al Gobierno. Ortega Peña fue más allá. "Desde el balcón del local del PST, en la calle 24 de Noviembre de la Capital, Ortega individualizó: 'Señalo al responsable directo de esta política (...) que ha abandonado las pautas programáticas, que ha dejado de ser peronista y que es el general Perón'" (Celesia y Waisberg, *ob. cit.*, p. 275). De modo que Rodolfo Ortega Peña fue el primero en arrojarle a Perón los cadáveres de la Triple A. En mayo de 1974. Fue el primero que desobedeció esa advertencia de nuestros días: "No jodan con Perón". Ya es tarde. Ya se jodió con Perón. La Historia reclama el rostro de todas sus verdades. El que hizo o dejó hacer o el que toleró o el que cerró los ojos o el que no quiso saber o el que pensó que podía volar por sobre todas las muertes porque nada podía rozarlo es tan culpable como el asesino que apretó el gatillo. Ortega Peña firmó su sentencia de muerte al señalar a Perón. Sólo sobrevivió dos meses. La Triple A lo asesina el 31 de julio. Era diputado nacional. Apenas 30 días lo sobrevivió a Perón. Más de una vez, *El Caudillo* había anunciado su muerte. El mejor Ortega Peña es el Ortega Peña muerto.

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI Y "EL CAUDILLO"

El Caudillo –desde su mismo aspecto exterior, desde su diseño– se presenta como la antítesis de *El Descamisado*. Aclaremos: no porque el diseño sea distinto. Al contrario, *El Caudillo* se parece al *Desca*. El mensaje es otro: vamos a sacar una revista como la de ustedes, del mismo formato, con tipografía similar, con un editorial que baje línea, pero en el otro extremo del arco ideológico. Si ustedes son zurdos, nosotros somos mata-zurdos. *El Caudillo* se presenta –por primera en el periodismo argentino– como una revista que viene a anunciar la Muerte. "Ayer lo vimos al marxista de Ortega Peña en el velatorio de Perón. Nos dio asco su farsa, su mentira. No importa: ya tenemos para él la bala

que habremos de destinarle." Era arduo de creer y creerlo producía escalofríos. Anunciaban impunemente asesinatos que sí, que luego se cumplían. Iba más allá de *Cabildo*. Era la criminalidad lumpen. Eran las bandas de los sindicatos, de la ralea policial, de los chorros resentidos que buscaban laburo, de todos los enfermos matazurdos que había en el país y hasta de unos cuantos militares que decidieron colaborar. Empezaba la temporada de caza. De cazar zurdos. Intelectuales, abogados, psicoanalistas, judíos. Era lo peor del nacionalismo de derecha defendiendo al General del Pueblo, agredido por la sinarquía internacional. Se dice que Alfred Rosenberg –el autor del libro axial del nazismo, luego de *Mein Kampf*, desde luego, el autor, digo, de *El mito del siglo XX*– se presentó, alrededor de 1924, en el cuartel general de las SA preguntando en alta voz: "¿Necesitan aquí a alguien que odie a los judíos y quiera matarlos a todos?". Habrá sido habitual –hacia fines de 1973– que muchos tipos constituidos por poderosas pulsiones tanáticas se aparecieran en la redacción de *El Caudillo* preguntando: "¿Hacen falta matazurdos por aquí? Yo soy de los mejores".

La publicación asoma sus fauces en pleno gobierno de Perón. El 16 de noviembre de 1973. Sucedían cosas muy extrañas durante esos días. Arrojan en un descampado millares de revistas –digamos– *atrevidas*. Recordemos que con Cámpora había tenido lugar un reverdecer de revistas para adultos. Nada del otro mundo. Pero para la mentalidad hispánico-católica de la Argentina tradicional eran la encarnación del Maligno. Sobre todo una que se llamaba *Killing*. Era un tipo con un traje de esqueleto que hacía una justicia anticonvencional y se relacionaba con algunas chicas que se exhibían con unas bombachas enormes. A lo sumo asomaba por ellas algo de la rayita de sus culos no trabajados agotadoramente en gimnasios especializados como los de hoy. Suficiente: el pecado estaba ahí. Había otras. Una de cierta heroína con aires de *Gatúbela* que he olvidado o he elegido olvidar. No es cuestión de andar complicándole la vida a todo el mundo por cosas del lejano pasado, sobre todo si son irrelevantes. Si no lo son, a joderse, señores. En suma, todo era muy inocente. Pero siempre depende del contexto. Hoy, eso, es nada. En 1973 era *algo* para los pobres *voyeurs* que no tenían nada. Las películas volvieron a cortarse. Bien, General: ¿a eso vino también? ¿A prohibir a Kubrick, a Pasolini a Brando y Schneider, desde luego? Otra vez la represión sexual. El sexo como pecado absoluto. El cuerpo femenino como tentación satánica. Volvió Perón y volvieron las viejas secas de las comisiones de censura, los militares opinando sobre arte, los católicos preconciliares, los enfermos que veían pecado en todo, y el pecado era marxista porque también disolvía los valores cristianos de la sociedad. Todas esas revistas que mencioné –cuya líder, repito, era *Killing*– fueron apiladas en un descampado y se les prendió fuego. ¡Las quemaron! Pero eso no fue lo peor. Pusieron a un cura para que arrojara agua bendita y dijera oraciones. Era un cuadro medioeval. La foto apareció en los principales diarios. De una radio la llaman a Marta Lynch, que era una *opineitor* de la época. Le preguntan qué opina. Todos tenían mucho miedo ya. La futura amiga de Massera, la futura desdichada suicida, dice:

–No es que yo esté a favor de la pornografía. Pero cuando veo que se queman materiales impresos y un cura se pone a bendecir el hecho, me siento un poco incómoda.

Y sí, era cierto: pocas cosas podían parecerse más a la Inquisición. De los kioscos desaparecieron todas las chicas bonitas. Nada de *Playboy*, nada de *Penthouse* o de *Playmate*. También desaparecían los libros zurdos, los libros marxistas, esa peste. El ejecutivo –palabra de la época– que, durante el Gobierno de Cámpora, exclamó indignado ante un kiosco de Aeroparque "¡Pornografía y subversión!" debía estar, ahora, feliz. Perón estaba aquí para solucionar los excesos morales de la primavera camporista. Acaso volviéramos a los tiempos inocentes del primer peronismo. "Los pibes de mi generación nos teníamos que hacer la paja con la foto de Gabriela Mistral", exageré en una cálida sobremesa en Cosquín. Lo juro: se rieron mucho. Pero, lamentablemente, mi exageración era leve, ya que así eran las cosas: la mujer –y, muy especialmente, la desnudez de su cuerpo– era *el* pecado. A fines de noviembre de 1973, pensé que "los pibes del regreso de Perón" tendrían que apelar a algo semejante. Aunque –como tantas otras cosas con las que sorprendieron a Perón– no se conformarían con la foto de Gabriela Mistral.

Se desataron las prohibiciones de libros y hasta los allanamientos de librerías. ¿Perón era responsable de todo esto? No, era el Brujo. Eran los fachos que se habían enquistado en el Gobierno y en el movimiento. Perón, nada que ver. "Mirá si Perón va a tener tiempo para eso." Además, algunas cosas se habían hecho *antes* de que asumiera. Sí, pero sólo *dos* días. Escribe Sergio Bufano: "Dos días antes de asumir Perón la presidencia se dictó el decreto 1774/73 por el que se prohibían alrededor de 500 títulos de literatura presuntamente subversiva (...) Entre los libros prohibidos se incluyó, seguramente por error, *Estudios revisionistas*, de José María Rosa, que en ese momento desempeñaba el cargo de embajador en Paraguay" (Sergio Bufano, *"Perón y la Triple A", Lucha Armada* Nº 3, ed. cit., p. 24). No, Sergio, no fue por error. Por ahí a León Tolstoi lo prohibieron por error. Pero don Pepe Rosa había cambiado para mal. Lejos estaba de ser ese rosista empedernido, nacionalista duro y acaso antijudío. (Acaso, dije.) Se había hecho amigo de los pibes de la Jotapé. Había dado montones de charlas durante los años de la militancia del *Luche y Vuelve*. Si hasta se rumoreaba que le iban a dar el Ministerio de Educación. Si ya conté que el viejo maestro estaba en la gloria y nos decía a los pendejos camporistas: "Apenas asuma mandamos un barco a Southampton y lo traemos a Don Juan Manuel". Y todos contentos. ¿Cómo no lo íbamos a traer a Rosas, cómo no íbamos a traer al héroe de la Vuelta de Obligado, el que les puso cadenas a los ríos para que los ingleses no pasaran, el de la Ley de Aduanas de 1835, el autor de la *Carta de la Hacienda de Figueroa*, el fascinante caudillo que deslumbró a Juan Bautista Alberdi, quien intentó –como buen intelectual– ser su vanguardia ideológica y le escribió el magnífico *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*? En fin, no. Rosas tampoco habría de volver en este gobierno de Perón. Porque los fachos que querrían traerlo estaban unidos con los sectores liberales del Ejército y hasta con la oligarquía financiera y terrateniente en una sola lucha: frenar a los zurdos, destruir a la guerrilla. ¡No se iban a poner a discutir por Rosas! Era como si Thiers y Bismarck se hubieran puesto pelear entre ellos en medio de la toma de París por esa forma de la hidra internacional socialista que se llamó *La Comuna.* No, señores: la guerra se suspende. Tenemos muchas diferencias entre nosotros. Tantas, como para haber hecho esta guerra: la franco-prusiana. Pero París ha caído en manos del proletariado. Y el verdadero enemigo es ése: el enemigo social. La lucha nacional sólo se lleva a cabo si el enemigo social interno está dominado. Si se subleva hay algo que nos une a todos por sobre todo: que los obreros no nos quiten el poder. Francia y Prusia acuerdan aplastar a la Comuna y luego se verá qué pasa con la guerra. Así lo hacen y los muertos de la insurrección obrera pasan la cifra de 30.000. (*Nota:* Ver: Eric Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*; Horacio González, *Los asaltantes del cielo*; Karl Marx, *La guerra civil en Francia*). De aquí que los fachos de Perón (o si esto les suena mal a algunos, digamos: todos los fachos que estaban ahora en el poder gracias a Perón) prohíban a don Pepe Rosa. Porque era un camporista, un amigo de la Jotapé, un traidor al verdadero nacionalismo, un casi zurdo, ¿por qué no prohibirlo? Sigue Sergio Bufano: "El 4 de enero de 1974, con Perón como presidente de la Nación, la Policía Federal allanó en Buenos Aires las librerías Fausto, Atlántida, Rivero y Santa Fe. Los empleados fueron detenidos y prontuariados por difundir libros tales como *La boca de la ballena*, de Héctor Lastra (una novela excepcional, JPF); *Territorios*, de Marcelo Pichón Rivière; *Sólo ángeles* de Enrique Medina y *The Buenos Aires affaire* de Manuel Puig. Todos los ejemplares fueron secuestrados" (Sergio Bufano, *Ibid.*, p. 24. Bufano ha sido el director de la valiosa revista *Lucha Armada*, donde se publicaron textos de enorme valor sobre la guerrilla latinoamericana y reflexiones críticas que la derecha argentina debiera conocer para no seguir diciendo que falta autocrítica en los sectores de la izquierda peronista armada. Bufano –ojalá consiga hacerlo– piensa sacar este año un solo número de *Lucha Armada* pero de 300 páginas.) A propósito de la primera prohibición (la del decreto 1774/73), el diario *El Mundo*, que controlaba el PRT-ERP, tituló: "500 libros prohibidos. Decreto macartista instaura una rígida censura. Prohíbe ingreso al país de 500 publicaciones. 240 editoriales afectadas".

El Caudillo fue la expresión periodística del *Documento Reservado*. No bien apareció en los kioscos comenté en una reunión: "No saben nada de peronismo. Perón desautoriza al caudillo en *Conducción Política*. Una cosa es un caudillo, otra un conductor. Se refiere a los caudillos radicales de la década infame. Lo dice claro: los que van detrás de un caudillo siguen a una persona. Los que siguen a un conductor siguen a una doctrina que se plasma en una organización. Debieran haberle puesto El Conductor". Flor de pelotudo, José. Creías que te conocías todo sobre el peronismo porque te habías tragado *Conducción Política*. Los de *El Caudillo* eran peronistas, pero –antes que nada– eran fascistas. Fascistas de la España Eterna. Fascistas de la Falange Española. Felipe Romeo admiraba a José Antonio Primo de Rivera. Habría –no puede caber duda alguna– leído a Ignacio B. Anzoátegui: los *Escritos y discursos a la Falange*. Aquí, Anzoátegui marca la relación de gloriosa continuidad que la Argentina tiene con España. Sus textos son notables. Valiosísimos para entender el fascismo argentino de base hispánica y católica. Anzoátegui ataca "la leyenda negra". Fue Dios el que quiso que España incorporara a América a la santidad. Es fascinante esta línea de la Historia. Que –siempre lo supimos– no tiene un *decurso necesario*. Pero tiene persistencias y reapariciones. ¿Quién le iba a decir a Anzoátegui que habría de reaparecer en la revista *El Caudillo*, órgano matazurdos del peronismo plebeyo, negroide y no hidalgo o monárquico por la gloria de Dios y la Virgen? Sin embargo, Romeo se definía a sí mismo a lo Primo de Rivera, como "el novio de la Muerte". Anzoátegui escribe: "Mientras Europa acunaba a la anti-inmaculada, que es la Revolución Francesa, España defendía de facto el dogma de la Inmaculada (...) Así, de puro empecinada en toda empresa que tuviera un poco de poesía, España, *nuestra Europa*, de espaldas a la otra Europa... lleva a cabo la proeza del Descubrimiento" (Ignacio B. Anzoátegui, *Escritos y discursos a la Falange*, Editorial Santiago Apóstol, Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 1999, p. 17). Sólo algo más: "Por si acaso, entró en América a mano armada, pero no para asesinar hombres, sino para descabezar dioses; porque si la conquista fue obra de españoles, la obra de España fue la redención, que debía cumplirse con la cruz de la espada" (Anzoátegui, Ibid., p. 19). ¿A dónde quiero llegar? Sigamos. Felipe Romeo era tan nazi que le decían "La Viuda", por Hitler. Pero tanto como a Hitler idolatraba a José Antonio y al Generalísimo. No obstante, de la pluma de Anzoátegui, había leído este poema dedicado a la Falange: "Señor y Dios nuestro:/ José Antonio esté contigo./ Nosotros queremos lograr aquí/ la España difícil y erecta/ que él ambicionó/ Nos guía el Caudillo/ Señor:/ Protege su vida/ y alienta nuestros esfuerzos/ para que cumplamos/ esta consigna suprema:/ Por el Imperio hacia Ti" (Anzoátegui, ob. cit., p. 60). Ahora sabemos por qué *El Caudillo* se llama *El Caudillo*. Porque no hubo más grande caudillo que José Antonio. Que reencarnó en el Generalísimo y luego en el General. ¿Suena ahora tan extraño el concepto de *Somatén*? María Moliner, en su *Diccionario*, le entrega esta definición: "Milicia de Cataluña formada por ciudadanos, que se reunía a toque de campana para perseguir a los criminales o defenderse de un ataque". En suma, *milicia que se reunía para perseguir a los criminales*. Eso habría dicho de la Triple A Felipe Romeo. Los *criminales* eran los *zurdos*. Agrega Moliner: "¡Somatén! Grito de guerra de las antiguas milicias de Cataluña". Fue el padre de José Antonio, el general Miguel Primo de Rivera, el que dio nuevo impulso al Somatén en 1923, cuando se puso al frente de un golpe de Estado. Y fue el divino caudillo José Antonio el que le dio suntuosidad. Y los discursos de Anzoátegui a la Falange podían encender la pulsión de muerte de todo nacionalista hispánico que lucha por la pureza cristiana de Occidente, como fanáticamente creía hacerlo Felipe Romeo: "En vuestras manos tenéis no ya sólo su destino, sino también el de Occidente todo. Otra vez sois la España fronteriza del romancero; otra vez la Cristiandad en campaña, Flechas de la Falange" (Anzoátegui, p. 59). Este era, también, el credo de López Rega, el jefe de Romeo y conductor director de la Triple A. ¿Hasta qué punto habrá participado de él Perón en sus años madrileños? ¡Y el brillante Cooke (que acaso fuera incapaz de imaginar que estos delirios seguían vigentes después de la Revolución Cubana, con el mundo a las puertas de la revolución socialista) le pedía a Perón que se fuera de Madrid a Cuba! No, el General estaba en la España eterna, la del Descubrimiento, la de la hidalguía, la de José Antonio, la del Generalísimo, la del Somatén.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

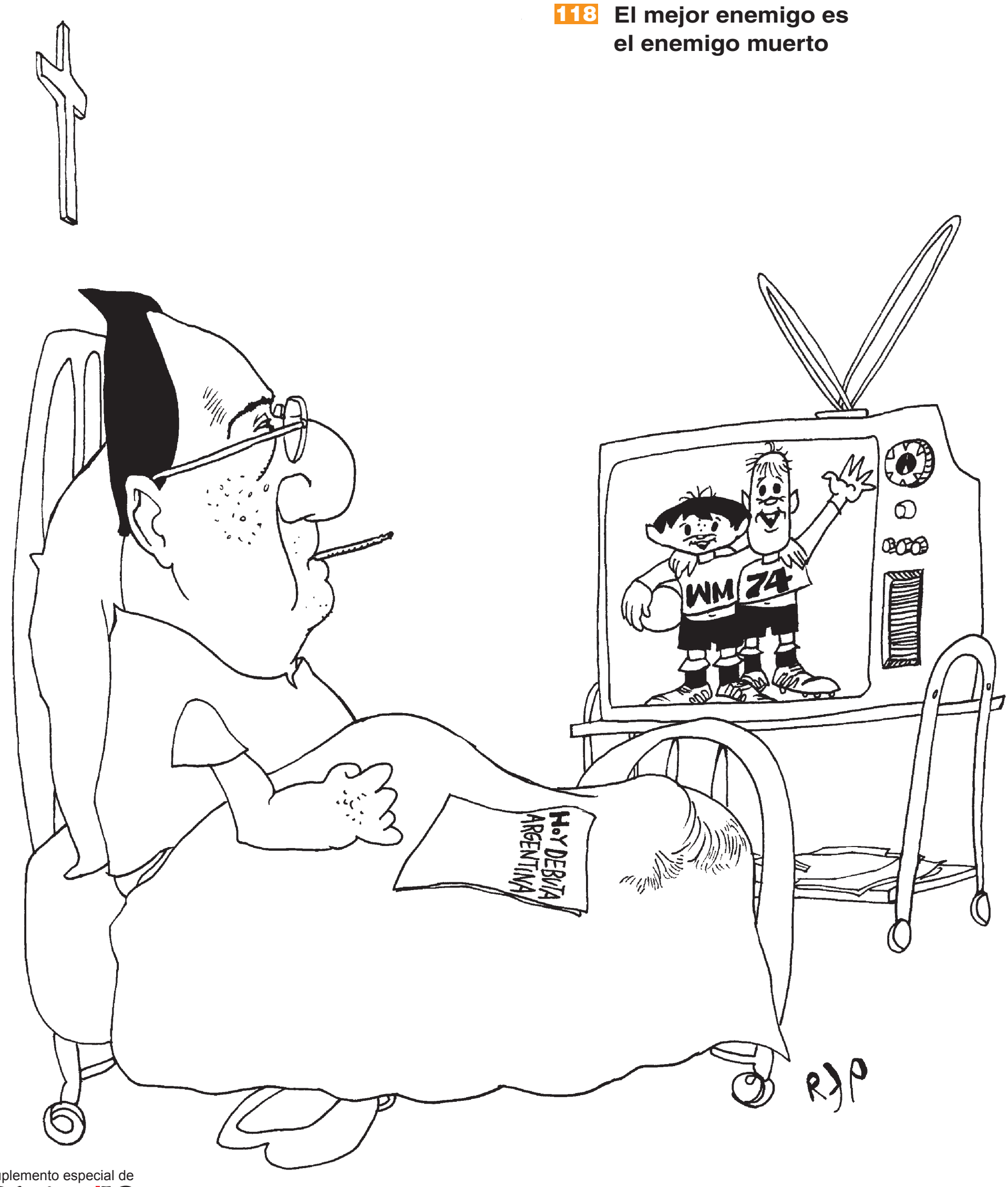
El mejor enemigo es el enemigo muerto

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

118 El mejor enemigo es el enemigo muerto



Suplemento especial de
Página|12

LA JOTAPÉ "LEALTAD", UNA CREACIÓN ENREVESADA, PERO PERFECTAMENTE INÚTIL

Guión cinematográfico en tres secuencias

Secuencia 1) Interior amplio galpón - Noche

Sobreimprime: 27 de septiembre de 1973

Es una reunión numerosa de militantes de base de la juventud peronista. Apenas al día siguiente del sepelio de Rucci y del asesinato de Enrique Grynberg. Pertenecen a distintas organizaciones territoriales que fueron confluyendo o unificándose al aceptar a la Organización Montoneros como "la organización hegemónica de la Jotapé". Hoy no están seguros acerca de esa unificación. Van a empezar a surgir dudas, cuestionamientos. Se trata de un estado de asamblea. El presente es negro. Saben que ese septiembre es tal como todos ya lo definen: un *septiembre negro* en el que habrá que tomar decisiones y rumbos decisivos. Por alguna razón que desconocemos, Miguel Hurst tiene un lugar especial entre sus compañeros, acaso por su altura, por sus años de militancia o porque el encuadramiento de Jotapé que conduce es sólido y respetado. Yo ando por ahí. Soy un profe de la Facu y tengo el mérito de ser gran amigo de Miguel. O más aún: Miguel nunca duda en decir que me consulta cosas y –desde luego– todos leen nuestra revista *Envido*.

Miguel: ¿Había alguna corona del Viejo en el velatorio de Grynberg?

(*Muchos se ríen. Algo que implica un gran conocimiento de la situación: pensar que el Viejo podría haber enviado una corona al sepelio de Grynberg da risa.*)

Miguel: Lo digo en serio. Si no hubo corona, el Viejo se mandó una buena cagada. ¿Por qué va al entierro de Rucci y ni le manda un telegrama a la viuda de Grynberg? ¿O una corona al velatorio? La paz se consigue así. Eran dos peronistas. ¿Uno era bueno y el otro era malo? ¿Uno le servía y el otro no? ¿Se horroriza por una boleta y a la otra ni bola le da?

Militante Jotapé I: ¿Qué esperabas? El Viejo está enculado con nosotros.

Piba militante Jotapé I: Pero un telegrama habría sido un gesto de pacificación. Le daba su cobertura a la muerte de Grynberg. Así, la legitima. Matar sindicalistas está mal. Matar zurdos, bien. Les da la batalla ganada a los fachos. No, si busca la paz en el movimiento, todas las muertes son igualmente inaceptables. Es un error político importante.

Militante Jotapé II: No es un error político. Es una elección. El Viejo eligió. Está con los fachos. A nosotros nos quiere borrar.

Miguel: La cosa no es con nosotros. Es con la conducción.

Militante Jotapé II: Bueno, Grynberg no era la conducción. Era uno de los tipos que podría integrar con facilidad. Como a tantos. Pero él nos caga a todos. Si hace reuniones, nos junta con la mierda de la Jotaperra y el CdeO. Como si fuéramos iguales.

Miguel: El sabe que no. Pero nos tiene que neutralizar. Lo que nos viene diciendo desde que llegó es que nuestro tiempo no es éste. Que nuestra batalla ya la dimos. Traerlo a él. Ahora, nuestro lugar es la retaguardia. La vanguardia son los sindicatos, los dialoguistas.

Militante Jotapé III: ¿Y eso cómo se lo decís a los que se pelaron el culo por el *Luche y Vuelve*? (*El compañero me clava los ojos:*) ¿Vos qué decís, José?

José: Creo que el Viejo ve las cosas más o menos así: el *Luche y Vuelve* terminó. La lucha no va más. Ya se luchó y esa lucha consiguió su objetivo. Perón volvió. Perón gobierna. Empieza otra lucha. Que no es violenta. Los violentos tienen que dar un paso al costado. Cumplieron. Ahora empezó la etapa de los buenos modales, de la democracia, de la paz. Los protagonistas tienen que ser otros. Sin embargo, esto no es más que una falacia. ¿Los que protagonizaron la lucha violenta sólo saben ser violentos? ¿Son incapaces de entender que se abre una nueva coyuntura y adaptarse a ella? Un tipo que dirigió un operativo armado, o lo aprobó, ¿no puede ser después ministro de Agricultura?

Miguel: Debería, pero no. La "R" siguió con los fierros. Y los montos le pidieron compartir la conducción. Como no lo consiguieron, ahora le amasijan a Rucci, pieza clave del esquema de gobierno del Viejo.

Piba militante Jotapé II: El Viejo ya traía todo el encuadre armado desde Madrid. ¿Vos querés que yo me trague que en un solo día decidió quiénes tenían la culpa de lo de Ezeiza? Eso lo trajo decidido. Vino a frenar a la Tendencia. A nosotros. Vino a darles manija a los sindicatos y a todos los fascistas que lo rodean. ¿Se acuerdan de ese Perón del que nos hablaban nuestros viejos? Bueno, adivinen algo: es éste.

Miguel: Nena, a este Perón lo votó el 62 por ciento del país.

Militante Jotapé II: Para un peronista el pueblo es valor de verdad.

Piba militante Jotapé II: Me cago en eso. Y también en la mentira que lo complementa: que lo mejor que tenemos es el pueblo.

Militante Jotapé II: Te equivocaste de lugar entonces. Pensás como la vanguardia. Andate con Santucho y unite a los que se las saben todas. A los que se cagan en el trabajo de masas porque lo primero es el foco. A los cuatro o cinco iluminados que conocen las leyes de la historia. ¿Para qué nos metimos en el peronismo, entonces?

Piba militante Jotapé II: ¿Todavía no te diste cuenta? Para que Perón nos eche, boludo.

Miguel: Perón nos echa porque les dimos la conducción a los fierreros. A la Orga. Ese fue nuestro error. Si hubiéramos elegido los fierros de entrada no nos habríamos metido en el peronismo. Nos metimos porque elegimos la política. Y la política se hace con las masas. Pero la Jotapé se deslumbró con los fierros. Se deslumbró con los montos. Con el aramburazo. Y ahí cagamos. La cosa se deslizó de las masas a los fierros. Aun cuando los montos se dieran una política de superficie. Ahí también. El respaldo del proyecto estaba en el fusil. Y si no, repasemos las consignas. El 80 por ciento son fierreras. Por cincuenta "cinco por uno no va a quedar ninguno" dos o tres como "El Hospital de Niños en el Sheraton Hotel".

Piba militante Jotapé II: ¡Esa consigna es una mariconada! Una boludez poética digna de los francesitos del Mayo de París.

José: (*Fuertemente:*) ¡Esa es la mejor consigna de la Jotapé! Y en nuestra puta vida la vamos a superar.

Piba militante Jotapé II: ¿No me digas? (*Con desdeñosa ironía:*) Ahora que te miro bien, tenés pinta de francesito vos.

Voy a contestarle alguna guasada machista pero el vozarrón invencible de Miguel se me anticipa.

Miguel: ¡Y vos tenés pinta de foquista, fierrera, piyada y pelotuda!

Corte a:

Secuencia 2) Interior comedor amplio galpón - Noche

Al fondo del galpón hay una gran mesa de sólida madera, gastada por los años pero fuerte. Los de la juventud peronista (pibes y pibas) están comiendo empanadas y pizza y toman vino tinto común: Crespi, Peñaflor, Casa de Troya, Termidor (el del "tío francés") o Bordolino. Comen empanadas fritas, no al horno. Y la pizza es de masa gruesa, no "a la piedra". Por alguna situación que se ha resuelto a su favor y le ha dado el liderazgo (o acaso ya lo tenía), Miguel está bajando línea sin asco, duramente. Todos escuchan. No lo saben: pero está naciendo ahí, esa noche, en ese galpón, uno de los sectores más fuertes de la Jotapé "Lealtad", una importante escisión de Montoneros cuyo desarrollo veremos en detalle.

Miguel: Supongo que todos habrán leído a Lenin. Por algo somos "zurdos", ¿no? Hay que partir del estado de conciencia de las masas. Si uno no hace eso, trabaja en el vacío. El vacío es la vanguardia. La vanguardia trabaja desde afuera, es aislacionista. Se caga en el trabajo de masas. ¿Para qué se va a gastar si el pueblo no sabe una mierda? Peor: no es necesario que sepa una mierda. La que tiene que saber es la vanguardia. Hay una certeza sobre la historia sin la cual la vanguardia no podría existir. La historia tiene leyes. Tiene un sentido. Va necesariamente hacia un solo lado. Es, un poco, eso que todos dicen: "el mundo marcha al socialismo". Pero la vanguardia sabe por qué y qué hay que hacer para que esa marcha no se deteriore. Porque conoce sus mecanismos. *(Me mira de soslayo, hace un gesto con la cabeza y dice):* José.

Cuando hace eso sé que tengo que seguir yo. Que hay algo que a él le molesta explicar o no se siente seguro o se cansó. Pero –por el motivo que sea– el que tiene que seguir el discurso (palabra del estructuralismo muy usada por la izquierda académica de la época) soy yo.

José: Ese conocimiento lo tiene la vanguardia y sólo la vanguardia. Miren cómo lo expresa: los mecanismos de la historia. Cree conocerlos. Hace un análisis de clases, de intereses de clases, de fuerzas opuestas y poco más. El resto lo pone la voluntad de la vanguardia. La voluntad revolucionaria es invencible. Ahora, yo creo que hay que cuidarse con eso de los mecanismos de la historia. Ante todo, porque si los conoce la vanguardia y no los transmite al pueblo, el pueblo queda aislado de la lucha. No sabe por qué lucha ni cómo se lucha. La vanguardia, sí.

Miguel: Además, ¿no llegó la hora de ser prudentes con este asunto de los mecanismos de la historia? ¿Será cierto que el mundo marcha al socialismo? Miren lo que nos rodea. Allende en Chile, derrota y masacre. ¿Eso es marchar al socialismo? Ya sé: te dicen que Allende era un flojo, que no armó a las masas, que la vía pacífica era una boludez. No sé en Chile, pero aquí, armar a las masas sería demencial. También en Chile, creo. Allende peleaba contra su ejército, contra la CIA y contra todas las conchetas de clase alta y clase media. También contra los sindicatos de camioneros. Demasiado.

Militante Jotapé II: Los obreros pidieron armas en Chile. *Allende/ Allende/ El pueblo/ te defiende*. Y hay otras. Ejemplo: *Basta ya de conciliar/ Es la hora de luchar*.

Miguel: Hay gente de la Unidad Popular que te dice que no hubo en el pueblo voluntad para salir a la calle.

Militante Jotapé I: Y si salía, ¿qué? Allende nunca planteó la lucha armada. No estaba preparado para resistir. Ni había preparado a su gente. Con las armas desde el comienzo... No sé, habría que ver. Pero buscó otra experiencia. Le fue como el culo, compañeros. Así que "vía pacífica" las pelotas.

Miguel: Eso que decís nos deja la lucha armada como única opción. No es la nuestra. Somos militantes de superficie. Hacemos trabajo de base. Nuestro trabajo no es el de la lucha armada.

Militante Jotapé I: Lo complementa.

José: En todo caso, al revés. La lucha armada puede formar parte de una lucha de masas. Pero cuando las masas son hegemónicas. Como pasó con el *Luche y Vuelve*. Ahora, no.

Miguel: A ver si nos entendemos, carajo. Hoy nuestra opción es una y sólo una: Perón o Firmenich. Firmenich no puede ser nuestra conducción. Lo demostró con lo de Rucci. Boletear a Rucci fue el error más grande que una Orga armada haya cometido en este país. Perón ganó con el 62 por ciento de los votos. Eran los votos del pueblo peronista. Y de los que querían acompañar ese proyecto. Nos pasamos años diciendo que luchábamos en nombre del pueblo peronista. ¿Y ahora? ¿Nos volvimos pelotudos? Perón tiene razón: le cortaron las patas. Rucci era un matazurdos pero el Viejo lo necesitaba. Nosotros estábamos y estamos con ese proyecto. Una etapa democrática con el Viejo en el Gobierno y con todos los militantes de la Jotapé haciendo trabajo de base. Ya lo sé: esperábamos la revolución. El Viejo nos meloneó de lo lindo con eso. Pero el Viejo es así. ¿O alguien no lo sabe? Te dice lo que necesitás que te diga. Además, lo de los fierros se fue a la mierda. Y no por falta de fierros, sino porque el imperialismo, con los fierros, te la gana. Allende cae en Chile. Los militares peruanos, a la mierda. En Uruguay, Bordaberry. El Che en Bolivia. ¿Alguna vez alguien se va a animar a decir que el Che fracasó? Se lo transformó en un mártir, en un símbolo de la revolución y, con eso, todos se olvidaron de la verdad: lo hicieron mierda. Tenemos un mártir. Pero basta con los mártires. Estamos llenos de mártires. Nos pasamos la vida llorando a combatientes caídos. Un mártir es un mártir pero una victoria es mejor. ¿Qué pasa? Se confunde el heroísmo de los que mueren con victorias del socialismo. No. Al Che lo boletearon. Y lo boletearon porque la teoría del foco no va. Yo respeto a un tipo que muere por sus convicciones. Pero pasa que los revolucionarios mueren por sus convicciones y los que ganan por las suyas son los fachos. Nos estamos acostumbrando demasiado a venerar la derrota. A honrarla. Y eso es porque nos gusta honrar a los muertos. Porque parece que está pasando algo espantoso entre nosotros: nos gustan más los mártires que los triunfadores. Y si eso es así... Lo siento, compañeros. Pero si eso es así es porque tenemos un metejón con la muerte. Y ahí sí: cagamos. Nunca una revolución se ganó con los muertos. Repasando: el foco no va. Va lo que siempre fue: la lucha de la clase obrera organizada. ¿A qué viene esa furia con los sindicatos? Estos sindicalistas serán una mierda pero conocen mejor a los obreros que nosotros. Enterensé: somos pendejos de clase media. Rucci y Vandor habrán sido traidores pero ponían caños en la Resistencia. Y eran obreros. Obreros traidores, pero obreros. Estos sindicalistas son los que Perón necesita en este momento. Tenemos a la CIA metida hasta las pelotas en América latina. Argentina está cercada. Pero no por el Brujo. Ese fue un bolazo que bajó la conducción. Un bolazo indigno de la militancia peronista. Es el imperialismo el que nos cerca. Hoy, Perón lo necesita a Rucci más que a Tosco. Y a Rucci ya no lo tiene. Gran favor que se le hizo a la CIA. Otra cosa: ningún combatiente es superior a un mercenario porque tiene ideales. La guerra no la ganan los que tienen ideales más puros o mejores. No la pierden los que no tienen ideales de ningún tipo. Esos son los mercenarios. Yo diría que tienen sus ideales. O tienen –sin duda, compañeros– ideología. La ideología de la contrainsurgencia. De la defensa de Occidente del ateísmo marxista. Que venimos a ser nosotros. Que la mayoría somos católicos y peronistas. Minga, para ellos somos zurdos y todos los zurdos son iguales. Sucios ateos del trapo rojo. Los mercenarios son feroces. Saben matar. Su profesión es matar. Hace dos años que lo vengo diciendo: el Ejército todavía no se puso en serio contra la guerrilla. Fue por Perón que no lo hizo. Pero ahora le van a pedir a Perón que lo haga él. Y si lo seguimos jodiendo, matándole gente, el Viejo lo va a hacer. Es un milico. No olvidar esto, no ser boludos, patéticos ingenuos: nuestro líder es un milico. Nacional popular, lo que quieran. Pero milico. Y si arregla con sus compañeros de armas, con los que le devolvieron su tan deseado uniforme y lo ascendieron a teniente general, y nos tira encima a los entrenados para la lucha de contrainsurgencia, cagamos todos. Los montos, los erpios y nosotros. Y también Perón. Porque le van a decir: no lo necesitamos para hacer esto. Creíamos que usted iba a pacificar el país y en democracia, fracasó. Ahora nos toca a nosotros. Y ellos tienen a los milicianos mejor entrenados del universo. ¿Nadie se preguntó en serio por qué se hablaba en francés en el palco de Ezeiza? No se lo pregunten al facho de Favio porque les va a decir que no entiende francés y él creía que era un dialecto aymara o guaraní. *(Risas de todos. Miguel también ríe. Después, embalado, sigue)*: Esos franchutes son los mercenarios de la OAS. Ya sé: perdieron en Dien Bien Phu. Perdieron en Argelia. Y sus alumnos, los yankis de Vietnam, andan para la mierda. Pero ojo. No seamos pelotudos. No se puede vivir negando la realidad. En Dien Bien Phu los derrotó el ejército del general Giap. ¡Sí, todos nosotros leímos a Giap! Pero, ¿saben qué? ¡No lo tenemos aquí! Ni Santucho, ni Firmenich ni Quieto son el general Giap. No le llegan ni al primer pendejo de las enormes pelotas de valiente y de héroe y de genial estratega que tiene ese tipo. En Argelia no ganó el Frente de Liberación Nacional. Ganó una rebelión popular. Y en Vietnam también está Giap al frente de sus guerreros. Y esos tipos, esos guerreros de Giap, están dispuestos a pelear y a morir por su patria. Y están entrenados para hacerlo. Y ya hay quienes dicen que Giap es el genio militar de este siglo. (*Pausa. Los mira a todos. Detenidamente. Uno por uno*.) Pregunto, compañeros. Solamente pregunto. Nosotros, ¿qué mierda tenemos nosotros? La *combatividad* de las masas peronistas la inventamos. Quisimos creer en eso y en eso creímos. Al pedo, compañeros. ¿Ustedes creen que está preparado para la lucha revolucionaria, para enfrentar a un enemigo cruel y sin piedad, un pueblo al que su líder le dio una consigna fundamental que expresa la esencia misma del orden burgués? *De casa al trabajo y del trabajo a casa*. ¿Qué mierda sino la eterna y serena reproduccción del sistema es eso, compañeros? Bueno, a joderse. Ese es Perón. El que nosotros inventamos y el que él nos ayudó a inventar. Sirvió para una etapa de la lucha. Ahora todos nos sacamos las caretas. Las Orgas son fierreras y boletean a los sindicalistas. Perón es un milico que quiere orden, trabajo y un desarrollo basado en la CGT y la CGE. Y no nos hagamos los otarios: sólo Perón lo pondría a Gelbard de ministro de Economía. Y el Ruso es un flor de comunacho. Pero al Viejo le sirve y va a hacer una economía para la pequeña y la mediana empresa. Y va a haber laburo. Aquí, el compañero José, que además de ser un gran ideólogo de la Revolución Nacional (*algunas risas*) está al frente de una empresa, anda por Munro todos los días y hasta morfa con los obreros. Creo que lo vuelve loco el flan Quimili que venden por ahí, con mucho caramelo y además está aprendiendo a jugar al billar. ¿Qué nos dice nuestro ideólogo? Que Munro es una fiesta. Que las cantinas se llenan de obreros. Que las pequeñas fábricas con máquinas hechas por sus dueños laburan a mil. ¿Escucharon, compañeros? ¡Por sus dueños! Unos tanos y unos gallegos laburadores que lo arreglan todo con alambre. ¿Y saben contra quién pelea nuestro ideólogo, que tiene una fábrica de cables que él dice que es chiquita pero me gustaría comprobarlo, saben contra quién pelea? ¡Contra la Pirelli, carajo! Contra el poderoso monopolio de los tanos. ¿Y saben lo que se le ocurrió a nuestro ideólogo para humillar al imperialismo? Descubrió

que las normas Iram de los cables están excedidas. Que un cable de 1x0,80 tiene que llevar 14 hilos de cobre de –por supuesto– 0,80. Pero en defensa de la industria y de la soberanía nacional nuestro héroe le pone a su cable de 1x0,80, no 14 hilos sino 12. Porque con 12 funciona fenómeno. Y así, con dos hilos menos de cobre, y con plástico recuperado, de segunda, creó un cable al que le puso Marvel y.... ¡lo vende baratísimo! Y la caga a la Pirelli, que no puede trampear, porque el imperialismo es decente y los luchadores por la soberanía nacional tienen derecho a acudir a cualquier recurso. Y le puso Marvel el muy imaginativo bastión de nuestra pequeña y mediana industria. Porque dice que cuando uno enchufa ese cable surge impetuosa la palabra *¡Shazam!* y ¡¡¡BOOOM!!! todo explota.

José: ¡Parala, Miguel! ¡Eso es un chiste! En Munro se hacen miles de cosas así. ¿Cómo creés que se hacen las máquinas? ¿Siguiendo las normas Iram? Las pelotas, viejo. Y los inspectores lo saben y perdonan a los fabricantes menores porque saben que no les queda otra frente a la Pirelli, la Siemmens, la Ericsson. Ya cuando todos crezcamos y rajemos a los monopolios del país vamos a hacer las cosas de acuerdo con las normas. Los caminos de la revolución nacional no siempre son limpios. El enemigo es poderoso. Y si hay que golpear bajo, se golpea bajo. El asunto es que nuestras fábricas están llenas de obreros. Y es bueno que aquí se sepa lo que voy a decir. Y se sepa bien. En todas las fabricas –desde que ganó el peronismo, aun el de Cámpora, y desde antes también– en las paredes se pegaron grandes retratos de Perón, de Evita y hasta de Isabel. Y si el trompa no es peronista que se lo aguante. Aunque siempre es del palo. Porque están todos contentos. Y en las cantinas se morfa bárbaro. Y el vino de los pingüinos es maravilloso. Y no hay nada más lindo que tomarse un pingüino con soda de sifón. De esos sifones chiquitos, que te los traen bien fríos, chorreando agua helada. Y sí, es cierto, qué joder: el flan Quimili me puede. Y después del laburo volvemos. Porque en la cantina hay billares. Y yo, aunque juegue como el orto, la paso fenómeno. Y pienso que los obreros peronistas son ésos. Y eso es lo que quieren. Que la industria ande bien. Que no les falte laburo. Hablar de fútbol y de minas. Y después volverse a la casa. Y mirar la mierda que les pasan en la tele. Y si a alguno de ellos le preguntás si su casa es una casa de laburantes o un fortín montonero te va a mandar a la puta que te parió. Y hasta te va a preguntar si no serás un zurdo de mierda. Esa, compañeros, es la clase obrera peronista. Disculpen la mala noticia. Pero la conozco. Y vivo, si ustedes así lo quieren, de su plusvalía. Como don Antonio, el que hizo las máquinas. Como mi hermano. Como mi viejo. Y si un día se me diera la loca y los llamara a todos y les dijera que renuncio, que les entrego el control de la fábrica, que don Antonio y yo nos volvimos comunistas y queremos ser todos iguales y ganar lo mismo y manejar todos el gran despelote de la contabilidad, los envíos al interior, los porcentajes, las compras de cobre, de plástico, se volverían locos, compañeros. Y nos pedirían que todo siga igual. Que así está bien. Y que ahora que está Perón... está perfecto. "No, José. Siga viniendo a la cantina. Coma su flan Quimili y después mándese esas carambolas, que tan bien le salen." Como el culo me salían. Pero a ellos no les importaba. Casi no hablaban de política. Sufrieron como locos cuando Argentina no se clasificó para el Mundial del '70. Los putearon a todos. A Pedernera. A Albrecht. A Marzolini. A Tarabini. Menos a Rendo y a Cejas, a todos. Y ahora están preocupados por el Mundial de Holanda. Presienten que nos va a ir como el culo. Que Perfumo ya no está para jugar un mundial. Que ese arquero Carnevali no vale una mierda. Y que si nos agarran los holandeses nos hacen puré. Eso, se los juro, es lo que más les importa. Perón debería saberlo y calentarse menos con los Montoneros y los erpios. Los obreros peronistas son impenetrables para el comunismo. Conocí uno que tenía una bicicleta. Iba a la fábrica montado ahí. Después se volvía y la encadenaba a un árbol de la vereda. Frente a la cantina, justo. Jugaba un rato al billar. Y se iba. Siempre en su bicicleta. Cuando sube Cámpora y el tipo respira todo ese clima zurdo que se despliega por el país, se preocupa. Un día me dice: "Dígame una cosa, ¿es cierto que se viene el comunismo?". Le digo que no. Que los que ganaron son peronistas. "Pero zurdos", dice muy serio. "Peronistas zurdos." Le digo que un poco, sí. Pero buena gente, vea. Van a manejar bien el país. El tipo sigue preocupado. Entonces me dice: "No me mienta, eh. Por favor, no me mienta." Le digo que no, que cómo le voy a mentir, por qué. "Contésteme algo. Si se viene el comunismo, a la bicicleta, ¿me la van a sacar?" ¿Saben qué le dije? Lo que él quería oír. Lo único que lo iba a dejar tranquilo: "No se preocupe. Si los comunistas le sacan la bicicleta, Perón le va a regalar una mejor". Sonrió con una alegría casi metafísica, porque si de algún lado venía era del alma, que es un gran tema de la metafísica. Y dijo: "¡Yo sabía! Con Perón podemos estar seguros. Siempre nos protegió. Siempre nos va a cuidar. Siempre nos va a dar trabajo. Mire, con Perón... Con Perón nunca me va a faltar una bicicleta". Uno tiene que preguntarse qué significaba una bicicleta para ese tipo. Sin duda, algo más que tres o cuatro fierros con dos ruedas. El significante *bicicleta* condensaba para el él una cadena de significantes: trabajo, vivienda, mujer, hijos, familia, vacaciones, mesa bien servida, hospitales, sindicatos protectores. En una palabra, peronismo. Ese es el *pueblo peronista*, compañeros. Si Quieto y Firmenich se inventan otro, por ahí le ganan la pulseada a Perón. Pero no hay otro. Y a éste lo tiene Perón porque él lo inventó. El sí que lo inventó. Cuando recibió al primer cabecita negra en la Secretaría de Trabajo lo inventó. Y las cosas son así. Y si nosotros queremos laburar políticamente dentro del peronismo, entre los fierros de Quieto y Firmenich y los treinta años de amor entre Perón y su pueblo, la opción es sólo una. Ahora, el que crea que esto es al pedo. Que es fortalecer una relación reaccionaria, una relación que condena a la clase obrera a seguir atrás de un líder burgués, estatista, nacionalista, pero anticomunista de raza y que no va a cambiar el sistema ni por joda, el compañero que crea esto tiene el derecho de tomarse el raje y empezar algo distinto. Nosotros, todavía, creemos que eso, lo distinto, hay que seguir empujándolo desde el peronismo. Con esta clase obrera y con este conductor.

Corte a:

Secuencia 3) Interior bar Urquiza - Madrugada

Miguel y yo, bastante después de la reunión, en medio del bar vacío, tomamos el último café de la jornada. Después nos iremos a dormir. No había día que no fuera importante. Que uno no sintiera que era parte de una coyuntura excepcional.

Miguel: Decime, todo ese rollo de la fábrica, Munro, la cantina, los obreros, el billar y el flan Quimili, ¿no será un delirio mitómano que te fuiste inventando?

José: Ni por joda.

Miguel: ¿Cuando estás morfando con los obreros también decís *significante*?

José: Sería agredirlos. Introducir una palabra destinada a dividirnos. Ellos de un lado, yo de otro. Yo sé qué es un significante, ellos no. Además, ¿cuántas veces me escuchaste decir significante?

Miguel: Es cierto. Me llamó la atención.

José: Pero hay algo más complejo todavía. Pensemos la contraria. Si digo significante, por ahí el que se jode soy yo. Se reirían de mí. Y por primera vez. Por una torpeza mía. Si no, no se ríen. Los obreros no tienen nada contra un burguesito como yo con pinta de universitario. Saben que soy el más joven de la fábrica de cables. Que la fábrica la puso mi viejo, yo laburo ahí y me gusta estar con ellos. A ellos también les gusta estar conmigo. Por ejemplo, si me pongo a hablar de Rosas. De los unitarios, de los federales. De la Mazorca. De los degüellos. Les encanta eso. Y saben lo suyo, cómo no. Y al final terminamos siempre en lo mismo. "¿El Restaurador le bajaría la caña a la Manuelita?" O también: "¿Rosas era una especie de Perón, no?". Y hasta te plantean cada cosa que te hacen temblar: "¿Por qué Don Juan Manuel se rajó de Caseros?" "¿Y qué? ¿Perón no se rajó en el '55? Y mirá, tenía razón: ahora vuelve." Ahí yo puedo decir que Napoleón se retiró de Waterloo. Y, seguro, alguno dice que perder una batalla no es perder la guerra. Que hay que seguir.

Miguel: Vamos a largar la Jotapé "Lealtad".

José: Ya lo sé.

Miguel: Están laburando en distintos frentes. Hay jetones como Abal Medina, José Luis Nell, Croqueta Ivancich. Hoy vino a verme Horacio González por la librería. El también está. A los montos la cosa les cae como el orto. (*Pausa.*) Tenés que escribir algo, José.

José: Solo no.

Miguel: ¿Qué, arrugás?

José: Vos y yo. Vos me dictás. Yo le doy forma.

Miguel: Qué modesto se te ve, Jean-Paul.

José: Ta bien. Discutimos las principales ideas. Después yo escribo.

Miguel: Mirá que va a ser importante. Se va a distribuir mucho. Y en seguida sacamos una revista.

José: ¿Una revista? ¿Ahora? Por ahí cambia todo de golpe y nos la tenemos que meter en el culo.

Miguel: Para que cambie todo de golpe tendría que morirse Perón.

José: ¿Y qué? ¿Tan raro te parece eso?

Miguel: No me jodas. Tendría que ser muy hijo de puta para morirse ahora. ¿Sabés el quilombo que se arma?

José: Miguelito, el problema es otro: ni siquiera Perón puede elegir cuándo morirse. Ni siquiera él. Si se muere, se muere.

Miguel: Y ahí sí: cagamos. Pero no nosotros. Todos. El Diluvio. Siempre me quedé con las ganas de ver el Diluvio.

José: Si hay un país que te las puede sacar... estás viviendo en él, compañero.

Terminamos de tomar el café. Pagamos.

Lentamente, salimos.

Funde a negro.

Nota: Varios de los temas que se tratan en este guión fueron ya abordados teóricamente. Pero nos pareció necesario encarnarlos en un debate de la época. Esas ideas le daban carnadura a la militancia. De discusiones como ésta surgió la ruptura con los montos y se originó la JP "Lealtad". Que, en rigor, fracasó porque se murió Perón. De lo contrario, la escisión en la Tendencia habría sido grave y habría arrastrado a más jóvenes fuera del área de los montos y de los fierros y de la conducción de Quieto y Firmenich. En una de sus intervenciones, Miguel menciona algo que más adelante no dejaremos de tratar en detalle porque fue un factor decisivo: "Pero pasa que los revolucionarios mueren por sus convicciones y los que ganan por las suyas son los fachos. Nos estamos acostumbrando demasiado a venerar la derrota. A honrarla. Y eso es porque nos gusta honrar a los muertos. Porque parece que está pasando algo espantoso entre nosotros: nos gustan más los mártires que los triunfadores. Y si eso es así... Lo siento, compañeros. Pero si eso es así es porque tenemos un metejón con la muerte. Y ahí sí: cagamos. Nunca una revolución se ganó con los muertos".

Tenemos un metejón con la muerte, dijo y lo recuerdo. Fue una frase estremecedora. Porque si para los facho-peronistas de *El Caudillo* el mejor enemigo era el enemigo muerto, al glorificar tanto a los mártires, al ubicar el punto más alto de la vida de un militante en la entrega de su vida, la juventud peronista –iluminada por la postrera imagen del Che en el piletón de Vallegrande, que se expresó, entre otras cosas, en las consignas del sepelio de Rodolfo Ortega Peña: *Vea, vea, vea/ qué cosa más bonita/ Ortega dio la vida/ por la patria socialista*– proponía, sin tomar conciencia de ello, que el mejor militante era el militante muerto, el que había entregado su vida –es decir, todo– por la causa del pueblo, coincidiendo trágicamente con los intereses de *El Caudillo*, para el que también el mejor militante era el militante muerto, siempre que ese militante fuera el militante enemigo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

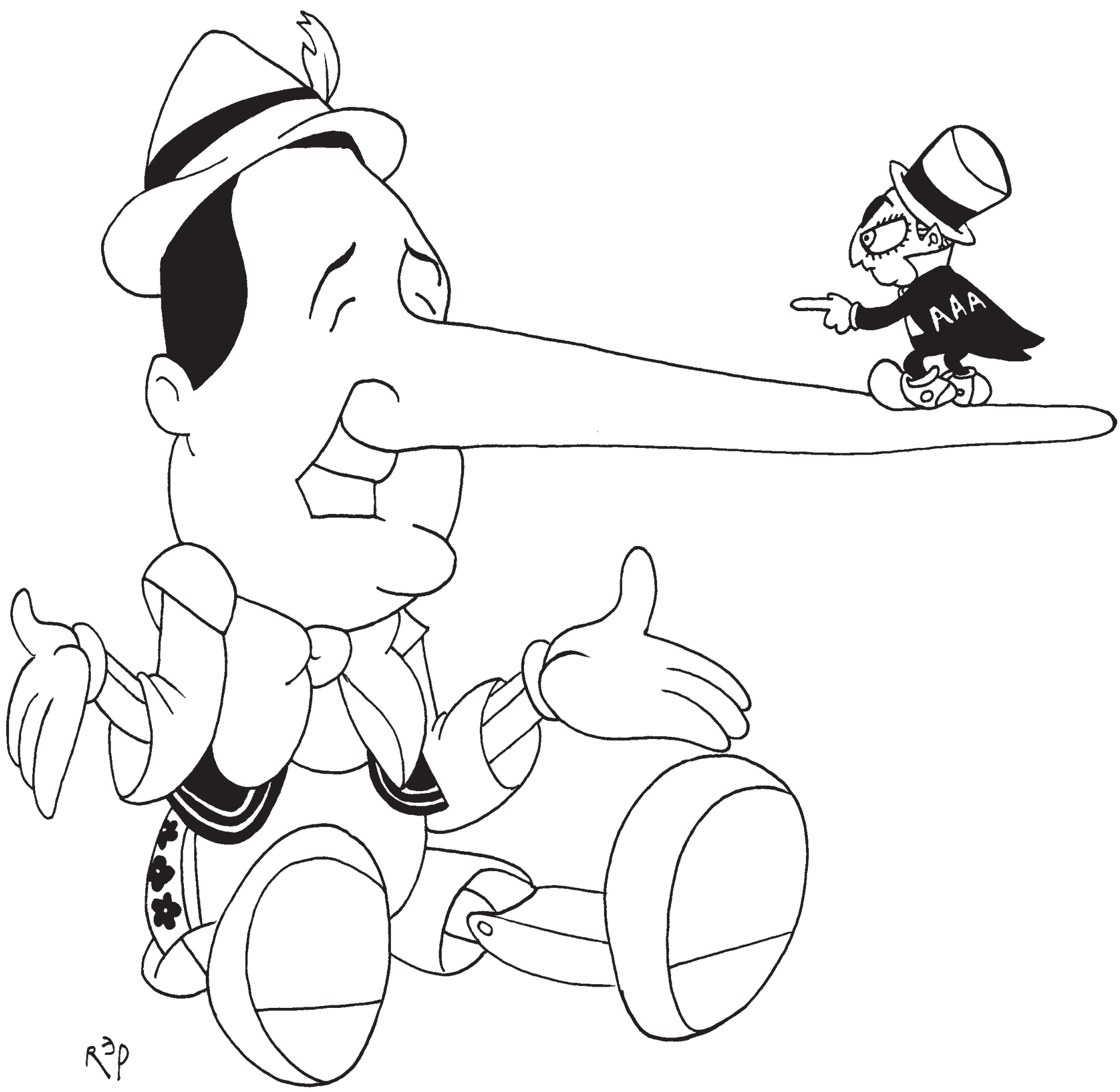
Perón habla claro: "Formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato".

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

119 **Perón habla claro: "Formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato"**



Suplemento especial de
Página|12

FELIPE ROMEO, NI EL POLVO DE TUS HUESOS

Leer *El Caudillo* era una experiencia horrible. En principio implicaba certificar que el peronismo podía ser cualquier cosa, hasta la más espeluznante. ¿Qué era el peronismo? ¿Eso que se leía en *El Caudillo* o lo que se leía en *El Descamisado*? La revista (un dato imposible de no tomar en cuenta) aparece al (muy) poco tiempo del *Documento Reservado*. Es arduo no relacionar una cosa con la otra. Su consigna central no le pertenece. Ya los yankis decían en el siglo XIX *el mejor indio es el indio muerto*. Y durante la guerra del Pacífico *el mejor japonés es el japonés muerto*. La otra consigna central (arrancada de las entrañas de la Alemania nazi) era: *Hacia mil años de nacional justicialismo*. Lo que tiene de original es la sección "¡Oíme!" que escribe el propio Romeo y en la que anuncia asesinatos, amenaza a quien se le canta, o se alegra sádicamente por algunas muertes violentas; la de Ortega Peña, por ejemplo. Es tan obsceno, tan hediondo ese festejo que la Cámara de Diputados intenta enjuiciar a Romeo. ¡Ja! En julio de 1974, con Lopecito y la boba pérfida en el gobierno, con los sindicatos respaldando todo, con la Triple A desbocada, con muchos tipos del PJ que saben qué hay que hacer y qué tiempos corren. Con todo eso, no prospera el juicio y Romeo se siente todavía más impune, sin ataduras. La revista solía poner títulos que empezaban en la tapa y se resolvían en la contratapa. Por ejemplo: Tapa: *El que le teme a la Triple A.* Contratapa: *Por algo será.* O también: *Isabel no es la heredera de Perón.* Este título era un hallazgo periodístico. Uno se preguntaba: ¿se volvieron contra Isabel? ¿Cómo se atreven a decir que no es la heredera de Perón? ¿Se volvieron montos, enloquecieron? Y tenía que comprar la revista o darla vuelta y mirar la contratapa si el diariero no lo puteaba. La contratapa decía: *Es Presidenta por mérito propio.* El que se refería al enfrentamiento entre Perón y la Tendencia el 1º de mayo de 1974 decía en la portada: *Imberbes/ Mercenarios/ Asesinos.* Y en la contratapa: *¡Lo dijo Perón!* Y así era: lo había dicho Perón. En esa época en que el verticalismo era la ética fundamental del movimiento, en que la palabra del líder era la palabra de todos, decir *lo dijo Perón* era decir ésa (la que Perón dijo) es la verdad, ya que Perón era, como hemos visto, el enunciador principal y único, y de sus labios salía, sin más, la verdad.

Le pedí a Sergio Kiernan un retrato de Felipe Romeo. Sergio es un constitucionalista liberal y un empecinado antinazi. No es casual que haya sido él quien descubrió en Buenos Aires al Felipe Romeo del final. Pero lo había conocido antes, en Madrid, en la mesa de Casildo Herreras, a la que sólo Sergio, tratando de conocer al director de *El Caudillo* y disfrazado de hippie intelectualoso, era capaz de sentarse. Para quienes no lo saben o lo olvidaron: Casildo Herreras es el autor de una frase célebre de la historia política y sindical argentina. El 22 de marzo de 1976, en su función de secretario general de la CGT, viaja (o se raja) a Montevideo. Hay una reunión de la ALF-CIO, ésa es su excusa. Algunos periodistas lo alcanzan y le preguntan sobre la situación del país. Herreras dice que no sabe nada, que se ha desconectado de todo. Y cierra con una frase que de concluyente lo tiene todo: *Me borré*.

(Aclaro que Kiernan me dice "Kant querido" porque mi mail es "kant", algo que le hace mucha gracia –a mí también– y le añade "querido" por eso de los ochenta: "Saúl querido, el pueblo está contigo"). Aquí va su mail: "Kant querido, sobre Romeo: Era un desaforado, alguien con verdaderos problemas mentales. Lo conocí en Madrid, en junio de 1980, cuando empezaba el verano pero ya hacía un calor increíble. Yo venía de una temporada larga en Estados Unidos y como todo el mundo tenía amigos en España, un compañero del industrial, ahora baterista, y el padre de otro amigo, que vivía en Buenos Aires. Este último, que me conocía de chico, fue quien me mostró Madrid, me aconsejó y presentó gente, se ocupó de que estuviera cómodo. Supongo que le hacía bien tener a alguien de la edad de su hijo y ligado a él.

"Henry –no se llamaba así pero todos le decíamos así– era un personaje de película italiana, un hombre muy desmesurado en sus pasiones. Había trabajado siempre en medios y publicidad, y a la vuelta de Perón termina en alguna función en la Secretaría de Medios de Presidencia. A poco de asumida Isabel, renuncia, vende todo y se va a España. Nunca me explicó exactamente cómo ni por qué, pero por comentarios sueltos siempre tuve la impresión de que terminó teniendo miedo de la gente para la que trabajaba, de qué podían hacerle y, tal vez más, de qué podían obligarlo a hacer.

"Un viernes me llama y me invita a 'tener una experiencia muy especial'." Quería que lo acompañara a una cena con personajes del exilio argentino. Le dije que sí, por acompañarlo y por curiosidad, y me advirtió que yo tenía que hacerme el tonto: 'Vos no sabés nada de política, vos sos un hippie, un despistado que no tiene idea, ¿entendés?'. Henry fue muy firme en estas condiciones. Yo tenía 21 años, barba y anteojos, el pelo ya largueando, con lo que daba el personaje sin problemas.

"El restaurante era una esquina oscura, vieja, linda del centro de Madrid, la zona que rodea la Gran Vía y por entonces todavía parecía casi totalmente del siglo 19, con farolas y balcones de reja. Estaba por atrás de la Calle de la Luna, cerca de la Telefónica, y tenía una rareza, que no se podía ver nada desde afuera porque no tenía ni ventanas ni vidrieras. Al llegar uno veía un local revestido en maderas viejas muy bien torneadas, con una puerta y un portero bajo los faroles.

"El salón era bajo y antiguo, muy agradable, decorado hacía décadas y jamás vuelto a tocar, la clase de restaurante de habitués que se va poblando de fotos en las paredes. Era un lugar que olía muy bien, a aceites y salsas, como huele una buena cocina española. En el centro había una mesa larga donde ya estaban varias parejas. A la cabecera, un hombre alto y entrecano, bien vestido, que era Casildo Herreras.

"Henry saludó afectuosamente a Herreras y me presentó. Luego me presentaron a los demás comensales, que eran todas parejas cincuentonas o más. Todos menos un treintañero con una melena díscola, de anarquista, nervioso, sacado, visiblemente inquieto y tratando de controlarse. Era Felipe Romeo.

"La comida fue buena, como puede serlo en España, y la conversación tranquila y casi apolítica. Parecía un club de viejos amigos que se reúne regularmente –creo recordar que era una vez al mes– con sus mujeres, y no tienen tanto que decirse. Como yo era de lejos el más joven y podía ser hijo de cualquiera de esas parejas, me trataban con mucha amabilidad pero no me daban mayor bola. Excepto Romeo, que no conseguía controlarse y peroraba contra zurdos y judíos, mirándome fijo cada vez que decía 'zurdo'. Recordando el consejo de Henry, yo no reaccionaba. Cada tanto, Herreras, que era obviamente el dueño de casa, lo calmaba.

"Finalmente, para el café, Romeo se pasó de rosca y Henry lo paró. Romeo recurrió a Herreras con una frase que no olvidaré: 'Esta bien, disculpen, pero Casildo... si te encontrás en un tiroteo en una calle oscura con él y conmigo, ¿a quién le tirás? ¿No es cierto que a él?'.

"Herreras se quedó callado mirándolo como a un loco y le contestó que ya no había tiroteos y nadie iba a calles oscuras. Estaba realmente disgustado.

"Muchos años después hago la nota sobre la empresa que restauró la cúpula en Rivadavia. Curiosamente, hacemos fotos pero nunca conocemos a los dueños. Varios años después, me entero de que el restaurador de cúpulas es Romeo. Confirmo su identidad con una persona que trabajó con él, un pibe joven que sólo sabía que 'había estado en política' y que era un pesado. Romeo no pagaba cuentas mostrando armas y apretando a sus acreedores, porque 'vos no sabés con quién estás hablando'. Y tenía manías erráticas como arengar a los albañiles y exhortar los a que '¡sean valientes!'

"Cuando publicamos en el diario quién era, se fugó. Nunca logré hablar con él antes de publicar.

"Anduvo prófugo por Brasil y luego vino a Buenos Aires a morirse en un hospital público, arrestado. Tres meses después de muerto su cuerpo seguía sin que nadie lo reclamara. Lo más increíble es que murió de sida.

"Un abrazo, Sergio Kiernan".

Habrán notado la exquisitez del texto de Sergio. No en vano es no sólo un gourmet de primera línea sino también un gran erudito en arquitectura, de aquí la hermosa descripción del restaurante donde encontró a Casildo y al loco asesino que todavía soñaba con judíos, zurdos y tiroteos en callejones oscuros. De sus editoriales algunos tal vez resulten risueños por el grado de primitivismo, de cavernicolismo que expresan. Sólo un cavernícola puede escribir: "Su excelencia, la señora María Estela Martínez de Perón es hermosa. Hasta ahora no se ha dicho (...) Sin mezclarlo con esas tristes manifestaciones de la decadencia que se expresa como feminismo. El feminismo es el reducto de las mujeres sin esperanza, marxistas activas y lesbianas. Y, por sobre todo, feas". Pero otros, y son la mayoría, se expresan en el tono sanguinario que impulsa a la masacre impiadosa: "El diálogo, hoy por hoy, es estéril. El diálogo es traición. La sangre nos separa. Sólo la desaparición física del enemigo nos dará la victoria" (23/10/1975). Y por último: "Para combatir este tipo de guerra, las fuerzas de seguridad deben despojarse de todas las trabas mentales y legales que les atan las manos. El código penal en muchos casos es insuficiente. El que las hace las tiene que pagar (...) La única guerra fija en la guerra moderna es la falta de reglas" (noviembre de 1974). Los textos han sido tomados de la edición de *Clarín* del 5 de mayo de 2009 en que se anuncia la muerte de Romeo. Aún está en la morgue, helado. Nadie se atreve a reclamar su cadáver. A dar la cara. A enterrarlo piadosamente. Es difícil imaginar un caso más extremo de vergüenza social. Algún familiar debe tener Romeo en el mundo. Hasta ahora, ninguno que se atreva a confesarlo. A decir que tiene algo de la sangre que corrió por las venas del paranoico asesino. *Si es Felipe Romeo, el peor pariente es el pariente muerto.*

"LA NACIÓN" Y PERÓN, UN SOLO CORAZÓN

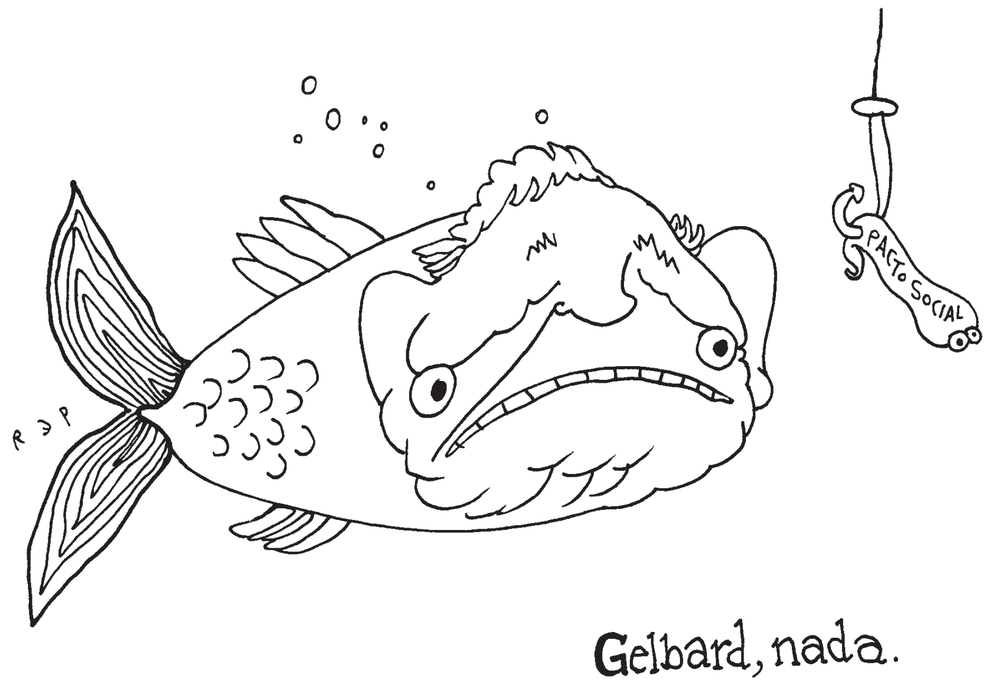
A poco de volver Perón, otra vez las siempre tranquilizadoras, amables tapas de la revista *Cabildo* volvieron a verse en los kioscos. Desaparecidos los rostros y los cuerpos de Barbara Bouchet, Marisa Mell, Edwidge Fenech, Margaret Lee, Gloria Guida y otras chicas, ocuparon ese lugar las tapas de *Cabildo* y demás revistas de ese calibre, aunque ninguna llegara a las alturas de odio y latente violencia de la esencial de todas. La primera tapa de nuestros nacionalsocialistas nativos decía: "Hay que intervenir las Universidades". Estaba toda la derecha de acuerdo. Si se siguen los comentarios de *La Nación* desde el 21 de junio en adelante, se verá la pasmosa plasticidad de esta perdurable opción política, la que en la Asamblea de París se ubicaba en el otro extremo del de los jacobinos. El 24 de junio, *La Nación* dice: "El discurso que Perón pronunció el jueves por la noche (*al día siguiente de Ezeiza*, JPF), por televisión, fue escrito en España y no en su residencia de Vicente López, como erróneamente se ha supuesto. En rigor, el texto que Perón traía en sus bolsillos para leerlo ante una enorme pero heterogénea muchedumbre en Ezeiza conservó íntegramente su esqueleto. Así ocurrió, a pesar de los esfuerzos sangrientos que frustraron su lectura al aire libre y a la más vasta concentración política realizada en la Argentina. Como era obvio, Perón tuvo que realizar algunos ajustes en la pieza originaria. Se sacaron unas palabras y se pusieron otras en calidad de derivación de un fenómeno tanto o más espectacular que la concentración en sí misma: la lucha armada, que dejó un saldo de más de 30 muertos y alrededor de 400 heridos (...) En suma, profundizó las definiciones que tenían por destinatarios directos a los peronistas (...) Perón ya venía con la decisión de afirmar ante la multitud que lo aguardaba que 'hay que volver al orden legal y constitucional, como única garantía de la libertad'" (Galasso, *Perón*, tomo II, ed. cit., p. 1202. Galasso ha hecho un excelente acopio de citas de *La Nación.* Permite, de este modo, seguir la posición del diario ante los sucesos que se desarrollan desde que Perón regresa. Siempre se comentan favorablemente las decisiones del líder justicialista. O sea, *La Nación* se asume –en esa coyuntura– peronista de Perón, en tanto advierte que éste ha venido a controlar al monstruo marxista, a las juventudes revoltosas, al proyecto del socialismo nacional y a la lucha armada. Esa figura pro Perón de un medio fogosamente antiperonista expresa la pragmaticidad de la derecha. "Si Perón juega de nuestro lado, estamos con él". La actitud de la derecha con el Perón del regreso, el Perón del '73, es similar a la que luego tendrá con Menem. Si los peronistas se ponen de su lado los aceptan gozosamente. Si Perón mata zurdos, estamos con él. Si Menem privatiza el país, se entrega sin pudor a los planes del neoliberalismo, a la política exterior de Estados Unidos y acepta el Consenso de Washington, es nuestro hombre rubio, alto y bello). *La Nación* advierte en seguida –bien informada seguramente– que el discurso del 21 de junio venía escrito desde España. Lo dijimos hace rato: ese discurso no es resultado de una "calentura" del Viejo por estar mal informado acerca de la matanza de Ezeiza. Es el que iba a decir desde el palco. Menos agresivo, sin duda. Pero, en lo esencial, era ése. Perón no cambia en Ezeiza. Viene cambiado. Lo de Ezeiza le cae como anillo al dedo para ser más duro de lo que esperaba. Sobre el raje a Cámpora, *La Nación* registra una frase de Rucci al salir de una reunión con "el presidente que no fue". La frase es excepcional. Define a Rucci y define lo que fue para la derecha la *primavera camporista*. Rucci dice: "Se acabó la joda". Eso era todo: había sido una joda. Los chicos jugaron en el bosque en ausencia del lobo. El lobo había vuelto, estaba aquí, rugía. Basta, qué se creyeron. ¿Que iban a ver *Ultimo tango en París*? ¿Que las librerías venderían libros de Marx, de Lenin, de Paulo Freire, de Gramsci? ¿Que iban a poder comprar porquerías como *Playboy* o *Killing*? ¿Ver películas europeas siempre puercas, siempre contra la familia, el amor puro, la religión? ¡Esa pequeña burguesía subversiva y pajera! A los obreros nada de eso les importa. ¿Isabel Sarli? ¿Que los obreros son felices viendo a Isabel Sarli? ¿Que Armando Bo es popular y hace porno para los pobres? ¡Mierda hace! Eso no da felicidad a los obreros, los distrae de sus tareas. "¡Se acabó la joda!" Se acabaron las tomas de fábricas. Los retos a la policía de ministros retoños al servicio del marxismo internacional, que desea alterar el orden y requiere para eso que los defensores de ese orden se vuelvan cándidos, santos con armas de adorno. Se acabaron los discursos contra los Estados Unidos de embajadores estrella que anhelan promocionarse de la noche a la mañana. El asalto a las universidades, basta. No queremos una universidad de bolches, de guerrilleros. Se tiene que acabar la presidencia de ese pobre dentista que se dejó llenar la cabeza por el verso satánico de los zurdos. Y *La Nación* dice que Rucci dijo: "El eslogan 'Perón al poder' encierra un contenido que debe convertirse en realidad, para lo cual la Central Obrera va a aportar todos sus esfuerzos" (*La Nación*, 13/7/73 en Galasso, ob. cit., p. 1211). El eslogan "Perón al poder" no significaba "Perón al Gobierno", sino otra cosa que Rucci y todo el sindicalismo peronista no deseaba: el poder, no el gobierno. Ellos querían el "gobierno" para mejor negociar con el "poder". Y si en el "gobierno" estaba Perón, la cosa era perfecta. La diferencia entre "gobierno" y "poder" es muy clara. Durante los días en que estos textos son escritos se ve traslúcida. El "poder" busca erosionar a un "gobierno" al que con toda intención identifica con el "poder", para presentarse a sí mismo como el débil que enfrenta al fuerte a través del periodismo "libre" que no se somete a ese poder. En verdad, ataca a un "gobierno" desde el "poder" y el periodismo no es libre sino esclavo o está, sin ninguna duda, al servicio de ese "poder", el viejo, perdurable "poder" de la Argentina, el del establishment.

El 2 de agosto, Perón ofrece un discurso a los gobernadores de las provincias. He aquí el laudatorio, entusiasta comentario de *La Nación*: "Perón ha tomado partido a favor de una, entre las facciones en pugna, pero lo sabíamos en realidad desde su discurso del 21 de junio. *Ese discurso es el libreto madre*. Nada de lo dicho o de lo actuado públicamente por Perón, desde su llegada, ha sido incoherente con las definiciones contenidas en ese mensaje (...) En este sentido, quienes quieran seguir imputando a una desviación ideológica de López Rega o de otras personas influyentes, en el entorno inmediato de Perón, los giros a los cuales se ha aplicado últimamente el Movimiento, tendrán que realizar una proeza manifiesta" (*La Nación*, 4/8/1973. Citado en Galasso, ob. cit., p. 1220. Cursivas mías). En pocas palabras, los que anduvieron palabroteando con eso del Brujo maléfico y la teoría del cerco que sofocaba al líder justicialista tendrán que silenciarse, cerrar sus bocas torpes y mentirosas, escasamente imaginativas, creadoras de argucias que a nadie han conseguido engañar, salvo a sus jovencitos seguidores. Pero los argentinos lo sabemos: el general Perón ha regresado para imponer el orden en la república porque es, antes que nada, un militar, es decir, un hombre de orden, formado en la árida disciplina castrense, que debe ser modelo para la conducta de un país que requiere, en primer término, ordenarse, y luego marchar en paz hacia su indudable destino de grandeza. (NOTA: *¡Ay, mísero de mí!/ ¡Ay, infelice!/ que puedo reproducir así/ tan fácilmente/ el discurso militar/ el discurso oligarca/ de nuestra patria dominante/ tanto lo he padecido/ desde mis años tiernos/ que está en mí/ clavado como una espada/ y ahí estará mientras viva/ pues tanto lo han dicho/ tanto lo han repetido/ que lo llevo para siempre hundido/ en el corazón del miedo/ ¿cómo alzarme contra él si con él he crecido?/ sólo me resta decirlo/ incansablemente decirlo/ hasta el día en que decida/ ya no decirlo más/ padeceré entonces prisiones/ persecuciones feroces/ pues aunque yo no lo diga,/ lo dirán los demás/ y un día áspero y gris/ un mustio día cualquiera/ me arrojarán por ahí/ en una ciénaga impura/ y alguien lo dirá para mí/ entre risotadas feroces/ que sepan muy bien lo sé/ para mi piadosa fortuna no escucharé/ y luego en la cumbre invencible/ de sus espíritus ruines/ me arrojarán los mastines/ de quienes fácil, sencillo pasto/ seré.* Confieso el peor de mis pecados: soy un pésimo poeta. Pero no bien concluí ese texto ("marchar en paz hacia su indudable destino de grandeza"), me pregunté por qué sabía tan correctamente reproducir la jerga del poder. Y la respuesta está en el poema, que se basa en el majestuoso texto protoexistencialista de Calderón de la Barca: el monólogo de Segismundo en *La vida es sueño*. Uno de los milagros de la lengua castellana. Ojalá resulte algo más que un malabarismo literario. Porque –si buscan algo excepcionalmente serio y hondo– bastará recordar que en ese texto Calderón –por boca del príncipe Segismundo– dice este irrepresensible texto sartreano que ni el mismo Sartre tomó en cuenta: *¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice/ Apurar, cielos, pretendo/ Ya que me tratáis así,/ qué delito cometí/ contra vosotros naciendo:/ aunque si nací, ya entiendo/ qué delito he cometido:/ bastante causa ha tenido/ vuestra justicia y rigor,/ pues el delito mayor/ del hombre es haber nacido.* En Heidegger –con mayor precisión aún que en Sartre por sus influencias religiosas juveniles– el estado de-yecto del *Dasein* en el mundo se entiende como caída y pecado. Pues el Dasein no sólo no es fundamento de sí, sino que además cae en el mundo de la inautenticidad. Esta simetría entre Calderón-Heidegger-Sartre deberá ser explorada en algún momento. Hasta donde yo sé no se ha hecho.)

Durante la manifestación del 31 de agosto ante los balcones de la CGT –en que Perón, sonriente, saluda y bendice a todos– desfilan 896.000 personas. Cifra que da *La Nación*, ahora generosa. Y exultante afirma: "Hay que acreditarle a Perón un triunfo personal por sobre la violencia en que diariamente se debaten sus seguidores (...) Perón necesitaba demostrar que su presencia sería suficiente para suspender, siquiera por un momento, el enfrentamiento entre sindicalistas y líderes de la juventud peronista. Lo consiguió". ¡896.000 personas! "Lo objetivamente indiscutido es que sólo Perón pudo haberlas reunido." Pero *La Nación* no es optimista. Destaca la espléndida condición del líder para cohesionar lo incohesionable. Ese líder, ahora, es el suyo. Está con ellos. Es, en rigor, formidable. Pero no bien él se ausente lo peor volverá a estallar entre los peronistas. Así las cosas, en ese desfile ante el balcón de la CGT se vieron las caras los que matarán y los que morirán. "Dicho sea en forma más o menos figurada, el asesino y el hombre que va a morir desfilaron juntos ayer por las calles de Buenos Aires (...) Sólo *la extraordinaria jefatura de Perón* sobre un movimiento de masas pudo compaginar de tal manera la marcha conjunta de facciones que últimamente se han mirado como a través de la mirilla de un fusil" (*La Nación*, 2/9/1973. Citado por Galasso, ob. cit., p. 1232. Cursivas mías).

¡La extraordinaria jefatura de Perón! Que una frase así se publique en *La Nación,* el gran diario del establishment, de la oligarquía agroganadera, bastión del más rancio antiperonismo, requiere cierto análisis. Acaso si la juventud peronista hubiera leído ese diario patronal y empresarial durante esos días, habría entendido a quiénes había venido realmente a ayudar su supuesto líder, a las órdenes de quiénes se había puesto o había decidido unir fuerzas. Porque hay una regla de oro en la Argentina. Todos nos equivocamos. Pero *La Nación*, no. No se equivoca ni en sus odios ni en sus amores. Exhibe, en ese aspecto, una lucidez implacable. Hay que apoyar eso. Aquello, no. No importa lo que haya sido o hecho Fulano, hoy juega de nuestro lado. Es nuestro. Es un gran hombre. ¿Perón fue un fascista que negó todas las libertades republicanas y ofendió a la Iglesia Católica? Nos olvidamos. Hoy es un líder extraordinario. La garantía de la paz y del orden en la Argentina. Señores, a ver si nos entendemos. Alguien, siempre, tiene que hacer la tarea. Nuestro amigo Mariano Grondona utilizará esta frase –que esgrimimos un poco *entre nous,* como solía decir el general Mansilla en sus *causeries*– para defender, hacia fines de 1974, al señor López Rega. No nos preguntemos si ese señor es de nuestro agrado. La pregunta es otra: ¿qué tarea está haciendo? ¿Está haciendo la tarea esencial que requieren nuestros intereses, que son los de la patria? Si la está haciendo, ese señor es nuestro hombre. Más aún si la tarea es una tarea sucia y nos evita la contrariedad o (se nos permitirá decir) el tedio de ensuciar nuestras manos con sangre de rojos, como antes de ácratas, indios y gauchos. Por favor, dejémoslo. Él es –hoy– el elegido. De aquí que nuestro gran hombre de ideas, el doctor Grondona, titule su texto *Meditación del elegido*. Pero no nos adelantemos. Hoy, el elegido es el general Perón. Sólo nos ha pedido su uniforme, su ascenso a teniente general, algunos pesos que le teníamos bloqueados y los oropeles, los relumbrones debidos a un Presidente. En fin, tan poco, tan desmedidamente poco. Le podríamos haber dado más. Pero está satisfecho. Ahora nos hace la tarea. ¡Qué gran hombre, que extraordinario líder de masas, qué estadista! Se lo diremos hasta que los mate a todos. Si no puede... En fin, la patria siempre tiene a sus Fuerzas Armadas, su último bastión, su amparo inconmovible.

Algunos textos más: *La Nación* del 27/9/1973 señala secamente que, en el sepelio de Rucci, los hombres de la CGT rechazaron la ofrenda floral enviada por la Universidad de Buenos Aires. Claro que sí: ¿o no seguía esa institución en manos de los rojos, de los zurdos asesinos y con un comunista como Rodolfo Puiggrós al frente y otro comunista como Mario Kestelboim injuriando a la cristiana Facultad de Derecho con ese apellido judío que, unido a su ideología foránea, lo tornaba por completo indeseable? Basta, hay que intervenir esas casas de estudios. Reclamo en que el diario del establishment se une a los nacionalistas de *Cabildo* y a todo el peronismo de derecha (con *El Caudillo* como usina ideológica) en un proyecto de limpieza ideológica de las universidades que lograrán recién con Perón muerto. *La Nación* festeja con alboroto republicano y democrático el aplastante triunfo electoral de Perón en septiembre de ese año. ¡7.400.000 votos!, se entusiasma. Perón los ha conseguido para ellos. ¿Cómo no apoyarlo? Dicen: "Perón tiene (en ellos) suficiente sustento para distanciarse francamente de los grupos más radicalizados de la izquierda" (*La Nación*, 30/9/1973 en Galasso, ob. cit., p. 1249). En su edición del 5 de octubre sigue festejando el gran



triunfo electoral y advierte a los estudiantes universitarios que no se confundan. Que no anden por ahí cantando: *Puiggrós, Perón/ un solo corazón*. Que se trata de un error. Se equivocan. No es así. Y advierte que el país está "asistiendo al desarrollo de una ofensiva, contra un sector ideológico, que según todos los cálculos puede superar en dureza a los momentos más severos de la revolución de junio de 1966" (*La Nación*, 5/10/1973). En resumidas cuentas: que la noche de los bastones largos va a ser un cuento de hadas en relación a lo que se prepara y se viene. Por fin, comentando el discurso de Perón en la Plaza de Mayo al asumir la presidencia (el discurso del vidrio blindado) se complace en su acuerdo total con las palabras del líder. Y dice que esa plaza, la de ese 12 de octubre, expresa un alejamiento definitivo de la otra, la del 25 de mayo de ese año, 1973, que vio al peronismo del caos, del desorden, del agravio. El discurso de Perón –lejos de todo eso– "fue un discurso breve, sin agravios, ni concesiones demagógicas". Y concluía con una certidumbre inconmovible: "Perón ha vuelto al poder como el hombre del orden" (*La Nación*, 14/10/1973 en Galasso, ob. cit., p. 1253).

CUESTIONES TEÓRICAS: LA ÉTICA DE LA DERECHA

¿Hay una ética de la política? ¿Es ético que el enemigo de ayer sea el amigo de hoy? Importa analizar qué tipo de ética predomina en la política. Aquí, la derecha puede dar clases a la izquierda. Será porque la derecha tiene muchos intereses que conservar. Por algo (a los derechistas) se les suele decir "conservadores". Será porque los intereses que requieren conservar tienen que ver con la riqueza. Es decir, con la posesión de mercancías. De valores materiales. Todos los valores materiales refieren a uno que –en tanto valor– los representa a todos: el dinero. A su vez, el dinero refiere a los metales preciosos. El *patrón oro*. Los intereses de la derecha son cuantitativos. Al serlo, los compromisos de tipo espiritual –componente que sería difícil extraer de cualquier moral humanista– no le son relevantes. El concepto de interés –para la derecha– se refiere únicamente a la riqueza. *Es bueno aquello que colabora a cuidar, sostener, conservar o aumentar mi riqueza*. La tasa de ganancia es el alma del capitalismo. En suma, el lucro. De aquí que su ética sea una ética de medios y de fines, en la cual los medios están al servicio de los fines. *De los fines de lucro.* Esto –que asegura, en gran medida, su poder y su triunfo contra adversarios más sentimentales– se le vuelve en contra en circunstancias en que su avidez produce excesiva pobreza. La derecha no sabe combatir la pobreza repartiendo su tasa de ganancia. Sería reducirla. Algo que no puede concebir. Si la tasa de ganancia decae todo está en peligro. Ergo, entre paliar la pobreza y reprimirla, elegirá reprimirla. Cuando clama por la "seguridad", lo hace por la "seguridad" de su riqueza. La "seguridad" es un concepto de derecha. Pide "seguridad" el que tiene algo que "asegurar". También el 24 de marzo de 1976 la derecha reclama "seguridad". Para otorgarle esa "seguridad", los militares inauguran la era de la "inseguridad nacional". No habrá "seguridad" hasta que sean aniquilados todos aquellos (todos pero todos) que representen alguna "inseguridad" para los poseedores. Ese miedo que instala la dictadura militar permanece en los pliegues de la sociedad. Pero la derecha no puede frenar su sed de ganancias y no sabe repartir su riqueza, por excesiva que sea. Sobreviene entonces una "inseguridad" que no fue la que primariamente vinieron a combatir los militares. La delincuencia. Aquí, la derecha pide seguridad contra ellos, los delincuentes que su ambición de ganancias y el sistema económico implantado para satisfacerla han creado. La delincuencia es una creación de la derecha. Es tanto lo que requiere aumentar su tasa de ganancia que hunde en la pobreza a millones de personas. Estas personas (o muchas de ellas) se transforman en delincuentes y amenazan la seguridad de los buenos ciudadanos. Ahora, la derecha pide por la seguridad de su vida: no quiere que un pobre (que se ha transformado en ladrón callejero) le quite la "vida". Que, esto lo sabe bien, es la condición de posibilidad de su riqueza. Un rico muerto no es un rico. Es un cadáver igual que cualquier otro. Hasta igual al de un pobre, un horror. Pide, entonces, seguridad en las calles. Y, al mismo tiempo, seguridad en sus casas. Y, al mismo tiempo, seguridad social. Lo que da por resultado: *un país seguro para sus inversiones*. Porque todos son intereses. Mercancías. Su vida es una mercancía. El rico se identifica con su objeto: la mercancía. Se cosifica. Las calles son los espacios por donde circulan las mercancías ciudadanas. Los seres humanos, ante todo, que son mercancías, pues el sistema de mercancías los ha cosificado. Todo lo que se ve en las calles son mercancías. Y luego las otras mercancías: automóviles, policías, mercancías en las vidrieras, relojes en las muñecas, prostitutas, lo que sea. El mundo es una mercancía. La derecha las acumula en tanto valores. Para eso pide seguridad social y un país ordenado (recordemos: *a eso vino Perón*). En un país en que reine el orden se desenvuelve libremente lo más libre que hay: el libre mercado. *La realidad humana en tanto "mercado", he aquí la antropología de la derecha*. El "mercado" se regula por sí mismo. ¿Qué significa esto? Que los más poderosos se devoran a los más débiles. Son libres de hacerlo. Luego, que los más poderosos pueden unirse a otros poderosos y formar *grupos*. Los grupos son los monopolios. Los monopolios son formaciones libres del mercado. Cada monopolio se ha devorado a su anterior competencia: la eliminó o la eliminó absorbiéndola. El mercado es así: libre. ¿Por qué impedirle a alguien que derrote a su competencia y la incorpore a su estructura de poder? A su vez, un monopolio suele entablar negociaciones con otros monopolios. Al unirse forman los oligopolios, que son monopolios de monopolios. El mercado se reduce. Por fin, queda en manos de dos o tres oligopolios. La palabra oligopolio proviene del griego *oligoi*. Esta palabra –con total coherencia– significa: *pocos.* Siempre esta situación es grave para todos menos para los oligopolios. Si se trata –por ejemplo– de oligopolios mediáticos, la "verdad" queda muy reducida en sus posibilidades de expresión. La "verdad" se establece en relación a los intereses de tres oligopolios. Que, al ponerse de acuerdo, elaboran una sola "verdad" que la población suele comerse sin advertirlo. Así es el mercado: libre. Así es el mundo: libre. Libre para los intereses de los poderosos. Que son la derecha. Volviendo a *La Nación* y al peronismo encarnado en el anciano y ahora venerable general Perón. Desde el 21 de junio, *La Nación* advierte que Perón ha venido a proteger sus intereses. Es posible que lo supiera desde antes, desde mucho antes que todo el país y que los pibes de la Jotapé que se arriesgaban por Perón haciéndole la campaña electoral. Se la hacían, también, a *La Nación*. El pacto fue: usted vuelve pero nos ordena el país. Ya lo hemos dicho. Ya lo sabemos. ¿Quién sino *La Nación* (en tanto encarnaba los intereses de los grandes empresarios, de la Iglesia y del Ejército) podía saber que el discurso del 21 de junio Perón lo había redactado en Madrid? Por supuesto: a eso venía. Por eso regresaba. Se le había dado la oportunidad de frenar a sus jóvenes díscolos porque (pensaban) podrían evitarse así la sanguinaria tarea de imponer ellos el orden y cargar con el consecuente desgaste de toda matanza. Mejor que *eso* lo hiciera Perón. En suma, volviendo a la cuestión de la ética. La derecha tiene una. Cómo no. Desde luego. Es una ética de intereses. *Es bueno aquello que proteja, conserve y aumente mis intereses.* Es una ética alimentada por el egoísmo de la competencia. En la competencia mi interés es derrotar a mi competidor. Una vez que lo derroto trazo nuevos fines para mis intereses. Insistamos: es, entonces, una ética de fines: de fines de lucro. Todos los medios son legítimos en la medida en que se orientan hacia el fin de todos los fines: el de mis intereses. Todo se pone al servicio de ellos. Si lo bueno, lo mejor y la verdad son los valores de una ética, lo bueno, lo mejor y la verdad son, para la derecha, sus intereses. Que son sus ganancias. Llegamos, así, a la gran conclusión. La ha dicho claramente el gran país del capitalismo en el siglo XX y (hasta ahora) también en el XXI: *Los Estados Unidos no tienen aliados ni enemigos permanentes. Sólo tienen intereses permanentes.* ¿Cómo no iba a ser peronista de Perón *La Nación* en 1973? Perón, ayer, fue su enemigo: atacó sus intereses. Ya no lo es: hoy los defiende. Hoy es su amigo. Y *La Nación* –tal como Perón dijera en su memorable *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*– también cree en esa frase de aliento maoísta: *Al amigo todo, al enemigo ni justicia*. Lo demostrarán los militares del 24 de marzo de 1976. Esos campeones de la seguridad del establishment. Y de la inseguridad de todos.

PERÓN LES PEGA UN RETO TELEVISIVO A LOS DIPUTADOS DE LA JOTAPÉ

La tempestuosa reunión de Perón y los diputados de la Jotapé se realiza bajo la sombra cercana del nefasto ataque del ERP a la guarnición militar de Azul, que tiene lugar el 19 de enero de 1974. Ya hemos hablado de este operativo y volveremos a hacerlo. Aquí lo mencionamos en tanto encuadre poco adecuado para la reunión de tipo político que los diputados de la Jotapé pretendían sostener con Perón. Había una asimetría incómoda entre el ERP y lo que –en ese momento: enero de 1974– buscaban los jóvenes peronistas. Los de Santucho seguían con operaciones armadas. Y los Montoneros querían un lugar en el Movimiento y discutir medidas que tomaba el Presidente de la República, que era, además, el jefe de ese Movimiento. Aunque si de impedir los caminos de la política se trataba, mucho más efectivos habían sido los montos con el asesinato de Rucci que los erpios con lo de Azul. Sucede que lo de Azul potencia la promulgación de la legislación represiva y debilita todo intento de oponérsele. Será sensato aquí observar para qué sirven los fierros. Objetivamente el ERP les da una mano formidable a los proyectos de la derecha. Tal como lo hará después con lo de Monte Chingolo, que fue la excusa perfecta para que Videla acelerara el golpe y la ciudadanía lo encontrara cada vez más justificado. Los favores del Robi Santucho a las fuerzas siniestras de este país son invalorables. En bandeja de oro y sangre les servía lo que necesitaban.

La cuestión es que el 22 de enero los diputados de la Jotapé buscan reunirse con el general para cuestionarle la legislación represiva. Llegan a la Casa Rosada y se llevan una considerable sorpresa. El encuentro, de privado, nada. Ahí están las cámaras de Canal 7 y si ahí están es porque el encuentro se va a transmitir en vivo. Perón inicia la modalidad del reto público. Que luego –en su correspondiente forma de comedia– va a repetir Isabelita con los sindicalistas en 1975. Los diputados de la Jotapé eran: Armando Croatto, Roberto Vidaña, Diego Muñiz Barreto. Jorge Glellel, Rodolfo Vittar, Aníbal Iturreta, Carlos Kunkel y Santiago Díaz Ortiz. Todo el país lo vio por la tele. Canal 7, blanco y negro. Los diputados alineados ante el líder y el líder detrás de un gran escritorio y muy bien flanqueado por quienes ya era harto evidente eran sus hombres de confianza: López Rega y Raúl Lastiri, al frente de la Cámara de Diputados desde que el general asumiera. Perón empieza a hablar. Se lo ve adusto, con cara de perro con ganas de morder y de morder duro. Dice: "Muy bien, señores. Ustedes pidieron hablar conmigo. Los escucho. De qué se trata". El diálogo es largo. Porque, pese al malhumor del líder, llega a ser un ejercicio de ida y vuelta. Los diputados dicen lo suyo. A veces parecieran humillarse casi. Pero se rehacen y repiten lo que quieren que oiga el líder. Sin embargo, Perón se irá endureciendo hasta plantear las cosas en términos extremos. Para él se trata de actuar dentro o fuera de la ley. Quiere actuar con la ley. Aunque si lo continúan atacando puede ocurrir lo contrario. Porque...

–Si nosotros no tenemos en cuenta a la ley, en una semana se termina todo esto, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato.

No recuerdo a quién miró cuando dijo esto. Al que fuere, del frío se le habrán apichonado las pelotas.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La Jotapé "Lealtad": ¿un peronismo sin montoneros o la simple expresión del miedo a morir?

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

120 La Jotapé "Lealtad": ¿un peronismo sin montoneros o la simple expresión del miedo a morir?

Suplemento especial de
Página|12

PERÓN LES PEGA UN RETO TELEVISIVO A LOS DIPUTADOS DE LA JOTAPÉ (CONTINUACIÓN.)

Uno de los puntos que hay que tener en cuenta acerca de esta reunión infausta, desagradable y violenta hasta el exceso, es el tan socorrido de la salud de Perón. El que vea este tape o el que lo haya visto en su momento y lo recuerda, no puede unir la imagen de ese Presidente severo, irascible, sin humor, sólo con socarronería hiriente, a la del viejo que "ya no se daba cuenta de nada". Ese argumento es similar al del cerco. Trata de salvar la responsabilidad de Perón. Si Perón, al principio, le era inexplicable a la Jotapé porque se comportaba como un derechista empecinado en liquidar a su ala izquierda, esto se debía al maléfico entorno. Caída esta teoría hay que elaborar otra, más permanente. A ésta, la de la mala salud del General, adhieren todos. Que tuvo un ataque al corazón en febrero del '73. Que ya estaba muy deteriorado hacia el final y era, por consiguiente, fácil presa del Brujo y de Isabel. Es otro cerco. El cerco de la enfermedad. Un cerco que se va cerrando sobre la salud del enfermo y sofocándolo cada vez más. Así, el General Perón ya no sería él en su etapa final. Sería él pero fatalmente deteriorado por su mala salud. La que habla es su enfermedad. Su debilidad. Su creciente incapacidad para entender lo que pasa. "El Viejo ya no entendía nada." "Se quedaba dormido." "Quería volverse a Madrid." (Ahí está la carta que le dirige a Jorge Antonio: "Qué bien estábamos en Madrid cuando estábamos mal".) El que quiera ser peronista –con todo derecho cualquiera puede quererlo y está bien, creo que es mejor que la mayoría de las otras cosas que, en política, alguien puede ser en este país, o, al menos, figura entre las dos o milagrosamente tres que se pueden elegir, algo que no debe llevar a creer que el peronismo es *bueno*, sino que su excelencia, parte de la cual proviene de la densidad de su poderosa historia, se destaca contra un fondo de escasez: es muy poco lo que hay para oponerle y, a menudo, lo poco que hay es también parte del peronismo, una de cuyas facetas radica en lograr que todos se le adhieran, que bailen locamente a su alrededor como los mosquitos con los faroles suburbanos en una noche húmeda, sofocante– deberá ir incorporando un pensamiento, una certeza que tal vez le duela pero expresará su bienvenida madurez política. Cualquier líder, cualquier icono político puede tener defectos y graves. Para ser peronista no es necesario andar matándose para demostrar que Perón era una magnífica persona. Que fue inocente de todas las cosas desagradables que se produjeron bajo sus gobiernos. Perón *no es* el peronismo. El peronismo es más que Perón. Algunos creen que con demostrar que durante sus primeros gobiernos entraron nazis a patadas demostrarán que Perón era nazi y destruirán al peronismo. Creen lo mismo los peronistas que temen que se demuestre que Perón tuvo –cuanto menos– una alta responsabilidad en la creación de la Triple A. Nada se va a venir abajo por eso. ¿La Resistencia Peronista, la huelga del Lisandro de la Torre, John William Cooke, el Perón del IAPI, el Perón que le dijo a Braden que prefería ser mal considerado en Estados Unidos antes que ser un hijo de puta en la Argentina, Evita, Discépolo, todo eso se va a destruir si Perón dejó entrar nazis porque estaba en desacuerdo con los juicios de Nuremberg? No, y ya que estamos confesemos algo. A esta altura de los tiempos históricos no creo en ningún juicio que termine con los acusados colgando de las sogas del cadalso. Eso es un escándalo. Es incurrir en la muerte para castigar la muerte. Como Eichmann en Israel. ¿Quién puede humanamente defender algo así? Eichmann era un monstruo. Pero, ¿creen los judíos que Walter Benjamin no habría alegado que aun en él debía existir un punto divino? Mucho me habría sorprendido que no lo hiciera. O cada criatura es sagrada porque la vida lo es. O se ahorca a los culpables porque son monstruos como Rosenberg y Eichmann. Pero si existen los monstruos, ¡cuidado! Porque cualquiera puede elegir los suyos. Para los nazis los judíos lo eran. Para Eichmann, ni eso eran. Eran un incómodo material que le traían incesantemente los trenes y que él tenía que eliminar. Estaba más preocupado por los problemas técnicos para hacerlo que por la humanidad de sus víctimas. Asimismo, los aliados, que no dejaron de sacarse tantas fotos y de filmarse al entrar en los campos y mirar con caras de cruzados de la humanidad la barbarie nazi, de la cual ellos estaban por supuesto completamente excluidos, porque eran los buenos, los guerreros de la libertad y la democracia, no arrojaron ni una miserable bomba sobre los trenes que llevaban judíos a Auschwitz porque las bombas no son gratis, porque no podían derrochar una que no pudiera estar al servicio de ganar la guerra y después, recién después, ver qué había pasado en esos campos de los que tanto se hablaba. Tampoco el Vaticano apoyó esa medida. (NOTA: Durante el genocidio argentino, dos o tres obispos, muy preocupados, alarmados casi, consiguieron una entrevista, con Juan Pablo II. Le dijeron que en Argentina la matanza era atroz. Que los derechos humanos eran pisoteados diariamente de los modos más inimaginables. Que las torturas superaban a todo lo practicado por el hombre hasta el momento. Juan Pablo II –el polaco Karol Wojtyla– escuchó atentamente y luego sólo preguntó: "¿Son comunistas?". Los obispos le dijeron que sí, que la mayoría lo era. Juan Pablo II dijo: "Guarden silencio entonces. Nada podemos hacer". No puedo revelar mi fuente. Pero es un secreto a voces en el Vaticano y hasta fuera de él. El consuelo para el católico que necesite tenerlo es que –al menos– hubo tres obispos que se apiadaron de los masacrados en la Argentina. Omitieron decirle a Wojtyla que una enorme cantidad de esos sacrificados eran niños, mujeres, hombres de errática posición política, que era imposible decir que eran comunistas, ni siquiera la mayoría, que se trataba de una limpieza político-ideológica para edificar sobre ella otra sociedad, sometida, luego de esa matanza, por un terror que llevaría para siempre en sus entrañas. Mas la actitud papal les reveló a esos obispos algo que no ignoraban, de aquí la desesperación de su pedido de clemencia: el juego del Vaticano, parte esencial del esquema de poder de Occidente. Durante la Guerra Fría, las luchas abiertas, francas, se daban en los países marginales, ya que los dos gigantes de los bloques en pugna no podían enfrentarse directamente por el terror atómico. Dentro de esa Guerra Fría, el Vaticano estaba alineado con el frente *occidental y cristiano*, que Estados Unidos encabezaba. El comunismo tenía muchas formas y sin duda la principal y más peligrosa era infiltrarse en los países occidentales. De modo que si Estados Unidos había respaldado la gestión de los militares argentinos o no le ponía trabas, no había duda posible: los asesinados de la Argentina eran comunistas, enemigos –lo supieran o no– del orden que Occidente protegía. Sabían que los militares argentinos hablaban de una Tercera Guerra Mundial, y tenían razón. No era otra cosa la Guerra Fría. Y ellos la estaban librando. Nada podía hacer Su Santidad salvo al altísimo costo de enfrentar los intereses del Vaticano con los de los países del occidente anticomunista y católico. No tenían derecho esos obispos a pedirle tanto. El Representante de Dios en la tierra era impotente ante el reinado de la Muerte en ese lejano país del sur. No podía hacer otra cosa sino dejarlo librado a su triste suerte. Hasta Dios, a veces, tiene que desviar la mirada.)

Volvemos a Perón y a los diputados de la Jotapé. El ataque a la Guarnición de Azul es un arma formidable de la que Perón dispone, como toda la derecha. Ahí está la prueba. La violencia sigue. Un diputado de la Jotapé dice que ellos condenaron la acción del ERP en un comunicado, que no están de acuerdo con la violencia. Que no es lo que quieren. Quieren estar dentro del peronismo, pero no al costo de avalar una Reforma al Código Penal de características persecutorias. El sagaz general menciona en seguida lo de Rucci. Como si dijera: "¿No están de acuerdo con la violencia? ¿Y por qué mataron a Rucci? ¿Qué es eso? ¿Política o violencia?". Además, Perón habrá leído con atención *El Desca* del 11/9/73. Firmenich, al salir de una reunión en Gaspar Campos (en la que Perón los recibe junto a los que él y los caraduras de López Rega y Lastiri llaman "los otros encuadramientos de la Juventud Peronista" para referirse a la Jotaperra, al grupo de choque Comando de Organización, a los *verdes* de la Juventud Sindical, a los fachos de la CNU, todos supuestamente conducidos por el ignoto e improvisado Julio Yessi, pariente de López Rega, que ocupa, en el colmo de la ofensa, la burla o el disparate, la representación de la juventud en el Consejo Superior), formula declaraciones durísimas. Acaso el clima de la reunión había sido lo que sólo podía ser: una farsa desagradable. Acaso esa farsa tiró de la lengua del conductor estratégico de los Montoneros que se largó una frase del más impecable acervo maoísta: "El poder político brota de la boca del fusil (o *de un fusil*, pero la que permaneció, la que llegó incluso a la militancia, que la conocía por sus lectura de Mao, fue *la boca del fusil*, JPF). Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento, como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento" (Ver: Baschetti, *Documentos, Volumen III,* pp. 194). ¡Caramba! Esto sí que era hablar claro. Los Montoneros –decía su jefe– no abandonan las armas. La guerra es permanente. No hay nada que no sea la guerra. Sólo hay (siempre *dentro* de la guerra) momentos de enfrentamiento y momentos de tregua. Pero la tregua no es siquiera para el diálogo o para la construcción de una política. Es sólo preparación para el próximo enfrentamiento. Recordemos a Mao. Son frases que nadie desconocía entonces. O, al menos, eran conocidas por todos los que hacían política en serio, con formación teórica. Mao dice: "Todos los comunistas tienen que comprender esta verdad: *El poder nace del fusil*" (*Problemas de la guerra y de la estrategia*, texto del 6 de noviembre de 1938). También: "Somos partidarios de la abolición de la guerra. Pero la guerra sólo se puede abolir mediante la guerra. Para acabar con los fusiles, se debe empuñar el fusil" (Ibíd., noviembre de 1938). Y, por último, su brillante relectura de la famosa máxima de Clausewitz: "Se puede decir entonces que la política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre" (*Sobre la guerra prolongada*, mayo de 1938). Con sangre o sin sangre, lo permanente es la guerra. Cuando la política es guerra (primacía de la política) no hay sangre. Cuando la guerra es política (primacía de la guerra), sí. Que Firmenich lanzara esa frase en la Argentina del 11 de septiembre de 1973, el día del golpe en Chile, el día para condenar la violencia desatada por el pinochetismo, no era precisamente adecuado. Perón conserva esa frase y se las restriega en la jeta a los diputados de la Jotapé que van con hábitos pastoriles, de corderos. Del modo que sea, a todo el que observe esas imágenes difícilmente le agradará la actitud de Perón. ¿Enfermo? ¿Enfermo de qué? De furia, de odio, de desdén. Mírenle la cara cuando dice: "El que no está contento, se va. En este sentido, nosotros no vamos a poner el menor inconveniente. Quien esté en otra posición diferente de la peronista lo que debe hacer es irse (...) Lo que no es lícito, diría, es estar defendiendo otras causas y usar la camiseta peronista" (Baschetti, ob. cit., p. 400). La *camiseta peronista* era una frase que la derecha decía cientos de veces por día en todos los lugares en que se presentaba. Escucharla en boca de Perón era horrible. Como si hablara Brito Lima y no el tipo que iba a volver en un avión negro porque el pueblo así lo soñaba. ¿Soñaba *esto* también el pueblo? Perón –con más derecho que nadie– diría que sí. Había ciertas palabras axiales que denunciaban la contundente ideología del facho peronista: infiltrados, camiseta, troscos, movimiento peronista, doctrina, pureza, Pueblo y Perón. La acción –para la derecha–, el sentido concreto y esencial de su praxis, era: *Tenemos que impedir que los troscos que se ponen la camiseta peronista se infiltren en el movimiento peronista con el evidente propósito de contaminar su pureza y modificar su doctrina, que es la que surgió del pueblo y de Perón*. Lo que resultaba desagradable era escucharla en labios de Perón, que habitualmente se había manejado con más cuidado en sus conferencias en la CGT, cuando trataba de armonizar a apresurados y retardatarios. Y postulaba el *todo en su medida y armoniosamente*. Aquí no. Incluso me atrevería a pedir al lector de estas líneas que se consiga ese fragmento de película, que existe, que no es arduo acceder a ella, y por favor mire bien la cara de Perón cuando dice la frase más inconmensurablemente desagradable y falsa e hipócrita de su discurso amenazante. La que sigue: *"Como político yo veo que se puede conducir muy bien esto. El que no está de acuerdo, se va. Por perder un voto no nos vamos a poner tristes"* (Baschetti, ob. cit., p. 401). Dice estas palabras con su mejor sonrisa sobradora, canchera, de tipo repiola que se las sabe todas. Guiña, además, no del todo, pero lo guiña, su ojo derecho. Y, para colmo, levanta su dedo también derecho. Lo levanta cuando dice: *Un voto*. Los jóvenes diputados (que eran pibes inteligentes) no lo habrán podido creer. Tampoco los que lo veíamos por televisión. ¿Cómo había dicho? ¿Un voto? Acaso, dentro del bloque, se tratara de un voto. Pero si los diputados se iban (*y Perón los estaba echando*) la cuestión no se reducía a un voto. Y si se iban los diputados se iba la juventud peronista. Porque era eso lo que se estaba jugando: integrarla o no. Era claro que el gran integrador ya no quería integrar. Pero la pregunta –precisamente para el gran integrador– era: si toda la juventud peronista se iba del movimiento, ¿lo que se perdía era un voto? ¿Un voto? ¿Sólo valían un voto los que habían hecho la ardorosa campaña del *Luche y Vuelve*? ¿Los que habían recorrido los barrios, hablado con las familias, dis-

cutido con sus padres, valían un voto? ¿Los que habían sido llevados a prisión, golpeados, torturados, asesinados, un voto? ¿Los que habían recibido su apoyo total, sus frases duras (*a la violencia de arriba se responde con la violencia de abajo/ la violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia/ al amigo todo, al enemigo ni justicia/ o esto lo arreglan los jóvenes o no lo arregla nadie*), de pronto valían eso, una mierda, una reverenda mierda, un voto? Los diputados, nada. ¿Qué iban a decir? Sólo es posible imaginar que uno de ellos enloqueciera. Se volviera loco por completo. Perdiera la noción de la realidad. Se pusiera de pie y dijera: "General, si usted me lo permite y si no me lo permite también, me voy a tomar el supremo atrevimiento de tutearlo: Andate a la tuta que te tarió". Lo reventaban a tiros ahí mismo. Frente a las cámaras de la tele. Como Ruby a Oswald, que le metió un tiro en cámara, sin que un solo policía, ni uno del FBI ni otro de la CIA se molestaran por perturbarlo. Pero ninguno perdió la noción de la realidad, ni se volvió loco. Todo lo contrario: guardaron una compostura que –como dije– llegó a lindar con la humillación. Perón tenía ante sí a unos jóvenes diputados que se veían dispuestos a permanecer en el movimiento y a aceptar su conducción. Se le brindaban. Los rechazó de mala manera. Sin embargo, ellos empezaron diciendo: "Nosotros aplicamos objeciones a uno o dos artículos (de la *Reforma del Código Penal*, JPF) y queremos

escucharlo a usted, Señor General. Por eso le hemos pedido esta entrevista y lo hemos molestado en la actividad que usted está desarrollando" (Baschetti, ob. cit., p. 397). Observemos el tono: *lo hemos molestado, objeciones a uno o dos artículos, Señor General, queremos escucharlo*. Sin embargo, Perón había montado la parafernalia mediática para darle suntuosidad al reto, a esa gran reconvención que debía ser pública, que todos tenían que ver, nadie ignorar. Era la ira del Padre Eterno. Los diputados no retroceden. No lo enfrentan, pero siguen ofreciendo –dentro de un respeto extremo– sus razones. El Código Penal condena la asociación ilícita. Aquí lo que se va a discutir es algo imposible de explicitar. La derecha peronista condena la asociación ilícita porque le va a servir para agredir hasta las unidades básicas de la Jotapé. Es muy simple: si se enfrenta una fuerza política cuya modalidad principal es la movilización y organización popular, algo que requiere ateneos, lugares de encuentro, o montones de unidades básicas con otra que le importa un cuerno la presencia del pueblo o de las masas en la política y posee el Estado y el Congreso y la bendición del Presidente de la República, es evidente que la segunda va a dictar una ley de dura condena a toda asociación ilícita para luego –arbitrariamente– meter presos hasta los que barren la vereda de las unidades básicas, a las que irá cerrando aceleradamente bajo la excusa de violar la ley del Código Penal. Cuando se pena la asociación ilícita no es difícil después –en un gobierno autoritario– demostrar que cualquiera lo es. Lo dice claramente uno de los diputados: "Pero la asociación ilícita podría venir por el solo hecho de estar agrupado en una asociación que no esté legalmente reconocida. Como puede ser con una agrupación que recién se integra en un sindicato o en una agrupación de base política". Por supuesto: lo que busca Perón es destruir la organización territorial de la Jotapé. Y también su posible penetración en los sindicatos. Todo lo que intente será ilegal, ilícito. Y lo que ya tiene (ese trabajo de dimensiones únicas en la historia política argentina, hecho por militantes entusiastas, que hablaban con las familias, que formaban cuadros nuevos) se irá cuestionando paulatinamente hasta lograr la ilegalización de toda la base política territorial de la Tendencia. En 1977, el general Viola dio una conferencia en IDEA (¿así se desarrollan los empresarios en la Argentina?). El tema era: la lucha contra la subversión. ¿Cuál otro podría haber sido? El punto de partida radicó en señalar que la subversión tenía una organización territorial que la sostenía. Y que su destrucción era el paso primero que las fuerzas del orden habían emprendido, exitosamente desde luego.
(NOTA: Cuando las *fuerzas del orden* tomaron el gobierno en 1976, ya no existían las organizaciones territoriales, de base. Las anteriores *fuerzas del orden* –empezando por el Código Penal de Perón y la ley de asociación ilícita y continuando por los abiertos ataques exterminadores de los grupos armados que luego confluyeron en la Triple A y el Comando Libertadores de América y por fin en las Tres Armas– se habían encargado de barrerlas de los peores modos posibles: en especial, a sangre y fuego. Como sea, el general Viola no se equivocaba –desde su punto de vista– al señalar que la "subversión" empezaba por su expresión territorial, ya que, en rigor, toda fuerza política seria debe darse esa tarea. No hoy. Cualquier grupo de poder o partido político prefiere comprar un diario o un canal de televisión que hacer trabajo de territorio. Son los tiempos. Si Susana Giménez o Mirtha Legrand dicen "esta gente no me gusta" ni cinco mil militantes barriales compensan el daño.)

Los diputados insisten en señalarle al jefe su adhesión, su deseo de colaborar con él. Ahí los tenía Perón: comiendo de su mano. Por esa punta –tal vez–, ese mismo día –tal vez–, pudo haber iniciado la integración de los cuadros de la Jotapé, alejándolos de la conducción estratégica a la que respondían. Los diputados –cada uno y todos– decían: "Yo quiero ratificar nuestra decisión (...) que es la de permanecer y contribuir en la medida de nuestras posibilidades a la tarea común del peronismo, por una simple razón: porque somos peronistas y no otra cosa". O también: "Nosotros ratificamos nuestra intención de seguir trabajando contributivamente con usted, para que usted pueda seguir llevando adelante su tarea (...) Señor General: deseamos manifestarle nuestra coincidencia. Usted conoce desde hace años a la juventud peronista y su lealtad hacia usted como líder y conductor." Y por fin: "Lo que queremos es señalarle y ratificarle, con toda la fuerza que tenemos, que estamos totalmente junto a usted como integrantes del Movimiento Peronista y junto al pueblo. En este sentido, somos disciplinados en nuestro Movimiento. Somos y seremos disciplinados hasta la muerte" (Baschetti, ob. cit., pp. 401/405/407). Al lado de Perón, Lopecito habrá sonreído para su limitada y estrecha interioridad y se habrá dicho: "Así será, muchachos. Hasta la muerte". Por su parte, el líder se explaya sobre Posadas y la Cuarta Internacional exhibiendo conocimientos difusos y limitados. Pero una clara paranoia propia de curas y milicos: los comunistas se quieren comer el mundo. El ERP y, dentro del ERP, sin mayores sutilezas termina por entremezclar a los Montoneros. Larga entonces frases terribles, de persecuciones y asesinatos: "Porque nosotros, desgraciadamente, tenemos que actuar dentro de la ley, porque si en este momento no tuviéramos que actuar dentro de la ley ya lo habríamos terminado en una semana. Fuera de la ley, la ventaja que ellos tienen es, precisamente, ésa: los que tienen que someterse a la ley y ellos que buscan los vericuetos para actuar fuera de la ley. Con todas las implicancias del juego de la ley nosotros estamos con las manos atadas dentro de la ley (...) Queremos seguir actuando dentro de la ley y para no salir de ella necesitamos que la ley sea tan fuerte como para impedir esos males (...) Si no contamos con la ley, entonces tendremos también nosotros que salirnos de la ley y sancionar en forma directa como hacen ellos (...) Ahora bien (*citamos de nuevo esta frase estremecedora*, JPF), si nosotros no tenemos en cuenta a la ley , en una semana se termina todo, porque formo una fuerza suficiente , lo voy a buscar a usted y lo mato que es lo que hacen ellos (...) Si no tenemos la ley el camino será otro; y les aseguro que puestos a enfrentar la violencia con la violencia , nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla , y lo haremos a cualquier precio porque no estamos aquí de monigotes (...) *Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia*. Eso es una cosa que la gente debe tener claro pero lo vamos a hacer; no tenga la menor duda" (Baschetti, ob. cit., pp. 403/404/405). En vez de atender la voz casi suplicante de esos jóvenes diputados que venían a ofrecerle con un respeto cercano a la obsecuencia su apoyo, su total consideración, los asimila con el ERP y el asalto a la Guarnición de Azul, los mezcla con ese dislate de la Cuarta Internacional y las visiones poético-escatológicas del pintoresco y patético Posadas y su Cuarta Internacional que pocos tomaron en serio. Los diputados se despiden: "Queremos agradecerle con todo corazón esta entrevista, y estamos muy contentos de estar con usted, de verlo y de escucharlo". Perón, apurado, desdeñoso, sólo dice: "Muy bien, muchas gracias" (Baschetti, ob. cit., p. 407). Un par de días después (el 24 de marzo) los ocho diputados de la JP renuncian a sus bancas. *Todo había sido inútil*. Perón se había salido con la suya. Iba liquidando –aceleradamente– a los trotskistas infiltrados. Todavía le quedaban otros focos rebeldes. Córdoba, nada menos. Pero no habría de vacilar. Ya había liquidado malamente a Oscar Bidegain después del golpe del ERP en Azul.

"VOLVÉ LANUSSE, TE PERDONAMOS, JP"

Desde hacía un mes –más o menos– venía apareciendo por varios lados de la ciudad de Buenos Aires una pintada de la Tendencia.

Decía:

Volvé Lanusse, te perdonamos. JP

El Cano habrá sonreído íntimamente. Cuando se negó a rajarse de la Rosada en helicóptero, dijo: "Yo entré por la puerta. Me voy por la puerta", ahí, aunque algunos se habrán impresionado por su aspecto imponente, se ligó un montón de escupitajos. Se los bancó y no perdió la calma. A los más duros guerrilleros les había preparado una Cámara Federal de Justicia. Sin duda, no todos los abogados que la componían fueran ángeles. Pero ahí, donde Lanusse los había puesto, debían comportarse como hombres de la Justicia del Estado. La Juventud Peronista, a esa institución legal, que iba a funcionar a la luz del día, que no iba a llamar a delincuentes y drogadictos bajo la consigna de "matar zurdos", la bautizó "el Camarón". Y peor: "La Cámara del Terror", un nombre digno de un folletín de Ponson Du Terrail, una novela de Gaston Leroux o un policial de Edgar Wallace. Si Perón moría en 1970/71 y quedaba como un mito, como el Presidente de una era de felicidad, de los años felices, de los años del entrañable Pulqui, la guerrilla le tendría que haber hecho la guerra a Lanusse. El Cano habría detenido, juzgado y condenado a no más de 2000. (Era el momento de mayor masividad de la guerrilla.) Perón les tiró las hordas de la Triple A, siniestra organización clandestina que *heredó su heredero*, el loco asesino de López Rega. Los cadáveres aparecían a montones en las zanjas que llevaban a Ezeiza. ¿Saben cómo se arma una Triple A? No es difícil: se convoca a todos los comisarios expulsados de la policía por excesos, torturas y muertes en las cárceles, a todos los canas expulsados por torturadores de oficio y ladrones, a todos los milicos dados de baja por actos reñidos con las reglas elementales del Ejército, a presos por asesinato, violaciones, y algunas aberraciones todavía peores, a delincuentes de baja estofa, resentidos, pendencieros, bravucones y rápidos para quitar la vida de cualquiera, a drogadictos, a loquitos de toda condición pero amigos de los fierros y ya está. Se les dice que van a matar zurdos, enemigos de la patria, la familia, el hogar y de Dios. En una palabra, comunistas. Que no se detengan ante nada. Si cuando llegan y el infeliz que tienen que matar está con cinco o seis personas más, aunque sean su familia, los matan a todos. Que tienen siempre zona liberada por la policía, que es cómplice. Que son impunes. Que no se los va a juzgar por nada. Que tienen vía libre. Que –como dice Felipe Romeo, gran vocero de la santa causa–: el mejor enemigo es el enemigo muerto. O sea, el mejor comunista es el comunista muerto. "Y si lo matan ustedes, más y mejor muerto estará." ¿La "Cámara del Terror"? ¿El "Camarón"? Lo que es no conocer el futuro, ni adivinarlo. Pero, ¿quién podría haber adivinado ese futuro, esa pesadilla? ¿Quién se iba imaginar a Perón gruñéndoles a los diputados de la *juventud maravillosa*, que se le ofrecían sin condiciones, que no sólo le decían *General*, sino *Señor General*, "les aseguro que puestos a enfrentar la violencia con la violencia, nosotros tenemos más medios posibles para aplastarla, y lo haremos a cualquier precio porque no estamos aquí de monigotes"?

Volvé, Lanusse, te perdonamos, JP, era una consigna –en una primera lectura– irónica. En una segunda, trágica.

LA JOTAPÉ LEALTAD, ¿FIDELIDAD AL LÍDER O EL ELEMENTAL Y HUMANO CAGAZO A LA POÉTICA DE LAS ZANJAS?

Envar El Kadri volvió del exilio con una expresión de dulzura, de beatitud, de la que había carecido durante los años duros. Se unió a Pino Solanas en la producción de películas y fue alma de los proyectos *El exilio de Gardel* y *Sur*. Se enamoró de Liliana Andreoni que –si mal no recuerdo– tuvo a su cargo la dirección del Teatro *Regio*. En una reunión agradable, con mate, café, medialunas y el Chango Estrella al piano con algún estudio de Chopin, algún fragmento de la Sonata en Si Menor de Liszt, que, no lo dudo, le habré pedido (tengo una grabación que me dio el Negro de la gran sonata de Franz luego de haber leído *La astucia de la razón*, que le había gustado y en la que se menciona mucho esa pieza monumental del espíritu humano, que el Negro, en esa grabación, desplegaba con certera musicalidad y técnica pianística) y una que otra chacarera, se aparece El Kadri con Liliana. Para nuestra sorpresa y nuestras abundantes cargadas se había puesto una remera que decía: *I Love LA.* Con un corazón bien rojo en la E de *Love*. "¿Qué te pusiste, boludo?" "¿Sos un chico yanki ahora?" "Todos cambiamos pero no se trata de exagerar." El

Negro Estrella se le acerca y le mira la tela de la T-shirt. "¿Qué es esto, Chango? ¿Te convencieron de algo en Los Angeles?" El Kadri sonríe muy satisfecho (tenía una linda sonrisa, la de alguien que dejó atrás, muy lejos, todas las tragedias): "¿No se dan cuenta, compañeros?", dice. "I Love LA es Yo amo a Liliana Andreoni". Bueno, así volvió y así siguió hasta el final. Enamorado de la vida, de Liliana, del cine, de Pino, de las comidas entre amigos. Pero –recordando los días en que Perón sanciona el Código Penal– dirá: "Esas modificaciones al Código Penal, aprobadas por las Cámaras, demuestran una vez más, si fuera necesario, que Perón no quería ni aceptaba, ningún otro tipo de represión que no fuera dentro de la ley" (Envar El Kadri y Jorge Rulli, *Diálogos en el exilio*, Buenos Aires, Editorial Foro Sur, 1984, p. 21. Citado por Galasso, ob. cit., p. 1276). A fines de enero Perón convoca a una reunión de la JP. De toooooda la JP como gustaba decir Lastiri, el Rey Bobo de las Corbatas. (NOTA: Casi en las inminencias del golpe del '76, la revista *Gente*, con deliberación total y sagacidad habitual, le hace una nota a este hombre que fue presidente de la República Argentina y superministro de Isabel Perón y amante de un par de fulgurantes estrellas del cine nacional, que evito mencionar, pero una de ellas, en cierta penosa oportunidad, vio llegar hacia la mesa en que franeleaba con Lastiri a una furibunda Norma Kennedy que, ignorándola por completo, se dedicó a reputear al señor de las corbatas, reprochándole andar manoseándose con esta oligarca de mierda, puta barata, que se acuesta con cualquier pelotudo que esté cerca del poder. La estrella huyó despavorida y el señor Lastiri invitó a Norma a sentarse y charlarlo "café de por medio". Norma lo mandó otra vez a la puta que lo parió y se fue. Conclusión: Norma Kennedy, ante los zurdos, era fascista, pero ante los peronistas bobos que desatinaban sábanas con estrellas de acento oligárquico era feroz. La nota de *Gente* salió con gran despliegue. Lastiri y señora se veían recostados en una cama con *dosel de oro* y enamorados de la vida y de la fortuna fácil que ahora poseían. Faltaban no más de dos meses para el golpe. Luego, el ex presidente exhibe su placard y se ufana de su colección de 500 corbatas –eran 500, no discutamos esto, lo sé bien–. Esa nota –casi como el ataque del ERP a Monte Chingolo– propulsó el golpe de Estado y puso al rojo el odio de las clases medias. Que era lo que *Gente* precisamente quería y Lastiri ofreció tan tonta como gustosamente.) De toooooda la JP significaba que iban a concurrir los grupos que a esa altura venían asesinando a militantes de la Tendencia sin ton ni son, a mansalva y como se les cantara. La Tendencia no va. Es ahí cuando Sergio Puiggrós se aparece en la librería de Miguel y nos dice entristecido: "No vamos". Había tipos muy inteligentes –y Sergio era brillante– que pensaban insistir en permanecer bajo la conducción de Perón y no bajo la de Firmenich. Esta era la opción que se había planteado desde el asesinato de Rucci. Surge entonces la JP Lealtad. Esa no asistencia de Montoneros a una reunión con Perón le cae mal a mucha gente. Perón siempre exige verticalidad, su conducción no se puede discutir, si convoca hay que responder aunque al lado lo tengas a Satanás.

–Ustedes son unos pelotudos –me dice Alberto Azubel, militante de superficie de Juventud Regionales y cuadro de hierro–. ¿De qué se creen que se van a salvar? En seguida se va a venir la teoría de la *doble infiltración*.

Peor que eso. No había cómo salvarse. Si la JP Regionales no acude a la convocatoria de Perón no es por capricho. Las bandas de ultraderecha bombardeaban unidades básicas, locales sindicales, comedores estudiantiles y asesinaban sin cesar a militantes de izquierda (Ver Galasso, ob. cit., p. 1276). Todos se hacían los boludos. Todos se habían acostumbrado a decir: "Y... es el Brujo". "Y... el Viejo no puede controlarlos." "Y... vaya a saber quiénes son." "Y... deben ser comandos del Ejército." No, carajo. Eran centralmente la CNU y el CdeO. Y la Juventud Sindical de Lorenzo Miguel. (*El peronismo es comer tallarines con la vieja y matar zurdos todos los días*, así debió ser su frase inmortal.) Y todo esto ocurría bajo el gobierno de Juan Domingo Perón. ¿O quién gobernaba el país? ¿Que no podía frenarlos? ¡Vamos! Si tenía tanta polenta para gritarles públicamente a los diputados de la Jotapé y humillarlos ente todo el país, ¿no iba a tener energías para frenar a unos activos pero reducidos grupúsculos de asesinos? Se los dejaba actuar. Toda la derecha, la populista y la liberal, aprobaban la acción de los matazurdos.

LOS VIUDOS DE LA TENDENCIA

La JP Lealtad se abre de los Montos. Se lleva mucha gente, gente de base, gente del gobierno, importantes dirigentes. Se vive un pequeño momento de euforia. Si los montos ven un desgajamiento tan importante acaso aflojen. Tal vez también Perón crea más en la juventud al verificar que una franja importante lo comprende y se le une. No. Hay un nombre genial que se le da a JP Lealtad. No lo volví a encontrar en ningún libro sobre la época. Me agradaría ser el que lo rescata. Aunque los militantes sin duda lo recuerdan. Es impecable, perfecto: *Son los viudos de la Tendencia*, se les dice a los *lealtosos*. "Los que se quedan con las Regionales los acusan de 'peronistas mogólicos' y de 'quebrados' o 'cagones'" (Jauretche, *No dejés que te la cuenten*, ed. cit., p. 211). "Peronistas mogólicos" no es original. Ya se les decía así a los de Guardia de Hierro y a los Demetrios. La "Jotaperra" del analfabestia Julio Yessi arroja calificativos menos refinados, más agresivos: les dice "judíos" y "putos". El verdadero –entre otros– conflicto que va tomando forma entre los de la Lealtad y los de las Regionales es entre *movimientistas* (adhieren a Perón) y *vanguardistas* (adhieren a Firmenich). Era un momento triste de la historia. No había dónde estar. No había cobertura política. Acaso uno pudiera irse con Alende y Sueldo, pero era algo así como salirse de la historia. Y, sin duda, un gesto más cobarde (en cuanto al tema lacerante del miedo a ser muerto) que elegir la JPLealtad. Si estabas con Alende y Sueldo (que eran izquierdistas declarados, "de verdad") no te pasaba nada. Si te metías en el Partido Comunista, menos. No, el corazón de la historia, del miedo y del sentido (aunque fuese el sentido de lo que ya no lo tenía) estaba en el peronismo y su tragedia. *Era –por decirlo así– el corazón del ruido*.
(NOTA: Cierta vez, George Gershwin, luego de un partido de tenis, deporte que compartía y que sellaba una amistad aparentemente contradictoria para los manuales de música con Arnold Schoenberg, le dijo: *A veces encuentro música en el corazón del ruido*. A Schoenberg debía pasarle lo mismo. La historia argentina del '73/'74 y '75 en el corazón del ruido sólo encontraba, otra vez, ruido. No había más que ruido. El de los gritos, las discusiones, los alaridos de dolor y las muertes. La historia estaba llena de ruido. De sonido y de ruido. Y no había un solo idiota para contarla, porque –tal vez– todos lo fueran. Así, la contaban todos. Una historia de idiotas furiosos que se mataban entre ellos y eran incapaces de establecer un sentido. Volveremos sobre esto.)

Durante la escritura de estos amargos episodios le pedí un texto a uno de sus más lúcidos protagonistas, alguien que seguramente logró vivirlos sin abandonar la capacidad de reflexión. Es Horacio González. El texto que tuvo la gentileza de entregarme y tengo el honor de reproducir es el siguiente. Gira –desde luego– en torno de la cuestión de la Jotapé Lealtad.

Escribe Horacio:

"No éramos combatientes en el sentido más profundo y drástico. Éramos la voz de las calles, un coro que iba de aquí para allá con cánticos y rememoraciones. Cuando aparecieron las fuerzas salvajes, tuvimos la intuición de que las formas armadas de la lucha no podían prosperar, por más que voceamos épicas y martirologios. Comprobamos el peso de lo que se llamaba la correlación de fuerzas. Pero lo que más duele pensar, como herida profunda de nuestras biografías, es que el paso que dábamos dividía repentinamente las vidas políticas, entre los que se exponían a la muerte y los que veíamos que las chances de evitarlo se hacían más amplias con sólo asumir otro trazado en nuestro pensamiento político".

Horacio González es el más profundo, el más penetrante de los pensadores argentinos de nuestro tiempo. Desde hace un largo tiempo lo es. No sé exactamente qué dimensión fáctica otorgarle a la expresión "nuestro tiempo". Pero me refiero a la Argentina contemporánea. Hay otros, pero él llega siempre más hondo. Contrariamente a esa frase que dijo de mí Conrado Eggers Lan a mis veintidós o veintitrés años (*Cuidado con José, es más brillante que profundo*), Horacio, sin dejar de ser brillante, suele ser más profundo. Se le reprocha su oscuridad. Cabe recordar aquí que a Heráclito se le decía el Oscuro de Éfeso. (En este exacto pasaje –al leerlo–, Horacio se deja ganar por el rubor y también por una inocultable molestia producida por su auténtica sencillez, su magra arrogancia. Además, me putea: "Para qué mierda le habré dado a éste esas líneas mamarracheadas. Si sabía que las iba a usar para armar todo este batifondo le decía que se las pidiera a otro".) Pero sí, es oscuro. La prosa de Horacio es difícil. Siempre lo fue. Pero –permítanme un consejo– léanlo. Siempre encontrarán uno o dos o cuatro párrafos (o uno solo, caramba, para qué pedir tanto) tan deslumbrantes, tan reveladores, que valdrán por veinte páginas de cualquier chabón de los tantos que andan sueltos por ahí y se les da por el terriblemente arduo trabajo de la escritura. O no, no de un chabón. De cualquier tipo inteligente también. De cualquier talentoso. Horacio puede decir en una línea lo que otros no habrán de decir nunca. O buscarán decir a través de cien páginas sin conseguirlo. También: escúchenlo. O aprendan a escucharlo. Posiblemente no entiendan un pomo al principio. Pero van a notar que hay en sus palabras una musicalidad inusual. Y, de pronto, lo mismo que en su escritura, una frase les revienta la cabeza. Así nomás: le revienta la cabeza. Y de ahí en más ustedes están perdidos. Porque no van a dejar de leer ni una sola línea de las que escriba. Ni una sola palabra de las que diga. No se preocupen: él lo merece.

Lo conozco desde 1971. Nos presentó Arturo Armada en un bar de la calle Independencia, a dos cuadras de la Facultad de Filosofía. Planeábamos la revista *Envido*, que Arturo dirigiría brillantemente. Horacio no se detuvo nunca. Y sigue. Lo que digo ahora lo digo a propósito. Aunque a él le incomode. Vivimos los tiempos del desprecio. Cualquier movilero de cualquier radio, cualquier cagatintas de cualquier periódico, se siente autorizado a cubrir de insultos a un maestro de generaciones. La gestión de Horacio al frente de la Biblioteca Nacional hará historia. Es admirable que un intelectual, un escritor que tiene tantos proyectos propios para desarrollar, elija entregar su tiempo a las amarguras de la condición de funcionario. Sólo un patriota lo hace. Y Horacio –por no insistir con esa palabra tan manoseada: patriota– es un hombre que ama profunda, apasionadamente a este país. Es un amor que consigue renovar con admirable tenacidad. Porque amar a este país, que si no nos mató fue de pura chiripa, es un acto heroico y absurdo, irracional. En él incurre Horacio todos los días y desde hace muchos, pero muchos años. Sólo él podía señalar como "una herida profunda" esa elección por la Jotapé Lealtad. Cuando leí su texto reveló eso para mí, como lo revelará para otros y a muchos les entregará una comprensión honda de la complejidad de esa época. ¿Nos fuimos de la Tendencia por convicción o porque teníamos miedo? Una flaca alta, rubia, llena de pecas, linda y tan brillante e inteligente como suelen serlo estos espléndidos ejemplares de la judeidad, Ana Gutman, tomaba un café conmigo y hablábamos de la Jotapé Lealtad. Estaba enojada con su compañero de filosofía, que venía a ser yo. Ana, en ese entonces, era la compañera de Luis Politti (el actor de *Los traidores* de Raymundo Gleyzer), que se tuvo que rajar a Madrid –después de unas sesiones horribles de maltrato que le propinaron los milicos– donde murió de tantas causas que nadie sabe de qué. De tristeza, digamos. Ana, decía, estaba cabrera. Al final, consigue resumir lo que piensa y me lo larga sin piedad:

–Mirá, viejo, si uno tiene miedo, se va a su casa. Pero no se va cada vez más a la derecha.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón (12 de octubre de 1973 - 29 de julio de 1974)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

121 **Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón**
(12 de octubre de 1973-29 de julio de 1974)

Suplemento especial de
Página|12

EL MIEDO

Las *fuerzas salvajes* las llama Horacio González. Bonasso, en su *Diario de un clandestino*, les da un nombre menos poético pero que juega entre el humor negro y el relato de terror. *Los horribles*, así les dice. Eran, primero, las patotas fascistas. Después, la Triple A. Esa tapa de *El Caudillo*. La que decía: "Quien le teme a la Triple A por algo será", señalaba una culpabilidad. "Por algo será" quería decir "porque es un zurdo". O "porque es un monto". O uno de la Tendencia. O lo que sea. En suma, un enemigo. Un enemigo de Perón. Del peronismo y de la patria. Un comunista. Por eso le temían a la Triple A. Si fueran honestos ciudadanos, peronistas trabajadores o no peronistas que no jodían a nadie, podrían estar en paz. *Temerle a la Triple A era denunciarse*. O como un puerco comunacho. Un zurdo infiltrado. O un trosco con la camiseta peronista. Ese título –que sale después de la muerte de Perón– revelaba algo: había muchos que le temían a la Triple A. "Anda circulando una lista de psicólogos", le confesaba un analista a otro o aun a su paciente. Con esto tal vez buscara calmarle el miedo, ya que acaso el paciente le hubiese confesado que había una lista de la comisión interna del Hospital Rivadavia, donde él era anestesista y parte de esa zona de riesgo intempestiva, súbita.

–¿Qué hicimos nosotros? Nada. Nos organizamos mejor en un lugar donde había una burocracia ineficaz. Para nosotros y para los internados.

Pero no. Seguramente en esa "comisión interna" había gente de la Tendencia. De aquí que se hubieran organizado "mejor". Los zurdos siempre vienen con el verso de la organización. Siempre quieren organizarlo todo. Son como la matemática moderna. Como esa peste de la teoría de los conjuntos. ¿Qué es un conjunto? Una asociación. ¿Qué es una asociación? Un conjunto de zurdos con un objetivo de poder. *Todo conjunto es subversivo*. Se organiza al margen del poder. Todo lo que se organiza al margen del poder está contra él. Que nadie se sorprenda entonces de eso que hicieron los militares de la Seguridad Nacional: prohibir la matemática moderna.

Temerle a la Triple A era también otra cosa. No sólo desenmascararse como un enemigo del Occidente cristiano, del ser nacional, del peronismo de Perón, de la patria peronista, era temerle a la muerte. Todos le tememos a la muerte, pero la muerte de la Triple A no era *exactamente* la muerte. Todos sabemos que vamos a morir "algún día", "alguna vez". Pero imaginamos esa muerte –no sólo como algo remoto– sino como algo *natural*. Se dice "murió de muerte natural". Algo que –en verdad– es sencillamente falso. No existe la muerte natural. Todos mueren de algo. De un resfrío o de un cáncer. (Suponiendo que morir sea natural. Nada de lo que le sucede al ser humano es natural. Es ontológico. Ya veremos esto.) No obstante, la frase "muerte natural" tiene un sentido más amplio. *Es morir sin ser vejado*. Morir en casa, en presencia de nuestros seres queridos. "Los allegados del moribundo le dicen que mejorará, que pronto volverá a su conocida cotidianidad (...) Los allegados son expertos en consolar al moribundo. En el fondo no se dirige esto sólo al moribundo, sino otro tanto a los 'consoladores'" (Feinmann, *La filosofía y el barro de la historia, Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*, ed. cit., p. 349. La cita es de Heidegger. Se trata del pasaje del libro que analiza la concepción heideggeriana de la angustia y el temor en *Ser y Tiempo*). Morir en un hospital, cuidado por los médicos, adormecido por drogas piadosas que alivian los dolores de la partida. En suma, morir protegido. La muerte de la Triple A era otra. Ella la inauguró. Si se lee ese relato de *La Causa Peronista*, el que narra la muerte de Aramburu, se notará que el general de la dictadura del '55 fue respetado. Nadie lo injurió. Nadie lo vejó. No sufrió tortura alguna. La concepción que las guerrillas tenían del *dar la muerte* no incluía el tormento. Ni tampoco el desborde alucinado de balazos. La condición nazifascista de la Triple A se nota en todo. Desde su lenguaje procaz, soez, hasta la crueldad de sus métodos. Los cadáveres se encontraban atados con alambre de púas. Con señales evidentes de haber pasado por la tortura. (*Nota*: Uso deliberadamente este giro: *haber pasado por la tortura*. Porque da origen a otro: *se quedó en la tortura*. Hay quienes *pasan* por la tortura. Hay quienes *se quedan* en la tortura. La segunda expresión tiene un matiz cruel: pareciera que la responsabilidad de la muerte cae sobre el torturado, que no pasó, que se quedó. Como si él lo hubiera decidido. También tiene el matiz de la valentía y de la cobardía o la flojedad ante el dolor. Pareciera más fuerte el que *pasa* que el que se *queda*. ¿Por qué se quedó en la tortura? ¿Lo torturaron más que a otros? Difícil. Se quedó porque no resistió. Porque no pudo más. ¿Por qué no pudo más? ¿Fue más flojo que otros? ¿Por qué no toleró lo que otros toleraron? En general, pasar o quedarse da lo mismo. El final del torturado es casi siempre la muerte. A veces no. De aquí que algunos resistan tanto. Recuerdo una frase de Alfredo Bravo, un hombre de los derechos humanos en nuestro país, ahora fallecido: "Mientras me torturaban, me decía: 'Yo voy a salir de esto'". El salió. Otros también salen, pero inútilmente. Los matan. Salir no significa ganarse la vida. A veces, algo peor: significa volver a la tortura. De aquí que muchos se queden en ella. También están los que hablan. Tampoco hablar significa ganarse la vida. Significa, sí, quebrarse moralmente. El que habla no se consuela diciéndose: "No tengo por qué tolerar la tortura. Nadie tiene por qué hacerlo. La tortura es intolerable". Más adelante veremos las reflexiones de Rodolfo Walsh sobre este preciso tema. Pero el que habló sabe que su confesión arroja a los asesinos sobre sus compañeros y esto no puede sino atormentarlo. Sobre todo si no respetó el tiempo que la organización estableció para resistir y dar tiempo a los demás para protegerse. Sería el caso del Negro Quieto. Aquí la sorpresa es doble: se supone que un jefe tiene que resistir más que un simple miliciano. Si no resiste un jefe, su ejemplo se disemina entre los militantes y los desalienta. "Si él, que era el jefe, delató, ¿por qué no vamos a hacerlo nosotros?" Siempre hay un supuesto –aunque endeble– que otorga esperanzas: El que habla, se salva. O lo torturan menos. De aquí el mal ejemplo del Negro Quieto. Impulsa –justificándolos con su aflojada– a los militantes a hablar para zafar. De aquí que la conducción de Montoneros haya sido tan dura con él. Pero lo que esa conducción exigía era desmedido. A ningún torturado se le puede exigir no hablar. Ya llegaremos a ahondar sobre este tema, sobre todo cuando la guerrilla esté bajo la persecución feroz de la dictadura militar. (Se trata de una cuestión muy compleja. La hemos tratado en otras partes: *La sangre derramada, Escritos Imprudentes I y II.*) Y acribillados. ¿Qué significaba ese acribillamiento? Era masacrar a un ser humano. Dejarlo irreconocible. Era –también– una exhibición de furia. De odio desbordante. *Nuestro odio nos desborda. Cuando agarramos a un zurdo y empezamos a hacer fuego no podemos detenernos. El dedo se nos pega al gatillo. Queremos reventarlo. Porque a eso salimos. Salimos de noche, de día, a cualquier hora. El país es nuestro. Somos impunes. Salimos entonces a reventar zurdos. Ya se los habíamos anunciado. "Vamos a reventarlos a todos. Vamos a reventar a todos los zurdos de nuestro país hasta que no quede ni uno." Lo habíamos dicho. Lo estamos haciendo.* Habían empezado antes de firmar. Ya la CNU asesinaba a militantes barriales. A estudiantes. A lo que fuere. Una vez se metió en un barrio, entró en una Unidad Básica de la Tendencia y se llevó, arrastrándolos, a seis militantes. Los fusiló a las pocas cuadras. Esto, en 1973. Gobernaba Perón. Después, la Triple A desplegó el show macabro del desborde: a Atilio López, por ejemplo, lo secuestraron el 16 de septiembre de 1974. "Fue secuestrado en Buenos Aires y asesinado en Capilla del Señor (...) juntamente con el ex subsecretario de Economía de Córdoba, contador Juan José Varas. Como muestra del ensañamiento evidenciado, alrededor de los dos cuerpos se contabilizaron 132 cápsulas de 9 mm. y 3 cartuchos de escopetas Itaka" (Baschetti, *La memoria de los de abajo, Hombres y mujeres del peronismo revolucionario*, ed. cit., p. 307). Llamativa la fecha elegida: 16 de septiembre, aniversario del golpe contra Perón. Los de la Triple A, sin duda, creían estar repudiando esa fecha al asesinar a un "obrero traidor". Atilio López, héroe del Cordobazo, histórico sindicalista del peronismo, siempre se asumió como un enemigo inconciliable de la "fusiladora". Difícil no recordar aquí la novela de Osvaldo Soriano, *No habrá más penas ni olvido*. O esa escena del film de Olivera con guión de Roberto "Tito" Cossa basado en la novela de Soriano en que dos peronistas se enfrentan. Uno, el aviador que vuela en su pequeño pero fuerte Torito. Otro, uno de la Triple A, que tiene una metralleta. Los dos se miran. Torito, desafiante y desdeñoso, le dice: "¡Viva Perón, carajo!". El otro dispara su metralleta y grita: "¡Viva Perón, carajo!". (*Nota:* Le envié un mail a Tito Cossa: "Querido Tito: Por favor, una sola pregunta: eso de los dos tipos que se matan uno al otro en tanto gritan '¡Viva Perón, carajo!', ¿es tuyo o de la novela del Gordo? Mil gracias. Un gran abrazo, querido amigo". Respuesta de Tito Cossa: "Es mío, aunque está en la esencia de la novela que escribió el Gordo. A ver cuándo venís a visitarme a Argentores. Un abrazo, Tito".) Sí, el peronismo es complejo. (Admito que es una tontería decirlo a esta altura de la presente obra, pero deseo remarcar la síntesis dramática que logra el film de Olivera-Cossa en esa escena. La ficción es una herramienta inapreciable para el ensayo. Por eso este libro ha recurrido a ella con tanta convicción y lo seguirá haciendo.)

En suma, la muerte de la Triple A era la muerte vejatoria, la muerte más la tortura, la tortura sin fin, porque no era la "tortura de inteligencia", la Triple A no buscaba información, torturaba por puro sadismo, torturaba innecesariamente, torturaba sólo para saciar la demencia cruel, el salvajismo de la patota. Porque estaba formada por torturadores. ¡Cuánto hiere y duele pensar a profesionales, a obreros honestos, sindicalistas puros, a chicas jóvenes, a pibes que se metieron en un sueño y no en la pesadilla que de pronto vivían, a políticos cristalinos, a idealistas de todo tipo, en manos de asesinos de la peor calaña, elegidos cuidadosamente por sus virtudes canallescas, porque sabían pegar, torturar, picanear, violar, humillar, porque eran expertos en las variadas, innumerables formas de la vejación! A eso le tenían miedo los militantes de superficie de la Tendencia, desde los que militaban en los barrios, hasta los de las comisiones internas, desde los de los comandos tecnológicos hasta los profesores de las facultades y los decanos y los políticos de izquierda o enemigos de la persecución macartista que se había desatado. Nadie les había dicho que sería necesario ser tan valientes. Cierto: cuando cada uno entró en la Tendencia supo que corría riesgos. Pero no tantos. No el horror. Ni Onganía ni Levingston ni Lanusse habían aterrorizado a la población. No habían lanzado bandas impunes contra todo lo que estuviera del centro a la izquierda. Esto era nuevo, insisto. Siempre se torturó en este país. Siempre hubo vejaciones. Pero no era la línea central. No lo era, al menos, en los gobiernos que la juventud había enfrentado hasta el 21 de junio de 1973. Existían los casos de Felipe Vallese, Santiago Pampillon, Juan Pablo Maestre, pero ya el hecho de poder nombrarlos señala la diferencia. Los cadáveres de las zanjas –si bien todavía no eran anónimos: sólo lo serían los desaparecidos, los que ya no estarían nunca– eran reclamados por sus familias. Sólo que, al ser tantos, empezaron a perder identidad. Un muerto terminó por ser apenas *otro fiambre que encontraron en una zanja*. Cierto día, el almacenero de Munro, un gallego buenazo, tranquilo, me recibe aterrorizado, temblequeando. Aparte, me confiesa: "Siempre hago un asadito camino a Ezeiza. Casi todos los domingos. Después busco un lugar fresco y duermo una siesta. Mis chicos juegan al fútbol, mi mujer me teje un pulóver. El domingo pasado, ahí nomás, entre unos pastizales

altos, no se imagina, ¿sabe qué encontré? Un muerto. Un cadáver lleno de agujeros, de sangre seca, pálido. Mi di el susto de mi vida. Dígame, ¿qué está pasando en este país?".

Miguel lo había dicho: "El Ejército todavía no se puso en serio contra la guerrilla". Perón sí. Pero no con el Ejército. Porque no lo tenía. Con las bandas fascistas. Con la hez, la basura, los paranoicos de la muerte vejatoria, atroz, dolorosa hasta los límites del dolor, que coincidían con la muerte.

De aquí el dolor del texto de Horacio González. Cuando la Jotapé "Lealtad" se escinde, la muerte dominaba el escenario. Claro: los Montoneros habían matado a Rucci y los *lealtosos* se indignaba y tal vez exageraran esa indignación o no. Los había sinceros. Pero otros sobreactuaban su bronca sencillamente para rajarse y salvar el pellejo. Había otro motivo valedero o, al menos, atendible. Algunos decían:

–No me pidan que me haga matar en medio de este despelote donde no hay un solo lugar que no esté lleno de locos.

EL MIEDO (II)

Así como nadie esperaba el genocidio que se llevó a cabo bajo la dictadura de Videla, nadie presintió siquiera el desastre político y la matanza que se precipitaron desde el 20 de junio en adelante, desde que llegó Perón. Carajo, ¡íbamos al socialismo! El mundo marchaba hacia ahí y Perón venía a consolidar

ese rumbo. Ahora, de golpe, nos íbamos a la mierda. Y el líder de la conducción revolucionaria se comportaba como nuestro peor enemigo. De pronto, empezábamos a hacernos preguntas sorprendentes provocadas por la política represiva de un gobierno que –suponíamos– iba a ser "nuestro": "¿Aguantaré la tortura?" "Si me torturan, ¿qué hago? ¿Hablo o no hablo? Pero, ¿qué mierda tengo yo que decir si soy un pelotudo que anduvo siempre en superficie, que ni conoce a la conducción, que está clandestina, segura? Además, tengo una familia. Chicos pequeños. Creí –como un boludo– que la revolución venía tan regalada que todo era posible: formar una familia y cambiar el mundo. ¿De dónde salieron estos monstruos, dónde estaban?"

Anuncié un ejemplo perfecto del miedo. ¿Para qué dar vueltas? Yo puedo analizar durante cien páginas "el miedo" en el '73 y seguramente no lograré trasmitirlo con la fuerza de dos relatos que guardo bajo la manga. Puedo plantear la diferencia heideggeriana entre el miedo y la angustia y, de todos modos, no calar en el *espíritu de la época* como estos dos breves relatos nos permitirán. De Heidegger podemos adelantar algo: el maestro de Friburgo decía que el miedo no era la angustia. Que el miedo siempre está referido a algo. "El *miedo* es siempre *miedo de algo*. La angustia no. La angustia me revela la nada. Incluso se dice en el lenguaje. Si me preguntan de qué

estoy 'angustiado' contestaré 'de nada'" (JPF, *La filosofía y el barro de la historia, Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*, ed. cit., p. 349). Por el momento nos quedamos con esto: el miedo es siempre miedo de algo. *Quien le teme a la Triple A por algo será* expresa esa situación adecuadamente. ¿A qué le teme uno? A la Triple A. Eso es el miedo: temerle a algo concreto. Adelante. Para introducir los dos relatos tenemos que trazar una cierta introducción histórica.

Durante "el asalto a las universidades" que protagonizó la Tendencia hubo una materia que convocó a una multitud de fervorosos estudiantes. Se la ofreció Oscar Sbarra Mitre a Horacio González. "Sbarra Mitre había abierto su administración con un gesto grandilocuente: remató los viejos muebles suntuosos de la facultad y, con ese dinero, compró sillas y mesas de fórmica y pudo becar a una cantidad de alumnos pobres. Horacio pensó que en ese espacio tenía algo que hacer y decidió aceptar su oferta" (Anguita y Caparrós, *La voluntad*, tomo 3, ed. cit., p. 63). Horacio instaló su cátedra en la playa de estacionamiento de la facultad y, con adecuados altoparlantes, daba sus clases magistrales y masivas. ¡Tenía 20.000 alumnos! "En esos días, Horacio seguía con su militancia en Floresta, donde cada vez más gente se acercaba a las unidades básicas (...). También participaba en el consejo de redacción de la revista *Envido*, que había perdido la pulseada por convertirse en la revista teórica de los montoneros frente a *Pasado y Presente*, editada por un grupo de intelectuales de origen gramsciano, con mayor prestigio académico: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, que se adaptaron mejor y publicarían, dos meses después, un artículo de Aricó que decía "la unión de FAR y Montoneros es el acontecimiento más importante de esta época". *Envido* aparecía como más peronista, con una visión más populista de la historia, sin un encuadramiento montonero demasiado claro. Uno de los miembros de su consejo de redacción, Jorge Luis Bernetti, que había sido secretario de prensa del Frejuli, vio en esos días a Firmenich y hablaron de *Envido*. El jefe montonero no parecía saber que Bernetti estaba en esa revista:

"–No, a esa gente hay que sacarle la financiación.

"Le dijo a Bernetti, que intentó explicarle que *Envido* nunca había recibido dinero de su organización. De hecho la revista no duró mucho más" (Anguita y Caparrós, *La voluntad*, ed. cit., p. 63). Aquí hay que aclarar algunos puntos. Ante todo, si aún no lo dije, lo digo ahora: el libro de Anguita y Caparrós es excepcional. Esa crítica boba que le hicieron cuando salió ("hicieron la historia de los '70 con sus amigos de la Ghandi") expresa todo lo contrario de lo que pretende. El mérito de la veracidad del libro es que surge de las voces de verdaderos militantes de la Jotapé. Y de gente de superficie. Bonasso, por ejemplo, se maneja con un "all star cast". En su libro, si él atiende un teléfono y del otro lado no habla Perón o Walsh o Cámpora o Firmenich, nada vale. Es la historia contada desde arriba. Los héroes son los grandes protagonistas, que muchas veces eran los que menos sabían, precisamente por volar tan alto, por decidir tan desde arriba e ignorar la base. En cambio, Anguita y Caparrós toman voces privilegiadas de la militancia de superficie que, además, han llegado a ser muy importantes con los años. Aclarada esta cuestión, me permitiré señalar que *Envido* jamás tuvo ninguna pulseada con *Pasado y Presente*. Por un sencillo y poderoso motivo: nunca pretendió ser la revista teórica de Montoneros. *Envido* es el ejemplo perfecto de que la juventud peronista *no era* Montoneros. *Envido, desde su aparición en 1970, fue la revista teórica de la Jotapé*. Más que *Antropología del Tercer Mundo* y muchísimo más que *Pasado y Presente*, que, recién en mayo de 1973, se acerca al peronismo saludando desde su editorial "a los que enarbolan la consigna *Gobernar es Movilizar*", que era el título de tapa del número 9 de *Envido*. Luego de ese número, los Montoneros nos proponen incorporar la revista a la organización, "la hegemónica de la Tendencia". Otros se hubieran arrojado de cabeza sobre semejante ofrecimiento. Significaba más difusión, más dinero, más tirada, etc. Nosotros no, nada. Miguel dijo: "Si los montos quieren la revista que metan a alguien en el Consejo de Redacción y se la ganen desde adentro". Se armó un despelote satánico. Nos peleamos mal. De la peor manera. Bernetti se fue puteando y vociferando: "¡Esta es la peor reunión de Jotapé en la que estuve!". Mucho más gracioso estuvo otro de los miembros del Consejo de Redacción. En medio de los gritos, las acusaciones, los reproches. Algunos tan graves como uno que recuerdo haber arrojado yo: "¡Con vos se trabaja sin alegría!". (Del cual, desde luego, estoy arrepentido.) En medio de los gritos, decía, uno de los compañeros (Carlos Gil) impuso su voz. Súbito silencio. Todos lo miran. Se toma su tiempo. ¿Qué espera para hablar? ¿Qué cree, que tenemos toda la noche? Lentamente, casi silabeando, dice:

–Esto es puterío.

Salió un número más de la revista. Pero ya muchos no estábamos porque la cercanía con Montoneros nos irritaba. Esa cercanía nunca fue relevante. *Envido* era demasiado para Firmenich. Aun los compañeros que quedaron no estaban con los fierros. No podían. Se habían formado pensando en términos políticos y no podían variar de un número a otro. Al Pepe no le gustó ese Nº 10. Lo anduvo diciendo por ahí y la revista no salió más. Fue ahí que *Pasado y Presente* se le acercó con fuerza. No sé si Aricó y Portantiero tenían más prestigio académico que Horacio (que juntaba 20.000 personas) o que yo, no lo sé. Sé que nos llevaban unos cuantos años. Eran tipos con mayor trayectoria. Hoy, a la altura de los tiempos, apostaría claramente a nosotros. La frase que se mandó Aricó ("la unión de FAR y Montoneros es el acontecimiento más importante de esta época") ninguno de nosotros la habría dicho. Es una frase lameculos. Tan lameculos como la que se mandó bajo Alfonsín: "Alfonsín está a la izquierda de la sociedad". No sé dónde estaría hoy Aricó. Siempre me atrajo su tonada cordobesa, su aire de buen tipo y su inteligencia. Sé –y lo dije– que Portantiero se explayó brillantemente presentándole un libro a Grondona durante el menemismo. ¿Dónde estaría hoy? Ni necesito decirlo. Junto a su amiga y compañera de praxis intelectual y política. ¡Qué rara trayectoria la de esta gente, la de estos *izquierdistas* del *Club Socialista*! El único que permanece puro, fiel a lo que un izquierdista debe expresar, es decir, los sufrimientos de "los de abajo", es Alberto Díaz. Que también fue parte (¡y muy activa!) del Club Socialista, pero creo que, simplemente, piensa mejor.

La voluntad dice con cristalina verdad algo que –para nosotros, los que hicimos *Envido,* aunque nos hayamos peleado– es importante: jamás recibimos un peso de la Orga que presidía Firmenich. Súbitamente recuerdo una frase de Brecht. La cito así, como me vino a la memoria: "Nosotros, que luchamos por la amistad entre los hombres, no supimos ser amigos".

EL MIEDO ES EL PRECIO QUE LA REALIDAD LE COBRA A LOS SUEÑOS

Había dado varias charlas en Arquitectura. Una fue opacada por otra anterior de Paco Urondo: el poeta guerrillero les contó a los pibes cómo se manejaban las armas, cómo se cargaba un revolver y hasta –algo que habrá sido más deslumbrante– una metralleta. Lo escucharon pasmados. Como si les hablara el mismísimo Guerrillero Heroico, el Che de la foto de Korda y del piletón de Vallegrande. Poco podía ofrecer yo. Sólo un par de ideas para diferenciar entre burocracia y militancia. Pero hoy sucedía algo nuevo. Me llamaban para dictar "la materia que dicta Horacio en Economía", dijeron. Era una materia que Puiggrós y los suyos habían impuesto en todos los lugares en que podían. Una especie de introducción a la historia de las luchas nacionales. Después le dijeron "la materia montonera" y los milicos del '76 la consideraron uno de los más graves pecados en el área educativa. Eso que llamaron la infiltración ideológica. O la penetración marxista en las universidades. O envenenar las mentes puras de los estudiantes argentinos. Todo eso junto.

Me encontré con el grupo que me había convocado. Entre ellos estaba Carlos Hurst, el hermano de Miguel, que también tenía otros: dos hermanos y una hermana. Este era el que le seguía en edad. Siempre sonriente, algo rubión, simpático, con cierta persistencia por andar detrás de su hermano mayor, algo que no estaba mal, que expresaba, por el contrario, su buen tino. Me dicen lo esencial. Que quieren que dicte la materia. Que elija el título. Que no sea el mismo que le puso Horacio a la suya: *Historia Nacional y Popular*. Que sea otro. Les digo que lo voy a pensar. Me dicen que el decano quiere hablar conmigo.

El decano es Alfredo Ibarlucía. No éramos amigos, pero nos conocíamos de distintos actos o reuniones. Entro en el decanato y lo encuentro de espaldas y mirando por la ventana. Ni me saluda. Sólo dice: "Están a dos cuadras. Me hicieron avisar que van a tomar la Facultad. Mirá vos qué amables. Se anuncian y todo. Las SA no eran así. Entraban de golpe y nada quedaba en pie". Me senté en un amplio sillón de cuero negro. Necesitaba poner el culo en algún lado; si no, se me caía. "¿Los de la CNU?" No me contestó. Me sentí medio pelotudo. O del todo. *Tenían* que ser los de la CNU. (*Concentración Nacional Universitaria*, ésta, la de hoy, era una tarea que les correspondía.) Entonces Ibarlucía gira y le veo la cara. Eso que se ve ahí –en esa jeta pálida, en esas ojeras, en esos labios apretados– es el miedo. "Estoy solo", dice. "Nadie previó esto. Tendríamos que haber armado un grupo para que nos defendiera. No sé. O nosotros o las organizaciones armadas. Alguien. Estamos en bolas. Si nos atacan, qué sé yo. Cualquier cosa, che. Cualquier cosa." Tiene barbita, anteojos. O, al menos, así lo recuerdo. Me dijo Adriana Puiggrós que está bien. Que zafó y debe andar por los setenta años. Ese día –ahora– no cree llegar ni a mañana. Ese día –ahora– le digo otra boludez, una peor aún: "Asumí tu cargo, viejo. No sos una basura. Sos el decano de Arquitectura. Sos una autoridad". "¿Vos creés eso? ¿Qué yo soy una autoridad?" "Claro. Agarrá ese teléfono y llamá a la policía." Se ríe. "No seas boludo. La policía son ellos. Tienen toda la zona despejada. Pueden hacer lo que se les cante. Decís eso porque estás cagado en las patas y no podés pensar." Enciende un cigarrillo. Un silencio palpable y hasta macabro se instala en ese decanato. Creo que ya había salido ese número de *Cabildo*: *Hay que intervenir las universidades*. "No te ofendas", dice. "Yo también." Pita tres veces y larga el humo con fuerza. Completa: "Yo también estoy cagado en las patas". Me pide que me vaya. Con todo el coraje del que soy capaz –que acaso no sea tan escaso, como tampoco el de Ibarlucía– le digo: "No, me quedo con vos". Sacude la cabeza, negando. "Es al pedo. Andate mientras puedas." Me voy. Subo a mi auto. Manejo durante un rato con la mente en blanco. Me detengo ante una barrera baja. Pongo la palanca en punto muerto. Pienso en la materia. Le pensaba poner *Historia y dependencia*. O *Historia de las luchas nacionales*. Los dos inspirados en un célebre libro de la época: *Las luchas nacionales contra la dependencia*, de Gonzalo Cárdenas. De pronto oigo un bocinazo. Pego un salto. Era yo. Sin darme cuenta había dejado caer mi cabeza sobre el volante, agobiado. Pienso: *si damos la materia nos van a cagar a tiros a todos. Nos van a reventar como a perros*. Es la primera vez que tengo miedo. De eso –como un ramalazo, violentamente– me doy cuenta. Nunca tuve miedo. Ni con la Noche de los Bastones Largos. Ni con lo de Trelew. Ni cuando lo encanaron a Horacio en el '72 y tuve que andar toda la noche por cualquier parte, con mi mujer y Virginia, que tendría apenas un año y medio. Se portó bien Virginia. Durmió toda la noche: dar vueltas en un auto siempre fue su somnífero favorito. Al día siguiente, el portero me dijo: *Ayer vinieron dos personas en un Peugeot. Les dije que usted no estaba*. También habían ido a lo de Arturo Armada, que ya vivía en

Florencio Varela. Amablemente, le revisaron toda la casa. Uno de los tipos, cuando encontró un número de *Envido*, dijo: *A esta revista la encontramos en todos los operativos*. A Horacio lo largaron en seguida. El comisario le dijo: *Tenés suerte, pibe. Caíste en una coyuntura muy política. Si no... Bué, andate*. El PJ había armado una conferencia de prensa para denunciar su desaparición y la de otro compañero. En la siguiente reunión de *Envido* le preguntamos si le habían pegado. Horacio respondió como sólo Horacio podía responder: *Sí, pero... profesionalmente*. Todos largamos una carcajada jubilosa, como de triunfo. No nos pueden hacer nada, pensamos. Tiene razón ese cana: es una coyuntura muy política. Tienen miedo a tocarnos. Nuestra generación le está por tirar el gran manotazo al poder. Y ellos lo saben. Sólo falta que venga Perón, ese *viejo general en batalla*, como solía decir Horacio. Se abre la barrera. No me doy cuenta. Me estoy dando cuenta de tantas cosas terribles, ¿qué mierda puede importarme si la barrera se abre o no? Pero los de atrás, ellos sí, se dan cuenta. Bocinean, me llenan de puteadas como todo porteño que se sube a un auto y se siente King Kong: *Arrancá, pelotudo. ¿Qué esperas? ¿Te sobra el tiempo a vos? ¿Qué tenés, pelotas de plomo?* Cruzo la barrera. Estaciono a un costado. Me recuesto contra el asiento. Miro y no veo nada. La mirada se me pierde por cualquier parte o por ninguna. Nunca tuve miedo. ¿Cómo puedo tenerlo *ahora*? ¿Acaso no se realizaron nuestros sueños? ¿No se hizo realidad el *Luche y Vuelve*? ¿No volvió Perón a la patria después de 18 años de lucha popular? ¿No es Perón el que gobierna? Sí, es Perón. Es Perón y tengo miedo. Se realizaron nuestros sueños y tengo miedo. Quién lo hubiera dicho. Acaso los sueños –cuando se realizan– se pagan así: demasiado caro. Porque tienen exactamente el costo de la realidad.

CRONOLOGÍA DE LOS ATENTADOS DURANTE EL GOBIERNO DE LASTIRI

Queda para más adelante nuestro *Segundo Relato sobre el Miedo*. Resultará más palpable, se respirará su olor, su sudor (porque el miedo tiene un olor y un sudor que le son propios), luego de la publicación de las listas de muertos entre el 12 de octubre de 1973 y el 1 de julio de 1974. Esos asesinatos fueron perpetrados por las bandas fascistas amparadas por el gobierno, los sindicatos y la policía, muchos de cuyos miembros las integraban. Varios de los nombres que aparecen ya estaban en el libro de Ignacio González Janzen, *La Triple A*. De otros puedo dar fe. Los recuerdo imborrablemente. Los leí en los diarios y cada uno de ellos fue un impacto. La mayoría fueron comentados en reuniones políticas. No se le atribuían a Perón. Ni al "Gobierno de Perón". El Viejo era ajeno. Las bandas se le escapaban de las manos. Lo desobedecían. Y el Brujo manejaba todo. Seguramente también al anciano líder.

Escribe Sergio Bufano: "El Perón que desde el exilio había utilizado la política del péndulo entre izquierda y derecha resolvió de la peor manera la contradicción que él mismo había provocado. Y optó por un camino en el que pesó más su condición de militar que la de político. La elección de José López Rega y su consentimiento para que actuaran bandas paraestatales como instrumento para depurar a su movimiento y para derrotar al marxismo fue su peor decisión. Hasta ahora –y esto es una deuda pendiente– no se ha elaborado un recuento de los crímenes cometidos por esas bandas desde 1973 hasta 1976. Algunas fuentes arriesgan desde 1200 hasta 1500 víctimas de matadores que hoy caminan libremente por las calles" (*Lucha Armada*, año 1, Nº 3, p. 28). Otras fuentes llevan la cifra a 2000. Del modo que fuere, ya hemos hablado de la *trampa* de las listas. Se aumentan o se disminuyen según la ideología de quien cuenta los muertos. Carlos Saúl Menem se atrevió a decir (¿hay algo a lo que Menem no se atreva?) que las organizaciones guerrilleras habían matado a 2000 personas y los militares a 6000. "O sea, andan parejo", fueron –aproximadamente– sus conclusiones.

Sigue Bufano: "Si la memoria requiere de insumos precisos, la siguiente cronología contribuye a registrar la violencia paraestatal producida durante las gestiones de Lastiri y de Perón. La lista fue elaborada por el Latin American Studies Association y publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1978. Es incompleta y sólo se registraron algunos de los atentados dirigidos contra los grupos de izquierda, particularmente las organizaciones de base del peronismo vinculado a la organización Montoneros. La lista culmina un día después de la muerte del presidente Perón" (Bufano, *Lucha Armada*, Ibid., p. 28).

A continuación, la cronología de los atentados y muertes producidos durante el gobierno de Lastiri y de Perón. Habíamos cedido a la tentación de no publicar las del gobierno de Lastiri, un poco por no arrojar tantos muertos sobre el lector y otro poco para no arrojárselos a Perón. Lo último no faltará quien se lo ahorre al general. Pero no parece sensato pensar que no sabía nada de este tipo de cosas, aun, insistimos, bajo Lastiri. Ya desde Ezeiza este aparato funcionaba y no dejaría de hacerlo.

JULIO DE 1973

22 (San Nicolás, Buenos Aires) Benito Spahn, miembro de la Juventud Peronista, que había sido objeto de amenazas por parte de gremialistas adictos a la CGT durante el proceso electoral de marzo, fue asesinado por Tomás Roberto Cardozo, guardaespaldas de José Rucci, secretario general de la CGT.

29 (Córdoba) Eduardo Jiménez, liberado de su prisión el 25 de mayo, miembro del ERP, fue detenido y asesinado por la policía local. Su detención se produjo cuando se disponía a pegar afiches de propaganda en una pared, junto con otros de sus compañeros. Testigos presenciales vieron cómo era introducido en una camioneta, pero la policía informó posteriormente que había muerto como consecuencia de un tiroteo. Presentaba un solo tiro en la frente y algunos golpes en el cuerpo.

AGOSTO

13 (Mendoza) Cirilo Heredia, miembro de la Juventud Peronista, conocido por su apoyo a la gestión del gobernador Martínez Baca, es secuestrado y torturado. Tiene 17 años.

15 (Mar de Plata) Algunos militantes de la Juventud Peronista que realizaban una manifestación de apoyo al gobernador Bidegain son detenidos y torturados.

24 (Buenos Aires) El Ateneo de Estudios "Juan Pablo Maestre" fue asaltado por un grupo de veinte personas que al grito de "este local está lleno de bolches" destrozaron el mobiliario, un cuadro de Maestre y material doctrinario.

SEPTIEMBRE

7 (Tucumán) Oscar Suárez, al recuperar su libertad, denunció que había sido víctima de torturas infligidas por Héctor García Rey, jefe de la policía provincial. Ligado a José López Rega, García Rey ocupó un cargo en el Ministerio de Bienestar Social antes de actuar en Tucumán; posteriormente fue designado en igual cargo en Córdoba, junto al interventor Lacabanne).

11 (Buenos Aires) Un artefacto explosivo estalló en el local de la Juventud Peronista de Moreno.

12 (Buenos Aires) Medio centenar de hombres con armas largas toman por asalto el diario *Clarín* y reducen al personal, lanzan explosivos en el interior del edificio y ametrallan el frente. La policía no interviene.

14 (Buenos Aires) El "Ateneo 20 de Junio", de la Juventud Peronista, es ametrallado por desconocidos.

(Campana, Provincia de Buenos Aires) El dirigente peronista Horacio M. Oróstegui, conocido como perteneciente al ala izquierda del movimiento, fue asesinado el día anterior. Interventor en el Partido Justicialista de esa ciudad, ocupaba el primer lugar en la nómina de diputados suplentes de su partido.

19 (Buenos Aires) La Federación Gráfica Bonaerense denunció la desaparición de Sergio Joaquín Maillman de 24 años. El día 13 había sido visto herido y golpeado cuando era bajado de un Ford Falcon celeste e introducido en la casa de la calle Miraflores 2044. Al final de esa cuadra está instalado el Quinto Cuerpo de Vigilancia de la Policía Federal. El automóvil en el que Maillman llegó hasta Miraflores tenía el C 468.596 como número de chapa y su propietario –o el titular de su patente– es María Esther Tagarelli de Martini, funcionaria del Ministerio de Bienestar Social.

20 (Resistencia, Chaco) Varios miembros del Comando de Organización (organización derechista comandada por el diputado nacional peronista Alberto Brito Lima) son detenidos cuando están efectuando un atentado contra el comedor universitario; entre otros, Víctor Sánchez, su secretario general. La policía no informó sobre el destino de los presos.

26 (Buenos Aires) Enrique Grymberg, docente en la Facultad de Ciencias Exactas y miembro del Consejo de la Juventud Peronista (Zona Norte), es asesinado en la puerta de su casa. ç

28 (Rosario) Es baleado el abogado Roberto Raúl Catalá. Los atacantes dejan panfletos en los que se asignan el carácter de comandos "antimarxistas".

OCTUBRE

2 (Córdoba) Es herido a tiros el militante de la JP Ramón Fajardo.

(Corrientes) El FIP (Frente de Izquierda Popular) denuncia el estallido de una bomba en su local.

3 (Córdoba) Miembros armados de la Juventud Sindical Peronista toman la sede del Banco Social.

(Buenos Aires) En el local del Partido Comunista de la calle Estados Unidos y Sáenz Peña es hallada una bomba que no llega a estallar.

(Buenos Aires) Una poderosa bomba estalla, causando grandes daños, en la Unidad Básica "Mártires de Trelew", de la calle Urquiza 2193.

(Córdoba) Sendas bombas estallaron en los domicilios de los diputados provinciales Fausto Rodríguez y Miguel A. Marcattini, miembros del Frejuli. Igualmente una bomba estalló en el domicilio del senador Tejada, presidente de la Cámara de Senadores de la provincia.

(Córdoba) Son detenidos Leandro Fote y otros militantes de organizaciones populares durante un procedimiento "rastrillo" efectuado en esta ciudad.

(Buenos Aires) Nemesio Aquino, miembro de la JP y afiliado a la Unidad Básica "Héroes de Trelew", de la villa San Pablo (General Pacheco) es hallado asesinado.

6 (Buenos Aires) La agencia oficial Télam informa que en Tucumán las comisiones policiales antisubversivas fueron integradas, también, por jóvenes peronistas, a quienes se les proveyó de armas. Al mando de esas comisiones mixtas se encontraba el jefe de la policía tucumana, Héctor Luis García Rey.

(San Nicolás) Asesinan al periodista José Colombo, miembro del diario *El Norte*. Los atacantes manifiestan que ese medio está "lleno de comunistas". (Buenos Aires) El dirigente Dante Gullo denuncia una serie de atentados contra locales de la JP.

(Buenos Aires) Dirigentes de partidos opositores manifiestan su inquietud por las "instrucciones antimarxistas" formuladas en el peronismo.

(Buenos Aires) El gobierno informa que los asilados chilenos en Ezeiza han sido incomunicados.

10 (Buenos Aires) La UTA (Unión Tranviarios Automotores) realiza un paro por el secuestro de Oscar Arca, delegado de la empresa Costera Criolla y miembro de la JTP.

(Tucumán) La Junta Provincial del Justicialismo de Tucumán, siguiendo instrucciones del Consejo Superior que preside Humberto Martiarena, "alertará a todos los compañeros de la situación de guerra contra los grupos marxistas".

(Buenos Aires) "En la Regional San Nicolás de la CGT hay una lista de 141 'bolches' en la que estábamos mi marido y yo", denuncia la viuda del periodista asesinado José Colombo.

12 Juan Domingo Perón asume la Presidencia de la Nación.

(Continuará, *lamentablemente*.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón (II)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

122 **Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón (II)**

Suplemento especial de
Página|12

"NO ES UNA HEREJÍA"

Mail de Sergio Bufano del 8 de febrero de 2010: "Querido José Pablo, te mando el artículo tal como fue publicado. Recordá que la lista es incompleta y que todavía falta hacer una investigación más rigurosa. Sospecho que faltan algunos compañeros muertos. Un abrazo. Sergio".

Escribe Bufano (y lo citamos aun al riesgo de repetirnos): "¿Qué ocurre cuando en la indagación de la historia se rozan iconos intocables, figuras emblemáticas ubicadas en el altar de próceres de la patria que deben ser protegidos de cualquier acto impuro?

"Ese es el dilema que se plantea con un protagonista crucial de la historia argentina: Juan Domingo Perón. Derrocado por un golpe militar, proscripto durante 18 años, usurpados sus derechos políticos y ciudadanos y vilipendiado como pocos, Perón se convirtió, sin embargo, en el líder de una mayoritaria porción de la sociedad beneficiada por sus leyes sociales y castigada luego por gobiernos que impidieron que se expresara democráticamente. No resulta fácil, por lo tanto, criticar a esa figura-emblema de justicia social.

"Hay, además, un factor humano delicado y crucial: para alguien que gritó la vida por Perón puede ser muy doloroso enfrentar una imagen del líder que no sea la que se construyó en el imaginario social. No sólo porque estuvo dispuesto a cumplir con la consigna, sino porque fue testigo de que muchos la llevaron –con una generosidad sin límites– hasta sus últimas consecuencias.

"El grito 'La vida por Perón' debe ser ubicado en los distintos contextos históricos en que se proclamó. Voz de rebelión y demanda de justicia social desde 1955 en adelante, se convirtió a partir de 1973 en un grito que enfrentó a quienes intentaron darle un nuevo contenido, con los grupos más recalcitrantes de la derecha peronista, alentados por quien había sido el objeto de culto de la política nacional" (*Lucha Armada*, ed. cit., p. 21).

Pero con "el tercer Perón" (*el que no debió volver, el que, volviendo, deterioró su prestigio y determinó una represión paraestatal que asombró a sus jóvenes adherentes, a los que habían luchado años por él, cierto es que con el propósito de apropiárselo, de discutirle la conducción, aunque no todos, de ningún modo todos, hubo cientos de miles de militantes que ofrecieron lo mejor de sí, que llegaron a ser en esa lucha mejores personas de lo que jamás habían sido*) aparecen sombras dolorosas, mortales, por todas partes.

Sigue Bufano: "¿Cómo indagar en la historia cuando al hacerlo desacralizamos la imagen que se ha construido sobre la figura de uno de los políticos más importantes de la Argentina, icono de un movimiento popular que trascendió el siglo XX y se proyecta como *uno de los principales protagonistas del siglo XXI*?

"No es una herejía mostrar el lado oscuro del líder. En el contexto de una época compleja, Perón recurrió a métodos terroristas ajenos al mandato que la sociedad, ansiosa de paz y democracia, le había otorgado. Podría haber optado por la ley y probablemente el final de la guerrilla montonera o marxista no hubiera variado. Quien derrotó a las organizaciones armadas no fue sólo el terrorismo de Estado, sino también su propia ceguera, la de militantes que no supieron comprender que entre dictadura y democracia había una sustancial diferencia.

"*El Perón que desde el exilio había utilizado la política del péndulo entre izquierda y derecha resolvió de la peor manera la contradicción que él mismo había provocado. Y optó por un camino en el que pesó más su condición de militar que la de político. La elección de José López Rega y su consentimiento para que actuaran bandas paraestatales como instrumento para depurar su movimiento y para derrotar al marxismo fue su peor decisión" (Sergio Bufano,* Lucha Armada, *ed. cit., p. 27).*

Octubre de 1973

12 Juan Domingo Perón asume su tercer período presidencial.
14 (Rosario). Es asesinado Constantino Razzeti, bioquímico, dirigente de la Juventud Peronista.
17 (Mar del Plata) Es incendiado el domicilio del dirigente de la Juventud Peronista doctor Andrés Cabo. Lo mismo ocurre con el del secretario de la universidad local y miembro de la JP, Alfredo Cuestas.
19 (Mar del Plata) Nuevos atentados contra dirigentes de la Juventud Peronista son denunciados a la prensa.
21 (Lanús, Buenos Aires) Diversos militantes de la JP, que habían recibido con anterioridad amenazas variadas, son atacados por unos veinte individuos mientras están pegando carteles de propaganda. Durante la gresca se escuchan gritos favorables a Osinde y a Brito Lima.

(Santos Lugares, Buenos Aires) Tras rociar con nafta el local se produjo un incendio en el Ateneo Peronista Heroica Resistencia, ubicado en avenida La Plata 3820. Allí funcionaba el Consejo Superior de la JP del Partido de 3 de Febrero, algunos de cuyos militantes habían sido objeto de provocaciones, días antes, por el Comando de Organización dirigido en la zona por Susana Thompson. Como consecuencia del incendio se perdieron víveres destinados al Movimiento Villero Peronista.
22 (Mendoza) Una bomba estalló en el despacho del gobernador de Mendoza, Martínez Baca, cuestionado por sectores derechistas del justicialismo. Tiempo después tuvo que dejar su cargo.
26 (Buenos Aires) La Concentración Nacional Universitaria (CNU), el Comando Universitario Peronista de Derecho (Cupded), la Legión Revolucionaria Peronista, los Grupos de Acción Peronistas (GAP), el Movimiento Universitario Nacional (MUN) y otras organizaciones derechistas llevaron a cabo un acto en el Aula Magna de la Facultad de Derecho que terminó con destrozos en las instalaciones. La reunión contó con la adhesión de la CGT y del Consejo Superior Provisorio de Justicialismo. Entre los asistentes se hallaban Alejandro Giovenco (acusado de haber participado en la matanza de Ezeiza), Juan Carlos Gómez (reconocido como asesino de la estudiante Filler en Mar del Plata en 1972 y funcionario policial), Jorge Rampoldi (miembro del ex Sindicato de Derecho), César Augusto (de la misma entidad), Raúl Padrés, Rodolfo Galloso y José Luis Núñez, de similares antecedentes. Las depredaciones comenzaron a las 21 con la destrucción de una cruz que recordaba los fusilamientos de Trelew y prosiguieron en diversos sectores de la Facultad. El decano Mario Kestelboim solicitó la intervención policial, que se manifestó en la presencia del subcomisario Solano. El funcionario manifestó que no podía actuar sin consultar con sus superiores, razón por la cual se retiró. Tampoco actuaron los automóviles ni el carro de asalto apostados en las inmediaciones.

Noviembre

5 (Rosario) Una bomba estalló en el local de la Juventud Peronista.
10 (Rosario) Se produjo un atentado contra la persona del recientemente designado interventor de la Universidad Nacional de Litoral.
13 (Buenos Aires) Una bomba explotó en el local del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) de San Fernando.
14 (Buenos Aires) En el local del FAS de Virreyes estalló una bomba.
21 (Buenos Aires) En el momento en que iba a poner su automóvil en marcha estalla una bomba de alto poder que hiere gravemente al senador nacional radical, doctor Hipólito Solari Yrigoyen. *En un comunicado hecho llegar a los diarios se responsabiliza por la acción un grupo autodenominado Alianza Antiimperialista Argentina (AAA).* El senador Solari había actuado, antes de ser elegido, como defensor de presos políticos durante la dictadura militar y, en el presente, había criticado muy duramente el proyecto de Ley de Asociaciones Profesionales presentado al Parlamento por el Poder Ejecutivo. (*Por dictadura militar se entiende aquí la llamada "Revolución Argentina", JPF.)*
27 (San Miguel, Buenos Aires) Cuando varias personas estaban aguardando en un andén de la estación del Ferrocarril San Martín un individuo disparó cinco tiros sobre Antonio José Delleroni y su mujer, Nélida Arana. Ambas víctimas habían actuado en el Peronismo de Base y habían defendido, como abogados, a numerosos presos políticos. Delleroni, por su parte, había llegado a ser miembro del Partido Justicialista en General Sarmiento. Dos policías se lanzaron sobre el asesino logrando aprehenderlo. Se pudo determinar que se trataba de Ricardo Julio Villanueva, quien dijo pertenecer al Movimiento Nacional Justicialista y domiciliarse en la calle Medrano 70 (Capital Federal), sede de la "Escuela Superior de Conducción Política", vinculada a la UOM (Unión Obrera Metalúrgica) y al Consejo Superior Justicialista dirigido por el senador Martiarena. Declaró que venía siguiendo a Delleroni desde la víspera y que lo debía eliminar por ser éste integrante del ERP. En una causa anterior por tenencia de armas de guerra, Delleroni hizo una solicitud de devolución de efectos personales en papel con membrete de la Juventud Peronista de la República Argentina dirigida por Julio Yessi (JPRA) y reconoció ser miembro "responsable" de la Agrupación 20 de Noviembre, adherida a dicha central. Además declaró ser empleado del Ministerio de Bienestar Social.

(Córdoba) Manuel Carballo, miembro de la JP, fue baleado por desconocidos el día 25. Militantes peronistas que se encontraban en la Unidad Básica "Evita" festejando el Día de la Madre fueron agredidos por un grupo de matones.

Diciembre

(Santa Fe) Desde un automóvil en marcha fue ametrallado el coche en el que viajaba el diputado provincial (Frejuli) Juan Luis Lucero, presidente de la Comisión Investigadora de Apremios Ilegales y Torturas de la Legislatura de Santa Fe. Desde ese cargo el diputado había dado a conocer los resultados de la investigación sobre la muerte del militante peronista Angel Brandaza, hecho ocurrido antes de las elecciones de marzo.

(Santa Fe) Nuevamente se atenta contra el diputado Lucero, esta vez mediante una bomba instalada en su automóvil, que queda totalmente destruido.
18 (Ensenada, Buenos Aires) Un grupo de personas ocupa la Unidad Básica Evita Capitana de Villa Detri, incendiando los muebles y las instalaciones. Antes de retirarse escribieron en las paredes "Somos muchos" y "JPRA". Según vecinos, uno de los atacantes se llamaría Manzuri y sería habitante de las inmediaciones.

(Buenos Aires) Carlos Manco, colaborador de la Alianza Popular Revolucionaria, fue abandonado en las proximidades de Ramos Mejía, luego de haber sido sometido a interrogatorios y golpeado durante dos días consecutivos. Los responsables del atropello serían personas vinculadas a ATSA (Asociación de Trabajadores de Sanidad), pues en el local de ese sindicato (Saavedra 148) fue introducido y luego trasladado al sótano de una obra en construcción situada enfrente. Antes de liberarlo los secuestradores le hicieron indicaciones amenazantes en el sentido de no mencionar a ATSA en sus declaraciones. Manco habría determinado que uno de esos hombres se llamaba Moreno y que en el sótano susodicho también estaría otro secuestrado, de apellido Pascual, integrante de la APR.
20 (Buenos Aires) Una bomba estalló en la casa del doctor Viaggio, abogado y miembro del Partido Comunista. Viaggio era patrocinador de algunos refugiados chilenos llegados al país recientemente como asilados.

Enero de 1974

11 (Rosario) Antonio Campos, 65 años, capitán retirado, candidato a gobernador de la provincia de Santa Fe en las elecciones de 11 de marzo de 1973 por un sector enfrentado al peronismo ortodoxo, es ametrallado por desconocidos frente a su domicilio, sin recibir heridas.
23 (Buenos Aires) Manuel Héctor Delgado, antiguo dirigente de la Juventud Peronista en los años '50, es asesinado frente a su domicilio.
26 (Buenos Aires) Una bomba explota en el departamento del abogado César Enrique Abramovich, causando sólo destrozos materiales.
28 (Córdoba) Aparece en un baldío, horriblemente torturado, el cadáver de José Contino, obrero de 24 años, militante del Peronismo de Base. Dos días antes había sido secuestrado por desconocidos armados.
29 (Buenos Aires) *El comisario Alberto Villar y el comisario Margaride son nombrados subjefe de la Policía Federal y superintendente de Seguridad Federal. En desacuerdo con esta medida, firmada por el general Perón, renuncian varios funcionarios de la dirección de la Policía Federal* (Las cursivas me pertenecen. Ya veremos en detalle quiénes eran Villar y Margaride y qué significaba ponerlos al frente de la Policía Federal. Por decisión personal del general Perón, JPF.)
29 (Tucumán) La policía detiene a 14 estudiantes "sospechosos" de pertenecer al ERP.

(Buenos Aires) La AAA (Alianza Antiimperialista Argentina) difunde una "lista negra" de personalidades que "serán inmediatamente ejecutadas donde se las encuentre". La lista incluye a los siguientes militantes de izquierda: Omero Cristalo (alias J. Posadas); Hugo Bressano (alias Nahuel Moreno, dirigente del PST, Partido Socialista de los Trabajadores); los abogados Silvio Frondizi, Mario Hernández y Gustavo Roca, Mario Roberto Santucho (dirigente del PRT, Partido Revolucionario de los Trabajadores); los dirigentes sindicales Armando Jaime, Raimundo Ongaro, René Salamanca y Agustín Tosco; el profesor Rodolfo Puiggrós (ex rector interventor de la Universidad de Buenos Aires); el abogado Manuel Gaggero (director interino del diario *El Mundo*); Ernesto Giudice, miembro renunciante del Partido Comunista; el abogado Roberto Quieto, dirigente de Montoneros, y Julio Troxler, ex subjefe de policía de la provincia de Buenos Aires, cercano al Peronismo de Base. La nómina se completa con los siguientes nombres: coroneles Luis César Perlinger y Juan Jaime Cesio; obispo de La Rioja, monseñor Luis Angelelli y senador nacional Luis Carnevale.

Febrero

4 (San Luis) Por lo menos cuatro personas son detenidas, luego de que la Policía Federal denunciara haber descubierto un campamento de extremistas en las sierras.
5 (Santa Fe) Desconocidos arrojan una bomba, y tiran ráfagas de ametralladora contra el local de la Juventud Peronista Regional II.
12 (Buenos Aires) Carlos A. Caride, antiguo militante de la resistencia peronista y en la actualidad dirigente del Peronismo de Base 17 de Octubre, es detenido por la Policía Federal con el pretexto inverosímil de haber estado preparando un atentado contra la vida del general Perón y del presidente Bordaberry de Uruguay, de visita en la Argentina. Durante la operación –dirigida personalmente por el jefe de la Policía Federal, general Iñíguez (también antiguo miembro de la resistencia peronista), y por el subjefe, comisario Villar– se bombardea con gases lacrimógenos el domicilio de Caride, para luego practicar su allanamiento. En los días que siguen a la denuncia del presunto complot, la policía detiene a más de 100 personas en todo el país, dejándolas posteriormente en libertad. Es involucrado en el complot Julio Troxler, aunque para los cargos que se le imputan no se invoca la más mínima prueba, ni se le inicia proceso judicial alguno. Carlos Caride queda en la cárcel.

(Buenos Aires) Gonzalo Fernández Palmeiro y Stella Maris Caruso son secuestrados por hombres que invocan ser de Superintendencia de Seguridad Federal, organismo que posteriormente negará conocimiento del hecho. Gonzalo es hermano de Víctor Fernández Palmeiro, militante del ERP 22 de Agosto, muerto en la acción que costara la vida al almirante Hermes Quijada, el 30 de abril de 1973.

(La Plata) En un allanamiento a un local del Partido Comunista son detenidas 17 personas. La policía informa que entre ellas se halla Raquel Alvarez, quien habría tenido participación en el operativo que permitió la fuga de Oscar Pastorino del hospital de Gonnet. Días antes, Pastorino, miembro de una organización revolucionaria, había sido herido en un enfrentamiento con la policía y posteriormente detenido.
13 *(Buenos Aires) Mario Firmenich, dirigente montonero, es detenido durante algunas horas por la policía.* (Cursivas nuestras. Analizaremos este tema.)
15 (Bahía Blanca) El rector-interventor de la Universidad Nacional de Bahía Blanca denuncia una serie de atentados cometidos por bandas fascistas; lanzamiento de una granada de guerra (que no llega a estallar) en su domicilio; explosión de una bomba en el domicilio del dirigente estudiantil Juan Larrea; tiros contra el comedor universitario por parte de individuos que acababan de pegar afiches del Comando de Organización, organización del peronismo de derecha.
18 (Buenos Aires) Alejandro Giovenco, dirigente del grupo de extrema derecha CNU (Concentración Nacional Universitaria) muere al estallarle una bomba que llevaba y que muy probablemente estaba destinada a un local de la izquierda peronista. Giovenco, de 28 años, participó activamente en la masacre de Ezeiza del 20 de junio de 1973.

(Wilde, Buenos Aires) Cuatro personas, acusadas de pertenecer al MIR chileno, son detenidas por la policía en un allanamiento a un domicilio. El parte policial da cuenta del hallazgo de gran cantidad de armas.
19 (Buenos Aires) La Policía Federal, en respuesta a una noticia aparecida en el diario *El Mundo,* informa que Jorge Antelo y Reynaldo Roldán, buscados por su participación en el ataque del ERP contra el regimiento de Azul, "nunca estuvieron detenidos en dependencias policiales". Se sabe, sin embargo, por el testimonio de testigos, que ambos fueron detenidos por la Policía Federal inmediatamente después del ataque de Azul. No se sabrá más de ellos.

(Lomas de Zamora, Buenos Aires) Ocho hombres, que dicen ser de la policía, secuestran al militante de JP Hugo Kuhlman.
19 (Buenos Aires) *Roberto Quieto, dirigente montonero, es detenido por la Policía Federal, que lo acusa de llevar documentos falsos de identidad. Aunque no existen pruebas para tal imputación, Quieto permanece en la cárcel durante 17 días* (Cursivas mías).
21 (Bahía Blanca) Desde un coche en marcha un grupo de desconocidos ametralla a varios militantes del FIP (Frente de Izquierda Popular) que salían de un local partidario. Aldo Buffa, 27 años, dirigente del FIP, es herido en el ataque.

Marzo

(Salta) Armando Jaime, dirigente de la CGT de Salta, del FRP (Frente Revolucionario Popular) y del FAS (Frente de Alianza por el Socialismo), es detenido por la policía al norte de la provincia. No se da ninguna razón para su detención y algunos días más tarde es puesto en libertad.
7 (La Plata) La policía detiene en un allanamiento a varias personas, entre ellas a Zulma Pavone y Reynaldo Galo Coria, imputándoles pertenecer al ERP.
11 (Rosario) El diputado provincial Juan Luis Lucero denuncia una agresión contra su persona durante una manifestación de la JP. El automóvil en que viajaba el diputado es atacado a tiros desde dos coches. Los ocupantes del auto del diputado repelen el ataque hiriendo a uno de los agresores, posteriormente identificado como el oficial mayor Luis Paván. Oscar Martínez, otro de los agresores, aunque levemente herido, consigue huir. Los otros dos también son identificados como pertenecientes a la policía y llevan los apellidos Román y Mansilla. En un interrogatorio, llevado a cabo en la sección judicial de la policía de Santa Fe, los cuatro agresores niegan haber tirado, siendo dejados en libertad.
14 (Buenos Aires) Los diputados nacionales de la Juventud Peronista, Leonardo Bettanín y Miguel Angel Zavala Rodríguez, presentan un proyecto de resolución para que la Cámara de Diputados eleve un pedido de informes al P.E. sobre el caso del diputado renunciante Roberto Vidaña (JP). El ex diputado, detenido en la cárcel de la ciudad de Córdoba, fue violentamente golpeado y maltratado por fuerzas policiales durante la represión de un amotinamiento de presos recientemente sucedida en esa unidad carcelaria.
16 (San Nicolás) El médico Rogelio Elena es abatido a tiros en la puerta de su casa. Simpatizante de la Unión Cívica Radical, no se le conoce militancia política. Uno de sus hermanos, presuntamente vinculado al ERP, había sido encarcelado durante la dictadura militar y liberado el 25 de mayo de 1973.
17 *(Buenos Aires) Mario Firmenich, dirigente montonero, y cinco personas más (entre ellas la militante de JP Ana María Pardo, embarazada), son detenidos en la localidad de Del Viso por la policía de la provincia. Sin que se den a conocer los motivos de la detención, Firmenich y los dirigentes de JP son dejados en libertad el 20 de marzo, menos Ana María Pardo.* (Cursivas me pertenecen.)
18 (Resistencia) Más de 40 militantes de JP, JTP y JUP (Juventud Peronista, Juventud Trabajadora Peronista y Juventud Universitaria Peronista) son detenidos por la policía durante un allanamiento a un local de la JP Regional IV, entre ellos el delegado provincial de la JP por el Chaco, Aníbal Ponti.

(La Plata) Martín Andrés Mauscarri y Beatriz Longhi, profesora, son detenidos por la policía, que informa haber encontrado "material subversivo" en su domicilio.

(Buenos Aires) En una serie de allanamientos la policía detiene a varios militantes políticos: Angel Salomón Gertel, Gustavo Westerkamp, Sergio Hugo Figoli y Tomás Hugo Fantl.
23 *(Buenos Aires) El doctor Juan Manuel Abal Medina, ex secretario del Movimiento Nacional Justicialista, logra escapar a un atentado frente a la casa de un amigo en Posadas 1565. Desde un coche le disparan varios tiros, y le arrojan una granada.* (Cursivas mías.)
25 (Buenos Aires) La Cofappeg (Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales), en un telegrama al ministro del Interior, denuncia "el traslado arbitrario de presos políticos desde la cárcel de Villa Devoto a la de Caseros, y el maltrato que padecen en este último establecimiento".

(Buenos Aires) Carlos Paredes, militante de la UCR, es herido por desconocidos que lo atacan a tiros desde un automóvil en marcha.
27 (Mendoza) En el curso de una "operación antisubversiva", llevada a cabo en toda la provincia por la policía local, con la colaboración de fuerzas militares, se detiene a varias personas, entre ellas a un estudiante de Ciencias Económicas, a quien se le atribuye haber participado en un atentado contra la casa del ex ministro de Educación Dardo Pérez Guilhou, y a otro estudiante de medicina, en cuyo domicilio la policía encuentra "material subversivo" (volantes del FAS y ejemplares de la revista *Vanguardia Comunista*).
29 (Mendoza) Una bomba estalla en la sede del PST (Partido Socialista de los Trabajadores) causando importantes daños materiales.
30 (Lomas de Zamora, Buenos Aires) Cinco individuos asesinaron a balazos desde un taxi a Pedro Hanssen, dirigente de la Juventud Peronista de Lomas de Zamora, en momentos en que ingresaba al rectorado de la Universidad Nacional de esta localidad. Sus compañeros informaron que media hora antes de producirse el atentado la policía había

llamado por teléfono a la sede de la universidad –ocupada por los estudiantes en repudio al reemplazo del rector Pedro Bustos– señalando que tenía orden de desalojar la casa. *"Si no se van inmediatamente –agregó la policía– les vamos a mandar al Comando de Organización."* Los compañeros de Hanssen afirmaron que la policía tardó más de dos horas en llegar al lugar. El estudiante, de 23 años, tenía ocho impactos de distinto calibre en la espalda. (Las cursivas son mías.)

31 (Buenos Aires) Desde un automóvil Chevy varios sujetos asesinaron al estudiante de ingeniería de la Facultad Avellaneda de la Regional Tecnológica, Héctor Félix Petrone, cuando se disponía a ingresar en su domicilio, en la localidad de Lanús. Compañeros y familiares manifestaron que no militaba en ninguna corriente política de la Universidad. El hecho de que el joven estudiara en la Universidad Tecnológica Nacional –que estaba tomada por los estudiantes en repudio a la designación como rector de Rolando Weidenbach– debió inducir a sus atacantes "a un error".

Abril

(Buenos Aires)
Un grupo armado secuestró en Corrientes y Medrano a dos jóvenes, introduciéndolos por la fuerza en automóviles Ford Falcon cuyas chapas patente serían C-133782 y C-085532. Uno de los secuestrados fue identificado como Ricardo José González, de la Juventud Universitaria Peronista, ambos estudiantes de la Universidad Tecnológica Nacional que, a pocas cuadras del lugar del secuestro, se mantenía ocupada por los estudiantes en apoyo del rector Chambouleyron.

(Bahía Blanca) Fue detenido el estudiante Daniel Montes, perteneciente a la Agrupación Felipe Vallese del personal no docente de la Universidad Tecnológica Nacional, durante una manifestación de repudio contra el titular de la universidad local, Emilio Garófoli.

(Buenos Aires) Dirigentes de la organización política Vanguardia Comunista denunciaron en una conferencia de prensa el secuestro y tortura del militante barrial de Quilmes, Antonio Iglesias. "Desconocidos de civil –afirmaron– secuestraron a nuestro compañero, lo llevaron al parque Pereyra Iraola y, luego de someterlo a castigos físicos, efectuaron un simulacro de fusilamiento."

14 (Buenos Aires) Fue incendiada intencionalmente la Unidad Básica Eva Perón de Villa Luján, en Avellaneda, donde también funcionaba la Junta Vecinal del barrio. Miembros de la JP señalaron haber considerado inútil efectuar la denuncia policial porque, un mes antes, la fuerza pública "había allanado el local provocando destrozos". A fines de enero dos militantes peronistas del barrio "perdieron la vida en manos de la policía", señalaron.

15 (Córdoba) La policía provincial allanó un local de la Juventud Peronista de Río Ceballos provocando destrozos. Cuando la policía de esta localidad –que no había participado en el procedimiento– devolvió las llaves a los responsables del local, el juez de paz y un abogado de JP comprobaron que los autores del allanamiento se habían apoderado de elementos materiales: máquina de escribir, mimeógrafo, ropa, libros.

17 (Buenos Aires) Cofappeg (Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales) denunció la detención en Resistencia del dirigente del FAS, José Oscar Montenegro, liberado el 25 de mayo de 1973.

(Resistencia) En averiguación de antecedentes fue detenido el ex diputado nacional Carlos Kunkel, que se encontraba en gira por la provincia del Chaco, recuperando posteriormente la libertad. Se le vinculó a un intento de copamiento de la colonia aborigen Chaco, hecho que había provocado la detención de Aureliano Villar, empleado de la Dirección del Aborigen, y de los sacerdotes Joaquín Núñez y Gianfranco Testa, párrocos de las localidades de Machagai y Quitilipi. Versiones extraoficiales indicaron que el sacerdote Núñez fue sometido a castigos por la policía para obtener su confesión. Asimismo fue detenida María Figueredo, de la Agrupación Evita, y otra dirigente de esa entidad, así como el líder villero Jaime Laroque, además de otras 70 personas supuestamente vinculadas con el hecho. Poco después todos fueron liberados por falta de pruebas.

(Buenos Aires) En avenida Rivadavia y Rioja fue secuestrado un joven montonero. La Juventud Peronista denunció que lo obligaron a introducirse en un Fiat 128 IAVA color naranja, patente C-515919. El joven había alcanzado a gritar "soy montonero".

19 (Mar del Plata) Los alumnos ocupantes de la Facultad de Derecho de la Universidad Provincial de Mar del Plata reclamaron la libertad del profesor y ex decano de esa casa estudios Juan Méndez, detenido por la Policía Federal y puesto a disposición del juez federal de Azul, Dante Ipólito.

(Resistencia) La policía libra el pedido de captura de Oscar Roberto Wurn, de 21 años, estudiante de Derecho de la Universidad del Noreste, y de María del Carmen Catalina Lilli, de 19 años, vinculándolos al copamiento frustrado del destacamento policial de la colonia aborigen Chaco.

(Buenos Aires) El diputado nacional de la Juventud Peronista, Leonardo Bettanín, informó que los militantes Eusebio del Jesús Maestre y Luisa Galli, cuya desaparición había sido denunciada días antes, se encuentran alojados en el Departamento de Policía. Dos días después la Policía Federal emite un comunicado dando los nombres de los detenidos en diversos procedimientos realizados el 17 de abril. Aparte de Maestre y Galli, la nómina incluye a Rafael Ronaldo Becerra, Carlos Enrique Arias, Inés Josefina Iglesias, detenidos en Villa de Mayo.

25 (Buenos Aires) Delegaciones juveniles entrevistaron al presidente Juan Perón en Olivos para comunicarle que efectivos de Superintendencia de Seguridad Federal de la Policía Federal hicieron un simulacro de fusilamiento de Alberto Camps, sobreviviente de la masacre de Trelew. Otra comisión policial torturaba, entretanto, a Eusebio de Jesús Maestre, diciéndole que harían con él lo mismo que con su hermano Juan Pablo, militante peronista secuestrado y asesinado en 1971. Los mismos policías torturaron a la mujer de Maestre, en su presencia, mientras lo incitaban a reaccionar, amenazándolo con que iba a ser ejecutado. *Después de escuchar el relato, el jefe de Estado dijo a los jóvenes peronistas que ratificaba su confianza en los comisarios Alberto Villar y Luis Margaride.* (Cursivas mías, posiblemente innecesarias.)

(Buenos Aires) En Monte Grande fue secuestrada, violada y asesinada la joven militante peronista Liliana Ivanoff. La joven se encontraba en compañía de otros militantes pintando leyendas en una pared a 150 metros de la comisaría del lugar, cuando de un automóvil bajaron cuatro sujetos armados que la obligaron a golpes a introducirse en el vehículo para darse luego a la fuga. Horas más tarde su cadáver fue encontrado en un descampado cercano a Claypole, presentando dos balazos disparados a corta distancia. La joven tenía 20 años y militaba en la Agrupación Evita. En el acto del sepelio los oradores fustigaron al Comando de Organización, acusándolo de ser el instigador de estos hechos.

(Córdoba) Juan Martín Guevara, hermano del Che Guevara, fue detenido, acusado de portar material del ERP y documentos falsos. Sus abogados Gustavo Roca, Alfredo Curutchet y Roberto Guevara presentaron un recurso de amparo negando la imputación, que fue rechazada por el juez federal Zamboni Ledesma. El doctor Guevara, hermano y defensor del detenido, atribuyó la detención a la constante campaña de hostigamiento que sufre su familia.

EXCURSO: EL PÁRAMO DE LO INEXPLICABLE

Se vivía el clima típico de las derechas descontroladas protegidas desde el Gobierno. No había protección para los que las patotas del C. de O. o de la JPRA o de la CNU elegían atacar. La policía –que también actuaba y sobre todo después de la designación de Villar, hombre, lo veremos, formado por la gente de la OAS– se movía con un cinismo fruto de la certeza de su impunidad. En el Congreso muy pocos se animaban a decir algo. Tenían miedo. De dos cosas: de la ira de las bandas fascistas. Y de la ira de Perón. En esta cronología no figura el *navarrazo*, golpe institucional que se produce en Córdoba y del que nos ocuparemos, pero debió figurar. Fue la acción más desembozada de los grupos parapoliciales.

Ya los militantes de la Jotapé estaban indignados. Recuerdo a Eduardo Claussen, el socio de Miguel Hurst en la *Librería Cimarrón* (y al que ya describí: alto, flaco, rubio, con algo de vikingo, que se bancaba –no del todo– mis cargadas: "Largá todo, Eduardo, con esa pinta dedicate a modelar ropa para hombres o hacé comerciales en la tele", me mandaba a la puta madre que me parió y yo insistía: aquí te van a cagar a balazos, pelotudo, allá te llenás de guita y más me puteaba), recostado contra la vidriera (no como el del tango de Manzi: "y esperándote") metálica y con una bronca que no podía controlar:

–Basta, mierda. ¿Estamos todos locos? La policía de la provincia de Buenos Aires tortura. Los fachos matan gente todos los días. ¿Te acordás de Aníbal? El que siempre se cagaba de risa de todo. ¿Te acordás? Bueno, hoy fui al funeral. Hasta en el jonca se reía ese pibe. Te lo juro. Más muerto no podía estar pero tenía su sonrisa. Enciende un Particulares. Deja perder la mirada. Tiene unos ojos azules también para la tele o para cualquier cosa menos para esta tragedia. Tiene la herramienta para rajarse de este despelote macabro, pero no: es peronista. Peleó largamente durante el *Luche y Vuelve*. No imagina otra más que seguir. Claro que sí: lo que yo le digo es una joda. Si Eduardo se hubiera aparecido en un comercial a los diez minutos se raja echando putas. De pronto, se aparta de la cortina metálica. Da unos pasos. Me mira. Y lo que dice no es como para olvidarlo: "¿No seremos infiltrados nomás?".

No hace mucho le pregunté a Matilde Vázquez –la que fuera la mujer de Miguel, su compañera, la que le dio tres hijas que no tuvieron padre porque Miguel se murió a los treinta y uno, tres hijas que se reunieron conmigo hará dos o tres semanas para que les hablara del padre, ya que pocos lo hacían e ignoraban casi todo de él– qué era de la vida de Eduardo. Me dijo que trabajaba en un taller mecánico. Mirá vos, Eduardo, las vueltas de la vida. Nunca estuviste en los fierros y ahora sí. Ahora estás. Sólo los mecánicos y los guerrilleros dicen: "Lo mío son los fierros. Me gusta estar con los fierros. No es fácil, eh".

Había una verdad que *todavía* se decía a media voz. ¿Quién gobierna en este país? ¿No gobierna Perón? ¿Entonces? Las tonterías atenuantes se morían ante la realidad. Nada de cerco. Nada de vejez. Nada de debilidad mental. Nada de manipulación del entorno. Gobernaba Perón y, si Perón quería, a la derecha la paraba en un par de horas. Esos rufianes no eran como la Jotapé, que se le enfrentaba. Eran perros feroces pero mansos ante la voz del patrón. Eran matones de la CGT. Incluso si Rucci o Miguel ordenaban parar la mano, la mano se paraba. Pero nada de esto sucedía por un motivo muy simple: ni Perón ni los caciques sindicales querían parar la persecución, las bombas, las torturas, los asesinatos. Que encontraban su festejo exultante en las páginas de *El Caudillo*, con Felipe Romeo al frente, prometiendo mil años de nacionaljusticialismo. La Triple A –es cierto– aún no firmaba. Sólo había asumido el atentado a Hipólito Solari Yrigoyen. Pero actuaban los grupos que ya eran parte de ella. De aquí que muchos digan –piadosamente– que la violencia empezó después de Perón. Pero no.

Seguiremos publicando la *Cronología* de los atentados y los asesinatos bajo el tercer gobierno (ese triste, doloroso tercer gobierno) del general Juan Domingo Perón. Después haremos unas *Consideraciones finales* sobre el conductor estratégico y trataremos de ubicar todo en su lugar, lo bueno, lo malo, lo inexplicable. Especialmente lo inexplicable. Si es posible.

Colaboración especial
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

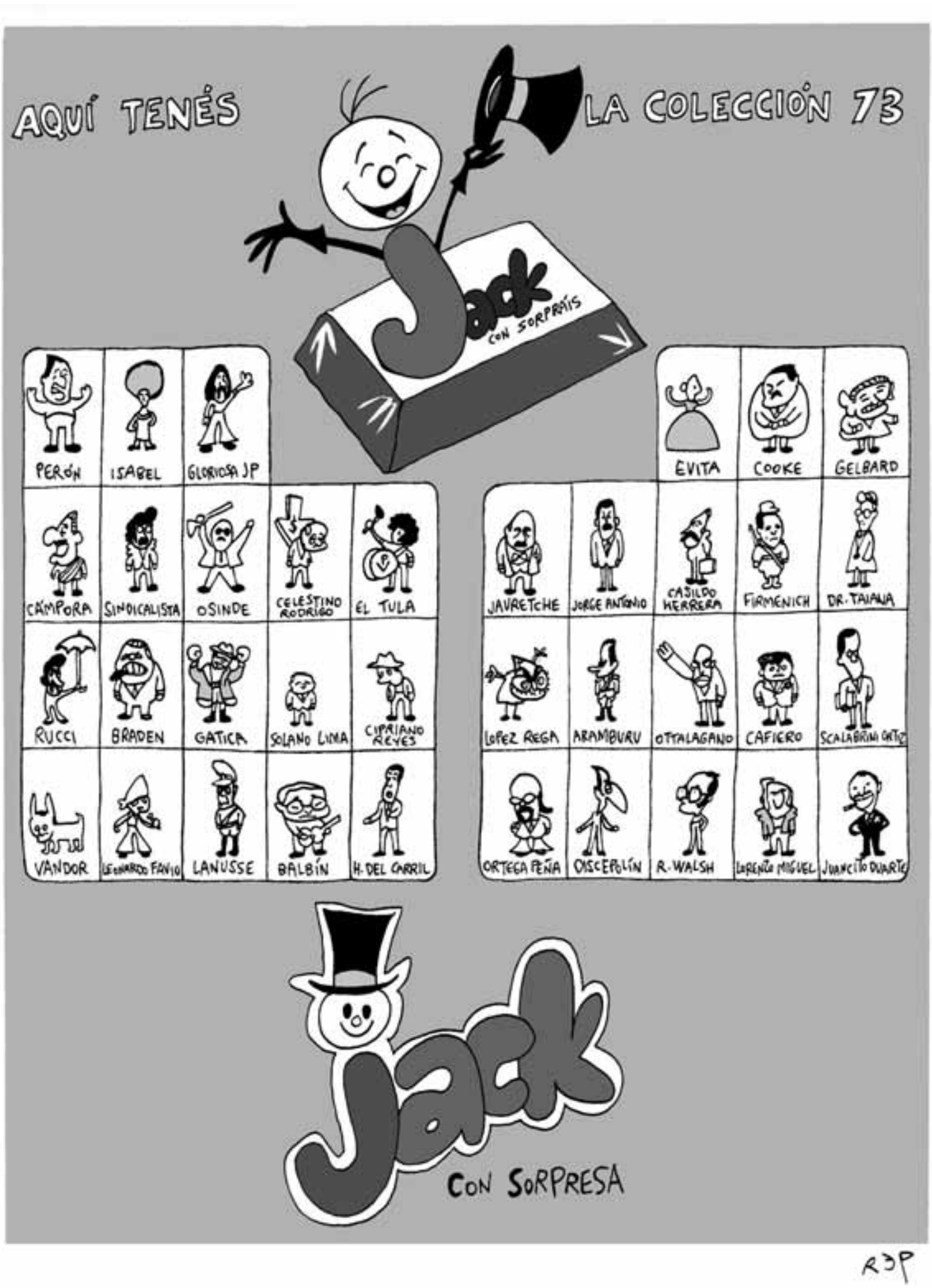
Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón (III)

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

123 **Cronología de la violencia paraestatal producida durante la presidencia de Juan Domingo Perón (III)**



Suplemento especial de
Página|12

Mayo de 1974

1º (Buenos Aires) En las últimas horas del día fueron detenidas numerosas personas que habían participado en el acto realizado en Plaza de Mayo. Alojadas en las Comisarías 1ª, 2ª, 3ª y 4ª, fueron liberadas al día siguiente por la noche. Durante el día 1º fue tiroteado, en dos oportunidades, el local de la Juventud Trabajadora Peronista de La Plata: hubo dos heridos. Por otro lado, la Juventud Universitaria Peronista declaró en conferencia de prensa que uno de sus miembros fue interceptado en la intersección de las calles 6 y 45 por ocho individuos que salieron de dos coches y lo golpearon violentamente. Al mismo tiempo, una activista de la misma agrupación fue atacada desde un automóvil en marcha sin ser alcanzada. Los delegados de la Regional VIII de la JP denunciaron la presencia, en las inmediaciones de su sede, de vehículos sin chapas reconociendo en su interior a miembros de la Concentración Nacional Universitaria (CNU), que también habían estado presentes en Ezeiza usando armas de fuego contra la multitud.

5 (Tucumán) La policía local detiene a una veintena de jóvenes, militantes de izquierda, de la Juventud Peronista y de la Organización Montoneros. Algunos de ellos habían sido de los que recuperaron su libertad el 25 de mayo de 1973. La policía justificó el procedimiento vinculándolos con un copamiento guerrillero a un puesto policial.

(Córdoba) El Centro de Estudiantes de Arquitectura denunció que Víctor Paciaroni, su secretario general, detenido el 26 de abril cuando hacía propaganda por la Lista Marrón del Smata (Sindicato Mecánico Automotor), había sido torturado.

7 (Córdoba) Un grupo compuesto por unos cincuenta individuos armados irrumpió en la Escuela de Ciencias de la Información obligando a docentes y estudiantes a corear la Marcha Peronista, y a repetir consignas de la línea ortodoxa del peronismo; antes de partir tomaron rehenes, entre otros al decano Mario Grasso, e hicieron numerosos disparos destrozando instalaciones. Los agresores venían del local de la CGT donde la JPRA (Juventud Peronista de la República Argentina) y la JSP (Juventud Sindical Peronista) celebraban el aniversario del nacimiento de Eva Perón. Los efectivos policiales se hicieron presentes una hora después de los sucesos.

8 (Córdoba) Los diarios de la fecha informan que la Asamblea de docentes convocada por la Unión de Educadores de la provincia fue atacada a pedradas que se convirtieron en disparos (hirieron a dos maestras) cuando se invitó a los atacantes a que se dieran a conocer.

(Bahía Blanca) Durante una manifestación estudiantil, en la cual se pidió la renuncia del decano de la Universidad Tecnológica, se denunció que matones armados estaban ocupando el local de la UTN cumpliendo órdenes del diputado nacional y secretario general de la CGT bahiense, Rodolfo Ponce.

(Buenos Aires) Un grupo de desconocidos, que viajaban en un Renault verde, colocó una poderosa bomba en la Unidad Básica "Liberación Nacional", en la Avenida de los Constituyentes. Gran parte de la fachada del edificio fue destrozada. Los agresores esperaron la explosión y luego dispararon con ametralladoras contra el local y dos casas contiguas.

(Neuquén) Una bomba explotó en la Unidad Básica situada en Laprida y San Martín.

9 (Buenos Aires) Un llamado anónimo enteró al padre de Edgardo Martín Aranovich de que la policía había detenido a éste cuando se dirigía a su trabajo. Presentado el recurso de hábeas corpus, las comisarías de la zona negaron tenerlo alojado.

10 (Bahía Blanca) Al dirigirse al Concejo Deliberante, una columna de estudiantes universitarios, de la Tecnológica y la Nacional, fue baleada desde un automóvil. Convocados por la JUP, los jóvenes pretendían entregar una nota en la que se reclamaba la remoción del decano Garófoli y se exigía una investigación de todos los actos de violencia que se produjeron en la UTN desde que asumió, apoyado por la JSP y el CNU. Algunos manifestantes reconocieron en el automóvil atacante a un alto dirigente de la CGT.

(Buenos Aires) Carlos Della Nave, amnistiado el 25 de mayo de 1973 después de tres años de prisión, fue detenido en Lanús, luego de un allanamiento. Consultadas la Policía Federal y la Provincial –que realizaron el procedimiento– afirmaron desconocer el hecho.

(Córdoba) Cuatro individuos –que dijeron ser policías– intentaron incendiar la imprenta La Docta, donde se imprimen numerosas publicaciones de partidos políticos y de organizaciones gremiales.

(Buenos Aires) Una bomba de alto poder destruyó parcialmente el local de la Unidad Básica Justicialista, en la calle Neuquén 3447.

(La Plata) Fue allanado el domicilio del ingeniero Carlos Ramos, en donde había vivido con anterioridad el militante peronista Carlos Caride. La policía informó que había encontrado material "extremista".

11 (Buenos Aires) Según informó la Juventud Peronista de Vicente López, tres individuos que se identificaron como policías sacaron de su domicilio a Salvador Bidegorry el día 8.

(Buenos Aires) Al salir de la iglesia San Francisco Solano, en el barrio de Mataderos, fue ultimado el sacerdote Carlos Mugica, conocido por su acción en las "villas de emergencia". Durante el ataque también fue lesionado su acompañante, Ricardo Capelli. El semanario *El Caudillo* –publicación vinculada con el Ministerio de Bienestar Social– había censurado, en un número de diciembre la acción desplegada por el sacerdote.

12 (Buenos Aires) El diario *Noticias* publica un informe acerca de la actividad de grupos armados en la ciudad de Trelew. Las víctimas de las agresiones responsabilizaron al Comando de Organización, dirigido por el diputado nacional Alberto Brito Lima. Los agredidos integraron, en el período de Lanusse, el Movimiento de Solidaridad con los Presos Políticos de esa ciudad que se disolvió posteriormente a la amnistía del 25 de mayo de 1973.

14 (Buenos Aires) Salvador Bidegorry fue hallado, en la madrugada del día 13, prácticamente inconsciente y con muestras de haber sido torturado, en un lugar de la Ruta Panamericana. En sus declaraciones Bidegorry precisó que había sido conducido, con los ojos vendados, a cierto lugar en el que se lo torturó a partir del día 9. Después de calificarlo como "montonero hijo de puta", le introdujeron la cabeza en una bolsa de plástico manteniéndolo así hasta el comienzo de la asfixia. Antes de abandonarlo le dijeron: "Eso no es nada comparado con lo que le hicimos a Mugica".

(Río Negro) La JP de Cinco Saltos denunció tres hechos: una bomba que estalló en el local de la Unidad Básica de ese pueblo; la agresión que sufrieron simpatizantes peronistas que se trasladaban en ómnibus a la Capital Federal para asistir a los actos del 1º de Mayo y el ataque perpetrado contra María Emilia Salto, delegada provincial ante la Regional VII de la JP.

15 (Córdoba) Los diarios dieron cuenta de que algunos de los atacantes de la Escuela de Información habían sido retenidos por los estudiantes y entregados en la fecha a la policía provincial. Se los despojó de las armas con que habían disparado. Se exhibieron, igualmente, documentos que los agresores llevaban: credenciales expedidas por un "Comando de las 62 Organizaciones" y sellados por la policía provincial, libretas con direcciones y teléfonos del Ministerio de Bienestar Social de la Nación, cartas de recomendación firmadas por Rito Caro, secretario general de la Unión Obrera de la Construcción de Córdoba, en favor de uno de los agresores detenidos.

19 (Bahía Blanca) El diario *Noticias* hace un resumen de recientes atentados políticos perpetrados en esa ciudad; un obrero fue muerto a tiros por desconocidos; se arrojó una granada –que no llegó a estallar– contra el doctor Víctor Benamo, rector interventor de la Universidad Nacional del Sur; una bomba fue lanzada contra la casa de un dirigente estudiantil; dirigentes del PST (Partido Socialista de los Trabajadores) y del FIP (Frente de Izquierda Popular) fueron atacados a tiros por desconocidos; asimismo se registraron ataques contra docentes y no docentes de la Universidad Tecnológica; una bomba fue depositada en la sede de la Tecnológica.

(Santiago del Estero) Las Juventudes Políticas denunciaron que cuatro militantes de la JP fueron encarcelados y golpeados por haber convocado a la concentración del 1º de Mayo. Después de varios días de incomunicación, la policía aportó "pruebas" fabricadas que permitían acusarlos de "daño intencional e instigación a la violencia".

(Tucumán) El día 18 la Policía Federal y el Ejército iniciaron un gigantesco operativo a resultas del cual se produjeron por lo menos dos centenares de allanamientos. El juez federal Jesús Santos hizo lugar a recursos de hábeas corpus presentados en favor de varios detenidos, y ordenó la liberación de un dirigente de la Fotia (Federación Obrera de Trabajadores de la Industria del Azúcar). Entre los detenidos también estaban el sacerdote Pedro Wursmicht, el artista plástico Efraín Villa y Mario Romero, miembro de la JTP, así como viajeros, jornaleros, campesinos y pobladores del lugar.

22 (Buenos Aires) La Regional VIII de JP y otras agrupaciones de esa tendencia denunciaron que un grupo de desconocidos que portaba pistolas ametralladoras y se movilizaba en un Chevrolet 400 color negro, raptó, torturó y simuló fusilar el 17 de mayo a Raúl Antonio Piñeiro, miembro de la JP de La Plata. Asimismo denunció que un carro de asalto de la policía provincial detuvo a Julio D. Abrigo, Ramón B. Abrigo, Antonio Gambelli y Juan Carrizo cuando intentaban apagar el fuego que se había declarado en la Unidad Básica, de la que formaban parte, como consecuencia del ataque que contra el local habían llevado a cabo varios desconocidos. A pesar de las denuncias de vecinos, la policía negó haberlos detenido.

24 (Buenos. Aires) Sendas bombas estallaron en los locales del Partido Comunista de Avellaneda y de la Capital Federal. A las 3.30 de la mañana se solicitó la intervención de los bomberos y de la policía para que apuntalaran el edificio de Avellaneda, pero las autoridades se hicieron presentes al mediodía del día siguiente.

25 (Buenos Aires) Una movilización para celebrar el primer aniversario de la liberación de los presos políticos que se encaminó a la cárcel de Villa Devoto fue duramente reprimida por la Policía Federal. Mediante gases y balas de goma la policía disolvió el cortejo deteniendo a más de 200 personas que, previo pago de una multa de $6000, fueron recuperando su libertad a partir del día siguiente.

26 (Buenos Aires) Una bomba de alto poder destruyó el consultorio y parte de la vivienda del médico Luis Viaggio, en la localidad de San Fernando. Su hermano, el abogado Julio Viaggio, había sufrido un ataque similar en diciembre de 1973, aunque en su caso también hubo disparos de ametralladoras.

28 (Buenos Aires) Presos peronistas detenidos en Villa Devoto recibieron anónimos firmados por un presunto "Comando San Martín-Rosas-Perón", en los que se los amenazaba con la eliminación física de sus familiares, "si persistían en su campaña".

(Ramos Mejía) Integrantes del "Comando de Organización" llevan a cabo una campaña de intimidación contra profesores y alumnos del Colegio Comercial Lasalle. La Unión de Estu-

diantes Secundarios precisó que no cesaban las llamadas telefónicas al director, vicedirector y alumnas del establecimiento.

(Beccar) Una bomba estalló en la Unidad Básica "Ramón Césaris", la cual estaba en reparación luego de un atentado producido en noviembre de 1973.

(Buenos Aires) Son hallados los cadáveres de los obreros Oscar Dalmacio Mesa, Antonio Moses y Carlos Domingo Zila cerca de Tortuguitas, Municipalidad de Pilar. Evidentemente fusilados en un descampado, habían sido secuestrados por una banda armada compuesta por unos quince individuos que atacaron el local de PST ubicado en El Talar, en General Pacheco.

Junio

2 (Buenos Aires) Mientras pegaba carteles alusivos al X Congreso de la Federación Juvenil Comunista (autorizado por la policía), fue asesinado a balazos Rubén Poggioni, de 20 años. Tres sujetos, que se desplazaban en un Peugeot 403 negro y portaban pistolas calibre 45, se detuvieron en la calle Ader (Boulogne) y balearon a los pegadores de carteles; uno de los acompañantes de Poggioni, Jorge Ramos, quedó herido de gravedad mientras que un tercero salvó su vida. En otros lugares, y porque pegaban carteles relativos al mismo evento, fueron arrestados siete militantes juveniles del Partido Comunista.

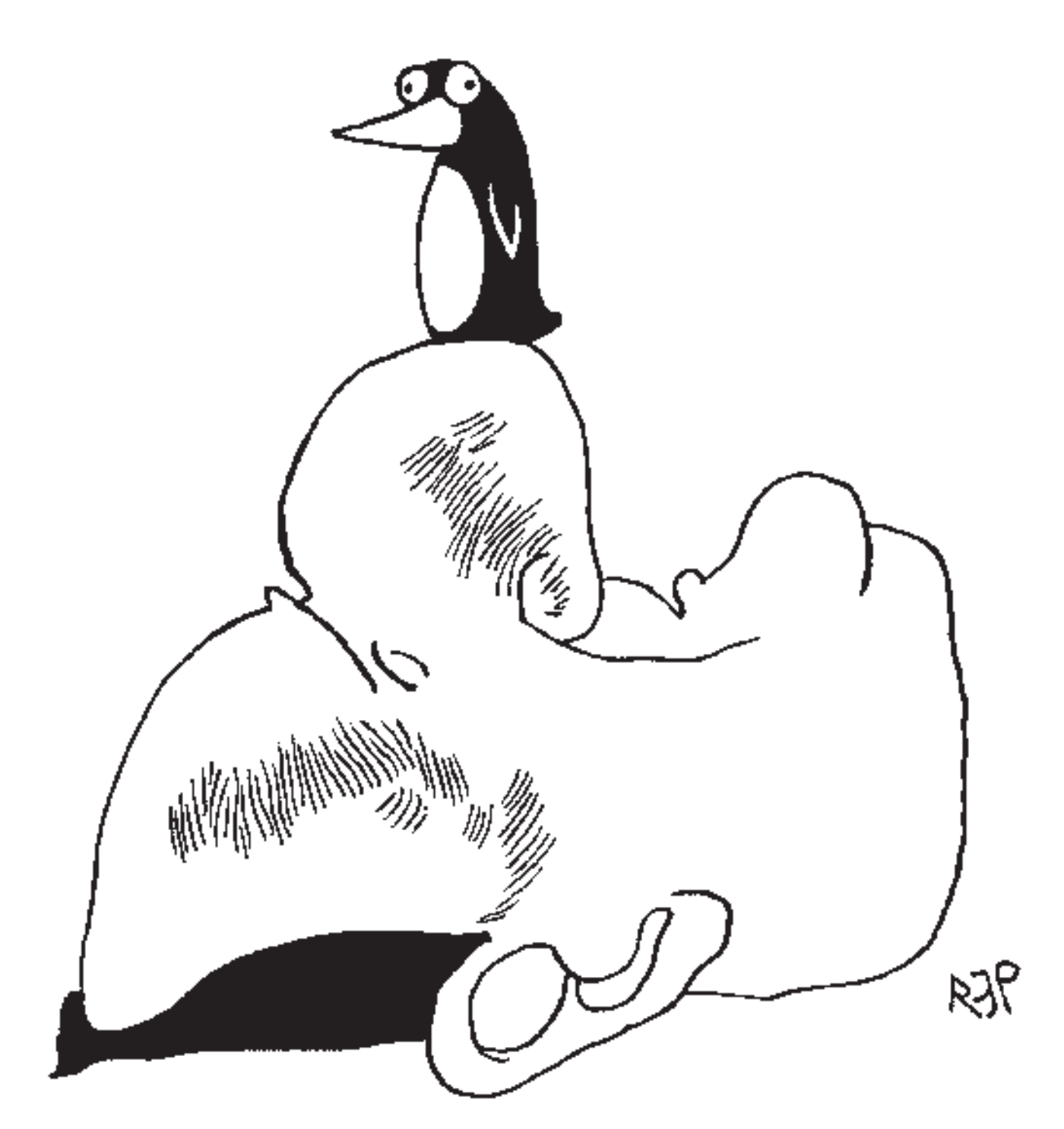
(Buenos Aires) Una bomba de alto poder estalló en el local que el Centro de Estudiantes ocupaba en la Facultad de Derecho. Esa entidad mencionó como posibles autores del atentado a miembros de un "BDU, sello que los servicios de informaciones de la Marina utilizan en la facultad para atacar a Mario Kestelboin". (Este, decano designado por el entonces rector Puiggrós, contaba con el apoyo de la JP y era duramente censurado por periódicos de derecha por sus medidas de reorganización de la facultad).

6 (Buenos Aires) Gloria Moroni, estudiante de medicina y miembro de TERS (Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista) y de la Unión de Juventudes por el Socialismo, de 20 años, denunció ante el juez de Instrucción Raúl Madueño, que el 23 de mayo había sido secuestrada, torturada y violada por desconocidos. Ese día, alrededor de las 18.30, dos hombres que estaban en el mismo vagón del tren en que viajaba, "al llegar a la estación Once me tomaron fuertemente de los dos brazos, me apuntaron con un arma y me obligaron a subir a un auto que esperaba en la calle". Después de "pasear" alrededor de una hora y media, la introdujeron en una casa y comenzaron a interrogarla sobre su supuesta pertenencia al ERP: "Mientras me sometían a vejámenes escuchaba los gritos de otra mujer que estaba en una habitación contigua. Después fui obligada a desvestirme y me violaron dos de los que me interrogaban, hasta que me desmayé". Cuando se repuso, el interrogatorio continuó esta vez acompañado por aplicación de cigarrillos encendidos en la piel y amenazas. Finalmente la dejaron en la zona de Barracas.

8 (Misiones) La policía provincial realizó un operativo sobre el barrio Villa Heler, detrás de la estación Posadas del Ferrocarril Urquiza. Los procedimientos se concentraron en las viviendas de las familias Barrios y Kuller y dieron un saldo de 35 detenidos, entre ellos José Kuller y su esposa, los cuales permanecieron a disposición del juez. Según la información policial, Kuller es maestro y pertenecería al Partido Comunista Revolucionario.

10 (Buenos Aires) Después del allanamiento practicado en su domicilio, en la localidad de Muñiz, fue detenido Conrado Sartori, miembro de la JP; igualmente fueron detenidas su esposa, Ana Inés Becette, y su hermana, María G. Sartori.

14 (Buenos Aires) Personal de la División de Seguridad Federal de la Policía Federal detuvo a Hugo Camerini, de 27 años, domiciliado en



Merlo. Posteriormente la policía allanó el domicilio de Iñaki Areta y la casa de Julián Alvarez 2414, donde detuvo a Liliana del Carmen Cuesta de Dusso, estudiante de 25 años. Todos los mencionados pertenecen a distintos cuerpos de la JP.

(Resistencia, Chaco) Con posterioridad al allanamiento realizado en varios domicilios de miembros de la JP, se constató –según declaración de la Regional IV de esa organización– la desaparición de Juan de Dios Odriozola cuya madre fue una de las víctimas de la matanza de Ezeiza. Igualmente se allanó el domicilio de Guillermo Amarilla, delegado de la misma regional, y el de Eduardo Gómez Lescani, ex subsecretario de Asistencia y Promoción de la Comunidad. También fue allanada la casa de Luis Goya, donde una semana antes se habían alojado Leonardo Bettanin (diputado nacional, vinculado con la Juventud) y Juan Carlos Dante Gullo (dirigente nacional de la misma organización), quienes habían llegado a Resistencia para participar de los actos del 9 de junio (aniversario del levantamiento del general Valle en 1956). Se registró la presencia de Alberto Brito Lima, el diputado nacional que asume la responsabilidad del derechista Comando de Organización.

(La Plata) Reapareció, acusado de "delitos contra la propiedad", y por lo tanto detenido, el abogado José Miguel Berthe, de 25 años, secretario administrativo de la Universidad Tecnológica local, cuya desaparición había sido denunciada por la Regional VIII de la JP.

(Buenos Aires) La JP de San Miguel denunció el secuestro de Conrado y Gabriela Sartori, Ana Inés Becette, Julio Alberto, Francisco Hugo Nena, Horacio Héctor Crea y su esposa. La policía admitió posteriormente que los había detenido, pero no aclaró de qué se los acusaba.

15 (Río Negro) Ana María Barone de Mielle fue detenida en su domicilio de Cinco Saltos en un procedimiento que tenía como objeto la detención de su marido, Rodolfo Mielle, dirigente de JP. Según se supo, el día anterior había llegado a manos de Mielle un sobre con panfletos del ERP, los cuales fueron quemados de inmediato. No obstante la policía informó que había hallado los papeles y dos cajas de municiones en la casa allanada. La detenida, que había sido apoderada de los dirigentes montoneros Roberto Quieto y Marcos Osatisnky cuando estaban presos, fue trasladada sorpresivamente de la Unidad Carcelaria 9, de Neuquén, a la cárcel de Villa Devoto sin dar parte a sus defensores.

(Buenos Aires) Dirigentes del Partido Comunista Revolucionario solicitaron audiencia con el ministro del Interior, Benito Llambí, para denunciar la arbitrariedad cometida en Misiones con el maestro Kuller, acusado por la policía de tener material "subversivo". La delegación aseguró que se trataba de "materiales políticos de libre circulación".

18 (Rosario) Una poderosa bomba estalló durante la madrugada en el local del Comité Provincial de la Federación Juvenil Comunista. Los daños fueron considerables.

(Buenos Aires) Alrededor de las 21.30 salieron de un patrullero y un colectivo de la Policía Federal unas quince personas uniformadas que –según vecinos del lugar– intentaron incendiar la Unidad Básica "Héroes de Trelew", en la calle Aguirre 3373, de Lanús Oeste. Los policías interrogaron a los vecinos sobre los ocupantes o asiduos al local.

(Buenas Aires) El militante comunista Darío Néstor Schwartzman fue detenido y conducido al penal de Villa Devoto. Dirigentes de aquella agrupación dijeron que lo habían obligado a firmar una declaración en la que reconocía ser miembro del ERP. Fue puesto a disposición del juez federal Ventura Ojeda Febre.

22 (Buenos Aires) Máximo Amador, Néstor Suavo y Juan Sánchez (uruguayo) fueron detenidos en una casa de la calle Fragata Sarmiento. Se les imputó haber estado armando una bomba con cuatro kilos de trotyl y pertenecer al ERP.

29 (Buenos Aires) Cuando todavía permanecían en el local unas diez o doce personas pertenecientes al Movimiento Villero Peronista se produjo un atentado contra la sede de la Juventud Peronista Regional 1, de la calle Chile 1481. Uno de los atacados recogió una granada de guerra que le había sido arrojada y la devolvió contra los agresores; el estallido se produjo junto a la puerta produciéndose centenares de perforaciones a causa de las esquirlas. Los atacados pudieron ver que los agresores, cuatro en total, huían en un Ford color verde claro.

Julio

3 (Buenos Aires) Eduardo Romero, 25 años, originario de Deán Funes, provincia de Córdoba, fue asesinado por "matones" de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica). Cuando salía de la columna de JP –que esperaba para ver en el Congreso el cuerpo de Perón–, con el objeto de pedir un sandwich a los miembros de la UOM, que los distribuían frente al sindicato, los "matones" que montaban guardia lo secuestraron, obligándolo a subir a un automóvil. Al día siguiente apareció su cadáver a nueve cuadras del lugar del secuestro con una bala en la cabeza.

NOTAS:

1 Los textos citados en este artículo corresponden a *Juan D. Perón, 1973-1974. Todos sus discursos, mensajes y conferencias completos*, Editorial de la Reconstrucción, colección La palabra y la obra de Juan D. Perón, Bs. As. 1974.

2 Los primeros brasileños desaparecidos en Argentina fueron Joaquim Pires Cerveira y Joao Batista Pereda, ambos militares opositores a la dictadura de Brasil. Según documentos del presidente de Movimiento Justicia y Derechos Humanos de Rio Grande do Sul, Jair Krischke, el 5 de diciembre de 1973 fueron detenidos por la Policía Federal y entregados ilegalmente al ejército de ese país. Fueron vistos con vida por última vez en dependencias del ejército en Río de Janeiro. El Ministerio del Interior de Argentina negó el episodio. Ver *Clarín Zona*, 28 de mayo de 2000.

3 DECRETO Nº 562

Bs. As. 18/2/74. Visto y Considerando. Que por Decreto número 1358, de fecha 11 de octubre del año 1973, se convocó al Comisario (R) D. Juan Ramón Morales y al Subinspector (R) D. Rodolfo Eduardo Almirón, ambos de la Policía Federal y atendiendo a razones del servicio y en uso de las facultades que le son expresas, el presidente de la Nación Argentina decreta: Artículo 1º. Promuévase en la Policía Federal a partir de la fecha de promulgación del presente decreto a Comisario Inspector (R) al Comisario (R) Juan Ramón Morales (M.I. 0.424.695) y a Inspector (R) al Subinspector (R) D. Rodolfo Eduardo Almirón (M.I 5.651.119). Boletín Oficial.

4 "El subcomisario Morales y el subinspector Almirón habían sido dados de baja deshonrosamente de la Policía Federal, procesados y encarcelados por ladrones, 'mexicanos', coimeros, contrabandistas, traficantes de drogas y tratantes de blancas". Horacio Verbitsky, *El Periodista*, nº 80, 21 de marzo de 1986.

5 Muerto Perón, su secretario López Rega cayó en desgracia y fue enviado al exterior. El 19 de julio de 1975 se encontraron en el Ministerio de Bienestar Social escopetas Itaka, fusiles High S, ametralladoras Ingram, revólveres Mágnum, granadas, silenciadores y miles de municiones.

DE TODO SE VUELVE, MENOS DE NOMBRAR A VILLAR Y A MARGARIDE AL FRENTE DE LA POLICIA

Las palabras de ira que Perón pronunciara ante los diputados de la Jotapé empezaron muy pronto a corporizarse en entes temibles. El 29 de enero de 1974 designa a los comisarios retirados Alberto Villar y Luis Margaride al frente de la Policía Federal. El propósito es combatir a la guerrilla. Hay algo que nadie ignora: se trata de dos personajes siniestros. Los ataques a la izquierda recrudecen. "Al tradicional embate de las bandas armadas de la JSP y los grupos de la derecha peronista como el CdeO o la CNU, se sumó el accionar de los grupos parapoliciales. Allí el enfrentamiento se hizo desigual. Los locales de la izquierda peronista fueron atacados con explosivos plásticos, granadas Energa o metralletas Ingram, un arsenal que excedía las posibilidades armamentísticas de la ortodoxia" (Marcelo Larraquy, *López Rega*, ed. cit., p. 260). Cabe, brevemente, recordar aquí a ese mercenario que en una filmación me mostró las armas que tenía para cubrir las escenas de violencia del film. Al sacar una la observó admirativamente como a un objeto exquisito, invalorable. Después me confesó:

–Estas entraron con López Rega.

Sería inocente considerar una mera casualidad que apenas al día siguiente de la asunción de Villar los diarios recibieran la primera lista con la temible firma de la Triple A. En ella se dibujaba la matanza que se abatiría ferozmente sobre el arco político de la izquierda en el país. Se aseguraba que habrían de ser "ajusticiados" donde se los encontrara una serie de políticos, militares, sindicalistas, militantes estudiantiles, abogados y curas pertenecientes todos o casi todos a la izquierda peronista. Perón, al nombrar a Villar, le dijo que el país lo necesitaba. A quienes le objetaron los nombramientos de los jefes policiales respondió –con su habitual ironía– que eran "dos buenos policías" o "¿alguien puede negar eso?". No vivió lo suficiente para ver que los montoneros también tenían sentido del humor. Que Villar no habría de permanecer mucho en el alto puesto que tan felizmente le había entregado. El miércoles 6 de abril de ese año (1974), el diario madrileño *ABC* publicaría una noticia al parecer inesperada para los españoles. Y tal vez no sólo para ellos. También para los argentinos, cuyos diarios no dejaron –y con más despliegue– de darle cobertura. Mas la originalidad del *ABC* radica en que permite verificar que, desde Buenos Aires y oficialmente, se dio primero la noticia menos importante, que Margaride sería jefe de policía, y recién después el motivo: que habían asesinado a Villar. El ingenio de López Rega era infinito. El texto es el siguiente: *"Luis Margaride, jefe de la policía argentina*. Buenos Aires, 5. El comisario general Luis Margaride, subjefe de la Policía Federal, ha sido designado jefe de la misma, se informó oficialmente en esta capital. Margaride desempeña el cargo, con carácter de intineridad, porque los "montoneros" –de la ultraizquierda peronista en la clandestinidad– mataron al comisario Alberto Villar, jefe de la Policía Federal, y a su esposa, Elsa Pérez, haciendo detonar una bomba oculta en el yate en que navegaban por el delta del río Paraná". No bien se produce el espectacular suceso, distintas pintadas aparecen por toda la ciudad. La mayoría dice: *Villar, Justicia Popular, Montoneros*. Pero la más ingeniosa se pudo ver (o ahí, al menos, la vi yo) en una esquina de Cramer y Echeverría, en una pared blanca. Decía: *Vendo lancha en mal estado. Buen precio. Villar*.

Colaboración especial
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

"La más maravillosa música"

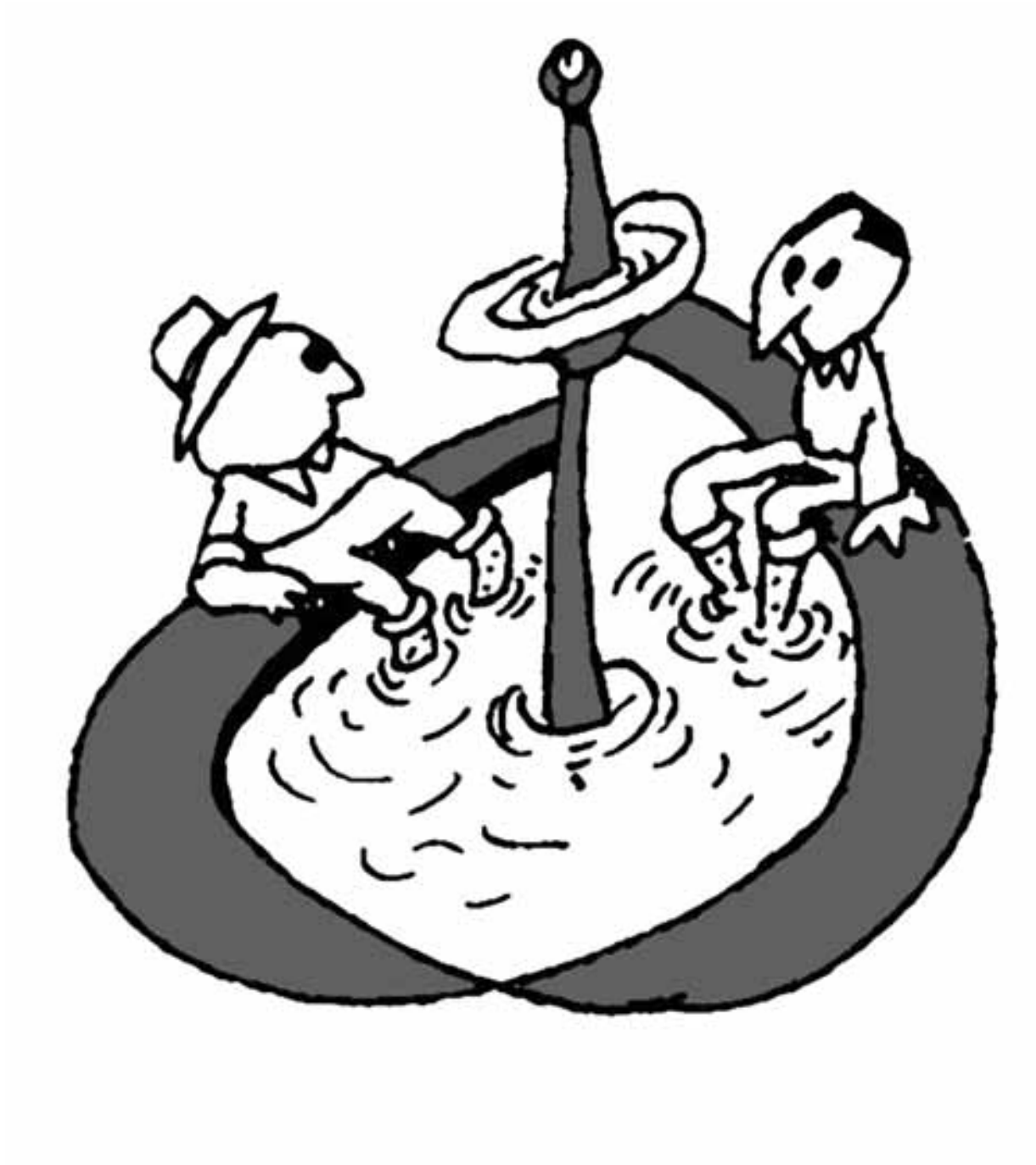
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

124 "La más maravillosa música"

Suplemento especial de
Página|12



ESA FRASE: "LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITAN"

En los viejos libros solía escribirse *los acontecimientos se precipitaban*. Ya no se usa. De todas formas, los acontecimientos siempre han seguido precipitándose. Teóricamente la frase es más que discutible. Postula una velocidad de la Historia. Postula, asimismo, una linealidad. Una historia que avanza. No necesariamente que progresa, pero avanza. Puede no saberse bien hacia dónde, pero sigue avanzando. A veces más rápido, otras más despacio. Cuando hay una sumatoria de sucesos enlazados que producen la sensación de desbocarse es que se habla de la precipitación. Hasta comienzos del siglo XX los hombres aún tenían una visión racionalista de la historia. Paso a paso, más lento o más rápido, avanzaba. El hundimiento del *Titanic* en 1912 y la *Primera Guerra Mundial* erosionaron gravemente esta certidumbre. Hemos visto –durante los '60– que ese avance tenía incluso un punto en el horizonte, que se avanzaba hacia algo predeterminado: hacia el socialismo. Estos fueron los momentos en que la Historia más certezas entregó o más certezas se le pidieron. Caídas estas certezas surgió la palabra utopía, propia del progresismo de los '80, de la socialdemocracia. En la Argentina, del alfonsinismo. Al ser imposible depositar en la Historia la certeza de un futuro asegurado se recurrió a una especie de teoría del caminar ininterrumpido de los seres humanos hacia ese futuro. Ya no se le decía "socialismo", pero valía la pena caminar hacia él, de modo que algo de socialismo posiblemente tendría, o sería imprescindible concederle. La utopía eran los sueños. Pero para atraparlos había que ir hacia ellos. El sentido no estaba en llegar a ellos sino en el ir, en la marcha, en el caminar que jamás cesaba. El futuro existía porque los hombres caminaban hacia él. La utopía funcionaba así como una especie de poderoso imán que atraía a los caminantes. De aquí la notable fuerza del poema de Eduardo Galeano. Que es más o menos así: *Camino dos pasos y ella se aleja dos pasos, camino cuatro y ella se aleja cuatro, camino cinco y ella se aleja cinco, ¿para qué sirve la utopía? Para eso, para caminar*. O la utopía sirve para obligarnos a caminar hacia ella. Ese *caminar* expresa otras cosas. Caminar es no detenerse, no bajar los brazos, no entregarse, no cejar en los mejores empeños que dan sentido a la vida. He visto a actores y actrices derramar gruesas lágrimas diciendo este poema y a diversos públicos aplaudir con alegría, jubilosamente.

Todo se hizo trizas. No hay certezas. No hay nada hacia donde caminar. Nada que lo tironee a uno. Es muy posible que esa caminata –que, además, cansa: a mí, lo confieso, caminar me cansa y me aburre– sea sólo una caminata. Que no tenga nada de no bajar los brazos o no entregarse. Que sea sólo caminar. Puede que –en verdad– la luna alumbre y nada más. Lo que uno no negaría –concediendo– es que hay momentos más agitados, más descontrolados. Ahí es donde se dice que los acontecimientos se precipitan. La palabra precipitar(se) es hondamente conceptual para nuestro tema. Repito, aquí, la hipótesis que guía estas dilatadas páginas. *Todo lo que se hizo se hizo tal como era necesario hacerlo para que todo terminara en la tragedia en que terminó*. Esto no estaba escrito en ninguna parte, no era un destino. No era una necesariedad. No había un devenir teleológico entre el 25 de mayo de 1973 y el 24 de marzo de 1974. No. Fue la praxis libre de los agentes de la historia la que determinó un rumbo que nadie supo alterar. O no quiso. *Todos fueron infalibles en el Error*. No hay buenos, no hay malos. Si planteamos como finalidad esencial la de evitar la masacre que se desata en el país a partir de 1976, todos fueron malos porque todos se equivocaron, todos hicieron lo rigurosamente

necesario para que esa masacre se produjera. De aquí que podamos escribir: los acontecimientos se precipitaban. ¿Hacia dónde? Hacia los campos de masacre del más monstruoso de todos los monstruos de esta Historia. Hacia el Monstruo que –por fin– establecería una verdad entre tantas verdades que colisionaban belicosamente sin imponerse las unas a las otras. Esa verdad fue la Muerte. El que impone la Muerte a todos los otros agentes históricos, matándolos o absorbiéndolos, el que monopoliza el poder de dar la Muerte, el que lo torna privativo de sí, el que les arrebata a los demás ese poder (o se los restringe hasta expresiones mínimas, que nada modifican, que nada alteran), el que pone la Muerte al servicio de sus proyectos, el que por medio de la Muerte somete a los otros porque, al tenerla sólo él, los otros sólo pueden ser sus víctimas, ése tiene también la *verdad*. Porque la verdad es hija del poder. Tengo el poder cuando soy capaz de imponer mi verdad como la verdad de todos. Este poder –fruto de la Muerte, de la Muerte desaparecedora de los cuerpos– se instala a partir de 1976. Antes, todos se mataban entre ellos. A partir del 24 de marzo, Uno es capaz de matar a Todos. Tiene la verdad. Los otros, no. Los muertos nunca tienen la verdad: son incapaces de imponerla por estar –precisamente– muertos. Los muertos tienen el silencio. El Uno que se apropia de la Muerte para imponer su verdad decreta el fin de la guerra. Ahora, la persecución y la masacre de los derrotados. Que es clandestina, nocturnal, que exhibe y despliega obscenamente la crueldad de los vencedores. Se instala sobre el campo de batalla la calma de los cementerios. Nadie habla. Nadie dice nada. Todo sigue como si nada hubiera pasado. El miedo –se descubre– no es agradable, pero da cohesión a una sociedad. La sosiega. Llegan los vahos del horror, llega el sudor frío del horror, pero todos lo niegan. No pasa nada. Ya, por fin, no pasa nada. "Estoy saciado de horrores (dice Macbeth, el asesino de Duncan, rey al que, por medio de ese asesinato, sucede en el trono de Esocia). Lo siniestro, siempre familiar para mis pensamientos asesinos, ya no puede asustarme más (...) El mañana, el mañana, el mañana se desliza de día en día con paso mezquino, hasta la última sílaba del tiempo dado, y todos nuestros ayeres han alumbrado a los necios en el camino hacia el polvo de la muerte. ¡Apágate, llama fugaz! La vida es sólo una sombra errante, un burdo actor que apenas un momento se pavonea y agita sobre el escenario, y nunca vuelve a ser oído. Es un cuento contado por un idiota, lleno de sonido y de furia, y que no significa nada" (William Shakespeare, *La tragedia de Macbeth*, Norma Editorial, 2001, p. 142. Cambié, en la traducción, "ruido" por "sonido". Desde que leí –en mi adolescencia– la novela de Faulkner estoy acostumbrado a llamarla *El sonido y la furia*. Ahora se publica como *El ruido y la furia*. No está mal. El ruido es una de las notas esenciales de nuestro tiempo. Faulkner le puso a su obra *The Sound and the Fury*, que admitiría las dos traducciones. Armando Roa Vidal, el traductor de la edición de Norma que utilicé, prefiere "ruido". El toque humorístico –otra cosa no puede ser– surge de la vieja traducción de Luis Astrana Marín, objeto, desde hace tiempo, de todos los desdenes. En este caso se justifican. En lugar de poner "lleno de ruido y de furia" o "lleno de sonido y de furia", Astrana Marín traduce: "con gran aparato". De donde surge que la genial novela de Faulkner debió llamarse: *Con gran aparato*. Sin más.)

OTRA VEZ: PERON-GODOT

Desearía ser bien comprendido en un tema tan difícil: no estoy diciendo que la intervención de los desaparecedores fuera necesaria. Sólo digo que se la hizo posible. Que la hicieron posible "los desatinos de los necios en el camino hacia el polvo de la muerte", como dice el gran Bill Shakespeare. *Pudo haberse evitado*. Ante todo, si Perón no se hubiera muerto. O si al menos hubiera vivido un año más. Aunque, ¿cuáles serían entonces sus condiciones de deterioro? Creo que el anciano general –conociendo su estado de salud– no debió haber vuelto. Pero, ¡cómo habría podido no hacerlo! Todos lo tironeaban, lo requerían. Godot debe volver. Y no: no debe volver. Ni hay que seguir esperándolo. Godot debe morir. Pero lo que Godot no puede hacer es llegar para morir. Porque si llega va a morir, pero asesinado por quienes lo esperan. Godot jamás podría satisfacer las esperanzas que se han depositado en él. Dejar contentos a todos. Cumplir con los deseos extremos, a veces impiadosos de quienes lo esperaban. Al no cumplirlos, la esperanza de su llegada se transforma en frustración. Los que esperaban enfurecen. Al enfurecer todos empiezan a reclamar a Godot: Godot volvió para ellos. Godot, incluso, puede argumentar que volvió sólo para algunos, pero los otros se sentirán traicionados. ¿Para eso esperaron a Godot? Estalla la guerra entre quienes tienen la bendición de Godot ("volví para ustedes") y entre quienes padecen su exclusión ("no volví para ustedes, que son mis enemigos"). Pero los excluidos arguyen que Godot miente, o que alguien le dicta lo que dice, o que se equivoca, o que Godot está viejo, delira, no puede decir siquiera la verdad de Godot. Que la verdad de Godot la tienen ellos. Porque, lo quiera o no Godot, ellos encarnan lo que de él se esperaba. Son los depositarios, los custodios auténticos de la verdad de Godot. Los otros son unos miserables falsarios sólo validados por la inteligencia extraviada de este Godot que ni siquiera sabe interpretarse a sí mismo, que ha perdido la noción de lo que representa y debe representar para la mayoría de quienes lo esperaban y lucharon por su regreso. La guerra enfrenta a los elegidos de Godot y a quienes se asumen como los verdaderos representantes de Godot, los que expresan su auténtica verdad aunque no coincida con la que ahora él dice. Los cadáveres aparecen aquí, allá, en todas partes. Godot trata de conducir el desorden, la tragedia. Pero Godot está viejo. Godot entiende entonces que no debió volver. Que sólo debió expresar la esperanza –aunque falsa, inauténtica, diría Heidegger, porque nadie debe poner su proyecto en otro– de quienes lo esperaban. Pero nunca volver. Porque nunca dará satisfacción a todos. En medio de esta terrible certidumbre (la del Error absoluto, irrefutable, sin remedio) Godot muere. Se lo han devorado sus fieles. Los que tanto lo esperaron. Al morir, Godot no dio satisfacción a nadie. Al morir, el sentido se pierde. Sólo sigue la matanza. Todos lo entienden: el sentido no era Godot. ¿Dónde está? No hay sentido. Sólo la Muerte puede restablecerlo. Pero lo que la Muerte restablece es el sentido de las tumbas, que sólo a Ella beneficia. En suma, Godot es una figura más metafísica que ontológica en la que el existente inauténtico deposita la realización de sus proyectos. *Si Godot viene –razona– todo será posible, todo se hará realidad.* No advierte –no puede advertir– que no debiera ser necesario que Godot venga para que sus proyectos se eyecten en busca de la dimensión del futuro. Que el hombre –al ser posibilidad y no realidad– debe ser su arrojo, debe proyectarse, debe e-yectarse a partir de sí y no vegetar esperando algo mágico o extra-ordinario de la facticidad. Godot debe morir –de una y mil maneras– para que el hombre pueda conquistar su ser auténtico. De lo contrario, jamás dirá *su* palabra porque espera que Godot venga a decirla por él. O a abrir la posibilidad de decirla. Esa posibilidad la debe abrir él. Cada uno es su posibilidad porque la elige o la crea.

NO HAY "JUSTICIA POPULAR" EN DEMOCRACIA

Volvemos a la precipitación de los acontecimientos. Indaguemos –según es nuestra habitualidad– por medio de los sinónimos. Nos van a conceder el sentido de la palabra *precipitar* y ese sentido será el de la realidad argentina del '74 al '76. Los sinónimos de *precipitar* son: derrumbar, derribar, despeñar. Los hechos, al precipitarse, se despeñan. De aquí en más, todo lo que en este relato se *despeña* lo hace hacia la Muerte. La Muerte es el golpe del 24 de marzo. Otros sinónimos de precipitar son: atolondrar, atontar, aturdir, ofuscar. *Aturdir* es el sinónimo perfecto. Los hechos se precipitan en la modalidad del aturdimiento. ¿Por qué? Porque se precipitan entre el ruido y la furia. Ese ruido, esa furia, aturden y también atolondran o atontan a los protagonistas del relato. Si el relato cada vez significa *menos* (hasta llegar a significar *nada* cuando sólo la Muerte reina) es porque los protagonistas pierden su poder significante al despeñarse en su praxis, atolondrándose, atontándose. De esta forma, ya no pueden contar su relato sino balbuceando. Ya no pueden protagonizarlo sino aturdiéndose, atolondrándose. En fin, a-tontándose. Ahora el relato –el entero relato– es apenas un relato *contado por un idiota* (o por muchos idiotas), *lleno de sonido y de furia, que no significa nada*. O cada vez menos hasta llegar a las puertas de la Muerte y, mansamente, atravesarlas. Ahí, nada significa nada. Pero se acabó el sonido, se acabó la furia. O sólo existe el sonido y la furia de Uno, el que persigue y da la Muerte a todos los otros. Aquí, ya no hay significación. La Muerte, en su modalidad de exterminio, no es un significante: es el fin de todos ellos. La Muerte Argentina –cuya esencia es la desaparición– al hacer desaparecer los cuerpos elimina los significantes. Sólo queda el suyo que radica en eliminarlos. Al fin, no queda ninguno. Desaparece la posibilidad del sentido. No hay sentido. Sólo hay terror, la imposibilidad de pronunciar una palabra diferenciada de la palabra Unica y aplanadora del Poder. (**Nota:** Los sinónimos de precipitarse tienen la misma característica de caída por causa propia, por imposibilidad de frenar el rumbo hacia la catástrofe, incluso por ratificarlo con cada acción. Son: arrojarse, lanzarse, tirarse, derrumbarse, despeñarse, derribarse, impelerse. Y también la cara emocional que acompaña a estos actos de autodestrucción: atolondrarse, atontarse, aturdirse.)

Los hechos que se precipitan son los siguientes: el 10 de enero de 1974 –como apertura de ese año macabro– el ERP, lo hemos visto, ataca la Guarnición de Azul. Pésima decisión atribuida principalmente a Gorriarán Merlo (un triste personaje de estos tristes hechos y de otros que vendrán: el insensato ataque al cuartel de La Tablada bajo la presidencia de Alfonsín). Durante las "acciones" es asesinado (no hay *justicia popular* en democracia, sólo asesinatos, del lado que vengan) el coronel Camilo Gay, su esposa y un soldado: Daniel González. Secuestran al coronel Jorge Ibarzábal. Caen dos combatientes del ERP y de otros dos no se vuelve a saber nada. Algunos sádicos del Ejército de la doctrina francesa de contrainsurgencia se habrán "entretenido" con ellos. Era su modo de ir practicando para el momento del asalto al gobierno que, no lo dudaban, ya llegaría. ¿O no se estaban autodestruyendo todos esos locos? Perón –apenas se produce lo de Azul– aparece por la cadena de televisión vestido por primera vez con su uniforme de teniente general. Ahí estaba: todos los veteranos que aún andan por ahí lo recuerdan. El Viejo estaba iracundo. No era el Viejo, era un teniente general vestido con sus mejores galas. ¿Por qué el uniforme? ¿Cómo? ¿No había sido atacada una Guarnición? Perón se viste como sus compañeros de armas. Y habla como uno más de ellos. Ahí está: qué cosa, parece un milico más. Y arroja palabras terribles contra la guerrilla y contra el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Bidegain, que era un buen hombre, que seguía siendo fiel a la juventud y que habría que haber luchado por mantener en su puesto a toda costa, pero con inteligencia. Lo

peor que podía hacérsele era atacar una guarnición de su provincia. Perón y los fachos, que ya tenían diagramado el plan para decapitar a los gobernadores de la Tendencia, brindan con champán. El ERP, a Bidegain, acaba de entregarlo en bandeja de plata, listo para el sacrificio. ¿Por qué hizo eso el Robi Santucho? Porque al ERP le importaba poco (más exactamente: nada) la política. ¿Para qué tener gobernadores en un régimen burgués? ¿De qué sirve un gobernador si acepta las reglas del régimen? Ser gobernador es incluirse en la lógica organizativa del capitalismo cipayo. A ellos no les importa que caiga o no Bidegain. Buscan algo más radical, más absoluto: que caiga el régimen entero del sistema neocolonial. Para entender el funcionamiento del ERP no hay que relacionarlo con coyunturas políticas. Eso, las coyunturas políticas, las buscaron los montos. Los erpios no. Todo era el régimen. Ninguna negociación era importante ni aconsejable. Se atacaba en el momento en que se decidía atacar, no en una coyuntura favorable. La ETA actúa igual. Primero las bombas, después la política. O mejor aún: primero las bombas, nunca la política. No hay negociación posible porque el enemigo es lo Otro, el Todo. Es el entero sistema dependiente del capitalismo neocolonial y explotador. Luego del discurso de Perón, Bidegain viaja hacia la capital y ofrece su renuncia. Lo tiró el ERP. Ya Perón y los suyos (léase: López Rega, los sindicatos, los grupos armados de la derecha y los políticos sumisos del pejota) habrían encontrado el modo de hacerlo. Pero, como sea, el ERP les hizo el regalo.

VILLAR Y MARGARIDE, EL PODER A LOS ASESINOS

Nos vamos a detener en dos hechos: uno del mes de enero de 1974, los nombramientos de Villar y Margaride (sobre los que hemos hablado, pero hay que decir más), y otro del 27 de febrero, el patético, burdo, golpe del jefe de la policía de Córdoba, teniente coronel Antonio Domingo Navarro. Célebre hecho conocido como el "navarrazo" y que terminó con el gobierno mediterráneo de Ricardo Obregón Cano y Atilio H. López.

Hay dos decretos: 1858 y 562. Sirven para ascender a dos letales policías (expulsados de la fuerza: ¿alguien imagina qué cosa malsana, criminal, debe ser un policía para que lo expulsen de la policía argentina?) Luego serían jefes de la Triple A. Al primero lo asciende Lastiri. Al segundo (subinspector Rodolfo Almirón, que habrá de ser gran killer de la Triple A) lo asciende Perón para que sea miembro de su custodia personal. ¡Qué linda gente elegía Perón para que lo cuidara! Hay un doble matiz en esto. ¿Cómo se puede confiar tanto en un escorpión, en una tarántula? ¿Cómo se puede confiar en la salud mental de un hombre como Rodolfo Almirón? ¿Y si lo compraban? ¿Y si le daban dos millones de dólares y le decían "amasijá al general, la patria te lo pide"? No sólo los montos. No, ojo, eh. Los sindicatos, la Marina, el Ejército. El gorilaje oligárquico. Pero esa era la gente de la que el general gustaba rodearse: fachos, recontrafachos, criminales de gatillo fácil, de puntería mortal.

El 29 de enero Perón designa subjefe de la Policía Federal y superintendente al siniestro Alberto Villar. Lo acompañó Luis Margaride, célebre represor –bajo el Onganiato– de la sexualidad ciudadana al asaltar los hoteles alojamiento, sacar desnudas a las parejas de las habitaciones y averiguar si había menores para comunicarlo a las familias y humillarlos por la pésima educación que daban a sus hijos. "Sus hijas andan cogiendo por ahí y ustedes lo más tranquilos mirando *Tropicana Club* con Chico Novarro y María Concepción César. ¿Les parece bien? ¿Esa es forma de educarlos?" "Pero... es que ya hace tres años que salen." "¿Y eso qué mierda tiene que ver? ¿Se casaron? ¡No! A ver si la entienden: con libreta matrimonial, se coge. Sin libreta, no. Porque la libreta es el permiso del Estado y el matrimonio religioso la santificación de la Iglesia. Ahí sí, ahí se coge. Pero en el lecho matrimonial y en busca de los hijos que harán grande a la patria. Cualquier otra forma es vicio. Degeneración. ¡Marxismo, carajo! ¿O no se llenan la boca los rojos hablando del amor libre? ¡Son enfermos, hijos de mala madre! ¡Judíos y comunistas! No cogen para procrear, cogen por coger. ¡A eso le llaman *amor libre*! ¿Libre de qué? ¿Saben de qué? De la santidad del Señor. Pero esclavos de la ideología nauseabunda de Stalin. Van a estar una semana en la cárcel estos chicos. ¡Pero bien separados! Miren si los vamos a poner juntos. Se la pasarían cogiendo y ofreciendo un espectáculo impúdico a sus inocentes carceleros. Que, al fin, excitados, los van a violar. ¿Qué quieren que hagan?" Ese era –sin exagerar demasiado, creo– Luis Margaride, triste personaje dominado por una grave patología sexual. El otro era peor: un asesino. Una hiena. Le gustaba navegar. Eso lo perjudicó.

Villar era un loco. No era fácil contenerlo. Célebre por haber invadido la provincia de Córdoba y establecer una lucha contra las fuerzas policiales que tenían allí su legítima jurisdicción. ¡Puso presos a policías cordobeses! Lanusse tuvo que intervenir. Célebre también por haber embestido con una tanqueta el local del Partido Justicialista donde se velaban los cadáveres de Trelew para impedir su autopsia. Más tarde, en la redacción de *Noticias*, el diario que habían sacado los Montoneros y dirigía Miguel Bonasso, los miró a todos y fieramente les dijo:

–Yo sé que ustedes tienen un ataúd preparado para mí. Pero yo tengo uno preparado para cada uno de ustedes.

Se le daría uso –antes que a los otros– al que los Montoneros tenían preparado para él. Entre tanto, Perón enfrentaba, con escasas defensas, un combate que habría de perder ineluctablemente, como cualquier mortal. Ese combate se pierde porque a causa de su condición de ser condenado a la finitud ningún hombre puede ganarlo. Ni siquiera Perón, que más de una vez y tal vez desde el origen de sus días habrá pensado que a esa Señora también le haría el verso correspondiente, la sonrisa invencible o siempre la haría volver mañana porque hoy estaba muy ocupado o, en caso de recibirla, la derrotaría con ese carisma suyo que había derrotado a tantos. Lo de no recibirla, eso de hacerle decir: "Venga mañana. El señor presidente no puede recibirla hoy", posiblemente habrá sido de su predilección. Después de todo, el gran recurso de un hombre de poder –y vaya si él lo era– radicaba en decirle a la muerte que hoy no tenía espacio para ella en su agenda, que volviera mañana. Ser inmortal es eso: el poder de decirle a la muerte –siempre que aparezca– que hoy no podemos recibirla, que mañana tal vez. Pero esa obstinada señora viene cuando quiere, entra donde se le da la gana, interrumpe todas las reuniones que se le antoja interrumpir, cancela todas las citas por importantes que sean, dado que la más importante es la que desde el mismísimo instante en que nacimos hemos contraído con ella. Perón se acercaba vertiginosamente hacia la última y hacia la más bella de todas las frases dichas desde ese balcón de la Rosada que era suyo, que él había conquistado a fuerza de carisma, oratoria y –en sus mejores años, en sus grandes y brillantes primeros años– por el amor que el pueblo le entregó y supo ganarse. Perón estaba a punto de decir: "Llevo en mis oídos la más maravillosa música". ¿Qué magia, qué genuina inspiración, qué recuerdo imborrable y feliz, le hizo decir esa frase? ¿De dónde vino, cómo llegó a sus labios, cómo se abrió paso en medio de tantas desdichas, de tantos muertos, de tantas desesperanzas? Mi amigo Mario Wainfeld dijo cierta vez algo poderoso. Que sí, que esa música, "la más maravillosa", se la había llevado "en sus oídos". Y era posible que para siempre. Porque rara vez, o nunca, la habíamos escuchado de nuevo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

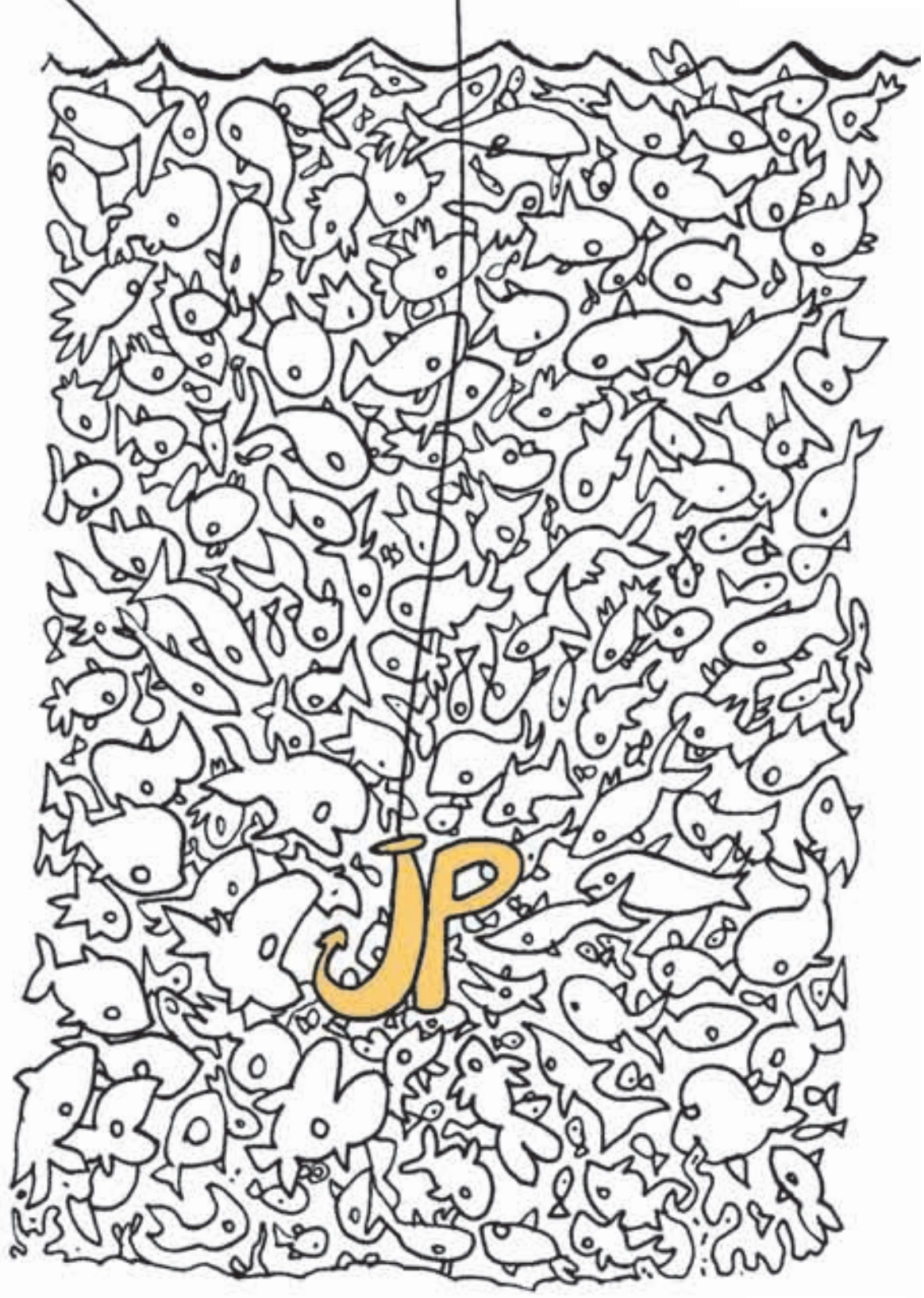
"La más maravillosa música" (II)

José Pablo Feinmann

peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

125 **“La más maravillosa música” (II)**



Suplemento especial de
Página|12

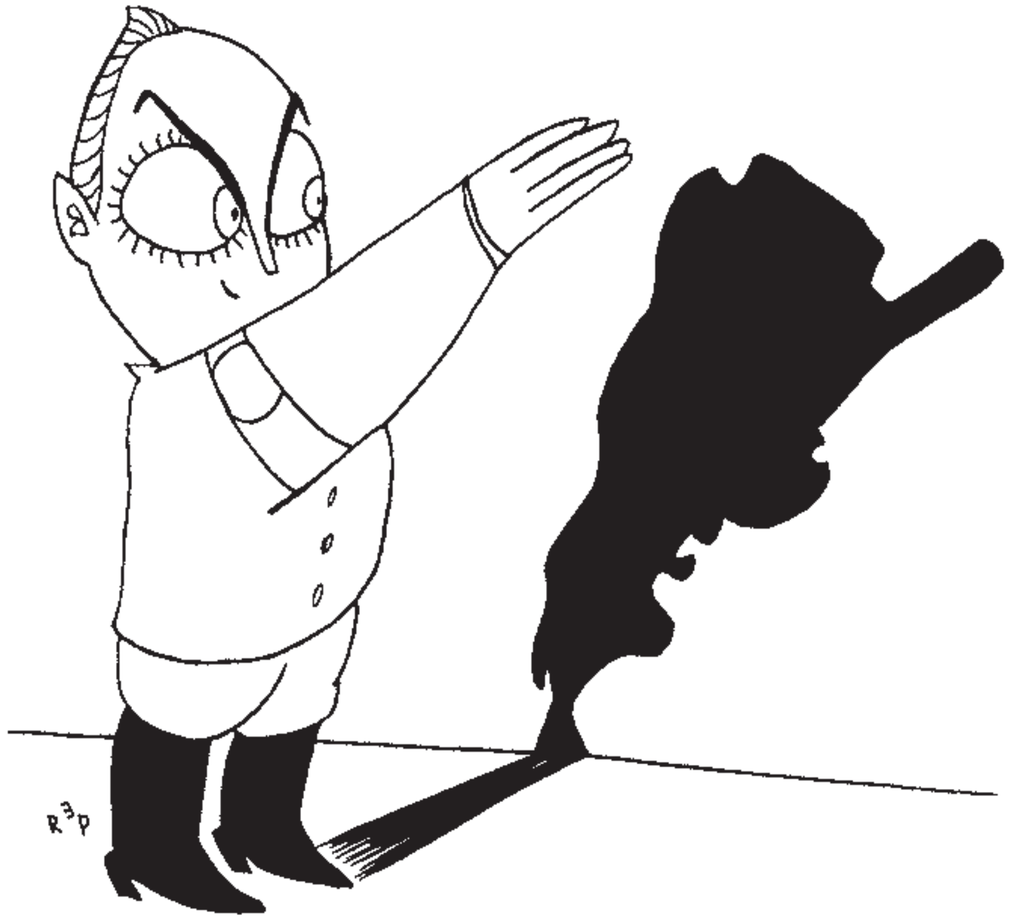
FILOSOFÍA POLÍTICA DE LA PRÓSTATA DEL GENERAL

López Rega salta todos los escalones de la organización policial y lleva a cabo la carrera más meteórica dentro de esa organización. Perón emite el decreto 1350 y el monje umbandista, el Brujo, es ahora comisario general. Asombroso. Durante ese curso que dicté en 2007 sobre peronismo mencioné el tema de la próstata de Perón. Es uno de los tantos temas, otra línea arrojada al azar que busca alguna hendija para explicar el papel de Lopecito en la vida del General. La historia cerrada de la residencia de Puerta de Hierro. ¿Qué pasaba ahí dentro? Si existe –como mito– esa versión de la actriz Ava Gardner, esa bobería en que afirma haber visto a Perón abrir la ventana de su residencia y saludar al vacío, como antes, alzando los brazos y sonriendo, pero no ante el pueblo sino ante la ausencia del pueblo que posiblemente llevara en su imaginación, ¿por qué no trazar otros relatos? Después de todo, Ava Gardner en Madrid era una actriz acabada, que pasaba sus días entre toreros y tragos, algo que era visible en esas bolsas oscuras bajo sus ojos tan claros, tan vivos alguna vez, tan extraviados ahora. ¿Cómo creerle? ¿Cómo creerle a esa sombra, a esa yanki envejecida que sólo sabría de Perón lo que los norteamericanos saben, o creen que saben, lo que les han dicho siempre, no sólo sobre Perón, sino sobre América Latina en general? Que es un continente de dictadores y de pueblos ignorantes. Eso sabría y le añadió la locura. El viejo dictador estaba tan loco que salía al balcón de su pieza a saludar a un pueblo fantasma, lejano. Pero *dentro* de la residencia pareciera ser cierto que López dominaba a Isabel con la magia y a Perón con algunos saberes que aquietaban sus dolores. Esto tampoco explica nada. Pero nadie –en los años del *Luche y Vuelve*– solía teorizar en torno de la próstata de Perón. A partir de cierto momento, esa próstata adquirió el carácter de instrumento gnoseológico insoslayable. Perón tenía una próstata. Todos tenemos una. Pero el General, al estar viejo, tenía *problemas* con esa próstata. Ningún joven de la Tendencia podía siquiera conjeturar de qué problemas podría tratarse. Hay muchas definiciones de qué cosa es ser joven. Bien, creerse inmortal, desde luego. O tener muchas hormonas, ser sometido por el fuego de la sexualidad y querer intempestivamente coger o masturbarse. Una cosa se hace con otra persona, del sexo que sea. La otra con uno mismo. O con alguien que uno conoce bien y desde hace mucho tiempo, como dice Woody Allen en una escena de *Manhattan*. Ser joven es casi siempre hacer las dos cosas. Pero –con relación a nuestro tema: la próstata de Perón– podríamos decir que ser joven significa no saber qué mierda es una próstata. La juventud es una cosa. La próstata es otra. Un viejo no tiene acné ni le salen barritos en la nariz. Un joven no tiene próstata. De aquí que cuando la juventud peronista recibió la interpretación prostática del lopezreguismo le costó entenderla. Parecía que era una cosa que tenían los viejos, algo que les traía problemas para mear o les dolía vaya uno a saber por qué. A través de esta situación que el líder de las mayorías argentinas padecía es que Lopecito había construido su poder. ¿Cómo? Masajeándole la próstata. La pregunta era: ¿no podía Perón pedirle a un médico o a un enfermero habilidoso que le hiciera esa gauchada? Parece que no. Que tenía que ser López. Un alumno me preguntó si yo sabía qué implicaba necesariamente un masaje de próstata. Le dije que no. Me dijo: meter un dedo en el culo. Yo recordé un chiste que conocía y le dije: "Supongo que a veces dos, para tener una segunda opinión". Este chiste lo había utilizado en una contratapa del 2001, durante los turbulentos acontecimientos de ese año. Menem había ido a Olivos a visitar a De la Rúa. Todos los diarios, en su primera plana, publicaban la foto: Luis XXXII (porque era el doble de boludo que Luis XVI) se estrechaba las manos efusivamente con el muñeco maldito (nombre de una inolvidable miniserie de terror que Narciso Ibáñez Menta hizo alrededor de 1962, ayer nomás). Era el colmo. La burla infinita. Mi nota se llamó "El dedo en el culo". Pero en ella explicaba que ahora –con Menem en la quinta– al dedo que nos tenía metido De la Rúa se sumaba el de Menem, para una segunda opinión. Eran los tiempos de las asambleas populares. Alguien me hizo saber que los vecinos de un barrio se habían empezado a organizar después de leer mi nota. En rigor, lo que mi alumno señalaba era que la práctica manual que Lopecito le aplicaba al líder de la Tendencia era una injuria en sí misma. Un ultraje. Se trataba, respondí, de un dedo curativo. El dedo curativo no tiene por qué injuriar. Incluso, cuando publiqué mi nota, un periodista homosexual me dijo que su título era homofóbico, ya que a él –ese dedo, en ese lugar– le gustaba. Me desconcertó. Además, cuando me acusan de homofóbico tiendo a ponerme muy nervioso. En seguida te dicen heterosexual aterrorizado. Homosexual que no se acepta. Y, al final, lo evidente: puto. Pero este periodista se frenó en homofóbico. Lo encontré días después y le dije que el dedo al que yo me refería era el *dedo no querido*. Que había una diferencia entre esos dos dedos: el no querido y el querido. El que era ultrajante era el no querido. El querido era cosa tuya. Si lo querías, el otro hacía lo suyo y no te injuriaba. Pero no todos andan en busca de un dedo en el culo. De la Rúa se lo había metido a todos los argentinos. Menem también. Pero no era deseado por la totalidad de la población. Algunos sí. O querían que se lo metieran a los otros para ellos seguir disfrutando de la paridad cambiaria. Volviendo a Perón: el dedo de Lopecito era el *dedo curativo*. O el dedo que mitigaba dolores. Para que el poder de Lopecito fuera permanente su dedo no podía ser curativo en serio. Debía calmar pero no curar. Si curara, el negocio llegaba a su fin. El dedo curativo es entonces el dedo que calma el dolor, pero no cura. Así, Perón decía: "López, el dolor volvió". Y con el dolor volvía Lopecito. Esto –que suena bizarro– es posiblemente un punto por donde empezar a entender algo. Si López tenía acceso a la carnalidad de Perón. Si Perón no recurría a otro porque lo tenía cerca a López o porque con otro se sentía incómodo, entonces el poder de López era real. Había una intimidad entre esos dos seres a la que nadie podría acceder. A la que nadie podría superar. Que un enano de opereta le introduzca día a día un dedo en el ano a un líder de masas lo convierte poco a poco en el dueño del amo. El dueño del ano del amo es el dueño del amo. Un viejo suele no ser resistente a los dolores. Un hombre como Perón debió sorprenderse al detectar que su cuerpo lo agredía. Porque es así: el cuerpo agrede y por fin es el cuerpo el que nos mata. A eso se le llama muerte natural. Acaso Perón sintiera que López, amainándole los dolores, le espantaba a la Muerte. Acaso, digo. Ignoro si Perón alguna vez se sintió un ser mortal. Tal vez por eso –al sentirlo–, de rabia, de indignación, se dijo: "Si yo me muero, entonces el diluvio para todos". Y le pasó el mando a Isabel, a Lopecito y por carácter transitivo a la Triple A. El desastre, la matanza, el apocalipsis. Sobre todo para quienes habían tenido la altanería intolerable de desafiarlo, de no sometérsele. Esos jóvenes, que, por serlo, se creían eternos. Les esperaba una buena sorpresa. El General se iba al otro mundo con la escalera de sus hijos. Ni arriba del ropero podrían esconderse.

EL CONFLICTO ES LA DESPRESENCIA EN LA PRESENCIA ENEMIGA

Otro de los acontecimientos que cubren de oprobio la presidencia de Perón es el "navarrazo". El "anciano líder" era posiblemente anciano y también posiblemente la lucidez lo abandonara y le volviera. Toda vez que lo abandonaba era poseído por las sombras de la vejez, de la decadencia. Pero fueran lo que fuesen esas sombras (pongamos un extremo: delirios seniles o locuras temporales o pérdida del sentido de la realidad) nunca se le iban hacia la derecha. La tan mentada decrepitud física y psíquica del "pobre anciano" tenía una coherencia formidable: siempre jodía a la izquierda, jamás a la derecha. Senil o lúcido, Perón no dejaba de decir: ¡echen a los infiltrados del movimiento!, ¡que se vayan los que se pusieron la camiseta peronista!, ¡quiero a Villar y Margaride, buenos policías, el pueblo me lo pide, no su cabeza, la de los zurdos!, ¡ataque, Villar, ataque, muerda, carajo, no ladre, muerda! ¿Por qué nunca deliraba a favor de la izquierda? ¿Por qué, en medio de su desquebrajamiento senil, no decía: cuiden a los jóvenes, no me maten a mi juventud maravillosa, sólo están mal conducidos, son recuperables? ¿Por qué, una sola vez, no dijo "son recuperables"? Y si lo dijo, si lo pensó, si tal vez lo hizo llamar a Juan Manuel Abal Medina para que la trajera a Norma Arrostito, lo hizo mal o lo hizo tarde, pero no se dio, ese encuentro quedó en nada, bloqueado o, en última instancia, no querido o no querido con la suficiente fuerza como para tornarlo posible. Es increíble (y da mucha bronca) que Perón no haya integrado a la Jotapé. Su idea postrera de la conducción política ya no era la de sus clases de 1951, las del manual de *Conducción política*: sumar siempre. Ahora decía: la Argentina necesita un dictador y yo estoy muy viejo para convertirme en uno. Sin embargo, lo intentó. Y, a veces, con eficacia.

Lo que intentó la JP Lealtad tuvo coherencia. Dentro, siempre, de la concepción entrista. Tal vez lo apropiado era irse del peronismo y empezar a construir en otro lado. Pero eso era abandonar toda la lucha que se había dado para traer a Perón a la Argentina. Era el camino fácil, el de los puros. Me alejo de este infierno. Me voy con Alende-Sueldo. La izquierda elegante, sensata. Pero eso era rendirse, negarse a formar parte de la verdadera historia que estaba en juego, del *lugar* de la historia. Hay un espacio en que la historia se constituye. Nadie la constituye. Todos la constituyen. También se constituye a sí misma, al margen de la voluntad o de la conciencia de los sujetos actuantes. Hay hechos que se desenvuelven por pura inercia hasta que conforman un significante que se encarna en un grupo, un fragmento de clase, una institución y hasta un individuo. En enero de 1974, lo constituido, eso en lo que era posible que una praxis tuviera sentido, que formara parte de los verdaderos conflictos (o diferencias entendidas como conflictos, como antagonismos, ya que esto y no otra cosa son las tan mentadas diferencias; no, por ejemplo, diversas flores de una realidad múltiple que dialogan entre sí pero cada una es lo que es porque es diferente de la otra, pero no en tanto conflicto sino en tanto riqueza de una realidad desbordante de polos, casi un mundo armónico, pacífico en medio de sus infinitas



floraciones, un mundo en que ninguna diferencia busca someter a la otra sino sólo diferenciarse, ser sí misma y expresarse en libertad permitiendo a la otra hacer exactamente lo mismo) era el peronismo. Había que resolver ese relato, esa complejidad abstrusa que se había tramado durante años y había explotado –buscando simplificarse por medio de la violencia– desde el regreso de Perón. Es cierto que hay una despresencia en toda presencia. Pero en este sentido: toda presencia es despresencia porque, no bien surge, otra presencia amenaza con eliminarla. Ninguna presencia es plena. Siempre está en relación con otra que se le opone en tanto conflicto, lucha. Perón –que, en cierto momento, entendió mucho de política– decía en *Conducción Política:* "La acción política es una lucha de voluntades". Lo vuelve a decir en *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. En gran medida porque –como vimos, acaso con alguna ironía excesiva para Pino y Octavio, pero sin maldad; sólo, en el fondo, con piedad, con esa piedad con que nos miramos a nosotros mismos, a todos los que vivimos ese período en que nuestros actos o se volvían otros o tenían que ser otros de los que queríamos para ser algo– Perón repite ahí sus verdades de siempre, sus frases de todos sus tiempos. Si algo demuestra que no se había *aggiornado* como todos creíamos o deseábamos es el texto de *Actualización*, tan pobre en alteraciones de fondo al de *Conducción política* de 1951. Pero la frase sobre la acción política como lucha de voluntades tenía lo suyo. Aquí, la voluntad debe ser entendida como voluntad de poder. Una voluntad busca imponerse a la otra. Toda presencia surge en el campo histórico en tanto voluntad. No bien surge, otra voluntad se le opone, porque toda presencia establece una diferenciación. Pero el campo hiperdeterminado de la historia no es el sistema lingüístico de Ferdinand de Saussure. Toda presencia –en el campo histórico– es –a la vez– afirmación de sí y diferenciación de todas las demás. Con algunas, la diferencia es tan potente que sólo puede ser entendida como conflicto, como antagonismo. Con algunas o con casi todas. Al menos como *conflicto*. La historia es el gran significante que se totaliza y destotaliza por medio de sus presencias, por medio de sus diferencias que lo son en tanto expresan conflictos. Ahí donde no hay conflicto no hay diferencia. Existe la armonía de los distintos dialectos (dialectos es una expresión cara a Gianni Vattimo, que todavía anda por ahí pese a todas las macanas que ha dicho en los últimos 25 años) que –en medio de esa armonía– buscan entenderse. La multiplicidad de dialectos es la pluralidad democrática. La pluralidad democrática expresa la libertad de cada uno de sus integrantes. En el campo económico esa libertad se explaya en el mercado libre. Esta es la coherencia entre el posmodernismo como expresión ideológica del mercado neoliberal. Sin embargo, es ese mercado –precisamente– el que nos exhibe la realidad en tanto conflicto, lucha. ¿O hay armonía en el mercado? Hay competencia. ¿La competencia no es conflicto? Peor: es guerra. En medio de esa guerra por apoderarse del mercado los más poderosos se devoran a los más débiles. Forman los monopoplios, los oligopolios. Buscan apropiarse del mercado. En la historia (que incluye a la economía: no adherimos a ese dislate de la determinación de la economía "en última instancia") sucede lo mismo: la acción política enfrenta a las voluntades. Cada voluntad emerge en tanto presencia. No bien emerge otra presencia se diferencia de ella en tanto conflicto. Si la Jotaperra aparece es para diferenciarse en tanto conflicto (y, más aún, en tanto conflicto armado, en tanto Muerte) de la Jotapé. Pero la Jotaperra –que emerge como presencia– es herida de inmediato por la despresencia. La Jotapé es la despresencia en la presencia de la Jotaperra. La despresencia se expresa como antagonismo, como conflicto y hasta como aniquilación y como Muerte. Así las cosas, la frase la acción política es una lucha de voluntades formula la decisión de cada voluntad (que es voluntad de dominio porque en el hombre hay un espíritu que lo constituye: *el espíritu de dominación*) de imponerse a la otra. Claro que los consensos son posibles. Pero en tanto pactos que se dan en la polis en busca de una gobernabilidad previsible. No es fácil. Y es aquí donde entra la legitimación del proyecto de la Jotapé Lealtad. En enero de 1974, no existían condiciones revolucionarias en el país. Ni revolucionarias ni prerrevolucionarias. Existían ya condiciones para el repliegue. Aunque no eran tan claras. Las condiciones prerrevolucionarias habían existido *antes* del regreso de Perón. Ese regreso permitía soñar con una insurrección de masas o, al menos, una pueblada. ¿Cómo no creer en eso si Lanusse lo temía? Durante los días del primer regreso de Perón prevenía que no se toleraría "ninguna pueblada". Si Lanusse amenazaba con reprimir cualquier desborde popular era porque éste podía producirse. Lanusse no era un hombre de temores vanos. Lo que temía, si lo temía, era real. Ergo, volvía el líder que podía provocar una insurrección de las masas. ¿Cómo no asumir esa situación como prerrevolucionaria? Sin embargo, Perón la asume como preeleccionaria. Nada de *Ni votos ni botas, fusiles y pelotas*. Elecciones libres y con Perón. Pero ahora, más de un año despues, todo estaba patas para arriba. Todo había salido como nadie esperaba. Nada de insurrección de masas. Masacre de Ezeiza. Perón apoya a la derecha. Allende cae en Chile. Se forman grupos de ultraderecha apoyados por el gobierno, que ejerce Perón. Los Montos asumen haber matado a Rucci a dos días del casi 63 por ciento de los votos. Sólo restaba jugarse por la democracia. Una democracia que implicaría un espacio de paz, y una obediencia a la voluntad popular. A eso se jugó la *Lealtad*. ¿Quién mierda eran Firmenich, Perdía o Vaca Narvaja? Perón era Perón. A él lo había votado la gran mayoría del pueblo argentino. ¿Qué historia tenía detrás Firmenich? La de haberse colgado del peronismo. Como toda la juventud. Bien, para el pueblo el peronismo era Perón. Y si cada uno de ellos había concurrido a votar era porque eso querían: la democracia, la paz, un gobierno popular distributivo. Frente a esto, la soberbia de los montos. Ahí es donde se abre la Lealtad. Si no hay más espacio que para el Error nos equivocamos con el tipo al que votó el pueblo. No hay espacio para la guerra. Aquí se achica un poco la interpretación que postula a la Lealtad como un medio para salvar la vida. Las "fuerzas salvajes" que menciona Horacio eran demasiado poderosas y apoyaban a Perón. Como las otras fuerzas –no las salvajes– sino las del pueblo peronista que había llenado las urnas.

"ESTO ES TODO LO FASCISTA QUE YO PUEDO SER"

Escribí un trabajo de 30 páginas. Miguel estaba despatarrado en un sillón y hablaba sin parar. Yo tomaba algunas notas. Pero tenía mi propio plan de exposición. La polémica había que darla con "los científicos de la revolución". Que eran los de *Pasado y Presente*, lujosa e inmerecida expresión de los Montoneros en esa coyuntura. Creo que Portantiero y Aricó escribieron un texto muy inteligente contra esa idea idílica de Perón acerca de los "apresurados" y los "retardatarios". El Negro Porta, impecablemente, decía que "apresurados" y "retardatarios" no iban hacia un mismo lugar. No tenían un mismo proyecto político al que unos iban más rápido y otros más despacio. Se trataba de proyectos políticos diferenciados, antagónicos. Yo –dispuesto a hacer malabares– contesté: "Desde sus gabinetes mediterráneos, los científicos de la revolución objetaron este análisis del hombre que está al frente del movimiento peronista: 'Es –así lo dijeron– evidentemente falso'. Todo parece indicar que Perón no ha advertido que su definición ubica dentro de un mismo proyecto político a *apresurados* y *retardatarios* y que la única diferencia que permite establecer entre ambos es, meramente, la de la velocidad con que se aproximan a la meta final. La notoria incorrección del planteo consistiría en no advertir que *apresurados* y *retardatarios,* lejos de orientarse hacia un horizonte estratégico común, expresan proyectos políticos distintos y hasta antagónicos.

"Desde una perspectiva de no-conducción, la crítica al planteo de Perón presenta indudable verosimilitud. Porque es cierto que los proyectos políticos de *apresurados* y *retardatarios son, en lo inmediato, distintos,* y hasta posiblemente antagónicos en lo mediato. Pero –estando, como está, Perón al frente del movimiento peronista– el peronismo no hace política ni la analiza desde una perspectiva de no-conducción, sino todo lo contrario. *Es, en consecuencia, la conducción política de Perón la que permite orientar hacia un mismo horizonte estratégico los proyectos políticos distintos de* apresurados y retardatarios" (Este trabajo está recogido en JPF, *Estudios sobre el peronismo*, Legasa, 1983, Buenos Aires, octubre de 1983, p. 157. Este libro es una reelaboración de *El peronismo y la primacía de la política*, de 1974. Ahora, si la Facultad de Filosofía y Letras edita la edición completa facsimilar de *Envido*, nuestra revista de política y ciencias sociales, cada uno podrá juzgar a nuestra generación en sus esperanzas, patéticas ingenuidades, ilusiones rotas o iluminaciones sorprendentes. Pero tendrá los textos de una época escritos en caliente, como el que acabo de citar). Cuando iba a entregarlo –no recuerdo a dónde– me crucé con un militante de Guardia de Hierro. Me felicitó. Me dijo: "Es doctrinariamente perfecto". Eso ya me hizo sospechar. Llegué al lugar de reunión. Estaban los compañeros. Estaba Miguel.

–¿Y?

–Aquí está –dije y lo tiré sobre la mesa. Añadí–: Son 30 páginas. Pero quiero aclarar algo, compañeros. Por favor, entiéndanlo bien. Esto es todo lo fascista que yo puedo ser. No me pidan más.

Años después, en una confitería de Corrientes, les pedí perdón al Negro Porta y a José Aricó por ese texto. Pero –aclaré– ellos debían disculparse por haber seguido la conducción de Firmenich. "Vos, Pepe, por haber dicho esa frase sobre la unión de las FAR y Montoneros como el acontecimiento político más importante de los últimos tiempos." Estuvieron de acuerdo. Habían regresado muy cambiados de México. Aproveché y les dije que la Lealtad se había jugado a la única posibilidad democrática o –al menos– mayoritaria que existía en el país: el 62 por ciento de Perón. Que ya no había revolución posible. Que el reflujo de masas era claro. Que había que dejarlo gobernar a Perón. Velar las armas. Guardarlas. Que el ERP siguiera porque la política le importaba una mierda. Pero Montoneros había surgido al calor del peronismo. Que, ahora, era eso. Perón, su 62% y toda su mierda: Isabelita, Lopecito y las bandas fascistas. Las fuerzas salvajes. *La correspondencia de fuerzas era por completo desigual*. Era insensato dar una batalla frontal. No lo entendió así la conducción de Montoneros ni los grandes cerebros que la aceptaban: Gelman, Urondo, Verbitsky (hasta cierto punto), Walsh, Oesterheld, Bonasso. O los grandes guerreros como Juan Julio Roqué, "Iván Roquín", "Lino" o "Mateo" para sus compañeros. Que "recibió instrucción militar en Cuba y se reveló como un certero tirador. Muchos dicen que debido a esa habilidad, mucho tuvo que ver con la muerte del torturador general Juan Carlos Sánchez –jefe del Segundo Cuerpo de Ejército (1972, Rosario) y del burócrata sindical José Ignacio Rucci (1973, Buenos Aires)" (Baschetti, *La memoria de los de abajo*, Vol. II, ed. cit., p. 178). Luego, vino la masacre. La disparidad de fuerzas fue enorme y el Ejército dio cuenta fácil de la guerrilla. Después la hundió en los campos de concentración para martirizarla.

ANA GUZZETTI, LA MUJER QUE ENFRENTÓ A PERÓN

Cuando el de Guardia de Hierro me felicitó, me dijo: "Cuidate". ¿De qué? Los montos no me iban a matar. Pero era cierto: los que se metían en el medio eran pasto de los servicios que los liquidaban para echarles la culpa a los montos. "Los mataron ellos porque se fueron."

El "navarrazo" fue un oprobio. "El 28 de enero (escribe Sergio Bufano) el teniente coronel Antonio Domingo Navarro asaltó a mano armada la Casa de Gobierno de Córdoba y apresó al gobernador Obregón Cano, a su vice, Atilio López, y a todos los ministros. Maltratados y amenazados de muerte, fueron trasladados y permanecieron secuestrados mientras Navarro se hacía cargo del Gobierno" (Sergio Bufano, *Lucha Armada*, ed. cit., p. 26). La "desobediencia" de Navarro fue comparada con la de San Martín al Directorio de Buenos

Aires. ¡El matón Navarro y el libertador de pueblos! Los fachos tenían un caradurismo único. ¿Perón no sabía nada de esto? Imposible. Dejó hacer. Mandó al muere a peronistas que le habían sido fieles como Obregón Cano y Atilio López. Que quedara claro: sería inflexible. Le importarían poco las formas democráticas. Tanto, que no repuso en sus puestos a Obregón y López. Lo mandó a Córdoba a su ministro del Interior Benito Llambí, que puso a las autoridades más convenientes a la escalada derechista de Perón.

Durante esos días seguían los atentados de los grupos de derecha a los locales de la Jotapé. Y también los asesinatos. Se produce el increíble episodio de Ana Guzzetti. Perón –estaba claro– se creía Dios. Se creía impune. Cualquier cosa le era posible. Durante esos días –antes del *navarrazo*–, Perón, vestido con ese trajo blanco que parecía agradarle bastante, ofrece una conferencia porque el tema de los parapoliciales de derecha estaba en boca de todos. Estamos en el 8 de febrero de 1974. La periodista Ana Guzzetti, del diario *El Mundo*, dominado por el ERP, se identifica y, respetuosamente, le dice:

–Señor Presidente, en el transcurso de dos semanas hubo exactamente 25 unidades básicas voladas, doce militantes muertos y ayer se descubrió al asesino de un fotógrafo. Evidentemente todo está hecho por grupos parapoliciales de ultraderecha.

Perón enciende un cigarrillo. Suspenso. El aire súbitamente helado se corta con una gillete. Perón –diría: a lo Trujillo, y perdón pero es así– responde:

–¿Usted se hace responsable de lo que dice? Eso de parapoliciales lo tiene que probar. –Se dirige a su edecán–: Tomen los datos necesarios para que el ministro de Justicia inicie la causa contra esta señorita.

Ana Guzzetti, con un coraje superlativo, no se echa atrás:

–Quiero saber qué medidas va a tomar el gobierno contra todos estos atentados fascistas.

Perón no puede creer que alguien (¡y una mujer!) lo esté desafiando así. Responde:

–Las que se están tomando. Estos son asuntos policiales que están provocados por la ultraizquierda, que son ustedes. –Al decir esto señala a Ana con su dedo olímpico–. Y la ultraderecha, que son los otros. De modo que arréglense entre ustedes; la policía procederá y la Justicia también. Indudablemente que el Poder Ejecutivo lo único que puede hacer es detenerlos a ustedes y entregarlos a la Justicia. A ustedes y a los otros. Lo que nosotros queremos es paz, y lo que ustedes no quieren es paz.

Ana, con admirable obstinación y valentía, todavía dice:

–Le aclaro que soy militante peronista desde hace trece años.

Perón se pone en pie. Da por terminada la conferencia de prensa. Pero antes, entre irónico y desdeñoso, le ha dicho a Ana:

–¡Hombre, lo disimula muy bien!

¡Por lo menos debió haberle dicho "mujer"! No mucho tiempo después intentan secuestrar a Ana. Ella grita con todas sus fuerzas:

–¡Soy Ana Guzzetti! ¡Me están secuestrando!

Y eso la salva. Ana, te atreviste a desafiar Dios. A decirle que estaban amasijando a toda la juventud peronista –que, hasta el momento, no respondía– en medio de su gobierno supuestamente "popular y democrático". Dios enfureció y te arrojó a las fieras. Te salvaste de milagro. Querida amiga, no voy a confundirte con un hombre como el General. Porque pocos hombres habrían tenido tu coraje. Siempre me sorprendió la militancia peronista que Ana le tira a la cara al General. Él, que es el jefe histórico y absoluto del movimiento que –además– lleva su nombre, tiene que escuchar de labios de esta joven que ella no deja de considerarse peronista por disentir con él. Eso que –en rigor– Ana le está diciendo es: "Usted me trata como una ultraizquierdista. Pero se equivoca. Yo soy peronista y es como peronista que le hago este reclamo: están matando a nuestra gente. A jóvenes que también son peronistas. Yo llevo trece años siéndolo. Y aunque usted me empuje a la ultraizquierda voy a seguir siendo lo que soy. Peronista, General. Porque, por más que usted, que es Perón, me lo niegue, yo soy peronista". Habría sido formidable una respuesta suya al irónico "¡Hombre, lo disimula muy bien!" que le arroja Perón en el momento en que le da la espalda para irse. Podría haberlo paralizado diciéndole:

–¡Hombre, usted también!

O más prudentemente y ya no tan imposible:

–Disculpe, General, pero usted también.

¿Quiénes son los idiotas que dicen todavía que las mujeres vienen al mundo a criar hijos y mantener ordenado el hogar? Salud, Ana Guzzetti. No le dijo esa frase final a Perón, pero su firmeza y la especial firmeza con que le ratificó su propia identidad, que consistía en adherir desde hacía trece años al movimiento que él conducía (algo que no le imposibilitaba decirle la verdad), marcan un momento histórico. Un peronista, desde su identidad peronista, disentía públicamente con Perón. Insólito en un movimiento que se había relacionado con su líder por medio de la adulación o del directo endiosamiento.

PERÓN Y GELBARD ROMPEN EL BLOQUEO A CUBA

Perón toma, durante su tercera presidencia, una decisión acaso sorprendente pero acertadísima y encuadrada dentro de las tradiciones del movimiento. La CGE había nacido en los '50. Ahora, en los '70, lo pone a Gelbard de ministro de Economía. El supuesto protector de nazis "por pura ideología", el milico sobre el que algunos dejan caer sospechas de antisemitismo, pone a un judío a su lado. El furioso anticomunista, el que se encuentra con Pinochet y le tiende su mano, deposita en manos de un comunista un ministerio tan esencial como lo es el de Economía. Más aún: Perón, por mediación de Gelbard, rompe el bloqueo a Cuba.

Jorge Obeid, peroncho de pura cepa, cuenta la siguiente historia: "Recuerdo que en la última entrevista que tuve con el general Perón, en la Quinta de Olivos a principios de 1974, cuando deslicé un reproche sobre la actitud que sobre los grupos juveniles del peronismo y de la izquierda llevaban adelante sectores de la derecha peronista, el General me respondió con una sonrisa cómplice:

"*–Pero vea, m'hijo, que estamos a punto de concretar una operación con Cuba que significa romper el bloqueo a los norteamericanos. –Y luego, más serio, agregó–: Ningún país del mundo se atrevería a eso"* (José Bodes-José Andrés López, *Perón-Fidel, línea directa*, Prólogo de Jorge Obeid, Ediciones del Dragón, Buenos Aires, 2007, p. 12). Gelbard, en Cuba, traba una más que agradable relación con Fidel. Quien, preocupado, le dice estar al tanto de los problemas que tiene con Kissinger para concretar la operación con Cuba. Gelbard le responde:

–No se preocupe, que el asunto con Kissinger es una pulseada entre judíos. (Bodes y López, ob cit., p. 138.)

Luego ofrece una conferencia de prensa en la que afirma:

–Para la Argentina no existe ningún país bloqueado, ni ha existido nunca, ni antes de 1955, ni a partir del 25 de mayo. (Bodes y Obeid, ob. cit., p. 139.)

Luego el mismo Fidel acude al aeropuerto a despedirlo. Se dice que cuando Fidel hace algo así es porque todo ha salido bien. La cosa no es tan extraña como parece. Gelbard era un hombre del Partido Comunista. Los soviéticos tuvieron siempre buena relación con Castro y mala relación con las guerrillas latinoamericanas. Que fueron, más bien, tarea del Che. Castro, muchas veces, se comportó como un mariscal del Kremlin y la isla –hasta la caída del comunismo– recibió todos los meses eso que los cubanos llamaban "el cheque". O sea, el dinero de la URSS para financiar la Revolución. Fidel era un político muy hábil y Perón confiaba en Gelbard. No era raro que la operación se diera. Aunque conllevase el riesgo de "romper el bloqueo". También Fidel recibió al "canciller de hierro" de Galtieri, Nicanor Costa Méndez, durante la Guerra de Malvinas. La revista *Humor* sacó un chiste memorable: Primer cuadro: un tipo en su habitación, tranquilo, leyendo. Sobre la pared un retrato del Che. Segundo cuadro: Entra la cana y se lo lleva. Tercer cuadro: Tiempo después vuelve a su casa y lo ve a Costa Méndez abrazándose con Fidel Castro. Cuarto cuadro: el tipo absorto, en blanco. No entiende un pomo.

Guevara concluye una reunión con el yanki Herbert Matthews, del *New York Times*. Ha sido duro con él. Se le acerca el comandante Castro.

Fidel: Lo asustaste al gringo. No tendrías que haberle dicho que eras marxista.

Che: Es la verdad.

Fidel: Esa verdad nos perjudica en este momento. Por ahora sólo somos unos barbudos pintorescos que luchamos contra una dictadura incómoda.

Che: ¿Incómoda? Vamos, Fidel: sanguinaria, cruel, genocida.

Fidel: Incómoda para el Departamento de Estado.

Che: ¡Pues que se vayan dando cuenta, qué joder! No venimos a mejorarle la imagen al Departamento de Estado. Venimos...

Fidel: (Muy firme:) Sí, ya sé a qué venimos. Pero no nos conviene decirlo por ahora. El socialismo los espanta.

Che: Es que a eso venimos: a espantarlos.

Fidel: Tenemos que hacer política.

Che: ¿Y qué es hacer política? ¿No decir la verdad?

Fidel: No decir *siempre* la verdad.

Che: Esconderse, mostrarse, dar la cara, no dar la cara, decir la verdad, no decirla, sonreír sin ganas, darles la mano a los hijos de puta, abrazarse con los cretinos, hablar, callarse, decir sí sin decir sí, decir no sin decir no... ¿eso es hacer política?

Fidel: (Mirándolo fijamente. Muy convencido:) Exactamente eso.

Che: Eso no es para mí. No voy a ser buen político, Fidel.

Fidel: Entonces déjame la política a mí. Tú ocúpate de la guerra.

Che: Es que la guerra está por terminar. Ahora empieza la revolución.

Fidel: (Asiente con un gesto. Luego dice:) Y la revolución es paciencia. (Pausa.) Una larga paciencia. Tendremos que gobernar, Che. Y gobernar... no siempre es heroico. (José Pablo Feinmann, *Cuestiones con Ernesto Che Guevara,* en *Dos destinos sudamericanos*, Norma Editorial, Buenos Aires, 1999, pp. 29/30.) Notemos que, en este enfoque, Fidel guarda semejanzas con Perón. Y el Che con Evita. Se comprende que la Jotapé haya procedido a la *guevarización* de Evita.

Otro dato: en tanto Gelbard se abrazaba con Fidel y rompía el bloqueo a Cuba, el comisario Navarro barría con el gobierno constitucional de Córdoba por considerarlo zurdo, comunista, infiltrado. Y Perón dejaba hacer. No es inexplicable. Fidel respondía a la Unión Soviética. Gelbard era comunista y mantenía fluidas relaciones con el Poliburó. En cambio, los infiltrados en el peronismo eran hombres de la guerrilla, que la Unión Soviética rechazaba de plano. No había incoherencia alguna en comerciar con los razonables soviéticos de la coexistencia pacífica y su mariscal Castro y, a la vez, liquidar a los aliados de la guerrilla latinoamericana que habían tomado un camino equivocado. En cuanto a la alharaca de "romper el bloqueo" a Cuba, seguramente Gelbard lo había arreglado con Kissinger, "de judío a judío" como gustaba decir. No hay contradicciones.

El 1º de Mayo Perón convoca a la Plaza. Ya analizamos este acto. Añadiremos algunas cosas más. Y luego el asesinato de Carlos Mugica. Y luego el discurso del 12 de junio y esa maravillosa música que el General se lleva en sus oídos. Y luego la muerte de Perón. El final. Y una pregunta insidiosa: Entre el gobierno de Perón y el de Isabel-López Rega, ¿hay continuidad o ruptura?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Perón muere

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

126 **Perón muere (relato)**

Suplemento especial de
Página|12

1

Entre el 30 de junio y el 1º de julio hay un salto. Hay que saltar porque no hay 31 de junio. No existe. Si uno, al venir al mundo, pudiera pedir algo al Gran Ausente, en caso de que, por una de ésas, lo encontrara en algún atajo, en alguna senda perdida, debiera pedirle morir un 31 de junio. Aceptada, esa petición nos haría inmortales. Nadie puede morir un 31 de junio porque ese día no está en el calendario. Y uno siempre se muere en el calendario, nunca afuera. Uno siempre se muere en una fecha que, más tarde, los que lo recuerdan, si es que alguien lo recuerda, conmemoran. "Hoy, hace 15 años, se murió ese perro mal parido de Pedro Marquesino, que en paz descanse. Gran traidor, mal bicho al extremo, supo ganarse el odio de todos quienes lo conocieron. El día de su muerte hubo bailes alrededor de su tumba y sexo impúdico y sacrílego en la capilla en que lo velaron. Cuando dos o tres de sus familiares arrojaron tierra sobre el cajón fueron superados por los escupitajos de casi todos los presentes." El que se muere, pierde. Siempre el que permanece vivo se siente superior. "Reventaste, idiota. Te dije: no fumés tanto." El que queda vivo infaliblemente encuentra en el que muere la razón que lo hizo morir, un motivo, una deficiencia de la que él carece. "Fumaba mucho." "Chupaba como un loco." "Era un drogón." "Se cogía todo. No se puede. Al final el cuore te traiciona." O también: "¿De qué murió?" "De cáncer de pulmón." "¿Fumaba mucho, no?" "No." "No puede ser." "Enterate, aunque vos no fumés igual te puede alcanzar un bruto cáncer de pulmón y chau, a cantarle a Gardel." Nadie se esconde de la Muerte. Está dentro de nosotros. Está en uno de los pliegues interiores de nuestro cuerpo infinito y traidor. Cualquier día, a cualquier cosita insignificante le da fiaca, no trabaja más, no te bombea, o trabaja demasiado y te llena de células cretinas, malas, que te invaden y te colonizan y terminás peor que Atahualpa o Túpac Amaru, colonizados por Pizarro y Cortés, que eran, para ellos, no la Muerte, sino la epidemia evangélica y codiciosa que no deja nada en pie.

Perón no pudo esconderse en el 31 de junio. Le habría sido imposible. Saltó del 30 al 1º de julio. Nadie lo esperaba. Todos lo esperaban. Nadie quería que sucediera. Si se moría el Viejo se pudría todo. Subí al *Rayo de Sol* a las 20.45 del 30 de junio. El *Rayo de Sol* era un tren hermoso. Todavía conservaba rasgos del Imperio Británico en sus camarotes y el salón comedor. Me acomodé en mi camarote. Lo compraba entero: las dos camas para mí. No quería a nadie durmiendo en mi mismo y privativo ámbito. Admito que tenía un arreglo con los vendedores de boletos. Les pagaba una cama y un poco más y me daban el camarote completo. Reservaba el primer turno para el salón comedor. Esa noche comí con un flaco que no paró de hablar sobre lo bello que era el viaje en tren. Le dije que no. Que era mejor el avión, que llegaba a Córdoba en dos horas y ya estaba, el viaje había concluido. Me preguntó por qué no viajaba en avión.

–Porque tengo miedo –confesé. Me miró con cara rara. Dije–: ¿Te llama la atención? ¿Dónde vivís vos? ¿En Suiza? ¿No sabés que en tu país matan gente todos los días? Bueno, eso me produjo una especie de neurosis de muerte. Viajo en tren. También se puede morir en un tren. Pero tiene que ser en el Oriente Express y en una novela de Agatha Christie. No es el caso.

–¿Tanta gente matan? –se preocupó.

–Qué sé yo. Uno es un perejil. Se entera de lo que puede. Pero seguro son más.

–¿Y por qué? Yo no estoy metido en nada.

–A veces, eso es peor. Matan perejiles sueltos para asustar a todo el mundo. Crear el terror. –Tomé el café. Me levanté y me fui. Antes le dije–: Que duermas bien. Y olvidate de lo que te dije. ¿Vos no estás en nada? Decime, ¿qué es no estar en nada?

–No me meto en política.

–Ah, sí. Lo malo de la política... –Había tomado bastante vino para dormir bien–. Lo malo de la política es que, aunque uno no se meta con ella, ella suele meterse con uno. ¿Qué joda, no? Vivís en la Argentina vos, ¿o me equivoco?

–No, vivo aquí.

–¿Y todavía no te diste cuenta, viejo? Esto es un páramo. Los fachos del peronismo están desbocados. Matan a cualquiera. Y lo peor ni empezó.

–Pero gobierna Perón. Va a imponer el orden.

–Perón se está muriendo, salame. Y ahí nos quedamos a la deriva.

No sé si durmió esa noche. Raro que lo haya hecho. Fui cruel con él. Pero estos tipos que creen que guardándose, no metiéndose en nada, son ángeles fuera de las batallas de las fuerzas infernales, siempre me reventaron, duro con ellos. Tirarles la realidad por la jeta y que se hagan cargo del Tremebundo Cagazo Que Atraviesa el País de un Extremo al Otro.

2

El *Rayo de Sol* llega a horario. O casi: entre las 7.30 y las 8 de la mañana. El Hotel Sussex (a veces voy al Sussex, a veces al Crillón) está a cuatro cuadras de la estación de trenes, frente a la plaza principal, frente al Departamento de Policía, lugar temible ahora, donde seguro se planeó el *navarrazo*, donde se tortura, donde se hacen listas negras, donde se anotan en hojas cuadriculadas de oficio muchos nombres, todos de futuros cadáveres. Camino las cuatro cuadras, alguien lleva la valija a mi habitación y voy a tomar un capuccino a la barra de don Tomás, el barman. Siempre hay un barman en un hotel como el Sussex. El barman es un hombre que –además de servir bebidas– tiene que ser sabio, saber escuchar a los melancólicos, a los tristes sin retorno y aconsejarlos, si tienen ganas. A menudo, el cliente sólo quiere que lo escuchen. Ahí, don Tomás sólo escucha, pone la oreja y, con gran arte, se dedica a embriagar a su cliente. Después lo envía a dormir. Otras veces lo aconseja. Ahí la cuestión es más complicada. Pero don Tomás también la domina. Sus consejos apuntan al mismo fin que su arte de escuchar: mandar al cliente a dormir. Mientras les habla de los caminos seguros para evitar los dolores de la existencia o poder sobrellevarlos les va llenando una copa tras otra. Al rato, el cliente se retira. Don Tomás lo sabe: si duerme bien mañana será otro día y verá el mundo de otro modo. Creo que no es tan sencillo, pero nunca lo pude convencer.

–¿Está muy enfermo el general? –dice. Supone que yo debo saberlo por el sencillo trámite de venir de Buenos Aires. Le digo que no sé. O que sé tanto como cualquiera.

3

Ella está en un bar de la avenida Colón. Nos habíamos citado a las 9.30. Ella es alta, pelirroja, bonita, inteligente, tendrá unos treinta y cinco años, tiene largas piernas y tiene la alegre costumbre de exhibirlas con una generosidad que la muchachada agradece. Miguel suele decir: "Muestra gamba que da gusto". Se llama Rosa Ferrero y es licenciada en Sociología. Sé que está en la JP Lealtad y no sé cómo hizo para ligar el decanato de Sociología en la Universidad de Córdoba. Me invitó a dar una conferencia. Desde la calle, antes de subir a la vereda, miro bajo la mesa y ahí están sus ya legendarias piernas. Las tiene abiertas como si, feliz, se distrajera practicando equitación, o como si el más fogoso de los amantes estuviera a punto de penetrarla y ella dispuesta a recibirlo con jubiloso beneplácito. Me digo: "Tranquilo. Vos venís aquí a dar una conferencia. Ella es una mina importante y, sobre todo, es demasiado, para qué negarlo, debe andar con algún jerarca del partido o un banquero que financia la revolución en América latina". Me recibe con una gran sonrisa. Me da un beso en la mejilla, aunque un poco obscenamente cerca de la comisura de la boca. Sospecho que disfruta calentando a los pobres giles para los que, sabe, es imposible. Le pregunto a qué hora es la conferencia. A las seis de la tarde, dice. Pido un café. Me dice que no. Que se tiene que ir. Que quiere mostrarme el decanato. Que me espera al mediodía.

–¿De qué vas a hablar?

–De lo que me pidas.

–Ese artículo tuyo sobre la conducción se comentó mucho por aquí. Desarrollá algo de eso. –Sonríe con unos dientes grandes y abrumadoramente blancos–: No falles. Sé puntual. Hoy tengo un día de los mil demonios.

Se va. No hay hombre que no le mire el culo a una mujer que se va. Ella lo sabe, gira, sonríe y parece preguntar: "¿Te gusta?". O eso me parece a mí. Creo que mis ideas sobre Rosa Ferrero se están precipitando peligrosamente. La mina tiene prestigio. Es seria. Me lleva tres o cuatro años. Me prohíbo cualquier idiotez. Sólo me hundiría en un papelón sin retorno.

Al mediodía estoy ahí. En la gran puerta del decanato Rosa ha hecho colocar un cartel insoslayable. Dice: *Todo en su medida y armoniosamente*. Eso significa: aquí estamos con Perón, la revolución es paciencia, es pacífica y, si la sabemos hacer, hasta puede ser hermosa. Entro. El clima no es bueno. Rosa Ferrero va de un lado a otro. Habla por teléfono. A cada rato pregunta: "¿Está confirmado eso? ¿Con qué fuente se maneja usted? No, no, hay que esperar". Se me acerca y me besa. Tiene los ojos acuosos y unas ojeras súbitas se le han dibujado entre violáceas y algo amarillas. Se ve pálida.

–Dicen que Perón se está muriendo –me informa–. ¿Vos podés creerlo? ¿Tenés alguna idea de lo que puede pasar en este país si el General se muere?

–¿Tenés un café? –digo.

–¡Un café para el profesor! –ordena–. ¡Rápido!

–Tranquila, Rosa. No tengo apuro.

–¿Tranquila? ¿Cómo mierda querés que esté tranquila? ¿Vos estás tranquilo?

–Hasta que se muera, sí.

–Tenés razón. Acompañame.

Se mete en un recinto más privado. La sigo. Ahí me alcanzan el café.

–No nos conocemos mucho –dice en tanto se sienta en un sillón y cruza las piernas–. ¿Sabés por qué te invité?

–Ni idea.

–Sos muy inteligente. El peronismo te necesita.

–Más lo necesita a Perón.

–No te hagas el boludo. A los intelectuales como vos, también.

–Rosa, no te engañes. Salvo para sí mismo, nadie es imprescindible.

Descruza las piernas. No lo sabe, pero está prefigurando –veinte años antes– la consagratoria escena de Sharon Stone en *Bajos instintos*. De pronto, dice:

–Oíme, hombre inteligente. No tratés más de mirarme la concha cada vez que cruzo o descruzo las piernas. Uso bombacha. Vas a perder el tiempo. Y no estamos para darnos esos lujos.

Me pongo en pie y la amable taza de café cae al piso. Se hace añicos.

–Rosa, si no estamos para darnos esos lujos, terminala con tus benditas piernas. Los hombres estamos hechos así. Si una mina cruza alevosamente las gambas como vos, miramos. Creo que lo sabés y lo hacés a propósito. Es una forma de dominio.

–¿Qué edad tenés?

–Treinta y uno.

–No sos ningún pendejo. Pero tenés pinta de pibe.

–Será así nomás. Seré un pibe. Vos, en cambio, tenés pinta de mujer de mundo.

–¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué cogí mucho?

–Algo más complejo que esa tontería.

Se queda unos minutos sin hablar. Piensa. Cuando piensa parpadea velozmente y uno mira y advierte que tiene unas pestañas larguísimas.

–No vas a poder hablar de la conducción. ¿De qué conducción vas a hablar? –Si Perón se muere, no. Pero todavía vive. Y si se muere, voy a hablar del país que se viene.

–¿Cuál?

–El de la pelea a muerte por la herencia.

–Lo va a heredar el pueblo. No, no me hagas caso. No lo va a heredar nadie. El vacío lo va a heredar. El silencio de las tumbas.

–Se va a armar una guerra entre los distintos grupos armados. Las patotas de los fachos y las orgas guerrilleras.

–¿Y nosotros?

–En el medio, como pelotudos. Como blancos fáciles.

–Como Mugica.

–Como Mugica. Quedarse en el medio es lo peor. Te matan de los dos lados y se culpan unos a otros. Mientras tantos, vos, fiambre.

–¿Fuiste al sepelio de Mugica?

–Claro.

–Nunca vi un muerto más pálido.

–Sin embargo, sonreía.

–¿Vos lo viste sonreír?

–Sí, sonreía.

–De boludo, viejo. Te boletean y sonreís. Dónde está la gracia. ¿La viste llorar a Alcira Argumedo? Le quedaban lindos esos ojos verdes humedecidos. Toda mina con lindos ojos, si llora, mejor. ¿Creés que fueron los montos?

–No, fueron los servicios.

–¿Y si fueron los montos?

–No fueron los montos.

–Sos amigo de Alcira.

–Dimos juntos una materia en el verano. Teoría y método en Ciencias Sociales.

–¿Se te tiró?

–¿Qué? Ni por joda.

–¿Creés que se acostaba con Mugica?

–¡Qué sé yo¡ ¡Terminala con las preguntas!

Volvemos al decanato. En ese momento empieza a hablar Isabel. Rosa Ferrero está petrificada. A su lado, ni siquiera escucho su respiración. Son las 14.05.

–*Al pueblo argentino* –dice Isabel–. *Estamos viviendo horas aciagas, circunstancia que debe retemplar el espíritu del pueblo argentino en un sentido de verdadera unidad nacional.*

Hace una pausa. El silencio es frío, helado. Ese decanato es una cripta. Rosa ha unido sus manos bajo el mentón. Parece rezar. Yo miro fijamente un punto negro en la alfombra. Uno –en momentos así– se concentra en algo nimio. Se deja devorar por un objeto o una marca, un raspón en un mueble. O eso: una mancha en la alfombra. Isabel sigue:

–*El presidente de los argentinos ha dado...*

No bien dice *ha dado*, Rosa Ferrero grita con toda la potencia de su alma herida, atormentada. Con todo el miedo que la historia acaba de arrojarle encima, como si buscara sepultarla.

–¡Se murió!

Ignoraba que una mujer podía llorar de ese modo. Una mujer o cualquier ser humano. Desconocía por completo esa intensidad del llanto. Se abraza a mí, apoya su cabeza en mi hombro y sigue llorando. Una vez más, la escucho decir:

–Se murió.

Pero ya no es un grito. Es un lamento. Un largo sollozo que termina en un gemido triste, doliente. No sé qué hacer. Pienso: esto es espantoso, se murió Perón, el país se va a la mierda, la sangre va a inundar las alcantarillas. Sin embargo, Rosa sigue llorando en mi hombro y me abraza con fuerza y se me adhiere como si buscara mi calor, compartirlo. O, al menos, aplacar ese frío de muerte que se le ha metido en el alma. La cosa es que casi le agradezco a Perón la mano que me da. Para mí, la primera consecuencia de su muerte es buena: Rosa se estrecha a mi cuerpo y llora sobre mi hombro. Para todo hombre, que una mujer esconda su cabeza entre su hombro y su cuello y le llore ahí las más tristes lágrimas es una gloria, un triunfo, un orgullo de varón. Es lindo tenerla así. La vida te saca una cosa y te da otra.

Me había sacado a Perón y me había tirado encima a Rosa Ferrero, a mis brazos, llorando inconsolablemente. Cada vez –sin darme cuenta, creo– la aprieto más contra mí. Siento sus pechos calientes, grandes. Empiezo –para calmarla– a pegarle palmaditas en la espalda. Porque llora y tose. Aunque tanto no tose. Más bien, llora. Yo tengo la cabeza en blanco. Los otros que andan por el decanato también lloran o explican una y mil cosas a la vez. Isabel sigue hablando. Ahora ella también llora. De pronto me domina el pánico: tengo una erección. Uno nunca termina de firmar un buen acuerdo con su propio cuerpo: ahora sí, ahora no. A veces está en la cama con una buena mina, es el momento y el compañero nada, se tira a chanta. Ahora –en medio de esta tragedia– el compañero decide expresar su felicidad. Carajo, es el papelón del siglo. Busco apartarme. Pero ella sigue pegada a mí como una ventosa. Y llora, y tose. Menos, pero tose. Le vuelvo a pegar palmadas. Súbitamente, se aparta:

–Pará, boludo. Estoy llorando. No tengo una pulmonía.

–Perdoná, son los nervios.

–¿Qué nervios? Si serás pajero. ¿O soy idiota yo? Perón se muere y a vos se te para. ¿No te da vergüenza?

–No.

–¿Cuánto hace que no cogés?

–Bastante. Pero hoy podría cortar la racha.

Se larga a reír. Todos la miran como si se hubiera vuelto loca. Me da un beso de amiga, cálido, bienvenido.

–Me habían dicho que eras medio piantado.

–Es el pánico, Rosa. El ingenio del terror. Pero, además, créeme, estos días, como el de hoy, el día en que se muere Perón, son ideales para enajenarse con el sexo.

Suena un teléfono. Alguien atiende. "Un momento", dice. Mira a Rosa: "Para usted, señora decana". Rosa atiende. Escucha un buen rato. Cada vez se la ve más pálida. No dice palabra alguna. Cuelga. Me clava los ojos:

–¡Andate, José! Andate ya mismo.

Mira a todos los demás y hace estallar una frase que (a mí, lo confieso, me sonó inverosímil):

–¡Compañeros, hoy el ERP toma Córdoba! –Gira hacia uno de sus colaboradores–: Sergio, llevalo a Feinmann al hotel.

Se me acerca, me da un beso.

–Rajate, compañero. Lo que aquí se va a armar hoy cuanto más lejos te agarre mejor.

Me voy. No me animo a decirle: "Rosa, el que te dio esa información te miente. El ERP no puede tomar Córdoba. No lo pudo frenar al comisario Navarro. No pudo defender a Obregón Cano y Atilio López. No tiene gente para tomar Córdoba. ¿Quién te llamó? ¿López Rega tratando de crear el pánico nacional?".

Sergio tiene un Citröen destartalado. Subimos. Me lleva hasta el Sussex. Llegamos, abro la puerta.

–Suerte, compañero –me dice–. Lástima que nos hayamos conocido en un día como hoy.

–No te preocupes –le digo–. Cualquier otro en que nos volvamos a ver va a ser peor.

Se va. Me digo: "¿Por qué le dije algo tan pesimista? ¿Por qué me salió esa frase de mierda?". Porque era la verdad. Todo lo que vino fue peor. Subo a mi habitación. Hay una tele. Pero prefiero encender la radio. Tiene dos parlantes, uno a cada lado de la cama. La cama es de dos plazas. Me tiro boca arriba. Lo primero que escucho es la voz de López Rega:

–*Al pueblo argentino: con gran pesar, debo confirmar al pueblo argentino la infausta noticia del paso a la inmortalidad de nuestro líder nacional, el General Perón*.

Qué sucio cretino. No bastaba con que Isabel anunciara al país la muerte del General. Tenía que aparecer él, el payaso de la Corte, el monje umbandista, el Rasputín del Tercer Mundo, para *confirmarla*. Con gran pesar debo confirmar que el General se murió. Ahora pueden estar seguros. Lo dije yo. Que, como todos saben, tuve el poder sobre el General y sobre la Chabela y sobre ella lo sigo y lo seguiré teniendo. Así que, estimados y futuros cadáveres, ya lo saben. De ahora en más: aquí mando yo. El heredero, el que aguantó años de humillaciones, de servidumbre, el que tuvo que meter su mano en el culo viejo y adolorido del General, el que le lustró los zapatos, el que le ató minuciosamente los cordones, el que se fijaba una o dos veces por día si en su mierda había sangre, el que consiguió pasar el espíritu de Evita al de Isabel, el que arregló con la P2, con la CIA, el que les preparó la celada a los zurdos en Ezeiza, el campeón mundial de los trabajos sucios, yo, López, estoy presto, ansioso y, sobre todo, sediento de sangre, con hambre de cadáveres. Quiero la masacre, ya. ¡Que empiece el show!

Llamé al boletero del *Rayo de Sol*, viejo amigo mío. Le dije que me iba ese día. Que me reservara un camarote. Te reservo lo que puedo, contestó. No te imaginás lo que es hoy viajar a Buenos Aires. Los sindicatos avisaron que van a ocupar todo el tren. ¿Te imaginás? Y no van a venir los jerarcas. Esos se van en aviones privados. Van a venir todos los peronchos. Van a asaltar el tren. Se lo van a morfar.

–Bueno, vos reservame algo. Tengo que viajar esta noche.

–Venite a eso de la 11. Dudo que salga antes.

Cuelgo. Otra vez me tiro sobre la cama. Enciendo un pucho tras otro. Y ahí estoy. Ahí pasé la tarde más triste de mi vida. Devorándome deliberadamente todo lo que decían los locutores, los entrevistados, los visionarios, los apocalípticos, los profesionales de la esperanza, los curas, los obispos, los médicos, los cantantes, Favio, Hugo del Carril, Donald, la farándula, Pinky, Cacho Fontana, Mirtha Legrand, Niní Marshall, Fidel Pintos, Luis Brandoni y muchos, demasiados más.

4

Por fin, llega la noche. Me cambio de pilcha, me meto en el ascensor y llego al lobby. De ahí, al bar. ¿Cómo describir esto? Nunca en el exquisito despacho de bebidas de don Tomás hubo tantas sombras. La única luz era la del bar. Una luz escueta, menguante, llorosa. Había un tipo sentado a la barra. Don Tomás estaba recostado contra la vitrina de las bebidas. Conseguía sentarse en el borde de buena madera y ahí apoyaba las manos. Me senté en otro taburete. Cerca de los dos: del cliente y de don Tomás. El tipo tomaba un whisky. Yo le pedí otro al mítico jefe del lugar.

–Sin hielo.

Creo que estuvimos media hora en silencio. No había ninguna radio, no llegaba ningún sonido. Estábamos aislados de todo. De pronto, el tipo levanta su mirada del fondo de su vaso de whisky, lo mira a don Tomás y pregunta:

–¿Y, don Tomás? ¿Qué me dice?

Don Tomás no vacila. La tenía lista la respuesta. La tenía pensada, masticada. Con voz grave pero no solemne. Verificando un hecho. Expresando la más honda de sus certidumbres, dice:

–Que no hay Dios. Eso le digo.

5

La estación de trenes es un caos. Desborda peronchos desde todos sus ángulos y también desde el medio y hasta desde las entrañas de la tierra. Es como estar en medio de una película. Por ejemplo: cuando Bogart, en *Casablanca*, se va de París. No llueve, pero el resto es igual. O no tanto: por aquí no se ven franceses. Los morochos peronistas –si uno tuviera que precisar un poco las cosas– están más cerca de Dooley Wilson que de Humphrey Bogart. Hay gritos estridentes, puteadas de todo tipo, llegan de un lado y de otro fragmentos de la marcha peronista. Pero no se ven brazaletes verdes. O sea, no son guerreros de la Juventud Sindical. Eso me tranquiliza. Consigo mi boleto y subo al tren. Entro en mi camarote.

–¿Quién es? ¿Qué pasa? –dice alguien que está a punto de romper la marca mundial del miedo. Lo miro. Es mi compañero de viaje. Un hombrecito con traje marrón, con bigote, con pelada, con tiradores que le asoman bajo el saco, con los ojos muy abiertos y hasta bastante transpirado, algo que denuncia su frente brillosa, su pelada húmeda y sus labios carnosos y entreabiertos desde los que una insidiosa línea de saliva se deja caer hasta hundirse en su camisa.

–¿Por qué tiene tanto miedo? –pregunto en tanto acomodo mi valija.

–Cierre la puerta. ¡Rápido! ¡Cierre!

Cierro la puerta e insisto:

–¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? ¿O es sólo un poderoso cagazo el que lo tiene así?

–¿Cómo quiere que esté? ¿No se da cuenta de lo que pasa?

–Dígamelo usted.

–El tren está invadido por los negros peronistas. Mire el escándalo, el caos que ya están armando. Y ni siquiera salimos. ¡Lo que va a ser esto durante la noche!

–¿Usted no está afiliado al Partido Justicialista?

–¿Está loco? No me ofenda.

–Trato de tranquilizarlo. Lástima que no se afilió antes de tomar el tren. Le habrían dado un carnet. Si a la madrugada los negros asaltan nuestro camarote para robarnos o algo peor, usted les muestra el carnet. Se da cuenta. Usted es un compañero peronista.

–Nunca voy a ser un compañero de esos vagos.

–Bueno, pero salvaría la vida.

–No exagere. No nos van a matar, supongo.

–Supone bien. Quédese tranquilo. Son negros, pero son buenos.

–Dígame algo.

–Sí.

–Yo me pregunto: ¿ahora qué van a pedir? ¿Se murió Perón, no? Ya está. No pueden pedir nada más. Siempre quisieron a Perón. Bueno, Perón no está más. Está muerto. Ahora se acabó. ¿Se acabó, no?

Me siento a su lado. Decido empezar a decirle algo serio, algo hiriente, algo burlón, algo –sobre todo– que otra vez lo asuste, pero alguien golpea la puerta.

–Tranquilo. ¡Cuidado! –dice.

–¡Camarero! –llega una voz desde afuera. Me dispongo a abrir la puerta. Me detiene. Me agarra de un brazo y hasta me clava sus uñas de pequeño, muy pequeño burgués aterrorizado.

–¿Y si no es el camarero?

–Basta, no joda más. Viajo en este tren dos veces por mes. Le conozco la voz a todo el mundo.

Abro la puerta. Es el camarero.

–¿Turno para el comedor?

–¡Yo no! ¡Nada!

–Anóteme en el primer turno –le digo.– ¿Va muy lleno el vagón comedor?

El camarero, entre triste y resignado, sonríe.

–No se imagina lo que es eso. Los pibes de los sindicatos invadieron todo. Yo le anoto el turno, pero no le puedo asegurar mesa. Si la toma o no, es asunto suyo.

–Dentro de un rato estoy ahí. Algo voy a conseguir. Tengo hambre.

Busca con su mirada a mi compañero:

–Usted, señor: ¿seguro que no va a comer?

–¡No! Y cierre la puerta.

–Mi amigo está un poco nervioso –le confío al camarero.

–Un poco loco, diría yo. Oiga, usted es cliente. ¿No quiere que lo cambie? Siempre se puede hacer algo.

–No, me quedo aquí. Va a ser más divertido.

Le doy una buena propina y se va. Cierro la puerta. Le pego un cachetazo, de refilón, en la pelada:

–No sea bolastrún, hombre. Me hizo pasar un papelón con el camarero.

–¿Y por eso me tiene que pegar?

–¿Que yo le pegué? No delire. Fue una caricia en la pelada.

–Algo más que eso.

–Sí, se merecería algo más que eso. ¿En qué estábamos?

–¿Qué sé yo?

–Ah, sí: ¿qué supone usted que se acabó con la muerte de Perón?

–¿Cómo qué se acabó? El peronismo. Se acabó el peronismo.

–¿Y con eso, qué?

–Vamos a poder hacer un país en serio. Para la gente honesta. Se les va a poner un freno a los sindicatos. Y... Se va a hacer eso que él, que los alentó, no pudo. Terminar con la guerrilla. Pero con el Ejército Argentino. Como se debe.

–¿Se vienen buenos tiempos, no?

Respira aliviado. Por primera vez se da cuenta. No hay duda: el futuro es promisorio. Digo:

–Siempre y cuando lleguemos a Buenos Aires. Porque... Fíjese: es rara la vida. El peronismo murió. Se murió Perón y listo. Se acabó el peronismo. Pero ahora, en este momento y durante toda la larga noche, usted y yo vamos a viajar en un tren atestado de peronistas. Y viajamos en camarote. Donde viajan los que tienen guita. Póngale la firma: a las tres de la mañana nos asaltan. Rompen todas las puertas, se nos llevan la ropa, nos dejan en pelotas y a uno que otro le rompen bien roto el culo.

–¿Usted cree?

–Más que eso: estoy seguro.

–Miente: si creyera eso no estaría aquí. Habría saltado por la ventanilla.

–Le voy a confesar algo. ¿Puedo?

–Sí.

–Desde pibe, siempre, durante toda mi vida tuve un sueño. Que un negro grandote me rompiera el culo. ¿Usted no?

Me voy al salón comedor. Todavía lo oigo cerrar la puerta y apoyar algo –una valija, creo– contra ella. Queda a la espera.

6

Nunca viajé en un salón comedor más alegre, más vital. Los peronchos ni siquiera eran de los sindicatos. Algunos habría, pero eran de todas partes. Se ve que les habían avisado: la CGT compró el tren para ustedes, vayan, viajen a Buenos Aires y despídanse del General Perón. Esta noche, el *Rayo de Sol* es de ustedes. Vaya uno a saber desde dónde vendrían, desde qué barrio alejado del centro, de casas bajas, algunas de material, otras no, todas pobres. En esos barrios solía haber siempre un cine. A veces me largaba hasta ahí para compartir con los negrazos cordobeses alguna película especial, de esas que podían despertar su hilaridad. Durante esos años el humor cordobés estaba de moda. La revista *Hortensia* se leía tanto en Buenos Aires como en la ciudad mediterránea en que se hacía. El esquema básico de sus chistes solía repetirse pero era arrasador, irresistible. Alguien preguntaba algo y el otro respondía con un disparate inesperado y absoluto. "¿Te gusta el quesillo 'e cabra?" "No, si me vuá gustar la caca 'e loro." Por ejemplo. Mi predilecto era uno que –en su esencia– era un canto a la amistad. Van dos vagos caminando por ahí y de pronto ven venir a una mujer. Uno le dice al otro: "Mirá, che. Mirá los bigotes que tiene esa hembra". "No seas grosero, caray. Es mi hermana." "Por eso mismo. Mirá lo lindo que le quedan." O también el del florista. Hay un tipo sentado en la vereda, rodeado de flores y con un cartel que dice: "Vendo flores". Una mujer le pregunta: "¿Usted es el florista?". "No, si vuá sé el Monumento a la Primavera." El cine se llamaba *9 de Julio* y me tomé un taxi que demoró cerca de 15 minutos. Daban *Fuego* con Isabel Sarli. Grave problema tenía la Coca. Algo así como *fiebre uterina*. Quería coger todo el tiempo. Hasta con los caballos cogía. Armando Bo, su marido, la lleva a un ginecólogo. "Revísela, doctor. Algo raro le pasa." Aquí las carcajadas reventaban el cine. Y los gritos, los chiflidos y las frases jodonas, con ese acento hecho para la tomadura de pelo, la respuesta filosa. "¡No le pasa nada! Gana di coger tiene. Nada má." El ginecólogo se pone los guantes de goma e introduce sus

manos entre las piernas de la Coca. Ella pone cara de "no aguanto más, no aguanto más". Y tiene un orgasmo. Plano del médico: cara de asombro. No lo puede creer. Sale y le dice al marido: "Su esposa tiene un problema grave". Otra carcajada devastadora. Las paredes del *9 de Julio* tambalean. Alguien grita: "¡Qué grave ni qué pelotas! ¡E' puta nomá!".

Ahora estaban aquí, donde nunca o casi nunca habían estado. En el salón comedor del *Rayo de Sol*. Me siento a una mesa y pido un cuartito de tinto y lo que hubiera.

–Hay vitel tonel –me dice el mozo. El mozo tiene esa modalidad: al vitel thoné le dice vitel tonel. Posiblemente exista en su alma un poeta escondido, un amante de la rima. Si la primera parte se dice: vitel, ¿cómo no va a ser tonel la segunda?

–Bueno –le digo.– Que sea un vitel tonel, entonces.

Los peronchos comen, beben y cantan. De la marcha peronista ya se hartaron. El que tiene la guitarra ensaya algo distinto: *"Yo no le canto a la luna, porque alumbra, nada más, le canto..."* "¡Callate, boludo, querís!", le gritan. "Andá cantale a tu hermana, la muy puta." Algunos discuten de fútbol. Son, como siempre, los de Belgrano contra los de Instituto. Las puteadas suben de volumen, de frecuencia, rebotan por todas partes hasta que penetran por los oídos con ganas de reventarlos. Uno se trepa a una mesa y se pone a recitar lentamente, con gran seriedad, como si de Neruda se tratara:

–Te lo aviso, Negro: se están cogiendo a tu hermana en el fondo del jardín.

Tres mesas más allá (¡lo tenían planeado!) se trepa otro a otra mesa y contesta:

–A mí que carajo me importa si no me cogen a...

No puede terminar. Un grandote lo agarra de las piernas y lo tira contra la ventana. Que, por suerte, no se rompe. Pero la cara del peroncho queda ladeada y sangrando. El grandote, de un salto, se trepa a la mesa y, en muy alta voz, dice:

–¡Silencio, compañeros! ¡Basta de joda! Acá estamos yendo a un acontecimiento de trascendental importancia nacional. Estamos yendo, compañeros, al velatorio de nuestro líder el general Juan Domingo Perón, que Dios lo tenga en su gloria. Respeto entonces. Déjense de joder, carajo. Basta de gritos, basta de cantos sin decencia, sin ton ni son. Cómanse todo lo que quieran. Chúpense lo que se les dé la gana. Todo está pago por los compañeros de los sindicatos. ¡Pero respeto a la muerte! Y sobre todo: a la muerte de nuestro benefactor, del líder de todos los negros argentinos. Que venimos a ser nosotros por si todavía no se han enterado. O no se han mirado al espejo con la correspondiente atención. Se vienen tiempos difíciles, compañeros. Siempre que se nos fue el General nos jodieron. En el '55, cuando lo echaron, nos jodieron. Y cuando no se nos fue, sino que todavía no había venido, antes del '45, antes de ese 17 de octubre que todo peronista lleva en su corazón, nos habían recontrajodido. Y ahora, compañeros, ahora que nos deja para siempre, ¡a prepararse! Porque si para siempre nos deja, para siempre nos van a querer joder. Así que basta de joda. Hay que prepararse para otra cosa, compañeros. Hay que prepararse... Prepararse... ¡Para que no nos jodan más, compañeros!

Estallan los vítores, se alzan los vasos, se arrojan al aire las más gloriosas puteadas que el habla popular ha sido capaz de construir en un país con impetuoso talento para hacerlo. Termino mi comida, vacío mi último vaso de vino y regreso al camarote. A través del pasillo siguen corriendo los peronchos. No se detienen nunca. Siempre son otros. Nunca los mismos. Parecen infinitos. Entonces incurro en un acto inesperado. Habrá sido el vino, sí. Eso habrá sido. Porque ahora recuerdo que –después de la primera botella– pedí otra. El caso es que no puedo evitarlo. Es un acto de maldad. Quién podría dudarlo. Un acto de pura maldad. Pero no siempre podemos evitar ser malos. Sobre todo con un tipo tan insignificante, con un excremento magro como el ser aterrorizado que se pertrecha dentro del camarote. Pego un furibundo puñetazo en la puerta. Casi me rompo la mano.

–¡Abrí gorila e'mierda! –grito con voz ronca, con voz de peroncho salvaje, violador de todo lo que la ardua civilización ha santificado–. ¡Abrí o te tiramo la puerta abajo! ¡Abrí, gorila cagón! ¡A vo te queremo! ¡Te vamo a'cer la refalosa!

Me voy, confundido entre los peronchos. Desaparezco durante un buen rato. ¿De dónde saqué lo de la refalosa? Sé de dónde. Del poema de Ascasubi. Del que Borges y Bioy ponen como acápite para *La fiesta del Monstruo*. Pero, ¿por qué se me trepó a la memoria, se me vino a la cabeza como el tinto barato del salón comedor? Otra vez al camarote. El desfile sin control, alocado, de peronchos ha decrecido. Golpeo tres veces la puerta. Son tres golpes suaves, razonables, desprovistos de toda agresión. Nadie responde. Digo:

–Soy su compañero de camarote. No tenga miedo. No hay nadie conmigo.

Otra vez: sólo el silencio, ni un pequeño, miserable ruido ahí dentro. Golpeo dos veces más. Ahora podría decirse: casi amorosamente, con ternura.

–Soy yo, amigo. Ábrame. ¿No me va a dejar a dormir entre estos negros de mierda, no? Piénselo. ¿Le gustaría que alguien le hiciera eso a usted?

Ahora funciona. No le gustaría que *nadie* le hiciera eso a él. Por consiguiente, él, un hombre de bien, no puede hacérselo a otro. Entro.

–Cierre rápido. ¡Rápido!

Cierro. Está contra un rincón. Está pálido, tembloroso, siempre con esa transpiración fría, la transpiración del miedo. Sé que este tipo es esquemático. Pero la realidad suele serlo. Ese hombre, no otro, me encontré esa noche en el camarote. Ese hombre, ahí, contra ese rincón, devorado por el miedo, es el perfecto pequeñoburgués que va a aceptar cualquier cosa que lo calme. Lo que sea. Si es una dictadura con cien mil muertos, eso.

–Ya van a ver –dice de golpe–. Ahora no los va a defender nadie. Ahora van a tener que pagar. Ahora, nosotros, vamos a vivir tranquilos. Y ellos van a tener que trabajar como perros y por salarios de mierda. Si es que les damos trabajo.

Me pide que le deje la cama de arriba, que ahí se siente más seguro. Le doy el gusto. Me pongo el piyama, acomodo mis dos almohadas, apoyo la cabeza y me canto el inicio de la séptima sinfonía de Bruckner. Me lo canto para mí, es un murmullo interno y cálido. Es el arrorró de la belleza. Hace años que vengo haciendo ese ejercicio. Que sea algo tan monumental como la séptima de Bruckner es azaroso. Así surgió y así quedó. Pudo haber sido otra cosa. El tango *Sur*. O *Tanguera*, esa hazaña instrumental de Mores que tanto me gusta. Me gusta Mores. Claro que sí. *Tanguera* se la robó a Schubert. Pero –si de robar se trata– supo a dónde ir.

7

Nos citamos con Miguel en la confitería Berna, que está en diagonal al Teatro Liceo. Me gusta la confitería Berna. Siempre que voy anuncio que "Voy a vivir mi etapa de Berna". A Miguel lo tengo harto con esto, pero otros –que no entienden nada– se deslumbran cuando les aclaro por qué digo eso.

–El joven Hegel tuvo tres períodos fecundos –suelo explicar–. El de Berna, el de Frankfurt y el de Jena. El de Berna, 1793-1796. El de Frankfurt, 1797-1800. Y el de Jena, 1801-1807. El más importante, el de Jena. Ahí escribe la *Fenomenología del Espíritu*. Y una célebre carta a Niethammer en la que –luego de la batalla de Jena– confiesa que ha visto a Napoleón montando su caballo: "He visto al emperador –esa alma del mundo– salir a caballo de la ciudad para un reconocimiento; es ciertamente una sensación maravillosa la de ver a un individuo tal que, subido a un caballo, concentrado en un punto, abarca el mundo y lo domina".

–Y eso que no lo vio a Perón montado en el caballo pinto –dice Miguel–. Si no, imaginate las boludeces que habría escrito.

–Nosotros sí lo vimos. Vimos las fotos y escuchamos a los viejos peronchos hablar de esa figura que los deslumbraba. Más que verlo, recibimos el impacto del mito.

Miguel enciende uno de sus *Particulares*.

–Así nos fue. Pensá en vos. Pensá en todas las boludeces que escribiste.

–Nunca escribí sobre el caballo pinto. Nunca dije que Perón era el alma del mundo.

–Te faltó poco.

El día es gris, con esas nubes que pesan, que sofocan, que quitan espacio, que no dejan ver nada si uno mira hacia arriba. Toda la zona del Congreso revienta de gente. Son casi las dos de la tarde. Comemos algo y pedimos vino. Vienen los militantes que responden a Miguel y lo llenan de informaciones. Que la conducción de los montos hizo la cola para ver el fiambre del Viejo. Que nadie los molestó. Que también estuvo Ortega Peña. Cámpora. Que lo de los montos, lo de hacer la cola, le cayó bien a todo el mundo. "Si no hacían la cola, no los dejaban entrar", dice Miguel. "Que no exageren." Se van. Le digo a Miguel que yo no voy a hacer la cola y que me importa nada o menos que nada verlo muerto a Perón. Que no me gusta ver muerto a nadie. Está mirando a través del ventanal.

–Vos no hacés la cola de fiaca –dice.

–Puede ser –confieso–. Es un motivo. Cansarse para ver a un muerto es cansarse al pedo.

Miguel me sirve más vino.

–Dale, tomate la copa entera. La vas a necesitar. Mirá quién está ahí.

Miro y la veo. Está con una bufanda blanca, con un camperón blanco, con botitas bordó de taco muy alto, y con una boina también blanca con un pompón bordó, que le hace juego con las botitas. Qué lo parió, cómo empilcha. Seguro que se vino en el primer vuelo de la mañana o en algún avión privado. Está con gente importante, todos del sector educativo. Hasta Puiggrós está. Hasta Kestelboim. Hasta Ibarlucía. Y ella, deslumbrante, habla moviendo apasionadamente las manos, y todos la escuchan, los viejos y los jóvenes. En un punto todos coinciden: si pudieran se la cogerían durante una entera semana. Pero Rosa no parece advertirlo o se hace la boluda, táctica que las mujeres deben practicar sabia y casi ininterrumpidamente para convivir con los hombres.

–¿No te la cogiste en Córdoba? –pregunta Miguel.

–Es mucha mina para mí.

–Para mí también –dice Miguel, que tiene dos o tres años menos que yo–. Mirala –dice con placer, con admiración.– Ahí la tenés. En medio de la historia. ¿Te das cuenta? Esto es la historia. Estamos mirando la historia a través del ventanal de la confitería Berna. En el centro mismo de la historia está Rosa Ferrero y vos no te animás a ir hasta ella, agarrarla de un brazo y decirle vení, vamos, rajemos de aquí, me muero por cogerte, estoy tan loco, tan caliente, que si no venís te arrastro de los pelos, de esos pelos colorados que tenés debajo de esa boina que te pusiste y te queda fantástica.

Me sirvo hasta el borde un vaso de tinto y me lo liquido de un trago.

–Va a ser imposible –digo.

–También era imposible que se muriera Perón –dice Miguel–. Y aquí estamos, velándolo.

Me pongo en pie. Me cierro el gabán de cuero. Hoy la historia no está aquí adentro, en Berna. Tengo que salir. Hoy tengo que ganar la batalla de Jena. Ser el alma del mundo a caballo.

–No me esperes –le digo a Miguel.

Salgo de la confitería y camino hasta ella, hasta Rosa. Hasta su boina blanca y su pompón bordó. Me ve llegar. Sonríe. Me da ese besito insustancial, baladí, que apenas si dice hola, qué tal, me alegra verte. Y después:

–Disculpame, ahora no podemos hablar. Estoy en medio de una reunión...

–Rosa –la interrumpo–. No me importa tu reunión. Tengo algo demasiado importante que decirte.

Se aparta un poco de su grupo. Con cierta preocupación, dice:

–¿Pasa algo?

–Sí, todo esto pasa. Se murió Perón. El día está gris. Aunque nadie lo admite, la Muerte nos perfora todas las corazas, nos llena de angustia. Y hace frío. Y uno necesitaría algo de calor. Algo que le ratifique que la vida continúa.

–Oíme, aparte de eso tan terrible, ¿pasa otra cosa? ¿Se levantó la Marina? ¿El Ejército tomó la Casa de Gobierno?

–Rosa.

–Sí.

–Yo no soy muy bueno en la cama.

Me mira largamente. Le cuesta creer que he dicho eso que dije.

–Perdoname –dice–. Sólo una pregunta: ¿a mí qué mierda me importa que vos no seas muy bueno en la cama?

–Esto es un velorio, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

–Bien, la gente, en los velorios, hace tres cosas. Una, llora. Dos, cuenta chistes. Tres, se mete en cualquier parte y coge. Son tres formas de escaparle a la angustia de la muerte.

–Insisto, eso, ¿a mí qué mierda me importa?

–Hoy, a mí, la muerte del General me provoca una angustia intolerable. Y pensé: si cojo, se me pasa.

Se ríe un rato. Y luego:

–Ahora entiendo. Te querés levantar a una mina y andás con las defensas bajas. Que no sos bueno en la cama y todo ese asunto. Escuchame, José: un hombre es tan bueno o tan malo en la cama como la mujer que tiene al lado. Respiro aliviado. En serio, me dio confianza. Me dio la gran mano que necesitaba. Qué mina inteligente, qué sabiduría.

–Rosa –le digo–. No me quiero levantar una mina. O sí. Pero no cualquier mina.

–Yo –dice, muy seria.

–Dale, sé buena. Vení. Qué te cuesta. Es el día de la muerte de Perón. Si hoy no hacemos una locura nunca más la vamos a hacer. Rosa, puede ser el último polvo feliz de nuestras vidas.

–La semana que viene me voy del país –dice.

–Con más razón. Nada de lo que se viene puede ser bueno.

–¿Y a dónde me vas a llevar? ¿A uno de estos hoteluchos de mierda de la Avenida de Mayo?

–El lugar no importa. Si estamos nosotros, se va a transformar en un palacio.

–Parece un cuento de hadas.

–Es un cuento de hadas. Una mina joven y un tipo joven que se fueron del velatorio de Perón para buscar un poco de calor, un poco de vida antes del apocalipsis. Dale, decí que sí.

Gira y mira a sus colegas. Todos siguen discutiendo acaloradamente. Pero a todos se les ve el miedo en alguna parte, en un gesto, en un temblor de labios, en un tic nervioso, en una tos excesiva, hasta en el modo de escupir contra la calle húmeda, dura. Rosa Ferrero gira hacia mí. Me clava sus ojos claros. Se pasa la lengua por los labios. Respira hondo y va a decir algo. Juro que lo sé. Va a decir que sí.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

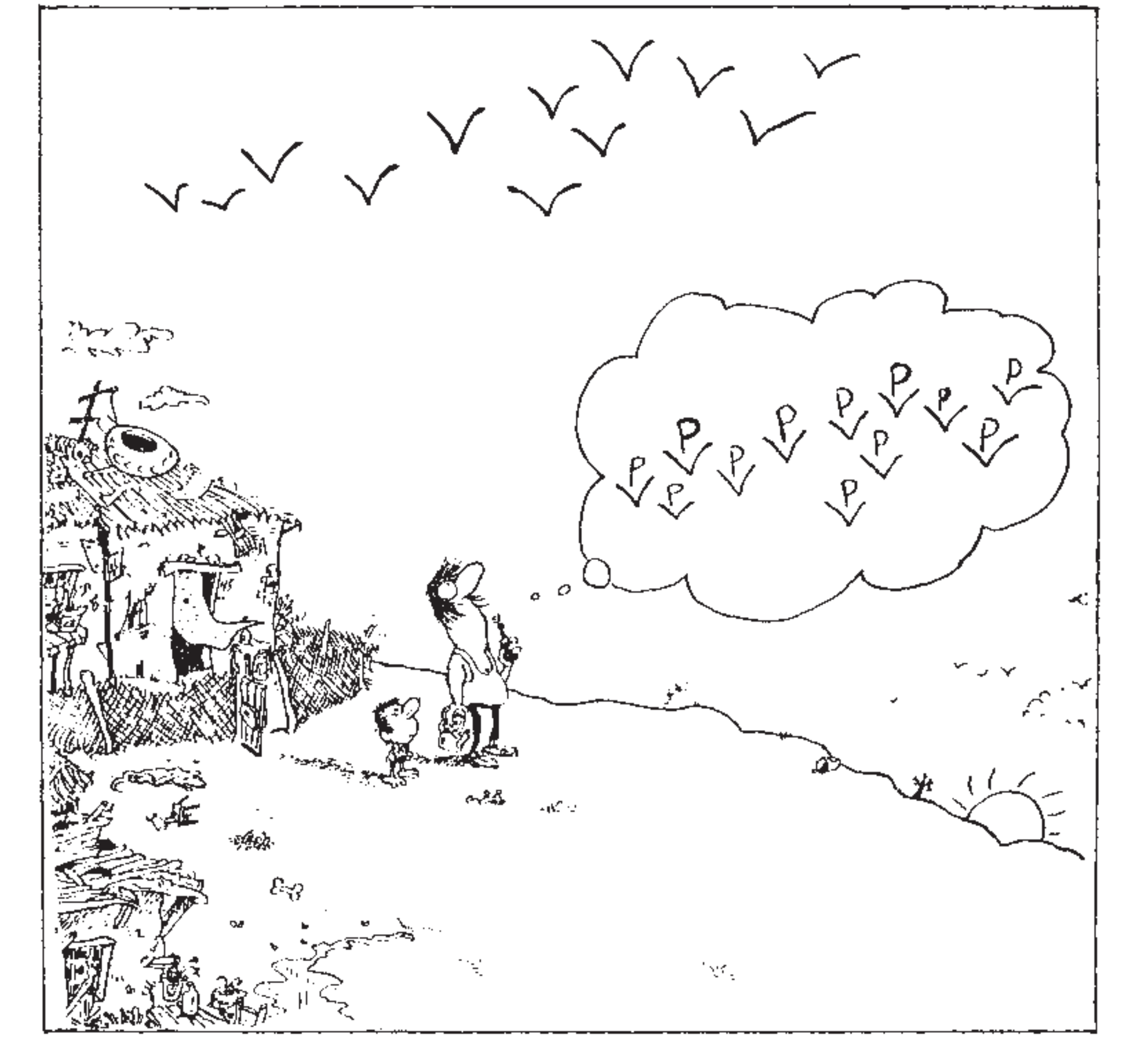
Consideraciones teóricas

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

127 **Consideraciones teóricas**



Suplemento especial de
Página|12

SOBRE EL RELATO *PERÓN MUERE* Y LA PRIMERA PERSONA

El título del relato que hemos dejado atrás está tomado sin ningún pudor de una famosa novela de Samuel Beckett: *Malone muere*. Aquí, el que muere es Perón, ese excepcional líder de masas, según reconoce la pluma de Rodolfo Walsh en la tapa que *Noticias* dedicó a su muerte. ¿Por qué abordar esa muerte a través de la ficción? Más que la muerte del General lo que aborda *Perón muere* son algunos sucesos que tuvieron lugar el día de su muerte y el de su velorio. Esos sucesos giran en torno al autor de este libro, que ha decidido contar qué le pasó el 1º de julio de 1974 y también el 2 de julio luego del mediodía. Para hacerlo se ve obligado a acudir a la primera persona. Había otras posibilidades. 1) Crear un personaje que no fuera "José". Que fuera "Pedro" o "Ignacio" y al que le ocurrieran las mismas cosas que le ocurrieron a "José". Se evitaría así la primera persona. Se narraría en tercera y el relato, por consiguiente, sería más impersonal. O no tan situado en la persona del autor. ¿Qué se evita con esto? No mucho. Sólo que algunos lectores muy sensibles a la primera persona, a la centralización del relato en el autor del libro, consideren a éste menos megalómano o egocéntrico. Pero lo cierto es que las peripecias del relato *Perón muere* le pasaron a "José". El autor, al escribirlo, decidió que esas peripecias no constituían el alarde de nada. Eran un testimonio. No es otro el motivo por el cual la primera persona se usa en este libro. El autor, al ser rigurosamente contemporáneo a los hechos que narra, elige no quedarse fuera de ellos por algo que juzga determinante: no lo estuvo. Al no haberlo estado cree poder entregarles a sus lectores el análisis de una época y el testimonio cuasi autobiográfico de ella. Muchas veces el autor se dijo –al detectar la salida de libros periodísticos de autores que no vivieron la época–: "Al final, por nuestra desidia, por nuestra pereza o por nuestra cobardía, la historia de nuestra generación va a terminar por ser escrita por otros. Por otros que no la vivieron porque –sencillamente– no fueron parte de ella". Esto no asegura que el libro de un protagonista de los '70 sea naturalmente superior al de otro que no lo fue. Varias veces elogié el trabajo de un joven periodista como Marcelo Larraquy, que, en su *López Rega*, realiza un esfuerzo notable para totalizar una época y tornar comprensible a un personaje dentro de esa totalización. El reciente libro de Germán Ferrari (*Símbolos y fantasmas, Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la "justicia para todos"*) es todavía más impecable en ese aspecto y en todos en general. Ferrari tiene una formación sólida de historiador, un estilo ajustado y es un polítólogo de fuste. Nació en 1969, pero su pasión "por los setenta" lo llevó a elaborar un libro que difícilmente pueda ser superado –sin un auténtico esfuerzo hermenéutico– por cualquier setentista laborioso, que no los hay muchos. Los "setentistas" se muestran irreemplazables en el aspecto testimonial, pero con frecuencia –y tal vez no podría ser de otro modo– tienen una posición tomada, y esa posición es pasional, es trágica o heroica y suele acudir a la empiria o a la muerte como valor de verdad. "Yo estuve ahí." "Yo fui parte de ese operativo." "Yo lo vi a Perón llorar cuando salió del balcón el 1º de mayo." "Yo estuve en la ESMA." "Yo fui torturada." "Nadie puede saber lo que yo pasé." "Yo hablo en nombre de la memoria de mis compañeros muertos." En mi caso la decisión fue simple: donde pueda dar un testimonio directo, donde pueda enriquecer la obra con hechos de los que participé y que expresan el "elemento" (concepto hegeliano) en que la historia transcurrió, que expresan –digamos– algo ya inaccesible para el que no estuvo ahí, algo que le acerque la densidad de una situación, el espesor de un hecho, la complejidad de una trama sobredeterminada, o, por decirlo con una expresión del historicismo romántico, *el alma de una época,* no creo que sea un ejercicio de megalomanía o una astucia egocéntrica asumir la centralidad del relato o del punto de vista y desarrollar el texto en primera persona. Esto tiene sus riesgos. Sé de algunos que se han quejado de mi primera persona. No son muchos. Pero creo deber una respuesta sobre la cuestión. Hay libros en que la primera persona –sobre todo si responde a juicios del autor sobre los hechos que narra– se torna irritante. Esto depende de la calidad, de la inteligencia y del espesor hermenéutico que esos juicios entreguen a los hechos. No todos los juicios son iguales. Si Eric Hobsbawm me dice algo –en primera persona– sobre una determinada época histórica, yo me callo y escucho con todos mis sentidos. Es la voz de un maestro. Se trata de un hombre que se ganó el derecho no sólo de la primera persona, sino del propio juicio sobre los hechos. Incluso agradecemos que lo haga. Incluso hemos comprado su libro por eso. Con otros ocurre lo contrario. Por tratarse de un ejemplo casero recurro a dos libros muy distintos de Félix Luna. En *El 45, crónica de un año decisivo,* el mejor libro de Luna en mi opinión, este autor explaya una cuasi sabiduría histórica raramente mellada por opiniones personales que nos distraigan de los hechos con los que rigurosamente ha tramado su libro. Hay una explicación. (¡Y vaya si la hay!) *El 45* se edita en 1971. Aquí, Luna es cauteloso. Radical, gorila (conceptos que cada vez más traman una lamentable sinonimia, tema del que los radicales debieran ocuparse pues no tiene por qué ser así), la coyuntura sosiega en Luna estas pasiones. ¿Qué pasa en 1971? Los jóvenes se vuelcan masivamente al peronismo. La Juventud Radical se pasa a la Juventud Peronista. Los muchachos y chicas de la Fede (esto me lo ratificó Isidoro Gilbert con esa resignación que dan los años transcurridos y diciéndome: estaban fascinados con la Jotapé, se iban a montones) también. Todo el país entra en la vorágine de la "corriente nacional". De "las luchas del Tercer Mundo". Es muy posible que, por fin, Perón retorne al país. Luna se dice: calma, veamos, alguna racionalidad debe haber en el peronismo, de lo contrario nada de esto se estaría produciendo. Escribe entonces un libro que nos devoramos todos. En 1971, justo en ese año, es cuando Arturo Armada me presenta a Horacio González en un bar de la calle Independencia. Yo estaba con el libro de Luna a cuestas y seguramente lo elogié. También Arturo y muy especialmente –según recuerdo– Horacio. Luna tenía lectores de todas partes. No era para menos. Nosotros, los jóvenes, aprendíamos en el libro de este historiador radical la mejor historia sobre el surgimiento de Perón. Tenía, incluso, pasajes emotivos, memorables; hoy, tal vez, increíbles. Por ejemplo, los del final. Cuando Luna (que se designa a sí mismo como "el autor") se despide de Perón, cuando traspone la puerta del jardín, le hace un gesto de despedida al General. Y escribe: "Nunca más en mi vida veré a este hombre". Aquí se equivocó fuerte. Salvo que no lo haya vuelto a ver en persona. Pero verlo, lo vio. Y hasta lo habrá seguido viendo en sus pesadillas. "Perón está en el porche de su casa, solo, inmóvil. Es un exiliado que ya transita por el blando territorio de la ancianidad sin poder realizar los dos únicos sueños que todavía acaricia: volver a su Patria, vestir su uniforme militar. Pero no siento piedad por él: más bien, creo que le estoy envidiando. Porque muchos hombres y mujeres de la Argentina sintieron que sus vidas eran más plenas y más ricas cuando lo tenían a su lado." Y en seguida una confesión poderosa: "Pienso que daría diez años de la vida de Félix Luna a cambio de un día, un solo día de Juan Perón. A cambio, por ejemplo, de aquella jornada de octubre, cuando se asomó a la Plaza de Mayo y recibió, en un bramido inolvidable, lo más limpio y hermoso que puede ambicionar un hombre con vocación política: el amor de su pueblo" (Félix Luna, *El 45, Crónica de un año decisivo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1971, p. 491). ¿Qué era ese amor? Era lo que Perón definió, en su último discurso, como *la más maravillosa música*. Asombra la simetría del texto con que Luna cierra *El 45* con el discurso con que Perón cierra su carrera política.

Todo lo contrario sucede con *Perón y su tiempo*, tres tomos publicados el primero en 1984, el segundo en 1985 y el tercero en 1986. Al calor del alfonsinismo. Al calor de una clase media gorila, de una universidad gorila y de un partido gobernante gorila. El menos gorila era el propio Alfonsín, pero no logró frenar a los suyos. Luna se suma a ese odio, a ese pre-juicio (recordemos la frase de Horacio González: *ser gorila es pensar a partir de un pre-juicio*) y llena su ambicioso trabajo de tres tomos con montones de juicios personales indignos de un verdadero historiador, sino propios de un simple ciudadano que arroja sus rabietas, sus broncas, sus prejuicios, sus resentimientos, sin advertir que está deteriorando su texto. En suma, en un libro las opiniones del "autor" enriquecen todo lo que rozan. En el otro, lo llevan al campo del chisme, del comité barrial, del balbinismo de los cuarenta y los cincuenta. Una época histórica lo entregó a la cautela, a la reflexión, a respetar la materia con que trataba. La otra la hundió en la vorágine de injurias fáciles que dibujaron su fisonomía. Nunca estuvo más lejos del sebrelismo que en *El 45*. En el '84, con *Perón y su tiempo*, supera ese gorilismo lleno de lugares comunes que da su fisonomía al sebrelismo y a los lectores que lo leen.

Por otra parte, no creo en la humildad de los que escriben "este periodista con opinión". O "según el autor". O como escribe Mario Wainfeld: "el cronista" Creo que Mario ha llevado su autodefinición de "cronista" a una asepsia que le sirve de coraza para opinar libremente sobre todo cuanto se le ocurre. Igual, como aquí nadie se salva, hay quienes le dicen: "el cronista de Indias". Pero, ¿de qué nadie se salva aquí? Hoy, de los resentidos y de los mediocres. Se arman "foros" en la cloaca Internet en los que cualquiera dice cualquier cosa de cualquiera a quien seguramente no conoce. Volvamos: busco decir que la "primera persona" siempre está. Algunos la tornan más visible que otros. Pero cuando Flaubert dice "Madame Bovary soy yo" todos sabemos de qué habla. Un autor vive en sus personajes y ellos son prolongaciones suyas. Si Madame Bovary no viviera en Flaubert, Flaubert no podría haberla creado.

SOBRE LA LITERATURA DEL YO, ESA IMPOSIBILIDAD

Está de moda –ahora bastante menos– algo que llaman "literatura del yo". Hay que aclarar que *la primera persona no es el yo*. Este es un viejo tema de la fenomenología que convendrá brevemente explicitar. Si alguien escribe: "Corrí tras ella hasta alcanzarla, la tomé de un brazo, la hice girar y le dije: *Te amo*". Aquí hay, sin duda, primera persona, pero no hay yo. El sujeto que corre "tras ella" está todo arrojado, eyectado en esa acción: *correr tras ella*. Mientras corre tras ella su conciencia no se entrega a reflexión alguna. Es sólo conciencia que corre tras ella. Si se dijera "yo corro tras ella" la perdería, la mujer amada huiría en tanto él reflexiona sobre qué está haciendo. Ese "yo" –insistamos– lo llevaría a pensar en sí mismo, obligaría a su conciencia a volver sobre sí, reflexionar y concluir "yo corro tras ella". Mientras él corre la conciencia no reflexiona. Está toda afuera. El único contenido de la conciencia es "correr tras ella". Si cuando la detiene y le dice *Te amo,* ella le pregunta *¿estás seguro?*, aquí él vuelve sobre sí, reflexiona y emite un juicio: "Sí, yo te amo". El sujeto se pone en evidencia. La primera vez que le dice *Te amo* tenía esa frase tan mecanizada como las zancadas de su carrera. Porque no es *yo corro*, es *corro*. Cuando escribo: *Corro tras ella*, el sujeto, como bien lo dice la gramática, está tácito. Es (Yo) corro tras ella. Pero para que el yo deje de estar tácito debo hacerlo aparecer. Cuando el sujeto dice *Yo corro tras ella* retorna a sí, ya no está arrojado hacia afuera. El único contenido de la conciencia es correr tras ella. La aparición del yo retrotrae a la conciencia al sí mismo: soy yo el que corre tras ella. Cuando vuelvo a ella... la perdí. *La llamada literatura del yo es imposible.* Una literatura tal debiera trazar la figura de un sujeto que reflexiona sin cesar sobre sus actos. "Yo me lavo las manos." "Yo presiono el acelerador." "Yo le doy una trompada a este cretino." "Yo huyo de esa patota." "Yo la penetro." "Yo subo las escaleras." Un sujeto así es un sujeto imposible. O un sujeto que ha enloquecido. La "reflexividad" se ha apoderado de él como *The Blob*, *La mancha voraz*. Sólo hay literatura en primera persona. Que es tan vieja como vieja es la literatura. Y hasta posiblemente más. (NOTA: Estos elementales y siempre vigentes mecanismos de la fenomenología fueron expuestos por Jean-Paul Sartre en *La trascendencia del Ego* de 1936. Hay varias ediciones en castellano. Fue tan ignorado por los estructuralistas y posestructuralistas para acusarlo de postular un sujeto trascendental –aunque atacaban a Husserl y a Kant, ignorando a Sartre– que éste decía: "Pero eso yo lo demostré ya en 1936".)

Para terminar con esto: el autor de un libro siempre se juega en su obra. Esto lo puedo abordar de un modo más o menos evidente. Este ensayo incluye con absoluta deliberación textos literarios. Sartre y Camus, en Francia, escribieron ficciones y ensayos. Pero si bien en sus ficciones expresaron sus ideas filosóficas, nunca mezclaron ensayo y ficción. Tal vez porque no tenían detrás a un gigante como Domingo Sarmiento. Pero en la Argentina se ha escrito un libro de la inmensidad literaria y filosófica de *Facundo*. Y está plagado de literatura en primera persona. Empieza así: "A fines de 1840, salía yo de mi patria". Incluso ese yo es acaso innecesario estilísticamente. Y la célebre, genial *Introducción* se abre como sigue: "¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte...". Voy a evocarte. ¿Quién? Él, Sarmiento, el autor del libro. Luego, todo el largo texto, es un vértigo de análisis, relatos, anécdotas, mentiras deliberadas, opiniones incesantes, descontroles, pasiones, hasta insultos, amenazas, etc. Se me dirá: pero usted no es Sarmiento. Desde luego que no. Pero recordemos a Woody Allen en una escena de *Manhattan*. Le dice a un amigo: "Creo que me pasa lo mismo que a Dios". "¿Cómo te atrevés a compararte con Dios?", le dice el amigo. Y Woody: "Bueno, algún modelo tengo que tener".

LO UNO COMUNICACIONAL Y LA VERDAD DEL PODER

Volviendo al relato: todo es cierto menos el final. Algo más también: Rosa Ferrero no se llamaba Rosa Ferrero, pero hace muchos años que no la veo y preferí ficionalizar libremente cambiándole el nombre. Del velatorio de Perón no me la llevé a ninguna parte, porque no estaba ahí. Ahí la puse en el relato para darle un final entre triste, esperanzado pero incierto. No se sabe si ella va a decir que sí. Eso lo supone "José". Pero no es seguro. Rosa tenía muchas cosas qué hacer esa tarde. Además, Miguel tenía razón: "Demasiada mina para nosotros". El acto impetuoso de "José" intenta saltar esta barrera, pero no sabemos si lo consigue. Lo que el relato pone en la centralidad son los que llamaremos *los sujetos de la narración*. No hay narración sin sujeto de la narración. No hay historia sin sujeto

de y en la historia. Y aquí hemos llegado a dónde queríamos llegar.

Nuestro elemento central para el análisis de la historia es la *negación*. O el *conflicto* entendido en tanto antagonismo. En un pasaje alguna vez célebre Sartre escribía: "El principio *metodológico* que hace que la certidumbre empiece con la reflexión (el sujeto o la conciencia, JPF), no contradice en absoluto al principio *antropológico* que define a la persona por su materialidad. La única teoría del conocimiento que puede ser válida hoy en día es la que se funda sobre esta verdad de la microfísica: el experimentador forma parte del sistema experimental" (Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, tomo I, Losada, Buenos Aires, 1963, p. 37). Hemos formado y todavía formamos parte del sistema experimental. Nunca estuvimos afuera de esta historia. Es más: hasta podríamos decir que la escritura de este libro modificó nuestras ideas previas (que fueron laboriosamente dejadas de lado) sobre el fenómeno a estudiar. Seguramente les sucedió lo mismo a los lectores. Mi recurrencia a la primera persona (cuando se dio) responde a una certeza metodológica: es posible partir de una existencia individual y arribar por medio de sucesivas mediaciones a la totalización de la Historia, que se constituye para destotalizarse de inmediato. La totalidad nunca cierra. Cuando cierra es totalitaria. De hecho, todo régimen totalitario consiste en paralizar el movimiento de la destotalización. No hay destotalización posible. Hay una sola totalidad: la del Poder. La de lo Uno. Lo Uno no se destotaliza. Cercenará todo intento que busque negarlo.

Por eso lo Uno es afirmación pura. Todo totalitarismo se afirma como lo único y lo Uno. El capitalismo del siglo XXI es globalizador y esa globalización se realiza a través del poderío bélico y del mediático. El asalto a los territorios que se requiere someter (siempre en busca de materias energéticas aun cuando los motivos esgrimidos sean los eternos de la libertad y la democracia) se ha tornado altamente complejo. Asistimos a una nueva etapa del colonialismo. Esa especificidad que Hilferding (con su obra *El capital financiero*) y Lenin (con su tesis del imperialismo como etapa superior del capitalismo) habían encontrado ya no es tal. Asistimos a un imperialismo colonial. En Irak, Estados Unidos se queda como potencia colonial. Todo lo contrario hizo Inglaterra con las colonias españolas que se independizaron en el siglo XIX: apoyó esos procesos. Libres de España, no tenían otro camino que comerciar con el Imperio. Así, habrían de sometérsele. Pero que fueran libres, tuvieran bandera, himno, ejército y hasta orgullo. La Guerra contra el Terror necesita ocupar el territorio. Ya no se domina con el capital financiero. Esa frase de Canning que he citado desde joven: "No entremos como guerreros, entremos como mercaderes", ya no se la permite Estados Unidos. Entra por medio de la guerra y por medio de ella se queda. Necesita asegurarse por completo esos territorios. Si los deja libres, atentarán otra vez como en nine eleven. Además, necesita administrar sus riquezas energéticas. ¿Cómo sería un invierno sin calefactores en Nueva York? ¿Qué pasaría con la industria armamentística? ¿Con los automóviles? La Guerra preventiva es ésa. Atacar antes y quedarse para asegurar la neutralización de ese territorio. Esta es la globalización bélica. Que difícilmente podrá sostener. Aunque tiene por aliado a todo el Occidente racional y supramoderno. La otra globalización es la comunicacional. Consiste en cometer eso que Baudrillard llamó el crimen perfecto: *asesinar la realidad*. Lo totalitario, dijimos, instaura lo Uno. Lo comunicacional –por medio de la oligopolización mediática– también. Si todos los medios están en manos del poder todos acordarán acerca de qué hay que comunicar. Cuando todos comuniquen –con algunas variables– lo mismo se habrá logrado el sueño del totalitarismo comunicacional. Lo Uno comunicacional. Lo Uno comunicacional consiste en la comunicación de Una Única Verdad. Cuando algo se impone a los demás como lo Uno y Único es indiscutiblemente la Verdad. La Verdad es la Verdad que el poder impone a todos como la Única Verdad. Esa Verdad es la Verdad del poder. Pero el poder radica, justamente, en conseguir que todos crean en ella. Cuando todos creen que la Verdad del poder es la Verdad, el poder ha triunfado. La Verdad es Una y expresa la unicidad del poder totalitario cuya tarea es impedir las diferencias en tanto negaciones de esa Única Verdad. Esta es la conquista más alta del capitalismo supramoderno. El poder bélico y el poder comunicacional son las armas con que regula a un mundo que –por ahora– muy levemente insinúa alguna rebeldía.

TODA REBELDÍA ES NEGACIÓN

Hemos llegado a otro punto axial: ¿qué es la rebeldía? Mi posición es concluyente, sé que está a contramano de otras que se consagran en estos momentos y me alegra que así sea. No es que desconozca a las otras. Es que no estoy de acuerdo y sé por qué. Veamos: *toda rebeldía es negación*. Utilicemos esa hermosa pintada de los obreros de la Resistencia Peronista, ese momento luminoso en la historia de nuestro país. Esa lucha esencialmente obrera, sin un conductor centralizado que ahogue a los demás, sin una estructura sindical burocrática, recurriendo al poder de las masas y no a la violencia. En cierto momento y en cierto lugar esa resistencia escribió en la persiana de chapa de una fábrica posiblemente cerrada por falta de trabajo, una fábrica que habría echado mal y prepotentemente a sus obreros, la siguiente leyenda: *Los yankis, los rusos y las potencias reconocen a la libertadora. Villa Manuelita no*. ¡Cómo me gustaría escribir un largo ensayo sobre la dignidad humana que llevara por título *Villa Manuelita no*! Hoy, desde la caída del Muro, continúan firmes las filosofías que destruyen todos los elementos de la dialéctica, entre ellos la negación. Oyen hablar de negatividad y exclaman: ¡marxismo!, ¡hegelianismo!, ¡sartrismo! Han encontrado sus dioses: Spinoza, Nietzsche. Siempre Heidegger. Gilles Deleuze dice que su filosofía puede definirse como el rechazo a la negatividad. Para ello recurre a Spinoza. "Ser spinozista (decía Hegel) es el punto de partida esencial de toda filosofía" (Hegel, *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, p. 285). Spinoza afirma la existencia y la unicidad de la sustancia y no se mueve de ahí. Porque no recurre a la negación. Es sólo la negación de la sustancia en tanto sustancia primera la que hará posible el devenir dialéctico que Hegel propugna. Pero Spinoza permanece en la afirmación de lo que es. Escribe: "Por *sustancia* entiendo aquello que es en sí y se concibe por sí" (Baruj Spinoza, *Etica demostrada según el modo geométrico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 11. Definición 3era. de la Primera Parte). Hegel tiene una concepción totalmente contraria a la del holandés errante. Nada es en sí y permanece tal como es eternamente al perseverar en su ser. Todo lo que es debe someterse a "la seriedad, el dolor, la paciencia y el trabajo de lo negativo" (Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, FCE, México, 1966, p. 16). Y luego –en ese maravilloso *Prefacio*, tal vez el texto más bello y complejo que se haya escrito en la historia de la filosofía– escribe: "Pero la vida del espíritu no es la vida que se asusta ante la muerte y se mantiene pura de la desolación, sino la que sabe afrontarla y mantenerse en ella. El espíritu sólo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento. El espíritu no es esta potencia como lo positivo que se aparta de lo negativo, como cuando decimos de algo que no es nada o que es falso y, hecho esto, pasamos sin más a otra cosa, sino que sólo es esta potencia cuando mira cara a cara a lo negativo y permanece cerca de ello. Esta permanencia es la fuerza mágica que hace que lo negativo vuelva al ser" (Hegel, Ibíd., p. 24). Retornemos a *Villa Manuelita no*. Villa Manuelita no se asusta de la muerte. Sabe que hay fusilamientos clandestinos, que el Ejército entra durante las noches en las villas con sus faroles agresivos y sus armas de fuego, que las cárceles están llenas de obreros peronistas, que se tortura, que se fusila, etc. El desgarramiento de los leales al gobierno derrocado es absoluto. Pero este desgarramiento no impide que Villa Manuelita busque y conquiste una identidad. *Así, se encuentra a sí misma en el más absoluto desgarramiento*. Villa Manuelita no se aparta de lo negativo. Sabe que el régimen niega todo lo que los obreros de la resistencia quieren. Pero Villa Manuelita despliega una fuerza mágica. Desde sí, se atreve a negar al régimen. A negar a eso que la niega. Esta fuerza mágica hace que lo negativo vuelva al ser. O, digamos más apropiadamente para nuestro tema, hace que lo negativo sea la fuerza identitaria de Villa Manuelita. Somos la negación de quienes nos niegan. No tienen razón. No son invencibles. No nos van a destruir. No los reconocemos. Los negamos. No somos ellos. Ellos no son nosotros. Somos uno la negación del otro. Estamos en esa beligerancia. Esa beligerancia sólo la negación puede expresarla.

"Villa Manuelita no" es ejercer sobre el dominador la negación del dominado. Pero en ese mismo acto de negación el dominado se afirma a sí mismo. *Cuando los de Villa Manuelita dicen "no" a los grandes poderes de la tierra se están diciendo "sí" a sí mismos.* Se trata de un mismo surgimiento. "No" y "Sí" se producen simultáneamente. No hay diferenciación temporal. Ni siquiera lógica. No bien se dice "Villa Manuelita no" a la libertadora y a las potencias se dice "sí" a Villa Manuelita. Y entre ese "no" y ese "sí" se arma la trama que posibilita la praxis. A eso yo todavía lo llamo dialéctica. Sin superación, sin conciliación, sin teleología. Pero sí al aparato conceptual de negación del Otro y afirmación del Sí mismo que genera la praxis de liberación. No sé indicar dónde puede encontrarse bibliografía para esto. Pero la cuestión –insisto– es mostrar con claridad y firmeza que no hay una afirmación (nietzscheana o spinozista) por un lado y una negación "dialéctica" por otro. No sé incluso (ni me importa) si a la negatividad que propongo la debo llamar dialéctica: porque no tiene devenir necesario (teleología), no forma parte del desarrollo de una sustancia histórica (absoluto hegeliano), no conduce a ninguna ineluctable liberación de una clase social (Marx, ¡esas desafortunadas consideraciones del *Epílogo* de enero de 1873 a la segunda edición de *El Capital*!), ni su libertad consiste en el reconocimiento de una necesidad histórica (otra vez Hegel). Todo lo contrario: la negatividad que propongo no responde a ninguna necesidad porque es esencialmente un acto libre. *Un sometido nunca es más libre que cuando le dice no al opresor*.

Pero los filósofos franceses –a partir de *El pensamiento salvaje* y *Las palabras y las cosas*– decidieron huir del marxismo. Foucault era anticomunista y lo era a partir de ciertas experiencias personales. Lo importante era otra cosa, la que dijimos: salir de todo lo que oliera a marxismo. Para eso encontraron a Heidegger y a Nietzsche, críticos de la modernidad, aunque desde la derecha. No puedo desarrollar esto aquí. Me repetiría. Una gran parte de *La filosofía y el barro de la historia* está dedicada a analizar, desmenuzar y criticar este movimiento: *salir del sujeto para entrar en Heidegger*. Deleuze se dedica a impugnar la negatividad. ¿Desde dónde? Coherentemente desde Spinoza: la sustancia inmóvil. "Toda naturaleza es positiva (escribe) y, por lo tanto, ilimitada e indeterminada en su género, de tal manera que existe necesariamente (carta XXXVI, a Hudde). *A la positividad como esencia infinita corresponde la afirmación como existencia necesaria* (Etica, I, 7 y 8)". (Gilles Deleuze, *Spinoza: Filosofía Práctica*, Tusquets, Barcelona, 2001, p. 111). Más adelante: "El principio spinozista consiste en que la negación no es, porque nunca algo, sea lo que se quiera, falta a cosa alguna" (Ibid., p. 112). Y también: "Prácticamente, la eliminación de lo negativo pasa por la crítica radical de todas las pasiones basadas en la tristeza" (Ibid., p. 113). Y el estudioso de la obra de Deleuze, François Zourabichvili, aclara del todo la cuestión: "El tema del acontecimiento ocupa hoy el centro de las preocupaciones filosóficas, motorizando las tentativas más osadas y originales. Pero los pareceres del momento no constituyen una filosofía y no pueden enmascarar diferencias inconciliables: para Deleuze, una filosofía del acontecimiento es incompatible con la negatividad" (François Zourabichvili, *Deleuze, una filosofía del acontecimiento*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 32. El libro, originariamente se publicó en Francia en 1994, de modo que el acontecimiento ya no ocupa el centro de las preocupaciones filosóficas. La filosofía sigue el paradigma de la moda, de los grandes diseñadores (por ejemplo: Miyake, Armani, Estela McCartney, la hija de Paul): cada año, una novedad. Tal vez cada dos, a lo sumo tres o cinco. Pero hay que renovarse. No cambiamos sólo porque el marxismo se desmoronó o porque Sartre gozó de una fama desmedida durante 25 años. Cambiamos porque hay que cambiar. Nunca me gustó esa frase: vino viejo en odres nuevos, porque los odres nuevos suelen ser vistosos y atrayentes y no siempre el vino es viejo. Sin embargo, rige la mecánica del capitalismo. Y la filosofía se confundió con la vida académica. Se retiró de la calle. *Del barro de la historia*. El único referente que continúa intocado es Heidegger. Los profesores del Primer Mundo cuidan sus puestos, esos puestos están bien pagos, hay que inventar algo de tanto en tanto y la academia norteamericana no quiere novedades marxistas ni recordar a los grandes pensadores de esa corriente, que no fueron muchos. Desde hace años se viene anunciando un "retorno a Sartre". Pero no se va a producir. Además, no creo que sea saludable un simple retorno a Sartre porque no todo está en Sartre. Porque, también, algunos de los francesitos que lo sucedieron desplegaron con enorme talento temáticas nuevas: Foucault, por ejemplo, el tema del poder, al que dedicó su vida olvidando el de la resistencia al poder aunque figure en una célebre fórmula suya que apenas si desarrolló: que el poder engendraba su propia resistencia. El Foucault de la revolución iraní: a ése hay que volver. Al de la revolución de las manos vacías. Ahora algunas personas que aprecio especialmente están intentando una "izquierda lacaniana". Vayan ustedes por ahí, queridos amigos. Lacan no entendió nada de política y apenas si se ocupó de eso. Heidegger, cuando creyó entender de política, se subió al rectorado de Friburgo para el ser el Führer filosófico de la Alemania nazi. Su gran libro es *Ser y Tiempo*. El resto, la llamada historia del ser, esa senda mística que culmina en el claro del bosque con el *Ereignis*, es sólo eso: mística, filosofía zen, escape de un mundo que Heidegger dejó de entender no bien culpó al Dasein (en tanto Amo de lo Ente) de todos los males de este mundo. Anoten esto: en *Ser y Tiempo*, el Dasein es el ahí del ser, el lugar en que se formula la pregunta por el ser, el ente que se hace esa pregunta porque en su ser le va el ser, le importa. Después de *Ser y Tiempo*, el Dasein ya no es un ente privilegiado porque se formula la pregunta ontológica fundamental, es un ente extraviado por el dominio de la naturaleza a través de la técnica. El ser se retira. El olvido del ser es, en rigor, el retiro del ser. (Ahora aclaramos algo esto.)

En suma, el Dasein –de ente privilegiado– pasa a ser el amo de los entes, el que los domina, el que olvida al ser. El Dasein pasa a ser culpable del dominio instrumental de la tierra. Ahí surge el nazismo de Heidegger. ¿Por qué no matar millones de *seres ahí* si ya no se preguntan por el ser? El nazismo de Heidegger coincide con su negación del hombre y del humanismo. El Heidegger nazi es el llamado "segundo Heidegger". El Heidegger de la *Kehre* (viraje). Pero (ahora vamos a decir algo terrible) el verdadero "viraje" de Heidegger, su verdadera *Kehre*, es el viraje hacia el nazismo. Si bien en *Ser y Tiempo* es posible rastrear elementos nacionalsocialistas, yo diría, no obstante, que es bastante arduo extraer una política de la ontología fundamental. Además, se trata de un texto de 1927 (un gran texto). Pero –a partir de la *Kehre*– Heidegger culpa al hombre de olvidar al ser y dedicarse a dominar los entes. Es el hombre del tecnocapitalismo, el hombre entregado al dominio universal de la técnica, a la conquista de la tierra. Como dirá en el célebre reportaje póstumo de *Der Spiegel*: "Donde el hombre vive ya no es la tierra". (Nota: Desde luego el maestro de Friburgo es totalmente ajeno y desdeñoso de la realidad de los países marginados o subalternos, como los llama Gayatri Spivak. Para él, lo malo es que "Todo funciona". Bueno, digamos que por aquí con frecuencia nada funciona. Y millones de seres que viven en la miseria viven en la tierra, sólo que no parecen disfrutar de ese privilegio al modo heideggeriano. Más bien, preferirían el asfalto. Como decía Mordisquito: "Se acabó el barrio de la tierra húmeda y hostil. Se acabó el tango de la tristeza. Ahora los pobres tienen portland". Pero, para Heidegger, esto es fatal: "La técnica arranca cada vez más al hombre de la tierra y lo desarraiga". Es una problemática por completo ajena al mundo de la pobreza. El problema no es el desarraigo de la tierra, sino que el sistema capitalista neoliberal se concentra cada vez más y deja en la miseria, hunde en el hambre a continentes enteros. Pero Heidegger no veía esto. No podía verlo. Nunca lo vio. Para él lo terrible era que se talara un árbol. Debió exigir que con ese árbol se construyera una casa para una familia sin techo. Y debió señalar que aun este noble motivo no justificaba todas las podas, cualquier desmonte. Peras al olmo.) Ahí, su viraje lo lleva al encuentro del nazismo. Los profesores franceses y también los italianos –ante una afirmación de este tipo– reaccionan de dos modos: 1) ¡Este sudamericano salvaje y bárbaro es un irresponsable! No tiene fundamentos para una afirmación tan osada; 2) Qué cosas se atreven a decir estos sudamericanos. Qué frescura. Qué aire nuevo, antiacadémico. Tenemos que escucharlos. Los italianos (el dolorosamente fallecido Franco Volpi, por ejemplo, y también otros como Giacomo Marramao) se inclinan por la segunda posibilidad. Los franceses se abrazan a la primera. En cuanto al "retiro del ser" nunca entendí claramente esto. Nadie lo entiende porque no debiéramos tomarlo en serio. ¿Qué es el ser? Nadie lo sabe, jamás Heidegger lo dijo. No hay "ser" en la experiencia humana. El hombre lo ha simbolizado todo. El ser, ha dicho Sartre, libre de toda determinación no existe en ninguna parte en la experiencia humana. Por más que vivamos en el pathos de la escucha –como propone Heidegger– el ser no se hará presente. Nadie le vio la cara. Adorno responde adecuadamente: "Yo no vivo en el pathos de la escucha al ser sino al sufrimiento de los otros". ¿Cómo sacar una política de un alemán entre nazi y místico y un francés que apenas si se ocupó de pensar la cuestión? (Motivo por el que fue estudiado anodinamente durante los años de la dictadura argentina, en que se formaron miles de lacanianos. Lacan no molestaba al régimen desaparecedor.) Pero ahí están en eso mis queridos amigos Ernesto Laclau, Jorge Alemán y Chantal Mouffe. (Laclau: se está complicando demasiado la hegemonía. Para que los polos de hegemonía existan al menos los lectores tienen que poder inteligir qué son). A la jerga de Heidegger, Lacan añade la suya. Para colmo, la construye entre el psicoanálisis, la lingüística, la semiología y las matemáticas. El fárrago que se crea es considerable. El psicoanálisis es –en mi experiencia– algo que conozco más desde el diván del neurótico que desde el escritorio del ensayista. (Sin embargo o tal vez por eso, Jorge Alemán dice que escribí una gran novela para el psicoanálisis: *La astucia de la razón*.) "La 'semiología' (escribe Foucault, admirable en muchas temáticas) "(es) una manera de esquivar el carácter violento, sangrante, mortal, reduciéndolo a la forma apacible y platónica del lenguaje y del diálogo". Se refiere a la historia: la semiología la reduce a "eso". "A la forma apacible y platónica del lenguaje y del diálogo" (Michel Foucault, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1992, p. 190. En *La filosofía y el barro de la historia* le dedico a Michel unas 130 gruesas páginas. Algo debo quererlo. Aunque mi amigo Rubén Ríos suele criticarme: "Te construiste el Foucault que necesitabas". ¿Alguien hace otra cosa?). Cuando le preguntaron por qué le concedía tan poca importancia a la filosofía matemática, a la filosofía analítica, respondía lo mismo que yo habría dicho y diré siempre: "Porque no me interesa. Lo siento: *nobody is perfect*". Este *nobody is perfect* es la frase inolvidable que Joe Brown le arroja a Jack Lemmon en *Some like it hot* cuando éste le confiesa que no es una mujer sino un hombre. Con gran sentido del humor, Foucault la utiliza para decir que sin duda debiera interesarse mucho por la filosofía analítica, pero no lo consigue. De conseguirlo sería perfecto. Pero: *nobody is perfect*. En suma, no esperen mucho psicoanálisis, ni semiología ni pensamiento empirista lógico en mis análisis finales sobre el peronismo. Encontrarán todo tipo de metodologías y no creo que las explicite demasiado. Lacan no cita sus fuentes. Sus seguidores se reúnen para entretenerse y descubrir de dónde provienen. Nuestro "loco nacional", Fogwill, ha dicho que Lacan son a lo sumo 20 conceptos de Heidegger. Pocas veces estuvo tan cuerdo como cuando largó esa boutade.

GANADO LA CALLE, LA CONCIENCIA POLÍTICA SE GANA A SÍ MISMA

Hay una célebre frase que se les arrojó a los estructuralistas durante el Mayo francés: *Las estructuras no salen a la calle*. Pongamos una fecha: es el 20 de junio de 1973 en la Argentina. Hemos estudiado *detalladamente* los eventos de ese día. Todos salen a la calle. Salen a la calle numerosos proyectos políticos diferenciados. ¿En quiénes se encarnan los proyectos políticos? En sujetos políticos. Individuales o colectivos. El sujeto individual salió a la calle para participar de una fiesta nacional, de todos. Recibir al mítico General Perón. Se une a otros. Y hasta podría decirse que estos sujetos individuales o grupos con baja densidad política son los que llevan el número de participantes de la jornada a cumbres inimaginables en la historia del país. Lo sabemos: por lo menos dos millones de personas. Los otros son los sujetos militantes. Los que han salido a la calle constituidos por una ideología y por una metodología de acción delineada por el grupo al que pertenecen. Ezeiza no es el 17 de octubre en relación con el tema de la conciencia política. En Ezeiza los sujetos tenían una posición política *antes* de salir de su casa. En el 17 de octubre el proyecto político era compartido por todos: pedir por la libertad del líder. "*A Plaza de Mayo* es la consigna. No importa quién la larga, la largan todos. Cada compañero, con su propia conducta, señala al otro y encuentra en el otro el adecuado camino a seguir. Se decide ir a Plaza de Mayo mientras se está yendo, porque no hay un propósito consciente antes del acto, acto y conciencia se dan juntos. Sólo se descubre el sentido de la acción a través de la acción misma. Por eso (...) la conciencia política no está terminada en casa y sale a la calle después, sino que se realiza en y a través de la práctica. *Ganando la calle, la conciencia política se gana a sí misma*" (José Pablo Feinmann, *Sobre el peronismo y sus intérpretes (II)*, *Revista Envido*, Nº 7, octubre de 1972, p. 24. Las cursivas pertenecen al texto original). Sigue la descripción del 17 de octubre. "Hay que reivindicar aquí el sentido hegeliano de la palabra *conciencia* en tanto *escisión*, *oposición*, para afirmar luego que sólo desde la acción política es posible romper con el sistema. 'El obrero (explicaba Cooke) es un ser humano malogrado por la posición que ocupa en el sistema productivo, despojado de parte del valor que su trabajo crea, pero despojado también de su humanidad (...) *Sujeto* para sí, es *objeto* para quienes lo explotan (...) El primer paso para dejar de ser objeto no es la cultura, que los regímenes de trabajo extenuantes no le permitirían formarse, sino la acción revolucionaria'. En resumen: *una conciencia que simplemente reflejara el lugar que ocupa el obrero en el aparato productivo, no haría más que integrarse como uno más de sus momentos y sólo el reformismo sería su conducta política consecuente.* La conciencia revolucionaria, por el contrario, surge allí donde el obrero supera el lugar en que lo ha metido el sistema, rompe con él, y no lo hace desde el pensamiento, sino que esta ruptura se hace en y por la acción política. Y mientras las cosas sigan siendo así, mientras aún existan pueblos capaces de pronunciar el lenguaje de la ruptura, va a ser muy difícil librarse del *humanismo*, que, en fin de cuentas, es lo único que permite explicar la acción política, esa lucha de voluntades" (JPF, Ibid., p. 30). Aclaremos que no se trata aquí de negar la importancia del pensamiento. Pero éste se da paralelamente a la praxis, la acompaña, es su momento comprensivo, se da sus propias luces a través de la acción. La lucidez de la lucha obrera surge de la unidad entre pensamiento y praxis. A pie de página escribía una larga y dura nota contra el estructuralismo althusseriano que se imponía en esos días: "Todo esto disgustará seguramente a los practicantes de la teoría marxthusseriana. Pero hay algo cierto: nunca han podido explicar con éxito la acción política. Y no es casual: una filosofía que delimite tan férreamente el campo de lo científico, que se manifieste tan celosa de esta esfera, que encuentre en las estructuras y en las relaciones entre ellas el sentido y –guste o no– el sujeto de la historia, debe encontrar necesariamente serios problemas para explicar la acción política. Porque como dice el mismo Poulantzas: 'no pueden descubrirse intereses en las estructuras'. Y allá él si no saca las debidas conclusiones de tan sensata afirmación. Althusser, por su parte, acorralado por los compatriotas y herederos del historicismo gramsciano, confiesa: 'En nuestro libro *falta* algo muy importante: digamos, el eco de la *práctica* política de los partidos comunistas'" (JPF, Ibid., p. 30. Todas las cursivas son del texto original. La cita de Poulantzas es de *Clases sociales y poder político en el estado capitalista*, Siglo XXI, México, 1969, p. 131. La de Althusser de *Discusión sobre el pensamiento de Gramsci* en *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1972, p. 94.) Durante esos días, Horacio González lanzó una frase (que él dice no recordar, pero yo insisto en recordarle porque es formidable y a él le pertenece) luminosa: "El hombre es el centro de la política". Entre tanto, en Francia se coronaba a un joven filósofo que había lanzado una consigna inspirada en Nietzsche: *El hombre ha muerto*. ¿Qué podía importarnos eso a nosotros? ¿Qué podía decirnos? Si querían suicidarse, allá ellos. Nosotros éramos (con Cooke como maestro) la izquierda peronista. Ojalá estas líneas ayuden a que se la conozca mejor.

Sería deseable que fuera posible. Sólo nos restan tres fascículos. Todo tiene un fin. Alguna vez continuaremos. Pero no ahora. Lo que sigue está demasiado cercano. Está, también, abordado en textos que escribí desde la más estricta contemporaneidad. Pero en este tipo de trabajos cierta distancia es epistemológicamente aconsejable. Todos coincidimos en eso.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

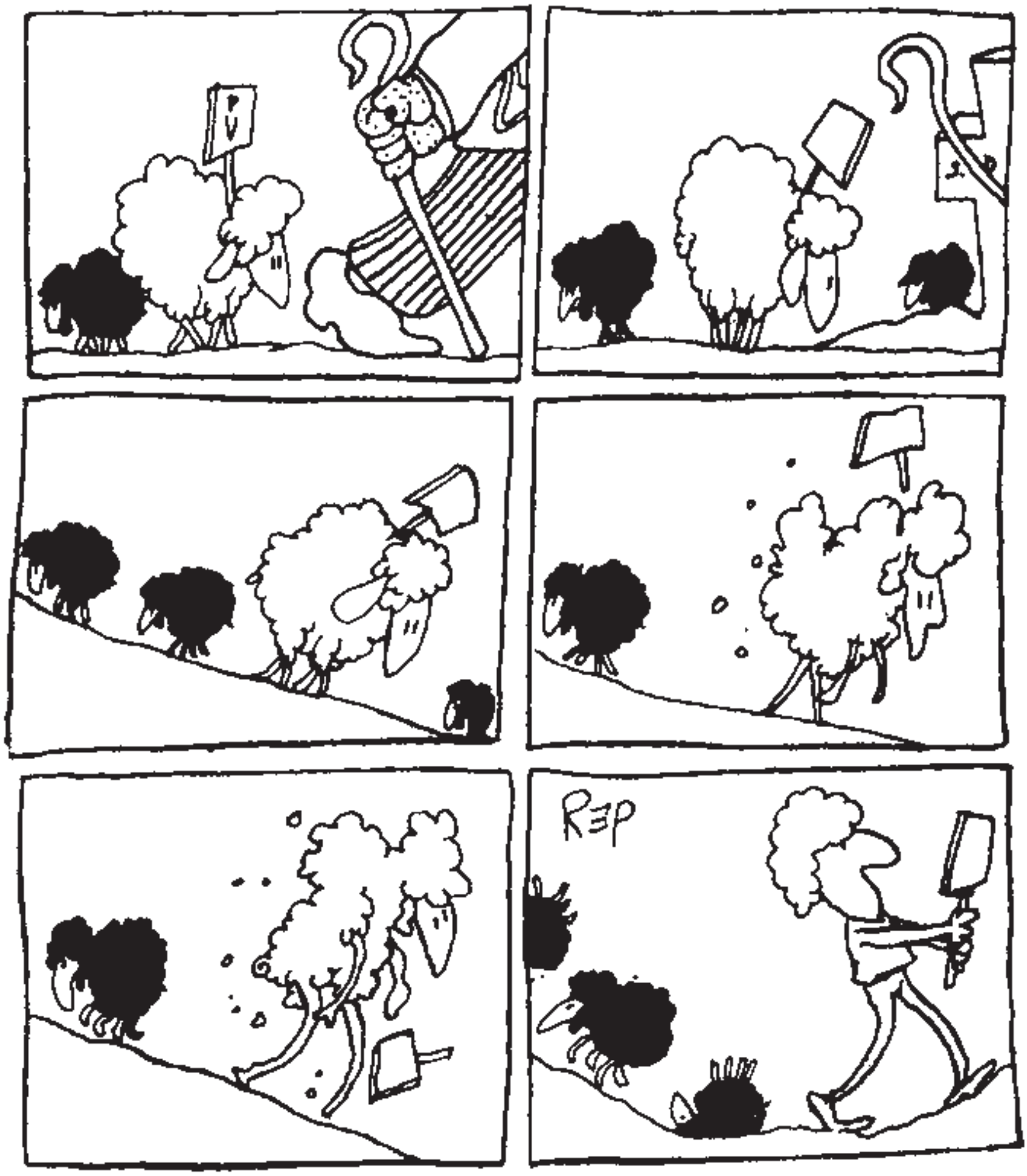
Dos preguntas de casi imposible respuesta: ¿Quién tenía razón? ¿Dónde estaba la verdad?

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

128 **Dos preguntas de casi imposible respuesta: ¿Quién tenía razón? ¿Dónde estaba la verdad?**



Suplemento especial de
Página|12

LA OAS PROTEGE A UN LÍDER DEL TERCER MUNDO

Uno de los contrasentidos más asombrosos del aterrizaje de Perón en Ezeiza –esa descomunal puesta en escena de la Historia– es que regresa al país como líder del Tercer Mundo. Así se había definido a sí mismo. Con Mao, con Fidel, con Ho Chi Minh se había comparado, era parte de esa clase de hombres, encabezaba una lucha similar a la que ellos habían protagonizado y protagonizaban. Así lo había interpretado la juventud peronista –en cuya fuerza y entusiasmo se afirmó para conseguir su regreso– y así lo esperaba para recibirlo. Sin embargo, en el palco que se había montado en la autopista Riccheri para recibir a este indiscutido líder tercemundista ¡había mercenarios franceses, chacales de la contrainsurgencia en Argelia, matarifes de la *Organization de la Armée Secrète*! Estaban los más grandes enemigos de las luchas tercermundistas. Los que habían dado todo para destrozar el Frente de Liberación Nacional argelino. Los que habían torturado, asesinado, los que habían creado y ejercido con saña y rigor la Doctrina de Contrainsurgencia Francesa. ¡Estos mercenarios –estos furiosos enemigos de las luchas de liberación de los países del Tercer Mundo– eran los custodios del gran líder tercermundista que estaba a punto de aterrizar en Ezeiza! No será fácil encontrar en otros procesos históricos una paradoja, un contrasentido, semejante extravagancia. ¿Cómo había sido posible algo así? Lo sabemos de sobra a esta altura. Pero imaginemos que en Argelia –luego de la derrota francesa– se produce una contrarrevolución, encarnada por los paras y financiada por la derecha francesa. Imaginemos que ganan. Imaginemos que el general Massu regresa triunfador. Imaginemos que se le erige un palco de honor para recibirlo. Imaginemos que la custodia de ese palco se les encarga a los militantes guerrilleros del Frente de Liberación Nacional. ¿Quién podría creer esto? ¿A quién se le podría vender un disparate semejante? Así es la historia que hemos narrado. Tan intrincada, tan enmarañada, tan llena de mentiras, falsedades, intenciones ocultas y pactos entre las sombras que expresa una complejidad y hasta un contrasentido del tejido histórico que a nadie debe sorprender que terminara como terminó: explotando por los aires, con ruido y furor.

"EL DISCURSO DEL OTRO"

La pregunta insalvable que ahora tenemos que afrontar es la que todos se han hecho alguna vez: ¿Dónde estaba la verdad? O como se dice más vulgarmente: ¿Quién tenía razón? Porque las discusiones acerca de la responsabilidad de los distintos sujetos actuantes en el camino que se fue trazando y que terminó exactamente en la boca del lobo han sido interminables. Esas disputas y hasta con frecuencia esas reyertas expresan interpretaciones sobre los hechos. Los hechos ya no pueden decirnos más. Están todos sobre la mesa. Ahora viene el vértigo de las interpretaciones. "¿Qué significa todo esto (escribe Eduardo Grüner), sino que la cultura –para bien o para mal– no consiste en otra cosa que en el combate de las interpretaciones?" (Eduardo Grüner, *Foucault: una política de la interpretación* en Michel Foucault: *Nietzsche, Freud, Marx*, revista *Eco*, Colombia, no tiene fecha de edición, p. 13). Significa esta afirmación que en Ezeiza –entre los tiros– se enfrentaban distintas interpretaciones de la Historia. Pero aquí vamos a decir algo atroz para toda la cultura académica del Occidente actual basada en el lenguaje, en Heidegger y sus herederos franceses. Si –ese 20 de junio– hubiésemos tenido la oportunidad de ser invisibles y treparnos a un helicóptero y ver las acciones desde él, o sea: desde arriba, ¿qué habríamos visto? Habríamos visto a hombres y mujeres. A sujetos en acción. A sujetos matándose, matando unos a otros, los otros muriendo o buscando protección, columnas que venían del sur, algunos de los que eran heridos conseguían huir o sacaban armas de escaso calibre que habían llevado y respondían. Gritos de furia, de dolor, de angustia y alaridos escalofriantes, terroríficos. Preguntémosle a un semiólogo: "¿Qué ve usted ahí?". A un estructuralista: "¿Ya está armada la estructura? ¿Hacemos un corte sincrónico y la estudiamos?". A un *pensador de la sospecha* (se tiene por tales a Marx, Nietzsche y Freud) de formación psicoanalítica. A un analista de la realidad tramado por Freud, Heidegger y Lacan. Antes de preguntarle algo, digámosle: "Usted sabe que hay tres grandes heridas narcisistas en la cultura de Occidente. La de Copérnico: no somos el centro del universo, el Sol no gira a nuestro alrededor sino al revés; la de Darwin: descendemos de los primates, y la más terrible (¡oh, cuánto dolor nos ha producido esto!): la del maestro vienés, Freud. Que nos dijo: la conciencia es una pobre cosa determinada por algo que he decidido llamar inconsciente (*Das Unsbewusste*). El inconsciente es todo eso que la conciencia ha reprimido para poder vivir en medio de la cultura. La cultura implica la represión de las pulsiones más genuinas del individuo. (Ver el gran libro de Freud: *El malestar en la cultura.*) Según Foucault, el gran hallazgo de Freud es haber descubierto "que la conciencia reposaba sobre la inconsciencia" (Foucault, *Ibid.*, p. 37). Detesto esta fórmula porque vivo en un país –el único en América latina– que ha tenido la excepcionalidad en el campo de los derechos humanos de juzgar a los represores del genocidio del que fue víctima. ¿Cómo juzgarlos sin una teoría de la conciencia entendida como lucidez, auténtica deliberación y absoluta responsabilidad? En lugar de acudir a libros del Tata Yofre, Astiz debió esgrimir la teoría del inconsciente en Freud. Y la específica formulación que le acaba de dar Foucault: "la conciencia reposa sobre la inconsciencia". Flaco favor le ha hecho a Freud su admirador francés. La cosa, en Freud, es más compleja. Más atractiva se presenta en Lacan. Lacan lleva el inconsciente al terreno del lenguaje y establece dos fórmulas (sobre todo una) de gran valor para nosotros. Lacan ni lo habrá pensado pero hoy (en el siglo de las comunicaciones, en el siglo de la colonización del sujeto por los medios) las fórmulas "el inconsciente está estructurado como un lenguaje" y sobre todo "el inconsciente es el discurso del Otro" son formidables. Sí, el inconsciente es el discurso del Poder. ¿Qué busca el Poder? Colonizar las conciencias. Si "la conciencia reposa sobre la inconsciencia", entonces lo que realmente busca el poder es colonizar la inconsciencia. De aquí la formidable fórmula de Lacan (que ni la pensó para esto): "El inconsciente es el discurso del Otro". Tomemos (otra vez: pero es casi inevitable) el ejemplo sublime del tachero argentino: durante todo el día escucha, a través de la radio, el discurso del Poder, el discurso del Otro. Lo recibe pasivamente. Ese discurso (que el receptor no elabora en modo alguno) trama la estructura de su inconsciente. Lo mismo le pasa al elegante empresario que lee *La Nación* o *Ambito Financiero*. Si lee *La Nación* todos los días su inconsciente "es el discurso de Morales Solá". ¿Cómo no va a ser elegido Morales Solá el periodista del año si el inconsciente de la clase media alta y el de los empresarios esta constituido por "su" discurso? O sea, "el inconsciente de la derecha argentina es el discurso de Morales Solá". Sucede, sin embargo, que Morales Solá no es "el Otro" de la derecha argentina, ya que forma parte de ella. Pero ese discurso es comprado por la clase media-media y se difunde por amplios sectores de la población. En suma, así como el Poder tiene que conseguir que su Verdad sea la Verdad de todos, tiene también que conquistar con su discurso mediático el inconsciente de los Otros. A esto le llamo *la colonización de la subjetividad*.

TODA DIFERENCIA ES CONFLICTO

Volvamos al helicóptero. ¿Qué vemos? La Historia en tanto diferenciación. Ahí abajo, todos esos elementos son diferentes. No podía ser de otro modo. Todo elemento que surge en un sistema (lingüístico a lo Saussure o histórico) surge en tanto se diferencia de otro. Yo soy pero soy en tanto soy diferente de todos los otros que no son yo. Esta diferencia no es la maravillosa diferencia de las filosofías de lo plural, de lo múltiple, de los dialectos del amable señor Vattimo. Todos los dialectos son diferentes pero dialogan entre sí porque la diferencia es la riqueza de la cultura, el espíritu que hace posible la democracia, la pluralidad y, en última instancia, el mercado. No, señores. *Para nosotros, en este suburbio del mundo, hay una diferencia esencial: países pobres y países ricos.* "Ah, caramba, es cierto", dice el gentil filósofo europeo que nos escucha atónito. Y lo dice como si recién se enterara de esa cuestión tan áspera, tal vez poco agradable y, sin duda, escasamente académica. Seguimos: Y esa diferencia (países pobres/ países ricos) se expresa también en los índices de hambre y de pobreza. Países con un alto o altísimo o escandaloso nivel de hambre y de pobreza y países con índices muy bajos en esos rubros. Sólo con eso que se llama muy graciosamente "enclaves del Tercer Mundo en sus economías". Y esa diferencia –sigamos– no expresa la pluralidad democrática de nada sino todo lo contrario: expresa un conflicto. *Toda diferencia es conflicto*. Lo que hace que toda presencia surja como despresencia es la negación que otra presencia ejerce sobre ella. No hay ontología débil ni pensamiento débil. No hay nada líquido. Hay relaciones de poder, que son siempre relaciones de fuerza y sometimiento. Si yo tengo poder es para que el Otro se calle o diga lo que yo le he enseñado a decir. Toda una sociedad es capaz de hablar un mismo idioma. Entiendo aquí por "idioma" un sistema de ideas. A ese sistema de ideas solemos decirle sentido común. La gran tarea de los medios es crear el sentido común. Por ejemplo: los bolitas y los perucas nos vienen a sacar el trabajo. Este es un gobierno corrupto. Está lleno de montoneros. Está sediento de venganza. Gobierna una pareja que toma las decisiones en el dormitorio. A los chorros hay que matarlos. Los chorros son negros que no quieren trabajar. La culpa es del Gobierno que les da plata. Qué suerte que está Pino: nos salva de votarlo a Cobos. Queremos ser opositores, pero todos los otros candidatos nos condenan a ser de derecha. ¡Suerte que apareció, Pino! Nuestro orgullo y hasta nuestra elegancia de progres está salvada. Ahora, con él, somos opositores... de izquierda. ¿Qué haríamos sin el campo? Este país siempre vivió del campo. ¿Sabe lo que me preocupa a mí? Me da cosa decirlo, pero es como si estos montoneros de mierda fueran los únicos capaces de gobernar este país. ¡A ver si tenemos que votarlos de nuevo! (*Nota*: Como se ve, aun el "sentido común" largamente trabajado por los medios tiende a erosionarse si no lo acompaña alguna praxis real, que le dé un contenido verosímil.)

Volvamos otra vez al helicóptero. Ahí, ahí abajo, se están matando. ¿Por qué? Porque la Historia es conflicto, antagonismo, agon. Son tan diferentes esos sujetos que uno no tolera que el otro siga vivo. (Dejamos de lado aquí la disparidad de fuerzas que se dio en Ezeiza.) ¡Cuántos significantes hay en esta tragedia! Todos matan en nombre del significante *Perón*. Pero mañana mismo Perón se va a encargar de dejar de ser un significante vacío. El significante Perón va a significar: "Duro con los zurdos. Con los marxistas. Con los infiltrados. No vine para ellos. Vine para licuarlos o liquidarlos". Todos los que se enfrentan no lo hacen desde la inconsciencia. Saben muy bien lo que hacen y por qué lo hacen. Y aquí viene lo que quiero decir: la teoría de la conciencia como resultado de la inconsciencia me impide juzgar a los asesinos. ¿Es la conciencia la obediencia debida al inconsciente? Si es así, no hay ética posible. No hay responsables. Sólo hay víctimas de pulsiones que no pueden controlar. Freud habrá herido al Ego de Narciso, pero al hacerlo mató la posibilidad del juicio moral, de la condena a los asesinos, a los genocidas. Y no: cada uno es responsable de sus actos porque los cometió conscientemente. No como un autómata, sino como un ser lúcido y cruel, ideologizado, lleno de odio y de pulsiones asesinas de las cuales era y es responsable. Por eso es posible juzgarlo. Si no, él también es una víctima. Pienso, centralmente, en el capitán Astiz. ¿Alguien cree que fue un juguete determinado por sus pulsiones inconscientes? Si así fuera, ¿cómo podría juzgarlo la sociedad? Más todavía: si todos fuéramos juguetes inertes en manos de unas pulsiones que nos manipulan y deciden por nosotros nuestros actos, ¿cómo podríamos fundar una moral? ¿O cómo siquiera podríamos hablar de ella? ¿Cómo podríamos querer o detestar a alguien? Una moral individual o una ética comunitaria sólo se tornan posibles si consideramos a todo individuo responsable de sus acciones. Todas esas frases que tienden a eliminar la libertad del sujeto sirven pero hasta cierto punto. Es cierto que no domino una lengua sino que hablo una lengua que me domina. No es menos cierto que –a partir de cierto momento– o empiezo a decir mis propias palabras o soy una pobre cosa sobredeterminada por los infinitos condicionamientos de la historia. "El hombre que se rebela es inexplicable", dijo el mejor Foucault, el de Irán, el que se conmovió con la sublevación de "las manos vacías". La filosofía y casi todas las restantes disciplinas humanísticas se han empeñado en los últimos treinta o cuarenta años en cercenar los márgenes de la libertad del hombre. Así es como llega Foucault a esa afirmación: "El hombre que se rebela es inexplicable". "Puede ser (se lee en *La filosofía y el barro de la historia*). Ante los condicionamientos feroces del lenguaje, de la etnología, del inconsciente, de la semiología, de la lingüística, de la estructura, del positivismo lógico, del ser heideggeriano y del pensamiento estratégico sin sujeto, es posible que toda rebelión se haya tornado inexplicable." Y aquí, no sé cómo, se me ocurrió una frase (posiblemente iluminado por la perseverante prédica del maestro Sartre) que saldría a pintar en las paredes: "Seamos inexplicables" (JPF, *La filosofía y el barro de la historia*, *Ibid.*, p. 650. En *La astucia de la razón*, que Jorge Alemán valora desde el ángulo de la psicología, hay un largo pasaje en que se desarrolla el tema del inconsciente como muro infranqueable –si se lo considera el incognoscible fundamento de las conductas– para juzgar a los protagonistas de cualquier genocidio: pp. 58/64, Norma Editorial, Buenos Aires, 2001. **PáginaI12** la reeditó en 2007 y Norma Editorial hará este año una nueva edición junto con *La crítica de las armas,* pues forman un díptico. Me equivoqué en el final de *La crítica de las armas*. No debí sofocar a Pablo Epstein en una maraña tan insoluble. ¿Por qué le negué toda salida, toda esperanza? La novela debió terminar con su viaje a México. Un viaje en que el atormentado Pablo se fuera a buscar a la hermosa guionista mexicana y se la arrebatara a su complejo, sinuoso amigo Hugo Hernández. Pero escribí ese final a mediados del año 2002. La Argentina se hundía. En medio del pesimismo de todos y del mío sepulté a Pablo bajo la sombra del cuervo de Poe). Pero no sólo tendremos que ser inexplicables para explicar la rebelión. Los enemigos de la rebelión también actúan libremente. También, siempre, en algún recoveco de sus hiperdeterminadas conciencias, son responsables de sus actos.

MONÓLOGO DEL OLVIDADO

Pero no es sencillo decir que para todos es así. Si el primer Sartre le hacía decir a Orestes en *Las moscas: Estoy condenado a la libertad,* el niño de *Los olvidados*, la monumental película de Luis Buñuel, sabe, desde el inicio, que está perdido, que terminará como habrá de terminar, arrojado entre la basura como un despojo más, como algo que la sociedad se sacude de encima, excremento entre excrementos. Que está, en suma, condenado a ser lo que siempre fue, y que jamás algo así como la *libertad* habrá de rozarlo, por más que se lo proponga, por más que luche por esa causa que es la de su dignidad de persona. Vi de casualidad esta película. Estaba en Nueva York, visitaba a Nicolás Sarudiansky, el hijo de mi mujer. El y ella salí-

an no recuerdo a qué, y Nicolás, que es un gran cinéfilo, al ver que me quedaba solo, me dijo si no quería ver una película, "para entretenerte un poco". Al descuido, pregunta: "¿Viste *Los olvidados* de Buñuel?". Le dije que tal vez sí, pero no la recordaba. "¡No puede ser!", exclama. "¡Vos tenés que ver esa película!" Lo dijo como yo le digo a Saccomanno y a otros que no pueden pasar por la vida sin ver el más grande film noir jamás filmado: *Night and The City*, ese monumento al destino trágico y a la desesperación y ese canto al poder de la luz en el cine. (Saccomanno y otros hasta el momento no han respondido a mi ofrecimiento. Allá ellos.) Pero Nicolás puso la peli, puso el DVD y me quedé solo, a oscuras, frente al genio de Buñuel. Es la historia de un niño pobre de toda pobreza, de un escuálido niño mexicano condenado a la derrota desde que asomó su nariz a este mundo. En una escena está contando huevos y los va poniendo en una canasta de considerables dimensiones. Uno lo mira. Otro trabajo idiota que le han dado. Cobrará algunos pesos y a otra cosa. De pronto, sucede lo increíble. El niño mira a la cámara, nos clava esa mirada en que yace todo el rencor, todo el resentimiento, todo el odio que un ser es capaz de sumar en su alma, y uno de los huevos no lo pone en la canasta, lo arroja contra la cámara y ahí queda, pringoso, tapando la visión, deslizándose a lo largo del foco con su lenta viscosidad. Somos, ahora, cómplices de su desdicha, nosotros, ahí, en un departamento en Nueva York, mirando la peli en DVD, cómodos, con nuestro corazón abierto a su desgracia, somos, igual que los miserables que lo explotan, aliados del sistema que crea a esos miserables y que ha creado ese mundo del que él no saldrá jamás. *Tomen, hijos de puta. ¿Se creen buenos porque ven esta película de Buñuel y sufren por mí? Ustedes son la misma mierda que todos. Son unos burguesitos con almas tiernas. Hasta van a derramar una que otra lágrima cuando, al final, me tiren entre la basura. Hasta van a recordar los documentales sobre Auschwitz. Pero después de estas ceremonias previsibles se van a olvidar de mí. Y vos, gordito humanista, si Nicolás vuelve con una buena pizza te la vas a devorar en tanto le comentás la escena del huevazo que te tiré como una genialidad del señor Buñuel, que recibió premios por esta película y todos le dicen todo el tiempo que es un genio. Pero yo voy a seguir siendo un negrito de mierda, perdido en Ciudad de México, uno de los lugares en que Lucifer erigió su Reino de las Tinieblas. Y no me charles con tu teoría de la libertad del sujeto porque yo, de donde estoy, no salgo más. La miseria es mi esencia. El hambre mi destino. En mí, la existencia no precede a la esencia. No empiezo por ser nada y luego libremente me voy dando el ser por medio de mis elecciones libres. ¡No me jodas, blanquito! En mí, la esencia no sólo precede a la existencia sino que la condiciona para siempre. Voy a ser hasta morir como un perro lo que siempre fui. Una insignificancia, una mala sombra, un envase descartable que se usa y se tira. Soy una existencia destino. No una existencia libre. Una existencia que nace entre la mierda, vivirá entre la mierda y como mierda morirá. Sé que vas a decirme que no. Que vas a arrojarme esa frase de tu maestro francés que de la emoción que te produce te hace cosquillas en las pelotas cada vez que la dices. Que uno es lo que hace con lo que hicieron de él. Mentira, cabrón. Lo que hicieron de mí no tiene retorno. Porque este sistema es así: están los que ganan y los que nacen para perder. No voy a ser otra cosa porque todos los días hacen de mí lo que soy. Entérate, burguesito: cada vez que intenté hacer de mí otra cosa de lo que ellos me hicieron ser me cagaron a patadas y volvieron a hacer de mí lo que fui desde siempre. Lo que ellos necesitan que sea. Un negrito más de la monstruosa Ciudad de México. Que sirve hasta que ya no sirve más y algún policía o algún otro rotoso le mete un balazo o una puñalada y lo tiran a la basura, de donde vino y a donde ahora, sin haber salido nunca, vuelve para toda la eternidad.*

A muchos de estos niños sin retorno rescataron Perón y Evita durante su primer gobierno. Será bueno decirlo aquí, dado que de tanto pasarle facturas al General acaso se piense que olvidamos lo que fue ese primer Gobierno que hizo junto a esa mujer excepcional. De aquí que la Jotapé tampoco delirara al conjeturar que, si eso había hecho en los '50, ahora haría más, sobre todo porque los tiempos eran los indicados. Sólo que los tiempos cambiaron bruscamente. Y que el viejo General había permanecido fiel a su áspera esencia de milico: anticomunista, autoritario y represivo. Siguió yendo a la Casa de Gobierno a las 6.30 de la mañana. Se sabe: los militares son así. Al pedo pero temprano. También Perón. Ni en eso había cambiado. En cuanto a los olvidados de Buñuel, el olvido se ha vuelto absoluto. Y los olvidados cada vez son más. Son una estructura interna, necesaria, del sistema de producción o del sistema financiero y bélico del capitalismo excluyente. Para colmo, la salvaje década neoliberal de los noventa los arrojó a las letrinas de la condición humana, los marginó en un mundo de carencias insolubles, sin retorno. Esos que se llenaron los bolsillos con el dinero fácil de la convertibilidad sabían que –en tanto se llenaban de oro sin medida, obscenamente– crecía, allá afuera, lejos, una masa de desesperados que sobrepasaba toda estadística. Se creó el mundo de la marginalidad y de la delincuencia. Lo crearon los avariciosos, los nunca satisfechos, los que no podían frenar su apetito de ganancias indecentes. El Estado dejaba hacer. Se había rendido a los pies de la economía y de los poderosos. Hoy, esos hipermillonarios se sienten inseguros y le piden al Estado –al que antes le decían que se apartara y dejara hacer– seguridad y mano dura. Nadie sabe cómo el capitalismo del siglo XXI solucionará esto. Acaso lo solucionen los marginales, los olvidados, pero no tirándonos algunos huevos a la cara, sino en la modalidad narrada en el relato que forma parte de este libro: *La última invasión de Buenos Aires*.

NADA GRANDE SE HACE EN LA HISTORIA SIN PASIÓN

Otra vez, ahora, al helicóptero. Los que ahí se enfrentan son los sujetos de la praxis. Son los sujetos y los objetos de la Historia. Todos, en general, lo sabemos: la historia la hacen los hombres en condiciones que ellos no han elegido. Hay una fórmula de Marx aún más inesperada y tal vez más decisiva. En el capítulo sobre *El carácter fetichista de la mercancía y su secreto* escribe: "Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas. Tenemos, pues, que volver la mirada hacia sus custodios, los *poseedores de mercancías*" (Karl Marx, *El Capital*, tomo I, vol. 1, Siglo XXI, Argentina, 2002, p. 103). Los poseedores de mercancías son los sujetos económicos. Son el ente antropológico. Es posible que –más tarde– el intercambio de mercancías los lleve a integrar un mundo tan objetal que haga de ellos objetos. Sí, es cierto. Pero al mercado las mercancías no van solas. Son los hombres quienes las llevan. En el origen de la cosificación está siempre el sujeto que se cosificará. Y ese sujeto, antes de cosificarse, actuó libremente. No puedo extenderme aquí sobre estos temas. Pero voy a llegar a un extremo que aterrorizara a los cultores de Heidegger: *Protágoras tenía razón*. "El hombre es la medida de todas las cosas". Todo lo que hace Heidegger en su Nietzsche es demostrar que Protágoras *no es* Descartes. No, no lo es. Protágoras no parte de la certeza subjetiva cartesiana para afirmar lo que afirma. Mejor todavía. Habla de un hombre más total. No sólo subjetividad. Pero lo que dice es irrefutable. Heidegger también tiene razón en un punto: "El Dasein es el Amo de lo Ente". Eso es el capitalismo. ¿Qué tiene de extraño? Sí, todo funciona, menos donde todo no funciona. Sí, sólo un dios puede salvarnos. Pero ya no hay dioses. Cuando Nietzsche se queja y exclama: "¡Dos mil años y ningún solo dios!" (frase que Heidegger pone de acápite a sus dos formidables tomos sobre el loco de Turín) no se queja en vano. ¿A dónde fueron los dioses? Los mató el hombre. El hombre se ha adueñado de la tierra y de los hombres. Eso es el capitalismo. El ente antropológico es tan libre, es tan destructivo y ambicioso que sin duda terminará por arrasar la tierra. "¡Pronto fabricaremos al hombre!", se queja Heidegger en *La Ciencia no piensa*. ¿Y qué esperaba el Herr Rektor de Friburgo? No fue casual que el desmedido talento de Mary Shelley, en una noche lúgubre, castigada por el torrente y los relámpagos, imaginara, dejando anodadados a Percy Shelley y Lord Byron, la metáfora ineluctable del Dr. Víctor Frankenstein. ¡Claro que fabricaremos al hombre! (Que lo fabricarán, para ser más precisos.) No hay nada que el espíritu insaciable del ente antropológico se haya prohibido, nada que se prohibirá. ¡Y a este monstruo de la destrucción, de la devastación de la tierra, lo quieren atrapar entre las redes de las palabras, del inconsciente, del ser! ¿Alguien cree que al Imperio Bélico Norteamericano le importa el ser? Sí, para que lo estudien en sus academias y se olviden de ese rojo de Marx, del alemán loco de Hegel y de ese francés que célebremente dijo: *Todo anticomunista es un perro*. Estudien a Heidegger, cómo no. Pero no esperen que vayamos al Protocolo de Kioto a salvar el planeta. Porque nosotros, los amos del ente, los guerreros del tecnocapitalismo, necesitamos quitarle a este planeta todo lo que pueda darnos hasta dejarlo exangüe. Una vez ahí nos iremos a otra parte. Ya hemos planeado eso.

Los mercenarios de Ezeiza eran la negación absoluta de los militantes que se acercaban al palco. Más diferentes no podían ser. Si uno, años después, los mira cuando salen en la tele y los analiza, descubre que cada uno es como es, que se ha hecho a su medida, que cada arruga de su cara, cada gesto, cada movimiento de sus manos, cada entonación de su voz y hasta las palabras elegidas, todo eso le pertenece, lo construyó él a lo largo de los años. Brito Lima le dice a Felipe Pigna: "He cumplido como un fiel soldado a un viejo general". Tiene la boca ladeada. Habla mal, se lo ve medio tarado pero guarda: es Brito Lima. Ni tarado dejará de ser mortífero. Sigue: "No soy violento, pero no soy boludo". Gran frase. Más claro, agua. Lo que, en verdad, dice es: "Yo soy un ángel. Si no me joden, no mato a nadie. Pero no soy boludo. Si alguien se pone en mi camino (el que lo hace, ese sí: ése es un boludo) le paso por encima y ni pierdo el tiempo en mirar qué dejé atrás". Continúa: "Si me vienen a agredir van a encontrar a un hombre. Y guarda con la ira de los justos". Este tipo estaba en el palco de Ezeiza. ¿Hay alguna filosofía que explique a Brito Lima? ¿Brito Lima es un juguete de la Historia o un protagonista? ¿Y cuando el Tata Yofre dice con total impasibilidad que Montoneros y el ERP son "la basura"? ¿Alguien le puso eso en la boca?

Digámoslo claramente: estamos llegando al final (acaso provisorio) de este libro y todo ha sido un desborde de historicidad. No creo que nadie pueda decir qué es el peronismo. Pero es posible que ahora sepa por qué no puede decirlo. Porque el peronismo ha sido el gran relato de la historia argentina de los últimos setenta años. Y –guste o no, para bien o para mal, no corresponde aquí juzgar algo tan complejo y contemporáneo– la obstinada generación del setenta ha retornado al gobierno con los períodos presidenciales de Néstor y Cristina Kirchner. El Tigre Acosta debe haber sido muy sincero cuando dijo: "Tendríamos que haber matado más gente". Lo deben estar pensando muchos atildados caballeros de las finanzas o del periodismo que, desde luego, no lo dirán. Pero posiblemente se hayan confesado: "¡Caramba! Nunca creímos que habían quedado tantos. Ha sido un gran error. Tendríamos que haber exigido ir más a fondo".

Hay algo más: cuando hablamos de un desborde de historicidad decimos que hubo un desborde de pasiones. Hegel (mucho más que los estructuralistas y los post) les daba a los individuos un gran papel en la Historia. Sin ellos, nada sería posible. Ellos ponen la pasión. Frecuentemente la razón absoluta, con su astucia, los sorprende y les revela que se apasionaron por fines que no eran los que buscaban, porque ellos son el medio y la razón absoluta el fin. Pero no hay fin si no hay medios. Y los medios son los individuos, que siempre llevados por sus pasiones se comprometen con la Historia. De aquí esa maravillosa frase del maestro de Jena: *Nada grande se hace en la historia sin pasión*. Que vendría a decir: nada grande se hace en la historia sin los hombres. Sin el ente antropológico. De modo que si tanto se ha dicho que el sistema hegeliano es una teología encubierta, también podríamos decir que es una clara, evidente antropología. Que la teología hegeliana (si la hay) depende de su pasional antropología. Y si este libro desborda historicidad su lectura será necesaria para tanto higo seco que cree que la filosofía se hizo para los signos, los matemas, las fórmulas pseudomísticas (la propiación del ser por el hombre y del hombre por el ser), los imperativos al silencio: callar sobre lo que no se puede hablar (cuando justamente resulta que eso de lo que no se puede hablar es casi lo único sobre lo que tiene sentido hablar) o las célebres fórmulas derrideanas que arrasan en la academia estadounidense y en los departamentos de Teoría Crítica de casi el entero mundo: *il n' y a rien hors du texte*. O su otra formulación: *il n' y a pas de hors-texte*. Lo que significa: nadie puede evaluar o justipreciar o criticar o construir el sentido de un texto refiriéndolo a cualquier elemento externo a él. Con lo que se llega a concluir que un texto puede poseer tantos significados que jamás podrá tener uno (*De la Gramatología*, 1967). Falso. Todo texto apunta a algo. Todo texto expresa algo que lo trasciende. *Más allá de* Mein Kampf *está Auschwitz*. Le guste o no a Derrida. (*Nota*: Como sea, Derrida fracasa de un modo entre patético y ridículo en el affaire Paul De Man. Este personaje fue el que difundió la deconstrucción en Estados Unidos. Una vez que abandonó este mundo se descubrieron escritos suyos de una no tan lejana juventud. Eran escritos nazis y antisemitas. Derrida, buscando defender a su amigo, intenta deconstruir esos textos. Lo hace. Pero no hay caso: los escritos de De Man siguen siendo nazis y antisemitas. Lo que se escribe se escribe. Ni la deconstrucción puede alterar lo que un texto dice.)

Insisto con el desborde de historicidad. Suelo decirles a algunos amigos que, cuando termine este libro, voy a escribir uno sobre el radicalismo. Se ríen. "¿De cuántas páginas? ¿De treinta y cinco?". Exageran, pero es así. Si los extranjeros no entienden el peronismo que no se pongan nerviosos. Hay cosas muy difíciles de entender. Tal vez nosotros no lo entendamos nunca verdaderamente. Porque ahí se ha metido todo. Se ha metido la entera condición humana. De aquí que a veces crea que éste es un libro sobre la condición humana a propósito del peronismo.

En cuanto al lenguaje, nadie puede contarse entre sus detractores. Es fundamental. No voy a decir lo contrario: vivo del lenguaje, amo el lenguaje, escribo por medio del lenguaje. Pero es siempre el ente antropológico el que está en la base del lenguaje. Que el lenguaje es la casa del ser y el hombre su pastor suena lindo, pero hasta cierto punto. Es mala poesía pastoril. El lenguaje no es la casa del ser. El hombre no es un pastor. Es un faenador impiadoso de dulces ovejitas, de vacas, de pollos, faisanes, ciervos y de todo lo que ande suelto por ahí y le sirva para algo. El hombre no es un bucólico pastor. Si es necesario barrerá con napalm las más bellas praderas. ¿De qué habla Heidegger? A veces pierdo la paciencia. Pero la recupero en seguida porque lo respeto, lo leo desde jovencito, me formé con él y con los otros grandes, por supuesto. Pero, Herr Martin: el hombre elige las palabras que lo expresarán. Si odia a otro le dirá coherentemente: "Te odio". Y si alguien se atreviera a decir que esas palabras ya estaban hechas para expresar esos sentimientos. Que ese hombre no ha hecho sino acudir obedientemente a ellas, diré que un buen porteño, en

lugar de *te odio*, le dirá una de nuestras más ingeniosas invectivas, porque somos buenos en eso, muy buenos, me animo a decir. Le dirá: *Andate a la recalcada concha de tu hermana*. Con lo que usará el lenguaje como transgresión, punta de lanza, ofensa terminal y preludio de una pelea posiblemente mortal. Siempre que el tipo que recibió el insulto quiera mucho a su hermana y se encuentre dispuesto a defender su honra. Si no, le dirá: "¿Sabés, hermano? Tenés razón. Mi hermana, más puta, difícil". Y se irán a tomar una ginebra. (Sé que este pequeño relato es machista. ¿Y qué? Si los tipos son dos machistas. ¿O no los hay? Los que escasean son los otros.)

Además, el hombre es un depredador de hombres. Desde Jack el Destripador pasando por todos los asesinos seriales que en el mundo han sido antes y después de él hasta la maquinaria bélica del Imperio Norteamericano el hombre está hecho para matar. También para pintar la *Sixtina* o componer la *Sonata en Si menor* de Liszt. Pero la Historia se hace acumulando cadáveres. Volveremos sobre esto. Por ahora, quiero cerrar este tema: los que se enfrentaron en Ezeiza fueron sujetos que eligieron y decidieron desde sí el papel que jugaron. El sujeto no es –como afirmaron durante décadas los estructuralistas y los post– una pequeña cosa hiperdeterminada que apenas si asoma entre la maraña de la trama histórica. El sujeto es el agente de la praxis. No hay Historia sin sujetos. Y los sujetos son víctimas de la Historia. Esto lo sabemos desde siempre. Pero quiero citar muy especialmente a León Rozitchner y hago mías sus palabras: "El lugar del sujeto como fundamento del sentido de la verdad fue ignorado, pese a que esa fuera la fuerza que el intelectual tenía como idelegablemente propia. ¿Qué queda de la filosofía si no piensa que el sujeto es el núcleo de la verdad histórica, sobre todo en el campo de una política que quiere reivindicar el fundamento más cierto de la democracia?" (León Rozitchner, *Primero hay que saber vivir, Del Vivirás materno al No matarás patriarcal,* revista *El Ojo Mocho*, Nº 20, 2006, p. 29). Es cierto que todo el esfuerzo del poder radica en anular al sujeto, pero si ya se lo anula de la teoría ¿qué se puede esperar? No es casual que Foucault, enemigo del sujeto (por seguir a Heidegger y a Nietzsche y escapar de la peste hegeliano-marxista-sartreana), no haya hecho otra cosa sino analizar el Poder hasta fines de 1979. La filosofía foucaultiana –que pretendía ser una filosofía de lo Múltiple– termina siendo una filosofía de lo Uno. Lo Uno es el Poder. A eso llevan Nietzsche y Heidegger, pensadores de derecha. Fascinantes, pero de derecha. En un importante coloquio al que asistí en Italia sobre la novela policial, un escritor francés dijo clara, vivamente: "El estructuralismo aniquiló en mi país a toda una generación de escritores". Las mejores novelas que se han escrito giran en torno de sujetos, esos sujetos se comprometen en tramas, pasiones, ansias de absoluto, asesinatos, suicidios, traiciones, sexo para sofocar la angustia, sexo masoquista, herencias, filicidios, parricidios, en fin: la vida. Que es algo que les ocurre a los sujetos –dentro de las estructuras, sí– pero a ellos sobre todo.

Entremos en el tema de la verdad. Hemos analizado a todos. Todos los protagonistas de ese año de 1973. Le hemos dedicado cerca de 900 páginas a un solo año. Confieso que siempre quise hacer esto. Hace muchos años que me prometo: me gustaría escribir la historia del año '73. Ya está. Traté también otras cosas. Pero se centraban en las temáticas del '73. Todas las pasiones se dieron en él. Es un año para analizarlo, no para vivirlo. Vivirlo fue vivir la maldición china: el '73 tuvo lugar en medio de una temporalidad terriblemente interesante. La maldición china radica ahí: que te toquen tiempos interesantes para vivir. Son interesantes pero son pavorosos. A partir de enero, la campaña electoral protagonizada por la Jotapé. Reportaje del diario *Mayoría*: "Aquí va a gobernar la Juventud (dice Perón). Aunque tengan que arreglar esto a patadas". Cierre de campaña en el estadio de Independiente. Asume Cámpora. La plaza del 25 de mayo de 1973: el cielo con las manos. La liberación de los presos: una segunda oportunidad para los condenados por la dictadura, el gobierno del pueblo confía en ellos, ya no habrá motivos para la violencia. El discurso de Righi a la policía. Seguía el sueño, la patria de lo increíble, la patria de los sueños realizados. ¿Cómo puede ser todo tan hermoso? Regresa Perón. Van todos a buscarlo. La esperanza, la alegría, la certeza de un futuro de plenitud desborda los corazones la multitud. Y se acabó. La tragedia. El regreso sombrío de Ezeiza. Cientos de miles de seres que caminan en silencio por una autopista sobre la que se abaten las sombras finales del día más largo del año, el 20 de junio. El discurso de Perón: la juventud maravillosa murió. Son, ahora, infiltrados. La marcha a Gaspar Campos. Perón pone a López Rega (cuya cabeza había pedido la Jotapé) como enlace entre él y la ex juventud maravillosa. La renuncia de Cámpora. Asume Lastiri. Empiezan las acciones armadas de los grupos de derecha. Nuevas elecciones. Una fórmula que no le gusta a nadie. Pero ahí van todos: si tiene que quemarse, que se queme. Se vota a Isabel porque se vota a Perón. Maravilloso: Perón gana por un porcentaje enorme. Ahora sí: se acabó la violencia. Gobernará Perón y todos se le van a someter. Nadie puede ponerse en contra de un líder de su importancia que además gana unas elecciones democráticas con semejante margen de votos. Asesinato de Rucci. "Fuimos nosotros." La incredulidad, la bronca, la impotencia de los cuadros de superficie. Se va todo al infierno. La derecha, con Perón al frente, responde: el *Documento Reservado*. Atentado a Hipólito Solari Yrigoyen. Por primera vez la Triple A pone su firma. Perón da su discurso de fin de año. Si en febrero dijo que iba a gobernar la juventud, ahora agradece muy especialmente a los Servicios de Informaciones. Se crea la JPLealtad. Termina el año. Pensemos sólo esto: Félix Luna, en *El 45*, arma todo alrededor de un solo hecho espectacular, decisivo: la acción de masas del 17 de octubre. ¿Cuántos hechos decisivos hay en el '73? Además son hechos de violencia, con torturados, con muertos. Esperanzas ilimitadas y desilusiones dolorosas, definitivas. Sin retorno. Nada tuvo retorno.

VERDAD Y BIO-PODER

La cuestión es: ¿alguien tuvo razón? Planteada así es incorrecta. La verdad no se relaciona con la razón. No vamos a entrar aquí en el complejísimo tema de la razón. Es el lenguaje común el que identifica razón y verdad porque hunde sus raíces en el racionalismo burgués, en que la razón –al establecer la adæquatio entre el sujeto y el objeto– entregaba la verdad. La "verdad" era esa concordancia entre sujeto y objeto, en que la supremacía la tenía el sujeto, que era el que constituía al objeto. La gnoseología ha avanzado mucho desde entonces. Desde Nietzsche –sobre todo– la verdad ha tomado su verdadera perspectiva de beligerancia. No hay una verdad. Nietzsche lo dijo al decir: *Dios ha muerto*. Más claramente lo dijo al decir: *No hay hechos, hay interpretaciones*. Eso que, durante siglos, en el Medioevo, se llamó la *verdad revelada* era algo que provenía de Dios y que éste ponía en manos de su Iglesia, en su más alto representante y en sus prelados para que éstos lo comunicaran al *popolo minuto*. Se instaura así el más grande de los poderes que una Institución ejerce sobre los hombres: *el poder pastoral*. Los pastores son los que sirven a los desdichados que atraviesan este mundo de lágrimas escuchándoles, entregándoles consuelo y –a la vez– apropiándose de su intimidad subjetiva. Digamos, de sus almas. Con los siglos el poder pastoral se debilita pero el poder se encarna ahora en el poder del Estado, que cumple una función similar. "Ya no se trata de conducir a la gente hacia la salvación en el más allá, sino más bien asegurársela en este mundo. Y en este contexto la palabra salvación adquiere un significado diferente: salud, bienestar (esto es, riqueza suficiente, buen nivel de vida), seguridad, protección contra los accidentes. Una serie de objetivos 'universales' toman el lugar de los objetivos religiosos del pastorado tradicional" (Hubert L. Dreyfus – Paul Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, p. 247). Luego, las llamadas ciencias humanas se consagran a estudiar al "hombre", pero con el propósito de dominarlo. A esto Foucault le llama *bio-poder*. Y a la sociedad en que ese bio-poder se realiza: *sociedad disciplinaria*. La ensayista Nancy Fraser –en su libro: *Michel Foucault: ¿a "young conservative"?*– exclamó: "If that discipline. I'am for it". Claramente traducido es: "Si ésa es la disciplina (o si ésa es la sombría sociedad disciplinaria), estoy por ella". (Estoy a su favor o Estoy por eso.) Algo que nosotros (aun con mayor entusiasmo pues vivimos en sociedades no-disciplinarias, sociedades en que: "salud, bienestar (esto es, riqueza suficiente, buen nivel de vida), seguridad, protección contra los accidentes", no están asegurados para nada y en que el bio-poder se ejerce por medio de la violencia policial y de las nuevas pistolas lanzarrayos) debiéramos clamar con más fuerza y hasta desesperación que Nancy Fraser: "¡Queremos la sociedad disciplinaria de Michel Foucault! ¡La queremos en nuestras villas miseria, en nuestras escuelitas de frontera, en el conurbano donde la policía, lejos de aplicar el refinado bio-poder, hace uso de sus armas de fuego, de su mortífera vocación por el gatillo fácil, practica puntería contra todo chico que tenga la piel oscurita y, en lugar del bisturí del consultorio médico que ha reemplazado al confesionario del sacerdote medioeval, utiliza la picana eléctrica, acaso motivado por ese legítimo orgullo que todo invento nacional despierta en una comunidad!" (La cita de Nancy Fraser en: Pablo López Alvarez, Jacobo Muñoz, *La impaciencia de la libertad, Michel Foucault y lo político*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, p. 159. El año pasado, en Roma, Giacomo Marramao me decía: "Tengo un amigo foucaultiano. No sabes lo que me cuesta tolerarlo. Sólo sabe hablar del bio-poder. Le he dicho varias veces: *¡Termínala con el bio-poder, cazzo!*"). Del modo que fuere, dejemos la anteojeras eurocéntricas de Michel y veamos de cuál de las cosas que con talento llevó a primer plano nos podemos servir. Escribe: "Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...). Solamente en esas relaciones de lucha y poder, en la manera en que se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren establecer relaciones de poder unos sobre otros, comprenderemos en qué consiste el conocimiento" (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 28).

No es casual que hayamos asistido a lo largo de todo este libro a luchas incesantes, a enfrentamientos sanguinarios, fusilamientos, secuestros, torturas y atrocidades varias. Así es la historia del hombre. No la del peronismo en especial. La historia humana sin más. La macro y también la micro. Lo demás, el amor, la amistad, el gran arte, esas cumbres sublimes a que los seres que habitan este cascote del universo pueden arribar son de menor relevancia y también excepcionales. Asimismo son las únicas que –en un supuesto juicio a la raza humana– podrían jugar a su favor en algún alegato desesperado. El resto ha sido la catástrofe que presencia el *Angelus Novus* de Walter Benjamin. Sin embargo, dentro de esa catástrofe incesante que es la historia del hombre suelen tejerse relatos de enorme densidad, en que se juegan pasiones extremas, en que la ley es lo desmedido, lo inmoderado, ese territorio en que reinan los extremos, el ruido y la furia de Shakespeare donde el relato, lejos de estar asumido por un idiota, es narrado por cientos, por miles o cientos de miles de idiotas, que se matan unos a otros porque todos creen tener la verdad y quieren imponerla del único modo posible: aniquilando la verdad de los demás.

¿Por qué esto es así?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

1974-1975: El desastre

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

129 **1974-1975: El desastre**

Suplemento especial de
Página|12

LA BATALLA POR LA VERDAD

Recordemos esa escena que tuvo a Graiver como testigo: Perón les dio la razón a dos personajes que le habían planteado –uno después de otro– cosas completamente antagónicas. Graiver, asombrado, dice: "Pero, general, no entiendo. Hace un rato le dio toda la razón a Lorenzo contra Guerrero, y ahora acaba de hacer lo mismo con éste. ¿No es una contradicción?". Perón toma a Graiver de un brazo y, casi confidente, le dice: "Graiver, usted también tiene razón". Sin embargo, el General no compartía la interpretación de Nietzsche ni la de Foucault. Para él, si todos tenían razón era porque la razón o, si se quiere, la verdad, la última y definitiva verdad, la iba a construir él. Este era su poder: el poder del conductor estratégico. El que no pudo ejercer cuando regresó al país. Y el que –para qué negarlo– tampoco se propuso ejercer. Perón volvió con una decisión tomada. Había un sector del movimiento, tal vez no inintegrable, pero que debía dar un paso al costado y dejar hacer en paz a los otros. Era el momento de los dialoguistas, de los conciliadores, no de los guerreros. Para su sorpresa, los guerreros no aceptan ese planteo y le hacen la guerra a él. Estallan todas las verdades. En la Argentina del '73 todos tenían visiones divergentes sobre la realidad. Perón, etapa dogmática y Pacto Social. La CGT, Pacto Social y hegemonía sindical. La CGE, Pacto Social y desarrollo de la burguesía nacional. La Jotapé, socialismo nacional, movilización popular y poder dentro del movimiento (mucho poder: nada menos que la conducción compartida con Perón). El ERP, no dejar las armas, seguir los operativos y (ahora que no estaba Cámpora) contra quien se le ocurriera: el gobierno era burgués y el enemigo era (como siempre) la burguesía capitalista. Los políticos en general, mantener la democracia, estar a la expectativa, las distintas verdades se dirimían dentro del peronismo. Las patotas de los sindicatos, el CdeO y la CNU, guerra al zurdaje antinacional y sinárquico. Los empresarios, ¿se podrán hacer negocios en medio de todo esto? Los militares, tiempo al tiempo, esperar que Perón se muera y heredar el desastre que inevitablemente esa muerte produciría como una fruta madura. Luego, nadie imaginaba lo que tenían preparado. La militancia juvenil, seguir trabajando en los barrios, en las Unidades Básicas, en las Universidades: política y no violencia.

Todas estas verdades colisionan a partir de Ezeiza. Perón deja de ser el enunciador único. Cuando ya no hay un líder que impone una verdad asistimos a una destotalización de la verdad que el líder totalizaba en su liderazgo. La destotalización de *la Verdad* se expresa en muchas verdades. Cada verdad es un punto de vista sobre la realidad-real o fáctica en que todos están inmersos. Realidad fáctica significa que los hechos son los mismos para todos. Tengamos esto por absolutamente claro: todos se mueven dentro del despliegue (en general caótico) de los mismos hechos. Pero los hechos no consiguen ordenar nada. Los hechos no vienen con su interpretación adosada. Los hechos vienen desnudos al mundo. Son los sujetos de la praxis quienes los visten con sus interpretaciones. "Ezeiza fue una masacre." "Fue un combate entre grupos peronistas." "Empezaron a disparar desde los árboles." "Los zurdos querían matar a Perón." "Quisimos copar el acto." "Copar el acto fue el error: era como ir a la guerra." "Había mercenarios franceses." "No había mercenarios franceses." "Favio sabía todo." "Favio no sabía nada." "Favio se asustó tanto que pasó una semana escondido bajo una cama en la casa de Abal Medina." "La culpa fue del Gobierno." "Hubo sólo 14 muertos." "Hubo casi 200 muertos." "Los culpables son Osinde, Brito Lima y Norma Kennedy." "Perón sabía." "Perón no sabía." "Fue el fracaso de una gran fiesta." "¿Quiénes torturaban en el Hotel Internacional?" "Favio se quiso cortar las venas." Y así incesantemente. ¿Dónde está la verdad? Voy a tener que escribir un ensayo sobre estos temas. Seré claro: la verdad no existe. Así como no hay hechos, hay interpretaciones. No hay una verdad, hay verdades. De todas esas verdades termina por ser la verdad la que tiene el poder de imponerse sobre las otras. El 21 de junio, Perón intentó imponer *una* verdad. La culpa fue de los infiltrados. De los que se ponen la camiseta peronista. En otros tiempos ésa habría sido *la* verdad. Ahora no. Los jóvenes rebeldes no la aceptan. En suma, como el líder no puede imponer una verdad para todo el movimiento, los distintos sectores empiezan a pelear por la suya. Todos se transforman en enunciadores primeros. Porque todos dicen *Perón es nuestro*. Habla por nuestra boca. Todos, por fin, matan en nombre de Perón. Porque todos dicen tener la verdad de Perón. Que no la tiene nadie. Y que Perón no logra imponer. Aquí, empieza la batalla. La verdad, ahora, es la Muerte. Aquel que mata al otro tiene la verdad. El que muere no la tiene. Un muerto nunca tiene la verdad. Por eso la violencia es tan resolutiva. Por eso las guerras son tan incesantes. Nadie que perdió una guerra impuso su verdad como la verdad del todo. Al contrario, ésta es una prerrogativa, un privilegio del que la gana.

EL ESPÍRITU DE DOMINACIÓN

Para colmo –aunque ya estaba muerto como enunciador primero y privilegiado– Perón se muere fácticamente. Ahora sí: el campo de batalla es totalizador. No habrá tregua ni intento de diálogo. No habrá líder que lo convoque. Todos empiezan a matarse entre todos. El que será aplastantemente el enunciador único, el que impondrá la Verdad para toda la sociedad argentina a través de la Muerte absoluta, de la Muerte para todo aquel que mínimamente disienta con su verdad, espera, serenamente espera. Sabrá calibrar el momento en que la decomposición social llegue a tal extremo que su intervención sea reclamada como el Orden que todos desean: por favor, sálvennos del caos, queremos el Orden de una sola Verdad, de una sola enunciación, queremos el totalitarismo. Pero no el caos. A su vez, quienes vendrán a imponer ese Orden hace ya tiempo que colaboran con la generación del caos. Saben que el caos tiene que llegar a lo intolerable. De modo que cuando ellos aparezcan, cuando den el golpe de Estado, la ciudadanía respire aliviada: "Al fin, llegó el golpe. Ahora vamos a vivir tranquilos".

En medio de la lucha que estalla a partir de la muerte del líder cada grupo intenta imponer su verdad al otro. Para hacerlo recurre a la violencia. Estalla una interna y cruenta pequeña guerra sucia. Todos quieren matar al Otro para que triunfe su verdad. Cuando, en marzo de 1975, estalla la huelga en Villa Constitución, el gobierno peronista de Isabel Perón y los sindicatos peronistas, que son, como tantas veces dijera el general, la conquista histórica del movimiento, su columna vertebral, más las bandas fascistas que esos sindicatos y el gobierno y hasta varios militares financian y organizan, marchan sobre la pequeña localidad rebelde. Se trata de una huelga genuina y –he aquí la novedad– no peronista. *No son peronistas esos obreros*. Son hombres de izquierda, son clasistas. Los sindicatos peronistas demuestran que son estructuras del orden burgués. Todos los Ford Falcon que sean necesarios caerán sobre Villa Constitución y desatarán una violencia desbocada. El gobierno declara que se trata de un "vasto complot extremista". Pero la huelga es legítima, no busca la violencia. Incluso cuando los Montoneros –que intentan copar ese movimiento insurreccional genuinamente obrero– asesinan en Rosario a Telémaco Ojeda, subjefe de policía de Villa Constitución, los obreros les hacen saber de modo terminante que la lucha que ellos han emprendido *no es ésa*. Sea cual fuere, es tanta la violencia asesina que se descarga sobre el movimiento huelguístico que terminan por sofocarlo. O por decirlo de otro modo: por dominarlo. Y aquí llegamos al centro teórico de la cuestión. No puedo desarrollar en este libro (sin duda en algún otro) una teoría de la violencia como estructura interna de la condición humana, pero tenemos tantos elementos acumulados que algo podemos decir. La violencia existe, ha existido y existirá porque el ente antropológico está constituido por el *espíritu de dominación*. Admito que los filósofos terminamos encontrando en el *hombre* lo que ya antes hemos puesto. Sí, es así. Admito que somos los campeones de las relaciones binarias, le guste o no a Derrida. Descartes incurre en la res cogitans y la res extensa. Kant en el mundo fenoménico y el mundo nouménico. Hegel intenta un monismo, pero durante toda la *Fenomenología del Espíritu* la conciencia es conciencia desdichada porque no sabe que ella y lo absoluto son lo mismo. Marx enfrenta a la burguesía y al proletariado. Nietzsche al hombre y al superhombre o al mundo suprasensible y a la vida que contiene la voluntad de poder. Heidegger es un campeón de lo binario: el Dasein y los entes distintos del Dasein. Sartre, el ser en sí y el ser para sí. Foucault apenas si logra salir del monismo del Poder. Balbucea una resistencia a la que llama contraconductas. Tendríamos entonces: poder y contraconductas. Lo que ahora planteo se acerca un poco a Freud. El maestro vienés, en su notable libro *El malestar en la cultura*, habló del Eros y la pulsión de muerte. Planteamos, aquí, que el *espíritu de dominación* es el elemento constitutivo básico del ente antropológico. El hombre es ese ser que necesita dominar a sus semejantes. Esto se produce en el ámbito individual o en el de los países. El espíritu de dominación es el espíritu de los Imperios. Es el espíritu de la expansión, de la conquista, del sometimiento. El espíritu de dominación está a la base de todas las guerras. ¿Cuál debe ser la estructura interna más poderosa de este espíritu que encontramos en el hombre y que es más fuerte que todas sus otras pasiones o pulsiones? El espíritu de dominación requiere como aliada permanente a la *pulsión de muerte*. Recordemos hasta qué extremo punto se burla Freud de un precepto tan arraigadamente cristiano como "Amarás al prójimo como a ti mismo". Este precepto tiene la misma intención de buscar la armonía entre los hombres como el otro: *No matarás*. Sin embargo, dice Freud: "La verdad oculta tras de todo esto (...) es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor que sólo osaría defenderse si se la atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimiento, martirizarlo y matarlo" (Freud, *El malestar en la cultura*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1992, pp. 52/53). Pero Freud establece una relación binaria, ya que frente a la pulsión de muerte coloca al Eros. Que es, esencialmente, la vida. Al final del libro (cuya fecha es 1930, una etapa mala pero habría que ver si hubo alguna vez una buena o si esta que hoy vivimos no figura entre las peores de la Historia, pues conlleva una carga apocalíptica poderosa, tanto en el peligro nuclear como en la devastación del planeta) cae en el pesimismo: no cree que el Eros pueda dominar a su eterno adversario, la pulsión de muerte. No hay relación binaria en mi planteo. El espíritu de dominación es sin más el espíritu del ente antropológico. Ese espíritu busca el sometimiento y, por su mediación, acumular poder. Sabe que para tal empresa tendrá que matar, algo para lo que está preparado porque su pulsión de muerte es poderosa y ansía triunfar tanto como su espíritu de dominación. A través de la muerte o del peligro de muerte (que provoca el miedo en el Otro) se consigue la dominación. Cuanto más dominamos mayor poder tenemos. Cuanto mayor poder tenemos mayores son nuestras posibilidades para imponer la verdad, nuestra verdad como única verdad para todos. En suma, el espíritu de dominación se realiza por medio de la pulsión de muerte que nos permitirá el sometimiento del Otro, este sometimiento me entrega poder (cuantos más sean los seres o los territorios o los países que sometamos y dominemos mayor será nuestro poder), el poder me permite crear la verdad e imponerla como verdad para todos. Cuando esto ocurra mi poder se habrá consolidado. No puedo aquí detenerme mucho más en esto. Pero en pasiones como el amor –por acudir a la más exaltada como cumbre de la entrega sincera, auténtica– el espíritu de dominación es decisivo: siempre hay uno que domina. Domina el que *menos* ama al Otro. El que *más* ama se ahoga en su propia pasión y no tiene control sobre su conducta y menos aún sobre la relación. El que *menos* ama es el más calculador, el más frío, el que puede calcular, manipular, dominar al Otro. Al que más ama lo ciega su pasión. Al que menos ama nada lo ciega, permanece lúcido y sabe cómo utilizar los sentimientos del Otro, aun cuando –razonablemente– lo ame. En suma, en el amor, el que ama pierde. En el arte, sin duda la *Sonata en Si menor* de Franz Liszt es una de las cumbres (o acaso la más alta cima) de la música para piano. ¿Cuánto tuvo que ver en ella la vanidad de un vanidoso extremo como Liszt? ¿Cuántos monarcas se rindieron a sus pies, cuántas mujeres se metieron en su cama, cuántos auditorios lo ovacionaron hasta el desmadre?

Como sea, sólo busqué dar esta pequeña antropología pesimista para ayudar a entender desde un plano –digamos– más filosófico la historia trágica que acabamos de atravesar. Ninguno tenía razón. Ninguno consiguió dominar al Otro. Todos acudieron a la violencia. En este aspecto, la derecha es más cruel, más brutal, más ignorante, más lumpen. Pero el espectáculo que se ofreció no creemos –como dicen tantos apresurados y hasta algo tontos críticos de la generación del '70– que haya ofrecido la exaltación del heroísmo ni del martirio. Basta de joder con eso. Las cosas fueron mucho más complejas. Mi corazón está más cerca de los jóvenes militantes que conocí entre 1968 y 1973. Eran buenas chicas y buenos pibes. Eran jóvenes y como todos los jóvenes creían que el futuro sería tal como ellos lo deseaban. Esa militancia tuvo un problema. Fue hija de su época e incurrió en una aceptación a-crítica de la violencia, de la lucha armada. Pero era difícil que eso no pasara. La política de La Habana tuvo gran responsabilidad. La exhortación de Castro recorrió la entera América latina y fue recibida a pecho descubierto por las generaciones de muchos países: *Sean como el Che*. Ahí empieza el error espectacular que señala Eric Hobsbawm. ¿Sean como el Che? ¿Alguien pensó cómo había sido el Che? Un hombre de gran coraje, sin duda. Pero buscó ser más un héroe que un revolucionario. O alguien que buscó un destino crístico a través del martirio. ¿Nadie pensó que no era precisamente adecuado para un asmático meterse en una selva tan húmeda como la boliviana? ¿Nadie le dijo que eso lo mataría o lo debilitaría gravemente? ¿Y la teoría del foco? ¿Se discutió a fondo algo que no pertenecía al corpus del marxismo y que había llegado de la mano de un francesito del Primer Mundo? (Pido serenidad a los admiradores del Che. Vamos a ocuparnos mejor de esto y muy pronto. Si quieren seguir usando su remera, háganlo. Fue un luchador contra el sistema más injusto de la Tierra. Pero no el ejemplo "exportable" que Castro ofreció a América latina.)

CRONOLOGÍA DE LA MUERTE

1º de mayo de 1974: Aunque ya analizamos este hecho y no hubo muertos ese día nos resta narrar un par de episodios. Esto no lo sabe nadie. La Historia no lo recogió. Lo cuento porque encontré a Luis Brandoni no hace mucho y lo comentamos y él lo recordaba entre el humor y la bronca. Me dijo que podía contarlo. Que no le jodía para nada. Brandoni, en 1974, hacía un personaje desopilante. Si no te reías es porque estabas boleta. Era un atorrante que subía a un colectivo y empezaba a vender peines. "Para la cartera de la dama y el bolsillo del caballero tengo estos peines de esportasión. O sea, que aquí no se consiguen. No se consiguen porque se esportan todos para afuera. Pero ustedes, damas y caballeros, tienen hoy la estraordinaria suerte de encontrarse con alguien como yo que se consigue hasta las cosas que en el país no hay. Y lo que no hay son estos peines. Para la cartera de la dama, el bolsillo del caballero y hasta para peinarse si tienen ganas." Brandoni actuaba en el tinglado que el peronismo había montado junto a la Rosada, del lado derecho. Los montos meta "No queremos Carnaval/ Asamblea Popular". De pronto, Brandoni se detiene y –con el mismo modo de hablar del reo vendedor de peines– les dice: "¡Eh, che! ¿Que les pasa? ¿Tán todos piantados? Es una fiesta esto. Dejen laburar. Un poco de respeto. Estoy laburando yo acá. ¿O no se avivaron? Soy un laburante yo. ¿Qué les pasa? ¿Qué les agarró?". Las voces se multiplicaron: "No queremos Carnaval/ Asamblea Popular". "No era así", me dijo Brandoni hace poco. "Para el peronismo, el 1 de mayo fue siempre una fiesta. ¿Ma' qué Asamblea Popular?" Sabía más de las costumbres peronistas un radical que los montoneros. ¿Asamblea Popular? ¿Qué buscaban? ¿Discutir con Perón en medio de la Plaza de Mayo? ¿De igual a igual? ¿Como cuando proponían compartir la conducción? Entre tanto, Walsh interceptaba, desde un lugar cercano, las comunicaciones de Villar. Era el Profesor Neurus, el genio.

11 de mayo: Asesinato del padre Carlos Mugica. Durante su primer regreso Perón lo había ido a visitar a la Villa 31. Mugica no estaba. Se vieron después. Perón le dijo: "El mundo marcha al socialismo". Mugica, durante los días previos a su muerte, se había enemistado con Firmenich. Había renegado de toda acción violenta. Esto lo coloca en una situación riesgosa.

La Triple A advierte que, si lo mata, culparán a Montoneros. Mugica sale de la parroquia San Francisco Solano. Alguien le dice: "¡Padre Carlos!". "Sí", responde Mugica y gira hacia su derecha. Era Rodolfo Eduardo Almirón. Tenía una ametralladora de 9 mm. Le dispara una ráfaga. Cuatro balas penetran el cuerpo de Mugica. Almirón se escapa en un Chevrolet Rally Sport, color verde. A Mugica lo llevan al Hospital Salaberry. Se dice que sus últimas palabras fueron: "Ahora más que nunca debemos estar junto al pueblo". Es improbable, suena demasiado a "última frase" (Martín de Biase, *Entre dos fuegos, Vida y asesinato del padre Mugica*, Patria Grande, Buenos Aires, 2009, p. 308). Mugica es una figura querida y también cuestionada. Pintón, de ojos muy claros, fue puesto en la *Cárcel del Pueblo* por Ortega Peña. Era una sección de la revista *Militancia* donde se metía a los seres más reaccionarios de la Argentina. Justo en el último número que publicó (28 de marzo de 1974). Justo ahí, salió Mugica. "Carlos Mugica, super star (...) *La Biblia y el calefón*, diría Discépolo. Ayer una misa por Carlos Ramus, luego un responso a Bianculli, guardaespaldas de la UOM, y hoy un oficio religioso para Isabelita (...). Como si fuera un corcho, siempre flotando aunque cambie la corriente (...). Por todo lo expuesto, quede Carlos Mugica preso en la *Cárcel del Pueblo*, aunque se quede sin asistir al casamiento de la hija de Llambí con Sergio Patrón Uriburu" (Felipe Celesia - Pablo Waisberg, *La ley y las armas, Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2007, p. 253/254). Esto fortaleció la tesis del asesinato a manos de los Montoneros. Por toda la city los servicios pegaron afiches que decían: "Había lobos en tu rebaño". Se veía a Mugica rodeado de ovejas entre las que había unos cuantos lobos sedientos de sangre. El texto era: "Carlos Mugica asesinado por la columna Sabino Navarro de Montoneros". Había un error: la columna Sabino Navarro se había escindido hacía tiempo de Montoneros. Lo que revelaba la mala fe y la mala información de los servicios. A Mugica lo mató Rodolfo Almirón, el principal asesino de la Triple A, hombre que actuaba bajo las órdenes de López Rega. Aprovechó la encrucijada en que el sacerdote se había colocado. No hay nada peor que estar entre dos fuegos. Cualquiera de los bandos puede echarle la culpa al otro. Pero la militancia lo tuvo claro: los montos jamás habrían matado a Mugica. El día del sepelio todos los que lo lloraron eran militantes de la Jotapé. Casi no había montos. Pero nadie los acusó. Ahí la vi a Alcira Argumedo con sus ojos verdes llenos de lágrimas. Ahí estaba Mugica, blanco como blancos se ponen los cadáveres. La gente desfilaba alrededor del féretro. Miguel me dijo: "No fueron los montos. Podrán hacer mil cagadas, pero tienen una moral". El mismo día en que matan a Mugica muere Fidel Pintos. Tenía 69 años. Perón lo había citado en un discurso y era –aparte de esto– un cómico notable. Tal vez no debiéramos tomar como algo lógico que Perón no haya asistido al sepelio de Mugica, sino como un burdo error de conducción. ¿Por qué en noviembre de 1972 lo fue a visitar en la Villa 31? ¿Era necesaria tanta inconsecuencia? ¿Por qué se mostró desolado en el velorio de Rucci? ¿Por qué, al menos, no fue al entierro? Había muertos privilegiados y muertos de nadie. No, al menos, del Presidente.

16 de mayo: En Ezeiza se reúnen Perón y Pinochet. Varios grupos políticos declaran persona no grata al dictador chileno. En la revista *Lucha Armada*, Sergio Bufano, su director, tendrá la valentía de decir (en 2005) que Perón es el primer presidente constitucional de América latina que recibe a Pinochet, que, en ese momento, el Estadio Nacional de Chile era un campo de concentración "donde se torturaba y se fusilaba a miles de opositores", que la excusa del encuentro fue el "tratamiento sobre los hielos antárticos" pero que eso es imposible de creer. Y afirma: "Ese encuentro Perón-Pinochet fue el primer antecedente del Plan Cóndor" (Sergio Bufano, *Lucha Armada*, junio/julio/agosto de 2005, N 3, p. 25).

18 de mayo: El diario *La Opinión* entrevista en el Hospital de Clínicas al militante de la Tendencia Salvador Bidegorry. Fue torturado por la policía. Perón no pide que se tomen los datos de los implicados.

24 de mayo: Estalla una bomba en el Partido Comunista de Constitución. Algo que demuestra la ceguera represiva, pues el PC no está con la guerrilla ni con la Tendencia. Pero el "comunismo" le produce alergia al Gobierno. Perón da otro de sus discursos. Otra vez insiste con la Doctrina Justicialista. (Esto lo hace para señalar que está ajustando doctrinariamente al Movimiento para impedir la "infiltración ideológica".) Se disuelve (según se dice: "momentáneamente") la *Juventud* como rama del Partido Justicialista. Lo que, en realidad, se disuelve es la Tendencia. No hay "otra" Juventud Peronista. Salvo que se consideren tales esas obras maestras creadas y fortalecidas al amparo de Osinde, López Rega y Brito Lima: La Jotaperra, la CNU, la Juventud Sindical y el Comando de Organización. Sólo Guardia de Hierro y Demetrios pertenecían por derecho propio a la Jotapé, como ala derecha. Pero la Jotapé es la de la Tendencia, ahora manejada integralmente por Montoneros. La que grita en los actos: "Y ya lo ve/ Hay una sola Jotapé".

25 de mayo: El exacto día en que se conmemora la Revolución de Mayo (fecha que no le habría disgustado aunque, si de morir se trata, no hay fecha que sea buena) muere don Arturo Jauretche. Tenía 73 años. Se murió a tiempo.

Hay dos actos que, para la derecha, apestan a "comunismo", a "infiltración". En Villa Devoto, la Jotapé recuerda el primer aniversario –ocurrido, es la sensación, siglos atrás– de la llegada de Cámpora al gobierno. En plaza Garay, manifiestan los familiares de los presos políticos. (Lema del camporismo: "Ni un día de gobierno popular con presos políticos".) La policía brava se ensaña con los dos actos: 250 detenidos. El próximo acto –si alguien se atreve a hacerlo– será por más presos políticos. Precisamente: por 250 más.

29 de mayo: En el Día del Ejército, el comandante general Leandro Enrique Anaya convoca a todos a "frenar a la subversión".

30 de mayo: Son secuestrados y asesinados tres militantes del Partido Socialista de los Trabajadores.

31 de mayo: Un puesto móvil policial ubicado en Gerli es incendiado por elementos de "la guerrilla".

JUNIO DE 1974

4 de junio: El Poder Ejecutivo clausura la revista de la Jotaté *El Peronista*. Era la continuación de *El Descamisado*. Estas clausuras se hacían "por decreto". Como nadie se explicaba las verdaderas razones surgió un chiste. Un tipo le pregunta a otro: "¿Me querés decir por qué clausuraron *El Peronista*?" "¿Cómo, boludo? ¿No sabés?" "No." "Por el decreto 3574." Estos chistes ya no se publicaban en ningún lado. Le habrían puesto una bomba al que lo hiciera. Iban de boca en boca. Con gran prudencia ya. Por esas cosas del "apego a la vida".

6 de junio: Insólito viaje de Perón al Paraguay. Bajo la lluvia permanece de pie durante más de media hora. Impresiona ver a ese anciano con problemas cardíacos y respiratorios mojándose en la cubierta de un lanchón o tal vez una cañonera paraguaya, esa embarcación que lo salvó en el '55 y lo está asesinando en el '74. Una locura. Nadie entiende nada.

10 de junio: Asesinan a Remo Crotta, dirigente del gremio papelero. En Ensenada encuentran el cadáver de Francisco Oscar Martínez, 28 años, Jotapé. Hay problemas de desabastecimiento. Isabelita lanza un discurso contra el "agio y la especulación". El mismo lenguaje del peronismo del '54. El tercer Perón, en menos de 8 meses, ya está donde estaba el primero después de casi 9 años de gobierno.

12 de junio: Acude al mismo recurso. Amenaza con su renuncia. Esto lo había hecho el 31 de agosto de 1955, fecha en que pronuncia el célebre discurso del 5X1. Se arma una concentración en Plaza de Mayo. Todo es muy rápido. Pero se consigue llevar mucha gente. Los montoneros no tienen tiempo de nada. No se organizan. No van. Por los barrios viborea una consigna: *Qué pasa/ qué pasa, general/ Llenó toda la Plaza/ No nos mandó a 'visar*. Todo es muy triste. Se esperan "horas aciagas", como ha dicho el General en su discurso. Al terminar algo le pasa. No era "el pueblo" el que ahí estaba. Pero gritaban su nombre. Le ofrecían todo el cariño que les era posible ofrecer. Era una buena manifestación que le habían armado entre Adelino Romero (nuevo líder de la CGT, en el que se pusieron muchas esperanzas pero se murió ahí nomás) y el incansable Juan Manuel Abal Medina, que, a comienzos de ese año, otra vez había sido baleado desde un auto misterioso. Perón, sin duda, se siente en la mejor de todas sus concentraciones en la Plaza de Mayo, acaso en la mismísima por la que Félix Luna habría dado diez años de su vida, y transportado hacia ella por alguna magia inexplicable –como lo son todas las verdaderas y escasas de este mundo– deja caer desde el balcón de la Rosada la frase más perfecta que haya dicho político alguno: "Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que es para mí la palabra del pueblo argentino".

De aquí en más siguen los atentados, los asesinatos. El 20, en un accidente de automóvil en que transportan armas, mueren dos militantes de la CNU. La policía mata a dos militantes de la Tendencia. Dicen que fue en un tiroteo. Muere a balazos el militante de la Tendencia Juan Carlos Moreno, 20 años. Entre tanto, en Munich se juega el Mundial de Fútbol. Argentina le gana 4 a 1 a Haití. Leves esperanzas. Atentados con bombas en varias zonas del país. Son asesinados un funcionario de Bienestar Social y un viñatero de 66 años. El 25 de junio es secuestrado el director del diario *El Día* de La Plata, David Kraiselburd. El secuestro lo lleva a cabo Montoneros. Lo asesinan en Manuel Gonnet el 17 del mes siguiente, julio. Kraiselburd tenía 58 años. En junio, el día 26, en Munich, Holanda (*La Naranja Mecánica*) aplasta a Argentina: 4 a 0. Sorprende la baja actuación de un crack como Roberto Perfumo. Y el arquero Carnevali se luce rechazando la pelota con los puños y dejándola siempre en los pies de Cruift, el goleador del campeonato. Una de las actuaciones más tristes de un equipo argentino en una contienda internacional. Cuatro años después saldríamos campeones del mundo. Gracias a Kissinger, a Videla, a Perú, al arquero de Perú: el argentino Quiroga, a Kempes y a Fillol. Ah, y al comunista Menotti. En Diputados se aprueba la construcción del *Altar de la Patria*, una idea faraónica de López Rega para simbolizar la "unidad nacional" en el preciso momento en que mataba a medio país. En el *Altar* reposarían juntos para toda la eternidad Evita y Aramburu, Rosas y Urquiza, Lavalle y Dorrego, Moreno y Liniers, Yrigoyen y Uriburu, Roca y mil o dos mil indios, que apenas si llegarían a emparejar la figura gigantesca del gran héroe de la Conquista del Desierto. El 29 de junio, Isabel Martínez de Perón jura como presidenta interina de la República. Perón firma su último decreto: acepta la renuncia que Cámpora le ha ofrecido como embajador en México. Otro raje a Cámpora: ¡el último decreto de Perón! Si alguien quiere leer una versión edulcorada, amable, de la muerte del General Perón puede consultar el muy bien documentado libro de Norberto Galasso. Según parece, de bueno que era, a último momento Perón quiso delegar la presidencia en... ¡Ricardo Balbín! Gustavo Caravallo, el secretario legal y técnico de la Presidencia, le dice que eso es "técnicamente" imposible. Perón se resigna. Aunque sigue empeñado en no legar a la posteridad esa imagen tan fea de haber dejado en el trono a Chabela, de quien se sospechaba –vaya uno a saber por qué– que era sometida por López Rega por medio de sus artes diabólicas dominándola –de ese modo– por completo y ella, luces, muchas no tenía. Parece que de esto Perón se dio cuenta diez minutos antes de morirse. De lo contrario habría hecho algo al menos tres o cuatro meses antes. Pero la cercanía de la muerte vuelve buenos a los hombres y Perón no nos quiso

dejar en manos de Isabel y el Brujo sino de Balbín. Al no poder hacerlo por los "motivos técnicos" alegados por Gustavo Caravallo, le dice a Chabela: "Pero, de todos modos, nunca tomes una decisión importante sin consultar con Balbín" (Galasso, *ob. cit.*, p. 1330). Luego se muere y sus últimas palabras son: "Mi pueblo... Mi pueblo..." (*Nota*: Si Galasso necesita un Perón angélico y un Moreno revolucionario, nacionalista, latinoamericano e indigenista está en su derecho de construírselos. Todo se puede hacer. Nosotros estamos en nuestro derecho de creer otra cosa. Mi posición es más antipática porque no quedo bien con nadie. Con los gorilas porque se ve que –para qué negarlo– llevo mucho peronismo en mí. De lo contrario, no habría escrito este libro. También porque he tratado a Evita, a Discépolo o a Cooke con enorme respeto. Y hasta con algo más también. Como a los huelguistas del Lisandro de la Torre o a los obreros del Cordobazo y a la Juventud Peronista. Y voy a confesar algo (que ya puse en boca de algún personaje pero quiero repetir aquí): de la juventud peronista, de la generación del '70 se podrá decir lo que cualquiera desee, pero la más hermosa y pura consigna de nuestra historia le pertenece. Está a la altura de las mejores del Mayo francés. Salvo que de los francesitos no murió ni uno y a los pibes de la Jotapé los masacraron a casi todos. La consigna es: *Qué lindo, qué lindo que va'ser/ el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel*. Los que quieran reírse, que se rían. Los que quieran burlarse, que se burlen. Pero esa consigna se hermana con la famosa: *Seamos realistas/ Pidamos lo imposible*. Era imposible el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel. Porque el Sheraton Hotel es el Imperio y ya no derrotaremos al Imperio. A lo sumo hará implosión. Pero, qué gran consigna, qué sueño tan hermoso, sin violencia, pensando en los niños, en derrotar al imperialismo para hacer un gran hospital para los niños. En fin, si la explico, la mato, le quito su encanto, su infinita sugerencia y hasta su ternura. Y con los peronistas tampoco quedo bien porque el libro está lleno de pasajes críticos o autocríticos y porque Perón (el intocable) queda mal parado en muchos pasajes. Era malo Perón. Y era bueno Perón. Como todos nosotros. El tercer Perón fue más malo que bueno. Se equivocó fiero al darle tanta manija a López y en dejarlo como su heredero. Para qué hablar. Todos lo saben. ¿O los peronistas creen que yo no hablo con peronistas? Sólo hay una diferencia: ellos no escriben libros y algunos, de escribirlos, no se jugarían como yo. Pero en cientos de cenas con peronistas los he visto concluir entre la amargura y la dolorosa aceptación de una verdad que duele: "Y sí, el Viejo era un hijo de puta. Nos cagó bien recagados y nos dejó al bufón y a la turra esa para que completaran la tarea".

En esta obra, trato a Perón con toda la complejidad que un personaje tan indescifrable requiere. Y le reconozco muchísimas cosas de su primer gobierno y aun de los 18 años de exilio. Ahora, cuando volvió todo fue distinto. A ese Perón no lo quiero. Y lo viví de cerca, puedo jurarlo. Tampoco me gusta todo lo del primer Perón. Quiero más a Eva y eso se nota. También sé que Eva murió muy joven y la vida no alcanzó a ponerla a prueba. Algo me dice, sin embargo, que no se habría torcido, que habría sido Eva hasta el último de sus días, aunque esos días duraran cien años.

Todo muy triste. Porque a todos nos dolió (y mucho) la muerte de Perón. Lo triste es que nos tomen por tontos. Galasso es una gran persona. Y ha luchado honestamente toda su vida. En los '70 no era peronista. Estaba con el Colorado Ramos. Después aparece con su enorme y arduamente trabajada biografía y termina por decirle "Juan" al complejo, muy complejo general Perón. "Juan" tenía que estar totalmente en el otro mundo ya para decirle a Chabela "nunca tomes una decisión importante sin consultarlo a Balbín", porque sabía más que bien que ella haría lo que el Brujo le dijera, que sería su esclava, su arma, su instrumento dócil de poder. Perón se fue de este mundo en el mejor estilo de Luis XIV: "Después de mí el diluvio". Y nos dejó el diluvio: a un asesino compulsivo y a una tonta perversa, a una tonta que le gustaba ordenar asesinatos o firmar listas de gente condenada a morir. Sobre todo (y, en rigor, únicamente) las que su gurú umbandista le entregaba. Esto Perón lo sabía más que bien. Volvamos a la hipótesis de dejarle el gobierno a Balbín. ¡Un delirio! Ni el PJ ni la CGT lo habrían admitido. A los tres días lo sacaban a patadas. Veamos la otra posibilidad: "Consultalo todo con Balbín". De esa forma, el Chino se transformaba en un virtual vicepresidente. No sé si les suena: un radical vicepresidente, que iba a tirar (¡y vaya si el Chino lo haría!) para el lado de su partido. ¡Perón nos legaba un pre-Cobos! ¡Vade retro! Imagínense a los peronistas visitando a Isabel y ella que los escucha y no responde. Y no responde. Y no responde. Y, al final, dice: "Disculpen, todo esto tengo que consultarlo con el doctor Balbín". "Perdón, señora, ¿quién gobierna aquí? ¿Usted o el jefe radical don Ricardo Balbín?". "Yo, pero todo lo importante lo consulto con él. Fueron las últimas palabras del general, su último pedido." "Y díganos, señora, ¿el general estaría lúcido o ya deliraba?" Un papelón. Un mamarracho. Isabel hizo lo único que sabía y podía hacer: "Daniel, por favor, ocúpese de todo. Sólo confío en usted. ¿Qué hay que hacer?". "Ante todo, señora Presidenta, matar a no menos de 1500 personas." "¿Y eso será por el bien y la pacificación de la patria?" "Por el bien es posible. Pero por la pacificación, le doy mi palabra. Señora, no sé si usted habrá observado que las personas, cuando están vivas, suelen perturbar mucho o demasiado." "En efecto, observé ese detalle." "Entonces, crea en mi palabra: cuando están muertas, no joden más." "Qué interesante. Proceda, López. Con Balbín, nada, ¿no?" "Señora, seré claro: si usted consulta algo con el doctor Balbín, ese hombre sensato y de buen corazón, se convertirá en la primera de las 1500 personas que necesitamos retirar de este mundo." "Oh, no, pobre Chino, dejémoslo vivir." "Mientras sea posible, señora, así se hará. No crea que me gusta matar." "Lo sospechaba, Daniel. Es usted tan dulce." La otra posibilidad ya la desarrollé: Chabela decide, en efecto, consultarlo todo con Balbín. Lo convoca. Lo recibe en su escritorio. A su lado, López. Chabela le dice: "Doctor Balbín, cumpliendo con el pedido último del general voy a consultarlo todo con usted. Mañana vamos a matar a Ortega Peña. Después a Silvio Frondizi y a Julio Troxler y después a 1500 personas más, ¿cuál su opinión?" Es posible que el Chino muriera ahí mismo. Y que López Rega, feliz, dijera: "¡Qué alegría tan inesperada! Uno menos".

JULIO DE 1974

1º de julio: Muere Perón. Había regresado al país el 20 de junio del año anterior. Duró vivo apenas un año y diez días. En ese escaso tiempo deterioró gravemente su figura política. No fue bueno para él ni para el país. Si hubiera muerto –digamos– en 1972 habría conservado intacta su figura de líder del Tercer Mundo. Lanusse, que era un legalista y no un carnicero como Videla, se habría encargado de la represión. Y todo habría sido mejor. Traducido en vidas humanas: habrían muerto 25.000 seres humanos menos. Porque nuestra cifra (como la que dan Pilar Calveiro y los organismos de Derechos Humanos y las Madres y las Abuelas) es: 30.000 desaparecidos. ¿Por qué? Muy simple: porque ellos lo dicen. Y sólo a ellos les creo. Habrían muerto, además, de otro modo. O habrían sido arrestados. Ojo: con Lanusse. Si Lanusse era desplazado y asumían los chacales de la Doctrina de los paras franceses habría sido todo bastante distinto. Esa Doctrina era la Doctrina de la desaparición de los cuerpos. Sospecho, de todos modos, que en 1972 no se habría llegado al horror al que se llegó.

Perón muere en Olivos, a las 13.15. Tenía 78 años. Es remarcable la tapa que le dedica *Noticias*, el diario de los montos. "A las ocho de la noche (cuenta Bonasso), cuando hicimos la clásica reunión para decidir la tapa, yo propuse que titulásemos con una sola palabra en letras tamaño catástrofe: DOLOR. Debajo, un texto muy breve y muy destacado. Nada más. Por unanimidad decidimos acercarle una Olivetti a Walsh, para que él redactara las ocho líneas en cuerpo 72 que había diseñado el Oso Smoje. Es imposible concebir una síntesis mejor: *El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos treinta años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un Líder excepcional...* (Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, p. 171). Para mí, Bonasso tiene razón: imposible concebir una mejor síntesis. También creo que tiene que haber sido Walsh el que la redactara. No obstante, si Verbitsky dice que no, no.

Aunque conociera la existencia de los grupos parapoliciales, aunque se hubiesen cometido atentados y asesinatos bajo su gestión, sería muy injusto no decir en su descargo que algo debía estar conteniendo Perón mientras vivía, ya que a partir de su muerte la acción de la Triple A (firmando sus crímenes) se torna vertiginosa. ¿Cuántos habrán muerto durante Perón? Atentados hubo a montones, pero –al repasarlos– pareciera que los asesinos tenían muy mala puntería o no tiraban siempre a matar. La lista de Gambini no es confiable porque a Enrique Grymberg lo pone como muerto de Lastiri y también de Perón. Podríamos decir que –mientras gobernó Perón– los crímenes de militantes de la izquierda peronista y del PRT-ERP habrán llegado a cincuenta. Muerto Perón, los asesinatos de la Triple A –que hay que contarlos casi hasta fines de 1975– llegaron –por lo bajo– a 1500. Sin embargo, durante la época se hablaba de 2000 muertos. Recuerdo que –con amargura– les decía a mis amigos que estaba terminando *Filosofía y Nación* y que el capítulo sobre Moreno se inspiraba en el vanguardismo de los Montoneros. "Pero escribo con cautela", añadía. "Con la cautela que imponen dos mil muertos." Esa era la cifra que decía. Y si la decía es porque era la que se manejaba entre los muy preocupados (algunos ya tan sumidos por el miedo que sacaban el pasaporte y preparaban sus valijas o, al menos, iban en busca de abogados que –creían equivocadamente, pero ocurría que nadie imaginaba lo que se le venía encima al país– habrían de protegerlos en las inminentes horas difíciles que el golpe de Estado desataría) militantes de superficie. A quienes el desastroso pasaje a la clandestinidad de Montoneros (para el que Firmenich había logrado como excusa la prohibición de la revista *La Causa Peronista* a la que había narrado –para conseguir esa prohibición– sobria pero descarnadamente el secuestro y la muerte de Aramburu) había dejado cruel e insensiblemente desguarnecidos, pasto fácil para las balas de las bandas fascistas.

Del modo que fuere, a partir de la muerte de Perón la organización que sale a matar a sangre y fuego es la Triple A. Que la guerrilla de izquierda (Montoneros y ERP, cada vez más cercanos) respondiera completó el cuadro de la masacre de aparato a aparato. De la violencia sin pueblo, sin masas, de la violencia que actúa envuelta en su propia sustantividad delirante sin importarle el evidente reflujo de masas que la condena a la soledad de su propia soberbia. La Triple A mataba porque sus crímenes ya eran política de Gobierno. Algunos decían: "Lopecito debe creer que mata a 5000 tipos y se queda con el país". Otros: "Gelbard lo va a parar. No hay economía posible en medio de tantos cadáveres". Y otros: "No, el que para esto es el Ejército. No le va a dejar el país a Lopecito". La guerrilla de izquierda mataba inmersa en un error fatal: "El Gobierno tiene que caer. Cuando todo esté bien podrido, los militares van a dar el golpe. Y ahí sí: es nuestro momento. El pueblo se nos va a unir. Entre los militares y nosotros, ¿qué duda puede haber? Nosotros. Apenas tengamos diez mil militantes tomamos el poder". No tenían ni tuvieron diez mil militantes. (*Aclaración:* En general, para las fechas de la *Cronología* seguí el notable trabajo de Andrew Graham Yooll (*Tiempo de tragedias y esperanzas*), el de Roberto Baschetti (*Crónica de un desastre* en *Documentos 1973-1976*, Volumen III), el de Oscar Anzorena (*Violencia y utopía*) y el tradicional de Ignacio González Janzen (*La Triple A*). También acudí a anotaciones mías y a mi frecuentemente estremecida memoria personal de la época.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO
(Última entrega)

Conclusiones

Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

130 Conclusiones
(última entrega)

Suplemento especial de
Página|12

"UN ERROR ESPECTACULAR"

Salvo durante el desafortunado gobierno del Perón del retorno, del Perón anciano pero capaz de arrojar las iras más devastadoras sobre quienes tuvieran la insolencia de oponérsele y salvo durante el gobierno de Carlos Saúl Menem, el peronismo siempre tuvo un enemigo unívoco y que sin duda lo honra: Eric Hobsbawm lo llama *la oligarquía;* y aclara: *los ricos, la clase dirigente local* (Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, ed. cit., p. 140). Dice que las masas cuya movilización pretendió y consiguió Perón "no eran aquellas que temían por lo que pudieran perder, sino las que nada tenían que perder" (Hobsbawm, *Ibid*., p. 140. "Salvo sus cadenas", debió completar Hobsbawm para exhibir la latencia "marxista" que el enemigo feroz de estos movimientos –las oligarquías locales y el imperialismo– vio en ellos y con esa ferocidad los reprimió). Y sigue: "El apoyo principal de Perón era la clase obrera y su maquinaria política era una especie de partido obrero organizado en torno al movimiento sindical que él impulsó" (Hobsbawm, *Ibid*., pp. 140/141). Con eso fue el único que organizó a los "que nada tenían que perder" contra la oligarquía, los poderosos de las finanzas y las potencias del gran capital.

Si nuestro país se viene largamente preparando para ¿conmemorar? el Bicentenario, tal vez convenga recordar que eso que dijo un ruralista de la agresiva "Mesa de Enlace" es cierto. Por desgracia, a este país lo hicieron el Ejército, la Iglesia y el campo. Ese elegante señor argumentó que así se lo había enseñado su profesora de Historia y, sin posible duda, así habrá sido, dado que los manuales de Historia de nuestras inocentes escuelas enseñan eso y lo vienen enseñando desde siempre. Hay quienes dicen: "A este país, mal o bien, lo hizo la oligarquía". Es cierto: lo hizo, y mal. ¿Qué se festejará? ¿Un monólogo de las clases poderosas del Buenos Aires poderoso apenas interrumpido por el federalismo del siglo XIX, tímidamente por el yrigoyenismo del XX, más severamente por el primer peronismo, solitariamente y con enorme valentía por la Resistencia Peronista, y con iracundia por la juventud "maravillosa" que fue masacrada en 340 campos de concentración? Podemos agregar el juicio que Alfonsín hizo contra la Junta desaparecedora. Y el siglo XXI está aún muy cerca, aunque es fácilmente detectable que los sectores tradicionalmente dominantes han engendrado un odio tan desmedido hacia los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández que señala la existencia de una política que los agrede seriamente. Si es que nos guiamos (y no es una mala guía) por la fiereza que esa política les ha despertado. Tal fiereza sería irracional que respondiera a ciertos cuestionamientos livianos.

El resto ha sido el largo monólogo de las clases poderosas de la Argentina, de sus fuerzas armadas, que siempre les han respondido, y de su Iglesia, que siempre los ha confirmado o consolado en sus patrióticas atrocidades humanitarias.

¿Por qué todo terminó tan mal? ¿Por qué fue tan completa la derrota? Más aún: ¿por qué les fue tan sencillo a los militares derrotar a la guerrilla? ¿Cómo fue posible que en este país "culto y a la europea" cometieran los horrores que cometieron? ¿Por qué se habla –en el exterior y sin ninguna hesitación– del Reich argentino? ¿Por qué Primo Levi (nada menos que él) ubica al que aquí tuvo lugar entre los genocidios del siglo XX?

Sigamos la explicación de Eric Hobsbawm. Tratará de echar alguna o bastantes luces sobre lo que denomina "un error espectacular". Escribe: "Fidel Castro (1927) no era una figura insólita en la política latinoamericana: un joven vigoroso y carismático de una rica familia terrateniente, con ideas políticas confusas pero dispuesto a demostrar su bravura personal y a convertirse en el héroe de cualquier causa de la libertad contra la tiranía que se le presentase en el momento adecuado (...) *En términos puramente militares la amenaza era modesta*. Un camarada de Fidel, Che Guevara, médico argentino y líder guerrillero muy dotado, inició la conquista de Cuba con 148 hombres que llegaron a ser 300 en el momento en que prácticamente lo había conseguido" (Hobsbawm, *Ibid*., p. 437. Cursivas nuestras). Lo que dice Hobsbawm seguidamente (y que está confirmado por toda la historiografía de izquierda o centroizquierda sin intereses propagandísticos) es importante: "Fidel ganó porque el régimen de Batista era frágil, carecía de apoyo real, excepto del nacido de las conveniencias y los intereses personales, y estaba dirigido por un hombre al que un largo tiempo de corrupción había vuelto ocioso. Se desmoronó en cuanto la oposición de todas las clases, desde la burguesía democrática hasta los comunistas, se unió contra él y los propios agentes del dictador, sus soldados, policías y torturadores, llegaron a la conclusión de que su tiempo había pasado. Fidel lo puso en evidencia y, lógicamente, sus fuerzas heredaron el gobierno" (Hobsbawm, *Ibid*., p. 437). Sigue Hobsbawm (quien se confiesa fervoroso adepto de la Revolución Cubana en estos comienzos de gloria): "La revolución cubana lo tenía todo: espíritu romántico, heroísmo en las montañas, antiguos líderes estudiantiles con la desinteresada generosidad de su juventud –el más viejo apenas pasaba los treinta años–, un pueblo jubiloso en un paraíso turístico tropical que latía a ritmo de rumba" (Hobsbawm, *Ibid*., p. 439). Sobreviene la disidencia entre Castro y el Che. Castro pareciera más proclive a afirmar la Revolución antes de expandirla. Se integra, así, a la política de coexistencia pacífica de URSS. El Che, no. Escribe Hobsbawm: "Un joven y brillante izquierdista francés (¿quién si no?) proporcionó la ideología adecuada, que sostenía que, en un continente maduro para la revolución, todo lo que se necesitaba era llevar pequeños grupos de militantes armados a las montañas apropiadas y formar 'focos' para luchar por la liberación de las masas" (Hobsbawm, *Ibid*., p. 439). Es el célebre texto de Régis Debray *¿Revolución en la Revolución?* (*Nota*: Hemos tratado esto, pero necesitamos señalarlo de nuevo brevemente aquí.) "Primero (dice el joven brillante francés), se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario" (Régis Debray, *¿Revolución en la Revolución?*, *Lucha Armada*, Buenos Aires, Año 1, Número 1, p. 141). Esta grave alteración de la teoría marxista de lucha social y política originó las guerrillas latinoamericanas. "En toda América latina (escribe Hobsbawm) grupos de jóvenes entusiastas se lanzaron a unas luchas de guerrillas condenadas de antemano al fracaso, bajo la bandera de Fidel, de Trotsky o de Mao" (Hobsbawm, *Ibid*., p. 439). Pero la gran bandera fue la de Ernesto "Che" Guevara. Acaso se le aproxime Camilo Torres, el cura rebelde, levantisco, ese ejemplar seguidor del Cristo combativo, del que había venido a traer la espada, del que había echado a los mercaderes del Templo, del que detestaba a los ricos y amaba a los pobres. ¿Qué más requería un cura para sentir que continuaba los pasos del Crucificado cuando hacía frente a los poderosos, a los dueños de la tierra con una metralleta en mano? Pero –insistamos– el gran ejemplo fue el Che. Y el mandato de Castro: *Sean como el Che*. Tenemos entonces los elementos para diseñar los puntos esenciales que llevaron a eso que Hobsbawm llama *un error espectacular* (Hobsbawm, *Ibid*., p. 439). *Primero*) La Revolución Cubana no derrotó a un enemigo poderoso. Primer espejismo. Los restantes países de América latina (y sobre todo la República Argentina) eran mucho, pero mucho más poderosos que la Cuba de Batista. No se tomó en cuenta. ¿Por qué? *Segundo*) Porque el Che afirma (en un célebre y breve texto que se leyó a lo largo y a lo ancho del continente) que Cuba no fue una excepción. Y ataca ferozmente a los excepcionalistas como contrarrevolucionarios. Surge la tesis de exportabilidad de la Revolución Cubana. Lo que se hizo en Cuba se puede hacer en cualquier país de América latina. El que promovió con su carisma, su nervio y su sinceridad combatiente la expansividad revolucionaria a lo largo del continente fue Ernesto Guevara. En un conocido y pequeño texto se pregunta si Cuba es una excepción o es la vanguardia de la revolución en América latina. No duda: *es la vanguardia*. Su ejemplo debe ser tomado por todos. *Tercero*) La teoría del foco lo posibilita. *Cuarto*) Para demostrarlo, el Che emprende su travesía boliviana. La terrible derrota que sufre (denunciado por los propios campesinos que había ido a liberar) sólo sirve para elevarlo a las alturas del mártir crístico de la Revolución. *Seamos como el Che*. Esa frase que Fidel repite innúmeras veces en un discurso tiene ahora una lectura extrema: *Luchemos hasta morir*. Demos la vida por la causa de la libertad de América latina. La prueba más alta de la verdad de un militante es dar la vida por la Revolución. No me interesa penetrar en territorios psicológicos. Si aquí hay una pulsión tanática. O un culto a la muerte, lo dejaremos de lado. Pertenecí a esa generación y lo primero que se preguntaban todos era si serían capaces de ofrecer su vida por la liberación nacional y social de su país. Incluso algunos católicos citaban una frase que atribuían al apóstol Pablo: "En vuestra lucha contra el Mal aún no habéis llegado hasta la sangre". ¿Qué era "ser como el Che"? Era ser derrotado y morir. Nadie lo leyó así. Se leyó: dar la vida por la gran causa de la liberación de los oprimidos. Y también: si el Che dio su vida, ¿por qué no tomar la de otros, que no sólo valen mucho menos que la de él, sino que son nuestros enemigos?

LA TEORÍA DEL FOCO EN EL MONTE TUCUMANO

El "error espectacular" radicó en una pésima evaluación del poder de fuego de las fuerzas enemigas. La responsabilidad de Castro es muy grande en esto. Lamento decirlo. Pero uno no escribe para ganar amigos o decir cosas bonitas de líderes que muchos necesitan mantener inmaculados. Lo siento: Fidel debió evaluar las fuerzas que el imperialismo y "sus aliados locales" (poderosos siempre) tenían para reprimir la guerra de guerrillas. Debió alertar sobre el voluntarismo guevariano: no se lucha en un terreno enormemente desfavorable. Un asmático no puede meterse en una selva cuya humedad sofoca a cualquiera, y a él lo inutiliza. Su capacidad para sobrellevar el sufrimiento conmoverá a todos, pero no va a ganar la guerra. "Sean cono el Che, pero tomen más precauciones." Que la Revolución Cubana había nucleado a los campesinos y que éstos la acompañaron militarmente porque querían con fervor la caída de Batista. Que una revolución no se hace sin un respaldo popular. Debió saber y hacer saber que el Imperio Norteamericano no estaba dispuesto a dejarse sorprender otra vez y cortaría de raíz todo intento revolucionario. Al entrenar a todos los aspirantes a guerrilleros que llegaban a Cuba debió decirles –como parte de ese adoctrinamiento– que el enemigo era muy duro, y que –mercenarios o no– estaban ferozmente ideologizados y su odio al comunismo provenía de adoctrinadores militares y religiosos que sabían hacer su trabajo. O sea, que iban a enfrentar a soldados llenos de odio. La guerrilla argentina (los Montoneros, no el ERP) tuvo, al menos, el tino de tratar de enancarse en un gran movimiento popular. Pero no pudo eludir la tentación de la vanguardia. Le pidió la conducción a Perón, o compartirla. No comprendió al pueblo peronista y lo postergó para otra etapa de la lucha. Lo demás lo hemos visto.

El ERP lleva la *teoría del foco* al extremo cuando se mete en el monte tucumano. Para colmo, hace saber –como parte de su accionar propagandístico– que domina un tercio del territorio tucumano. ¡Qué disparate! Yo iba cada dos meses a Tucumán, hablaba con medio mundo y nadie tenía la preocupación que algo así habría provocado. (Mis clientes eran empresarios.) Además, en 2009 aparece un libro que se llama algo así como *El Vietnam argentino*, escrito por un periodista de *La Nueva Provincia* y con prólogo de Rosendo Fraga y ¡desde luego! se basan en esa estimación disparatada del ERP. El general Vilas fue entonces a liberar una provincia ocupada por la guerrilla. ¡Un tercio del territorio dominaban los hombres de Santucho! ¡El Vietnam argentino! ¿Cómo no iba a aplicar Vilas las teorías del coronel francés Roger Trinquier, *Guerra, subversión y revolución*? "Qué boludos fuimos", puede reflexionar hoy un erpio autocrítico, hay muchos. "Nosotros largábamos ese invento propagandístico en que decíamos que dominábamos un tercio del territorio y ahora lo usan para justificar a Vilas y a Bussi." Vilas aplicó la técnica de la OAS en contrainsurgencia. Las atrocidades que cometió en Tucumán no admiten descripción posible. Era el Plan Fénix de los yankis en Vietnam. Y desde luego la técnica de la tortura de inteligencia de los franceses en Indochina y Argelia. Hoy la usan los norteamericanos en Irak. Lo hemos dicho: crea el campo de concentración "La Escuelita" y ahí se lleva a cabo día a día, minuto a minuto la tarea de masacrar los cuerpos. "Si por respeto a las normas clásicas nos hubiésemos abstenido de emplear los métodos no convencionales, la tarea de inteligencia –y ésta era una guerra de inteligencia– se habría tornado imposible de llevar adelante" (citado por Martin Andersen, *Dossier secreto, El mito de la "guerra sucia" en la Argentina*, p. 166). Entre tanto, en Montevideo, el 10 de octubre de 1975, Videla declaraba: "Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país". Algunos de mis clientes, en voz baja (el ingeniero Grodek, por ejemplo, de Ampere SA), me decían: "Hay algo que aquí no se está haciendo bien. Se llevaron a un chango la otra vez. Pobrecito. Tenía mujer, dos hijos. Se lo juro, José. Ese chango trabajaba de sol a sol. ¿En qué podía andar ese chango? Años que lo conozco. No hizo más que trabajar desde chico". El ERP –como mucho– habrá llegado a tener cien milicianos en el monte de Tucumán. Sólo por el campo de concentración "La Escuelita" pasaron 1507 personas. "La tortura era rutinaria en 'La Escuelita', que recibió su nombre porque antes había sido una escuela. Era el primer campo de concentración clandestino conducido por el Ejército en el país y uno entre varios que funcionaron en la provincia a partir de 1975" (Andersen, *Ibid*., p. 167). Cuando se fue Vilas (hubo algunos pedidos de oficiales del Ejército que advirtieron que el hombre no estaba muy en sus cabales, pese a lo cual lo derivaron a Bahía Blanca, donde se unió a los de *La Nueva Provincia*, tan tanáticos y paranoicos como él, y desataron una caza de brujas en la Universidad del Sur) asumió Domingo Bussi, que continuó aplicando los métodos de Vilas y la OAS. De todas formas, en plena democracia, los tucumanos lo eligieron como gobernador de la provincia. Era como elegir a Hitler. Pero lo eligieron.

LOS ERRORES DE PERÓN

Perón y la Jotapé cometieron enormes errores. Recordemos que hablamos de un desastre. Para que un desastre se produzca los errores no pueden ser pocos, tienen que ser muchos y graves. Enumeremos los de Perón. ¿Para qué volvió? Su estado de salud apenas si le permitiría gobernar por escaso tiempo. Supongamos que se creía inmortal. Insistamos entonces: ¿para qué volvió? ¿Por el uniforme, por hablar otra vez desde el balcón de la Rosada? ¿Sólo por eso? ¿Le era tan necesario eso? Lanusse le tendió una trampa mortal cuando dijo que no le daba el cuero. Ahí lo hizo venir. Ahí, Perón no tenía otra. Orgulloso como era tenía que aceptar el reto. Lanusse aparece derrotado en el primer round, pero gana la pelea por KO. Perón se muere sin resolver nada. Supongamos que todos lo incitaban a volver. Por supuesto: era un negocio que no dejaba de convenir. Era volver al Gobierno. Perón, incitado por Lanusse y por los suyos, vuelve. Ahí empieza a cometer errores. 1) Le deja la custodia del palco a una pandilla de delincuentes. ¿Por qué aceptó y eligió como tropa propia a esos impresentables asesinos? ¿Creía que podría controlar a esa gente? ¿No tenía otra cosa? ¿O no sabía nada como el viejo en vertiginoso deterioro que todos decían que era? 2) Se apresura en el discurso del 21 de junio en condenar a la Jotapé. Era un conciliador nato. Alguien que siempre sumaba. ¿Por qué resta a la juventud? Además, hay algo desagradable en ese discurso. Todos lo advierten. Ayer dijo una cosa, hoy dice otra. ¿Por qué le prometió tanto a la juventud y ahora la tira a la basura? Hace rato que le dicen "la parrala". ¿Esto no erosiona la

credibilidad de un político? ¿Se le podía creer a Perón? ¿Se podía confiar en su palabra? 3) No investiga lo de Ezeiza. A otra cosa: la culpa fue de la juventud, que queda "cuestionada". 4) Los recibe en Gaspar Campos. Y les pone a López Rega de intermediario. ¿Era una broma? ¿Se burlaba de la Jotapé? Si era una burla, pronto advertiría que las burlas en esa Argentina que desconocía y con esos jóvenes que desconocía aún más se pagaban caras. 5) La fantochada del golpe contra Cámpora. Los micros de Rucci. Un papelón. 6) Pone a Lastiri de Presidente. Un pobre tipo. El lacayo de un lacayo. El lacayo de López Rega. 7) Las conferencias en la CGT le salen bien: demuestra lucidez y elabora algunos conceptos acertados para enfrentar la coyuntura. 8) Le cede la vicepresidencia a Isabel. Aquí se suicida. La historia ya está escrita: la puso a la Chabela, ergo: lo puso a López Rega. Ya todo el país sabe que Isabelita pertenece más a López que a Perón. 7) Golpe en Chile. Maltrato a los refugiados. Habla mal de Allende. Se encuentra con Pinochet. Horrible. 8) Asesinato de Rucci. Se asusta. ¿Qué pasa en el país? ¿Fueron los montos? ¿Fue la CIA? 9) Responde como un alucinado. Aterroriza a todos. *Documento Reservado*. Nunca más el pueblo simple, el pueblo-pueblo va a una concentración peronista. Es arriesgarse a morir. 10) 17 de octubre. ¡Al fin va a hablar a su pueblo desde los balcones de la Rosada! Pero admite que le pongan un vidrio blindado. El mensaje de ese vidrio es sólo uno: Perón está siempre en peligro de muerte, los marxistas lo pueden matar en cualquier momento. Se acabó la alegría de los clásicos diecisietes. Ahora el país está en guerra. El sol rebota en el vidrio y ni siquiera se lo puede ver al anciano general. El discurso no vale nada. ¿Cómo, pero *cómo* acepta que le pongan ese vidrio entre él y el pueblo al que se supone ama y del que desea recibir su amor? ¿Dónde está la relación líder-masas? ¿Tiene un vidrio en el medio? 11) Le da mano libre a las bandas de la derecha. Atentados, violencia lumpen, asesinatos. La gente simple tiene miedo. ¿Qué pasa en el país de Perón? ¿Tanto tiempo se esperó por esto? 12) ¿No podía organizar una fuerza de choque menos barbárica? ¿No hubo un solo sector del Ejército que pudiera apoyarlo? 13) Parece que ni lo desea. Pone a un asesino célebre, a un loco sin retorno, que desborda odio, a un hombre formado en la OAS y en la Escuela de las Américas al frente de la Policía: Villar. Y a otro loco, Margaride. Queda claro: Perón quiere que se tire con buena puntería. Perón quiere que se tire a matar. ¿Se necesita alguna prueba de esto? ¿Sabía hacer alguna otra cosa Villar además de torturar y matar gente? No. Si alguien lo pone en el más alto puesto de la policía, ¿qué está esperando de él? ¿Qué les lea sus derechos a los ciudadanos como los buenos policías de las películas? 14) Asciende a López Rega de cabo a comisario general. Se dan un abrazo. El país entero lo ve y si no revienta de risa es porque tiene miedo. Le tiene miedo al payaso. Y el payaso es cada día más poderoso. 15) Maltrato público a los diputados de la Jotapé. Amenazas. "Nosotros, por perder un voto no nos vamos a preocupar." 16) Lo de la Guarnición de Azul es una torpeza tan grande del ERP que le juega a favor. Se viste de milico y despotrica contra los infiltrados. 17) El "navarrazo" es una insolencia institucional contra todo el país. Destituye a Obregón Cano y a Atilio López en lugar de reponerlos en sus cargos. ¿O no hay una Constitución? 18) Todo el mundo sabe que en Córdoba actuaron parapoliciales. Que la ciudad de Buenos Aires está recorrida asiduamente por coches sin chapa, con gente armada adentro. Ana Guzzetti –en una conferencia de prensa– le formula una (hoy ya célebre) pregunta acerca de veinticinco unidades básicas voladas y doce militantes muertos. Afirma –por si fuera poco– que todo está hecho ("evidentemente") por grupos parapoliciales de ultraderecha. El Presidente de la República la manda presa. Así nomás. A la vista de todos. Con lo cual está diciendo: de los parapoliciales ni se habla. El que habla o pregunta va en cana. Aquí, una duda: ¿está razonando bien Perón o está fuera de quicio? ¿Qué país cree que está gobernando? ¿Un paraíso bananero? ¿El es Trujillo? ¿Es Dios? ¿Puede hacer lo que se le cante? ¿No hay Congreso, no hay oposición, no hay instituciones? Hay miedo. 19) 1 de mayo. Horrible jornada. Errores por todos lados. Los Montoneros enloquecen. Exigen una absurda Asamblea Popular e insultan a Perón como nadie jamás lo ha hecho. Sólo tal vez Aramburu, Rojas, las señoras de las peluquerías de lujo, los gentlemen del Jockey Club y los miembros de la Sociedad Rural. Perón pierde el control y los insulta. Los montos se van. Atención ahora: la plaza no queda *vacía*. Esa es una foto del diario *Noticias* tomada desde un ángulo sesgado que agranda la imagen del vacío. La revista *Movimiento* publica otra en que se ve apenas un espacio –un buen espacio– totalmente vacío, pero no la mitad de la plaza. En suma, no se fue la mitad. Se fue un tercio. Como sea, no importa. El que se iba no era "el pueblo". Era la militancia montonera insultada por los pesados de los sindicatos que le pedían a la policía que les diera leña "a esos troscos de mierda". El pueblo peronista ya no iba a las reuniones bélicas de los distintos encuadramientos. Estaba en su casa. Con miedo. 20) El 11 de mayo, el custodio de Perón, el hombre de la Triple A, Rodolfo Almirón, acribilla al padre Carlos Mugica. Perón no se da ni por enterado. Cuando lo necesitó se tomó la molestia de ir a buscarlo a la Villa 31. Ahora ni a su velorio va. Ni una corona le manda. 21) Se dice que pide hablar con Norma Arrostito. Que quiere lograr –como lo dijo desde un inicio– un cambio decisivo en la conducción de la Orga. No los traga a Quieto ni a Firmenich. La reunión no se hace. De todas formas, ésta fue una buena iniciativa de su parte. Pero tan tarde, tan tarde. 21) Algo intenta en su discurso del 12 de junio. Pero no sabemos qué. Se despide con su hermosa frase. 22) Cede el poder a Isabelita. Este es un error definitivo, ilevantable. El no verá sus consecuencias. Pero la Chabela –apenas el 4 de julio– confirma a López como su secretario privado. Nadie lo duda: gobernará el clown exterminador. La Triple A empieza a matar gente a diestra y siniestra. *De todas esas muertes el responsable es Perón.* Quien le dejó al país en herencia a una cabaretera tonta y fascista (hay cabareteras que son magníficas personas y todos los escritores estamos habituados a disfrutar con la creación o con la frecuentación –con motivos literarios– de esos personajes y encontrarles sus aristas sensibles, nobles) manejada por un clown asesino-compulsivo fue Perón. Por consiguiente, señores, guste o no, nadie se puede sacar de encima semejante atrocidad política. A pagar. Y si de pagar se trata hay que decirlo: la responsabilidad de muertes como las de Ortega Peña, Silvio Frondizi, Julio Troxler, Atilio López y de por lo menos 1500 personas más recae sobre Juan Domingo Perón. Qué pena. Qué bronca. Qué dolor también. Que en apenas un año un gran líder de masas, el único político que realmente hizo algo por los pobres de este país y les arruinó la eterna fiesta a los dueños eternos de esta tierra haya deteriorado tanto su figura es una de las grandes desgracias de la Argentina, país que no carece de ellas. Baste pensar que Félix Luna (un radical antiperonista) confiesa tenerle envidia: "Porque muchos hombres y mujeres de la Argentina sintieron que sus vidas eran más ricas y plenas cuando lo tenían a su lado" (Luna, *El 45*, p. 491). Recordemos esa anécdota que conté. Salía de la cantina de Munro donde me gustaba comer el flan Quimili y un obrero, que tenía una bicicleta, me dice: "¿Usted cree que estos zurdos que están gobernando ahora me van a sacar la bicicleta?" (lo decía por Cámpora y su gobierno Jotapé). "No", le dije. "Y si eso pasa, quédese tranquilo. Pronto vuelve Perón y se la da de nuevo." "¿Vio? Es lo que yo digo. Mientras esté Perón nunca me va a faltar una bicicleta."

LOS ERRORES DE LAS ORGANIZACIONES ARMADAS

El factor atenuante de los errores de Perón está en la organización que le hizo la guerra. Porque eso fue lo que le hizo: matarle a Rucci era la guerra. Era pegarle donde más le dolía. Era sacarlo de quicio. Por otra parte, ignoro qué resorte de su espíritu de jefe vulneraba la rebeldía, la insolencia de la Jotapé. Pero no debía ser menor, intrascendente. El General les concedió demasiada importancia. Su sagacidad política pareció velarse, ensombrecerse ante ellos. Esto lo llevó a actuar casi exclusivamente para combatirlos, y hasta para actuar en busca de su destrucción. Algo que explica –en parte solamente– el respaldo a López Rega. A toda la derecha peronista. A veces, más que consagrarse a gobernar el país, se veía obstinado en combatir a la Tendencia. Otras, era torpe o directo o abiertamente provocador. Algo que, en política (y él lo sabía muy bien), no suele dar buenos frutos. Agredió en lugar de negociar. Pareció aferrarse hasta último momento a esa idea de pegar cuatro gritos por un micrófono y con un vaso de agua a mano y mandarlos a sus casas. Eso, lo que le había dicho a Jorge Antonio. Tener que combatir a quienes (sabía) habían hecho posible en mayor medida que todos los demás su retorno le producía un desgaste inesperado. Porque le ofrecían una resistencia también inesperada. Acaso en ese enfrentamiento se sintió viejo. La realidad no se dejaba esta vez derrotar por su carisma, por su prestigio ni por el mito de su nombre. Y eran –para colmo– los jóvenes. Los que le habían dado lustre de revolucionario, de político aggiornado, de joven entre los más jóvenes, de superpibe. Sólo muriéndose pudo huir de los problemas que le planteó el país real al que regresó y que –contrariamente a lo que decía– no era lo que él imaginaba, eso que decía conocer muy bien. Si durante el exilio él se hizo todo lo socialista que pudo para incorporar a los jóvenes y los jóvenes se hicieron todo lo peronistas que pudieron para entrar en el movimiento de masas, a partir del 20 de junio él se hizo demasiado peronista y la juventud demasiado socialista. La brecha se volvió cada vez más insalvable.

Los errores de las organizaciones armadas fueron tan superlativos como los de Perón. Como vengo tratando este tema a lo largo de toda esta obra le voy a ceder centralmente la voz a mi amiga y compañera Pilar Calveiro. (*Nota*: Quiero señalar algo de lo que no me avergüenzo. Mi libro es el anti-Favio. Favio le dedica todo su largo film a la obra del primer Perón y al del exilio y luego, cuando llega a Ezeiza, acusa a los que (según él) empezaron a tirar desde los árboles, después pasa algo más, después se muere Perón y ahí termina la película. Para Favio, el tercer Perón no existe. La Juventud Peronista tampoco. Hace desfilar varias veces unos trenes con pintadas montoneras. Nadie sabe qué significa eso. Pero también dura poco. La cuestión es clara: Favio no quiere verlo al tercer Perón. No quiere ni hablar de la Jotapé. No quiere meterse con ese infierno que fue el año final de la vida del líder. Queda, así, el conductor angélico de los años felices y de la lucha contra el régimen. ¡Yo también habría querido eso, Favio! Pero la realidad no se corta como una película. *O no deja de existir porque decidís no filmarla*. Mi libro, sólo al año 1973, le dedica alrededor de ochocientas páginas. Tal vez exageré. Pero mi Perón es total, no le amputé nada para hacerlo bueno. No le agregué nada para hacerlo malo. La diferencia es grande. Un cineasta, un escritor –en temas como éstos– tienen que manejarse con una moral. La moral reside en no ocultar los hechos, en no escamotearlos. Después vienen las interpretaciones. Pero ocultar los hechos bajo el felpudo es mentir.) Calveiro –buscando una síntesis final, o todo lo definitiva que pueda ser, ya que nada lo es– enumera los errores de las Orgas. Habla de la desinserción, es decir: del alejamiento de las bases que pretendían representar. "La desinserción (escribe) favoreció el rebrote de un vanguardismo cuyas fuentes provenían del foquismo inicial. Con la destrucción de las agrupaciones de base, Montoneros fue perdiendo los canales de comunicación, y comenzó a girar en el vacío de su propia lógica, cada vez más desconectada y autosuficiente" (Pilar Claveiro, *Política y/o violencia, Una aproximación a la guerrilla de los años '70*, Norma, Buenos Aires, 2006, p. 149). "A medida que aumentó el aislamiento de los sectores populares, se incrementó la práctica 'internista' y consecuentemente floreció una lógica cerrada, retroalimentada, autosostenida y sin instancias de confrontación política con otros sectores" (Calveiro, *Ibid.*, p. 151). El análisis de Calveiro se centra en un hecho inevitable: el aislamiento de la organización ante la realidad que vivía el país. En 1977 se llega al disparate de afirmar que la "situación del gobierno no puede ser peor" (Calveiro, *Ibid.*, p. 154). Precisamente ahí el poder desaparecedor desplegaba una impunidad aberrante. El delirio crece: "El caudal de nuestra política es, hoy, no menos de dos millones y medio de votos" (Calveiro, *Ibid.*, p. 155). Se sabe que tanto los erpios como los montos deseaban el golpe para eliminar el molesto "colchón democrático" del gobierno de Isabel. Luego de haberle entregado el motivo final del golpe en bandeja a los comandantes con el ataque a Monte Chingolo ("la más grande operación guerrillera desde el Moncada", decía con orgullo sin advertir que estaba infiltrado hasta las medias), Santucho recupera su entusiasmo con el golpe del 24 de marzo y lanza una *Proclama* que es una pieza patética de delirio y autismo político: "¡Argentinos, a las armas!". Y concluía del siguiente modo: "El paso dado por los militares clausura definitivamente toda posibilidad electoral y democrática y da comienzo a un proceso de guerra civil abierta que significa un salto cualitativo en el desarrollo de nuestra lucha revolucionaria" (María Seoane, *Todo o nada*, Planeta Bolsillo, Buenos Aires, 1997, pp. 276/277). Pocos, muy pocos, meses después –ante los resultados de un enfrentamiento catastrófico con los militares que los aniquilaron con pasmosa facilidad– declaraba: "Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las Fuerzas Armadas al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo de masas" (Pilar Calveiro, *Poder y desaparición, Los campos de concentración en la Argentina*, p. 19). Si no lo previeron fue porque nunca hicieron verdadera política de masas y mucho pero mucho menos se preocuparon por comprender al "pueblo peronista". Ese que Perón había moldeado y del que ellos no sabían nada. Describiendo la situación creada a partir del 24 de marzo, Rodolfo Walsh –casi a fines de ese año– le escribía a la conducción montonera: (La situación es) "de retirada para la clase obrera, derrota para las capas medias y desbande en sectores intelectuales y profesionales" (Ernesto Salas, *El debate entre Rodolfo Walsh y la conducción montonera*, Revista *Lucha Armada*, Año 2, N 5, Buenos Aires, p. 10). Sin embargo, en marzo de 1978, Firmenich todavía dice: "La justicia de nuestra causa, la experiencia adquirida, el compromiso hacia nuestros compañeros, héroes y mártires, el ejemplo de nuestro pueblo, nos aseguran la victoria final" (Calveiro, *Política y/ o violencia*, pp. 156/157).

La situación interna era de terror. Se estaba tan en superficie como siempre porque los perejiles ni idea tenían de la clandestinidad. Pero, por cada operativo de la guerrilla, los grupos de tareas hacían una razzia de brutal violencia en esos sectores y, en los campos clandestinos, se acentuaba la tortura gratuita, la meramente sádica, y si sobre alguien se dudaba si matarlo o dejarlo vivo un tiempo más y ver qué ocurría con él, ese mismo día lo masacraban. De aquí que los "operativos" de los que se disponían a liberarnos a todos eran tomados con miedo y con bronca por los cuerpos que estaban a disposición de los carniceros, en sus casas o en los campos. Si estaban en los campos, acentuaban la tortura o los mataban. Si estaban en sus casas, los llevaban a los campos. Perdía ensaya una autocrítica que tiene validez: "Nuestra resistencia no tenía ya la misma legitimación social que la de la década anterior. Se debía –en parte– a la corresponsabilidad por haberle dado excusas al golpismo y también por el retraimiento de la lucha de masas. Fue por ello que el alto costo humano de la acción desplegada no tuvo proporcionada eficacia, dejando tanto dolor y frustración (...). Producido el golpe del '76, ejercimos el legítimo derecho de resistencia, pero lo hicimos a precios muy altos y con el error de desplegar un tipo de violencia que no se correspondía con el repliegue de la mayor parte de la población (...) *El sincero reconocimiento de esta equivocación aspiro a que sirva para que otras generaciones eviten repetirla* (...) *Parece tan incorrecto condenarnos sin atenuantes –como lo hacen algunos–, como reivindicarnos desde la misma soberbia que tuvimos*

nosotros otrora" (Roberto Cirilo Perdía, *La otra historia, Testimonio de un jefe montonero*, ed. cit., pp. 278/ 279. Cursivas del autor.) Se trata de un texto sincero y valiente. Justamente asume el que creemos es el error fundamental de la acción guerrillera y sobre todo de la foquista (de tan triste experiencia en América latina, aunque haya legado a la posteridad la imagen eternamente rebelde de Ernesto Guevara): el foco condena a sus integrantes a la violencia sin pueblo, al alejamiento de las masas, a la ignorancia de sus necesidades, de su historia, sus costumbres y hábitos. Sólo puede terminar siendo lo que siempre fue: un ejercicio de soberbia, la consolidación de la vanguardia iluminista, ciega para todo salvo para sus delirios internos.

Uno de esos delirios fueron las contraofensivas montoneras. Elegían a los militantes casi al azar y les otorgaban misiones sin asidero alguno. Les hacían firmar una especie de contrato o compromiso con la Orga y los enviaban a liberar la Argentina de los desaparecedores. Había un Manual primitivo, burdo, que había redactado Julio Roqué, y que terminó por llevar su nombre para honrarlo a raíz de su heroica, increíble muerte ante una enorme patota de la ESMA a la que le llevó horas derrotarlo. Fue el 29 de mayo de 1977. Roqué era miembro de la Conducción Nacional, pero estaba en el país, haciendo probablemente eso para lo que se había preparado toda su vida: luchar contra el poder por medio de las armas, que manejaba brillantemente. El *Manual Roqué* se les daba a jóvenes que no tenían su preparación ni su coraje. Uno de ellos –Fito– narra en el libro de Cristina Zuker: "No teníamos ideas de cuáles iban a ser las operaciones, pero había dos opciones para encuadrarte, como si fuera la carrera de letras o de ciencias. Podías elegir entre las Tropas Especiales de Agitación (TEA) o las Tropas Especiales de Infantería (TEI), pero todos los que estábamos ahí tuvimos que firmar ese contrato" (Cristina Zuker, *El Tren de la Victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 164). Firmenich suele defenderse del desastre de las contraofensivas diciendo que él no era el Flautista de Hamelin: que los que iban a pelear o a morir en la Argentina de los militares lo hacían por voluntad propia. Que él no tiene responsabilidad alguna. Que no obligó a nadie. Que fueron por su propia voluntad. "La estrategia nuestra no era salvar gente", concluye. Y José Amorín le da una paliza política y estratégica definitiva: "Sí eras un Flautista de Hamelin: para esos pibes que vos confundís con ratas, eras el fundador de los Montos, el ejecutor de Aramburu, el 'modelo' a seguir, precisamente, a seguir. Y eran *pibes*. Pibes que ni siquiera tenían nuestra edad cuando empezamos a los balazos" (José Amorín, *Montoneros: la buena historia*, Catálogos, Buenos Aires, 2006, p. 273). Dice, en seguida, que cuando ellos empezaron a los tiros tenían apoyo popular. "En cambio, estos pibes, como producto del abierto desarrollo de los frentes de masas y su posterior desamparo con el pase a la clandestinidad, eran conocidos (...) Y no Pepe: nada es más difícil que desertar de una organización clandestina; primero porque una vez que te entregaste en cuerpo y alma a ella no tenés a dónde ir y, segundo, porque en ella pusiste tu Fe, en ella están tus hermanos, ella es tu familia y no podés abandonarla sin que la culpa te destruya (...). Y por último, Pepe, no sé cuál será 'tu' estrategia pero, desde que la historia es historia, a todos los generales sensatos lo que más les importó fue, siempre, salvar a su gente. No por humanismo o piedad: los militares carecen o carecieron de tales virtudes, por definición. En las guerras no existe la piedad, al menos en sus mandos la piedad es una virtud desconocida. Lo hacían con el objeto de preservar sus fuerzas hasta que las condiciones de la guerra los favorecieran. Para eso, vos que leíste a Clausewitz bien lo sabés, se inventaron las retiradas y sus diferentes modalidades" (José Amorín, *ob. cit.*, pp. 273/274).

LA TRAGEDIA DE LA MILITANCIA (Y SUS ERRORES)

Cuando se inauguró el *Parque de la Memoria*, Marcelo Brodsky, que es un gran amigo y que tiene a un hermano desaparecido de veintidós años, Fernando, alumno del ILSE (Marcelo lo fue del Nacional Buenos Aires, de donde se chuparon a 112, algunos de edades tan peligrosas como dieciséis o catorce años), me invitó a que lo viera antes de la inauguración. Me sumergí en ese horror. Y ahí descubrí muchos nombres del pasado. Sí, sabían lo que hacían. Muchos, al menos. Otros jamás sabremos por qué los mataron. No estaban en nada. Pero en serio: en nada. Sé que no podemos victimizarlos. Ni tornarlos heroicos porque a las generaciones que vienen después eso no les cae bien. Bueno, no fueron mártires, no fueron víctimas, no fueron heroicos. Algo habrán sido. Creo que fueron jóvenes atrapados en una encrucijada de la historia que esta obra ha delineado con –así lo espero– rigor. Se entregaron a ella. No todos del mismo modo. La mayoría no ejerció la lucha armada, pero fueron –para ellos– héroes quienes la llevaron a cabo. "El punto más avanzado de la lucha." Miguel dice en este libro: "Cuidado, compañeros: no nos metamos la muerte en el alma". Sin embargo, las consignas revelan esa dureza, ese fervor, ese deslumbramiento casi infantil por los fierros y por quienes se atrevían a guerrear con ellos. Pero hubo mucha generosidad. Hubo militancia barrial, fabril, villera, universitaria, sindical. Chicos y chicas que soñaban con no sé qué. Con algo –sin duda– que iba más allá de Perón. ¿Con qué puede soñar un joven sino con la plenitud? ¿O acaso sabe lo que le espera? De saberlo sería más prudente. De saberlo, no sería joven. Ninguno de nosotros imaginaba un futuro como el que tuvimos. Se trataba de traerlo a Perón, de hacer al pueblo feliz y a la nación grande. Los que nos unimos en torno del proyecto de la revista *Envido* creo que teníamos algo del espíritu de la Generación del '37. Esto lo dice Horacio en un Prólogo a la edición facsimilar de la revista a cargo de la Biblioteca Nacional. No fue casual que, en el número tres, yo escribiera sobre Alberdi y Rosas. El primero busca acercarse al segundo con los resultados conocidos. Termina en Montevideo conspirando contra el Restaurador y unido a los unitarios que buscaban la ayuda francesa para derrocar a la "tiranía". ¿Queríamos ser a Perón lo que Alberdi había sido para Rosas? Es posible. Desbordábamos ideología. Y sabíamos –aunque sin confesárnoslo demasiado y ni siquiera poco– que el peronismo era débil en el debate de ideas ante la izquierda marxista. Esto nos entusiasmaba. Estaba todo por hacerse. Hegelianos y marxistas éramos por formación, por espíritu de los tiempos. Pero en la "cuestión nacional" y en el peronismo todo estaba por hacerse, ya que aunque los compañeros creyeran que con Jauretche o Scalabrini alcanzaba para discutir con Portantiero y los suyos, no podíamos acompañarlos en esa certeza. Nosotros seríamos más sólidos. Para eso teníamos nuestras formaciones universitarias. Para dar la lucha de ideas de igual a igual. A nosotros no nos iban a correr con los *Grundisse*. Arturo Armada encontró para *Envido* una definición que define también a los jóvenes del '70: "*Envido* fue la expresión esforzada, dolorosa, ingenua y tributaria de una época, que contenía en su vientre político una sarta de desproporcionadas ilusiones, sustentada por un grupos de veinteañeros que creían que se convertirían en los 'Marx' latinoamericanos del siglo XX". Lo de los "Marx" latinoamericanos del siglo XX era algo privativo de algunos de nosotros. Pero hay núcleos poderosos en ese texto que señalan a esa generación. Tomemos dos: fue tributaria de una época y tuvo desproporcionadas ilusiones. Ignoro si nos sabíamos tributarios de una época. Diría que creíamos que la historia se iniciaba con nosotros y que con nosotros se resolvería. En eso éramos "ingenuos". Pero la coyuntura era tan excepcional que nosotros nos sentíamos así. Los privilegiados protagonistas de una gran etapa de la Historia. A nadie le parecía discordante que las "desproporcionadas ilusiones" se sustentaran en una generación de veinteañeros. Ante todo porque las ilusiones no nos parecían "desproporcionadas". Eso lo sabemos ahora. Pero en ese momento las ilusiones eran las impecables ilusiones de los veinteañeros. ¿O para qué se tienen veinte años? Y no digamos sólo "veinte", pues nos encierra y nos sofoca bajo el imperio del prestigio de la frase de Paul Nizan: "A nadie permitiré decir que es la mejor edad de la vida". Eran veinte años, pero también veinticinco y veintiocho y hasta treinta y algo más. Y si fueran veinte, ¿qué había de malo? Aquí no se verificaba la célebre amargura, el escepticismo de la frase de Nizan. Para los pibes de la Jotapé tener veinte años en 1972 era estar en la mejor edad de la vida, en el mejor lugar de la Historia. Pero había entre nosotros otro núcleo, que Arturo no menciona porque él define a *Envido* y *Envido* jamás apoyó la violencia. Ese núcleo era la lucha armada. La trampa en que cayó esa generación fue exacta, precisamente ésa. Como dice Eduardo Grüner: no tengo autoridad ni elementos ni sabiduría para señalar con certeza qué otro camino habría sido posible o si había otro. Sólo sé que el que se eligió costó demasiado. Debiera decir: ojalá Fernando Abal Medina nunca hubiera hecho fuego sobre Aramburu. Pero, ¿con qué derecho? Y además, ¿no es un disparate decirlo? Debiera decir antes: ojalá los gorilas no hubieran bombardeado la Plaza de Mayo. Ojalá no hubieran derrocado a Perón, promulgado el decreto 4161, asesinado al general Valle, hecho desaparecer el cadáver de Evita, o masacrado a los peronistas que regaron con sangre los basurales de José León Suárez y mil cosas más. La Historia fue como fue. Y hubo hechos que provocaron otros. Acaso lo único imprevisible, inaceptable y, sobre todo, inimaginable, fue el horror de la dictadura desaparecedora. De la llamada "guerra contra la subversión". Los que lograban enterarse de "algo" de lo que se venía lo anunciaban como el fin del mundo: "Esto es distinto", decían. "Este golpe no es como los otros. No es otro golpe. Es la masacre total y para cualquiera." Fue lo que la Escuela de Frankfurt ha analizado a raíz de Auschwitz: una ruptura en el devenir histórico. (O, sin más, la ruptura de la ilusión del devenir histórico.) A la pregunta frankfurtiana: "De qué es superación Auschwitz", nosotros añadimos la nuestra "De qué es superación la ESMA". No esperábamos que todo terminara tan mal. Esto no debiera frenar a los que vinieron después. Pero es casi imposible que no lo hiciera. La matanza se hizo para eso. Para que nadie nunca jamás se atreviera a cuestionar al poder.

Nada más tenemos para decir. Y sentimos que apenas si hemos dicho algo. Todo es tan opaco. Tan impenetrable. Sigo y seguiré creyendo que los seres humanos hacen la Historia. Sin embargo, luego de este largo trayecto, creo más que nunca que la Historia los hace a ellos. Y hasta que son sus víctimas. También creo que hay que seguir. No cobijarse bajo la rendición incondicional, para la que –cómo negarlo– hay mil motivos, mil excusas. No aceptar ese escepticismo blando –disfrazado de implacable lucidez– que nos lleva a escamotearnos, a decir que ya hicimos lo nuestro y se acabó o que nada merece ser hecho. Porque aunque la lucha contra la opresión, el espíritu de sometimiento y la pulsión de muerte parecieran condenadas a perderse siempre por ser una lucha casi desesperada contra nosotros mismos, contra la urdimbre de la que estamos hechos, no hay que abandonarla jamás. Pensemos (casi con alegría) que acaso la voluntad y la pasión y la lucidez para enfrentar la injusticia es también un elemento esencial de la condición humana.

TODO SALIÓ MUY MAL, PERO HAY QUE SEGUIR: TODO PUEDE SALIR MEJOR

Virginia Feinmann trabaja en el Centro de la Memoria Haroldo Conti. Está con Eduardo Jozami, con Lila Pastoriza, con María Pía López. Con Horacio González, que se acerca a menudo. No hace mucho (el 10/04/2010) me envío un mail: "Me resulta incómodo el uso de la palabra guerra. Como sabés, es la defensa exacta de los represores: Que estábamos en guerra, que se libró una guerra, una guerra sucia, pero guerra al fin. Y con eso justifican todo. Desde el campo de los derechos humanos se lucha un montón cada día para desterrar el concepto de guerra o guerra sucia en todos los discursos desprevenidos.

"También es un error hablar de que mueren víctimas 'inocentes', como si los que estaban metidos en los fierros se lo hubieran merecido, o hubiera estado más justificado. Sabemos que se mandaron algunas cagadas (o si preferís: más que algunas), *pero de ningún modo lo que correspondía era el secuestro, la tortura, la muerte y la desaparición del cuerpo, todo sin juicio*. Se puede hablar de perejiles, pero hablar de inocentes me parece que abre el campo a pensar que los otros lo merecían".

Vaya este texto como agradecimiento a mi entusiasta y brillante colaboradora Virginia. Su trabajo fue inapreciable. Germán Ferrari también colaboró y mucho, pero –afortunadamente– se entregó con alma y vida a escribir y editar su libro *Símbolos y fantasmas*. Ya habrá tiempo y lugar para otros agradecimientos. Por ahora, sólo mencionar algunos: Hugo Soriani, Miguel Rep, Víctor Vigo y su equipo, Ernesto Tiffenberg y Jorge Prim. Bertotto, siempre. Verónica también.

Por el momento, esta obra se interrumpe aquí. Que se interrumpa y "por el momento" implica la voluntad de continuarla más adelante. Pero la vida se burla de nuestros humildes voluntarismos. Lo que torna incierta esa continuación. Podrá ser, podrá no ser. En el peor de los casos se continuará en otras obras, incluso ficcionales. Ojalá que así sea. Y si no es, que nadie se preocupe. No faltarán otros.

noviembre de 2007 – mayo de 2010